

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE FILOLOGÍA**  
**DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA II**  
**(Literatura Española)**



**TESIS DOCTORAL**

**Edición y estudio de la *Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe***

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORA

PRESENTADA POR

**Ana Martínez Muñoz**

DIRECTORES

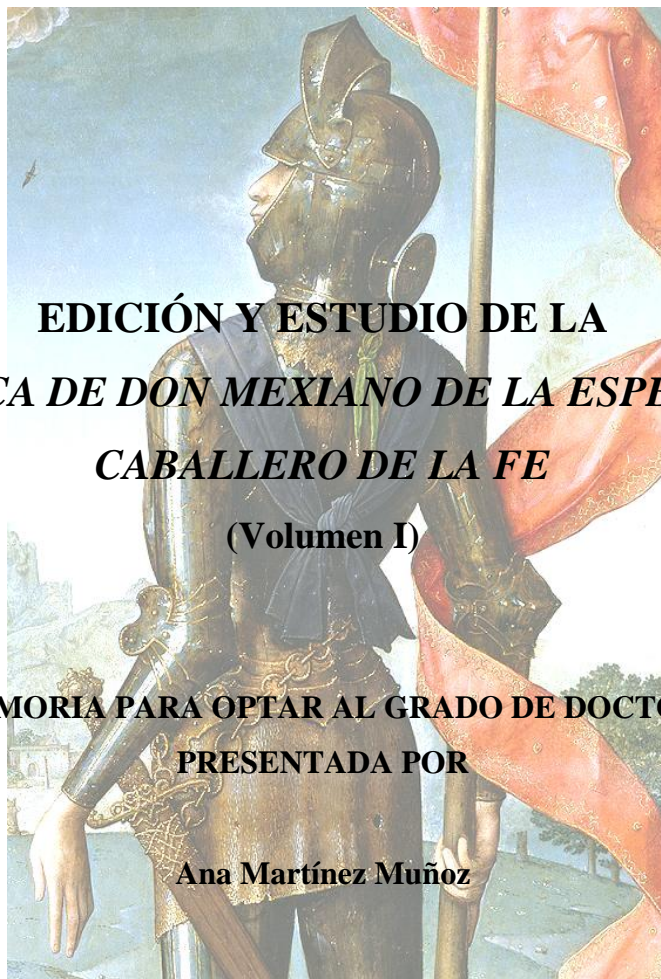
**Carlos Alvar Ezquerra**  
**Ángel Gómez Moreno**

Madrid, 2018

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**Facultad de Filología**

Departamento de Filología Española II



**EDICIÓN Y ESTUDIO DE LA  
*CORÓNICA DE DON MEXIANO DE LA ESPERANÇA,  
CABALLERO DE LA FE***

**(Volumen I)**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**PRESENTADA POR**

**Ana Martínez Muñoz**

Bajo la dirección de los doctores

**Carlos Alvar Ezquerro y Ángel Gómez Moreno**

Madrid, 2016







Imagen de la portada: detalle de *La crucifixión*, Juan de Flandes (1509-1519)

Museo del Prado, Madrid

A Jesús y María, por todo

A Ricardo, Victoria, Sofía y los que vendrán, por tanto



«Muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo:  
religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria».

(Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*)





## ÍNDICE

Abreviaturas y siglas utilizadas .....	14
Agradecimientos.....	16
Resumen .....	19
<i>Summary</i> .....	25
I. ESTUDIO PRELIMINAR .....	29
1.    Introducción.....	31
2.    El «bienaventurado» padre Daza, una propuesta de identificación.....	39
2.1.    Breve semblanza del doctor Miguel Daza, doctor en Cánones por la Universidad de Sigüenza .....	44
2.1.1.    El controvertido origen de la Facultad de Cánones.....	45
2.1.2.    El doctorado de Daza en la historia de la institución .....	48
2.2.    El doctor Miguel Daza, ¿autor del <i>Caballero de la Fe</i> ?.....	52
3.    El manuscrito 6602 de la Biblioteca Nacional de España, un libro de caballerías recuperado .....	59
3.1.    Historia del manuscrito.....	62
3.2.    Descripción codicológica .....	66
3.3.    Análisis de la identidad textual del testimonio.....	79
3.3.1.    El <i>original</i> en su proceso de constitución .....	80
3.3.1.1.    La corrección del borrador último .....	81
3.3.1.2.    La revisión de la puesta en limpio .....	84
o    Intervenciones en el plano de la <i>elocutio</i> .....	85
o    Injerencias de orden censorio .....	88
o    Otras intervenciones .....	89
3.3.1.3.    El nacimiento del <i>original</i> .....	90
3.3.2.    La filiación de un original póstumo .....	91
3.4.    Hacia una posible andadura manuscrita del <i>Caballero de la Fe</i> .....	98
4.    Resumen del argumento .....	106
5. <i>El Caballero de la Fe</i> y la evolución del género caballeresco .....	144

5.1.	El modelo fundacional.....	146
5.2.	Los caballeros neocruzados .....	155
5.3.	El triunfo del entretenimiento.....	163
5.3.1.	Poesía .....	165
5.3.2.	Hibridación genérica .....	170
5.3.3.	Humor y autoconciencia narrativa .....	175
6.	El proyecto literario del padre Daza: <i>prodesse et delectare</i> .....	188
6.1.	El didactismo en los libros de caballerías.....	189
6.2.	La fábula caballeresca como miscelánea de saberes .....	196
6.3.	«En esta mi selba»: escrutinio de las fuentes .....	206
6.3.1.	La <i>Polyanthea</i> de Domenico Nani Mirabelli (1503).....	210
6.3.2.	La <i>Silva de varia lección</i> de Pedro Mexía (1540-1551).....	218
6.3.3.	El <i>Prompuartii iconum insigniorum</i> de Guillaume Rouillé (1553)	226
6.3.4.	La <i>Suma de geografía</i> de Martín Fernández de Enciso (1519).....	235
6.3.5.	La <i>Cronografía o repertorio de los tiempos</i> de Jerónimo de Chaves (1548).....	244
6.3.6.	Los <i>Historiarum sui temporis libri</i> de Paulo Jovio (1550-1552)....	251
6.3.7.	<i>De nobilitate et iure primigeniorum</i> de André Tiraqueau (1549)...	258
7.	«De la vida política el trasunto»: el Caballero de la Fe como <i>roman à clef</i> .	264
7.1.	Caballeros andantes en tierra española: la alta nobleza como protagonista de la ficción caballeresca.....	276
7.1.1.	Medinaceli, Benavente y Guadalajara, escenarios de la caballería de papel.....	276
7.1.1.1.	La duquesa Camilina, señora del Gran Puerto.....	278
o	Los territorios de la Casa de Medinaceli .....	281
o	La polémica biografía de don Gastón de la Cerda, III duque de Medinaceli .....	284
o	Las amantes del III duque y su posible vinculación con María de san José .....	291
7.1.1.2.	Briaseldo Pimentario y el ducado de Benavente.....	296
o	El castillo de Benavente .....	299
o	La Casa de Benavente .....	308
o	Don Juan Pimentel, anfitrión de Ofrasio de España.....	316

7.1.1.3.	Tritoneo de Zamendo, duque del Infantado.....	318
o	De Lisboa a Medinaceli: una parada en el castillo de Almourol....	319
o	De las faldas del Moncayo a la ciudad de Guadalajara .....	324
o	La descripción del palacio del Infantado.....	329
o	El IV duque del Infantado y su esposa Buenafortuna .....	338
7.1.2.	La armada española contra el Turco: un desfile de poderosos.....	341
7.1.2.1.	Nombramientos en la Corte del rey Ofrasio: una crónica de actualidad.....	341
7.1.2.2.	Nobiliarios y letras de invención en Constantinopla .....	351
7.2.	«De decendencias clara notomía»: las preocupaciones del reinado de los primeros Austrias como materia novelesca .....	356
7.2.1.	El linaje de los Reyes Católicos bajo el disfraz de la ficción caballeresca.....	357
7.2.1.1.	Ofrasio de las Españas, Cesárea Majestad.....	362
7.2.1.2.	Los «Polimbos» en la Familia Real .....	365
7.2.1.3.	Los hijos de Ofrasio .....	369
7.2.2.	Mejiano de la Esperanza y la lucha contra el Turco .....	373
8.	Metodología para la edición de un texto en movimiento .....	387
8.1.	<i>Constitutio textus</i> : fundamentación ecdótica.....	387
8.2.	<i>Dispositio textus</i> : criterios de presentación gráfica .....	397
8.2.1.	Grafías .....	400
8.2.2.	Puntuación, unión y separación de palabras, mayúsculas, acentuación.....	408
8.2.3.	Otros signos críticos: <i>emendatio</i> y <i>apparatus criticus</i> .....	410
8.2.4.	Listado de abreviaturas desarrolladas en la edición crítica .....	413
9.	Conclusiones.....	417
10.	Bibliografía.....	423
II.	EDICIÓN CRÍTICA DE LA CORÓNICA DE DON MEXIANO DE LA ESPERANÇA, CABALLERO DE LA FE.....	469
	PRÓLOGO AL LECTOR .....	471
	TABLA DE MATERIAS .....	475

LIBRO I.....	479
LIBRO II .....	739
LIBRO III.....	1093
LIBRO IV .....	1367
NOTAS TEXTUALES.....	1565



## Abreviaturas y siglas utilizadas

AHN	<i>Archivo Histórico Nacional</i>
<i>Autoridades</i>	<i>Diccionario de Autoridades</i> , Real Academia Española
BNE	<i>Biblioteca Nacional de España</i>
<i>Correas</i>	<i>Vocabulario de refranes y frases proverbiales</i> , Gonzalo Correas
<i>Covarrubias</i>	<i>Tesoro de la lengua castellana o española</i> , Sebastián de Covarrubias
CORDE	<i>Corpus Diacrónico del Español</i> , Real Academia Española
<i>DQ</i>	<i>Don Quijote de la Mancha</i> , Miguel de Cervantes
DRAE	<i>Diccionario de la lengua española</i> , Real Academia Española





## Agradecimientos

Sin duda alguna, los nombres que aquí aparecerán escritos o evocados constituyen con creces lo mejor de las páginas que siguen, porque sin ellos cada línea carecería de sentido. Por ello, vayan aquí, aunque limitadas por razones de espacio y de capacidad, algunas palabras de agradecimiento. Gracias, en primer lugar, a mi querido maestro, Ángel Gómez Moreno, por abrirme desde el primer día las puertas de su inteligencia y de su casa con tanto cariño; por animarme a emprender esta empresa con tan desmesurada confianza. Gracias a mi otro maestro, Carlos Alvar Ezquerro, por acogerme con tanta generosidad, por compartir conmigo su sabiduría académica y humana, siempre con una sonrisa. Gracias a Rafael Beltrán, maestro por excelencia en mis años de licenciatura en la Universitat de València, por haberme contagiado su pasión por las antiguas *estorias*, por haber marcado con su magnanimidad mis inicios en la investigación. Gracias a todos los que, desde mi más tierna infancia, han sido mis maestros en las aulas del instituto Rey don Jaime y del colegio Ausiàs March, cuyo recuerdo guardo en mi memoria y en mi corazón junto a estampas entrañables de plastelina y cuadernillos.

Gracias a los muchos profesores que, desde sus despachos universitarios, han puesto a mi disposición su tiempo y sus conocimientos con absoluta gratuidad: a Nancy Marino, por concederme el relevo en su afortunado descubrimiento del *Caballero de la Fe*; a M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina, por su bondad y su inigualable servicialidad; a Mariano Quirós, M<sup>a</sup> Jesús Torrens y Eugenio Bustos, por haber ejercido con tanta entrega de lingüistas de cabecera; a Mercedes Fernández Valladares, por haberme ayudado a resolver con entusiasmo y rigor múltiples dificultades codicológicas y bibliográficas; a Ana Vian y al resto de «dialógicas», por su pasión filológica y su cercanía; a Álvaro Alonso, por haberse sumergido sin resistencia alguna en los escollos ecdóticos con los que he topado; a Esther Borrego, por su profesionalidad y su afecto constante. Gracias a todo el equipo de *PhiloBiblon*, por haberme concedido el honor de contarme entre sus miembros; primordialmente a Álvaro Bustos, por tantos consejos y desvelos, por su ejemplo de entrega incondicional. Gracias también al departamento de Filología

Española II de la UCM: al personal administrativo, a los profesores y a todos los miembros del PIF con los que he tenido la alegría de coincidir. Gracias, especialmente, a aquellos con los que he compartido desvelos académicos, celebraciones improvisadas y conversaciones de hondura: a Germán, Sara, Clara, Guillermo, Mikel, María C. y Nuur. Gracias por su buen hacer y por su amistad, porque juntos hemos despejado enigmas estéticos y encrucijadas éticas que nunca hubiésemos resuelto en la soledad de una sala de consulta. Gracias, entre todos ellos, a María Díez, por haber sido en veras y en bromas mi hermana mayor.

Gracias llenas de ternura a mi padre, por haber sido para mí, cada día, testimonio de honestidad y esfuerzo; a mi madre, por haberme descubierto junto a mi almohada, cada noche, un mundo de frutas parlantes y duendes despistados. A mi hermano, por representar para mi vida académica un precioso estímulo de confianza, humildad y alegría. A mis abuelos, por demostrarme que la sabiduría se esconde primero entre olivares, rebaños y costuras. A toda mi familia, entre quienes ahora se incluyen los Del Olmo Muñoz. Gracias, en particular, a mi tía Mary, por avanzarme con sus relatos, desde bien niña, los encantos del realismo mágico. Gracias a Blanca y Teo, por permitirme asaltar su buhardilla en busca de libros y conversación amena sin previo aviso. Gracias a Ignacio y a Teresa; a Daniel y al resto de Jenos; a Nazaret y demás corderas; a M<sup>a</sup> Rosa y todas las chicas de Reina Mercedes; a Olatz y José; a los Langa, los Quintanilla, los España, los Serena y tantos clanes entrañables; a los «Skoria», a los sangermanianos y a tantos y tantos buenos amigos que, afortunadamente, no puedo contar con los dedos de las manos ni de los pies: por aprender en estos años qué es un libro de caballerías, por desterrar de mis cronogramas el ensimismamiento y la soledad. Gracias a todo el equipo educativo de san Víctor, por convertir mis horas de ausencia en una oportunidad para crecer. Gracias a Ramón, a Óscar, a Miguel Ángel, a Pedro, a Quique y a todos los ángeles que han sido luz en este tiempo, por haberme guiado certeramente en el estupendo camino de maduración personal que ha representado esta tesis.

Pero, sobre todo, gracias a Victoria Neri y a Sofía, por haberme ayudado a elegir la mejor parte, por haberme acompañado en mis largas jornadas de estudio en la Biblioteca Nacional. Y cómo no, gracias, gracias y gracias a mi querido Ricardo,

verdaderamente doctor *honoris causa* tras esta investigación, por escucharme, aconsejarme y alentarme con amor infinito, por enseñarme que a cada paso hay un buen motivo para parar el coche y ponerse a investigar.

## Resumen

### Título

*Estudio y edición crítica de la «Corónica de don Mexiano de la Esperança. Caballero de la Fe (1583).*

### Introducción

Durante nuestra etapa inicial de formación investigadora, tuvimos la oportunidad de conocer la existencia de un libro de caballerías inédito en los fondos de la BNE, que apenas había merecido un breve estudio crítico en los últimos treinta años: *El Caballero de la Fe*, obra de un desconocido padre Miguel Daza, radicada en las postrimerías del corpus caballeresco –concretamente, en diciembre de 1583, de acuerdo con el colofón del *codex unicus* que nos la conserva (ms. 6602)–. Tras comprobar la notable calidad literaria del texto y valorar la conveniencia para los estudios del género de la recuperación de este testimonio manuscrito, nos decidimos por concretar nuestra especialización en la prosa de ficción renacentista en el estudio de este libro de caballerías. Así, convencidos de las notables ventajas formativas que nos ofrecía el trabajo filológico con esta fuente primaria de la investigación literaria, nos lanzamos a abordar la edición crítica de la obra y su posterior análisis histórico-literario.

### Objetivos y resultados

De este modo, la presente investigación se estructura en dos grandes partes – correspondientes con los dos objetivos fundamentales de la tesis doctoral–, acometidas, no obstante, en el orden inverso en que estas se presentan. Pues, lógicamente, la primera labor filológica que acometimos se concretó en la recuperación del texto del *Caballero de la Fe*, por medio de múltiples tareas paleográficas, codicológicas, bibliográficas y ecdóticas que nos permitieron establecer una fijación crítica del mismo para su estudio

posterior. En consecuencia, en primer término, procedimos al examen pormenorizado del manuscrito de la *Corónica de don Mexiano de la Esperança*, llevando a cabo una reconstrucción tanto del *iter* por él seguido como de su tradición bibliográfica. Trabajo al que siguió una detallada descripción codicológica, consistente en la elaboración de un análisis externo y material. A continuación, tomando todo ello como soporte, efectuamos el examen de la compleja realidad textual que encierra en el manuscrito, lo cual nos permitió demostrar su vinculación con la fase elaborativa o pre-textual. Por último, a partir de los datos observados, tratamos de establecer una aproximación al potencial cauce de difusión manuscrita sobre el que se proyecta el testimonio.

Seguidamente, y en directa dependencia con lo anterior, nos dispusimos a establecer cuáles debían ser los criterios para la ejecución de la *constitutio textus* de un original que solo parecía aprehenderse en movimiento. Nuestra propuesta tomó como referencia los diversos trabajos que, desde el ámbito del *neolachmannismo*, han otorgado a las ediciones críticas una «tercera dimensión» en la que el texto puede ser observado como proceso: primero de creación y, después, de transmisión. A partir de este marco teórico, nos decidimos por proponer un hermanamiento de la filología de autor y de la crítica textual tradicional, con el fin de configurar una metodología eficaz para la edición de un texto manuscrito de los Siglos de Oro que no llegó a alcanzar un estadio de fijación definitivo por su paso a letras de molde.

Apoyados en este minucioso estudio bibliográfico de las fuentes primarias y en este sólido marco teórico –cuestiones ambas que han quedado recogidas en los capítulos tercero y octavo de nuestra tesis–, nos lanzamos a la lenta y laboriosa tarea de transcribir, examinar y enmendar el texto del padre Daza. De este modo, finalmente, dispusimos de una extensa transcripción de más de un millar de páginas, sobre la que fue necesario aplicar el *iudicium* para resolver diversos obstáculos críticos: tales como la clasificación y jerarquización de las diversas enmiendas detectadas o la no menos delicada cuestión de la atribución de dichas intervenciones.

En segundo término, concluida la que consideramos como la primera parte de la investigación, procedimos a ejecutar el estudio histórico y literario de este libro de caballerías. Para ello, comenzamos con la necesaria indagación sobre la figura del autor,

a quien pudimos identificar con un profesor de Derecho Canónico de la Universidad de Sigüenza. En efecto, el hallazgo de varios documentos presuntamente relacionados con la persona del padre Miguel Daza nos llevó a profundizar en algunos temas del *Caballero de la Fe* que encuentran una nueva significación a la luz de la biografía de este personaje histórico –asuntos que han merecido ocupar el segundo capítulo de nuestra tesis–.

Posteriormente, llevamos a cabo un análisis de las principales aportaciones literarias de la obra con respecto al género caballeresco. Con este objetivo, por una parte, situamos al *Caballero de la Fe* en el marco de la evolución de los libros de caballerías, prestando especial atención a sus concomitancias con los diversos paradigmas esbozados a lo largo de la centuria, así como a los ingredientes de innovación más relevantes, heredados de los autores anteriores, tales como: el uso de la poesía, de la hibridación genérica y de la autoconciencia narrativa –cuestiones comentadas en el capítulo quinto–. De otra parte, consideramos oportuno estudiar con detalle la que hemos estimado como la propuesta literaria más original del padre Daza, esto es: la asimilación de la ficción caballeresca al horizonte de expectativas de una miscelánea, mediante la inserción de múltiples materiales de corte enciclopédico, extraídos de diversas polianteas y tratados contemporáneos –asunto desarrollado en el capítulo sexto–.

En último lugar, tras la detección de la naturaleza de *roman à clef* de nuestro libro de caballerías, procedimos a realizar una extensa y profunda investigación sobre el trasunto histórico-político oculto bajo la trama caballeresca. Así, la lectura de numerosos trabajos centrados en la realidad social del siglo XVI –especialmente en sus principales casas nobiliarias y en la monarquía vigente–, nos permitió desentrañar la referencia cifrada en el *Caballero de la Fe* a un nutrido grupo de ilustres personalidades de la época y a algunos de los acontecimientos más relevantes del momento –análisis al que dedicamos el capítulo séptimo de nuestra tesis–.

## Conclusiones

En lo que se refiere a los frutos obtenidos en esta investigación doctoral, podemos destacar como mérito principal la recuperación efectuada con éxito de un texto manuscrito inédito de los Siglos de Oro, que presentaba numerosos retos, de entre los que pueden destacarse: su condición de *unicum*, su notable extensión, la complejidad de la lengua empleada y su vinculación con la fase elaborativa o pretextual. En este sentido, su edición crítica no solo presenta el aliciente de permitir la legibilidad de un texto hasta ahora prácticamente inaccesible, sino que ofrece la ventaja de proporcionar una metodología rigurosa e innovadora para la edición de los textos manuscritos áureos vinculados con la fase genética. Asimismo, el estudio detenido de sus características materiales nos ha permitido no solo probar que el códice conservado no estaba destinado para convertirse algún día en original de imprenta –todo ello gracias a las recientes aportaciones de la *Textual Bibliography*–, sino también profundizar en las causas para la difusión manuscrita de un género caracterizado por su extensión.

En segundo lugar, las investigaciones sobre la figura del padre Daza han logrado contextualizar de forma adecuada las peculiares características didácticas y enciclopédicas de la obra, a la par que han venido a enriquecer nuestro conocimiento sobre los distintos perfiles de los autores de ficciones caballerescas –entre los cuales Miguel Daza descuella por su singularidad–.

En tercer lugar, el estudio de las principales innovaciones literarias del *Caballero de la Fe* nos ha permitido verificar que nuestra libro de caballerías constituye un punto de inflexión en el avance de la construcción del discurso de la ficción. Ya que, de manera excepcional, la obra propone una novedosa respuesta al habitual debate sobre la licitud de la literatura de entretenimiento, formulando un insólito hermanamiento con los géneros didácticos de la época. Así lo prueban a las claras deudas que este título establece con obras tan importantes como: la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso (1519), la *Cronografía o repertorio de los tiempos* de Jerónimo de Chaves (1548), la *Historiarum sui temporis* de Paulo Jovio (1550-1552); la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540-1551); los *Comentarii de nobilitate et iure primigeniorum* de André Tiraqueau (1549), la *Polyanthea* de Domenico Nani Mirabelli (1503) o el *Prompuartii iconum insigniorum* de Guillaume Rouillé (1553).

Por último, el estudio histórico-político de la realidad cifrada que oculta la creación del padre Daza nos ha permitido arrojar más luz sobre el panorama de las ficciones en clave durante el Renacimiento, al que debe sumarse ahora la casuística de los libros de caballerías. Así, en relación con lo anterior, hemos tenido ocasión de comprobar cómo estos títulos nos acercan al conocimiento de la realidad social del estamento nobiliario en la España del siglo XVI, pero también hemos podido descubrir cómo su escenografía oculta descripciones valiosísimas de diversos espacios hoy desdibujados, tales como el castillo de los Pimentel en Benavente o el palacio del Infantado en Guadalajara.

Por todo ello, puede afirmarse que nuestra investigación doctoral ha posibilitado la recuperación y accesibilidad a un nuevo título caballeresco, a partir del cual pueden ampliarse los matices del variado mosaico de experimentación narrativa que constituye el género de los libros de caballerías, pero también puede comprenderse con mayor hondura la evolución de la prosa de ficción renacentista, que desembocará en el nacimiento de la novela moderna.





## *Summary*

Title: Study and Critical Edition of *Corónica de don Mexiano de la Esperança. Caballero de la Fe (1583)*

### Intro

During our initial stages as a budding researcher, we had the opportunity to learn about an unpublished chivalric romance at the National Spanish Library archives that had just a brief critical study over the last thirty years. *El Caballero de la Fe*, by an unknown Father Miguel Daza, is from the final stages of the chivalry corpus –more specifically in December of 1583 according to the colophon of *the codex unicus* that remains (mss. 6602). After checking the notorious literary quality of the text and evaluating if it was of value for the genre to recover this written testimony, we decided to focus our specialization on Renaissance prose fiction in this chivalric romance. Thus, convinced of the formative advantages that writing this philological work based on a primary source of literary research would offer, we took on the critical edition of the text and its historic-literary analysis.

### Objectives and results

The current research is structured in two large parts that correspond with the two key objectives of the doctoral thesis. However, we did it in the opposite order of what we are presenting. Logically, the first philological work we faced was to recover the text of *El Caballero de la Fe* through many paleographical, codicological, bibliographic, and ecdotical tasks that let us establish a critical setting for its study. Consequently, we first examined in detail the manuscript of la *Corónica de don Mexiano de la Esperança* and we restored both the *iter* followed by it and its bibliographical tradition. This task was

followed by a complete codicological description based on an external and material analysis. Then, using the aforementioned work as support, we examined the complex textual reality in the manuscript, and therefore allowed us to link it to the elaboration or pre-textual phase. Finally, and from the data observed, we tried to establish an approximation to the handwritten dissemination on which this testimony reflects on.

Following that, and directly related to what we have previous mentioned, we established the criteria to execute the *constitution textus* of an original text that seemed like it could only be grasped in motion. Our proposal referenced diverse works which, from the *neolachmannism* sphere, have given critical editions a “third dimension” in which the text can be observed as a process: first as a creation, and later, as a transmission. Taking that as our theoretical framework, we decided to propose a blended approach of an author philology and traditional textual critic, in order to set up an effective methodology for an edition of a manuscript from the Golden Age that didn't have a definitive fixation study when it was actually printed.

Supported through bibliographical study of the primary sources and this solid theoretical framework, and both stated in chapters three and eight of our thesis; we submerged ourselves in the slow and laborious task of transcribing, examining, and amending the text of Father Daza. Hence, we finally had at our disposition an extensive transcription of more than a thousand pages to which we had to apply the *iudicium* to solve several criticism obstacles.

Secondly, we concluded what we consider the first part of the research: we proceed to execute a historical and literary study of this chivalric romance. We started with the necessary investigation about the author, who we identified as a professor of Canonical Law at the University of Sigüenza. Finding several documents presumably related to Father Miguel Daza made us go deeper in some themes of *El Caballero de la Fe* that find a new meaning when looked through the light of the historical figure's biography. All these matters are discussed in chapter two of our thesis.

We later analyzed the main literary contributions of the text to the chivalry genre. With this objective, on one side, we place *El Caballero de la Fe* in the frame of

the evolution of chivalric romances, paying special attention to its concomitances with different paradigms drafted throughout the century. Additionally, the most relevant and innovative elements inherited from previous authors, such as: the use of poetry, gender hybridization, and the narrative self-consciousness, all topics seen in chapter five. On the other hand, we found it pertinent to study in detail what we think is the most original literary proposal of Father Daza; the assimilation of the chivalric fiction to the horizon of expectations in a miscellanea through inserting multiple encyclopedic like materials from different contemporary polyantheas and treaties, an aspect we develop in chapter six.

Finally, after noticing the *roman à clef* nature of our chivalry romance, we did extensive and deep research on the historic-politics theme under the chivalric plot. Reading many texts focused on the social reality of the 16<sup>th</sup> century, especially on the nobility and monarchies allowed us unearth the ciphered references in *El Caballero de la Fe* to many illustrious personalities and relevant events of the time period, all analyzed in chapter seven of this thesis.

## Conclusions

As for the results obtained in this doctoral research, the main achievement highlighted is the successful recovery of an unpublished Golden Age manuscript that presented many challenges, among which we should emphasize its *unicum* condition, its notable length, the language complexity and its relation with the elaborative or pre-textual phase. In this sense, its critical edition does not just offer the actual legibility of a text practically inaccessible but also the advantage of offering a rigorous and innovative methodology to edit Golden Age handwritten texts related to the genetic phase. Moreover, the detained study of its material characteristics has allowed us not only to prove the preserved codex was not meant to be printed one day, all thanks to the recent contributions of the Textual Bibliography, but also to deepen in the causes for the handwritten diffusion of a genre characterized by its length.

Secondly, research regarding the Father Daza figure has been able to appropriately contextualize its peculiar didactic and encyclopedic characteristics. This is

on par with the fact that it enriches our understanding of distinct profiles of the chivalric romance authors- of which Miguel Daza rises above the others due to his uniqueness.

Thirdly, studies of the principal literary innovations in *Caballero de Fe* have allowed us to verify that our chivalric book constitutes a turning point in the advance of discourse construction of the fiction. Yet, in an exceptional way, the text offers a new response to the usual debate about the legitimacy of entertainment literature by formulating an unheard of twinning with the didactic genres of the era. This is proven when looking at the influence established in our text from such important works such as: *Suma de geografía* by Martín Fernández de Enciso (1519), *Cronografía o repertorio de los tiempos* by Jerónimo de Chávez (1548), *Historiarum sui temporis* by Paulo Jovio (1550-1552); *Silva de varia lección* by Pedro Mexía (1540-1551); *Comentarii de nobilitate et iure primigeniorum* by André Tiraqueau (1549), *Polyanthea* by Domenico Nani Mirabelli (1503) or *Prompuartii iconum insigniorum* by Guillaume Rouillé (1553).

Finally, a historical-political study of the encrypted reality that masks the creation of Father Daza allows us to shine more light on the panorama of fictions during the Renaissance; we now must add the casuistry in the chivalric romances. In relation to that, we have discovered that these titles bring us closer to the social reality of the high class in Spain in the 16<sup>th</sup> century. We also discovered how its setting hides invaluable descriptions of spaces like “el castillo de Pimentel” in Benavente and “el palacio del Infantado” in Guadalajara.

Having said this, it can be affirmed that our doctoral research has made possible the recovery and access to a new chivalric title, from which many aspects of the diverse mosaic of narrative experimentation that the chivalric genre constitutes can expand. It can also be understood at a deeper level the evolution of the Renaissance fiction prose, which will lead to the birth of the modern novel.

## **I. ESTUDIO PRELIMINAR**



## 1. Introducción

Hace casi medio siglo, en un artículo ya clásico para los medievalistas, el maestro británico Alan Deyermond alertaba del abandono inexcusable en que se hallaba el estudio de la prosa de ficción medieval:

This major genre is virtually unrecognized in Spanish literary history. The best works are often discussed at some length, but nearly always in isolation; sub-groups within the genre – chivalresque romances, sentimental romances– are studied, but their wider connections are usually overlooked; the lesser works are omitted from most histories of literature, and at best they receive a brief listing, normally in misleading categories. Above all, there is an almost universal reluctance to accept the existence of the genre and to study its characteristics<sup>1</sup>.

Ciertamente, este olvido generalizado comportó durante mucho tiempo el desconocimiento de una parte importante de nuestro patrimonio cultural, así como una valoración inevitablemente parcial y distorsionada de la producción de toda una época. Así, frente al ingente volumen de páginas que los hispanistas dedicaron al análisis de la épica o del romancero, un simple vistazo a los índices de nuestra historiografía literaria revela el contundente silencio al que fue condenada, por ejemplo, la recepción y adaptación del ciclo artúrico, auténtica piedra angular de la literatura europea<sup>2</sup>. Y, sin embargo, como en el resto de Occidente, nuestras letras también se vieron fascinadas por las tres grandes materias de la ficción del Medioevo, tan acertadamente percibidas contemporáneamente por Jean Bodel en aquellos conocidísimos versos de finales del

---

<sup>1</sup> Alan Deyermond, «The Lost Genre of Medieval Spanish Literature», en Eugenio Bustos Tovar (ed.), *Actas del IV Congreso Internacional de la AIH (Salamanca, agosto de 1971)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1982, I, pág. 798.

<sup>2</sup> «Tres poderosas ramas literarias parten del tronco común de la cultura del Medioevo: los trovadores, la leyenda carolingia y la leyenda artúrica. Como ocurre con los clásicos greco-latinos, su sola presencia sirve para reforzar los vínculos entre una literatura determinada y la tradición occidental; por el contrario, su ausencia induce a hablar de otredad o extrañamiento respecto de esa misma tradición. Cuando recordamos el alto grado de desarrollo que esas tres materias alcanzaron en España, hacemos honor a la verdad, a la par que justicia histórica» (Ángel Gómez Moreno, «Cultura occidental y materia artúrica», en *e-Humanista*, 2010, 16, pág. 109).



siglo XII: «Ne sont que trois matières à nul home attendant, / de France et de Bretaigne et de Rome la grant»<sup>3</sup>.

A buen seguro, su procedencia foránea, unida al carácter eminentemente fantástico de su universo narrativo, determinó la marginación de la materia de Bretaña por parte de quienes siglos después buscaron las características inmanentes de la literatura española: bien bajo el amparo de los tópicos del Romanticismo más tradicionalista, bien bajo el aliento del discurso argumental de la «ciencia positiva» o de las directrices espiritualistas de la Estilística, ya entrado el siglo XX<sup>4</sup>. Así, asentada nuestra metabólica propensión al realismo, el rastro de la omnipresente figura de Arturo fue trágicamente borrado del corpus literario, en contraposición con lo acontecido en el caso del Cid<sup>5</sup>. De esta forma, las aventuras de Amadís, y, en última instancia, las de don Quijote, parecían florecer de la nada en nuestra prosa, sorprendentemente desconectadas del resto de Europa. Circunstancias que hacen más fácilmente comprensible el menosprecio que habrían de merecer a la crítica los libros de caballerías renacentistas, imprescindibles mediadores entre la pluma de Chrétien de Troyes y la de Miguel de Cervantes.

En cualquier caso, no cabe duda de que la presunta condena cervantina al género caballeresco fue la principal responsable de su estigmatización. En este sentido, las conocidas afirmaciones del canónigo del *Quijote* en el importante capítulo 47 de la primera parte<sup>6</sup>, rematadas con aquellas con las que Cide Hamete cierra su crónica –

---

<sup>3</sup> Texto citado en: Carlos García Gual. *Primeras novelas europeas*. 2ª ed. Madrid. Itsmo. 1988, pág. 67.

<sup>4</sup> Una interesante aproximación crítica a los estudios medievalistas de este periodo puede encontrarse en: A. Gómez Moreno. *Breve historia del medievalismo panhispánico (Primera tentativa), con un apéndice bibliográfico de Álvaro Bustos Táuler*. Madrid-Frankfurt. Iberoamericana-Vervuert. 2011, págs. 54-91.

<sup>5</sup> «Llegado el tiempo de las vanguardias [...], los estudios histórico-filológicos dejaron a un lado la ficción narrativa de la Edad Media, antítesis del realismo medular del pueblo español y su arte, de acuerdo con Menéndez Pidal. Mitos propiamente españoles eran, sí, don Quijote, don Juan y Celestina, tríada recogida en el título del célebre ensayo de Ramiro de Maeztu. Sólo ellos eran dignos del esfuerzo de los intelectuales más respetados y capaces; a su lado, sólo se permitió la presencia de una figura medieval, la del Cid, histórico y literario», A. Gómez Moreno, «Cultura occidental y materia artúrica», págs. 107-108.

<sup>6</sup> Para quien los libros de caballerías son «en el estilo, duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, mal mirados; largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio y por esto, dignos de ser desterrados de la república

aduciendo su intención primera de «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas historias de los libros de caballerías»<sup>7</sup>–, devinieron fundamentales en el momento de situar al alcalaíno como punto de llegada del rosario de reacciones adversas que estas ficciones merecieron a moralistas y humanistas a lo largo de todo el siglo XVI. En efecto, apoyados en tan complejos alegatos metaliterarios, serían sus entusiastas seguidores quienes perpetuarían una negativa valoración de esta literatura de entretenimiento, de la mano de una lectura de su teoría literaria mucho más simple de lo que la genial ambigüedad y polifonía de su escritura nos ha revelado<sup>8</sup>. En esta línea cabe situar a sus anotadores neoclásicos y decimonónicos, desde Vicente de los Ríos a Diego de Clemencín<sup>9</sup>, así como a los primeros estudiosos del género áureo, entre quienes puede destacarse a Agustín Durán, Pascual de Gayangos, José Amador de los Ríos, Marcelino Menéndez Pelayo y Adolfo Bonilla y Sanmartín: todos ellos, interesados en estas ficciones únicamente en tanto que miembros de la concurrida «escuela de adoradores del *Quijote*»<sup>10</sup>.

Afortunadamente, unos y otros fantasmas historiográficos fueron lentamente superados durante la pasada centuria. Por una parte, tras la publicación en 1925 de la monografía de William J. Entwistle –enteramente dedicada al cultivo de la leyenda artúrica en la Península<sup>11</sup>–, comenzaría una decisiva recuperación del *roman courtois* en

---

cristiana, como a gente inútil» (Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. dir. por Francisco Rico. Barcelona. Instituto Cervantes-Crítica. 1998, I, cap. 47; en adelante, *DQ*).

<sup>7</sup> *DQ*, II, 74.

<sup>8</sup> Pues, como demostró magistralmente Edward Riley, ni los libros de caballerías merecen todo el desprecio de Cervantes, ni el *Quijote* se escribió solo como una invectiva hacia ellos (cf. *Teoría de la novela en Cervantes*. Taurus. Madrid. 1966).

<sup>9</sup> Resulta imprescindible a este propósito el siguiente artículo de José Manuel Lucía Megías, en el que se pasa revista a distintas exégesis de finales del siglo XVIII y principios del XIX, en las que los libros de caballerías son presentados como simple soporte de la parodia cervantina: «Los libros de caballerías a la luz de los primeros comentarios del *Quijote*: De los Ríos, Bowle, Pellicer y Clemencín», *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 499-539.

<sup>10</sup> Cf. la introducción a la edición del *Quijote* preparada por Diego de Clemencín (Madrid. E Aguado. 1833, I, pág. XXII).

<sup>11</sup> William J. Entwistle. *The Arturian Legend in the Literatures of the Spanish Peninsula*. London. Dent & Sons. 1925.

nuestra literatura, encabezada primero por estudiosos catalanes como Pedro Bohigas y Martín de Riquer, así como, posteriormente, por el helenista Carlos García Gual y el romanista Carlos Alvar, entre otros. De esta forma, quedaría facilitado el inicio de la relectura y vindicación del género de los libros de caballerías, acometida por un creciente plantel de investigadores que, de manera aislada, arrojaron las primeras luces sobre el género a lo largo de un dilatado arco temporal. Así, desde el paradigmático trabajo de conjunto realizado por Sir Henry Thomas (1920) hasta la aparición de la fundamental bibliografía elaborada por Daniel Eisenberg (1979)<sup>12</sup>, encontramos valiosos análisis del texto amadisiano, como los pertrechados por Edwin Place, M<sup>a</sup> Rosa Lida o Juan Bautista Avalle-Arce; aproximaciones transversales tan iluminadoras como las ejecutadas por Irving A. Leonard o Maxime Chevalier –con la vista puesta en la difusión y en la recepción del género, respectivamente–; estudios ampliamente enmarcados en la literatura europea y española, como los publicados por Martín de Riquer o, con un cariz más panorámico, por Agustín Durán; imprescindibles incursiones en su poética como las propuestas por José Amezcua, Francisco Curto Herrero o Sylvia Roubaud; así como ediciones pioneras de un puñado de títulos, como las realizadas por Giuseppe di Stefano, Daniel Eisenberg o Juan Manuel Cacho Blecua, entre otras valiosas contribuciones<sup>13</sup>.

Sobre el magisterio de estos estudiosos, en las últimas tres décadas ha podido culminarse la efectiva restauración de estas ficciones en el panorama crítico internacional, gracias al denodado esfuerzo de una cuasi inabarcable nómina de estudiosos, que, esta vez sí, han aunado esfuerzos en sus investigaciones<sup>14</sup>. Prueba de

---

<sup>12</sup> Nos referimos a las siguientes obras: Sir Henry Thomas. *Spanish and Portuguese Romances of Chivalry. The Revival of the Romance of Chivalry in the Spanish Peninsula, and its Extension and Influence Abroad*. Cambridge. Cambridge University Press. 1920; Daniel Eisenberg. *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century: A Bibliography*. Londres. Grant & Cutler. 1979.

<sup>13</sup> Para un conocimiento detallado de las aportaciones de estos y otros investigadores, que en ningún modo se reducen al brevísimo esbozo aquí propuesto, consúltese el apartado dedicado a las «obras generales» en la bibliografía de Daniel Eisenberg y M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina (*Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*. Zaragoza. Prensas Universitarias de Zaragoza. 2000).

<sup>14</sup> Para un estado de la cuestión más profundo, que no hemos estimado oportuno efectuar aquí, remitimos a las distintas revisiones que se han llevado a cabo en las últimas décadas, siempre actualizables mediante la consulta de la base de datos bibliográfica *Clarisel* (<<http://clarisel.unizar.es/>>): M<sup>a</sup> C. Marín Pina, «La literatura caballeresca. Estado de la cuestión, 2. Los libros de caballerías españoles», en *Romanistisches*

ello son los diversos encuentros que en los últimos años han tenido a los libros de caballerías como tema central de reflexión, así como la progresiva aparición de ambiciosos proyectos dedicados a la materia caballeresca: tales como las importantes colecciones que conforman *Los Libros de Rocinante* y las *Guías de lectura caballeresca*, impulsadas por Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías desde el Centro de Estudios Cervantinos de Alcalá de Henares; la revista *Tirant*, dirigida desde la Universitat de València por Rafael Beltrán; la imprescindible bibliografía publicada en el año 2000 por Daniel Eisenberg y M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina en las prensas de la Universidad de Zaragoza, o la utilísima base de datos bibliográfica que la completa (<<http://clarisel.unizar.es/>>), coordinada por M<sup>a</sup> Jesús Lacarra y Juan Manuel Cacho Blecua desde el prestigioso grupo de investigación *Clarisel*, albergado en esta misma institución. Iniciativas todas que permiten afirmar con satisfacción que los estudios sobre el género gozan en la actualidad de una envidiable salud.

La presente investigación se enmarca en este ventajoso panorama, en virtud del cual hemos podido contar ya con una adecuada reconstrucción de las circunstancias de creación y de difusión –impresa o manuscrita– de los libros de caballerías; con la edición y el estudio particular de un impresionante número de títulos hasta hace poco inaccesibles; así como con una avanzada dilucidación de la poética del género y de sus principales líneas de evolución. Todo lo cual ha puesto a nuestro alcance, a su vez, una definición más precisa del escurridizo corpus caballeresco, del que han quedado definitivamente desterrados incómodos polizones de raigambre medieval, pero al que también se han incorporado caballeros auténticamente renacentistas, rescatados de dispersos depósitos bibliotecarios. Algo que nos atañe muy de cerca, por cuanto esta

---

*Jahrbuch*, 1995, 46, págs. 314-339; Anna Bognolo, «Las novelas de caballerías (1995-1999)», en Christoph Strosetzki (coord.), *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Vervuert, Iberoamericana, 2000, págs. 215-238; Víctor Infantes, «La narrativa del Renacimiento: estado de las cuestiones», en Jean Canavaggio (ed.), *La invención de la Novela*, Madrid, Casa de Velázquez, 1997, págs. 13-48; D. Eisenberg, «Estado actual del estudio de los libros de caballerías», en *Volver a Cervantes: Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (Lepanto, 1-8 de octubre de 2000)*, Palma, Universitat de Illes Balears, 2001, págs. 531-538; Carlos Alvar, «Libros de caballerías. Estado de la cuestión (2000-2004 ca.)», en Juan Manuel Cacho Blecua (coord.), *De la literatura caballeresca al «Quijote»*, eds. Ana Carmen Bueno Serrano et al., Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, págs. 13-58. Estados de la cuestión a los que puede sumarse la esclarecedora reseña de José Manuel Lucía Megías, «Los libros de caballerías frente al siglo XXI (a propósito de una nueva publicación)», en *RFE*, LXXXII, 2002, págs. 407-419.

tesis parte de uno de estos felices descubrimientos, realizado por la hispanista Nancy Marino en 1985, en una de sus visitas a la Biblioteca Nacional de Madrid. Pues, como ella misma daría a conocer a su regreso al otro lado del Atlántico, en los fondos nacionales se escondía, bajo la fingida condición de una crónica historiográfica, un auténtico libro de caballerías: *El Caballero de la Fe*, obra de un desconocido padre Miguel Daza, compuesta en torno a 1583.

Con ella tuvimos la oportunidad de contactar en los inicios de esta investigación, gracias a la generosa mediación del doctor Ángel Gómez Moreno, recibiendo así inmerecidamente el testigo de su pionera aproximación al manuscrito 6620. A su lado pudimos repasar también, después de un amable desayuno en la cafetería de la biblioteca, las escasas pistas que ofrecía un texto inmenso, repleto de enigmáticas apostillas latinas y de anotaciones históricas. Una obra escrita por un sacerdote, que por su título parecía aproximarse a un *contrafacta* a lo divino, pero que por su tabla de materias parecía asimilarse a una miscelánea. En definitiva, un testimonio repleto de interrogantes, que respondía a la perfección a nuestro deseo de sumergirnos de lleno en las coordenadas de la ficción a lo largo y ancho del siglo XVI, en un momento inmediatamente anterior al surgimiento de la novela moderna.

De la mano de este manuscrito, hemos tenido ocasión de adentrarnos en las directrices de la crítica textual neolachmaniana, pero también de experimentar sus límites ante un texto que nunca llegó a recibir una fijación definitiva. Pues, a partir de un concienzudo estudio del *codex unicus* que nos conserva la obra, hemos podido ser testigos del proceso de elaboración de un testimonio que quedó a las puertas de convertirse en el *original* del *Caballero de la Fe*, tal y como exponemos en el tercer capítulo de nuestro estudio. De manera que, para tan particular objeto de estudio, nos ha sido necesario encontrar una metodología ecdótica *ad hoc* –a medio camino entre la crítica textual tradicional, la filología de autor, la crítica genética y la *textual bibliography*–, de la que damos cuenta en el capítulo octavo, necesaria antesala de la edición crítica que constituye la segunda parte de esta tesis. En ella hemos tratado de ofrecer un texto fiel al proceso de composición y de revisión en el que se halla inmersa la obra –siempre atentos a la voluntad del autor en el peculiar y complejo apartado de variantes que el lector encontrará al final de cada libro–, pero también un testimonio fiel

a la lengua de su tiempo, de cuyas dificultades son muestra las numerosas notas al pie dedicadas a este particular.

Tras años dedicados a la recuperación crítica del texto, nos adentramos después en el reto que planteaba la identificación de su autor, a quien hemos podido poner en relación con un círculo intelectual y social que logra iluminar aspectos tan importantes de la obra como su orientación erudita o su condición de ficción en clave. De todos estos datos recabados en torno a la figura del misterioso «padre Daza» al que alude el sontero laudatorio con el que se cierra el manuscrito, damos cuenta en el capítulo segundo. Asimismo, al amparo de un necesario resumen argumental de la obra –que ocupa el capítulo cuarto del estudio–, acometimos un primer acercamiento a su análisis literario. Para ello, recalamos primero sobre aquellos aspectos que conectan al *Caballero de la Fe* con los tópicos fundamentales de los libros de caballerías, así como con las principales aportaciones de los autores anteriores al padre Daza: cuestiones en las que se centra el capítulo quinto. Por último, consideramos oportuno seleccionar aquellas innovaciones más originales desde el punto de vista del avance del género, dedicando así sendos capítulos a la importante inserción de contenidos enciclopédicos que esconde la obra y a su dimensión cifrada (capítulos sexto y séptimo).

Con el estudio y la edición crítica que aquí presentamos no hemos pretendido sino contribuir, con el máximo rigor filológico que nos ha sido posible, a la recuperación de una obra del renacimiento español, que viene a sumar una pieza más –pequeña, pero indispensable– al fascinante mosaico que conforma la materia caballescica en este periodo. Ciertamente, son muchos los aspectos a los que otras voces más autorizadas podrán superponer luces definitivas, como son muchas las cuestiones en las que nos hubiera gustado detenernos con más detalle: especialmente aquellas que conciernen a la configuración del discurso de la ficción, por lo mucho que la metaliteratura tiene de pasión personal para nosotros. Afortunadamente, aquellos podrán ser subsanados por quienes a partir de ahora se interesen por las andanzas del Caballero de la Fe, de la misma manera que estas podrán ser objeto de investigaciones futuras, a las que nos lanzaremos con gusto después de esta fascinante aventura.



## 2. El «bienaventurado» padre Daza, una propuesta de identificación

Sin duda alguna, la recuperación del nombre del autor representa una de las cuestiones más delicadas en el estudio del *codex unicus* que nos conserva la *Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe* (BNE, ms. 6602). Pues, a falta de otros datos que tal vez hubieran podido proporcionarnos los folios desprendidos del primer cuaderno del manuscrito, la única referencia explícita sobre este particular la encontramos en el soneto final dirigido «al lector», compuesto por «Agustín de Mora, comisario de probisión de la Armada del rey nuestro señor» (f. 376r). Allí, en el último verso del poema, se da como autor de este libro de caballerías a un tal «padre Daça», del que se nos dice que goza ya de la bienaventuranza prometida a quienes obtienen las virtudes teologales enumeradas en el terceto precedente –de las cuales, a su vez, se hacen derivar las cuatro cardinales a las que se alude a continuación–: «Quien alcança las tres las cuatro espere, / do consiste la bienabenturança / de que goça su autor, el padre Daça» (f. 376r). Afirmación que, por fortuna para nosotros, queda oportunamente precisada gracias a una anotación marginal del artífice de la copia en la cual puede leerse: «que es Miguel Daça».

Lamentablemente, ni la reconstrucción del *iter* del manuscrito ni el repaso a su parca tradición bibliográfica han podido añadir detalle alguno a tan escasas informaciones (*vid.* 3.1). En cualquier caso, de los datos proporcionados por el poema pueden extraerse dos conclusiones relevantes, que constituyen las únicas pistas ciertas en el reto que plantea la identificación del padre Daza: el creador de *El Caballero de la Fe* fue un miembro del clero regular o secular llamado Miguel Daza, que para el momento en que se llevó a cabo la puesta en limpio de su obra debía de haber fallecido. Ya que, lejos de emplearse en su significado amplio de ‘felicidad humana’ (*properitas, felicitas*), la *bienaventuranza* con la que se relaciona al padre Daza es presentada como una meta a la que se llega tras el ejercicio del libre arbitrio terrenal y de cuyos bienes se «goza» eternamente (*beatitudo*), de acuerdo con el sentido religioso del término: «Se llama así la gloria, la vista y posesión de Dios, y de todas sus perfecciones», siendo por



tanto *bienaventurado* «el que salió de esta vida y está ya gozando de Dios en el Cielo» (*Autoridades*). Interpretación que se aviene a la perfección con la compleja naturaleza textual del testimonio (*vid.* 3.3.2).

Así las cosas, la ausencia de parámetros tan importantes como la procedencia del padre Daza, o, en su defecto, su adscripción a una orden religiosa o a una diócesis determinada, nos obligaron a efectuar una búsqueda de amplio alcance, que consideramos oportuno concretar en la consulta de numerosos repertorios biográficos<sup>15</sup>, así como de diversas bases de datos en línea que podían proporcionarnos acceso a los fondos de diferentes archivos con documentación de la época<sup>16</sup>. Como era previsible, unos límites tan vastos nos recuperaron la existencia de varios personajes coincidentes en nombre y fechas con la figura de nuestro autor, sin que ninguno de ellos ofreciese indicios firmes que nos permitieran escoger con rigor<sup>17</sup>. En consecuencia, hubiera resultado de todo punto inviable tratar de esclarecer la identidad del padre Miguel Daza, de no ser por la existencia de otros datos complementarios contenidos en el cuerpo de la obra, presumiblemente relacionados con la figura del autor.

En efecto, Miguel Daza dispone voluntariamente dos puertas de acceso a su persona en el interior del mundo de ficción que inventa para nosotros: de un lado, el narrador lleva a cabo una serie de reconocimientos autoconscientes a lo largo del libro,

---

<sup>15</sup> De fundamental ayuda resultó la consulta del magno *Archivo Biográfico de España, Portugal e Iberoamérica* (ABEPI), al que hemos accedido a través de su correspondiente *Índice biográfico de España, Portugal e Iberoamérica* (editado por Víctor Herrero Mediavilla. 3ª ed. München. K. G. Saur. 2000. 10 v.), así como de repertorios biográficos generales no comprendidos en el anterior, como el *Diccionario biográfico español* (Madrid. Real Academia de la Historia. 2009-2013. 50 v.); a lo que añadimos una profusa búsqueda en numerosos repertorios biográficos especializados en órdenes religiosas, a partir de la guía que nos proporcionó la indispensable *Bibliografía de las órdenes religiosas* de Pedro Sainz Rodríguez y Manuel de Castro y Castro (Madrid. Fundación Universitaria Española. 1987 [Biblioteca bibliográfica hispánica, 6]).

<sup>16</sup> De gran utilidad nos han resultado los siguientes proyectos, todos ellos accesibles en red: Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español (<[http://ccpb\\_opac.mcu.es/CCPBopac](http://ccpb_opac.mcu.es/CCPBopac)>); Portal de Archivos Españoles (<<http://pares.mcu.es>>); Archive Grid (OCLC) (<<http://www.oclc.org/research/themes/research-collections/archivegrid.html>>).

<sup>17</sup> De entre ellos destaca la interesante figura de Miguel Daza, hijo del importante jurista Luis Daza, fundador del Colegio de Doncellas Nobles de Valladolid, para quien no hemos encontrado coincidencia alguna con el perfil del autor del *Caballero de la Fe* (sobre su biografía, *cf.* Luis Fernández Martín, «El Colegio de Doncellas Nobles de Valladolid», en *Investigaciones Históricas*, 1991, 11, págs. 55-85).

con los que se despoja abiertamente de su máscara de traductor o cronista omnisciente para remitir a su entidad real de creador; de otro lado, el autor dota de vida literaria a numerosos personajes históricos con los que debió de guardar una relación al menos indirecta, disfrazando su identidad de modo tal que sus nombres debieron de resultar fácilmente reconocibles para sus coetáneos. Como puede apreciarse, ambas operaciones constituyen rupturas del pacto mimético de muy distinta índole; sin embargo, las dos tienen en común el valor de proporcionarnos datos relevantes sobre el autor de la obra.

Así, en el conjunto de desafíos metaficcionales que presenta *El Caballero de la Fe*, creemos poder localizar un par de pasajes en los que el padre Daza podría estar queriendo indicar con manifiesta ironía su lugar de procedencia, apuntando en ambas ocasiones hacia las proximidades de Sigüenza, en la provincia de Guadalajara. En el primer ejemplo, el narrador propone un distanciamiento humorístico del conocido tópico del manuscrito encontrado –insustituible punto de partida en la construcción del discurso de la ficción en los libros de caballerías–. Se trata de un fragmento del libro primero, en el cual el narrador-traductor pretende asentar la verosimilitud de los hechos narrados sobre la irónica veracidad que ofrece su relato del hallazgo del manuscrito:

Es verdad qu'el sabio Nictemeno sirio la escribió y que estuvo el libro en una arca de plomo enterrado quinientos años en la ribera de[1] Enares, junto a su nacimiento en una populosa ciudad llamada Orna (que como esto es verdad, así lo es la istoria) (10, I; f. 34v).

La misma desautorización de este *topos* fundamental se llevará a cabo en el libro tercero, en el que curiosamente volverá a remitirse a este territorio de la ribera del Henares, justo en el momento de enunciar el lugar del descubrimiento de un manuscrito que sirve de lectura a la princesa Alejandra; esta vez, «el primer libro que llamáis de matahombres o de caballerías del mundo» –definición con la que queda completada la magnífica *mise en abyme* propuesta por el autor–:

Porque os digo verdad cierto cierto, a fe de bueno, que yo le allé de mano en pergamino en un lugarexo pequeño del reino de Castilla, en poder de un herrero. El lugar se llama Pozancos y él se llamaba Ulano García, hombre de más de setenta y cinco años (perdóneme el señor herrero), que era morisco del reino de Aragón y decía que de África le había traído su agüelo que fue alfaquí según él decía (23, III; f. 275v).

Como puede comprobarse, en ambos casos el autor hace referencia a dos poblaciones pertenecientes al municipio de Sigüenza: Horna y Pozancos. Coincidencia que todavía resulta más significativa si se tiene en cuenta la importante presencia que adquieren en la obra ciudades tan próximas como Medinaceli y Guadalajara, en las cuales se sitúan dos palacios que sirven de escenario a las andanzas de los protagonistas del *Caballero de la Fe* –ambos, trasunto literario de los que poseían en la realidad la familia de la Cerda y los duques del Infantado, respectivamente (*vid.* 7.1.1)–. Tenemos, pues, dos referencias explícitas en nuestra obra a las inmediaciones de Sigüenza, enmarcadas en una ambientación geográfica perfectamente coherente con ellas, a partir de las cuales sería lícito plantear la posibilidad de que el padre Daza fuese natural de estas tierras. Felizmente, estos indicios de tan difícil verificación parecen poder ser confirmados en virtud de una de las múltiples apostillas marginales de la obra encargadas de ofrecer la lectura de diversas identidades en clave.

La anotación a la que nos referimos acompaña a un interesante pasaje del segundo libro, en el que los caballeros Ardoniso y Feridano mantienen en la Isla de la Enamorada Corneria un extenso debate sobre la licitud de la literatura de ficción, al hilo del cual el segundo de ellos aduce como autoridad en la cuestión a su ayo Rogerio, «un barón principal y santo, obispo lucense» (7, II; f. 125r). Junto al nombre de este personaje una nota consigna el de «D. Ferdinando Vellosillo», a quien efectivamente debemos identificar con el que fuera obispo de Lugo entre los años 1567 y 1587: don Fernando Vellosillo Barrio, nacido en la villa de Ayllón, perteneciente al obispado de Sigüenza. De su exitosa carrera, conviene recordar que este importante prelado tomó la beca de Teología en el Colegio Mayor del Arzobispo de la Universidad de Salamanca, siendo posteriormente profesor de esta institución y de su homóloga en Sigüenza, donde en 1547 obtuvo la cátedra de Vísperas y en 1550 la de Prima con la Prebenda de Magistral. Asimismo, como uno de los teólogos más relevantes de su época, fue designado por Felipe II para asistir al Concilio de Trento, en premio de cuyo servicio fue nombrado obispo de Lugo, dignidad a la que se hace referencia en nuestro manuscrito y de la disfrutaría hasta su muerte, acaecida en el año 1587<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> Para una breve semblanza de la figura de este obispo lucense, véase: Gil González Dávila. *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales de los reinos de las dos Castillas: vidas de sus*

Como se echa de ver fácilmente, este ilustre personaje presenta la particularidad de hallarse fuertemente vinculado al municipio de Sigüenza, con el que –como acabamos de proponer– cabe relacionar a nuestro autor. No obstante, la auténtica importancia que esconde la referencia a este «obispo lucense» fue puesta de manifiesto durante el curso de nuestra investigación, en un magnífico artículo que M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina dedicó a las «letras de invención» en *El Caballero de la Fe*. Ya que, en este trabajo, al hilo de una presentación general de la obra en la que se subrayaba la dimensión cifrada de algunos de sus pasajes, la profesora Marín Pina destacó la existencia de diversos documentos relativos a la Universidad de Sigüenza en los que don Fernando Vellosillo aparecía reunido junto a un doctor llamado Miguel Daza<sup>19</sup>. Las referencias en cuestión se encontraban en unas actas claustrales de mediados del siglo XVI, que el historiador Isidoro Montiel había recuperado y transcrito a su vez en una tesis dedicada al estudio de la mencionada institución<sup>20</sup>.

En el primero de los documentos, fechado el 11 de abril de 1551, se presentan convocados a claustro un total de dieciséis doctores y maestros del Colegio-Universidad de San Antonio de Portaceli («todos graduados en esta universidad, y reunidos en la Cámara Rectoral del dicho colegio»), entre los cuales figuran el doctor Fernando Vellosillo, en calidad de catedrático de Teología, y Miguel Daza, en calidad de doctor. El objetivo principal de tan nutrida convocatoria era la importante propuesta de fundación de dos nuevas cátedras de Leyes y Medicina, con las cuales se pretendía completar el número de facultades para elevar así la institución al nivel de las grandes universidades del momento<sup>21</sup>. El doctor Miguel Daza aparece nuevamente junto a Fernando Vellosillo en otra acta posterior, relativa a las «órdenes de claustro respecto a propinas para músicos de chirimías, *idem* para el rector, y sobre obligación de asistir a

---

*arzobispos y obispos, y cosas memorables de sus sedes*. Madrid. Diego Díaz de la Carrera. 1650, III, págs. 189-190; respecto a su labor en la Universidad de Sigüenza, consúltese: Isidoro Montiel. *Historia de la Universidad de Sigüenza*. Maracaibo. Universidad de Zulia. 1963, I, págs. 233-234.

<sup>19</sup> M<sup>a</sup> C. Marín Pina, «La verdad de la mentira: armas de linaje y “letras de invención” en *Mexiano de la Esperanza* (1583), un libro de caballerías manuscrito», en *Emblemata*, 2014-2015, 20-21, págs. 263-281.

<sup>20</sup> I. Montiel, ob. cit.

<sup>21</sup> I. Montiel, ob. cit., I, pág. 86; II, pág. 131 y ss.

las honras fúnebres del fundador, acordadas en 1559»<sup>22</sup>. Asimismo, el nombre del doctor Miguel Daza vuelve a registrarse en un último documento fechado en 1566, en el que se deja constancia de las resoluciones tomadas acerca de los cursos necesarios para obtener el grado de licenciado en Cánones y Leyes<sup>23</sup>.

Habida cuenta de que la figura del obispo lucense se encuentra inserta en el universo de ficción de la obra del padre Daza, cabe suponer que este sacerdote guardase algún tipo de relación con dicha autoridad; por lo cual, podemos establecer que o bien dos personas homónimas conocían a Fernando Vellosillo, o bien el doctor Miguel Daza que desempeñó diversas labores en la universidad seguntina es el mismo que escribió nuestro libro de caballerías. En este sentido, dado que en el primero de los documentos citados se indica que todas las personas reunidas son graduadas en la Universidad de Sigüenza, Marín Pina aventura la hipótesis de que el obispo de Lugo, «como sugiere indirectamente el texto caballeresco, fuera también maestro de Miguel Daza»<sup>24</sup>. A continuación, llevaremos a cabo una aproximación a la figura de este doctor de la Universidad de Sigüenza, con el fin de establecer después hasta qué punto su persona puede asimilarse a la del autor de nuestro libro de caballerías.

### **2.1. Breve semblanza del doctor Miguel Daza, doctor en Cánones por la Universidad de Sigüenza**

Partiendo de las informaciones anteriores, la consulta de otras investigaciones concernientes a la Universidad de Sigüenza vino a ofrecer nuevos datos sobre el papel que el doctor Miguel Daza desempeñó en dicha institución. En esta ocasión, fue la documentación aportada por el riguroso trabajo de Javier Sanz, dedicado a las facultades de Cánones y Leyes de esta universidad, la que nos proporcionó un dato de gran importancia, a saber: el registro del doctorado de Miguel Daza en la Facultad de

---

<sup>22</sup> *Idem*, II, pág. 161 y ss.

<sup>23</sup> *Idem*, II, págs. 171-172. El manuscrito original en el que se conservan los tres documentos se encuentra en el AHN, Universidades, Universidad de Sigüenza, 1236, ff. 1-9; ff. 20v-21r; f. 24v, respectivamente.

<sup>24</sup> M<sup>a</sup>. C. Marín Pina, ob. cit., pág. 265.

Cánones, el 27 de junio de 1544<sup>25</sup>. Fecha que, además de presentar una evidente relevancia para nosotros, constituyó, en opinión del doctor Sanz, un punto de inflexión en la compleja historia de dicha facultad; razón por la cual se hará necesario trazar a continuación un somero repaso de su trayectoria, para comprender así adecuadamente las informaciones recabadas sobre el que parece ser el autor del *Caballero de la Fe*.

### 2.1.1. El controvertido origen de la Facultad de Cánones

Ciertamente, la cátedra de Cánones nació ya envuelta en notables y curiosas controversias, toda vez que había sido contemplada desde sus orígenes en el proyecto del que primero fue Colegio Grande de san Antonio de Portaceli, aparecido en el último tercio del siglo XV. Su fundador, Juan López de Medina, arcediano de Almazán y embajador España –entre otras dignidades–, concibió dicho colegio como un estudio anexo a la creación de un convento que habrían de regentar los monjes Jerónimos –tras ser primero rechazado por la orden franciscana–, abierto a la participación de otros religiosos y seculares:

Surge en tierras de Castilla un recinto académico destinado principalmente al fomento del estudio en el clero. Esto solo era posible en una ciudad, si bien pequeña, con gran potencial eclesiástico en tanto que era sede episcopal, congregándose al servicio de su catedral un numeroso contingente sacerdotal<sup>26</sup>.

Fue el 4 de julio de 1476, bajo el auspicio y la aprobación del Gran Cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, cuando el Nuncio Nicolás Franco expidió en Valladolid un rescripto por el cual concedía a López de Medina el permiso para la ejecución de su propósito, consintiendo en la dotación de tres cátedras al estudio, a saber: de Artes, de Teología y de Decretos. Sin embargo, el centro universitario que representaba el mencionado colegio pronto terminaría por convertirse en una auténtica universidad, dándose de este modo cumplimiento *post mortem* a las aspiraciones que el propio fundador había manifestado en la redacción de las constituciones de la primitiva

---

<sup>25</sup> Javier Sanz. *Las Facultades de Cánones y Leyes de la Universidad de Sigüenza*. Madrid. Casa de Guadalajara en Madrid. 2005, pág. 127; AHN, Universidades, Universidad de Sigüenza, 1251.

<sup>26</sup> J. Sanz, ob. cit., pág. 34.

institución<sup>27</sup>. Así, en respuesta a las solicitudes presentadas por el rector y los colegiales poco después del fallecimiento de López de Medina, el papa Inocencio VIII accedió a elevar el colegio a la categoría de universidad mediante una bula expedida en 1489, tras haber tenido en consideración «los enormes gastos que tienen precisamente que hacer los que han de ser promovidos a los grados de licenciado y de doctor en alguna facultad en las universidades de estudios mayores»<sup>28</sup>. Quedaba con ello inaugurado un nuevo modelo académico que la crítica ha dado en llamar «colegio-universidad» –por cuanto ambas entidades constituían una unidad jurídica y administrativa<sup>29</sup>–, en el cual habría de inspirarse el cardenal Cisneros en el momento de perfeccionar el proyecto de la Universidad de Alcalá, englobada dentro del Colegio Mayor de San Ildefonso<sup>30</sup>.

En lo que respecta a la cátedra de Cánones, pese a que el buleto del Nuncio había permitido su dotación y su provisión junto a la de Artes y la de Teología, las constituciones del Colegio de San Antonio de Portaceli omitieron en sus orígenes cualquier aserto acerca de su creación, tal y como reconoce abiertamente su fundador en las adiciones por él incorporadas a dicho documento:

Siendo sumamente necesaria para el régimen y gobierno de las iglesias la doctrina del Derecho, mediante la cual los hombres consiguen, entre otras virtudes, vivir honradamente, no perjudicar a los demás y dar su derecho a cada uno, y aunque las escuelas del dicho colegio fueron erigidas

---

<sup>27</sup> «Era este un proyecto que acariciaba ya el arcediano de Almazán: elevar el Colegio de Sigüenza a universidad, y por eso la índole de la misma se atisba ya en los tiempos del fundador y se plasma ya en esencia en sus constituciones», especialmente en las cláusulas 11, 34, 58, 59 y 60 (I. Montiel, ob. cit., I, pág. 71).

<sup>28</sup> La traducción del latín es de J. Sanz, ob. cit., pág. 37; una transcripción de la bula original puede encontrarse en I. Montiel, ob. cit., II, págs. 129-130.

<sup>29</sup> Acerca del modelo de colegio-universidad puede consultarse: Cándido María Ajo González de Rapariegos y Sainz de Zúñiga. *Historia de las universidades hispánicas: orígenes y desarrollo desde su aparición a nuestros días*. Ávila. Centro de Estudios e Investigaciones Alonso de Madrigal. 1957. I, págs. 326-336.

<sup>30</sup> No en vano, Jiménez de Cisneros colaboró activamente en la fundación de López de Medina, pues siendo entonces canónigo de Sigüenza fue nombrado juez ejecutor de la bula de Sixto IV, por la cual se autorizaba la unión de los bienes personales del arcediano de Almazán para sufragio del Colegio; véase I. Montiel, ob. cit., I, pág. 30. Asimismo, sobre su influencia en la obra cisneriana, véase: Pedro Manuel Alonso Marañón, Manuel Casado Arboniés e Ignacio Ruiz Rodríguez. *Las universidades de Alcalá y Sigüenza y su proyección americana: legalidad, modelo y estudiantes universitarios en el Nuevo Mundo*. Alcalá de Henares. Universidad de Alcalá. 1997, pág. 108.

por la autoridad apostólica precisamente con este fin, que en ellas se leyeran las ciencias de letras, a saber Sagrada Teología, Derecho Canónico y Filosofía, según consta expresamente en la erección ordinaria del mismo colegio en el comienzo de nuestras constituciones, *omitimos en nuestras constituciones por algunas causas justas crear entonces la cátedra de Decretos* (el subrayado es nuestro)<sup>31</sup>.

Así se expresaba López de Medina para proceder a continuación a la enmienda de tan llamativa omisión, ordenando la creación de la cátedra de Cánones. Con todo, tan solo unas líneas más adelante el fundador volvía a imponer nuevas restricciones al estudio de esta disciplina, estipulando para los estudiantes la imposibilidad de asistir a las lecciones de Derecho Canónico hasta el séptimo y último año de colegiatura, tal y como puede comprobarse en el tajante epígrafe titulado «*Quod collegiales no audiant Canones*»:

Habiendo sido nuestra intención y voluntad principal a la hora de fundar y crear este colegio el que ingresaran en él estudiantes pobres que se entregasen al estudio de la Teología y la Filosofía, puesto que auténtica ciencia es aquella por la que se encuentra y conoce a Cristo, y pudiendo sobrevenir a los colegiales del desarrollo de la cátedra de Decretos alguna desviación contraria a nuestro propósito y deseo, procurando buscar su provecho ordenamos y establecemos que, en los seis primeros años de su septenio, ningún colegial oiga Cánones ni asista a clase de Decretos; si lo hiciere, y amonestado por los lectores de Teología o Filosofía o por cualquiera de ellos no desistiere, y después de tres advertencias siguiere desobedeciendo y transgrediendo esta nuestra constitución, perderá el colegio y será expulsado<sup>32</sup>.

A buen seguro, tales reticencias guardaban relación con el carácter ascético y contemplativo del proyecto inicial del arcediano, que no había sido otro que la creación de un monasterio que pudiera constituir ejemplo de vida en su tiempo, para la instrucción del cual había tenido a bien la creación de un estudio del que a su vez podrían beneficiarse doce clérigos pobres. En este sentido, resulta muy significativa la

---

<sup>31</sup> Las constituciones originales, así como las adiciones del fundador, se conservan en un manuscrito del Archivo Histórico Nacional fechado el 4 de junio de 1484, si bien cabe suponer que su redacción primitiva fue inmediatamente posterior a la erección del Colegio por el Cardenal Mendoza en 1477 (así parece deducirse de la secuencia de acontecimientos trazada por I. Montiel, ob. cit., I, pág. 21). La traducción que adjuntamos está tomada de J. Sanz, ob. cit., págs. 78-79; por su parte, una transcripción del texto latino se encuentra en I. Montiel, ob. cit., II, pág. 58.

<sup>32</sup> J. Sanz, ob.cit., pág. 77; para la transcripción del texto original en latín, véase I. Montiel, ob. cit., II, pág. 59.



ausencia de la materia de Decretos en la personal formulación de sus deseos, que el fundador había expuesto al cardenal Mendoza en el momento de presentarle las citadas constituciones:

Para impulsarlos a cultivar la fértil Sagrada Escritura [refiriéndose a los monjes], que produce olores suavísimos, edifiqué en la parte superior una casa contigua al referido monasterio, donde, como en otra academia, se escuchasen asiduamente las enseñanzas filosóficas y doctrina teológica, a fin de que los que viviesen en el claustro pudiesen cómodamente sacar del claustro los partos de su doctrina. Construí además un colegio en donde un rector y doce estudiantes pobres viviesen en comunidad y a los que se proveyese de comida y vestido con los bienes que entrego<sup>33</sup>.

Y es que, ciertamente, la especialización en Derecho Canónico, necesaria para quienes deseaban hacer carrera eclesiástica, no parece la más indicada para unos monjes y unos colegiales de los que se exigía una condición austera como requisito de admisión. Así lo sugiere Vicente Beltrán de Heredia, al afirmar que si bien las cátedras de Artes y Teología «servirían para la instrucción de los religiosos y colegiales a la vez», en la de Cánones «podrían formarse los aspirantes a las plazas del Cabildo que requerían conocimientos canónicos»<sup>34</sup>. De este modo, la mencionada «desviación» que según López de Medina podía sobrevenir a los estudiantes en el estudio del Derecho, bien puede entenderse en realidad como consecuencia de una clara preocupación por evitar que los colegiales pervirtieran su ánimo con ansias de medro.

### **2.1.2. El doctorado de Daza en la historia de la institución**

Vencidos estos escrúpulos, las adiciones de López de Medina estipulaban la manera de acceder a la cátedra de Decretos, que quedaba significativamente vinculada por deseo del cardenal Mendoza a una canonjía seguntina de índole doctoral; de manera tal que el sujeto merecedor de dicha dignidad pasaría automáticamente a ostentar la cátedra en cuanto se produjese la primera vacante, sin previa oposición.

---

<sup>33</sup> I. Montiel, ob. cit., I, pág. 34.

<sup>34</sup> Vicente Beltrán de Heredia, «La Facultad de Teología en la Universidad de Sigüenza», en *Revista Española de Teología*, 1942, 3, pág. 411.

Desafortunadamente, no se conoce la fecha en que quedó vacante la canonjía tras el establecimiento de estas condiciones, por lo que ignoramos cuándo comenzó la vida de esta facultad. Sí nos consta, en cambio, que la docencia de esta disciplina fue marcadamente exigua, como por otro lado fue común en el devenir conjunto de la universidad, según afirma Javier Sanz: «La característica fundamental, a nuestro juicio, de la docencia en la universidad seguntina es, paradójicamente, su ausencia. El Colegio-Universidad de San Antonio de Portaceli puede calificarse como un centro de aulas vacías»<sup>35</sup>.

Caracterizada por ser esta una universidad menor, no debe sorprendernos la acusada falta de alumnado, que en ningún caso acudiría atraído por el prestigio de las aulas seguntinas, sino más bien condicionado por la proximidad de sus lugares de origen o por el carácter más asequible de sus costes. A ello puede sumarse el pequeño tamaño del municipio de Sigüenza, así como la notable distancia que separaba el recinto universitario del núcleo poblacional. Razones a las que, en el caso de la Facultad de Cánones, debemos añadir las mencionadas dificultades impuestas por el fundador de la institución al estudio del derecho eclesiástico, si bien es cierto que la situación no mejoraría tras la derogación de estas restricciones por parte de los Carvajal en el año 1505<sup>36</sup>.

En este sentido, el registro de matrículas de dicha facultad habla por sí mismo de esta escasez de alumnado, probada tanto por el bajo número de inscripciones como por el desorden que manifiesta su consignación, motivado en opinión de Javier Sanz precisamente por la falta de costumbre<sup>37</sup>. Tal irregularidad contrasta, por el contrario, con el rigor detectado en la documentación de la concesión de grados, mucho más numerosa a causa del gran contingente de estudiantes foráneos que acudía a obtener sus títulos en una institución con tasas más bajas. Asimismo, esta escasez de estudiantes

---

<sup>35</sup> J. Sanz, ob. cit., pág. 56.

<sup>36</sup> I. Montiel, ob. cit., II, pág. 81, cláusula 27.

<sup>37</sup> En su trabajo, Javier Sanz lleva a cabo un registro personal de alumnos, incluyendo en la nómina tanto a aquellos que realizaron la matriculación reglamentaria como a aquellos que posteriormente prueban haber ganado el curso y de los cuales no consta inscripción previa (*cf.* ob. cit., págs. 114-119).

queda confirmada por las diversas denuncias de la ausencia de docencia en la cátedra de Cánones, atestiguadas en las actas conservadas<sup>38</sup>.

Pero quizá una de las pruebas más fehacientes de la falta de actividad en esta facultad venga ofrecida por las mencionadas actas de 1551, en las que se proponía «como cosa tocante al pro y utilidad de la dicha vniversidad que corroborasen y authorizasen los statutos que tienen vsados en la Facultad de Cánones y los que se an de vsar y guardar acerca de los grados de Leyes y Medicina»<sup>39</sup>, por cuanto la ausencia de una reglamentación aprobada en fecha tan tardía no puede sino ser el correlato de un centro con un funcionamiento de escasa seriedad<sup>40</sup>. Así, esta lamentable situación explicaría por sí misma por qué una sola cátedra fue más que suficiente para abastecer la enseñanza del derecho canónico hasta fines del siglo XVI, cuando a su vez tendría lugar la significativa reducción de las facultades de Cánones y Leyes en una sola entidad.

Es en este panorama donde adquiere plena significación la graduación de Miguel Daza, pues la obtención de su doctorado tiene lugar tras cuatro años en los que no se registra examen alguno en la Facultad de Cánones. Por ello, después de un periodo tan crítico, no puede sino llamar la atención el hecho de que en el mismo mes de junio de 1544 se doctoren nada menos que seis estudiantes, de entre los cuales tres de ellos aparecerán junto a Miguel Daza como examinadores de la facultad el curso siguiente. Ante tan repentina y nutrida graduación Javier Sanz sugiere la siguiente hipótesis:

¿Por qué no hubo exámenes en esta facultad durante los cuatro años previos? La respuesta parece implícita en las siguientes cuatro graduaciones, de los señores Cebadilla, Suárez de Carvajal, Daza y Hernández de Gargabeta, todas en este mismo mes, los cuales aparecen inmediatamente

---

<sup>38</sup> J. Sanz, ob. cit., pág. 57.

<sup>39</sup> I. Montiel, ob. cit., II, pág. 132.

<sup>40</sup> Así lo sugiere J. Sanz (ob. cit., pág. 80). De hecho, estos estatutos siguieron teñidos de irregularidad, puesto que no contaron con el refrendo requerido de Su Majestad hasta mucho más tarde, como prueba la existencia de un auto de 1609 por el que se autorizaba al Dr. Andrés Merino, catedrático de Teología, para que fuese a la capital a obtener la aprobación de dichos estatutos (cf. I. Montiel, ob. cit., I, págs. 126-127).

como examinadores de la Facultad. Estamos, con toda probabilidad, ante una graduación masiva de futuros miembros del necesario tribunal que arranque el motor de la Facultad de Cánones<sup>41</sup>.

De ser cierta esta explicación, Miguel Daza se habría doctorado en Derecho Canónico impelido por alguna instancia superior, ante la necesidad de contar con examinadores que posibilitasen a su vez la concesión de futuros grados; tal debía de ser la escasez de doctores en Cánones. Desdichadamente, esta exigua vitalidad de la institución no haría sino agudizarse con el correr del tiempo, llegando a fundirse en una sola con la Facultad de Leyes en 1596, para desaparecer definitivamente en 1771 con la transformación de la cátedra en la asignatura de «Concilios». Todo ello a pesar del elevado prestigio de los profesores que habrían de ostentar la cátedra, llegando a alcanzar seis de ellos la categoría de obispos durante el siglo XVII<sup>42</sup>.

Por último, a estos documentos comentados por Javier Sanz que ofrecen informaciones sobre el doctor Miguel Daza, hemos podido añadir un último escrito también conservado en el Archivo Histórico Nacional, por el cual se hace constar el reconocimiento de sus cursos en Cánones ante la Universidad de Alcalá en 1566; curiosamente, el año en el que la documentación de la universidad seguntina le pierde la pista<sup>43</sup>. De este trámite podemos deducir que el doctor Daza se acercó a las puertas de la universidad cisneriana para completar en este lugar su formación en otros campos o bien con el objetivo último de alcanzar un puesto como examinador o profesor en sus aulas –mucho más transitadas que las de su facultad de origen–. En cualquier caso, se nos proporciona allí el importante dato de ser este Miguel Daza natural de Sigüenza, procedencia que no constaba en el registro de graduaciones en que figura la obtención de su doctorado.

---

<sup>41</sup> J. Sanz, ob. cit., pág. 120.

<sup>42</sup> Un listado completo de los individuos que ocuparon esta cátedra se ofrece en J. Sanz, ob. cit., págs. 90-108.

<sup>43</sup> AHN, Universidades, Universidad de Sigüenza, 477, f.32v.

## 2.2. El doctor Miguel Daza, ¿autor del *Caballero de la Fe*?

De todo lo aquí expuesto podemos extraer algunas conclusiones relevantes en nuestra aproximación a la figura de este doctor de la Universidad de Sigüenza. En primer lugar, a tenor del marcado carácter eclesial de los estudios de Cánones, cabe suponer con bastante firmeza que el dicho doctor fuese miembro del clero, habiendo podido ocupar por su formación algún cargo en la jerarquía. De otro lado, sabemos con certeza que su doctorado en Cánones por la Universidad de Sigüenza tuvo lugar el 27 de junio de 1544, debiendo de haber obtenido los grados de bachiller y licenciado en la misma institución antes de 1540 –fecha en la que comienzan los libros de registros–. Asimismo, podemos afirmar con seguridad que el doctor Miguel Daza colaboró en los quehaceres de dicha facultad al menos hasta el año 1566, fecha del último documento en el que aparece su nombre. De igual modo, sabemos a ciencia cierta que nunca alcanzó la plaza de catedrático –pues conocemos la nómina completa de los cabildos doctorales que ostentaron este cargo durante el siglo XVI–; como tampoco parece que ostentase el cargo de maestro, habida cuenta de que en los documentos conservados aparece presentado siempre bajo la simple condición de doctor. Además, nos consta que justo en ese mismo año se acercó a la Universidad de Alcalá para validar allí sus estudios, de manera que es muy posible que quedase vinculado a este centro desde entonces. Por último, teniendo en cuenta la fecha de su doctorado, nos es dado pensar que el dicho Miguel Daza naciese con gran probabilidad alrededor del año 1520.

Asimismo, en relación con los datos anteriores, consideramos que la especializada formación que revela el análisis de la obra podría reforzar todavía más las concomitancias entre ambas figuras. En efecto, como expondremos más adelante, un estudio detenido de las fuentes manejadas por el padre Daza demuestra que este autor se sirve fielmente de un buen número de trabajos coetáneos, sobre los cuales construye, generalmente mediante paráfrasis, los interesantes pasajes de corte enciclopédico que nutren su obra. Así, encontramos extractados casi en su literalidad numerosos fragmentos de diversas misceláneas, poliantes y tratados de la época, de los que se toman «prestadas» tanto las abundantes apostillas marginales que flanquean el manuscrito, como los doctos materiales contenidos en el cuerpo del texto (*vid.* 6.3). El seguimiento de esta erudición claramente «prestada» revela una constante irrupción de

informaciones tocantes al derecho canónico, que hilvanan con notable soltura un numeroso contingente de citas relativas al amplio *Corpus Iuris Canonici*: desde el *Decretum* de Graciano, hasta las *Extravagantes* de Juan XXII. Textos que a su vez nuestro autor obtiene del profuso manejo de una obra directamente inscrita en el ámbito del derecho como los *Comentarii de nobilitate et iure primigeniorum* de André Tiraqueau (1549), pero también de una famosa *Polyanthea* como la de Domenico Nani Mirabelli (1503), que en su edición de 1514 –y tan solo en esta– incorporó múltiples citas tocantes a esta materia, como resultado de las enseñanzas por él impartidas en las universidades italianas en los años inmediatamente anteriores a esta versión del florilegio (*vid.* 6.3.1). Como se habrá intuido, toda vez que constatamos este interés del padre Daza por la legislación eclesiástica, la consulta de las investigaciones del doctor Sanz nos proporcionó, por sorpresa para nosotros, datos llamativamente coincidentes.

Nos encontramos así con la feliz concomitancia de que el doctor Miguel Daza de la Universidad de Sigüenza se especializó en una disciplina que, cuanto menos, debía de serle familiar al autor de *El Caballero de la Fe*. De este modo, a la luz de la compatibilidad de las fechas, así como de la coincidencia en los datos proporcionados por el manuscrito, en principio no parece existir inconveniente alguno para la atribución de la autoría de nuestro libro de caballerías al doctor Miguel Daza, examinador de la Universidad de Sigüenza –de acuerdo con lo sugerido hace apenas unos años por la profesora Marín Pina–. Sin embargo, reconocemos que en nuestro proceso de investigación nos encontramos también con algunos datos que podrían cuestionar en cierto modo la hipótesis anterior. Por ello, antes de dar por cerradas nuestras conclusiones, expondremos a continuación con transparencia estos posibles contraargumentos; si bien adelantamos que, en nuestra opinión, ninguno de ellos consigue desarticular la identificación señalada.

La primera de las contrariedades viene ofrecida por el hallazgo de unos nuevos documentos, en los cuales encontramos envuelto en sendos pleitos a un doctor llamado Miguel Daza, natural de la ciudad de Sigüenza<sup>44</sup>. En el primer litigio, ejecutado el año

---

<sup>44</sup> La recuperación de estos documentos tuvo lugar a través de una última búsqueda en la citada base de datos de PARES (Portal de Archivos Españoles: <<http://pares.mcu.es/>>), a la que añadimos la vinculación del doctor Daza con el municipio seguntino.

de 1572, el dicho doctor se enfrentaba al síndico del monasterio salmantino de San Francisco, Juan Rodríguez, quien le reclamaba 200 ducados que le correspondían por el testamento del hijo de aquel, llamado fray Miguel Daza<sup>45</sup>. Así, tenemos que junto al importante hecho de que el mencionado personaje tuviera un hijo, aparece la información de que este, además de llamarse como su padre, era fraile. Ante los inevitables interrogantes que plantean estos datos, surge inmediatamente la pregunta de si sería posible que este segundo Miguel Daza fuese el autor de nuestro libro de caballerías; sin embargo, esta idea pronto se desmorona, al comprobar que la fecha de fallecimiento del fraile es anterior a algunos acontecimientos narrados en la obra –tales como el recientísimo nombramiento del conde de Barajas como presidente del Consejo Real de Castilla en 1583 (14, II; f. 153r)–. La ejecución del segundo pleito tiene lugar tan solo un par de años más tarde, en 1574, tratándose en esta ocasión de un proceso litigado por Juan Serrano, vecino de Sigüenza, frente al doctor Miguel Daza, en tanto que viudo de María de Cascales y administrador de sus hijos, a cuento de la restitución de unas casas situadas en la calle Mayor de dicha ciudad que el doctor tenía ocupadas por ser bienes dotales de la difunta<sup>46</sup>.

Como se echa de ver fácilmente, la existencia de ambos documentos obliga a responder a dos cuestiones fundamentales: la primera, si este doctor Miguel Daza es el mismo que el examinador de la Universidad de Sigüenza; la segunda, si ambos son entonces, a su vez, el padre Miguel Daza, autor de literatura de entretenimiento. Lógicamente, es el último de estos puntos el que en realidad plantea ciertos problemas, puesto que el doctor seguntino protagonista de los pleitos localizados estuvo casado, mientras que el autor de nuestra obra murió como miembro del clero. Sin embargo, en nuestra opinión, la viudedad del sujeto de estos pleitos, lejos de ser un obstáculo en la identificación del padre Daza, prueba precisamente que este personaje homónimo no puede corresponderse con el examinador de la universidad, en tanto que resultaría notablemente extraño que un doctor en Cánones no perteneciese al estamento clerical.

---

<sup>45</sup> El pleito está fechado entre 1570-1572 y se conserva en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Pleitos Civiles, Pérez Alonso (F), Caja 702, 4; mientras la ejecutoria del mismo puede datarse con seguridad el 21 de febrero de 1572 (Registro de Ejecutorias, Caja 1226, 69).

<sup>32</sup> Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Registro de Ejecutorias, Caja 1301, 15 (12 de octubre de 1574).

Antes bien, parece más razonable suponer que el doctor Miguel Daza, viudo de María Cascales, lo fuese en otra de las disciplinas de la universidad seguntina, como la de Artes –con una facultad propia vigente desde sus inicios–, o las de Leyes y Medicina –cuyas facultades se crearon a mediados del siglo XVI–. Sea como fuere, si bien la interpretación anterior nos parece la más asequible, nada impide, por otra parte, que el viudo de María Cascales hubiera podido optar por la vida religiosa tras el fallecimiento de su mujer.

El segundo y último de los escollos que conviene resolver está relacionado con la lengua del manuscrito. En esta ocasión, es la presencia de un reducido grupo de palabras que parecen tomarse del gallego la que podría entrar en contradicción con la procedencia seguntina del doctor Daza, en la medida en que no parece razonable atribuir una contaminación en el nivel léxico al artífice de la copia en limpio<sup>47</sup>. Con todo, respecto a este punto, conviene subrayar que la realidad lingüística transparentada por el testimonio no señala en ningún caso inequívocamente hacia el noroeste peninsular; por el contrario, esta presenta una confusa convivencia de colores dialectales, en la que, esta vez sí, podría detectarse además la impronta de la pronunciación del copista<sup>48</sup>. En cualquier caso, consideramos que la explicación de la presencia de apenas una decena de voces gallegas en el padre Daza no tiene por qué encontrar su causa únicamente en su lugar de nacimiento, puesto que su adquisición podría deberse a la influencia del lenguaje empleado por unos progenitores de este origen o, tal vez, a una estancia prolongada en estas tierras en la última etapa de su vida, con la que también quedaría

---

<sup>47</sup> Junto a otras palabras de origen más incierto (como *ferselas* y *palillas* [f. 226v], o el uso masculino de *cosico* [f. 94r], cabe entender como voces gallegas las siguientes: *traññas* [f. 25v], *dornas* [f. 25v], *rapeta* [f. 65r], *diaño* [f. 69r], *devalar* (aplicado a la marea) [f. 75r], *garfelo* [f. 226v], *miniña* [f. 245v], *lapa* (‘cueva’) [f. 272r]. Para la explicación de cada uno de estos términos, véanse las notas correspondientes de nuestra edición.

<sup>48</sup> En efecto, tal vez pueda explicarse así la presencia en nuestro manuscrito de algunos fenómenos que parecen señalar hacia el consonantismo meridional, tales como diversos trueques de sibilantes (*inzufrible*, *zollozando*, *dies*, *zolloços*, *seloxías*, *zufrir*, *incluças*, *susedió*, *inçufribles*); un sorprendente y constante debilitamiento del consonantismo implosivo, con aspiración o pérdida de –s, tanto en posición interior como en final de palabra (*monas o estapantable[s] simios*; *la[s] cuales...*), o una abundante neutralización de líquidas (*almándome*, *escalbando*, *barcón*, *porbareda*, *lebrer*, *mármares*, *conjetural*), entre otros fenómenos.



justificada su proximidad a familias gallegas de alta alcurnia, como los Taboada, los Losada o la Casa de Lemos (*vid.* 7.1.2.1).

Así pues, teniendo presentes estas consideraciones, creemos conveniente defender la asimilación del padre Miguel Daza a la figura del doctor homónimo de la Universidad de Sigüenza. Ciertamente, estimamos enormemente costoso asumir que el conjunto de coincidencias encontradas entre el doctor Miguel Daza y el autor de nuestro libro de caballerías sean producto del azar, puesto que ello supondría aceptar la existencia de dos personas coetáneas con el mismo nombre<sup>49</sup>, vinculadas de algún modo al municipio de Sigüenza, cercanas al círculo de relaciones de Fernando Velloso y interesadas ambas en el campo del derecho canónico. Por todo ello, situamos a nuestro autor en el ambiente letrado de esta universidad menor, en la cual se empapó a buen seguro tanto de los conocimientos canónicos de los que se sirve en su obra como del latín que le permite traducir con soltura el tratado de André Tiraqueau. En ella, muy posiblemente, mantendría sus primeras conversaciones sobre la licitud de la lectura de ficción –similares a las que se insertan en lugares de la obra como el arriba citado–, a las que habría de dar por respuesta ya en edad madura su particular composición caballeresca.

Por último, a estas informaciones que nos proporciona su faceta como doctor en Cánones y como examinador en Sigüenza<sup>50</sup>, falta sumar las valiosas pistas que nos proporciona la dimensión cifrada de la obra, mediante la cual pueden ampliarse notoriamente los datos sobre el contexto histórico, social y cultural del autor (*vid.* 7). En efecto, en el capítulo dedicado al análisis de la narración como *roman à clef* tendremos la oportunidad de aproximarnos a su visión de la monarquía vigente, a su probado contacto con importantes casas nobiliarias, así como a su posible relación con la Armada –sugerida ya por la cercanía del autor con Agustín de Mora, comisario de

---

<sup>49</sup> A este propósito, conviene advertir que la fecha de nacimiento conjeturada para el doctor Miguel Daza (en torno al año 1520) resulta perfectamente compatible con la defunción de nuestro autor en un momento cercano a 1583 (v. 3.3.2), pues para entonces el padre Daza sería un hombre incipientemente sexagenario.

<sup>50</sup> Queremos dejar constancia aquí de nuestro agradecimiento a don Pedro Simón Carrascoso, director del Archivo Histórico Diocesano de Sigüenza, quien nos confirmó la ausencia de noticias sobre la posible ordenación sacerdotal de Miguel Daza; dado que, tal y como nos informó, los registros más tempranos de esta índole comienzan en el año 1606.

provisión de esta institución—. Datos todos que enriquecerán el perfil de un autor de libros de caballerías que, en cualquier caso, ocupa un lugar único y destacado en la nómina de autores de ficción caballerescas por su dedicación religiosa; particularidad esta solo compartida con Páez de Ribera, del que la crítica dedujo su pertenencia al clero precisamente por su hábil manejo de la argumentación teológica al modo escolástico y por su evidente familiaridad con el derecho canónico<sup>51</sup>.

Pero, mientras la posición reaccionaria del *Florisando* (1510) coloca a su autor junto al cura del capítulo XLVII de la primera parte del *Quijote* –al que despectivamente Cervantes presenta como graduado por Sigüenza, en una curiosa coincidencia con la biografía de nuestro autor–, la obra del padre Daza viene a matizar precisamente nuestro juicio sobre la opinión que aquellas fabulosas invenciones merecieron al mundo letrado y al estamento clerical. Pues, como ya puso de relieve José Manuel Lucía Megías, lejos de acomodarse a la imagen de «ingenios legos» de origen humilde que la crítica ha construido de ellos, las biografías de varios autores de libros de caballerías de la segunda mitad del siglo XVI demuestran que entre ellos hubo también personalidades de amplia cultura, vinculadas al humanismo y cercanas a las instancias de poder. Tal es el caso de Damasio de Frías (*Lidamarte de Armenia*), Jerónimo de Contreras (*Polismán*) y Jerónimo de Urrea (*Clarisel de las Flores*): todos ellos, significativamente, autores de libros de caballerías manuscritos que, como Miguel Daza, escriben sus obras en edad madura<sup>52</sup>. Todo lo cual viene a ensanchar sensiblemente, a medida que avanza el siglo

---

<sup>51</sup> Véanse: Maxime Chevalier, «Le Roman de chevalerie morigéné. Le *Florisando*», en *Bulletin Hispanique*, 1958, 60, págs. 441-449, especialmente pág. 443; Emilio Sales Dasí, «El *Florisando*: libro “sexto” en la familia del *Amadís*», en Rafael Beltrán (ed.), *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, València, Universitat de València, 1998, págs. 137-158. Asimismo, un repaso de la plausible formación de este autor a partir de las citas aparecidas en su obra, puede encontrarse en: M<sup>a</sup> Aurora García Ruiz, «*Florisando*: ortodoxia cristiana y magia», en José Manuel Fradejas Rueda, Deborah Anne Dietrick, María Jesús Díez Garretas, Demetrio Martín Sanz (coords.), *Actas del XIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Valladolid, 15-19 de de septiembre de 2009): In Memoriam Alan Deyermond*, Valladolid, Valladolid Artes Gráficas, 2010, págs. 873-882.

<sup>52</sup> Como ejemplo de este concepto erróneo pone este estudioso el trabajo de Daniel Eisenberg, *Romances of Chivalry in Spanish Golden Age* (Newark, Juan de la Cuesta, 1982; especialmente el capítulo cuarto). Por su parte, un revelador análisis de las características comunes de estos autores de libros de caballerías manuscritos puede encontrarse en: J. M. Lucía Megías. *De los libros de caballerías manuscritos al «Quijote»*. Madrid. Sial. 2004, págs. 53-60.

XVI, el margen de aceptación de un género que había merecido en sus inicios las más duras críticas de los centros del saber.

### 3. El manuscrito 6602 de la Biblioteca Nacional de España, un libro de caballerías recuperado

Consideramos necesario comenzar el análisis de la obra del padre Daza deteniéndonos, en primer lugar, en el estudio bibliográfico de sus fuentes primarias<sup>53</sup>, que, por el momento, se reducen al *unicum* manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de España bajo la signatura ms. 6602. Efectivamente, el proceso de búsqueda de las *fontes criticae*<sup>54</sup> nos ha recuperado tan solo un extenso testimonio manuscrito de la época del triunfo de la imprenta, cuya pervivencia no deja de resultar excepcional habida cuenta de las evidentes limitaciones que impone la difusión manuscrita frente a la impresa; así como de las dificultades de conservación de un tipo de obras de las que sus lectores habrían de distanciarse –casi como recurso a un tópico obligado– llegada la etapa de su madurez<sup>55</sup>. Somos conscientes, sin embargo, de que su condición de *unicum* en el momento de cerrar nuestra investigación doctoral no puede ser considerada sino como provisional, a causa de la conocida dispersión y de la incompleta catalogación de

---

<sup>53</sup> En palabras de Jaime Moll, la investigación bibliográfica consiste en «la búsqueda de materiales mediante la consulta de las fuentes de información, su identificación y su descripción» («La bibliografía en la investigación literaria», en José M<sup>a</sup> Díez Borque [coord.], *Métodos de estudio de la obra literaria*, Madrid, Taurus, 1985, pág. 145).

<sup>54</sup> Empleamos el término *fontes criticae* con el significado propuesto por Alberto Blecua para resolver la anfibología surgida en el uso de la voz *recensio*, restringiéndolo a la primera de las fases de la edición crítica consistente en «el acopio y análisis histórico de los testimonios» (*Manual de crítica textual*. Madrid. Castalia. 1583, pág. 34).

<sup>55</sup> José Manuel Lucía Megías ha enumerado con acierto algunas de las principales dificultades de conservación de los libros de caballerías manuscritos: «El *corpus* que hoy conocemos es solo una pequeña muestra de los que debieron escribirse y difundirse en su época; la pérdida de estos códices se explica por la conjunción de varias causas, algunas de ellas de tipo codicológico, paleográfico y de transmisión, al margen de las literarias, como son su carácter casi único, con escasas copias, frente a los millares de impresos (y de los que, en todo caso, hemos conservado como mucho una docena de ejemplares) [...]; así como por causas de su difusión, como es la dispersión de determinadas bibliotecas nobiliarias que pudieron motivar la destrucción de aquellos libros “ilegibles o inservibles” o la costumbre tan extendida entre nuestros nobles de donar sus bibliotecas a conventos o monasterios, en donde, con total seguridad, este tipo de libros no debería encontrar un cómodo espacio entre sus estantes» (*De los libros de caballerías manuscritos...*, pág. 40).

nuestro patrimonio bibliográfico, que todavía hoy continúa representando un notable obstáculo en el control de las fuentes primarias de la investigación literaria<sup>56</sup>.

Esta conciencia de la posible aparición de nuevos testimonios era ya enunciada al cierre de la introducción de la exhaustiva *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos* de Daniel Eisenberg y M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina, precisamente a la luz de las valiosas identificaciones de títulos caballerescos desconocidos que habían tenido lugar en la última década del siglo XX –al calor de la intensa revitalización de los estudios del género–<sup>57</sup>. Asimismo, las expectativas allí consignadas se han visto confirmadas por el hallazgo, desde el momento todavía cercano de su publicación, de testimonios tan importantes como el que podría constituir el último de los libros de caballerías del *corpus* conocido: la *Quinta y Sexta Parte de Espejo de Príncipes y Cavalleros* compuesto por Juan Cano López (ca. 1635)<sup>58</sup>, cuyo manuscrito fue encontrado justamente durante el período de realización de nuestra investigación por el profesor Rafael Ramos<sup>59</sup>.

---

<sup>56</sup> No podemos dejar de mencionar el encomiable avance que el proyecto del Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español constituye en este sentido, si bien la inclusión de testimonios manuscritos en su base de datos se encuentra todavía en un estado muy incipiente, como prueba la ausencia de nuestro testimonio entre sus fichas (<[http://ccpb\\_opac.mcu.es/cgi-brs/CCPB/abnetopac/](http://ccpb_opac.mcu.es/cgi-brs/CCPB/abnetopac/)>).

<sup>57</sup> «Somos conscientes de que la consulta y búsqueda sistemática de ejemplares de libros de caballerías en diferentes bibliotecas, así como la descripción detallada de cada ejemplar, es obligada y un trabajo pendiente que sin duda deparará sorpresas a los investigadores. Así lo confirma la encomiable tarea realizada en los últimos años por José Manuel Lucía Megías y materializada en sus valiosas publicaciones, trabajos que han descubierto nuevos textos y abierto líneas de investigación hasta ahora ignoradas» (D. Eisenberg y M<sup>a</sup> C. Marín Pina, *Bibliografía...*, pág. 10).

<sup>58</sup> Lugar que se disputa con la *Quinta parte del Espejo de príncipes y caballeros* conservada en la BNE (ms. 13137), que constituye otra continuación manuscrita de la última parte del ciclo publicada por Marcos Martínez. Es interesante notar que ambas quintas partes no toman como referencia la *princeps* complutense de 1587, sino la reedición zaragozana de 1623, en la que el impresor Juan Bonilla desdobra la obra con fines comerciales en una tercera y una cuarta parte; todo lo cual viene a confirmar el amplio alcance de la difusión manuscrita de los libros de caballerías. Sobre la continuación anónima de la BNE puede consultarse el siguiente trabajo de J. M. Lucía Megías: «Catálogo descriptivo de los libros de caballerías hispánicos. XI. El último libro de caballerías castellano: *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XLVI/2, 1998, págs. 309-356.

<sup>59</sup> La obra de Juan Cano López se encontraba hasta hace unos años en la Biblioteca del Ministerio de Asuntos Exteriores (ms. 24), pero en el año 2012 fue trasladada junto con el resto de los fondos de la biblioteca al Archivo Histórico Nacional, donde todavía se encuentra a la espera de ser catalogada en esta nueva ubicación. El profesor Rafael Ramos dio noticia del hallazgo del manuscrito en el Congreso

En lo que se refiere a la localización e identificación de testimonios manuscritos de los Siglos de Oro, como es nuestro caso, nos ha resultado de extrema utilidad el trabajo de reunión de repertorios de catálogos y de referencias bibliográficas sobre bibliotecas y manuscritos llevado a cabo por Julián Martín Abad<sup>60</sup>. Sin duda, su empleo como *guía* ha constituido una herramienta indispensable en el acceso a los numerosos catálogos que hemos tenido ocasión de consultar. Sin olvidar, claro está, el auxilio y punto de partida de nuestra búsqueda que ha representado la consulta de las bibliografías especializadas en el género, como la citada *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos* –que sigue constituyendo la bibliografía de fuentes primarias más completa sobre el género caballeresco–; así como de otros muchos repertorios bibliográficos de carácter más general, como la magna y todavía no sustituida *Bibliografía de la Literatura Hispánica* de José Simón Díaz<sup>61</sup> –que no por casualidad constituye uno de los escasos jalones en la parca tradición bibliográfica del manuscrito conservado–.

Concluido este rastreo de repertorios y catálogos, el manuscrito 6602 custodiado en la Biblioteca Nacional de España parece representar el único eslabón disponible en nuestra aproximación a la historia de la creación y de la transmisión de la obra del padre Daza. Estamos convencidos de que el estudio exhaustivo de los testimonios constituye una puerta de acceso privilegiada a esta historicidad de los textos, razón por la cual su análisis ha de representar un prolegómeno indispensable a la labor ecdótica y, claro está, a la posterior interpretación literaria de las obras. Así lo afirmaba el profesor Alberto Montaner, a propósito de los problemas de legibilidad presentados por el códice del *Cantar de Mío Cid*:

---

celebrado en la Casa de Velázquez el 3 de junio de 2013, en la ponencia que llevaba por título: «Continuación y reelaboración: un elemento central en la configuración genérica de los libros de caballerías», pendiente de publicación.

<sup>60</sup> Nos referimos a su trabajo: *Manuscritos de España. Guía de catálogos impresos*. Madrid. Arco Libros. 1989; así como a sus dos apéndices: *Suplemento*. Madrid. Arco Libros. 1994; «Manuscritos de España: guía de catálogos impresos (segundo suplemento)», en *Boletín bibliográfico de la Asociación Hispánica de literatura medieval*, 1998, Cuaderno bibliográfico nº 22, págs. 461-520. Huelga decir que, ante la posibilidad de que la obra del padre Daza llegase alguna vez a las prensas, previamente realizamos una búsqueda más amplia en los catálogos de las principales bibliotecas españolas y extranjeras.

<sup>61</sup> *Bibliografía de la Literatura Hispánica*. Madrid. CSIC. 1950-1993. 16 v.

Por más que conceptualmente podamos distinguir entre obra (como artefacto literario, es decir, un determinado producto cultural, pero también un particular objeto cognitivo), texto (en tanto que discurso constituyente de dicho artefacto, sujeto a modificaciones en sus plasmaciones concretas) y testimonio (como documento específico que transmite un determinado texto de una obra dada), es obvio que en la práctica contamos únicamente con los últimos, aunque en sí mismos encierren y supongan los otros dos, y que toda labor ecdótica debe comenzar por el acceso a los testimonios<sup>62</sup>.

Por ello, en el presente capítulo nos detendremos en el examen pormenorizado del *unicum* que nos conserva la *Corónica de don Mexiano de la Esperança*. Así, en primer lugar, se ofrecerá una relación de las pesquisas que han tratado de reconstruir tanto el *iter* seguido por el manuscrito como su tradición bibliográfica; lo que se acompañará, en segundo lugar, de una detallada descripción codicológica en la que se presentará un análisis externo y material del mismo. A continuación, tomando todo ello como soporte, acometeremos el examen de la compleja realidad textual que se encierra en el manuscrito, con el fin de demostrar su vinculación con la fase elaborativa o pre-textual y la consiguiente necesidad de dar cuenta en nuestra edición crítica del texto del proceso genético detectado. Por último, a partir de los datos observados, trataremos de establecer una aproximación al potencial cauce de difusión manuscrita sobre el que parece proyectarse el testimonio conservado.

### 3.1. Historia del manuscrito

En 1987, la hispanista norteamericana Nancy Marino daba noticia de la identificación de un nuevo libro de caballerías en el fondo manuscrito de nuestra Biblioteca Nacional, con la publicación de un artículo en el *Journal of Hispanic Philology* en el que llevaba a cabo una breve descripción del testimonio y una aproximación a las características literarias de la obra<sup>63</sup>. Precisamente en aquel mismo

---

<sup>62</sup> «La fotografía hiperespectral y la restauración virtual de códices medievales: aplicación al manuscrito único del *Cantar de Mio Cid*», en Pedro M. Cátedra (dir.), *Los códices literarios de la Edad Media. Interpretación, historia, técnicas y catalogación*, Salamanca, CiLengua-Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2009, pág. 261.

<sup>63</sup> «An Unknown Spanish Romance of Chivalry, Identified: *Don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe*», en *Journal of Hispanic Philology*, 1987-88 (1989), 12, págs. 15-24.

año tenía lugar la publicación del undécimo tomo del *Inventario general de manuscritos* de la BNE en el que se incluía la ficha bibliográfica del manuscrito 6602, al final de cuya descripción se apuntaba, de forma paralela, una propuesta de identificación genérica: «Creo que es una novela de caballería»<sup>64</sup>. El tópico del manuscrito encontrado volvía a convertirse, una vez más, en una realidad extraliteraria.

Con anterioridad a esta simultánea identificación de la obra, tan solo José Simón Díaz había recuperado para la bibliografía la existencia de este manuscrito en la BNE, proponiendo una significativa adscripción de la obra del padre Daza al corpus de las verdaderas crónicas<sup>65</sup>. A buen seguro, su equívoco título de *Corónica de don Mexiano de la Esperança* debió de contribuir en gran parte a esta actualización de la confusión que una vez viviera el ventero del *Quijote* –tras asumir como auténtico lo que no era sino el conocido recurso a la impostura historiográfica–. Asimismo, esta deficiente percepción del pacto de lectura que proponen los libros de caballerías podría explicar en buena medida la significativa parquedad de la tradición bibliográfica de nuestro manuscrito<sup>66</sup>.

Pues, efectivamente, al margen de la noticia ofrecida en la *Bibliografía de la literatura hispánica*, nuestro testimonio no aparece incluido en ninguna de las entradas de los repertorios bibliográficos consultados –desde Nicolás Antonio en adelante–, como tampoco se encuentra recogido en las bibliografías y estudios especializados en el género caballeresco anteriores a la publicación del trabajo de Nancy Marino. Su

---

<sup>64</sup> *Inventario General de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*. Madrid. Dirección General del Libro y Bibliotecas. 1987, XI (mss. 5700-7000). Es significativo que el inventario tan solo aporte como referencia previa la bibliografía de José Simón Díaz, de la que nos ocupamos a continuación.

<sup>65</sup> J. Simón Díaz, ob. cit., IX, n. 2352. En su ficha bibliográfica se da por error el nombre de «Leonardo de Mendoza» como el del autor del prólogo, en lugar del de «Leonardo de Merlo» –quien, como tendremos ocasión de comprobar, seguramente fue en realidad uno de los poseedores del manuscrito (v. 3.2)–. Asimismo, encontramos otras pequeñas deficiencias en la transcripción del colofón de la obra.

<sup>66</sup> Eisenberg y Marín Pina, al enumerar algunas de las dificultades bibliográficas más notables en el estudio del género de los libros de caballerías, apuntan: «Si todos estos factores no fueran suficientes para entorpecer su conocimiento, los propios libros de caballerías suscitan también múltiples equívocos y confusiones bibliográficas. Fingen ser obras históricas, traducidas de otras lenguas al castellano. Consta que estos engaños, encontrados en prólogos, dedicatorias o notas de los ficticios traductores, confundieron a lectores contemporáneos. También han despistado a libreros, bibliotecarios y bibliógrafos» (ob. cit., pág. 8).



ausencia es absoluta en la *Biblioteca de libros de caballería* esbozada por Clemencín, en el «catálogo razonado» elaborado por Pascual de Gayangos, en la breve bibliografía incorporada por Sir Henry Thomas en su *Spanish and Portuguese Romances of Chivalry*, así como en la que durante las dos últimas décadas del siglo XX constituyó la bibliografía de referencia del género, publicada por Daniel Eisenberg en 1979<sup>67</sup>.

Felizmente, la falta de noticias sobre nuestro manuscrito se interrumpe con el fortuito registro de su existencia en un apéndice del segundo volumen del *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos* de Bartolomé Gallardo, en el cual los editores de la obra ponen a disposición de la crítica un sencillo índice de manuscritos de la BNE copiado por el conocido bibliófilo «del que a la sazón regía y rige aún» en la biblioteca, según se indica en nota al inicio del mismo<sup>68</sup>. Este inventario provisional debió de constituir para él un documento interno de trabajo, por lo que no se añaden más datos al escueto registro de la datación, la autoría y la signatura vigente que el referido catálogo debía de proporcionar sobre cada uno de los numerosos manuscritos recogidos. En

---

<sup>67</sup> Diego Clemencín. *Biblioteca de libros de caballería* [sic] (*Año 1805*). Ed. J. Givanel Mas. Publicaciones cervantinas patrocinadas por Juan Sedó Peris-Mencheta. Barcelona. 1942; Pascual de Gayangos, «Catálogo razonado de los libros de caballerías que hay en lengua castellana o portuguesa, hasta el año de 1800», en *Libros de caballerías I* (único publicado), Madrid, M. Rivadeneyra, 1857 (Biblioteca de Autores Españoles, 40), págs. III-LXII; H. Thomas, *Spanish and Portuguese Romances of Chivalry...*, págs. 316-320; D. Eisenberg, *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century: A Bibliography* (ob. cit.).

<sup>68</sup> Efectivamente, tras las últimas entradas de la letra *f*, encontramos al cierre del segundo volumen un apéndice que lleva por título: «Índice de manuscritos de la Biblioteca Nacional», en cuya primera página aparece la aclaración de los editores a la que hemos hecho referencia, en la cual se revela asimismo el motivo que ha llevado a la inclusión del documento: «Este compendioso catálogo puede ser muy útil, mientras se publica otro más acabado y completo». En la página 19 de dicho índice aparece encabezado por el título de la obra el registro de nuestro manuscrito: «Caballero de la Fe (Primera parte de la Crónica de D. Mexiano de la Esperanza, llamado el), por el padre Miguel Daza (S, 124)» (*Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formada con los apuntamientos de B.J. Gallardo, coordinados y aumentados por M.R. Zarco del Valle y J. Sancho Rayón*. Madrid. Imp. y Estereotipia de M. Rivadeneyra. 1863-1889. 4 v, págs. 1 y 19 [Ed. facsímil: Madrid. Gredos. 1968]). Pese a que en la referida nota preliminar se advierte sobre la posibilidad de que los manuscritos recogidos posean además su correspondiente entrada en el *Ensayo*, nuestras búsquedas a lo largo de los cuatro volúmenes no han reportado resultados, por lo que cabe imaginar que o bien Gallardo nunca llegó a ocuparse de nuestro testimonio, o bien sus notas al respecto nunca llegaron a publicarse. De otra parte, esta ausencia en el cuerpo del *Ensayo* resulta coherente con la que acusamos en el *Catálogo* de Pascual de Gayangos, puesto que fue él mismo el encargado de elaborar las entradas correspondientes a los libros de caballerías del repertorio de Gallardo, refundiendo y completando el trabajo que había publicado tan solo unos años antes para la *Biblioteca de Autores Españoles* (véase B.J. Gallardo, ob. cit., I, pág. VIII).

consecuencia, la mención al *Caballero de la Fe* en este apéndice del *Ensayo* no resulta relevante por las informaciones que ofrece sobre el manuscrito –que apenas si ocupan una línea–, sino porque su propia aparición en el trabajo de Gallardo nos permite confirmar el paradero del testimonio entorno al año 1862 –fecha de la publicación del segundo volumen–.

La inexistencia de referencias anteriores a la llegada del manuscrito al depósito de Recoletos, así como la ausencia de nuevos datos sobre su origen y su recorrido en las escasas fichas bibliográficas recuperadas, viene a coincidir con nuestro infructuoso intento por reconstruir la historia del testimonio. Nada decían de su procedencia los datos ofrecidos por el *Inventario general de manuscritos*, como tampoco las cédulas bibliográficas de los ficheros manuales que hemos podido cotejar en la BNE. Desafortunadamente, tampoco encontramos datos contenidos en el testimonio que pudieran proporcionarnos información alguna sobre su origen: no hay rastro de sellos, marbetes o firmas de instituciones antiguas, ni se presentan marcas de posesión como *ex libris*, dedicatorias, notas de adquisición o de tasación. En este sentido, su encuadernación tampoco ofrece características particulares que pudieran facilitar su adscripción a una biblioteca o fondo determinado, puesto que –como más tarde describiremos– se trata de un diseño corriente del siglo XVIII. Todas ellas, ausencias relevantes, por cuanto podrían habernos ofrecido un primer indicio que abriese la puerta a la reconstrucción del camino seguido por el manuscrito.

Así las cosas, el silencio de su tradición bibliográfica y la carencia de datos sobre su procedencia apuntan al depósito del manuscrito durante siglos en algún fondo particular o conventual, que en un momento indeterminado pasó a engrosar los fondos nacionales. En atención a esta posibilidad, hemos prestado especial atención a los inventarios disponibles de las bibliotecas de los condes de Benavente y de los duques del Infantado –cuyos fondos pasaron a pertenecer en gran parte a la Biblioteca Nacional desde 1884–, con quienes sabemos que nuestro autor debió de guardar una estrecha relación y en cuyos respectivos palacios debió de pasar agradables jornadas de recreación (*vid.* 7.1.1); lamentablemente, nuestras consultas no han recuperado la existencia de testimonio alguno que en principio pudiera asimilarse a las características

de un libro de caballerías manuscrito<sup>69</sup>. Con todo, debe tenerse en cuenta que las noticias que de él puedan ofrecerse podrían hallarse allí –o en cualquier otro de los inventarios consultados– bajo referencias tan comunes y desafortunadas para nosotros como aquellas que nos hablan de un «tomo copiado a mano» o de un «libro de entretenimiento». Asimismo, aunque por el momento la búsqueda bibliográfica no ha deparado más resultados, no puede descartarse que en el futuro aparezcan noticias de nuestro testimonio en alguno de los numerosos inventarios que en la actualidad están siendo objeto de estudio de fructíferos proyectos de investigación<sup>70</sup>.

### 3.2. Descripción codicológica

---

<sup>69</sup> Respecto a la biblioteca de los conde de Benavente, nos ha sido de gran utilidad el trabajo de Miguel Herrero, en el que se estudia un inventario de dicha colección del año 1633 («La biblioteca del conde de Benavente», en *Bibliografía Hispánica*, XXXVII, 1942, págs. 18-33). Por su parte, teniendo en cuenta los trabajos de José Amador de los Ríos y Schiff sobre el origen de la biblioteca del Infantado en la figura del primer marqués de Santillana, en lo que atañe a las posibles adquisiciones del siglo XVI hemos consultado el tardío inventario de José Rocamora, en el que estos fondos se contienen formando parte ya de la Casa de Osuna (*Catálogo abreviado de los manuscritos de la biblioteca del Excmo. Señor Duque de Osuna e Infantado*. Madrid. Fortanet. 1882). Asimismo, hemos localizado la existencia de una tesis doctoral inédita sobre la biblioteca de los Mendoza en Guadalajara hasta el año 1575, que, lamentablemente, no nos ha sido posible consultar: Marcelino Alfonso González Pascual, *La Biblioteca de los Mendoza en Guadalajara (siglos XV-XVI)*, Universidad de Deusto, 1999.

<sup>70</sup> Nos ha sido de gran utilidad el manejo de la magnífica base de datos IBSO, especializada en inventarios y bibliotecas de los siglos XVI, XVII y XVIII, elaborada por el Seminario Interdisciplinar para el Estudio de la Literatura Áurea Española (SIELAE) de la *Universidade da Coruña* (<<http://www.bidiso.es/IBSO/Presentacion.do>>), donde hemos tenido oportunidad de consultar más de 20 inventarios de época, entre ellos, aquellos contenidos en el importante trabajo de Trevor Dadson, *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro* (Madrid, Arco/Libros, 1998) y en el de Pedro M<sup>a</sup> Cátedra y Anastasio Rojo, *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI* (Madrid, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004). De igual modo, nos hemos servido de los trabajos desarrollados en el seno del proyecto de investigación *Bibliotecas particulares del Siglo de Oro*, bajo el auspicio del GLESOC en la Universidad Complutense de Madrid: J. M<sup>a</sup> Díez Borque. *Literatura (novela, poesía, teatro) en bibliotecas particulares del Siglo de oro español (1600-1650)*. Madrid-Frankfurt. Iberoamericana-Vervuert. 2010; J. M<sup>a</sup> Díez Borque (dir.). *Literatura, bibliotecas y derechos de autor en el Siglo de Oro (1600-1700)*. Madrid-Frankfurt. Iberoamericana-Vervuert. 2012.

En la actualidad el manuscrito se conserva en Madrid, en la Biblioteca Nacional de España, bajo la signatura topográfica ms. 6602 (*olim.* S.124)<sup>71</sup>. La pérdida de varios de los folios iniciales motiva el carácter mutilo de los preliminares conservados –a los que tal vez se añadieran otros textos de este tipo que han podido desprenderse por completo del volumen<sup>72</sup>–, así como la ausencia de portada o de rúbrica inicial del primer libro –que comienza accidentalmente al final del capítulo tercero–; pérdidas notablemente desafortunadas, puesto que precisamente en estos textos debían de constar, con gran probabilidad, datos relevantes para la identificación de la obra.

Afortunadamente, algunas referencias importantes pueden recuperarse gracias a las informaciones que ofrecen los paratextos postliminares del testimonio. Así, el detallado colofón que figura al término del cuarto libro nos refiere, en primer lugar, el que con bastante seguridad constituiría el título autorizado por el autor: «Fin del cuarto libro de la *Primera parte de la Corónica de don Mexiano de la Esperança, llamado el Caballero de la Fe*» (f. 373v); título que encontramos recogido con variantes en las rúbricas iniciales de los libros segundo, tercero y cuarto<sup>73</sup>. Asimismo, a continuación, en el mismo lugar se consigna la que con gran probabilidad representa la fecha de finalización de la redacción de la obra –procedente, por tanto, del borrador autorial último– y no de la puesta en limpio apógrafa que representa el manuscrito: «Acabose

---

<sup>71</sup> La signatura anterior figura cancelada en el primer folio de guarda, así como en el reverso de la cubierta. Agradecemos las apreciaciones de Dña. Cristina Guillén Bermejo, quien con mucha amabilidad nos informó de que la anterior ubicación del manuscrito en la BNE respondía a una ordenación temática, que, por tanto, no podía proporcionarnos información alguna sobre su procedencia.

<sup>72</sup> Podemos asegurar la pérdida de al menos un folio para el inicio del prólogo (cuya parte final se conserva en el f. Ir), así como de algunos folios que completasen la tabla de materias (que ocupa únicamente el recto y el vuelto del f. II), habida cuenta de que esta tan solo recoge referencias correspondientes al segundo libro, amén de presentarse sin rúbrica inicial.

<sup>73</sup> Los transcribimos aquí, de acuerdo con los criterios de presentación gráfica de nuestra edición: «LIBRO SEGUNDO DE LA PRIMERA PARTE DE LAS AVENTURAS DE DON MEXIANO DE LA ESPERANÇA LLAMADO EL CABALLERO DE LA FE» (f.101r); «LIBRO TERCERO DE LA PRIMERA PARTE DE LA CORÓNICA [DE] DON MEXIANO DE LA ESPERANÇA, LLAMADO EL CABALLERO DE LA FE» (f. 201r); «LIBRO CUARTO DE LA PRIMERA PARTE DE LA COR[Ó]NICA DE DON MEXIANO DE LA ESPERA[N]ÇA, LLAMADO EL CABALLERO DE LA FE, Y DE SUS ILUSTRÍSIMOS ECHOS Y FAMOSAS AÇAÑAS» (f. 301r). Como más tarde tendremos ocasión de comprobar, de la extensión de cada uno de los libros –transparentada por sus folios de inicio– puede deducirse con facilidad una clara voluntad de equilibrio y simetría en la distribución del texto a lo largo del manuscrito.

año de 1583 a 11 de diciembre, día de san Dámaso Papa» (f. 375v). Así parece probarlo el hecho de que en el cuerpo del texto se haga referencia a sucesos acontecidos en ese mismo año, como los que atañen a diversos nombramientos relacionados con la Corte (vid. 7.1.2.1). Por último, respecto al nombre del autor, únicamente lo encontramos consignado en el último verso del poema laudatorio de Agustín de Mora, donde se atribuye la obra a un tal «padre Daza», del que una apostilla marginal dice: «que es Miguel Daça» (f. 376 r; para una propuesta de identificación del autor, vid. 2).

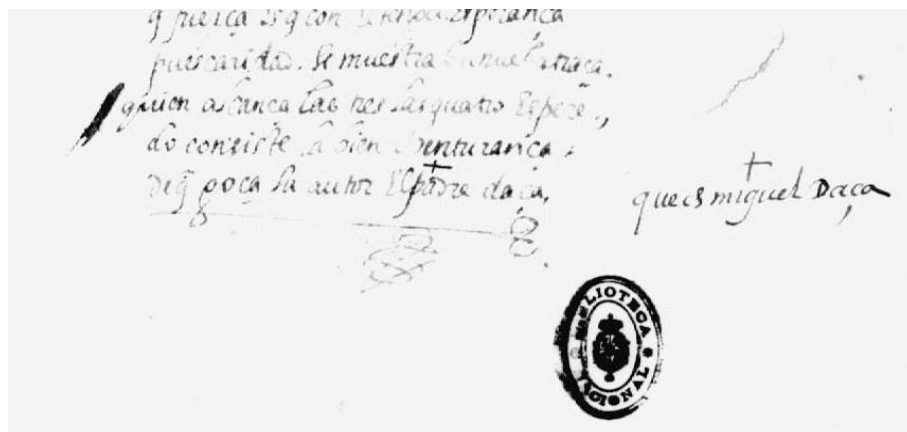


Imagen 1. Detalle del soneto al lector compuesto por Agustín de Mora.

Ms. 6602, BNE, f. 376r<sup>74</sup>.

En cuanto a la descripción externa del testimonio, podemos decir que se trata de un manuscrito en papel de 290 x 220 mm. Se encuentra flanqueado por una hoja de guarda inicial y otra final de un papel diferente al del resto del volumen, como demuestra la filigrana presente en ambas hojas<sup>75</sup>. El cuerpo del manuscrito consta de

<sup>74</sup> Existe una digitalización del manuscrito disponible en la red, en el portal de la Biblioteca Digital Hispánica de la BNE (<<http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>>).

<sup>75</sup> No hemos logrado identificar esta marca de agua, formada por tres círculos superpuestos verticalmente y coronados en el extremo superior por una cruz. Oriol Valls i Subirà, tras documentar el empleo escaso de este diseño en tres círculos durante el siglo XVI, afirma que este modelo «nos invadirá», en cambio, durante los siglos XVII y XVIII: «Será esta filigrana, procedente de la región genovesa, tan avasalladora que algunos historiadores han creído que era española» (*Historia del papel en España*. 1982. Madrid. Empresa Nacional de Celulosas. 1982, II, pág. 121). Efectivamente, el grupo de filigranas más similares recogidas en su repertorio data precisamente del siglo XVIII: n° 25 (1725, Génova), n° 26 (1740), n° 30 (1757), (ob. cit. III, págs. 53 y 55). Del mismo modo sucede con la única filigrana semejante registrada por Gonzalo Gayoso Carreira, la n°377 (1790, no se ofrece identificación), cf. *Historia del papel en España* (Lugo. Diputación provincial de Lugo. 1994, III, pág. 177). Por ello, si bien no podemos descartar una datación anterior, resulta muy significativo que la cronología apuntada por Valls i Subirà coincida

dos hojas foliadas modernamente a lápiz con números romanos, correspondientes a los folios conservados de los textos preliminares; a continuación, encontramos la foliación antigua que se extiende hasta la hoja 376, realizada en números arábigos por la misma mano que copia el texto, con idéntica tinta y pluma. Los folios que podemos identificar como claramente desprendidos o mutilados son los siguientes, sin que se aprecie error alguno en la numeración: ff. 1-9; f. 319, f. 326, f. 344, f. 345, f. 346, f. 347. Por lo tanto, el cómputo real de los folios del testimonio conservado sería: [1] h. + II ff. + 361 ff. + [1] h.

El papel empleado para la composición del manuscrito presenta un claro plegado *in folio*, puesto que los corondeles discurren en posición vertical y las filigranas se sitúan en el centro del folio. Cada uno de los bifolios mide aproximadamente 410 x 282 mm, por lo que posiblemente su formato original fuese de *papel de marca* o *de marca regular*<sup>76</sup> posteriormente refileado, como evidencian la multitud de apostillas marginales que aparecen guillotizadas. A lo largo del manuscrito encontramos diferentes marcas de agua en el papel que nos remiten, en conjunto, a diseños muy comunes en la época de composición de la obra; sin embargo, no hemos podido identificar con exactitud ninguna de ellas con alguna de las descritas en los catálogos disponibles.

A continuación, describimos y localizamos las marcas de agua encontradas en nuestro testimonio, agrupándolas de acuerdo con las categorías habitualmente empleadas para su estudio y clasificación:

CRUZ. La marca de agua empleada en la primera de las dos hojas foliadas modernamente a lápiz presenta una forma similar a la de un corazón o un óvalo con una cruz en su interior; debajo distinguimos las letras «BRP» dibujadas con un trazo simple (aunque reconocemos que la lectura de la *R* no es muy clara, por lo que podría tratarse del hilo metálico que une ambas letras). De acuerdo con la clasificación de Charles M. Briquet, esta filigrana pertenecería claramente al grupo que abarca de la n° 5677 a la n° 5704: «Celui de la croix latine (parfois grecque) inscrite

---

con la época establecida para la elaboración de la encuadernación moderna, con la cual debieron de incorporarse las hojas de guarda.

<sup>76</sup> Según A. Montaner, las medidas habituales del *papel de marca* o *marca regular* eran 440 x 320 mm (cf. *Prontuario de bibliografía: pautas para la realización de descripciones, citas y repertorios*. Gijón. Trea. 1999. pág. 85).

dans un cercle ou dans un écu et accompagnée de lettres alphabétiques, initiales des papetiers»<sup>77</sup>. Este estudioso establece su procedencia en Francia y Génova, fundamentalmente, extendiendo la cronología de las marcas recogidas desde el año 1565 al 1600. Por su parte, Oriol Valls i Subirà defiende el abundante empleo de esta forma por toda nuestra Península, proponiendo una documentación más temprana que la de Briquet; razón por la cual plantea la posibilidad de que existiese una producción autóctona de esta marca de agua desde principios del siglo XVI<sup>78</sup>. Con todo, el grueso de las filigranas por él recogidas remite en su inmensa mayoría al último tercio del s. XVI, período coincidente precisamente con el establecido por el estudioso francés y, asimismo, con los años de composición de nuestra obra<sup>79</sup>.

MANO. A lo largo de los tres primeros libros observamos la aparición de la que probablemente constituye una de las filigranas más extendidas y, sin duda, la más común en la época de composición de nuestro manuscrito: nos referimos a la conocida forma de «la mano», que en nuestro testimonio presenta un gran número de variantes. Las marcas de agua con forma de mano encontradas pueden incluirse, casi sin excepción, bajo la categoría que Briquet describiese como: «Main, aux quatre doigts serrés, le poce seul écarté»<sup>80</sup>; concretamente, los diseños observados se aproximan en su mayoría a la subcategoría de manos que presentan iniciales, recogidas en Briquet desde la n° 11263 a la n° 11312.

Resulta llamativa la gran cantidad de variantes de esta marca de agua encontrada en nuestro testimonio, habiéndonos sido posible individualizar más de diez modelos diferentes. Todas ellas presentan en la parte superior, unida al dedo corazón, bien una flor con cinco o seis pétalos, bien una estrella o flor estrellada de cinco puntas con un trazo muy anguloso. En cada uno de estas categorías, que presentan un dibujo de la muñeca y de la mano muy similar, encontramos modelos fundamentalmente diferenciados por las iniciales identificativas de sus fabricantes, que pueden aparecer en el interior de la palma o a los lados de la muñeca, con trazo doble o simple, o con ambos trazos combinados.

No hemos encontrado en Valls i Subirà ningún modelo que se aproxime a esta variante de la mano con iniciales, como tampoco en la *Historia del papel* de Gayoso Carreira –donde por otra parte se aporta una abundantísima documentación de la filigrana de la mano en el Finisterre

---

<sup>77</sup> *Les filigranes, Dictionnaire Historique des Marques de Papier*. Hildesheim-New York. Georg Olms. 1984, I, pág. 322.

<sup>78</sup> O. Valls i Subirà, ob. cit., II, págs. 128-129.

<sup>79</sup> De entre las filigranas identificadas por estos autores, las más semejantes son: O. Valls i Subirà (ob. cit., II), n° 83 (1533), n° 97 (1596), n° 101 (1600); C. M. Briquet (ob. cit., I), n° 5680 (Syracuse, 1582), n° 5688 (Perpignan, 1596), n° 5690 (Milan, 1600), n° 5704 (Perpignan, 1595).

<sup>80</sup> C. M. Briquet, ob. cit. III, pág. 562.

occidental—. Las marcas de agua más similares a las aparecidas en el manuscrito las hemos localizado entre las recogidas por Briquet, en el interior del grupo arriba referido: para las variantes con flor resultan similares las nº 11269 (Clermont- Ferrand, 1595), nº 11284 (Perpignan, 1572), nº 11293 (Carcassonne, 1577), nº 11295 (Saumur, 1594), nº 11299 (Le mans, 1591) y nº 11302 (Carcassonne, 1596); para la variante con estrella, las nº 11286 (1560) y nº 11289 (Bourges, 1584). Como puede observarse, el conjunto referido remite fundamentalmente al último tercio del XVI, lo que podría apuntar a una procedencia francesa del papel empleado.

SERPIENTE. Desde el comienzo del libro cuarto observamos la aparición de una nueva filigrana en forma de serpiente con cresta o corona que se extenderá hasta el último folio del manuscrito (f. 376r, en el que se incluye el poema de Agustín de Mora), distinguiéndose dos variantes muy similares que alternan en su aparición. Afirma Valls i Subirà: «La filigrana de la serpiente es muy abundante en nuestros libros y documentos de los siglos XV y XVI. Esta serpiente quizás nos quiere representar a la anfisbena serpiente fabulosa, a una culebra o un áspid, todas representadas en la heráldica»<sup>81</sup>. No hemos conseguido documentar en los repertorios consultados ningún modelo semejante a los que aparecen en el manuscrito; antes bien, la cronología a la que remiten las marcas de agua que podríamos establecer como más similares ofrece unas referencias temporales enormemente dispares —algo comprensible, habida cuenta de la temprana y exitosa aparición de esta marca de agua—, de modo que en ningún caso pueden servirnos como orientación para aproximar nuestro diseño a una cronología o a un origen de producción determinado<sup>82</sup>.

En lo que se refiere a la composición y organización de los cuadernos, desafortunadamente la encuadernación es muy prieta e imposibilita la observación del bramante central de los mismos, quedando este oculto e impidiéndonos por tanto examinar su tipología y llevar a cabo la colación del manuscrito. Por otra parte, tampoco se presentan signaturas o reclamos de final de cuaderno que puedan facilitar su seguimiento. Sí observamos, en cambio, el uso de reclamos de final de columna y de final de página que podrían indicar que el manuscrito no estaba destinado para la imprenta, puesto que si bien estos últimos podrían responder a la voluntad de favorecer la ordenación del propio volumen, por el contrario los reclamos de cambio de columna

---

<sup>81</sup> O. Valls i Subirà, *idem*, pág. 166.

<sup>82</sup> Con todo, siquiera como muestra de la prolongada y extendida utilización de esta filigrana, podemos decir que los modelos más similares son: O. Valls y Subirà (ob. cit., II), nº 239 (1543, Madrid), nº 240 (1563); Briquet (ob. cit., IV), nº 13760 (Angers et Nantes, 1518), nº 13763 Valladolid (1525), nº 13766 (Valladolid, 1550), nº 13767 (Londres, 1555), nº 13770 (Clermont-Ferrand, 1577), nº 13799 (Malines, 1566), nº 13815 (Halle, 1502), nº 13819 (Epinal, 1511).



parecen cumplir una función accesoria y ornamental que no tendría cabida en una copia destinada a convertirse en original de imprenta (en la que, de hecho, la propia elección de una disposición de la página dividida en columnas resultaría inusual y extraña; *vid.* 3.4).

En cuanto a la composición de la página o impaginación, el texto se distribuye a línea tirada en el prólogo, mientras que en el texto principal se presenta a dos columnas. Las dimensiones de la caja de escritura son muy variables a lo largo de testimonio, oscilando entre los 205/230 mm de alto y los 85/65 mm de ancho en cada columna. El número de líneas varía entre 29 y 34, aumentándose hasta un total de 47 en los folios finales del libro cuarto a causa de una sensible disminución del módulo de la letra, con la cual se explica asimismo la reducción del número de folios dedicado a este último libro con respecto a la simetría presentada por el resto (76 folios frente a 100 en cada uno de los tres primeros libros). No se aprecia una decoración destacable, a excepción del cuidado con el que se presentan las rúbricas iniciales de cada libro, dibujadas con letras capitales de un módulo mayor, dispuestas a manera de pie de lámpara. Asimismo, el único elemento propiamente ornamental viene dado por la aparición de discretos fileteos o rasgueos que delimitan la parte inferior de muchos de los títulos de los capítulos, dispuestos también con forma de pie de lámpara.

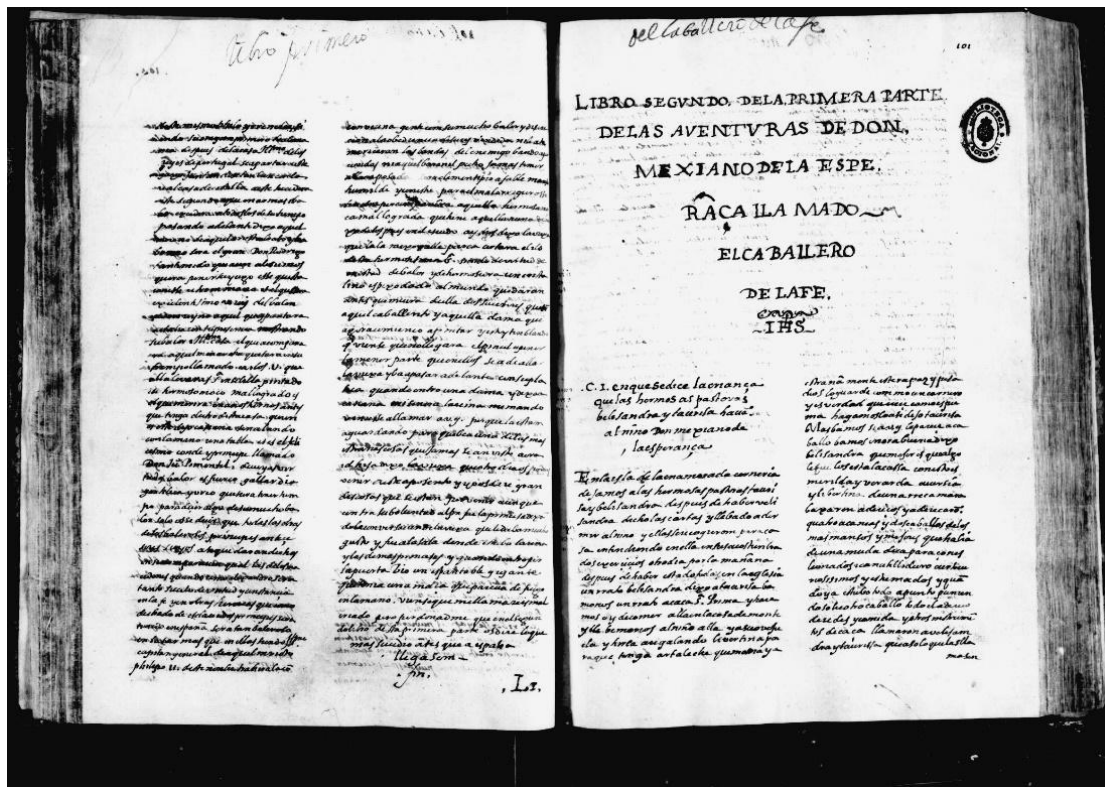


Imagen 2. Puesta en página del manuscrito, comienzo del libro segundo. Ms. 6602, BNE, ff. 100v-101r.

Por otra parte, encontramos en los márgenes del manuscrito una abundante presencia de apostillas marginales de la misma mano que copia el cuerpo del texto: la inmensa mayoría de ellas han sido escritas en latín y constituyen verdaderas glosas al relato que cabe atribuir con total seguridad al autor de la obra, en la medida en que tanto las referencias allí incorporadas como el texto glosado han sido extractados de las mismas fuentes (*vid.* 6.3).

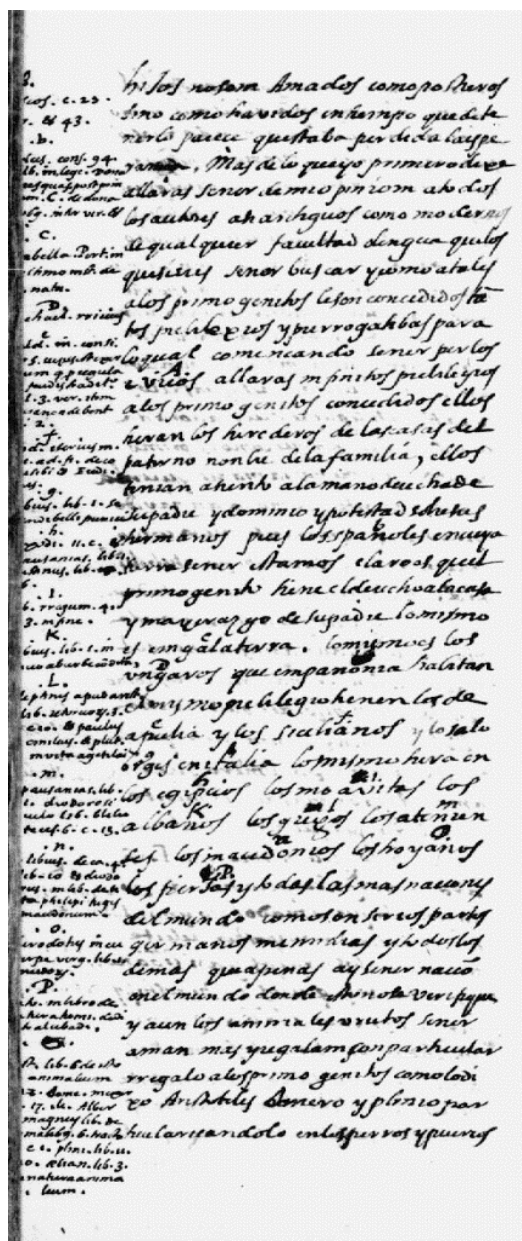


Imagen 3. Apostillas marginales procedentes del original autorial.

Ms. 6602, BNE, f. 192v (detalle).

A estas apostillas que forman parte integrante de la obra cabe añadir otras anotaciones del mismo copista que revisan, corrigen, comentan y anotan el texto del traslado, apuntando hacia la identificación del testimonio como una puesta en limpio de la obra. Por último, en un segundo nivel, podemos distinguir un significativo grupo de comentarios que forman parte de la historia de la recepción del texto, puesto que han sido introducidos claramente por distintos lectores de la obra que tan pronto se permiten

hacer burla del Caballero de la Fe, como corregir referencias erróneas desde el punto de vista cultural o añadir apreciaciones metaliterarias al texto de la narración<sup>83</sup>.

La mano que se encarga de la copia del conjunto de la obra es siempre la misma (mano 1). Se trata de una humanística cursiva muy cuidada, visiblemente inclinada a la derecha<sup>84</sup>. Tan solo encontramos una segunda mano que interviene subsidiariamente en el proceso de configuración textual (mano 2), mediante el traslado del soneto laudatorio de Agustín de Mora que se introduce en el último folio; se trata también de una humanística cursiva, con todo, claramente diferenciable de la mano 1<sup>85</sup>:

---

<sup>83</sup> A este respecto resulta de sumo interés un trabajo de José Manuel Lucía Megías, especialmente dedicado al estudio de las anotaciones marginales como fuente para la aproximación a la recepción coetánea del género caballeresco: «Una nueva página en la recepción de los libros de caballerías: las anotaciones marginales», en Eva León Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (de “Amadís” al “Quijote”). Poética, lectura, representación e identidad*, Salamanca, SEMYR, 2008, págs. 201-238.

<sup>84</sup> Se caracteriza por presentar una irregular separación de las palabras, así como un uso abundante de nexos, en el cual destaca el sistema de unión de los caídos en el caso de las letras *y* / *q*, realizado mediante el trazado de una línea paralela ascendente –detalle que aproxima esta letra a la humanística que se ha dado en llamar *bastarda española* (cf. Tomás Marín Martínez. *Paleografía y diplomática*. Madrid. UNED. 1991, II, págs. 69 y 81)–.

<sup>85</sup> Podemos señalar, entre otros aspectos, las siguientes diferencias respecto de la mano 1: el gran desarrollo de *e* en comienzo de palabra; el predominio de *r* redonda; el trazado de un ojo en la parte superior de *b*, *f*, *l* y *s*; la significativa inclinación hacia la izquierda de *q* sin ligadura; así como la abundante presencia del punto de la *i*.

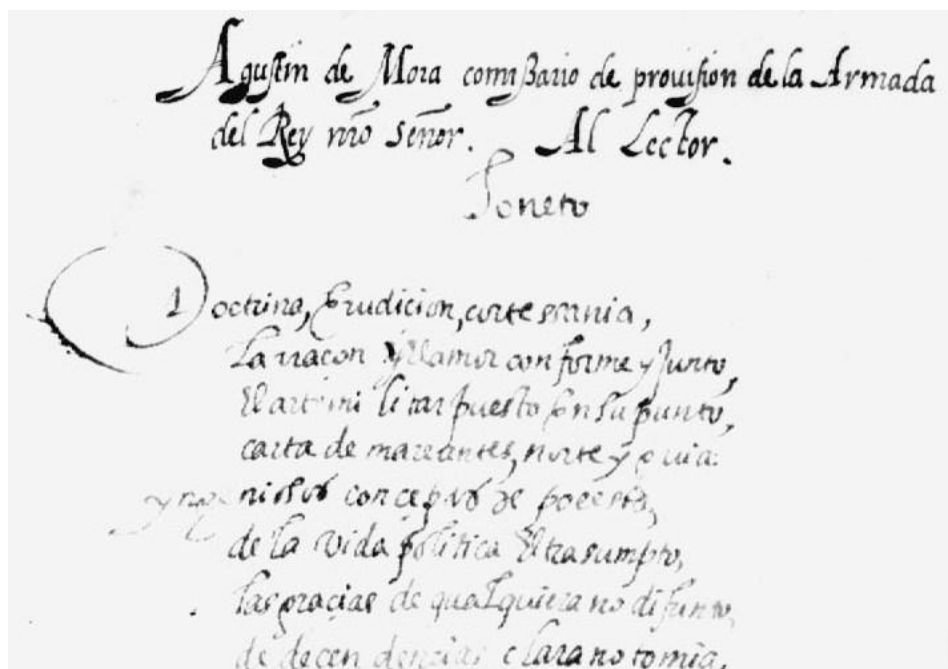


Imagen 4. Mano 2. Ms. 6602, BNE, f. 376r.

El resto de manos detectadas pueden atribuirse con seguridad, como acabamos de apuntar, a distintos lectores de la obra. Si bien la brevedad de muchas de las anotaciones y la rapidez del trazo impiden en muchas ocasiones agrupar y discriminar con certeza las diferentes instancias lectoras que intervienen, creemos haber logrado separar con bastante seguridad la presencia de al menos tres lectores diferentes<sup>86</sup>. De entre ellos resulta especialmente relevante la identificación de la figura de Leonardo de Merlo, cuya rúbrica figura al final del prólogo que aparece incompleto en el f. Ir del manuscrito.

Efectivamente, consideramos que la comparación del estilo, el *ductus* y la tinta de esta firma aconseja asimilarla a una de las manos atribuidas a lectores (mano 3), responsable tanto de algunas anotaciones escritas en romance que figuran al inicio del libro primero, como de un numerosísimo grupo de comentarios *burlones* que hacen su aparición fundamentalmente en los títulos corridos y en los encabezamientos de cada

<sup>86</sup> Hemos numerado estas manos de acuerdo con el orden de su incursión en el manuscrito (manos 3, 4 y 5). En nuestra edición de la obra hemos dado cuenta de estos comentarios de lectores en el aparato de notas al pie, identificándolos siempre en su primera aparición y caracterizando la tipología de sus intervenciones; asimismo, siempre que albergábamos dudas sobre la atribución de alguna anotación hemos dejado constancia de ello en el lugar correspondiente, planteando con transparencia las distintas posibilidades que pueden contemplarse.

uno de los libros<sup>87</sup>. La significativa similitud de la letra y de la tinta empleadas tanto en la rúbrica como en dichas anotaciones –que revelan el uso de una humanística corriente<sup>88</sup> enormemente divergente de la del cuerpo del prólogo, claramente asimilable a la mano 1–, así como el carácter irónico y vulgar de tales comentarios, aconsejan defender la hipótesis de que Leonardo de Merlo fuera en algún momento el poseedor del manuscrito, antes que el autor del prólogo<sup>89</sup>. La aparición de su rúbrica justo al final de tal exordio puede explicarse fácilmente si tenemos en cuenta que, tras desprenderse algunos folios del cuaderno inicial, este sería el primer lugar disponible para que un propietario incorporase al manuscrito su marca de posesión.

---

<sup>87</sup> Como muestra de este tipo de comentarios efectuados por la mano 3, ofrecemos aquí los siguientes, introducidos todos ellos en el lugar correspondiente a los títulos corridos: «En este balle que surco / saldrán a bolber por mí / los bigotes del Gran Turco / y el naso del Gran Sofí» (f. 17v / 18r); «Libro primero del valeroso y imbencible Caballero de la Fe don Maximiano» (f. 20v / 21r); «Cagaxón para el Caballero de la Fe» (f. 97v / 98r); «borracho de la Fe» (f. 135v); «muradal del Caballero de la Fe» (f. 278v / 279r); «estercólenle las barbas al Caballero de la Fe» ( 279v / 280r); «cágome en el Caballero de la Fe» (280v / 281r); «mierda para el Caballero de la Fe» (281v / 282r); etc.

<sup>88</sup> Para la definición de la humanística corriente, véase Juan Carlos Galende Díaz, «La escritura humanística en la Europa del Renacimiento», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Hª Medieval, 1998, 11, pág. 214.

<sup>89</sup> Tal y como Nancy Marino propuso en el artículo que dio a conocer la obra (*cf. ob. cit.*, pág. 17).

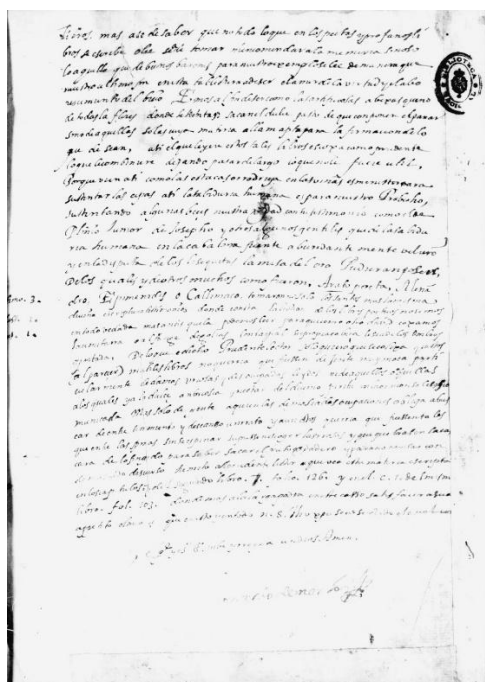


Imagen 5. Rúbrica de Leonardo de Merlo. Ms. 6602, BNE, f. Ir.

Por otra parte, en lo que se refiere a la encuadernación del manuscrito, cabe señalar que está realizada en pasta marrón, presentando un diseño corriente típico del siglo XVIII, con guardas al agua, entintado verde en los cortes del volumen, decoración con hierros dorados en los entrenervios del lomo y rótulo con letras doradas sobre el tejuelo superior, en el que puede leerse sobre fondo rojo: «EL CABALL|DE LA FE». Por último, conviene anotar que a excepción de la pérdida de folios que comentamos al inicio de este epígrafe, el estado de conservación del manuscrito es bueno, no pudiendo apreciarse en él más que algunas leves manchas de humedad que en ningún caso dificultan la lectura del texto.

Así pues, a la luz de lo expuesto hasta aquí, podemos subrayar la visible asimilación del formato material de nuestro manuscrito al diseño corriente de sus congéneres impresos, analizado con gran detalle por José Manuel Lucía Megías en múltiples trabajos<sup>90</sup>. Ciertamente, el formato en folio, la distribución del texto a dos columnas, la presentación de los títulos a modo de pie de lámpara o el empleo de reclamos, si bien no constituyen elementos privativos del género –como sí lo era la

<sup>90</sup> La mejor muestra de todos ellos es su trabajo: *Imprenta y libros de caballerías*. Madrid. Ollero y Ramos. 2000.

presencia de un grabado en la portada, con el profuso empleo del motivo iconográfico del caballero jinete–, lo cierto es que configuran una presentación externa en clara dependencia con el formato presentado por los testimonios impresos. Como tendremos ocasión de analizar en los epígrafes restantes, esta mimesis de la puesta en página del género editorial caballeresco nos certifica en la observación de una cuidada disposición propia de una copia destinada ya a insertarse en la historia de la transmisión del texto, al tiempo que nos alerta sobre el posible cauce de difusión manuscrita escogido para una obra escrita en plena crisis de la imprenta y destinada, además, a un círculo concreto de lectores pertenecientes a la nobleza, deliberadamente escondidos en sus páginas.

### 3.3. Análisis de la identidad textual del testimonio

Sin duda, una de las mayores dificultades en el trabajo de recuperación de la obra del padre Daza ha venido impuesta por el carácter abierto y móvil del proceso de configuración textual que ofrece el testimonio conservado. Efectivamente, si por una parte hemos podido atribuir con relativa sencillez la ejecución de la labor transpositiva a una única mano sobre la que recae el peso completo del traslado de la obra, por otra parte hemos detectado la presencia de un buen número de modificaciones y anotaciones introducidas por esta misma mano que se superponen al proceso mecánico de la copia, revelando así la compleja naturaleza de un texto en movimiento; esto es, un texto que todavía no se ha insertado en el proceso de transmisión de la obra, sino que se encuentra aún sujeto a los esfuerzos últimos de fijación de su presentación definitiva.

En consecuencia, pese a que nuestro manuscrito no ha planteado los problemas de deturpación inexcusables en los códices medievales, por contra, su cercanía con el ámbito de la *inventio* nos ha deparado otro tipo de obstáculos críticos: tales como la clasificación y jerarquización de las diversas enmiendas detectadas –fundamentales en su identificación como borrador, original o copia<sup>91</sup>–; así como la no menos delicada

---

<sup>91</sup> Nos atenemos nuevamente a las categorías de análisis propuestas por Alberto Blecuá en lo que se refiere al establecimiento de la identidad textual de los manuscritos –a pesar de que, como luego veremos, la casuística puede resultar más amplia–: «En general, el *borrador* suele presentar numerosas correcciones –aunque no necesariamente, como sucede, por ejemplo, con las cartas que pueden ser a la vez borradores y originales–; el *original* solo presentará algunas ligeras correcciones –aunque el texto



cuestión de la atribución de dichas intervenciones –que nos pone ante el brete de su posible discriminación como autógrafo o apógrafo<sup>92</sup>–. Por ello, en el presente epígrafe nos proponemos tratar de dar respuesta a estas cuestiones, con el fin de establecer nuestra hipótesis de interpretación de la identidad textual del testimonio.

### 3.3.1. El *original* en su proceso de constitución

En primer lugar, en lo que se refiere al establecimiento de su relación con el concepto de *original*, podemos descartar con un alto grado de seguridad que el manuscrito 6602 de la Biblioteca Nacional represente un borrador del *Caballero de la Fe*, por cuanto nos presenta un texto cerrado, con una clara voluntad de constituirse como la redacción definitiva de la obra. En consecuencia, lejos de detectar la inserción de modificaciones redaccionales significativas propias del proceso de creación –como podrían ser la reescritura o a la adición de determinados fragmentos–, observamos en cambio la ejecución de un texto concebido en su totalidad, equilibradamente distribuido en el desarrollo de sus cuatro libros y notablemente trabado en la construcción de la trama, pese a la compleja red argumental que imponen las técnicas del entrelazamiento y de la interpolación.

En este sentido, las referencias internas que aparecen en el prólogo (f. Ir) –con las que se remite al lector a los capítulos primero y séptimo del segundo libro para completar el hilo argumentativo–, así como las precisas indicaciones de la tabla de materias (ff. Iir/IIv) –que incluso proporcionan el número de columna para la localización exacta de los pasajes seleccionados–, no harían sino manifestar una coherencia conceptual y una cohesión formal extensibles al conjunto de la obra.

---

puede diferir bastante del borrador que le sirve de base–; y la *copia* ninguna» (el subrayado es nuestro), ob. cit., págs. 39-40.

<sup>92</sup> «Por lo que se refiere a las copias no autógrafas, se denomina apógrafo a un manuscrito copiado sobre un autógrafo y que, a veces, suele llevar correcciones del propio autor. Es frecuente el caso de autores que tienen bajo su servicio copistas profesionales que pueden realizar su trabajo sobre un borrador, un original, una copia autógrafa, o sencillamente, al dictado. Para el valor del testimonio resulta de suma importancia discernir entre un apógrafo y una copia cualquiera», A. Blecua, ob. cit. pág. 40.

Asimismo, la propia incorporación de estos elementos paratextuales nos habla ya de la estabilidad de un artefacto acabado, en la medida en que su elaboración requiere de una aproximación global a la creación a la que complementan. Todo ello vendría confirmado, además, por la cuidada disposición formal del testimonio, que, como hemos visto, remeda la puesta en página de los libros de caballerías impresos.

Sin embargo, la consideración de nuestro manuscrito como una simple copia alejada y emancipada ya del taller de su creador se ve dificultada, de otro lado, por la presencia de un grupo de cambios que parecen incorporar una revisión última a este texto definitivo de la obra. A continuación, ofrecemos una propuesta de clasificación del conjunto de intervenciones encontradas, estableciendo una primera separación entre aquellas enmiendas que se llevan a cabo sobre las incoherencias heredadas del modelo de copia, frente a aquellas otras modificaciones que se proponen libremente en el manuscrito. Esta división nos permitirá, por una parte, aproximarnos a la naturaleza de los materiales que se emplean como fuente; así como, por otra parte, discriminar el alcance de las innovaciones que se introducen propiamente en el testimonio. De este modo, mediante la unión de ambas perspectivas, podremos discernir con precisión el lugar de nuestro manuscrito en el proceso de configuración del *original* del *Caballero de la Fe*.

### **3.3.1.1. La corrección del borrador último**

En primer lugar, distinguimos la presencia en nuestro testimonio de un grupo de intervenciones que no conllevan una incursión libre del artífice de la copia sobre el texto, sino más bien una labor correctora con la que se propone actualizar y unificar la redacción resultante del traslado mediante la subsanación de las incoherencias detectadas. Quizá el grupo de enmiendas más interesante en este sentido sea aquel que persigue la resolución de una convivencia no deseable de variantes autoriales en los antropónimos de la obra. Esta alternancia de formas manifiesta una inestabilidad propia de la labor creativa que no ha sido resuelta convenientemente en el modelo de la copia, por lo que la variación inherente al ámbito autorial alcanza todavía a nuestro manuscrito hasta que es resuelta en él al hilo de una revisión posterior.

Así sucede, por ejemplo, con el nombre de la Princesa de Rusia, que es llamada alternativamente *Princesa de Polonia* hasta que una modificación ulterior subsana la variación. Esta resolución puede observarse a la perfección al inicio del capítulo 5 del libro primero, donde comienzan a aparecer las modificaciones en la dirección que se indica con claridad en una anotación marginal: «Diga siempre Princesa de Rusia» (f. 17r)<sup>93</sup>.

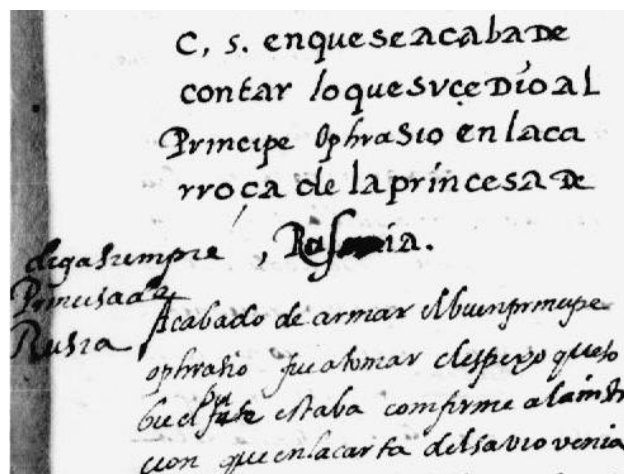


Imagen 6. Cambio introducido por la mano 1. Ms. 6602, BNE, f. 17r (detalle).

Del mismo modo, en el proceso de copia del segundo libro se introducen indistintamente los nombres de *Libertina* y de *Lenia* para un único personaje, ambigüedad que es subsanada posteriormente en favor de la primera opción, toda vez que el copista se ha percatado de ello. Así, a partir del quinto capítulo del segundo libro encontraremos entre líneas o en los márgenes la corrección cuasi sistemática del nombre de *Lenia* por el de *Libertina*, precisamente tras la incorporación de una anotación que

<sup>93</sup> Así, por ejemplo, la secuencia de variación que encontramos en el primer libro con anterioridad a la validación del título de «Princesa de Rusia» es la siguiente: capítulo tercero, *Princesa de Rusia* (1 aparición); capítulo cuarto, *Princesa de Rusia* (3) / *Princesa de Polonia* (2); capítulo quinto, *Princesa de Polonia* (5) / *Princesa de Rusia* (1) / *Princesa de Polonia* (2). El artífice de la copia suprime la variante de *Princesa de Polonia* a partir del capítulo quinto, seguramente en favor de la lección que había encontrado en primer lugar. Parece más plausible pensar que la variación existente proviene del modelo de copia, en el que probablemente se había introducido y escogido la variante no triunfante (*Princesa de Polonia*); de esta manera, el encargado de efectuar la copia en limpio se habría encontrado con una alternancia de formas en el modelo que interpreta libremente, decidiendo en el sentido inverso al que allí parecía proponerse. De lo contrario habría que suponer que el artífice de la copia decide introducir un cambio en el nombre del personaje para más tarde volver a la lección primitiva; esta segunda opción, que contemplaría la introducción de los cambios en la copia en limpio, resulta menos económica, tanto más si tenemos en cuenta que entraría en contradicción con la direccionalidad del resto de casos detectados.

reza: «Lenia o Libertina todo se es uno» (f. 116v). Con todo, tanto en el caso de la *Princesa de Rusia* como en el de *Libertina*, las variantes no sancionadas quedan sin corregir en algunas de sus apariciones anteriores a las indicaciones anotadas por el copista; de este modo, la variación se resuelve tan solo parcialmente, quizás con la confianza de que los traslados posteriores recogerían los cambios propuestos de forma satisfactoria.

Frente a esta intervención en la resolución de variantes redaccionales, encontramos otros casos en los que, por el contrario, no observamos un decidido intento de estabilización. Así ocurre con la aparición de un nuevo nombre para el personaje de *Mario Italiano*, que pasará a llamarse *Mauro Italiano* a partir del capítulo 15 del libro segundo. En este caso, resulta llamativo que esta convivencia de formas en el manuscrito tan solo sea corregida una vez, precisamente en la única ocasión en que ambas variantes aparecen juntas en el mismo capítulo (15, II; f. 157v, n. cdlxxi). Ello podría hablarnos de una opción deliberada del copista por respetar la alternancia, tal vez aconsejada sencillamente por la estabilidad que ofrece la distribución de ambas formas— en virtud de la cual, ciertamente, el lector quedaría preservado del error interpretativo—. En otras ocasiones, sin embargo, parece ser el carácter marcadamente puntual de la irrupción de la lección primitiva lo que ocasiona que esta pase inadvertida para el copista y, por tanto, no resulte corregida<sup>94</sup>.

Junto a esta aparición de variantes autoriales podemos observar aquellos casos en los que el copista se propone resolver la presencia de informaciones contradictorias procedentes del borrador, favorecidas generalmente por la constante suspensión del argumento y por la notable extensión del manuscrito. En la mayor parte de los casos las enmiendas del copista se traducen en la simple selección de una de las variantes proporcionadas explícitamente por la narración. Sin embargo, en algún caso la corrección de la discordancia detectada requiere de una intervención más profunda: bien mediante la reformulación de varios de los elementos implicados en la información

---

<sup>94</sup> Así ocurre con los nombres del príncipe Zaulemo o del propio cronista Nictemeno, que en sendas ocasiones son llamados *Zambrino* (f. 319r) y *Agatandro* (f. 332r) respectivamente. Del mismo modo, en varias casos detectamos la puntual aparición de un nuevo nombre para alguna de las criadas ya conocidas por el lector, sin que nos sea posible establecer a cuál de ellas pretende hacerse referencia (como sucede con las variantes únicas de *Galianisa* [f. 66r] y *Casilda* [f. 55v]).

errónea (como ocurre con el equívoco reiterado en la referencia al número de las torres del castillo de la Rubia Mora [17, II; f. 162v, n. cdlxxix]); bien mediante la incorporación de una nueva variante plausible en el contexto del pasaje (tal y como sucede con la utilización del nombre de la amazona *Menalipe* para dos personajes diferentes, que obliga al copista a introducir un nuevo nombre en dos ocasiones [17, III; f. 283r, n. dcccxlx]).

Esta permanencia de ligeras deficiencias en la coherencia textual, unida a la existencia de la variantística propia del ámbito autorial observada en los nombres de los personajes, evidencia todavía una inestabilidad característica de los materiales *prerredaccionales* o genéticos que conforman la fase de creación, razón por la cual resulta necesario establecer la existencia de un borrador autorial anterior en el que tienen su origen estas irregularidades. Con todo, el reducido número de correcciones efectuado sobre el texto resultante de la copia confirma por su parquedad la naturaleza definida y estable de la redacción ofrecida por este borrador, al que por tanto cabe considerar como un borrador último en el que debía de presentarse ya el texto de la obra que pretendía configurarse como definitivo. Todo ello queda ratificado, además, por la calidad de los cambios que se proponen propiamente en nuestro manuscrito, puesto que, como ahora veremos, en ningún caso afectan al ámbito de la *inventio*.

### **3.3.1.2. La revisión de la puesta en limpio**

Si las correcciones hasta aquí analizadas tenían su origen en las carencias propias de los materiales de creación que sirven de fuente a nuestro testimonio –por lo que suponen una intervención más o menos objetiva sobre el texto proporcionado por el modelo–, en cambio, las modificaciones que ahora describiremos se introducen en superposición a la redacción resultante de la copia, por lo que implicarán una apropiación personal de la misma. En el interior de este conjunto de injerencias pueden establecerse dos grandes categorías, originadas en motivaciones muy diferentes del artífice de la puesta en limpio: de un lado, encontramos un nutrido grupo de enmiendas propuestas al texto de la copia que persiguen incidir en el plano de la *elocutio*; de otro

lado, detectamos el expurgo de un buen número de pasajes que pretende defender el argumento de la obra de cualquier rastro de erotismo.

○ **Intervenciones en el plano de la *elocutio***

La mayor parte de modificaciones del primer grupo se concretan en la subsanación de la repetición abusiva de un vocablo en un mismo periodo o de la aparición de dos palabras de idéntica raíz en un mismo sintagma. Este tipo de enmienda es profuso y constante a lo largo del texto y se traduce en la eliminación del término en cuestión o en su sustitución por otro elemento, en muchos casos pronominal. Algo que no deja de resultar curioso, por cuanto con ello se manifiesta una preocupación de estilo ausente en muchos de los primeros libros de caballerías<sup>95</sup>. A lo largo del aparato de notas textuales de nuestra edición de la obra pueden encontrarse multitud de ejemplos, de entre los cuales hemos seleccionado como muestra los siguientes:

- Eliminación del adjetivo *hermoso*, empleado hasta en trece ocasiones en el capítulo 19 del libro segundo. Su abundante cancelación puede observarse fácilmente en el f. 170v:

---

<sup>95</sup> Quizá uno de los ejemplos más conocidos en este sentido sea la crítica del Antonio Torquemada en su *Manual de escribientes* al estilo de Feliciano de Silva: «En esto pecó en grande extremo el autor de aquellos libros que se llaman *Amadís de Grecia* y *Don Florisel de Niquea* y otros, porque, después de leída vna coluna y vna plana, no podréis entender ni rresumir cosa ninguna de las que ha d[ic]ho, y en cada rringlón hallaréis vnos vocablos de preuilegio y matiz y ensalçado y otros semejantes, que ni los que lo leen lo entienden, ni el que los escriuió pudo entenderlos», Ed. M<sup>a</sup> Josefa C. Zamora y A. Zamora Vicente. Madrid. RAE. 1970, pág. 71.



estremadas en este arte». Donde se había escrito: «Les hizo tañer y cantar estremadamente, que todas eran estremadas en este arte» (f. 88v).

En este mismo nivel de revisión debemos observar las modificaciones que afectan a los poemas de la obra, a pesar de que la dilucidación de la intencionalidad en ellas subyacente resulta mucho más compleja que en los casos anteriores. Pues, ciertamente, en la mayoría de casos los cambios introducidos por el artífice de la copia parecen operar justamente en contra de la estructura métrica y estrófica de la composición. Sin embargo, toda vez que reconocemos la notable inseguridad con la que nos es dado reconstruir la versión que el copista tiene delante, su valoración conjunta nos hace pensar precisamente en una revisión estilística guiada por un criterio estético divergente, por el que se prima la expresividad, la soltura y la corrección de la redacción sobre la pureza de las formas poéticas.

Así parece suceder en el capítulo primero del segundo libro, cuando el copista elimina la segunda aparición del sintagma *su amigo* en la misma estrofa, lo cual le obliga a añadir a la quintilla un sexto octosílabo que resulta exigido semánticamente por la nueva variante *testigo* (f. 104v):

Y pues Corneria se fue  
y el alma llebó consigo  
de Gabianisandro su amigo,  
el cuerpo le sepulté  
yo mismo siendo testigo  
del gra[n] mal que aquí passé<sup>96</sup>.

Esta propuesta de modificación recuerda a las numerosas ocasiones en que el copista se proponía evitar un poliptoton desafortunado, con la diferencia de que en este caso la resolución de tal preocupación estilística se lleva a cabo al precio del sacrificio de la forma estrófica. Esta misma contraposición de criterios estéticos puede

---

<sup>96</sup> En la primera redacción el último verso de la quintilla decía: «Yo mismo como su amigo». En lo que respecta a la medida anómala del tercer verso, así como a algunas otras peculiaridades de la composición en la que se inserta esta estrofa, puede consultarse la nota correspondiente en nuestra edición de la obra.



extrapolarse a la comprensión de aquellos casos en los que encontramos la inconveniente adición o supresión de sílabas necesarias a la medida del verso, en favor de las cuales tan solo pueden aducirse mejoras subjetivas en la redacción resultante. Así, por ejemplo, podría entenderse un refuerzo enfático de la dimensión apelativa del poema en la siguiente adición: «En ti Taurisa la esperançã / tengo puesta de tal arte...»; donde encontráramos: «En Taurisa mi esperançã / tengo puesta de tal arte...» (f. 135r). O bien la consecución de un estilo más suelto en la supresión que se propone al octosílabo «dama la del verdugado», en el segundo verso de la siguiente quintilla (f. 117r):

Según tu buena intención

dama del verdugado

no quisiera estar capado

ni ser viexo en conclusión

para te haver contentado.

En cualquier caso, las modificaciones efectuadas sobre los poemas se traducen siempre en adiciones o supresiones como las aquí observadas, por lo que en ningún modo consideramos conveniente entender que suponen propiamente una propuesta de reescritura de las composiciones. Antes bien, todas ellas parecen obedecer a la voluntad de introducir alguna mejora estilística en la redacción de las mismas –con resultados ciertamente cuestionables–, cuya interpretación exacta debemos dejar en suspenso en la mayoría de ocasiones ante la imposibilidad de reconstruir con seguridad la versión que presentaba el modelo de copia.

#### ○ **Injerencias de orden censorio**

En un segundo nivel, encontramos un grupo no menos numeroso de intervenciones censorias que afectan invariablemente a pasajes de tono erótico o a conversaciones en las que se revelan con picardía intimidades tocantes a la sexualidad de la mujer. En todos estos casos el copista resuelve los escrúpulos morales que tales

fragmentos podían plantear optando por la supresión de los mismos, bien mediante el empleo de unas pequeñas cruces que delimitan el fragmento afectado, bien mediante su cancelación directa con líneas transversales u horizontales, que tan solo en escasas ocasiones dificultan la legibilidad del texto. Estas propuestas de censura vienen muchas veces acompañadas por indicaciones en los márgenes, tales como: «esto me parece que se borre» (f. 233v); «bórrese» (f. 234v); «esto se quite» (f. 247r); «ojo» (f. 254r); «era buena retórica, mas sensual un poco» (f. 299r), entre otras.

Tan solo en alguna ocasión puntual la desaprobación del copista parece materializarse en un cambio en la redacción, precisamente en aquellos lugares en que se trata de limpiar el fragmento en cuestión de alguna expresión localizada de tono procaz. Así, en el capítulo 12 del último libro, el copista matiza la explicitud con la que Alejandra comunica a su prima Brisaida sus intimidades matrimoniales, trocando las connotaciones sexuales del adjetivo *molida* por la vaguedad de la expresión «no sé cómo»: «¡Ay, mi señora! En mi ánima que me tiene no sé cómo este español!» (12, IV; f. 342r, n. cmlxxxix). La intención admonitoria de esta rectificación queda confirmada por la incorporación de una cruz en el margen del folio, cuyo empleo parece restringirse a las indicaciones de tipo censorio. Del mismo modo cabría interpretar el cambio del adjetivo *condolida* por el de *medrosilla* en el capítulo 30 del libro tercero, donde se dice el modo en que Brisaida volvía tras mantener relaciones con su marido: «Benía medrosilla la princesa de la sala» (30, III; f. 301r, n. dcccxciii).

#### ○ **Otras intervenciones**

Por último, junto a estos dos grandes grupos de intervenciones cabría observar un pequeño número de modificaciones que implican la corrección de determinados datos ofrecidos por la narración. Pese a que una primera lectura de los mismos podría hacernos pensar que estamos ante auténticas variantes redaccionales propias de la labor creativa –de la cuales constituirían ejemplos únicos–, lo cierto es que un análisis más profundo de su casuística revela motivaciones concretas, fácilmente explicables en el ámbito de preocupaciones manifestado por la revisión del artífice de la copia.

Así, consideramos que en una parte de estos casos es necesario entender que los cambios obedecen a una voluntad de reforzar el decoro y la verosimilitud del relato, con un celo parejo al que promueve las modificaciones estilísticas descritas más arriba: tal sería el caso de la manipulación de las edades de algunos personajes (11, III; f. 235v, n. dxcix y 13, III; f. 245v, n. dccxxiv) o de la rectificación del número de jornadas invertido en el transcurso de alguna aventura (11, I; f. 41r, n. xcii y 13, III; f. 242v, n. dccxvii). Por el contrario, en otra parte de los casos creemos que el origen de los cambios no se encuentra en un cuidado del decoro, sino más bien en la necesidad de introducir una corrección sobre una información que se considera errónea desde el punto de vista referencial<sup>97</sup>. En consecuencia, tampoco estas correcciones deben entenderse en el marco de las manipulaciones autoriales inherentes a la fase elaborativa, sino más bien en el ámbito de actuación de un copista que se siente en la libertad de proponer la corrección puntual de algunos datos que estima desafortunados de acuerdo con su competencia lectora.

### 3.3.1.3. El nacimiento del *original*

Como ha podido observarse, ni la corrección efectuada sobre el borrador último ni la revisión realizada sobre la puesta en limpio del texto inciden propiamente en la labor de creación de la obra. Dicho lo cual, podemos afirmar, por tanto, que aquellas operaciones propias del ámbito de la *inventio* han sido concluidas en el modelo de copia, reservándose para nuestro testimonio intervenciones de segundo orden, esto es: una corrección neutral de incoherencias textuales, una propuesta de revisión estilística y una inexcusable inspección moral del contenido. Actuaciones todas decisivas en la presentación final de la obra.

Así pues, recapitulando los hechos analizados en el presente apartado, podemos concluir que el testimonio conservado sirve de receptáculo al texto de un borrador

---

<sup>97</sup> Así ocurre con la corrección de la referencia a la ciudad de Roma, que claramente se confunde con Troya (6, II; f. 123r, n. cccxlv). Pero, sin duda, el cambio más interesante viene ofrecido por la modificación introducida en la datación del nacimiento de Hércules, en el que se aprecia el seguimiento de dos fuentes históricas divergentes (*vid. infra*).

último que ofrece ya una redacción definitiva de la obra, respecto del cual nuestro manuscrito representa una puesta en limpio que tan solo requiere de ligeras correcciones. A este texto copiado y corregido el artífice del traslado superpone una revisión o examen final que determinará la configuración definitiva de la obra, de manera tal que la versión última del *Caballero de la Fe* se hallaría virtualmente contenida en nuestro testimonio como resultado de la incorporación de las correcciones y revisiones propuestas. Todo lo cual nos colocaría ante el último eslabón de la fase de génesis, «que incluye la puesta en limpio del texto, de mano del autor o bajo su tutela»<sup>98</sup>. Lo que en términos ecdóticos equivale a considerar nuestro testimonio como el *original* de la obra, entendiendo por este la «redacción hecha sobre el borrador de un texto o, en general, la realizada por el mismo autor, o bajo su dirección, y considerada por él como definitiva»<sup>99</sup>.

Pues, indudablemente, el complejo proceso de configuración textual que recoge nuestro manuscrito se proyecta sobre posibles copias posteriores en las que se recogerían el conjunto de cambios propuestos, quedando allí definitivamente neutralizada la inestabilidad propia de la fase elaborativa para dar paso a la variantística intrínseca a la historia de la transmisión. Pero, si bien estamos seguros de que en esta segunda fase los copistas y escribientes profesionales serán los protagonistas indiscutibles, ¿podemos afirmar con la misma certeza que el autor haya constituido el único actor en el taller del que surge el *original* del *Caballero de la Fe*?

### 3.3.2. La filiación de un original póstumo

Toda vez que hemos establecido la naturaleza de puesta en limpio del texto del manuscrito, cabe preguntarse por la identificación del responsable de la copia y, sobre todo, de las revisiones observadas –que, como hemos visto, van más allá de la corrección inherente al proceso de copia–. Como ya dijimos, a la luz de la comparación

---

<sup>98</sup> P. Sánchez-Prieto, «Difusión vs. transmisión en la historia de los textos medievales», en *Incipit*, 2007, 27, pág. 194.

<sup>99</sup> Pilar Ostos, María Luisa Pardo y Elena E. Rodríguez. *Vocabulario de codicología*. Arco Libros. Madrid. 1997, pág. 129.

de manos nos inclinamos por pensar que tanto el conjunto de estas enmiendas como el traslado del cuerpo del texto son obra de las misma persona<sup>100</sup>, por lo que las posibilidades se reducen, en consecuencia, a la consideración del texto como un autógrafo del padre Daza o, por el contrario, como una copia efectuada por un conocido o un escribiente profesional que trabajarían sobre un último borrador autorial<sup>101</sup>.

A falta de otros documentos autógrafos del padre Miguel Daza que nos permitiesen llevar a cabo una productiva comparación con la letra de nuestro testimonio, así como ante la ausencia de cambios redaccionales tan solo atribuibles a una instancia autorial, no contamos con los indicios necesarios para apuntar con certeza hacia el autor de la obra como artífice de la copia. Así las cosas, no nos sería posible avanzar en el establecimiento de una hipótesis de identificación de no ser por la reveladora presencia de algunas apreciaciones puntuales que complementan las revisiones efectuadas, en las cuales se consignan valoraciones de todo punto extrañas a la autonomía creativa esperable en un autor.

Probablemente, el ejemplo más significativo venga ofrecido por la propuesta de corrección que encontramos en el capítulo 27 del libro tercero, en la que se sugiere el ajuste del color de las armas moradas de un caballero de acuerdo con la designación que se había dado en su primera aparición como «caballero de las armas verdes» (f. 288r). Bajo la palabra *moradas* puede observarse una pequeña marca que ha de interpretarse de acuerdo con la reveladora indicación escrita en el margen: «Diga verdes si quisiéredes, si no poco ba en ello». A la vista de que la corrección abre un diálogo con una segunda instancia, cabe preguntarse: ¿a quién habría de pedir autorización un autor

---

<sup>100</sup> Queremos agradecer a la profesora Paloma Cuenca Muñoz su inestimable ayuda en la comparación paleográfica de las distintas manos del testimonio.

<sup>101</sup> Dejadas al margen otro tipo de prácticas como la escritura al dictado por parte de escribientes o pendolistas –que, si bien fue habitual en el caso de las relaciones de sucesos, estimamos poco plausible en el caso de una obra de la extensión de nuestro testimonio–, es un hecho profusamente constatado la costumbre de encargar una copia en limpio del manuscrito autógrafo a un copista profesional, con el fin de iniciar su andadura manuscrita o impresa. Dice Martín Abad a este respecto: «En los primerísimos momentos el original fue siempre un manuscrito. Avanzado el siglo XVI está plenamente documentada la costumbre de utilizar una copia a limpio, bien realizada por el propio autor, bien de mano de un copista profesional. Esta era frecuentemente revisada de segundas por el autor, que procedía a tachar, a interlinear o añadir ladrones o texto nuevo en los márgenes», *Los libros impresos antiguos*. Valladolid. Universidad de Valladolid. 2007, pág. 25.

para efectuar una modificación en la redacción de su propio texto? Y, por otra parte, si no es el autor, ¿acaso se dirige a él un copista que trabaja bajo su encargo?<sup>102</sup>

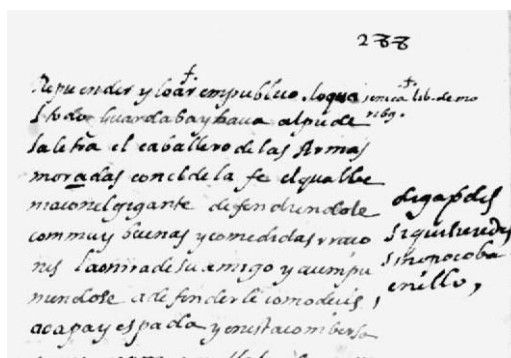


Imagen 8. Anotación de la mano 1. Ms. 6602, BNE, f. 88r (detalle).

En el mismo sentido cabe interrogarse acerca de la anotación que introduce el artífice de la copia a una de las propuestas de censura llevadas a cabo sobre el texto, en la que puede leerse: «Era buena retórica, mas sensual un poco» (30, III; f. 299r). En este caso, el matiz valorativo que acompaña a la corrección hace más difícil la hipótesis de una autocensura que hubiera sido aplicable, en cambio, en el resto de ocasiones<sup>103</sup>. Este mismo distanciamiento parece manifestar aquella otra aseveración que indicaba: «Esto me parece que se borre» (10, III; f. 233v). Y, sin embargo, la autoridad que requiere una

<sup>102</sup> Este diálogo abierto con el autor se ha detectado, por ejemplo, en el intrincado proceso de corrección de los manuscritos conservados de *Los Coloquios de Palatino y Pinciano* de Juan de Arce de Otálora, todos ellos insertos todavía en la fase elaborativa de la obra. La profusa y sorprendente variedad de manos observada en la compleja corrección de cada uno de los tres testimonios –en cuya revisión intervienen al menos un total de ocho manos diferentes– ha sido brillantemente analizada por el profesor José Luis Ocasar en diversos estudios. Ante la imposibilidad de formular una sola hipótesis plausible, Ocasar propone tres interesantes explicaciones para tan excepcional proceso de creación: imaginar una suerte de taller literario en el que se trabaja en equipo; pensar en un autor, Arce, «que ejerce de director de personas que en mayor o menor medida participan con sus historias o lecturas en la obra de un amigo o pariente»; o, por último, observar a Arce como un autor solo en primer instancia que, a partir de un punto indeterminado, quizá por su muerte, habría dejado el control de su obra en manos de sus albaceas. Hipótesis todas ellas que vendrían a ampliar y a enriquecer el posible contexto de producción de nuestro manuscrito; véase *La lucha invisible. Estudio genético-literario de los «Coloquios de Palatino y Pinciano»*, de Juan Arce de Otálora. Valladolid. Universidad de Valladolid. 2008, pág. 53.

<sup>103</sup> Los trabajos de la profesora Ana Vian Herrero sobre el anónimo *Crotalón* atestiguan con gran minuciosidad y rigor cómo las supresiones ideológicas podían correr también a cargo del propio autor, con una perspectiva autocensoria que pretende anticiparse a posibles problemas en la recepción de su obra. Su análisis resulta extremadamente esclarecedor, dada la escasez de materiales prerredaccionales conservados de los Siglos de Oro (cf. «El yo creador y su proceso de elaboración artística: la génesis de *El Crotalón*», en *Dicenda*, 1994, 12, págs. 217-239).

intervención de este tipo dificulta, por otra parte, su asignación a la figura de un simple escribano profesional.

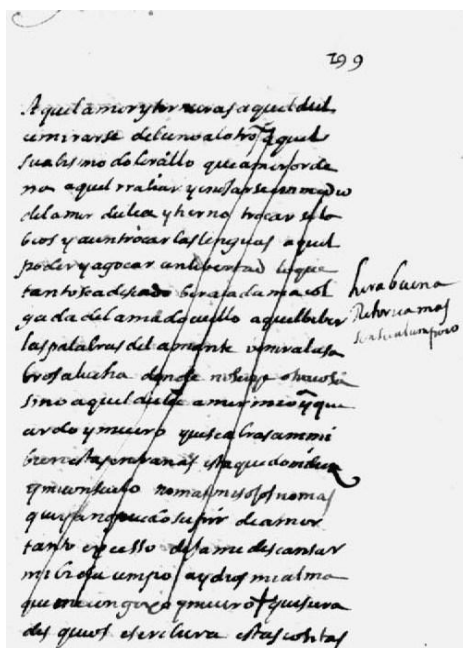


Imagen 9. Anotación censoria de la mano 1. Ms. 6602, BNE, f. 299r (detalle).

A estos comentarios insertados al hilo de la revisión del texto cabe añadir unos reveladoras anotaciones a la narración que parecen confirmar por completo que la mano que copia no es la del autor, en la medida en que resultaría de todo punto forzado suponer que es el padre Daza quien valora tan gratuitamente su propia escritura. Así, en el capítulo 15 del libro primero, a propósito de la relación que Areusina realiza para su ama Gracisilda de su estancia en tierras españolas, el copista identifica en el margen cuál es la ciudad que merece las alabanzas de la doncella, comentando: «Verdad que todo esto y más ay oy en Sevilla» (f. 59r). Igualmente llamativa resulta la anotación que acompaña a uno de los parlamentos de las pastoras Belisandra y Taurisa, en el cual se detienen, como en tantas ocasiones, a dialogar y debatir sobre cuestiones de alta trascendencia, tales como la naturaleza y el origen del amor. Así, junto a la enunciación por parte de Belisandra de que el amor no es sino un deseo de gozar de lo hermoso –de acuerdo con los sabios antiguos–, el copista anota: «Es muy buena y verdadera filosofía» (II, 1; f. 102r).

Al distanciamiento que implican todas estas anotaciones –que a nuestro entender constituyen el argumento de mayor fuerza para descartar el carácter autógrafo del manuscrito–, cabría sumar otra serie de indicios. Tal es el caso de la extraña contraposición de criterios estéticos observada en la corrección de los poemas de la obra –en la que parecía proponerse la superposición de un juicio divergente en la mejora de la calidad estilística de los mismos–, o el de aquellos cambios introducidos en algunas variantes redaccionales a partir de referentes extradiagéticos contrapuestos. De entre estos últimos ejemplos, quizá el más aleccionador sea aquel que propone una modificación en la datación del nacimiento de Hércules, en la medida en que la primera de las variantes concuerda con aquella propuesta por la fuente secundaria de la que el autor extracta el pasaje; esto es, la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, donde la fecha ofrecida sigue a Eusebio (20, II; f. 173v, n. dxxxviii). Habida cuenta de la pasividad con la que autor parafrasea siempre los materiales secundarios que le sirven de fuente –empleados como soporte de una erudición prestada que en ningún caso remite a un manejo directo de las autoridades citadas–, resulta más plausible pensar que es una segunda instancia la que desacredita la referencia tomada de Mexía, antes que suponer que es el autor quien considera necesario acudir a otras fuentes en las que se defiende la cronología propuesta por Pseudo-Berosio –que es la que se incorpora mediante la corrección–.

Idéntica disparidad parece presentársenos tras el análisis del conjunto de apostillas marginales del manuscrito, de entre las cuales podemos separar un grupo mayoritario totalmente dependiente de las informaciones proporcionadas en el texto, de un segundo grupo en el que las glosas parecen aportar referencias más generales y, en la mayoría de los casos, también más accesorias o personales (esto es, con una conexión marcadamente subjetiva, por no necesaria, respecto del contenido de la obra). Esta diferenciación de ambos grupos de apostillas ha podido quedar confirmada tras la comprobación de que, en los numerosos casos en que el autor toma como fuente una obra de carácter enciclopédico, las referencias que acompañan a dichos pasajes han sido extractadas del mismo lugar que sirve de base al texto (*vid.* 6.3); por el contrario, las apostillas que se introducen en aquellos fragmentos para los que no parece existir una fuente directa constituyen siempre glosas libres, de carácter más general. Mientras el



primer grupo de apostillas resulta necesariamente autorial, por el contrario, no puede probarse que el segundo grupo de referencias proceda del borrador último. Antes bien, parece más razonable atribuírselas al artífice de la copia en limpio, deseoso de sumar su erudición a la del autor. Instancia a la que también conviene atribuir las anotaciones que descubren identidades en clave –como parece revelar aquella que reza: «Este es el de Zifuentes» (14, II; f. 153r)–.

Así las cosas, la hipótesis más razonable parece coincidir con la atribución de la copia en limpio a una instancia cercana al ámbito autorial, a la que el propio autor hubiera podido encargar el traslado y la revisión final del texto –tal vez algún profesor universitario u otro clérigo vinculado a la institución eclesial a la que perteneciera Miguel Daza<sup>104</sup>. Con todo, contamos con algunas pistas que parecen apuntar a la posibilidad de que el autor hubiese fallecido en el momento de la puesta en limpio de su obra, que por tanto habría sido llevada a cabo póstumamente a instancias de algún miembro de la orden o de algún amigo cercano al ámbito de la Universidad de Sigüenza, tal vez identificable incluso con alguno de los numerosos personajes en clave que debían de esperar con interés la lectura de la obra en la que aparecían –lo cual explicaría al mismo tiempo la libertad con la que actúa el artífice de la copia, que no parece tener en mente una segunda revisión de su labor por parte del autor–. En este sentido cabe interpretar, como ya sugerimos (*vid.* 2), la referencia aportada en el soneto de Agustín de Mora a la persona del padre Daza, del que se nos dice que ya «goza de la bienaventuranza» prometida como premio último a quienes obtienen las virtudes teologales y cardinales enumeradas en el poema.

A la luz de todo lo anterior conviene preguntarse, ¿qué grado de intervención cabe atribuir entonces a este copista en la configuración del original del *Caballero de la Fe*? Y lo que es más importante, ¿hasta qué punto podemos diferenciar la actuación de ambas instancias, esto es, copista y autor? Sin duda, no resulta fácil ofrecer una respuesta rotunda y cerrada a estas cuestiones, por cuanto contamos con un único

---

<sup>104</sup> Así ocurre en la copia en limpio de *La vida de san Gerónimo* estudiada por Sonia Garza, en la que podemos descubrir algunas intervenciones censorias que cabe atribuir al prior del convento de agustinos al que perteneció fray José de Sigüenza (*cf.* «*Vida de san Gerónimo*: el texto en proceso de constitución», en *Edad de Oro*, 2009, 28, págs.105-142).

testimonio como puerta de acceso al borrador del padre Daza; razón por la cual en muchas ocasiones resulta simplemente imposible asegurar cuándo estamos ante una corrección propia de la labor transpositiva, ante una propuesta de revisión o, sencillamente, cuándo se ha insertado directamente un cambio al hilo del proceso de copia que no nos es dado detectar.

Con todo, consideramos que el análisis conjunto de la tipología de las intervenciones observadas permite ofrecer una alentadora individualización del alcance del trabajo realizado por el artífice de la puesta en limpio, revelando en realidad una gran proximidad con el texto del padre Daza. Así, como hemos tratado de describir, no creemos razonable atribuir al copista una intervención profunda que alcance al ámbito de creación, sino tan solo una labor de segundo orden que se concreta en una corrección del borrador, una revisión estilística e ideológica y, posiblemente, una adición de apostillas marginales connatural a la inquietud de cualquier lector coetáneo. A ello únicamente cabría sumar la hipótesis, no descartable, de que el artífice de la puesta en limpio hubiera sido también el autor del prólogo al lector y de la tabla de materias que encabezan la obra, habida cuenta de que su carácter paratextual hace posible su adición posterior, en diálogo con un texto que se considera cerrado. Ciertamente, su mediación en la concreción de las referencias incluidas en sendos paratextos confirma un grado mínimo de intervención por su parte (pues estas remiten a folios concretos del manuscrito). Sin embargo, no apreciamos grandes diferencias en el lenguaje o en los tópicos manejados que permitan decantarse con seguridad por esta posibilidad.

Así pues, en conclusión, el hallazgo de las injerencias analizadas en este capítulo nos obliga a reconocer que el original del *Caballero de la Fe* es el resultado de la creación del padre Daza y de la incursión de una segunda instancia. Algo escandaloso para nuestro moderno concepto de *autoría*, que tantas veces entra en conflicto con las prácticas observadas en las obras clásicas. Queda ahora por plantear una última cuestión, puesto que, ante una copia en limpio perfectamente preparada para un traslado ulterior que incorporaría todas las correcciones propuestas, es evidente que, tratándose de las postrimerías del siglo XVI, son dos los caminos que se abrirían para la historia de la transmisión del texto; a saber: la difusión impresa y la difusión manuscrita.

### 3.4. Hacia una posible andadura manuscrita del *Caballero de la Fe*

Como es sabido, el género de los libros de caballerías constituye uno de los pilares de la industria editorial hispánica durante el siglo XVI, por lo que no resultaría descabellado pensar en una posible difusión impresa para el *Caballero de la Fe*, desconocida para nosotros o frustrada por diversas razones que convertirían nuestro texto en un inédito. Es más, de no conocer al detalle el proceso que podría haber conducido a nuestro texto a un traslado en letras de molde, cabría pensar, equivocadamente, que nos encontrásemos ante un original de imprenta. Afortunadamente, gracias a las recientes investigaciones llevadas a cabo sobre los manuscritos que sirvieron de modelo en la imprenta desde el ámbito de la *Textual Bibliography* –que en el caso hispánico han alcanzado su plena formulación en la tesis doctoral de Sonia Garza<sup>105</sup>–, estamos en condiciones de afirmar que nuestro testimonio ni siquiera inició el arduo camino hacia el taller del editor, precisamente en virtud de la ausencia de diversos indicios inexcusables en este tipo de materiales.

Así, en primer lugar, no se aprecian la preceptivas rúbricas del «escribano del Cámara» que debían figurar a pie de texto en cada una de las planas del original tras la obtención de las consabidas licencias de impresión; a las que podía sumarse en muchos casos la delimitación del texto aprobado y la cancelación de blancos, con el fin de evitar posibles manipulaciones posteriores. En segundo lugar, tampoco se incorporan las señales que a su llegada a la imprenta realizaban los componedores durante la labor de cuenta del original –que convertían propiamente al testimonio, de una vez para siempre, en original de imprenta–:

Mientras calculaban la copia, los cajistas adoptaron como costumbre marcar los originales con diferentes clases de trazos, fundamentalmente por dos razones: por un lado, para facilitarse ellos mismos la tarea de llevar la cuenta, y por otro, para ayudarse durante la composición. De hecho

---

<sup>105</sup> La tesis doctoral de Sonia Garza, *Manuscritos e imprenta*, realizada bajo la dirección de Carlos Alvar Ezquerro y leída en la Universidad de Alcalá en 2004, se encuentra lamentablemente inédita, a la espera de su publicación.

muchas de las decisiones tomadas por el cajista o de las alteraciones que pudo realizar durante la composición, han quedado visibles bajo la forma de trazos, líneas, números, combinaciones de números y letras. Un original de entonces visto hoy muestra un sistema de señales que en su conjunto define, en gran medida, el proceso de composición<sup>106</sup>.

Pudiéramos pensar entonces que nuestro texto constituye un inédito, preparado para la imprenta, que nunca consiguió llegar a las prensas por razones diversas. Así parecerían sugerirlo las siguientes afirmaciones de Alberto Blecua, que encontramos en las magníficas páginas dedicadas en su *Manual* a la «historia de la transmisión de los textos»:

Poco se justificaba, aparecida ya la imprenta, la transmisión manuscrita de obras extensas en prosa. Como ya se ha indicado, las novelas de caballerías y las pastoriles, la novela corta (en cuanto se integra en su marco narrativo amplio) y la novela picaresca en general están compuestas con la intención de ser editadas. El que alguna de ellas no se imprimiera es un hecho accidental que depende de múltiples factores a los que no fue ajena la calidad literaria<sup>107</sup>.

Sin embargo, encontramos una serie de indicios que demuestran que el traslado del texto conservado ha sido realizado en vistas, más bien, a una posible difusión manuscrita. En este sentido resulta enormemente reveladora la progresiva disminución del módulo de la letra –que se detecta especialmente a lo largo del libro cuarto–, en la medida en que implica una distribución del texto desproporcional y, por tanto, de todo punto contraria al equilibrio necesario para la cuenta del original. Puesto que, como señala Francisco Rico, «para facilitar el tal cálculo, importaba servirse de una transcripción que se distinguiera por la regularidad en la letra y en la longitud y el número de líneas de cada plana»<sup>108</sup>.

---

<sup>106</sup> S. Garza, «La cuenta del original», en Francisco Rico (dir.), Pablo Andrés Escapa Andrés y Sonia Garza (eds.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2000, págs. 65-95. Asimismo, un excelente análisis práctico del proceso que llevaría de la puesta en limpio al texto impreso puede encontrarse en el artículo de Sonia Garza sobre la *Vida de san Gerónimo* (ob. cit.).

<sup>107</sup> A. Blecua, ob. cit., pág. 215.

<sup>108</sup> F. Rico. *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*. Valladolid. Universidad de Valladolid, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles. 2005, pág. 63. Monografía en la que puede encontrarse una magnífica síntesis de las principales cuestiones tocantes a los originales de imprenta.

A ello habría que añadir, por la misma razón, la distribución del texto de la obra a dos columnas o el uso de reclamos, que si por un lado manifiesta el significativo propósito de imitar las características externas del género editorial caballeresco, por otro evidencia la anticipación de una puesta en página que hubiera recaído en la labor de los compondores –si a ellos hubiese estado destinada la copia manuscrita–. Así lo señala Pablo Andrés Escapa, a la luz de un amplio análisis de originales de imprenta conservados en el Palacio Real:

En cuanto a la puesta en página y aspectos relacionados con la legibilidad, escasos son los ejemplos en los que el original sirva de modelo. Es sabido que en el contrato editorial es, generalmente, una muestra impresa la que sirve de pauta y a la que se atendrá editor e impresor en caso de pleito. Así, pues, el columnado, los tipos y cuerpos de letra, etc. son competencia del impresor<sup>109</sup>.

Datos a los que cabría sumar, por último, la presencia de la tabla de materias, cuya precisión en el sistema de referencias ya comentamos a propósito de su carácter de puesta en limpio. Ya que su cuidada confección no hubiera tenido lugar en un manuscrito destinado a ser planificado y fragmentado nuevamente en una composición de planas que hubiese inhabilitado el funcionamiento de las referencias. Motivo por el cual, de hecho, este tipo de materiales solían incorporarse normalmente en los talleres del editor –por parte del autor o de los impresores–, toda vez que se tenía presente el resultado de la impresión del cuerpo del texto:

En lo que se refiere a las tablas, que tampoco suelen figurar en el original, conviene distinguir las generales, que atañen a la localización de los distintos epígrafes en que se divide la obra, y las de materias o citas. Las primeras, que no exigen esfuerzo intelectual, pueden atribuirse al impresor. Las segundas parecen ser obra del autor<sup>110</sup>.

---

<sup>109</sup> Pablo Andrés Escapa *et al.*, «El original de imprenta», en F. Rico (dir.), P. Andrés Escapa y S. Garza (eds.), *Imprenta y crítica textual...*, págs. 29-64.

<sup>110</sup> Pablo Andrés Escapa, *ob. cit.*, pág. 41. A continuación, este autor expone abundantes ejemplos que demuestran la habitual ausencia de tablas y poemas laudatorios en los originales que sirvieron de modelo en la imprenta.

Así las cosas, parece que al menos la copia que nos ha conservado el *Caballero de la Fe* no estaba destinada a convertirse en original de imprenta<sup>111</sup>, por lo que la vía manuscrita se presenta como un cauce real para la difusión de la obra del padre Daza. Posibilidad que, lejos de constituir una excepción o el resultado de un producto fallido, viene avalada por la existencia de un considerable corpus de libros de caballerías manuscritos que se encuentran en la actualidad en proceso de recuperación<sup>112</sup>. Efectivamente, hasta el momento presente nos son conocidos un total de 18 libros de caballerías diferentes conservados en modo manuscrito<sup>113</sup>, cuya pervivencia vendría no solo a ampliar los horizontes de la historia de la transmisión manuscrita en los Siglos de Oro<sup>114</sup>, sino también a enriquecer nuestro conocimiento de la evolución, pervivencia y difusión del propio género caballeresco.

---

<sup>111</sup> A las mismas conclusiones conduce el análisis externo del manuscrito 55 de la Universidad Menéndez y Pelayo, el cual contiene la traducción de los diálogos de Luciano de Samosata llevada a cabo por Juan de Aguilar Villaquirán (1617). Efectivamente, el manuscrito –estudiado por la doctora Teodora Grigoriadu– presenta como en nuestro caso una puesta en página que imita las características externas del género editorial al que se adscribe; esto es, el diálogo. Pero, además, en su presentación formal el testimonio acusa el empleo de signaturas tipográficas, las cuales constituyen un indicio incuestionable de su destino manuscrito, puesto que estas «eran añadidas siempre en el taller por el cajista y nunca, de antemano, por el autor o el copista que sacaba en limpio el original» («*Las obras de Luciano samosatense, orador y filósofo excelente*». *Manuscrito 55 de la Biblioteca Menéndez y Pelayo: edición y estudio*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid. 2010. [Edición electrónica: <<http://eprints.ucm.es/10598/1/T31864.pdf>>]).

<sup>112</sup> Esta amplia difusión queda reforzada, además, por la casuística del género caballeresco en Portugal, en cuyo corpus encontramos obras conservadas en más de treinta copias manuscritas (cf. Aurelio Vargas-Díaz Toledo, «Los libros de caballerías portugueses manuscritos», en *Destiempos*, XXIII, 2010, págs. 217-231).

<sup>113</sup> Para una consulta del corpus de los libros de caballerías manuscritos, así como para un estudio global sobre el mismo –el único disponible en la actualidad–, véase J. M. Lucía Megías, *De los libros de caballerías manuscritos...*, págs. 39-41. A los 17 títulos allí ofrecidos debe sumarse la *Quinta y Sexta partes de Espejo de príncipes y caballeros*, descubierta en 2013 por el profesor Rafael Ramos (vid. *supra*).

<sup>114</sup> Sabemos que algunos géneros se mostraron prolíficos en su difusión de mano, como es el caso del amplio corpus de versos manuscritos, cuyas específicas características formales favorecen su circulación manuscrita, en la que se inscribe la creación de «cartapacios» de *poesías varias* por parte de los aficionados o, en algunos casos, de verdaderos cancioneros de autor (Antonio Rodríguez-Moñino. *Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII*. Madrid. Castalia. 1968; Jaime Moll, «Transmisión y público de la obra poética», en *Edad de Oro*, IV, 1985, págs. 71-86). También son abundantes los manuscritos en el caso del teatro, donde encontramos numerosos testimonios destinados a la representación –autógrafos ofrecidos a los «autores» y copias para los

Poco se justificaba la difusión manuscrita de tan extensos volúmenes, podíamos pensar, a no ser que la imprenta no hubiera sido siempre un negocio infalible capaz de promocionar costosas producciones en prosa. Tal es la tesis defendida por José Manuel Lucía Megías, quien, en virtud de la aplicación a los libros de caballerías del esclarecedor marbete de género editorial –formulado con acierto por el profesor Víctor Infantes<sup>115</sup>–, ha sido el primero en individualizar los textos manuscritos en su merecida especificidad:

Los libros de caballerías se escriben y se difunden de forma manuscrita porque la industria editorial hispánica sufre una grave crisis económica, en donde no existen talleres de impresión que hayan conseguido consolidar su posición económica: el alto precio del papel y la falta de capital hacen que desde esta época se potencien otros géneros editoriales, como son los de la narrativa breve o la picaresca; es decir, géneros en formato cuarto<sup>116</sup>.

El análisis conjunto del corpus de los libros de caballerías manuscritos desde la perspectiva del *género editorial caballeresco* proporciona un marco adecuado para la comprensión de unas obras que no solo comparten un arco temporal de producción, sino

---

actores–, junto a otros realizados con fines comerciales para su lectura (Manuel Sánchez Mariana, «Los manuscritos dramáticos del Siglo de Oro», en *Homenaje al Profesor José Fradejas Lebrero*, Madrid, UNED, 1993, I, págs. 441-452). A estos debemos añadir aquellos géneros proclives a la controversia por su contenido –como es el caso del diálogo–, o aquellos cuyo carácter íntimo y privado desaconsejaba la difusión impresa –como sucede con la poesía mística–. Nos constan también otras razones para la transmisión manuscrita: el principio de fidelidad documental que parecía atribuírsele al manuscrito –especialmente en el caso de textos históricos, cronísticos o biográficos–; el empeño de los bibliófilos por asociar el lujo a las copias de mano; la costumbre de copiar para uso personal las obras consultadas por curiosidad o por formación –dando lugar a los conocidos *cartapacios*, *librillos de memoria* o *tomos varios*–, así como la posibilidad de encargar copias manuscritas de ediciones impresas toda vez que se hacía difícil su adquisición, como ocurre en el caso del manuscrito de *Felixmarte de Hircania* (cf. Ignacio Arellano, «Las aventuras del texto: del manuscrito al libro en el Siglo de Oro», en *Unum et diversum. Estudios en honor a A. R. Fernández González*, Pamplona, EUNSA, 1997, págs. 41-46; Fernando Bouza. *Corre manuscrito*. Madrid. Marcial Pons. 2001; Manuel Sánchez Mariana, «El manuscrito y su producción en la época del libro impreso», en Víctor Infantes de Miguel, François López y Jean François Botrel (coords.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1475-1914*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, págs. 23-30).

<sup>115</sup> V. Infantes, «La prosa de ficción renacentista: entre los géneros literarios y el *género editorial*», en *Journal of Hispanic Philology*, 1989, 13, págs. 115-124.

<sup>116</sup> «Libros de caballerías impresos, libros de caballerías manuscritos (algunas observaciones sobre la recepción del género editorial caballeresco)», en Rafael Beltrán (ed.), *Literatura de caballerías y origen de la novela*, Valencia, Universidad de Valencia, 1998, pág. 318.

también unas características externas que las ponen en deuda con la producción impresa. Pero, a su vez, la consideración del corpus de los libros de caballerías manuscritos revierte en beneficio de la comprensión del conjunto del género de los libros de caballerías castellanos.

Así, en primer lugar, a la luz de los datos aportados por el corpus de obras manuscritas caballerescas, han quedado ampliados los límites cronológicos de la pervivencia del género. Pues, si bien es perceptible una notable disminución de títulos originales impresos en el último tercio del siglo XVI, es también cierto que los grandes éxitos caballerescos se siguen reeditando y, lo que es más significativo, comienzan a escribirse un buen número de nuevos títulos manuscritos, cuya aparición en este periodo –coincidente con la crisis que padece la imprenta hispánica– nos habla de su clara pervivencia en el gusto del público. Por ello, la difusión manuscrita de libros de caballerías viene a demostrar la vitalidad del género más allá de los datos que había aportado su difusión impresa: así, a excepción de algún caso como el representado por la tercera parte del *Florambel de Lucea* (del que sabemos por un contrato de impresión fallido que fue ideado para ser difundido por la imprenta), contamos con algunos ejemplos especialmente reveladores, como el de *Clarisel de las Flores* –obra conservada en un significativo número de copias manuscritas<sup>117</sup>– o como el de *Filorante* –que constituye precisamente una reelaboración del *Clarisel*–, los cuales testimonian por sí mismos el grado de difusión alcanzado por los testimonios manuscritos<sup>118</sup>.

---

<sup>117</sup> Conocemos dos copias de la primera parte de la obra, una de la segunda y dos de la tercera, si bien una de ellas se conserva de forma notablemente fragmentaria ( cf. D. Eisenberg y M. C. Marín Pina, ob. cit, págs. 313 y 314 [entradas 1642 y 1643]).

<sup>118</sup> Para los ejemplos mencionados, pueden consultarse, por orden, los siguientes trabajos de José Manuel Lucía Megías: «Catálogo descriptivo de los libros de caballerías hispánicos. Tercera parte de *Florambel de Lucea: un texto recuperado, una historia por descubrir*», en *Thesaurus*, LIV/1, 1999, págs. 33-75; «Catálogo descriptivo de los libros de caballerías hispánicos. III. Noticias sobre un nuevo manuscrito de *Clarisel de las Flores* (libro I) de Jerónimo de Urrea», en *Archivo de Filología Aragonesa*, LI, 1995, págs. 283-296; «Catálogo descriptivo de los libros de caballerías hispánicos. IX. Algunas reflexiones sobre la difusión de libros de caballerías a la luz del *Filorante*», en M<sup>a</sup> Cruz García de Enterría y Alicia Córdón Mesa (eds.), *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Alcalá de Henares, Universidad, 1998, II, págs. 949-962.



En segundo lugar, y en consecuencia, la decadencia del género debe observarse en el marco de las crisis de los medios que dieron cauce a su crecimiento y difusión, por lo que la idea de que el género entra en una clara decadencia en el último tercio del siglo XVI por motivos estéticos –e incluso e ideológicos– debe, cuanto menos, revisarse. De hecho, será un título manuscrito el encargado de marcar el límite del corpus conocido más allá de la impresión del *Policisne de Boecia* (1602) –último de los libros de caballerías impresos conocido–, puesto que al menos las dos quintas partes manuscritas del *Espejo de Príncipes y Caballeros* pueden fecharse con posterioridad a 1623. De esta manera, la observación y el análisis de este corpus de títulos manuscritos nos ofrece las claves no solo de la evolución del género editorial más exitoso del siglo XVI, sino que también, del lado inverso, nos proporciona informaciones valiosísimas para analizar la evolución de la imprenta como promotora y principal condicionante del surgimiento y decaimiento de los géneros literarios de nuestros Siglos de Oro. Y no olvidemos, en última instancia, las importantes consecuencias que este reanálisis de la evolución del género tiene en nuestra valoración de la lectura que de él hará Cervantes.

A estos motivos de orden más pragmático creemos necesario añadir un posible condicionante particular, de índole histórica y temática. Nos referimos a la marcada dimensión de novela en clave que poseen precisamente algunos de los títulos caballerescos conservados en formato manuscrito. Así ocurre con la obra de Jerónimo de Contreras, *Don Polismán de Nápoles* (compuesta entre 1560 y 1571), en la cual el propio autor confiesa haber ocultado a personajes de la realidad histórica de la España de Felipe II, «disfraçando los nombres por el mejor estilo que yo pude, y lo mismo [a] algunos de Castilla y Aragón, a quien esta historia toca más que a otro reyno ninguno»<sup>119</sup>. Lo mismo sucede en el caso de *Claridoro de España*, obra escrita también en torno a 1560 para la que Rocío Vilches propuso una interesante lectura en clave, por la que los protagonistas de la obra se identifican con los miembros de la familia real<sup>120</sup>. Ejemplos a los que debemos sumar ahora la obra del padre Daza, en la que se dan cita

---

<sup>119</sup> Magdalena Mora-Mallo. «*Don Polismán de Nápoles*», de Jerónimo de Contreras, ed., introducción y notas. Tesis doctoral inédita. University of North Carolina at Chapel Hill. 1989, pág. lxxxvi.

<sup>120</sup> Rocío Vilches. Edición y estudio de «*Historia caballeresca de don Claridoro de España*», libro de caballerías manuscrito inédito. Tesis doctoral inédita. Universidad de Alcalá de Henares. 2013.

numerosos personajes de la realidad histórica del momento, entre los que sobresalen los miembros de tres grandes casas nobiliarias: los Mendoza de Guadalajara, los duques de Medinaceli y los Pimentel de Benavente (*vid.* 7.1.1.1). ¿Acaso no podríamos encontrar en esta dimensión de ficción en clave un motivo más para su difusión manuscrita restringida a un círculo cerrado de lectores?<sup>121</sup>

---

<sup>121</sup> En este sentido llaman nuestra atención las anotaciones presentes en el manuscrito de *Flor de caballerías* (f. 118r), en las que puede leerse: «Los que tubieren y vieren temido don Pedro Rufino de Belinfol, vezino de la ciudad de Granada. libro segundo. Capitán siete. Don Felipe, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de las Senaturas, capitán del egército don Antonio Fernández», recogidas en la introducción a la edición del texto llevada a cabo por José Manuel Lucía Megías (Francisco de Barahona. *Flor de caballerías*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 1997, pág XIV). ¿No podría tratarse también en este caso de un grupo de referencias en clave, sobre todo en atención a la coincidencia del nombre de «don Pedro Rufino Belinfol» con el del protagonista de la obra (Belinfol de Grecia)?

#### 4. Resumen del argumento

Proporcionamos a continuación un somero resumen del argumento de la obra, con el fin de facilitar la comprensión del estudio literario que desarrollaremos en los próximos capítulos. Dada la notable extensión del *Caballero de la Fe*, hemos considerado oportuno agrupar las distintas secuencias narrativas atendiendo a los conceptos de «cronotopo» y entrelazamiento<sup>122</sup>, antes que a su división en capítulos. De este modo, nuestra apretada síntesis podrá transparentar con sencillez estos aspectos esenciales en la composición narrativa de todo libro de caballerías.

### LIBRO I

**CAPÍTULOS III-VII. Estancia del príncipe Ofrasio de España en los dominios castellanos de la duquesa Camilina: aventura mágica de la Princesa de Rusia, visión del mundo en el Espejo de la Rica Figura, recreaciones cortesanas, enamoramiento de Ofrasio y partida hacia Babilonia.**

A causa de la pérdida de los folios iniciales del manuscrito, la obra comienza *in media res* en el capítulo tercero del primer libro, en el cual encontramos al príncipe Ofrasio de España disfrutando de unos días de reposo en compañía de la duquesa Camilina –cuyos dominios cabe identificar con seguridad con aquellos que los duques de Medinaceli poseyeron entre las actuales provincias de Soria y Guadalajara (*vid.* 7.1.1)–. Asomada a las ventanas de su castillo, esta contempla una mañana la llegada de

---

<sup>122</sup> Entendido el primero como la «conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura» (Mijaíl M. Bajtín, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989, pág. 237). De acuerdo con Bajtín, en las ficciones caballerescas el tiempo se estructura en torno a aventuras ligadas al espacio, que a su vez encuentran su principio organizador en el desarrollo de la identidad del héroe (*cf.* M. M. Bajtín, *ob. cit.*, págs. 303-310). Para la técnica del entrelazamiento y sus raíces en las narraciones artúricas medievales, véase J. M. Cacho Bleca, «El entrelazamiento en el Amadís y en las Sergas de Esplandián», en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, 1986, I, págs. 235-271.

un extraño cortejo, capitaneado por una espantable vieja y organizado en torno a una gran carroza que pronto resulta mágicamente envuelta en llamas. De este modo, queda instalada en la puerta de la fortaleza la Aventura de la Princesa de Rusia, traída para recreación de la duquesa por el Caballero de las Armas Azules y los Lirios de Oro. A instancias de este misterioso personaje, las damas serán las primeras en probarla, corroborando que, como les había sido prometido, el fuego causa en ellas un deleitable y refrescante efecto.

Muy al contrario sucederá al príncipe Ofrasio, quien para adentrarse en la carroza deberá primero soportar las sofocantes llamas que la envuelven, mientras se enfrenta en batalla con un fiero caballero. Ya en su interior, tanto la duquesa y su prima Suranisa como el príncipe español serán espectadores de una visión que tiene como fin último presentar a algunos personajes que devendrán centrales en la trama, tales como la princesa Casiana de Semíramis, sucesora de Babilonia, o el Caballero del Fénix: uno y otro, precisamente, futuros amantes del príncipe Ofrasio y de la duquesa Camilina. Como es habitual, será nuestro protagonista el encargado de dar fin a esta aventura, con la liberación de la Princesa de Rusia de manos del cruel moro Almuazem, quien la tenía presa por orden de la sabia Cirzanisa. Tras su victoria, la sabia Polonisa, favorecedora del reino de Rusia, «havitadora de los altos y escondidos montes de la Luna», le hará entrega de un objeto mágico que resultará de gran utilidad al desarrollo del relato: el Espejo de la Rica Figura. Apenas un instante después, el encantamiento se cerrará definitivamente, quedando todos los habitantes del castillo sumidos en un profundo sueño.

Al despertar, la carroza y el cortejo habrán desaparecido, permaneciendo tan solo junto al príncipe y sus acompañantes el enano Palisino, a quien el sabio Petronio, «español habitante Babilonia», había enviado como ayudante de Ofrasio. Este será el encargado de mostrarle las magníficas propiedades del Espejo. En efecto, con tan solo mover una clavija, Palisino permitirá que en su luna se dibuje en dos medios globos toda la Tierra, «con tan estraña perfección que, aunque en pequeño, las más menudas cosas de ella en él estaban representadas». De esta forma, el habitual concurso de la magia servirá a nuestro autor para la introducción de un interesante pasaje enciclopédico, en el que por boca del enano se ejecutará una precisa relación de la

división de las diferentes «provincias y de sus reyes», construida a partir de una selección y paráfrasis de algunos fragmentos extraídos de la *Historiarum sui temporis* de Paulo Jovio (1550-1555; *vid.* 6.3.6).

Esa misma tarde irrumpe en el castillo una doncella con una carta para la duquesa Camilina: se trata de Areusina, criada de la princesa Gracisilda, quien, como explica la misiva, se encuentra en ese momento en Babilonia junto a su prima Casiana, heredera de aquel reino. El príncipe queda turbado al oír el nombre de esta princesa, de quien ha quedado enamorado en la visión de la carroza, por lo que no tarda en interrogar a solas a Areusina acerca de las bondades de su amada, en un interesante diálogo que ofrece al lector una completa guía de educación para la perfecta cortesana. A continuación, se nos describe a Ofrasio en la soledad de sus aposentos, en un largo soliloquio de corte neoplatónico que concluye con la entonación de una letrilla de tema pastoril. Es así como la criada de Gracisilda, que descansa pared con pared, conocerá la verdadera identidad de Ofrasio, quien viaja por sus propios reinos encubriendo su condición de príncipe de España. De forma que, convencida de que sus muchas virtudes igualan a la perfección de Casiana, se decide interiormente a ayudar al príncipe en su propósito de desposarla.

La jornada siguiente transcurre repleta de entretenimientos cortesanos, como la caza, la pesca y los banquetes, descritos con un sorprendente realismo y con un detallismo extensible a cuanto toca al dibujo de los espacios palaciegos y las vestimentas de las damas y los caballeros. En el trascurso de este tiempo de recreación, Areusina y Ofrasio intercambian confidencias nuevamente, acordando poner rumbo con preteza hacia la corte de Babilonia.

**CAPÍTULOS VII-IX. Viaje del príncipe Ofrasio a Ingalaterra: solicitud de ayuda de una doncella menesterosa, batalla en alta mar con una armada mora, entrevista con la sufriente «duquesa de Londrana».**

En consecuencia, al día siguiente, «un jueves por la maña[na], que era aquel día que se contaron diez de mayo», Ofrasio abandona el señorío de Camilina, junto a

Areusina, su escudero Erisaldo y el enano Palasino, para dirigirse hacia Babilonia. Sin embargo, al quinto día de camino encuentran a una doncella vestida con negros atavíos en cabeza de una lúgubre compañía que transporta un inquietante cofre. Esta dama, llamada Lirindana, pregunta al príncipe si conoce a Ofrasio de España, de forma que, al comprobar con alegría que aquel a quien busca es su interlocutor, se decide a revelarle entre lágrimas el suceso que la ha movido a emprender tan peculiar peregrinaje. Como la congoja apenas si la deja pronunciar palabra, el enano Palasino les propone visualizar su historia en el Espejo de la Rica Figura, cuya luna nuevamente se transforma en una suerte de transistor en el que el lector puede seguir el desarrollo del relato al mismo tiempo que el resto de personajes, «como si actualmente en la misma ciudad se allaran». Valiéndose de este recurso, el narrador da cuenta de las desgracias de Esmerilda, «duquesa de Londrana», quien ha sido ilegítimamente desposeída del ducado tras el asesinato de su marido, ejecutado por el propio hermanastro de este, el malvado Sorastro, habiendo sido ella misma violada y torturada a sus manos. Sucesos que explican que Lirindana, hermana de Esmerilda, viaje con un cofre que custodia los mutilados brazos de la duquesa, en busca de un caballero andante que salga al paso de tamaña injusticia.

Este relato impregnado de hagiografía y folclore provoca que nuestro protagonista decida desviar temporalmente su ruta, embarcando sin tardar en el puerto de La Coruña, cuya ciudad y famoso faro nos son descritos con precisas informaciones históricas. Así, tras una breve travesía marítima en la que Ofrasio tiene ocasión de enfrentarse con éxito a una armada mora –de cuyo poder liberta a un buen número de cautivos–, nuestro protagonista llega al castillo de Esmerilda, donde acontece un emotivo recibimiento.

#### **CAPÍTULOS X-XI. La princesa Casiana de Semíramis en su corte de Babilonia: solicitud de los cortesanos al Emperador de que la princesa contraiga matrimonio, confidencias entre damas, convocatoria de justas.**

El capítulo décimo supone la apertura de una segunda trama argumental con centro en Babilonia, que pronto confluirá con las aventuras de Ofrasio. En este nuevo

marco geográfico, el narrador nos refiere la solicitud de la corte al Emperador de que su hija única sea desposada, para poder dejar el reino en manos de un joven gobernante. Con el deseo de conocer la voluntad de su heredera, el Emperador de Babilonia visita personalmente a su hija, Casiana de Semíramis, aceptando su petición de tomar al menos un día para tan importante deliberación. A continuación, la princesa queda a solas con su amiga Gracisilda, quien le aconseja que ordene la convocatoria de unas justas, en las que se acrecienten las posibilidades de encontrar un buen esposo. En mitad de sus confidencias –que vuelven a poner en el centro el tema de la educación femenina–, tienen noticia de la oportuna llegada de la princesa Lucelda a la ciudad, con la que se facilitan sus propósitos, puesto que Gracisilda puede encargarse a su propio hermano Selvasino, enamorado de aquella, la organización de las deseadas justas.

Inmediatamente tiene lugar la entrada de Lucelda, relatada desde la ventana por Casiana y su compañera con un registro sorprendentemente fresco y familiar. Tras un caluroso recibimiento, esa misma mañana todas tres disfrutaban de la actuación de un bufón español llamado Parmesino, que, vestido de cardenal, ensarta un discurso burlesco plagado de conceptos neoplatónicos sobre el amor, al que sigue la recitación de un poema dedicado a su amada Cadinisa, hermana del príncipe Ofrasio. Después de comer acontece la apertura de las justas, con la llegada de los músicos, el alanceamiento de toros, la descripción de la vestimenta de las princesas asistentes, la actitud de las damas enamoradas y las armas de los combatientes, en las que pueden descubrirse los nombres de sus amadas.

### **CAPÍTULOS XII-XIII. Estancia de Ofrasio en Inglaterra y partida hacia Babilonia: tormenta y asilo en casa del sabio Cornelio, batalla contra los hombres de Sorastro, ajusticiamiento del cruel traidor en Londres, aventura de la isla Circasena.**

El relato vuelve a Inglaterra, donde Ofrasio había quedado preparándose para vengar a la duquesa del malvado Sorastro. Con este fin parte hacia Cornubia, donde, según es informado, el traidor se ha hecho fuerte reuniendo un gran batallón. Pero en su primera jornada de camino una terrible tormenta le obliga a acogerse en el castillo del

sabio Corilano, quien gusta de acoger caritativamente a los caballeros andantes. A la mañana siguiente la casa amanece alterada ante la noticia de que Sorastro se dispone a atacarla, por ser Cirilano tío de la duquesa Esmerilda y defensor de su causa. Advirtiéndole al español del peligro que se avecina, este disuade a Corilano de la huida, comunicándole su determinación de combatir con el enemigo. El viejo acepta la propuesta de Ofrasio, ofreciéndole cuanta ayuda necesite. De forma que, tras celebrarse una misa en honor a Santiago y revestirse el príncipe con el Tusón de Oro –que deliberadamente le emparenta con la dinastía de los Reyes Católicos (*cf.* 7)–, se aperciben para la batalla.

Frente a lo que la crueldad de Sorastro invitaba a esperar, esta se abre con una descripción altamente jocosa del ejército contrario –a causa de la ruin y ridícula condición de «la infantería, o por mejor decir, infamería» capitaneada por el traidor–, a la que sucede una narración no menos hilarante del enfrentamiento, en la que la tensión bélica se quiebra por la torpeza de los contrincantes y las agudas artimañas de los moradores del castillo. Tras la victoria de Ofrasio y la prisión de Sorastro, el príncipe y sus acompañantes parten hacia Londres, donde tiene lugar la confesión pública y el ajusticiamiento del hermanastro del duque. Restituido el honor de la maltrecha Esmerilda, Ofrasio se embarca hacia Babilonia, deteniendo en breve espacio su viaje para liberar de la tiranía de unos gigantes a la isla Circasena, junto a la cual pasan en su travesía. El príncipe de España, alegre por hallarse nuevamente en ocasión de enmendar una injusticia, se enfrenta con éxito a estas temibles criaturas, poniendo bajo la jurisdicción de su amada Casiana dichos territorios. Sus habitantes, vueltos a la fe católica por invitación de Ofrasio, aceptan sus deseos con agrado al considerarlo legítimo poseedor de la isla, en tanto que sucesor de sus primeros gobernantes de origen godo.

**CAPÍTULOS XIV-XIX. Amores de Ofrasio y Casiana en la corte de Babilonia: continuación de las justas, llegada de Ofrasio en la Ladrona, solicitud del príncipe escita de desposar a la hija del Emperador, matrimonio secreto de Ofrasio y Casiana, recreaciones cortesanas y Aventura de la Carroza Encantada.**



Se retoma la narración de las justas, en las que los distintos participantes van haciendo entrega a sus damas de los premios conseguidos, dando lugar a un intercambio de requiebros cortesanos de un marcado conceptismo lúdico. En este contexto de esparcimiento en el que los comentarios de las princesas ocupan un lugar central, Ursina la portuguesa recuerda las virtudes que el príncipe Ofrasio de España manifestara en un torneo celebrado en su tierra natal, provocando así el repentino e irremisible enamoramiento de oídas de la hija del Emperador. Con ello el narrador prepara a este personaje para su encuentro con el príncipe español, cuyo primer contacto acontecerá al día siguiente. En efecto, transcurrida la primera jornada de las justas, Casiana despierta sobresaltada por un sueño que el lector sabe premonitorio de la pronta llegada de Ofrasio y de la futura relación amorosa entre ambos jóvenes. Parte de las ensoñaciones de la princesa se cumplen esa misma mañana, cuando arriba al puerto de Babilonia una nave llamada «la Ladrona», de la que recibe ricos presentes en nombre del príncipe de España. Esto acrecienta en el pecho de Casiana sus nacientes sentimientos amorosos, a los que dará rienda suelta en sus pláticas nocturnas con las princesas Ursina y Gracisilda. En ellas, las damas se expresarán con un desnudo erotismo y una llamativa vulgaridad en el lenguaje que obliga al narrador a eludir responsabilidades bajo una fina capa de ironía (*vid.* 5.3.3).

Así las cosas, el príncipe Ofrasio interviene encubiertamente en la tercera jornada de las justas, venciendo implacablemente a un caballero escita. La obligada entrega del premio facilitará que pueda producirse la primera vista de los enamorados, con la que su amor quedará definitivamente sellado. Sin embargo, sus deseos parecerán verse imposibilitados esa misma tarde, cuando el derrotado escita solicite la mano de la princesa Casiana, animado por los consejos de un criado adulator. Los rápidos rumores que comienzan a circular en palacio sobre el matrimonio de la hija del Emperador provocarán que el príncipe Ofrasio se sienta desfallecer, gravemente aquejado de la enfermedad de amor. Para remedio de la cual Areusina y el resto de criadas de las princesas, caracterizadas en sus modos y en su habla plagada de refranes como auténticas terceras, se afanan en convocar un rápido encuentro entre los dos enamorados en las dependencias de Ursina –prima del príncipe de España–. Al término de dicha entrevista, los temores de Ofrasio quedan disipados, tras conocer la reciprocidad de los sentimientos de Casiana.

Inmediatamente después, la princesa acude en presencia de la corte, para solicitar con gran clarividencia y sabiduría un largo plazo en el que poder meditar con detenimiento su decisión. De esta forma la situación queda salvada, dando espacio para el desarrollo de los amores clandestinos de los protagonistas, que esa misma noche consuman su matrimonio secreto. Transcurren así unos días de recreación en el palacio, en los que el lector asiste a nuevas confidencias de tono picante entre las damas, distendidas conversaciones entre los príncipes, banquetes cortesanos y divertidas actuaciones del bufón Parmesino. Esparcimientos que concluyen con la ejecución de una aventura mágica, la Aventura de la Carroza Encantada, con cuya llegada se instala en el patio del palacio una inmensa carroza construida en forma de galera, traída en el aire por doce temibles dragones.

Una vez aparcada, salen de ella tres misteriosas doncellas y un pequeño doncelito que porta una carta para el Emperador escrita por el sabio Paursino español, su antiguo maestro, quien ha ideado tan extraño artefacto para recogido de la corte. Seguros de que ningún daño les aguarda en probar la aventura, los caballeros reunidos en Babilonia van adentrándose de uno en uno en la carroza, enfrentándose previamente con distintos oponentes que en sus insignias revelan ser encarnaciones del Mal. La descripción de las armas de unos y otros sirve de soporte al autor para inventar atractivas composiciones heráldicas, cuya simbología debía de despertar a buen seguro la curiosidad del lector. Ninguno de los participantes logra dar fin al reto que propone la aventura, pero a su salida todos se muestran satisfechos por las maravillas que han podido contemplar en el interior de la carroza, de las que se niegan a dar cuenta a la espera de que todos se aventuren a probarla.

## **CAPÍTULO XX. Historia de las pastoras Belisandra y Taurisa: orígenes familiares, naufragio y llegada a la Isla de la Enamorada Corneria, comienzo del relato intercalado de los amores de Gabianisandro y Corneria.**

«No os espantéis de que me dibierta –dice Nictemeno–, que m’es forçoso el hacerlo para poder mejor entretexer nuestra istoria». Así justifica el cronista la repentina irrupción de una segunda trama aparentemente desconectada de la anterior, pero

absolutamente esencial en el desarrollo de la historia principal, con la que confluirá definitivamente en el segundo libro de la obra. En ella el narrador nos relata las peripecias vividas por las pastoras Belisandra y Taurisa, quienes, desconocedoras de su origen real, son criadas por un rico ganadero que las educa con gran amor junto a su hija única, la pastora Libia. Desgraciadamente, la joven pastora muere en edad temprana, llevando tras de sí la vida de sus padres y la de su enamorado Driad, que no pueden sobrevivir a su ausencia. Quedando como únicas herederas, Belisandra y Taurisa continúan con la vida pastoril en la que han sido educadas, hasta que una buena mañana la curiosidad las lleva a subirse en una barquilla para conocer las mercancías que un barco ha traído a la ribera. Aunque la travesía es corta, una fuerte tormenta las aparta rápidamente de la costa, llevándolas a la deriva durante varios días, tras los que las pastoras y sus criadas logran salvar milagrosamente su vida.

Es así como todas ellas arriban a una isla de gran belleza, rica en animales y pastos, a la que Belisandra pronto identifica con la Isla de la Enamorada Corneria, famosa por haber acontecido en ella los desdichados amores de Gabianisandro y la inconstante Corneria. Comienza así la narración de la historia de estos amantes, que se construirá a partir del relato oral de la pastora –quien años atrás escuchó su lectura de boca de su señora Libia–, pero también a partir de las numerosas inscripciones que presentan las diferentes edificaciones de la isla, en las que, en prosa y en verso, se da cuenta de sus principales episodios. Como el lector puede apreciar a lo largo de su desarrollo, la historia de estos amores se corresponde con los tópicos de la novela sentimental, entre los que encontramos los numerosos impedimentos sociales a los que debe hacer frente la relación de los protagonistas, el constante intercambio epistolar y el trágico final que se cierne sobre ellos.

### **CAPÍTULOS XXI-XXIII. Huida de Babilonia de los recién desposados: salida clandestina, batalla con una armada mora, naufragio y llegada a la ciudad africana de Garena.**

Mientras los caballeros y damas de la corte siguen probando la Aventura de la Carroza Encantada, los príncipes Ofrasio y Casiana trazan su planes de huida. Por ello,

sin que el narrador nos dé cuenta del término de dicha aventura, los recién desposados parten a escondidas un domingo por la mañana, acompañados de la princesa Ursina y su amado Vianeo, así como de varias doncellas, entre las que se cuenta la dicharachera Areusina. Todavía a escasas leguas de Babilonia, los príncipes topan con una armada mora, con la que traban una encarnizada batalla que nos es narrada con todo detalle. Una vez obtenida la victoria, los navíos de Ofrasio y Vianeo pueden continuar su viaje, que transcurre sin incidentes hasta que, al cuarto día, una terrible tormenta les obliga a abandonar sus embarcaciones en una pequeña zabra. Con ella arriban muy a su pesar junto a la ciudad mora de Garena, en la que se ven obligados a aportar. Afortunadamente, gracias a la astucia y al conocimiento de la lengua árabe de uno de los pilotos, los príncipes y las princesas logran pasar, con la ayuda de sendos disfraces, por auténticos musulmanes.

Con la intención de escapar cuanto antes de aquel lugar, los príncipes acuerdan ganarse la benevolencia del rey llevando unos presentes a sus dos hijas por medio de la doncella Areusina, quien animosamente acepta la empresa. Ante el éxito del encuentro, esa misma tarde las princesas visitan a las infantas moras, encubiertas bajo el nombre de Ofrasia y Vianea, de cuyo encuentro resulta una gran amistad. Es así como surge la confianza necesaria para que una de ellas, llamada Jarilda, les haga partícipes de su conversión y matrimonio secreto con el príncipe Periandro de Narbona –conocido en aquellos reinos como Caballero de la Tortuga–, con la esperanza de que ambos puedan unirse a ellos en su huida hacia España. A la vista de que el rey de Garena ha quedado enamorado de la belleza de Casiana, los príncipes deciden precipitar su partida, emplazándola para la siguiente noche. Así, al término de un sarao organizado en honor de los visitantes, todos ellos parten aprovechando el revuelo causado por el asesinado de un atrevido caballero a manos de la propia Jarilda, de manera que en pocas horas todos ellos se hallan a gran distancia de la ciudad, a lomos de los caballos que el propio monarca les ha regalado.

Aconsejados por Periandro de Narbona, deciden refugiarse prontamente en la cercana ciudad de Nulen, donde reside un mandatario aliado del príncipe francés. Ya en las proximidades de este lugar, los príncipes topan con un extraño cortejo: un pastor llamado Tirseo viaja en una carroza encantada, en cuyo interior sufre un extraño

tormento, pues su pecho se abre de cuando en cuando descubriendo una misteriosa inscripción que sus acompañantes tratan de borrar inútilmente. Sin embargo, esta extraña escena desaparece repentinamente, ya que, como él mismo les explica, lo que sucede no es sino una expresión de la enfermedad de amor de la que se encuentra aquejado. A continuación, el pastor entabla una interesante conversación con las criadas de las princesas, en la que este les comunica sus sentimientos con el conceptismo propio de la novela sentimental y de la poesía de cancionero, sin que estas sean capaces de empatizar con las contradicciones que entraña dicho lenguaje. Discordia de resonancias miteliterarias que queda interrumpida por la llegada de algunos caballeros del reino de Nulen, que vienen en su busca con el fin de ponerlos a salvo.

#### **CAPÍTULO XXIV. Vida de las pastoras Belisandra y Taurisa en la Isla de la Enamorada Corneria: descripción de las casas abandonadas, vida cotidiana en la isla, continuación del relato de Gabianisandro y Corneria.**

La acción vuelve a la Isla de la Enamorada Corneria, donde las pastoras Belisandra y Taurisa, junto a sus criadas, Esmerilda, Verarda, Acursia y Libertina, habían quedado explorando la isla. El narrador y los diálogos de las pastoras ofrecen en este capítulo una detallada descripción de las diferentes edificaciones que pertenecieron a los dos amantes, caracterizadas por su suntuosidad y refinamiento –visible en las estatutas y tapices que conmemoran su historia de amor–; por el amplio espacio concedido a la cultura –plasmado especialmente en su inmensa biblioteca y en la sala dedicada a las siete artes liberales–; así como por la riqueza de sus provisiones –palpable en la gran cantidad de atavíos, útiles para la vida doméstica y alimentos de toda clase–. Asimismo, las largas jornadas de exploración de las pastoras por la isla nos devuelven un detallado retrato de esta, diseñada como auténtico *locus amoenus*, donde las bestias pacen mansamente y donde abundan los pastos, los árboles frutales y los riachuelos. Ante las cuantiosas comodidades que ofrece este lugar para su habitabilidad, las pastoras pronto consiguen organizar su vida cotidiana, repleta de paseos, jornadas de caza y pesca, recreaciones musicales y pláticas en las que las pastoras demuestran su alta formación. Pues, como el lector podrá ir comprobando, estas pastoras se definen

sobre todo por su carácter letrado, de manera que los atributos de la isla se avienen a la perfección a sus inquietudes rústicas e intelectuales. Asimismo, al fin del capítulo, la pastora Belisandra continúa la narración de los desdichados amores de Gabianisandro y Corneria.

**CAPÍTULO XXV. Partida del reino de Nulen; nacimiento del primogénito del príncipe Ofrasio en alta mar, naufragio y desaparición del niño, encuentro providencial con una nave española.**

Los caballeros y las princesas continúan el camino hacia Nulen, en el cual el pastor Tirseo tiene ocasión de relatar su desgraciada historia de amor con «muy buenos dichos exageradores de su pena y del poco remedio que para su mal había». A su llegada a Nulen el relato del pastor queda interrumpido, resumiéndonos en apenas unas líneas las diversas aventuras que nuestros protagonistas viven en los meses que deben permanecer en aquellas tierras. De este modo, el tiempo avanza rápidamente para darnos cuenta de la partida de Ofrasio y Casiana hacia el reino de España, cada vez más acuciante por la cercanía del parto de la princesa. Nuevamente el viaje por mar se ve accidentado por una terrible tormenta, que acontece precisamente mientras tiene lugar el nacimiento del primogénito de Ofrasio. En estas terribles circunstancias, el niño es depositado en un pequeño cofre de madera en un intento desesperado de la doncella Areusina de salvar su vida, mientras los príncipes logran mantenerse a flote en una pequeña lancha. Tras unos días a la deriva en los que a punto están de perder toda esperanza, se produce el encuentro providencial con una nave española, en la que precisamente viaja la reina de España, madre de Ofrasio, junto a sus hermanos Polimbiano, Cadinisa y Camisina.

**CAPÍTULO XXVI. Llegada del infante recién nacido alas costas de la Isla de la Enamorada Corneria: encuentro del niño, continuación de la historia de los amantes.**

Prosigue en este capítulo el relato de los amores de Gabianisandro y Corneria de boca de la pastora Belisandra, quien recuerda de coro incluso las cartas que ambos amantes se intercambiaron. Al hilo de la narración, las pastoras emiten interesantes juicios acerca del estilo con el que se expresan los protagonistas de esta trama sentimental, criticando en ellos tanto el exceso de llaneza como el recurso a un artificio vacuo. El relato oral de la pastora se interrumpe por la llegada de un cofre a la orilla de la playa, en el que encuentran a un hermoso pequeño recién nacido –que el lector rápidamente identifica con el desaparecido infante–, a quien bautizan con el nombre de Mejiano de la Esperanza.

#### **CAPÍTULOS XXVII-XXVIII. Reencuentro de Ofrasio y su familia: anagnórisis, llegada a España, viaje hacia Hispalia con parada en Benavente.**

La nave española acoge amorosamente y de buen grado a tan desfallecida comitiva, de forma que rápidamente se produce el reconocimiento de Ofrasio por parte de su propia madre, que lo recibe con gran alegría. La tripulación da la bienvenida a los príncipes ejecutando un bello espectáculo alegórico, en el que se finge una divertida batalla con el dios Amor, a quien representa un niño pequeño. En breve espacio llegan al puerto de Finisterre, donde se produce el encuentro con el rey Polimbo, quien se regocija enormemente con la noticia del casamiento de Ofrasio y Casiana. Los monarcas y sus herederos se ponen en camino hacia Hispalia –donde, según se nos dice, el rey acostumbra a tener su corte–, pero deciden desplazarse por tierra para evitar nuevos incidentes. Es así como los protagonistas emprenden un viaje desde Galicia a Benavente, jalonado de enclaves que el lector puede reconocer fácilmente gracias a las oportunas informaciones proporcionadas por el narrador. Llegados a esta ciudad castellana, los reyes son fastuosamente acogidos por los conde-duques que allí habitan, de cuyo castillo y linaje nuestro autor ofrece una detallada crónica con entidad histórica.

## LIBRO II

### **CAPÍTULO I. «En que se dice la criança que las hermosas pastoras Belisandra y Taurisa hacían al niño don Mexiano de la Esperança».**

Prosigue el relato de la vida de las pastoras en la isla. Todas ellas van a caza con el niño, que sigue creciendo y mamando ávidamente de una ovejuela. En un tiempo de descanso las pastoras se sientan alrededor de Belisandra, quien retoma la narración de los amores de Gabianisandro y Corneria. Al describir los efectos que el amor provoca en las almas de los enamorados, Taurisa solicita a su compañera que le explique sus causas, dando lugar así a un extenso discurso filosófico de cariz neoplatónico, cuya prolijidad y elevados conceptos son criticados por su interlocutora. Seguidamente, Belisandra lleva a cabo una importante justificación de las ficciones amorosas, por su utilidad como espejos de vicios y virtudes, con argumentos semejantes a los esgrimidos por los autores de la novela sentimental. Puesta en pausa la plática, las pastoras continúan su exploración por la isla, descubriendo nuevas edificaciones en las que hallan grabadas numerosas composiciones poéticas que consignan las desventuras de los famosos amantes. Para sorpresa del lector, los personajes de ficción vuelven a entablar un diálogo metaliterario, puesto que los versos son criticados por la antigüedad de sus moldes y por el bajo estilo en que han sido compuestos, siendo estos calificados como «viejas coplaças de nuestra España».

### **CAPÍTULO II. Llegada de los caballeros Feridano y Ardoniso a Benavente: entrada de los caballeros en la ciudad, comienzo de las justas, banquete en el castillo del conde-duque de Benavente.**

Durante la estancia de los reyes de España en el castillo de Briaseldo Pimentario –trasunto literario del VIII conde de Benavente (*vid.* 7.1.1.2)–, se produce la llegada de los caballeros Feridano y Ardoniso, quienes, según explican una misiva, pretenden convocar unas justas para regocijo de la corte y acompañar al príncipe Ofrasio en su viaje a Hispalis. A continuación tiene lugar la fastuosa entrada de estos caballeros en la



ciudad, en la cual puede reconocerse la presencia de la heráldica de la familia Taboada (*vid.* 7.1.2.1). Seguidamente se narra el desarrollo de diversas jornadas de fiesta, jalonadas de justas y banquetes, en las que los caballeros dan cuenta de su pericia en las armas y de sus artes para el cortejo. Finalmente, el capítulo se cierra con la relación de una emboscada que catorce caballeros encubiertos tienden a Feridano y Ardoniso.

### **CAPÍTULO III. Crianza de Mejiano y vida de las pastoras en la Isla de la Enamorada Corneria: pláticas eruditas, fin del relato de Gabianisandro y Corneria, sueños premonitorios de Belisandra y Taurisa, llegada de dos náufragos a orillas de la isla.**

Las pastoras continúan su reposada vida en la isla, en la que tienen ocasión de practicar las artes liberales y de sostener profundas disertaciones acerca de temas tan sesudos como el del hábito de la soledad entre los gentiles y los santos. Asimismo, se da fin a la narración de los amores de Gabianisandro y Corneria, determinados por la presencia de una maldición que impide a quienes habitan en la isla consumir sus amores sin conocer una muerte inminente. Concluida esta historia intercalada, el narrador realiza un salto temporal de dos años, para detenerse en la decisiva llegada de dos hombres náufragos a la isla, que el lector pronto identificará con los caballeros de Benavente. Acontecimiento oportunamente anunciado por dos sueños premonitorios de Taurisa y Belisandra, con el que la trama principal quedará definitivamente unida a la de las pastoras.

### **CAPÍTULOS IV-VIII. Vida de los caballeros Feridano y Ardoniso en la isla junto a las pastoras: partida de los caballeros hacia las Islas Fortunatas, naufragio y llegada a la Isla de la Enamorada Corneria, recuperación, llegada del piloto Fraseldo, enamoramiento de caballeros y pastoras, disposición de una casta convivencia.**

Concluye el narrador de relatar el fin de la emboscada que un viejo enemigo había tendido a Feridano y Ardoniso, con la apabullante victoria de estos caballeros. Se refiere apresuradamente el viaje de los reyes a Hispalis, donde ambos compañeros quedan también instalados por espacio de año medio, hasta el momento en que deciden embarcar con la armada del rey a las Islas Fortunatas. En el camino sufren una terrible tormenta que les lleva a andar errantes por el mar varias jornadas, aferrados tan solo a sendas tablas. Providencialmente, terminan aportando una mañana en la Isla de la Enamorada Corneria, donde las pastoras les encuentran desmayados. Estas les llevan apresuradamente a su casa para tratar de reanimarles, prodigándoles toda clase de cuidados mientras se recuperan entre divertidos delirios. Esa misma noche tiene lugar la inesperada llegada de Fraseldo, el también náufrago piloto de la armada real, a quien acogen con gran caridad en medio de las joviales burlas que la fealdad del anciano merece a la graciosa Libertina.

Durante su proceso de curación, el trato entre pastoras y caballeros da lugar en breve espacio al enamoramiento de Ardoniso y Belisandra y al de Feridano y Taurisa, quienes tras las necesarias confidencias entre amigos y las deseadas pláticas entre enamorados se revelan su amor. Sin embargo, por razones que el narrador no esclarece por completo –sumergiéndolas en la sombra de la ambigüedad y de la ironía–, aparentemente relacionadas con una maldición que pesa sobre la isla, los enamorados no pueden desposarse. Por ello, las pastoras piden a sus caballeros vivir una relación casta y amistosa, habitando en casas separadas, sin que estos lleguen nunca a darse por vencidos en su propósito de consumir carnalmente su amor. Es así como da comienzo la narración de los amores «metafísicos» que unen a estos personajes, en los que, tal y como invitan a pensar las reiteradas ironías del narrador, parece proponerse con humor la oposición de dos códigos amorosos de signo opuesto: el del amor cortés y el de idealismo neoplatónico (*vid.* 5.3.3).

A lo largo de varios capítulos, la narración nos acerca a la convivencia de estas parejas, a cargo de las cuales el pequeño Mejiano recibe una exquisita educación en armas y letras. A su lado, las jornadas transcurren plagadas de diálogos caracterizados por su alto nivel de erudición, como el que los caballeros desarrollan a propósito del problema de la licitud de la ficción o como el que las pastoras sostienen acerca de las

bibliotecas más famosas de la historia. Pero también de ratos de esparcimiento compartidos con Fraseldo y el resto de pastoras, en los que resultan centrales la música y los combates de coplas de repente protagonizados por el piloto y Libertina, altamente individualizados por su sentido del humor y su condición humilde. Asimismo, resultan de gran interés las detalladas descripciones con las que se dibujan los enseres y las actividades cotidianas de las pastoras, especialmente ricas en cuanto se refiere a sus cuidados personales y sus atavíos.

### **CAPÍTULO IX. Estallido de la gran guerra entre la Cristiandad y el mundo infiel: orígenes del conflicto, avances y logros del ejército enemigo, llamada de socorro del Emperador de Constantinopla a todos los reinos cristianos.**

Constituye este capítulo un paréntesis preparatorio de la acción que el autor establecerá como hilo conductor de la obra, si bien, como podrá comprobarse, su desarrollo efectivo se verá muy reducido, en favor de las aventuras individuales y amorosas de los personajes. En efecto, el narrador detiene bruscamente su relato para avanzar quince años en el tiempo, en los cuales se fragua un gran conflicto entre la Cristiandad y el mundo infiel. Según se refiere, el origen de tamaño enfrentamiento tiene su razón de ser en la animadversión personal que el fallido pretendiente escita de la princesa Casiana cobró a Ofrasio, por haberla llevado consigo a España sin consentimiento del Emperador. Es así como el malvado Sofraastro comienza a planear su venganza contra el príncipe español, que se traducirá en una progresiva conquista de todos los reinos cristianos.

A la vista de los considerables avances de su ejército, el Emperador de Constantinopla envía una petición de socorro a todos los monarcas de la Cristiandad para hacerle frente forma conjunta. Aparentemente, el narrador relaciona este conflicto con el mismo escenario en que aconteció la caída del Imperio Romano de Occidente, si bien sus incursiones metaficcionales sugieren la proyección de ambos bandos en el más inmediato presente (*vid.* 7.2.2). El capítulo concluye con la descripción de una batalla entre aves acontecida en la corte de Constantinopla, en la que el lector puede adivinar

fácilmente una profecía del desenlace positivo de esta gran guerra para el bando cristiano.

**CAPÍTULOS X-XI. Partida de Feridano, Ardoniso y Mejiano de la Esperanza de la Isla de la Enamorada Corneria: descripción de la nave construida por Fraseldo, conversaciones eruditas, partida de la isla, soledad de las pastoras.**

La narración vuelve de nuevo a retomar la historia de los caballeros y las pastoras en la isla, en la que el pequeño Mejiano ha alcanzado ya los doce años de edad, teniendo por verdaderos padres a Ardoniso y Belisandra. Una mañana, todos los de la isla se acercan a conocer la nave que durante largo tiempo ha estado construyendo Fraseldo, en la cual pueden descubrirse numerosas inscripciones y pinturas que relatan los amores de los caballeros y las pastoras. Todos ellos suben a bordo para probarla, compartiendo una corta travesía en la que el piloto les explica detenidamente el origen de los nombres y la división de los vientos, siguiendo a esta exposición una lección de Belisandra sobre las causas de las guerras, al hilo de la cual el doncel de la Esperanza puede lucir ante el lector su profunda formación y su prematura madurez. De vuelta a tierra firme, tras un tiempo de recreación en el que el pequeño Mejiano muestra sus dotes para el repentismo, se acuerda la marcha de los caballeros y el doncel a España, en compañía del piloto y las pastoras Esmerilda y Libertina, con el propósito de volver junto a Belisandra y Taurisa lo antes posible. A su partida, las pastoras quedan sumidas en una gran tristeza, que sirve de marco para el desarrollo de sendos diálogos sobre los beneficios del trabajo frente a la ociosidad y sobre los peligros que la literatura de ficción entraña para las damas, en los cuales se sostiene una actitud coherente con los argumentos esgrimidos en el prólogo de la obra a este respecto.

## **CAPÍTULOS XII-XIV. Viaje de los caballeros y el doncel a España: combate con Farfanelo moro, rescate de Camilina y su hija de unas naves moras, llegada a Lisboa.**

Todavía bajo el pesar de la despedida, los caballeros entablan una grave conversación sobre la importancia de la cabeza respecto del resto de miembros del cuerpo, a la que sucede la narración de un cruento combate con una nave mora. A la vista de su inminente derrota, el capitán moro Farfanelo que en ella viajaba pide merced de su vida a cambio de su conversión al cristianismo, la cual es otorgada con gusto por Feridano y Ardoniso, quienes le aceptan en su compañía. Apenas repuestos de las heridas recibidas en el enfrentamiento anterior, el piloto avista unas naves moras a las que igualmente deciden hacer frente, logrando en ello una rápida victoria de la que resulta la liberación de un grupo de cristianos, entre los que se encuentran la duquesa Camilina y su hija, la pequeña Camiliana. Dicho hallazgo resulta ser muy significativo, por cuanto, según sugiere el cronista –con informaciones que son corroboradas por el traductor, en contraste con otras fuentes–, Ardoniso y la duquesa habrían mantenido años atrás una relación sentimental, de resultados de la cual habría nacido Camiliana, a quien todos –incluido el propio duque–, creen legítima hija del matrimonio de la duquesa. Tales noticias son certificadas por el diálogo que los antiguos amantes mantienen en la nave, surtidos de reproches y nuevas esperanzas de amor. Disquisiciones sentimentales que son interrumpidas por la llegada de su embarcación al puerto de Lisboa, donde las desfavorables circunstancias meteorológicas les han obligado a aportar.

Allí permanecerán durante unos días, con el propósito de reponerse del viaje y de aguardar el buen tiempo que les permita embarcar de nuevo rumbo a Hispalia. En este lugar contratan a la vieja Gradisa para que les ayude en el gobierno de la casa, la cual hará las veces de aya del Caballero de la Fe en ausencia de las pastoras. Durante su corta estancia en la ciudad lisboeta tendrá lugar la llegada de sendos correos que determinarán la ruta de estos caballeros. El primero de ellos informará a la duquesa Camilina de la grave enfermedad que pone a su esposo a las puertas de la muerte; el segundo, en cambio, pondrá a los caballeros al corriente de los últimos nombramientos acaecidos en España, entre los que el lector puede reconocer a un buen número de

importantes cortesanos del último tercio del siglo XVI. En consecuencia, Feridano y Ardoniso decidirán dividir la comitiva en dos grupos, de forma que mientras ellos acompañan a la duquesa «hasta las faldas del Moncayo», el doncel de la Esperanza parta junto al capitán Mauro Italiano y la anciana Gradisa hacia Hispalia, donde todos esperan reunirse en breve de espacio de tiempo para formar parte de la armada que el rey desea reunir en ayuda del Emperador de Constantinopla.

#### **CAPÍTULO XV. Viaje del doncel de la Esperanza hacia Hispalia: rescate del rey Ofrasio de una armada mora, nombramiento como caballero del doncel.**

Tras separarse de los caballeros Ardoniso y Feridano, el doncel de la Esperanza pone rumbo a Hispalia, enormemente apenado por verse separado de su gran amiga Camiliana, hija de la duquesa. En el transcurso del viaje su armada topa con unas naves moras, con las que emprenden un feroz combate en el que por primera vez usará las armas el joven Mejiano. Es así como este tendrá ocasión de liberar a un caballero español que resultará ser su propio padre, el por entonces ya rey Ofrasio de España, quien había sido capturado a traición por un antiguo enemigo. En el fragor de la batalla el doncel solicitará a Ofrasio el honor de ser armado caballero de sus propias manos, de manera que podrá darse cumplimiento a uno de los tópicos frecuentes en el género, por el que el caballero protagonista recibe las armas de su propio padre sin saberlo.

#### **CAPÍTULOS XVI-XIX. Viaje de Feridano y Ardoniso hasta el castillo de Camilina: aventura de la Rubia Mora, encuentro con Albersos Cifontino, llegada al castillo de la duquesa Camilina, comienzo de la aventura contra el gigante de la ciudad de Grisa.**

De camino hacia el castillo de la duquesa Camilina, Feridano aprovecha para instruir en las verdades de la fe al recién convertido Farfanelo, mientras Ardoniso y su antigua amante conversan sobre sus pasados amores. Al hilo de su plática, estos personajes traban una erudita disquisición sobre si las mujeres casadas aman más que las solteras, con abundantes ejemplos extraídos de la historia. En la tercera jornada de

camino, todavía en tierras portuguesas, los caballeros topan con un puente defendido por un caballero infiel, por el que se llega al famoso Castillo de la Rubia Mora. Aceptadas las condiciones que el moro Mureto impone en la guarda del paso, Feridano entra con él en duro combate, obteniendo una reñida victoria que les permite el acceso a la misteriosa fortaleza. Emplazada en pleno cauce del río Tajo, en su entrada pueden leerse distintos carteles escritos en octosílabos, anunciadores de las maravillas que en ella se encuentran, cuyos versos son duramente criticados por los personajes, por tratarse, en su opinión, de coplas antiguas compuestas en bajo estilo.

Ya en su interior, el alcaide les explica que aquel lugar se encuentra encantado desde que así lo dispusiera su antigua dueña, conocida como la Rubia Mora, quien habría hecho uso de las artes mágicas para poner en suspenso el inminente fallecimiento de su amado Castarido, aquejado de una enfermedad incurable. Desde entonces, el castillo aguarda la llegada de algún caballero andante capaz de pasar con éxito las aventuras ocultas en cada una de sus doce torres, con cuyo vencimiento finalizaría el hechizo. Desafío que, según se refiere, tan solo el rey Ofrasio de España estuvo a punto de batir, sin haber podido lograrlo por encontrarse reservado a otro caballero superior en virtudes –en el que el lector puede intuir la figura de su desconocido hijo, Mejiano de la Esperanza–. Ante tan prometedora invitación, Feridano no se resiste a tentar la entrada a la primera torre, consagrada a Diana, conseguido lo cual los caballeros pueden gozar de la extraordinaria visión del globo mágico que allí se custodia. En él, el lector puede disfrutar nuevamente de una precisa descripción de la redondez de la tierra, a lo largo de un extenso capítulo basado por entero en sendos pasajes de la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso (1519) y de la *Cronografía* de Jerónimo de Chaves (1548) (*vid.* 6.3.4 y 6.3.5).

Los secretos de las torres restantes permanecerán ocultos, a causa de la llegada de un nuevo correo del duque que precipita la marcha de los caballeros. Así, Ardoniso y Feridano retoman su viaje por el interior de la Península, en el concurso del cual deben salvar un nuevo combate con un grupo de infieles que les asalta en las inmediaciones del territorio de Alberso Cifontino, quien sale providencialmente en su ayuda junto a varios de sus hombres. Seguidamente acontece la llegada de los caballeros al castillo de la duquesa Camilina, donde la dejan junto a su marido con el deseo de partirse

rápidamente hacia Hispalia. No obstante, apenas transcurridos unos días, una doncella en apuros vuelve a detener la marcha de los caballeros, pues esta solicita su ayuda para rescatar a su hermano, el príncipe de Misia, del poder de un malvado gigante infiel que tiene sometida bajo su tiranía a la cercana ciudad de Grisa, a la que el lector fácilmente identifica con Guadalajara. Llegados a esta población, de la que se nos ofrecen abundantes referencias históricas, Ardoniso y Feridano se alojan en el palacio del duque Tritoneo de Zamendo, situado junto a la Iglesia de Santiago, al igual que su correlato en la realidad: el palacio del duque del Infantado.

**CAPÍTULO XX. «De lo que al caballero de la Esperança sucedió con Ofrasio rey de España, con otras cosas tocantes a la istoria».**

Continúa el relato con la batalla contra la armada mora que llevaba cautivo al príncipe Ofrasio, refiriéndonos el feliz fin de esta y la amorosa conversación que el rey entabla con su salvador, el recién armado caballero don Mejiano de la Esperanza. Admirado de su juvenil valor y su destreza para las armas, el rey le pregunta por sus orígenes, sorprendiéndose –como tantos otros personajes a lo largo de la obra– de que tal parentesco fuera posible, a la vista de que Ardoniso no tenía mujer conocida y de que su partida de España se produjo tiempo después de la edad que el doncel dice tener... A su llegada a Hispalia, la reina Casiana y toda la corte les dedican un caluroso recibimiento, al que sigue una interesante descripción de las bondades de la ciudad andaluza.

**CAPÍTULOS XXI-XXII. Aventura contra el gigante de la ciudad de Grisa: banquete y sarao en casa del duque Tritoneo de Zamendo, batalla contra el gigante y conquista del castillo, liberación de los presos y celebración.**

Feridano y Ardoniso disfrutan de un gran banquete en la casa del duque Tritoneo de Zamendo, en mitad del cual les llega la noticia de que el gigante se dispone a atacar el palacio junto a los suyos. Armados de valor, estos caballeros hacen frente a los enemigos con decisión, facilitando que en pocas horas el gigante quede muerto a manos de Feridano. Mientras, el astuto Ardoniso ha marchado al castillo del gigante, con el fin



de desbaratar por completo la resistencia, evitando así que los supervivientes de la batalla pudieran hacerse fuertes a su regreso. De este modo, haciendo uso de divertidas argucias, este caballero y los suyos consiguen rendir el castillo en poco tiempo, de manera que cuando las gentes del gigante se baten en retirada se encuentran acorralados por ambas partes. Vencida así la tiranía del gigante, el duque marcha a su casa para poner orden en la ciudad y organizar la quema de los cuerpos de los infieles, al tiempo que Ardoniso y Feridano quedan en el castillo liberando a los cristianos cautivos. Allí encuentran a los hermanos de Herófila, la dama menesterosa, llamados Zulemo y Brisidina, junto a la sobrina del rey Ofrasio, Cadianisa, hija de los príncipes de Normandía.

Ya de vuelta al palacio de Tritoneo disfrutan todos juntos de una amena celebración, en la cual Zulemo tiene oportunidad de revelar a Cadianisa su amor por la princesa Diadema, hija del rey Ofrasio y, por tanto, prima de su interlocutora, encargándole encarecidamente que le haga a esta entrega de una carta. Asimismo, como sucederá en otras muchas ocasiones, un retrato de un personaje histórico que engalana las paredes del palacio –en este caso el del rey Candaules–, sirve a ambos príncipes para el desarrollo de un diálogo sobre su historia.

**CAPÍTULOS [XXIII] XXIV-XXVI. El Doncel de la Esperanza en Hispalia: enfrentamiento con dos gigantes infieles, adquisición de un nombre caballeresco, conversaciones de Mejiano con su ayo Priscilano sobre la verdadera nobleza.**

Entre tanto, el Doncel de la Esperanza permanece en Hispalia, donde adquiere una notable fama entre los cortesanos, que lo tienen por joven de gran valor y nobleza de espíritu. El narrador nos lo presenta como gran aficionado al coleccionismo de medallas antiguas, de las cuales trata de hacer acopio en todo lugar. A propósito de la compra de un par de ellas, el doncel mantiene una interesante conversación con su aya Gradisa –a quien, como a muchos otros personajes femeninos, se retrata como ávida lectora–, en la que ambos discuten sobre la biografía de dos capitanes romanos. Ese mismo día el joven Mejiano es llamado por el rey a participar en un consejo de guerra, en el transcurso del cual hacen su aparición dos gigantes soberbios, servidores del escita

Sofraastro, que retan a todos los caballeros cristianos en el sostenimiento de tres causas, concentradas en la superioridad de la belleza de sus damas, de la valía de su señor y de la veracidad de su fe. Como era previsible, el Doncel de la Esperanza reacciona con fiereza ante tamaño despropósito, proponiéndose a sí mismo para defender en solitario la mendacidad de tales afirmaciones, pero especialmente para reafirmar la supremacía de su fe.

Aceptada esta petición por parte del rey Ofrasio, el doncel se prepara en su casa para el combate, donde por primera vez encontramos al cronista Nictemeno como personaje de la obra, servidor fiel de Mejiano de la Esperanza. En la intimidad de sus aposentos, tendrán lugar en estas jornadas dos importantes conversaciones entre el doncel y su ayo, el monje Priscilano, en las que este le instruirá en las características que definen a la verdadera nobleza, empleando argumentos extractados directamente del tratado dedicado por el legista francés André Tiraqueau a este particular (*De nobilitate*, 1551). Asimismo, de su victoria sobre los dos gigantes el doncel adquirirá un nombre caballeresco, siendo conocido desde entonces como el Caballero de la Fe, lo cual pone al lector en el conocimiento de la catadura moral del segundo gran protagonista de la obra, en el que las virtudes de la caballería andante quedarán enormemente cristianizadas.

**CAPÍTULOS XXVII-XXIX. Llegada de Feridano y Ardoniso a Hispalia: enamoramiento de oídas del Caballero de la Fe, conversación de amores entre Diadena y Cadianisa, combate entre Feridano y Agrimador el Desemejado, huida de Feridano y Ardoniso, asalto de unos traidores al castillo de Ofrasio.**

Confluyen de nuevo en el capítulo vigésimo séptimo las aventuras de Feridano y Ardoniso con las del Caballero de la Fe, con la llegada a Hispalia de estos caballeros junto a la princesa Cadianisa. Tras el caluroso recibimiento de la sobrina de los reyes de España, esta dama se entrevista a solas con su prima Diadena, a quien comunica los sentimientos que el príncipe Zulemo de Misia guarda hacia ella, dando lugar así a otra de las numerosas escenas de confidencias femeninas, caracterizadas por su marcada familiaridad y su llamativo erotismo, en la que tampoco faltan chismorreos acerca de

cuestiones tan banales como los tipos de peinados que se usan en la corte. De otra parte, acontecen en estos capítulos diversas escenas que pretenden preparar el desarrollo argumental del tercer libro. Así, asistimos al decisivo enamoramiento de oídas de Mejiano de la Esperanza, tras escuchar de boca de un paje griego las extraordinarias virtudes de la hija del Emperador de Constantinopla, la hermosa Brisaida, con la que el protagonista mantendrá una relación sentimental. Además, presenciamos el desafortunado enfrentamiento entre Feridano y Agrimador el Desemejado, que provoca la inevitable huida del caballero español junto a su compañero Ardoniso a la Isla de la Enamorada Corneria. Por último, la lectura de una carta de la joven Camiliana dirigida al Caballero de la Fe pone los cimientos de la profunda y casta amistad que en el futuro más inmediato unirá a ambos personajes.

Con estos sencillos acontecimientos el Caballero de la Fe queda dispuesto para convertirse en el nuevo y definitivo protagonista de la obra, en cuyos dos últimos libros desempeñará un importante papel que es avanzado por medio de un misterioso acontecimiento profético: dos aves arrebatan sendos gorrillos de las cabezas de Mejiano y del pequeño Luposildo, infante de España, para colocarles sendas coronas de rey y de emperador, respectivamente. Imagen premonitoria con la que el lector conoce el lugar preponderante que Mejiano de la Esperanza adquirirá en la escena política, explicable en última instancia en su auténtica condición de primogénito del rey Ofrasio de España. Asimismo, encontramos embutidos en esta secuencia argumental dos interesantes diálogos eruditos, dedicados a curiosidades como las diferencias en el tratamiento de los primogénitos entre culturas o a cuestiones de índole moral como la costumbre de dar limosna, de la que el Caballero de la Fe es el mejor ejemplo, en tanto que imagen del perfecto príncipe cristiano. Finalmente, el último capítulo del segundo libro se cierra con la irrupción de unos traidores que incendian el castillo del rey Ofrasio, cuya narración permite prever la decisiva intervención del Caballero de la Fe que se relatará en el siguiente libro.

### **LIBRO III**

#### **CAPÍTULO I. Viaje de Feridano y Ardoniso a la Isla de la Enamorada Corneria: encuentros con la Orden de Malta, soledad de las pastoras, llegada de las naves españolas a la Isla.**

Comienza el tercer libro con el relato de la partida de Hispalia de las naos de Feridano y Ardoniso hacia la Isla de la Enamorada Corneria, a propósito de la cual el narrador embute una apretada digresión sobre las señales de la naturaleza que indican serenidad. Mientras los caballeros amenizan el viaje al son de la música, tiene lugar el encuentro con unas naves de «los Comendadores de san Juan» –rápidamente reconocibles por la precisa descripción de sus insignias–, cuyos tripulantes invitan a los españoles a unirse en la gran guerra que el Santo Padre ha convocado contra el ejército del escita Sofraastro. Tras intercambiar parabienes en un almuerzo conjunto, ambas flotas se despiden haciendo reverencia a la bandera de los cruzados. Entra tanto, el narrador nos cuenta cómo las princesas de la isla se encuentran sumidas en una gran tristeza, a causa de la soledad del lugar y de la tardanza de sus príncipes, cuando justamente doce aves entran en el salón posándose allí con sorprendente mansedumbre. Belisandra y Taurisa creen ver en ello el augurio de algún próximo suceso, deteniéndose bajo este pretexto en una ortodoxa reflexión sobre las causas que realmente se esconden tras los hechos sobrenaturales. A continuación, deciden ir todas juntas a la ribera, donde atisban con alegría la llegada de las naves españolas, con la que se confirman sus pasadas intuiciones.

#### **CAPÍTULOS II-III. Incendio en el palacio del rey Ofrasio: intervención decisiva del Caballero de la Fe, extinción del incendio, agradecimiento de los reyes de España al de la Fe, convocatoria de la armada de 24 caballeros en socorro de Constantinopla.**

Se retoma en el capítulo segundo la narración del incendio con el que quedó en suspenso el final del libro anterior, en cuya resolución el Caballero de la Fe ejecuta una intervención decisiva, salvando nuevamente la vida del rey Ofrasio al impedir que este sea arrojado a las llamas por sus enemigos. Una vez puesto en seguro, el rey de España

combate al lado del de la Fe, propiciando la liberación de la reina y de las demás damas del palacio, que esperaban la llegada de las llamas atrincheradas en uno de sus aposentos. Tras vencer a los traidores y extinguirse el fuego amenazante, pronto se conoce que el autor del asalto no era otro que el hijo del moro Estribaldo, enemigo de Ofrasio, a quien el rey, movido por una excesiva piedad, había perdonado la vida. Así las cosas, Mejiano de la Esperanza vuelve a su casa para recuperarse de las heridas sufridas, donde apenas unas horas después recibe el honor de acoger la visita de la reina Casiana, quien queda impresionada por el numeroso séquito de doncellas que componen el servicio. Vivamente interesada por la exquisita educación que manifiestan estas damas, las preguntas de la reina dan lugar a un extenso diálogo, en el que, una vez más, se exponen conscientemente diversas pautas sobre este particular, como aquellas que aconsejan «que la buena muger por armas y trofeo á de tener la rueca y el aguja, y por orla y dibisa la música y otros onestos ejercicios...».

Finalmente, la llegada de la carta de socorro del Emperador de Constantinopla obliga a la elección de veinticuatro caballeros que partan en respuesta con una armada española, en cuya empresa el Caballero de la Fe es felizmente elegido como capitán general.

#### **CAPÍTULO IV. Partida del Caballero de la Fe hacia Constantinopla: preparativos del viaje, descripción cartográfica de la travesía, llegada junto a una isla sometida por un gigante caníbal.**

Tras recibir la noticia del nombramiento, el Caballero de la Fe reúne en consejo a los hombres de su casa, con el fin de tomar en cuenta su parecer en el orden y disposición de la partida. A continuación, se nos describen las ricas provisiones de la armada, al hilo de las cuales el cronista Nictemeno nos informa de cómo desempeñó en aquella expedición el cargo de «contador mayor de la armada y tesorero de las rentas reales de Ofrasio». Comenzada la travesía, esta nos es referida con una apabullante precisión cartográfica, en la que es posible verificar el manejo de la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso para su diseño (*vid.* 6.3.4). Bordeando la costa francesa, el de la Fe tiene noticia de la existencia de una isla sometida por un gigante caníbal, ante la cual el caballero no puede sino tomar la decidida resolución de detener su viaje para enfrentarse a tamaño enemigo, completamente fiado de la providencia divina.

## **CAPÍTULO V. Feridano y Ardoniso llegan a la Isla de Corneria: edificación de la ciudad, envío de una nao con presentes al Caballero de la Fe.**

Tras ser recibidos con inmensa alegría por parte de sus amadas pastoras, los caballeros deciden el emplazamiento de la nueva ciudad que tienen intención de fundar con los abundantísimos abastecimientos y gentes que han traído consigo desde España. Así, después de la celebración de una misa –la primera que, según se nos dice, las pastoras han tenido oportunidad de escuchar en los últimos diecisiete años–, el narrador nos da cuenta del proceso de edificación de la población, con especial atención a los materiales empleados en la construcción. Durante el transcurso de estas jornadas, Nictemeno nos informa con gran ironía acerca de la peculiar relación amorosa de los caballeros y las pastoras, que, a su parecer, resulta «caso más metafísico que moral». Concluye el capítulo con la decisión de enviar una nao a Constantinopla con cartas y presentes para el Caballero de la Fe con cartas y presentes de Ardoniso y Belisandra, a quienes tiene por verdaderos padres.

## **CAPÍTULOS VI-VIII. Aventura del Caballero de la Fe contra el gigante caníbal: rescate de la princesa Alejandra y la doncella Areusina, liberación de presos cristianos, sometimiento de la isla al rey Ofrasio.**

Subiendo camino del castillo del gigante, el Caballero de la Fe y sus hombres topan con una oscura cueva, en cuyo interior encuentran a un grupo de malhechores que tienen en su poder unas cuantas mujeres, a las que custodian y afrentan a la espera del momento en que han de ser llevadas en sacrificio. Con gran fiereza, el de la Fe los obliga rápidamente a rendirse, liberando así a las quebrantadas damas, que, cubriendo su desnudez como pueden, agradecen entre lágrimas su intervención. Entre ellas, don Mejiano descubre a la doncella Areusina y a la princesa Alejandra, sobrina del rey Ofrasio, a quienes acompaña apresuradamente hasta su nao para ponerlas a salvo. A continuación, nombrando a doce de sus hombres como guardas de la cueva, emprende la subida al castillo en solitario; el cual, por hallarse sus habitantes persuadidos de la imposibilidad de cualquier amenaza, es tomado con presteza y gran agudeza por un solo hombre. De esta forma, el de la Fe y sus compañeros pasan la noche en la primera de las

torres de la fortaleza, aguardando la llegada del temible gigante, que en el momento de su llegada se hallaba ausente, por haber marchado a ejecutar uno de sus cruentos sacrificios.

Llegada la mañana, el gigante encuentra su castillo tomado y al joven Mejiano solicitando campo con él, el cual aceptado, concluye en breve espacio de tiempo con la muerte del temible caníbal a manos del protagonista. Seguidamente, el Caballero de la Fe se apresura a liberar al gran número de cristianos que, haciendo gala de una firmeza digna de los mártires, han preferido permanecer en las inmundas cárceles del gigante, a la espera de su sacrificio, antes que renegar de sus creencias. Visto lo cual don Mejiano no puede sino derramar abundantes lágrimas, pronunciando palabras de alabanza ante la virtud mostrada por aquellos hombres y mujeres. Así, puestos en libertad todos los presos y descubiertas las incontables riquezas que el gigante custodiaba en las cuatro torres de su castillo, el Caballero de la Fe dispone admirablemente el gobierno de la isla, sometiéndola a la jurisdicción del rey Ofrasio de España, a quien envía diversos presentes con los que hacerle partícipe de la noticia del vencimiento sobre el gigante caníbal en su nombre.

**CAPÍTULOS IX-XIV. Llegada de la armada española a Constantinopla: enamoramiento de oídas de la princesa Brisaida, primeras conversaciones amorosas, confidencias entre damas, visita de los emperadores a casa del Caballero de la Fe.**

Llegados al puerto de Constantinopla, el Caballero de la Fe es recibido amorosamente por el embajador de España, hermano de Ardoniso y, en consecuencia, supuesto tío de Mejiano. Tras entregar sendas cartas de Ofrasio para el Emperador y su embajador –en las que se loan sobremanera las virtudes del joven capitán general de la armada–, este se instala en casa de su tío, donde con gran presteza se procede a la construcción de nuevos aposentos ricamente engalanados. En este estretanto, el paje griego que viajara a España, provocando con sus noticias el enamoramiento de oídas del Caballero de la Fe, causa idénticos efectos en el corazón de Brisaida, cuando, a su regreso al imperio junto a la armada española, subraya en su presencia su inigualable

valor. Estos recién encendidos sentimientos en el pecho de Brisaida dan lugar a una peculiar escena, en la que la princesa entablará un diálogo con su propio pensamiento, al que el autor concederá el estatuto de auténtico interlocutor como si de un personaje se tratase, de forma que las pasiones de esta dama acabarán por imponerse a su impertinente razón en un cuadro cargado de erotismo. Paralelamente, Mejiano de la Esperanza desahogará sus pensamientos en un soliloquio atormentado, en el que expresará su inmenso amor hacia Brisaida y sus temores de que este nunca llegue a consumarse, a causa de su desigual condición.

A la mañana siguiente la princesa Brisaida se engalana para acudir a la misa, circunstancia que es aprovechada por el cronista Nictemeno para realizar una larga digresión en la que critica duramente a aquellas damas que no cuidan su aspecto exterior, insertando un pequeño cuento del que dice haber sido testigo. Tras la celebración, la princesa y sus doncellas tienen oportunidad de ver nuevamente desde el amparo de su celosía al Caballero de la Fe, paseando en compañía de su tío el Embajador. La picardía de una de las criadas propicia una escueta conversación entre ambos jóvenes, en la que estos pueden intercambiar los primeros requiebros. Escena distendida a la que suceden las necesarias confianzas entre damas, en las que, como ya ocurriera en la corte de Babilonia, los personajes femeninos se expresarán en un estilo marcadamente oral y coloquial, plagado de referencias eróticas. En este ambiente de tercería acontece la visita de las doncellas Gradisa y Areusina a los emperadores, con el propósito de darles cuenta del estado de su sobrina Alejandra, quien les aguarda ligeramente indispuesta en casa del de la Fe. Es así como puede tener lugar una decisiva entrevista entre Gradisa y la princesa Brisaida, en la que el aya de don Mejiano aprovecha la intimidad de la conversación para comunicarle con picardía los sentimientos que su ahijado guarda hacia ella.

Sucede a este encuentro otro similar entre Gradisa y el de la Fe, en el que esta le transmite al caballero las favorables reacciones que pudo detectar en la princesa cuando le fue nombrada su persona. Declaraciones que acrecientan la pasión de don Mejiano, dando lugar a un segundo soliloquio que, por las propiedades mágicas de un anillo, es escuchado por completo por el sabio monje Priscilano. Asimismo, acontecen en estas jornadas sendas visitas del Emperador y la Emperatriz a casa del Caballero de la Fe, con



el deseo de visitar a su sobrina, de resultas de las cuales ambos quedan admirados de la riqueza y buen término de la casa del español. En la segunda de ellas, la princesa Brisaida acompaña a su madre, de manera que tiene lugar el primer encuentro cara a cara entre los dos enamorados. Sin embargo, estos apenas intercambiarán algunas discretas razones, dando a entender su amor en la torpeza y el disimulo de sus gestos. Por el contrario, las princesas Brisaida y Alejandra tendrán oportunidad de confesar sus sentimientos entre alguna que otra vulgaridad, apaciguándose así las sospechas que la hija del Emperador guardase con respecto a su prima, quien se declara enamorada del infante Luposildo, hijo de Ofrasio de España.

**CAPÍTULOS XV-XVIII. Salida secreta del Caballero de la Fe a Arcadia: rescate de la asediada ciudad de Lerna, envío de cartas y regalos a Constantinopla, liberación de la princesa de Atenas, espera del de la Fe, conversaciones entre damas y llegada de nuevos presentes.**

Tras la llegada a la corte de Constantinopla de una petición de socorro proveniente del reino de Arcadia, asediado por el ejército del escita Sofraastro, el Caballero de la Fe decide partir en secreto con el deseo de liberar en solitario la ciudad de Lerna. De este modo, tras una intensa jornada de camino, el caballero arriba a sus puertas en compañía de su escudero Broselino, junto a quien contempla la disposición del campamento enemigo, la cual nos es descrita por el narrador con todo detalle. Inmediatamente tiene lugar su encuentro con un pastor del lugar, quien, asegurado por una carta de creencia de la condición del de la Fe, le ofrece acceder a la ciudad a través de una cueva secreta. Antes de cumplir con este propósito, el caballero vence a un pequeño escuadrón del bando escita, con lo que consigue el rescate de un buen número de presos y la reunión de abundantes provisiones para los ciudadanos de Lerna. Así las cosas, una vez dentro de la población, el Caballero de la Fe arenga al ejército cristiano, comunicándole una astuta estrategia con la que tiene por cierta la derrota de los enemigos. Caída la noche, a la señal convenida, todos ponen en práctica las indicaciones del español, relatándose pormenorizadamente la rápida y ridícula muerte de los adversarios infieles. Al término de la batalla, el de la Fe decide quedarse unos días en tierra de Arcadia, dando orden en las cosas de la ciudad y reponiéndose de las heridas

recibidas, mientras su escudero Broselino es enviado a Constantinopla a llevar las noticias del vencimiento con gran celeridad.

La llegada de tales albricias toma por sorpresa al Emperador y su corte, quienes, desconociendo la partida del Caballero de la Fe, todavía se encontraban preparando su respuesta al reino vecino. Acto seguido, Broselino lleva a la princesa Alejandra una segunda misiva de Mejiano, en la que este la pone al corriente de lo sucedido. Ante los celos que este privilegio provoca en Brisaida, su prima le permite que sea ella misma quien lea la carta, pudiendo así comprobar directamente el amor que le profesa el joven caballero. Ya que, en estas líneas, Mejiano se declara abiertamente esclavo de la hija del Emperador, pidiéndole que acepte las recientes victorias como suyas, en tanto que obtenidas con la fuerza del amor que siente hacia ella. La princesa de Constantinopla acoge esta declaración con notable contento, quedando así las dos damas aquella noche envueltas en pensamientos y confidencias amorosas, entre risas e insinuaciones eróticas que ambas encubren con fingidos escrúpulos.

Tras recibir de los habitantes de Arcadia innumerables honores y riquezas, el Caballero de la Fe parte rumbo a Constantinopla. Sin embargo, su camino pronto es interrumpido por el encuentro con un carro dirigido por unos gigantes infieles, en el que estos transportan a una muchedumbre de cristianos presos. Encolerizado por las blasfemias de los gigantes, que no dudan en provocarle llamándolo «discipulillo del nazareno», don Mejiano comienza a matar a toda aquella «infame congregación de bellacos», acabando en breve espacio de tiempo con la vida de todos ellos. Arranque de santa cólera que es acompañado por un exaltado discurso en defensa de la Iglesia y de la incondicional obediencia a ella debida por parte de los príncipes cristianos. Una vez liberados los cautivos, el de la Fe descubre entre ellos a la princesa de Atenas, llamada Cidranisa, a quien decide acompañar en su regreso a esta ciudad. Llegados allí, los atenienses agradecen al Caballero de la Fe tan importante rescate con multitud de regalos, los cuales son enviados al Emperador e invertidos en parte en la edificación de un monasterio y de un hospital para pobres, a los que don Mejiano tiene oportunidad de servir personalmente. Nuevamente, la llegada de tan buenas noticias a la corte de Constantinopla es motivo de profunda admiración, especialmente para las princesas

Brisaida y Alejandra, quienes reciben con gran contento los valiosos presentes que el de la Fe ha mandado reservar para ellas.

**CAPÍTULOS XIX-XXI. Llegada a la corte del gigante Sanís de Persia, aliado de Sofraastro: duelos con caballeros cristianos, regreso providencial del Caballero de la Fe, conversaciones entre primas, traición del gigante y muerte a manos del de la Fe.**

En ausencia del Caballero de la Fe tiene lugar la llegada de varias galeras de infieles, capitaneadas por el gigante persa Sanís, aliado del malvado Sofraastro. En su entrevista con el Emperador, este solicita permiso para aplazar campo a los caballeros del reino, dando lugar así a diversas jornadas de duelos que se saldan con la muerte de un buen número de hombres cristianos. En este cruento contexto acontece el providencial regreso de Mejiano, quien es recibido con gran alegría por los de su casa, con una fastuosa cena y una festiva velada. A la mañana siguiente, este se dispone para asistir a la misa, topando por el camino con la casa de Sanís, en cuya puerta halla colocadas las cabezas de los caballeros vencidos. Tras derramar abundantes lágrimas ante la vista de tan cruel espectáculo, loando con encendidas palabras las virtudes de aquellos compañeros mártires, el de la Fe entra en batalla con los criados del gigante, a quienes corta rápidamente la cabeza. De esta forma, habiendo emplazado al gigante Sanís para un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, el Caballero de la Fe envía las cabezas de los gigantes al Emperador, provocando en las princesas un gran estupor y despertando entre ellas nuevas confidencias amorosas.

Llegada la mañana, don Mejiano atraviesa el terrero que se encuentra frente al palacio, entablando una conversación amorosa con la princesa Brisaida a través de la celosía que merece las burlas de Nictemeno, a causa de la cortedad de las razones y del parco retoricismo empleado. Aprovechando la soledad del lugar, un grupo de criados de Sanís sale al encuentro del caballero, poniéndole en harta dificultad. Con la ayuda de sus criados, a quien se caracteriza cómicamente por su habla «de negros», el de la Fe consigue vencerlos a todos, habiendo de enfrentarse después personalmente a Sanís, quien albergaba la esperanza de librarse de tamaño peligro. De este modo, tras un reñido

combate en el que Brisaida no cesa de animar a su amado desde la ventana, don Mejiano logra cortar la cabeza del gigante, haciendo entrega de ella a la hija del Emperador, quien refiere ante su padre la heroica intervención del español. Concluye así la primera de las aventuras acometidas en la corte, con la que el caballero logra hacerse con un nombre en Constantinopla, siendo también conocido, como nos refiere abundantemente Nictemeno, por su extremada caridad, por la que es llamado entre las gentes «príncipe de los pobres».

**CAPÍTULO XXII. «De la operación que amor hizo en el pecho de Camiliana, hija de la duquesa Camilina de España y de una abentura que le sucedió en un bosque».**

Constituye este capítulo un paréntesis en la acción, por el que se pone en primer término a un personaje que devendrá esencial en el desarrollo de la biografía del protagonista: la joven Camiliana, hija de la duquesa Camilina, quien en su tierna infancia había trabado una estrecha amistad con el pequeño Mejiano. Llegada ya su primera adolescencia, el narrador nos informa de cómo el amor espiritual y fraterno que Camiliana había engendrado hacia el doncel había ido en aumento, hasta el punto de haber tomado esta la resolución de partir a su encuentro, con el deseo de ponerse a su servicio en el ejercicio de las armas. Pues, en efecto, el retrato de Camiliana responde al de una auténtica *virgo bellatrix* que, apasionada por la caballería, acostumbra a andar con vestidos de hombre por debajo de su hábitos de mujer, rehuyendo toda labor femenina. Una mañana, durante una de sus muchas salidas a caza por las montañas de Luzón, la joven doncella emprende la persecución de una puerca blanca, que, resistiéndosele, la obliga a alejarse un buen trecho para terminar conduciéndola al interior de una cueva. Ya en su interior, Camiliana logra dar caza al animal, pero acto seguido debe enfrentarse también a un fiero león y a un enorme toro, tras los que hace su aparición una vieja nigromanta, la cual le invita a participar en una aventura con la que alcanzará «la prez y honra de la feminil caballería».

Aceptado el reto, Camiliana se arma de unas armas verdes, para enfrentarse a continuación a una mujer vestida con pieles de serpiente que resulta ser la misma

Minerva. Tras vencerla en un un duro combate, esta le revela su verdadera historia, desmintiendo aquella que los paganos habían puesto por escrito. Cuando la diosa desaparece convertida en llamas, Camiliana se da cuenta de que todo ha sido obra de encantamiento y, con gran temor, se dirige a Dios, declarándole su desconfianza hacia tales casos como obra del demonio y comunicándole su intención de terminar aquella aventura para que nadie más pudiese caer en las redes de tales engaños.

**CAPÍTULOS XXIII-XXIV. El Caballero de la Fe en la corte de Constantinopla: recuperación de Mejiano, visita del Emperador, conversaciones amorosas con Brisaida, llegada de la armada española y de las naves de la Isla de Corneria.**

Tras la victoria sobre el gigante Sanís, don Mejiano de la Esperanza permanece en casa durante unas jornadas, recuperándose de sus muchas heridas. Allí recibe los amorosos cuidados de los suyos y de la princesa Alejandra, quien vela junto a su cama mientras lee literatura de ficción. Esta escena da lugar a una interesante conversación con Nictemeno sobre la legitimidad de la literatura de entretenimiento, al hilo de la cual, en un alarde de metaficción, el propio cronista asegura haber encontrado el primer libro de matahombres o de caballerías que se escribió en el mundo. Durante su reposo, el Caballero de la fe recibe la visita del Emperador, quien en compañía de Nictemeno visita su armería, quedando profundamente admirado por la abundancia y riqueza de las piezas que la componen. Asimismo, a la mañana siguiente, el de la Fe disfruta de la visita de la Emperatriz y de Brisaida, pudiendo quedar a solas con esta última gracias a la picardía de las pastoras y de Alejandra, quienes invitan a su madre a conocer con más detalle la casa. De esta forma, los dos enamorados pueden intercambiar algunas razones con las que se prometen como esposos, en un diálogo que nuevamente es blanco de la ironía de Nictemeno por el lenguaje empleado.

Mientras la salud del caballero evoluciona favorablemente, la narración nos describe el combate que la armada capitaneada por Mauro Italiano emprende contra unos navíos de infieles, familiares del traidor Sanís, así como el encuentro que posteriormente los españoles tienen con las naves de la Isla de Corneria, a las que

rescatan también del asalto de una escuadra mora. Así, las dos compañías llegan juntas al puerto de Constantinopla, donde son recibidas con gran alegría, especialmente en casa del de la Fe. Allí, Nictemeno tiene oportunidad de interrogar profusamente a Mauro y Fraseldo, conociendo así muchos detalles de la biografía de Mejiano. Una vez instalados, el Caballero de la Fe puede leer las cartas que Ardoniso y Belisandra le envían, en las cuales estos le dan abundantes consejos acerca de su conducta en la corte. A continuación, en relación con el enfrentamiento que se avecina contra los escitas, el caballero pronuncia un extenso discurso sobre las cualidades del buen soldado y sobre los modos más convenientes de disponer un ejército para la batalla.

#### **CAPÍTULO XXV. Fin de la aventura de Camiliana en la cueva encantada y viaje a Constantinopla.**

Vuelve la historia a contarnos el desarrollo de la aventura de Camiliana en la cueva encantada, donde la joven, tras haber vencido a Minerva, se adentra en una segunda estancia decorada con numerosas pinturas que relatan la historia de las amazonas. Precisamente en este lugar, Camiliana se enfrenta una a una a las amazonas más famosas, obteniendo como premio a su incontestable victoria la entrada a otra sala en la que tienen su trono las mujeres más valerosas en armas de la historia, las cuales le hacen entrega de sus mejores dones. A continuación, la joven escucha una predicción de la nigromanta, por la que le es anunciado que andará al servicio del Caballero de la Fe durante un tiempo, casándose finalmente con uno de los mayores príncipes de la tierra. Tras la intervención de la vieja, Camiliana queda sumida en un profundo sueño, del que despierta junto a una enana llamada Aristeia, quien, informándole de cómo por los poderes de la sabia nigromanta se hallan en Italia, se pone a su disposición como escudera en su viaje hacia Constantinopla. Adoptando falsamente una identidad de masculina bajo los nombres de Aristeo y Camilo, ambos personajes emprenden su camino, deteniéndose en breve espacio para responder a las necesidades de una doncella en apuros, con cuyo encuentro se cierra el capítulo.

**CAPÍTULOS XXVI-XXX. Llegada de Camiliana a la corte de Constantinopla: juegos y recreaciones palaciegas, batalla entre el Caballero de la Enamorada Castidad y el gigante, confidencias amorosas, relato del rescate de Supionisa, matrimonio secreto del Caballero de la Fe y Brisaida.**

La narración vuelve a poner el centro en la corte constantinopolitana, donde las princesas y los caballeros invierten la mayor parte de su tiempo en recreaciones palaciegas, a la espera de su partida a la gran guerra contra el escita Sofraastro. Así, se nos relata por extenso una de las numerosas visitas de Brisaida a su prima Alejandra, en la que aquella tiene oportunidad de dialogar a solas con el de la Fe, en un intercambio de cortesañías que es comentado con humor por medio del pensamiento interno de una de las criadas. A continuación, se nos describe otra escena de divertimentos cortesanos, en la que el Caballero de la Fe hace alarde de sus virtudes para la recitación, mientras las princesas lucen sus dotes para la música. Asimismo, se nos reproduce con gran detalle el desarrollo de una partida de cartas entre ellos, así como la conversación que mantienen con Fraseldo, quien les cuenta por extenso la calidad de los amores de Ardoniso y Belisandra. En mitad de esta plática, un doncel entra repentinamente en la habitación, informando de la llegada de un gigante que desea entrar en batalla con el de la Fe, pero que, habiendo topado con otro caballero que salió en su favor, tiene primero aplazado campo con este.

Como el lector puede adivinar fácilmente a través de las pistas proporcionadas por el narrador, este caballero no es otro que la doncella Camiliana, encubierta bajo el nombre de Camilo, quien a la mañana siguiente arriba junto al gigante a la ciudad de Constantinopla. Tras la visita de Nictemeno a la joven, en la que este le da la bienvenida de parte de su señor, quedando profundamente abrumado por la belleza del supuesto caballero, se nos narra en apenas unas líneas la rápida victoria de Camiliana, que hasta ese momento se ha dado a conocer bajo el nombre de Caballero de la Enamorada Castidad. A continuación, tiene lugar el encuentro entre don Mejiano y este caballero, quien, a pesar de mostrarle abiertamente su rostro, no es reconocido por su antiguo amigo, gracias a las artes mágicas de Aristeia. No obstante, el de la Fe le acoge como a un auténtico hermano, en virtud del amor que el joven ha mostrado hacia él. En su compañía, el protagonista entabla una conversación con las princesas a los pies de su

ventana, en la que el narrador explotará al máximo los confusos sentimientos que provoca en los personajes la extraordinaria belleza de Camilo. Asimismo, esa misma jornada tiene lugar el encuentro entre Alejandra y la criada Supionisa, a quien el lector pronto identifica con la dama a la que Camiliana salvó a su llegada a Italia.

Al anochecer, tal y como la criada Medúsea ha indicado al de la Fe, este sale secretamente al encuentro de su amada, en compañía de quien desde aquel día ha quedado convertido en su servidor más leal: el Caballero de la Enamorada Castidad. A su llegada al aposento de Brisaida, Camiliana queda a la puerta como guarda, situación que es aprovechada por el autor para expresar a través de su pensamiento interior multitud de comentarios de elevada carga erótica, en los que encuentran contestación las cortesánías con las que el de la Fe y la princesa quedan desposados. De igual modo, la entrega corporal de ambos amantes nos es ofrecida con una descarada ironía, por la que el cronista y el traductor delegan sucesivamente su responsabilidad sobre los hechos narrados, sin dejar de referir con gran humor el encuentro sexual entre los protagonistas. Llegado el amanecer, Brisaida queda a solas con Medúsea, comunicándole su contento, mientras el de la Fe y Camilo regresan a su casa bajo el abrigo de la oscuridad. Sin embargo, el asalto de cuatro caballeros encubiertos les detiene el paso, quedando así en suspense el cierre del tercer libro.



## 5. *El Caballero de la Fe* y la evolución del género caballeresco

Parece existir un amplio acuerdo en la definición de una poética del género caballeresco, que, si bien no tuvo su referente en una codificación clasicista, cuenta «con unas reglas tácitas, emanadas de los propios textos, que se repiten y reajustan libro tras libro»<sup>123</sup>. En el origen de estos temas, motivos<sup>124</sup>, personajes, esquemas y técnicas que otorgan un «aire de familia» al conjunto de textos que conforman el corpus de los libros de caballerías<sup>125</sup>, la crítica señala unánimemente al *Amadís* de Garci Rodríguez de Montalvo (1508 [ca. 1496]), por considerar que fue este «el primero de caballerías que se imprimió en España» y que «todos los demás han tomado principio y origen deste»<sup>126</sup>. Ya que, ciertamente, en tanto que síntesis genial de la mejor literatura caballeresca medieval castellana –heredera directa a su vez de la influyente materia de Bretaña, creada y recreada en Francia<sup>127</sup>– y de las inquietudes de un mundo ya

---

<sup>123</sup> M. C. Marín Pina. *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*. Zaragoza. Institución «Fernando el Católico». 2011, pág. 39.

<sup>124</sup> Sobre los beneficios y necesidades específicas que plantea la aplicación de este concepto deudor de la literatura folclórica al corpus caballeresco, debe consultarse la propuesta pionera de Cacho Blecua («Introducción al estudio de los motivos en los libros de caballerías: la memoria de Román Ramírez», en Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 27-57), que más tarde cuajó en la tesis doctoral de Ana Carmen Bueno Serrano por él dirigida (*Índice y estudio de motivos en los libros de caballerías castellanos (1508-1516)*). Tesis doctoral inédita. Universidad de Zaragoza. 2007).

<sup>125</sup> En la delimitación de los integrantes de dicho corpus existen dos propuestas fundamentales, de entre las cuales tomamos la segunda como referente para nuestra investigación: la primera, en la que se incluyen solamente textos escritos por autores españoles en lengua castellana, fue formulada por Daniel Eisenberg y M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina en su *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos* (ob. cit.); la segunda, en la que se siguen criterios más abiertos de clasificación, como la originalidad de las traducciones o la relevancia del concepto de *género editorial*, fue propuesta por José Manuel Lucía Megías (véase, entre otros, «El corpus de los libros de caballerías castellanos: ¿una cuestión cerrada?», en *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 2001, 4, sin paginación. [Revista electrónica: <[http://parnaseo.uv.es/Tirant/art\\_lucia\\_corpus.htm](http://parnaseo.uv.es/Tirant/art_lucia_corpus.htm)>]).

<sup>126</sup> *DQ*, I, 6.

<sup>127</sup> Sobre este tema resultan de gran utilidad los siguientes trabajos: Fernando Gómez Redondo, «La materia caballeresca: líneas de formación», en *Voz y Letra*, 7/1, 1996, págs. 45-80; Carlos Alvar, «Raíces medievales de los libros de caballerías», en *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 61-84.

renacentista, la refundición de Montalvo dio lugar al nacimiento de una nueva manera de contar y a una renovada representación de la caballería.

En ella habrían de tener su referente tanto las numerosas continuaciones del ciclo amadisiano –no en vano, el más extenso de cuantos conocemos– como todos y cada uno de los títulos originales, manuscritos e impresos, que se sucedieron hasta bien entrada la primera mitad del siglo XVII. De sus páginas nace el que Lucía Megías ha bautizado como el modelo «idealista» del género, pero también las dos líneas principales de evolución de esta prosa de ficción: la primera, ensayada en las décadas iniciales del siglo XVI, toma como referente la cristianización de las aventuras del caballero operada en el personaje de Esplandián, dando lugar así a la narración de grandes *guerras guerreadas* contra ejércitos de infieles; la segunda, sancionada por el gusto del público y completamente afianzada ya a mediados de la centuria, privilegiará en cambio la aventura individual, el amor y la magia propios de la biografía de Amadís, inspirando itinerarios guiados fundamentalmente por la búsqueda del entretenimiento<sup>128</sup>.

A finales del siglo XVI, cuando los grandes éxitos caballerescos han hecho su aparición, cuando la publicación de nuevos títulos comienza a escasear<sup>129</sup>, nuestro autor propone un sorprendente equilibrio entre estas dos fórmulas narrativas, presentadas como antagónicas en el desarrollo del corpus. Es decir, el *Caballero de la Fe* constituye una vuelta a los caballeros neocruzados de la primera época, sin que ello suponga la negación de los numerosos ingredientes de innovación que el triunfo de la caballería profana trajo consigo. A continuación, nos proponemos desarrollar las afirmaciones anteriores, analizando el diálogo que la obra del padre Daza establece con cada uno de los paradigmas enunciados. De este modo, será posible definir los elementos que

---

<sup>128</sup> Para una exposición más detenida de esta propuesta de evolución de los libros de caballerías, véase: J. M. Lucía Megías y E. Sales Dasí. *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*. Madrid. Laberinto. 2008, págs. 67-85. Asimismo, resulta muy iluminador el análisis que Anna Bognolo realiza de las principales líneas que se abren en el género, a partir del estudio de cuatro de sus títulos iniciales: *La finzione rinnovata. Meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagnolo*. Pisa. Edizioni ETS. 1997, págs. 73-148.

<sup>129</sup> Un análisis de las diversas causas que explican este declive editorial del género caballeresco puede encontrarse en: C. Alvar y J. M. Lucía Megías, «Libros de caballerías en la época de Felipe II», en *Silva: Studia Philologica in honorem Isaiás Lerner*, Madrid, Castalia, 2000, págs. 19-29. Asimismo, acerca de la difusión manuscrita en este periodo tardío, véase en nuestro estudio el punto 3.4.

convierten esta creación en un auténtico libro de caballerías, así como la relación que este mantiene con sus congéneres. Asimismo, este análisis panorámico servirá de base para apreciar las aportaciones más relevantes que contienen sus páginas, a las que dedicaremos los próximos capítulos.

### 5.1. El modelo fundacional

En la construcción de su fábrica narrativa, el padre Daza retoma con idéntico vigor los elementos esenciales de la obra fundacional del género<sup>130</sup>, prácticamente una centuria después<sup>131</sup>. Así, en primer lugar, como prescribiera Rodríguez de Montalvo, el *Caballero de la Fe* asienta los cimientos de la verosimilitud sobre el obligado recurso a la impostura historiográfica, por el que los libros de caballerías fingen ser verdaderas crónicas. Como es habitual, esta pretendida condición cronística se declara desde su propio título –cuyo rótulo completo es el de *Corónica de don Mexiano de la Esperança, llamado Caballero de la Fe*–, para después desarrollarse mediante el tópico del manuscrito encontrado<sup>132</sup>. Por ello, nuestro libro se presenta como la traducción al castellano de un antiguo códice, escrito por Nictemeno el sirio, que el autor habría

---

<sup>130</sup> Hemos basado nuestra aproximación a la poética general del género en los escasos estudios que se han atrevido a acometer tan valiosa y compleja tentativa: D. Eisenberg, «A Typical Romance of Chivalry», en *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Juan de la Cuesta, 1982, págs. 57 y 74; Antonio Rey Hazas, «Introducción a la novela del Siglo de Oro. (Formas de narrativa idealista)», en *Edad de oro*, 1982, 1, págs. 75-77; Sylvia Roubaud-Bénichou. *Le roman de chevalerie en Espagne. Entre Arthur et Don Quichotte*. Paris. Honoré Champion Éditeur. 2000; Javier Guijarro Ceballos. *El «Quijote» cervantino y los libros de caballerías: calas en la poética caballeresca*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2007, págs. 66-128; J. M. Lucía Megías y E. J. Sales Dasí, *Libros de caballerías castellanos...*, especialmente págs. 110-179.

<sup>131</sup> En efecto, la primera impresión de los cuatro libros amadisianos, hoy perdida, puede fecharse hacia 1496. A este respecto, consúltese: Rafael Ramos Nogales, «Para la fecha del *Amadís de Gaula*: “Esta sancta guerra que contra los infieles comenzada tienen”», en *Boletín de la Real Academia Española*, 1994, 74, págs. 503-521.

<sup>132</sup> Un primer análisis de este tópico fue llevado a cabo por Eisenberg, «The Pseudo-Historicity of the Romances of Chivalry», en *Romances of Chivalry...*, págs. 119-129; posteriormente, Marín Pina profundizó en el examen del empleo de este recurso, poniendo una especial atención en el tratamiento del tema de la traducción por parte de los distintos autores: «El tópico de la falsa traducción en los libros de caballerías españoles», en M.<sup>a</sup> Isabel Toro Pascua (ed.), *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, 1, págs. 541-548.

encontrado enterrado en un arca de plomo en la ribera del Henares (I, 10; f. 34v). Sin embargo, como tendremos ocasión de analizar, Miguel Daza hace uso de este lugar común desde una marcada perspectiva irónica, con el fin de distanciarse humorísticamente de aquellos componentes ya desgastados de la ficción caballeresca (*vid.* 5.3.3).

Asimismo, en estrecha relación con esta escisión del yo autorial en las figuras de un falso traductor y un cronista, tenemos en la obra el necesario alejamiento temporal de la acción, que sitúa los hechos protagonizados por el Caballero de la Fe en torno a la significativa fecha de la coronación del emperador Constantino, en la «era de Cristo de 306» (9, II; ff. 132v-133r). Con todo, conviene advertir que la indicación de una datación tan precisa irá acompañada de un cuestionamiento sobre su propia veracidad paralelo al del hallazgo del manuscrito, si bien en esta ocasión será la primera de las instancias narrativas la que se desautorice explícitamente a sí misma, reivindicando y reconociendo su labor creadora (*vid.* 5.3.3). En cualquier caso, con el desdoblamiento de la voz narrativa y el juego de planos temporales, el autor real hace uso de una justificación del acto de escritura que lo sitúa en la tradición de las narraciones fenoménicas, en virtud de la cual los libros de caballerías quedan investidos de una autoridad pactada con el lector y de un espacio libre para la imaginación<sup>133</sup>.

Por otra parte, en lo que se refiere a la construcción del argumento, *El Caballero de la Fe* cumple con el requisito de presentar como eje central la narración *ab initio* de la vida de un caballero de sangre noble o real: don Mejiano de la Esperanza, después llamado Caballero de la Fe. No obstante, la distribución de la trama resulta marcadamente original, por cuanto, lejos de resumirse someramente en los capítulos iniciales, las etapas previas al auténtico protagonismo del héroe merecen ocupar la primera mitad del manuscrito. En ella, las peripecias de sus progenitores y las de sus padres adoptivos se extienden a lo largo de sendos libros independientes. Así, si la biografía de Mejiano encuentra su desarrollo principalmente en los libros tercero y

---

<sup>133</sup> Darío Villanueva emplea este concepto para referirse a aquellos textos que hacen referencia a sus propias circunstancias de redacción, como ocurre en «aquellas obras novelísticas configuradas como cartas, informes, crónicas, confesiones, conversaciones, declaraciones o, en general, manuscritos» (*El comentario de textos narrativos: la novela*. Valladolid-Gijón. Aceña-Júcar. 1989, pág. 32).

cuarto, el primer libro está dedicado por entero a narrar los amores de su padre Ofrasio, príncipe de España, con la hermosa Casiana de Semíramis, princesa de Babilonia; mientras, por su parte, el libro segundo, coincidente con la infancia del héroe y sus primeras andanzas como caballero novel, sirve al autor para declinar el protagonismo de la obra en favor de otros personajes notablemente innovadores: las pastoras Belisandra y Taurisa y los caballeros Feridano y Ardoniso, náufragos todos ellos en la paradisiaca Isla de la Enamorada Corneria y cuidadores del pequeño doncel.

De esta forma, la obra puede dividirse en tres bloques, atendiendo a los protagonistas principales de cada uno de los libros, o bien en dos grandes partes, de acuerdo con el progreso de la biografía del personaje central:

	<b>Libro I</b>	<b>Libro II</b>	<b>Libro III</b>	<b>Libro IV</b>
Distribución del protagonismo en la obra	1. Aventuras de Ofrasio, príncipe de España	2. Peripecias de las pastoras de la Isla de Corneria y sus caballeros enamorados	3. Aventuras de Mejiano, Caballero de la Fe	
Desarrollo de la biografía del héroe, Mejiano de la Esperanza	I. Nacimiento, infancia y primera adolescencia		II. Juventud. Andadura caballeresca	
	Antecedentes familiares y nacimiento	Crianza, investidura y adquisición de un nombre		

Comprobamos así que el amplio grado de desarrollo de la historia del padre de Mejiano da como resultado la existencia de dos grandes biografías caballerescas, con la singularidad de que la sucesión de ambas supone la ejecución de un auténtico relevo generacional en la misma obra. En relación con ello, conviene señalar que tanto el personaje de Ofrasio como el de su hijo perdido, Mejiano de la Esperanza, responden a la perfección al arquetipo heroico pergeñado en Amadís: esto es, al modelo de caballero andante procedente de la literatura medieval –impulsado por el doble motor de la

aventura y el amor—, entre cuyas virtudes descuella un dominio de la cortesanía propio de unos tiempos nuevos<sup>134</sup>. Pero, como ahora veremos, con el diseño del personaje del hijo nuestro autor propone un modelo de héroe superior, de una legitimidad más sublime, en seguimiento del proyecto ideológico que Rodríguez de Montalvo culminara con la publicación de su quinto libro, las *Sergas de Esplandián* (1510)<sup>135</sup>.

En lo que atañe a Ofrasio, a falta de otras informaciones que tal vez pudieran leerse en los dos primeros capítulos desprendidos del manuscrito, su biografía comienza directamente para nosotros en plena andadura caballeresca. Desconocemos así las circunstancias particulares que determinan su investidura, pero sus peripecias pronto revelan que sus motivaciones son las propias del caballero errante, de manera que la búsqueda de aventuras encierra en sí misma la justificación de su existencia:

Las aventuras se constituyen en pruebas que confieren un sentido personal y social a las acciones de los caballeros, en tanto que demostración de unas cualidades personales puestas al servicio de una sociedad, en las que el desorden existe y en las que también viven personas necesitadas de ayuda. No les atañen a ellos solos, pues suponen la salvaguarda de una sociedad amenazada por la existencia de continuas transgresiones, eliminadas por los actos caballerescos<sup>136</sup>.

En consecuencia, la superación de distintas pruebas no solo otorga legitimidad social al caballero<sup>137</sup>, sino que le proporciona un medio de perfeccionamiento personal y de adquisición de honra y fama, necesario para alcanzar por sus acciones la dignidad

---

<sup>134</sup> A este propósito resulta fundamental el trabajo de J. M. Cacho Blecua: *Amadís: heroísmo mítico-cortesano* (Madrid. Cupsa-Universidad de Zaragoza. 1979), en cuya lectura hemos basado nuestra aproximación a la configuración del protagonista amadisiano, punto de partida en el diseño del resto de caballeros del género. Además, sobre la faceta cortesana de los nuevos caballeros renacentistas deben tenerse en cuenta las siguientes aportaciones: Alberto del Río Noguera, «Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías», en Aires Augusto Nascimento y Cristina Almeida Ribeiro (coords.), *Actas IV Congresso AHLM. Lisboa, 1991*, Lisboa, Cosmos, 1993, II, págs. 73-80; Juan Bautista Avalué-Arce. «*Amadís de Gaula*»: *el primitivo y el de Montalvo*. México. Fondo de Cultura Económica. 1990, págs. 310-311.

<sup>135</sup> Véase a este respecto: J. M. Cacho Blecua, «Los cuatro libros de *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*», en *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 85-116.

<sup>136</sup> J. M. Cacho Blecua, *Amadís: heroísmo mítico-cortesano...*, pág. 135.

<sup>137</sup> «Le sens nouveau attribué à la vie militaire se rattache au fait d'armes du chevalier isolé itinérant et lui confère dans l'aventure une légitimation morale, dont la nécessité historique et politique apparaît nettement dans la fusion des concepts de "destin-hazard" et de "fait d'armes"», Erich Köhler, *L'aventure chevalresque. Idéal et réalité dans le roman courtois* (Paris. Gallimard. 1974, pág. 79).

que ya posee por linaje<sup>138</sup>. Por esta razón, nos encontramos ante un príncipe que acometerá sin dudar cuantos retos se le presenten, ya sea por la solicitud de un *don contraignant* (como el requerido por la doncella Lirindana en favor de la ultrajada duquesa de Londres [8, I]), por el encuentro en alta mar con una armada de infieles (9, I; 21, I) o por el tropiezo con un enemigo soberbio, como el gigante de la isla Circasena (13, I). Enfrentamientos a los que deben añadirse aquellos de carácter más lúdico acaecidos durante su estancia en la corte, favorecidos bien por la repentina llegada de una aventura mágica (pergeñada como fórmula de rescate de una dama en apuros [7, I] o a modo de ordalía [19, I]), bien por la convocatoria de unas justas en las que el triunfo de Ofrasio es absoluto (14-15, I).

Además, como ocurriera con Amadís, el príncipe de España es sobre todo un caballero enamorado. De hecho, el amor es la motivación principal de sus acciones desde el inicio del primer libro, donde el narrador nos hace saber a través de la visión en la aventura de la Princesa de Rusia cómo el príncipe, a la manera de los caballeros artúricos, había quedado enamorado de oídas de la única hija del Emperador de Babilonia (3, I). A partir de ese momento, será el deseo de encontrar y conquistar a la princesa el impulso que guíe el peregrinar de Ofrasio, determinando un viaje de ida y vuelta a Babilonia en torno al cual se vertebrarán el resto de acontecimientos por él protagonizados. Así, el príncipe emprenderá un largo viaje jalonado de numerosas hazañas dedicadas a su señora (1-12, I), tal y como establece el código del *amor courtois* –filtrado por su desarrollo en la literatura del norte de Francia<sup>139</sup> y, después, por su uso en la ficción sentimental y la poesía de cancionero—. Pues, como explica Nictemeno:

---

<sup>138</sup> «La ascendencia solo puede ser considerada como reafirmación de sus empresas heroicas. A su vez, estas cobran una importancia decisiva como consolidación del linaje. Lo heredado y lo adquirido se condicionan mutuamente y se autoexplican, pues el caballero llegará a la cúspide de su estamento a través de las aventuras. Los hechos realizados demuestran la bondad de una genealogía determinante, pero incompleta sin la acción» (Cacho Bleuca, *Amadís: heroísmo mítico-cortesano...*, págs. 134-135).

<sup>139</sup> Donde los escritores de la materia artúrica sustituyen el motivo del amor adulterino habitual en la lírica trovadoresca, para dar cabida al matrimonio lícito entre solteros. Véase: Jean Frappier. *Amour courtois et Table Ronde*. Genève. Droz. 1973, págs. 1-31; Alexander A. Parker. *La filosofía del amor en la literatura española. 1480-1680*. Madrid. Cátedra. 1986, págs. 29-30.

No era cosa nueva en aquellos tiempos los caballeros servir a las damas con semejantes servicios, aunque nunca las uviessen visto ni con ellas ubiesen tenido conocimiento; antes era cosa muy común y muy usada [y], tanto que no fuesen casadas, se les solían hacer semejantes servicios (14, I; f. 54r).

A este tiempo de camino sucederá otro de *recréantise* en la corte de Babilonia, en el que el caballero consigue conquistar rápidamente el corazón de Casiana (13-20, I). En efecto, tras varios encuentros propiciados por la mediación de las amigas y criadas de la princesa –marcados por la clandestinidad y la dificultad propia del código amoroso que profesan–, su relación pronto se sella con el matrimonio secreto y la entrega corporal de los amantes (18, I)<sup>140</sup>. Pero, en esta ocasión, sus desposorios públicos y su ascenso al trono no se dilatarán a causa de la búsqueda de nuevas aventuras por parte del protagonista, sino en virtud de una huida conjunta por mar de acusada factura bizantina (21-23, 25, I). Tras esta travesía marítima, una vez llegado a España, Ofrasio quedará listo para asumir la corona real y, con ello, el esperable relevo generacional en el desarrollo de la acción, coincidiendo con el final del libro primero (27-28, I):

Tarde o temprano, los éxitos que atesora en su currículo abocan al caballero andante a una situación de responsabilidad familiar y política, momento en el que accede a un estado que por otra parte era predeterminable por su linajudo nacimiento. Entonces, la tensión vital del caballero andante –la búsqueda constante de aventuras– decrece, las obligaciones políticas y familiares lo retienen en la corte y apunta en el horizonte la figura de un hijo suyo, legítimo o ilegítimo, que deberá recorrer –en una continuación, en otro libro de caballerías– un trayecto idéntico al de su padre<sup>141</sup>.

Tal es el caso de Mejiano de la Esperanza, cuya fortuita separación de sus padres tras su nacimiento conlleva un desconocimiento de sí mismo y de su linaje que no solo confiere una acabada justificación al inicio de su errancia caballerescas<sup>142</sup>, sino que

---

<sup>140</sup> «El amor, a pesar de desarrollarse entre solteros, conserva las mismas virtudes que las observadas en el mundo trovadoresco, por su mayor dosis de espiritualidad, clandestinidad y riesgo, a la vez que el héroe actuará impulsado por ver satisfechos sus “mortales deseos”, si bien la culminación de estos se hace más ortodoxa por la superposición ideológica del matrimonio secreto», introducción de Juan Manuel Cacho Bleca a su edición del *Amadís de Gaula* (Madrid. Cátedra. 2008, I, pág. 123).

<sup>141</sup> J. Guijarro Ceballos, *El «Quijote» cervantino y los libros de caballerías...*, págs. 74-75.

<sup>142</sup> A este respecto resulta muy pertinente la advertencia de Guijarro Ceballos acerca del abandono de este motivo en muchas de las obras caballerescas del Siglo de Oro, de acuerdo con el cual este estudioso defiende que «la literatura caballerescas castellana áurea plantea más bien un constante y redundante



determina desde el punto de vista literario la fácil asunción de muchos de los episodios presentes en la obra fundacional del género. Así, en primer lugar, asistimos a su pérdida en un cofre de madera en medio del naufragio que Ofrasio y Casiana sufren a su regreso a España (25, I), de acuerdo con el motivo de la exposición del niño en las aguas, de profusa aparición en la mitología y el folclore. Seguidamente, se producirá la salvación providencial del infante, mediante su feliz llegada a las costas de la Isla de la Enamorada Corneria (26, I), donde recibirá una educación exquisita a cargo de unas pastoras instruidas en las artes liberales y de unos caballeros hábiles en el ejercicio de las armas (1-11, II). Como puede apreciarse, con ello se cumple el tópico de la separación del protagonista de sus progenitores y el de su crianza por parte de personajes de origen humilde, si bien en nuestra obra ambos lugares comunes servirán de soporte para una decidida propuesta de hibridación genérica de innegable originalidad<sup>143</sup> (*vid.* 5.3.2).

Llegada su primera juventud, como ocurriera siglos atrás con el pequeño Perceval, Mejiano manifestará prontamente su deseo de salir a la búsqueda de aventuras, tomando la decisión de embarcarse junto a los caballeros Feridano y Ardoniso rumbo a España (12-14, IV). Pero no será hasta su llegada a Portugal cuando se produzca la verdadera separación temporal de sus padres de adopción (15, II), con la consiguiente introducción de sus primeras aventuras en solitario. Hasta el final del libro segundo, estas se presentarán siempre de forma puntual, en varios capítulos entrelazados a la trama principal –centrada todavía en las hazañas de los amantes de las pastoras en tierra española–. Esta aparición aislada de Mejiano sirve al autor para preparar el inicio de su verdadero protagonismo caballeresco, para el cual son necesarios sendos episodios hábilmente seleccionados por el padre Daza: el de su investidura, a cargo de su propio padre (15, II) –como sucediera a Amadís, pero también a Galaad y Lanzarote–, y el de su primera aventura como caballero, por la que dejará de

---

*reconocimiento de sí mismo* en virtud del cual el caballero valida constantemente una indiscutida valía genealógica» (*idem*, pág. 73, n. 33). Afirmaciones que se ajustan a la perfección a la biografía de Ofrasio, en la que puede observarse con claridad cómo sus acciones se sustentan únicamente en la reafirmación de sus virtudes caballerescas y en las exigencias propias del servicio amoroso.

<sup>143</sup> Acerca de estos primeros episodios de la vida del héroe, véase el apartado dedicado al «abandono y educación» en el citado trabajo de Cacho Blecua (*Amadís: heroísimo mítico-cortesano...*, págs. 38-56).

ser el Doncel de la Esperanza para convertirse en el Caballero de la Fe, en virtud de su vencimiento sobre un gigante blasfemo (24-26, II).

Toda vez que el joven Mejiano se haya hecho con un nombre en la corte del rey Ofrasio se reunirá de nuevo con los caballeros Ardoniso y Feridano (27-29, II), para separarse de ellos definitivamente en los dos libros siguientes. Allí, la acción se trasladará por completo a la ciudad de Constantinopla, donde se concentra la gran armada de la cristiandad que el emperador Armodio ha convocado para hacer frente al poderoso ejército del infiel Sofraastro. El Caballero de la Fe, cuyas virtudes habían quedado cristianizadas desde su primera aventura, acude allí como capitán general de la escuadra española enviada por Ofrasio. De esta forma, como tendremos ocasión de exponer con detalle en el próximo epígrafe, el argumento de la obra se aproxima en su segunda parte al paradigma de los caballeros neocruzados, cultivado esencialmente en las primeras décadas del género (*vid.* 5.2). De ellos también parece tomar un notable interés por la realidad histórica, que en nuestra obra irá más allá de la asunción de una dimensión «pseudohistórica» para adquirir una plena configuración de *roman à clef* (*vid.* 7).

Sin embargo, conviene advertir que la inserción del motivo de la cruzada no supone una completa sustitución de la solitaria errancia del caballero en pro de las hazañas propias de la milicia colectiva. En este punto, no deja de resultar reveladora la constatación de que, a pesar de cohesionar las diferentes tramas abiertas desde el inicio de la obra, el anunciado y esperado enfrentamiento contra el bando infiel no llegue a celebrarse como tal, resolviéndose precipitadamente en los dos últimos capítulos de la obra en forma de asalto a traición del enemigo (22-23, IV). Así, lejos de cumplirse las expectativas abiertas al inicio del tercer libro con el viaje del protagonista hacia la simbólica Constantinopla, su prolongada estancia en tierras orientales sirve de soporte para la inserción de multitud de enfrentamientos armados de carácter individual, si bien profundamente cristianizados. Por lo que puede afirmarse que la configuración del héroe como un *miles Christi* se realiza, en primer término, mediante su puesta al frente de una gran empresa como la que ya protagonizara Esplandián, pero, sobre todo, mediante la presentación espiritualizada de las aventuras de corte amadisiano.

Esta operación se ejecutará fundamentalmente en virtud de una invariable caracterización de los enemigos del de la Fe como paganos e infieles, con la que el autor conferirá a su vez unas elevadas motivaciones a los enfrentamientos armados por él protagonizados. Pues estos siempre se justificarán en las blasfemias y los violentos ataques a los cristianos que llevarán a cabo los distintos gigantes y caballeros a los que hará frente don Mejiano. Ellos despertarán en él un encendido celo por la defensa de su fe y una decidida preocupación por la conversión de sus contrincantes, que dará lugar a la introducción de numerosas arengas en defensa del catolicismo durante el transcurso de las aventuras. Así ocurre, por ejemplo, en la conquista de una isla tiranizada por un gigante idólatra, cuando el de la Fe pronuncia un piadoso discurso al comprobar entre lágrimas la heroica resistencia de un grupo de cristianos que habían permanecido fieles a sus creencias:

–Hermanos míos en Jesucristo nuestro Dios: la gracia y consolación del Espíritu Santo os consuele y esté con vosotros para que no perdáis el merecimiento de tan áspera penitencia como por amor de vuestro amado Jesucristo estáis padeciendo. Mirad que las pasiones d’este siglo por grandes que sean no son dignas ni merecedoras de suyo de aquella gloria y vienaventurança que se á de rebelar en nosotros, y que emos de estar tan constantes en nuestra santa fe y amor de Jesucristo que digamos: «¿Quién nos apartará de su santísima caridad? Ni la cárcel, ni la hambre, ni la sed, ni los tormentos, ni el guchillo, ni el perseguidor, ni el mismo demonio no será suficiente para nos apartar de ella». Mirad que nuestro buen Jesucristo es aquel dibino fundamento sobre que todo el espiritual edificio crece y que no nos es dado otro nombre debaxo del cielo en el cual nos combenga ser salbos sino este. Y tené muy firme esperança que si padecéis por Cristo y con él, que tanvién reinaréis juntamente con Su Divina Magestad. Y que teniendo la fe viva con las buenas obras en caridad echas y la firme esperança en Dios que combiene, que recibiréis el premio en aquel dibino reino de la vienaventurança (7, III; f. 225r).

Al término de la narración de la biografía heroica y hagiográfica de Mejiano, nuestro libro de caballerías se cerrará con el encantamiento de los personajes provocado por el enano Aristeo –maniobra con la que este pretende evitar la funesta reacción de la princesa Brisaida ante lo que equivocadamente cree una traición amorosa del de la Fe (23, IV)–. A este respecto, la ausencia de una anagnórisis final que se presentaba inminente por la llegada del rey Ofrasio a Constantinopla, así como el desequilibrio observado en el menor número de capítulos dedicado a este último libro, nos lleva a pensar en la posibilidad de que el proyecto narrativo del padre Daza quedara

incompleto, a falta de unos episodios más en los que se devolviese el orden al palacio y se consumara el matrimonio público de Brisaida y Mejiano. De cualquier modo, el cese total del entrelazamiento en el capítulo 21 evidencia que el argumento se preparaba para su cierre definitivo. Pues, por primera vez en los cuatro libros, el conjunto de personajes que habían alternado sus historias desde el inicio de la obra se encuentra reunido en el mismo espacio: los reyes Ofrasio y Casiana, las pastoras de la Isla, los caballeros Ardoniso y Feridano, la joven Camiliana y los enamorados Mejiano y Brisaida.

Así las cosas, el autor pone en pausa en este punto las aventuras del Caballero de la Fe, remitiendo al final del brevísimo capítulo 23 a una continuación de las mismas que da cuenta del final abierto y de la estructura cíclica propia del género.

## **5.2. Los caballeros neocruzados**

Como ha podido observarse, el autor escoge como protagonista central de su obra a un caballero cruzado, perfectamente retratado en el Caballero de la Fe. En consecuencia, resulta obligado responder a una pregunta que el libro de caballerías del padre Daza propone a la crítica desde su mismo título: ¿hasta qué punto puede considerarse que la *Corónica de don Mexiano de la Esperança* acomete una tardía tentativa de cristianización del género caballeresco? Sin embargo, parece obvio que, para resolver esta cuestión, se hace necesario volver los ojos a la evolución del corpus de los libros de caballerías, con el fin de establecer así en qué medida la presencia de un *miles Christi* constituye un elemento transgresor en el momento de composición de nuestro manuscrito. Desde esta perspectiva, hemos de detenernos especialmente en las obras aparecidas durante las dos primeras décadas del siglo XVI, en las que el componente religioso de la caballería parece adquirir una especial relevancia.

La notable concentración del modelo de milicia cristiana en este periodo inicial encuentra una sencilla explicación, si se tiene en cuenta que el género caballeresco nació al calor del ideal de cruzada que presidió el reinado de los Reyes Católicos. No en vano, el rey Fernando obtuvo en 1485 la totalidad de la bula de cruzada para las guerras del sur de la Península. Asimismo, conviene recordar cómo en su persona adquirió

nuevo empuje el sueño de la recuperación de los Santos Lugares y la consecución de la monarquía universal, en virtud de las profecías joaquinatas y merlinianas que desde hacía dos siglos habían tratado de apropiarse los monarcas aragoneses<sup>144</sup>. Razones todas por las que la conquista de Granada se valoró en aquel momento como el primer paso hacia una misión más grande<sup>145</sup>. Por ello, no puede sorprendernos que la cristianización de la caballería se opere ya en el modelo fundacional del género, especialmente en la figura de Esplandián, primer caballero cruzado del género hispánico. Como tampoco puede resultar extraño que el nuevo modelo de caballería por él abanderado –opuesto en cierto modo a las aspiraciones de la caballería bretona<sup>146</sup>– influyese en las obras que tuvieron a Rodríguez de Montalvo como modelo inmediato.

A este propósito, han sido diversos los críticos que han querido subrayar la especificidad de las producciones de este periodo, en las que precisamente puede captarse la influencia del mesianismo y del providencialismo latente en la época. Así, Judith A. Whitenack señaló de forma pionera la marcada caracterización religiosa de todos los caballeros aparecidos con anterioridad a 1521, pudiendo detectarse entre ellos un pequeño grupo de auténticos neocruzados<sup>147</sup>. Por su parte, M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina

---

<sup>144</sup> A la luz del importante papel que las profecías ejercieron en la legitimización del poder, no resultaría descabellado encontrar en ello las causas por las que estas obtendrían gran acomodo en la esfera de la ficción, constituyendo así un nuevo cauce de contaminación entre realidad y literatura que tendría en el *Baladro del sabio Merlín* su mejor exponente. Véase a este propósito el apasionante estudio de Alain Millou: *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*. Casa Museo de Colón y Seminario Americanista de la Universidad. Valladolid. 1983 (sobre el *Baladro*, cf. pág. 397).

<sup>145</sup> A partir de las conclusiones del mencionado trabajo de Alain Millou, M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina llevó a cabo una pertinente y eficaz interpretación crítica de la influencia de la mentalidad de los Católicos en el planteamiento ideológico de los primeros libros de caballerías; reflexiones en las que basamos estos asertos iniciales (cf. M. C. Marín Pina, «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa caballeresca del reinado fernandino», en Miguel Ángel Ladero Quesada *et al.*, *Fernando II, el Rey Católico*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996, págs. 87-105).

<sup>146</sup> A este respecto resulta de gran interés la lectura del artículo de Jesús Rodríguez Velasco, en el que se matiza el alcance de la oposición de ambos modelos de caballería en la obra de Rodríguez de Montalvo: «‘Yo soy de la Gran Bretaña, no sé si la oístes acá dezir’. (La tradición de *Esplandián*)», en *Revista de Literatura*, 1991, 105, págs. 49-61. Su trabajo es respuesta a los conocidos trabajos de Samuel Gili Gaya («Las *Sergas de Esplandián* como crítica de la caballería bretona», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 1947, 23, págs. 103-111) y José Amezcua («La oposición de Montalvo al mundo del *Amadís de Gaula*», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1972, 21, págs. 320-337).

<sup>147</sup> Judith A. Whitenack, «*Don Quijote* y los libros de caballerías del tipo “neo-cruzado”», en F. Menchacatorre (ed.), *Ensayos de literatura europea e hispanoamericana*, San Sebastián, Universidad del

estudió poco después la impronta que el objetivo de la guerra santa tuvo en el diseño argumental de los títulos aparecidos durante la regencia fernandina, incluso en aquellos casos en los que el enfrentamiento entre la cristiandad y el mundo infiel se presentaba ya como un simple motivo literario, vaciado de toda carga ideológica –como sucede, por ejemplo, en los primeros palmerines o en el *Lisuarte* de Feliciano de Silva (1514)–<sup>148</sup>

De igual modo, a propósito del *Lepolemo* (1521), tanto Sylvia Roubaud como Anna Bognolo subrayaron la importancia que adquiere en la obra la configuración del protagonista como soldado de Cristo, así como la relevancia que posee el desplazamiento geográfico de sus acciones desde tierras exóticas a las costas bien conocidas del Mediterráneo. Asimismo, ambas investigadoras defendieron en sus respectivos trabajos la pertinencia de asimilar la cristianización de la caballería a un grupo de obras más amplio, que compartirían «rasgos de realismo, de acentuada piedad cristiana y de dedicación a la guerra contra los musulmanes»<sup>149</sup>. Su propuesta fue más tarde perfilada por Javier Guijarro Ceballos en un magnífico estudio sobre el *Floriseo*

---

País Vasco, 1990, págs. 581-586. Véase también, de la misma autora, «Conversion to Christianity in the Spanish Romances of Chivalry, 1490-1524», en *JHP*, 1988, 13, págs. 13-39.

<sup>148</sup> «Feliciano de Silva recorre a la inversa la trayectoria seguida por Rodríguez de Montalvo, volviendo sobre sus pasos para recuperar el modelo literario de los primeros libros. Aunque pueda interpretarse como reflejo de una preocupación histórica y social, la cruzada proclamada contra el turco y el mundo infiel se ha convertido ya en un *topos* y la obra ha perdido la clara función propagandística de los libros del medinés», M. C. Marín Pina, «La ideología del poder y el espíritu de cruzada...», pág. 103.

<sup>149</sup> A. Bognolo, «El *Lepolemo*, *Caballero de la Cruz* y el *Leandro el Bel*», en *Edad de Oro*, 2002, 21, pág. 274. En un trabajo inicial, esta investigadora afirmaba las conexiones de *Lepolemo* con la obra de Fernando Bernal, señalando de forma general cómo «la preocupación por la defensa y la reconquista de Constantinopla está presente en prácticamente todos los libros de caballerías de la primera época, desde el *Amadís* hasta el *Claribalte*» («La entrada de la realidad y de la burla grotesca en un libro de caballerías: el *Lepolemo*, *Caballero de la Cruz* [Valencia, 1521]», en Juan Paredes (ed.), *Medievo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación de Literatura Española Medieval (Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)*, Granada, Universidad de Granada, 1995, I, pág. 372). Sylvia Roubaud, por su parte, citaba como antecedentes de lo que calificaba como un «esfuerzo consciente por depurar y reformar la ficción caballescica» el caso de *Esplandián* (1510) y del *Florisando* (1510), afirmando que, junto con ellos, el *Lepolemo* se sitúa dentro de una «perspectiva moralizadora, que concuerda con valores predominantes en España antes de finalizar el reinado de Fernando el Católico», si bien esta tentativa «no llegó a imponerse» («Cervantes y el *caballero de la Cruz*», en *NRFH*, XXXVIII/2, 1990, pág. 538). Asimismo, en una sugerente nota a pie de página, lanzaba la certera idea de la existencia de una posible conexión entre los libros de caballerías publicados en Valencia por aquellos años (*idem*, pág. 533, nota 23), que finalmente retomarí­a con éxito en los años posteriores Javier Guijarro Ceballos (*vid.* nota siguiente).

de Bernal (1516), en el que expuso la necesidad de profundizar en la sistematización de las características del género caballeresco, separando, en otras posibilidades, una primera familia de obras con marcada vocación de «realismo», en las que la cristianización de la caballería se constituiría como uno de sus rasgos comunes:

Sobre ese germen de inquietudes [«realistas»], presente en *Las Sergas de Esplandián* (1510) con relativa importancia, desarrollado en el *Florisando* de Páez de Ribera (1510) y redivivo con la edición del *Cifar* de Cromberger (1512), vino a sumarse la originalidad del *Tirant* traducido al castellano en 1511, cuya influencia es notoria en obras que participan de las tres primeras y de esta última, el grupo valenciano del *Floriseo* (1516), *Arderique* (1517), *Claribalte* (1519) y *Lepolemo* (1521)<sup>150</sup>.

Con todo, conviene matizar a este respecto que, aunque en el subgrupo acotado por Guijarro Ceballos destaca con fuerza propia la caracterización de un héroe cristiano desplazado hacia tierras africanas, no en todas los títulos por él señalados pesa de igual modo el ideal de cruzada: ya que, de los cuatro títulos que conforman el grupo valenciano, tan solo la obra de Fernando Bernal recoge el esquema de guerra santa en el diseño de su argumento –algo que Whitennack ya señaló con acierto en el importante y breve trabajo al que nos referimos más arriba–.

Por su parte, privilegiando precisamente este aspecto, Emilio Sales Dasí propuso la pertinente definición de un paradigma «heterodoxo» en el conjunto de las continuaciones del ciclo amadisiano –concretado en las creaciones de Páez de Ribera (1519) y Juan Díaz (1526)–, para referirse a aquellas obras en las que se impone el modelo de caballería defendido por Esplandián –al servicio de la guerra santa–, frente a la caballería mundana encarnada por su padre<sup>151</sup>. En esta misma línea, haciéndose eco

---

<sup>150</sup> *El «Floriseo» de Fernando Bernal*. Mérida. Editora Regional de Extremadura. 1999, págs. 130-131. Véase especialmente el epígrafe titulado: «Los libros de caballerías y el *Floriseo*: el “realismo” de Bernal», págs. 113-136.

<sup>151</sup> «Uno y otro culminan la tendencia moralizante que inició Rodríguez de Montalvo al refundir las versiones medievales del *Amadís*. A diferencia de aquél, estos autores han subordinado a su vocación cristianizante los aspectos constitutivos de la fórmula caballeresca, tal y como ésta se manifestaba en el *Amadís de Gaula*. Más o menos dogmáticos, Ribera y Díaz representan dentro de la familia amadisiana la tendencia heterodoxa en tanto que la ficción está al servicio de una ideología concreta que deja poco margen a la imaginación», E. J. Sales Dasí, «Las continuaciones heterodoxas (el *Florisando* [1510] de Páez de Ribera y el *Lisuarte de Grecia* [1526] de Juan Díaz) y ortodoxas (el *Lisuarte de Grecia* [1514] y

de las propuestas anteriores, Fernando Gómez Redondo ha planteado recientemente la conveniencia de observar desde una perspectiva abarcadora este impulso inicial en favor de un caballero cruzado como protagonista del género hispánico, en el que encontrarían una explicación satisfactoria no solo la traducción del *Tirant* o la reimpresión de creaciones medievales sugerida por Guijarro Ceballos, sino la adaptación de algunas obras procedentes de la literatura italiana, tales como el *Guarino Mezquino* (1512) y la *Trapesonda* (1513):

[En torno a 1508-1512] conviven el esquema amadisiano, en el que predomina la aventura individual y la relación amorosa cortesana, y el modelo de caballería espiritual, en el que el héroe se convierte en un verdadero *miles Christi*, sin renunciar al matrimonio que le permita mejorar su posición estamental, entrega su vida a la defensa de la cristiandad luchando con toda clase de ejércitos –no de enemigos individuales– infieles [...]. Es decir, en este tramo de años en que se produce la primera demanda masiva de obras de esta naturaleza, se apuntan con claridad los dos usos básicos que se va a dar a esta literatura: el del entretenimiento, ligado a la utilidad del ocio cortesano, y el de la formación religiosa y militar, que no podía dejar de constituir un firme soporte de la materia caballeresca como lo demuestra la misma evolución de los romances artúricos<sup>152</sup>.

En consecuencia, parece existir unanimidad entre la crítica en la necesidad de separar un grupo de obras, publicadas principalmente en los primeros años, en las que se detecta una verdadera cristianización del héroe protagonista, que en muchos casos trae también consigo la conversión de la *queste* artúrica en una cruzada. Como se ha visto, este camino se ve abierto y posibilitado en primera instancia por el último libro de Montalvo, para después encontrar entusiastas seguidores como el sevillano Páez de Ribera (1510). Al calor de estas propuestas aparecen obras afines como el *Floriseo* (1516), otra continuación amadisiana como la de Juan Díaz (1526), la recuperación de una obra medieval como el *Cifar* (1512), así como diversas traducciones: tales como el *Tirant* (1511), de un lado, y el *Guarino Mezquino* (1512) y *La Trapesonda* (1513), de otro. Asimismo, en un radio de influencia –en nuestra opinión– más alejado, pero

---

el *Amadís de Grecia* [1530] de Feliciano de Silva) del *Amadís de Gaula*», en *Edad de Oro*, 2002, 21, pág. 132.

<sup>152</sup> *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento*. Madrid. Cátedra. 2012, II, pág. 1926.



siguiendo esta misma estela, encontramos algunas creaciones en las que pesa la caracterización piadosa del héroe, sin que ello conlleve una aproximación del argumento al esquema de guerra santa, tales como *Claribalte* (1519), *Lepolemo* (1521) o la traducción de *Arderique* (1517).

Toda vez que este impulso inicial cede en favor del paradigma del entretenimiento afianzado por Feliciano de Silva –liberándose así el género de toda pretensión espiritualizante–, el tema de la lucha contra el infiel reaparecerá de forma intermitente, pero convertido ahora en un tópico inocuo al servicio de la desbordante imaginación caballeresca: así había ocurrido ya en el *Palmerín* (1511) y en el *Lisuarte* de Feliciano de Silva (1514), y así sucederá también en obras como el *Cirongilio de Tracia* (1545) o en ciclos como el del *Espejo de caballerías* y el *Espejo de príncipes y caballeros* (iniciados en 1525 y 1555, respectivamente). Por todo ello, puede afirmarse que, en este sentido, los libros de caballerías castellanos experimentan un proceso inverso al acontecido en la materia artúrica, con la posterior cristianización operada en la *Vulgata* en prosa<sup>153</sup>.

En este panorama, surge a finales del siglo XVI un título como el del *Caballero de la Fe*, que inevitablemente trae a la memoria a héroes como el *Caballero de la Cruz* (1521) o a proyectos literarios como el de Páez de Ribera, proponiendo su asimilación a este paradigma. Pues bien, en efecto, la deuda de nuestro protagonista con los héroes cruzados de la primera etapa resulta innegable, en la medida en que Mejiano de la Esperanza no solo será presentado como poseedor de una profunda piedad cristiana, sino que, a diferencia de su progenitor, sus hazañas siempre guardarán relación con la defensa de la fe, llegando además a ser el máximo dirigente de la gran guerra contra los infieles acometida por la cristiandad. De este modo, si el periplo de Ofrasio había estado regido por el objetivo de conquistar a su amada en la corte de Babilonia (libro I), el itinerario seguido por el joven Mejiano estará determinado principalmente por su participación en la liga cristiana que se reúne en Constantinopla para combatir al Turco (libros III y IV, fundamentalmente). Tanto el cambio de escenario como de objetivo

---

<sup>153</sup> R. Ramos Nogales, «El *Amadís* y los nuevos libros de caballerías (1495-1530)», en *Insula*, 1995, 584-585, págs. 13-15; véase también C. García Gual. *Historia del rey Arturo y de los nobles y erantes caballeros de la Tabla Redonda*. Madrid. Alianza. 1983, págs. 114-163.

vital resultan por sí mismos enormemente significativos, recordando directamente a los diferentes caminos seguidos por Amadís y por su hijo Esplandián.

No obstante, conviene advertir, en primer lugar, que esta vuelta al paradigma de los caballeros neocruzados no conlleva en ningún modo un intento de desmontar los fundamentos de la caballería profana parangonable al ejecutado en el *Florisando* (1510). En efecto, la cristianización de la caballería no será impedimento para que las páginas del *Caballero de la Fe* den cabida a cacerías, banquetes, torneos y demás entretenimientos cortesanos, así como a largas conversaciones amorosas, abundantes encuentros nocturnos entre los amantes e incluso sugerentes escenas eróticas entre las damas. Antes bien, en la biografía del Caballero de la Fe puede apreciarse un amplio desarrollo de su faceta amorosa y cortesana, más propia de los caballeros andantes. Así, si el tercer libro se ocupa de relatar las hazañas individuales con las que el protagonista logra hacerse un nombre en la corte del emperador Armodio, el cuarto se dedica primordialmente a la narración de sus relaciones amorosas con Brisaida y a la descripción de numerosos tiempos de recreación palaciega. De forma tal que es precisamente el libro cuarto aquel en el que más se acusa la ausencia de acción caballeresca.

Paralelamente, tampoco observamos en *El Caballero de la Fe* una rigidez moralizante pareja a la del autor sevillano –extensible a otros títulos, como la continuación amadisiana de Juan Díaz (1526) o el *Florindo* de Fernando Basurto (1530)<sup>154</sup>–. De esta forma, elementos tan controvertidos como el erotismo experimentan una amplia acogida en la trama, especialmente a través de las múltiples confidencias intercambiadas por los personajes femeninos y de las pícaras observaciones del cronista Nictemeno, quien gusta de describir constantemente sugerentes escenas, incluso cuando

---

<sup>154</sup> Sobre esta dimensión de la obra de Fernando Basurto resultan de gran interés los siguientes trabajos de Alberto del Río: «Sobre el *Don Florindo* de Fernando Basurto (1530): Un caballero andante asedia el Castillo interior», en *RILCE: Revista de Filología Hispánica*, 1988, 4, II, págs. 55-72; «Misoginia medieval y libros de caballerías: el caso de Don Florindo, un héroe del desamor», en José Manuel Lucía Megías *et alii* (eds.), *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Segovia, del 5 al 19 de Octubre)*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1991, II, págs. 691-707.

afirma haber tomado la resolución contraria –libertad que, además, parece compartir con el traductor<sup>155</sup>–:

Yo apostaré –dice Nictemeno– que estáis espantados de la presta bienaventurança del Príncipe de la Fe y que quisiéredes que muy despacio os contara yo lo que con la hermosa Brisaida le sucedió: que os dijera aquel amor y ternuras, aquel dulce mirarse del uno al otro; aquel suabísimo dolorcillo que amor ordena; aquel rabiar y enojarse en medio del amor dulce y tierno, trocarse labios y aun trocar las lenguas; aquel poder ya goçar con libertad lo que tanto se á deseado, ber a la dama colgada del amado cuello. Aquel bolber las palabras del amante venir a la sabrosa lucha donde no se oye otra cosa sino aquel dulce «amor mío» y: «Que ardo y muero, que se abrasan, mi bien, estas entrañas, ¿asta cuándo, mi bien y mi consuelo? No más, mis ojos, no más, que ya no puedo sufrir de amor tanto excesso; déjame, descansa, mi bida, un po[co]. ¡Ay, Dios! ¡Mi alma, que me congoxo, que muero!». Quisiérades que os escribiera estas cositas que entre los dos pasaron; no quiero, que según sois luego dixérades: «¡Y de puta, Nictemeno! ¡A fe que sabéis bos más de lo que yo os enseñé!». Pues por no daros ocasión de murmuración, por esso lo dejo (30, III; f. 299r).

De igual modo, el recurso de la magia aparece libremente a lo largo de la obra, de manera que la posición ortodoxa que los personajes declaran respecto a este tema en algunos parlamentos discurre paralela a la práctica narrativa<sup>156</sup>, donde su presencia no parece presentar escrúpulo alguno. Así, el argumento se presenta repleto de magas (como las sabias Polonisa [5, I] y Caldaina [28, I], el sabio Paursino [17, I], la Rubia Mora [16, II], Dapsis [23, III] o Zarana [11, IV]), objetos mágicos (como el espejo de la Rica Figura [4, I] o el anillo de Priscilano [13, III]) y aventuras encantadas (5, I; 19, I; 16, II; 22, III; 15, IV).

---

<sup>155</sup> Así se aprecia, por ejemplo, en las afirmaciones con las que este interrumpe el relato del encuentro amoroso entre Mejiano y Brisaida: «Esto dice Nictemeno, y aun arto más que yo dejo de traducir, porque ay tantos maliciosos en este nuestro bulgar que cualquier ternura vien sentida y escrita dicen luego: “Más bellaco es el que lo escribió”. Y por eso paso por estas cosas de amores como gato sobre brasas, que si uviera de traducir fielmente a Nictemeno bonísimas cosas toca en esta materia» (17, IV; f. 355v).

<sup>156</sup> Así ocurre, por ejemplo, con la justificación que Camiliana realiza de la aventura mágica acaecida en una cueva: «Señor mío Jesucristo, vien sabéis bos que yo ningún género de crédito doy a estos disparates de encantamientos, que vien sé que son todas ilusiones del demonio y burlerías que para engañar a simples imbe[n]ta. Y es el traidor del demonio, nuestro adbersario, tan anvriento y deseoso (de pura imbidia) de llebarnos al infierno, que por engañar y llebar a infierno al desventurado nigromántico se ata, liga y obliga debaxo de algunos carecteres y imbenciones a hacer estas fantásticas burlerías» (22, III; ff. 274r-274v).

Todo lo cual resulta coherente, en segundo lugar, con la sincera búsqueda de divertimento que revela el argumento de la obra, puesto que su configuración aglutina con una sorprendente capacidad de síntesis las aportaciones más celebradas por los lectores de caballerías a lo largo del siglo: amor, fantasía y humor están detrás de buena parte de sus páginas, que superan en número a aquellas dedicadas a la defensa de la fe. Por lo que puede afirmarse que el *Caballero de la Fe* no da la espalda a la línea triunfante del entretenimiento, sino que logra un difícil equilibrio, contrario a la posición reaccionaria con la que Páez de Ribera continuó el ciclo amadisiano: en su obra no hay exclusión de paradigmas, sino una lograda suma de tentativas. Asistimos así a una perfecta reunión de *prodesse y delectare*, alcanzada en la convivencia de la dimensión espiritual de los caballeros cruzados y de las aventuras encantadas de los caballeros andantes.

A la luz de todo lo expuesto hasta aquí, podemos concluir que el padre Daza vuelve sobre un paradigma ensayado en los inicios del género caballeresco, precisamente al calor de una última operación victoriosa contra el Turco que revitaliza el espíritu de cruzada de principios de siglo. Pues, como examinaremos en el capítulo séptimo, nuestro autor recupera el modelo de *miles Christi* para darle un nuevo brillo, confiriéndole una auténtica dimensión cifrada (*vid.* 7.2). De este modo, la cristianización del héroe parece obedecer más a unos intereses de carácter político-religioso que a un celo moralizante enemigo de la esencia de la caballería de herencia artúrica, en particular, y de la literatura de entretenimiento, en general. Lo cual entra en consonancia con el hecho de que, frente a lo que cabría esperar por la condición clerical del autor, su narración sea compatible con la imaginación caballeresca.

### **5.3. El triunfo del entretenimiento**

Como se ha expuesto hasta aquí, en la obra de Miguel Daza se dan cita los temas, los personajes, los espacios y las técnicas narrativas presentes en el modelo amadisiano, que pasarían a constituirse como parte fundamental de la poética de los libros de caballerías. Encontramos, además, la recuperación del motivo de la guerra santa presente en algunos de los primeros textos caballerescos, unido a la introducción

de una lectura cifrada de la fábula caballeresca. Pero, sobre todo, observamos la presencia de los principales ingredientes de innovación aportados por las grandes obras del modelo de entretenimiento que se impondrá definitivamente con la publicación del *Espejo de príncipes y caballeros* de Diego Ortúñez de Calahorra (1555), tras haber sido ensayado con éxito en las creaciones de Feliciano de Silva (1514-1551) y en los dos primeros libros del *Belianís de Grecia* (1545).

En la composición de estas obras, la resolución del binomio horaciano en favor del *delectare* otorga a la fábula una nueva libertad creativa que rompe las limitaciones impuestas por el género de la *historia fingida*: tanto en lo que respecta a la estrecha y rígida construcción de la verosimilitud, como en lo que atañe a la inserción de «enxemplos y doctrinas»<sup>157</sup>. A medida que avanza el siglo, la escritura se desata en busca del gusto del público, permitiendo la exageración de aquellos componentes de mayor éxito, la multiplicación de personajes y espacios, la inserción de nuevos materiales extraídos de otros géneros... Experimentación que expone a los autores a incurrir en los excesos criticados por la pluma cervantina. En *El Caballero de la Fe* puede apreciarse con claridad la aceptación de esta dimensión lúdica de la narrativa en la importancia concedida a aspectos tan ajenos a la moralización y al didactismo como el amor y la maravilla, pero también en el amplio espacio concedido a la poesía, la hibridación genérica y el humor: tres de las más destacadas aportaciones de los autores anteriores al padre Daza.

A su estudio dedicaremos las siguientes páginas, con el fin de mostrar el fuerte deseo de *variatio* y de innovación narrativa que caracteriza a este peculiar libro de caballerías.

---

<sup>157</sup> Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. cit., I, pág. 225.

### 5.3.1. Poesía

Presentes en el propio Amadís<sup>158</sup>, el discreto empleo de poemas en los inicios del género se incrementó tras su inclusión por parte de Feliciano de Silva en las sucesivas entregas de su *Florisel de Niquea*, en la última de las cuales alcanzaría una proporción de versos cercana al *prosimetron* característico de la novela pastoril –de la que era precursor desde 1530, año de la publicación de su segunda continuación amadisiana, *Amadís de Grecia*–<sup>159</sup>. Pues, como señaló del Río Nogueras, aunque «los dos tercios de los libros de caballerías cuentan con poemas entre sus páginas», no es sino con posterioridad a la aparición de la cuarta parte del *Florisel* (1551) cuando se aprecia un sensible aumento de las composiciones poéticas en el corpus, del que dan cuenta «muy notablemente *Febo el Troyano*, los *Espejos* y el *Rosián de Castilla*»<sup>160</sup>. No obstante, si bien el bucolismo italiano parece favorecer a través de su influencia en Silva el gusto por el verso, el análisis conjunto de los poemas insertos en los libros de caballerías manifiesta una convivencia de los esquemas heredados de la lírica

---

<sup>158</sup> Donde encontramos dos composiciones líricas: el villancico *Leonoreta, fin roseta* y la canción entonada por Beltenebros en su penitencia en la Peña Pobre. Sobre el primero pueden consultarse: J. B. Avallé-Arce, «Leonoreta, fin roseta», en *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez*, Madrid, FUE, 1986, II, págs. 75-80; Vicente Beltrán, «La Leonoreta del Amadís», en V. Beltrán (ed.), *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (AHLM), Santiago de Compostela, 2 al 6 de diciembre de 1985*, Barcelona, PPU, 1988, págs. 187-198; en los cuales encontramos respectivamente la atribución a Montalvo de la autoría del citado villancico, frente a la defensa de la traducción y readaptación por parte de aquel de una canción portuguesa de Joao Lobeira.

<sup>159</sup> «Se ha observado que al intercalar unas cuantas poesías en las tres primeras partes del *Florisel de Niquea* Silva solo estaba elaborando un poco una técnica ya conocida en algunos libros de caballerías y en *Menina e moça* [...]. Pero después de la publicación de las *Églogas* de Garcilaso y de las traducciones castellanas de *Arcadia* de Sannazaro, Silva parece haber llegado a la casi inevitable conclusión de que el pastor literario debía ser, ante todo, poeta y músico. Intercaló muchas composiciones poéticas en la cuarta parte de *Florisel*, en una proporción casi igual a las novelas pastoriles propiamente tales», Sidney P. Cravens, *Feliciano de Silva y los antecedentes de la novela pastoril en sus libros de caballerías* (Chapell Hill-North Carolina. Estudios de Hispanófila. 1976, pág. 91). Sobre la proyección teatral de tradición enciniana de las bucólicas incluidas en la cuarta parte de *Florisel*, véase: Alberto del Río Nogueras, «Las *Bucólicas* de Feliciano de Silva en sus libros de caballerías», en Begoña López Bueno (ed.), *La Égloga. VI Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro (Universidades de Sevilla y Córdoba, 20-23 de noviembre de 2000)*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla, Grupo P.A.S.O., 2002, págs. 91-119.

<sup>160</sup> Véase A. del Río Nogueras, «La poesía en los libros de caballerías de la época del Emperador (1508-1556)», en *e-Spania. Revue interdisciplinaire d'études hispaniques médiévales et modernes*, 2012, 13, sin paginación [Revista electrónica: <<https://e-spania.revues.org/21208>>]. Sobre el carácter predominante del octosílabo en el conjunto del corpus, consúltese especialmente el epígrafe quinto.

cancioneril y de las nuevas corrientes italianistas, en la que se aprecia un saldo cuantitativo en favor de los moldes patrios<sup>161</sup>. Tendencia que encuentra una plena ratificación en el libro del padre Daza, donde tan solo encontramos dos apariciones puntuales de la lira (11, I; 6, II) y una de la octava real (18, III).

En nuestra obra detectamos algunos usos del discurso poético con claros precedentes dentro del propio género, tal y como sucede con todas aquellas composiciones insertas al hilo de las aventuras caballerescas: en padrones y tablones – como los que se encuentran en el Castillo de la Rubia Mora o los que acompañan a la Aventura de la Ballena (16-17, II; 15, IV)–; en carteles de desafío –como los que se exponen a la llegada de Feridano y Ardoniso a Benavente (2, II)–, y en los escudos y las ropas de los caballeros, donde estos introducen invenciones esculpidas y bordadas con las que se proponen brillantes juegos de ingenio sobre sus personas. Costumbre de época, por otra parte, de la que encontramos un perfecto testimonio en el último libro de la obra, donde se hace un novedoso uso de la heráldica con entidad histórica (14, IV)<sup>162</sup>. En todas estas ocasiones, observamos un absoluto predominio del cómputo octosilábico –desarrollado predominantemente en quintillas y en estrofas de tres versos–, coherente con los moldes métricos propios de las letras e invenciones cancioneriles, en las que parecen inspirarse el conjunto de composiciones nacidas en torno al ejercicio más lúdico de los caballeros.

---

<sup>161</sup> «La de 1551 es fecha que marca la primera aparición del endecasílabo en nuestros libros. Posteriormente a 1576 y sobre todo en el decenio de los años 80 el camino queda abierto a las combinaciones aliradas de heptasílabos y endecasílabos que suponen la adopción del modelo implantado por Garcilaso. Es así mismo coherente con la evolución del panorama poético renacentista la alta proporción de octosílabos que no decae desde sus inicios con el *Amadís* de Montalvo y que, tanto con Feliciano en el *Rogel* como con el último de los *Espejos* (1587), sigue siendo el metro predominante», *idem*, epígrafe 6. Además de en el citado artículo de Del Río Nogueiras, un somero panorama sobre la inclusión de poemas en los libros de caballerías puede encontrarse en: María del Rosario Aguilar Perdomo, «La nao de amor del *Felixmarte de Hircania* y otras composiciones líricas en los libros de caballerías peninsulares», en *Revista de Literatura Medieval*, 2001, 13/2, págs. 9-27; J. M. Lucía Megías y E. J. Sales Dasí, *Libros de caballerías castellanos...*, págs. 147-157.

<sup>162</sup> Analiza este episodio de nuestro libro M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina en su artículo, «La verdad de la mentira...». Sobre la presencia de las letras de invención de tradición cancioneril en los libros de caballerías, véase también: A. del Río Nogueiras, «Libros de caballerías y poesía de cancionero: invenciones y letras de justadores», en M.<sup>a</sup> Isabel Toro Pascua (ed.), *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Salamanca, Universidad, 1994, 1, págs. 303-318.

A esta abundante casuística vinculada al entretenimiento caballeresco y cortesano pueden añadirse otros ejemplos más puntuales, también habituales en los libros de caballerías: como el desahogo en verso de los sentimientos de los protagonistas –que nos ofrece la refinada imagen del príncipe Ofrasio cantando una glosa de tema pastoril al son del laúd, junto a la de Mejiano entonando una redondilla (6, I; 26, II)–; la réplica cómica de esta escena intimista en la expresión de los sentimientos del bufón Parmesino (versificados en liras [11, I]) o el necesario tiempo de recreación palaciega en el que los músicos cantan unos versos ante el auditorio (una glosa de la que, según indica el traductor, Nictemeno solo ofrece el texto glosado; 2, II). Asimismo, encontramos en el Caballero de la Fe un segundo ámbito para la inserción de poemas, alejado del espacio de la corte y estrechamente vinculado con el universo pastoril de la Isla de la Enamorada Corneria. Sin embargo, lejos de favorecer la exposición de los sentimientos de las pastoras que habitan en este *locus amoenus*, los interludios líricos proporcionan en este espacio bucólico cauces para la narración de aventuras ajenas y para la inclusión de divertimentos de acusado corte popular.

En efecto, una gran parte de las composiciones que se escuchan en la Isla forman parte del desarrollo narrativo de la historia de los amores de Gabianisandro y Corneria, que la pastora Belisandra reproduce tras haber aprendido «de coro» en un libro de clara raigambre sentimental. Más allá del fascinante juego metaliterario que propone esta superposición de discursos, lo que nos interesa de esta historia intercalada es la presencia en ella de numerosas quintillas y coplas reales<sup>163</sup> que se convierten en el blanco de la reprehensión de las pastoras (24, I; 1, II):

–¡Bálame Dios –dijo Belisandra–, qué coplaça viexa del tiempo del Conde Partinuplés o de las coplas de don Gaiferos!

–Más parece –dixo Taurisa– del romance del Marqués de Mantua o comienzo de la glosa del Conde Claros echa por Celano (pribado de la vista corporal, morador de nuestra España) (1, II; f. 103v).

---

<sup>163</sup> Para la utilización de este concepto seguimos la tesis defendida por Nieves Baranda Leturio: «Andanzas y fortuna de una estrofa inexistente: las quintillas dobles o coplas de ciego», en *Castilla: Estudios de literatura*, 1986, 11, págs. 27 y 28.



Como puede apreciarse, los poemas se comparan con tres romances famosísimos en la época –de tipo novelesco, caballeresco y de tema carolingio, respectivamente–, que comparten con el relato del conde Partinuplés tanto su origen medieval como su gran difusión en pliegos sueltos en la primera mitad del siglo XVI.

Parece, pues, que las composiciones que narran los amores de Gabianisandro y Corneria se critican, ante todo, por la antigüedad y la popularidad de sus moldes. Pero también, como se colige de otras intervenciones de las pastoras, por poseer una baja calidad, discordante con el carácter idealizado de las historia de los amantes<sup>164</sup>. Significativamente, las epístolas intercambiadas por Gabianisandro y Corneria serán objeto de idéntico desprecio, por lo que puede concluirse que el autor pretende llevar a cabo mediante esta incursión metaliteraria tanto la burla de un género narrativo ya envejecido –el de la novela sentimental–, como la de las formas y conceptos poéticos a él vinculados –los de la poesía de cancionero–. Hipótesis perfectamente coherente con el momento de composición de la obra, en el que el triunfo de la moda italianista es total, también en el seno del corpus caballeresco<sup>165</sup>.

Idéntica contraposición de códigos estéticos implica la abundante inserción de versos «de repente» en los momentos de recreación de las pastoras –desarrollados también en quintillas y coplas reales–, pues su carácter vulgar y satírico se presenta en abierto conflicto con el lirismo idealizado, bucólico y refinado que Feliciano de Silva

---

<sup>164</sup> «–En buena fe qu'está muy buena la letra –dixo Taurisa. /–Eso no está ella –dijo Belisandra–, que vien parece coplón de nuestra España. / –Pues no decía yo la copla –dixo Taurisa–, sino la forma de la letra, qu'está muy vien retallada en la piedra» (I, II; f. 103v). Y más adelante: «–¿Por qué no dijo, señora prima, «toca Simón»? ¡Que a fe que lo merece la copla! –dijo Taurisa. / –Pues, ¿qué quiere que le haga yo? –dijo Belisandra–. Si Galbianisandro no era coplista, ¿quiere que lo hagamos aquí metrificador entreambos? / –No –dijo Taurisa–, mas pues tenía fama de tan discreto mejor fuera que los pusiera en buena prosa que no en mal verso. / –Yo tanvién soy de esse parecer, mas estas coplas así antiguas allá en tiempo de nuestros sucesores causavan admiración. Y aun dan autoridad y sal a la istoria y entretienese el lector con la mudança del manxar, dándole nuebo apetito al gusto» (I, II; f. 104r).

<sup>165</sup> Véase a este propósito el citado artículo de Del Río Nogueras, «La poesía en los libros de caballerías...», epígrafe 6; así como el análisis de José Julio Martín Romero, centrado en la influencia de Garcilaso de la Vega en la obra de Pedro de la Sierra: «Garcilaso como objeto de imitación poética y de reescritura narrativa», en M.<sup>a</sup> Luisa Lobato y F. Domínguez Matito (eds.), *Memoria de la palabra. Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro (Burgos -La Rioja 15-19 de julio de 2002)*, Frankfurt am Main-Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2004, II, págs. 1267-1276.

había otorgado a estos personajes<sup>166</sup>. Así, son numerosas las escenas en las que las pastoras asisten a una competición de composiciones improvisadas, siempre fruto del ingenio de la divertida pastora Libertina y del viejo piloto Fraseldo (5, 6 y 10, II), ambos de bajo estrato social:

–Ca, pues:

Tristes serán tus entrañas  
y triste tu corazón  
pues tienes tan ruines mañas  
que te quedaste capón  
sin orejas ni pestañas.

–Buena, a fe, –dijo el piloto–. Ba la mía:

En fuego están tus entrañas,  
y tu ardiente corazón  
desconsuélate un capón,  
porque le faltan las mañas  
que pide tu condición (5, II).

Aunque es cierto que la improvisación fue también divertimento en las justas poéticas cortesanas de la Edad Media y del Renacimiento, la humilde condición de estos personajes, su caracterización bufonesca y el tono socarrón de los versos vincula estos

---

<sup>166</sup> A propósito del carácter humorístico de estas composiciones, resultan muy esclarecedoras las reflexiones de Cristina Castillo Martínez acerca de la ausencia de la risa en las obras canónicas de la literatura pastoril: «La risa suele considerarse –dentro de la literatura del Siglo de Oro– como una expresión perteneciente a parcelas concretas como la picaresca, la literatura popular que engloba los chistes, cuentecillos o refranes, la poesía burlesca, y, sobre todo, el teatro, ámbitos en principio bien alejados de la literatura pastoril. Ni el contexto ni los personajes de los libros de pastores se prestan a una manifestación clara de humor, ni tampoco parece que el lector de estas obras contara con ello» («De las lágrimas a la risa: análisis de la decadencia de los libros de pastores», en M. L. Lobato y F. Domínguez Matito (eds.), ob. cit., I, págs. 497-510).

poemas con el ambiente popular más común al repentismo<sup>167</sup>. Lo cual introduce una fuerte fractura en el universo sublimado de estas pastoras instruidas en las artes liberales y fieles al neoplatonismo amoroso. Por lo que, en consecuencia, puede concluirse que en nuestra obra los versos son también ocasión para un cuestionamiento de convenciones alogénéricas frecuente en el padre Daza, en tanto que soporte para la inserción distanciada de formas que se consideran desgastadas y de discursos cercanos a lo popular en un espacio idealizado.

### 5.3.2. Hibridación genérica

Sin lugar a dudas, la innovación heredada que afecta más plenamente a la configuración de la obra se concreta en la fuerte hibridación genérica presente en la construcción de la trama, con la que se enriquece el itinerario de los protagonistas y se da cabida a universos ajenos a la aventura caballeresca. Así, por ejemplo, detectamos una clara presencia de referentes hagiográficos en la historia del cruel martirio de la duquesa de Londres a la que Ofrasio defiende –visibles en la heroica defensa que la dama realiza de su castidad, en las súplicas confiadas con las que sufre cada golpe, así como en su exposición impúdica en una cruz en aspa (8, I)<sup>168</sup>. Junto a la cual podemos mencionar una influencia más notable de la literatura bizantina, que favorece el concurso de multitud de lances marítimos, de trágicos naufragios, de raptos en alta mar,

---

<sup>167</sup> A este respecto, conviene recordar el gran éxito en la época entre las clases iletradas de la costumbre de echarse *pullas*, «un duelo poético, en el que los contrincantes invocaban, el uno al otro, toda suerte de desgracias, en la mayoría de los casos de lo más obscenas y procaces» (Samuel G. Armistead, «La poesía oral improvisada en la tradición hispánica», en M. Trapero (ed.), *La décima popular en la tradición hispánica: Actas del Simposio Internacional sobre la Décima*, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 1994, pág. 45). Así como el significativo hecho de que «en la mayoría de los documentos del Siglo de Oro en los que hemos podido rastrear testimonios de porfías en versos improvisados –desde los apotegmas y cuentecillos de Rufo hasta las recreaciones de duelos improvisados de las obras de Lope– la improvisación poética aparezca como propia de ambientes populares –tabernas y ventas, sobre todo– y personajes andariegos, errantes, truhanes y jugadores (Alberto del Campo Tejedor, «Trovadores de repente. La improvisación poética en el Siglo de Oro», *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, Vol. 4, 2004, págs. 122).

<sup>168</sup> Sobre este tema resulta indispensable el trabajo de Ángel Gómez Moreno, en el que pueden encontrarse otros casos de confluencia entre hagiografía y literatura caballeresca: *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar de mio Cid a Cervantes)*. Madrid-Frankfurt. Iberoamericana-Vervuert. 2008.

de sucesivos encuentros y separaciones, e, incluso, la aparición del tema del cautiverio (21-23, I), en el que confluyen aspectos de la llamada «novela morisca»<sup>169</sup>.

No obstante, la deuda más importante que la obra del padre Daza contrae con la ficción en prosa contemporánea se establece por medio de los libros de pastores. Influencia que en ningún modo resulta sorprendente, por cuanto el propio género pastoril tuvo su primer nacimiento en el interior de las fábulas caballerescas de Feliciano de Silva –especialmente en la cuarta parte de su *Florisel* (1551), alumbrada tras el éxito de Garcilaso y las traducciones de la bucólica italiana–, años antes de que fuera definitivamente inaugurado por Jorge de Montemayor con la publicación de su *Diana* (1559)<sup>170</sup>. Con posterioridad a la aparición de esta obra, los libros de caballerías se hacen eco del inmediato éxito del bucolismo en las prensas, si bien estos toman como

---

<sup>169</sup> El tema del cautiverio es aludido en nuestra obra durante la estancia de Ofrasio y Casiana en el reino moro de Garena, de donde los protagonistas consiguen salir airosos gracias a la ayuda del disfraz. Junto a ellos huirán otros caballeros cristianos que sí se hallaban cautivos, así como la bella mora Jarilda, hija del cruel rey de Garena, convertida al cristianismo por amor al príncipe de Narbona, escondido en aquellas tierras bajo el nombre de «Caballero de la Tortuga». Según George Camamis, el motivo del cautiverio se desarrolla en España a lo largo del siglo XVI en los cauces de la novela bizantina y de la novela morisca (cf. *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*. Madrid. Gredos. 1977, pág. 14 y ss.); tradiciones ambas que confluyen a su vez, en opinión de Rey Hazas, en el nacimiento de la novela de cautivos inaugurada por Cervantes (Rey Hazas, «Introducción a la novela del Siglo de Oro...»). Como puede apreciarse, el relato de los amores de Jarilda y el caballero cristiano guarda evidentes semejanzas con el del capitán cautivo de la primera parte del *Quijote*, concomitancias que ya habían sido plenamente desarrolladas en la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras (1565). De otro lado, la estancia del protagonista en tierra de infieles no es extraña en el género caballeresco –pues encontramos un ejemplo conocido en el *Caballero del Febo* (1576)–, pero la mención explícita del peligro del cautiverio parece conectar en nuestra obra con preocupaciones históricas que habían sido abordadas por extenso en el *Caballero de la Cruz* (1521) (cf. S. Roubaud, «El Caballero de la Cruz y Cervantes»).

<sup>170</sup> Sobre el tratamiento y la evolución del tema pastoril en los libros de caballerías de Feliciano de Silva resulta indispensable la lectura de la citada monografía de Sidney P. Cravens (*Feliciano de Silva y los antecedentes de la novela pastoril...*, especialmente los capítulos tercero y cuarto), así como el clásico artículo de Francisco López Estrada, «Los libros de caballerías y su relación con los de pastores», en *Homenaje al profesor Carriazo*, Sevilla, Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1973, III, págs. 155-169. Asimismo, en los que respecta a la primera obra de Silva con interludios pastoriles, *Amadís de Grecia* (1530), resultan muy esclarecedores los trabajos de Ana Carmen Bueno Serrano: «Feliciano de Silva, discípulo aventajado de Jorge de Montemayor», en *Destiempos*, 23, 2010, págs. 167-181 [Revista electrónica: <<http://www.destiempos.com/n23/bueno.pdf>>]; «Las innovaciones formales de Feliciano de Silva en el *Amadís de Grecia*: una coda pastoril», en Verónica Arenas Lozano et alii (eds.), *Líneas actuales de investigación literaria. Estudios de Literatura Hispánica*, València, Universitat de València, 2005, págs. 165-176.

referente principal los esquemas fijados por Silva, en los que la idealización del pastor todavía no es plena<sup>171</sup>. Por lo que la inserción del universo bucólico en nuestra obra se encuentra plenamente contextualizada dentro de su propio género.

Sin embargo, en el *Caballero de la Fe* los personajes pastoriles reciben un tratamiento literario de todo punto inusual, por dos razones: en primer lugar, porque las mencionadas pastoras de la Isla de la Enamorada Corneria desempeñan un papel auténticamente protagonista en el argumento, hasta el punto de encabezar una de sus principales tramas, en tanto que cuidadoras del pequeño Mejiano de la Esperanza<sup>172</sup>; en segundo lugar, porque, además de habitar un paraíso exclusivamente femenino, su caracterización revela una autoconciencia narrativa de excepcional novedad. Pues, en efecto, Belisandra y Taurisa personifican una hipérbole del carácter cortesano y letrado de los pastores herederos de Montemayor, a partir de la cual el padre Daza no duda en ejecutar una sátira del idealismo propio de estas ficciones, en la que la burla del neoplatonismo como código amoroso ocupa un lugar central (*vid.* 5.3.3).

Paralelamente, detectamos la impronta de la novela sentimental en la configuración de un relato interpolado en la trama protagonizada por las pastoras. No se trata ya, pues, de la amplia y temprana influencia en el género caballeresco del recargado conceptismo cancioneril ni de las complejas relaciones amorosas de aquellos relatos<sup>173</sup>, como tampoco del hallazgo de un episodio inspirado en algún título

---

<sup>171</sup> Desarrolla esta reveladora tesis José Julio Romero, en un detallado artículo sobre el tema en el que repasa un total de cinco títulos caballerescos de la segunda mitad del siglo XVI: «La temática pastoril en los libros de caballerías de la época de Felipe II», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 57, 2 (2009), págs. 563-605.

<sup>172</sup> En efecto, su historia es introducida en los capítulos 20, 24 y 26 del primer libro, pero encuentra su pleno desarrollo en la primera mitad del segundo libro (1-11, II), manteniéndose a partir de este momento su aparición de forma intermitente hasta el final de la obra, subordinada ya a la biografía del protagonista.

<sup>173</sup> Sobre los múltiples contactos entre ambos géneros, que en ningún modo deben ser considerados ejemplos de hibridación genérica, deben consultarse: Harvey L.Sharrer, «La fusión de las novelas artúrica y sentimental a fines de la Edad Media», en *El Crotalón*, 1984, 1, págs. 147-157, y Vicenta Blay Manzanera, «La convergencia de lo caballeresco y lo sentimental en los siglos XV y XVI», en Rafael Beltrán (ed.), *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, València, Universitat de València, 1998, págs. 259-287.

sentimental previo<sup>174</sup>, sino de la auténtica inserción de una novelita sentimental en el argumento principal. En este sentido, el padre Daza retoma los experimentos literarios que ya avanzara Feliciano de Silva –a quien le cabe el mérito de haber compuesto un par de interludios de marcada factura sentimental–<sup>175</sup>, pero lo hace dotando de una original autonomía a su relato mediante el recurso de la literatura dentro de la literatura, que será tan del gusto cervantino. Pues, la pastora Belisandra, como anotamos más arriba, reproduce «de coro» la historia escuchada en un libro titulado: «*Istoria de los amores del desdichado Galianisandro y de la desgraciada e inconstante Corneria, compuesto por el sabio Calbinio en la era de doscientos y ocho*» (21, I; f. 89v), del cual se da cumplida cuenta, incluso cuando se trata de reproducir los diálogos y las cartas de los amantes.

De forma más transversal, detectamos también el influjo de la literatura realista en la discreta factura picaresca del cronista, quien se presenta como servidor del protagonista de la obra –condición que le cualifica para narrar sus aventuras en primera persona y le vale su nombramiento como caballero en el cuarto libro–. Así como en la caracterización de personajes como las doncellas Areusina y Medúsea, confidentes de la princesas Casiana y Brisaida respectivamente, a las que se les otorga un importante papel de terceras en los amores de los príncipes<sup>176</sup>. Indudablemente, su lenguaje

---

<sup>174</sup> Así ocurre con el diseño de la arquitectura alegórica de la Casa de Amor del *Cirongilio de Tracia* (1545), en la que Javier Roberto González descubrió una deuda directa con la *Cárcel de Amor*: «La alegoría arquitectónica en la novela sentimental y caballerescas (*Cárcel de Amor-Cirongilio de Tracia*)», en *Alfinge. Revista de filología. Narrativa popular: Edad Media y Renacimiento*, 2003, 15, págs. 27-56.

<sup>175</sup> Estos episodios han sido considerados por Tobias Brandenberger como pequeñas novelas sentimentales incrustadas en la trama caballerescas, pero ninguna de ellas alcanza la autonomía del relato interpolado que posee la de Gabianisandro y Corneria. La primera, «Lamentación» y «Sueño», inserta entre la primera y la segunda parte del *Amadís de Grecia* (1530), emplea el motivo del *somnium* y la dimensión alegórica habitual en la novela sentimental como soporte para una salida de la diégesis que pone en primer plano la voz del traductor; la segunda, introducida como historia entrelazada en la trama principal, recoge los trágicos amores de Filisel y Marfira, en abierto contraste con las relaciones libidinosas de Rogel (cf. «Libros de caballerías y ficción sentimental: el taller de Feliciano», en *Revista de Literatura Medieval*, 2003, 15, 1, págs. 55-80).

<sup>176</sup> Oficio al que aluden irónicamente las propias princesas cuando ellas mismas lo ejercen, como puede leerse en esta conversación entre Casiana y Ursina, noble dama de Portugal: «–¡Jesucristo, mi señora! – dijo Ursina–. ¡Y qué vien hace vuestra grandeça oficio de tercera! Dios me dé lugar para que sirba a vuestra grandeça en la misma moneda. Lo que á menester aquel niño es que vuestra grandeça le haga

coloquial plagado de refranes, el tono desenfadado e irónico de sus intervenciones, unidos a su descarada pretensión de encender la pasión en el corazón de sus amas, las aproximan a la funcionalidad de alcahuetas como la vieja Celestina<sup>177</sup>. Así lo declaran explícitamente las propias princesas, tras los astutos e indiscretos parlamentos de Areusina sobre sus enamorados:

–¡Así, así! –dijo Gracisilda–, andaos bos essas estaciones por la mañana y id a ver esos cuerpo santos, que a fe que antes de muchos días podáis suvir escalones altos sin peligro. No, sino vurlaos y quiçá os acaecerá lo que a la santera de nuestro lugar.

–¿A cuál? –dijo muerta de risa Areusina.

–Aquella que parió las tres criaturas de una bez y nunca andaba sino atiçando las lámparas de las iglesias.

–¿Esa misma? ¡Mal año! –dijo Areusina– ¡Cuánto más que no, mi señora! No son estos caballeros jente tan olgada como aquellos venditos con quien ella trataba...

–¡Ca, ca, Areusina! –dijo Gracisilda–. ¡Pasito, pasito! No, no metáis las manos en la masa de la murmuración que ya sabéis cuánto la aborrezco, que no fue el que trató con ella sino aquel que después se casó con ella, que aun yo les di con qué se casasen por quitar murmuraciones.

–Yo así lo creo como estamos en esta litera (16, I; f. 60v).

Pero, sobre todo, la huella de la prosa celestinesca puede detectarse en la configuración de las abundantes escenas dedicadas a la intimidad de las princesas, en las que estas se entregarán a conversaciones amorosas caracterizadas por la desnudez de las confesiones, por la vulgaridad de las expresiones empleadas y por la extremada

---

tanta merced... Digo qu'es dichoso aquel bolo, que todos le ayudan a salir con la suya. Ahora, pues, baya –dixo riyendo–, que a mí, ¡pardiez!, ya con una mançana me aplacarán...» (16, III; f. 254v).

<sup>177</sup> Un caso similar ha sido señalado por Antonio Joaquín González Gonzalo en la maga Celacunda, si bien en este personaje coincide asimismo el componente de la hechicería (cf. «Un ejemplo de tercería cortesana: Celacunda (*Clarián de Landanís*. Gabriel Velázquez de Castillo. 1518)», en *Angélica. Revista de Literatura*, 2002-2003, 11 págs. 67-96). Similares concomitancias ha visto Sales Dasí en la labor auxiliar de la sabia Alquifa de la primera continuación amadisiana de Feliciano de Silva (cf. «Ecos celestinescos en el Lisuarte de Grecia de Feliciano de Silva», en *Tirant*, 2000, 3, sin paginación, [Revista electrónica: <[http://parnaseo.uv.es/Tirant/Art.Sales\\_ecos.htm](http://parnaseo.uv.es/Tirant/Art.Sales_ecos.htm)>]), anticipo de la influencia celestinesca que puede observarse en la tercera parte del *Florisel de Niquea*, donde la intertextualidad se establece directamente con la *Segunda Celestina* del mismo autor (Feliciano de Silva. *Florisel de Niquea. Tercera Parte*. Ed. Javier Martín Lalanda. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 1999, págs. 18-19 y 24).

familiaridad de las interlocutoras –que no vacilan en reposar semidesnudas en el mismo lecho, despertando las insinuaciones eróticas del cronista–. Todo lo cual se presenta en estrecha relación con la gran importancia concedida en la obra al universo femenino, auténtico protagonista del espacio de la corte (*vid.* 5.3.3).

### 5.3.3. Humor y autoconciencia narrativa

En relación con la hilaridad que a buen seguro proporcionaban pasajes procaces como los anteriores, debe mencionarse la decidida apuesta por el humor que revelan muchos de los pasajes del *Caballero de la Fe*, en los que su autor parece hacerse eco del triunfo de este ingrediente en obras precedentes, entre las que destacan de nuevo con fuerza las últimas creaciones caballerescas de Feliciano de Silva<sup>178</sup>. Así, la obra del padre Daza presenta personajes esencialmente cómicos, como el mencionado bufón Parmesino y la susodicha Libertina –hábiles en el arte de la recitación y en el uso del disfraz con fines lúdicos–, junto a aventuras en las que la tensión del enfrentamiento bélico se torna diversión a causa de una ridícula caracterización del ejército enemigo –al que se vence con apenas unas piedras y unas calderas de agua caliente (12-13, I)– o de simpáticas confusiones provocadas por la oscuridad –en la que los bufones y los criados pueden ser tomados por los más temibles contrincantes (18, I; 17, IV)–. Personajes y situaciones risibles a los que cabe añadir un distanciamiento de tópicos genéricos y alogénicos, que debía de dibujar a buen seguro la sonrisa de los lectores. Pues, como ahora veremos, el humor funciona como medio para desmontar la rígida construcción de la verosimilitud en la que se cimienta el género de la *historia fingida*, pero también

---

<sup>178</sup> Véase a este respecto Marie Cort Daniels, *The Function of Humour in the Spanish Romances of Chivalry* (New York & London. Garland Publishing. 1992, cap. 5 y siguientes); E. J. Sales Dasí, «El humor en la narrativa de Feliciano de Silva: en el camino hacia Cervantes», en *Literatura: teoría, historia y crítica*, 2005, 7, págs. 115-157. Para una incursión comparativa en otras obras del género referida a personajes burlescos, resulta de gran interés el artículo de Emma Herrán Alonso, «Humor y libros de caballerías o el caso de tres burladores sin piedad: El Caballero Encubierto, el Fraudador de los Ardidés y el Caballero Metabólico», en J. L. Caramés Lage *et al.* (eds.), *El humor en todas las épocas y culturas (CD-Rom)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2003. De otro lado, por su contemporaneidad con la escritura del padre Daza, así como por la especial relevancia que cobra el componente humorístico en el *Clarisel de las Flores* (fines del s. XVI), resulta muy esclarecedora la lectura del trabajo de Marín Pina, «El humor en el *Clarisel de las Flores* de Jerónimo de Urrea», en *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. *Poética, lectura, representación e identidad*, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 245-266.



como cauce para plantear una rica parodia metaliteraria que alcanza a otros géneros coetáneos.

En lo que se refiere a la primera de estas operaciones, el padre Daza vuelve en cierto modo sobre el constante ejercicio de exploración de los límites de la ficción que había caracterizado a la novela sentimental, deseosa de encontrar un estatuto propio para la fabulación en prosa, con sus narradores autoconscientes, su marcado perspectivismo y su constante permeabilidad con la realidad del autor<sup>179</sup>. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurriera durante el reinado de los Reyes Católicos, en nuestra obra el juego con las técnicas de composición narrativa tiene lugar necesariamente en diálogo con una cerrada configuración del pacto de lectura, afianzada por los numerosos títulos precedentes. Lo que justifica que la experimentación con la controvertida construcción de la verosimilitud acontezca como transgresión, burla e inversión de los mecanismos establecidos, desde una perspectiva siempre lúdica. En este sentido, el *Caballero de la Fe* avanza en la senda abierta por otros autores de libros de caballerías, que, fiados de la complicidad de un público ya avisado, habían optado por llevar a cabo un uso distanciado del recurrente debate sobre la funcionalidad y la naturaleza de la ficción.

En efecto, como Anna Bognolo ha demostrado, la gran mayoría de autores caballerescos unen en sus prólogos el problema de la justificación moral de la escritura al de su definición poética, presentando la fábula como soporte de ejemplaridad. Pero, a medida que avanza el género, es posible leer reflexiones puntuales que señalan hacia un nuevo horizonte, en el que despunta la autonomía de la esfera literaria por su propio valor estético<sup>180</sup>. Paralelamente, en la práctica narrativa se lleva a cabo la misma reivindicación, de manera que podemos encontrar algunos libros de caballerías en los

---

<sup>179</sup> Técnicas descritas entre otras por Alan Deyermond, en su artículo: «Las innovaciones narrativas en el reinado de los Reyes Católicos», en *Revista de Literatura Medieval*, VII, 1995, págs. 93-105), donde puede encontrarse una completa bibliografía al respecto.

<sup>180</sup> De este modo, encontramos autores como los del *Floriseo* (1516) o el *Claribalte* (1519), que valoran la perfección artística de sus obras junto a su utilidad como recto y necesario entretenimiento, siguiendo el tópico del descanso del guerrero. Estos y otros ejemplos pueden encontrarse en el artículo de la citada investigadora: A. Bognolo, «I libri de cavallierias tra la fine del medioevo e la discussione cinquecentesca sul romanzo», en *Fine secolo e scrittura: dal Medioevo ai giorni nostri. Associazione Ispanisti Italiani. Atti del XVIII Convegno (Siena, 5-7 marzo, 1998)*, Roma, Bulzoni, 1999, especialmente págs. 88-91.

que la ficción se señala a sí misma, con el fin de reclamar la especificidad de la mimésis poética. Así sucede en aquellas obras que efectúan un extenuante manejo del tópico del manuscrito encontrado, de forma que:

L'esibizione delle circostanze favolose che circondano l'origine del libro è tale da far pensare a una affabulazione ulteriore attorno alla natura fittizia di esso, intesa a coinvolgere la complicità di un pubblico che viene immaginato esente da eccessivi scrupoli morali riguardo la finzione e avido, anzi, di storie inventate<sup>181</sup>.

No otro es el mensaje que se esconde tras la composición de dos prólogos paralelos en el *Lepolemo* (1521), uno atribuido al traductor y otro al cronista moro Xartón, cuya construcción en eco señala con ironía la condición ficticia de ambas instancias narrativas<sup>182</sup>; así como tras la invención de complejos y artificiosos relatos sobre el hallazgo del manuscrito, como los que pueden leerse en el *Felixmagno* (1531)<sup>183</sup>, el *Olivante de Laura* (1564) o *Febo el Troyano* (1576)<sup>184</sup>, en el último de los cuales puede encontrarse además un cuestionamiento de la veracidad del relato en base a su relación con una revelación onírica –predecesora de la visita de don Quijote a la Cueva de Montesinos–<sup>185</sup>. Lo que, por otra parte, recuerda a las incursiones

---

<sup>181</sup> *Idem*, pág. 89.

<sup>182</sup> Tal y como sugirió discretamente Sylvia Roubaud: «La innovación más saliente del *Caballero de la Cruz* ese ese prologo doble, en que el escritor se proyecta en un reticente intermediario de religión opuesta a la suya y que, al reforzar el contraste entre autor fingido y supuesto traductor, acrecienta la consistencia literaria del segundo» («Cervantes y el *Caballero de la Cruz*», , pág. 365; sobre este mismo desdoblamiento en el *Amadís de Grecia*, véase D. Eisenberg, *Romances of Chivalry...*, págs. 81-82.

<sup>183</sup> «Ortega traduce del toscano al castellano, después de haber hallado el texto en la biblioteca de un monasterio de Sevilla, considerándolo digno de traducción, dado que el famoso historiador Philosio Ateniese lo escribió en griego por encargo del senado de Atenas, Plutarco lo tradujo al latín y Francisco Petrarca al toscano», Claudia Demattè, «Instancias autoriales en los prólogos de los libros de caballerías», en Christoph Strosetzi (ed.), *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro, Münster 1999*, Frankfurt am Main-Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2001, págs. 415-421.

<sup>184</sup> Véase Isabel Muguruza, «Sobre el prólogo del Don Olivante de Laura», en M<sup>a</sup> Eugenia Lacarra (ed.), *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, págs. 127-44; Esteban Corbera. *Febo el Troyano*. Ed. José Julio Martín Romero. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2005.

<sup>185</sup> Véase Claudia Demattè, «Así muchas veces los ojos me alimpiaua, mas veyá siempre ser así, del prólogo de Febo el Troyano a la cueva de Montesinos», en Julián Acebrón Ruiz (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, Lleida, Universitat de Lleida, 2001, págs. 217-229.

metaficcionales que propicia la aparición del autor en los respectivos sueños-visiones de las *Sergas de Esplandián* (1510) y el *Amadís de Grecia* (1530)<sup>186</sup>, susceptibles de recibir también una lectura en clave irónica.

De igual modo, nuestra obra propone también un cuestionamiento del principal recurso de verosimilitud sobre el que se construyen los libros de caballerías: esto es, el de la impostura historiográfica. Ahora bien, el padre Daza va más allá en el distanciamiento humorístico que efectúa sobre sus principales componentes, en la medida en que en su escritura la parodia se explicita mediante el empleo directo de conceptos sacados del debate metaliterario, en una maniobra sostenida además a lo largo de toda la narración. Así, en primer lugar, el relato del hallazgo del manuscrito por parte del traductor propone una deliberada deslegitimación de su propia autenticidad, al sugerir al lector que la única veracidad que puede extraerse de las aventuras narradas es aquella que se identifica con la verdad poética:

Y si no, sea como quisiéredes, que esta istoria de Nictemeno, como es tan antigua, algunas cosillas tiene no tan averiguadas; aunque en lo demás tanta verdad se trata en ella en lo que toca a la historia como es verdad qu'el sabio Nictemeno sirio la escribió y que estuvo el libro en una arca de plomo enterrado quinientos años en la ribera de[1] Enares, junto a su nacimiento en una populosa ciudad llamada Orna (*que como esto es verdad, así lo es la istoria*)– (10, I; f. 34v).

Pero esta discreta ruptura del pacto mimético llegará a su máxima expresión cuando sea el propio cronista Nictemeno quien afirme haber encontrado él mismo el primer libro de caballerías que se escribió en el mundo, ejecutando así una calculada *mise en abyme* que subraya eficazmente la artificiosidad de este recurso:

Con esto, fui y le truxe la istoria o aventuras de Cleántulo, con los amores de Sineo y Polidea, que entiendo que fue el primer libro que llamáis de matahombres o de caballerías del mundo. Porque os digo verdad cierto cierto, a fe de bueno, que yo le allé de mano en pergamino en un lugarexo pequeño del reino de Castilla, en poder de un herrero. El lugar se llama Pozancos y él se llamaba Ulano García, hombre de más de setenta y cinco años (perdóneme el señor herrero),

---

<sup>186</sup> Así leyó este conocido episodio de la obra de Montalvo María Rosa Lida de Malkiel, entendiendo que dicha incursión metafictional obedecía a una actitud humorística respecto de la propia escritura (cf. «Dos huellas del *Esplandián* en el *Quijote* y en el *Persiles*», en *Romance Philology*, IX, 1955, págs. 156-162). De otro lado, el recurso a este motivo en Feliciano de Silva ha sido puesto en conexión con su conocimiento de la literatura sentimental: T. Brandenberger, «Libros de caballerías y ficción sentimental...», pág. 67.

que era morisco del reino de Aragón y decía que de África le había traído su agüelo que fue alfaquí según él decía. Él estaba en latín y muy rebueno, el título era este, cierto buelto en español: *Libro de los heroicos echos del príncipe griego Cleántulo, con los estremados amores de Sineo y Polidea*, compuesto por Aristófanes trágico, traducido en latín por Quintilo Cremonense. Esto es verdad cierto, si era fabuloso el título yo no lo sé, lo que sé es que era estremado latín y que nada debía a Quintiliano ni a Cicerón (23, III; f. 275r).

Como puede comprobarse, este juego especular supone una desactivación definitiva del tópico del manuscrito encontrado, reforzada por el concurso de diversos elementos que denuncian abiertamente la condición fabulosa de este anecdótico relato de Nictemeno, con el fin de proyectar idénticas conclusiones sobre la naturaleza de su propia crónica. Así, tenemos una significativa repetición de todos y cada uno de los tópicos básicos del hallazgo, en la que desfilan una serie de referentes descaradamente apócrifos: tales como Ulano García –cuya autoridad queda además invalidada en buena parte por su condición de morisco, descendiente directo de un alfaquí africano–, o Aristófanes trágico y Quintilo Cremonense, a quienes se atribuye una actividad de todo punto contraria a aquella que les hizo pasar a la posteridad. Circunstancias que inevitablemente recuerdan a aquellas que unos años después manejará Cervantes, a propósito de los papeles atribuidos a Cide Hamete Benengeli.

Asimismo, esta consciente confrontación de la verdad histórica con la mimesis poética se escenificará también en el amplio desarrollo concedido al diálogo entre las principales voces narrativas: esto es, la del traductor y la del cronista. Pues, a diferencia de lo que sucede en otros libros de caballerías, el traductor de la historia del Caballero de la Fe superpone en numerosas ocasiones su discurso al de Nictemeno, para opinar sobre su estilo, sobre la selección narrativa o, incluso, sobre la veracidad de los datos por él aportados, todo ello desde una fingida inocencia que pone al descubierto su caracterización como personaje literario: lo que, en último término, contribuye a su decisiva y reveladora diferenciación de la figura del padre Daza. Así puede apreciarse, por ejemplo, en el momento en que el traductor sale al paso de la presunta incredulidad del autor sirio, cuando este se niega a dar crédito a los rumores que denuncian la infidelidad de la duquesa Camilina. Como podrá observarse a continuación, la ironía con la que el traductor recoge los sentimientos de Nictemeno se subraya en este pasaje

mediante la alusión a la existencia de otras fuentes orales, que no hacen sino remarcar la impostura que se esconde tras el propio relato del cronista:

Mas Nictemeno nada d'esto cree, qu'es buen honvre; mas en otro autor antiguo me acuerdo haber leído que Camiliana la Vella, hija de la duquesa Camilina, parecía algo a Ardoniso, y no sé que más se murmuraba. Mas todo devió de ser falso, que era la duquesa muy principal y excelente princesa y Ardoniso era muy moço. Sea lo que fuere, lo que pasó fue que como Ardoniso la bio, algo turbado de berla allí, le dixo... (13, II; f. 147r).

No obstante, será Nictemeno el encargado de despejar toda duda acerca de esta artificiosa duplicidad, señalando repetidamente bajo el subterfugio del humor el carácter fabuloso de su relato. Así ocurre cuando este defiende la autenticidad de su crónica para desacreditarla inmediatamente, remitiendo sin tapujos a la actividad imaginativa del escritor («Yo os doy mi palabra –que yo lo bi y nadie en el mundo puede decir qu'esto fue tan bien como yo, porque me allé presente, a lo menos cuando se escribía...–» [21, IV; f. 369v]) o proponiendo un juego de contrarios tras el que se dibuja la libertad creativa propia de un autor:

No querría que algún malicioso pensase que por manifestar las cosillas de las damas se escribe y no porque así ubiesse pasado; porque si lo piensa cierto que se engañe tanto como si dijese qu'el cielo anda alrededor y que la tierra está queda, o qu'el todo es mayor que su parte y otras cosas d'esta manera. Porque tan inocente estoy en este caso como Sinón en la pérdida de Troya y como Julián, padre de la Caba, en la pérdida de España; sino que solo se escribió porque realmente passó ello así (15, I; f. 55v).

Reconocimientos indirectos a los que acompañarán revolucionarias afirmaciones del estatuto ficcional del relato, como la que contemporáneamente debió de captar la atención de un lector que anotó en el margen de una pasaje del manuscrito: «*Tuta coronica a mendacio liberata*» (f. 225r). Ya que, como bien advirtió este eventual crítico coetáneo, Nictemeno se despoja de su máscara de personaje para descubrir a la figura del autor real cuando afirma de la aventura narrada que «si no fue, será a lo menos bien y muy bien que hagamos lo que a imitación d'este príncipe que se finge se amonesta» (7, III; f. 225r). Ruptura sin retorno del pacto mimético que alcanza su máxima elaboración en el extenso pasaje que acompaña a la narración de la gestación de la gran guerra de la cristiandad contra el Turco. Allí, tras salir al paso de los pequeños

desajustes cronológicos que el lector podría detectar entre algunos acontecimientos aludidos y las fechas proporcionadas, el cronista advierte:

Y una cosa sola os quiero avisar: que no me abéis de computar en este mi libro y istoria los tiempos como a Eusevio; ni tasarme los caminos como a Tito Libio; ni contarme los bocados como a Josefo; ni averiguarme las decendencias como a Plutarco; ni reducirme a inconvenientes como a Papiás; ni referendarme las oras como a Séneca; ni ais de ponerme las probincias con sus propiedades y sitios como a Tolomeo; ni aberiguarme los nombres como al rey don Alonso; ni ponerme las nabegaciones como al papa Eneas Silbio; ni la pureça de las heridas y golpes como al César en sus comentarios; ni el número de los muertos como al arzobispo don Rodrigo; ni la echura puntual de las armas como a Berisario; ni miréis si digo verdad puntual como Suetonio Tranquilo (aunque en lo de la gallina y laurel algo le imito); ni estoy obligado a ir cosido con el testo como Claudiano; ni a no torcer propiedades de cosas como Plinio; ni a decir que lo vi como Paulo Orosio; ni que lo dicen grabes autores como Aulo Gelio, Macrobio y Herodoto [...] (9, II; f. 133v).

El suyo –parece querer decirnos– no es el campo de la historiografía, pese a que el título de la obra así lo anuncie. Antes bien, la ambientación histórica y la fabulación sirven de soporte para la exposición de un relato inventado, en el que la precisión cronológica carece de importancia, por cuanto su verdadera significación se halla en la lectura moral que de ella puede extraerse:

Aora, é dicho esto –dice Nictemeno– para que sea rey de España quien bos quisiéredes y emperador quien a mí se me antoxare;el año que bos mandáredes y la era que yo pusiere; la Olimpiada que más gusto os diere y el año que aquí fuere escrito.Vencerá el que conviniere, será bencido el que nos pareciere; irá la istoria a mi gusto y si no fuere al buestro, perdonadme, que mi deseo es vueno (puniendo como al bueno todo le sucede vien y que no ay obra buena sin premio y al malo todo le sucede alrebés; porque cierto es así, que no ay culpa sin pena) –estas palabras son de Nictemeno– (9, II; f. 134r).

Como puede apreciarse, lo novedoso de este manido recurso a la utilidad ejemplar del argumento viene dado precisamente por aparecer por vez primera en boca del cronista, en lugar de ampararse bajo el marco autorial de los preliminares: con lo que ambas figuras quedan definitivamente identificadas y, en consecuencia, la ficción liberada del estrecho corsé historiográfico que le había sido impuesto.

Así las cosas, no sorprende que, en segundo lugar, esta dimensión autoconsciente que el padre Daza introduce sobre los fundamentos básicos de la

verosimilitud se extienda también al tratamiento de otros tópicos genericos y allogenericos. De esta forma, nos encontramos con que la narración propone una reflexión metaliteraria sobre algunos de los ingredientes que la conforman, con la que el autor abre una línea de comunicación directa con sus lectores. A estos pretende interpelar mediante la traición de sus expectativas, proponiendo una conjunción de ingredientes en la escena de todo punto contraria a la establecida por el desarrollo de la literatura de entretenimiento. A ellos van también dirigidas las consideraciones que los efectos de estas operaciones merecen al narrador y los propios personajes, posibilitando así la inclusión de diversas disquisiciones de crítica literaria en el interior de la propia narración.

En lo que atañe al género caballeresco, sin duda, la principal fractura que el autor provoca en el ambiente idealizante que lo caracteriza tiene que ver con el lenguaje alambicado y retórico que sus personajes acostumbran a utilizar. En este sentido, el universo femenino ejerce como principal actante del distanciamiento que se propone sobre la sublimación propia de estas ficciones, de manera que a lo largo de la obra nos encontramos con que las princesas no piensan como hablan, ni se expresan igual en la intimidad que en los actos cortesanos. Antes bien, cuando el público desaparece y el lector queda a solas con ellas, este puede ser testigo de un habla más propia de las criadas, repleta de interjecciones, coloquialismos y chocarrerías de signo opuesto al refinamiento que parecía caracterizarlas. De esta forma, estas escenas provocan una repentina sensación de realidad que revela al tiempo el carácter aritificio del mundo de ficción sobre el que irrumpen con violencia. Así puede apreciarse en uno de los numerosos pasajes en que las princesas dan rienda suelta a sus sentimientos en extensas pláticas con sus amigas y confidentes, hasta el punto de que la intimidad de los personajes femeninos llega a conquistar más espacio que las ocupaciones cortesanas de los caballeros:

–Mas en mi ánimo que deseo ver al Príncipe de España estrañamente, que mil vienes dicen d’él todos cuantos le conocen.

–Y si viene, prima, ¿no le á de hacer mucha merced?

–¿Yo? ¿En qué? –dijo Casiana.

–¡Bálame Dio! ¿En qué? –dixo Gracisilda–. ¡En tenelle como está yo agora!

–¡Jesucristo! ¡Calle maldita! ¡No diga esso! –dixo Casiana.

–¡Bálame Dios! –dixo Gracisilda–. ¡Guarde no la pape, qu'es un papón! ¡Ojá, niña! ¿An visto el melindrico? ¿Y por qué no? No aya miedo que la mete, que son los españoles muy comedidos. Pues diga, a fe de veras, ¿no le quiere mucho? (15, I; ff. 56r/v).

Nos encontramos así ante una consciente oposición del paradigma realista y el idealizante de la literatura del momento, que será comentada en el propio relato para orientar la correcta interpretación que el público debe realizar de tan original maniobra. Con este fin, Nictemeno sale al paso en numerosas ocasiones del escándalo que la vulgaridad de sus princesas puede causar, defendiendo a veces la naturalidad de tales intervenciones y fingiendo otras una firme estupefacción, no siempre compartida por el traductor. Así sucede, por ejemplo, con la reacción que en Gracisilda y Casiana provoca la primera vista de Ofrasio:

–¡A, ladrón Ofrasio! ¡Bos aviades de ser! Aora andad, que a fe que bos me lo paguéis, que entre nosotras queda quien será vuestro guchillo...

«A lo menos su taxón», dicen que dixo entre sí Casiana. Deve de ser mentira, que una princesa y tan onesta no diría esso; «su baina» o «su funda», o otra cosa así onestica podría ser que dixesse, mas essotro no lo creo... –sí... ni más ni menos bonitas son mugeres, y más moças y hermosas, y un tantico picadillas de amor para que piensen essas cosas. No, no, no lleba camino– (15, I; f. 58r).

Pero también con los comentarios que los propios personajes vierten sobre el convencionalismo de determinadas expresiones:

–Sí, por cierto –dijo Gracisilda–, mas estos enamorados dicen veinte locuras que si no fuese por la pasión del amor no se podrían sufrir: como llamar a sus damas «mi vien», «mi fin», «mi gloria», y aun algunos ay tan locos que dicen «mi diosa» y otros disparates d'esta manera; que todos se an de entender en aquel género de combersación que ellos lo dicen y allá según sus leyes (11, I; f. 38r).

Esta misma oposición entre dos códigos estéticos divergentes se producirá en relación con aquellos otros géneros coetáneos que el autor inserta en su mundo de ficción. Probablemente, el caso más llamativo por su importancia en la trama sea aquel protagonizado por las pastoras Belisandra y Taurisa, náufragas en la Isla de la



Enamorada Corneria, quienes contraen una peculiar relación amorosa con los príncipes españoles Feridano y Ardoniso, arribados providencialmente tras una tormenta al mismo lugar (3-11, II). En efecto, con sus códigos amorosos voluntariamente auestas, la narración nos presentará a unos caballeros que, armados de paciencia, tratarán de contentarse con la amistad espiritual que defienden sus pastoras, esto es: con los amores castos que permiten la unión de las almas mediante un beso, pero no más, y que no se abajarán nunca a los deseos terrenos de los amantes, para mantenerse como ideal de castidad y de pureza. En consecuencia, neoplatonismo y amor cortés se contraponen deliberadamente en los conceptos manejados por cada una de las partes, remitiendo directamente a los conocimientos extradiegéticos de un autor que, a través del asombro de su cronista, nos dibuja en repetidos momentos una sonrisa cargada de ironía:

Pues allí casi cada día se pasaban aquellos caballeros a ciertas horas desocupadas a hablar con aquellas princesas, en tan onesta y sabrosa combersación que por ser más caso metafísico que moral no os quiero poner al punto que llegaban estos amores. Seos decir que ellas eran más vírgines que la hermosa Cloelia, más enamoradas que lo fue Egeria de Numa Pompilio y más que Timandra de Alcíbadés; cómo fuesse esto o si fue a más no poder o otras cosas d'esta manera yo no me quiero meter en esponerlas, pues no es mi [o]ficio sino contar rasamente la estoria (5, III; ff. 217r/v).

Idéntico desconcierto provocará a su vez en las pastoras Belisandra y Taurisa la historia de los amantes Gabianisandro y Corneria, que antes que ellas habitaron la isla en la que se encuentran. Ello acontecerá al hilo de relato que la pastora Belisandra ejecutará ante sus compañeras, por haber aprendido «de coro» su historia años atrás de boca de su señora Libia, quien poseía el libro de aquellos desdichados amores, titulado: «Istoria de los amores del desdichado Gabianisandro y de la desgraciada e inconstante Corneria» (24, I; f. 89v). Como puede observarse, ello supone un rico ejemplo de literatura dentro de la literatura, con el atractivo, además, de que el relato intercalado puede identificarse claramente con los tópicos de la novela sentimental: pues en él se aprecian, entre otros aspectos, la presencia de los imprescindibles intercambios epistolares, los requeridos impedimentos sociales que dificultan el amor entre los protagonistas y el desgraciado fin que se cierne sobre ellos. Pero lo interesante de esta extenuación de los planos de la ficción es que estos sirven de pretexto para que las

pastoras critiquen profusamente el estilo empleado por los amantes en su comunicación: a veces excesivamente llano y otras, demasiadamente complejo:

Ve' aquí vuestra grandeça –dijo Belisandra– una carta de Corneria que, con ser sin excepción la más discreta que tubo el mundo en su tiempo, ni está buena ni aun medio buena. Así que dígolo porque se entienda que en las cartas misibas el artificio es enfadoso, y donde algunas beces se piensa que ay menos sustancia aquello hace más efecto. Qu'es como en la conversación, que una palabra descuidada, un mobimiento echo con amor suele mober más que todo cuanto artificio y retórica usaron ni enseñaron Demóstenes ni Cicerón (27, I; f. 95v).

Con las aserveraciones anteriores, la pastora defiende lo que es un lugar común en la obra y un verdadero ideal estético en la época: cuánto mejor sea la llaneza en la expresión de los amores. Algo que en nada responde a la voluntaria complejidad del lenguaje de la novela sentimental. Pero esta crítica tendrá su manifestación más incisiva en el diálogo que unas criadas de los príncipes Ofrasio y Casiana entablan con el afligido pastor Tirseo (23, I), quien, acompañado de un misterioso séquito, padece de cuando en cuando un extraño tormento: su pecho se abre de par en par y deja el corazón descubierto en un doloroso suplicio, de forma que, como él mismo explica, lo que acontece no es sino un espejismo o alegoría que expresa su enfermedad de amor. Durante un descanso en el camino, Tirseo se sienta a hablar con estas doncellas y les comunica su sufrimiento amoroso, empleando términos acrisolados en la poesía de cancionero y en la ficción sentimental. Una de ellas, sorprendida ante la paradoja de un martirio voluntariamente asumido le responde:

–En el mismo punto, hermosa señora, que se pudiesse buscar otro remediador para mis males, ya ellos no tendrían el bigor y fuerça que tienen y cualquier otro médico bastaría a lo remediar. Mas una de las ásperas calidades de mi daño y el mayor vien que tiene es no ser remediable sino por sola una mano; y aquella, imposibilitada para aplicar el medicamento.

–Por cierto –dixo Casaldra–, si tanta repugnancia <y> imposibilidad ay en el remedio y está el [en]fermo cierto de que jamás se le á de aplicar el medicamento, y esta enfermedad es acto libre, más me parece ignorancia el padecer la tal enfermedad que acto que merezca título de «pasión espiritual y sabrosa», «pena de raçonable llama causada», aunque sin raçón executada y padecida (23, I; f. 86v).

Como vemos, el cuestionamiento de las convenciones literarias no afecta tan solo a los códigos amorosos, sino también, y sobre todo, a su estilo. Algo que, por un

lado, recuerda a las repercusiones paródicas que la adopción de un naturalismo amoroso de raíz aristotélica tuvo en la subversión del sentido y la forma de diversos cauces de creación durante el siglo XV, como la tratadística, la poesía de cancionero o la naciente comedia humanística –de la mano de autores como el Tostado, Guevara o Rojas–, bajo la influencia de las lecciones que podían escucharse en las aulas universitarias salmantinas<sup>187</sup>. Pero también, por otro lado, pone nuestra obra en relación con las incursiones metaliterarias que la literatura pastoril española hereda de las *novelle* italianas, en cuyas páginas la existencia de un auditorio propicia la activación de críticas autoconscientes referidas a la propia composición literaria<sup>188</sup>. Parodia y autoconciencia que serán superadas poco después por la brillante ironía cervantina, en cuyo *contrafacta* caballeresco tendrá lugar el nacimiento de un nuevo modo de narrar.

Pues, en efecto, tan solo unos años después va a hacerse efectiva la conquista de la autonomía de la mimesis poética, con la aparición de una creación genial en la que el distanciamiento respecto de la verdad histórica se ejecutará de un modo tan eficaz que la escritura no volverá a sentirse en la necesidad de legitimarse. Ello es posible gracias a que, con la mediación de la *Poética* de Aristóteles, en el último tercio del siglo XVI se habrá librado previamente un decisivo debate en el ámbito de la tratadística, que da lugar a la definición de un nuevo estatuto para la ficción, libre de imperativos

---

<sup>187</sup> A este respecto resultan fundamentales los trabajos de Pedro M<sup>a</sup> Cátedra, *Amor y pedagogía en la Edad Media* (Salamanca, Universidad, 1989) y *Tratados de amor en el entorno de Celestina (Siglos XV/XVI)* (Madrid, Sociedad estatal España nuevo milenio, 2001). En esta línea pueden consultarse también, entre otros muchos, los siguientes trabajos: para la transgresora postura de Guevara en el corpus de la poesía de cancionero, véase Keith Whinnom, *La poesía amatoria cancioneril en la época de los Reyes Católicos* (Durham. University Press. 1981, págs. 21-33); un ejemplo de *contrafacta* dentro del género sentimental se comenta en M<sup>a</sup> Eugenia Lacarra, «Juan de Flores y la ficción sentimental» (en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 18-23 agosto 1986, Berlín, Frankfurt am Main, Vervuert, 1989*, págs. 223-233); por último, un análisis de la subversión de la ficción sentimental en la pluma de Rojas puede encontrarse en Dorothy S. Severin, «La parodia del amor cortés en la Celestina» (en *Edad de Oro*, 1984, 3, págs. 275-280) y M. E. Lacarra, «La parodia de la ficción sentimental en la Celestina» (en *Celestinesca*, 13/1, 1989, págs. 11-29).

<sup>188</sup> «En el Renacimiento, los personajes pastoriles, tan fácilmente identificables con personajes fuera de la ficción, se interponían entre el autor y su público, asumiendo, con sus cantos e historias, los papeles del artista y su auditorio. Es cierto que estos cortesanos disfrazados se entregaban más a gentilezas cortesanas que a una verdadera crítica, pero la introducción dentro de la prosa narrativa de lo que era al menos una conciencia crítica contribuyó a estimular el inmediato desarrollo de la novela moderna», E. C. Riley, *Teoría de la novela...*, pág. 93.

historiográficos o ejemplarizantes<sup>189</sup>. Pero también gracias a incursiones metaficcionales y críticas metaliterarias precedentes, como las que nuestro autor propone en su libro, avanzando en una ruptura del pacto mimético que permite, con la complicidad del lector, una renovadora defensa de la literatura de ficción. La diferencia es que, en Cervantes, la novela va más allá de la parodia, para proponer una auténtica afirmación de la verdad poética mediante la construcción de la propia narración:

Dentro de la ficción de Cervantes, las hazañas de don Quijote ocurrieron realmente – «históricamente»–, en tanto que no podemos decir lo mismo de las hazañas de los héroes caballerescos. La certeza histórica que poseen las hazañas de don Quijote dentro de la ficción equivale a su verdad poética cuando el lector las considera, desde fuera, como una parte de dicha ficción. Las novelas de caballerías, en cambio, carecen de verdad poética desde cualquier punto de vista que se las considere<sup>190</sup>.

---

<sup>189</sup> A este respecto véase: *Idem*, págs. 15-53; F. Gómez Redondo, «El lenguaje de la ficción en el siglo XVI: tratadistas y creadores», en *Edad de Oro*, 2004, 23, págs. 9-32.

<sup>190</sup> E. Riley, ob. cit, pág. 273.

## 6. El proyecto literario del padre Daza: *prodesse et delectare*

Es bien conocida la estrecha relación que el género caballeresco establece desde sus inicios, junto a la novela sentimental, con la encendida polémica que suscitan entre los humanistas las posibilidades proyectadas por el floreciente *roman* –ya desde la *Gramática* de Nebrija (1492)–. Apenas contrarrestada por los tempranos ecos de la defensa del orden de la ficción lanzada por Boccaccio en el libro IV de la *Genealogie Deorum* –palpables en don Íñigo de Mendoza y Hernando de Talavera–, habrá que esperar a que la recuperación de Aristóteles impulse la fundamentación teórica del estatuto de la ficción –con un recorrido teórico que se extiende desde Pinciano (1596) hasta Juan de la Cueva (1606)<sup>191</sup>. En diálogo con esta reflexión teórica que afecta a la moralidad y a la especificidad estética de la verdad poética encontramos el posicionamiento de los creadores de ficción caballerisca, que, en seguimiento de Montalvo, perseverarán en su defensa de la «historia fingida».

En 1583, como respuesta a este pulso de legitimación ética y literaria, el padre Miguel Daza lleva a cabo una innovadora propuesta, con la que amplía los horizontes del discreto *prodesse* moralizante que hasta el momento había servido de escudo al género. En efecto, nuestro libro de caballerías apuesta por una asimilación de la prosa didáctica renacentista a la literatura de entretenimiento, mediante la inserción de abundantes materiales enciclopédicos en el marco de la narración. Con ello, el padre Daza pretende otorgar un nuevo valor a la ficción caballerisca, a la par que explorar intransitados cauces de *variatio* para captar la atención del público. A esta revolucionaria operación dedicaremos el presente capítulo, en el que pretendemos observar la que hemos estimado como la aportación más notoria desde el punto de vista

---

<sup>191</sup> Una profundización en el origen de dicha controversia en el siglo XV, así como un estudio de su resolución por parte de los tratadistas al final de la centuria siguiente, puede encontrarse en el citado artículo de Fernando Gómez Redondo, «El lenguaje de la ficción en el siglo XVI...». Asimismo, el amplio análisis textual realizado por Elisabetta Sarmati a propósito del corpus caballeresco proporciona un seguimiento directo y ordenado de las críticas dirigidas a los libros de caballerías en el siglo XVI (*Le critiche ai libri di cavalleria nel cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul seicento). Un'analisi testuale*. Pisa. Giardini Editori. 1996).

del contenido, por cuanto supone una tentativa aislada en el conjunto del corpus caballeresco.

Con este objetivo, tras llevar a cabo un repaso del recurso al didactismo en los libros de caballerías precedentes, trataremos de definir el proyecto divulgativo que la obra presenta a partir de las características que definen a las misceláneas, para analizar a continuación detalladamente las fuentes en las que la nuestra sustenta una erudición «prestada» o de segundo grado.

### 6.1. El didactismo en los libros de caballerías

Los prólogos de los libros de caballerías se presentan ricos en argumentaciones que persiguen legitimar la escritura<sup>192</sup>, fundamentalmente basadas en la reivindicación de la presencia de «enxemplos e doctrinas» en la fábula<sup>193</sup>. Ciertamente, estas declaraciones se ofrecen en muchas ocasiones como mero recurso para la justificación ética y estética de la obra, haciéndose evidente el divorcio entre su posicionamiento teórico y sus propuestas de experimentación narrativa. Pero, en otras, lejos de funcionar como un *topos* de los preliminares caballerescos, el anuncio de una dimensión ejemplarizante y provechosa en el interior de la trama sirve de auténtica declaración de intenciones. En este sentido, los autores retoman el concepto de ficción definido en la obra fundacional del género, en el que la herencia del didactismo inherente a la materia caballeresca medieval confluye con las aspiraciones pedagógicas del humanismo<sup>194</sup>: las

---

<sup>192</sup> Una aproximación al diálogo de los prólogos caballerescos con las esperadas críticas de los moralistas puede encontrarse en el citado artículo de Anna Bognolo, «I *libros de caballerías* tra la fine del Medioevo e la discussione cinquecentesca sul romanzo».

<sup>193</sup> Tras analizar las justificaciones esgrimidas en diversos prólogos caballerescos, José Julio Martín Romero concluye: «Los autores de libros de caballerías justificaban su labor literaria al afirmar el valor didáctico de sus obras. Ese valor didáctico se corresponde con las enseñanzas que pueden obtenerse bien a través de sentencias y digresiones morales (“doctrinas”), bien a través de la presentación de comportamientos ejemplares (“exemplos”) a los que se ha de imitar. Sin embargo, es precisamente esta segunda forma la más frecuentemente aludida por los autores» («“Buenas dotrinas y enxemplos”. Aspectos sapienciales y didácticos en los libros de caballerías», en *Memorabilia*, 2004-05, 8, sin paginación. [Revista digital: <<http://parnaseo.uv.es/Memorabilia/memorabilia8/martin/index.htm>>]).

<sup>194</sup> Si a la épica «corresponde la definición de una serie de imágenes de la realidad cortesana y caballeresca», a la historiografía «la conversión de las historias pretéritas en modos de comportamiento

ficciones son buenas porque, como las crónicas, ofrecen modelos virtuosos de comportamiento; pero también porque, en su interior, se reserva un espacio propio para la enseñanza moral. Así, frente a la imagen de estas obras que los moralistas de la época consiguieron fabricar para la historiografía literaria posterior, los libros de caballerías se muestran desde su nacimiento sensibles a un ideal de época cuya quintaesencia resume el conocido binomio horaciano: *prodesse et delectare*.

Afortunadamente, esta olvidada dimensión de la narrativa caballeresca ha mercedido la atención de la crítica en los últimos años, de forma que ha podido ser puesta de manifiesto la presencia de pasajes esencialmente didácticos en muchas de sus tramas. En algún caso puntual, el componente ejemplarizante ocupa un lugar preponderante en la construcción de la obra. Así sucede, por ejemplo, en el *Florisando* de Páez de Ribera (1510); libro que, en su objetivo de desmontar los fundamentos de la caballería profana, concede un amplio espacio a las digresiones moralizantes del autor – puestas directamente en boca del narrador o insertas en los sermones del monje Anselmo, portavoz de la ideología del sevillano—. No obstante, la decidida moralización de la ficción caballeresca por él ejecutada excede con mucho los límites del didactismo defendido por Montalvo, acercando peligrosamente su obra a géneros más doctrinales que narrativos. Por lo demás, en el resto de títulos del corpus caballeresco predominará la narración fabulosa sobre las lecciones provechosas, que, salvo contadas excepciones, no nacerán como explicación alegórica de las aventuras caballerescas –como sí sucede en los *romanzi* italianos y luego en los poemas épicos españoles<sup>195</sup>—. Antes bien, el didactismo irrumpirá con notable libertad y autonomía en la trama.

Como ha demostrado eficazmente José Julio Martín Romero, el lugar privilegiado para la reflexión y la instrucción será el espacio reservado a la voz autorial,

---

presentes» y a los textos jurídicos «la definición ideológica de la caballería», por su parte, la ficción caballeresca nace de la suma de este conjunto de desarrollos textuales de la materia caballeresca medieval, como discurso que intenta otorgar coherencia a una mentalidad recién definida (F. Gómez Redondo, «La materia caballeresca: líneas de formación», págs. 59 y 70). Por esta razón, en ella tienen cabida la hagiografía y la literatura sapiencial, con las que es posible dotar a la caballería de una dimensión religiosa y cortesana (cf. del mismo autor: *Historia de la prosa medieval castellana II. El desarrollo de los géneros. La ficción caballeresca y el orden religioso*. Madrid. Cátedra. 1999).

<sup>195</sup> Cf. M. C. Marín Pina, *Páginas de sueños...*, pág. 24.

en prólogos y dedicatorias, pero, sobre todo, en digresiones y glosas explicativas diseminadas en el interior del texto. En segundo lugar, también puede testimoniarse la transmisión de enseñanzas en boca de algún personaje, en parlamentos y lecciones dirigidas a quienes le escuchan o en debates y diálogos abiertos a más interlocutores. Por último, pueden encontrarse moralidades derivadas de la fantasía caballeresca, como las que ofrece la construcción de espectáculos y maravillas de lectura alegórica<sup>196</sup>. De esta forma, el análisis conjunto del corpus caballeresco en clave de didactismo revela un sincero interés por parte de algunos de sus autores por complementar el entretenimiento lúdico con pasajes ejemplarizantes, en distinto grado –normalmente, en seguimiento de la discreta moralización amadisiana– y en diversas formas –que propician, además, el hallazgo de escenas innovadoras–.

Así, en *Amadís* pueden leerse numerosas glosas didáctico-morales, con las que el autor extrae lecciones a partir de la conducta de los distintos personajes. De esta manera, como señala Juan Manuel Cacho Blecua, el texto se convierte en una suerte de *exemplum*, del que puede deducirse la consiguiente generalización. En este sentido, el procedimiento es inverso al utilizado en los regimientos de príncipes, donde «lo expuesto teóricamente puede ser comprobado en su concreción ejemplificadora»<sup>197</sup>. Muchas glosas se refieren al comportamiento del gobernante y, en especial, a los peligros que pueden abocarle a una irremisible caída: tema para el que la figura del rey Lisuarte deviene central. En este punto, el influjo de las caídas de príncipes en Rodríguez de Montalvo resulta transparente, como él mismo reconoce al citar en su prólogo el libro IV el *De casibus virorum illustrium* de Boccaccio<sup>198</sup>. De esta forma, los valores adoptados por los protagonistas proporcionan modelos positivos dignos de

---

<sup>196</sup> En efecto, Martín Romero propone clasificar de acuerdo con estas tres categorías los diversos cauces de transmisión de enseñanzas en los libros de caballerías, en un valioso intento de establecer una tipología para su análisis. Para las subdivisiones que cabe observar en el interior de cada una de ellas remitimos a su artículo, «“Buenas dotrinas y enxemplos”...».

<sup>197</sup> J. M. Cacho Blecua, introducción a su edición del *Amadís*, ob. cit., pág. 50.

<sup>198</sup> Señala esta dependencia Cacho Blecua en la misma introducción (*idem*, págs. 51-53); estudiada después por Sales Dasí en su artículo: «Sobre la influencia de las *Caídas de príncipes* en el *Amadís de Gaula* y en las *Sergas de Esplandián*», en Aires A. Nascimento y Cristina Almeida Ribeiro (eds.), *Actas do IV Congresso da Associação Hispanica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 outubro 1991)*, Lisboa, Cosmos, 1993, I, págs. 333-338.



imitación, pero también ejemplos reprobables que deben ser evitados. Este procedimiento moralizador alcanza su culmen en la creación del personaje de *Esplandián*, con el que los exordios y digresiones dirigidas al lector dejarán de tener sentido, en la medida en que sus acciones son la misma encarnación de la ideología del autor.

Estas glosas moralizantes habituales en Montalvo aparecen después en otros libros que lo toman como modelo, como el *Polindo* (1526), el *Cirongilio de Tracia* (1545), el *Felixmarte de Hircania* (1556) o la *Segunda parte de Espejo de príncipes y caballeros* (1580)<sup>199</sup>. Asimismo, por su mayor profusión, destacan los casos del *Lidamarte de Armenia* (1568)<sup>200</sup> y el *Espejo de príncipes y caballeros* (1555), título este último en el que el didactismo, en opinión de Daniel Eisenberg, «constituye muy probablemente una causa importante de su popularidad»<sup>201</sup>. Pues, en efecto, tal y como el propio autor afirma en su prólogo a Martín Cortés, esta obra –significativamente, paradigma de la línea triunfante del entretenimiento–, se presenta surtida de una buena colección de moralidades «que a bueltas de las historias no será tan enojosa quanto provechosa para el que lo leyere»<sup>202</sup>; muchas de ellas, extraídas *De los remedios contra próspera y adversa fortuna* de Petrarca. Digresiones autoriales todas que, como afirma Martín Romero, parecen haberse convertido en última instancia en un tópico en el género, tal y como denuncia su etereotipada forma de dirigirse a reyes y nobles como principales destinatarios, a la manera de los regimientos de príncipes.

---

<sup>199</sup> Ofrece ejemplos relativos a las obras mencionadas Martín Romero, en el citado artículo sobre el didactismo en los libros de caballerías. Asimismo, una visión global de este aspecto en el género caballeresco puede encontrarse en J. M. Lucía Megías y E. J. Sales Dasí, *Libros de caballerías castellanos...*, págs.131-140.

<sup>200</sup> Tal y como señala Marín Pina (*Páginas de sueños*, pág. 53), Mary Lee Cozad estudió los exordios filosófico-morales introducidos por Damasio Frías y Balboa, sobre «el Amor, la Fortuna, las mujeres, el honor, la fama, la amistad y la crueldad», en su tesis doctoral (a la que no hemos podido tener acceso: *An Annotated Edition of a Sixteenth Century Novel of Chivalry: Damasio de Frías y Balboa's «Lidamarte de Armenia»*, with *Introductory Study*. Berkeley. University of California. 1975).

<sup>201</sup> Véase la introducción a la edición de la obra realizada por D. Eisenberg: Diego Ortúñez de Calahorra. *Espejo de Príncipes y caballeros*. Madrid. Espasa-Calpe. 1975, I, págs. liv-lv.

<sup>202</sup> *Idem*, I, pág. 16.

Por otra parte, encontramos ejemplos de enseñanzas introducidas por medio del diálogo en obras como el *Valerían de Hungría* (1540), donde los «saludables consejos y castigos» que se prometen en el prólogo se insertan preferentemente por boca de un personaje que se erige en consejero, llegando a ser esta función caracterizadora de personajes como el enano Dromisto y el sabio Arismenio<sup>203</sup>. De igual modo, en los seis primeros capítulos del *Rosián de Castilla* (1580), concebidos como «un pequeño tratado del matrimonio y del embarazo»<sup>204</sup>, se insertan diversas pláticas de una misoginia acorde con el tono de la obra, pronunciadas por el personaje de Eduardo y el sabio filósofo Peristrato. Asimismo, encontramos dos pasajes dialógicos también dirigidos a las mujeres en la *IV Parte del Florisel de Niquea* (1551): el primero de ellos, inspirado en algunos diálogos del *Cortesano* (1534), está protagonizado por unas nobles damas y se dedica a la «instrucción de princesas», dando lugar a la creación de un pequeño memorial o tratado sobre el tema; el segundo, en cambio, reproduce un debate dialéctico entre dos duquesas sobre el personaje de Lucrecia, a partir del cual el autor construye una interpolación de carácter moral, con la que además se hace alarde de técnicas dialécticas<sup>205</sup>.

Por último, encontramos en esta misma obra un espectáculo cortesano con influencia de la literatura emblemática, parangonable a la aventura de la Casa de la Fortuna del *Olivante de Laura* (1564): ejemplos ambos de construcción alegórica de aventuras y espectáculos como cauce para la transmisión de enseñanzas. En estos casos, los episodios protagonizados por los caballeros andantes se construyen desde el inicio a

---

<sup>203</sup> «La disparidad de los consejos [...] es bastante amplia. Hay consejos relacionados con el proceso amoroso de los protagonistas y orientaciones que tienen que ver con cuestiones de orden social, político e incluso legislativo, a destacar los interesantes acercamientos al derecho penal y procesal», Jesús Duce García, «Consejos y castigos en el *Valerían de Hungría*», *Memorabilia*, 2007, 10, sin paginación. [Revista electrónica: <<http://parnaseo.uv.es/memorabilia/memorabilia10/Duce/Texto.htm>>].

<sup>204</sup> Isabel Romero Tabares, «Modelos de mujeres en los libros de caballerías hispánicos. El *Rosián de Castilla*», en Julián Acebrón Ruiz (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, Lleida, Universitat de Lleida, 2001, pág. 198.

<sup>205</sup> Ambos estudiados en sendos artículos de Martín Romero: «*El Ornamento de princesas*: un diálogo sobre la educación femenina de Feliciano de Silva», en *Tirant*, 2007, 10, sin paginación, [Revista electrónica: <[http://parnaseo.uv.es/Tirant/Butlleti.10/Art.Romero\\_Feliciano.htm](http://parnaseo.uv.es/Tirant/Butlleti.10/Art.Romero_Feliciano.htm)>]; «El debate sobre Lucrecia en la obra de Feliciano de Silva», en *eHumanista*, 2010, 16, págs. 99-126, [Revista electrónica: <<http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/16>>].

partir de una perspectiva moral que impone su lectura espiritual, frente a aquellas ocasiones, igualmente puntuales, en las que los propios autores extraen libremente este sentido último de las acciones narradas<sup>206</sup>. En cualquier caso, como ha podido observarse hasta aquí, las «doctrinas» introducidas en la fábula caballeresca por los distintos autores están revestidas de una dimensión moral y, en menor medida, filosófica; de manera que podemos decir que el didactismo de los libros de caballerías se identifica prácticamente sin excepción con contenidos de carácter religioso y ético.

Ahora bien, esta constatación podría llevarnos a incurrir en una simplificación del concepto de *didactismo*, que el humanismo abrió a saberes más amplios, reservados durante siglos a los estamentos privilegiados. Precisamente este mismo problema afecta a la definición de la prosa didáctica renacentista: asunto sumamente complejo, en la medida en que, como afirma Asunción Rallo, «se encuentra enredado con otros aspectos, como por ejemplo, y especialmente, el de la moralidad, con la importantísima derivación del significado de texto *ejemplar*»<sup>207</sup>. Por ello, esta autora establece el alcance del término entorno a aquella prosa divulgativa «cuya finalidad principal es la mostración de temas de interés contemporáneo así como los consejos de comportamiento»<sup>208</sup>; ámbitos ambos que pueden hacerse extensivos al didactismo presente en los libros de caballerías<sup>209</sup>. Pues, ciertamente, el didactismo en este género se abre en ocasiones a otro tipo de enseñanzas, que alcanzan, por ejemplo, a la historiografía y la literatura clásica.

Así ocurre en el *Baldo* (1542), obra en la que, por un lado, se insertan numerosos pasajes independientes, llamados «Moralidades» o «Adiciones», en los que el autor

---

<sup>206</sup> Así ocurre en *Amadís*, en el episodio de la doncella muda, sobrina de Arcaláus (libro III, cap. LXIX), pero también en *Felix Magno* (1531) y el *Baldo* (1542) (cf. Martín Romero, «“Buenas doctrinas y enxemplos”...»).

<sup>207</sup> Asunción Rallo Gruss, «Tópicos y recurrencias en los resortes del didactismo: confluencia de diferentes géneros», en *Criticón*, 1993, 58, pág. 135.

<sup>208</sup> *Idem*, pág. 136.

<sup>209</sup> «De acuerdo con la común consideración del hacer literario de los escritores renacentistas y barrocos como *delectare et prodesse*, toda obra ya sea comedia, oda, o novela tiene un matiz, fundamental o colateral, didáctico. Se plantea, pues, una primera cuestión: qué entenderemos por didáctico en la prosa del siglo XVI» (*idem*, pág. 136).

interviene directamente para valorar la trama de ficción –mencionado diferentes autoridades y dando cuenta de un saber ampliamente humanista<sup>210</sup>. Pero, por otro, aparecen también abundantes personajes mitológicos e históricos, cuyas historias se amplifican en multitud de ocasiones –como sucede en el extenso episodio del *descensus ad infernos*–, junto al desarrollo de asuntos de carácter más enciclopédico –como el discurso de Filoteo sobre la pesca con delfines, la enumeración de diversas piedras preciosas o las consideraciones sobre la historia del vidrio; todos ellos, materiales procedentes de la *Naturalis Historia* de Plinio–. De esta forma, este libro de caballerías no solo propone una dignificación de la fábula caballescica mediante la paráfrasis de tramas conocidas de la literatura greco-latina (como la *Eneida* virgiliana o el *Bellum civile* de Lucano), sino también mediante la inclusión de relatos centrados en personajes de la Antigüedad clásica y de diversos temas de cultura general que amplían los horizontes del didactismo caballescico<sup>211</sup>.

Esto mismo, pero a través de un desarrollo más amplio, consciente y sistematizado, sucede en *El Caballero de la Fe*, en cuyo didactismo detectamos una clara tentativa de «aclimatar el género a las nuevas corrientes pedagógicas» propias del humanismo<sup>212</sup>.

---

<sup>210</sup> Dice a este respecto su autor: «De adonde tuve por bien hazer al fin de los capítulos que fuessen menester sus adiciones sacadas de filósofos morales para que tome algún provecho el lector a lo que va mi intención encaminada, no como aquellos libros que solamente alegran y aún esso con gracias deshonestas no siguiendo más de aquella historia prolixa» (*Baldo* [Sevilla, Domingo de Robertis, 1542]. Ed. Folke Gernert. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2002. [Los Libros de Rocinante, 13], págs. 9-10).

<sup>211</sup> Consúltese a este respecto la introducción a la citada edición de la obra realizada por Folke Gernert, así como sus distintos artículos sobre este título caballescico, en especial los siguientes: «El *Baldo* (1542): cuarta parte del ciclo *Renaldos de Montalbán*», en *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 335-347; «La recepción de la mitología en los libros de caballerías: el *Baldo* (1542)», en Roger Friedlein y Sebastian Neumeister (eds.), «*Vestigia Fabularum*». *La mitología antiga a les literatures catalana i castellana entre l'Edat Mitjana i la Moderna*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004, págs. 85-93.

<sup>212</sup> M. C. Marín Pina, *Páginas de sueños...*, pág. 51.

## 6.2. La fábula caballeresca como miscelánea de saberes

El *Caballero de la Fe* se abre con el concienzudo ejercicio de justificación de la escritura que representa su prólogo, en el que se reivindica la existencia de una lectura provechosa en la trama caballeresca, escondida bajo «la cáscara de lo fingido» (f. Ir). Pero, además, el manuscrito se presenta flanqueado por una reveladora tabla de materias, así como por una ingente nómina de apostillas marginales con las que se remite a cada instante a múltiples autores de la Antigüedad clásica y de la Sagrada Escritura: elementos ambos que anuncian la presencia de un saber culto de amplio alcance, más allá del ámbito de la estricta moralidad. Inevitablemente, esta abrumadora querencia por los apéndices eruditos en nuestro libro de caballerías trae a la memoria las feroces críticas de Cervantes a las obras de ficción que pretendían escudarse bajo el armazón –muchas veces impostado– de la autoridad, con la doble finalidad de legitimar sus creaciones y de despertar la admiración de sus lectores. Y, aunque seguramente el escritor alcalaíno tenía en mente como principales dedicatarios de su sátira algunos títulos de Lope de Vega como *La Arcadia* (1598) –en la que no en vano puede encontrarse una extensa tabla con la «exposición de los nombres poéticos e históricos» mencionados<sup>213</sup>, sus aseveraciones pueden explicar en gran parte las doctas aspiraciones de la obra del padre Miguel Daza:

Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a costas, con una leyenda seca [...], falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por

---

<sup>213</sup> Título al que pueden sumarse otros como en el *Isidro* (1599) y *El peregrino en su patria* (1604). En la indagación del origen de las fuentes «de segunda mano» empleadas por Lope de Vega como soporte y adorno erudito de sus obras, se ha detectado el empleo por parte de este del compendio de Frans Titelmans (1551), del diccionario de Charles Estienne (1553) y, con mayor profusión, de la *officina* de Juan Ravisio Téxtor (1520), entre otros repertorios. Puede encontrarse una completa nómina de la cuantiosa bibliografía sobre este particular, que arranca con el trabajo pionero de A. K. Jameson («Lope de Vega's Knowledge of Classical Literature», en *Bulletin Hispanique*, XXXVIII, 1936, págs. 444-501), en el artículo de Julián González Barrera, «Lope de Vega y los “librotos de lugares comunes”: su lectura particular de Ravisio Téxtor», en *Anuario Lope de Vega*, 2007, 13, págs. 51-72, n. 1.

hombres leídos, eruditos y elocuentes? Pues ¿qué, cuando citan la Divina Escritura? No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído y en otro hacen un sermónico cristiano, que es un contento y un regalo oïlle o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del abecé, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoflo o Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro<sup>214</sup>.

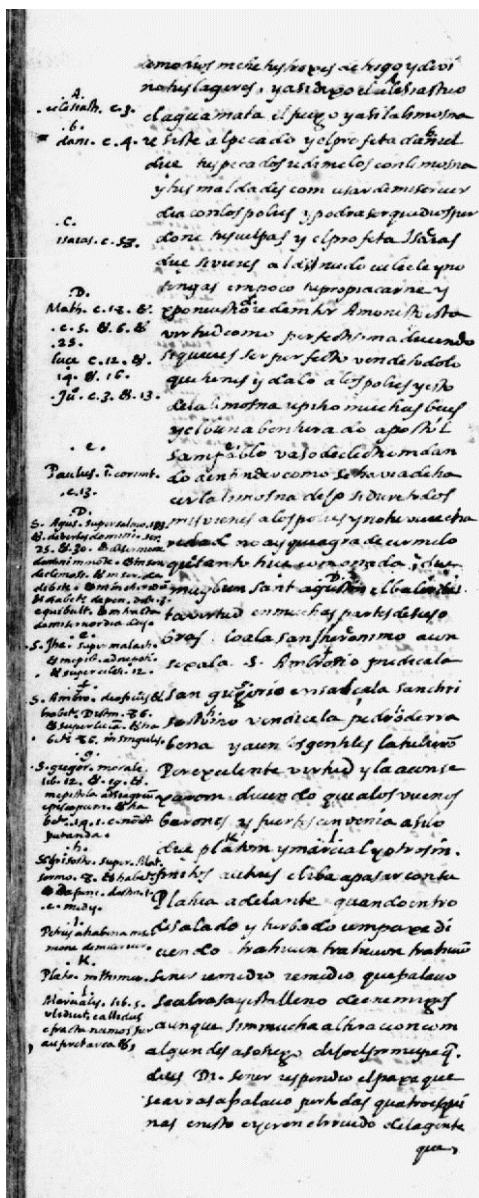


Imagen 10. Apostillas marginales introducidas por el autor. Ms. 6602, BNE, f. 201r (detalle).

<sup>214</sup> DQ, prólogo.

Pues, ciertamente, si la literatura de entretenimiento renacentista se sintió en la necesidad de cubrirse con los ropajes de la Antigüedad, no fue sino a causa del desprecio que se le había dedicado especialmente desde las corrientes erasmistas, en tanto que lecturas mentirosas, carentes de todo provecho<sup>215</sup>. Y si ello se hizo mediante el recurso superfluo a las autoridades fue porque su recto empleo por parte de los humanistas, como medio necesario para construir conocimiento, había terminado por convertirse en la época en un fin en sí mismo, con la complicidad de las exitosas polianteas y repertorios afines «ordenados por las letras del abecé»<sup>216</sup>. De forma que, para finales del siglo XVI, la escalada de alardes de erudición en todos los campos llevó a autores como Lope de Vega a atravesarse incluso a anotar sus propias obras<sup>217</sup>, propiciando así «la culminación barroca del proceso humanista que comenzaría allá por la edición comentada del *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena preparada por Hernán Núñez»<sup>218</sup>. Osadía que, en cierto modo, puede encontrarse también en la obra del padre Daza, si bien en su caso el recurso a la cita tiene una explicación mucho más honda que nos proponemos ofrecer a continuación.

---

<sup>215</sup> Véase Marcel Bataillon: *Erasmus y España*. México. F.C.E. 1966, págs. 609-622.

<sup>216</sup> Para el estudio de estos florilegios renacentistas resulta indispensable la consulta de los trabajos de Víctor Infantes («De officinas y polyantheas: los diccionarios secretos del Siglo de Oro», en *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, págs. 243-257); Sagrario López Poza («Florilegios, polianteas, repertorios de sentencias y lugares comunes. Aproximación bibliográfica», en *Criticón*, 1990, 49, págs. 61-76; «Polianteas y otros repertorios de utilidad para la edición de textos del Siglo de Oro», en *La Perinola*, 2000, 4, págs. 191-214); Teresa Jiménez Clavente («Los humanistas y sus herramientas filológicas: de florilegios, polianteas y otros útiles similares», en *La Corónica*, 2008, 37, págs. 217-244) y Paolo Cherchi («I manuali segreti», en *Polimatia di riuoso: mezzo secolo di plagio (1539-1589)*, Roma, Bulzoni, 1998, págs. 25-77).

<sup>217</sup> Haciendo un uso consciente de un privilegio hasta entonces reservado a los clásicos: «Las anotaciones se erigieron desde los albores del Renacimiento en elemento fundamental de la tradición filológica, por el que se ponían en conexión, sobre la base del texto y con la perspectiva histórica definitoria de la filología, el presente y el pasado, el *hic et hunc* del crítico y el autor, elevado ya a la categoría de clásico», Pedro Ruiz Pérez, «Los repertorios latinos en la edición de textos áureos. La *Officina poética* de Ravisio Textor», en Pablo Jauralde *et alii* (eds.), *La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional del Hispanistas del Siglo de Oro*, Londres, Tamesis Books, 1990, pág. 431.

<sup>218</sup> Juan José Sendín Vinagre, «A imitación de los excelentes antiguos. La anotación erudita de la propia escritura y los apéndices eruditos de las obras de Lope de Vega», en *Castilla: Estudios de literatura*, 2000, 25, págs. 137-138. Artículo en el que se reúne una interesante nómina de distintas obras literarias de la primera mitad del siglo XVII que presentan apéndices eruditos, tales como notas, tablas y glosarios, «que tienen la función explícita de aclarar aspectos de esta [la obra] o abundar en sus fuentes» (pág. 147, n. 43).

En este sentido, tal y como el análisis de las fuentes manejadas por Miguel Daza nos permitirá demostrar, no puede negarse que en su obra hay mucho de esta sabiduría prestada, totalmente contraria al espíritu filológico del humanismo –que reivindicaba precisamente el estudio directo de las fuentes, así como la consiguiente creación de un *codex excerptorius* personal<sup>219</sup>–. Con todo, su afán por contarse entre los «hombres leídos, eruditos y elocuentes» se sustenta también en una sincera voluntad de dotar a su trama caballeresca de un anchuroso espacio para la exposición de los conocimientos más diversos. Novedad que se anuncia discretamente en el primer cuarteto del soneto al lector compuesto por Agustín de Mora, en el que se dice que la obra contiene: «Doctrina, erudición, cortessanía, / la razón y el amor conforme y junto, / el arte militar puesto en su punto,/ carta de mareantes, norte y guía» (f. 376r). Pues, en efecto, el *Caballero de la Fe* presenta una sorprendente y cuantiosa inserción de materiales no ficcionales, que abarcan infinidad de temas científicos, históricos y curiosos, expuestos todos ellos desde una perspectiva eminentemente divulgativa. Cualidades ambas que ponen a nuestro autor en directa relación con la prosa didáctica del Renacimiento, en la que el lector encuentra, «frente a una literatura de ficción, de entretenimiento, libros que de manera atrayente forman al hombre para sí y para la sociedad»<sup>220</sup>.

Impulsada por la imprenta en virtud de la ampliación del público lector u oidor, esta literatura constituye el mejor reflejo de la insaciable curiosidad humanista y de su firme interés por transmitir a los lectores no letrados múltiples saberes eruditos, hasta entonces reservados a quienes dominaban el latín. De acuerdo con ello, el escritor de esta particular prosa de ideas se sitúa como depositario del ingente saber de la cultura clásica y moderna que pretende ofrecer como un servicio a sus conciudadanos, en un ejercicio de apropiación e interpretación que convierte a muchos de sus autores en auténticos precursores del ensayismo<sup>221</sup>. Surge así un torrente de obras que, a pesar de su acusada variedad formal e ideológica, tienen en común la ventaja de constituir –a

---

<sup>219</sup> S. López Poza, «Poliantes y otros repertorios...», pág. 192.

<sup>220</sup> A. Rallo. *La prosa didáctica en el siglo XVI*. Madrid. Taurus. 1987, pág. 16.

<sup>221</sup> «Considero coincidentes los términos *prosa didáctica* y *prosa ensayística* para los siglos XVI y XVII, estableciendo así, al menos, un corpus más concreto. Reivindico también que el ensayismo es forma propia del humanismo y que autores como Antonio de Guevara y Pedro Mexía son sus introductores en España» (A. Rallo, «Tópicos y recurrencias...», pág. 135, n. 1).



ojos de humanistas, erasmistas y moralistas— una literatura no novelesca, en la que la enseñanza no está reñida con la amenidad. Se aprecia así en ella la ampliación del *prodesse* medieval —que ya no se identifica solo con la moralidad—<sup>222</sup>, pero también la reformulación del *delectare*, que sustituye el recurso a lo fantástico por la anécdota, lo asombroso e incluso lo chistoso, de acuerdo con el ideal renacentista del *vir doctus et facetus*<sup>223</sup>.

En seguimiento de estos presupuestos, a pesar de las dificultades que ofrece su marcada tendencia al hibridismo, la crítica ha considerado oportuno destacar tres géneros principales en el interior de esta literatura formativa y divulgativa, prestigiosamente arraigados en la Antigüedad clásica y prontamente rescatados por el *quattrocento* italiano<sup>224</sup>: la epístola, el diálogo y las misceláneas. Todos ellos tienen en común su heterogeneidad temática —que motiva su carácter fragmentario—, justificada tanto en la curiosidad del lector como en la aspiración del autor a contribuir a su formación —intelectual y conductual—<sup>225</sup>. Pero, sobre todo, su afán por informar, por vulgarizar conocimientos para un público no iniciado, en respuesta al acto comunicativo que había propiciado la imprenta. Puede rastrearse así en todos ellos un proceso

---

<sup>222</sup> «La norma horaciana, rebautizada en la Edad Media hacia un moralismo de corte casi exclusivamente religioso o pragmático, se reinterpreta en el Renacimiento en el sentido de que la enseñanza debe tener ahora a la escueta transmisión informativa de unos conocimientos renovados o descubiertos entonces, en tanto que la moral ya no es exclusivamente religiosa, sino también laica, encaminada a difundir una nueva ética cívica consecuente con la nueva concepción del hombre» (Antonio Castro, introducción a su edición de la *Silva de varia lección* [Madrid. Cátedra. 1989, I, pág. 76]).

<sup>223</sup> Precisamente este doble ideal sirve a Antonio Prieto de hilo conductor para desgajar en su manual los distintos géneros de la prosa renacentista no novelesca; pues, en la educación renacentista, «*doctus* y *facetus* no son términos sinónimos, y por supuesto que menos contradictorios, sino que marcan una alternancia dentro de una actitud (situable en la *urbanitas*) tanto literaria como de convivencia que *componen* (o en la que debe componerse) el hombre renacentista» (*La prosa española del siglo XVI*, I. Madrid. Taurus. 1986, pág. 12).

<sup>224</sup> Explica con abundantes datos estos desarrollos iniciales Ángel Gómez Moreno, en su fundamental monografía: *España y la Italia de los humanistas*. Madrid. Gredos. 1994, capítulos XI y XII.

<sup>225</sup> «Esta divulgación, que conlleva un público general y determinado, no se basa en una simple comunicación de unos materiales de acarreo erudito, más o menos personalizados, sino que se ofrecen en cuanto elementos que pueden cambiar a la persona: tanto su comportamiento, y en este sentido derivan hacia la forma del consejo, como su modo de entender el mundo, y en este sentido funcionan como reveladoras de realidades mal conocidas, curiosas e incluso extraordinarias. La información es así explicación, y el valor didáctico puede confundirse con el moral», A. Rallo, «Tópicos y recurrencias...», págs. 138-139.

didáctico, en el que encuentra su explicación tanto la sencillez del lenguaje empleado como la presencia del receptor en el texto, al que el autor se dirige en todo momento. De manera que, al terminar la lectura:

Puede parecer que la enseñanza queda abierta, pero el lector ha recorrido un camino, llevado de la persuasión y atraído por la adecuación personal, que ha implicado una dialéctica de trascendencia didáctica: con los consejos se le ha proporcionado también unos ejemplos de auto-razonamiento y argumentación que podrá usar para nuevos asuntos. Los tres géneros característicos de la prosa renacentista, epístola, diálogo y miscelánea, muestran un valor didáctico no sólo por la doctrina ofrecida para formar a la persona, sino como forma de un proceso (modo) de enseñar<sup>226</sup>.

De esta forma, la diferencia fundamental entre ellos la ofrece precisamente el grado de subjetividad con el que el emisor se muestra ante su público, coherente a su vez con los diversos cauces formales a los que da lugar cada uno de estos procesos didácticos. Así, frente al marcado autobiografismo de la epístola, en la que el autor expresa sus ideas directamente, en primera persona, encontramos la fuerte búsqueda de científicidad y objetividad que lleva al autor de la miscelánea a ocultarse tras el recurso constante a la tercera persona.

Pues bien, como ahora veremos, es en este último género en el que encontramos las claves del proyecto didáctico pergeñado por el padre Daza en su libro de caballerías, que pretende ser asimilado decididamente al horizonte de expectativas de una miscelánea. Así, desde el principio, la tabla de materias incorporada entre los preliminares del manuscrito revela en sí misma, para sorpresa del lector de ficciones caballerescas, la insólita dimensión enciclopédica que esconde la obra. Pues en ella encontramos temas tan distintos como los que afectan a sucesos notables de la historia («la istoria verdadera de la fundación de la ciudad de Constantinopla, con la verdadera computación de los tiempos» [15, II]); a personajes relevantes de la Antigüedad («la istoria del rey Caudales» [23, II]); a episodios relacionados con las letras («hácese memoria con istorias verdaderas de algunas famosas librerías que ubo en el mundo» [6, II]); a curiosidades de fisiología antropológica («la raçon por que parecen o no los hijos a sus padres» [8, II]); a saberes propios de la geografía («las calidades de la Luna, la

---

<sup>226</sup> *Idem*, pág. 154.

dibisión vrebbe del globo, con algunas probincias africana y indias y otras cosas tocantes a este signo» [18, II]) y de la meteorología («trátasse la materia de los bientos conforme a la opinión de los antiguos filósofos y de los modernos mareantes» [10, II]); a disquisiciones de filosofía moral («cómo más nos á de admirar y probocar a virtud un virtuoso qu'escandalizarnos ni mobernos a disolución cien mil biciosos»); a directrices de comportamiento cortesano, entre las que sobresalen las dirigidas a las mujeres («las burlas pesadas mezcladas con descomedimiento an de ser muy ajenas de cualquier hombre principal y de ingenio, especialmente de los doctos y caballeros» [14, II]; «cuán sucia y abominable cosa sea el afeitarse, a lo menos demasiado, las damas» [8, II]); entre otras posibles categorías. Y, finalmente, entradas referentes a pasajes especialmente relevantes en la trama, por cuanto anuncian su dimensión cifrada («el abentura de la Rubia Mora, en que se ponen algunas istorias verdaderas disfraçadas en este fabuloso estilo [17, II]) o por cuanto ofrecen las pautas para la recta lectura de la obra («para dar a entender no querer decir que esto aya sido, sino que en esta fabulosa manera de hablar se ponen exemplos de virtuosos y viciosos: los unos para imitar y los otros para uir de ellos» [9, II]).

Sin duda, de los géneros didácticos renacentistas, el de la miscelánea es aquel que mejor se ajusta a la enorme amplitud temática que se desprende de la clasificación anterior, en tanto que este género se concibe y se construye como recopilación de variados saberes, apreciados por su originalidad: «que significa o bien estar rescatados de la Antigüedad o historia pasada, o bien recoger novedades, parangón del saber contemporáneo»<sup>227</sup>. De igual modo, la fuerte heterogeneidad y desconexión existente entre las cuestiones presentadas en la tabla tan solo encuentra su coherencia en el criterio personal del autor; de manera que, como sucede en la miscelánea, la propia asistematicidad en la sucesión de los temas es el espacio en el que el receptor puede encontrarse con un emisor que pretende servirle de guía<sup>228</sup>. Claro está que, en nuestro

---

<sup>227</sup> A. Rallo, «Las misceláneas: conformación y desarrollo de un género renacentista», en *Edad de Oro*, 1984, 3, pág. 159.

<sup>228</sup> Así, si la epístola se construye como diálogo entre ausentes y el diálogo como comunicación *in fieri*, en la miscelánea el contexto comunicativo deriva de la propia organización de los textos, identificándose con «el modo de ir incorporando al lector a los conocimientos variados y curiosos» (A. Rallo, «Tópicos y recurrencias...», pág. 140).

libro, este ámbito comunicativo queda enriquecido por los variados y particulares contextos narrativos que proporciona la fábula caballeresca para la inserción de estos materiales. No obstante, ello no es impedimento para que, desde una amplia perspectiva, nuestro autor establezca con estos pasajes enciclopédicos la misma relación que Pedro Mexía contrajo con cada uno de los capítulos de su *Silva de varia lección* (1540-1551). Puesto que, en definitiva, uno y otro autor se erigen en compiladores de variados contenidos, seleccionados con un criterio personalísimo:

Y como en esto como en lo demás los ingenios de los hombres son tan varios y cada uno va por diverso camino, siguiendo yo al mío escogí y háme parecido escribir este libro, así por discursos y capítulos de diversos propósitos, sin perseverar ni guardar orden en ellos, y por esto le puse por nombre *Silva*, porque en las selvas y bosques están las plantas y árboles sin orden ni regla<sup>229</sup>.

En este sentido, el proyecto del padre Daza, como las propias misceláneas, podría conectar también con las enciclopedias, así como con las mencionadas polianteas, diccionarios y repertorios afines. Sin embargo, conviene separar decididamente este género de estos otros cauces cercanos, por cuanto en ninguno de ellos existe indicio alguno de diálogo con el lector no letrado. Por el contrario, la esencia de la miscelánea reside justamente en la constante búsqueda de la admiración del receptor. Así, frente a la acumulación aséptica y neutral de los florilegios renacentistas, la finalidad básica de la miscelánea es asombrar y maravillar, en la medida en que la curiosidad se estima como puerta de acceso a la sabiduría<sup>230</sup>. Se explica así que en sus páginas se dé cabida preferentemente a lo sorprendente, pero también a lo extraordinario y maravilloso, junto a lo científico y lo histórico, como sucede de un modo único en nuestro libro de caballerías. Encontramos, pues, tanto en las misceláneas como en nuestra obra, una personalización y narratividad distintivas en

---

<sup>229</sup> Pedro Mexía. *Silva de varia lección*. Ed. Isaías Lerner. Madrid. Castalia. 2003, pág. 40.

<sup>230</sup> «La operación fundamental en la composición de una poliantea [es] la copia y relación alfabética de segmentos de erudición descontextualizada, sin que medie excesivamente la selección y ordenación intelectual del escritor», Rafael Malpartida Tirado, «Deslindes de la miscelánea en el renacimiento español», en *EPOS*, XXIII, 2007, pág. 51. En su perspicaz artículo, además de efectuar un adecuado «deslinde» de aquellas fuentes de la Antigüedad que habitualmente se citan como antecedentes de las misceláneas sin serlo en puridad, este crítico separa igualmente de este género renacentista las compilaciones de diálogos y las recopilaciones de apotegmas publicadas en la época.

la apropiación de las fuentes recabadas, que no por casualidad ha llevado a críticos como Menéndez Pelayo a conectar equivocadamente esta literatura didáctica con aquella otra de entretenimiento frente a la cual se construye<sup>231</sup>.

Así pues, el examen conjunto de la dimensión didáctica de la obra recuerda inevitablemente, por la selección y tratamiento de los temas, a las exitosas misceláneas de la época. En apoyo de esta interpretación vienen, además, dos constataciones que ponen al *Caballero de la Fe* en directa y explícita relación con la obra del citado humanista sevillano. En primer lugar, resulta enormemente revelador el hecho de que sea precisamente la *Silva de varia lección* la segunda fuente más utilizada en la elaboración de los episodios formativos de nuestro libro de caballerías –lo que, por otra parte, nos habla de la erudición de segundo orden que caracteriza a la miscelánea del padre Daza–. En segundo lugar, encontramos la significativa elección del término *silva* por parte de nuestro autor para definir su particular mezcla de materiales –lo cual, a la luz de todo lo expuesto hasta aquí, no puede resultar baladí–:

Y si algún grosero quisiere entorpecer co[n] baxo sentimiento el lebantado qu'estos quatro pastores aí tubieron (su ser, su mobimiento, sus amores, el dulce tacto y el onesto vesso que con subido amor y onestos fines se comunicaron), como torpe y del suelo báxese a leer cosas menores, que artas allará *en esta mi selba* (11, II; f. 139r).

Parece, entonces, que es la obra del escritor sevillano la que otorga el modelo fundamental a la original miscelánea que se inserta en las aventuras del Caballero de la Fe; algo que, en última instancia, resulta enormemente lógico, si se tiene en cuenta la extendida fama de la *Silva* y su probada influencia en autores tan conocidos como Juan de la Cueva, Mateo Alemán o el mismísimo Cervantes<sup>232</sup>. Ello puede confirmarse, además, mediante la comparación de nuestra particular *silva* con las diferentes realizaciones a las que daría lugar la evolución del género, en las que cada autor «hace suya la forma que mejor plasma la dinámica interrelación, erudición/experiencia, antigüedad/modernidad»<sup>233</sup>. Ya que, desde esta perspectiva, la obra de Pedro Mexía se

---

<sup>231</sup> Marcelino Menéndez Pelayo. *Orígenes de la novela*. Madrid. CSIC. 1961, pág. 47. Comenta esta cuestión A. Rallo, de quien tomamos la referencia anterior («Las misceláneas...», pág. 162).

<sup>232</sup> Cf. A. Castro, introducción a su edición de la *Silva*, ob. cit., págs. 120-123.

<sup>233</sup> A. Rallo, «Las misceláneas...», pág. 23.

presenta de nuevo como el referente primordial, en tanto que la dimensión miscelánea del *Caballero de la Fe* comparte con aquella no solo su selvática organización, sino, sobre todo, su valor predominantemente informativo y su preferencia por los saberes arraigados en la Antigüedad.

En menor medida, tal y como el análisis de los pasajes didácticos pondrá de manifiesto, puede detectarse también la huella del camino abierto por Antonio de Torquemada en su *Jardín de flores curiosas* (1570), por lo que en él hay de mayor subjetividad en el tratamiento de los temas –visible en su desarrollo dialógico– y de creciente preferencia por los saberes contemporáneos –como los recientes descubrimientos geográficos–: aspectos ambos visibles en nuestra obra. No obstante, a pesar de estas concomitancias con el *Jardín* de Torquemada, que «se sitúa a modo de eslabón entre la miscelánea típicamente humanista y otra de funcionalidad típicamente barroca»<sup>234</sup>, nuestro autor se mantiene notablemente apegado al modelo fundacional del género, sin llegar en ningún caso a aproximarse al autobiografismo y al hibridismo en el que darán las creaciones posteriores. Así sucede en la *Silva curiosa* de Julián de Medrano (1583), como también en la *Varia historia* de Luis Zapata de Chaves (1592), en las que lo personal y lo lúdico constituyen el componente predominante:

Con las distintas selecciones de «lo curioso» parece que fueron cambiando paralelamente los recintos de las misceláneas: si con la de Mejía tenemos la sensación de no salir de una biblioteca, con la de Torquemada, en cambio, nos encontramos invitados a una conversación privada en un placentero jardín, con todas las connotaciones que éste tiene desde antiguo como marco ideal para la reunión filosófica. Y por último, con las de Medrano y Zapata tenemos la impresión de estar ante "charlistas de café", deseosos de divertir a un círculo de amigos con las curiosidades personales surgidas desordenadamente de sus viajes, sus lecturas y su experiencia, e incluso de exhibir su habilidad como poetas, como le ocurre a Medrano<sup>235</sup>.

---

<sup>234</sup> Lina Rodríguez Cacho, «La selección de lo curioso en ‘silvas’ y ‘jardines’: notas para la trayectoria del género», en *Criticón*, 1993, 58, pág. 166.

<sup>235</sup> *Idem*, págs. 165-166. A propósito de la miscelánea de Medrano, puede consultarse también el artículo de Mercedes Alcalá Galán, en el que esta particular evolución del género es observada desfavorablemente, como consecuencia de la supuesta frivolidad y superficialidad de la época, desde una perspectiva que no compartimos: «Las misceláneas españolas del siglo XVI y su entorno cultural», en *Dicenda*, 1996, 14, págs. 11-19.

De esta forma, puede afirmarse que el padre Daza vuelve a las directrices más puramente humanistas que dieron inicio al género misceláneo, para asimilar sus ventajas a las de la ficción caballerescas: en su revolucionaria propuesta, el *prodesse* lo proporciona una curiosidad erudita arraigada firmemente en la Antigüedad, mientras el *delectare* corre a cargo, fundamentalmente, de las aventuras de su caballero. Se unen así dos tipos antagónicos de literatura, en cuya simbiosis nuestro autor persigue legitimar la fantasía caballerescas a la par que proporcionar un nuevo atractivo a su obra. Proyecto innovador explicable en el habitual hibridismo renacentista<sup>236</sup>, que da en la ficcionalización de lo didáctico, pero también en la ilustración de la ficción. De manera que, como afirmaba Marcel Bataillon, «todo libro corría el riesgo de convertirse en una miscelánea»<sup>237</sup>.

### 6.3. «En esta mi selba»: escrutinio de las fuentes

Como reconoce abiertamente Pedro Mexía en el «Prohemio» de su *Silva*, el autor de misceláneas no lo es de una investigación propia, sino de una labor de reunión e interpretación de fuentes previas, a las que hace constante referencia con orgullo, como prueba de su propia erudición:

Habiendo gastado mucha parte de mi vida en leer y pasar muchos libros, y así en varios estudios, parecióme que si desto yo había alcanzado alguna erudición o noticia de cosas (que, cierto, es todo muy poco), tenía obligación a lo comunicar y hacer participantes dello a mis naturales y vecinos, escribiendo yo alguna cosa que fuese común y pública a todos<sup>238</sup>.

Ninguno de los pasajes de su obra es, pues, netamente original en su contenido, aunque sí en su elaboración. En principio, es esta la razón profunda por la que el padre Miguel Daza remite a lo largo de su libro de caballerías a multitud de autores y obras de

---

<sup>236</sup> «Frente al género como producto literario reglamentado que el preceptista, el gramático o el neoclásico dieciochesco examina, el renacentista se apega al género en su étimo de estilo, de expresión personal que se fecunda con la libre mezcla de elementos que le permite avanzar con su mirada en la imitación clásica» (A. Prieto, ob. cit., pág. 15).

<sup>237</sup> M. Bataillon, ob. cit., pág. 636.

<sup>238</sup> Pedro Mexía, *Silva...*, ed. cit. de A. Castro, I, págs. 39-40.

reconocido prestigio, ya que estas referencias pretenden ser percibidas como entradas de un verdadero aparato bibliográfico a partir del cual se habría construido el discurso. Así las cosas, resulta evidente la importancia de determinar en lo posible la procedencia de los materiales manejados por el autor del *Caballero de la Fe* en la confección de su miscelánea, con el fin de esclarecer la identidad de la misma.

Afortunadamente, las ventajosas posibilidades de acceso a los textos que ofrecen las actuales bibliotecas digitales nos han permitido identificar prácticamente la totalidad de las fuentes manejadas por el padre Daza, en la reunión de los contenidos de corte erudito insertos en su libro de caballerías. Así, a falta de otras deudas puntuales que hayan podido pasar desapercibidas para nosotros, la inmensa mayoría de los episodios enciclopédicos manifiesta una fuerte deuda con siete títulos contemporáneos, a saber: la famosísima *Polyanthea* de Domenico Nani Mirabelli (1503), la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso (1519), la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540-1551), la *Cronografía o repertorio de los tiempos de Jerónimo de Chaves* (1548), los *Comentarii de nobilitate et iure primigeniorum* de André Tiraqueau (1549), la *Historiarum sui temporis* de Paolo Jovio (1550-1552; a través de la traducción española de Gaspar de Baeza [1562-1563]) y, por último, el *Promptuarii iconum insigniorum* de Guillaume Rouillé (1553).

Como enseguida analizaremos con detalle, cada uno de los pasajes didácticos del *Caballero de la Fe* establece una dependencia directa con alguna de las obras enumeradas. De manera que, a pesar de lo que las apostillas marginales pretenden anunciar, puede constatarse con claridad que el padre Daza no recurre a numerosas autoridades de la Antigüedad en el desarrollo de los temas escogidos. Antes bien, la redacción de nuestro autor constituye invariablemente una adaptación o una reelaboración de discursos contenidos en obras inmediatamente precedentes. En algunos casos, como sucede con los tratados de Fernández de Enciso y Chaves, el préstamo se traduce en una paráfrasis cuasi literal, con algunas leves modificaciones exigidas por su inserción en el cauce narrativo o dialógico; en otros, como ocurre con la *Polyanthea* de Mirabelli, el autor lleva a cabo una intervención mayor, efectuando una selección y una traducción de citas para confeccionar una disertación personal unificada.



En coherencia con lo anterior, hemos podido confirmar que las apostillas marginales dependientes de estos pasajes expositivos proceden de las mismas obras que el texto al que acompañan. Es decir, las referencias que nuestro autor proporciona no transparentan en ningún caso las fuentes realmente consultadas, pues todas las citas se han extractado bien de aquellas que el modelo proporcionaba al hilo de la exposición, bien de las que aparecían desgajadas en sus mismos márgenes. Como ya tuvimos ocasión de exponer, esto nos ha permitido deslindar la existencia de dos grandes grupos de anotaciones en nuestro manuscrito: pues, toda vez que eliminamos aquellas que nuestro autor toma «de segunda mano», aparece con claridad otro conjunto bien definido. Así, este segundo grupo se caracteriza por presentar una nómina dispersa de citas que tienen en común la imprecisión de sus referencias y su amplia relación con el fragmento al que acompañan, por lo que resultan más fácilmente atribuibles a un copista deseoso de sumar sus conocimientos a los del autor (*vid.* 3.3.2).

Tenemos, pues, que la elaboración de los pasajes didácticos no responde en realidad al esfuerzo del padre Daza «en leer y pasar muchos libros», sino en manejar unos pocos que le permiten citar a muchos. En este sentido, no parece ser casual que las tres obras utilizadas con mayor profusión sean precisamente aquellas susceptibles de ser manejadas como herramientas auxiliares «que facilitaran el acceso de una forma rápida y fácil a una vasta cultura clásica y moderna»<sup>239</sup>, esto es: la *Polyantea* de Nani Mirabelli, la *Silva* de Pedro Mexía y el *Promptuarii iconum* de Rouillé. Todas ellas, asimiladas por nuestro autor al carácter instrumental que caracterizó a las polianteas –de las que tan solo la primera es auténtico paradigma–. Ya que, no en vano, estas tres obras le ofrecen amplios catálogos de citas, temas y personajes, respectivamente, que presentan la ventaja de brindarle además la caterva de citas con las que puebla los márgenes del manuscrito. Nos encontramos así ante una miscelánea construida fundamentalmente con el apoyo de otras obras afines –en tanto que receptáculo de conocimientos y autores anteriores–, a las que se unen cuatro fuentes primarias que gozan de un protagonismo menor: los tratados de Fernández de Enciso, Chaves, Jovio y Tiraqueau.

---

<sup>239</sup> S. López Poza, «Polianteas y otros repertorios...», pág. 194.

Ciertamente, conviene ser cautos en la valoración del empleo de fuentes enciclopédicas por parte de nuestro autor, pues su manejo en la época era común y, en principio, no parecía considerarse necesaria su citación, «al igual que cualquiera de nosotros hoy no confesamos a qué enciclopedias o diccionarios hemos ido a resolver las dudas que surgen en la creación de cualquier escrito»<sup>240</sup>. Sin embargo, la existencia de críticas coetáneas como la de Cervantes al uso sistemático de repertorios como fuentes primordiales de la *inventio* nos permite establecer una apreciación contextualizada de esta práctica abusiva, en la que a su vez encuentra explicación su empleo como «diccionarios secretos»<sup>241</sup>. Así sucede en la propia miscelánea de Pedro Mexía, en la que el recurso a polianteas como la de Ravisio Téxtor apenas si se declara explícitamente, ofreciéndose en cambio las numerosas citas de primer orden que en su *Officina* pueden encontrarse. De manera que, como advierte Paolo Cherchi: «Trabajando con esta literatura se aprende también que los autores que se citan con menos frecuencia son los que se utilizan más, y se utilizan más aquellos autores que a su vez prodigan citas de otros autores»<sup>242</sup>. En consecuencia, parece poder afirmarse que el padre Daza, como otros autores de su tiempo –entre los que debe contarse a Lope de Vega, pero también a humanistas como Pedro Mexía–, pretendió revestir su obra de una sabiduría que no poseía, haciendo gala de una erudición prestada.

Más allá de la estimación moral que pueda merecernos esta operación–necesariamente entorpecida por nuestro moderno concepto de autoría–, la constatación anterior interesa por cuanto nos permite aproximarnos a las fuentes reales consultadas por el autor del *Caballero de la Fe*; es decir, a su método de trabajo. Con este fin,

---

<sup>240</sup> *Ibidem*.

<sup>241</sup> Cf. V. Infantes, «De officinas y polyantheas: los diccionarios secretos del Siglo de Oro».

<sup>242</sup> P. Cherchi, «Sobre las fuentes de la *Silva* de Pedro Mexía», en *RFE*, LXXIII, 1993, pág. 47. En esta reseña fundamental a la edición de la *Silva* preparada por Antonio Castro, Cherchi demuestra, entre otras deudas contraídas con obras coetáneas de carácter misceláneo, la que Mexía establece con la *Officina* de Téxtor, cuyo «nombre aparece una sola vez en la *Silva*, y sin embargo es la obra más plagiada en la *Silva*» (*ibidem*). Frente a su tesis, encontramos los diversos trabajos de Isaías Lerner, en los que se subraya la dependencia de la obra de Mexía de numerosas fuentes clásicas y del humanismo italiano: «Textos clásicos en la *Silva* de Pedro Mexía», en Christopher Maurer y Biruté Ciplijauskaitė (coords.), *La voluntad del humanismo: homenaje a Juan Marichal*, Barcelona, Anthropos, 1990, págs. 137-148; «Fuentes italianas en la *Silva* de Pedro Mexía», en Inoria Pepe Sarno (ed.), *Dialogo. Studi in onore di Lore Terracini*, Roma, Bulzoni, 1900, I, págs. 292-310.

analizaremos a continuación individualizadamente la deuda que nuestro manuscrito contrae con las obras mencionadas. De este modo, mediante el seguimiento de la selección de contenidos ejecutada en cada fuente, podremos poner al descubierto las preferencias temáticas de la miscelánea preparada por Miguel Daza. Pero, además, mediante la localización de los distintos cauces de inserción de estos materiales prestados, podremos establecer las funcionalidades que los pasajes enciclopédicos cumplen en la fábula caballeresca. Todo ello pondrá al descubierto el carácter de una *silva* en la que predominan las curiosidades historiográficas, las disquisiciones filosófico-morales y la geografía, así como el esqueleto de un libro de caballerías en el que las digresiones del narrador, los itinerarios del héroe, los diálogos de los personajes y las aventuras mágicas se configuran como novedosos espacios para la exposición de saberes enciclopédicos.

### **6.3.1. La *Polyanthea* de Domenico Nani Mirabelli (1503)**

Publicada por vez primera en Savona por Francesco Silva, en el año 1503, constituye esta temprana obra del humanista italiano Domenico Nani Mirabelli una de las polianteas renacentistas de mayor éxito, como demuestran sus numerosas reediciones a lo largo de los siglos XVI y XVII, pero también sus sucesivas ampliaciones por parte de eruditos como Bartolomé Amantio (1567), François de Tort (1585) o Joseph Lange (1604)<sup>243</sup>. De fácil manejo por su ordenación alfabética, cualquier interesado en la literatura sagrada o profana podía encontrar en sus páginas una amplia compilación de citas de los autores más prestigiosos, reunidas por temas de alcance universal de gran utilidad para la composición del discurso. Este es el uso exacto que el padre Daza efectúa de la *Polyanthea* de Nani Mirabelli, en la que acude a buscar argumentos autorizados con los que el narrador y los propios personajes construyen numerosas disertaciones. De esta forma, tras escoger una entrada que conecta con un

---

<sup>243</sup> Sobre esta poliantea puede consultarse: V. Infantes, «De officinas y polyantheas...», págs. 249-251; S. López Poza, «Polianteas y otros repertorios...», págs. 197-199; P. Cherchi, «I manuali segreti...», págs. 42-50; Jorge Fernández López, «Retórica y enciclopedia en el Renacimiento: *eloquentia* en la *Polyanthea* de Mirabelli-Lang», en *Minerva*, 2009, 22, págs. 177-204. Asimismo, sobre su influencia en otros autores como Lope de Vega, véase: *El peregrino en su patria*. Ed. Juan Bautista Avall-Arce. Madrid. Castalia. 1973, pág. 470.

asunto de su interés, Miguel Daza selecciona algunas de las citas allí contenidas, que, tras traducir convenientemente, hilvana en la narración. Allí, sin mencionar en ningún momento el trabajo del humanista italiano, proporciona en nota marginal las referencias a las fuentes correspondientes, a las que en puridad nunca acudió directamente.

Así, por ejemplo, al comienzo del capítulo 27 del libro tercero, el narrador lleva a cabo una digresión a propósito de la perfecta amistad que el Caballero de las Armas Verdes profesa a don Mejiano de la Esperanza. En este pasaje, con el fin de describir y ensalzar las cualidades de este afecto, el autor parafrasea seis textos referidos a la Sagrada Escritura, los Santos Padres y la Antigüedad clásica; todos ellos contenidos entre otros muchos en el apartado de la *Polyanthea* dedicado a la *amicitia*:

Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	Domenico Nani Mirabelli, <i>Polyanthea opus suavissimis floribus exornatum</i> (1503)
<p>Ninguna cosa ay que se pueda comparar con el amigo fiel {Ecclesiastici, c. 6}, pues, al fin, es el amigo la mitad de mi alma, y como dice sanct Agustín: «Yo lo esperimento, que muerto un amigo no quisiera yo bibir y si escusé la muerte fue porque con morir yo no acabase de morir él» {S. Agustí., lib. 4, <i>Confesionum</i>}. Y, así, el que ama no trabaxa ni siente pesadumbre en nada, porque solo el amor es el que se avergüença de oír este nombre de dificultad {Idem, S. Agu., lib. 3, <i>Confesionum</i>}. Y, así, el amigo en el amigo no busca las cosas o el interés, sino la caridad, porque lo uno dalo el amigo y lo otro solo lo da el amor; que, al fin, el ser un mismo el querer y no querer es la verdadera amistad {S. Jheroni., <i>Ad Demetriadem</i>}. Y, así, solo el sabio sabe amar y solo el sabio sabe</p>	<p>[...] Ecclesiastici, cap. vi: «Amico fideli nulla est comparatio». [...] [Agustin] Idem, libro iii, <i>Confessionii</i>: «Qui amat non laborat. Omnis enim labor non amantibus gravis est. Solus amor nomen difficultatis erubescit». [...] Idem, 4, <i>Confessionii</i>: «Bene quidam dixit de amico suo: dimidium animae meae. Nam ego sensi animam meam, et animam amici mei unam fuisse, animam in duobus corporibus, propter vim scilicet amoris. Et ideo illo mortuo horrore mihi erat vita, quia nolebam vivere diutius. Sed ideo forte mori metuebam, ne totus ille moreretur». [...] [Hieronymus], <i>Ad Demetriadem</i>: «In amicis non res quaeritur, sed voluntas. Quia alterum ab amicis saepe: alterum sola</p>

<p>saber ser amigo {Seneca, <i>Ad Lucilium</i>, epístola 82}; porque el amigo en particular se á de reprender y loar en público {Seneca, lib. <i>De moribus</i>} [f. 288r].</p>	<p>charitas tribuit. Eadem velle, et eadem nolle, firma amicitia est».</p> <p>[...]</p> <p>[Seneca, <i>Ad Lucilium</i>], epíst. 82: «Solus sapiens scit amare. Solus sapiens amicus est».</p> <p>[...]</p> <p>Seneca, libro <i>De Moribus</i>: «Amicos secreto mone, palam autem lauda»<sup>244</sup>.</p>
---	--

Como puede apreciarse fácilmente, la estrecha deuda que nuestro libro de caballerías contrae con el florilegio puede probarse tanto por el acusado paralelismo que la disposición de las citas presenta en ambas obras, como por la literalidad que revelan las traducciones propuestas por el padre Daza. Así, aunque rara vez nuestro autor extracta un grupo de textos consecutivos, su selección siempre respeta el orden en que estos se presentan en la poliantea –a excepción de levísimas alteraciones, como las que atañen a las citas de las *Confesiones* de san Agustín en el ejemplo anterior–. Asimismo, el seguimiento del modelo es tan exacto que en ocasiones llega incluso a provocar la reproducción de errores, como el que puede advertirse en el texto latino de san Jerónimo –cuya referencia, además, aparece también equivocada, correspondiendo en realidad a la epístola *Ad Castricianum*–. Puesto que, como es evidente, en la segunda parte de la cita debería leerse *inimicis* allí donde aparece *amicis*, de manera que resultase una lectura tan coherente como la que sigue: «*In amicis enim non res quaeritur, sed voluntas. Quia alterum ab inimicis saepe praebetur: alterum sola caritas tribuit*»<sup>245</sup>. Dependencias ambas extensibles al resto de pasajes que toman como fuente la famosa *Polyanthea*.

<sup>244</sup> La transcripción toma como modelo la edición de 1514, por razones que se expondrán a continuación: Domenico Nani Mirabelli. *Polyanthea cum additionibus*. Saona. Simone Babilacqua. 1514, s.v. *amicitia*.

<sup>245</sup> *Epístola LXVIII, Ad Castricianum*, cap. I (Cf. *Cartas de San Jerónimo*. Ed. Daniel Ruiz Bueno. B.A.C. Madrid. 1982). Constatamos la presencia de este error tanto en las ediciones más cercanas a nuestro manuscrito como en las más tempranas (p. ej., Basilea, Petri de Langendorff, 1512).

De igual modo, este seguimiento fiel y lineal de los materiales consultados ha permitido la identificación de la edición concreta del repertorio que manejó nuestro autor. En esta indagación, ha resultado decisiva la presencia en nuestro manuscrito de numerosas citas relativas al derecho canónico, que invariablemente aparecen junto a los pasajes basados en la *Polyanthea*. A la vista de que estas referencias no se encontraban en ninguna de las diversas ediciones que inicialmente manejamos para el cotejo, la coincidencia de esta disciplina con la formación de Miguel Daza nos hizo sospechar en un principio que estas fueran resultado de su aportación personal (*vid.* 2.1). Sin embargo, la indagación sobre las divergencias existentes entre las sucesivas versiones de la *Polyanthea* nos puso en el conocimiento de la edición «*cum additionibus*» de 1514 (Saona, Simone Babilacqua): la única que presenta textos extraídos del *Corpus Iuris Canonici*. En efecto, como ha demostrado Ann M. Blair, estos fueron incorporados al comienzo de un buen número de lemas en una revisión de la obra realizada por el propio Nani Mirabelli, como fruto directo de los cursos de canonismo por él impartidos en Roma y Bolonia en los años precedentes<sup>246</sup>. Partiendo de la constatación de que estas adiciones no pasaron a las ediciones posteriores de la obra, el cotejo de nuestro libro de caballerías con la *Polyanthea* de 1514 confirmó nuestras sospechas, demostrando la dependencia de dichas notas con esta edición.

Así puede observarse, por ejemplo, en la disertación que el monje Prisciliano realiza sobre la limosna a petición del Caballero de la Fe. En esta extensa intervención, el sabio comienza trayendo a colación dos referencias extractadas del *Decretum Gratiani*, para continuar con otras relativas a la Sagrada Escritura, los Santos Padres y los clásicos grecolatinos, tal y como puede apreciarse parcialmente en el fragmento que a continuación proporcionamos:

---

<sup>246</sup> «Nani's additions form canon law included new headings like "lex" (law) and "papa" (pope) and new legal maxims scattered under existing headings. Although no other edition kept these legal additions, they had an unexpected impact: one of the three surviving copies of the Savona imprint in England was owned of Henry VIII; it contains the marginal annotations clustered on the legal material under "law", "matrimony" and "vow" among articles, as if the King had consulted the *Polyanthea* as he was considering breaking his marriage with Catherine of Aragon, enacted in 1533» (Ann M. Blair. *Too Much to Know: Managing Scholarly Information before the Modern Age*. New Haven [Conn.]. Yale University Press. 2010, pág. 182). Asimismo, en el trabajo de esta historiadora norteamericana puede encontrarse una utilísima nómina de las diferentes ediciones de la *Polyanthea*, con indicación precisa de sus sucesivas ampliaciones (*cf. idem*, págs. 180-181).

–Lo primero, señor –dijo Priscilano–, para que nuestras obras balgan algo an de ir echas en caridad y para que se lebanten de punto an de ser echas puramente por amor de Dios. Supuesto esto, la primera limosna que se á de hacer á de ser a sí mismo, tiniendo y usando de misericordia con su alma, que así está determinado en el Decreto *{De penit., dist. 3, 8. “sed verba”}*. Después de echo esto, procurar de remediar la necesidad del hermano necesitado, especialmente si es grande su necesidad: «Porque el que deja morir de hambre al hermano pudiéndole remediar haga cuenta que le mató», dice el texto *{8b. Distin. “v. pasce”}*. Y así decía Tobías a su hijo: «Haz limosna, hijo, de tu azienda y no apartes tu rostro del necesitado» *{Thob. c. 4}*. Y el mismo Tobías decía: «Buena es la oración que se hace con ayuno y limosna» *{Thob. c. 12}*. Y el real profeta Dabid dice: «Bienabenturado el que tiene cuidado del pobre y necesitado, que en el día malo será librado de Dios» *{David, Salmo 40}*. Y en los *Probervios* dice Salomón: «Onra a Dios de tu sustancia y de tus vienes da a los pobres, y verás cómo Dios inche tus troxes de trigo y de vino tus lagares» *{Probervi., c. 3}* [...] (29, II; ff. 200r/v).

Pues bien, como sucede con el resto de pasajes que toman como fuente primaria a la *Polyanthea*, la cuantiosa reunión de autoridades con que se elabora la intervención de Priscilano puede localizarse en cualquiera de las sucesivas ediciones del florilegio, a excepción de aquellas dos iniciales referentes al derecho canónico. Felizmente, estas se encuentran sin dificultad entre aquellas con las que Mirabelli abre la entrada dedicada a la *eleemosyna* en la versión revisada de 1514, como puede comprobarse en la plana de dicha edición que proporcionamos abajo. Todo lo cual viene a reforzar la estrecha deuda que nuestra obra contrae con el mencionado repertorio, al que el padre Daza pudo acercarse atraído quizá por los contenidos canonistas que le ofrecían las ampliaciones de la edición de 1514.

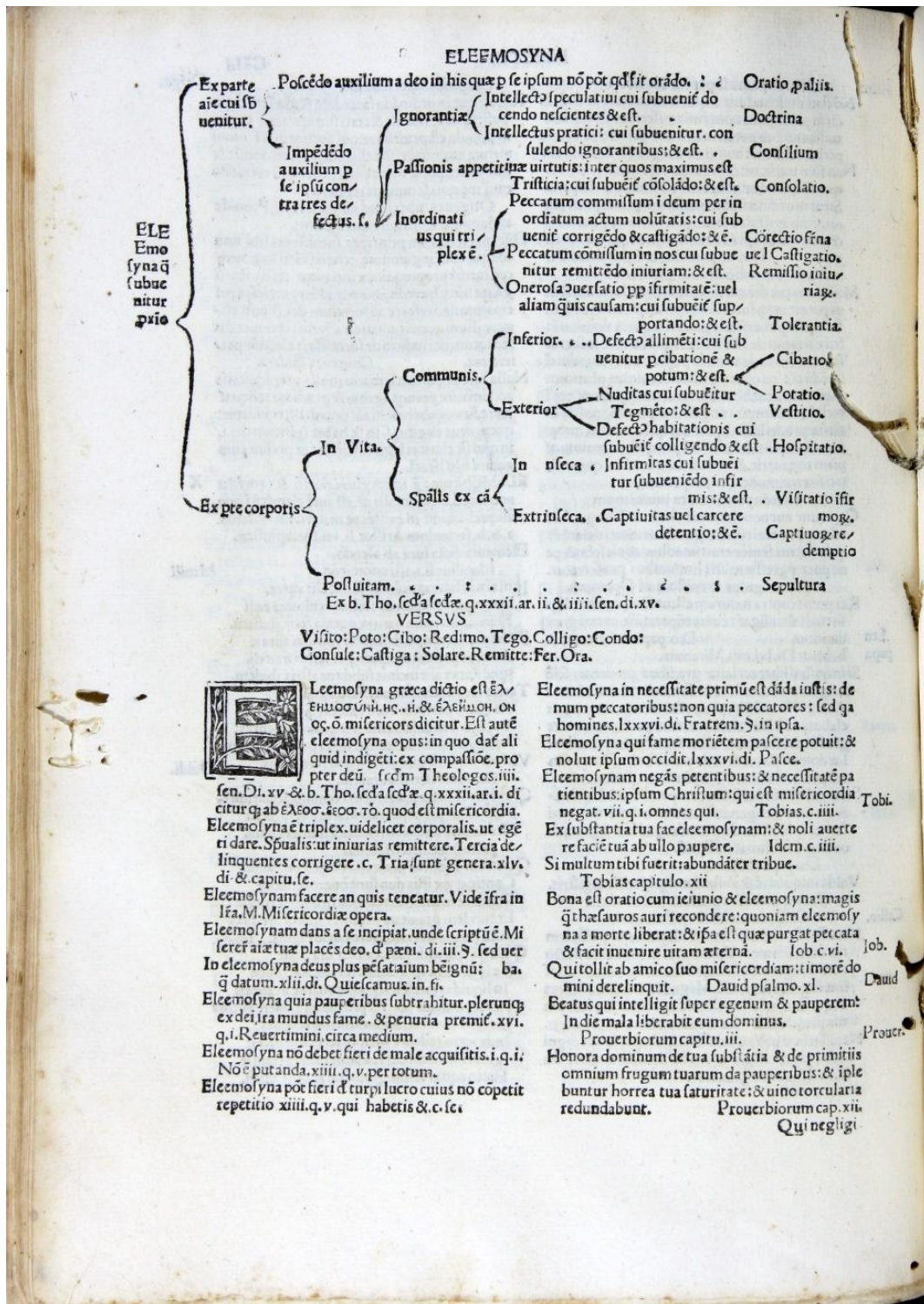


Imagen 11. *Polyanthea cum additionibus* (Saona, Simone Babilacqua, 1514, f. CXLIV)<sup>247</sup>

<sup>247</sup> La imagen corresponde al ejemplar de dicha edición custodiado en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia (BH Z-06/011), con el cual tuvimos la oportunidad de trabajar directamente en el cotejo con nuestra obra.



Siguiendo el *modus operandi* ya expuesto, Miguel Daza construye un total de dieciseis discursos, cuya valoración conjunta nos permite apreciar, en primer lugar, que la de Nani Mirabelli constituye la fuente más utilizada por nuestro autor, seguida inmediatamente por la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía. Asimismo, la selección temática en ella pertrechada transparenta una notable preferencia por las cuestiones filosófico-morales –acorde, en cualquier caso, con el talante del florilegio–, lo que entra en plena coherencia con el peso que las disquisiciones de este cariz poseen en nuestro libro de caballerías. En segundo lugar, el seguimiento de su inserción en la fábula demuestra que la *Polyanthea* sirve principalmente al padre Daza para elaborar gran parte de las extensas digresiones del narrador y, en segundo término, algunas de las lecciones pronunciadas por Priscilano: entidades ambas en las que, por tanto, parecen recaer el grueso de las reflexiones moralizantes. A ellas se une también en menor medida la pastora Belisandra, aficionada, como veremos, a toda curiosidad historiográfica, pero también dada a convertirse en voz «predicadora» (3, II; f. 109v).

Con el objetivo de facilitar la comprobación de sendas conclusiones, proporcionamos a continuación una sencilla tabla en la que reunimos los pasajes de la obra que tienen como fuente a Nani Mirabelli. En todos ellos, tanto los textos como las apostillas marginales que los acompañan proceden de la *Polyanthea* de 1514, tal y como podrá seguirse mediante la consulta de los correspondientes fragmentos en nuestra edición crítica del *Caballero de la Fe*:

Localización del pasaje en <i>El Caballero de la Fe</i>	Temática	Funcionalidad en la trama	Localización de la fuente
29, II; ff. 200r-200v	Sobre la limosna	Disertación de Priscilano	Domenico Nani Mirabelli, <i>Polyanthea, opus suavissimis floribus exornatum...</i> (Savona, Simone Babilaqua, 1514), s.v. <i>eleemosyna</i> .

3, III; ff. 207v-208r	Sobre la fama	Digresión del narrador	<i>Polyanthea..., s.v. fama.</i>
27, III; f. 288r	Sobre la amistad	Digresión del narrador	<i>Polyanthea..., s.v. amicitia.</i>
28, III; f. 292v	Sobre la victoria	Digresión del narrador	<i>Polyanthea..., s.v. victoria.</i>
1, IV; ff. 301r-301v	Sobre las causas para una guerra justa	Digresión del narrador	<i>Polyanthea..., s.v. bellum.</i>
1, IV; f. 301v	Sobre la soberbia	Digresión del narrador	<i>Polyanthea..., s.v. superbia.</i>
2, IV; f. 304v	Sobre la discordia	Digresión del narrador	<i>Polyanthea..., s.v. discordia.</i>
3, IV; f. 308v	Sobre la imposibilidad de seguridad en el amor	Digresión del narrador	<i>Polyanthea..., s.v. securitas y cupiditas.</i>
5, IV; ff. 314v-316r	Sobre la fuerza del amor	Digresión del narrador, seguido de un diálogo entre Belisandra y Ardoniso	<i>Polyanthea..., s.v. amor cupidineus.</i>
6, IV; f. 318v	Sobre los peligros del juicio moral y la murmuración	Digresión del narrador	<i>Polyanthea..., s.v. iudicium temerarium.</i>

7, IV; f. 321r	Sobre la providencia	Digresión del narrador	<i>Polyanthea...</i> , s.v. <i>providentia</i> .
7, IV; f. 324v	Sobre la alegría	Digresión del narrador	<i>Polyanthea...</i> , s.v. <i>laetitia</i> .
10, IV; ff. 331v-332r	Sobre el pecado	Digresión del narrador	<i>Polyanthea...</i> , s.v. <i>peccatum</i> .
11, IV; ff. 335v-336v	Sobre la juventud	Diálogo entre las pastoras	<i>Polyanthea...</i> , s.v. <i>adolescentia</i> .
12, IV; ff. 339v-340r	Sobre la injuria	Disertación de Priscilano	<i>Polyanthea...</i> , s.v. <i>iniuria</i> .

### 6.3.2. La *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540-1551)

Representa la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía una de las obras de mayor éxito del siglo XVI, tal y como evidencian las 32 ediciones castellanas y las 75 en lenguas extranjeras que esta miscelánea conoció en poco más de un siglo: difusión tan solo paragonable a la de la *Celestina* o el *Lazarillo*. Publicada por primera vez en 1540 en las prensas sevillanas de Domenico de Robertis, fue corregida y aumentada por el propio Mexía en diciembre de aquel mismo año (Sevilla, Juan Cromberger, 1540), para alcanzar su configuración definitiva en la edición vallisoletana de Juan de Villaquirán (1550-1551), con la adición de una cuarta parte autorial completa, conformada por 22 capítulos<sup>248</sup>. Amén de esta notable fortuna editorial, como ya expusimos más arriba,

<sup>248</sup> Cf. Antonio Castro, introducción a su edición de la *Silva*, ob. cit., págs. 52-59.

corresponde a Pedro Mexía el mérito de haber dado inicio con esta miscelánea a un nuevo género renacentista en lengua romance –arraigado en la Antigüedad y en el humanismo italiano más inmediato–, que encontraría continuidad en numerosos autores posteriores. Cultivo posibilitado por la aquiescencia de un amplio público, deseoso de nutrirse de las ventajas de unas obras que les brindaban un rápido y asequible acceso al saber, entre el que se contaron escritores como Cervantes y Lope de Vega: nombres a los que ahora debe sumarse el de Miguel Daza.

Pues, en efecto, nuestro autor toma en no menos de trece ocasiones abundantes contenidos de esta miscelánea para enriquecer la suya, transformando lo que en Pedro Mexía es un texto expositivo en coloquios que animan la fábula caballeresca y, más puntualmente, en breves digresiones desarrolladas por el narrador. Así ocurre, por ejemplo, en el capítulo décimo del segundo libro, en el que los caballeros Feridano y Ardoniso, junto con las pastoras Belisandra y Taurisa, interrogan al piloto Fraseldo sobre el origen del nombre de los vientos, de manera tal que las preguntas y las réplicas de estos interlocutores sirven de cauce a nuestro autor para la introducción de los materiales compilados por Pedro Mexía en el capítulo XXII de la cuarta parte, titulado precisamente: «De la historia de los vientos: en que se tracta qué cosa son y cómo se causan; y cuántos son, y los nombres dellos, antiguos y modernos, y sus cualidades»<sup>249</sup>.

En este caso, el préstamo de la *Silva* da lugar a un pasaje extensísimo, que ocupa dos folios completos de nuestro manuscrito, en los que nuevamente puede constatarse la fidelidad con la que Miguel Daza extracta los textos de sus fuentes. A continuación, reproducimos parte de este episodio del *Caballero de la Fe*, con el fin de observar tales dependencias:

Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	Pedro Mexía, <i>Silva de varia lección</i> (1550-1551)
–Sí –dijo Feridano–, que así dixo Lucano, y vien: «Donde viene Titán y de donde la noche esconde	Las cuales regiones también tocó elegantemente nuestro poeta andaluz Lucano, do dice: «Vnde

<sup>249</sup> Pedro Mexía. *Silva de varia lección*. Ed. Isaías Lerner. Madrid. Castalia. 2003, págs. 917-928. En adelante, todas las citas remitirán a esta edición de I. Lerner.

<p>las estrellas...»</p> <p>–Pues, señor, de esas cuatro partes del mundo es donde digo que vienen los vientos –dixo Frasedo– . Y a estos les pusieron estos nombres: al que viente de donde sale el sol le llamaron los latinos <i>subsolano</i>, y pusieronle donde nace el sol, en el equinocio. Y a este llamaron los griegos <i>apeliotes</i> por la misma razón.</p> <p>–¿Este no es –dixo Ardoniso– al que llaman <i>euro</i>?</p> <p>–Sí, mi señor, así también le llaman otros. Este es el que en España llamamos bulgarmente <i>lebante</i>, y nosotros los mareantes le llamamos <i>leste</i>. Y al biento derechamente contrario d’este que nace del puniente le llamaron los griegos <i>zéfiro</i>.</p> <p>–Sí llaman –dixo Ardoniso–, y los latinos le llaman <i>fabonio</i>, casi aludiendo a la misma sinificación por que los griegos le llaman <i>zéfiro</i>, qu’es lo mismo que ‘dador de vida’. Y <i>fabonio</i> o <i>fobendo</i>, ¿en bulgar castellano como le llaman?</p> <p>–Llámanle, señor –dixo el marinero–, <i>puniente</i>, y los mareantes le llamamos <i>ueste</i>. Y al que nace del setentrión o norte...</p> <p>–A esse llamáronle –dixo Belisandra– <i>septentrión</i>, por causa de las siete estrellas de la imagen llamada Essa qu’está junto al norte. Y por venir de aquella Essa le llamaron los griegos <i>aparcias</i>, aunque algunos lo llamaron <i>bóreas</i> (aunqu’este nombre creo qu’es de otro biento) [f. 136r].</p>	<p><i>venit Titan, et nox ubi sidera condit».</i></p> <p>Destas cuatro partes del mundo vienen los cuatro vientos que digo, que Homero y muchos pusieron solos, y los demás que de las partes cercanas a ellos venían, los reducían a éstos; a los cuales pusieron los nombres desta manera: al viento que viene del oriente llamaron los latinos <i>subsolano</i>, por venir y ventar de donde nace el sol; e situáronlo en lugar por donde nace el sol el día del equinocio, y los griegos por otro tanto lo llamaron <i>apeliotes</i>, que acerca dellos suena lo mismo. Y también algunos dellos lo llamaron <i>euro</i>, por ventar del oriente. A éste vulgarmente lo llamamos <i>levante</i> en España e Italia, y los navegantes <i>leste</i>. Y al viento derechamente contrario a éste, que nace del poniente, llamaron los griegos <i>zéfiro</i>, que en latín, según algunos, suena <i>dador o traedor de vida</i>, porque ayuda al florescer y criar de las plantas, y por eso los latinos lo llaman <i>favonio</i>, o <i>fovendo</i>, y en vulgar castellano e italiano lo llamamos <i>poniente</i>, los marineros <i>ueste</i>, y según otros, por eso tiene el nombre griego <i>zéfiros</i>, porque <i>zoros</i> quiere decir <i>caída</i> o poniente.</p> <p>Y al otro viento destes cuatro, que nace del norte o septentrión, llamaron los latinos <i>septentrión</i>, por las siete estrellas de la imagen llamada Esa [Osa], que está junto al norte; y por venir de aquella Esa [Osa] le pusieron los griegos por nombre <i>aparcias</i>; aunque algunos lo llamaron <i>bóreas</i>; pero este nombre es de otro viento que se dirá<sup>250</sup>.</p>
---	--

<sup>250</sup> Pedro Mexía, *Silva de varia lección...*, págs. 919-920.

Como puede comprobarse, Miguel Daza parafrasea con absoluta exactitud el modelo, llegando incluso a reproducir un claro error tipográfico fácilmente advertible desde el punto de vista referencial, presente en la edición vallisoletana de 1551 y perpetuado en las impresiones posteriores, como puede observarse en la reproducción del pasaje que abajo proporcionamos. Se trata del nombre de la constelación *Ursa* u *Osa*, que aparece escrito *Esa* tanto en la *Silva* como en nuestro libro de caballerías; razón por la cual es corregida por Isaías Lerner en su edición de la obra.

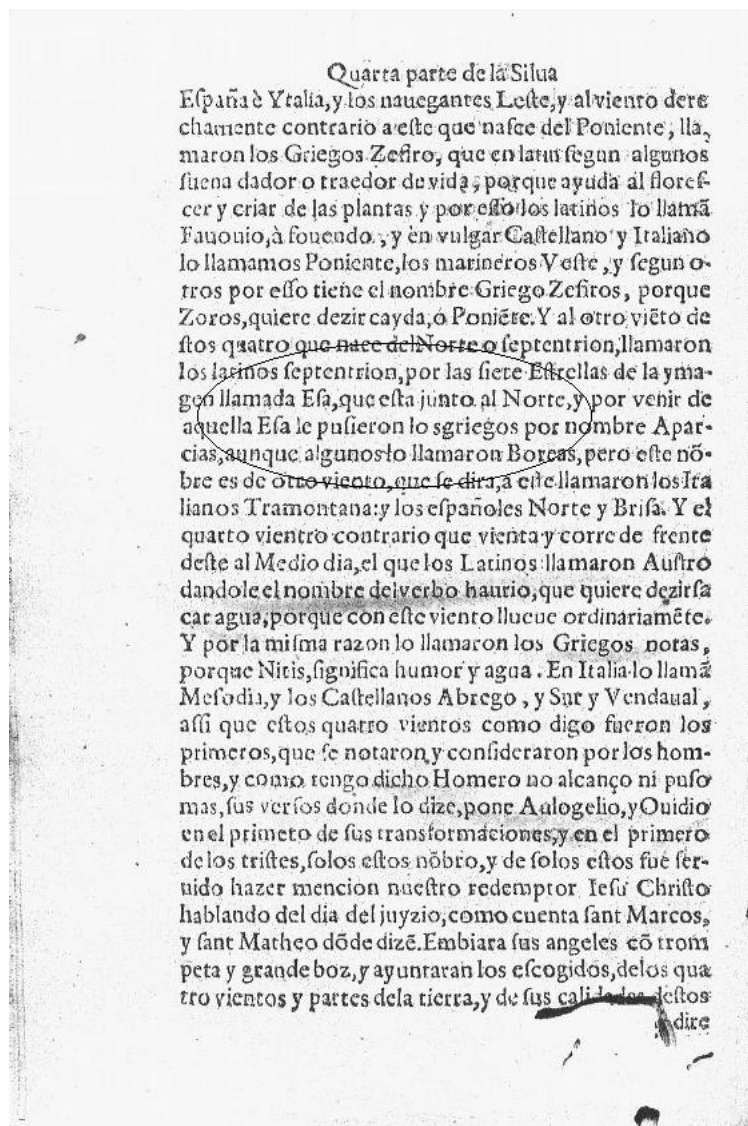


Imagen 12. Pedro Mexía, *Silva de varia lección* (Sevilla, Fernando Díaz, 1587)<sup>251</sup>.

Por otra parte, en lo que respecta a las apostillas marginales que en nuestro manuscrito acompañan a los pasajes dependientes de la obra de Pedro Mexía, conviene advertir que estas proceden en realidad de la nómina de autores citados al hilo del discurso en la conocida miscelánea. De esta forma, las autoridades allí aducidas se presentan desgajadas como si de auténticas fuentes se tratara: procedimiento acrítico que nuevamente lleva a Miguel Daza a incurrir en algunos errores, como el que provoca la creación de dos referencias separadas para lo que en origen era una sola. Así ocurre en el caso de las dos apostillas que diferencian la obra de Trogo Pompeo de la de Justino; puesto que, como refleja adecuadamente Mexía, la obra de aquel se conoce a través de la de Justino:

Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	Pedro Mexía, <i>Silva de varia lección</i> (1550-1551)
Pues sabed que eran las istorias de las balerosas amaçonas, que cierto eran muchas, en la cuales había grandes victorias que habían alcanzado y muchas y muy grandes probincias que havían sugetado {Trogo Pompe. lib. 2; Justino, lib. 2; Diodo. Sicu., lib. 3 et 4; Paulo Orosio, lib. 15; Marciano Capela, lib. 9; Quinto Curcio, lib. 6; Erodoto, lib. 4; Pompon. Mela, lib. 1; Serbio, Amiano Marcelino et alli} [25, III; f. 282r].	Todo lo dicho se tiene por historia muy cierta, y por tal lo escriben y cuentan Trogo Pompeo y Justino en el libro segundo, Diodoro Sículo en el tercero y cuarto, Paolo Orosio en el décimo quinto, Marciano Capela en el nono, Quinto Curcio en el sexto, Herodoto en el cuarto, Solino capítulo veinte y siete, y también sesenta y cinco; Pomponio Mela en el primero, y Servio y Amanio Marcelino y otros muchos autores antiguos, sin todos los modernos <sup>252</sup> .

Así pues, frente a lo observado en el caso de la *Polyanthea* de Domenico Nani Mirabelli, el uso que nuestro autor hace de la obra de Pedro Mexía revela un escaso grado de intervención por su parte, puesto que Miguel Daza se limita a parafrasear el

<sup>251</sup> Imagen tomada de un ejemplar de dicha edición conservado en el fondo antiguo de la Universidad de Sevilla (A Res. 10/5/11), cuya digitalización se encuentra accesible en la red (<<http://fondosdigitales.us.es/fondos/libros/335/9/silva-de-varia-leccion/>>). El subrayado es nuestro.

<sup>252</sup> Pedro Mexía, *Silva de varia lección*..., pág. 98.

texto de la *Silva de varia lección*, sin que medie una auténtica reelaboración de los contenidos proporcionados por esta fuente. Nos encontramos, pues, ante lo que hoy constituiría a todas luces un caso de plagio, puesto que nuestro autor no solo no se sirve en esta ocasión de una obra de carácter auxiliar, sino que la extracción de las informaciones que allí se encuentran no se lleva a cabo desde una perspectiva instrumental, es decir: Miguel Daza toma un discurso informativo y divulgativo ya elaborado para presentarlo como propio, sin citar en ningún momento al autor sevillano. Ahora bien, somos conscientes de que estas consideraciones deben ser tomadas más con un carácter descriptivo que valorativo, pues la meridiana distancia que hoy nos lleva a diferenciar una poliantea de una miscelánea no debió de ser apreciada con tanta claridad en la época, por la misma razón que el concepto de autoría no gozaba de una definición tan rotunda como la actual.

Con el fin de facilitar el cotejo de nuestra obra con la de Pedro Mexía, facilitamos a continuación una tabla con todos los pasajes inspirados en esta miscelánea, cuya simple consulta nos permitirá apreciar el importante peso que el cariz histórico, científico y curioso de aquella imprime en el *Caballero de la Fe*:

<b>Localización del pasaje en <i>El Caballero de la Fe</i></b>	<b>Temática</b>	<b>Funcionalidad en la trama</b>	<b>Localización de la fuente</b>
6, II; f. 122r	Sobre bibliotecas famosas y la costumbre de decorarlas con medallas y retratos	Diálogo entre las pastoras	Pedro Mexía, <i>Silva de varia lección</i> (1540-1551), capítulo III de la tercera parte: «De la primera librería que hubo en el mundo, dónde fue, y de otras librerías que ha habido muy señaladas. Y cómo se ponían las imágenes y figuras de los excelentes hombres en letras en ellas antiguamente» (Ed. Isaías Lerner. Madrid. Castalia. 2003, págs. 549-554).
6, II; f. 122r	Sobre la traducción de la	Diálogo entre las pastoras	<i>Silva...</i> , capítulo IV de la cuarta parte: «De la traducción que hicieron los setenta intérpretes de la Sancta Escritura del



	Septuaginta		Testamento Viejo, de cuánta auctoridad sea y en qué tiempo fue hecha y la historia de la ocasión que tuvo para hacerse» (ob. cit., págs. 786-796).
8, II; f. 130v	Sobre las causas de la semejanza entre los hijos y los padres	Diálogo entre Feridano y Ardoniso	<i>Silva...</i> , capítulo XLII de la primera parte: «Qué sea la causa de parecer los hijos a los padres y madres [...]» (ob. cit., págs. 275-280).
9, II; f. 132r	Avance del ejército del malvado Sofrastro	Descripción del narrador	<i>Silva...</i> , capítulo XXIX de la primera parte: «Cómo fue grande y se estendió mucho el Imperio Romano. Cuántas veces lo molestaron los godos. De qué manera y en qué tiempo comenzó a declinar y a disminuirse la grandeza y magestad de él» (ob. cit., págs. 203-209).
10, II; f. 135r	Enumeración de pintores ilustres, para encarecer la belleza de unas pinturas	Amplificación del narrador	<i>Silva...</i> , capítulo XVIII de la segunda parte: «Cómo el más excelente de los pintores fue Apeles [...]» (ob. cit., págs. 381-386).
10, II; ff. 135v-137r	Sobre los nombres de los vientos	Diálogo entre el piloto Fraselido, las pastoras y los caballeros	<i>Silva...</i> , capítulo XXII de la cuarta parte: «De la historia de los vientos: en que se tracta qué cosa son y cómo se causan; y cuántos son, y los nombres dellos, antiguos y modernos, y sus cualidades» (ob. cit., págs. 917-928).
11, II; f. 139v	Sobre el nombre del viento <i>Áfrico</i>	Amplificación del narrador	<i>Ibidem</i>
11, II; ff. 141r-142r	Sobre los beneficios del	Diálogo entre las pastoras	<i>Silva...</i> , capítulo XXXII de la primera parte: «En que se contienen muchos loores y

	trabajo		excelencias del trabajo, y los bienes que se siguen dél. Y también los daños y males que causa la ociosidad. Es notable capítulo moral y provechoso» (ob. cit., págs. 224-234).
12, II; f. 143v	Sobre la importancia de la cabeza	Diálogo entre Feridano y Ardoniso	<i>Silva...</i> , capítulo XVII de la primera parte: «De la excelencia de la cabeza entre todos los otros miembros del hombre; cómo tener chica la cabeza y angostos pechos es en él mala señal. Por qué causa sea cortesía quitar el bonete o descubrir la cabeza» (ob. cit., págs. 140-143).
15, II; ff. 154v-155v	Sobre la historia de Constantinopla	Diálogo entre el Caballero de la Fe y su aya Gradisa	La presente relación de la historia de la ciudad de Constantinopla está tomada del capítulo XII de la primera parte de la <i>Silva</i> de varia lección: «De la muy antigua y famosísima ciudad de Constantinopla; de su fundación y principio, de sus grandes sucesos prósperos y adversos y en qué tiempo y cómo fue conquistada por los turcos, que hoy la poseen» (ob. cit., págs. 100-106).
22, II; ff. 180r-180v	Sobre la historia de Candaules, a propósito de un retrato del mismo	Diálogo entre el príncipe Zulemo y la princesa Cadinisa	<i>Silva...</i> , capítulo I de la cuarta parte de la <i>Silva</i> de Pedro Mejía: «En el cual y en el siguiente se tracta del principio y origen del uso de los anillos. Para cuántas cosas y provechos han usado dellos los hombres. Y cuéntase en el propósito muchas y agradables antigüedades» (ob. cit., págs. 771-772).
24, II; ff. 181v-182r	Sobre la práctica del destierro en la	Diálogo entre el Caballero de la Fe y	<i>Silva...</i> , capítulo XX de la segunda parte de la <i>Silva</i> de varia lección: «De una muy notable manera de destierro usada en

	Antigüedad	su aya Gradisa	Atenas, por la cual, sin hacer delicto, eran desterrados muy principales hombres algunas veces» (ob. cit., págs. 394-398).
24, II; f. 183r	Sobre la representación del Favor en la Antigüedad	Amplificación del narrador	<i>Silva...</i> , capítulo IX de la cuarta parte: «De la galana manera con que se pintaba, en los tiempos antiguos, el favor y privanza; y la declaración e misterio de la pintura» (ob. cit., págs. 827-829).
25, III; ff. 282r-283v	Sobre la historia de las amazonas	Amplificación del narrador	<i>Silva...</i> , capítulo XI de la primera parte: «En que se prosigue y acaba la historia comenzada de las amazonas» (ob. cit., págs. 95-99).

### 6.3.3. El *Promptuarii iconum insigniorum* de Guillaume Rouillé (1553)

Otro de los títulos profusamente empleado por Miguel Daza en la construcción de la dimensión erudita de su obra es el *Promptuarii iconum insigniorum à seculo hominum* de Guillaume Rouillé, cuya primera y segunda partes fueron publicadas en 1553 en su propia imprenta de Lyon, en latín, francés e italiano, y traducidas poco después al castellano para estas mismas prensas en 1561, por Juan Martín Cordero<sup>253</sup>. Constituye este obra una reunión de numerosos retratos de personajes ilustres pintados en medallas, comprendidos desde la Antigüedad hasta la realidad más inmediata al autor, acompañados de breves biografías explicativas de sus principales méritos, tal y como explica el propio autor:

Y así nosotros agora por mostrarnos gratos a todos los amigos de antigüedades y a todos los estudiosos, no avemos dexado de descubrir quantas [medallas] avemos podido hallar, sin tener cuenta con gastos ni con el trabajo nuestro. Y esto buscándolas por diversas naciones y gentes, ayudándonos muchos señores que nos dieron las que tenían, tanto en plata quanto en oro y piedras preciosas, hechas algunas por ellos y otras avidas de los que cavan la tierra; de unos por

<sup>253</sup> Cf. Henri-Louis Baudrier. *Bibliographie lyonnaise: recherches sur les imprimeurs, libraires, relieurs et fondeurs de lettres de Lyon au XVIè siècle*. Paris. [Joseph Floch]. 1964-1965. IX, pág. 285.

ruego, de otros por dinero y de otros por amenazas. Así las hezimos primero sacar y después las pusimos en impresión, sotoscribiendo a cada una la vida muy sumariamente, sacada de los mejores historiadores y crónicas, guardando siempre muy particularmente el tiempo y años, y la orden de las edades, imperios y reinos según su sucesión<sup>254</sup>.

Entronca así este «promptuario» con la pasión del humanismo por los *vetera vestigia* –que no en vano da en el nacimiento de la numismática por estos siglos–, pero también con la tradición clásica de los *viris illustribus*, ampliamente cultivada por los humanistas italianos y españoles desde el siglo XV, tanto en el campo de la biografía como en el del retrato<sup>255</sup>. Nos encontramos, pues, ante un repertorio mixto, iconográfico y biográfico, muy cercano al modelo fijado por Paulo Jovio en sus dos colecciones de *Elogia* (1548): galerías de papel que pretendían ser plasmación de aquella otra custodiada en el Museo de su villa de Como, a orillas del lago Lario –inspirada a su vez en las *Imágenes* de Marco Terencio Marrón, recordadas por Plinio<sup>256</sup>. De esta forma, las páginas de Rouillé son también confluencia de las semblanzas de hombres ilustres que podían encontrarse tanto en las estanterías de las bibliotecas de su tiempo como en las paredes de las estancias más lujosas, en razón de una extendida afición por el

---

<sup>254</sup> Guillaume Rouillé. *Primera parte [-parte II] del promptuario de las medallas de todos los más insignes varones que ha avido desde el principio del mundo, con sus vidas contadas brevemente / traducido agora nuevamente por Juan Martín Cordero*. Lion. Guillermo Rouillio. 1561, I, f. 3v del prólogo al lector. Conviene advertir que la traducción castellana reunió las dos partes de la obra en un mismo volumen. La transcripción es nuestra y responde a los mismos criterios empleados para la edición crítica del *Caballero de la Fe* (vid. 8.2).

<sup>255</sup> «Junto a los géneros humanísticos [...], hay que incluir otro más, el biográfico, bajo el cual se acogen dos modalidades básicas: la galería de hombres ilustres (figuras del pasado entre las que aparecen insertas otras del presente) y el retrato panegírico. No es casualidad que, en el terreno de las artes plásticas, la principal novedad sea el retrato tanto en pintura como en escultura; en efecto, gracias a la palabra o a la imagen se recuperaba un género clásico característico que comportaba un claro mensaje: la exaltación de la patria por medio del elogio a sus grandes hombres del pasado, lejano o próximo, y de su propia época [...]», Ángel Gómez Moreno, *España y la Italia de los humanistas...*, pág. 227. Véanse a este respecto los capítulos XIV y XV.

<sup>256</sup> «[Paulo Jovio] puso su empeño en hacerse con una rica colección de retratos sobre tela con un tamaño de un pie y medio, que acompañaba con un breve texto de carácter biográfico. Algunos de estos retratos procedían de encargos a artistas, que se basaban en monedas o grabados, y que, en ocasiones, llegaron a servirse de hasta tres modelos distintos», Teresa Jiménez Calvente, «Nebrija en los *Virorum Doctorum Elogia*», en *RFE*, LXXIV, 1994, págs. 48-49.

coleccionismo con la que Miguel Daza caracteriza al propio Caballero de la Fe<sup>257</sup>. Se trata, en consecuencia, de una unión de las artes plásticas y de las letras muy del gusto renacentista, que en España daría sus primeros frutos patrios en el inédito *Libro de los retratos* de Francisco Pacheco (1599)<sup>258</sup>.

La amplia recepción que el *Promptuario* debió de conocer en nuestro país, atestiguada por su mención en el diccionario de Covarrubias bajo la voz *medalla*<sup>259</sup>, contrasta con la bibliografía actual dedicada a este asunto, reducida a su referencia puntual a propósito de otras obras afines<sup>260</sup>. En cualquier caso, lo que interesa a nuestro análisis de esta particular galería numismática nada tiene que ver con su valor en el campo del retrato o de la biografía, pues el padre Daza no se acercó a ella atraído por su participación en estos géneros, sino a causa de las útiles aplicaciones que esta obra brindaba en su lectura como poliantea. Es decir, nuestro autor acude a Rouillé con el fin de acceder cómodamente a brevísimas semblanzas de personalidades importantes de la historia y, sobre todo, con el propósito de tomar en préstamo las referencias eruditas de las que estas se acompañan. Por lo que la deuda que *El Caballero de la Fe* contrae con el catálogo francés puede detectarse fundamentalmente en las apostillas marginales de nuestro manuscrito, antes que en el texto al que glosan.

---

<sup>257</sup> «D'esta manera estaba en la corte el Caballero de la Esperança, tiniendo repartido el tiempo en onestos y virtuosos exercios. Y de lo que más gustaba era de ber medallas antiguas y monedas, retratos y figuras, en lo cual gastaba algunos ratos. Y era en esto tan curioso que donde quiera que podía haber alguna, aunque la pesase[n] a oro, procuraba de no quedar sin ella. Y gustaba notablemente de hablar de ellas con Gradissa, que una de las leídas mugeres era en istorias profanas que tenía el mundo. Y, como le sabían la condición, en alla[n]do alguna medalla luego se la traían» (24, II; f. 181r).

<sup>258</sup> Cf. Marta P. Chacho Casal. *Francisco Pacheco y su «Libro de retratos»*. Sevilla-Madrid. Fundación Focus-Abengoa/Marcial Pons. 2011 (especialmente págs. 267-276).

<sup>259</sup> «Medalla. La efigie de emperador, rey, príncipe o persona notable que haya merecido quedar su figura y nombre estampado en metal. Estas medallas son de oro, plata y cobre, y hoy día hay muchos que conservan medallas muy antiguas de griegos, latinos y hebreos, y escrito sobre ellas libros enteros con grande aprovechamiento para entender lugares oscuros de autores antiguos [...]. Verás a Guillermo Rouillio in *Promptuario iconum*, in prologo» (Covarrubias, s.v. medalla).

<sup>260</sup> Cf. Luis Gil Fernández, «El humanismo valenciano del siglo XVI», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico: Homenaje al profesor Antonio Fontán*, Alcañiz-Madrid, Instituto de Estudios Humanísticos-Laberinto-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002, III/1, pág. 100.

En efecto, de forma prácticamente invariable, siempre que nuestro libro de caballerías realiza una mención puntual a algún personaje de la Antigüedad, esta se presenta en compañía de un pequeño grupo de citas que proceden del *Promptuario*. En la mayoría de ocasiones, los nombres de estos personajes ilustres se aducen al hilo de una simple nómina amplificatoria con la que el narrador u otro personaje pretende comparar a alguno de los caballeros o princesas de la fábula, razón por la que apenas si se ofrecen detalles acerca de la biografía de cada uno de sus componentes. Así, salvo en algún pasaje localizado –como el tocante a la historia de Hiponax (21, II; f. 174v)–, el grueso de líneas que nuestro autor toma de cada biografiado se corresponde con aquellas que le permiten adornar su discurso de autoridades. En consecuencia, las apostillas marginales extractadas de Rouillé representan como en ningún otro caso alardes de erudición con autonomía propia, pues se ofrecen como complemento gratuito al discurso, sin pretender siquiera presentarse como fuentes de las que depende el contenido del texto de Daza.

Así sucede, por ejemplo, en la extensa relación con la que Carisio describe la corte de Constantinopla a petición del Caballero de la Fe, deteniéndose por largo espacio en la enumeración de afamados personajes a los que sus habitantes sobrepujan en belleza y en virtudes. Con el deseo de propiciar el enamoramiento de oídas del protagonista, el paje se detiene especialmente en las cualidades que atañen a la princesa Brisaida, hija del Emperador, las cuales son traídas a colación a propósito de las de aquellas mujeres más admiradas de la historia, ofreciéndose de cada una de ellas precisas referencias historiográficas en los márgenes del fragmento:

Porque aquel sol perfectísimo en hermosura, cuyos hermosos rayos ilustran aquel imperio, de mi señora la princesa de Constantinopla es tanta que apenas la puede el entendimiento entender, cuánto más pronunciarlo la lengua. Con ella se olvida la hermosura de Pantea, muger del rey Abradate, y su castidad y constancia y baronil esfuerço {Xeno., lib. 7, in *Ci.*, “Pae.”; et Ro., lib. 13, c.33»}; también quedan en olvido los echos y viriginal pudicia de Cloelia {Libius, lib. 2}, y el donaire y gracia de Estesilea {Pluta. in *Vita Thes[ei]*} y la fe <sup>[f. 192r]</sup> de Arte Misia {Plin. lib. 36, c. 5; Aulu. Gel., lib. 10, c. 18 boc. et Hero. lib. 7}, la cual edificó el soberbio sepulcro a Marsolo, su marido. Y la hermosa mata de cabellos de la segunda Berenica {Conone matemático}, hija de Filadelfo y de Arsínoe, la cual por su mucha hermosura fue llevada al cielo, es sin ninguna hermosura respecto de aquella hermosa madexa de oro de caballos de mi señora la princesa. El brío, el ánimo y aquella hermosa boca y perfectísimos dientes de la famosa Zenobia

{Aure. Vic., Bap. Egna. lib. 1 et Eutrob., lib. 9; Trebel. Polio; et fratun ari. de Guevara}, todo está puesto en olvido con la divina hermosura que agora tiene presente el mundo en el divino objecto de mi señora (ff. 191v-192r; 27, II).

Como revela la consulta del *Promptuario de medallas*, tanto los pocos datos que se ofrecen de cada personaje como las citas que los complementan están tomados de las entradas correspondientes a estas figuras en la obra de Rouillé —o, en su defecto, de aquellas dedicadas a personajes cercanos a su biografía—. Así puede constatarse, desde el principio, en el caso de la primera mujer mencionada, Pantea, cuya breve presentación se inspira en los datos aportados por el autor francés, de quien también se toman con exactitud todas y cada una de las fuentes aducidas:

Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	Guillaume Rouillé, <i>Promptuarii iconum</i> (1553)
Con ella se olvida la hermosura de Pantea, muger del rey Abradate, y su castidad y constancia y baronil esfuerço { <b>Xeno., lib. 7, in Ci., «Pae.»; et Ro., lib. 13, c.33.</b> }	PANTHEA. Abradatae uxor fuit, forma et castitate praecellens [...]. <b>Xeno., lib. 7, in Cy. «Pae.» et Rho., lib. 13, cap. 33</b> <sup>261</sup> .

Aunque la dependencia anterior resulta evidente, podría pensarse, empero, que ejemplos como este tuvieran su explicación en una fuente común, manejada por el impresor francés y por nuestro autor. Sin embargo, si bien es más que probable que Rouillé deba su erudición a algún florilegio conocido, el cotejo detenido entre ambas obras ha permitido descubrir concomitancias que tan solo pueden explicarse adecuadamente en el empleo directo del *Promptuario* por parte del padre Daza. Así sucede, sin ir más lejos, con las fuentes ofrecidas en el pasaje anterior junto a la mención de Cenobia; ya que, en este caso, las citas se extraen tanto de la entrada dedicada por Rouillé a este personaje como de aquella relativa al emperador Aureliano,

<sup>261</sup> Guillaume Rouillé. *Prima pars Promptuarii iconum insigniorum à seculo hominum: subiectis eorum vitis, per compendium ex probatissimis autoribus desumptis*. Lyon. Gulielmum Rouillium. 1553, pág. 93. La segunda parte, publicada en volumen separado, se imprimió a la vez en el mismo taller, con el título: *Promptuarii iconum pars secunda incipit a Christo nato, perpetuam ducens seriem ad vsque Christianissimum Francorum regem Henricum hoc nomine secundum...* Lyon. Gulielmum Rouillium. 1553.

compañera de plana en el impreso del francés. Parece, pues, que nuestro autor, apoyado seguramente en la relación histórica existente entre ambos personajes, quiso enriquecer la parca y vaga referencia a Trebelio Polión que se proporcionaba para Cenobia, con aquellas más precisas y numerosas que aparecían justo arriba, en la semblanza del emperador romano. Todo lo cual revela una deuda no solo con el contenido del *Promptuario*, sino con su propia organización y puesta en página, como puede observarse en la reproducción de la susodicha plana que proporcionamos más abajo.

Idéntica dependencia revela la paráfrasis cuasi literal de algunos fragmentos del *Promptuario*, como la que en la misma intervención de Cariseo se realiza a propósito de Mitrídates –donde puede detectarse también el procedimiento de reunión de citas anterior, puesto que la referencia última al libro de Plutarco se extrae de la entrada dedicada a Hipsicratea en la misma plana–:

Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	Guillaume Rouillé, <i>Promptuarii iconum</i> (1553)
<p>Y andan los negocios bélicos y cortesanos puestos en su punto tanto, señor, que dicen todos que la milicia anda más en su punto que en tiempo de <b>Mitrídates, rey de Ponto, el cual 40 años andubo en este exercicio contra el pueblo romano. Állase en los capitanes la felicidad de Sila, la virtud de Lúculo y la grandeça de Pompeyo con que Mitrídates fue desecho y vencido</b> {Consulito Eutropio, lib. 5; Flor. lib. 3; Apian., lib. <i>Mitrid.</i> et Plutar. in «Vita Ponpeii»} [27, II; f. 191v].</p>	<p>MITRIDATES. [...] <b>hic Mithridates per cuarenta annos restitit, donec tribus ingentibus bellis subactus, felicitate Sylae, virtute Luculli, magnitudine Pompeii eneruaretur</b>, Consulito Eutr., li. 5 et Flor. li. 3, item Appi. li. Mithridatico.</p> <p>HYPsicRATEA. [...] Vide Plutar. in Pompeii vita<sup>262</sup>.</p>

<sup>262</sup> Guillaume Rouillé, *Prima pars Promptuarii...*, pág. 148.





VALE. AVRELIANVS imperavit post Quintillum anno mundi 4 2 3 3. à Christo nato 2 7 1. Hic quanquam patre colono inter Daciam & Macedoniam genitus, haud dissimilis fuit Magno Alexandro, nam Ro. urbem triennio ab inuasoribus recepit, cum Alexander annis 13. ad Indiam pervenerit. Hic Sueuos & Sarmatas vicit: Marcomannos, qui Mediolanum vastarant, attriuit: Imperium ad antiquos fines perduxit: validioribus muris urbem sepit. Saevus ac sanguinarius hic, etiam sororis filium interfecit: ipse itidem fraude serui, inter Constantinopolim & Heracliam occisus est. imperavit an. 5. menses 6. primus apud Ro. diadema capiti innexuit, gemmisque & aurata veste usus est. Vide Aure. Vict. Bap. Egna. lib. 1. & Eutro. lib. 9.

ZENO BIA, bellicosa mulier, quae se de Cleopatrae Ptolemaeorumque gente iactabat, nomine filiorum an. 8. imperavit, vixque tandem ab Aureliano victa & triumphata, concessit in iura Romana. Cum illam Aurelianus cepisset, interrogavit exprobandans. *Quid, o Zenobia, ausa es insultare Romanis Imperatoribus?* at respondit haec, *Imperatorem te esse agnosco, qui vincis, fuit castis. vocem habuit claram & virilem, oculos nigros ac vigentes: dentes tam caedidos ut plerique margaritas putarent: ingenium diuinum. venusta fuit, severa, atque etiam clemens ubi oportuit: in triumphum ducta, sub gemmarum pondere anhelans saepe restitit, alioqui fortissima: collum, manus, pedes aureis vinculis ac catenis, irretiebantur. huic agrum dedit Aurelianus: vixitque haec more matronae Ro.* Vide Trebel. Pollio.



VALERIO Aureliano fue Emperador luego despues de Quintilo 4233 años despues de criado el mundo, y 271. despues de nacido Christo. Aunque este fue hijo de vn labrador, y nacido entre Dacia y Macedonia, no fue pero desemejante al gran Alexandre: porque guardo sin rebuelta tres años la ciudad de Roma, sin que de tantas naciones quantas tema subieetas, vuisse alguna que se ofasse rebelar, como Alexandre aun apenas aya podido passar hasta la India. Vencio este à los Sueuos, y Sarmatas, y destruyo los Marcomanos, que auian deseruido à Milan, perduxo el Imperio à los terminos que auia teniendo, hizo muros mas fuertes à la ciudad, fue hombre cruel y sangriento, mato vn hijo de su hermana, y el fue muerto por vn criado suyo, entre Constantinopla y Heraclia. Impero 5. años y seys meses: fue el primero que se puso corona en la cabeça de todos los Romanos, y se firuto de vestiduras de oro y de perlas. Vide Aure. Victo. Bap. Egna. lib. 1. y à Eutro. lib. 9.

ZENO BIA fue vna muger muy belicosa, la qual se loana decender de la familia de Cleopatra y de los Ptolemeros: im pero 8. años en nombre de sus hijos, y siendo vencida por Aureliano y auiedo triumphado della, a penas aun se pudo fugetar à las leyes Romanas. Fue muger castissima, muy graciosa, seuera y clemente adonde era necessario: lleuada para el triumpho para uase de muy cansada con el peso de las grades perlas que traia, aunque por otra parte era muy esforcada: traia el cuello, las manos y los pies atados con cadenas de oro: diole despues Aureliano vnos campos, y viuiu de allia delante no con menos hõrra que vna matrona Romana. Veras à Trebelio Polio.



VNIVERSIDAD  
DSALAMANCA

Imagen 13. Imágenes tomadas de la segunda parte del *Promptuarii iconum*, en su edición latina (1553) y en su traducción castellana (1561)<sup>1</sup>.

Por otra parte, como puede observarse mediante la comparación de ambas ediciones, la traducción de Martín Cordero manifiesta una gran fidelidad al original latino, incluso en lo que se refiere a la distribución de las planas. Por ello, en principio, la identificación de la edición utilizada por Miguel Daza no resultaría factible, a la vista de que su conocimiento del latín le capacita para traducir y parafrasear por sí mismo la de 1553. Sin embargo, un pequeño detalle observado en el cotejo minucioso de nuestro texto con las dos versiones del *Promptuario* nos obliga a plantear la hipótesis de que Miguel Daza se sirviera de la edición latina. Así, en el capítulo 27 del segundo libro del *Caballero de la Fe* (27, II; f. 192r), encontramos una apostilla referida a la figura de Plotina que remite al libro 8 de Eutropio, en un dato coincidente con el que puede leerse en la edición de 1553, frente al que proporciona la traducción castellana, en la que se dirige al lector al libro 2 de Eutropio –seguramente por error del cajista<sup>263</sup>. Dada la pasividad con la que el padre Daza acostumbra a copiar las referencias extraídas de fuentes secundarias, resulta poco plausible pensar que este hubiese subsanado la errata anterior, ofreciendo una solución coincidente con la edición latina. Razón por la que consideramos necesario partir de la hipótesis contraria.

A continuación, proporcionamos una tabla en la que registramos aquellos pasajes del *Caballero de la Fe* que dependen directamente del *Promptuarii iconum* de Guillaume Rouillé (1553), con la que podrá comprobarse la importante cantidad de entradas consultadas y extractadas de esta obra por parte de Miguel Daza<sup>264</sup>:

<b>Localización del pasaje en <i>El Caballero de la Fe</i></b>	<b>Temática</b>	<b>Funcionalidad en la trama</b>	<b>Localización de la fuente</b>
21, II; f. 174v	Sobre la	Diálogo entre Feridano	Guillaume Rouillé, <i>Promptuarii iconum...</i> , I

<sup>263</sup> Véase pág. 36 de la segunda parte en ambas ediciones.

<sup>264</sup> Con el fin de simplificar el sistema de referencias de la tabla, aunque las dos partes del prontuario latino se publicaron en volúmenes separados con títulos propios (*vid. supra*), nos referiremos a ambos con la denominación de *Promptuarii iconum*, indicando a continuación con números romanos la parte a la que pretendemos referirnos.

	historia de Hiponax	y Ardoniso	pág. 106, en la entrada sobre Hiponax.
27, II; ff. 191v-192r	Sobre las virtudes de los hombres y mujeres de Constantinopla	Amplificación del criado Carisio	<i>Promptuarii iconum...</i> , en las entradas dedicadas a: Mitrídates (I, pág. 148); Octavio Augusto (I, pág. 166); Aquiles y Políxena (I, pág. 50); Paris y Helena (I, pág. 48); Hermione (I, pág. 55); Tarquinio Prisco (I, pág. 96); Pantea (I, pág. 93); Cloelia (I, pág. 113); Estesilea (I, pág. 115); Mausolo y Artemisia (I, pág. 126); Berenice (I, pág. 133); Cenobia (II, pág. 75); Safo (I, pág. 97); Plotina (II, pág. 36); Elio Adriano (II, pág. 38); Menalipe e Hipólita (I, pág. 45); Ulises (I, pág. 49).
3, III; f. 210r	Sobre personajes de la Antigüedad, pintados en unos lienzos	Amplificación del narrador	<i>Promptuarii iconum...</i> , en las entradas dedicadas a: Escipión (I, pág. 141); Palas (I, pág. 16); Vesta (I, pág. 11); Zoroastes y Nino (I, pág. 12); Semíramis y Ninias (I, pág. 18); Salomón (I, pág. 61).
4, III; f. 212r	Sobre Pirro	Breve mención amplificatoria del Caballero de la Fe	<i>Promptuarii iconum...</i> , en la entrada sobre Pirro (I, pág. 137).
5, III; f. 217v	Sobre mujeres castas y enamoradas	Amplificación del narrador	<i>Promptuarii iconum...</i> , entradas dedicadas a: Cloelia (I, pág. 113); Egeria (I, pág. 87); Timandra (I, pág. 120).
6, III; f. 221r	Sobre personajes crueles	Amplificación del narrador	<i>Promptuarii iconum...</i> , entradas dedicadas a: Sila (I, pág. 149); Dionisio de Siracusa (I, pág. 130).

22, III; f. 272v	Sobre personajes valientes	Amplificación del narrador	<i>Promptuarii iconum...</i> , entradas dedicadas a: Sansón (I, pág. 57); David (I, pág. 61); Menalipe (I, pág. 45); Lisímaco (I, pág. 136).
22, III; f. 274r	Sobre Osiris	Breve mención ampliatoria de Palas	<i>Promptuarii iconum...</i> , en la entrada sobre Osiris (I, pág. 17, sobre Osiris).

### 6.3.4. La *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso (1519)

Constituye un importante atractivo del *Caballero de la Fe* el de incorporar en sus páginas abundantes descripciones geográficas, entre las que no faltan aquellas que atañen al recién descubierto continente americano. Se trata, pues, de una geografía real, de vastos límites –totalmente contraria a las coordenadas fabulosas que predominan en el *Amadís*–, cuya presencia se muestra creciente en la evolución del género:

A la clásica geografía artúrica (Escocia, Bretaña, Gaula) se suma, a partir de los palmerines, la grecoasiática, con eje en Constantinopla, o la de la Europa nórdica y septentrional, recreada en los clarianes, con la breve escala en las costas americanas propuesta por el *Belianís*, hasta entonces ausente en la cartografía caballerescas<sup>265</sup>.

En efecto, los espacios con entidad histórica van ganando protagonismo, hasta el punto de que, como han demostrado Sylvia Roubaud y M<sup>a</sup> del Rosario Aguilar Perdomo, algunos títulos caballerescos manifiestan una precisión tal en sus descripciones que obliga a pensar en el manejo por parte de sus autores de las cosmografías y los portulanos de la época, como sucede en *Clarián de Landanís*, *Belianís de Grecia* y *Felixmarte de Hircania*<sup>266</sup>. Así ocurre también en el *Caballero de*

<sup>265</sup> M. C. Marín Pina, *Páginas de sueños...*, pág. 43.

<sup>266</sup> Con respecto al *Belianís*, Sylvia Roubaud ha explicado cómo sus descripciones geográficas de Europa, África y Asia constituyen «el típico reflejo de la cultura geográfica de un letrado del Renacimiento, más familiarizado con los heterogéneos tratados geográficos de la Antigüedad que dispuesto a acoger la nueva

la *Fe*, donde, además de encontrar una sorprendente presencia del territorio peninsular como escenario predilecto de aventuras, detectamos un decidido esfuerzo por reproducir con palabras la cartografía del mundo conocido. Pero, en este sentido, Miguel Daza va mucho más lejos que los autores anteriores, ya que sus informaciones geográficas no se limitan a enunciar la multitud de lejanos territorios visitados por el protagonista, sino que, en su libro de caballerías, estas gozan de una sobreabundancia y de un grado de especialización más propios de una «carta de mareantes» –como explica Agustín de Mora en el soneto al lector (f. 376r)–.

De este modo, frente a la vaguedad con la que Velázquez del Castillo, Jerónimo Fernández o Melchor Ortega realizan el cálculo de las distancias y la duración de los viajes, nuestro autor procede a este respecto con la minuciosidad de un auténtico navegante. Asimismo, de otro lado, el interés por la *imago mundi* adquiere en su particular miscelánea un espacio discursivo propio, exclusivamente dedicado a la geografía como ámbito de conocimiento. Todo lo cual se sustenta en el profuso empleo que Miguel Daza efectúa de tres obras contemporáneas, a saber: la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso (1519), la *Cronografía o repertorio de los tiempos* de Jerónimo de Chaves (1548) y la *Historiarum sui temporis* de Paolo Jovio (1550-1552). Una cosmografía, una cronografía y una crónica que, no obstante, tienen en común la ventaja de proporcionar de un modo u otro una representación completa del globo terráqueo, desde el punto de vista de la geografía física o humana. De todas ellas se hace un uso indiscriminado en nuestra obra, por el que, claro está, su identificación ha

---

realidad surgida de la experiencia»; de manera que «en su mapa vuelven a inscribirse, como en el del *Clarián*, esos topónimos de diversa época y procedencia que, al coexistir unos con otros, oscurecen la percepción del espacio» («Calas en la narrativa caballeresca renacentista. El *Belianís de Grecia* y el *Clarián de Landanís*», en Jean Canavaggio [ed.], *La invención de la novela*, Madrid, Casa de Velázquez, 1997, págs. 75). Con todo, a causa de las alusiones al continente americano, sugiere la posibilidad de que su autor se sirviese de la contemporánea *Suma de geografía* de Fernández de Enciso (1519), precisamente la primera de estas características en ocuparse del cuarto continente. Esta misma fuente ha sido propuesta para el *Felixmarte de Hircania* por María del Rosario Aguilar Perdomo, junto a otras posibles como la *Geografía* de Pomponio Mela (1498) o el *Libro de la Cosmografía* de Pedro Apiano (1548) (cf. «Geografía real y geografía imaginaria en el *Felixmarte de Hircania* (1556) de Melchor de Ortega», en Carmen Parrilla y Mercedes Pampín (eds.), *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval [A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001]*, A Coruña, Universidade da Coruña, Toxosoutos, 2005, I, págs. 235-250).

resultado mucho más sencilla y plausible, permitiéndonos verificar fuentes que hasta ahora tan solo habían podido ser sugeridas.

De los títulos anteriores, la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso es el único sobre el que puede ponerse sin escrúpulo alguno la etiqueta de «tratado de geografía», por lo que no resulta extraño que sea esta precisamente la fuente más empleada por el padre Daza en los pasajes que se nutren de esta disciplina. La obra cosmográfica de este bachiller en leyes civiles (¿Sevilla?, ca. 1469 - ca. 1530), afamado sobre todo por su controvertida participación en la conquista de América<sup>267</sup>, fue publicada por primera vez en Sevilla en el año 1519, en la imprenta de Jacobo Cromberger, conociendo unos años después una segunda edición con revisiones autoriales (Sevilla, Juan Cromberger, 1530)<sup>268</sup>. Desde el punto de vista de su contenido, puede dividirse en dos partes fundamentales: la primera se propone al lector como un didáctico manual de cosmografía; la segunda, y más extensa, proporciona una detallada descripción geográfica de la Tierra, a la que cabe el mérito de ser pionera en la comprensión del Viejo y el Nuevo Mundo<sup>269</sup>. Tras esta, debería haber aparecido un útil mapamundi que nunca llegó a publicarse, seguramente por motivos políticos – relacionados con la disputa con Portugal por los nuevos territorios–. Esta articulación

---

<sup>267</sup> Una breve biografía de este personaje puede encontrarse en el estudio introductorio a la edición de la *Suma de geografía* realizada por el profesor Mariano Cuesta Domingo (Martín Fernández de Enciso. *Suma de Geographía*. Madrid. Museo Naval. 1987, págs. 11-22).

<sup>268</sup> Sobre la *Suma de geografía* puede consultarse la citada introducción a la edición de Cuesta Domingo (*idem*, págs. 25-51), así como la realizada por José Ibáñez Cerda para una edición facsimilar de la obra (Madrid. Estades. 1948). Además, resultan muy esclarecedores los distintos artículos dedicados a este tratado por Amando Melón Ruiz de Gordejuela (de entre los que destacamos el más reciente: «El primer manual español de geografía», en *Estudios geográficos*, 1977, 38, págs. 225-242), así como la entrada referida a Martín Fernández de Enciso en el *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España* de Jose María (Barcelona. Ediciones 62. 1983).

<sup>269</sup> A este propósito conviene recordar que en la época la geografía se entendía como parte de la cosmografía, pues esta, tal y como explica el diccionario de *Autoridades*, se ocupa de «la descripción del mundo», y «distínguese de la geografía, como el todo de la parte; porque la geografía sólo describe la situación de la tierra, y la cosmografía explica todo lo elemental y esfera celeste» (*s.v. cosmografía*). Así también lo especifica contemporáneamente Pedro Apiano: «Todas estas cosas y las semejantes, con declaraciones mathemáticas, claramente demuestra la cosmographía, la qual diffiere de la geographía; porque la cosmographía describe la tierra por los círculos del cielo, debaxo de los quales está, y no por los montes, mares, ríos, ni otras particularidades, como haze la geographía» (véase *DICTER, Diccionario de la ciencia y de la técnica del Renacimiento, s.v. cosmografía* [recurso digital:< <http://dicter.usal.es/>>]).

bimembre es anunciada claramente por el propio autor en su prólogo dirigido al joven rey don Carlos:

Acordé de poner mi trabajo en hacer una suma de las provincias y partidas del universo en nuestra Inegua castellana, por que mejor las comprendiesen los que la leyesen y a más personas aprovechase [...]. Y por que demás de ser agradable de leer fuese provechosa, así a vuestra alteza, a quien más pertence saber las provincias y cosas del universo y lo que en cada una hay y a dónde cae, como a sus pilotos y marineros, a quien vuestra alteza encomienda los viajes cuando envía a descubrir tierras nuevas, acordé de poner en el principio el cuerpo esférico en romance, con el regimiento del Norte y del Sol y con sus declinaciones y con la longitud y latitud del universo<sup>270</sup>.

Tal y como sugiere Fernández de Enciso, en virtud de esta consciente reunión de conocimientos cosmográficos teóricos y prácticos, la *Suma* podía también hacer las veces de un auténtico tratado de navegación. Por ello, las breves lecciones iniciales de raigambre ptolemaica se complementan con unas «tablas de regimiento del Polo» y una breve incursión en la teoría meteorológica. Paralelamente, la delineación del mundo, «por dar claridad desto a los navegantes», ofrece «las costas de las tierras por derrotas y alturas, nombrando los cabos de las tierras y el altura y grados en que cada una está»; además de enunciar en el paraje de cada costa «el río que en ella entra en la mar, y las sierras y montes de donde nace, y las provincias por donde pasa»<sup>271</sup>. Lo cual explica que las páginas de la segunda parte del tratado fuesen especialmente indicadas para conocer valiosos detalles sobre la orografía y la hidrografía de una región, pero también para trazar con precisión periplos marítimos: aplicaciones que se corresponden con los dos usos principales que la *Suma de geografía* recibe en nuestro libro de caballerías, donde es tomada como referente al menos en seis ocasiones.

La primera de estas funcionalidades puede apreciarse, por ejemplo, en el capítulo 19 del segundo libro de la obra, donde los caballeros Ardoniso y Feridano topan con una doncella en apuros en las inmediaciones de la ciudad castellana de Grisa –nombre en clave tras el que se esconde el topónimo de Guadalajara–. Al llegar a su

---

<sup>270</sup> Seguimos la transcripción de Cuesta Domingo basada en la *princeps* sevillana, junto a la que se recogen en nota las variantes autoriales de la edición de 1530 (ob. cit., pág. 69).

<sup>271</sup> Edición de Cuesta Domingo, ob. cit., pág. 70.

encuentro, este personaje solicita la ayuda de los caballeros andantes en favor de su señor, el heredero del reino de Misia, preso en un castillo próximo por un gigante infiel. Como preámbulo a su petición, la dama lleva a cabo una concienzuda delimitación cartográfica de su tierra natal, coincidente en todos sus detalles con aquella proporcionada por la *Suma* de Fernández de Enciso a propósito del territorio de Misia. De ella se toman todas las informaciones necesarias para dibujar la ubicación exacta de la provincia de la doncella, eliminándose aquellas referencias contemporáneas que hubieran resultado anacrónicas y añadiéndose pequeñas digresiones que conectan el texto expositivo con la narración –o, simplemente, suman algún dato de cultura general–, tal y como puede observarse en la siguiente tabla comparativa:

Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	Martín Fernández de Enciso, <i>Suma de geografía</i> (1519)
<p>–Sabréis, señores caballeros –dixo la doncella puesta en medio en boz alta–, que en la probincia de Misia, que está en la Grecia no muy lexos de Constantinopla... Porque saliendo de ella por el mar Exinio al norte, cuarta al nordeste, a cuarenta leguas, está el puerto de Mosember, donde está una hermosa ciudad (y aun de allí son naturales estos mis escuderos, que criados fueron de la emperatriz de Constantinopla); está esta ciudad y puerto en 47 grados. Desde Mosember se buelbe la costa al este asta el cabo del Enano; desde aquí vuelbe la costa a la media partida del norte y norueste quince leguas que ay asta el Puerto de Barba. De aquí adelante ya entran las vertientes que ban a dar al Danubio, y se acaba la Grecia desde este puerto, qu'es en el cual entra el río; por el cual se dice haber venido Jasón cuando de Colcos truxo el vellocino dorado y ser aquí donde vino Cadino y sus hermanos, hijos del rey Agenor, cuando vinieron a buscar a su hermana Europa (a</p>	<p>Desde el cabo de Constantinopla vuelve la costa por el mar Euxino al Norte, cuarta al Nordeste, cuarenta leguas hasta el puerto Mosember, que es buen puerto a do está una hermosa ciudad. Está Constantinopla en cuarenta y seis grados. Mosember en cuarenta y siete. Desde Mosember vuelve la costa al este hasta el cabo del Enano; y desde el cabo del enano vuelve la costa a la media partida del Norte y Noroeste quince leguas hasta el puerto de Barba. De aquí adelante entran las vertientes de las aguas que van al Danubio, y se acaba la tierra llamada Grecia; la cual ahora es de turcos que la poseen. Barba es buen puerto y entra en él un buen río. Aquí dicen que vino Jasón cuando trajo a Medea de Colcos y el vellocino dorado que ganó. Aquí vinieron Cadino y sus hermanos, hijos del rey Agenor, cuando los envió su padre a buscar a Europa, su hermana; del nombre de la cual se llamó la tierra Europa. Aquí es la provincia de Misia. Desde el puerto de Barba</p>



<p>la cual Júpiter en blanco toro había robado). Pues esta tierra adentro al norte cuarta a nordeste es la probincia de Misia, continiendo en sí a Pangali y a Caratra asta donde por cinco braços entra el Danubio en la mar [19, II; f. 169r].</p>	<p>hasta el cabo de Pangali hay veinte y cinco leguas. Está Pangali al Nordeste en cuarenta y nueve grados. En este medio está el puerto de Caratra, y en este cabo entra el río Danubio por cinco brazos en la mar<sup>272</sup>.</p>
--	--

Esta misma estrategia será empleada para construir las intervenciones de otros dos personajes que se sentirán en la necesidad de dar cuenta de las coordenadas de sendas regiones: así sucede con la descripción de diversas provincias italianas pronunciada por la enana Aristeia ante Camiliana (25, III) o con aquella que el criado del rey de Tocena realiza de las posesiones de su señor (26, III).

---

<sup>272</sup> Edición de Cuesta Domingo, ob. cit., pág. 148.

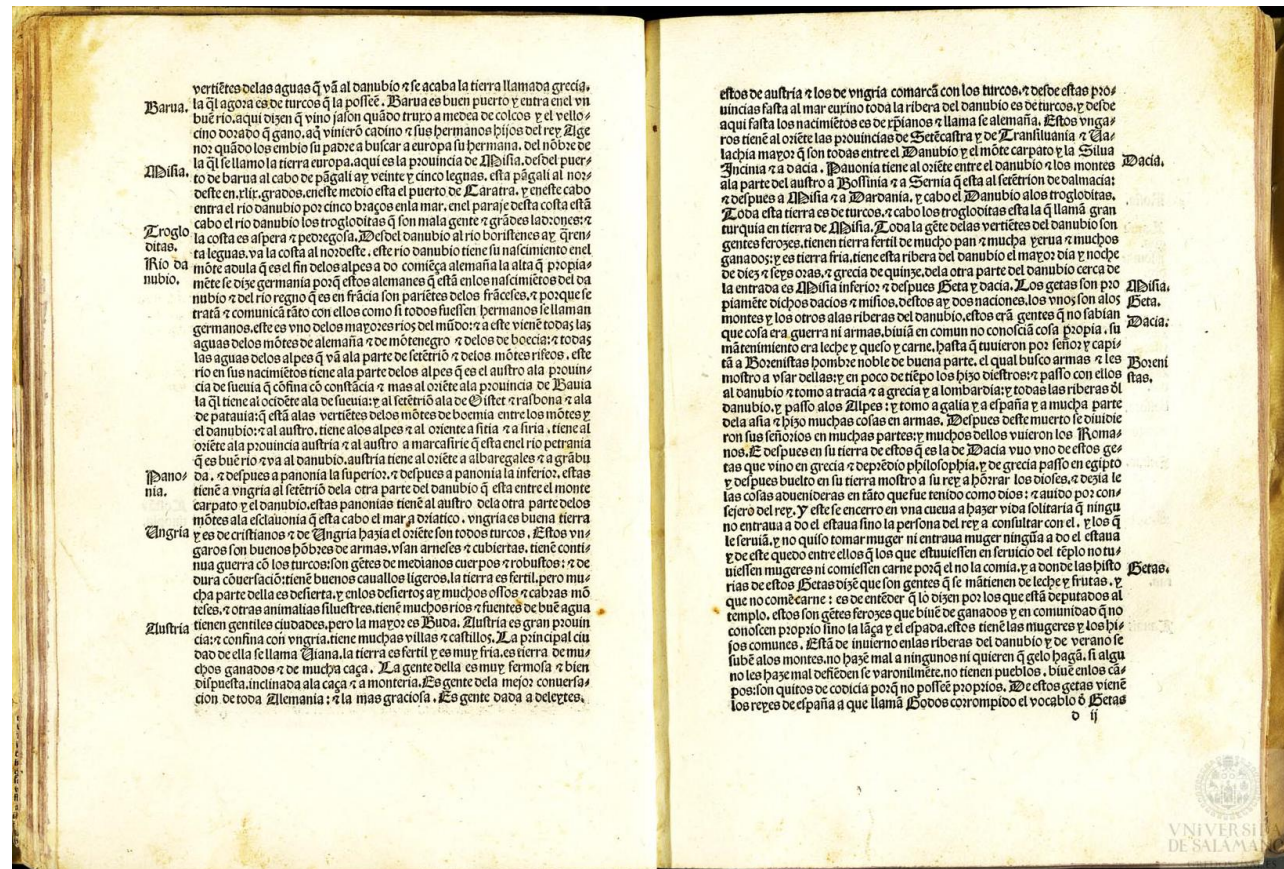


Imagen 14. *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso (Sevilla, Jacobo Cromberger, 1519)<sup>273</sup>.

<sup>273</sup> Al comienzo de la página de la izquierda puede leerse parte de la descripción de los territorios circundantes a Misia a la que acabamos de referirnos. La imagen procede de uno de los ejemplares de la *Suma de geografía* conservados en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Salamanca (BG/32580[1]), disponible en red en su Biblioteca Digital (<<http://hdl.handle.net/10366/122892>>). Las páginas que pueden visualizarse corresponden al vuelto del f. di y al recto del f. dii.

Sin embargo, la obra de Fernández de Enciso será empleada con mayor prodigalidad por lo que esta tiene de manual para navegantes prácticos. Ya que, ciertamente, la prioridad que las costas representan en su discurso resulta de gran provecho a nuestro autor para trazar el itinerario de su protagonista. Así pues, la perfecta adecuación existente entre los objetivos de ambos autores permitirá que el padre Daza introduzca en la fábula caballeresca las informaciones contenidas en el extenso epígrafe dedicado a Europa en el tratado de geografía, a propósito del largo viaje que el Caballero de la Fe efectúa desde el puerto de Hispalis hasta el de Constantinopla. Distribuida su narración a lo largo de los capítulos 4 y 8 del tercer libro, en su mayor parte la redacción resultante es fruto de una apretada síntesis de los varios folios de la *Suma* en los que se delinea precisamente la costa Mediterránea, desde Gibraltar hasta Grecia. De esta forma, Miguel Daza procede acometiendo una eficaz selección de los enclaves esenciales que pueden servir de balizas en la ruta, interrumpiendo de cuando en cuando la relación puesta en boca del cronista Nictemeno para dar cuenta de diversas aventuras acontecidas en el recorrido. No obstante, en algunos tramos de la navegación el narrador es más pródigo en detalles cartográficos, llevándose a cabo entonces una paráfrasis prácticamente literal de la fuente, tal y como puede apreciarse en el cotejo de fragmentos como el que sigue:

Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	Martín Fernández de Enciso, <i>Suma de geografía</i> (1519)
De allí del cabo de Sansevera fuimos al cabo de Ausa; a la media partida del este sueste, en 44 grados y medio tiene el cabo de Ausa a la parte del sur a la isla Ponta. De Ausa fuimos al Garellano, que ay trece leguas; del Garellano a Nápoles ay otras trece. Esta es hermosísima ciudad, mas porque teníamos vuen viento pasamos adelante. Y, así, de la punta del <i>Castel</i> que entra en la mar fuimos al cabo de Salerno, que ay 25 leguas. Y está Salerno a la media partida del este sueste;	Desde el cabo de Sant Severán al cabo de Ausa hay dieciocho leguas. Está el cabo de Ausa a la media partida del este-Sueste en cuarenta y tres grados y medio. Tiene el cabo de Ausa a la parte del Sur de la isla Ponta. Desde el cabo de Ausa al Garellano hay trece leguas; de la punta de Garellano a Nápoles otras trece. Está Nápoles al Este, cuarta al Nordeste en sesenta y tres grados. Nápoles es buen reino, cabeza del reino de Nápoles. Es ciudad muy nombrada, noble y rica,

Salerno y Polica y Soales son buenos puertos. De Salerno a Belber ay diez leguas al sueste cuarta al sur; ay desde Belber al cabo de Rixoles 35 leguas y está Rixoles al sur cuarta al sueste en 44 grados y medio; dejamos en medio el puerto de Duraço [9, III; f. 228r].	de mucho trato. Hay en ella muchos mercaderes ricos y nobles caballeros; es la mejor ciudad de la Italia después de Roma. Sobre la ciudad entra una punta del Castelamar. De esta punta hasta el cabo de Salerno hay veinticinco leguas. Está Salerno a la media partida del Este-Sureste. Salerno y Polica y Soales son buenos puertos, y Solaes tiene un isleo en medio. Tiene Salerno a Belver a diez leguas al Sueste, cuarta al sur. Hay desde Belver al cabo de Rijoles treinta y cinco leguas. Está Rijoles al sur, cuarta al Sureste, en cuatro grados y medio. Está en medio del puerto de Durazo [...] <sup>274</sup> .
---	---

A estas dos funcionalidades resta sumar una tercera y última, en la medida en que la *Suma de geografía* será también tomada como soporte para la invención de una peculiar aventura mágica. Sin embargo, en esta ocasión, esta ejercerá de fuente subsidiaria, complementando los abundantes datos extraídos de otro tratado: la *Cronografía o repertorio de los tiempos* de Jerónimo de Chaves; razón por la que examinaremos estos préstamos en el siguiente epígrafe. A continuación, proporcionamos la localización de todos los pasajes que toman como referencia la obra de Fernández de Enciso, de los que pueden desprenderse con facilidad las principales aplicaciones señaladas hasta aquí:

<b>Localización del pasaje en <i>El Caballero de la Fe</i></b>	<b>Temática</b>	<b>Funcionalidad en la trama</b>	<b>Localización de la fuente</b>
18, II; ff. 164v-167r	Descripciones de los territorios	Aventura mágica de la sala de Diana	Martín Fernández de Enciso, <i>Suma de geografía</i> , Mariano Cuesta Domingo, Ed., Madrid, Museo Naval, 1987, pág. 151 y

<sup>274</sup> Como puede apreciarse, la adaptación del padre Daza no está exenta de algunos errores transpositivos que afectan a los numerales. La transcripción procede de la edición de Cuesta Domingo, ob. cit., pág. 141.

	cercanos a los Montes Rifeos y a Mauritania		págs. 185-186.
19, II; f. 169r	Descripción del reino de Misia	Intervención de una doncella en apuros, natural de Misia	<i>Suma de geografía...</i> , pág. 148.
4, III; ff. 213v-214v	Itinerario desde Hispalia hasta Aguas Muertas	Relación del narrador	<i>Suma de geografía...</i> , págs. 136-138.
8, III; f. 228r	Itinerario desde Aguas Muertas hasta Grecia	Relación del narrador	<i>Suma de geografía...</i> , págs. 139-143.
25, III; f. 285r	Descripción de las regiones de Lombardía y Campania	Intervención de la enana Aristeia, a su llegada a Italia	<i>Suma de geografía...</i> , pág. 139.
26, III; f. 287v	Descripción de los territorios del gigante rey de Tocena	Intervención del criado del rey de Tocena	<i>Suma de geografía...</i> , pág. 159.

### 6.3.5. La *Cronografía o repertorio de los tiempos* de Jerónimo de Chaves (1548)

Reflejo del creciente interés que el siglo XVI manifestó por la cosmografía – principalmente a causa de las expectativas y necesidades originadas tras el descubrimiento de América– es también la *Cronografía o repertorio de los tiempos* de Jerónimo de Chaves (1548), continuadora en buena parte de su contenido de la senda abierta por la *Suma de geografía* de Fernández de Enciso (1519). Su aparición se

produce al amparo del patronazgo ejercido por la Casa de Contratación, que, pese a haber sido creada por los Reyes Católicos en 1503 con fines primordialmente administrativos, pronto se convirtió en un verdadero centro de enseñanza náutica. Allí se acumulaban todos los materiales que conformaban el saber naval de la época, impulsándose la investigación cosmográfica y la creación de instrumentos útiles a esta ciencia. Por lo que resulta comprensible que sea en este contexto donde tenga su origen tanto la traducción y ampliación del *Tratado de la Esfera* del matemático inglés Johannes de Sacro Bosco (1545) como la aparición de la citada *Cronografía* (1548), ambas resultado de la labor de Jerónimo de Chaves (1523-1574), quien no en vano merecería el nombramiento de primer catedrático de Cosmografía de la Casa de Contratación en 1552<sup>275</sup>.

La primera edición de la *Cronografía o repertorio de los tiempos* salió de las prensas sevillanas de Juan de León en 1548, siendo objeto de más de diez reediciones a lo largo de todo el siglo que dan cuenta de su notable éxito. Inscrita por su título en el género clásico de las cronografías –de contenido esencialmente historiográfico–, la extensa glosa que lo acompaña da cuenta del carácter marcadamente enciclopédico que para el momento habían adquirido dichos repositorios de erudición. Así, en la portada de la *princeps* puede leerse: «Chronographía o repertorio, el más copioso y preciso que hasta agora ha salido a la luz: en el qual se tocan y declaran materias muy provechosas

---

<sup>275</sup> Sobre la obra y la figura de este cosmógrafo, sucesor en el cultivo de esta disciplina de su padre, el famoso navegante Alonso de Chaves, nos ha sido de gran utilidad el reciente artículo de José Miguel Cobos Bueno y José Ramón Vallejo Villalobos («Jerónimo de Chaves: primer catedrático de Cosmografía de la Casa de Contratación de Sevilla», en Félix Iñesta Mena, Felipe Lorenzana Lapuente y Francisco Mateos Ascacibar [coords.], *España, el Atlántico y el Pacífico, y otros estudios sobre Extremadura*, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2014, págs. 139-154), así como el estudio de José Pulido Rubio sobre su progenitor (*El piloto mayor de la Casa de la Contratación*. 2ª ed. Sevilla. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. 1950, especialmente págs. 68-75, 80-82, 409-412). A estas informaciones pueden sumarse aquellas contenidas en dos obras de carácter más panorámico: Felipe Picatoste y Rodríguez, *Apuntes para una biblioteca científica española del siglo XVI: estudios biográficos y bibliográficos de ciencias exactas, físicas y naturales y sus inmediatas aplicaciones en dicho siglo*. Madrid. [s.n.]. 1891, págs. 71-73; J. M.<sup>a</sup> López Piñero *et al.*, ob. cit., s.v. Jerónimo de Chaves. Asimismo, acerca de la faceta de hombre de letras de Jerónimo de Chaves, resulta muy revelador el estudio de su biblioteca realizado por Klaus Wagner: «A propósito de la biblioteca de Jerónimo de Chaves, catedrático de cosmografía de la Casa de Contratación, y el paradero de algunos de sus libros», en Manuel Peña Díaz, Pedro Ruiz Pérez y Julián Enrique Solana Pujalte (coords.), *La cultura del libro en la edad moderna: Andalucía y América*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2001, págs. 187-231.

de filosofía, astrología, cosmografía y medicina»<sup>276</sup>. La organización de estas variadas materias es explicada por el propio autor al inicio de la obra, en la «breve y sumaria declaración de todo lo contenido en este libro»<sup>277</sup>, donde Chaves expone su división en cuatro tratados temáticos: el primero, «trata del tiempo y su división, según y en la manera que fue considerado y diviso por los hombres en partes mayores y menores», conteniéndose en él tanto los calendarios usuales como la enunciación de las sucesivas edades del mundo, con una cronología específica de los papas; el segundo se dedica a «la descripción general del mundo», explicándose en él tanto las propiedades de los elementos que lo conforman, como la disposición de la región celeste y terrestre, de acuerdo con la perspectiva ptolemaica; el tercero «contiene la diversidad de los ciclos y los calendarios», con la elucidación y predicción de los eclipses venideros; mientras en el último se proporcionan nociones de medicina en concordancia con la astrología, en función de las cuales se añaden unas lecciones finales de predicción meteorológica<sup>278</sup>. Como puede intuirse, la compilación unitaria de estos contenidos se justifica bajo una amplia comprensión del concepto ‘tiempo’, de la que a Miguel Daza interesan especialmente aquellos conocimientos que sirven para medirlo: es decir, el tratado segundo, dedicado a la cosmografía.

En efecto, nuestro autor acude al manual de Jerónimo de Chaves a causa de las atrayentes posibilidades que ofrece a su libro de caballerías la descripción geográfica del globo allí contenida. Pues, frente a la importante extensión dedicada en el tratado de Fernández de Enciso a cada una de las cuatro partes del mundo, Chaves presenta una

---

<sup>276</sup> Hemos extraído esta transcripción del repertorio bibliográfico de J. M. López Piñero y Francesc Bujosa Homar, *Los Impresos Científicos Españoles de los siglos XV y XVI. Inventario, bibliometría y thesaurus, I*, donde puede encontrarse una rigurosa nómina de los ejemplares conservados de las distintas ediciones de la *Cronografía* de Jerónimo de Chaves (Valencia. Universidad de Valencia. 1981, I, pág. 109).

<sup>277</sup> Para el cotejo con la redacción del *Caballero de la Fe* nos hemos servido de una edición tardía (Sevilla. Fernando Díaz. 1580) –cercana a la fecha de composición de nuestro manuscrito–, puesto que la *Cronografía* sufrió sucesivas revisiones por parte de su autor. De hecho, encontramos en nuestro libro de caballerías el préstamo de algunas adiciones del tratado de Chaves que no aparecen en las versiones iniciales, como la sevillana de 1554 (impresa por Martín de Montedoca). El ejemplar que hemos manejado se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla (A Res. 21/3/20); la «sumaria declaración» ocupa allí los ff.6r/v.

<sup>278</sup> *Ibidem*.

concisión mucho más favorable al marco de la narración caballeresca, por cuanto prescinde de las prolijas coordenadas geográficas de aquel. Así, apenas cinco folios son necesarios para contener los cuatro epígrafes correspondientes a los distintos continentes (títulos vi-ix), de todos los cuales se sirve el padre Daza para ofrecer a sus lectores una visión completa de la Tierra. Ello sucede al hilo de la aventura protagonizada por Feridano y Ardoniso en el Castillo de la Rubia Mora, al término de la cual estos caballeros reciben como premio adentrarse en la sala de Diana, donde se custodia flotando sobre el aire «un globo circular, el cual se hacía y formaba como de agua y tierra, descubriéndose la tierra a pedaços y estando a pedaços cubierta, cual si fuera una bola formada de barias ceras de distintas colores» (17, II; f. 164r). Allí, gracias a los poderes de la Rubia Mora, una de sus doncellas puede poner en movimiento dicha esfera, permitiendo a sus visitantes visualizarla «en universal».

De este modo, a través del diálogo entre Feridano, Ardoniso y la doncella, todo el capítulo 18 del segundo libro se dedica a desarrollar una viva descripción de Europa, África, Asia y el Nuevo Mundo; esta última, posibilitada en virtud de la intervención de las artes mágicas, pues el continente americano todavía no ha sido descubierto en el tiempo de la narración. Como demuestra el cotejo de nuestro libro de caballerías con el tratado de Jerónimo de Chaves, las interlocuciones de todos estos personajes constituyen una paráfrasis exacta y lineal de las señaladas páginas de la *Cronografía*, de las que apenas se elimina alguna frase. Asimismo, el seguimiento detenido del texto de Daza pone al descubierto la presencia de sendos pasajes procedentes de la *Suma de geografía* de Enciso, insertos respectivamente al término de las descripciones de Europa y de África: es decir, nuestro autor construye su descripción de la Tierra apoyado fundamentalmente en Chaves, pero enriquece estos materiales con otros procedentes de una fuente complementaria, bien conocida por él. Así puede apreciarse en la siguiente tabla comparativa, donde confrontamos algunos fragmentos del pasaje dedicado a África con sus respectivos modelos:



Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	Jerónimo de Chaves, <i>Cronografía o repertorios de los tiempos</i> (1548)
<p>–Así es verdad –dixo Ardoniso–, mas es grandísima probincia, porque se estiende desde el estrecho de Gibaltar y mar Atalántico, donde están las islas Fortunatas o Canarias, asta el seno arábico, llamado el mar Vermexo; termínase por la parte septentrional con el mar de Lebante que de la Europa la dibide. Al mediodía tiene el mar de Etiopía y el índico occidental; al oriente, el mar Vermexo, que la divide del Asia; al occidente, el mar Ozéano y Atalántico. Y las probincias que contiene son estas: Mauritania y Tingitana, donde están los reinos de Fez y Marruecos; Mauritania Cesariense es donde están los reinos de Tremecén y Orán; en Numidia está Argel y Vugía; África, donde es el reino de Túnez y la ciudad llamada África, y donde son los Jelbes y trípol de Verbería. Cirenaica, por otro nombre dicha Pentápolis. Libia, donde es el templo de Amón: esta confina con la Marmárica y Tebais. Egipto, donde está Alexandría; Etiopía sub Egipto, donde está el reino de Nubia y la ínsula de Meroe y todo el gran reino del rey de los tomistas o Preste Juan. Libia la interior, donde están los Garamantes. Etiopía Magna, o <i>per totum</i>, donde está la Guinea y Monicongo y Quiola y otros muchos. Asimismos ben aquí en África los reinos de Yolofe y Cantor y Getulia, Mandinga. Y la región troglodítica, donde nace la más fina mirra del mundo. Tiene dentro de la tierra otros infinitos reinos.</p>	<p>Estiéndese desde el estrecho de Gibraltar y mar Atlántico, donde están oy día las Canarias, hasta el seno arábico, llamado mar Bermejo. Y esta es la mejor y más razonal opinión de los cosmógrafos. Termínase por la parte septentrional con el mar de Levante que la divide de la Europa, al mediodía tiene el mar de Etiopía y el Índico occidental; al oriente, el mar Bermejo, que la divide del Asia; el occidente, el mar Océano y Atlántico. Contiene en sí doze provincias, según la descripción de Ptolomeo, y son estas: Mauritania Tingitana, donde está el reino que llaman de Fez, y el que dizen de Marruecos; Mauritania Cesariensis, donde es el reino de Tremecén y Orán; Numidia, donde es Argel y la Bugía; África, donde es el reino de África y está la ciudad llamada África, y donde son los Gelves y el Trípol de Berbería. Cirenaica, por otro nombre dicha Pentápolis. Libia, donde es el templo de Hamón: esta confina con la Marmárica y Tebais. Egipto, donde está Etiopía, ciudad antigua y de gran fama. Etiopía sub Egipto, donde es el reino de Nubia y la ínsula de Meroe, y donde es el reino que dicen del Preste Juan. Libia interior, donde están los garamantes y do se hallan diversos géneros de serpientes. Etiopía Magna, o <i>per totum</i>, en la cual está la Guinea y el reino de Manicongo, el reino de Quiola y otros muchos. Está asimismo en esta África el reino de Yolofe, y cantor, Getulia, Mandinga. La troglodítica región donde nace la más fina mirra. Ay otras provincias y reinos dentro de la tierra, de quien no se tiene entera relación [...] <sup>279</sup>.</p>

<sup>279</sup> *Idem*, tratado segundo, título vi, «De la Europa», ff. 92r/v.

[...]	Martín Fernández de Enciso, <i>Suma de geografía</i> (1519)
<p>–¿Cómo se llama, señora –dijo Feridano– aquel cabo?</p> <p>–Llámase Azamor –dijo la doncella– y ay asta Cautín 30 leguas. Y está el cabo de Cautín al sudueste cuarta al oeste en 32 grados y medio; en medio está Mazagán, qu'es como beis vuen puerto. Pasado Cautín está el río y puerto de Zafir. Más adelante Modogor tiene allí aquel isleo en medio y a la salida hacia el oeste tiene unos baxos que llegan asta el cabo de Ossén; están al sur cuarta al sudueste veinte y cinco leguas en 31 grados. Tras el cabo está el golfo de Ossén, más adelante está el cabo de Aguer veinte y cinco leguas, y está al sur en 30 grados. Pasado este cabo de Aguer mora el golfo de Meca, qu'es vuenpuerto y tiene buen río. Más adelante está el cabo de Nan, al sur cuarta al sudueste; ay del cabo de Aguer al de Nan 28 leguas; está Nan en 28 grados y medio. Del cabo de Nan al del Boxador ay 60 leguas, está el cabo de Boxador al sudueste cuarta al oeste en 22 grados y medio [18, II; ff. 165r-166r].</p>	<p>Desde Azamor hasta Cautín hay treinta leguas. Está el cabo de Cautín al Sudoeste, cuarta al Oeste, en treinta y dos grados y medio. Está en medio Mazagán, que es buen puerto. Pasado el cabo de Cautín está el río y puerto de Casir; y más adelante Modogor tiene en medio un isleo; y a la salida hasta el Oeste tiene unos bajos que llegan hasta el cabo de Osén. Están al Sur, cuarta al Sudoeste, veinte y cinco leguas, en treinta y un grados; y tras el cabo está el golfo de Osén. Más adelante del cabo de Osén está el cabo de Aguer. Está el cabo de Aguen del cabo de Osén veinte y cinco leguas y está al Sur en treinta grados. Y pasados el cabo de Aguer está el golfo de Meca, que es buen puerto y tiene buen río; y más adelante está el cabo de Nan al Sur, cuarta al Suroeste. Hay desde el cabo de Aguer al cabo de Nan veinte y ocho leguas. Está el cabo de Nan en veinte y ocho grados y medio. Cabo el cabo de Nan están unos bajos que llegan cerca de la tierra. Desde el cabo de Nan al cabo de Bojador hay sesenta leguas. Está el cabo de Bojador al Sudoeste, cuarta al Oeste. En 22 grados y medio [...]<sup>280</sup>.</p>

Como a continuación expondremos, el recurso a las aventuras y los objetos mágicos volverá a emplearse como cauce para la exposición del saber geográfico: esta vez, con el apoyo de la exitosa crónica de Paulo Jovio (1550-1552). Por lo que, en consecuencia, puede afirmarse que, en la búsqueda de espacios discursivos propios para la inserción de contenidos de carácter enciclopédico, nuestra obra se sirve también de los recursos más característicos del género caballeresco. A continuación,

<sup>280</sup> M. Fernández de Enciso, *Suma de geografía...*, pág. 186.

proporcionamos una tabla con la localización de los pasajes de los tratados de Fernández de Enciso y Jerónimo de Chaves empleados en la aventura de la Sala de Diana, de acuerdo con el orden en que allí aparecen; lo que facilitará la comprensión del proceso de construcción de este episodio:

<b>Localización del pasaje en <i>El Caballero de la Fe</i></b>	<b>Temática</b>	<b>Funcionalidad en la trama</b>	<b>Localización de la fuente</b>
18, II; ff. 164v-167r	Descripción de Europa, África, Asia y el Nuevo Mundo	Aventura mágica de la sala de Diana: visión de la Tierra en la esfera mágica	<p>Descripción de Europa:</p> <p>-Jerónimo de Chaves, <i>Cronografía o repertorio de los tiempos</i>, Sevilla, Fernando Díaz, 1580; tratado segundo, título vi, «De la Europa» (ff. 90v-91v).</p> <p>-<i>Suma de geografía...</i>, pág. 151. Fragmento dedicado a los montes Rifeos.</p>
			<p>Descripción de África:</p> <p>-<i>Cronografía...</i>, tratado segundo, título vii, «Del África» (ff. 91v-92v).</p> <p>-<i>Suma de geografía...</i>, págs. 185-186. Fragmento sobre Mauritania.</p>
			<p>Descripción de Asia:</p> <p>-<i>Cronografía...</i>, tratado segundo, título viii, (ff. 92v-94r).</p>
			<p>Descripción del Nuevo Mundo:</p> <p>-<i>Cronografía...</i>, tratado segundo, título ix (ff. 94v-95r).</p>

o temblor de frio: y así quiere dezir sin espeluzamiento, o sin frio, por ser la tierra muy seca y caliente por la mayor parte. En la lengua Arauiga es llamada Iffrichia, de Faraca verbo, que quiere dezir diuidir, por ser en torno cercada de Mar, y casi diuisa por sí de la Europa, y del Asia. Otros Arabes afirman, que se llamo así de Ifrico Rey de la Arabia felice, que fue el primero que passo de los Arabes a habitarla. Estiendese dende el estrecho de Gibraltar, y mar Athlantico, donde estan oy dia las Canarias, hasta el seno Arabico, llamado Mar Bermejo. Y esta es la mejor y mas razonal opinion de los Cosmographos. Terminase por la parte Septentrional, con el mar de Leuâte que la diuide de la Europa. Al medio dia tiene el mar de Ethiopia, y el Indico Occidental. Al Oriëte el mar Bermejo, que la diuide del Asia. Al Occidëte el mar Oceano y Athlantico. Contiene en sí doze prouincias, segun la descripción de Ptolemeo, y son estas. Mauritania Tingitana, donde esta el reyno que llaman de Fez, y el que dizé de Marruecos. Mauritania Cefariensis, donde es el reyno de Tremecen, y Oran. Numidia donde es Argel, y la Bugia. Aphrica, donde es el reyno de Tunez, y esta la ciudad llamada Africa. Y donde son los Gelues, y el Tripol de Berberia. Cirenayca por otro nombre dicha Pentapolis. Libya donde es el templo de Hámon, esta confina con la Marmarica y Thebays. Egypto, donde esta Alexandria,

Imagen 15. Jerónimo de Chaves, *Cronografía o repertorio de los tiempos* (Sevilla, Fernando Díaz, 1580)<sup>281</sup>.

### 6.3.6. Los *Historiarum sui temporis libri* de Paulo Jovio (1550-1552)

La tercera fuente de la que se sirve Miguel Daza con el fin de fundamentar sus descripciones geográficas son los *Historiarum sui temporis libri XLV* (1550-1552), escritos por el conocido humanista Paulo Jovio (1483-1552). Originario de la villa

<sup>281</sup> Imagen tomada de un ejemplar de dicha edición conservado en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla (A Res. 21/3/20), accesible en red a través de su Biblioteca Digital (<<http://fondosdigitales.us.es/>>).

italiana de Como, este médico y filósofo de formación ejerció una poderosa influencia como cortesano al servicio de la curia romana –gracias a la cual obtendría su nombramiento como obispo de Nocera bajo la protección de Clemente VII (1528)–, pero sería su labor como historiador la que habría de ganarle su paso a la posteridad. En efecto, como pone de manifiesto la creación de su conocido museo a orillas del lago Lario (*vid.* 6.3.3), Paulo Jovio mostró una profunda pasión por la historia contemporánea que se tradujo en la redacción de numerosas biografías menores y tratados de tema historiográfico. De esta nutrida producción destacan por su amplio alcance las mencionadas *Historiae*, que constituyeron el proyecto más ambicioso e importante de su autor. Sin embargo, sus coevos no concedieron a esta obra la estimación esperada, asentando así las bases de una negativa valoración por parte de la crítica que tan solo se ha corregido en época reciente<sup>282</sup>.

Los dos volúmenes que conforman los *Historiarum sui temporis libri* ven la luz en Florencia entre 1550 y 1552, en la imprenta de Lorenzo Torrentino, como resultado del trabajo de toda una vida. Para desconcierto de los estudiosos, la obra se presenta carente de los libros V al X (que abarcarían desde la muerte de Carlos VIII hasta la elección de León X), así como de aquellos que van desde el XIX al XXIV (en los que se relataría el periodo comprendido entre la muerte de León X y el Saco de Roma de 1527): todos ellos rescatados como epítomes, a causa de circunstancias que la crítica mantiene en interrogante. Esta magna serie se ocupa de la Historia de Italia a lo largo de algo más de medio siglo, en un lapso de tiempo prácticamente coincidente con el ciclo vital de su autor, pues su redacción se abre con la caída del trono de Carlos de Valois para cerrarse con la firma de la paz de Crépy (1494-1547). En consecuencia, como se

---

<sup>282</sup> Una aproximación actualizada a la biografía y obra de Paulo Jovio la proporciona la indispensable monografía de T.C. Price Zimmermann, de la cual nos hemos servido en primera instancia (*Paolo Giovio: The Historian and the Crisis of Sixteenth-Century Italy*. Princeton. Princeton University Press. 1995). La revalorización de la labor historiográfica del humanista italiano comenzó con las positivas observaciones de L. Ranke, J. Burckhardt y L. Pastor en el siglo XIX, ratificadas ya en la centuria siguiente por diversos autores, de entre los que pueden destacarse las siguientes contribuciones: V. J. Parry, «Renaissance historical literature in relation to the Near and Middle East (with special reference to Paolo Giovio)», en B. Lewis-P.M (ed.), *Historians of the Middle East*, Holt, Oxford, 1962, págs. 277-289; Federico Chabod. *Scritti sul Rinascimento*. Torino. G. Einaudi. 1967, págs. 241-267; Eric W. Cochrane, «Paolo Giovio and his successors», en *Historians and historiography in the Italian Renaissance*, Chicago, University Press, 1981, págs. 366-377.

anuncia en el mismo título, el prelado italiano se erige como cronista de su propia época, de cuyo análisis se desprende el lamento por la pérdida de la centralidad geopolítica de una Italia fraccionada, así como la decepción ante una Europa cristiana en lucha, incapaz de hacer frente al verdadero enemigo común que representaba el Turco.

En seguimiento de la tradición ciceroniana, rehabilitada por humanistas romanos como Pontano, los conflictos bélicos se constituyen en el eje central de su Historia, por encima de factores políticos y sociales. Asimismo, su método es deudor de la historiografía tucidídea, en la medida en que los datos manejados revelan una fuerte preeminencia de las fuentes testimoniales, a las que Jovio tuvo acceso por medio de las numerosas entrevistas personales y del nutrido intercambio epistolar que posibilitó su ventajosa posición en la Roma papal. Ello tiene como consecuencia una propensión en su relato a la anécdota y al retrato individual que en modo alguno se opone al celo ante la verdad histórica, pese a la reiterada acusación de superficialidad y parcialidad invocada por sus abundantes detractores –capitaneados en nuestro país por el militar Gonzalo Giménez de Quesada con su *Antijovio* (ca. 1569)–<sup>283</sup>. En cualquier caso, su influencia en la mentalidad de la época resulta innegable a la luz de las sucesivas ediciones de que fue objeto tanto en Italia como en Europa, especialmente en lo que atañe a las traducciones vernáculas, de las que es muestra la que Gaspar de Baeza elaboró para el público castellano entre 1562 y 1563<sup>284</sup>.

---

<sup>283</sup> La obra de este conquistador y cronista, reflejo de la rivalidad contemporánea entre España e Italia, quedó inédita, habiendo sido siglos después objeto de una moderna edición realizada por Manuel Ballesteros Gaibrois y Rafael Torres Quintero (*El Antijovio*. Bogotá. Instituto Caro y Cuervo. 1952). Las críticas a Jovio serían constantes hasta el siglo XX, en el que críticos de gran prestigio todavía etiquetaron al humanista italiano como «a revolver journalist», rebajando el valor de su obra a la de una «aneddotica storica» (la primera afirmación pertenece a Eduard Fueter. *Historia de la historiografía moderna*. Buenos Aires. Nova. 1953, I, pág. 68; la segunda, en cambio, puede desprenderse ya desde su título del artículo de Benedetto Croce, «La grandiosa aneddótica storica di Paolo Giovio», en su monografía *Poeti e scrittori del pieno e del tardo Rinascimento*, II, Bari, G. Laterza & Figli, 1945, págs. 27-55).

<sup>284</sup> La traducción al castellano del licenciado Gaspar de Baeza se publicó en Salamanca entre 1562 y 1563, en la imprenta de Andrés de Portonaris, bajo el título: *Historia general de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo*. Simultáneamente, Antonio Juan Villafranca publicó su personal traducción de la obra (Valencia, Joan Mey, 1562), que en realidad constituye una adaptación muy libre del original latino de Jovio. En efecto, Villafranca prescinde de los libros iniciales para comenzar la crónica –tal y como se indica en el título– en el «tiempo del papa León y

Como sucede con la *Cronografía* de Jerónimo de Chaves, el padre Daza utiliza tan solo una pequeña parte de la *Historiarum sui temporis*, concretamente uno de los cuantiosos fragmentos en que Paulo Jovio se detiene en trazar una minuciosa descripción con implicaciones en la ciencia geográfica. En este sentido, resulta muy significativo que haya sido el propio historiador italiano el primero en destacar la importancia que esta disciplina adquiere en su principal obra, al hilo de una carta escrita poco después de la publicación del primer volumen, en la que señala que la corografía constituye «specchio necesario a chi vuol vedere e chiararsi dell' ubi, quomodo, quando delle cose fatte»<sup>285</sup>. En coherencia con esta afirmación de Jovio, la crítica ha establecido su interés por las delineaciones geográficas como uno de los aspectos característicos de su prosa historiográfica, del cual constituye el mejor exponente la publicación de dos obras dedicadas a este particular: una centrada en el territorio moscovita (*De legatione Basilii Magni principis Moschovie*, Roma, F.M. Calvo, 1524) y otra en las Islas Británicas (*Descriptio Britanniae, Scotiae, Hyberniae et Orchaddum*, Venezia, M. Tramezino, 1548). Así pues, el dibujo del escenario físico de la historia es en este humanista preámbulo necesario a la narración de los hechos, razón que explica por sí misma que nuestro autor se aproximase a él con el fin de recabar informaciones afines a este propósito.

El fragmento seleccionado por Miguel Daza se corresponde exactamente con las páginas iniciales del primer volumen de la historia joviana; esto es, aquellas con las que se abre el capítulo primero: «En el cual se escriben los reyes y príncipes que reinaban en todo el mundo, el año de mil y cuatrocientos y noventa y cuatro, y su valor y la grandeza de sus estados»<sup>286</sup>. Como el título explica abiertamente, Paulo Jovio dedica

---

de la venida de la Magestad del Emperador y rey Nuestro señor Carlos V en España»; asimismo, el médico español adiciona contenidos al texto joviano. Sobre las traducciones de la obra de Paulo Jovio al castellano resulta de gran utilidad el artículo de Baltasar Cuart Moner: «Jovio en España. Las traducciones castellanas de un cronista del Emperador», en Juan Luis Castellano Castellano y Francisco Sánchez-Montes González, *Carlos V. Europeísmo y Universalidad. Actas del congreso internacional (Granada, mayo, 2000)*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, págs. 197-224.

<sup>285</sup> Paolo Giovio. *Lettere*. Ed. Giuseppe Guido Ferrero. Roma. Istituto Poligrafico dello Stato. 1956, II, págs. 166-167.

<sup>286</sup> Para el cotejo con nuestro libro de caballerías nos hemos servido de la citada traducción de Gaspar de Baeza (Salamanca, Andrea Portomariis, 1562-1563). La cita corresponde al primer volumen, f. Ir.

este pasaje a dar cuenta del estado del mundo en el tiempo en que comienza su crónica, a través de una completa lección de geografía política con la que recorre todos los territorios conocidos. Por la relativa concisión con la que se aborda tan amplio propósito, estas páginas resultan de gran utilidad para construir otra aventura mágica, en la que el objetivo central vuelve a ser la visualización del mundo por parte de los protagonistas de la fábula. Ello es posible esta vez gracias al concurso de un objeto mágico, el Espejo de la Rica Figura, obtenido entre otros premios por el príncipe Ofrasio de España tras su vencimiento en la Aventura de la Princesa de Rusia (5, I). Así, al término de la misma, el enano Palisino mostrará al príncipe las propiedades de tan maravilloso espejo, con tan solo activar un sencillo mecanismo:

Lebantando al dios Cupido en alto de la planta del pie le meneó una clabixa, y luego en la luna del espexo se mostró en dos medios globos toda la redondez de la tierra con tan estraña perfección que, aunque en pequeño, las más menudas cosas de ella en él estaban representadas. Veíanse los espaciosos mares con sus islas, romblos y peñascos, sembrados de variedad de hermosos caxíos, de basos y velas. La tierra se mostraba tan poblada de ciudades, villas y castillos y tanvién algunos grandes desiertos y montes y balles, con tanta diversidad de cosas, que cierto era mucho de ver (5, I; f.18r).

De este modo, atraído por tan sorprendente visión, el caballero demanda al enano que le muestre, «la división de aquellas provincias y de sus reyes» (*ibid.*). Con el fin de satisfacer esta demanda, su interlocutor le ofrecerá una informada relación, que constituye una síntesis de buena parte del citado capítulo de la obra de Paulo Jovio. De este, a Miguel Daza interesan principalmente los datos que le permiten trazar someramente un dibujo del globo, por lo que nuestro autor eliminará las reflexiones concernientes a la historia de cada uno de los reinos mencionados. La deuda que nuestro libro de caballerías contrae con el tratado del italiano queda probada por la linealidad con la que su apretada lección de geografía política sintetiza los datos del modelo, así como por la exactitud con la que Palisino parafrasea algunos de sus párrafos. Asimismo, la fidelidad con la que nuestro autor toma los términos manejados en la traducción realizada por Gaspar de Baeza nos lleva a suponer que sea esta versión la utilizada como fuente, tal y como puede observarse en la confrontación de los siguientes fragmentos:



Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	Paulo Jovio, <i>Historia de todas las cosas sucedidas en el mundo...</i> (1562-1563)
<p>Mira, señor, en esa parte de Lebante que bes ay tres particulares y grandes príncipes: el uno es Bayzasim, moro o turco; el o[tro es] soldán de Suria y Egipto, llamado Caitbeio, y el gran Jacoboín, rey de Persia, llamado por sobrenombre Usuncasano. El moro Bayzasim es señor de todo lo que se contiene dentro del río Éufrates y del monte Amano, y del mar de Cilicia, y del mar Mayor y de toda Grecia, Tracia, Macedonia, con parte de Esclabonia y asta el Danubio todo lo que ay por el mar Mayor asta Cafa, feria de la Táurica Quersonesso.</p> <p>Mas mira, señor, que agora en nuestros tiempos –dijo el enano– ay muchos y diversos reyes y emperadores en esta tierra, como yo, señor, te diré en particular: el soldán Caitibeio se estiende su señorío desde los confines de los cirenos por la ribera de África asta aquel golfo que bes, señor, llamado, Ísico, que parte la Caramania de la Siria asta los términos de Arabia la desierta. Y por esta otra parte este río arriba, qu'es el Nilo, llega asta los desiertos arenosos, y a la mano diestra y hacia la siniestra por el golfo de Arabia se estiende asta los estrechos del mar Bermejo (5, I; f. 18r).</p>	<p>Reinaban entonces en Lebante tres poderosísimos reyes, casi iguales en grandeza de imperio, y fama de nobles hazañas: Baiazeto, señor de los turcos; Caitbeio, soldán de la Siria y de Egipto, y Jacupo, rey de Persia, hijo de Asimbeio, llamado por sobrenombre Usuncasano. Del señorío de Bayazeto era todo lo que se contiene dentro del río Éufrates y del monte Amano, y el mar de Cilicia y el mar Mayor, con más toda Grecia, Tracia, Macedonia, con parte de la Esclavonia, y hasta el Danubio todo lo que ay por el mar Mayor asta Cafa, mercado de la Táurica Quersoneso.</p> <p>[...]</p> <p>El señorío del soldán Caitbeio se estendía desde los confines de los cirenos por la ribera de África hasta el golfo llamado Ísico, el cual parte la Caramania de la Siria hasta los términos de Arabia la desierta. Y por estotra parte el Nilo arriba, llegava hasta los desiertos arenosos, y a la mano diestra y haia la siniestra por el golfo d'Arabia se estendía hasta los estrechos del mar Bermejo<sup>287</sup>.</p>

<sup>287</sup> Gaspar de Baeza, ob. cit., I, f. Iv-IIIr.

## Libro primero.

cō differētes entradas, y acometimiētos de los barbaros, y el mūdo q̄ antes obedecia a vno, vino a partirse en peq̄nōs reynos, y a obedēcer a muchos señores. Despues dela destruyciō del imperio fuerō muy illustres las hazañas de los Godos, los quales queriēdo parecer vēgadores de las injurias de todo el mūdo, destruyērō cō cruel rauia las esclarecidas obras y memorias del valor y grandeza Romana, y ellos solos entre todos los hōbres triūpharō dela ciudad vēcedora de tōdas las gētes. Tābiē Athila rey d̄ los Hūnos, auiedo a manera de vna arrebatada corriente assolado todo lo q̄ ay dēde los mōtes Ripheos, hasta los mōtes Pyrneos, dexo notable memoria de sus hazañas. Fue tābien cosa muy digna de memoria, la jornada q̄ hizierō los Frāceses cō Godofre de Bullō su capitā, varon señalado en virtud y valor de guerra: el q̄l passo ala Siria por tierra acompañado de mas de quatrocientos mill soldados, q̄ de su volūdad fuerō a fundar el Reyno de Hierusalē. De ay a muchos años, fuerō tābiē muy esclarecidas y famosas las armas, y valor de los Tartaros, los q̄les trayēdo por su capitā al Tamorlā, ganarō y possēyerō algū tiēpo las prouincias de Armenia, Siria, y Egypto. Pero todos estos imperios adquiridos en tierras a genas por los Godos, Hūnos, Franceses, y Tartaros, no fuerō muy duraderos: porq̄ así como aq̄llas guerras se comēçarō al principio cō impetus terribles, y vehemētes, así como no estribauā ni teniā fundamēto de riquezas ciertas, breuemente se acabaron. Despues de esto vuo tābien otras alteraciones, y guerras en el mundo menos crueles, y sangriētas hasta el tiēpo de

nōs padres: porq̄ boluiēdo se cada naciō a sus tierras, y auiedo en cada puercia muchos reyes, y por esso siēdo poco poderosos: como ganauan los reynos q̄ teniā por armas, y valor, nunca salia con grā aparatō a ensanchar los terminos de sus reynos, ni peleauā entre si cō odios muy encendidos: y de mas desto como la naturaleza humana es mudable, acontefse muchas vezes, q̄ en tāto q̄ algunas naciones cāsadas de largos trabajos y guerras gozadas de paz, otras q̄ antes estauā sofegadas se enciendā cō discordias y guerras, a vezes entresi, a vezes cō gētes estrāgeras. Pero este año, q̄ despues del parto dela virgē es de mill y quatrociētos y nouēta y quatro, fue patoda las gētes alegre, y dio a toda la tierra paz bien auēturada, q̄l nūca jamas nien nro tpo ni en el de nōs antepassados la vuo dende el tiēpo de Augustō. Pero esta paz, q̄ al primer aspecto parecia floreciēte, y segura, y q̄ tenia los animos d̄ los hōbres llenos de buena esperāça, de folsiego, y riq̄zas, como si fuera vn mal aguero q̄ significaua la gran destruyciō q̄ auia de venir al mūdo, derriuo por todas las puincias vna muy cruel y larguissima guerra. Reynauā entōces en el Leuāte tres poderosissimos reyes, casi y guales en grandeza de imperio, y fama nobles hazañas. Baiazeto señor de los turcos, Caithbeio Soldā de la Siria y de Egypto, y Iacupo rey de Persia, hijo de Asimbeio llamado por sobrenōbre Vfuncasano. Del señorio de Baiazeto era todo lo q̄ se contiene dētro del rio Eufrates, y del mōte Amano, y del mar de Cilicia y del mar mayor, cō mas toda Grecia, Thracia, Macedonia, cō pte d̄ la Esclauonia, y hasta el Danubio todo lo q̄

Hazañas de los Godos

Rey Athila

Entra la historia.

El Turco Baiazeto. El Soldan Caithbeio Iacupo rey de Persia. Descripción del señorio del Turco. Baiazeto.

Imagen 16. Paulo Jovio, *Historiarum sui temporis*, traducción realizada por Gaspar de Baeza (Salamanca, Andrea Portonariis, 1562-1563)<sup>288</sup>.

Así pues, *El Caballero de la Fe* presenta dos descripciones completas del globo: aquella construida a partir de la *Cronografía* de Jerónimo de Chaves, en la que prevalecen las informaciones topográficas, y esta otra sustentada sobre los datos

<sup>288</sup> La imagen corresponde al f. Iv de un ejemplar del primer volumen de la edición salmantina conservado en la Biblioteca Nacional de Austria (51.N.5-6.[Vol.1]), disponible en su repositorio digital (<<http://data.onb.ac.at/rec/AC09900449>>). En la columna de la derecha puede leerse parte del texto que proponemos como ejemplo en la tabla comparativa.

aportados por Paulo Jovio al inicio de su crónica, en la que adquiere también importancia la geografía política. En ambos casos, el padre Daza se sirve de sendas aventuras mágicas para insertar dichas lecciones, lo que supone la utilización de un tópico habitual del género al servicio de la dimensión miscelánea de la obra, al tiempo que se logra la revitalización de un lugar común ya desgastado. A continuación, proporcionamos los datos que permiten el cotejo exacto de ambas fuentes:

Localización del pasaje en <i>El Caballero de la Fe</i>	Temática	Funcionalidad en la trama	Localización de la fuente
5, III; ff. 18r/v	Geografía política, descripción de los principales reinos y reyes	Aventura mágica	Paulo Jovio, <i>Historia general de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo...</i> , traducción de Gaspar de Baeza, Salamanca, Andrea de Portonariis, 1562, ff. Iv-IIr.

### 6.3.7. *De nobilitate et iure primigeniorum* de André Tiraqueau (1549)

Queda por analizar, en último lugar, el uso que Miguel Daza lleva a cabo de una obra en todo distinta de las anteriores, por cuanto nada hay en ella de repertorio con dimensión de suma enciclopédica ni de manual de geografía o historia. Nos referimos al contemporáneo tratado sobre la nobleza compuesto por el jurista André Tiraqueau (ca.1488-1558), titulado: *De nobilitate et iure primigeniorum* (Iacobum Keruer. Paris. 1549). Nacido en la localidad de Fontenay-le-Comte, este autor francés es conocido por las fuertes inquietudes humanistas que le llevaron a frecuentar el *Cénacle* de su villa natal, donde trabó estrecha amistad con otros intelectuales de su tiempo como François Rabelais –quien no en vano inspiró parte del *Tiers Livre* (1546) en su tratado *De legibus*

(1513)–. Pero su fama se fundamenta sobre todo en su brillante carrera como jurisconsulto –de la que es reflejo su nombramiento como consejero del Parlamento de París (1541)–, en el curso de la cual escribió más de una decena de obras de gran influencia para la regulación de nuevas situaciones jurídicas, situadas en la frontera entre el derecho común y el consuetudinario<sup>289</sup>.

En el marco de esta amplia producción, el tratado *De nobilitate* constituye uno de los títulos más leídos, por la notable relevancia que el tema escogido poseía en la época. En efecto, las reflexiones de André Tiraqueau acerca de la definición de la nobleza entran en diálogo con el candente debate sobre la alienabilidad de su esencia tradicional, alimentado en la Francia del momento por el aumento de la *noblesse de robe* o nobleza política que los intereses gubernativos y fiscales de la monarquía favorecían. No en vano, el tratado de Tiraqueau se publica tan solo tres años después de la promulgación de un decreto real que obligaba a la demostración legal del estatuto nobiliario como requisito para la exención de impuestos. En este contexto, André Tiraqueau toma partido claramente por la formulación de una nobleza basada en los méritos antes que en el linaje, coincidente por tanto con las expectativas de la nobleza de nueva creación, legitimada directamente en el poder real. Para ello, parte del conocido tratado homónimo que el legista italiano Bartolo de Sassoferrato había escrito en el siglo XIV, sintetizando sus ideas y fundamentándolas sobre el aparato jurídico vigente. De esta manera, su voz constituyó un importante argumento en pro de una renovadora concepción social que coincidía con la evolución de los acontecimientos históricos –como la múltiple concesión de prebendas durante las inminentes guerras de religión pondría de manifiesto–<sup>290</sup>.

---

<sup>289</sup> Existen dos trabajos de referencia para el estudio de la biografía y la obra de André Tiraqueau: la clásica monografía de Jacques Brejon (*Un jurisconsulte de la Renaissance André Tiraqueau*. Paris. Librairie du Recueil Sirey. 1937) y el reciente estudio de Gianni Rossi, punto de llegada de la bibliografía dedicada al jurista francés a lo largo del pasado siglo (*Incunabile della modernità. Scienza giuridica e cultura umanistica in André Tiraqueau [1488-1558]*. Torino. Giappichelli. 2007).

<sup>290</sup> Un seguimiento de este debate puede encontrarse en el artículo de Elie Haddad, «The Question of Imprescriptibility of Nobility in Early Modern France», que ofrece la ventaja de tomar como fuente principal de su análisis precisamente los tratados jurídicos franceses de los siglos XVI y XVII (en Charles Lipp y Matthew Romaniello [eds.], *Contested Spaces of Nobility in Early Modern Europe*, Farnham, Ashgate, 2011, págs. 147-166; para las reflexiones referentes a André Tiraqueau véanse especialmente las págs. 151-152).

En nuestro país, la referida discusión presenta un traslado bastante ajustado desde finales de la Baja Edad Media, teniendo a Hernán Mexía como representante de los defensores de la nobleza heredada por linaje, frente a quienes como Diego de Valera reivindicaban la nobleza por méritos conferida por el rey, en seguimiento también de las tesis bartolianas<sup>291</sup>. En este sentido, la inserción de diversos fragmentos del tratado de André Tiraqueau en la fábula del *Caballero de la Fe* no parece resultar neutral, pues sitúa claramente al padre Daza en la segunda de las facciones de la referida polémica; tanto más cuanto la selección que nuestro autor lleva a cabo extracta precisamente los pasajes más decisivos del tratado francés en la proclamación de la superioridad de la nobleza adquirida. Por otra parte, al margen de las concretas motivaciones extraliterarias que pudiesen subyacer a la redacción de estos episodios, el contacto con la obra del jurista francés puede explicarse fácilmente en su formación como doctor en Derecho Canónico, del mismo modo que su preocupación por la definición teórica de la clase nobiliaria puede entenderse desde sus estrechas relaciones con este estamento (*vid.* 7.1).

Así pues, nuestro libro de caballerías presenta dos extensos diálogos mantenidos entre el Caballero de la Fe y su ayo Priscilano, en los cuales se reflexiona acerca del origen de la verdadera nobleza. Ambos constituyen una paráfrasis, y, en consecuencia, una ajustada traducción, de diversos fragmentos del tratado de Tiraqueau, en los cuales las únicas variaciones observables obedecen a las necesidades del cauce dialógico escogido para su inserción en la fábula. Como puede observarse en el ejemplo que abajo proponemos, el texto del tratado se construye fundamentalmente a partir de un amplio corpus de citas de autoridades recopiladas y glosadas por el francés. En nuestro manuscrito, los personajes utilizan dichos textos para apoyar su discurso, reservándose el espacio de las apostillas para introducir las referencias a las correspondientes fuentes, que en el impreso aparecen incorporadas al hilo del discurso:

---

<sup>291</sup> Una síntesis del desarrollo de esta polémica en nuestro país desde la Baja Edad Media puede leerse en: M<sup>a</sup> Concepción Quintanilla Raso, «La Nobleza», en José Manuel Nieto Soria (dir.), *Orígenes de la Monarquía Hispánica. Propaganda y legitimación* (c. 1400-1520), Madrid, Dykinson, 1999, págs. 63-103.

Miguel Daza, <i>El Caballero de la Fe</i> (1583)	André Tiraqueau, <i>De nobilitate</i> (1549)
<p>–¿Cómo, maestro? –dixo el príncipe–. Y la nobleça, ¿no la alcançamos de nuestros progenitores y de la ilustre sangre de donde descendemos?</p> <p>–Por esso dixe, señor –dijo Priscilano–, la berdadera nobleça; que nobleça por muchas cosas se alcança, mas la principal es por la virtud {«In c. <i>Nos qui</i>, ibi “morum nobilitate” ubi “id no...”, Domi. et Cardi. Alex. 40, di. et in c. pe. extra de prebendorum, ubi Osti., Io., And., Anto., Imol., Car. Flo. et alii».}. Y así dicen aquellos versos latinos (que comiençan: «Nobilitas homines mens est deitatis imago...»): «Nobleça del hombre el alma es, echa a la imagen de Dios; nobleça del hombre es la multiplicación de las claras virtudes; nobleça del honvre es lebantar al humilde menospreciado; nobleça del hombre es no pensar ninguna cosa baxa [f. 185v]; nobleça del hombre es guardar las justas leyes de naturaleza».</p> <p>Donde, señor, dixo muy bien Hostiense: «Todos somos, quanto a la carne, hijos de unos mismos padres, así que cualquiera que seas que te precies de noble, si vien lo quiere considerar, allarás que eres de la misma manera que al que por ser ignoble menosprecias. Y si m[i]ras al alma, por padre tenemos a Dios y por madre a la Iglesia» {«Hosti. in <i>Suma tit.</i>»} [25, II; ff. 185r/v].</p>	<p>Virtutem etiam alii dixerunt esse nobilitatis speciem. Alii quidem cum divitiis coniuctam, ut patet ex iis quae supra diximus: alii simpliciter sine divitarium mentione et ex iis multi unicam esse nobilitatem autumant. Et ut a nostris incipiam text. est huic sententiae concinens in c. <i>nos qui</i>, ibi «morum nobilitate» ubi «id no», Domi. et Cardi. Alex. 40, di. et in c. pe. ibi virtutum nobilitas, extra de praeben., ubi Osti., Io., And., Anto., Imo., Car. Flo. et alii, ad id eum tex. annotarunt. Addunt ipse Io. And. et Anto. et Cardi. Alex. versos vulgares quidem illos, sed non aspernabiles:</p> <p>Nobilitas hominis meus est, deitatis imago,</p> <p>Nobilitas hominis virtutum clara propago,</p> <p>Nobilitas hominis humilem relevare iacentem,</p> <p>Nobilitas hominis nissi turpia nulla putare,</p> <p>Nobilitas hominis naturae iura tenere.</p> <p>Hosti. autem ibi haec propemodum scribit. Omnes sumus ex iisdem parentibus quantum ad carnem. Unde inquit quicumque te de nobilitate generis iactas eudem te reperies cum eo, que ex ignobilitate despicias, si vere computare sciveris sursum versus. Nam ed quantum ad animam ex iisdem quoque patre et matre Deo scilicet et Ecclesia<sup>292</sup>.</p>

<sup>292</sup> André Tiraqueau. *De nobilitate et iure primigeniorum*. Paris. Iacobum Keruer. 1549, f. 14r.

A continuación, proporcionamos la localización de los pasajes de André Tiraqueau que sirven de modelo en dos capítulos de nuestra obra. Como su lectura pone al descubierto, el diálogo vuelve a ser el medio escogido para la exposición de ideas, del mismo modo que sucede en el caso de los capítulos copiados de la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía o en el de aquellas entradas de la *Polyanthea* de Mirabelli que se reorganizan en la fábula caballerisca:

<b>Localización del pasaje en <i>El Caballero de la Fe</i></b>	<b>Temática</b>	<b>Funcionalidad en la trama</b>	<b>Localización de la fuente</b>
25, II; ff. 185r-187r.	Sobre la verdadera nobleza; sobre el uso de la heráldica entre la nobleza.	Diálogo entre el Caballero de la Fe y su ayo Priscilano	Andrea Tiraqueau, <i>Comentarii de nobilitate et iure primigeniorum</i> , Iacobum Keruer, París, apud 1549):  -Capítulo IV, « <i>An virtus nobilitet</i> », epígrafes 1-12.  -Capítulo VI, « <i>Princeps an et quomodo et quos nobilitet et quae inde sequuntur</i> », concretamente los epígrafes 19 y 20.
26, II; ff. 190v-191r	Sobre el origen de la clase nobiliaria	Diálogo entre el Caballero de la Fe y su ayo Priscilano	<i>De Nobilitate...</i> , capítulo XIX, « <i>De antiquitate nobilitatis</i> », epígrafes 11-17.

CAPVT QVARTVM.  
AN VIRTVS NOBILITET.  
CAPVT QVARTVM.

14



**V**IRTUTEM etiam alij dixerunt esse nobilitatis speciem. Alij quidem virtutem nobilitatem cum diuitiis coniunctam, vt patet ex iis quæ supra diximus: Alij simpliciter sine diuitiarum mentione, & ex iis multi vnicam esse nobilitatem autumant. Et vt à nostris incipiã, tex. est huic sententiæ concinens in c. nos qui, ibi, morum nobilitate. vbi id no. Domi. & Cardi. Alex. 40. di. & in c. pe. ibi virtutum nobilitas, extrà de præben. Vbi Hosti. Io. And. Anto. Imo. Cardi. Flo. & alij, ad id eum tex. annotarunt. Addunt ipse Io. And. & Anto. & Cardi. Alex. versus vulgares quidem illos, sed non aspernabiles. *virtutem nobilitatem esse qui dicunt.*

Nobilitas hominis meus est, deitatis imago,  
Nobilitas hominis virtutum clara propago,  
Nobilitas hominis, humilem releuare iacentem,  
Nobilitas hominis, nisi turpia nulla putare,  
Nobilitas hominis, naturæ iura tenere.  
Hosti. autem ibi hæc propemodum scribit. Omnes sumus ex iisdem parentibus quantum ad carnem. Vnde (inquit) quicquid te de nobilitate generis iactas, eundem te reperies cum eo, quem ex ignobilitate despicias, si verè cõputare sciueris sursum versus. Nam & quantum ad animam, ex iisdem quoque patre & matre, Deo scilicet & ecclesia. Et idem proprie nobilitas sanguinis non est alia, quam stercoris & fætoris, vnde merito dicitur, Nobilitas sola est, animum quæ moribus ornat.  
Sed & idem Hosti. in eadem sententia fuit in summa tit. de instit. §. quis instituit, circa prin. & Io. And. & Collec. in c. 1. extra de donati. Dy. & post eum, Alberic. & Angel. in l. si quis stipularus sit Stichum. §. si quis ita. ff. de verbo. oblig. vbi & hos versus citat. Nobilitas morum plus prodest, quam genitorum,  
Nobilitas etenim sola est, quæ moribus ornat.  
Bal. in l. si qua. C. de secund. nupt. vbi dicit per eum tex. nullam sine honestate esse nobilitatem, & in l. nobiliores. C. de commer. & merc. & in l. per adoptionem & in l. ex diui. paulo ante fi. C. locat. & in l. prouidendum. C. de postul. & ibi quoque Saly. qui dicit non esse nobile, qui de nobili genere est, nisi & ipse bonis polleat moribus. Alberi. in rub. ff. de Senato. & in l. imperatores, statim in initio. ff. de Decuri. Lucas Pen. in l. mulieres, col. j. C. de dignit. lib. 12. Angel. & Io. Plat. in l. 1. C. de condi. in publi. hor. lib. 10.

2 ¶ Hactenus nostrates. Nec externi huic sententiæ defuerunt. Theodectus, vt tradit Aristoteles lib. 1. Politicõn. c. 4. nullo alio, quam virtute & vitio definiebat nobiles & ignobiles. Idem autem Aristoteles li. 4. eiusdem operis. c. quoque. 4. Nobiliũ (inquit) differentia, diuitiarum, genus, virtus, scientia, & his similia, quæ differentia causa nominantur, quod & nos supra, cum de diuitiis loqueremur, adduximus. Menander, si is est, illo versiculo.

*Externi huius sententiæ exprimum Græci.*

ἀνὴρ ὁ καλὸς οὐκ ἔστιν ἐν δυνάμει  
Vir optimus non vtiq; esset ignobilis.  
Et Euripides apud Stobæum Ser. 84.  
ὁ μὲν γὰρ ἐὼς ἄλλος, ἐν γένει ἐμοῦ ἀνὴρ  
ὁ δ' ἔστι δίκαιος, καὶ ἀμέλειος πατήρ  
ῥῆδος πύριπος, δυνάμει δὲ δοκῶν id est, Gesneri versione  
De nobilitate parum laudis prædicare possum,  
Bonus enim vir, mihi nobilis videtur.  
Qui verò non iustus est, licet à patre meliore  
Quam Iuppiter sit, genus deducat, ignobilis mihi censetur.  
πεδιστόμου δ' ὁ λόγος ἐν γένει αἰ βροτῶν ἐν λογιζομένῳ  
ὁ γὰρ πάλαι ἢ πατέρων ὅτ' ἐγερομένοσθε,  
διὰ δ' ἐκείνην ἀτακτοῦ γὰρ βροτῶν  
ἐμοῦ καὶ χθονὸν ἀπασιμὴν ἐπαίδευσεν ὁ φίλος  
ἴθιμον ἔδεν ἐχθροῦ μίαν δὲ γαστήρ

Et subdit.

C ij

Imagen 16. André Tiraqueau, *De nobilitate* (Paris, Iacobum Keruer, 1549)<sup>293</sup>.

<sup>293</sup> Imagen tomada de un ejemplar de dicha edición conservado en la Universitat de València (BH Z-06/011), f. 14r, accesible en su colección digital (<<http://roderic.uv.es/handle/10550/7848>>).



## 7. «De la vida política el trasunto»: el Caballero de la Fe como *roman à clef*

Una simple consulta de los paratextos de la obra revela por sí misma que nos encontramos ante una ficción en clave, pues en ellos se exhibe ante la curiosidad del lector el atractivo de esconder entre sus páginas, bajo el disfraz de una antroponimia marcadamente novelesca, a distintas personalidades coetáneas al autor. Así lo anuncia Agustín de Mora en el poema laudatorio con el que se cierra el manuscrito, señalando entre las cualidades de la obra la de constituir una creación que es «de la vida política el trasunto», siendo asimismo el Caballero de la Fe «de decendencias clara notomía» (f. 376r). Del igual modo, la tabla de materias subraya la existencia de un claro correlato histórico en algunos de los fragmentos seleccionados, declarando cómo en la aventura de la Rubia Mora «se ponen algunas istorias verdaderas disfraçadas en este fabuloso estilo» (17, II), así como reconociendo que el palacio de Tritoneo de Zamendo sirve de soporte para la «descripción de la cassa del duque del Infantazgo en Guadalajara» (19, II).

Pero, sin duda, son las numerosas apostillas que flanquean los márgenes del manuscrito los elementos que denuncian con mayor claridad el desfile de personajes ilustres que se oculta en la ficción caballeresca, estableciendo con precisión la identidad

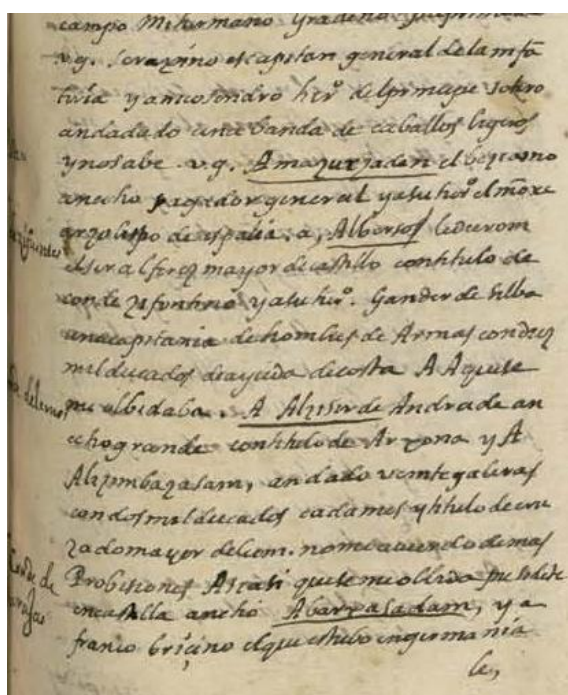


Imagen 18. Anotaciones marginales del copista con identidades en clave. Ms. 6602, BNE, f. 153r (detalle)

de muchos de ellos. Así ocurre, por ejemplo, en la extensa relación que Ardoniso da a Feridano de los últimos nombramientos acaecidos en España –cuando ambos caballeros se hallan en tierras lisboetas–, junto a la cual podemos encontrar tres anotaciones en las que se ratifica la mención a personalidades de tanta relevancia como los condes de Cifuentes, Lemos y Barajas (14, II; f. 153r).

Esta evidente dimensión de *roman à clef* no debía de resultar extraña para los lectores del momento, pues había sido condición frecuente en la narrativa alumbrada desde principios de siglo. Sin duda, el caso más conocido es el de la literatura pastoril, pues en ella el recurso a una dimensión cifrada se convierte prácticamente en un elemento constitutivo del género –en ocasiones añadido de forma infundada por sus lectores–. Así había ocurrido ya en la bucólica clásica (los *Idilios* de Teócrito) y en la italiana que le sirve de precedente inmediato (la *Arcadia* de Sannazaro); así como en las tempranas adaptaciones que de esta literatura se hicieron en suelo hispánico, de las que son ejemplo las églogas líricas de Garcilaso<sup>294</sup>. Seguramente por ello los libros de pastores hicieron brillar desde su nacimiento el aliciente de proporcionar una doble lectura, tal y como leemos en el «argumento» que Jorge de Montemayor antepone al inicio de la *Diana* (1559): «Y de aquí comienza el primer libro, y en los demás hallarán muy diversas historias, de casos que verdaderamente han sucedido, aunque van disfrazados debajo de nombres y estilo pastoril»<sup>295</sup>.

---

<sup>294</sup> A este propósito resulta significativo recordar que Juan del Encina tradujo las *Búcolicas* de Virgilio construyendo en sus comentarios una alegoría política de gran actualidad –en virtud de la cual quedaban incluidos en la obra diversos personajes de finales del siglo XV–, o que la influyente *Arcadia* de Jacopo Sannazaro (1504) fue interpretada en nuestro país como ficción en clave (cf. Francisco López Estrada. *Los libros de pastores en la literatura española. La órbita previa*. Madrid. Gredos. 1954, págs. 112 y 137; Carlos Alvar, «Las “Bucólicas”, traducidas por Juan del Encina», en Antonio Pioletti (ed.), *Le letterature romanze del Medioevo: Testi, Storia, intersezioni*, Soveria Manelli, Rubbettino, 2000, págs. 125-133). De igual modo, sus contemporáneos leyeron en esta dimensión las *Églogas* de Garcilaso, como prueban los comentarios del Brocense y de Herrera (Antonio Gallego Morell. *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*. Granada. Universidad de Granada. 1966, págs. 255 y 457).

<sup>295</sup> Jorge de Montemayor. *La Diana*. Ed. Asunción Rallo Gruss. Madrid. Cátedra. 1991, pág. 108. Sobre la dimensión cifrada de los libros de pastores pueden consultarse: Maxime Chevalier, «La Diana de Montemayor y su público en la España del siglo XVI», en J.F. Botrel y S. Salaün (eds.), *Creación y público en la literatura española*, Madrid, Castalia, 1974; Juan Bautista Avals-Arce. *La novela pastoril*. Madrid. Istmo. 1975, págs.141-174; Ricardo Senabre, «La novela pastoril», en *Literatura y público*, Madrid, Paraninfo, 1987, págs. 84-97.

Pero este fascinante recurso de innovación narrativa no fue atributo exclusivo del género pastoril, pues, con anterioridad, también otras obras de ficción en prosa quisieron beneficiarse de tan atractivo ingrediente para captar la atención del público. Tal es el caso de la novela sentimental, entre cuyos títulos encontramos al menos tres obras que tienen en común la original incorporación de una dimensión en clave, a saber: la *Triste deleitación* (completada entre 1458 y 1467), la anónima *Cuestión de amor* (publicada en 1513) y el *Notable de amor* de Juan de Cardona (compuesto entre 1545 y 1547)<sup>296</sup>. En este caso, la llamativa coincidencia ofrecida por el hecho de que las dos últimas creaciones se circunscriban a las postrimerías del género sentimental ha llevado a críticos como Regula Rohland de Langhbehn a observar en su configuración de novela en clave un intento de «llenar con nueva vida un género que se extingue»<sup>297</sup>; lo que, como comentaremos más abajo, no constituye sino una maniobra paralela a la que podría observarse en los testimonios manuscritos del género caballeresco.

A algunos títulos sueltos más, pertenecientes a otros géneros del siglo XVI – como podría ser el caso de la *Pícaro Justina*<sup>298</sup> –, debe sumarse también ahora la casuística de los libros de caballerías. Pues, efectivamente, frente a la extendida creencia de que estas obras no encerraban más que un sinfín de «soñadas invenciones»<sup>299</sup>, la recuperación y el examen detenido del corpus caballeresco ha ido poniendo de manifiesto la sorprendente cuantía de referencias a la historia coetánea que esconden sus peripecias novelescas. En este sentido, los libros de caballerías no solo han demostrado presentar más notas de realismo de las que en un principio el concurso

---

<sup>296</sup> Asimismo, a las tres obras arriba citadas cabría añadir una novela cercana a este género, *La Coronación de la señora Gracisla*, inicialmente recogida en el corpus de novela sentimental elaborado por Keith Whinnom (su edición se encuentra en el trabajo de esta autora: *Dos opúsculos isabelinos*. Exeter. University of Exeter. 1979). Sobre la dimensión de *roman à clef* de las obras arriba citadas, observadas en el amplio panorama del género, es de gran utilidad la tesis de M<sup>a</sup> Fernanda Aybar Ramírez (*La ficción sentimental del siglo XVI*. Tesis doctoral inédita. Madrid. Universidad Complutense. 1994). De otra parte, una espléndida descodificación de los elementos en clave de la *Cuestión de amor* puede encontrarse en la introducción de las ediciones de la obra de Carla Perugini (Salamanca. Universidad. 1995) y Françoise Vigier (Paris. Publications de la Sorbonne. 2006, págs. 82-110).

<sup>297</sup> Regula Rohland de Langhbehn. *La unidad genérica de la novela sentimental española*. London. Queen Mary and Westfield College, Department of Hispanic Studies. 1999, pág. 40.

<sup>298</sup> Marcel Bataillon. *Pícaros y Picaresca*. Madrid. Taurus. 1969.

<sup>299</sup> *DQ*, I, 1.

del elemento fantástico invitaría a pensar<sup>300</sup>; sino que, además, han evidenciado en muchos casos una marcada voluntad de ofrecer en la configuración de su trama una segunda lectura en clave historiográfica.

De esta forma, han sido numerosos los estudios aislados que, a lo largo de las últimas décadas, han ido aportando las variadas piezas de un sorprendente mosaico de obras en diálogo con la historia del momento. Así, en primer lugar, la crítica ha señalado con acierto la marcada proyección del ideario político del reinado de los Católicos que puede detectarse en los primeros libros de caballerías, hasta el punto de que el género parece encontrar su propio origen en la voluntad de construir un nuevo modelo de héroe adecuado al mesianismo y al providencialismo que regían el sueño expansionista de la Castilla imperial anhelada por Isabel y Fernando<sup>301</sup>. De acuerdo con ello, el espíritu de guerra santa con el que los monarcas legitimaron los distintos frentes abiertos en la lucha contra el infiel habría propiciado la recreación de caballeros cruzados –«católicos y virtuosos» como Esplandián–, a partir de los cuales pudiera construirse una renovada línea argumental con la que las hazañas solitarias de los

---

<sup>300</sup> El primero en señalar la necesidad de distinguir aquellas creaciones en las que el exotismo cede ante una ambientación marcadamente histórica fue, como es sabido, el maestro Martín de Riquer, con su conocida diferenciación entre «libros de caballerías» y «novelas de caballerías», estas últimas configuradas bajo el influjo de corte realista ejercido por el *Tirant de Martorell* (ca. 1464); véase a este respecto, entre otros trabajos: *Caballeros andantes españoles*. Madrid. Gredos. 2008, pág. 13 y ss. Una inquietud similar ha llevado más recientemente a otros investigadores a acotar un subgrupo de obras dentro del género castellano, a causa de su mayor dependencia con la realidad histórica: así, su especificidad ha sido explicada por Sylvia Roubaud en la originalidad de las creaciones vinculadas al terrorio valenciano (cf. «Cervantes y el Caballero de la Cruz», pág. 533, nota 23), frente a la categorización más amplia propuesta por Javier Guijarro Ceballos (*El «Floriseo» de Fernando Bernal*, consúltese especialmente el epígrafe «El *Floriseo* y los libros de caballerías realistas», págs. 111-216). A estas referencias habría que añadir los numerosos trabajos que estudian la dependencia directa establecida entre la vida caballeresca del Renacimiento y la literatura, de los cuales puede encontrarse una completísima nómina en: M.<sup>a</sup> Luzdivina Cuesta Torre, «La realidad histórica en la ficción de los libros de caballerías», en Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 92-95.

<sup>301</sup> A este propósito es indispensable el citado artículo de M.<sup>a</sup> Carmen Marín Pina: «La ideología del poder y el espíritu de cruzada...». Asimismo, Fernando Gómez Redondo ha llevado a cabo un magnífico y beneficioso estudio conjunto de los textos producidos hasta el fin del reinado en solitario de Fernando (1516), examinando con especial interés y rigor la presencia de la ideología monárquica en los mismos (*Historia de la prosa de los Reyes Católicos...*, II, págs. 1794-1958).

caballeros andantes dejaran paso a devotos capitanes capaces de reunir bajo su mando a toda la cristiandad (*vid.* 5.2)<sup>302</sup>.

En segundo lugar, a estas amplias correspondencias con la historia –que deben entenderse más como mensajes de propaganda política que como informaciones veladas–, se han ido añadiendo otras de una concreción mucho más acusada. Así, en lo que respecta a las obras de Rodríguez de Montalvo, las asociaciones explícitas e implícitas que cabe establecer con la figura de Fernando el Católico fueron puestas de manifiesto, entre otros, por M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina –quien extendió estos paralelismos con el rey aragonés a otros protagonistas de los primeros libros de caballerías (*Palmerín, Primaleón y Florindo*)–<sup>303</sup>. En esta misma línea, M<sup>a</sup> Luzdivina Cuesta Torre propuso una interpretación historiográfica a un episodio de la obra fundacional del género, de acuerdo con la cual en la guerra de Amadís y del rey Lisuarte con motivo del matrimonio de Oriana podría encontrarse un trasunto literario de los desposorios de Isabel y Fernando y de la guerra sucesoria acaecida tras la muerte de Enrique IV<sup>304</sup>. Hipótesis a la que cabría sumar una posible alusión encubierta a la Liga Santa de Venecia del 31 de marzo de 1495 en otro lugar de la obra, según planteó Juan Manuel Cacho Blecua en su lectura de los cuatro primeros libros de Montalvo<sup>305</sup>.

Del mismo modo, Javier Guijarro Ceballos ha defendido una lectura histórica para un episodio bélico del *Floriseo* de Fernando Bernal (1516), en el que podría estar

---

<sup>302</sup> Sobre el nuevo perfil de «donzel», alejado de la codicia a la que mueve la búsqueda de la fama personal y vinculado a la formación de los caballeros de la corte de los Reyes Católicos, véase: F. Gómez Redondo, «El paradigma de la mancebía en el *Amadís de Gaula*», en J. M. Lucía Megías y M. C. Marín Pina, «*Amadís de Gaula*: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua», Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, págs. 283-315.

<sup>303</sup> Véase M. C. Marín Pina, «La historia y los primeros libros de caballería españoles», en Juan Paredes Núñez (ed.), *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)*, Granada, Universidad de Granada, 1995, 3, págs. 183-192. Asimismo, resulta de interés el citado trabajo de Rafael Ramos Nogales, «Para la fecha del *Amadís de Gaula*...», en el que se propone la alusión en el *Amadís* a una tentativa frustrada de invasión en África auspiciada por Fernando.

<sup>304</sup> Cf. M. L. Cuesta Torre, «La realidad histórica en la ficción...», págs. 101-107.

<sup>305</sup> Cf. J. M. Cacho Blecua, «Los cuatro libros de *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*», *Edad de Oro*, 21 (2002), 85-116.

reflejándose la toma de Vélez y el asedio de Málaga<sup>306</sup>. Correspondencias bélicas que parecen poder detectarse también en el caso de otra obra valenciana, el *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo (1519), en cuya tercera y última parte puede leerse una ficcionalización de diversos avatares históricos, tales como el matrimonio de Catalina de Aragón con Enrique VIII; la creación de la Santa Liga en la que este monarca participó junto a su suegro –alcanzando la histórica victoria sobre los franceses en Guinegate (1513)– o el concurso del Sacro Imperio Romano-Germánico en la Liga de Malines en ese mismo año, entre otras muchas referencias a la historia del momento perfectamente estudiadas por Juan Bautista Avalle-Arce<sup>307</sup>.

La misma inspiración histórica parece detectarse en el ciclo de Clarián de Landanís. Así, en el caso de la creación inaugural de Velázquez de Castillo (1518), a los deliberados guiños que diversos pasajes de la obra hacen a la biografía de su destinatario principal, Charles de Lannoy –según ha demostrado eficazmente Sylvia Roubaud<sup>308</sup>–, debe sumarse además la voluntad de dibujar una genealogía para el ficticio emperador de Alemania a partir de intereses coincidentes con los de Carlos V –especialmente, en lo que al afianzamiento de su legitimidad en la posesión del Imperio se refiere<sup>309</sup>. Por su parte, en lo que toca al *Libro segundo de don Clarián de Landanís* (1522), compuesto por Álvaro de Castro, Guijarro Ceballos ha expuesto también una convincente lectura con claras implicaciones ideológicas, según la cual la obra

---

<sup>306</sup> Puede seguirse su propuesta en J. Guijarro Ceballos, *El «Floriseo» de Fernando Bernal...*, págs. 205-216.

<sup>307</sup> Dice a este respecto Avalle-Arce: «Esta última parte ya no es ni *libro* ni *novela* de caballerías, sino pura y simplemente una fantasía histórica, en la que Oviedo se adjudica a sí mismo el papel de profeta. Pero esto no quiere decir que sea una fantasía simple, sino, al contrario, es una fantasía bastante compleja, sustentada por datos de la realidad histórica, de los tópicos literarios y del pensamiento político contemporáneo» («El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo, alias de Sobrepeña», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 1972, 1, pág. 149). Para la dimensión cifrada de la obra de Fernández de Oviedo, véase también: Guido Mancini, «Sul *Don Claribalte* di Fernández de Oviedo», en *Annali della Facoltà di Lingue in Verona (Università di Padova)*, I, 1966, págs. 3-21.

<sup>308</sup> Véase Sylvia Roubaud, «Calas en la narrativa caballeresca renacentista...», pág. 57.

<sup>309</sup> Véase J. Guijarro Ceballos, «La historia en los libros de caballerías: la «nacionalización» del *Libro segundo de don Clarián* (1522)», en Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 162-168.

encerraría tanto una defensa del dedicatario del libro, Álvaro Pérez de Guzmán –quien en 1521 había aparecido en la lista de comuneros condenados a muerte–, como la exposición velada de un buen número de preocupaciones asimilables a las que promovieron las revueltas contra Carlos V por aquellos años y en las que encuentra pleno sentido el patriótico goticismo que emana la caracterización de sus personajes.

De especial interés resulta el caso de *Lepolemo* (1521), por cuanto la crítica ha podido probar la reveladora utilización en esta obra de materiales historiográficos como fuente directa para la creación de uno de sus pasajes. En efecto, Sylvia Roubaud ha demostrado satisfactoriamente cómo la primera de las hazañas protagonizada por el Caballero de la Cruz está inspirada en el arrojo que demostrase un tal Pedro Fajardo, mozo de cámara de Carlos VII, al exponer ante el monarca francés su decisión de participar en el combate contra el rey de Inglaterra a pesar de su tierna edad, tal y como relatase Fernando del Pulgar en sus *Claros varones de Castilla*<sup>310</sup>. Asimismo, Ana Bognolo ha indicado la posibilidad de asimilar la figura del personaje protagonista a la persona de Carlos V –en virtud de la coincidencia que ofrece el significativo detalle de que el padre del protagonista sea precisamente un emperador de Alemania llamado Maximiano–, subrayando al tiempo la proyección en la obra de las tensiones que en aquel momento se cernían sobre el Mediterráneo –con las que a su vez puede explicarse el importante papel del tema del cautiverio en la trama–<sup>311</sup>.

En la misma línea, el *Florindo* (1530) parece ofrecer una segunda lectura de carácter político, originada en una clara voluntad de favorecer las maniobras de Carlos V en la disputa hispanofrancesa por el reino de Nápoles, tal y como propuso

---

<sup>310</sup> De igual modo, M. C. Marín Pina ha resaltado la dependencia última que el prólogo del *Lisuarte de Grecia* (1514) establece con una obra de carácter historiográfico; pues, como demuestra esta investigadora, Feliciano de Silva cita como ejemplos de virtud a los mismos héroes de la Reconquista mencionados por Juan de Mena en la rueda de los presentes –quien, a su vez, habría extraído tal nómina de capitanes de la *Crónica de Juan II*– (cf. «La historia y los primeros libros de caballerías españoles», pág. 187).

<sup>311</sup> Véase Sylvia Roubaud, «Cervantes y el *Caballero de la Cruz*», pág. 540; Anna Bognolo, «La entrada de la realidad y de la burla grotesca...», págs. 373-374. Sobre el tema del cautiverio en esta obra puede consultarse también un artículo posterior de Stefano Neri, «“El Cautivo de la Cruz”: finzione e realtà nel *Lepolemo* (Valencia, 1521)», en F. Gambin, *Alle radici dell'Europa. Mori, giudei e zingari nei paesi del Mediterraneo occidentale*, Firenze, SEID, 2008, págs. 155-168.

acertadamente Alberto de Río Nogueras. De acuerdo con esto, el origen aragonés del autor habría propiciado la defensa de una causa que afectaba directamente a los derechos de su tierra natal, así como a los intereses de algunos clanes de la misma procedencia, como el de los Fernández de Heredia<sup>312</sup>. Paralelamente, también la figura de Carlos V se sitúa en el centro de la lectura histórica que tanto Gillian Eisele como M<sup>a</sup> Luzdivina Cuesta Torre formularon para el anónimo *Tristán el Joven* (1534), si bien con diferentes posturas en la interpretación de la carga ideológica que comportan las referencias al reinado del Emperador. Así, a partir de las concomitancias que pueden observarse en la obra entre la biografía del héroe de ficción y la del rey Habsburgo, el primer investigador proponía entender en la presentación de un monarca ejemplar un contrapunto narrativo que sirviera de crítica a la orientación política de la primera etapa del monarca, llevándose a cabo así una dura crítica contra su persona. Mientras que, por el contrario, Cuesta Torre defiende la existencia de un elogio al viraje emprendido por Carlos V en sus decisiones con posterioridad a la revuelta de las Comunidades –lectura que encontraría su principal apoyo en la fecha de publicación de la obra, aparecida precisamente tras este conflicto–<sup>313</sup>.

Ciertamente, las referencias anteriores alumbran un interesante conjunto de ficciones caballerescas susceptibles de presentar conexiones con acontecimientos y

---

<sup>312</sup> Alberto del Río Nogueras, «De la exposición de un infante a la querrela hispanofrancesa por el reino de Nápoles: el homenaje de Fernando Basurto a Carlos V en el *Don Florindo*», en J. M. Lucía Megías y M. C. Marín Pina (eds.), «*Amadís de Gaula*»: quinientos años después. *Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, págs. 627-659.

<sup>313</sup> Véase Gillian Eisele, «A Reappraisal of the 1534 Sequel to Don Tristán de Leonis», en *Tristania*, V/2, 1980, págs. 28-44; M. L. Cuesta Torre, «Libros de caballerías y propaganda política: un trasunto novelesco de Carlos V», en *Mundos de ficción (Actas del VI Congreso de la Asociación Española de Semiótica)*, Murcia, Universidad de Murcia, 1996, págs. 553-560. De otra parte, una versión actualizada de la propuesta de esta investigadora puede encontrarse en el trabajo ya citado («La realidad histórica en la ficción...»), en el que además se indica la existencia de otras importantes referencias a personajes históricos: «En el *Tristán el Joven* hay otras personalidades históricas con un contrapunto literario, pues varios personajes de la novela parecen aludir a familias o figuras históricas del reinado de los Reyes Católicos y de Carlos V: el Franco a la familia conversa de los Franco, Pedro de Lara al fundador de la casa de los Manrique, el hidalgo portugués Silvera al caballero portugués Diego de Silva, la duquesa Esforcia a la casa ducal Sforzia de Milán, el rey don Juan de España y su hermana María al rey de Portugal y su hermana...» (ob. cit., pág. 97).



personalidades reconocibles para el lector<sup>314</sup>. En consecuencia, habida cuenta de que estas alusiones se establecen siempre de forma encubierta, la categoría de análisis que más se aproxima a ellas parecería ser aquella que singulariza a las ficciones en clave. No obstante, la aplicación de esta etiqueta pronto se enfrenta con el obstáculo de que estas obras posibilitan una segunda lectura sensiblemente más abierta que la consignada por un *roman à clef*. En nuestra opinión, el origen de esta dificultad puede explicarse en gran parte por el alejamiento temporal que el género caballeresco impone a sus tramas narrativas, el cual obliga a estas creaciones a establecer con la historia coetánea un vínculo necesariamente indirecto.

No en vano, esa es precisamente la distancia que separa su particular historicidad de aquella que caracteriza a la novela histórica o a la narrativa realista, modalidades de creación en las que las alusiones a la realidad inmediata pueden ofrecerse sin empacho alguno –a no ser que la voluntad crítica del autor así lo requiera, como ocurre en el caso de la *Regenta*–. Parece necesario, pues, abrir para estos casos un compartimento nuevo, a medio camino entre la novela realista y la novela en clave; a veces tan cerca de esta última que resulta difícil decidir si se trata o no de una ficción auténticamente cifrada. A este propósito, Guijarro Ceballos ha propuesto el utilísimo marbete de «pseudohistoricidad», para definir «el mecanismo por el que se sugieren mediante la ficción y las líneas básicas del relato situaciones históricas inmediatas, pero siempre de forma implícita y velada»<sup>315</sup>; aclarando en otro lugar:

No se trata de una recreación puntual e histórica, sino de un mecanismo, tal vez más sutil, por el que la historia se introduce en el relato ficticio, pero sin llegar nunca a constreñir las aventuras del caballero al desvelamiento constante de un *roman à clé*<sup>316</sup>.

---

<sup>314</sup> A los títulos enumerados cabría sumar otros ejemplos próximos, como los representados por la historia caballerescas breve titulada *Crónica del rey Guillermo de Inglaterra* o el portugués *Clarimundo* de Joao de Barros Barros (cf. José Amezcua. *Libros de caballerías hispánicas. Castilla, Cataluña y Portugal*. Madrid. Ediciones Alcalá. 1973, págs. 63-63 y 327; Nieves Baranda. *Crónica del rey Guillermo de Inglaterra. Hagiografía, política y aventura medievales entre Francia y España*. Frankfurt-Madrid. Vervuert-Ibero-americana. 1997, págs. 57-62).

<sup>315</sup> J. Guijarro Ceballos, *El Floriseo...*, pág. 209.

<sup>316</sup> *Idem*, pág. 207.

En cualquier caso, más allá de este interesante terreno fronterizo, encontramos dos libros de caballerías a los que la crítica ha considerado como auténticas creaciones en clave. Significativamente, ambas obras se sitúan en la segunda mitad del siglo XVI, compartiendo asimismo su carácter manuscrito; por lo que, a la luz de lo que acontece también en el *Caballero de la Fe*, no resultaría descabellado encontrar en su diseño marcadamente codificado una buena explicación para su huida de las prensas, en tanto que creaciones pergeñadas para un público restringido (*vid.* 3.4). El primero de estos títulos es el *Don Polismán de Nápoles* (compuesto entre 1560 y 1571), obra en la que Jerónimo de Contreras da vida a diversos personajes de la España imperial, como él mismo reconoce en los preliminares:

Estando yo en la ciudad de Nápoles, ilustrísimo señor, a pedimiento del duque de Alcalá, virrey de aquel reino, hize escrevir esta *Historia y libro primero del príncipe don Polismán*, y así ella toca a muchos señores de aquellas vandas, disfraçando los nombres por el mejor estilo que yo pude, y lo mismo algunos de Castilla y Aragón, a quien esta historia toca más que a otro reyno ninguno, por ser don Polismán hijo de don Floriseo, que fue rey de Nápoles, y don Floriseo hijo de Boleón, rey de Aragón<sup>317</sup>.

Por las mismas fechas se compone el anónimo *Claridoro de España* (*ca.* 1560), creación anónima en la que también puede encontrarse una doble lectura, según la cual los protagonistas de la trama serían el correlato novelesco de las grandes figuras de la monarquía hispánica hasta Felipe II, a quien de acuerdo con la tesis propuesta por la doctora Rocío Vilches cabría identificar con el personaje protagonista<sup>318</sup>.

A estos libros de caballerías se une ahora la obra del padre Daza, en la que encontramos una auténtica ficción en clave. Pues, además de establecerse en ella correspondencias con algunas preocupaciones de época o con los grandes conflictos del momento, la obra incluye un considerable número de referencias deliberadamente cifradas a personajes, lugares y acontecimientos de las postrimerías del siglo XVI. Por ello, si bien su autor no formula un reconocimiento explícito en el prólogo del carácter cifrado de su creación –como ocurriera con la *Diana* de Montemayor o el *Polismán* de Contreras–, sin embargo, sí afirma en el propio cuerpo de la obra, de forma directa y

---

<sup>317</sup> M. Mora-Mallo, *ob. cit.*, pág. 2.

<sup>318</sup> R. Vilches, *ob. cit.*

explícita, la necesidad de una doble lectura de su libro. Así, además de las transparentes informaciones proporcionadas por los elementos paratextuales arriba mencionados –a los cuales podría aplicarse la reserva de su posible carácter apócrifo (*vid.* 3.3.2)–, en el interior de la novela se proporcionan datos muy concretos que remiten abiertamente a la realidad histórica, invitando a los lectores a resolver el juego de identidades que se le propone: apellidos desdibujados, como el de Briaseldo Pimentario (28, I); emplazamientos reales, como el del castillo beneventano donde se alojan Ofrasio y Casiana (29, II); alusiones a elementos distintivos de una dinastía, como el Toisón de Oro (12, I); coincidencias en los títulos, como la que convierte en señores del Gran Puerto a Camilina y su esposo (13, II), etc., son algunas de las llaves que Miguel Daza proporciona para permitir el acceso a la segunda lectura que desea configurar en su trama.

A la luz de los datos aquí expuestos, creemos necesario replantear la relación que las fantasías caballerescas establecen con la historia. Pues, si bien es cierto que la mayor parte de sus títulos no pueden ser consideradas en propiedad como ficciones en clave, también lo es que la inserción de referencias a la realidad contemporánea en el caso de la literatura idealizante responde al mismo horizonte de expectativas de aquellas, por establecerse estas necesariamente de modo indirecto. En nuestra opinión, en ambos casos estaríamos ante una operación similar, desarrollada en diversos grados o, dicho de otro modo, con una configuración literaria divergente. De modo que en el primer caso obtendríamos informaciones codificadas, mientras que en el segundo nos encontraríamos ante alusiones ímplicitas de marcada amplitud<sup>319</sup>. Así, en la medida en que este diálogo abierto con los avatares del momento es una constante en las creaciones del primer tercio del siglo, acentuándose más tarde su incidencia en los testimonios manuscritos –tal vez al calor del éxito de este ingrediente en la novela pastoril, al que hemos de sumar el de las reediciones de la novela sentimental–, consideramos oportuno afirmar que tal innovación debió de constituir un aliciente

---

<sup>319</sup> Un sugerente debate sobre los límites del concepto *roman à clef* puede encontrarse en José Ignacio Díez Fernández, «Juegos de máscara y *marketing*: para una crítica de la novela en clave en los Siglos de Oro», en Adrienne L. Martín y Cristina Martínez-Carazo (eds.), *Spain's Multicultural Legacies: Studies in Honor of Samuel G. Armistead*, Newark, Juan de la Cuesta, 2008, págs. 77-94.

esperado por el público. Razones todas por las que la crítica debería reconocérselo como mérito propio.

A este propósito, resulta especialmente reveladora la convicción con la que Francisco Delicado afirma la existencia de una lectura presuntamente codificada en los primeros libros del ciclo palmeriniano y en el propio *Amadís de Gaula*, ofreciendo los correspondientes correlatos históricos de los protagonistas de estas obras en el prólogo a la edición italiana del *Primaleón* por él corregida (1534)<sup>320</sup>. Ciertamente, en su empeño por reconocer una lectura cronística en estos relatos fabulosos podría verse el testimonio de un gusto de época, en el que encontraría también explicación la voluntaria ambigüedad con la que el anónimo autor de *Palmerín* sugería ya la presencia en su obra de referencias encubiertas al ilustre linaje de su dedicatario, Luis Fernández de Córdoba<sup>321</sup>. No en vano, el desarrollo de la materia caballeresca en la Península cuenta con el paradigmático caso del *Tirant lo Blanch* (ca. 1464), en cuya construcción puede apreciarse ya una temprana querencia por las ficciones en clave –tal y como demostrara magistralmente Martín de Riquer<sup>322</sup>–. Por todo ello, estamos convencidos de que futuras relecturas de obras ya conocidas, así como próximas recuperaciones de otros títulos olvidados, nos traerán más de una sorpresa en esta dirección.

A continuación, nos proponemos ofrecer una interpretación crítica del proyecto de *roman à clef* que esconde nuestro libro de caballerías. Como tendremos ocasión de

---

<sup>320</sup> Una edición del prólogo puede encontrarse en: Giuseppe di Stefano. *El libro del famoso e muy esforçado cavallero Palmerín de Olivia*. Pisa. Università di Pisa. 1966, págs. 783-784.

<sup>321</sup> En opinión de Marín Pina, lejos de presentar indicios de una lectura codificada, en la obra tan solo puede encontrarse una difusa proyección de la figura de Fernando el Católico en «la concepción de un heredero legítimo al trono bizantino como héroe protagonista de la serie» («La historia y los primeros libros de caballerías...», pág. 189).

<sup>322</sup> Como explica Martín de Riquer, el libro gozaría de una actualidad que quedó malograda por haberse postergado su publicación hasta treinta años después de la fecha de su composición, concluida para 1464: «Los valencianos que entonces hubieran leído el libro hubieran ido de sorpresa en sorpresa y hubieran entendido lo que años después ya no se entendió. [...] Descubrirían en el señor cortés de la Pantalea, aliado de Tirant, a Francesc de Bellvist, señor de Pantelleria; en el joven Ciprés de Paternó al caballero aragonés Ciprés de Paternoy, padrino del futuro Rey Católico; se darían cuenta de que el vizconde de Branches ostentaba el mismo título que un portugués afecto a Pedro el Condestable; y verían, sin duda con extrañeza, que el primo de Tirant hubiese recibido el mismo nombre de pila de Diafebus de Próxima, hijo del valenciano conde de Aversa», entre otros muchos ejemplos detectados por este crítico («*Tirant lo Blanch*», *novela de historia y de ficción*. Barcelona. Quaderns Crema. 2013, pág. 11).

comprobar, en algunos casos la distancia temporal parece haber oscurecido claves que el autor sabría reconocibles para sus potenciales lectores; en otros, sencillamente, creemos más prudente afirmar que no existe correspondencia histórica alguna, pues de lo contrario caeríamos en la trampa de terminar construyendo un segundo relato de ficción. De cualquier modo, consideramos que cabe establecer una auténtica lectura en clave que conviene jerarquizar en dos niveles, sobre los cuales nos detendremos en los epígrafes que siguen: en un primer nivel, resulta patente cómo el autor de la obra pretende dar cabida en su mundo de ficción a personalidades coetáneas que debían de serle próximas de algún modo, subordinando su aparición en la mayor parte de ocasiones a la acción principal protagonizada por Ofrasio y su hijo, el Caballero de la Fe; en un segundo nivel, la obra del padre Daza parece escribir en sus páginas un elogio de la monarquía vigente, ensalzando muy posiblemente a quien fuera un auténtico héroe en su tiempo, don Juan de Austria. De acuerdo con esto, la participación del rey de España en la gran guerra que se prepara contra el malvado escita Sofraastro funcionaría también como trasunto del compromiso que el gobierno de los Austrias adquirió en la lucha contra el Imperio Otomano, concretamente con su anexión a la Liga Santa de 1571.

## **7.1. Caballeros andantes en tierra española: la alta nobleza como protagonista de la ficción caballeresca**

### **7.1.1. Medinaceli, Benavente y Guadalajara, escenarios de la caballería de papel**

Como expusimos en el capítulo quinto, la obra del padre Daza puede estructurarse en tres partes fundamentales, con personajes, acciones y espacios perfectamente diferenciados. La última de ellas, de mayor extensión que las anteriores, se encuentra conformada nítidamente por el tercer y el cuarto libro y tiene como protagonista incuestionable al Caballero de la Fe, hijo perdido del rey Ofrasio de España, con el que la acción experimentará un cierto viraje hacia los objetivos propios de un *miles Christi*. Pues, al inicio del tercer libro, este será nombrado capitán general

de la gran armada española que se dispone a unirse a una «Santa Liga», con la que Occidente pretende hacer frente al peligroso ejército de infieles que le amenaza. Así, siguiendo un conocido tópico del género, el escenario en el que se desarrollará la acción a partir de este momento tendrá como centro indiscutible la simbólica ciudad de Constantinopla. Por el contrario, los dos primeros bloques temáticos de la obra se mantienen totalmente ajenos a esta cristianización de la biografía del héroe, de modo que la errancia propia de los caballeros andantes configura el desarrollo argumental de los dos primeros libros. En ellos, la nómina de espacios descritos se muestra sensiblemente más amplia, en consonancia con las posibilidades de un modelo de caballería mundana e itinerante que no se encuentra determinada por el objetivo colectivo de una guerra santa.

En el libro primero, el periplo vital del príncipe Ofrasio de España servirá de eje central a la trama, organizada como un viaje de ida y vuelta a la corte de Babilonia, donde este encontrará y desposará a la princesa Casiana. En el segundo libro, en cambio, el joven matrimonio cederá su protagonismo a dos caballeros españoles, llamados Ardoniso y Feridano, con los que el narrador nos transportará a la Isla de la Enamorada Corneria, donde estos encontrarán precisamente al hijo que aquellos príncipes creían perdido. Tras unos episodios de particular estatismo, los dos compañeros volverán a España, trayendo consigo al pequeño doncel: el regreso a su tierra natal tendrá lugar justamente en el capítulo central de este libro (15, II), a partir del cual sus peripecias se alternarán ya en territorio peninsular con las del joven que había estado a su cuidado, llamado Mejiano de la Esperanza. Al final de este segundo libro, una vez que este desconocido hijo de Ofrasio haya logrado convertirse en un afamado caballero novel, el recién bautizado como Caballero de la Fe quedará listo para asumir el protagonismo absoluto de la segunda parte de la obra, en la que ya no volverá a pisar suelo patrio.

Como puede apreciarse, en los dos primeros libros sus respectivos protagonistas se embarcan en un viaje por mar de ida y vuelta que les traerá nuevamente a España. De esta forma, junto a espacios exóticos como la corte de Babilonia o la Isla de la Enamorada Corneria, puede observarse en esta primera parte una llamativa preeminencia de la geografía peninsular que por sí misma resulta harto novedosa en el

género caballeresco<sup>323</sup>. Pero, además, nos encontramos con la sorpresa de que la concreción de los lugares visitados por los caballeros andantes no solo alcanza a una amplia nómina de ciudades, montes y puertos bien conocidos, sino que llega a traducirse en la inclusión cifrada de distintos palacios pertenecientes a grandes casas nobiliarias del momento. La ubicación de los mismos, así como los nombres de sus moradores, no se ofrece en casi ningún caso de forma directa, pero resultan perfectamente reconocibles para el lector en virtud de un nutrido grupo de informaciones que el autor ofrece oportunamente como claves para su correcta identificación. Así, la descodificación de estos pasajes nos revela cómo el itinerario de los caballeros en tierras españolas se desarrolla fundamentalmente en torno a los dominios de tres poderosas familias, todas ellas con título de grandes de España: la Casa de Medinaceli, la de Benavente y la del Infantado.

A continuación, nos proponemos ofrecer un análisis de los distintos datos aportados por la narración acerca de estas tres casas nobiliarias, con el fin de aproximarnos a la lectura histórica que el padre Daza quiso pergeñar a partir de unas personalidades que debieron de serle más o menos próximas.

#### **7.1.1.1. La duquesa Camilina, señora del Gran Puerto**

A causa de la pérdida de los folios iniciales del manuscrito, la obra comienza abruptamente en mitad del capítulo tercero del primer libro, en el que nos encontramos a Ofrasio de España en el palacio de la duquesa Camilina, justo en el momento en que tiene lugar la llegada de un misterioso séquito que viene a proponer al príncipe su participación en la que es llamada «la aventura de la Princesa de Rusia». En los

---

<sup>323</sup> En este sentido, afirma Sales Dasí: «Tendremos que esperar a Cervantes para encontraros con un héroe y una geografía netamente castellana, en clara respuesta a esa afición cosmopolita de los libros de caballerías», para a continuación espigar algunos personajes del corpus caballeresco de procedencia hispana («Una crónica caballeresca singular del quinientos: el *Rosión de Castilla*», en Julián Acebrón [ed.], *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre ficción caballeresca*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2001, pág. 164). Entre los ejemplos puntuales que pueden citarse, destaca en este sentido la obra de Beatriz Bernal, *Cristalián de España* (1545), así como el *Palmerín de Inglaterra* (1547 y 1548) –donde las referencias a tierra española, no obstante, se heredan del original portugués–.

dominios de la duquesa, el valeroso caballero hará frente a este episodio mágico con notable éxito y disfrutará de unas jornadas de lujosos entretenimientos cortesanos, para después partir hacia Babilonia al encuentro de su amada (I, 7). Tras esta estancia de Ofrasio junto a la duquesa, el personaje de Camilina no aparecerá de nuevo hasta el capítulo 13 del segundo libro, en el que los caballeros Feridano y Ardoniso rescatarán a esta dama del poder de unas fragatas moras que la llevaban cautiva. Allí, el narrador nos revelará cómo este último caballero había sido amante de la duquesa antes de que esta contrajese matrimonio, sugiriendo con notable ironía que su hija Camiliana era fruto de esta relación. Bajo la protección de estos dos caballeros, Camilina emprenderá el camino de regreso «hacia las faldas del Moncayo»: para ello, aportarán primero en Lisboa, desde donde la acompañarán a su castillo, en el que se reunirá finalmente junto a su marido (19, II). Después, la duquesa no volverá a intervenir en la acción, pero su hija Camiliana participará de la segunda parte de la obra, donde bajo una identidad falsa se convertirá en la principal ayudante del Caballero de la Fe, siendo conocida como el Caballero de la Castidad Enamorada (27, III).

Tenemos, pues, que el señorío de Camilina sirve de escenario a la acción durante los primeros siete capítulos de la obra, volviendo a aparecer esta dama fuera de su territorio desde el capítulo 13 hasta el 19 del segundo libro, episodios en los que realmente tendrá lugar su participación activa en la trama. Quizás por esta razón, es en este segundo núcleo narrativo donde el autor nos proporciona las conexiones verdaderamente determinantes de este personaje con la realidad histórica. En efecto, es en el pasaje en que el narrador se dispone a revelar la identidad de las damas rescatadas por Ardoniso cuando este saca a relucir dos datos fundamentales, aclarando:

Que sabed que era la hermosa y discreta duquesa Camilina y, las otras dos, la una era Suranisa su prima y la otra era otra deuda suya llama Ornasina, y la niña era hija de la duquesa Camilina; la cual era casada con *un muy buen caballero español llamado Gastoncricio y era suyo el Gran Puerto* (13, II; f. 147r).

Más adelante, cuando la reina Casiana relate ante la pastora Belisandra su secuestro en alta mar por unas naves de infieles, esta reiterará la vinculación de la duquesa con el «Gran Puerto», diciendo que su marido y ella venían «del Gran Puerto de la duquesa Camilina a Ispalia» (f. 353v; 16, IV). Como el propio narrador esclarece



justo antes de relatar la liberación de Camilina, con la mención al «Gran Puerto» pretende señalarse a la villa de Santa María del Puerto, cuyo señorío jurisdiccional, como es sabido, fue conocido desde antiguo bajo este nombre. A propósito de esta sorprendente alusión a un estado de entidad real, conviene recordar que dicho territorio estuvo vinculado desde el siglo XIV a la familia de los Medinaceli, gozando del rango de condado en esta Real Casa desde el año 1479 hasta su posterior incorporación a la Corona en el 1729<sup>324</sup>. Partiendo de estos datos, parece imponerse la necesidad de plantear una posible conexión entre el personaje de la duquesa y este condado perteneciente a la Casa de Medinaceli –cuya relación con los libros de caballerías tiene un conocido precedente en el *Florisando* de Páez de Ribera, dedicado al segundo duque de Medinaceli<sup>325</sup>–.

Felizmente, esta hipótesis puede confirmarse con notable facilidad gracias a la existencia de una apostilla marginal, en la que el copista indica la identidad del marido de Camilina mediante una referencia muy concreta que dice: «duque de Medinaceli» (14, II). En la misma dirección apunta la descripción de las armas del misterioso Caballero de las Armas Azules y los Lirios de Oro que se nos presenta en relación con el castillo de Camilina, por cuanto sus componentes heráldicos se corresponden exactamente con los de los duques de Medinaceli (5, I). Así las cosas, Camilina y Gastoncrio parecen constituir el correlato novelesco de una de las familias nobiliarias más importantes de Castilla desde el siglo XV: la Casa de la Cerda, la cual encuentra su origen nada menos que en la rama desheredada de los antiguos reyes de Castilla y León, siendo conocida desde mediados del siglo XIV por su condado de Medinaceli –

---

<sup>324</sup> Sobre la anexión de este señorío al linaje de la Cerda y su posterior ascenso a la dignidad de condado, véase: Hipólito Sancho de Sopranis. *Historia del Puerto de Santa María. Desde su incorporación a los dominios cristianos en 1259 hasta 1800*. Cádiz. Universidad. 1943, págs. 46-57; para un análisis de la pérdida de esta regalía en el contexto de afianzamiento del absolutismo puede consultarse: Juan José Iglesias Rodríguez, «La incorporación de El Puerto de Santa María a la Corona en el marco de las relaciones entre monarquía y nobleza señorial», *Monarquía y nobleza señorial en Andalucía. Estudios sobre el señorío de El Puerto (siglos XIII-XVIII)*, Sevilla, 2003, págs. 151-166.

<sup>325</sup> A este respecto, M. C. Marín Pina demostró hace unos años que el duque recompensó a Páez de Ribera con el cargo de alcalde mayor del ducado de Medinaceli, como consta en una carta de pago conservada entre los documentos del señorío de Cogolludo (*Páginas de sueños...*, pág. 107, n. 13).

posteriormente elevado a la categoría de ducado en 1479<sup>326</sup>. No obstante, la completa verificación de esta lectura se ejecuta mediante la confrontación de las posesiones de la duquesa Camilina con la base territorial de los Medinaceli en el siglo XVI, en la medida en que ambos dominios manifiestan una esclarecedora correspondencia.

- **Los territorios de la Casa de Medinaceli**

Efectivamente, con anterioridad a los siglos XVII y XVIII –en los que la estratégica política matrimonial de la familia Medinaceli lograría una impresionante expansión territorial por toda la Península–, la Casa de la Cerda trató de concentrar y ampliar sus posesiones fundamentalmente en torno a sus estados sorianos y alcarreños, mediante diversas permutas, compraventas, donaciones reales y desposorios. De este modo, desde finales del siglo XV, los dominios de la casa ducal de Medinaceli se estructuraban formando tres grandes núcleos, a saber: un gran estado señorial fronterizo con Aragón, extendido por las actuales provincias de Soria y Guadalajara, con centro en la villa de Medinaceli (de unos 2.500 km); otro estado de menor envergadura, también en la provincia de Guadalajara, con la villa de Cogolludo a la cabeza (de unos 1.000 km); y, por último, el señorío meridional del Puerto de Santa María, el más antiguo de la casa y el de más modestas dimensiones (tan solo 150 km)<sup>327</sup>. Pues bien, como

---

<sup>326</sup> En efecto, el linaje de la Cerda parte del príncipe don Fernando, conocido precisamente con el sobrenombre de «el de la Cerda», hijo mayor de Alfonso X el Sabio, cuya prematura muerte dio lugar a un complejo litigio sucesorio que se saldaría con la renuncia al trono de su primogénito Alfonso. A cambio, este recibió la titularidad de los denominados «señoríos de la recompensa», que tras varios fallecimientos sin sucesión recaerían en poder de su nieta, Isabel de la Cerda. En su persona, este linaje obtendría el condado de Medinaceli, por haberlo recibido esta en donación tras su matrimonio en 1370 con el primer conde de Medinaceli, Bernardo de Bearne. Desde este momento la familia de la Cerda sería conocida por su condado soriano, pero la preponderancia de la línea materna se reflejaría en el uso de los apellidos de Isabel, con el consiguiente olvido de los signos de identidad de Foix (cf. María Luisa Pardo Rodríguez. *Documentación del condado de Medinaceli (1368-1454)*. Soria. Diputación Provincial. 1992, págs. 25-34).

<sup>327</sup> Un estudio detallado del proceso de expansión territorial de la Casa Ducal de Medinaceli puede encontrarse en la tesis doctoral inédita de Antonio Sánchez González (*Linajes y estados de la Casa Ducal de Medinaceli. Estructura de su memoria archivística*. Tesis doctoral inédita. Sevilla. Universidad de Sevilla. 1989), cuyos datos hemos podido consultar a través de la rigurosa síntesis que de ellos se proporciona en el portal oficial de esta casa nobiliaria: <[http.fundacionmedinaceli.org/casaducal/](http://fundacionmedinaceli.org/casaducal/)>.

afirmábamos más arriba, cada uno de estos estados posee una reveladora representación en la obra.

Las noticias acerca del señorío de la costa de Cádiz ya han quedado referidas al mencionar la alusión al «Gran Puerto» del que es señora Camilina: queda ahora dar cuenta de los dominios en los que la duquesa tiene su residencia habitual. A este respecto, la primera pista se nos facilita cuando el narrador procede a explicar que Ardoniso y Camilina se conocían porque «su principado de las altas sierras de Moncayo y el estado de la duquesa confinaban» (13, II; f. 147r); información que se precisa poco después, cuando el Caballero de la Fe explica al rey Ofrasio cómo la duquesa se halla de regreso «hacia las faldas del Moncayo» (20, II; f. 171v). Con ambas referencias, el autor dibuja los límites septentrionales del estado de la duquesa, confiriéndoles unas características que se ajustan significativamente a la definición de los territorios de los duques de Medinaceli: concretamente, al fin de sus dominios en el extremo nororiental de la provincia de Soria, en la frontera entre el reino de Castilla y el de Aragón. Una operación paralela se observa en el apunte por el que el narrador esclarece el límite meridional de estas posesiones de Camilina, al decir que el conde de Cifuentes tenía sus estados «junto a los de la duquesa, que los unos con los otros confinaban y aun eran algo deudos» (19, II; f. 168r).

Como puede observarse, este conjunto de coordenadas dibujan un territorio que se extiende desde el norte de la actual provincia de Soria hasta la mitad superior de Guadalajara, comprendiendo así los estados que el linaje de la Cerda poseía en torno a las villas de Medinaceli y Cogolludo. Otros datos confirman esta cartografía de las jurisdicciones de Camilina. Así, la referencia explícita a las montañas de Luzón, en las que la joven Camiliana sale a cazar –porque, según se afirma, allí «la duquesa tenía mucha y muy hermosa montería» (22, III; f. 272r)–, nos sitúa nuevamente en la mitad septentrional de la provincia de Guadalajara. Del mismo modo, el itinerario seguido por Feridano y Ardoniso desde el castillo de Camilina –situado cerca de la frontera soriana con Aragón– hasta una ciudad cercana al Arroyo de las Dueñas –a la que debemos identificar con Guadalajara– reproduce explícitamente una ruta de tres jornadas por la ribera del Henares, para la que necesariamente hemos de reconstruir un camino

comprendido entre las actuales provincias de Soria y Guadalajara (19, II; f. 168v)<sup>328</sup>. En consecuencia, desde Santa María del Puerto hasta las faldas del Moncayo, todas las indicaciones geográficas referentes a los dominios de la duquesa permiten superponer el ducado de Camilina al de Medinaceli.

Por el contrario, frente a lo que sucede en el caso de los palacios de Benavente y Guadalajara (capítulos 28, I y ), la fisonomía del castillo de la duquesa no es descrita en ningún punto de la obra, como tampoco se aportan informaciones precisas que nos proporcionen su ubicación exacta. En este sentido, el lector tan solo cuenta con la pista de que la residencia de Camilina se halla cerca de la sierra del Moncayo, pues hacia allí se dirige desde tierras lisboetas para volver en compañía de su marido. No obstante, si recordamos que la Casa de la Cerda repartió su residencia en el interior de la Península entre dos villas, la de Medinaceli y la de Cogolludo, de las cuales tan solo la primera posee un castillo que alguna vez sirviera de morada a este linaje, resulta plausible proponer que el enclave de la fortaleza de la duquesa remita a la ciudad soriana. Asimismo, esta conjetura cuenta con la ventaja de ajustarse con mayor acomodo a los datos geográficos proporcionados por la narración: tanto por la mayor cercanía de Medinaceli con el Moncayo, como por la perfecta coherencia que este punto de partida ofrece para la lectura del mencionado viaje de Feridano y Ardoniso hasta Guadalajara (19, II). Pues, ciertamente, la distancia que cabe presuponer a un recorrido cubierto en tres jornadas se aviene mejor a los cerca de 100 km que separan Medinaceli de la capital arriacense<sup>329</sup>.

---

<sup>328</sup> La referencia al Arroyo de las Dueñas nos da la clave de identificación del río Henares, pues se dice que este conocido arroyo, distante de Guadalajara «como una legua y no más», era «un río que por un hermoso balle se venía a entrar en otro más caudaloso (por cuya ribera ellos venían caminando)» (19, II; ff. 168v-169r).

<sup>329</sup> Aunque es cierto que en el capítulo séptimo del libro primero se describe un lago en las proximidades del castillo de la duquesa, no nos ha parecido oportuno establecer este dato como base para una posible identificación de su enclave, en la medida en que ninguno de sus rasgos encuentra una clara correspondencia en la geografía real. Asimismo, debe tenerse en cuenta que, de poseer un correlato histórico, este podría hallarse en alguno de los muchos humedales, lagos y lagunas desaparecidos en la actualidad; como es el caso del lago de Conquezueta, antiguamente situado a tan solo 14 kilómetros de Medinaceli (cf. Pedro Palacios. *Memoria de la Comisión del Mapa Geológico de España: descripción física, geológica y agrológica de la provincia de Soria*. Madrid . Imprenta y Fundación de Manuel Tello. 1890, pág. 105).

- **La polémica biografía de don Gastón de la Cerda, III duque de Medinaceli**

Corroborada la conveniencia de una lectura en clave para los territorios y el linaje de Camilina, parece oportuno proceder, en segundo lugar, a la posible identificación de los duques que se retratan en la ficción. En contraste con la profusión de datos con los que se acota geográficamente el ducado de Medinaceli, en este punto contamos con una única puerta de acceso al correlato histórico de estos personajes –que, sin embargo, se ha revelado asombrosamente concluyente–. Nos referimos a la segunda de las pistas aportadas por Nictemeno en el citado pasaje del rescate de la duquesa, por la que se nos informa de que Camilina estaba casada «con un muy buen caballero español llamado Gastoncricio» (13, II; f. 147r).

Como puede comprobarse pese a la novelesca transformación de la onomástica, el de Gastón constituye un nombre recurrente tanto en la Casa de Foix –emparentada con el linaje de la Cerda desde 1370–, como en la de Medinaceli: Gastón se llamaba el padre de Bernardo de Bearne, fundador del condado soriano, como también el segundo y el cuarto conde de Medinaceli<sup>330</sup>. A pesar de ello, resulta muy revelador que en la larga nómina de duques de esta villa, que se prolonga hasta la actualidad, solamente pueda recuperarse uno con este nombre: el tercer duque de Medinaceli, Gastón de la Cerda, hijo del segundo duque de Medinaceli, don Juan de la Cerda (1485-1544), y de su primera esposa, doña Mencía Manuel de Portugal (1480-1504)<sup>331</sup>. De este modo, nos encontramos con la significativa existencia de un único candidato susceptible de ser reconocido en el marido de Camilina, al que no por casualidad podemos situar como contemporáneo de Miguel Daza.

En nuestra opinión, tan solo estas concomitancias bastarían para proponer la asimilación del personaje de Gastoncricio a la figura del tercer duque. No obstante, como

---

<sup>330</sup> Véase Francisco Fernández de Béthencourt. *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española*. Sevilla. Fabiola de Publicaciones Hispalenses. 2001, V, págs. 171-187 y 194-198.

<sup>331</sup> *Idem*, págs. 226-228.

ahora veremos, la compleja reconstrucción de la historia de don Gastón de la Cerda viene a ratificar todavía más esta propuesta de identificación, en la medida en que el seguimiento de su biografía nos devuelve unos testimonios historiográficos en estrecha coherencia con la desfavorable valoración del marido de Camilina ejecutada por la pluma del padre Daza. En efecto, el personaje de Gastoncrio recibe un tratamiento marcadamente negativo que constituye un caso aislado en el conjunto de nobles españoles registrados en la obra –razón por la que su lectura en clave histórica debía de resultar doblemente estimulante para el lector de la época–. En este sentido, llama poderosamente la atención su escasa participación en la trama, tan puntual como indirecta, frente al notable protagonismo del que goza Camilina: no en vano, del duque solamente tendremos noticias cuando este reclame la presencia de su esposa en el castillo, mediante una carta en la que se declara aquejado de una grave dolencia (14, II). En relación con lo anterior, su condición achacosa, su edad avanzada, contrastan también sobremanera con el vigor y la picardía de la duquesa, a la que se presenta como una mujer aventurera y amiga de divertimentos cortesanos.

Pero, sobre todo, es su controvertida condición de marido engañado el elemento que resulta más determinante en la caracterización del duque, en la medida en que este queda notablemente ridiculizado no solo por el sostenido rechazo de su mujer, sino por el hecho de haber consentido en la falsa atribución de su única hija –detalle que, de paso, nos ofrece una sugerencia nada ingenua acerca de su virilidad–. Significativamente, el autor hace descansar en este punto toda la responsabilidad de tan comprometida confesión en la multiplicidad de las fuentes manejadas, haciendo uso de su característica ironía:

La Fama parlera decía que siendo la duquesa recién casada y Ardoniso muy moço se havían mirado con muy buenos y tiernos ojos, y aun algunos maliciosos decían que urtaban sus ciertos ratos para hablar a solas. Mas Nictemeno nada d'esto cree, qu'es buen honvre; mas en otro autor antiguo me acuerdo haber leído que Camiliana la Vella, hija de la duquesa Camilina, parecía algo a Ardoniso, y no sé que más se murmuraba. Mas todo devió de ser falso, que era la duquesa muy principal y excelente princesa y Ardoniso era muy moço. [...] Que no era tan mentirosa la Fama, que ya que no en tondo en algo decía verdad de los pasados amores. La dificultad está en que algunos (y aun los más) dicen que fueron antes que fuesse casada, y otros dicen que duraron aun después de haberlo sido. Nictemeno, qu'es un maliciosso, apunta una cosa delgada, y dice que la niña Camiliana era muy hermosa y crecida y que se havía criado muy robustica y sana, y

dice él: «Y espántome, porque nació sin días y aun casi antes que entrasse en los siete meses, a lo menos a la cuenta del duque». Es un malicioso, no hagáis caso de lo que dice, que común opinión fue salbo de su madre que la niña era sietemesina... (13, II; ff. 147r-148v).

Así las cosas, el lector contempla sorprendido el retrato de un duque enfermizo, víctima de una reiterada infidelidad, al que ni siquiera se le concede el privilegio de participar en la acción. En vista de lo novelesco de todos estos ingredientes, parecería más plausible atribuir la confección de tan estrambótica experiencia vital exclusivamente a la inventiva de Miguel Daza. Sin embargo, los datos recabados acerca de don Gastón de la Cerda consiguen explicar asombrosamente tanto el delicado diseño de su álgter ego en la ficción, como el controvertido carácter de los sucesos en los que este aparece implicado.

Curiosamente, la noticia más temprana acerca de la figura de este tercer duque de Medinaceli nos la brinda otro autor de libros de caballerías, el conquistador Gonzalo Fernández de Oviedo, en sus conocidas *Batallas y Quincuagenas* (ca. 1550), obra compuesta apenas unos años antes de que se produjese el fallecimiento del susodicho Gastón (1504-1552). Allí, en la quincuagena primera, los interlocutores del diálogo noveno pergeñado por Fernández de Oviedo acometen una dura crítica de este personaje histórico, a propósito de su empeño por hacerse a toda costa con la herencia del ducado. Pues, según nos informan el Alcaide y Sereno, don Gastón, hijo segundogénito del duque don Juan (1485-1544), habiendo profesado como fraile jerónimo en el monasterio de san Bartolomé de Lupiana, habría abandonado los hábitos tras seis años en el monasterio y, a la muerte sin sucesión de su hermano mayor, don Luis de la Cerda (1503-1536), habría contraído matrimonio con el objetivo de sucederle en el mayorazgo.

De acuerdo con la versión defendida en el diálogo, estos desposorios habrían tenido lugar a espaldas de su padre, con una dama de alta alcurnia a la que el propio autor prefiere mantener parcialmente en la sombra. Seguramente por ello se nos proporciona tan solo su apellido y su linaje, junto a un deliberado blanco en el manuscrito en el lugar que ocuparía el nombre de este enigmático personaje: «Casose

con la hija del duque de Alburquerque, doña --- de la Cueva, sin lo saber el padre»<sup>332</sup>. Con todo, las referencias anteriores son lo suficientemente concretas como para que quepa relacionar certeramente a esta mujer con la hija del II duque de Alburquerque, doña María de la Cueva y Toledo, futura dama de compañía de Isabel de Valois<sup>333</sup>. Después, sin que se ofrezcan más detalles sobre el resultado del precipitado enlace de Gastón, se nos relata abruptamente el desenlace final del litigio: con el favor de Papa y con el amparo de su tío, el arzobispo de Zaragoza, el que fuera fraile jerónimo habría conseguido la dispensa de sus votos, así como su posterior ingreso en la orden de san Juan, bajo cuyo estado habría obtenido el gobierno del ducado.

Afortunadamente, los comentarios que estas decisiones merecen a los protagonistas del diálogo esclarecen en cierto grado el orden lógico de los acontecimientos mencionados: así, de un lado, se asegura que la profesión inicial del duque en la orden jerónima constituía un hecho cierto, por lo que su anulación desde la Santa Sede es justificada por Sereno en los falsos testimonios que la facción de Gastón habría hecho llegar al Papa, el cual «dispensa cómo y según es informado»<sup>334</sup>. De otra parte, se confirma que la decisión de otorgarle la cruz de la Orden de Malta había perseguido el fin de ponerle en un nuevo estado de celibato que imposibilitase su acceso al gobierno del ducado, premisa en la que encuentra su origen la controversia por su nombramiento final como tercer duque<sup>335</sup>. Pero, sin duda, la sentencia definitiva de Fernández de Oviedo ante tan polémico caso parece ponerse en boca de Sereno cuando

---

<sup>332</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo. *Batallas y quincuagenas*. Ed. de José Amador de los Ríos y Juan Pérez de Tudela. Madrid. Real Academia de la Historia. 1983, pág. 78.

<sup>333</sup> María de la Cueva casó en realidad con Juan Téllez-Girón «el Santo», IV conde de Ureña, junto a quien destacó por su papel de mecenas; sería a la muerte de este, en 1558, cuando pasaría a formar parte de la compañía de la reina hasta el final de su vida (cf. F. Fernández de Béthencourt, ob. cit., X).

<sup>334</sup> «El Papa dispensa cómo y según es informado; e algunos, pensando engañar al sumo pontífice quedan engañados, e el Papa libre de la culpa; por él suele dezir: si así es, *fiat*; e, presumiendo que el dizen la verdad, dispensa. Pero, ¡ay del que falsa relación le haze!», Fernández de Oviedo, ob. cit. pág. 79.

<sup>335</sup> «Mirad: cuando el Papa dispensó e le dio esa cruz que dezís para que no fuese frayle ni conjugado, dióle hábito de aquella sacta religión de Rodas contra infieles, e pues él era ilustre e cauallero notorio, en buen hábito le puso para salvarse, e no le dio facultad para ser duque en perjuiçio de sus hermanos, non obstante qual fuese el mayor dellos, pues ya ese derecho le renunció quando determinó de ser frayle con aquellos tres votos de religión e castidad e pobreza», *ibidem*.



este afirma: «La más nueva cosa que he oydo: sobre seys años de frayle profeso de Sanct Jerónimo, e teniendo otros hermanos, quitarles la suçesión. No sé qué os diga»<sup>336</sup>.

Una versión prácticamente coincidente con la que se expone en las *Quincuagenas* nos la ofrece también contemporáneamente el historiador Esteban de Garibay (1533-1600), en cuyas obras no impresas se nos permite profundizar en el litigio sucesorio anterior. De acuerdo con lo expuesto por Garibay, sabemos que don Gastón de la Cerda habría hecho profesión en el referido monasterio de Lupiana en seguimiento de la voluntad de su difunta madre, quien habría muerto precisamente a consecuencia del parto de su segundo hijo. El historiador mondagnonés refiere las mismas motivaciones para la salida de la clausura de don Gastón, precisando, además, que el poderoso Fadrique de Portugal habría promovido conscientemente unos intereses contrarios a la voluntad del duque, quien al parecer prefería como nuevo heredero al hijo mayor de su segundo matrimonio con Doña María de Silva y Toledo, don Juan de la Cerda. Para Garibay, la voluntad del segundo duque se justificaría no solo en el impedimento evidente que representaba la condición religiosa de su segundogénito, sino, especialmente, en el hecho de no ser don Gastón «muy libre de su entendimiento, y cojo, y pequeño, y flaco»<sup>337</sup>. Del mismo modo que en el diálogo citado, en sus escritos se corrobora cómo tras la consecución de una dispensa otorgada por el nuncio apostólico, Gastón de la Cerda habría contraído matrimonio en 1540. Ahora bien, en esta segunda fuente se nos brinda un nombre diferente que posee una mayor credibilidad en términos históricos, a causa de su perfecta sintonía con los intereses del arzobispo de Zaragoza: pues, de acuerdo con Garibay, la esposa de don Gastón se correspondería con la hija del conde de Salinas, María Sarmiento, descendiente de uno de los principales enemigos del segundo duque.

Asimismo, en los manuscritos de este historiador se nos informa por primera vez de un episodio intermedio al desenlace del litigio, por el que el hermanastro de don Gastón habría iniciado con el apoyo de su padre un decidido pleito contra el recién

---

<sup>336</sup> *Ibidem*.

<sup>337</sup> Seguimos los datos contenidos en los escritos de este historiador a través de F. Fernández de Béthencourt, ob. cit., V, pág. 226.

desposado. Esta intensa querrela habría terminado en 1542, cuando con la aquiescencia de Paolo III y la aprobación de Carlos V se habrían sancionado unas escrituras de concordia y concierto que resolverían definitivamente la disputa entre los dos hermanos. En ellas se estipulaba que Gastón de la Cerda podría heredar el ducado a la muerte de su padre siempre y cuando promoviese la anulación de su matrimonio –al parecer, todavía no consumado–, así como su ingreso en la Orden de Malta, en la que renovarían el voto de celibato que le incapacitaría para tener descendencia. Toda vez que se hubiese producido su fallecimiento, la sucesión recaería en la persona de su hermano Juan y de sus hijos, quienes con anterioridad a este momento habrían de conformarse con el marquesado de Cogolludo y los señoríos de las villas de Deza y Enciso. En cumplimiento de estas disposiciones, tan solo dos años después, don Gastón heredaría el título de duque de Medinaceli, del cual habría de gozar poco más de siete años.

Como puede apreciarse, el historiador mondragonés ofrece una versión más pausada de los hechos, pero absolutamente coherente con la polémica referida por Fernández de Oviedo –a excepción de la mención contrapuesta a María Sarmiento–. De esta forma, de los datos expuestos por sendos historiadores parecen descollar dos hechos relevantes: el primero, que la legitimidad de don Gastón de la Cerda para conseguir convertirse en tercer duque de Medinaceli, así como su derecho a obtener una sucesión directa mediante un posible matrimonio, distaban mucho de presentarse libres de impedimentos; el segundo, que las peculiares andanzas de este personaje histórico debían de ser *vox populi* en la época, a tenor de su pronta plasmación en la historiografía contemporánea.

Frente a estas noticias iniciales, en la centuria siguiente nos encontraremos con algunos testimonios que se presentan en abierta contradicción con estas primeras fuentes, ya que en ellas este intrincado episodio aparece notablemente simplificado. Así, Alonso López de Haro, en su *Nobiliario genalógico de los reyes y títulos de España* (1623), refiere un perfil del tercer duque libre de controversias:

Don Gastón de la Cerda, hijo segundo del duque don Juan y de la duquesa Mencía Manuel, su primera muger, fue tercero duque de Medinaceli, marqués de Cogolludo, conde del Puerto de santa María, que primero avía sido fraile de la Orden de san Gerónimo y caballero de la Orden

de san Juan, cuya cruz traía de ordinario en el pecho como caballero d'esta orden. Murió sin sucesión, y le sucedió en la casa el duque don Juan su hermano<sup>338</sup>.

Como parece deducirse de la omisión del casamiento del duque en la entrada anterior, las desavenencias entre hermanos y la consiguiente anulación de unos desposorios eran cuestiones peliagudas que se prefería silenciar. En este sentido, resulta muy revelador que en el lugar correspondiente a María Sarmiento, hija de don Diego Sarmiento de Villandrado, tercer conde de Salinas y Rivadeo y doña Brianda de la Cerda, hermanastra de Gastón, sí se indique que aquella estuvo casada con el tercer duque de Medinaceli, su tío<sup>339</sup>. Nótese, además, que la contradicción existente entre los nombres de las damas mencionadas por Fernández de Oviedo y Haro –quien seguramente sigue a Garibay– da cuenta de otro modo de lo oscuro de un suceso que debió de ser tan comentado por la sociedad como disfrazado y disimulado por la Casa de Medinaceli. Salta a la vista, pues, que nos encontramos ante un caso muy criticado por sus contemporáneos, sobre el que circularon informaciones contradictorias y del que finalmente se intentó ofrecer una versión menos problemática.

Un caso extremo de esta actitud de ocultamiento se detecta en la obra manuscrita de Baltasar Porreño, compuesta también en la primera mitad del siglo XVII y titulada: *Elogios de los ínclitos condes y duques de Medinaceli*. En este trabajo genealógico, elaborado expresamente para esta casa nobiliaria, el tono laudatorio que caracteriza sus páginas determina la absoluta deformación de la biografía de don Gastón. Allí, Porreño no vacilará en alterar el orden de los sucesos, exponiendo para ello como primer episodio de la vida del duque un matrimonio que finalmente sería anulado –sin indicación alguna de la identidad de la esposa–, precisamente a causa del ingreso de Gastón de la Cerda en la orden de san Juan –acontecido con oportuna anterioridad a la consumación del matrimonio–. Nada se dice de su pasado como profeso jerónimo ni de las disputas con su hermano Juan; antes bien, con esta selección interesada de los datos el origen del problema queda convertido descaradamente en la justificación del mismo:

---

<sup>338</sup> Alonso López de Haro. *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*. Madrid. Luis Sánchez. 1622, I, f. 83.

<sup>339</sup> *Idem*, f. 532.

Aquí será bien que digamos cómo el duque se casó, y antes de consumir el matrimonio se entró en la religión de san Juan, y por su profesión solemne se disolvió el matrimonio. *Ventilose el caso en España* y se resolvió ser religión la orden de san Juan, con que quedó aprobado el caso del duque (el subrayado es nuestro)<sup>340</sup>.

De cualquier modo, el propio reconocimiento de que esta cuestión había sido «ventilada» en toda España, así como la acusada necesidad que Porreño manifiesta de justificar «el caso» mediante una extensa y erudita disertación teológica relativa a la anulación de los desposorios, constituyen pruebas evidentes de la existencia de unos acontecimientos cuestionables ante los que el historiador debe responder. Como puede observarse, en los *Elogios* se da un paso más allá de la omisión, construyéndose una versión mucho más favorable para don Gastón: un relato que resulta acorde con el desenlace final del caso, pero que se revela absolutamente subrepticio con respecto al desarrollo del mismo. Los datos recabados por la historiografía reciente así lo confirman, en la medida en que las informaciones que nos proporciona la reunión y consulta de los documentos de archivo conservados concuerdan en lo esencial con el diálogo de las *Quincuagenas*, así como con las relaciones ampliadas de Garibay y Porreño<sup>341</sup>.

- **Las amantes del III duque y su posible vinculación con María de san José**

Pero todavía cabe añadir un matiz más a esta compleja historia, de extraordinaria importancia: la existencia de una amante del duque, con la que al parecer este vivió amancebado hasta su muerte tras la anulación de su matrimonio. La noticia más temprana de esta relación nos la brinda el padre Hernando Pecha en su *Historia de*

---

<sup>340</sup> Baltasar Porreño, *Elogios de los ínclitos condes y duques de Medinaceli*, siglo XVII; su edición se encuentra en la obra del historiador Antonio Paz y Meliá: *Series de los más importantes documentos del archivo y biblioteca del exmo. señor duque de Medinacelím elegidos por su encargo y publicados a sus expensas por Antonio Paz y Meliá, 2ª Serie: Bibliografía*. Madrid. Tip. Blass. 1922, págs. 29-106; la cita se encuentra en la pág. 93.

<sup>341</sup> Consúltese a este respecto Máximo Diago Hernando, «El factor religioso en la actividad política y social de los linajes de la alta nobleza en la región soriana a fines de la Edad Media», en *Hispania Sacra*, LXIII, 2011, 127, págs. 7-39.

*Guadalaxara*, escrita igualmente apenas un siglo después de los sucesos narrados (pues el único manuscrito que nos la conserva puede fecharse con anterioridad a 1623)<sup>342</sup>. Allí se nos cuenta cómo Petronila de Salazar, hija del montañés Antonio Proaño y de doña Alberta de Salazar, viuda del escribano de Guadalajara Sancho Dávila, mantuvo una relación sentimental con el tercer duque de Medinaceli. Su historia se nos refiere a propósito de la de su hermanastra, conocida como «la Maldonada», fruto del primer matrimonio de Proaño con María de Maldonado, a la que curiosamente también se le atribuye una relación con Diego Hurtado de Mendoza y Luna (1461-1531), tercer duque del Infantado. En cualquier caso, lo importante para nuestro propósito es que el historiador jesuita asegura que este amancebamiento le granjeó a la tal Petronila los honores y el tratamiento de una duquesa hasta la muerte de don Gastón<sup>343</sup>.

En la misma línea que este religioso se pronuncia cuasi simultáneamente Luis de Salazar y Castro, pues en sus manuscritos se registra igualmente esta relación entre Petronila de Salazar y el duque, si bien se afirman sus desposorios con ella y se aportan unos progenitores discordantes con los datos de Hernando Pecha –según refiere, a su vez, Fernández de Béthecourt, quien trabajó con los materiales inéditos de este ilustre genealogista–: «[Don Gastón] estuvo asimismo desposado con doña Petronila de Salazar y Ávila, hija de Alonso Dávila y Alberta de Salazar, su mujer, que estaba casada en segundas nupcias con el alcaide Antonio de Proaño, vecino de Guadalajara»<sup>344</sup>. Asimismo, la investigadora M<sup>a</sup> Pilar Manero Sorolla ha propuesto recientemente la

---

<sup>342</sup> *Historia de Guadalaxara, y como la Religión de San Geronymo en España fue fundada y restaurada por sus ciudadanos*, ms. 1756, BNE, ff. 214r-214v. Es importante advertir que existe una transcripción moderna de esta obra, en la que desafortunadamente no han sido editados fragmentos como el aquí citado, suponemos que por aparecer estos cancelados con rayas transversales en el original, seguramente a causa de su comprometido contenido (cf. Hernando Pecha. *Historia de Guadalaxara: y cómo la Religión de San Jerónimo en España fue fundada y restaurada por sus ciudadanos*. Ed. Aurelio García López. Guadalajara. Institución Provincial de Cultura «Marqués de Santillana». 1977).

<sup>343</sup> Parafraseando al padre Pecha, comenta Francisco Layna: «Petronila (algún autor dice que era no hija sino hijastra de Proaño) inspiró una pasión tal a don Gastón de la Cerda, duque de Medinaceli, que se casó y vivió con ella en Cogolludo haciendo vida maridable hasta que él murió, tratándola con la misma honra que a las demás duquesas, pero no hubo hijos de ella y verdaderamente más fue este amancebamiento que casamiento» (*Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XVI y XVII*. Madrid. Aldus. 1942, III, pág. 122).

<sup>344</sup> Citamos a través de F. Fernández de Béthencourt, ob. cit., V, pág. 228.

vinculación de la escritora María de Salazar, conocida por su nombre conventual de María de san José, con esta relación extramatrimonial entre el duque y Petronila de Salazar. Su hipótesis se fundamenta en los misteriosos lazos que unieron a esta religiosa con el duque de Medinaceli, en virtud de los cuales esta fue criada en casa de una hermanastra de don Gastón, doña Luisa de la Cerda, tal y como se afirma en una crónica carmelitana de la época. Partiendo de esta constatación, la coincidencia de su apellido con el de la amante del duque lleva a Manero Sorolla a proponer entre otras la posibilidad de que la religiosa fuese hija de estos amantes o, al menos, de Petronila:

Ya sea como descendiente de don Gastón de la Cerda, ya de su mujer o amante, Petronila de Salazar, ya como familiar de las ramas colaterales pertenecientes a las casas de Medinaceli o del Infantado, es la relación familiar de los padre o el vínculo de la madre con el «duque de Medinaceli» lo que determina la crianza de María de Salazar en casa de doña Luisa de la Cerda<sup>345</sup>.

Sea como fuere, a estos sonados amores de Gastón de la Cerda con la hija de un humilde hidalgo debe sumarse en último lugar su no menos controvertido contacto con la que habría de convertirse en la mujer del dramaturgo Lope de Rueda: la histrionisa Mariana de Rueda. En esta ocasión, las fuentes que nos ofrecen los detalles de su estrafalaria relación pueden recuperarse gracias a la conservación de un pleito custodiado en la Real Chacillería de Valladolid, por el que esta mujer demanda a los herederos del duque los pagos correspondientes a los seis años en que habría estado a su servicio como bailarina y cantante<sup>346</sup>. Estos documentos, que fueron estudiados brillantemente por el profesor Narciso Alonso Cortés, proporcionan algunos detalles interesantes acerca del de Medinaceli, a quien una vez más se presenta como un hombre enfermizo, retirado prácticamente del ejercicio político en su palacio de Cogolludo, en el que se habría dedicado fundamentalmente al ocio y el descanso. De especial interés resultan las declaraciones de los testigos que refieren el particular favor del que gozaba

---

<sup>345</sup> Pilar Manero Sorolla, «María de san José y Luisa de la Cerda: género, poder y espiritualidad», en Pedro Manuel Piñero Ramírez (coord.), *Dejar hablar a los textos: Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, I, pág. 445.

<sup>346</sup> Archivo de la Chancillería de Valladolid, Escribanía de Cieza, envoltorio 84.

Mariana por parte del duque, justificado en las grandes cualidades artísticas que a esta se le atribuyen:

Satisfecho con quien de esta manera endulzaba sus horas, don Gastón reveló bien á las claras su predilección hacia Mariana. Admitíala en su cámara, donde no entraban sino contadas personas; le daba de comer en su propio plato; le regalaba joyas de plata y oro, y, en su afán de nunca separarse de ella, la llevaba consigo a las cacerías. Acaso con este último fin, hizo que se vistiera de hombre y se cortara el cabello, regalándole sus propios trajes o mandando que el sastre de palacio le confeccionase otros nuevos. En esta disposición, Mariana acompañaba a su amo, unas veces a pie y otras a caballo, a las demás villas del señorío, o le seguía como lacayo de camino en sus excursiones de caza. Alguna vez se despojaba del traje masculino para vestir el suyo propio, pero parece que usaba aquél con mayor frecuencia<sup>347</sup>.

Pero tan llamativas como sus entretenidas estancias junto al duque se presentan los largas escapadas durante las que al parecer esta dama desaparecía del palacio con fines varios, de acuerdo con los distintos testigos: algunos aseguran que corría por las aldeas cercanas presenciando fiestas y espectáculos; otros afirman que se marchaba a su tierra; mientras no falta quien afirme maliciosamente «que se estaba en Sigüenza con los canónigos»<sup>348</sup>. Rumorología a la que, finalmente, deben añadirse los nada sorprendentes testimonios que sugieren una relación sentimental entre Mariana y el duque.

Llegados a este punto, resulta evidente que el conjunto de noticias aquí recabadas acerca de don Gastón de la Cerda nos permite reconstruir una biografía notablemente controvertida, jalonada nada menos que de una polémica dispensa eclesiástica, una oportuna anulación matrimonial, una profesión forzada y un par de amores ilícitos. Como habrá podido apreciarse, algunos de los detalles mencionados en nuestra aproximación a su trayectoria vital ofrecen fuertes coincidencias con el personaje de Gastoncrito. Así, la descripción que de él hace el padre Daza, atribuyéndole una dolencia que le deja mermado el entendimiento hasta el fin de sus días (19, II), se aviene de modo asombroso a las noticias que nos revelan cómo el duque parecía ser de

---

<sup>347</sup> Narciso Alonso Cortés. *Un pleito de Lope de Rueda: nuevas noticias para su biografía*. Valladolid. Juan Rodríguez Hernando. 1903, pág. 10.

<sup>348</sup> *Idem*, pág. 11.

naturaleza débil y de una salud mental cuestionable. De igual modo, la presentación de la mujer del duque como una dama casquivana y libertina, dispuesta a retomar sus amores pasados con el príncipe Ardoniso, encuentra un gran acomodo en el perfil de cualquiera de las amantes del don Gastón, quienes a tenor de su categoría de amancebadas no debieron de gozar de muy buena fama. Por último, la falta de descendencia legítima del duque Gastoncrio resulta igualmente reveladora, por cuanto quien llegó a ser el Gran Prior de la Orden de Malta no podía en ningún modo aspirar a lograr sucesores directos. A este propósito, el hecho de que a este se le atribuya una hija que mantiene como suya sin serlo recuerda tentadoramente a la propuesta de la estudiosa Manero Sorolla, por la que María de san José podría haberse situado bajo la protección del duque como hija de Petronila; tanto más si tenemos en cuenta que en la ficción la hija de la duquesa Camilina decidirá convertirse en el «Caballero de la Enamorada Castidad», haciendo voto personal de no contraer matrimonio jamás.

En cualquier caso, más allá de estas posibles dependencias concretas entre la biografía del duque y la construcción del personaje de Gastoncrio, consideramos que es la negativa valoración que este personaje merece para el padre Daza la prueba más determinante de la conexión entre la vida de sendos personajes. Pues, ciertamente, el tratamiento desfavorable de su persona entra en plena sintonía con el cariz de opiniones coetáneas como las testimoniadas por los personajes de la obra de Fernández de Oviedo. En este sentido, habida cuenta de que la narración de su trayectoria trascendió a los cauces de la historiografía –mereciendo la crítica de sus detractores y el silencio de sus benefactores–, no puede sorprendernos que el eco de acontecimientos tan comentados llegase a las páginas de una ficción en clave. Antes bien, la coincidencia en la construcción de una trama de acusada morbosidad da cuenta nuevamente de un diálogo indiscutible de nuestra obra con la historia del momento. De acuerdo con ello, la marcada presencia de la murmuración y de los chismorreos en las fuentes manejadas por Nictemeno podría ser algo más que un recurso a la ironía y la autoconciencia narrativa, ofreciendo así el origen auténtico de la historia de Gastoncrio.

En apoyo de lo anterior viene el contacto directo que el padre Daza mantuvo con algunos de los referentes presentes en la historia del segundo duque de Medinaceli: tal es el caso de la orden de san Juan (1, III, f. 202v), como también el de la diócesis de



Sigüenza a la que perteneció don Gastón, en cuyo centro hemos creído oportuno situar a Miguel Daza –y en el que, no lo olvidemos, se decía aviesamente que Mariana de Rueda pasaba algunas temporadas con los canónigos–. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que si para el común de sus contemporáneos los amores de don Gastón debieron de ser considerados como una «historieta bufa» y su protagonista un «ejemplar típico de viejo verde», en palabras de Francisco Layna<sup>349</sup>, tanto más voraz debió de ser la reacción de quien como el padre Daza gozaba de la misma condición de consagrado de la que posteriormente habría de renegar el duque. Todos ellos motivos sobradamente asaces para justificar el interés de nuestro autor por condenar en el orden de la ficción la intrincada historia de Gastoncrio.

Frente a esta implacable voluntad de sátira que puede detectarse en el trasunto literario de la Casa de Medinaceli, el itinerario de nuestro caballeros nos situará posteriormente ante el decidido elogio del linaje de los Pimentel de Benavente y del cuarto duque del Infantado, de los que la narración nos ofrecerá datos muchos más abundantes y nítidos.

#### **7.1.1.2. Briaseldo Pimentario y el ducado de Benavente**

En el último capítulo del primer libro, tras unos días de descanso en la «ciudad del Faro» –a la que como cabía esperar una apostilla marginal identifica claramente con La Coruña (27, I; f. 98v)<sup>350</sup>, los recién desposados Ofrasio y Casiana se encaminan junto a los reyes de España hacia la ciudad de Hispalis, donde, según se nos dice, el rey

---

<sup>349</sup> Como apuntamos más arriba, Francisco Layna recoge la narración realizada por el padre Pecha de las vidas de estas peculiares duquesas, aportando una desajustada síntesis de la biografía de don Gastón que constituye un buen ejemplo de la confusión historiográfica originada en torno a su figura. En cualquier caso, justo después de explicar el caso de Petronila de Salazar, Layna emite un juicio sumamente interesante para nuestro análisis: «Tuvo lugar *esta historieta bufa* diez o doce años después de la anterior y en verdad debieron de ser grandes la hermosura, atractivo y marrullería de las hijas de Proaño cuyo apellido ninguno ostentaba, como si el desaprensivo aguador dudase un tanto de su paternidad; *pero es lo cierto que los duques del Infantado y Medinaceli fueron dos ejemplares típicos de viejos verdes*» (ob. cit., III, pág. 120).

<sup>350</sup> Población que es descrita al inicio de la obra, con una especial memoria de su Torre de Hércules (9, I; f. 30v).

Polimbo acostumbra a tener su corte. Para ello deciden emprender su ruta por el interior de la Península, con el fin de evitar un naufragio semejante al que acaban de sufrir en su regreso de Babilonia, pero también con el deseo de mostrar a la princesa Casiana las maravillas de su futuro reino. De tan largo viaje, el narrador tan solo nos referirá con detalle la importante estancia que este real séquito realiza en los dominios de Briasledo Pimentario, quien les recibirá amorosamente en su «beneventana casa». Como a continuación trataremos de demostrar, este recorrido trazado por Nictemeno nos permite reconstruir un itinerario histórico coincidente con la antigua Vía de la Plata, por la que nuestros protagonistas llegan desde las costas gallegas hasta el castillo de Briasledo, idéntico en todos sus detalles a la fortaleza zamorana del linaje de los Pimentel. No en vano, el autor proporcionará en este pasaje la genealogía completa de los distintos condes de Benavente, a los que de manera parcialmente cifrada podremos descubrir en unas hermosas tablas pintadas por los poderes de «la sabia Caldaina, mora».

En efecto, partiendo de la referencia explícita a las ciudades de La Coruña y Benavente, las diversas pistas proporcionadas por la narración, así como las claves consignadas en varias apostillas marginales, permiten esclarecer con bastante exactitud los diversos enclaves que conforman el camino seguido por estos príncipes. Fundamental en esta descodificación resulta una anotación que nos indica su llegada a la llanura castellana ocho días después de haber partido de la ciudad brigantina, pues con ella se acota la etapa que va a merecer una mayor atención por parte del autor, extendiéndose esta: «de Astorga a Benavente» (28, I; f. 99r). De acuerdo con ello, parece que, tras haber atravesado una «tierra monticosa de difíciles caminos» que necesariamente debe identificarse con los Montes del León, toda vez que han «pasado los puertos y andando una jornada por tierra llana y ya muy buena», los protagonistas atraviesan las inmediaciones de la ciudad de Astorga. Seguidamente, en sus proximidades vienen «a pasar un hermoso río por una muy ancha y muy hermosa puente», en los que puede reconocerse sin dificultad el abundante caudal del río Órbigo y su afamado Puente del Paso Honroso, célebre por el novelesco torneo que el leonés Suero de Quiñones había sostenido allí en el siglo anterior. De esta forma, tras pasar por un montecillo rico en presas de caza, arriban a «un hermosísimo y ancho balle por el cual tres caudalosos ríos discurrían, hermoheando con sus claras ondas aquellas espaciosas campañas pobladas de frescos árboles y tiernas miesses»; lo cual nos sitúa a

buen seguro en el anchuroso Páramo Leonés, marcado por el curso del Esla y de algunos de sus importantes afluentes, como el Tera, el Órbigo o el Cea (28, I; f. 99r).

En su rápido paso por este gran valle, en el que pueden avistarse «poblaciones en círculo» seguramente semejantes a las que se aglutinan en torno a la Bañeza, el foco de atención se pone en un «hermoso pueblo que metido entre unos ríos parecía estar aislado y cercado de ellos» (28, I; f. 99v), al que otra apostilla marginal identifica escuetamente con «Benavente». La precisa descripción de su ubicación nos permite verificar esta referencia –que, por otro lado, será reconocida expresamente en el capítulo segundo del siguiente libro, donde se nos habla de una casa y de una princesa «beneventanas» (ff. 105r y 106v)–:

[El pueblo] estaba sentado así en un alto, teniendo a la parte del nordés y del bendabal cercados los lados de los ríos, y a la parte del oriente estaban unas hermosas cunvres en las cuales el balle se acababa. Al mediodía tenía un jardín hermosísimo, tan poblado de árboles y hermosas matas que aun desde lexos que le miraban parecía una hermosísima cosa, y donde el arte y la madre naturaleza se habían esmerado en querele adornar de hermosura (28, I; f. 99v).

Como puede comprobarse, las coordenadas anteriores responden ajustadamente al emplazamiento de la conocida villa ducal, levantada sobre una colina en el centro de una gran llanura, justamente en el interior del vértice formado por la desembocadura del Órbigo en las aguas del Esla, situados respectivamente al oeste y al nordeste de la misma. De igual modo, mientras el límite oriental parece remitir al inicio de la comarca de Tierra de Campos, el hermoso vergel que se sitúa al sur de la ciudad se corresponde a buen seguro con el famoso «Jardín del Conde», perteneciente a la Casa de Benavente; «una pieza de las más extrañas y maravillosas que hay en Castilla», según refiere contemporáneamente el cronista real Andrés Muñoz (1554)<sup>351</sup>.

---

<sup>351</sup> Véase: Andrés Muñoz. *Viaje de Felipe II a Inglaterra (1554)*. Ed. Pascual Gayangos. Madrid. Sociedad de Bibliófilos Españoles. 1877, pág. 34. A este Jardín renacentista, construido a modo de villa suburbana italianizante muy cercana al cerro de la Mota, los conde-duques sumaron un cazadero en las faldas del monte de Cervilla, conocido como «El Bosque»: espacios ambos con los que la Casa de Benavente completó la imagen de poder que representaba su fortaleza. Según las descripciones de J. Münzer y A. de Lalaing, este espacio de retiro contó desde el principio con un zoológico de animales exóticos y salvajes –muy del gusto de las élites aristocráticas de fines de la Edad Media–, al que se unirían a lo largo del siglo XVI un jardín arqueológico de inspiración flamenca y una decoración de marcado manierismo que harían las delicias del humanista Antonio de Torquemada (véanse el trabajo de José García Mercadal. *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos*,

Llegados a este pueblo «cercado de ancho y fuerte muro» y repleto de «hermosos edificios»<sup>352</sup>, la mirada del narrador se dirige hacia el sudeste, donde nuestros protagonistas se encuentran con «una hermosa casa y fortaleza que aun desde lejos parecía ser la mejor que aquellos príncipes uviessen visto» (f. 99v), a la que debe identificarse sin ninguna duda con el castillo que los conde-duques de Benavente poseyeron en esta villa.

### ○ **El castillo de Benavente**

Desaparecida casi por completo en la actualidad, esta edificación tiene su origen en un antiguo castillo de realengo, construido o remozado con toda probabilidad durante la repoblación auspiciada por Fernando II de León, allá por el siglo XII. Esta fortificación ejerció una función estrictamente militar hasta el siglo XV, momento en el que por su adscripción a las posesiones de los condes de Benavente se convirtió en residencia señorial. Con todo, no sería hasta el gobierno del IV y V conde, don Rodrigo Alonso Pimentel (1461-1499) y don Alonso Pimentel (1499-1530), cuando el castillo experimentaría una auténtica transformación palaciega que habría de fijar la imagen de este monumento durante los siglos siguientes. Lamentablemente, tras el incendio

---

*hasta fines del siglo XVI*. Madrid. Aguilar. 1952, págs. 389-390 y 452-453, respectivamente; así como los *Coloquios satíricos* del secretario del VI conde, en *Obras completas, I*. Ed. Lina Rodríguez Cacho. Madrid. Turner. 1994, pág. 357, y su *Jardín de flores curiosas*. Ed. Giovanni Allegra. Madrid. Castalia. 1982, pág. 204). Para un estudio detallado de este soberbio *locus amoenus* resulta fundamental el trabajo de Fernando Regueras Grande, «El alcázar durante el Antiguo Régimen», en R. Rodríguez González *et al.*, *El castillo de Benavente*, Benavente, CEB «Ledo del Pozo», 1998, págs. 86-101.

<sup>352</sup> La villa de Benavente estuvo rodeada desde su repoblación en el siglo XII por una muralla hoy desaparecida, cuya representación iconográfica más antigua y detallada se nos conserva en un sello del Concejo de Benavente datado en siglo XIII, en cuyo anverso puede percibirse nítidamente «su estructura de sillería y sus almenas, así como algunos cubos, torreones y refuerzos para su defensa militar» (cf. Vidal Aguado. «Sello del Concejo de Benavente», en «*Más vale volando*». *Por el Condado de Benavente. Exposición VI Centenario del Condado de Benavente*, Benavente, CEB «Ledo del Pozo», 1998, pág. 89). Una magnífica propuesta de reconstrucción del trazado de la muralla, así como de la localización de sus distintas puertas, puede encontrarse en el trabajo de Rafael González Rodríguez, «La fortificación de Benavente durante la Edad Media. Del castillo de realengo a la residencia señorial», en R. González Rodríguez *et al.*, *El Castillo de Benavente*, Benavente, CEB «Ledo del Pozo», 1998, págs. 48-55. Asimismo, para una aproximación más general sobre la villa en tiempos de los duques de Benavente puede consultarse el estudio de Esther Carvajal: *Las villas ducales como tipología urbana*. Madrid. UNED. 2014, págs. 359-372.

provocado por las tropas francesas en enero de 1809 –al que sucederían sucesivos expolios y demoliciones–, la conocida como Torre del Caracol se convertiría en el único vestigio de tan importante palacio, hoy transformado en Parador Nacional. Por esta razón, las modernas aproximaciones teóricas a su morfología han tenido que basarse necesariamente en la escasa documentación conservada, así como en variadas fuentes secundarias, tales como fotografías, litografías, grabados y descripciones de viajeros de distintas épocas: testimonios todos a los que viene a sumarse ahora el del *Caballero de la Fe*<sup>353</sup>.

En este sentido, como ahora comprobaremos, resulta interesante notar que las informaciones proporcionadas por el padre Daza concuerdan manifiestamente con el resto de noticias conservadas sobre el castillo; lo que nos confirma que la grandiosidad y la suntuosidad presente en la descripción de la fortaleza están basadas en un conocimiento directo de la misma, antes que en la desbordante inventiva de la ficción caballeresca. En lo que se refiere a su disposición exterior, si bien su reconstrucción completa adolece de una «lectura sin solución» –en palabras de Fernando Regueras Grande–, la conjunción de las diversas fuentes disponibles nos permite recuperar algunos de sus elementos más representativos<sup>354</sup>. Así, sabemos con certeza que la muralla del castillo estaba compuesta por tres lienzos delimitados por distintas torres, puesto que a ellos se alude en diversos documentos de época que dan cuenta de su consolidación y mejora durante el gobierno del IV conde (1459-1499)<sup>355</sup>. Asimismo,

---

<sup>353</sup> Para una amplia aproximación a la historia del castillo, consúltese el siguiente trabajo de referencia: Rafael González Rodríguez, Fernando Regueras Grande y José Ignacio Martín Benito. *El Castillo de Benavente*. Benavente. CEB «Ledo del Pozo». 1998.

<sup>354</sup> F. Regueras Grande, ob. cit., pág. 61. Como explica este investigador, del exterior del castillo poseemos cuatro vistas que, con el apoyo de los testimonios documentales, nos permiten aproximarnos a su morfología externa: se trata de dos grabados del siglo XVIII, dos fotografías (una de Clifford del año 1854 y otra de Manuel Gómez Moreno), así como de un cuadro de estilo flamenco que parece representar la corrida de toros celebrada en el palacio de los condes en honor de Felipe el Hermoso; todas ellas imágenes reproducidas en su trabajo. Asimismo, a estos testimonios parecen poder unirse las pinturas que decoran el ábside de San Juan del Mercado, estudiadas por Elena Hidalgo Muñoz («La representación del castillo de Benavente en las pinturas de san Juan del Mercado», en *Brigecio*, 2000, 10, págs. 19-26).

<sup>355</sup> Así lo ha demostrado Isabel Beceriro Pita, quien asegura que el adarve de cal y canto unía la torre de la «Açucena» con la «de las Eminas», situada seguramente junto a la torre del Homenaje, y con otra emplazada sobre el río; véase «La fortaleza de Benavente en el siglo XV», en *Brigecio*, 1997, 7, págs. 187-188. Asimismo, a principios del pasado siglo, Manuel Gómez Moreno pudo verificar personalmente

contamos con el importante testimonio de un viajero alemán, Jerónimo Münzer, en cuyos escritos encontramos la que posiblemente es la descripción más detallada de la fisonomía del castillo (1494):

La fortaleza de Benavente es de las mejores y más bellas del reino castellano, y exceptuando las de Granada y Sevilla no hay en toda España ninguna otra que con esta pueda ser comparada. Álzase en la cima de un montículo que está fuera de la ciudad; su forma es cuadrada; flanquea cada uno de los cuatro ángulos una robusta torre; rodéala un foso y la protege una muralla sólidamente fortificada. En el interior tiene un patio también cuadrado, capillas, salas y cámaras adornadas con figuras de diversas clases; áureos artesonados, columnas de mármol todo en suma cuanto puede concurrir a la mayor suntuosidad de la ornamentación. Al pie del montecillo donde se yergue la fortaleza corre el río Órbigo. En los sótanos hay profusión de bóvedas, arcos, cuadras, etc., pero tan intrincando que quien entra allí se cree estar en el seno de un laberinto. Tiene una larguísima galería en rampa que va a dar al río por la que llevan a abreviar a los caballos y tantas estancias para molinos, depósitos de agua y otros menesteres que sin verlo no es posible formar cabal idea. De mí puedo asegurar que no conozco otro castillo con tales subterráneos ni con tal riqueza en las habitaciones que alumbra el sol<sup>356</sup>.

Como puede observarse, el castillo iba a mantener su carácter defensivo, significado en sus torres, sus fosos y sus firmes baluartes, así como en su estratégica posición sobre el espigón de la Mota. Esta dimensión militar de la construcción habría de impresionar también apenas unos años después a Antoine de Lalain, quien recordó con especial interés sus fosos y sus gruesas torres (1502)<sup>357</sup>; así como, más tardíamente, a otro viajero, Bartolomé de Villalba y Estaña, quien en su *Pelegrino Curioso* destacó que «el palacio del conde, que está subido en lo alto, es de los alcázares reales buenos que hay en España», porque, entre otras cosas, «está bien murado, con su foso y su

---

el trazado de estos tres muros en su visita a la fortaleza, proponiendo una decisiva reconstrucción de los mismos (*Catálogo monumental de España. Provincia de Zamora (1903-1905)*. Madrid. Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. 1927, pág. 258). Por último, a esta importante incursión arqueológica deben unirse ahora las informaciones proporcionadas por un mapa del siglo XIX confeccionado por el Servicio Geográfico del Ejército –recientemente recuperado por Mercedes Simal López–, en el que puede verse la única planta del edificio localizada hasta el momento (*Los conde-duques de Benavente en el siglo XVII. Patronos y coleccionistas en su villa solariega*. Benavente. CEB «Ledo del Pozo». 2002, pág. 79).

<sup>356</sup> J. García Mercadal, ob. cit., pág. 390.

<sup>357</sup> J. García Mercadal, ob. cit., pág. 421.

barbacana y otras cosas que le fortifican» (1577)<sup>358</sup>. Pues bien, precisamente estos mismos elementos son destacados por el padre Daza en su aproximación externa a este monumento, donde se consigna la presencia de «una caba onda toda labrada de estremada piedra», «una echada lebadiça muy ancha y hermosa» que servía para salvarla, «una fuerte y vien edificada varbacana», así como «unas fuertes torres» (f. 100r); componentes todos representantes de su primitiva función bélica, igualmente apreciables en las vistas conservadas del castillo.

Pero nuestra obra también da cuenta del carácter palaciego y renacentista que, como anunciamos más arriba, imprimieron las remodelaciones auspiciadas por el IV y V conde (1459-1530)<sup>359</sup>. Así, la descripción de la vista del alcázar que nuestros protagonistas atisban, todavía a lontananza, refleja a la perfección la riqueza de los materiales empleados en la construcción de los nuevos edificios anexionados a los muros primitivos, así como el carácter italianizante de sus elementos compositivos<sup>360</sup>:

Veíanse tantas torres, todas almenadas de hermosas almenas y estremado edificio, tantos chapiteles de tersa plata y oro fino, tantas pirámides y columnas de jaspe sobre que se sustentaba el edificio, tantos corredores tan hermosos de piedras de mármol, pórfiro y jaspes, que teniendo el sol en ellos hacía unos reflexos que a la bista parecían ofuscar con su demasiado resplandor (28, I; f. 99v).

Nuevamente, el protagonismo de los corredores que se mencionan como parte fundamental de la fachada, así como el preciosismo de los componentes enumerados, se ajustan asombrosamente a los testimonios disponibles, de entre los que destaca por su

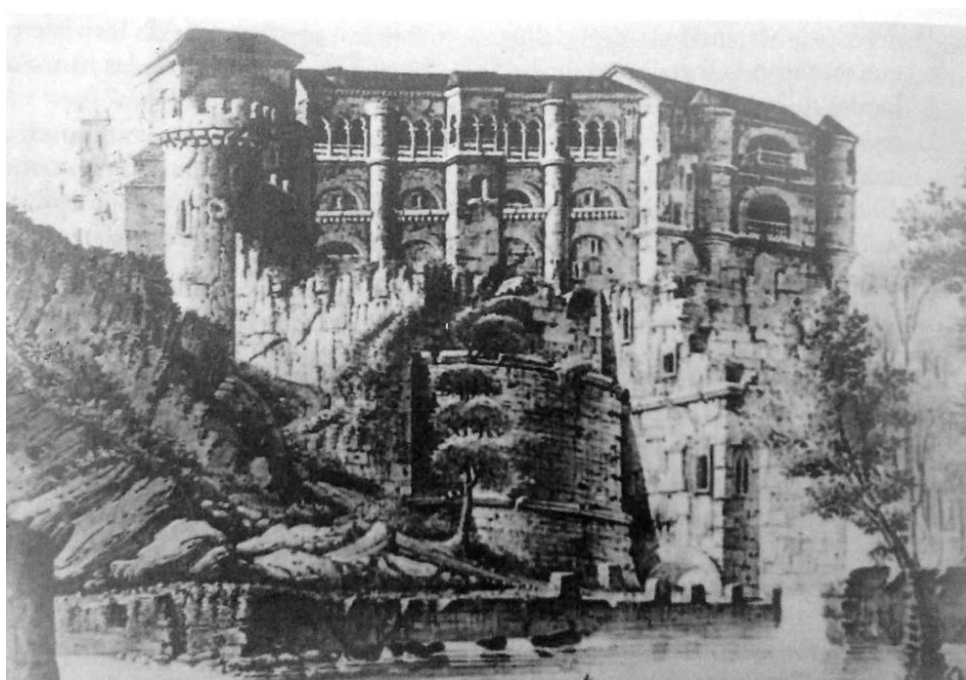
---

<sup>358</sup> Bartolomé Villalba y Estaña. *El Pelegrino Curioso y Grandezas de España (1577)*. Ed. Pascual de Gayangos. Madrid. Miguel Ginesta. 1886, págs. 362-365.

<sup>359</sup> Acerca del alcance de las intervenciones ejecutadas por estos condes resulta fundamental la lectura del citado trabajo de Beceiro Pita sobre la fortaleza, elaborado a partir de unas listas de gastos de 1493 y 1499, unas probanzas establecidas hacia 1530 a raíz del pleito iniciado por doña María Pacheco, viuda del IV conde, y otros documentos relativos a la Casa de Benavente (cf. I. Beceiro Pita, «El castillo de Benavente...»). Con posterioridad a estas remodelaciones, apenas si tuvieron lugar cambios estructurales, si bien la colección artística de los duques y la dimensión ornamental del palacio se enriquecieron notablemente, como ha demostrado Mercedes Simal López, ob. cit., págs. 75-129.

<sup>360</sup> Según Manuel Gómez Moreno, en torno a la segunda década del XVI se levantaron fuera de los muros antiguos del sur y el oeste grandes edificios, a los cuales pertenece la fortísima torre de ángulo, conocida como «Torre del Caracol», que constituye en la actualidad el único vestigio superviviente del alcázar; ob. cit., págs. 258-259.

acusada similitud el de José Ledo del Pozo, quien en el siglo XIX pudo observar de primera mano partes del castillo hoy desaparecidas: «Aplauso merece la memoria del rey don Fernando por la insigne fortaleza, que hoy existe, suntuosa en todo por cierto, y llena de corredores, de piedras preciosas, mármoles, pórfidos y alabastros»<sup>361</sup>. Asimismo, en relación con sendas descripciones, si tenemos en cuenta que los monarcas de la ficción llegan a Benavente por el camino de Galicia, podemos conjeturar que este dibujo que nuestra obra hace de una de las fachadas del castillo se corresponda con los amplios ventanales de la «sala de los artesones», pues estos se hallaban sostenidos por pilares de jaspe, situándose justamente en el piso superior del flanco occidental de la fortaleza –presumiblemente visible en el grabado del siglo XVIII que abajo reproducimos–.



**Imagen 17. Castillo de los Pimentel en Benavente, grabado del s. XVIII<sup>362</sup>.**

Por otra parte, del interior del castillo apenas si se nombran algunos espacios, pero las escasas referencias proporcionadas presentan una esclarecedora concreción.

---

<sup>361</sup> José Ledo del Pozo. *Historia de la nobilísima villa de Benavente* (1853). Salamanca. Gráficas Ortega. 1970, pág. 159.

<sup>362</sup> Imagen tomada del mencionado catálogo de la exposición «*Más vale volando*». *Por el Condado de Benavente...*, pág. 109.



Así, en primer lugar, la alusión al patio que Ofrasio y Casiana encuentran tras adentrarse en el alcázar no puede sino corresponderse con el conocido como «patio de la Mota», el cual hacía las veces de plaza de armas y despensa de la casa en su parte baja, mientras en su planta alta albergaba tras unos bellos corredores las estancias de carácter privado. Conformado por un gran recinto enlosado y soportalado, este espacio sirvió en numerosas ocasiones de escenario de fiestas cortesanas, como las organizadas a propósito de la estancia del príncipe Felipe en 1554, en cuyo honor se celebraron en este lugar toros, juegos de cañas, torneos, música, luminarias y fastuosos espectáculos, con concurso de castillos, grifos, salvajes, galeras y un sinfín más de fantasías, que en nada desmerecen los descritos por la literatura caballerescas<sup>363</sup>. En nuestra obra los festejos organizados en honor de los reyes de España no se emplazan en un lugar concreto, pero recuerdan llamativamente a los divertimientos anteriores, referidos con gran detalle por Andrés Muñoz:

o quiero –dice Nictemeno– escribiros el recibimiento qu’este baleroso príncipe hizo a su rey y a los demás señores, porque para solo esso será menester comenzar otro libro y no pequeño. Porque ubo tantos arcos triunfales, tantos castillos y torres, tantos torneos y justas, tantos toros y leones, tantos juegos de cañas y sortija, tantas alcancíaços y encamisadas, tantas invenciones de carros triu[n]fales y representaciones, tantos saraos y danças, tantos convites generales y otras cosas, que vien beis que sería mucha prolixidad el escribillo (ff. 99v-100r).

Habida cuenta de que el castillo beneventano acogió en diversas ocasiones a los distintos monarcas del siglo XVI, no resultaría extraño pensar que el padre Daza hubiese inspirado su somera crónica en unos festejos reales, de entre los que destaca por su cercanía en el tiempo y por la conocida difusión de su contenido la mencionada estancia del príncipe Felipe en su camino hacia Inglaterra<sup>364</sup>. En cualquier caso, es seguro que,

---

<sup>363</sup> En efecto, la villa y el alcázar se vistieron de fiesta para acoger al entonces príncipe Felipe y al infante Carlos en su camino hacia La Coruña, donde el primero habría de emprender un viaje por mar rumbo a Inglaterra, con el objetivo de desposarse con María Tudor. Véase Andrés Muñoz, ob. cit., págs. 31-50; Henry Kamen. *Felipe de España*. Madrid. Siglo XXI. 1998, págs. 50-80.

<sup>364</sup> En el alcázar beneventano se alojaron los Reyes Católicos en 1483, tanto a la ida como a la vuelta de su viaje a Compostela. A esta misma villa castellana volvería años más tarde el rey Fernando, para cerrar la concordia con Felipe de Austria, firmada en la cercana Villafáfila en junio de 1506; en aquella coyuntura, el palacio serviría también de residencia a los nuevos monarcas, Felipe y Juana, a quienes se agasajó con juegos de cañas y corridas de toros. Más tarde, en 1519, el Emperador celebró consejo en la casa del V conde, donde escuchó a los procuradores del reino en lo tocante a su viaje a Alemania y al

del mismo modo que las ficciones caballerescas dejaron su impronta en el diseño de las fiestas cortesanas, nuestro autor hubo de inspirarse en celebraciones verdaderamente acontecidas, por él vividas o leídas<sup>365</sup>.

Tras adentrarse en este patio, el narrador tan solo alude a dos estancias, que seguramente pueden emplazarse en el conjunto de dependencias privadas que se situaban tras los corredores de la planta alta del patio. En efecto, la obra señala cómo los reyes de España suben a una gran sala, «la cual estaba [aderezada] de un supervísimo toldo de brocado azul, alcachofado de alcachofas de plata, con unos pilares que componían unos arcos de unas figuras de embutido, admirable obra». Seguidamente, junto a este salón se describe la estancia en la que se alojarán Ofrasio y Casiana, conocida con el nombre del «Cuarto Rico»:

Mas lo que más hubo que ver fue en un cuarto riquísimo sobremanera, llamado de aquel extremo el Cuarto Rico, en que vieron de oro, de plata, de vronce, de jaspe, de pórfiro, de mármol y de otras materias tantas figuras y retratos que parecía ser el museo de Timantes; pues de pincel había tanto que ver que no se pudiera mirar en muchos días, cuanto más describirse, y Apeles pudiera ver allí como no había aún llegado el pincel a su punto en su tiempo. En este cuarto se quedaron aposentados Ofrasio y Casiana (f. 100r).

Ciertamente, de los datos anteriores, es la explícita mención a este último habitáculo la que parece darnos la clave de una descripción real, pues su existencia se encuentra recogida en un inventario de bienes de 1499, redactado por el tesorero del IV conde, en el que se registra el pago a Diego de Salamanca, «vidriero vezino dela çibdad de Burgos», «por las vidrieras quel fizo para el cuarto rico del alcaçar desta villa de Benavente»<sup>366</sup>. A esta misma dependencia parece referirse la mención a la «cámara rica»

---

gobierno de Castilla. Véase José Muñoz Miñambres. *Nueva historia de Benavente*. Zamora. Montecasino. 1982, págs. 153-154.

<sup>365</sup> Justamente, la similitud entre las fiestas celebradas en el palacio de los Pimentel en honor del príncipe Felipe y aquellas narradas por los libros de caballerías ha sido señalada recientemente por M<sup>a</sup> del Rosario Aguilar Perdomo en: «La disposición escénica: algunas arquitecturas efímeras de los libros de caballerías españoles», en *Destiempos*, 2010, 23, págs. 82-83. Sobre este tema resulta fundamental la lectura de los trabajos de Pedro M. Cátedra, reunidos en su monografía: *El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño real de don Quijote*. Madrid. ABADA editores. 2007; véanse especialmente los capítulos segundo y tercero.

<sup>366</sup> I. Beceiro Pita, ob. cit., pág. 195. AHN, Osuna, Leg. 418, nº1.

nombrada en el mismo documento, para la que se encarga una costosa partida de terciopelo azul<sup>367</sup> –color que, por otra parte, entra en consonancia con aquel que nuestra obra describe como característico de la Casa de Benavente<sup>368</sup>–. Respecto a su identificación, habida cuenta de la significativa expresividad de estas denominaciones, han sido varios los investigadores que se han preguntado si esta estancia podría o no equipararse con la importante «sala de los artesones», «sala grande», «primer aposento» o «galería», como es llamado en las distintas fuentes el que parece ser uno de los espacios centrales del alcázar: una enorme y lujosa pieza flanqueada por sendos corredores y provista de unos enormes ventanales que se abrían sobre el Órbigo –cuya vista exterior parece corresponderse, como ya comentamos, con el grabado arriba reproducido–<sup>369</sup>.

En este sentido, quizás nuestro relato pueda servir de alguna ayuda, pues si concedemos entidad histórica a los datos proporcionados por Nictemeno, las sospechas que algunos estudiosos han manifestado acerca de la posible diferenciación del Cuarto Rico podrían confirmarse<sup>370</sup>. Así lo aconseja la aclaración que nos precisa cómo Ofrasio y Casiana se hospedaron en este cuarto, funcionalidad que no parece posible enmarcarse en una gran sala que se presenta como lugar de paso, punto de reunión y pórtico de entrada a las dependencias personales. Pero, además, los pilares y los arcos que el padre Daza menciona como característicos de la primera sala se ajustan llamativamente a aquellos que podían encontrarse en la sala grande, tal y como señaló Sir Robert Ker

---

<sup>367</sup> «A Juan Garcia contador por carta del conde fecha a XXX de agosto de IUCCCCICIX años LVIIU maravedís para complimiento de pagar el terciopelo açul para la cámara rica», I. Beceiro Pita, ob. cit., pág. 196.

<sup>368</sup> Así, los caballeros que acompañan a Briaseldo van «vestidos de una librea de brocado azul, aforrada en tela de plata», de igual modo que el toldo de la primera sala es «de brocado azul, alcachofado de alcachofas de plata» (ff. 99v-100r).

<sup>369</sup> Así, por ejemplo, Fernando Regueras Grande da por cerrada en su trabajo la identificación de ambas dependencias (cf. ob. cit., págs. 70-71).

<sup>370</sup> Siguiendo a Isabel Beceiro (ob. cit., pág. 188), Rafael González explicitó sus dudas al respecto en su estudio sobre el castillo: «De la disposición interior del edificio existen algunas referencias vagas, sin poder precisar su ordenación exacta. Se mencionan, por ejemplo, la Sala de los Artesones, de lujosa decoración, de la que partían algunos corredores. *Junto a ésta, si es que no se trata de una misma estancia, se encontraba el Cuarto Rico*, cuya denominación es suficientemente expresiva» (el subrayado es nuestro; R. González, ob. cit., pág. 19).

Poter, quien recordaba que «el gran salón sobre cuyo suelo teselado se levantan una colección de bellos pilares, es de enorme tamaño, y allí conté más de ciento cincuenta de estos costoso soportes»<sup>371</sup>. Por todo ello, consideramos posible suponer que la primera estancia pueda corresponderse con la Sala de los Artesones, mientras que el Cuarto Rico podría identificarse más bien con alguna de las dependencias privadas a las que aquella daba acceso desde sus corredores; hipótesis que entraría en consonancia con la descripción de Lalaing, quien indicó que tras esta espléndida pieza había «ocho o diez habitaciones muy bien arregaldas, cuyos artesonados están muy bien tallados y dorados»<sup>372</sup>.

Por último, en lo que respecta a las esculturas y pinturas que engalanan el Cuarto Rico, conviene señalar la probada existencia en el castillo de Benavente de una nutrida colección de obras de arte que ha sido recientemente estudiada por Mercedes Simal-López, a partir de varios inventarios de bienes redactados en las primeras décadas del siglo XVII. Entre otras informaciones, de ellos se deduce, por ejemplo, la presencia en el palacio de más de 450 pinturas –entre cuadros, estampas e imágenes en tafetán–, así como la custodia en el camarín de más de 320 esculturas de pequeño y mediano tamaño, en fecha tan cercana a nuestro manuscrito como 1611<sup>373</sup>. Si bien es cierto que un buen número de ellas debieron de ser adquiridas con posterioridad a la composición de la obra del padre Daza –pues su procedencia las coloca en los años del virreinato en Italia del VIII conde-duque, entre 1603-1611–, el volumen de piezas atesoradas evidencia que se trata de una colección adquirida durante décadas, de la que nuestro testimonio parece querer hacerse eco. Finalmente, como detalle curioso, no podemos dejar de mencionar la presencia de una serie de retratos de los miembros de la casa tanto en el inventario de «pinturas grandes de la fortaleza» (1611), como en el realizado por Luis de Bivero en

---

<sup>371</sup> Citado por F. Regueras Grande, ob. cit., pág. 70.

<sup>372</sup> J. García Mercadal, ob. cit., pág. 452.

<sup>373</sup> AHN, Nobleza, Osuna, leg. 429-50, documentos 9, 10, 11 y 12; véase M. Simal López, ob. cit., págs. 87-101.

1618, en los cuales podríamos ver un trasunto real de las tablas pintadas por la sabia Caldaina, a los que a continuación nos referiremos<sup>374</sup>.

○ **La Casa de Benavente**

En segundo término, después de que el narrador nos haya brindado esta valiosa descripción del castillo de los conde-duques de Benavente, el autor se sirve nuevamente del recurso de la magia para efectuar una oportuna proyección hacia el futuro, por la que construirá un decidido elogio del linaje Pimentel. Así, será la curiosidad de Casiana la que nos abra la puerta de un aposento cercano al Cuarto Rico, donde, según le informa una dama de la duquesa Briseida, se encuentra «la sabia Caldaina mora, que fue y es de África», la cual «por su gran saber está pintando los retratos de los sucesores d' esta cassa qu' están por venir» (28, I; f. 100r). Una vez en presencia de la vieja mora, esta revelará a la princesa de Babilonia cómo en Hispalia ha dejado también pintadas en el palacio del Rey un conjunto de tablas con su esclarecida sucesión, en las que tal vez pueda esconderse una alusión velada a las tablas policromadas que por aquel momento se estaban rehaciendo en el Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla; pues estas, situadas en un amplio friso del arrocabe, representan una serie iconográfica de los monarcas de España desde los reyes visigodos hasta Felipe II<sup>375</sup>.

---

<sup>374</sup> AHN, Nobleza, Osuna, leg. 429-50, documento 10; leg. 427-8/72, documento 14. Respecto a la importancia que el VIII conde-duque tuvo en la configuración de la colección del palacio de Benavente, Simal López afirma que este fue «un coleccionista experto y avanzado, debido tanto a la formación recibida por su padre como a los años vividos en la ciudad partenopea [...]. Tras su regreso a España, añadió a las obras heredadas sus recientes adquisiciones y reordenó la colección familiar según los criterios de gusto por la pintura y la escultura que triunfaban en Italia, frente a la formación de «cámaras de maravillas» y a la desidia por la posesión de esculturas que se daba en las colecciones españolas, convirtiéndose en uno de los coleccionistas más adelantados del momento (ob. cit., pág. 99); apreciaciones que la fuerte presencia de esculturas en la descripción de nuestro manuscrito podrían matizar ligeramente, adelantando esta querencia del duque con anterioridad a su estancia en Italia.

<sup>375</sup> Los estudiosos coinciden en datar la primera composición de las tablas en los inicios del siglo XV, así como su posterior remozamiento a fines del siglo XVI. A este respecto puede consultarse el detallado análisis de Elías Tormo, *Las viejas series icónicas de los Reyes de España* (Madrid. Blas y Cía. 1917, págs. 31-41); como también el valioso estudio efectuado tras los recientes trabajos de restauración en el Alcázar: Miguel Ángel Castillo Oreja, «Imagen del rey, símbolos de la monarquía y divisas de los reinos: de las series de linajes de la Baja Edad Media a las galerías de retratos del Renacimiento», en *Galería de*

Sea como fuere, lo cierto es que Nictemeno afirma que la sabia Caldaina tenía ya acabados en el castillo beneventano doce retratos, de los cuales se aprovecha el autor para ensalzar a un buen número de miembros de esta casa, desde su primer titular hasta aquel que ostentó el gobierno de dicho estado por la época de composición del manuscrito: don Juan Alonso Pimentel Herrera y Enríquez de Velasco, V duque y VIII conde de Benavente (1553-1621). En efecto, la primera de las tablas comentadas por la vieja mora se dedica, como ella misma expone, al primer Pimentel con título de conde, a quien por tanto debemos hacer corresponder con don Juan Alfonso Pimentel (titular del condado entre 1398 y 1420). En este caso, si bien no se aporta ningún detalle acerca de su importante biografía, su mención sirve de soporte para dar cuenta del origen de la Casa de Benavente:

–Este será el primero –dixo la viexa– que título querrá de ilustre conde, después de seiscientos años que su casa habrá sido «ilustrísima», llamada siempre d’este mismo título y reno[m]bre, siendo su origen primero de Alemania; después, de la casa ilustrísima de los reyes de Portugal se apartará este gaxo, juntándose también con la Real Casa de Castilla (28, I; f. 100v).

Ante la anterior reconstrucción de la historia del linaje Pimentel, debemos reconocer que tan solo la última de las indicaciones resulta absolutamente transparente para nosotros, pues se refiere al conocido episodio por el que el señor de las villas de Viñais y Braganza pasó al bando castellano en el contexto del conflicto con Portugal a fines del siglo XIV, obteniendo a cambio el gobierno del condado de Benavente –entre otras mercedes otorgadas por el rey Enrique III–<sup>376</sup>. Por el contrario, la mención de un origen remoto en tierras alemanas resulta un dato del todo extraño en las innumerables recreaciones genealógicas de que ha sido objeto esta estirpe. Así, el doctor Manuel Fernández del Hoyo –a quien debemos una reciente tesis sobre este particular–, en su detallado repaso por los distintos tratados y nobiliarios que desde la Edad Media se ocuparon de los comienzos de la Casa de Benavente, no recoge ninguna noticia similar

---

*Reyes y de Damas del Salón de Embajadores, Alcázar de Sevilla*, Madrid, Fundación BBVA, 2002. págs. 1-39.

<sup>376</sup> Sin duda, el mejor estudio de la formación del dominio de los Condes de Benavente nos lo ofrece la tesis doctoral de Isabel Beceiro Pita: *El Condado de Benavente en el siglo XV*. Salamanca. Centro de Estudios Beneventanos «Ledo del Pozo». 1998, págs. 33-124; para el episodio concreto de la defección de los Pimentel pueden consultarse especialmente las págs. 35-51.

a la ofrecida por nuestro manuscrito. Antes bien, este investigador sintetiza en tres los orígenes defendidos por los distintos historiadores examinados en su trabajo, de acuerdo con los cuales la stirpe portuguesa derivaría a su vez de ancestros galaicos, godos o romanos: como se ve, ninguno de ellos coincidente con el pasado germano apuntado por el padre Daza<sup>377</sup>.

Sin embargo, los detalles de la ascendencia trazada por nuestro autor tal vez puedan tener una explicación en su posible manejo del *Libros de los Blasones* de Antonio Barahona (siglo XVI), pues según afirma Ignacio Berdum en el *Derecho de los condes de Benavente a la grandeza de primera clase* (1753), el que fuera cronista del emperador Carlos V había establecido a los Pimenteles como descendientes de los Pimentarios de Roma, quienes a su vez habrían «passado de Portugal a Flandes, en cuyo condado es linage anciano»<sup>378</sup>. Ante la ausencia de una elucidación más eficaz, parece oportuno plantear la posibilidad de que la referencia a Alemania esté motivada por una reconstrucción afín a la perspectiva de Barahona, en la medida en que esta nación podía comprender a los Países Bajos en el imaginario colectivo de la época, por ser ambos territorios percibidos como parte integrante del Sacro Imperio. Con todo, reconocemos que no hemos sido capaces de localizar este apunte de Antonio Barahona en los

---

<sup>377</sup> «Si hubiera modo de tejer –sobre una misma línea– todas las ideas con las que se ha construido la memoria histórica del linaje desde los siglos finales de la Edad Media, nos hallaríamos con una stirpe portuguesa de antiguos orígenes galaicos, y de ancestros godos y romanos» (Manuel Fernández del Hoyo. *De Portugal a Castilla. Creación y recreación de la memoria linajística en la casa condal de Benavente*. Tesis doctoral. Madrid. Universidad Complutense de Madrid. 2013, pág. 644. [Edición electrónica: <<http://eprints.ucm.es/22984/1/T34789.pdf>>]). Un estudio actual sobre el verdadero origen de la familia Pimentel, nacido en la controvertida figura del noble portugués Vasco Martins (s. XIII), fue llevado a cabo hace unos años por el profesor Bernardo Vasconcelos e Sousa, de cuyas investigaciones puede encontrarse un buen resumen en: «Os Pimentéis. Uma linhagem portuguesa dos séculos XIII e XIV», en *El condado de Benavente. Relaciones hispano-portuguesas en la Baja Edad Media*, Benavente, Centro de Estudios Benaventanos «Ledo del Pozo», 2000, págs. 29-35.

<sup>378</sup> Esta paráfrasis de las conclusiones de Antonio Barahona se encuentra en Ignacio Berdum de Espinosa, *Derechos de los Condes de Benavente a la Grandeza de España de primera classe* (Madrid. Imprenta de Lorenzo Francisco Mojados. 1753, f. 3r; donde a su vez se remite en nota marginal al *Libro de los Blasones*, parte I, f. 96).

manuscritos conservados, por lo que tan solo podemos proporcionar esta referencia a través de la paráfrasis facilitada en la obra del cronista Berdum<sup>379</sup>.

Afortunadamente, frente a la oscuridad de esta escueta síntesis sobre la historia de la Casa de Benavente, el esclarecimiento de los sujetos retratados por la sabia mora resulta una tarea mucho más sencilla, ya que los datos facilitados permiten establecer claras correspondencias con la historia<sup>380</sup>. Así, el segundo de los personajes enunciados debe identificarse necesariamente con el primogénito del anterior, llamado don Rodrigo Alonso Pimentel y Téllez de Meneses, II conde de Benavente (entre 1420-1440), en la medida en que nuestra obra apunta el inequívoco dato de que se trata del heredero del primer conde: «A este sucederá este segundo que en armas y balor excederá a todos los de su tiempo» (28, I; f. 100v). Curiosamente, su perfil de hombre guerrero coincide con la definición que de él hicieron posteriormente los relatos aragoneses, calificándolo maliciosamente como «hombre que sabía más de armas que de derechos», a causa de su activa militancia en el bando afín al monarca Juan II, capitaneado por don Álvaro de Luna<sup>381</sup>. A estos turbulentos episodios responde con gran probabilidad su sucinta semblanza, en la que también debe de haber pesado su importante participación contra Mohamez «el Izquierdo» en el reino de Granada (1431)<sup>382</sup>.

Seguidamente, la mora Caldaina menciona a un tercer miembro del linaje Pimentel, también llamado Rodrigo, al que por orden sucesorio hemos de hacer corresponder con el cuarto conde de Benavente, don Rodrigo Alonso Pimentel (titular del condado entre 1451-1499), en quien la Casa de Benavente obtendrá el rango de

---

<sup>379</sup> Un escueto pero eficaz análisis del conjunto de manuscritos conservados de Antonio Barahona, así como de las referencias a los Pimentel en ellas consignadas, nos los proporciona la tesis de M. Fernández del Hoyo, ob. cit., pág. 86, n. 149.

<sup>380</sup> Para una sucinta consulta de la genealogía de esta casa desde sus orígenes hasta el siglo XVII resulta de gran ayuda la conocida obra de Alonso López de Haro, ob. cit., III, págs. 128-137.

<sup>381</sup> Pedro de Abarca. *Segunda parte de los Anales históricos de los Reyes de Aragón*. Salamanca. Lucas Pérez. 1684, pág. 180.

<sup>382</sup> Para un detallado seguimiento de la evolución del señorío durante el gobierno del segundo conde véase: I. Beceiro Pita, *El Condado de Benavente en el siglo XV*, págs. 51-58; en cambio, para una aproximación a su interesante biografía consúltese: J. Ledo del Pozo, ob. cit., págs. 279- 286, y, especialmente, Manuel Fernández del Hoyo, ob. cit., págs. 381-405.



ducado para sus estados (1473): «Aquel moreno de aquel rostro brabo y brabo vrío será el gran don Rodrigo, tan temido que aun a los [¿vecinos?] reinos querrá poner su yugo» (28, I; f. 100v). Habida cuenta de que el de Benavente participó activamente en los conflictos con Portugal durante la Guerra de Sucesión, llegando a quedar preso en la Batalla de Baltanás, así como ante la evidente omisión de un adjetivo que especifique la crítica referencia a los «reinos» que habría querido someter este conde, parece razonable suponer que la narración pretenda aludir al mencionado enfrentamiento con el bando apoyado por el rey luso tras la muerte de Enrique IV. No obstante, reconocemos que también sería posible entender que el padre Daza pretenda traer a colación su conocida intervención en la guerra de Granada, dado que don Rodrigo asistió como grande a las capitulaciones de 1491<sup>383</sup>. En cualquier caso, lo cierto es que, descartado quien fuera el segundo conde, tan solo cabe atribuirle a este cuarto la descripción que de él hace la sabia Caldaina, en la medida en que su nombre no volverá a ser utilizado por ningún otro titular de la Casa de Benavente hasta la actualidad.

Transportándonos ya al siglo XVI, la vieja mora salta nuevamente a uno de los titulares del ducado, mencionando a continuación al que fuera el VI conde y III duque de Benavente, don Antonio Alonso Pimentel de Herrera (entre 1514-1575). Así lo asegura la certera alusión a su cargo como virrey y capitán general del reino de Valencia durante el reinado de Felipe II (ejercido entre los años 1567 y 1572), así como el recuerdo a sus servicios junto al Emperador, al que efectivamente acompañó en sus distintos viajes europeos. Entre ellos nos constan las entradas de Su Cesárea Majestad en Nápoles (1535) y en Roma (1536), a las que seguramente se refiere la estancia en Italia mencionada por Miguel Daza<sup>384</sup>:

---

<sup>383</sup> Para otros datos acerca del primer duque de Benavente, véase: I. Beceiro Pita, *El Condado de Benavente en el siglo XV*, págs. 183-232; J. Ledo del Pozo, ob. cit., págs. 293-302; M. Fernández del Hoyo, ob. cit., págs. 381-405. Asimismo, sobre su persona y la de su sucesor, Alonso Pimentel (1499-1530), resulta muy interesante la lectura de sus semblanzas en el diálogo XIV de la quincuagena primera, batalla primera (G. Fernández de Oviedo, ob. cit., págs. 119-136).

<sup>384</sup> G. Fernández de Oviedo, ob. cit., págs. 136-138; Ledo del Pozo, ob. cit., págs. 309-311; M. Simal López, ob. cit., págs. 25-30. Para las referencias iconográficas que poseemos de este sexto conde resulta muy interesante el trabajo de F. Regueras Grande. *Pimentel. Fragmentos de una iconografía*. Benavente. CEB «Ledo del Pozo». 1998, págs. 46-51.

Esse qu'está con esse cetro en mano es el que será excelentísimo virrey del balenciano reino, aquel qu'espantará a Italia con su presencia mostrando su balor y ilustrísima casa, el que acompañará aquel monarca que será en su tiempo llamado Carlos V (que allá le varás, señora, en Sebilla pintado) (28, I; f.100v).

Asimismo, el inquietante recuerdo que se hace a continuación de un «moço mal logrado» necesariamente ha de inspirarse en el hermano mayor del anterior, llamado Rodrigo Pimentel; por tanto, primogénito del V conde, Alonso Pimentel y Pacheco (titular del condado entre 1499-1514). En efecto, el que fuera inicialmente el heredero de la casa, si bien llegó a ser V conde de Mayorga, nunca pudo gozar de la posesión del ducado, tal y como indica el texto: «Ese hermoso moço mal logrado es el que morirá en años tiernos antes que tenga el cetro d'esta casa»; pues, al parecer, como relatan también las *Quincuagenas*, «este murió en edad de seys años»<sup>385</sup>. Es precisamente este dato el que nos permite descartar que la evocación anterior esté relacionada con el efímero gobierno del siguiente titular, Luis Alonso Pimentel de Herrera, VII conde y IV duque (durante 1575-1576); ya que, pese a lo prematuro de su fallecimiento, este personaje sí llegó a ponerse al frente de la casa<sup>386</sup>, razón por la que obligatoriamente hemos de retrotraernos a la mencionada figura de Rodrigo Pimentel.

Finalmente, la vieja mora se detiene largamente en la última de las tablas que se nos describirá, dedicada al «felicísimo conde y príncipe llamado don Juan Pimentel», a quien no por casualidad podemos identificar con el titular de la casa por el tiempo en que el padre Daza redactó su obra: el VIII conde y V duque, Juan Alonso Pimentel Herrera y Enríquez de Velasco (titular del condado entre 1576-1621)<sup>387</sup>. Significativamente, la semblanza de este personaje será la más concreta de cuantas se

---

<sup>385</sup> G. Fernández de Oviedo, ob. cit., pág. 136: «Quanto a lo demás de los hijos del señor conde e condesa de Benavente, si me han bien informado ovieron tres hijos e tres hijas. El mayor se llamó Rodrigo Alonso, y queste murió en edad de seys años». Véase también J. Ledo del Pozo, ob. cit., pág. 307.

<sup>386</sup> Nacido en Benavente en el año 1551, murió sin descendencia a los 25 años de edad, tras haber gozado apenas un año de la herencia del ducado: cf. M. Simal López, ob. cit., pág. 30.

<sup>387</sup> Para una memoria más detallada de su biografía, consúltese: J. Ledo de Pozo, ob. cit., págs. 313-318; sobre su representación iconográfica, véase F. Regueras Grande, *Pimentel: fragmentos de una iconografía...*, págs. 51-58. Sobre su papel como patrono y mecenas es indispensable el estudio de M. Simal López, ob. cit., págs. 33-55 y, de la misma autora, «Don Juan Alfonso Pimentel, VIII Conde-Duque de Benavente, y el coleccionismo de antigüedades: inquietudes de un Virrey de Nápoles (1603-1610)», en *Reales Sitios: Revista de Patrimonio Nacional*, 2005, 164, págs. 31-49.

nos han ofrecido, como también la más extensa y elogiosa, como a continuación podrá apreciarse:

Es'es el felicísimo conde y príncipe llamado don Juan Pimentel, de cuyas virtudes, balor, esfuerço, gallardía, gentileça y vrío quisiera tener tiempo para decir algo; de su mucho balor solo os sé decir que todas las obras de los balerosos príncipes antecesores suyos así quedarán dichas en su comparación cual las de los macedones cuando reinó Alexandro. Será tanto su celo de virtud y constancia en la fe y en obras heroicas que como dechado de esclarecidos príncipes será tenido en España. Será tan baleroso en las armas que en ellas, siendo ilustre capitán general de aquel invicto Filipo II, d'este nombre trairá la convecina gente con su mucho balor y discreción a la obediencia de su r[e]y rendida; ni le atemorizarán las bandas del enemigo bando apercevidas, ni aquel baronil pecho jamás temor allará posada. Será clemente, pío, afable, manso, humilde y, con esto, para el malo riguroso.

Tendrá por compañera aquella hermosa moça mal lograda que tiene aquella luna debaxo de los pies en el escudo. ¡Ay, Dios! –dixo la viexa– que la inexorable Parca cortará el ilo d'esta hermosísima señora siendo de virtud, de onest[i]dad, de balor y de hermosura un cristalino espexo dado al mundo. Quedarán antes que muera de ella dos sucesores, que son aquel caballerito y aquella dama que agora comienço a pintar; y estoy temblando, que vien sé que no llegará el pincel a poner la menor parte en que en ellos se á de allar (28, I; f. 100v).

En primer lugar, llama la atención que este sea el único conde del que se nos proporciona su nombre completo, «Juan Pimentel», lo que permite su inequívoca individualización por ser el único así llamado durante el siglo XVI. En cualquier caso, la detallada relación de sus desposorios termina de despejar todas las dudas, por cuanto la «hermosa moça mal lograda que tiene aquella luna debaxo de los pies en el escudo» no puede sino corresponderse con aquella por la que el condado de Luna y el título de Merino Mayor de León y Asturias quedarían agregados a la Casa de Benavente. Nos referimos a Catalina Vigil de Quiñones, VI condesa de Luna, Merina Mayor de León y de Asturias, hija de Luis Vigil de Quiñones, V conde de Luna, fallecida tan solo cinco años después de haber contraído matrimonio con el que estaba a punto de convertirse en conde-duque de Benavente (†1574). No en vano, su modesta descendencia, concretada en un «caballerito» y una dama que cabe suponer más pequeña que aquel –por cuanto es pintada con posterioridad–, se ajusta a la perfección al perfil de los dos hijos que el VIII conde tuvo en Catalina: el primero, un varón, llamado Antonio Alonso Pimentel y Quiñones, sucesor de su padre (†1633); la segunda, una niña, a consecuencia de cuyo

parto perdió la vida la condesa, llamada María Pimentel y Quiñones (†1642), casada posteriormente con su primo, Luis Fajardo y Requesens, IV Marqués de los Vélez y III Marqués de Molina.

Frente a la exactitud de estos apuntes, su retrato como «ilustre capitán general de aquel invicto Filipo II» requiere de mayor atención, en la medida en que don Juan Pimentel ostentó esta distinción en diversas ocasiones. Las más conocidas guardan estrecha relación con sus sucesivos cargos de virrey, primero en Valencia (1598-1602) y después en Nápoles (1602-1610); sin embargo, sendos mandatos presentan el inconveniente de ser posteriores tanto al reinado de Felipe II mencionado en el texto, como a la fecha de composición de nuestro manuscrito (1583). Por ello, se hace necesario encontrar un momento anterior en el que el VIII conde hubiese podido desempeñar el papel de capitán general, bajo el encargo del segundo de los Austrias. En este punto, la clave determinante nos la da la referencia a la «convecina gente» a la que trae «con su mucho balor y discreción a la obediencia de su r[e]y rendida», descripción que nos trae rápidamente a la memoria su participación en la guerra contra Portugal de 1580: fecha, esta vez sí, absolutamente coherente con los límites cronológicos impuestos por nuestro testimonio, con los que se justifica al mismo tiempo la ausencia de referencias a episodios posteriores, que, sin duda, constituyen méritos más importantes en su biografía.

Su decisiva colaboración en el conflicto con Portugal es evocada con orgullo por el propio conde-duque en su testamento: «Comencé [...] en el asunto de la Corona de Portugal guarneciendo sus fronteras que confinan con mis tierras con ocho mill infantes y seiscientos cavallos»<sup>388</sup>. Datos que confirma la documentación de archivo<sup>389</sup>, en la que se consigna cómo en 1580 le fue encomendada al conde la defensa de los lugares limítrofes con Portugal que quedaban próximos a sus estados<sup>390</sup>; pero también los

---

<sup>388</sup> El testamento fue redactado el 29 de septiembre de 1621; el original se conserva en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, prot. 4.429, ff. 291r-318r; cf. M. Simal López, «Don Juan Alfonso Pimentel, VIII Conde-Duque de Benavente...», pág. 34.

<sup>389</sup> AHN, Nobleza, Osuna, leg. 455-3/54; Archivo General de Simancas, Estado, leg. 424; Archivo General de Simancas, Guerra y Marina, leg. 96. f. 226; cf. M. Simal López, *ibidem*.

<sup>390</sup> Cf. M. Simal López, *ibidem*.

distintos historiadores de la casa, desde Domingo de Acargorta hasta Ledo del Pozo, quien nos dice que el conde juntó sus fuerzas en la Puebla de Sanabria, «con las cuales penetró en Portugal, sometió a Braganza y ocupó la fortaleza año y medio, dominando desde el otro lado de los montes de Galicia hasta Zamora»<sup>391</sup>. En consecuencia, habida cuenta de su importante implicación personal y económica en la contienda, la lógica obliga a pensar que un noble de tan alto linaje solo pudo ocupar el grado supremo del ejército en dicha acontecimiento –como parece probarlo el hecho de que Berdum afirme que el conde tenía a su servicio a Juan de Vega Briceño como su teniente general–<sup>392</sup>.

○ **Don Juan Pimentel, anfitrión de Ofrasio de España**

Así las cosas, despejada la identidad de este conde, falta por esclarecer el correlato histórico de Briaseldo Pimentario. A este propósito, parece razonable suponer que el conde que presta su palacio a los monarcas españoles en el último capítulo del primer libro se identifique con aquel que la mora Caldaina ensalza por encima de los demás; máxime cuando este se corresponde con el titular de la Casa de Benavente en el momento de composición del *Caballero de la Fe*. En favor de estas consideraciones puede unirse un último detalle aportado por la narración, que manifiesta una estrecha armonía con la hipótesis anterior: nos referimos al dato que apunta que «la hermosa Briseida» estaba «recién casada con Vriaseldo Pimentario» (28, I; f. 100r). En nuestra opinión, este detalle podría venir a completar la biografía asignada a don Juan Pimentel, en la medida en que, si trasladamos las referencias a la realidad más inmediata de nuestro autor, Briseida podría relacionarse con la segunda esposa del duque, su prima Mencía de Zúñiga y Requesens, hija de Luis de Requesens y Zúñiga, con la que el conde-duque de Benavente contrajo matrimonio en 1582. Como puede apreciarse, esta interpretación nos situaría precisamente en un momento cercano a la fecha del colofón de nuestro manuscrito, es decir: diciembre de 1583; lo que explicaría a su vez

---

<sup>391</sup> J. Ledo del Pozo, ob. cit. pág. 313; Domingo de Ascargorta. *Origen de los excelentísimos señores condes duques de Benavente y su apellido Pimentel*. BNE, ms. 11.569, f. 159v.

<sup>392</sup> I. Berdum, ob. cit., f. 102v.

que nuestra obra todavía no haga mención a ningún miembro de la numerosa prole que el duque engendró junto a doña Mencía.

A la luz de todos los datos expuestos en el presente epígrafe, parece poder confirmarse que Miguel Daza guardase una relación directa y cercana con la Casa de Benavente, cuya fortaleza zamorana hubo de visitar personalmente en algún momento. Su vinculación con este linaje parece concretarse en la persona de su octavo titular, con quien debió de trabar contacto necesariamente en los primeros años de su gobierno, pues nuestra obra se cerró apenas unos años después de que este obtuviera la posesión del ducado en 1576: en consecuencia, antes de que don Juan de Pimentel ocupase los grandes cargos que habrían de asignarle tanto Felipe II como sus sucesores. Asimismo, teniendo presente que el retrato de este personaje es el único que irrumpe en nuestra obra absolutamente despojado del velo de la ficción en clave –acompañado de un cuantioso grupo de detalles que nos permiten recorrer con exactitud su corta biografía–, así como a la luz del decidido homenaje que el padre Daza le dedica por encima de cualquiera de los otros nobles admitidos en la narración –para el que no en vano se reconstruye la historia completa de su linaje–, parece aconsejable entender que nuestro libro estuviese dirigido a él en primera instancia. En este sentido, los preliminares perdidos tal vez hubieran podido aportarnos una vez más informaciones decisivas, en la medida en que en ellos podríamos haber encontrado alguna dedicatoria del autor que confirmase por completo esta hipótesis.

A este propósito, no resulta baladí recordar cómo precisamente otro artífice de libros de caballerías, el erasmista Antonio de Torquemada, estuvo al servicio de la casa durante casi cuarenta años como secretario del VI conde (1506/1510-1568), don Antonio Alonso Pimentel (1530-1570). Su presencia en el palacio guarda estrecha relación con la dimensión letrada con la que los Pimentel buscaron completar su imagen caballeresca desde sus inicios, mediante el mecenazgo de distintos humanistas, la reunión de una abundante biblioteca y la configuración de una amplia colección de arte –a la que don Juan Pimentel contribuyó de manera decisiva, siendo calificado por Marcus Burke como el primer gran virrey coleccionista del siglo XVII<sup>393</sup>–. A tenor del

---

<sup>393</sup> Marcus B. Burke y Peter Cherry. *Collections of Paintings in Madrid, 1601-1755*. Los Ángeles. Provenance Index of the Getty Information Institute. 1997, I, pág. 121; sobre el coleccionismo de los

carácter de religioso de nuestro autor y de su formación letrada, no parece descabellado suponer que el padre Daza ejerciese de capellán de los condes o, mejor, imaginar que tomase el relevo a Torquemada como intelectual al servicio de la casa —en cuya biblioteca pudo consultar algunos de los libros que maneja profusamente en la obra, como la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540)—. De lo que no cabe duda es de que la faceta de hombre de letras del VIII conde, visible en su condición de mecenas y coleccionista, hace muy posible que podamos imaginarlo como dedicatario de una ficción en clave inscrita en uno de los géneros de entretenimiento de más éxito de la época.

### 7.1.1.3. Tritoneo de Zamendo, duque del Infantado

Como anotamos en el epígrafe dedicado a la casa representada por la duquesa Camilina, hacia la mitad del segundo libro, los caballeros Feridano y Ardoniso comienzan un viaje por tierra desde la ciudad de Lisboa hacia las faldas del Moncayo, con el fin de acompañar a tan ilustre señora hasta su castillo (14-19, II). Toda vez que nuestros protagonistas se despiden de la duquesa tras dejarla junto a su esposo, estos emprenden el camino hacia Hispalis, desde donde la acción se trasladará

---

conde-duques resultan esenciales los trabajos ya citados de M. Simal López. Los Pimentel participaron desde el principio de este proceso de unión de las armas y las letras en la imagen del perfecto caballero: así, el segundo conde llevó a cabo un extracto de tres Décadas de Tito Livio (1439), mandando copiar para sí diversos manuscritos históricos al notario de Benavente (1450); mientras su sucesor compondría diversas letrillas conservadas en un *Cancionero* de la segunda mitad del XV. De él conservamos un inventario de su librería, perfectamente estudiado por I. Beceiro Pita, para quien el contenido de las obras recogidas manifiesta todavía una fuerte influencia escolástica («La biblioteca del conde de Benavente a mediados del siglo XV y su relación con las mentalidades y usos nobiliarios de la época», en *En la España medieval*, 1982, 2, págs. 135-146). Del IV conde, don Rodrigo Alonso Pimentel, sabemos de su relación con varios hombres de letras que le dedicaron sus obras, de entre los que destaca Lucio Marineo Sículo, por sus elogios a la biblioteca de los Pimentel y al gusto del don Rodrigo por la filosofía; amistades que continuaría el V titular, a quien Fray Antonio de Guevara calificaría de «curioso lector» en sus *Epístolas familiares* y de cuyo inventario de bienes *post mortem* se deduce también una marcada bibliofilia, en la que destacan las obras temática religiosa (cf. Isabel Beceiro Pita, «Los libros que pertenecieron a los condes de Benavente, entre 1434 y 1530», en *Hispania*, 1983, 154, págs. 237-280). Por último, de la adquisición de numerosos trabajos de humanistas italianos y españoles, en buena parte durante el gobierno del VI y el VIII conde, da buena cuenta un inventario de 1633, redactado con motivo del traslado de los libros de la fortaleza al palacio de Valladolid (cf. el citado artículo de Miguel Herrero, «La biblioteca del conde de Benavente»).

definitivamente ya en el tercer libro a la simbólica ciudad de Constantinopla. En este postrero peregrinar por la llanura castellana, el relato nos deparará nuevamente la descripción de algunos monumentos bien conocidos, de entre los que destaca con gran fuerza el palacio de los duques del Infantado en la ciudad de Grisa, a la que cabe identificar certeramente con Guadalajara (19, 21 y 22, II). Del mismo modo que ocurriera con los estados de Medinaceli y de Benavente, nuestro autor se servirá de la estancia de ambos caballeros en tan emblemática residencia para ensalzar a uno de los titulares de esta casa, con cuya aparición se introducirá en la esfera de la ficción el tercer y último linaje nobiliario que participará activamente en la acción, prestando sus posesiones a la inventiva caballeresca. Así pues, Medinaceli, Benavente y Guadalajara se presentan como hitos en la geografía del *Caballero de la Fe*, en los que en última instancia encontramos valiosas pistas sobre el recorrido vital de su autor.

○ **De Lisboa a Medinaceli: una parada en el castillo de Almourol**

El primero de los enclaves históricos que nos describe el padre Daza en este viaje se localiza todavía en territorio luso; pues, según se nos indica, el castillo con el que van a toparse los acompañantes de la duquesa de Medinaceli se encuentra a tan solo tres días de camino de Lisboa. De su carácter histórico ya nos había prevenido la tabla de materias, advirtiendo que en el capítulo 17 del segundo libro se cuenta «el abentura de la Rubia Mora, en que se ponen algunas istorias verdaderas disfraçadas en este fabuloso estilo» (f. IIv). De no ser por este oportuno aviso, seguramente las relaciones que la fortaleza de la Rubia Mora establece con la realidad hubieran podido pasar inadvertidas para el lector actual, escondidas como se hallan entre el cúmulo de detalles fabulosos que se superponen en su recreación novelesca. Sin embargo, la intencionada insinuación de los paratextos nos permite estar a la zaga de aquellas informaciones que, efectivamente, nos permiten reconocer en esta fortificación a un conocido castillo portugués.

Los datos que más decididamente nos ayudan a construir una hipótesis de identificación están relacionados con su emplazamiento, el cual es dibujado con una llamativa precisión:



Al tercero día, que vendrían como diez y seis leguas de la hermosa ciudad de Ulisipona, vi[ni]endo por la ribera arriba de el hermoso río qu'en essa misma ciudad paga al padre océano su tributo [...], descubrieron en un hermoso y ancho balle, donde con más ancho y manso corriente corría el río, en el medio del balle y sobre la puente y río estaba edificado un hermosísimo y ancho castillo, el cual tenía en círculo doce torres y en el medio una que a todas las demás sobrepuxaba. [...] Tenía dos puertas principales que salían a la una puente y a la otra, porqu'él estaba sentado en una isleta qu'el río hacía (16, II; f. 159v).

Como se adivina rápidamente, los caballeros están siguiendo el cauce del río Tajo, en el cual, a tan solo dieciséis leguas de Lisboa, parece encontrarse un castillo edificado sobre una isleta. A partir de estos datos, la confrontación con la realidad histórica nos devuelve un claro candidato, en el que podemos detectar estas características: el castillo de Almourol, a medio camino entre Vila Nova da Barquinha y Praia do Ribatejo, construido por el IV Maestre de la Orden del Temple, Gualdim Pais, en el año 1171.

Junto a estas coordenadas, vienen también en apoyo de esta identificación las numerosas leyendas nacidas en torno a esta fortaleza en las que se recrea el conocido motivo folclórico de la mora encantada, ya que en ellas puede encontrarse una buena justificación para la inserción en nuestra obra de la única protagonista afín a estos relatos populares –una «rubia mora»–; lo que significa suponer al tiempo que el padre Daza se inspirase en alguna historia existente o elaborase una propia animado por la misma toponimia del lugar, en la que presumiblemente aquellas habrían tenido su origen<sup>394</sup>. Sea como fuere, esta coincidencia manifestada con la tradición oral, unida a la situación del castillo en un pequeño islote escarpado del río Tajo, así como a su importante proximidad respecto de la ciudad lisboeta, no dejan lugar a grandes dudas, por ser todas estas particularidades excepcionales que solo se reúnen en la fortaleza de Almourol.

---

<sup>394</sup> Acerca de la proliferación de historias sobre moras encantadas en Portugal, muchas veces originadas en confusiones propias de la etimología popular, véase: Fernanda Frazão y Gabriela Morais. *Portugal, Mundo dos Mortos e das Mouras Encantadas*. Lisboa. Apenas Livros. 2009-2010. 3v.; Ángel Narro, «Mítica de los moros y moras de la toponimia peninsular», en Emili Casanova y Cesáreo Calvo (eds.), *Actas del XXVI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románica. Valencia 2010*, Berlin/Boston, De Gruyter, 2013, págs. 219-228.

Menos certezas ofrece la descripción de la morfología del castillo, pues si bien esta parece estar en su mayoría inspirada en la imaginación del padre Daza, algunos detalles presentan ligeras semejanzas con la disposición del castillo portugués. Así, no podemos negar que la presencia de doce torres sobre las que se eleva el muro circular del castillo podría recordar en cierto modo a los nueve cubos que jalonan el trazado marcadamente irregular de los lienzos de la muralla de Almourol –cuya asimetría se explica sobradamente por el carácter escarpado y limitado del islote–. De igual modo, la presencia de una gran torre que destaca sobre las demás en el interior del castillo podría estar inspirada en la gran Torre del Homenaje que se levanta sobre el Tajo, grande y aislada en el interior del recinto; siendo esta precisamente una de las grandes innovaciones introducidas por la Orden Templaria con relación a la arquitectura militar portuguesa de la época<sup>395</sup>. Sea como fuere, por encima de la posible entidad histórica oculta en sendos detalles, lo cierto es que la fabulosa caracterización del castillo destaca fuertemente frente a la precisión y el realismo con el que se nos describe su localización.

En este sentido, el registro del castillo de Almourol resulta llamativamente coincidente con el que podemos encontrar en otro libro de caballerías portugués: el *Palmerín de Inglaterra*, obra de Francisco de Moraes Cabral, publicada muy posiblemente en Portugal, en una edición hoy perdida (1543-1544)<sup>396</sup>. En efecto, esta obra de origen luso ofrece en diversos pasajes una minuciosa noticia de la ubicación del castillo de Almourol, en el que tendrán lugar las acciones relacionadas con el enamoramiento de Florestán y Miraguarda, la bella doncella que un gigante custodia en esta fortaleza con el fin de evitar los múltiples enfrentamientos que su hermosura causaba en el reino<sup>397</sup>. Justamente, esta exactitud de las coordenadas proporcionadas por

---

<sup>395</sup> Mario Jorge Barroca, «Do castelo da reconquista ao castelo românico (séc. IX a XII)», en *Portugalia*, Nova Série, XI-XII, 1990/1991, pág. 121, véase también del mismo autor: «A ordem do Templo e a arquitectura militar portuguesa do século XII», en *Portugalia*, Nova Série, XVII-XVIII, 1996/1997, págs. 171-209.

<sup>396</sup> La primera edición conservada es de 1567, publicada en Évora por André de Burgos.

<sup>397</sup> Los episodios relacionados con el castillo de Almourol han sido eficazmente estudiados por M. C. Marín Pina, «*Palmerín de Inglaterra* se lleva la palma: a propósito del juicio cervantino», en Juan Manuel Cacho Bleuca (coord.), *De la literatura caballeresca al «Quijote»*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, págs. 361-381.

Morais resultaría tan relevante para la crítica posterior que sería utilizada como argumento en la intensa polémica sostenida sobre la nacionalidad del autor del *Palmerín* en el siglo XIX<sup>398</sup>. En contraposición con lo anterior, llama la atención que las aventuras de este caballero no ofrezcan detalle alguno sobre el aspecto real del castillo, del mismo modo que parece suceder en la obra del padre Daza.

Al respecto de esta importante coincidencia, conviene subrayar que todos los datos recogidos en el *Caballero de la Fe* se encuentran primero compilados de algún modo en la obra portuguesa, tal y como puede observarse en el siguiente fragmento:

Conociendo el piloto la tierra, determinaron de salir en la ciudad de Alta Roca, que después se llamó Lisboa, cuyo nombre dicen que se llamó por los fundadores della [...]. Andando un día bien descuidado de lo que le podía acontecer, á horas de vísperas, siendo en el mes de abril, se halló á las riberas de Tejo, que con sus mansas aguas riega los principales campos de Lusitania, hasta entrar en el mar; como en aquel tiempo todo fuesse cercado de altos árboles que empedían la vista del agua en muchas partes, pues caminando por él arriba, no anduvo mucho que en medio del agua, en una pequeña islilla, vio un castillo roquero tan bien assentado, que era mucho para ver<sup>399</sup>.

Estas informaciones se complementan posteriormente al hablar del viaje de Horandes a España, donde se indica que muy cerca del castillo de Almourol se hallaba «la villa de Río Claro, que agora se llama Tomar, el cual nombre antiguamente tuvo por caso del río que por ella passa»<sup>400</sup>; precisiones todas que podrían haber servido de punto de partida para el dibujo del padre Daza. A esta semejanza en las descripciones aportadas por sendos autores, conviene añadir dos concomitancias más entre sus relatos, a saber: la presencia de una talla de la bella mujer que habita el castillo a la entrada del mismo; así como la defensa del paso de un puente próximo por un caballero andante – por otro lado, motivo de sobra conocido en el género que nos ocupa–.

---

<sup>398</sup> Como ejemplo, puede verse la argumentación de Nicolás Díaz en: *Discurso sobre el «Palmerin de Inglaterra» y su verdadero autor*. Lisboa. Real Academia de Ciências. 1876, págs. 42-46. Un buen resumen de la mencionada polémica puede encontrarse en la introducción a la edición de la primera parte del *Palmerín* castellano realizada por Aurelio Vargas Díaz-Toledo (Francisco de Moraes. *Palmerín de Inglaterra*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2006).

<sup>399</sup> Citamos por la primera traducción castellana publicada en Toledo (1547-1548), editada por Adolfo Bonilla y San Martín en: *Libros de caballerías. Segunda Parte*. Madrid. NBAE. 1908, pág. 93.

<sup>400</sup> A. Bonilla y San Marín, ob. cit., pág. 203.

Así las cosas, creemos oportuno plantear la posibilidad de que la inclusión del castillo portugués en nuestra obra se inspirase en la traducción castellana del libro de Francisco Morais, que fue publicada por Miguel Ferrer en Toledo, en 1547-1548. A este respecto, habida cuenta de que se trata del único enclave real ajeno a la geografía de la Corona castellana, no resulta extraño pensar que la decisión del padre Daza de incorporar un monumento extranjero tomase como punto de partida una de sus lecturas caballerescas –de donde, de hecho, pudo extraer todos los datos necesarios para la recreación de sus coordenadas–. A buen seguro, si nuestro autor conoció las aventuras de Palmerín, la fuerte presencia de la topografía peninsular en la obra –de la que el caso de Almourol constituye quizás el ejemplo más significativo– debió de captar poderosamente su atención, no solo por ser esta una cualidad extraordinaria en el corpus caballeresco, sino, sobre todo, por avenirse a las condiciones del experimento narrativo que él mismo ensayaría tiempo después. La enorme fama de que gozó la continuación lusa del ciclo palmeriniano hace perfectamente factible esta posibilidad, tal y como avala su presencia en el escrutinio cervantino, en donde no por casualidad el castillo de Miraguarda o de Almourol sale significativamente bien parado –¿quizá precisamente por incorporar la geografía real a la fábula caballeresca?<sup>401</sup>–:

–Esa oliva se haga luego rajas y se quemé, que aun no queden della las cenizas, y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno; y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanías y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que este y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan<sup>402</sup>.

---

<sup>401</sup> Así lo sugiere en parte M. C. Marín Pina al afirmar que «en este libro don Quijote pudo encontrar también una geografía próxima y cercana, pues parte de las aventuras suceden en España», y este hecho pudo hacerle pensar «que todo este mundo caballeresco era posible en su tierra» («*Palmerín de Inglaterra* se lleva la palma...», pág. 364).

<sup>402</sup> *DQ*, I, 6.

○ **De las faldas del Moncayo a la ciudad de Guadalajara**

Tan solo unos capítulos después, encontramos el segundo de los escenarios históricos descritos en este viaje de Feridano y Adoniso por tierras españolas, en cuyos detalles podemos reconocer sin dificultad a la ciudad de Guadalajara. En efecto, su localización queda oportunamente esclarecida desde su primera mención, pues el escudero Mandrubio informa a sus amos de que el riachuelo que se viene a entrar en el río junto al que caminan no es otro que el Arroyo de las Dueñas, cuya desembocadura dista poco más de una legua de la que en la ficción es llamada la ciudad de «Grisa»: datos estos plenamente coincidentes con la ubicación de la confluencia de este arroyo en las aguas del Henares, apenas a 7 kilómetros de la capital arriacense (19, II). A continuación, el autor relata la entrada de estos caballeros en Guadalajara, enumerando en su camino diversos elementos característicos de esta villa, a buen seguro reconocibles para los lectores coetáneos.

Así, todavía en las periferias de la población, los caballeros pasan junto a una «iglesia de Nuestra Señora», «echa de piedra de mármol, hermosísima, con una casa junto a ella de estremo edificio» (19, II; f. 170r), a la que por su emplazamiento en la vega del Henares podemos hacer corresponder con la desaparecida ermita de Nuestra Señora de Afuera. Pues, si bien es cierto que Guadalajara poseía en sus dominios otras capillas similares, la significativa coincidencia en su situación y en su dedicación a la Virgen, unida a la notable importancia de este santuario frente al resto de ermitas periféricas, aconsejan su asimilación a la de nuestro manuscrito<sup>403</sup>. Esta pequeña edificación, separada de Guadalajara en su vertiente septentrional por el cauce del río, fue iglesia conventual de las bernardas hasta incendiarse el monasterio en 1295; posteriormente, el cardenal Pedro González de Mendoza la tomó bajo su protección, encargando a su costa la reconstrucción del templo en sillería de piedra y su erección como parroquia. Lamentablemente, nada sabemos de sus características arquitectónicas ni de su ornamentación, puesto que este monumento fue destruido durante la Guerra de

---

<sup>403</sup> Para una nómina de las distintas ermitas de esta villa, véase Alonso Núñez de Castro: *Historia religiosa y seglar de la muy noble y muy leal ciudad de Guadalajara*. Madrid. Pablo del Val. 1653, págs. 86-88. No obstante, debe tenerse en cuenta que muchas de ellas fueron construidas con posterioridad al siglo XVI (cf. Pedro José Pradillo y Esteban, «El desarrollo histórico del casco antiguo de Guadalajara», en *Wad-al-Hayara*, 1991, 18, pág. 370).

Sucesión, limitándose las crónicas coetáneas a encarecerlo como «capaz y bien edificado»<sup>404</sup>.

Seguidamente, nuestros personajes atraviesan el río por «una hermosa puente, la cual havían de pasar para entrar en la ciudad», en el medio de la cual había «una muy buena y fuerte torre, y enfrente de ella hacía el río una pequeña y hermosa isleta poblada de frescos árboles y matas» (19, II; f. 170v). Ciertamente, «esta muy larga y ancha y estremadamente edificada» puente pretende traer a la mente del lector el conocido «puente de Guadalajara», viaducto que permitía el paso a la otra ribera del Henares, donde se encontraba el agudo vértice septentrional de la loma sobre la que se levantaba la ciudad. Sin duda, la torre que se cita como elemento distintivo de su morfología se corresponde con aquella almenada que en la Edad Media se construyó con el fin de interceptar el paso a la villa, justamente en mitad de las dos rampas que conformaban su calzada; desafortunadamente, tras su destrucción en los primeros años del siglo XVIII, esta no volvería a levantarse con la posterior reconstrucción del puente<sup>405</sup>.

---

<sup>404</sup> A. Núñez de Castro, ob. cit., pág. 86; véase también F. Layna Serrano, *Los conventos antiguos de Guadalajara: apuntes históricos a base de los documentos que guarda el Archivo Histórico Nacional* (Madrid. CSIC-Instituto Jerónimo Zurita. 1943, pág. 15).

<sup>405</sup> De la existencia de esta torre tenemos noticia gracias a su mención en la relación enviada por la ciudad a Felipe II en 1579, documento al que se suman unos acuerdos municipales posteriores también estudiados por F. Layna (cf. *Historia de Guadalajara y sus Mendozas...*, I, págs. 92, 98-99); a estas escasas referencias se une ahora la descripción del puente proporcionada por Miguel Daza.



Imagen 18. Recreación del puente de Guadalajara, tal y como debió de ser hasta el s. XVIII<sup>406</sup>.

Tras atravesar este viaducto, Nictemeno nos dice que, «subiendo así un recuesto», nuestros caballeros se adentran en un «arrabal», con lo que necesariamente nos situamos en el conocido suburbio de la Alcallería, el más grande de la ciudad, situado justamente a la salida de la vía pontuaria, a través de cuyas calles se iniciaba uno de los tres caminos que daban acceso a la ciudad<sup>407</sup>. Ya adentrados en esta barriada externa a la muralla principal, el narrador nos dice que «a la mano izquierda vieron un fuerte edificio probeído de una muy hermosa y almenada torre», el cual era «un monasterio de los monxes sucesores de Elías». De esta referencia parece desprenderse una alusión a algún convento de la orden carmelita; sin embargo, reconocemos que no hemos sido capaces de encontrar un correlato histórico para este cenobio, puesto que todas las fundaciones conocidas de esta congregación son posteriores a la fecha de composición de nuestro manuscrito, sin que ninguna de ellas se emplace además en el mencionado arrabal de la Alcallería<sup>408</sup>. Ante esto, tan solo cabe pensar que el padre

---

<sup>406</sup> Dibujo de Emilio Gil Guerra, según apuntes e indicaciones de Francisco Layna Serrano (*Historia de Guadalajara y sus Mendozas...*, I, pág. 39).

<sup>407</sup> Pasado el puente, faldeando el espolón de la loma se abrían otros dos caminos: uno de ellos, tras atravesar el barranco de la Merced, daba acceso al camino salinero, por el que se llegaba a la puerta del Alamín; el otro, cruzado el barranco de san Antonio, conducía por la ladera opuesta a la puerta del Alvar Fañez o de la Feria, y seguía hasta la del Mercado (cf. Francisco Layna, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas...*, I, págs. 92-93).

<sup>408</sup> La ciudad de Guadalajara contó con tres monasterios carmelitas, dos femeninos y uno masculino. En la última década del siglo XVI tuvo lugar la fundación del Colegio de las Vírgenes, a cargo del cardenal

Daza no pretenda aquí sino hacer una referencia vaga a los numerosos monasterios que se aglutinaban en la ciudad de Guadalajara –por los que pasaría a la historia con la calificación de «ciudad conventual»<sup>409</sup>–, o, más bien, que la memoria le hubiese traicionado, habiéndole llevado a incurrir en la atribución errónea de uno de los monasterios existentes en la época, como pudiera ser el convento de los mercedarios, único existente en los extramuros cercanos al Henares<sup>410</sup>.

Atravesado el arrabal, los caballeros entran en el interior de la ciudad por una de sus puertas, a la que obligatoriamente debemos hacer corresponder con la de la Alcallería o de Bramante, situada justamente al final de la barriada de este nombre, en la muralla de la villa que cortaba la loma –teniendo a la izquierda el Alcázar y al otro lado un fuerte cubo que se asomaba sobre el barranco de san Antonio, tal y como puede comprobarse en la croquis abajo reproducido–. Allí vieron «unos hermosos palacios y estremadas casas» (19, II; f. 170v), con los que sin duda el autor está evocando la zona más privilegiada y aristocrática del núcleo urbano, a la que se accedía directamente por esta entrada septentrional. En efecto, la nobleza se concentraba en esta zona en torno a la iglesia de Santiago y el palacio del Infantado, situándose ambos edificios uno junto al

---

García de Loaysa, que poco después se convertiría en un convento conocido como el de las Carmelitas de Arriba; asimismo, en 1619 se abriría muy cerca de la concatedral de Santa María el convento de carmelitas descalzas de san José, bajo el patronato de la sexta duquesa del Infantado (cf. Francisco Layna, *Los conventos antiguos de Guadalajara...*, págs. 293-334). Por su parte, el monasterio de los Santos Reyes o Epifanía del Señor de los frailes carmelitas se erigiría en 1631, con los fondos donados por don Baltasar Meléndez (*idem*, págs. 352-370).

<sup>409</sup> A fines del siglo XVI Guadalajara contaba con nada menos que una decena de monasterios, cuya nómina se ampliaría en el siglo siguiente con la construcción de otros cuatro conventos; la denominación mencionada se debe a Luis Cervera Vera, «La época de los Austrias», en Antonio García Bellido *et al.*, *Resumen histórico del urbanismo en España*, 2ª ed., Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1968, págs. 202-203.

<sup>410</sup> Se trata del convento de la Merced, también llamado monasterio de San Antolín, uno de los más antiguos de la ciudad; lamentablemente, desconocemos su fisonomía, motivo por el cual resulta imposible verificar si la torre almenada mencionada en nuestro manuscrito se inspiraba en esta construcción (cf. F. Layna, *Los conventos antiguos de Guadalajara*, págs. 33-34). Por otra parte, el único monasterio cercano a Guadalajara que cumple con estas características es el de san Bartolomé de Lupiana, cuna de la orden jerónima, en el que tal vez pudo inspirarse el padre Daza para su descripción en el caso de que el mencionado monasterio no se identifique con ninguno realmente existente en la Alcallería.



otro, tal y como precisa nuestra narración<sup>411</sup>. De este conocido templo –construido en el siglo XIV como parte del convento de Santa Clara–, el autor tan solo hará una escueta referencia en el capítulo 21, cuando el duque Tritoneo de Zamendo mande enterrar en ella a los hombres fallecidos en una dura contienda (21, II; f. 178v). En cambio, la narración se detendrá con detalle en la recreación de la imponente mansión de los Mendoza, a la que la tabla de materias ya había identificado con precisión, declarando que en el capítulo decimonoveno del segundo libro el lector podría encontrar la «descripción de la cassa del duque del infantazgo en Guadalajara» (f. IIv).

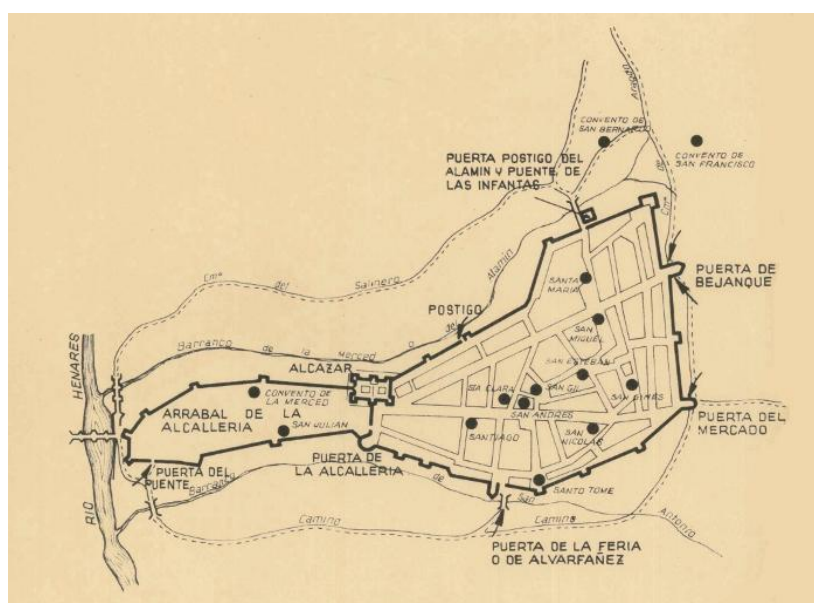


Imagen 19. Reconstrucción del plano de la ciudad en el s. XV<sup>412</sup>.

<sup>411</sup> Dice Nictemeno que el duque Tritoneo, «llegado a la plaza hizo enterrar los cuerpos de los cristianos en una iglesia de Santiago que junto a palacio en la misma plaza había» (21, II; f. 178v); funcionalidad esta acorde con la que realmente poseía esta iglesia, lugar privilegiado de enterramiento para los nobles de la ciudad. Demolida a principios del siglo XVI y construida de nueva planta, se situaba a la izquierda del palacio del Infantado, separada de este por un ancho de callejón que más tarde sería salvado por un pasadizo que conectaría directamente con la capilla de san Antón. La iglesia fue totalmente destruida a principios en 1903, por lo que tan solo conocemos su aspecto a través su descripción en distintos documentos (cf. F. Layna, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas*, I, págs. 104-105).

<sup>412</sup> Reconstrucción del plano de la ciudad en el siglo XV, según el «Plan general de ordenación urbana de Guadalajara», basado en la obra de F. Layna, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas* (Ayuntamiento de Guadalajara, Archivo Municipal de Guadalajara, 1962). Un interesante estudio de la evolución de la zona antigua de la villa, acompañado de otros planos teóricos correspondientes a sus diferentes etapas históricas, puede encontrarse en el citado artículo de P. José Pradillo y Esteban.

### ○ **La descripción del palacio del Infantado**

Sin lugar a dudas, el palacio del Infantado es el edificio más emblemático de esta ciudad, siendo como es monumento capital en la historia del arte español y máxima expresión de poder del linaje más ilustre de Guadalajara. Situado en el mismo lugar que en el siglo XIV escogió el primer Mendoza alcarreño, don Pedro González, para construir sus casas principales –sucesivamente reformadas por otros titulares de la casa, entre los que destaca el primer marqués de Santillana, quien atesoró allí su conocidísima biblioteca y estudio–, su verdadero origen data de la década de 1480, cuando el segundo duque del Infantado, don Iñigo López de Mendoza, decidió destruir por completo esta primitiva residencia para edificar de nueva planta un original y lujoso palacio, «por acrecentar la gloria de sus progenitores y la suya» –según reza la filacteria tallada sobre los arcos del Patio de los Leones–. Ejecutadas con gran rapidez, estas obras dirigidas por el arquitecto Juan Guas estarían prácticamente terminadas al finalizar el siglo XV, quedando así sellada la particular mezcla de estilos que caracterizaría a la mansión de los duques. No obstante, su fisonomía se vería alterada parcialmente entre 1569 y 1585, tras las reformas auspiciadas por el también llamado don Iñigo López de Mendoza, quinto duque del Infantado, con las que este perseguiría aproximar el palacio a la pureza clasicista que Felipe II estaba poniendo en auge desde la Corte<sup>413</sup>.

Como a continuación expondremos, la estancia de Feridano y Ardoniso en Guadalajara servirá de soporte para la dispersa descripción a lo largo de varios capítulos de algunos de los espacios más característicos de este edificio (19, 21 y 22, II), cuya morfología quedó fijada por completo a fines del siglo XVI. El primero de los elementos dibujados es su famosa fachada, en la que todavía hoy puede apreciarse la bellísima reunión del arte gótico de tradición flamenca, de la más exquisita herencia mudéjar y del estilo renacentista italiano, cuya simbiosis está presente en el edificio entero:

Luego llegaron a una plaza en la cual estaba una casa de las mexores que aquellos caballeros ubiesen visto en su vida: toda la delantera estaba echa de hermosísimas puntas de diamantes,

---

<sup>413</sup> Su aspecto actual es el resultado de los daños irreparables que sufrió el palacio en el incendio de 1936 y de su controvertida restauración posterior, acometida durante los años setenta. Para el estudio de este palacio resultan fundamentales los distintos trabajos que Francisco Layna le dedicó a lo largo de su vida, reunidos en la monografía: *El palacio del Infantado en Guadalajara*. Guadalajara. AACHE. 1997.

tiniendo la portada cuatro hermosas columnas dóricas, las cuales sustentaban la portada y hacían obra para otras columnas menores que componían una ventana que sobre la puerta caía, haciendo obra con otro mucho ventanaxe qu'estaba por aquel testero, probeído de barcones y rexa de fina plata y oro que toda la delantera componían (19, II; f. 170v).

Como puede observarse, con la alusión a las «hermosísimas puntas de diamantes», frente a lo que pudiera parecer, el narrador recuerda en primera instancia las singulares hiladas de cuadrangulares cabezas de clavo que se reparten a lo largo del muro hasta la altura de la galería superior. Acto seguido, su mirada se centra en la puerta principal, marcadamente descentrada hacia la izquierda, de la que se citan con precisión las gruesas semicolumnas cilíndricas que la flanquean, cubiertas con retículo cuadrilátero también relleno de «puntas de diamantes». Fundamental resulta la mención a la «ventana que sobre la puerta caía», pues la aparición de este elemento nos permite asegurar que la descripción realizada por el padre Daza responde necesariamente al resultado de las reformas realizadas por el quinto duque. Así lo aconseja la propuesta de reconstrucción teórica realizada por Francisco Layna, quien demostró que la apertura de una ventana doble sobre el portón se produjo durante las intervenciones ejecutadas en el último tercio del siglo XVI.



**Imagen 20.** Fachada actual del palacio del Infantado, tras las labores de restauración acometidas en el s.XX, con las que se persiguió devolverle su morfología anterior a las reformas del V duque.

De acuerdo con este historiador, con anterioridad a este aditamento se encontraba emplazado en este lugar el escudo ducal de los Mendoza, el cual se empotraría después sobre los mocárabes de la galería para dejar hueco a la construcción del balcón gemelar –desplazamiento que, de hecho, obligó a la destrucción de una hilada de arcos en la cornisa superior–<sup>414</sup>. En coherencia con lo anterior, las alusiones al «ventanaxe qu'estaba por aquel testero» y a los «barcones y rejas de fina plata y oro» se avienen a la perfección a la morfología de la fachada en este segundo momento; pues, aunque la delantera del edificio estuvo proveída desde sus inicios de un grupo de ventanas góticas a la altura del piso principal, la referencia a los balcones y a los enrejados remite claramente a aquellos con los que el V duque sustituiría estos vanos primigenios, abriendo al tiempo otra fila de ventanas de corte preherrerriano en la planta baja –modificaciones perfectamente apreciables en la fotografía de 1865 que abajo reproducimos–<sup>415</sup>.

---

<sup>414</sup> Con el fin de evitar confusiones, resulta necesario advertir cómo en sus trabajos iniciales Francisco Layna expuso una hipótesis notablemente divergente en este punto, según la cual balcón abierto sobre el portón habría existido desde los orígenes del palacio, habiendo sido simplemente remodelado al gusto clasicista durante las reformas encargadas por el quinto duque. Las rectificaciones posteriormente introducidas por este historiador a su interpretación inicial –acordes con las conclusiones expuestas en nuestro trabajo– se publicaron en su artículo: «Problemas que plantea la reconstrucción del palacio del Infantado», en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1947, 51, págs. 121-146. Como se habrá apreciado, la reconstrucción que actualmente puede contemplarse del exterior del palacio del Infantado pretenden emular el aspecto primigenio de la fachada, de acuerdo con las consideraciones últimas del que fuera cronista de Guadalajara.

<sup>415</sup> Sumados a estos balcones construidos en la planta principal, el quinto duque encargaría la apertura de otros cuatro del mismo estilo encima de estos, en la mitad derecha de la fachada, a los que añadiría otro más en plena galería alta. En contraste con esta cuantiosa nómina de miradores clasicistas provistos de frías rejas, la fachada originaria se presentaba limpia de forja en sus ventanales góticos y carente de balcones ajenos a la galería (cf. F. Layna Serrano, «La desdichada reforma del Palacio del Infantado, hecha por el quinto Duque en el siglo XVI», en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1946, 50, págs. 5-94; páginas a las que deben aplicarse las posteriores matizaciones de este historiador, que pueden encontrarse en el trabajo citado en la nota anterior (ambos reunidos y reeditados en la mencionada monografía de F. Layna Serrano. *El palacio del Infantado en Guadalajara...*). Véase también: Antonio Herrera Casado. *El palacio del Infantado*. Guadalajara. Institución Provincial de Cultura «Marqués de Santillana». 1975, págs. 58-63.



**Imagen 21. Fachada del palacio del Infanzonado, en su fisonomía posterior a las reformas del V duque.  
Fotografía de Juan Laurent (1865).**

Ya en el interior del palacio, el siguiente espacio descrito es el famoso Patio de los Leones, en cuya representación podemos reconocer su planta cuadrilátera, las dos galerías superpuestas que lo componen –con sus arcos rebajados de tres centros–, así como unas «medallas» que seguramente pretenden recordar tanto a los blasones de Mendoza y Luna que campean alternados sobre las columnas bajas, como al emblema del primer duque que sostienen entre sus garras unos leones rampantes situados en las enjutas de los arcos de la misma galería inferior:

D'este patio o portal se subía por seis gradas echas de piedras de jaspe a un patio cuadrado muy grande y hermoso, el cual con unas columnas dóricas de piedra india sustentaba un corredor. El patio de abaxo estaba enlosado de piedras de barias colores, tan diáfanas y transparentes que en ellas como en claros espejos de cristal se representaban los cuerpos que por ellas andaban, tan al natural como si ellos mismos fueran. Por el arquitrabe que por sobre los arcos pasaba y en los triángulos de los arcos estaban medallas echas de manos de grandes artífices, con títulos espondedores de quién cada uno fuesse. En el medio del patio estaba un poço cuyo brocal era de

una muy gran piedra de alabastro, esculpidas en ella mil historias de medio relieve estremadamente de vien (19, II; f. 170v).



**Imagen 22. Detalle de las arquerías del Patio de los Leones.**

Pero, sin duda, uno de los detalles más reveladores de la descripción anterior viene dado en la mención a las «columnas dóricas de piedra india» que parecen ubicarse en la parte baja, puesto que sabemos con certeza que estos soportes de marcada factura clasicista fueron injertados en 1570, tras ser eliminadas aquellas columnas de fuste helicoidal que habían sido colocadas en origen, idénticas a las de la parte alta. Lo mismo sucede con la referencia a las «seis gradas echas de piedras de jaspe» que conectan el zaguán de la entrada con el patio, pues nos consta que estas escalerillas solo fueron necesarias después de que el quinto duque decidiese subir el nivel del patio<sup>416</sup>.

---

<sup>416</sup> Para las reformas acometidas en el zaguán y en el patio, véase Francisco Layna, «La desdichada reforma del Palacio del Infantado...», págs. 29-32. Antonio Herrera Casado matiza los datos aportados por Layna a la luz de las conclusiones obtenidas por la restauración del palacio, tras la que quedó patente que la elevación del suelo del patio fue menor de lo que se había pensado (cf. *El palacio del Infantado...*, pág. 70).

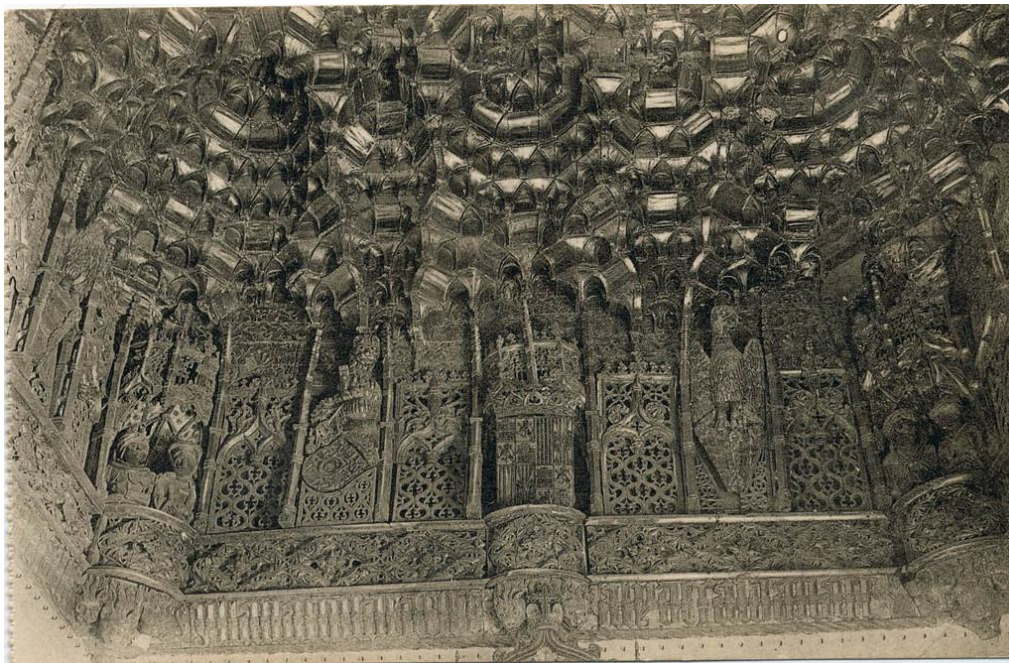


**Imagen 23. El Patio de los Leones, litografía de Genaro Pérez Villaamil, siglo XIX.**

Finalmente, debemos dar cuenta de las dos estancias interiores del palacio que son recreadas con detalle en nuestra obra. La primera es descrita en el capítulo 21, siendo llamada explícitamente por el mayordomo de la casa como la «Sala de los Linajes», nombre sobradamente documentado para la que constituía la estancia más importante del palacio del Infantado:

Y, con esto, mandando dar todo lo necesario a los criados y caballos, con ellos se suvió al corredor alto, indo aquellos príncipes notando la excelencia del edificio de la casa, que cierto tenía mucho que ver. Y, así, entrando en un hermosísimo cuarto vieron una sala toda echa de porfiros y jaspes, y las bóvedas todas de finísimo oro. Y alrededor de ella por encima del friso iban muchas medallas y retratos con los escudos de sus armas junto a sí, cosa hermosísima y de mucha curiosidad y que había mucho que ver y notar en ella. Y esta sala dixo el mayordomo llamarse la Sala de los Linaxes, por razón de estar en ella todos los linaxes y casa que con aquella se habían juntado, que eran muchas y las más ilustrísimas de España; cuyas armas y trofeos, porque pienso hacer particular relación de ellas, las deajo agora (21, II; ff. 174r-174v).

En estrecha coherencia con nuestra narración, sabemos que este admirado salón estaba ubicado en la planta principal, teniendo este unas privilegiadas vistas al jardín por medio de una galería con dos órdenes de arcadas. De su impresionante techumbre de artesón estalactítico a lo morisco, su fulgurante color dorado era lo que más llamaba la atención de los visitantes, siendo como era con gran probabilidad el artesonado más valioso del palacio. Como precisa el padre Daza, sobre su alto y florido friso de estilo gótico recorría el salón una cenefa de esmerada ornamentación, jalonada por garitas salientes en las que se encontraban calados doseletes que albergaban por parejas a los antepasados del segundo duque, mientras en los huecos disponibles entre balconillos se escondían tracerías góticas en alternancia con águilas y nobiliarios de blasones. Desafortunadamente, ambos tesoros fueron destruidos en el bombardeo que minó el palacio en 1936<sup>417</sup>.



**Imagen 24. Artesonado y friso de la Sala de los Linajes, fotografía anterior a 1936.**

---

<sup>417</sup> El artesonado dorado de esta sala cautivó en 1502 a Antoine de Lalaing, quien en sus descripciones ofrece una decisiva referencia de su origen: «Las cámaras y salas tienen muchos paramentos de oro y azul. En la principal, la techumbre es de madera, profusa y minuciosamente tallada; la compró este duque en un monasterio vecino dando por ella 300 florines de renta y la hizo dorar de tal modo que el dorado costó 5000 ducados» (citado en Francisco Layna, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas...*, II, pág. 423; sobre la posible procedencia de este artesonado del cercano monasterio de jerónimos de Lupiana, véanse las págs. 425-430). Para una descripción general de esta estancia véase del mismo autor: *El Palacio del Infantado...*, págs. 49-53.



Por último, en el capítulo 22 se menciona escuetamente otro de los espacios más importantes del palacio, apellidado este como la «Sala de los Salvajes» –tal y como era conocido en la época–, junto a otra estancia desconocida para nosotros a la que se nombra como «el cuarto viejo», tras la que seguramente se esconda algún habitáculo reservado al personal de servicio. La primera, de planta cuadrada, fue conocida así por la multitud de hombres primitivos, velludos y desnudos que Jorge de Córdoba talló a fines del siglo XV para el desaparecido friso de su artesonado octogonal, formado por entrelazos mudéjares. Aparte de la existencia de una chimenea de alabastro, pocos datos poseemos sobre el aspecto de esta estancia hoy desaparecida, para el estudio de la cual resultan de enorme interés las fotografías anteriores al bombardeo de 1936, en las que pueden observarse parte de estas figuras legendarias que poblaban la parte alta de la estancia, portando infinidad de armas diferentes, como mazas, escudos, arcos y flechas<sup>418</sup>:

Y las mesas estaban puestas en la Sala de los Salbaxes, y para los caballeros y toda la demás gente estaba adereçado otro cuarto que llamaban «el cuarto viexo». Y, así, los príncipes como los demás caballeros fueron serbidos con mucha avundancia y regalo, porque la casa del duque una de las más principales era de Castilla y él uno de los magnificentísimos caballeros de ella. Y, así, duró la comida desde las diez asta casi la una, haviendo muy buena música, conversación y entretenimiento (22, II; f. 180r).

---

<sup>418</sup> Para la correcta datación de este friso y su respectiva sala en tiempos del segundo duque, frente a las erróneas fechas propuestas por historiadores como Elías Tormo, véase Francisco Layna, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas...*, II, pág. 426 y ss.

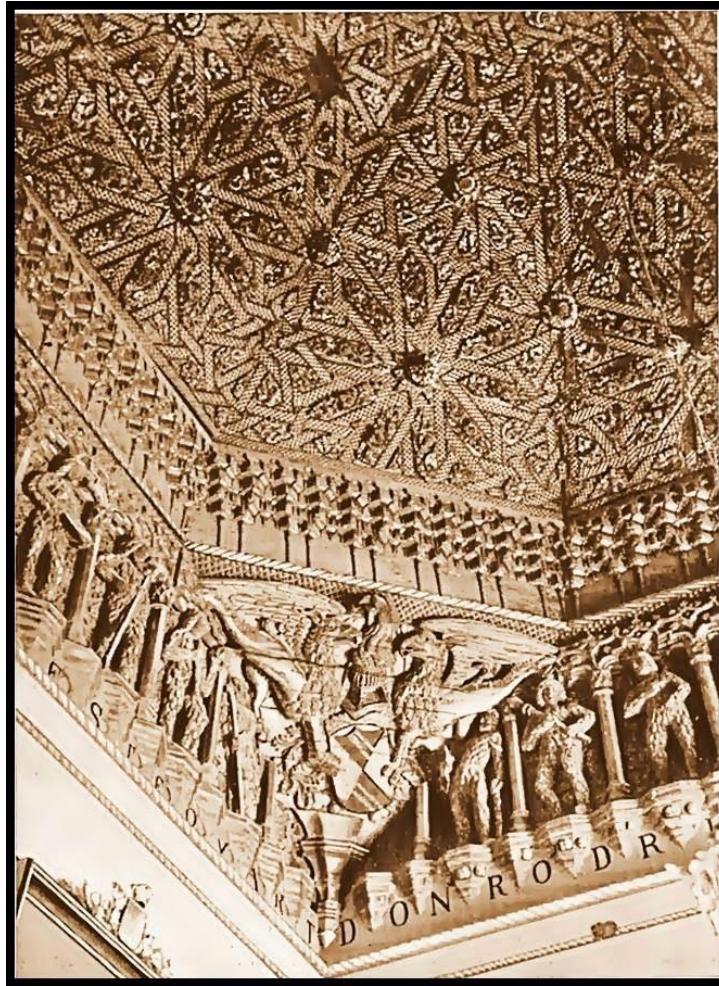


Imagen 25. Sala de los Salvajes, fotografía anterior a 1936.

Así pues, a la luz de todos los datos aquí expuestos, consideramos que puede afirmarse con seguridad que la recreación que nuestro libro de caballerías lleva cabo del famoso palacio del Infantado remite a la remodelación efectuada en tiempos del quinto duque, lo que a su vez nos obliga a suponer una estancia de Miguel Daza en este lugar entre 1572 –año en que se encarga la ejecución de los balcones de la fachada– y diciembre de 1583 –momento del cierre del *Caballero de la Fe*, en el cual las obras estaban a punto de ser finalizadas–. En cualquier caso, habida cuenta del estado avanzado de las remodelaciones que reproduce nuestro manuscrito, es posible aventurar que esta visita tuviese lugar en un tiempo cercano a la culminación del *Caballero de la*

*Fe*; lo cual entra en consonancia con otros datos de marcada actualidad incorporados en nuestra obra (*vid.* 7.1.1.2 y 7.1.2.2)<sup>419</sup>.

○ **El IV duque del Infantado y su esposa Buenafortuna**

A tenor de la cronología anterior, sería lógico pensar que el duque encargado de hospedar en su palacio a Feridano y Ardoniso fuese precisamente aquel responsable de las mencionadas reformas, esto es: el quinto duque del Infantado, don Íñigo López de Mendoza, tataranietao del impulsor de la construcción del palacio. Sin embargo, la narración proporciona un pequeño detalle que nos pone en la necesidad de retrotraernos dos generaciones en el tiempo, para encontrar el correlato histórico del «buen duque y baleroso caballero llamado Tritoneo de Çamendo» (21, II; f. 174r). Nos referimos a la sencilla precisión con la que nuestro autor indica que este importante caballero, cuya casa «una de las más principales era de Castilla» (22, II; f. 180r) –a saber, la de los Mendoza (apellido desdibujado de forma evidente en *Zamendo*)–, estaba desposado con la «ilustrísima duquesa llamada Buenafortuna, por ser como era hija de un ilustrísimo príncipe llamado Fortuna» (21, II; f. 175r). En efecto, contrariamente a lo que tan novelesca onomástica podría hacernos pensar, lo cierto es que el abuelo de este quinto duque, don Íñigo López de Mendoza y Pimentel (1493-1566), estaba realmente casado con Isabel de Aragón y Portugal, hija del llamado «infante Fortuna», Enrique de Aragón y Pimentel (1445-1522), primo hermano de Fernando el Católico. Ante tan llamativa coincidencia –en nada contradicha por los límites cronológicos que impone la vida de este cuarto duque–, no podemos sino decantarnos por identificar a Tritoneo con este titular, que sería conocido con el sobrenombre del «duque viejo» a causa de su destacada longevidad. Curiosamente, su inclusión cifrada en el universo de la ficción cuenta con el cercanísimo precedente de la novela pastoril de Gálvez de Montalvo,

---

<sup>419</sup> El término *post quem* lo fijamos en virtud del documento de «Condiciones de la obra de cantería e ventanas e otras cosas», fechado el 22 de febrero de 1572, estudiado por Francisco Layna, «La desdichada reforma del Palacio del Infantado...», pág. 40 y ss.

quien el año anterior a la finalización de nuestra obra había mencionado también de manera codificada a este IV duque en *El pastor de Fílida* (1582)<sup>420</sup>.

Ninguna otra información se nos da acerca de la biografía del duque en la narración; sin embargo, a juzgar por la lisonjera imagen que nuestro relato nos brinda de esta casa y de sus posesiones, cabe afirmar con seguridad que el padre Daza pretende construir un elogio de su persona mediante su inserción en la ficción del *Caballero de la Fe* –frente a lo que ocurriera en el caso del vecino duque de Medinaceli–. Algo que entraría en consonancia con el perfil de este IV duque del Infantado, quien, lejos de destacar por su carrera militar –pues, de hecho, se mantuvo sensiblemente apartado de cargos políticos en la Corte a causa de las simpatías que en su juventud manifestó hacia las ideas comuneras–, ha pasado a la historia como hombre culto<sup>421</sup>, de cuya notable erudición son testimonio tanto su nutrida colección de tapices como, sobre todo, la publicación en 1564 de una obra de historiografía clásica por él compuesta, titulada *Memorial de cosas notables*<sup>422</sup>. De este amor a las letras dio cuenta, entre otros, el historiador Núñez de Castro al decir que «tenía grande envidia junto con grande afecto a los hombres doctos», con los que «tenía toda su comunicación»<sup>423</sup>; afirmaciones que tienen detrás su estrecha relación con muchos hombres ilustrados de su tiempo, con los

---

<sup>420</sup> La alusión a don Íñigo se sitúa en dependencia de la referencia al protector de Gálvez de Montalvo, don Enrique de Mendoza y Aragón, quien era «nietao del gran rabadán Mendiano» (cf. Cristina Castillo Martínez. *Antología de libros de pastores*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2005, pág. 86).

<sup>421</sup> Resulta muy llamativa la escasez de bibliografía dedicada a este IV duque, constituyendo a día de hoy la obra de Francisco Layna el asidero más válido en la aproximación a su figura. Con todo, resulta de utilidad la consulta de los siguientes trabajos: Cristina de Arteaga y Falguera. *La Casa del Infantado, Cabeza de los Mendoza*. Madrid. Duque del Infantado. 1940-1944. 2 v.; Helen Nader. *Los Mendoza y el Renacimiento Español*. Guadalajara. Diputación de Guadalajara. 1986 (si bien solo abarca hasta el año 1550); Adolfo Carrasco Martínez. *El poder de la Sangre, los duques del Infantado: 1601-1841*. Madrid. Actas. 2010 (centrado, como indica su título, en el periodo inmediatamente posterior a nuestro manuscrito). Por último, con interés por su acercamiento panorámico a diversas cuestiones relacionadas con los Mendoza y la cultura renacentista, puede consultarse un trabajo colectivo también reciente (del que resultan de especial relevancia los dos primeros bloques): Antonio Casado Poyales, Francisco Javier Escudero Buendía y Fernando Llamazares Rodríguez (coords.). *Los Mendoza y el mundo renacentista. Actas de las I Jornadas Internacionales sobre Documentación Nobiliaria e Investigación en Archivos y Bibliotecas*. Cuenca. Universidad de Castilla-La Mancha. 2011.

<sup>422</sup> F. Layna, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas...*, III, págs. 131-137.

<sup>423</sup> A. Núñez de Castro, ob. cit., pág. 180.

que estableció correspondencia y a los que acogió en numerosas ocasiones en su palacio.

Así lo demuestran las abundantes obras de las que fue dedicatario<sup>424</sup>, de las que destacan las de Antonio de Aguilera, Pedro Núñez de Avendaño, Alvar Gómez de Castro –siendo este último uno de los varios catedráticos de la Universidad Complutense con los que trabó contacto– y, por su especial interés para nosotros, el *Lepolemo* de Alonso de Salazar (1521), dirigido a don Íñigo cuando todavía era conde de Saldaña<sup>425</sup>. De este modo, no parece sorprendente que el cuarto duque mantuviese una relación cercana con un sacerdote doctorado en Cánones e interesado en la ficción caballeresca; antes bien, resulta perfectamente factible que el padre Miguel Daza se contase entre el círculo de intelectuales que rodeaba a este noble y que seguramente disfrutaron de su rica biblioteca<sup>426</sup> –en la que, de otro lado, no hemos localizado ejemplares de asimilarse a nuestro testimonio (*vid.* 3.1)–. En este sentido, no deja de resultar significativo que también el padre del IV duque, don Diego Hurtado de Mendoza –conocido como «el gran duque»–, fuera el dedicatario de un libro de caballerías, el *Amadís de Grecia*; así como el hecho de que Francisco I de Francia gustase de las aventuras del primer *Amadís* precisamente durante su estancia en el palacio del Infantado<sup>427</sup>. Lo cual prueba una vez más un gusto por estas ficciones entre la alta nobleza que parece poder confirmarse ampliamente en el caso del yerno del Infante Fortuna<sup>428</sup>.

---

<sup>424</sup> Francisco Layna, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas...*, III, pág. 134.

<sup>425</sup> Así consta en el «Prólogo del intérprete» que se añade en ediciones posteriores a la *princeps* (*cf.* Anna Bognolo, «El *Lepolemo*, Caballero de la Cruz y el *Leandro el Bel*», pág. 271).

<sup>426</sup> En este mismo ambiente letrado gestado en torno al palacio de los duques sitúa Antonio Joaquín González al autor de la primera parte de *Clarián de Landanís*, Gabriel Velázquez del Castillo, vecino de Guadalajara, según se lee en la cédula de tasa firmada por Francisco de Cobos (*cf.* su edición de la obra, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005, págs. ii-iii).

<sup>427</sup> *Cf.* H. Nader, *ob. cit.*, pág. 211.

<sup>428</sup> J. M. Lucía Megías y M. C. Marín Pina, «Lectores de libros de caballerías», en *Amadís de Gaula, 1508: quinientos años de libros de caballerías (Madrid, 9 de octubre de 2008 a 19 de enero de 2009)*, Madrid, BNE-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008, págs. 289-311. [Accesible en: <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/lectores-de-libros-de-caballerias/>>]. Véase también a este

### **7.1.2. La armada española contra el Turco: un desfile de poderosos**

Al margen de las tres grandes casas nobiliarias arriba examinadas, son numerosos los personajes de la alta sociedad que se incluyen en las páginas del *Caballero de la Fe*, si bien su aparición en la trama se reduce mayoritariamente a una mención anecdótica y puntual. En muchas ocasiones, las claves que permitirían despojar a estas personalidades de su disfraz ficcional resultan inaccesibles para nosotros, necesariamente alejados del inmediato contexto de recepción sobre el que se proyecta la creación del padre Daza; en otras, no obstante, la historiografía nos permite recuperar las referencias suficientes para salvar esta distancia. A continuación, nos proponemos llevar a cabo un repaso de la nómina de nobles que hemos logrado detectar bajo el elenco de personajes caballerescos de nuestra obra, insertos prácticamente sin excepción en relación con la armada española que viaja a Constantinopla para luchar contra el Turco. Como ahora veremos, son dos los episodios contruidos en torno a este contexto bélico los que sirven de soporte para el desfile de estas personalidades: el primero se concreta en la llegada de un correo que informa a los caballeros Ardoniso y Feridano de los preparativos de la escuadra que se concentra en Hispalis; el segundo, en cambio, se desarrolla en el marco de un fastuoso torneo convocado ya en tierras orientales, en el cual concursarán las principales familias nobiliarias de la época.

#### **7.1.2.1. Nombramientos en la Corte del rey Ofrasio: una crónica de actualidad**

Sin duda, el escueto fragmento en el que Ardoniso da cuenta a su compañero Feridano de las nuevas contenidas en la carta de su amigo Lupocaldo resulta uno de los pasajes en clave más fáciles de localizar, por cuanto se encuentra flanqueado de un interesante grupo de apostillas marginales que permiten individualizar a las claras a algunas de las personalidades allí mencionadas (14, II; f. 153r). Por su parte, en lo que respecta a estos dos caballeros –protagonistas indiscutibles del segundo libro, junto a sus amadas pastoras de la Isla de la Enamorada Corneria–, la narración ya había

---

respecto: Maxime Chevalier. *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid. Turner. 1976, pág. 65 y ss.; Daniel Eisenberg, *Romances of Chivalry...*, págs. 111-118.

aportado algunas pistas para su identificación, fundamentalmente mediante la descripción de sus escudos a la llegada de su séquito al palacio de Briaseldo Pimentario (2, II). Con todo, conviene advertir que en ambos casos las informaciones seleccionadas presentan una amplitud notable, razón por la que tan solo resulta factible proponer su adscripción a una linaje concreto o a una región determinada; generalidades que, a buen seguro, los destinatarios más inmediatos de la obra podrían concretar sin dificultad.

Así, en el caso de Feridano, Nictemeno nos pinta unas armas de las que destacan «unas mesas, que eran cinco» y en las que se incorporan «por orla unas calderas» (2, II; f. 105v), trayendo por divisa la Fortuna con una letra que reza: «Varía». Felizmente, la inteligencia de esta composición heráldica queda iluminada por la declaración del apellido de su titular, a quien se llama en este mismo capítulo «Feridano Taboadino», lo que nos obliga a pensar en algún miembro del linaje de los Taboada; cuyo escudo, efectivamente, se caracteriza por presentar unas mesas inspiradas en su toponimia, así como diversas calderas<sup>429</sup>. En coherencia con lo anterior, el origen lucense de esta casa parece quedar sugerido por el apunte con el que se declara que el obispo de Lugo había sido ayo de este caballero, puesto que una apostilla marginal identifica a su maestro con la figura histórica de don Fernando Velloso Barrio, cabeza de esta diócesis entre 1567 y 1587 (7, II; f. 125r). Lamentablemente, ante la ausencia de otras precisiones que nos permitiesen ahondar en la búsqueda de Feridano dentro de la compleja genealogía de la familia Taboada, no nos es posible plantear hipótesis alguna acerca del correlato histórico de esta personaje, caracterizado en la narración por su valentía en el campo de batalla, su profunda formación letrada y su tremenda irascibilidad –tal y como su nombre parlante indica<sup>430</sup>.

---

<sup>429</sup> Según Vicente de Cadenas y Vicent el escudo de la familia Taboada es como sigue: «En plata, una banda, de gules, engolada en dos cabezas de dragantes, de sinople. En gules, cuatro tablas, de oro, puestas en palo. Bordura de plata, con ocho calderas, de sable. En azur, tres mesas, de plata. Bordura, de plata, con ocho cadenas, de sable» (*Repertorio de blasones de la comunidad hispánica*. Madrid. Hidalguía-Instituto Salazar y Castro. 1964, IV, s. v. *Taboada*); sobre el origen del linaje de Taboada y sus diferentes ramas véase: José Santiago Crespo. *Blasones y linajes de Galicia*. A Coruña. Boreal. 1997, IV, 393 y ss.

<sup>430</sup> Una somera reconstrucción de la genealogía de la Casa de Taboada desde sus orígenes hasta principios del siglo XVI puede encontrarse en: Antonio Calderón y Gerónimo Pardo. *Excelencias y primacías del Apóstol Santiago*. Madrid. Gregorio Rodríguez. 1657, f. 393; resultan también de gran utilidad las tablas elaboradas por Salazar y Castro, conservadas manuscritas en la Real Academia de la Historia, *Colección Salazar y Castro*, 23421 y 23418.

Todavía menos asequible resulta la lectura histórica de las armas de Ardoniso, llamado también «Caballero del Fénix» (3, I; 5, IV) o «Caballero de la Varia Fortuna» (II, 2). Acerca de su escudo, el padre Daza tan solo precisa que este presentaba una «cruz de oro en campo de plata dibidida en cuatro cuarterones y por orla en campo verde unas cruces roxas» (2, II; f. 105v), con la misma divisa y letra de Feridano – motivo que confirma que en este punto el autor enriquece su descripción con un detalle novelesco–. Pero, frente a lo que ocurriera con su compañero, la narración no facilita otra datos que esclarezcan el nombre de su familia, indicándose tan solo que Ardoniso era príncipe en «las altas cumbres de Moncayo» (4, II). Así pues, ante la vaguedad de estas precisiones tan solo nos es dado plantear la sencilla hipótesis de que este personaje pudiera ser el correlato literario de algún noble aragonés. En cualquier caso, debe tenerse en cuenta que, de existir un trasunto histórico para la figura de este caballero, es bien posible que el autor hubiese querido oscurecer notoriamente las pistas relativas a su persona, atendiendo a su condición de amante de la duquesa Camilina –a quien la narración relaciona con otro personaje inequívocamente cifrado, trasunto del III duque de Medinaceli (*vid.* 7.1.1.1)–.

Mayores certezas ofrece la lectura histórica de la carta en la que Lupocaldo da cuenta de los «muchos capitanes y estrañas condutas» que integran la armada del rey Ofrasio contra el turco, así como de otras provisiones relativas al gobierno de la Corte, enumeradas todas ellas por Ardoniso en su diálogo con Feridano:

–Dice que se hace gente para ir a socorrer al emperador de Constantinopla, que tiene determinado de salir contra los <e>scitas y bolbellos a sus rincones del monte Cáucasso. Ay muchos capitanes y estrañas condutas: es maestro de campo mi hermano Gradeno, y su primo de vuestra grandeça Seraxino es capitán general de la infantería, y a Nicosendro, hermano del príncipe Sotero, an dado una banda de caballos ligeros. Y, ¡no sabe vuestra grandeça!, a Mazurzadén el bizcaíno an echo pagador general y a su hermano el monxe, arzobispo del Ispalia. A Albersos le dieron el ser alférez mayor de Castilla, con título de conde Zifontino, y a su hermano Gandor de Silba una capitanía de hombres de armas con diez mil ducados de ayuda de costa. ¡A, a, que se me olvidaba!, a Alzisor de Andrade an echo grande con título de Arxona y a Alizimbazasam an dado veinte galeras con dos mil ducados cada mes y título de cruzado mayor de León. No me acuerdo de más probisiones... ¡A sí, a sí, que se me olbida!: preside[n]te en Castilla an



echo a Barxasadam, y a Franco Bricino, el que estuvo en Germania, le an [e]cho presidente de las Santas Órdenes. Otras muchas nuebas ay que no me acuerdo, después las veremos, que nuestro amigo Lupocando me las escribe todas y muy a la larga (14, II; f. 153r).

Como se aprecia con facilidad, bajo el amparo de estos nombramientos que parecen proceder del Consejo de Guerra se traen a colación conocidos miembros de la alta nobleza, todos ellos hombres de estado al servicio de Felipe II. Sin duda, el personaje de Barjasadam constituye el asidero más seguro en el conjunto de claves que contiene el párrafo anterior, por cuanto una apostilla marginal lo relaciona directamente con «el conde de Barajas», en cuyo título se inspira deliberadamente la onomástica escogida por Miguel Daza. Efectivamente, en su caso, la mención a tan alta dignidad nobiliaria tan solo permite postular como candidato al primer titular del condado de Barajas, don Francisco Zapata de Cisneros y Osorio (1520-1594), dado que con anterioridad a la fecha de composición de nuestro manuscrito este fue el único poseedor de dicho título, adquirido por merced de Felipe II en el año de 1572<sup>431</sup>.

Perteneciente a la prestigiosa familia de los Zapata, don Francisco era el primogénito de Juan Zapata Osorio, cuarto señor de Barajas, y de doña María de Cisneros, sobrina del cardenal Cisneros. Como caballero de Santiago estuvo al frente de la encomienda de Guadalcanal y disfrutó de la distinción de Trece de la Orden, ocupando asimismo diversas responsabilidades de importancia en la Corte, entre las que destaca su cargo como corregidor de Córdoba (1567-1573) –bajo el cual intervino en la contención de la rebelión de los moriscos de Granada (1572)–, su participación en el Consejo de Estado desde 1573, su labor como asistente y capitán general de Sevilla (1573-1579), su papel durante el conflicto de Portugal como mayordomo mayor de la reina Ana de Austria (1579) y como ayo de sus hijos (1580), su ascenso al frente de la presidencia del Consejo de Órdenes (1580-1583) y, por último, a la del Consejo Supremo Real de Castilla (1583-1591)<sup>432</sup>.

---

<sup>431</sup> A. López de Haro, *Nobiliario...*, f. 224; para la historia de la familia Zapata y su heráldica véanse ff. 220-236.

<sup>432</sup> Véase A. López de Haro, *idem*; Francisco Javier de Garma y Durán. *Theatro universal de España*. Barcelona. Mauro Martí. 1751. IV, págs. 60, 260 y 391; José Antonio Álvarez Baena. *Hijos de Madrid*.

Precisamente este último nombramiento como presidente del Consejo de Castilla nos permite confirmar la identificación planteada, puesto que el texto se hace eco de él con gran exactitud, esclareciendo además la sorprendente actualidad de la crónica social y política elaborada por nuestro autor, ya que la asunción de este cargo por don Francisco tuvo lugar en octubre de 1583: esto es, apenas unos meses antes de la festividad de san Dámaso, consignada como fecha del colofón de nuestro testimonio (11 de diciembre de 1583; *vid.* 3.2). Asimismo, la comprensión de esta referencia en clave queda reforzada en virtud de su acusada dependencia con la «provisión» que se introduce a continuación, por la que «Franco Bricino, el que estuvo en Germania», es nombrado «presidente de las Santas Órdenes»; pues, como puede comprobarse, el nombramiento del conde de Barajas implicó, a su vez, su renuncia a la presidencia del Consejo de Órdenes (1580-1583).

En este punto, la descodificación del correlato histórico del personaje de Franco Bricino pronto nos presenta un obstáculo evidente, ya que el sucesor en el cargo de Francisco Zapata fue don Íñigo de Cárdenas y Zapata, señor de Loeches, comendador de la Barra y del Corral de Almaguer en la Orden de Santiago (¿?-1588), del que no sabemos que tuviese responsabilidad alguna vinculada con Alemania y para el cual no encontramos aparente relación con la morfología de su presunta onomástica ficcional<sup>433</sup>. Por el contrario, ambas pistas parecen avenirse a la perfección con la figura de otro presidente de esta prestigiosa institución: Francisco Hurtado de Mendoza y Fajardo (¿1530?-1591), cuarto conde de Monteagudo y primer marqués de Almazán (1575), hijo de Juan Hurtado de Mendoza, tercer conde de Monteagudo y séptimo señor de Almazán, y de Luisa Fajardo<sup>434</sup>.

Ciertamente, la figura de este noble no solo presenta una dependencia evidente en lo que se refiere al nombre de su trasunto literario, sino que cuenta con la ventaja de

---

*ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes: diccionario histórico por el orden alfabético de sus nombres, que consagra al Ilmo. y Nobilísimo Ayuntamiento de la Imperial y Coronada Villa de Madrid.* Madrid. Benito Cano. 1790, II, págs. 103-105.

<sup>433</sup> *Idem*, pág. 401.

<sup>434</sup> Sobre Francisco Hurtado de Mendoza y Fajardo, véase A. López de Haro, *ob. cit.*, f. 49.

haber ejercido como embajador en el imperio alemán entre 1570 y 1576<sup>435</sup>. Sin embargo, su relación con el personaje de Franco Bricino se enfrenta con una dificultad de índole cronológica, puesto que su designación como presidente de las Santas Órdenes tiene lugar en 1588; es decir, cinco años después del cierre de nuestra obra<sup>436</sup>. No obstante, ante el objetivo galimatías que conforman estos datos, cabe plantear una sencilla explicación, basada en la constatación de que el nombramiento del sucesor del conde de Barajas en la presidencia de las Órdenes Militares no se hizo efectivo hasta meses después de la finalización de la redacción de nuestra obra, a saber: el 30 de junio de 1584. Así las cosas, si se tiene en cuenta que en el momento en que el padre Daza debió de componer este fragmento todavía no existía un presidente electo, no parece difícil suponer que el nombre del primer marqués de Almazán estuviese entre los candidatos. Al fin y al cabo, es un dato cierto que, sea como fuere, nuestro autor está ofreciendo en este pasaje una información extraoficial, que seguramente conocía por su proximidad con la mencionada institución. En este sentido, el hecho de que Francisco Hurtado de Mendoza terminase ocupando dicha distinción hace perfectamente posible que su candidatura se presentase por primera vez en esta ocasión, sin que finalmente se llevase a término con éxito<sup>437</sup>.

---

<sup>435</sup> Sobre su cargo como diplomático, véase: Camilo María Abad, «Un embajador español en la corte de Maximiliano II Don Francisco Hurtado de Mendoza (1570-1576)», en *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 1965, 43, págs. 21-94.

<sup>436</sup> Véase F. J. de Garma y Durán, ob. cit, IV, pág. 391.

<sup>437</sup> Además del listado de presidentes incorporado por Francisco Javier de Garma y Durán, resulta de gran utilidad la consulta de los proporcionados por la investigación de Francisco Fernández Izquierdo, *La orden militar de Calatrava en el siglo XVI: infraestructura institucional* (Madrid. CSIC. 1992; pág. 137); entre otros datos de gran interés, este autor aporta en nota las referencias a distintos documentos en los que se recogen las nóminas de candidatos propuestos en diversos años, entre las que lamentablemente no se encuentra ninguna correspondiente a la vacante dejada por el conde de Barajas. En lo que a esta respecta, resulta muy significativo el hecho de que Rodrigo Méndez de Silva establezca por error como sucesor del conde precisamente a Francisco Hurtado de Mendoza, haciéndose también eco de esta omisión posteriormente José Fernández Llamazares, puesto que este vacío tal vez pueda explicarse desde los mismo persupuestos que sostienen la inclusión del marqués de Almazán como cabeza de tan importante magistratura en la obra del padre Daza (cf. R. Méndez de Silva. *Población general de España: Sus trofeos, blasones y conquistas heroicas*. Madrid. Roque de Miranda. 1645, f. 249v; J. Fernández Llamazares. *Historia de las cuatro Órdenes Militares: Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*. Madrid. Alhambra. 1862, págs. 324-328).

Con bastante seguridad cabe también describir la referencia a Alizimbazasam, de quien en el capítulo octavo del cuarto libro se volverá a decir que era «capitán de veinte galeras, comendador mayor de León y hombre de cuya sucesión después ubo balerosísimos caballeros y capitanes en España» (f. 325r). En este caso, la mención de una dignidad tan alta como la de comendador mayor de León remite inequívocamente a la Orden de Santiago, lo cual reduce sensiblemente las posibilidades de identificación entre los miembros de esta institución que estuvieron al frente de dicha provincia. Así, de acuerdo con la documentación relativa a la orden, sabemos que para el momento en que Miguel Daza escribe su obra este cargo honorífico estaba ocupado por el famoso militar don Álvaro de Bazán (1526-1588), primer marqués de Santacruz, grande de España, señor de las villas del Viso y Valdepeñas, miembro del Consejo Real, Capitán General del Mar Océano y de la gente de guerra del reino de Portugal, quien fue responsable en la Orden de Santiago de las encomiendas de Villamayor, Alhambra y La Solana y, desde octubre de 1582, comendador mayor de León<sup>438</sup>. Partiendo de esta comprobación, la similitud morfológica de su apellido con el nombre de Alizibazasam posibilita una vez más, en nuestra opinión, la verificación de esta correspondencia.

Junto a la mencionada apostilla que desvelaba al «conde de Baraxa», encontramos otras dos anotaciones, en las que se señala hacia el «conde de Lemos» y el «de Zifuentes». Del primero de ellos se dice que su nombre es «Alzisor de Andrade», a quien «an echo grande con título de Arxona», nombramiento que parece querer evocar la titularidad del ducado de Arjona de que gozó efímeramente uno de sus ascendientes en el siglo anterior, Fadrique Enríquez de Castilla, tras serle concedida en 1423 por su primero hermano, Juan II<sup>439</sup>. En su caso, creemos plausible pensar en la figura de don Pedro Fernando Ruiz de Castro Andrade y Portugal, «El Viejo» (1524-1590), V conde

---

<sup>438</sup> Véase Luis de Salazar y Castro. *Los comendadores de la Orden de Santiago*. Madrid. Patronato de la Biblioteca Nacional. 1949, I, pág. 6.

<sup>439</sup> En efecto, los sucesivos titulares de la casa de Lemos se han considerado herederos de esta distinción, recuperada finalmente por el decimoséptimo duque de Alba, Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, durante el reinado de Alfonso XIII (1902), por entender que en él era el heredero de la Casa de Lemos, a la que había estado unido dicho título, sin que este hubiese sido en realidad suprimido (cf. José Manuel Calderón Ortega, «La donación de Arjona a Fadrique de Aragón: nuevas perspectivas», en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía (Córdoba, 1991)*, Córdoba. Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía-Obra social y cultural de Cajasur. 1991, V, págs. 139-145).

de Lemos, II marqués de Sarria y grande de España, por cuanto es el único conde de Lemos que porta el apellido Andrade con anterioridad a 1583<sup>440</sup>. Por el contrario, en lo que atañe al conde de Cifuentes, reconocemos que no hemos sido capaces de apuntar con seguridad hacia un único correlato histórico.

En efecto, en el caso de este último, nuestro autor señala con certeza a un «conde Zifontino» llamado Albersos en la ficción, título que queda ratificado por la alusión a su condición de «alférez mayor de Castilla», distinción esta que venía unida a la posesión del condado de Cifuentes desde el reinado de Enrique IV. Sin embargo, la mención de un hermano del conde, llamado Gandor de Silba, al que se le concede «una capitanía de hombres de armas con diez mil ducados de ayuda de costa», complica las cosas; pues, si por un lado el apellido de este personaje lo une claramente a la rama de los Silva vinculada con el condado, por otro, su aparición como segundogénito elimina a los titulares del mismo más cercanos a nuestra obra. Pues, como es sabido, ni el V conde de Cifuentes, Juan de Silva y Andrade (¿?- 1556), ni el VI, Fernando de Silva y de Monroy (¿?-1590), tuvieron hermanos varones: hecho que supuso un problema no pequeño en la sucesión familiar.

En consecuencia, tenemos que la referencia a un hermano de un conde de Cifuentes en el siglo XVI solo puede obtener entidad real en la persona del IV conde, don Fernando de Silva y de Toledo (1475-1545), quien tuvo dos hermanos que murieron prontamente; o bien, en la descendencia del VI conde, el cual engendró dos hijos varones, nacidos respectivamente en 1581 y, probablemente, a fines de 1583. De escoger esta última posibilidad –por la que nos decantamos entre grandes dudas–, cabría suponer que nuestro autor pretendiera realizar con la referencia a Albersos y Gandor de Silva un guiño al reciente y feliz natalicio de dos herederos para el condado de Cifuentes: Juan Baltasar de Silva y de la Cerda (enero de 1581-1602) y Francisco de

---

<sup>440</sup> Para la genealogía de los condes de Lemos, véase: Vicente Salas Merino. *Tenencia, Señorío y Condado de Lemos*. Madrid. Visión. 2014; Eduardo Pardo de Guevara y Valdés. *Don Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos (1576-1622). Estudio histórico*. Santiago de Compostela. Xunta de Galicia. 1997, págs. 75-105.

Silva (¿1583?), habido en un segundo matrimonio del VI conde con doña Blanca de la Cerda, su prima segunda<sup>441</sup>.

Por su parte, poco puede decirse de la nómina inicial de nobles que se relacionan directamente con cargos de la Armada, puesto que apenas se aportan datos que nos permitan relacionarlos con la realidad histórica, a pesar de que el contexto cifrado del pasaje sugiera que también en estos casos sus lectores debieron de encontrar a personalidades bien conocidas. Así, tan solo nos es dado plantear un correlato histórico para el hermano monje de «Amazuzadén el bizcaíno», de quien se dice que ha sido nombrado «arzobispo del Ispalia». Pues, de poseer este un trasunto histórico, su posible correspondencia con la realidad se reduce a la nómina bien conocida de prelados sevillanos de la segunda mitad del siglo XVI. Por su factual vinculación con tierras vizcaínas –gentilicio que, como es sabido, podía emplearse para designar al conjunto de territorios vascuences<sup>442</sup>–, cabría pensar con mayor probabilidad en quien fuese arzobispo de Sevilla entre 1571 y 1580, Cristóbal Rojas Sandoval, nacido en Fuenterrabía el 26 de junio de 1502, hijo natural de Bernardo de Rojas y Sandoval, marqués de Denia y de doña Dominga de Alcega, noble dama guipuzcoana<sup>443</sup>. Sin embargo, por su mayor coherencia con la fecha de nuestro manuscrito –teniendo presente que, además, don Cristóbal murió en el año 1580–, resulta más aconsejable señalar hacia la persona de Rodrigo de Castro Osorio –de quien ignoramos su lugar de

---

<sup>441</sup> Sobre la sucesión del condado en el siglo XVI, véase Luis de Salazar y Castro. *Historia genealógica de la Casa de Silva*. Madrid. Melchor Álvarez. 1685, II, págs. 290-369; para el nacimiento de estos dos varones (del segundo de los cuales dice Salazar que «nació en Toledo cerca del año mil quinientos y ochenta y cuatro»), véanse págs. 360-362. Asimismo, puede consultarse el trabajo de Francisco Layna: *Historia de la villa condal de cifuentes*. Guadalajara. AACHE. 1997, pág. 103.

<sup>442</sup> Cf. Esteban de Terreros y Pando. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*. Madrid. Viuda de Ibarra. 1786-1788, s.v. vascuence.

<sup>443</sup> Sobre su familia puede consultarse: Gonzalo Argote de Molina. *Nobleza de Andalucía*. Sevilla. Fernando Díaz. 1588, pág. 268. Sobre su persona, entre otros: Félix Elejalde. *Cristóbal de Rojas y Sandoval: ilustre hijo de Hondarribia*. Hondarribia. Ayuntamiento de Hondarribia. 2002; José Garmendia Arruebarrena, «Cristóbal de Rojas y Sandoval. Un Arzobispo ilustre de Fuenterrabía», en *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, 1998, 54, págs. 421-434.

nacimiento—, arzobispo de Sevilla entre 1581 y 1600, hijo del segundo matrimonio de la III condesa de Lemos<sup>444</sup>.

A este listado de nobles enumerados por Ardoniso, cabe sumar la aparición puntual en la obra de otros personajes que parecen pertenecer a familias de prosapia conocida, como es el caso de Evoriasino Silbeiro (21, I), capitán portugués muy deudo de Ursina —quien trae inevitablemente a la memoria el ilustre apellido de los Silva y, por la similitud de su nombre con un título muy prestigioso, a la figura del portugués Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli—; el de Losadendo (29, II), amigo del padre de Feridano, llamado también «el de los tres lagartos» —a quien cabe relacionar con la Casa de Losada, originaria de la puebla de Sanabria, en cuyo escudo se encuentran los susodichos reptiles<sup>445</sup>; o el de Ruy Bibo de Soto (19, IV), capitán de la guarda del embajador español en Constantinopla (¿tal vez Juan de Soto, secretario de Juan de Austria por intercesión de Ruy Gómez de Silva?). Ejemplos a los que hemos de añadir una considerable nómina de nombres en los que parecen esconderse alusiones muy concretas, de difícil verificación: así sucede en el caso del «duque viexo del Pumar, Gutimagno» (24, II); Aznario Balduino aragonés, teniente del rey Ofrasio (8, III); Bladato, Caballero de las Cinco Mesas, familiar de Feridano (11, IV), y tantos otros.

En cualquier caso, el fragmento aquí analizado constituye una buena muestra del profundo alcance que posee el nivel cifrado de la obra. Pues, como hemos visto, entre sus personajes no solo se da cabida a tres grandes casas nobiliarias que debieron de ser muy cercanas al autor —seguramente por su proximidad geográfica, como es el caso de Medinaceli y Guadalajara y, quizá en algún momento, de Benavente—, sino que se incluye a un buen número de personalidades con un importante papel en la Corte de Felipe II, algunas de ellas tal vez relacionadas entre sí por su vinculación con la Armada —como es el caso del autor del soneto laudatorio—. Con todos ellos Miguel Daza debió de trabar buen contacto, a juzgar por la actualidad de las noticias que registran en la ficción del *Caballero de la Fe*; lo que nos invita a suponer que también nuestro autor

---

<sup>444</sup> Véase G. Argote de Molina, ob. cit., pág. 110; Gil González Dávila. *Teatro eclesiastico de las iglesias metropolitanas...*, II, págs. 97-98.

<sup>445</sup> Sobre el origen del linaje Losada y sus diferentes ramas véase: J. Santiago Crespo, ob. cit., III, págs. 98-99.

desempeñase alguna función en el gobierno del segundo de los Austrias, posiblemente relacionada con el ejército y, más concretamente, con la Liga Santa de 1571, como expondremos más abajo (*vid.* 7.2.2).

### 7.1.2.2. Nobiliarios y letras de invención en Constantinopla

Debemos dar cuenta ahora de una segunda vía por la que la alta nobleza hace su aparición en el *Caballero de la Fe*, centrada esta fundamentalmente en su representación heráldica. Nos referimos a un interesante pasaje del libro cuarto, en el que se describe una aventura mágica enviada al emperador de Constantinopla por la sabia Polonisa, «señora de las mágicas artes y sierba de Jesucristo» (12, IV; f. 343r). El objetivo de la misma, según la sabia explica a Armodio en una carta a él dirigida, es facilitar la elección del capitán general de la armada cristiana que se concentra en Constantinopla para luchar contra el escita Sofraastro. Como es habitual en el género, la aventura se concreta en la llegada repentina de una construcción mágica, conformada por una ballena de acero sobre la que se levanta un castillo con cuatro puertas (la del valor de Marte, la de la ciencia de Apolo, la de la hermosura de Venus, y la de la maña y discreción de Palas): las dos primeras reservadas a los varones y las dos últimas, a las damas (12-13, IV; ff. 342v-343v). Lamentablemente, varios de los folios en los que se relata este episodio se han perdido (ff. 344-347), por lo que el manuscrito nos transporta directamente a la mitad del capítulo siguiente, donde el narrador ha comenzado ya a dar noticia de los distintos participantes que hacen su aparición en la plaza de la ciudad (14, IV; f. 348r).

En consecuencia, la nómina de los caballeros que desfilan ante la mirada atenta del emperador de Constantinopla se halla irremediablemente incompleta; sin embargo, los nombres consignados en los folios conservados son suficientes para evidenciar una nueva inclusión cifrada de distintas casas nobiliarias del momento en el ámbito de la ficción. En efecto, en todos los casos el autor identifica a cada personaje mediante su nombre y su apellido: el primero es caballeresco y el segundo, real, perteneciente a alguna familia de prosapia conocida, tal y como sucedía en cierto modo con el conde-duque de Benavente, llamado «Briaseldo Pimentario» (28, I). De acuerdo con el



esquema onomástico anterior, los caballeros que participan en la aventura son los siguientes: (¿? de) Quiñones; Cenidano de Miranda; Fileno Pimentel; Vegero, Rubiso y Numberto de Mendoza; Ranciro de Ayala, Perifrasio Salazar y Rosbeldo de Velasco. Pero, además, en este pasaje las claves para su identificación se enriquecen con la pormenorizada descripción de las armas de cada uno de ellos, así como con las informaciones que proporcionan las «letras de invención» que las acompañan; elementos ambos con los que se completa la imagen de poder y prestigio de sus respectivos linajes.

Pues, como explicó M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina en un artículo dedicado precisamente a las letras de invención contenidas en este libro de caballerías<sup>446</sup>, no solo las armas que porta cada uno de estos caballeros responden a escudos reales descritos con una terminología propia de la heráldica (algo inusual en el resto de obras del género, en las que estas son siempre personales y se muestran ajenas a las «leyes del blasón»<sup>447</sup>), sino que también los versos que comentan sus respectivas imágenes registran datos precisos sobre la historia de tan distinguidas familias, el origen de sus apellidos y la motivación de sus blasones. Como es sabido, este juego de exhibición caballeresca propuesto por el padre Daza tiene su inspiración directa en los torneos lúdicos de origen medieval, en los que se popularizó la práctica de las invenciones poéticas: un particular tipo de *aenigma*, «un híbrido entre lo figurativo y lo verbal», por el que el “justador” muestra un dibujo, un objeto o una bordadura –a menudo complementos de su indumentaria –, y, a continuación, comenta su recóndito sentido en

---

<sup>446</sup> M. C. Marín Pina, «La verdad de la mentira: armas de linaje y “Letras de Invención” en Mexicano de la Esperanza (1583)...».

<sup>447</sup> Para el análisis de los emblemas heráldicos en los libros de caballerías véase: Alberto Montaner Frutos, «Emblemática caballeresca e identidad del caballero», en Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, SEMYR, 2002, especialmente las págs. 273-278; del mismo autor, «Del *Amadís* primitivo al de Montalvo: cuestiones de emblemática», en J. M. Lucía Megías y M. C. Marín Pina (eds.), «*Amadís de Gaula*»: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, págs. 541-561; E. J. Sales Dasí, «Una primera aproximación a la heráldica literaria de las primeras continuaciones caballerescas del *Amadís de Gaula*», en *Emblemata: Revista Aragonesa de Emblemática*, 2003, 9, págs. 219-230.

unos pocos versos»<sup>448</sup>. A partir de esta costumbre social, se propició después la inclusión de estas breves composiciones en las relaciones de fiestas oficiales, en los cancioneros y en la literatura de ficción, en lo que representa un caso más de influencia entre literatura y vida del que nuestra obra representa uno de los mejores ejemplos<sup>449</sup>.

Las letras de invención aparecidas en nuestra obra parecen ser obra original del padre Daza<sup>450</sup>; con todo, la precisión de los datos manejados invita a suponer que este se sirviera de algún nobiliario o armorial de la época, del que pudo extractar los datos necesarios tanto para la descripción de los escudos como para la elaboración de los versos que los glosan. Partiendo de esta hipótesis, Marín Pina ha conseguido demostrar eficientemente la dependencia que las «letras de invención» del *Caballero de la Fe* contraen con el tratado heráldico-genealógico de Diego Hernández de Mendoza, conocido como *Libro de los linajes más principales de España* o *Libro de armería*, compuesto a finales del siglo XV. En efecto, esta obra describe con un tono marcadamente divulgativo nada menos que unos doscientos linajes de Castilla, entre los cuales podemos encontrar aquellos recogidos en la *Aventura de la Ballena*. A este respecto, la notable difusión manuscrita de esta obra hace perfectamente posible

---

<sup>448</sup> Juan Casas Rigall. *Agudeza y retórica en la poesía amorosa de cancionero*. Santiago de Compostela. Universidade de Santiago de Compostela. 1995, pág. 97.

<sup>449</sup> Son sobradamente conocidos los versos de Jorge Manrique en los que se consigna la presencia de invenciones seguramente exhibidas en las fiestas vallisoletanas de 1428 (cf. Francisco Rico, «Un penacho de penas. De algunas invenciones y letras de caballeros», en *Textos y contextos. Estudios sobre la poesía española de siglo XV*, Barcelona, Crítica, 1990, págs. 189-230). Después, tras el ejemplo pionero del *Tirant* –probablemente «el primer texto peninsular que reúne un conjunto coherente de más de una decena de letras de invenciones»–, habremos de esperar hasta la sección correspondiente del *Jardinets d'Orats* catalán, y, en el caso castellano, hasta la importante colección reunida en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo (1511); para pronto encontrar una gran abundancia de estos versos en obras cercanas a la novela sentimental, como la *Cuestión de amor* (1513) (cf. Rafael Beltrán, «La noria con arcaduces (cimera de Jorge Manrique) y otras doce invenciones poéticas en *Tirant lo Blanc*», en Pedro Manuel Piñero Ramírez (coord.), *Dejar hablar a los textos: Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, I, pág. 138 y ss).

<sup>450</sup> Sobre las «letras de invención» en otros libros de caballerías véase: E. J. Sales Dasí, «Una primera aproximación a la heráldica literaria...»; Alberto del Río Nogueras, «Libros de caballerías y poesía de cancionero...»; del mismo autor, «La poesía en los libros de caballerías de la época del Emperador...».

suponer la consulta del armorial de Hernández de Mendoza por parte de Miguel Daza<sup>451</sup>.

En su trabajo, la profesora Marín Pina llevó a cabo un cotejo pormenorizado de los datos aportados por la narración con aquellos que aparecen en el mencionado tratado, demostrando cómo todos ellos constituyen un calco o una síntesis de la fuente propuesta<sup>452</sup>. Así, por ejemplo, en el caso del personaje representante del linaje de los Quiñones, tenemos que el texto dice: «Este llebaba una bandera jaquelada de varias colores, entró balerosamente. Por el agua y fuego apareció su escudo jaquelado con unos jaqueles, los unos blancos y los otros con unos bers azules, la letra decía: “Begil, mi casa, y Quiñones / voy en los campos mostrando / en qué me boy señalando”» (14, II; f. 348r). Mientras el tratado de Diego Hernández de Mendoza explica los blasones de esta familia diciendo: «Son sus harmas un escudo blanco todo lleno de / veros azules»; añadiendo después en nota:

Los que agora se llaman Quinones antes era su apellido de Vegil por quanto don Pero Suárez de Quinones, adelantado mayor del rreyno de León (tachado: ca) casó una hermana con un cavallero que se llamava de Vegil, a condición que sus hijos tomasen su apellido, de aquellos dos fue hijo Diego Ferrandes Quinones el qual eredó la [de la] casa es conde de Luna, y de an/tes se llamavan de Urgel<sup>453</sup>.

Como puede apreciarse con facilidad, tanto la composición del escudo como la sintética noticia del linaje de los condes de Luna proporcionan unos datos manifiestamente coincidentes con los ofrecidos por Hernández de Mendoza.

---

<sup>451</sup> Un estudio en profundidad y una edición completa de la obra puede encontrarse en: Pedro Blas Valverde Ogallar. *Manuscritos y heráldica en el tránsito a la modernidad: «El libro de armería» de Diego Hernández de Mendoza*. Tesis doctoral. Madrid. Universidad Complutense de Madrid. [Edición digital: <<http://biblioteca.ucm.es/tesis/ghi/ucm-t26322.pdf>>].

<sup>452</sup> Para ello esta autora se sirvió a su vez de las comparaciones de esta obra con otros nobiliarios realizadas por P. B. Valverde Ogallar (ob. cit.) y Miguel Ángel Ladero Quesada («No curemos de linaje ni hazañas viejas... Diego Hernández de Mendoza y su visión hidalga de Castilla en tiempos de los Reyes Católicos», en *Boletín de la Real Academies de la Historia*, CXCVIII, 2001, págs. 205-314); véase Marín Pina, «La verdad de la mentira: armas de linaje y “letras de invención” en *Mexiano de la Esperanza* (1583)...», pág. 269, n. 7.

<sup>453</sup> P. B. Valverde Ogallar, ob. cit, pág. 1058.

Lo mismo sucede con el resto de casas nobiliarias que concursan en Constantinopla, como también en el caso de las armas del infante de España, que se corresponden en todo con las de Castilla y León. No obstante, a partir de esta fuente fundamental, en algunos casos el padre Daza parece añadir sencillos detalles, tales como la alusión al traslado del cuerpo del apóstol Santiago en relación con las armas de los Pimentel (motivada en las recreaciones legendarias de los orígenes de la Casa de Benavente: «De aquel qu'el cuerpo buscó /del apóstol degollado / he estas señales tomado»; f. 348r) o las etimologías parlantes que se proponen para los Ayala y los Salazar. Por último, frente a estas armas de inspiración marcadamente histórica, se presentan inmediatamente a continuación las armas de carácter personal de Camiliana, Mexiano y Zulemo, que presentan por el contrario una factura marcadamente fabulosa, originada exclusivamente en la inventiva del autor.

A pesar de que estos emblemas imaginarios serán los más abundantes en la obra, también encontramos algunos otros pasajes en los que parece adivinarse un uso paralelo al aquí observado de diversos tratados heráldicos. Así parece sugerirlo el hecho de que varias anotaciones contenidas en el manuscrito señalen a conocidos armoriales, como sucede en el caso de las armas del capitán Zeleradino —a quien por otra parte una apostilla marginal parece identificar con un tal «capitán Hernán Zorita»—, junto a las cuales aparecen consignados los nombres de Hernán Mexía, Jerónimo Rusceli y Juan Arce de Otálora (19, I; f. 70v). A tenor de la variedad de fuentes sugerida por dichas notas, parece razonable suponer que estas hayan sido incorporadas más bien por el copista, deseoso como en otras ocasiones de ofrecer posibles intertextualidades de amplio alcance. En cualquier caso, la presencia de esta lectura crítica por parte de esta segunda instancia nos pone en alerta sobre el posible manejo por parte del padre Daza de este tipo de obras, que futuras investigaciones centradas en los emblemas caballerescos y en las invenciones poéticas —en este y en otros libros de caballerías— deberán esclarecer. Por el momento, Marín Pina ha logrado probar con seguridad el uso del armorial de Hernández de Mendoza, fuente que habremos de unir al resto de trabajos con los que el padre Daza contrae una deuda más que directa, de los que destaca por su relación con el tema aquí analizado el tratado de nobleza de André Tiraqueau (*vid.* 6.3.7).

En definitiva, nos encontramos en este interesante capítulo con una nueva imbricación entre la realidad caballeresca y su representación literaria, en una dirección no explorada en el género hasta entonces: si de un lado la inclusión de los blasones de un linaje ilustre legitima y da entidad al personaje de ficción, de otro la aparición novelada de los atributos de una casa nobiliaria en el mundo literario logra elevar el prestigio de sus titulares. Asimismo, mientras en los casos analizados en los epígrafes anteriores hemos considerado oportuno proponer la existencia de un trasunto histórico para un buen número de personajes, en el episodio de la Aventura de la Ballena no se ofrecen detalles que permitan individualizar a cada uno de ellos: razón por la que estimamos que en este punto el objetivo del autor es simplemente enaltecer a determinadas familias de la alta nobleza mediante la novelización de sus atributos. Así parece poder demostrarlo la descripción de las armas de los Mendoza, en cuyos tres diseños heráldicos se calcan los escudos de distintas ramas de esta familia (14, IV; f. 348r): significativamente, aquellos recogidos por Hernández de Mendoza (quien dice: «Éstos de Mendoça traen tr- / es maneras de armas tan dife- / rentes las unas de las otras / que en nada no se parecen, de las / quales escribiré lo que d'ello pude de- / prender [...]»<sup>454</sup>). Lo cual nos permite suponer que Miguel Daza persiguiese describir escuetamente algunas de las armas más representativas de los Mendoza antes que encubrir a personalidades concretas pertenecientes a esta familia.

## **7.2. «De decendencias clara notomía»: las preocupaciones del reinado de los primeros Austrias como materia novelesca**

Como ocurriera con el anónimo *Claridoro* (ca. 1560), los distintos reyes que aparecen en el *Caballero de la Fe* no solo poseen la peculiaridad de ser presentados como españoles –desdeñando así las exóticas procedencias habituales en el género, tal y como subrayase Nancy Marino<sup>455</sup>–, sino que manifiestan una clara voluntad de ser vinculados con el linaje nacido de la unión de Fernando e Isabel. Así, la novela

---

<sup>454</sup> P. B. Valverde Ogallar, ob. cit., pág. 969.

<sup>455</sup> «Is its setting in Spain and the appearance of Spain and the appearance of Spanish characters» (N. Marino, ob. cit., pág. 23).

proporciona numerosas referencias a diversos de los atributos distintivos de la monarquía hispánica, que invitan a relacionar abiertamente a la familia del rey Ofrasio con la dinastía de los Reyes Católicos. Asimismo, a la luz de este enlace explícito entre ambos linajes, resulta posible interpretar la existencia de algunas hábiles concomitancias con la historia en la caracterización de los principales miembros de la Familia Real de la ficción. En segundo lugar, en relación con lo anterior, detectamos la mención inequívoca en la obra de distintos referentes históricos –presentados en relación con la gran guerra de la cristiandad contra el escita Sofraestro–, a partir de los cuales puede interpretarse la existencia de una alusión velada a uno de los principales acontecimientos auspiciados por el segundo de los Austrias: la Liga Santa de 1571.

Como ahora veremos, a partir de ambas operaciones el padre Daza lleva a cabo un evidente elogio de la monarquía vigente y, sobre todo, una decidida proclama de la guerra santa. En función de este último objetivo, además, el autor habría podido proponer una vindicación de la reciente victoria de Lepanto, encarnada en la figura de don Juan de Austria, mediante su amplia conexión con el argumento central de la obra y con su principal protagonista.

### **7.2.1. El linaje de los Reyes Católicos bajo el disfraz de la ficción caballeresca**

Sin duda alguna, la principal invitación a la construcción de una lectura codificada del árbol genealógico que se abre en la figura del rey Polimbo de España se encuentra en el capítulo quinto del primer libro, en el cual se inserta una de las numerosas descripciones cartográficas que reúne la obra, elaborada a partir del manejo directo de los *Historiarum sui temporis libri* de Paulo Jovio (1550-1552), en la traducción española de Gaspar de Baeza (1562-1563). En efecto, en virtud de las propiedades mágicas que posee el Espejo de la Rica Figura, Miguel Daza se sirve de este trabajo coetáneo para ofrecer al lector una interesante visualización de los distintos continentes, con una amplia nómina de los reyes y dirigentes que en ellos se encuentran. Al llegar el turno del territorio americano, el autor pone en boca del enano Palisino una

profecía escuchada a su amo, el sabio Petronio, en la que se esclarece cuál ha de ser el linaje de su interlocutor; esto es, el príncipe Ofrasio de España:

–¿Ves, señor –dijo el enano–, aquellos espaciosísimos campos qu'están tan remotos en el ozidente? Aquella es una parte de tierra, tanta casi como toda esta otra que tienes vista, que agora está incógnita; mas a mi amo el sabio Petronio é oído decir muchas veces que tus sucesores, los reyes de España, an de ser señores de aquel nuebo mundo, estendiendo asta él sus banderas, llamándose aquella parte Almería y una de sus principales provincias se llamará la Nueva España, otra el Perú y la Tierra Firme. Descubrirse an todas aquellas islas que bes, señor, qu'el espacioso ozéano hace asta llegar a las Filipinas, vecinas de la espaciosa tierra de los chinos (vecinos de los tártaros y sus continuos contrarios en las guerras). ¿Ves estos espaciosos campos del Oriente? También asta el mar Vermexo an de ser por tus sucesores poseídos, siendo todo el Oriente índico y ocidente de un vienaventurado rey, propagador de la fe cristiana y único defendedor de ella, llamado Filipo Segundo; d'este nombre catolicísimo más qu'el agüelo Hernando (si más puede ser) y baleroso más qu'el invicto Carlos 5 Emperador, su padre (5, I; f. 18v/19r).

Como puede apreciarse, mediante esta proyección hacia un futuro en el que cobran vida los primeros Austrias, el autor consigue emplazar al príncipe Ofrasio en un pasado remoto, acorde con la fecha del 306 d. C. que el relato ofrece como punto de referencia en el segundo libro (9, II). Sin embargo, la propia visión en el Espejo de la Rica Figura comporta una primera traición a la construcción de este presunto distanciamiento temporal, puesto que la descripción del mundo proporcionada por Palisino se corresponde con la situación política de la primera mitad del siglo XVI, tal y como evidencia el manejo del tratado de Paulo Jovio. Así las cosas, cabe preguntarse: ¿qué tipo de relación con la realidad histórica pretende establecer el padre Daza en la configuración de sus personajes protagonistas?, ¿qué funcionalidad cumple la mención de los reyes españoles en la visión del Espejo de la Rica Figura?

Ciertamente, sería posible aceptar el sentido de la profecía en su literalidad, entendiéndolo que el autor pretende tan solo proyectar los valores de la monarquía del momento en sus personajes de ficción, con un deseo propagandístico o estético –en la medida en que la cobertura histórica podría reforzar la verosimilitud narrativa–. Sin embargo, la narración infringirá un buen número de fracturas sobre este alejamiento cronológico establecido por el cronista, que nos transportarán precisamente a la actualidad presente en los datos cartográficos proporcionados por el padre Daza. En

consecuencia, consideramos conveniente entender que el autor ofrece la profecía de Palisino como pórtico para la lectura de su obra, dando una nueva vuelta de tuerca al habitual recurso por el que los libros de caballerías se ambientaban en los primeros siglos de la cristiandad, con dos objetivos: en primer término, para emplear el distanciamiento temporal como velo necesario a la lectura cifrada del relato; en segunda instancia, para proporcionar así sin empacho la verdadera identidad de sus protagonistas, señalando la conveniencia de superponer las personas de Fernando, Carlos V y Felipe II a las tres generaciones que se darán cita en la ficción, encarnadas en Polimbo, Ofrasio y el infante Luposildo. Algo que, a continuación, nos proponemos demostrar.

En primer lugar, resulta harto significativo que la Familia Real de la ficción aparezca caracterizada con los mismos atributos que identificaron a la monarquía hispánica; lo que, hasta donde sabemos, constituye un caso único en el conjunto del corpus caballeresco. Así, en diversas ocasiones Ofrasio de España es presentado como orgulloso descendiente del pueblo godo, haciendo suya de este modo la misma reivindicación que habían enarbolado desde antiguo los distintos reyes de Castilla, con el fin de abrogarse una legitimidad heroica y ancestral en la posesión de la Península<sup>456</sup>. Esta omnipresencia del mito gótico en el diseño de los antepasados de este personaje puede observarse, por ejemplo, en el momento en que Corbano el Blanco –habitante de la recién conquistada isla Circasena– reconoce al príncipe como legítimo poseedor de la misma:

Ca sabed, señor, que d'esta isla fueron los antiguos progenitores de los reyes de España, porque de ella fue el primer godo del mundo del cual los demás godos an descendido; y así an sido los diosses servidos de volbernos a dar señor de nuestro propio tronco y cepa. Por lo cual desde luego os damos la obediencia y suplicamos nos recibáis debajo de vuestro amparo, no solo como señor, mas como piadoso padre y de nuestra propia familia, casa y sangre, a quien tan natural le viene compadecerse de nuestras miserias y regocijarse y olgarse con nuestra buena fortuna (13, I; f. 49v).

---

<sup>456</sup> A este propósito resulta de gran utilidad el artículo de Pablo de la Cruz Díaz Martínez, en el que realiza un breve pero riguroso recorrido de la recreación del mito godo desde su temprana aparición en la resistencia del reino astur: «El mito godo en la construcción de Castilla», en P. C. Díaz Martínez, Fernando Luis Corral e Iñaki Martín Viso (coords.), *El historiador y la sociedad: Homenaje al profesor José M<sup>a</sup> Mínguez*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2013, págs. 53-65.



A buen seguro, la evocación de un pasado godo debía de servir para que el lector entroncase rápidamente a nuestro protagonista con la estirpe de sus propios monarcas. Y no resultaría forzado pensar que en las declaraciones del isleño el autor esté escondiendo, de hecho, alegatos semejantes a los que multitud de historiadores habían manejado desde el siglo XV para sustentar la política expansionista de la Corona, con Alfonso de Cartagena a la cabeza<sup>457</sup>.

Idéntica intención de vincular la monarquía de la ficción con la de la historia parece presentar la minuciosa descripción del escudo de armas de Luposildo, hijo del rey Ofrasio de España, coincidente en todos sus detalles con el de Castilla y León: «Apareció su escudo partido en cuarteles: en los dos, dos castillos de oro en campo colorado, y en los otros dos, dos leones morados en campo blanco. Y los castillos, las puertas y las ventanas azules» (15, IV; f. 349r). Pero, seguramente, la concomitancia más reveladora entre ambas familias viene dada por la recurrente alusión en la obra al Toisón de Oro, nombrado por primera vez como parte de la indumentaria que viste Ofrasio de España en su combate contra el malvado Sorastro: «Y echóse al cuello un collar de oro como de eslabones y llamas con un corderucho de un diamante por pendiente –entiendo que era el que agora llaman Tusón, qu'es antigua señal de los reyes de España–» (12, I; f. 45r). Pues, si bien los referentes anteriores implican una amplia vinculación con la historia de España, la mención del Toisón de Oro tan solo puede explicarse a partir de la creación de la orden borgoñona en la que tiene su origen. Estamos hablando, al menos, de 1430. Pero su aplicación a un monarca español solamente adquiere sentido unos años más tarde: en la persona de Fernando el Católico,

---

<sup>457</sup> Tal es el caso de su defensa del derecho de los Católicos sobre Portugal en la posesión de las Islas Canarias, en su tratado *Allegationes... super conquesta Insularum Canarie contra Portugalenses anno domini 1435* (para poner esta obra en su contexto, véase también: Rafael González Fernández «El mito gótico en la historiografía del siglo XV», en *Antigüedad y cristianismo*, 1986, 3, págs. 289-300). Por otra parte, M. L. Cuesta Torre ya sugirió la idea de que la reiterada conquista de islas dominadas por gigantes infieles en los libros de caballerías podía ser el trasunto literario del debate acerca de la soberanía sobre los pueblos paganos, iniciado a propósito de las Canarias (cf. «La realidad histórica en la ficción...», págs. 98-100).

primero, y, sobre todo, en la del emperador Carlos V, por quien la soberanía del Toisón quedó definitivamente unida a la Corona de España<sup>458</sup>.

Como puede observarse, el conjunto de referentes enumerados no puede explicarse en ningún modo en la época en que Nictemeno dice escribir su relato, momento histórico en el que precisamente comenzaban a realizar sus primeras incursiones en el Imperio Romano aquellos ancestros godos de los que se precia el príncipe Ofrasio: la incoherencia historiográfica, pues, es manifiesta en cualquiera de los tres datos expuestos. Por todo ello, parece conveniente entender que la genealogía del rey Polimbo es trasunto novelesco de una descendencia inmediatamente conectada con la época de creación del manuscrito. Como hemos apuntado, la referencia al Toisón parece confirmarlo así, en la medida en que señala hacia una franja temporal muy determinada, que podría tener en el centro a la figura del Rey Emperador. En este sentido, conviene notar que, atendiendo al hecho nada desdeñable de que los protagonistas son presentados como «reyes de España» e incluso «de las Españas», las posibles hipótesis de identificación de las tres generaciones aparecidas en la novela se reducen a un único esquema, significativamente coincidente con la profecía de Palisino.

Efectivamente, si tenemos en cuenta que Mejiano tiene por padre y por abuelo a dos reyes de España, hemos de reconocer que, con anterioridad a 1583, ello solo puede darse en los descendientes de Felipe el Hermoso o en los de Carlos V. Por otra parte, teniendo presente que en la esfera de la ficción Ofrasio es presentado en repetidas ocasiones como un monarca español, resultaría extraño que el autor quisiera identificarlo con la figura de un duque extranjero, que tan solo fue rey *iure uxoris* de Castilla efímeramente por su matrimonio con una princesa española. En este punto, es

---

<sup>458</sup> En efecto, Maximiliano I había unido el Ducado Borgoña a la Casa de Austria por su matrimonio con la hija única de Carlos el Temerario (1477); mientras, a su vez, los desposorios de Felipe el Hermoso y Juana de Castilla supusieron su vinculación a la Corona de Castilla (1506), conllevando también la herencia de la soberanía del Toisón, en tanto que se trataba de una orden dinástica (cf. Joaquín de Azcarraga Servet. *La insigne orden del Toisón de Oro*. Madrid. Universidad Nacional de Educación a Distancia. 2001). De otra parte, mientras Carlos V fue Maestro de la Orden, su abuelo Fernando gozó del honor de constarse entre sus miembros desde 1474, habiéndole valido el insigne collar en una ocasión nada menos que la vida, al salvarle seguramente de un intento de homicidio (cf. Henry Kamen. *Fernando el Católico (1451-1516): vida y mitos de uno de los fundadores de la España moderna*. Madrid. La Esfera de los Libros. 2015).

justamente la genealogía trazada en la visión del Espejo de la Rica Figura la que puede arrojar una pista determinante, en la medida en que allí la generación correspondiente a Juana la Loca no solo es omitida, sino anulada por completo, al afirmarse que Fernando el Católico es abuelo de Felipe II. A este respecto, conviene notar que la importancia de este detalle queda reforzada tanto por su notable lógica en términos históricos, como por la existencia de un precedente inmediato de este silencio generacional en el linaje cifrado del *Claridoro*<sup>459</sup>.

Así pues, parece plausible plantear la existencia de una lectura en clave también en el nivel de la monarquía, concretada en las tres generaciones nombradas por Palisino: las únicas coincidentes con los datos ofrecidos por la novela y con su fecha de composición. En este sentido, la confrontación de sus respectivos árboles genealógicos parece reforzar esta interpretación, por cuanto las informaciones proporcionadas por el relato resultan compatibles con aquellas consignadas por la historiografía. A continuación, repasaremos los datos ofrecidos sobre las dos generaciones protagonistas de la novela, la de Ofrasio y la de Mejiano, con el fin de establecer en qué medida pueden interpretarse como correlato literario de los primeros Austrias.

#### **7.2.1.1. Ofrasio de las Españas, Cesárea Majestad**

La obra del padre Daza tiene por protagonista indiscutible de su primer libro al príncipe Ofrasio, hijo de los reyes de España, Polimbo y Caribdiana. En su persona se impondrá indiscutiblemente el paradigma del entretenimiento que Feliciano de Silva había afianzado para el género, de modo que el príncipe encadenará en su biografía un sinfín de aventuras mágicas, de torneos y de lances amorosos. Su hijo Mejiano, en cambio, superará a su padre en el ideal de príncipe cristiano, revitalizando el modelo de caballero a lo cruzado que sancionara Rodríguez de Montalvo en su diseño de Esplandián. Desafortunadamente, la presentación inicial del príncipe Ofrasio debió de desaparecer con los tres primeros capítulos que en algún momento se desprendieron del

---

<sup>459</sup> Así lo afirma en su tesis doctoral Rocío Vilches, quien asegura que la figura de Felipe el Hermoso se elimina por completo del árbol genealógico que propone este libro de caballerías (cf. *Edición y estudio de «Historia caballeresca de don Claridoro...»*).

manuscrito, por lo que este caballero aparece abruptamente en el palacio de la duquesa Camilina, justo en el momento en que tiene lugar la llegada de «la aventura de la princesa de Rusia».

En este capítulo, al adentrarse en una carroza encantada rodeada de llamas de fuego, el príncipe Ofrasio goza de una visión mágica en la que aparecen tres bellas princesas: su hermana Cadianisa, la hermosa Irene de Portugal y la sucesora del imperio de Babilonia, Casiana de Semíramis, quien se convertirá en la amada del príncipe español. Por los datos que ofrece el pasaje, sabemos, además, que Ofrasio ya había quedado enamorado de oídas de la princesa con anterioridad a este momento; algo que debía de narrarse en alguno de los capítulos perdidos. De este modo, este conocido tópico del amor cortés se convierte en el motor que llevará al príncipe a embarcarse apresuradamente hacia Babilonia, proporcionado a la narración un camino de ida repleto de batallas marítimas, combates contra nobles traidores y conquistas de islas tiranizadas por gigantes infieles; una estancia en la corte plagada de fastuosos torneos, espléndidos banquetes y encuentros amorosos, y un viaje de vuelta acechado por el peligro de la amenaza mora, con una crítica estancia en el norte de África en la que el elemento del disfraz les preserva de quedar cautivos.

En el segundo libro, toda vez que Ofrasio aparecerá ya como rey de España, el protagonismo de la obra recaerá en la crianza a manos de unas pastoras de su hijo Mejiano, perdido en un desafortunado naufragio que acontece a su regreso de Babilonia. A partir de este momento, el papel de Ofrasio en la trama será subsidiario, pero su aparición como rey de España se mantendrá hasta el final de la obra, subordinándose siempre a la presentación heroica de su desconocido hijo, después llamado Caballero de la Fe. Así, siguiendo un lugar común en el género, este será ordenado caballero por su padre, sin que ninguno de ellos sea consciente del parentesco que les une; desconocimiento que servirá para destacar el carácter meritorio de los nombramientos que Ofrasio otorgará a Mejiano, así como el profundo amor que Casiana y él le dedicarán, «como si realmente entendieran quién era y supieran o conocieran que era su hijo» (27, II; f. 191r).

A lo largo de la obra, el autor diseminará en la caracterización del personaje de Ofrasio una serie de datos susceptibles de recibir una lectura histórica. Así, no puede dejar de llamarnos la atención el hecho de que el príncipe de España afirme ante la doncella Areusina cómo ha sido criado casi toda su vida fuera del reino –razón por la cual puede esconder su verdadera identidad ante sus súbditos (7, I; f. 25v) –; pues, como es sabido, el príncipe Carlos llegó a la Península ya coronado como heredero de sus abuelos, tras haber pasado sus dieciséis primeros años de vida en la corte de Malinas, bajo el cuidado de su tía Margarita<sup>460</sup>. Más significativo resulta el escueto apunte con el que el autor señala que el rey Ofrasio se halla en cierta ocasión reunido con unos embajadores de Alemania (28, II; f. 197v). En efecto, la gratuidad con la que el relato selecciona esta información parece querer llamar la atención del lector, poniendo ante sus ojos un dato que inevitablemente traería a su memoria los importantes problemas a los que la monarquía debió hacer frente en los territorios germánicos, anexionados justamente por la herencia paterna de Carlos.

Del mismo modo, su orgullosa posesión del Toisón de Oro parece querer proponerle al lector la asimilación del personaje de Ofrasio a la figura del Emperador; pues, como apuntamos más arriba, aunque su abuelo Fernando fue miembro de la prestigiosa orden, lo cierto es que el ducado de Borgoña se unió a la Corona de España en virtud del legado del padre de Carlos, por lo que resulta más plausible que sea a él a quien se quiera relacionar con este distintivo de acuerdo con el imaginario colectivo de la época. No en vano, el origen histórico de esta orden de caballería es relatado por el propio traductor de la obra, con su característica ironía narrativa:

Al cuello llevaba un collar de riquísimas piedras, por pendiente el cordero de Jedeón, antigua señal de los reyes de España, llamada el Tusón. Y opiniones ay que fue Polimbo, padre de Ofrasio, el que instituyó esta religión; aunque otros dicen que fue su padre Deveremundo, un príncipe muy baleroso que ubo en España. Yo ni lo uno ni lo otro creo, antes piensso que fue el duque de Borgoña (18, I; f. 67r).

Pero, ciertamente, es el título de «Césarea Majestad» con el que se le denomina por dos veces el dato que, en nuestra opinión, permite identificar con mayor seguridad

---

<sup>460</sup> Manuel Fernández Álvarez. *Carlos V, el César y el hombre*. Madrid. Espasa-Calpe. 2006. 18ª ed., págs. 47-62.

la figura que parece esconderse tras el personaje de Ofrasio (f. 353r, 16, IV; f. 370r, 21, IV). Como se aprecia fácilmente, tan solo en el hijo de Juana la Loca puede adquirir pleno sentido dicha denominación, ya que no solo el nombre de *César* da cuenta de la condición de emperador del personaje, sino también, y sobre todo, su dignidad de *Majestad*, reservada en las cancillerías europeas a los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico<sup>461</sup>. De hecho, Carlos será el primer monarca español en ostentar el mencionado título, haciéndose llamar «Sacra, Católica, Cesárea y Real Majestad» para indignación inicial de algunos de sus vasallos españoles<sup>462</sup>. De igual modo, el que se presenta como rey de España en la ficción también ostenta el apelativo de «Ofrasio de las Españas» (2, II; f. 105r), denominación que puede entenderse exclusivamente a partir del reinado de Carlos I, en la medida en que solo en su persona se consolida la unión de las coronas de Castilla y León; circunstancia que le valdría el mérito de ser llamado «Rey Católico de las Españas» (*Hispaniarum Rex Catholicus*) por el papa León X en la bula *Pacificus et æternum* de 1517. Por último, el calificativo de «señor de las dos bandas del Océano» (8, IV; f. 325r) se aviene igualmente a quien fue señor de gran parte de la recién descubierta América, en virtud de las conquistas de sus abuelos.

### 7.2.1.2. Los «Polimbos» en la Familia Real

Tampoco parece resultar baladí el hecho de que Ofrasio de España solo tenga un hermano varón, más pequeño que él, llamado con un nombre que se repetirá por tres veces en la dinastía que se nos da a conocer: pues Polimbo se llama quien en la ficción es el padre de Ofrasio; Polimbiano es el nombre de su único hermano y como Polimbo se bautizará a un hijo de este, sobrino por tanto de Ofrasio. Así las cosas, nos encontramos ante la llamativa coincidencia de que en la realidad existieron tres miembros de la Familia Real con el mismo nombre, que además comparten posición con estos personajes en su árbol genealógico –si aceptamos la ya señalada ausencia de

---

<sup>461</sup> Luis Suárez Fernández, «Legado español para un príncipe venido de Borgoña», en Manuel Fernández Álvarez (coord.), *El Imperio de Carlos V*, Guadalajara, Real Academia de la Historia, 2001, pág. 50.

<sup>462</sup> José Antonio Maravall, «Las etapas del pensamiento político de Carlos V», en *Revista de Estudios Políticos*, 1958, 100, pág. 109.

la generación de los hijos de los Reyes Católicos—; estos son: Fernando el Católico, Fernando I de Habsburgo y su hijo, Fernando II del Tirol. En este sentido, el carácter aislado con el que la princesa Diadema menciona a quien sería trasunto novelesco de este último, así como la precisión con la que innecesariamente esta se afana en subrayar la hominimia que tal antropónimo representa en su familia, podría constituir una aclaración voluntaria del autor, deseoso de ofrecer la clave de tanta similitud onomástica<sup>463</sup>.

Tenemos así que Polimbiano de España, hermano de Ofrasio, comparte con la figura de Fernando I de Habsburgo el hecho de presentar el mismo nombre que el anterior rey y la particularidad de constituir el único hermano del heredero; razón por la que seguramente este personaje de ficción recibe en la obra el tratamiento de «infante de España» (2, II; f. 107r). Pero su identidad parece esclarecerse aún más con los datos que la obra ofrece acerca de sus desposorios con la hija única del Emperador de Bitinia, la princesa Dignapetusa. En este punto, la ubicación real del antiguo reino de Bitinia, al noroeste de Asia Menor y al suroeste del mar Negro, puede despistar en un primer momento, pues resulta evidente que esta no se corresponde con la localización de los territorios que habría de gobernar Fernando de Habsburgo por su matrimonio con Ana Jagellón de Hungría y Bohemia. Sin embargo, las resonancias literarias que posee el título de Emperador de Bitinia, tan frecuente en los libros de caballerías, pronto invitan a sospechar que tras esta evocadora mención pueda esconderse una referencia a algún otro reino real, igualmente alejado.

Esta intuición se ve confirmada por la fractura que la propia narración evidencia entre una geografía novelesca, imaginada, en la que las ciudades se nombran por su carga simbólica, y a aquella otra geografía histórica, que irrumpe en la obra del padre Daza cuando este trata de dar cuenta de acontecimientos reales. Así ocurre en el capítulo 9 del segundo libro, en el que mientras por un lado se afirma que el reino gobernado por Polimbiano y Dignapetusa se defenderá valientemente de las invasiones

---

<sup>463</sup> Efectivamente, este personaje solo aparece nombrado una única vez, en un pasaje en el que su prima Diadema alude a su persona en un intercambio de confidencias: «Mi primo el príncipe Polimbo, que se llama como mi agüelo, el rey de España, hijo de mi tío el emperador de Vitinia, me pareció estremadamente de vien, especialmente su gracia y donaire en conversación, porque cierto la tiene estremada» (28, II; f. 196r).

de los infieles, apenas dos líneas más abajo, al trazar el avance de las tropas enemigas, Bitinia aparece como uno de los primeros enclaves conquistados. Como hemos sugerido, esta patente contradicción en los datos proporcionados por un mismo pasaje encuentra una sencilla explicación si aceptamos que en la primera ocasión Bitinia es mencionada sin pretensiones históricas, como parte de la caracterización literaria de un personaje, mientras que en su segunda aparición este enclave forma parte de una descripción que persigue ser trasunto del avance del Imperio Otomano a lo largo de la historia<sup>464</sup> (*vid.* 7.2.2).

Salvado este escollo, las coincidencias en la caracterización de este imperio y las posesiones del hermano de Carlos V resultan, de hecho, muy significativas. De una parte, nos consta que Polimbiano se casa con la única hija de un emperador, gracias a la cual obtiene posteriormente el gobierno de sus posesiones (2, II; f. 107r); de otra, este reino se nos presenta curiosamente flanqueado por infieles –gentiles y moros–, a la par que se subraya cómo estos últimos darán hartos sobresaltos al monarca español:

El baleroso Polinviano, hermano de Ofrasio y hijo del rey de España estuvo en Asilia, en la provincia de Vitinia, donde había un emperador que *aunque era pequeño su imperio era muy poderoso y rico* [f. 131v]. Y en él sirbió a la hermosísima Dignapetusa, heredera tanvién de aquel estado, *la cual le dio todo aquel reino y imperio* de muy buena boluntad por muger [...]. Este, pues, casó en Vitinia, haciendo en aquel estado estremadas cosas en armas, con tanta discreción que *con estar cercado de infieles, así gentiles como moros*, casi todos ellos le reconocían basallaxe y le paga[ba]n parias, entendiendo su mucho balor y prudencia. [...] Y con estos entró [Sofraastro] por Tracia y Macedonia, y en el Asia dio en Vitinia al rey Polinviano artos sobresaltos y desabrimientos, aunque siempre se defendió d'él balerosamente» (9, II; ff. 131r / 131v).

Si bien esta somera descripción del reino heredado por Polimbiano puede ser interpretada en términos estrictamente literarios, a la luz de los datos que aconsejan la identificación de este infante de España con el del hermano de Carlos V también pueden

---

<sup>464</sup> «Y con estos entró [Sofraastro] por Tracia y Macedonia, y en el Asia dio en Vitinia al rey Polinviano artos sobresaltos y desabrimientos, aunque siempre se defendió d'él balerosamente. / Después entró por Nicomedia y Acaya, molestando a Seleucia, Tesifonte, Babilonia, Armenia, Albania. Entró por Asia la Menor esta várbara gente de aquellos escitas; por el Ponto, Panfilia, Cilicia, Galacia, Bitinia, Capadocia y otras muchas probincias, estendiéronse por toda Tracia, Macedonia, Ungría, Polonia, Dacia. Vinieron al África Mauritania, molestando a Numidia, a Cartago, a Libia» (9, II; f. 132r).



encontrarse algunas pistas, en nuestra opinión, añadidas voluntariamente por el autor. Ya que, ciertamente, Ana de Bohemia y Hungría, como Dignapetusa, era la única hija de Vladislao II de Bohemia y Hungría y de Ana de Foix-Candale, la cual le proporcionó a su marido el gobierno de dichos reinos, asediados de un lado por la amenaza protestante y, de otro, por el peligro de la invasión turca —que, de hecho, causó la muerte del hermano de Ana, Luis II de Hungría, en la batalla de Mohács<sup>465</sup>—. Del mismo modo, la numerosa descendencia que el narrador les atribuye podría estar en relación con la abundante sucesión de 15 hijos que lograron ambos monarcas<sup>466</sup>. De todos ellos, tan solo dos aparecen en la novela: de un lado, un hijo varón, llamado Polimbo, que, como hemos visto, puede ser asimilado con facilidad a quien fue Archiduque de Austria y Conde del Tirol, Fernando II; de otro lado, su hermana Alejandra, quien, por el contrario, es susceptible de recibir una lectura histórica un tanto más compleja (*vid. infra*).

Así las cosas, los personajes que conforman la sucesión masculina del rey Polimbo permiten establecer algunos correlatos de importancia con la realidad: de manera que tras los nombres de Ofrasio y Polimbiano podrían esconderse las personas de Carlos y Fernando, los únicos príncipes susceptibles de convertirse en sucesores de su abuelo, Fernando el Católico. Por el contrario, los personajes femeninos de esta generación no parecen revestir una doble lectura en clave histórica. Para empezar, la narración tan solo nombra a dos hermanas de Ofrasio, Camisina y Cadianisa, por lo que partimos ya de entrada de un número menor de princesas de las que realmente existieron. Asimismo, el conjunto de referencias que de ellas se ofrece no parece ajustarse al perfil de ninguna de las hermanas de Carlos, si bien es cierto que algunos datos podría estar inspirados en la biografía de alguna de ellas. Así podría ocurrir

---

<sup>465</sup> Para una aproximación a este personaje histórico resulta de gran utilidad la obra colectiva coordinada por Friedrich Edelmayer y Alfredo Alvar: *Fernando I, 1503-1564: socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento*. Madrid. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales. 2004; especialmente los capítulos contenidos en la última parte, titulada «El gobierno del imperio», por su conexión con los asuntos arriba tratados (págs. 287-419).

<sup>466</sup> De sus quince hijos, dos de ellos murieron en los primeros años de vida. Por su parte, el relato afirma que Polimbiano y Dignapetusa tuvieron doce hijos (seis niños y seis niñas; *cf.* 9, II, f. 131v), pero luego asegura que fueron un total de diez (seis e hijas y cuatro hijos; *cf.* III, f. 231r); lo cual parece indicar un deseo de sugerir una descendencia cuantiosa más que una cifra exacta.

cuando se dice de Camisina que «casó con el príncipe Periandro de Narbona» y que «esta señora fue muy dada a las artes liberales», en la medida en que ello podría recordar al matrimonio de Leonor de Austria con el rey de Francia, Francisco I, así como a su conocida afición a las letras (9, II; f. 131v). En cualquier caso, consideramos que no existen correspondencias suficientes que permitan establecer un correlato histórico para estas dos hermanas; antes bien, estimamos más prudente entender que el autor no pretendió conferirles una identidad cifrada.

### 7.2.1.3. Los hijos de Ofrasio

Como sucede en la generación anterior, vuelve a sobresalir la exactitud con la que la narración diseña un número de descendientes varones coincidente con la realidad histórica. Pero, en este caso, la precisión en las equivalencias se muestra más acentuada, por cuanto tan solo uno de los dos hijos de Ofrasio es presentado como legítimo sucesor, mientras el otro aparece como un hijo perdido, que por distintos avatares novelescos nunca llega a gozar de los privilegios del resto de sus hermanos, habiéndose de ganar un nombre propio en la Corte por sus méritos personales. Asimismo, pese a su destino desafortunado, este hijo no reconocido llegará a adquirir una fama parangonable a la de su propio hermano, en virtud de unas fulgurantes victorias contra el Turco que le valdrán la admiración de los principales monarcas europeos. Todo lo cual parece avenirse asombrosamente a las figuras del príncipe Felipe y del capitán don Juan de Austria.

Del príncipe Luposildo, al que se presenta como único heredero varón de Ofrasio, apenas si se aportan datos; lo que puede explicarse fácilmente por su escasa relevancia en la trama. No obstante, conviene poner de manifiesto que todas aquellas pinceladas que se nos proporcionan coinciden a la perfección con el perfil de quien sería el segundo de los Austrias españoles. Así, en primer lugar, es necesario subrayar la particularidad ya afirmada de que Luposildo constituya a ojos de la Corte el único hijo legítimo de «su Cesárea Majestad», junto a lo cual debe recordarse el dato nos menos relevante de que el narrador le asigne claramente el escudo de armas de Castilla y León (*vid. supra*); detalles ambos que bastarían para invitar al lector a buscar una

correspondencia en el heredero por excelencia de Carlos V. Asimismo, junto a estas pistas esenciales, se nos describen unos desposorios que, como ocurriera en el caso del hermano de Ofrasio, podrían querer iluminar su identificación.

En efecto, este príncipe contraerá matrimonio con Alejandra, hija de su tío Polimbiano. Resulta obvio que, de existir un correlato de su casamiento con la realidad, deberíamos encontrar a una esposa de Felipe II que fuese además su prima hermana, hija de un hermano de su padre. Pues bien, algo muy parecido ocurre con la figura de Ana de Austria, cuarta esposa del monarca, precisamente la reina contemporánea al momento de composición del manuscrito –lo que podría explicar que esta hubiera sido la elegida como correlato literario de la consorte del rey–. Es cierto que el parentesco entre Felipe y Ana era algo más complejo y más delicado que el que se propone en la ficción: Ana de Austria no era hija de Fernando I, sino de un hijo de este, Maximiliano II, por lo que sería sobrina segunda del monarca; pero, además, su madre María era la hermana de Felipe, por lo que también era sobrina directa de este. No obstante, resulta factible pensar que el relato hubiese querido presentarlos simplemente como parientes muy cercanos, inspirándose en los lazos que les unían en la realidad: bien por economía narrativa –pues ofrecer el conjunto de relaciones familiares de ambos hubiera complicado excesivamente el argumento–, bien por el decoroso deseo de suavizar una acusada consanguinidad que hubiera resultado escandalosa para los lectores –como lo fue para el propio Pío V, quien se resisitó inicialmente a otorgar la dispensa a dicho enlace<sup>467</sup>.

En el caso de su desconocido hermano, Mejiano de la Esperanza, tanto el relato de sus orígenes como el de su carrera militar parecen dar cumplida cuenta de las circunstancias de quien parece ser su alter ego en la realidad. En efecto, en el diseño de su biografía, el conocido tópico por el que el héroe queda tempranamente separado de sus progenitores –permitiendo así el inicio de un itinerario caballeresco ennoblecedor– podría haber proporcionado al padre Daza el vehículo perfecto para narrar la vida de un personaje como don Juan de Austria. Pues, ciertamente, este recurso literario justifica no solo que el pequeño Mejiano sea educado lejos de sus padres, sino que se vea

---

<sup>467</sup> Cf. Geoffrey Parker. *Felipe II. La biografía definitiva*. Barcelona. Planeta. 2013, págs. 453-457.

obligado a emprender un camino de superación que le permita conquistar una identidad caballeresca; circunstancias que adquieren nuevos matices en la figura de un bastardo que habría de adquirir reconocimiento internacional.

Con todo, las pistas más relevantes en su identificación parecen ofrecerse al lector a propósito del acontecimiento principal de la novela, que el autor parece conectar con los ideales de una de las empresas más gloriosas del reinado de Felipe II, con la que la narración establece guiños explícitos: la Liga Santa de 1571 (*vid. infra*). Pues, como comprobaremos más abajo, las referencias de entidad histórica con las que el autor asimila la lucha contra el Turco en la ficción a aquella que estaba aconteciendo en la realidad se hacen extensivas a la exactitud con la que se detalla el papel de don Mejiano en la «cristiana Liga» en la que participa el rey de España. Así, en primer lugar, el Caballero de la Fe obtendrá el privilegio de ser nombrado «capitán general» de la armada que el rey de España manda para unirse al ejército de la cristiandad (3, II; f. 211r), en el que participan nada menos que el Santo Padre y la Orden de Malta. A este mérito, además, el de la Fe sumará el de convertirse finalmente en capitán general de toda la armada cristiana, siendo nombrado por el rey y por el propio Papa, en una fastuosa ceremonia civil y religiosa (15, IV). Por último, Mejiano de la Esperanza alcanzará la fortuna de ser admitido como miembro de la Orden del Toisón, recibiendo en sus manos el collar de oro (3, III; f. 211r). Todas tres, distinciones obtenidas por don Juan de Austria<sup>468</sup>.

Frente a esta plausible presencia de elementos codificados en el diseño de los descendientes varones, las hijas de Ofrasio no parecen poseer significación histórica alguna –tal y como ocurriera en la generación anterior–<sup>469</sup>. Lo mismo puede decirse de

---

<sup>468</sup> Cf. Bartolomé Bennassar. *Don Juan de Austria: un héroe para un imperio*. Madrid. Temas de hoy. 2000.

<sup>469</sup> Estas se presentan por primera vez en el capítulo 20 del segundo libro, cuando el cronista nos revela los nombres de los hijos de Ofrasio, declarando: «Salieron a le ber un hijo que tenía y dos hijas; él y ellas de las más lindas criaturas que había en el mundo, especialmente las princesitas, la una llamada Diadena y la otra Teodoreda» (20, II; ff. 174r-174v). Como puede observarse, en principio, los datos anteriores podrían ajustarse fácilmente a la biografía de Carlos V, en la medida en que este tuvo un hijo varón, Felipe, y dos hijas, María de Austria y Juana de Austria. No obstante, la importante ausencia de otras claves complementarias nos lleva a pensar que no existe intencionalidad por parte del autor de atribuirles a estas princesas una doble lectura: si de la princesa Teodoreda apenas se da alguna referencia puntual,

la esposa de Ofrasio, Casiana de Semíramis, caracterizada como hija del Emperador de Babilonia; ya que, en nuestra opinión, ninguna de sus cualidades es susceptible de presentar lazos con la realidad, a menos que quisiéramos forzar el apunte que convierte a su hermano Lucisolano en rey de Portugal, por su matrimonio con la princesa de este reino (9, II; f. 131r). En este punto, en contra de las conexiones que este detalle podría invitar a establecer con la figura del monarca Juan III, no solo observamos el inconveniente de que sea su esposa quien forme parte de la realeza portuguesa; sino que, además, encontramos el problema de que esta princesa aparezca posteriormente desposada con otro personaje de nombre parecido: Lucipoldo, hermano de Armodio, emperador de Constantinopla (f. 151v; 14, II). Todas estas incoherencias en el plan redaccional que no resultarían esperables si el personaje se hubiese querido construir a partir de un esquema histórico definido<sup>470</sup>. Por lo demás, esta falta de correspondencia con la historia puede hacerse extensiva, en nuestra opinión, al resto de reyes y emperadores aparecidos en la ficción.

Parece, pues, que el autor muestra una especial preocupación por caracterizar adecuadamente a los descendientes varones de la monarquía española. Su falta de interés por codificar el árbol genealógico completo de los descendientes del rey Polimbo tal vez pueda explicarse por el hecho de que el foco de su relato no esté puesto propiamente en la Familia Real, sino en el hijo perdido del monarca –al que, sin lugar a dudas, se le confiere el protagonismo absoluto de la obra–. En efecto, tan solo la rama masculina es necesaria para la correcta ubicación de la figura principal, a la que el padre Daza parece querer enaltecer: el capitán don Juan de Austria, hijo bastardo del emperador Carlos V. Para su conveniente identificación, el autor habría establecido una serie de conexiones entre sus personajes y los principales miembros varones de los

---

los datos que relacionan a Diadema con el príncipe Zulemo de Misia no parecen poseer correspondencia alguna con la historiografía. Asimismo, la referencia tardía y aislada a una tercera infanta llamada Ruliana (16 y 21, IV; ff.), si bien puede ser entendida como un desajuste en el plan redaccional –en la medida en que esta nunca antes se había mencionado justo a sus hermanas–, parece evidenciar nuevamente una falta de celo en el establecimiento de correlatos históricos para los personajes femeninos.

<sup>470</sup> Situación que podemos extrapolar a otras monarcas, como la reina Zaulina, de la que se afirma que es hermana menor de la Emperatriz de Constantinopla, para después contradecir esta información sugiriendo que es hermana del príncipe de Normandía (19, II; f. 169v).

primeros Austrias, a través de cuyos parentescos es posible ratificar la singular vinculación del Caballero de la Fe con la figura de Carlos V.

Así pues, a la luz de los datos examinados, consideramos posible extender la objetiva vinculación que el autor establece entre la dinastía de la ficción y la monarquía histórica a la identificación de sus principales representantes. No obstante, creemos necesario subrayar el carácter limitado de la codificación que el padre Daza habría establecido en el árbol genealógico de los reyes de España: por un lado, su condición cifrada no parece afectar más que a los descendientes varones; por otro, parece prudente entender que no hay novelización auténtica de sus biografías, sino una simple alusión amplia y valorativa de sus personas. A continuación, nos detendremos en el análisis de la gran guerra contra el mundo infiel de la que es adalid el *Caballero de la Fe*, con el fin de establecer sus posibles vinculaciones con la Historia.

### **7.2.2. Mejiano de la Esperanza y la lucha contra el Turco**

En el capítulo noveno del segundo libro, el autor lleva a cabo una suerte de paréntesis en la acción, por el que permite al narrador dar cumplida cuenta del estado de la monarquía española y de la situación general del Occidente cristiano. Así, en primer lugar, Nictemeno refiere los distintos casamientos que tienen lugar tanto entre los herederos del rey Polimbo, como en el vecino territorio de Portugal; en segundo lugar, el cronista anuncia con gran detalle la gestación de la gran guerra que el malvado escita Sofraastro pretende emprender contra la cristiandad, reuniendo bajo su mando a un sinfín de pueblos infieles. A nuestro entender, este pasaje de singular estatismo oculta dos objetivos fundamentales: de una parte, el autor se propone ejecutar el relevo generacional que convertirá a Ofrasio en rey de España, permitiendo así que el foco de atención pueda ponerse a partir de este momento sobre el pequeño Mejiano de la Esperanza, llamado a convertirse en el verdadero protagonista del relato; de otra parte, persigue introducir por vez primera el conflicto que más tarde se configurará como el hilo conductor de los dos últimos libros, en los que este caballero novel será precisamente la figura más relevante.

De esta forma, tras este capítulo preparatorio, el argumento queda listo para ir cediendo el puesto a un nuevo héroe y a una empresa de muy diversa índole, que adquirirán plena relevancia en los dos últimos libros de la obra: allí, a las aventuras andantes de Ofrasio, así como de Feridano y Ardoniso, sucederá la caracterización cuasi hagiográfica del Caballero de la Fe, acrisolada en su implicación en un enfrentamiento a gran escala que puede ser considerado a todas luces como una guerra santa. En efecto, si en el retrato de aquellos caballeros descollaban elementos de acendrada piedad cristiana –por lo demás, esperables en la época–, en la presentación del virtuoso Mejiano su perfil de perfecto príncipe cristiano se trazará con especial esmero: desde el diseño de la escaramuza en la que obtendrá un nombre caballeresco, concebida como una defensa a ultranza de la fe frente a un soberbio y pagano gigante (24, II); su elección de un ermitaño como ayo y consejero (25, II); sus entusiastas predicaciones para la conversión de los enemigos<sup>471</sup> (7, III); su sincera emoción al contemplar la disposición al martirio de un grupo de cristianos cautivos<sup>472</sup> (7, III); su saña incontenible ante la blasfemia<sup>473</sup> (17, III); su ira contra la herejía y su obediencia incondicional al Santo Padre<sup>474</sup> (17, III) o su constante dedicación a los más pobres, a los que sirve con sus propias manos (20,

---

<sup>471</sup> «Aora enmendaos, que al fin la penitencia en ningún tiempo es tardía y, en arrepintiéndose, como [e]s razón, del pecado, nunca más se acuerda Dios d'él. Y, al fin, no bino Cristo Nuestro Redentor a llamar los justos sino los pecadores, y los enfermos tienen necesidad de médico que no los sanos. Y, al fin, no ay maldad tan grande en el mundo que llebe bentaxa a la suma misericordia de Dios si de ella nos arrepentimos» (7, III; ff. 224r-224v).

<sup>472</sup> «“Hermanos míos en Jesucristo nuestro Dios: la gracia y consolación del Espíritu Santo os consuele y esté con vosotros para que no perdáis el merecimiento de tan áspera penitencia como por amor de vuestro amado Jesucristo estáis padeciendo. Mirad que las pasiones d'este siglo por grandes que sean no son dignas ni merecedoras de suyo de aquella gloria y vienaventurança que se á de rebelar en nosotros[...]”. Es cierto qu'el mismo príncipe incado de rodillas les quitaba las prisiones y que mil beces le vi vesarlas y vesar los pies de los presos, con tanta humildad que me confundía» (7, III; f. 225r)

<sup>473</sup> «Muchas veces le oí contar qu'en todos los días de su vida asta entonces el Príncipe de la Fe había recibido mayor rabia, por ber que aquella sacrílega y infernal boca y abominable lengua se ubiesse atrevido a desonrar, en cuanto era de su parte, con blasfemas palabras a nuestro Redentor y Maestro Jesucristo (17, III; f. 256v).

<sup>474</sup> «Pues herexes aborrecíalos como a todos los diablos y a ninguno que podía haber a las manos que no se convirtiese le pagaba con menos que con el fuego» (17, III; f. 257r).

III)<sup>475</sup>; todas sus cualidades lo convierten en el héroe que la cristiandad necesita para hacer frente al peligroso ejército infiel que la amenaza<sup>476</sup>.

Por ello, tras el relato de su feliz infancia, al inicio del tercer libro el Caballero de la Fe es nombrado capitán general de la armada que el rey de España va a mandar en auxilio del Emperador de Roma y Constantinopla, cabeza de los reinos cristianos. Aparentemente, atendiendo a los datos proporcionados por Nictemeno, los enemigos a los que nuestro caballero va a tener que hacer frente se corresponden con la nómina de pueblos que el lector reconocería como integrantes de las invasiones bárbaras que asediaron el Imperio Romano allá por el siglo IV d.C.; pues el relato nos dice que el escita Sofraastro formó «un poderoso ejército en que juntó más de ciento y cincuenta mil combatientes de astrogotos y visigotos, hunos y bándalos y otras gentes bárbaras de la Escitia» (9, II; f. 132r). Este mismo empeño por emplazar tan importante conflicto en los primeros siglos del cristianismo lo encontramos poco después en la carta de petición de socorro enviada por el Emperador a otros monarcas cristianos, deliberadamente fechada en el año 306 d. C. (9, II; ff. 132v-133r).

Sin embargo, el conjunto de la narración nos brindará un significativo grupo de referencias que parecen querer emplazar esta guerra en el presente más inmediato al autor, desmintiendo este presunto alejamiento temporal. El propio padre Daza nos previene acerca de ello en este mismo capítulo, cuando justo después de habernos aportado una fecha tan exacta como la anterior nos advierte con su característica ironía que el suyo no es el oficio del historiador y, que, por tanto, no debe exigírsele exactitud ni veracidad (9, II; f. 133v). Con ello, el autor parece querer salir al paso de la inevitable tentación de establecer correspondencias históricas a partir de la carta del emperador Armodio, fechada en un año tan significativo como el de la coronación de Constantino,

---

<sup>475</sup> «A dos días que el buen príncipe estuvo en la cama se comenzó a levantar, y el primer día que se levantó hizo un convite general a los pobres en que se juntaron más de mil pobres, entre los cuales ubo algunos muy enfermos y tullidos y otros leprosos y de males asquerosos. Y, con todo esso, él mismo les administraba por su persona y los regalaba con tanta caridad y amor que no menos ilustrísimo era juzgado por estas heroicas virtudes de caridad que le beían exercitar, que por el estremado balor y balentía con que le beían vencer al enemigo» (20, III; f. 267r).

<sup>476</sup> La influencia de estos rasgos de acusada factura hagiográfica en otros libros de caballerías y en el mismo *Quijote* ha sido puesta de manifiesto por el profesor Ángel Gómez Moreno en diversos trabajos, de entre los que destaca su monografía *Claves hagiográficas de la literatura española* (ob. cit.).



paladín de la cristiandad. Como puede apreciarse rápidamente, dicha operación presenta un primer inconveniente, en la medida en que el «problema» godo comenzaría a tomar fuerza algo más tarde, bajo el mandato de Teodosio, a fines del siglo IV d. C.

Por esta razón, abundando en la reivindicación anterior, el autor ofrece a continuación una rica síntesis del desarrollo de las invasiones bárbaras y de la posterior ocupación de la Península por parte de los godos<sup>477</sup>, haciendo gala de un profundo manejo de la historiografía que le sirve de escudo para afirmar:

Aora, é dicho esto –dice Nictemeno– para que sea rey de España quien bos quisiéredes y emperador quien a mí se me antoxare; el año que bos mandáredes y la era que yo pusiere; la Olimpiada que más gusto os diere y el año que aquí fuere escrito. Vencerá el que conviniere, será bencido el que nos pareciere; irá la istoria a mi gusto y si no fuere al buestro, perdonadme (9, II; f. 133r).

De esta forma, si de un lado se reivindica la autonomía de la ficción, de otro el padre Daza ratifica con gran astucia que su relato no pretende narrar ajustadamente dicho acontecimiento histórico: «É querido decir esto –dice Nictemeno– para que no me andéis averiguando en qué tiempo fue, quién era rey de España...» (10, II; f. 134r). Dicho de otro modo: la yuxtaposición de una trabada crónica de la historia del pueblo godo al relato sirve para demostrar que la presencia de desajustes cronológicos como el anterior ha sido consentida por el autor. Con lo que, por extensión, este reconocimiento otorga carta de naturaleza al conjunto de proyecciones hacia el presente que anunciábamos más arriba. En consecuencia, consideramos que, una vez más –como ocurriera en el pasaje del Espejo de la Rica Figura (5, I)–, el autor se preocupa por liberar la obra de las limitaciones que le confiere su anclaje en un pasado remoto, con el fin de autorizar al lector a actualizar la interpretación última del relato. Estamos, pues, ante un nuevo «pórtico» que nos señala la dirección en la que llevar a cabo una segunda lectura de la trama.

---

<sup>477</sup> «Que vien sé que esto començó en tiempo de Domiciano, hermano de Tito Junior, que reinó 15 años y 5 meses; este fue casado con Agusta y es el que a cierta ora del día no entendía sino en matar moxcas con un punçón<sup>477</sup>. Fue el año del mundo de 1280 y del Señor de 81, en la Olimpiada 216 [f. 134r], habiendo sucedido a san Pedro Lino y Clemente [...]» (9, II; ff. 133v.134r).

La primera de las grandes rupturas cronológicas se presenta en este mismo capítulo, en el momento en que se describe el impresionante avance de los ejércitos de Sofraastro sobre el mundo cristiano. Allí, llama poderosamente la atención que la relación de los territorios invadidos por el capitán escita, lejos de corresponderse con la profunda incursión en Europa ejecutada por los pueblos bárbaros, parezca identificarse más bien con los territorios del Imperio Romano de Oriente; aquellos que precisamente se mantendrían incólumes hasta la caída de Constantinopla en 1453. Esta aparente contradicción volverá a subrayarse en otras ocasiones, en las que la definición de las fronteras entre ambas potencias coincidirá nuevamente con el trazado de una Europa cristiana frente a un Oriente sometido por infieles, dispuestos a adentrarse en Grecia, Austria y Hungría –con las ciudades de Constantinopla, Breda y Buda entre sus objetivos (*vid.* 1, IV; 4, IV)–. Datos todos ellos que traen rápidamente a la memoria la situación política de los siglos XV y XVI, con la lucha contra el Imperio Otomano como problema central de la cristiandad.

Una vez más, el esclarecimiento de las fuentes manejadas por el padre Daza resulta enormemente revelador, ya que la descripción de la expansión enemiga constituye una paráfrasis fiel de un pasaje del capítulo 29 de la primera parte de *La silva de varia lección* de Pedro Mexía, titulado: «Cómo fue grande y se estendió mucho el Imperio Romano. Cuántas veces lo molestaron los godos. De qué manera y en qué tiempo comenzó a declinar y a disminuirse la grandeza y magestad de él»<sup>478</sup>. Sorprendentemente, frente a lo que cabría esperar por el contenido del capítulo, Miguel Daza no extrae de él los datos que se aportan acerca de las invasiones de los godos, sino que se centra en un amplio fragmento inicial en el que Mexía detalla la totalidad de las posesiones del Imperio Romano en su periodo de máximo esplendor. De allí, el autor de nuestra obra selecciona por el mismo orden tan solo aquellas referencias que se corresponden con el Imperio Romano de Oriente, omitiendo las alusiones al resto de dominios –procedimiento que, de hecho, está en el origen de algunos desajustes de la redacción del padre Daza, como la repetición de la mención de Tracia–.

---

<sup>478</sup> Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, ed. I. Lerner, págs. 203-209.

Esta extraña operación resulta enormemente significativa, por cuanto prueba la conclusión a la que nos había llevado la simple lectura del pasaje: el autor no está interesado en presentar el avance del pueblo godo –para lo cual disponía de todas las informaciones necesarias en el mencionado capítulo de Pedro Mexía–; antes bien, parece querer dibujar un mapa en nada coincidente con este proceso histórico. En consecuencia, si el conflicto contra el malvado escita Sofraastro posee algún tipo de relación con la historia, esta debe buscarse en otro momento en el que el Imperio Romano de Oriente que se nos está describiendo haya sido realmente invadido por algún ejército de infieles. Como resulta evidente, esto nos transporta directamente a la reciente caída del Imperio bizantino, causada por la expansión de las fuerzas otomanas a lo largo del siglo XV –momento en el que verdaderamente peligró y sucumbió la ciudad de Constantinopla (1453)–; pero también a las conquistas llevadas a cabo por esta potencia durante el siglo XVI –entre las que se encuentra la mencionada ciudad de Buda–.

Parece, pues, que el autor esté queriendo comparar dos grandes acontecimientos históricos con un elemento común: la caída de grandes imperios cristianos a manos de paganos o infieles. Quizás por esta razón la fecha escogida como referencia en la ficción remita a la figura de Constantino y no a la de Teodosio (el año 306 d. C. es el de la subida al trono del primero), en la medida en que su carga simbólica es mayor por haber sido conocido como el primer emperador cristiano, responsable además de la conversión de la ciudad constantinopolitana en una «Nueva Roma» –cualidades ambas que se avienen a la perfección con el personaje de Armodio–. Así, el padre Daza estaría proyectando un conflicto más reciente sobre otro gran hito histórico, impelido por la exigencia del género caballeresco de situar la acción en un pasado remoto. En este punto, el resto de «desajustes» historiográficos encontrados en el relato no solo confirman esta hipótesis, sino que, además, demuestran cómo esta alusión velada al peligro turco encuentra su auténtica motivación en la reciente Liga Santa de 1571; a la que, como nos proponemos demostrar, la obra parece hacer referencia de forma cifrada.

Tal vez las alusiones más claras a este episodio histórico vengan dadas por las dos ocasiones en que el bando de aliados cristianos de la ficción es denominado con términos asimilables al de «Liga Santa». Así ocurre en la relación ofrecida por un paje

llegado de Constantinopla, por la que este informa al Caballero de la Fe de cómo es plausible que la armada conformada por «todos los aliados de la Liga» se demore un año en romper batalla contra el infiel (27, II; f. 192v). Esta denominación vuelve a ser empleada por el monje Prisciliano en una interesante arenga pronunciada delante del Emperador, con la que se legitima el uso de las armas a favor de la fe:

Pues el medio para esta paz á de ser la guerra, y de nuestra parte es tan justificada y conforme a las dibinas leyes, es menester que luego con esta *cristiana Liga*, echas las diligencias militares que combienen, se presente la batalla y campo al enemigo, baxando la cerbiz a los que con sobervia querien ser enemigos de la romana Iglesia y de sus hijos, los cristianos príncipes. Y d'esta manera sea ensalçada la sacrosanta fe de Nuestro Señor Jesucristo, y las cristianas banderas por toda la redondez de la tierra sean estendidas, redundando todo esto en onra y gloria de Nuestro Señor Jesucristo (11, IV; f. 340v).

En relación con esto, no resulta menos significativo el repaso de los integrantes de esta guerra, pues si de un lado los pueblos bárbaros ostentan anacrónicamente el credo islámico –siendo llamados en numerosas ocasiones «turcos», «sanjacos» o «mahometana gente»–, de otro lado la «cristiana Liga» tendrá entre sus miembros al rey de España, con los famosos «tercios» bajo su mando, tal y como se afirma en la descripción de su armada: «Aquellos caballeros españoles venían por sus diferentes tercios hermanados (y, como decís comúnmente, de cofradía y camarada) y de cuatro mil en cuatro mil benían juramentados de no se dejar ni desamparar unos a otros» (9, IV; f. 328v). Pero, sin duda, los participantes más identificativos de la calidad histórica del conflicto novelado son el mismísimo Santo Padre y los Comendadores de la Orden de san Juan, con los que los caballeros Feridano y Ardoniso se topan en alta mar:

Y, así, vieron en la nao capitana venir enerbolado un muy hermoso y grande crucifixo, y por armas en la bandera (que a los pies d'él venía tremolando) las llabes y tiara del bicario de Cristo Nuestro Redentor, Pedro, con una letra que decía: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Muy vien pareció a aquellos caballeros la cristiana y católica insignia del armada, cuando, índola mirando, vieron venir para sí un esquiife en el cual venían como asta cuatro o seis caballeros, todos armados de armas blancas y en los escudos, en campo negro, una cruz blanca de la misma echura y traça, qu'es la de los comendadores de San Juan. Y la misma insignia y figura de la cruz traían esculpida en los pectos, y en el gallardete mayor de la nao capitana traían la misma insignia (1, III; f. 202v).

Tras este fortuito y relevante encuentro, el firme apoyo de la Orden de Malta a la liga cristiana queda sintetizado en la admonición con la que uno de sus integrantes, en nombre del Gran Maestre del Hospital de Jerusalén, exhorta a Feridano y Ardoniso a favorecer «a la Iglesia romana y reyes cristianos contra la sangrienta guerra que los infieles contra nosotros tienen publicada» (*ibidem*).

Con todos estos datos presentes parece poder interpretarse que el autor quiere vincular la gran guerra contra Sofraastro con alguna de las ligas santas en las que se unieron las potencias aquí mencionadas, con el Turco como enemigo común. Partiendo de este presupuesto, la confrontación con la realidad histórica nos recupera dos posibles ligas: la fracasada de 1538 y, más tardíamente, la de 1571. Pero parece lógico pensar que de existir un correlato histórico con alguna de estas dos alianzas este se refiera a la liga santa más reciente: la única susceptible de convertirse en objeto laudatorio. Pues, como es sabido, frente a las expectativas frustradas de la alianza de 1538, la clamorosa victoria que esta nueva liga alcanzaría en el golfo de Patrás habría de adquirir una gran importancia, no tanto por sus consecuencias efectivas como por su carga simbólica, capaz de destruir el mito de la imbatibilidad de las flotas otomanas. En efecto, en mayo de 1571, ante el grave peligro que representaba la toma de la riquísima isla de Chipre por parte de Selim II, sucesor del temido Solimán, el pontífice Pío V conseguiría hacer realidad un sueño largamente acariciado, por el que pudo formarse una coalición para frenar el avance de los turcos otomanos que comprendía, amén de los ejércitos pontificios y de algunas señorías italianas, las contingentes de Venecia, Génova, Lucca, España y los de los caballeros de la Orden de Malta<sup>479</sup>.

En apoyo de esta hipótesis vienen algunas referencias que pueden adquirir un sentido pleno en este contexto político. Sin duda, las más importantes son aquellas que parecen querer señalar a la figura de don Juan de Austria –en consonancia con las pistas que proporcionaba el repaso de su árbol genealógico–. Ciertamente, la mención de un capitán general de la armada española, que termina convirtiéndose en capitán general de una liga santa dirigida contra los turcos, trae a la cabeza de forma inevitable al

---

<sup>479</sup> Sobre este asunto puede consultarse: Richard Mackenney. *La Europa del siglo XVI*. Madrid. Akal. 1996, págs. 299-325; Manuel Rivero Rodríguez. *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*. Madrid. Sílex. 2008.

hermanastro de Felipe II –por otra parte, único miembro de la Familia Real que alcanzó protagonismo en una empresa de esta condición durante el siglo XVI–. De igual modo, el carácter civil y religioso del conflicto, sintetizado en la ceremonia de nombramiento de Mejiano como capitán tras una fastuosa misa oficiada por el Santo Padre en compañía de todo el Colegio Cardenalicio (15, IV), se ajusta a la perfección a la fuerte impronta del papado en la formulación de dicha alianza, visible en la recepción del estandarte de la Liga por el mencionado capitán en la Iglesia de santa Chiara, donde el virrey de Nápoles pronunció en nombre de Pío V una bendición hacia su persona: «Toma dichoso príncipe, la insinia del verdadero verbo humanado; toma el vivo señal de la Santa Fe de que en esta empresa eres defensor. Él te dé vitoria gloriosa del enemigo impío, y por tu mano sea abatida su soberbia»<sup>480</sup>. Palabras en las que se sintetiza la misma aspiración que parece estar en la raíz del nombre de nuestro protagonista –que, desde esta perspectiva, podría constituir otra clave más de la narración–: el Caballero de la Fe.

En la misma dirección, también otros detalles de la obra podrían constituir guiños puntuales a este acontecimiento: tal es el caso del nombre de la galera que la reina Casiana regala a la Armada, llamada «la Leona» (4, III; f. 213r), que resulta ser homónima de aquella que acudiera en ayuda de la Marquesa, en la que Miguel de Cervantes recibiera un arcabuzazo<sup>481</sup>. Lo mismo sucede con el nombre del teniente general de la Armada, mano derecha del Caballero de la Fe, que en la obra presenta los nombres de Mario Italiano y Mauro Italiano, en los que no sería descabellado encontrar una referencia a la importante figura de Marco Antonio Colonna: capitán general de la armada pontificia participante en la coalición, segundo gran héroe de la victoria de Lepanto; quien, pese al desprecio que le dedicarían algunos de los miembros del partido albista cercanos al monarca español, habría de gozar finalmente de una gran estima por parte del joven dirigente de la Liga.

---

<sup>480</sup> Palabras recogidas por Luis Cabrera de Córdoba, en su *Historia de Felipe II, rey de España*; extraemos esta cita de Manuel Rivero, ob. cit., pág. 146.

<sup>481</sup> Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, «Cervantes, Lepanto y *El Escorial*», en *Volver a Cervantes: Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas: Lepanto (1-8 de octubre de 2000)*, Palma, Universitat Illes Balears, 2001, I, pág. 17.

Asimismo, la referencia cifrada a Álvaro de Bazán consignada en la carta de Lupocaldo encuentra plena razón de ser en este contexto bélico (14, II; f. 153r), como también las posibles alusiones ya sugeridas a las figuras de Ruy Gómez de Silva y Juan de Soto en los personajes del portugués Evoriasino Silveiro (21, I) y de Ruy Bibo de Soto, capitán de la guarda del embajador español en Constantinopla (19, IV); significativamente, todos ellos miembros destacados del partido ebolista, afín a las aspiraciones de Juan de Austria<sup>482</sup>. Por último, a estos podría añadirse también quizás una posible referencia a don Lope de Figueroa, escondida en el personaje de Gradeno, maestro de campo de la Armada, por cuanto este importante personaje histórico ocupó este mismo cargo en la Liga Santa, presentando además su onomástica la coincidencia de ser muy similar a su título de señor de Graena (14, II; f. 153r).

A este propósito, la relación que la obra parece entablar con este acontecimiento histórico queda afianzada por la indudable conexión que su autor presenta con la Armada, en la medida en que esta podría justificar su interés personal por un acontecimiento como el de Lepanto. Así, en primer lugar, resulta enormemente relevante que sea el comisario general de provisión de la Armada del rey, llamado Agustín de Mora, el encargado de componer el soneto al lector con el que se cierra el manuscrito –personaje al que, lamentablemente, no hemos sido capaces de localizar–. En segundo lugar, la evidente preponderancia que adquiere en la trama la temática militar y la ciencia náutica demuestran unos conocimientos y un horizonte de expectativas que remiten nuevamente a la Armada; apreciación que se ve confirmada por el propio soneto laudatorio, en el que se elogia justamente el hecho de que la creación del padre Daza contituya «el arte militar puesto en su punto, / carta de mareantes, norte y guía» (f. 376r).

Por último, en relación con todo lo anterior, creemos conveniente tener en cuenta la presencia en la obra de un grupo de pasajes de marcada factura política, en la medida en que su fuerte carga ideológica solo puede explicarse completamente desde una motivación extradiegética, gestada en las convicciones personales del propio autor.

---

<sup>482</sup> José Martínez Millán, «Grupos de poder en la Corte durante el reinado de Felipe II: la Facción Ebolista, 1554-1573», en José Martínez Millán (coord.), *Instituciones y élites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI*, Madrid, Universidad Autónoma, 1992, págs. 137-198.

Nos referimos a aquellas ocasiones en las que la narración se detiene para ahondar en la justificación moral de los grandes conflictos armados contra el infiel o para defender la supremacía de la autoridad papal sobre el poder secular: preocupaciones ambas que parecen coincidir a la perfección con el discurso de legitimación de una realidad histórica como las distintas «ligas» contra el Turco promovidas insistentemente desde la Santa Sede. En este aspecto, resultan especialmente interesantes las reflexiones del narrador sobre las causas para que una guerra sea justa, insertas al inicio del último libro (1, IV); así como las apreciaciones de monje Priscilano ante la Corte del Emperador de Constantinopla, con las que defiende que los gobernantes han de mantener un perfecto equilibrio entre la misericordia y la justicia, recordando empero cómo en aquellos casos en que las injurias se dirijan contra Dios estas nunca deben dejarse sin castigo:

Y ay algunas injurias que es muy bien que se perdonen y acto heroico y meritorio, mas otras ay qu'el dexallas sin justo castigo sería ilícito; como la injuria echa a la Iglesia, la cual aun el Santo Padre no puede remitir o dejar sin castigo. Y cuando alguno la tal injuria á echo a la Iglesia, puede cada uno salir a la bengança o castigo de aquel que la injurió. Y también no es bueno dejar al sobervio salir con su interés o sobervia ni se le á de remitir la injuria asta que se humille y reconozca, porque dejar las injusticia sin castigo es gran baxeça de ánimo en los príncipes (12, IV; f. 339v).

De la llamada a la defensa de la fe que se desprende en la intervención de Priscilano, resulta especialmente interesante la relación inextricable que este establece en su discurso entre la Divinidad, el poder religioso y el temporal, en la medida en que asegura que la traición cometida por los infieles al mando de Sofraastro contra el Emperador tiene repercusiones en estas tres instancias:

Esto é dicho, sacro Emperador, ilustrísimos reyes, balerosossísimos príncipes y esforçados caballeros, para que se entienda que la traición qu'estos infieles an cometido á sido injuria echa contra Dios, pues los traidores infieles ninguna otra cossa procuraban sino destruir su dibina ley y mandamientos; á sido contra la Iglesia, pues con su infidelidad no procuraban sino quitar la autoridad al sumo Pontífice y a los ministros d'ella; á sido contra el Emperador nuestro señor y contra la Emperatriz, pues como a tales veíamos que les querían quitar las bidas; á sido contra todos nosotros, pues bemos que a todos nos procuraban la muerte, sin excepción de persona alguna (12, IV; f. 340r).

De las aseveraciones anteriores, destaca tanto el esfuerzo de legitimación de la guerra santa como la estrecha unión que el autor establece entre el papado y el



Emperador: atacar a un príncipe cristiano es ofender a la Iglesia y arremeter contra el Santo Padre es actuar en contra de los estados católicos, acciones todas que en ningún caso pueden quedar impunes. Esta férrea vinculación entre el gobierno espiritual y el secular se reiterará en otros pasajes, como aquel en el que se describe la investidura del capitán general de la Armada, tras una fastuosa celebración litúrgica que se introduce como sigue:

Pues, llegando a este estrado o cadaalso, el Emperador y Sumo Pontífice se levantaron ya cuanto y, incado el príncipe de rodillas como aquellos caballeros le dixeron, aguardaron aún a la más hermosa y vien concertada ceremonia que jamás se bio. Que fue que, estando el príncipe en aquel puesto, al lado del Sumo Pontífice se puso el sacro colexio de los cardenales, todos vestidos a lo que mostraban de vrocado carmessí, con guarniciones aunque onestas costosísimas, de oro y perlas. Luego los patriarcas, arçobispos, obispos y otros eclesiáticos en dignidad constituidos se fueron puniendo por su orden en aquel estrado, con tanta apariencia de onestidad, grabedad y balor que todos los que lo veíamos estábamos suspensos. A la parte del Emperador se pusieron reyes, duques, marqueses, condes, capitanes, caballeros, soldados, que para pintar sus adereços y costosas libreas eran menester escribir un entero bolumen, por lo cual se cuenta así tan en suma. [...] Ya qu'el Sumo Pontífice estuvo vestido y todo lo demás adereçado, se començó (a lo que nos parecía a los circunstantes) a celevrar una missa con grandísima devoción y abundancia de celestial música, que tal se nos antoxaba que era la que estábamos oyendo los que lo que pasaba estábamos mirando. Y todo lo que duró la missa estuvo el Príncipe de la Fe mi señor de rodillas, armado de todas armas, en la peaña última del altar (15, IV; f.. 350r/v).

Pero esta centralidad del Santo Padre entre los príncipes cristianos se explicitará todavía más, en un pasaje en el que el Caballero de la Fe expresa con acusada vehemencia la obligación que los monarcas tienen de sujetarse a los dictados de la Santa Sede; esta vez, a propósito del problema de las herejías —en el que necesariamente ha de verse el reflejo de una preocupación de época—:

Los príncipes y capitanes no tenemos que dar oídos a bellacos escismáticos, sino con una simplicísima obediencia obedecer a la Iglesia romana católica y al santo sumo pontífice de ella, vicario de nuestro señor Jesucristo y sucesor de san Pedro en el suelo. El cual sabemos que en cuanto papa de ninguna manera puede errar, pues tiene el asistencia del Espíritu Santo, y lo que él determinare como tal y lo que en los santos concilios con autoridad suya congregados se determinare, creello y obedecello como negocio del Espíritu Santo, pues sabemos que allí asiste. Y los que contra este con mañanas o zorrerías quisieren decir algo por palabras o obras, quemallos vibos y, cuando más no pudiere —decía el príncipe—, con los dientes los tengo de despedaçar como a bellacos traidores, que por darse a sus bicios y bellaquerías niegan la

obediencia a la santa Iglesia romana y aun a nuestra verdadera cabeza, qu'es Jesucristo Nuestro Señor, y al su sucesor de Pedro y su vicario, el Pontífice romano, legítima y canónicamente electo (17, III; f. 257r).

Como puede observarse, estos fragmentos demuestran una clara defensa del ideal de cruzada que en el siglo anterior había recuperado el papa Inocencio II, abriendo el camino a una empresa que habrían de ensayar los diferentes pontífices del siglo XVI<sup>483</sup>. Al mismo tiempo, la presentación del Papa como cabeza de los príncipes cristianos refleja a la perfección las directrices adoptadas tras el Concilio de Trento, entre las que se encontraba la definición de la supremacía incuestionable del Santo Padre como cabeza de la cristiandad. En este sentido, el hecho de que ambos alegatos encuentren especial acomodo en las circunstancias espirituales y políticas de la Liga Santa de 1571 aboga en pro de la observación de un correlato histórico en los acontecimientos narrados. Pero, al mismo tiempo, la notable afinidad con los intereses de la curia que emanan los excursos del padre Daza animan a situarle en las filas de una política afín a los intereses de Pío V; coincidente, por tanto, con la perspectiva del denominado partido ebolista y, tal vez, con las convicciones de la Compañía de Jesús, una de las principales fuerzas de la facción anterior<sup>484</sup>.

A la luz de todos los datos expuestos hasta aquí, consideramos conveniente entender que, mediante la narración de un gran enfrentamiento entre la cristiandad y el temible ejército del escita Sofraastro, el autor pretende aludir veladamente al problema otomano, estableciendo una serie de alusiones cifradas que remiten a un episodio histórico concreto como la coalición católica de 1571. Con todo, creemos necesario matizar que la obra no pretende narrar puntualmente los distintos avatares derivados de esta alianza, sino más bien llevar a cabo el elogio de unos valores y de unos objetivos que encuentran su perfecta encarnación en el espíritu de la reciente Liga Santa y en la persona de Juan de Austria. Por ello, el autor no pergeña una novelización de la batalla de Lepanto, sino que presenta en líneas generales un conflicto afín, en el que sitúa a unos protagonistas reconocibles por el lector, capaces de proponer la asimilación

---

<sup>483</sup> Véase M. Rivero Rodríguez, *ob. cit.*, págs. 95-134; Alain Millou, *ob. cit.*, págs. 289 y ss.

<sup>484</sup> M. Rivero Rodríguez, *ob. cit.*, págs. 66-83. Adviértase, además, cómo desde esta posibilidad cobraría pleno sentido el uso del trigrama en el manuscrito que observamos en el colofón de la obra.

sugerida. En consecuencia, el padre Daza no se cuida de ajustarse a una perfecta sincronía entre los hechos narrados y el desarrollo real de los acontecimientos a los que pretende ensalzar, lo que le lleva a permitir aparentes desconexiones con la historia en beneficio de una mayor carga simbólica, tales como la inclusión en su obra del tópico de la defensa de Constantinopla<sup>485</sup>.

Al fin y al cabo, habida cuenta de las cuantiosas celebraciones que en el mundo de las artes obtuvo «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros»<sup>486</sup>, no puede resultar en ningún modo extraño que el padre Daza hubiese querido ensalzar un célebre acontecimiento encarnado en un claro protagonista, al que también cantaron Fernando de Herrera, Alonso de Ercilla y Zúñiga, Luis de Góngora y Argote, Lope de Vega y el mismísimo Miguel de Cervantes.

---

<sup>485</sup> Véase E. J. Sales Dasí, «De Constantinopla y otras marcas identificadoras del *Florisando* y el *Lisuarte de Grecia*», en *Tirant*, 5, 2002, sin paginación. [Revista electrónica: <<http://parnaseo.uv.es/Tirant/Butlleti.5/sales.htm>>].

<sup>486</sup> *DQ*, II, prólogo.

## 8. Metodología para la edición de un texto en movimiento

### 8.1. *Constitutio textus*: fundamentación ecdótica

En el capítulo dedicado al examen material y formal del manuscrito, tuvimos oportunidad de reflexionar acerca de la identidad textual del testimonio conservado, exponiendo nuestra propuesta de análisis de unas variantes que identificamos como propias de la fase elaborativa (*vid.* 3.3). En coherencia con lo defendido allí, en el presente epígrafe nos proponemos exponer cuál ha sido la metodololgía ecdótica empleada para la recuperación de este *codex unicus* que, como vimos, se presenta en un proceso dinámico de constitución como original de la obra. Conviene advertir que si desde el punto de vista del análisis de la naturaleza textual del testimonio habíamos asistido a la relativización del concepto de *autoría*, desde la perspectiva de su edición crítica se impondrá ahora una necesaria apertura del concepto de *original* –piedra angular de la labor de la crítica textual–.

Ciertamente, el trabajo con una obra inmersa todavía en su fase de creación ofrece la dificultad de presentar un material textual de naturaleza móvil, abierta y provisoria, que en muchas ocasiones encierra, en realidad, varios textos o estadios de redacción en diálogo. Todo lo cual parecería entrar en conflicto con la operación de selección y estabilización necesaria a la fase de la *constitutio textus*, que tiene como fin, precisamente, la decisoria labor de «dar un texto crítico concreto a los lectores»<sup>487</sup> –el más cercano posible al original–. Sin embargo, las diversas enmiendas propuestas por quienes han contribuido al desarrollo del conocido como *neolachmannismo* han conducido, justamente, a una saludable dinamización del concepto de *original*, que ha otorgado a las ediciones críticas una «tercera dimensión» en la que el texto puede ser observado como proceso; primero de creación y, después, de transmisión.

Efectivamente, en el ámbito de la Nueva Filología italiana ha tenido lugar una importante apertura del concepto de *original* hacia su proceso de génesis, en virtud de

---

<sup>487</sup> Alberto Blecua, *Manual de crítica textual*, pág. 33.

una creciente atención a la «variantística» específica al ámbito autorial. Los límites de una fijación textual *sine interpretatione* se ponían de manifiesto, esta vez, en el momento de analizar la inusitada casuística de la fase elaborativa que requería: de un lado, una respuesta a la necesidad de atender a la discriminación indirecta de variantes de autor en la tradición textual; y, de otro, una nueva metodología para el trabajo directo con materiales redaccionales cuasi desconocidos en la tradición clásica y medieval –que en algunos casos podían obligar a establecer, en realidad, la existencia de diversos originales<sup>488</sup>.

Paralelamente, esta reformulación del *original* ha sido posible, de otro lado, gracias a una renovada y decisiva atención a la historia de la transmisión de los textos, que, desde los trabajos de Giorgio Pasquali, ha logrado la revalorización de la variación textual como proceso caracterizante y valioso en sí mismo, al tiempo que como fiel asidero para la labor ecdótica. De modo tal que, superados los peligros de la concepción estática y cerrada del original pergeñada por Lachmann, la tradición textual ha sido reivindicada como parte integrante de la vida de una obra literaria que la edición crítica no debe solo «depurar», sino ofrecer e interpretar en relación dialéctica con el texto fijado como el más cercano a la voluntad autorial<sup>489</sup>.

---

<sup>488</sup> Efectivamente, a partir de la atención prestada por Giorgio Pasquali a la conformación de una tradición con un original estratificado (*Storia della tradizione e critica del testo*. Firenze. Casa Editrice le Lettere. 1988), el estudio de las variantes de autor se abriría con los trabajos de Gianfranco Contini a la «variantística» complementaria al texto de la redacción sancionada como definitiva (una recopilación de trabajos de este autor puede encontrarse en *Varianti e altra linguistica*. Torino. Einaudi. 1970). Para una visión actual de la filología de autor italiana, véase: Paola Italia y Giulia Raboni. *Che cosa è la filologia d'autore*. Roma. Carocci. 2010.

<sup>489</sup> Así, lejos de reacciones extremas a la formulación estática e inmutable del *original*, como las defendidas por los críticos franceses Bernard Cerquiglini y Joseph Bédier –que imposibilitan la fijación de un texto crítico en favor de su existencia virtual o de la preeminencia del *codex optimus*, respectivamente–, la filología italiana ha aportado importantes innovaciones metodológicas en esta dirección tras la apertura del método operada por Pasquali (con la introducción de la distinción entre *recensio* cerrada y *recensio* abierta, así como entre transmisión *vertical* y *horizontal*; véase ob. cit.). Nos interesa destacar, entre otras, la formulación del concepto de «edición en el tiempo» de G. Contini –a partir de su «teoría de la difracción»– y la «teoría de los diasistemas» de Cesare Segre, puesto que ambas perspectivas proyectan la metodología y el fin de la investigación ecdótica en dos direcciones: de un lado, hacia la génesis del texto y, de otro, hacia su tradición textual, propiciando la exposición de un proceso más que de un objeto inerte (G. Contini. *Breviario di ecdotica*. Milán-Nápoles. Ricciardi. 1986; Cesare Segre, «Les transcriptions en tant que diasystèmes», en *La pratique des ordinateurs dans la critique des textes*, Paris, Éditions du CNRS, 1979, págs. 45-49). Asimismo, ya en el ámbito hispánico, conviene tener

Creación y transmisión se han mostrado, pues, como el lugar donde acontecen los textos, a la manera en que lo formulase don Ramón Menéndez Pidal a propósito de la transmisión oral: «el texto vive en sus variantes»<sup>490</sup>. En este sentido, a lo largo de todo el siglo pasado, la crítica textual no ha hecho sino asegurar la aproximación a los textos mediante un certero «elogio a la variante» que ha convertido el *apparatus criticus* en un auxilio indispensable para el acceso a un original que solo parece aprehenderse en movimiento. Así lo expresaba D'Arco Silvio Avalle en su reveladora formulación de la «fenomenología dell' originale», sintetizando esta apertura y dinamización del original operada por la crítica italiana, que había obligado a la redefinición de la labor ecdótica como «edición en el tiempo» –en términos continianos–:

Il concetto di originale, nel senso di testo autentico esprime la volontà dell'autore, è uno dei più sfuggenti ed ambigui della critica del testo. Questo ci spiega [...] perché il testo critico presenti molto spesso un aspetto così problematico ed in alcuni casi francamente aleatorio. D'altronde a tale condizione non sfuggono neppure gli autografi, soprattutto quelli contenenti varianti d'autore, tutte le volte che si cerca di fissarli sotto una forma meno provvisoria di quella in cui ci sono stati trasmessi nella copia dell'autore. L'impressione è che l'originale, così come l'intendiamo generalmente, vale a dir come testo perfetto in ogni sua parte, non sia mai esistito. In effetti il concetto di originale deriva da una visione statica, modillistica, dell'opera letteraria, mentre le singole opere di uno scrittore costituiscono a rigore una sezione a volte casuale e provvisoria –e non sempre operata dall'autore stesso [...]– di quel flusso continuo di adattamenti e di spostamenti successivi attraverso qui si esprimono le tendenze fondamentali di un sistema letterario (el subrayado es nuestro)<sup>491</sup>.

Nuestra edición del *Caballero de la Fe* presenta precisamente una obra en su proceso final de conformación, justo al cierre de la fase elaborativa a la que habría de seguir la de su difusión: contamos, por tanto, con el anhelado *original*. Y, sin embargo,

---

en cuenta a este propósito el desarrollo del concepto de «*collatio externa*» llevado a cabo por Germán Orduna: «Ecdótica hispánica y el valor estemático de la historia del texto», en *Romance Philology*, XLV, 1991, págs. 89-101; así como el de *difusión* propuesto por Pedro Sánchez-Prieto, «Difusión vs. transmisión en la historia de los textos medievales», pág. 199).

<sup>490</sup> Ramón Menéndez Pidal, Diego Catalán y Álvaro Galmés de Fuentes. *Cómo vive un romance. Dos ensayos sobre tradicionalidad*. Madrid. CSIC. 1954, pág. vi.

<sup>491</sup> *Principi di critica testuale*. Padua. Antenore. 1978, págs. 33-34.

la presencia de revisiones en lo que podemos identificar como la puesta en limpio del texto no es sino una prueba de que, como afirmaba A Valle, el original «como testo perfetto in ogni sua parte, non sia mai esistito». La crítica genética diría que nuestro texto nunca existió<sup>492</sup>; y, en cierto modo, tal es la experiencia que se deriva del intento de fijación de un objeto en movimiento. Por el contrario, la filología de autor consideraría estas variantes autoriales como parte indispensable en la edición crítica del texto definitivo. Sin embargo, nuestro texto presenta la particularidad de encerrar en sí el único texto definitivo, sin que existan otros testimonios con una fijación cerrada a los que nuestro manuscrito pueda servir de complemento. Nos hallamos ante un objeto de estudio particular, para el que no es suficiente una aproximación única desde la crítica textual tradicional, de una parte, ni desde la filología de autor o la crítica genética, por otra parte.

Los trabajos de la profesora Ana Vian Herrero con textos manuscritos dialógicos del periodo áureo constituyen una iniciativa pionera en este sentido, puesto que precisamente se ocupan del estudio de las posibilidades ecdóticas de textos que no han llegado a ser fijados en un estado definitivo por la imprenta. Para su edición crítica, Vian Herrero propone un hermanamiento de la crítica genética y de la crítica textual tradicional, con el fin de configurar una metodología eficaz tanto para la discriminación

---

<sup>492</sup> Así lo expresaba, por ejemplo, el significativo título del importante trabajo de Louis Hay –que actualizaba en realidad una expresión de Jacques Petit a propósito de un debate sobre la producción del texto–: «*Le text n'existe pas. Réflexions sur la critique génétique*», en *Poétique*, 1985, 62, págs. 146-158. Como es sabido, la filología de autor ha venido a coincidir en su material de estudio con la crítica genética francesa; sin embargo, de espaldas a la tradición europea, esta última no se propone la edición crítica de los textos, sino el análisis –y, en todo caso, la edición ordenada, que no jerarquizada– del llamado *dossier génétique*, si bien es cierto que autores como Pierre-Marc de Biasi reconocen la posibilidad de una edición crítica de inspiración genética («Edition horizontale, édition verticale. Pour une typologie des éditions génétiques (le domaine français 1980-1995)», en Béatrice Didier y Jacques Neefs (eds.), *Éditer des manuscrits. Archives, complétude, lisibilité*, París, Presses Universitaires de Vincennes, 1996, págs. 159-193). Para la discriminación de crítica genética y filología de autor, resulta muy esclarecedora e interesante la entrevista a Segre publicada precisamente en la revista francesa *Genesis*: Maria Teresa Giaveri, «Cesare Segre - Philologie italienne et critique génétique », en *Genesis*, 2010, 30, págs. 25-27. Una excelente reunión de las principales aportaciones de la crítica genética traducidos al español puede encontrarse en: Emilio Pastor Platero. *Genética textual*. Madrid. Arco Libros. 2008. Asimismo, una recopilación reciente de trabajos de crítica genética aplicados a la literatura hispánica puede hallarse en: Bénédicte Vauthier y Jimena Gamba Corradine (eds.). *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos. Aportaciones de una «poética de transición entre estados*». Salamanca. Universidad de Salamanca. 2012.

del texto base –en el caso de que contemos con varios testimonios–, como para su posterior fijación textual<sup>493</sup>. Como la citada investigadora, nosotros consideramos que, toda vez que se ha prevenido de la particular *fenomenología del original* que nuestro texto captura a la perfección, no existe contradicción alguna con el objetivo de desentrañar y ordenar críticamente el proceso de escritura en aras de la fijación de un texto crítico –de nuevo, el más cercano al original posible–. Al fin y al cabo, como hemos visto, el dinamismo en la edición crítica no es privativo del trabajo con materiales redaccionales.

Así pues, se nos presenta la necesidad de editar el texto como proceso ya desde el propio original de la obra, con la notable peculiaridad de que en nuestro caso el texto definitivo se proyecta en realidad sobre un traslado ulterior que probablemente nunca llegó a realizarse –hasta hoy–. Por todo ello, consideramos que la operación más adecuada pasa por editar el texto del testimonio conservado respetando las intervenciones que presenta, dando siempre cuenta de ellas de modo crítico y ordenado en el apartado de notas textuales que se presenta al final de la edición. A esta decisión ecdótica puede oponérsele el escrúpulo de que la configuración final de la obra del padre Daza ofrecida en nuestro manuscrito es, en realidad, «apócrifa» –tal y como defendimos en 3.3.2–. Sin embargo, creemos que, ante la imposibilidad de conocer con absoluta seguridad cuál hubiera sido la versión original ideal de Miguel Daza, lo único que nos es legítimo es editar la realidad textual que presenta el testimonio conservado, evitando así el riesgo de crear una entelequia que nunca existió.

Pues, en primer lugar, hemos de aceptar que, con gran probabilidad, el *original* del padre Daza nunca debió de llegar a configurarse como tal. Esto es, de ser cierta la hipótesis defendida de que el autor hubiese fallecido en el momento del traslado de nuestro manuscrito, hemos de admitir que seguramente su obra nunca superó el estadio

---

<sup>493</sup> Hemos seguido el desarrollo de su propuesta a través de los siguientes trabajos: «La autocensura del yo creador en los orígenes de *El Crotalón*», en *Compás de Letras*, I, 1992, págs. 13-28; *Diálogo de las transformaciones de Pitágoras*. Barcelona. Sirmio-Quaderns Crema. 1994; «El yo creador y su proceso de elaboración artística: la génesis de *El Crotalón*», en *Dicenda*, 1994, 12, págs. 217-239; «El nacimiento del texto y su interpretación: problemas de edición de diálogos manuscritos y anónimos del Renacimiento», en Ramón Santiago, Ana Valenciano y Silvia Iglesias (eds.), *Tradiciones discursivas. Edición de textos orales y escritos*, Madrid, Universidad Complutense, 2006.



de borrador último, de modo que su presentación final habría quedado en suspenso por causas extrínsecas a la labor de creación. Así las cosas, el anhelo de editar el *original* del padre Daza representaría sencillamente el deseo de alcanzar un objeto que nunca fue en el modo en que lo deseáramos –de acuerdo con nuestra noción actual de *obra*, determinada por la labor estabilizadora de la imprenta–. Asimismo, en segundo lugar, conviene relativizar la importancia que puede otorgársele a la intervención de una segunda instancia en la conformación final de la obra, habida cuenta de que, de un lado, sus manipulaciones no afectan propiamente al plano de la creación; así como, de otro lado, esta participación de una entidad correctora o censoria no resulta extraña en el proceso elaborativo de las obras clásicas, por lo que no sería improbable que el propio autor la hubiese admitido de hallarse con vida, configurándose así el texto como un apógrafo.

Con todo, ciertamente, la otra alternativa que podría proponerse ante la imposibilidad de acceder a un original del padre Daza sería la de tratar de editar el texto del borrador último, entendiendo que su condición presumiblemente autorial merecería convertirlo en verdadero *arquetipo* de la obra del *Caballero de la Fe*. Sin embargo, a pesar de que el carácter notablemente cerrado y estable que hemos atribuido al texto de este borrador podría aconsejar en principio esta opción, consideramos que esta posibilidad no puede sostenerse desde el punto de vista crítico. Pues, inevitablemente, la única puerta de acceso que poseemos a tales materiales es nuestro manuscrito, donde la única mano que interviene en el proceso de configuración textual es la de esta segunda instancia; razón por la cual resulta de todo punto imposible calibrar con total precisión el alcance de sus intervenciones. Así, por una parte, no podemos estar seguros de que los cambios que este copista introduce sean tan solo aquellos que cabe detectar por la adición, el cancelado o la rescritura de una palabra o de un pasaje: podrían existir modificaciones que hubiesen sido introducidas directamente, sin que nos sea dado, por tanto, descubrirlas. Por otra parte, tal y como nuestro aparato de notas textuales pone en evidencia, en un gran número de ocasiones no es posible ofrecer una clara interpretación a la direccionalidad con la que se realizan los cambios; de modo que, por ejemplo, muchas intervenciones pueden ser entendidas bien como correcciones de errores de

copia, bien como propuestas de revisión estilística –con la subjetividad evidente a la que esto conduciría en el momento de reconstruir la redacción del borrador–.

Por todo ello, consideramos que la intervención ecdótica más respetuosa pasa por ordenar críticamente el proceso de configuración textual que presenta nuestro manuscrito, toda vez que hemos expuesto con transparencia que los cambios recogidos deben atribuírsele a una segunda instancia que no es la del autor: esto es, estimamos que la opción más legítima coincide con aquella que da primacía al texto propuesto por la copia en limpio «apócrifa» que conserva nuestro manuscrito. Puesto que, toda vez que hemos optado por ofrecer la única versión a la que nos es posible acceder con honestidad, resulta más seguro proponer una lectura necesariamente interpretativa de las distintas secuencias que se superponen en este último eslabón de la fase elaborativa a través del aparato de notas textuales de la edición. Ciertamente, consideramos que es este y no otro el lugar adecuado tanto para jerarquizar y comprender las distintas manipulaciones a las que se somete el texto resultante de la copia, como para ofrecer una aproximación a la versión contenida en el borrador autorial.

Así, si en la crítica textual tradicional la metodología del error nos lleva a reconstruir el texto autorial retrotrayéndonos a las lecturas del arquetipo (o, si se prefiere, del original), en nuestro caso el texto se ha fijado prospectivamente, proyectándolo hacia el texto revisado que contiene y propone la copia en limpio. En consecuencia, hemos incorporado todas las correcciones y enmiendas detectadas: tanto aquellas que introducen una simple revisión ortográfica o una clara corrección de errores de copia, como aquellas que, por el contrario, son susceptibles de ser analizadas como cambios estilísticos y redaccionales. Del primer tipo de intervenciones no hemos estimado oportuno dar cuenta en nuestra edición crítica, por cuanto las hemos considerado «accidentes» del testimonio que no afectan en ningún caso al proceso de constitución del texto<sup>494</sup>. Del segundo tipo, en cambio, hemos dado siempre noticia en

---

<sup>494</sup> Sin embargo, todas aquellas correcciones de errores copia que eran susceptibles de ser interpretadas también como una revisión de estilística o redaccional han sido incorporadas en el aparato de notas textuales, con el fin de ofrecer al lector crítico la oportunidad de disentir de nuestra interpretación. Para la oportuna y no siempre bien operada distinción entre «texto» y «testimonios», remitimos al artículo de Leonardo Funes, «La distinción entre texto y manuscrito. Observaciones sobre crítica textual a propósito de una reciente edición del *Libro de la Montería de Alfonso XI*», en *Incipit*, 1983, 3, págs. 25-51.

nuestro particular aparato de *variantes*, que no deberán ser entendidas ya, por tanto, como desviaciones de un original, sino como posibilidades rechazadas que nos aproximan al proceso de génesis.

Asimismo, toda vez que hemos privilegiado el texto revisado como texto base, hemos llevado a cabo la *examinatio* del testimonio, prestando especial atención a los errores de copia ineludibles aun en el caso de que nuestro testimonio hubiese sido un autógrafo. Con todo, dada la cercanía del traslado con el ámbito autorial hemos procedido con cautela, corrigiendo solamente aquellos errores de copia que hemos considerado causados por una distracción material o mecánica. Puesto que, como apunta la profesora de Elisa Ruiz, «la edición crítica tiene como objetivo ofrecer la obra en la forma en que se aproxima más a la voluntad expresiva del autor y no bajo la fisonomía transmitida por razones exteriores a su deseo»<sup>495</sup>. En consecuencia, no hemos intervenido en la subsanación de lo que en ocasiones puntuales hemos estimado errores causados por un fallo de memoria, por una limitación cultural o una traducción inexacta, dado que todo ello podría ser reflejo de la formación y los conocimientos del propio autor. En cualquier caso, hemos indicado siempre en el aparato de variantes nuestras cautelas al respecto<sup>496</sup>.

Por último, a causa de la específica naturaleza de nuestro testimonio, hemos creído conveniente efectuar una particular *emendatio* necesariamente prospectiva, con la cual hemos tratado de aproximarnos al *original* en un movimiento inverso, pero igualmente legítimo, al que supone la corrección del arquetipo<sup>497</sup>. Así, hemos

---

<sup>495</sup> «Crítica textual. Edición de textos», en José María Díez Borque (coord.), *Métodos de estudio de la obra literaria*, Madrid, Taurus, 1989, pág. 96.

<sup>496</sup> Así ocurre, por ejemplo, en el lugar en que el texto de nuestro manuscrito incorpora por dos veces un error tipográfico presente en la edición impresa de la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, de la que el autor extracta las informaciones presentes en dicho pasaje (10, II; f. 136r); desliz que evidencia el alto grado de dependencia que nuestra obra contrae con esta fuente, así como la «pasividad» con la que son asumidas las informaciones que el autor toma prestadas de las fuentes secundarias utilizadas.

<sup>497</sup> Resultan perfectamente aplicables en este punto, si bien de manera especular, las afirmaciones de Alberto Blecua referidas a la crítica textual tradicional: «El editor puede optar –de acuerdo con su concepción de la crítica textual– por mantener esos errores, o bien por intentar subsanarlos practicando la *emendatio ope ingenii* y por consiguiente reconstruye un modelo ideal X, que, al carecer de errores, se identifica con O en la teoría, aunque en la práctica podemos reconstruir X teniendo la certeza de que no

intervenido enmendando el texto en la dirección indicada explícitamente por el propio copista, en las contadas ocasiones en que no se ejecuta de modo perfecto el proceso de corrección validado. Así ocurre en aquellos lugares en los que apreciamos la pervivencia de una variante no sancionada, con posterioridad a una clara propuesta de homogeneización de variantes autoriales por parte del copista (tal y como sucede en la deficiente revisión de los nombres de *Princesa de Polonia* y *Princesa de Rusia* [vid. 3.3.1.1]). De no hacerlo así, estaríamos ofreciendo al lector dos estadios de redacción entreverados, mezclados en un modo en que nunca se dieron –ni en el borrador, ni en la puesta en limpio–, puesto que con total seguridad los cambios propuestos en el manuscrito pretendían quedar regularmente recogidos en el traslado posterior sobre el que se proyecta el testimonio.

Sin embargo, conviene subrayar que, por el contrario, nunca operamos más allá del estadio de revisión validado por la copia en limpio, de modo que en todos aquellos casos –mucho más numerosos– en que advertimos una incoherencia en la redacción del texto o una confluencia no deseable de variantes redaccionales sobre la cual no se ha intervenido en la copia, nosotros siempre respetamos y anotamos dichas carencias sin llevar a cabo su subsanación. Así hemos procedido, por ejemplo, en aquellas ocasiones en que advertimos pequeñas variantes en los nombres de los personajes (*Soraastro-Sofraastro*; *Luposeldo-Luposendo*); así como en aquellos lugares en los que detectamos la aparición de variantes primitivas de algunos nombres (*Agatandro* por *Nictemeno*). Con ello hemos perseguido sostener un criterio coherente, que nos permita ofrecer una edición fiel al estadio de fijación textual que presenta y propone la puesta en limpio del texto recogida en nuestro testimonio.

Tan solo hemos estimado conveniente llevar a cabo una excepción a la opción crítica aquí expuesta, referente a aquellos casos en que la intervención del copista se concreta en una clara propuesta de censura, en la medida en que dichas actuaciones constituyen una apropiación de otro orden sobre la obra del padre Daza –por lo demás, fácilmente detectable e interpretable–. Ciertamente, dichas injerencias sobrepasan

---

reconstruimos O –en el caso, por ejemplo, de tradiciones móviles o fluctuantes–, aunque sí el texto ideal más próximo a él», ob. cit., pág. 84.

claramente el objetivo de ejecutar una revisión sobre el proceso de configuración textual de la obra, para incidir en el plano moral e ideológico que afecta de lleno al contenido de la misma. Razón por la que consideramos que la opción más adecuada en estos casos pasa por dar cuenta en el aparato de notas textuales de cada una de las propuestas de censura contenidas en el manuscrito, sin que obedezcamos en la edición a las indicaciones de supresión de los fragmentos afectados.

Con esta propuesta de fijación del texto pretendemos respetar la realidad dinámica de nuestro testimonio, permitiendo al lector la valoración propia y «viva» de los textos superpuestos, sin que por ello nos hallamos abstraído de la delicada tarea de ofrecer el texto más cercano posible al *original* –si bien, esta vez, en un camino inverso hacia el arquetipo–.

## 8.2. *Dispositio textus*: criterios de presentación gráfica

La labor de la *dispositio textus* conlleva una delicada toma de decisiones, especialmente en lo que se refiere a la interpretación y la traslación de la realidad grafemática de los textos, que ha provocado una enorme disparidad de criterios entre los editores de nuestras obras áureas. En este sentido, la compleja y rica realidad significativa de los textos, que se presentan como documentos históricos al tiempo que como valiosos monumentos literarios<sup>498</sup>, representa seguramente una de las principales causas de la conocida polémica mantenida por quienes sostienen la conveniencia del «old spelling» frente a los defensores de la modernización gráfica.

Con todo, parece existir un extendido acuerdo en la necesidad de salvaguardar aquellas informaciones relevantes para la historia de la lengua<sup>499</sup>, respetando el nivel de lo que podemos considerar como los «alógrafos denotativos» de los grafemas –de acuerdo con la terminología de corte estructuralista establecida por Luigi Rosiello<sup>500</sup>–. Así lo expresaban los profesores José Barroso Castro y Joaquín Sánchez de Bustos:

Si el criterio principal de transcripción para la edición de textos antiguos o clásicos debe asentarse en el respeto a la realidad grafemática, y por consiguiente, a la realidad fonética y fonológica que representa cada grafema, conviene marcar los límites de la modernización o ajuste sin dañar el valor representativo u otros valores de los grafemas. El problema principal de la *dispositio textus*, más concretamente, de la transcripción, consiste, entonces, en elaborar los

---

<sup>498</sup> «Evidentemente, el carácter irrelevante de un signo depende de cada caso concreto, dado que en numerosas ocasiones un texto puede presentarse a la vez como monumento y como documento, situación muy frecuente en el caso de las obras medievales, en las del Siglo de Oro y, en general, en los autógrafos», A. Bleca, ob. cit., pág. 137.

<sup>499</sup> Así podemos constatarlo incluso entre quienes enarbolan la discutida bandera de la comodidad del lector. Sirva como ejemplo el conocido artículo de Luis Iglesias Feijoo en favor de la modernización gráfica, en el que no solo se observa una clara asunción del criterio de la «pronunciación», sino también una sorprendente cercanía a la cautela crítica que en realidad caracteriza y diferencia a quienes abogan por la conservación gráfica: «Modernización frente a ‘old spelling’ en la edición de textos clásicos», en Pablo Jauralde Pou, Dolores Noguera Guirao y Alfonso Reyes (eds.), *La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional de Siglo de Oro*, Londres, Tamesis, 1990, págs. 237-244. En idéntica dirección, véanse también las conclusiones de Jesús Cañedo e Ignacio Arellano, «Observaciones provisionales sobre la edición y la anotación de textos del Siglo de Oro», en *Edición y anotación de textos del Siglo de Oro*, Pamplona, EUNSA, Anejos de *Rilce*, 1987, 4, págs. 339-355.

<sup>500</sup> Para la distinción de alógrafo denotativo y connotativo, véase: Luigi Rosiello, «Grafemática, fonemática e crítica testuale», en *Lingua e Stile*, I, 1966, págs. 63-77.

criterios de fijación de manera que se sepa combinar adecuadamente *conservación* y *modernización*<sup>501</sup>.

Sin embargo, las verdaderas discrepancias aparecen precisamente en el momento de adentrarnos en la decisiva tarea de dirimir y establecer el valor denotativo de cada grafía en un periodo determinado. Puesto que, como bien ha puntualizado José Antonio Pascual, el estudio grafemático no solo se muestra imposibilitado en tantas ocasiones para develar una correspondencia unívoca entre grafía y fonema, sino que «exige en muchos casos una discusión de problemas lingüísticos cuya solución puede tener que permanecer en suspenso»<sup>502</sup>. En consecuencia, ante esta compleja casuística de las relaciones grafemáticas –que sobrepasa el ámbito diacrónico para extenderse en enormes divergencias diafásicas y diastráticas–, parece necesario considerar que la elección de unos adecuados criterios de presentación gráfica no puede sino constituir un nivel interpretativo más de la tarea ecdótica, que exigirá un análisis previo de las particularidades y de las necesidades de cada texto –en la mayoría de los casos, difícilmente resolubles a partir de convicciones apriorísticas–.

Por todo ello, en lo que se refiere al establecimiento de los criterios de transcripción de nuestra edición, hemos considerado oportuno prescindir de aquellos usos gráficos que no habiendo perdurado en la ortografía moderna, tampoco hemos estimado susceptibles de transparentar aspectos relevantes para el estudio diacrónico de la lengua. Así, conscientes del interés que el análisis de las grafías reviste para la caracterización de una determinada *scripta* o para la definición de sus connotaciones sociales y culturales en un periodo determinado, sin embargo, hemos decidido prescindir de estas informaciones en el cuerpo de la edición, habida cuenta de la

---

<sup>501</sup> «Propuestas de transcripción para textos del XV y Siglos de Oro», en Manuel García Martín (ed.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993, I, págs. 161-178. Con todo, como expondremos a continuación, en nuestra edición no optamos por el mantenimiento de esos «otros valores de los grafemas» (perfectamente analizados en su exposición), cuya consideración estimamos en cualquier caso necesaria.

<sup>502</sup> De manera contraria nos enfrentaríamos al riesgo de normalizar lo que en realidad constituye un uso común en la época. Jose Antonio Pascual, «La edición crítica de los textos del Siglo de Oro: de nuevo sobre su modernización gráfica», en Manuel García Martín (ed.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad, I, 1993, pág. 55.

subjetividad a la que obliga su selección y, sobre todo, en atención a la necesidad de jerarquizar los hechos gráficos detectados –que, de otro modo, quedarían a la espera de una concienzuda interpretación por parte del lector–.

Por el contrario, hemos considerado conveniente favorecer la preservación de todas aquellas grafías que podían presentar un carácter denotativo en la época de producción de nuestro testimonio. Procedemos así incluso cuando las confusiones grafemáticas manifiestan la pérdida de una distinción fonológica, en la medida en que nuestro texto se inserta en un período de profundas transformaciones, cuya cronología precisa todavía en tantos casos de testimonios «conservadores». En el mismo sentido, los abundantes rasgos dialectales detectados nos han llevado a operar con extremada prudencia en la conservación de lo que en ocasiones pueden parecer errores o malos hábitos de copista. Por último, la naturaleza manuscrita del texto nos ha confirmado en el interés de respetar, en la medida en que nuestros conocimientos nos lo han permitido, su carácter de testimonio de lengua<sup>503</sup>.

El mismo criterio se ha seguido en lo que se refiere a la resolución de diversas cuestiones ortográficas, tales como la puntuación, la unión y separación de palabras, la acentuación y el uso de las mayúsculas, para las que hemos optado por una adecuación a los usos actuales siempre que ello nos permitiese respetar y dar cuenta de la naturaleza prosódica, léxico-semántica y sintáctica del texto conservado.

---

<sup>503</sup> Prácticamente en la totalidad de los criterios que se expondrán a continuación coincidimos con el planteamiento y la propuesta de transcripción promovida para los textos literarios desde la Red Internacional CHARTA (Corpus Hispánico y Americano en la Red: Textos Antiguos), el grupo Cilengua y el equipo del *Nuevo Diccionario Histórico del Español de la Real Academia*, en el manual: *La edición de textos españoles medievales y clásicos: criterios de presentación gráfica*. San Millán de la Cogolla. Cilengua. 2011 (que tiene como antecedente un trabajo más extenso y pormenorizado, publicado por Pedro Sánchez-Prieto: *Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica*. Madrid. Arco/Libros. 1998). A la coherencia y rigor de esta propuesta se une la ventaja de que estos criterios cuentan con el respaldo de la Real Academia Española, pues, por iniciativa de José Antonio Pascual, están siendo utilizados en los textos incorporados al Corpus del *Nuevo Diccionario Histórico del Español*. Lo cual podría conducirnos a un deseable consenso y uniformidad en la edición de nuestros textos medievales y clásicos.



### 8.2.1. Grafías

De acuerdo con lo expuesto hasta aquí, hemos creído conveniente intervenir en la regularización de las siguientes variaciones gráficas que, alejándose de la ortografía actual, no esconden, en cambio, relevancia fonética alguna:

- **u, v.-** En las escasas ocasiones en que detectamos el empleo de *u/v* con idéntico valor, se reserva la grafía *u* para el sonido vocálico (*vno-uno*), frente a *v*, para el consonántico (*uino-vino*).
- **i, j, y.-** De igual modo, se resuelve la común alternancia en el uso de las grafías *i, j, y* con valor vocálico y consonántico. Así, se restringen las grafías *i/y* para el valor vocálico de acuerdo con las convenciones actuales (*ymagen>imagen; leydos>leídos, cuydar>cuidar; pero rei>rey*); se reserva *j* para el valor consonántico prepalatal /j/ (*iusto>justo*), mientras *y* se emplea para la consonante mediopalatal /y/ (*cuio>cuyo*).
- **qu-.** Se mantiene la grafía *qu-* para la consonante velar sorda /k/ ante las vocales *e/i*, pero se transcribe como *c* en los numerosos casos en que aparece delante de *a/o/u* (*quales>cuales, quando>cuando, quan>cuán*). De otro lado, en aquellas ocasiones en que el segundo elemento del digrama *qu-* no se transcribe, se restituye sin indicación (*qe>que, qi>qui*), habiéndonos asegurado siempre de que su ausencia no esconde una pronunciación diversa. Del mismo modo procedemos con el digrama *gu-* cuando representa a la velar sonora /g/ (*engedexados>enguedexados, jugetes>juguetes, embriagez>embriaguez*)<sup>504</sup>.
- **l/ll.** Se distribuyen las grafías *l* y *ll* para los valores líquido lateral /l/ y palatal lateral /ll/ respectivamente (*Callimaco>Calimaco; lamar>llamar*), pero con prevenciones hacia posibles procesos de palatalización (sobre todo por asimilación: *lleña, señuello*) o potenciales ausencias de palatalización (*quila*).
- **m/n.** Se resuelve la variación de las grafías *m/n* en posición implosiva, transcribiendo siempre *m* ante *b, p* (*enbajador>embajador*,

---

<sup>504</sup> «El desinterés de los copistas por transcribir *u* se relaciona con la corriente omisión de tildes que suplan *ue, ui*», Pedro Sánchez-Prieto, *Cómo editar los textos medievales...*, pág. 121.

*enperador*>*emperador*) y restringiendo *n* para la nasal en posición implosiva ante *v* y el resto de consonantes<sup>505</sup> (*emviar*>*enviar*, *cimcuenta*>*cincuenta*, *amdar*>*andar*); asimismo, se transcribe siempre *n* para la nasal en posición final de palabra (*allam*>*allan*, *jubom*>*jubóm*, *tubierom*>*tubieron*). De otro lado, siempre que es necesario, se restituye entre corchetes la ausencia de nasal provocada por el frecuente olvido de la lineta de abreviatura<sup>506</sup>.

- ***n*, *nn*, *ñ*.** Se efectúa la reducción a sus valores fonéticos de las grafías *n*, *nn*, *ñ*, transcribiendo siempre como *ñ* la palatal nasal y como *n* la nasal alveolar (*lunna*>*luna*, *coronna*>*corona*; *pena*>*peña*, *grenas*>*greñas*). Con todo, prestamos también en este caso especial atención a posibles procesos de palatalización (*Susaña*, *reñegada*, *peaña*).

- ***R*, *rr*, *r*.** De acuerdo con los usos actuales, se representa como *r* la vibrante múltiple en posición inicial y postconsonántica (*Roca*>*roca*, *Remito*>*remito*, *Remedio*>*remedio*; *rrodriga*>*rodriga*, *rroca*>*roca*, *rraçón*>*raçón*; *enriquecer*>*enriquecer*), pero se transcribe como *rr* en posición intervocálica (*veruga*>*verruga*, *aforado*>*aforrado*; *aborescimiento*>*aborrecimiento*), frente a *r* como representante de la vibrante simple (*tirrando*>*tirando*).

---

<sup>505</sup> «La cuarta regla sea que la *n* nunca puede ponerse delante de la *m*, *b*, *p*, antes en los tales lugares siempre avemos de poner *m* en lugar de *n* (...), lo cual acontece porque donde se forma la *n*, que es hiriendo el pico de la lengua en la parte delantera del paladar hasta donde se forman aquellas tres letras ai tanta distancia que fue forçado passarla en *m* (...)», Antonio de Nebrija, *Gramática sobre la lengua castellana* (Ed. Carmen Lozano. Madrid-Barcelona. RAE-Galaxia Gutenberg. 2011, pág. 45). Así se hacía eco el gramático nebrisense de lo que los modernos estudios de fonética y fonología han comprobado: «Cuando /m/ o /n/ se encuentran en posición silábica implosiva o postnuclear, pierden sus rasgos distintivo. En esta situación no se oponen, se neutralizan, siendo el resultado de dicha neutralización el archifonema /N/, que guarda como rasgo común de los fonemas neutralizados el de la nasalidad», Antonio Quilis. *Principios de fonética y fonología españolas*. 10ª ed. Madrid. Arco/Libros. 2010, pág. 54. Por lo que estimamos conveniente transcribir de acuerdo con las convenciones actuales, en lugar de reproducir una alternancia gráfica que en ningún caso pretende reflejar una realización fonética.

<sup>506</sup> Restauramos entre corchetes la abundante elisión de lineta de nasal, puesto que su restitución requiere en muchas ocasiones de una interpretación crítica que afecta, por ejemplo, a la concordancia verbal. En los casos en los que cabe interpretar una ausencia efectiva del fonema de nasal, procedemos con especial cautela tras comprobar su aceptación y extensión en la época del manuscrito, así como su frecuencia de aparición a lo largo del mismo. En virtud de la transparencia de estas intervenciones (siempre marcadas convenientemente entre corchetes), el lector crítico podrá disentir de nuestra propuesta.

Por el contrario, hemos optado por el mantenimiento de aquellas alternancias gráficas que tienen su origen en una oposición fonológica cuya cronología puede extenderse hasta el siglo XVI:

- **b, v.-** Se transcriben de acuerdo con su distribución en el manuscrito, que revela un uso asistemático de ambas grafías (*vien, haver, savior; biniendo, vrebcs, bóbeda*)<sup>507</sup>.
- **h-, -h-.** Habida cuenta de la diversidad representativa de la grafía *h* en el siglo XVI, así como, sobre todo, de su particular fortuna en la ortografía moderna, hemos creído conveniente suprimirla tan solo cuando su empleo no se ha consolidado (*hera>era*) –lo que coincide mayormente con su uso expletivo o ultracorrecto y, por tanto, en ningún caso susceptible de revestir valor fonético–. Ello nos permite deshacer equívocos como los ofrecidos por el caso de *ha ber>a ber* (del verbo *ver*). Por las mismas razones, procedemos a suprimir el uso diacrítico de *-h-* en posición interior cuando su empleo no ha perdurado (*traher>traer*). En cambio, a la luz de la presencia de lecciones como *hervoroso* o *evrero* –que cabe interpretar como indicios de aspiración–, consideramos necesario reflejar su empleo en el resto de contextos según los usos del manuscrito, absteniéndonos de reponerla cuando no aparezca (*aber, asta, acia*).
- **c, ç/ z.-** El grupo de las sibilantes manifiesta una completa confusión grafemática en sus dobles que, como dijimos, consideramos igualmente significativa<sup>508</sup>. Por ello, respetamos la distribución de las grafías *c,ç/z* de

---

<sup>507</sup> La cronología de la distinción de las labiales sonoras en el siglo XVI ha sido cuestión ampliamente discutida entre los historiadores de la lengua, como lo fue primero para los autores y ortógrafos contemporáneos. Amado Alonso, Ramón Menéndez Pidal y Rafael Lapesa, entre otros, establecen la propagación de la indistinción a lo largo de todo el s. XVI, con su foco en Castilla la Vieja; por el contrario, Dámaso Alonso y Manuel Ariza se decantan por una temprana y amplia extensión de la confusión desde la Edad Media. Una magnífica síntesis de las principales propuestas puede encontrarse en: Rafael Cano Aguilar. *Historia de la lengua española*. Barcelona. Ariel. 2004, págs. 827-833.

<sup>508</sup> Un buen resumen de la conocida polémica acerca de la periodización en la evolución del sistema de las sibilantes, así como del modo en que conviene leer los casos de confusión gráfica en los documentos, puede obtenerse en la confrontación del trabajo de Juan Antonio Frago: *Historia de las hablas andaluzas*. Madrid. Arco/Libros. 1993 –en el que se defiende una procedencia más antigua del fenómeno y una extensión más lenta del mismo–; frente al de Manuel Ariza, «Reflexiones sobre la evolución del sistema consonántico en los Siglos de Oro», en *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua*

acuerdo con los usos del manuscrito, en atención al complejo proceso de igualación de sus fonemas iniciales en el nuevo interdental fricativo (*océano/ozéano, dice/dize, hacer/hazer; celada/zelada, ceñir/zeñir, cimborrio/zimborrio*). De otro lado, al modo de la mejor tradición gráfica alfonsí, con el fin de evitar equívocos poco productivos, presentamos *c* ante *e, i* y *ç* delante de *a, o, u*, restaurando la cedilla en este último caso siempre que represente a la sibilante dental sorda (*cabeca>cabeça*).

- **-ss-/-s-**. De igual modo, mantenemos la alternancia de *-ss-/-s-* en posición intervocálica según los usos del manuscrito (*casso/caso, fuesse/fuese, duquessa/duquesa*); no así en posición inicial o postconsonántica, donde el fenómeno es paralelo al de *rr-* inicial o *-rr* tras *n*.
- ***x / g, j-*** Se reflejan los usos del manuscrito en la notable alternancia de las grafías de las prepalatales *x / j, g* (*dixo/dijo, trabaxo/trabajo, Mexiano/Mejiano; xamás/jamás, xarcia/jarcia, xardín/jardín*).
- ***Trueques-*** No intervenimos, claro está, en las variaciones detectadas entre grafías que muestran distintos lugares de articulación, especialmente en el orden alveolar y dental (*inzufrible, zollozando, incluças; susedió, dies*).

Atención aparte merece la controvertida discriminación del valor fonético de los llamados «grupos cultos». Así, hemos considerado oportuno mantener aquellos grupos cuyo eventual valor podía equivaler a una secuencia de consonante implosiva seguida de explosiva<sup>509</sup>: *ct* (*respecto*); *gn* (*línea*); *bd* (*cobdo*); *mn* (*solemne*); *pt* (*aceptar*); *mpt* (*sumptuoso*); *nst* (*circunstante*); *bst* (*abstener*), etc. En cambio, hemos decidido modernizar según los usos actuales aquellos digramas sin trascendencia fonética que, si

---

*Española*, Madrid, Arco/Libros, 1996, I, págs. 43-79; o el de J. A. Pascual, «Çufrir por sufrir», *Voces*, 1991, 2, págs. 103-108.

<sup>509</sup> «Muchas voces cultas que entran en el castellano a finales de la Edad Media y (cada vez más) durante el Siglo de Oro eran adaptaciones de términos latinos que contenían tales grupos, lo que planteaba entonces un problema fonológico (...). El conflicto creado por estos cultismos, que poseían grupos no permitidos, se resolvió de dos modos: o bien se simplificaba el grupo, generalmente mediante la pérdida de la primera consonante, o bien se intentaban pronunciar ambas (o las tres consonantes), con lo cual se introducían nuevas posibilidades fonotácticas en español», Ralph Penny. *Gramática histórica del español*. Barcelona. Ariel. 2006, pág. 102.

bien en muchos casos pueden entenderse desde su pertenencia a tradiciones escritoriais arraigadas –como ocurre con el grupo *-sc-* o con las consonantes geminadas–, en conjunto pueden explicarse desde una voluntad de prestigiar la escritura con un sesgo latinizante<sup>510</sup>:

- **ch, ph, th, rh.** Se simplifican estos dígrafos en *c/qu-*, *p*, *t*, *r* cuando su valor es equivalente al de estas grafías: *machina*>*máquina*, *munecha*>*muñeca*; *Ophrasio*>*Ofrasio*, *Josepho*>*Josefo*; *Antheo*>*Anteo*, *theológica*>*teológica*; *Rha*>*Ra*.
- **Consonantes geminadas.** Simplificamos el uso de consonantes dobles: *appetito*>*apetito*; *coronna*>*corona*.
- **Sufijo *-ction*.** Entendemos su aparición como grafía latinizante, por tanto, nos decidimos por su modernización (*lection*> *lección*, *action*>*acción*, *perfection*>*perfección*).
- **S- líquida.** Reponemos una *e* ante la *s-* líquida inicial, ajena por completo a la fonética del castellano<sup>511</sup>, cuya aparición puede explicarse por razones de fonética sintáctica o, más bien, asimiliarse a usos gráficos paralelos a los aquí observados: *spíritu*>*espíritu*, *spinas*>*espinas*; *Smerilda*> *Esmerilda*.
- **-sc-.** En cuanto al grupo *-sc-* en posición interior de palabra ante vocal anterior, la extensión de su uso se remonta a los tiempos de la *scripta* alfonsí, en

---

<sup>510</sup> P. Sánchez-Prieto advierte oportunamente: «El concepto de connotación latinizante cede ante la mera convención ortográfica. Y aun cuando la razón última del empleo de estas grafías es la tradición de escritura latina (lo cual resulta perogrullesco en una ortografía, la románica, que procede de la latina), en un determinado documento el carácter convencional, que se manifiesta en la configuración de la tradición, se sobrepone a la posible connotación latinizante» (*Cómo editar los textos medievales...*, pág. 147). Para la adecuada observación de las grafías que agrupamos en relación con los «grupos cultos», así como para la precisa asignación de conceptos como el de «ultracorrección» y «connotación latinizante» en su descripción, remitimos a las págs. 144-158 de dicho manual.

<sup>511</sup> «Ante *sC-* y dependiendo del contexto fónico (por lo general una secuencia *CsC-*) se desarrolla una vocal protética ya desde el s. III, vocal que suele contar métricamente en los himnos visigodos aunque no tenga representación gráfica», Juan Gil, «El latín tardío y medieval (siglos VI-XIII)», en Rafael Cano, ob.cit., págs. 155-156; donde puede encontrarse, además, una abundante ejemplificación al respecto.

la que ya carecía de valor fonético diferenciado<sup>512</sup>. En consecuencia, nos decidimos por su reducción: *rescibir*>*recibir*, *parescer*>*parecer*, *merescer*>*merecer*.

- **Sc-**. Consideración especial merece el grupo *sc-* en posición inicial de palabra delante de vocal anterior, por cuanto el español ha optado por la solución protética en convivencia con el resultado simple conducente a la interdentalización (*escita*, pero *ciencia*)<sup>513</sup>. Observamos en el manuscrito una significativa alternancia entre las formas con *sc-* y las variantes simples (*scita*, *Scitia*, *sciencia*, *Scipión*, etc.; *cita*, *Citia*, *ciencia*, *Cipión*, etc.), que da lugar a dos interpretaciones diametralmente opuestas: de un lado, tal convivencia de formas podría ser indicio de la existencia de una alternancia meramente gráfica para la representación de la sibilante dental procedente de *SC-* (paralela a la existente en posición interior de palabra ante vocal anterior); de otro lado, la convivencia de formas gráficas podría estar transparentando precisamente una doble evolución de estos vocablos (*cita*, *escita*).

---

<sup>512</sup> Así se expone con datos precisos en: P. Sánchez-Prieto, «La normalización del castellano escrito en el siglo XIII. Los caracteres de la lengua: grafías y fonemas», en Rafael Cano, ob.cit., págs. 441-442; véase también R. Menéndez Pidal. *Historia de la lengua española*. Madrid. Fundación Ramón Menéndez Pidal-Real Academia Española. 2005. I, págs. 638-639. En la reducción de *-sc-> -c-*, seguimos la argumentación de P. Sánchez-Prieto: «En algunas palabras como *ascender*, *piscina*, *rescindir*, etc., *-SC-* abocó en [sθ]. En la fijación gráfica moderna de *sc* para /sθ/ (*descender* y no *decender*) y de *c* para /θ/ (*nacer* y no *nascere*) puede verse un indicio de cumplimiento de la interdentalización, pues suponemos que la pronunciación diferenciada de dos elementos (sibilante dental el uno y sibilante alveolar el otro) no era posible antes de que se produjera la interdentalización de las antiguas sibilantes dentales, ya que la sibilante alveolar se asimilaría automáticamente a la dental. A tenor de esto transcribiremos *sc* allí donde las dos consonantes suenan hoy distintamente (*ascender*), y *c*, donde el resultado es /θ/ (*nacer*, *nascere*>*nacer*)» (*Cómo editar los textos medievales...*, pág. 136).

<sup>513</sup> P. Sánchez-Prieto expone con gran claridad la compleja interpretación de estas grafías, advirtiendo de la imposibilidad de su resolución en muchos casos. Pese a que la cita es extensa, consideramos oportuno reproducirla aquí por constituir esta una cuestión rara vez abordada en el campo de la edición de textos castellanos: «En los nombres comunes, la posición inicial generalizó el resultado simple (*sciencia*, *ciencia*> *ciencia*), pero ha de dudarse en la interpretación de *scena* a la vista del antiguo *cena* y moderno *scena* [...]. Especial dificultad plantea el resultado de *SC-* inicial en los nombres propios, pues el español ha optado ulteriormente por la solución protética, posible tras la interdentalización (*Escipión*), mientras que para la Edad Media parece general un resultado como el que hay en posición interior (*Cipión*, [...]). Por lo dicho, no es seguro el valor fonético de *scitas*, que alterna con *citas* en el ms. U [de la *Primera Crónica General*] de 1280», *Cómo editar los textos medievales...*, pág. 137.

Ante la clara imposibilidad de ofrecer con seguridad el valor fonético del grupo *sc-* en estos casos, toda vez que hemos advertido del doble valor que puede esconder dicha grafía, hemos decidido proponer en este caso la reposición de la vocal inicial entre corchetes angulares –signo que reservamos siempre para marcar una peculiar situación lingüística, que no ecdótica<sup>514</sup>–: <e>*scita*, <E>*scitia*, <e>*sciencia*, <E>*scipión*, etc. Procedemos así, en primer lugar, porque consideramos que el triunfo moderno de las variantes con interdentalización aconseja la lectura de una convivencia de formas en la época (así ocurre en *escita*, *Escitia*, *Escipión*); en segundo lugar, porque la variante protética de las voces encontradas goza de una amplia documentación coetánea que legitima la comprensión del grupo *sc-* como un latinismo gráfico paralelo al de *spíritu* (tal es el caso de *esciencia*). Asimismo, consideramos que la no resolución de dicha grafía implicaría un vacío interpretativo que obligaría al lector a extraer unas costosas conclusiones.

Algunos usos gráficos encontrados en el manuscrito han requerido de un análisis más profundo de los posibles fenómenos lingüísticos implicados, conducente a una posterior propuesta de transcripción crítica que transparentase nuestra interpretación de la peculiar situación lingüística oculta en cada caso. En la mayoría de ocasiones la comprensión de la realidad fonética resulta fácilmente accesible a través de la representación gráfica ofrecida por el manuscrito. Cuando así ocurre, hemos respetado escrupulosamente las grafías encontradas en el testimonio: así sucede en casos tales como la confusión de líquidas (*almándome*, *escalbando*; *barcón*, *lebrer*), la sonorización de velares iniciales (*gullicho*, *guchilladas*) o la aparición de *-n* epentética

---

<sup>514</sup> P. Sánchez-Prieto propone el uso de los corchetes angulares para resolver determinadas situaciones lingüísticas, tales como la fusión de vocales por fonética sintáctica o la reducción gráfica de los hiatos conformados por dos vocales idénticas (cf. *Cómo editar los textos medievales...*, pág. 167). Frente al empleo de los corchetes comunes [] en las enmiendas de la *constitutio textus*, el uso de los corchetes angulares restringido a cuestiones de orden lingüístico nos ha parecido de gran utilidad de cara a distinguir estos dos planos de la edición crítica, por lo que hemos estimado conveniente hacerlo extensivo a esta delicada reposición de *e-* protética ante *sc-*, pero también a la no menos peliaguda restauración de la vocal ausente en los diptongos representados mediante la vocal más cerrada (*fu<e>go*, *b<u>eno*, *ti<e>rra*, etc.; vid. *infra*). Esta señalización de nuestras intervenciones en cuestiones de difícil dilucidación pretende impedir la recuperación de variantes lingüísticas que no podemos asegurar que existieron.

(*lindenças*), entre otros. De modo paralelo, no hemos empleado ninguna marca especial para resaltar la ausencia de *-s* final (*la cuales; monas o espantable simos*), como tampoco lo hemos hecho ante la reducción del sufijo de superlativo (*hermosimo*); ambos, fenómenos gráficos susceptibles de ser analizados como indicios de aspiración<sup>515</sup>.

Sin embargo, en aquellas ocasiones en que la representación gráfica encontrada para determinados fenómenos lingüísticos del manuscrito podía comprometer la correcta comprensión del nivel léxico y gramatical del texto, hemos considerado oportuno adoptar soluciones críticas en nuestra transcripción que permitiesen transparentar la presencia de dicha realización fonética a la par que se facilitase la lectura de la obra; para ello, hemos adoptado nuevamente el uso de los corchetes angulares <>. En consecuencia, las soluciones que exponemos a continuación deben entenderse siempre en el nivel de la variación lingüística y nunca, por tanto, como enmiendas editoriales ante errores de la transmisión:

- Del mismo modo que en el caso de las vocales embebidas por fonética sintáctica (*vid. infra*), reponemos entre corchetes angulares la vocal ausente como resultado de la fluctuación del embebimiento de vocales iguales en hiato (*pose<e>, querría<o>s, le<é>*).
- Asimismo, habida cuenta de la especial complejidad que presenta la interpretación de la habitual representación de los diptongos mediante el elemento más cerrado, hemos decidido restituir la vocal ausente entre corchetes angulares (*bu<e>no, pu<e>nte, ti<e>rra*)<sup>516</sup>.

---

<sup>515</sup> Una buena síntesis de la controvertida interpretación lingüística que ha merecido la ausencia de *-s* en los documentos medievales y áureos puede encontrarse en: Rafael Cano Aguilar, «Cambios en la fonología del español durante los siglos XVI y XVII», en R. Cano (coord.) *Historia de la lengua española*, Madrid, Ariel, 2004, págs. 250-252).

<sup>516</sup> A lo largo del manuscrito puede observarse una importante tendencia a la representación gráfica de los diptongos mediante el elemento más cerrado, que en ningún caso responde a un particular fenómeno fonético-fonológico (asimilable, por ejemplo, a las reducciones de diptongos castellanos operadas durante la Edad Media, véase: M<sup>a</sup> Jesús Torrens Álvarez. *Evolución e historia de la lengua española*. Madrid. Arco Libros. 2007, págs. 48-50). Antes bien, nos encontramos ante un fenómeno gráfico de amplio recorrido (de su temprana presencia en el *Auto de los Reyes Magos* nos advierte P. Sánchez-Prieto, en el citado trabajo: «La normalización del castellano escrito en el siglo XIII...», pág. 435), cuya naturaleza de



De otra parte, en lo que se refiere a la transcripción de los nombres árabes, atendiendo a la especial configuración de su creación por parte del autor (que intenta imitar las peculiaridades propias de una lengua con caracteres no latinos), hemos decidido respetar las grafías presentadas por el manuscrito. Tan solo hemos procedido a la normalización de algunos usos gráficos cuando podíamos estar seguros de que su empleo no revestía un valor fonético diferenciado; así, hemos simplificado el empleo de los grupos cultos *th-*, *ph-* (*Amath*>*Amat*, *Caithbeio*>*Catibeio*; *Mustaphá*>*Mustafá*). Ello no solo resulta coherente con los criterios de edición aquí expuestos, sino también con las actuales recomendaciones de la Real Academia, que invitan a reproducir en estos casos el valor fonético de los antropónimos de acuerdo con nuestros usos gráficos<sup>517</sup>.

Por último, las abreviaturas se resuelven sin indicación de acuerdo con los criterios aquí expuestos (*illt<sup>e</sup>* >*ilustre*, y no *illustre*). En la restauración de fórmulas de tratamiento abreviadas que en el texto presentan diversos desarrollos, optamos por la forma plena más frecuente en el texto (*v.m*>*vuestra merced*, y no *vuessa merced*). Cuando la resolución de abreviaturas obliga a una mayor interpretación se indica siempre en el aparato crítico; en cualquier caso, todas las abreviaturas con su desarrollo correspondiente pueden consultarse en la tabla elaborada para tal fin (*vid. infra*).

### **8.2.2. Puntuación, unión y separación de palabras, mayúsculas, acentuación**

Con el fin de ofrecer una edición interpretativa del texto, teniendo en cuenta además la asistematicidad ortográfica detectada –connatural a la época de redacción de la obra–, nos hemos atendido a las prescripciones encontradas en la *Ortografía de la*

---

variación meramente formal viene avalada, además, por la asistematicidad de su aparición en el documento. Sin embargo, hemos considerado oportuno reponer en estos casos la vocal ausente entre corchetes angulares, con el fin de transparentar la realidad lingüística del texto, sin que ello nos impida advertir de la presencia de este particular uso gráfico en el manuscrito, cuya dilucidación no resulta sencilla en algunos casos (especialmente en aquellos que afectan a las formas verbales, como *fu* o *furon*).

<sup>517</sup> Real Academia Española. *Ortografía de la lengua española*. Madrid. Espasa. 2010, pág. 648.

*lengua española* (2010) siempre que el respeto a la lengua del testimonio no lo ha desaconsejado.

Así, ante la parca utilización de signos de puntuación del manuscrito –que se limita al uso esporádico de paréntesis para enmarcar los comentarios de narrador; al empleo escaso de la coma; así como del punto, de los dos puntos seguidos de guión y de la mayúscula, para marcar el límite de unidades de sentido asimilables a nuestro párrafo actual–, hemos llevado a cabo una propuesta de puntuación, siendo conscientes de que con ello nos comprometíamos en muchas ocasiones a la interpretación de la sintaxis, de la prosodia y de la semántica del texto –intervención, por otra parte, irrenunciable en una edición crítica–. Tomando siempre en consideración los signos observados, hemos tratado de respetar en todo momento la compleja e intrincada sintaxis del texto, aun cuando ello nos ha acarreado en ocasiones el mantenimiento de extensas oraciones que en ningún caso hemos creído conveniente paliar con una rígida puntuación.

En lo que se refiere a la unión y separación de palabras, intervenimos siempre en las fusiones por fonética sintáctica, discriminando con apóstrofo las secuencias en confluencia: *qu'el/qu'él, qu'en, d'este, asqueros'agua, princip'en*, etc. Sin embargo, cuando el contacto vocálico puede inducir a una mala lectura o cuando la fusión se da entre dos vocales diferentes, restituimos entre corchetes angulares la vocal ausente para evitar confusiones (*n<o> os; a <e>xercitar*). Asimismo, restauramos las vocales embebidas (*ya á comido; hacemos agrabio <a> aquella hermosa boca*); pero las sílabas o palabras elididas por haplogía las restauramos entre corchetes []. En el caso de la preposición *a* que acompaña al CD de persona, la reponemos para esclarecer la lectura del pasaje tan solo allí donde es necesario, dado que su uso no era obligatorio en la época. De otro lado, mantenemos la separación de unidades en proceso de lexicalización cuando existen evidencias que así nos permitan afirmarlo (*a caso, gentiles hombres*); mientras respetamos, en el mismo sentido, aquellas amalgamas en desuso propias de la época, tales como *esotro*.

En cuanto al uso de las mayúsculas, nos parece conveniente advertir que las peculiares características genéricas de nuestro texto nos han impulsado a emplearlas sistemáticamente para los cargos o dignidades, siempre que estos títulos sustituyen al

nombre o funcionan como sobrenombre: «Caballero de la Fe», «Emperador de Babilonia» (pero «era rey de España»). Por último, siempre que tenemos indicios de una acentuación divergente de la actual, introducimos la tilde de acuerdo con ella (*Golíás* y no *Golias*). Asimismo, empleamos tilde diacrítica con el fin de desambiguar los siguientes pares de palabras: *á/a*, *é/e*, *dó/do*, *vos/vós* y *nos/vós* (según sean tónico o átonos, al margen de su función sintáctica).

### 8.2.3. Otros signos críticos: *emendatio* y *apparatus criticus*

Toda vez que restringimos el uso de los corchetes angulares para marcar una situación lingüística particular (*vid. supra*), hemos optado por marcar nuestras adiciones al texto mediante corchetes rectangulares [] (fundamentalmente en aquellos casos en los que nos encontramos ante errores por omisión o fragmentos de difícil legibilidad por algún deterioro material del manuscrito, que especificamos siempre en nota); mientras que las supresiones y el resto de las enmiendas críticas propuestas se explicitan y se justifican, si es necesario, en el aparato de variantes ofrecido al final de la edición, al que remitimos con letras voladas (por ejemplo, <sup>iii</sup>). Hemos preferido no marcar nuestras enmiendas al texto mediante el concurso de los corchetes o la cursiva, con el fin de transparentar con mayor facilidad el significado de nuestras intervenciones: ello nos permite, en primer lugar, facilitar que el lector crítico pueda discriminar el valor aditivo o reconstructivo de los corchetes en el texto sin necesidad de consultar el aparato de notas textuales; en segundo lugar, ello contribuye a reservar el aparato de notas textuales para aquellas intervenciones del editor que suponen una mayor interpretación crítica sobre el texto, amén de aligerar la edición de un número considerable de signos críticos.

Allí se indican también las correcciones llevadas a cabo por el copista, distinguiendo sus intervenciones de las nuestras mediante la anteposición de la palabra *copista* a la nota. En uno y otro caso, tras la lección consignada en la edición (delimitada por un corchete de cierre), transcribimos con criterios paleográficos la lectura previa que encontramos en el manuscrito. Así, en el segundo de los siguientes ejemplos la enmienda sería nuestra:

*copista*: fabulosa manera] parabólica manera *del.* + fabulosa manera

podérsele] perdersele. Enmiendo este error comprensible a la vista del significado global de la frase en la que se inserta; *poder* se aproxima al significado del término siguiente (*esconder*), transformándose así en *perder*.

Con el fin de transparentar, en la medida de lo posible, la casuística del proceso de corrección efectuado por el copista, nos servimos de las siguientes abreviaturas latinas (procedentes de la terminología tradicional de la filología clásica<sup>518</sup>):

–*del.* (*deleuit*): para las palabras canceladas.

–*s.l* (*supra lineam*) y *mg.* (*in marginis*): para marcar y discriminar aquellas lecciones que pueden haber sido añadidas en una revisión posterior (frente al ejemplo anterior, en el que *parabólica manera* se ha insertado al hilo de la copia).

–*a. c.* (*ante correctionem*), *p. c.* (*post correctionem*): para indicar que la palabra ha sido corregida rescribiendo sobre la lección primitiva (de modo que el cambio puede haber sido efectuado al hilo del proceso de copia o en una revisión posterior).

Los cambios de folio se indican volados entre corchetes [f. 43v], indicando siempre el recto y el vuelto como en el ejemplo. Dado el irregular funcionamiento del sistema de reclamos, que no siempre coincide exactamente con el corte que marca el inicio de la página siguiente, optamos por dar prioridad a este último en aras a facilitar el cotejo con el manuscrito. Con todo, en las contadas ocasiones en las que el reclamo introduce una lectura divergente, se da cuenta de ello en el aparato de variantes.

Por otra parte, las apostillas marginales se registran en el aparatado de notas situado a pie de página, puesto que las consideramos parte constitutiva de la obra total pergeñada por el autor –en algunas ocasiones *completada* por el artífice de la copia, como sugerimos en 3.3.2–, por lo que hemos estimado oportuno que el lector disponga de ellas junto al cuerpo del texto. También damos cuenta en este lugar de todas aquellas anotaciones y comentarios atribuibles a lectores de la obra, siempre y cuando estos no propongan una enmienda al texto. En los escasísimos casos en que es así, confrontamos

---

<sup>518</sup> Las abreviaturas han sido extraídas de Jacques André. *Règles et Recommandations pour les Éditions Critiques (série latine)*. Paris. Les Belles Lettres. 1972, pág. 31.

tales propuestas de corrección en el aparato final de notas textuales, donde recordamos asimismo nuestra decisión de no seguir tales indicaciones, en la medida en que no poseen autoridad sobre el proceso de configuración textual.

Por último, hemos creído necesario introducir una anotación mínima como complemento a nuestra edición, que en ningún caso pretende abarcar los múltiples aspectos de interés que presenta la obra. Antes bien, ante la notable magnitud del texto, nos hemos visto obligados a limitar nuestros comentarios y aclaraciones a aquellos elementos que atañen directamente a la labor de fijación del texto. Así, en nuestro aparato de notas al pie ofrecemos noticias que conciernen a la materialidad del manuscrito (tales como la pérdida de folios, los problemas causados por la encuadernación, los errores en la numeración de capítulos...); a disquisiciones lingüísticas estrechamente relacionadas con la transcripción del texto (tanto en el nivel fonético-fonológico, como en el nivel léxico y sintáctico); a averiguaciones lexicográficas relacionadas con vocablos y expresiones que hemos considerado propios de la época (para los que, en consecuencia, ha sido necesario recurrir a repertorios especializados), y, por último, a informaciones intertextuales, relativas tanto a aquellos fragmentos de otras obras citados en la narración, como a aquellas fuentes señaladas en las numerosas apostillas marginales. Con todo, respecto a estas últimas, hemos creído oportuno aportar la ficha completa de las distintas fuentes primarias tan solo cuando su comprensión no resulta absolutamente transparente en las referencias proporcionadas. Tanto más en aquellos casos en que Miguel Daza recoge estas *auctoritas* de una fuente secundaria, sin que, por tanto, debamos atribuirle a él el manejo de las numerosas obras que figuran en los márgenes del manuscrito –ocasiones en las que tratamos de proporcionar siempre los materiales que en realidad le sirven de fuente—. Con ello hemos tratado de facilitar la lectura del texto, a la espera de poder glosar algún día los múltiples pasajes del *Caballero de la Fe* que, afortunadamente, requieren de una reflexión crítica más profunda, por lo mucho que aportan al estudio de la historia de la lengua, de la literatura y, en última instancia, de la pensamiento de toda una época.

#### 8.2.4. Listado de abreviaturas desarrolladas en la edición crítica

ABREVIATURA	DESARROLLO
advsa	Adversa
Alt.	Alteça
c.	Capítulo
cntra	Contra
convsación	Conversación
cxalino	Cristalino
dq	Duque
D. Sacra	Deidad Sacra
es <sup>u</sup>	Espíritu
fol.	Folio
ilt <sup>e</sup> / iltarla	ilustre, ilustrarla
g.	Grandeça
gral <sup>es</sup>	Generales

h <sup>e</sup> /hom <sup>e</sup>	Hombre
h <sup>o</sup> /h <sup>no</sup>	Hermano
Ju <sup>-</sup>	Juan
Jhs/ jhus	Jesús
Jhv xpo	Jesucristo
Mg <sup>dos</sup>	Magistrados
Mg <sup>t</sup> /M.	Magestad
n <sup>o</sup>	Nuestro
N. R.	Nuestro Redentor
N. S.	Nuestro Señor
p.	Preguntar
p <sup>e</sup>	Padre
p <sup>e</sup>	Parte
P <sup>-o</sup>	Pedro
q.	Que

qdo/qdandose	quedó, quedándose
R. y M.	Redentor y Maestro
S.	san/santo/a
S.	Sacro
S <sup>to/a</sup>	Santo
S <sup>u</sup> S <sup>to</sup>	Espíritu Santo
S. M.	Su Majestad
S. D. M.	Su Divina Majestad
S <sup>or</sup>	Señor
tex.	Texto
v.	Vuestro
vbe	Breve
vbo	Verbo
vde	Verde
vsos	Versos



vdad/vdadero	verdad/verdadero
v.g.	vuestra grandeça
v.m	vuestra merced
Vtud	Virtud
Xpiano	Cristiano
xpriandad/xpianismo	cristiandad/cristianismo
xptal/ xpal/ xpalino	crystal/cristalino
Xpispando	Crispando

## 9. Conclusiones

La presente investigación ha tenido como principal objetivo recuperar un título olvidado de la ficción caballerescas renacentista, mediante la edición crítica del *codex unicus* que nos lo ha conservado y el estudio histórico y literario de sus principales aportaciones. Para ello, hemos tratado de acotar los interrogantes más acuciantes que la obra proponía, tanto en su materialidad de testimonio manuscrito como en su entidad de creación artística. Así, tras un arduo trabajo filológico con el texto del *Caballero de la Fe* (1583), nuestras pesquisas han podido arrojar algunas luces esenciales en lo que respecta al contexto de su elaboración, a la relación con sus congéneres narrativos y, en última instancia, a su contribución al avance de la configuración del discurso de la prosa de ficción –que desembocará en el nacimiento de la novela moderna–. A continuación, nos proponemos repasar algunas de estas claves, de variada índole y diverso alcance, pero todas ellas, importantes para ampliar nuestra comprensión de la literatura de entretenimiento quinientista y para optimizar nuestra labor ecdótica con textos manuscritos posteriores a la aparición de la imprenta.

Así, en primer lugar, nuestro trabajo con documentos de archivo ha logrado proponer una hipótesis de identificación para el autor del *Caballero de la Fe*, acorde con los escasos datos proporcionados por los paratextos de la obra y con las informaciones contenidas en su universo de ficción, especialmente en lo que se refiere a su dimensión cifrada. En efecto, el hallazgo por parte de la profesora Marín Pina de unas actas claustrales circunscritas al ambiente académico de la Universidad de Sigüenza a mediados del siglo XVI, en las que un tal doctor Miguel Daza aparece reunido junto al obispo Fernando Vellosillo –personaje de ficción en la trama de nuestro libro de caballerías–, nos puso en la pista de la posible correspondencia de este personaje histórico con la figura del «padre Miguel Daza», a quien Agustín de Mora atribuye la autoría de la obra en el soneto laudatorio con el que se cierra el manuscrito. La presencia en la fábula de múltiples referencias autoconscientes al territorio de Sigüenza y a sus ciudades más próximas, así como la mención de importantes personajes vinculados a esta área geográfica, nos animó a validar esta hipótesis.

A partir de ella, hemos podido explicar con coherencia histórica aspectos tan relevantes como la peculiar proyección pedagógica de las múltiples secuencias eruditas insertas en la ficción, la férrea construcción ideológica que el protagonista propone mediante el ejercicio de la guerra santa o la incorporación cifrada en la esfera narrativa de un buen número de personajes de la alta nobleza. Aspectos todos fácilmente justificados en la condición de doctor en Cánones de Miguel Daza –examinador de la universidad seguntina–, en su necesaria vinculación con el estamento clerical, así como en su proximidad estamental y geográfica con dos de las grandes casas nobiliarias protagonistas en la ficción caballeresca, a saber: la de los duques de Medinaceli y la de los Mendoza de Guadalajara. Cuestiones todas a las que hemos podido superponer el campo de intereses autoriales revelado por la trama, en la que se descubre una incuestionable atracción por la cartografía y un conocimiento directo de algunos de los principales nombramientos de la Armada, por los que es factible suponer una relación del padre Daza con esta institución: concretamente, con el exitoso triunfo por ella protagonizado en el golfo de Patrás en 1571, de acuerdo con las referencias codificadas que el autor realiza a la Liga Santa reunida en ese año contra el Imperio Otomano.

En segundo lugar, el estudio de la realidad material y formal del manuscrito, así como el análisis detenido de su naturaleza textual, nos ha permitido despejar algunos interrogantes relativos a las posibles motivaciones del impulso de creación y a su contexto de producción y de transmisión. De una parte, el examen de los cambios introducidos por la mano encargada del traslado del texto ha descartado por sí mismo la condición autógrafa del testimonio, sugiriendo al tiempo su atribución a alguna instancia cercana al ámbito autorial que se habría ocupado de la puesta en limpio de un borrador último, tras el fallecimiento del padre Daza. Así lo aconsejan la tipología de las modificaciones observadas, pero también los numerosos comentarios consignados en los márgenes del manuscrito, ajenos de todo punto a la autonomía esperable en un autor. De esta forma, mediante la ordenación secuenciada de sendas intervenciones, es posible verificar la existencia de un modelo de copia que pretende presentarse como el original de la obra, sobre el que una instancia apócrifa introduce una estabilización de variantes autoriales, una corrección de estilo y una intervención censora, en un momento posterior al año de 1583 registrado en el colofón –necesariamente procedente del borrador autorial, habida cuenta de la estricta contemporaneidad de algunos sucesos históricos

aludidos en el texto—. Por último, la observación detallada de la puesta en página del manuscrito, a partir de los conocimientos que nos proporcionan los estudios de la *Textual Bibliography*, nos ha permitido, de otra parte, defender una virtual difusión manuscrita para este *roman à clef*, destinado a buen seguro a un círculo reducido de lectores. Algo que viene a ampliar nuestro conocimiento de la casuística que da origen al corpus de libros de caballerías manuscritos, en el que encontramos otros casos asimilables al nuestro.

En tercer lugar, el estudio de las principales características literarias de la obra nos ha permitido ponerla en relación con la evolución del género caballeresco, a partir de la observación de sus relaciones con los distintos paradigmas ensayados por los autores precedentes. Así, desde esta amplia perspectiva, nos ha sido posible demostrar la existencia de un valioso equilibrio entre dos líneas de creación que se habían presentado como opuestas en su desarrollo, esto es: aquella por la que se proponía una cristianización o una ideologización de los componentes fundacionales del género, frente a aquella en la que se primaban los ingredientes más proclives al divertimento. Pues, como hemos tratado de explicar y ejemplificar abundantemente, en la trama del *Caballero de la Fe* vuelve a darse a cabida a la defensa del ideal de *miles Christi* encarnado en algunos de los protagonistas de las primeras décadas del siglo, mediante la espiritualización de las virtudes del héroe y mediante su concurso en una empresa colectiva asimilable a todas luces a los objetivos de una guerra santa. Sin embargo, ello se lleva a cabo sin constreñir el argumento a una rígida moralización de elementos tan controvertidos como el amor y la magia; pero, sobre todo, sin renunciar en modo alguno a incorporar algunas de las innovaciones más exitosas, propuestas por el género a lo largo de la centuria: tales como la poesía, la hibridación genérica y el humor, especialmente en lo que atañe al transgresor trabajo con la autoconciencia narrativa.

Asimismo, el examen de las numerosas apostillas marginales que flanquean el manuscrito, así como del contenido de los pasajes a los que estas sirven de autoridad, ha logrado poner al descubierto la auténtica originalidad del proyecto narrativo pergeñado por el padre Daza, a saber: la asimilación de la fábula caballescica al horizonte de expectativas de la prosa divulgativa renacentista; concretamente, al exitoso e innovador género de las misceláneas. Pues, como sucede en la configuración de estas personales

compilaciones humanísticas, en nuestra obra el lector puede obtener acceso a una ingente cantidad de materiales que remiten a los más variados órdenes del saber, en un grado muy diverso de especialización que alcanza desde la curiosidad historiográfica hasta la precisión de las informaciones cartográficas más novedosas. De esta manera, el padre Daza propone a su público un diálogo pedagógico en el que su criterio personal sirve de única guía, a la manera en que sucede en compilaciones como la afamada *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540-1551) –que, no por casualidad, constituye una de las fuentes más utilizadas por nuestro autor en la obtención de materiales didácticos para su peculiar *silva* caballeresca–.

De otro lado, la indagación en la bibliografía consultada por el padre Daza en esta tarea de inspiración humanista nos ha recuperado el evidente manejo por su parte de siete títulos contemporáneos, entre los que se cuenta la miscelánea ya citada: la *Polyanthea* de Domenico Nani Mirabelli (1503); la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540-1551); el *Promptuarii iconum* de Guillaume Rouillé (1553); la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso (1519); la *Cronografía o repertorio de los tiempos* de Jerónimo de Chaves (1548); la *Historiarum sui temporis* de Paulo Jovio (1550-1552); los *Comentarii de nobilitate et iure primigeniorum* de André Tiraqueau (1549). En este punto, la identificación de cada una de estas fuentes y su cotejo con el texto de nuestra obra han hecho posible la precisión del auténtico alcance de la erudición que la caracteriza. Pues la apabullante inserción de referencias latinas en los márgenes de este libro de caballerías obedece en realidad a una fiel paráfrasis de los títulos anteriores, de los que Miguel Daza extracta directamente tanto la exposición de contenidos como las autoridades que en ellos se citan, poniendo de manifiesto así la exhibición de una erudición «prestada». En cualquier caso, con esta operación nuestro autor logra una revolucionaria ampliación de los límites del didactismo caballeresco, reducido hasta el momento prácticamente al ámbito de la moralización.

En quinto lugar, la indagación en la dimensión cifrada de la obra, anunciada desde los propios paratextos del manuscrito –en los que se reconoce abiertamente la condición de *roman à clef* del *Caballero de la Fe*–, ha conseguido poner al descubierto el desfile de grandes cargos del momento que se esconde bajo la ficción caballeresca. En algunos casos, su aparición se reduce a una mención puntual al hilo de la narración,

especialmente frecuente en aquellos contextos relacionados con la armada del rey Ofrasio de España. Con todo, en virtud de oportunas pistas de índole historiográfica, hábilmente diseminadas por el padre Daza, nos ha sido posible desmascarar la identidad de una buena parte de estos nobles, bautizados con una antroponimia marcadamente novelesca. En otros casos, en cambio, la alusión cifrada a importantes personalidades de la época se traduce en su activa intervención en la trama, de manera tal que tanto sus personas como sus posesiones sirven de actantes y de escenarios al argumento principal. Así sucede con el concurso en la obra de tres grandes casas nobiliarias, todas ellas con título de grandes de España: la de los Pimentel de Benavente, la de Medinaceli y la del Infantado. Familias todas convertidas por Miguel Daza en perfectas anfitrionas de la caballería andante, gracias a la participación de algunos de sus titulares en las aventuras del *Caballero de la Fe* –donde sus palacios aparecen descritos con un sorprendente realismo–.

Pero, además, encontramos en un segundo nivel una alusión codificada a la dinastía de los Reyes Católicos –concretamente al reinado de los Austrias menores–, cuyos protagonistas pueden superponerse a la genealogía del rey Polimbo de España, padre del príncipe Ofrasio y abuelo del Caballero de la Fe. Pues, como evidencian las deliberadas concomitancias en los atributos que individualizan a ambas familias reales, el autor parece querer ensalzar en su obra a uno de los miembros más elogiados de dicha estirpe –inscrito, no obstante, en las ramas bastardas del árbol genealógico–, esto es: don Juan de Austria, hijo ilegítimo de Carlos V, a quien tantos autores de los Siglos de Oro cantaran como a un auténtico héroe de su tiempo, a causa de su gloriosa participación en la Liga Santa de 1571. Acontecimiento al que, precisamente, el padre Miguel Daza podría querer señalar con su diseño de un conflicto a gran escala entre las fuerzas de la cristiandad y el mundo infiel, con la implicación y el aliento de la Santa Sede y de otros contingentes con entidad histórica, como el representado por la Orden de Malta. De acuerdo con ello, la tardía recuperación del espíritu de cruzada encarnada en la configuración de don Mejiano de la Esperanza tendría su razón de ser en una proclama personal del Miguel Daza, afín a las convicciones de una facción de la sociedad española del momento con la que nuestro autor se vincularía por su condición de clérigo y su probada cercanía con la Armada de Felipe II.

Por último, en lo que se refiere al reto que ha planteado la *constitutio textus* del *Caballero de la Fe*, hemos podido establecer, a partir de una amplia reflexión teórica en los márgenes del *neolachmanismo*, una metodología ecdótica eficaz para la recuperación de un original que se nos presenta en movimiento. Efectivamente, siempre dentro de las directrices que propone la crítica textual tradicional y dentro de las categorías de análisis esbozadas por la filología de autor –coincidente en sus intereses con los presupuestos de la crítica genética–, hemos estimado oportuno proceder a la edición crítica del texto consignado en el manuscrito 6602 de la BNE, aun a sabiendas de que con ello dábamos a conocer un original *apócrifo*: esto, aquel corregido y enmendado por una persona cercana al padre Daza y, en última instancia, el único que nos es dado conocer. Asimismo, mediante la cuidada e innovadora confección de un aparato de notas finales en el que ordenamos e interpretamos cada una de las modificaciones detectadas, hemos ofrecido la reconstrucción del proceso de creación que todavía es posible observar en nuestro manuscrito, tanto en lo que se refiere a la versión contenida en el borrador autorial, como en lo que toca a los distintos niveles de revisión superpuestos a este texto base. Con ello, hemos logrado no abstraernos de la delicada tarea de dar un texto crítico a los lectores, respetando, sin embargo, la realidad viva de un original que se nos presenta como un todo complejo y cambiante ya desde su propio nacimiento.

## 10. Bibliografía

### Fuentes primarias<sup>519</sup>

*Baldo*. Ed. Folke Gernert. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2002. (Los Libros de Rocinante, 13).

BARAHONA, Francisco de. *Flor de caballerías*. Ed. José Manuel Lucía Megías. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 1997. (Los Libros de Rocinante, 2).

BERGMAN, Hannah E. *Ramillete de entremeses y bailes: nuevamente recogido de los antiguos poetas de España*. Madrid. Castalia. 1970.

*Biblia de Jerusalén*. Trad. dirigida por José Ángel Ubieta López. Bilbao. Desclée. 1999.

CERVANTES, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. Diego de Clemencín. Madrid. E. Aguado. 1833-1839. 6 v.

\_\_\_\_\_. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. dir. por Francisco Rico. Barcelona. Instituto Cervantes-Crítica. 1998. 2 v. [Edición electrónica: <<http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/default.htm>>].

\_\_\_\_\_. *Entremeses*. Ed. Javier Huerta Calvo. Madrid. Edaf. 1997.

CHAVES, Jerónimo de. *Cronografía o repertorio de los tiempos*. Sevilla. Fernando Díaz. 1580.

CORBERA, Esteban. *Febo el Troyano*. Ed. José Julio Martín Romero. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2005. (Los Libros de Rocinante, 20).

---

<sup>519</sup> El presente listado bibliográfico tan solo contiene las obras citadas a lo largo de nuestra tesis doctoral. Tanto en las referencias proporcionadas en nota como en las aquí recogidas nos servimos del sistema de elaboración de citas bibliográficas validado por la Escuela Hispánica, también conocido como Bibliografía del CSIC o de José Simón Díaz.



*Cuestión de Amor*. Ed. Carla Perugini. Salamanca. Universidad. 1995. (Textos recuperados, 10).

\_\_\_\_\_. Ed. Françoise Vigier. Paris. Publications de la Sorbonne. 2006.

DAZA, Miguel. *Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe (1583)*. Biblioteca Nacional de España, ms. 6602.

DE VEGA, Lope. *La Dorotea*. Ed. Edwin Seth Morby. 2ª ed. University of California Press. Berkeley. 1968.

FERNÁNDEZ DE ENCISO, Martín. *Suma de Geografía*. Ed. José Ibáñez Cerda. Madrid. Estades. 1948.

\_\_\_\_\_. *Suma de Geographía*. Ed. Mariano Cuesta Domingo. Madrid. Museo Naval. 1987.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo. *Batallas y quincuagenas*. Ed. José Amador de los Ríos y Juan Pérez de Tudela. Madrid. Real Academia de la Historia. 1983.

FIGUEROA, Franciso de. *Poesía*. Ed. Mercedes López Suárez. Madrid. Cátedra. 1989.

GIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo. *El Antijovio*. Manuel Ballesteros Gaibrois y Rafael Torres Quintero. Bogotá. Instituto Caro y Cuervo. 1952.

GIOVIO, Paolo. *Lettere*. Ed. Giuseppe Guido Ferrero. Roma. Istituto Poligrafico dello Stato. 1956-1958. 2 v.

JERÓNIMO, Santo. *Cartas de San Jerónimo*. Ed. Daniel Ruiz Bueno. B.A.C. Madrid. 1982. 2 v.

JOVIO, Paulo. *Historia general de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo... escrita en lengua latina por el doctísimo Paulo Jovio..., traducida de latín en castellano por el licenciado Gaspar de Baeça*. Salamanca. En casa de Andrea de Portonariis. 1562.

LA BIGNE, Marguerin de. *Magna Bibliotheca veterum patrum*. Coloniae Agrippinae. Sumptibus Antonii Hierati sub signo gryphi. 1618.

MENDOZA, Fray Íñigo de. *Cancionero*. Ed. Julio Rodríguez Puértolas. Madrid. Espasa-Calpe. 1968.

MEXÍA, Pedro. *Silva de varia lección*. Ed. Antonio Castro. Madrid. Cátedra. 1989. 2 v.

\_\_\_\_\_. *Silva de varia lección*. Ed. Isaías Lerner. Madrid. Castalia. 2003.

MOLINA, Tirso de. *Obras I*. Ed. Américo Castro. Madrid. La Lectura. 1910.

MONTEMAYOR, Jorge de. *La Diana*. Ed. Asunción Rallo Gruss. Madrid. Cátedra. 1991.

MORAES, Francisco de. *Palmerín de Inglaterra. Libro I*. Ed. Aurelio Vargas Díaz-Toledo. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2006. (Los Libros de Rocinante, 23).

MUÑOZ, Andrés. *Viaje de Felipe II a Inglaterra (1554)*. Ed. Pascual Gayangos. Madrid. Sociedad de Bibliófilos Españoles. 1877.

NANI MIRABELLI, Domenico. *Polyanthea cum additionibus*. Saona. Simone Babiliaqua. 1514.

NEBRIJA, Antonio de. *Gramática sobre la lengua castellana*. Ed. Carmen Lozano. Madrid-Barcelona. RAE-Galaxia Gutenberg. 2011. (Biblioteca Clásica, 17).

*Nova Vulgata Bibliorum Sacrorum Editio*. Roma. Libreria Editrice Vaticana. 1986.

ORTÚÑEZ DE CALAHORRA, Diego. *Espejo de Príncipes y caballeros*. Ed. Daniel Eisenberg. Madrid. Espasa-Calpe. 1975. 2 v.

RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garcí. *Amadís de Gaula*. Ed. Juan Manuel Cacho Bleca. Madrid. Cátedra. 2008. 2 v.

ROUILLE, Guillaume. *Prima pars Promptuarii iconum insigniorum à seculo hominum: subiectis eorum vitis, per compendium ex probatissimis autoribus desumptis*. Lyon. Gulielmum Rouillium. 1553.

\_\_\_\_\_. *Promptuarii iconum pars secunda incipit a Christo nato, perpetuam ducens seriem ad vsque Christianissimum Francorum regem Henricum hoc nomine secundum...* Lyon. Gulielmum Rouillium. 1553.

\_\_\_\_\_. *Primera parte [-parte II] del promptuario de las medallas de todos los más insignes varones que ha avido desde el principio del mundo, con sus vidas contadas brevemente / traduzido agora nuevamente por Juan Martín Cordero*. Lion. Guillermo Rouillio. 1561. 2 v.

SILVA, Feliciano de. *Florisel de Niquea. Tercera Parte*. Ed. Javier Martín Lalanda. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 1999. (Los Libros de Rocinante, 6).

TIRAQUEAU, André. *De nobilitate et iure primigeniorum*. Paris. Iacobum Keruer. 1549.

TORQUEMADA, Antonio. *Manual de escribientes*. Ed. M<sup>a</sup> Josefa C. Zamora y A. Zamora Vicente. Madrid. RAE. 1970. (Anejos del Boletín de la Real Academia Española, XXI).

\_\_\_\_\_. *Jardín de flores curiosas*. Ed. Giovanni Allegra. Madrid. Castalia. 1982.

\_\_\_\_\_. *Obras completas, I*. Ed. Lina Rodríguez Cacho. Madrid. Turner. 1994.

VEGA, Lope de. *El peregrino en su patria*. Ed. Juan Bautista Avalle-Arce. Madrid. Castalia. 1973.

VELÁZQUEZ DEL CASTILLO, Gabriel. *Clarián de Landanís*. Ed. Antonio Joaquín González Gonzalo. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005. (Los Libros de Rocinante, 21).

VILLALBA Y ESTAÑA, Bartolomé. *El Pelegrino Curioso y Grandezas de España (1577)*. Ed. Pascual de Gayangos. Madrid. Miguel Ginesta. 1886.

VIRGILIO, Publio. *Eneida*. Trad. Eugenio Ochoa. Madrid. Edaf. 1985.

### **Fuentes secundarias**

ABAD, Camilo María, «Un embajador español en la corte de Maximiliano II Don Francisco Hurtado de Mendoza (1570-1576)», en *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 1965, 43, págs. 21-94.

ABARCA, Pedro de *Segunda parte de los Anales históricos de los Reyes de Aragón*. Salamanca. Lucas Pérez. 1684.

AGUADO, Vidal. «Sello del Concejo de Benavente», en «*Más vale volando*». *Por el Condado de Benavente. Exposición VI Centenario del Condado de Benavente*, Benavente, CEB «Ledo del Pozo», 1998, pág. 89.

AGUILAR PERDOMO, María del Rosario, «La nao de amor del *Felixmarte de Hircania* y otras composiciones líricas en los libros de caballerías peninsulares», en *Revista de Literatura Medieval*, 2001, 13/2, págs. 9-27.

\_\_\_\_\_, «Geografía real y geografía imaginaria en el *Felixmarte de Hircania* (1556) de Melchor de Ortega», en Carmen Parrilla y Mercedes Pampín (eds.), *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001)*, A Coruña, Universidade da Coruña, Toxosoutos, 2005, I, págs. 235-250.

\_\_\_\_\_, «La disposición escénica: algunas arquitecturas efímeras de los libros de caballerías españoles», en *Destiempos*, 2010, 23, págs. 69-103.

AJO GONZÁLEZ DE RAPARIEGOS, Cándido María y SAINZ DE ZÚÑIGA. *Historia de las universidades hispánicas: orígenes y desarrollo desde su aparición a nuestros días*. Madrid-Ávila. Centro de Estudios e Investigaciones Alonso de Madrigal-CSIC. 1957-1979.

ALCALÁ GALÁN, Mercedes, «Las misceláneas españolas del siglo XVI y su entorno cultural», en *Dicenda*, 1996, 14, págs. 11-19.

ALONSO CORTÉS, Narciso. *Un pleito de Lope de Rueda: nuevas noticias para su biografía*. Valladolid. Juan Rodríguez Hernando. 1903.

ALONSO MARAÑÓN, Pedro Manuel, Manuel CASADO ARBONIÉS e Ignacio RUIZ RODRÍGUEZ. *Las universidades de Alcalá y Sigüenza y su proyección americana: legalidad, modelo y estudiantes universitarios en el Nuevo Mundo*. Alcalá de Henares. Universidad de Alcalá. 1997.

ALVAR, Carlos, «Las “Bucólicas”, traducidas por Juan del Encina», en Antonio Pioletti (ed.), *Le letterature romanze del Medioevo: Testi, Storia, intersezioni*, Soveria Manelli, Rubbettino, 2000, págs. 125-133.

\_\_\_\_\_ y José Manuel LUCÍA MEGÍAS, «Libros de caballerías en la época de Felipe II», en *Silva: Studia Philologica in honorem Isaías Lerner*, Madrid, Castalia, 2000, págs. 19-29.

\_\_\_\_\_, «Raíces medievales de los libros de caballerías», en *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 61-84.

\_\_\_\_\_, «Libros de caballerías. Estado de la cuestión (2000-2004 ca.)», en Juan Manuel Cacho Blecua (coord.), *De la literatura caballeresca al «Quijote»*, eds. Ana Carmen Bueno Serrano *et al.*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, págs. 13-58.

ÁLVAREZ BAENA, José Antonio. *Hijos de Madrid. ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes: diccionario histórico por el orden alfabético de sus nombres, que consagra al Ilmo. y Nobilísimo Ayuntamiento de la Imperial y Coronada Villa de Madrid*. Madrid. Benito Cano. 1789-1791. 4 v.

ÁLVAREZ SELLERS, Alicia. *Del texto a la iconografía: Aproximación al documento teatral del siglo XVII*. Valencia. Universidad de Valencia. 2007.

AMEZCUA, José, «La oposición de Montalvo al mundo del *Amadís de Gaula*», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1972, 21, págs. 320-337.

\_\_\_\_\_. *Libros de caballerías hispánicas. Castilla. Cataluña y Portugal*. Madrid. Ediciones Alcalá. 1973. (Colección Aula Magna, 26).

ANDRÉ, Jacques. *Règles et Recommandations pour les Éditions Critiques (série latine)*. Paris. Les Belles Lettres. 1972.

ARELLANO, Ignacio, «Las aventuras del texto: del manuscrito al libro en el Siglo de Oro», en *Unum et diversum. Estudios en honor a A. R: Fernández González*, Pamplona, EUNSA, 1997, págs. 41-46.

ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo. *Nobleza de Andalucía*. Sevilla. Fernando Díaz. 1588.

ARIZA, Manuel, «Reflexiones sobre la evolución del sistema consonántico en los Siglos de Oro», en *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid, Arco/Libros, 1996, I, págs. 43-79.

ARMISTEAD, Samuel G., «La poesía oral improvisada en la tradición hispánica», en M. Trapero (ed.), *La décima popular en la tradición hispánica: actas del Simposio Internacional sobre la Décima*, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad, 1994, pág. 41-69.

ARTEAGA Y FALGUERA, Cristina de. *La Casa del Infantado, Cabeza de los Mendoza*. Madrid. Duque del Infantado. 1940-1944. 2 v.

ASCARGORTA, Domingo de. *Origen de los excelentísimos señores condes duques de Benavente y su apellido Pimentel*. BNE, ms. 11.569.

AVALLE-ARCE, Juan Bautista, «El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo, alias de Sobrepeña», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 1972, 1, págs. 143-154.

\_\_\_\_\_. *La novela pastoril*. Madrid. Istmo. 1975.

\_\_\_\_\_, «Leonoreta, fin roseta», en *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez*, Madrid, FUE, 1986, II, págs. 75-80.

\_\_\_\_\_. «*Amadís de Gaula*»: *el primitivo y el de Montalvo*. México. Fondo de Cultura Económica. 1990. (Lengua y Estudios Literarios).

AYBAR RAMÍREZ, M<sup>a</sup> Fernanda. *La ficción sentimental del siglo XVI*. Tesis doctoral inédita. Madrid. Universidad Complutense. 1994.

AZCARRAGA SERVET, Joaquín de. *La insigne orden del Toisón de Oro*. Madrid. Universidad Nacional de Educación a Distancia. 2001.

BAJTÍN, Mijail M. *Teoría y estética de la novela*. Madrid. Taurus, 1989.

BARANDA, Nieves, «Andanzas y fortuna de una estrofa inexistente: las quintillas dobles o coplas de ciego», en *Castilla: Estudios de literatura*, 1986, 11, págs. 9-36.

\_\_\_\_\_. *Crónica del rey Guillermo de Inglaterra. Hagiografía, política y aventura medievales entre Francia y España*. Frankfurt-Madrid. Vervuert-Iberoamericana. 1997.

BARROCA, Mario Jorge, «Do castelo da reconquista ao castelo románico (séc. IX a XII)», en *Portugalia, Nova Série*, XI-XII, 1990/1991, págs. 89-136.

\_\_\_\_\_, «A ordem do Templo e a arquitectura militar portuguesa do século XII», en *Portugalia, Nova Série*, XVII-XVIII, 1996/1997, págs. 171-209.

BARROSO CASTRO, José y Joaquín SÁNCHEZ DE BUSTOS, «Propuestas de transcripción para textos del XV y Siglos de Oro», en Manuel García Martín (ed.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad, I, 1993, págs. 161-178.

BATAILLON, Marcel. *Erasmus y España*. México. F.C.E. 1966.

\_\_\_\_\_. *Pícaros y Picaresca*. Madrid. Taurus. 1969.

BAUDRIER, Henri-Louis. *Bibliographie lyonnaise: recherches sur les imprimeurs, libraires, relieurs et fondeurs de lettres de Lyon au XVI<sup>e</sup> siècle*. Paris. [Joseph Floch]. 1964-1965. 13 v.

BECEIRO PITA, Isabel, «La biblioteca del conde de Benavente a mediados del siglo XV y su relación con las mentalidades y usos nobiliarios de la época», en *En la España medieval*, 1982, 2, págs. 135-146.

\_\_\_\_\_, «Los libros que pertenecieron a los condes de Benavente, entre 1434 y 1530», en *Hispania*, 1983, 154, págs. 237-280.

\_\_\_\_\_, «La fortaleza de Benavente en el siglo XV», en *Brigecio*, 1997, 7, págs. 185-203.

\_\_\_\_\_. *El Condado de Benavente en el siglo XV*. Salamanca. CEB «Ledo del Pozo». 1998.

BELTRÁN, Rafael, «La noria con arcaduces (cimera de Jorge Manrique) y otras doce invenciones poéticas en *Tirant lo Blanc*», en Pedro Manuel Piñero Ramírez (coord.), *Dejar hablar a los textos: Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Sevilla, Universidad, 2005, I, págs. 135-152.

BELTRÁN, Vicente, «La Leonoreta del Amadís», en V. Beltrán (ed.), *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (AHLM), Santiago de Compostela, 2 al 6 de diciembre de 1985*, Barcelona, PPU, 1988, págs. 187-198.

BELTRÁN DE HEREDIA, Vicente, «La Facultad de Teología en la Universidad de Sigüenza», en *Revista Española de Teología*, 1942, 3, págs. 409-469.

BENNASSAR, Bartolomé. *Don Juan de Austria: un héroe para un imperio*. Madrid. Temas de hoy. 2000.

BERNIS, Carmen. *Indumentaria española en tiempos de Carlos V*. Madrid. Instituto Diego Velázquez. CSIC. 1962.

BIASI, Pierre-Marc de, «Edition horizontale, édition verticale. Pour une typologie des éditions génétiques (le domaine français 1980-1995)», en Béatrice Didier y Jacques Neefs (eds.), *Éditer des manuscrits. Archives, complétude, lisibilité*, Paris, Presses Universitaires de Vincennes, 1996, págs. 159-193.



BLAIR, Ann M. *Too Much to Know: Managing Scholarly Information before the Modern Age*. New Haven [Conn.]. Yale University Press. 2010.

BLAY MANZANERA, Vicenta, «La convergencia de lo caballeresco y lo sentimental en los siglos XV y XVI», en Rafael Beltrán (ed.), *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, València, Universitat de València, 1998, págs. 259-287.

BLECUA, Alberto. *Manual de crítica textual*. Madrid. Castalia. 1983.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA. *Inventario General de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*. Madrid. Dirección General del Libro y Bibliotecas. 1953-1995. 13 v.

BOGNOLO, Anna, «La entrada de la realidad y de la burla grotesca en un libro de caballerías: el *Lepolemo, Caballero de la Cruz* (Valencia, 1521)», en Juan Paredes (ed.), *Medievo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación de Literatura Española Medieval (Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)*, Granada, Universidad, 1995, I, págs. 371-378.

\_\_\_\_\_. *La finzione rinnovata. Meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagnolo*. Pisa. Edizioni ETS. 1997 (Biblioteca di Studi Ispanici, 1).

\_\_\_\_\_, «I libros de caballerías tra la fine del Medioevo e la discussione cinquecentesca sul romanzo», en *Fine secolo e scrittura: dal Medioevo ai giorni nostri. Associazione Ispanisti Italiani. Atti del XVIII Convegno (Siena, 5-7 marzo, 1998)*, Roma, Bulzoni, 1999.

\_\_\_\_\_, «Las novelas de caballerías (1995-1999)», en Christoph Strosetzki (coord.), *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Vervuert, Iberoamericana, 2000, págs. 215-238.

\_\_\_\_\_, «El *Lepolemo, Caballero de la Cruz* y el *Leandro el Bel*», en *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 271-288.

BONILLA Y SAN MARTÍN, Adolfo. *Libros de caballerías. Segunda Parte*. Madrid. NBAE. 1908.

BOUZA, Fernando. *Corre manuscrito*. Madrid. Marcial Pons. 2001.

BRANDENBERGER, Tobias, «Libros de caballerías y ficción sentimental: el taller de Feliciano de Silva», en *Revista de Literatura Medieval*, XV/1, 2003, págs. 55-80.

BREJON, Jacques. *Un jurisconsulte de la Renaissance André Tiraqueau*. Paris. Librairie du Recueil Sirey. 1937.

BRIQUET, Charles-Moïse. *Les filigranes, Dictionnaire Historique des Marques de Papier*. Hildesheim-New York. Georg Olms. 1984. 4 v.

BUENO SERRANO, Ana Carmen, «Las innovaciones formales de Feliciano de Silva en el *Amadís de Grecia*: una coda pastoril», en Verónica Arenas Lozano *et alii* (eds.), *Líneas actuales de investigación literaria. Estudios de Literatura Hispánica*, València, Universitat, 2005, págs. 165-176.

\_\_\_\_\_. *Índice y estudio de motivos en los libros de caballerías castellanos (1508-1516)*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Zaragoza. 2007.

\_\_\_\_\_, «Feliciano de Silva, discípulo aventajado de Jorge de Montemayor», en *Destiempos*, 2010, 23, págs. 167-181. [Revista electrónica: <<http://www.destiempos.com/n23/bueno.pdf>>].

BUEZO, Catalina. *La mojiganga dramática: de la fiesta al teatro*. 2ª ed. Kassel. Reichenberger. 2005.

BURKE, Marcus B. y Peter CHERRY. *Collections of Paintings in Madrid, 1601-1755*. Los Ángeles. Provenance Index of the Getty Information Institute. 1997. 2 v.

CACHO BLECUA, Juan Manuel. *Amadís: heroísmo mítico-cortesano*. Madrid. Cupsa-Universidad de Zaragoza. 1979.

\_\_\_\_\_, «El entrelazamiento en el *Amadís* y en las *Sergas de Esplandián*», en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, 1986, I, págs. 235-271.

\_\_\_\_\_, «Introducción al estudio de los motivos en los libros de caballerías: la memoria de Román Ramírez», en Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 27-57.

\_\_\_\_\_, «Los cuatro libros de *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*», en *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 85-116.

CADENAS Y VICENT, Vicente de. *Repertorio de blasones de la comunidad hispánica*. Madrid. Hidalguía-Instituto Salazar y Castro. 1964. 4 v.

\_\_\_\_\_. *Diccionario heráldico: términos, piezas y figuras usadas en la ciencia del blasón*. 6ª ed. Madrid. Hidalguía. 2002.

CALDERÓN, Antonio y Gerónimo PARDO. *Excelencias y primacías del Apóstol Santiago*. Madrid. Gregorio Rodríguez. 1657.

CALDERÓN ORTEGA, José Manuel, «La donación de Arjona a Fadrique de Aragón: nuevas perspectivas», en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía (Córdoba, 1991)*, Córdoba. Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía-Obra social y cultural de Cajasur. 1991, V, págs. 139-145.

CAMAMIS, George. *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*. Madrid. Gredos. 1977.

CAMPO TEJEDOR, Alberto del, «Trovadores de repente. La improvisación poética en el Siglo de Oro», en *eHumanista*, 2004, 4, págs. 119-157. [Revista electrónica: <<http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/4>>].

CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Francisco Javier, «Cervantes, Lepanto y *El Escorial*», en *Volver a Cervantes: Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas: Lepanto (1-8 de octubre de 2000)*, Palma, Universitat Illes Balears, 2001, I, págs. 3-24.

CANO AGUILAR, Rafael. *Historia de la lengua española*. Barcelona. Ariel. 2004.

CANTERA ORTIZ DE URBINA, Jesús. *Refranero latino*. Akal. Madrid. 2005.

CAÑEDO Jesús e Ignacio ARELLANO, «Observaciones provisionales sobre la edición y la anotación de textos del Siglo de Oro», en *Edición y anotación de textos del Siglo de Oro*, Pamplona, EUNSA, Anejos de *Rilce*, 1987, 4, págs. 339-355.

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo. *El poder de la Sangre, los duques del Infantado: 1601-1841*. Madrid. Actas. 2010.

CARVAJAL, Esther. *Las villas ducales como tipología urbana*. Madrid. UNED. 2014.

CASADO POYALES, Antonio, Francisco Javier ESCUDERO BUENDÍA y Fernando LLAMAZARES RODRÍGUEZ (coords.). *Los Mendoza y el mundo renacentista. Actas de las I Jornadas Internacionales sobre Documentación Nobiliaria e Investigación en Archivos y Bibliotecas*. Cuenca. Universidad de Castilla-La Mancha. 2011.

CASAS RIGALL, Juan. *Agudeza y retórica en la poesía amorosa de cancionero*. Santiago de Compostela. Universidade. 1995.

CASTILLO MARTÍNEZ, Cristina, «Garcilaso como objeto de imitación poética y de reescritura narrativa», en M.<sup>a</sup> Luisa Lobato y F. Domínguez Matito (eds.), *Memoria de la palabra. Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro (Burgos -La Rioja 15-19 de julio de 2002)*, Frankfurt am Main-Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2004, I, págs. 497-510.

\_\_\_\_\_. Cristina Castillo Martínez. *Antología de libros de pastores*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2005.

CASTILLO OREJA, Miguel Ángel, «Imagen del rey, símbolos de la monarquía y divisas de los reinos: de las series de linajes de la Baja Edad Media a las galerías de retratos del Renacimiento», en *Galería de Reyes y de Damas del Salón de Embajadores, Alcázar de Sevilla*, Madrid, Fundación BBVA, 2002, págs. 1-39.

CÁTEDRA, Pedro M.<sup>a</sup>. *Amor y pedagogía en la Edad Media*. Salamanca. Universidad. 1989.

\_\_\_\_\_. *Tratados de amor en el entorno de Celestina (Siglos XV/XVI)*. Madrid. Sociedad estatal España nuevo milenio. 2001.

\_\_\_\_\_ y Anastasio ROJO. *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI*. Madrid. Instituto de Historia del Libro y de la Lectura. 2004.

\_\_\_\_\_. *El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño real de don Quijote*. Madrid. ABADA editores. 2007. (Lecturas de Historia).

CEJADOR Y FRAUCA, Julio. *Fraseología o estilística castellana*. Madrid. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. 1921.

CERVERA VERA, Luis, «La época de los Austrias», en Antonio García Bellido *et al.*, *Resumen histórico del urbanismo en España*, 2ª ed., Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1968, págs. 173-212.

CHABOD, Federico. *Scritti sul Rinascimento*. Torino. G. Einaudi. 1967.

CHACHO CASAL, Marta P. *Francisco Pacheco y su «Libro de retratos»*. Sevilla-Madrid. Fundación Focus-Abengoa/Marcial Pons. 2011.

CHAMORRO FERNÁNDEZ, María Inés. *Léxico del naipe del Siglo de Oro*. Gijón. Trea. 2005.

CHERCHI, Paolo, «Sobre las fuentes de la *Silva* de Pedro Mexía», en *RFE*, LXXIII, 1993, págs.43-54.

\_\_\_\_\_. *Polimatia di riuso: mezzo secolo di plagio (1539-1589)*. Roma. Bulzoni. 1998.

CHEVALIER, Maxime, «Le Roman de chevalerie morigéné. Le *Florisando*», en *Bulletin Hispanique*, 1958, 60, págs. 441-449.

\_\_\_\_\_, «La *Diana* de Montemayor y su público en la España del siglo XVI», en J.F. Botrel y S. Salaün (eds.), *Creación y público en la literatura española*, Madrid, Castalia, 1974.

\_\_\_\_\_. *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid. Turner. 1976.

CLEMENCÍN, Diego. *Biblioteca de libros de caballería [sic] (Año 1805)*. Ed. J. Givanel Mas. Publicaciones cervantinas patrocinadas por Juan Sedó Peris-Mencheta. Barcelona. 1942.

COBOS BUENO, José Miguel y José Ramón VALLEJO VILLALOBOS, «Jerónimo de Chaves: primer catedrático de Cosmografía de la Casa de Contratación de Sevilla», en Félix Iñesta Mena, Felipe Lorenzana Lapuente y Francisco Mateos Ascacibar (coords.), *España, el Atlántico y el Pacífico, y otros estudios sobre Extremadura*, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2014, págs. 139-154.

COCHRANE, Eric W. *Historians and historiography in the Italian Renaissance*. Chicago. University Press. 1981.

COLÓN, Germán, «El griego masaliota y los ornitónimos: acerca del francés “compère-loriot” y del alemán “Pirol”, ‘oropéndola’», en *ZRPH*, 1964, 80, págs. 269-282.

CONTINI, Gianfranco. *Varianti e altra linguistica*. Torino. Einaudi. 1970.

\_\_\_\_\_. *Breviario di ecdotica*. Milán-Nápoles. Ricciardi. 1986.

COROMINES, Joan y José Antonio PASCUAL. *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*. Madrid. Gredos. 1991-1997. 6v.

CORREAS, Gonzalo. *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*. Ed. Louis Combet. Madrid. Castalia. 2000.

CORT DANIELS, Marie. *The Function of Humour in the Spanish Romances of Chivalry*. New York & London. Garland Publishing. 1992.

COVARRUBIAS, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Ed. Felipe C. R. Maldonado. Madrid. Castalia. 1995.

\_\_\_\_\_. *Suplemento al Tesoro de la lengua castellana, de D. Sebastián de Covarrubias (1611)*. BNE, ms. 6159.

CRAVENS, Sidney P. *Feliciano de Silva y los antecedentes de la novela pastoril en sus libros de caballerías*. Chapel Hill-North Carolina. Estudios de Hispanófila. 1976.

CRESPO, José Santiago. *Blasones y linajes de Galicia*. A Coruña. Boreal. 1997. 4 v.

CROCCE, Benedetto. *Poeti e scrittori del pieno e del tardo Rinascimento*. Bari. G. Laterza & Figli. 1945. 2 v.

CUART MONER, Baltasar, «Jovio en España. Las traducciones castellanas de un cronista del Emperador», en Juan Luis Castellano Castellano y Francisco Sánchez-Montes González, *Carlos V. Europeísmo y Universalidad. Actas del congreso internacional (Granada, mayo, 2000)*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, págs. 197-224.

CUESTA TORRE, M.<sup>a</sup> Luzdivina, «Libros de caballerías y propaganda política: un trasunto novelesco de Carlos V», en *Mundos de ficción (Actas del VI Congreso de la Asociación Española de Semiótica)*, Murcia, Universidad, 1996, págs. 553-560.

\_\_\_\_\_, «La realidad histórica en la ficción de los libros de caballerías», en Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 87-109.

CUVEIRO PIÑOL, Juan. *Diccionario Gallego*. Barcelona. [s.n.]. 1876.

DADSON, Trevor. *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*. Madrid. Arco/Libros. 1998.

DIAGO HERNANDO, Máximo, «El factor religioso en la actividad política y social de los linajes de la alta nobleza en la región soriana a fines de la Edad Media», en *Hispania Sacra*, LXIII, 2011, 127, págs. 7-39.

DÍAZ, Nicolás. *Discurso sobre el «Palmerin de Inglaterra» y su verdadero autor*. Lisboa. Real Academia de Ciências. 1876.

DÍAZ MARTÍNEZ, Pablo de la Cruz, «El mito godo en la construcción de Castilla», en Pablo de la Cruz Díaz Martínez, Fernando Luis Corral e Iñaki Martín Viso (coords.), *El historiador y la sociedad: Homenaje al profesor José M<sup>a</sup> Mínguez*, Salamanca, Universidad, 2013, págs. 53-65.

DEMATTE, Claudia, «Instancias autoriales en los prólogos de los libros de caballerías», en Christoph Strosetzi (ed.), *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro, Münster 1999*, Frankfurt am Main-Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2001, págs. 415-421.

\_\_\_\_\_, «Así muchas vezes los ojos me alimpiaua, mas veyá siempre ser así, del prólogo de Febo el Troyano a la cueva de Montesinos», en Julián Acebrón Ruiz (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, Lleida, Universitat, 2001, págs. 217-229.

DEYERMOND, Alan, «The Lost Genre of Medieval Spanish Literature», en Eugenio de Bustos Tovar (ed.), *Actas del IV Congreso Internacional de la AIH (Salamanca, agosto de 1971)*, Salamanca, Universidad, 1982, 2 v., págs. 791-813.

\_\_\_\_\_, «Las innovaciones narrativas en el reinado de los Reyes Católicos», en *Revista de Literatura Medieval*, VII, 1995, págs. 93-105.

DÍEZ BORQUE, José María. *Literatura (novela, poesía, teatro) en bibliotecas particulares del Siglo de oro español (1600-1650)*. Madrid-Frankfurt. Iberoamericana-Vervuert. 2010. (Biblioteca Áurea Hispana, 66).

\_\_\_\_\_(dir.). *Literatura, bibliotecas y derechos de autor en el Siglo de Oro (1600-1700)*. Madrid-Frankfurt. Iberoamericana-Vervuert. 2012.

DÍEZ FERNÁNDEZ, José Ignacio, «Juegos de máscara y *marketing*: para una crítica de la novela en clave en los Siglos de Oro», en Adrienne L. Martín y Cristina Martínez-Carazo (eds.), *Spain's Multicultural Legacies: Studies in Honor of Samuel G. Armistead*, Newark, Juan de la Cuesta, 2008, págs. 77-94.

DOMINGO MALVADI, Arantxa, «Camisas de libros y galdres de colores», en Gregorio Hinojo Andrés y José Carlos Fernández Corte (eds.), *Munus*



*Quaesitum Meritis: Homenaje a Carmen Codoñer*, Salamanca, Universidad, 2007, págs. 233-241.

EDELMAYER, Friedrich y Alfredo ALVAR. *Fernando I, 1503-1564: socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento*. Madrid. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales. 2004.

EISELE, Gillian, «A Reappraisal of the 1534 Sequel to Don Tristán de Leonis», en *Tristania*, V/2, 1980, págs. 28-44.

EISENBERG, Daniel. *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century: A Bibliography*. Londres. Grant & Cutler. 1979.

\_\_\_\_\_. *Romances of Chivalry in Spanish Golden Age*. Newark. Juan de la Cuesta. 1982. (Hispanic Monographs. Documentación cervantina, 3).

\_\_\_\_\_, y M<sup>a</sup> Carmen MARÍN PINA. *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*. Zaragoza. Premsas Universitarias de Zaragoza. 2000.

\_\_\_\_\_, «Estado actual del estudio de los libros de caballerías», en *Volver a Cervantes: Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (Lepanto, 1-8 de octubre de 2000)*, Palma, Universitat de Illes Balears, 2001, págs. 531-538.

ELEJALDE, Félix. *Cristóbal de Rojas y Sandoval: ilustre hijo de Hondarribia*. Hondarribia. Ayuntamiento. 2002.

ENTWISTLE, William J. *The Arturian Legend in the Literatures of the Spanish Peninsula*. London. Dent & Sons. 1925.

ESCAPA, Pablo Andrés *et al.*, «El original de imprenta», en Francisco Rico (dir.), Pablo Andrés Escapa Andrés y Sonia Garza (eds.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid, Universidad, 2000, págs. 29-64.

ESCRICHE, Joaquín. *Diccionario razonado de legislación civil, penal y forense*. Valencia. J. Ferrer de Orga. 1838.

ESPÍNDOLA, Athos. *Diccionario del lunfardo*. Buenos Aires. Planeta. 2002.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Carlos V, el César y el hombre*. Madrid. Espasa-Calpe. 2006.

FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT, Francisco. *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española*. Sevilla. Fabiola de Publicaciones Hispalenses. 2001-2004. 10 v.

FERNÁNDEZ DEL HOYO, Manuel. *De Portugal a Castilla. Creación y recreación de la memoria linajística en la casa condal de Benavente*. Tesis doctoral. Madrid. Universidad Complutense de Madrid. 2013, pág. 644. [Edición electrónica: <<http://eprints.ucm.es/22984/1/T34789.pdf>>].

FERNÁNDEZ IZQUIERDO, Francisco. *La orden militar de Calatrava en el siglo XVI: infraestructura institucional*. Madrid. CSIC. 1992.

FERNÁNDEZ LLAMAZARES, José. *Historia de las cuatro Órdenes Militares: Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*. Madrid. Alhambra. 1862.

FERNÁNDEZ LÓPEZ, Jorge, «Retórica y enciclopedia en el Renacimiento: *eloquentia* en la *Polyanthea* de Mirabelli-Lang», en *Minerva*, 2009, 22, págs. 177-204.

FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis, «El Colegio de Doncellas Nobles de Valladolid», en *Investigaciones Históricas*, 1991, 11, págs. 55-85.

FRAGO, Juan Antonio. *Historia de las hablas andaluzas*. Madrid. Arco/Libros. 1993.

FRAPPIER, Jean. *Amour courtois et Table Ronde*. Genève. Droz. 1973.

FRAZÃO, Fernanda y Gabriela MORAIS. *Portugal, Mundo dos Mortos e das Mouras Encantadas*. Lisboa. Apenas Livros. 2009-2010. 3 v.

FRENK ALATORRE, Margit. *Nuevo Corpus de la antigua lírica popular hispánica: siglos XV a XVII*. México. Universidad Nacional Autónoma de México. 2003.

FUETER, Eduard. *Historia de la historiografía moderna*. Buenos Aires. Nova. 1953. 2 v.

FUNES, Leonardo, «La distinción entre texto y manuscrito. Observaciones sobre crítica textual a propósito de una reciente edición del *Libro de la Montería de Alfonso XI*», en *Incipit*, 1983, 3, págs. 25-51.

GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, «La escritura humanística en la Europa del Renacimiento», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Hª Medieval, 1998, 11, págs. 187-230.

GALLARDO, Bartolomé. *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formada con los apuntamientos de B.J. Gallardo, coordinados y aumentados por M.R. Zarco del Valle y J. Sancho Rayón*. Madrid. Imp. y Estereotipia de M. Rivadeneyra. 1863-1889. 4 v. [Ed. facsímil: Madrid. Gredos. 1968].

GALLEGO MORELL, Antonio. *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*. Granada. Universidad. 1966.

GARCÍA GONZÁLEZ, Constantino. *Glosario de voces galegas de hoxe*. Santiago. Universidad. 1985.

GARCÍA GUAL, Carlos. *Historia del rey Arturo y de los nobles y erantes caballeros de la Tabla Redonda*. Madrid. Alianza. 1983.

\_\_\_\_\_. *Primeras novelas europeas*. 2ª ed. Madrid. Itsmo. 1988.

GARCÍA MERCADAL, José. *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos, hasta fines del siglo XVI*. Madrid. Aguilar. 1952.

GARCÍA RUIZ, Mª Aurora, «*Florizando: ortodoxia cristiana y magia*», en José Manuel Fradejas Rueda, Deborah Anne Dietrick, María Jesús Díez Garretas, Demetrio Martín Sanz (coords.), *Actas del XIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Valladolid, 15-19 de de septiembre de 2009): In Memoriam Alan Deyermond*, Valladolid, Valladolid Artes Gráficas, 2010, págs. 873-882.

GARMA Y DURÁN, Francisco Javier de y Francisco Javier de GARMA Y SALCEDO. *Theatro universal de España*. Barcelona. Mauro Martí. 1738-1751. 4 v.

GARMENDIA ARRUEBARRENA, José, «Cristóbal de Rojas y Sandoval. Un Arzobispo ilustre de Fuenterrabía», en *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, 1998, 54, págs. 421-434.

GARZA MERINO, Sonia, «La cuenta del original», en Francisco Rico (dir.), Pablo Andrés Escapa Andrés y Sonia Garza (eds.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid, Universidad, 2000, págs. 65-95.

\_\_\_\_\_. *Manuscritos e imprenta*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Alcalá de Henares. 2004.

\_\_\_\_\_, «Vida de san Gerónimo: el texto en proceso de constitución», en *Edad de Oro*, 2009, 28, págs.105-142

GAYANGOS, Pascual de, «Catálogo razonado de los libros de caballerías que hay en lengua castellana o portuguesa, hasta el año de 1800», en *Libros de caballerías I* (único publicado), Madrid, M. Rivadeneyra, 1857. (Biblioteca de Autores Españoles, 40).

GAYOSO CARREIRA, Gonzalo. *Historia del papel en España*. Lugo. Diputación provincial de Lugo. 1994. 3 v.

GERNET, Folke, «El Baldo (1542): cuarta parte del ciclo *Renaldos de Montalbán*», en *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 335-347.

\_\_\_\_\_, «La recepción de la mitología en los libros de caballerías: el *Baldo* (1542)», en Roger Friedlein y Sebastian Neumeister (eds.), «*Vestigia Fabularum*». *La mitología antiga a les literatures catalana i castellana entre l'Edat Mitjana i la Moderna*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004, págs. 85-93.

GIAVERI, Maria Teresa, «Cesare Segre - Philologie italienne et critique génétique », en *Genesis*, 2010, 30, págs. 25-27.

GIL, Juan, «El latín tardío y medieval (siglos VI-XIII)», en Rafael Cano, *Historia de la lengua española*, Barcelona, Ariel, 2004, págs. 155-156

GIL FERNÁNDEZ, Luis, «El humanismo valenciano del siglo XVI», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico: Homenaje al profesor Antonio Fontán*, Alcañiz-Madrid, Instituto de Estudios Humanísticos-Laberinto-CSIC, III/1, 2002, pág. 57-159.

GILI GAYA, Samuel, «Las *Sergas de Esplandián* como crítica de la caballería bretona», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 1947, 23, págs. 103-111.

GÓMEZ DE VALENZUELA, Manuel. *La vida de los Concejos aragoneses a través de sus escrituras notariales (1442-1775)*. Zaragoza. Institución Fernando el Católico. 2009.

GÓMEZ MORENO, Ángel. *España y la Italia de los humanistas*. Madrid. Gredos. 1992.

\_\_\_\_\_. *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar de mio Cid a Cervantes)*. Madrid-Frankfurt. Iberoamericana-Vervuert. 2008. (Medievalia Hispanica, 11).

\_\_\_\_\_, «Cultura occidental y materia artúrica», en *e-Humanista*, 2010, 16, págs. 95-109. [Revista electrónica: <<http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/16>>].

\_\_\_\_\_. *Breve historia del medievalismo panhispánico (Primera tentativa), con un apéndice bibliográfico de Álvaro Bustos Táuler*. Madrid-Frankfurt. Iberoamericana-Vervuert. 2011. (Medievalia Hispanica, 15).

GÓMEZ MORENO, Manuel. *Catálogo monumental de España. Provincia de Zamora (1903-1905)*. Madrid. Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. 1927

GÓMEZ REDONDO, Fernando, «La materia caballerescas: líneas de formación», en *Voz y Letra*, 1996, 7/1, págs. 45-80.

\_\_\_\_\_. *Historia de la prosa medieval castellana II. El desarrollo de los géneros. La ficción caballerescas y el orden religioso*. Madrid. Cátedra. 1999.

\_\_\_\_\_, «El lenguaje de la ficción en el siglo XVI: tratadistas y creadores», en *Edad de Oro*, 2004, 23, págs. 9-32.

\_\_\_\_\_, «El paradigma de la mancebía en el *Amadís de Gaula*», en J. M. Lucía Megías y M. C. Marín Pina, «*Amadís de Gaula*»: quinientos años después. *Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, págs. 283-315.

\_\_\_\_\_. *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento*. Madrid. Cátedra. 2012. 2 v.

GONZÁLEZ, Javier Roberto, «La alegoría arquitectónica en la novela sentimental y caballeresca (*Cárcel de Amor-Cirongilio de Tracia*)», en *Alfinge. Revista de filología. Narrativa popular: Edad Media y Renacimiento*, 2003, 15, págs. 27-56.

GONZÁLEZ BARRERA, Julián, «Lope de Vega y los “librotos de lugares comunes”: su lectura particular de Ravisio Téntor», en *Anuario Lope de Vega*, 2007, 13, págs. 51-72.

GONZÁLEZ DÁVILA, Gil. *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales de los reinos de las dos Castillas: vidas de sus arzobispos y obispos, y cosas memorables de sus sedes*. Madrid. En la Imprenta de Francisco Martínez-Pedro de Horma y Villanueva-Diego Daz de la Carrera. 1645-1650. 3 v.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Rafael, «El mito gótico en la historiografía del siglo XV», en *Antigüedad y cristianismo*, 1986, 3, págs. 289-300.

GONZÁLEZ GONZALO, Antonio Joaquín, «Un ejemplo de tercería cortesana: Celacunda (*Clarián de Landanís*. Gabriel Velázquez de Castillo. 1518)», en *Angélica. Revista de Literatura*, 2002-2003, 11, págs. 67-96.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Rafael, «La fortificación de Benavente durante la Edad Media. Del castillo de realengo a la residencia señorial», en R. González Rodríguez *et al.*, *El Castillo de Benavente*, Benavente, CEB «Ledo del Pozo», 1998, págs. 48-55.

GRIGORIADU, Teodora. «*Las obras de Luciano samosatense, orador y filósofo excelente*». *Manuscrito 55 de la Biblioteca Menéndez y Pelayo: edición y estudio*. Tesis

doctoral. Madrid. Universidad Complutense de Madrid. 2010. [Edición electrónica: <<http://eprints.ucm.es/10598/1/T31864.pdf>>].

GUIJARRO CEBALLOS, Javier. *El «Floriseo» de Fernando Bernal*. Mérida. Editora Regional de Extremadura. 1999. (Colección Estudio, 11).

\_\_\_\_\_, «La historia en los libros de caballerías: la «nacionalización» del *Libro segundo de don Clarián* (1522)», en Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. *Poética, lectura, representación e identidad*, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 147-171.

\_\_\_\_\_. *El «Quijote» cervantino y los libros de caballerías: calas en la poética caballeresca*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2007.

HADDAD, Elie, «The Question of Imprescriptibility of Nobility in Early Modern France», en Charles Lipp y Matthew Romaniello (eds.), *Contested Spaces of Nobility in Early Modern Europe*, Farnham, Ashgate, 2011, págs. 147-166.

HAY, Louis, «*Le text n'existe pas*. Réflexions sur la critique génétique», en *Poétique*, 1985, 62, págs, 146-158.

HERRÁN ALONSO, Emma, «Humor y libros de caballerías o el caso de tres burladores sin piedad: El Caballero Encubierto, el Fraudador de los Ardides y el Caballero Metabólico», en J. L. Caramés Lage *et al.* (eds.), *El humor en todas las épocas y culturas (CD-Rom)*, Oviedo, Universidad, 2003.

HERRERA CASADO, Antonio. *El palacio del Infantado*. Guadalajara. Institución Provincial de Cultura «Marqués de Santillana». 1975.

HERRERO, Miguel, «La biblioteca del conde de Benavente», en *Bibliografía Hispánica*, XXXVII, 1942, págs. 18-33.

\_\_\_\_\_. *Ideas de los españoles del siglo XVII*. Madrid. Gredos. 1966.

HERRERO MEDIAVILLA, Víctor (ed.). *Índice biográfico de España, Portugal e Iberoamérica*. 3ª ed. München. K. G. Saur. 2000. 10 v.

HOROZCO, Sebastián de. *Teatro universal de los proverbios* Ed. José Luis Alonso Hernández. Salamanca. Universidad. 2005.

HIDALGO MUÑOZ, Elena, «La representación del castillo de Benavente en las pinturas de san Juan del Mercado», en *Brigecio*, 2000, 10, págs. 19-26.

IGLESIAS FEIJOO, Luis, «Modernización frente a ‘old spelling’ en la edición de textos clásicos», en Pablo Jauralde Pou, Dolores Noguera Guirao y Alfonso Reyes (eds.), *La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional de Siglo de Oro*, Londres, Tamesis, 1990, págs. 237-244.

INFANTES, Víctor, «De oficinas y polyantheas: los diccionarios secretos del Siglo de Oro», en *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, págs. 243-257.

\_\_\_\_\_, «La prosa de ficción renacentista: entre los géneros literarios y el género editorial», en *Journal of Hispanic Philology*, 1989, 13, págs. 115-124.

\_\_\_\_\_, «La narrativa del Renacimiento: estado de las cuestiones», en Jean Canavaggio (ed.), *La invención de la Novela*, Madrid, Casa de Velázquez, 1997, págs. 13-48.

IRURZUN, Baltasar de y Gregorio SANZ. *Enciclopedia metódica. Artes académicos, traducidos del francés al castellano: a saber, el arte de la equitación, por don Baltasar de Irurzun; y el del baile, de esgrima y de nadar, por don Gregorio Sanz*. Madrid. Imprenta de Sancha. 1791.

ITALIA, Paola y Giulia RABONI. *Che cosa è la filologia d'autore*. Roma. Carocci. 2010.

JAMESON, A. K., «Lope de Vega's Knowledge of Classical Literature», en *Bulletin Hispanique*, XXXVIII, 1936, págs. 444-501.

JIMÉNEZ CLAVENTE, Teresa, «Nebrija en los *Virorum Doctorum Elogia*», en *RFE*, LXXIV, 1994, págs. 41-70.

\_\_\_\_\_, «Los humanistas y sus herramientas filológicas: de florilegios, poliantes y otros útiles similares», en *La Corónica*, 2008, 37, págs. 217-244.



KAMEN, Henry. *Felipe de España*. Madrid. Siglo XXI. 1998.

\_\_\_\_\_. *Fernando el Católico (1451-1516): vida y mitos de uno de los fundadores de la España moderna*. Madrid. La Esfera de los Libros. 2015.

KLAUSNER, Joseph. *Jesús de Nazaret. Su vida, su época, sus enseñanzas*. Barcelona. Paidós. 1989.

KÖLHER, Erich. *L'aventure chevalresque. Idéal et réalité dans le roman courtois*. Paris. Gallimard. 1974.

LACARRA, M<sup>a</sup> Eugenia, «Juan de Flores y la ficción sentimental», en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 18-23 agosto 1986, Berlín, Frankfurt am Main, Vervuert*, 1989, págs. 223-233.

\_\_\_\_\_, «La parodia de la ficción sentimental en la Celestina», en *Celestinesca*, 1989, 13/1, págs. 11-29.

LADERO QUESADA, Miguel Ángel, «No curemos de linaje ni hazañas viejas... Diego Hernández de Mendoza y su visión hidalga de Castilla en tiempos de los Reyes Católicos», en *Boletín de la Real Academies de la Historia*, CXCVIII, 2001, págs. 205-314.

LAMANO Y BENEITE, José de. *El dialecto vulgar salmantino*. Salamanca. Diputación. 1915.

LAYNA SERRANO, Franciso. *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XVI y XVII*. Madrid. Aldus. 1942. 4 v.

\_\_\_\_\_. *Los conventos antiguos de Guadalajara: apuntes históricos a base de los documentos que guarda el Archivo Histórico Nacional*. Madrid. CSIC-Instituto Jerónimo Zurita. 1943.

\_\_\_\_\_, «La desdichada reforma del Palacio del Infantado, hecha por el quinto Duque en el siglo XVI», en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1946, 50, págs. 5-94.

\_\_\_\_\_, «Problemas que plantea la reconstrucción del palacio del Infantado», en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1947, 51, págs. 121-146.

\_\_\_\_\_. *El palacio del Infantado en Guadalajara*. Guadalajara. AACHE. 1997.

\_\_\_\_\_. *Historia de la villa condal de Cifuentes*. Guadalajara. AACHE. 1997.

LEDO DEL POZO, José. *Historia de la nobilísima villa de Benavente (1853)*. Salamanca. Gráficas Ortega. 1970.

LERNER, Isaías, «Textos clásicos en la *Silva* de Pedro Mexía», en Christopher Maurer y Biruté Ciplijauskaitė (coords.), *La voluntad del humanismo: homenaje a Juan Marichal*, Barcelona, Anthropos, 1990, págs. 137-148.

\_\_\_\_\_, «Fuentes italianas en la *Silva* de Pero Mexía», en Inoria Pepe Sarno (ed.), *Dialogo. Studi in onore di Lore Terracini*, Roma, Bulzoni, 1900, I, págs. 292-310.

LIDA DE MALKIEL, M<sup>a</sup> Rosa, «Dos huellas del *Esplandián* en el *Quijote* y en el *Persiles*», en *Romance Philology*, IX, 1955, págs. 156-162.

LÓPEZ DE HARO, Alonso. *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*. Madrid. Luis Sánchez. 1622.

LÓPEZ ESTRADA, Francisco. *Los libros de pastores en la literatura española. La órbita previa*. Madrid. Gredos. 1954. 2 v.

\_\_\_\_\_, «Los libros de caballerías y su relación con los de pastores», en *Homenaje al profesor Carriazo*, Sevilla, Universidad, 1973, III, págs. 155-169.

LÓPEZ PIÑERO, José María y Francesc BUJOSA HOMAR. *Los Impresos Científicos Españoles de los siglos XV y XVI. Inventario, bibliometría y thesaurus, I*. Valencia. Universidad. 1981.

\_\_\_\_\_ *et. al.* *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*. Barcelona. Ediciones 62. 1983.

LÓPEZ POZA, Sagrario, «Florilegios, polianteas, repertorios de sentencias y lugares comunes. Aproximación bibliográfica», en *Criticón*, 1990, 49, págs. 61-76.

\_\_\_\_\_, «Polianteas y otros repertorios de utilidad para la edición de textos del Siglo de Oro», en *La Perinola*, 2000, 4, págs. 191-214.

LÓPEZ PUYOLES, Luis V. y José VALENZUELA DE LA ROSA, «Colección de voces de uso en Aragón», en *Archivo de Filología Aragonesa*, 1992-1993, 48-49, págs. 287-308.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, «Catálogo descriptivo de los libros de caballerías hispánicas. III. Noticias sobre un nuevo manuscrito de *Clarisel de las Flores* (libro I) de Jerónimo de Urrea», en *Archivo de Filología Aragonesa*, LI, 1995, págs. 283-296.

\_\_\_\_\_, «Catálogo descriptivo de los libros de caballerías hispánicas. XI. El último libro de caballerías castellano: *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XLVI/2, 1998, págs. 309-356.

\_\_\_\_\_, «Libros de caballerías impresos, libros de caballerías manuscritos (algunas observaciones sobre la recepción del género editorial caballeresco)», en Rafael Beltrán (ed.), *Literatura de caballerías y origen de la novela*, Valencia, Universidad, 1998, págs. 311-341.

\_\_\_\_\_, «Catálogo descriptivo de los libros de caballerías hispánicas. IX. Algunas reflexiones sobre la difusión de libros de caballerías a la luz del *Filorante*», en M<sup>a</sup> Cruz García de Enterría y Alicia Cordón Mesa (eds.), *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Alcalá de Henares, Universidad, 1998, II, págs. 949-962.

\_\_\_\_\_, «Catálogo descriptivo de los libros de caballerías hispánicas. Tercera parte de *Florambel de Lucea: un texto recuperado, una historia por descubrir*», en *Thesaurus*, LIV/1, 1999, págs. 33-75.

\_\_\_\_\_. *Imprenta y libros de caballerías*. Madrid. Ollero y Ramos. 2000.

\_\_\_\_\_, «El corpus de los libros de caballerías castellanos: ¿una cuestión cerrada?», en *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*,

2001, 4, sin paginación. [Revista electrónica:  
<[http://parnaseo.uv.es/Tirant/art\\_lucia\\_corpus.htm](http://parnaseo.uv.es/Tirant/art_lucia_corpus.htm)>]

\_\_\_\_\_, «Los libros de caballerías a la luz de los primeros comentarios del *Quijote*: De los Ríos, Bowle, Pellicer y Clemencín», en *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 499-539.

\_\_\_\_\_, «Los libros de caballerías frente al siglo XXI (a propósito de una nueva publicación)», en *RFE*, LXXXII, 2002, págs. 407-419.

\_\_\_\_\_. *De los libros de caballerías manuscritos al «Quijote»*. Madrid. Sial. 2004.

\_\_\_\_\_, «Una nueva página en la recepción de los libros de caballerías: las anotaciones marginales», en Eva León Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (de “Amadís” al “Quijote”)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, SEMYR, 2008, págs. 201-238.

\_\_\_\_\_ y M. C. Marín Pina, «Lectores de libros de caballerías», en *Amadís de Gaula, 1508: quinientos años de libros de caballerías (Madrid, 9 de octubre de 2008 a 19 de enero de 2009)*, Madrid, BNE-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008, págs. 289-311. [Accesible en: <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/lectores-de-libros-de-caballerias/>>].

\_\_\_\_\_ y Emilio José Sales Dasí. *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*. Madrid. Laberinto. 2008. (Arcadia de las Letras, 33).

MALPARTIDA TIRADO, Rafael, «Deslindes de la miscelánea en el renacimiento español», en *EPOS*, XXIII, 2007, págs. 39-60.

MANCINI, Guido, «Sul *Don Claribalte* di Fernández de Oviedo», en *Annali della Facoltà di Lingue in Verona (Università di Padova)*, I, 1966, págs. 3-21.

MANERO SOROLLA, Pilar, «María de san José y Luisa de la Cerda: género, poder y espiritualidad», en Pedro Manuel Piñero Ramírez (coord.), *Dejar hablar a los textos: Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Sevilla, Universidad, 2005, I, págs. 441-460.

MARAVALL, José Antonio, «Las etapas del pensamiento político de Carlos V», en *Revista de Estudios Políticos*, 1958, 100, págs. 93-146.

MARÍN MARTÍNEZ, Tomás. *Paleografía y diplomática*. Madrid. UNED. 1991. 2v.

MARÍN PINA, M<sup>a</sup> Carmen, «El tópico de la falsa traducción en los libros de caballerías españoles», en M.<sup>a</sup> Isabel Toro Pascua (ed.), *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Salamanca, Universidad, 1994, I, págs. 541-548.

\_\_\_\_\_, «La literatura caballeresca. Estado de la cuestión, 2. Los libros de caballerías españoles», en *Romanistisches Jahrbuch*, 1995, 46, págs. 314-339.

\_\_\_\_\_, «La historia y los primeros libros de caballería españoles», en Juan Paredes Núñez (ed.), *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)*, Granada, Universidad, 1995, 3, págs. 183-192.

\_\_\_\_\_, «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa caballeresca del reinado fernandino», en Miguel Ángel Ladero Quesada *et al.*, *Fernando II, el Rey Católico*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996, págs. 87-105.

\_\_\_\_\_, «El humor en el *Clarisel de las Flores* de Jerónimo de Urrea», en *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 245-266.

\_\_\_\_\_, «Palmerín de Inglaterra se lleva la palma: a propósito del juicio cervantino», en Juan Manuel Cacho Blecua (coord.), *De la literatura caballeresca al «Quijote»*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, págs. 361-381.

\_\_\_\_\_. *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*. Zaragoza. Institución «Fernando el Católico». 2011. (Colección de letras).

\_\_\_\_\_, «La verdad de la mentira: armas de linaje y “letras de invención” en *Mexiano de la Esperanza* (1583), un libro de caballerías manuscrito», en *Emblemata*, 2014-2015, 20-21, págs. 263-281.

MARINO, Nancy, «An Unknown Spanish Romance of Chivalry, Identified: *Don Mexiano de la Esperanza, Caballero de la Fe*», en *Journal of Hispanic Philology*, 1987-88 (1989), 12, págs. 15-24.

MARTÍN ABAD, Julián. *Manuscritos de España. Guía de catálogos impresos*. Madrid. Arco/Libros. 1989.

\_\_\_\_\_. *Suplemento*. Madrid. Arco/Libros. 1994.

\_\_\_\_\_, «Manuscritos de España: guía de catálogos impresos (segundo suplemento)», en *Boletín bibliográfico de la Asociación Hispánica de literatura medieval*, 1998, Cuaderno bibliográfico nº 22, págs. 461-520.

\_\_\_\_\_. *Los libros impresos antiguos*. Valladolid. Universidad. 2007.

MARTÍN ROMERO, José Julio, «Garcilaso como objeto de imitación poética y de reescritura narrativa», en M.<sup>a</sup> Luisa Lobato y F. Domínguez Matito (eds.), *Memoria de la palabra. Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro (Burgos -La Rioja 15-19 de julio de 2002)*, Frankfurt am Main-Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2004, II, págs. 1267-1276.

\_\_\_\_\_, «“Buenas dotrinas y enxemplos”. Aspectos sapienciales y didácticos en los libros de caballerías», en *Memorabilia*, 2004-05, 8, sin paginación. [Revista electrónica: <<http://parnaseo.uv.es/Memorabilia/memorabilia8/martin/index.htm>>].

\_\_\_\_\_, «*El Ornamento de princesas*: un diálogo sobre la educación femenina de Feliciano de Silva», en *Tirant*, 2007, 10, sin paginación. [Revista electrónica: <[http://parnaseo.uv.es/Tirant/Butlleti.10/Art.Romero\\_Feliciano.htm](http://parnaseo.uv.es/Tirant/Butlleti.10/Art.Romero_Feliciano.htm)>].

\_\_\_\_\_, «El debate sobre Lucrecia en la obra de Feliciano de Silva», en *eHumanista*, 2010, 16, págs. 99-126. [Revista electrónica: <<http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/16>>].

MARTÍNEZ MILLÁN, José, «Grupos de poder en la Corte durante el reinado de Felipe II: la Facción Ebolista, 1554-1573», en José Martínez Millán (coord.), *Instituciones y élites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI*, Madrid, Universidad Autónoma, 1992, págs. 137-198.

MELÓN RUIZ DE GORDEJUELA, Amando, «El primer manual español de geografía», en *Estudios geográficos*, 1977, 38, págs. 225-242.

MÉNDEZ DE SILVA, Rodrigo. *Población general de España: Sus trofeos, blasones y conquistas heroicas*. Madrid. Roque de Miranda. 1645.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Orígenes de la novela*. Madrid. CSIC. 1961.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, Diego CATALÁN y Álvaro GALMÉS DE FUENTES. *Cómo vive un romance. Dos ensayos sobre tradición*. Madrid. CSIC. 1954.

\_\_\_\_\_. *Historia de la lengua española*. Madrid. Fundación Ramón Menéndez Pidal-Real Academia Española. 2005. 2 v.

MIGUÉLEZ RODRÍGUEZ, Eugenio. *Diccionario de hablas leonesas. (León, Salamanca y Zamora)*. León. Ediciones Montecasino. 1993.

MILLOU, Alain. *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscano español*. Casa Museo de Colón y Seminario Americanista de la Universidad. Valladolid. 1983.

MINSHEU, John. *Vocabularium Hispanicum Latinum et Anglicum copiosissimum*. Londres. Joannem Browne. 1617.

MOGROBEJO, Endika. *Diccionario hispanoamericano de heráldica, onomástica y genealogía: adición al «Diccionario heráldico y genealógico...», por Alberto y Arturo García Carraffa*. Bilbao. Mogrobejo-Zabala. 1995-2009. 41 v.

MOLL, Jaime, «La bibliografía en la investigación literaria», en José M<sup>a</sup> Díez Borque (coord.), *Métodos de estudio de la obra literaria*, Madrid, Taurus, 1985, págs. 145-182.

\_\_\_\_\_, «Transmisión y público de la obra poética», en *Edad de Oro*, IV, 1985, págs. 71-86.

MONTANER, Alberto. *Prontuario de bibliografía: pautas para la realización de descripciones, citas y repertorios*. Gijón. Trea. 1999.

\_\_\_\_\_, «Emblemática caballeresca e identidad del caballero», en Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez (eds.), *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 267-306.

\_\_\_\_\_, «Del *Amadís* primitivo al de Montalvo: cuestiones de emblemática», en J. M. Lucía Megías y M. C. Marín Pina (eds.), «*Amadís de Gaula*»: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, págs. 541-561.

\_\_\_\_\_, «La fotografía hiperespectral y la restauración virtual de códices medievales: aplicación al manuscrito único del *Cantar de Mio Cid*», en Pedro M. Cátedra (dir.), *Los códices literarios de la Edad Media. Interpretación, historia, técnicas y catalogación*, Salamanca, CiLengua-Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2009.

MONTIEL, Isidoro. *Historia de la Universidad de Sigüenza*. Maracaibo. Universidad de Zulia. 1963. 2 v.

MORA-MALLO, Magdalena. «*Don Polismán de Nápoles*», de Jerónimo de Contreras, ed., introducción y notas. Tesis doctoral inédita. University of North Carolina at Chapel Hill. 1989.

MUGURUZA, Isabel, «Sobre el prólogo del Don Olivante de Laura», en M<sup>a</sup> Eugenia Lacarra (ed.), *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, págs. 127-44.

MUÑOZ MIÑAMBRES, José. *Nueva historia de Benavente*. Zamora. Montecasino. 1982.

NADER, Helen. *Los Mendoza y el Renacimiento Español*. Guadalajara. Diputación de Guadalajara. 1986.

NARRO, Ángel, «Mítica de los moros y moras de la toponimia peninsular», en Emili Casanova y Cesáreo Calvo (eds.), *Actas del XXVI Congreso Internacional de*



*Lingüística y Filología Románica. Valencia 2010*, Berlin/Boston, De Gruyter, 2013, págs. 219-228.

NERI, Stefano, «“El Cautivo de la Cruz”: finzione e realtà nel *Lepolemo* (Valencia, 1521)», en F. Gambin, *Alle radici dell'Europa. Mori, giudei e zingari nei paesi del Mediterraneo occidentale*, Firenze, SEID, 2008, págs. 155-168.

NÚÑEZ DE CASTRO, Alonso. *Historia religiosa y seglar de la muy noble y muy leal ciudad de Guadalajara*. Madrid. Pablo del Val. 1653.

NÚÑEZ DE TABOADA, Melchoir Emmanuel. *Diccionario francés-español y español-francés*. 10ª ed. París. P. J. Rey. 1848.

OCASAR, José Luis. *La lucha invisible. Estudio genético-literario de los «Coloquios de Palatino y Pinciano», de Juan Arce de Otálora*. Valladolid. Universidad. 2008.

OCHI FLEXOR, María Helena. *Abreviaturas: manuscritos dos séculos XVI ao XIX*. Rio de Janeiro. Arquivo Nacional. 2008.

ORDUNA, Germán, «Ecdótica hispánica y el valor estemático de la historia del texto», en *Romance Philology*, XLV, 1991, págs. 89-101.

OSTOS, Pilar, María Luisa PARDO y Elena E. RODRÍGUEZ. *Vocabulario de codicología*. Arco/Libros. Madrid. 1997.

LOUDIN, César. *Tesoro de las dos lenguas española y francesa*. Paris. Marc Orry. 1607.

PAGÉS, Aniceto. *Gran diccionario de la lengua castellana*. Barcelona. Fomento comercial del libro. [1925].

PALACIOS, Pedro. *Memoria de la Comisión del Mapa Geológico de España: descripción física, geológica y agrológica de la provincia de Soria*. Madrid. Imprenta y Fundición de Manuel Tello. 1890.

PALENCIA, Alfonso de. *Universal vocabulario en latín y en romance*. Ed. Gracia Lozano López. Madison. Hispanic Seminary of Medieval Studies. 1992.

PARDO DE GUEVARA Y VALDÉS, Eduardo. *Don Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos (1576-1622). Estudio histórico*. Santiago de Compostela. Xunta de Galicia. 1997.

PARDO RODRÍGUEZ, María Luisa. *Documentación del condado de Medinaceli (1368-1454)*. Soria. Diputación Provincial. 1992.

PARKER, Alexander A. *La filosofía del amor en la literatura española. 1480-1680*. Madrid. Cátedra. 1986.

PARKER, Geoffrey. *Felipe II. La biografía definitiva*. Barcelona. Planeta. 2013.

PARRY, V. J., «Renaissance historical literature in relation to the Near and Middle East (with special reference to Paolo Giovio)», en B. Lewis-P.M (ed.), *Historians of the Middle East*, Holt, Oxford, 1962, págs. 277-289.

PASCUAL, José Antonio, «Çufrir por sufrir», *Voces*, 1991, 2, págs. 103-108.

\_\_\_\_\_, «La edición crítica de los textos del Siglo de Oro: de nuevo sobre su modernización gráfica», en Manuel García Martín (ed.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad, 1993, I, págs. 37-57.

PASQUALI, Giorgio. *Storia della tradizione e critica del testo*. Firenze. Casa Editrice le Lettere. 1988.

PASTOR PLATERO, Emilio. *Genética textual*. Madrid. Arco/Libros. 2008.

PAZ Y MELIÁ, Antonio. *Series de los más importantes documentos del archivo y biblioteca del exmo. señor duque de Medinaceli elegidos por su encargo y publicados a sus expensas por Antonio Paz y Meliá, 2ª Serie: Bibliografía*. Madrid. Tip. Blass. 1922.

PECHA, Hernando. *Historia de Guadalupe, y como la Religión de San Geronymo en España fue fundada y restaurada por sus ciudadanos (s. XVII)*, ms. 1756, BNE.

\_\_\_\_\_. *Historia de Guadalajara: y cómo la Religión de San Jerónimo en España fue fundada y restaurada por sus ciudadanos*. Ed. Aurelio García López. Guadalajara. Institución Provincial de Cultura «Marqués de Santillana». 1977.

PEDRELL, Felipe. *Diccionario técnico de la música*. Barcelona. Isidro Torres Oriol. 1897.

PENNY, Ralph. *Gramática histórica del español*. Barcelona. Ariel. 2006

PRADILLO Y ESTEBAN, Pedro José, «El desarrollo histórico del casco antiguo de Guadalajara», en *Wad-al-Hayara*, 1991, 18, págs. 299-343.

PRICE ZIMMERMANN, T.C. *Paolo Giovio: The Historian and the Crisis of Sixteenth-Century Italy*. Princeton. University Press. 1995.

PRIETO, Antonio. *La prosa española del siglo XVI, I*. Madrid. Taurus. 1986.

PULIDO RUBIO, José. *El piloto mayor de la Casa de la Contratación*. 2ª ed. Sevilla. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. 1950.

QUILIS, Antonio. *Principios de fonética y fonología españolas*. Madrid. Arco/Libros. 2010.

QUINTANILLA RASO, Mª Concepción, «La Nobleza», en José Manuel Nieto Soria (dir.), *Orígenes de la Monarquía Hispánica. Propaganda y legitimación (c. 1400-1520)*, Madrid, Dykinson, 1999, págs. 63-103.

RAMOS NOGALES, Rafael, «Para la fecha del *Amadís de Gaula*: “Esta sancta guerra que contra los infieles comenzada tienen”», en *Boletín de la Real Academia Española*, 1994, 74, págs. 503-521.

\_\_\_\_\_, «El *Amadís* y los nuevos libros de caballerías (1495-1530)», en *Insula*, 1995, 584-585, págs. 13-15.

RALLO GRUSS, Asunción, «Las misceláneas: conformación y desarrollo de un género renacentista», en *Edad de Oro*, 1984, 3, págs. 159-180.

\_\_\_\_\_. *La prosa didáctica en el siglo XVI*. Madrid. Taurus. 1987.

\_\_\_\_\_, «Tópicos y recurrencias en los resortes del didactismo: confluencia de diferentes géneros», en *Criticón*, 1993, 58, págs. 135-154.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario usual*. 3ª ed. Madrid. Viuda de Joaquín Ibarra. 1791.

\_\_\_\_\_. *Diccionario de Autoridades*. Madrid. Gredos. 1963.

\_\_\_\_\_. *Diccionario de la lengua española*. Madrid. Espasa. 2001.

\_\_\_\_\_. *Ortografía de la lengua española*. Madrid. Espasa. 2010.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA. *Diccionario biográfico español*. Madrid. Real Academia de la Historia. 2009-2013. 50 v.

REGUERAS GRANDE, Fernando, «El alcázar durante el Antiguo Régimen», en Rafael González Rodríguez *et al.*, *El castillo de Benavente*, Benavente, CEB «Ledo del Pozo», 1998, págs. 86-101.

\_\_\_\_\_. *Pimentel. Fragmentos de una iconografía*. Benavente. CEB «Ledo del Pozo». 1998.

REY HAZAS, Antonio, «Introducción a la novela del Siglo de Oro. (Formas de narrativa idealista)», en *Edad de Oro*, 1982, 1, págs. 65-105.

RICO, Franciso, «Un penacho de penas. De algunas invenciones y letras de caballeros», en *Textos y contextos. Estudios sobre la poesía española de siglo XV*, Barcelona, Crítica, 1990, págs. 189-230

\_\_\_\_\_. *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*. Valladolid. Universidad de Valladolid, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles. 2005.

RILEY, Edward. *Teoría de la novela en Cervantes*. Taurus. Madrid. 1966.

RÍO NOGUERAS, Alberto del, «Sobre el *Don Florindo* de Fernando Basurto (1530): Un caballero andante asedia el Castillo interior», en *RILCE: Revista de Filología Hispánica*, 1988, 4/II, págs. 55-72.

\_\_\_\_\_, «Misoginia medieval y libros de caballerías: el caso de Don Florindo, un héroe del desamor», en José Manuel Lucía Megías *et alii* (eds.), *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Segovia, del 5 al 19 de Octubre)*, Alcalá de Henares, Universidad, 1991, II, págs. 691-707.

\_\_\_\_\_, «Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías», en Aires Augusto Nascimento y Cristina Almeida Ribeiro (coords.), *Actas IV Congresso AHLM. Lisboa, 1991*, Lisboa, Cosmos, 1993, II, págs. 73-80.

\_\_\_\_\_, «Libros de caballerías y poesía de cancionero: invenciones y letras de justadores», en M.<sup>a</sup> Isabel Toro Pascua (ed.), *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Salamanca, Universidad, 1994, I, págs. 303-318.

\_\_\_\_\_, «Las *Bucólicas* de Feliciano de Silva en sus libros de caballerías», en Begoña López Bueno (ed.), *La Égloga. VI Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro (Universidades de Sevilla y Córdoba, 20-23 de noviembre de 2000)*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla-Grupo P.A.S.O., 2002, págs. 91-119.

\_\_\_\_\_, «De la exposición de un infante a la querrela hispanofrancesa por el reino de Nápoles: el homenaje de Fernando Basurto a Carlos V en el *Don Florindo*», en J. M. Lucía Megías y M. C. Marín Pina (eds.), «*Amadís de Gaula*»: quinientos años después. *Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, págs. 627-659.

\_\_\_\_\_, «La poesía en los libros de caballerías de la época del Emperador (1508-1556)», en *e-Spania. Revue interdisciplinaire d'études hispaniques médiévales et modernes*, 2012, 13, sin paginación. [Revista electrónica: <<https://e-spania.revues.org/21208>>].

RIQUER, Martín de. *Caballeros andantes españoles*. Madrid. Gredos. 2008. (Nueva Biblioteca Románica Hispánica, 7).

\_\_\_\_\_. «*Tirant lo Blanch*», *novela de historia y de ficción*. Barcelona. Quaderns Crema. 2013.

RIVAS QUINTAS, Eligio. *Frampas II, contribución al diccionario gallego*. Alvarellos. Lugo. 1988.

ROCAMORA, José. *Catálogo abreviado de los manuscritos de la biblioteca del Excmo. Señor Duque de Osuna e Infantado*. Madrid. Fortanet. 1882.

RODRÍGUEZ CACHO, Lina, «La selección de lo curioso en ‘silvas’ y ‘jardines’: notas para la trayectoria del género», en *Criticón*, 1993, 58, págs. 155-168.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Eladio. *Diccionario enciclopédico gallego-castellano*. Vigo. Galaxia. 1958-1961. 3v.

RODRÍGUEZ-MOÑINO, Antonio. *Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII*. Madrid. Castalia. 1968.

RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús, «‘Yo soy de la Gran Bretaña, no sé si la oístes acá dezir’. (La tradición de *Esplandián*)», en *Revista de Literatura*, 1991, 105, págs. 49-61.

ROHLAND DE LANGBEHN, Regula. *La unidad genérica de la novela sentimental española*. London. Queen Mary and Westfield College, Department of Hispanic Studies. 1999.

ROMERO TABARES, Isabel, «Modelos de mujeres en los libros de caballerías hispánicos. El *Rosíán de Castilla*», en Julián Acebrón Ruiz (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, Lleida, Universitat, 2001, págs. 191-216.

ROSAL, Francisco del. *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana (1601-1611)*. BNE, ms. 6929 (siglo XVIII).

ROSIELLO, Luigi, «Grafemática, fonemática e crítica testuale», en *Lingua e Stile*, I, 1966, págs. 63-77.

ROSSI, Gianni. *Incunabile della modernità. Scienza giuridica e cultura umanistica in André Tiraqueau (1488-1558)*. Torino. Giappichelli. 2007.

ROUBAUD-BÉNICHOU, Sylvia, «Cervantes y el *Caballero de la Cruz*», en *NRFH*, XXXVIII/2, 1990, págs. 525-566.

\_\_\_\_\_, «Calas en la narrativa caballeresca renacentista. El *Belianís de Grecia* y el *Clarián de Landanís*», en Jean Canavaggio [ed.], *La invención de la novela*, Madrid, Casa de Velázquez, 1997, págs. 49-91.

\_\_\_\_\_. *Le roman de chevalerie en Espagne. Entre Arthur et Don Quichotte*. Paris. Honoré Champion Éditeur. 2000.

RUIZ GARCÍA, Elisa, «Crítica textual. Edición de textos», en José María Díez Borque (coord.), *Métodos de estudio de la obra literaria*, Madrid, Taurus, 1989, págs. 67-143.

RUIZ PÉREZ, Pedro, «Los repertorios latinos en la edición de textos áureos. La *Officina poética* de Ravisio Textor», en Pablo Jauralde *et alii* (eds.), *La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional del Hispanistas del Siglo de Oro*, Londres, Tamesis Books, 1990, págs. 431-440.

SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro y Manuel de CASTRO Y CASTRO. *Bibliografía de las órdenes religiosas*. Madrid. Fundación Universitaria Española. 1987. (Biblioteca bibliográfica hispánica, 6).

SALAS MERINO, Vicente. *Tenencia, Señorío y Condado de Lemos*. Madrid. Visión. 2014.

SALAZAR Y CASTRO, Luis de. *Historia genalógica de la Casa de Silva*. Madrid. Melchor Álvarez. 1685. 2 v.

\_\_\_\_\_. *Los comendadores de la Orden de Santiago*. Madrid. Patronato de la Biblioteca Nacional. 1949. 2 v.

SALES DASÍ, Emilio José, «Sobre la influencia de las *Caídas de príncipes* en el *Amadís de Gaula* y en las *Sergas de Esplandián*», en Aires A. Nascimento y Cristina Almeida Ribeiro (eds.), *Actas do IV Congresso da Associação Hispanica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 outubro 1991)*, Lisboa, Cosmos, 1993, I, págs. 333-338.

\_\_\_\_\_, «El *Florisando*: libro “sexto” en la familia del *Amadís*», en Rafael Beltrán (ed.), *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, València, Universitat, 1998, págs. 137-158.

\_\_\_\_\_, «Ecos celestinescos en el Lisuarte de Grecia de Feliciano de Silva», en *Tirant*, 2000, 3, sin paginación. [Revista electrónica: <[http://parnaseo.uv.es/Tirant/Art.Sales\\_ecos.htm](http://parnaseo.uv.es/Tirant/Art.Sales_ecos.htm)>].

\_\_\_\_\_, «Una crónica caballeresca singular del quinientos: el *Rosián de Castilla*», en Julián Acebrón (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre ficción caballeresca*, Lleida, Universitat, 2001, págs. 151-190.

\_\_\_\_\_, «Las continuaciones heterodoxas (el *Florisando* [1510] de Páez de Ribera y el *Lisuarte de Grecia* [1526] de Juan Díaz) y ortodoxas (el *Lisuarte de Grecia* [1514] y el *Amadís de Grecia* [1530] de Feliciano de Silva) del *Amadís de Gaula*», en *Edad de Oro*, 2002, 21, págs. 117-152.

\_\_\_\_\_, «De Constantinopla y otras marcas identificadoras del *Florisando* y el *Lisuarte de Grecia*», en *Tirant*, 5, 2002, sin paginación. [Revista electrónica: <<http://parnaseo.uv.es/Tirant/Butlleti.5/sales.htm>>].

\_\_\_\_\_, «Una primera aproximación a la heráldica literaria de las primeras continuaciones caballerescas del *Amadís de Gaula*», en *Emblemata: Revista Aragonesa de Emblemática*, 2003, 9, págs. 219-230.

\_\_\_\_\_, «El humor en la narrativa de Feliciano de Silva: en el camino hacia Cervantes», en *Literatura: teoría, historia y crítica*, 2005, 7, págs. 115-157.

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Antonio. *Linajes y estados de la Casa Ducal de Medinaceli. Estructura de su memoria archivística*. Tesis doctoral inédita. Sevilla. Universidad. 1989.

SÁNCHEZ MARIANA, Manuel, «Los manuscritos dramáticos del Siglo de Oro», en *Homenaje al Profesor José Fradejas Lebrero*, Madrid, UNED, 1993, I, págs. 441-452.



\_\_\_\_\_, «El manuscrito y su producción en la época del libro impreso», en Víctor Infantes de Miguel, François López y Jean François Botrel (coords.), *Historia de la edición y de la lectura en España, 1475-1914*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, págs. 23-30.

SÁNCHEZ-PRIETO, Pedro. *Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica*. Madrid. Arco/Libros. 1998.

\_\_\_\_\_, «La normalización del castellano escrito en el siglo XIII. Los caracteres de la lengua: grafías y fonemas», en Rafael Cano, *Historia de la lengua española*, Barcelona, Ariel, 2004, págs. 441-442.

\_\_\_\_\_, «Difusión “vs.” transmisión en la historia de los textos medievales», en *Incipit*, 2007, 27, págs. 187-230.

\_\_\_\_\_. *La edición de textos españoles medievales y clásicos: criterios de presentación gráfica*. San Millán de la Cogolla. Cilengua. 2011.

SÁNCHEZ Y ESCRIBANO, Federico y Anthony MICHAEL PASQUARIELLO. *Más personajes, personas y personillas del refranero español*. New York. Hispanic Institute in the United States. 1959.

SANZ, Javier. *Las Facultades de Cánones y Leyes de la Universidad de Sigüenza*. Madrid. Casa de Guadalajara en Madrid. 2005.

SARMATI, Elisabetta. *Le critiche ai libri di cavalleria nel cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul seicento). Un'analisi testuale*. Pisa. Giardini Editori. 1996.

SARMIENTO, Martín. *Catálogo de voces y frases de la lengua gallega*. Ed. J. L. Pensado Tomé. Salamanca. Universidad. 1973.

\_\_\_\_\_. *Onomástico etimológico de la lengua gallega*. A Coruña. Fundación Pedro Barrié de la Maza. 1999. 2 v.

SEGRE, Cesare, «Les transcriptions en tant que diasystèmes», en *La pratique des ordinateurs dans la critique des textes*, Paris, Éditions du CNRS, 1979, págs. 45-49.

SENABRE, Ricardo. *Literatura y público*. Madrid. Paraninfo. 1987.

SENDÍN VINAGRE, Juan José, «A imitación de los excelentes antiguos. La anotación erudita de la propia escritura y los apéndices eruditos de las obras de Lope de Vega», en *Castilla: Estudios de literatura*, 2000, 25, págs. 137-138.

SEVERIN, Dorothy S., «La parodia del amor cortés en la Celestina», en *Edad de Oro*, 1984, 3, págs. 275-280.

SHARRER, Harvey L., «La fusión de las novelas artúrica y sentimental a fines de la Edad Media», en *El Crotalón*, 1984, 1, págs. 147-157.

SIMAL LÓPEZ, Mercedes. *Los conde-duques de Benavente en el siglo XVII. Patronos y coleccionistas en su villa solariega*. Benavente. CEB «Ledo del Pozo». 2002.

\_\_\_\_\_, «Don Juan Alfonso Pimentel, VIII Conde-Duque de Benavente, y el coleccionismo de antigüedades: inquietudes de un Virrey de Nápoles (1603-1610)», en *Reales Sitios: Revista de Patrimonio Nacional*, 2005, 164, págs. 31-49.

SIMÓN DÍAZ, José. *Bibliografía de la Literatura Hispánica*. Madrid. CSIC. 1950-1993.16 v.

SOTOMAYOR, Manuel y José FERNÁNDEZ URBIÑA (coords.). *Historia del cristianismo I. El mundo antiguo*. Madrid. Trotta. 2005.

STEFANO, Giuseppe di. *El libro del famoso e muy esforçado cavallero Palmerín de Olivia*. Pisa. Università di Pisa. 1966.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, «Legado español para un príncipe venido de Borgoña», en Manuel Fernández Álvarez (coord.), *El Imperio de Carlos V*, Guadalajara, Real Academia de la Historia, 2001, págs. 27-70.

TERREROS Y PANDO, Esteban de. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*. Madrid. Viuda de Ibarra. 1786-1788. 4 v.

THOMAS, Henry. *Spanish and Portuguese Romances of Chivalry. The Revival of the Romance of Chivalry in the Spanish Peninsula, and its Extension and Influence Abroad*. Cambridge. University Press. 1920.

TORMO, Elías. *Las viejas series icónicas de los Reyes de España*. Madrid. Blas y Cía. 1917.

TORRENS ÁLVAREZ, M<sup>a</sup> Jesús. *Evolución e historia de la lengua española*. Madrid. Arco/Libros. 2007.

VALLADARES NÚÑEZ, Marcial. *Diccionario gallego-castellano*. Santiago. Seminario Conciliar. 1884.

VALLS I SUBIRÀ, Oriol. *Historia del papel en España*. Madrid. Empresa Nacional de Celulosas. 1982. 2 v.

VALVERDE OGALLAR, Pedro Blas. *Manuscritos y heráldica en el tránsito a la modernidad: «El libro de armería» de Diego Hernández de Mendoza*. Tesis doctoral. Madrid. Universidad Complutense de Madrid. [Edición digital: <<http://biblioteca.ucm.es/tesis/ghi/ucm-t26322.pdf>>].

VARGAS-DÍAZ TOLEDO, Aurelio, «Los libros de caballerías portugueses manuscritos», en *Destiempos*, XXIII, 2010, págs. 217-231.

VASCONCELOS E SOUSA, Bernardo, «Os Pimentéis. Uma linhagem portuguesa dos séculos XIII e XIV», en *El condado de Benavente. Relaciones hispano-portuguesas en la Baja Edad Media*, Benavente, CEB «Ledo del Pozo», 2000, págs. 29-35.

VAUTHIER, Bénédicte y Jimena GAMBA CORRADINE (eds.). *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos. Aportaciones de una «poética de transición entre estados»*. Salamanca. Universidad. 2012.

VENY CLAR, Juan, «Interferencias léxicas en catalán», en Alberto Varvaro (ed.), *Atti XIV Congresso Internazionale di Linguistica e Filologia Romanza (Napoli, 15-20 aprile 1974)*, Napoli-Amsterdam, Gaetano Macchiaroli-John Benjamins, 1978, IV, págs. 216-221.

VIAN HERRERO, Ana, «La autocensura del yo creador en los orígenes de *El Crotalón*», en *Compás de Letras*, I, 1992, págs. 13-28.

\_\_\_\_\_. *Diálogo de las transformaciones de Pitágoras*. Barcelona. Sirmio-Quaderns Crema. 1994.

\_\_\_\_\_, «El yo creador y su proceso de elaboración artística: la génesis de *El Crotalón*», en *Dicenda*, 1994, 12, págs. 217-239.

\_\_\_\_\_, «El nacimiento del texto y su interpretación: problemas de edición de diálogos manuscritos y anónimos del Renacimiento», en Ramón Santiago, Ana Valenciano y Silvia Iglesias (eds.), *Tradiciones discursivas. Edición de textos orales y escritos*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2006.

VILCHES, Rocío. *Edición y estudio de «Historia caballeresca de don Claridoro de España», libro de caballerías manuscrito inédito*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Alcalá de Henares. 2013.

VILLANUEVA, Darío. *El comentario de textos narrativos: la novela*. Valladolid-Gijón. Aceña-Júcar. 1989.

WAGNER, Klaus, «A propósito de la biblioteca de Jerónimo de Chaves, catedrático de cosmografía de la Casa de Contratación, y el paradero de algunos de sus libros», en Manuel Peña Díaz, Pedro Ruiz Pérez y Julián Enrique Solana Pujalte (coords.), *La cultura del libro en la edad moderna: Andalucía y América*, Córdoba, Universidad, 2001, págs. 187-231.

WHINNOM, Keith. *Dos opúsculos isabelinos*. Exeter. University Press. 1979.

\_\_\_\_\_. *La poesía amatoria cancioneril en la época de los Reyes Católicos*. Durham. University Press. 1981.

WHITENACK, Judith. A., «Conversion to Christianity in the Spanish Romances of Chivalry, 1490-1524», en *JHP*, 1988, 13, págs. 13-39.

\_\_\_\_\_, «*Don Quijote* y los libros de caballerías del tipo “neo-cruzado”», en F. Menchacatorre (ed.), *Ensayos de literatura europea e hispanoamericana*, San Sebastián, Universidad del País Vasco, 1990, págs. 581-586.

**II. EDICIÓN CRÍTICA DE LA CORÓNICA DE DON MEXIANO DE LA ESPERANÇA,  
CABALLERO DE LA FE**



[f. Ir] [PRÓLOGO AL LECTOR<sup>520</sup>]

[...] libros. Mas ase de saber que no todo lo que en los poetas y profanos libros se escribe o lee se á de tomar ni encomendar a la memoria, sino solo aquello que de bu<e>nos<sup>521</sup> barones para nuestro exemplo se lee, de manera que nuestro último fin en esta tal lectura á de ser el amor de la virtud y el aborrecimiento del bicio. Emos al fin de ser como las artificiosas abexas, que no de todas las flores donde se sientan sacan el dulce pasto de que componen el panar, sino de aquellas solas cuya materia allan apta para la formación de lo que desean; así, el que leyere estos tales libros escoxa como prudente lo que le combinere, dejando pasar de largo lo que no le fuere útil.

Porque, vien así como las estacas o rodriga en las viñas es menester para sustentar las cepas, así la sabiduría humana es para nuestro provecho, sustentando algunas becas nuestra verdad con su testimonio; como el de Plinio Junior, de Josefo y otros algunos gentiles<sup>522</sup> que de la sabiduría humana en la cab[d]alosa fuente abundantemente vebieron y en la disputa de los lisequitas<sup>†</sup> la mesa del oro pudieran poseer. De los cuales y de otros muchos (como fueron Arato, poeta; Menandro; Epiménides o Calímaco<sup>523</sup>) tomaron no solo los santos, mas la misma Divina Escritura,

---

<sup>520</sup> Faltan los folios iniciales del manuscrito, visiblemente desprendidos del cuaderno al que pertenecían, por lo que el prólogo presumiblemente dirigido al lector se encuentra incompleto (*vid.* estudio, 3. 2). Asimismo, el folio Iv está en blanco.

<sup>521</sup> Como expusimos en nuestros criterios de presentación gráfica, reponemos entre corchetes angulares la vocal ausente en los diptongos representados mediante el elemento más cerrado. Con esta solución pretendemos hacer transparente para el lector la que consideramos su efectiva realización fonética, sin que por ello dejemos de evidenciar nuestra intervención en la dilucidación de este fenómeno gráfico, en ocasiones no exenta de problemas (especialmente en aquellos casos que atañen al paradigma verbal; *vid.* 8.2.1).

<sup>522</sup> *el de Plinio Junior, de Josefo y otros algunos gentiles*: El autor hace referencia aquí a algunas fuentes literarias de los primeros siglos que documentan la existencia histórica de Jesús en sus escritos, sirviendo por tanto de apoyatura a los textos propiamente cristianos (*cf.* Joseph Klausner. *Jesús de Nazaret. Su vida, su época, sus enseñanzas*. Barcelona. Paidós. 1989, págs. 52-59; asimismo, una traducción de dichas fuentes puede consultarse en: Manuel Sotomayor y José Fernández Urbiña [coords.]. *Historia del cristianismo I. El mundo antiguo*. 2<sup>ed.</sup>. Madrid. Trotta. 2005, págs. 117 y 118).

<sup>523</sup> **Apostilla marginal** (en adelante *ap. marg.*): «[E.] **Timo. 3, Colloss. 1, Eph. 1**». Las citas parecen querer remitir a las epístolas en que san Pablo se serviría de los autores de la Antigüedad mencionados en el texto. Sin embargo, las referencias no concuerdan con aquellas que la tradición manejó desde los escritos de san Jerónimo, quien advirtió por vez primera de la presencia de estas fuentes clásicas en las cartas del apóstol, precisamente con intención de justificar la lectura de autores paganos. Así, en su



testimonios; donde consta la lección de los libros poéticos no sernos en todo vedada, mas antes que la podemos leer para que como otro David coxamos la cimitarra o alfange de Golías con la cual su propia cabeça le sea de los ombros quitada.

De lo que é dicho, prudente lector, solo quiero que se colixa qu'estos, al parecer, inútiles libros<sup>524</sup> no querría que fuessen de jente muy moça (particularmente de damas vriosas y desocupadas) leídos, ni de aquellos o aquellas a los cuales ya la dulce ambriosía y néctar del Divino Espíritu en la oración se les es comunicada<sup>i</sup>; mas solo de gente a quien las demasiadas ocupaciones obliga a buscar de entretenimiento y descanso un rato. Y aun estos querría que fuessen tales que entre las espinas sin se espinar supiesen escoger las rosas y que quebrasen la cáscara de lo fingido para saber sacar el fruto verdadero.

Y para no cansar con demasiado discurso remito al prudente lector a que vea esta materia escripta en los capítulos 7 del segundo libro (folio 126) y en el capítulo 1 del mismo libro (folio 103), donde más a la larga podrá en este casso satisfacer a su

---

conocida epístola LXX a Magno, san Jerónimo advierte en favor de su argumentación de la presencia de Epiménides en Tito 1, 12 (a través de un verso posteriormente empleado por Calímaco, de donde probablemente proviene su mención conjunta en el texto), de Menandro en I Corintios 15, 33 y de Arato en Hechos 17, 28. Esta dependencia del texto de san Jerónimo como fuente primera de las referencias contenidas en nuestro prólogo queda confirmada por la utilización de la imagen de la lucha de David contra el gigante, empleada en la epístola LXX precisamente junto a la nómina de autores proporcionados (véase la carta «A Magno» en: San Jerónimo. *Cartas de San Jerónimo*. Ed. Ruiz Bueno. B.A.C. Madrid. 1982. I, págs. 674-675). El error en las referencias que proponen las apostillas marginales puede haberse originado en una mala interpretación de las abreviaturas de los libros bíblicos, probablemente extraídas indirectamente, a través de alguno de los múltiples textos contemporáneos que recurrieron a la autoridad de san Jerónimo para justificar su escritura: Ti. (Timoteo /Tito); Co. (Corintios / Colosenses); E. (Efesios/Hechos).

<sup>524</sup> *Inútiles libros*: «Inútiles pláticas e inútiles libros, ni las tengan tus hijas ni los lean tus hijos», se trata de un refrán popular, cuya extensión quizá pueda explicar que este sintagma sea utilizado con profusión en la crítica contra la literatura de entretenimiento, como es el caso de *La pícaro Justina* de Francisco López de Úbeda (1605): «Ya se han introducido tales y tan raras representaciones, tan *inútiles libros*, que, en la muchedumbre del vulgo que sigue esta opinión, ha anegado y ahogado tan sanctos consejos, cuales son los que referido tengo destos sanctos varones, admitiendo sin distinción alguna cualquier libro, lectura o escrito o representación de cualquier cosa por más mentirosa y vana que sea» (consultado en CORDE [13-5-15]).

apetito. El mío es que en esto y en todo Nuestro Señor Jesucristo sea serbido, el cual con el Padre y Espíritu Santo vive y reina, un Dios<sup>525</sup>, amén<sup>526</sup>.

---

<sup>525</sup> Frente a la expresión más común que incorpora el verbo copulativo, encontramos también esta fórmula de apariencia cerrada y fijada en otros textos anteriores, como el *Jardín de nobles doncellas* de Fray Martín de Córdoba (1468): «Él guarda singular corona a sus esposas de la cual nos haga participantes Jesucristo purísimo, que, con el Padre y con el Espíritu Santo vive y reina un Dios por infinitos siglos. Amén» (consultado en CORDE [14-5-15]).

<sup>526</sup> Debajo del prólogo, encontramos una rúbrica que reza: «Leonardo de Merlo», en la que apreciamos un cambio de mano y de tinta evidente. La letra con la que ha sido escrita es muy similar a la de las anotaciones de la mano 3, que hemos identificado con la figura de un lector de la obra (responsable de un buen número de comentarios «burlones» que se reparten a lo largo de todo el manuscrito). Para completar esta cuestión remitimos a nuestra introducción (*vid.* 3.2).



[f. IIr] [TABLA DE MATERIAS]<sup>527</sup>

–Hácese memoria con istorias verdaderas de algunas famosas librerías que ubo en el mundo y cómo era costu[m]bre poner en las librerías retratos de los hombres que eran tenidos por sabios: 6, 122, 2<sup>528</sup>.

–De la lección de los libros profanos y cómo se an de leer, con la materia de qué cosa sea mentira siguiendo la doctrina de san Agustín<sup>529</sup>: 7, 125, 2.

–Que en los amores la dificultad y pribación cause apetito y abibe el deseo: 8, 127, 3.

–La limpieça de la boca cuánto importe a las damas, y un excelentísimo y fácil remedio para traer siempre blanca y limpia la dentadura: 8, 128, 2.

–Cuán sucia y abominable cosa sea el afeitarse, a lo menos demasiado, las damas: 8, 127, 2.

–Cómo más nos á de admirar y probocar a virtud un virtuoso qu’escandalizarnos ni mobernos a disolución cien mil biciosos: 8, 129, 3.

–La raçón por que parecen o no los hijos a sus padres: 8, 130, 3.

–Computación istorial verdadera de los años y tiempos en que se dice aber sucedido estas cosas, para dar a entender no querer decir que esto aya sido, sino que en

---

<sup>527</sup> Acusamos la pérdida de algunos folios, por lo que la tabla de materias se presenta notablemente incompleta, conservándose tan solo algunas referencias correspondientes al segundo libro. Nótese cómo la presente tabla, lejos de ofrecer una simple nómina de capítulos, destaca de manera interesada aquellos aspectos que alimentan tanto la conciencia del moralista como la curiosidad del humanista, asemejándose al tiempo al índice de temas propio de las exitosas misceláneas coetáneas más que al contenido real de la novela (*vid.* 6.2).

<sup>528</sup> Las referencias de la tabla de materias remiten, por orden, al capítulo, al número de folio y a la columna izquierda (1 y 3) o derecha (2 y 4); asimismo, el número de columna nos proporciona el recto o el vuelto del folio (1 y 2 para el recto, 3 y 4 para el vuelto).

<sup>529</sup> Conviene llamar la atención sobre el hecho de que esta entrada de la tabla de materias haga referencia, en realidad, al contenido de una apostilla marginal del segundo libro, lo cual viene a confirmar la coherencia con la que se conciben tanto el texto de la obra como las glosas que lo acompañan. En cualquier caso, con el fin de valorar la posibilidad de que tanto un grupo determinado de apostillas –entre las que podría encontrarse esta misma– como los paratextos de la obra sean producto del artífice de la puesta en limpio, *vid.* 3.3.

esta fabulosa manera<sup>ii</sup> de hablar se ponen exemplos de virtuosos y viciosos: los unos para imitar y los otros para uir de ellos: 9, 133, 2.

–Trátasse la materia de los bientos conforme a la opinión de los antiguos filósofos y de los modernos mareantes: 10, 135, 4.

–Cuándo tubieron principio las guerras o batallas, así particulares como generales: 10, 137, 3.

–Loas del trabaxo como lo describen los autores, así modernos como antiguos: 11, 141, 2.

–Los ejercicios en que las damas an de gastar el tiempo y emplearse para evitar la ociosidad, madre unibersal de todos los vicios: 11, 142, 3 [f. IIv].

–De las excelencias de la cabeça entre los demás miembros del hombre y cómo el tenerla recia y dura procede de ordinario de la traer descubierta: 12, 143, 2.

–Cuán más excelente sea el esfuerço que la fuerça, la maña que la biolencia, el arte e ingenio que la natural fiereça, se muestra: 12, 147, 4.

–La gallardía portuguesa, con una brebe suma en cifra del cortesano estilo de los caballeros de Lisboa, se pone: 13, 150, 3.

–Las burlas pesadas mezcladas con descomedimiento an de ser muy ajenas de cualquier hombre principal y de ingenio, especialmente de los doctos y caballeros: 14, 151, 3.

–La istoria verdadera de la fundación de la ciudad de Constantinopla con la verdadera computación de los tiempos, así conforme a lo<sup>530</sup> griegos o 70 intérpretes como conforme a los hebreos y san Jerónimo: 15, 154, 3.

–La primera bez que en beras y contra enemigos usó [y]<sup>iii</sup> ejército las armas don Mexiano se pone: 15, 156, 3.

---

<sup>530</sup> Como expusimos en nuestros criterios de edición, no empleamos ninguna marca especial para indicar la abundante ausencia de la graffa de sibilante en situación implosiva, que con gran probabilidad podría indicar la aspiración o pérdida de –s en posición final de palabra (*vid.* 8.2.1).

–Que es de mucha importancia el procurar de no bolber a las combersaciones pasadas cuando no an sido lícitas, porque con facilidad se buelben a encender las mortecinas brasas de amor: 16, 158, 2.

–El abentura de la Rubia Mora, en que se ponen algunas istorias verdaderas disfraçadas en este fabuloso estilo: 17, 161, 2.

–Las calidades de la Luna, la dibisión vrebbe del globo, con algunas probincias africana y indias y otras cosas tocantes a este signo: 18, 163, 2.

–Descripción de la cassa del duque del infa[n]tazgo en Guadalajara: 19, 171, 1.

–La istoria de Jámblico, poeta: 21, 174, 2.

–La istoria del rey Caudales: 23, 180, 2.

–Tócase la istoria de Cimón y Temístocles con la materia de los destierros: 24, 181, 3.

–Cómo la principal nobleça es la teológica, que consiste en la virtud: 25, 185, 3.



## LIBRO I

[f. 10r] [Capítulo 3]<sup>531</sup>

[...] la cabeça sin tocado, con la cana melena sin concierto, esparcida cual suele ser la de las infernales furias cuando a los condenados azotan. Era el cabello no muy largo, raro y grueso y de un ceniciento color abominable. La corta y arrugada frente tenía poblada de abominable vello, mostrándose en ella unas peladas cejas de algunos tan gruesos cabellos que ser cerdas de alguna fiera parecían, y el sobrecejo tan arrugado y caído cual es el de las viejas monas o espantables simios de África, teniendo entre ceja y ceja una verruga vien tan grande como una nuez, de tan abominable color y echura que mucho aumentaba su fealdad.

Debaxo d'este sobrecejo mostraba dos ojuelos: el uno ciego, de una nube tan fea que parecía d'él salirle llamas de encendido fuego, teniendo la pestaña inferior reñegada<sup>532</sup>, mostrando un sangriento color úmedo de abominable materia y asqueros'agua; el otro tenía como un encendido rubí y tan pequeño que apenas se le veía, tiniéndole a la sombra de un arrugado y feo pálpbro. Desde allí se le descolgaba una nariz simia y tan undida que parecía en aquel güeco podersele<sup>iv</sup> esconder una mançana, teniendo las ventanas tan anchas y feas como un etiopiano; debaxo de la cual se le mostraba una tan fea, grande y desdentada boca que sola ella bastaba a hacer feas mil mugeres, teniendo la punta de la varvilla vuelta para arriba con tanta fealdá que parecía ser algún infernal monstruo enviado del infierno para nos mostrar por él la

---

<sup>531</sup> La pérdida de algunos folios es la responsable de este accidental inicio *in media res*, que nos coloca en mitad del capítulo tercero del primer libro.

<sup>532</sup> Habida cuenta del empleo sistemático de *n* y *ñ* para el fonema palatal nasal que observamos en el manuscrito, en contraste con el uso puntual de *ñ* para el valor de nasal linguoalveolar, hemos decidido ser especialmente cautelosos en la interpretación de dicha grafía allí donde no cabría esperar una pronunciación palatal. Así, para la conservación de la grafía en el caso de *reñegada*, amén de su documentación en textos coetáneos recuperados en CORDE (14-5-15), hemos tenido en cuenta la aparición de diversas variantes palatalizadas procedentes del verbo *renegar* en el diccionario de Aniceto de Pagés (*Gran diccionario de la lengua castellana*. Barcelona. Fomento comercial del libro. [1925]); así como el fenómeno de palatalización de N- inicial con conservación de yod señalado por Miguélez Rodríguez para el Occidente peninsular, que documenta como ejemplo precisamente *ñiegar* (donde la absorción de yod por parte de la consonante puede ser fluctuante; véase Eugenio Miguélez Rodríguez. *Diccionario de hablas leonesas*. [León, Salamanca y Zamora]. León. Ediciones Montecasino. 1993). Hemos procedido de igual modo en los siguientes casos: *Susaña* (f. 269r; f. 336r), *peaña* (ff. 350v, 251v).



endemoniada figura de los condenados. El cuello y abominable garganta era tal cual para tan endemoniado jesto convenía. Lo que mostraba de pies con parte de aquellas endiabladas piernas eran tan delgadas, arrugadas y feas, de un sangriento color afeadas, que parecían ser de alguna desollada vestia de días muerta.

Traía este demonio o viexa, o lo que era –dize Nictemeno–, en la mano derecha una espantable bíbora y en la izquierda un libro no muy grande, encuadrado en unas tablas de oro fino guarnecidas de preciosas piedras. Y, al cuello, de una cinta de un cuero de serpiente, traía colgado como joyel un <sup>[f. 10v]</sup> retrato o medalla de un feo cabrón con unos cuerneçuelos, echo de hermosas perlas orientales. Y al cuello de la serpiente venían dos cabeças colgadas de las greñas, la una de caballero y la otra de doncella; a lo que mostraban la una y la otra, aunque ya la muerte las tenía afeadas y descoloridas, parecían haver sido de gente de poca edad y vien hermosos.

Detrás d’esta endiablada viexa venía un hermosimo<sup>533</sup> doncel de asta trece años, una de las más bellas y perfectas criaturas que se podían allar en el mundo: él era muy membrudo y de dibina disposición, con un tan airoso garbo que las tres Gracias parecía que le venían compuniendo. Tenía el cabello de oro, riço y crespo, con tan hermosos ensortijados que la rubia melena de Apolo cuando Tetis la compone<sup>v</sup> queda en su comparación fea. La frente de alabastro, lisa, vlanca y ancha, hermoseada de algunas azules venas que por ella discurrían, aquella tan loada de Cleopatra rindía a su belleça. Las cejas, hermosísimas y puestas en arco, con aquellos grabes y hermosos ojos verdes rasgados y amorosos hacíanle tan perfecto que más parecía ángel que umana criatura. La hermosura del encaxe del rostro, con la perfección de los dientes y boca, era tanta qu’es vien que cese la pluma –dice Nictemeno– donde más agrabio se le hace en loarla que servicio, pues no puede llegar lo que se escribe a la mínima parte que en ello havía.

Venía vestido a lo español, con una saltaembarca corta de vrocado morado, guarnecida de hermosos antorchados de oro y piedras. Las mangas del jubón, que de

---

<sup>533</sup> A lo largo del manuscrito encontramos una aparición constante de esta reducción del sufijo de superlativo que nos impide considerarla como un simple error de copia; antes bien, creemos más posible que obedezca a un proceso de aspiración relacionado con la ausencia de –s implosiva ya señalada. Por ello, en coherencia con la propuesta de transcripción allí fundamentada, también en este caso optamos por respetar las formas presentadas por el manuscrito.

una menuda red de oro y diamantes eran, estaban tan curiosas y bien labradas que no tenía más el arte que dallas ni pudo de allí subir el artificio y curiosidad de labor, correspondiendo con ellas los grigiescos<sup>534</sup>, no menos perfectos en hermosura. Llevaba unas medias de punto moradas y unas botillas caídas asta casi el pie, sobre las cuales llevaba puestos los azicates de fino oro; porque venía a la gineta, en un caballo negro como una mora con una estrella blanca en la frente, y calçado del un pie y una mano cruzados<sup>535</sup>, con caparazón riquísimo de soberbia pedrería<sup>536</sup>, todas las evilletas y hierros del pretal y cinchas de finísimo oro y diamantes. El freno, con la cabeçada gineta, no es estimarle en más de lo que valía decir que balía más de cien mil ducados.

Llebaba un sencillo tafetán puesto al cuello del caballo, todos los rapacejos senvrados de hermosos zafiros, rubís, diamantes, esmeraldas y otras preciosas piedras; y las anchas estriberas eran de balor inestimable. Llebaba un galdresillo<sup>537</sup> de vrocado

---

<sup>534</sup> *Grigiescos*: Esta forma del actual *greguesco* o *gregüesco* aparece en otros autores de la época; así, por ejemplo, Edwin Seth Morby señala en su edición de *La Dorotea* que «en Lope se documentan las formas *griguesco*, *griguiesco* y *grigiesco*», y añade: «la ortografía *grigiesco* indica claramente que sobra la diéresis con que suele escribirse modernamente la voz» (Lope de Vega. *La Dorotea*. Ed. Edwin Seth Morby. 2ª ed. University of California Press. Berkeley. 1968, pág. 354).

<sup>535</sup> *Calçado del un pie y una mano cruzados*: Estos atributos pretenden significar la valía del caballo: «*Calzado del pie de cabalgar y de la mano de la lanza*. El caballo que tiene blancos el pie izquierdo y la mano derecha: tiénese por muy buena señal, aunque Federico Grisón y Antonio Galván de Andrade la tienen por mala. Contra estos, y algún otro autor clásico, tenemos el proverbio antiguo español que dice: “*Caballo de buena andanza, el calzado del pie de cabalgar y de la mano de la lanza*”» (Baltasar de Irurzun y Gregorio Sanz. *Enciclopedia metódica. Artes académicos, traducidos del francés al castellano: a saber, el arte de la equitación, por don Baltasar de Irurzun; y el del baile, de esgrima y de nadar, por don Gregorio Sanz*. Madrid. Imprenta de Sancha. 1791, pág. 108).

<sup>536</sup> Nota de lector, mano 3: Observamos junto a este pasaje la presencia de una nota marginal de imposible lectura a causa de la encuadernación, en la cual parece hacerse referencia a la *cabeçada gineta* de la oración posterior. Es esta la primera de un pequeño grupo de anotaciones escritas en romance que podemos atribuir con seguridad a un lector de la obra; el mismo que identificamos más arriba con la rúbrica de Leonardo de Merlo, cuya intervención se concreta fundamentalmente en la incorporación de comentarios burlescos (que figuran en los títulos corridos y en los encabezamientos de cada libro), así como de algunas anotaciones de carácter intertextual (*vid.* 3.2).

<sup>537</sup> *Galdresillo*: «Una forma de capote que se introdujo en España, traída de Geldres, uno de los estados de la Baja Alemania» (*Covarrubias*, s.v. *galdrés*); «Especie de capote semejante a los que llaman capotillos andaluces o valencianos» (*Autoridades*, s.v. *galdre*). Por su parte, Carmen Bernis señala la primera documentación del vocablo en una relación del viaje del príncipe Felipe II a Inglaterra (1554), pero admite: «No poseo datos suficientes para identificar esta prenda» (*Indumentaria española en tiempos de Carlos V*. Madrid. Instituto Diego Velázquez, CSIC. 1962, pág. 90). Asimismo, Arantxa Domingo Malvadi aporta otros testimonios posteriores que parecen indicar que se trataba de un capote «sin capilla

morado aforrado en tafetán sencillo dorado [f. 11r], con tan hermosa y rica guarnición que parecía valer grande número de tesoro por la mucha y rica pedrería que tenía. Llebaba un bonetillo como de mareante, bueltas las puntas arriba; él era de vrocado aforrado en el mismo tafetán dorado y las puntas iban trabadas con dos hermosos y lucidísimos carbuncos. Llebaba al cuello en una menuda cadenilla de oro una hermosísima cruz echa de un topacio, curiosísima y vien labrada todo lo que se podía desear. Y, del arçón de la silla colgado, un alfange de vaina y guarnición estremado y rico, y sovre el muslo derecho llebaba una hermosísima daga de la misma guarnición qu'el alfange.

Al fin, todo él así junto parecía estremadamente de vien, y más viendo tan cerca d'él aquella abominable viexa de tan fea y endemoniada figura, que cierto cada uno en su ser parecían ser los extremos de aquellos azidentes: fealdad y hermosura. Y, así, el uno junto al otro mostraba más su ser y campeaba más en aquel su extremo, cual mezclado marfil en ébano, que cada uno de ellos muestra más su color en competencia de su contrario, y la luz más se manifiesta en las oscuras tinieblas que en el claro día<sup>538</sup>.

Mirando, pues, estaban estos dos extremos la duquessa Camilina y su compañía (no con poca admiración y espanto) cuando, llegando ya al castillo, los que delante venían en el acompañamiento se començaron a apeaar, estando allí criados de la duquesa que les diesen todo recado. Y cuando la carroça llegó, parándola la enana, cogiendo la rienda a los ardientes ginetes que la tiraban junto a ella (digo al lado derecho), la viexa se paró en aquella su abominable sierpe y al otro lado el doncel, así a caballo como se venía. Y, haviéndose apeado, el Caballero de las Armas Azules y Lirios de Oro acompañado de una docena de aquellos caballeros subió a la sala, a la cual ya la duquesa y el príncipe havían salido. Y, haviéndose recibido con mucho comedimiento los unos a los otros, el caballero dijo a la duquessa:

---

con unos faldones a modo de un gran cuello o esclavina que cubre los hombros», cuyo uso se generalizó andando el siglo entre el estamento clerical (cf. «Camisas de libros y galdres de colores», en Gregorio Hinojo Andrés y José Carlos Fernández Corte [eds.], *Munus Quaesitum Meritis: Homenaje a Carmen Codoñer*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2007, págs. 236-237).

<sup>538</sup> **Ap. marg.:** «**Oposita justa, se posita magis elucescunt**». Se trata de una conocida fórmula empleada desde la Antigüedad para enfatizar el valor retórico de la antítesis.

–Anoche, hermosísima señora, os prometí de traeros el aventura de la Princesa de Rusia, porque entiendo qu'es una de las más estrañas qu'el mundo tiene. Y, porque nuestras jornadas van tasadas de suerte que a doce d'este nos querriamos allar en la corte del vuen rey Polimbo de España, vuestra hermosura nos haga merced de bajar luego a ver la carroça, que después le contaremos todo el caso y suceso del aventura.

–Vamos –respondió la duquessa.

Y, así, llevándola en medio <sup>[f. 11v]</sup> el Príncipe de España y el Caballero de las Armas Azules, indo aquel día vestida al uso español, de vrocado blanco aforrado en tafetán encarnado, vaxó, indo con ella su prima Suranisa y otra docena de hermosas damas. Y al tiempo que salieron de la puerta principal del castillo, de la cual estaría como cien pasos la carroça, la serpiente de la viexa començó a dar espantables silbos, y sacando su triforme lengua no hacía sino vinvralla con mucha presteça, echando por el anélito y anchas ventanas de las narices espeso humo embuelto en encendidas llamas de fuego. Y tanto fuego començó a vomitar que pareció arderse toda la carroça en él, y el doncel, qu'estaba al otro lado, parecía globo de yerro en fragua de herrero caldeado y encendido, porque él y el caballo parecían estar forjados de una encendida vrasa o fuego ardiente; lo cual visto por aquellas damas algo se atemoriçaron.

Mas el Caballero de las Armas Azules les dixo que no temiessen, que ningún daño del fuego recibirían, que la esperiencia le tenía a él desengañado de su poco vigor y fuerça. Mas que no podían ver el aventura si no rompiessen por medio de las llamas y que caballero ninguno podía entrar en la carroça si por su estremada bondad el aventura no acabase, mas que las damas solo tenían aquel atemoriçador fuego qu'el passo les estorbasse.

Aunque la duquessa Camilina era muger de muy vuen vrío, y de un baronil y estremado ánimo, y los trabaxos que en los largos viaxes había padecido la tenían perdido el femenil encoximiento y miedo<sup>539</sup>, con todo esto, viendo el avrasante fuego irse aumentando el paso, volbió atrás más de tres veces y estuvo dudando si se atrebería. Aunque viendo cuánto el Caballero de las Armas Açules la aseguraba, tomando a la

---

<sup>539</sup> Nota de lector, mano 3: «La costumbre hace los trabajos fáciles».

prima de la mano (que con un jubenil vrío temía menos) comenzó a entrar por el aparente y encantado fuego. El cual no solo no les quemó o hizo daño, mas antes cual si fuera un blando soplo de alguna aura<sup>vi</sup> fresca y suave que en medio de la siesta con hermoso fresco discurre (dando contento a los calurados cuerpos que la desean), así las comenzó a refrescar y dar contento aquellas llamas. Y, así, parecían aumentar el contento y dulcedumbre cual solía el Aura hermosa<sup>540</sup>, del cansado marido de Pocris, recrear los miembros erales<sup>541</sup>; el caldeado fuego, hermoso a la vista como si en una cassa echa de encendidos rubís estuvieran. Aquel susurro que las llamas traían les servía de dulce [f. 12r] y deleitable música, y el encendido aire estaba con una suavidad que aun al respirar daba contento a los pulmones. Y el humo templado y suave que entre las llamas se mezclaba era de tan suave olor y fragancia que grandísimo deleite acarrea al olfato. Y, d'esta manera, todos los sentidos recibían particular deleite<sup>542</sup>.

Así entró la duquesa por medio de las llamas sin que aun señal de fuego quedase en la vestidura. Y, llegando al estribo de la carroça, vio en la parte superior d'él un tablón de cendrada plata con unas letras de esmalte negro que decían:

Las damas podrán entrar  
a ber aquesta aventura  
conforme a su hermosura.

Entonces, puniendo el pie en el estribo de la carroça, <a> la duquessa le dio la mano una dama vestida a lo turco vien hermosa y así entró dentro, subiendo tras ella su prima.

---

<sup>540</sup> Nota de lector, mano 3: «Ovidio, *Meta.*». Efectivamente, en el texto parece aludirse al equívoco entre *Aura* y *aura* narrado por Ovidio (*Metamorfosis*, VII).

<sup>541</sup> *Miembros erales*: *Eral* es, según *Autoridades*, «el becerro o buey de un año, que por otro nombre se suele llamar *añojo* u *novillo*» (s.v.). Pese a que Ovidio no describe a Céfalo, debe tenerse en cuenta que este había sido representado como un sátiro; así ocurre, por ejemplo, en la pintura de Piero di Cosimo, *Morte di Pocris* (1495).

<sup>542</sup> **Ap. marg.:** «Ad ilud: “Trium puerorum”, Danielis, 3». Probablemente la anotación quiere hacer referencia a la brisa refrescante que el ángel enviado por Dios hizo recorrer en el interior del horno para evitar que los tres jóvenes resultasen dañados por el fuego: Daniel 3, 49-50.

Y, en entrando en la carroça<sup>543</sup>, que hermosísima era, en la proa de ella estaban tres sillas de oro hermosísimas, con tantos tareces<sup>544</sup> de diversas piedras preciosas que mucho había que ver en ellas; especialmente en la de en medio, la cual era una silla imperial. Servíanle de asiento en los pies, que dos arpías forjaban, dos hermosísimos leones echos de una piedra india, representadora de aquel color de los madrigados leones; tenían admirablemente echos los riços y melenas, con tan feroz aspecto que aun con ser de piedra atemorizaban. Cada uno tenía en la presa un perro tan vien labrado y con tanta perfección echo que aquel temor y ansias de la muerte con que estaban tenían muy al bibo representado. De encima de las cabeças de las arpías subían dos columnas dóricas divinamente obradas, echas de encendidísimos rubíes, diamantes y otras piedras, las cuales como jaspeadas las componían, tiniendo en la coronación cada una d'estas columnas dos hermosísimas águilas que estaban sentadas sobre sendas tartugas<sup>545</sup>, como que con ellas en la presa quisiesen levantar el buelo.

El espaldar, que era de brocado berde colchado con estremadas lavores (distinta la colchadura<sup>vii</sup> de diversas preciosas piedras), en el medio, de estremada labor, tenía las armas de Babilonia, que era un león lebandado con el coraçón de hombre<sup>546</sup>, él madrigado y sentado en campo roxo<sup>viii</sup>. Mas la targeta o escudo en que estas armas estaban bordadas tenía tan curiosos festones y admirables vestiones y echura que había [f. 12v] mucho que ver en sola ella. El asiento era de la misma manera, tiniendo tanvien en él la misma insignia con unas letras en círculo del escudo que decía[n]: «Belo y Nino començaron, los Nabucos mediaron y en Baltasar y Sarandápalo acabaron, siendo los años de toda la monarquía 3407<sup>ix</sup>».

---

<sup>543</sup> A pesar de que existe la posibilidad de que la forma que pretendiera reflejar el copista fuera *carroça*, con todo, nos decidimos por respetar esta variante en atención a la profusión con la que aparece en el manuscrito, que parece apuntar hacia un caso más de asimilación vocálica.

<sup>544</sup> Claramente usado con el mismo significado que *taracea* (del árabe hispano *tarsí'*, 'incrustación' [cf. DRAE]); sin embargo, no hemos logrado documentar esta forma.

<sup>545</sup> Se trata de una apertura de vocales habitual en el texto, cuya manifestación más problemática será el cambio de la forma *cabello* por *caballo* (8, II; f. 128r).

<sup>546</sup> Nota de lector, mano 3: «Ingenios o arm[as] de Babilonia: una leona con alas de águila y coraçón de hombre. Daniel, 7». Efectivamente, la descripción de estas armas alude al conocido pasaje de Daniel 7, 2.

Encima d'esta silla, asida de cuatro cadenillas de oro, iba una corona imperial de inestimable valor con unas letras en la testera de ella que decían: «Casiana de Semíramis, sucesora esclarecida». En las dos sillas de los lados, que también eran estremadas, iban otras dos coronas de reinas. En la una decía: «Cadianisa, sucesora de España»; y en la otra decía: «Irene, sucesora de Lusitania».

Estando mirando con atención la duquesa estas tres sillas vio avrirse al un lado d'ellas una compuerta, y salieron por ella tres damas hermosísimas cuanto se puede pintar (especialmente la que las otras dos traían en medio) y con mucha gravedad y hermosura se sentaron cada una en su silla. Y apenas se habían acabado de sentar cuando, reboleteando sobre ellas y sobre sus cabeças, se vieron tres figuras de Cupido con su arco y carcaxe, como acostumbran a pintalle los escritores; y, así, se les sentaron sobre los arcones últimos. Y, puestos allí, vieron la duquesa y su prima entrar tres mancebos muy hermosos y apuestos, a los cuales luego tres cupidos, flechando los arcos, les escondieron en el pecho a cada uno una saeta; luego entraron otros tres, a los cuales les sucedió de la misma manera, y así llegaron asta veinte caballeros.

Luego entraron tres, al parecer, más gentiles hombres y apuestos que los demás, a los cuales asestando los cupidos sus tiros les escondieron en el pecho (asta casi las plumas) las flechas, y reboleteando con nuevo contento tiraron otras sendas saetas a las damas; luego aquellas figuras desaparecieron, saliendo todas seis clabadas los pechos. Luego entró un caballero muy apuesto, con unas armas verdes sembradas de hermosos clabeles blancos y raxados, llebando en el escudo una ave fénix puesta sobre un hacecillo de raíces aromáticas y ella avierto el pico y estendidas las alas, mirando de rostro a rostro a un sol que en el escudo venía estremadamente pintado, con una letra que decía: «*Semper idem*» (que quiere decir: «Siempre soy la misma»).

Veníanle acompañando otros dos caballeros, mas la duquesa puso con no sé qué fuerça <sup>[f. 13r]</sup> tan aincadamente la bista en el del ave fénix que no miró en los compañeros; lo cual no sucedió así a su prima, porque en el que venía a la mano derecha, armado de unas armas blancas como de novel (solo con una cigüeña en el escudo por insignia), puso los ojos. Mas a la una y a la otra hirieron los cupidos haciendo otro tanto a los caballeros, de la cual herida ellas se sintieron caer en la carroça sin sentido alguno. En el capítulo<sup>x</sup> siguiente se os dirá lo que más sucedió.

#### **Capítulo 4. De cómo se acabó el aventura de la Princesa de Rusia y de lo que de ella sucedió.**

Muy gran rato estuvieron aquellos caballeros aguardando a las hermosas duquesas a que saliessen de la carroça, en la cual a probar el aventura havían entrado. Y ya havría más de dos oras que estaban aguardando, espantados de su dilación y tardança, cuando vieron venir hacia el castillo una doncella en un caballo vayo, ella vestida al uso de los caldeos, con una aljuba de vrocado v blanco guarnecida toda de menudísimo aljófar y orientales perlas. Traía arco y aljaba y veníala acompañando solo un enano abominable y feo, caballero en una cebra, y el bestido tanvién al uso babilónico. La cual, como cerca llegase de la encendida carroça, sin preguntar nada a nadie se llegó al príncipe Ofrasio de España, y sacando de un portacartas una la dio al príncipe diciendo: «Lea vuestra grandeça luego essa carta y vea qué me manda responde al que con ella me envía».

Algo admirado el príncipe de ver el hábito de la doncella y cómo aun estando así armado de todas armas le havía conocido, y viendo que la carta era para él, la avrió y vio que así decía:

Al ilustrísimo príncipe de España, Ofrasio, el sabio Petronio, español havitante en Babilonia, salud.

Alcançado por mi saber, excelentísimo príncipe, el mucho deseo que de venir a este reino havéis tenido y cómo ya le havéis començado a poner por obra, entendiendo los muchos trabaxos que en él havéis de padecer, allé por mi cuenta que lo que más os combiene para alibio de vuestras desgracias es que luego probéis el aventura de la Princesa de Rusia que tenéis presente, y que el arnés que en la Cámara de los Secretos de Amor <sup>[f. 13v]</sup> alláredes procuréis ganar juntamente con el Espexo de la Rica Figura (el cual dará muchas veces alivio a vuestro cuidado). Y poné en libertad a la hermosa Princesa de Rusia, porque así conviene.

No allé cosa que d'este reino os pudiesse enviar más importante para vuestro viaxe que esse enano. A <é><sup>547</sup> recibid en vuestro servicio y a mí tened por servidor, que lo fui mucho de vuestro agüelo y lo soy de vuestro padre y asta la muerte lo seré

---

<sup>547</sup> Parece tratarse de una particular contracción entre preposición y pronombre tónico que decidimos resolver para esclarecer su lectura (al> a él).



Admirado el príncipe de la carta, aunque ya del savio había oído en la corte hablar muchas veces, quiso dar la respuesta a la doncella; mas cuando volbió la cabeça ya ella había desaparecido y solo vio al enano junto a sí, el cual le dixo:

–¡Ca, señor, que no es tiempo de dilaciones! Prueba el aventura de la carroça y haz lo que por essa carta te es suplicado, que después en particular yo te daré cuenta de lo que desearas saber.

Con esto, así como estaba el caballero, armado y a pie, abraçando su escudo y puniendo mano a la espada se comenzó a entrar por el fuego adentro, el cual pareció haverse aumentado con muy mayor fuerça. Y en el príncipe comenzó a hazer vien diferentes efectos que en la duquessa había echo, que la llama le avrasaba y daba tanta pena que no daba passo que realmente no entendiesse que se iba avrasando y convirtiendo en vrasas y en ceniza. El humo espesso y enfadoso le aogaba y daba de sí tan pestilencial olor cual suelen los sulfúreos mineros dar de sí cuando son avrasados. Y por en medio de las llamas se le comenzaron a mostrar mil rostros y betiglos de endemoniadas figuras, tan feos y espantosos que apenas se allará corazón tan baleroso en el mundo al cual no causaran espantoso desmayo solo con ver tan espantables figuras. Y oíanse unos tristes gimidos y clamorosas bocas, con tantos aullidos y tristes baladros que más parecía sombra del triste infierno que cosa que por fuerça de encantamiento fuesse fabricada.

Mas, con todo esto, animándose el buen príncipe, con baleroso corazón comenzó a pasar delante. Mas apenas había dado cuatro pasos adelante cuando vio venirse para él por medio de las llamas un espantabilísimo gigante con una maça en la mano, y él caballero sobre un pereçoso y grandísimo galápagos. Y lo que le admiró y dio gana de

---

<sup>548</sup> En el manuscrito se separa con coma al final de las cartas el sintagma con el que concluye el mensaje, el cual generalmente se concreta en algún adjetivo posesivo tónico que remite al emisor; de esta manera parece quererse otorgar una doble significación a dicho complemento oracional, convirtiéndolo al tiempo en rúbrica de la epístola. Nos decidimos por tratar de respetar esta propuesta de puntuación (especialmente significativa a la luz de la escasísima presencia de signos de este tipo que presenta el manuscrito), puesto que consideramos que aporta una información valiosa acerca de la estructura de la carta misma. Para ello, en nuestra edición hemos optado por transcribir el sintagma en cuestión en línea aparte, con el fin de no incurrir en una puntuación que en muchos casos resultaría agramatical.

reír fue ver que traía un enano feo como Satanás que venía vomitando fuego como de encendidas estopas, y traíale caballero en las narices. Y sobre la cabeça traía por almete una viexa<sup>xi</sup>, negra y tiznada olla, trayendo por orejas dos <sup>[f. 14r]</sup> alquitaras y pegados por la frente y cabeça mil morciélagos, que venían haciendo espantable ruido y dando mil chillidos y haciendo zien estridores con los dientes.

Detrás d'este venía una gigante viexa tan grande que parecía tocar con la cabeça en las nubes, y venía cabellera en una burra tan grande como para su cuerpo convenía, ella flaca, desollada y maldita. Venía desgüeñada, sin nariz (¡maldita sea aquella!); mas en lugar d'ellas le salía por aquella parte un montón de enredadas culebras. Y traía entre los braços, dándoles a mamar de aquellos sus muy largos, arrugados y abominables pechos, dos lechones tan grandes como dos veceros, los cuales venían dando aquejosos gritos y espantables gruñidos. Y ella parecía venir muy despacio, amamantándolos y regalándolos entre los braços.

¿Quién dirá –dice Nictemeno– los espantables vestiglos y endemoniadas figuras que le aparecieron? Cuántos con cabeças de fieras, de osos, de jabalís, de leones y de otras d'esta suerte; cuántos de aves y de peces mezclaban las figuras; cuál traía el cuerpo de una cosa y la cabeça de otra; unos venían a pie, otros a caballo en sapos, ratones y serpientes. Que no fueron tantas las diversidades de figuras que vieron Hércules, Orfeo, ni Eneas ni aquel afamado médico del Asia cuando baxaron al infierno, ni tiene tanta diversidad de figuras el monte llamado Quimera o el animal por los poetas inventado con este nombre, cuantos al caballero salieron al encuentro por evitalle el viaxe o camino que llevaba.

Mas con todo esto rompió por medio del dificultoso camino y, pasando, aunque no sin grandísimo trabaxo, toda aquella espantable muchedumbre, llegó como cuatro o seis pasos de la corroça. Y vio salir de ella un caballero armado de unas armas verdes senvradas de unos vastones de oro y una cabeça de víbora en el escudo de oro en campo colorado. Y, como de la corroça saltasse, puniéndose delante del príncipe le dixo: «No penséis, príncipe Ofrasio, que os á de ser tan fácil el entrada».

Y, diciendo esto, le arroxa un altibaxo tan furiosso que a una peña uviera en diversas partes dividido. Mas el diestro mancebo parte uyendo el cuerpo<sup>xii</sup> [y],

recogiendo el golpe en el escudo, se escapó. Y viendo cómo entraba furioso el adversario, con grandísimo tiento, maña y destreça, comienza su batalla, y el uno al otro de poderosos y diestros golpes se comiençan a herir. Nunca se vieron apresurados herreros batir cobre con tanta presteça y tesón como estos caballeros se herían, ni los sudados vrazos de cíclopes lavrando el rayo en las oscuras herrerías de Bulcano jamás con tanta presteça fueron por ellos <sup>[f. 14v]</sup> mobidos.

Auméntase la fuerça de los braços, decrece la dureça de los escudos, vense ya rompidos los arneses y la roxa sangre comienza ya a bordar el claro acero; el uno y el otro arden en onrosa ira y, con esto, se aumenta la ilustre cólera en el uno y otro pecho. El pie quedo, qual riguroso alemán puesto en campaña, están el uno y el otro hiriendo al enemigo. Y, por que un [e]cho tal que al mismo Marte atemorizaba puesto no fuesse en las oscuras sonvras del olvido, el mismo Marte y Belona apartaron aquellas encantadas llamas, dejando claro el cielo y el aire descombrado del pasado humo, y de todos los circunstantes fueron bistos los dos valerosos guerreros. Y Marte se comenzó a subir hacia su esfera y en el aire bimbra la lança y tres beces sacude el escudo, y en sangre, cólera, rigor y muerte baña todas las circunstantes nubes; y, así, de aquel roxo y pálido color fueron hacia el oriente vistas. Y, por más que se esforçaba Febo a mostrar sus doradas guedexas, no pudo dexar de mostrarlas en sangre tintas; y, así, mil beces atemorizado, escondió el rostro tras las nubes deseando entonces el florido lecho de la Tetis.

Crece los golpes, el rigor se aumenta; los ojos de todos los circunstantes sin menear la pestaña, fixos y quedos, están mirando el estraño rigor con que se herían. En este tiempo, el de las armas verdes dio al príncipe un golpe por sobre la cabeça tan furiosso que, haciéndosela inclinar asta el pecho, le hiço ver lleno de estrellas el almete y la una mano le hiço sentar en tierra, quedando casi sin sentido del atronamiento. Mas pasado aquel rigor buelbe con tanta ira qual furioso león de venenoso dragón herido, que haviendo sentido el verdascaço que con la cola sobre la cabeça le á dado, pasado el atronamiento, vuelbe riguroso tascando unos dientes con otros [y] arroxa la presa al enemigo, allando tanvién en él conveniente resistencia; así buelbe el caballero a la batalla.

Y, por que no aguardase mucho por el pago, levanta la española diestra y, vimbrando en el aire la espada, sacude el brazo y juntamente con él arroxa el golpe. Nunca baxó rayo de espesa nube tan furiosso a erir duro peñasco [en] deshavitada<sup>xiii</sup> cumbre como baxó la española espada, que venía çurciendo por el aire tanto que todos los circunstantes abaxaron las cabeças y, temblando, con atemorizados pechos aguardaron el golpe; el cual dio en el escudo del de las armas verdes y todo quanto d'él topó arroxó a tierra como si fuera de blanda madera. Desciende la espada sobre el onvro y su buena fortuna ordenó que viniese ya torcida; con todo esso fue tan desapoderado el golpe que ambas las rodillas <sup>[f. 15r]</sup> le hiço firmar en tierra y poner la una y otra mano en el suelo, quedándosele la espada asida de la cadenilla.

Segundar quiso el golpe el fiero español, mas ya el enemigo se levantaba y con la parte que le havía quedado de escudo y asiendo vien la espada se defiende, y buelben a poner en peso la batalla. Nunca se vieron toros en prado ameno (quando de Virgo posa el sol la cassa) que rigurosa disputa tienen sobre la vecerra así acometerse y maltratarse, fijando las aspás en la contraria frente y lebantando con los braços el arena, como estaban estos dos caballeros en su batalla, tan furiosos y coléricos que la total destrucción de la universal máquina parecía haber llegado.

Crece los golpes y el ardimiento crece, mas las fuerças naturalmente con el defecto de la sangre se disminuían, quando andando con mucha destreça y pujança hiriéndose el uno al otro, procurando cada uno traer a la muerte a su contrario, se allaron tan juntos que pudieron venir a los vrazos. Nunca en palestra desnudos luchadores así se agarraron como estos dos caballeros aferraron el uno del otro, ni nunca se vieron enguedexados mastines tan pertinaces en su presa como estos dos caballeros andaban procurando cada uno llebar, de la peligrosa lucha, la mejor parte.

Levanta el príncipe del suelo al de las armas verdes y así con él en los vrazos dio dos o tres pasos; mas en pudiendo poner las puntas de los pies el de las armas verdes en el arena hiço tanto tesón y puso tanta fuerça que tornó a cobrar lo que en la lucha havía perdido. Cuál usa de maña, cuál clavixa la pierna en la pierna del contrario, cuál aprieta los vrazos, cuál a contrario ciñe procurándole decender en el pecho el pecto; buelben, rebuelben, tuércense y afirman, amenaçan; a una parte y a otra la fuerça arroxa. Al fin, anduvieron así abraçados casi una ora, al cabo de la cual se sueltan [y] como generosos

levreles de Irlanda, que haviendo tomado anélito buelben más furiosos a su canina porfía, así buelben los dos balerosos caballeros a las espadas. Y, cuando ya parecía que de molidos havían de quedar allí muertos, con muy mayor pujança que de antes a la batalla buelben, con tanta admiración de los circunstantes que no savían qué decir sino solo pensar que era encantamiento, porque de otra manera imposible les parecía poder haber en el uno ni el otro resistencia.

Andando así en lo furioso de la batalla, el uno al otro se dieron a un tiempo dos tan pesados golpes sobre las cabeças qu'el uno y el otro tendidos quedaron en el arena, entendiendo todos que quedaban muertos. Luego la carroça bolbió <sup>[f. 15v]</sup> a quedar<sup>xiv</sup> cubierta de umo y fuego tan espeso que los circunstantes nada pudieron ver de lo que dentro se hacía. Estaban con mucha pena las gentes de las duquesas, entendiendo no les ubiesse sucedido alguna desgracia; mas biendo que les era imposible ni con muchos pasos llegar al fuego ubieron, viendo que era fuerça, de cobrar paciencia y, así, estuvieron aguardando lo que sucedería.

Como los dos caballeros cayeron a un tiempo, el príncipe se lebantó de tierra y el otro caballero haciendo lo mismo se fue a entrar en la carroça, al cual queriendo seguir el príncipe juntamente con él entró en la carroça. Y en entrando vio las tres sillas y en ellas sentadas a las dos hermosas españolas: Cadianisa, su hermana, y Irene, princesa de Portugal. Las cuales tenían en medio a la hermosísima Casiana, princesa de Babilonia, la cual estaba vestida a su uso con una saya ropa de vrocado v blanco alcachofado de diamantes, trepado sobre una telilla de oro encarnada muy lucida, de la cual salían unas rosas admirablemente echas, el medio de las cuales hermosísimos topacios componían. Estaba en mangas de camisa babilónicas<sup>549</sup>, que son riças y echas d'ellas unas rucas o bollados hermosísimos y van diminuyendo quanto más se azercan a la muñeca. El puño o lechuguilla era de una menudísima red de excelente labor, tiniendo el cuello y garbo tan ricos y vien echos como para una tal princesa era menester.

---

<sup>549</sup> Nota de lector, mano 3: «Mangas de camisa babilónicas». Creemos oportuno plantear la hipótesis de que la presente anotación obedezca a la voluntad de un lector de señalar el último fragmento consultado. Ello resultaría coherente con la aparición de otros comentarios en el manuscrito que apuntan a esta misma finalidad, puesto que parecen consignar en los márgenes del folio el día de la semana en el que ha quedado interrumpida la lectura de un determinado pasaje (*vid.* 1, IV; f. 301r).

Tenía un tocado echo de sus mismos cabellos, de los cuales salía tanto resplandor que no dexó ser vista su echura y laços. Tenía en la mano un bentalle de pluma vien curioso y la otra tenía puesta sobre el braço de la silla, tiniendo colgado de un dedo el guante que de aquella mano tenía quitado. La hermosura de su divino rostro –dice Nictemeno–, pues no ubo pintor en su tiempo que la supiesse contrahacer, no quiero yo dar alas a mi torpe pluma para que se atreba a pasar bolando un tan espacioso mar donde tantos ingeniosos escriptores se anegaron. Porque aquella divina frente si al alabastro o no pisada niebe se compara, es comparar el cielo y su grandeça a un menudo grano de millo. Y si decimos ser sus cexas dos celestes arcos de los cuales el mismo cielo tubo envidia quiriéndolas hurtar para sí, tomándole tanvién sus divinos ojos para soles, es nada respecto de su hermosura. El rosicler de sus divinas mexillas, decir que era fina grana o como la rosada Aurora cuando en primavera sale esparciendo su luz en claro día, tanvién se les hace agrabio, pues eran más hermosas. Pues aquella perfectísima boca colorada, <sup>[f. 16r]</sup> adornada de aquellos hermosos dientes, llamar los lavios rubíes y los dientes perlas, al rubí lebantamos de quilates, dándoles tanvién más ser de lo que tienen a las perlas, y hacemos agrabio <a> aquella hermosa boca (tanto más hermosa que todo esso quanto hace ventaxa a la sustancia el azidente y lo real a lo pintado y fingido, y quanto ba, como dicen, del cielo al suelo). Por lo cual, garganta y pecho, hermoso garbo y divino donaire, quédese, pues no basta a describillo mi torpe pluma.

A esta dibina figura vio el príncipe y, entendiendo que realmente era la persona por ella representada, mucho se admiró de cómo allí estuviesse, y más de ber en su compañía a su hermana Cadianissa, a la cual él tenía por cosa cierta havella dejado en cassa del rey su padre en la corte. Y, con esta perplexidad, llenos ya los sentidos de aquellas divinas especies, quiso llegar así embuelto en sangre como iba a hablarle. Y, quiriendo llegar, su contrario el de las armas verdes se le bolbió a poner delante, tornando a trabar su batalla como de primero.

Estando en los más herboroso y encendido de ella, las tres damas se levantaron de las sillas y, avriéndose la compuerta, se entraron por ella. A las cuales quiriendo seguir el príncipe, viendo que aquel caballero se lo estorbaba, tomando a dos manos la espada le tiró con toda su fuerça un golpe a la cabeça, con el cual el caballero

desapareció. Y él entró por la compuerta y vio un pequeño aposento más admirablemente fabricado, en el cual estaba sobre un bufete de oro un arnés, al parecer, de fina plata, todo guarnecido de encendidos rubíes, y junto a él puesta una hermosa espada.

Y al un lado del bufete estaba una doncella de asta diez y seis años, hermosísima estrañamente, vestida al uso de Rusia<sup>xv</sup> (y la ropa era de brocado negro, labrada de menudo y curiosísimo abolorio), sentada en una hermosísima silla de oro. Y tenía en las muñecas unas manillas de oro envutidas de fina ámbar, y de ellas pendían unas cadenas de la misma materia, de estremada echura, con las cuales a los vrazos de la silla los de la doncella estaban pressos; tiniendo en el pequeño, blanco y delicado pie puesta otra argolla.

Del otro lado estaba un caballero robusto, feo de rostro, el color leonado; el cual estaba armado, a lo turco aliñado y arremangado el brazo derecho. Tenía un alfange ancho y corbo al lado y un escudo puesto delante el pecho, en el cual el retrato de la que estaba sentada tenía esculpido. A los pies tenía un arco y carcaxe vien probeído de saetas y en una <sup>[f. 16v]</sup> tarxeta que tenía a lado en letras árabes tenía este epitafio: «Almuazén, de la de Rusia<sup>xvi</sup> esclabo».

Sobre el bufete, a la parte que estaba donde estaba el caballero, estaba un espexo de estremada echura. El pie era un dios Cupido echo de una cornerina finísima divinamente labrada; tenía sentados los pies sobre una esmeralda verde que de peaña le sirbía y en la mano izquierda tenía un arco echo de un finísimo diamante, y el carcaje que tenía colgado era de un hermoso çafiro admirablemente lavrado. En la mano derecha tenía el espejo, que aunque la luna no era estremadamente grande (antes era de una mediada proporción) era cóncaba y por la superficie que tenía lebantada mostraba en la parte interior tantas figuras y efigies de cosas que, como le supiesen el arte, apenas había cosa en el mundo que en él no se representasse.

Tenía el cerco o aro en que la luna estaba engastada de finísimo oro, puestos en ella treinta y seis carbunclos admirables en los cuales se veían estremadas cosas, como después la istoria os dirá haciendo d'él particular relación y memoria. Encima, como por cimera o coronación, tenía una cruz aunque pequeña riquísima, de una piedra india

de aquel color que suele ser el cuello del pabón cuando el sol le yere, en la cual se mostraban cosas cierto admirables y dignas de consideración.

Tenía en la ribersa otra luna no tan clara y del color negro y triste, como si de un pabonado azero fuera echa, y las piedras que a los carbuncos correspondían eran unos negros topacios, pero muy diáfanos y transparentes. Y las piedras de la cruz por aquella parte tanvién eran negras, tirando un tantico a moradas, como suele ser el cuello de la viexa torçaça cuando se sale de labar de las laluganas<sup>†</sup>. En este espejo tenía clabados los ojos el moro rey Almuazem, con tanta eficacia y fuerça que ni aun pestañear era visto.

Admirado estaba el príncipe español mirando lo que veía y, como aquella divina imagen que ya tenía en el alma tan bien representada no la viesse de la hermosa Casiana, determinó ante todas cosas (acordándose de la carta del savio) de se armar de aquellas armas que sobre el bufete estaban; las cuales a él le parecían ser hermosísimas y fuertes. Y, como lo pensó, así lo puso por obra. Y quitándose su arnés, que rompido por muchas partes le traía, se vistió el otro en tan buen punto que luego se sintió de todas sus heridas sano y en su antigua fuerça, que por la sangre derramada se le havía enflaquecido, recuperado y restituido. Y, así <sup>[f. 17r]</sup>, puniéndose las demás pieças, se ciñó aquella espada y daga que estremadas le parecieron. Y cuando se fue a echar el escudo al cuello viole que tenía un león con el coraçón humano, y él puesto en campo roxo y un letrero que decía: «Es el escudo de Nino».

Si queréis saber lo que sucedió leé este otro capítulo, que en él se dirá.

### **Capítulo 5. En que se acaba de contar lo que sucedió al príncipe Ofrasio en la carroça de la Princesa de Rusia<sup>xvii</sup>.**

Acabado de armar, el buen príncipe Ofrasio fue a tomar el espexo que sobre el bufete estaba, conforme a la instrucción que en la carta del savio venía; mas, al tiempo que le fue a echar la mano, el moro se lebantó y envraçando el escudo puso mano al alfange. Y, puesto en pie, se començó entre ellos una sangrienta batalla, tan reñida y rigurosa como si de cien caballeros fuera. Y tanta era la prisa que de batir el templado azero traían cual suelen ser los espesos golpes del elado graniço cuando negra nube lo



despide sobre alguna peñascosa roca, y con tanta fuerza se herían que parecían poder con cualquiera de ellos cada uno dividir una torre.

No anduvieron mucho en la batalla sin venir a los brazos, andando en la lucha el Príncipe de España con el moro cual con Anteo andubo el famoso Hércules. Al fin, levantándole de tierra y apretándole cuanto pudo entre sus fuertes brazos, poco a poco, entre ellos se le fue convirtiendo en un espeso y negro humo, quedándose el príncipe cruzados los brazos delante el pecho sin que entre ellos le quedase cosa alguna. Mas entre el humo sintió un ronca y triste voz que aullando con clamoroso gemido iba diciendo: «¡A, Príncipe de España! ¿Por qué me quitas de mi dulce morada y alegre descanso? Ahora queda libre la que sin libertad mi alma tiene!». Y, con esto, el humo acabó de desaparecer, quedando el príncipe tan espantado de lo que le sucedía que así estuvo un poco suspenso.

Y bolbiendo la cabeza vio cómo una doncella ya entrada en días, en un hábito onesto, en rusa<sup>xviii</sup> traça, salía por una porteçuela con un libro en la mano izquierda y un <e>scipión o báculo en la diestra, puesta en la cabeza una mitra o tiara egipcia, y llegando a la doncella que estaba en la silla la estaba desatando de aquellas cadenas con las cuales estaba presa. Y, como él le fuese a preguntar qué aquello fuese, la doncella se llegó a él y incada de rodillas le dixo:

–Soverano príncipe Ofrasio, Dios os pague la suma merced <sup>[f. 17v]</sup> que oy de vuestra mano mi sobrina la princesa Tildana –que así se llamaba la Princesa de Rusia<sup>xix</sup>– [y yo] emos recibido. Y aunque la sabia y antigua Zirzanisa ahora se acaba de ir de aquí y va amenazándonos con su mucho saber y poder de su cliéntulo Almuhezem, no tengáis pena, que entre tanto que anduviéredes con esa buena espada a lado ningún daño os podrán hacer sus encantamientos. Y para lo demás en mí, la sabia Polonisa (que así soy llamada), havitadora de los altos y escondidos montes de la Luna, allaréis todo el favor y servicio que con mi poco saber os pudiere ser echo. Y en premio de vuestro trabaxo y bitoria llebá, señor, esse espexo, que una de las mejores piezas es que tiene el mundo. Y conozedme<sup>550</sup> –dixo–, y quedaos a la paz de Dios.

---

<sup>550</sup> *Conozedme*: Parece usarse con el sentido de ‘consideradme a vuestro servicio’, tal y como ocurre en el siguiente pasaje de la *Comedia de la verdad averiguada y el engañoso casamiento*, de Guillén de Castro

Y, con esto, antes que viese otra cossa alguna, avriendo la sabia Polonisa<sup>xx</sup> el librillo que en la mano llebaba, él quedó como adormido. Y de aí a un gran rato, como quien de pesado sueño despierta, bolbió en sí y allose a la puerta del castillo (serían como las tres de la tarde), y junto a sí las dos hermosas duquesas, que tanvién como de sueño entonces bolbían. Y toda la gente del castillo estaba tendida por aquellos suelos como adormecidos o desmayados, y de la carroça y gente que con ella havía venido ni aun rastro ni señal alguna fue vista. Y, haviendo tornado del todo en sí aquellas duquesas, ya la gente del castillo se començaba a lebantar, todos como atónitos o espantados. Y, el príncipe estando con el espejo en la mano, el enano que el sabio Petronio le havía enviado, llamado Palisino, llegándose a él le dixo:

–Señor, no esté vuestra grandeça tan admirado, que el aventura de la Princesa de Rusia<sup>xxi</sup> ya por vuestra grandeça fue acabada. Y, al tiempo que por el balor de esos fuertes vrazos el moro Almuazem fue en umo convertido y desecho, la savia maga Zirzanisa, por el su gran saber, con aquella su endemoniada serpiente, llebándose consigo toda aquella compañía que con la carroça venía, desapareció. Y la carroça fue a Rusia<sup>xxii</sup> por el saber de Apolonisa<sup>xxiii</sup>, porque de la presencia de la princessa Tildana havía en aquel reino mucha necesidad. Y esto es lo que asta agora á sucedido; lo demás, con los fines de esta aventura, andando el tiempo, señor, lo sabrás, porque una de las notables cosas á de ser de nuestros tiempos. Mas créeme, señor, que en tener la pieça del espejo que en el aventura as ganado tienes una de las más ricas joyas que tiene el mundo y que no menos que la vida te á de baler muchas beces.

Ya toda la gente del castillo haviéndoseles pasado aquel aturdimiento estaban oyendo estas cosas y, espantados de lo que havía sucedido, por ser <sup>[f. 18r]</sup> ya tan tarde como era se entraron a comer. Y después de haber comido sobremesa la duquesa quiso ver despacio el espexo; y así le truxeron. Y, puesto sobre la mesa, el enano Palissino dixo al príncipe y <a> aquellas damas:

–Si queréis, señores, ber las excelencias de este espexo, tened atención.

---

(ca. 1612): «VALERIO: Señora y sobrina mía. / HIPÓLITA: Señor mío, conocedme por vuestra» (consultado en CORDE [24-1-15]). Habida cuenta de la similitud del empleo del verbo *conocer* en ambos pasajes, podría conjeturarse incluso la omisión del sintagma «por vuestra» en nuestro manuscrito.

Y diciendo esto tomó el espexo y lebantando al dios Cupido en alto de la planta del pie le meneó una clabixa, y luego en la luna del espexo se mostró en dos medios globos toda la redondez de la tierra con tan estraña perfección que, aunque en pequeño, las más menudas cosas de ella en él estaban representadas. Veíanse los espaciosos mares con sus islas, romblos<sup>551</sup> y peñascos, sembrados de variedad de hermosos caxíos<sup>552 xxiv</sup>, de basos y velas. La tierra se mostraba tan poblada de ciudades, villas y castillos y tanvién algunos grandes desiertos y montes y balles, con tanta diversidad de cosas, que cierto era mucho de ber. Y el príncipe le dixo al enano que le dixesse, si sabía, la división de aquellas provincias y de sus reyes:

–De lo que yo supiere –dixo el enano– yo te haré, señor, memoria, aunque mucha tierra y diversas probincias ay que por no estar descubiertas no sabré yo darte de ellas particular relación. Mira, señor, en esa parte de Lebante que bes ay tres particulares y grandes príncipes<sup>553</sup>: el uno es Bayazasim, moro o turco; el o[tro es] soldán de Suria y Egipto, llamado Caitbeio, y el gran Jacoboín, rey de Persia, llamado por sobrenombre<sup>xxv</sup> Usuncasano. El moro Bayazasim es señor de todo lo que se contiene dentro del río Éufrates y del monte Amano, y del mar de Cilicia, y del mar Mayor y de toda Grecia, Tracia, Macedonia, con parte de Esclabonia y asta el Danubio todo lo que ay por el mar Mayor asta Cafa, feria de la Táurica Quersonesso.

Mas mira, señor, que agora en nuestros tiempos –dijo el enano– ay muchos y diversos reyes y emperadores en esta tierra, como yo, señor, te diré en particular: el soldán Caitibeio se estiende su señorío desde los confines de los cirenos por la ribera de África asta aquel golfo que bes, señor, llamado, Ísico, que parte la Caramania de la Siria

---

<sup>551</sup> *Romblos*: No hemos logrado documentar esta voz; con todo, resulta evidente que se trata del nombre de algún accidente geográfico relacionado con la costa marítima.

<sup>552</sup> *Caxíos*: Podría tratarse de un error por *baxíos*, pero creemos que se trata más bien de un sustantivo desconocido para nosotros que designa algún tipo de embarcación.

<sup>553</sup> Este extenso diálogo dedicado a la visión de la tierra en el Espejo de la Rica Figura constituye una fiel paráfrasis de los folios iniciales del capítulo primero de la primera parte de la conocida obra de Paulo Jovio, *Historiarum sui temporis* (1550-1552), en la traducción española de Gaspar de Baeza. Confróntense la *princeps* salmantina: Paulo Jovio. *Historia general de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo... escrita en lengua latina por el doctíssimo Paulo Jovio..., traduzida de latín en castellano por el licenciado Gaspar de Baeça*. Salamanca. En casa de Andrea de Portonariis. 1562, ff. Iv-IIr.

asta los términos de Arabia la desierta. Y por esta otra parte este río arriba, qu'es el Nilo, llega asta los desiertos arenosos, y a la mano diestra y hacia la siniestra por el golfo de Arabia se estiende asta los estrechos del mar Bermejo. Este tiene cincuenta poderosos reyes en su monarquía. El baleroso rey Jacoboín es señor de Armenia la Mayor y de Media, Persia, Mesopotania y Asiria.

África, desde los confines de Egipto asta el mar Atalántico, señor, como ves, está divisa <sup>[f. 18v]</sup> en muchos reyes y reinos. Viben en medio de África los gétulos y los númeras, llamados todos en general los alárabes. Ay, señor, reyes poderosos: el rey de Túnez, el de Fez, qu'es señor de Mauritana y T[i]ngintana, y el rey de Marruecos y el de Zeuta, que cerca del monte Atalante y mar Ozéano<sup>554</sup> son señores de algunas ricas probincias.

D'esta parte del estrecho de Gibraltar ya béis, señor, esta nuestra feliz España, de la cual el baleroso rey Polimbo, sacando a la parte de Lusitania, es señor. Mirad después, señor, a Escocia, qu'es la postrera parte de la isla hacia la selba Caledonia y el mar ozéano llamado Orcádico; reina un rey llamado Estuardo. Mirad a Borgoña y a los Esguizaros, y la estendida Germania o Alemania con tantos potentados y señoríos. Mirá a Ungría y a Boemia, de las cuales son reyes dos hermanos: el uno llamado Coruíno y el otro, su sucesor, Uladislao. Mirad a Polonia y a Sarmacia, que se estiende desde el río Borístenes<sup>xxvi</sup> y todos los confines de Ruxia<sup>555</sup>. Todo lo demás que ay arriba del río Tanaíes y de las fuentes del río Borístenes hacia el setentrión, mirad, señor, cómo es poseído de los moscobitas, asta llegar a confinar con los tártaros; estienden su señorío asta el río llamado Ra, adelante de los moscos o moscobitas<sup>556</sup>.

---

<sup>554</sup> *mar Océano*: Si bien en muchas ocasiones el término océano se emplea con un sentido general (como ocurre pocas líneas más abajo, donde encontramos: «mar océano llamado Orcádico»; cf. *Autoridades*, s.v. *océano*), sin embargo, en este caso sirve para designar concretamente el océano Atlántico, haciendo uso de una denominación muy frecuente en los textos de la época.

<sup>555</sup> Los datos ofrecidos por CORDE evidencian que esta variante lingüística se emplea profusamente en otros textos coetáneos, poniendo de manifiesto la existencia de esta forma (en un fenómeno tal vez paralelo al transparentado por la variante medieval *Ulixes*, de amplia aceptación [cf. Pedro Sánchez-Prieto. *Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica*. Madrid. Arco/Libros. 1998, pág.140]); por ello, optamos por el mantenimiento de la grafía.

<sup>556</sup> Esta oración puede entrañar dificultades de comprensión, pero si acudimos a la fuente del texto podemos comprobar que quienes extienden sus señoríos hasta el río Ra son los moscobitas: «Todo lo que

Bolbé, señor, hacia el puniente<sup>xxvii</sup> y veréis a Suecia y a Gocia cercada del mar, y luego a Noruega. Y mirad cómo hacia los confines del mar Caledonio tiene un gran golfo que cercanda muchas islas, frontero del último cabo de la Cimbria Quersoneso, entra por allí en la mar y cierra y acaba por allí los reinos de Dacia; más arriba mirá los pigmeos y ictiópagos. Ves acá la fértil Italia y la ventosa Francia, con todas sus provincias...

–Paréceme, Palisino, que en vrebbe as dado una buelta al mundo. Mas pues yo tengo de andar tanta parte d'él, en cada probincia aremos particular memoria de ella y de sus costumbres.

–¿Ves, señor –dijo el enano–, aquellos espaciosísimos campos qu'están tan remotos en el ozidente? Aquella es una parte de tierra, tanta casi como toda esta otra que tienes vista, que agora está incógnita; mas a mi amo el sabio Petronio é oído decir muchas veces que tus sucesores, los reyes de España, an de ser señores de aquel nuevo mundo, estendiendo asta él sus banderas, llamándose aquella parte Almería y una de sus principales provincias se llamará la Nueva España, otra el Perú y la Tierra Firme. Descubrirse an todas aquellas islas que bes, señor, qu'el espacioso océano hace asta llegar a las Filipinas, vecinas de la espaciosa tierra de los chinos (vecinos de los tártaros y sus continuos contrarios en las guerras). ¿Ves estos espaciosos campos del Oriente? También asta el mar Vermexo an de ser por tus sucesores poseídos, siendo todo el Oriente índico y ocidente de un vienaventurado rey, propagador de la fe cristiana <sup>[f. 19r]</sup> y único defendedor de ella, llamado Filipo Segundo; d'este nombre catolicísimo más qu'el agüelo Hernando (si más puede ser) y baleroso más qu'el invicto Carlos 5 Emperador, su padre.

Aquellos interiores montes, señor, que bes poblados de árboles y diversidad de fieras, tanvién uí decir al sabio que havía de ser todo havitado (contra la opinión de los antiguos filósofos, que decían que por la intemperancia de las zonas era inhabitable). Porqu'él decía que se engañaban y que la esperiencia les enseñaría lo contrario: que

---

ay arriba del río Tanais y de las fuentes de Borístenes azia el septentrión poseen los moscovitas, que confinan con los tártaros. Estienden su señorío asta el río Volga, a quien los antiguos llamaron Ra. Era a la sazón rey de los moscovitas Iván Basilio [...]» (Paulo Jovio, *Historia general de todas las cosas...*, f. 3r).

antes debajo de la tórrida zona tenía la tierra y mar muy apacible temperamento y que en las tierras<sup>xxviii</sup> frías del setentrion también con defensibos del frío se habitaban; como se veía en Gelandia y Rusia y Moscobia y otras setentrionales provincias. Mil cosas ay, señor, en la descripción d'este globo que por ser prolixas las deixo.

–Cierto él está admirablemente representado –dixo la duquessa–, por lo que yo é visto; qu'está tan natural que todo el camino de la Persia aquí se me á reducido a la memoria. Mas cierto, entre todas las probincias, hermosísima aunque pequeña es nuestra España, que hermosamente está cercada de los dos mares, Ozéano y Mediterráneo, y por la parte de Francia de aquellos hermosos montes donde Aníbal perdió el uno de sus ojos<sup>557</sup>, llamados Pirineos.

Qué hermoso está el reino de Nabarra, el de Aragón y, indo hacia el mar Mediterráneo, el de Cataluña. A esta otra parte, qué fresco está el reino de Balencia, natural morada de la Venus, y qué hermosos están aquellos campos del reino de Murcia, faltos de fuentes y poblados de miesses y otros frutos. Qué hermoso puerto es aquel de Cartagena, con todo el reino de Granada y aquella su nebada sierra con los balles tan poblados de fuertes y populosos lugares. Pues el Andalucía, con la madre de las riqueças, Sevilla, y aquel gran puerto y los campos productores de ligeros caballos, qué vien parecían. Qué hermosa está aquella costa de Portugal, Asturias y las hermosas serranías de Galicia asta llegar a Cantabria o Vizcaya, fuerte y rica de minerales de duro yerro. Pues lo interior<sup>xxix</sup> de la tierra, ¡qué hermosas ziudades! Y aquella que para edificada en sierra o alto es la mejor del mundo<sup>558</sup>, pues ver qué avundancia tiene de todas las cosas necesaria para la vida humana sin que tenga necesidad de otra alguna provincia, lo cual a pocas del mundo acaece...

La duquesa estaba diciendo esto cuando entró un paxe a decirle que estaba allí una doncella que preguntaba por su merced, la cual dixo que subiesse; y el enano

---

<sup>557</sup> **Ap. marg.:** «*Plut. in Uita Aniuualis*». Si bien son muchas las referencias que realiza Plutarco en sus obras al personaje histórico de Haníbal, sin embargo, no hemos encontrado ninguna que responda con exactitud a este título, propuesto seguramente por su similitud con aquellos que presentan sus *Vidas paralelas*.

<sup>558</sup> **Ap. marg.:** «*Toledo*». Comienzan con esta referencia un buen número de apostillas marginales orientadas a develar los referentes históricos de los diferentes lugares y personajes que aparecen en el marco de la ficción.

volviendo la clavixa al espexo se tornó a quedar como de antes. Y en esto entró una <sup>lf.</sup>  
<sup>19v]</sup> doncella vestida a lo persio vien gallarda y apuesta, vestida de un brocadete morado, a la cual como la duquessa vio luego la conoció, que criada era de una grande amiga suya, hija de un príncipe persiano, sobrino del gran emperador Jacoboín, llamado Lipoberto. Y la dama se llamaba Gracisilda y la doncella Areusina, a la cual la duquesa dixo:

–Seáis muy vienvenida<sup>559</sup>, hermana Areusina. ¿Y cómo por tan lexas tierras y a qué á sido vuestra buena venida?

–A vesar, mi señora, tus ilustrísimas manos de parte de mi señora Gracisilda y traerte una carta; que sabiendo que yo havía de venir asta los Alpes con ciertos recados del príncipe mi señor para su cuñado el rey de Narbona, que en ellos está, entendiendo cuán cerca havía de llegar a España me mandó que los Alpes pasase y que te viniesse a dar este recado.

Y diciendo esto sacó una carta y vesándola se la puso en la mano; la cual ella avriendo vio que así decía:

La princesa Gracisilda a la ilustrísima Camilina, gran duquesa en la occidental España, salud.

Después, señora duquesa, que de esta tierra os partistes, no é tenido un punto de contento, porque como verdadera amiga os llevastes allá con bos la mitad de mi alma y toda la mejor parte de mi contento. Porque, ¿cómo le podré tener? Pues me faltó la fiel amiga, la verdadera consexera<sup>xxx</sup> y aquella *otra yo* que tanto amaba, tiniéndonos ya el nudo de la amistad tan unas que no's puedo olvidar sin olvidarme, ni puedo dejar de sentir el ausencia aún con mas rigor que la propia muerte. Mi prima la princesa de Babilonia, Casiana, envió por mí para que con ella me viniesse algunos días; quedo en Babilonia donde me hace toda merced, porque cierto es una de las más acabadas princesas qu'el mundo tiene, así en balor y discreción como en hermosura. Allá ba Areusina, con la cual, amiga, por su vida que me responda muy largo, y de ella podrá saber las cosas de acá que deseare. Las de allá prospere Dios con tantos aumentos de sus estados como desea

---

<sup>559</sup> *Vienvenida*: Pese a que la aparición del sintagma *buena venida* a continuación podría hacernos dudar sobre el estado de lexicalización del término, ningún otro contraejemplo nos induce a separar ambas palabras.

esta suya.

Notable fue el contento que la duquesa recibió con la carta y el alteración qu'él príncipe recibió con la memoria que de la hermosa Casiana en ella se hacía. Y, así, la duquesa le preguntó las ordinarias preguntas y después, haciéndole descansar y dar aquel regalo que a muger que de tantas leguas venía le pareció convenir, muchas cosas de las princesas en particular le preguntó; lo cual todo ella respondió con muy buena gracia y verdad, lebantando siempre notablemente la hermosura y discreción de la princesa Casiana. Y no beía ya la ora el príncipe de ver a solas la doncella por informarse muy en <sup>[f. 20r]</sup> particular de lo que tanto deseaba; y, al fin, Fortuna lo dispuso de suerte que le dio las manos llenas de la ocasión qu'él deseaba. Y fue que la doncella se quiso ir a su aposento, que ya era algo tarde, a descansar, y haciéndose el príncipe muy del galán la fue acompaña[n]do. Y cuando a la puerta de su aposento estuvo, que los demás que la havían acompañado se despidieron, el príncipe le dixo:

–Señora doncella, si no recibís pesadumbre querría[o]s preguntar algunas cosas de la corte de Babilonia que me importa mucho saber, y vos, como quien agora viene de ella, me podrá dar mejor relación que otro alguno.

–A mí me place, señor caballero –dixo la doncella–. Entrá y sentaos y preguntá lo que quisiéredes.

### **Capítulo 6. De la plática qu'el príncipe tubo con la doncella y cómo se determinó de ir con ella a Babilonia y de lo que sobre esto se hiço.**

Sentándose el príncipe en una silla y la doncella en unas almoadas de terciopelo verde que sobre un tapetillo de vrocado a la cabecera de la cama estaban, el príncipe le començó a preguntar las cosas de aquella ciudad y del término y cortesanía que en la corte del Emperador de Babilonia se usaba. A lo cual todo discretísimamente respondió la doncella, satisfaciéndole a todo lo que preguntaba con llanas y verdaderas palabras, evitando todo lo que era prolixidad de raçones o afectación de palabras. Después que ubo preguntado de la persona del Emperador, del trato de los grandes del gobierno, de las repúblicas, del exercicio de los caballeros, del hávito de los galanes, del



entretenimiento de los cortesanos, vino a preguntar de las justas, de los torneos, de los saraos, de la conversación del terrero. Al fin, vino a preguntar del hábito de las damas, de la traça que tenían en sus pasatiempos, de cómo se havían en la conversación de los caballeros y qué ejercicios tenían más ordinarios y cómo se trataban en aquella corte las cosas de amores; a lo cual todo respondió muy discretamente la dama. Y en lo que tocaba a ellas respondió:

–La princesa Casiana es la más principal y la más hermosa de toda la corte babilónica, teniendo juntamente con esto tanta discreción y cordura que puede ser emperatriz de toda la redondez de la tierra. Esta sacra princesa tiene en su compañía otras cuatro princesas deudas suyas, en las cuales todo el extremo de hermosura puede ser allado. Avrá en palacio como cincuenta damas principales, hijas de grandes, y como otras ciento o más hijas de caballeros <sup>[f. 20v]</sup> de menor estado; entre las cuales unas ay perfectísimas en hermosura y otras que en otras gracias y buen donaire cierto tienen extremo. Porque algunas ay de excelentes manos para lo qu'es labrar, bordar y otros ejercicios d'esta manera; otras son grandes músicas y dançadoras; otras grandes pintoras y en todas las artes liberales perilísimas y enseñadas. Al fin, todo el colexio junto más parece de ángeles que de mugeres.

El ejercicio más común que entre las damas se usa es el bordar, labrar, pintar, tañer, cantar, dançar, ir a caça y tanvién tener saraos a sus tiempos y tratar amores onestos, lícitos y cortesanos con los caballeros. El común hábito de las damas cortesanas es galán y suelto, aunque cada una le usa conforme mejor le dice para su rostro, color y ejercicio: que la flaca y seca le trae de una traça y de otra la gorda; de una la melancólica y de otra la alegre; de una manera se visten para cosas generales y de otra para saraos y danças. Al fin, que en esto no os sabría, señor caballero, dar regla cierta, porque muy de damas es con un cuidadoso descuido vestirse siempre lo que mexor le puede estar conforme a su disposición, rostro e iclinación natural. Porque poco cortesana sería una dama melancólica y grave si se vistiese de colores, y menos lo sería una apacible, alegre y de buen donaire si se vistiese de negro y con hábito muy lloroso y triste, ni el día de sarao se á de bestir como el día de visita de respecto. Y todo esto hacen aquellas damas<sup>xxxii</sup> tan al descuido que pocos echan de ver ser el descuido cortesano cuidado.

En lo que toca, señor, a las calidades del alma, ellas son cierto virtuosísimas y de todas las virtudes adornadas. Son nobilísimas de linaxe y hijas de los mayores príncipes orientales; hablan con estremado término, galán, curioso y no afectado. Son abisadas, prudentes, no sobervias, ni imbidiosas, ni maldicientes; no banas, no reboltosas, no porfiadas, no desdonadas. Saben muy vien poner las cosas en su lugar; hacen divinamente y con estremada gracia los ejercicios que a damas conviene.

En lo de la hermosura corporal, ya os dixere, señor, que eran estremadas. Viven con tanta cautela en las cosas de su onra que no solamente viben libres de culpa, mas aun de sospecha. Respladece en todas ellas una cierta afabilidad graciosa, con la cual saben tratar y tener conversación con toda suerte de hombres honrados y valerosos caballeros, tiniendo con ellos una conversación dulce y onesta, y conforme al tiempo y lugar y calidad de la persona con quien hablan. Y esto hacen aquellas hermosa damas mezclando en sus costumbres, sabrosas y moderadas; y en la onestidad, la cual siempre en todo en ellas resplandece, una cierta presteça de espíritu que las hace muy agenas de toda grosería. Y esto hacen con tal manera de seso y de bondad <sup>[f. 21r]</sup> que en opinión de todos son tan buenas, prudentes y bien criadas, quanto graciosas, avisadas y discretas.

Con lo cual, señor, aquellas damas cortesanas guardan un punto cierto difícil, el cual parece estar compuesto de contrarios: porque ni por muy onestas son escabrosas ni siendo graciosas y afables dicen cosa que pueda ser atribuida a desembultura. Son muy enemigas de decir mal unas de otras y no huelgan con pláticas desembueltas ni demasidas risas, antes con una gravedad nada enojosa e[n]tretienen sus conversaciones con el conocimiento que de muchas cosas tienen, no mezclando veras como burlas ni burlas con veras.

Esto es en unibersal lo que de las damas cortesanas de Babilonia os sé decir; en particular sería un muy largo discurso, porque querer loar solo a mi señora, la princesa Casiana, era menester mucho tiempo. Porque su rara belleça, con la cual ay tanta prudencia, gravedad, onestidad y fortaleça qu'es un raro espectáculo al mundo, más agrabio se le aría en quererlas decir que confesando la pobreça del ingenio y palabras dejarlo, confesando la insuficiencia de nuestra parte para decir alguna de sus heroicas virtudes, de las cuales ella está adornada.

Viendo el príncipe que ya se hacía tarde y que en género de cortesanía estaba ya obligado a dexarla descansar (supuesto que venía enfadada y cansada del camino), aunqu'él vien quisiera que dura[ra] la plática mucho más, con muy buena criança se despidió de ella diciendo que porque era tarde su merced reposase, que otro día o a la mañana hablarían más largo en aquella materia.

Con esto, se salió del aposento de la doncella. Y ya de uidas, y tomando Amor por instrumento a la Fama, tenía la posesión del pecho del príncipe, y tomola tan bien que uno fue de los que mejor amaron en el mundo. Y, así, aquella noche muy poco pudo dormir con el güésped Amor que al pecho sintía, que ya sus nuebos efectos tenían al príncipe lleno de solícitos temores<sup>560</sup>. Y, así, estando en un hermoso aposento de un cuarto baxo muy vien edificado, el cual tenía dos muy hermosas bentanas que a un fresco y vien adereçado jardín salían, y él<sup>561</sup> estaba de una tapicería de vrocado encarnado bordado de unas ojas y florones romanos hermosísimos, llenos de mucha y muy hermosa aljófar<sup>xxxiii</sup>; estando a un lado d'él un bufete de plata, sobre el cual en dos candeleros de oro estaban dos belas de zera blanca, que hermosas luces y veslunvres hacía[n] en los paños y en los vrazos de las sillas de plata que por la sala estaban [f. 21v] repartidas; pues, en esta sala estaba el príncipe, puesto a una de las ventanas qu'estaba[n] al cierço. Y era una bentana rasgada de asiento, con una hermosa rexa de plata de admirable labor y echura.

Pues sentado en el poyo de la mano izquierda, que estaba echo de una hermosa piedra de jaspe retallada de pórfiros y otras piedras, puesto el braço sobre la piedra qu'el asiento de la ventana componía (que de la misma materia era que eran los poyos), dejando caer el rostro sobre la mano izquierda (tiniendo la derecha puesta en una menudita cadenuela al pecho y el un pie cruzado sobre el otro), tendió los ojos por el jardín mirando las hermosas sombras que la luna causaba que hiciessen los amenos árboles que havía, y aquellas seloxías y enrexados tan curiosos que por todo el xardín estaban repartidos; oyendo el ruido de los hermosos caños de las fuentes, que en la muchedumbre de las aguas que en los pilares estaban recogidas herían, y el susurro de

---

<sup>560</sup> **Ap. marg.:** «Res est solliciti plena timoris amor». Ovidio, *Heroidas*, I, 12.

<sup>561</sup> Entiéndase como antecedente de este pronombre tónico de tercera persona el sintagma «el aposento»; también así cuando en la siguiente oración encontremos: «al un lado d'él».

las frescas matas qu'el viento mobía (viniendo embuelto en un hermoso olor y fragancia que recogía de las flores por donde havía pasado), y oyendo algunos ruiseñores que en el silencio de la noche comenzaban a manifestar sus amorosas queixas, estando entre las matas de los árboles (que despidiendo ya las flores comenzaban a dar ciertas esperanças del deseado fruto).

Estando el príncipe en esta ventana, comenzó a discurrir por diversas cosas con el pensamiento asta que, llevado (y con arta presteça y fuerça) de su amoroso pensamiento, vino a dar en la contemplación de aquella dibina imagen que tenía Fama fabricada en su pensamiento, corroborada y confirmada con la fantástica vista del carro de la Princesa de Rusia<sup>xxxiii</sup>. Y acabada ya de sellar con la fuerça de la pasión de amor, llamada Cupido, refréscala en la memoria, y con la imaginada presencia crece y auméntase el deseo de que lo que era pensado fuesse real. Y con isistencia deséalo el alma y, viendo que le era imposible, desea salir de donde estaba detenida por irse a juntar con la cosa amada, y a esta causa comiénçase así a lebantar en sus propias fuerças que parecía querer dejar el cuerpo desamparado. Y esto causó un éstasis y suspensión de un gran rato; al cabo del cual, buelto en sí (porque el alma con el natural apetito que tiene de informar el cuerpo quiso bolber a'exercitar en él sus operaciones y, como havía estado llena de amoroso pensamientos, en amorosas palabras y amorosos mobimientos exercita el cuerpo) y, así, con sospiros y dulces lágrimas, comenzó a decir:

—¡O, dulce llama, sabrosa pena, pasión dulce <sup>[f. 22r]</sup> y amorosa de Amor, causada del deseo de ver y servir a la más hermosa y perfecta dama qu'el mundo tiene! Mas ¡ay Dios!, ¿y cuándo será el tiempo que merezcan estos ojos ver aquellos divinos que aun en la representación fantástica vastaban a rendir mil almas y poner en la esclabonía de su hermosura mil coraçones?

Una larga y amorosa plática hiço el príncipe; mas como unas beces hablando exprimía sus conceptos y otras con silencio rumiaba sus amorosos pensamientos, y otras con sospiros daba bado al coraçón que en fuego se encendía y otras socorría al alma (en la ornaça de amor metida) con lágrimas, por esto el sabio Nictemeno no lo pone por estenso. Mas dice que haviendo estado así un rato llamó a Erisaldo su escudero que, en un aposento más adentro (sentado sobre un cofre aguardando que su señor se entrasse a dormir), sobre un cofre encorado se havía quedado dormido. Y despertándole le mandó

que le truxesse su laúd, en la cual música uno de los que vien lo hacían era de toda España. Y, como el escudero así medio dormido se levantasse de sobre el cofre, fue a una caja de cedro en que el laúd venía y sacándole se le truxo a su señor, diciendo:

–Mire vuestra grandeça qu'es ya muy tarde, no haga a vuestra grandeça daño estar tanto sin dormir.

–Andá, que vien sé yo lo que hago –dixo el príncipe.

Y, con esto, tornándose a su asiento templó el laúd, y cuando le tubo templado començó así en falsete esta letra:

Pastora, ¿quiesme escuchar?

Dart'é de mis males parte.

«A quien á de remediarte

lo puedes ir a contar».

Un pastor muy lastimado

con flecha de Amor herido,

con un suspiro encendido

del corazón avrasado,

por verse puesto en olbido

fue a hablar a su pastora

y queriéndole mostrar

su tormento sin hablar,

dijo así casi a desora:

«Pastora, ¿quiesme escuchar?».

Como vio que había hablado

la lengua y no el corazón  
fue a decir una razón,  
mas allose tan turbado  
que calló con la pasión.  
Mas tornándose a esforçar  
usó d'esta maña y arte,  
viendo a su pastora aparte  
le dixo: «¿Quiesme escuchar?  
Dart' é de mis males parte».

Mas con estraño desvío,  
mostrándole el rostro airado  
y divino aunque enojado,  
dijo con estraño brío:  
«Pastor en esso as errado,  
que yo no te quiero oír<sup>xxxiv</sup>  
ni ay para qué darne parte,  
no quiero ocasión de hablarte  
y así belo allá a decir  
a quien á de remediarte».

De aquellos divinos ojos <sup>[f. 22v]</sup>  
hermosos rayos mostrando  
la pastora iba llebando  
de mi alma mil despojos

y ella se estaba burlando.

Y con gallardo primor

queriendo de mí burlar,

dijo para me acabar:

«A quien te ama, pastor,

lo puedes ir a contar».

Esta letrilla cantó el príncipe así en falsete. Mas sabed –dice la istoria– que en el aposento pared y medio<sup>562</sup> donde el príncipe se aposentó estaba aposentada la doncella Areusina, y, como negocio muy ordinario, el demasiado cansa[n]cio y el haverse desvelado parlando le causó que no pudo dormir. Y, estando dando buelcos en la cama a una parte y a otra, se determinó de se levantar porque le pareció haver oído instrumento acordado. Y, así, tomando una ropa, se llegó a una ventana que no muy lexos de la de donde el príncipe estaba caía y, puesta en ella, oyó el tañer y cantar del príncipe, contentándole estrañamente la suma gracia con que lo uno y lo otro hacía (aunque no conocía ni sabía quién fuese el que estaba tañendo). Asta que después que ubo acabado de cantar la letra, puniendo el laúd<sup>xxxv</sup> en la ventana arrimado a la rexa, començó con un interior suspiro que del alma le salía a decir d'esta manera:

–¡O, infeliz Príncipe de España y el más benturoso de los nacidos, que en medio de la mayor gloria padeces tormentos y en medio del mayor tormento se te ofrecen mil despojos de vienaventuranza! Vibes alegre y triste, contento y desabrido, rico y pobre. En medio del fuego te yelas y en medio del yelo estás ardiendo; en la bonança te anegas y allas en la tormenta puerto; en medio del duro invierno allas la dulce pr[i]mavera y entre las flores del verano está el triste invierno escondido. Duermes y belas, lloras y ríes, cantas y sospiras y estás, al fin, echo un objecto de contradictorias. Mas no me espanto que, como las potencias del alma están poseídas de la pasión de Amor y al que ama le sea ordinario estar lleno de sospechas y temores (y estas dos pasiones, temor y

---

<sup>562</sup> *Pared y medio*: Se trata de una locución adverbial muy frecuente en la época, empleada con el significado de 'muy cerca', esto es, «para decir que no hay más de pared en medio de las dos casas» (*Correas*, pág. 1036); fórmula utilizada en alternancia con *pared en medio* («donde vive el vecino», según *Covarrubias* [s.v. *pared*]).

amor, producen distintísimos y contrarios efectos), no es mucho que el alma que d'estas pasiones está poseída por diversos respectos esté llena de mil contradicciones. Antes le es como propio y natural, porque Amor le hace osar y temer, le hace recelarse; el pensar que á de goçar la cosa amada le alegra y el temor de perdella le entristece, y así de las demás cosas. Por donde el amante está cual suele el ozéano combatido de diversos vientos, que por la fuerça de ellos a unas y a otras partes son sus ondas con ímpetu arroxadas, no dejándole estar sosegado ni seguir solo el uno y derecho camino <sup>[f. 23r]</sup> del un viento, sino que le hace andar a una parte y a otra flutuando; así anda mi alma en medio de temor y amor y recelo.

Porque, ¡ay, hermosísima Casiana, infanta de Babilonia y princesa soberana de la hermosura! ¿Cuándo será aquel día que os merezcan ver mis ojos? Y, ya qu'esto sea, ¿cómo podré atreberme con mi poco balor a combatir la hermosa fortaleza de tu ser, estando tan destituido de partes con la cuales para pretender esto havía de cobrar atrevimiento? ¡Ay, Dios!, ¿y qué sé yo si<sup>xxxvi</sup> cuando a essa región llegue estarás ya casada, supuesto que tantos y tan principales te an de pretender y pedir por muger? Y ya que no lo seas, ¿qué sé si estarás aficionada <a> algún dichoso príncipe de los que en tu servicio andan en la corte de tu padre? Aora, al fin, que lo mejor es «al mayor temor, osar»<sup>563</sup> y a tanta perfección y hermosura como la parlera Fama pregona, amar.

Esto y otras muchas cosas oyó Areusina, por lo cual claramente vino a entender ser aquel el príncipe Ofrasio de España, que tanta fama de balor y virtud tenía por el mundo, y qu'estaba por oídas aficionado a la hermosa Casiana, princesa de Babilonia. Y un amor y una boluntad le covró desde luego con deseo de en todo lo que ella pudiesse servirle, pareciéndole que Casiana para él y él para Casiana benían admirablemente. Con esto, viendo que ya el príncipe no sonaba se bolbió <a> acostar, espantada de cómo siendo príncipe de España y estando tan cerca de la corte no era conocido. El príncipe

---

<sup>563</sup> «Al mayor temor, osar»: Se trata de una paremia empleada en otras obras del momento, como la *Crónica de la Nueva España* de Francisco Fernández de Salazar (1560), en donde se hace uso de ella por dos veces (consultado en CORDE [15-3-15]). No la hemos encontrado recogida en ninguno de los trabajos lexicográficos manejados; con todo, su apariencia de mote se ve confirmada por su utilización en el campo de la heráldica por los Arandía de Arrigorriaga (cf. Endika Mogrobejo. *Diccionario hispanoamericano de heráldica, onomástica y genealogía: adición al «Diccionario heráldico y genealógico...»*, por Alberto y Arturo García Carraffa. Bilbao. Mogrobejo-Zabala. 1995, V, pág. 91).



tanvién se fue <a> acostar, cargado de aquel azezillo de sus amorosos pensamientos; los cuales le servían de leña para el fuego que Cupido en él encendía.

### **Capítulo 7. De cómo el Príncipe de España y Areusina<sup>xxxvii</sup> se partieron para Babilonia y de lo que en el camino les sucedió.**

Venida la mañana, la hermosa duquessa, por dar contento y regalar a Areusina<sup>xxxviii</sup>, mandó que a un bosquecillo que estaba como un cuarto de legua de la cassa o castillo les llebasen de comer y los aparejos de caça y pesca que fuessen menester, haciendo ir allá a sus músicos y llebando una docena de doncellas de muy buena conversación. Y, así como la duquesa lo mandó, un mayordomo suyo viexo y muy cuerdo hiço que se pusiesse por obra, mandando llebar en un carro las redes para aplacar un par de jabalís (que muchos había en el bosque) y que los monteros llebasen una docena de sabuessos y lanças y venablos con todos los demás instrumentos necesarios <sup>[f. 23v]</sup> a la caça, probeyendo a todos de lo que le pedían: que uno pedía el collar y cadena del sabuesso; otro el pan para ceballos y aficionallos para que le siguiessen; otro pide la soga o cuerda; otro el bramante para adereçar las redes; otro las estacas y otro las orquillas.

Uno encera el cordel y otro de la tablilla para de prestado hace el aguja; uno claba el yerro del venablo, otro de cerdas en el dardo pone la laçada. Uno se da prisa diciendo qu'es tarde, otros bocean que se aguarden, que tiempo ay para todo. Unos ensillan y adereçan los caballos, otros preparan la yerba en los corneçuelos. Uno mira la cuerda de la ballesta y otro reconoce el carcaxe para ver si están vien emplumadas las saetas. Uno pone las espuelas, otro escoxe la varilla. Cuál por su propio nombre llama al perro, cuál con universal silbo a todos incita. Uno se echa la corneta al cuello y otro mira como galán si lleba vien puesta la monterilla y medalla. Uno prueba a la puerta el ginete, otro azora los levreles y perneadores.

Sale[n] luego a la caça de bolatería de casa del caçador mayor, que allí en el gran patio del castillo estaba, unos en vuenos caballos, otros en viejos y flacos rocines. Cuál trae el esmerejón, cuál el gabilán. Otros traen azores, otrosalcones, primas y

orzuelos<sup>564</sup>; otros neblís, otros sacres. Cuál lleba el águila caudal enseñada, cuál el búo de hermosos ojos, cuál [el] mochuelo. Uno lleba las redes de verde teñidas para hacer más fácilmente el engaño a las abes; cuál lleba el señoello<sup>565</sup>; cuál la graznadora ánsar que a la otras llame; cuál la ciega paloma<sup>xxxix</sup>; cuál el laço (unos de cerdas, otros de ilo enc[e]rado, otros de arambre). Al fin, iban probeídos de todos instrumentos, siguiéndolos una muchedunvre de perrillos pequeños propios para el azor y para esta caça.

Luego salen los pescadores vien a la ligera: unos llebaban mangas, otros esparabeles; uno la varredera, otros cuerdas; otros sedales y anzuelos. Unos miran los

---

<sup>564</sup> *orzuelos*: Creemos que *orzuelo* hace referencia aquí a la oropéndola o un tipo de ave similar, habida cuenta de la curiosa homonimia que en francés y en catalán presentan los términos *loriot* y *mussol*, que en ambas lenguas sirven para designar tanto el divieso del párpado como un tipo de ave (mochuelo y oropéndola, respectivamente). Juan Veny Clar sugiere para el caso catalán la existencia de una homonimización sin influencia de significado, por atracción de la voz *uçol* (<*hordeölus*) hacia la forma *mussol* («Interferencias léxicas en catalán», en Alberto Varvaro [ed.], *Atti XIV Congresso Internazionale di Linguistica e Filologia Romanza [Napoli, 15-20 aprile 1974]*, Napoli – Amsterdam, Gaetano Macchiaroli – John Benjamins, 1978, IV, págs. 216-221); mientras Germán Colón apunta la posibilidad de que tras ello se esconda alguna creencia popular («El griego masaliota y los ornitónimos: acerca del francés “compère-loriot” y del alemán “Pirol” ‘oropéndola’», *ZRPH*, 1964, 80, pág. 271). En nuestro manuscrito acontece una fusión de significantes en sentido inverso, siendo la voz *orzuelo* la que aglutina en sí la anfibología mencionada; sin embargo, no hemos localizado otras documentaciones de este uso, así como tampoco hemos logrado recabar información alguna acerca de esta curiosa homonimia.

<sup>565</sup> El reparto de las grafías *l* y *ll* para los fonemas líquido lateral y palatal lateral se presenta en el manuscrito con una distribución altamente estable –excepción hecha de aquellas palabras de connotación latinizante–; por ello, hemos adoptado especial prevención ante los usos cruzados de estos valores y sus grafías habituales, optando por su mantenimiento siempre que existía la posibilidad de que nos hallásemos ante un proceso palatalización o despalatalización. Así, hemos respetado la grafía de líquida palatal en los siguientes casos: *señoello* (f. 23v), *señalla* (f. 161r.), *yello* (f. 163v), en el segundo libro (formas todas ellas que podrían haber palatalizado por asimilación al punto de articulación de la consonante nasal); *lleña* (f. 205r), *lellanador* (f. 205r), en el tercer libro (donde entendemos que la ausencia de grafía de palatal nasal en la forma *lellanador* se debe al traslado de la palatalización al fonema líquido que introduce la sílaba añadida). Asimismo, hemos mantenido la forma presentada por el manuscrito en la voz *quila*, por haberla considerado susceptible de transparentar una posible ausencia de palatalización (f. 104v). Por el contrario, hemos suprimido la grafía de palatal en los siguientes casos: *pillar*>*pilar* (f. 103v), *viuella*>*viuela* (f. 123r), *balleroso*>*baleroso* (f. 175r), *suello*>*suelo* (f. 188v), en el segundo libro; *infernalles*>*infernales* (f. 224r), en el tercer libro. De igual modo, hemos creído oportuno normalizar la grafía *l* en *ll* en las siguientes formas: *veleça*>*velleça* (f. 29v), *lenos*>*llenos* (f. 88v) en el primer libro; *legar*>*llegar* (f. 113v), en el segundo libro; *alí*>*allí* (f. 118v), *basalos*>*basallos* (f. 219r), en el tercer libro; *luvia*>*lluvia* (f. 335r), *balestas*>*ballestas* (f. 301r), en el cuarto libro. Conviene notar que todas las voces normalizadas constituyen formas únicas en el manuscrito frente a las numerosas apariciones de las variantes con la grafía habitual, amén del hecho de que su particular evolución diacrónica desaconseja otras posibles interpretaciones.

corchos, otros adereçan las plumadas. Cuál lleba calderuela, cuál el cebo. Unos adereçan las plumas, otros buscan diferentes incluças y otras cosas; al fin, llebaban todo lo necesario para su pesquería. Y, con esto, salió toda la caça como a las ocho de la mañana del castillo.

Luego vaxó la duquesa y su prima Suranisa, acompañada de asta una docena de hermosas damas, a las cuales todas tenían adereçados frisones, palafrenes y acaneas y pías; estando ya los caballeros moços, armados de todas armas (salbo celadas y manoplas), aguardándolas en el patio. Y, como baxaron, luego las pusieron a caballo, tomando cada uno <sup>[f. 24r]</sup> la rienda de una de aquellas damas, a cada uno como le convenía. El Príncipe de España, armado de todas armas, solo llebando lebantada un poco la visera, llevava la rienda a la duquessa; llevando la de la prima un caballero viexo muy onrado, deudo suyo.

La duquesa llebaba su arco y saetas, como acostumbraba, y un par de hermosísimos levreles asidos de una traílla de oro al estribo, y la prima iba de la misma manera. A Areusina le dio la duquessa un vestido de vrocado verde de caça a lo persiano, vien galán y cosotoso (porque uno de los mejores que ella tenía era), y diole una acanea blanca hermosísima, y también, como usada en aquel menester, llebaba arco y saetas. Así, llegaron al bosque como a las nueve y, por no me detener —dice Nictemeno—, sabed que asta ora de comer se mataron como diez o doce caças, con mucho contento de todos aquellos caballeros y damas.

Mas a la ora conveniente se recogieron a la casa de campo, que muy hermosa y vien edificada era, y, en ella, en un muy hermoso jardín que havía debajo de unos emparrados y jazmines, que en un zimboggio hermosísimo havía echo (ochabado sobre ocho columnas muy altas y hermosísimas, de una pieça). Cada una de ellas eran de diferentes piedras: que las dos eran de mármol; las dos de alabastro; las dos de jaspe y las dos de pórfiro. El cimborrio de encima estaba echo de évano, todo cuvierto de planchas de plata que al agua defendían no dañase las maderas. Devajo d'este cimborrio, que probeído estaba de odoríferas flores y hermosas matas de hermosas yerbas, estaba puesta la messa con toda la curiosidad que se puede pensar, siendo todos los asientos admirables y de estraña labor.

Junto a este cimborrio estaba una fuente, de muy fresca y buen'agua, muy bien labrada de unas piedras de jaspe. En medio del pilar de la fuente estaba una columna no muy alta, de una piedra india verde más que una fina esmeralda, sobre la cual estaba una bassa o pila no muy grande (mas admirablemente labrada), con cuatro caños de oro finísimo qu'el agua enviaban al pilar de alabastro. Sobre la basa estaba un dios Júpiter puesto sobre un águila que parecía querer levantar el buelo, y estaba tan bien echa el águila con aquel acometimiento que hacía para levantarse<sup>xi</sup> que ya parecía encojerse y comenzar a tender el cuello y alas. Y el Júpiter estaba admirablemente labrado, con el cabello un poco buuelto a la furia del viento y levantada la diestra junto a la oreja, en la cual tenía un rayo echo de una piedra tan encendida que realmente parecía de [f. 24v] fuego, de cuyas puntas salían unos hermosísimos caños de agua que la fuente componían. En esta fuente estaban muy hermosos frascos de plata con diferencias de vinos puestos a esfriar y, alrededor<sup>xli</sup> de ella, estaban muchos canastillos de plata tirada y oro llenos de diversas frutas; las mesas, muy apacibles y bien aderezadas.

Al fin, aquellos caballeros y damas se sentaron a comer, y después de haber comido se quedaron así hablando sobremesa en muy buena conversación, que todas aquellas damas eran muy cortesanas y discretas. Especialmente trataron de lo que traían entre manos, que era la caça, a cuyo propósito se dixerón muy buenas cosas, tratando de cada parte de ella muy en particular. Y, al fin, vinieron a concluir que era acto indiferente, que la bondad o maldad recibía respecto del fin y que siendo extremo era vicio y perdición (como consta del exemplo de Anteo, a quien comieron sus propios perros siendo la ocasión Diana, que no es otra cosa sino que la caça fue causa de que se le destruyesse toda suazienda disipando en ella todo su mayorazgo y vi<e>nes), y que siendo templada era justa y exercicio antiquísimo, pues aun en la primera edad que no se habían de comer las caças muertas leemos de Lamec que era caçador<sup>566</sup>. Así, se truxo a la conversación muchos emperadores y príncipes dados a este exercicio, los cuales vinieron a tener grande número de caçadores y a estimar en mucho los perros y abes para esto apropiados, gastando en este grandes tesoros.

---

<sup>566</sup> Ap. marg.: «Génesis 4, D 23».

Ya que iban concluyendo la plática, en la cual se había muy bien discutido esta materia, la doncella Areusina, lebántandose y haciendo su debido comedimiento a todos aquellos caballeros y damas, dixo al príncipe Ofrasio:

–Señor caballero, con licencia de esos señores, suplíco<O>s me oigáis dos palabras que tengo que deciros.

El príncipe, que ninguna otra cosa más deseaba en el mundo, lebantándose y haciendo su reverencia, se fue con la doncella por una de aquellas calles del xardín. Y ya que de la demás compañía estuvieron apartados, junto a una fuente que ingeniosamente salía, al parecer, por el medio de un tronco de un guindo (sirviendo de caño la cabeça de una culebra de oro que del güeco del árbol parecía salir), le comenzó a decir:

–Anoche, señor caballero, cuando me hicistes merced de irme a hablar, yo no os conocía, y así no os hice, señor príncipe Ofrasio, el comedimiento a vuestra real personal debido; por lo cual os suplico me perdonéis. Y aora –dixo firmándose de rodillas– me dad vuestras manos.

Espantado el príncipe de lo que a la doncella oyó decir (porque él cierto <sup>[f. 25r]</sup> entendía que ninguno en el castillo le conociese), a la doncella preguntó que quién le había dicho quién él era y su nombre. Entonces la doncella le contó el caso y todo lo que la noche pasada le había oído decir, y añadió diciendo:

–Y antes me espanto, señor, cómo estando en vuestro reino podéis estar encubierto sin que os conozcan.

–El haverme criado toda mi vida casi fuera del reino causa esso –dijo el príncipe– y el recato también que yo tengo en no descubrirme en público del todo.

–Aora, sea lo que fuere –dixo la doncella–. Mas decid, señor, ¿amáis mucho a la hermosa Casiana?

–Ámola tanto –dixo el príncipe– que me haría yo mucho agrabio al amor que le tengo si con palabras quisiese explicar la fuerça y ternura de amor con que a la princesa

adoro, si así se puede decir. Por lo cual solo os sé decir, señora doncella, que en lo humano a sola ella tengo por último fin y vienaventurança.

–De solo esto os aseguro y certifico, señor –dixo la doncella–, que aunque vuestras palabras muestran extremo (de lo cual si amáis no me espanto), que de esso y mucho más es digna y merecedora la princesa.

Ellos, pues, parlaron un rato, en el cual tanto contento recibía el príncipe que quisiera durara muy más largo tiempo. Al fin, lo que en la conversación se trató en suma fue que Areusina loando a la princesa sirvió de soplo para encender el fuego en el príncipe, y después, con mucha boluntad, le ofreció su compañía y servicio; y, así, quedaron concertados de se partir otro día para Babilonia. Y, con esto, se bolbieron a su compañía, que aún se estaban parlando en muy buena combersación. Y, como llegaron, la duquesa dijo:

–¡Bámonos! Bamos al lago qu'está allí vaxo, pues parece que se enturvia el cielo, y gustaremos un rato de la pesca.

Y, con esto, en lebantándose la començaron a seguir las demás señoras que allí había. Y en vrebbe espacio llegaron al lago, el cual entre unas cunvres de unos pequeños monteuelos hacía un hermoso y claro río. Tendría de ancho poco más de un cuarto de legua<sup>xlii</sup> y de largo au[n] no tenía media; el agua era clara, dulce y hermosísima; la profundidad, por donde más, serían cien braças y, por donde menos, seis. Tenía toda la ribera poblada de hermosísimas arboledas y frescas matas de diversos frutales de barios géneros de frutas. Tenía<sup>xliii</sup> hermosísimas truchas y barbos, tencas y otros géneros de peceuelos de ríos en grandísima abundancia. En medio d'él estaba una pequeña islilla en la cual estaba edificada una casa, aunque pequeña, muy hermosa. Nabegábase por él con barcos, galeoncillos, traíñas, dornas<sup>567</sup>, y aun para el contento de los que a él iban,

---

<sup>567</sup> *Traíñas, dornas*: Ambas son voces gallegas, aceptadas actualmente en español: *traíña* es un «boliche o aparejo para la pesca. Tiene cuatrocientas brazas de largo, con mallas de dos y media pulgadas, diez a veinte brazas de ancho y carece de plomada» (Marcial Valladares Núñez. *Diccionario gallego-castellano*. Santiago. Seminario Conciliar. 1884); *dorna* se llama a una «embarcación que se usa mucho en Santa Eugenia, Cambados y otros puntos de las rías bajas, especie de lanchita o bote con los costados de tingladillo formado con tablillas sobrepuestas o en escamas, con mucho lanzamiento a proa, gran palo de timón que cala mas que la quilla, y una o dos velas al tercio. Sirve para pescar, y especialmente para

por ser<sup>568</sup> [f. 26r] como era mucha su profundidad, había un nabichuelo que podía andar a bela y remo, muy vien obrado y muy galán, todos los mástiles de évano y las velas de diversas telas de sedas varias, con muchas vanderolas muy hermosas y vien labradas.

Luego los pescadores en aquellos vasos más pequeños comenzaron a echar las redes y rapetas<sup>569</sup>. Y aquellos señores se suvieron en el navichuelo y, desde allí desde el borde, tanvién algunas de aquellas señoras con particulares cuerdas pescaban, haciendo cuando sacaban algún pescado en el a[n]çuelo<sup>570</sup> graciosas alegrías y no enfadosos, mas muy adamados melindres.

Al fin, la caça duró como dos oras, al cabo de las cuales ya a la ribera del lago estaba la música y una colación estremada y abundante de regalos; y, en acabando de merendar, todos aquellos caballeros y damas puestos ya a caballo para bolverse a casa. De camino tubieron muy buena montería en que ubo graciosos y varios sucesos, lo cual todo cercena Nictemeneno por la vrevedad y dice que, llegados a casa, la doncella Areusina dijo a la duquesa que su merced la despachase, porque otro día por la maña[na]<sup>571</sup> se quería bolber. Aunque a la duquesa le pessó de que tan presto la doncella se bolbiesse, viendo que así lo quería, le ubo de dar licencia.

---

conducir pasajeros y efectos de uno a otro puerto. También se llama *dorna*, una especie de bote sin quilla ni vela, de forma de artesa» (Juan Cuveiro Piñol. *Diccionario Gallego*. Barcelona. [s.n.]. 1876).

<sup>568</sup> El vuelto del folio 25 aparece en blanco.

<sup>569</sup> *Rapeta*: Es también voz gallega y se trata de un aparejo de pesca que «en no lejanos tiempos se hallaba muy extendido en las rías y puertos gallegos, en algunos de los cuales todavía sigue usándose; y aunque su principal objeto es la sardina, también pesca jurel, pancho, jibia y otros peces. Tiene varios tamaños y se llama también *rapetiña* y *rapetón*, y recibe además el nombre de *traña*» (Eladio Rodríguez González. *Diccionario enciclopédico gallego-castellano*. Vigo. Galaxia. 1958-1961. 3v., s.v. *rapeta*).

<sup>570</sup> Aunque encontramos documentada la voz *azuelo*, nos decidimos por la restitución de la nasal habida cuenta de su presencia en el resto de apariciones de esta palabra y del abundante olvido de la lineta de abreviatura de esta consonante en el manuscrito.

<sup>571</sup> La aparición de la forma *maña* por *mañana* en algunos lugares del testimonio nos ha llevado a valorar la hipótesis de que nos encontrásemos ante un préstamo procedente del gallego (con pronunciación aguda: *mañá*), algo que entraría en consonancia con el reducido grupo de voces procedente de esta lengua que encontramos en el manuscrito. Sin embargo, consideramos más plausible entender que se trate de una particular forma de abreviar la voz *mañana*, puesto que esta forma es con notable diferencia mucho más abundante en el manuscrito. Asimismo, lo contrario supondría asumir una profunda influencia de una segunda lengua en nuestro testimonio que no resultaría coherente con la realidad lingüística detectada. Con todo, con el fin de transparentar nuestras dudas, resolvemos la sílaba ausente entre corchetes.

Y, estando ya a la mañana el príncipe aparejado con su escudero Erisaldo y Palisino el enano, la donzella, habiendo ya cobrado la carta y recibido ricos dones de la duquesa, que en extremo era poderosa y magnífica, llebando para su señora dos pías españolas casticísimas de las más hermosas capas que se podían desear (indo adereçadas de vrocado v blanco y varia pedrería, aunque para el camino llebaban muda de terciopelo<sup>xliv</sup> verde vordado, cuvierto con unas fundas de una baqueta muy vien adereçada) y dos esclabos de Manicongo para que las llebasen de diestro, llebando una azémila cargada de las cosas que la duquesa le havía dado; al fin, despidiéndose el príncipe y la doncella así de la duquesa como de todos los demás caballeros y damas del castillo, se partieron un jueves por la maña[na], que era aquel día que se contaron diez de mayo.

Y con la fresca caminaron aquel día en muy buena conversación cuatro leguas, quedándose a comer y a dejar pasar lo furioso del sol en una alquería o casa de un basallo de la duquesa Camilina que les hiço mucho regalo. Y así, con mucho contento del príncipe, por parecerle que era aquel buen medio para <sup>[f. 26v]</sup> [lo] que deseaba, y mayor de la doncella por berse tan vien acompañada, fueron caminando por sus jornadas sin que en los primeros días les sucediese cosa digna de memoria.

Mas al quinto día que iban caminando, que era un lunes por la maña[na], y tan de mañana que aún el hermoso rostro de Febo no havía dorado los collados, sino que la fresca Aurora se estaba aún esparciendo de su abundante manto la hermosa aljófar y rucío que a la verdes yerbas y matiçadas flores alegrar suele; a esta ora, pues, sería cuando, indo caminando el príncipe y la doncella por un hermoso balle poblado de frescos árboles y hermosas flores (descolgándose de los montes hermosas fuentes que con hermosura y frescor conserbaban todo el balle), habiendo ya madrugado las avecillas a dar el paravién a la mañana, vieron venir hacia sí una doncella vestida a lo siciliano, de un paño áspero y negro y el tocado muy triste, puesta sobre un palafrén (aunque andador y bueno) de triste capa, la guarnición d'él del mismo paño qu'el vestido.

Traía los ojos llenos de lágrimas y tan abrasados y encendidos del continuo llorar que parecía traer echas canales en el rostro de las ardientes lágrimas que por él vertía. Traía delante de sí una caja de évano no muy grande, y veníanla acompañando



dos venerables viexos, tanvién cargados de lutos, y dos escuderos a pie del mismo hábito, mostrando todos notable sentimiento y tristeza. Los cuales como emparexasen los unos con los otros, saludándose muy comedidamente los unos a los otros, la doncella dixo en lengua latina:

–¿Sois acaso español, señor caballero?

–Sí soy –en la misma lengua respondió el caballero, que admirablemente la sabía–, mas ¿por qué lo preguntáis?

–Pregúntolo, señor –dixo al caballero la doncella–, por si a caso conocéis a Ofrasio, príncipe de España, que nos diéssedes nuevas dónde le podríamos allar.

–¿Para qué le buscáis, señora doncella? –dixo el príncipe.

–Para un negocio grave –dixo la doncella–, que a vos, señor, os importa vien poco el saberlo. Si sabéis a caso dónde queda, d[e]cídme lo, y si no, a la paz de Dios, que imos con mucha prissa.

–Pues deteneos, señora doncella, que yo soy a quien buscáis –dijo el príncipe.

Y, con esto, se leuantó la visera y luego fue por la doncella conocido. Y, así, quitándose el reboço, llegó a le pedir la mano; el cual tanvién a ella conoció. En este otro capítulo savréis quién era y lo que quería.

### **Capítulo 8. De quién era la doncella y de la estraña aventura que le había sucedido, para la cual buscaba al príncipe** <sup>[f. 27r]</sup>.

Como el príncipe viesse a la doncella luego la conoció, que era Lirindana, hermana de la duquesa de Londrana en Ingalaterra, en cuya casa él había estado siendo niño algunos días indo a ber al rey de Ingalaterra, que era su deudo, y había estado allí<sup>xlv</sup> dos o tres años. Y así le dixo:

–¡O, señora Lirindana!, ¿y qué ay por acá por este reino?

–El más infeliz caso y triste tragedia –dijo la doncella– que á pasado en el mundo...

Y sin poder hablar más palabra se le dio un nudo a la garganta con tanta pena, lágrimas y suspiros que a ellas mobió a todos los circustantes. Después de haverse sosegado un poquito<sup>xlvi</sup>, dixo al príncipe:

–Apeémonos, señor, y contaros é mi desventura.

Y, diciendo y haciendo, todos ellos se apearon y allí devaxo de unos frescos árboles, junto a una hermosa fuente, la doncella quiso començar su tragedia; mas era tanta la pena que sentía que las lágrimas y sentimiento le estorbaban las palabras. Y el enano, puesto delante de su señor, dixo:

–Si quieres ver, señor, el casso, yo te le mostraré en el espexo que ganaste, de la misma manera y con las mismas circunstancias qu’él passó.

–De ninguna cosa recibiré mayor contento –dixo el príncipe.

Y diciendo esto truxo el espexo y, mobiendo una clavixa del pie de Cupido, en la luna se començó a mostrar toda la isla de Ingalaterra, con todos su montes, balles, fuentes, ríos, lagos, ciudades, villas, lugares, torres, caseríos, templos, vosques, selbas, montañas...; al fin, con todas las particularidades que en ella havía. Especialmente se mostró la hermosa ciudad de Londrana –donde agora se llama Londres–, una de las más lindas y populosas ciudades del mundo, en la cual se veían<sup>xlvii</sup> hermoso[s] sitio[s]: el feliz puerto; las hermosas casas y edificios; las anchas plaças, tan pobladas de gentes; las calles, tan ocupadas de gente noble y caballeros; las tiendas, tan ricas y llenas de variedad de mercancías; los templos, tan adereçados de sumptuosos edificios y hermosas pirámides; la gente popular, que andaba negociando y bullendo de una parte a otra..., que más parecía andar por la misma ciudad viendo todo aquello que verlo representado en pequeño en el espejo.

Estándolo mirando se vio toda la casa y palacio de la duquesa con aquella excelente portada de mármol que tenía, con aquellos mármoles de jaspe y alabastro que estaban a la puerta en que las armas de las tres coronas de Ingalaterra estaban puestas, asta el título que decía: «*Vritanie estemata*» (que quiere decir: «Armas <sup>[f. 27v]</sup> de

Ingalaterra») se leía. Veíanse aquellas grandes piedras de alabastro, pórfiro y jaspe y mármores diversos de que la casa estaba edificada. Mostrábase aquel hermoso ventanaxe y corredores que salían a la plaça, y el otro aún muy más hermoso que sobre la mar caía. Veíanse (y no sé cómo) todas las salas y cuabras y los demás aposentos que había en cuatro hermosísimos cuartos que la casa componían; asta la tapicería, sillas, vufetes y las demás cosas se beían clara y particularmente, estándolo todo mirando el príncipe y aquellas damas como si actualmente en la misma ciudad se allaran.

Vieron cómo el duque Lucino, marido de la hermosísima Esmerilda, quería partirse a Francia a ziertos negocios que con el rey tenía. Era cosa maravillosa ver los criados y la demás gente el cuidado que ponían para la partida. Al fin, por no nos detener, vieron cómo dejando el duque a un hijo de su padrastro, que antes que casase con su madre ya el duque era nacido de otro marido que tubo (al fin, que con él no tenía parentesco alguno), dejando pues a este en su cassa por goverador de ella y de su estado, el pobre duque se partió, viéndose la ternura y sentimiento con que de su amada muger se partía y con cuán grande ella quedaba en su ausencia.

Después se mostraba cómo el cruel y traidor de Sorastro, que así el hijo del duque viexo se llama, siendo moçoço de estraña fuerça y balentía se dio a tratar incestuosos amores con la duquesa. Viéronse las justas, los torneos, las cañas, las sortijas, los toros y otras justas que por servilla hacía; aunque con esto todo el estado tenía escandalizado. No había rato ni momento que no la persuadiesse, jamás iba a parte ninguna que no la siguiesse; si se asomaba a la bentana, lo primero que la pobre duquesa veía era al desvergonçado y fingido amante. A las criadas todas las allaba con dádibas y con amenaças trastornadas, de suerte que apenas avía enredo o laço que a la pobre señora no le fuesse por astucia del traidor puesto. Mas a todo esto la valerosa duquesa resistió con baronil ánimo y con constancia de Penélope, y si alguna bez al maldito Sorastro hablaba, era con onestísimas y santas palabras persuadille que dejase aquel abominable intento.

Al fin, se vio cómo un día, vaxando a un jardín suyo que en su cuarto tenía, vestida de una telilla de oro encarnada (llebando sus hermosísimos cabellos sueltos al viento, solo apretados en una cintilla <sup>[f. 28r]</sup> sembrada de diamantes), y con esta su hermana, con ella andando en el jardín entre las flores y hermosas fuentes, el atrevido

tirano, acompañado de una cuadrilla de bellacos, bajó. Y lo primero que hizo fue atar a Lirindana al tronco de un árbol, y veíase cómo cuando la ataban apretaron tanto los cordeles que por las muñecas y puntas de los dedos le hicieron rebentar la sangre, y en la boca le pusieron una pella de sebo por que no pudiesse dar boces aunque quisiesse. Juntamente vieron cómo, con grandísima crueldad y desonestidad jamás oída, aquel endemoniado tirano haciendo agarrar de la duquesa en dos palos en forma de aspa la hiço atar con duros cordeles, puniendo en la boca otra pella para que no pudiesse ablar ni quejarse. No se oyeron palabras de la una ni de la otra hermana, qu'el instrumento tenían impedido, mas veíase el avundancia de las lágrimas, los rostros llenos de irremediable tristeza, aquellos sentimientos interiores mostrados con los movimientos de fuera.

En esto vieron cómo saliéndose aquellos ministros de maldad del güerto, el abominable traidor con la hermosísima dueña cumplió su nefando deseo, no pudiéndose defender por estar atada ni repugnar con otra cosa salbo con la boluntad, lo cual ella mostraba hacer con tanta fuerça y eficacia que aun la interior repugnancia en el mobimiento de fuera se veía.

Acábase el nefando acto aunque no la maldad y delicto, porque después de haber echo esto aquellos infernales ministros, tiniendo ya muerto a traición un secretario de la duquesa<sup>xlviii</sup>, caballero muy virtuoso, onesto y de muy buenas esperanças, casi asimilando el caso del sobervio Tarquino, le meten así muerto a puñaladas. Y desatando a la tr[i]ste duquesa, del pesar y pena amortecida sin ningún género de sentido, pónenla en tierra (¡y la mano me tiembla –dice Nictemeno– pensando escribir tan horrible caso!) y con horrible desonestidad le ponen el bestido. Y al pobre joben recién muerto, de las heridas vertiendo avundantes arroyos de sangre, ponen de suerte que cualquiera que lo viera juzgara en ilícito acto haver estado o estar con la duquessa. Echo esto quitan la pella de la boca a Lirindana y junto ella, como que la estaba atando, se puso uno de aquellos infernales ministros, y el<sup>xlix</sup> traidor con una daga en la mano como que estuviesse actualmente matando al que ya estaba muerto. Y los demás por todo palacio començaron <sup>[f. 28v]</sup> a discurrir apellidando: «¡Traición, traición!».

A estas boces acudieron mucha gente principal que en cassa havía y viendo en aquella manera a la duquesa, aunque todos la tenían en bonísima reputación, no sabían

qué juzgarse del caso, porque nadie podía imaginar traición tan grande. Al fin, la común opinión fue que a la duquesa la habían cogido en adulterio con Serafiano, que así se llamaba el mal logrado moço, y que Sorastro estando actualmente con la duquesa le había muerto.

Vien se puede entender el sentimiento, las lágrimas y la estraña tristeza qu'este<sup>1</sup> caso en las dos hermanas causaría; las cuales no solo no eran creídas, mas ni aun escuchadas, porque el avundancia de la gabilla de traidores testificaba lo contrario con grandes boces y estraños juramentos y mentiras. Al fin, no cansado de hacer mal, el malbado Sorastro puso a la duquesa y a su hermana en una oscura y tenebrosa cárcel, y fingiendo mucho sentimiento del caso dijo que quería partirse luego a Francia para dar cuenta de lo sucedido a su hermano, que así llamaba el traidor al duque.

Viose pues cómo armado de unas armas negras y acompañado de media docena de traidores se partió para Francia, llevando pensada otra traición nada menor que la pasada. Y fue que en una algazarra<sup>572</sup> o redomilla de vidrio<sup>li</sup> llevaba conficionado un poco de veneno tan pestífero, eficaz y fuerte que solo el olfato vastaba a dar luego la muerte a cualquiera que le oliesse. Y, assí, llegando a su hermano, llevando tanvién tocada [y] enficionada una taxada de diacitrón con el mismo veneno tal que solo el tacto sin comella mataba, delante de muchos caballeros y señores que con él estaban, después de haberse recibido muy bien (porque el buen duque amábale mucho y hacía le mucha más onra que si su propio hermano fuera), él le dixo que le quería una palabra. Y apartándolo aparte, començando a hablar con él, dijo:

—La duquesa queda indispueta y yo vengo de su parte a suplicar a vuestra merced se vaya luego conmigo. Y quando de ella me aparté estaba comiendo esta tajada de diacitrón y con la ternura de amor que os tiene os la envía, señor, para seña de que os suplica que os bais luego.

---

<sup>572</sup> *Algazarra*: Indudablemente nos encontramos ante una variante de la voz *alcarraza*, con sonorización de la oclusiva velar y metátesis en la última sílaba. No obstante, si bien en el tercer libro localizamos la misma voz sin metátesis, su aparición por dos veces en el presente libro nos obliga a mantener ambas formas ante la posibilidad de que se trate de una variante lingüística. Por otro lado, la *alcarraza* es, según *Autoridades*, una «cantarilla de barro blanco labrada curiosa y delicadamente para beber agua y conservarla con alguna frescura» (s.v.); sin embargo, en nuestro texto dicho recipiente parece haber sido elaborado con vidrio.

El duque, inocente<sup>lii</sup> de una maldad tan grande, tomando el pestífero beneno por don precioso y regalado luego le fue a poner en la boca; lo cual apenas había comenzado <a> hacer cuando el veneno le tocó en el corazón y cayó luego allí muerto, ayudándole con un poco del veneno del algaçarra que lo más presto que pudo le echó en la boca. Y, como ya le vio <sup>[f. 29r]</sup> que comenzaba a vasquear con las ansias de la muerte y que no tenía ya sentido ninguno que no estuviese con la fuerza del veneno perdido, comenzó a decir en boz alta:

–¡O, señor! ¡No sintáis tanto la maldad de aquella traidora! ¡Esforçaos, señor, que en vuestra mano está la bengança!

A estas boces entraron todos los caballeros, y él con fingidas lágrimas de traidor les comenzó a contar el casso diciendo qu’el demasiado dolor y repentina pena le había muerto. A todos aquellos caballeros se les hiço creíble el casso, que «claro está que una gran pena vasta a acabar la vida al que con extremo o exceso la recibe», decían todos. Al fin, viendo que en su vida no había remedio, se determinaron de le llebar a enterrar a Ingalaterra y allá hacer la justicia de la duquesa que un tan atroz casso merecía. Y así se puso por obra.

Cuando el duque vino muerto a su tierra ya todo el ducado andaba en varias opiniones: unos defendían el partido de la duquesa contando la traición y el caso como su hermana Lirindana le contaba; otros, de parte del traidor, le decían y afeaban como él y los falsos testigos habían dicho. Al fin, con la muerte del duque toda la tierra se acabó de dividir; lo cual visto por el traidor, antes que uviessse tiempo de que su maldad se descubriessse, él mismo con dos de aquellos carniceros se entró en la cárcel. Y este fue el más triste espetáculo que jamás se vio, que aun en el espexo apenas le podían ver, que las muchas lágrimas que todos vertían les enturbiaban los ojos para que no biessen tan claramente como deseaban (aunque por otra parte no quisieran ver maldad tan grande). Que fue que como el traidor entró en la cárcel con aquellos dos carniceros, dixo a la duquesa:

–¡Aora, traidora, enemiga de mi contento, me pagarás todos los tormentos y penas que a tu causa é recibido! Ya maté al traidor del duque tu marido y aora haré lo

mismo de ti y de tu traidora hermana, y no é de dexar de tu infame linaxe quien al cielo levante los ojos.

La hermosísima señora, con la turbación que se puede pensar, llenos de lágrimas los ojos, solo dicen haber dicho:

–Lo que te suplico, Sorastro, es me mates con presta muerte, siquiera por que no te vea delante d’estos tristes ojos.

El cruel tirano, más qu’el abominable Nero ni que Sila y más que Radamonto en el infierno<sup>573</sup>, con una rabia insana saca una daga y aquellos dos hermosísimos soles que vastaban a alegrar el mundo, tan llenos de hermosura cuanto lo estaban de lágrimas y tristeza, con ella rompe el uno. Y no con penetrante puñalada por que no muriese, mas solo cuanto rompió las delicadas telas para [f. 29v] que el humor acuario y cristalino se vertiessen. Y, pareciéndole que era más crueldá, el otro le dexó por entonces.

¡Dios mío! –dice Nictemeno–, ¿y es posible que tal maldad se sufra? Santos ángeles, ¿por qué no secáis el brazo y mano de un cruel tan grande? Y si os dignáis<sup>liii</sup> de hacer el castigo, demonios del infier[no]<sup>liv</sup>, furias infernales, ¿por qué no venís a apacentaros en unas tan crueles entrañas<sup>lv</sup>? Mas ya sé qué me responderéis: que aún aguardáis a ber cómo la malicia del corazón humano, cuando en pecados y crueldad está empedernido, os excede y lleba ventaxa.

Así fue, pues, que después que ubo maculado aquel hermosísimo rostro y afeádole con la falta del uno de aquellos hermosos luceros, començándose a derramar la delicada sangre por el rostro –y aun dice el sabio que se le quedó el ojo colgado de los múscolos sobre el rostro (y beis el áspero martirio y el terrible tormento que este sería)–; mas no contento con esto, así herida y afeada, la hiço desnudar en carnes vibas

---

<sup>573</sup> *Radamonto*: Se trata de una variante del nombre del personaje de la mitología griega conocido como *Radamontis* o *Radamanto*, cuya fama de cruel puede explicarse por su caracterización como juez de las sombras en el libro VI de la *Eneida*: «El cretense Radamanto ejerce aquí un imperio durísimo, indaga y castiga los fraudes y obliga a los hombres a confesar las culpas cometidas y que vanamente se complacían en guardar secretas, fiando su expiación al tardío momento de la muerte. Al punto de pronunciada la sentencia, la vengadora Tisifone, armada de un látigo, azota e insulta a los culpados, y presentándoles con la mano izquierda sus fieras serpientes, llama a la turba cruel de sus hermanas» (Publio Virgilio. *Eneida*. Trad. Eugenio Ochoa. Madrid. Edaf. 1985, pág. 167).

como su madre la parió, mostrando la muy rara velleça qu'el mundo tenía. Y no fue esto el menor tormento que la onestísima matrona padeció; la cual como con el encogimiento natural, con el temor de la muerte, con el excesivo dolor que en el ojo padecía, la tierna y hermosísima señora se encoxiesse, la carnicera mano echa el traidor sacrílego y cogiéndola de la hermosísima greña de oro (que aún de alguna cubierta le sirvía), y así cubierta de sangre, la andubo un rato arrastrando por la cárcel, solo ella con lágrimas y humildad suplicando que la acabasse.

Mas aziéndole el tirano estender el braço derecho, en forma muy más hermoso qu'el de la citareda Venus, ni qu'el de Elena y más blanco que la niebe no pisada (más qu'el marfil liso y más qu'el cristal resplandeciente, sembrado de unas hermosísimas venas azules cual violetas entre azuzenas esparcidas); la rollica muñeca y murecillos tan perfectos y hermosos que con estar allí la Crueldad<sup>574</sup> con una ropa amarilla tinta en sangre, los ojos torbos y el rostro turbado, los braços asta los codos en sangre tintos, vivrando el alfange de la vengança, tiniendo los pies puestos sobre unos cuartos de cuerpos humanos y comiéndose a bocados dos humanos coraçones, con todo esto no pudo mirar el hermoso vraço sin piedad (y, como a ella le repugne el tenerla, dicen que bolbió los ojos por no dejar de ser, que la hermosura del braço la deshacía; y, así, aun la Crueldad dejara de ser si le mirara); pues a este hermosísimo vraço manda el tirano que le sea dada herida tal que por junto al cobdo sea de su amado cuerpo apartado.

¡Ca, cruel carnicero! ¡Mira lo que haces! No estieras el braço en figura de honvre, ¡cruel demonio! Mira que no ay nación tan várbara ni cruel que con muger disponga que tan gran crueldad sea usada. No esecutes tu rabia y furiosa ira <sup>[f. 30r]</sup> en miembros tan delicados y hermosos. Guárdate de cometer delicto tal del cual aun en solo pensar que á de ser cometido tiemblan los infernales centros.

Al fin, lebanta la segur el cruel carnicero y, estando temblando con el temor, la hermosa señora zierra los ojos en vano con el miedo. Y la segur baxa rompiendo el aire y, puesto el braço sobre un tajón que allí estaba, da el golpe, y como si fuera palo delgado y de blanda madera, así le aparta de la otra parte del braço. Salta en tierra la hermosísima mano, aún no perdido aquel divino color de que estaba hermoseada, y

---

<sup>574</sup> Ap. marg.: «Figura de la Crueldad».



bullendo y meneándose en la tierra s'estaban cerrando y avriendo aquellos hermosísimos dedos delicados.

Comiençan del tronco braço a derramarse avundantes arroyos de roxa sangre y, del inmenso dolor del partido braço, la hermosísima dueña cae en tierra, y en ella el cruel tirano por su propia mano el otro braço quita. Y aún tres o cuatro golpes dio –según dice Nictemeno– que el esceso de la maldad le apocó las fuerças, aunque no la crueldad que tenía. Y así, destroçados los vrazos y rebolbiéndose en su propia sangre, entendiendo que con aquellas ansias y imensos dolores moriría, luego el traidor, andando buscando a la hermana y no la pudiendo allar, se la dexó. Y él se salió de la cárcel tan endemoniado ya y encarniçado que a tres o cuatro paxeçitos y a otras dos doncellas de la duquesa que en el camino topó mató con su propia espada.

Y, viendo que ya todos los de palacio se alborotaban y que pedían sus armas aprisa para averiguar el caso, él armado se salió de la ciudad y se fue a un su castillo fortísimo en el cual tenía gabilla de bellacos, tales cuales a tal capitán convenían. Luego se vio en el espejo cómo Lirindana salió del güeco de una pared donde havía estado escondida viendo el sacrificio y cruel martirio que en su inocente hermana se havía echo. Y viniendo, arrojándose sobre el desbraçado cuerpo (cual medalla antigua de alabastro que por desgracia o descuido se le an quevrado los braços), viendo una crueldad tan grande, eran tantas sus lágrimas y las cosas que decía que a los duros áspides bastaran a enternecer su lloros y tristes raçones. Mas viendo que aún el cuerpo tenía mobimiento, una piedra que tenía virtud de restañar la sangre le puso al cuello.

Y saliendo por el castillo (que la puerta con la turbación el tirano dejó avierta) començó a dar boces, a las cuales acudieron algunos de la parcialidad de la duquesa. Y, aunque con arto alboroto y ruido, al fin entraron en la cárcel, donde viendo la crueldad del endemoniado Sorastro luego vinieron a entender ser todo traición y maldad como Lirindana decía. Y, así, viniendo grandes zuranajanos<sup>575</sup> y maestros le tomaron la sangre, y tantos remedios le hicieron <sup>[f. 30v]</sup> que al fin la hicieron bolber en sí, espantados

---

<sup>575</sup> *zuranajanos*: No hemos podido documentar otros testimonios de esta forma (que aparecerá en otra ocasión en el manuscrito), en la cual observamos una particular evolución de la voz latina *chirurgia*.

todos de ver cómo fuese posible qu'en un corazón de hombre cupiese tan grandísima crueldad y abominable traición.

Y, viendo qu'el infernal Sorastro se había echo fuerte en aquel su castillo, Lirindana, puniendo en aquella caxa los cortados vrazos de la hermana, venía por el mundo vuscando quien de aquel traidor les diesse vengança; particularmente al príncipe, que era en quien más confiança tenían por su mucho valor y virtud, que para vengar tales agrabios siempre le allaban los necesitados de socorro dispuesto.

En esto el espexo se tornó a turbar. Y, el enano torna[n]do a dar la buelta al clavixa, el espexo se quedó como de antes, estando los ojos de todos del espectáculo pasado llenos de lágrimas.

### **Capítulo 9. De cómo el príncipe se determinó de ir a Ingalaterra a dar vengança a la duquesa y de lo que le sucedió en ella.**

Admirado quedó el príncipe y la doncella Areusina de ver una maldad tan grande, y más cómo certificaba Lirindana con muchos juramentos haver ello así pasado realmente como el espejo lo había respresentado. Y no menos espantados estaban de la forma, traça, echura y virtud del espejo, que vien echaron de ver haver sido fabricado por el arte de algún gran savidor y perilísimo en la mágica. Y aunque el príncipe no era nada aficionado a encantamientos ni a aquella su ciencia (antes la aborrecía y como inicua y mala condenaba), con todo esto gustaba mucho de tener aquella pieça, que una de las mejores le pareció del mundo, y más viendo que sin hacer él nada de su parte se conseguía el efecto deseado.

Con esto, habiendo hablado y muy largo sobre el caso sucedido y habiendo preguntado muy en particular por la duquesa, se determinaron de ir a Ingalaterra; para lo cual tomaron el camino de Galicia con intención de envarcarse en un puerto de mar de ella, desde donde es el camino muy fácil y vreve por el ozéano. Biniendo, pues, toda aquella hermosa compañía, en vrebes jornadas llegaron a un hermoso puerto (aunque de costa braba) en el cual Cayo Savio Lope Lusitano, y hijo de Tito Anio, a las vitorias de Augusto César abía edificado una hermosa torre y estremado edificio, con una escalera

por la parte de fuera que podían asta la cumbre de ella suvir carros cargados con probisión y cosas necesarias para el castillo<sup>576</sup>. El cual era y es altísimo y fuerte, cuya sumidad se acaba en una bóveda de piedra de echura de media naranxa, de estremada labor; las argamasas de que está edificada son tan fuertes y estremadas que con mayor facilidad rompe un pico por la piedra viva que por el argamasa [f. 31r] que la una con la otra enlaça. Es de forma cuadrangular y a una parte y otra tiene ventanas, especialmente hacia el ozéano, desde cuya cunvre muchas leguas d'él se otean y descubren.

Algo apartada d'este castillo estaba una ciudad, como seiscientos pasos, no muy grande, mas de buenos [e]dificios y fuerte, de echura de un renacuaxo cuyo cuerpo es lo cercado de la ciudad (que serían como quinientas casas o poco más) y la cola es una calle o dos que por la playa del puerto se estiende (en que había así a la larga casi otras tantas casas o más)<sup>577</sup>. Cércala el mar por todas partes salbo por la parte del bendabal (que con tierra firme se continúa), mas por tan estrecha puerta que cuatrocientos azadoneros con mediana diligencia la cercarían en un día de agua haciéndola isla.

A este puerto, pues, o ciudad, llegó el príncipe con su compañía a los últimos de mayo. Y, porque andaban muy vibos los nordeses, que era viento contrario para su biaxe (el cual tenía vien llena de basos la<sup>lvi</sup> ribera), se ubo de detener diez días, siendo andados de junio los siete. En este tiempo, soplando un poco de bendabal aunque no muy fuerte, mas algo fresco, partió el príncipe en una nao inglesa de unos mercaderes que habían venido <a> aquel puerto a bender sus mercancías (especialmente paños de Londres, lienços, mantecas, telas y otras cosas), y llebaban la nao cargada y fletada del mismo puerto, llebando lanas y otras mercancías para Ingalaterra y Flandes.

Con próspero viento iba caminando la nao y el príncipe parlando con el maestre de ella, que un hombre onrado viejo inglés era, el cual le iba contando el casso sucedido en el reino y diciendo:

---

<sup>576</sup> *una hermosa torre y estremado edificio*: Se trata de la conocida Torre de Hércules ubicada en La Coruña, construida en la segunda mitad del siglo I o principios del siglo II d. C. por el Imperio Romano para funcionar como faro en el corredor atlántico.

<sup>577</sup> Esta descripción responde a la ciudad gallega de La Coruña.

–Yo para mí tengo, señor caballero, que no tiene más culpa la duquesa<sup>lvii</sup> que yo; y, así manca como está, los más del reino de muy buena boluntad la tenemos por señora, aunque aquel maldito hombre procura con todas sus fuerças el derecho del estado. No sabemos lo que sucederá; sé cierto que los ánimos de todos los de aquel estado están muy inclinados a las cosas de la duquesa, y más si viniessen <a> averiguar la maldad, que no habría en tal caso hombre que no pusiese por ella la vida si menester fuesse.

Ellos iban parlando en esto cuando descubrieron dos fragatas de moros que, habiendo dado la buelta por las costas de Málaga y el Andalucía y embocando por el estrecho de Gibraltar, habían corrido todas las costas de Portugal y Asturias y Galicia y habían andado en alta mar hacia las costas de Francia a ber si podían allar mercaderes a quien robar <sup>[f. 31v]</sup> (que, como eran piratas, traían por aquellas costas este oficio). Pues, como el piloto las descubrió, aun por venir lexos no reconociéndolas vien, hizo suvir a la gavia de en medio a un grumete para que desde ella descubriesse y reconociesse mejor los bassos. Y, puniéndose algunos de los marineros a borde, luego los unos y los otros reconocieron ser fragatas moras y basos de piratas que andaban corriendo aquellas riberas.

A las dos fragatas poco temor uvieron los mercaderes, que la nao que llevaban era vien fuerte y iba proveída de armas y munición, para ser de mercaderes, vien; mas luego descubrieron otras dos y una nao muy hermosa que traía las armas del rey de Tánjer moro en lo alto de la gavia de en medio, y ella proveída de hermosos y tendidos gallardetes (que con el viento contrario, trayendo cambadas las belas, ellos venían tremolando). Aquí un temor frío por los güessos de todos començó a discurrir, teniendo por cierta su perdición y cautiverio; y así, el maestro de la nao dijo al príncipe:

–Señor caballero, aquellos bassos son de moros de la provincia Tingitania, que algunos aunqu'es de África a España atribuyen. Son gente velicosa y para mucho, y aunque no lo fueran, siendo tanto el exceso de los basos de los contrarios y todos ellos armados, más será temeridad que balentía el defendernos. Y si emos de perder vidas y haciendas, más bale perder las haziendas conserbando las vidas, aunque sea en cautiverio.

–Por mi parte –dijo el príncipe– vien veis cuán pocos vienes llebo que perder, y en mi persona vien poco se perdería aunque fuesse cautibo; mas supuesto qu'estas dos damas van en mi confiança, no tengo de permitir se les sea echo agrabio entre tanto que pudiere menear esta diestra. Por esso, por que no os quexéis de mí, si vosotros de vuestra parte no quisiéredes pelear y quisiéredes daros a prisión, ¡en ora buena!, haced lo que quisiéredes. Mas desde luego os avisso que a la nao no an de entrar si no fuere por la punta de esta espada; que yo<sup>lviii</sup>, con determinación de morir o defendella, ninguno<sup>lix</sup> me á de salir de ella si no fuere degollado.

Mucho atemorizaron estas palabras al maestro de la nao, al piloto y al contra maestro, y al capitán y a todos los demás oficiales y chusma que las oyeron. Y reconociendo el capitán en el príncipe un no sé qué de escesibo balor y desacostumbrado, puesto en pie en medio de todos, dixo d'esta manera:

–Este caballero tiene raçón, que si emos de perder las aziendas y la livertad, y lo más qu'es la onra, ¿par[a] qué queremos las miserables vidas viviendo en continua esclabonía y desonra? ¡Ca, señores! Todos os animad a la batalla, acoordaos del común refrán <sup>[f. 32r]</sup> que dice: «El español más bale morir con onra que desonrado vibir»; y el que dice el italiano, que «*un vel morir tota la vita onora*».

Y diciendo esto se arma y hace luego preparar los fuegos artificiales, los trabucos y lanças, con todos los demás instrumentos arrojadiços que en la nao traían. Y, puestos a borde por su orden los pocos caballeros que venían, en medio de los dos viexos (que muy buenos caballeros eran), armados de muy buenas armas, se puso el príncipe en proa armado de las suyas y embraçado su escudo, con una gruesa lança de dos yerros en la mano y a sus pies un haz de lanças arrojadiças, puesta en la cinta su buena espada qu'en la carroça de la Princesa de Rusia<sup>lx</sup> había ganado. Y, d'esta manera, haciendo enerbolar las banderas, començaron a tocar las caxas y pifanos y clarines a rompimiento.

Visto por los moros, el capitán, que muy sagaz era, llamado Amat Mileto, luego entendió qu'en la nao venía algún baleroso capitán, pues a tantos basos se atrevía a acometer. Y así mandó poner los suyos en orden, puniendo la una fragata delante y la otra que se viniessse en retaguarda, y las otras dos puso a los lados de la nao, asiéndolas

con fuertes amarras a ella. Y luego hiço tanvién tocar a reseña, a lo cual luego todos los soldados parecieron sobre las cuviertas armados de lucidos pectos y espaldares y muy vien probeídos de escudos, lanças, alfanxes y cimitarras. Y en la nao capitana pareció una manga de flecheros, todos con hermosos morriones o zeladas y muy curiosos arcos y saetas; otra venía en la fragata almiranta, tanvién de muy diestros flecheros.

Pues como cerca llegase la fragata y hiciessen seña con arroxar una saeta al viento para que amainasen velas, ento[n]ces no solo no aimainaron, mas antes lebantaron el papargo, que no iba puesto, y a las demás velas alargaron la escota; en lo cual la maometana gente entendió que se les aparexaba ruido. Y, con esto, arrojaron una ruciada de saetas que hiço algún daño, porque mató dos marineros y hirió al grumete, que bajaba de poner el papargo y en las cuerdas por donde baxaba le hirieron en una pierna con una saeta; con la cual y con el gran dolor ubo de venir trabucando asta cuvierta y dio junto a la bomba, en aquel palo o cigüeña con que dan a la bomba cuando ay necesidad.

Mas el capitán de la nao con unos grandes ballestones que contorno se armaban arrojó a la fragata dos docenas de saetas con fuego artificial, que aunque fueron pocas, las que dieron en la fragata hicieron mucho daño, porque en la vrea y secas tablas el alquitrán discurría con estraña presteça, avrasando quanto topaba. Y aunqu'el capitán de aquella fragata <sup>[f. 32v]</sup> se daba muy buena maña a remediar el fuego, no pudo ser con tanta presteça y maña qu'el baso no recibiesse mucho daño y algunos de los soldados, aunque pocos, muriessen.

Tornan otra segunda arremetida, y los flecheros para ser pocos se daban tan buena maña qu'el sol casi cuvrían con saetas. Y una desgraciadamente hirió al contra maestre en un pie, que se ubo de retir[ar] afuera porque era grabiso el dolor, que el caxquillo le daba en los nervios. Buelbe la nao a despedir otras tantas jaras de fuego artificial y, como aún el fuego no estaba vien muerto y el nuebo se esforçó con el allar ya la madera más dispuesta, començaron a restallar la tablas y escotillones, a arder los mástiles y jarcia, y los mismos remos se avrasaban. Aquí murieron algunos soldados: unos por matar el fuego eran por él consumidos, y otros, uyendo d'él, eran en las ondas del ozéano aogados.

Al fin, el capitán, matando lo mejor que pudo el fuego, viendo que la fragata hacía demasiada agua, dando prisa a los remeros, llegó por popa a la nao y, ayudados de los de dentro, libraron las vidas, aunque la fragata luego se fue a ondo. Mucho le pesó a Amat Mileto de la pérdida de la fragata, y, viendo el daño que habían echo con el fuego, mandó subir todas las botas del vinagre y preparar todos los demás remedios que había contra el fuego; y ya la una nao alcançaba con los tiros a la otra. Aquí fue la prisa, porque los flecheros de la nao y de las fragatas eran muchos; los fuegos arrojadiços de los ingleses no cesaban; la fragata que venía en retaguarda entraba y salía con grandísima diligencia haciendo arto daño; morían de la una parte y de la otra mucha gente.

Asta este tiempo nada había echo el príncipe sino como muralla de los suyos ir puesto en pro recogiendo en el pecho y escudo innumerable número de saetas. Mas agora que vio la suya y que ya estaba la nao a tiro de lança, vinvra la lança el español vrioso y arrójala cual tudesca bola<sup>578</sup> en fuego ardiendo, y al maestre, que armado venía en la delantera de los suyos, acertó la lança en el escudo que delante del pecho traía y el escudo con el pecho le cosse, haciéndole una mortal herida por la cual comenzó a derramar un grueso arroyo de negra sangre; y, torciendo el rostro y cuerpo, vatiendo los pies en el tablado, el alma despidió para el infierno. Otra lança arroxa el príncipe con la cual a otro atrevesó un vraço por un hombro, quitándole el poder pelear de allí adelante. Así, antes que se juntasen la una nao con la otra <sup>[f. 33r]</sup>, se arrojaron grande número de saetas, lanças, trabucos, carneros, alcancías y otros instrumentos de guerra.

Al fin, la una nao con la otra aferra, y era tanta la prisa que de golpearse los unos a los otros traían, procurando los de cada parte llebar la mejor parte, que apenas se oían ni se entendían. Asta que habiendo sido entrada dos veces la nao inglesa en que iba el príncipe<sup>lxi</sup>, por su gran valor balor y esfuerço fueron por otras dos veces rebatidos los enemigos. Y, al fin, a pesar de todos, el príncipe entró en la nao contraria y, puniéndosele delante media docena de caballeros, trabó con ellos una peligrosa vatalla,

---

<sup>578</sup> *Tudesca bola*: Se trata, evidentemente, de la bala proyectada por un cañón, en cuya referencia a la nación alemana puede verse un elogio implícito a su famosa artillería antes que la designación de un tipo concreto de munición; la utilización de este sintagma en el poema titulado *Portocarrero*, de Fray Luis de León, esclarece su comprensión: «Ni mueve más ligera, / ni más igual divide por derecha / el aire, y fiel carrera, / o la traciana flecha / o la *bola tudesca* un fuego hecha» (consultado en CORDE [14-5-15]).

en la cual le hirieron en dos o tres partes. Al fin, socorrido de los suyos, fue ganando asta el mástil de en medio, donde los moros se hicieron fuertes, tornádoles a hacer perder mucha parte de lo que tenían ganado. Y bolbiendo a recobrar con estremado ánimo y coraxe el príncipe lo que primero ganado tenía con la muerte de algunos de los moros, vino a ponérsele delante el capitán, armado de todas armas, con un ancho y hermoso alfange en la mano, diciendo:

–¡Ca, capitán! ¡Que aquí está Amat Mileto! Mira por tu persona, que así haré yo por la mía.

Y diciendo esto comiençan su batalla con estremado ánimo del un capitán y del otro, la cual tuvieron en pesso casi media ora; en este medio, los de las fragatas con los de la nao inglesa andaban a las bueltas. Al fin, de una terrible guchillada qu’el príncipe dio a Amat Mileto, le cortó casi toda una pierna acertándole por una de las juntas del quijote; del cual golpe, no pudiéndose tener en pie, el capitán cayó en tierra. Y, diciéndole el príncipe que se rindiesse, jamás quiso; antes así rastrando como andaba procuraba cuanto podía traerle a la muerte. Lo cual visto por el príncipe le fue forçado cortarle la cabeça, la cual tomándola un inglés y puniéndola en la punta de una lança, començó <a> apellidar la vitoria. [Y] suviendo un grumete de vuen ánimo de los ingleses a la gabia y derribando de ella las vanderas moras enarboló una vandera cristiana, con lo cual los moros fueron perdiendo el ánimo y [en] espacio de dos oras vinieron a rendirse, quedando de la una y de la otra parte muchos muertos.

Al fin, alcançada la vitoria y puestas ya en concierto todas las cosas, allaron haver muerto de la nao inglesa trece personas y estar seis heridos con el sotamaestre<sup>lxii</sup>. Y de los moros fueron casi ciento los muertos, porque havían sido muchos los que el fuego había quemado, y heridos serían por todos como veinte personas. Los despojos fueron muchos y muy buenos, que muchas cosas ricas traían <sup>[f. 33v]</sup> robadas, y a los moros pusieron en son de cautibos. Y al príncipe, como a principal vencedor, dixeron los ingleses que repartiessse los despojos. Él lo dio todo a los mercaderes, solo tomó para sí el baso de la nao, que bonísimo y muy grande era (porque hacía casi mil toneladas), y probeyola de gente de cincuenta cautibos cristianos españoles que los moros traían: los veinte caballeros y, los demás, marineros y estremados oficiales para regir la nao. Y en tomándola se pasó a ella.



Y los mercaderes concertaron las tres fragatas, que muy buenas eran. Y, de las mercancías que les habían cabido y de los despojos, aquellos mercaderes ingleses hicieron un presente al príncipe que valía bien más de cincuenta mil ducados, sin las armas y municiones de guerra de que la nao le proveyeron abundantísimamente. Y, así, puesto ya en la nao turca, aquellas señoras de varias sedas hicieron dos hermosísimas banderas para la nao, las cuales luego mandó enbolar el príncipe. Y con próspero tiempo tornaron a continuar su viaje durándoles aún el vendaval, aunque ya parecía que se torcía un tantico a su suroeste.

Con esto, con mucho contento de todos, especialmente de aquellas señoras y de los cautivos cristianos que habían sido libres, fueron caminando otros dos días, en los cuales no les sucedió cosa digna de ser contada. Hasta que llegando a Tile, que ahora se llama Irlanda, vieron aquella ínsula tan hermosa. Y cuando la alcanzaron a ver, que a bordo iban aquellas damas, dijo la hermosa Lirindana:

—Esta parte cuarta de Britania la Mayor (que ahora llamamos Inglaterra), llamada ahora Irlanda, á tenido tres nombres: primero se llamó Cambria, de Cambri, hijo de Marco Vruto (de los que en esta tierra hubo); y después se llamó Tile; y ahora se llama Irlanda. Es señor de ella —dijo al príncipe— un hermano mío llamado Casildanio, y está puesta entre el setentrion y el ozidente, y fue la última que por esta parte los romanos supieron. En la cual hay un día sin noche y una noche sin día; quiero decir que dura un día veinte y cuatro horas cuando el sol anda en Cancro, y la noche otro tanto cuando anda en Capricorno. Es muy abundante de ganados y tiene oro y hierro, y críanse en ella estremados perros. Tiene muy buenas islas cerca de sí, como es Ibernia y otras. Si queremos tomar en ella puerto, con poco rodeo lo podemos hacer, que no hay sino bolber un poquito a su suroeste. Y si no, con nuestro vendaval nos podemos ir hasta entrar por el río a tomar puerto en Locrino, que de Locrio así se á de llamar Londres (que fue el hijo mayor de Vruto) y ahora se llama, corrompiendo el vocablo, <sup>[f. 34r]</sup> Londinum (y corrompiéndole más el bulgar le llama Londres).

En esta plática fueron hasta que vieron los altos y blancos montes de Inglaterra, y la doncella dijo:

–De aquellos montes blancos se llamó antiguamente Ingalaterra Albión; después Britania la Mayor, de Vruto, hijo de Silbio (póstumo rey de los latinos y agora de miles abuelo) –dixo la dama–, que fue rey d’esta provincia llamada<sup>lxiii</sup> Anglo (que fue un poderosísimo rey) y fue llamada Ingalaterra. Y cierto es de notar qué hermoso triángulo hace en la mar estando como está sentada entre setentrión y ozidente: a la parte del setentrión comienza la Germania<sup>579</sup>, y por la parte de España y Francia se estiende<sup>lxiv</sup> hacia el ozidente tanto que algunos antiguos la tenían y llamaban como Nuevo Mundo, diciendo que para ser ínsula merecía este nombre<sup>580</sup>, porque tiene treinta y ocho mil pasos y setenta y cinco millas, y está adornada de muchos y muy caudolosos ríos.

Con esta conversación llegaron a tomar puerto en Londres, donde sien[do]<sup>lxv</sup> conocida Lirindana le fue echa aquella onra que su persona merecía. Y, con muy buen acompañamiento, llebándola el príncipe de rienda, fu<e>ron a palacio; el cual por el caso sucedido estaba lleno de luto, y todos los caballeros y criados de la duquesa estaban con él.

Al fin, Lirindana hizo aposentar al príncipe en un muy buen cuarto, aunque adereçado de negro, y a Areusina se llebó consigo al cuarto de las mugeres. Y quando entró a ver a su hermana que aún se estaba en la cama de sus heridas, aunque la del rostro ya estaba sana (aunque perdió del todo el ojo), abraçándola y vesándola en el rostro, le dijo:

–Dios le dese<e> salud a la vuestra merced, señora hermana y balerosa duquessa, que ya traigo al Príncipe de España conmigo, que mediante Nuestro Señor él castigará a aquel traidor como sus muchas maldades mereçen.

Con lágrimas de contento de ver a su hermana, la buena duquesa la recibió. Y, mandando prob<e>er de todas las cosas necesarias abundantísimamente a los güéspedes, hizo que todos los de la nao se viniessen a la ciudad dejándola ancorada en el puerto, y probeyéndolos de muy buenas posadas hizo que fuesen muy regalados y

---

<sup>579</sup> **Ap. marg.:** «Solinus in *Polis.*; et Vergilius: “Et penitus toto divisos orbe vritanos”; et Venerabilis Veda, *De istoria vritanos*». La cita de Virgilio remite a la *Égloga* I, 66.

<sup>580</sup> **Ap. marg.:** «[...]ta Phiteas et Isidorus». Parte de la anotación queda oculta a causa de la prieta costura de la encuadernación.

servidos. El príncipe quiso entrar a ver a la duquesa, y así, permitiéndolo ella, aunque él fue el primer caballero que después de lo sucedido había entrado en su aposento (salvo el día que en él la pusieron, que todos los de palacio entraron a ver para poder dar testimonio de una tan grandísima crueldad, aunque hubiera sido verdad el delito que la acusaban)<sup>581</sup>.

Entrando, pues, el príncipe, estaban en el aposento dos achas (porque todo estaba cerrado y por esta causa muy obscuro), a la luz de las cuales <sup>[f. 34v]</sup> el príncipe vio a la duquesa, que aun así como estaba parecía un ángel; porque sin duda había sido hermosísima y, al dicho común de todos, tenía pocas el mundo que le igualasen y poquísimas que le llebasen ventaja. A la cual como el príncipe viesse no pudo estar que con abundancia de lágrimas de compasión no celebrase aquella primera vista.

Aquí os los quiero dexar asta su tiempo, que me están llamando a mucha prisa en Babilonia.

#### **Capítulo 10. De cómo los príncipes basallos del Emperador de Babilonia le pidieron casase a la hermosa Casiana, y de lo qu'ella respondió.**

La antigua Babilonia que Belo comenzó a edificar en Caldea, y a amplificarla Nino, y a ilustrarla y perfic[i]onarla Semíramis<sup>582</sup>; en la cual tuvieron el ceptro tantos príncipes y balerosos monarcas, asta que se pasó la monarquía en tiempo de Ciro a los persas; aquella que dice Veroso<sup>583</sup> haverla cercado de muro Nabucodonosor mucho antes de Semíramis, vien sabemos que fue destruida asta no quedar piedra sobre piedra y ser de tal manera arruinada que jamás asta oy se á buuelto a r<e>edificar ni a lebantarse

---

<sup>581</sup> Como en otras ocasiones el verbo principal aparece iniciando la oración siguiente, produciéndose una ruptura de la coherencia gramatical que podría resolverse restituyendo un sintagma como el que sigue: «Y así lo hizo permitiéndolo ella».

<sup>582</sup> **Ap. marg.:** «Ovidius: “altam Cogtilibus muris cinxix Semiramis urbem”». Ovidio, *Metamorfosis*, IV, 57-58.

<sup>583</sup> **Ap. marg.:** «Sic Josefus contra alexandrinum gramaticum aducit opionem Verosi Caldeis». Flavio Josefo, *Antiquitates Iudaeorum* o *Contra Apionem*.

en ella siquiera una casa<sup>584</sup>. Y a tanto llegó el olvido de aquella potentísima ciudad que aun el sitio donde fue edificada apenas se conoce, be, ni sabe; mas a toda Calde[a] y Mesopotania del nombre d'esta ciudad, aun después de destruida, fue llamada Babilonia (pues al emperador de Caldea llamamos emperador de Babilonia<sup>585</sup>) –y si no, sea como quisiéredes, que esta istoria de Nictemeno, como es tan antigua, algunas cosillas tiene no tan averiguadas; aunque en lo demás tanta verdad se trata en ella en lo que toca a la historia como es verdad qu'el sabio Nictemeno sirio la escribió y que estuvo el libro en una arca de plomo enterrado quinientos años en la ribera de[l] Enares, junto a su nacimiento en una populosa ciudad llamada Orna<sup>586</sup> (que como esto es verdad, así lo es la istoria)–.

Pues en una ciudad de Caldea, asiento de los emperadores de ella, que siempre llamaremos Babilonia por la mucha semejança que con la antigua Babilonia tenía (porque tenía de círculo trecientos y ochenta estadios, y tenía el muro seiscientos y cuarenta mil pasos, y de anchos cincuenta cobdos, y de alto tenían cuatro doblado; tenía tanvién a la semejança de la antigua Babilonia muchos güertos en el aire, admirables templos y estremadas fortaleças), en esta ciudad pues, había un emperador llamado Filadelfo, al cual había dos años que la emperatriz su muger se le había muerto y solo tenía una hija llamada Casiana, tan hermosa, discreta y de balor como la istoria os lo dirá, haciendo particular mención de sus muchas y buenas partes.

Y como el Emperador fuesse viexo y no tubiesse otro heredero si no <sup>[f. 35r]</sup> era a la princesa, ni aun esperança de poderle tener ni bolber a casarse, todos los principales de aquel imperio le suplicaron en unas Cortes que hiço que a la princesa casase y les diesse príncipe y señor, pues ya a su grandeça la edad le escusaba de los trabaxos que el gobierno de la república trae consigo. A lo cual el discreto viexo dixo que respondería dentro de vrebbe espacio, que solo quería saber la boluntad de su hija y considerar cuál

---

<sup>584</sup> **Ap. marg.:** «Valerius Maximus: “magna de cibitate et de regina refort.”». No hemos logrado localizar la referencia.

<sup>585</sup> **Ap. marg.:** «Lucanus, 1 lib., *Pharsalie*: “Nonque superba foret Babilon spolianda thropers». Lucano, *De bello civili* o *Farsalia*, I, 10-11.

<sup>586</sup> *Orna*: Horna es una localidad perteneciente al municipio de Sigüenza, ubicado en la provincia de Guadalajara.

sería la mejor traça para le escoxer marido. Todos quedaron contentos de la respuesta del Emperador y, así, se deshicieron las Cortes con intención de saber en qué se determinaba.

Viendo pues el Emperador que sus basallos tenían raçón y que a él tanvién le estaba muy vien el dexar la pesadumbre del gobierno, entrose otro día al cuarto de su hija, a la cual alló con su prima Gracisilda, que estaban las dos leyendo la Ilíada de Homero (a la cual era muy aficionada la princesa Casiana). Y, como vieron entrar al viejo emperador, haciéndole el comedimiento debido a su imperial persona, después que se ubo sentado en una silla y haviéndoles preguntado qué leían y recibido de ello la respuesta, a Casiana dijo:

–Ya sabes, hija, las grandes obligaciones que los emperadores y reyes tenemos de corresponder a las justas peticiones de nuestro basallos, y más cuando entendemos ser en utilidad del vien común y juntamente con esso venir vien al estado, grabadad, reputación y persona de su príncipe; que entonces no solo sería locura el negárselo, mas tiranía y abominable maldad y delicto. Dígolo, hija, porque los grandes del imperio, con mucho cuidado y deseo y no con falta de raçón, me an pedido te dé, hija, marido, para que las cosas que tocan a la guerra y aun a la paz gobierne, supuesto que mi pesada vexe y enfermedades de lo uno y de lo otro me escusa. Y, como este negocio del matrimonio es tan justo que sea boluntario y no forçoso, é querido saber tu boluntad para que conforme a ella a los vocales de las Cortes responda.

Puestos los ojos en tierra, que onestísima era la princesa, estuvo callando un ratico. Y, al cabo d'él, en vrebos palavras respondió:

–Dios nos guarde a vuestra grandeça muchos años, que agora no ay prisa de esso; p[er]o en t[odo]<sup>lxvi</sup> me resino en la boluntad de vuestra grandeça. Y, en lo que toca al casamiento, yo responderé mañana.

–Pues se'así, hija –dixo el Emperador–. Y quedaos a la paz de Dios, que quiero ir a despachar unos mensajeros del rey de Mesopotania que a traerme unos despachos vinieron.

Puestas en pie haciendo muy profundas reverencias se quedaron las dos hermosas doncellas. Y cerrando a Homero<sup>[f. 35v]</sup> y puniéndole sobre una de las almoadas del estrado, Casiana dixo a su prima:

–¡A, señora prima! ¿Qué le á parecido a vuestra grandeça de la e[n]vaxada de mi padre?

–A mí muy vien, en verdad, señora. Mas en esto de los casamiento havremos<sup>lxvii</sup> mucho de mirar lo que haremos las mugeres, porque no menos qu’el contento o pesar de toda la vida nos ba en ello; que cosa que no se á de apartar sino con la muerte, justo es que se mire antes que se escoxa. Y es verdad qu’está esta corte tan desamparada de caballeros y se usan en ella tan pocos exercicios cortesanos que yo estoy espantada: porque ni ay príncipes estrangeros que la autoricen, ni caballeros que la defiendan, ni galanes que la alegren, ni cortesanos que la ennoblezcan, sino que con ser una ciudadaca tan grande, en el trato parece una ruin aldea.

¡O, señora, si viera vuestra grandeça la corte del emperador de Persia! Donde ay tantos galanes, tantos caballeros, tantas invenciones y libreas. No havía mes que no uviese aventuras, ni semana sin torneos, ni aun día sin justa, cañas, sortija y otros exercicios de caballeros. Con esto la noble jubentud anda ocupada, evitando muchos vicios que la oziosidad acarrea; los caballeros andan diestros en los exercicios de guerra; está la tierra y corte probeída de armas y caballos; los vuenos tienen quien los sirba y los criados allan señores a quien servir. Acostúmbanse los príncipes a ser magnánimos y liberales, haciendo mercedes a sus basallos, y la generosa invidia de imitar en el bien a los buenos les sirbe de espuelas para la virtud. Las damas andan gallardas y vriosas; vúscanse cada día mil invenciones; avíbanse los entendimientos; crece el comercio humano y todos andan alegres y ricos, porque asta los oficiales mecánicos ganan en estos cortesanos exercicios.

Todo esto le falta a esta corte, porque el Emperador es viexo. Nosotras nos estamos encerradas; no ay quien nos mire ni a quien miremos; nuestras doncellas están echas unas cartuxas<sup>lxviii</sup>, y así todo anda al paso del biexo emperador, que todo es gruñir, ser sospechoso y achocar dineros, que apostaré que tiene en el tesoro más que cuantos príncipes cristianos ay juntos.

Para remedio de todo esto, lo que me parece, señora, es que vuestra grandeça diga al Emperador que desea ver exercicios de armas y que vengan príncipes a ellos, y que desea saber las distintas costumbres de gentes para escoxer marido que más cuadre a su condición. Y a esta fama verá, mi reina, qué poblada tenemos en pocos días toda la corte, así de damas como de caballeros; y, echo esto, podrá escoxer como en peras<sup>587</sup>, según dicen. Y, entre tanto, Dios diga<sup>lxix</sup> lo que será, que no se encierra el mundo en Caldea, ni en Mesopotania, ni en Persia, ni Suria, que yo é conocido [f. 36r] gentes de otros reinos que en pulicia y balor lleban grandísima ventaxa a los d'esta parte.

Por cierto que conocí algunos príncipes de la Grecia, de Italia, de Francia y de España que era cosa admirable ver su ingenio, su traça, su donaire, su balor, la fidelidad con que sirben a las damas y en lo que las estiman, que bale más uno que ciento. Y, como decía el otro día a vuestra grandeça, una amiga tengo española duquesa que se llama Camilina (qu'es una de las cosas del mundo que yo más amo), qu'es una dama cierto de grandísimo balor, y a su padre y a su madre oí muchas veces decir cosas de los príncipes y reyes de aquellas partes que me contentaron estrañamente. Esta es, mi señora, a quien yo escribí con Areusina cuando á aora tres mes[es] o cuatro la envié a Francia.

—¡A! ¡Sí, señora! —dijo la princesa—. En verdad que deseo que venga y darnos á relación de todas aquellas provincias.

—No puede ella venir a mi cuenta en estos tres meses porqu'es muy largo el camino; aunque, si ella allase barcaxes, por los mares mucho podría aorrar del camino, a lo menos asta entrar en Palestina. Mas dejado esto aparte, ¿no save vuestra grandeça que é pensado?

—¿Qué, prima? ¡Por su vida!

—Que mi hermano, qu'está aquí, anda muy aficionado a la princesa de Mesopotania, Lucelda. Enviemos por ella y verá cómo tendremos todo lo que deseamos y más, que me dicen qu'es una graciosísima princesa...

---

<sup>587</sup> *escoxer como en peras*: En *Correas* se recoge esta expresión sin paráfrasis (pág. 344); mientras en *Autoridades* se explica que se trata de una «frase con que se nota al que cuidadosamente elige para sí lo mejor en concurrencia de otros» (*s.v. pera*).

No os parezca que no es así, que yo soy testigo de vista –dice Nictemeno– porque me allé entonces en Babilonia, que estando las dos princesas en esta conversación entró un paxe a decirles que estaba allí una doncella de Mesopotania que le quería hablar. A la cual como mandasen entrar entró vestida de damasco verde, admirablemente vestida a su uso, con un capotillo de vrocado verde aforrado en tafetán blanco (y él guarnecido de diamantes) y con sonbrero como capirón o mitra antigua, tanvién muy vien adereçado de piedras de mucho balor, puestos en él dos garcetas negras encima de unas hermosísimas plumas. Y por medalla traía un retratico en pequeño que Lucelda le havía dado de sí misma, admirablemente obrado, en una pequeña chapilla de oro. La cual, como entrase, firmada de rodillas delante de Casiana, dijo:

–Ilustrísima princesa, la hermosa Lucelda, princesa de Mesopotania, me mandó vesar tus reales manos y que de su parte te diesse, señora, esta carta.

Y diciendo esto la sacó de un portacartas de oro que traía, y besándola se la puso en la mano. Ella la avrió, y leyéndola vio que así decía:

Lucelda princesa, a la de Babilonia y de la hermosura, salud <sup>[f. 36v]</sup>.

É tenido toda mi bida tanto deseo, hermosísima princesa, de ver esa rara belleça, con tan justa raçón por el mundo celevrada, y de vesar tus reales manos, y (pues el estrecho parentesco a ello nos combida) goçar de tu dulce conversación y cortesano trato, que me é determinado de venirme a te ser prolixa en tu corte y darte pesadumbre con mi rústica conversación y silbestre trato. Y tanvién me é atrebido a hacerlo porque toda esta primavera é andado llena de mela[n]colías que me an dado mucha pena, y porque espero en tu hermosa presencia sanar de todos mis males, te suplico me envíes licencia para que a vesar tus manos vaya como

aquella qu'es tu verdadera sierba.

Notable fue el contentamiento que aquellas señoras recibieron con la carta de la prima, y así la celebraron con mucho gusto<sup>lxx</sup>, haciendo mucha merced a la mensaxera y preguntándole cuánto la princesa quedaba de la corte. Ella respondió que poco más de una jornada, y que así entendía que llegaría de allí a dos días a más tardar.

–¿Qué jente trae consigo? – preguntó la persiana.



–Traerá, mi señora, como dos docenas de damas de las más hermosas de su reino, y vienen con ella como asta cien caballeros sin la gente de servicio. Y como trae intención de estarse acá algunos meses por esso se viene tan a la ligera y zenzeros atapados<sup>588</sup>.

Otras muchas preguntas hicieron aquellas señoras a la doncella, a las cuales ella respondió y satisfiço con muy buenas razones. Después que ella se salió, que unas damas la llebaron a regalarla y a mostrarle el cuarto en que había de estar su señora y a que descansase del camino, dijo Gracisilda a Casiana:

–¿Á visto vuestra grandeça y a qué vuen tiempo viene Lucelda nuestra prima? En mi verdad que viene a pedir de boca la prima, que sepa que tiene fama la señora de estrañamente graciosa y cortesana, y dicen que tiene un garbo y vrío estraño. Por esso, aunque a la veldad de vuestra grandeça no ay quien se compare, compóngaseme, reina mía, por vida suya, que camino lleba de hacerse lo que yo tanto deseaba, que era que ubiesse concierto de barias gentes en esta corte. Que en mi ánima que no ay otra bida sino un rato de combersación onesta y cortesana, libre de ignorancia y rústico encogimiento, padre de las sospechas y avorrecimientos, legítimo padre de los testimonios y cautelas. Porque acá, para jente moça y de nuestra calidad, como no aya ofensa de Dios, excelente es un rato de vuenta conversación donde se digan por buen estilo vuenas razones y gracioso dichos.

–Tiene razón, prima –dijo Casiana–, mas como yo me é criado toda mi bida con tanto encogimiento, no me parece que <sup>[f. 37r]</sup> sabría entretener a un príncipe ni aun por vrebbe espacio.

–¡Calle ya, por amor de Dios –dixo Gracisilda–, no diga esso! Cierto a todos los cortesanos del mundo puede entretener vuestra grandeça con muy vuenta conversación todo el tiempo que quisiere. Porque una dama que naturalmente es tan hermosa y tiene tan vuen donaire, y con esto sabe tanvién y con tanta propiedad y sin afectación tantas lenguas, y es tan leída en letras humanas, y sabe con tanta perfección casi todas las artes

---

<sup>588</sup> *zenzéros atapados*: «*Irse a cencerros atapados*, que el latino dice “*Hospite insalutato*”, está tomado de los arrieros, queriendo salir o del mesón o del pueblo o de algún paso peligroso en el camino, atapan los cencerros, por que no suenen y sean sentidos» (*Covarrubias, s.v. cencerro*).

liberales, y tiene una condición tan estremadamente buena y afable, querría saber qué le falta si no es el granillo de sal que todas estas cosas sube de punto.

–¿Y qué es esse, señora Gracisilda? –dijo Casiana.

–Es el amor, mi señora, el cual a todas estas cosas hace andar vibas y puestas en exercicio y pone en práctica todo lo que abía sido especulatibo.

–¿Á sido algun día enamorada –dixo Casiana–, mi señora Gracisilda?

–De veras no, en mi ánima, mas de que siendo aún niña y muy niña, estando en Persia en casa de Lipoberto mi padre, andaba allí [un] doncelito tanvién pequeño, Paludiano, hijo de un gran príncipe de la Persia llamado d’este mismo nombre, que a ser enseñado de un mi tío hermano de mi madre en las artes liverales havía venido; y, así, aññadamente nos aficionamos el uno al otro. Y en mi ánima que no tenía yo seis años ni él nueve y que ya andaba tan vibo Amor entre nosotros que por entonces (digo mi culpa), que me costó algunas veces artas lágrimas su ausencia y que no vibía contenta sino cuando le tenía delante. Y más –dixo, dándole una muy gra[n] risa–, que me tengo guardado un carrillo de plata con dos caballexos de oro que me dio para jugar y que ninguna bez le beo en el cofre donde lo tengo que no le reduzca a la memoria como si le tuviesse presente.

Y ya ba en diez años que no sé d’él ni le é visto, mas digo que hiço tanta impresión en mí aquella primera afición que le tomé que si aora supiesse d’él y no fuesse casado, a ninguno de mejor gana tomaría por marido. Y, con no haber sido aquel amor sino rapacería, que nos andábamos haciendo mil niñerías por palacio (las cuales yo tengo agora tan impresas en la memoria como si ayer fuera), me hacían a mí andar tan cuidadosa y compuesta y con tanta boluntad de contentarle que siempre usaba del ávito o tocado que sabía que a él mejor le parecía. Pues a él, era cosa de ver el cuidado que ponía en servirme y agradarme y mostrarse en todos los exercicios que usaba más aventaxado que todos los demás donceles. Pues si esto causaba Amor en dos tan aniñados pechos, cuando agora allara ya la senda echa, ¡cuántos más excelentes efectos causaría! Que yo por esto lo digo, <sup>[f. 37v]</sup> que no porque tenga esperiencia de cosas mayores.

–Agora vien, señora prima –dixo Casiana–, dejemos al tiempo el consexo, que todo será Nuestro Señor servido que suceda muy vien.

### **Capítulo 11. De cómo la princesa Lucelda bino a Babilonia y de unas justas que ubo en la corte, y de lo que de ellas sucedió.**

Al tercero día que la doncella había benido de Mesopotania, como a las nuebe del día, llegó al aposento<sup>lxxi</sup> de la hermosísima Casiana y le dixo:

–Si quiere vuestra grandeça ver venir a mi señora la princesa Lucelda, póngase vuestra grandeça a essa ventana que asoma hacia la puente que está al norte y verala vuestra grandeça venir, que ya comiença a mostrarse la gente que viene en su compañía.

–Andad, id y llamad a la señora princesa Gracisilda<sup>lxxii</sup> que se venga aquí <a> esta bentana.

Viniendo Gracisilda<sup>lxxiii</sup>, la hermosa Casiana dixo:

–Ande acá princesa, veremos entrar a Lucelda, que ya se comiença a ver gente del acompañamiento. ¿Qué jente es aquella que sale de la ciudad?

–A ver, a ver, prima –dixo Gracisilda–: en mi verdad qu’es mi hermano Selbasino, que aquel que ba delante de aquella librea encarnada es su caballeriço, y a fe qu’es un discreto moço y muy buen hombre de a caballo.

–¡O, qué buenos ban! –dijo Casiana–. ¿Ha bisto cómo luce aquella livrea?

–¿Qu’es, prima? –dijo Gracisilda.

–Es en campo verde vandas de vrocado encarnado y sobre lo encarnado ileras de aljófar y perlas.

–Es diabólico el señor mi hermano, ¿cuántos lleba?

–Espere –dijo Casiana–, contarelos: cuatro, ocho, doce, dieziséis, veinte... ¡Pu! ¡Ban... más de cincuenta son los de la livrea! ¡Mire, mire, mire! Ya salen otros más lucidos, aunque son los colores los mismos d’estos; son doce. ¡Ca!, ¿ve allí a su

hermano? En mi berdad que sale muy galán. Note, note: e[l] vrocado verde va senvrado de esmeraldas y las vandas encarnadas lleban la orla de rubíes y la labor del medio echa de diamantes. ¡Y qué hermoso es aquel caballo vlanco!

–Sí –di[x]o<sup>lxxiv</sup> Gracisilda–, es español, y el mexor que havía en toda Persia, sino que tiene ya doce años.

–¡Y qué vien se pisa! –dixo Casiana– . Y lleba hermosa cabeçada y pretal y todo lo demás del jaez es hermosísimo. ¡Aguarde, aguarde, que un paje viene detrás con una vandra tendida!

–Sí, cierto –dixo Gracisilda–. ¡O, o! Es la vandra que sacó en servicio de la princesa<sup>lxxv</sup>, que son unas luces en que está el fuego, las estrellas, la luna y el sol, y en una mayor que todas puesto el retrato de Lucelda<sup>lxxvi</sup> con un letrero que dice: «*ut presit animabus*», que dicen que quiere decir: «La luna para que luza de noche y el sol para que luça de día<sup>[f. 38r]</sup> y Lucelda<sup>lxxvii</sup> para que dé luz a la almas».

–Y esso –dixo la princesa–, ¿no es bobería?

–Sí, por cierto –dijo Gracisilda–, mas estos enamorados dicen veinte<sup>lxxviii</sup> locuras que si no fuesse por la pasión del amor no se podrían sufrir: como llamar a sus damas «mi vien», «mi fin», «mi gloria», y aun algunos ay tan locos que dicen «mi diosa» y otros disparates d'esta manera; que todos se an de entender en aquel género de combersación que ellos lo dicen y allá según sus leyes. Oiga, mire vuestra grandeça<sup>lxxix</sup>, ¿qué lleba de pajes? ¡En berdad que son más de cincuenta!

–Sí son –dijo la princesa–, en verdad qu'él á salido galán y costoso y muy vien acompañado, ¿y en carroça viene la princesa?

–Sí, en verdad –dixo Gracisilda–, y a fe qu'es buena, porqu'es de cristal y trae la maçonería de oro, ¡y qué hermosos caballos y qué vlanco son los que la vienen tirando! Cuatro coches vienen detrás, deven de ser en los que vienen las damas.

–Yo así lo pienso –dixo la princesa–, mas veamos qué hace el príncipe cuando llegue a la carroça.

Ya iba llegando la gente cuando esto dixo la princesa y, aunque de leños, vieron cómo se había apeado el príncipe, y junto al estribo de la carroça le vieron llegar. Mas no vieron cosa en particular porque estaban leños; mas de que de allí un poquito le vieron volber a poner a caballo y venirse junto al estribo de la carroça de la princesa. De allí a un poco salió a recibirla un hermano del Emperador, bastardo, más viejo aún que el Emperador, acompañado del capitán de la guarda y del mayordomo mayor con toda la guardia<sup>lxxx</sup> del Emperador y lo mejor de toda la ciudad; con lo cual se le hizo un hermoso recibimiento. Y con todo este acompañamiento entró la princesa en Babilonia a cinco días del mes de junio, serían como las nueve de la mañana.

En el patio del palacio estaba aguardando Sulpicia, duquesa antigua venerable y vieja y aya de la princesa, con asta una docena de venerables dueñas y otra de doncellas, para subir a la princesa al cuarto de su prima Casiana; y, así, llegaron al estribo de la carroça para apearla. Ella venía vestida de vrocado verde, guarnición encarnada y diamantes, qu'estas eran sus colores. Traía saya y cuerpos de verano y una ropilla muy sencilla arroxadiça. Venía en mangas de camisa, traía capotillo y sombrero todo lo bueno que se puede pensar, y de sus propios cabellos echos unos laços indios curiosísimos. El avanico de panar<sup>589</sup> y tan vien echo que ubo mucho que ver, porque todos los cantos de la olanda ivan de finísimas puntillas de diamantes y en cada casilla iba un preciosísimo rubí más que las encendidas brasas encendidos, y la una ilera de las casas, que era<sup>lxxxi</sup> la de en medio, iba de finísimos <sup>[f.38v]</sup> carbuncos de estremada luz y resplandor. Traía un bentalle de pluma muy curioso y, en lo que toca al tocado y garganta, dijecillos y cosillas muy vien puestas. Porque os doy mi palabra –dice Nictemeno– que era una de las curiosas damas que tenía el mundo.

Haviendo pues apeándose todas aquellas señoras, llebándolas de las manos las de la casa començaron a suvir su escalera. Y en el primer descanso de ella estaba el buen viexo Emperador, el cual recibió a la sobrina con mucho amor y comedimiento y quiso

---

<sup>589</sup> *avanico de panar*: *Abanico* es forma en desuso de *abanillo* («adorno de lienzo afollado del que se formaban ciertos cuellos alechugados», según el DRAE), mientras *panar* es forma antigua de *panal*, ampliamente documentada en los textos medievales y áureos, que suponemos hace referencia a un modo de tejido similar al que se consigue con el *punto panal*, cuyo nombre alude precisamente al diseño de colmena que lo caracteriza; sin embargo, no hemos logrado localizar otras referencias a este tipo de abanico.

irla <a> acompañar asta el cuarto de su hija, sino<sup>lxxxii</sup> que jamás ella lo quiso consentir. Y, así, índola escuderando el príncipe Paludiano llegó al cuarto de las princesas, donde ellas estaban a la puerta, vestidas la una y la otra de un mismo color, que era vrocado morado y guarnición de diamantes. Y tanvién estaban en mangas de camisa, y en lo que tocaba a curiosidad nada devían a la estrangera; la cual quedó espantada de ver la estraña hermosura de Casiana. Y, así, llegándose <a> avraçar, dixo:

–No con poca raçón era tan encendido mi deseo de verme delante de tanta hermosura, pues ella me servirá de una escalera para contemplar la del cielo y viviré alegre y contenta, pues au[n] en esta vida podré decir que vibo entre ángeles.

–No fuera justo –dijo la hermosa Casiana– que de tan hermosísima boca como essa recibiéramos las servidoras de vuestra grandeça menos merced que essa.

Y, abraçándose muy estrechamente, dixo otras tantas raçones a la princesa Gracisilda. Y, abraçándola Gracisilda, dixo:

–Veso a vuestras grandeças las manos por este regalo y favor, el cual, dándome vuestra grandeça licencia, le daré al señor príncipe Selbasino mi hermano.

–No tiene el señor príncipe necesidad de fabores por tercera persona, que su balor merece que a la suya misma sean echos. Y porque vuestras grandeças y yo tenemos mucho que hablar... –dijo volbiéndose con una muy agraciada reberencia–, señor príncipe, denos vuestra grandeça licencia.

Y, con esto, se entraron. Y ya que se entraban, Gracisilda dixo:

–Señor hermano, tengamos mañana justa.

–No le dé vuestra grandeça tanto trabajo –se entró diciendo Lucelda.

Y, con esto, dexaron a aquellos caballeros (que absortos estaban mirando la hermosura de las damas), los cuales fueron luego concertando una justa para otro día de cortesanos y estrangeros; siendo mantenedor de los estrangeros Selbasino y de los cortesanos, un muy buen príncipe llamado Alariano, cortesano, franco, galán, vien criado, onesto, afable y balerosso, y servía a la camarera mayor de Casiana, que muy principal señora era y hija de un gran p[r]íncipe, y ella se llamaba Mirtanisa. Ellos iban

concertando su fiesta cuando las tres princesas, entre tanto que se <sup>[f. 39r]</sup> hacía ora de comer, en una sala vaxa y muy fresca començaron a hablar, haciendo lo mismo todas aquellas señoras: unas, allí en aquella misma sala; otras, por tener más libertad, se entraron en otros aposentos más adentro.

Al fin, Casiana dijo a la princesa Lucelda:

–Dígame vuestra grandeça, ¿cómo le á ido en el camino y qué le á parecido de nuestra aldea?

–En el camino, mi señora, aunque no á sido muy largo, á havido en él de todo; aunque con un loco español que traigo comigo é pasado algunos ratos de entretenimiento, porque no es furioso y es el más gracioso del mundo. Yo me espanto cómo él no ha venido, sino que deven de tener con él entretenimiento aquellos caballeros.

–Enviele vuestra grandeça a llamar –dijo Gracisilda–, ¡veamos qué tal es la pieça!

–Vonísima –dixo la princesa.

Y llamando a un paxe le mandó que fuesse a llamar a Parmesino, que así se llamaba.

–En lo que toca a la ciudad –dijo Lucelda–, a mí me á parecido estremadamente lo que de ella é visto, y vastara estar en ella tanta hermosura para que sin excepción sea la mejor del mundo.

–Eso será –dixo Casiana– desde que vuestra grandeça entró en ella.

Estando ellas en esto venía el paxe delante de Parmesano<sup>lxxxiii</sup>, el cual era castrado a forma de las guardas de damas de aquellos tiempos, feo como un demonio, porque estaba muy arrugado y tenía feísima nariz y boca y era tuerto de un ojo. Y él entró en hábito de cardenal, muy reberendo, con unas opalandas de terciopelo carmesí, calçados unos grandes guantes, y el bonete traía cuarteado de varias colores. Lo que tenía estremado era que tenía una cabeçuela como un niño y más larga que un melón

romano o calabaza de invierno. Y, como entró, lo primero que hizo fue llegarse con mucha pausa al estrado y echalles la vendición <a> aquellas damas y decirles:

–¡Ca! Si no estáis ordenadas de corona, mirá que no podéis ser mis ministros, y quitaos –dijo muy pausado– las barbas, que así lo manda el Santo Padre.

Y, dando una buelta, puestas las manos como quien dice «*Dominus bobiscum*», se bolbió a las damas y dijo cantando en graciosísimo tono:

–Todos estén como yo, aleluya. Respondé: «No plegue a Dios, aleluya».

Todas riyeron del loco un rato y, llamándole, la princesa Lucelda le dixo:

–Ven acá, Parmesino, cuéntanos los amores que tuviste con la princesa española.

–¿Qué, señora? ¿Amores? –dixo Casiana–. ¡Vonito es el diablo para enamorado...!

–Pues, oiga, oiga vuestra grandeça, qu'es graciosísima cosa uirle... ¡Ca, Parmesano! ¡Di, di!, ¿era hermosa tu dama?

–Si la mi alma tuviera capacidad –dixo Parmesano– para comprender la rara belleça de mi dama, no ubiera ella tenido necesidad de salir de sí para vuscar el cómo considerar aquella hermosura, sin que le fuesse parte de impedimento este miserable cuerpo que la cercaba. Y vásteos saber <sup>[f. 39v]</sup> tal qu'esta tan obiminable carga como es mi cuerpo no pudo estorbar a mi alma que, con encendidos deseos de adorar aquella hermosura, le dejase, viendo que como era tan excelente objeto del sentido le havía pribado del sentir; porque con su demasiada excelencia conrompió<sup>590</sup> los órganos corporales, y así no le dexan al alma hacer su oficio si no es en esta materia. En la cual casi como forçándolos el alma los reduce a sus operaciones con la grandísima eficacia que en la boluntad tiene. Y por esso canta mi alma...

Y, entonándose mucho, dijo cantando con estremada boz (que la tenía el loco):

---

<sup>590</sup> Conviene advertir de la presencia puntual de *-n* epentética en el léxico del manuscrito, que respetamos siempre y cuando no hayamos podido comprobar que la aparición de la grafía de nasal se deba a un error de copia evidente (en cuyo caso indicamos nuestra intervención en el aparato de variantes).



—Si de aquella hermosura  
ubiesse de cantar la menor parte,  
zesaría la locura  
y aumentaría el arte  
por ver si podría, ¡o, alma!, remediarte.

Que no es locura esta:  
decir que tu belleça es rar'al mundo  
y que acá está puesta  
cual espejo rotundo  
en que se ve la perfección del otro mundo.

Son laços tus cabellos<sup>lxxxiv</sup>  
en los cuales Amor así se prende  
y claramente entiende  
ser tales y tan vellos<sup>lxxxv</sup>  
que con mostralos un punto mayor daño  
hace que con sus jaras en un año.

Pues frente cristalina,  
cejas de évano que estáis en marfil puestas,  
a quien el cielo inclina...

¡Ola, ola! —dijo dejando el cantar y la copla començada—. ¿No savéis qué me parece?

–¿Qué? –dijo Casiana.

–Que sería mejor que todas vosotras con vuestros azezillos de hermosura fuéssedes a hacer sacrificio a la estremada de mi señora. Y si queréis allar altar en que ofrecerlos con fuego demasiado, no tenéis que buscar sino arroxallos en mi pecho, que más presto los volberá en ceniza que si en el orno de Babilonia [ni] aun en el fuego de Troya o Roma echáredes una arista.

–Ven acá, Parmesano, ¿cómo tienes tanto fuego sin leña?

Con una presteça estraña dijo el loco:

–Esa que decís es leña de vuestro fuego, que del mío no es si no la hermosura de mi señora, y essa es tanta que basta a avrasar en un punto mil almas. Porque grandísima diferencia ba –dijo muy pausado y puniéndose vien el bonete– en lengua latina entre la potencia actiba y la pasiba: muchas cosas pueden padecer qu’el acción les está negada y al contrario. Así lo dice Aristóteles, Platón y Carnéades, aquel triste que se le olvidaba de llebar el bocado a la boca.

Y, con esto, dio una grandísima palmada y dijo: «¡Pausa!», y començó a llorar con grandísima tristeça, diciendo:

–¡O, mi señora Cadianisa! ¿Cuándo de alegre risa inchirás el mundo mostrando esse tu rostro tan juvondo<sup>591</sup>?

En esto lebantó la cabeça como muy alborotado y dixo:

–¡Vamos a comer! Que aquellos locos dijeron que tenían una justa para esta tarde y por ser mis cofadres es vien que los onremos. Y tanvién lo ago porque si salís allá, moçuelas, más de veinte y cuatro que les parece a ellos que pueden ser senadores en Roma o del consulado de Atenas quedarán arto peores que yo. Aunque lo que me consuela es que todo el mundo anda metido en la jaula que yo; solo nos distinguimos como más y menos porque los más <sup>[f. 40r]</sup> locos estiman en poco a los que somos menos.

---

<sup>591</sup> *juvondo*: No hemos encontrado más documentaciones de esta forma, seguramente equivalente en su significado a *juvenil* y muy probablemente derivada también del vocablo latino *iuventus*, *-ūtis*.

Con esto, gustando mucho aquellas princesas del loco, se fueron a comer, que ya era ora, y él estuvo en la mesa graciosísimo. Lebandadas las tablas, entró un paxe del Emperador y, firmado de rodillas delante de aquellas princesas, les dijo:

–El Emperador, mi señor, dice qu’el señor príncipe de Persia y algunos caballeros cortesanos tienen emplaçada justa para esta tarde, que si vuestras grandeças gustan de salir a verla que se adereça el barcón que cae sobre la tela, que a él se podrán ir vuestras grandeças.

–Di que vesamos a su grandeça las manos y que allá iremos<sup>lxxxvi</sup> –dixo Casiana.

Con esto se salió el paxe. Y ya estaban más de otros diez o doce de aquellos caballeros aguardando para saver la respuesta, y con ella cada uno fue a su amo. Con el Emperador estaba el Príncipe de Persia y Alirino<sup>lxxxvii</sup> también estaba allí; y como supieron la respuesta mucho se olgaron, y el Emperador les dixo:

–Aora, ¡sus! Báyanse a adereçar y miren que nos regocigen mucho la corte, que algunos días á que no tenemos exercicios de armas.

Con esto, aquellos caballeros se fueron cada uno a su posada, donde ya alló cada uno la mayor parte de su cuadrilla muy bien adereçados. Y todos eran moços balerosos y los más, como dicen, enamorados.

Venida la ora, que serían como las dos de la tarde, entró en la plaça la música, que fue mucha y muy buena. Entraron primero los atambores y atabales y otras caxas que alegraban y alborotaban los ánimos de los oyentes; luego entraron trompetas de guerra y altas italianas<sup>592</sup>, las cuales acabada su pausa sonaban las chirimías; cornetas, sacabueches<sup>lxxxviii</sup>, duzainas y otros músicos instrumentos de anélito. Con lo cual la plaça se inchió de innumerables gentes, y al ruido de la música las ventanas se poblaron

---

<sup>592</sup> *altas italianas*: Como puede deducirse fácilmente por el contexto, se trata de un tipo de trompeta: «usábase ésta, especialmente, para los toques de guerra, al paso que la *trompeta bastarda*, a la cual se nombra también *española*, era instrumento más artístico y no empleado en la guerra» (Felipe Pedrell. *Diccionario técnico de la música*. Barcelona. Isidro Torres Oriol. 1897. s.v. *trompeta bastarda*). Fray Íñigo de Mendoza menciona ambos tipos de trompeta en su poema *Diferencia que ay entre la Razón y la Sensualidad*: «Sus bastardas, sus clarones, / sus altas italianas, / son los continuos pregones / de las carnales passyones / que dan las setas paganas» (Fray Íñigo de Mendoza. *Cancionero*. Ed. Julio Rodríguez Puértolas. Madrid. Espasa-Calpe. 1968, pág. 244).

de damas y hermosísimas doncellas. Luego soltaron un par de toros alegradores de la popular gente; vien poco anduvieron en el corro, que luego salieron caballeros a alancearlos.

Y, estándolos alanzeando, salió el Emperador armado de todas armas, solo faltándole la celada y manoplas. Salió con imperial investidura y con todas las insignias del imperio, acompañado de los príncipes más principales del imperio y de los más anzianios. El cual, sentado en una hermosísima silla que devajo de un dosel de brocado azul le tenían puesta, postrado a sus pies un leonaço madrigado que de ordinario traía consigo, puestos por su orden los que le acompañaban, alegrándose mucho toda la corte con el berle, que muy <sup>[f. 40v]</sup> amado era de todos sus basallos<sup>593</sup>.

Salieron luego al barcón las tres princesas: Casiana, Gracisilda y Lucelda, todas tres hermosísimas. Iba cada una de sus colores: Casiana, morado y oro; Gracisilda, naranjado y plata; Lucelda, verde y encarnado y blanco. El hávito era todas tres a lo persiano (que son aquellas sayas enteras), que era muy galán hávito.

La hermosa Casiana llebaba la suya<sup>lxxxix</sup> entera<sup>xc</sup> de brocado morado todo senvrado de alcachofillas pequeñas de oro, y el medio de cada una componía un diamante<sup>xcii</sup> de inestimable valor, y iba aforrado en tafetán dorado sencillo, todo senvrado (donde se mostraba) de hermosos zafiros. Llebaba unas manguillas de red de oro, echas muy anchas las mallas, y por cada malla salía un bocado de la manga de la camisa atado con una cinta morada en forma de rosa, y en medio de cada una iba u[n] çafiro muy vien guarnecido, los bacíos de la guarnición embutidos de ámbar. La lechuguilla del puño era curiosísima y estremada, no faltando la misma curiosidad en el garbo<sup>594</sup> y gorguera.

---

<sup>593</sup> Destaca la ausencia de un verbo personal en este extenso fragmento, que debe entenderse como uno de los muchos casos de deficiente redacción causados por la propensión del autor al uso de largos periodos oracionales de abundante subordinación.

<sup>594</sup> *Garbo*: No hemos encontrado ninguna documentación de *garbo* con el significado de ‘prenda’ o ‘adorno del cuello’ que parece desprenderse del pasaje de nuestra novela. Sin embargo, resulta revelador notar que César Oudin emplea este término con un sentido genérico equivalente al de *cuello*, precisamente en su explicación del vocablo francés *rotonde*, que define como «cierto cuello, garbo» (*Tesoro de las dos lenguas española y francesa*. Paris. Marc Orry. 1607, s.v.). Pues, efectivamente, el *coll rotonde* era un tipo de cuello que «se alzaba detrás de la nuca formando un semicírculo» (Alicia Álvarez

Lo del tocado cierto fue extremo, porque en él llebaba infinitas curiosidades al desgaire y descuido que mucho más su hermosura aumentaban. Llebaba calçado el un guante y el otro metido en la faltriquera de la saya, mas de suerte que se mostraba la mitad d'él. Y la hermosísima y blanca mano que llebaba sin guante llevaba en una banda de red de oro que llebaba al cuello, llebando por pendiente un unicornio echo de una esmeralda, muy hermosa pieça.

Las otras dos princesas nada menos iban gallardas. Pues las damas que salieron con ellas, las cortesanas, en competencia de las estrangeras salieron, que no havía más que ver. Pues las picadillas de amor mejor se echaban de ver en el garbo, en el donaire, en la viçarría, en el movimiento, en el mostrarse deseando ser vistas de sus galanes y para hacer esto dar mil disimuladas traças entre las otras (que se echa de ver el sol entre las estrellas). Al fin, sentadas ya todas en sus asientos, dando aunque disimuladamente una vuelta con los ojos por toda la plaça, Gracisilda dixo a Casiana:

—¿Cuándo pensó vuestra grandeça que havía en la corte tantos adereços y vestidos y tantas damas y galanes? Entienda vuestra grandeça que se descubre mucho la gente de una ciudad y de una corte en estas fiestas y exercicios.

—En verdad qu'es assí —dixo Casiana—, que yo jamás pensé que havía jente tan lucida. Y en verdad que ay muchas damas muy hermosas. ¿Quién es —dixo— aquella qu'está en aquel barcón de enfrente? Que en verdad qu'es muy bonita y muestra tener estremado garbo, y tiene el dosel y almoadas.

—Quien puede ser es una dama lusitana que dicen ser hermana bastarda de la princesa Irene, y como hija de rey tiene aquel aparato <sup>[f. 41r]</sup> —dixo Gracisilda—, y entiendo que se llama Ursina. Vino a esta tierra, según dicen, a ver una hermana suya de parte de la madre que tiene casada con el duque de Babel. Y trae buena casa y aun, según dicen, la sirbe un hijo del rey de Casia (qu'es allá junto a mi tierra y confina con la Persia) llamado Vianeo, moço según dicen de muy buenas partes.

–A fe qu'es gentil moça –dijo Casiana–, mas espántome cómo no ha venido a vernos.

–Devió de llegar vien poco á a la corte, porque <á> aora treinta<sup>xcii</sup> días sé yo qu'estubo en Cornubia la de Persia y ay por lo menos cien leguas de aquí allá, aunque las más de ellas se nabegan por el Tigris y después se viene por el Éufrates casi la mayor parte de Caldea, haciendo muy mejor su nabegación cuando Tigris entra en Úfrates junto a Babilonia la Vieja; que yo cuando vine andube todo este camino. Mas ¡mire vuestra grandeça, que entra mi hermano a poner el cartel!

–En berdad que entra vien.

Y tenían raçón, porque venían delante dos reyes de armas con ropas de vrocado encarnado asta en pies y dos hermosísimos cetros en las manos. Traían bonetillos con buelta como el de los duques de Venecia<sup>595</sup> y benían en sendos caballos más blancos que la niebe. Estos llebaban sendos escudos a los pechos con las armas del príncipe persiano, que eran un dragón partido por medio en campo de sangre; la dibisa era la de las luces con su acostumbrada letra latina. Luego detrás d'estos iban cincuenta paxes en muy hermosos caballos, y en unas hermosísimas fuentes llebaban cincuenta premios cierto admirables (que, como los bayan dando aquellos caballeros, iremos diciendo cuáles eran).

Detrás de estos pajes iban veinte y cuatro lacayos que llebaban otros tantos caballos de diestro admirablemente adereçados para la justa, y ellos hermosísimos. Luego iban dos elefantes cubertados de paramento de vrocado encarnado y cada uno llebaba dos grandes azes de lanças y hermosos escudos; sobre estos iban dos indios de estraña figura y hávito, muy adereçados de barias plumas. Luego venían doce caballeros todos armados de unas armas blancas, guarnecidas de una forma<sup>xciii</sup> de esmeraldas y rubíes hermosísimas y fuertes, y los paramentos y faldas y sobrevistas de vrocado verde, vandas encarnadas, guarnición de lo mismo<sup>xciv</sup>.

---

<sup>595</sup> *bonetillo con vuelta como el de los duques de Venecia*: Efectivamente, los duques de Venecia traían bonete en lugar de corona: «Corona del dux de Venecia. Bonete grande de tela de oro y curvo, rodeado de un círculo de oro de 16 puntas terminadas en una perla e igualmente el bonete» (Vicente de Cadenas y Vicent. *Diccionario heráldico: términos, piezas y figuras usadas en la ciencia del blasón*. 6ª ed. Madrid. Hidalguía. 2002, pág. 64).

Detrás d'estos doce, entre dos príncipes persianos ya de edad venía el príncipe, armado de unas riquísimas armas de la misma echura que las de su cuadrilla, aunque algo más ricas. Iba sin celada ni manoplas, lo cual llebaban dos doncelitos hermosísimos primos suyos <sup>[f. 41v]</sup>, hijos de una hermana de su padre, tan galanes y apuestos y ellos tan hermosos de rostros que parecían unos angelicos. La lança le llebaba uno de los príncipes y otro el escudo, porqu'él llebaba envraçada delante de los pechos una hermosa rodela de oro fino, guarnecida de estremada pedrería, con su divissa acostumbrada en loa de Lucelda; y iba ella tan vien contraecha en la rodela que propiamente parecía ser ella misma.

Con este concierto entró el príncip'en la plaça y puesta la rodela en el padrón pasó una carrera, rompiendo en el aire en medio de ella una lança con estremada gracia y donaire. A todas aquellas princesas pareció el príncipe muy vien, especialmente a Lucelda, que tiernísimamente le amaba. Luego salió Alirino babilónico, tanvién muy galán y con estremado acompañamiento; sacó en la rodela el retrato de Mirtanisa con una letras que decían: «Es del alma esta divisa». Bien contentó Alirino a toda la corte, y Casiana, bolbiéndose a Mirtanisa<sup>xcv</sup>, le dixo:

–Amiga, ¿y aquello encubierto estaba asta agora?

–Señora, en aquello los caballeros tienen licencia de hacer lo que les pareciere; y así nada por aquello se descubre, que si se descubriesse, ellos lo encubrirían.

A este tiempo ya los jueces hacían la seña para que partiessen los caballeros... Perdonadme que deajo así la justa, que llaman a mucha prisa en Ingalaterra.

## **Capítulo 12. De lo que al príncipe Ofrasio sucedió en Ingalaterra y cómo mató al cruel Sorastro.**

Celevrando la primera vista con abundancia de lágrimas dejamos al príncipe Ofrasio con la duquesa Esmerilda en Londres, cuando començamos a decir lo que en Babilonia en este tiempo pasaba. Sucedió pues que, aunque con mucho sentimiento de la una parte y de la otra, el príncipe y la duquesa se recibieron muy vien, contándole el caso como pasaba (lo cual él ya había visto en el espexo). Y, así, sin más dilación, se

determinó otro día de ir a buscar al tirano y quitar del mundo una tan infernal bestia, que la naturaleza humana estaba afrentada de que en ella ubiesse un tan endemoniado individuo. Y, así, con su enano y con Areusina se fue a la antigua ciudad de Cornubia, donde entendió cierto que al tirano allaría y podría entrar con él en campo.

Mas a la segunda jornada le sucedió un caso digno de ser savido. Y fue que indo por un camino de un monte escabroso, seco <sup>[f. 42r]</sup>, solitario y triste, los árboles todos como agostados y abrasados (toda la más oja perdido el color y buelta de una desesperada amarillez), en ellos algunos búos mochuelos y otras noturnas y tristes abes; era cuando comenzaba <a> anochecer y los tristes aullidos de las abes norchegas se multiplicaban; comenzábanse a oír aullidos de fieras que comenzaban a salir de las cabernas, y el murmurio triste de unas aguas que con penosa rauda vaxaban por un despeñadero (rebolbiendo entre las ondas algunos peñascos) aumentaba el temor y la tristeza<sup>596</sup>.

El cielo se comenzó a enturbiar con unos turviones de negras nubes que con estraño ruido comenzaban por el setentrión a mostrarse, con algunos relámpagos tan lucidos que los peñascos donde los reflexos herían parecían abrasarse. Base cerrando la noche, auméntanse los truenos, crece el biento, comienza con orrisono son a mober los árboles y a lebantar por el monte espesos y altos remolinos. Acábase de enturbiar el aire y apenas beían ya los caballos dónde ponían los pies; antes, espantados de la atemorizada noche que venía, ivan bufando atemorizados e inquietos iban dando temerosos resoplidos.

En esto<sup>xcvi</sup> viene un turbión de un agua gruesa, recia, y, mezclada con algún graniço, da una grupada de<sup>xcvii</sup> graniço y viento furiosísima. Auméntanse los truenos y relámpagos y veían caer algunos triformes rayos en las peñas. No havía coraçón tan baleroso que allí no fuesse temblando: comienza[n] a imbocar a la sacra Virgen Nuestra Señora juntamente a Bárbara bendita; sacan los anusdeí y las reliquias que cada uno llebaba con grandísima devoción, esperando no menos que la temerosa muerte; porque todos los elementos parecía[n] quererse bolber <a> aquella su confusión primera. Y ya qu'el airado cielo los perdonase, tenían por cierta la muerte en los grandes

---

<sup>596</sup> Anacoluto.



agu<a>duc[h]os y avenidas que por los montes baxaban, que apenas sabían dónde el pie pusiessen; que iban ocicando los caballos, y ellos tan mojados y penetrados del agua, y tan sin camino y sin carrera, que realmente entendieron de perecer aquella noche sin alguna duda.

D'esta manera, cayendo y levantando, anduvieron más de dos oras. Asta que al fin de ellas Erisaldo, el escudero del príncipe, en un recuesto vio una luz como que de entre unas piedras se mostrasse, y guiando a ella, aunque no sin grandísimo trabaxo, suvieron la cuesta arriba. Y, como un tiro de piedra antes que llegasen a la luz, vieron con los relámpagos, y echaron de ver en la patadas de los caballos que iban por empedrado, por cuyos <sup>[f. 42v]</sup> lados dos grandes arroyos de agua baxaban. Haviendo pues andado un poquito por el empedrado, començaron a ladrar dos hermosísimos levreles y sonaban como atados en cadenas; a cuyos ladridos oyeron una boz que dixo en lengua vretona<sup>xcviii</sup>:

–¿Quién viene por esse tan inusitado camino?

Alegres todos en haber oído boz humana, dixo el príncipe:

–Unos pobres caminantes somos que emos perdido el camino y con la tempestad de la noche emos venido hacia una lumbre que emos visto a esta parte.

En esto salieron dos doncelitos de asta diez o doce años muy hermosos de rostros, vestidos con unas ropillas largas asta baxo de las rodrillas, de damasco pardo, con una orbilla<sup>597</sup> o guarnición no muy ancha de plata. Y estos estaban con dos achas de cera blanca en las manos acabándolas de encender, tiniendo aún los pábilos hacia la parte de abaxo por que la llama se fuesse cebando y tuviesse eficacia para regalar la materia de que se havía de sustentar; estos vieron en un gran patio que se veía (porque entonces acababan de abrir, como decís, de par en par las puertas d'él). Y aún la tempestad duraba con tanta fuerça que aun con mucha dificultad se sustentaban las achas aun dentro del patio donde estaban encendidas.

---

<sup>597</sup> *orbilla*: No hemos logrado documentar esta palabra, que parece emplearse como sinónimo de *guarnición*, esto es: «adorno que para mayor gala y mejor parecer se pone en las extremidades o medios de los vestidos, ropas, colgaduras y otras cosas semejantes» (*Autoridades*, s.v. *guarnición*).

Al fin, entrando en el patio (cuyo suelo era de fina y biba peña y el edificio, lo que d'él se alcançaba a ber, parecía vien fuerte y hermosso), se apearon el príncipe y Areusina, que venían que era lástima, y el escudero y el enano y los que traían las azémilas de carga y los de las acaneas todos venían echos, como dicen, una sopa de agua. Al fin, cuatro moços que en su talle parecían azemileros tomaron luego las vestias y llebando un muchachuelo otra acha, aunque no de tan buena cera, los llevaron a un lugar conviniente donde se les dio todo recado.

Y a los moços en una gran cocina baxa se les hiço una gran lumbre donde se enjugassen, que con la terrible tempestad pasada y con la mucha piedra y graniço elaba muy bien ya y sopla[ba] un viento vibo y frío, con lo cual era menester todos aquellos reparos. Ellos començaron a hablar los unos con los otros de la oseta<sup>598</sup> asadas<sup>599</sup>, y más después que para entre tanto que se adereçaba la cena con un poco de pan y queso les dieron dos coladillas de vino griego, que quedaron amiguísimos de conversación y contaban vien a la larga la tempestad y peligros que havían passado.

Los dos paxecitos y el portero, que era un honvre de asta cincuenta y seis <sup>[f. 43r]</sup> o cincuenta y siete años, vestido de un hávito onesto, algo largo y con dos zintas de llaves asidas con unos ganchos de plata a las pretina, con amigable acogimiento al príncipe y Areusina recibieron. Y como el príncipe preguntase qué casa era aquella, indo mirando su edificio a las luces de las achas que los niños llebaban, el portero dixo:

–Es, señor, la cassa del sabio Cirilano, que cansado de cosas del siglo a esta sierra, que una de las más altas y escabrosas es de toda Ingalaterra, se vino a vibir. Havrá como veinte años que en ella viba y cuando viene algún güésped, de cualquier nación que sea, gusta mucho de que se le haga caridad y servicio.

Con esto, haviendo entrado por otro patio avierto de hermosísimos arcos, por una puerta d'él, avriéndola el portero, entraron en una hermosísima iglesia de admirable

---

<sup>598</sup> *Parlar de la oseta*: «Como cuando decimos *hablar de la oseta* es hablar el que está contento, harto, lleno y rico» (Francisco del Rosal. *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana (1601-1611)*. BNE, ms. 6929, s.v. *oseta*).

<sup>599</sup> *Asadas*: No hemos logrado documentar este adverbio de cantidad, empleado con profusión en el manuscrito; sin embargo, resulta evidente su relación con la forma *asaz* (del provenzal *assatz*, y este del latín *ad satis*), por lo que seguramente ambas constituyan evoluciones dialectales paralelas.

edificio, aunque por ser de noche no se podía ver la excelencia d'él. Mas a la luz de veinte y cuatro lámparas de oro, que delante del altar mayor estaban ardiendo, se veía el altar muy bien, que era muy grande y hermoso, todo él labrado de hermosas columnas de plata y las figuras de bulto de admirables manos de escultores. En el medio del altar estaba una capillita<sup>600</sup> o encaje<sup>601</sup> divinamente obrado, de oro y preciosas piedras, en el cual estaba una imagen de Nuestra Señora (pequeña, de grandísima deboción y admirable hermosura aunque morena) y un título de letras de oro grandes en campo azul que decía: «*Nolite considerare quia fusca sin coniam de colorabit me sol*»<sup>602</sup> («no miréis que soy morena, qu'el sol me puso este color»).

Haviendo echo<sup>xciix</sup> oración salió un honvre al parecer venerable aunque también con hábito onesto, mas era la ropa de damasco pardo aforrada en blancos armiños (y todo era menester para la sierra), con un báculo de évano en la mano y la barba larga que casi le daba por la cinta, y un paxe en un candelero de oro llebaba delante d'él una bela de cera blanca. Y, como a los güéspedes llegase, haciéndoles el debido<sup>c</sup> comedimiento les dixo:

–Vénganse vuestras mercedes a descansar, que según á echo la noche vien lo havrán menester. El sabio Cirilano, mi señor, está estudiando y por esso no baxa a ver a vuestras mercedes. Vámonos a zenar, que su merced dijo que vaxaría luego.

Con esto, saliendo de la iglesia fueron por aquel paño<sup>603</sup> del patio, al cabo del cual estaba una hermosísima escalera por la cual subieron a los corredores altos, qu'estremados eran de vuenos. Y en el uno d'ellos estaba una puerta de bronce admirablemente labrada, la cual servía a una hermosísima sala en la cual estaban cuatro

---

<sup>600</sup> *Capillita*: «Nicho o hueco capaz, hecho en forma de capilla pequeña, con su remate o coronación que le sirve de adorno» (*Autoridades, s.v. capilleta*).

<sup>601</sup> *Encaje*: «La labor que llaman de taracea o embutidos, ahora sea en madera, ahora en piedras» (*Autoridades, s.v.*).

<sup>602</sup> *Canticum Cantorum* 1, 6: «*Nolite me considerare quod fusca sim quia decoloravit me sol*» (*Nova Vulgata Bibliorum Sacrorum Editio*. Roma. Libreria Editrice Vaticana. 1986).

<sup>603</sup> *Paño*: Parece emplearse aquí con el significado de 'lateral' o 'pasillo'; sin embargo, no hemos encontrado otras documentaciones de la palabra con un sentido similar al sugerido aquí por el contexto del pasaje.

achas <sup>[f. 43v]</sup> en cuatro candeleros de plata de bonísima echura (aunque no eran muy grandes). Y en ella había una tapicería de seda y oro admirable en que estaba la istoria<sup>ci</sup> de Teseo; estremadamente estaban Erecteo y Pélope, de quien Teseo descendía por parte de padre y de madre (el uno ateniense y el otro de Peloponeso), de los más principales por la hermosa sucesión de hijos que ubo. Estaba cuando Egeo dejó la espada y çapatos a la hija de Fiteo, y la cueba donde lo escondió y el peñasco que a la puerta puso.

Como era de noche <y> iban de paso no vieron más, porque luego entraron en una cuadra hermosísima colgada tanvién de hermosísima tapicería, en que estaba la istoria de Rómulo y Remo, fundadores del pueblo romano. En esta estaba una chimenea admirablemente labrada de piedras de jaspe, en la cual había muy buena luvre, y estaba ya puesta la messa con tanta curiosidad y aliño qu'el príncipe quedó espantado, y más en ver el grandísimo concierto que en todo había. Porque ni paxes, ni criados, ni oficiales de casa no parecían sino que todos eran unos ángeles, y andaban tan concertados qu'en nadie se veía cosa digna de reprehensión ni faltaba cosa que para su ministerio fuesse necesaria.

En aquella cuadra, después de haverse mudado todo lo que moxado traían, se sentaron a zenar el príncipe y Areusina; sentándose también a la mesa, aunque no para cenar, el biexo que con ellos había venido, que mayordomo mayor del sabio Zirilano era. Sentados a la mesa vino el mastresala y, dándoles aguamanos, les sirvieron en la mesa de muchos y muy buenos platos, con tanto regalo como si en la corte de algún gran príncipe estuvieran.

Ya que llegaban al fin de la comida o zena sintieron ruido de jente, y luego el mayordomo se lebantó diciendo: «Mi señor viene». Y, así, entrando dos paxes con dos candeleros de oro y en ellos dos belas, a cuerpo y sin nada en las cabeças, detrás de ellos venía el sabio, que era un hombre alto y seco, de la nariz muy crecida y los ojos vibos y no muy grandes, no vien poblado de varba y de aspecto grabe. Traía bestida una ropa de damasco negro asta en pies, aforrada en martas zebellinas, y encima de ella traía una muceta de lo mismo como la que usan los obispos, tanvién aforrada, salbo qu'era un poco mayor (porque le cuvria asta la mitad de los braços y la capillexa era tan grande que con ella podía muy bien cubrirse la cabeça). Llevaba calçadas unas chinelas de

terciopelo negro <sup>[f. 44r]</sup> aforradas en felpa del mismo color. Traía en la mano un libro y un bonetillo de orejas en la cabeça.

El cual, como entrase, muy comedidamente saludó a los güéspedes, y haviéndole traído una silla se sentó, rogándoles que se sosegasen y acabasen de cenar; lo cual ellos hicieron, que ya andaban en las frutas de postre. Y el sabio les preguntó quiénes eran y dónde iban y cómo havían azertado a venir <a> aquella su cassa. A lo cual todo respondió el príncipe con muy buen comedimiento y razones muy bibas y claras, por las cuales el sabio bino a conjetural que deviera de ser algún principal hombre. Y también lo conjeturó por la riqueza de las armas y el acompañamiento que sus criados le havían dicho que consigo traía. Mas viendo que solo havía respondido que era un caballero andante español que iba a Babilonia o Caldea, viendo que no decía más en esto, no le quiso molestar más; antes divirtiendo la plática los entretubo un ratico en muy buena conversación. Y, porque ya era muy tarde, todos se fueron a dormir.

Al príncipe le llebaron a un aposento qu'estaba excelentemente adereçado de un toldo de vrocado carmesí muy hermoso, y por sobre la orla iban las tablas de estremado pincel en que havía muchos retratos y barias istorias, así antiguas como modernas; la cama era estremada de buena, regalada y rica. Y a Areusina también la llevaron a un muy hermoso cuarto, donde alló mugeres de servicio que le administraron todas las cosas necesarias para su regalo, con tanta abundancia y concierto como si en casa de la princesa Gracisilda estuviera.

Venida la mañana, entrando dos paxes a dar de vestir al príncipe (estando allí su enano Erisaldo el escudero), puesto a la ventana del aposento vio un jardín, tan curioso y poblado de frescas yerbas y hermosas flores como si en la más fresca y abundante campaña estuvieran del mundo. Y admirado el príncipe de ver tanta frescura en sierras tan escabrosas y frías, loó mucho el arte y la curiosidad, pues parecía que aun repugnando a la naturaleza en alguna manera sale con lo que desea con el cuidado y diligencia.

Él estaba en esto cuando el mayordomo mayor entró algo alborotado y dixo:

–Señor caballero, el sabio Zirilano, mi señor, me envía a deciros de su parte que agora acaba de llegar un correo a avisar cómo el traidor de Sorastro viene determinado

de destruir esta <sup>[f. 44v]</sup> casa y hacerle todos los daños a ella posibles y pasarnos a todos a guchillo, porque mi señor defiende la justicia de su sobrina la duquesa Esmerilda. Y qu'él tiene determinado de pasarse aquí a un castillo que tiene aquí cerca, tal y tan fuerte que en él puede muy bien vivir seguro de la crueldad de aquel endemoniado tirano. Envíame a que de su parte os diga, señor, que si queréis ir, que agora tenéis lugar, qu'él no llegará asta de aquí a dos o tres horas.

–No me pudiéades haver dicho, señor mayordomo, cosa de que más contento recibiese que de haberme dicho que esse traidor y cruel tirano viene aquí; porque sabed que yo lo iba a buscar solo para me combatir con él, que uno de los más malos y crueles traidores es que tiene el mundo. Y así diréis, señor, al sabio Zirilano, que si me quiere ver combatir con él, que se esté quedo, que yo tengo mucha esperanza en Nuestro Señor que se le dará rendido; y que si con todo esso quisiere la seguridad de su persona, que haga lo que quisiere, que yo aquí quiero aguardar a Sorastro.

Mucho oíó el mayordomo con esta respuesta, pareciéndole el español muy bien y apto para cualquier buen echo en armas. Y así como él se lo dixo lo fue a decir al sabio; el cual, considerando lo que el caballero enviaba a decir, con mucha madurez se determinó de quedarse. Y, así, hizo fortificar la casa y preparar de armas a los criados todos de ella, que serían como cuarenta los que podían tomar armas. Y especialmente hizo preparar grande abundancia de defensivos contra el fuego, que a esto era a lo que más temor tenían, que en lo demás bien fuerte y buena era la casa y las puertas de bronzo estremadamente recias, y tenían partes desde donde podían hacer mucho daño al enemigo. Y, echo aparejar todo lo que le pareció ser necesario, se fue al aposento del caballero, al cual allí que se estaba armando. Y, habiéndose recibido muy bien, le dixo:

–Yo tenía determinado, señor caballero, de huir la furia d'este bárbaro y irme a un castillo que aquí en unos roquedos en esta misma sierra tengo edificado, tan fuerte que solos dos hombres se pueden defender de todo el mundo. Mas supuesto, señor, que vos queréis hacer campo con él, quiero aguardar a ver el fin de la batalla, que, aunque sucediese al rebés de lo que deseamos, contraminas ay en esta casa por las cuales la gente de ella podría escaparse sin peligro. Mas ved, señor, si para la batalla abéis menester algo, que de todo seréis proveído. Y, con esto, yo me voy a la iglesia a hacer encomendar a Dios este negocio.

–Baya vuestra merced, que luego en acabándome de armar iré yo, que quiero recibir el Santísimo Sacramento.

Con esto, se fue el sabio y hiço adereçar la iglesia admirablemente y que se dicesse una missa de Santiago <sup>[f. 45r]</sup> con mucha solemnidad y devoción; a la cual el buen príncipe Ofrasio comulgó, puesta una investidura blanca sobre las armas, de una tela de brocado estremada de buena con unos grandes cordones de seda, oro y aljófar. Y echóse al cuello un collar de oro como de eslabones y llamas con un corderucho de un diamante por pendiente –entiendo que era el que agora llaman Tusón, qu’es antigua señal de los reyes de España–. Con este hábito y con mucha devoción y lágrimas recibió el Santísimo Sacramento el príncipe, y después de haberle recibido se estuvo casi una ora delante del altar de rodillas, al cabo de la cual le llamaron para que se fuese a comer.

Estando en lo mejor de la comida dijo el que estaba por centi[ne]la como Sorastro venía. Y, así, lebantadas las tablas, como estaban tan apercevidos en un punto se pusieron los caballeros armados a las ventanas y la puerta se cerró muy bien, estando por guarda de ella (por si acaso la rompían) [uno] de los mejores y más valientes que había en el castillo. Las mugeres de servicio tenían hirviendo diez o doce calderas de zernada, pez y resina, por si acaso se azercaban a querer escalar la cassa. Y no había ventana en que no estuviessen seis o siete espuestas de grandes piedras, que d’esto asadas que había arta provisión en el monte, y lanças arrojadiças había en abundancia y algunas ballestas viejas y pabeses y otras armas d’esta manera.

En esto vieron como venían la cuesta arriba marchando un campo de jente bellaca: ladrones, salteadores, omicidas y otras gentes d’este jaez. Traían delante una vanderá negra y venían marchando al son de unas caxas destempladas y rancos pifanos, y ellos con un aliño tal cuales ellos eran. No había ninguno que no tuviesse dos o tres ribetes por la cara: desarrapados, picarones, sucios, malcriados. Toda su soldadesca era hurtar y renegar y hacer homicidios y sacrilegios, pues traían por capitán un ladrón famoso (que oía muy bien, porque las orejas no se lo estorbaban), tal cual ellos. Esta manada de ladrones venía delante; luego venían como asta cincuenta caballeros (aunqu’es lástima ponerles este nombre si no porque venían a caballo bien armados), mas grandísimos bellacos (hablando con reberencia), que cada uno podía ocupar una

orca y se hacía arto agrabio a los cuerbos en quitalles el mantenimiento tan justamente a ellos devido.

Con estos venía aquel miembro de Satanás, malilla de bellacos, arca de maldades, tesoro de crueldad, cieno de luxuria, padre de mentiras, autor de traiciones, inventor de <sup>[f. 45v]</sup> latrocinios; cifra, en fin, de todas las abominaciones de la tierra. Venía con unas armas negras sembradas de llamas de fuego (que parecía que ya traía la librea del infierno, fuego y tristeça), y en el escudo solo en campo de sangre traía unas letras que decían: «Vengança». Traía una lança como una antena en la mano y venía casi el último de todos y la visera encalada.

Serían como las onze cuando la infantería (o, por mejor dec[i]r, *infamería*) llegó a ponerse en la plaça que se hacía delante de la puerta de la casa. Y como el príncipe los vio llegar, con grandísima risa de ver tanto ganapán junto, dijo a los de casa que les dejasen llegar, que ninguno hiciesse nada asta qu'él avisase. Con esto, como ellos llegaron con sus picas (que más parecían urgardores de ornos que lanças), tuvieron por mucha gentileça formar un escuadrón. Y tomando la bandera en medio se hicieron una piña y así se arrimaron a la puerta, aguardando a que Sorastro viniessse para dar con ella (a su parecer) en tierra.

El príncipe, que les bio a todos muy apiñados debaxo del bentanaxe, pareciole que sería bueno según venían de puercos echallos en colada. Y, así, por muy gentil orden a un punto desde todas las ventanas les echaron enzima diez o doce calderadas de cernada, de pez, de resina, de azeite, de saín, de plomo y de otras materias. Y como estaban tan apiñados dioles la vida, porque ninguno ubo a quien poco o mucho no le cupiesse parte. Muchos de ellos quedaron luego muertos, mas lo más gracioso no era sino ver, a los que no acabó de matar, la prisa que traían a desarmarse, qué saltos daban tan ligeros: unos daban gritos, otros uían como diablos, sirviéndoles de espuela el azeitico rosado que les iba por las espaldas; otros, picarones, como se avrasaban venían a quedarse en carnes. Era ver la fiesta más que si corrieran toros; el príncipe no se podía tener de risa de bellos tan diligentes y uir con tanta priessa.

En esto suvía la vanda de caballos que no savía qué se abía sido aquello; mas, con todo esso, suvieron con más recato. Ya les tenían puestas las calderas otra bez a



calentar con agua de romero y de cañas para laballes los pies en llegando, y ello se hizo así: que, como llegaron una cuadrilla de doce o catorce d'ellos para quebrar las lanças en la puerta, una caldera de plomo derretido y resina les salió a recibir, que, al que luego no mató, avrasándose los caballos dieron tantas pernadas que los echaron de sí y a algunos arrastraron por aquellas peñas (aorrando serrones o cueros a las justicias de Londres que por su descuido no lo havían ya echo).

En esto, animando los suyos llegó aquella pieça. Y al príncipe le pareció grande infamia hacer <sup>[f. 46r]</sup> campo con un tan grandísimo bellaco, y andubo imaginando cómo prenderlo sin ensuciar sus manos en un tan mal hombre. Y, así, dixo a Erisaldo, su escudero:

–Toma essa sogá, y tanto<sup>cii</sup> que yo diere con aquel traidor en tierra, átale muy vien por los pies.

–¡O, o! –dixo Erisaldo (que aunque no era muy moço era diabólico y, cuando era menester, arriscado como un demonio).

Y, así, con un caxco y una rodela y una espada y la sogá debaxo del braço, se salió tras su amo, que con un grandísimo barapalo y sin espada y a pie salió por un postigo de la puerta, y a los primeros que encontró, de los primeros golpes los envió por pan tostado al infierno para asentar el estómago. Y llegando al traidor de Sorastro, que con la lança con intención de atrabesarle para él se venía, le dixo:

–¡Ca, Sorastro, que ya es llegada la justicia de Dios!

Y, diciendo esto, le da un barapalo así raçonable que bastó a derrivarlo, aunque no a matarlo. Apenas había caído cuando Erisaldo<sup>ciii</sup>, con grandísima diligencia, le echó la laçada escurridiça a los pies y començó a tirar d'él hacia la puerta. Los demás, como era gente vil y vieron tantos armados a las ventanas, temiendo alguna celada, los que se escaparon del bastón començaron a uir más que de passo. Catorce o quince por otra parte andaban procurando escalar por cierta parte, y saludáronlos con un poco de cernada, regada de aceite calentico por que no les hiciesse daño a la hijada (que era muy fría aquella sierra); con lo cual de aquellos ninguno escapó.

El savio estaba en una bentana, y como veía lo que pasaba no podía estar de risa y no acía sino decir a los de la casa que echasen calderadas, que les hacían grandísimo provecho. Los qu'estaban tullidos, medio cocidos, perdigaditos en vida, serían por todos, entre soldados y hombres de armas, como treinta y cinco o treinta y seis de aquella bonita gente. Al fin, viendo que ya se havía escombrado el campo de aquella infame<sup>civ</sup> langosta y vil canalla, salieron los criados de cassa y, trabando de la sogá con que el traidor estaba atado, así rastrando, lo metieron en cassa. Y cuando bolbió del aturdimiento del palo y se vio atado y en poder de sus contrarios, como era tan grandísimo bellaco, por escaparse de las penas que le parecían que le estaban aparejadas, sacó una daga que llebaba en la cinta y quísose con enlla dar de estocadas. Mas como lo vio Erisaldo, con un palo que llevaba en la mano le dio un tal palo en la mano de la daga que se la hiço caer de ella, quevrándole de camino dos o tres dedos, en los cuales llebó lo recio del palo; y, así, luego le ataron las manos <sup>[f. 46v]</sup> por que no se matasse. Y, así, puesto en una prisió, le dixo el sabio:

–Sorastro, si quieres confesar tu culpa y la ofensa que a mi sobrina hiciste, y el agrabio que todo el estado por ti á recibido, y el pecado que contra Dios cometiste, yo te prometo de dexarte por mi sentencia con la vida para que te puedas enmendar de tus culpas.

Él entonces, porque Dios assí lo permitió, confesó toda la verdad del echo. Y, con esto, se determinaron de llebarle a Londrana o Londres para que allí públicamente confesasse su culpa.

### **Capítulo 13. De cómo el traidor de Sorastro fue llebado a Londres y de lo que d'él se hizo y de cómo el príncipe se partió para Babilonia.**

Otro día por la mañana se determinó el sabio de ir a Londres y llebar el malechor Sorastro y los compañeros que quedaron vibos para poder ser llebados. Y, así, ordenaron su viaxe d'esta manera: delante iban cuatro caballeros, armados de todas armas, en vuenos caballos; luego iban catorce de aquellos ladrones, rapadas las barbas y cabellos a navaxa, con solas unas ropillas de sayalaço que les hiço hacer, atadas atrás las manos con unas esposas de yerro vien fuertes y seguras, y unas argollas a las gargantas

de que iban asidos de dos en dos; luego iban otros cuatros caballeros armados; luego venía una litera que traían dos hermosísimas azémilas, y delante de ella venía Sorastro, armado de sus mismas armas, sin celada ni manoplas, tanvién rapada barba y cabello. En el pecto le hiço poner una letra el sabio que decía: «Cubro el más cruel coraçón y dañadas entrañas que tiene el mundo».

Junto a la litera iba el buen príncipe, armado de todas armas, en su caballo, llebando de rienda <a> Areusina, y todos los criados de casa y la demás gente venía detrás de la litera con muy buen concierto. Y habían enviado un correo a la ciudad de Londre con el aviso de todo lo que pasaba, y de cómo traían preso al traidor para qu'él mismo confesase por su propia boca la maldad que havia cometido. Cuando el mensajero llegó y dio la carta<sup>cv</sup> a los del Senado, como ya todos estaban persuadidos de la maldad, luego creyeron. Y fue tanto el placer que recibieron de que le truxessen presso que todos con grandísima alegría aguardaban cuándo le verían para vengarse de un tan maldito hombre <sup>[f. 47r]</sup> y onrar a una tan onesta y balerosa señora, tan sin culpa martiriçada.

Al cuarto día, pues, que partieron de la casa de la montaña del savio Zirilano, llegaron a Londres como a la una de la tarde, y ya estaban a la puerta de la ciudad innumerables gentes aguardándolos. Y, así, cuando los vieron venir, todos a una boz començaron a decir:

–¡Ya viene el traidor preso! ¡Ya traen al cruel carnicero cautibo! ¡Agora, agora pagará los daños que a esta ciudad y república á echo! ¡Ca, ca, que no es menester que confiesse el caso, que ya le an confesado quatro vellacos de los de su gabilla! ¡No se detenga tanto! ¡Muera, muera tan injusto hombre que nos mató a nuestro duque y a una de las mejores mugeres del mundo martiriçó el carnicero! ¡Sea muy vienvenido el buen caballero que lo prendió y el savio Zirilano, muralla y amparo d'esta república y de la onra de los ciudadanos de ella!

Con esto, los recibieron en la ciudad y luego fueron llebados a la plaça delante de palacio. Y la buena duquesa la sacaron así troncos los braços, y en un barconcito baxo que a la plaça caía, en una silla de oro hermosísima, puesta una corona de laurel en la cabeça, acompañada de todas las damas y mugeres principales que havia en la ciudad

(con grandísimo contento de toda ella), la pus[i]eron. Y luego salieron más de mil caballeros, armados todos con lucidísimas armas y en muy vuenos caballos, y formaron un escuadrón arrededor de la plaça. Y, puesto el tirano junto al barcón, así atado como estaba y a pie, en alta boz començó a contar todo el caso como pasaba. Y, acabándolo de decir, dixo el demonio en figura de hombre: «Y no me pesa sino del poco mal que hice» (y esto entiendo que lo dixo por que le acabasen más presto).

Mas la muerte que se le dio fue una, aunque imboluntaria por parte de la república, vien penosa: y fue que más de quinientos muchachos le cogieron atado, y unos con palos, otros con piedras, otros con otros mil instrumentos lo truxeron rastrando por toda la ciudad, y apenas iba por calle donde asta las moças de cántaro, con el grandísimo aborrecimiento que le tenían, con los tiçones de los fuegos no saliessen a tiçonalle. Así anduvieron con él asta las cinco de la tarde y, ya que casi casi venía del todo muerto, bolbiéronle a la plaça. Y cuando al medio de ella llegó, que ya no llebaba sentido ninguno ni bullía pie ni mano, con estar sereno el cielo, se oyó un espantable tronido y baxó un rayo del cielo que le hizo mil migaxas. Y, a lo que se entiende, en cuerpo y en alma le llebó el demonio a los infiernos, a dalle la pena qu'él tan vien merecida tenía. D'esta manera acabó aquel infame hombre, dando eterna corona de paciencia y virtud a la buena duquessa.

Acabado ya este negocio, del cual grandísima onra y fama se le siguió al buen príncipe, habiendo recibido mucha onra y regalo de todos aquellos señores, se determinó de tomar su camino, para el cual Areusina le servía de acuerdo y Amor de espuelas para que no se detuviesse. Con esto, habiendo adereçado su nao (que fue la que había ganado a los moros de Tingintana) mandando los de la república poner en ella hermosísimo y vien proveído flete de armas y xarcias y cosas d'esta manera, adereçáronla admirablemente, haviéndola en lo que tocaba a las ovras mejorádola en tercio y quinto, como dicen. Y diéronle un piloto llamado Vrisildo, que sin excepción era el mexor que nabegaba las marítimas ondas del ozéano; irían en la nao vien ochenta personas de servicio y veinte caballeros. Pusiéronle por nombre la Ladrona, porque llebaba por divissa un pirata que robaba otra nao<sup>604</sup>.

---

<sup>604</sup> Anacoluto.

Zierto ella partió de Ingalaterra hermosísima, porque por de dentro iba echa un pan de oro y por de fuera hermosísimamente pintada de barias colores y probeída de hermosas banderas y gallardetes, todas de hermosas telas de diferentes brocados; en ella muchos y muy vuenos instrumentos de música, con todo lo demás necesario para su adorno y fortaleça. En esta nao salió el príncipe a los diez de julio de Ingalaterra, con tanto deseo de acabar su viaxe quanto se puede pensar.

Caminando para el lebante con muy buen tiempo fueron algunos días, y con prósperos vientos como los deseaban, aunque pereçosos. Y como caminaban en tan buen tiempo el mar estaba segurísimo y libre de tormentas, y así en este viaxe pocas cosas acaecieron notables, porque en todo el camino no toparon sino dos naos ponentinas moras; a essas rindieron con mucha facilidad. Tanvién tuvieron cierta reyerta con una galera siciliana, mas quando se conocieron los unos a los otros, con mucha paz y amor pasaron su camino. En una isla marítima libró una doncella que querían quemar injustamente, matando a los acusadores; tanvién libró de las manos de unos piratas a unos pobres mercaderes ginobeses que ya iban en las uñas del gabilán; mas como cosas de poco momento las pasa por conmemoración Nictemeno.

Solo hace memoria de una aventura que le sucedió en la isla Circasena en el Asia. Y fue que como todo el mes de julio y agosto ubiessen nabegado con intención de por el río Danubio asta entrar en el mar Euxino por uno de sus braços (llamado Hierostoma, llebando ya nombre de Istro), haviendo pasado muchas naciones desde Alemania, ir por el mar <sup>[f. 48r]</sup> Exinio y después entrarse por el Éufrates asta ir a dar a Babilonia (dejándose a la Persia a la parte del setentrión y dando él la buelta con nordeste), les sucedió que, forçado de una travesía que se levantó, ubo, aunque contra la boluntad del piloto, de tomar puerto en aquella isla:

–¿Por qué os pesa tanto, piloto, de que llegemos a esta isla? –dixo el príncipe.

–Señor, siendo yo aún muy niño, viniendo por grumete en una nao en la cual mi padre venía por piloto (viniendo en la nao su agüelo de mi señora, la duquessa Esmerilda, que muy buen caballero era), nos sucedió otra borrasca como esta, que nos fue forçado tomar aquí puerto. Y, en surgiendo la nao, luego desde aquel castillo, que, señor, beis qu'está sentado sobre aquellas rocas, nos hicieron señas que vaxásemos

belas. Mi padre, que en su arte era diestrísimo, viendo que no podía sacar la nao del puerto, hízolo, baxando el papargo y acortando la escota a las demás belas. Con esto, a medias belas entramos en el puerto, llebando baxas las banderas y quitados de los mástiles los gallardetes.

En ancorando (que ancoramos, que por raçón de la travesía no podimos hacer menos), en un esquife pequeño que venían remando doce gigantes disformes (en cuerpos y en fortaleça) armados de pectos y espaldares, venía un gigante que, por que no parezca mentira, no osso decir, señor, su grandeça; porque cierto parecía un líbano o cedro del Líbano monte. Venía armado de unas armas amarillas, de un amarillo deslabado, todas bandadas de unas bandas negras, y traía un escudo de dientes de serpientes fortísimo y disforme en su grandeça; pues el alfange o guchillo, no había dos tales caballeros que le lebantasen del suelo. El cual, como entró en la nao, a todos pareció locura el defenderse.

Y, así, haviéndola andado toda, sabiendo de dónde éramos y diciendo todos que éramos mercaderes, llebándose lo mejor que en la nao había, se llebó cuatro hombres para hacer de ellos sacrificio a sus diosses (según él dixo), y a los demás, por ser gente vil, dixo que con las vidas nos dexaba; y, así, se bolbió en el esquife. Y, Dios que así lo quiso, en índos'él de nuestra nao, se bolbió el viento, con lo cual los que havíamos quedado en la nao, atemorizados de lo que havíamos visto, lebantamos velas. Y con esto nos escapamos, que después supimos cómo enviaba unos criados suyos a que quemasen la nao con todos los que estábamos dentro.

Y agora, según dicen, tiene el señorío d'esta isla un su hijo mayor y más cruel qu'el padre, que ningún baso aquí surge que no le tome, sacrificando a los que en él vienen y pegando fuego al baso por si alguno <sup>[f. 48v]</sup> queda en él que también muera. Y es una isla estremadamente rica y solía ser de la jente más pacífica del mundo, que decían venir de los vragmanos asta qu'estos diablos d'estos gigantes había como veinte años que entraron en ella<sup>cvi</sup>, poco más o menos; los cuales la tienen tiraniçada y oprimida.

—Aora pues, yo os prometo, piloto, que no solo no me pessa de qu'el viento nos aya echado en la isla, sino que me güelgo estrañamente por ber cómo nos havemos con esso tiranos.

–Si te pones en defensa, señor, no dudes qué si no que pasaremos todos a guchillo.

–Si así como así emos de morir, más bale que nos defendamos. ¡Ca, toca esa caxa y enarbolen essas banderas y súbase un pifano allí a la gabia!

Luego se puso todo por obra como el príncipe lo mandaba, y aquellos caballeros en un punto estuvieron todos armados y puestos a borde con estremados ánimos y esfuerço, con intención de morir todos con su capitán como buenos que todos eran; y los marineros ordenaron todos los instrumentos de guerra, así ofensibos como defensibos. Y la nao estaba muy vien fortificada y fuerte, y ya la descubría muy bien la centinela desde lo alto del castillo, y con una alta italiana que tocaba admirablemente començó <a> azer seña que abajasen velas. Entonces mandó el príncipe que les alargasen las escotas y no quedase vandra ni banderola que no enarbolasen. Ellos lo hicieron así, y luego el centinela vaxó a decir al gigante lo que pasaba; el cual dixo con una boz espantable:

–O deben de ser algunos locos, o no saben que estó yo<sup>605</sup> aquí, que a toda la flota del mundo, con grandísima facilidad, si entrase en nuestro puerto rindiría. Andad, id y aparejadme mi esquife, que yo les aré presto que amainen belas y dejen las vidas todo junto, y poneme un haz de lanças en él.

Y, como esto dixo, le truxeron luego sus armas, arrojándose encima de ellas un duro y espantable cuero de serpiente. Y así vino a la ribera, trayendo un gran guchillo en la cinta y en la mano una taxante cimitarra. Y como saltó en el esquife, que casi tan grande era como una galera, hiço reseña a los remeros, los cuales començaron el trabajoso oficio a compás y con fuerça. Y como estaban en playa, aunque andaba un poco de trabesía, con grandísima presteça llegar[on] casi <a> avordar con la nao; desde la cual le començaron a tirar tantos tiros y con tanta priessa y pujança que algunos de los remeros murieron en la refriega. Y el gigante vrabama en ira diciendo que no

---

<sup>605</sup> Si bien cabría la posibilidad de entender que nos encontramos ante una de las múltiples fusiones gráficas de consonantes en contacto que aparecen en el manuscrito, a tenor de la sistematicidad con la que esta forma verbal se presenta sin consonte final hemos considerado que se trata más bien de una forma no cosumada del presente de indicativo.

temiessen, que abordassen, y diciendo esto arrojaba las lanças con tan[ta] fuerça que más parecían rayos que lanças de humanos braços enviadas. Al fin vino <a> avordar, y aunque le pudieran muy vien estorbar la suvida el príncipe no quiso, antes mandó so pena de la vida que todos se <sup>[f. 49r]</sup> fuessen debajo de cubierta; lo cual ellos hicieron luego. Y suviendo el gigante, como no bio a gente alguna en la nao, dixo:

–¡Vil gente, no uigas, que no escaparéis las bidas aunque os me metáis en los profundos centros del mar cano!

Y el príncipe, puniéndosele delante, dijo:

–¡Menos amenazas, gigante, menos amenazas, que conmigo lo as de haber!

Y diciendo esto le arroxa un altibaxo que, acertándole en el hombro derecho, casi todo el braço le derribó, haviéndole balido aquel golpe no menos que la vida, porque aun lebantalle con la cimitarra no pudo. Y, sintiéndose tullido, pensó de con el escudo darle con la mano izquierda para dar con él en el suelo; mas no le susedió como pensaba, porque el golpe recibió el príncipe en su escudo y resistió a él con estraña fuerça. Y, calándose, con una estocada por la junta de los quijotes le metió dos palmos d'espada por las tripas, de la cual herida luego cayó muerto en tierra. Y, así, quitándole la celada le cortó la cabeça diciendo a los caballeros que saliessen; los cuales como bieron al gigante muerto, espantados de la virtud del caballero, la cabeça pusieron en una pica en que estaba una bandera y la mandaron enarbolar en el más alto mástil de la nao.

Y los caballeros, a los remeros del esquife que se querían uir, les dieron tanta priessa que al fin tomaron el esquife con muerte de algunos de ellos. Y de los remeros supieron como en el castillo solo había cincuenta caballeros qu'el gigante tenía de guarda y que los más eran estrangeros qu'él había cautibado y por fuerça les hacía tener la guarda de aquel castillo, imponiendo cada día inçufribles pechos a los pobres moradores de la isla. El príncipe envió luego en el esquife a doce caballeros muy vien armados que llebasen la cabeça del gigante, y que les dixesen a los del castillo que si querían rendirse sin guerra, que a todos les harían perdón general y se les haría mucha merced; mas que si echaban mano a la espada, que después que no había de quedar honvre ninguno que no pasase a guchillo.



Oída la embaxada por los del castillo, que ninguna cosa más en esta vida deseaban que la muerte del gigante Astraliano (que así el gigante muerto se llamaba), viendo la cabeça, luego de muy buena gana se entregaron y dijeron que antes ellos havían recibido merced en ser libres del poder y dominio de aquel tirano.

Con esto, llegó la nao al puerto todo lo cerca que pudo, y en el esquife saltaron en tierra toda la gente de la nao, que como cien hombres serían. Y vieron la isla, y supieron que no tenía más de siete leguas en larga y cinco en ancha, y había en ella cuatro <sup>[f. 49v]</sup> buenos lugaraços de a más de otros mil buenos, más gente isleña y no acostumbrada a las armas aunque riquísimos (porque muchos de ellos eran mecaderes riquísimos). Y en la isla había minas de oro, plata y otros metales; solo les faltaba yerro. Tenían todas las cosas necesarias a la vida humana con grandísima abundancia, especialmente pan y vino y carnes y lanas y legumbres y frutas; con lo cual y con allarse en ella muchas piedras preciosas de barios géneros, especialmente jacintos y diamantes, y en aquella ribera haver muchas perlas finísimas, una de las buenas islas era del mundo.

En tomando la posesión del castillo el buen príncipe con tan poca sangre, luego hiço fixar la cabeça del tirano a la puerta y mandó combocar los pueblos; los cuales como supieron lo que pasaba y siendo informados de los mensajeros de todo el casso, luego vinieron los principales de los pueblos vestidos de mucho brocado y preciosísimas piedras. Y entre ellos, de la principal ciudad que se llamaba Sanaqueriba, vino un hombre que era el más ladino y más principal de toda la isla, y este traía las llaves de las ciudades; venía muy bien acompañado a su uso, trayendo grandísimas riqueças. Y esto fue el tercer día qu'estaban en la isla. Y como cerca del príncipe llegasen, qu'él estaba en una sala del castillo sentado en una hermosa silla (y junto a sí en un estrado estaba Areusina y todos aquellos caballeros armados de una parte y de otra del príncipe), el isleño, llamado Corbano, incado de rodillas dixo:

–Sabido emos, serenísimo señor, como sois Ofrasio, príncipe de España, y allámonos por tan dichosos y vien afortunados en haver venido a vuestro poder que estamos temblando no quiera Fortuna hacernos algún gran daño, pues nos á concedido un tan alto veneficio. Ca sabed, señor, que d'esta isla fueron los antiguos progenitores de los reyes de España, porque de ella fue el primer godo del mundo del cual los demás

godos an descendido; y así an sido los diosses servidos de volbernos a dar señor de nuestro propio tronco y cepa. Por lo cual desde luego os damos la obediencia y suplicamos nos recibáis debajo de vuestro amparo, no solo como señor, mas como piadoso padre y de nuestra propia familia, casa y sangre, a quien tan natural le viene compadecerse de nuestras miserias y regocijarse y olgarse con nuestra buena fortuna.

Con esto, calló el bárbaro. Y el príncipe le mandó lebantar y dixo:

–En dos cosas quiero que me hagáis placer: la primera, que dexéis esa loca seta de la gentilidad y muchos dioses y os bolbáis a la verdadera fe de Jesucristo, nuestro Dios, hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, segunda <sup>[f. 50r]</sup> persona de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que recibáis todos el sacro Bautismo; la segunda, que recibáis por señora d'esta isla a la hermosísima Casiana, princesa de Babilonia, y que unos con otros conservéis mucha paz y amor y aya muy buen gobierno, siendo los juezes muy píos y vien criados, justicieros y cuidadosos, y los basallos muy obedientes, rendidos y virtuosos. Y esto es lo que os pido, dejando en las cosas pleveyas por gobernador a Corbano, que ya estoy informado de su balor y prudencia, y dejándoos por castellano en este castillo, para que os defienda y a quien todos obedezcáis, a Serino Gutimano español, qu'es este caballero.

Este era uno de los que en la nao de los moros, cuando la ganó, alló el príncipe, y era español, y un virtuoso y onrado caballero, aunque moço. Lo uno y lo otro azeptaron de muy buena gana los de la isla y en ella se detubo el príncipe doce días, en los cuales, sin que el príncipe lo supiesse, Corbano despachó un buscarruido ligerísimo para que marchase con la mayor presteça que le fuesse posible a llebar un presente y recado a su reina (y en el buscarruido, indo vien probeído de remeros, aun apenas había veinte y cuatro días de camino). Y envió a llebar el presente a un hijo suyo llamado como él, Corbano, salbo que le llamaban Corbano el Blanco, porque lo era tanto que barba y cabello tenía como un copo de lana y apenas veía de puro blanco, y aún no tenía treinta tres años. Esto hiço Corbano sin dar cuenta de ello al príncipe, que bien entendió que en ello le acía servicio.

En los doce días que estubo en la isla, los isleños le servían con tanto amor y le regalaban con tantos regalos que era cosa de ver, y <a> Areusina le presentaron pieças

que sin duda balían más de cien mil ducados. Mas él los trataba con tanto amor, olgándose con todos, parlando con ellos y regalándose aun con los más povrecitos, que dejaban, como dicen, de amalle y le adoraban. Al fin, cuando se ubo de ir le tuvieron una fragata hermosísima en que fuesse, todas las belas y vanderas de hermosísima seda y pedrería. Híçole la isla un presente, que fue la llabe de un antiguo tesoro que tenían –que por aora no dice Nictemeno lo que en él havía porque lo dexa para su tiempo, que mucha memoria á de hacer la istoria d’esta isla–. Lo que les dejó el príncipe, porque no lo tenían, fue raza de caballos españoles, dejándoles dos yeguas preñadas y un muy hermoso caballo, con lo cual dentro de pocos años estuvo la isla probeída de hermosísimos caballos, y tales que los de Jerez ni Setúbar<sup>606</sup> no les llebaban ventaxa ni aun hacían poco en igualarles.

Pues con muchas lágrimas de toda la gente <sup>[f. 50v]</sup> popular (y no hacían sino suplicalle que bolbiesse a hacerles merced con su presencia), al fin, el príncipe se partió, dejándoles el aranzel por donde se havían de gobernar. Y llebando infinitas riqueças, aun sin tocar en el tesoro, se partió un lunes como a las ocho de la mañana con intención de no se parar asta entrar en el imperio de Caldea o Babilonia; con él salieron doce naos del puerto muy vien adereçadas. Y Corbano le dijo:

–Deme vuestra grandeça licencia y llebaré mis mercancías por el Éufrates asta la ciudad de Babilonia, y verá vuestra grandeça qué de cosillas curiosas d’estas islas conmarcanas llebo a las damas de mi señora la princessa.

–Antes me olgaré mucho –dixo el príncipe–, mas no querría que faltásedes al gobierno de la isla.

–No, mi señor –dixo Corbano–, que un hijo tengo que ba con las naos, que yo ya á muchos días que no voy al mar.

–Pues de essa suerte mucho me olgaré. Hacedlo así.

Con esto se despidió de ellos, mandando a todos que se bolbiesen. Y abraçando a los más de ellos, muy familiarmente rogó a Gutimano tuviesse mucho cuidado del

---

<sup>606</sup> La confusión de líquidas oscurece la identificación de *Setúbal*, ciudad de Portugal.

castillo, y de edificarle y fortalecerle para que en ningún tiempo el enemigo pudiese enojarlos, y que procurase de fortificar el puerto en la isla.

Os hace saber la istoria que lo que tocó a las ciudades se edificaron, fortalecieron y hermosearon tanto que unas de las mejores vinieron a ser de toda la Asia; especialmente Sa[na]queriba, que vino a ser populosísima y hermosa ciudad. Esta estaba media legua del castillo grande y después vino a quedar el castillo casi en medio de la ciudad. En el castillo, el Gutimano hiço admirables obras, edific[ic]ando en él hermosas y fuertes torres, y haciéndole tal y tan [in]expugnable que uno vino a ser de los mejores del mundo. En el puerto, en el embocadero d'él, hiço hacer dos fuertes con sus caballeros y baluartes estremadamente edificados, y puso de tal manera la entrada que con trabucos y otros instrumentos de guerra a cualquiera nao que no hiciesse la obediencia podían dar con ella con grandísima facilidad al ondo. Edificáronse muchas y muy excelentes iglesias y los i[s]leños tomaron muy vien la fe, y día ubo en que se bautiçaron diez mil honvres. Y hicieron dentro del castillo, por traça de Gutimano, una casa de morada estremadamente buena, con tantos aposentos y riqueças que una vino a ser de las buenas que tubo el Asia.

Otras muchas cosas se hicieron en la isla que a su tiempo hará la istoria menzión de ellas. Agora, a ellos entendiendo en estas obras y al buen príncipe caminando para Babilonia los dejaremos, por deciros lo que en este tiempo en Babilonia sucedió en las justas començadas<sup>cvii [f. 51r]</sup>.

#### **Capítulo 14. De lo que sucedió en las justas en Babilonia y de una combersación que Ursina, princesa en Portugal, tubo con aquellas princesas.**

Ya se os acordará que dejamos echa señal a aquellos caballeros para que partiessen, los cuales con muy buen aire y mucha pujança partieron, [y] quebrando las lanças en medio de la carrera pasaron el uno por el otro muy apuestos sin que hiciesen fealdad alguna con los cuerpos. Tornan a segundar las lanças y de la misma manera les sucede; mas a las terceras el buen Selbasino dio con su competidor en tierra, con contento de Gracisilda, su hermana, y con mayor de su aficionada Lucelda. Otros tres derribó aquella tarde de las primeras lanças, con lo cual dándole un premio, que fue una

corona echa de diferentes flores de oro y piedras (tan naturales que parecía querer exceder el arte a la naturaleza), le mandaron los jueces con mucha onra que no justasse más. Y él llebó el premio en la punta de la lança, atado con una cinta verde, y le dio a su dama, la hermosa Lucelda; el cual ella con muy buena gracia recibió, diciéndose al dar y recibir su raçones.

Luego justaron otros caballeros que lo hicieron muy bien, así de parte de los cortesanos como de los estrangeros. Diéronse diferentes precios a diferentes damas; especialmente Vianeo, príncipe de Cassia, ganó cuatro premios y todos cuatro los dio a la princesa Ursina portuguesa. Y quedó por mantenedor para otro día, loando todos estrañamente su justar, diciendo que era uno de los vuenos justadores del mundo: porque era muy cierto en el herir, sacaba una lança con estremada gracia, iba muy seguro en el caballo, tenía mucho conocimiento de la lança, del contrario resistía con mucha constancia y hería con estraña pujança y fortaleza, y armado y a caballo parecía estremadamente, porque muy vien les sabía hacer mal a todas sillas. Y, con esto, era muy sosegado y humilde caballero, y tan bien criado que por sobrenombre le llamaban el Cortés.

Ursina, muy contenta de lo que su galán había echo, viendo que a la hermosísima Casiana ni a Gracisilda habían dado premio alguno, y con deseo también que tenía de ir a vesarles las manos, llamó un paxe y embiole con un recado. El cual durando aún las justas, atrabesando por medio de la plaça llebando una livrea de vrocado azeituní muy gracioso, suvió al barcón de las princesas. Y firmado de rodillas delante de ellas dijo:

–Serenísimas señoras, la princesa Ursina, mi señora, manda vesar vuestras reales manos, y dice que ha visto estar tan cortesanos a los caballeros que an justado que los tiene a todos en reputación de sabios, pues tienen el principio de saviduría, qu'es el conocerse a sí mismos. Y que pues ellos an andado tan cortos de obras y tan sanos de pensamientos, que suplica a vuestras grandeças se le dé licencia para venir a vesar vuestras reales manos <sup>[f. 51v]</sup> y enmendar lo que ellos an faltado.

–Decid, paxe, a la señora princesa, que estando su grandeça en la plaça que mucho yerro fuera que los ojos de nadie a otra parte se divirtieran, y que como forçados

de su rara belleza es bien que le reconozcan el basallaxe a su hermosura devido. Y que en lo demás que si no fuera porque queremos servir a su grandeça de mesoneras, que nosotras fuéramos a su posada a recibir essa merced y regalo; mas que venga su grandeça y que le tendremos aderaçado el cuarto, que no nos contentaremos con solo visita, sino que nos haga merced de quedarse con nosotras.

Mucho se olgó Ursina con aquella respuesta, y así hiço al paxe que la repitiese un poco más alto delante de aquellas damas que estaban con ella, porque aunque era punientina tenía sus ciertos humos de Lebante (qu'es propia pasión de aquella parte del poniente –dice Nictemeno– ser casi todos ellos lebantinos por pensamiento, por palabra y por obras).

Al fin, acabada la justa, la princesa Ursina, en una acanea blanca como una niebe, acompañada de todos aquellos caballeros, se pasó a palacio, llevándola de rienda Vianeó, príncipe de Casia. Y el Emperador se estaba aún en el patio, que no havia suvido arriba, y allí la recibió con mucho amor y comedimiento, suviéndose con ella asta la Sala de Estado donde se quedó, mandando a aquellos caballeros la llevasen al cuarto de las princesas. Llevávala de vrazo Vianeó con tanta gloria suya que no quisiera que aquel camino se acabara en todo aquel año. Y, así, se iban diciendo muy buenos dicho, qu'estremada conversación tenía la princesa Ursina.

Llegados al cuarto de las princesas estaban ya todas tres aguardando a la puerta de la sala, estando en medio de las otras dos la hermosísima Casiana, tan hermosa que la española quedó fuera de sí. Y, dejando la mano del príncipe con quien venía, haciéndole una reberencia de media buelta con muy buena gracia se contorna sobre el lado izquierdo y haciendo una profunda reberencia quedó casi incada la rodilla izquierda, y tendiendo la mano dixo:

–Denme vuestras grandeças las manos, para que con la merced recibida del besallas tenga atrevimiento la lengua de decir lo que siente el corazón de tan soberana hermosura, que todo el mundo es nada comparado con ella.

Ellas, haciéndole no menor reberencia, así todas tres con vrebos y bien criadas palabras la recibieron. Y Casiana dijo al príncipe:

–Perdone vuestra grandeça el agrabio que se le hace, que por tener a vuestra grandeça nos atrebemos a enojalle.

–Vesso a vuestra grandeça las manos –dijo el príncipe– por tan soberana merced como se [me] hace; mas más cierto estó yo de que mi señora la princesa Ursina se allará donde yo estuviere, respecto del traella en mi ánima esculpida, que no yo donde su grandeça se allare.

–Lo primero confieso –dixo Ursina–, porque yo, aunque vuestra grandeça no querrá, donde quiera que estuviere le voy acompañando, porque más en vuestra grandeça qu'en mí quiero estar. Y de que no se'así en vuestra grandeça pésame, mas baya.

Cortadísimo y muy contento quedó el príncipe de esta respuesta y quiso remendar lo que havía dicho, mas aquellas princesas no le dieron lugar, porque con esto se entraron, cerrando la guarda la puerta de la sala <sup>[f. 52r]</sup>. Y, quedándose aquellos caballeros fuera, se fueron a ordenar sus justas y sus fiestas para otros días. Con solo esto andaba ya alborozada la corte y se entendía en ella en mil ejercicios de armas y de contento.

Entradas, pues, las princesas en su cuarto, trataron un ratico en las cosas de la justa de aquel día, loando a los caballeros de cómo lo havían echo muy vien. Y Ursina dijo:

–Cierto que desde que bine de España, qu'en la corte del rey de España mi tío por hacerme fiesta sustentaron justas quince días a reo dos caballeros (y justaron los príncipes de España, Ofrasio y Polinviano, que justaron admirablemente), que no é visto justas que más me conten[ten] que las de oy; porque lo an echo muy vien y no á sucedido alguna desgracia, qu'es lo que en más se á de estimar. Mas ver justar a Ofrasio, príncipe de España, es cosa maravillosa: jamás le vi justar que de cada encuentro no derribase caballero, y muchas veces con una misma lança le vi derribar tres y cuatro. Y lo que más me espanta es que con ser uno de los más hermosos y apuestos caballeros que tiene el mundo, de más hermoso y agraciado rostro, tiene tan estraña fuerça que jamás á allado caballero ni gigante que en campo le sobrepuxe. Y, con ser muy moço (que no tiene veintidós años aún cumplidos), es tanta su discreción y

prudencia que cierto espanta. Es tan comedido, tan afable, tan vien criado, tan compuesto, especialmente con damas, que todos en el reino le adoran y como si fuese hermano de todos le quieren (mas cierto tienen raçon, que estremado príncipe es). Pues digo cierto que desde que a él vi justar que asta oy no é visto cosa que tanto me contente como las justas de oy.

En esto estuvieron hablando más de un ora, gustando mucho la princesa Casiana de oír loar al príncipe, y todas las beces que se ofrecía ocasión entretexía la conversación de suerte que Ursina viniessse a tratar d'él (y esto no más de llebada así con una inclinación natural que gustaba de oír decir vien de todos). Y aun algunas beces, viniéndosele a la memoria aquella idea que del príncipe tenía fabricada, medio sonriéndose a solas decía: «¡Bálame Dios! ¿An bisto qué cuidados me matan a mí? Estas'el otro allá en las partes del Occidente, en cabo del mundo, y ando yo acá muy cargada de la fantástica imagen que d'él tengo fabricada a mi albedrío y, como dicen, sin orden alguna. ¡Jesucristo! ¡Qué disparate!». Y, con esto, procuraba divertirse puniendo rienda al pensamiento.

Así estuvieron catorce o quince días aquellas princesas, haviendo a tercer día o justas o torneos, o cañas o otras fiestas y exercicios de caballeros. Asta que un domingo cuya víspera la princesa Casiana no havía podido dormir, aquejada de vanos sueños y pensamientos barios, se lebantó muy más de mañana de lo que acostumbraba y, llamando a la princesa Ursina, que estrañamente la amaba, dixo:

–Ande acá, amiga, salgámonos, por vida suya, a aquel corredor, que no <é> estado buena esta noche y me é sentido muy melancólica y desavrida.

–Pues, ¿de qué, princesa mía? –dixo Ursina–. ¿Á sentido algún dolorcillo?

–No, en verdad –respondió la <sup>[f. 52v]</sup> princesa–, sino que toda la noche é andado con unos sueños y unos disparates que me an dejado molida.

–Pues, ¿y qué soñaba?

–¡Ay, no sé! ¡Déjeme, reina! Que aun aquí estoy y me atemoriço de ber lo que soñaba.



–Pues, ¿qué era, por vida mía? –tornó a replicar Ursina.

–Soñaba, lo primero, que veía surgir aquí en el puerto una muger muy grandísima y traía en el vientre más de cien personas, y ella venía nadando por las ondas y parecíame que la llamaban todos «Ladrona». Yo, como vi una muger tan disforme, ube un miedo terrible, y ella dio una grandísima boz y me dixo: «Pues no dexaré mi nombre asta que te robe». Y, así, començando a salir honvres de su vientre, entre otros salió uno y traía un espejo (o no sé que será) en la mano, y parecíame que me metía en el vientre de aquella mugeraça, la cual tendiendo los braços començó a nadar. Y yo estaba con tanto miedo, ¡ay Dios!, que no sé, déxeme... que me parecía qu'iba abraçada con aquel que en el vientre de la muger me havía metido. Y, con esto, no hacía sino despertar toda trasudada, y en tornando a dormir me tornaba atemorizar. Y ve aquí en el pleito que é andado toda la noche. Y otras mil boberías soñaba, sino que no me acuerdo de ellas.

–Pues, ¿de eso tiene pena, princesa mía? –dixo Ursina–. Quite, da y no se le dé un cuarto: nunca crea en sueños ni le den pena ni gloria esas ilusiones, que si en mil años una vez acaece por ser ilusión del demonio, de ordinario son boberías y disparates. Vamos, vamos al corredor. ¿Quiere ver –dixo Ursina– vuestra grandeça para entretenerse una carta del príncipe Viano? Que le prometo que trae más disparates aún que el sueño de vuestra grandeça.

–Ay, mi señora, ¡sí, por su vida, léamela! Que me dará grandísimo contento.

Entonces, desabotonanado un juboncillo de brocado verde aforrado en tafetán sencillo que traía puesto, sacó de el blanco pecho la carta, siendo él arto más blanco qu'el papel en que venía escrita. Y, tornándose a abotonar, desdobló la carta y comenzola a leer diciendo:

A la sacra princesa Ursina, su verdadero esclabo Viano, príncipe de la Cassia, salud.

Supuesto, serenísima princesa, que, muchas veces manifestando la estraña fuerça con que Amor a vuestro servicio me rindió, entiendo que os é enfadado, no puedo dejar forçado de la misma pasión de daros alguna (si con mis cartas, mi señora, la recibís); porque, como dicen, permitido le es al enfermo quexarse del mal que tiene y manifestar al médico su llaga. Lebantar con raçones la pena que me atormenta y el fuego qu'en mis entrañas se apacienta, las lágrimas

que vuestro amor dulcísimo de mi alma derramó, como negocio que se sabe mejor sentir que escribir, solo a la consideración lo dejo, mandando a la pluma cese de tan torpes razones y al corazón sufra a los ojos que acudan con agua al fuego, pues se está el alma avrasando. Y a vos, mi bien, suplico, pues sabéis el onesto fin de mis amores, deis alivio a mi cuidado, el cual siempre será de servir y ser como siempre

vuestro <sup>[f. 53r]</sup>.

—¿Qué le á parecido a vuestra grandeça de mi caballero, que de oz y de coz está en Babia amando una cosa de tan poco balor como a mí y porfiando en que siendo yo de España me quede por vecina y moradora de Casia?

—Por cierto, mi señora —dixo Casiana—, si él pretende esso anda muy azertado. Y si sus amores ban a esse fin hace como muy buen caballero y en verdad que vuestra grandeça está muy obligada a hacerle merced.

—¡Jesucristo, mi señora! —dijo Ursina—. ¡Y qué vien hace vuestra grandeça oficio de tercera! Dios me dé lugar para que sirba a vuestra grandeça en la misma moneda. Lo que á menester aquel niño es que vuestra grandeça le haga tanta merced... Digo qu'es dichoso aquel bolo<sup>607</sup>, que todos le ayudan a salir con la suya. Ahora, pues, baya —dixo riyendo—, que a mí, ¡pardiez!, ya con una mançana me aplacarán...

Ellas estaban en esta conversación quando vieron como una legua del puerto venir un nabío con todas las velas tendidas. Y dábale el viento en popa, y venía con una estraña azeleración y presteça que parecía ave que venía surcando el ágil viento. Y, como era aún muy de mañana, el sol, qu'entonces salía muy alegre y hermoso, començaba a herir en las velas y, aunque venían tan lexos, hacía unos hermosos reflexos en ellas, tan lucidos como si en algunos claros espejos de cristal hiriera.

—¿Qué baso será aquel? —dijo Casiana.

—No sé cierto —respondió Ursina—; él biene con tanta presteça que asadas que presto le tengamos en el puerto.

---

<sup>607</sup> *es un bolo*: «Frase familiar con que se denota que alguno es ignorante» (*Autoridades, s.v. bolo*).

Con esto, estando echadas de pechos sobre el barandado del corredor, se le estaban mirando qué hermoso venía. Y, como venía lebandadas todas las belas y enarboladas las vanderas, aún parecía muy mayor baso de lo que era; aunque para ser vuscarruido era vien grande y muy hermoso, porque hacía quinientas toneladas y era uno de los más ligeros que surcaban las olas del mar. Como se iba llegando iban descuyendo los colores, los cuales eran morado y oro, porque de Areusina supieron ser aquellas los colores de su reina.

—¡Ay, ay, hermana! —dijo la princesa Casiana—. En mi berdad que parecen aquellas belas moradas y hermosísimas. ¡O, qué hermosos gallardetes trae! ¡Escuche, escuche!

En esto venía en lo alto de la gavia arrimado al mástil pequeño uno isleño de aquellos, el mayor músico de una corneta que había en el mundo (y esto fue sin excepción, porque jamás alló hombre que en este arte le igualasse), el cual venía tocando una corneta divinamente. Y, como era aún muy de mañana y el aire estaba delgado de la fresca noche y aún los vapores no le habían enturbiado ni engrosecido, sonaba la corneta admirablemente, correspondiendo los ecos en aquellos peñascos y edificios suavísimamente.

—¡O, qué vien toca aquel instrumento! —dijo Ursina—. Cierto que lo hace admirablemente.

—Por cierto sí —dijo Casiana—. Mas aguarde, que ya le hacen seña del castillo que avaxe las vanderas. ¡Espere, espere!

En esto, sonando luego la vucina desde lo alto del castillo, luego suvió un grumete y abaxó todos los estandartes asta casi llegar al agua; solo dejaron enarbolada una bandera en que venían las armas de Babilonia, que era aquel león, y las de la isla en una pequeña targeta devaxo, <sup>[f. 53v]</sup> que era un dios Neptuno con su tridente en medio de las ondas; y de la parte que venía al viento venían las armas de España y tanvién en otra targeta debaxo, las de la isla. Echa la seña de que venían de paz, porque se hacía allí una quebrada en un esgonce que hacía el puerto cambaron un tantico las belas y, así, entraron en el puerto, enviando luego la princesa Casiana un paxe para que supiesse de dónde venía aquel baso y cuyo era.

Cuando el paxe llegó a la ribera, ya venía un senador de los de la ciudad en un barco que había ido a saber de dónde eran y a pedirle la carta de flete. Y, como llegó a la ribera, el paxe le dixo:

–Mi señora la princesa envía a saber que de dónde es este buscarruido que á entrado y que qué busca.

–Decid, señor, a mi señora qu’el buscarruido es de la isla Circasena y que de allá trae el flete, y dicen que vienen a hablar con su grandeça. Y están aguardando la creciente para poder llegar al bestión a desembarcar y poder atar las amarras a los aldabones, que en desembarcando yo los llebaré a palacio.

Con esta respuesta se bolbió el paxe y, como entró en el corredor, firmado de rodillas dio la respuesta a las princesas. Y ella dixo riyendo, vobiéndose a Ursina *a soli*:

–Señora, mas ¿si es algo d’esto mi sueño?

–Que no reina, ¡no piense en esso! Mas en verdad que deseo notablemente ver la gente que viene en el bolante<sup>608</sup>, porque me á parecido hermosísimo y trae las más hermosas belas y banderas que yo é visto.

Con esto, se fueron a su sala y, puestas en el estrado, tomaron las *Eneidas* de Vergilio y començaron a leer por ellas un rato. Y, en esto, trabadas de las manos entraron las dos primas, Gracisilda y Lucelda, diciendo:

–¿Qué madrugar á sido este, mis señoras? Que nos á dicho la camarera que á dos horas o más qu’están en el corredor del puerto.

–Verdad an dicho a vuestras grandeças, que allá emos estado –dixo Casiana–. Y la causa del haver madrugado fue el haverme allado yo algo indispuesta y desasosegada.

–Pues lo mismo á pasado por mí –dixo Gracisilda.

–Pues, ¿qué <á> havido vuestra grandeça? –dixo Casiana.

---

<sup>608</sup> *Bolante*: Este sustantivo se emplea en el texto como equivalente de *buscarruidos* («embarcación menor que iba de exploradora delante de una flota» [DRAE]); sin embargo, no hemos logrado documentar su uso referido a un tipo de navío.

Llegándose al uído, dixo:

–Que agora, a cabo de diez años, é recibido una carta del príncipe Paludiano. Y dícenme que está ya en Egipto, que viene para acá.

–¿De veras? –dixo Casiana.

–Sí, en buena fe –respondió Gracisilda–. Calle, que en estando solas se la leeré.

Ellas estaban en esto cuando entró un paxe del Emperador, el cual dixo:

–El Emperador, mi señor, envía aquí unos envaxadores de la isla Circasena a vuestras grandeças y les ruega les haga[n] merced y amoroso acogimiento.

–¿Y a mí qué me quieren?

–No sé, en verdad, mi señora. Solo sé que me mandó el Emperador decir esto.

–Pues di que entren.

Entonces entró Corbano el Blanco vestido a su uso riquísimamente, acompañado de otros doce hombres todos muy vien adereçados, y incando las rodillas en tierra dixo:

–Serenísima princessa de Babilonia, el bienabenturado príncipe de España, Ofrasio, haviendo con su imbicto braço muerto un espantable gigante que tiraniçada tenía la isla de Circasena la cobró toda, y como a ligítimo rey los de ella le juramos. Él, sereníma señor[a], dixo qu’él <sup>[f. 54r]</sup> y todas sus vitorias y cosas tenía a tu balor rendidas, y así nos mandó que por legítima señora y reina te tuviésemos. Y a ti, ilustrísima señora, suplica a él y a nosotros recibas por basallos y perdones la poquedad del servicio, azeptando la grandeça de la boluntad con que todos te serviremos.

No era cosa nueva en aquellos tiempos los caballeros servir a las damas con semejantes servicios, aunque nunca las uviessen visto ni con ellas ubiesen tenido conocimiento; antes era cosa muy común y muy usada [y], tanto que no fuesen casadas, se les solían hacer semejantes servicios. Supuesto esto, la dama azeptó el servicio, y con muy vuen comedimiento y amor respondió a Corbano el Blanco y mandó se les fuesse echa mucha merced. Y después él le dixo:

–Agora yo, excelentísima princesa, en nombre de los moradores de la isla te pido la mano como de reina y señora, y te suplicamos azeptes un pequeño servicio que de dices de allá de nuestra tierra te traemos.

Y entonces mandó a dos de aquellos hombres que mandasen traer las cosas que a la princesa traían. Luego entraron doce honvres de servicio, cada dos de ellos traían un hermoso cofre y cuatro moças de la isla, para isleñas muy hermosas, admirablemente adereçadas, cada una traía una caixa grande de diferentes piedras preciosas de estremada echura. Y los cofres no hacían más de ponerlos allí delante de las princesas y avríale Corbano, y cuando así havían pasado los ojos por él quitábanle avriendo otro.

En el uno, que fue el primero, casi todo venía de puntas de ropas de diamantes, de zafiros, de jacintos, de rubís, de esmeraldas y de otras piedras; en este venían también botones y piezas de pretininas y de escofiones riquísima cossa y de muy buenas echuras. En tres venían collares, gargantillas, arracadas, colgantes, pomas. Y en uno de los cofres vendrían como tres o cuatro arrobas de ámbar ya purificado, pero así en unas tablas grandes para que aquellas damas tuviessen en qué entender haciendo pomas, guantes, envutidos, coreçuelos, pretinas y otras niñerías d'esta manera. Venían en otros telas diferentes, estremadas todas para ropa blanca. En las caxas que [con] las doncellas venían había escofiones y diferentes tocados y adereços de cabeça todos, sin que en ellos se mezclase otra cosa alguna. Aquello gustaron mucho de ver aquellas damas, y espantada estuvieron de ver tanta riqueza.

Luego le suvieron un adereço de retrete en que venía una tarimilla y su estrado con solas dos almoadas; una sillexa pequeña y ancha; un vufetillo baxo; dos escritorrillos (uno un poco mayor que otro); cuatro hermosísimos espexos para las cuatro paredes, tan grandes que se veía toda una persona de cualquiera manera qu'estuviesse; para de invierno un toldito de alombras de algodón y seda india, de estremada labor y echura, y para de verano uno de vrocado aforrado en tafetán sencillo (mas el uno y el otro cubiertos de preciosas piedras); cuarenta y seis tablas de pincel, divina cosa, porque algunos dicen que aquí vino a morir Timantes y decían que eran de su propia mano.

Estaban en ellas en cada una una dama de diversa nación, con diverso traxe y <sup>lf.</sup> hábito, y ellas eran las más hermosas que en aquella nación había havido. Estaba

Sarra a lo evreo antiguo y en otro hábito tanvién de aquella nación Judie, y en diferente Ester. De la Grecia estaba Elena; de Troya, Policena; de Roma, Libia... y por no cansaros con cosa tan savida, así estaban de todas las demás naciones. Este aderezo de retrete dicen que havía sido de aquella famosa reina Zenobia y que uno de los godos le llebó <a> aquella isla. Y parecía ser berdad, porque en el espalda de la silla, que era de inestimable valor, havía unas letras griegas que decían: «*Zenobie dicata*» («híçose para Zenobia»); aunque no havía otras armas ni otra señal alguna sino esta.

Otras muchas cosas ubo en el presente que por prolixidad las dexa Nictemeno; solo os dice qu'él le vio muchas veces y que por su fe que no se atrevió a escribir lo que balía por que no le tuviessen por mentiroosso o por hombre que se alargaba, aunque a diferentes vuenos ingenios le vio tasar muchas veces.

Recibido, pues, el presente y mandando poner en concierto y a recado todas las cosas, a lo que más se aficionó Casiana fue al adereço del tocador o retretillo. Y, así, en uno que ella tenía estremado de vueno hizo luego poner todo el adereço con el toldo de verano, que después de acabado de adereçar quedó tan galán, tan curioosso y rico que lo más del día se estaba allí la princesa, entendiendo en lo que adelante os dirá la istoria... que me están llamando los cortesanos con una justa qu'el lunes tenían aplaçada.

### **Capítulo 15. De lo que en una justa acaeciò el lunes, un día después que los isleños abían llegado a la corte.**

Muy buen acogimiento hiço el Emperador a Corbano el Blanco y a sus compañeros, mandándolos aposentar dentro de palacio. Y desde luego les hiço merced a todos los de la isla que en sus tierras y señoríos pudiessen tratar, comprar y vender sin que fuessen obligados a pagar derecho alguno<sup>cviii</sup> (merced en que a ellos se les interesaban grandes provechos). Y, juntamente con esto, les hiço otras muchas mercedes muy importa[n]tes para la conserbación y aumento de sus ciudades, con lo cua l ellos estaban muy contentos. Y cargaron de yerro y azero y armas, que era lo que allá no tenían, y otras cosas que les pareció faltalles en la isla. Y, así, se estuvieron en Babilonia muchos días.

Otro día, pues, de cuando ellos llegaron, que fue un lunes, había una justa muy buena que los cortesanos tenían aplaçada, a la cual los mantenedores salieron todo lo galanes que se puede pensar. Porque las libreas la una fue blanca toda, solo antorchados de oro y perlas, vien curiosa; la otra fue colorada y plata, tanvién muy senvrada de aljófar gruesa (que mezclados en la plaça, parecían estremadamente). Antes que comenzasen a justar, soltaron dos toros que regocijaron muy bien la plaça; alancearon los dos caballeros estremadamente vien. Y, acabado esto, se comenzó la justa, haciéndolo muy vien de todas partes.

Como media ora había que se avía comenzado, <sup>[f. 55r]</sup> cuando entró un caballero con unas armas verdes y en el escudo que en limpio llebaba puesta una «G», y él venía en un caballo rucio rodado hermosísimo. Entró con una gruesa lança en la mano y dos escuderos muy vien adereçados delante y, detrás de sí, en un palafrén, un enanito pequeñuelo todo lo posible, aunque vien afeitado. Así entró el caballero y, puestos los ojos en el barcón donde las princesas estaban, se estuvo un poco parado. Y, de allí a un ratico, viendo que aguardaban algún aventurero que justase, púsose en el sitio con muy buena gracia. Y, puniendo las piernas al caballo, al caballero que se vino a encontrar le hiço rodar un gran rato por el suelo. Y él no solo no se torció ni hiço desdén en la silla, pero ni aun quebró la lança; antes con ella misma, antes que se quevrase, derribó otros dos caballeros. Y al cuarto tanvién le convino venir a tierra, aunque en él tubo que quebrar la lança.

Y entonces, dándole los jueces un premio como al mejor justador que había entrado en la plaça, diéronle una caxica echa de una esmeralda, lindísima pieça, y con ella irían como seis docenas de peinecillos para tocado de évano, guarnecidos con puntas de diamante, y ellos delicadísimos y muy vien echos. Y juntamente con esto le dieron una Palas pequeña, echa de una piedra india, estramada pieça. La una y la otra colgó de la lança y llebola al barcón de las princesas, y diolo a la hermosa Gracisilda dici[e]ndo:

-Es el que siempre fue vuestro.

Luego entendió Gracisilda ser aquel el príncipe Paludiano a quien ella tanto amaba, y así, con una impaciencia amorosa, le dixo:



-Lebantaos, caballero, la visera, si no no tomaré el precio.

Entonces él con estremada gracia lebantó la bisera, mostrando uno de los más acabados y hermosos rostros que [de] caballero había en el mundo (porque cierto en esto pocos en el mundo le llevaron ventaxa). Gracisilda como le conoció pasó con él así de pie dos o tres raçones, y porque era infinita la gente de la plaça uvieron, aunque arto contra su boluntad, de dejar las raçones que havían començado. Y buelto a poner en el sitio, ganó con grandísima facilidad otros tres premios; los cuales como muy cortesano que era dio a todas aquellas tres princesas, dándole el más rico y mejor a Casiana, en lo cual aún se mostró más cortesano y discreto. Mas cada vez que llegaba a dar el premio decía sus ciertas raçones a Gracisilda, con lo cual ella estaba tan contenta que se le echaba muy vien de ver su nuebo contentamiento.

Acabadas las justas, aquellas princesas se fueron todas quatro al cuarto de Casiana, en el cual cenaron. Y después de la cena todo se les fue en hablar en las justas pasadas. Y porque se sintió con dolor de cabeça Ursina la portuguesa, ella y Lucelda, que tenían los cuartos cerca, se fueron a dormir, quedándose Gracisilda y Casiana juntas; las cuales, después que ubieron parlado un rato, afloxáronse (como dicen), destocándose y quitándose las sayas de encima y aun, por raçón del calor, la cinta del manteo y bueltas de la faxa afloxaron. Y con unas ropillas de damascos sin ningún aforro se salieron a un corredor, haciendo que en el retrete recién adereçado les pusiesen dos belas de cera. Y a las dueñas y doncellas y a la <sup>[f. 55v]</sup> camarera mandaron ir a dormir.

Y, como se quedaron solas, esta combersación dice Nictemeno haver tenido: «No querría que algún maliciosso pensase que por manifestar las cosillas de las damas se escribe y no porque así ubiesse pasado; porque si lo piensa cierto que se engañe tanto como si dijesse qu'el cielo anda alrededor y que la tierra está queda, o qu'el todo es mayor que su parte y otras cosas d'esta manera. Porque tan inocente estoy en este caso como Sinón en la pérdida de Troya y como Julián, padre de la Caba, en la pérdida de España; sino que solo se escribió porque realmente passó ello assí»<sup>609</sup>.

---

<sup>609</sup> En numerosos lugares de la narración resulta complejo separar las voces del traductor y del cronista, puesto que la transición entre ambas instancias narrativas no siempre se introduce adecuadamente.

Dixo pues Gracisilda a Casiana:

–¡Ay, amiga mía, qué sabrosa cosa es estar un rato sin aquella enfadosa autoridad qu’el estado real trae consigo!

–Sí, en berdad –dijo Casiana–, aunque parece que como toda la vida no emos criado en aquel término aun apenas a solas le azertamos a perder.

–No sé –dixo Gracisilda–, yo en mi ánima que aun anoche acostándome lo pensaba y decía: «¡Bálame Dios! ¿Yo no soy como todas las otras mugeres del mundo y no estoy formada de cuerpo y alma como ellas? ¿Y este cuerpo no tiene todas las perfecciones e imperfecciones de las demás mugeres (digo las comunes y naturales)?». Pues, ¿qué mala ventura esta, que las otras se an de olgar y se an de reír, ver y pasearse, tratar con los unos y con los otros, y que tengo yo de andar con una contin[en]cia, pausa y recato, con un estraño cuidado de lo que digo y ago que aun los ojos no oso mober a una parte ni a otra?». Y en mi ánima que me daba pena. Y acaeciome un cuento gracioso: que me lebanté (que tube necesidad por el calor que hacía de ponerme a una ventana) y uí ruido en mi recámara, y por entre la puerta miré y vi a Esmeriana y Lupendra, mis criadas de cámara, que, a la luz de una bela que de mi aposento había[n] llevado, con mi mismo espexo estaban las dos en camisa con la mayor risa y pasatiempo del mundo, que me las estube mirando más de media ora y es verdaderamente cierto que les tuve envidia.

–Pues, ¿qué hacían? –dijo Casiana.

–¿Qué sé yo? Mil niñerías dixo Casilda<sup>cix</sup>, con tantas burlas y buenos dichos que fue arto cómo no me oyeron reír. Mas dejado esto aparte, ¿qué le á parecido, prima mía, de mi caballero?

---

Efectivamente, pese a que es Nictemeno quien habitualmente nos habla en primera persona a través de la transcripción del traductor, en ocasiones es este quien toma la palabra para distanciarse del relato del cronista sirio sin que se nos ofrezcan los datos suficientes para confirmar un cambio efectivo en la voz narrativa. En el presente caso nos parece más razonable atribuir esta intervención sobre los hechos narrados a Nictemeno, en la medida en que se hace uso de una ironía sobre la propia adopción de la impostura historiográfica que parece explicarse más cómodamente desde la perspectiva de la primera de las instancias narrativas. Con todo, es cierto que la redacción del pasaje ofrece la posibilidad de interpretar que es el traductor quien justifica aquí su trabajo, de acuerdo con lo cual habría que eliminar el entrecomillado que proponemos a la transcripción del texto.

–En verdad –dixo Casiana– que me pareció estremadamente vien, porque en la justa mostró mucho balor, en la conversación mucha discreción y en el rostro mucha hermosura y aun, en las muestras que dio, mucho amor a vuestra grandeça. Así que me pareció no faltarle nada; que en las cosas de Fortuna, ya sabemos cuánta abundancia tiene.

Pasando con su conversación adelante dixo Gracisilda:

–¿Qué le á parecido a vuestra grandeça del rico presente qu’el baleroso Príncipe de España le envió?

–Si quiere<sup>cx</sup>, prima, que le diga la verdad... no sé, en mi verdad. Por una parte paréceme atrevimiento, sin jamás haverme visto, llamarse sin mi licencia «mi caballero»; lo segundo, qu’estos mensaxeros no los embió él, sino los de la misma isla; lo tercero, prima, ¿a qué próspósito tan mi apasionado sin jamás haverme visto? Por otra parte, cierto que desde que uí a Ursina loarle parece que le tengo una buena boluntad y pía afición; lo segundo, á dado muestra de baleroso y liberal, que son muy buenas <sup>[f. 56r]</sup> partes para un príncipe, y acá interiormente siento una cierta fuerça que me in[cl]jina<sup>cx</sup> a quererle vien. Mas él quedaba aún en la isla: si viene por agua es muy peligroso el camino; si por tierra, muy largo. Así que cierto qu’estoy en esta perplexidad y no sé en qué me determine.

–Aora entrémonos en el retretillo que parece que refresca demasiado, no nos haga daño, y desnudarnos emos y entrarnos emos <a> acostar –dixo Gracisilda.

–Vamos –dixo Casiana. Y así se entraron.

Cuando estuvieron en el retrete Gracisilda se quitó la ropa, y lo mismo hizo Casiana; luego se quitaron unos cuerpos baxos que traían y tanvién las sayas de devajo, solo quedándose en el manteo y faxa y en camisas de pecho baxo. Si en las cosas inanimatas como son piedras, cristal y cosas de esta manera, cierto –dice Nictemeno– aquellos espexos lo fueron, porque en sí tuvieron contraechos dos hermosísimos rostros, y aquella garganta de fina nácar de Casiana, que cual hermosa columna de blanco mármol sustentaba la hermosísima cabeça; tuvieron aquella blandura y delicadez de aquella amorosa carne, herloseada con el abundancia de azules venas que por ella

descendían; aquel oyuelo que al juntarse con la talla del pecho hacía, que bastaba a ser sepultura de mil cupidos (si tantos hubiera), en medio de aquella blancura haciendo una pequeña y hermosa sombra que estrañamente aumentaba su belleza; vieron aquella perfectísima nácar de que estaban forjados los hombros y la blanca y cuajada leche de que se hicieron los pechos, con aquellas señalejas representadoras del medio de aquellas hermosas camuessas, abrigo de amor y donde él se vibifica<sup>610</sup>. Así, se sentó la primera Gracisilda en la sillexa de vestir, y dixo:

–Prima, descálceme, que de vuenos vengo.

Casiana con mucha risa la descalzó, y sentándose ella después recibió la misma buena obra de la mano de la prima. Tanvién se quitaron los manticos y no sé si quedaron cual ante el pastor troyano las tres diosas... –vien aze Nictemeno de cercenar el negocio, y así, dice que se fueron <a> acostar de allí a una ora; lo que en ella pasaron yo no lo sé, allá se abengan–.

Puestas en la cama, dijo Gracisilda:

–Digo que «da Dios fadas a quien no tiene quixadas». Mira, por amor de Dios, ¿de qué sirbe que tenga yo tanta belleça al lado? Aora no me mate Dios asta que... –y aquí se paró un poquito.

–¿Asta qué? –dijo Casiana.

–Asta que me lebante –dixo Gracisilda–, que en mi verdad que no me querría morir tan presto.

–¡Bueno, bueno! –dixo Casiana–. A fe que iba, prima, a decir otra cosa.

–Sí iba: asta que me bea con Paludiano vien que aí.

–¿Y atreviérase a estar con él?

---

<sup>610</sup> La estructura condicional que abría este extenso periodo queda truncada, seguramente a causa de una deficiente redacción por parte del autor. En cualquier caso, debe notarse cómo el narrador justifica con gran ironía la sensualidad de la descripción, apoyándose en la pretendida neutralidad que le otorga el carácter inanimado del espejo a través del cual se nos muestra el cuerpo desnudo de la princesa.

–¡Atreviérase él a estar conmigo! Que yo con él antes perdería el miedo... –dixo Gracisilda.

–Mas en mi ánima que deseo ver al Príncipe de España estrañamente, que mil vienes dicen d'él todos cuantos le conocen.

–Y si viene, prima, ¿no le á de hacer mucha merced?

–¿Yo? ¿En qué? –dijo Casiana.

–¡Bálame Dio! ¿En qué? –dixo Gracisilda–. ¡En tenelle como estó yo agora!

–¡Jesucristo! ¡Calle maldita! ¡No diga esso<sup>cxii</sup>! –dixo Casiana.

–¡Bálame Dios! –dixo Gracisilda–. ¡Guarde no la pape, qu'es un papón! ¡Ojá, niña! ¿An visto el melindrico? ¿Y por qué no? No aya miedo que la mete, que son los españoles muy comedidos. Pues diga, a fe de veras <sup>[f. 56v]</sup>, ¿no le quiere mucho?

–Mucho, mucho que sea extremo no. Mas quiérole de suerte que gustaría más que fuesse mi marido que otro cualquier príncipe cristiano, y esto porque me parece que lo merece su boluntad. Aunque pena me á dado saber que trae consigo una doncella...

–De esso no tenga pena, prima, que en mi ánima que pienso qu'es Areusina mi criada que se viene con él desde España.

–Y veamos –dixo Casiana–, ¿y Areusina no es muger como las otras?

–Y, en buena fe, de muy buen talle. Pues que ya qu'eso sea, ¿qué le hemos de hacer? Si es cosa así de pasabolante... ¡baya!, hombres son, ¿qué les emos de hacer?

–¡No, no! –dixo Casiana–, aun esso me daría a mí mucha pena.

–Pues de essa manera –dixo Gracisilda–, ¿cómo dice que no le quiere mucho?

–Pues no le quiero tan poco que no sentiría esto y mucho.

–De essa suerte, yo, fiadora que vuestra grandeça y él se concierten...

–Ya le viessen mis ojos... –dixo Casiana.

Y, así, parlando avraçada con la prima, se quedó dormida. Venida la mañana, antes que se lebantasen se estubieron en la cama parlando un gran rato y, después que se lebantaron, en la capilla cuando fueron a oír misa preguntaron a Ursina cómo le había ido con su dolor de cabeça:

–Con la merced –dixo– que mi señora Lucelda me hiço, luego estube buena.

Con esto, después de comer ubo toros, donde alanceó el uno de ellos muy bien el príncipe Paludiano, de lo cual Gracisilda recibió particular contento; y, así, duraron las fiestas un mes entero. Y ya los de la isla se espantaban cómo tardaba el príncipe tanto, y más hab[ién]dole<sup>cxiii</sup> echo tan buenos tiempos y favorables vientos. Mas un día que serían cuarenta después que los de la isla habían llegado, aquella tarde había de mantener las justas un gran príncipe de la <E>scitia<sup>611</sup> llamado Sofrasto<sup>cxiv</sup>, que había como quince días que había venido a la corte con grande orgullo y muy ciertas esperanças de casar con la princesa Casiana, y así le servía públicamente. Mas ella no le podía ber más que a sus pecados, no porque no fuesse muy buen caballero y valentísimo, mas tenía fama de cruel y de desamorado y a las mugeres no les tenía pía afición (antes decía más mal de ellas así en general que Mahoma del tocino), y un no sé qué natural tenía tanvién que le inclinaba a aborrecelle. Y así tomaba de mala gana los premios, y tres o cuatro beces se había echo enferma por no salir a las justas.

Aquel día, no sé por qué ocasión, no pudo dexar de salir a las justas y [el] brabo cita salió todo lo galán y sobervio que se puede pensar, con un paramento de brocado morado todo sembrado de topacios de la India hermosísimos. Sacó cuarenta caballeros de cuadrilla y más de cien paxes, todos con librea de brocado morado, guarnición de diamantes, y cincuenta lacayos de la misma librea.

Estando ya para hacer señal el trompeta, entró por la plaça un caballero armado de todas armas, sin escudero ninguno, sino solo una dama puesta con reboço, a la cual él traía de rienda. Y ella venía, para venir de camino, supervísimamente vestida y en una acanea<sup>[f. 57r]</sup> blanca como una niebe, tanvién estremadamente adereçada. Y el caballero

---

<sup>611</sup> Observamos en el manuscrito una significativa convivencia de las formas *scita* y *Scitia* junto con las simples *cita* y *citia*; para la justificación de nuestra interpretación de estas grafías véanse los criterios de edición (*vid.* 8.2.1).

no traía lança de justa, sino una con dos yerros que tenía vien treinta palmos, y los yerros lucidísimo de limpísimo azero. Venía en un caballo canillo no muy grande de cuerpo, mas de escelente proporción y, al parecer, de estremada ligereça. Traía para de guerra muy hermoso jaez y él parecía estremadamente; y así se llebó tras sí todos los ojos de los de la plaça, que apenas ubo grande ni pequeño que en él no mirasse. Y los que con mayor atención lo miraron, forçados de una fuerça natural, fue la hermosísima Casiana, que con una complacencia y aprobación de la boluntad en viéndole le<sup>cxv</sup> pareció mejor que cuantos asta allí uviese visto. Y todo quanto hacía le parecía hacerlo con estremada [gracia] (digo aun lo que naturalmente sucedía acaecer), así como era el movi[mi]ento de la cabeça, el de los braços <o> otra cualquier cosa que sucediesse.

Mas del caballero os hago saber que quedó tal cuando a la hermosísima Casiana vio que apenas le quedó fuerça al alma para vibificar los miembros, y así los dejó casi yertos y fríos, sin que apenas le quedase sentido alguno. D'esta manera estubo un ratico, y, al cabo de aquella suspensión, la doncella que venía con él le dixo:

—¿Qué [es] esto? Esfuércese vuestra grandeça, pues emos ya llegado donde tanto deseábamos. Y mire qu'el mantenedor á derribado tres caballeros y anda muy orgulloso; por esso vuestra grandeça tome una lança y salga a la justa.

Entonces, llegándose al haz de las lanças que a una parte estaba para los ventureros, tomó una y, tentándola, con sacudilla binvrola con ta[nta] fuerça que en menudas pieças la hiço saltar por el aire; y tomando<sup>cxvi</sup> otra le acaeció lo mismo. Al fin, escoxió otra que le pareció la más gruessa y pesada y recia, y con ella con estremada gracia se fue a poner en su puesto y, quietando el caballo, aguardó el son del trompeta. Al cual parte como ardiente rayo de nube espesa y negra despedido, y en medio de la carrera encuentra con Sofraastro, príncipe de la <E>scitia. Y el encuentro fue dado con tanta pujança qu'el caballero se torció ya quanto en la silla, mas Sofraastro dio una tal caída en el suelo que pareció haverse quebrado quantos güessos tenía. Y tal fue la caída que no se pudo levantar de tierra asta que sus caballeros le fueron <a> ayudar. Y, así, aunque con arta dificultad, le pusieron a caballo y se salió de la plaça, con tanta rabia y ira que en viba cólera se iba abrasando.

El caballero se puso en el puesto aguardando que saliessen a justar, y luego salió un caballero de los de las armas moradas de la cuadrilla de Sofraastro, el cual manifestó ser ligerísimo ([o] a lo menos poco pesado), porque boló más de veinte pasos por encima de las ancas del caballo, amoldando después sus costillas en medio del arena. Luego salió otro, el cual y su caballo todo junto fueron trabucando por el arena, cuál arriba y cuál avajo. Al cuarto, como ya el caballero estaba con cólera, sucediole mal, porque como dio de golpe dióse en una piedra que a caso estaba en un lado de la carrera y ubo el pobrete quebradas dos o tres costillas, de suerte que le uvieron de sacar como a cuerpo santo a hombros.

Luego <sup>[f. 57v]</sup> los jueces le llamaron y le dieron en premio un dios Marte a caballo armado de todas armas, con un escudo en la siniestra y en la diestra una lança, echo de un jacinto y oro admirablemente labrado y una de las mejores pieças (aunque no era muy grande) que havía havido en la plaça. Y cuando se la dieron dijo el uno de los jueces:

–Tomad, señor caballero, que a marte, Marte combiene.

Él le tomó, y para haberle de poner en la lança quitóse una cadenilla de oro muy menudita que traía al cuello, con un anillo o sortija para que dividiessse las bueltas, en qu'estaba una letra que decía: «Es de Casiana, Ofrasio». Con esto ató la pieça y, puesta sobre la lança, llegó al barcón, y lebantándola la dio a la princesa Casiana diciendo:

–Aí, serenísima señora, Marte, y aquí –dixo señalándo su pecho– *amarte*.

Casi casi entendió el retruécano la princesa y con aquel su divino ingenio, bajando los ojos y con boz baxa (que solo él lo pudo entender), dixo:

–También yo tendré *a Marte*, pues bos caballero me le dáis.

Y, con esto, sin pasar entonces más raçones, porque ya estaba en el puesto un caballero aguardando, se fue a su començada justa; en la cual con tanta facilidad derribó otros cuatro caballeros que solo se tardó lo que se tardó en correrse cuatro carreras. Así, los jueces le dieron otro precio, que fue un collar de piedras, hermosísima pieça, y aún muy más rico que lucido. Y el príncipe con mucha gala llegó y en lengua portuguesa,



qu'él admirablemente sabía, haciendo aquellos adamados movimientos de aquella nación, dijo:

–Tomad, mi señora, que cierto os digo que quisiera ser más collar por un rato que señor de todo el mundo, porque los cielos y los avismos están rendidos a vuestra hermosura.

Muchísimo gustó la buena Ursina del término portugués del caballero. Y así en aquella lengua, que graciosísima es para mugeres, le respondió:

–Andad, señor caballero, que mucho contento an recibido mis ojos con veros, porque me parecéis idalgo de mucho merecimiento.

–¡O, Dios! ¡O, cielo! ¡O, tierra! ¡O, abismos todos! Dad el parabién a mis orejas, que tal an merecido oír de aquella divina boca de aquella dama.

No pudo estar que no se riesse Ursina de ver al príncipe cuán graciosamente le había dado el premio. Y, con esto, tornándose a sentar, dijo:

–Zierto que aquel caballero yo no sé quién s'es, mas qu'él me á hablado a uso de mi tierra, como si en ella se ubiera criado toda su vida; porque viniendo máscara, –qu'es tapado el rostro<sup>612</sup>– habló muy como se había de hablar.

–¿Conocióle vuestra gradeça? –dixo Casiana.

–No, en mi berdad, señora, solo me parece español en la echura de la targeta y en el timble, que aquel león quel trae por timble no le é visto sino solo a los de la casa de los reyes d'España.

–Cierto él [es] estremado justador.

–Sí es, por cierto –dijo Ursina–. Y deve de ser graciosísimo y de muy buen término.

---

<sup>612</sup> Reconocemos que no somos capaces de decidir con seguridad si esta frase debe atribuirse a Ursina o al narrador, opción esta última por la que nos decantamos en nuestra propuesta de edición.

Con esto, la princesa, qu'estaba desatando de la cadenilla al Marte para le mirar muy despacio, vio la sortija o argollexa. Y mirándola en particular vio las letras, las cuales como estaban en español ella las leyó con mucha facilidad (que raçonablemente sabía aquella lengua). Y turbada, sin decir nada a las compañeras, se echó la cadenilla al cuello, y dicen que dixo entre sí: «Por tu esclaba me pongo argolla y cadena». Mas que tornando en sí dixo: «¿Amas, boba? ¡Allá temprano<sup>613</sup>! ¡Aguarda, aguarda Casiana! Que tiempo ay para todo».

En esto partía ya otro caballero [f. 58r] que se havía puesto en el puesto y, por no nos detener, de la misma suerte le sucedió con [estos]<sup>cxvii</sup> cuatro que con los demás le havía sucedido; y diéronle por premio un apretador de cabeça, estremada pieça. Este llebó a Gracisilda, y como ya él sabía por Areúsa<sup>cxviii</sup> cuán graciosa era, cuando se le dio dixo:

–Sé a lo menos, mi señora, qu'este mi precio qu'es para poner sobre la cabeça.

–Tenéis raçón, caballero –dixo Gracisilda–, que todo esso es menester: levantar vuestras cosas<sup>cxix</sup> para que balgan algo...

No pudo estar que no se riyesse el príncipe y dixo:

–Y aun entonces mi señora baldrán...

Y paróse; y Gracisilda dixo:

–¿Qué, por vida vuestra?

–Poco...

–No digo yo tal.

---

<sup>613</sup> *allá temprano*: Podría tratarse de una expresión lexicalizada, que en el contexto del pasaje parece querer subrayar la inconveniencia de fiarse con fuerza de los sentimientos primeros o, más bien, lo exagerado de la actitud de la princesa; sin embargo, reconocemos nuestras dudas al respecto, admitiendo la posibilidad de que el copista simplemente haya omitido un fragmento de una oración más amplia. En todo caso, conviene notar la cercanía de esta expresión con la paremia: «Allá va lo tardío con lo temprano, mas no en la paja ni en el grano», empleada para decir «que todo ha pro, mas no tal» (*Correas*, pág. 76); de la cual podría proceder en cualquier caso.

Y, con esto, bolbió la rienda, que le estaban ya aguardando, y ella muerta de risa dijo lo que con él había pasado. Luego ganó otro premio (que aquellos señores cortesanos eran muy amigos de su tierra, y así con facilidad se avraçaban con ella), que fue una cinta vien hermosa, especialmente la brocha, que era estremada pieça. Esta llebó a Lucelda, a la cual le había dicho Areusina que serbía Selbasino. Y como llegó a dársela dixo:

–Con licencia del serenísimo príncipe Selbasino, al cual suplico a vuestra grandeça mande que adereze vien essa vrocha, y d’esta manera se podrá traer essa cinta qu’está muy recia<sup>614</sup>.

Lucelda, que no era nada necia ni encogida, le respondió:

–Bos, caballero, si sois platero os exercitá en essos oficios, que aquí muy bien adereçadas traemos las cintas y no queremos dar esse descanso o trabaxo a los príncipes.

–Y aun de esso renegamos nosotros... –dixo el español.

Y, con esto, bolbió la rienda al caballo y ganó otro precio. Este apenas le vieron ganar, porque estaban riyendo lo que a Lucelda había dicho; mas vieron cómo le daban otro premio, que fue una guirnalda arto más curiosa que costossa. La cual puesta en la lança llebó a la hermosísima Casiana, y dándosela dijo:

–Corona es del bencimiento.

–Tenéis raçón, mas es vuestro –dixo Casiana.

–Y son vuestras mis bitorias –dixo el príncipe–, y mío el ser buestro esclabo.

En esto, llegándose Ursina dixo:

–Señor caballero portugués.

---

<sup>614</sup> *Brocha*: Lo mismo que *broche* según Covarrubias, esto es: «un género de instrumento en forma de alamar, que consta de dos pieza iguales, que la una en su extremo tiene un agujero largo y angosto como ojal, a la cual llaman hembra, y la otra también en el uno extremo un gancho capaz de entrar en el expressado agujero, a quien llaman macho» (*Autoridades, s.v. broche*). A la luz de la definición anterior se esclarece con facilidad el juego de palabras de cariz picante que Ofrasio propone a Gracisilda.

–¿Qué me mandáis, mi señora? –dijo el príncipe en aquella lengua.

–Levantaos la visera –dijo la princesa en muy cerrado portugués–, que os quiero hacer favor de refrescaros el rostro.

–Echá, echá, mi señora, un poco de esse divino resollo, qu’esa será la verdadera aura que me refresque.

Y muerto de risa lebantó la vissera, al cual como Ursina conoció dijo:

–¡A, ladrón Ofrasio! ¡Bos avíades de ser! Aora andad, que a fe que bos me lo paguéis, que entre nosotras queda quien será vuestro guchillo...

«A lo menos su taxón», dicen que dixo entre sí Casiana. Deve de ser mentira, que una princesa y tan onesta no diría esso; «su baina» o «su funda», o otra cosa así onestica podría ser que dixesse, mas essotro no lo creo... –sí... ni más ni menos bonitas son mugeres, y más moças y hermosas, y un tantico picadillas de amor para que piensen essas cosas. No, no, no lleba camino<sup>615</sup>.

Estando, pues, en esto, mandaron los jueces sacar un par de toros, a los cuales alanceó el princ[ip]e Ofrasio estremadamente (que en esto ya savéis que lleban ventaxa los españoles a todas las naciones del mundo), con lo cual se acabó la fiesta por aquella tarde. Y Ursina envió a vuscar al príncipe para saber d’él si quería estar descubierto, que se le diesse un cuarto en palacio, y si quería estar encubierto, ver dónde quería posar, para <sup>[f. 58v]</sup> que se aparexasse la posada como convenía. Al príncipe topó el enano de Ursina que iba con este recaudo, el cual le respondió que vesaba a su grandeça las manos por la merced y que luego iría allá su doncella y se aría todo como su grandeça mandasse.

Con esta respuesta se bolbió el enano, y ya serían casi las siete de la tarde cuando Areusina fue a palacio, llebando las acaneas y presente que la duquesa Camilina enviaba a la princesa Gracisilda. Y como entró en palacio, haciendo aposentar a los escuderos o palafreneros españoles que las acaneas traían, subió al aposento de

---

<sup>615</sup> Como en otras ocasiones, delimitamos la voz del traductor entre rayas para esclarecer la polifonía textual que propone el texto.

Gracisilda, a la cual alló con la princesa Casiana. Y como entró así de camino, con un vestido que los de la isla le havían dado que de la reina Leposiana, madre de Asdragud godo, havía sido, [y] sin exageración era uno de los mejores vestidos que havía en el mundo (salbo los de Cenobia y los de Elisina y Astrobia, reinas antiguas de los godos, qu'estaban en el tesoro de la isla Circasena; mas fuera d'estos el mejor era qu'el mundo tenía y más rico, porque sin duda balía más que las dos mejores ciudades del Asia); el color era negro; el aforro, tela de oro; la guarnición, pedrería de inestimable balor; la echura, sármata (lo que era era camisa, faxa, mantico, calças, botillas, saya, cuerpo, jubón, vasquiña, ropa, capote, tocado y sonvrero, collar y cinta y tres anillos y unos guantes); cuando Gracisilda la bio, abraçándola con mucho amor le dixo:

–¿Cómo vienes, amiga Areusina, y cómo te ha ido en el camino?

–Vengo, mi señora, muy buena, como siempre aparejada para las cosas de tu servicio. En lo demás, vengo mejorada en tercio y quinto como, mi señora, ves. Vi<sup>cxx</sup> en Viarne<sup>616</sup> a tu hermana, híçome mucha merced; tráigote mi señora cartas. Pasé a la feliz España, vi a mi señora la duquesa Camilina, híçome mucha merced; envíate un presente digno de tan excelente señora. A mí hízome mil mercedes; mas no me espanto, que las sobras de España bastan a enriquecer las demás probincias.

Que te prometo señora qu'en sola una ciudad, y digo verdad en esto, vi seis moradores que pasaban de a zien mil ducados de rentas; otros veinte y cuatro que pasaban de treinta mil y algunos llegaban a ochenta<sup>617</sup>. Vi una cassa que le valía al rey cada año más de trecentos mil ducados; un clérigo que tenía cien mil y más ducados de renta, y la iglesia más de docientos mil. Vi una escalera que rentaba más de cuarenta cuentos y no hay<sup>cxxi</sup> año que uno con otro no entre en ella tres [o] cuatro millones. Esto vi en sola una ciudad, mira mi señora qué tal será la probincia o cuándo Roma, ni el

---

<sup>616</sup> Parece aludirse a la ciudad francesa de Bearne, situada a los pies de los Pirineos.

<sup>617</sup> **Comentario marginal del copista: «Verdad que todo esto y más ay oy en Sevilla».** El artífice de la copia en limpio se permite introducir aquí un comentario sobre el texto de la obra que lo distancia de la labor de creación connatural a un autor; en consecuencia, este apunte vendría en apoyo de nuestra propuesta de interpretación de la identidad textual del manuscrito, según la cual nuestro testimonio no constituiría un autógrafo (*vid.* 3.2).

Cairo, ni Cartago, ni Atenas, ni Corinto ni otra alguna ciudad del mundo tubo tanta riqueza; así qu'es fortísimas y poderosas provincias.

Los hombres no son muy altos, pero los más balerosos son y para más de todas las naciones<sup>618</sup>; no son estremadamente blancos, mas tienen un moreno no feo y un buen encarnado<sup>619</sup>. Es la gente amigable y llana y de poca malicia, mas con esto son amigos de mandar y baler, y mucho más fuera de su patria, que en ella misma sufren mucho trabaxo y, por esto, es gente aptísima para las guerras. Al fin, mi señora, yo vengo aficionadísima <a> aquella provincia y mucho más al príncipe de ella [f. 59], al cual por mi felicísima dicha é acompañado todo este camino. Para hacer relación de su persona, de su hermosura, de su fuerça, de su balor, de su brío, de su donaire, de su buena condición, de su virtud, de su magnificencia, de su liberalidad, de su cristiandad es menester mucho tiempo y agora hácese tarde, y más si vuestra grandeça á de l<e>er todos esos despachos.

–Aora bámonos a dormir –dixo Gracisilda–, que mañana parlaremos despacio en esse negocio.

Con esto, dieron licencia <a> Areusina para que se fuesse <a> acostar, y aquellas princesas se quedaron juntas, donde las dejaremos por deciros lo que el Príncipe de la Citia hiço otro día después que Ofrasio<sup>cxix</sup> llegó a la corte.

## **Capítulo 16. De cómo el Príncipe de la Citia por consexo de un criado suyo reboltoso y de mal término pidió por muger a la hermosa Casiana, y de lo que de ello sucedió.**

Ya os dijimos cuán ufano y contento estaba el Príncipe de la <E>scitia en la justa cuando entró el Príncipe de España en ella, y bistes lo que en ella sucedió: que no solo perdió los vríos el brabo <e>scita, mas la onra y la salud perdió con la caída; porque aunque no se quebró pierna ni braço, como dicen, quedó quevrantadísimo de la

---

<sup>618</sup> **Ap. marg.:** «Tholomeus, in expositione provincie Ispanie». Tolomeo, *Geografía*.

<sup>619</sup> **Ap. marg.:** «Abramus ortensis de Europa, in descriptione Ispanie». No hemos conseguido desentrañar esta referencia.

caída y tanto que aunque quiso no se pudo otro día levantar de la cama. Y estando en ella, quebrantadísimo cuanto podía ser y melancólico en extremo grado, entró un criado suyo, gra[n]de adulator y mentiroso y amicísimo de rebueltas e invenciones, y como entró en el aposento dixo al príncipe:

–¿De qué esta vuestra grandeça melancólico o en qué está pensando? Déjesse vuestra grandeça de esso y alégresse, que lo que ayer sucedió ya se á descubierto<sup>cxixiii</sup> que por encantamiento y con bellaquería vencía aquel mal caballero, y así vuestra grandeça ninguna fama á perdido. Y más qu'está toda la ciudad con él que si lo pudiessen ver muerto aún no se satisfarían de la mala boluntad que le tienen, y las princesas se riyeron ayer d'él haciendo burla de sus desatinos. Y aun no á faltado quien diga qu'es un traidor, y que un adversario suyo muy buen caballero persiano vi<e>ne a reptalle delante del Emperador...

Y para urdir esto començó a decir diez mil mentiras que ni lleba[ba]n pies ni cabeça, lo cual todo oía el príncipe de muy buena gana, como negocio que tan a pelo venía con lo que él deseaba. Ya que ubo murmurado y mentido un rato del caballero, díxole:

–¿No sabe vuestar grandeça qué é pensado?

–¿Qué? –respondió el <e>scita.

–Que pues a esta corte –dixo el caballero– tu grandeça vino a solo ver si te contentaba Casiana para casarte con ella, y ella me parece que á sido tan dichosa que te á contentado, mi boto sería que la pidiesses, señor, por esposa a su padre. Que apenas la habrás pedido cuando te la hayan dado y con mucho contento del babilónico pueblo, que aun ayer lo oí yo decir a los más principales príncipes de la corte, y decían que todos se tendrían por dichosos si te cobrasen, señor, por su príncipe. Y esto no lo oí<sup>[f. 59v]</sup> en sola una parte, sino en cuatro o zinco; y así sería, señor, a mi parecer, acertado el pedillo, pues tan fácil te á de ser el alcançallo.

En esta conversación estuvieron un gran rato asta qu'el príncipe se determinó de hacerlo cómo aquel su criado se lo aconsejaba, tiniéndole por muy aficionado a su servicio. Y, así, otro día muy bien adereçado y acompañado se fue a palacio, y dixo que

delante de los grandes quería hablar al Emperador, y así hizo que un secretario se lo dicesse. Y, por no haber aquel día oportunidad de combocar a los grandes, se quedó para otro día, embiéndole a decir el Emperador que por entonces perdonase, que otro día o mañana se juntarían para ver lo que su grandeza mandaba. Con esto, se ubo de quedar para aquel día.

Y esta Fama parlera que no sabe callar nada comenzó a publicar qu'el Príncipe de la Citia quería pedir por muger a la hermosa Casiana. Y tanto creció en las lenguas de los cortesanos que llegó a uídos del Príncipe de España, que entonces estaba hablando con Areusina en su aposento (qu'en un aposento vaxo del cuarto de Ursina portuguesa posaba). ¡Y si supiésedes en qué lengua venía sentada la Fama! ¡En la de un criado de cámara que andaba barriendo!, y dixo riyendo a otro paxe:

–¡Ola! ¡Justas tenemos!

Y el paxe dixo:

–¿De qué, de qué?

–¡Ay, por Dios! ¡Boda! –dixo el moço de cámara.

–¿Qué? –dixo el paxe–. ¿Cásase alguna fregona con algún lacayo?

–No, en buena fe –dixo el moço–, sino mi señora Casiana.

–¿Y con quién? –dixo el paxe.

–Dicen que con el Príncipe de la <E>scitia.

Esto último entendió Areusina, y dijo:

–Ven, Caproto –que así se llamaba el criado de cámara–, ¿qué dices?

–Que no decía nada, señora –dijo el moço.

–¡Acaba, bestia, de lo que decías!

–Estaba, señora, diciendo aquí a Prosuno que me había dicho Jacinto, el castrado<sup>cxxiv</sup> que tiene cuenta con los paxes, que se trataba el casamiento con el Príncipe



de la <E>scitia y mi señora Casiana. Y que había sabido (aunque en secreto) que mañana[na] o después de mañana[na] la había de pedir por muger al Emperador mi señor y a los grandes del reino.

–Anda, necescio<sup>620</sup> –dijo Areusina disimulando–, que debe de ser mentira. Y ya que sea verdad, no lo andes diciendo, que se enoxará el Emperador.

–Yo, señora –dixo el moço–, no lo diré más.

–Ya asta los moços de cocina lo saben. Aora anda, acaba lo que estabas haciendo y adereça essa sala de fuera –dixo Areusina.

Y llamando al príncipe aparte, que nada d’esto avía entendido, le dijo:

–Señor, un muy ruin negocio tenemos.

–¿Y qué es? –dijo el príncipe.

–Es qu’el de <E>scitia pide a mi señora Casiana por muger, y el Emperador fue uña y carne de su padre y de cosa d’este mundo no gustará él más que d’esto. Ved qué remedio queréis que tengamos.

Tanto turbaron estas palabras al príncipe que casi casi no acertó a responder palabra, sino solo dixo:

–Todo el remedio depende de la boluntad de mi señora Casiana, y cuando la suya sea essa, con morir y entregar esta vida en sacrificio del verdadero amor que le tengo, acabaré.

–Aora, ¡sus, señor príncipe! No lo llevéis por aí, que otros cortes emos de dar que aprovechen más. Yo me boy a hablar a mi señora Gracisilda y d’ella sabré yo la boluntad de la princesa Casiana, y con lo que fuere os bolberé <sup>[f. 60r]</sup> con la respuesta.

Con esto, se fue Areusina, quedando el príncipe con tanta pena cuanta se puede pensar, rebolbiendo cien mil imaginaciones en la fa[n]tasía. Cuando Areusina llegó al

---

<sup>620</sup> *Necescio*: No hemos logrado localizar otras documentaciones de lo que podría ser una particular evolución de la voz latina *nescius*, por lo que conviene plantear también la hipótesis de que se trate de un error transpositivo.

cuarto de su señora, que aún se era muy de mañana, estabase la puerta de la cuadra cerrada. Y, como Areusina entrase por el cuarto de las moças de cámara, entonces se començaban a lebrantar, y ella dijo:

–¿Qué hace mi señora Gracisilda?

–Pasito –dixo la moça de cámara–, que aún se están durmiendo, que está con ella la princesa Casiana y se estuvieron parlando asta más de las dos, y aora parece que duermen.

En esto Areusina hiço [co]mo que havia estropeado en un escabel qu'estaba a los pies de la cama de las moças de cámara, y Gracisilda dixo:

–¡Ola! ¿Qué ruido es esse? ¡No miraréis cómo andáis!

–Yo soy, mi señora –dijo Areusina–, que no sé cómo estropecé en este banquillo. Mas pues á despertado vuestra grandeça, querría hablarle una palabra.

Y diciendo esto abrió una portezuela pequeña que salía a la cuadra, y fuesse derecha a una ventana de una vedriera de cristal y avriola así un poco.

–Vien la podéis avrir más –dixo Gracisilda–, y avrí tanvién la vidriera. ¡Jesucristo! ¡Y qué tarde es!

–No es muy tarde, mi señora –dixo Areusina–, que aún no son las nuebe, sino como son los días grandes parece que á que amaneció un año, aunque ya son menores más de ora y media; mas con todo esso ay diez y seis oras de día o más. ¡Muy vuenos días dé Dios a vuestras grandeças! Por esto dijo aquel filósofo y poeta Píndoro que no havia falta de vienes en el mundo, sino qu'estaban mal repartidos, faltando en partes y sobrando en otras. Yo vengo agora de donde faltaba lo que aquí sobra y sobraba lo que falta aquí.

–Sí, a mi cargo que venís bos de ver a vuestro amigo el Príncipe de España...

–¿Mi amigo, señora? Esso se le probará a vuestra grandeça, que si esso fuera no uviera para qué traer yo el autoridad de Píndoro.

–¡Calla, maldita! Que no lo digo yo en esse sentido, sino digo qu'es vuestro amigo en buena parte [o] no sé nada –dixo Casiana–, compañía de tantos días algo es peligrassa...

–No para vuestra grandeça –dixo Areusina–, que no ama el príncipe de suerte que esso ni essotro baste a hacerle herrar contra vuestra grandeça, ni aun a lo que entiendo con el pensamiento, porque jamás habla ni piensa sino en cómo servir y agradar a vuestra grandeça. Aunque agora en verdad...

–¿Qué? –le dixo.

–Con una buena calentura que de una alteración le á dado...

–¿Calentura? –dixo un poquito alterada Casiana.– ¿Y de qué? ¡Decí!

–Y es recia a fe mi señora... Que le dio con vrabos azidentes de melancolía...

–Pues acaba, ¡decí!, ¿de qué? ¡No estéis burlando, que tarde es ya para burlas!

–Pues essas veras, mi señora –dixo Areusina–, bastaran a darle salud, que su enfermedad es que á sabido qu'el príncipe Sofraestro <e>scita á de pedir oy a vuestra grandeça por muger al Emperador mi señor, y diéronle estas nuebas tanta alteración que queda en buena fe vien desgraciado y con calentura.

–Vien parece –dijo al princesa Casiana– que no está el príncipe en mi pecho, que si lo estuviera él biera cuán seguro podía estar de essas cosas. Más pena me á dado, en buena fe, su enfermedad que esse otro disparate; que boca tengo, ¡vendito sea Dios!, para decir no quiero. El cual diré yo de muy buena gana y a boca llena no una vez, sino ciento.

–Aora, prima –dixo Gracisilda–, sepa qu'estos españoles los más de ellos tienen una cólera estraña aunque nobilísima y un enoxo basta a acabarles la vida, y en mi ánima que <sup>[f. 60v]</sup> é miedo no le aga daño. ¿Quiere que nos bamos al cuarto de Ursina la portuguesa? Y ella enviará a llamarle, qu'es su prima hermana, hijos de dos hermanos, y allí aunque le alle todo el mundo no tienen qué decir, que son de una tierra y tan deudos. Y allí podremos hablalle, y verá cómo todo se ordena muy a gusto.

–Por mí se’así –dijo despereçándose Casiana muy prolixamente.

–Eso es –dixo Gracisilda– gana de manteles<sup>621</sup>: aguarde un poco, que presto creo que se los darán...

–Temprano –dixo Casiana– havía de tener gana de almorçar.

–No es esso... Aora vien, lebantémonos y bamos, a fe, antes que se haga más tarde, que este me parece qu’es el mejor orden de todos.

–A ello.

Y diciendo esto saltó de la cama, y Areusina<sup>cxv</sup> dándole una ropa y unas chinelexas de vrocado encarn[a]do dixo:

–Tanvién é visto esta mañana al príncipe Paludiano mi señor, y quedaba en mi ánima que era lástima, vañado en lágrimas de la pasión de amor que hablando en essa divina hermosura sentía. Mas en mi ánima que tenía raçón...

–¡Así, así! –dixo Gracisilda–, andaos bos essas estaciones por la mañana y id a ver esos cuerpo santos, que a fe que antes de muchos días podáis suvir escalones altos sin peligro<sup>622</sup>. No, sino vurlaos y quiçá os acaecerá lo que a la santera de nuestro lugar.

–¿A cuál? –dixo muerta de risa Areusina.

–Aquella que parió las tres criaturas de una bez y nunca andaba sino atiçando las lámparas de las iglesias.

---

<sup>621</sup> *gana de manteles*: Expresión con la que se hace referencia en modo figurado al apetito sexual, tal y como puede comprobarse en el siguiente fragmento de la *Comedia Aquilana* de Torres Naharro: «Por fatiga / no consiento que se diga / que se va mi tiempo en vano, / quiero buscar una amiga / y hazer como Aquilano. / Hora ver, / Dileta me dixo ayer: / “No pareces como sueles”; / aquí no es más menester, / ella ha gana de manteles. / No es hermosa, / pero basta que es graciosa / y aun gentil para en la cama; / puede tener, otra cosa, / mejor cuerpo que su ama. / No soy viejo, / ni me fallece consejo / ni otras cosas que hombre calla; / basta, que tengo aparejo / para poder contentalla» (consultado en CORDE [14/05/15]).

<sup>622</sup> *subir escalones altos sin peligro*: No hemos logrado documentar esta expresión, tal vez de significado similar a aquella que reza: «Súbesenos al tercer cielo», que, según Correas, se usa «para decir que es una persona muy contemplativa y santa» (*Correas*, pág. 757).

–¿Esa misma? ¡Mal año! –dijo Areusina– ¡Cuánto más que no, mi señora! No son estos caballeros jente tan olgada como aquellos venditos con quien ella trataba...

–¡Ca, ca, Areusina! –dijo Gracisilda–. ¡Pasito, pasito! No, no metáis las manos en la masa de la murmuración que ya sabéis cuánto la aborrezco, que no fue el que trató con ella sino aquel que después se casó con ella, que aun yo les di con qué se casasen por quitar murmuraciones.

–Yo así lo creo como estamos en esta litera.

–Mas tome vuestra grandeça esse manteo, dad de vestir a mi prima, que yo me vestiré –dixo Gracisilda.

Cuando Casiana se levantó, Areusina, espantada de su estremada hermosura, dixo:

–Es verdad cierto que como aquel infame emperador de romanos, Eliogábalo, deseó ser muger por aquel su bestial pensamiento, que yo al rebés, con pensamiento bonísimo, quisiera ser hombre más que cuanto Dios tiene oy en el suelo.

–Eso todas las mugeres del mundo lo deseamos, porque apeteceamos mayor perfección de naturaleza en la que tenemos –dijo Casiana.

–En mi verdad, mi señora, que entiendo que en esa máxima que se engaña vuestra grandeça y qu'es no entender vien al filósofo, qu'él no dice que las mugeres deseamos ser hombres, sino que deseamos ser mugeres y hombres.

–¡Calla, demonio! ¿Cómo puede ser?

–¿Cómo, señora? Acuérdomme qu'eso l'olí a mi madre, que decía que era como los ingertos de los árboles.

–¡Ta, ta, ta! ¡Calla, calla! Que ya os entiendo, no paséis más adelante, que decís las verdades muy desnudas. Y por no estarlo yo tanto dadme aquella vasquiña. ¡No apretéis tanto esas cintas, que hace calor!

Con esto, les dio de vestir, sin que entrase moça de cámara ni nadie. Después, así arrebuxadillas, se pasaron al cuarto de Casiana por unos aposentos secretos y se

entraron en el retretillo de Casiana y de los tocados de la isla Circasena. Dos damas las tocaron curiosísimamente puniéndoles mil dices y cosillas curiosísimas estrañamente, y la hermosa <sup>[f. 61r]</sup> Casiana dixo a Gracisilda:

–Muy bien le está a vuestra grandeça esse tocado, que nunca Cleopatra mirada de los ojos de su Antonio con las tiaras egipcias estuvo tan hermosa, ni mostró tanto donaire y vrío como el que agora vuestra grandeça muestra con el circasino tocado, que a fe mía que le está muy bien.

–Veso a vuestra grandeça las manos –respondió<sup>cxxvi</sup> Gracisilda– por tanta merced, que tan divinos espexos, como son los compuestos de esos dos hermosos soles que componen esos ojos, claro estaba que havían de hermostear las especies que reciben con tanta fuerça que aun los objectos participasen de la hermosura que con sus hermosos rayos les comunica.

Areusina, que les vio començar esta conversación, les dixo:

–Déxense agora vuestras grandeças de essas retóricas y cumplimientos, que tiempo vendrá en que purificadas essas raçones en las fraguas de amor, saliendo encendidas para avrasar el pecho capaz de aquellos fuegos, se digan con más sentimiento y ternura. Aora bamos al aposento de la señora princessa Ursina y demos orden en el negocio que tenemos entre manos, que a fe mía que entiendo que á de ser más penosso de lo que pensamos. ¡Ca! ¡Vamos mis señoras!

Con esto salieron del retrete aquellas dos hermosísimas infantas, tan vien adereçadas y hermosas y con tanto garbo y vrío cual la hermosa Elena, cuando en la Grecia salió a recibir y ospedar al hermano del troyano Héctor, salió hermosa. O como cuando en Ovid[i]o salió Dido<sup>cxxvii</sup> del templo, herida ya de la jara que los hermosos ojos de Leandro le havían clabado en el hermoso pecho. Y iban trabadas de las manos con tanta gentileça como las zelebradas Silbia y Galatea.

Ya eran casi las diez cuando haviendo de pasar por un corredor para haver de entrar en el cuarto de Ursina, indo, aunque acompañadas de algunas doncellas, solas respecto de las que las solían acompañar, vieron que en él, armado de todas armas, con un manto de vrocado verde alcachofado de oro, lebandada la vissera con un lienço en las

manos cubriendo con él los enternecidos ojos, se andaba un caballero paseando; al cual luego conoció Areusina y así lo dixo <a> aquellas señoras ser el que se paseaba el príncipe de España, Ofrasio.

Y aún apenas ella lo acababa de decir cuando bolbiendo el paseo el príncipe, con un encendido suspiro, quitando las nubes de las lágrimas de los ojos, vio a las princesas. Y, así, turbado como el caso presente lo pedía, se fue a poner de rodillas delante de las princessas, y a Casiana pidió las manos con estas avizcainadas<sup>623</sup> razones, según dice Nictemeno:

–Suplico a vuestra grandeça [f. 61v] me dé las manos para que lebantado por ellas merezca el alma, saliendo de las tinieblas que padece, ofrecerse en sacrificio a essa rara belleça.

Así no muy atentadamente dixo estas palabras el buen caballero, tan llenas de amor y verdad quanto faltas de superflua retórica y dorado artificio. A las cuales contenta y no menos turbada la princessa respondió<sup>cxviii</sup>, dándole su hermosa y blanca mano:

–Levántese vuestra grandeça y no haga esso, pues tan de mi boluntad la doy y por mi...

Y no dixo «esposso», que la turbación y un paxecillo de Ursina que llegaba se lo estorbaron. Y, con esto, lebantándose del suelo en el cual ya el paxe estaba puesto de rodillas, bolbió así un poquito la cabeça a oírle lo que le decía, el cual dixo en lengua portuguesa:

–Mi señora la princessa suplica a vuestra grandeça se entre en su cuarto, porque tiene necesidad de hablar con vuestra grandeça una palabra.

–Andad, paxe –dixo Casiana–: decí a la señora princesa que allá imos todos, que nos aderece su grandeça la comida.

---

<sup>623</sup> *avizcainadas*: Según *Autoridades* se dice «del que se asemeja en la cortedad y sencillez o en la escasez y torpeza de palabras» (*Autoridades*, s.v. *vizcaíno*).

Con esto, indo delante el príncipe llegaron todos aquellos señores a la sala del cuarto de Ursina, la cual sabiendo que venían aquellas princesas ya estaba a la puerta de ella aguardando. Y como las vio entrar salió asta el medio de la sala, en la cual se recibieron muy bien y con mucha cortesanía. Y, así, entrándose en la cuadra aquellas princesas se sentaron en un hermoso estrado qu'estaba puesto debaxo de un muy rico dosel de vrocado encarnado y piedras, y el príncipe se sentó en una silla de plata que le pusieron. Y después de haberse quietado un poquito, la princessa Ursina hiço una seña a la camarera para que llebasse de allí a todas las damas, de suerte que se quedaron solas aquellas tres princesas y el príncipe y Areusina. Y como vio buena ocasión la portuguesa, que ya las nuebas había oído (que para se las decir había enviado a llamar a Ofrasio, príncipe de España), les dixo así como en conversación:

–Ya sabrán vuestras gradeças lo que Sofrasto, príncipe de <E>scitia, pretende. Y a mí no me á parecido acertado porque, como dicen en mi tierra, paréceme que hace la cuenta sin la güéspedes. É olgado mucho de que estemos aquí todos juntos, porque notablemente deseo saber qu'es lo que a vuestras grandeças en este casso parece.

Haviéndose mirado primero unos a otros un ratico, Casiana, con mucha onestidad y con la boz baxa y muy compuesta, dixo:

–Por agora no tenía el príncipe que tratar en esso, que mi boluntad no es de casarme por agora y, ya que lo fuera, no lo es a lo menos con él. Y esto mismo pienso responder<sup>cxxix</sup> a mi padre o cualquiera que en ello me hablare, y así hablemos en otra cossa, que dame pena <sup>[f. 62r]</sup> aun solo pensar el atrebimiento del <e>scita. Y, así, en este caso vien descuidados podemos estar por agora, asta qu'el tiempo nos dé muestras de lo que será vien que se escoxa. Aunque, en lo que toca al príncipe Sofrasto, vien sé que xamás vendrá el tiempo tal que me enseñe lo contrario de lo que agora digo.

Pasaran adelante en la conversación sino fuera porque entró un paxecito a decir a la princessa que el Emperador su padre la enviaba a llamar, con lo cual ubo de irse con arta pesadumbre entendiendo para lo que su grandeça la llamaba. Y, así, índola acompañando aquellas dos hermosas princesas, ubo de ir a la Sala de Estado. Y al salir por la puerta del cuarto de Ursina, Casiana dixo a Ofrasio, príncipe de España (baxo, que solo él lo pudo entender):



–No tenga vuestra grandeça pena d'estas cosas, que yo prometo que xamás será Casiana sino de Ofrasio, aunque le cueste la vida.

No supo Nictemeno lo qu'el príncipe havia respondido, y así solo dice que respondió más con amor que con raçones, más con verdad que con retórica, más con el corazón que con las palabras y más con los ojos que con la lengua. Con esto, se despidieron vien, cerca ya del cuarto donde el Emperador estaba con los grandes del reino aguardando. Y, como aquellas princesas entraron acompañadas de sus damas y dueñas, todos aquellos señores se pusieron en pie, quedando solo sentado el Emperador. El cual, como vio tiempo oportuno, començó de esta manera:

–Son tantos los daños que reciben los imperio, reinos y señoríos cuando en ellos faltan los ligítimos señores, que por obiar a este daño cualquier cuidado y diligencia que se ponga es justo y no solo esso, mas aun necesario y forçosso. Por lo qual –dijo bolbiéndose a la princesa Casiana– nos á parecido, hija, a estos caballeros y a mí, que es vien, pues la edad no contradice, que toméis estado, tomando por marido al príncipe de la <E>scitia, al cual todos de buena gana recibirán y jurarán por su príncipe si bos le recibís por esposso.

Viendo que toda la sala estaba parada y que nadie meneaba el labio aguardando lo que respondería, con una gracia estraña y con estremado donaire y una onestidad modestísima, aunque no ignorante ni encogida, respondió diciendo:

–Todas las cosas nuevas, sacro Emperador, causan admiración y, las más beces, turbación y desasosiego, porque la poca costumbre de las tales tiene el supuesto muy aparejado a estas pasiones. Yo estaba agora tan descuidada y agena d'esta nobedad que no es mucho que con uirla me aya turbado; y así, si no fuere tan acertada la respuesta, más a la turbación que a mi boluntad se atribuya el yerro. Por agora, sacro Emperador, yo no tengo boluntad de tomar estado <sup>[f. 62v]</sup>; mas supuesto, señor, que así lo mandas, dame señor quatro meses de espacio para que en un negocio tan grabe y que no á de durar menos que la vida, dé la respuesta. Porque las repentinas respuestas<sup>cxxx</sup> en tales casos suelen ser muy prolixas en los contrarios sucesos y desavridos fines.

A todos sino a Sofraastro pareció vien la respuesta. Y así, aunqu'el quedó descontento, el Emperador le dixo:

–Aora se’así, hija, como lo queréis, aunque la simple renunci[i]ación de vuestra voluntad en la mía fuera lo más azertado.

Con esto, sin replicar más se salió la princesa con sus damas, quedando vien dibisa la sala en barios pareceres, que apenas ay negocio si no es demasiadamente exorbitante que en varios supuestos no cause varias upiniones y pareceres distintos; porque, como dixo aquel sabio, tantos son los pareceres como son los hombres<sup>624</sup> y ordinaria cosa es dividirse en bandos contrarios el bulgo. Y como no sería posible (dixo el de Lacedemonia<sup>625</sup>) reducir a un supuesto los indibuidos de una especie, así contradice qu’en las cosas opinables todo el bulgo se concierte; donde vino a decir Carnéades que eran las opiniones de los ombres como la menuda arena del Egipto, que cada mínima parte de ella está divisa y despegada de su compañera. Y hablando a este propósito, Leucipo filósofo dixo: «Antes me atrebería a concordar y componer esta ordinaria discordia de los elementos que la que siento haber en las varias opiniones de los hombres; porque el uno –dice él– es concertadísimo desconcierto, y el otro es desconcierto tal que aún los diosses no an echo visagras con se junten». Pues así fue, que la sala quedó dibisa en opiniones distintas sobre la respuesta que la princesa había dado.

### **Capítulo 17. De una estraña aventura que a Babilonia vino y de lo que d’ella sucedió.**

Dos días después que la princesa Casiana suspendió con su respuesta el negocio tan deseado por el <e>scitiano príncipe, estando oyendo misa en la capilla de palacio casi todos aquellos príncipes y princesas y ilustrísimos caballeros, un gran ruido començó a oírse por palacio, con tanta<sup>cxxxi</sup> confusión de boces de la gente d’él que mandó el Emperador salir al capitán de la guardia a ver lo que era y a que quietasse la gente, que con tanta confusión parecía haberse alborotado y inquietado el palacio. Mas

---

<sup>624</sup> **Ap. marg.:** «*Quod capita tod sententiae*». Refrán latino, equivalente a la paremia española: «Cuantos hombres, tantos pareceres» (cf. Jesús Cantera Ortiz de Urbina. *Refranero latino*. Akal. Madrid. 2005, refrán número 2.684: «*Quot capita, tot sensus*»).

<sup>625</sup> **Ap. marg.:** «*Licurgo*».

viendo que saliendo el capitán de la guarda no se sosegaban, sino que más el confuso ruido y bocería se aumentaba, y también que ya se haví'acabado la missa, aquellos príncipes salieron al corredor del patio principal, quedándose las princesas atemorizadas y medrosas en la capilla.

Y cuando ellos salieron vieron toda la gente que andaban uyendo <sup>[f. 63r]</sup> a una parte y otra, procurando cerrar las puertas de palacio; lo cual visto por aquellos príncipes, especialmente Ofrasio, Paludiano, Silbasino<sup>cxxxii</sup>, Viano, Sofrasto y otros que allí se allaron presentes, rebueltos los mantos a los braços y las espadas desnudas, salieron al patio. Y apartando aunque con dificultad tod'aquella atemorizada gente avrieron las puertas, y puestos así en ala a ellas vieron que de lo que uía la gente era de una carroça muy grande y de estremada echura que benían tirando doce dragones muy espantables y feos; los cuales venían vomitando fuego y en medio de las mobediças llamas venían vi[m]brando las lenguas, tomando y ocupando con sus tendidas alas la mayor parte de la plaça.

Y, como así con muy buen ánimo los príncipes estoviesse[n] aguardando lo que sucedería, vieron a los dragones ir [re]cogiendo las alas y como que se iban quietando los vieron que parecía[n] combertirse en dragones de bronce, tan naturales que solo parecía[n] haver mudado la materia y no la forma. Y una nube que venía sobre la carroça, despidiendo claros relámpagos y atemorizadores truenos y rayos, la vieron ir poco a poco lebantándose en el aire en forma esférica de fuego asta que vino a parecer como un cometa; el cual con beloz carrera pareció haver venido del oriente al ocidente, en el cual se escondió desapareciendo de los ojos de los que lo miraban. Y la carroça quedó sustentada sobre veinte y cuatro columnas de vronço muy hermosas, las cuales tenían por peñas unas ruedas de estremado artificio y ingenio.

La carroça parecía ser toda de una piedra india de color de nube cuando de sí despide menuda agua; era transparente como si fuera de cristal o vidrio, y así no ocupaba la vista, sino que libremente podían ber lo que venía en ella, como lo que parecía cuerpo diáfano y no sólido o maciço. Parecía tener la misma echura y forma que una galera, con toda su xarzia y apartamientos, y toda la gruxía parecía ser de una fina esmeralda, los mástiles de pórfiro de finísimo color negro. Tenía las belas coxidas, que de un blanquísimo lienço parecían ser, sin mezcla de color alguna ni labor ni otra cosa

que en ellas pareciesse. Los remos que se parecían eran de diferentes colores, unos blancos, otros colorados o verdes y así de otras diferentes colores.

Solo estaban en ella tres banderolas: la una era de un finísimo y estremado brocado blanco, más que la no pisada nieve en puerto alto; la otra era de una tela nada rica, de diversidad de varios pedaços compuesta, corta, estrecha y angosta, mas en el aforro de ella iban doce diamantes en forma de cruz, hermosísimas piezas, y en el medio de ellos iba un carbunclo de inestimable balor, mas guarnecido de un metal pobre, ordinario y baxo. La otra banderola era colorada (de un color algo deslabado), y en la ribersa estaba <sup>[f. 63v]</sup> (graciosa cosa) el sacrificio del patriarca Abraham y aquel romano que por la ovediencia de la ley se sacó a sí un ojo sacando otro a su amado hijo, y estaba de hermosísima escultura en medio de la vanderola echa una imagen de nuestro Redentor y Maestro<sup>cxxxiii</sup>, Jesucristo crucificado.

Estas banderolas estaban en unas lanças de finísimo oro, en cuyas puntas estaban hermosísimas cruces echas de diamantes. En la nariz o tablado de proa estaban como cuatro instrumentos de guerra admirablemente echos, ellos parecían de finísimo oro; estaban escritos con unas hermosas letras de esmalte blanco, las cuales entonces no leyeron porque estaba[n] algo lexos. En el mástil de medio estaba colgado un tablón de oro fino con unas letras blancas, que por ser muy crecidas se acertaron a leer (aunque eran latinas) que decían: «*Currus fratrum, non fratrum*» («carros de los no hermanos, hermanos»).

Delante de la corroça vieron un padrón de fina y cendrada plata, vien cincuenta passos del carro, al cual, como aquellos caballeros vieron que el fuego havia cesado y echaron de ber haber sido lo de los dragones encantamiento, se llegaron al padrón. Y Ofrasio que delante iba le començó a leer, porque el título estaba en griego, y como aquel que tan perito era en la lengua griega<sup>626</sup>; el cual buelto en bulgar decía:

Todo es poco, lo posible

es imposible y forçosso,

es visible lo imbisible,

---

<sup>626</sup> Anacoluto.

desgraciado y gracioso,  
bed cómo será posible,  
dando a mi pena reposso.

Estos seis versillos<sup>cxxxiv</sup> estaban en griego en el padrón. Debajo de ellos estaban estos dos versos que decían:

Probad el aventura, caballeros,  
veréis un nuebo modo de guerreros.

Notable fue la confusión que las letras del padrón puso a aquellos príncipes; mas viendo que ya el daño que se temía había cesado, con descuido y contento se estuvieron mirando la carroça o galera, que cierto les pareció unas de las más estrañas cosas que jamás ubiesse[n] visto ni oído.

Y como el ruido cessó, la gente se fue sosegando, y nadie podía llegar con cincuenta pasos alrededor de la carroça, mas toda la plaça estaba ya llena de innumerables gentes que a ver el aventura habían venido. Y andaban leyendo los letreros, que muchos y muy diversos eran los que la carroça traía, y estaban en distintas lenguas y con diferentes caracteres; por lo cual algunos leían unos y otros, otros, según cada uno tenía noticia de las lenguas, aunque los más venían en griego, latín, español y evreo.

Haviéndose, pues, ya sosegado la plaça, todo su alboroto y inquietud se convirtió en contento y placer y admiración de ver una cosa tan nueba. Y andando mirando el padró[n] allaron otra letrilla que decía:

El probar el aventura  
es pasar este padrón  
y bencer aquel dragón.

Ya a este tiempo, aseguradas aquellas princesas y habiendo perdido el miedo que habían cobrado, se pusieron a unas bentanas que salían a la plaça <sup>[f. 64r]</sup> por ver el aventura, y no menos admiración qu'espanto les causó ver una cosa tan estraordinaria y tan repentinamente allí puesta. Y estando todos los sabios que había en Babilonia imaginando qué podía aquello ser, por más que fatigaban los entendimientos y rebolbían

sus libros, daban bueltas a sus esferas, azían círculos con los compases, escribían caracteres de diferentes echuras y aun hacían preguntas a aquellos sus familiares del profundo centro, nada podían entender sino que daban ciento en el herradura y muy pocas o ninguna en el clabo. Y también porque Petronio<sup>cxxxv</sup> estaba ausente (que era ido a los montes de la Luna a verse con la sabia Polonisa, que muy amigos eran), qu'este algo entendiera del casso, que muy savio era, que apenas había entonces en el mundo quien en la ciencia de las estrellas le escediese.

Mas estando en esta suspensión y duda todos los de la corte, especialmente aquellos príncipes y el Emperador<sup>cxxxvi</sup>, vieron cómo, por una puerta de proa que salía a la nariz o tablado de ella (que era y servía de cigüeña donde el yugo en que iban los dragones estaba), salía un doncelito o paxeuelo de asta siete o ocho años, una de las criaturas más bellas y hermosas que aquellos señores ubiessen visto. Venía vestido de brocado negro, todo guarnecido de zafiros, a lo español el bestido, y en la cabeça llebaba una monterilla con dos alas cual suelen pintar el caduceo de Mercurio. Y en los pies (notable cosa) traía aquel género de calçado que la hermosa hebrea de Vetullia<sup>627</sup> llebó cuando al fiero capitán, sepultado en vino, quitó la cabeça, dando con esto libertad a su patria.

Detrás d'este salieron tres doncellas. La una, que era la que venía en medio, traía un vestido indio echo de barias plumas hermosísimas, todas llenas de ojos cuales suelen ser las del transmutado Argos (en fin, que serían como mil ojos los que traía la doncella), y entretextadas hermosamente otras tantas orejas; traía unas alas vien como las de Iris, mensaxera de Juno, en día nublado. Esta ropa era larga y traíala ceñida con un cinto tachonado de oro, y la parte diestra guarnecida de finísimos y estremados diamantes, y a izquierda de falsos, aunque vien guarnecidos. Traía en la mano una trompeta de guerra de fino oro muy bien guarnecida. Y ella era muy hermosa y vien dispuesta, tanto que parecía ser de linaxe de gigantes y, así, decían que era su madre la madre unibersal de las cosas.

La doncella que venía a su lado izquierdo venía bestida de un brocado encarnado guarnecido de diamantes y el tocado traía persiano, el un dedo puesto sobre los lavios, y

---

<sup>627</sup> Ap. marg.: «Judie. Olofernes».

en la mano izquierda un freno de oro que decían ser el freno de Némesis; y la doncella se llamaba Angirona. A la mano izquierda venía otra doncella vestida de un bestido a lo hebreo, y era de un brocado blanco, tan excelente y estremado que tenía consigo una refulgencia y claridad estraña. Y él todo así junto [f. 64v] parecía un delicado y transparente belo (no dificultéis en la traça de la tela, que a más que a esto se estendía el [en]cantamiento como adelante veréis)<sup>628</sup>.

A esta compañía vieron aquellos príncipes salir de la carroça, y por encima del yugo de los dragones se pusieron en el suelo y, con moderado passo, llagaron a donde los príncipes estaban; a los cuales la dama de la ropa india les començó a decir mil cosas así en co[n]fusso. Mas la que llebaba la insignia de Némesis, con un anillo que llebaba (vien así como Alexandro hizo a Efestron cuando leyó la carta que su madre a Alexandro escribió) se le puso en la boca, y con esto pasaron adelante sin que <a> aquellos príncipes ablasen ni dijesen nada de lo que la doncella havía dicho.

Entrados<sup>cxxxvii</sup>, pues, en palacio, ya que al doncel le pusieron delante del Emperador, incadas las rodillas en tierra sacó una carta de una caxa de oro que traía, y vesándola se la puso en la mano. El Emperador la tomó y al doncel mandó levantar, estando admirado de su hermosura, y al secretario mandó leyese la carta; la cual avierta vio que así decía:

El sabio Pausino, al sacro Emperador de Babilonia le envía salud, paz y amor en Jesucristo.

Conocido tengo, sacro Emperador, que aunque con vuestra templança y humildad nunca deseastes el soverano imperio que pos<e>éis, sé a lo menos que siempre le procurastes merecer con la perfección de buestras costumbres; y así a vuestra virtud y a la buena ventura de la república es vien que se atribuya la feliz monarquía que, señor, pos<e>éis. La cual si gobernáredes con la acostumbra da prudencia y virtud, será adquirir para bos una excelente corona de buen príncipe y para vuestros servidores<sup>cxxxviii</sup> nueba gloria y contentamiento.

Ya muchas veces en vuestra tierna edad os amonesté, señor, conserbádes el difícil medio de la virtud. Hacerse á todo muy bien si ante todas las cosas os acordáredes de bos mesmo

---

<sup>628</sup> Pese a que interpretamos que se trata de una de las múltiples intervenciones de Nictemeno con las que trata de salir al paso de la verosimilitud de su relato (en ocasiones con una gran carga de ironía), reconocemos que este comentario podría también ser atribuido sin dificultad al traductor.

y os ordenáredes a vos para Dios y para el bien de la república. Y si todas las cosas dispusiéredes ordenándolas con el gobierno de las virtudes todo sucederá vien, dándoos acá esclarecido nombre de excelente príncipe y en la advenidera vida, eterna gloria.

Essa aventura que aí envió, señor, é echo para regocijar essa corte y para mostrar por ella algunas cossas que é entendido importar a essa república que se sepan. Podranla probar todos los caballeros y damas que quisieren, que a ninguno sucederá del probarla daño. El cual aparte Dios de tus estados, aumentándote en ellos y en su gracia, [como<sup>cxxxix</sup>] Poursino, tu maestro y servidor, desea.

Otra bez hizo el Emperador que se leyesse la carta y, haviendo loado mucho la estremada bondad y saviduría de Poursino, sabio español a quien él había tenido por maestro, mandó que se aposentassen aquellas damas en cassa y el doncel. Mas él le respondió que ellos se havían de bolber a la carroça, que <sup>[f. 65r]</sup> su grandeça les diesse licencia. Él, biendo que aquella era su boluntad, se la dio, diciendo que si ubiessen menester algo de aquel imperio que lo mandassen, que todo se haría con mucha boluntad: «porque grande es la deuda que a los padres y maestro tenemos –dijo el Emperador–, y en berdad que deseo que se ofrezca ocasión en que poder dar contento al savio Poursino».

Mirando andubo el palacio aquella hermosa compañía que de la carroça había venido, y tanto parecía crecer [por] la dama del vestido de pluma, que les fue necesario volberse al carro, aunque no fue con tanta presteça que no la ubiessen ya visto muchos de los ciudadanos. Con lo cual ya en toda la ciudad no se trataba otra cossa sino en el aventura del sabio Poursino y en la estrañeça del carro o galería<sup>629</sup>, y así jamás se bacía la plaça de gente que a ber aquella nobedad acudía.

Las princesas estaban con grandísimo deseo de ver desde cerca el carro, y porque ya era muy tarde se fueron a comer. Y la princesa Ursina tubo por combidado aquel día a Ofrasio, y comieron muy tarde, porque estuvieron aguardando al príncipe Viano, que comió aquel día con la princessa, con suma gloria y contentamiento suyo. Y hiço él aquel día el combite, que cierto fue supervísimo, y toda la vaxilla, que de

---

<sup>629</sup> *galería*: como puede apreciarse, en el texto se empleará esta forma como variante del vocablo *galera*, con el cual se había hecho referencia a la apariencia de la carroza por primera vez («parecía tener la misma echura y forma que una galera, con toda su xarzia y apartamientos» [f. 63r]); sin embargo, no hemos logrado localizar otras documentaciones de este uso de la voz *galería*.



inestimable valor era, hiço que se quedasse en casa de la princessa. Apenas habían acabado de comer aquellos príncipes, porque aún se estaban por dar las frutas de postre, cuando entró un paxe y, firmado de rodillas junto a la princesa, dixo:

–Mi señora Casiana y la hermosa Lucelda y Gracisilda vesan tus reales manos y dicen que tengas, ilustrísima princesa, aparexadas las tablas, porque vienen con intención de jugarte una merienda, y si la perdieren, jugar asta perder las sayas.

–Decí, galán –dixo Ursina–, a mi señora la princesa que yo voy luego a su cuarto a recibir...

Y no dixo más, porque sintieron ruido cómo venían aquellas princesas:

–Así, así mi señora –dixo Casiana en entrando– ,vien parece vuestra grandeça en medio de dos galanes. Y aun por esso no quiso vuestra grandeça quedarse en nuestro cuarto...

–Por traerme acá el todo –dixo Ursina– me atreví a pedir licencia a vuestra grandeça para quedarme, quanto más que por que no comiesse solo el señor mi primo Ofrasio, y por que comiesse consigo el señor Viano, era vien que hiciesse lo que hice.

Muchas otras raçones pasaron entre aquellos príncipes entre tanto que se quitaron las tablas. Y luego aquellas princesas, debajo de un hermosísimo dosel de brocado azul lleno de alcachofas de plata tirada, en una almoadas que sobre otro tapete de brocado estaban puestas, se sentaron, tomando aquellos príncipes sillas. Y las damas se sentaron junto a una ventana de la sala y, así, començaron una muy buena conversación.

Estando en el principio <sup>[f. 65v]</sup> de ella, entraron con el buen viexo Crasiano, hermano bastardo del Emperador, tres o cuatro príncipes, entre los cuales venían el príncipe Paludiano y Selbasino; si les pessó a Gracisilda y Lucelda con su venida vien se puede entender, pues tanto se amaban. Venía con ellos Parmesino y aquel día, aunque hacía arto calor, se le antojó de venir con dos o tres ropas aforradas una sobre otra y siete o ocho diferentes sombreros, los cuales él fue quitando haciendo con cada uno diferentes reberencias a aquellas princesas. Y cuando llegó a la princesa Ursina hiço una

gran reberencia, que casi firmó la una y otra rodilla en tierra, y mirándola con mucha atención dixo:

–Porque, señora, sois princesa y quizá seréis enfermera de aquel solemne ospital de los de mi humor, os quiero hacer reberencia por que me hagáis cuando (estando en vuestra cassa, qu'es mi propia morada) me viéredes, onra, tratándome como a uno de los vuestros.

–Aora déxate de esso –dixo Ursina–, Parmesino, y mira al señor príncipe Ofrasio, qu'es tu rey, y dinos algo de tu tierra entre tanto que traen las tablas.

–Si no tuviera otro vien el príncipe Ofrasio sino solo ser hermano de mi diosa Cadianissa –dixo Parmesino–, bastaba para ser rey no solo del reino y tierra que Dios fue servido de dalle, mas de todo lo demás de la redondez del suelo. Y si España no tubiera más quilates de solo tener en sí esta mi señora, bastaba a ser más feliz qu'el claro cielo, porque... –començó entonándose a cantar, diciendo–:

¡O, dulce España, claro cielo  
puedes ser llamada!  
Pues tienes encerrada  
la qu'es glorias y consuelo  
de toda aquesta gente desterrada  
y en sola ella cierto se supone  
que á de ser claro cielo dó el pie pone,  
que á de ser claro cielo dó el pie pone...

No quiero –dixo Parmesino– enfadaros con mi ronca boz y desabrido canto, ni tampoco quiero, príncipes, entreteneros porque... –començó a decir muy pausado– porque en lengua griega, ni aquel ciego Omero<sup>630</sup>; ni el de la fuente, Píndaro; ni el

---

<sup>630</sup> **Apostillas marginales (en diferentes líneas, correspondiendo a cada mención): «Omero»; «Píndaro»; «Vergilio»; «Antúpater»; «Ovidio»; «Oracio»; «Lucano»; «Terencio»; «Séneca»; «Marcial, ali poete».**

mantuano; ni A[n]típater Sidonio; ni el celebrado Nasón del romano pueblo; ni aquel amado de Micenas; ni el que cantó la Farsalia con dulce y inchado verso; ni el esclabo cómico; ni el cordobés de mi tierra; ni el que compuso en sátiras sus bersos; ni todos los demás que á zelevrado la verde corona echa de Dafne<sup>631</sup> podrán ablar en esta materia. Y la cultibada lengua del griego tartamudo<sup>632</sup>, ni la espresiba del enemigo capital de Caterina<sup>633</sup> serían aquí bastantes; por lo cual no's quiero decir en esto lo que siento. ¡Bálame Dios! –dixo en lengua española como muy pensatibo– , ¡y qué infinito número tengo de compañeros!

Y luego tornó a decir:

–¡O, Locura, Locura, como «*nemo es qui se ascondat a calore eius*<sup>634</sup>» («qué poquitos son los que de ti escapan»)... [f. 66r]! ¿Quién librara de Locura al nieto de la tierra, matador de su propio hermano?<sup>635</sup> ¿Quién no dirá que fueron los honvres locos en no cr<e>er al barquero de Dios cuando hacía la primera varca? Pues, ¿quién duda sino que Locura fue la primera piedra que aquel gran caçador delante de Dios puso en la babilónica torre? Y así como a locos se les dio la pena, que unos no se entendían a otros. Locura fue la del hijo descubridor de la onestidad del viexo padre. Pues, ¿quién duda sino que Locura hiço salir al egipcio contra el <e>scita para con él se convatir? ¿Quién pensáis que hiço al marido de Semíramis y padre de Ninas salir de su casa a destruir los comarcanos reinos sino la Locura? ¿Quién pensáis que fue la aya de los dos criados de la loba, matador el uno de otro hermano y fundadores de la tercera Babilonia, sino esta unibersal madre de los hombres, Locura? ¿Quién pensáis que hiço <a> aquel

---

<sup>631</sup> **Ap. marg.:** «Laurel».

<sup>632</sup> **Ap. marg.:** «Demóstenes».

<sup>633</sup> **Ap. marg.:** «Cicerón».

<sup>634</sup> Fragmento extraído humorísticamente de una oración mariana: «*Beatissima vero Virgo Maria sicut est omnium advocata et patrona, sic illi est cura de omnibus et nemo est qui se ascondat a calore eius*», atribuida a Idiota (quien se corresponde en realidad con la figura de Raimundo Jordano, siglo XIV), escrita en su obra *De Virgine Maria contemplatio* (Marguerin de La Bigne. *Magna Bibliotheca veterum patrum*. Coloniae Agrippinae. Sumptibus Antonii Hierati sub signo gryphi. 1618, X, pág. 28).

<sup>635</sup> **Apostillas marginales (en diferentes líneas, correspondiendo a cada mención):** «Caín»; «Noé»; «Nembrot»; «Can»; «Vexores contra Tanais»; «Nino»; «Rómulo, Remo»; «Roma»; «Doristo»; «Licurgo»; «Baleo».

hijo de Labotes entre los lacedemonios consentir las nucas nefandas sino la Locura? ¿Y quién al otro legislador de la misma gente hizo consentir los urtos y morir desterrado sino esta misma pasión? ¿Y quién al nieto de Armamitres hizo en tiempo de Jacob traer guerra contra los <e>scitas sino la Locura, pudiéndose él estar en paz en la Siria donde reinaba? ¿Quién pensáis que dio nombre a Pirro, y a Éctor y Hércules, y a Cándalo, y a Camilo, y a Bruto, y <a> Agamenón, y <a> Agapito, y <a> Agosto César, <a> Ánibal, a <E>scipión, a Sila...?

Y, con esto, ensartó un grandísimo calendario de reyes y capitanes antiguos y luego dixo:

–<E>scitas, medos, persas, árabes, egipcios, tártaros, indios, africanos, franceses, italianos y españoles, isleños y los de tierra firme, todos pecan d'este humor. Por vida vuestra, príncipes, que recemos sendos páternoster por intención d'este sacro colegio de locos y veréis qué unibersal y caritatiba será vuestra oración.

–¡Quita de aí –dijo Galianisa<sup>cxl</sup>–, que as estado muy prolixo!

Con esto, le entretuvieron las damas de las princesas, a las cuales él dixo granciosísimas cosas, y aquellas princesas començaron a hablar con los príncipes de suerte que apenas se podían entender unas a otras. Y Casiana, viendo oportunidad, dixo a Ofrasio:

–Esta tarde tengo necesidad, señor príncipe, de que nos hablemos una palabra. Areusina os dirá, señor, el dónde y la ora.

–Veso, sacra princesa, vuestras reales manos por tanta merced; que en esso y en lo demás se hará, mi señora, como vuestra grandeça lo ordenare.

–Pues sabed, mi señor –dixo Cassiana–, que me habló ayer el Príncipe de la <E>scitia, y quedó muy enojado de la respuesta que le di y yo muy sastisfecha de habérsela dado. Mas decidme, ¿qué aventura es esta que ha <sup>[f. 66v]</sup> venido a la corte? Que aunque la bi de lexos cierto me pareció estraña y de estremada forma y echura.

–También me lo pareció a mí –dijo el príncipe–, mas si mi hermano el infante Polimbiano estuviera presente, él nos sacara d'estas dudas. Mas supuesto, princesa mía,

que mañana nos es concedida licencia de probarla, o con vida o con muerte mañana saldremos de duda, sabiendo lo que en el aventura viene. Mas dígame vuestra grandeça, ¿qué tiene pensado que á de responder a su padre?

–Lo que siempre –dixo Casiana–: qu'es que tengo de ser la que siempre é sido, qu'es ser vuestra.

[Con]<sup>cxli</sup> la ternura qu'el príncipe sintió con esta respuesta<sup>cxlii</sup> cercena el capítulo Nictemeno, prometiendo de hacer particular relación de lo que después pasó en el capítulo que viene.

### **Capítulo 18. De cómo la princesa Casiana y el príncipe Ofrasio se vieron, y lo que después de su combersación sucedió.**

Todos aquellos príncipes ubieron de dexar la buena combersación que tenían, porque el Emperador los embió a llamar para tratar con ellos un negocio de guerra con unos piratas que en el Sino Pérsico andaban haciendo muchos daños en todas aquellas riberas. Y deseaba mucho el Emperador que fuese aquella armada desbaratada, rompida y desecha, y los piratas castigados, y los pueblos marítimos y puertos libres de los daños que cada día recibían. Y para dar traça en este negocio había el Emperador enviado a llamar aquellos príncipes.

Diversos botos ubo en el consexo, mas al fin salió acordado y determinado que un hijo mayor del capitán de la guarda, llamado Zeleradino, con cuarenta naos muy buenas y bien armadas de gente y de munición fuese por capitán general para aquella empresa. Él azeptó la merced que el Emperador y aquellos príncipes le havían echo, y dándole cuarenta condutas para cuarenta capitanes y una instrucción para cómo se havia de haber en la guerra, se acabó el acuerdo; serían como a las cinco de la tarde, cuando aquellos caballeros salieron del consexo de guerra.

Y cuando el príncipe Ofrasio se fue a su aposento en él alló a Areusina, y después de haberse echo el devido comedimiento y haviéndose ido los paxes y quedándose solos, Areusina dixo al príncipe:

—Ya á, mi señor, casi una ora que os estoy aguardando. Mi señora Casiana manda vesar vuestras reales manos y dice que cómo no respondistes al billete que os envió esta mañana y que por qué fue tan corto el que ayer le escribistes. Y que esta noche a las onze os bais al corredor de las medallas, y yo estaré <sup>[f. 66v]</sup> en él y os llebaré adonde podáis, señor, hablar con su grandeça: que dice que tiene dos o tres negocios grabes que tratar con vos.

Notablemente olgó con estas raçones el príncipe, y con Areusina se estuvo parlando un rato; y, dándole por respuesta que así lo aría, Areusina se bolbió a su señora, la cual había ya rato que la estaba aguardando. Recibida la respuesta, cuando le pareció ora mandó ir a Areusina a aguardar al príncipe; la cual a poco rato que en el corredor estuvo sintió subir al príncipe por una escalera. Y, como ella llegase a la puerta y le conociesse, avrió la puerta del corredor y, a la luz de una bela que [en] un candelero de oro estaba, le vio que venía vestido (lo que era sobre las armas) de vrocado morado, todo sembrado de leones admirablemente echos, con hermosísimas piedras preciosas puestas con estremado orden y gracia por todo el vestido.

Traía aquel su excelente pecto de plata que en el abentura de la rusa<sup>cxliii</sup> había ganado; traía puestos guardavraços y vraceletes y sus blancas y hermosas manos sin manoplas, con unos puños de panar estremados de vien echos; a los cuales tanvién enzima de la gola correspondía el collar, siendo de la misma echura, mas de riquísima y estremada labor. Los muslos de las calças, que por debaxo de unas faldetas de una loriga se veían, eran de brocado morado, y en las guchilladas, de estremada pedrería, iban bordados los castillos y leones de España. Las medias, de estremado punto, eran del mismo color muy bibo, y el çapato era de cordobán muy vien echo de orejuela, y por botoncillo en cada uno llevaba un carbunclo de inestimable balor. El escudo llebaba envraçado en el braço izquierdo y <a> aquel mismo lado, colgado de un riquísimo tahalí, colgada su muy buena espada. Al cuello llebaba un collar de riquísimas piedras, por pendiente el cordero de Jedeón, antigua señal de los reyes de España, llamada el Tusón. Y opiniones ay que fue Polimbo, padre de Ofrasio, el que instituyó esta religión; aunque otros dicen que fue su padre Deveremundo, un príncipe muy baleroso que ubo en España. Yo ni lo uno ni lo otro creo, antes piensso que fue el duque de Borgoña.

D'esta manera, pues, venía el príncipe a ber a su señora Casiana, al cual llevó Areusina al cuarto mismo de la princesa, y en una cuadra algo aparatada del concurso de la gente, toldada de una tapicería de vrocado blanco de sobervia y rica orla, debaxo de un dosel tanvién de brocado blanco, alcachofado de unas alcachofas de hermosas perlas orientales, sobre unas <sup>[f. 67v]</sup> almoadas del mismo brocado (puestos a los dos lados algo lexos en dos vufetes de plata dos candeleros de oro con sendas belas blancas).

La princesa tenía una saya alta de brocado morado, con unas mangas muy hermosas de punta, aforradas en tela de plata, toda la tela sembrada de flores de oro; las mangas del jubón eran de un muy vuen brocado, guarnecidas de finos çafiros; los puños, garbo y gorguera eran tales como eran menester fuessen para Casiana. No tenía tocado alguno, sino solo de sus hermosísimos cabellos echos unos laços a lo babilónico, admirablemente echos y enlaçados, encima de los cuales tenía una guirmaldilla de flores (echas de piedras preciosas), estremada de buena, y estábale a la princesa admirablemente. Tenía en un escritorillo de oro, que junto a sí tenía, sobre él puestos los guantes y una campanilla de plata. Estábale muy bien una redecilla de oro que tenía al cuello que le servía de vanda, toda sembrada de finas puntas de diamantes, y en ella como descansa[n]do tenía puesta la mano derecha.

Pues, como vio entrar al príncipe, levantosse del estrado y salió como dos o tres pasos fuera d'él. Y allí él llegó y, firmado de rodillas, le pidió las manos, las cuales ella le dio para lebantarle del suelo y la palma de la derecha para que se la bessasse (aunque esto medio a urtadillas y, como quedándosela, no se la quería dar). Al fin, lebantándose el príncipe y tornándose a sentar la princesa en su estrado, y el príncipe tomando silla haciendo que allí a una parte de la sala se sentasse Areusina, los príncipes començaron a parlar aquellas primeras raçones (las, aunque cortesanas, ordinarias que entre aquellos señores se suelen decir). Después la princesa dijo:

—Ya sabe vuestra grandeça cuántas veces me á mandado hiciesse esto, para que pudiésemos parlar un rato con menos testigos y más libertad en nuestros negocios. Yo escribí a vuestra grandeça antes de ayer cómo en el negocio del príncipe Sofrastró no había que tener pena ni que tratar en ello, sino dexarlo como negocio en el cual ya está dada la resolución y sentencia. Ya dixé oy a vuestra grandeça cómo ayer me entró a hablar y allá por rodeos me preguntó que en qué pensaba determinarme. Yo claramente

le dixere que no tenía para qué cansarse su grandeça, que ya estaba resuelta en lo que había de hacer y que en su negocio que no había más que hablar. Él se salió con esto, al parecer, desavrido; pero de esso me olgué yo en el alma.

Lo que agora me parece es que vuestra grandeça, pues ya es conocido en la corte, hable <a> mi padre en este negocio. Y quando él no quisiere, yo haré lo que, mi señor, me mandáredes, y esto será lo más azertado.

–Veso a vuestra grandeça las manos por tan soberana merced –dixo el príncipe–, [f. 68r] que esso yo lo haré como vuestra grandeça manda. Aunque me parece que se an de seguir un millón de incombinientes, porqu’el príncipe Sofrasto se á de agrabiar diciendo qu’él á intentado ya este negocio y que asta saber la resolución de vuestra grandeça que no se sufre que ningún príncipe trate de esso; y él tendrá raçón, porque asta saber la boluntad de vuestra grandeça agrabio se le hace. La mejor traça, si a vuestra grandeça le parece, sería qu’este negocio se hiciesse con el menos ruido que fuesse posible; porque pensar que en público el Emperador á de bolber su palabra atrás es desvarío, ni jamás con su consentimiento vuestra grandeça será muger si no fuere del príncipe Sofrasto. Llebarlo por las armas, si fuesse campo de tantos por tantos, aunque yo saliesse con diez o doce, no me daría pena; mas para contra todo este imperio mis reinos están lexísimos, y tanto que sería imposible traer acá campo alguno. Los vecinos al imperio an de faborecer a su emperador y a su vecino el <e>scita.

Pues lo que me parece es que, pues vuestra grandeça tiene hermano (aunque está ausente) que á de haber estos imperios y para nosotros nos bastan y sobran mis reinos, que, si vuestra grandeça se determina, yo tengo aí en el puerto una galera estremada (que deve de ser sin excepción la mejor que tiene el mundo y la más ligera que surca las ondas del ozéano) y puesta en ella vuestra grandeça se puede poner segurísimamente en España. Y si quisiéremos descansar en el camino, en su isla Circasena de vuestra grandeça podremos estar todo el tiempo que vuestra grandeça quisiere. Y lo que dixere del señor príncipe Casandro, aunque el Emperador tiene por cierto qu’es muerto, yo sé lo contrario. Y casi lo tengo por esperiencia, porque, por las señas que aun ayer me dieron de su grandeça, yo le vi en la Gran Vretaña o Ingalaterra, que estaba adereçando dos naos (no sé adónde su grandeça se determinaba ir). Así que este es mi parecer; vea vuestra grandeça lo que en ello le parece.



Algo se turbó la princesa con esto y vien quisiera suspender la respuesta, mas como havía ya en sus conversaciones y villetes dado a entender al príncipe que ninguno otro havía de ser su marido (y aun le havía consentido algunas cossillas que, si no era con título de tal, en personas tan principales no se sufrían), pareciole que era vien mostrarse balerosa y aficionada <a> aquel que llanamente ella tenía escogido por su esposo. Y así, habiendo estado un tantico parada, respondió<sup>cxliv</sup> diciendo:

–Desde que vuestra grandeça vino a esta corte y mis ojos le vieron, tube verdadero propósito de servir a vuestra grandeça con aquel término y onestidad a mi real persona devido. Y pues tantas beces vuestra grandeça me á pedido se haga nuestro casamiento, por evitar más incombinientes, ve’ái –dijo estendiendo su hermosísima y blanca mano– la mano.

Y, con esto, el príncipe que vio que se iba a lebantar, incado de rodillas en el estrado, le tomó su hermosa mano y le dio la suya, diciéndose palabras vien amorosas y regaladas, mas obligadoras para siempre <sup>[f. 68v]</sup> y que hicieron insoluble matrimonio. Lo cual así echo, la princesa dixo:

–Aora pasaos aquí, alma mía, y sentaos en esta almoada.

El príncipe lo hiço así, y sentándose y tomando a su esposa en los vrazos le començó a decir: «Mi bien, mi alma, mi luz y mi señora, dechado de hermosura en quien se encierra...». ¿Havéis visto qué mal hombre es Nictemeno que cercenó aquí la plática? Y solo dice: «Los nuebos desposados pasaron con su conversación amorosa adelante y se estuvieron juntos asta casi la mañana. Y quedó entre ellos concertado que de allí a dos meses darían la bela al biento para España»<sup>636</sup>.

Ya podréis entender cuán contento saldría el príncipe de la conversación pasada. Y, aunque faltaba poco para la mañana, como aún no havía començado su carrera la fresca Aurora, su contraria (la hija de la tierra) se tenía tendido el belo negro y tan oscuro, por el ausencia de Diana y por unos vapores gruesos que cuvrían las estrellas,

---

<sup>636</sup> En casos como este, la introducción de la voz de Nictemeno en estilo directo por parte del traductor obliga a delimitar entre comillas angulares la intervención del cronista, contrastando esta transición marcada con las múltiples ocasiones en que ambas voces alternan en la narración sin una explícita subordinación entre ambas.

que, como decís, apenas se beía la mano. Pues, como baxó el príncipe por el caracol, había de pasar por una sala muy grande en la cual se dibidían tres o cuatro cuartos, y en ella había unos cofres de aquellos antiquísimos (algunos de ellos, que solían tener armas, ya no tenían nada y se estaban aviertos). Pues, como el príncipe comenzó a entrar por la sala, la cual estaba escurísima, y él fuesse a tienta, arrimado a una pared (para guiándose por ella salir a otro corredor y después ir a su cuarto); indo así, todo lo pasito qu'él podía, llebando la una mano delante y la otra arrimada a la pared, topó en uno de aquellos cofraços. Y en el mismo punto oyó una boz tristísima y como qu'estubiesse con grandísima aflicción que dixo: «¿Quién as sido tú que as venido a inquietar este triste cuerpo muerto, cuya alma está en el profundo infierno goçando de la vienaventurança y gloria que en padecer se le comunica?». Y, en diciendo esto, con un tristísimo suspiro dijo: «¡Ay, ay, ay!», y comenzó a sonar ruido de yerro de armas y de cadenas con tanto estuendro como si fueran seis caballeros que se combatiessen.

Aunque tenía invictísimo ánimo el príncipe y no conocía el rostro al miedo, algo se turbó cuando oyó esta boz y, reparándose un poco atrás, echó mano a la espada y púsose delante de los pechos el escudo. Y antoxósele que había oído ruido detrás de sí, y así, furiosso y alterado, bolbió y arrojó una punta con estraña fuerça (que como no topó sino el ágil viento casi vino a dar de manos). Y allí perdió el tino de la sala, y el desatiento hacía que se le antojasen mil fa[n]tásticas imágenes. Y, como topaba con algunas sillas o bancos y él andaba ya sin saber la disposición de la sala, andaba de una parte a otra sin atinar a topar la puerta que deseaba. Y, andando en esto, oyó otra bez la boz que dixo: «¡Ay, ay, ay!» <sup>[f. 69r]</sup>, muy más aquexosamente que al principio. Y, como había perdido el tino, el príncipe siempre se le antojaba que le daban aquellas bocas a las espaldas, y oyó a la boz que dixo: «¿Qué vuscas en este lugar tan cabernoso y en este triste cementerio de difuntos? Di, hombre».

Muchas beces lo contaba después el príncipe y decía que en su fe que entendió qu'estaba trasportado en alguna iglesia y que se le antoxaba que las mesas eran altares y los cofres con que topaba, sepulcros, y el enladrillado, sepolturas. Al fin, él andubo d'esta manera, dando guchilladas a una parte y a otra más de media ora; al cabo de la cual oyó otra bez la boz, tan cerca de sí que dixo el príncipe (aunque sabe Dios cómo):

—¿Qué boz eres o qué diablos eres qu'estás aullando?

–Réçame –dijo la boz en tristísimo tono– un páternoster y un abemaría por que Dios me buelba lo que me á quitado, y direte quién soy.

Casi casi con toda su turbación se rió el príncipe, y dixo:

–¿No allaste otro más deboto para reçar? Aora di quién eres, que sí aré.

–Soy –respondió la boz– Parmesino, qu'estaba cuando me despertastes durmiendo en este cofre.

No pudo estar el príncipe que no riyesse y muy de gana de lo que le había sucedido, y medio corrido dixo:

–¡Bálete el diaño, loco! ¿Y qué haces aí?

–Arto más loco sois bos –dixo Parmesino–; sed quien fuéredes, pues os habéis andado dando de guchilladas con el biento. Mas no me espanto, que debistes de querer bengaros en el aire del daño que á echo en vuestros caxcos. Aora andad con Dios, que vien digo yo que somos todos cofrades de santa Leocadia.

Entonces ya començaba a amanecer, y el príncipe atinó a la puerta del corredor para ir a su cuarto, y iba que no se podía tener de rissa de ber la turbación que Parmesino le había causado. Y como era casi el día y él no había dormido en toda la noche y entendían de aquel día probar el aventura de la galería o carroça, quiso dormir un poquito. Y, así, aunque ya casi era del todo claro, se desnudó, mandando que a las diez le despertasen.

La nueba desposada, contentísima de lo que había echo, y llena ya de nuevos pensamientos en cómo había de agradar y dar gusto a su esposso, y el alma cubierta de mil desposos de amor, llena la memoria de dulcísimas recordaciones de las cosas pasadas, ofreciéndole Amor aun entre sueños nuevos gustos, se quedó dormida.

En el capítulo que viene savréis lo que hicieron los desposados aquel día y lo que en el aventura sucedió.

## Capítulo 19. De cómo se probó el aventura de la<sup>cxlv</sup> carroza encantada y de lo que en ella sucedió.

A las nueve de la mañana, y aun antes, se levantó la princesa Casiana con tanto contento y alegría que deseaba tener <sup>[f. 69v]</sup> con quién poder comunicar aquel su contento. Y, así, andando imaginando a quién se descubriría[ría] (a Gracisilda, a Lucelda o a Ursina), le pareció que sería mejor a Ursina, por ser como era española y tan deuda de Ofrasio su esposo. Al fin, determinada en esto, en levantándose se fue a su retrete y desde él envió con un paxe a suplicar a Ursina le hiciesse merced de venirse a su cuarto. Ella se estaba acabando de tocar y, como oyó el recaudo, luego vino, y alló a Casiana que se estaba adereçando el garbo y algunas cosillas del tocado a un muy hermoso espexo. Y como en él vio Casiana entrar a Ursina, bolbiendo con estremado donaire, haciéndole una muy agraciada reberencia, la abraçó diciendo:

–Sea vuestra grandeça, princesa mía, muy bienvenida. Que sepa, mi señora, que tenemos mucho que hablar.

–Dios guarde a vuestra grandeça muchos años –dijo Ursina–, que aunque parece qu’es imposible que la hermosura de vuestra grandeça reciba aumento, cierto parece que tiene oy una nueva gallardía y donaire, que no la é visto me parece jamás tan hermosa; que está vuestra grandeça despidiendo unos rayos y vibos espíritus de esos hermosos ojos que parece que inchen de alegría y amor al alma que los mira. Y, así, no me espanto del verdadero rendimiento qu’el alma de Ofrasio a essa rara belleça tiene, ni<sup>cxlvi</sup> de aquel vibo fuego qu’está en esse mismo amor abrasando sus entrañas, zebándose con la consideración de tanto balor y hermosura.

–Mucho abona vuestra grandeça al príncipe –dijo Casiana, sentándose las dos en la tarimilla de évano sobre unas almoadas de vrocado–, mas dígame vuestra grandeça, ¿de dónde sabe que me ama el príncipe con essas veras que vuestra grandeça dice?

–Tengo tantas esperiencias –dijo Ursina– d’esta verdad que sería nunca acabar el contallas por estenso. Solo sé decir que jamás sabe ablar (ni aun [en]tiendo que pensar) en cosa que vuestra grandeça no sea la principal parte de su plática o pensamiento. Tanto que prometo a vuestra grandeça, mi reina, que el otro día a caso, después de cena, no sé qué palabra me dixo de vuestra grandeça y con tanto sentimiento se enternecieron

las entrañas del príncipe que ubieron de dar muestras los ojos del sentimiento. Y unas tan hermosas perlas vertía por los ojos que, digo mi culpa, que si las viera en Viano, mi caballero, procurara limpiárselas aun con los lavios, que no menos que esto merecía su sentimiento.

–En mi verdad –dixo Casiana–, señora Ursina, que si vuestra grandeça ubiesse de usar con el su caballero de essa misericordia cada vez que le be vertir lágrimas, que pocos ratos habría en que esos hermosos labios no fuessen ojos y los hermosos ojos del príncipe Viano no estubiesen guarnecidos en esos divinos rubís que a vuestra grandeça sirben de <sup>[f. 70r]</sup>labios. Mas vuestra grandeça sepa qu’estoy muy enojada con Ofrasio.

–¿Y por qué, mi señora? –dixo Ursina.

–Porque me á llebado una cossa que yo mucho amaba, y aun no se contentó con esso –dijo Casiana–, sino que á procurado pasar con su robo adelante, no dejándome de Casiana sino solo el nombre.

–Por cierto, mi señora –dijo Ursina–, si él puede hacer esso téngolo yo por muy azertado y por una obra muy discreta y muy de caballero. Mas no le tengo para tanto, qu’es un encoxido...

–¡No diga vuestra grandeça –dijo Casiana– esso contra mi príncipe!

–¿Cómo dijo vuestra grandeça? –dijo Ursina.

–Mi príncipe –dijo Casiana–, y aún más que esso...

–¿Y qué más, princesa mía? –dijo Ursina.

–¿Qué? –dixo Casiana–. Mi esposo y mi señor; que sabrá, reina, que pasa esto...

Y entonces le contó todo el casso como pasaba, de lo cual fue estraño el contento que Ursina recibió, loándole mucho a Casiana lo que había echo. Así se estubieron parlando un rato asta que vinieron las dos princesas, Lucelda y Gracisilda, y después de haberse recibido con mucho comedimiento, Gracisilda dixo:

–Bámonos a la capilla que nos están aguardando, que quiere el Emperador comer temprano porque después de comer an de probar el aventura.

–En verdad que me güelgo –dixo Casiana–, que mucho deseo tengo de saber lo que viene en ella, porque me á parecido de estraña echura y forma, y más que la carta que enviaron al Emperador, mi señor, dicen que asegura de que ningún daño vendrá a quien la probare.

–Aora, ¡vamos, bamos! –dixo Ursina–, no nos estén aguardando.

Con esto, se fueron a la capilla, donde luego se dixo la missa estando allí todos aquellos príncipes. Y, acabado de comer<sup>cxlvii</sup>, començó a sonar la música en palacio y a publicarse que todos los caballeros que quisiessen probar el aventura que viniessen y que también la podrían probar todas las damas como no fuessen infieles, porque estas no podrían, aunque quisiessen, probar el aventura.

Innumerable fue la gente que se llegó a la plaça, a los cuales el capitán de la guarda començó a poner en concierto, de suerte que todos pudiessen ver sin que unos a otros se estorbassen. Luego se poblaron las ventanas de hermosísimas damas y princesas, especialmente salieron al varcón de palacio aquellas cuatro princesas, todas ellas estremadas en hermosura, con tan buen donaire y gracia que a toda la plaça sirbieron de hermoso objeto, mirándolas todos con una estraña aprobación de su balor y hermosura. Luego salieron los príncipes, todos armados en excelentes caballos con admirables armas y estremadas dibissas; sacaron las sovreseñales de las colores de sus damas y de essas mismas vestidos todos los paxes, tan vien puestos que jamás en aquella ciudad se había [visto] <sup>[f. 70r]</sup> tanta riqueza y hermosura junta.

Y el primero que probó el abentura fue el capitán Zeleradino, el electo para contra los piratas, hijo del capitán de la guarda. El cual, en un caballo morcillo hermosísimo, armado de unas armas blancas, llebando en el escudo por armas una faxa negra como la de Saxonia, y por dibissa una nereida con espexo en la mano y un peine (como la que está pintada en los antiguos muros de Florencia y en el *Domo* de Pissa), con una letra que decía: «Casi son d’esta manera». Algunos maliciosos la esponían

diciendo que «así eran las damas»<sup>637</sup>: que de medio arriba eran hermosas (qu'es en lo que se muestran y en sus principios), mas que sus fines eran de serpientes, como lo había[n] dicho Omero y Genócrates. Mas engañábanse, que al fin eran maliciosos, que no quería decir sino «c'así son d'esta manera»<sup>638</sup>: que tienen hermosura y balor para predominar en mar y en tierra, y que todo es bien que se suxete a la belleça de una dama. Sea lo que fuere, qu'él sacó esta dibisa<sup>639</sup>. Por timble<sup>640</sup>, sobre la celada, llebaba un manoxo de aguxetas en una mano, como el que usa el alemán de la casa Vianquina<sup>†</sup><sup>641</sup>. Y en la targeta llababa<sup>642</sup> un dios Marte con una letra que decía: «Soy solo por me acabar», que quería decir que la guerra solo se á de usar para adquirir paz y que este á de ser su fin.

Llebaba el paramento de brocado blanco sentado sobre tela de oro encarnada, echos unos laços y trepadones<sup>643</sup> muy vien cortados. Llebaba una muy buena espada ceñida y una gineta<sup>644</sup> de capitán en la mano, con lo cual con muy buena postura y garbo se fue hazia el padrón. Y como començó a entrar por lo vedado, el caballo se començó a

---

<sup>637</sup> **Ap. marg.:** «Jerónimo Ruscelli». Girolamo Ruscelli, *Le imprese illustri con espositioni et discorsi*, 1572 (I-III) y 1583 (IV).

<sup>638</sup> **Ap. marg.:** «Capitán Hernán Çorita».

<sup>639</sup> **Ap. marg.:** «Hernán Mexía, *De nobilitate*». Hernán Mexía, *Nobiliario vero*, 1492. Es muy posible que el título proporcionado por la apostilla esté equivocado; sin embargo, también cabe entender que se esté introduciendo una segunda referencia, quizá correspondiente a la obra homónima de Juan de Arce de Otálora.

<sup>640</sup> Entiéndase *timbre*, cuya forma se oscurece por la habitual confusión de consonantes líquidas que presenta el manuscrito.

<sup>641</sup> **Ap. marg.:** «Otalora, *De nobilitate*».

<sup>642</sup> *Llababa*: Animados por su nueva aparición en el capítulo 22 (f. 80r), decidimos respetar la apertura de vocal radical presente en esta forma del imperfecto de indicativo del verbo *llebar*, que podría transparentar un fenómeno dialectal paralelo al de las formas de futuro de tercera persona *sará* y *varás* encontradas en el último capítulo del presente libro (f. 100v).

<sup>643</sup> *Trepadones*: No hemos localizado más documentaciones de esta forma, que a buen seguro está en relación con el vocablo *tropa*: «La guarnición que va ondeada o dando vueltas» (*Covarrubias, s.v. estropezar*).

<sup>644</sup> *gineta*: «Algunas veces significa una lanza corta con una borla por guarnición junto al hierro dorado, insignia de los capitanes de infantería. Púdose decir por ser corta y recogida, y no porque sea arma de los jinetes, cuyas lanças son muy largas» (*Covarrubias, s.v.*).

encambronar y alterarse, y metiendo la cabeça entre las manos, con ser estremado, renegó (como dicen) el espuela y no fue posible hacerle pasar adelante. Al fin, el buen capitán se apeó, y luego el caballo junto al padrón quedó manso como una obexa y el capitán fue entrando hacia la galería o carroça como diez o doce passos.

Luego vieron salir del carro un caballero armado de unas armas verdes orladas de oro, y traía en el escudo una cigüeña nueba que a otra bieja sustentaba y mantenía, como aquella que en la ciudad de Menfis los egipcios tubieron por insignia con aquella acostumbrada letra: «*Pietas*» («piedad»). Por timble sacó un pelícano rompiendo el pecho para mantener a sus hijuelos, como el que Antonio Pío, el romano, hizo poner en el templo de Jano esculpido en mármol, cuando dixo a la república que era propio de Dios ser misericordioso y pío. Sacó una muy buena espada ceñida, y en la mano otra gineta como la qu'el capitán Zeleradino traía. El faldellín y manga era de vrocado blanco y guarnecido de esmeraldas. Traía al cuello una banda de red de seda azul y oro, y en ella por colgante traía una cruz echa de hermosísimos zafiros, <sup>[f. 71r]</sup> y en el [me]dio<sup>cxlviii</sup> de ella un carbunco de inestimable balor y resplandor divino. Y por el esmalte del oro que enga[r]çaba las unas piedras con las otras iba un título que decía: «*Magnum pietatis opus*» («aquí se hiço la mayor obra de piedad»).

Este caballero, con paso moderadísimo y muy buen donaire, se vino para donde estaba el capitán, el cual abraçando su escudo y con la gineta en la mano le aguardaba. Y como cerca llegasse dixo:

–Señor capitán, no eche vuestra merced mano a la espada, que a mí me llaman Teosebio, hijo natural de Teosebia, reina de la isla Cordiana del mar Nicrocosmano, y no me vengo a combatir, sino solo a le avisar que de otro caballero que aquí saldrá se sepa guardar con destreça, porqu'es un fuerte y riguroso combatiente.

Él estaba diciendo esto cuando salió un caballero armado de unas armas amarillas, vandeadas de unas bandas moradas todas sembradas de flores de nardo. Llebaba por divisa en el escudo (cuyas armas eran una cabeça de víbora vermexa en campo de oro), unos cielos pintados y un caballero armado que ponía el pie sobre ellos, con una letra que decía: «Todo es vurla». Traía por zimera una esfera, y sobre ella por timble la Fortuna, y por orla del escudo traía unos altares derribados, incensarios



quebrados y otros instrumentos del sacrificio a Dios devido. Al cuello traía en una vanda de red de oro una figurilla de Belo y Cipión Africano, que andaban a las bueltas o en la lucha.

Traía un alfange y arco al árabe, con sus saetas en una aljaba de cuero de lobo, guarnecido de pieles de serpiente, llamada jáculo. Mas en lo que más miró el capitán y los demás caballeros fue en el faldellín de sobre las armas, que estaban en él admirablemente esculpidas mil istorias: estaban los edificantes de Babel y todos los seguidores de las moradas de Caín; estaba Nabucodensor y aquel que en tiempo de los macabeos azotaron los ángeles y el que al viexo sacerdote mató y a los siete hermanos porque no quisieron comer carnes vedadas por su ley y santas ceremonias; estaba Jezabel y la hevrea que mató los sesenta hermanos, y gran muchedumbre de gente contraria <a> aquella virtud loada por el qu'escibió de *La ciudad de Dios*<sup>645</sup>, en el libro 10, capítulo 4.

Este caballero salió muy arrogante y con passo azelerado se llegó al capitán y, echando mano al alfange al árabe que traía, se començó entre los dos una estraña batalla, combatiéndose entramos balerosísimamente. Poco duró la batalla, porque el caballero que había salido del carro, llamado Teosevio, dio su espada al buen capitán, con la cual a pocos golpes venció a su contrario. Y, así, trabados los dos de las manos, llegaron asta el carro o galería, en el cual con una hermosa cadena de oro vieron al caballero de las armas amarillas quedar avrojado<sup>646</sup> y presso. Y vieron entrar al capitán dentro, oyéndose grandísima suavidad de música, tan apacible y sonora que todos aquellos caballeros estuvieron así suspensos por un rato. Al cabo del cual, vueltos en sí, vieron salir al capitán; el cual, muy alegre y contento, quando a ellos llegó les dixo:

–Vuestra grandeças prueben el <sup>[f. 71r]</sup> aventura, que cierto ay cosas en ella dignas de ser vistas y que no solo no dan pena, sino grandísimo contento; aunqu'el rato que dura la batalla es desabrido y penosso, mas después estraño es el contento que se recibe.

---

<sup>645</sup> Se trata de un breve capítulo titulado: «Solo a Dios verdadero se debe el sacrificio».

<sup>646</sup> *Avrojado*: No hemos logrado documentar esta voz, que en el contexto parece querer significar 'reducido' o 'sometido'.

Luego la probó otro caballero persiano, el cual venía en un caballo, aunque no muy grande, muy hermoso de capa y mejor de obras. Llebaba unas armas todas blancas sin señal ninguna, solo llebaba por dibisa un niño chiquitico todo desnudillo que estaba muy envebido haciendo una casita de tejuelas, y la letra decía: «*Bonun est nos sic esse*»<sup>647</sup> («bueno es que seamos como este»). Llebaba por cimera encima de la celada una corona de laurel, y sentado sobre ella por timble un hombre desnudo; y la letra decía: «Adán». Llebaba una muy buena espada y escudo, y, viendo que había de ir a pie, se apeó junto al padrón del carro, y con muy buen paso fue entrando el estacado adelante.

Y luego le salió al encuentro un caballero armado de un cuero de serpiente todo escamado: la cabeça de la sierpe le venía a servir de zelada, y los vrazos de ella le servían de guardavrazos, y los pies le venían a zeñir por la cintura, indo la cola tendida asta el suelo. Traía unas calças o grebas de otros cueros de fieras y un escudo de una concha de un pescado blanco como la niebe, y todo guarnecido alrededor de puntas de diamantes y en el medio tres solas letras negras que eran estas: «P.D.S»<sup>648</sup>. Traía una claba o maça como aquella de que solía[n] usar Hércules y Teseo, y en la cinta un guchillo o alfange no menor que aquel con que el pastor de los campos beletmitas cortó la cabeça al menospreciador de los exércitos del capitán del tribu de Benjamín.

Este como llegó junto al caballero en son de querer pelear, él puso mano a su muy buena espada y, cubierto de su escudo, izo señal de le querer aguardar el golpe, y uyendo con estremada ligereça el cuerpo a una parte le hiço perder el golpe, dando un tan espantable golpe en el suelo que pareció haber temblado toda la plaça. Mas él fue herido de un estraño golpe en la cabeça, que si no fuera por la dureça de la cabeça serpentina que llebaba por celada sin duda quedara allí tendido. Mas bolbiendo con una endemoniada fuerza [y] rabia, torna a rodear aquella maça, cual suele el airado villano

---

<sup>647</sup> Quizá se refiera con ironía a la primera epístola a los Corintios, en la que san Pablo se ocupa de las cargas propias del matrimonio: «*Existimo ergo hoc bonum esse propter instantanem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse*» (*Nova Vulgata Bibliorum Sacrorum Editio...*, Epistula II ad Corinthios 8, 26).

<sup>648</sup> **Ap. marg.:** «Prudencia del siglo».

hacer al bastón cuando a la culevra o lobo á errado el golpe en espesa vieña<sup>649</sup>, que le buelbe y rebuelbe a una y otra parte con tanta preseteça que parece andar y traerle siempre en circular mobimiento. Así este feroz caballero contra el de las armas blancas mobía aquella su espantable maça, de la cual él procuraba defenderse con la mayor ligereça que podía, entrando con mucha destreça a sus tiempos y hiriéndole de suerte que ya parecía traerle herido de muchas partes. Y la batalla andaba tan concertada y encendida que aquellos príncipes decían que era una de las hermosas batallas que jamás uviessen visto, y mucho loaban al caballero de las armas blancas de diestrísimo en combatir.

Media ora duró el combate poco más, al cabo del cual de una punta irió el de las armas blancas a su contrario en el pecho, que pareció havérsele varrenado. Y luego salió a él una doncella hermosísima estrañamente, la cual benía vestida de tafetán<sup>[f. 72r]</sup> blanco sencillo y los cabellos sueltos al biento, y sobre aquella madexa de oro que benía ondeando, una guirnalda echa de ojas de laurel y diferentes flores todas echas de oro, tan al natural que todos los que la vieron entendieron llanamente estar echas de las naturales matas que representaba el arte<sup>cxlix</sup>. La cual, como llegó al de las armas blancas, haciéndole una devida y cortesana reverencia le llebó azia el carro, en el cual a aquel caballero de las armas de la serpiente dexó preso y puesto en cadena, siendo la cadena y argolla de<sup>cl</sup> oro todo hermoreado con ricas piedras y graciosos esmaltes.

A poco de rato salió el caballero del carro levantada la visera, y luego fue conocido ser el buen Montano, sobrino del Emperador, caballero muy principal y de muy buenas costumbres, especialmente inimicísimo de astucias, marañas, traças y imbenciones. Y así era aficionadísimo a una discreta llaneça y nobilísima sinceridad, con la cual todo lo que no constaba ser pecado echaba a buena parte, sin saber jamás decir mal de nadie. El cual como llegó <a> aquellos príncipes, ellos le recibieron muy vien y le preguntaron del aventura, el cual dixo:

–Cierto es estremada y ay tanto que ver en ella que notablemente gustaría de que ubiesse alguno que la acabasse. Solo lo que sé decir es que una de las más artificiosas

---

<sup>649</sup> *Vieña*: No hemos localizado otras documentaciones de esta forma diptongada de *viña*, que aparece en varias ocasiones en el manuscrito.

cosas [es] la galería que me parece que jamás se á fabricado, aun<sup>cli</sup> entre las obras de Dédalo ni de aquellos primeros obradores de las ovras mosaicas.

–Pues, ¿no nos dirá vuestra grandeça –dixo Paludiano– algo de lo que vio?

–Vuestra grandeça la pruebe –dixo Mantuano<sup>clii</sup>–, que después entre todos comunicaremos lo que ubiéremos bisto.

–Se’ así– dixo Paludiano.

Y, con esto, puso piernas al caballo asta que llegó al padrón, en el cual se apeó de un caballo rucio rodado español muy hermoso en que iba, que el buen príncipe Ofrasio se le había dado; el cual, tascando el bocado de plata, puesta la rienda sobre el arzón<sup>650</sup>, se quedó hiriendo con hermoso mobimiento el suelo, inchiendo de graciosos relinchos todo el aire. Y el príncipe con unas armas blancas todas orladas de oro, guarnecida de diamantes y zafiros y algunos hermosos topacios y esmeraldas, de los cuales se iban hermosos laços compuniendo, llebando sobre la celada una columna pequeña de oro por cimera. Por timble llebaba una mano echa de nácar hermosísima, con un corazón apuñado echo de un hermoso rubí, y en el vrazo o mano decía: «Gracisilda». Y en el corazón Paludiano llebaba por dibisa una roca puesta en medio de un mar, y que los bientos y ondas la herían y contrastaban con mucha fuerça, y la letra decía:

Á de estar así constante,

sin jamás hacer mudança,

en tiempo de fortuna o de vonança.

Galán entró el brioso joben cuanto se quiso, porque llebaba el paramento o faldellín de brocado verde bordado de oro de estremada vordadura, vien a su propósito<sup>cliii</sup> mil imbenciones: llebaba bordada la hevrea de Asuero, y la venerable compañera de Joaquín, y puesta al telar Penélope, y haciendo Artemisa el mauseolo; otras infinitas gentes el artificioso artífice había bordado por el faldellín y manga. Y,

---

<sup>650</sup> **Ap. marg.:** «Pedibusque». Ignoramos el sentido de esta anotación.

así, puesto mano al espada y cuvierto de su escudo, començó a entrar el buen caballero por el estacado.

Y antes que llegase a la galería [f. 72v] salieron dos caballeros, y antes que llegasen al príncipe desataron al de las armas amarillas y al del cuero de la serpiente. Y, así, todos cuatro se vinieron para el príncipe, viniendo los dos que de nuevo salían armados de diferentes armas y dibisas. El uno venía armado de unas armas jaspeadas, siendo el escudo de las mismas colores, y en medio d'él venían unas ondas de mar que parecían andar fluctuando, sobre las cuales se mostraba una media luna. Llebaba por cimera un globo o bola redonda, sobre la cual<sup>cliv</sup> se mostraba una mano trayendo una rueda. Por divisa traía una nao en medio de mar traída a todos vientos, y la letra decía: «Así as de ser». El otro caballero venía armado de unas armas jaldes, y en el escudo por dibissa un pulpo asido a unas peñas admirablemente echo, y la letra decía:

En las cosas del amor

aferrar es lo mejor.

Estos cuatro caballeros llegaron al príncipe, y aziéndose una muela le cogieron en medio y se començaron a combatir con él, al parecer, esforçadísicamente, tanto que los circunstantes estaban con admiración y contento viendo una tan hermosa batalla. Porque cierto andaban todos cuatro como diestros herreros, aguardándose los unos a los otros para descargar el golpe, y el príncipe lo hacía tan vien que más parecían los golpes música concertada que peligrosa guerra. El saltar y el uir y el acometer a su tiempo hacíase de todas partes maravillosamente, y con tanta destreça que aquellos capitanes y príncipes decían que era una de las más hermosas batallas que jamás uviessen visto.

Duró esta batalla casi una ora, en la cual el vuen príncipe Paludiano venció a todos cuatro caballeros. Y luego salieron el caballero de las armas blancas y la doncella de la guirnalda de laurel, y otro caballero armado de unas armas de oro (con una columna en la mano y un león rapante<sup>651</sup> por armas en el escudo en campo azul), y otra dama vestida de vrocadete encarnado con un tocado sirio (y en la mano un compás de oro muy vien labrado). Y estos prendieron a los cuatro caballeros y los ataron en sus

---

<sup>651</sup> No restituimos la grafía de nasal en la forma *rapante*, por constituir esta una variante ampliamente documentada en la época (de acuerdo con los testimonios recogidos en CORDE [3-3-15]).

argollones de oro a la galería, y al príncipe le metieron en ella; donde por aora los dejaremos por deciros lo que el savio Nictemeno entretexe aquí, qu'es un capítulo muy importante para la istoria.

**Capítulo 20. En que se dice el nacimiento y criança de dos hermosas princesas: la una llamada Taurisa y la otra Belisandra<sup>clv</sup>.**

No os espantéis de que me dibierta –dice Nictemeno–, que m'es forçoso el hacerlo para poder mejor entretexer nuestra istoria, de la cual no la menor parte para el segundo libro d'esta primera fueron las dos princesas Taurisa la Gallarda y Belisandra<sup>clvi</sup> la Bella, de cuyos echos y discretos amores (bañados de onestos fines), tanta raçon es que se haga particular memoria: lo uno por su estrañeza y particular traça; y lo segundo porque de ellos cabe a nuestros príncipes gran parte. Y pues muchas de las aventuras an de hacer memoria d'estas dos hermosas princesas, Taurisa y Belisandra, vien es que sepamos sus padres, patria, nacimiento y criança para que no bamos a oscuras, sin que de sus echos tengamos relación <sup>[f. 73r]</sup> verdadera.

Dos reinas hermanas ubo en una parte de la Grecia, llamadas Roselda y Berarda, las cuales eran dotadas de todas aquellas buenas partes que a tales princesas combenían, sin que en ellas se pudiesse allar defecto ni buscarse virtud que no se allasse. Fueron casadas con dos príncipes: el uno, que fue el marido de Roselda, llamado Dinópolis, y por su mucho comedimiento y buenas partes llamado por sobrenombre el Cortés; y el de Berarda tubo por nombre Camilo, porque se decía ser del linaxe de aquel romano llamado de este nombre. Estas dos reinas uvieron casi al mismo tiempo dos hijas: Roselda llamó a la suya Velisandra, y la de Verarda se llamó Taurissa.

En su tierna y primera edad fueron criadas con el regalo y cuidado que a hijas de tales padres combenía. D'esta manera se criaron asta que tubieron dos años, al cabo de los cuales sucedió que al rey Dinópolis y a su hermano Camilo les aca[e]ció<sup>clvii</sup> tener ciertas discordias y enemistades con unos reyes comarcanos suyos, para lo cual ubieron de hacer dos muy poderosas armadas. Y tiniendo ya los basos aparejados en la ribera para se partir, Rolselda y Verarda pidieron tan aincadamente a sus maridos que consigo las llebasen que lo ubieron de hacer, llebando también sus hijas que entonces cumplían

los dos años y aun apenas habían dexado el tierno mantenimiento de su infancia (que aún algunas becas sus amas les administraban el dulce pecho para que se mantuviessen).

Entre otras cosas notables que sucedieron en esta jornada la menos fue que con una terrible tormenta las armadas se desbarataron, muchas de las naos se perdieron y viendo que en la que iban Roselda y Verarda con sus hijas iba a dar en un peñasco (donde el piloto entendió que se había de hacer pedaços), en un barco que asido a la nao venía puso a Lucesina y Bayalda, amas de las princesas, con ellas en los vrazos. Y, cuando iban a poner a las princesas para las echar a todas juntas en tierra, una furiosa ola quebró y hiço pedaços las amarras del barquillo, y con solo un marinero que iba dentro le començó a traer el insano mar entre sus inchadas ondas, puniéndole mil becas en el suelo y sepultándole otras tantas en las arenas.

Lo que de la armada sucedió, porque no hace al caso de nuestra istoria, bástenos saber que, aunque desvaratados, aquellos onvres llegaron a sus reinos, salbo el rey Camilo, que nunca se supo d'él; aunque la cierta opinión era que andaba caballero andante por diferentes partes del mundo, y después la Fama parlera vino a decir qu'estaba encantado en los montes de Libia por una gran savidora llamada Deudasina.

El barquillo pues, contrastado de los vientos, vino a pasar por Lepanto y por todas aquellas riberas. El cómo jamás dice Nictemeno (que lo pudo vien averiguar), mas el caso fue que el barquillo fue robado de una fragata de moros y le truxeron a España, y en el Puerto del Gran Espexo<sup>652</sup>, a unos moros mercaderes que allí vibían de asiento, la fragata vendió las esclabas en un ordinario [f. 73v] precio.

El mercader que compró a Lucesina y Bayalda con sus dos hijas (que ser suyas dixerón las amas) tenía entre otras mugeres una asiana a quien quería mucho. Y esta cobró estraño amor a las niñas, viéndolas que habían de ser tan estremadas en perfección y en hermosura, y así las trataba más como hijas que como esclabas. En poder d'esta mora estubieron asta edad de seis años, en el qual tiempo sucedió que de una grabe peste que ubo en aquella tierra las amas de Belisandra y de Taurisa murieron,

---

<sup>652</sup> *el Puerto del Gran Espexo*: Se trata del puerto de La Coruña.

quedando ellas de siete años y solo con noticia de que eran cristianas, y llanamente entendiendo ser hijas de aquellas que las habían criado.

Con esto, siendo de esta edad, eran tan hermosas que todo el pueblo y tierra no tenían qué tratar sino de la estremada hermosura de las niñas. Tanto que viniendo a caso allí al puerto un poderosísimo y rico mercader, que tenía infinito número de ganado, viendo las esclavillas las rescató en gran suma de dineros (porque por su mucha hermosura estaban estimadas en gran precio) y llebólas a su tierra y cassa. En la cual, con una hija suya del ganadero, llamada la hermosa pastora Libia, se criaron, cobrándose tanto amor todas tres que mucho más que si fueran hermanas se querían.

Esta Libia fue aficionadísima al campo, y así crió en el mismo ejercicio a Belisandra y a Taurissa. Tendrían las tres hermosas pastoras (que así las llamaremos de aquí adelante), como edad de<sup>clviii</sup> trece años y Libia diez y seis; a la cual dio una enfermedad tan recia que jamás medicamentos aprovecharon. Al fin, de diez y seis años y medio pagó la hermosa Libia el tributo a la Muerte, comiendo la tierra los más bellos y delicados miembros que España tenía. Fue celebrada su muerte con tanto sentimiento de sus padres que no con menos que con la ir a acompañar pagaron la deuda al amor que le tenían. Zelevrónla los más gallardos pastores de todas aquellas riberas moxando con sus lágrimas mil beces los pelliços<sup>653</sup>, y adornando de verde corona el sepulcro y los troncos de los árboles de versos. Y quien inchía el biento de tristes sospiros y fúnebres cantilenas fue el pastor Driad, uno de los más gallardos pastores que había en aquella ribera.

¡Y, ay, rigurosa muerte, que también tomaste posesión d'este hermoso pastor dentro de un año! Y pues hago memoria, ¡o, triste musa!, canta con llorosa boz la desastrada muerte d'este hermoso pastor, pues por ella quedó huérfana nuestra España de la más bella y más perfecta criatura que ella tenía. Era un moço tal y tan dotado de todas las gracias y buenas partes qu'el cielo con su muerte se cubrió de negro belo. Lloráronle<sup>clix</sup> las musas su repentina muerte. Era noble, baleroso, vien criado, afable,

---

<sup>653</sup> *pellijos*: La forma más habitual es *pellico* (procedente del latín *pellis*); tan solo hemos encontrado la variante de nuestro manuscrito en el *Vocabularium* de John Minsheu, donde se ofrecen como equivalentes ambas formas (*Vocabularium Hispanicum Latinum et Anglicum copiosissimum*. Londres. Joanum Browne. 1617, s.v. *pellico*).



manso, humilde, misericordioso, fuerte y de un no domado balor y vrío. Criáronse con él las musas y era tan perito en todas las artes liberales que parecía haber sido él el imbentor de ellas. La música y poesía, con el alto estilo en celevrar ilustres echos, tubo tan en su punto que Homero en poesía y los demás celebrados de la Antigüedad en las demás gracias eran ignorantes en su comparación. Enterráronle pastores con tanto sentimiento del vien perdido que, como ellos con solo llorar lo celevraron, quiero –dice Nictemeno– que se aumente el sentimiento y cesse la pluma, celebrando con lágrimas la pena <sup>[f. 74r]</sup> que no basta a mostrar el baxo estilo.

Tanvién de la muerte de Libia tuvieron gran sentimiento las dos pastoras, Belisandra la Bella y la gallarda Taurissa, y más cuando murieron los padres de Libia, a los cuales ellas en posesión de tales tenían; mas como los viexos no tenían más hijo ni hija, a las dos pastoras Velisandra y Taurisa dejaron por sucesoras en sus vienes. Al fin, viendo que les era forçosa la pena, hicieron ancho el coraçón y, como muy discretas y buenas hermanas, començaron a concertar aquella su casa y familia, tan bien y con tan buen término que más havía que ber en aquellas pastoriles choças que [en] los dorados palacios de los reyes.

Tenían un mayoral, hombre biexo y de grandísima prudencia, llamado Jacobiano, casado con una discreta y anciana muger llamada Balarissa; estos tenían el gobierno de la cassa. Taurisa y Belisandra tenían consigo doce pastoras de las más bellas y hermosas que tenía toda aquella ribera. Su exercicio solo era andarse por aquellos campos y florestas en hávito (aunque galán y rico) pastoril, cantando o tañendo con sus instrumentos, goçando de las frescas flores y fuentes de aquellas pradericas y, las más de las tardes, en sitios muy amenos y frescos veían o luchas de pastores o representaciones y bucólicas; con lo cual pasaban alegremente aquellos primeros años de su jubentud. También algunas beces entendían en el exercicio de la caça y montería y en otros entretenimientos qu’el campo trae consigo, buscando solo las cosas de su contento. Y como aún eran niñas y estaban libres de la pasión de amor, pasaban muy alegres los días y muy descuidadas las noches de aquellos primeros años en que tan natural les era el descuido, alegría y contento.

Un día sucedió que, habiéndose ido a olgar a un hermoso prado que en las riberas de un fresco río estaba (cuyas ondas algunas beces solían ser saladas por la

mezcla de las marinas olas que con las crecientes del ozéano mar subir solían vien dos leguas y más por la ría arriba del mar alto), estándose pues allí olgándose, unos criados que havían sido de su padre de Libia (y entonces eran de las pastoras) llegaron a casso la ría arriba a tomar tierra; porque aunque tenían echo flete en una nao para llebar mercancías a Lebante, faltábales el viento, y así estaban aguardando temporal para poder poner en execución su biaxe.

Y, como las pastoras vieron la nao, dioles gusto irse en un barco que allí estaba en la ribera a ver las mercancías que llebaban, y tanvién por olgarse un rato la ría arriba; y, como lo pensaron, así lo pusieron por obra. Y mandando a dos pescadores que llegasen el barco a la ribera, y así con su hávito pastoril (del cual ellas mucho gustaban), indo con ellas otras cuatro hermosas pastoras, se pusieron en el barco. Y al remo començaron a dar los pescadores asta que ellas llegaron <a> abordar con la nao. Y, como los criados supieron que venía[n], con muchos instrumentos de música y placer las recibieron.

Y, andando ellas mirando todo lo que en la nao havía, a los criados y gente de tierra enviaron a tierra, quedando en ella solos cuatro marineros viexos y el piloto. Y soplaba un poquito de norte fresco y apacible, y <a> aquellas señoras se les antojó irse un rato así reboleteando por el mar; aunque para haver de salir fue menester ir dando bueltas porque era el viento contrario para salir del puerto. Mas como no era enojoso, sino manso y fresco, antes iban con contento, entendiendo que a la buelta trairían viento en pompa<sup>654</sup> y con mucha presteça, juntamente con la marea, <sup>[f. 74v]</sup> bolberían al puerto.

Así andubieron como dos o tres leguas por alta mar, y el piloto, que era un diestro mareante, dixo que se bolbiessen, que parecía querer hacer el tiempo mudança, y que estaban las muestras de trabesía de nordeste y que temía alguna borrasca.

–Andad piloto –dijo Taurisa–, que vien sentado está el tiempo, lleguemos asta aquel peñedo de los mijillones, que después nos bolberemos.

Con deseo el piloto de contentarlas, aunque arto contra su boluntad, lo ubo de hacer. Y, poco más de media legua desde qu’este aviso dio el piloto, se començó a

---

<sup>654</sup> *Pompa*: Parece tratarse de una variante corrompida de la conocida expresión *viento en popa*.

quietar el norte que soplabá y a irse esforçando trabesía; lo cual visto por el piloto, hace cambar belas y, tiniendo mucho cuidado, con el leme dá la buelta para el puerto. Con mucha presteça y rigor crecía el viento, aumentáanse las olas del mar insano, de turviones escuros se inche el cielo, y de cuando en cuando dá unas grupadas el torbellino y viento que hacía ocicar a la nao asta poner la nariz en el arena. Engrosécense las aguas, y con unos rontos resoplidos dá manifestando la tormenta; comiença a herbir el agua y rebuelbe en el herbor la menuda arena; quebrantan las olas y al quevrar inchen de blanca espuma las riberas. Comiença a temer el piloto, los marineros eran pocos y ya andaban cansados, la nao iba muy cargada de mercancías y aun quien la alibiasse echándolas al ondo no había, porque los marineros no se podían apartar un punto de las velas. Y aquellas hermosas pastoras iban ya tan atemorizadas y con [tanta] pena que no supieron sino acudir a sus ordinarias armas, que son lágrimas y sentimiento.

Mas no me quiero detener –dice Nictemeno– contándoos por estenso esta tormenta, que cierto fue rigurosísima; solo os digo que, por fue[r]ça del insano viento, antes de las doce de la noche estaba ya la nao más de cincuenta leguas dentro del mar alto, y con tanta agilidad y presteça iba que más parecía abe que iba bolando que nao que surcase las saladas olas del mar cano. No se contenta con esto el áspera Fortuna y la tormenta, sino que a la media noche se comiença <a> aumentar en tanto exceso que la pasada parecía haver sido quieta tranquilidad y segura calma.

Mas no fue como esta la tempestad que padeció Ulixes bolbiendo a Ítaca cuando vio las sirtes y Cícladas, y más piadoso se mostró el mar con los griegos cuando Eolo soltó los vientos a petición de la rubia Benus; porque fue tanta la tormenta, tanta la tempestad, tantos los vientos (qu’el mástil de medio se hiço pedaços, y indo avierta la nao por mil partes), que aquellas pobres pastoras con ir tan atribuladas les fue forçado el ir dando a la bomba y no bastaban a baciár el agua que la nao hacía, sino que iba ya con más de dos cobdos de agua.

Los mástiles iban rotos, rechinando las antenas, la mura mayor rompida, la quila<sup>655</sup> llena de endeduras y rompimientos; al fin, ninguna esperanza se tenía ya de poder escapar con la vida. Y ya de desesperado el pobre del piloto soltó el leme y fue a buscar algún escotillón o tabla en que echarse al agua, porque entendió llanamente que la nao se iba sumergiendo poco a poco. Mas fue el daño, que al fin el piloto, avraçado a una cóncaba tabla, al mar se arroxa, y síguenle los marineros: unos asidos a maderos, otros a otras cosas y algunos de ellos, desde la nao, con los ojos vien llenos de lágrimas pidiendo a Dios que se acordase de sus almas, los vieron las pastoras ir al ondo.

Mirad qué se podía esperar de una nao que no llebaba dentro quién la gobernase; los mástiles y jarcia destruidos; las belas rotas por la nao tendidas; la quila medio avierta y obrasmuertas<sup>656</sup> casi del todo destruidas; la tempestad terrible; el mar airado; el puerto lexos; el cielo amenaçando con torbellinos, truenos, relámpagos y agua. Al fin, naturalmente parecía imposible esperarse otro remedio sino <sup>[f. 75r]</sup> la muerte, y aun esta parecía imposible el dilatarse, cuando vino un viento más esforçado y terrible trayendo delante de sí de agua muchos montes. El cual, como llegó, la nao yere, y el ir sin gobierno, sin velas y sin resistencia fue la resistencia de este caso, porque el viento hizo de ella lo que quiso y, como estaba ya tan alivianada del pesso, llebóla con ligereça, aora sobre las ondas, ora medio sumergida. Al fin, andubo la pobre nao así, aquí se unde y allí sale, más de cien leguas aquel día.

Torna a sobrevenir la escura noche y toda ella fue de tormenta, aunque ya muy menor y quevrantada. Y, al amanecer aquellas pobres pastoras, que iban medio muertas de lágrimas de pena y de trabaxo, una de ellas, llamada Esmerilda, que le pareció que la nao no se movía, suvida a borde la vio qu'estaba entre unos roquedos en un hermosso puerto arrimada o encallada en el arena, y ella medio bolcada o torcida hacia un lado. Y alegre en ber la tierra (si alegría pudo haber entonces en su pecho) a las demás pastoras dice que a borde suban, que Dios les á echo merced de dalles tierra. Suben turbadas y, puestas a borde, como vieron tierra todas juntas dieron inmensas gracias a Dios. Y, así,

---

<sup>655</sup> La invariabilidad con la que encontramos la forma *quila* en el manuscrito nos lleva a interpretar una ausencia de palatalización en la adaptación del préstamo francés *quille* (para otros casos similares, véase nota 47).

<sup>656</sup> *obrasmuertas*: «En el baxel son todas aquellas que están del escaño arriba» (*Autoridades*, s.v.).

echando dos mástiles, lo mejor que pudieron, de la nao a la ribera, gateando por ellos y como mejor pudieron, salieron a tierra (aunque no estaban diez pasos d'ella<sup>clx</sup>).

Como pasé con silencio –dice Nictemeno– las palabras y llanto que en tiempo de la tormenta aquellas pastoras hicieron, así quiero callar el alegría y consuelo que cuando se vieron en tierra recibieron.

Y, como entonces comenzó a debalar<sup>657</sup> la marea, de allí a poco rato vino a quedarse toda la nao en seco. Y todo lo mejor que en ella había quedado, aunque con arto trabaxo, rastrando o como pudieron pusieron aquellas pastoras en seco, comiendo de los mantenimientos (que en la nao venían sendos bocados), que estremada era la necesidad que de ello traían.

Acabado de comer sendos bocados, que serían como a las siete de la mañana, la bella Belisandra dijo a sus compañeras estas palabras:

–Gallarda Taurisa y hermanas y compañeras. Pues Nuestro Señor á sido serbido de libranos de las furiosas ondas del airado mar para que de ellas no fuésemos<sup>clxi</sup> tragadas, y nos á dejado ver tierra que tanto deseábamos, menester es que nos determinemos en saber qué tierra es esta en que estamos y qué gente moradora de ella; procurando de havernos de suerte que, no perdiendo de nuestro balor ni haciendo daño a nuestras conciencias, libremos las vidas, que a tanto peligro de perdellas las emos tenido. Lo que me parece es que, tomando el mantenimiento que pudiéremos, bamos entrando la tierra adentro asta ber si allamos o topamos alguna persona o población o rastro de gente.

A todas pareció vien esta determinación, y así de dos en dos comenzaron a subir por la selba arriba. Y, como a un cuarto de legua, estando en lo alto del monte vieron<sup>clxii</sup> un hermosísimo y fresco balle poblado de gran muchedumbre de empinados cedros, linaloeles, évanos, vrasiles y otra diversidad de hermosísimos árboles. En el medio de

---

<sup>657</sup> *Devalar*: En castellano se trata de un término náutico, cuyo significado no se ajusta al contexto del pasaje («Descaecer el navío o embarcación del rumbo que llevaba, por la violencia de la corriente», *Autoridades*, s.v.). En cambio, su uso aplicado a la marea lo encontramos en gallego, lengua de la que el autor podría haber tomado una vez más esta acepción del término: «Se dice cuando baja en el reflujó, y en el flujo *crecer*» (Martín Sarmiento. *Catálogo de voces y frases de la lengua gallega*. Ed. J. L. Pensado Tomé. Salamanca. Universidad de Salamanca. 1973).

este balle descubrieron una casa al parecer pequeña, y aunque estuvieron en mucha duda de si irían allá o no, o si aguardarían a ver si de ella salía alguna persona, viendo que no se veía pisada alguna de hombre en todo aquello y que los caminos estaban poblados de fresca yerba y que por ellos discurría muchedumbre de caças (las cuales casi se andaban apacentando alrededor de la cassa), Taurisa dijo: «Bamos, señora prima, hacia aquella cassa, que muchas señas se muestran d'estar despoblada y sin gente».

A todas les pareció ser así como Taurisa lo decía. Y, con esto, se fueron baxando hacia el balle, el cual era todo lo ameno <sup>[f. 75v]</sup> y hermoso que se podía <sup>clxiii</sup> pensar. Y, en començando a andar por él, vieron que le cruçaban tantos y tan frescos arroyos de claras ondas que todo le tenían fresco y poblado de gran dibersidad de matiçadas rosas que con diversidad de colores herloseaban aquellas prederías. Jugar, correr y saltar trebexando vieron a las gamas y a las corças, y lo que más las espantó fue que, a pocos pasos que por el balle entraron, una cerbata muy hermosa se llegó a Belisandra como muy mansa y si como el cebo le quisiera pedir de la blanca mano. Ella le dio de lo que para su comida llebaba, y viole un collar de oro y piedras al cuello que decía: «Soy de los dos amantes, Gabianisandro y Corneria».

–¡Ay, hermanas! –dixo Belisandra–, según este collar, esta deve de ser la Isla de la Enamorada Corneria, que yo sé su historia; y á ya cincuenta años que murió en Acaya, y Gavianisandro habrá como cuarenta que murió en esta isla. Y si ella es, está despoblada, porque algunos años suele ser tanta la muchedunvre de aves que quedan en esta isla [que] no saben de dónde se vienen, al fin inficionan el aire y engendran graves enfermedades; por lo cual se llamaba la Isla Despoblada y agora pocos años á que se llama la Isla de Corneria. Bamos a la cassa, que si ella es yo os contaré su istoria, que cierto es estraña. Mas a mucho peligro estamos, porque jamás por aquí asoman nabíos ni otros basos de ningunas jentes; mas en la probidencia de Dios estamos, Su Divina Magestad ordene lo que fuere servido.

Y, con esto, la cerbatilla que traía el collar de oro se andaba jugando y dando carreras como alegre perrillo alrededor de aquellas pastoras, dejándose tratar y tomar de ellas y consintiendo que le truxesen la mano por la cabeça y cerro. Ellas iban goçando del fresco viento (que ya començaba a entrar el calor del sol), y sentándose un rato junto de una hermosa fuente que como dos tiros de ballesta estaba de la cassa, echa de

hermosas piedras de mármor, vieron una piedra qu'estaba sobre dos pilarexos como mesa, en la cual estaban estas letras:

Gabianisandro y Corneria  
en esta fuente estubieron  
y el agua de ella encendieron,  
porque en amorosa furia  
a Amor las almas vendieron.

Y después rodó Fortuna  
y Gabisandro<sup>clxiv</sup> sintió  
tanto qu'el agua aumentó  
así mil veces como una  
de lo mucho que lloró.

Si alguien llegare a esta parte,  
Gabianisandro le abisa  
que no fíe en falsa risa  
de Amor, Fortuna o de Marte,  
pues el mal con en ellos frisa.

–Aora digo sin duda –dijo Belisandra– qu'es esta la isla que yo decía; en verdad que entiendo que no deve de haber en ella persona alguna. Y si ella es, no tiene más de quince<sup>clxv</sup> leguas en larga y seis<sup>clxvi</sup> en ancha. Aora bamos a la casa, que yo entiendo que la emos de allar desocupada.

Con esto, lebantándose, anduvieron otro poquito por el balle y llegaron a otra hermosísima fuente. Y junto a ella, hacia la parte del sur, vieron una grande campaña de hermoso trigo, que como era en el mes de mayo estaba muy hermoso y crecido y començaba a tomar color, y estaba tan espesso que parecía no poder por él romper aun un caballo. Y alrededor d'él vieron andarse apacentando una manada de hermosísimas yeguas y caballos que, con el tiempo y verde, como dicen, andaban inchendo de alegres relinchos todas aquellas campañas, índolas siguiendo muchedumbre de hermosos potros que deseando el dulce pasto se iban mamantando con las madres. Mucho se olgaron aquellas pastoras en ber caballos, y más viendo tanta muchedumbre y tan hermosos.

Mas mirando la fuente vieron ser hecha de hermosos pórfiros y jaspes, y era ochabada, en medio de [c]uyo pilar grande y hermoso estaban cuatro columnas dóricas que parecían ser echas de finísimos oro; las cuales sustentaban una basa o pila cuadrada hermosísima, en cuyas cuatro <sup>[f. 76r]</sup> esquinas estaban cuatro nereidas de unas muy hermosas piedras. Y cada una d'estas nereidas tenía un escudo entre los vrazos, en cuyos campos había diferentes letras todas manifestadoras de lo mucho que se amaron Gabianisandro y Corneria. En el medio d'esta pila estaba una columna, al parecer ella parecía ser de un fino diamante, mas no decían que era sino de un cristal del setentrion finísimo. Encima d'esta columna estaba un globo redondo en grandísima perfección que parecía de fino oro, y sobre él estaba sentado (puesta la mano en la mexilla y durmiendo) Cupido sin venda, sin arco y sin aljaba, aunque todo este aparato tenía a los pies. Y del globo salían muchos caños de agua que hermosteaban y componían la fuente. Esta fuente estubieron mirando un rato, porque tenía bonísimas letras y estaban muy bien labradas las piedras.

Con esto, llegaron a la cassa, la cual les pareció (como lo era) admirablemente edificada, y junto a ella estaba una iglesia, aunque pequeña, de mármol de una galana y curiosa echura. Y así (lo primero entrando en la casa por ver si en ella allarían persona alguna), en el primer patio, que era muy hermoso y de unas hermosísimas columnas que sobre sí sustentaban un corredor, junto a la puerta d'este patio estaba una tabla grande de vronce muy vien labrada, y debaxo d'ella, colgadas de un clabo, muchas llaves muy hermosas de plata y de oro en una cadenilla de oro asidas. Y las letras del tablón decían:



Si alguno aquí aportare por ventura y viniere a esta Isla Despoblada, sepa que en ella murió y está enterrado Gabianisandro, el amador constante. Enterrole su amigo Lévido y echas sus obsequias y sepultura se partió a Germania solo, en un barco qu'él hiço. Essas llaves son de la casa y de lo que en ella queda. Deje cualquiera que aquí llegare puesto su nombre y acuérdesse de Gabianisandro,

el más constante amador que tubo el suelo.

Las llaves tomaron aquellas pastoras, y la gallarda Taurissa, que era la más animosa, avrió la puerta de aquel hermoso patio; la cual salió a otro muy más hermoso y rico, en medio del cual estaba una hermosísima fuente, pintada y esculpida en ella la istoria de los dos amantes, Antonio y Cleopatra, muy bien echa. Y el claustro o patio todo él por las paredes estaban esculpidas mil estremadas istorias.

Toda la casa anduvieron aquellas pastoras asta que, llegando a la parte del norte, vieron una puerta de oro y piedras preciosísimas, que cierto parecía de inestimable valor; en la cual, encima de la portada, estaban unas letras que decían: «Cuarto de la gloria y contentos de amor de Gabianisandro y Corneria».

Esta puerta abrió la hermosa Belisandra porque no havía podido atinar con la llave Taurissa. Y en avriendo las hermosas puertas, que a una hermosísima y grande sala salía[n], vieron en ella... Perdonadme –dice Nictemeno–, que me llaman en Babilonia, qu'están probando el aventura de la galería aquellos caballeros.

## **Capítulo 21. De lo que sucedió en Babilonia en el aventura de la carroça y de cómo el príncipe Ofrasio se llebó a la hermosa Casiana.**

Dentro de la galería dejamos al buen príncipe Paludiano y pressos a los cuatro caballeros que con él se havían combatido. Pues, como ubiesse estado un rato dentro, tornó a salir, y puesto en su caballo se vino para donde estaban aguardando aquellos caballeros; a los cuales dixo lo que los demás havían dicho, esagerando <sup>[f. 76v]</sup> estrañamente la echura de la carroça y las muchas cosas que havía que ver en ella. Aquel día la probaron dos o tres damas de palacio, a las cuales ninguna cosa en lo público les sucedió, mas de las cosas que havía[n] visto tanvién decían que eran

estrañas. Quince días duró el probar el aventura, en que sucedieron diferentísimas cosas y sucesos.

En estos quince días cada noche iba el príncipe Ofrasio a berse con la princesa Casiana; las pláticas, las ternuras, los amores que entre los dos pasaron no sé si de industria o por qué al fin no las escribe Nictemeno. Solo dice que al cabo d'este tiempo, estando ya la galera adereçada y probeída de muy buenos remeros y todas las demás cosas que eran menester, se concertaron de se partir para España Ofrasio y el príncipe Viano, y la princesa Casiana y Ursina. Y, como lo pensaron, así lo pusieron por obra; un sábado a las doce de la noche, que ya começaba a ser domingo de mañana, salieron por una puerta falsa de un jardín aquellas princesas, estándolas aguardando los príncipes. La hermosa Casiana llebó consigo solas dos doncellas, la una llamada Sildana y la otra Valiadina, y también llebó <a> Areusina; la princesa Ursina llebó toda su casa en otras dos galeras muy hermosas qu'el príncipe Viano havia echo aparejar.

Pues, llegando a la ribera como a las doce y un cuarto, soplándoles un hermoso y fresco viento, se embarcaron aquellas princesas. Y, después de puestas en cámara de popa en un aposento qu'estaba estremadamente adereçado, dieron bela al biento y començaron a lebantar blanca espuma con las palas anchas de los remos, y, enerbolando vanderas y vanderolas (aunque sin ruido de música), començaron su biaxe a veinte y zinco de agosto, un domingo por la mañana. Y, aunque siempre fueron costeando por el Sino Pérsico, caminaron aquella noche estrañamente, porque les soplaba muy buen viento. Y, como iban aumentando su ligereça con remos, apartáronse mucho de la ribera de Babilonia, llebando designio de ir a tomar puerto en Arabia, para en ella descansar algunos días del enojo del camino y aun atajar por allí para poder después tornarse a embarcar en el Mediterráneo, y por él venir al puniente.

Mas otro día o [a]qu'el mismo, por mejor decir, que fue domingo por la mañana, cuando ya se salía el sol plateando de hermosos reflexos las mbediças ondas en que hería, indo de Babilonia como veinte leguas pocas más a menos, un caballero llamado Driniso que iba por probeedor general por el príncipe Viano (que para acompañar a la princesa Ursina, su esposa, llebaba catorce galeras y dieziséis naos de armada, todas muy vien armadas y probeídas y en ellas muchos y muy buenos caballeros de Casia, soldados balerosos y diestros remeros); indo, pues, el prob<e>edor general en el

corredorcillo de popa, haviendo aquella mañana dado vuelta por gruxía<sup>658</sup> y haviendo echo prob<e>er, así en aquella galera (que era la Ladrona) como en todas las demás, las cosas necesarias; indo solo a bela, porque hacía estramado de buen viento, y toda la chusma (del cansancio pasado de la mala noche) haviéndose quedado dormida, el probeedor algo lexos començó a descubir belas que a la bolina y contra el biento venían (no con poco trabaxo) caminando.

Y, como las descubrió, llamó a un marinero que alcançaba a ber mucho de lejos. Y, haciéndole que mirasse e contase las belas, contó más de sesenta y alcançó a conocer ser africanas en las insignias y vanderas; porque el rey moro de África tenía toda el Aravia Petrea, y así algunas veces los suyos solían surcar aquellos mares y hacer arto daño a todas aquellas riberas, corriendo todo <sup>[f. 77r]</sup> el mar pérsico y otros mares.

Pues, como se certificaron ser la armada de infieles y que era imposible si no uían escusar varaxas, y qu'el uir les era muy dificultoso y medio imposible por llebarlos como los llebaba el biento a dar con la armada contraria, con el menos ruido que pudo, por no despertar a los príncipes (que aún se iban durmiendo de la mala noche que havían pasado), en un esquife pequeño fue por todas las galeras y naos avisando que se preparasen para la guerra y diciendo a todos los capitanes que aparejassen todos los instrumentos de guerra y hiciessen armar a sus caballeros. Bolbió a l[a] gavia<sup>clxvii</sup> capitana, en la cual alló ya a aquellos príncipes, que junto al mástil primero de gruxía (aquel que sustenta la cuvierta de popa) se estaban armando. Y, como vieron subir al prob<e>edor, Ofrasio dixo:

–¿Qué es esso, hermano Driniso? ¿Qué ruido es esse que suena en essa armada?

–Es, mis señores –dixo Driniso–, que emos visto belas enemigas, y parecen del rey de África, señor de Arabia Petrea. Y si son suyas, como pensamos, no podremos aunque queramos escusar la guerra; y así vengo de avisar a los capitanes que se aparexen.

---

<sup>658</sup> *Gruxía*: Indudablemente se trata de una variante de *crujía*, con sonorización de la velar oclusiva inicial (tal y como sucede también con la voz *guchillo*, de profusa aparición en el manuscrito).

Nunca anvriento lobo viendo de mansas ovejuelas el rabaño así se olgó y recibió contento como estos dos balerosos príncipes con las nuebas. Y así, acabándose de armar, se arrojan a un pequeño batel y con él dicurren por toda la armada, haciendo adereçar todas las cosas y puniendo a punto de guerra todo lo necesario. Pues la armada enemiga, cuando vio y reconoció las cristianas vanderas, nunca león furiosso en espessa vreaña, viendo la gama o corço que por ella discurre, tan contento la aguardó detrás de alguna mata (solo temiendo no le uiga, que lo demás por cierta tiene la pressa) como el capitán Langir Mustafá aguardaba la armada cristiana, entendiendo de enriquecer sus soldados con despojos.

Traía el baliente moro renegado sesenta y seis basos entre naos y galeras, todas muy bien armadas y proveídas de gente (aunque las nueve de ellas eran de mercaderes cristianos que ellos havían en la mar rendido). Y con ellos, como ya estuviessen a vista, començó a hacerles un parlamento animándolos a la batalla, apocando del enemigo las fuerzas y número, y prometiéndoles la mayor parte de los despojos. Y, con esto, hace tocar las caxas de guerra y sonar las altas italianas y los pifanos y todos los demás instrumentos, preparando todos los trabucos y armas arroxadiças y haciendo poner en orden todas las naos y galeras repartiéndolas en tres mangas, haciendo el repartimiento como diestro y baleroso capitán que era.

La manga<sup>clxviii</sup> de la mano izquierda tenía quince basos: iba por capitán de ellos, Amuyalem, excelente capitán, aunque ya entrado en días; iba en la almiranta un caballero moço de buenas esperanças, llamado Zalaín Rosem. Iban con Amuyalem quince capitanes: Rosenzalín, Almanzar Aomat, Maumetán, Luçasaín, Ambenruez, Rucifaldo Muley y Avizalem Muley, su hermano, y otro llamado Orcano, y otro Zizineo. De los demás de aquella cuadrilla no pudo saber los nombres (por más que los inquirió<sup>clxix</sup>) Nictemeno.

En la vanda derecha iba por capitán Circibelín, hermano de Langir Mustafá, y este ninguno llebaba en sus galeras ni naos con nombre de capitán, sino solo con título de tinientes. Los más principales que con él iban eran: Ocanades el Renegado, y Muleto Alárabe, y Maomido Castrado, Lupeldo, Araçacuz, Olicido, Aumetasin, alcaide de media torre en Arabia Petrea, y otros algunos ilustres capitanes que le acompañaban <sup>[f. 77v]</sup> iban. Porque este Circibelín era muy amado de los soldados y caballeros, porque era

muy pródigo y gastador y amigo de gallardías e imbenciones, y era muy cortesano y servidor de damas.

La manga de en medio, que en forma de media luna compuso el capitán, en el un cuerno iba Zerbasendro, el que llamaban el Quemado (porque tenía la media cabeça pelada, que cuando niño se la escaldaron con un poco de agua caliente), moro balerosísimo, y decían que era español; mas era muy cruel y riguroso, por lo cual era más temido que amado y le llamaban el Cruel. El otro cuerno llebaba<sup>clxx</sup> Zordano Muley, llamado «Mezquita» (porque algunos decían que havía sido alfaquí); era muy prudente y estremado capitán. El medio, en la galera capitana llamada la Leona, iba el baleroso y renegado moro Langir Mustafá, llebando consigo a Riadrino Zaley y a Guadaim Casam, y a Moriander y Fisaldo, visrey de Lugia, y aun a<sup>clxxi</sup> otros muchos balerosos moros de no[m]bre, balor y onrados oficios llebaba el baleroso renegado consigo.

El príncipe Ofrasio y el buen Vianeo compusieron todo su campo en forma de media luna: el un cuerno llebaba Evoriasino Silbeiro, capitán portugués muy deudo de Ursina, y el otro llebaba Arial Durf, mayordomo mayor del rey de Casia y ayo que havía sido de Vianeo. En la galera capitana de en medio, que era la Ladrona, iban los dos príncipes con asta setenta caballeros, todos escogidos de la flor y nata del armada; esta sin duda ni escepción era la mejor galera que tenía el mundo y tal que, llevando vuenos capitanes, tenía poco que temer a cuatro ni a seis que por el mar andubiesen.

Pues concertadas así las armadas y índose ya azercando de suerte que sin dificultad las unas a las otras se conocían (y fuera d'esto se podían herir ya con los trabucos y saetas y otras armas y fuegos arrojadiços), con lo cual, con mucho concierto y discreción así de la una armada como de la otra, se començaron a herir y arrojar trabucos, carneros, alcancías, lanças, dardos, saetas y otras cosas, con tanta presteça y abundancia que de cosas, instrumentos y saetas cubrían el aire, haciendo que se compusiesse de ellos espesa nube. Y era tanto ya el artificial fuego que en la una y otra armada se prendía que la una y otra<sup>clxxii</sup> parecían espesas selbas a las cuales, para haberlas de cultivar, en bentosa noche en alta montaña el villano enciende. Y así començaba[n] ya a estallar y rechinar las quemadas maderas y escotillones; la xarcia y cuerdas, velas, antenas y lo demás todo se quemaba, todo ardía, aunque mucho

remediaba la presteça y diligencia de los capitanes, así de una<sup>clxxiii</sup> vanda como de la otra. La princesa Casiana y Ursina con sus mugeres no hacían sino suplicar a Nuestro Señor por el buen suceso de la nabal.

Mas en esto, con un fresco soplo de viento y la galeras con los robustos braços de los remeros, la una armada con la otra inviste; y, aunque eran los basos casi al doble, se su[s]pendió la pelea y batalla (sin que fuesse conocida ventaxa) casi cuatro oras. Al cabo de las cuales se entró la galera Ladrona por los enemigos; mas rebatidos de ella<sup>659</sup> por el mucho balor de los capitanes, viniéndola <a> ayudar por la vanda izquierda del sur otra galera que se llamaba Fortuna. A la cual salió al encu[e]nt[r]o en la que benía Luçasaín y otra llamada Surtilla, en que venía por capitán Almanzar Aomat. Luego acudieron a socorrer a la Fortuna Ariel Durf, mayordomo mayor, con la suya llamada la Provisora; luego acudió por el lado diestro Zerbasandro<sup>clxxiv</sup>, llamado el Quemado. Luego le salió al encuentro con todos los basos de su cuerno Evoriasino Silbeiro, capitán portugués diestrísimo; aquí acudió la almiranta, viniendo el brabo moço Zalaín Rosén vestido con una fuerte loriga y un alfange<sup>[f. 78r]</sup> desnudo en la mano.

Aquí fue el aprieto y la mayor prissa; mas no me quiero parar –escribe Nictemeno– en pintaros esta batalla, solo sabed que al cabo de otras dos oras qu’este conflito duró, se entró la galera Leona, que era la del renegado Langir Mustafá. Mas ya él viendo su gente perdida y destruida el armada, con estraño ardid, en un esquife con doce buenos remeros, tocando a la uída y a recogerse, escapó el traidor con cuarenta basos, sin<sup>clxxv</sup> seles posible a los nuestros dalles alcance (aunque les iban picando en la retaguarda). Y mucho loaban los príncipes <a> algunos de aquellos capitanes, especialmente a Langir Mustafá, que como muy bueno y diestro capitán lo havía echo, y la culpa del no haber vencido más era de los soldados que no suya, porque de su parte lo havía echo estremadamente.

Al fin, con esto, habiendo quemado y echado al ondo las once, quedando presas quince, alcançaron la vitoria (aunque con arta dificultad) aquellos caballeros. Y todos tintos en sangre, así de l’agenas como de la propia, entraron a ver a sus esposas; las

---

<sup>659</sup> Entiéndase como referente del pronombre *ella* la galera mora a la que se frenta la Ladrona, puesto que la galera Fortuna que se acerca en su ayuda es cristiana.

cuales los recibieron con aquel amor y contento que se puede pensar. Y, dejando orden a Evoriasino Silbeiro para que repartiessse los despojos y concertase todo lo desbaratado de la armada, ellos se desarmaron y se hicieron curar de algunas pequeñas heridas que les habían quedado, llebando tanto cuidado aquellas princesas de su salud como de esposos o maridos a los cuales tenían tan tierno amor.

Cuatro días fueron por la mar sin que les acaeciesse otra cosa alguna que sea de contar. Mas al cuarto día, indo caminando con mucha bonança, se les lebantó una borrasca o tormenta; la cual fue poco a poco cobrando fuerças, y tantas que aquellos príncipes y princesas, dejada la galera Ladrona en que iban, se pasaron a una zabra muy hermosa y vien adereçada que de un caballero ponentín, llamado Seceaneo, era. Y, pasando a ella algunas cosillas de aquellas princesas, solo quedaron en ella siete marineros con el piloto, que fue el mejor que en toda la armada iba. Y Seceaneo, señor de la zabra, que era un caballero viexo y muy onrado y baleroso, havía estado cautibo veinte dos años en tierra de moros y sabía muy bien sus reinos, tierras y costumbres y su habla.

Ya se aumentaba tanto la tempestad que rechinaban los mástiles y antenas heridos del viento, y algunos de los pilotos iban perdiendo la esperança de tranquilidad ni bonança en la mar. Al fin, por no nos detener, aquella noche creció tanto la tormenta que por mucho que los remeros de las galeras y los marineros de las naos hacían no aprobechó nada, sino que al fin se vino a desbaratar la armada, dando los basos algunos al trabés y otros vinieron a dar a diferentísimos puertos. La zabra en que los príncipes iban, agitada del furioso viento, como era tan ligerísima alexósse terriblemente, asta que se vino a entrar por una boca de un estrecho. Y, aunque sapientíssimo el piloto, mil beces se vieron ya a<o>gados y sorbidos de las olas, y más pareció milagro que astucia humana que se pudiesse escapar la fragata o zabra de tan espantable tormenta y peligros como passó.

Al fin, haviendo andado otros quinze días, en los cuales jamás cessó la tormenta ni un punto, con ella misma fueron echados en un puerto; el cual luego conoció Seceaneo y dijo<sup>clxxvi</sup> ser la probincia Mauritana, y aquella una ciudad llamada Gareta donde reinaba un rey que tenía por nombre Amudzuleno el Vrabo, que era uno de los crueles y malos reyes que tenía el mundo. En esto, la fuerça del viento y la vrabeça de la

te[m]pestad mal que no quiso los metió en el puerto, <sup>[f. 78v]</sup> donde luego lebantarón una vándera de paz y, haciendo reseña con un clarín, ancoraron, porque la tempestad no les daba lugar para otra cossa.

S[e]ceaneo<sup>clxxvii</sup> como era viexo y discreto se vistió en hábito de mercader de Arabia Petrea, y como aquellos príncipes sabían vien hablar el árabe fueles muy fácil el hacer la disimulación que querían. Mas estando ellos acabándose de componer, puniéndose S[e]ceaneo unas medias de seda de punto moradas y unos grigiescos y jubón de vrocado morado, y encima una ropa que casi le daba cuatro dedos bajo de la rodilla (y después ceñida con una banda de red morada con los cabos o rapazejos de oro), y un alfa[n]ge colgado al lado y un arco y aljaba con saetas, y puesto en la cabeça un turbante azeituní; y él era alto, membrudo y moreno y tenía ya la barba casi del todo blanca, larga y muy bien puesta, los ojos así un poco encarnicados y cierto que representaba muy bien lo que quería; mas, estando ellos acabándose de componer y concertar, llegó un batel del puerto, en el cual venían seis caballeros y la guarda del puerto.

Y, como llegasen a la nao, a su uso tendieron las palmas, y [co]mo a Seceaneo vieron a borde llanamente entendieron ser moro solo en verle el adorno y traça de su persona, y más cuando le oyeron hablar tan estremadamente de vien su lengua. Al fin, preguntando sus ordinarias preguntas, le dixeron que se fuesse a ver con su señor y a dalle cuenta de su viaxe. Él dixo que le placía, y con mucha familiaridad y llaneça él y los dos príncipes, sin más dudar, se echaron en el batel en que los moros venían. Y, así, aunque con trabaxo por estar alborotada la playa de la tormenta, llegaron al puerto.

Y, así, fueron a palacio, el cual era cierto una hermosísima y vien edificada cassa, porque tenía estremado sitio y excelentes edificios. Y como en ella entrassen en el primer patio, que de hermosísimas piedras de jaspe estaba compuesto, vieron una fuente de coral estremada pieça y tal que sin dificultad para de lo que era se tenía por una de las mejores del mundo. En los corredores altos se andaban pasando muchos caballeros, y por las paredes d'él estaban pintadas muchas azoñosas obras de mahometana gente.



Luego entraron en una sala muy bien aderezada de tapicería de verdura y caça (de seda y oro) hermosísima, y arrimadas (aunque alrebés) a las paredes había muchas sillas de plata estremadas, con muy hermosos y grandes bufetes. En la sala de más adentro, que muy más rica era y estaba mejor aderezada, en un asiento como cátedra, estaba el cruel rey asentado en un asiento de oro, y él armado salvo de zelada y manoplas. Y junto a él estaban cuatro reyes, en pie y sin turbantes, que las insignias reales le tenían.

Y como Seceaneo llegó, haciéndole sus devidas reberencias y humiliaciones y llegándose a él, puniéndole la mano sobre la rodilla (que era costumbre y zeremonia por ellos usada), el rey le preguntó quién era y de dónde venía; a lo cual el buen caballero, puesto en pie, le dixo:

–Soy, sacro señor, natural de Arabia, y tengo de oficio ser mercader. Y, indo a vender mis mercancías a distintos reinos y probincias allá en la ozidental España, estos dos hijos míos –dixo señalando a los príncipes– se aficionaron a dos españolas, hijas de un mercader cristiano; y, viendo que no había otro remedio (siendo ya ellos casados con ellas), las robaron de casa de su padre. Y, viniéndonos con ellas para nuestro reino, una grave tormenta que emos padecido muchos días nos á echado, señor, en tus riberas. Y es la verdad de lo que me as preguntado como lo es, señor, el alcarén<sup>660</sup> y ley que professas.

Como le vio el rey y él parecía tan naturalmente lo que quería representar y hablaba la lengua tan estremadamente bien, llanamente entendió ser ello así. Y, sin más replicalle ni hablarle más palavra, hiço señas a uno de aquellos que allí asistían para que le llebasen al presidente o vaxá y que le probeyessen de lo que fuesse menester. Porque este rey solo era cruel contra cristianos, que en lo demás <sup>[f. 79r]</sup> más por buen rey era entre los moros tenido; porque cierto era sabio y valeroso, y aquel su mucho balor le hacía tocar un tantico en crueldad y tiranía.

Después que de delante del rey salieron fueron llevados a casa del baxa, el cual les hiço una muchedumbre de preguntas, a las cuales todas respondió y muy bien el

---

<sup>660</sup> *alcarén*: No hemos logrado documentar esta voz, de significado tal vez similar al de ‘credo’.

buen Seceaneo. Al fin le preguntó si traía algunas mercancías; él dixo que se le habían perdido seis naos que con ellas traía y que aun de aquella fragata había con la tormenta echado la mayor parte al ondo, y que así no le habían quedado sino dos caxas de niñerías para damas. Y verdad decía, que entre otras cosas que para las princesas venían eran dos caxas de collares, tocados, anillos, puntas, gargantillas, cintas, manillas, apretadores, colgantes, pomas y otras cosillas de tanto balor como después cuando las vendiéremos veréis.

–Pues, por vida vuestra, que porque Fraissa y Jarilda, nuestras princesas, son aficionadas a essas niñerías, que se las llevéis. Y porque el rey no gusta de que ningún honvre entre a su aposento que sea estrangero, que se las enviéis a mostrar con alguna muger si en el baxel viene alguna.

Él respondió que todo lo haría como se le mandaba; mas que mandasse, por sus dineros, le fuesen probeídas las cosas necesarias para su nao, y que porque sus hijas venían fatigadas de la mar se les diese una posada para los días que allí estubiesen. El baxa les hizo prob<e>er de todo avundantísimamente y les señaló posada junto a palacio, en unas muy hermosas casas que allí había que habían sido de un poderoso mercader que en la mar se había perdido (y así la casa era havitada de sus sucesores, que no tenía[n] familia ni posibilidad para tanta cassa). Con esto, fueron a la fragata, que ella estaba tal que cassi casi era peligro estar en ella, porque se iba al hondo según venía de maltratada de la pasada tormenta.

Al fin, en un barco volantero truxeron a aquellas princesas vestidas de vrocado blanco y perlas, echo u[n] vestido de galera para de camino raçonable, puestos sendos reboços y las manos con guantes. Y, puestas en la ribera, sus esposos las llevaron a la posada, llebándose tras sí infinita gente de la ciudad que, viendo su estremado donaire y gallardía, iban por ver si podían verles los rostros. Al fin, llegaron a su posada, en la cual de los güéspedes de ella fueron muy vien recibidos.

Y, pidiendo un aposento aparte, aquellas dos princesas con sus damas y la buena Areusina, que en todos los trabaxos pasados había sido grande alibio y fiel compañera de aquellas señoras, se entraron en él. Y Areusina estuvo echa una sal, y con el regalo corporal y con la buena combersación descansaron todo aquel día, en el cual asta ya

tarde anduvieron aquellos príncipes ocupados en ver la traça que havían de tener para salir de allí y ir a España.

Otro día por la mañana aquellos príncipes se lebantarón, quedándose las princesas en la cama. Y entrando Areusina les dixo:

–¿Cómo ba, mis señoras? ¿Mejor[es] nabegares ay que en la mar?

–¡Calla, traidora! –dixo Casiana–, ¿nunca habéis de olvidar vuestras malicias?

–No lo digo, a fe, sino porque es mexor andar por ti<e>rra que por mar... Mas en mi verdad que se an mareado más los príncipes en sola esta noche que en las quince de la tormenta...

–¡Ca, ca, Areusina! ¡Calla! –dixo Ursina–. Si no, a fe que me enoje.

–A<o>ra, baya, baya, señora princesa, quiere vuestra grandeça comer el agraz y que tenga yo la dentera<sup>661</sup> ... Se’assí, que a fe que sin esso y con esso me la tenía yo... Mas ¿no saben vuestras grandeças qué é determinado?

–¿Qué? –dixo Casiana.

–Yo sé estremadamente la lengua d’estos diablos –dijo Areusina–: quiero ponerme en buen ávito y en [a]chaque de llebarles las caxas de mercancías a las princesas Fraisa y Jarilda verlas muy vien, que las loan de hermosas, y saber qué jente son <sup>[f. 79v]</sup>.

–Se’assí –dijo Ursina–, que muy vien avéis dicho.

–Pues mirad –dixo Casiana– que les deis todas las cosillas que les contentaren.

–¡Pues no se las havía de dar! –dixo Areusina–. Sí devré, en buena fe, y más si me parecen hermosas. Llebareme conmigo a Casaldra y a Gradisa.

–Ora, ¡sus!, ¡se’assí! –dixo Casiana.

---

<sup>661</sup> Areusina hace aquí uso de un refrán de larga tradición, que aparece ya en el *Libro de Ezequiel*: «La palabra de Yahveh me fue dirigida en estos términos: “¿Por qué andáis repitiendo este proverbio en la tierra de Israel: ‘Los padres comieron el agraz, y los dientes de los hijos sufren la dentera?’”» (*Biblia de Jerusalén*. Trad. dirigida por José Ángel Ubieta López. Bilbao. Desclée. 1999; Ezequiel 18, 1-2).

Y, pasándose a la cama de Casiana Ursina, comenzaron a hablar en sus cosas. Al fin, estando diciendo Casiana: «Sea lo que fuere, señora Ursina, nuestros maridos no nos falten, lo demás vaya y venga...», entró Areusina con aquel vestido que le habían dado en la isla Circasena, que como queda dicho valía un reino. Y llevaba la vellaca echo un tocado turco galanísimo, y en él puestas las mejores piezas que tenía que aquellas princesas le habían dado. Y las dos damas, Casaldra y Gradissa, que en extremo la una y la otra eran hermosas, hijas de dos grandes reyes del Oriente (aunque basallos de Babilonia), iban vestidas de vrocado encarnado, todo sembrado de dibersos y finos diamantes, tocadas también a lo turco, echos de sus hermosísimos cabellos mil laços e invenciones. Dos esclavillas negras como una pez que eran de la princesa Ursina, de asta catorce años cada una, iban vestidas de terciopelo amarillo al uso de España, y cada una de ellas llevaba la una de las caxas. Y Areusina dixo:

–Ca, princesas mías, ¿boy vien?

–Estremadamente –dixo Casiana–. Andá a fe, y contarnos éis lo que pasáredes con ellas. Aora, ¡sus!

–Pues yo boy, duerman y descansen vuestras grandeças otro rato, que, aunque no se lebanten oy, no dejarán por esso de podarse las viñas<sup>662</sup>.

## **Capítulo 22. De lo que Areusina pasó con las princesas moras y de otras cosas que en la ciudad de Gareta pasaron.**

Con este concierto salió la buena Areusina de su posada, serían como las nueve y media de la mañana, a 9 de setiembre, haciendo aquel día hermosísimo claro y sereno, aunqu'el zéfiro soplaba lentamente; de suerte que hacía fresco y no frío, y el temperamento de la tierra era en aquel mes muy agradable. Iba acompañada de aquellas dos hermosas infantas, damas de las princesas, las cuales iban briosas y gallardas, que

---

<sup>662</sup> *No dejarán de podarse las viñas*: No hemos logrado documentar esta fórmula, que en el contexto parece querer significar que aquello que ha de acontecer sucederá de igual modo, sin que la intervención del otro pueda entorpecerlo o propiciarlo; en este sentido podría ser equivalente al refrán que reza: «No por mucho madrugar amanece más temprano».

ellas solas bastaban a alegrar el día. En saliendo de su posada<sup>clxxviii</sup>, que vien cerca estaba de palacio (que no havía sino una plaça en medio), fueron tantos los caballeros y galanes que llegaron a ver las extranjeras y acompañarlas que cuando llegaron a la escalera iban ya más de cincuenta caballeros y otras muchas gentes, y iban espantados (y no me espanto, que zierto era rara la velleça de las dos damas).

Al fin, llegadas al cuarto de las princesas, habiendo avisado al eunuco que por guarda estaba, cuando ubieron de entrar haciendo una reberencia con muy buena gracia a todos aquellos caballeros (haciéndola tanvién ellos asta casi la tierra), se entraron, quedando en varios corrillos tratando de la hermos[ur]a de las extranjeras. Y más cuando vinieron a saber que aquellas eran damas de las que los dos moros traían por mugeres, y la Fama parlera<sup>clxxix</sup> decía que aún eran más hermosas las desposadas. Mil cosas se fabricaron aquel día en los ociosos pensamientos de los cortesanos, cuyos efectos quiçá sabréis adelante (a lo menos de algunos de ellos).

Entrando pues las doncellas al aposento de las princesas, alláronlas sentadas en un estrado leyendo entre las dos un papel, y parecía que con admiración y contento según las muestras que en el movimiento mostraban. Y, como alçaron a un punto los ojos, espantadas quedaron de ber tanta <sup>[f. 80r]</sup> hermosura, y así con admiración estubieron aguardando sin hacer más que mirar lo que tenían presente. Y notablemente las espantó el sobervio y rico vestido de Areusina, la cual llegó y, incada<sup>clxxx</sup> una rodilla, pidió las manos a las princesas. Las cuales no se las quisieron dar, antes la mandaron luego levantar y no sabían qué hacerse, porque les parecían en el hávito y traça ser damas a quien se les devía mucho respecto.

Al fin, aguardando, Areusina puesta en pie dixo:

–Sacras princesas, las dos damas, Ofrasia y Vianea, sierbas de Amor y esposas de Casiano y Ursino, me mandan de su parte<sup>clxxxii</sup> vesar vuestras reales manos, y que porque ellas vienen fatigadas del mar de una áspera tormenta que emos padecido, no se atrevieron a levantarse para venir ellas a hacer esto. Por lo cual a mí, su criada, y estas sus doncellas envían para que hagamos esto. Y, juntamente con esto, el baxa les envió a decir que si havía algunas mercancías que, señoras, os las truxésemos. Las naos se nos perdieron, no quedó otra cosa<sup>clxxxiii</sup> sino<sup>clxxxiiii</sup> estas niñerías; traémoslas para que,

princesas, toméis las que de ellas os agradaren, que, aunque no fuera sino por serviros, ubieran gustado mucho de que al puerto llegaran las naos a salvamento, que allí cosas venían con que se os pudiera hacer algún servicio.

Diciendo esto, sobre un vufete de plata que allí estaba, las negras pusieron las caxas y las damas cada una avrió la suya. No es esaxeración sino verdad llana (como lo es lo demás) que solos dos collares que venían encima balían un reino, por la muchedunvre y prec[i]osidad de las piedras; las cuales como las moras las viessen, espantadas de su riqueza, fueron mirando las demás cosas, las cuales aquellas damas iban mostrando por su orden. Ya que uvieron visto casi todo lo que en las caxas venía, dixo Jarilda, que era la menor:

–Por cierto, señoras doncellas, quisiera yo tener los mejores imperios del mundo para servir con ellos a essas damas, qu’estas no son preseas de menos que de emperatrices. Mas ¿en cuánto está estimado este collar?

–Esto, señora mía –dixo Areusina–, en solo que bos ayás dicho esso.

Y diciendo esto la puso aparte, diciendo:

–Ved, mi señora, si ay otra cosa que os agrade.

Ella, turbada de lo que Ursina le dixo, respondió<sup>clxxxiv</sup>:

–No. Si no se an de vender, mejor empleadas están estas cosas en sus dueños que no lo estarán en nosotras.

–Aora, vuestra grandeça se dexe de esso y vea si hay otra cosa que le dé gusto.

–No. Si me á de costar tan caro como este collar, qu’es argolla para quedar rendida al servicio de essas damas, no quiero nada.

–Aora, pues vuestras grandeças son tan cortas en recibir servicio y tan largas en hacer merced, por vida de mi señora Ofrasia que se an de quedar acá estas pieças.

Y, diciendo esto, escogió una docena de pieças para cada una de las hermanas, y tornando a zerrar las caxas las dio a las negras. Aunque les pessó, uvieron de tomar aquellas princesas lo que Areusina les dio. Y, haviéndole echo mucha merced y

enviando a suplicar a aquellas señoras les hiciessen merced de que se viessen, Areusina se salió satisfecha de su hermosura y discreción, y ellas lo quedaron de la suya y de la de aquellas damas, y mucho más de la magnificencia del don. El cual solo un collar enviaron al Rey para que le viesse, al cual como se le mostrase el paxe que le llababa mandó llamar a los lapidarios, los cuales dixeron que sin duda <sup>[f. 80v]</sup> balía dos millones.

El Rey embió a saber cuánto havían dado las infantas por él y, como supo que se le havían dado sin interés, como era tan sagaz y sabio, luego sospechó si eran algunos príncipes (aunque siempre entendió llanamente que eran moros). Y, disimulando el don, les quiso hacer un presente en recompe[n]sa del collar, aunqu'él no savía de las más cossas. Y entendió que andaban a buscar caballos, y así aquel día hiço adereçar doce caballos hermosísimamente y doce acaneas y remendadas pías, todo lo hermosas que podían ser; y los jaeces de los caballos y los de las acaneas eran cierto riquísimos y de gallardísima y estremada echura. Y así dixo a sus hijas que les enviase[n] aquel presente a las estrangeras, con seis elefantes hermosísimos cuvertados de vrocado verde alcahofado de oro de martillo y cuatro esclabas cristianas de servicio. Este presente les llebaron de parte de las princesas a aquellas señoras, el cual ellas estimaron en mucho, porque tenían intención de irse por tierra algunas leguas asta poder tornar a embarcarse en el ozéano y por él venir a España.

Pues, habiéndose informado aquellas princesas de la hermosura y término de las hermanas moras, se determinaron de las ir a visitar, y porque así aquellos príncipes lo querían. Para lo cual ellas se vistieron un particular y común vestido no estremadamente rico, antes galán y llano; mas solos dos collares que llebaban balían más que todo aquel reino. Y sus damas, seis que eran sin Areusina, iban todas vestidas de vrocado encarnado y diamantes supervísimamente, que cada una de ellas iba vestida como lo pudiera ir una princessa, aunque fuera de las más ricas de aquellos tiempos. Mas ellas iban tan hermosas, especialmente la princesa Casiana, que espanto y unibersal admiración causó en todos los que la vieron, y iba tan gallarda Ursina que no menos ubo que ber en ella que en la compañera.

Llebábanse las dos trabadas de las manos y, delante de ellas, las iban acompañando sus esposos, armados de todas armas, solo llebando lebantadas las visseras, indo ellos y ellas más ufanos y contentos que si fueran en compañía de todos

los demás príncipes del mundo. Con esto, llegaron a palacio invidiados ya de más de uno, y ellos no de nadie invidiosos.

Llegando, pues, al cuarto de las princesas, aquellos caballeros se quedaron con otros cortesanos. Y cuando las princesas cristianas entraron, las moras salieron asta casi la mitad de la cuadra, recibíendose las unas a las otras con mucho comedimiento y con término igual. Y la mora bella Jarilda, que fue la que tomó de la mano a Casiana, le dixo:

–Trayendo vuestras grandeças tan escrito en la frente la grandeça de su balor y personas y la rara belleça de que están dotadas, vien hacen de encuvrirse, pues lo que encubre el disfraçe descubre la presencia. Y, así, vuestras grandeças se vengán a sentar, tiniéndonos por verdaderas servidoras y aficionadas.

Y Casiana respondió:

–No esperaba yo menos merced que essa de una tal princesa, que solo por goçar d’esta merced era vien el disfrace, pues en nuestras propias personas no podíamos recibirla por no llegar a tanto nuestro balor. Y así, como criadas y echura de vuestras grandeças, queremos mi prima y yo <sup>[f. 81r]</sup> recibir esta soberana merced.

Y, diciendo esto, todas juntas se fueron al estrado, tiniendo en medio a las estrangeras. Entre todas pasó una conversación cortesana, tan discreta y de tan buenos dichos como se esperaba de damas de tanta discreción y vrío. Estando ellas en lo mejor de su conversación o plática, entró una doncella vestida a lo pérsico, con una ropa de brocado blanco aforrado en tela encarnada, golpeada a sus tiempos con unos diamantes que tomaban los golpes con tanta hermosura que vien daba a entender la curiosidad del oficial; traía una tiara egipciana en la cabeça y ella era asaz hermosa. La cual como entró, incada de rodilla delante de la princesa, le dijo:

–Soberana señora, el Caballero de la Tartuga de Oro, mi señor y tu rendido, me mandó de su parte vesar tus hermosas manos. Y que á ganado en tu nombre el Castillo de las Igueras, que suplica a tu grandeça le hagas merced de recibille como de aquel que, como sabes, mi señora, del cuerpo y alma te tiene echa entrega.



–Aora, pues –dixo Jarilda–, supuesto que esse caballero da en esso y mi padre gusta de ello, sálgase con ello, y decilde, señora doncella, que yo acepto el servicio. Mas decilde que olgara de que estuviera agora en la corte, para que viera cómo tengo yo más razón que no él en algunas cosa que porfía.

–Yo entiendo, mi señora –dijo la doncella–, que de aquí a cuatro o cinco días llegará a la corte. Entre tanto, mira, mi señora, qué me mandas.

Y, como que llegaba a besarle la mano, le dio un billete con tanta sutileça que sola Casiana la vio. Índose a lebanar, con mucha disimulación Casiana le dixo:

–Decidme, señora doncella, de dónde sois, que en el habla me parecéis estrangera.

–Sí soy, hermosa señora –respondió la doncella–, porque soy esclava d’este baleroso moro llamado de la Tartuga, y yo soy cristiana.

–Pues, ¿de qué nación sois, amiga? –dixo Casiana.

–Soy, mi señora –respondió la doncella–, española, de una ciudad de España llamada Balencia, y a mí me llaman Europisa.

–¿De allá sois? –dixo la princesa Ursina en lengua española–. Pues todos somos de hacia allá...

Entonces la doncella, que en Lisboa había estado muchas veces y abía visto el retrato de la princesa muchas beces (y aun a ella la había visto en la corte del rey Polimbo de España), luego la conoció. Y disimulando cuanto pudo dixo:

–A la vuestra merced ya yo la é visto en aquella tierra, aunque no me acuerdo de haver visto a esta hermosa señora si no es agora –y esto dixo señalando a la hermosa Casiana–. Pues yo boy a dar la respuesta a mi amo, qu’él y yo vendremos muy presto a esta corte donde más despacio veré y vesaré las manos a las vuestras mercedes. Y, señora doncella –dijo a una de las que con Ursina venían–, mirá una palabra.

Y como la doncella se saliesse con ella, que fue Areusina, le dixo:

–¡Ay hermana! Y mi señora la princesa Ursina, ¿cómo está en esta tierra?

–¿Bos aveisla conocido?

–Sí, mi señora –dijo la doncella–, que yo la vi en España en la corte del rey Polimbo, y aun justaron aquel día los dos príncipes, Ofrasio y Polimbiano, mi señores, estrañamente de vien.

–Aora, sentaos aquí un poco –dijo Areusina.

Y, así, començaron las dos a hablar en lengu[a] española, y se dieron cuenta la una a la otra del cómo estaban allí. Al fin, le dixo la doncella cómo el de la Tartuga era el príncipe Luçaldino, hermano del príncipe Periandro de Narbona, y que los amores de aquella mora mora le traían <sup>[f. 81<sup>v</sup>]</sup>, dos años había, en aquel reino. Y otras algunas cosas le dijo asta que, aciéndose ora, aquellas princesas se bolbieron a su posada, aunque arto contra la boluntad de las princesas moras. Aunque sabiendo que eran casadas luego les dieron licencia, solo suplicándoles, especialmente Jarilda, que a visitarlas viniessen cada día, que ellas se olgaran de poder ir a verlas cada ora. Con esto se despidieron por aquel día, quedando las moras aficionadísimas a las estrañeras.

A la noche, el brabo rey Almudzuleno, como oyó loar tanto la hermosura de las estrañeras, tiniendo llanamente por moros a los príncipes sus maridos, les quiso hacer aquella onra (y también por su contento), que fue ir a ver a aquellas princesas. Para lo cual después, de noche, e[n] una blanca y pequeña acanea, llebando delante veinte y cuatro paxes, veinte y cuatro achas de zera blanca, se passó a la posada donde estaban las princesas, indo con él como asta una docena de caballeros cortesanos, moços, balerosos y principales.

Aquellas princesas y príncipes le recibieron muy bien, haciéndole toda la cortesía que como a rey se le devía. Y sentando en una silla començó a hablar con Casiana y decirle:

–Hermosa señora, es tanta la obligación que de servir a las damas tenemos los caballeros y príncipes que, en ser de tales los reyes, es justo que seamos sus basallos y sierbos. Esto digo porque vuestro balor y hermosura es tanta qu’el tiempo que estuviéredes en este reino d’él y de mí os podréis servir conforme a vuestra boluntad.

–Veso a vuestra grandeça las manos por tanto favor y merced como á tenido por vien de hacerme sin yo la merecer. Pero Dios dé vida a mi señor y marido Casiano Amuley para que a vuestra grandeça sirba tantas mercedes como de essas reales manos emos recibido.

Después d’esta plática de cumplimiento, el Rey habló un rato a lo cortesano, con tan buen estilo, con tan buena gracia y término, que para ser rebustaço y cruel como era se mostró muy benigno, vien criado y afable y nada necio en su conversación. Los otros caballeros parlaron con aquellas damas, especialmente Areusina estuvo echa una sal. Y acaeció, por negros de sus pecados, a no ser muy liberal ni diligente en la combersación el que con ella se puso a hablar, y ella le paró (asadas que perros, como dicen, no asieran d’él). Y viendo que la plática pasaba adelante, con ingenio y traça (que era diabólico), porque vio que el Rey pareció que se entraba más en la conversación de lo que convenía, recio, como haciendo común su conversación con la de los príncipes, dixo:

–Sacra Magestad, ¿por qué consiente tu grandeça que diga este caballero que, porque no habrá en la corte quién quiera defender la hermosura de su dama, no quiere mantener unas justas que le estoy mandando que mañana por mi amor tenga?

–No tenéis raçón, sobrino –dixo el Rey por onrarle–, de no hacer lo que essa dama os pide, que damas ay agora en la corte para que aya caballeros, y muchos, que salgan a essa demanda. Haceldo, haceldo –dijo el Rey–, que yo os prometo de ser yo uno de los jueces de la justa.

Aunque no dispuntaba de agudo el moro, con todo esso, dixo:

–Haga vuestra grandeça con esta dama que azepte mis servicios, que de mi parte aparejado estoy para servirla asta la muerte.

–Aora pues, ¡sus!, ¡se’así! –dixo el Rey.

Y, biendo que ya era tarde, añadió diciendo:

–Vámonos, adereçaremos para las justas, que raçón es que con tan buenos güéspedes se alegre y regocije la corte con cosas, <sup>[f. 82r]</sup> con pasatiempos de caballeros.

Y con esto se levantó, que serían ya las onze de la noche, y se bolbió a su posada no tan libre como había venido, que la hermosura de Casiana le había rendido. Y así muy poco durmió en toda aquella noche con barios penamientos que tubo, y mil traças rebolbía en el pensamiento sin por entonces determinarse en alguna.

Las princesas cristianas dijeron aquella noche a sus maridos que por amor de Dios diessen traça en cómo salir de allí de entre aquellos perros, que se congojaban y atribulaban en verse entre ellos:

–Y bámonos, mi bien –dijo Casiana–, a España, por vida tuya, que no me siento buena. Y después quiçá aunque queramos no me podré poner en camino...

–En esso nos viésemos, mi señora –dijo Ofrasio–, que aunque no caminásemos en todo un año poco iba en ello.

–Así, así, vúrlesse pues en buena fe, que creo que digo la verdad. Y Ursina también á tenido oy unos vómitos... Y merendamos las dos de un pepino medio maduro, malísima cosa, y nos supo que no ubo más: mire qué señicas estas. Y más... –y aquí se paró.

–¿Qué, mi ángel? –dixo Ofrasio.

–No se lo quiero decir, ¿sabe, bobo? Calle, no me pregunte nada.

–Acabe.

–¡Calle!

No quiero pasar con la plática adelante –dice Nictemeno–, que todo lo demás pasó entredientes, y así todo lo demás no lo puede saber sino el que por esperiencia lo sabe<sup>clxxxv</sup>. Porque son tantas las niñerías que no dexaría de serlo el quererlas escribir, y mejor es pasarlas en silencio (como estos príncipes hicieron lo que de la noche les restaba) que querer esprimir por palabras rudas los conceptos delicados.

Venida pues la mañana, aquellos príncipes dieron orden en cómo adereçar para se partir otro día. Y ya andaba un rurrú por la ciudad de lo que el Rey había dicho índose <a> acostar, y en barias opiniones andaba el bulgo dibisso. El prudente príncipe

Ofrasio hiço como que no lo entendía, porque donde él estaba era temeridad llebarlo por lo valiente, mas solo con estraño secreto y buena traça aceleró las cosas necesarias a su partida. Porque una vez puestos fuera de la ciudad del mismo demonio no se les daba un cuarto, ni aun en ella no se les diera un marabedí sino por la carga que llebaban de mugeres, que, al fin, era menester llebar aquel negocio con mucha prudencia.

Aquel día ubo justas a la tarde, allí delante de palacio; no corrieron los príncipes, el Rey fue juez y mantenedor Muzasuldán, que era el que havia avlado con Areusina. Híçolo vien y diole tres precios. Fueron así unas justas ordinarias, y en todas ellas el rey no apartó los ojos de Casiana ni ella de Ofrasio su marido. Acabadas las justas, el Rey envió a decir a los estrangeros que se pasasen a palacio, porque quería aquella noche que u viesse sarao y se olgasen las damas cortesanas y las princesas sus hijas. El discreto príncipe Ofrasio dixo que así se hiciesse como su grandeça mandaba, y dejó dado orden que para en acabando el sarao estuviesse todo concertado para hacer su biaxe, en lo cual puso mucho cuidado y recato el caballero viexo que ser padre de aquellos príncipes había fingido.

### **Capítulo 23. De cómo aquellas princesas y príncipes estubieron en el sarao y de lo que d'él sucedió.**

A palacio pasaron aquellas princesas estrangeras y luego se fueron al cuarto de las princesas Fraisa y Jarilda, <sup>[f. 82v]</sup> a las cuales allaron que se estaban aderçando para ir al sarao. Y Jarilda parecía qu'estaba inquieta y desasosegada; la cual llamando a la hermosa Casiana le dijo:

–Mire, hermana Ofrasia, que le quiero una palabra.

Y, con esto, se entró con ella a un retrete y le dixo con arta inquietd y desasosiego:

–Sabé, hermana mía, que te tomé tanto amor ayer que nada de lo que hiciere ni aun pensare te sabré encuvrir. Sabrás, amiga mía, que aquel Caballero de la Tartuga cuyo recado ayer me truxeron se llama Luzaldino, príncipe de Narbona, y es cristiano, y yo por su amor soy ya cristiana bautiçada y á ya cinco messes que somos casados. Y de

las burlas me á sucedido el que poco a poco se me ban echando de ver las burlas... Y así está noche á de benir por mí en saliendo del sarao. Y para esto mira...

Y, lebandando la falda de una saya de vrocado encarnado, le mostró cómo estaba debaxo toda armada. Preguntareisme, pues, a qué propósito una princesa se descubría, tan a la clara, secretos tan particulares a quien no conocía. Quiero que sepáis –dice Nictemeno– que la doncella que vino a traer el recado dixo al príncipe como estaban en Gareta aquellas princesas. Y así el príncipe había enviado a decir que d’ello les diesse parte y del cómo y de todo lo demás tenía aviso Jarilda; y esta fue la causa, y no indiscreción, de que la mora diesse a Casiana cuenta de sus negocios. Fue, pues, el caso que Casiana se certificó muy bien de todo el negocio, y como aún había como dos oras asta que se entrasse en la sala, ella envió llamar al príncipe Ofrasio y le dio cuenta de todo lo que pasaba, el cual le dijo que disimulasse y que en todo se ubiesse con prudencia:

–Y no os apartéis, mi señora –dixo–, un punto de Jarilda, porque así conviene; que en lo demás dejadnos a nosotros, que ya Luçaldino me á escrito y le estoy aguardando por momentos.

Con esto, la sabia y hermosa Casiana tornó a la mora y le dixo:

–¿Quiere vuestra grandeça que mi prima y yo nos pongamos en esse mismo hávito?

–Sí, por cierto –dijo Jarilda–; mas no nos sienta mi hermana.

–No sentirá, mi señora, que hacerse á de suerte que su grandeça no lo entienda.

Con lo cual, con arta presteça, Areusina les truxo a aquellas señoras en unos cofres (como que traía vestidos) armas y todo lo demás necesario, como el bestido que la hermosa Jarilda tenía, que era una malla o loriga que casi les cuvría de los hombros a los pies, y todas las demás cosas necesarias para aquel hávito. Después de compuestas las princesas, ya que estaba todo adereçado para salir al sarao, en este medio viniendo el príncipe Luzaldino (después que con aquellos señores se dio a conocer y ellos a él), él les dixo:

–Yo traigo, señores, intención de llevar esta noche a la princesa Jarilda, mi esposa, conmigo. Y la traça que para esto tengo es que el rey de Nulen, qu'es muy vecino d'este rey, es muy su contrario y capital enemigo, y ame prometido todo su favor y ayuda asta ponerme en salbo por ciertos servicios que l'è echo. Y veinte leguas de aquí tiene un<sup>clxxxvi</sup> castillo fortísimo en que tiene jente de guarnición, porqu'es la llabe y puerta de todo su reino, y es alcaide en él un moro viexo que fue criado de mi padre y él nos acoxerá asta que, como conviene, nos pongan seguros en las costas de España. Y en esto no ay duda; por lo cual todo el peligro es veinte leguas, que después tan seguros estamos como si estubiésemos en Francia o en España.

–Pues, ¿a qué ora –dixo Ofrasio– queréis que nos partamos?

–Acabado el sarao –dixo Luçaldino– me parece que será <sup>[f. 83r]</sup> la mejor<sup>clxxxvii</sup>.

–Aora yo me boy –dixo el príncipe Ofrasio– a dar orden de que comienze a marchar para allá el carruaxe.

Cuando el príncipe llegó, ya el buen Seceaneo le había enviado con muy buen recado y concierto, indo con él por guarda doce caballeros cristianos que en aquella ciudad estaban con deseo de se ir antes que fuessen conocidos (y ellos lo eran de Seceaneo).

Ya se començaba a poblar la sala de damas y de caballeros, y los músicos y hombres de placer andaban ya en dibersos corrillos templando sus instrumentos. De allí a un poco entró el Rey, con cuya presencia toda la sala se quietó y puso en concierto. Y luego vinieron aquellos príncipes moros y, puestos por su orden, entraron las damas de palacio y las princesas. El Rey preguntó por Casiano y Ursino; fuele respondido que estaban ocupados, que luego vendrían. A él no se le dio mucho por su ausencia, y así hiço que le llegasen la silla, con toda onestidad y buen término, al estrado. Y, así, sentado junto a Casiana començó a hablar con ella con mucha discreción y comedimiento, y lo mismo hicieron los otros caballeros con las demás princesas. Solo el príncipe Zurizasem, que era el que pensaba casar con la bella mora Jarilda, estuvo con ella demasiado, tanto que ella se vino a amoinar porque no podía sufrir sus desembolturas.

Ya en este tiempo habían venido Ofrasio y Vianeo, y traían en medio al príncipe Luçaldino. Todos tres venían muy bien armados, aunque sin zeladas, solo cofias de azero en los turbantes<sup>clxxxviii</sup>. Y estábanse todos tres disimulados a una parte de la sala, solo con intención de olgarse y reír un rato asta que de allí saliessen para hacer su biaxe. Una ora havría que duraba el sarao, en el cual havía havido muy buena combersación y música sin que ubiesse ni aun [un]a palabra que fuesse enfadossa a aquellas señoras. Solo Zurizasen dixo a Jarilda:

–Bos, señora, no me queréis dar fabor por amor de aquel perro de la Tartuga; pues por Alá os juro que yo le quite presto la vida.

–Mirá, Zurizasen –dijo la bella mora–, este no es lugar para riñas, que si lo fuera yo os respondiera como vuestra desvergüença merece. Y en lo que havéis dicho havéis mentido como muy ruin caballero.

El sobervio moro, afrentado de la palabra, casi fuera de sí de ira, le amenazó un bofetón diciendo ya un poquito alto (que casi se pudo uír en la sala):

–¡Perra infiel, amiga de un perro cristiano, tenle por recibido!

Esto bien lo entendió el Rey; mas antes que pasase un momento, la vriosa moça se levanta, y con una daga que a la cinta llebaba, diciendo: «¿Vos a mí, bofetón, perro?», le da una puñalada por la frente que apenas con tanta facilidad pasó el clabo la frente y sienes de Sisarai como la daga pasó asta el cerebro. Y en haciendo este famoso echo dixo en boz alta: «¡Ca, a la banda los míos!», y lebántase del estrado, pisando al pasar el mortal cuerpo que se estaba en su propia sangre [re]bolcando. El Rey, turbado de un tan repentino suceso, no sabía que sé hacer porque no sabía quién se tenía la culpa. La sala toda se rebolbió, que fue una de las mayores turbaciones que se pueden pensar, porque nadie savía qué se hacer.

Las princesas Ursina y Casiana, llebando en medio a Jarilda, con ella se salen de la sala, que nadie se lo estorbó ni sabían qué hacerse. En echando el pie fuera de la sala el príncipe Ofrasio (que fue el postrero que salió <sup>[f. 83v]</sup>) cayó en una cosa muy discreta, que fue echar un muy grande y hermoso cerrojo que a la puerta estaba, y así se salieron de palacio sin que ubiesse quién les estorbasse el passo. Y allí en el patio quitan



aquellas sayas ropas<sup>663</sup> que llebaban encima y quedan con aquellas ropillas de malla o lorigas, que eran como una ropa cerrada suelta asta casi en pies con su manga justa muy vien echa. Y eran las mallas de plata, distintas las guarniciones con mallas de oro, tenían cabeçón alto y como en las cabeças llebaban echos de sus hermosísimos cabellos unos morriones; era un hávito estraño, galán, fuerte, suelto, onesto y hermosísimo. Con este se pusieron a caballo y, por una secreta y estrecha senda, començaron a guiar al castillo del rey de Nulen que era donde tenían determinado de ir.

Los de la sala quedaron tan confusos que no savían qué se hacer; todos tenían puesta mano a las espadas, mas ninguno hería a otro porque nadie savía quién tenía la culpa asta que el Rey echase bando. Él mandó que todos se quitassen, y a su hija Fraissa que fue la que más cerca estuvo y a otra doncella llamada Alcatina, qu'estaba tanvién sentada detrás de Jarilda, les preguntó que dixessen la ocasión de aquel casso. Ellas le contaron como havía pasado puntualmente, y el Rey, como tenía aquel vrío y baloraço tan estraño, dixo:

–Mi hija hiço muy vien y esse bellaco tiene el pago que mereció su desvergüença. A él le echen essas ventanas abaxo y a Jarilda nadie la baya a vuscar, que pues tubo balor para hacer un tan estremado echo tanvién le tendrá para no hacer cosa que no deba, como princesa que á dado tan buenas muestras de su balor .

Con esto, rompiendo de un puntapié las puertas de la sala, mandó qu'el palacio se quietasse, y él andaba tan brabo y colérico que no ubo moro que le osase contradecir ni aun mirar a la cara. Los príncipes fueron caminando toda aquella noche sin que les sucediesse cosa adversa alguna; y caminaron muy bien, porque anduvieron casi ocho leguas asta que amanecía. Al cual tiempo Luzaldino dijo a los príncipes:

–Si quieren vuestras grandeças descansar o dormir un rato, allí en aquella selba lo podrán hacer, qu'está muy espessa y secreta.

–Antes me parece –dixo Ofrasio– que caminemos, que después al medio día donde nos pararemos a comer podremos descansar un rato.

---

<sup>663</sup> No hemos localizado en otros documentos este uso cuasi lexicalizado del sintagma *sayas ropas*, pese a que en nuestro manuscrito aparece así empleado en otras ocasiones.

–Se’ así –dijeron aquellas princesas.

Y, con esto, començaron a baxar a un hermosísimo balle. Y como el sol començaba a transpuntar por lo alto de un monte, y començaba ya a dorar las puntas de los árboles, y començó a herir en las armas de aquellos caballeros, parecían estremadamente. Y<sup>clxxxix</sup> aquellas tres princesas, como iban con aquellas sus lorigas de plata, lucían tanto que casi quitaban la vista de los ojos y, como las greñas de oro de que iban los morriones compuestos competían y aun vencían a los del rubio Apolo, era tanta la claridad y hermosura de aquellos divinos rostros que cierto parecían todas tres tres ángeles del cielo que querían en aquel hábito mostrar su hermosura. Y vien podéis imaginar cuán contentos hirían aquellos príncipes, y así Ofrasio dijo a la bella Jarilda:

–No sé cómo vuestra grandeça inventó esse hábito, que le prometo qu’ es el más galán disface para damas de cuantos é visto en mi vida.

Riyendo dixo Jarilda:

–Nosotras, señor príncipe, hacemos al ábito que parezca galán, porque ¿qué se pondrán mis señoras las princesas Casiana y Ursina que no les esté estremadamente vien? Pues a una tan rara belleça nada hay que la afe<e> <sup>[f. 84r]</sup> y ninguna cosa fea ay que en ella no se hermostee, undiendo su fealdad en el avismo de tanta hermosura.

–Vesamos a vuestra grandeça las manos –dijo Ursina–, que aunque no sea sino la participación que d’ esos divinos rayos tenemos, es vien que parezcamos vien a los ojos de los que nos miraren.

–Aora suplicamos a vuestras grandeças –dijo Viano– no pasen más adelante, qu’ esas verdades dichas están y muy vien conocidas por nosotros, y con los coraçones y almas con amor reberenciadas.

Ellos iban hablando en esto cuando Areusina dixo:

–¿Qué jente es aquella, príncipes, que viene por aquel balle avaxo?

–No sé, en verdad –dijo Luzaldino–, que yo iba aora mirando en esso; pues no parece qu’ es mucha la gente.

–No –dixo Ofrasio–, solos parece que ban ocho caballeros. Mas ¿quién irá en aquella carroça?

–No sé, a fe –dijo Areusina–, ¿quieren vuestras grandeças que lo baya a saber?

–Sí, por vida vuestra –dixo Ofrasio.

–Y, si no me lo quieren decir –dixo Areusina–, ¿qué remedio?

–El remedio será que se lo preguntaremos nosotros.

–Sí, que les tendrán –dijo Areusina– más respecto a sus mercedes. Aora, yo boy.

Y, con esto, picando al caballo en que iba, que vonísimo era, se adelantó un poco. Y, llegando donde los caballeros venían, vio que eran ocho y traían todos sus armas verdes y una misma la divisa: que era en el campo verde del escudo puesta una peña cabernosa, sobre la cual en un alto de ella estaba una rueda como la que pintan a la Fortuna. Y en medio de la peña estaba una *M* de oro estremadamente echa, y en el campo verde de la una parte estaba una *M* de plata, y de la otra, una *D*, y alrededor decía:

Vien pudo Fortuna esquiba

estas letras apartar,

mas no me quitó el amar.

La carroça tiraban cuatro caballos hermosísimos, los dos blancos como una niebe y los dos finos, negros y muy buenos; ivan paramentados de vrocado verde, frenos y argollones de oro. Y la carroça era de fino évano negro como un azabache, y toda la maçonería era de cristal y oro muy bien obrada. Hermosísima le pareció la carroça a Areusina y, así, preguntó que quién venía en aquella carroça. Uno de los caballeros respondió: «Llegad vos, señora, y beldo, que avierta ba la compuerta de la carroça».

Entonces Areusina se llegó, y sobre una camilla de raso encarnado, el colchonçuelo barreado<sup>664</sup> con unos cordones de oro y guarnecido de diamantes alrededor y unas almoadas de lo mismo (a lo que parecía embutidas de yerbas y ámbar), iba echado un pobre pastor con un pellico de sayal vien grosero, ciñido con una onda anudada, correspondiendo a esto lo demás del bestido; puesto al cuello en una cadenilla de oro y pi<e>dras, estremada de buena, un joyel que era un retrato de una dama (de las más bellas y hermosas criaturas que se podían imaginar), puesto devajo de dos diamantes, y unas letras alrededor que decían: «Desdicha y mudança».

Él tenía puesta la mano en la<sup>cx</sup> mexilla, vañado de lágrimas el rostro. Y, estraña cosa, que tenía el pecho avierto y el corazón que mostraba (a lo menos que parecía mostrarle) tenía avierto por medio, y en medio d'él estaban estas dos insignias que eran la *M* y la rueda, como iban en los escudos de los caballeros. Y aunque un viexo que tenía un reloj en la mano y una doncella ciega y vestida de negro procura[ba]n de borrar las letras, era al parecer imposible. Y no solo no las borraban, mas antes parecía que con el rigor con que las querían borrar mas las aviba[ba]n, hermoseaban y <sup>[f. 84v]</sup> pulían. Admiración causaron estas cosas a Areusina, y entonces se llegó a ella un enano que en la carroça venía y le dixo:

–¿Qué miráis, señora doncella, o qué es lo que deseáis saber d'este negocio?

–Querría saber –dixo Areusina– quién viene en esta carroça y para dónde camina.

–Quien en ella viene, señora doncella, ya bos lo veis: qu'es esse povre pastorcito que veis aí tendido sobre essa colchuela. Venimos de Asia la Mayor, imos a la corte del rey de Nulen, donde nos dicen que ay un gra[n] savio, para ver si dará algún remedio a la enfermedad que este pobre pastorcillo padece.

Y, cuando<sup>cxci</sup> esto dijo, aquella doncella ciega y el biexo desaparecieron y el pecho del pastor pareció haverse cerrado. La verdad era qu'el pastorcito no traía herida ninguna corporal ni aquel viexo y doncella lo eran, mas mostrábanse así al principio que

---

<sup>664</sup> *Barreado*: «Se toma también en Aragón por *alistado*; y así llaman manzana barreada a la que tiene listas de color rojo» (*Autoridades*, s.v.).

alguno quería mirar la carroça. Pues, viendo como el pastor estaba vibo y que realmente no estaba encantado (aunque al principio lo parecía estar), Areusina le preguntó:

–Decí, hermoso pastor, qué responderé a mis señores, que me enviaron a saber quién en esta carroça venía.

–Decí, señora doncella –dixo el pastor–, esto: que aquí ba un pastor desdichado, tan ageno de contento quanto proveído y rico de despojos de amor y constancia, y que boy a Nulen a ber si podré allar medicamento útil a una enfermedad que padezco.

Con esto, se bolbió Areusina a sus señores, que ya cerca de la carroça llegaban, y les contó todo lo que havía pasado. Mucho deseo tomó a aquellos príncipes y princesas de ber aquella carroça y hablar con el pastor y saber aquel secreto, con lo cual llegaron a la carroça. Y lo primero que se les representó fue lo mismo que Areusina havía visto, de que todos quedaron espantados viendo la novedad del aventura. Mas, en acabándose de pasar aquella primera vista, luego vieron cómo solo se quedaba el pastor en aquella camilla en que iba. Y, como quien se lewantaba de pesado sueño, el pastor lewantó la cabeça y dijo:

–Suplico a vuestras grandeças me perdonen, que el gabán de que ando compuesto y la beemencia de mis pensamientos me causan el estar corto en el devido tracto que a vuestras reales personas se debe.

Y, diciendo esto, se lewantó de la camilla en que venía y un escudero que traía una librea de brocado azul, toda recamada de plata y guarnecida de hermosas perlas orientales, le dio un caballo más blanco que la niebe no pisada del puerto, enjaezado a la gineta con un jaez de brocado azul, adereçado y guarnecido de infinita pedrería, y el caballo parecía uno de los mejores qu’el mundo tuviese. Y, así, el pastor desde el suelo, sin poner pie en el estribo, se puso a caballo. Y el enano que con él venía en la carroça le dio un gabán qu’él pidió, el cual era de sayal, mas tal y de tan sobervia guarnición que realmente parecía baler un reino. Y, puesto a caballo, dixo:

–Paréceme que vuestras grandeças van a hacia Nulen, donde tanvién es [mi] camino. Y así, sirviéndose vuestras grandeças de ello, irnos emos juntos un rato aliviando la grabadad del camino con la buena combersación.

Todos aquellos caballeros gustaron estrañamente de la compañía del pastor, el cual les pareció discreto y vien ablado, y tenían deseo de saber su istoria y la causa por que iba en aquella carroça y así acompañado, y de todas las demás cosas que quedan dichas. Ellos, pues, començaron a caminar, indo con determinación de comer en una hermosa fuente que como un cuarto de legua más adelante estaba. Y en aquel espacio <sup>[f. 85r]</sup> Ofrasio dijo al pastor:

–Estremadamente de vien parece un caballo y caballero a la gineta, y desde que salí de España no me parece que é visto más hermoso caballo ni más vien puesto, ni jaez de jineta tan hermoso.

–¿Y vuestra grandeça á estado en España? –dijo el pastorcito en lengua griega (que, como [e]s unibersal, esta iban ablando).

–Sí é estado –dijo el príncipe–, y en ella me crié.

–D’esa suerte –dijo en español el pastorcito–, vien sabrá vuestra grandeça la lengua española.

–Muy bien –dixo el príncipe.

–Pues, dígame vuestra grandeça antes que pasemos adelante, pues es natural de España, ¿sabreme dar nuebas del príncipe Ofrasio, heredero de aquellos estados?

El príncipe le dixo:

–Y vos, ¿para qué lo deseáis saber?

–Porque soy, señor, natural de aquel reino y tengo mucho deseo de me encontrar con su alteça para le servir y comunicar con él ciertos negocios.

–Pues, si esso es assí –dijo Ofrasio–, yo soy a quien buscáis.

Y, diciendo esto, leuantó la vissera; el cual luego fue del pastor conocido, y apeándose con mucha ligereça del caballo le pidió la mano. El cual no solo no se la dio, antes abraçándole le levantó del suelo diciéndole que se tornase a poner a caballo, si no, que se apearía él. Con esto el pastorcito se tornó a poner a caballo y al príncipe dixo:

–Prometo a Vuestra Alteça que supuesto qu'es imposible tener yo verdadero contento, pues la principal causa d'él me á faltado, que una de las cosas que más a mi gusto me podían suceder era el haber topado con Vuestra Alteça.

Y, con esto, començó a tratar con él allá cosas y negocios que por no importar a nuestra istoria no las escribe Nictemeno, mas de que dice que eran cosas que importaban mucho a la quietud y buen gobierno de todo aquel reino. Con esto, llegaron junto a la fuente, donde allaron a Seceaniso<sup>cxcii</sup> con toda la recámara que en aquella fuente estaba aguardando, tiniendo ya adereçado todo aquel sitio hermosísimamente, tiniendo puestas mesas junto a la fuente, tan vien adereçadas, concertadas y puestas como se puede pensar. Y el mismo sitio parece que convidaba, con su hermosura y buena disposición para todas<sup>cxci</sup> las cosas, a descansar allí por un rato.

Y, así, en llegando los príncipes, en tres tiendas qu'estaban aparexadas cada una de aquellas princesas se entró a descansar un rato. Y el enano del pastor sacó otra tienda, arto más hermosa y rica que la de aquellos señores, de vrocado azul alcachofado de alcachofas de plata tirada y senvrada toda de avundancia de preciosas piedras de inestimable balor, en la cual el pastorcillo se entró. Y en entrando y en echando la cortina se puso el enano a la puerta, y en otra tienda, que aquellos seis caballeros que con él benían pusieron, se aposentaron ellos, clabando seis lanças a las puertas y los escudos de la dibisa de rueda puestos junto a las lanças (casi como arrimados a ellas).

Cuando ya todo estuvo concertado, como se hiço ora de comer, aquellos príncipes enviaron a la tienda del pastor a decille que aquellos príncipes, especialmente Ofrasio, mandaba[n] que se fuesse a comer con ellos. Aunque él se escusó todo quanto fue posible, al fin lo ubo de hacer y, como a la fuente llegasse, estaban ya aquellos príncipes sentados. El pastorcito se sentó donde le dieron lugar y todo el tiempo que duró la comida entretubo aquellos señores con muy buena conversación.

Acabado de comer, qu'estubo con ellos un ratico, aquellas <sup>[f. 85v]</sup> princesas se les antoxó de irse a dormir un poquito. Y así, haciendo señas a sus maridos, se fueron a sus tiendas, quedándose el pastor con aquellas damas, que serían como asta seis las que allí quedaron (que las demás fuéronse a dormir). Entre las que quedaron fueron Areusina, Casaldra y Gradissa y Filena y otras dos hermanas, llamada la una Milena y la otra

Florissalda, todas seis moças hermosas de muy buen talle y mejor conversación; las cuales, como aquellas princesas vieron que se havían ido a recoger, todas seis cercaron al pastorcillo y començaron con él una conversación en que Areúsa<sup>cxciiv</sup> le dixo:

–Decidnos, hermoso pastor, qu’és la causa de vuestra aventura y de andar tan triste que decís qu’es irremediable vuestra pena. Pues sabemos, como dicen, que a todo ay remedio sino a la muerte.

–Cuando yo dixee, mi señora, que era irremediable mi pena, díxelo porque la que lo havía de remediar se imposibilitó de poder dar el remedio. Y como aunque una enfermedad fuese de suyo curable, la llamaríamos incurable y sin remedio si el médico que la ubiesse y pudiesse curar estubiesse imposibilitado de hacer la receta para que la tal enfermedad se curasse, así digo yo que mi mal es irremediable: no porque falte el remediador, sino por se haber él mismo imposibilitado.

–Pues, ¿cómo? –dixo Filena–. ¿Y es posible que no aya más de un médico que sepa curar de esse mal? Pues ay tantos, lo que a mí me parece es que sería acertado buscar otro que curasse.

–En el mismo punto, hermosa señora, que se pudiesse buscar otro remediador para mis males, ya ellos no tendrían el bigor y fuerça que tienen y cualquier otro médico bastaría a lo remediar. Mas una de las ásperas calidades de mi daño y el mayor vien que tiene es<sup>cxcv</sup> no ser remediable sino por sola una mano; y aquella, imposibilitada para aplicar el medicamento.

–Por cierto –dixo Casaldra–, si tanta repugnancia <y> imposibilidad ay en el remedio y está el [en]fermo cierto de que jamás se le á de aplicar el medicamento, y esta enfermedad es acto libre, más me parece ignorancia el padecer la tal enfermedad que acto que merezca título de «pasión espiritual y sabrosa», «pena de raçonable llama causada», aunque sin raçón executada y padecida.

–Á tocado tan bien vuestra merced el punto de mi mal que le quiero declarar la causa por donde conserba el nombre de «pasión espiritual y sabrosa» y pierde el de «ignorancia o porfía». El primer acto de mi boluntad libre, el cual fue al rendimiento de la más rara belleça que tubo nuestro suelo, fue tan conforme a raçón, si raçón en estos



tales casos puede ser allada, que ninguno con más razón se puede justificar en este emisferio. Después d'este acto acertado y venturoso, vino tan furioso viento que quiso derribar la roca de mi constancia; mas no pudo, sino meneó la rueda de mi áspera fortuna, digo, puniéndome en el más infeliz estado de sus sucesos, mas tan constante como siempre. Y, como ella echó el clavo a la rueda de mi desventura, fixose para siempre mi descontento.

–¿No sabe qué puede hacer –dixo Milena– si quiere que parlemos? Hablar en términos comunes y llanos, y no esas enigmas y metafísicas; que no es conveniente conversación la que no es común y ni buena plática la que de los oyentes no puede ser entendida. Y lo que más hace la conversación cortesana y agradable es así al descuido decirse buenos dichos con estilo clar[o] y <sup>[f. 86r]</sup> gracioso.

–Tiene vuestra merced mucha razón –dijo el pastorcito–, mas como mi mal me hirió en el alma y sin defensa de su parte dañole las potencias, de manera que ni el entendimiento puede con libertad tratar cosas de ingenio, ni los instrumentos, *cor por cos*<sup>665</sup>, como destemplados aciertan a la consonancia de la música que para dar contento era necesaria; que mal puede alegrar el triste ni tratar cosas de contento el desdichado.

Con esta conversación estaban aquellas damas con el pastorcillo cuando vieron venir gente del castillo del reino de Nulen que venían a acompañar a aquellos señores y

---

<sup>665</sup> *cor por cos*: Solo hemos encontrado esta expresión en un documento notarial coetáneo, curiosamente firmado en Bielsa (Aragón), entre los vecinos de dicha región y los del valle de Aure en Francia, «para facilitar el comercio, paso y trato de ganados de un valle a otro». En el documento en cuestión se explicita cómo la resolución judicial de conflictos ha de remitirse solo a los organismos circunscritos a dichos territorios, sin que sea posible apelar a autoridades de otras jurisdicciones, ni tampoco «puedan hazerse tomar como ellos [los franceses] dizen cor per cos sino que se haga la justizia bonamente que lo haya de pagar como los bienes y no como los cuerpos ni tampoco en Aragón puedan tomar cor por cos de los franceses dentro de tres días de cosa provada [...]» (Manuel Gómez de Valenzuela. *La vida de los Concejos aragoneses a través de sus escrituras notariales* (1442-1775). Zaragoza. Institución Fernando el Católico. 2009, pág. 273). La fórmula en cuestión podría traducirse literalmente como «tomar el corazón por la cosa» (o, con palabras del propio texto, «el cuerpo por los bienes»), lo que en el contexto legislativo anterior podría equivaler a saldar las deudas tomando ganado del contrario según criterio propio, esto es, ‘tomarse la justicia por su mano’; un significado que en el pasaje de nuestra novela parece querer tomarse en su literalidad con una clara carga irónica, señalando o subrayando con ingenio el sentido metafórico que posee la cosificación presente en la referencia a los instrumentos del alma. Con todo, a falta de otras documentaciones de esta expresión, reconocemos que su interpretación resulta compleja, pudiendo presentar matices que escapan a nuestra propuesta de lectura.

a los llevar seguros asta el castillo, entendiendo que su padre de la bella mora Jarilda uviera enviado muchos millares de caballeros a los buscar.

#### **Capítulo 24. De lo que a las pastoras Belisandra la Bella y Taurisa la Gallarda y a sus compañeras sucedió en la Isla de la Enamorada Corneria.**

Con una llave de oro había la gallarda Taurissa avierto la puerta de una grande y hermosa sala. Y en ella dice la historia que vieron aquellas pastoras una hermosa tapicería de seda y oro en que en doce paños estaba toda la istoria de Gabianisandro y Corneria dibinamente echa, que vien parecían haberla tejido oficiales diligentes que con el entendimiento y sin manos obran<sup>666</sup>. Debajo de un riquísimo dosel qu'estaba en la pared de enfrente estaban dos bultos, echos de una piedra india estremada de buena, de Galbianisandro y Corneria, tan al natural que realmente asta que con el tacto se desengañaron aquellas pastoras por cierto tubieron estar bibos (a lo menos encantados); mas el mármol frío dio desengaño a los ojos con el tacto.

Estaban los dos amantes sentados en sendas sillas: él tenía un vestido de brocadete azul (a lo que representaba la estatua, a lo español), todo lo galán y rico que se puede pensar. Y ella tanvién del mismo color estaba como española compuesta, salbo en que en la cabeça no tenía tocado alguno sino sueltos aquellos hermosísimos cabellos (que, como decís, al oro más perfecto de Arabia escurecían) y una cinta de seda encarnada (con la cual parecía querérselos enlaçar) puesta sobre el regaço, tiniendo con su hermosa mano trabada la del amante. Y aquellos divinos ojos, que aun en aquella divina pi<e>dra fría parecía qu'estaban despidiendo fuego, tenía (¡o, astucia y traça de estatu<a>rio!) tan bien esculpidos qu'estar tiernos y bañados de amor mostraban, y unas amorosas lágrimas vertían (las cuales mostraban haberse derretido en la ardiente ornaça de su pecho). Las hermosas mexillas, de un dibino rosicler rubricadas, mostraban tanta belleça y, juntamente con esto, tanto la pasión de amor que las encendía, qu'el groseçuelo y colorado lavio al compás del coraçón parecía moverse. Pues el amante

---

<sup>666</sup> Ap. marg.: «Familiares».

estaba tan bien esculpido que todos los interiores sentimientos parecía mostrar el marmor frío.

Estas dos estatuas estuvieron mirando un rato aquellas pastoras, admiradas de ver qué artífice las pudo esculpir en tan solitaria isla. Mas levantando la<sup>cxcvi</sup> cabeças vieron dos tablillas de oro pequeñas, con unas letras de esmalte azul en el campo de oro que decían:

Yo Corneria juro y digo  
de jamás mudar la fe  
un punto, mas qu'estaré  
asta la muerte contigo  
y aun después más te amaré.

La qu'estaba sobre Galianisandro decía: «Galianisandro siempre el mismo», porque este solía ser su común blasón <sup>[f. 86r]</sup> mostrando su constancia, y este titulillo traía en latín diciendo: «*Semper idem*», que quiere decir lo que estaba en la tablilla. Entonces dijo Belisandra:

–Mejor cumplió su palabra Galianisandro que Corneria; mas beamos lo restante de la cassa, que después yo os contaré su istoria.

Con esto, entraron en otro aposento, que era una hermosa cuadra (y también colgada de la misma tapicería) en la cual se proseguía la istoria començada. Estaban otras dos estatuas de los mismos amantes, aún en muy más amorosa postura, tanvién est[r]emadamente esculpidos. Luego en otro retrete algo más pequeño estaba la istoria acabada y había en él muchas otras istorias esculpidas de diferentes manos de artífices. Luego vieron una puerta de bronce estremadamente labrada y encima de la puerta unas letras latinas que decían: «*Museum Galianasindri infelicis*» («museo del desdichado Galianisandro»).

El cual, como avrieron, vieron un aposento cierto todo lo bueno que se podía pensar, en el cual había siete repartimientos y en cada uno de ellos estaba de vronce echa una doncella que era una de las artes liberales, y en él los libros y instrumentos

para aquel arte necesarios, todos estremados de buenos, echos con toda la curiosidad y pulicia que se podía pedir. Especialmente la librería era estremada, en la cual havría bien seis mil cuerpos de libros, todos encuadernados estremadamente de vien, con cuiertas de vrocado azul y blanco. Y los instrumentos de la música, arqueología, arismet[ca], astronomía y las demás eran todos echos de plata y oro y otras estremadas y combenientes materias. Este museo tenía tantas cosas que ver que dice Nictemeno que le dexa de describir porque para sola su descripción, aunque fuera avreviada, era menester escribir un libro y no pequeño. Este fue el que más contento dio a Belisandra, que era aficionadísima a las <e>sciencias<sup>667</sup>.

De allí anduvieron toda la cassa, en la cual allaron en todas las oficinas todo lo necesario a la vida humana. Porque, entre otras cosas, en unos arcaces muy grandes, echos de linaloe y de zetí de la india, que eran doce (cada<sup>cxvii</sup> uno de ellos vien capaz de cincuenta cargas de arina), los allaron llenos de arina hermosísima y blanca, sin corrupción alguna (que las maderas eran tales que de ella la conservaban). Y en una muy grande y hermosa bodega allaron en grandes vasos mucha probisión de vino, azeite y otros licores necesarios a la vida umana. Al fin que, si no era jente, en la isla ninguna otra cosa faltaba, y el estar por cultivar los jardines y güertos, que con el tiempo estaban ya todos llenos de maleça y matorrales. Aunque, como era la tierra tan frutífera, algunas y muchas de las yerbas regaladas y ortenses avían resistido y defendídose, conserbando su verdor y hermosura (aunque metidas entre espinas, cardos y otras matas).

Ya que Dios había sido servido de traellas <a> aquella tierra en tiempo que no menos qu'el ser sorbidas de las ondas esperaban, mucho se consolaron en allarse solas y donde su onestidad no padeciesse detrimento. Aunque temían (y con razón) no apartasse por allí alguna nao de infieles, aunque para esto andaban tratando entre sí del remedio que tendrían si esto sucediesse.

Acabada de ber toda la cassa, que ubo mucho que ver en ella, se determinaron de ir a la iglesia, la cual aunque pequeña era estremada y una de las vien traçadas que tenía el mundo. Tenía cuarenta lámparas, aunque estaban todas muertas, de oro finísimo <sup>[f. 87r]</sup>

---

<sup>667</sup> *esciencias*: Conviene tener en cuenta que la forma protética *esciencia* es lectura común en la época, resultando significativo el hecho de que se encuentre documentada en el propio manuscrito como variante gráfica descartada por el copista (*vid.* variantes gráficas del capítulo 17: *esciencia>ciencia*).

de diferentes y estremadas echuras. El altar mayor era solo un crucifixo en campo negro, riquísima pieza; tenía cuatro belos delante que le cuvrían. Y en el medio de la capilla, sobre veinte y cuatro columnas baxicas de plata cendrada, estaba una urna o ataúd pequeño echo de finas piedras de pórfiro, y en la testera de ella solas estas letras en griego:

Aquí en esta urna está enterrado  
Galianisandro, español tan baleroso  
que con él juntamente está enterrado  
Júpiter y Marte sanguinoso.  
La Verdad y el Valor se an sepultado  
con este caballero venturoso;  
venturoso en amar, mas desdichado,  
pues solo por vien amar está enterrado.

Estas letras y otras muchas que por la iglesia estaban leyeron aquellas princesas, admiradas de ver tanta riqueza en aquella soledad. Al fin, se determinaron de bolber a la ribera las dos de aquellas pastoras y otras dos irse un ratico paseando la isla arriba a ver si descubrían algo o veían algún rastro de otra alguna cosa. Y Taurisa y Belisandra, trabadas de las manos, por allí alrededor de la casa y iglesia se quisieron pasear un rato, concertándose que, en siendo ora, las que primero bolbiessen tocasen la campana de la iglesia, a cuyo son las demás acudiessen luego. Y a las demás se les dieron sendos arcos y aljabas con saetas (que asadas que había arta probisión en la casa d'estas cosas) y, echándose sendas cornetas al cuello, començaron su biaxe, indo Esmerilda y Verarda, Acursia y Libertina, y quedándose Belisandra y Taurisa.

A la ribera fueron Esmerilda y Verarda, las cuales, como llegaron por donde habían venido a las praderías por donde andaban los caballos, intentaron de tomar alguna yegua o caballo. Y no les fue tan dificultoso como pensaron, porque llamándolos con un poco de pan o vizcocho que en la mano llevaban no solo aguardaban, mas algunos de los de la manada como simplicillos se venían tras ellas jugando y meneando las cabeças. Y como una yegua hermosísima blanca como una nieve, que tenía una

mancha negra en el lado izquierdo, se llegase más que las otras, Esmerilda le echó la mano al copete y ella estuvo queda, y con mucho contento le echaron una cinta al cuello. Y así la llebaron hazia la ribera, índose relinchando tras ella otros caballos y yeguas, siguiendo de la presa las pisadas.

En llegando a la nao, la vieron como se había avierto toda y la creciente de la marea traía las tablas y jarcias con otros muchos arrecifes para los dejar en la ribera. Con unas cuerda de las que venían en los líos ataron aquellas pastoras la yegua y otros dos caballos que cogieron, mas no se dieron maña de cargar a ninguno (porque como no estaban acostumbrados la sufrían de mala gana) si no fue solo a la yegua, la cual así estuvo queda como si a aquello estuviera acostumbrada. Y lo que llebaron solo fue todo el vizcocho que pudieron para entre tanto que hacían pan, y los dos cofres de ropa blanca. Y esto hicieron porque no sabían ni<sup>cxcviii</sup> habían visto aún el abundancia que d'esto había en la casa de Corneria.

Con esto, viendo que por toda aquella parte no había edificio ninguno si no eran algunos cortixos de ganaderos en los cuales no había persona humana, se determinaron de bolberse a casa, indo muy contentas con los caballos, que adereços para ellos asadas que avían visto tantos y tan ricos como si fuera en casa de un <sup>[f. 87v]</sup> gran príncipe. Y vien entendían que para su contento, lo que allí estuviessen, y para ir a caça y otras cosas d'esta manera que les eran los caballos muy importantes.

Verarda era graciosísima y diabólica, y de un cordel hizo un cabestro al caballo echándole un bocado, y a Esmerilda le dixo que le diesse el pie, que quería probar a subir en el caballo:

–¡No, por bida suya, no suba en él en pelo! ¡Aguarde!, que allá en casa le echaremos una silla y después se ará con más seguridad y facilidad.

–No, en buena fe –dijo Verarda–, que tengo de cumplir mi apetito. ¡Ca, ayúdeme!

Y, diciendo esto, asida muy vien a la clin del caballo y con la otra mano tiniendo vien recio el cabo del bocado, se puso a caballo. Si iba sentada o no yo no lo sé, solo dice Nictemeno que llebaba tan apretados los muslos como si fuera en una silla gineta.

Y, aunqu'el caballo al principio estubo áspero y dio beinte saltos y carreras, la moçuela se dio tal maña que lo cansó y le hiço estar más manso que una obexa, trayéndole todo trasudado; de que Esmerilda no podía estar de risa y no hacía sino decille:

–¡Téngase, por su vida, no suceda alguna desgracia!

–¿No sabe qué parezco? –dijo a Esmerilda, ya que iba un poquito más quieto el caballo–. A la dama que Júpiter vurló en esta forma.

–¿A cuál? –dixo Esmerilda–, ¿a Europa?

–No a essa, que essa fue en figura de toro, mas a la que tomó descuidada en figura de caballo hermoso...

–Ya, ya... Asia.

–Así, como mande. ¡Mire qué vien paso una carrera!

Y, con esto, animando el caballo con hermoso y apresurado lavio, le hiço correr y parar estremadamente, que como eran de raça, facilísimamente se les daba la lealtad, mansedumbre y sugestión.

–Aora bámonos –dixo Esmerilda– que se hace tarde, no nos estén aguardando.

–A lo menos –dixo Verarda– llebo muy buen escudero, que esso nos ganamos las que sabemos este oficio bien, que hacemos quedar a los otros a pie quedándose siempre por nuestra la vitoria.

–¡Ca, ca –dijo Esmerilda–, no malicias! Que a fe que si Dios no nos remedia qu'estamos en tierra donde veremos más veces a la luna que al lucero... Con esto, se fueron hacia cassa. Las otras dos pastoras, Acurisia y Livertina, fueron un balle arriba y en lo alto d'él se començaron a emboscar por una espesa y fresca montañuela, tan abundante de caça y bolatería que era cosa estraña; porque como estaba aislada y no havía quien la matasse (porque no havía fieras ni abes de rapiña) y la tierra era de estremado temple y abundantísima de todos los pastos y mantenimientos necesarios, havía tanta caça que era demasía. Y así las dos pastoras truxeron las caças que quisieron, y si no truxeron más fue porque no quisieron traerla.

En medio d'esta montañ[u]ela vieron una casa no muy pequeña; y, aunque no sin turbación, fueron a ella y alláronla avierta aunque echado el zerroxo. Y entrando en ella ninguna cosa allaron sino redes, ballestas, lanças, arcos, saetas, orquillas, laços y otros muchos instrumentos de caça, y luego entendieron que devía de ser cassa de campo en el tiempo que allí estuvieron Garianisandro y Corneria (como ello era así realmente).

Andándola mirando allaron un cuarto hermosísimo que tenía las llaves colgadas del pestillo qu'estaba lebandado. Y en él allaron en tablas, de estremadas manos de pintores pintados, todos los géneros de caças y pescas admirablemente. Y en cada tabla en pequeño estaban los dos amantes Galianisandro y Corneria con algún particular término de recibir, en su amorosos entretenimientos, contento.

En esta sala <sup>[f. 88r]</sup> estaba un hermoso vufete de plata y asta dos docenas de sillas muy hermosas de évano, la guarnición de oro y cristal, arto galanas y curiosas. En la cuadra d'este aposento, qu'estaba vien de la misma pintura adereçada, estando las bóvedas de arriba con las mismas pinturas<sup>cxciix</sup> (siendo el suelo de unas losas indias tan lucidas que como en cristalinos espexos la pintura de las vóbedas se representaba), estaba una cama de galera de vrocado verde estremada de buena, con tantos diamantes y piedras que a la cama bolbían rica y al que la miraba<sup>cc</sup> alegre y espantado de ver tanta riqueza.

En otros aposentos que estaban más adentro había adereços y camas de damas, cofres con mucha ropa y hávitos de caça. Mucho se olgaron aquellas señoras de ver aquella cassa y, cerrando todas las puertas y avriendo las ventanas que les pareció convenir, tomando las caças que habían muerto, se baxaron la montaña abaxo hacia la cassa, indo muy contentas de lo que habían visto y llebando lo que era menester para zenar aquella noche y aun comer otro día. Y de una cerbatilla que mataron truxeron un cuarto trasero, dexando lo demás colgado de un tronco<sup>cci</sup> de un árbol. Y, baxando la cuesta abaxo, dixo Livertina a Acursia:

—En verdad que está muy vien probeída toda esta isla de las cosas necesarias a la vida humana, salbo que le falta lo mejor.

—¿Qué? —dixo Acursia.



–La ventura –respondió Libertina.

–¿Y qué ventura es essa? –dijo Acursia.

–Es el estar los hombres o mugeres en compañía; porque la soledad es madre de la tristeza y la tristeza acaba la vida y seca los huesos, y aun algunas veces daña al alma.

–Pues, ¿y cómo llamáis soledad–dijo Acursia– donde estamos seis?

–Ay soledad de supuestos y soledad de especie, digo –dijo Libertina– que una cosa es la soledad de la naturaleza (y esta solo es cuando solo un individuo de una especie) y otra es soledad de especie, la cual es siempre que no ubiere sino sola la una parte de la especie; como si estubiesen muchas leonas solas diríamos qu'está falta aquella especie porque le falta la una parte, qu'es los leones, y así de las demás. Y por eso dixo un sabio de mi tierra que no era perfecta la especie donde faltaba cualquiera de las partes de los individuos. Y por esto dixen que estábamos solas aunque somos seis, y es porque nos falta la parte necesaria y requisita para la vida económica y sociada o acompañada, si así la queremos llamar.

–¿No sabéis qué beo, compañera? –dijo Acursia–. Que con todas vuestras filosofías havremos de estarnos solas.

–Aora vien, se'así –dijo Libertina–. Mas «súfrase quien penas tiene, que tiempo tras tiempo viene».

Las dos pastoras princesas, Taurisa y Belisandra, se fueron paseando hacia el nordés solas, y Belisandra dixo:

–¿Ha bisto, hermana Taurisa, con qué aspereza nos muestra sus altibaxos la Fortuna? Fuimos esclavas, después parece que nos quiso levantar Fortuna haciéndonos compañeras de la hermosa Libia; tornó a mostrarnos torcido el rostro, llebándonos tal compañera y a su padre y madre. Bolbiósenos a mostrar alegüña y favorable en la benevolencia que allamos en la sucesión de los vienes de los viejos; tornó a arrugar la frente con tanto sentimiento que casi casi nos quiso entregar a las marinas ondas del

salado lago. Aora <sup>[f. 88v]</sup>, puniéndonos en esta isla parece que quisiere que la tengamos más por madre que por madrastra... No sé los fines que de nosotras tiene determinado.

–Señora Belisandra –dijo Taurisa–, son tan diversas las suertes que en estos dados de Fortuna arrojados por la mano del Tiempo salen, que me parece que lo mejor es canbar la bela adonde viene el biento y ponerse hombre la capa como viere venir la llubia; que al fin, mi señora, al tiempo suelen decir qu’es el que ensaña cómo se an de ir despuniendo las cosas. Mas ¿de qué le parece a vuestra merced que tendremos necesidad en esta isla?

–De<sup>ccii</sup> dos cosas, señora Taurisa –dijo Belisandra–: la primera, de criados y comunicación de gente; y la segunda, y que más siento, es falta de sacerdotes que conforme<sup>cciii</sup> a nuestra santísima ley los sacramentos y cosas sagradas nos administren. Porque de las cosas acá de las sustención corporal, según lo que emos visto, nada nos á de faltar aunque en la isla estuviésemos muchos años; porque ay trigo y carnes, y vino, y frutas, y sal y azeite, con todos los regalos que se pueden pedir.

Ellas iban en esto cuando cuando vieron una gran piara de carneros y obexas hermosísimas, que detrás de ellas iban jugando gran muchedumbre de mansos<sup>cciv</sup> corderuelos<sup>ccv</sup>. Y tanto se olgaron aquellas princesas de haber visto aquel rabaño como de todo cuanto en la isla había[n] allado, aunque mucho se consolaron cuando vieron el arina. No se alborotaron la ovejuelas, antes, como las vieron, desbalidas y balando se vinieron a ellas, rodeándolas cual suelen hacer cuando el cuidadoso pastor la sabrosa<sup>ccvi</sup> sal en piedra les echa, así se llegaron todas. Y desbalidas venían dando aquellas sus mansas y amorosas boces, y algunas de ellas se llegaban a tomalles el pan que en las manos tenían. Y era tanta la bocería del ganado que parecía que les daban el parabién del bienvenidas, y tanta alegría mostraron las mansas ovejuelas que, llorando de placer, aquellas hermosas pastoras tomaban en vrazos los corderuelos juntándolos a sí con tierno avraço. Era ya tardecillo y, dando gracias a Dios por tantas mercedes como les hacía, se vuelben hacia cassa, índose tras ellas todo aquel rabaño (que más había de veinte mil caveças).

Cuando Belisandra y Taurisa llegaron, ya las otras cuatro pastoras estaban en casa cada una con su presea, y los lugares combenientes para ello tenían ya llenos de

caballos; mas, cuando las vieron venir delante de tantos y tan hermosos rabaños, de placer no sabían qué hacerse. Al fin, trayendo de un aposento sal (la que les pareció convenir), todas seis hermosas pastoras le dieron a todo el ganado que pudieron sal. Y de una recámara Taurisa baxó de plata unas zenzerras, y a los mayores y mejores carneros las echaron.

Ya anohecía, y el ganado se bolbió por la ribera, ya algunos de los mansos con<sup>ccvii</sup> cencerras (y llamo mansos a aquellos que coxieron, que todos eran mansos en la isla). Con esto, como ya se hacía tarde, sacando y haciendo luvre en todas las chimeneas de la casa (más por la conserbación del edificio que por el frío), se fueron<sup>[f. 89r]</sup> a la iglesia, y adereçando algunas de aquellas lámparas las azendieron. Y, haviéndose encomendado a Dios, zerraron la puerta de la iglesia y se volbieron a casa.

Zerrando muy vien las puertas, se fueron a un cuarto muy hermoso y vien adereçado que caía encima de la misma puerta de cassa. Y, echas en él tres camas muy hermosas, por raçón de la soledad y miedo quisieron aquellas señoras dormir de dos en dos. Y, así, habiéndoles adereçado y muy bien de cenar Libertina (que en esto y en lo demás de cosas de manos tenía estremada gracia y era para más llanamente que sus compañeras), después que ubieron cenado, Libertina (que era graciosísima como digo y traviessa) se vistió unos vestidos de hombre (que asadas que havia artos y vien ricos en la casa), tomó un laúd en las manos y, en acabando de cenar, entró en la sala tañendo y cantando estremadamente, que en esto tenía particular gracia; con lo cual dio mucho contento a aquellas pastoras. Y a todas truxo instrumentos y les hiço tañer y cantar muy bien<sup>ccviii</sup>, que todas eran estremadas en este arte, y a todas las sacó y hiço bailar. Y luego con mucha risa dixo: «Quiero ir a dar recado a mis caballos. ¡Ola, Acursia, baxa <a> alumbrarme!».

Con esto, fue avajo y puso orden en todo, que cierto era para mucho, y a los caballos que mejores le parecieron, a seis de ellos y a seis pías, puso sus xáquimas, cadenas y mantas (que de todo esto havia infinita abundancia). Y a las demás dejó volber al campo, puniéndole a la yegua blanca una zenzerrilla. Con esto se quietaron y durmieron aquella noche vien, que estaban muy cansadas.

A la mañana se levantó antes que todas la hermosa Libertina y dio una buelta a la cassa en que la dejó compuesta y, como acá decís, como una plata. Adereçó las cosas necesarias al mantenimiento y sustentación de la vida humana, sacó ropa blanca y limpia para todas sus compañeras, con tanto aseo y presteça que era cosa maravillosa verla tan diligente y negociada (esta era la que en su casa servía de camarera a la bella pastora Belisandra). Dioles pues de vestir a aquellas dos señoras, serían como las diez o más de la mañana (que muchos cuadros y y reloxes de sol y muy curiosos havía por toda aquella cassa por donde se podía saber la ora que era), y, en acabándoles de dar de vestir, dijo Libertina:

–¿Quieren vuestras grandeças verme domar mis caballos? Asómense a essas vantanas.

–Guarda, niña –dijo Belisandra–, no te haga mal o no te suceda alguna desgracia.

–A mi cargo, mi señora –dijo Libertina.

Y, con esto, se fue y vistiosse de honvre, un vestido de vrocado verde muy hermoso. Y sacando el mejor caballo que le pareció le echó un bocado vien fuerte y, aunque con alguna dificultad, le hiço sufrir la silla. Y, después, puesta en él le hiço hacer diabluras asta que le traía ya molido, sudando, lleno de espuma y sangre la boca; la cual en apeándose le coxió la rienda y labándole la boca se la dexó llena de sal, con que le hiço estar tascando el freno por más de cuatro oras. Después, subiendo en otro que era más recio y no tan blando de boca, viose con él en peligro; mas al fin le hiço domeñar y, porque andaba ya cansadísima, le hizo Velisandra que lo dexasse y que se suviesse all’arriba, siendo esta hermosa doncella entretenimiento <sup>[f. 89v]</sup> de aquellas princesas. Las cuales pasaban su vida en irse a caça y a pescar a la ribera, en andar con el ganado y mirando la hermosura de aquella isla, con el avundancia de regalos que en ella havía.

Estando un día todas seis juntas en una fuente (que se llamaba del Desengaño por cierta propiedad que tenía), Taurisa rogó a la bella Velisandra que les contasse la istoria de Corneria y Galianisandro, la cual començó diciendo:

–A mi señora Libia le vi un día un librito en la mano y, preguntándole qué era, me hizo merced de me le dar, y vi el título que decía: «*Istoria de los amores del desdichado Galianisandro y de la desgraciada e inconstante Corneria, compuesto por el sabio Calbinio en la era de doscientos y ocho*». Y lo que en suma decía era que en nuestra España había havido un caballero llamado Galianisandino, el cual hubo en una hermosa muger llamada Casandra un hijo, al cual le puso por nombre Galianisandro. Este pues decía la istoria...

Perdonadme, que en el reino de Nulen me están aguardando.

### **Capítulo 25<sup>ccix</sup>. De lo que al príncipe Ofrasio y a su compañía sucedió en el reino de Nulen y cómo se embarcaron con intención de ir a España.**

Con la compañía de los caballeros qu’el moro alcaide había enviado para asegurar su camino (aunque nada de aquello fuera menester), iba caminando aquella hermosa compañía con muy buen concierto y muy buena combersación; especialmente con el pastor, el cual con estremada conversación los iba entretiniendo diziendo muy buenos dicho exageradores de su pena y del poco remedio que para su mal había. Al fin, ya que iban todos bien concertados por el camino, al pastor le pidieron que les contasse su istoria, el cual comenzó d’esta manera:

–Supuesto, sacros príncipes y princesas, ilustres capitanes y caballeros, que queréis saber mi infeliz tragedia, sabréis que allá en una probincia de España llamada Celtiberia, a los corrientes de un caudaloso río llamado Lonja, mi padre (que era un rico ganadero) habitaba, viviendo contento con su estado y teniendo en su casa, aunque de mucho trafago que era, mucho concierto y buen orden; tanto que antes la muchedumbre era causa de hermosura que de confusión. Tenía cuatro hijos, entre los cuales fue este desdichado Tirseo a quien agora hacéis renobar su pena con las memorias de los infelices casos por él sucedidos.

Lo cuales fueron que, como yo me criase algunos años de la puericia en la congregación de los pastores qu’el paternal ganado de mi padre guardaban, en el pastoril exercicio salí diestro como aquel que tan aficionado era a sus entretenimientos,

especialmente en la música de rabel y caramillo y aun otros instrumentos. Apenas ubo pastor en todas aquellas riberas que en este arte me sobrepuxasse o excediesse, y aun casi sin dificultad en todas las competencias que en esto y en las luchas teníamos. Y aun en el tirar onda y barra, jugar a la chueca y belorto y otras cosas me daban los jueces el premio (ellos decían que justamente, no sé si era pasión o vien quererme).

Sucedíome, pues, que un día andando con descuido tocando mi rabel en una <sup>[f.</sup>  
<sup>90r]</sup> pradería qu'estaba de verde y fresca yerba poblada, matiçada de hermosas rosas de barios colores pinceladas, en la riberas de un fresco arroyo que por el campo discurría, en una blanca piedra que allí estaba, sentado, vien libre del mal que agora padezco, comencé a tañer y cantar aquellos sabrosos amores de Endemión y la casta diossa. Y estando en lo mejor del canto vi venir el prado avaxo, delante de un manso y dos ovejuelas (cada una con un blanco corderillo, y el manso y las madres con unas zenzerruelas de plata y collares de remendado vrocado de colores), una hermosa pastora.

Cuanto yo dixere en loa de su hermosura será poco, por lo cual, pues el ser hermosa fue lo que menos en ella había (aunque en esto excedió a todas las pastoras y ninguna podía tener con ella competencia si no fueron Taurisa y Belisandra<sup>ccx</sup>), no ay para qué con esto me entretenga. Solo os digo que el pintar su hermosura sería borrarla, por lo cual tengo por más azertado que el silencio dé testimonio de mi insuficiencia, más que no mi rudeça decir lo qu'es imposible que cante lengua humana.

Pues a esta hermosa pastora llamada Danista entregué mi libertad, y del alma y de sus potencias le hice sacrificio, ofr[e]ciéndole cada ora de todo esto los desposos. Yo le ablé muchas beces en aquella ribera, y con llanas y verdaderas palabras le vine a manifestar el fuego que al pecho sentía. Y, como pastor, de los servicios pastoriles procuraba servirla y agradarla tanto que al fin vino Danista, entendiendo mi pena y ser verdadero el amor que le tenía, a pagarme en la misma moneda. Pasamos nuestros cuentos y tanto vino <a> aumentarse el amor en el uno y otro amante que no podíamos estar ausentes el uno del otro solo un punto, tanto que no se trataba ya otra cosa entre los pastores si no era de amor de Tirseo y Danista.

Sucedió, pues, que un día, cuando más en su punto estaba amor, que fuimos a una congregación que se hacía de pastores, donde había de haber disputa con señalados jueces. Fue pues el caso que llegada la ora del debate yo me quité mi gabán y, habiéndome preparado para reyerta, a tres o cuatro luchadores con mucha facilidad hice venir a tierra. Estando yo contento y vitorioso vino un pastor hermoso, galán de vrío cual nunca jamás havíamos visto en aquella ribera; el cual puesto en calças y en jubón vino a lucha y, partido el Sol<sup>668</sup> y los vrazos, nos aferramos el uno del otro con tanta maña y destreça que una ora entera duró nuestro debate, sin que jamás se allase mejoría en el uno ni en el otro.

Al fin que, viendo nuestro tesón, al uno y al otro nos mandaron apartar, dándonos sendos premios de la lucha. Este pastor havia en otra lucha a un pastor muerto entre sus brazos y un gran sabidor tío suyo del muerto (cuyo hijo yo tanvién maté en otra lucha), por vengarse de los dos, hiço por sus artes un encantamiento en que truxo una carroça (la cual tiraban cuatro grifos espantosos y ella tan hermosa quanto se puede pensar) y en ella se entró o metieron a mi hermosa pastora Danista. La cual después fue llebada por aquellos espantables <sup>[f. 90v]</sup> grifos a una montaña, en cuya lebantada cumbre está la casa d'este sabio, y allí la tiene encantada con otras muchas doncellas y pastoras. Y a mí y al otro pastor hiço de suerte que anduviésemos en estas carroças, trayendo cada uno estos seis caballeros de guarda, y haciéndonos estar cada día algunas oras padeciendo aquel tormento que, señores, en mi carroça vistes que padecía; y más que siempre tengo de andar por fuerça en esta pena. Veis aquí, señores, mi pena.

Él iba a pasar con su tragedia adelante y dejolo, porque los seis caballeros que iban en su guarda le hicieron bolber a la carroça. Y era porque el moro alcaide del castillo, que ya muy cerca d'él estaban, venía a recibir <a> aquellos señores; el cual les hiço muy buen recibimiento, regalándolos en el castillo estrañamente, donde los detubo casi seis meses. En el cual tiempo allí en el reino de Nulen aquellos caballeros acabaron algunas aventuras que por prolixidad se dexan; solo hace memoria Nictemeno de dos castillos que ganaron: el uno llamado «de la Luna» y el otro «de la Vieña». Y que

---

<sup>668</sup> *partido el sol*: Se trata de una locución verbal, *partir el sol*: «En los desafíos antiguos y públicos colocar a los combatientes, o señalarles el campo, de modo que la luz del Sol les sirviese igualmente, sin que pudiese ninguno tener ventaja en ella» (DRAE, s.v. *sol*).

s'allaron en una batalla campal en que havía del uno y otro campo más de cien mil hombres, y que casi todo el pesso de la guerra colgó de aquellos tres príncipes. Los cuales o por los cuales el rey de Nulen alcanzó la vitoria, dándoles a ellos hermosas preseas; mas lo que más estimaron fue ocho naos muy hermosas ponientinas, todas muy vien probeídas de gente y de guarnición para que hiciessen su viaxe. Con lo cual, a los fines de evbrero y principos de março, aunque aquellas princesas estaban muy preñadas se ubieron de embarcar, entendiendo de tomar puerto en el primero reino de cristianos y allí aguardar asta que las princesas estuviessen ya libres de sus trabaxos.

Con esto, se embarcaron un lunes por la mañana, partiendo del puerto ocho hermosas naos todas llenas de cristianos de los que <a> ayudar al rey contra su enemigo (que tanvién era infiel) havían venido, de un rey comarcano cristiano y amigo que se llamaba Bolardo y era rey de Norindena. Toda esta armada, que aunque pequeña en número era estremada de buena en balor, partió de Nulen con muy tiempo y viento próspero, llebando intención de ir al nordeste a tomar puerto a la misma España en cualquiera de las costas de ella. Catorce días les duró bonança, en los cuales havían andado ya arto número de leguas. Y tantas que de allí a doce días, si el tiempo les duraba, decían los pilotos que tomarían puerto en Cartagena, o que a más mal les suceder vendrían por esta otra banda costeando a se meter en Joiba<sup>669</sup>, en un puerto su becino.

Mas al décimo quinto día, no cansada Fortuna de perseguir <a> aquellos príncipes, buelbe a lebantar otra borrasca tan áspera y desabrida, de una endiablada trabesía, que parecía el insano mar así quererse tragar a todo lo que su olas surcaba. Y aun [andando] las horas no fue piadosa<sup>ccxi</sup> o espaciosa esta tormenta, sino que en un punto así a ojos vistos se tragó dos naos, andando de los muertos y xarcias cuiertas las olas.

---

<sup>669</sup> *Joiba*: Reconocemos que no hemos sido capaces de establcer con seguridad el referente histórico de esta localidad. Por su cercanía con la ciudad de la Coruña (f. 96v), tal vez se trate del territorio costero de Loiba, ubicado en la misma provincia. También podría hacer referencia a la población lucense de Xoiba, si bien esta está ubicada en el interior, mientras que de Joiba se afirma que es una ciudad portuaria (f. 96v).



Vien podréis sentir lo que aquellos príncipes y princesas sintieron viéndose tan propincuos a la muerte, y que los pilotos turbados iban ya perdiendo del poder vibir las [f. 91r] esperanças y solo llebaban ya cuidado de que no encallasse en el arena o topasse en algún peñasco; que en lo demás, suelta la bela al biento, iban caminando para donde el biento soplabá sin le poder hacer resistencia alguna. Y iban caminando con tanta azeleración que por esos espaciosos mares a una parte y a otra eran arrojados.

Sobrevino una tempestuosa noche y de tan terrible tormenta que, todas las naos esparcidas por dive[r]sas partes, solo seguiremos la derrota de la capitana que era en la que aquellos príncipes y princesas iban; porque las demás casi todas tubieron infelices sucesos, que quevradas en duros peñascos dieron mantenimiento, de los que en ellas iban, a los pescados. Mas solo quiero seguir la capitana, que discurriendo los mares (y como era tan estremada resistiendo a la furia de Eolo que parecía andar contra ella conjurado) andubo tanto qu'el piloto con ser tan diestro vino a perder el tiento así del agua como del cielo, y ni le aprovechaba la carta ni el agua sino que pareció haver descubierto otro nuebo polo. Al fin, andubieron d'esta manera beinte y dos días sin que casi un punto cesase el biento. Al cabo d'estos, mostrándose ya más manso y piadosso el biento y más claro y alegre el cielo, el piloto començó a tener algún género de esperança, porque sin duda era uno de los mejores que tenía el mundo: era lusitano, criado del rey, padre de Ursina, y hombre para en aquel casso esperto y sabio.

Al fin, viniendo un día por la mar caminando con vendabal, endereçados hacia las españolas costas, dejando a la parte del sur algunas islas<sup>670</sup> que ellos no conocieron ni asta entonces se havían descubierto (ni aun de allí a muchos años se tubo de ella noticia), benían con raçonable tiempo caminando. Cuando un día a la hermosa princesa Casiana, haviendo ya llegado el tiempo, no cansada Fortuna de sus infortunios, le dieron los dolores del parto, y con tanta fuerça y terribilidad que aun casi de los primeros pensó dar la vida según la atormentaron y le daban con fuerça. Todo lo que les era posible la regalaban y esforçaban aquellas princesas y damas que allí iban, mas los dolores eran tan estremados y benían con tantas congoxas y inquietud y con tantos apretamientos de corazón que mil beces se les quedaba desmayada y muerta entre las manos.

---

<sup>670</sup> Parece tratarse de las Islas Canarias.

Tres días estuvo d'esta manera la pobre señora, con tantos tormentos y dolores que ya ninguna esperanza se tenía de su vida ni se oía otra cosa en la nao si no era lágrimas y llantos; porque cierto era amadísima de todos y más que si fuera propia madre de cada uno de los que allí iban. Al fin fue Dios servido que al cuarto día por la mañana, estando todos desesperados de su vida, le dio u[n] terrible dolor con que parió un niño, la más hermosa criatura que jamás se pudo pensar; mas la madre quedó tal que todos entendieron llanamente que era muerta. Y eran tantas las lágrimas y el sentimiento, el desaliento y tribulación, que sin mirar en ello y indo descuidado y turbado el piloto, todos los príncipes llorando y Ofrasio desmayado y sin sentido tendido junto al cuerpo de su amada muger, solo Areusina tubo cuenta del niño, y limpiándole y empañándole lo mejor y con el mayor cuidado que ella pudo.

Al fin, con el descuido que llevaban y con la demasiada pena [y] el poco cuidado de la nao, ella dio en una peña con la quila un tal golpe que se avrió como una granada en medio de aquellas saladas ondas, sintiendo el golpe el piloto. Y él, como todos perecían dando boces que se aogaban y viendo cómo se iba la nao sumiendo poco a poco, dio gritos diciendo: «¡A la lancha, a la lancha!». A cuyos gritos y miserables boces de los que se aogaban tornó en sí el príncipe, y allándose así tomó a su amada muger en los brazos y con ella se arroxa en la lancha, en la cual estaba ya el piloto y los príncipes. Y mirando por Areusina vieron que ya andaba por el agua medio aogada, y un poquito adelante d'ella vieron un cofre qu'el agua le traía a una parte y a otra, mas no supieron lo que en él iba.

Pues, como el príncipe vio aogarse a Areusina, dixo a un marinero que nadando venía hacia la lancha (truyendo otra doncella medio a< >gada sobre las espaldas) que fuesse a remediar a Areusina; el cual como un pescado buelbe al agua. Y ya Areusina casi había perdido todos los sentidos; con todo esso, con las ansias de la muerte se agarró de un madero qu'el diestro marinero le llevaba y, así asida en él y el marinero nadando, la truxo a la lancha [y]a<sup>ccxii</sup> sin ningún sentido. Y, abiendo vebido de las salas olas más de diez tragos, otras tres doncellas escaparon.

Al fin, serían por todas como doce personas las que sin los príncipes y princesas y piloto escaparon de la tormenta, aogándose como asta treinta personas. A Areusina se le hicieron los remedios posibles con que bolbió en sí, aunque fue más de doce oras

después de puesta en la lancha. Mas la hermosa princesa Casiana no había bu<e>lto ni se tenía más esperanza de su vida que si estuviera ya enterrada; solo lo que algo parecía que consolaba era ver que se tenía aún calor y en la parte del corazón y pulsos algún movimiento.

Lo del infante recién nacido todos entendieron que se había aogado cuando Areusina andaba en el agua. Y después de ella buelta en sí dijo cómo le había metido en un cofre y que entonces a ella y al cofre abía llebado la ola y que no le había visto más; todos entendieron que iba en aquel cofre que habían visto, mas entonces le tuvieron por más ciertamente perdido.

Al fin, aquellas princesas, con toda su tribulación y trabaxos, hicieron tantos remedios a la princesa Casiana que al fin la hicieron bolber en sí, aunque no que se tuviese esperanza de su vida. Porque había cuatro días que no comía bocado ninguno y no había aún acabado de purificarse del parto, no tenía fuerça para poder acabar de ayudar a naturaleza y, con esto, ninguna esperanza se tenía de su vida.

No os quiero pintar en el trabaxo y necesidad que aquellos príncipes iban, pues iban todos en una fragata sin cubierta (o lancha, por mejor decir) no muy grande. No llebaban mantenimiento sino muy poquitos que a nado dos de aquellos marineros habían podido escapar; en toda la lancha no iba sino una bota de agua. Iban todas aquellas mugeres, especialmente Casiana y las que habían caído en la mar, medio muertas; no había un regalo ni refrigerio que hacerles. El piloto decía que les faltaban vien ocho días de camino para asta llegar a tierra. Todos iban molidos echos mil pedaços. Una velilla habían echo de <sup>[f. 92r]</sup> remiendos, llebando un muy ruin maderuelo por mástil.

Con esta aflicción iban, sin una cama en que poder ir las enfermas, aquellos príncipes caminando. Mas Dios que nunca desampara a los que en él confían, indo otro día por la mañana caminando con muy buen tiempo y un ventecillo fresco que hacía ir vien ligera la lancha, descubrió el piloto una hermosísima nao, todas las velas encarnadas, puestas por las gabias un millón de vanderolas y gallardetes hermosísimos. Y aunque iba algo lexos se comenzaban a oír algunos instrumentos músicos que iban haciendo hermosos ecos por las ondas.

Con mucho placer dio las buenas nuevas el piloto de la nao. Y así, asiendo de la greña a la esperanza, aquellos señores a vela y remo, enderezando la proa, comenzaron a darse toda la prisa que les fue posible, asta que ya llegaron tan cerca que oían venir la música y veían las vanderas, en las cuales luego conocieron en ellas las armas de España, que eran león y castillo. Y tanta fue entonces el alegría de aquellos señores que, animándose los unos a los otros y cobrando esfuerzo, tanta prisa se dieron a los remos que ya llegaron como a un tiro de saeta de la nao. Y vistos por los de la nao que a ella guiaban amainaron velas y estuvieron aguardando asta que llegaron a abordar.

Y entonces un caballero armado de unas armas blancas sin insignia ni señal alguna (si no era que estaban guarnecidas de diamantes), puesto a borde, en alta, clara y amorosa voz les dixo:

–¿Qué buscáis, amigos? ¿Queréis algo?

–Queríamos, señor –dixo Ofrasio–, saber quién viene en esa nao y, porque traemos aquí unas enfermas y venimos desbaratados de una tormenta que hemos padecido, que nos acogiesen aquí por que no muera esta gente que va muy propinqua a eso.

–El acogeros en la nao lo aremos de muy buena voluntad –respondió el caballero–. Y la gente que va aquí es la hermosa Caribdiana, reina de España, y sus hijos, que viene de una isla que está aquí cerca y ahora buélvese a su reino y va a la ciudad Joibana, que en ella queda el rey Polimbo, mi señor.

Tanto contento dieron estas nuevas al príncipe que fue menester su baleroso corazón para que el contento no le acabasse. Y así dixo:

–Pues suplicoos, señor caballero, que digáis a mi señora la Reina que nos dé licencia.

–Yo voy –dijo el caballero de las armas blancas.

Y así, entrando en cámara de popa estaba la reina Caribdiana oyendo tañer y cantar a Cadianisa y a Camisina, sus hijas, que estremadamente lo hacían. Y puesto de rodillas delante de ella le dixo:

–Sabrá vuestra grandeça que á llegado una lancha a la nao en que vienen como veinte personas entre hombres y mugeres, los cuales en una tormenta se les rompió la nao. Y ellos vienen qu'es lástima y las mugeres tales que vienen muy cercanas a la muerte: suplican a vuestra grandeça se les haga merced de acoxellos en esta nao asta llegar a tierra, por que aquella gente no perezca.

–Anda, rapaz –dijo la Reina, que sabed que era Polimbiano, su hijo, el de las armas blancas–, ¿y que es menester pedirme a mí licencia para essas cosas? ¡Cabe, presto! –dixo con una natural alteración–. Y las mugeres hazlas traer aquí y a los hombres regá[la]los tú allá y dales cuan[to]<sup>ccxiii</sup> uvieren menester.

Con esto, salió el príncipe sobre cubierta y mandó luego poner orden en que todos suviessen a la nao. La primera que subió, que sueltísima era, fue la mora bella <sup>[f. 92v]</sup> Jarilda, a la cual como la vio Polimbiano el infante la recibió con mucho comedimiento, espantado de ver su hermosura y traxe (que bien daba a entender en él y en la grabedad de su persona el ser quien era). Luego subió el príncipe Ofrasio con la hermosísima Casiana en los braços casi ya del todo difunta y sin ningún sentido. Luego subió Ursina tan desfigurada de la tormenta como se puede pensar, mas con todo esso tan vriosa y gallarda que vien manifestaba su loçanía, aunque algo la traía apesgadilla el estar ya en el mes.

Luego suvieron los dos príncipes, el de Casia y el infante de Narbona, y después Areusina con las demás doncellas. Entonces el infante Polimbiano dixo:

–Mi señora la Reina mandó qu'estas damas entrasen a su aposento y a mí me mandó que a las vuestras mercedes regalase en todo lo que pudiesse.

–Veso a vuestra grandeça las manos –dixo Ofrasio– por tanta merced, mas yo quiero entrar a vesar las manos a mi señora la Reina y entregarle estas señoras.

–Se'así –dixo Polimbiano.

Y, con esto, tomando de los braços Ursina y Jarilda a Casiana, que no se podía menear ni apenas tenerse en pie, Ofrasio delante d'ellas entró donde la Reina estaba. La cual, como los vio así entrar tan maltratados, mas tan ricamente adereçados en lo que les había quedado, dixo:

–¡Ay, Jesús, amigos! ¿Y cómo venís así?

–Venimos tales –dijo Ofrasio–, que la madre que me parió no me conoce.

Perdonadme, que se quedó aogando el niño recién nacido y me hace lástima, que yo os bolberé a decir lo que más sucedió a estos príncipes asta llegar a España.

## **Capítulo 26. Del entretenimiento que en la Isla de Corneria tenían las pastoras y de una estraña aventura que les sucedió.**

Contando la istoria de Gabianisandro y Corneria dejamos a la hermosa Velisandra junto a la Fuente del Desengaño, la cual decía que Gabianisandro se crió en casa de sus padres y que la niñez gastó en las cosas que los demás mozuelos acostumbran. Mas llegando a la jubentud fue enseñado en todas las artes liberales por perilísimos maestros, y en las armas por diestros y espertos capitanes; en fin, que en lo uno y en lo otro salió estramado el mozuelo, de suerte que a todos los de su edad excedía y aun a sus maestros en algunas cosas sobrepujaba. No era estramadamente hermoso (porque los españoles como sabemos no lo son), mas tenía un agraciado moreno que en los honvres parece muy bien y ninguna fación tenía que no fuesse muy proporcionada.

–Mas ya havéis visto su retrato –dixo Velisandra a las compañeras–, no tengo que deternerme en deciros cómo el sabio le describe; pues el que acá le esculpió y el que le pintó con la pluma, el uno y el otro parece que nos le pusieron vibo, que solo le falta el mobimiento. Era en lo que tocaba a la interiores costumbres tan dotado de toda virtud que ninguna parecía que en él no mostrasse sus virtuosos efectos; esp[e]cialmente era humilde y vien criado, constante y misericordioso y, sobre cuantos fueron en su tiempo, caritatibo y bañado de vuenos juicios y pensamientos. Con esto era muy querido de todos y él no aborrecía a ninguno.

Con este trato llegó asta la edad de catorce años, al cual tiempo mobido con vueno y virtuoso zelo, enamorado de la virtud y letras, determinó dejando el ejercicio de las armas recogerse a una casa solitaria <sup>[f. 93r]</sup> en la cual pudiesse con más virtud bacar a estos onestos ejercicios. En ella estuvo asta que tubo diez y ocho años; lo que en estos

años hiço (aunque el istoriador lo pone vien a la larga) en suma fue en aquella vida solitaria darse a las letras, tanto que vino a ser en ellas uno de los sabios moços que se conocían, así en letras humanas como en la filosofía y otras más altas facultades y ciencias.

Estando pues en esta quieta y sosegada vida ubo de bolber a casa de su padre a tratar con otro señor comarcano suyo de unas amistades, porque muchos días havía que traían vandos y sangrientas enemistades entre sí. Pues cuando vino en casa de su padre alló una prima hermana suya aún muy niña (que tendría como diez años), que fue esta Corneria de quien lo más principal de la istoria es; la cual era tan hermosa como havéis por su retrato visto. Mas lo que más tenía era una agudeça y presteça de ingenio tan estremado que ninguna ubo en su tiempo que le escediese si no lo borrara con una inconstancia que después mostró, la cual la desdoró tanto que nombre de «Inconstante Corneria» le convino.

Pues viendo esta niña Gabianisandro y hablando con ella algunas beces, reconoció en ella aquella presteça de ingenio y vibos espíritus y altos pensamientos que mostraba. Y así como medio burlando començó a aficionarse a Corneria tanto que ya le parecía que escedía los límites del amor que como a prima le devía; y por remediar este daño, sabiendo qu'el mejor remedio es uir, se tornó a su casa. Mas por más qu'el pobre moço hacía por olvidar a su Corneria era muy dificultoso a su parecer<sup>ccxiv</sup>, sino que aquella mortecina vrasa soplada en ausencia con la enamorada memoria crecía y se aumentaba tanto que un orno le encendía dentro el pecho.

En esta porfía y competencia espiritual que fue vien terrible –y a fe mía que lo pinta el istoriador admirablemente– estubo seis meses. Al cabo de los cuales, vencidas las racionales fuerças, se rindieron a la potencia sensitiba bien así como cuando uno á padecido larga enfermedad, que al cabo la terribilidad de ella postra la naturaleza y después le es muy fácil cosa corromper el suxeto; así le sucedió a Gabianisandro que, al cabo, al fin rindió las fuerças a Cupido. Y con este boluntario<sup>ccxv</sup> rendimiento se determinó de bolber a ber a Corneria, viendo que sin ella le era ya imposible el tener vida.

Pinta muy vien el istoriador esta venida y muy a la larga el acompañamiento que truxo y el hábito y librea de los paxes; mas en suma fue que como él a casa llegase, biendo a Corneria que los braços aviertos le salió a recibir, en ellos la recibe y como a niña, al fin, la regala. Mas solo quiero decir una cosa que con agudeça nota el autor: y fue que aquel avraço y dulce beso dado con amor, y amor tan grande, en el pecho tierno de la doncella hiço tanto efecto que aquel fue el principio de sus amores. Y dice que aun «un mirar con amor, amor enxendra», y obras echas sin él por muchas que sean hacen poco<sup>671</sup>.

Haviendo pues oportunidad, en un hermoso corredor que sobre un bosque y xardín caía, Gabianisandro, estando solo con Corneria, dicen haver dicho: «Si la fuerça de Amor que me abrasa pudiera, Corneria mía, disimular, procurara evitar la pena [f. 93v] que con manifestártela as de recibir. Mas supuesto qu'es imposible encubrirse el fuego donde está ni encubrir nadie las brasas en el seno, pon, Corneria mía, unos algodones de discreción a tus orejas para que lo que te dixere no te espante, ni cause admiración lo que decirte quiero. Yo, dulce Corneria de mis ojos, no tengo más que ofrecerte d'esta esclaba alma tuya, la cual siempre estará a tu boluntad rendida y xamás, te prometo, allarás en ella mudança. Y de aquesta constancia séanme testigos la tierra, los elementos y los cielos que jamás allarás en mí mudança...». ¡O, que no me acuerdo –dixo Belisandra– de lo más de la plática! Que a fe que era muy buena y estaba muy vien escrita, mas no me acuerdo; solo me acuerdo que acaba diciendo: «Y serás, mi Corneria, mi esperança, mi bien y mi contento y alegría y a ti tendré por vienaventurança». Y, con esto, dicen que llenos de lágrimas los ojos con ellos a Corneria mojó el rostro, humedeciéndole los lavios con los suyos. Corneria, enternecida de lo que a su amante había oído y le veía hacer, dicen que respondió así entre dientes: «Mi bien serás, Gabianisandro mío, y nunca tendré otro amor, yo lo prometo, y a fe por estos labios te lo juro». Aunque dice el autor que aún era tan niña que no se le entendió más del regalo presente.

---

<sup>671</sup> Creemos que se hace referencia a dos refranes diferentes, el segundo de ellos ofrecido mediante paráfrasis; no obstante, pese a que localizamos fórmulas similares sobradamente conocidas, no hemos logrado documentar ningunas coincidentes con las aquí propuestas.



Pues con este<sup>ccxvi</sup> tierno amor pasaron quince días, al cabo de los cuales dicen haberle sido forzoso a Gabianisandro bolber a la casa del monte. Y ya entonces tanta soledad sintió Corneria como Gabianisandro había sentido, y estando ausentes, ¡o, qué buenas cosas dice el autor que pasaron a solas consigo el uno y otro amante!

–¡Ay –dixo Taurisa–, díganos eso, por vida suya, que será muy bueno!

–Sí era –dixo Belisandra–, mas son muchas ternuras y para gente moça no ay para qué tantas conmemoraciones de cosas amorossas. Al fin, ellos acudieron al remedio de ausencia, que fue a escribirse cartas. Y el traslado de dos, una de Gabianisandro y otra de Corneria, están allí; aquellos tomé de coro.

–¡Ay, ay, díganoslos, señora prima, por su bida!

–Sí haré otro día, que agora estoy cansada de contar, a fe, y más como hablo alto por el ruido que hace la mar. Bámonos aora hacia la playa, veremos qué inchadas ondas trae el mar y bolbernos emos para casa.

–¿No sabe, prima –dijo Taurisa lebantándose, todas dejando el cuento para otro día– qué me dijo Libertina?

–¿Qué, señora?

–Que había parido la cerbatilla del collar dos cerbatillos los más bonicos del mundo, allí junto al troço<sup>ccxvii</sup> de aquel linaloe qu'está junto a cassa.

–Pues es verdad –dixo Belisandra– que ya <á> ocho días o más que parió.

(Esto fue –dice Nictemeno– diez meses después que las pastoras estaban en la isla).

–Pues, corderillos, ¡me dirá que nacen pocos!

–En mi berdad que están ya más de docientas paridas.

Con esto, ya llegaban junto a la ribera y Belisandra dixo a Taurisa:

–¿Qué le parece, señora prima, cuál anda la mar?

–¡Bálame Dios! –dijo Taurisa–. Por cierto que parece que pone las olas en el cielo. ¡Jesús!, ¡qué alborotado anda!

Ellas decían esto cuando Esmerilda, que tenía muy aguda vista, dixo:

–¡A, mis señoras! ¿Qué bulto será aquel que viene por la mar?

–¿Cuál? –dixo Taurisa.

–Aquel que parece acullá lexos.

–No le beo.

–Mire vuestra grandeça aquí enfrente de <sup>[f. 94r]</sup> mi mano.

–No, no lo beo.

–Vuestra grandeça, mi señora Belisandra, ¿no lo be?

–No, por cierto.

–¡A, a! –dixo Taurisa–. ¡Ya lo beo! No sé... parece algún maderaço. Mire, mire, prima, ¿bela?

–Sí, sí –dijo Belisandra–, ya le veo, mas no diviso vien lo que es.

De allí a un poquito dixo Verarda:

–En mi ánima que parece cofre.

–Sí, sí, cofre es –dixo Acursia (que ya llegaba tan cerca que muy vien se dibisaba).

Con esto, una ola de aquellas terrible le echó en la ribera, aunque quedó algo metido en el agua, qu'estaría como diez o doce pasos. Y Libertina dixo:

–En mi ánima que tengo de ber qué viene en aquel cofre.

Y, así, descalçándose, arremangándose las faldas y riyendo, dixo:

–¡A, señores galanes, no miren para acá que me afrentaré!

Y, con esto, entró por el agua, que poco más que sobre el tovillo le daba, y asiendo de un aldabón de plata qu'el cofre traía tiró para fuera d'él. Y dentro oyó ruido, y espantada dejó el aldaba y bolbiose para dentro diciendo:

–¡Ay, señoras, qué no sé que se á sonado dentro!

–¡Quite allá, antojadiça!

Y entonces con el ausencia de una ola pudieron llegar asta el cofre, y asiendo d'él antes que viniese otra ola le sacaron en seco, trayéndole de una assa Esmerilda en el suelo ya lexos del agua (lo que vastaba para no temer las ondas). La bella Velisandra avrió el cofre, y como oyó llorar a una criatura y bullirse dentro del cofre dijo medio espantada:

–¡Ay Dios, prima Taurissa! Que no sé qué cosico<sup>672</sup> se viene dentro d'este cofre!

–A ver, veamos –dijo Taurisa.

Y, con esto, llegando al cofre començó a desembolber y, entre dos manticos de brocado encarnado aforrados en felpa blanca y guarneçidos de diamantes de inestimable balor, vieron un niño recién nacido tan hermoso que les puso espanto. Y, sacándole del cofre Velisandra en los vrazos, el niño començó a llorar. Y aquellas pastoras, alegres estrañamente del caso sucedido, haciéndole mil jumenços<sup>673</sup> y cosillas al niño lo iban callando, sabiendo ya que era niño (porque lo primero que hicieron fue embolbello de nuebo).

–¡Ay, Dios! –dixo Belisandra–. ¿Y qué haremos para criar este niño?

–¿Qué? –dixo Taurissa.– Traer de las ovexas paridas alguna que le dé la teta.

–En mi berdad que tiene raçón –dixo Belisandra.

---

<sup>672</sup> *cosico*: Parece tratarse del diminutivo con género masculino de la palabra *cosa* –parejo al que encontramos en la voz *cosito* poco después–. La forma *coso* se emplea en la actualidad en algunos países de latinoamérica, por lo que podría constituir una variante dialectal en la época del manuscrito, tal vez procedente del gallego (cf. Athos Espíndola. *Diccionario del lunfardo*. Buenos Aires. Planeta. 2002).

<sup>673</sup> *jumenços*: Se trata seguramente de una variante de la voz *jumento*, que *Autoridades* dice aplicarse metafóricamente al «sugeto ignorante o necio» (s.v.); significado a partir del cual puede explicarse fácilmente un uso paralelo en nuestro texto con el sentido de 'tonterías o bobadas'.

–Pues a fe hagámoslo luego.

Ellas iban en esto cuando vieron pasar la cerbatilla del collar que se venía de apacentar en un hermoso pradecito que allí avía. Y, llamándola Velisandra, como era tan mansica luego se vino a ellas; y, echándola allí entre todas en el suelo, pusiéronle el peçón de la teta a[l] niño en la boca. Él naturalmente començó luego a jugar y a mamar, y eran tantas las risadas de placer que daban aquellas pastoras de belle mamar que no cabían de contento.

–¡Ay, qué li[n]do animalillo! –decía Taurisa–. ¡Mama, cosito, mama!

Otras le decía[n] veinte cosillas que a los miniños<sup>674</sup> natural cosa es decirles tales cosas.

Al fin, viendo que ya no quería mamar más, quitáronle del pecho de la cerbatilla, y muy cuviertico le llebaron para cassa más contentas que si ubieran allado un gran tesoro. Cuando llegaron a casa, sentadas en un estrado y echado el niño en una cama, Belisandra dixo:

–Por cierto que á sido gran misterio el de este niño y el haber escapado de una tan grabísima tormenta y en una cosa tan peligrosa y anegadiça como es un cofre; y en el hábito que trae muestra ser hijo de muy principales [f. 94v] padres. Mas no puedo imaginar a qué propósito o cómo aya sido puesto allí, porque ser en tierra no es posible, que la parte más cerca donde ay tierra d’esta isla (según los cosmógrafos) ay docientas leguas y más, pues no pudiera venir el niño bibo. Pues en la mar, si se a<o>garon todos, ¿cómo escapó este niño? Y, si alguno quedó vibo, ¿cómo ya que le echaron al agua le echaron a tan mal recado?

Estas y otras cosas estaban parlando aquellas princesas cuando dixo Verarda:

---

<sup>674</sup> En el manuscrito se leía *minos*, que entendemos abreviatura de *meninos*, *meniños* o *miniños*, forma esta última por la que nos decidimos para su desarrollo en atención a la aparición del vocablo *miniña* en el libro tercero (f. 245v; cf. María Helena Ochi Flexor. *Abreviaturas: manuscritos dos séculos XVI ao XIX*. Rio de Janeiro. Arquivo Nacional. 2008, pág. 267).

–Paréceme muy bien que, con todo esso, se traiga una oveja para que mame esta criatura; que aunque la cerbatilla es arto mansa, mas con todo esso, más doméstica y más man[s]eruela será la obeja.

–Tenéis raçón –dijo Taurisa–, traé aquella negra que se le aogó ayer el corderillo, que agora me é acordado que vendrá, en mi ánima, muy bien.

–Sí, yo trairé aquella.

–¿No sabe, señora Taurisa, qué é pensado?

–¿Qué, mi señora Belisandra? –dixo Taurisa.

–Que pues que no sabemos quién es este niño ni cúyo, ni s[i] está bautiçado o si no, que le vauticemos.

–Sea, en mi ánima –dixo Taurisa.

–Yo seré el cura, que vien sé cómo tengo de decir, mas ¿qué nombre le pondremos?

–Pongámosle un buen nombre –dijo Libertina.

–Aora, llamémosle... –dixo Belisandra–: ¡don Mexiano!

–Sea, vuen nombres es –dixo Taurisa–. Mas añadámosle «de la Esperança», que yo la tengo en Dios que se á de criar y ser muy vuen caballero.

Esmerilda dixo:

–En verdad que viene vien «don Mexiano de la Esperança».

–Aora pues, venga, un poco de agua de essa de la mar qu'está vendita; aunque en esso poco iba, mas con todo esso...

Con esto, le echaron agua, bautiçándolo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo a once de março un domingo, serían como las nuebe de la mañana. Y luego truxo Verarda la ovexuela, que como se le havía aogado el corderillo andaba balando vien cargadas las tetas de leche. Luego, como el chiquito despertó y se le

pusieron al pecho, la ovexa estubo queda y como que se regalaba lamía las manos de las que tenían el niño. Y de allí adelante, a sus oras, aunque no la truxessen, ella misma se venía y se suvía sobre la cama y se ponía de suerte qu'el niño pudiesse mamar. Todo esto daba grande contento a aquellas señoras y daban muchas gracias a Dios de que así las había consolado. Y querían tanto al niño que jamás lo dejaban de los braços, trayéndolo todo lleno de mil juguetes y cosillas y haciéndole mil regalos.

Pues de allí a algunos días, como era ya los principios de abril y estaba tan hermozeado el campo de hermosas flores y con la dulce primavera todo parecía que recibía nuevo contento y hermosura; los árboles llenos ya de hermosas flores; los animales y abes andaban regocixadas dando con su contento el parabién al buen tiempo que <a> ausentar el encoxido invierno había venido; las hermosas fuentes abundantes de claras olas andaban bañando aquellas hermosas praderías y, (aunque con algún trabaxo) como aquellas pastoras habían limpiado los güertos y jardines para dar lugar a las buenas yerbas que brotassen, estando todo muy hermoso y bello, se salieron una tardecita aquellas pastoras todas juntas a uno de aquellos jardines.

Y, teniendo al niño en las faldas Belisandra, él estaba mirando al cielo (que <sup>[f. 95r]</sup> así puestillo boca arriba le tenían), y el niño estábase riyendo, y conque no tenía sino quince días estaba tan bonito y era tan crecido que parecía de un mes y aún más. Y, como así estuvieron todas juntas un rato olgándose con el niño, la gallarda Taurisa dijo a Belissandra:

—¿No nos prometió el otro día que nos había de decir las cartas de Galianisandro y Corneria y acabarnos su istoria? Pues agora es vuen tiempo, díganos algo, por vida suya.

—Aora que me place —dijo Velisandra—. Pues como a los dos amantes atormentasse ausencia, Gabisandro, fiándose de un paxe que tenía (al cual él mucho amaba y de sus amores le había dado<sup>ccxviii</sup> cuenta), le dio una carta diciendo que a Corneria en su propia mano la pusiesse y que le dixese que de Gabisandro allá tenía el alma.

El paxe se puso en un muy buen caballo y, aunque había cuatro jornadas de la una parte a la otra, él la andubo en tres días. Y, como a la presencia de la enamorada

Corneria llegasse, con alteración y contento preguntó luego por su Gabianisandro<sup>ccxix</sup>, preguntando al paxe cómo quedaba y cómo había estado después que se había ausentado de su presencia. A todo esto dice la istoria que respondió y muy vien el paxe, y después de haberla satisfecho en lo que le preguntaba, viendo buena oportunidad y coyuntura le dio la carta. La cual ella con sumo contento recibió, y en viéndose sola la abrió y casi temblando de contento la leyó, y decía:

Gabianisandro, amador de la hermosa Corneria, le envía la salud aunque a él le falta con la ventura.

No sé, Corneria mía, qué dios, qué fuerza o qué ventura ordenó que, viéndote yo, el alma te rindiese. Fue muy gran felicidad para Gabianisandro este rendimiento, mas házesele mucho agrabio a la suma perfección de Corneria que aya humano pecho tan atrevido que en su mucha belleza ose poner el pensamiento. De lo uno, como forçado perdón pido y al sucedido caso, la Clemencia, que sé que sola basta a remediarme; porqu' esta á de ser mi protectora y no Justicia. Pues la una dirá que no me mires, mas la otra sé que te amonestará diciendo que no te desdenes de un alma ser señora.

El piélagos y el mar de incombinientes que mi triste estado te pondrá delante, la barca de Amor y de Clemencia an de ser, mi bien, las que te an de pasar de la otra parte, haciendo que por solo amor todo olvides. Y si con todo esso te pareciere el lago grande, mira el ancho mar de mis corrientes y verás que con lágrimas le apoco. Y si esto no bastare, pon en medio el fuego d' este pecho, qu' él desecará todas las olas, dejándote el camino desembaraçado. Pues solo te suplico, mi bien y señora, que a clemencia y piedad te inclines; mira qu' es propio de Dios el ser clemente, selo pues con este que siempre es y será, señora,

tuyo.

–Buena carta es –dijo Taurisa–, mas muy mejor pensé yo que fuera de un amante que á tenido y tiene fama de tan discreto.

–Sepa vuestra grandeça, mi señora Taurisa –dijo Belisandra–, que dicen que aquella pas[i]ón de amor entre otros efectos que tiene es que hace tratar con llaneça lo que se siente <sup>[f. 95v]</sup>. Y aun adelante leí yo otras cartas aún más llanas qu' estas, y con todo esso me contentaron y las aprendí de coro. Y por que beáis la de Corneria cuán más llana ba, escuchá y veréis lo que dice:

A Gabianisandro, Corneria.

Si dicen que la experiencia es la universal enseñadora de las cosas, por mi cuenta alio no haber mayor tormento ni pena más inzufrible que el ausencia, porque en ella é sentido más áspero tormento qu'en la muerte; la cual benga a Corneria si no desea más verte, Gabisandro mío, que goçar de la dulce compañía de alma y cuerpo. Lo uno y lo otro quedan a tu amor y servicio rendidos, como siempre la qu'es y será, esclaba tuya.

Ve' aquí vuestra grandeça –dijo Belisandra– una carta de Corneria que, con ser sin excepción la más discreta que tubo el mundo en su tiempo, ni está buena ni aun medio buena. Así que dígolo porque se entienda que en las cartas misibas<sup>ccxx</sup> el artificio es enfadoso, y donde algunas beces se piensa que ay menos sustancia aquello hace más efecto. Qu'es como en la conversación, que una palabra descuidada, un mobimiento echo con amor suele mober más que todo cuanto artificio y retórica usaron ni enseñaron Demóstenes ni Cicerón.

–Pues, y beamos –dijo Taurisa–, ¿y essas cartas hicieron algún efecto en los amantes?

–Quiere saber que tanto, señora Taurisa, qu'estas fueron los primeros alcagüetes de unos de los más finos y zelebrados amores (lo que duraron) que tubo el mundo.

–Aora, díganos vuestra grandeça –dixo Taurissa– adelante, ¿qué hiço con esta carta Gabianisandro?

–Bamos agora <a> acostar a este niño, que se á quedado dormidillo, que yo prometo de acabar la istoria así a raticos.

–Aora pues, se' así –dixo Taurisa.

Y, con esto, tomando el niño Libertina en los braços lo fue acostar, índose tanvién aquellas señoras hacia cassa.

## **Capítulo 27. De cómo aquellos príncipes fueron conocidos y de cómo llegaron a España y de lo que más sucedió.**

Delante de la hermosa y balerosa reina Caribdiana dejamos al príncipe Ofrasio y a aquellas princesas, habiendo dicho Ofrasio que venía tal que su madre no le conocía.



–Pues, ¿quién sois –dijo la Reina– que venís así tan mal parados?

–Estas tres damas son, señora –dixo Ofrasio–, la una la princesa Ursina de Portugal, sovrina de vuestra grandeça, y la otra es la princesa Jarilda, hija del baleroso rey Almud Zuleno. Y esta dama que viene tan enferma es mi señora Casiana, la gran princesa de Babilonia, y yo soy Ofrasio hijo de vuestra grandeça.

Tanto fue el contento que la Reina recibió en oír aquello que casi quedó fuera de sí, aunque en ver tan maltratadas del camino <a> aquellas princesas se les aguó todo su contento. Al fin, abraçando a su hijo y vesándole en el rostro con abundancia de lágrimas de placer le dixo:

–Agora, hijo mío, no es tiempo de detenernos en darme cuenta de vuestros sucesos. Hablá a vuestras hermanas y andad con Dios, que quiero dar orden cómo estas señoras sean curadas y remediadas, que traen estrema necesidad.

El príncipe lo hiço como su madre lo mandaba. Y, saliendo fuera sobre cubierta, aquellos caballeros que en la nao venían, sabiendo que era Ofrasio su príncipe y conociéndole, estraño fue el contento <sup>[f. 96r]</sup> con que le recibieron; especialmente su hermano Polimbiano, que como muy buen caballero y discreto mostró el contento que con su hermano había recibido. Y, así, después que aquellos príncipes ablaron a la Reina, ellos en el aposento de Polinviano, desnudándose y acostándose en sus camas, fueron regalados y refrigerados del camino.

Mas la buena reina, con las princesas y damas entrándose en su aposento, las hiço desnudar y acostarse. Y a la hermosísima Casiana hizo que la desnudasen y, sabiendo lo que por ella había pasado, espantada de cómo no había muerto en un tan gran peligro y trabaxo como era enfermedad de la cual las mugeres suelen saber más aún que los hombres, allá con ciertas yerbas y cosas que una biexa llamada Zesarina (que era ama de la Reina) traía en un cofrecillo, coxidas de allá de la isla, aplicándose las a la parte que convenía le hiço (aun con arta fuerça y pena) que acabase de ser perfecto su parto. Y, después, la Reina y Cadianisa y Camisina tales regalos le hicieron que la hicieron bolber en sí. Y en pudiendo hablar, que asta entonces ni había tenido habla ni aun abía estado en su verdadero juicio, lo primero por que preguntó fue por su marido y por su hijo.

Luego fueron a llamar a Ofrasio y del niño, por no le dar pena, por entonces no le dixerón nada, sino cumplieron con ella de palabra diciéndole que bonito estaba, que no tuviese pena. Ella en ver a Ofrasio y a todos aquellos señores algo se consoló, y más cuando supo qu'estaba allí la reina de España y sus hermanas. Y con la hermosa Cadianisa trabó particular amistad y má se quisieron que si fueran hermanas, como adelante os lo dirá la istoria.

En tres días que anduvieron por la mar algo volbió en sí la princesa Casiana y parecía que iba cobrando aliento y fuerças, y muchos ratos de muy buena conversación tenía con aquellas señoras. Especialmente la Reina, que la dejaba de querer y la adoraba, aunque mucha pena tenía por el aogado niño. Mas por no dar pena a su madre disimulaba ella y las demás con ella, diciendo qu'en una zabra muy ligera le havían enviado a España para que le criasen en ella con cuidado.

Con esto ya un día, fatigada Fortuna de serles adversa, con un fresco biento con que venían marchando comenzaron a descubrir las españolas costas y sus riberas, con tanto contento de todos que parecía que se quería undir todo con el ruido de instrumentos de música que en la nao sonaron; y, así, con demasiada alegría lo fueron a decir <a> aquellas princesas. Y la princesa Casiana dijo a Areusina, que ya estaba recia y buena:

–Dame, Areusina, una ropa, que quiero ber la tierra de España, que tantos años á que lo deseo.

–No se lebante vuestra grandeça, no le haga daño.

–No hará –dixo Casiana–, que luego me bolberé <a>acostar.

Con esto, dándole un manteo de felpa morada aforrado en martas (que todo esto era menester para quien estaba como ella estaba entonces) y apretándola toda muy bien con una faja de lo mismo, y puniéndole un jubón y vasquiña todo aforrado, y apretándole la cabeça y dándole <sup>[f. 96v]</sup> una ropa de martas, con un junquillo en la mano guarnecido de oro que de la reina Caribdiana era, índose arrimando al hombro de Areusina, salió de cámara de popa. Y cuando salía topó la Reina, y díjole:

–¿Dónde ba, hija mía? Guarde, no le haga daño el aire que sopla muy fresco.

–No haré, mi señora –dixo Casiana–, que luego me volberé <a> acostar; que no quiero sino ver tierra de España, que tanto á que lo deseo.

–Aora pues, bayan, mi hija –dijo la Reina–, y buélbase luego.

Con esto, acompañándola todas aquellas princesas, salió a cuvierta y, puesta de pechos a borde, comenzó a mirar los promontorios que de España se beían. Y <a> Areusina preguntó:

–¿Qué monte es aquel, di, Areusina, que allí se descubre?

–Es, mi señora, un monte llamado el Monte de Oro<sup>675</sup>, porque ay en él, según se dice, muchos tesoros. Y el otro es el cabo que llaman Fin de la Tierra qu'está en el reino de Galicia, que para ser montaña es una de las buenas que tiene el mundo. Y ay en ella alguna gente muy noble y caballeros muy balerosos para en la guerra y de mucho ánimo y fuerças.

–¿Y es del príncipe mi señor essa tierra?

–Sí es, señora –dijo Areusina–. Suyo es, que de la corona de los reyes de España á qu'es muchos años.

–¿Y dónde emos de tomar puerto?

–En Joiba, señora, qu'es un muy seguro y buen puerto. Y si no, irémonos a la playa de la ribera del Faro<sup>676</sup> qu'está allí cerca, que no ay sino tres leguas de una parte a otra, y la una es de una ría.

–¿Y cuánto dicen los pilotos que ay desde aquí al puerto?

–Ya puede vuestra grandeça verlo. Debe de haber cinco leguas escasas y aun en verdad que entiendo que no son tantas.

–¿Y cuánto tardaremos en andarlas?

---

<sup>675</sup> *Monte de Oro*: Justino y Trogo entre otros autores ubicaron este lugar mítico en Galicia, habiéndolo algunos identificado con el Montefurado (cf. Martín Sarmiento. *Onomástico etimológico de la lengua gallega*. A Coruña. Fundación Pedro Barrié de la Maza. 1999. II, pág. 251).

<sup>676</sup> *Ribera del Faro*: La Coruña.

–Si el viento dura –dijo Areusina–, apenas tarderemos tres oras.

–Ay, plega a Dios que no nos suceda alguna desgracia.

–No hará, mediante Dios –dixeron aquellas princesas–, que ya basta el rigor que nos á mostrado Fortuna.

–¡A, mi Dios! ¡Soy tan desgraciada! –dijo Casiana–. ¡Y son tanto mis pecados que aun todo lo que me á sucedido es poco respecto de lo que mis pecados merecen!

–Aora véngase vuestra grandeça no le haga daño tanto fresco –dixo Cadianissa–, y más que nos llama ya mi señora.

–Bamos, mis reinas –dijo Casiana.

Ellas que se iban a entrar y los príncipes que subían de avaxo (de hacer adereçar no sé qué de unas bombas y de obrasmuertas). Y, como las vieron allí, todos cuatro llegaron haciéndoles el devido comedimiento, como gente tan principal y de tanto valor aunque llana como era. Y Camisina, que llebaba de la mano a la bella mora Jarilda, dixo:

–Señores, ya havía rato que los aguardábamos acá en su jurisdicción. Y pues an tardado tanto, adiós, que nos entramos por el frío; si quisieren hablar éntrense acá, que desde aquí al puerto les sustentaremos tela<sup>677</sup>, aunque traigan estudiadas las raçones que nos an de decir.

–Ay, señora hermana –dijo Casiana–, yo le suplico responda [por] mí, que bien ve qu'estoy muy flaca, y así no podré entretener a estos caballeros.

–Algo hace el lobo –dijo Camisina– entre semana por donde no baya el domingo a misa...

---

<sup>677</sup> *Sustentar tela*: Encontramos esta expresión recogida por Gonzalo Correas: «Mantener tela. De conversación, de juego o de tal cosa» (pág. 996). Por su parte, Covarrubias recoge una acepción de dicha fórmula que no parece ajustarse a nuestro pasaje: «Mantener tela, el que se pone a satisfacer a todos» (s.v. *tela*). El sentido que propone nuestro manuscrito parece querer presentar metafóricamente la situación conversacional como un combate en el que demostrar destreza dialógica, a buen seguro por analogía con las justas que tenían lugar en la *tela* («sitio cerrado y dispuesto para fiestas, lides públicas y otros espectáculos» [Autoridades, s.v.]).

–¿Y por qué dice esso vuestra grandeça? –dijo Casiana.

–Yo no, por nada; mas acudí a lo que dixo vuestra grandeça que no <sup>[f. 97r]</sup> podría entretener a estos caballeros.

–Ya, ya, ya entiendo a vuestra grandeça... Pues si a mí el ojo no me miente yo me vengaré de vuestra grandeça antes de mil años.

–Mirá que mucho, ¿y esso no será vien tarde?

Y, con esto, se entraron al aposento de la Reina; la cual, aunque no quiso, hizo tornar <a> acostar a Casiana (digo a echarse sobre la cama) y que echasen una ropa aforrada, sin la que ella se traía, a los pies. Y, sentadas aquellas princesas en un estrado junto a la cama y aquellos caballeros en sus sillas, començaron a hablar. Y, como todos eran casados, hablaban con llaneça con sus mugeres, aunque con grandísima onestidad y comedimiento. Y Cadianisa dixo a su hermano Ofrasio, qu'estaba sentado sobre la cama, tiniéndole las manos a su muger entre las suyas:

–Digan, señores caballeros, para que nos entretengamos un poquito y hablen todos verdad, ¿cuál sentían más cuando se anegó la nao? ¿Su pérdida o la de su mugeres?

–¿Quién [quiere]<sup>ccxxi</sup>, señora hermana –dijo Ofrasio–, que responda?

–Responda<sup>ccxxii</sup> vuestra grandeça –dixo Cadianisa.

–Pues yo de mi parte digo que lo sentía en igual grado, porque delante de Dios que no me quiero un punto más que la quiero.

–En fin –dixo Casiana–, que me queréis como a próximo, que me queréis como a bos mismo...

–Aora pues, mirad, mi señor, no [os]<sup>ccxxiii</sup> turbéis, que bos cierto habéis puesto el amor en su punto, porque la caridad y el amor dicen orden así en esta vida como en la otra: en esta vida y en la otra tanvién lo que se á de amar sobre todas las cosas es Dios. Y en esta vida después de Dios se ama el honvre a sí mismo y luego a los más juntos a sí; en la vienaventurança Dios es el qu'es amado sobre todas las cosas y después el que

fuere más santo, de suerte que al que fuere mejor que yo amaré más que a mí en la vienaventurança. Mas, al fin, acá en el suelo, el que dice que ama a otro más que a sí que aquel exceso qu'el piensa que usa con la cosa amad[a] en sí lo puede experimentar cada momento, porque nadie llega a amar de suerte que todo lo que hace por la cosa amada no lo hiciesse por sí mismo.

–Pues yo, en verdad –dijo Vianeo–, que me parece que amo más a la princessa Ursina que a mí mismo. Y esto me parece que lo pruebo, porque si fuesse menester morir mil muertes por su amor lo haría con grandísima facilidad.

–Por esso, mi señor, no se prueba nada. ¿Cuántas y cuántas, decí, os havéis puesto a morir por vos mismo, por vuestra onra o por buestro contento y aun por vuestro antoxo?

Ellos estaban en esto cuando<sup>ccxxiv</sup> entró un caballero y dijo:

–¿Quieren ver vuestras grandeças venir a los dos príncipes, al de Normandía y al de Narbona, a recibir a mi señora la Reina? Cada uno con seis galeras y doce naos, que cierto vienen muy bien.

–¿A mí? –dixo la Reina.– A estas princesas que son moças deben ellos de querer hacer esse servicio... mas bamos. ¿Cuánto estamos ya del puerto?

–Poco más de dos leguas. Mas corre nordés y emos savido qu'está el Rey mi señor en el puerto del Faro y imos allá, porque de allá an salido los príncipes.

–Pues yo tanvién los quiero ver –dijo Casiana.

–Pues andad acá, hija mía –dixo la Reina–. Bamos.

Con esto, lebantándose Casiana en los braços de su marido, el cual así en braços la sacó asta que la puso a borde, y puestas ya a él todas aquellas princesas y la Reina, y estando todos aquellos caballeros y príncipes armados <sup>[f. 97v]</sup> y repartidos por ella; puestas y enherboladas<sup>678</sup> todas las vanderas y gallardetes; puestos en las gabias los

---

<sup>678</sup> *Enherboladas*: Como en este caso, en varias ocasiones se trueca en el manuscrito la forma *enarbolar* por *enherbolar*.

músicos con mucha diferencia de instrumentos. Y como la nao era tan poderosa, que hacía casi dos mil toneladas, iba toda de dentro echa un pan de oro y eran las belas de diferentes sedas de colores; iban todas las cruces de las belas y banderas roxas en campo blanco, y las cruces de las astas de oro finísimo y muy grandes; parecía la nao hermosísima cosa, como realmente lo era de las buenas del mundo: llamábasse Santa Fe.

Pues, como se pusieron a borde, en esta nao vieron venir las dos armadas echas en dos ileras con graciosísimo y hermoso concierto. Y como les soplabá nordés era menester salir del puerto reboleteando y dando mil bueltas, con lo cual aún venían más hermosas. Las colores del príncipe de Normandía eran verde y oro y d'estas colores venían todas las velas, y con esta librea todos los remeros de las galeras, y las galeras y naos todas pintadas de verde y oro hermosísimamente. Las del príncipe de Narbona eran encarnado y plata, llebando tanvién de aquella misma librea los remeros en las galeras y los marineros de las naos.

Los caballeros, los unos y los otros llevaban armas blancas orladas de oro y los escudos eran de sus colores, salbo qu'el de Normandía llebaba en campo verde echas unas luces de oro con una letra que decía: «Aún tiene luz mi esperança». Y el de Narbona llebaba en campo encarnado una estrella de plata que escurecía un sol que debajo de ella como oscuro se mostraba, y la letra decía: «La misma le escurece».

Ya que llegaban como media legua poco más del puerto, encima de unas pequeñas isletas que allí hace el mar estaban muchos caballeros muy vien adereçados, con muchos instrumentos de guerra todos así fingidos. Y las dos armadas se partieron haciéndolas los príncipes poner en estremado concierto como si ubieran de pelear. Y en un momento, dando buelta a toda la armada, cada príncipe se buelbe a su galera capitana. Y, echa reseña por una parte y por la otra, haviendo andado primero en sus demandas y respuestas unos caballeros en un esquite, torna a tocar a rompimiento. Y fueron tantas las saetas que se arrojaron de una parte a otra que cuvrían el cielo, mas todas iban sin yerros y las más d'ellas iban olorosas y llenas de odir[íferos u]ngüentos. Al fin, anduvieron peleando con galán y estremado concierto más de dos oras qu'estubo bajadas o amainadas belas la nao en que venía la Reina.

Después, de una de aquellas naos salió un barquito chiquito como una pequeña dornilla, en la cual iban remándola cuatro niños de poca edad, mas hermosísimos de rostro, todos vestidos de brocado colorado. Y arrimado al mástil iba un hermanico del príncipe Lucesildo que tendría como asta ocho años, una de las más hermosas criaturas que había en el mundo; este iba a cuerpo, vestido tanvién de brocado colorado y un arco y su aljaba, y tapados los ojos con un zendal que no le estorbaba la bista. Remando los niños llegó a las galeras capitanas que se estaban combatiendo y, puniéndole la escalera, suvió en la de su hermano. Y con una <sup>[f. 98r]</sup> saeta que llevaba<sup>ccxxv</sup> echica de oro le clabó el pecto, quedando tan graciosamente puesta que parecía salirle el caxquillo a las espaldas; y lo mismo hiço con otra al príncipe de Narbona. Y, después, ello se pusieron unas hermosas cadenas de oro y puestos en pro iban en son de presos, llebando el niño los ramales de las cadenas en las manos; y así fueron a la nao capitana en que la Reina venía. Y desde donde iba el niño que representaba a Cupido, indo junto a él una hermosa música, dixo el niño:

–¿Quién viene en esa nao?

El príncipe, que gustó mucho de la representación y cortesana máscara, dixo:

–Todos los que aquí venimos somos sierbos de Cupido.

–¿Están aí dos damas –dixo el niño– que me sirbe[n] a mí de jaras cuando quiero?

–Muchas ay –respondió Ofrasio– en esta nao, que pueden hacer y hazen esse efecto.

–Pues, ¡ca!, subidme allá, que las quiero ver. Y guardaos de mi arco y mis saetas.

Con esto, tomándole Ofrasio en braços le subió a la nao, suviendo luego tras él aquellos dos príncipes, cierto todo lo galanes para ir armados que se puede pensar. Y puesto de rodillas aquel angelito (que ya benía industriado de lo que había de hacer delante de aquellas princesas), aunque luego antes que hablase palabra le hicieron lebantar, les dixo, hablando con las dos hermanas, Cadianisa y Camisina:



–Viniéndome, hermosas señoras, a olgar por este mar y sus riberas, topé a estos caballeros que en una reñida nabal estaban trabados. Elos a los dos vencido; tráigooslos, soberanas señoras, para que d’ellos os sirbáis, pues vuestra rara velleça me sirbió de jara para bencellos.

–A vos, mi bien –dixo con muy buena gracia Cadianisa–, quiero yo, que vuestro hermano ya á días que yo le tengo por mi caballero y vien se les parece que sus penas son fingidas como la saetas.

Y entonces, por dalle aquel favor, quitole la saetas del pecho y lo mismo hizo la otra hermana al de Narbona; luego con mucho placer y alegría sonó toda la música en toda la armada. Y aquellos príncipes, conociéndose los unos a los otros, se abraçaron con mucho amor, especialmente los dos hermanos: el de Narbona, Periandro, y Luçaldino. Y Periandro, como tan buen caballero, pidió la mano a su cuñada la bella mora Jarilda, y ella con mucho amor y cortesanía se la pidió a él y luego se abraçaron, teniendo de allí adelante mucho más amor que si su propia hermana fuera.

Entre todos aquellos caballeros se usó de muy buen término, y con mucho contento se determinaron de bolberse luego al puerto, porque todas aquellas princesas tenían mucho deseo de berse en el puerto. Con lo cual, serían como a las tres de la tarde, entraron por la herredura, metiéndose en el puerto todas aquellas naos y en él uyéndose muchos instrumentos de placer que regocixaban con sus sonos la benida de su reina. La playa estaba llena de innumerables jentes, así cortesanos como de la tierra, muchos caballeros a caballo y muchos a pie.

Tenían allí cuatro carroças muy hermosas aparexadas. Una havia toda de plata fina, que la tiraban cuatro caballos blancos como una niebe, para la Reina. Aquellos príncipes tenían otras dos para sus damas, una verde y otra encarnada de oro y preciosísimas perlas, entramas la <sup>[f. 98v]</sup> tiraban caballos blancos de excelentísima ralea y casta, vriosos y lixeros quanto se podía pedir. Otra también muy grande y hermosa que tiraban doce caballos de ébano, toda la mazonería de cristal y oro, estaba allí para las damas y dueñas que con la Reina benían. Havía hermosísimos caballos para aquellos príncipes, de estremados jaeces de barías colores.

Al fin, llegando al desenvarcadero, que era en una muy hermosa lonja de piedra labrada, el esquife en que desde la nao venían llegaba a bordar con una escalera (que de hermosa piedra de mármol estaba labrada) en la ribera. Allí pues desembarcaron aquellas princesas y, cuando ya estuvieron todas en tierra, así del mar como de la tierra sonaba toda la música, con mucho contento de los ciudadanos. Y allí en el arenal de la ribera comenzaron aquellos caballeros, que estremados ginetes había, a hacer mal a los caballos y a jugar de las lanças con estremo donaire y gallardía.

Aquellas señoras se pusieron en las literas: la Reina y Casiana fueron en su litera y las dos hermanas, por dar gusto a sus caballeros, cada una fue en su litera, indo la vella mora Jarilda con Camisina y Ursina con Cadianisa. Así, allí en el Puerto del Faro<sup>679</sup> se les hizo muy buen recibimiento, y admirada iba Casiana<sup>ccxxvi</sup> de ver la corte de España y su mucha abundancia y riqueza; aunque le pareció gente más balerosa y rica, llana y vriosa, que no geniosa, sagaz ni de artificio. Con esto, miradas con mucho amor y atención de toda la gente, llegaron a palacio; en el cual en el patio estaba ya el buen rey Polimbo que, como había sido caballero andante y capitán tan baleroso en tantos reinos, era por estremo discretísimo, afable, llano, vien criado y severo, con todas las demás buenas partes que un rey á de tener.

Él estaba ya en el patio, y en puniéndose en el suelo Caribdiana<sup>ccxxvii</sup>, que de la carroça se apeó, la tomó el Rey en los vrazos con tanto amor que a todos los de su pueblo dio muy buen exemplo y contento de verlos tan vien casados y que tanto se amaban. Después, como ya él savía todos los que venían, avraçó a Ofrasio que la mano le estaba pidiendo, y diciéndole dos o tres amorosas raçones dijo:

—Aora, hijo, yo quiero, si me das licencia, bajar de la carroza a la señora Casiana, mi hija.

Y diciendo esto se llegó al estribo de la carroça y tomándola en vrazos, que la pobre señora aún se venía flaquilla del mal que había pasado, la vesó en la frente diciendo palabras muy comedidas y amorosas. Y, así, puniéndola junto a la Reina, que ya la estaba esperando y llamando, llegó el Rey a ablar aquellas princesas, que los

---

<sup>679</sup> Ap. marg.: «La Coruña».

príncipes ya le havían hablado. Y a quien más onra hizo fue a la bella mora Jarilda, que como a estrangera fue menester usar con ella de aquel buen término. A su sobrina Ursina él la amaba tanto desde la otra vez que havía estado en la corte que cierto se olgó tanto con su venida como con las de<sup>ccxxviii</sup> sus propios hijos.

Todos suvieron a la Sala de Estado, la cual para de prestado estaba estremadamente adereçada, especialmente el dosel y estrado de aquellas princesas, que era todo lo rico y galán que se puede pensar. Muy poquito estuvieron aquellas princesas en la sala, porque todas tenían deseo de irse a recoger un rato y descansar; lo cual la Reina, como sabia y prudentísima que era, lo hizo luego probeer, haciendo adereçar quartos probeyéndolos de todas las cosas necesarias y de mugeres de servicio para que sirbiesen aquellas princesas (que sus doncellas lo uno eran pocas <sup>[f. 99r]</sup>; lo otro venían tales que más benían para ser serbidas y regaladas que para serbir).

Con esto, se fueron aquellas princesas cada una a su cuarto a descansar de tantos trabaxos como havían padecido. Y aquella noche, por no aguardar a peor coyuntura, le dixo el príncipe Ofrasio (que en otra cama en su mismo aposento dormía) como trayendo a criar al niño, como venía tal, havía muerto, que no tuviesse pena que Nuestro Señor sería servido de dalles otros muchos; que procurasse su salud y alegrarse, que todo aquel reino no entendería sino en servirla y darle contento. Aunque sintió mucho Casiana la muerte del niño, con todo esso, por no dar pena a su marido lo disimuló quanto pudo diciendo: «Guárdeos mi Dios a bos, vien mío, y lo demás baya y benga, que todo se podrá remediar».

## **Capítulo 28. De cómo aquellos reyes se fueron a la ciudad d'Ispalia y de una aventura que en el camino les sucedió.**

Quince días enteros estuvieron aquellos reyes en el puerto y ziedad del Faro, solo descansando aquellas princesas, que muy pocos días si no era allá a la tarde se lebantaba Casiana. Al fin, la regaló la Reina de suerte que ya havía buelto en su antigua salud y estaba gorda y tan hermosa que todo aquel reino tenía admirado con su hermosura, aunque las dos princesas españolas hermosísimas eran estrañamente (pero la hermosura de Casiana era extremo, como queda dicho).

Al fin d'estos días el Rey se determinó de que se fuesen a la ciudad de Ispalia, que era donde de ordinario él solía tener la corte. Y por amor de no bolber al mar y por que viessen el reino, la casa y toda la gente cortesana, se fueron por tierra<sup>ccxxix</sup>, solo quedando la guarda y como asta una docena de señores de salba para que acompañasen a aquellos señores. Y, así, se partieron un ju<e>bes a 17 de março que hacía muy hermoso día.

En los ocho días primeros de su camino no cuenta la estoria cosa particular que acaeciesse, porque iban por una tierra monticosa de difíciles caminos, aunque en toda la tierra por donde pasaban les hacían las fiestas y placeres que podían. Mas, el nobeno día, dice Nictemeno que habiendo ya pasado los puertos y andando una jornada por tierra llana<sup>680</sup> y ya muy buena, y abundante de pan y vino, ganados y caças (siendo ya la tierra más poblada y las poblaciones mayores y de más vuenos); viniendo un día a pasar un hermoso río por una muy ancha y muy hermosa pu<e>nte<sup>681</sup>, después suviendo así un montecillo arriba por el cual encontraron grande muchedumbre de corços y venados y jabalís y conejos, osos y otras caças (estando tan espesso el monte que apenas se podía andar por él a caballo si no era por el camino real que estaba desocupado de las encinas), por allí iban con mucho contento aquellos príncipes, dando grita a las caças, que como poco perseguidas se andaban mansillas apacentándose junto a los caminos.

Acabado el montezillo se descubrió un hermosísimo y ancho balle por el cual tres caudalosos ríos discurrían<sup>682</sup>, hermosteando con sus claras ondas aquellas espaciosas campañas pobladas de frescos árboles y tiernas miesses que, con la primavera estando ya un poco crecidas, con aquel verde color tan natural y hermoso daban contento a los ojos que con cuidado iban mirando su hermosura. Viéronle que a trechos estaba todo el balle lleno de poblaciones en zírculo de <sup>[f. 99v]</sup> las cuales había hermosas arboledas. Mas donde luego se fueron los ojos de aquellos príncipes y princesas fue a un hermoso

---

<sup>680</sup> **Ap. marg.:** «De Astorga a Venavente». En efecto, a partir de este punto el autor traza un recorrido entre estas dos villas, jalonado de accidentes geográficos fácilmente reconocibles para el lector. Para la interpretación del conjunto de referentes reales e históricos que aparecerán en este capítulo, *vid.* 7.1.1.2.

<sup>681</sup> *un hermoso río:* Se trata sin duda alguna del río Órbigo y de su famoso puente donde aconteció en el siglo XV el Paso Honroso.

<sup>682</sup> *Tres ríos:* Esta descripción nos sitúa en el ancho Páramo Leonés, marcado por el curso del Esla y de algunos de sus importantes afluentes, como el Tera, el Órbigo o el Cea.

pueblo<sup>683</sup> que metido entre unos ríos parecía estar aislado y cercado de ellos; el cual estaba sentado así en un alto, teniendo a la parte del nordés y del bendabal cercados los lados de los ríos, y a la parte del oriente estaban unas hermosas cunvres en las cuales el balle se acababa. Al mediodía tenía un jardín hermosísimo, tan poblado de árboles y hermosas matas que aun desde lexos que le miraban parecía una hermosísima cosa, y donde el arte y la madre naturaleza se habían esmerado en querele adornar de hermosura.

El pueblo estaba todo cercado de ancho y fuerte muro y mostrábanse dentro hermosos edificios, altas torres, con tanta diversidad de chapiteles que mucho agradaban a la vista. Mas lo que más se veía y miraba<sup>ccxxx</sup>, que en aquella parte del sueste estab'asentada, era una hermosa casa y fortaleça que aun desde lexos parecía ser la mejor que aquellos príncipes uviessen visto<sup>684</sup>. Veíanse tantas torres, todas almenadas de hermosas almenas y estremado edificio, tantos chapiteles de<sup>ccxxxi</sup> tersa plata y oro fino, tantas pirámides y columnas de jaspe sobre que se sustentaba el edificio, tantos corredores tan hermosos de piedras de mármol, pórfito y jaspes, que tiniendo el sol en ellos hacía unos reflexos que a la bista parecían ofuscar con su demasiado resplandor.

–¡O, qué hermosa casa! –dijo la princesa Casiana, que entonces en una acanea trayéndola de rienda su marido venía–. ¿Y cúa es, señor?

–Es –dijo Ofrasio– de un deudo y basallo mío que una de las mayores cosas d'este reino es; que los reyes d'España tienen basallos tales que en otras probincias serían reyes. Así qu'este es un basallo y muy deudo de mi casa llamado Briaseldo Pimentario. Es un caballero –dijo el príncipe– de mucho balor y de estremadas prendas, a quien mi padre y yo tenemos en mucho.

Ellos iban diciendo esto y por el balle arriba vieron venir una hermosa banda de caballeros a la gineta, todos vestidos de una librea de brocado azul, aforrada en tela de plata. Y Ofrasio dijo:

---

<sup>683</sup> **Ap. marg.:** «Venavente».

<sup>684</sup> *una hermosa casa y fortaleça:* Se trata del conocido castillo-palacio de los conde-duques de Benavente, en cuya descripción se aducen numerosos detalles reales sobre la fisonomía de esta desaparecida fortaleza, entre los que destaca la precisa referencia al Cuarto Rico (*vid.* 7.1.1.2).

–Allí debe de venir Vriaseldo: hacelde, mi bien, onra, qu'es uno de los que mejor la merecen en nuestra España.

Con esto, ya llegaban la gente y caballeros de Vriaseldo. Y allí en aquel llano (que muy hermoso es), antes de llegar a un río muy claro y caudalosso, ellos hicieron una hermosa escaramuça; la cual mucho olgaron de ber aquellas princesas y los príncipes franceses. Y así dijo Periandro a Vianeó, príncipe de Casia:

–Aora cierto que, aunque no son los españoles muy dispuestos ni hermosos de rostros en extremo, que no se les puede negar que tienen una bibeça y ardimiento en el exercicio de las armas estraño.

Entonces, llegó Vriaseldo <a> ablar al Rey y pidiole la mano a uso de España; mas él no solo no se la dio, antes le abraçó estrechamente preguntándole muy en particular muy familiares y amigables preguntas. No quiero –dice Nictemeno– escribiros el recibimiento qu'este baleroso príncipe hizo a su rey y a los demás señores, porque para solo esso será menester comenzar otro libro y no pequeño. Porque ubo tantos arcos triunfales, tantos castillos y torres, tantos torneos y justas, tantos toros y leones, tantos juegos de cañas y sortija, tantas alcanciaços<sup>685</sup> y encamisadas, tantas invenciones de carros triu[n]fales y representaciones, tantos saraos y danças, tantos convites generales y otras cosas, que vien <sup>[f. 100r]</sup> beis que sería mucha prolixidad el escribillo.

Llegaron pues a[l] lugar como a las diez de la maña[na] con todas estas fiestas y regocixos. Y al tiempo que uvieron de entrar en la fortaleza, casa o palacio, en un muy grande y hermoso campo qu'está antes de entrar en ella entraron aquellas princesas y príncipes, mirando el edificio (que cierto era bonísimo). Y luego pasado este campo estaba una caba onda toda labrada de estremada piedra, tan peinada y onda que era imposible pasarla ni a pie ni a caballo si no era por las puentes. Estaba pues<sup>ccxxxii</sup> una echada lebadiça muy ancha y hermosa, por la cual dexando atrás una fuerte y vien edificada varbacana aquellas princesas pasaron, indo los príncipes, el Rey y aquellos

---

<sup>685</sup> *alcanciaços*: «Entre otros juegos de regocijos se usa el de los alcanciazos, que en lugar de naranjas se tiran con las alcancías, que estando sin cocer no pueden hacer mucho mal, pero con todo eso se reparan con las adargas» (*Covarrubias*, s.v. *alcancía*).

caballeros delante; luego, por unos hermosos enredos que hacen unas fuertes torres, entraron asta el patio. Allí estaba la hermosa Briseida, recién casada con Vriaseldo Pimentario; de su hermosura, su valor, del recibimiento que hizo a la Reina, quédese, qu'el decillo será decir nada y con el silencio se da más a entender algunas beces.

Subieron, pues, a la sala, la cual estaba [adereçada] de un supervísimo toldo de brocado azul, alcachofado de alcachofas de plata, con unos pilares que componían unos arcos de unas figuras de embutido, admirable obra. Mas lo que más hubo que ver fue en un cuarto riquísimo sobremanera, llamado de aquel extremo el Cuarto Rico, en que vieron de oro, de plata, de vronce, de jaspe, de pórfiro, de mármol y de otras materias tantas figuras y retratos que parecía ser el museo de Timantes; pues de pincel había tanto que ver que no se pudiera mirar en muchos días, cuanto más describirse, y Apeles pudiera ver allí como no había aún llegado el pincel a su punto en su tiempo. En este cuarto se quedaron aposentados Ofrasio y Casiana.

Pues, después de comer, entrándose Casiana con Areusina a su aposento, a una dama de la hermosa Briseida preguntó Casiana:

–¿Qué puerta es aquella? Decí, señora.

–Es de un aposento, mi señora, de la sabia Caldaina mora, que fue y es de África. Y agora tiénela aquí el príncipe mi señor porque por su gran saber está pintando los retratos de los sucesores d'esta cassa qu'están por venir.

–¿Y podemoslo ver? –dixo Casiana.

–Es tan antoxadiça, mi señora, que no sé en verdad si querrá avrir, que muchas beces aun a mis señores no quiere abrir la puerta. Aora, llamemos.

–Beamos –dixo Casiana.

Y, como diessen un golpe a la puerta, luego salió una viexa de más de noventa años toda arrugada y seca como una tabla. Traía un pincel en la mano derecha y una varilla en la izquierda, mas era cosa graciosa ver las invenciones de cosas que tenía. Aora, al fin, habiendo echo mucha cortesía a Casiana, como aquella que muy vien sabía quién era, le dijo:

–Allá en la ciudad de Ispalia en palacio está, en un museo que yo allí dexé en casa del Rey, toda la esclarecida sucesión que su ilustrísima Casiana á de haber en esta España<sup>686</sup>. Aquí estoy pintando aora la sucesión d’esta familia e ilustrísima casa d’estos señores.

Y, entonces, mostrole doce tablas ya acabadas y otras cuatro qu’estaba acabando. La hermosa Casiana dixo:

–¿Quién á de ser este? –mostrando un caballero muy membrudo y robusto.

–Este será el primero –dixo la viexa– que título querrá de ilustre conde<sup>687</sup>, después de seiscientos años que su casa habrá sido «ilustrísima», llamada siempre d’este<sup>ccxxxiii</sup> mismo título [f. 100v] y reno[m]bre, siendo su origen primero de Alemania; después, de la casa ilustrísima de los reyes de Portugal se apartará este gaxo, juntándose también con la real casa de Castilla. A este sucederá este segundo que en armas y balor excederá a todos los de su tiempo<sup>688</sup>.

Pasando adelante dixo:

–Aquel moreno de aquel rostro brabo y brabo vrío será el gran don Rodrigo, tan temido que aun a los reinos querrá poner su yugo<sup>689</sup>. Esse qu’está con esse cetro en mano es el que será excelentísimo virrey del balenciano reino, aquel qu’espantará a Italia con su presencia mostrando su balor y ilustrísima casa, el que acompañará aquel monarca que sará en su tiempo llamado Carlos V (que allá le varás, señora, en Sebilla pintado)<sup>690</sup>. Ese hermoso moço mal logrado es el que morirá en años tiernos antes que tenga el cetro d’esta casa<sup>691</sup>.

---

<sup>686</sup> Posiblemente se trate del Salón de Emabajadores del Alcázar de Sevilla (*vid.* 7.1.1.2)

<sup>687</sup> Juan Alonso Pimentel, primer conde de Benavente (titular del condado entre 1398 y 1420).

<sup>688</sup> Rodrigo Alonso Pimentel y Téllez de Meneses, II conde de Benavente (entre 1420-1440).

<sup>689</sup> Rodrigo Alonso Pimentel, IV conde y I duque de Benavente (entre 1461-1499).

<sup>690</sup> Antonio Alonso Pimentel de Herrera, VI conde y III duque de Benavente (entre 1530-1575).

<sup>691</sup> Alonso Pimentel y Pacheco, primogénito del V conde y II duque de Benavente, fallecido a los seis años de edad.



–¿Quién es este? –dijo Casiana, señalando con la mano una tabla.

–Es’es el felicísimo conde y príncipe llamado don Juan Pimentel<sup>692</sup>, de cuyas virtudes, balor, esfuerço, gallardía, gentileça y vrío quisiera tener tiempo para decir algo; de su mucho balor solo os sé decir que todas las obras de los balerosos príncipes antecesores suyos así quedarán dichas en su comparación cual las de los macedones cuando reinó Alexandro. Será tanto su celo de virtud y constancia en la fe y en obras heroicas que como dechado de esclarecidos príncipes será tenido en España. Será tan baleroso en las armas que en ellas, siendo ilustre capitán general de aquel invicto Filipo II, d’este nombre trairá la convecina gente con su mucho balor y discreción a la obediencia de su r[e]y rendida; ni le atemorizarán las bandas del enemigo bando apercevidas, ni aquel baronil pecho jamás temor allará posada. Será clemente, pío, afable, manso, humilde y, con esto, para el malo riguroso.

Tendrá por compañera aquella hermosa moça mal lograda que tiene aquella luna<sup>ccxxxiv</sup> debaxo de los pies en el escudo<sup>693</sup>. ¡Ay, Dios! –dixo la viexa– que la<sup>ccxxxv</sup> inexorable Parca cortará el ilo d’esta hermosísima señora siendo de virtud, de onest[i]dad, de balor y de hermosura un cristalino espexo dado al mundo. Quedarán antes que muera de ella dos sucesores, que son aquel caballero y aquella dama que agora comienço a pintar<sup>694</sup>; y estoy temblando, que vien sé que no llegará el pincel a poner la menor parte en que en ellos se á de allar.

La viexa iba a pasar adelante con su plática cuando entró una dama y dixo a Casiana:

–Mi señora la Reina me mandó viniesse a llamar a vuestra grandeça, porque la están aguardando para que bea una de las más estrañas cosas que jamás se an visto.

---

<sup>692</sup> Juan Alonso Pimentel Herrera y Enríquez de Velasco, VIII conde y V duque (entre 1576-1621).

<sup>693</sup> En efecto, el VIII conde de Benavente contrajo matrimonio en 1569 con Catalina Vigil de Quiñones, VI condesa de Luna, merina mayor de León y de Asturias, hija de Luis Vigil de Quiñones, V conde de Luna, falleciendo esta apenas unos años después de sus desposorios (†1574).

<sup>694</sup> Se trata de los dos únicos hijos que el conde tuvo con Catalina: Antonio Alonso Pimentel y Quiñones, IX conde de Benavente y VI duque (1621-1633); María Pimentel y Quiñones, casada con su primo Luis Fajardo y Requeséns, IV Marqués de los Vélez y III Marqués de Molina (†1642).

—Aora, id, hija —dixo la viexa—, que otro día os podéis venir a este aposento y yo os diré grandes cosas que se están por venir.

Aunque contra su boluntad, al fin fue la princesa, dexando la conversación de la viexa que le daba mucho gusto, y fue a la sala donde estaba la Reina y las demás princesas. Y cuando entró por la puerta vio un espantable gigante que tenía una maça (que parecía de fuego) en la mano. Vien sé que me llamaréis malcriado, pero perdonadme, que en el segundo libro d'esta primera parte os diré lo que más sucedió antes que a Ispalia llegasen. Fin, I, I.



## **LIBRO SEGUNDO DE LA PRIMERA PARTE DE LAS AVENTURAS DE DON MEXIANO DE LA ESPERANÇA, LLAMADO EL CABALLERO DE LA FE. IHS.**

### **Capítulo I. En que se dice la criança que las hermosas pastoras Belisandra y Taurisa hacían al niño don Mexiano de la Esperança.**

En la Isla de la Enamorada Corneria dejamos a las hermosas pastoras Taurisa y Belisandra después de haber Velisandra dicho las cartas y llebado a dormir al niño, y ellas se recogieron para casa entendiendo en ella en sus acostumbrados exercicios. Otro día por la mañana, después de haber estado todas en la iglesia un rato, Belisandra dixo a Taurisa:

–Bámonos un rato a caça, señora prima, y haremos oy de comer allá en la casa de monte. Y llebémonos al niño allá y a su ovejuela, y irla á regalando Livertina para que tenga arta leche, que mama ya estrañamente este rapaz y pesa (¡Dios lo guarde!) como un carnero, y es verdad que crece como espuma.

–Hagámoslo así –dijo Taurisa–; mas bamos, si a vuestra grandeça le parece, a caballo.

–Bamos en ora buena –dixo Belisandra–, que mejor es, que algo lexuelos está la cassa.

Con esto, Esmerilda y Verarda, Acursia y Libertina, de una recámara baxaron adereços y adereçaron cuatro acaneas y dos caballos (de los más mansos y mejores que había) de una muda de caparaçones leonados y canutillo de oro cierto curiosísimos y estremados. Y quando ya estubo todo a punto, puniendo sobre otro caballo todo el adereço de redes y comida y otros instrumentos de caça, llamaron a Velisandra y Taurissa que a solo <sup>[f. 101v]</sup> que las llamasen estaban a aguardando.

Pues como baxaron al patio, puestas a caballo Livertina y Esmerilda en los caballos y las demás en las acaneas (todas con arcos y saetas y muy bien adereçadas para campo), Verarda, que iba en una acanea muy hermosa y mansa, llebó al niño en los braços haciéndole mil regalos y juguetes. Y, así, de quando en quando se le pedían

aquellas señoras para olgarse con él, especialmente Belisandra que le quería mucho más que si su pro[pio] hijo salido de sus entrañas fuera.

Con esto, fueron la montañuela arriba, topando ya tanta abundancia de caça que se embaçaban y no savían a qué tirar según era la muchedunvre de las caças que pasaban. Al fin, la gallarda Taurissa vio un venado hermosísimo que llebaba unas aspaz tan grandes que parecía no poder andar por la montaña. Y, parándose a punto y cogiéndole el aire, flecha el arco y tira con tanta destreça que hiriéndole en el pecho salió el caxquillo a la espaldadera, m[an]ando por la herida un abundante arroyo de negra sangre. Poco vibió el cierbo, que no hizo sino dar dos o tres saltos y, como la herida fue en el corazón, luego cayó muerto.

Y cuando llegaron las demás pastoras, como el niño benía en los vrazos de la hermosa y bella Velisandra mirando cómo perneaba el cierbo y daba baladros, el niño se olgaba y reía, dando así metidillo como venía en los pañales mil saltos de placer. Y, mostrando regocijarse mucho, mil besos le dio Belisandra viéndole así alegrito y contento. Y, cargando aunque con dificultad el cierbo sobre un caballo, le llevaron a la cassa de monte que ya muy cerca estaba.

Y haviéndole Livertina avierto y aparejado guiso de comer para aquellas señoras, las cuales después de haber dado de mamar al niño a comer se sentaron con arta abundancia de muy buenos mantenimientos y vien guisados (porque los mantenimientos eran bonísimos y la que los guisaba Libertina, que bastaba esso para ser estremados), después de haber comido así sobremesa dixo Taurisa:

–¡Ca, prima! Pase el cuento de Gabianisandro y Corneria adelante.

–Que me place –dijo Belisandra–, mas ¿qué quiere apostar, señora Taurisa, que no se acuerda en qué quedamos?

–¿No? –dijo Taurisa–. En buena fe, sí acuerdo; havía dicho vuestra grandeça la carta que Corneria havía respondido.

–Pues, ¿qué le pareció a vuestra grandeça de ella?

–Pareciome –dixo Taurisa– demasiado derregalada para la primera.

–Tanvién me lo pareció a mí –dijo Belisandra–, mas yo echelo a que era muy niña y no sabía encubrir nada de lo que sentía, como lo berá adelante en la istoria<sup>695</sup>. Llegó<sup>ccxxxvi</sup> pues el mensajero con la carta a Galisandro, la cual<sup>ccxxxvii</sup> dice la istoria que Galisandro tomó con sumo contentamiento. Y, puesto en su aposento, aviéndola primero besado muchas veces, la leyó bañándola (dice el istoriador) de lágrimas. Y, tornándola a enjugar con sus sospiros, algún entretenimiento le fue esta carta al amante, mas después se le bolbió en vibo fuego y espuelas<sup>696</sup>; porque sintiendo en ella no sé qué de amor y ternura no se pudo contener sin bolber luego a ber su dama, que ya le era el ausencia tormento inzufrible.

Con esto, aparejándose como combenía, puniéndose en su hávito muy galán y compuesto, a la ciudad donde Cornelia<sup>ccxxxviii</sup> estaba bolbió. Y cuando ella supo que su amor venía, impaciente ya con la llama que sentía al pecho, vaxó luego a recibirle a la escalera del patio. Y, al tiempo qu’él iba a subir, del cuello se le queda colgada dulcemente y, al tiempo que fue a ablar, las palabras le coxe de la boca y tiernamente<sup>ccxxxix</sup> le besa<sup>697</sup>. Y tanto dulçor y contento recibió en esto Corneria (dice el autor) que casi se quedó sin ningún sentido en los braços del amante.

---

<sup>695</sup> **Ap. marg.:** «Geberist<sup>†</sup>, c.12. *De etate virorum*». Suponemos que la apostilla pretende hacer referencia a la primera de las seis edades del hombre según la tardición clásica (*infantia*), pero ignoramos tanto la obra a la que se remite como su autoría. Por su proximidad en la forma tal vez podría tratarse del famoso alquimista árabe conocido como Geber (Abu Musa Yabir Alsufi Hayyan, s. VIII), si bien somos incapaces de establecer su posible relación con el asunto tratado.

<sup>696</sup> **Ap. marg.:** «Ovidio, *Ero ad Leandro*».

<sup>697</sup> **Ap. marg.:** «Figuroa, in *Cancione Philidis*». Francisco de Figueroa, poeta español del Renacimiento llamado «el Divino». Su obra poética fue publicada por primera vez póstumamente en Lisboa (1625), a cargo de su amigo Luis Tribaldos de Toledo. Entre las composiciones aparecidas en la edición lisboeta encontramos un importante grupo de poemas dedicados a su amada (que aparece siempre bajo el sobrenombre de «Filis»), al cual nos remite la apostilla marginal. En cualquier caso, conviene subrayar que el conocimiento de las composiciones poéticas de Figueroa en nuestro testimonio remite necesariamente a una difusión todavía manuscrita, por lo que cabe suponer una cierta cercanía del autor o del artífice de la copia en limpio con el ambiente literario que rodeó al poeta alcalaíno (en el cual cabe explicar, asimismo, el conocido y amistoso elogio que Cervantes le dedica en su *Viaje del Parnaso* [1614]). Puede consultarse la edición moderna de su obra en: Francisco de Figueroa. *Poesía*. Ed. Mercedes López Suárez. Madrid. Cátedra. 1989.

–Aora haga pausa –dixo Taurissa a Belisandra–, señora prima, y dígame vuestra grandeça, por su vida, qu’es la causa que los enamorados estando con quien los ama luego procuran el contacto<sup>ccxl</sup> de los dulces lavios.

–Yo, señora prima –dijo Belisandra–, ya sabe cuán poca esperiencia tengo de esas cosas; mas pues me lo pregunta, yo le diré lo que <sup>[f. 102r]</sup> así naturalmente alcanço. Uno de los fines y no el menos procurado del amor, según dicen, es transformarse el un amante en el otro<sup>698</sup>, el que ama (por que hablemos más claro) en la cosa amada, y imprimir hermosura en ermosura, según algunos dicen<sup>699</sup>, para d’esta manera hacer que se conserbe la hermosura en la especie ya que no se puede conserbar en el indibiduo. Y, como para este trueque y junta son menester las visagras y laços que los bayan juntando, buscan los amantes partes por donde más se comuniquen no solo lo que es corporal, mas aun lo espiritual y dibino qu’es el alma. Y como la boca no solo es dulce y tierna parte del cuerpo, mas juntamente por ella salen aquellas palabras y anélito que son ciertas señales y como vestigios del alma, y con aquel toque no solo se muebe a dulcísimos deleites de amor, mas juntamente siente avrirse una puerta a las almas de los dos amantes (las cuales, traídas por un deseo de juntarse la una con la otra), y así por allí se traspasan y trasportan; por sus beces conformes y tan vien la una en el cuerpo de la otra y de tal manera se embuelben en uno que cada cuerpo dentramos queda con dos almas y casi un ánima compuesta de las dos gobierna y rige dos cuerpos. Y por esto el beso es ayuntamiento no solo del cuerpo mas también del alma, y como tal es deseado de los que se aman, porque mediante él se hace aquella junta que en casos de amor es tan deseada.

–¡O, prima! Mil cosas, por vida suya, le preguntaría; sino que no oso, que luego se me mete en unas filosofías que aunque son verdaderas y agudas son penosas para en combersación tan llana como la que tratamos. Que en mi berdad que me á contentado la razón estrañamente, mas es menester para bien entendella un comento como a ley de Sulpicio; y aquí, entre nosotras, más llaneça y menos agudeça bastaría.

---

<sup>698</sup> Ap. marg.: «S. Ambrosius».

<sup>699</sup> Ap. marg.: «Plato. Phedra; 1, *De amore*». Platón, *Fedro*; Marsilio Ficino, *De amore* (1474).

–Aora vien, mi señora Taurisa, que yo recibo la reprehensión con protestación de la [en]mienda; mas vuestra grandeça solo se enmiende en una cosa, que es no preguntar agudeças (pues tan bien y muy mexor que yo las entiende), para que de esa manera se escuse mi prolixo proponer de proposiciones.

–¡Ca, ca, mi señora Belisandra! No más, que parece que ba ya sangrientilla la respuesta... Pasemos con el cuento adelante y diga vuestra grandeça qué más pasaron en la escalera.

–Pues a fe<sup>ccxli</sup> que pone el autor –dixo Belisandra– un entremés de amor vien gracioso que puso allí, y aun que gasta él en contallo tres o cuatro capítulos. Y fue que, como así un ratico estuviessen abraçados los amantes goçando de aquella gloria que por el beso se les comunicaba, trabados de las manos, se quedaron así sentados en el escalera mirándose el uno al otro por más de dos grandes oras de espacio.

–Prima mía –dijo Taurisa–, perdóneme lo que le dixere denantes y, por vida suya, ¿qu'es la causa d'esso raptos y suspensión en los amantes? Que a mí paréceme que si estubiesse con quien vien quisiesse, que en hablar o en otras cosas pasaría el tiempo y no en estarme así echa bausana mirando a quien vien quiero.

–Pues me torna vuestra grandeça a mandar que haga lo que no es de mi facultad (ni a muger tan moça l'es dado escudriñar estas cosas), con todo esso lo diré. Y, así, para saber lo que vuestra grandeça desea, se á de suponer que amor no es otra cossa (según la distinción de los sabios antiguos<sup>700</sup>) sino un deseo de goçar lo que es hermoso<sup>701</sup>. Y, porque el deseo nunca codicia sino lo que conoce, es necesario qu'el conocimiento sea siempre primero qu'el deseo, el cual naturalmente ama lo qu'es bueno, pero de sí mismo es ciego y no le bee. Por esso la diestra naturaleza o, por mejor decir, Dios, á ordenado la cosa d'esta manera: que cada virtud cuyo oficio es conocer tenga por compañera otra virtud cuyo oficio es codiciar. Y porque en nuestra alma ay tres formas de conoceres, á saber: por el sentido, por la raçon, por el entendimiento; del sentido nace el apetito, el cual es común a los hombres y a las vestias; de la raçon nace

---

<sup>700</sup> Comentario marginal del copista: «Es muy buena y verdadera filosofía».

<sup>701</sup> Ap. marg.: «Platonis in *Convivio*, Aristotel[is] et aliorum philosophorum».



la elección, qu'es propia del hombre, y del entendimiento, por el cual puede el hombre participar con los ángeles, nace la boluntad. De manera que como <sup>[f. 102v]</sup> el sentido no conoce sino cosas sensibles, así también el apetito no codicia sino las mismas, y así como el entendimiento no tiene ojo sino a las cosas inteligibles, así la boluntad no alcança otro mantenimiento sino los bienes del espíritu. El hombre de natura racional, puesto como medio entre estos dos extremos, puede por su elección, inclinándose al sentido o lebantándose al entendimiento, llegarse a los deseos agora de una parte agora de otra<sup>702</sup>.

Pues supuesto esto y qu'el objeto del amor es lo hermoso, aquella hermosura que se contempla en el rostro de una dama o en las buenas partes de un caballero, lo cual todo demana de Dios (ansí en estas como en todas las demás criaturas, estendiéndose sobre todas ellas como los claros rayos del sol), con todo esso parece que hace más reflexión quanto más hermoso vien, así como lo haría el sol hiriendo en un basso de oro adornado de hermosas piedras preciosas y diamantes<sup>703</sup>.

Pues como el sentido conoce aquello qu'es su objeto, qu'es lo corporal y sensible, viene luego el apetito a desear aquella cosa corporal por el sentido conocida. Y como el entendimiento pasa a las cosas espirituales deseando artar de ellas a la boluntad, viene la raçón con una fuerça de amor a conformar estos dos extremos, haciendo que en la cosa amada el sentido y el entendimiento allen sus objetos y, por el consiguiente, el apetito y la boluntad. Y con una complacencia que el alma tiene de haber allado tan agradable objeto está mantiniendo la boluntad de las cosas espiritualizadas y el apetito de las sensibles que tiene presentes. Y, con esto, empleada el alma con el deseo de la trasformación, se suspende y arroba de suerte que cesan todas las operaciones que no sean aquello. Y, así, está el alma como si dixésemos en una gloria de amor, goçando de aquel mantenimiento para ella tan sabroso. Y esta es la

---

<sup>702</sup> Ap. marg.: «Porfirius et Plotinus».

<sup>703</sup> Ap. marg.: «S. Clemens Alexandrinum, in *De pedagogo*».

causa del estarse suspensos los amantes obrando solas las almas y zesando las corporales operaciones que la pueden estorbar<sup>704</sup>.

–A fe, prima mía –dijo Taurisa–, qu’es muy buena la raçón, mas algunas réplicas se me ofrecían; mas quiérolas dejar por no enfadalla. Dígame, ¿qué hicieron los dos amantes después del rapto (si así quiere que le llamemos) y después de aquella gloria que amor les comunicaba?

–Con<sup>ccxlii</sup> un blando suspiro, dice la istoria –dixo Belisandra–, bolbió Corneria primero. Y llebándola amor a desear aquella comunicación que decíamos denantes, en la boca dicen que le dixo: «¿Qué haces, dulcísimo amigo mío? ¿Qu’estás pensando? Buelbe esos hermosos ojos, mira a Corneria, que está ya en tu verdadero amor desecha».

–Aga pausa, prima. ¡En mi ánima que me parece que no dixera yo esso a un hombre por cuanto ay en el mundo! –dijo Taurisa.

–No me espanto –dixo Belisandra–, que sepa que los que no amamos cuando oímos o leemos dichos o echos de algunos amantes parécenos demasía o extremos, y es porque no bemos el fuego que ay en las ornaças donde aquellas raçones se forjan. Mas de la misma manera que al qu’está viendo el juego que llaman «de manos» le parece extremo ini[n]teligible lo que el otro hace porque no sabe el cómo (siéndole a él aquello todo tan fácil que se le antoja qu’es poco), así a los que vemos en el fuego de amor nos parecen hacer cosas demasiadas; mas ellos, que sienten la causa al pecho, todo se les antoja poco.

–Yo<sup>ccxliii</sup> quiérola ber.

–Pues escuche<sup>ccxliv</sup>. Luego dice la estoria que bolbiendo en sí Gabianisandro, llenos de amorosas lágrimas los ojos, le dixo: «Dulce esperança mía y mi consuelo; alegre sol que las tinieblas y escuros de mi alma con hermosísima luz, mi bien, alunvras; frente hermosa y clara de los más preciados desposos de mi<sup>ccxlv</sup> alma

---

<sup>704</sup> **Ap. marg.:** «Juan Gerson; *De raptu*». Si bien la primera referencia remite claramente a la figura del teólogo y filósofo francés Juan Gerson, en cambio, consideramos que el título de la obra citada apunta a una segunda fuente: la obra *De raptu Pauli* del humanista Marsilio Ficino (1476).

ricamente ceñida. Mi bien, mi alma, mi luz y mi consuelo, mi niña y mi descanso, esposa mía...». Y dice la estoria que con estas palabras, en el descanso de la escalera incado de rodillas, bañándole con lágrimas sus blancas manos, le dixo d'esta suerte (aún más enternecido): «Alma d'esta alma, que su bien des[c]iende de sola tu boluntad<sup>ccxlví</sup>; oriental perla mía; dulces labios de dibino néctar compuestos... Dame, mi señora, licencia: vesaré tus blancas manos. Dámelas mi bien, ¡ca!, mis ojos, dame la mano ya, dame tus manos...».

–Aora escuche, prima, escuche, ¡mala landre le dé! ¡Y qué vien que lo dice! ¡En mi ánima que me á echo enternecer! Mas <sup>[f. 103r]</sup> dígame vuestra grandeça, por su bida, en buen romance, ¿no era essa bobería? ¿Pues cómo havíale dado la boca, y más la boluntad (que era más que todo), y pedíale con essa instancia que le diesse la mano?

–¡O, prima! –dixo Belisandra–. Dios nos libre de la esperiencia; mas con sola la ciencia especulatiba, sin práctica ninguna, le sé decir que esso es lo de menos que amor hace. Y una cosa le diré que pasó con Libia, Dios la tenga en el cielo, cuando leímos esto, y fue que yo le dixé: «Ay, mi señora, y pase vuestra grandeça esso, ¿y no tubo vergüença esse sabio de escribir esso así tan desnudo?». Y me dixo: «Calla, bobita, ¿no sabes que para haber de huir el daño es vien que se sepa la grabedad de su malicia? ¿Cómo savríamos los desatinos que causa esta pasión de amor que a tantos rinde en el mundo si por doctrina y con exemplos no nos mostrasen lo sabios sus efectos<sup>705</sup>? Y, así, la virtud se escribe para que se siga <y> imite y el vicio para que d'él se huiga y aparte, y lo demás es no saber leer los libros. Y así no tiene culpa quien lo escribió, sino el ignorante que no se sabe aprovechar de lo que lee. Y míralo –me dixo– más claro: dime, si quisiesse un pintor pintar un ermitaño y le pintase con un broquel y una espada, ¿no sería desatino? ¿Y no tendría la misma igualdad de disparate si pintase un soldado con una ropa muy larga y unas cuentas? De suerte qu'el buen pintor á de dar a cada cosa su propiedad. Estas son propias palabras de un moço enamorado, ¿querías que pusiera aquí el istoriador la *Oración de la Emparedada*”?». Y, así, riyendo le dixé (porque me pareció que la havía enojado): «Sí, mi señora, “cada cosa en su tiempo y nabos en Adviento”». Ella lo riyó y pasó adelante con<sup>ccxlvii</sup> su leyenda.

---

<sup>705</sup> **Ap. marg.:** «Nota. Plutarcus, «*Quomodo oporteat audere poetas*», l. 2, c.7». Plutarco, *Moralia*, tratado titulado: «*Quomodo adolescens poetas audire debeat*».

–Pues así –dixo Taurisa– suplico yo a vuestra grandeça: pasá adelante con el cuento, que yo le prometo de no me escandalizar más; pues que se dice para que sepamos huir de los laços y enredos de amor y para esaxerar la fuerça d’esta pasión y lebantar de quilates la birtud, que enseña <a> vencer este enemigo que a tantos derriba.

–¡A! Pues, supuesto esso<sup>ccxlviii</sup> –dixo Belisandra–, como ella le dio la mano y tanvién la boca, en braços le lebanta de donde estaba y con un «ay» que del alma le salía: «¡Ay, mi bien –dixo<sup>ccxlix</sup>–, no hagas esso que me matas! ¡Mi luz, está aora quedo!». Y, con esto, a una sala se entran donde ni criado ni doncella entrar pudiesen y, a la luz de dos belas de cera blanca que sobre un bufete de plata estaban, se estuvieron sentados los dos en una silla parlando (dice la estoria) asta más de la media noche. La cual benida, Corneria misma, que no quiso que otro<sup>cccl</sup> entendiese en el regalo de su amigo, truxo la cena. Y a fe que me olgara –dixo Belisandra– de acordarme cómo la pinta el sabio y los buenos dichos que en ella se dixeron, que cierto ay cosas estremadas en aquel capítulo; mas dejémoslo para otro día y bámonos a caça.

–Más quisiera oyr esso –dixo Taurissa– que cuantas caças ay en el mundo; mas hágase como vuestra grandeça lo ordena.

–Yo, mi señora Belisandra –dijo Acursia–, me quiero quedar con este niño, no le haga daño el traerlo batucando tanto.

–Sea así –dijo Velisandra–, que nosotras no haremos más de matar algunas grullas y gansos vrabos, para hacer cecinas, y media docena de cabras montesses y luego nos bolberemos; traeremos para cenar algunos faisanes y francolines, pues ay tantos por la isla. Y más preciaría –dijo Velisandra– coger unos demonios de raposas que nos matan la caça que a cuanto ay, que solo por ellas me güelgo que ayamos traído las redes.

–Aora pues, calle, prima –dijo Taurisa–, que yo les tengo de armar laços y verá cómo las coxo, que allá en las montañas de España a los pastores de Libia les vi armar mil beces, a ellas y a los lobos.

–Aun del mal el menos –dijo Belisandra–, que lobos no ay en esta isla.

–No –dijo Taurisa–. Mas no me mate Dios asta que acabe estas zorras, que las quiero mal de muerte.

–Buena Pascua le dé Dios –dijo Belisandra–, que yo tampoco las puedo ver por aquella natural sagacidad y fingimiento de que están dotadas, y que son tan dañinas para todos los animales que no se les defienden<sup>706</sup>.

–Aora déjenme vuestras grandeças con ellas [f. 103v] –dijo Libertina–, verán cuántas mañas uso contra ellas.

–Por bos –dixo Belisandra– de esa manera se dirá que «mucho sabe la zorra...»<sup>707</sup>.

–No, no –dijo Libertina–, pues en esso déjeme vuestra grandeça el cargo, que a fe que yo dé cabo de ellas. Y por una cosa tengo con ellas particular enoxo...

–¿Y por qué, por vida vuestra? –dixo Taurisa.

–Porque son tan atrevidas que aun trayendo yo oy apacentando la obejuela que da de mamar a don Mejianito, allí a ojos vistas quiso una de ellas acometer a maltratalla, y parecía la traidora que me andaba haciendo cocos. Aunque vien me lo pagó, que una saeta le clabé por medio de la testera y allí baxo la dexé colgada de un tronco de un ziprés.

Y, con esto, se salieron a caça y a caballo corrieron un par de zorras y las mataron, de lo cual recibieron mucho contento. Y andando en la montería llegaron a una fuente echa a mano de diestros artífices; ella era de piedras de jaspe entretallado o retallado de alabastro y mármol y otras piedras, echos unos tareces estremados de vuenos. Era el pilar redondo y vien grande, el cual por cuatro gruesos caños de plata despedía el agua, siendo los caños de figura de cabeças de sierpes admirablemente

---

<sup>706</sup> **Ap. marg.:** «*Aristotelis et P[li]nii; De natura animalium*». Consideramos que la apostilla introduce tres referencias: Aristóteles, *Historia animalium*; Plinio, *Naturalis historia*; Claudio Eliano, *De natura animalium*. Sin embargo, también es posible interpretar que la anotación esté haciendo referencia tan solo a las dos primeras obras, por lo que el sintagma preposicional cumpliría la función de indicar la materia tratada por ambos autores.

<sup>707</sup> «*Mucho sabe la zorra...*»: «Mucho sabe la zorra, pero más el que la toma» (*Correas*, pág. 535).

obradas. En medio d'este pilar estaban e[n] cuadro cuatro columnas de cristal, por medio de las cuales el agua clara se veía suvir as[ta] salir por un hermoso león que sobre las cuatro columnas tenía puestos<sup>ccli</sup> los pies y manos y echaba el agua por la boca, narices, ojos y orejas, y él era de oro estremadamente obrado.

–Nunca havíamos visto esta fuente –dixo Taurisa–, señora Velisandra.

–Yo a lo menos –dixo Velisandra– asta agora no la havía bisto, y en verdad qu'es muy hermosa y está muy bien obrada.

Andándola mirando vieron unas letras en una de aquellas piedras muy vien retalladas, y las letras decían:

Galisandro aquí y Corneria<sup>cclii</sup>

la bez postera se vieron

y al fin fin se despidieron.

Mirad la triste materia

que lo amantes tuvieron.

Y Galisandro lloró

tanto qu'estas claras olas

muchas beces aumentó

llorando después a solas

el contento que perdió.

–En buena fe qu'está muy buena la letra<sup>ccliii</sup> –dixo Taurisa.

–Eso no está ella –dijo Belisandra–, que vien parece coplón de nuestra España.

–Pues no decía yo la copla –dixo Taurisa–, sino la forma de la letra, qu'está muy vien retallada en la piedra.

–Eso sí está –dijo Velidandra–. Mas bámonos un ratico este balle abajo, que parece qu'está espesísimo y nunca le emos bisto, y veremos si ay algo de nuebo que ber en él.

–Bamos, en ora buena –dixo Taurisa–, que después todo lo hace picar un poco.

Con esto, se bajaron el balle avaxo y, después que pasaron aquel ballecillo que era muy hermoso y fresco, començaron a entrar por una selba espessa y llena de matorrales, tanto que los caballos no podían caminar por ella. Y lo que nunca havían visto començaron a descubrir, que fue unos árboles tan tristes y de mala oja, entrepuestos algunos pinos y zipreses, y parecía con ser la primabera que toda la yerba del campo estaba agostada y con un desesperado amarillez matiçada; las rosillas (esas pocas que havía) estaban tan marchitas y tristes que ya iban aquellas hermosas pastoras llenas de malancolía solo en ver tan triste sitio.

–Ay, hermana Belisandra –dijo Taurisa–, ¡y qué triste balle! ¡Bolbámonos, por vida suya!

–No, no –dijo Belisandra–, pasemos un poco adelante, veamos qu'es esto que tan diferente temple tiene de lo demás de la isla.

–No sé que se es –dijo Taurisa–, mas en mi ánima que me dan congojas de muerte ber la desbentura d'este sitio.

Ellas iban hablando en esto por una sendilla que por el escuro balle iba y toparon en el medio de ella una columna de color de jacinto mortecina, y sobre ella una estatua de una muger vestida de amarillo que se metía un puñal por los pechos. Y en una tabla de esmalte negro estaban de esmalte blanco estas letras:

Este bosque dedicó

Galisandro a su tristeça

y quanto más padeció

mostró muy más su firmeça

todo el tiempo que bibió.

La primer medalla en él  
será desesperación <sup>[f. 104r]</sup>,  
pues la imagen que él  
imprimió en el corazón  
fue aunque muerto, fiel.

–¡Bálame Dios –dijo Belisandra–, qué coplaça viexa del tiempo del Conde Partinuplés o de las coplas de don Gaiferos!

–Más parece –dixo Taurisa– del romance del Marqués de Mantua o comienzo de la glosa del Conde Claros echa por Celano (pribado de la vista corporal, morador de nuestra España).

–Aora basta –dijo Belisandra– el murmurar de la copla. Mas esso no haremos de la estatua de la dese[s]peración, que cierto está admirable y vien espresos todos sus efectos, especialmente aquel puñal por los pechos y la herida y aquel començar a turbársele los ojos con la muerte. Y los demás efectos cierto están bonísimos<sup>708</sup>.

–Sí –dixo Taurisa–, arto más sabía el escultor o pintor qu’el copleador.

–Aora bamos adelante –Belisandra–, que ya me acuerdo de que la istoria cuenta este triste lugar y la vida que en él hiço Gabianisandro los últimos días de su vida en ausencia de su amada Corneria.

–Acabe, prima –dijo Taurisa–, ¿no quiere acabar de contarme essa istoria que sabe que tanto tengo de acabar de oírla? Pues a fe que en estando todas juntas belando que nos le á de acabar de contar.

---

<sup>708</sup> **Ap. marg.:** «Theocritus filosofus, *De affectionibus anime*, c.7. “De spe”». No hemos conseguido desentrañar la referencia.



–A mí que me place –dijo Belisandra–; mas ¡mire, señora prima, qué estraña fuente!

Entonces vieron un gran pilar echo de traça de ataúd y dentro d’él estaba una estatua de un hombre muerto (como la efigie de la muerte que por acá solemos pintar), y estaba tan natural y vien contraecho que realmente atemorizaba el miralle. Y por aquellas junturas de los güesos que medio desencasados tenía salía como medio destilándose el agua que componía la fuente, y estaba un letrado que decía:

Si en fuente clara me viere

o mi rostro se mostrare,

s[e]a todo lo que mirare

tal cual es o tal cual fuere

lo qu’este representare.

–¿Por qué no dijo, señora prima, «toca Simón»<sup>709</sup>? ¡Que a fe que lo merece la copla! –dijo Taurisa.

–Pues, ¿qué quiere que le haga yo? –dijo Belisandra–. Si Galbianisandro no era coplista, ¿quiere que lo hagamos aquí metrificador entreambos<sup>ccliv</sup>?

–No –dijo Taurisa–, mas pues tenía fama de tan discreto mejor fuera que los pusiera en buena prosa que no en mal verso<sup>710</sup>.

–Yo tanvién soy de esse parecer, mas estas coplas así antiguas allá en tiempo de nuestros sucesores<sup>cclv</sup> causavan admiración. Y aun dan autoridad y sal a la istoria y entretienese el lector con la mudança del manjar, dándole nuebo apetito al gusto<sup>711</sup>.

---

<sup>709</sup> *Toca Simón*: «¡Toca, Simón, que me gusta tu son!» (cf. Federico Sánchez y Escribano y Anthony Michael Pasquariello. *Más personajes, personas y personillas del refranero español*. New York. Hispanic Institute in the United States. 1959, pág. 108).

<sup>710</sup> **Ap. marg.:** «Oracius, *De arte poetica*».

–Aora pues, cierto –dijo Taurisa– notable está todo esto y probocador a grandísima tristeza. ¡Jesucristo, señora prima!, ¿si no parece que asta el cielo está cargado, nublo y triste? ¡Bolbámonos, por vida suya!

–No, no, en buena fe, que lo emos de aca,bar de ber –dixo Belisandra– ya que estamos aquí. Por esso, no ay para qué empereçar, a fe que imos de ir adelante.

Con esto, baxando otro poco más abaxo por el balle abaxo vieron una puerta pequeña en una lapa de un peñasco, que aunque no era muy alto era pestilencial y todo lleno de tristes cabernas; en el cual tenían echos sus nidos mochuelos, vúos y otros tristes pájaros que con aullidos hacían más triste la morada, y muchos lagartos y culevras que por el peñasco andaban bullendo. Estaba toda llena de polipodio infructífero y de otras tristes yerbas de cicuta y veleño y otras muchas matas. La puerta era pequeña y baxa, sin ningún género de escultura ni moldura ni otra cosa que le diesse gracia; el cerroxo y zerraxa era de un yerro requemado, que aquel triste color que saca del fuego conserbaba, y en las puertas, que eran negras, ninguna cosa havía sino solas dos calaberas muy vien pi[n]tadas, con unas letras que decían: «¡O, muerte, cuán triste y amarga es tu memoria!»<sup>712</sup>.

Pues, como llegasen a la puerta, Belisandra la avrió, y luego al umbrar de la puerta estaba avierta <sup>[f. 104v]</sup> una sepultura llena de güesos de muertos.

–¡Ay, hermana –dijo Taurisa–, no entremos en [e]ssa tenebregura! ¡Dejémoslo, por amor de Dios!

–En buena fe qu’é de ber qu’es lo que ay aquí dentro.

Y, con esto, saltó de la otra parte de la fossa, y Taurisa también passó viendo que Velisandra había passado. Y, pasando aquel primer aposento, vieron una sala algo más larga de lo ordinario y más angosta y muy baxito el techo, el cual era de una madera

---

<sup>711</sup> **Ap. marg.:** «*Papinius poeta, de diversitate metrorum*». La apostilla hace referencia al poeta latino Publio Papinio Estacio, pero no hemos logrado establecer su relación con el debate sobre la variedad en las formas métricas al que se remite en la anotación.

<sup>712</sup> **Ap. marg.:** «*Eccle., 41, A1[...]*». Parte de la apostilla ha quedado guillotizada, por lo que resulta imposible su lectura completa.

negra y triste cuanto se puede pensar. Las paredes estaban de una xerga negra y por orla tenían los paños de un color de ceniza devlanquinado, de la misma xerga echos unas tristes cortaduras en que estaban calaberas y güessos de difuntos y títulos de letras vllancas todos que mobían a tristeza. No tenía sino dos bentanas y las vedrieras de ellas de un cristal negro como una pez, que por él entraba una ofuscada y triste luz.

Al fin de la sala estaba una como alcobilla muy pequeña y en ella estaba un baxuelo bufete con una carpeta de aquella misma xerga. Ya allí apenas beían, porque para haber de ber vien era menester luz artificial, porque no tenía ventana ninguna sino una saeterusela<sup>713</sup> que estaba vien poco rompida, la cual más servía para que entrasse y saliesse el aire que para que diesse luz al posento. En este aposentillo estaba una cama echa sobre unos manoxos de sarmientos, la cual solo tenía unas mantillas de aquel mismo color y baxeça que eran los paños. Y a la cabecera estaba una tabla grande de bronce, la cual Taurisa sacó a la sala y a la luz de aquellas tristes vedrieras començola a leer, y decía así:

Cuando Amor con suma palma

hace de sí tal mistura

que con fe cendrada y pura

pone en dos cuerpos un alma,

por ventura o desventura,

al tiempo del despedir

al más sutil le pregunto:

¿esta alma con quién á de ir?

¡A, no había llegado a este punto<sup>cclvi</sup>

---

<sup>713</sup> *Saeterusela*: «Cierta ventanilla angosta, en las torres y murallas, por donde secretamente se tiran las saetas» (*Covarrubias, s.v. saeta*).

quien llamó al partir partir!

Y pues el partir es muerte  
y le conviene este nombre,  
aquí murió un triste hombre  
al cual Ado triste y fuerte  
de amador puso renombre.

Y pues Corneria se fue  
y el alma llebó consigo  
de Gabianisandro su amigo<sup>cclvii</sup>,  
el cuerpo le sepulté  
yo mismo siendo testigo<sup>cclviii</sup>  
del gra[n] mal que aquí passé.

Esta fue mi sepultura  
el tiempo que me quedó  
de mi triste desventura  
y tal él mal me paró  
cual beis en esta pintura.

Y estaba en la tabla pintado un hombre casi todo cubierto de bello sin que se le pareciese del rostro casi nada, que la barba y el cabello se le tenían cubierto, y solo tenía una pobre mantilleja con que estaba ceñido. Y Taurisa dijo:

–¡En mi ánimo que había pensado que era san Eunofre o san Pablo el primer ermitaño! Y parece que es Gabianisandro.

–Pues sí, él es, que en esta cueba estuvo veinte y ocho años según dice la historia, aunque el historiador dice que aunque los primeros años fue amor la causa de esta aspereza, después dice que lo hizo por hacer verdadera penitencia.

–¡Aora prima, prima –dijo Taurisa–, no salpique la estoria! Ya sabe que tiene prometido de contarnosla toda.

–Digo que sí –dijo Velisandra–, que yo cumpliré mi palabra y haré lo que tengo dicho. Aora, si ayo otra cosa en la cueba...

–No –dijo Taurisa–, ¿no be el fin de ella?

–Sí beo –dijo Belisandra–. Mas a fe que emos de bolber acá otro día y traer luz y que emos de ber muy en particular todo esto.

–Aora bámonos –dijo Taurisa–, que todo se hará como vuestra grandeza mandare, mas si Dios quisiese más querría yo una nao que nos llebasse a España.

–¡Pu! –dijo Belisandra<sup>cclix</sup>–, vien descuidadas podemos vibir por agora si no es que alguna tormenta arroje algún nabío desbaratado a estas nuestras riberas; plegue a Dios que nos dé salud a todas. Mas yo mucha confianza tengo en Dios que nos á de remediar.

–Aora vien –dijo Taurisa<sup>cclx</sup>–, que en esso y en lo demás no ay sino arroxallo en los braços de Dios, qu'él lo remediará todo.

Con esto, saliéndose de la cueba o casa se pusieron a caballo y, a media rienda <sup>[f. 105r]</sup>, porque ya era tarde se bolbieron a la cassa de campo. Y por ser ya casi escuro se quedaron allí aquella noche, que recaudo había en la casa (aunque fueran otras<sup>cclxi</sup> veinte) de camas y de las demás cosas necesarias a la vida humana.

**Capítulo 2. En que se hace relación y memoria de lo que en la venebentana casa sucedió a aquellas princesas y en donde<sup>cclxii</sup> se declara el aventura del gigante de la maça de fuego.**

Dexado había la princesa Casiana la conversación de la viexa mora, y cuando vino a la sala bio un gigante qu'estaba en pie armado de todas armas con una maça o claba al hombro que a los que la miraban realmente parecía de fuego. Y estaba echando de sí vibas llamas y centellas cual suele el caldeado yerro cuando acaba de salir de la fragua, que pesados martillos de herreros l'están batiendo con prisa antes que torne a cobrar con el frío su dureça. Y cual el ardiente rayo ficticio qu'están con prisa labrando los cíclopes<sup>cclxiii</sup> y aquellos ciscosos<sup>714</sup> ministros de Bulcano antes que del yunque le aparten o que le acaben de formar las tres agudas puntas que le labran; o como cuando sacudiendo la diestra le arroja airado Júpiter al suelo, arrojando de sí barias zentellas. Así estaba centelleando aquella horrible claba del gigante, mostrando con aquellos claros que hacía las armas de que venía armado, que eran de un duro y escamoso cuero de serpiente, trayendo debaxo una dura malla, mas tan vien obrada y echa quanto jamás aquellos príncipes la havían visto.

Pues como la princesa llegó y (aunque con temor) se puso en su asiento, después de sosegada toda la sala y habiendo quietud y silencio entre todos los circunstantes, con una boz espantable y algo ronca, aunque con amoroso respecto<sup>cclxiv</sup> y vien criadas palabras, començó a decir:

–Sacro rey Ofrasio<sup>cclxv</sup> de España, excelentísimos príncipes, soberana reina y hermosísimas princesas, ilustrísimos capitanes y caballeros: yo soy un rey de armas, mensaxero y estafeta, correo y embajador de los dos escondidos Príncipes de la Baria Fortuna, llamados Feridano Taboadino<sup>715</sup> y Ardoniso, su compañero; los cuales me

---

<sup>714</sup> *ciscosos*: No hemos localizado otras documentaciones de este adjetivo, que suponemos derivado de la voz *cisco* (en su acepción de «carbón vegetal menudo» [DRAE]), seguramente empleado para caracterizar a 'aquel que anda cubierto de cisco', como es el caso de los herreros «ministros de Bulcano».

<sup>715</sup> *Taboadino*: Como puede apreciarse con facilidad, este apellido remite a la importante familia gallega de los Taboada (*vid.* 7.1.2.1).

embían a vesar de su parte vuestras reales manos y a haceros saber cómo ellos an llegado a este señorío del gran Pimentario y que dándoles licencia querrían venir a regocixar esta corte. Para lo cual, sacro Ofrasio, esta carta me dieron que te diesse.

Y, con esto, incando la rodilla en tierra, al príncipe Ofrasio dio la carta, la cual avierta y leída decía así:

Los dos Príncipes de la Baria Fortuna, Feridano y Ardoniso, al felicísimo príncipe Ofrasio de las Españas, salud.

Entendiendo, ilustrísimo señor, tu feliz y deseada venida a estos reinos, como verdaderos basallos y amigos, para asta la ciudad de Ispalia te venimos, señor, con algunos caballeros, a aco[m]pañar. Y, entendiendo que te as de detener algunos días en essa villa y tierra para regocixar la corte, si nos das licencia iremos a mantener unas justas de placer y a con exercicios de armas entretener essa corte algunos días, con solas dos condiciones: la una será que el bencido dé su escudo al bencedor; y la segunda que quede obligado el bencido a presentarse delante de la dama qu'el bencedor dixere. Y entendiendo que nos harás, señor, esta merced, besamos y no [dejamos] de desearte filicísimo aumento en tus bitorias y estados.

Leída la carta por aquellos señores y biendo lo que contenía, luego se determinaron de responderles diciendo que todos olgaban mucho de su venida y qu'en lo de las justas las condiciones eran tan lícitas <sup>[f. 105v]</sup> que no havía que poner dificultad en ellas. Con esta respuesta se salió el gigante, dejando espantada toda la sala de su estremada grandeça y de la ferina [...] <sup>cclxvi</sup> que de las armas traía; especialmente la encendida claba, que no podían imaginar cómo aquello fuesse. Mas ya deseaban ber a Feridano y a Ardoniso, porque ansí en co[n]fusso ya començaba la parlera Fama a manifestar algunas cosas d'estos caballeros.

Otro día pues por la mañana, como a las diez de ella, vinieron Feridano y Ardoniso a la corte. Y al tiempo del entrar en el pueblo, aquellos príncipes y princesas desde unos barcones los vieron entrar, los cuales traían este concierto: delante venían doce gigantes como aquel que a traer la carta havía benido, todos armados de fuertes lorigas y duros cueros de serpientes, con maças a los hombros y estremadas celadas,

aunque lebantadas las visseras (mostrando aquellos terribles y feroces rostros de que naturaleza los había dotado). Luego venían otros veinte y cuatro caballeros armados de unas a[r]mas verdes orladas de oro y los escudos de limpísimo acero, solo en él pintada la Fortuna con una letra que decía: «Baría». Estos eran ya caballeros de edad y traían muy largas y canas barbas por encima de los pectos, trayendo las cabeças sin almetes y sin manoplas las manos, con unas ropas o sobrevistas de vrocado blanco aforradas en tela encarnada y el brocado blanco, todo alcachofado de piñas negras de oro retalladas y zafiros que parecían muy bien.

A estos veinte y cuatro caballeros seguía una banda de caballos ligeros, indo todos los caballeros a la gineta llebando lanças y adargas, con cotas de faldas largas y otros con castellanas coraças muy hermosas; todos llebaban las lanças con dos yerros y muy desembaraçados los caballos. Luego tras estos venían como cincuenta hombres de armas, todos con armas dobles sin faltalles evilleta. Traían por armas los ventici[n]co unas mesas, que eran cinco, y por orla unas calderas. Y los otros veinte y cinco una cruz de oro en campo de plata dibidida en cuatro cuarterones y por orla en campo verde unas cruces roxas; estos traían por dibissa la Fortuna con la letra que diximos que los veinte y cuatro la traían. Después d'estos venían doce caballeros armados de diferentes armas y diferentes dibisas, que tuvieron vien que ber los cortesanos.

Luego venían Feridano y Ardonisso; Feridano en un caballaço negro muy membrudo y fuerte, mas hermosísimo quanto se podía desear, con una estrella en la frente blanca y calçado de la mano izquierda y pie derecho. Llebaba el jaez de brocado pardo y alcachofas de plata tirada, todo sembrado de inumerables diamantes y otras pre[c]iosas piedras; el jaez, solo con freno y estriberas, le tasaban los que más de aquello savían en trecientos mil ducados. El caballo era vriosísimo y se pisaba muy vien; en él venía Feridano muy vien puesto, qu'estremada gracia tenía en hacer mal a un caballo.

Y venía armado de unas armas pardas, orladas de plata y guarnecidas de diamantes y hermosos zafiros; traía calada la visera, y como era membrudo y recio parecía muy bien a caballo. Traía el faldellín y manga de las mismas colores qu'el jaez. Traía en el escudo, que mu[y] grande y fuerte era (aunque muy bien labrado y muy vien sacada la targeta), por armas las mesas con las calderas por orla, mas por divisa traía la



Fortuna con la letra de «Baría». Traía zeñida una hermosísima espada que [tra]ía por pomo un hermosísimo diamante, y ella era anchaça y fuerte y en extremo cortadora. En la mano traía una lança de frexno que parecía una entena, con dos yerros lucidísimos y hermosos <sup>[f. 106r]</sup> que bastaban a penetrar y barrenar una torre.

A la mano izquierda venía Ardonisso en un caballo alaçán más hermoso que fuerte, el cua[l] se pisaba estremadamente. Traía el jaez del caballo de brocado blanco y zafiros, todo senvrado de alcachofas negras orladas de oro y él guarnecido en tela de oro encarnada; también este jaez era de mucho balor por causa de la mucha pedrería de que benía adereçado. Ardoniso traía unas armas de plata finísima y de estremado temple, todas orladas de negro y oro, echos por la guarnición unos laços de distintas piedras preciosas muy curiosos. Llebaba el faldellín y manga de los mismos colores qu'el jaez. Llebaba en el escudo por armas la cruz dibisa en cuatro pedaços y por dibisa también la baria Fortuna. Llebaba ceñida una buena espada y una lança (aunque no muy grande) muy hermosa y fuerte, y también llebaba calada la vissera, haciendo ir al alaçán muy hermoso y compuesto.

Detrás de los dos caballeros venían cuarenta y ocho paxes: los veinte y cuatro de librea de brocado pardo y plata, y los otros de brocado blanco y alcachofas negras orladas de oro; los del brocado pardo llebaban los galdreses aforrados en tela de plata, y los de el vlanco aforrados en tela de oro encarnada. Todos estos venían en muy buenos caballos, y ellos de poca edad y de muy buen talle y rostros.

Con este concierto entraron en el lugar del buen príncipe Pimentario aquellos caballeros un domingo a la ora dicha, que serían casi las diez de la mañana. Y, apeándose en una posada que para ellos había señalado el príncipe, los demás caballeros se aposentaron por diversas posadas con determinación de salir aquella tarde a la justa (pues era fiesta), y poner siquiera el cartel y començar a regocixar la corte y a incitar los caballeros a aquel onesto y onroso exercicio.

Pues, acabado de comer, serían como las doce y media poco más a menos, de la posada de Feridano y Ardoniso salieron cuatro etiopianos, vestidos de vrocado blanco aforrado en tela de oro encarnada, a caballo en unas cuatro acaneas blancas. Y detrás d'estos, que llebaban cuatro concertadas chirimías, iban asta otros veinte y cuatro con la

misma librea, puestos de cuatro en cuatro, con todas las diferencias de músicas de anélito que se pueden pensar, indo los atabales y otras caxas y pifanos a trechos: iban trompetas, chirimías, sacabueches, duçainas, orlos, flautas, clarines, altas italianas y otros muchos instrumentos; los cuales haciendo sus cortas pausas en las esquinas del lugar hacían tan estremada música que mucho contento causaban a todo el pueblo. Y con esto se comenzó a alborozar y regocijar la gente tanto que ya la tela y plaça no cabía de innumerables gentes.

A los barcones de palacio salieron todas aquellas princesas con hermosísimas libreas y adereços, y ellas con tanta hermosura que pusieron admiración a todos los circunstantes; especialmente la hermosa Casiana, que era cierto estremado su donaire y vrioso garbo. Salieron ella y Ursina y la bella mora Jarilda de una misma librea, que fueron ropas sayas de brocado encarnado, labrado de unas flores de plata de martillo con los peçones de esmeraldas. Y llebaron unos tocados turcos graciosísimos y con mil laços echos de sus hermosísimos cabellos, asidos los nudos con diferentes <sup>[f. 106v]</sup> piedras preciosas.

Y las dos hermanas Camisina y Cadianisa salieron vestidas de sus colores a lo pérsico, estramadamente de vien echo el bestido y la tela del brocado estremada y curiosa. No sacaron tocado alguno, sino solo con una cintilla encarnada tocado el cabello y sobre la frente, donde habiendo dado cuatro bueltas el cabello se venía a rematar, se anudaba con una hermosísima punta de diamante metida en el medio de un floroncillo de oro embutido de ámbar, estremadamente labrado. Y al cuello sendas bandas de red de oro, entretextadas por ellas sendas menudas cadenillas, llebando por colgantes sendos curiosísimos joyeles que sus amantes les habían dado.

La hermosa y valerosa venebentana princessa salió aquel día vestida del mismo hávito y color que la balerosa reina Caribdiana. Y, por hacerle onra y porque ella lo merecía, la sacó aquel día la Reina de la mano, llebando delante de sí aquel hermosísimo ejército de ángeles. Estas reinas, pues, y princesas se pusieron en los barcones de palacio, y ya estaba la plaça llena de innumerables gentes. Y entonces entraron los dos caballeros Feridano y Ardonisso en dos muy hermosos caballos, adereçados a la gineta<sup>cclxvii</sup> con ricos caparaçones de sus colores: qu'el uno era pardo y plata, y el otro blanco y negro y oro y encarnado. Iban con grigiescos y media, con unas

botillas turcas baxas de varias labores sembradas de infinita pedrería. Y llevaban pectos y espaldares y guardabraços y vraçetes, mas no quijotes ni grebas ni celadas ni manoplas. Y por las golas se les veían los cabeçones de las camisas de panarejo, admirablemente echos, y de la misma echura los puños. Y en las cabeças sendos morrionzillos, el uno de brocado negro y el otro de brocado pardo, aforrados en tela de plata, tomadas las puntas con unos zafiros y sendas garcetas puestos en ellos; y ellos muy encaxados en la frente, un poquito torcidos hacia el lado derecho.

Llebaban embraçadas sendas rodelas de oro hermosísimas en que llevaban las armas sobredichas y la dibissa de la Fortuna, y en el medio de ellas puestos los carteles. El de Feridano decía:

Podrán salir a justar  
todos los que arnés bistieren.

Y si an de pelear,  
cualquier arma que quisieren  
podrán al campo sacar:

lança, espada y puñal,  
maça, alfange, jara o dardo  
sin que le parezca mal,  
porque sepan que me ardo  
en el fuego que Aníbal.

El de Ardoniso decía<sup>cclxviii</sup>:

Solo pido que s'ajuste

el que quisiere justar

para poder azertar.

Estas dos rodela y carteles sacaron aquellos caballeros y, haviendo pasado sendas parejas y muy vien, los pusieron en un padrón de zendrada plata que en la una testera de la plaça estaba. Y en acabándolas de poner sacaron dos toros y, después que ubieron regocijado la plaça un poquito, el baleroso Feridano se llegó al un toro. Y, sacando el pie del estribo<sup>cclxix</sup>, aunque iba desarmado le dio tal puntapié en los mujos<sup>716</sup> que, quebrantándole los dientes y undiéndole las medias quixadas, le hizo ir dando temerosos vramidos y vertiendo sangre por las narices y boca. Y, yendo la plaça adelante, Ardoniso alanceó otro con buena gracia, dejándole clabado por la nuca, cosido con la lança por el ojuelo.

Otro par de leones soltaron, con los cuales y con un par de toros ubo un rato de regocixo en la plaça. Y ya serían las cinco de la tarde, por lo cual aquella tarde toda se pasó en estas fiestas, quedando la justa aplaçada para otro día; para la cual ya estaban muchos príncipes y caballeros, así de los cortesanos como de los estrangeros, aparejados<sup>[f. 107r]</sup> y deseosos de se combatir con los príncipes Feridano y Ardoniso.

Benida pues la mañá muy de mañana, ubo algunas invenciones de a caballo con mucha música y estremados adereços y graciosas máscaras, con las cuales hicieron dejar las sábanas a más de dos mozuelas que no parecieron mal así arrebuxadas y somnolientas a las ventanas. Venido el mediodía, començaron a salir en diferentes cuadrillas, con muy galanas y costosas libreas<sup>cclxx</sup>, caballeros de una y otra parte del pueblo, passando a caballo cada uno por donde entendía que había de recibir más gusto viendo y que le mirasen.

A la una ya estaba la plaça llena de aventureros, siendo de la banda de Feridano y Ardoniso todos los estrangeros y de la de Polimbiano, infante de España, todos los

---

<sup>716</sup> *Mujo*: Encontramos en el manuscrito por dos veces la forma *mujo* como equivalente de *muslo*, que con gran probabilidad responde a una variante dialectal desconocida para nosotros también procedente del latín *muscŭlus*.

cortezanos. Mas aquel día sacó Polinviano enzima de unas armas o lanças, que sacó orladas de oro y ruvíes, una banda de red de oro en la cual llebaba descansando el braço (que tres o cuatro días havía que baxando una escalera havía resbalado y torcídose el braço y aún no le tenía para poder justar). El escudo sacó embraçado, en el cual sacó por dibisa una corona de emperatriz, puesta sobre una peña, echa de oro y diamantes, y la letra decía: «Es digna». Entendiose que por amor de la hermosa Dignapitussa, princesa de Vitinia, única hija del emperador de Vitinia, havía sacado aquella dibissa. El paremento y manga sacó de brocado naranxado, todo sembrado de topacios y de menudísima y muy fina aljófar, echos por sobre el brocado unos vien curiosos laços. Y esta librea sacó toda su cuadrilla, que fueron doce caballeros; aunqu' este día no justaron estos caballeros por estar el príncipe impedido por la ocasión que emos dicho.

Mas pússosse<sup>cclxxi</sup> en el puesto un caballero cortezano llamado Agrimador el Desemejado, porque era una de las feas criaturas qu' en todo aquellos reinos se allaba y juntamente con esto tenía una condición endemoniada; aunque fuera d' esto era un caballero entremetido y diabólico, muy arrogante y sobervio y, por esto, temido de los príncipes y amado de alguna xentecilla baxa<sup>cclxxii</sup>. Este traía unas secretas enemistades muchos días havía con los príncipes Feridano y Ardonisso. Y, así, con unas armas amarillas orladas de plata muy cuajadas de perlas orientales (hermosísimas y ricas las armas, aunque de aquel color desesperado), llebando el paramento de brocado y perlas, sacó por dibisa en el escudo la Tiranía con una corona de emperatriz puniendo el un pie sobre el mundo, y la letra decía: «Aunque por fuerça, mandas»<sup>717</sup>. Toda su cuadrilla sacó la misma librea, y muy arrogante y sobervio dio una buelta por la plaça, presumiendo (con tener un jesto de un demonio) de galán más que si fuera un narcisso.

Y, puesto en el puesto, antes que se hiciesse señal por el trompeta, algunos de aquellos caballeros pasaron algunas parejas y muy vien. Polinviano y otro primo suyo pasaron una carrera estremadamente y echaron un puñado de cedulillas<sup>cclxxiii</sup>; algunas de ellas se coxieron, y una de Polinviano<sup>718</sup> que a manos de aquellas princesas vino decía:

---

<sup>717</sup> **Ap. marg.:** «Pierio, lib. 4». Pierio Valeriano, *Hieroglyphica* (1557).

<sup>718</sup> **Ap. marg.:** «Jheronim[us] Ruscelus». Jerónimo Ruscelli, *Le Impresse Illustri* (1566). La apostilla se encuentra guillotizada.

Aunque solo pena y muerte  
se allan por premio (de allar)  
es vien no dejar de amar.

Otra decía:

El asiento del amor  
es el pecho con nobleça  
y el desamar es baxeça.

Y otra decía:

Es impropio aborrecer  
al hombre qu'es virtuoso  
y esle propio al qu'es vicioso.

Otras muchas echaron aquellos caballeros llenas de verdad y cortesanía. Luego salió el arrogante Agrimador el Desemejado y pasó muy bellacamente su carrera (aunqu'él bien pensó que ninguno le igualaba), y arroxó también sus papeletas. Y dos o tres que vinieron a manos <sup>[f. 107v]</sup> de aquellas princessas, las cuales leyéndolas la primera decía:

A quien me amare, amaré,  
que lo demás es locura  
pues que me sobra ventura.

—A lo menos —dijo Areusina, que fue la que <a> aquellas princesas leyó la letra— si bos fuérades mi galán, sobrâraos ventrada<sup>719</sup>, que no merecen otra cossa esas endiabladas y secas quixadas.

---

<sup>719</sup> *Ventrada*: Areusina hace aquí referencia al refrán: «Unos han ventura y otros han ventrada»; del cual dice Correas: «aquí “ventrada” es enfático, contrapuesto a “ventura”» (pág. 802). Por su parte, Sebastián

Y otra que leyó Ursina decía:

No se me entonen las damas

que yo soy tan artero

que las rindo con dinero.

–¡Y de puta! ¡Y qué jentil majadero debe de ser el galán! ¿Y a qué fregonas á él rendido con dádibas? ¡Que tales deben de ser ellas! Y bautícalas con nombre de damas el pícaro, ¡y deben de ser otras tales como él! Ruin sea yo si no é de decir al príncipe Ofrasio, mi señor, que no consienta qu’este sobervio ande por aquí haciendo ginetadas.

Ya a este tiempo estaba toda la plaça quieta y sosegada, començó a sonar una alta italiana inzitadora de la guerra, al son de la cual los dos caballeros parten cual negros torvellinos de contrarios vientos agitados. Y, en medio de la carrera, Agrimador el Desemejado encontró a Feridano en medio de los pechos, quebrando allí en menudas pieças la lança; mas él fue herido con tanta pujança del baleroso braço de Feridano que fue un vuen pedaço rodando y trabucando por el arena, y indo también rebolcándose con él el caballo. Y allá medio quebradas las costillas y todo estropado le uvieron de sacar de la plaça, con mucha risa y contento de todas aquellas princesas; que aunque alguna gentecilla de poco más a menos le quería bien, toda la gente principal y no rendida a pasión o interés ninguna pía afición le tenían, por su sobervia y inchaçón y aquel (por ser tenido en algo) procurar con astucia y malas palabras abatir a los otros.

No hiço más mudança Feridano en el caballo que si nunca tal encuentro uviera echo, y no conoció al adversario, que si le conociera, sin duda se entiende de su furor cuando estaba enoxado que, allí debaxo de los pies del caballo, a acoces y puntillaços le acabara la vida. Al fin, a la justa sal[i]eron otros cuatro caballeros, a los cuales de la misma manera sucedió que al primero. Y, dando los premios, su compañero Ardoniso le llebó en la punta de una lança y diéronsele a una dama muy hermosa, sobrina del rey de

---

de Horozco también lo glosa, diciendo: «No ay que dudar sino que en este mundo unos han ventura que medran y alcançan todo lo que quieren. Y otros han malaventura y nunca alcançan sino trabajos y desastres» (*Teatro universal de los proverbios* Ed. José Luis Alonso Hernández. Salamanca. Universidad. 2005, págs. 307-308).

España, llamada Alberta de Castilla. El premio era un anillo de echura de víbora y tenía en la boca una carbunco, estremada pieça<sup>720</sup>, porque aunque no era muy grande era finísimo. Y cuando se le llegó a dar Ardoniso, le dixo:

–Sírvase vuestra grandeça de recibir esse anillo de mano de [a]quel caballero y, perdonando el atrevimiento de los dos, nos reciba vuestra grandeça debaxo de su amparo como a verdaderos basallos y servidores.

–Mucha libertad es essa, amigos, desear comunidad. Mas [a] essa petición respondo el sí y que oy paseréis entre otros caballeros de mi cassa.

–Aun esso es mucha felicidad –dixo Ardoniso–, hermosa princesa, que pues somos tantos tendremos el trabaxo repartido.

–No, que para esso –dixo la dama– el remedio será que del trabaxo se os dará el todo y de la gloria ni aun parte.

–Imposible es –dixo Ardoniso– no estar gloria en los trabaxos que por buestra hermosura se padecieren.

Con esto, no hablaron más, porque era ya mucha la gente. Y, así, con muchos instrumentos de música fueron a sus posadas todos aquellos caballeros, haviéndose publicado que a la noche habría sarao unibersal de todas aquellas damas (que muchas había y muy hermosas, y caballeros moços cortesanos por casar había una caterba de ellos, todos moquelos de muy buenas esperanças).

Con esto, a la noche se adereçó la sala, puniendo el estrado de la Reina y princesas y el de las damas y las sillas para los caballeros, con todo lo demás que fue menester. La cena se acabó a las nueve y media o antes <sup>[f. 108r]</sup>, y luego se encendieron en la sala doce achas de zera blanca en doce hermosos acheros de oro, admirablemente ovrados, que unos braços tanvién echos de oro tenían en las manos, y estaban los vrazos metidos en la pared con sus goznes de suerte que no ocupaban nada el suelo de la sala. Ella estaba entapiçada de una tapicería de vrocado encarn[a]do, todo alcachofado de alcachofas de plata y perlas, y con las luces de las achas lucía muy vien, y estaba muy

---

<sup>720</sup> Ap. marg.: «Machrobi, lib.7; Plinio, lib. 33, c.1. et lib. 9, cap. 39; Titus Libius, *Década 3*».



alegre con aquellas colores toda la sala. El estrado de la Reina era supervísimo y estaba admirablemente adereçado, y el de las damas era muy galán y lucido.

Entraron, pues, en el sar[a]jo como a las diez o antes de la noche. Y lo primero los músicos lo hicieron estremadamente, saliendo tres los primeros con una biuela y un discante y una guitarra, tres estremadas boces: un simple y un contraalto y un tenor que llebaba los baxos, estremada boz. Estos entraron tañendo una tonadilla muy buena, y la letra decía:

¡O, qué buena es la presencia,

con ella todo se alcança!

Mas el olbido y mudança

son propios males de ausencia.

Esta letrilla con su glosa –que Nictemeno no sé porqué no la puso– cantaron aquellos cantores estr[e]madamente, tiniendo muy suspensos y contentos a todos los de la sala. Luego cantaron un romanze viexo de Cipión Africano y otro del tuerto Aníbal muy vien cantados.

Con esto, se començó la conversación entre tanto que se hacía ora de començar las danças. La hermosa Alberta de Castilla, qu'estaba sentada junto a la princesa Cadianisa su prima (la cual estaba parlando con el príncipe Lucesildo), reconoció a Ardoniso, porque su compañero Feridano estaba hablando con la princesa de Escocia, llamada Silena, hermosísima estrañamente aunque ya era viuda (que con dos príncipes havía sido casada, haviéndose goçado con el uno y con el otro poquíssimo tiempo, y tenía dos doncelitos hijos, herederos de lo estados de los príncipes sus maridos: el uno llamado Luposidano y el otro el baleroso Ludovico). Estos aún entonces eran muy niños, mas después vinieron a ser muy balerosos caballeros como la istoria os lo dirá, haciendo memoria de sus grandes echos.

Pues como la hermosa princesa Alverta conociesse a Ardoniso (y él estaba junto al estrado, con aquél su hávito de vrocado blanco alcachofado de piñas negras orladas de oro) y le vio qu'estaba mirando con atención a todos los de la sala, le dixo:

–¡A, caballero!, ¿qué miráis? ¿No beis qu'es enfado ser los caballeros tan notadores?

–Por ser, mi señora –dixo Ardoniso–, notado de vuestra grandeça notaba que vuestra grandeça me notaba.

–Pues no tengo yo por muy acertado –dixo Alberta– que gusten los caballeros de ser notados.

–Pues yo tengo por mucha felicidad qu'el notarme aya sido ocasión de que se me aya echo esta merced.

Y, diciendo esto, llegose a hablar con la princesa de suerte que se podían oír sin ser oídos. Y Ardoniso le dixo:

–Suplico a vuestra grandeça me diga qu'es la causa que siendo las damas todo el bien que se puede desear y siendo de essencia del bien el ser comunicable, ¿por qué son tan avaras en la comunicación de aquellos divinos vienes que en tanta abundancia Dios y naturaleza las tienen [en]riquecidas, siendo en este caso tan avarientas que aun un dulce mirar no quieren comunicar con los que las adoran?

–La raçón, señor caballero –dijo la princesa–, por no dar en el otro extremo contrario de ser pródigas.

–Pues, ¿y cómo, mi señora? ¿Y es de fuerça que anden las damas por los extremos? ¿Y por qué no usarán de los buenos medios?

–¿Por qué, caballero? –dijo la princesa–. Porque esse medio suele ser el *medio* para venir a los extremos, porque los caballeros de nuestro tiempo son como el billano, que les dan el pie y se toman la mano.

–Antes, mi señora –dijo Ardoniso–, andan al rebés, que les dan la mano <sup>[f. 108v]</sup> y procuran tomar el pie.

–Sea esso o eso otro –dixo la princesa–, al fin es querer tomar más de lo que les dan.

–Pues esso no me parece a mí –dijo Ardoniso– qu’ es herrar, sino antes obligarse más al servicio de aquella dama de la cual procuran recibir tanta merced.

–Si el corazón noble –dixo la princesa– usase de essa nobleça, verdad es la obligación. Pero si se quieren obligar sin intención de pagar en la misma moneda, razón es qu’ el tesoro de la boluntad manifestado por obras con cautela sea guardado. Y más el corazón de una dama, cuya escelencia es de nobleça tanta que al que ama rinde las potencias de suerte que después tiene por libertad la esclabonía, y lígase tanto con los laços de la nobleça que después no sabe tener la rienda al rendimiento. Y esta es la razón por que tanto se detienen, y pluviessse a Dios, señor, que aún más se detuviessen.

–Quien da presto –dixo Ardoniso– dicen que da dos beces, y que «lo demasiadamente procurado ya como merecido se estima en menos», por lo cual me parece a mí que «antes perder que ganar el detenimiento».

–«Quien presto se arroxa, presto se arrepiente» –dijo la princesa.

–Y «quien adelante no mira, atrás se alla».

–Y «más bale maduro consexo que repentino arroxamiento». Y a esto aludió aquella rémora y saeta que los griegos pintaban diciendo: «Date prisa despacio».

–Pues verdad es –dijo Ardoniso–, mas a mi parecer ase de esponer: «Date prisa en hacer mercedes y si ubieres de injurial <a> alguno, detente mucho primero que lo hagas». Y esto querían dar a entender los egipcios que al bien ponían sobre una águila y al mal sobre una tartuga o galápago<sup>721</sup>.

–Mucho me huelgo –dixo la princesa–, que os habéis condenado bos mismo por vuestra propia boca; pues si el mal á de andar en pies de tartugas, ved cuánta razón tienen las damas de detenerse en hacer cosa no solo que sea mala, pero que ni aun parecerlo pueda.

---

<sup>721</sup> **Ap. marg.:** «*Pierius et aligat autores antiquos*». La apostilla hace referencia nuevamente a Pierio Valeriano; de otro lado, creemos que *aligat* debe entenderse como error de copia por *aliquot*.

–¿Qué cosa que sea mala puede venir de unos tan hermosísimos ojos como esos? –dijo Ardoniso–. ¿O qué pronunciarán esos labios que no sea gloria y vienaventurança?

–Essa raçoncilla –dijo la princesa– a fe qu'es del común de los confesores.

–No será, mi señora –dijo Ardoniso–, sino de los mártires de vuestra hermosura, que a todos les conviene el reconocimiento de vuestra perfección y el morir reconociendo que no llega el balor del suelo solo a poner en tan buen estado sus pensamientos.

–Pues aí beremos un mártir y sin gloria –dijo la princesa.

–Eso no, mi señora, que la gloria o el premio dale aquél por quien se muere, y así vos daréis essa vienaventurança; pues es llano que este tal no será mártir de Dios, sino vuestro.

–Aora bien –dijo la princesa–, ¿y vos querríades padecer esse género de martirio?

–Si pensase quedar después en el calendario de vuestros escogidos, de buena gana tomaría la muerte –dijo Ardoniso.

–Aora pues, véaos yo dedicado a este amoroso sacrificio, que después «Dios dijo lo que será»<sup>722</sup>.

–Pues, ¿y cómo, mi señora? ¿La muerte queréis que padezca y aun la esperança del premio no me queréis poner delante?

–Aora andad –dijo la princesa–, que no quedan las buenas obras sin pago.

En esto ya se ponían en concierto, porque salió a dançar el príncipe Lucesildo de Normandía y lo hizo estremadamente. Luego dançaron otros príncipes, mas hiciéronlo estremadamente Feridano y Ardoniso; Ardoniso en lo de dançar havia pocos o ninguno

---

<sup>722</sup> *Dios dijo lo que será*: Se trata de un conocido refrán, recogido por Correas: «Dios dijo lo que será (o Sabe Dios lo que será) y tiene determinado» (pág. 230).

que le llebasen bentaxa en su tiempo. Acabada la dança y la música se acabó el sarao, indo acompañando aquellos caballeros a los príncipes asta dexarlos en sus posadas. El príncipe veneventano los hiço probeer con grandísima avundancia de todos los regalos que se pudieren haber, andando tan probeído todo en su palacio como en la casa del mayor príncipe que ubiesse en la cristiandad.

Muchas fiestas ubo algunos días en la corte, en lo cuales Feridano lo hiço en armas estremadamente y Ardoniso no justó sino solas dos beces, mas essas le sucedió venturosamente. Un día, viniendo de palacio de noche (serían como entre las doce y la una) de hablar con unas <sup>[f. 109r]</sup> damas, les sucedió que al pasar por una esquina los estaban aguardando como asta catorce caballeros muy vien armados, y Feridano y Ardoniso solo traían sus escudos y espadas y unas cofias de acero en los morriones. Pues, como biniesen a igualar los unos con los otros, los que estaban en la esquina dijeron:

—¿Quién ba?

—¡El diablo! —dijo Feridano, que era así vrioso y colérico.

Mas como los caballeros le conocieron en la bos, todos catorce echan mano a las espadas para a traición y como alebes matar a los dos príncipes. Mas puniendo Feridano mano a la espada, al primero que se le puso delante le arroxa un altibaxo que, endido asta la cinta, palpitando las entrañas, le hiço caer en tierra y el alma la envió a los infiernos como su traición merecía<sup>cclxxiv</sup>. Ardoniso de una diestra estocada clabó a otro el pecho, mas como los traidores eran tantos y venían tan bien armados en mucha necesidad y priessa ponían a los compañeros; aunque ya de los catorce tenían los cinco en el suelo. Porque Feridano andaba tan furioso que más parecía furia infernal que hombre humano, porque apenas acertaba golpe que no dibidiesse un caballero en dos partes.

Lo que d'esta rebuelta sucedió con otras cosas savréis en otro capítulo, agora quiérome ir un rato con Taurisa y Belisandra, que se están en la isla de Corneria aguardándome.

### **Capítulo 3. De lo que Belisandra contó a sus compañeras de la istoria de Galianisandro y Corneria y de otras cosas tocantes a la istoria.**

En la casa de campo se quedaron a dormir la hermosa Taurisa y Belisandra, y como era ya la primavera hacía una muy hermosa luna. Después que ubieron Libertina y Verarda adereçado la cena y echo las camas, a un hermoso corredor que sobre un arroyo caía se salieron. Y, tiniendo muy arropadito al niño en los braços Belisandra, todas se juntaron alrededor de ella, y Libertina dijo:

–Aora, por cierto, mis señoras, cosa estraña es qué pocas beces hacemos memoria d’esta solitaria vida que padecemos. Y es cierto que (lo que Dios no quiera) si alguna de nosotras estuviesse enferma o se muriesse, ¿qué havíamos de hacer? Más, ¿qué haría –dijo– si todas nos muriésemos la postrera que quedasse?

–Aora no tratemos en esso –dixo Belisandra–; mas la soledad que padecemos no es nueva ni ay para qué hacer agora tanto caudal de una cosa tan común, así entre hombres como entre mugeres: el apartarse del consorcio humano por diferentes fines. ¿Cuántos hombres leemos, así gentiles como judíos, así políticos como bárbaros, que, dexada la combersación humana, solo por la contemplación de las <e>sciencias y filosofía se apartaron del consorcio humano muchos años? ¿Y cuántas vírgines bestales y otras mugeres, aun en la gentilidad, leemos haber dejado el consorcio de los hombres solo con deseo de agradar con la virginidad y solitaria vida a los diosses?

No trato en la sacrosanta religión cristiana, en la cual tantos santos, tantos ermitaños y monjes, tantas monjas, tantas santas penitentes, an havitado en los solitarios y incultibados montes solo por mejor darse a la contemplación y penitencia, y no con tanta abundancia de regalos ni combersación. Pues sabemos haber havido algunos d’estos anacoritas y ermitaños que no tenían otra compañía sino era de los leones y otras fieras, y por cama solo el suelo duro y sin avrigo, y por mantenimiento solas las yerbas del campo y al agua turbia de los arroyos, y por vestidura sola alguna cubierta (algunas veces echa de ojas de palmas). Y aun pasaba a más extremo, que, por amor de Dios (desnudo por nuestros pecados y pobre, puesto en una cruz) se venían a quedar desnudos, solo <sup>[f. 109v]</sup> con el cabello que como a salvajes por todo el cuerpo les nacía.

Pues, ¿qué diré –dixo Belisandra– del abstinencia que aun de las yerbas y el agua hacen, de la disciplina y rigor con que castigan sus cuerpos, de las muchas lágrimas con que de ordinario mezclan su comida, de aquella ferviente oración en que están la mayor parte del día y de la noche, aun no concediendo tiempo a su penitente cuerpo para que duerman?<sup>723</sup> Y esto también lo an pasado delicadas mugeres como hombres robustos: aquella apostólica y penitente Madalena, la hermosa moza egipciaca y otro infinito número de santas religiosas y penitentes; que más parece que fueron aquellas heroicas obras para poner admiración y loar a Dios en sus santos que<sup>cclxxv</sup> para imitación de ellas, por haber sido tan estremadas y herborosas. Así qu'esta nuestra no se puede llamar soledad, sino regalado apartamiento de las cosas del siglo y de sus pesadumbres; quanto mas que quanto faltase todo esto, bástanos saber que «donde fuerça ay, derecho se pierde»<sup>724</sup> y qu'es discreción «hacer de la fuerça virtud» y «ancho coraçón en la forçosa pena».

–¡Bálame Dios, señora prima –dijo Taurissa–, y qué gran predicadora está! Parece que á querido predicar el sermón de san Pablo, el primer ermitaño, el de sant Antón o el de Onofre o otros santos eremitas. Y en mi ánima que <a> Acursia que le benían ya las lágrimas a los ojos. A fe que tiene una vuenta parte para predicadora, que muebe ola, ola, y en mi berdad que se herboriçaba. De aquí adelante, señora prima, lo que á de hacer es irse a la iglesia y predicarnos a mí y a estas pecadorcitas un rato y escribir algunos puntillos o bocadillos de sermones. Y cuando bamos a España, verá qué ganamos de dineros dándolos a trasladar <a> algunos de aquellos oziosos letrados que por no bello en los libros anda[n] como machos de recueros cargados de rezmas de papel de una feria en otra.

–Aora, señora prima, disimuladamente no murmure, que parece que sale un poquito a Marcial; que todo es bueno y poco más se me da «dame del pan» que «del pan

---

<sup>723</sup> **Ap. marg.:** «S. Juan Clímaco; S. Jerónimo, *De viris illustribus*».

<sup>724</sup> *donde fuerça ay, derecho se pierde*: Se trata de un conocido refrán, recogido por Correas (pág. 239), y empleado por el soldado de *La guarda cuidadosa* al fin del entremés: «Acepto: *Que, donde hay fuerza de hecho, / se pierde cualquier derecho*» (Miguel de Cervantes. *Entremeses*. Ed. Javier Huerta Calvo. Madrid. Edaf. 1997, pág. 141).

me da», haga cuenta que todos son libros. Mas dejémonos esso, a fe –dixo Belisandra–, y tratemos en otra cosa o materia que nos dé contento y no acarree escrúpulo.

–Así lo quiero yo –dijo Taurissa–, y estrañamente deseo acabar de saber la istoria de Galianisandro y Corneria, porque a fe que iba muy buena y más con la estremada gracia con que vuestra grandeça la cuenta.

–Aora bien –dixo Belisandra–, que mi gracia solo es desear tenella para servir a vuestra grandeça y agradar a estas niñas. Pero... ¿en qué quedamos?

–En cuando Corneria dio de cenar a su amante. Y no contó vuestra grandeça la cena, aunque dijo que había havido en ella muy buenos dichos.

–Buena memoria tiene vuestra grandeça –dixo Belisandra–. Acabado pues de cenar<sup>cclxxvi</sup>, aunque ya era vien tarde, la enamorada Corneria tenía ya adereçada la cuadra y cama a Galianisandro como convenía. Y, tomando ella (sin que ninguna persona de cassa estuviesse presente) el candelero para haber de entrar en la cuadra, Galianisandro se le tomó de la mano pasando entre ellos una amorosa cuestioncilla o riña sobre cuál havía de hacer aquel oficio. Al fin, con esto, fueron a entrar por la puerta, dice la istoria, de una cuadra, y allí, puesto el candelero en tierra, en dos poyos de una ventana se sentaron. Y Galianisandro en amor desecho, a Corneria, que no en menor fuego qu'él ardía, le dixo con tiernos labios estas palabras: «Dulcísimo vien mío, dulce esposa, dulce descanso d'esta esclaba ánima, ¿a quién pensáis, mi bien, qu'el pensamiento, la boluntad y memoria están rendidos, sino a esos hermosísimos ojos vuestros? ¡Déjame vesarte los ojos, alma mía!». Y, con esto, llega los labios a los ojos bellos y ellos con la ternura se humedecen, y aquel salado humorcillo con la lengua y con tiernísimo amor le está cogiendo el amante. Y medio titubeando le decía: «¡Ay, mi bien! ¡Ay, mis ojos! ¡Que me muero!».

–Pasito, pasito, prima –dijo Taurissa–, que en mi ánima que le é miedo si á de pasar con el cuento adelante. ¡Mire, mire –dixo riyendo– cuál está Libertina!

Y, como todas bolbieron los ojos, ella medio corridilla puso un lienço sobre el rostro y labios y dixo:



–¡Bálame Dios, mi señora! ¿Y qué más tengo yo que las demás? Esto no fue sino que é traído oy un cristal en la boca por causa de la sed y ame humedecido demasiadamente los labios. Cuánto más que qué mucho fuera que a tan dulcísimo azúcar como mi señora Belisandra trae en la boca se nos hinchán a nosotras de agua. Pues a fe –dixo como medio vengándose– que no á menester vuestra grandęa zaragotona o ziruelas pasas ni gran[a]da para mojar la boca, que tantas perlas se an destilado de ella como agua de la mía.

–¿Qué dixo? –dijo Taurisa–. ¿Qué fue aquello de *la mía*?

–De mi <sup>[f. 110r]</sup> boca digo, mi señora. No note vuestra grandęa tanto las palabras y si las notare oiga vien, que yo en *a* acabé.

–Pues, ¿y cómo? –dijo con mucha disimulación Belisandra a Taurisa–, ¿y en una letra se pone vuestra grandęa con sus amigas? ¡No tiene raçón!

–Aora, ¡bálame Dios –dixo Acursia–, mi señora Taurisa! ¿Y qué hace vuestra grandęa de cortar el ilo a la istoria? ¡Aora que íbamos en lo mejor se le antoxó de hacer paussa!

–¿Queréis que os diga la verdad? –dijo Taurisa–. Pues a fe que lo hice porque me pareció que si así iba, que antes de mucho havíamos de ver a Corneria, cual dicen, *dueña*. Y de pura lástima, y vien sé yo por qué, quise que mi señora prima pasase aquello por conmemoración, porque mal pecado [...] <sup>cclxxvii</sup>. Más es ya el día de oy menester desenseñar estas cosas que decillas.

–Pues de veras –dijo Belisandra– que yo me tenía essa intención y que no pensaba hablar ya más en aquel capítulo, aunque cierto el historiador le puso muy al natural lo que asta la mañana pasaron.

–¡Ay, dígalo vuestra grandęa! –dixo Esmerilda–. ¿An bisto? ¡Lo mejor se dexan!

–¡En mi ánima, raçón tiene Esmerilda! –dixo Acursia.

–Aora, al fin <sup>cclxxviii</sup> –dixo Belisandra–, venida la mañana (vien presto para los dos amantes, que mil beces el azelerado curso del cielo maldijeron), con estremada gracia

dice la istoria que dixo Corneria, co[mo] medio despereçándose y dormida: «¿Quién me trujo a mí aquí con este rapaz que tan desasosegada me á echo estar toda la noche?».

–Sí, callemos –dixo Taurisa–, en mi ánima, que se á despereçado Verarda y miren cómo se le abre la boca <a> Acursia.

–En buena fe, por agora –dixo Acursia– mejor fuera que vuestra grandeça la tuviera cerrada. ¡Escuche, por amor de Dios, que va muy lindo el cuento!

–Pues, como esto dixo<sup>cclxxix</sup> –dixo Belisandra–, ¡ya beis lo que sentiría el pecho y coraçón de aquel su amante! En los braços buelbe a recibir su amiga y con amorosas palabras y dulcísima conversación un rato la entretiene. Después cuenta la istoria que, con esta dulce vida, aumentándose cada día el amor en el pecho de los dos amantes vino a tanto crecimiento que todo lo que no era goçar el uno del otro los amoinaba, cansaba y daba pena. Y así entre ellos determinaron una estraña cosa: y fue que Galianisandro tenía noticia d'esta isla (y aun dicen que la jurisdicción de ella le pertenecía) y por su gran saber alcanzó cómo podía remediar lo de las abes venenosas que esta isla buelben inhavitable, y con su Corneria trató que a ella se viniessen. Ella, que ninguna otra cosa más deseaba qu'el poder goçar de su amante sin zozobra, no solo lo consintió, mas pidió que luego se pusiese por obra, que para ella sería sumo contentamiento. Cuatro naos hizo adereçar Galianisandro en las cuales puso todo lo que le pareció ser conviniente y, quando ya lo tubo todo aparexado, con su dulcísima Corneria se envarcó para la isla.

¡O! –dixo Belisandra–, ber cómo el istoriador cuenta esto y cómo se adereçó aquella pequeña flota (la gente que en ella venía, la gallardía de Corneria, su hábito, su discreción, la conversación que en la nao con su amante truxo...) cierto es linda historia; mas yo cuéntola así en suma. Al fin, venidos a esta isla, en ella estuvieron cuatro años goçando la más dulce y amorosa vida que jamás se le<e> en istorias que amantes pasasen. Esto no ay [que] contar lo que es un libro entero de cuatro que tiene esta istoria, en el cual ninguna otra cosa trata sino los amores y las conversaciones qu'estos amantes pasaron, y cómo así cien mil beces como una juró Corneria con todos

los estrechos juramentos que se pueden pensar que jamás en su amor habría mudança, que jamás sería de otro aunque vibiese más que Banubis<sup>725</sup>, la sacerdotisa egipciana.

¡O!, qué de beces dice allí la istoria que dijo aquellos artes de Vergilio: «Y antes –dicen que decía– verás, mi bien, mudadas aquellas peñas y estar ardiendo todo esse mar i[n]sano antes que en mi amor alles mudança. Y antes esse estrellado cielo en menudas partes dibiso le verás venirse abaxo antes qu’estos tus enamorados ojos a otros miren». «¿Cuyos son estos labios?», dicen que derretido en amor el pobre amante a Corneria preguntaba<sup>ccclxxx</sup>, medio medroso de lo que después sucedió. Y ella decía: «Tuyos son, mi señor<sup>ccclxxxii</sup>, son tuyos y tuyos serán eternamente»<sup>[f. 110v]</sup>.

¿Quién había de pensar que había de haber mudança en un tan tierno y berdadero amor jamás? ¿Quién había de pensar que no tenía ya aquí echado Fortuna el clabo de su inconstante rueda? Mas, ¡a! –dixo Belisandra–, ¡que era rueda Corneria y así no pudo estar constante en el amor primero! No dejo de afrentarme –tornó a decir Belisandra– qu’en una muger tan discreta y hermosa, de tanto balor y partes, se allase una tan conocida mudança, que por mucho que se dore cierto dio muchas muestras de poca firmeça.

–Pues, ¿qué fue? –dixo Taurisa–. ¡Qu’esto é deseado estrañamente saber!

–Fue el caso que en ciertas guerras que un príncipe hermano de Corneria, llamado Bolardo, tubo con otro llamado Neptalino, le dio de puñaladas y le mató. Este Neptalino tubo otro hermano llamado Alvaridano, el cual por sus mañas ordenó de suerte que tubo presso a Bolardo y juró que le había de hacer quemar bibe si Corneria no se casaba con él. No sé cómo esto se fue, al fin Corneria se determinó de dejar a Galianisandro y casarse con Albaridano, a costa de librar al hermano de aquella carcelería. Y, como lo pensó, así lo hiço.

–¿Qué, señora?– dixo Taurisa–. ¿Que dexó a Galianisandro por otro? ¡Calle, por amor de Dios! ¡No diga esso!

---

<sup>725</sup> *Banubis*: Entiéndase *Anubis*. Como sucederá en otros casos, ante la imposibilidad de probar que se trate de un error transpositivo (pudiendo deberse también a una error causado por un fallo de memoria o por una limitación cultural), nos decidimos por respetar la forma presente en el manuscrito, de acuerdo con nuestros criterios de edición (*vid.* 8.2).

–Digo verdad –dijo Belisandra– y qu’estubo casada con él asta que murió, y ubo d’él hijos.

–¡Calle, por la Pasión de Dios! ¡Maldita sea tan mala hembra y tan inconstante muger! –dijo Taurisa–. Mal me haga Dios si todas las mugeres que saben qué cosa es amor no havían de echarle mil maldiciones a muger tan mudable, ta[n] inconstante y de tan poco ser. ¿Y a essa á alabado vuestra grandeça de discreta?

–Sí –dixo Belisandra–, y una de las más del mundo.

–¿Cómo diablos? –dijo Taurisa.

–Aora escuche, escuche y no le echará tanta culpa. Sepa que por su gran saber havía alcançado no solo ella, mas también Galianisandro, que no podían ya durar sus amores mucho tiempo sino que se havía[n] de acabar y muy presto. Y ello por cosa cierta, que si los amores se acababan antes que ella se cassase que havía de morir ella y Galianisandro.

–¡Mira qué gentil escusa! –dixo Taurisa–. Pues muriera no una muerte, sino cien mil si tantas fuera menester.

–Mirá, ¿qué mucho hiciera de morir por su amante ella si muriera? –dijo Belisandra–. Mas por que vibiesse Galianisandro, del cual aunque muertas le quedaban algunas esperanças de poder goçar, por esto lo hacía.

–Tampoco me cuadra esso –dixo Taurisa–, porque si ella amara como havía de amar, vien echara de ver que era mayor tormento solo pensar Galianisandro que ella havía de estar por un momento en agenos braços qu’el morir setecientas muertes; porque no puedo yo imaginar mayor martirio qu’el casársele a uno aquella que tiene por solo último fin de su contento.

–Sin duda –dixo Belisandra– es grabísimo tormento, pero ablando la berdad, el mayor de todos es la muerte, pues después d’él no quedan esperanças para poderse cobrar nada de aquel todo que entonces se pierde. Y más muertes por intereses mundanos; aora sean de amor, aora de cualquier otra cossa. Y así no podemos dejar de atribuir a mucha discr[e]ción a Corneria el haber redimido la vida de su amante con el

prolixo y prolongado martirio que ella padecía en su ausencia y en el berse poseída de otro que su amante no fuesse.

–Aora calle, por amor de Dios, señora prima –dijo Taurisa–, no defienda un tan maldito echo y tan desamorado, ni llame discreción a la cobardía, ni amor al quererse ella estar con su marido y pobre de Galianisandro padeciendo. Maldito sea tan mal amor, pues ordenó quitarle la cosa amada y no solo esso, sino entregarse y de su propia boluntad a otro. Mal me haga Dios, si Gabianisandro fuera, si aunque la quisiera como a mí sino le diera d'estocadas.

–Aora, no tan colérica, señora prima, que yo le probaré con evidentes raçones que hiço conforme a raçón y no contra amor; aunque confieso que no lo hiço conforme a exceso de amor.

–¿Probar? –dijo Taurisa–. A buena fe aunque saliesse Carnéades de la boca del río, ni viniessen Demóstenes ni Platón ni aquel Catón con Serino con todos sus haces de romanos, no me probaren que ella no lo hiço muy baxamente y como muger mudable <sup>[f.</sup>  
<sup>111r]</sup> inconstante y para poco <sup>cclxxxii</sup>.

–Aora pues, yo no tengo las raçones tan bibas como esos que vuestra grandeça á dicho; mas, no negándome los principios, yo me ofrezco a cumplir lo que tengo dicho. Para lo cual este es primer principio en toda buena raçón natural y en verdad más que humana: que todo lo dará el hombre por su vida.

–¡Ta, ta! –dijo Taurisa–. ¡Que me aten si no tenía por fundamento lo qu'el diablo dixo a nuestro Señor hablando de Job! Mire prima, ya le é dicho que no predique, que no querría yo las damas ta[n] leídas.

–Aora pues, ¡sus!, dejémoslo –dixo Belisandra.

–¡No, no! No lo digo yo por esso; ma esso de autoridades digo que para istoria de amores que sean las menos que pudieren.

–Sí serán– dijo Belisandra–, que no serán sino las que no se pudieren escusar.

–Aora pues, adelante.

–Pues supuesta esta verdad, que lo más amado del hombre es la vida...

–¿Esa llama vuestra grandeza verdad? –dixo Taurisa–. Antes entiendo que ninguna cosa ay más falsa: más se quiere la onra y más se aman los amigos, pues por ellos se pone y da la vida, y aun el havello dixo la Suma Verdad que era el punto de de la caridad o amor. Pues a un amigo se llega <a> amar asta dar por él la vida, ¿por qué no será lo<sup>ccclxxxiii</sup> mismo en el amor recíproco de dos amantes? Y mucho más, pues es el amor más natural, más eficaz y tierno que no esse otro.

–El entregar la vida por el amigo –dixo Belisandra–, no digo yo qu'es cosa inusitada o que no se hace y experimenta; mas eso es decir que un amigo ama más a su amigo que no a sí, y esso no contradice a lo que yo digo. Porque si yo amo a mí, lo que más amo de mí (hablando de las texas abajo) es la vida, y si amo a mi amigo lo mismo le amo, qu'es la vida: querer yo más la vida de mi amigo que la mía no es no amar la vida, sino amar más una vida que otra. Pero, al fin, el objeto es vida, y así en mi proposición no ay que dudar, sino que lo que más se ama es la vida.

Pues, siendo esto así, Corneria estaba obligada en ser de verdadera amante a conserbar la vida de su amigo a todo rie[s]go; porque, al fin, «viva (dice el refrán) la gallina, aunque sea con su pepita». Y supuesto que no había otro medio humano para le conserbar la vida, aunque a ella<sup>ccclxxxiv</sup> le fue más duro medio que la muerte úbolo de hacer solo por conserbar la vida de su amante.

–Tampoco me concluye ni convence essa razón, porque si uno disgustasse de ser rey y lo tuviesse por pesadumbre, ningún amor le mostraría (sino antes odio) quien le diesse el reino. Pues esto es cosa llana: que quisiera antes Galianisandro padecer todos cuantos géneros de martirios se pudieran imaginar que no que se le concediera vida con un tan áspero medio y tan contrario a su contentamiento como fue casársele Corneria.

–Antes –dixo Belisandra– por esa misma razón pienso que queda mejor probado mi intento. Veamos, ¿no sería piadoso el çurujano que, aunque supiesse que había de padecer mucho el enfermo, con todo esso, a costa de conserbarle la vida le cortasse si fuesse menester la pierna o el brazo o cualquiera otra cosa que entendiesse combenir? ¿Y el médico que por conserbar la vida al enfermo le da la desabrida y amarga purga?

–No, mi señora –dijo Taurisa–, no corre la similitud a las parejas, que esso hácenlo por conserbar después la vida sin dolor; mas si fuesse dilatar la muerte, ¿sería piedad? Beamos, ¿cuál usa de más misericordia?, ¿el carnicero que de un golpe y con p[r]esteça corta la cabeça al delincuente o aquel que con una sierra y muy despacio se la estubiesse aserrando?

–Digo –dijo Velisandra– que si el último fin del carnicero fuesse conserbarle la vida, y no dilatarle el tormento, que cuanto más tardasse sería más piadoso.

–Esso no, en buena fe– dijo Verarda–, yo a lo menos de la opinión soy de mi señora Taurissa.

–Pues yo –dijo Esmerilda– más conforme a razón me parece la opinión de mi señora Belisandra.

Así, se repartieron en diversas opiniones, y sobre ello dijeron muy buenas cosas que por evitar prolixidad se dexan; el lector vea cuál de las dos opiniones tiene por más verdadera.

Ya qu'estuvieron cansadas de re[pe]tir sus razones, dijo Taurisa:

–Al fin, ¿qué hizo Galianisandro?

–¿Qué? –dixo Belisandra–. Estar más constante en su amor <sup>[f. 111v]</sup> que una roca y jamás mudar el pensamiento de su Corneria, y inchendo de suspiros y lágrimas estos balles. Asta que hiço aquella cueva que vimos qu'él llamó «de la Tristeça», y en ella, tan firme en su amor al fin como al principio, murió. Y esta es la istoria de Galianisandro y Corneria en zifra; que, como ella estaba, más tenía de docientas ojas.

–Él sí, señora prima, él supo amar –dijo Taurisa<sup>cclxxxv</sup>–, pues un tan exorbitante y inconstante echo no le mudó un punto del amor que a su Corneria tenía. Yo no puedo dejar de decir que mal aya muger tan mudable, y no solo no tengo por acertado lo que hiço, pero realmente la juzgo por muger de poco amor y verdad y de poca onra, pues estimó en tan poco la palabra que tantas veces tenía dada a su amante.

–Aora no bolbamos a la cuestión –dijo Belisandra–, bámonos <a> acostar que se hace tarde.

Y llevándose al niño en los brazos se fueron a dormir. D'esta manera estuvieron en la isla muchos días aquellas pastoras, solo entendiendo en las artes liberales, en las cuales todas eran perilísimas. Y tanto con la soledad y ejercicio aviba[ba]n los inxenos, qu'era cosa estraña lo que en todas las facultades<sup>cclxxxvi</sup> sabían.

A cabo de dos años que estaban en la isla, que ya el niño Mexiano de la Esperança andaba por su pie y tenía el más gracioso pico que se podía pensar, siendo los ojos y corazón de todas aquellas pastoras, especialmente de Belisandra, que era cosa estraña lo que le quería (y el niño a ella con particular ternura parecía que la amaba y gustaba de hacerle veinte jestos y monerías, y en no viéndola lloraba por que lo llebasen donde estaba; otras beces se enojaba y reñía con una gracia estraña, diciéndoles a aquellas señoras mil graciosas injurias, llamándolas mil nombres que aquella pueril edad inventa); pues un día, seis de mayo, dos años y dos meses después qu'el niño se había allado en el cofre, aquellas hermosas pastoras se quisieron ir a olgar un rato a la ribera.

Y así, muy hermosamente adereçadas, Taurisa bestida con una saya ropa de brocado pardo aforrado en tela de plata (y ella toda sembrada de hermosos diamantes y gruesas perlas orientales); puesto un pellico escacado de escaques pardos de hermosísimas martas cebellinas y armiños, distintos los cuadros con muchedumbre eniladas perlas orientales, y por disfraz un cayado de una mata de ébano en la mano<sup>726</sup>; llebando su hermosísima cabeça sin tocado alguno, sino solo echos de sus cabellos hermosísimos laços, tomadas las laçadas con algunos finos ruvíes estremados; llebando al cuello una banda de red de plata y aljófar muy vien obrada en que descansando llebaba la mano izquierda, indo jugando con la derecha en el cayado. Llebaba unas botillas antiguas de vrocado verde (con unos alamares de oro) muy bien echas, y por botones unas puntas de diamantes muy bien guarnecidas.

---

<sup>726</sup> **Ap. marg.:** «*El pastor de Arcadia*, lib. 2, c. 5; *El pastor de Fílida*, libr. 1». Cabe la posibilidad de que la primera referencia remita a la conocida e imitada obra de Sannazaro (*Arcadia*, 1504), si bien creemos más plausible interpretar que se trate del título completo de una obra de género pastoril desconocida para nosotros (*El pastor de Arcadia*). La segunda de las referencias, en cambio, alude inequívocamente a la obra en clave de Luis Gálvez de Montalvo, *El pastor de Fílida* (1582).



Y aquel día se fueron a caballo por razón de que temieron el calor y el cansancio, que como era mayo hacía ya algunos calorcillos. Llebó Libertina<sup>ccclxxxvii</sup> en brazos al niño muy bonito y muy bien adereçado, aunque con mantillelas, mas muy galancito y compuesto iba él, mucho mirando unos capotillos de brocado encarnado y aljófár que Belisandra le había echo. Y reían mucho con él, porque en preguntándole quién se los había dado luego respondía: «Ma maye»<sup>727</sup>, que así llamaba él a Belisandra.

Pues, como llegaron al puerto, aunque no hacía mucho viento había mucha tempestad y andaban las aguas muy gruesas, tanto que parecía quererlo undir todo y lebantaba las ondas tan altas que grandísimos montes parecía que venían de olas por el mar, cubriendo de blanca espumas las riberas. Y traía un ruido y un vramar que, si no era a boces, apenas se podían oír aquellas señoras unas a otras. Pues, como llegaron a una hermosa pradería que junto a la ribera estaba, detrás de unas peñas que allí estaban donde beían el mar y la tormenta, se sentaron, dexando ir a pacer por todo aquel campo a los caballos<sup>[f. 112r]</sup>. Y ellas començaron a hablar en diversas cosas.

Y Belisandra dixo a Taurissa:

–¿Sabe vuestra grandeça, señora prima, qué é soñado esta noche?

–¿Qué, mi señora? –dijo Taurisa.

–Soñaba –dixo Belisandra– que veía venir por esse mar dos bultos muy grandes, y que la tormenta los quebrantaba y deshacía. Y vi salir de en medio de los bultos dos leones, los cuales llegaron a esta nuestra ribera y, aunque estaban mansos y no nos

---

<sup>727</sup> *ma maye*: Por ‘mi madre’. Si bien *maye* es en la actualidad variante dialectal de *madre* en diversas zonas septentrionales, consideramos más bien que el autor trata aquí de imitar el habla infantil de los niños, empleando una voz con connotaciones afectivas y coloquiales que debía de ser de uso común, puesto que está recogida en el repertorio lexicográfico de Francisco del Rosal: «Como dice el niño a la madre» (*Origen y etimología de todos los vocablos...*, s.v. *maye*). Así, encontramos este vocablo en boca de diversos niños en la mojiganga *Los niños de la Rollona* y *lo que pasa en las calles* de Simón Aguado, coetánea a nuestra obra: «NIÑO 1º: ¡Mamá, mamá! / ROLLONA: Este es mi hijo. / ¿Dónde has estado, mi cielo? / NIÑO 1º: Maye, estuve en el figón / Entretenido. [...] NIÑO 2º: ¡Maye, maye! / ROLLONA: Este es el otro: / ¡bendiga Dios tales cuerpos! / NIÑO 2º: Maye, en la plaza me han dado / las fruteras pan y queso [...]» (Catalina Buezo. *La mojiganga dramática: de la fiesta al teatro*. 2ª ed. Kassel. Reichenberger. 2005, págs. 149 y 150).

hacían mal, soñaba que a vuestra grandeça y a mí con mucha sutileça nos sacaban los coraçones de los pechos y de ellos se mantenían y sustentaban<sup>728</sup>.

–Aora pues, mire, no lo digo<sup>cclxxxviii</sup> –dijo Taurisa–, señora prima, para que creamos en sueños, mas en mi alma que soñaba yo casi lo mismo; sola la diferencia es que yo soñaba que a los leones les comíamos los coraçones y que ellos se andaban vibos.

–No sé, en mi verdad –dixo Belisandra–, yo no creo en sueños, ni aun puedo llebar a paciencia que aya hombre o muger de entendimiento que en ellos crea; mas algunas becas así a caso cosas cierto suelen suceder estrañas.

Con esto, les pusieron de merendar. Y Belisandra, queriendo començar a merendar, vio venir al niño (que así un poquito estaba lejuelos) llorando y turbadillo. Y por venir corriendo cayó, y acudió luego a le levantar y a ver de lo que uía Libertina; la cual vio dos honvres desnudos casi en carnes, sino solo con dos andrajos de camisas...

Tené paciencia, que adelante os diré quién eran, porque deseo saber en qué pararon las guchilladas de Feridano.

#### **Capítulo 4. De lo que a Feridano y <a> Ardoniso su compañero sucedió la noche de las guchilladas, y de otras cosas tocantes a la istoria.**

En una esquina embueltos con diez y seis o diez y siete caballeros dejamos a Feridano y Ardoniso, andando ya Feridano como carnicero lobo entre mansas obejuelas o como sangriento león entre gamas o cabras montesas entre ellos, tiniendo ya derribados cuatro o cinco y andando tan coléricos y encendidos entre los demás que o morir ellos o no<sup>cclxxxix</sup> dejar a ninguno de los contrarios a vida. Con lo cual tanto en cólera, particularmente Feridano, se encendió, que dice Nictemeno qu'él mismo lo bio por sus propios ojos uno, a quien un rebés acertó, por los pecho dibidido en dos partes cual estatua de alabastro<sup>ccxc</sup> que solo de los pecho arriba representa, y otras tan fieras

---

<sup>728</sup> **Ap. marg.:** «Círculo: *De nigromanticis et sorti*, libr. 3, c. 7». Paolo Grillandi, *Tractatus de hereticis et sortilegiis* (1536).

heridas que dice que teme el describillas porque no se le an de cr<e>er por exceder a todas fuerças humanas.

Pues en poco rato fueron los enemigos vencidos y desbaratados, quedando onze tendidos sin figuras de hombres y haviéndose los otros escapado por las patas o por la ligereça de los pies, como dicen. Y cierto se mostraron arto más ligeros que balientes, porque con ser una calle muy hermosa y ancha se les antojaba vien angosta, y ningún cuidado tenían del estorbo que les podían hacer las armas (infamia muy notable por ser tan poco usada en aquellos tiempos). Al fin, dejando los muertos destropados y vencidos, el furioso Feridano, no contento con lo que havia echo, se estaba, como dicen, pelando las barbas por uno o dos que se le havían escapado. Y aun <a> aquellos dos o tres que sintió vibos, a uno que con la rabia de la muerte se le asió de los pies por hacerle caer (y ya que moría procuralle la muerte) le dio un puntillaço en mitad de los pechos tan terrible y con tan desmedida fuerça que le undió todo el pecto en el pecho, y así le hiço acabar vida y pensamientos y dañada intención todo junto. Mas biéndole tan airado Ardoniso y que ya allí más era menester cordura que balentía, pues ya aquel echo estaba acabado, le dijo:

–Señor, agora no ay para qué procurar más bengança: bos, señor, estáis herido y yo tanvién; bámonos a curar y demos orden como de este echo no nos suceda algún daño.

Aunque con dificultad, al fin amansó Ardoniso a su <sup>[f. 112v]</sup> compañero y se fueron a su posada, donde fueron curados de dos piquetes que llebaban que no era nada, que era jente traidora la contraria y así, como gente bil, vil y baxamente se havían combatido. Sabed –dice Nictemeno– qu’el que les acometió que fue Agrimador el Desemejado, que más que a los demonios, de balde y sin ocasión o raçón alguna, los aborrecía; y fue uno de los que se escapó uyendo. Y entrando en su posada, era tan astuto y sagaz y tan doblado que a los de ella dijo que, haviéndose lebantado entre ellos un motín, se havían muerto los uno a los otros. Y con esto encuvrió el casso, y sus propios criados y amigos les hicieron el piadoso veneficio que con los muertos suele ser usado. Mas el fabricante de maldades, Agrimador el Desemejado, no contento con lo que havia echo, andaba imaginando cómo se bengar de los dos compañeros.

Y usó de un ardid y maña extraño, que fue que, disimulada la pasada traición con rostro muy alegre y realmente fingido de traidor, se fue otro día a hablar a Feridano y Ardoniso, los cuales andaban leantados. Y, bisitándolos, con muy buenas palabras y particulares ofrecimientos dioles a entender serles muy servidor y no te[ne]r con ellos género alguno de aborrecimiento. Y, al tiempo que de ellos se despedía, dejó un caballero otro tal como él, echado de manga; el cual, tomando a parte a Feridano, le dixo:

–¿Vuestra grandeça confía mucho en la amistad de Ardoniso?

–Yo sí confío –dijo Feridano.

–Pues entienda vuestra grandeça que yo, que deseo servir y no desagradar, que no es mi oficio poner mal a nadie con otro ni nunca Dios quiera que yo sea ciçañador, murmurador o maldiciente, sino qu’el ber que anda vuestra grandeça engañado me hace decir esto: que sepa vuestra grandeça que le bende y que anda por las espaldas murmurando y cercenándole las faldas<sup>729</sup> con arta sutileça y atrevimiento.

–Aora, andad con Dios, señor caballero –dixo Feridano<sup>ccxci</sup>–, no me vengáis con essas invenciones. Si no, ¡por Dios –dijo, como era tan colérico– que lo dé todo al demonio!

Y, aunque a él le respondió assí, no dejó de quedar algo sasperado y desavrido allá en lo interior del pecho. Pues otro traidor, en este medio, en otro aposento estaba en otra semejante conversación con Ardonisso, tratando lo mismo. Mas, como era Ardoniso sagaz y algo recatado con aquellos caballeros, luego entendió ser malicia y bellaquería y como de tal no hizo caso más que si no lo dixeren, sino solo presupuso de jamás creer cosa que le dijessen. Y al que se lo dijo, así con una natural mansedunvre de que estaba dotado, le dixo:

–Aora, señor caballero, sea lo que fuere, que si esso dice Feridano tiene mucha razón. Y, por vida vuestra, que no seáis procurador de los pobres, que no faltará quien lo sea.

---

<sup>729</sup> *cercenándole las faldas*: *Autoridades* recoge esta expresión bajo la variante *cortar faldas*: «Frase muy usada, para decir que se murmura de alguno, que otros dicen “cortar de vestir”» (s.v. *falda*).

Dos o tres días andubieron así un poquito desabridos Feridano y Ardoniso, asta que viniéndose a hablar entendieron claramente que solo lo que procuraba era enemistarlos y e[n]xerir y sembrar entre ellos discordias. Y de allí adelante ya de nada que les dixessen hacían casso, antes quanto más procuraban su enemistad, tanto más ellos en amistad se confirmaban.

Vino a ser que aquellos reyes se uvieron de partir para la ciudad de Ispalia, sucediéndoles en el camino muchas y muy graciosas aventuras que por no hacer al casso a nuestra istoria no se ponen, dejándose también muchas que a Feridano y Ardonisso sucedieron. Solo hace memoria Nictemeno de que al cabo de año y medio poco más que había qu'estaban en Ispalia, teniendo deseo de se embarcar para las Islas Fortunatas, sucedió haber de ir allá una armada del rey de España, y en ella se determinaron de pasar aquellos caballeros. Y en una muy hermosa nao llamada la Garça, porque una llebaba por insignia, puesto en ella el metelotaxe<sup>730</sup> y todas las cosas necesarias para el camino, al biento dieron bela con muy buen tiempo y bonança, saliendo primero al puerto el río arriba.

Ya qu'estuvieron en alta mar, sopla el biento tan manso, tan suabe y favorable que, aunque llebaran a Eolo en los cueros como aquella antigua armada de griegos<sup>731</sup>, parece que no podían ir con más [f. 113r] bonança; tanto que casi el demasiado vuen tiempo hacía ir a los pilotos tan descuidados que aun los lemes en las manos no llebaban. Duroles esta bonança y este favorable tiempo tres días con sus noches, en el cual espacio vien se alexaron de las españolas costas más de cien leguas. Mas un miércoles por la mañana, al principio de un cuarto de luna sin demasiado viento, se començó así a alterar un poco la mar, aunque no en demasía. Vien sospecharon luego que quería haber fortuna de mar<sup>732</sup> (aguas gruesas<sup>733</sup>, que ellos llaman); mas no entendieron que fueran con el extremo que después sucedió.

---

<sup>730</sup> *Metelotage*: Variante de la voz *matalotage*, procedente del vocablo francés *matelotage*, a partir de cuya forma pudo producirse una asimilación vocálica dialectal en dirección inversa al resultado actual.

<sup>731</sup> **Ap. marg.:** «Omero in *Ulixia*; Vergi.»

<sup>732</sup> *Fortuna de mar*: Sintagma lexicalizado, empleado frecuentemente en la época con el significado de 'tempestad' (con el cual se usaba el término *fortuna* en solitario; cf. *Autoridades*): «Dize Grisostomo que como uviesse mostrado el Señor en la tierra muchas cosas marauillosas, passo la mar por que mostrasse

Porque al cabo de cuatro oras ya bramaba la mar con tan espantables ronquidos que comenzaron a tener cuidado los pilotos, uyendo de los baxos donde con tanta fuerça herían las ondas que le lebantaban unos montes que se avecinaban con el cielo, todos cubiertos de unas rociadas de agua cuales suelen ser las de la despolbereada arina en presurosa rueda. Y aun aquel olor y forma guardaban que quando de abundante orno de fuego salta la ceniza y es entregada al viento, que la lleba esparciéndola en diversas partes por el aire; así se esparcía aquella salada agua quando hería en algun baxío o peña.

Con todo esto, iba segura aunque inquieta la armada, porque los basos eran muy buenos y muy altos de borde y no iban estremadamente cargados, ni ellos lo eran de proa. Y con esto iban bien, porque iban por mar muy alta y vien lexos de todas las partes donde con más fuerça quevrantan las olas. Mas junto con esto se les comienza a rebolber un turvio bendabal (aunque no muy legítimo, que un tantico tocaba en trabesía) y comienza a soplar con tanta fuerça que ya la tormenta se aumentaba, las olas crecían y el viento quanto más iba cobraba nuevas fuerças.

No fue muy estremada la tormenta, mas la desgracia del piloto que guiaba la Garça, en la cual ivan los dos príncipes Feridano y Ardoniso, fue que, como contrastada de los vientos, toda la armada se havía desparramado<sup>ccxcii</sup>. Y el aire andaba tan brabo trayendo de espesas y negras nubes cubierto todo el cielo y la noche que sobrevenía tan oscura que no se veía la mano, y con la demasiada escuridad del cielo havía casi el piloto perdido el tiento y apenas havía lugar para mirar el aguja. Al fin, su desgracia fue tanta que en unos baxíos que llaman «del Coral», y indo con toda aquella tormenta, encalló la nao. Y no fue solo el daño el encallar, mas juntamente con esso se avrió toda la quila desasiéndose todos los costillares y trabaço[ne]s<sup>ccxciii</sup>, rompiéndose las tenaças y pontones y avriéndose en diferentes partes los sillares.

---

ende obras mas excellentes, e se mostrasse señor de la tierra e de la mar. (siguieron le sus discipulos) nauegando conel (leuantose tan grande tempestad) es a saber fortuna de mar» (Gonzalo García de Santa María, *Evangelios e epístolas con sus exposiciones en romance*, consultado en CORDE [20-05-15]).

<sup>733</sup> *Aguas gruesas*: Equivalente a *mar gruesa*: «La muy agitada por las olas, que llegan hasta la altura de seis metros» (DRAE, s.v. *mar*).

Al fin, todas aquellas piezas que ban donde se echa el lastre, que sirben de trabaçón en la quila para asir ovrasmuertas y hacer la zomba<sup>734</sup>, todas aquellas fueron desmenuçadas en menudas piezas. Y si no fue el borde, que quedó fuera del agua con los mástiles y antenas, jarcias y gabias, todo lo demás debaxo de ella quedó sumerjido. Y aun cuando venía alguna grabe grupada de viento a la nao hacía banvlear para acabar de sumerjilla. Y las altas ondas eran tantas que a todos los cuvrían de agua, quedando todos tales cual se puede imaginar en un tan evidente peligro: más de doce personas así a ojos vistas vieron aquellos príncipes ser rapados de las ondas de encima de los mástiles y gabias, y más de otros veinte quedaron aogados en la nao.

Biendo, pues, aquellos príncipes que naturalmente era imposible escapar con la bida, muertos así<sup>ccxciv</sup>, determináronse de morir peleando con la muerte. Y tomando un gran pedaço de tablas juntas, que arrancadas con la tormenta tenían así una forma de pabés antiguo, echando ropa afuera (solo quedándose en calças y jubones), con sus escudos y espadas se ponen en la tabla, proporcionando el pesso, y entregan la tabla a las ondas. Y ellos a la divina providencia se encomiendan y, con esto, se arrojan luego al mar insano. El piloto y otros algunos marineros<sup>[f. 113v]</sup>, asidos por aí a los escotillones que pudieron, tanvién se encomendaron a la Fortuna, quedando otros sepultados en la nao allí muertos y encallados en el arena. Y aun asta agora se llaman «los baxíos de la Garça», porque en ellos esta nao que tenía este nombre pereció.

Sigamos la derrota de aquellos caballeros, veamos en qué paran sus tablones. Lléalos el mar de una parte a otra y con tan estraña presteça los traía como a un libiano arrecife, procurándolos echar en la ribera; toda aquella noche y otro día asta las tres de la tarde anduvieron en su tabla, asta que a aquella ora, al pie de un redondo peñasco que en el mar<sup>ccxcv</sup> se mostraba, en un arenalexo que al pie d'él había lleno de mil marguiritillas y otras conchas, puso la tabla y a los que en ella venían. Los cuales luego vieron la vriedad de la islilla, que poco más tenía de quinientos pasos en ancha y mil en larga, tiniendo aquel redondo peñado a aquella parte.

Por él los pobres príncipes discurrieron dando una buelta a toda la isla, y lo que más pena les dio fue qu'en toda ella no allaron gota de agua que no fuese salada. Lo que

---

<sup>734</sup> *Zomba*: No hemos logrado documentar esta voz, cuyo significado resulta oscuro para nosotros.

havía era gradísima muchedunvre de aves qu'en aquella isla anidaban; de los güebos de ellas se començaron a mantener, no teniendo otro mantenimiento ni otra bebida. Y era tanta la sed que padecían que llanamente entendieron de sola la sed haber de morir el uno y el otro.

Al fin, la mucha necesidad les enseñó batiendo mucho las claras de güebos, que en algunas conchas grandes que en el arena allaban las batían, tanto que sacaban de ellas una agua muy clara, con lo cual algo mataban la sed, mas no de suerte que no les atormentasse estrañamente. Tanvién usaron de otro remedio, que las abes que tomaban las degollaban en aquellas conchas o en las cáscaras de los güebos y de aquella sangre bebían. Así estuvieron trece días, asta que viendo que comían los mantenimientos crudos y que aquella sangre y todos los demás manxares se les convertían en ponçoña, y andaban ya flacos, enfermicos y amarillos y veían que era ya imposible aguardar más sin morir (y más sentía cada uno el trabaxo y tormento del compañero qu'el suyo mismo), al fin, se determinaron de tornar a probar bentura y ber si allarían más piedad en las ondas que havían allado en la tierra.

Y en aquel su tablón, al cual añadieron de otras tablas viexas qu'estaban en aquella rivera (que tormentas pasadas de naos quebradas havía[n] allí arrojado) y de los escudos, y como pudieron, desilando los jubones y calças (quedándose solo en camisa con las ilachas), calafetearon las tablas que añadieron, haciendo una forma de dornilla o, por mejor decir, de gamellón o artesa; y, en ella puestos, se tornan a echar al agua probando su ventura. En ella anduvieron (llebando una velilla de algunos aforros de sendos paños que en los muslos de las calças abían quedado) doce días, haviendo ya tres que se les havían acabado una abes que llebaban vibas para que en ellas se conserbasse la sangre. Y ya'l doceno día, cuando ningún género de esperança tenían de la vida, vieron tierra, aunque algo lexos. Mas el mar, que por allí era costa braba, andaba alterado y, al tiempo de llegar a la rivera (que sería cuando llegaron como las nueve o diez de la mañana), vien cerca de ella se les undió su escudilla o dernaxo en que venían, mas ya tan cerca de la ribera que poco mas que a los pechos les dio el agua.

Mas como Feridano era de coraçón tan fuerte y de complexión tan robusta, sintió aún mucho más la necesidad y hambre. Y así, en llegando a la ribera, como ellos iban desnudos, que ninguna otra cosa llebaban sino solo las camisas (y essas echas pedaços,



que no llebaban sanos sino los gorjales) y cada uno una cadenilla de oro al cuello, en que llebaban Feridano un relicario, hermosísima pieça [f. 114r], y Ardoniso una cruz tanvién con muchas reliquias (y entiendo –dice Nictemeno– que si no fuera por ellas uvieran sido mil beces anegados en aquellas ondas); al fin, como llegaron a la ribera de aquella manera, todos desnudos, llenos de sarro y resaca de mar de tantas beces como havían sido cuviertos con sus ondas, tan flacos, tan esperecidos<sup>735</sup> de sed y de hambre y con tan poca salud de los inmensos trabaxos qu’ en aquellos treinta días havían padecido que no parecía que llebaban de hombres más que el armadura (casi casi que parecía que por milagro andaban aquellos güessos, solo conglutinados y asidos con el cuero). Y era cosa maravillosa ver cuáles se havían puesto en solo un mes, aunque lo que más los havía fastigado era la enfermedad, que, al fin, aunque sea a un gigante derriba.

Pues, como llegaron a la ribera, en andando cinco o seis pasos por ella vieron un arroyo de agua clara hermosísima y dulce. Y, como venían con tan grandísima calentura y con tan estraña sed (que havía tantos días que no bebían sino sangre de abes o claras de huebos), traían las lenguas tan gruesas y tan denegridas y los lavios tan escamosos que apenas podían hablar palabra ni menear los labios. Pues, como allaron el agua dulce, Feridano se arrojó luego a ella y vevió tanto asta que casi vino a perder del todo el anélito; Ardoniso se detubo y aunque vevió algo fue muy poco. Y cuando bolbió los ojos a Feridano allolo qu’ estaba desmayado, tendido en aquel suelo, con la barriga tan inchada del agua que havía bebido que parecía una tinaja. Y viéndole en aquella necesidad, entendiendo que realmente havía de morir de ella, no hacía Ardoniso sino llorar sobre el cuerpo desmayado del amigo: «¿Asta cuándo –decía–, Fortuna, te as de mostrar conmigo airada? Y al [á]spero mobimiento de tu rueda, ¿asta cuándo, di, quieres que le esperimente este desventurado de Ardonisso? ¡O, Fortuna cruel y braba, ubieras ordenado que ubiera muerto yo primero y no me hicieras, cruel, padecer tantas muertes! ¡O, mi fiel amigo Feridano! ¿Y quién me diera morir antes que verte tan propincuo a la muerte como te beo?».

Al fin, haciendo de las tripas corazón y sacando fuerças de flaqueça, toma en braços el mortal cuerpo (que realmente parecía estar ya en la otra vida) y lo mejor que

---

<sup>735</sup> *esperecidos*: De *esperecer*, voz equivalente a *perecer* según el diccionario usual de la RAE de 1791, fecha para la que ya se indica que el término es anticuado.

pudo le buelbe boca avaxo. Y, puesto así de vruças, los dedos le procura meter por la boca (ya que en sí havía tornado) y hácele tornar toda el agua que havía vebido, que pareció haber echado un grandísimo cántaro de agua de aquel cuerpo. Y, quedando con aquello abibado, estuvieron así descansando (porque no se podían menear) asta casi las dos de la tarde, que oyeron ruido como de gente que hablaba.

Y, queriendo ber lo que era, suvieron así desnudos y con la miseria que tengo dicho una cuestilla arriba. Y en un hermoso prado vieron andar jugando, con un pajarillo asido en un ilo de oro, a un niño de asta dos años, vestidito de vrocado verde alcachofado de alcachofas de oro de martillo, y el niño la más hermosa criatura que jamás havían visto; tanto que realmente pensaron aquellos príncipes que era algún ángel que Dios para su consuelo por su divina misericordia abía sido servido de mostralles.

Y como vieron ir uyendo y llorando al niño, y vieron que por correr muy negociadito havía dejado el pájaro y dando con las manillas por ir más aprisa havía caído, Ardonisso quiso llegar a levantarle del suelo; cuando bio una dama muy hermosa estrañamente, de estremado garbo y gallardía (vestida de vrocado blanco aforrado en tela de oro encarnada), que llegó a lebantar al niño, que encanado estaba de puro llorar. Y, como los vio, turbada todo lo que se puede pensar, con la boz alterada dixo:

–¡Ay, mis señoras, que no sé qué me é visto! ¡Vengan vuestras grandeças y miren esto!– dixo Libertina<sup>ccxcvi</sup>.

Que sabed –dice Nictemeno– que la tarde que Belisandra y Taurisa se habían ido a olgar a la marina fue el día que aquellos príncipes con la tormenta <sup>[f. 114v]</sup> fueron arroxados en aquella costa, donde les sucedió esto que os imos contado. Pues como las princesas oyeron a Libertina y tan turbada, con la boz tan desasosegada y inquieta, lebantáronse todas cinco dejando la mirienda que casi tenían començada. Y como de detrás de la peña salieron y vieron aquellos dos mancebos de aquella manera, luego conocieron ser hombres y imaginaron lo que podía ser. Y, así, la bella Velisandra, con mucho reposo y autoridad, aunque con alguna alteración de ber allí hombres, les dixo:

–Decí, amigos, ¿qué ventura os truxo a estas nuestras riberas tan pocas becas de pies humanos pisadas?

–Estamos tan turbados, hermosísima señora –dixo Ardoniso– de lo que bemos que aún no sé si sabremos responder a vuestras grandeças a lo que agora se nos á preguntado. Mas así en suma es que una tormenta á un mes que nos trae perdidos por la mar, habiendo padecido tantos trabaxos como nuestro rostro y presencia, ávito y traça da de ello testimonio. Aora á sido Dios servido de nos traer a este puerto, donde a lo menos serán estos miserables cuerpos sepultados.

Y era tanta la flaqueça de aquellos caballeros que apenas pudieron responder más palabra. Entonces, sin respondelles a ellos más<sup>ccxcvii</sup>, la gallarda Taurissa dixo:

–Andad, Esmerilda –que era la de más edad de todas, que tetría ya más de cuarenta años–, id presto a casa y traed ropas con que cubrir a estos pobres hombres.

–Arto mejor será, si a vuestras grandeças parece –dijo Esmerilda–, lleballos luego a curar a casa, que no están para aguardar essas cosas. Y yo y Verarda nos iremos con ellos, que esto es lo que hace al caso.

–Aora pues, se’ así –dixo Taurissa–, que vien decís.

Con esto, Esmerilda los cuvrió allá como pudo y, puestos sobre dos de aquellos caballos, los llebaron a casa, quedándose aquellas señoras en la ribera acallando al niño, que aún se estaba zolozando de en cuando en cuando del demasiado coraxe que había cobrado con el espanto y caída.

Esmerilda y Verarda en vrevísimo espacio llegaron con los necesitados caballeros a casa. Y allá, en un cuarto vien apartado de donde aquellas princesas posaban, les adereçaron dos camas estremadamente de vien y con tanta caridad de parte de Esmerilda y Verarda que era cosa de ver; porque Esmerilda realmente era un santa y tenía echo boto de ser siempre dedicada a Dios (que le hiço el día de la tormenta) y, sin esso, ella era una muger cierto venditísima y en extremo onesta. Ella, pues, con su caridad les hizo un laboratorio de estremadas yerbas y por su propia mano, como a pobres de Jesucristo (qu’ esta era cierto su consideración), los labó y los regaló con estremada caridad. Después, mundádoles camisas limpias los puso en la cama, tan flacos, tan mortales y tan esperidos que realmente entendió que se habían de morir aquella noche o que a más tirar ninguno vibiría tres días.

Después que los tubo en la cama, como ellos estaban con tan ardentísimas calenturas (aunque la de Feridano por ser más robusto y colérico era la calentura muy mayor, que parecía que le sacaba de juicio), les dio sendos bocados de una estremada conserva y a cada uno en un hermosísimo baso de cristal un gran golpe de agua estremada de buena; con lo cual descansaron un rato, y el uno y el otro se havían quedado dormidos.

En este tiempo llegaron Belisandra, Taurisa, Acursia y Libertina y el niño Mexiano, que ya havía perdido el miedo y venía de la mano de Belisandra por la sala adelante, parlando más que un papagayo diciendo de los cocos que havía visto. Y todo lo que le decían respondía con una sal estraña y con unos bocablos qu'él s'entendía, mas para haberlo de entender era menester echar una glosa. Y venía riyendo, trayendo rastrando del pie al pobre pajarillo, que ya entre las manos le havía aogado y dábale mucha prisa que anduviesse.

Pues, como Velisandra vio a la buena de Esmerilda muy arremangada y negociada, adereçando lo que era menester y que estaba pelando un francolín, le dixo:

–¿Qué es eso, <sup>[f. 115r]</sup> hermana Esmerilda? ¿Dónde tenéis los güéspedes?

–En el cuarto de los salbaxes –dixo Esmerilda– les hice camas, en aquel aposento de las vidrieras de cristal donde está la estufa de bronce. Y é echo lunvre en la sala de acá fuera; mas presto creo que se irán a ser vecinos de Gabianisandro a la iglesia.

–Ande –dijo Taurisa– no los condene tan presto a muerte, que moços me parecieron y mucho resiste la mocedad.

–Moços sí son arto, mas, a mi fe –dijo Esmerilda–, muy acabados vienen; no tienen sino el armadura y unas calenturas que se los lleban.

–¿Qué paños son aquellos –dixo Belisandra– qu'están en aquel rincón?

–Son aquellos pedaços de camisas que los pobres traían.

–A ber, ¡a, muestre! –dixo Belisandra.

Y, como tomó una de ellas en mano, dijo:

–¡O, qué hermosa olanda! ¿Á visto, á visto, señora Taurisa, qué curiosa echura de cabeçón?

–¡A, muestre, señora prima! –dixo Taurisa–. Sí, en mi berdad qu'es muy linda echura, ¡y qué fina y qué buena es esta aljófar! Y los rubís, ¿no ve qué finos son?

–Sí, en mi verdad –dixo Belisandra–. En berdad que debe de ser gente onrada los pobres.

–No sé –dixo Taurisa–, las camisas a lo menos muestran ser de gente principal. Decí, Esmerilda, ¿y agora qué hacen?

–Diles, señora, sendos bocados de conserba y quedaron durmiendo.

Y diciendo esto sacó del remango de la saya, envueltas en un paño, las dos cadenillas con las reliquias, y dixo:

–Esso traían al cuello, y cuando se mudaron me las dieron diciendo que esas reliquias entendían que los había[n] librado de la tormenta.

–A ver, ¡a, muestre! –dixo Belisandra.

Y, tomando ella la una y Taurisa la otra, la que tomó Taurisa era de echura aobada, divinamente lavrada. Y por la una parte tenía las reliquias y por la otra el retrato de Feridano, con unas letras que decía[n]: «Es el fuerte Feridano, príncipe en España».

–¡Ay, en mi berdad qu'es este retrato de Feridano, aquel que uimos nombrar tantas veces en España!

–Pues en este otro dice: «Ardoniso, príncipe en las altas cumbres de Moncayo».

–¿Mas si fuessen ellos? –dijo Libertina<sup>ccxcviii</sup>.

–No –dixo Belisandra–, no deben de ser. Aunque el mundo es de suerte que no ay que espantar de cualquiera cosa que a los príncipes suceda.

Cada una de aquellas princesas se quedó con una cadenilla, diciendo a Esmerilda:

–Andá, que nosotras las guardaremos.

### **Capítulo 5. En que se acaba de contar lo que en la Isla de Corneria sucedió a aquellos príncipes y princesas.**

Ya era tardecillo cuando aquellas princesas tomaron las cadenillas y, como Esmerilda se quedó guisando la cena para los enfermos y Libertina<sup>ccxcix</sup> para aquellas señoras, Berarda y Acursia andaban ayudando a sus compañeras, las dos princesas Taurisa y Belisandra. Cada una se fue a su retrete y, aunque no perdida ni en un punto la libertad, a lo menos con una natural complacencia, cada una miraba al príncipe que en el joyel estaba contraecho y decían: «¡Bálame Dios! ¿Y qué bentura puede haber echado aquí a esta tan solitaria isla a estos príncipes, si son los por estos retratos representados?».

Y luego Velisandra comenzó a cargar de tantos y tan varios pensamientos que le daban pena. Por una parte decía: «¡Jesucristo! ¡Dos hombres entre mugeres no es segura compañía! Pues huir no ay dónde; enviallos a ellos no tenemos baso en qué; matarlos es contra la ley de Dios y contra toda razón natural. Mas si nos quisiessen hacer algún daño no –decía–, qu’entonces el matarlos sería lícito y justa la vengança y más podremos seis que dos. Ahora, ¡bálame Dios! ¡Qué de boberías estoy pensando! Deles Dios salud, que después no faltarán mil medios como todo se haga vien y conforme al servicio de Nuestro Señor».

Otro tanto estuvo pensando Taurissa, aunque como era muger más determinada mil medios y remedios allaba a todas las cosas. Estando ellas en esto las llamó Esmerilda, diciendo si querían sus grandeças irse con ella a ber dar de cenar <a> aquellos enfermos.

–Bamos –dijo Taurisa–. ¡Ande acá, prima!

–Bamos en ora buena –dixo Belisandra–, [f. 115v] que obra es de caridad curar a los enfermos.

Con esto, como ya anohecía, tomando Libertina<sup>ccc</sup> un candelero de oro en la mano con una bela de cera fue delante de aquellas pastoras, llebando la cena Esmerilda y Verarda. Y, así, cuando entraron, a[un]que era ya la calentura menos porque estaba en declinación, con todo esso estaban aquellos caballeros medio fuera de sí, con el extremo de los trabaxos pasados. Y como hicieron ruido aquellas princesas, Feridano, aunque debíladísimo de la boz, dijo:

–¿Quién and’ái? ¡Ola, paxes! ¡Traé aquí luces!

–En mi verdad –dijo Libertina<sup>ccci</sup>– que habla de autoridad el gentilhombre, noramala para él. ¡Y cómo manda!

–¡Calle trabiessa! –dijo Berarda–. Y baya, ¡entre allá dentro!

Pues, como entraron en el aposento, Feridano dixo:

–¿Dónde estoy? ¡Ola gente!, ¿qu’es del príncipe Ardoniso? ¿Cómo se perdió aquella flota? ¿Qué dirá el rey mi padre? ¡O, mi querido hermano Sofonisso! ¡Princesa Galidiana! ¡Ola, dame mis armas y mi caballo!

–Buena está la caxcamenta –dijo Libertina–, a fe que anda la luna sobre el orno...<sup>736</sup>

–No se espante –dijo Esmerilda–, amiga, que la calentura y la demasiada flaqueça le tienen assí.

–¡Es imposible y forçoso! –dijo con mucha pausa Ardoniso.

–Otro que vien baila –dixo Libertina<sup>ccci</sup>–, ¡otros buenos caxcos! ¡Y de puta, y qué dos cabeças!

---

<sup>736</sup> *Anda la luna sobre el orno*: Registra esta expresión popular Gonzalo Correas: «La luna está sobre el horno; Está la luna sobre el horno. Dícese dando a entender que uno está borracho, o loco, o con mucho placer» (*Correas*, pág. 425).

–¡Ay calle! –dijo Belisandra–. Que en mi ánima qu'es lástima. Baya, señora prima –dijo a Taurisa–, vuestra grandeça<sup>ccciii</sup> y Berarda den de zenar a Feridiano, y Esmerilda y yo daremos a Ardoniso, que de veras qu'es compasión verlos.

–Aora, sea así –dijo Taurissa–, mas plegue a Dios no les haga daño cenar.

–No hará, mi señoras –dijo Esmerilda–, que ya la calentura va en mucha declinación, que la demasiada flaqueça es la que los tiene así descuordados y antes les hará provecho que daño la cena por la estremada flaqueça que tienen.

Con esto, Taurisa llegó a dar de cenar a Feridano. Y, como llegó con la bela Libertina<sup>ccciv</sup> y le lebantaron la cabeça con unas almoadas, puniéndole sobre la cama una mesilla de chiguiticos pies sobre la cama y, por que'l frío no le hiciesse daño, pusiéronle un jubón de brocado colorado muy galán y alegre tela. Y, como se le vistieron, aunqu'estaba estremadamente flaco, como estaba ansí encendido con la calentura y tenía tan hermosas faciones parecía un ángel, mostrando en el rostro un hermoso vrío de que estaba dotado y un balor y agraciado donaire, compuesto de una serenidad y grabadad de rostro estremadamente compuesta; lo cual la gallarda Taurissa con algún cuidado miraba. Y como ya se lo tuvieron todo compuesto, aunqu'él decía mil cosas que no lleaban camino ni concierto, unas beces hablaba en armas y decía: «¿Dónde está aquel demonio, alas de murciélago, imagen de alma cuando penando...?»; luego tornaba a decir otros trecientos desatinos, asta que Taurisa le dixo:

–Callá, señor caballero, que os mata tanto hablar, y comé, porque sabed que os ba la vida en que comáis.

Él, mirándola así con unos ojos como espantado, dixo:

–Aora se'así, señora, pues que bos lo mandáis. Comamos y callemos... ya callamos y comemos... –decía entredientes, comiendo lo que le ponían delante.

Aunque lo qu'él más apetecía era un poco de limón del cual parecía que comía de buena gana. Y la piadosa Taurissa le administraba los bocados que havía de comer, dándoselos con mucha caridad y regalo, y él de cuando en cuando le bolbía a Taurissa unos hermosos ojos, aunque alterados, amorosos; recibiendo aquellos espíritus Taurissa



en los hermosos y bellos ojos suyos no de <sup>[f. 116r]</sup> mala gana, estaba ya de muy buena con el enfermo.

La bella Belisandra cuando llegó a la cama de Ardonisso allole como a porfiado predicador con su tema diciendo: «Es imposible y forçosso», y esto repetía muchas veces sin decir otra cosa alguna. Pues, como Belisandra llegasse, la piadosa Esmerilda le dio un jubón de brocado verde lleno de gusanillo de oro de martillo vien galán, aforrado en martas cebellinas salbo un pedaço de la espalda, jubón vien apropiado para quien estaba tan flaco y enfermo. Y, después de se le haber puesto y abotonado ella misma con su caridad y puéstole vien el cabeçón y los puños, él no hacía sino repetir sus palavras diciendo: «Es imposible y forçosso».

—¡Calla ya, señor caballero! —dixo Velisandra—, ¿qué haceis con vuestro «es imposible y forçoso»? Dejaldo ya y comé, qu'es lo que os hace al casso.

Él, como atemorizado, con unos ojos humildes y como que daba a entender que obedecía, calló, vaxando la cabeça con tanta mansedunvre que algo se enterneció de le ber así rendido Belisandra. Y como por principio de paga de su rendimiento le dixo:

—Aora comed, comed d'esto, qu'es muy bueno.

Y esto dixo dándole una tetilla de un francolín que era la mejor caça que había en aquella isla. Él tomó, y mirándola así un poquito dixo: «Es imposible», y no dixo más, que dio unas muestras de parecer que había sentido como había errado, y encogiéndose pareció que pedía a Belisandra perdón de su yerro. Y esto fue con tan manifiestas señales que entendiéndolo Libertina<sup>cccv</sup> dixo:

—Comé, señor caballero, que no se á enojado mi señora, que ella os perdona esse yerro. Y aun os perdonará otros... —dixo quedito.

—¿Qué decís, Libertina<sup>cccvi</sup>? —dijo Belisandra.

—Dixe, señora —dijo Libertina<sup>cccvii</sup>—, que plegue a Dios que nunca haga otros, que en esse poco ba.

—No hará, mediante<sup>cccviii</sup> Nuestro Señor —dixo Belisandra.

–¡Ta, ta –dixo entre sí Libertina<sup>cccix</sup>–, por lo beato me lo lleba! A mi cargo que d’esta feria que llebemos poco barato las cuatro compañeras...

Esto no lo entendió nadie, ni Libertina<sup>cccix</sup> lo dixera, que era muy bonita y muy onesta aunque era regocijada; mas ¿quién podrá resistir al pensamiento o quién pudo detener en el pecho la concebida palabra del corazón<sup>737</sup>?

Con esto, al fin, Esmerilda les dio muy bien y muy regaladamente de cenar, administrándoselo aquellas princesas. Y después de haver cenado y dádoles todo recado, aquellas princesas en la sala de fuera zenaron aquella noche, por ber si pedían algo. Y en la cena no hablaron en otra cosa sino en los caballeros, y Taurisa dijo:

–Sin duda son estos los dos príncipes Feridano y Ardoniso.

–Pues, ¿qué dificultad ay en esso? –dijo Belisandra–. Los retratos lo dicen y Feridano lo dijo vien claramente; mas espantada estoy de su suceso, y en el alma deseo saber cómo aquí a esta isla aportaron.

Don Mexianico estaba puesto de pies en una silla a la cabecera de la messa, diciendo mil gracias y olgándose con él estrañamente aquellas princesas. Después de haber comido aquellas princesas el postre y haver reído un rato con el niño, dijo Belisandra: «Aora bámonos a dormir». En esto estaban cuando oyeron golpes a la puerta, que con una aldaba de plata que en ella estaba hacían son para que les respondiessen, a lo que parecía.

–¡Ay Dios! ¿Y qué será aquello? –dixo Velisandra.

–Sea lo que fuere –dixo Libertina<sup>cccxi</sup>–, ¿de qué se congoxa vuestra grandeça? ¡Bálame Dios! ¿La casa no está zerrada? No aya miedo que entre nadie sin nuestra boluntad. Acursia y yo iremos a ver qu’es desde la bentana de la sala grande que sale sobre la puerta.

–Pues bayan, hijas –dijo Belisandra.

---

<sup>737</sup> **Ap. marg.:** «*Job, 4, A[...]*». Queda truncada la referencia a causa de la encuadernación; en cualquier caso, la cita bíblica remite claramente a Job 4, 1-2.

Con esto, fueron Libertina<sup>cccxi</sup> y Acursia llebando un candelero y una bela. Y cuando estuvieron en la sala, avriendo una bentana Libertina<sup>cccxiii</sup> dixo [f. 116v]:

–¿Quién llama? ¿Quién está aí bajo?

–Un pobre viexo piloto que á que anda un mes perdido por la mares. ¡Hermano, por amor de Dios que me abráis, que vengo con estrema necesidad de ser socorrido!

–Más quisiéramos –dijo Libertina<sup>cccxiv</sup>– que fuérades moço, gentilhombre y rico –bolbiéndose a su compañera, mas a él le dixo–. ¡Aguardad hermano! Diremos a las señoras del castillo y si ellas dieren licencia, luego os baxamos a abrir.

–¡A, señores, miren, por amor de Dios, mi estrema necesidad!

–¡Andá, que sí haremos!

Luego riyendo se bolbieron adonde estaban aquellas princesas, y riyendo dixo:

–Un viexo piloto que dice que á un mes que anda perdido por la mar dice qu'es; que por amor de Dios que le avramos, que viene con estrema necesidad.

–¡Ay señoras! –dijo Esmerilda–, bámosle <a> abril y agámosle caridad, que a fe que debe de traer arta necesidad el probrecito.

–Aora, pues, andad, id bos y abrilde –dijo Belisandra–, Marta la piadosa<sup>738</sup>.

–Que me place en verdad, mis señoras –dijo Esmerilda–.

Índola <a> acompañar y alumbrar Libertina<sup>cccxv</sup>, llebando las labes en la mano llegó a la puerta. Y como avrió bieron un viexo de más de sesenta años: castrado, feo como todos los diablos, cortadas las narices y las orejas y los lavios como a algunos castrados acostunvraban, y venía flaco y maltratado del camino y tormenta. Ved qué parecería el angelico, que para ser más hermoso qu'él el diablo no había menester afeitasse según él traía el gesto. Como le vio la buena Esmerilda, luego fue mobida a

---

<sup>738</sup> *Marta la piadosa*: Gonzalo Correas recoge esta expresión, diciendo: «Dícese a personas piadosas, y a veces con ironía; y reprehende imprudencias y blanduras dañosas» (*Correas*, pág. 492).

mucha caridad, mas la trabiessa de Libertina<sup>cccxvi</sup> no pudo estar que no se cayesse de risa biéndole el gestic que traía. Y así dixo a Esmerilda:

–¡Ay, señora, que deve de ser el alma de Palinuro! Por la pasión de Dios que le diga que traiga a Dido y a [E]neas<sup>739</sup> o que se buelva con los mutilados castrados de Écuba y con los que guardaban a Policena, que fueron con el guchillo de Turno destrozados<sup>740</sup>. Vení<sup>cccxvii</sup> acá buen viexo, ¿en qué guerra os allastes que así venís como verbo neutro y aun como verbo impersonal? Aunque os ubiérades allado en la guerra de Donato o en la de Dispauterio no biniérades tan mutilado.

El pobre viexo castrado no sabía qué decirse, porqu'él benía tan turbado que no estaba para gracias (aunque era graciosísimo y echo una sal). Con todo esso le dixo:

–Si mi madre supiera, hermosa doncella, que havía de ser mi ventura tanta que os havía de venir a ber, creo que antes consintiera quitarme los ojos que dexarme como me dexó. Y más quisiera que fuera anómalo, para que sin regla me ofreciera a vuestro servicio, que dexarme como a bolo<sup>741</sup> (y estoy por decir «*nolis*» según dijo Foca); pero, al fin, señora, mi madre acogióse más al feo que al bolo, qué culpa tengo yo.

–En mi ánima qu'es bonísimo el biexo –dixo Libertina<sup>cccxviii</sup>–. Bamos, bamos, arriba aora señora Esmerilda –dixo Libertina<sup>cccxix</sup>–, deme licencia, ¡diré una copla!

–Aora no le enoxe, ¡calla trabiessa!

–Antes recibiré mucha merced– dixo<sup>cccxx</sup> el piloto.

Pues, bolbiéndose a él con la candela, le dixo:

Guarda de vírgenes castas

ollaça de pupilaxe

---

<sup>739</sup> **Ap. marg.:** «Virgil., *Eneidorum*, [...]». Queda truncada la referencia exacta, que parece apuntar al canto VI.

<sup>740</sup> **Ap. marg.:** «Dares frigio, lib. 2, c. 7, apud fo. 93».

<sup>741</sup> *bolo*: Creemos que el autor alude humorísticamente aquí a la forma física del *bolo*, sin protuberancia alguna, y a la condición del castrado –cuya condición se tiene por más ventajosa que la fealdad–.

entra de noche que bastas

a desonrar un linaxe.

–Buena, en mi verdad –dixo el biexo–. Pues a costa que me déis de cenar ba la mía:

Según tu buena intención

dama del verdugado<sup>cccxxi</sup>

no quisiera<sup>cccxxii</sup> estar capado

ni ser viexo en conclusión

para te haver contentado.

–¡O, o, o, qu'es bonísimo el puto viexo! –dixo Libertina<sup>cccxxiii</sup>–. Andad acá, andá acá amigo, esso pasa, y coplista me sois y de fyanca. ¡A fe que tenemos vien solemne la fiesta! Aora, ¡bamos, vamos!

Como Libertina venía riyendo así tan recio, aquellas princesas la oyeron. Y cuando entró miraron a quien venía con ella y vieron al biexo con unos zaragüelles muy anchos y largos asta en pie (y, vurla burlando, que venían del mar y del agua como mis pecados), de damasco verde eran los traidores (y algún día havían sido nuebos), y una jaquita o saltaenvarca de lo mismo muy ancha, y un bellón en la cabeça colorado, y un pedaço de una escota en la mano. Y, cosa graciosa, que se traía el aguxa de marear en la mano <sup>[f. 117r]</sup> izquierda y con aquel jestic de Satanás que bastaba a destetar mil muchachos.

Pero fue cosa estraña de ber a Mexiano, qu'en lugar de espantar se dio en reírse y habelle mil gestillos, sacando la lengua y estendiendo las palmas de las manos como que le qui[si]esse (como decís acá en castellano) hacerle un coco, y esto con estraña gracia. Y, como era tan estremada su hermosura y el hermano piloto era tan bonito, era cosa y graciosísima el mirarlos a los dos a la cara, porque realmente parecía qu'en ellos se podían ver los extremos en que se podía conserbar la naturaleça; porque a ser más feo no fuisiera hombre sino demonio o otra especie, y a ser más hermoso havía de ser ángel o otra cosa que, al fin, no fuesse hombre.

Pues, como Esmerilda entró, muy sosegada y llena de clemencia dixo:

–Viene este pobre biexo, mis señoras, d’esta manera; que á andado perdido por esse mar treinta días y más, según él dice.

–¿Trenta? –dixo Libertina–. ¡Todos los días de su vida parece él haber andado en tormenta o haber estado por barquero de Carón algunos meses! Si no, mírenle al gestic, que parece que se está riyendo y rabiando mostrando aquella boquita almenada como muro viejo, que parece que le an quintado los dientes como a testigo falso<sup>742</sup>. Aora, por vida suya, regalito mío, que se<sup>cccxxiv</sup> eche unos cerraderos a essa boca, aunqu’ella parece ya bolsa vieja que se le an gastado los cerraderos y, por esso, si no les añade un remiendo o un chafión a esos o aquestos, será imposible que junten vien por aora.

–Aora, por amor de Dios –dixo Esmerilda–, que calle. Vení acá, amigo, llegaos a la luvre y zenaréis un bocado. Y no recibáis pena de lo que esta dama dice, qu’es essa su condición.

–No solo, mi señora –dijo el piloto–, no recibo pena, mas antes recibo en ello suma merced y contentamiento, que ya que mi gesto por su infernal forma no da gusto en cuanto objecto hermoso, dale a lo menos en cuanto tiene el extremo que veis de fealdad, pues es causa de que se digan tan buenos dichos como mi señora Libertina á dicho. Aunque de una cosa me á pesado....

–¿Y de qué? –dixo Taurisa–. Por vida vuestra, amigo.

–De que no podré servir a mi señora Libertina de guarda.

–Y a mí, ¿por qué no, angelito Casiano?

–¿Por qué? –dixo el barquero–. Porque la vuestra merced me llamó guarda de vírgines castas, y no querrá la vuestra merced dejar de casarse por emplear bien tanto

---

<sup>742</sup> como a testigo falso: Tanto en el *Fuero Real* como en la *Recopilación* se señala esta pena para quien ha testificado con falsedad (cf. Joaquín Escriche. *Diccionario razonado de legislación civil, penal y forense*. Valencia. J. Ferrer de Orga. 1838, s.v. *testigo falso*).

donaire y hermosura como Dios le dio; aunque a fe mía que á de tener arto trabaxo el casamentero...

–¿Y por qué, por vida vuestra? –dixo Taurissa.

–¿Por qué, mi señora? Porque este mundo tiene esto, qu'es como la sombra, que uye del que la sigue... –dijo el piloto.

–Aora bien, no aya por aora más –dijo Belisandra–. Y hagamos aquí poco ruido, que deben de dormir los enfermos. Y a esse hombre onrado, señora Esmerilda, hágasele aí una cama junto a essa alcoba por si llamaren esos caballeros o quisieren algo vaya a llamarnos a nuestro cuarto y toque aquella campanilla de nuestra puerta, para que se benga a prob<e>er lo que fuere necesario.

–Sea así –dijo Esmerilda.

Y, dándole de cenar al piloto, y muy vien, y vestidos conforme a su calidad que se mudasse, híçole allí pared y medio del aposento de los caballeros, en un aposentico, una cama. Al fin, quedó de suerte que los podía muy vien oír a cualquier boz que diessen. Y, quando lo tuvieron todo concertado, aquellas señoras se fueron a dormir, indo echa una sal Libertina con el diaño del piloto. Y reía ella allá sus pensamientos tan de gana que hacía reír <a> aquellas señoras solo bella a ella tan contenta, y decía unos descuidos de quando en quando graciosísimos.

Al fin, acostadas en una misma cama Belisandra y Taurisa, Velisandra dijo a Taurisa:

–¿Qué le á parecido, prima, de nuestros güéspedes?

–A mí –dijo Taurisa– vien, en verdad. Y eme olgado de que sean je[n]te tan principal, que al fin en todo harán como quien son. Aunque cierto <sup>[f. 117v]</sup> que me á dado pena el bellos tan malos y estamos sin quien los cure, aunque Esmerilda mucho sabe de este menester.

–El mayor mal que ellos tienen –dijo Belisandra– es la flaqueça, que la calentura a lo menos la de Ardonisso no era estremada de grande. Que yo mucha confiança tengo en Nuestro Señor que an de estar luego buenos con el regalo que Esmerilda les hará.

–En mi verdad que me olgasse y mucho –dijo Taurissa.

–Aora pues, por vida suya, ¿qué piensa que emos de hacer de que estén buenos, si Dios es servido de dalles salud?

–¿Qué? –dijo Taurissa–. Parlar con ellos y olgarnos muy a nuestro gusto en todo lo que no fuere contra Dios ni contra nuestras conciencias.

–Muy bien –dixo Belisandra–, y supuesto que no podemos ser casadas con ellos conforme a lo que hablábamos ayer tarde, ¿cómo emos de poder parlar y tratar essas cosas sin pecado?

–Aora, mire, prima –dijo Taurisa–, no se meta aora en essas onduas. Dios les dé salud que después todo se hará bien. ¿Á visto? ¡Y qué escrupulosa es! Sí, que por hablar una conversación onesta y llana no nos emos de ir al [in]fierno.

–De essa manera no, por cierto –dijo Belisandra–. Mas cuánta dificultad ay en que estén las estopas junto a la lumbre sin encenderse (como dicen por aí comúnmente).

–Si se encendiere, matallo –dixo Taurissa–. Y déjeme, por vida suya, y durmamos, que se me á antoxado de madrugar a la mañana, que quiero yo por mi mano adereçar el puchero para Feridiano.

–Pues, ¿y para Ardonisso? –dixo Belisandra.

–Para esse, pues vuestra grandeça tiene su retrato y le dio anoche de cenar, tenga cuenta con él.

–Pues que me place –dijo Belisandra–, que yo quiero tener cuidado de regalarle y téngale vuestra grandeça de regalar a Feridano.

–En mi berdad, sea así –dijo Taurissa–. Y mi compañera será Verarda y de vuestra grandeça Esmerilda.

–Aora, muy bien, sea así –dijo Belisandra–; veamos cuál lebanará primero a su enfermo.



–Sabrosa y buena competencia es esta –dijo Taurisa–, que en mi ánimo qu’estos dos años que emos estado como niños de limbo, sin pena ni gloria.

Con esto, se quedaron dormidas. Venida la mañana Taurissa despertó la primera y dixo a Belisandra:

–¡A, señora prima!, ¿cómo á estado su enfermo esta noche?

–En mi pensamiento y, según lo que yo deseaba, bueno; que con él é estado parlando un gran rato.

–Pues a mí me á acaecido lo mismo –dixo Taurisa–. ¿Quiere que nos lebantemos?

–Sí, lebantémonos –dijo Belisandra–, y iremos a saber cómo an estado esta noche.

Con esto, se lebantán, serían como entre siete y ocho (que esto se les antojaba a ellas muy de mañana). Y después de haverse adereçado y vestido muy vien, estándolas tocando Libertina, haciéndoles de sus cabellos unas hermosas laçadas, estando ellas con un nuevo donaire y vrío, Libertina le dixo:

–Aora, miren vuestras grandeças qué vuen temple de aire á sucedido después de la tormenta de ayer, que á dado a vuestras grandeças tan nuevo vrío que ba tanta diferencia de ellas oy a esos otros días como de vien a mal.

–¡Ola, Libertina<sup>cccxxv</sup>! No sea nadie maliciosa –dixo Taurissa–, que ya os entendiendo... Pero claro está que á menester mirar más la persona por sí, siquiera porque no la juzguen los guéspedes por desaliñada o para poco.

–Pues en verdad, mi señora, que aun no lo decía yo por tanto. Mas al fin yo callaré de aquí adelante como una muerta... ¿De dónde bueno –dixo Libertina, que bolbió la cabeça–, señora Esmerilda y Verarda? ¿Tan de mañana temprano an andado

las estaciones<sup>743</sup>? En habiendo cuerpos santos, luego es cosa llana que á de haver romeras<sup>744</sup> ...

–Mirá lo que decís, Libertina... –dijo Belisandra.

–Muy bien pronuncié, mi señora, que *roomeras* dije, no piense vuestra grandeça que no sé pronunciar la «o» –dijo Libertina.

–Aora vien, decí Esmerilda, ¿venís de visitar vuestros enfermos?

–Sí, mi señora –dijo Esmerilda.

–¿Y cómo quedan? –dijo Taurisa.

–Ba ya tanta diferencia –dijo Esmerilda<sup>cccxxvi</sup>– de ellos aora a como estaban anoche, quanto ba de vien a mal: ya están sin calentura ninguna y están en todo su <sup>[f. 118r]</sup> acuerdo; quiéroles llebar de almorçar.

–¿Y qué? –dijo Belisandra.

–Sendas escudillas de sustancia que de pechugas de faisanes y francolines les é sacado (y dent[r]o les eché dos o tres pieças de oro y dos perlas orientales buenas molidas), y sendos cuartillos de un hermosísimo capón que les tengo asados. Vino no se lo osaré dar; ya les tengo agua cocida para asta que estemos seguras que no les bolberá la calentura.

–Aora, pues, bamos a darles de almorçar –dijo Belisandra.

–¡Ay, sí,! Por amor de Dios –dijo Esmerilda–, vayan vuestras grandeças, qu’es obra de caridad.

---

<sup>743</sup> *andando las estaciones*: Entiéndase *estación* en sentido religioso, empleado con notable ironía: «Se llama la devoción cristiana de los fieles, cuando van a visitar los templos y hacer oración delante del Santísimo Sacramento, principalmente en los días de Jueves y Viernes Santo, al tiempo de estar colocado en los monumentos, y así se dice entonces que van a *andar las estaciones*» (el subrayado es nuestro; *Autoridades*, s.v. *estación*).

<sup>744</sup> No hemos encontrado otras documentaciones de esta expresión, con aspecto de refrán popular.

–¡Ta, ta –dixo quedito Libertina–, hermana Esmerilda! A fe que no es menester rogárselo a las señoras; son muy amigas de cumplir las obras de misericordia...

–¿Qué decís, Libertina, entre dientes? –dijo Taurisa.

–Decía, mi señora, que vuestras grandeças lo harían por ser como era obra de misericordia... Y «a quien tanto oye –dixo entre sí–, un oído le basta»<sup>745</sup>.

Con esto, fueron aquellas señoras al aposento de los príncipes y alláronlos havlando con el marinero; que sabed que este era el piloto que venía en la Garça cuando encalló en el arena. Y el barquillo, con una bota de agua y una arquilla de vizcocho, havía andado todo aquel mes perdido por la mar, asta que la tempestad y tormenta aquella noche de antes le havía echado en aquella isla y sucedídole lo que queda contado; con él, pues, estaban parlando los príncipes cuando aquellas princesas entraron. Y como Feridano havía ya preguntado a Esmerilda qué isla era aquella y qué gente la que en ella estaba, y havía sabido solo estar en ella aquella dos princesas, Taurisa y Belisandra, con aquellas cuatro compañeras y ser aquella la isla solitaria llamada «de la Enamorada Corneria», como las bio entrar, así con la boz vien flaca les dixo:

–Si asta agora, ilustrísimas princesas Belisandra y Taurisa, no emos echo lo que estábamos obligados, la grabe enfermedad, calentura y flaqueça á podido ser la principal causa de nuestra escusa. Y así suplicamos a vuestras grandeças nos perdonen el pasado descomedimiento y de aquí adelante como a menores, sierbos y esclabos nos empleen en su servicio.

–Nuestro Señor guarde a vuestras grandeças y les dé salud –dixo Taurisa–, que en lo demás todo el servicio que se pudiere hacer recibirán vuestras grandeças de nuestra mano, con tan buena voluntad y sanas entrañas como a nuestros propios hermanos haríamos.

---

<sup>745</sup> *A quien tanto oye...*: Encontramos una variante de este refrán en el *Teatro universal de los proverbios* de Sebastián de Horozco: «A quien tanto ve / un ojo le vastaríe» (ob. cit., pág. 93).

Con esto, llegó Taurisa con Verarda, que traía el almuerzo a la cama de Feridano. Y, habiéndole echo poner la mesilla y sobre un bufete dos belas de cera encendidas (porque aún no osaban abrir las ventanas), le dixo:

–Almuerce vuestra grandeça este bocado, que lo que más justo es que se remedie es la demasiada flaqueça que vuestra grandeça tiene.

Él tomó la escudilla, aunque muy flaco, con unas hermosísimas y robustas manos, teniendo en ellas dos o tres anillos de balor inestimable, en el uno de los cuales estaban las armas de su estado y señorío, que eran cinco mesas y por orla unas calderas. Y, como tomó la escudilla, al segundo trago que dio así fixó los ojos en Taurisa que se quedó embelesado mirándola al rostro. Ella, entendiendo que era algún azidente de la enfermedad le dixo:

–¿Qué ha vuestra grandeça? ¿Siente<sup>cccxxvii</sup> algo o por qué no come?

–Estábase manteniendo el alma de tan divino manjar que quiso suspender la acción corporal por darse más a la espiritual, que estaba haciendo aora.

–Déjese vuestra grandeça de esso –dijo Taurisa– y coma, que le harán daño essas suspensiones asta qu'esté mejor y más alibiado de su enfermedad y flaqueça.

Esto y otras cosillas parlaron entonces Taurisa y Feridano, pareciéndole el un al otro muy bien; aunque no entonces con pensamiento ninguno de amor, ni más que aquella buena boluntad y deseo de agradarse y contentar el uno al otro.

Belisandra llegó a la cama de Ardoniso y preguntole diciendo:

–¿Cómo se<sup>[f. 118v]</sup> á allado vuestra grandeça esta noche?

–Con la soberana merced que de essas soberanas manos recibí anoche, ya el cuerpo ba cobrando nuebas fuerças y salud, y el alma nuebos alientos y vrío para desear cosas graves y mayores.

–Aora bien –dijo Velisandra–, almuerce vuestra grandeça, que tiene de ello mucha necesidad, que en estando más esforçado podremos tratar en todos los negocios que a su salud corporal y espiritual de vuestra grandeça convinieren.

Que realmente la buena Velisandra entendió que Ardoniso hablaba en las cosas del vien de su conciencia, como aquel qu'estaba tan propincuo a la muerte. Y cierto, aunqu'él era un príncipe muy cristiano y de vuen término, entonces a lo menos bien diferente de como Belisandra lo entendió eran sus pensamientos. Mas con todo eso mudó la plática<sup>cccxxviii</sup> a como Velisandra lo quería entender, aunque siempre procuraba darle a entender qué bien le havía parecido su estremada hermosura y buen término.

Y, acabando de almorçar aquellos príncipes, Esmerilda dixo que los dexasen reposar un porquito, porque así a su salud combenía. Aquellas princesas se despidieron de ellos con mucha onestidad y comedimiento, y sacando Libertina<sup>cccxxix</sup> luces cerraron la puerta del aposento para que durimiessen.

Y, cuando se salieron, Libertinad dixo al piloto:

–¡Ande acá, perla en caja! Deje dormir a esos señores y decirnos á qué mala bentura le arroxó en esta tierra.

–Si no supiesse, mi señora Libertina –dijo el piloto–, que todo esso lo hace vuestra merced por me hacer merced, digo –dixo con mucho reposso– que me enoxaría.

No pudieron dejar todas aquellas señoras de reír de ver al biexo piloto cuán cortesano era y cómo quería echarlo a palacio. Y Libertina<sup>cccxxx</sup> le dixo:

–¡Pues no, mis ojos! De puro amor que le tengo le querría ver echo cuartos por que no infamase siquiera la especie de los hombres.

–El género, devió de querer decir la vuestra merced –dixo el piloto–, que esse es el negro pleito que causa en essas hermosas entrañas tanto aborrecimiento contra estas viexas y eladas tristes mías.

–Aora, mi señora Belisandra, deme vuestra grandeça licencia –dijo Libertina–, y ba una copla.

–Por mí –dixo Belisandra– y aun catorce baya[n].

–Ca, pues:

Tristes serán tus entrañas

y triste tu corazón  
pues tienes tan ruines mañas  
que te quedaste capón  
sin orejas ni pestañas.

–Buena, a fe, –dijo el piloto–. Ba la mía:

En fuego están tus entrañas,  
y tu ardiente corazón  
desconsuélate un capón,  
porque le faltan las mañas  
que pide tu condición.

–¡Buena, buena, a fe de quien soy! ¡Bala el diaño, el biexo carcumiento! ¡Va otra, va otra, mi señora Taurisa!

–Decí loca, decí cuantas quisiéredes, que a fe qu’el biexo que os yere de aguxa<sup>746</sup>.

–¿A mí de aguja? –dixo Libertina–. ¡Mejor le llebe el diablo a la pieça!

Piloto del triste infierno,  
qu’estás sin carta ni aguja,  
morador del triste Aberno,  
figura del frío imbierno,  
gesto de fiera coneja.

---

<sup>746</sup> *os yere de aguxa*: No hemos logrado documentar esta expresión, que en el contexto parece adquirir un significado adverbial que subraya el grado o la intensidad del ataque del contrario; tal vez su uso esté relacionado con la práctica de clavar agujas a un muñeco para hacer daño al enemigo, propia de la hechicería.

–Va la mía –dijo el piloto–:

Poseedora de un infierno  
a quien le falta el aguja  
de aquel ondo y triste Averno  
donde es julio y nunca invierno  
asta poner lança en cuxa.

–Digo qu’es estremado el diaño del viexo; no quiero decille más coplas, qu’es malicioso. Mas claro está qu’este jesto de los diablos que ni le havía de faltar cosa mala ni tener cosa buena.

–Aora, mi señora, de aquí adelante yo prometo –dijo el piloto– de ni en vurlas ni en veras, n[i] en prosa ni en verso, decir cosa que sea en desabrimiento de vuestra merced. Y de los dicho vuestra merced me perdone, que yo prometo la enmienda.

–Aora pues, se’así –dijo Libertina–, y veréis qué os digo de coplones<sup>ccccxxxi</sup>.

–¡Calle ya, trabiessa –dixo Taurisa–, basta! Mala landre nunca le dé, que me duelen ya los lados de pura risa.

–No le diré más d’esta –dijo Libertina–, en mi alma:

Di, calabera encarnada,  
cabeça puesta al umero,  
jesto de viexa aorcada,  
capón del rey Asuero,  
estatua desnarigada,  
  
medalla del candacino,

gesto atestado de borra,  
Judas aorcado y moíno,  
desocicada y presa çorra,  
cuero atestado de vino...

–¡Baste, baste, mi señora! –dijo el piloto–. Aguarde, que ba la mía:

Mochar<sup>747</sup> hermosa encarnada,  
rostro de ángel [f. 119r] verdadero,  
jesto de dama estremada,  
Ester de rey Asuero,  
muy más hermosa y amada,  
  
medalla echa a lo dibino,  
gesto cubierto de gloria,  
rosicler perfecto y fino,  
con quien se alla la vitoria,  
de lo mejor y más dino.

Si más queréis coplear,  
de esse anélito que sopla  
essa boca singular,

---

<sup>747</sup> *Mochar*: Teniendo presente la copla de Libertina a la que esta sirve de réplia, la palabra *mochar* parece funcionar en el contexto como variante de *mocha*; sin embargo, reconocemos que no hemos encontrado otras documentaciones de esta forma con dicha acepción.



señora, me habéis de dar

para que diga otra copla.

–¡Basta, basta! –dixo Taurisa–. ¡En mi ánima que á estado vonísimo! ¡No ay más gracioso rato de entretenimiento en el mundo! A fe, señora prima –dijo a Belisandra–, que en estando melancólicas que emos de juntar los dos extremos.

–¡O, o! Pues si yo tomo la guitarrilla –dixo el biexo–, aún tendremos en qué entender.

–¡Pues yo –dijo Libertina<sup>cccxxxii</sup> muerta de risa– tanvién sé mis contrapasses en la guitarra!

–¡Aora pues, sus! Que más de dos beces nos emos de dar de las astas<sup>748</sup> –dixo el capón.

–Maldito nunca seas –dijo Libertina–, que ni tienes lança ni escudo, ¿cómo quieres competir con nadie?

–A una tan buena razón –dixo el piloto– no sea otra respuesta sino que a mí me pesa con dolor de mi alma y confieso mi defecto por mi gran culpa.

–Essa es como la penitencia de Judas y como la de Caín, que vino cuando no aprovechó. Y como san Telmo con la gabia después de la tempestad.

En este medio despertó Ardoniso, y estuvo así un rato despierto pensando en diversas cosas, allándose tan confortado que le parecía realmente que estaba para tomar armas. Y, estando así un ratico, uyó cómo se meneaba en la cama Feridano y, sintiendo qu'estaba despierto, le dixo:

–¿Qué hace vuestra grandeça, señor Feridano? Y en verdad que me siento tal que me parece que me podía bolber a poner el arnés según me allo esforçado.

---

<sup>748</sup> *dar de las astas*: En el diccionario de Melchoir Emmanuel Núñez de Taboada se da como traducción del término galo *estocader*, empleado en sentido figurado y familiar, la siguiente paráfrasis: «Estoquearse, dar de las astas: dícese de los que disputan fuertemente» (*Diccionario francés-español y español-francés*. 10ª ed. París. P. J. Rey. 1848, s.v. *estocader*).

–En verdad –dixo Ardoniso– que me siento yo de la misma manera, pero ¿no á sido estraña aventura la que nos á traído a esta isla y la que en ella emos allado? Es cierto que me tiene suspenso y fuera de mí.

–Arto más me tiene a mí la hermosura y donaire de Taurisa, que os prometo que desde qu’esta mañana la bi, luego le rendí el alma por esclaba de su hermosura.

–Pues a fe –dijo Ardoniso– que me á acaecido a mí lo mismo con Belisandra.

–A fe de caballero –dijo Feridano– que me huelgo que aya sucedido assí, mas un montón de inconvenientes allo...

–Vien sé yo cuál es el mayor.

–¿Cuál? –dijo Feridano.

–El no podernos casar con ellas –dixo Ardoniso.

–Cuanto que esa es la dificultad –dixo Feridano–; que si esso no ubiera no tenía por qué parecerme a mí dificultosso.

–Aora pues, con todas essas dificultades emos de pasar.

–No tengo yo duda en [e]so –dijo Feridano–, pero en buscar los mejores medios está la dificultad.

–Essos el tiempo y las ocasiones los an de descubrir –dixo Ardoniso–, pero ¿qué ora será? Si emos dormido mucho no sé cierto.

–Toque vuestra grandeça essa campanilla –dixo Feridano– y sabremos qué ora es.

–¡A, señor Feridano –dixo Ardoniso–, qué manda vuestra grandeça! Dos señales siento de salud muy claras.

–¿Y qué son, señor? –dixo Feridano.

–La una es –respondió Ardoniso– que con aber almorçado tengo ganas de comer... y la otra la que le dixen en Ispalia cuando tube las calenturillas...

–Buena regla es –dixo Feridano–, aunque no suele ser siempre verdadera.

–No sé, por Dios –dixo Ardoniso–, yo siempre la é allado por cierta.

Con esto, tocó la campanilla dos o tres beces. Y, como el piloto lo oyó, qu'estaba aún parlando con aquellas princesas contándoles cómo indo a las Islas Fortunatas se havían perdido, con todo los demás que á contado la historia. «¿Y cuánto ay de aquí a las Islas Fortunatas?», le havía preguntado Taurisa <sup>[f. 119v]</sup>. Y, cuando él respondió «quinientas leguas», entonces fue cuando sonó la campana y dijo:

–Mis señores llaman, denme vuestras grandeças licencia.

–Baya con Dios –dijo Libertina– y guarde mis amores, no le fuercen en el camino.

Con esto, quedándose riyendo aquellas princesas, Taurisa dijo:

–En mi verdad qu'es diabólico Fraseldo –que así dixo que se llamaba el pilo[to]– y que tiene muy buen entendimiento.

–Es ginobés el diablo, que le basta –dixo Libertina–, y después traspuesto y criado en España, y siempre á andado en las armadas del rey de España, ¿qué no á de saber?

–Y, fuera de eso, llanamente –dijo Belisandra– tiene un natural de mucha agudeça.

En esto llegó el piloto al aposento de aquellos príncipes y, como entró con el candelero y la bela en la mano, en abriendo la puerta hiço sus reberencias con los dos pies. Y puesto el candelero sobre el bufete dixo:

–¿Qué mandan vuestras grandeças?

–¿Qué ora es, Fraseldo?

–Serán, mis señores, entre las once y las doce.

–Ábrenos <sup>cccxxxiii</sup>, amigo, por vida tuya, una ventana de essas.

Él avrió una bentana de aquellas que tenía una hermosísima vedriera de cristal. Y, como daba en ella el sol, quedó tan alegre el aposento que no lo pudieron sufrir y ubieron de tener un ratico cerrados los ojos. Y, después de pasada aquella fuerça de la luz, dijeron:

–Abre todas essas otras bentanas, por tu vida.

–Que me place, mis señores.

Y, con esto, abrió otras dos bentanas qu’el aposento tenía, quedando con esto tan claro como en mitad de la plaça al mediodía.

–¡O, bendito sea Dios! –dijo Ardoniso–. ¡Y qué lindo día hace! ¡Y quién se pudiera levantar un poquito!

–No están vuestras grandeças para esso –dixo Fraseldo–, qu’están muy flacos. Aguarden vuestras grandeças, iré a decir como quedan despiertos; que me dixeron que fuesse <a> abisar, porque querían traer de comer aquellas princessas. Que en mi ánima –dijo el piloto– que son las más lindas señoras del mundo y tienen una condición y una conversación de unos ángeles. Y a fe de marinero que maldito el punto que tienen de necias, sino que son de las más avisadas que yo é visto con cuanto é andado y que pueden hacer raya en la corte de cualquier gran príncipe. Y ruin sea yo si no entiendo qu’en hermosura que deben vien poco a Ursina ni a Casiana, las que dejamos en Ispalia cuando de allá partimos. Aora, señores príncipes, adiós, que me estarán aguardando a que les llebe la respuesta.

## **Capítulo 6. Del regalo que aquellas princesas hicieron a Feridano y a Ardonisso y de cómo dispusieron su bibienda en la Isla de Corneria.**

A las princesas bolbió Fraseldo y les dixo:

–Aquellos príncipes quedan despiertos y me parece que de anoch[e] <a> acá an resucitado, que en mi berdad que tienen unos rostros como unos ángeles.

–Si los comparaste con esse tuyo –dijo Libertina–, poca onra les haces.

–No, a fe, fuera de burla, sino que están muy mexores, ¡vendito sea Dios!, qu'estaban anoche cuando yo los bi.

–Pues bueno será –dijo Esmerilda– llebarles de comer, que agora an de comer poco y a menudo.

–Llebémoselo –dijo Taurissa–, que ya es ora, que cerca son de las doce por el relox de sol.

–¿Y qué an de comer –dijo Belisandra–, hermana Esmerilda?

–Su pucherillo les tengo adereçado y un abe asada, que pues con el sueño no ha buelto la calentura, sino que se allan del todo libres y son moços tan reciaços y fuertes, especialmente el príncipe Feridano, menester an de comer cosas de sustancia.

–Y, para principio, ¿qué les tenéis?

–Unas guindas –dijo Esmerilda– y unas dos ciruelas que yo misma fui a coxer a la güerta de allá arriba, la de la fuente de coral.

–¿Y no les pensáis dar otra cossa de ante?

–No, por cierto –dixo Esmerilda–, que agora, como digo, es menester ir poco a poco.

–¿Y en qué llebáis la fruta?

–En aquel plato de cristal grande –dixo Esmerilda.

–Por que bayan más frescas y mexores uviérades sacado aquella baxilla que está en el caxón de la sala de las agüelas, que aunque no es muy costosa es muy fresquita y <sup>[f.</sup>  
<sup>120r]</sup> alegre.

–Tiempo habrá para todo –dixo Esmerilda–, que muy bonita es esta con que agora les emos de dar de comer.

–Aora pues, ¡sus!, allá nos imos Taurisa y yo –dijo Velisandra–. Id presto bosotras y llebad todo recado.

–Bayan vuestras grandeças, que ya bamos nosotras.

Con esto, las dos princesas entraron en el aposento de aquellos caballeros aquel día dibinamente adereçadas. Y por regocijar a los enfermos fueron la una y la otra vestidas de vrocado encarnado adereçado de perlas orientales y diamantes. Y en sus hermosas cabeças, echas mil invenciones de sus propios cabellos, llebando con muy vuenta gracia atrabesadas unas bandas de red de oro y aljófar, llebando echas dos muy hermosas rosas sobre el honvro izquierdo. Y ellas tan gallardas y vriosas que vien daban a entender su contento y gallardía. Y, así, en entrando, como ya aquellos caballeros estaban más esforçados, lebantándose sobre la cama Feridano dijo:

–Sean vuestras grandeças muy vienbenidas, que con tan soberana merced vien ciertas podemos tener las esperanças de la salud y la posesión de gloria y vida que aora con tan hermosa presencia se nos comunica.

–Aora déjesse de esos cumplimientos vuestra grandeça –dijo Taurissa– y díganos: ¿cómo se alló después de aquel bocado que comió esta mañana?

–Eme allado tal, y mi señora, y tan esforçado que podría, si fuesse menester, presentarme en campo armado contra el enemigo.

–Aora no tan brabo, mi señor –dijo Taurissa–, que aún os estáis muy flaco para blasonar tan presto del arnés<sup>749</sup>.

Y, diciendo esto, tomó una silla y se sentó junto a la cabecera de la cama. Y Feridano le començó a preguntar que le hiciesse merced de le decir cómo havían venido a aquella isla; ella en vrebos palabras le contó todo el caso y suceso como os lo á contado la istoria. Estando en esto, estaba Belisandra hablando con Ardoniso en las cosas que más gusto recibían y entraron aquellas concellas con la comida, la cual ya co[n] muy buena gracia y donaire comieron aquellos caballeros, entretexiendo muy buenos dichos en ella.

---

<sup>749</sup> *Blasonar del arnés*: Expresión recogida por Covarrubias: «Hablar a la fanfarronesca y contando en tiempo de paz las valentías que uno ha hecho en la guerra, sin que haya más certidumbre que decirlo él» (s.v. *blasonar*).

Y, acabado de comer, aquellas pastoras porque [era] tarde se salieron a comer a la sala de afuera, pesándoles estrañamente a aquellos caballeros de perder la conversación de que goçaban. Mas biendo que no podía ser menos, cuando se querían salir les suplicaron les hiciessen merced de o darles licencia para se lebantar o hacerles tan soberana merced de venirse allí un rato.

–Duerman vuestras grandeças un ratico –dixo Belisandra–, que después de comer y haber reposado un tantico nosotras bolberemos acá y entretendremos a vuestras grandeças un rato.

Con esto, se salieron a comer y Libertina<sup>cccxxxiv</sup> les dio muy bien de comer. Y, andándolas sirviendo, andaba diciendo los más graciosos dichos a Fraseldo el piloto, y él le respondía con graciosísima agudeça. Y el niño Mexiano dio en llamallo «papón» y habelle gestos tales que si como el suyo uno le hiciera al piloto, no tubiera con él tantos pleitos Libertina. Y tanvién dio el chiquitito en pedille las narices, y pedíaselas con tanta gracia, con tanta eficacia y donaire que hacía morir de risa a aquellas señoras.

Al fin, después de haber comido, Taurisa y Belisandra, entre tanto que aquellos caballeros dormían, se salieron allí a hablar un rato a un corredor qu'estaba en aquel cuarto. Y Belisandra dijo a Taurisa:

–¿Á visto vuestra grandeça y qué vuenos están ya los príncipes? En mi verdad que parecen ya otros. Digo que á sido oy contento mirarlos a los rostros y ver de qué buena gana an comido, aunque Ardoniso me á parecido delicadillo y come poquito.

–Aunque oy vien lo á echo vuestra grandeça –dixo Taurisa–, no á mirado una cosa que yo <é> echado oy de ber.

–¿Qué prima? –dijo Belisandra.

–¿Qué? Que en mi ánima que con que quiero a vuestra grandeça me parece más que a mí, e[n] mi verdad que quiero más a Feridano veinte veces.

–Mira de qué duda me saca... –dijo Belisandra–. Pues sepa que pasa lo mismo por mi cassa con Ardoniso, que me á parecido muy bien y caballero que hará lo que yo le dixere, y que por no me enoxar<sup>[f. 120v]</sup> o dar pena ará cuanto yo le dixere.

–En verdad que é sentido yo lo mismo –dixo Taurisa– en Feridano, que, aunqu’es así robusto y, a lo que parece, fuerte para las armas, muy modesto y vien criado me á parecido y que no hará jamás cosa con la cual me dé pena.

–Con todo esso –dixo Belisandra– son hombres y es menester quitarles las ocasiones.

–Esso para cosa de veras déjeme el cargo, prima, no aya miedo que yo le dé ocasión para nada de esso: olgarme assí y hablar un rato, y cosillas de entretenimiento de damas, passe, pero pensar otra cosa sepa qu’es engaño, que antes moriré mil muertes que hacer cosa que no deba.

–Pues, supuesto esso, essotras niñerías pasen –dixo Belisandra–, siquiera para entretener el tiempo de nuestra soledad.

–Pues en verdad que entiendo –dijo Taurisa– que emos de tener algunos ratos de entretenimiento y de muy buena conversación.

–Sí tendremos –dixo Belisandra–, mas plegue a Dios no nos cuesten caro...

–No aya miedo, prima, vuestra grandeça, mediante Dios, que nos suceda cosa que sea contra nuestra boluntad. Aora beamos qué hacen essas mugeres, y entrarnos emos con esos príncipes un rato.

–Bamos.

Cuando entraron en la sala allaron a Livertina qu’estaba con Mexianico en los braços. Y el piloto le estaba preguntando que cúyo hijo era el niño, y ella decía que todas seis le havían parido por una arca. Y el diablo del piloto hacía mil conjeturas y nunca podía acabar de entender qué era lo que le decía Libertina, y en esta discordia estaban cuando aquellas princesas entraron. Y el piloto dixo:

–Aquí la señora Libertina, como me tiene rendida la boluntad, me quiere también rendir el entendimiento hablándome en parábolas, para que tiniendo ojos no



bea y teniendo oídos no oiga<sup>750</sup>. Sepan vuestras grandeças que me estaba diciendo qu'este ángel había nacido de todas seis por un arca.

–Entended por allá, pues en mi berdad –dijo Taurisa– que decía verdad, que así fue ello, que de todas seis nació por un arca.

–En verdad que yo no lo entiendo.

–Agora –dijo Libertina–, quiçá lo entenderéis por un cosicosa.

–Aora, ¡sus!, preguntelo vuestra merced, veamos.

–Que me place –dixo Libertina–. ¡Ca!, responde:

Sobre la capa que cubre  
nuestra madre unibersal,  
un arca en la cual se encubre  
un muy precioso animal  
la vi casi a la veslumbre.

Y mirando más en ella,  
habiéndose descalçado,  
una graciosa doncella,  
del arca o cofre á tirado  
asta ver lo que iba en ella.

Parieron pues las seis juntas,  
pues que todas le allaron.

---

<sup>750</sup> Fraseldo alude irónicamente al conocido pasaje de Mateo 13, 13: «Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden» (*Biblia de Jerusalén...*).

¡Ca!, mirá qué barruntás,  
qu'esto es lo que preguntaron  
todas seis pastoras juntas.

A lo cual, parándose un poquito, el piloto respondió:

Es tan obscura pregunta  
y estoy tan entorpecido  
que pues de aguda disputa  
doime, ángel, por vencido.

–Aora, ¿qué me darás –dijo Velisandra–, piloto? Y declararte he la cuestión.

–Todo lo tengo dado a la graciosa Libertina, mas de todos los despojos que ella diere licencia yo hago a vuestra grandeça gracia por que me haga essa merced.

–¿Yo? ¡Será finito! –dijo Libertina–. Todo entero te renuncio aunque sea para comerte lo perros como a Jeçabel.

–Aora, no tan cruel, mi señora –dixo Fraseldo–, que a fe que me quiere arto más de lo que muestra...

–Mal –dixo Libertina.

–Pues así se entiende –dixo el piloto–, que bien fuera bobería. Aora suplico a vuestra grandeça, mi señora Belisandra, que me declare la copla.

–Yo no sabré en verso –dixo Velisandra–, mas baya como acertare:

El mar, la capa es del suelo;  
la antigua madre, es la tierra;  
el cofre probeyó el cielo  
pues él fue en quien se encierra  
aqueste hermoso moçuelo.

La dama que le á sacado  
fue la que se descalzó,  
mas ella no le sacó,  
que de todas fue sacado  
cuando el niño pareció.

Y porque todas seis fueron  
las que del mar le sacaron  
con justa razón dixeron  
que todas le enxendraron  
y aun que todas le parieron.

Ora vien –dijo Belisandra–, ya habéis oído mis boberías y mi coplón; beamos, ¿havéis entendido el enigma?

–¡A, sí, por cierto! –dijo el piloto–. Que aora vien sé que á dicho vuestra grandeça que allaron este niño en la ribera del mar, metidito en un cofre. Y que d’él le sacaron todas seis vuestras grandeças y que por esso le llaman hijo de todas, y aun que todas seis le parieron. Aora ya lo sé <sup>[f. 121r]</sup>, mas cierto él es una de las [más] hermosas criaturas que yo é visto en todos los días de mi bida y jamás é visto persona que le parezca sino la hermosa princesa Casiana, princesa de Babilonia, qu’está casada con Ofrasio, príncipe de España, a la cual parece mucho. Mas aun con todo esso me parece más hermoso que ella.

–Dios le guarde muchos años –dijo Belisandra–, mas zierto es hermosa criatura.

–No só yo hijo de mi padre –dixo el piloto– si él no es hijo de algún gran príncipe que con alguna tormenta se perdió en este mar que tiene por aquí unas brabísimas costas, porque su rostro lo da bien a entender. Aora ya serán las dos –dijo

Fraseldo—, báyanse vuestras grandeças un rato con aquellos príncipes, que ya estarán despiertos. Y si no, es justo despertarlos, que no es sano tampoco tanto dormir.

Con esto, fueron aquellas princesas al aposento de Feridano y Ardoniso. Y, en entrando, después de haberse saludado los unos a los otros con el comedimiento debido, estuvieron así hablando un poquito en unibersal. Y luego dijo Belisandra:

—¿Gustaran vuestras grandeças de un poquito de música?

—La más suabe y de más hermosas consonancias que se podía desear —dixo Ardoniso— era la que sonaba en nuestras orejas con la dibina conversación de vuestras grandeças.

—Mas, con todo esso —dixo Taurisa—, tañan un poquito, qu'es muy buen entretenimiento el de la música. ¡Ola, Esmerilda, traé vuestros instrumentos!

Con esto, Esmerilda trujo una arpa, una biuela de arco, una biuela de nueve órdenes y un discante, los cuales repartieron entre Acurisia, Verarda, Esmerilda y Libertina, que todas cuatro eran estremadas en estos instrumentos. Después que los uvieron templado y concertado, començáronlos a tocar estremadamente; especialmente Libertina<sup>cccxxxv</sup> la biuela de nueve órdenes, que en este instrumento sin dificultad era el mejor dedén<sup>751</sup> que había en el mundo. Y, así, todas juntas cantaron con muy buena gracia esta letrilla:

En una isla estando  
Taurisa y Velisandra muy hermosas  
y del fresco goçando,  
parlando muy goçosas  
guirnaldas compuniendo de unas rosas,

---

<sup>751</sup> *Dedén*: No hemos localizado otras documentaciones de esta voz, que en el pasaje parece querer designar a 'la persona que goza de gran habilidad para tocar un instrumento con los dedos', poseyendo así un significado paralelo al del sustantivo *dedeo*, que sirve para hacer referencia a dicha destreza (cf. DRAE, s.v.).

Amor no descuidado  
pensó de las herir con sus saetas  
y a dos almas perfectas  
del mar les á sacado  
por aumentar con ellas su cuidado...

–Aora –dijo Belisandra–, no pasen con la letrilla adelante, que vien parece que es de repente<sup>752</sup>; canten un romance viexo y déxense las coplas de repente para Libertina y Fraseldo, que lo hacen escogidamente.

–Dexáralas vuestra grandeça pasar adelante –dixo Ardoniso–, que cierto sonaba la letra acompañada de la verdad y de la música estremadamente.

–¿Dábaos a vos gusto? –dixo Belisandra.

–Sí cierto, mi señora.

–Pues otro día se os dirán ciento; aora no quiero yo que digan más.

–Pues que no sea, señora mía: en esso y todo lo demás yo no quiero sino lo que bos queréis; ni se haga, mi señora, sino lo que mandáredes.

Con esto, cantaron un romance de la muerte de Policena, muy buena letra y estremadamente cantado:

–Aora, ¿beis<sup>cccxxxvi</sup>, Ardonisso, cómo á sonado muy bien este romance?

–Por cierto, mi señora –dixo Ardoniso–, estremadamente.

–Aora –dixo Taurisa–, quiten allá los instrumentos, que vasta lo que se á tañido.

Con esto cesó la música y las doncellas se salieron, quedándose aquellos caballeros parlando con aquellas princessas en muy buena conversación; en la cual

---

<sup>752</sup> *de repente*: *Trovar de repente* es «echar coplas sin tenerlas prevenidas» (*Covarrubias*, s.v. *trovar*); acerca de la práctica de trovar de repente o de improviso, véase Alberto del Campo Tejedor, «Trovadores de repente. La improvisación poética en el Siglo de Oro» (*eHumanista, Journal of Iberian Studies*, 4, 2004, págs. 119-157).

Feridano vino a decir a Taurissa el grande y verdadero amor que le tenía, y ella le respondió vien (aunque siempre debaxo de los límites de la onestidad y modestia que a una tan buena princesa convenían). Al fin le dio una mano para que se la besase, de lo cual él recibió suma gloria y contentamiento, y desde aquella conversación quedó ya entendido cómo los cuatro de un onesto y verdadero amor se querían. Y, así, se acabó la conversación, porque aquellas princesas se quisieron ir a dar una buelta por cassa entre tanto que se hacía ora de cenar. Y aquellos caballeros se quedaron hablando en la suma gracia y donaire de sus pastoras:

–En mi verdad –dixo Ardoniso a Feridano–, señor Feridano, qu’es estraña la nobleça y bondad de esta gente y que me á contentado estrañamente su nobleça y onestidad. Y qu’estoy determinado de serbir toda mi vida a Belisandra y jamás tener otra dama (a lo menos todo el tiempo que me guardare fidelidad y estuviere por casarse) si no fuere a ella. Y esto, sirviéndola con aquel término devido a doncella y con jamás pedirle cosa que sea contra su onestidad ni birtud.

–Yo también tengo determinado esso mismo con Taurissa, mas no sé lo <sup>[f. 121v]</sup> podremos acabar con nosotros...

–¡Ca!, que sí vien podremos –dijo Ardonisso–. Y si no, a lo menos haremos todo quanto pudiéremos por poder.

En la misma conversación, o casi casi, estuvieron las dos pastoras Taurisa y Belisandra asta que se hizo ora de cenar; ellas se la dieron a sus amantes con mucho regalo y llaneça. D’esta manera estuvieron cuatro días, al cabo de los cuales ya aquellos príncipes se començaron a lebanzar. Y aunque había sido estremada la flaqueça, con todo esso se sentían ya muy mexores y muy esforçados, y tanto que a su parecer pudieran ya cada uno de ellos tomar armas.

Pues un domingo después de comer, aquellos caballeros vestidos de una misma librea (que fue de brocado verde lleno de gusanillo de oro de martillo), todo lo galanes y vien puestos que se podía desear, se fueron al cuarto de aquellas princesas. Y, después de se haver recibido y muy bien y haver aquellos caballeros tomado sendas sillas, allá hacia el medio de la conversación Belisandra dijo:

–Señores príncipes, ya vuestras grandeças están, ¡vendito sea Nuestro Señor!, muy buenos y con entera salud (Dios a vuestras grandeças la conserve muchos años). Y anos parecido a mi prima Taurisa y a mí que, supuesto que no podemos casarnos los unos con los otros por el incoviniente que ya tenemos tratado, que lo será y muy grande el qu'estemos todos juntos en una casa. Para lo cual aquí como un cuarto de legua está una casa de monte estremadamente edificada, con todas las cosas necesarias para la vida humana sin que en ella falte alguna cossa. Nosotras y nuestras mugeres nos pasaremos a ella y vuestras grandeças se pueden quedar en esta, o al contrario, irse an vuestras grandeças a ella y nosotras nos quedaremos en esta; que lo que toca a servir a vuestras grandeças desde aquí les serviremos con todo el cuidado que fuere posible. Y esto combiene assí –dijo Belisandra– para nuestra quietud y contento.

Aunque recibieron pena, aquellos caballeros uvieron de disimular su pesadumbre, porque entendieron serles así forçossa. Y, con esto, mostrando muy buen semblante, les dixerón que les parecía muy azertado su consexo y muy buena su determinación, y que luego se hiciesse lo que sus grandeças mandaban.

Con esta determinación, otro día lunes aquellas princesas se fueron a la cassa de campo a adereçarla para aquellos príncipes; y Taurisa adereçó el aposento de Feridano y Belisandra el de Ardonisso. Taurisa hiço colgar una sala de una tapicería morada toda senvrada de flores de oro de martillo, con una orla o guarnición de sobervia y rica pedrería. En esta sala estaban como dos docenas de sillas de évano, remates de oro y cristal, estremadas de buenas, y una mesa de trucos a un lado, de évano, retallada de marfil, estremada pieça, y un bufete de plata sobre el cual estaba papel y tinta en un escritorio de oro y perlas. En el aposento más adentro, que una hermosísima cuadra era por la cual se salía a un hermoso corredor, estaba colgada de lo mismo y en ella había una hermosa chimenea francessa de alabastro, jaspe y porfiros muy hermosa. Y, sobre otro bufete que allí había, había como una docena de libros de entretenimiento muy vien encuadernados.

Luego estaba otro aposento algo menor, el cual estaba adereçado de hermosísimos retratos y medallas y de barias y antiguas istorias en que cierto había cosas curiosísimas. Y había unos muy hermosos y grandes cofres de plata llenos de

armas y municiones de guerra, y en unos estantes de ébano y oro había mucha abundancia de muy buenos libros estremadamente encuadernados.

Luego había otro aposento algo más pequeño en que estaba una cama de campo estremada de buena, el paramento de brocado pardo alcachofado de alcachofas de plata tirada y perlas orientales, cama vien curiossa y rica, estando todos estos aposentos probeídos de todas las cosas y menudencias necesarias a la necesidad, curiosidad y pulicia. Otros dos aposentos que estaban en la sala con otras dos o tres camarillas pequeñas servían de recámara en que había armas, jaces, mesas, sillas, bufetes y otras cien mil cosas de recámara de príncipes, tan probeídas de todo lo necesario como si en casa de un gran emperador estuvieran.

Todo lo dexó Taurisa tan aliñado, adereçado y compuesto como aquella a quien ya amor ponía cuidado y diligencia, y el aposento quedó tan vien adereçado y rico que cierto casi había más que ver en su composición <sup>[f. 122r]</sup> que en su riqueza. Belisandra adereçó otro cuarto de la misma manera para su Ardoniso, salbo que la tapicería era de brocado verde y oro, pero en lo demás de la misma manera era qu'el que Taurisa había adereçado.

Acabados de componer, que serían ya las cinco de la tarde (que todo el día gastaron aquellas señoras en adereçar los aposentos), la una fue a ber el aposento cómo le tenía adereçado la otra. Y cada cual daba la bentaxa a la compañera, aunque en la calidad de la verdad poca diferencia había del uno al otro, porque entramos estaban casi de una misma manera; de la curiosidad y aseo de Belisandra no ay que tratar, que una fue de las más aseadas y curiosas de su tiempo.

Acabado de adereçar, en el aposento de Ardoniso, en el escritorio o estudio, en sendas sillas se sentaron, haciendo acabar de componer algunas cosillas. Y, estando enfrente de un hermosísimo y grande espexo de armar, que allí en aquel aposento en los cuatro cuadros cuatro había, mirándose Belisandra dixo:

–A fe que é tomado colores.

–Pues yo tanvién –dixo Taurissa–. Aunque soy negra y dicen que sobre negro no hay tintura, bien se me echa de ber el color que é cobrado. Mas ¡báleme Dios, qué buen



entretenimiento y qué descansado trabaxo, qué sabrosa pena y qué fresco calor es el que se recibe sirviendo o haciendo placer a la cosa amada!

–En mi berdad que estaba yo pensando esso –dixo a Taurissa Belisandra–, que me parece que en todos los dos años pasados nunca tube día que tanto me olgasse como oy, con que a fe qu’é sudado haciendo componer esto. Especialmente los libros qu’é echo poner, porque é entendido de Ardoniso qu’es aficionadísimo a istorias y cosas antiguas, a libros y a medallas, y por esto l’é echo traer todos los que estaban en la segunda recámara de Galianisadro. Aunque en la librería principal no é tocado, porqu’es cierto que, aunque tenían aquí Galianisandro y Corneria muchas cosas de infinito balor, que una y no la menor (sino a lo que entiendo la más principal, curiosa y rica) es la librería, que no sé dónde pudieron<sup>cccxxxvii</sup> allegar tanto número de buenos libros. Porqu’es cierto que me parece que la librería de Tolomeo rey de Egipto, con tener (según dicen los autores) setecientos mil libros, me parece que ya que excedió a esta en número que no le excede en excelencia; ni fue tal la de Asinino Polbión en Roma, ni la que después hizo el César, añadiéndola y reparándola el emperador Domiciano.

–En una cosa –dixo Taurissa– me lleba vuestra grandeça en esta librería mucha ventaxa, y es en haber puesto aquí<sup>cccxxxviii</sup> las medallas y retratos de los barones ilustres en letras.

–Cosa es muy usada –dixo Belisandra–, mi señora Taurissa, hacerse así. Dice Plinio que en la librería de Asinino Polbión mereció Marco Barrón aún siendo bibo que se pusiese su retrato por la excelencia de su doctrina. ¿Y no se acuerda que Cicerón escribe a Fabio Galo que le compre retratos y medallas para su librería? Y tanvién Plinio sobrino dice, escribiendo a Julio Sebero, cómo Herenio Severo, barón doctísimo, quería poner en su librería entre otras la imagen de Cornerio Nepos y de Tito Ario. Y otros mucho exemplos tenemos de gente que á echo lo mismo, puniendo figuras y retratos de barones sabios en sus librerías<sup>753</sup>.

---

<sup>753</sup> El padre Daza se sirve para la composición de este diálogo del capítulo III de la tercera parte de la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540-1551), titulado precisamente: «De la primera librería que hubo en el mundo, dónde fue, y de otras librerías que ha habido muy señaladas. Y cómo se ponían las imágenes y figuras de los excelentes hombres en letras en ellas antiguamente» (Ed. Isaías Lerner. Madrid. Castalia. 2003, págs. 549-554). Asimismo, el manejo de algunos capítulos pertenecientes a la cuarta parte

–Ya yo beía –dijo Taurisa– que estaban muy bien, no era menester ser cosa usada de esos sabios para que fuera acertada; bastárame a mí ber que vuestra grandeça lo havía echo para tenerlo por tal. Mas otro día más despacio beremos quién son los que vuestra grandeça á puesto aí, porque yo entre los libros de Feridano una antiguas istorias muy vien pintadas pusse, y unas tablas del incendio que los soldados de Julio César hicieron en Egipto en tiempo de Tolomeo, hermano de Cleopatra.

–Muy vien está allí –dijo Belisandra–, porque entonces fue quemada aquella ilustrísima librería que yo decía del rey Tolomeo Filadelfo d’Egipto, que fue el que hiço traducir la Biblia a los sesenta y dos intérpretes<sup>754</sup>.

–¿Que sesenta y dos –dixo Taurisa– fueron los intérpretes? Pues yo havía siempre oído sesenta.

–Sesenta y dos fueron, mi señora –dixo Belisandra–. Mas solo quiero <sup>[f. 122v]</sup> que me diga vuestra grandeça qué le á parecido de Ardoniso.

–Muy bien, en mi berdad –dijo Taurisa–; solo me parece que en estas cosas de amor sabe mucho, vuestra grandeça se guarde d’él.

–No, no, de esso a mi cargo que yo le traiga tan ceñido que le aprobeche de vien poco toda su correría, qu’esso tanvién me lo á parecido a mí, que con aquella su humildad y rendimiento querrá después hacer su boluntad. Mas gracias a Dios que le entendemos y á topado con quien le sabrá traer tan cogida la rienda que no podrá hacer su boluntad como pienssa; aora bámonos, qu’es tarde. Yo no sé cómo tiene pies este

---

de la *Silva* evidencia que Miguel Daza empleó, como es lógico, una edición posterior a la vallisoletana de 1551, la última ampliada y revisada por Mexía.

<sup>754</sup> **Ap. marg.:** «Agusti., de[...], lib. 18, c. 42»; «Josephus, li[b]. 12, c. 20»; «Eusevius, li[b]. [...], c. 1»; «Irene., lib. [...], c. 25»; «Tertulianus, [Adversus] gentes»; «Jus[tinus], Apolog[...]. Nuevamente la encuadernación imposibilita la lectura completa de estas referencias, que hemos restaurado cuando así ha sido posible. La apostilla parece querer traer a colación algunas de las autoridades habituales para legitimar la *Septuaginta*, por lo que parece que la lectura del texto ofrece por error la voz *sesenta*. En los dos últimos casos las fuentes han resultado menos perjudicadas y, por ello, resultan transparentes: Tertuliano, *Apologeticus adversus gentes pro christianis*; San Justino mártir, *Apología*. Tanto estas referencias como la breve intervención de Belisandra que las propicia parecen haber sido extraídas del capítulo IV de la cuarta parte de la *Silva de varia lección*: «De la traducción que hicieron los setenta intérpretes de la Sancta Escritura del Testamento Viejo, de cuánta auctoridad sea y en qué tiempo fue hechay la historia de la ocasión que tuvo para hacerse» (Pedro Mexía, ob. cit., págs. 786-796).

angelito –dixo bolbiéndose a Mexiano, que por allí andaba muy contento con unos papeles viejos–, que en todo el día no á doblado las piernas.

Con esto, dejándolo todo muy compuesto y adereçado, cerrando todas las puertas que les pareció convenir que se cerrassen, se bolbieron para cassa cuando ya casi quería anochecer. Y cuando llegaron a casa era ya casi noche obscura, y aquellos caballeros muy a lo cortesano, viendo que no había otros paxes, tenían ya luces encendidas en los aposentos y abajo un par de achas en el patio donde se habían de apear. Y, como aquellas damas entraron, luego el niño Mexiano (que en braços le traía la bella Belisandra) començó a dar gritos de alegría diciendo que lo tomasen en vrazos. Ardoniso se llegó y tomando al niño en los braços le puso en el suelo vesándole (y no sé sí lo hiço por coxelle un beso que Belisandra, al tiempo que le fue a dar, a Ardoniso le había dado...). Pues puniéndole en el suelo fue a tomar a la hermosa Belisandra, haciendo lo mismo Feridano a la gallarda Taurisa. Al fin, las apearon y, puestas en el suelo, Feridano dixo:

–¿Cómo les á ido a vuestras grandezas en la casa de campo?

–Muy vien, señor –dixo Belisandra–, que ya la dejamos compuesta lo mexor que emos podido.

–¡Jesucristo, mi señora! –dijo Ardoniso–, ¿y esse trabaxo an tomado vuestras grandezas?, ¿nosotros no lo hiciéramos cuando fuéramos allá?

–El componer la casa –dijo Taurisa– es oficio de mugeres, y el gobernarla y regirla, de los hombres.

–No se entiende esso donde vuestras grandezas están –dixo Ardoniso–, que no solo una casa ni una probincia, mas muchos reinos pueden gobernar vuestras grandezas con su mucha prudencia y discreción.

–Pues aún más emos echo –dixo Belisandra–, que traemos de allá ganada y guisada la cena, porque un ratico que Libertina salió a caça fue tan benturosa que en media ora poco más mató siete caças diferentes; especialmente un par de cabritillos (que

alló en una lapa<sup>755</sup> de una piedra durmiendo) de leche, los más bonitos del mundo. Aunque para vuestras grandeças que se están aún en delgado no, qu'es carne esta peliaguda, no muy sana.

–No, mi señora –dijo Feridano–, que siendo así de leche no es sino muy sana comida.

Con esto, se suvieron a la sala, llebando Ardoniso a Mexianico de la mano. Y él iba muy contento en un caballito de palo que Libertina le havía echo para que se olgasse. Fraseldo dio recado a los caballos baxando a lo mandar hacer Ardonisso, contentándole estrañamente algunos de ellos y pareciéndole de estremada raça. Y estaban tan gordos y hermosos que era cosa de ber y havría como asta veinte (unos mexores que otros), y pías havía bonísimas y de estremadas capas.

Después que ubieron puesto en recado todas las cossas y después de haber cenado, estando todos parlando con muy buena conversación y mucha risa, Libertina, que era estremada, dixo al piloto:

–¡A, serafín mío!, ¿quisiérame hacer merced de dar una bueltecita y acé un son con la biuela? Que me parece que tiene estremada gracia para bailar (en un rollo<sup>756</sup>, se entiende).

–Porque tengo un tantico torcida esta pierna izquierda –dixo el marinero–, ¿piensa la vuestra merced que no seré bueno para esse oficio? Aora yo boy por los instrumentos y berá cómo muchas becas «debaxo del sayal, ay ál»<sup>757</sup>.

–A lo menos, señor agüelo (de la desventura digo), dirase por el que «debaxo de ruin capa yace buen bebedor»<sup>758</sup>.

---

<sup>755</sup> *Lapa*: «Significa piedra, y *lapa* o *lampa* sepulcro. Úsase, y se entiende, en Pontevedra por sepultura. También en Portugal» (Martín Sarmiento, *Catálogo de voces y frases...*, s.v. *lapa*).

<sup>756</sup> *rollo*: Se emplea en tono sarcástico con el significado de 'horca': «La picota o horca hecha de piedra en forma redonda, *quasi* rótulo» (Covarrubias, s.v. *rollo*).

<sup>757</sup> *debajo del sayal, ay ál*: Refrán recogido de modo idéntico por Correas (págs. 222 y 751). Para su uso en la lírica popular, así como para otras documentaciones literarias, cf. Margit Frenk Alatorre. *Nuevo Corpus de la antigua lírica popular hispánica: siglos XV a XVII* (México. Universidad Nacional Autónoma de México. 2003, n° 2011, pág. 1453).

–Aora se’así, mi señora –dixo el piloto–, que yo seguro que no ha bebido vuestra merced tanta agua en toda su vida como yo en la mía.

–Negro o caro costara –dixo Libertina– si en diez y siete años uviera yo bebido tanto como tú en sesenta o más años que tienes.

En esto ya Fraseldo traía los intrumentos y, dándole un discante a la graciosa Livertina, tomó él una guitarrilla de cuatro órdenes<sup>cccxxxix</sup>, qu’el diaño del piloto en una guitarrilla era grande honvre de una tonadilla rasgada. Y, como así la tubo, dixo:

–Aora esté vuestra merced<sup>cccxi</sup> cierta que no nos oirá<sup>cccxli</sup> honvre ni muger en toda la isla sino los que están pressentes.

–¡Ay sí, por vida vuestra, Libertina! –dixo Belisandra–. ¡Vayan un par de coplas<sup>cccxlii</sup> de repente a Fraseldo!

–Si a vuestras grandeças doy contento –dixo Libertina–, mirando la soledad que aquí tenemos, vien se puede loquear un poco. Y a quien le pareciere mal, passe adelante, que mañá nos allará tan sesudas; que aora sobre<sup>cccxliii</sup> Fraseldo ba mi copla.

Y, así, començó en una tonadilla algo picadilla, y con graciosísima boz y estremado<sup>[f. 123r]</sup> mobimiento y donaire, a decir:

–Suele el objebto presente

mober con más eficacia

la potencia y de repente

pone un no sé qué de gracia

para hablar sabrosamente.

Mas esse jesto de arpía

muerta de hambre, encarniçada,

---

<sup>758</sup> *debaxo de ruín capa, yace buen bebedor*: «Debajo de mala capa, hay buen bebedor» (*Correas*, pág. 222; cf. también pág. 751).

Alecto cuando vibía,  
gesto de muerte pintada,  
hará triste melodía.

–Aora, baya –dixo Fraseldo–, que esse postrer pie bueno es para un banco. Va la  
mía:

Vuestra hermosura presente  
moberá con eficacia  
el alma graciosamente  
a que piense tanta gracia  
como mostráis de repente.

Mas, ¡ay!, que seréis arpía  
en el alma encarniçada,  
Alecto aquel que veía  
en vuestro rostro pintada  
tan sobrada gallardía.

–Estremado negocio es este –dixo Ardonisso–, ¿esto teníamos en ti, Fraseldo, y  
no lo havíamos sabido?

–¡Jesucristo, mis señores! ¡Tiene mil gracias envubiertas el gansanço de la  
Estigia!

–Ora, por vida de vuestra merced, señora Libertina –dixo Feridano–, que vaya  
otra.

–A ello –dixo Libertina–:

De guarda del Cancerbero  
monstruo de naturaleza,

¿cuál de los dos fue primero?

La feldad o tu fiereça,

¿de los dos cuál fue el postrero?

–Ca, ¿no dice vuestra merced más? –dijo el marinero viendo que se paraba.

–No, mi ángel –dixo Libertina–. Diga, diga la suya.

–Ba –dijo Fraseldo:

Por vos murió el Cancerbero

dechado en naturaleça

original, berdadero,

donde con mucha destreça

lo hermoso y más entero

sacó la naturaleça.

–¡No bale, no bale! –dixo Libertina<sup>cccxliv</sup>–. ¡Que á dicho dos veces un mesmo consonante.

–Aora, pues, quédense las coplas –dijo Taurisa– y tañan estos caballeros, en los instrumentos que más gusto les diere, alguna tonadilla buena; que ayer nos dijo Fraseldo qu'estaban en el corredor tañendo.

–Aora, pues vuestra grandeça lo manda –dixo Feridano–, se'así, con condición que traigan a vuestras grandeças tres sendos instrumentos.

–Por esso no quedará –dixo Taurisa–; se'assí, tráyanlos norabuena.

–Pues a mí –dijo Belisandra– tráyanme una viuela de arco.

–Y a mí un arpa –dixo Taurissa.

–Pues a mí un laúd –dixo Feridiano.

–Pues así á de ser –dixo Ardoniso–, tráya[n]me a mí una cítara; concertaremos todos cuatro instrumentos.

Después que los truxeron y que los uvieron concertado, començaron una estremada música tan excelente que si la oyeran Anfión y Orfeo cuando confusamente traían las piedras al cerco de Troya<sup>cccxliv</sup>, más piedras quedaran ellos echos viendo cuánto la escelencia de la música a la suya excedía<sup>759</sup>. Y, después que ubieron echo dos o tres pausas, tañendo con dibino artificio, mostrándose cada uno de ellos diestrísimo en el instrumento que tocaba, después cantaron una letrilla estremadamente todos cuatro juntos. Con lo cual, por aquella noche se fueron a dormir con determinación de a la mañana cumplir la boluntad de aquellas princesas, índose a posar a la casa de campo.

#### **Capítulo 7. De cómo aquellos príncipes se fueron a la casa de campo y el orden y traça que dieron en su vida, con otras cosas tocantes a esta misma istoria.**

Otro día por la mañana, a las ocho poco más a menos sería, tenía ya Fraseldo adereçados los caballos para aquellos caballeros y las pías para las damas, con un adereço que de la recámara que llamaban «Rica» de Galianisandro sacaron. Que fue todos los caparaçones, con las demás cosas de los jaeces, de vrocado verde aforrado en tela de oro y por el brocado echas unas muy curiosas cortaduras, tomados los laços con admirables piedras muy bien guarnecidas, todas las guarniciones de oro envutidas de un hermoso y fino ámbar; los frenos y estriberas, con todas las demás evilletas y herreçuelos, de oro de veinte y cuatro quilates labrado por estremadas manos de plateros.

Los caballeros salieron aquel día con un vestido de caça del mismo brocado verde, arto galán y curioso, que eran borceguís marroquís verdes, todos puntados con ilo de oro tirado. Y en aquellos laços (por la parte de fuera) echas unas rosetas de esmeraldas redondillas y pequeñas, haciendo el medio de las florecillas finísimos diamantes y rubíes, siendo los correones de los acicates de la misma labor, ellos estremadamente labrados de oro y piedras<sup>[f.123v]</sup>. Y la media que debaxo del borceguí se

---

<sup>759</sup> Ap. marg.: «Ouidio».



mostraba (aunque vien poco de ella) se beía ser de punto de seda verde estremada y de galán punto.

El grigiesco era<sup>cccxlvi</sup> de vrocado verde con tres ileras de hermosas esmeraldas, y los alamares de oro de mar[ti]llo<sup>cccxlvii</sup> tirado de estremada echura, siendo los botones de hermosas puntas de diamantes y los ojales sembrados de çafiros. [Los] jubones llebaban de brocado de su mismo color de oro, sin ninguna guarnición si no era por los botones tres ileras de gruesas perlas orientales, indo las mismas tres ileras por las mangas; los botones eran como los de los grigiescos. Llebaban unas ropillas o saltaembarcas sueltas de vrocado verde, sacadas las mangas de los jubones, y unos morrioncillos en las cabeças del mismo brocado aforrados en tela de oro, lebantadas las puntas y asidas con dos diamantes; ceñidas dos muy hermosas espadas y dagas y así a cuerpo a la ginetá, con sendas lanças terciadas en las manos de limpios y acerados yerros.

Así iban aquellos caballeros, indo aquellas dos princesas Taurisa y Belisandra con un hávito de caça del mismo color, con unas ropas como las suelen usar las damas de Sarmacia, anchas y zerradas, todas a echura de lobas; las cuales, ceñidas con un cinto ancho de hermosos tachones de oro, se hacían los pliegues como de sotana, formándose en la parte del pecho la cintura y talle muy adamadamente. Y cuando se iba al campo lebantaban las puntas de la ropa que desabotonaban y con esto quedaban muy sueltas y libres para cualquier exercicio que fuesse menester ponerse por obra en el campo; llebando debaxo hávito de hombre, qu'es muy onesto y aun necesario para las princesas o damas que gustan del exercicio de la caça y campo.

Llebaban cogidos sus hermosísimos cabellos y puestas unas monterillas que les estaban estremadamente. Y no solo si las saben hacer no descomponen el tocado, antes para el almirante o riço y [a]un para forjar la crispilla o tiquicopia o el cornucopia del riço son estremadas; porque aquella punta de la montera, echa en pella o a figura de abano, cae sobre el riço haciendo figura de diadema que hermosea mucho el tocado y aun saca el rostro lebantando vien la frente, y es hávito muy galán y aun importante a las que tienen chiquita frente. Y de la toca se puede hacer la misma traça de punta de montera plegada o pisada y parece estremadamente, tiniendo cuenta que sea la toca como mejor diga con el color del cabello.

Yo apostaré –dice Nictemeno– que me querríades preguntar que qué colores se an de atribuir a las dibersas del cabello<sup>760</sup>; responderé<sup>cccxlviiii</sup> qu’esso no toca a la istoria. Mas Belisandra, que tenía el cabello que a las madexas de oro crespas de la rubia Venus y del dorado Apolo ponían en confusión, siempre usaba el tocado verde, azul o encarnado. Y la gallarda Taurissa, que le tenía negro, usaba siempre del tocado blanco o morado; y con lo blanco, diamantes o perlas, y con lo morado, oro y zafiros. Libertina, que era diabólica y tenía el cabello de un agraciado color castaño, siempre usaba de amarillo o cabellado. Acurisia, que le tenía demasiadamente rubio, que casi tiraba a blanco, siempre usaba de plata o resplandores suvidísimos. Verarda, que le tenía de un color vermexo que tiraba un poquito a tostado, usaba del tocado negro con pieças de oro, y algunas beces morado o azul muy oscuro o pardo y plata. Ellas este costumbre tenían –dice Nictemeno–, yo no sé si acertaban o no; sé que eran todas damas de muy buenos ingenios y que, como después veréis, en las cortes de los grandes monarcas del mundo hicieron siempre raya en beldad, en discreción y en curiosidad y en esta cortesanía.

Así pues, con sus ropas y monteras salieron aquel día aquellas princesas, tan hermosas y con tan estremado donaire que sabe Dios lo que los pechos de sus amantes con su hermosa presencia sintieron. Al fin, puestos ya todos a caballo, haciendo una hermosísima mañana, estando ya Fraseldo en la cassa de campo (que havía llebado adereçada la comida en un caballo de carga y havía ido a acender las luvres y, como dicen, avrir las puertas y bentanas para cuando aquellos señores<sup>[f. 124r]</sup> llegassen), pues, así se fueron a la casa de campo. Y tardaron en llegar asta casi las doce de mediodía, porque se fueron goçando de aquellos hermosos prados y de las curiosidades y fuentes que por todos ellos havía: el avundancia de frutas, los hermosos campos de panes, la muchedumbre de los ganados, con todas las demás cosas necesarias a la vida humana. Y, así, mirándolo todo, Ardonisso dixo:

–Digo qu’es esta una de las islas más hermosas que tiene el mundo, sino que todos temen esto de las aves.

---

<sup>760</sup> **Ap. marg.:** «Alberto Durero in lib. 4, de compositione colorum». No hemos logrado establecer a qué obra de Durero se refiere esta apostilla.

–No, señor –dixo Belisandra–, esso no ay que temer, porque essa diaño de Libertina, el primer año que aquí venimos, allá en la ribera no sé que menjurxes se hiço que después acá jamás las emos bisto. Y ella dice a lo menos que estamos vien seguras de ellas.

–¿Y cómo, mi señora Libertina? –dixo Ardonisso–. ¿Y tanvién toca la vuestra merced en echicera?

–Mire vuestra grandeça cómo habla, que yo no pienso que fue echicería, porque con una natural tropelía lo hice.

–Aora vien –dixo Ardonisso–, no hablemos más en esso, que burlando lo dixen; que vien entiendo que si la vuestra merced lo hiço que sería lícitamente.

–Sí, sí, en mi verdad –dixo Libertina–, que antes aborrezco essa ciencia de encantadores o engaños (o lo que es) como a mis pecados, sino assí cosillas naturales é sido amiga de saber algunas propiedades de cossas.

–Esso bien me parece –dijo Ardonisso–, que aun yo é de tener un cartapacillo de tropelías naturales<sup>761</sup>; que algunos efectos de ellas piensa[n] los bobos qu'es echicería o ningromancia. Y es que como ellos no saben la causa, admíranse de los efectos.

–¿Y dónde lo tiene vuestra grandeça? –dixo riyendo Libertina–. Porque quando vino aquí si no le truxo entre cuero y carne no sé yo dónde le pudo esconder, salbo si ay tanvién tropelía para poderlo encubrir sin cobertura. Porque en mi verdad que vuestra grandeça venía tal que aun una blanca de cominos<sup>762</sup> (como dicen allá en nuestra España) no podía traer atada en la ropa. Y diome mucho gusto ver que dixo mi señora Belisandra, antes que vuestras grandeças llegasen, que entendía que eran hombres y a mí pareciome adivinar con el dedo que a lo menos vien mostraban en el hábito, digo, ser

---

<sup>761</sup> **Ap. marg.:** «Ariosto».

<sup>762</sup> *atar una blanca de cominos*: La referencia a la imposibilidad de atar en alguna prenda la ínfima cantidad que ofrece «una blanca de cominos» parece emplearse en la época para subrayar la escasez de los vestidos a los que se aluden, por harapientos y desgastados; así se deduce de su uso en la *Segunda parte del Lazarillo de Tormes* de Juan de Luna (1620), obra en la que esta expresión se toma con idéntico valor al aquí presentado: «La ropilla era a la francesa, tan acuchillada de rota, que no había en qué poder atar una blanca de cominos» (consultado en CORDE [26-5-2015]).

hijos de Adán. Aunque no fueron para heredalle el periçomata<sup>763</sup> con qu'él se cuvrió, que si no fuera por la señora Esmerilda, Marta la Piadosa, vuestras grandeças estuvieran siempre en postura de gente que sale de nadar y aguarda que le den su ropa.

–Eso, mi señora Libertina, es vengarse de aquel descuidillo que como poco cortesano tube, llamando a vuestra merced «echicera». Pues presto me arrepentí y confessé mi culpa, no sé por qué quiere vuestra merced que sea larga la pena y se dilate el perdón; mas en esso otro cierto vuestra merced tiene razón. Mas entiendo que fue la señora Esmerilda mas cruel para con vuestras mercedes que piadosa para con nosotros...

–¡Calle! ¡Mala landre le mate! ¡No diga esso! –dixo Belisandra.

–¡Bonicos, pues, venían los diablos –dijo Libertina– para esso...! Déxeme, déxeme vuestra grandeça, señora Belisandra, con el príncipe Ardonisso, que yo le daré las manos llenas. ¿Piensa que me havía de correr por esso? No só yo, no, las que miran por seloxía, haciendo ventanillas de los dedos; mas nunca yo medre si de puro asco entonces les osé de mirar ni aun a las caras, que si no era la forma y la figura ninguna cosa traían de hombres.

–¿Lo qué, mi señora? –dixo así medio riyendo Ardoniso.

–¡Y de puta, çorríco! –dijo Belisandra–. La figura y composición digo que pensó.

–¿Yo que había de pensar? –dijo Ardoniso–. Pensaba lo que vuestra merced entonces pensaría.

–¿Yo? –dijo Libertina–, ¡en mi ánima que pensaba que eran demonios en figura de hombres que nos benían a tentar!

–Que aun assí –dixo Ardonisso–, ¿bastaban a tentar a vuestras mercedes?

---

<sup>763</sup> *periçomata*: «Son sayas texidas de foias: derredor delos lomos: o bragas: & recinchos. Fue perizoma vestidura muy antigua o reçincho: con que se cubren los miembros viriles segund que nuestros primeros padres despues de su preuaricaçion se cubrieron con foias. dizen se campestría como perizomata» (Alfonso de Palencia. *Universal vocabulario en latín y en romance*. Ed. Gracia Lozano López. Madison. Hispanic Seminary of Medieval Studies. 1992, s.v. *campestría*).

–¿Yo no lo digo –dijo Belisandra– qu’ es un traidor?

–A tentarnos con la desesperación, digo yo.

–¿Por vernos tan maltratados? –dixo Ardonisso.

–Más por berlos acabados –dixo Libertina.

–Aora no más, no más –dijo Belisandra–, hermana Libertina, que basta la matraca que habéis dado a Ardoniso, que ya sabéis que le é yo de defender.

–Sí, vuestra grandeça faltaba –dixo Libertina– con sus palabricas mansas, a fe que son tal... <sup>[f. 124v]</sup>

–Para Velisandra, Ardoniso... –dixo así un poquito quedo Ardoniso.

–Y para Ardoniso, Belisandra... –respondió en el mesmo tono la princessa.

–¿Qué dicen entre dientes? ¡Vuestras grandeças no me vendan!

–A nosotros nos compramos –dijo Belisandra–. Y por no buscar el precio nos havremos de dar el uno por el otro... –esto último dixo entre sí Belisandra.

Parlando iban en muy buena conversación en este medio Feridano y Taurissa, cuando al baxar de una montañuela vieron un hermoso javalí que venía con las prissas tascando y haciendo broma y, de rato en rato, amolando las nabaxas en los troncos.

–¡O, qué hermosa caça! –dixo Feridano.

Y, con esto, adelantándose un poquito con el caballo, así al galope le da una buelta. Y el javalí se arrimó a un tronco de un linaloe antiguo y, bufando y bolbiendo el rostro para donde Feridano daba la buelta, estaba para investir con el caballo. Mas vimbrando Feridano [la] lança, la aorroxa con una estraña fuerça que iba crispando por el aire, çurciendo por él cual encendida centella que del ardiente rayo se aparta. Y dale por el pecho y, atrabesado casi todo a la banda, le dexa clabado con el linaloe más de seis dedos del yerro de la lança metidos por el duro tronco e[n]vexecido.

–¡O, qué hermoso tiro! –dijo Ardonisso.

–Estremado –respondió<sup>cccxlx</sup> muy contenta la gallarda Taurissa–, por mi fe que tiene hermoso braço Feridano.

–Pues aún aora estasse flaco –dixo Ardoniso–, mas si buelbe a cobrar sus fuerças, entonces verá vuestra grandeça uno de los buenos braços que trae lança en el mundo.

–¡Qué vien que hiço el golpe! –dixo Belisandra.

Con esto, se apean. Y Feridano con un guchillaço de monte que la gallarda Taurissa traía en el arzón de la silla se apea y comiença a adereçar el puerco estrañamente de vien, como aquel que en negocios de la caça sabía tanto y era tan aficionado a ella. Y sacando yesca, eslabón y pedernal hacen lunvre.

–Y por vida del rey –dijo Feridano–, que emos de comer el hígado antes que bamos de aquí.

–No señor –dixo Taurisa–, que os quitará la gana del comer.

–¿A mí, mi señora? –dixo Feridano–. Antes me la aumentará, que será picar el molino<sup>764</sup> para cuando llegemos a cassa.

–Aora pues, se’ así.

Con esto, aunque faltos de sirvientes y criados que les pudiessen administrar las cosas muy probeídas de amor y caridad, los unos con los otros se estuvieron allí olgando un rato, dejando apiolado el puerco y colgado de un tronco para después llebarle cuando se bolbiesen a casa aquellas pastoras. Y, así, llegaron a la casa de campo, que media legua estaba poco más a menos de la cassa donde estaban aquellas princessas y de muy bueno, llano y ameno camino, muy probeído de árboles y frescuras, fuentes y frutales. Luego Fraseldo tomó los caballos y las demás pías y les dio recado, y aquellos señores fueron a ber sus cuartos. Y espantados estaban de la curiosidad y hermosura con que estaban adereçados, y así, andándolos mirando, dixo:

---

<sup>764</sup> *picar el molino*: «Tener picado el molino» es, según DRAE, ‘tener ganas de comer’ (s.v. *molino*).

–Ninguna otra cosa faltará aquí sino la hermosa presencia de vuestras grandeças, con la cual todo fuera gloria y con su ausencia todo quedará melancólico y triste. Pero, pues es forçosso esto, no ay más que tratar en esto.

Así, se sentaron a comer, comiendo muy bien y con tanta abundancia como en cualquier parte del mundo se podía comer. Después de haber comido y haber allí parlado todos un rato juntos, estando el niño Mexiano graciosísimo con una lancita que le abían echo (la cual aun con ser muy pequeña no la podía traer, con todo esso andaba con ella cargado), haciendo mil monerías, de lo cual aquellos príncipes gustaban estrañamente. Y no sé con qué atrevimiento dice Nictemeno que allá por rodeos le dixo Ardoniso a Belisandra:

–¿Cuándo nos á de dar vuestra grandeça otro ángel como este?

–No ay que tratar en esso –dixo Belisandra–, señor Ardoniso. Y si bien me queréis no me tornéis a decir esso, pues sabéis que en ello recibo sumo descontento y pesadumbre <sup>[f. 125r]</sup>.

Calló Ardoniso y procuró de allí adelante no decirle jamás cosa que le diesse pesadumbre. Mas biendo que era entonces buena coyuntura, Belisandra, apartándose aparte con Feridano y Taurisa y Ardonisso, les dixo d'esta manera:

–Dios sabe, príncipes Feridano y Ardoniso, que quisiéramos Taurissa y yo poder serviros y agradaros sin ningún género de contradición a todo lo que fuera buestra boluntad. Mas supuesto que de essa manera por la causa ya dicha es imposible, en todo lo demás entended que seremos siempre vuestras, haciendo todo lo que pudiéremos (supuesto esto) por agradaros. Y así podréis iros a nuestra cassa todas las beces que quisiéredes a comer y a parlar y a olgaros, solo es que cada noche os habéis de bolber a dormir a vuestra cassa; salbo cuando se ofreciesse alguna ocasión tal que conviniesse el quedaros, que, en tal casso, echas y adereçadas se quedarán las camas en este cuarto en que podáis dormir. En lo demás, de todas las cosas necesarias a vuestro regalo seréis con mucho cuidado probeídos, que cierto d'este amor limpio y casto sois y seréis de nosotras amados todo el tiempo que vibiéremos, con tantas beras como veréis por la obra en todo lo que se ofreciere.

A esta plática aunque vrebbe estubieron vien atentos aquellos caballeros, y vien entendieron que Belisandra en todo lo que decía y como lo ordenaba tenía raçón y que así era menester que se hiciesse. Por lo qual, sin le replicar ni contradecir en nada, solo le dixo Ardoniso:

–Tanvién entiendo que estarán vuestras grandeças enteradas<sup>cccl</sup> de la boluntad y deseo que nosotros tenemos de servir y agradar a vuestras grandeças, y cómo ninguna cosa habrá por dura que sea (aunque sea poner la vida) a que no nos pongamos Feridano y yo solo por el contento de vuestras grandeças. Y esto<sup>cccli</sup> con tantas veras y con tan puras y limpias entrañas como por nuestras propias hermanas hiciéramos, y muy mucho más y con mayor deseo de acertar que por todas las demás criaturas que el mundo tiene.

–Todo esso –dijo Taurisa la Gallarda– tenemos entendido. Mas por agora dexemos al tiempo, qu’él nos descubrirá todas estas cosas como aquel qu’es el descubridor de todos estos secretos y en el qual se aberiguan mil dificultades que parecían estar obscuras<sup>765</sup>.

–Aora con esto, porqu’es ya tarde, bámonos. Si vuestras grandeças nos quisieren hacer merced –dijo Feridano– de nos dar licencia, iremos <a> acompañar a vuestras grandeças asta cassa, que luego nos bolberemos.

–Se’así –dijo Belisandra–, que cerca está y con benir a media rienda a la buelta ay día para todo.

[A]sí<sup>ccclii</sup> vinieron a acompañar a aquellas damas, viniendo por el camino con muy buena conversación. Y, habiendo dejado a aquellas señoras en su cuarto, se tornaron a poner a caballo y se bolbieron a su cassa. A la cual, como llegaron, Fraseldo dio recado a los caballos, y ya allaron la mesa puesta y la cena que aquellas damas havían dexado muy vien adereçadas, todo muy bien aliñado.

Y, como se sentaron a zenar, sintiendo la soledad de aquellas damas comenzaron los dos príncipes a hablar en aquel género de vida que tenían; en que dixeron algunas cosas delgadas y muy vien apuntadas y con mucha sutileça<sup>cccliii</sup>. Especialmente en si era

---

<sup>765</sup> **Ap. marg.:** «Pierio in esp. gerogliphi. temporis». Pierio Valeriano, *Hieroglyphica* (1557).



peligrosa para el alma y en qué era vida ociosa, y si aquella ociosidad empleándola en letras y conocimiento perfecto de las artes liberales si merecía título de ociosidad<sup>766</sup>. Y trataron y vien si la lección de los poetas y libros fabulosos si era pecaminoso entretenimiento. Cuando llegaron a este punto dixo Feridiano:

–Aora pues, fuera de burla, ¿qué le parece a vuestra grandeça de la lección de los libros poéticos y fabulosos? Porque yo me acuerdo que mi ayo, que fue un barón principal y santo, obispo lucense<sup>cccliv</sup>, llamado Rogerio<sup>767</sup>, me decía que no los leyese. Y aun entiendo que una vez me dixo que era pecado y mal echo gastar tiempo en la lección de cosas que ni acarreaban provecho al espíritu ni aun a la ciencia umana añadían, sino que ca[n]saban el entendimiento inchiéndole de banas especies y aun de cogitaciones pecaminosas [f. 125v].

–Muy santo y aun escrupuloso deviera de ser –dijo Ardoniso– esse vuestro ayo o maestro.

–Verdad es –dixo Feridano–, y aun solía decir: más querría él el honvre cristiano escrupuloso que el axado, y más ipócrita que disoluto.

–Assí generalmente ablando razón tenía, pero aquel predicador a quien llaman boca de oro dice qu’el ipócrita peca doblado: lo uno es en ser malo y lo otro en querer parecer bueno. Pero dexemos esso, pues sabemos qu’el pecado de la ipocresía fue con tantas veras repreendido por Cristo Nuestro Señor, tratándolos con tanto rigor que unas veces los llamó monumentos blanqueados por de fuera y que en lo interior estaban llenos de gusanos y putridumbre. Y cada vez les decía: «Ipócritas, ¿por qué me tentáis?»<sup>768</sup>; habiéndolos reprehendido con aspereça por sus profetas, diciendo por Esaías que todo ipócrita es malbado y por Job dando a entender cuánto aborrece Dios la ipocresía<sup>769</sup>.

---

<sup>766</sup> Ap. marg.: «*Petrarca, D[e] otio religiosorum [...]*».

<sup>767</sup> Ap. marg.: «*D. Ferdinan[do] de Vellosil[lo]*».

<sup>768</sup> Ap. marg.: «*Matheis c. 22, B[1]8*».

<sup>769</sup> Aps. marg.: «*Esaia, c. 9, D17*»; «*Job, c. 8, c. 13 et c. 15, c. 16, et c. 27, 6-8*».

Mas no quiero tratar de esso –dixo Ardoniso–, sino de que decía que era pecado leer libros poéticos y fabulosos. Que cierto me parece a mí que hablando así absolutamente y sin más particularidad<sup>ccclv</sup> la regla yo la tengo por no muy verdadera, porque vien se puede leer un libro de un poeta o de una cena, comedia o ficción sin ser pecado.

–D’esta razón me acuerdo<sup>ccclvi</sup> en particular –dijo Feridano–: si es verdad, como lo es, que de cada palabra ociosa emos de dar cuenta a Dios y a Dios no se á de dar cuenta sino de las cosas que fueron pecado, cada palabra ociosa será pecado; pues cuánto más lo será tanta muchedumbre de palabras que todas o las más son oziosas y sin ningún provecho. Luego pecado será gastar tiempo en leer tanta agregación de mentiras que, en siéndole, an de ser ociosas y pecado. Porque la mentira es (decía él) de su propia naturaleza mala, y así, supuesto que jamás á de ser buena, síguesse que á de ser siempre pecado el decirla y el leerla y tanto más grave quanto fuere más pernicioso. Aunque el ser pecado a cualquiera mentira por lebe que sea le combiene, por la razón dicha de que es intrínsecamente mala; que es que de ninguna manera puede ser lícita ni buena ni es posible darse mentira y que no sea pecado (a lo menos benial) el decirla.

Y un pecado benial sea el no hacer por todo quanto Dios tiene mandado<sup>ccclvii</sup>, porque aunque no quita la gracia ni condena a pena eterna al que le comete mancha a lo menos el alma; de manera que tiene necesidad de purificarse d’él por alguno de los remedios que contra ellos ay y asta qu’esté purificada y limpia, o acá o en el purgatorio, no entrará en los Reinos de los Cielos. Y, al fin, pues el pecar benialmente no es acto indiferente sino malo, por ninguna cosa del mundo se á de cometer. Y más decía mi ayo, que aunque algún pecado venial se había de cometer entre tanto que en esta miserable vida vibimos (por la miseria de ella y de nuestra naturaleza), que de este y de aquel<sup>ccclviii</sup> nos podíamos muy vien escusar no cometiéndole. Y esto decía él que era la razón que cualquiera que se cometía le era boluntario y, por esto, pecado.

–Todo esso es verdad, señor Feridano –dijo Ardoniso–, mas ase de saber que una cosa es decir mentira y otra es decir lo que no fue para debaxo de aquello enseñar o mostrar una verdad. Lo primero, qu’es mentir, ir contra lo que un hombre siente o entiende, quiriendo dar a entender ser verdad lo que él entiende ser falso, esta manera de hablar es mentir y de esta se entiende lo que el buen obispo lucense<sup>ccclix</sup> decía. Otra

manera de hablar ay cuando <a> alguna cosa le atribuimos lo que no tiene para dar a entender debaxo de aquello las operaciones que hace, como cuando decimos por metáfora «veis lo que digo», como<sup>ccclx</sup> si dixesse «entendéis lo que digo»; «estáis ciego», por «no entendéis»; «no quiso mirarle», por «menosprecie»; «tráele sobre sus ojos», por «estímale en mucho»; «delante de los ojos lo tiene», por «muy manifiesto le es». Tanvién decimos «vien lo olía yo» por «vien lo sospechaba»; «guardaos no lo güela vuestro padre», por «no lo sienta»; «esto huele a heregía o a mentira», por «mala sospecha da de qu'es heregía o mentira»; y, por no me detener, de todas las demás metáforas que en todas las lenguas se usan. También damos a los ángeles ojos y uídos y alas y otras cosas que en rigor no las tienen, y sería falso afirmar que las tiene[n]; mas, como se dice qu'es debaxo de aquello entendiendo otra cosa, no es mentira sino habla metafórica. La cual es verdadera, galana y usada tanto que aun a Dios le atribuimos manos, dedos, boca, ojos y todo lo demás, y aun pasiones como ca[...] <sup>[f. 126r]</sup>, tristeza y otras cosas.

Otra manera de hablar ay que se llama parabólica o en parábolas, y esta tampoco es mentirosa, sino muy buena manera de hablar y muy importante para enseñar. Y así usó de ella muchas veces aquel gran maestro de las gentes, Dios y hombre<sup>ccclxi</sup> verdadero, Nuestro Redentor Jesucristo. Otra ay que se llama iperbólica o hablar por ipérboles, y esta [e]s cuando decimos: «á mil días que no vía a vuestra merced» y «ban a tal parte cien mil hombres», «no queda hombre en todo el pueblo», «tan alto que dará con la cabeça en el cielo», «beviosse un mar de agua» y otras cosas que son así iperbólicas. Y tampoco estas son mentirosas, porque debaxo de aquella exaxeración solo se quiere sinificar la grandeça o excesso de lo que se dice<sup>770</sup>.

Otra manera ay de hablar qu'es por suposición y en esta (aunque se cuente lo que no es) no es mentir, porque yo no afirmo aquello ser verdad, sino ser verdad que lo dicen aquellos que yo alego a mi propósito, como cuando digo: «dice Marco Varrón que Saturno fue tan cruel que se comía sus propios hijos»; «mira que, como dicen, tiene la pena que padeció Tántalo o Ticio» y otras cosas d'esta manera, que yo me aprovecho de la fábula no para darle crédito como a cosa verdadera, sino para aprovecharme del

---

<sup>770</sup> **Ap. marg.:** «S. Agust., *De mendacio*».

exemplo para la verdad que yo pretendo decir. Y esta manera de hablar tampoco es mentirosa.

Al fin que escribir mentira es escribir cosa que no fue para dar a entender que pasó assí. Mas escribir lo que no fue con intención de que debaxo de aquella parábola o fingido acaecimiento se entiendan verdades que por comparación de aquello nos son enseñadas, no es escribir mentiras, a lo menos formales (ya que materiales lo sean); ni el que como tales las lee podemos decir que miente, porque realmente da a cada cosa lo que le conviene, qu'es acto de verdad, tiniendo a la fábula por fábula y a la istoria por istoria, tomando la doctrina cuando se le da y aprovechándose del exemplo que se le pone.

Y pongo, señor Feridano, un exemplo: supongamos que estuviessen aquí dos hombres incontinentes, el uno sensual y el otro ambicioso, y yo para les reprehender de su vicio y amonestarlos a la verdad contase un cuento, en el qual dos honvres biciosos d'estos vicios ubiessen muerto a malas muertes y havido desastrados fines, y después dixesse: «De essa manera menester es apartarnos d'este vicio, porque al que no lo hiciere se le dará semexante castigo». Veamos, este tal cuento, aunque nunca ubiessen pasado, ¿sería mentir el decirlo? ¡No, por cierto! Porque esta tal es parábola y es muy buena y muy loada manera de esprimir el hombre sus conceptos y dar a entender lo que desea. Y más, que aun no digo yo estos libros parabólicos en los cuales en un caballero se loa tal virtud y en otro se vitupera un vicio, y en una dama se pone una gracia y en [o]tra, otra; mas aun los mismos mentirosos que fue su intención decir mentira se an de leer: lo uno, para que más clara se vea la verdad de los verdaderos y, la segunda, para que sepan destruir los falsos fundamentos en que los tales mentirosos se fundan.

Y vien beo yo, señor Feridano, que la lición de estos libros ni á de ser demasiada ni aun común para todos, que agora hablando aquí entre vuestra grandeça y mí, ¿para qué la doncella recogida y mora y vriossa á de leer estos libros? Pues sabemos cierto que, hablando comúnmente, entrando en un xardín de un libro d'estos, como las flores están escondidas y las espinas tan claras, y el apetitillo y poca discreción las lleba luego a los çarçales, cogen espinas con que se punçan las manos, y aun plegue a Dios no los pies y la almas. Y las flores ni las cogen ni aun las conocen y aun si las topan pasan

adelante, diciendo: «¡Bala el diablo el maxadero! ¿Y qué hace de predicar?». A estas tales cierto mi consexo sería que no los leyesen.

–Güélgome, señor Ardonisso, que á venido vuestra grandeça a decir lo que yo decía <sup>[f. 126v]</sup>: qu'estos libros son de muy poco provecho y están a pique de acarrear mucho daño. Que tanvién decía mi ayo que a un santo varón, que vien poco á que fue (según decía) cardenal en Roma y doctísimo en las lenguas y estremado hombre en la divina escriptura, llamado Jerónimo, le havían castigado y con aspereça los ángeles porque se daba demasiado a los libros de los gentiles.

–Así se dice –dijo Ardonisso–, mas si le castigaron no fue sino por la demasía; porque los ratos que para la utilidad de la Iglesia era menester que gastase (en la traducción de los sacros libros canónicos) gastaba en las flores de Omero y en las elegancias de Cicerón, dexando lo que tanto importaba por lo que solo havía de ser así a ratillos y para entretenimiento. Mas bien consta haber sido todos esos barones santos y doctos leídos en todos esos libros, como lo fue esse santísimo barón y doctor esclarecido Jerónimo y aquel acutísimo, lógico y barón excelente Agustino. Como se puede ver por los libros que escribió de *La ciudad de Dios*, donde tanto se mostró leído, así en istorias como en fábulas, que fue un rico tesoro de saviduría el que en aquellos dos pequeños bolúmenes dexó.

Y no solo los santos doctores, mas aun en los libros canónicos para diferentes efectos hacen memoria algunas beces de las fábulas y imbenciones de los gentiles y de sus dioses; como es de Júpiter, de Diana, de Mercurio, de Cupido, de Venus, de Adonis y aun de otros que por agora no me acuerdo<sup>771</sup>. Así que al barón sabio le conviene ser leído en todo para que pueda responder a las dificultades y enseñar las verdades, confrontando lo que f[u]ere falso o mentiroso y escogiendo lo que fuere útil y verdadero. Y muchas beces acaece en un librito de poca entidad allar algún punto o cosa que importe mucho, así al vien del que la l<e>e como a otros muchos que por aquel pueden ser enseñados.

---

<sup>771</sup> Ap. marg.: «Júpiter, *Actorum*, c. 19 et c. 32, et 2 *Mach.* 6; Diana, *Acto.* 19 et 28; Mercurio, *Pro.* 26 et *Act.* 14; Cupido, *Paral.* 19 et *Ecech.* 23; Venus (sub nomini Astarte), 3 *R.*, c. 11; Adonis, *Ecech.* 8».

Por lo cual, señor Feridano, yo tengo la lición d'estos libros por acto indiferente, qu'el fin por que se hiciere la ará buena o mala. Y así siendo el fin para aprovecharse de lo bueno y huir de lo malo será muy bueno; para solo entretenimiento será lícito; para algún mal fin será pecado y tanto más grave cuanto peor fuere el fin por que se leyere.

–Aora no tratemos más en esso –dixo Feridano–, que cierto para un rato de entretenimiento estremada es la *Ilíada* de Omero o las *Eneidas* de Bergilio y aun las *Transmutaciones* de Obidio el romano. Y la *Farsalia* del español galanas cosas tiene cierto y agudeças particulares.

–Aun essos, dexado a parte –dixo Ardonisso– lo que tratan, tienen dibino estilo, un verso lebantado, una propiedad estraña en la lengua que escriben, unos colores retóricos estremados con los cuales ban adornando sus obras. Y así es justo que ya que la materia no s'estimase en tanto, el estilo y la traça con que se dice es justo que se mire y considere.

–Pues claro está –dijo Feridano– que la misma istoria o fábula tratada por uno o por otro va tanta diferencia que la una parece estremadamente vien a todos los vuenos inxenios que la leen y la otra no bale sino, como dicen, para arrojar<sup>ccclxii</sup> en la calle. De suerte que lo que menos será en estos tales es el *quid* (qu'es lo que se trata), sino el cómo se trata, que esto es lo que en ellos más se considera, y que alcance el fin que pretende: qu'es con las invenciones suspender, con el estilo deleitar y con las verdades encuiertas enseñar. Y que ni por suspender sea todo banidad, ni por deleitar sea todo gallardías, ni para enseñar sea pesado predicador de proposiciones prolixas.

–Pues es cierto –dixo Ardoniso– que lo emos nosotros estado en esta materia, por cierto, como si fuésemos muy escrupulos[os]. Aora, dígame vuestra grandeça, por su bida, antes que nos bamos acostar, ¿en qué piensa gastar mañana el día?

–Yo –dijo Feridano– en lebantándome pienso ir a la iglesia a encomendarme a Dios.

–¡O, qué graciosa cosa! –dixo Ardoniso–. Yo seguro que lo haga vuestra grandeça por la santa vecindad...

–¡Válame Dios –dijo Feridano– por todo! ¿No será también justo visitar aquellas señoras y saber cómo les á ido esta noche? [f. 127r]

–Por cierto sí –dixo Ardoniso–, y tan justo que yo pienso ir a acompañar a vuestra grandeça.

–Pues esso claro está –dixo Feridano–, que emos de ir juntos; después allá no faltará en qué gastar el día.

Con esto, se fueron a dormir aquellos caballeros.

### **Capítulo 8. En que se acaba de contar lo que estos caballeros hacían en la isla y de cómo se criaba el niño Mexiano y de otras cosas de la istoria.**

Aquella noche que se fueron los caballeros a dormir a la cassa de campo, aquellas señoras tornaron a sentir su acostumbrada soledad. Mas, biendo que havía de ser así por la sobredicha raçón –dice Nictemeno–, se ubieron de consolar; aunque no tanto que no mostrasen y muy bien la pena que sentían. Y Libertina, viéndolas estar así tristes y callando, como era tan graciosa les dixo:

–¿Qué quieren apostar vuestras grandeças que sé de qué están tristes?

–¿Nosotras? ¿De qué? –dixo Taurissa.

–De miedo –dijo Libertina–, que cosa propia es del miedo acarrear tristeça y aun al triste ser medroso<sup>772</sup>. Y como se nos an ido nuestras guardas piensan las vuessas grandeças que las an de papar zorras. Y apostaré qu’este miedo las tiene tristes; que la soledad y el ausencia nunca Dios tal quiera, que acostumbradas estamos a esso y gente tan bendita no á de sentir essas cosas...

–Aora, callá, Libertina –dixo Belisandra–, ¡que no ayás medio<sup>ccclxiii</sup> que dexéis de mezclar vuestras ciertas maliçuelas en lo que decís!

---

<sup>772</sup> Ap. marg.: «Aristoteles, de pasiones anima; Plato., in lib. *De immortalitate anime*».

–¿Yo, malicia, mi señora? ¡Nunca Dios tal quiera! Que vien claraço y llano lo digo todo. Mas en mi berdad que lo digo de beras, que quedamos muy tristes y solas con el ausencia de aquellos caballeros. Solo un consuelo tiene este<sup>ccclxiv</sup> daño, y es saber que los emos de tornar a ber tan presto.

–Aora dexaos de esso, Livertina –dixo Taurissa.–. Y bos, hermana Esmerilda, ¿qué les pensáis dar mañana de comer?

–De lo que vuestras grandeças comieren –dixo Esmerilda–, que mañana acá se vendrán a comer.

–Pues no es raçón –dixo Belisandra– que se bengan en ayunas, que cierto que ay de aquí allá casi tres cuartos de legua.

–Pues, si les parece a vuestras grandeças –dixo Esmerilda–, yo iré allá a la mañana y les llebaré de almorçar y iré a saber cómo les á ido esta noche.

–Sí, por vida vuestra –dijo Belisandra–, haceldo así, que aún s'están flacos. Y Ardoniso es delicadillo y cualquier cosa le hará mal, y no querría que tornase a caer malo por cuanto ay.

–Esso creyo –dixo Libertina entre sí– de muy buena boluntad, que no es mi señora amiga de enfermos y aquello hácelo ella de puro caritatiba, que no por su contento, que ella es una santa y no trata de esso...

Así se fueron <a> acostar aquellas princesas, y Taurisa dixo a Belisandra:

–A fe, señora prima, que tiene raçón Libertina, qu'es mucha soledad la que se siente en ausencia de aquellos príncipes.

–Aora, mi señora –dixo Belisandra–, supuesto que no es posible otra cossa, no hablemos en esso, qu'es aumentar la pena y no remediar el daño; que yo prometo a vuestra grandeça que lo siento yo también mi parte. Mas ¿qué remedio? Lo que podemos hacer se hará, qu'es visitarnos y hablar y en todo lo que fuere lícito y onesto darles todo el contento que pudiéremos; de lo demás no ay que tratar.



–De una cosa é mucho miedo –dixo Taurisa–, y es de que se nos an de ir d’esta isla.

–Esse miedo también me le tengo yo –dixo Belisandra–. Mas supuesto que sea, ¿qué les emos de hacer? Que yo, a los menos –dixo Belisandra–, no é de salir de aquí en mi vida.

–¿Y si se casase vuestra grandeça?

–¡Pu, mi agüelo! ¡No tengo tal pensamiento! Ya que no puedo ser casada con Ardonisso con mucha dificultad me casaré con otro.

–Pues es cierto –dixo Taurissa– que yo me estoy en el mismo propósito y que me parece que por no dar pena a Feridano, que sé que lo sentiría mucho, no me cassase.

–Aora, al fin –dixo Belisandra–, de lo que está por venir no hablemos, no nos suceda lo que a la enamorada Corneria y Gabianisandro, que parece que lo lleva esta isla de suelo ser desdichada en amores <sup>[f. 127v]</sup>.

–Supuesto que no se an de casar los que en ella viben –dixo Taurissa–, no me espanto que sean los amores trabaxosos.

–Trabaxosos son –dixo Belisandra–, mas sin duda lo que duran sabrosísimos son y de mucho contentamiento e ingenio, y parece que cuanto más caro cuestan más excelentes y atinados son los amores. Lo cual parece que quiso sinificar el poeta griego<sup>773</sup> cuando dixo que Imineo era capital enemigo de Cupido y muy mayor amigo de Juno que de Venus. Y aun esto creo que aludió la fábula de Píndaro<sup>774</sup>, donde dice que Cupido llevaba de la dama los despojos entre tanto que andaba ausente Imineo. Y así dixo vien el satírico<sup>775</sup> que havía allado durmiendo a Cupido a la cabecera de su cama aun después de haber tenido las achas azendidas de Juno y haber echo el sacrificio

---

<sup>773</sup> **Ap. marg.:** «Omero, in Iliada».

<sup>774</sup> **Ap. marg.:** «Píndaro».

<sup>775</sup> **Ap. marg.:** «Marcial».

a Imeneo y a Camos, dios de los moabitas (qu'él llama palestinos meridionales). Y aun esto entiendo que quisieron decir cuando dixeron que había nacido de adulterio<sup>776</sup>.

–Pues a fe que si no es porque me estoy durmiendo toda –dixo Taurisa–, que deseara que parláramos un rato en qu'es la causa que, comúnmente hablando, se ama más el amiga que la muger y el amigo qu'el marido; mas, porque es ya tarde, dexémoslo para otro día. Y también por que no nos oiga alguna boba de essas doncellas y piensen que porque tratamos en esto estamos ya de oz y de coz en el infierno, o piense[n] que nos hace hablar esperiencia y no la ciencia y raçones naturales y filosóficas.

–Aora, pues que así lo quiere vuestra grandeça, quédese por todos y durmamos.

Con esto, se quedaron aquellas señoras dormidas asta la mañana, que oyendo ruido en el aposento dixo Belisandra:

–¿Qué andáis tan de mañana zurciendo por aí?

–Yo soy, señora, que estoy concertando el almuerço para aquellos caballeros –dixo Esmerilda.

–¿Y teneislo ya puesto a punto?

–Sí, mi señora.

–A ver, mostrá.

Con esto, se llegó a la cama y, lebandando un hermosísimo frutero de sobre un canastillo de plata (que en una escusavaraxa iba metido), mostró el almuerço. Y Belisandra tocándole con su blanca mano dixo:

–Bueno, llebaldo y decid <a> aquellos príncipes que les besamos las manos, que nos hagan sus grandeças merced de hacernos saber qué tales an estado esta noche.

–Y dad en particular –dijo Taurisa– mis vesamanos al príncipe Feridano.

–Sí haré, mi señora –dixo Esmerilda.

---

<sup>776</sup> Junto a este fragmento encontramos varios grupos de apostillas marginales de las que solo podemos leer las referencias a los capítulos, puesto que los títulos de las obras han quedado guillotizados.

En saliéndose ella del aposento, dijo Belisandra:

—¿Puede haber cosa más gustosa en el mundo qu'el enviar este recado y el recibir respuesta? Y el contento que se espera recibir cuando los veamos y el desear la mañana para esto y el mediodía para que vengan, y enfadarnos la tarde y parecernos vrebbe porque en ella se an de ir. El escribirles un billete aunqu'están tan cerca y el recibir d'él la respuesta; aquel dar ocasión la pasada ausencia para mil preguntas y estar aguardando si vienen o no o qué será la causa del detenerse; aquellos temores y recelos de mil cosas dubias que vibifican a Cupido (aun al virtuoso) en el pecho de la amada; el alegría que se recibe cuando alguna vez que no se esperaba se ve la cosa amada así de repente y de sobresalto; el componer o descomponer las cosillas que se an de enviar o recibir, por añiñadas que sean. Aquel beber agua, como dicen, a deseo y el concederse negándose las cosas; aquel dibino néctar que pone Cupido en las cosas bedadas que, como dicen allá en España, son sabrosas como fruta del cercado ageno; aquel poder negar la dama el gusto a su amante sin que con e[n]fadosa jurisdicción y dominio la pida; aquella humildá con que pide a quien de derecho no se le debe, y aquel bolber a porfiar aunque se le niegue y hacer para que se le conceda mil cosillas, las cuales aún dan más contento qu'el principal. Aquel saber que soy señora de un alma y que la traigo a mí rendida, ¿ay cosa acá en el suelo que a esto llegue? Esto es a mi parecer lo verdadero del amor y en estas cosas unibersales tiene encerradas u[n] millón de cosillas particulares de sumo contentamiento que <sup>[f. 128r]</sup> creo que andando el tiempo las emos de ir experimentando.

—A fe, prima —dixo con un interior contento Taurisa—, que tiene raçón, que todas essas cosas an de dar mucho gusto. Y más que si, como dicen, el abundancia causase fastidio y la certeça de la posesión quitasse los gustos de las esperanças y el sobervio domin[i]o apartase el alegría de la sugesión amorosa, que todo esto haría ser menos herboroso el fuego qu'el rapaz enciende al pecho. Y, al fin, no ay cosa en el mundo tan preciosa que la demasiada abundancia no la haga baler menos, ni manjar tal que mucho no aga daño y que muy usado no dé en rostro; no ay dolor por grabe que sea que con la costumbre del padecelle no se apoque, ni contento que no se disminuya. Cuán más gustoso le es al hambriento labrador el pan y cebolla que al enfasiado glotón el pabo o perdiz; mejor se percibe el olor con el desacostumbrado uso de los olores que el qu'está

en medio de ellos metido, y aun casi viene a no oír la rueda o rodezno sonador el acostumbrado molinero ni hace diferencia del son, y así de todas las demás cosas. Esto digo, prima, porque cierto tiene razón, que lo que mucho cuesta mucho se ama y cuanta más dificultad ay en el bencer en más se estima la bictoria.

–Aora lebantémonos, señora prima, –dijo Belisandra–, que para nosotras que nos entendemos basta lo dicho, que cierto este á sido mi parecer toda mi vida.

–¿Qué bestido se quiere poner oy, prima? –dijo Taurissa–. Oy de berde y oro me quiero vestir, porque sé que Ardoniso gusta mucho d'estas colores.

–¿Y qué p[i]ensa vuessa grandeça? ¿Llebar tocado?

–¿Qué pienso hacer? De mis [mis]mos caballos<sup>777</sup>, con una cinta de oro<sup>ccclxv</sup> senvrada de unas esmeraldas, unos laços que llaman nudos de cereço. Y, lo que del cabello restare, pues que tengo las puntas ondeadas dejarla sembradas por las espaldas. Y llebaré al cuello aquella cadenilla y colgante con que vino Ardonisso cuando llegó a esta ribera, rebuelta en una banda de tafetán verde.

–Buen vestido es esse –dixo Taurissa–. Yo quiérome bestir de pardo y oro, que soy muy aficionada a ello y tanvién lo es, a lo que entiendo, Feridano. Aunque más es, según él dixo, a colorado y oro o encarnado y plata; mas oy de mis colores me quiero vestir.

–¿Y qué se piensa tocar, reina? Que a esse su cabello todo le está vien.

–Pienso hacer un morrioncillo crespo de mi cabello y adereçallo de puntas de diamantes.

–Muy vien le estará –dixo Belisandra–. Y más si en la punta del morrión pone aquella perla oriental grande que está guarnecida en [a]quel clabel de oro, que le estará admirablemente. Y ase de poner una banda de red de oro y zafiros al cuello para que saque lo pardo.

---

<sup>777</sup> *caballos*: Encontramos por seis veces en el manuscrito esta particular apertura de vocal en la forma *cabello* que, como en otros casos (*tartuga*, *vantana*), respetamos en todas sus apariciones. De otro lado, conviene poner en relación la apertura observada en esta voz con el cierre de la forma casi homónima *caballero*, que encontramos en numerosas ocasiones como *cabellero*.

–Sí haré –dixo Taurissa–, que así lo tenía pensado.

–Aora pues, se’así; lebantémonos. ¡Ola, Libertina y Verarda –dixo Belisandra–, dadnos de vestir!

Y, con esto, les pidieron el bestido que tenemos dicho. Y así, en lebantándose en manteos y faxas, después de se haber calçado con se[n]das ropas de lebantar de brocadete encarnado, delante de dos muy hermosos espexos donde se veían todas de pies a cabeça, sentadas en sendas sillas vaxas –Nictemeno lo dice, yo por grosería lo tengo, más él lo pone, que quiçá se usaba entonces–, con dos tragos de vino blanco excelentísimo preparado con un poco de ámbar (y vien poco) y una raíz –Nictemeno dice que se llama *canopa*; entiendo que debe de ser el malba liseo silbestre qu’es caliente, en fin, del primer grado y algo estítico<sup>778</sup>–, pues con se[n]dos tragos d’este vino se labaron los dientes y encías. Y después, con un pañito de lienço aburratado y con unas raíces de malba adereçadas con sangre de drago, vino y las demás conficiones, dieron una buelta a los dientes tomando después otro trago de vino sin mezcla alguna. Y, acabándolos de limpiar, Belisandra dixo a Taurisa:

–En esto de la boca <sup>[f. 128v]</sup> y dientes cualquier curiosidad que las mugeres tengamos es lícita, como no sea tampoco extremo; porque cierto una buena y limpia boca mucho adorna un vuen rostro y, por el contrario, la mala es en extremo lo que la afea. Pues si biene por raçón del descuido a tener algún resabio de mal olor, Dios nos libre, que esso ya es inzufrible y no creo que aya cosa en el mundo que más afe<e> y desdore una dama<sup>779</sup>.

–Pues cierto que con esto del bino –dijo Taurissa– y con lo demás que me allo muy vien.

–Estremadamente –dixo Belisandra.

---

<sup>778</sup> **Ap. marg.:** «Laguna, [so]bre Dioscó[r]ides [...]». La apostilla remite a la importantísima traducción y glosa del tratado médico de Dioscórides llevada a cabo por Andrés Laguna: *Pedacio Dioscorides Anazarbeo, acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* (1555).

<sup>779</sup> **Ap. marg.:** «Marcialis».

Luego se labaron con unos paños delgados de olanda con una sola poca de agua limpia, sin más invenciones. El malicioso de Nictemeno aquí en este paso dales una mano a las damas que se afeitan estremada[mente]<sup>780</sup>. Yo no quiero usar de aquel rigor, qu'él es un traidor: llámalas máscaras pintas, discípulas de Exeçabel, imágenes de yesso, figuras falsas, gestos vendedores de mentira, mugeres fingidas y diablos berdaderos<sup>781</sup>. Mas no tiene raçón de decir tanto mal por una negra moda con que se desuellan las caras que Dios les dio. Por un poco de albayalde (o yesso, por mexor decir), con que se encalan; por un poco de color con que se pintan; por un poco de alcohol con que se trasnochán; por una mezcla de resplandorcillo con que se destruyen los dientes, se gastan la color natural y se la comen; por arrugarse antes de tiempo y por deshacer lo hermoso que Dios hiço, por hacer ellas la fealdad que an inventado, ¿á de decir Nictemeno tanto mal? No tiene, por cierto, raçón; que las damas que lo hacen, para manifestar que tales ellas son, pues no se atreven a parecer en la misma figura que Dios les dio, lo hacen. Y no por no sé qué cosas que aquel malicioso de Nictemeno les lebanta (que algunas beces tiene unas boberías que no ay quien le sufra a él).

Señora damas, si alguna viere esto, perdonad, que «yo no sé nada, que de mis biñas vengo<sup>782</sup>», que cierto soy un inocentico en estas cosas; solo diré una palabra que me hiço reír de Nictemeno. Y dice que no puede imaginar por qué se afeitan las damas sino por solo cubrir los rostros, porque dice él: «Así como el ho[n]vre y la muger onesta procura cuv[r]jir el braço, el pecho y las demás cosas que naturaleza enseña a cubrir, a estas tales les enseña naturaleza <a> cubrir una tan abominable cosa como son sus caras. Y, como no les dejaron traer papahigos en las narices, usaron de aquel ardid y maña solo por tapar el gesto, echándose tanto yesso blanco y color que ya no es la señora ulana, sino su pintura o retrato a quien os quitáis la gorra. Y aun podéis decir qu'está mal retratada, porque el original es moreno y el yesso está blanco, es decolorida y la que veis muy colorada ella, del cuero groseçuelo y lebantado y allí liso, tirado y

---

<sup>780</sup> **Ap. marg.:** «S. Clemens Alexandrinus».

<sup>781</sup> **Ap. marg.:** «[J]uvenal, [s]átira 6, apud [f]ol. 51».

<sup>782</sup> *yo no sé nada, que de mis viñas vengo:* «Para excusarse de no se haber hallado en algún mal hecho, y a veces el que esto dice es el principal del daño» (*Covarrubias, s.v. viña*).

reluciente, de suerte que bella antes de pintada o después no la conocerá la madre que la parió».

Y jura el malbado que le acaeció a él mismo este cuento: que indo a ber cierta dama estaba con quince arrobas de afeite y que, habiendo parlado<sup>ccclxvi</sup> con ella algún rato, se le ofreció ocasión de bolberla a ver otro día; cuando, o por descuido de los mercaderes o no sé por qué desgracia, la señora se estaba en su propia figura. Y que, cuando entró, viéndola así no la conoció, y preguntole muy despacio que dónde estaba la señora ulana. Ella, aunque en aquello no lo era, en lo demás era discreta, respondió: «Señor, la señora ulana, por quien vuestra merced pregunta, por no se allar buena s'está aún en las almoadas de la cama». Dice Nictemeno que le dixo: «Quédese vuestra merced con la paz de Dios, que me parece que debe d'estar vuestra merced con mucha necesidad de bolberse a la cama. Y no se esfuerce vuestra merced tanto estando aún tan mala, que suele ser peor la recaída que la caída».

«Y es cierto –dice él– que yo la bi tal que más parecía demonio en hábito de muger que muger que conserbase su figura. Y no me espanto, pues avía estado aquel pobre gesto tantos días sepultado debaxo de albayalde y otras suciedades que no digo, y así vien me pareció a mí gesto de muger desenterrada». Este cuento cuenta Nictemeno; apariencia lleba de berdad, mas con ser contra las damas (a quien es justo que todos sirbamos y no enojemos), yo <sup>[f. 129r]</sup> no lo quiero creer.

Acabándose, pues, aquellas princesas de labar, les dieron de vestir aquellos vestidos, y con la misma traça y orden que ellas havían dicho; tocándolas Libertina de aquella manera, mas estremadamente de vien, quedando en acabándose de vestir como unos ángeles.

En este medio llegó Esmerilda a la casa de campo. Y luego Fraseldo, que ya quería dar de vestir a aquellos caballeros, como oyó la aldaba salió luego a avrir. Y, como vio a Esmerilda, saludándola con aquel comedimiento que era raçón a una muger tan principal, tan onesta y tan santa, tomó el caballo en que venía y, puniéndolo a recado, suvió a decir a sus señores como estaba allí Esmerilda. Notable fue el contento que aquellos caballeros recibieron; y así, lebantándose luego, medio vestidos con sendas ropas de lebantar, salieron a la sala donde Esmerilda estaba, hablándole con tanto

comedimiento y amor como si fuera su madre. Y, como ella les dio el recado de aquellas princesas, tanto contento con él recibieron como si ubiera un año que no las hubieran<sup>ccclxvii</sup> visto o si ubieran de estar otro sin verlas.

Al fin, acabándose de vestir sendos muy galanes vestidos de los colores que Esmerilda les dixo que se habían vestido aquel día sus damas, después que ubieron almorçado, haciendo adereçar dos muy hermosos caballos, con sendas lanças ginetas en las manos y sendos escudos, tomando en medio a la buena Esmerilda (viniendo detrás de ellos Fraseldo el marinero en un hermo[so] caballo) y trayendo cada [uno] sendos arcos con sus aljabas probeídas de saetas, se vinieron caçando por el camino; haviendo muerto ocho o diez caças de bolatería y dos venados y un par de hermosos cabritos montesses ya grandecillos, estremados para cecinas. Con lo cual se vinieron para casa, trayendo las abes por las pihuelas en el arcón delantero Esmerilda, y las demás caças echa una carga nada libiana sobre el caballo que venía Fraseldo, qu'el adereço necesario para aquel menester traía.

Cuando ellos baxaron un recuestico que en lo más ameno del balle se hacía, desde un barcón donde estaban, las dos hermosas pastoras Taurisa y Belisandra vieron venir a aquellos caballeros con el orden que tenemos dicho. Y, como traían pectos, espaldares, vraceletes y golas y les daba el sol, trayendo el demás adereço de vrocado de las colores qu'estaban vestidas aquellas princesas, parecían tan vien que ninguna cosa se podía ofrecer a la vista que más hermosa fuesse, especialmente en aquella soledad. Y los bisos y veslumbres que hacían los pectos, los escudos y los yerros de las lanças, tantos cuantos reflexos ellos hacían, tantos mobimientos de contento y placer hacían en los coraçones de aquellas princesas a un onesto amor rendido. Y, así, dijo Belisandra:

—¿Ha bisto, señora prima, cosa más hermosa en su bida ni que tan bien le parezca como son los dos príncipes así como vienen? Cierta un caballero gentilhombre y armado así a lo galán y sobre un buen caballo, que se manexe vien, una de las cosas más hermosas deve de ser de cuantas ay en el mundo.



–Pues esso es verdad –dijo Taurissa–, y es tanto que dixo vien el Poeta cuando dixo que yerro es lo que amábamos las mugeres<sup>783</sup>, aunque algunos maliciosos an dicho que se á de entender del yerro moral; mas realmente lo dice porque no ay cosa que más bien nos parezca que un caballero armado de limpio y lucido acero. Y ello raçón es, porque no ay hábito en el mundo qu'esté ta[n] vien a un hombre como las armas, ni que tan galán y baleroso le muestre a los ojos<sup>[f. 129v]</sup> de los que le miran.

–Tiene vuestra grandeça raçón, mi señora Taurisa –dijo Belisandra–. Y si no, pregúnteselo <a> aquella amadora del marido de Pásifae si por el armado cuerpo de Nemos cometió el patricidio y otros daños. Y mire cuánto agradó a la encantadora Medea el pecto o loriga de que Teseo venía armado, y mire si la hermosa Elena miró a las armas y pecto del troyano Paris. Y aquella Andrómaca, amadora de Éctor, una de las cosas que más a su amor la sugetaron fueron las armas de qu'él con tanta nobleça y gallardía usaba. Mil ay a quien aya rendido el yerro<sup>784</sup>.

–Y aún más de diez mil –dijo Taurisa– las cuales á sido yerro rendirse<sup>785</sup>.

–Esso verdad es –dijo Belisandra–. Mas, como nos es natural la inclinación d'este sabroso rendimiento<sup>786</sup>, no es marabilla<sup>ccclxviii</sup> que aya pasado por muchas lo qu'es natural a todas. Que yo arto más me espanto y más caudal hago, y con raçón, de aquellas que siguieron la senda de la virginidad y virtud escondida<sup>787</sup> (por donde las

---

<sup>783</sup> **Ap. marg.:** «Ouidio, “fer[rum] est quod ama[t]”». La cita pertenece en realidad a la sexta sátira de Juvenal, v. 111; de otro lado, la referencia cruzada a Ovidio quizá se haya originado en el conocido tratamiento del tema de la mujer fascinada por el guerrero armado que el poeta realiza en su *Ars amandi*, II, vv. 715-716.

<sup>784</sup> **Aps. margs.:** «Homerus, Vergilius, Ouidius, etc.»; «Plutarcus, in *Uita Theseis*, apud me folio 2, pág. 4».

<sup>785</sup> **Ap. marg.:** «Chaterina, *De cassu hominis*, apud me fol. 109». ¿Coluccio Salutati, *Historia de casu hominis* (s. XIV)?

<sup>786</sup> **Ap. marg.:** «Post natura lapsa».

<sup>787</sup> **Ap. marg.:** «[...] Ludovicus, del com[...] *De vita solitaria*». *De vita solitaria*, Petrarca.

pocas savias y prudentes qu'el mundo tenía an caminado) que d'esas muchas que por el unibersal camino an ido<sup>788</sup>.

–Así es verdad, que más admiración pone –dixo Taurisa– una Magdalena que cien mi[l] cleopatras, y más una Catalina que infinitas Tais; porque la dificultad de la senda es señal de la virtud que para haberla de seguir fue menester. Pues es cierto que la virtud versa y trat'acerca de cosas difíciles<sup>789</sup>, y con la virtud y fe obraron los santos justicia, vencieron los reinos, quebrantaron las ásperas presas de los leones, resistieron a las ardientes llamas del fuego, auyentaron y hicieron uir al armado ejército de los enemigos, sanaron en las enfermedades, fueron balerosos y fuertes en la guerra y echaron por tierra los reales de los enemigos.

Otros mostraron su balor al mundo en medio de las mayores persecuciones, en medio de las mayores congoxas, de los azotes, de las cárceles, de las prisiones, siendo apedreados y aserrados por medio y dibisos en distintas partes. Tentáronlos con el áspera muerte de guchillo, con el cual fueron muertos; otros andubieron cubiertos de ásperos cueros de texón y de otras pieles. Otros truxeron ásperos silicios, de camellos y de lana de cabras echo un áspero pelote o sayalaço, andando con grandes necesidades (con ha[m]bre, con angustias y aflicciones) morando en los desiertos y en las ásperas cuebas de los peñascos; de los cuales no era digno el mundo, por lo cual estaban escondidos en las cabernas de la tierra.

–Aora, señora prima –dixo Belisandra–, vien pudiera yo decir: «El que reprehende a otro á de mirar qu'él á de carecer de todo vicio»<sup>790</sup>. Veamos, ¿no me riñó porque era predicadora? Pues a fe que si dixera aora *Ad hevreos*, 11<sup>791</sup>, que yo que

---

<sup>788</sup> **Ap. marg.:** «[J]uvenalis, *Sat.* 6: “[r]ara auis in terris [n]igraque similima cigno»; Juvenal, sátira VI, v. 164.

<sup>789</sup> **Ap. marg.:** «[S]. Tho., 1<sup>a</sup>, 2<sup>a</sup> *quae. et per totam*». Santo Tomás, *Summa Theologiae*.

<sup>790</sup> **Ap. marg.:** «Oracius; Michael Vernius». Desconocemos a qué autor hace referencia el segundo de los nombres anotados.

<sup>791</sup> La intervención de Taurisa, efectivamente, está basada casi literalmente en el pasaje citado por Belisandra de la carta de san Pablo a los hebreos.

pensara que era fiesta de Todos Santos o que quería predicar sobre «anda y no quieras más pecar, que tu fe te á echo salba»<sup>792</sup>.

–¡Calle, mala landre nunca le dé, que me á echo reír! ¡Qu'en mi ánima que tiene razón! Mas díxelo a propósito de cuánto más esclarecidos y excelentes barones y mugeres fueron las que siguieron esta maravillosa vida que las que se an ido al corriente de las ociosas aguas d'este mundo. Qu'es lo que vuestra grandeça decía denantes, que más admiración ponía una virtuosa que cien mil viciosas y una buena que cien mil malas. Mas baxemos a la puerta de la escalera, aguardemos <a> aquellos príncipes que ya llegan cerca.

–Bamos en ora buena –dijo Belisandra–, que en verdad que todo lo merecen los niños.

–Pues, en verdad, sí merecen –dijo Taurissa.

Con esto, ya aquellos caballeros se apeaban en el patio. Y, suviendo la escalera arriba, en el descanso de ella, con onesto y amoroso abraço se reciben como si ubiera cien mil años que no se havían visto. Y preguntándose las ordinarias preguntas se fueron a la iglesia, la cual tenían tan aliañada, adereçada y limpia que era cosa de ber, y en ella estuvieron un buen rato. Después, en unos poyos de hermoso linaloe que estaban en círculo de la iglesia, aquellos príncipes se sentaron con aquellas princesas y con las demás pastoras, parlando allí todos juntos de onesta <sup>[f. 130r]</sup> y amorosa combersación. Y Fraseldo dixo:

–Señores ilustrísimos, pues están agora aquí vuestras grandeças todos juntos, quiéroles decir una cosa en qu'é estado pensando: aunqu'es verdad que el estar en esta isla es tan bueno y tan probeído de todo lo qu'es menester a la bida humana, no se puede negar sino que, al fin, no estando más de las personas que estamos, es soledad, y estamos a punto de muchas desgracias que podían suceder; especialmente de enfermedades y otras cossas, y aun para las cosas del alma también padecemos necesidad y falta. Y si el incombiniente de las abes es quitado, una de las mexores islas

---

<sup>792</sup> Se trata del conocido pasaje de la mujer adúltera, salvada por Jesús cuando iba a ser apedreada (Jn 8, 10-11).

es esta que tiene el mundo. Y aquí zerca está otra isla que, aunque no es tan grande como esta, no es nada menos buena según la relación de los mareantes, y aún [no] havrá doce años que yo estuve en ella con una nao que una tormenta arroxó allí al puerto, y de la peste de las abes murieron ocho personas de ella. Y si no fuera por un vendabal que vino con el cual podimos ir a Ulixipona, sin duda muriéramos todos, porque estaba el aire corrompidísimo. Mas quitado este incombiniente, como digo, una de las mexores moradas será del suelo.

Supuesto esto, yo allé ayer en una bodega de la casa de campo muchas arrobas de vrea, estopones, cáñamo, xarcia, clabazón y todas las cosas necesarias para hacer naos. Y no solo una, mas cierto que ay recado para hacer más de doce o más de mil toneladas, porque todo cuanto es el cuarto primero toma la bodega, qu'es muy alta, muy ancha y muy hermosa y toda está llena d'estas cosas que digo. Mi parecer es, pues yo soy oficial d'este oficio, que se haga una buena nao segura para la nabegación de aquí a España, y en ella, si fuere menester o ubiere necesidad o boluntad, podremos hacer viaxe adonde quisiéremos.

–Aunque yo –dixo Belisandra– tengo verdadero propósito de jamás salir d'esta isla, pero por el consuelo d'estos príncipes y de mis compañeras, si alguna quisiere bolberse a España, digo, Fraseldo, que gustaré mucho de que la nao se haga, y lo mismo entiendo que dirá mi señora Taurisa.

–Sí, mi señora –dixo Taurisa–, que cierto a mí tanvién me parece muy azertado, que muchos vienes se pueden seguir de que aya a esta isla nabegación<sup>ccclxix</sup>, y daño ninguno.

–Aora, pues así es –dixo Fraseldo–, desde mañana comienço mi obra. Y cierto, señores príncipes y princesas, que todos emos de ser oficiales.

–Aora, bien, que [a]sí haremos –dixo Feridano–. Anda con Dios, y comiença tu obra.

Con esto, ellos se fueron a cassa, donde sentándose a comer comieron todos aquellos príncipes con mucho contentamiento, tiniendo en la comida muy buena combersación. Después de comer, aunque en la misma sala, Feridano se apartó con

Taurissa y, con un amoroso sentimiento que de lo interior del alma le salía, le comenzó a decir:

–Hermosa princesa, Taurisa mía, si la gloria y contentamiento que mi alma siente, en verme en parte que la esclabonía y rendimiento que os tiene mi alma os pu<e>da manifestar, os dixesse, por deciros la gloria que recibo callaría la pena que aunque dulce y boluntaria en mis entrañas amor engendra. La cual es tal y está tan en su punto qu’el más feliz sucesso que de ella espero es la muerte que del sufrirla pienso me á de sobrevenir. Porque de la misma manera que la blanca plumilla que al cisne crece, regalándole la telilla interior del cerebro, le desparrama por todos los nervios y arterias un dulçorcillo con el cual no sintiendo pena sino antes gloria muere cantando<sup>ccclxx</sup> su fin y muerte<sup>793</sup>, así á engendrado amor en mi alma una blanca plumilla de amoroso fuego que, regalando mis entrañas, ba tiernamente un dulçor sembrando en los sentidos, de suerte que con esta gloria moriré cantando mi muerte y olgándome con el dulce y sabroso fin que espero<sup>794</sup>. Y, cual hermosa acha que su bida y luz la ba acabando y cuanto más luce y arde más de sí misma consume, así están mis entrañas, en la cuales está una encendida acha de pasión amorosa; la cual creciendo y dando luces y lustres a mi boluntad veo y siento que me ban acabando y, como dicen, mis ojos [f. 130v] burlando<sup>795</sup>. Y sintiéndose arder el alma en vibo fuego pide a los ojos que la socorran con sus lágrimas; lo cual, aunque continuamente hacen, en lugar de matar el fuego les acaece lo que en ardiente fragua, qu’el agua que se le echa sirbe de encender y abibar más el fuego. Y, como los herreros de mis pensamientos no hacen sino dar al fuelle con vuestro donaire y hermosura, encienden más la fragua cuanto en amorosas lágrimas<sup>ccclxxi</sup> me deshago.

–No quisiera yo, señor Feridano –dixo Taurissa–, que supiera vuessa grandeça exaxerar tan bien su pena, aunque no me diera disgusto que la supiera sentir. Mas muy libres debe de tener las potencias, pues el entendimiento sabe tan vien ditar, la memoria

---

<sup>793</sup> **Ap. marg.:** «Aristote, *De natura animal[is]* et Plinius, lib. [...]».

<sup>794</sup> **Ap. marg.:** «Boscán, [...] 23». Efectivamente, Boscán utiliza la tradicional imagen del cisne que canta antes de su muerte en el poema *Mar de amor*.

<sup>795</sup> **Ap. marg.:** «Padilla».

acordarse de lo que desea, la lengua hacer su oficio y todos los demás sentidos están tan puestos en sí que vienen a entender ser de vuestra grandeza y no haberlos enagenado ni dádolos a quien dice tiene dada el alma.

–Como la entrega hice, mi señora, a vuestra grandeza del alma, todas las potencias acuden a servir a quien el alma adora.

En este término Ardoniso, estando con Belisandra la Bella, comenzó a hablar con ella en una conversación (dice Nictemeno) demasiadamente amorosa; tanto que no la osa poner, porque le pareció un poco escrupulosa. Y así la dexa, solo diciendo que aquella tarde toda la gastaron en hablar. Aunque ya a la tarde la conversación fue en universal de todas aquellas pastoras, en que vinieron a tratar cuyo hijo sería el niño Mexiano de la Esperanza. Y Ardoniso dixo:

–Si los hijos fuera regla cierta que se parecen a sus padres<sup>796</sup>, cierto yo juzgara este niño ser hijo del príncipe Ofrasio de España; mas como esto no sea cierto, no se puede por aquí averiguar la verdad. Aunque las más de las veces sucede de essa manera, a lo menos cuando está bien dispuesta la materia y no está demasiadamente distraída la imaginación, o aya alguna influencia contraria o que dé diversa figura por su fuerza.

–Graciosamente –dixo Feridano– á querido vuestra grandeza avrebiar las tres causas de la semejanza o disimilitud que ay en los rostros de los hombres, diciendo qu'es la disposición de la materia, la beemente imaginación y los signos y astros celestes. Y aunque cierto había galanas cosas que tratan sobre esso, como las tratan Aristóteles, Empédocles, Alberto Magno y Plinio y, de la tercera razón, Ptolomeo y Julio Férnico y Alvión Ragel y Guido Bonato y otros autores (los cuales cierto dicen cosas vienen delgadas a este propósito), pues vuestra grandeza la á querido así avrebiar, no es razón que más sobre ello se trate agora.

–Pues lo que me parece, señor Ardoniso –dijo Belisandra–, es que porque ya este niño ha siendo bonito y muestra una habilidad estraña, en lo que toca a la música y otras artes acá le enseñaremos; mas en los ejercicios de las armas, así a pie como de a

---

<sup>796</sup> Las siguientes reflexiones de Feridano y Ardoniso sobre la semejanza entre los hijos y los padres están basadas en el capítulo XLII de la primera parte de la *Silva de varia lección*: «Qué sea la causa de parecer los hijos a los padres y madres [...]» (Pedro Mexía, ob. cit., págs. 275-280).

caballo, vuestras grandezas le industrién, exercitándole tanvién en la caça y otros exercicios de cortesanos caballeros y de balerosos príncipes.

–Muy vien me parece que se haga así –dixo Ardoniso–, y el ilustrísimo Feridano y yo seremos sus ayos todo el tiempo que en esta isla estuviéremos.

Con esto, se determinaron en esto. Y por aquella tarde, sin entender en otra cossa alguna sino solo dexar concertada una caça para otro día, diciendo <a> aquellas princesas que se querían ir a comer allá a la cassa de campo y que por la mañana iría Esmerilda <a> adereçar la comida, se despidieron aquellos caballeros (ya con arta más ternura de la una parte y de la otra que asta allí havían echo), quedando aquellas princessas parlando en la buena conversación en que havían estado<sup>ccclxxii</sup>. Y aquellos caballeros todo el camino fueron hablando de la hermosura, donaire y discreción de aquellas princesas, aunque siempre acusándolas de crueles y loándolas de onestas.

Con lo cual los dexaremos asta su tiempo, por deciros lo que en la corte del rey de España pasó en este tiempo, con algunos sucesos así tocados en vrebe que para el conocimiento de nuestra istoria nos conviene el saberlos <sup>[f. 131r]</sup>.

### **Capítulo 9. De lo que en la ciudad de Ispalia sucedió, y de una vrebe suma de cómo estaban los reinos en este tiempo y de los más de los reyes cristianos dónde tenían sus imperios.**

Bien se os acordará cómo dexamos al cabo de dos años que en ella estaban en Ispalia al buen príncipe Ofrasio y la hermosa Casiana, donde no se entendía en todo el reino sino [en] cómo servir y contentar a su reina y señora. Especialmente cuando al cabo de aquel tiempo parió un hijo, hermosísima y bella criatura, con cuyo nacimiento todo el reino recibió mucho contentamiento. Y, así, apenas había ciudad en toda España donde las señas de este contentamiento no se biessen, y en tanto grado que en todo él no se entendía sino en justas, cañas, toro y torneos, acudiendo especialmente a la corte innumerables caballeros andantes que de diversas partes del mundo venían a vuscar sus particulares sucesos o aventuras (que llamaban).

Estando toda España así de caballeros cristianos como de gentiles, como de moros, tan cursada y probeída que apenas se andaba una legua por ella donde no sucediessen nuevos sucesos y acaecimientos particulares: unos graves, otros de poca entidad y pesso, unos graciosísimos, otros lúgubres, tristes y llenos de pesadumbre, algunos prósperos y otros adversos. Siendo algunos caballeros muy buenos y leales, otros traidores y malos, unos nobilísimos y gratos, otros baxos y desagradecidos, unos soberbios, malcriados, avarientos y llenos de desonestidad y ira, epicúreos, para poco, amigos de la vengança y carcomidos de invidida. Otros havía humildes, vien criados, magnánimos, onestos y pacíficos, parcos, balerosos, amigos de perdonar y las entrañas llenas de caridad y amor para con todos.

Esta bariedad y esta selva de gente herloseaba tanto los xardines de aquella corte y reino que uno de los e[n]noblecidos estaba del mundo, especialmente con el buen gobierno del rey Polimbo y con el balor y esfuerço de Ofrasio y sus hermanos; gobernándole los viexos en tiempo de paz y defendiéndole los moços en tiempo de guerra; exercitándose los unos en obras de piedad y virtud, probocando con su buen exemplo a lo mismo a los ciudadanos, y los moços con onestos exercicios de armas entretiniendo la cortesana jubentud para dibertilla de demasiados juegos o otros bicios. Y, así, ni por la mocedad estaba la corte disoluta, ni por la vexez melancólica o avarienta, sino que en todo se allaba aquel difícil y loado medio en el cual la virtud consiste<sup>797</sup>.

¡O, qué hermosa istoria os pudiera contar –dice Nictemeno– si os pusiera de los muchos algunos cassos que en España sucedieron! Mas porque me están el belígero y sanguinoso Marte y el tierno y ceguiçuelo Cupido aguardando para que en un mismo pecho muestre sus efectos casi en su punto (y si mi torpe pluma no lo acertare a poner en él, no será la culpa del caso sucedido sino del no ir vien lebantado el estilo), por esto lo dexo de hacer, solo avreviándoos las cosas que entendiere que hacen al propósito de nuestra istoria. Lo primero sabréis que Lucisolano, hermano de Casiana, príncipe de Babilonia, estuvo cuatro años en España sirviendo a la hermosa Irene, princesa de Portugal, que fue una de las hermosas y discretas mugeres de su tiempo. Al fin, al cabo

---

<sup>797</sup> Ap. marg.: «Plato. in lib. *Legibus*».



d'este tiempo, con consentimiento del rey su padre casó con ella, mas fue con condición que no la havía de llebar a Babilonia, por quanto ella era heredera de aquel estado, y qu'el hijo primero heredase el imperio de Babilonia y el segundo, si Dios se lo diesse, aquel estado y reino de Portugal. Estos dos fueron excelentísimos príncipes y vibieron todo el tiempo de su bida con gran prosperidad y vonança, como veréis en la istoria quando de ellos se hiciere particular memoria.

El baleroso Polinviano, hermano de Ofrasio y hijo del rey de España estuvo en Asilia, en la provincia de Vitinia, donde había un emperador que aunque era pequeño su imperio era muy poderoso y rico <sup>[f. 131v]</sup>. Y en él sirbió a la hermosísima Dignapetusa, heredera tanvién de aquel estado, la cual le dio todo aquel reino y imperio de muy buena boluntad por muger, suplicádoselo a ella que ninguna cosa más deseaba; tiniéndose por dichosos en haber alcançado por rey a un príncipe de tanto balor y prendas, tan excelente para gobernar en tiempo de paz y tan baleroso para los acaudillar y defender en tiempo de guerra.

Este, pues, casó en Vitinia, haciendo en aquel estado estremadas cosas en armas, con tanta discreción que con estar cercado de infieles, así gentiles como moros, casi todos ellos le reconocían basallaxe y le paga[ba]n parias, entendiendo su mucho balor y prudencia. Tres cosas se decían d'este príncipe cierto estrañas: la primera que jamás en tiempo de paz dio sentencia que se pudiesse calumniar; jamás dio batalla en que no saliesse vencedor, ni jamás le pidió vencido clemencia que se la negasse, cierto cosa dignas de un vuen príncipe. En su tiempo d'este príncipe se convirtieron a la fe dos reyes sus comarcanos por su buen exemplo y doctrina.

Tubo <sup>ccclxxiii</sup> seis hijos e hijas de los cuales haremos larga relación en nuestra istoria; ganó tres reinos de moros y escribió mucho libros, especialmente uno llamado *Guía de príncipes*, cierto estremado y de mucha erudición y buena doctrina. Sucedióronle en armas estremadas cosas, especialmente un campo que tubo con un rey su comarcano sobre un negocio de onra, el cual no se pudo averiguar sino por las armas. Y el enemigo era balerosísimo y entre <sup>ccclxxiv</sup> tres días arreó con él en campo, haciéndolo balerosísimamente; asta que al cabo de los tres días, por un cierto caso particular se averiguó la justicia que Polimbiano pretendía, haviendo sido este echo muy celebrado por todos los caballeros de aquel tiempo.

La hermosísima Cadianisa, hermana tanvién de Ofrasio, casó con Lucesildo, príncipe de Normandía, siendo los dos de los buenos reyes que tubo el mundo y los más vien casados, porque se amaron tiernísimamente. Ubieron tanvién muy hermosa sucesión de hijos, y la hermosísima Cadianisa fue llebada a Normandía donde de todos sus basallos fue amada estrañamente todo el tiempo que vibió. Y sucedieron en su reino en aquellos tiempos cosas dignas de memoria, como en una istoria de los reyes normandos se puede ver.

La discreta Camisina casó con el príncipe Periandro de Narbona; esta señora fue muy dada a las artes liberales, en las cuales salió única sobre todas cuantas reinas ni princesas había en el mundo, y su marido fue tanvién estremado en armas y de tantas fuerças que era llamado por excelencia Periandro «el de la fuerça grande». Sucediéronle estrañas cosas en campos que tubo con muy balientes caballeros y desemexados gigantes, con los cuales siempre salió con vitoria. Era este príncipe estremadamente aficionado a la caça de fieras como de leones, puercos o osos y otras d'esta manera.

Tubo muchos hijos, porque fueron –dice Nictemeno–, con bastardos que tubo cuatro, trece entre hijos y hijas, a los cuales todos el rey iço criar con mucha cristiandad y vondad, haciéndoles enseñar a todos en los exercicios militares y de letras, procurando para esto de tenerles siempre muy buenos maestros y ayos. Cuidado que cierto le habían de tener todos los reyes, pues sabemos cuánto importa el buen maestro; como muy bien lo dio a entender Filipo rey de Macedonia en aquella vrebbe carta que envió a Aristóteles para que fuese maestro de Alexandro<sup>798</sup>. Y casi todos los filósofos morales<sup>799</sup>, especialmente Plutarco y Séneca, atribuyen tanto a los maestros en este casso que no menos que la total información y ser ponen de los discípulos<sup>800</sup>. Y así dijo Plutarco a Traxano en aquella discreta carta que le escribió: «Si, Traxano, te gobernares conforme a las reglas que yo te tengo dadas, Plutarco es autor de tu vida; haciéndolo de otra manera, a esta mi carta hago testigo que por mi consexo y parecer no se<sup>ccclxxv</sup> hace cosa en daño de la república y imperio romano. Dios te dé salud». En estas palabras <sup>[f. 132r]</sup> se

---

<sup>798</sup> **Ap. marg.:** «Aristoteles, in *Epistola ad Philipum regem macedonie*».

<sup>799</sup> **Ap. marg.:** «Seneca».

<sup>800</sup> **Ap. marg.:** «Plutarcus».

be cómo los maestros son havidos por autores de la vida de sus discípulos. En esto, pues, tenía particular cuidado este vuen príncipe, y así tubo unos de los mejores caballeros y más vien enseñados que tenía príncipe en el mundo.

Sofrastro, rey de gran parte de la Citia (que fue el que pretendió casar con la hermosa Casiana), viendo cómo el príncipe Ofrasio la había llebado y que ningún remedio tenía de cobralla, comenzó a tomar la injuria por propia. Y haviéndose casado con una hermosa persiana llamada Jaquisina, hija de un gran príncipe persiano y algo deudo del emperador de la Persia, llamado Sanjaco<sup>801</sup>, comenzó con altibos intentos de procurar la bengança a cualquier riesgo. Y para esto, juntándose con los astrogotos y vándalos, hiço a los diez años después que se había cassado un poderoso ejército en que juntó más de ciento y cincuenta mil combatientes de astrogotos y visigotos, hunos y bándalos y otras gentes bárbaras de la <E>scitia. Y con estos entró por Tracia y Macedonia, y en el Asia dio en Vitinia al rey Polinviano artos sobresaltos y desabrimientos, aunque siempre se defendió d'él balerosamente.

Después entró por Nicomedia y Acaya, molestando a Seleucia, Tesifonte, Babilonia, Armenia, Albania. Entró por Asia la Menor esta várbara gente de aquellos <e>scitas; por el Ponto, Panfilia, Cilicia, Galacia, Bitinia, Capadocia y otras muchas probincias, estendiéronse por toda Tracia, Macedonia, Ungría, Polonia, Dacia. Vin[i]eron al África Mauritania, molestando a Numidia, a Cartago, a Libia. Por la otra parte traían sus ejércitos en el Egipto y sus confines en Asia, en las dos Arabias, en Siria, en Judea, en Palestina, en Mesopotania, y pasaron, como dixe, los dos famosos ríos Tigris y Éufrates<sup>ccclxxvi</sup>, de suerte que apenas havía probincia ni parte donde estos bárbaros no truxesen campo y gente. Siendo capitán general Sofrastro, aunque andaban barios capitanes con capitanías distintas haciendo grandísimos daños a estas probincias, de suerte que si no era en Ingalaterra, Alemaña, las dos Españas, Francia y Estolia, todo lo<sup>ccclxxvii</sup> demás andaba de los ejércitos y campos d'este bárbaro lleno.

Aunque muchos de los reyes de las probincias donde él andaba se le defendían balerosamente y aun le mataban algunas beces grandes compañías de soldados y

---

<sup>801</sup> *Sanjaco*: Se hace aquí un uso antonomástico de lo que en realidad es un nombre común, empleado también en la actualidad para designar al «gobernador de un territorio del imperio turco» (cf. DRAE, s.v.).

caballeros. Mas el bárbaro andaba tan arrogante con las vitorias que había habido que venía como ardiente rayo con intención de arrasar y atalar el mundo, como lo había comenzado a hacer. Porque, dexada la fuerça de aquella válbara gente, eran tan crueles que todo lo pasaban a sangre y a fuego sin perdonar al niño ni al biexo, a la casada ni a la virgen, sino que parecían demonios que se venía[n] a artar de sangre humana.

Esta<sup>ccclxxviii</sup>, pues, era la raçón con que andaba todo el mundo puesto en armas y tan rebuelto que apenas había rincón d'él tan apartado donde no se oyesen caxas y pifano de guerra, y donde no andubiessen caballeros y banderas tremolando con diferentes divisas<sup>802</sup>. Y los buenos caballeros andantes andaban acaudillando la gente y franqueando los pasos y aun defendiendo los reinos, para que no fuessen acabados de destruir por aquellos bárbaros.

Todo el Ozidente, digo, Italia, Fracia y España, Flandes y Alemania, andaban tanvién puestos en armas: lo uno para resistir al enemigo si acaso quisiese pasar a estas partes, y lo segundo para faborecer a sus amigos y aliados, especialmente a Grecia y a Tracia, a Macedonia y a Ungría, a Dacia, a Polonia y a las islas Sicilia, Menorca y Mallorca, Córcega y Cerdeña y otras combencinas a estos reinos. Esto se hacía con mucho cuidado en todos estos reinos, especialmente en nuestra España, viendo que la más gente que venía de los bárbaros eran los sententrionales hunos. Y acordándose las antiguas enemistades que siempre á havido entre hunos y godos, aún esto los mutiba más a la batalla, ardiendo en el buen Ofrasio aquella ilustre cólera que de sus mayores sentía al pecho. Y así se hacía un hermoso ejército para pasar en Alemania<sup>[f. 132v]</sup> asta por allí ir a econtrar al enemigo y hacelle bolber a recoger a aquellos sus rincones de la fría <E>scitia y <a> aquellas setentrionales probincias de tanta multitud de fieros bárbaros poblada.

Y el buen rey de Portugal, hermano de Casiana, Lucisolano, tenía también formado un hermoso escuadrón de gente muy lucida y vriosa en que tendría vien cuarenta mil hombres de pelea. Y, haviéndose carteadado con todos los demás príncipes, tenían determinado de dar sobre el bárbaro y hacelle retirar para poner en paz la tierra,

---

<sup>802</sup> Ap. marg.: «Sic de These[us] et Ercule, Plutarcu[s], *Uita Thes[ei]*».

que tan desasosegada la traía que parecía que querían tornar a resucitar los tiempos de Alarico, brabo godo.

Quien más cogoxado estaba d'estas guerras y torvellinos que en el mundo andaban lebantados era el buen emperador de romanos y Constantinopla, llamado Armodio. Y tenía a esta saçón una hija de diez años llamada la hermosa Vrisaida, una de las más bellas criaturas que tenía el suelo, adornada de tantas y tan buenas partes como por el discurso de la istoria beréis. Y dábale mucha pena este negocio por ber lo que padecían las repúblicas y los desastres que cada día sucedían, con asolación de tantos reinos y arruinamiento de tantas repúblicas, muerte de tantos inocentes y execución de tantas maldades y tiranías.

Y, al fin, como a emperador, y tan cristiano como él era, incumbía el remediar estos daños a todo riesgo; para lo cual, quince años devían de ser después que con Casiana, princesa de Babilonia, casó Ofrasio (y, si no cumplidos, andaba a los menos en ellos habría ya más de tres messes), que fue el tiempo cuando estas guerras estaban en su punto, començó a congregar todos sus exércitos y campos para salir al encuentro al enemigo a Tracia y hacerle recoger asta los montes Rifeos, qu'es su propia tierra y asiento d'estos bárbaros. Para lo cual aunque él era ya algo viexo se determinó de ir a la guerra por su propia persona, que uno de los mexores capitanes había sido que havía tenido el mundo. Para lo cual envió sus mensaxeros a todas las provincias y reinos suxetos y alçados al imperio con cartas de creencia y enviándoles a pedir socorro; cuyo traslado dice Nictemeno qu'es este:

Armodio, por la Divina Gracia emperador del soberano imperio de Roma y Constantinopla, a vos N., salud.

Anse desvergonçado tanto los hunos y astrogotos y bárbaros <e>scitas con algunas victorias que an alcançado que se atreben a enojar con sus atrevidas armas a este soberano imperio. Y, pareciéndonos convenir el resistir a tanta insolencia, emos determinado de por nuestra propia persona irlas a poner el yugo que con tanto atrevimiento an arrojado de sobre sí, atreviéndose a no obedecer a nuestros soberanos mandamientos. Para lo cual será menester vuestra ayuda y

fabor, así de vuestra persona como de vuestras gentes. Y porque entendemos lo haréis, como fiel vasallo y leal amigo, no más.

Echa en Constantinopla en nuestro sacro palacio, era de Cristo de 306. Daréis crédito al que la diere.

Con esta carta, solo mudando el nombre, se despacharon mensaxeros a todos los basallos del imperio para que con su gente y las demás cosas importantes a la guerra viniessen a Constantinopla. También se despacharon a los reyes amigos que no eran basallos, con una carta cuyo traslado según dice Nictemeno es este:

Armodio, por la gracia de Dios emperador de los soberanos imperio, Roma y Constantinopla, a. N., rey de tal parte, nuestro amigo, salud <sup>[f. 133r]</sup>.

Ya sabrá vuestra grandeça los daños que los hunos, gente bárbara y feroz de la Citia, andan haciendo así en el imperio como en las demás probincias cristianas. Y, pues él se publica por común enemigo, justo es que con comunes fuerças sea destruido. Para lo cual será muy importante el socorro de vuestra grandeça, el cual espera este imperio como de un tan principal y particular amigo. De lo demás dará cuenta quien esta diere, a quien suplico a vuestra grandeça se le dé crédito. Fecha en nuestro imperial palacio de Constantinopla, era de Cristo de 306.

Con estos despacho envió <a> Alemania, a Francia, a Ingalaterra<sup>ccclxxix</sup> o Vretaña la Mayor y a España mensaxeros, personas principales y de crédito, para que a aquellos príncipes animase a la batalla y a la destrucción de aquella canalla y bárbara gente. También en los particulares reinos había mil cosas d'estas de guerra en que unos a otros se incitaban a limpiar la tierra de tan mala gente y que tan turbada y arruinada la traía.

Una cosa dice Nictemeno haber sucedido en este tiempo en Constantinopla digna de consideración y que los sabios tubieron vien que notar, los astrólogos que echar juicios, los adivinos que adibinar y los máxicos que consultar. Que fue que, otro día después qu'el Emperador había despachado los mensaxeros, estando en un hermoso cuarto de su casa enfrente de un corredor donde la hermosísima Vrisaida, acompañada de otras princesitas y doncellas, estaba, vestida aquel día de brocado verde con unos

alamares de oro y perlas (estando todas ellas jugando en una mesa grande y hermosa de évano, guarnecida de oro, que allá estaba, a los trucos, con mucho contento y arto descuido de las guerras y rebolución que entonces padecía el mundo), vio el Emperador levantarse del texado una hermosa garça.

Y, començando a levantar hermosamente el buelo, tendiendo el cuello hermoeseado de blancas plumas, inchando el pecho con hermosa gallardía y de en cuando en cuando dando unos amorosos graznidos, ya qu'ella llevaba sosegando<sup>ccclxxx</sup> el buelo, en la mitad de la región del ágil biento salieron tras ella de la parte del oriente una caterba y muchedumbre de silbestres abes, llebando por capitán un águila bastarda. Y ella, acelerando el buelo y los graznidos, se bio bolber el buelo azia ozidente, y luego vieron por aquella parte venir una hermosa águila caudal acompañada tanvién de algunas aves (aunque no eran tantas como las de la banda primera, ni con muchas). Mas, al fin, se començó entre ellas una hermosa y graciosa bolatería, que aquellos príncipes se la estuvieron así mirando gustando de la herronadas y picadas que se daban las unas a las otras ayudándose de las uñas y picos.

Al fin, duró la conquista o pelea casi tres oras, con tanta admiración del Emperador y aquellos caballeros que era cosa maravillosa, y más cómo beían desaparecer los cuerpos de las abes que vencidas caían. Mas, después de acabado el debate, muy ufana la garça se puso al lado de la caudal águila que había vencido y, tornando con amoroso buelo, esparciéndose todas las abes, se quedaron el águila y garça juntas, tornándose a sentar ambas juntas sobre el texado de palacio, donde haviendo estado así por un rato tanvién desaparecieron.

Notable admiración causó esta visión a todos aquellos caballeros. Y el Emperador, aunque no era nada aficionado a adivinaciones ni presagios, con todo esso le dio un deseo de saber qué podría haber sido aquello, que vien veían no haber sido a caso ni cosa que otras beces acaeciesse, sino que <sup>[f. 133v]</sup> había tenido particularidades por las cuales se podía congetural querer sinificar alguna particular cosa. Como cuando aparecen cometas o figuras en el sol, luna o otros cuerpos celestes, o cuando se ben cosas así prodixiosas, que casi siempre sinifican alguna cosa particular o algún grabe

sucesso que á de acaecer<sup>803</sup>. Y d'esto a l'esperiencia tenemos por maestra, la cual nos enseña<sup>ccclxxxi</sup> muchas beces haber así acaecido; como se bio ebidentemente en tiempo de Constantino 4 y de Juan 5, y como en tiempo de Otto primero y de Venedicto 6, y como los tres soles del tiempo del César y otras muchas cosas<sup>804</sup>.

D'esta manera, pues, la nobedad del prodixio causó que sobre su sinificación se echasen barios juicios, diciéndose artas cosas vien dispartadas y otras iban con algún acierto. Uno de los más sabios de Constantinopla en astrología judiciaria y otras cosas hizo un juicio, diciendo que aquella garça sinificaba la república o ciudad, la cual por su fama lebantaba el buelo en alto para ser conocida y temida de todas las<sup>ccclxxxii</sup> gentes, y que su fama por la catibar y prender habían de benir príncipes de barias naciones. Y que ella, viéndose congoxada, había de dar graznidos que era pedir socorro y que de las partes del oziente habían de venir tales capitanes que librarsen la república de aquellos daños; algo iba atinado el buen hombre<sup>ccclxxxiii</sup>.

Otros mil ningrománticos y echiceros dixeron como acostumbran seiscientas mil mentiras mezcladas con una verdad, y aun algunas beces sin ninguna verdad, sino una agregación de disparates y desatinos; porque como tienen por maestro al padre de las mentiras, Satanás<sup>805</sup>, parécese le muy vien en la doctrina, qu'es asadas tal como el que la enseña. Porque, dexado aparte ser mintirosa, es tanvién pernicioso no solo a quien la sabe, pues le condena el alma, mas au[n] a las repúblicas, como nos lo a[n] enseñado las que se an confiado de adevinos y agoreros. D'esta manera, pues, estaba el mundo en este tiempo, donde si no era en las Etiopías y Tartarias no había parte de lo descubierto donde no ubiesse disensiones y guerras causadas por los astrogotos y hunos.

Quiérollo dexar así asta su tiempo –dice Nictemeno– y hacer memoria de don Mexiano de la Esperança y de su gente, que aunque no se á interpuesto más d'este capítulo en medio tenemos ya pasados ocho años. Y una cosa sola os quiero avisar: que

---

<sup>803</sup> **Ap. marg.:** «[...] Platina, [...] *Martinus et Illescas in Coronica sumo[rum] pontificum*». Bartolomeo Platina, «Vita Martini», en *Vitae Pontificum* (1479); Fray Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica* (1565).

<sup>804</sup> **Ap. marg.:** «Tito Libius, Plutarcus, Quinter Curcius et reliqui».

<sup>805</sup> **Ap. marg.:** «[Juan] 8, f. 44».



no me abéis de computar en este mi libro y istoria los tiempos como a Eusevio; ni tasarme los caminos como a Tito Libio; ni contarme los bocados como a Josefo; ni averiguarme las decendencias como a Plutarco; ni reducirme a inconvenientes como a Papías; ni referendarme las oras como a Séneca; ni ais de ponerme las probincias con sus propiedades y sitios como a Tolomeo; ni aberiguarme los nombres como al rey don Alonso; ni ponerme las nabegaciones como al papa Eneas Silbio; ni la pureça de las heridas y golpes como al César en sus comentarios; ni el número de los muertos como al arzobispo don Rodrigo; ni la echura puntual de las armas como a [B]erisario<sup>ccclxxxiv</sup>; ni miréis si digo verdad puntual como Suetonio Tranquilo (aunque en lo de la gallina y laurel algo le imito); ni estoy obligado a ir cosido con el testo como Claudiano; ni a torcer propiedades de cosas como Plinio; ni a decir que lo vi como Paulo Orosio; ni que lo dicen graves autores como Aulo Gelio, Macrobio y Herodoto. Que vien sé que esto començó en tiempo de Domiciano, hermano de Tito Junior, que reinó 15 años y 5 meses; este fue casado con Augusta y es el que a cierta ora del día no entendía sino en matar moxcas con un punçón. Fue el año del mundo de 1280 y del Señor de 81, en la Olimpiada 216 <sup>[f. 134r]</sup>, habiendo sucedido a san Pedro Lino y Clemente.

Este fue el tiempo en que començaron los godos a alborotar el mundo, y duraron el tiempo de Domiciano, el de Nerba y el de Traxano, que fue el que les hizo estar quietos por casi 80 años, siendo papas Evaristo y Alexandro, Sisto y Teleforo y Eginio y Aniceto, etc. Fueron emperadores después de Traxano Adriano, Antonio Pío, Aurelio y Lucio, Mar[co] Antonio, Cómodo, Elio Pertinax, Severo, Antonio, Caracalla, Macrino, Marco Aurelio y los demás, asta el año del mundo de 5120<sup>ccclxxxv</sup> y de Cristo de 388<sup>ccclxxxvi</sup>, que fue cuando el buen Teodosio fue electo por emperador, siendo español de nación. Y este fue el que venció a los godos, aunque después Alarico godo destruyó toda Italia, començando desde allí a disminuirse el imperio romano y constantinopolitano, habiendo sido perseguido por godos y hunos y al cabo por el maldito Aomat.

Mas quien a los godos acabó de echar de Italia de suerte que jamás an buelto a ella fue Narsés, un capitán de Justiniano excelente soldado y diestrísimo capitán, y aun balerosísimo príncipe y de notable cristiandá y virtud. Y lo que más espanta d'este excelente capitán es que era pequeño de cuerpo y delicadísimo de miembros y de

poquísimas fuerças corporales, aunque de estremado esfuerço y balor y notable agudeça de ingenio. Y era capado, mas, con esto, muy bien acondicionado y noble, y hombre que como se dice tenía sangre en los ojos, como lo experimentaron los que quisieron estimarle en poco.

É querido decir esto –dice Nictemeno– para que no me andéis averiguando en qué tiempo fue, quién era rey de España... porque muerto Teodosio, emperador español, sucedieron Arcadio y Onorio, año de 398, y después Onorio y Teodosio, año de 411<sup>ccclxxxvii</sup>, y en tiempo d'estos entró Alarico godo en Roma, que fue el 2 año de su imperio. Antes d'este Alarico habían sido reyes godos Alanarico, Fridigerno, Radagaiso, y tras Alarico fue rey Ataolfo. Y en el tiempo d'este, en el año 7 de Onorio y Teodosio 2, y en el de 417 de Cristo Nuestro Redentor, entraron los godos reinando en España<sup>806</sup>, sucediendo a Ataolfo Sigerico, y Valia, y Teodoredos, y Eurico o Enrique, Alarico, Gensalarico, Teodorico (este fue el que reinó por su nieto, siendo astrogoto, en Italia, y fue el que mató al Papa Juan y a Boecio). Luego fue Amalarico, Teudio, Teudiseo, Agila, Atanagildo, Luiba, Leonigildo (este fue el que martirizó a su hijo Hermenigildo y destruyó los arrianos), Recaredo, Luiba 2, Huitерico, Gondemaro, Sisebuto (en tiempo d'este fue arzobispo de Sevilla sant Isidro y vino Maoma en España), Recaredo, Suintila y Riquimiro, Sisenando, Cíntila, Tulga, Cindasundo, Recisundo, Bamba, Ervigio, Égica<sup>ccclxxxviii</sup>, Vitissa, Acosta, Rodrigo; fueron los años que reinaron 297, que sobre los 417 en que començaron llegan a hacer 714.

Aora, é dicho esto –dice Nictemeno– para que sea rey de España quien vos quisiéredes y emperador quien a mí se me antoxare; el año que vos mandáredes y la era que yo pusiere; la Olimpiada que más gusto os diere y el año que aquí fuere escrito. Vencerá el que conviniere, será bencido el que nos pareciere; irá la istoria a mi gusto y si no fuere al buestro, perdonadme, que mi deseo es bueno (puniendo como al bueno todo le sucede vien y que no ay obra buena sin premio y al malo todo le sucede al rebés; porque cierto es así, que no ay culpa sin pena) –estas palabras son de Nictemeno–.

---

<sup>806</sup> **Ap. marg.:** «Omnibus istori[...] concordi: vide Illescas, f[ray Juan] de Pineda, *Cr[onicon]*» *mundi, Cami[...] et reliqui*. Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica* (1565); Juan Pérez de Pineda, *Monarquía eclesiástica o Historia universal del mundo* (1576).

**Capítulo 10. En que se dice lo que en la <sup>[f. 134v]</sup> Isla de la Enamorada Corneria en este tiempo sucedió y de lo que don Mexiano de la Esperança en ella hiço.**

En la Isla de la Enamorada Corneria dexamos a Feridano y Ardoniso en compañía de las hermosas pastoras Belisandra y Taurisa, estando ellos en la casa de campo y ellas en el hermoso palacio de Galianisandro, tratándose entre ellos un amoroso trato. Aunque con esto pasando muy buenos ratos de combersación y entretenimiento, haciéndoseles el tiempo vrebbe y cortas las oras cuando en combersación estaban, tiniendo muchos y muy buenos entretenimientos: unas beces índose a caça; otras, goçando de las frescas flores y sabrosas frutas, se andaban por los güertos recreando; otras, en las abundantes fuentes de aguas cristalinas tiempo pasaban hablando en varias cosas; otras beces tenían un rato de música y entretenimiento con las compañeras. Cuándo se exercitaban en letras; cuándo en armas; cuándo en otros onestos exercicios.

Al fin, d'esta manera pasaban la vida, entendiendo Fraseldo el marinero, ayudado de todos aquellos señores, así a ratos, en la forma y forxa de su nao; la cual, aunque no la hiço muy grande (porque no sería más que de seiscientas toneladas o pipas, poco más a menos), híçola hermosísima y fuerte, que podían con ella dar una buelta al mundo. Siendo la madera estremada toda, escogida entre grande muchedunvre que en la sala baxa havía, puniéndole los mástiles y antenas de ébanos y linaloes y otros muy estremados y odiríferas maderas. Las belas hicieron aquellas princesas de barias sedas, tan adornadas de barias labores y hermosos matices que era cosa admirable ber su riqueza y hermosura.

Estaba toda por la parte de dentro pintada hermosísimame[n]te de mano del marinero, que único era en aquel oficio; mas algunas cosas iban de mano de aquellos príncipes y princesas, que vien tenían que ber y aprender Apeles y Timantes. Especialmente debaxo de cubierta, que un hermoso aposento se hacía en las paredes y bóveda, pintaron aquellos príncipes su istoria tan estremadamente qu'el mar parecía bramar, nadar los pescados, discurrir con furiosos torbellinos los vientos, gruxir y rechinar las antenas, turbarse los marineros. Mas lo que más al natural pintaron retrátandose el uno al otro [e]ra lo que en la isla de las abes padecieron, que cierto era

cosa maravillosa ver aún hirviendo la roxa sangre que de la degollada abe havían sacado, verle moxar en ella el sediento labio con tanta agonía y sed que la misma pintura mostraba estárseles abrasando las entrañas.

Estaba descripta aquella Isla de la Enamorada Corneria con todas sus praderías y riberas estremadamente de bien estaba, especialmente cuando el mar los echó en la ribera, aquella desnudez y miseria con que llegaron. Estaba retra[ta]do el niño Mexiano cuando andaba jugando con el pajarillo, estremadamente retratado y con tanta perfección que no queráis más sino que le parecía (que no fue poco que a tanta alteça pudiesse llegar el pincel que retratase un tan dibino rostro y soberana hermosura). Estaba después pintado el cómo el niño se criaba en su primera edad con tanto regalo de aquellas princesas, industriándole en todo lo que era saber, así letras como criança y cortesanía; después ya que era mayorcito cómo le tomaron en <sup>ccclxxxix</sup> su cargo aquellos príncipes <sup>[f. 135r]</sup>, exercitándole en los duros ejercicios de Marte y de Belona, los cuales al niño se le daban estremadamente. Onze tablas havia de particulares sucesos qu'en su puericia habían acaecido, que por prolixidad los dexa de contar Nictemeno.

En la cámara de popa, que era estremada de buena, estaban los particulares amores qu'en aquellos seis años, con tanta onestidad y extraordinario término, havían tenido Feridano y Ardoniso con Taurisa y Belisandra. Allí echó el resto el pincel, porque asta los afectos del alma parecían que estaban descubiertos, estando tan vien retratadas aquellas princesas que no les parecía faltar sino solo el mobimiento. Ellas eran catorce tablas, que quizá os diremos algún día lo que en ellas estaba pintado; que porque aora estoy deprisa y esta nao á de ser una de las más vistas y notadas del mundo, passo agora con tanta presteça.

Por su hechura llebaba tres gabias estremadamente vien echas, y para las dos de ellas que eran la de proa y popa estaban echas dos vanderas con las insignias de Ardoniso y Feridano, y por riberas en un campo azul unas hermosas letras de oro; que decían las de Ardonisso:

Es Belisandra la Bella,

a quien amo de tal suerte

que antes me bendrá la muerte

que yo dexe de querella.

La de Feridano decía:

En ti Taurisa la esperança

tengo puesta de tal arte

que ni el sanguinoso Marte

en mi pecho ará mudança

para que deje de amarte<sup>cccxc</sup>.

En la gabia de en medio iba una bandera de brocado encarnado, en medio de ella puesta una efigie de la Esperança admirablemente bordada. Y en la ribersa, que eran unas ondas de mar tendidas o sembradas por ellas algunas áncoras, estaban unas letras de oro y perlas admirablemente vordadas que decían:

Espera doncel, espera,

que pues mi nombre as tomado

tú serás mi regalado.

En dos hermosos gallardetes bordados divinamente por las manos de aquellas señoras, iba en el uno pintada la Isla de Corneria por la parte del oriente y en el otro la otra mitad por la parte del occidente. Y la letra decía:

Belisandra de Ardoniso,

de Feridano, Taurisa,

pues Amor así lo quiso.

A los mortales abissa

uigan de su paraísso,

qu'en ellas no habrá mudança  
como la ubo en Corneria,  
que su bienabenturança  
es muy de otra materia  
que la qu'este mundo alcança.

Encima d'estos gallardetes iban dos hermosas cruces de oro y perlas de grandeça combenible, mas en el mástil de medio iban echos dos encaxes a modo de capillitas en que iban encaxadas dos tablas. Algunos decían que las havía echo Libertina<sup>ccccxi</sup>, que era estremada en el arte, otros decían que eran de mano de Belisandra; sean de quien fueren, que también se dixo que las havía echo Ardoniso. Al fin, ellas eran dos tablas no muy grandes en que estaban, en cada una de ellas, en la una retratados Feridano y Taurisa y en la otra Ardoniso y Belisandra, dibinamente; que allí podía callar el pincel de Arístides; la mano de Ceuxis; la delicadeça de Parrasio; la bibeça de Protógenes; el cuidado de Arístides; la imitación natural de Asclepiodoro; los lexos de Nicómaco, Paneo; el desnudo de aquella excelente pintora Tamarete, hija de Nicón; la bibeça de Irene; el descuido de Calipso; el ropaxe de Cala Cicena; la paciencia de Olimpias y, al fin, la perfección en todo de Apeles<sup>807</sup>. Todos estos y más parecía que havían andado perficionando las tablas según estaban estremadas y perfectísimas en tanto grado que, como después beremos, vinieron a ser estimadas en un <sup>[f. 135v]</sup> excesibo precio.

Estas iban, como digo, engastadas en el mástil de en medio, llebando por cuvierta unas hermosísimas piedras indias más claras qu'el resplandeciente cristal del setentrión y fin de Gelandia; todo él iba tan vien obrado que era cosa maravillosa. La çomba raspante de la quila iba toda chapada de fino oro de Arabia estremado y todas las cantoneras y la más de la clabaçón era de lo mismo. Llebaba todas las obrasmuertas asta el borde fortificadas de la misma chapería y herramienta; llebando en la nariz hermosísimas puntas de diamantes que, aunque no eran estremadamente finos, eran de

---

<sup>807</sup> **Ap. marg.:** «**Rauisio, in Officina pictorbus**». Juan Ravisio Téxtor, *Officina partim historicis partim poeticis refertis disciplina* (1520). La presente enumeración de pintores está basada en realidad en un fragmento del capítulo XVIII de la segunda parte de la *Silva* de Pedro Mexía («Cómo el más excelente de los pintores fue Apeles...»), ob.cit, págs. 381-386), lo que demuestra que esta apostilla debe ser atribuida al copista, quien proporciona a tientas una posible fuente para este pasaje.

muy gran grandeça y parecían allí admirablemente, porque de ellos iban compuestos unos hermosos laços y labores entretigiéndose otras piedras de colores barios.

Al fin, la nao, ya puesta en perfección con unos estremados ingenios, se echó al agua en las aguas vibas de la luna de março, día puntualmente de san Josef, serían como a las nueve de la mañá (que era pleamar o aguas llenas); soplando aquel día un fresco y blando ventueçuelo de tierra nada enfadoso, antes adivinador de calma como realmente sucedió. Pues, como la nao se arrojó al agua y estribó ya donde no tocaba al suelo ni con dos estados o más, en el esquife que para ello se havía echo (el cual havía ya casi un año que se havía acabado) entraron aquellos príncipes y princesas, teniendo echadas las áncoras con hermosas y fuertes amarras.

Y mucho fue el contento que todos aquellos señores de la isla recibieron en ver su obra acabada; no tanto las princesas por sí (que ellas no tenían intención de salir de la isla jamás), sino por aquellos príncipes y por don Mexiano de la Esperança, que se hacía ya hombrecito y le deseaban ver un gran príncipe, que muestras daba él vien evidentes de que a lo menos lo había de merecer ser si el áspera y mudable Fortuna no le fuesse contraria.

Mas, puestos todos en la nao, el diestro marinero Fraseldo, viendo tanta seguridad y vonança, dixo:

–¿Quieren vuestras grandeças que bamos un poco así a media bela por el mar?

–No querría –dixo Belisandra– que nos sucediesse algún viento contrario.

–No tengan vuestras grandeças temor, mediante Nuestro Señor, que segurísimo y asentado está el tiempo, que por ninguna parte ay muestra de viento contrario.

–Son tantos los bientos –dixo Belisandra– y tan muertas su mudanças que no ay que fiar.

–Con todo esso, mi señora –dixo el marinero–, aora cierto podemos ir segurísimos.

–Aora, bamos en buena ora –dixo Velisandra.

Con esto, lebantando áncoras y labantando una sola bela del trinquete, començaron a andar y muy poco:

–¿Qué biento es este, Fraseldo? –dixo Belisandra.

–Es, mi señora, nordeste, a quien en Italia le llaman *greco*, algunos latinos le llaman *aquilo*, aunque este nombre atribuyen a otro viento; a este nordeste también llamaron algunos *helesponto*<sup>808</sup>.

–Aora, por vida tuya, Fraseldo, que nos digas esto de los vientos entre tanto que nos imos por aquí por el mar un rato.

–Que me place, mi señora. Y si fuere prolixo, vuestra grandeça me mandará callar cuando fuere servida. Para dar a vuestras grandeças noticia de los bientos que los marineros comúnmente usamos, ase primero de saber que viento no es otra cosa sino un humo o exalación de la tierra, el cual es seco y caliente, que con la fuerça y virtud del sol y de las otras estrellas se lebanta de la tierra. El cual, quiriendo subir para arriba con su calor y libianeça, llegando a la media región del aire, que s[i]empre está fría, es de la contraria calidad estorbada y repelida. Y como a ella, según su naturaleza, le repugna el bolber haci'abaxo y no puede para arriba, camina para donde puede en redondo y a los lados y con su ímpetu y fuerça muebe y altera el aire; de manera que aquella exalación y el aire así mobido es el que llamamos biento, corriendo a diversas partes como bemos. Y esto es más o menos conforme a la materia que se ofrece.

–Eso –dixo Belisandra– verdad es <sup>[f. 136r]</sup> en la vía de Aristóteles<sup>809</sup>. Mas ¿qué responderás a Séneca, que dice que viento es aire mobido sin mezcla de otra materia alguna?

–Digo, mi señora –dixo el marinero–, que se engañó Séneca, porque verdad es qu'el biento es aire mobido, pero esto es con la exalación y humo dicho, de tal manera

---

<sup>808</sup> La siguiente disertación sobre los nombres de los vientos y su origen constituye una fiel paráfrasis del capítulo XXII de la cuarta parte de la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, titulado: «De la historia de los vientos: en que se tracta qué cosa son y cómo se causan; y cuántos son, y los nombres dellos, antiguos y modernos, y sus cualidades» (ob. cit., págs. 917-928).

<sup>809</sup> **Ap. marg.:** «Arist. in *Methéo.*».



que la exalación siempre va junta con él asta que se gasta y recibe, y así cesa después el viento.

–Otra repliquilla tenía yo –dijo Taurisa– que leí en el Comentador sobre los meteoros... Mas di adelante Fraseldo.

–Pues estos vientos, mis señores, así los antiguos como nosotros les damos el nombre según la parte del mundo donde corren.

–No sé –dijo Taurisa–, que los antiguos solo pusieron cuatro vientos.

–Así es verdad, mi señora, –dijo el piloto–, que Homero y Píndaro y los otros antiguos solo pusieron cuatro vientos, según dicen Plinio, Aulo Gelio y Vegencio<sup>810</sup>. Y estos según que ventaban de una de las cuatro partes del mundo, que son: oriente y poniente, setentrión o aquilón y mediodía.

–Así es –dijo Belisandra–, que d’essas cuatro partes hace memoria David cuando dice que se congregarán las gentes de donde el sol sale, del poniente y del aquilón y del mediodía<sup>811</sup>.

–Sí –dijo Feridano–, que así dixo Lucano, y vien: «Donde viene Titán y de donde la noche esconde las estrellas...»<sup>812</sup>.

–Pues, señor, de essas cuatro partes del mundo es donde digo que vienen los vientos –dijo Fraseldo–. Y a estos les pusieron estos nombres: al que viente de donde sale el sol le llamaron los latinos *subsolano*, y pusieronle donde nace el sol, en el equinocio. Y a este llamaron los griegos *apeliotes* por la misma razón.

–¿Este no es –dijo Ardoniso– al que llaman *euro*?

–Sí, mi señor, así también le llaman<sup>cccxcii</sup> otros. Este es el que en España llamamos bulgarmente *lebante*, y nosotros los mareantes le llamamos *leste*. Y al viento derechamente contrario d’este que nace del poniente le llamaron los griegos *zéfiro*.

---

<sup>810</sup> **Aps. margs.:** «Omero», «Píndaro», «Plinio», «Vegencio», «Aulo Gelio».

<sup>811</sup> **Ap. marg.:** «Psl. 106, A3».

<sup>812</sup> Lucano, *Farsalia*, I, v. 15.

–Sí llaman –dixo Ardoniso–, y los latinos le llaman *fabonio*, casi aludiendo a la misma sinificación por que los griegos le llaman *zéfiro*, qu'es lo mismo que «dador de vida». Y *fabonio* o *fobendo*, ¿en bulgar castellano como le llaman?

–Llámanle, señor –dixo el marinero–, *puniente*, y los mareantes le llamamos *veste*. Y al que nace del setentrión o norte...

–A esse llamáronle –dixo Belisandra– *septentrión*, por causa de las siete estrellas de la imagen llamada Essa<sup>813</sup> qu'está junto al norte. Y por venir de aquella Essa le llamaron los griegos *aparcias*, aunque algunos lo llamaron *bóreas* (aunqu'este nombre creo qu'es de otro biento).

–Sí es, mi señora –dixo el piloto–, a este llaman los italianos *tramontana* y los mareantes españoles le llamamos *norte* y *brissa*. El otro contrario d'este, que sopla de mediodía, al cual los latinos llamaron *austro*...

–Es verdad –dixo Feridano–, que le dieron el nombre de *aurio*, que quiere decir «sacar agua», porque con este viento casi siempre lluebe.

–Así es, señor, y por essa razón le llamaron<sup>cccciii</sup> los griegos *notus* y los castellanos le llaman *ávrego*, y los mareantes le llamamos *sur* y *vendabal*. Estos son, mi señora, los cuatro vientos.

–Mira qué duda –dixo Taurisa–, esso así lo dice Obidio<sup>814</sup> en el primero de los *Metamorphoseos* y en lo de *Tristibus*.

–Y aun de solos estos cuatro –dixo Belisandra– fue servido de hacer mención Nuestro Redentor Jesucristo hablando del día del juicio, como cuentan san Marcos y san

---

<sup>813</sup> La lectura correcta sería *Ursa* u *Osa*. Nótese como se reproduce una mala lectura originada en un error tipográfico que observamos en algunas de las ediciones impresas de la obra de Pedro Mexía (véase, entre otras, la edición de Amberes, viuda de Martín Nuncio, 1564, pág. 364). No obstante, como en otras ocasiones, nos decidimos por respetar la forma del manuscrito, que en este caso demuestra la alta dependencia de nuestro texto con las fuentes manejadas.

<sup>814</sup> **Ap. marg.:** «Ouidio».

Mateo, diciendo que enviará Dios sus ángeles con trompeta y grande boz y ayuntarán los escogidos de los cuatro vientos<sup>815</sup>.

–Eso es así, mi señora –dijo el piloto–. Mas después fueron añadiendo vientos según dicen Plinio y Vegencio, diciendo que añadieron otros cuatro haciendo de todos ellos ocho, y situáronlos d’esta manera: entre la región y parte del oriente y la del mediodía, por el lugar donde el sol nace y sube por el oriçonte en el invierno por diciembre, señalaron un viento...

–¿Es acaso –dixo Feridano– al que llaman los latinos *vulturno*?

–Sí, señor, a esse llaman los griegos *curo* (como dixe que llaman algunos al lebante) y llamánle en Italia *siroco* <sup>[f. 136v]</sup>, y casi casi es el que nosotros los marineros llamamos *sueste*. Por la parte qu’el sol sale por junio en el berano ponen otro biento, y llamáronle los griegos *cecias*.

–¿Es el que los latinos llaman *elespontio*? –dixo Ardoniso.

–Sí es, señor.

–¿Pues cómo dices esso? –dijo Belisandra–. ¿A *cecias* no dice Séneca que los latinos no le tienen nombre?

–Verdad es, señora; mas algunos le llaman como dixo el señor Ardoniso. Los italianos le llaman *greco* y los marineros españoles le llamamos *nordeste*. Aulo Gelio y Virtubio lo llaman *aquilo* (aunque<sup>cccxciv</sup> a otro viento se le atribuye este nombre)<sup>816</sup>. Por las partes contrarias a estas dos, por el puniente, pusieron otros dos vientos: el uno, en el lugar qu’el sol se pone en el invierno (el cual es contrario por diámetro al que acabamos de decir agora), los latinos lo llamaron *áfrico* y los griegos le llamaron *libo*, y los italianos le llaman *libechio* y nosotros *sudueste*; y por donde el sol se pone en verano por junio, entre el puniente y el norte, ponen otro viento, al cual los latinos llaman *corus* o *caurus* y los griegos *argestes*.

---

<sup>815</sup> Ap. marg.: «S. Marco 13, c.[...]; S. Math. 24, [...].»

<sup>816</sup> Ap. marg.: «Aulus Gelius; Virtubius».

–Eso es –dijo Belisandra– por su presteça, que *argestes* quiere decir «rayo».

–Es verdad—dijo el piloto—, y algunos también lo llamaron *apix* y otros *olimpias*, en Italia le llaman *maestro* y nosotros *norueste*. Con solos estos ocho vientos se contentaron algunos.

–Yo apostaré –dijo Belisandra– que aquella torre de mármor que en Atenas ochabada edificó Andrónico, puniendo en cada ángulo una figura de uno de esos vientos que mirase a la parte qu’él bentaba, puesta encima de la torre la estatua de Tritón de oro, puesto así en fiel (que como agora lo hacen las beletas o gallos de los campanarios, él con una bara que en la mano tenía señalaba el biento que corría...).

–Así es verdad –dixo el piloto—. Y esso vuestra grandeça lo devió de leer en Vitruvio<sup>817</sup>.

–Es verdad qu’él lo dice –dixo Belisandra.

–Pues luego se añadieron otros cuatro vientos, con lo cual llegó el número a doce, a los cuales pusieron d’esta manera: los dos de ellos, a los lados del viento tramontana o setentrión que dixe salir del polo o norte ártico (qu’es el que bemos); y los otros dos, a los otros dos lados del otro polo y del biento austro o noto. De suerte qu’el uno pusieron a lado oriental de nuestro polo (entre el dicho viento norte o tramontana y el que dixo mi señora Taurisa llamarse *cecias*), y llámanle los latinos *áquilo* y los griegos *bóreas*, por el gran ruido y presteça con que discurre; alguno le llamaron *messe*. El otro viento está al otro lado del dicho viento norte hacia puniente, entre él y el que dixe llamarse *coro* o *caurus*, y los griegos llamáronle *traceas* y los latinos no le tienen nombre; algunos le llamaron *circio* o *cierço*<sup>818</sup>, en bulgar castellano se llama *gallego*.

---

<sup>817</sup> **Ap. marg.:** «[Vi]turbio».

<sup>818</sup> En la obra de Mexía se lee «*cicio* o *cierço*» (ob. cit., pág. 923), por lo que resulta razonable pensar que la lectura del manuscrito se deba a un error transpositivo causado por asimilación a la forma *cierço* con vibrante simple. Sin embargo, ante la imposibilidad de descartar que se trate de una variante autorial, similar a las de *lessueste* o *sussueste* que encontramos más abajo (en lugar de las presentes en la fuente: *lestesueste* o *sursueste*; vid. *infra*), nos decidimos por el mantenimiento de la forma presente en el manuscrito.

Los otros dos pusieron en contrario d'estos: el uno entre el biento del mediodía, noto o austro, y el que dixe libo o áfrico (que nace donde se pone el sol en el invierno)<sup>819</sup>, y por estar en medio d'estos le llamaron *euronoto* o *euro* o *austro*.

–¿Es esse –dixo Belisandra– al que dice Aristóteles<sup>820</sup> que en su tiempo le llamaban los naturales de África *fenicias*?

–Sí, señora –dixo el piloto–. El otro señalaron al otro lado, entre el mismo noto o austro y el que diximos libo o áfrico (que nacía donde se pone el sol en el invierno), y a este por estar en medio d'estos dos le dieron por nombre *libonoto* o *liboaustro*. Y así se cumple el número de los doce vientos.

–De esos doce vientos –dixo Ardonisso– memoria hace Aristóteles en el libro *De mundo* y en el segundo de sus *Meteoros*, aunque allí no pone nombre ni se determina en todos doce. Mas sé que aprueba este número Plinio, Séneca y Vegencio, y aun después los astrólogos y cosmógrafos lo an tratado de la misma manera; como son Oroncio y Apiano, y Gemma Frisio, y Enrico Glareano, y Estoflerino, y Juan Bernero, y Juan Fernelio, y Roberto Balturio y otros muchos. Aunque Vitrubio, en el primero, después de haber puesto los doce añade otros doce<sup>821</sup>, que son 24, y les pone a todos los nombres<sup>822</sup>.

–Así es verdad –dixo el piloto–, mas estos son los que principalmente tratan los autores. Y si quieren vuestras grandezas, diré las propiedades de todos ellos, las cuales reciben conforme a la tierra que pasan.

---

<sup>819</sup> Se trata de un error, puesto que como se observa este viento tiene la misma ubicación que el siguiente ofrecido por el piloto. Así, de acuerdo con Pero Mexía el *euronoto* se ubicaría en realidad entre el austro y aquel «donde el sol nace en invierno» (ob. cit., pág. 924). En este caso, nuevamente, nos decidimos por mantener la lectura del manuscrito, entendiendo que se trata de un error autorial en el manejo de las fuentes y no de una falta en la labor transpositiva.

<sup>820</sup> **Ap. marg.:** «Aristo.».

<sup>821</sup> Observamos una pequeña variación respecto a la redacción del texto de Pedro Mexía, evidente en la confrontación con la siguiente oración: «Después de haber puesto a los ocho pone a cada uno dellos otros dos de un lado y otro, de manera que señala veinte y cuatro vientos» (ob. cit., pág. 925).

<sup>822</sup> **Aps. margs.:** «Aristo.»; «Plinio»; «Séneca»; «Vegencio»; «Oroncio»; «Apiano»; «Gema Frisio»; «Enrico Glareano»; «Estoflerino»; «Juan Bernero»; «Juan Fernelio»; «Roberto Balturio, etc.». Todos estos autores aparecen en el capítulo de la *Silva* de Pedro Mexía utilizado como fuente.

–¡No, angelico, por su bida! No nos mate con vientos que <sup>[f. 137r]</sup> ya estamos mom[i]as de escucharle.

–¡A, maestro! –dixo Mexiano, que así llamaba él al piloto–, dime a los menos a mí los nombres usados entre los mareantes d’España de todos los vientos.

–Que me place, mi rey –dixo el piloto–. El número es d’esta manera: qu’ellos tienen a los cuatro maestros, que son los cuatro principales que vienen de oriente y puniente, setentrión y mediodía. Al oriental llaman *este*; a su contrario el puniente, *veste*; al setentrión, *norte*; a su contrario, *sur*, qu’es al mediodía. Tiniendo a estos por padres, en medio de ellos, en igual proporción, ponen otros cuatro y danles los nombres compuestos d’estos dichos. D’esta manera entre el leste y el norte ponen uno y llámanlo *nordeste*, deribándole de ambos; y entre el norte y el beste ponen otro y llámanlo *norbeste*, haciendo la misma derbiación. Entre el veste, qu’es puniente, y el sur, ponen otro y llámanlo *sudueste*; y entre el sur y el leste, que fue el primero, componen otro, *sueste*. Y así son ocho vientos enteros.

Y después señalaron otros ocho entre ellos así mismo, en igual distancia y proporción, a los cuales llaman medios vientos, a quien tanvién dan nombre de sus becinos y colaterales; llamando al que cae entre el norte y el nordeste *normordeste*, y al qu’está entre el leste y el mismo nordeste *lesnordeste*. Y al siguiente entre el leste y el sueste llámanle *lessueste*<sup>823</sup>, y al otro d’entre el sur y el sueste nombra[n] *sussueste*<sup>824</sup>. Y al otro cabo entre el sur y el sudueste ponen *sursudueste*, y en medio del sudueste y el veste ponen al *vessudueste*. Y al del otro lado en medio del veste y nurueste llaman *vesnorueste*, y entre el norte y el mismo norueste colocan otro llamado *normorueste*. Y, después, entre estos dieziséis, en igual distancia se ponen otros dieciséis y llámanlas *cuartas*, de manera que son por todos treinta y dos; danles nombres del becinio viento principal.

–Mucho placer me as dado, piloto, en decirme todos los vientos. Mas otro día hablaremos tú y yo de las calidades particulares de los vientos, y aun de la repartición

---

<sup>823</sup> En Pedro Mexía *lestesueste* (vid. n. 299).

<sup>824</sup> En Pedro Mexía *sursueste* (vid. n. 299).

de los viaxes qu'en el Ozéano y Mediterráneo y en el mar índico, sino pérsico y mar Vermexo se hacen con esos vientos.

–De todo esso de muy buena gana daré yo cuenta a vuestra grandeça, mi señor, cuando fuere servido.

–Aora, bolbámonos –dijo Belisandra–, qu'es ya tarde, que arto emos andado por el agua y parece que se [le] buelbe el estómago a Esmerilda.

–¿A mí, señora? –dijo Esmerilda–. ¡Pluviesse a Dios, que arto probecho me haría! Aora vien, con todo esso, tornémonos.

–Tornemos, en buena ora –dijo Feridano–. ¡Ca, Fraseldo, cambia essa bela!

–Ayúdenme vuestras grandeças.

–¡Aguarda! –dixo don Mexiano.

Y, con no tener sino ocho años y medio, coge la maroma de la antena y con tanta facilidad le dio la buelta que todos aquellos caballeros quedaron espantados (aunque mucha esperiencia tenían ya de su estremada fuerça). Con esto, un tantico a la bolena lebandando el papargo<sup>cccxcv</sup> del mástil de la proa, volbieron con mucha presteça hacia la isla. Y el niño Mexiano dixo a Belisandra, qu'él llamaba madre:

–¡A, mi señora madre! Hágame vuestra grandeça merced de decirme el arte militar dónde tubo su origen, porque mi señor Feridano y mi padre –que así llamaba él a Ardoniso– me dixerón que las batallas eran tan antiguas que apenas ha habido tiempo ni edad en la cual no uviessse guerra. Y ayer, en la lición que yo di de la *Ilíada* de Omero<sup>825</sup>: «¡Alibio –decían cuatro bersos– aquellos tiempos de oro, en los cuales aún el furioso Marte no había sacudido el escudo, ni era Belona conocida en las tierras...», donde parece haber querido decir Omero que ubo tiempo en el cual no ubo guerras entre los honvres.

–La causa de las guerras, hijo –dijo Belisandra–, como de todos los otros males, sin duda fue el pecado, y la primer guerra que ubo en el mundo, la espiritual <sup>[f. 137v]</sup> fue,

---

<sup>825</sup> Ap. marg.: «Homero».

la que nuestros primeros padres padecieron entre la razón y la sensualidad. Y á sido discordia tan trabada y negocio tan reñido que aún en los interiores campos del alma jamás á cesado esta discordia. Mas la primer[a] guerra y discordia corporal que ubo en el suelo fue la de los dos hijo del primer hombre, Caín y Abel<sup>826</sup>, en la cual fue el inocente muerto siendo vencedor el injusto; donde se entiende que, por secretos juicios de Dios, muchas veces los enemigos de Dios lleban las temporales victorias contras sus fieles. Y esto por lo que esse mismo Dios se sabe y, las más beces, o por vien de los suyos o por castigarlos de sus pecados y delictos que contra Su Dibina Magestad an cometido.

Mas después, en toda aquella primera edad, que según los evreos duró 1656 años y según Eusebio y Gerónimo<sup>cccxcvi</sup> y los demás duró 2242 (aunque la cuenta de los evreos es la que siguen todos los modernos), en fin, que en estos 1656 no ubo guerra ninguna que sepamos, ni de ella ay noticia ni ay istoriador en el mundo (si no fue el dibino Moisés o algún evreo<sup>cccxcvii</sup>) que de aquella edad haga mención después de la unibersal inundación del mundo; y de aquel general dilubio asta Belo sucesor de Nombrot, ninguno hace memoria. Y d'este Belo, a quien los bárbaros gentiles llamaron dios Saturno, aunque reinó 61 años también ay muy poca memoria d'él; porque todos comiençan desde Nino, marido de Semíramis, reyes de Babilonia. El cual reinó 51 años, y este fue el primero que peleó contra otro con intención de le quitar el reino y señorío.

Así que, hijo, el primer imbentor de las guerras fue el pecado; el primero que executó las armas con ira, invidia y vengança fue Caín. Los que sabemos que primero aplaçaron campo y fueron fuertes barones, según Josefo, fue Tubalcaín (el cual dice que exercitó las armas), y este fue en la primera edad; después, en la segunda, campo aplaçado persona por persona tubieron Vexores, rey de Egipto, y Tanais, rey de Susia. Y el que conquistó reinos fue Nino. El arte puesta en <e>sciencia y arte militar dicen que la puso Marte y que por esso es llamado «dios de las batallas»; el situar campos, Palas, llamada por esso «Belona», aunque después la an ido excelentes capitanes de acutísimos ingenios perficionándola y puniéndola en su punto como agora beis.

---

<sup>826</sup> Ap. marg.: «Genes. 4, b14».



–Por cierto, señora –dixo Mexiano–, que de sola la lición de ayer tube veinte<sup>cccxcviii</sup> y seis maneras de formar un campo, así para llano como para cuestras o montes: unos para acometer y otros para defenderse; unos para marchar por camino seguro y llano y otro para donde se tornen celadas o azechanças; unos para defender y infantería, otros para resistir a los de a caballo; unos para romper una cerca, otros para saltar fosados, cabas o trincheras. Unos cerrados, otros aviertos; unos en punta, como pirámides indo creciendo las ileras, otros iguales; unos en triángulo, otros de forma de media luna; unos puestas las vanderas por su orden en una ilera (la cual esté en el medio), otros apiñados y todas las vanderas en medio, estando los alféreces y ellas como centro de un círculo que formamos. Uno oficio tiene el capitán, otro el alférez, otro el sargento, otro el caporal, uno el cabo de escuadro, otro el maestro de campo, y esto solo en formar un campo, que los oficios que allí ban es un nunca acabar. Que, en mi berdad –dixo Mexiano–, señora, que en solo saber los oficios me leyó siete liciones el señor Feridano y mi padre Ardoniso otras dos o tres, y aun nunca acabó de estar vien en ello.

Mas la lición del jueves, que me leyó el señor Feridano, de las cabas y trincheas, vestiones, fosados, cercas, caballeros, fuertes, cubos, terriplenos, defensas, agu<a>duchos, asterones<sup>827</sup>, minas, contraminas, taribaldos<sup>828</sup>, pantanos, echiços y otras cien cosas que no me acuerdo, cierto fue una lición de mucho ingenio; pues las armas ofensibas y defensibas es un proceso para nunca acabar. Las reglas de a caballo es cierto, mi señora, que, con que casi todo el año pasado no me leyeron otra cosa y con ponerlo luego (como vuestra grandeça vio) por obra, que parece que aún no sé, de las seis partes la una, ver la distinción y raças que ay de caballos<sup>829</sup>: unos blandos de boca [f. 138r], otros recios; unos buenos para una cosa y otros para otra; en qué se conoce el manso, en qué el qu'es hijo de yegua viexa; en qué el sano y la seña del que tiene grande el baço y anchos los pulmones; cuál parece mejor a la brida<sup>cccxcix</sup> y cuál a la gineta; cuál tiene necesidá de fuerte vraço y cuál de la mano suabe; cuál á menester un bocado fortísimo y cuál solos dos yerreçuelos que traiga jugando en la boca; cuál es

---

<sup>827</sup> *asterones*: No hemos logrado documentar esta voz.

<sup>828</sup> *taribaldos*: No hemos logrado documentar esta voz.

<sup>829</sup> **Ap. marg.:** «Francisco de la Reina». Francisco de la Reina, *Libro de albeitería* (1552).

traidor y cuál leal; cuál es espantadiço, cuál fuerte, cuál ligero; cuál, al fin, para beras y cuál para burlas. Ay mil reglas galanísimas y muchas de ellas tan vien fundadas en filosofía que cierto es cosa digna de que los caballeros las sepan.

Pues, el cómo se á de poner a caballo: las puntas de los pies, a la estradiota a la copa del freno, a l[a] gineta al uído del caballo; la pierna, de la rodilla abaxo, segura; del muslo, fuerte y cosido con la silla; el cuerpo, derecho; el rostro, seguro; la mano, descuidada casi sobre el arçón delantero, el dedo último o meñique metido entre las riendas, llebando asido el botón; la mano izquierda<sup>cd</sup>, cuando es en paseos puesta con gallardía al lado y al pecho o en el pomo de la espada, si es en veras ocupada con la lança o con otra arma de a caballo. Pues ber las reglas que ay de lança, de espada, de maça, de pico, de gineta, d'escudo, de pabés, de adarga, cierto es cosa gallardísima, porque son muchas y delicadísimas las reglas que ay de todo esto...

–Aora calle, niño, por su vida –dixo Taurisa–, que parece qu'es sábado y que á querido repetir las liciones de la semana. Y baya, mi vien, salte al esquife que queremos baxar.

–Venga vuestra grandeça –dixo el niño–, que yo ayudaré.

Y, con esto, como un abe baxa por la cuerda abajo y, puesto los pies en el tercer borde, dio la mano a Taurisa para que más a su gusto baxasse; mas Feridano, qu'estaba ya en el esquife, la tomó en vraços, haciendo lo mismo a Velisandra Ardonisso. Y con esto saltaron en tierra, índose todos juntos a la cassa de las pastoras, que aquella noche quisieron cenar juntos; lo cual se hiço con mucho contento de todos aquellos señores y con muy buena conversación. Y acabaron de tratar la materia del arte militar estremadamente, porque tomó la mano Ardonisso y zierito dixo muy buenas cosas que por evitar prolixidad las dexa Nictemeno.

–Aora por vida vuestra, Libertina, qu'estamos ya artas de oír cosas de guerra y de seso, que ya estamos enfadadas; llama a Fraseldo y trae los instrumentos, y olguémonos un poquito.

–¿Querrá vuestra grandeça, según Dios lo hiço –dixo Libertina–, que loqueemos un rato?

–Lo mismo, en mi berdad –dijo Taurisa.

–Aora pues, ¡sus! Si emos de dar contento a vuestras grandezas, boy.

–Y tráigame a mí, aya, mi biuela –dixo Mexiano.

–Que me place, ángel.

Con esto, truxo un discante para sí y una guitarrilla bandurria para el marinero y la biuela para Mexiano. Y concertándolas tañeron estremadamente, haciéndolo el rapaz divinamente.

–¡Ca! –dijo Belisandra–, baya una cuplilla, por vida vuestra, Libertina.

–Va, mi señora –dixo Libertina.

Y, con admirable gracia, así picadillo, començó a decir:

–Si con mi baxo estilo  
pudiesse recontar la menor parte,  
feaço crocodilo,  
de aquese tu mal arte,  
de Venus no diría ni de Marte...

–¿El estilo –dixo el piloto– á mudado vuestra merced?

–No, no, no se cure de esso –dixo Libertina–, no entremeta pláticas por pensar lo que á de decir. ¡Diga!

–Va, ba, señora, que me place:

Si en lebantado estilo  
pudiesse yo contar la menor parte,  
abrasaría el Nilo<sup>cdi</sup>  
esse estremado arte

y a Venus vencería y aun a Marte.

¡Adelante!

Dixo Libertina:

–Maldito sea tu gesto,

hombre desollado en viba carne, pues

en ti echó el resto <sup>[f. 138v]</sup>

pintándote Natura tan orrendo

que siempre aunque andas vibo andas muriendo.

–¿Qué<sup>cdii</sup> divino gesto –dixo el mareante–,

estremada hermosura de la carne,

en bos á echado el resto?

Pintós, en fin, Natura tan briosa<sup>cdiii</sup>

que sois más bella que Venus la hermosa.

–¡Bonísimos, a fe de quien soy! –dijo Ardoniso–. ¡Ca, señora Libertina, eche una al compañerito!

–Ya ba. ¡Ca!, mi señor Mexiano, por esso mire que á de responder:

Hermoso serafín del claro cielo,

nuebo Narciso, nuebo Marte airado,

gloria de nuestro suelo,

vien sé seréis invidiado<sup>cdiv</sup>

de todos los qu’el cielo an havitado.

–Va la mía –dixo Mexiano–:

Rubia Venus, aoirosa<sup>830</sup> Iris del cielo,  
nueba gracia y donaire al mundo dado,  
de almas desconsoladas vel consuelo,  
recibid esta alma y pecho que os é dado  
solo por vibir vien empleado<sup>cdv</sup>.

–¡Benga mi alma! –dijo Libertina.

Y dejando el discante abraçó al niño, diciendo:

–En buena fe de no cantar oy más versos ni palabra, pues á echo tal copla mi discípulo, ¡no quiero más gloria de mis versos! Que a fe que antes de mil años que sepan tan bien agradar a Cupido como a Marte.

Con esto cesó la conversación por aquella noche, y por ser ya tarde se fueron a dormir, índose con ellos don Mexiano (que ya había más de un año que dormía allá en la casa de campo) y aquellas señoras quedando parlando en la nao. Y viendo que se azercaba el tiempo de que aquellos caballeros se habían de ir, aunque vien sabían que lo había[n] de sentir mucho (mas viendo que así convenía), estaban determinadas de les dar licencia quedándose los aguardando en la isla; donde vien sabían ellas que si la muerte no los atajaba que ninguna otra ocasión sería suficiente para los detener.

### **Capítulo 11. De cómo los príncipes Feridano y Ardoniso, el Doncel de la Esperança (que así llamaremos de aquí adelante), con Esmerilda y Libertina y Fraseldo, se partieron de la Isla de Corneria.**

Catorce o quince días después que la nao fue entregada a las ondas, haviéndose calafeteado<sup>cdvi</sup> muy vien, mirando con particular atención Fraseldo si azía agua por alguna parte, concertando muy vien todo lo necesario para que en ella al seguro se pudiesse caminar, aquellos príncipes y princesas en una conversación que tubieron se

---

<sup>830</sup> La métrica evidencia que se trata de una ultracorrección gráfica, que viene a esclarecer la ausencia de diptongo en los muchos casos en los que solo encontramos la vocal abierta (p. ej. *agados* por *aogados* [21, II; f. 177r]).

vinieron a determinar en su partida. Una cosa hace Nictemeno fuera de su costumbre, qu'es no poner la razón de que estos caballeros forçados hicieron este viaxe; solo dice que les fue forçoso y que de ninguna manera pudieron evitar el camino, mas que fue jurando y prometiendo de bolber a la isla lo más presto que les fuesse posible.

Viendo, pues, qu'el camino era forçoso, por sus propias manos aquellas pastoras havían echo tres camas de galera admirables y de estremada echura, con el toldo y todo lo demás curiosísimo, cada uno de sus colores: el del niño Mexiano, Doncel de la Esperança, por ser él aficionado a aquellas colores, fue de encarnado y perlas orientales; el de Ardoniso, verde y oro y el de Feridano, pardo y oro. Las armas de aquellos dos caballeros fueron las mexores y más fuertes que ubo en toda la isla, y los escudos se pintaron d'esta manera: el de Feridano llebaba una hermosísima doncella, retrato al fin de Taurissa, la cual tenía en las manos un corazón con una letra que decía:

En vuestras manos, señora,  
está puesto el corazón  
y el alma como es razón.

El de Ardoniso estaba un brasero encendido <sup>[f. 139r]</sup> y en medio d'él arroxaba otro corazón una dama que era retrato de Belisandra, y con dos fuelles encendían la lumbre Venus y Diana. Y la letra decía:

Si las dos son las que encienden  
esta amorosa llama,  
¿que padecerá el que ama?

Pusieron en la nao seis hermosísimos caballos, los mexores que ubo en toda la isla, tiniéndoles sus guindaletas y pesevrera admirablemente echas (que Fraseldo uno de los vuenos oficiales era que havía en el mundo). Pusiéronse las botas de agua y vino que podían ser menester para un año de nabegación. El metelotaxe de cecinas así de animales como de aves fue bonísimo, llebando estremado vizcocho masado por manos de aquellas señoras, quesos, mantecas, azeite, legunvres, frutas, pescados, empanadas, aves vibas (con el mantenimiento que para ellas era menester), conserbas de

diferentísimas maneras, pipotes de cosas para ensaladas, alcaparras, culantro marino y otras raíces y legumbres, confituras [de] diferentes materias y echuras, escabeches excelentísimos de diferentes pescados y mariscos.

Dice Nictemeno que, por su fe, qu'él fue una vez en Grecia a merendar a la nao y que solas conserbas les había sacado Fraseldo veinte y tantas diferencias, y todas particulares y regaladísimas; sin las de la cidra y calabaza, y menvrillos, y borraja, y las frutas comunes como pera, limones, camboas, naranjas y otras cosas, que de esas, dice él: «Como comunes en Grecia no nos quisieron sacar ninguna, sino de cocos, de astrufa<sup>†</sup>, de peruétano, de líbica, de tuissa<sup>†</sup>, de eufrasia, del efítimo (que nace sobre el poleo), de cubebes, de juncia, cíclame o pamporcino, de casia fístula o casia coronaria, de gálbano (de aquel linaxe de férula del cual mana el perfetísimo gálbano) y de otras particulares y odoríferas yerbas<sup>831</sup> que no me acuerdo», dice Nictemeno.

Así que de todos estos regalos y muy mayores probeyeron aquellas princesas la nao, haciendo poner en ella todas las cosas que les parecieron<sup>cdvii</sup> ser necesarias; de armas, así ofensivas como defensivas (d'esas que entonces se usaban) probeyeron también la nao abundantemente.

Ya qu'estubo todo compuesto y adereçado, un domingo se vinieron aquellos príncipes a comer con aquellas princessas. Y, después de haber comido, Feridano dixo a Taurisa:

–Ya me parece, hermosa pastora mía, qu'es llegado el tiempo en el cual emos de hacer nuestro camino. Y pues en la execución d'él, por ser forçosso, no ay que pensar que pu<e>de haber dispensación, querría, mi señora, que antes que nos fuésemos parlásemos un rato a solas, siquiera para que llebe este consuelo a esta esclava alma buestra que á de estar y padecer tan estraño martirio en esta ausencia.

–Se'así, mi señor –dijo Taurisa.

Y, así, trabados de las manos, con sus acostumbrados y onestos amores se entraron en otro aposento, haciendo lo mismo Belisandra y Ardoniso. ¡Lebanta, torpe

---

<sup>831</sup> **Ap. marg.:** «Laguna sobre Dioscórides».

pluma, el baxo estilo, si as de contar el dulce apartamiento y el amarga ausencia de los cuatro más onestos y verdaderos amantes que tubo el mundo! Y si algún grosero quisiere entorpecer co[n] baxo sentimiento el lebantado qu'estos cuatro pastores aí tubieron (su ser, su mobimiento, sus amores, el dulce tacto y el onesto<sup>cdviii</sup> vesso que con subido amor y onestos fines se comunicaron), como torpe y del suelo báxese a leer cosas menores, que artas allará en esta mi selba.

Los cuatro amantes se miran y, considerando, como muchas beces hacían, aquella rara hermosura de qu'estaban dotados, lebantán luego en alto los <sup>[f. 139v]</sup> pensamientos. Y, echa una dibina y alta contemplación, considerando la perfección de aquella velleça a los ojos y demás sentidos comunicada<sup>832</sup>, siendo la guía en todos estos actos la raçón (la cual iba enseñando qué era lo que se havía de amar y cómo), aumentase esta consideración. Y, como ellos no querían cossa alguna que la raçón no mandasse, essa misma enseñaba a ellos que nada de lo que guiados por esta raçón pedían les fuesse negado. Y así, no solo trabados de las manos, mas aun el dulce besso en cuanto comunicación de las almas les era concedido.

Estando con estos dulces y onestos entretenimientos tan absortos y contentos que jamás quisieran los unos de los otros allarse apartados, muchas raçones muy vien dichas se dixerón; mil gracias, mil amores, mil regalos, de una plática onesta y amorossa en la cual ni Benus ni Cupido metían la mano, sino sola raçón era la señora. Ella era la que lo mandaba y lo regía, y ella, en fin, endereçaba los amores. Querría tratar un poco... mas no oso, porque decir a la genteçuela enamorada que ay amor casto, onesto y de tal suerte que se llegue a este punto con la cosa amada, quiçá pareciera dificultosso.

–De una cosa vibo consolada –dicen dixo Taurisa a su amante–, y es qu'esta fiera y dura ausencia no me podrá quitar de delante buestro balor, buestro ser, vuestra hermosura; lo cual tengo en el alma así esculpido que no puede suceder ausencia que la borre y daño tal que del alma y pecho donde está esculpida la quite. Y, todo el tiempo, mi señor, qu'estuviéredes ausente, estará Taurisa tan puesta en vuestra contemplación y amorosa memoria que jamás apartará un punto la fantástica memoria de sí la soberana imagen qu'en ella a lo que agora tengo presente me representa, haciendo mis

---

<sup>832</sup> Ap. marg.: «*El Cortesano del Conde Castellón, [tra]ducido por Boscán*».



acostumbradas deduciones y consecuencias a la dibina y soberana hermosura que crió essa, qu'es de la cual toda perfección y don perfecto dimana.

En estas y otras cosas estubieron parlando aquellos príncipes asta que ya era muy tarde, que por ser la última noche se quedaron a dormir en el palacio en su cuarto. Y tanvién porque decía Fraseldo que sería menester madrugar por raçón del biento áfrico o libo (*libech[i]o* que llaman los italianos y nosotros *sudueste*<sup>833</sup>); el cual soplaba muy fresco y les era viento muy próspero aunque no les era del todo en popa, pero era muy poco torcido por ser como es contrario (es diámetro al nordeste o *greco*, que llaman los italianos), y por esta raçón decía que sería menester partir de mañana. Y así se fueron a dormir aquella noche algo temprano.

A las dos de la mañana se començaron a lebanar aquellas pastoras, especialmente Esmerilda y Libertina, que havían de ir con aquellos caballeros y con el Doncel de la Esperança; las cuales en pensar que se havían de apartar de aquellas señoras andaban ya todas lacrimosas y tristes. Y sabe Dios (aunque lo disimulaban) cuáles quedaban Taurisa y Belisandra, Verarda y Acursia, aunque<sup>cdix</sup> ciertas esperanças de los tornar a ber a todos disimulaban su pena.

Ya que serían la tres de la mañana, aquellas princesas, sin poder dormir con el desasosiego y pena, se lebanaron, vistiéndose un muy alegre y rico vestido colorado por no aumentar la pena <a> aquellos señores y a sus compañeras; y tanvién aquellos príncipes y el Doncel de la Esperança se lebanaron. Ellos se armaron de todas armas, las armas blancas orladas de oro y preciosa pedrería, en los escudos las insignias que dixen que havían pintado, ceñidas sus muy buenas espadas y dagas, antes que se pusiessen zeladas ni manoplas; estando el Doncel de la Esperança ya bestido de brocado encarnado, todo sembrado de baria pedrería<sup>[f. 140r]</sup>. Llebaba medias de punto admirables, que la buena Belisandra le havía echo, con unas legabambas<sup>834</sup> de tafetán sencillo encarnado, todas senvradas de aljófar y los rapacexos de plata, echas a lado dos aunque

---

<sup>833</sup> Esta frase toma como fuente nuevamente el citado capítulo XXII de la cuarta parte de la *Silva*, donde leemos: «Agora los italianos los llaman *libechio*, los navegantes españoles *sudueste*» (Pedro Mexía, ob. cit., pág. 922).

<sup>834</sup> *legabambas*: Variante corrompida de *ligagamba*, de uso común en la época.

no muy grandes muy hermosas rosas, viniendo en el medio de cada una de ellas una punta de un fino diamante que salía y parecía estremadamente. Los grigiescos tenían<sup>cdx</sup> de brocado encarnado, todo sembrado de unas mayas de plata tirada y el medio de ellas de oro, siendo los pies de finas esmeraldas; la guarnición eran tres hileradas de diamantes y perlas orientales que iban con mucha gallardía entrepuestos.

Era el jubón del brocado blanco, todo senvrado de clabeles encarnados, los pies de esmeraldas y el medio de finos y hermosos ruvis; la casaquilla o saltaenvarca que llevaba suelta era de brocado encarnado, de la misma labor que los grigiescos. Llevaba un morrión de mar o bonetillo redondo alto del mismo brocado, aforrado en blancos armiños por causa de la frialdad de las mareas (mas estremadamente adereçado), que la gallarda Taurissa le havia compuesto y adornado con mucha variedad de hermosas perlas.

Llevaba ceñido un hermoso alfanxe o guchillo de monte de estremada guarnición y empuñadura, siendo la guarnición de cuerno de unicornio estremadamente labrado, senvrado todo de hermosos zafiros y diamantes; y de lo mismo era la guarnición de la daga. Llevaba un galdressillo de mangas corto y muy vien echo, de la misma tela que la saltaembarca, aforrado tanvién en blancos armiños de soberbia guarnición y hermosa echura. Zapatillas o votillas asta media pantorrilla llevaba de cuero de león, adereçado estremadamente con ámbar y otras cosas, y ellos muy vien adereçados y guarnecidos.

Al cuello llevaba una cadena de oro menudilla de muy buena echura, y por colgante llevaba una figura de la Fe como agora la pintamos: con cáliz en la una mano y una cruz en la otra. La figura era de una hermosa piedra cornerina, finísima estrañamente; el cáliz era de una esmer[1]da y la cruz de un finísimo carbunco. Con esto y con estar muy vien guarnecida en un hermoso cerco de oro y diamantes, puestos por muy hermoso concierto y todos los bacíos o güecos de la guarnición embutidos de ámbar, cierto era una lucida y hermosa pieça y de mucho balor.

La buena Esmerilda se vistió de camino, todo el bestido de brocado pardo sin guarnición ninguna y el capotillo y sonvrero de la misma manera, y al cuello un rosario de hermosísimos topacios y los extremos de diamantes, con una banda tanvién de red de

seda parda y oro sin ninguna otra cosa; y todos los bestidos que iban en los baúles de la nao eran d'este mismo color y echura. Y Libertina iba siempre del mismo color qu'el Doncel de la Esperança, y así llebaba ella en los baúles las mismas mudas de vestidos que llebaba para el niño; así que aquel día salió de vrocado encarnado y mayas de plata. Y, como no era nada fea (antes tenía extremo de hermosa), pareció muy bien aquel día, y más como ella tenía tanta gracia y garbo y era tan vriosa estábale muy bien el bestido de camino (que aquel vestido de capote y sonvrero quiere donaire y buen cuerpo).

Ya se daba prisa Fraseldo, diciendo que perdían el mexor tiempo que se podía desear, por lo cual así en pie se pusieron a almorçar sobre un bufete de plata, y muy vien y muy estremadamente adereçado; aunque los unos y los otros comieron con arta templança, porqu'estaban con tanta pena que no podían comer ni, como decís, tragar bocado. Estando almorçando todos se miraban unos a otros y no hacían sino, con ternura de los ojos, en silencio manifestar la pena <sup>[f. 140v]</sup> que<sup>cdxi</sup> el coraçón sentía.

En vrebbe rato se acabó el almuerço y, así, baxando todos juntos al patio se pusieron a caballo, y a aquellas princesas llebaron la rienda Ardoniso y Feridano, llebando en medio al Doncel de la Esperança Esmerilda y Libertina. Con esto, llegaron al puerto, donde ya tenía Fraseldo el esquife en la ribera para llebarlos a la nao. Apeados todos, Feridano tomó en los braços a la hermosa Taurissa, y no pudo tanto su brabo coraçón que en lágrimas no fuesse desecho. Y, así, juntando el rostro con<sup>cdxii</sup> el de su pastora Feridano<sup>cdxiii</sup>, desecho en lágrimas, tanvién Taurissa llora. Ardoniso, tiniendo en los braços a su Belisandra, con un nudo a la garganta y indo a hablar no pudo; mas, al fin, de [...] <sup>cdxiv</sup> con ternura decir: «Adiós, pastora de mis ojos». Y, con esto <sup>cdxv</sup>, ellos quedaron tan echos fuentes que tornaron a umedecer la seca arena, mas ya beían que al fin había de ser. Con esto, desasidos los cuerpos y muy más asidas las almas, solo el último adiós allí dixeron, y entrando en el batel:

—¡Ca, ca —dixo Feridano—, vengan vuestras mercedes, señoras Esmerilda y Libertina, y traigan esse niño!

Al tiempo de despedirse las antiguas amigas y compañeras, que había doce años que siempre andaban juntas, de las unas y las otras se rasgan las entrañas. Y allí no pudo tanto el sufrimiento, que al fin eran mugeres, sino que con triste boz y abundancia de

lágrimas el aire yeren, lloran las unas y las otras, y abraçadas comiençan a decir que así querían morir y no desasirse. Pues cuando llegan a abraçar al niño, que más que si fuera su propio hijo le amaban, el tierno amor comiença <a> hacer tiernos efectos. Y más cuando él dixo a Belisandra: «No se quede vuestra grandeça, señora madre, ande acá conmigo. Mire que se queda sola...».

Esta fue la última palabra, porque viendo que era el casso inescusable, al fin entran <a> el esquife o batel aquellas dos pastoras y consigo entra también el hermoso doncel. Y comiença a apartar el barco, con el largo remo de ancha pala, Fraseldo de la ribera y, puesto al medio gobernando Ardoniso con otro remo, los dos remos de los lados comiença[n] a vatir con fuerça y con presteça tanta que en momentos se apartó de la ribera. Y, llegando a la nao, estándosse aquellas cuatro pastoras aún en la ribera los bieron suvir y ponerse encima, dejando el esquife asido con fuerte amarra.

Fue cosa maravillosa, que en embarcándose aquellos caballeros vieron venir por el aire una banda de palomas blancas como la niebe y en llegando a la isla se sentaron casi a los pies de aquellas princesas, tan cerca y tan mansillas que casi casi se dejaban tomar con la mano, y solo dando así algunos alegres saltillos andaban guardándose y como regocixándose delante de ellas. Y las toñinas, nadando con alegres saltos, mostrando aquellos picos de sus corbos lomos y algunas beces saltando fuera del agua casi un estado, andaban con concertado salto y alegres bufidos regocijando toda la ribera. Algo parece que estas cosas consolaron a aquellas princesas, mas ya en este tiempo el diestro piloto, ayudado de las fuerças de aquellos caballeros, començaba a levantar velas, tiniendo ya lebantadas las áncoras. Y diciendo: «¡Hiça, hiça!», en vrebe espacio las lebantán todas, puniendo el papargo y cebadera y enherboladas vanderas, y tendidos los gallardetes, un lunes por la mañana a las siete començó con prosperísimo viento a marchar la nao.

Y como iba biento casi en popa y llebaba lebantadas todas las belas y ella era así hermosa (que iba toda echa en pan de oro y las banderas con los barios matices de seda iban tremolando al fresco viento, y era por la mañana y dábale el sol así de medio lado en proa, viniendo los rayos solares casi contra el viento), parecía dmirablemente. Mas no fue mirada con tan humidos <sup>[f. 141r]</sup> ojos por Medea<sup>cdxvi</sup> la nao de Teseo cuando la

dexó en la isla, ni según miente Vergilio<sup>835</sup> ni la Dido desde la torre aquella en que iba Eneas, como miraban a esta aquellas princesas cómo se iba alexando de la ribera. Al fin, estuvieron en ella asta que casi casi ya no la divisaban y, viendo que no la veían, determinan de bolberse a casa, sintiendo tanta soledad como podéis imaginar. Y aun el ber bolber los caballos en que havían benido aquellos príncipes ya sin dueños les causaba tanta tristeza y pesadumbre que, al fin, tomaron por remedio de su desconsolación irse a la iglesia, donde se estuvieron más de una ora.

Después, saliendo de ella algo consoladas, adereçaron todas las cosas de casa con mucho cuidado y aliño, puniendo cada cosa en su lugar con mucho orden. Con este trabaxo que recibieron compuniendo y aliñando las cosas de casa parece que se divirtieron un tantico y quedaron más consoladas, y Belisandra dixo:

–Aora cierto, señora prima –a Taurisa–, excelente cosa es el trabaxo y el ebitar la ociosidad, natural madre de todos los vicios, que cierto que desde que comencé a aliñar estas cosas y entretenerme con el componellas que parece qu’este trabaxo me á sido particular descanso y alibio.<sup>836</sup>

–¿Quién duda –dijo Taurisa– sino que el trabaxo es el que nos da a goçar el suelo y nos dará el cielo mediante la gracia de Dios? Pues sabemos que a cada uno se la á de dar el galardón conforme a cómo trabaxare<sup>837</sup>.

–Y, así, Cristo Nuestro Redentor –dijo Belisandra–, que fue nuestro principal maestro y exemplo<sup>838</sup>, toda su bida fueron trabaxos hasta la muerte. Y a las vírgenes ociosas y somnolientas reprende, y llama y faborece a los que trabaxan, diciendo: «Venid a mí todos los que trabaxáis y estáis cargados, que yo os regalaré y

---

<sup>835</sup> **Ap. marg.:** «Virgilio».

<sup>836</sup> El siguiente diálogo sobre los beneficios del trabajo contituye una paráfrasis del capítulo XXXII de la primera parte de la *Silva de varia lección*, de donde se extraen también las referencias incorporadas en sus correspondientes apostillas: «En que se contienen muchos loores y excelencias del trabajo, y los bienes que se siguen dél. Y también los daños y males que causa la ociosidad. Es notable capítulo moral y provechoso» (Pedro Mexía, ob. cit., págs. 224-234).

<sup>837</sup> **Ap. marg.:** «Loas del trabaxo».

<sup>838</sup> **Ap. marg.:** «Istoria evangelica: Mathei 20, A1; Matheii 25, Ai; Mathei 11, D26».

daré descanso y fuerza<sup>839</sup>». Y aun de ningún santo leemos que lo ubiesse sido con ociosidad, sino que todos gastaron su tiempo en onestos exercicios y trabaxos<sup>840</sup>. Y no solo tiene el trabaxo este vien espiritual, mas aun muchos vienes temporales tiene; porque él es muy sano para el cuerpo y le hace hábil y dispuesto y recio, y aumenta el azienda y vienes y gasta los malos humores.

–Y, en lo del ánima –dijo Taurisa–, él quita la ocasión de las malas obras, aparta los malos pensamientos, espanta el demonio, atemoriça al mundo y enfrena la carne.

–Todos esos vienes y muchos más tiene –dijo Belisandra–, porque con él moran las virtudes; sin él ninguna de ellas puede ser exercitada. Porque trabaxar tiene quien á de exercitar la justicia y administrarla; pues la fortaleça, el que para más trabaxo es es más ábil para ella. El trabaxador sabe ser templado, ¿cómo puede haber continencia ni humildad ni paciencia ni las demás virtudes sin trabaxo? Pues la penitencia, con todas las cosas que la ayudan, claro está qu'están bañadas de trabaxos, y así dixo Esíodo que las virtudes con sudores se an de alcançar. Así dixo Vergilio qu'el continuo trabaxo vence todas las cosas, y Oracio, lírico y satírico poeta, dice que ninguna cosa dio Dios al honvre sino con trabaxo. Y Eurípides dice qu'el trabaxo es padre de la fama, que a los trabaxadores Dios les ayuda, qu'el camino de la virtud es por los trabaxos y sin ellos ni ay ventura ni fama, ni loor o [a]labança ni gloria.

–Pues muy vien –dijo Taurisa– dice Menandro poeta qu'el ocioso sano es de p[e]or condición qu'el que está con calentura, porque sin provecho come doblado qu'el otro.

–¿Pues no es también –dijo Belisandra– muy aguda sentencia la de Demócrates<sup>841</sup>? Que decía que los <sup>[f. 141v]</sup> trabaxos tomados de boluntad hacían que no diessen trabaxo los forçosos. Así dixo Hermioneo a quien, preguntándole de quién havía aprendido la saviduría, respondió que del trabaxo y experiencia.

---

<sup>839</sup> Mt 11, 28.

<sup>840</sup> **Ap. marg.:** «Surius, *De vit. santorum*».

<sup>841</sup> **Aps. margs.:** «Esiodus», «Vergilio», «Oracio», «Eurípides», «Menan[dro]», «Demócrates».

–Yo me acuerdo –dijo Taurisa– haber leído entre otros consexos de Pitágoras<sup>842</sup> este: que debía el hombre escoger vida buena y exercitada en trabaxo, la cual el costumbre haría dulce y sabrossa.

–Pues, ¿no nos dice Salomón –dixo Belisandra– lo mismo, cuando reprehendiendo al pereçosso le envía a que aprenda <a> trabajar de las ormigas<sup>843</sup>? Pues si ubiésemos de traer exemplos de trabaxadores, sería un trabaxo que nunca se acabaría. Bástenos saber que jamás hubo hombre ilustre ni principal en ninguna nación ni en ninguna cosa que no adquiriese el serlo por trabaxo, ni jamás ubo hombre principal por el ocio. Y si alguno se nació príncipe y fue ocioso, el mismo ocio le á sido causa de perder sus estados.

–No me marabillo –dijo Taurisa–, pues dice el sabio en el *Eclessiástico* que muchas malicias enseña la ociosidad<sup>844</sup>.

–Pues, ¿no dixo bien Ovidio<sup>845</sup> –dixo Belisandra– diciendo que Cupido no tiene fuerça sino en los ociosos? Y es verdad, porque en la ociosidad se piensan las maldades; se conciertan las traiziones; se da fabor a la desonestidad; állase allí muy vien Satanás, es faborecedor de cosas muelles y blandas y deleznable, y en él, en fin, se obran los pecados. Y, así, Ezequiel entre los pecados que fueron causa de la destrucción de Sodoma pone la ociosidad<sup>846</sup>.

No sé yo qu'es lo qu'ella no daña y destruye: el fuego si no tiene en qué obrar luego se apaga; el aire detenido se corrompe; el agua encharcada no usada se daña; la tierra que no se trabaxa ni rompe no sabe llebar sino avroxos y yervas sin provecho; el oro no labrado ni lucido no muestra su hermosura; el yerro y los demás metales se pierden no usados; las probincias y tierras no abitadas ni trabaxadas son pestilenciales y

---

<sup>842</sup> **Ap. margs.:** «Hermonius», «Pitágoras».

<sup>843</sup> **Ap. marg.:** «Proverb. 6, A6».

<sup>844</sup> **Ap. marg.:** «[E]ccle. 33, d29».

<sup>845</sup> **Ap. marg.:** «Ouidio».

<sup>846</sup> **Ap. marg.:** «[E]cechi, 10. f. 49». Parece haber un error en la referencia, que debería ser: Ezequiel 16, 49.

estériles; las casas no moradas se gastan y caen y arruinan; los caminos no usados se ciegan y deshacen. Los ingenios se entorpecen; el ánimo y esfuerzo se acobarda; las fuerzas corporales se enflaquecen; dañase la complexión; corrómpense los buenos humores, hácense señores los malos; así decía Galeno<sup>847</sup> que sin trabajo y ejercicio es imposible ser los hombres sanos.

Avicena dice que el ejercicio es causa de salud y la ociosidad la destruye; lo mismo dice admirablemente Cornelio Celso. Y aquel agudo moro de España, Averrois, dice que la principal parte de la salud es el conveniente ejercicio, y Hipócrates dice que no se conserva bien la salud sin el ejercicio, y lo mismo dicen otros médicos famosos que a estos siguen. Bien se ve que aun los caballos y otros cualesquier animales se mancan y hacen inútiles y sin provecho estándose en la caballerizas, y aun los navíos y barcos en los puertos estando surtos se pierden y navegando<sup>cdxvii</sup> se sustentan. La gente de guerra estando ociosa se acobarda, y así dicen que Aníbal, por haberse estado ocioso él y su campo, en Capua fue después bencido<sup>848</sup>.

Mas ¿qué hago de dete[ne]rme en esto? Pues es cierto que ay tantos daños de esta maldita ociosidad que sería con un proceder en infinito querer decir sus daños. Cristo la condena, sus santos la maldicen, los filósofos la aborrecen, Ovidio, Píndaro y Platón, Oracio, Claudiano, Omero, Virgilio y todos los demás poetas cantan contra ella, y llenas están las historias así divinas como profanas de los grandes daños que por la ociosidad han venido a las repúblicas.

Y, así, condenado la ociosidad Aristóteles, en el octavo de la *Política*, y Platón, en el 7 libro de *Las leyes*, loan el arte que ellos llaman gimnástica, donde todas las cosas necesarias a la guerra se mostraban. Y acuérdate de cuando Escipión Násica respondió a los que decían que estaba Roma segura después de destruida Cartago y Grecia sujeta: «Antes agora estamos en mayor peligro, que no tenemos a quien temer», dando a entender aquel excelente capitán [f. 142r] cuánto más se á de temer la ociosidad que el enemigo y que más asegura el temor que el descuido<sup>849</sup>. Y Apuleyo decía que nada

---

<sup>847</sup> Aps. margs.: «Galeno», «Avicena», «Cornelio Celso», «Averrois», «Ipochrates».

<sup>848</sup> Ap. marg.: «Suetonio».

<sup>849</sup> Aps. margs.: «Aristo.»; «Plato.»; «Titus Libius»; «Suetonius».



le había contentado tanto de los gimnosofistas como ver que aborrecían la ociosidad y que los ayos de los mancebos no les daban a comer asta que aquel día ubiessen echo algún acto virtuosso. Y Dracón<sup>850</sup>, aquel muy solemnizado de los griegos porque les dio las leyes, entre otras muy notables puso una que daba pena de muerte al que fuesse dado por ocioso y olgaçán o bagabundo.

–¡Bálame Dios, prima! –dijo Taurisa–. Si la ley de Dracón se ubiera de exercitar, qué pobladas havían de estar las orcas de aorcados y las plaças de cuerpos muertos.

–Arto muerto está el ocioso –dixo Belisandra–, que así dice el moral Séneca<sup>851</sup> qu’el tiempo ocioso que no se gaste en exercicio de letras o estudio es muerte y sepoltura del hombre, y que solos los que se exercitan en la sabiduría son los que saben tener y tienen justo ocio.

–Avíase de ir, señora prima, con essa doctrina vuestra grandeça –dijo Taurisa– a la descontenta Antoniasina, aquella que fue nuestra vecina allá en España junto a Joiba...

–¡Calle, mala landre le dé! –dijo Belisandra–. ¡Miren por amor de Dios y de quién se á acordado!

–Pues acordeme agora por la ociosidad –dixo Taurisa.

–¡Calle, calle, calle! –dixo Belisandra–. ¡No murmure!

–¿Yo? –dixo Taurisa–, ¿de qué tengo de murmurar? En buena fe, yo por lástima lo decía, que no por murmuración. Porque aquella princesita jamás andaba sino achacosa, y es cierto que entiendo que la principal causa de sus males fue la ociosidad y poco exericio; que a fe que lo decía por esto.

–Aora, pues que es tan limpia su intención, dexe exemplos particulares, de los cuales dixo Aristóteles que no había ciencia<sup>852</sup>. Mas tornando a nuestra combersación

---

<sup>850</sup> **Aps. margs:** «Apuleyus», «Dracón».

<sup>851</sup> **Ap. marg.:** «Seneca».

<sup>852</sup> **Ap. marg.:** «Aristóteles».

unibersal, cierto lo hace muy mal la dama que gusta de la ociosidad, supuesto que tiene tantos y tan onestos exercicios en que se emplear. No digo yo aun que trabaxen en trabaxos penosos o groseros; no, no digo esso, sino que gaste el tiempo en onestos y adamados exercicios.

–A fe, prima, ¿en qué exercicios le parece que sería vien que gastasse el tiempo una dama delicada y tierna, principal y rica y que tirasse un tantico en melancólica?

–No se puede dar regla unibersal ni cierta, señora prima, para esso. Porque ase de mirar la calidad de la dama<sup>853</sup>, la inclinacióm natural, la probincia o parte donde se cría. Que unos exercicios so[n] buenos a la colérica que no lo serían a la flemática, y unas cosas son lícitas y buenas a la melancólica que no ay para qué exercitarlas la alegre y sanguina. Unas cosas son lícitas en el aldea que no vienen vien en la ciudad, y otras se pueden exercitar en la ciudad que aunque se quieran no se pueden exercitar en el aldea. Y unas cosas son lícitas en Italia que no se sufren en España y unas se usan en Grecia que no parecerían bien en Alemania, y así de las demás probincias.

–Aora<sup>cdxviii</sup> mire, señora prima –dixo Taurisa–, no quiero la materia tan fundamental y de raíz, sino assí a sobre peine: una dama principal y española y un poquito melancólica.

–No sé si acerteré –dixo Belisandra–, mas si yo tuviera el cargo de criarlas en estos exercicios las hiciera entretener lo primero en los del alma, porque una muger moça y hermosa si no tiene mucha cuenta con su conciencia está a mucho peligro de dar en veinte disparates, y el fundamento de todo loable exercicio á de ser la virtud. Para esto la continuacióm de los sacramentos y algunas debociones no muy prolixas ni penosas, pero debotas y continuas, les haría tener, y que por ninguna cosa se quedasse el encomendarse a Dios y estos santos exercicios. Supuesto esto, qu'es el fundamento, el saber hacer las cosas que tocan a la onesta composicióm y galan[í]a de su persona lo tengo por muy azertado, y en esto se pu<e>den gastar algunas oras. Como es en hacer red y franxas y curiosas cosas de cadeneta y otras labores <sup>[f. 142v]</sup>, y también en bordar y matiçar un rato, qu'es buen entretenimiento aquel componer con ingenio las barias

---

<sup>853</sup> Encontramos una anotación marginal de imposible lectura que posiblemente contuviese un comentario del copista: «Cómese asta [...]».

colores de las sedas y ba una dama tomando codicia a estas cossas y apenas ay quien la quite del bastidor.

Tanvién la haría, haviendo combiniente disposición de maestros, sin escrúpulo, que se enseñase a cantar, tañer, dançar; que todo esto, echo con modestia y onestidad, parece muy bien a una dama. Ma estos exercicios an de ser acesorios y no principales, porque ser tañedora y dançadora y no ilandera y labranderá más lo tengo por truanería que por dameraía. También es bueno saber adereçar cosas de ámbar, de almizcle, algalia, estoraque y otros olores, y saber hacer d'estas cosas buenas composiciones olorosas. Y esto todo con mucha modestia y onestidad y para buenos y loables fines.

La lición de buenos libros es también cosa loada y exercicio muy de damas, aunque estos libros que tratan verdades disfrazadas y mentiras patentes, entre tanto que son doncellas (a lo menos muy moças), no querría tampoco que los leyesen; porque la mocedad no les enseña a quevrar la cáscara para comer el meollo, sino a quebrarse los dientes en ella, azelarando los pensamientos para banidades.

–Pues, prima –dijo Taurisa–, la caça, los saraos, las conversaciones, el trato adamado, ¿quíeresele quitar a las doncellas?

–Yo no, por cierto. Si están en compañía de alguna princesa casada, a la cual essos exercicios le son concedidos, vien se puede la dama allar en ellos; mas siempre con aquella onesta afabilidad con que á de saber llebar a todos sin enfadar ni dar atrevimiento a ninguno.

–A fe, prima, qu'es dificultoso<sup>cdxix</sup> medio ese.

–Pues este á de buscar la dama, que ni por recogida sea zaareña o enfadosa, ni por combersable, desonesta; ni por encogida, corta, ni por estar en público<sup>cdxx</sup>, disoluta; ni se á de mostrar callando demasiado necia, ni por hablar parlera, sino que tenga aquel difícil medio que es en el que la virtud consiste.

–Pues en verdad, prima, que si las damas se exercitasen en esso, que evitasen la ociosidad y los malos pensamientos y la tristeça que de no poder exercitar su boluntad se les sigue. Y aquella tristeça así ganada buélbese en mala y desavrida condición, ázense melancólicas y triste y aun e[n]fermiças, de suerte que lo que al principio con

sabrosos ejercicios y cortesanos se pudiera remediar después viene a punto que son menester medicamentos con que se destruyen la salud. Y an d'estar echas, como<sup>edxxi</sup> dicen, unas gucharas sobadas, todo el día de manos de echiceras y emplastadas con un millón de bizmas, qu'es asco y lástima el mir[ar]las, y las pobrecitas padecen mil martirios de los cuales todos se librarían si estuviesen vien ocupadas. Pues la buena ocupación y el trabaxo con el exercicio de las virtudes nos an de llebar donde de ellos descansemos, goçando de la vienaventurança que por la divina misericordia y méritos de Cristo Nuestro Redentor a los que legítimamente trabaxaren y pelearen se les á de dar<sup>854</sup>.

–Soledad emos de padecer –dijo Belisandra– asta que vuelban nuestras compañeras, pero el remedio será entre tanto ocuparnos vien en onestos exercicios.

## **Capítulo 12. De lo que sucedió en su biaxe a Feridano y Ardoniso y al Doncel de la Esperança.**

Con galán viento partió la nao del puerto de la Isla de la Enamorada Corneria, cuando el hermoso Febo, compuniendo su dorada y hermosa melena, guiando el carro de los caballos que salían bomitando fuego, indo sonando los frenos en las encendidas bocas que de rubios arreboles iban matiçando las nubes al oriente; caminando ya hacia el pereçoso Boetes la bella Aurora (recogiendo el manto del cual abundantes y frescas flores havía ido esparciendo, llenando de menuda aljófara las matiçadas rosillas de los campos y umedeciendo con el fresco rucío todos los peñascos y riberas), dando la ligera buelta al otro <sup>[f. 143r]</sup> Polo Antártico a dar luz a los antípodas que estaban ya aguardando su presencia<sup>855</sup>.

Hermosa y alegre hacía la mañana, aunque todos los que iban en la nao, sino era el Doncel de la Esperança, todos iban lacrimosos y tristes manifestando con el abundancia de lágrimas su sentimiento. Especialmente aquellas pastoras, que parecían

---

<sup>854</sup> Ap. marg.: «Mathe. 11, D17; 2 Timote. 2, A5».

<sup>855</sup> Nuevamente nos encontramos ante un extenso periodo, carente de un verbo principal para la oración subordinada adverbial que parece iniciarse en: «Cuando el hermoso Febo...».

sentir con mayor ternura el apartamiento de las compañeras y ir solemnizando su apartamiento con abundantes arroyos de lágrimas que de sus hermosos ojos berrían. Mas el dolor y pena que [en] lo interior del corazón y de las entrañas llebaban aquellos dos príncipes Feridano y Ardoniso, solo a los que saben vien amar y les sucede ausencia se queda el sentimiento, pues mal pueden palabras esprimir y lebantar ta[n] amorosos conceptos.

Mas indo caminando d'esta manera, ya que desde el borde no alcançaban a ver ni aun los lebantados montes de la isla, cuando del todo la bolbieron a perder de bista, allí fue otra bez su nuebo sentimiento. Mas, al fin, como eran tan discretos aquellos caballeros, a Esmerilda y Libertina començaron a consolar, diciendo que, pues no podía ser menos, que sus mercedes se consolasen, que Dios sabía la necesidad que ellos también tenían de consuelo; mas que supuesto que no podía ser menos que pasasen aquella ausencia lo mejor que fuesse posible, que presto bolberían, mediante Nuestro Señor, y con mucha alegría, a ber aquellas princesas. Y Libertina y Esmerilda más lloraban el desconsuelo de las que quedaban en la isla que otra cossa, que ellas de sí ninguna pena llebaban.

Con esto fueron nabegando asta que ya serían como las doce o casi, poco más a menos, cuando el piloto, diciendo que era ya ora de comer, hiço que aquellas hermosas pastoras adereçasen; y así, aunque con arto desconsuelo, comieron. Y, de en cuando en cuando, Libertina con un triste suspiro no hacía sino decir: «¡A, mi señoras Belisandra y Taurissa! ¿Qué haréis en essa soledad y destierro donde os dexamos?». Y, con esto, bolbían a renobar su llanto, que no havía remedio de consolarlas. Todo aquel día y aquella tarde fueron de aquella manera, sin que más que en cosas de tristeza y pesadumbre ablasen.

Aquella noche, que hiço muy serena y sopló raçonablemente el biento, estando el mar muy sosegado y lessó y, con los reflexos qu'el blanco rostro de Diana hacía (representando su claridad y hermosura en las ondas), muy hermoso y agradable; indo así a borde echados de pechos aquellos caballeros (que Esmerilda y Libertina habían entrado a acostar al Doncel de la Esperança); indo el piloto medio dormitando, aunque asido al leme, llebando la lanterna encendida en el alacena del aguxa y saviendo que entonces conforme al altura del polo havrían andado como treinta leguas, poco más a

menos, y viendo que iban muy vien engolfados en alta mar y vien seguros de vaxíos ni peñascos ni otros incombinientes, iba marchando la nao con bonança, sin tener que coger ni alargar las escotas, ni que cambar velas, ni otra cosa. Y, así, iba con mucho descuido el piloto y aquellos caballeros, así echados a vorde parlando. Y su conversación entonces era tratar de la soledad de las princesas y del orden que havían de tener para bolber presto al puerto. Y, indo tratando en estas cosas, Ardoniso llebaba el bonete de marear en la mano, descubierta la cabeça, y Feridano le dixo:

–¿Por qué no cubre vuestra grandeça la cabeça? ¡Pues no porque la tiene chiquita...! ¡Cúbrasse, no le aga daño el sereno! [f. 143v].

–Por costumbre tengo –dijo Ardoniso– traer siempre descubierta la cabeça<sup>856</sup>.

–Bueno es –dijo Feridano– para los que la tienen sana, mas los que tienen el caxco raro y porosso por causa de las enfermedades es vien que la cubran...

–Yo –dijo Ardoniso– vien sano soy de cabeça, aunque padezco otras enfermedades... Y es porque tengo el caxco muy marcio y sólido y muy poco porosso. Y también se endurece más el caxco y se consolida trayendo la cabeça descubierta, que así lo hicieron muy buenos capitanes, como fueron Julio César y Aníbal cartaginés.

–Es verdad –dixo Feridano–, que yo me acuerdo haberlo también leído de Masinisa, rey de Numidia.

–Pues esse –dixo Ardonisso– jamás cubría la cabeça ni al sol, ni al frío, ni con umedades, ni con yelos y, aunque vivió muchos años, jamás se puso cosa en ella, ni ningún género de caperuça o sombrero.

–También –dixo Feridano– se dice lo mismo de Adriano y de Severo, emperadores, y de otros muchos. Aora pues, cierto es estraño el [o]pificio<sup>857</sup> y obra de la

---

<sup>856</sup> El siguiente diálogo sobre la importancia de la cabeza toma como fuente el capítulo XVII de la primera parte de la *Silva de varia lección*, de donde se toman asimismo las referencias incorporadas en las apostillas marginales de este fragmento: «De la excelencia de la cabeza entre todos los otros miembros del hombre; cómo tener chica la cabeza y angostos pechos es en él mala señal. Por qué causa sea cortesía quitar el bonete o descubrir la cabeza» (Pedro Mexía, ob. cit., págs. 140-143).

<sup>857</sup> Lo mismo que ‘obra’ (cf. Aniceto de Pagés, *Gran diccionario de la lengua castellana...*, s.v. *opificio*).

cabeça, que [en] una tan pequeña bola estén tantos sentidos forjados y dispuestos con tanto orden y concierto. Que dejo aparte los sesos, las telas, las menvranas, las venillas, el hueso o caxco, las arterias, los nerbios, las venas, la carne, el cuero, las diversas partes de ternillas, las particularidades que ay en cada cosa d'estas, qu'el anatomía de cualquiera d'estos instrumentos de los sentidos tenía que decir muy gran rato; pero así toda junta cierto admira su estraña composición.

Por esso dixo sant Ambrosio que era la cabeça en el honvre como los cielos en esta unibersal máquina<sup>858</sup>, y qu'es como la fortaleça en la ciudad donde viben los alcaides de las potencias, y sabiduría mediante la cual se gobiernan los demás miembros y partes del cuerpo. Porque de ella viene la fuerça y prudencia como dixo Salomón, diciendo que los ojos del sabio estaban en su cabeça<sup>859</sup>.

–Pues, ¿y no dice Lactancio Fermiano –dijo Ardoniso–, en el libro *De opificio Dei*, que colocó Dios así la cabeça, en la cual estubiesse el reino y mando de cualquier animal? Y Galeno en el primer libro *Regiminis auctorum*<sup>cdxxii</sup> le da el principado sobre todos los miembros del hombre, y Platón en el *Timeo* la llama «el todo del cuerpo».

–Verdad es así –dijo Feridano–, mas a lo menos no tiene vuestra grandeça aquella falta que dice Paulo Egineta en el primero de su medicina: que la pequeña cabeça en el hombre es señal de poco juicio y ser menguado de cerebro. Pues acuérdome que pone la razón d'esto Juan Alexandrino en el comento de las *Epidemias* de Ipócrates, diciendo que la cabeça pequeñita así es mala como tener angosto el pecho, porque como es aposento del corazón y pulmones (los cuales miembros no sufren sin daño la estrechura del lugar), así la cabeça donde están los órganos de tantos sentidos y potencias<sup>860</sup>. Y lo mismo afirma Galeno y toda la unibersal muchedunvre de sus comentadores y secuaces.

–Ca, señores –dixo Esmerilda–, vénganse vuestras grandeças <a> acostar, qu'es tarde y les ará daño essa marea, que viene demasiado fresca. Y también porque será

---

<sup>858</sup> Ap. marg.: «Ambro. in *Exam.* [...]».

<sup>859</sup> Ap. marg.: «Ecclese. 2, c.14».

<sup>860</sup> Aps. margs: «Lactancius»; «Galeno»; «Platón»; «Paulo Gineta»; «Juan Alexandri».

menester madrugar para que pueda dormir un poco Fraseldo, qu'él en toda la conversación que vuestras grandeças an tenido muy bien á otorgado con la cabeça.

–Ca, Fraseldo, mira essa aguxa –dixo Ardoniso–, que nos queremos ir a dormir.

–Vayan vuestras grandeças en ora buena –dixo Fraseldo, y avriendo el alacena miró el aguxa–, que muy vien imos; tan derechos imos a Ispalia como una jugadera. No ayan miedo vuestras grandeças, mediante Nuestro Señor, que herremos el camino; que tan vien le sé como de las gradas de Ispalia a la Puente de Barcas.

–Aora pues, bámonos.

Con esto, se entraron a dormir aquellos <sup>[f. 144r]</sup> príncipes. Venida la mañana, también hermosa, clara y serena, soplando aún el aire favorablemente, aquellos caballeros se lebantaron.

–¿Cuánto havremos caminado, Fraseldo? –dixo Ardoniso.

–Desde que partimos de la isla emos traído muy fresco viento –dijo el piloto–; en verdad que entiendo que emos caminado sesenta leguas y más, porque ya emos entrado en el biaxe de las Fortunatas.

–Pues, ¿cuánto ay de la Isla de Corneria asta las Fortunatas?

–Entiendo que son quinientas y veinte y cuatro leguas, poco más a menos.

–Pues, ¿y con qué viento havíamos de ir allá?

–Con nornordeste –dixo el piloto– que nos hiciera torcer un tantico más al norte.

–¿Y este que llebamos es bueno para Ispalia?

–Vonísimo –dixo el marinero–, y si dura cuatro días, surgimos en España. Y aun antes, digo, si sopla así fresco como agora vienta; porque si no, vien son meneste[r] siete o ocho días.

–¿Tenemos de llegar <a> alguna isla?



–No, señor, a vista de dos o tres despobladas (por ser pequeñas y de ruin tierra) pasamos, pero no llegamos a ellas por razón de unos baxos.

Con esto, caminaron toda aquella mañana y muy vien, porque ventaba el biento con fuerça, que aquella parte siempre es agitada de los vientos. Mas hacia las nueve o diez del día, que ya con la fuerça del sol era menor la del biento, descubrió una bela el marinero, que vien a la bolina y torcido hazía su biaxe hacia aquella parte. Y, como la descubrió, en un momento, como un abe (que aunque era viexo era sueltísimo) suve por una de aquellas cuerdas arriba con grandísima presteça. Y, como Feridano le vio ir subiendo, dixo:

–¿Adónde bas tan deprisa, Fraseldo?

–Subo aquí a la gavia, que é visto una bela. Y voy lo uno a reconocerla y lo segundo a saver si viene sola.

–¡Pues, alto! ¡Alto sube!

Puesto, pues, el piloto en la gavia, dixo:

–No es más de una bela, señores, mas parécame africana, aunque no la diviso vien; solo echo de ber el campo de la bandera qu'es açul o morado, no diviso vien qué colores son.

Después, habiendo andado<sup>cdxxiii</sup> como otro cuarto de legua, divisó la bandera, que era açul, y en medio de ella traía una media luna y debaxo de ella una mano derecha estendidos los dedos, clara sinificación de la magnificencia según el costumbre y traça de los egipcios<sup>861</sup>. Y luego conoció ser la maona del turco o moro Farfarelo, que solía desde Zeuta y las costas de Tánger andar robando todas aquellas riberas; moro sagaz, astuto y gran pirata y, con esso, muy buen caballero aunque algo cruel. Y, así como la conoció y se acabó de certificar en la seña, dixo a aquellos caballeros:

–Aquella seña que trae aquella vadera, ilustrísimos señores, es la de Farfarelo, sagaz moro de África que anda robando todas estas costas. Y si vuestras grandeças

---

<sup>861</sup> Ap. marg.: «Pierio; Jerónimo Rusceli».

quieren que cambemos belas y tomemos la derrota un poco más hacia el norte, esta nuestra nao es muy ligera (y más que la que en el moro viene es una maona muy pesada), y así uyendo podremos escapar de sus manos; que muy cruel tirano es y si sabe que somos cristianos, a ninguno dejará a vida.

–Por bida de la bella Taurissa –dixo Feridano– que si no fuera por los muchos servicios que de ti emos recibido, que te echara de cabeça en essa mar <sup>[f. 144v]</sup>, Fraseldo. ¿Por gentes nos tenías tú al señor Ardoniso y a mí que havíamos de bolber las espaldas aunque fueran otros seis basos? ¡A, mi señora Esmerilda! Mándenos vuestra merced dar nuestras armas. Y tú, guía luego para allá la nao.

Como los vio enojados, Fraseldo no replicó más palabra, sino dijo:

–No se enojen vuestras grandeças, mi señores, que yo no lo decía por mal. Y vamos.

Y, con esto, contornando un tantico el leme, endereçó la proa y nariz de la nao derecha contra la maona, que también (aunque pereçosamente por traer el biento contrario) venía caminando contra ella. A la cual, como el capitán moro Farfarelo recon[o]ció y le pareció en la señal de la cruz que traía ser cristiana (que sabed qu’el mismo Farfarelo que havia dicho el piloto era, y conociole por ser muy nombrado y porque ningún moro ni cristiano traía aquella seña sino solo él en todo el Occidente), pues, alegre de haber topado caça, y caça tal, y tan hermosa pressa como parecía la nao, a todos sus caballeros (que cuarenta eran de pelea sin marineros, maestros y contra maestros y pilotos<sup>cdxxiv</sup> y grumetes y otros criados de servicio) les hiço este raçonamiento:

–Balerosos capitanes y soldados, fuertes columnas del maometano imperio, i[n]victos derramadores de la cristiana sangre<sup>862</sup> y dignos compañeros del amigo de Neptuno, Farfarelo, captibador de ponentino basos y atemorizador de los levantinos: tengo ya tanta esperiencia de la robusta fuerça de vuestros no domables vrazos y de lo que con la sangrienta espada suelen hacer vuestras diestras, que tengo por demás el

---

<sup>862</sup> **Ap. marg.:** «Alfonsus [...], 2ª parte». Quizá la apostilla haga referencia a la segunda parte de la *Estoria de España* de Alfonso X, en la que se cuenta la historia de los reyes bárbaros y góticos.

animaros, pues la turca sangre y ilustre cólera que en vuestros pechos se enciende y arde, aún a más balerosas victorias que no a estas os están probocando. Y vien me parece que os veo ya con la presa en la mano y con mucho contento estar repartiendo los despojos. Pues –para que venga a efeto, dice:–, ¡alarma, alarma! ¡Ánimo, a la batalla, que ya es tiempo!

Con esto, al son de una alta italiana y de un ronco atanvor se arman todos. Viniendo ya muy vien armados y puestos a borde aquellos caballeros, como a un tiro de jara poco más, vieron cómo en un esquife salataban tres o cuatro caballeros muy vien armados de unas armas pabonadas, los escudos con las mismas media luna y la dibisa de la mano avierta, con una letra que decía: «El que no tiene amigos». Lo cuales, como llegaron a trecho que podían ser oídos, uno de ellos dixo:

–Caballeros, los que venís en essa nao: Farfarelo, el gran capitán de la Mauritania y agora del África, Tánger y Ceuta, con todos los confines de Marruecos, por nosotros os envía a decir que si sois cristianos, con tal que no seáis basallos de[!] mal rey Ofrasio de España, que si os queréis dar a su prisión que os concederá la vida; donde no, que os animéis a la batalla y os defendáis. Y si sois infieles, que quitéis luego la seña cristiana que traéis en las banderas y paguéis y deis a mi señor la quinta de las mercancías que llebáis, pues anda por estas costas deshaciendo todas las armadas cristianas que os pueden estorbar vuestro viaxe.

–Andad, señores caballeros, a vuestro señor –dixo Feridano–, y decilde que vaya a la paz de Dios, que son muchas mensaxerías essas, que nosotros le responderemos con la espada.

Con esta respuesta se bolbieron los mensaxeros. Y luego mandó el baliente moro echar dos lanchas (aunque no muy grandes) al [a]gua, y en cada una d’ellas hizo poner ocho caballeros, quedándose dos docenas en la nao. Y luego mandó que aquellas la acometiesen por los lados y que la maona endereçase frente a frente para que así se pudiesse combatir con mayor facilidad.

Los dos buenos príncipes iban <sup>[f. 145r]</sup> muy bien armados y llebaban puesta sobre la cubierta la jareta, muy vien puesta y amarrada y con tal ingenio qu’el piloto la podía lebantar con mucha facilidad y presteça. Y ellos iban devaxo de jareta, puestos el uno al

borde derecho y el otro al izquierdo a poca distancia de proa, muy bien cubiertos de sus escudos y sus espadas desembainadas en las manos aguardando la determinación del enemigo; porque tenían intención de antes de salir de debaxo de jareta embiar a bolar dos docenas de aquellos perrigalgos<sup>863</sup> –que aún de aquel ingenio sabían poco, porque había muy poco que se había inventado, y algunos quieren dar la onra de la imbención a Fraseldo y dicen que fue aquella la segunda que ubo en el mundo; aunque después acá ya se á usado mucho en todas las armadas–.

Estando, pues, así, llegaron las dos lanchas a coserse y juntarse con los lados de la nao. Y començaron a suvir algunos caballeros, espantados de ver que ubiesse tan poca resistencia, que no beían en toda la nao sino solos dos caballeros armados. Y, puestos ya encima como diez o doce de aquella infame perrada, lebantando la jareta los trabucan y hacen caer abaxo y otros sobre cubierta, a los cuales con mucha facilidad dieron aquellos caballeros la muerte. Mas el capitán Farfarelo<sup>cdxxv</sup>, como vio lo que pasaba: «¡Cierra<sup>cdxxvi</sup>, cierra!», comiença a decir a boz herida. «¡Mueran, mueran los traidores! ¡Alá, Alá, Alá!», comiençan a gritar<sup>cdxxvii</sup> los de la nao y a suvir a ella por todas las partes que podían.

Y, aunque subían con mucho ánimo y presteça aquella turca gente, muchos de ellos ubo a los cuales pessó de ser tan ligeros, porque en los balerosos vrazos de aquellos caballeros allaban la muerte. Especialmente en Feridano, el cual tales golpes daba al enemigo que en diversas partes eran con mucha facilidad algunos de ellos dibididos. Aunque como eran tantos, y algunos de ellos balerosos y balientes, muy bien se defendían y aun ofendían de suerte a los dos compañeros que ya por muchas partes los traían heridos. Feridano y Ardoniso tenían puestos los pies sobre tabla de cuvierta por que ninguno pudiesse baxar avaxo, y estaban los dos espaldas con espaldas haciendo cosas dignas de eterna memoria.

---

<sup>863</sup> *perrigalgos*: Esta voz no se encuentra registrada en ninguno de los repertorios lexicográficos consultados; con todo, su aparición en documentos coetáneos nos permite saber que se trataba de un término despectivo con el que eran denominados los musulmanes y moriscos (*cf.* Miguel Herrero García. *Ideas de los españoles del siglo XVII*. Madrid. Gredos. 1966, pág. 564), tal y como puede apreciarse con claridad en este texto de Calderón de la Barca: «Yo soy un moro en cuclillas / que el diablo me hace cosquillas / cuando me quita que coma / el perrigalgo Mahoma / pernil de las Garrobillas» (Hannah E. Bergman. *Ramillote de entremeses y bailes: nuevamente recogido de los antiguos poetas de España*. Madrid. Castalia. 1970, pág. 102).

Especialmente Feridano, que tenía cuatro o seis<sup>cdxxviii</sup> balerosos caballeros delante, los cuales con tanta azeleración y prisa le herían que parecían los golpes ser más espesos que de menudo graniço cuando muy espessa y negra nube le despide; aunqu'él con mucha destreça reparaba unos, rebatía otros, aparta el cuerpo y cabeça a otros, y de tal manera se á con ellos qu'es muy poco lo que le herían. Mas él, cual encarniçado león metido entre banda de animossos lebreles, que al uno rompe el fuerte pecho, a otro quita y deshace medios mujos, abriéndole a otro las entrañas; y ellos, con todo esso, con generosos ánimos y restallar de dientes, con órrido son del sangriento regaño y ruido, acometen, asaltan, buelben, uyen, apártanse y tornan a buscar la pressa con deseo de acabar la caça. Y cual generosa águila combatida de dibersidás dealcones, neblís y sacres, que a uno con la presa despluma y abre y a otro con el corbo pico rompe el pecho, quitándole media ala a otro de un golpe<sup>cdxxix</sup>; y ellos dan graznidos, y cuál por lo alto, cuál al lado acude, cuál la turba y procura dibertir por el espalda, y ella con generoso buelo a todos los destroça y sobrepuxa; así andaba el baleroso Feridano metido entre aquella banda de enemigos.

Y, así, a uno que <sup>[f. 145v]</sup> era más animoso y á subido, un taxo le repara en el escudo. Y con una penetrante estocada le acude y yere de suerte por el pecho que, barrenado cual si de blanda cera fuera, la cruz del espada llegó al pecto, virtiendo por la herida un abundante arroyo de sangre; y por ella, embuelta en la sangre por ancha bena, el alma tanvién despide en un momento. Y, sacando la espada toda tinta y caldeada en la caliente sangre del muerto, entre los otros se lança con tanta ira y saña que casi ya furiosso, con la encendida cólera de Marte, iban desapoderados los golpes.

Hace una cosa acertada Nictemeno: que no pone la fiereça de los golpes, por que no diga alguno que aunque fuera el braço de acero y la espada labrada en el infierno, y las armas de papel y los hombres de cera, y estuvieran atados de pies en manos, no fueran los golpes así fuertes y rasgados. Porque es cierto verdad, como lo es qu'el cielo está constante y no se muebe, que ubo algunos de aquellos moros a los cuales de un taxo rasgado acertado sobre un o[m]bro estaba[n] al segundo<sup>cdxxx</sup> como rayo<sup>cdxxxii</sup> dividido en dos partes; y otros, descubiertas y palpitando las entrañas, estaban tendidos y muertos sobre cubierta. A cuántos undió los almetes y caxcos de las cabeças; a

cuántos de un puntillazo undió la tabla del pecto dentro el pecho y a cuántos hiço a coces bomitar la yel por la boca y, embuelta en aquel amargor, la triste vida.

A uno –dice Nictemeno– (mas no os lo quiero decir...) me dixeran testigos fideindignos que, porque l'estorbaba el passo para ir siguiendo a cinco o seis que le reían, le dio un puntillazo tan furioso que, enviándole a bolar por sobre borde, le hiço caer ya medio muerto del porraço en su propia nao junto al mástil de en medio. Escribo estas cossas –dice Nictemeno– y los que después lo leyeren deciros an dos por tres, como decís, que no fue [a]ssí, y aun dirán de puja: «¡Y qué grandísima mentira!». Beis aquí la causa por que no lo quiero escribir y por qué callo los furiosos golpes de Feridano.

Al fin, persona por persona, se vienen a encontrar en medio de la nao Farfarelo y Feridano. Y cual zerdosos jabalís qu'el celo trae furiosos (que habiendo topado los menores con blanco colmillo los á esparcido y desparramado), y, de que se llegan a ber los dos competidores, erceando<sup>†</sup> el corro y tascando un colmillo con otro, con furia y rabia estraña apartan los qu'están en medio. Y, cuando con sagrientos ojos se miran, bufan y braman y, puestos testera<sup>cdxxxii</sup> con testera, apresuran el paso para se herir y despedaçar (haciendo estar parado y atónito a lo restante de la manada solo para ber en qué para el debate), y ellos con agudo colmillo buscan el lado enemigo en que hacer pressa y bien; así Feridano y Farfarelo, cuando en medio de la nao se toparon, cuviertos de sus escudos y en muy buena postura y con estraño coraxe se acometen.

Y, a los dos primeros encuentros o golpes de espada que sobre las cabeças y escudos se dieron, se hicieron el debido comedimiento, juntando los barberones con los pectos y sintiendo las golás. Con la fuerça créceles la ira y el coraxe y tornan a redoblar los segundos golpes, sintiendo ya cada uno la fuerça del contrario braço, la saña y ira con que cada uno estaba.

Jamás se bieron dos contrarios vientos en negro torbellino, que polboroso remolino están lebantando, que con tanta fuerça entre sí resistan con cuanta estos dos caballeros el uno al otro resistían; jugando tan gallardamente las armas cual si en empaliçada o avierto campo, a bista de muchedumbre de pueblo, estuvieran con armas de solo juego exercitándose.

Guárdanse los tiempos, doblan <sup>[f. 146r]</sup> a su tiempo los furiosos golpes, mueben a compás el braço y el atentado passo que más combiene; cuál hace por perder la estocada y cuál que sea en bacío el furiosso taxo. Andan d'esta manera un buen rato, al cabo del cual se comiençan a matiçar de roxa sangre y bese por las heridas derramarse de ellas abundancia por ancha bena. Y entonces, bien como enseñados elefantes al mosto de moras (que viendo la sangre derramada más se encoleriçan, arden y azeleran, procurando la bengança), así estos dos caballeros con más furia que asta entonces comiençan a herirse de tan furiosos golpes que del retiñir de las heridas armas el eco iba tumbando por las ondas, aciendo la correspondencia en los sólidos cuerpos que topaba.

Rómpense los arneses, raxan los escudos, avren las fuertes lorigas y hacen pedaços las carnes, rompiéndolas asta casi el blanco güesso, al cual aun algunas beces no perdonan. Con todo esto, los balerosos caballeros no desmayan, antes andaban con más furia y ardimiento. Y, así, metiendo Farfarelo el pie derecho, cubierto con un pedaço de escudo que le havía quedado, un altibaxo tira a Feridano tan furioso que la espada venía zurciendo por el aire; recoge el golpe el diestro caballero en el escudo y espada y, con todo esso, le dexó casi atronada la cabeça. Mas buélbele luego la respuesta, echando el escudo a las espaldas y tomando el espada a dos manos...

¡A, Dios! ¿Calleré o direlo? ¿Dexarlo é o contaré un golpe, el más furioso y estraño que jamás se á oído? Mas quiérollo callar por no abatir el echo y no decir que baxaba el espada tan furiosa cual suele baxar el encendido rayo d'espessa nube, y más qu'el fuerte martillo del cíclope que en caliente herrería la está forjando. El cual yere al caballero en el escudo y espada tan furiosamente que dibidido el escudo en dos partes también le hiço la espada dos pedaços<sup>cdxxxiii</sup>. Y, dándole aunque de llano sobre la cabeça, fue tan estraño el golpe que aturdido dio con él en tierra, entendiendo los que lo miraban que le había endido por medio.

Mas como el buen Feridano le desenlaçasse el yelmo para cortarle la cabeça, ya entonces bolbía en sí Farfarelo y, como era buen caballero y vio tan propincua su muerte, con muy buen término y comedimiento le dixo:

–Suplícoos, señor caballero, me otorguéis la vida, que desde luego yo me doy por vuestro rendido. Y esto no lo hago por vibir, que vien sé qu'estoy de suerte que á de

ser mi vida muy poca, mas solo lo hago por gozar antes que muera del amistad de un tan buen caballero. Y también por enmendarme y arrepentirme de las ofensas y delitos que contra Dios é cometido andando<sup>cdxxxiv</sup> echo pirata y, dexando la maldita seta de Mahoma, convertirme a la fe de Jesucristo, en la cual prometo vivir y morir el tiempo que de vida me restare.

Luego el buen Feridano le otorgó la vida y le ayudó a levantar del suelo. Y él hizo señas a todos sus compañeros y los que con él venían que estuviesen quedos y no moviesen más las armas (que aún se andaba <sup>[f. 146v]</sup> embuelto Ardoniso con algunos de ellos); con esto, la carraca de Farfanelo<sup>cdxxxv</sup> quedó rendida. Y, así, poniendo en concierto todas las cosas necesarias, habiendo pasado a la nao de los príncipes algunos caballeros y marineros cristianos que en la carraca de Farfanelo venían cautivos, hicieron Feridano y Ardoniso capitán de la carraca a un muy buen caballero italiano cristiano llamado Mario, dexando en ella la gente que les pareció convenir para su seguridad. Y, con esto, habiendo puesto en todo el orden que convenía, se fueron a curar, dejando al nuevo Farfanelo catecúmeno a curar en su propia nao.

Y, con esto, enderezando las proas a España, levantaron todas velas, llevando un poquito tiradas las escotas al sudeste. Y, con esto, cambadas a aquella parte un poquito las velas, comenzaron con próspero viento a hacer su viaje.

### **Capítulo 13. De cómo Feridano y Ardoniso llegaron a España y de lo que en ella les sucedió.**

Alcanzada la victoria y con muy próspero tiempo, aunque muy heridos, iban caminando aquellos caballeros la vuelta de España, habiéndolos curado y hecho mucho regalo Esmerilda, y teniendo particular cuenta con su salud y con la de Farfanelo, que era el que más herido iba y aun tenía dos o tres heridas de las cuales aún llevaba temor Esmerilda; porque la una a lo menos que tenía en un lado, que era una estocada que le pasaba aunque algo al soslayo de banda a banda, la tenía por penetrante y peligrosa. Y, con esto, llevaba mucho cuidado de aplicarle los medicamentos que más le parecía convenir.



Así anduvieron cuatro días, mudándoseles el viento y, por esto, caminando mucho menos por ir a orza y rebotando por serles casi el viento contrario. Y así anduvieron todo este tiempo, sin andar más que veinte o venticinco leguas de donde había sido la refriega y naval batalla. Al fin, al piloto le pareció que convenía según el viento de tocer la proa y ir caminando a otro puerto, que era al que entonces llamaban Agustano y agora llaman el Gran Puerto de Santa María. Y, así, enderezó para allá, lo cual le fue causa de que llebase más en popa el viento, con lo cual comenzaron a caminar más y con menos pesadumbre.

Otro día que iban caminando hacia el Gran Puerto, vieron en alta mar una fragata que iba caminando a todas velas hacia Verivería, y luego fue conocida por aquellos caballeros cristianos. Y luego se determinaron de la seguir por ver si la podían catibar, porque ella venía de suerte que no les podía uír la caça por razón de venir caminando para donde ellos venían. Y, así, habiendo puesto en prisión aquellos caballeros cristianos a los moros como es costumbre, entre tanto que se beía el fin de la batalla, comiençan a seguir la fragata que pensó escapárseles uyendo. Y, así, índola siguiendo más de dos leguas, dándole algunos alcances, al fin, de un trabuco que de la carraca turca soltaron les troncaron y derribaron el mástil, con lo cual les fue muy fácil el dalles alcance. Y con derramamiento de poca sangre rindieron la fragata, porque no iban en ella más de diez ladrones moros que andaban corriendo aquellas costas, hurtando el <sup>[f. 147r]</sup> ganado y pastores que podían.

Mas, como entraron aquellos caballeros a hacer cala y cata de lo que en la fragata venía, allaron devaxo de cubierta haciendo mucho sentimiento tres damas hermosísimas en extremo y muy bien adereçadas; la una de ellas junto a sí tenía una doncelita de asta siete años, hermosísima criatura en extremo. Y, como uno de los caballeros reparasse un poquito en ello, conoció luego a la de más edad: que sabed que era la hermosa y discreta duquesa Camilina y, las otras dos, la una era Suranisa su prima y la otra era otra deuda suya llama Ornasina, y la niña era hija de la duquesa Camilina; la cual era casada con un muy buen caballero español llamado Gastoncrio y era suyo el Gran Puerto. Y el duque su marido estaba con el rey en Ispalia, y ella, habiéndose quedado en su ciudad, la habían cautibado por una traición, como después sabréis.

Pues, como el caballero español la conoció, habiéndole echo el debido comedimiento le preguntó la causa por que así su señora venía y cómo había sido cautibada. Ella le dixo que, estándose olgando en el puerto, aquellos moros habían llegado en hábito de villanos pescadores de la tierra y le havían dicho si quería ber un mostruoso pez que havían presso. Y que ella, no mirando en el cauteloso engaño, había ido a la fragata y que, cuando las tuvieron dentro, lebantando belas se havían aparatado del puerto, y que con esta maña y traición las havían cautibado.

Entonces Mario Italiano, a los cosarios, que habían sido cuatro, sin redención ninguna los hiço echar a fondo por la traición que havían usado. Y a los demás hiço poner en cadena, libertando a otros dos o tres pastores que en la nao benían cautibos y dos pobres mugeres de allí del puerto que tanvién con traición y maña habían engañado. Y hiço pasar a la duquesa a la nao de aquellos príncipes.

Y, como la duquesa entró en el aposento, luego fue conocida de Ardoniso, que su principado de las altas sierras de Moncayo y el estado de la duquesa confinaban, y así el uno al otro se havían visto y hablado muchas beces. Y aun la Fama parlera decía que siendo la duquesa recién casada y Ardoniso muy moço se havían mirado con muy buenos y tiernos ojos, y aun algunos maliciosos decían que urtaban sus ciertos ratos para hablar a solas. Mas Nictemeno nada d'esto cree, qu'es buen honvre; mas en otro autor antiguo me acuerdo haber leído que Camiliana la Vella, hija de la duquesa Camilina, parecía algo a Ardoniso, y no sé que más se murmuraba. Mas todo devió de ser falso, que era la duquesa muy principal y excelente princesa y Ardoniso era muy moço. Sea lo que fuere, lo que pasó fue que como Ardoniso la bio, algo turbado de berla allí, le dixo:

—¿Qu'es esto, excelentíssima señora, y quién á traído a vuestra señoría a esta nao?

—Mi bentura, príncipe —dicen que respondió la duquesa—, que no se cansa de mostrarme los altibaxos de sus barias mudanças. Mas ¿cómo estáis? ¡Que me parece que estáis muy herido!

–Respecto de las heridas que est’alma recibió de vuestra soberana mano, las que agora padezco del cuerpo son <sup>[f. 147v]</sup>, mi señora, tan pequeñas qu’es vien que por ningunas se estimen.

–Dejaos ya de esso, príncipe –dicen que respondió la duquessa–, y respondeme cómo os ba de salud, que de lo demás ya me parece que la bella Belisandra nos á quitado la posesión a todas las que de bos pensábamos tener alguna.

–A lo primero, mi señora, respondo<sup>cdxxxvi</sup> que ya me siento muy mexor y que mis heridas no son nada, sino que si fuese menester podría tornar a tomar armas luego. Y a lo segundo, mi señora, confieso el dominio que mi señora Velisandra de mi alma tiene, mas con esso no niego la obligación que a servir a vuestra señoría siempre tube y tengo, con la cual estoy tan prendido a vuestro soberano servicio como siempre.

–¡O, Ardoniso! –dixo al duquesa–. ¡Y cómo es menester mucho azíbar de onestidad para librasse del dulcecillo que vuestras regaladas palabras prometen! Dejame hablar al príncipe Feridano vuestro compañero y a estos caballeros, que luego me vendré a hablar con vos un ratillo de lo que por mí á pasado desde que no nos bimos.

Con esto, pasó la duquesa a hablar a Feridano, hablándose con aquella cortesanía y criança que a tales príncipes combenía. Y Ardonisso, tomando en los braços a la hermosa niña Camiliana, dicen que tanto se olgó con ella y tanto amor le mostró que, de bello, dicen que se esforçaba y le crecían las alas a la parlera Fama para decir lo que queda dicho que decía. Mas el niño Mexiano cuando llegó a hablar a la duquessa le habló con tanto resposo y magestad qu’ella se le estaba mirando, considerando en él un gran príncipe y espantada de ber tanta cordura y pesso en tan tierna edad y pocos años. Mas de lo que aquellos príncipes gustaron mucho fue de ber con la grabedad y cortesanía con que el niño Doncel de la Esperança y la bella niña Camiliana se recibieron, que cierto fue un gracioso entremés (aunque tiempo vino en que para alguna fue áspera y desabrida comedia...).

Las dos hermosas pastoras Esmerilda y Libertina recibieron a la duquessa y a sus compañeras estremadamente de vien, haciéndoles particular regalo. En este medio se pusieron en concierto todas las cosas que eran menester en todos tres basos, puniéndolas en concierto Mario Italiano, que hombre era de grandísima discreción y prudencia, y

aún era más sagaz que capitán baliente. Y muchas beces, haviendo alcançado alguna bitoria por sus mañas y estraña sagacidad, solía decir que los balerosos y antiguos moradores de Lacedemonia<sup>864</sup> tenían por costumbre que cuando algún valiente capitán, siguiendo la banda del riguroso Marte airado, había alcançado alguna bitoria siendo derramador de la sangre enemiga en campo abierto, se le ofrecía a Marte un gallo solo; mas cuando con sagacidad y astucia era el bando contrario vencido, qu'entonces un hermoso toro ofrecían a Marte<sup>865</sup>, manifestando por esto cuánto más era digna de loa la vitoria alcançada con maña que la que era solo robustidad y fuerça.

Y esto mismo (decía él) quiso dar a entender el poeta griego Omero cuando hizo que fuesen dadas las armas de Aquiles a Ulixes (siéndole negadas al baliente Áyax), y aun decía qu'esto era el pintar a Hércules con la claba en la mano mas con mil cadenas en la boca de las cuales llebaba muchos presos<sup>866</sup>. Y lo mismo sinificó y bien aquel autor que trató de las fuerças de Milón y del esfuerço del César<sup>867</sup>, y lo de aquellos dos soldados <sup>[f. 148r]</sup> a los cuales les fue mandado arrancar la cola del caballo, el cual con maña venció quitándola cabello a cabello al que con fuerça pretendía quitalla toda junta. Y esto fue lo que quisieron sinificar los antiguos haciendo a Palas, qu'es Mierba, diosa de las armas, a quien daban dominio sobre Marte y Belona<sup>868</sup>. Y esto mismo fue la bitoria que ubo Mercurio de Medusa, a quien el escudo prestó Palas y ella tomó por armas la cabeça que Mercurio havía ganado. Lo mismo representó el caballo Pegasso y el sustentar sobre sus ombros Atalante el cielo, el cual después encomendó a Ércules. Y aquella costumbre que tenían los romanos de no salir a las batallas sin consentimiento del sumo sacerdote o pontífice de Marte<sup>869</sup>, como consta en aquel exemplo de Metilo cuando estorbó a Postumio cónsul que no saliesse a la batalla que contra África iba asta que ubiesse sacrificado al dios Marte, a quien Postumio obedeció.

---

<sup>864</sup> **Ap. marg.:** «Plutarcus; Tito Libius».

<sup>865</sup> **Ap. marg.:** «.n.»

<sup>866</sup> **Ap. marg.:** «Homero»; «Alciatus».

<sup>867</sup> **Ap. marg.:** «Juan de Mena».

<sup>868</sup> **Ap. marg.:** «Ouidio; Marcus Varro.».

<sup>869</sup> **Ap. marg.:** «Valerio».

Al fin, (decía él) siempre á de ser más estimado el esfuerço que la fuerça, el consexo que la robustidad, la maña que la biolencia, la raçón qu'el poder; pues lo uno tenemos común con las bestias y lo otro con los ángeles y santos espíritus. Y, así, presumía más de capitán de destreça y consejo que de robustidad ni fuerças. Este, pues, concertó y muy vien aquellos tres basos, puniendo en la fragata un caballero onrado y baleroso balenciano por capitán. Y, con esto, venían caminando la buelta de España.

Haviendo la duquesa descansado ya un rato y olgádosse con aquellas hermosas pastoras, y sabido de ellas toda la istoria de la bella Velisandra y de la gallarda Taurissa, aunque del Doncel de la Esperança nada dixeron (sino solo que por una estraña aventura havía sido allado en la Isla de Corneria y que, así, en ella le havían criado aquellas princesas); mas espantada estaba la duquesa de ber la mucha hermosura y discreción del doncel y, así, de ordinario andaba parlando con él, preguntándole muchas cosas a las cuales el doncel respondía, satisfaciéndole a todas ellas con estraña discreción y preteça.

Mas como sea cosa natural juntarse los iguales y semejantes, aquellas dos pastoras començaron a hablar con la hermosa Suranisa y Ornasina, y el Doncel de la Esperança con la niña Camiliana, y la duquesa se fue a hablar un rato con Ardoniso. Que no era tan mentirosa la Fama, que ya que no en tondo en algo decía verdad de los pasados amores. La dificultad está en que algunos (y aun los más) dicen que fueron antes que fuesse casada, y otros dicen que duraron aun después de haberlo sido. Nictemeno, qu'es un maliciosso, apunta una cosa delgada, y dice que la niña Camiliana era muy hermosa y crecida y que se havía criado muy robustica y sana, y dice él: «Y espántome, porque nació sin días y aun casi antes que entrasse en los siete messes, a lo menos a la cuenta del duque». Es un maliciosso, no hagáis caso de lo que dice, que común opinión fue salbo de su madre que la niña era sietemesina...

Al fin, sentada en unas almoadas de brocado la duquesa Camilina, con alguna ternura tomando la blanca mano de Ardoniso, dijo:

—¡A, príncipe! ¿Cuánto á que no nos habemos visto? ¡O, si supiéssedes los trabaxos y desavrimientos que desde que no os bi é padecido! ¡Cuántos ratos desabridos! ¡Las beces que tengo pesada a lágrimas vuestra ausencia! ¡Y cuántos tormentos esta alma a vuestra ocasión á llebado y lleba! Que, al fin, Ardoniso mío —dixo

la duquesa—, vien decimos las españolas que «el amor primero tarde o jamás se olvida». Y más uno tan berdadero y tierno como el qu'esta (que a pesar de la adversa fortuna es buestra) os tubo, pues no me podéis negar que fui una de las que bien supieron amaros del mundo.

—Aora, mi señora Camilina —dixo Ardoniso—, no renobemos llagas viexas, que «quien vien sabe amar jamás sabe aborrecer», porque «quien vien ama tarde olvida». Y, pues vuestra señoría quiso tomar estado sabiendo cuán contra mi boluntad era (que ninguna cosa había más repugnante a mi contento), no sé cómo puede vuestra señoría defender su amor ni librarle de mucha frialdad y aun aborrecimiento.

—¿Y cómo, Ardoniso? —dixo la duquesa—. ¿Yo no os lo escribí y dixé que no haría sino lo que bos me mandásedes, porque yo era niña y no sabía lo que me había de hacer? ¿Y bos mismo no me respondistes que gustábades de que me casase porque se remediasen algunos incombinientes? Que aun agora os lo podría yo mostrar firmado de vuestro nombre.

—Bien sabe vuestra señoría —dixo Ardoniso a la duquesa— que pocos días antes que yo escribiesse essa carta, estando con vuestra señoría en la torre del romano, junto a la piedra del asiento del gran rey de las gentes, sentada vuestra señoría en un poyo de piedra que en el cóncabo de la cueba del milagro mayor estaba, tiniendo yo a vuestra señoría esta misma blanca mano me inqué de rodillas y, besándosela y aun regándola con mis lágrimas, le dixé: «Mi bien, mi alma, mi luz, dulce esposa mía, mis ojos, mi contento y mi alegría, pídoté mi vien, por los dulcísimos y tiernos amores que emos tenido y por bida de aquel ángel que sin su culpa padece, que por ninguna ocasión [o] causa, aunque sea la más áspera que se pu<e>da imaginar, mi vien, no me dexes. Y antes, lumbre mía, me bea yo muerto cien mil beces a puñaladas que berte a ti en poder ageno».

Y vuestra señoría acuérdesé que me respondió: «Lebántate, mi niño y mi contento, y no estés así, por vida mía. Mira que me matas, lumbre mía, ¿y esso que tienes tú que pedírmelo? Que antes plegue a Dios me vea yo muerta o aogada que pensar esso, cuanto más hacerlo. No, mis ojos, no te quiero yo de essa manera. Testigo me sea el suelo, testigo este aire que nos rodea y testigo el cielo, testigos estos postes y

paredes, y si algunos muertos están en este sitio, sean testigos, los ángeles lo sean y el mismo Dios, que aquí está presente, de que jamás te olvidaré, Ardoniso mío». Y lo que más pasamos –dixo Ardoniso– vien lo sabe vuestra señoría<sup>cdxxxvii</sup>, que no tengo y para qué reducillo a la memoria.

–Todo esso es verdad –dío la duquessa–, que yo dixé essas palabras y aun otras más tiernas diría, que amor regía y gobernaba entonces esta triste lengua. Mas, por bida vuestra, que tubistes bos mucha culpa en mostrar que gustáades de mi casamiento. ¡Ay –dixo con un interior suspiro la duquessa–, que yo engañeme! Que donde pensé allar puerto allé tormenta y por me escapar de la ceniza di en las vrasas; pensé uír de Sila y di en Caribdis, que vien agena de lo que agora es traçaba yo mi bida.

–¿Yo no se lo dixé a vuestra señoría cien mil b[e]ces? –dixo Ardoniso–. ¿No le dixé: «mira, mi alma, que no allarás a Ardoniso en otra parte; mira que se pasarás las flores de los primeros años de tu casamiento<sup>cdxxxviii</sup> y luego te será martirio eterno; mira que no ay peor galera en el mundo ni más penosa cárcel ni mazmorra que un casamiento cuando no es a gusto; mira que no ay más endiablada ni encarnizada discordia que la de los malcasados; mira qu'es un martirio prolongado, una vida llena de tormentos, una muerte cierta y larga, cárcel perpetua, empocamiento de contentos, purgatorio presente y aun infierno d'esta vida; mira que no ay cosa más enojosa que suxeción a quien aborrezco, ni ay <sup>[f. 149r]</sup> más penoso ni pesado remo que los contentos o gustos con el enoxoso marido al cual aborrezco»?

¡Cuántas beces medio des[e]sperado de la rabiosa pasión de los celos dixé a vuestra señoría o plegué a dios Amor que: «así lo ordenes, que esos gustos que agora mi cruel Camilina goça, los cuales para mí son tan áspero infierno, algún día azíbar se le buelban»! Y cuántas veces, señora mía, aun estándome yo en amor desecho bolbíades la vriosa cabeça y lebantádoos del asiento o lugar donde los dos estábamos, con un airoso y desamorado vrío me decíades: «Adiós, Ardoniso, que me boy a los vrazos de mi esposso». ¿Era esta vida, era este amor, era término que aun una cruel tigre usara? Diga vuestra señoría, ¿en qué ley cabía este menosprecio haviéndome tenido en precio antes a

mí, señora Camilina? Que, al fin, la muger cruel eslo de veras, y vien sé que quien dixo «muger» quiso decir «mudança»<sup>870</sup>.

Con esto, bolbiendo los ojos Ardoniso, vio los de la duquesa llenos de lágrimas. Y, con esto, por no le dar pena calló y aun se arrepintió de lo que había dicho, que vien vio que había estado poco cortesano y que no se á de dar aflicción al afligido. Y así tornó a decir:

–Aunque vien beo que tubo vuestra señoría mucha ocasión de hacer lo que hiço y que yo tengo la principal culpa de lo sucedido, y que hiço vuestra señoría<sup>cdxxxix</sup> todo lo que pudo por hacerme merced. Y, así, reconciendo esto, en cualquier estado que esté vuestra señoría seré tan suyo como siempre, que en esto jamás en mí habrá mudança, y vien entiendo que asta la muerte á de ser imposible curarse la llaga ni aplacarse el fuego que Amor puso en este corazón y alma al servicio de vuestra señoría rendidos.

–Aora vien, ¡calla, calla, Ardoniso! Que de solo esto os certifico: que si herré contra Amor en lo que hice, que se á sabido el traidor vengar de mí muy a su contento. Y que, para haber sido la culpa de ignorancia, que á sido muy cruel y excesiba la pena, pues no solo padezco la de daño con buestra ausencia, mas aun la de sentido me hace padecer con presencia agena para mí, más que la muerte aborrecible.

Estando ellos en esto, entraron trabados de las manos el Doncel de la Esperança y la hermosa niña Camiliana, vi[ni]endo el uno y el otro tan compuestos y vriosos que vien daban a entender que aquella compañía de la naturaleza perfecta acarrea un no sé qué de vrío y de contentamiento, dando cierta loçanía así al un consorte como al otro. Lo cual aun en los animales, abes y pescados y plantas se puede echar de ber<sup>871</sup>, pues sabemos cuán más vriosos andan en sus tiempos los animales, cómo se esfuerçan a cantar los paxaritos y cómo aceleran<sup>cdxli</sup> el curso y el nado los pescados, y aun cómo se secan algunas plantas y no dan fruto si les quitan<sup>cdxli</sup> el consorte, como tinéndole reberdecen y dan hermosas flores y frutos.

---

<sup>870</sup> **Ap. marg.:** «m. D. R». Ignoramos el significado de esta abreviatura.

<sup>871</sup> **Ap. marg.:** «Aristoteles, Plinio».



Llegaron, pues, los dos y, como cerca estuvieron de la cama de Ardonisso, la niña, dejando la mano del Doncel, se bolbió a él rostro a rostro y con una muy agraciada reverencia se despidió d'él. Tornando con la misma sobre la mano izquierda, hizo otra un poco más profunda a su madre y a Ardoniso y, así, se llegó a sentar junto a su madre, quedando el Doncel de la Esperança, después de haber echo una reberencia doble, con el un pie y con el otro arrimado así a la cama que parecía estar sentado aunque no del todo.

Estubieron en muy buena combersación con los niños, porque el uno y el otro eran dotados de acutísimos ingenios, y así tenían unas agudeças y prestas respuestas que hacían ser muy agradable su converación. Y con esto pasaron tiempo, un rato, asta que Feridano envió a llamar los niños porque deseaba oírlos hablar, porque ya havia <sup>[f. 149v]</sup> como diez o doce oras qu'estaban en la nao. Con lo cual la duquesa los embió a que fuessen adonde el príncipe Feridano estaba, y ella se quedó parlando en sus negocios con Ardoniso, que asadas que tenían vien que hablar aunque les durara la conversación quince días [...]<sup>cdxlii</sup>. Feridano iba ablando con aquellos angelitos, que iban echos una sal.

En este tiempo se començó a lebrantar un fresco viento de trabesía y algo más recio de lo que los marineros quisieran, aunque no causó en la mar tormenta, solo era la brabeça y fuerça con que el biento soplabá, que vino a ser tanta que les fue imposible tomar puerto en el Andalucía, sino que ubieron de venir a tomar puerto a Ulisipona, ciudad principal en Portugal (en la cual la hermosísima Irene era reina de Portugal, casada con Luciopoldo, hermano de Armodio, emperador de Constantinopla y romanos, estremado de vuen caballero y grandísimo ospedador de caballeros andantes, y uno de los que vien supieron tratar amores del mundo, que muchos trabaxos padeció por la hermosísima Irene asta que la ubo por muxer).

A esta ciudad y puerto ubieron de surgir la nao, la carraca o maona y la fragata un sábado, serían como las tres de la tarde, andando ya algo alborotado el mar por causa de la demasiada fuerça del viento. Y, así, haciendo la salba ordinaria al castillo, y tocando un clarinete estremadamente Fraseldo desde la gabia principal de la nao, tomaron puerto, arrojando las áncoras al agua; causando mucha admiración la

hermosura de la nao a todos los que la vieron entrar en el puerto, que sin dificultad la juzgaban por la más hermosa que jamás ubiesse surcado aquellas riberas.

Luego llegó el gobernador del puerto a saber qué gente era la que en los bassos o nabíos venía y, entendiendo que eran caballeros andantes que aquellas dos naos habían ganado a moros y qu'el uno dixo llamarse el caballero de Taurisa y el otro de Belisandra, entendiendo que no querían ser conocidos mas que de aquella manera que se declaraban, sabiendo que eran cristianos, se tornó luego a tierra, avisando al rey de la gente que era la que en el puerto había surgido. El cual mandó al corregidor se les hiciesse muy buen acogimiento, dándoles muy buenas posadas y todo lo que ubiessen menester sin que se les llebasse nada, sino que de las rentas reales se pagasse todo. Con esto bolbió el gobarnador en una lancha, diciendo a aquellos caballeros lo que el rey le había mandado, a lo cual Feridano respondió:

–Decid, señor gobernador, a su grandeça, que vesamos sus reales manos muchas beces por tanta merced como se nos hace. Y que, pues su grandeça gusta de ello, que saltaremos en tierra por causa que á ya muchos días que andamos por mar y alguna gente que viene con nosotros viene fatigada de las mareas.

Y, con esto, echando el batel mayor de la nao se pusieron en él Feridano y Ardoniso y el Doncel de la Esperança, y la duquesa y su hija y sus dos primas, y Esmerilda y Libertina y Farfanelo (que ya se lebantaba, aunque aún no estaba bien sano de sus heridas), y otros dos <sup>[f. 150r]</sup> caballeros españoles que en aquella nao venían, el uno llamado Triceldo y el otro Barcado. Estos llegaron a saltar en la ribera, en la cual ya había puesto Fraseldo caballos para aquellos príncipes y acaneas para aquellas damas, todos con estremados jaeces.

Puestos, pues, en la rivera, se pusieron con este concierto: Feridano y Ardonisso llebaban en medio a la duquesa, la cual iba vestida de vrocado verde y oro (que muchos días había que sabía que era Ardoniso <a> aquel color aficionado) y el acanea blanca con el paramento de la misma manera; luego el brabo moro Farfanelo traía de rienda a la hermosa Suranisa, que allá en la nao se habían hablado no sé qué beces y parecía que se habían cobrado un poco de afición; luego los otros dos caballeros traían de rienda a Esmerilda y a Libertina; delante de todos iban Ornasina, que aún era moça, y la hermosa

Camiliana, y llebaban en medio al Doncel de la Esperança. Ellas iban vestidas de vrocado blanco alcachofado de alcachofas de perlas orientales, con capotillos y sombreros todo lo vien adereçados del mundo, con muchas plumas muy hermosas, y a los cuellos sendas bandas de red oro con<sup>cdxliii</sup> hermosos joyeles por colgantes; iban en sendas acaneas más blancas que la no pisada niebe de alto puerto.

El Doncel de la Esperança iba en un caballaço negro fortísimo y que se pisaba estremadamente, con todo el jaez de brocado negro alcachofado de alcachofas de plata tirada, orladas de hermosas puntas de diamantes. Llebaba unos borceguillexos marroquíes de aquellos mismos colores, todos sembrados de bariedad de hermosas perlas; veíansele debaxo unas calcetas de aguja de seda blanca de estremado punto y el grigiesco, que era de aquel brocado del cual tanvién lo era la ropilla y galdrés y morrioncillo; llebando fuera unas mangas de un jubón de brocado blanco todo abotonado de unos botones de fínisimos zafiros muy vien guarnecidos, de echura de bellotexos muy naturales, tiniendo el esmalte del pie verde.

Llebaba al cuello una banda de red de plata y verde, y por colgante llebaba una hermosísima efigie de la Esperança echa de una esmeralda verde (de aquella echura que la suelen pintar los antiguos), pieça muy hermosa y admirablemente labrada. Iba muy vien puesto a caballo, y con tanta gala y hermosa postura que vien mostraba ser uno de los que mexor se ponían a caballo en el mundo. Y como llebaba el bonetillo o morrión así encaxado a lo brabo sobre la frente, y él era tan hermoso que cierto era el extremo de la hermosura, parecía propiamente ángel del cielo en figura humana. Las damas iban todas con reboços y los caballeros, caladas las biseras por no ser conocidos.

Con este concierto fueron por el arenal de la ribera, mirando el grande y hermoso edificio de la ciudad, aquellos lebandados y anchos muros tan probeídos de blancas y hermosas almenas, ventanas<sup>cdxliiv</sup>, puertas de sobervias portadas con las armas <y> insignias de los reyes <sup>[f. 150v]</sup>, tantos chapiteles en las altas torres que toda la ciudad herloseaban; la cual estaba poblada de tantos y tan sobervios edificios. Y Ardoniso dixo a la duquesa:

—¿Qué le parece a vuestra señoría d'esta ciudad?

–Por cierto, muy bien –dijo la duquesa–, y que me parece una de las hermosas que tiene el mundo.

–Bien lo puede decir vuestra señoría, que cierto yo entiendo ser una de las mejores de toda Europa y más probeída de ilustre vecindad y nobleça de moradores.

Como començaron a entrar por la puerta de la ciudad y algunos caballeros moços cortesanos vieron el rico adereço y hermoso garbo de las damas, luego començaron a hacer mal a sus caballos con tantas galanterías y [d]esgarros que no se podían tener de risa aquellos príncipes. Especialmente cuando la duquesa, que era graciosísima estrañamente, lebandando un poquito el reboço les dixo allá en su lengua portuguesa y muy zerrada, con mucha sal: «Vayan vuestras mercedes, señores hidalgos, y hágannos lugar con sus caballos, que mucho descansan mis ojos con tan hermosa vista».

Allí fue cosa graciosa lo que pasaba, especialmente otros fidalgos que puestas las espadas muy a lo galán y de lebante, cubiertos los rostros con las capas o capuces, daban paseos haciendo graciosísimos mobimientos con los ojos y con el rostro, mostrándose *multo galantes e enamorados*. D’esta manera, muy mirados y acompañados de toda aquella hermosa compañía, llegaron a la posada, en la cual fueron recibidos con mucho amor y comedimiento. Y, habiéndose apeado aquellos príncipes y damas y dado y puesto orden en todas las cosas, la buena duquesa dixo a Ardoniso, entando solos:

–Mi Ardoniso, hazeme placer, por vida vuestra, que me probeéis de algunas criadas y paxes; porque, como beis, mis primas y yo tenemos de ello suma necesidad. Y vendé de esos perros moros de servicio, y a los caballeros que os pareciere, mi señor, dadles libertad y aquella fragata en que se bayan. Y las dos naos probeeldas de pilotos y oficiales cristianos y no quede en ellas sino dos o tres esclabos de servicio.

–Mucha merced me hace vuestra señoría –dixo Ardonisso– en declararme su boluntad. Y, así, yo prometo a vuestras señoría de lo hacer todo como m’es mandado y como vuestra señoría lo ordena, sin que en ello falte un punto. Aora, báyase vuestra señoría a descansar, que yo boy a dar orden en todo para que conforme a la boluntad de vuestra señoría se haga.

Con esto, se entró la duquesa a un muy buen aposento, qu'estaba adereçado de una tapicería muy buena de brocadete colorado, de muy buena guarnición y zenefa, y una cama de lo mismo muy buena, con todo lo demás que era necesario para aquel aposento. Y luego la dueña de la cassa, con dos hijas muy hermosas que allí tenía, vino a aquel cuarto, haciéndoles mil regalos y servicios. Y la dueña de la posada era viuda, llamada Calidina, y tenía una hija casada y otras dos doncellas. Y ella era una biuda de muy buen parecer y estremada conversac[i]ón, y las hijas eran tanvién muy <sup>[f. 151r]</sup> hermosas moças y en extremo discretas. Todas estas, pues, hicieron mucho regalo a la duquesa y a todos los demás güéspedes, acariciándolos como si sus propios hermanos fueran.

#### **Capítulo 14. De lo que <a> aquellos caballeros sucedió en aquel reino, y de unas nuevas que vinieron a la duquesa Camilina y de lo que de ellas sucedió.**

Aquel día no fueron aquellos caballeros a palacio, porque andubieron puniendo en orden y concierto así las cosas de las naos como las de la posada, haciendo Ardonisso todo lo que por Camilina le era mandado, con consentimiento y consejo del buen Feridano; el cual luego comecó a irse a las armerías a buscar buenas armas y fuertes, que este era todo su contento. Y llebábase consigo al hermoso Doncel de la Esperança, dejando a Ardoniso con el cuidado y cuenta de las cosas del gobierno de cassa, porque parecía en esto tener particular maña y aun afición a hacerlo.

Así, Ardoniso aquel día buscó la gente de servicio que le pareció ser menester, entre las cuales alló una venerable dueña anciana de nación griega, de acutísimo ingenio y estraña combersación, y muy buena y venerable presencia, qu'estaba en una possada con menos abundancia de lo que su venerable persona merecía. Y informose Ardonisso cómo havía sido dueña de Brisina, emperatriz de Constantinopla, madre de la hermosa Vrisaida, y que cuando vino Lucipoldo de la Grecia la havía traído consigo (y aun era fama que si no fuera por ella no se ubiera cassado con Irene). Al fin, por no sé qué enoxo que con ella ubo el rey Lucipoldo la havía despedido, y la pobre señora estaba aguardando ocasión para bolberse a su tierra con sus ciertas queexas del rey y afirmando siempre haber sido falso testimonio por el cual el rey había tomado con ella enoxo.

A esta venerable dueña, con licencia del rey, llebó Ardoniso consigo, más con intención de que estuviesse con Esmerilda y Libertina aún que con la duquesa, que para ella ya le tenía las doncellas y criadas que para camino, y mas tan a la ligera, bastaban. Las dos naos se probeyeron de muy buenos caballeros y diestros pilotos, diligentes marineros y gente de servicio, todos o los más españoles y algunos de ellos conocidos de Feridano y Ardoniso, gente muy onrada y para mucho.

Mas cuando Ardonisso hizo entrar la noble dueña a ber <a> aquellas señoras y a la duquessa, ella con muy cortesano término las saludó, haciéndoles la devida reberencia y ofreciéndose a su servicio. Y luego pareció qu’el Doncel de la Esperança le havía cobrado amor, y así, llegándose a ella, con el morrión en la mano, haciéndole una devida reberencia le dixo: «¿De dónde bueno es, señora, y cómo se llama?». Al cual, la discreta matrona, considerando en su mucha hermosura y perfección de rostro estar debaxo de aquel cuerpeçuelo encerrado<sup>cdxlv</sup> algún gran príncipe, lebántandose en pie y haciéndole una profunda reberencia, respondió<sup>cdxlvi</sup>:

–Soy greciana, mi señor, de nación, y llámanme Gradisa. Y fui muchos años criada de Brisina, emperatriz de Constantinopla, y agora lo soy y seré de vuestra grandeça todo el tiempo que de mí se quisiere serbir.

–Yo se lo agradezco mucho –dijo el doncel– y eme olgado mucho de que venga a la compañía de mis ayas Esmerilda y Libertina –que así llamaba el príncipe a aquellas pastoras– para que la sirbamos ofreciéndose ocasión. Y en berdad que á acertado mucho mi padre Ardonisso en traer gente tan onrada a nuestra compañía.

–Arto mayor á sido mi felicidad, hermoso príncipe –dixo Gradisa–, en haber benido a serbir y acompañar a tan ilustrísima compañía. Especialmente a vuestra grandeça, rey mío, que me parece que veo ya resplandecer en ese hermoso rostro un no sé qué de balor y grandeça tanta que me parece <sup>[f. 151v]</sup> que á de benir a ser un gran monarca y emperador de la cristiandad.

–Por poder serbir a mis señores y amigos –dijo el doncel– gustaría de baler algo, aunque vien conozco de mí mi poco balor, la cortedad que en esto é de tener.

–Dios dé a vuestra grandeça –dixo Gradisa– mucha salud y vida, que vien cierto se echa de ver que, en començando vuestra grandeça a lebantar el buelo de su grandeça, no parará asta llegar a descansar en la sublime rueda de la monarquía cristiana.

Con esto, porque se llegaron allí Esmerilda y Libertina cesó la conversación, tiniéndola Gradisa con aquellas señoras, donde les cuenta de su vida y patria con todas las demás cosas que se suelen preguntar y decir en tales cassos.

El brabo Feridano, que se quedó en el armería inviando a casa al Doncel de la Esperança, estando escogiendo unos escudos llegaron a caso allí no sé cuántos caballeros cortesanos extrangeros; los cuales, por ser como eran faborecidos del rey Lucipoldo, hacían algunas insolencias, aunque no muy malas, pero así algunas burlas pesadas y no muy cortesanas mofas y burlas (cosa bien agena de los buenos caballeros y muy ordinaria en cobardes y que no balen sino en gabilla). Pues, como llegaron cuatro así de camarada con sus espadas unidas, el uno de ellos que entró el primero dixo:

–¿Qué hace, señor caballero, en esta oficina? ¿Trae a bender algunas grebas?

–No, mis señores, que jamás pelé con pies ligeros, sino con mano pesada.

–Bueno será –dijo el otro– su merced para herrero, podrase quedar por él tanto aquí con el maestro para deshacer arneses.

–Essos abrán de ser viexos –dixo el otro caballero–, que esso son los que an menester más mano pesada que valerosa ni diestra.

–Si es por burla –respondió Feridano ya embuelto en ira–, basta la burla un rato. Y si ba de beras, mirad, caballeros, con quién abláis y medíos en vuestras palabras. Si no, veremos si sé deshacer tan bien arneses nuevos como viexos.

–¡A, señor caballero! –dixo el uno–. ¿No sabe qué me parece? Que tome algunas mañanas unas navaxas agrias que le corten la cólera y si no, báyala a’xecutar allá con sus criados y amánsese un tantico. Que sepa que daba Dracón por consexo en su leyes

que no fuese gobernador de su república quien no supiese domar su cólera. Y aquel antiguo Licurgo decía que para pelear, cólera, y para gobernar flema era menester<sup>872</sup>.

–Y aun Séneca –dixo el otro caballero–, señor onrado, dixo que quien a sí no se domaba y regía que mal podía regir ni domar a otros. Y aun es común refrán acá en España: «Vete a la mano si quieres sugetar a tu hermano, que más hace uno sufriendo que quince combatiendo».

–No se llama paciencia –dijo Feridano– sufrir por cobardía, ni flema no responder por su onra, ni es razón dejar de res[is]tir a la soberbia del sobervio<sup>873</sup>, ni dejar de responder al ignorante conforme a su ignorancia; que esse es barón fuerte, el que sabe vencer a los bicios y resistir a los viciosos. Así que o, señores caballeros, cesad de la burla y escarnio, o si no sabed que resistiré a buestra demasía.

–Bueno, bueno, por Dios –dijo uno d’ellos–. ¡Y en Tibulo y Propercio y en Trimegistro debe d’estar leído el galán! ¿An bisto que á echo de predicar? Aora tome nuestro consejo y benda la espada, y compre un calendario de las fiestas mobibles.

Moíno ya Feridano y no pudiendo sufrir tanta desbergüença, toma un escudo fuerte y antiguo que allí estaba arrimado a una columna del patio de casa del armero y, asiéndole por los braçales, dixo: «¡Cuerpo de Dios! ¡Acábanse ya tantas niñerías!». Y, lebantando el escudo en alto, da con él por un hombro a uno de aquellos caballeros, que luego medio manco le tendió en tierra; y Dios le hiço mucha merced, que si le acierta a dar en la cabeça sin duda dexara de hacer costa a los niños<sup>874</sup> [f. 152r]. Con todo esso, le abrió todo el hombro y le derribó medio braço con tanta furia que los güesos del braço y

---

<sup>872</sup> **Aps. margs:** «Dracón»; «Licurgo».

<sup>873</sup> **Aps. margs.:** «Jaco. 6, B6»; «1 Pet. 5, B5».

<sup>874</sup> *hacer costa a los niños*: Podría tratarse de alguna expresión común, quizá de significado cercano a la que dice «comer el pan de los niños» («frase con que se da a entender a alguno que es ya muy viejo, como que está de más o estorba ya en el mundo» [*Autoridades*, s.v. *pan*]). En el contexto del pasaje, dicha fórmula parece emplearse para expresar el deseo de que los enemigos hubiesen ‘dejado de causar perjuicios al mundo’, significado tal vez sustentado en la aparición de la expresión *hacer costa* seguida de complemento indirecto, que en la época se utilizaba con el sentido de ‘ocasionar gastos a alguien’ (cf. CORDE).



hombro echos zerrumas saltaron por aquellas paredes, mostrando con la brabeça del golpe y el derramamiento de la sangre la endiablada furia con que Feridano estaba.

Los otros tres, biendo la endiablada furia del golpe, echan mano a las espadas, y todos tres aspiran a la bengança; mas Feridano, sin echar mano al espada, arrojando al otro el escudo y dándole con él por los pechos le derribó redondo en tierra. Y, asiendo una greba, que allí cerca a una pared estaba arrimada (aunque en esto le dieron una estocada por un braço, que fue por el izquierdo, por el murecillo d'él arriba), dio con ella sobre la cabeça al uno de los dos que havían quedado un tal porraço. Y, como iba con rabia (porque aquel fue el que le havía herido), no tubo necesidá de medicamentos, porque el golpe fue tan furioso que todos los caxcos le hiço pedaços en la cabeça. El cuarto que quedaba pareciole sano consexo tomar las viñas<sup>875</sup>; y así, con más prisa de la que a su onra combenía, iba buscando la senda. Mas Feridano, viendo que le havían desembaraçado la puerta, se fue a su posada y, como generoso león, de en cuando en cuando bolbía la cabeça por ber si beía alguien a quien ubiesse de hacer rostro.

Con esto, llegó a su posada, y como Ardoniso le vido así turbado y mudado el color de la demasiada cólera, le dixo:

–¿Qué es esto, señor Feridano? ¿Ay algo de nuebo o qué turbación es essa?

Y, mirando en ello, biole todo cubierto de sangre de la herida del braço. Y, así, le dixo:

–Vuestra grandeça herido viene, ¿qué á habido?

–La herida no creo yo qu'es nada, mas ya pagó con la bida el que me la dio. Que sepa vuestra grandeça qu'estando en casa del armero pasa esto...

Y, así, le contó todo lo que passaba. De lo cual aunque recibió pena Ardonisso, viendo que ya estaba echo y que no havía remedio, dixo:

–¡Ca, ca, señor, que no es nada! Cúrese vuestra grandeça, que lo demás remediarse á.

---

<sup>875</sup> *Tomar las viñas*: Por 'huir' (cf. *Correas*, pág. 1090).

Al ruido que había en casa del armero llegó el capitán general de aquel reino, que también era gobernador del llamado Bascosiano. Y, como vio aquellos dos caballeros tan malheridos y al otro muerto que tenía quebrados los caxcos en la cabeça, començó a preguntar a todos aquellos criados del armero que allí estaban trabaxando cuando el casso acaeció que cómo había sucedido. Y ellos le dixeron la berdad de todo el caso, la cual tanvién confesaron los mismos caballeros, diciendo que su contrario lo había echo como buen caballero, aunque como impaciente y demasiadamente colérico. Pareciole al capitán de la guarda, conforme a la información que había allado, que era caso más para callar y dexarlo que para proceder contra el caballero andante. Y así dixeron que lo dexase su grandeça, que ellos se darían maña sin que se rebolbiese la república<sup>cdxlvii</sup>. Y con esto se quedó el caso callado, enterrando al muerto y curando a los heridos.

Todo esto que pasaba supo Ardoniso, y tubo de ello cierta y verdadera relación. Y así le pareció que combenía andar apercebidos el tiempo qu'estubiessen en aquella corte, por si sus adversarios procuraban la bengança. Y de todo dio abiso a Feridano; el cual con aquel su baloraço a toda la corte no temía. Mas mes y medio que en aquella corte estuvieron siempre andubieron muy recatados, porque todos los amigos deudos del muerto que en la corte se allaron procuraban su bengança.

En este tiempo la duquesa Camilina fue tres o cuatro beces a visitar a la reina Irene de Portugal, la cual le hiço mucha onra y merced y le envió un muy hermoso y rico presente, que reina era de mucho balor y magnificencia. Y al Doncel de la Esperança era cosa estraña el amor que todos le tenían, así los de palacio como toda la gente de casa, porque era estraña su <sup>[f. 152v]</sup>afabilidad y criança y en extremo rara su belleça. Mas quien más parte d'este amor tenía, aunque algo aniñado, era la hermosa Camiliana, que con estremada onestidad (como la istoria os lo dirá) fue una de las que más amaron en su tiempo. Y también fue pagada del mismo amor, y aun no sé si con ventaxas, porque tanto la quiso el Doncel de la Esperança que le fue ocasión de artos trabaxos; aunque muchas beces dice Nictemeno que le oyó jurar qu'en su bida la había ofendido ni aun con un mal pensamiento, mas él dice «jura mala, en piedra caiga». Allá en el discurso de la istoria juzgará el letor lo que mexor le estuviere.

Al cabo, pues, de mes y medio que estaban en aquella corte, un correo que la duquesa había enviado a su marido a Ispalia bolbió, el cual le truxo un pliego. Y avierta la carta la leyó la duquesa y bio que así decía:

A la hermosa duquesa Camilina, su amado esposo<sup>876</sup>, salud.

Notable fue el contento, mi alma, que con la buestra recibí, y más en saber el buen suceso que en la mar, mi señora, os acaeció, quedando libre de las manos de aquellos infieles y viniendo a las de vuestro primo el príncipe Ardoniso, en cuya compañía sé que recibiréis todo el regalo y merced posible. Yo me é allado indispuerto de una calentura lenta que me trae muy flaco; anse resuelto en que me baya luego a nuestro estado, porque aquel temple fresco de aquella tierra y los aires dicen que importan para mi salud. Yo me parto mañana jueves: por vida vuestra que vista esta os partáis para allá, pues habéis de ser bos la principal parte de mi salud y vida. Nuestro Señor os la acreciente como este, qu'es vuestro, desea.

Pena y alteración recibió la duquesa Camilina con esta carta. Y, así, luego mandó llamar a Ardonisso, y dándole la carta dixo:

—¿Qué os parece, primo, que haga o qué orden dais en mi ida? Pues beis que no tengo con quién acosexarme si no es con bos.

—Yo daré a vuestra señoría —dixo Ardoniso— de aquí a un rato la respuesta, porque quiero comunicarlo con Feridano y ber lo que sobre esto le parece.

—Aora, pues, se'así —dijo la duquesa—. Y mirá, primo mío, que sea la resolución de suerte que no me dexéis.

Con esto, Ardoniso fue al aposento de Feridano, y allole que estaba esgrimiendo un montante en una sala el Doncel de la Esperança y él le estaba mirando y advirtiéndole en algunas bueltas y reglas; aunque el moçuelo estaba ya tan enseñado que de todos los del mundo podía ser maestro y era cosa estraña ver la destreça y ligereça

---

<sup>876</sup> **Ap. marg.:** «[E]l Duque de Medina Celi». En efecto, parece tratarse de don Gastón de la Cerda, tercer duque de Medinaceli (1504-1552), llamado en la ficción *Gastoncrio* (vid. 7.1.1.1).

que mostraba en el ejercicio de todas las armas que jugaba. Pues, parándose un poco Ardonisso entre tanto que se acababa aquella regla, que era vien trabaxosa y requería mucha fuerça y ligereça, y así andaba el Doncel de la Esperança a una parte y a otra con estraña presteça trayendo el montante zurziendo por el aire, echo una muela por sobre la cabeça, acudiendo al fin del salto con una penetrante estocada con la cual alcançaba mucho (y hacíalo con tanto donaire y gracia que ni un punto perdía del compás, y así se rebolbía a una parte y a otra como si ninguna cosa truxera en las manos); acabada aquella regla, que ya era la octaba de aquel arma, Ardoniso dixo:

–Dejaldo, ángel, dejaldo, que quiero hablar al señor Feridano.

Entonces, haciendo su devida mudança, sentó el montante y dixo:

–Quédese, mi señor, aunque ya no nos faltaban sino tres reglas, porque de esta arma solas once son las principales.

Y, así, viendo que querían hablar a solas, medio sudando y cansado se salió el doncel de la sala; al cual estaba aguardando Camiliana, que le había visto desde una bentana qu'estaba en la sala exercitar las armas. Y, como él salía así encendido y desaboton[a]da la ropilla y quitados algunos botones del jubón, desatadas las trenças del cabeçón de la camisa mostrando aquella hermosísima garganta que al marfil bolbía negro y de mal lustre al nácar, la hermosa Camiliana <sup>[f. 153r]</sup>, haciéndole una reberencia con estremada gracia <sup>cdxlviii</sup> y donaire, le dijo:

–Benga vuestra grandeça a descansar un rato, que á echo demasiado exercicio.

Y, diciendo esto, bolbió la cabeça y dixo a un paxe:

–¡Ola!, ponle aí a su grandeça esse capotillo <sup>cdxlix</sup>. Tómele vuestra grandeça y arrópesse no le aga daño, qu'está sudando.

Con esto, tomando un capotillo de camino de vrocado verde, todo lleno de gusanillo de oro y guarnecido de muy hermosas esmeraldas, así se le rebuxó encaxándose una monterilla, con lo cual quedó echo un ángel. Y, sentándose en sendas sillas, començaron a hablar los dos moçuelos en combersación muy discreta, porque cierto el uno y el otro tenían acutísimos ingenio y raras habilidades. Y si no pongo lo que

parlaron -dice Nictemeno-, hágolo porque aún creo que os tengo de enfadar con sus largas combersaciones.

En este tiempo, pues, dixo Ardoniso a Feridano:

-Ya bino el correo de Ispalia.

-¿Y qué nuebas ay por allá? -dixo Feridano.

-Dice que se hace gente para ir a socorrer al emperador de Constantinopla, que tiene determinado de salir contra los <e>scitas y bolbellos a sus rincones del monte Cáucasso. Ay muchos capitanes y estrañas condutas<sup>877</sup>: es maestro de campo mi hermano Graden, y su primo de vuestra grandeça Seraxino es capitán general de la infantería, y a Nicosendro, hermano del príncipe Sotero, an dado<sup>cdi</sup> una banda de caballos ligeros. Y, ¡no sabe vuestra grandeça!, a Mazurzadén el bizcaíno an echo pagador general y a su hermano el monxe, arzobispo del Ispalia. A Albersos<sup>878</sup> le dieron el ser alférez mayor de Castilla, con título de conde Zifontino, y a su hermano Gandor de Silba una capitania de hombres de armas con diez mil ducados de ayuda de costa. ¡A, a, que se me olvidaba!, a Alzisor de Andrade<sup>879</sup> an echo grande con título de Arxona y a Alizimbazasam an dado veinte galeras con dos mil ducados cada mes y título de cruzado mayor de León. No me acuerdo de más probisiones... ¡A sí, a sí, que se me olvida!: preside[n]te en Castilla an echo a Barxasadam<sup>880</sup>, y a Franco Bricino, el que estubo en Germania, le an [e]cho presidente de las Santas Órdenes<sup>cdli</sup>. Otras muchas nuebas ay que no me acuerdo, después las veremos, que nuestro amigo Lupocando me las escribe todas y muy a la larga. Mas su marido de la duquesa Camilina está muy malo

---

<sup>877</sup> Para la descodificación de este pasaje en clave histórica *vid.* 7.1.2.1.

<sup>878</sup> **Ap. marg.:** «Este es el de Zifuentes». La interpretación de esta referencia a un conde de Cifuentes con un hermano varón no resulta sencilla, puesto que los titulares más cercanos a la fecha de composición del manuscrito no reúnen esta particularidad en sus biografías. Para una posible lectura de esta compleja clave, *vid.* 7.1.2.1.

<sup>879</sup> **Ap. marg. :** «Conde de Lemos». Podría tratarse de don Pedro Fernando Ruiz de Castro Andrade y Portugal, «El Viejo» (1524-1590), V conde de Lemos.

<sup>880</sup> **Ap. marg.:** «El Conde de Baraja». Necesariamente debe corresponderse con la figura de don Francisco Zapata de Cisneros y Osorio (1520-1594), primer conde de Barajas.

y se buelbe a su estado; escríbele que se baya luego, no puede hacer menos. ¿Cómo quiere vuestra grandeça que ordenemos su ida y nuestro biaxe?

–No sé, pardiez –dijo Feridano–, d’esto de concertar caminos a mí se me barrunta poquísimo, que no estoy exercitado en esso. Vea vuestra grandeça lo que le parece, que yo aquí estoy para lo que fuere menester.

–Paréceme, si a vuestra grandeça le parece –dixo Ardoniso–, que nosotros acompañemos a la duquesa asta dejalla en su casa. Y después podremos tomar la posta y venir a Ispalia, donde será vien que toda esta gente en estas naos nos aguarden. Irá por capitán Mario Italiano y ir se á con sus ayas el Doncel de la Esperança con título de general. Y d’esta manera me parece que será mejor para los unos y para los otros.

–Se’así –dixo Feridano–, que a mí bien me parece esso, que justo es que no dejemos a la duquesa asta dejalla en su cassa. ¡A, sí!, y también se puede ir con nosotros –dixo Feridano– Farfanelo, que a fe que á de ser un muy buen caballero, y más que á tomado muy bien y con mucho herbor las cosas de nuestra santa fe católica.

–Pues sí irá –dixo Ardoniso–, y él se olgará por acompañar a Suranissa, que notablemente está aficionado a su servicio. Y tiene raçón, que cierto qu’es una dama muy hermosa y de mucho merecimiento, especialmente de mucho secreto y verdad.

–Sí, vuestra grandeça experimentando deve de haber su secreto... –dixo Feridano.

–¡A, mi señor –dixo Ardoniso–, poca malicia! Que yo me ubiera olgado que se uviera ofrecido essa ocasión.

–No, a fe de caballero –dixo Feridano–, no lo dixé <sup>[f. 153v]</sup> con <sup>cdlii</sup> malicia, sino que como vuestra grandeça estuvo tantos días en casa de su prima la duquessa tendría esperiencia de la virtud de los que en casa vibían...

–Aora bien, dexemos esso –dixo Ardoniso–. Y yo quiero ir a decir a la duquessa en qué nos emos determinado.

–Pues baya vuestra grandeça –dixo Feridano–, que yo me quiero entrar a ber jugar a Farfanelo, qu’está jugando a la tablas con otros caballeros y me dixo un paxe

que le iba muy bien. Anoche a la polla también le fue muy vien, que a fe que hiço mesa gallega<sup>881</sup>.

–Sí, venturosísimo es en el juego –dixo Ardoniso–. Aora, vaya vuestra grandeça.

Con esto se despidieron, y Ardoniso entró en el aposento de la duquessa, la cual acaeció estar sola. Y, como le vio entrar, lebantándose del estrado le recibió con aquel comedimiento y amor que acostumbraba, y así le dixo:

–Pues, primo mío de mi alma, ¿qué avéis concertado?

–Emos concertado, mi señora, que nos bamos Feridano y yo acompañando a vuestra señoría<sup>cdliiii</sup>, y que esta gente nuestra se baya por mar a aguardarnos a Ispalia.

La duquesa entonces, no sé con qué exceso de amor, dijo:

–¿Y tú as de ir conmigo, mi alma? ¡Pues nada me puede suceder que contrario me sea!

Y aun dice Nictemeno que se lebantó la duquessa del estrado y que amorosamente abraçó al primo, que con no menos amorosos braços la aguardaba. Lo que más pasaron, ellos se lo saben, poco importa para la istoria... Que fue que aquel día, viendo que hacía muy buen viento para ir a Ispalia, Ardoniso habló a Mario Italiano y le dixo todo lo que estaba concertado, por lo cual él le bessó las manos muchas beces y prometió de servir al doncel y a los demás con todo el amor y fidelidad que fuesse posible. Lo cual, como béis, cumplió y muy bien a la letra, como lo había prometido.

Así, aquella tarde hiço prob<e>er las naos de todas las cosas necesarias, así de metelotaxe para la comida como de las armas y cosas necesarias a su fortificación y defensa, mandando embarcar toda la gente, así caballeros como marineros y otros oficiales. Y solo quedaron fuera aquella noche el doncel y sus ayas, para que en siendo ora de lebantar belas viniesen por ellos en esquife.

---

<sup>881</sup> *hacer mesa gallega*: «Cuando los sages ganaban la partida, se decía que hacían mesa gallega, que era dejar al contrario o contrarios sin dinero» (María Inés Chamorro Fernández. *Léxico del naipe del Siglo de Oro*. Gijón. Trea. 2005, pág. 114).

Ordenadas ya las cosas del biaxe de mar, se començaron a poner por orden las que convenían para los que havían de marchar por tierra, que serían entre todas como veinte personas con criados y doncellas. Mas fue cosa notable el sentimiento que para haberse de despedir hicieron todos aquellos señores, especialmente el Doncel de la Esperança y la hermosa Camiliana, que fue tanto que realmente hacía lástima a aquellos señores [oír]los<sup>cdliv</sup> llorar y sospirar tan de beras y que no havía remedio de consolarlos. Y Camiliana de rodillas pidió licencia a su madre para irse con Esmerilda y Libertina, y realmente se la diera la madre, sino que temió al duque no se enojasse o recibiesse de ello pena. Al fin, toda aquella noche vien poco durmieron los unos ni los otros aparejando las cosas necesarias para su jornada.

Venida la mañana, estando ya el esquife en la ribera, llegó Mario Italiano a llebar al doncel y <a> aquellas pastoras y a la discreta Gradissa a embarcar; allí<sup>cdlv</sup> fue el berdadero sentimiento. Al fin se ubieron de partir los unos de los otros con casi igual sentimiento de todas partes, aunque la duquesa en llebar consigo a Ardoniso todo lo demás estimaba en poco; que, al fin, aquellas brasas que la ceniza de ausencia y casamiento tenían <sup>[f. 154r]</sup> apagadas y mortecinas, en soplando el fresco venteçuelo de la amorosa presencia y conversación, las bolbían a abibar y encender como al principio (y, con tantas beras, que no ay ornaça o cal[d]era tan encendida como estaban los pechos de aquellos amantes).

Partiéronse, pues, de la gran ciudad de Ulisipona a nuebe de junio, día de san Primo y Feliciano, aquellos príncipes, acompañando a la buena duquesa Camilina, indo Camiliana tan desconsolada y triste que era cosa de ber. Y no bastaban a consolarla aquellos príncipes ni su madre, ni aprovechaban alagos ni amenazas, sino que decía la rapaça que no había de tener contento asta bolber a ber a su hermano el de la Esperança (que siempre aqueste nombre le decía). Y en medio de su tristeça, dixo a Ardoniso:

—¡A, señor príncipe!, ¿cómo dejó vuestra grandeça ir a mi hermano, pues dicen qu’el amor de los padres para con los ijos<sup>cdlvi</sup> es el mayor de todos lo naturales amores?

—Calla, rapaça —dizen que dixo la duquessa—, que porque<sup>cdlvii</sup> *tuyo*, no es *suyo*...

Algunos maliciosos hicieron algunas conxeturas, mas yo no creo nada; dejémoslos ir su camino y sigamos la derrota de las naos.



## **Capítulo 15. De lo que en el camino de Ispalia sucedió al Doncel de la Esperança y de otras cosas notables de la istoria.**

Siguiendo ba Nictemeno el biaxe y derrota da la n[a]o de la isla llamada Buena Esperança y la de la carraca o maona que havía sido turca, llamada Rinoceronta por un rinoceronte que muy bien echo y forjado de vronce llebaba por insignia. Estas dos naos salieron de Ulisipona a las cinco de la mañana, día de san Primo y Feliciano, llebando muy próspero viento para su biaxe, indo muy contentos y alegres los pilotos viendo la gran bonança que les prometía el tiempo, descansados los grumetes marineros y otros oficiales, porque el biento les bentaba tan en popa y a sabor de su paladar que no tenían para qué cambar las belas, ni había que llebar cuenta con las antenas, ni llebar tampoco de mano las escotas.

El cielo estaba sereno, el día hacía muy claro y hermoso, el melenudo Febo su greña y melena de oro esparcía, indo su claro y encendido rostro mostrando no solo en el claro y cuarto cielo por el cual discurría, mas, juntamente con esto, en el diáfano cuerpo del espacioso mar mostraba su figura con hermosos reflexos, haciendo con la escelencia de su luz qu'enflaquecida la potencia no pudiesse resistir a su demasiada claridad qu'en ella reberberaba. Y ya con su presencia se acababa de esconder el Aurora en el ocidente, dejando clarificado y lustroso todo aquel emisferio que en aquella occidental probincia se vía.

Habiendo, pues, ya perdido de bista aquella populosa ciudad y sus riberas, el Doncel de la Esperança, que asta entonces havía ido hablando con aquellos caballeros, vio que iba echada de pechos a borde Gradisa <sup>[f. 154v]</sup> y parecía ir con alguna beemente imaginación o aquexoso pensamiento. Y, como así la bio ir, el Doncel de la Esperança se llegó a ella y le dixo:

–¿Qué iba pensando, aya, por su bida? Que parece que iba con pena y que llebaba muy ocupado el pensamiento.

–No iba, mi señor –respondió<sup>cdlviii</sup> Gradisa–, aunque entre tanto que en esta miserable vida vivimos nunca faltan pensamientos que nos desasosiegen y den pena.

–Pues, ¿qué iba pensando? A fe, dígame, que olgaré mucho de saberlo.

–Iba pensando, mi señor, en mi tierra y en mis deudos y gente, y consideraba la hermosura de aquella ciudad de Constantinopla en la cual pasé yo los mejores años de mi vida. Revolvía en la cansada memoria los echos de aquellos ilustrísimos caballeros, la hermosura de las damas, la crianza de los cortesanos, el valor de los príncipes, la misericordia de los reyes y la mucha cristiandad y bondad de los emperadores. Traía a la imaginación aquellos gustos que el concierto de toda aquella monarquía comunicaba a los súbitos y miembros de ella.

–Y dígame, aya –dijo el príncipe–, la ciudad de Constantinopla que tanta fama tiene en el mundo, que después de nuestra madre Roma parece que tiene el principado en él<sup>cdlix</sup> y tiene buen sitio, ¿á mucho que fue fundada? ¿Tubo ilustres fundadores? ¿Á sido rica? ¿Ase aumentado en muchedumbre de becinos? ¿Á habido de ella y en ella ilustres hombres y balerosos capitanes? ¿Á tenido buenos sucesos en sus pretensiones? ¿Es adornada de buenos edificios y murallas? ¿Es buena para resistir al enemigo y ofender al contrario y defender al ciudadano y amigo?

–Ame preguntado vuestra grandeza –dijo Gradisa– tan bien, aunque en brebes palabras, todas las particularidades de la ciudad que querría yo arto poder satisfacer a vuestra grandeza conforme a sus preguntas<sup>882</sup>. Lo primero que vuestra grandeza me pregunta fue si tenía buen suelo; digo que estrañamente bueno, porque ella está edificada en la provincia de Tracia, provincia de Europa, la cual es muy fértil y grande y poderosísima en las armas. Está sitiada en la costa del mar, en el estrecho entre Asia y Europa, en la entrada del Ponto y mar Eugenio, llamado el mar Grande.

–Por eso la debe de llamar Obidio –dijo el doncel– «puerta de dos mares», por razón de estar en esse estrecho.

–Así es verdad –dijo al doncel Gradisa.

---

<sup>882</sup> La presente relación de la historia de la ciudad de Constantinopla está tomada del capítulo XII de la primera parte de la *Silva de varia lección*: «De la muy antigua y famosísima ciudad de Constantinopla; de su fundación y principio, de sus grandes sucesos prósperos y adversos y en qué tiempo y cómo fue conquistada por los turcos, que hoy la poseen» (Pedro Mexía, ob. cit., págs. 100-106).

–Pues acuérdomme que la pone Tolomeo a cuarenta y tres grados de latitud<sup>883</sup>.

–Sí, señor –dijo Gradisa–, tantos grados se aparta de la equinocial y se alza el polo, y está en cincuenta y seis grados de longitud del meridiano que pasa por las isla de Canaria.

–Agora –dijo el doncel–, vien sabré yo facilísimamente su sitio por el globo, supuesto que sé la probincia y lo que se lebanta el polo y sé también cuánto dista de la meridional.

–Pues a lo segundo, mi señor, sus fundadores fueron los lacedemonios, siendo su capitán y rey Pausanias.

–Aguarde, aya –dixo el doncel–, ¿esse no fue el que sucedió a Amintas y fue esse Pausanias el 16 rey de los lacedemones, contando por primero a Granao?

–No, mi señor, esté vuestra grandeça vien en la cuenta: esse Granao fue el primer rey de Macedonia, que también lo eran de Lacedemonia; mas el primer rey de Lacedemonia no fue sino Euristeo, al cual sucedió Agis. Y ubo nueve reyes, siendo el último Alcámenes, que fue el antecesor de Granao. Así que, mi señor, si no cuenta vuestra grandeça mas de los macedonios, Pausanias fue 16, mas si cuenta los lacedemonios á de añadir otros nueve y serán <sup>[f. 150r]</sup> 25 con Pausanias; el cual reinó un año, haviendo en él, como digo, fundado la ilustrísima ciudad de Constantinopla. A este sucedió otro Amintas, que fue el tercero d’este nombre.

Este Pausanias fue en el año del mundo de 2800, en la Olimpiada 95, en tiempo del rey Artaxerxes, rey 11 de los persas (que fue al que los hebreos llamaron Asuero y los 70 intérpretes le llaman Artaxerxes). En este mismo tiempo fue Dioniso Siracusano el Tirano y era la dinastía de los Mendisios en Egipto, y en este<sup>cdlx</sup> tiempo sucedió lo de la reina Ester como lo cuenta la Sagrada Escritura. En el año 20 d’este Artaxerxes rey de Persia fue cuando vino Neemías del cautiberio de Babilonia y en 31 años reedificó a Jerusalén, acabándose la obra en tiempo del pontificado de Joadá, hijo de Joasib; a quien después sucedió Juan, hijo de Joadá, el cual era pontífice en tiempo

---

<sup>883</sup> Aps. margs.: «Ovidio»; «Tolomeo».

del grande Alexandro. Y esta es la más común opinión de los istoriadores que yo é leído, especialmente Josefo, Eusebio y Verrosso y otra muchedumbre de modernos.

–Mucho me é olgado, aya, de que esté tan bien en las istorias antiguas. Mas a mí paréceme que leí en Volaterrano haber sido fundada por Bizes, capitán de los magarenses, y aun que d'él tomó el nombre de Bizancio. Y también dice Plinio que al principio se llamó Ligos y no Biçancio, aunque después dicen el mismo Plinio y Diodoro Sículo que se llamó Viçancio.

–Así es, mi señor, mas lo que yo dixé de que la fundó Pausanias, fuera de los alegados, también lo dice Justino en el libro 9 y Paulo Orosio en el 3. Y ellos dicen que pasó d'esta manera: qu'el dicho Pausanias y su gente...

–Aora, aya, aguarde un poco, por vida suya, que Eusebio la fundación de Bisancio antes de la que ella á dicho la pone, porqu'él dice que fu'en tiempo de Tulio Ostilio. Y esto fue en la Olimpiada 31, y así á de ser antes, porque viene a ser año del mundo de 4540, que son 660 antes del advenimiento de Cristo. Y así esse Pausanias acaso devió de ser rey de los espartanos, que siendo esse otro Pausanias rey de Macedonia vien había echado la cuenta. Y para conformar los años de Eusebio con el fundador emos de poner por fuerça dos Pausanias, aunque ay muy pocos istoriadores que hagan memoria sino del que fue rey de Macedonia que reinó solo un año.

Mas siendo su fundación en la Olimpiada 31 viene a ser en tiempo de Jeremías, y rey de Judá Amón, que según los evreos reinó 11 años y según los 70 intérpretes reinó 12. Y de los macedones había de ser rey Arqueo, que reinó 31 años, y había de ser a los 29 años de su reino, y había de començar a crecer el edificio en tiempo de Josías, que reinó 22 años, siendo pontífice máximo Elequíás. Y entonces fue cuando Oлда, aquella profetisa evrea, floreció.

–Muy bien á replicado vuestra grandeça, y todo esso es así verdad. Mas con todo esso yo tengo por más probable mi primera opinión, aunque essa que vuestra grandeça á dicho también la siguen (aunque confusamente) grabes auctores.

–Aora bien, no gastemos más tiempo en averiguar si fue año de 4800 o año de 4540, que poco ba en ello. Diga, aya, qué fue lo que hicieron Pausanias y su gente.

–Fue, señor, que preguntaron a Apolo que qué sitio escogerían para fundar una ciudad, y fueles respondido que edificasen enfrente de los ciegos, qu’estos eran los megarenses (que habían poblado a Calcedonia en el Asia de la otra parte donde agora está edificada Constantinopla, lugar estéril y malo, y había[n] dexado el fertilísimo sitio donde Constantinopla se edificó) <sup>[f. 155v]</sup>. Esto cuenta así también Estrabón, aunque no cuenta ni dice quién fue el fundador. Pues como fue fundada en tierra tan fértil y abundante y con la libertad que poseía, en vrebísimo tiempo se hizo Viçancio muy hermosa y rica.

–Es verdad, porque Filipo, rey de Lacedemonia –dijo el doncel– y padre putatibo del grande Alexandro, viendo su mucha hermosura y riqueza procuró de tomarla para sí y la tubo cercada muchos días, aunque nunca la pudo tomar.

–¿Acuérdate, rey mío –dijo Gradisa–, de un muy buen dicho que le dixo a Filipo, cuando la venía a conquistar, León Sofista?

–No, no me acuerdo –dixo el doncel.

–Pues fue, mi señor, que como le vio que iba contra la ciudad con un lucidísimo campo, le preguntó: «¿Qué te muebe, Filipo, a hacer guerra a esta ciudad que jamás te á enojado?». Y él respondió: «No lo hago por agrabio que de ella aya recibido, sino porque m’é aficionado a su mucha riqueza y hermosura, y así de enamorado de ella la boy a conquistar». «Pues los enamorados reyes –replicó el filósofo– con músicas y dádibas y servicios suelen mober los coraçones de sus amigas, que no con armas».

–Tiene razón, aya, que ya me acuerdo, que así lo leí en Filostrato en el libro que escribió de los Ginosofistas –dixo el doncel.

–Pues el primero –dixo Gradisa– que se apoderó d’esta ilustrísima ciudad fue Picinino tirano, enemigo del emperador Severo; contra el cual, enviando Sebero su campo, aunque por fuerça no pudo tomar la ciudad tomola por ambre, y híçola destruir y asolar derribándole todos los hermosos edificios que tenía, y adjudicó todos los propios de la ciudad a los perintios pueblos comarcanos a ella. Después, de allí a poco tiempo, siendo emperador el gran Constantino, hijo de Elena, la reedificó y bolbió a su antigua proseridad, llamándola de su nombre Constantinopla.

–Aguarde, aguarde, aya, que no sé que se dice el piloto, ¿qué decís, Fraseldo?

–Digo, mi señor, que é descubierta cuatro belas y parécenme fragatas moras del África.

Ya estaba el capitán Mauro Italiano a borde reconociendo las belas y, zertificado de que era de turcos y que no eran sino cuatro fragatas y una nao, hace luego tocar un pifano <a> alarma. Y, abordando con la maona, manda al capitán de ella, que se llamaba Recaldino, diestrísimo y baleroso capitán de nación cantavriés, que luego pusiese toda su gente de armas en concierto y se aparejase para la batalla. El cual, tocando una caja lo hiço, luego armándose asta número de setenta combatientes qu'en la maona iban, y los marineros y la demás gente de servicio armándose de lança y capellinas, preparando los trabucos y fuegos y todos los demás instrumentos militares.

Pues en la nao Buena Esperança todas las cosas se pusieron conforme a la disciplina militar sin que faltase un punto. Y ya iban todos aquellos caballeros a borde con tanta alegría y contento de que se les ofreciese ocasión de pelear que nunca ambrientos lobos dieron tantos saltos de placer y muestras de regocixo, cuando topan descarriada la manada de mansas obejuelas, como estos caballeros dieron viendo delante de sí las belas enemigas; aunque vien vieron que la nao capitana era hermosísima y fuerte y al parecer benía muy vien probeída de gente de guerra y municiones.

Ya estaban tan cerca los unos de los otros que los instrumentos músicos se oían, y así <sup>[f. 156r]</sup> en la una parte como en la otra resonaban claras reseñas y sonos de guerra, incitándose y animándose con el son a la batalla. Y Mauro Italiano, haciendo pasar<sup>cdlxi</sup> al capitán alférez y a los otros oficiales a su nao, puesto en medio de todos, con eficaces palabras les dixo estas vreves raçones:

–¡Ánimo, a la batalla, ilustres capitanes! ¡Muéstrese oy la fuerça de buestrs balerosos vraços y el balor indómito de buestrs briosos pechos! Y pues la batalla no se escussa, muéstrese en este nabal confflito el estremado ser de vuestras personas. Cada uno piense que de él solo depende la bictoria y no se precie esta bárbara gente de llebar nuestros despoxos.

Y, diciendo esto, puniéndose sobre el arnés una investidura colorada toda sangrienta en señal del ro[m]pimiento, repartidos sus soldados en todas las estancias como combenía, el son replica el ro[n]co tambor y allá en su esfera regocixa a Marte y incita a la sangrienta Belona para que se alle presente; yeren el aire los clarines y altas italianas y rompen los pifanos el cielo. La armada enemiga se puso en orden y buen concierto de guerra, llebando las fragatas en medio de sí la poderosa nao<sup>cdlxii</sup>, quedándosele una de ellas en banguardia; y en todas ellas tanvién sonaban los instrumentos de guerra.

Antes que se llegassen a poderse herir braço a braço, se comiençan <a> arrojar trabucos, carneros, lanças y saetas con tanta prisa y destreça de los tiradores que ser graniço espesso despedido en furioso torbellino de nube muy cargada parecía. Comiençan a lebantar los alaridos los de [la] armada contraria, adelgazando con sus boces el ágil viento, y los de la nao Rinceronta con clara y dis[tin]ta boz comiençan a decir: «¡Santiago, Santiago! ¡España, España! ¡Cierra, cierra!». Y en diciéndolo se junta con la capitana, aunque las fragatas se lo defendían haciéndole toda la resistencia posible, mas puestos ya a borde<sup>cdlxiii</sup> comiença[n] a pel[e]ar balerosísimamente; estando todas cuatro fragatas asidas a la nao Buena Esperança, procurando de la undir y dándole asaltos por todas partes, aunque ella se defendía balerossamente.

Cuál entra, cuál cierra, cuál se aparta, cuál acomete, cuál resiste, cuál hace daño, cuál remedia el que ella á recibido, cuál recoge los heridos y cuál presta de los sanos a la que be que de ello tenía necesidad. Unas arroxan fuego, otras trabucos; en una pelean los flecheros y en la otra están administrando lança y escudo. Apenas había parte sana en las naos, aunque había artas artesanas con que peleaban. Comiençan a caer muertos de la una parte y de la otra; crece la ira, auméntase la sangre de los heridos y el triste gemido de los que morían estaba entristeciendo el cielo. Cuanto más ba más crece el coraxe: en los capitanes la ira, en los caballeros la vengança, en los soldados el deseo de la victoria. Así, en los unos como en los otros todo andaba rebuelto<sup>cdlxiv</sup>, solo el concierto que había era procurar cada uno la muerte del contrario o enemigo.

Ya zesaban los apellidos y con solo orrísono son y estridor de dientes de rabia insana se herían los unos a los otros. No era mucha la gente, porque de los cristianos poco más de ciento y diez eran de pelea y de los moros más a menos, pero para ser tan

pocos los combatientes estraño <sup>[f. 156v]</sup> era el estruendo que de las armas se oía. Y barios distintísimos sucesos acaecieron en la batalla, porque de la una y de la otra parte ubo muertos y heridos con estraños géneros de muertes.

Al fin, de una de las fragatas, que aunque no estremadamente grande era hermosísima y fuerte, subieron a la nao Buena Esperança dos balentísimos gigantes, a los cuales venía siguiendo una banda de caballeros muy membrudos y bien armados; los cuales, a pesar de los de la nao, tomaron a borde. Y, echándose sobre cubierta, estando ya rompida y desbaratada la xareta (que arto daño había echo aquel día a los contrarios), con dos espantables zimitarras los gigantes, comenzándolas a esgrimir entre aquellos caballeros, ya <sup>cdlxv</sup> iban del todo rindiendo la nao. Porque apenas se allaba quién les resistiese si no era el buen Mauro Italiano, con otros cuatro o zinco caballeros que haciéndose fuertes en el mástil de en medio alguna resistencia hacían al enemigo, mas ya era tan poca que comenzaban a bajar baxo de cubierta.

El hermoso Doncel de la Esperança, que asta entonces en beras jamás había usado de la armas (porque aún no era armado caballero), tomando una guessa loriga se la biste y pone en la cabeça un azerado morrión vien fuerte, y coge un montante grande y pesado, y de escelente temple y corte, que del baleroso Feridano había sido. Y, saltando como un abe sobre cubierta en boz alta y, aunque no disonante ni horrible, atemorizadora y espantosa, dixo: «¡Ca, caballeros, a la banda!».

Y, diciendo esto, de un rodeón que dio al montante, con un diestro y ligero salto da al primero que se le puso delante un tal golpe por la gola que sin resistencia ninguna le hizo de los pies cabeça. Y buelbe en círculo la buelta del pesado montante, el cual le hiço venir zurziendo y raspando por el aire, y a otro que azertó le abre los pechos; y, así, se comiença a mezclar entre aquella banda enemiga. Nu[n]ca cachorillo de generoso león se mostró tan brabo metido entre la contraria banda de animales, cuando el madrigado y biexo padre le está mirando cómo exercita la pressa, cual andaba el Doncel de la Esperança entre aquella mahometana y infiel gente a una parte y a otra, haciendo cosas dignas de un tan generoso príncipe. Blasfemando los gigante y, como soléis decir, escupiendo al cielo, al moçuelo procuran dividir con los guchillos. Mas no les fue tan fácil como pensaban, que la ligereça del doncel les hacía perder los golpes y la brabeça de los qu'él daba les hacía detener y que no osasen azercarse tanto como al principio.



Al fin, comienza a coger delante aquella bil perrada y llebábalos al compás del montante, sin que jamás le hiciessen bolber paso atrás y indo siempre cobrando nueva bentaja, asta que llegados a proa les fue forçado arroxxarse a su fragata<sup>cdlxvi</sup>; mas como el diestro moço iba<sup>cdlxvii</sup> tan encarniçado y envebido en la bitoria, tras ellos tanvién se arroxa a la fragata. Y aunque al caer le quisieron oprimir para que no se leuantase, en un punto se puso en pie y allí, cercado de enemigos y de amigos, solo, se comienza a rebolber entre ellos, enseñándole a la muerte artos lugares por donde podrá sacar las almas de los heridos.

Mas allí fue la prisa, porque unos le tiraban <sup>[f. 157r]</sup> lanças, dardos y otros saetas; otros le arroxxan los escudos y aun las espadas. Y qual cerdoso jabalí metido entre muchedumbre de caçadores, que todos le acosan y persiguen, y él volbiendo el airado rostro y armado ozico a una parte y a otra, mostrando el blanco colmillo ensangrentado, hace calle por la parte que acomete, así le acaecía a nuestro doncel: que mirando a la parte donde más daño recibía acometía con tanta furia y ligereça que asadas que hacía ancha plaça para jugar el montante, uyendo de delante de su rostro qual de agarrochado toro en ancha plaça hace la popular gente cuando los corren, temiendo el golpe del agudo cuerno que contra ellos endereça el toro.

Y, viéndose solo y que allí no había sino morir o bencer (pues que tornar a la nao era imposible, porque ya se había apartado la fragata por que no le diessen socorro los de ella), hacía tales cosas que cierto temo el contarlas –dice Nictemeno–. Mas, andando en la mayor fuerça y herbor de su debate, uno de aquellos gigantes llamado Sastradán de la Roca le alcançó, aunque poco, a herirle en un hombro con la punta de una guchilla; la cual rompió la malla, la bestidura y la carne, haciendo una herida en él.

Y, como se començó a bordar de su propia sangre, el ilustrísimo mancebo, enoxado y subida ya la cólera a su punto, con un generoso coraxe rebuelbe el montante. Y así a dos manos, dando un ligero salto adonde<sup>cdlxviii</sup> vio qu'el gigante se había retirado, tira un tan furioso golpe que acertándole por la cintura y juntura del arnés con los quiyotes, sin le tocar casi nada en las armas, le dividió en dos partes derramándole los intestinos y entrañas por el suelo.

Gran pabor, miedo y espanto puso este orrendo golpe en todos los moros que estaban en la nao que darle vieron, y así atemorizados començaron a uir lançándose todos debaxo de cubierta. Mas como el generoso mancebo los biesse calar por la compuerta, arroxándose tras ellos, tan p[r]esto como ellos cayó en el segundo tablado de la fragata. Y vio cómo el otro gigante llamado Carascosano de la Vieña con una daga que tenía en la mano había dado una puñalada a un caballero que en son de catibo estaba en la nao, <y> iba a levantar otra vez el puñal para acabarle (porque como él estaba cautibo y presso no tenía cómo poderse defender, sino que ninguna otra cosa esperaba sino la muerte por estar desarmado y tener las manos metidas en unas esposas).

Mas como él tenía lebantada la mano, antes que del aire la baxase, con notable presteça le dio un golpe, con tanta destreça que la mano asida al puñal le arroxó un buen trecho del cuerpo. Y segundándole el golpe hizo lo mismo de aquella brutal cabeça, arroxándola a rodar por aquellas tablas, y acabando con este golpe de rendir del todo la fragata. Y, así, los pocos que quedaron vibos, incados de rodillas le pedían las bidas de merced; las cuales veían que con tan justa raçón havían merecido se les fuesen quitadas. Él, antes que hablase palabra a los rendidos, se llegó al caballero, que espantado estaba de ber lo que aquel niño había echo, y así realmente juzgaba ser algún ángel del cielo que Dios Nuestro Señor a su socorro había enviado. Mas, como se llegase a él, le dixo:

–Suplícoos, señor caballero <sup>[f. 157v]</sup>, que por que se á ofrecido esta ocasión, que me arméis caballero para que con mexor título pueda exercitar las armas; las cuales asta agora la extrema necesidad á causado que las exercite sin ser armado caballero.

Y, con esto, llegó y le hiço pedaços las esposas. Y el caballero, que se vio libre, como uno de los mejores caballeros del mundo fuesse, acabándose de desembaraçar tomó una espada sangrienta y mellada que allí alló. Y dándole con ella tres golpes en el lado izquierdo y besándole en el rostro le dixo:

–Dios os haga vienaventurado caballero<sup>cdlxix</sup> y en el balor de las armas excedáis a Éctor, Pirro y Alexandro, a César, a Pompeyo y <a> Aníbal el Africano<sup>cdlxx</sup>.

Y, diciendo esto, le bessó en el rostro otra vez, diciéndole:

–Cuando uviere más lugar velaréis, señor caballero, las armas, haciendo los particulares botos y zeremonias que la orden militar requiere. Y Dios os haga tal como os á echo en hermosura dándo<o>s tan felices medios y fines como os á dado el prinzipio.

Y, diciendo esto, sin aguardar más porque no era tiempo de más dilaciones, tomaron a merced aquellos pocos que habían quedado, los cuales le<sup>cdlxxi</sup> estaban pidiendo dé la vida, y hicieron a los marineros que llegasen la fragata <a> abordar con la Rinoceronta, que parecía que traía mayor prisa. Y, como [a]bordaron con ella, subiendo con mucha ligereça, alláronla que ya casi la tenían dos disformes gigantes que en ella andaban rendida. Y como el caballero qu'estaba presso subió sobre cubierta y vio al uno de los gigantes, saltando <a> aquella parte con estraña ligereça, cuvierto de su escudo y con aquella espada con la cual había armado al doncel por caballero en la mano, en boz alta le dixo: «¡Ven acá, Camildón del Almena, que aquí está tu cautibo Ofrasio, rey de España! ¡Que los caballeros así an de pelar y no con traiciones!»

Y, diciendo esto, se le puso delante y començaron entre ellos una reñida batalla. Mas a pocas bueltas, de una penetrante estocada Ofrasio le varrenó el brutal pecho, tendiéndole muerto sobre cubierta; al cual luego así armado echaron al agua con su compañero Zamilón el Cosario, al cual el Doncel de la Esperança había dado la muerte. Con la falta y muerte d'estos dos gigantes la gente enemiga començó a desmayar, y más viendo las estrañas cosas que los dos caballeros hacían en armas; qu'esto cierto es verdad que eran increíbles, porque ya tenían cada uno seis o siete caballeros echos pedaços a sus pies.

Pues el desmayo de los unos fue ánimo y esfuerço de los otros, y con esto en vrebbe espacio quedó la maona Rinoceronta libre de los enemigos. Y Ofrasio, abiendo tomado comba, en escudo y espada se arroxa dentro de la nao capitana de los contrarios, índose tras él el Doncel de la Esperança, siguiéndolos con generosa imbidia algunos de aquellos caballeros que menos heridos estaban. Y con tales dos capitanes fueles facilísima cosa la victoria, la cual en vrebbe se alcançó, aviendo el buen Mauro<sup>cdlxxii</sup> (aunque todo bañado en sangre propia y agena y muy herido) rendido las dos fragatas. Y la otra se iba uyendo a bela y remo con la mayor<sup>cdlxxiii</sup> prisa que le era posible.

En este otro capítulo os diremos lo que a la duquesa Camilina sucedió en su biaxe; perdonadme, que luego yo bolberé a decir lo que a estos caballeros sucedió [f. 158r].

**Capítulo 16. De lo que a la duquesa Camilina sucedió en el camino y de una estra[ña] aventura que en el Castillo de la Rubia Mora les sucedió.**

De Ulisipona se había partido la duquesa Camilina acompañada de Feridano y Ardoniso y el baliente Farfanelo, habiendo ido las dos primeras jornadas con tanta pena del haberse apartado de su compañía que por más que lo disimulaban iban todos melancólicos, pensatibos y tristes; de suerte que aun a la combersación alibiadora de los trabaxos y camino no daban lugar para que alibiasse su pena y apocase los cuidados que con aquella congoxa los llebaba. Mas antes cada uno a sus solas con sus pensamientos se avenía, tinéndolos tan diversos como siempre acaece a los mortales, que apenas se allarán dos que en ellos frisen; que cuanta es la bariedad de los hombres, tanta es la de los pareceres y pensamientos<sup>884</sup>.

Al tercero día, que vendrían como diez y seis leguas de la hermosa ciudad de Ulisipona, vi[ni]endo por la ribera arriba de el hermoso río qu'en essa misma ciudad paga al padre océano su tributo (el cual estaba probeído de una hermosa y fresca ribera poblada de muy frescos y amenos árboles sombríos), por una espesa selba de arrayanes, mirtos, lauros, rosales, jazmines y otras matas se començaron a entrar, serían como a las ocho de la mañana. Y, como ya el sol calentaba la riça melena del león estrellado, aun <a> aquella ora se sentían sus ardientes rayos en la tierra, por lo cual gustaban de irse entretejiendo por las matas que a Febo estorbaban que no calentasse aquella ribera.

Iban juntos parlando Feridano y Farfanelo en cosas graves, porque en las cosas de la fe le iba informando y él iba preguntando algunas cosas de las cuales deseaba ser enseñado y salir de duda. Y en esto iban muy embevidos, armados, lebantadas las viseras, echados los escudos a las espaldas, las riendas cogidas, con el botín al arçón

---

<sup>884</sup> Ap. marg.: «Oratio».

delantero, los ojos divertidos casi no mirando a alguna parte, dando de mano y lebantando la boz o baxándola de cuando en cuando como la conversación lo requería.

Las dos princesas o damas Surianisa<sup>cdlxxiv</sup> y Ornasina iban parlando con la hermosa Camiliana, la cual iba diciendo estremadas cosas del ausencia del Doncel de la Esperança. Y era cosa notable ber las agudas raçones que la niña decía y cuán bien respondía a cualquier cosa que le era preguntada, satisfaciendo a aquellas damas, que notablemente de su combersación iban gustando. Ardoniso y la duquesa Camilina iban un poco atrás, como un tiro de piedra de la demás gente y, como él la llebaba de rienda, iban los dos parlando en una combersación que, aunqu'es algo pesada, porque la pone Nictemeno no me atrebo a dejarla, perdonadme.

–¡A, mi querido Ardonisso! –dixo Camilina–. ¿Qué haré? Que vibo la más descontenta y triste vida que viba muger en el suelo.

–Pues, ¿por qué, mi señora? –dixo Ardoniso–. ¿No sabe vuestra señoría que no es azertado recibir pena de las cosas que con ella no se puede[n] remediar?

–Pues, ¿qué queréis que haga, Ardoniso? Que vibo en perpetuo cautiberio y tengo de hacer vida con mi enemigo <sup>[f. 158v]</sup>. Y mira qu'esto que diré no lo diría si no fuesse a mi propia alma y a vos, que lo<sup>cdlxxv</sup> sois y avéis sido d'esta vuestra rendida. Mas ¿cómo queréis que viba consolada viéndome casada con un hombre que aunque finge quererme mucho no es su amor más de cuanto a él le da contento y gusto? Y si me ama es porque se ama, que ninguna otra cossa pretende del amor que me muestra sino solo su contento. ¡Y, ay, qu'el contento suyo es mi tormento y muerte! Y es tan contrario y fuera de mi condición que parece que tenemos la total repugnancia *ex diametro*<sup>885</sup> imaginable, para que jamás pueda haber entre nosotros concordia. ¿Qué queréis, Ardoniso mío? Pues sobre todo esto es avariento, corto, para poco, enoxosso y lleno de cien mil indiscretas sospechas y otras mil cosas que me traen enfadadísima y descontenta.

---

<sup>885</sup> *ex diametro*: «Expresión latina de que se usa en castellano, y significa lo mismo que diametralmente» (RAE. *Diccionario usual*. 3ª ed. Madrid. Viuda de Joaquín Ibarra. 1791, s.v.).

–No tiene –dijo Ardoniso– vuestra señoría razón, que ya que vuestra señoría se casó y el nudo es tan insoluble, haciéndose con el santísimo sacramento del matrimonio ligalço y atadura de los cuerpos, de las almas, de los coraçones y de las boluntades, y todo esto se cierra y sella con el santísimo sacramento; el cual es tan excelente y dibino que le instituyó Dios en el paraíso terrenal para la justa propagación del linaxe humano y para remedio de los apetitos y malas inclinaciones. Él aumenta la paz, conserba las repúblicas y es, en fin, el santo y loado remedio para la unibersal bida de los hombres...

–¡A, Ardoniso –dijo la duquessa–, que yo no trato del santísimo sacramento! Que esse dibino y admirable es, que no me meto en essas cosas, que al fin es sacramento instituido por Dios, confirmado y onrado por Cristo Nuestro Señor y uno de los siete de la Santa Madre Iglesia. Mas dexado esso aparte, ¿no sabéis qué veo, Ardoniso? Que nunca os habéis querido casar.

–Supuesto que no fue con vuestra señoría –dixo Ardoniso–, prometido tengo de jamás casarme.

–Si bos fuédes bueno y birtuoso, vien sé yo qu'es más perfecto estado esse, mas en moços no lo tengo por muy seguro. Mas ¡bálame Dios! ¿En qué irá'quel tiempo que tratamos nuestros amores? ¡Y aun agora quiero más vuestro pie que a sesenta maridos! Y pocas mugeres allo si no es cual y cual que amen de veras y con regalo a sus maridos.

–No tiene vuestra señoría razón –dijo Ardoniso–, que antes es al rebés, que todas los aman tiernamente y pocas son las que los aborrecen.

–¿Cómo? ¿Me daréis bos –dijo la duquesa– muger[es] casadas que ayan echo por sus maridos lo que las enamoradas an echo por sus amigos? Dadme una Mirra, una Elena, una Pasífae, una Fedra y otras mil cuyo encendido amor llegó asta entregar la bida por sus amantes.

–Desengáñese vuestra señoría, que mugeres casadas ay y á abido que an echo esso y más por sus maridos<sup>886</sup>. Mire vuestra señoría a Paulina, muger de Séneca, que

---

<sup>886</sup> Ap. marg.: «Plutarco».

derramó su sangre y si la dexaran, muriera desangrada por imitar en la muerte a su marido<sup>887</sup>. Pues Triaria, muger de Lucio Bitelo, hermano de Vitelio, que entró en la guerra en Terrachina en Italia para morir o bencer con su marido<sup>888</sup>. Pues la muger de Adameto claro está que se mató solo por la salud de su marido<sup>889</sup>. Pues claro está el amor de Artemisa y Júlia, hija de Júlio César y muger de Pompeyo, y otras cien mil.

–No, no –dixo la duquesa–, no son tampoco muchas más. Y essas más entiendo que lo hicieron por la onra qu’el mundo les había de dar que por el amor que las incitaba a que hiciesen esos excessos. Y al fin son tres, dos <sup>[f. 159r]</sup> y as<sup>890</sup>, mas el número de las buenas enamoradas eran menester muchos libros para hacerse memoria de sus heroicos echos.

–No sé, en verdad –dixo Ardoniso–, jamás allé bentura en amores ni aun fidelidad en las enamoradas, porque en medio de los contentos dan mil pesadumbres y en medio de las mayores beras mezclan burlas y se visten de mudança.

–Mirá, Ardoniso, aunque vos estéis sentido de mi casamiento (como entiendo que lo estáis), supuesto lo que vos sabéis, no tenéis por qué echarme tanta culpa, pues bistes que no pude yo escusar la pena. Porque todo el tiempo que duraron nuestros amores había de la una parte y de la otra igualdad: vos érades mancebo que podíades hacerme merced o, hablando como dama, servirme, y liberal, que savíades muy bien gastar; libre, que podíades muy bien goçar y ser goçado; y teníades paciencia para sufrirme y discreción para hablarme; érades secreto para callar y fiel para agradecer y animoso para perseberar. Y con esto éramos de una edad, amábamonos con igual amor (aunque creo que en esto siempre os llebé bentaxa) y, d’esta manera, vos os engañáis, que en vuestros amores siempre allastes lo que vuscábades y aun alcançastes lo que pretendistes. Y vuestro ánimo apenas tenía cosa que en aquello pudiesse desear de que

---

<sup>887</sup> **Ap. marg.:** «Suetonio».

<sup>888</sup> **Aps. margs.:** «Quinti.»; «Quinto Curcio».

<sup>889</sup> **Aps. margs.:** «Ovidio»; «Balerio Maximo».

<sup>890</sup> *son tres, dos y as:* «Modo de decir para dar a entender que son pocos en número los que otros ponderan y reputan por muchos: como cuando se exagera que fueron muchos los que concurrieron a tal función, para darlo a entender se dice: “Fueron tres, dos y as”» (*Autoridades, s.v. as*); Correas, por su parte, explica que esta expresión se usa «apocando gentecilla» (pág. 1094).

no goçasse; sino que en sucediéndooos una cosa contra buestra boluntad ba todo borrado, como sea verdad que sufrimos nosotras cien mil contra la nuestra. Así que, mi Ardoniso, tornando a nuestro propósito, mucho querría que diéssemos algún corte a mi descanso.

–Vea vuestra señoría en qué puedo yo serbir, que ya tengo dicho que por mí ninguna cosa se quedará en el suelo que al contento de vuestra señoría toque que no se intente y procure.

–¡O, Ardoniso, que jamás me quexé de vuestras dulces palabras! Mas aquí sois áspero, vengador de los agrabios que en cosas de amor os son echas.

–Parece, mi señora, que llama Feridano –dixo Ardoniso.

Y en esto, mirando con más atención, vio que le hacían señas para que se llegase, y así, picando, fueron él y la duquessa. Y cuando llegaron vieron un caballero armado de unas armas leonadas, sembradas de unas cabeças de víboras de oro, con las lenguas de rosicler que las estaban bimbrando, y en el escudo traía en campo de sangre la misma insignia. Y como ellos llegaron dixo:

–No an querido oír estos caballeros, señores, mi recaudo, asta que vosotros llegásedes a oírle. Y, pues ya estáis acá, sabed que yo soy caballero del Castillo de la Rubia Mora, uno de veinte y cuatro que en él bibimos. Y aquí, como un cuarto de legua, en un hermoso balle está una puente d’este mismo río, llamada la Puente del Trabaxo, la cual defiende un brabo moro africano llamado Mureto; á que la defiende dos años y asta agora jamás á pasado por ella a la una parte ni a la otra ningún caballero, dama, ni doncella, ni otra persona alguna. Y yo estoy en este sitio para avisar a los caminantes que se quieren aorrar trabaxo, tomen esta senda que ba a dar a una barca que como media legua está de la puente; y si no, les digo las condiciones qu’en la puente ay.

–Aora, señor caballero –dijo Feridano–, decidnos las condiciones, porque ninguna gana de rodear llebamos.

–Pues las condiciones son, señores, que el que quisiere pasar á de justar con el africano Mureto en medio de la puente y, si acaso venciere en la justa (lo cual asta oy a ninguno á acaecido), esté después obligado a justar con seis de nosotros; a los cuales, si



venciere, después nos á de tener campo en estacado. Y si esto acabare, podrá entrar en el Castillo de la Rubia Mora <sup>[f. 159v]</sup> y ber los secretos que en él ay. Y, como se fueren acabando las abenturas, que son doce, se le irán dando al que las acabare los ilustres premios que los títulos de las portadas prometen.

–Pues, aunque no sea sino por ber esse castillo, que ya tengo relación d’él, tengo de ir por la puente; porque según algunos memoriales míos es una de las cosas en que más ay que ber en todo este reino, si no ubiesse el incombiniente de la puente –dixo Feridano<sup>cdlxxvi</sup>.

–Vos tenéis raçón, señor, mas como digo, dos años á que a nadie le á sido concedida<sup>cdlxxvii</sup> la entrada. Y fue porque, probando este africano una de las aventuras del castillo y no pudiéndola acabar, juró que ningún caballero la havía de probar sin que primero a él benciesse. Y esta es la raçón por que defiende aquel passo.

–Aora, señor caballero –dijo Feridano–, sea por lo que fuere, que nosotros nos determinamos de ir luego al castillo.

–Pues a la paz de Dios –dixo el caballero–; mas vien sé que apenas havréis llegado cuando ya estéis arrepentidos.

Con esto se despidieron del caballero, el cual se quedó en la selva. Y ellos tomaron la derrota para él, indo parlando en el moro Mureto y diciendo Farfanelo que siendo los dos moços en África habían tenido tres días campo si[n] se poder vencer el uno al otro (que no fue pequeño argumento para entender aquellos príncipes el mucho balor de Mureto, porque tenían esperiencia de la demasiada fuerça y destreça de Farfanelo).

Andando en esta combersación como medio cuarto de legua<sup>cdlxxviii</sup>, descubrieron en un hermoso y ancho balle, donde con más ancho y manso corriente corría el río, en el medio del balle y sobre la puente y río estaba edificado un hermosísimo y ancho castillo, el cual tenía en círculo doce torres y en el medio una que a todas las demás sobrepuxaba. La cual tenía un hermosísimo chapitel de plata, y sobre él estaba una estatua de una mora muy vriosa y gallarda, la cual tenía en la efigie representada una

cabellera de hermosísimo caballos que casi le daban en las corbas, y por esto era llamado el Castillo de la Rubia Mora.

En los chapiteles de las otras doce torres estaba en cada uno de ellos una figura de uno de los signos celestes, teniendo dos Diana, dos Marte, dos Mercurio, dos el Sol, dos Venus, dos Júpiter y dos Saturno<sup>cdlxxxix</sup>, y estos de muy curiosa y pulida obra (y aun era común opinión que Dédalo los había labrado en Creta). Todas estas torres eran de hermosa piedra de mármol muy bien labrada y con tanta curiosidad asentadas las piedras que apenas se vían las junturas ni el fuerte betún con que estaban pegadas, que ser de aquel de los lagos de Babilonia se decía.

Tenía dos puertas principales que salían a la una puente y a la otra, porqu'él estaba sentado en una isleta qu'el río hacía. Y estas puertas eran hermosísimas y muy grandes y las portadas de hermosas piedras labradas, puestas por ella grande muchedunvre de medallas de vronço, plata y oro divinamente esculpidas<sup>891</sup>. Todo el bentanaxe se mostraban los barcones y rexas ser de finísimo oro y las puertas de ébano y otras maderas, todas retalladas de estremadas istorias, echas unas de bulto y otras de tareces de diferentes maderas. Por las almenas de las torres se veían en puntas de largas picas de yerros de oro tremolar muchas banderas de diferentes colores y dibisas: unas verdes, otras blancas, coloradas y amarillas, naranxadas, azules, moradas, encarnadas y [f. 160r] leonadas y de otras barias sedas y colores. Vien les pareció a aquellos príncipes, y con raçón, que era aquel uno de los hermosos edificios que ubiessen visto en su vida. Y vien daban a entender las exteriores señas la excelencia del interior ornato qu'el castillo tendría.

Poco más estarían ya de un tiro de piedra del principio de la puente, el cual hacían cuatro hermosísimas columnas dóricas de estraña grandeça, porque tenían cada una de ellas veinte y cuatro pies geómetros en alta y seis en ancha, sin la peana o pedrestal y sin el remate o coronación. Sobre cada una d'estas cuatro columnas, sobre una bola redonda (al parecer de cristal de proporcionable grandeça) estaba una hermosísima águila de oro como que quería levantar el buelo, y en el pico tenían unos tablones de oro con unas letras blancas sobre esmalte negro. Y ellos que iban ya

---

<sup>891</sup> Ap. marg.: «Beroso Caldeo; Josephus».

mirando por ver si alcançaban a leer las letras, cuando vieron salir por la puente un trompeta con un capotillo de dos faldas de vrocado verde y una trompeta en la mano y, en los pechos y espaldas, en la ropilla bordado un escudo con las armas del moro Mureto (que era[n] debaxo de la media luna común, en campo de sangre una cabeça de víbora de oro). Y, como llegó a ellos, les dixo lo mismo qu'el caballero les havía dicho.

Y como dijo Feridano que a esso venían y que querían probar su bentura, luego puso la trompa a la boca y, dándole fuerça con el inchado anélito a sus compases, hizo un órrido son incitador a guerra, con el qual luego se començaron a acelerar y a alborotar los caballos, manexando y dándose prisa a la batalla. Y diciendo: «Aguardá aí un tantico, caballeros», se entró la puente adentro haciendo un son, [que], aunque propio del airado Marte, pudiera según su suabidad entretener los tiernos uídos de la Venus.

Ellos se quedaron mirando las columnas, y Ardonisso leyó el un letrero que la una de las águilas de la mano derecha tenía, el qual decía así:

La Rubia Mora encantada,  
que en este castillo está,  
avisa al que entrare acá  
que mire de cuál posada  
la ventura probará.

La otra decía:

Las tres de Benus la hermosa,  
las [tres]<sup>cdlxxx</sup> de Febo dorado  
y las tres por cierta cosa  
a Diana é dedicado.

En la tabla de la otra águila decía:

A Júpiter la de en medio

con sa[n]gre y a la Fortuna,  
y en ella se allará el medio  
con que se berá la urna  
do consiste mi remedio.

Y la otra decía:

El baliente caballero  
que todas doce acabare  
como a baliente guerrero,  
si a mí de aquí me sacare,  
se le dará todo entero  
lo que en el castillo allare.

–No puede dejar de haber muchas cosas dignas de ser vistas en este castillo –dijo Ardoniso–, porque realmente arguye ingenio la fábrica d’él y vien se l’echa de ber en el edificio.

–Sí, hermosíssima puente es esta –dijo Feridano–. ¡Y qué vien echos están los pasamanos de la una parte y de la otra! Son todos de jaspe y porfiro, mármol y alabastro.

–Sí son –dixo Ardoniso–, mas estremadamente de vien están retalladas las piedras. Estos leones de oro qu’están de trecho a trecho con los escudos están estremados de vuenos, y la curiosidad del empedrado y los hermosos despidentes de las aguas. Pues los arcos sobre que se sustenta la puente cierto es notable edificio, fuerte y hermoso.

–¿Qué armas son las que están en los escudos que tienen los leones? –dijo la duquesa.

—Asta que entremos en la puente no se alcançan vien a ber, y asta que quiten estas cadenas que pasan de columna a columna no podremos entrar.

Ellos estaban en esto <sup>[f. 160v]</sup> cuando vieron salir al mismo trompeta con otros dos cornetas a los lados de la misma librea, que venían ro[m]piendo el aire con sonido, haciendo lindísimas quiebras y mudanças. Detrás de ellos venían dos caballeros armados, con las mismas armas e insignias que al que havían topado en la selba, en sendos caballos blancos como la niebe. Y detrás de ellos venía el brabo africano en un caballo rucio rodado de muy hermoso cuerpo y parecer, todo armado de armas dobles y muy hermosas y ricas y de aquel leonado color, mas todas sembradas de muchas piedras de mucho balor, de las cuales iban echos unos hermosos laços y labores.

Él venía armado de unas armas de la misma manera, salbo que las rodilleras de las grebas eran unas bocas de unos leones que parecían asir la pierna, y los quijotes tenían unas culebras enroscadas cuyas bocas venían al parecer <a> asirse a la cintura de la loriga. El trançado arnés en el pecho llebaba, junto al cuja o ristre echo y forjado de medio relieve un leoncillo de oro, el cual el ristre llebaba entre los braços. La gola, que era muy hermosa y de oro, iba toda sembrada de gusanillo de plata, labor muy curiosa y galana. Las hombreras de los guardabraços eran de la misma labor que las rodilleras de las grebas, y las coderas y nabaxas de la misma echura, rematándose los braçales <sup>cdlxxxii</sup> en unas bocas de dragón que parecían tener asida la manopla, la cual era hermosísima. De la misma labor de la gola llebaba un turbante turco, debaxo del cual, que era de una toca de seda leonada y oro, llebaba una dura y bien labrada cofia de azero. Llebaba una sobrebista sobre las armas que le cuvría todo el espaldar, de una tela de seda leonada y oro, aforrada en una telilla de plata toda llena de florecillas de varias colores. Llebaba una adarga de ante delante de los pechos, aforrada en la misma tela con muchas borlas de seda <sup>cdlxxxiii</sup> leonada y oro, sembrada toda alre[de]dor y por los verdugos de en medio de hermosas puntas de diamantes.

El moro era brabo y de aspecto feroz y terrible, de color menvrillo, de unos largos y retorcidos mostachos, los ojos pequeños y encarniçados y la nariz algo aguileña. Y era lindísimo ginete, y así traía al caballo con tanta gallardía paseando por la puente que aquellos señores se estuvieron mirando qué brabo venía el moro. Y, juntamente con esso, galán, bizarro y vien apuesto y armado para se defender de todas

armas y poder él exercitar las suyas; que de las que principalmente usaba era lança y adarga y alfange, el cual traía hermosísimo de una guarnición de oro, marfil y perlas, colgado de un riquísimo taalí de balor y riqueza inestimable.

En esto llegó el trompeta a quitar la cadena de la entrada de la puente, y en quitándola dixo:

–Entre el caballero que ubiere de salir a la escaramuza con el moro africano Mureto, mi señor.

Entonces, picando al caballo, Feridano dijo:

–Andad, y que yo é de ser. Mas di a tu amo que si quiere usar de aquellas armas, que me envíe una lança con dos yerros y una adarga, que yo tanvién quiero usar de ellas.

Mucho gustó el moro de lo que Feridano le envió a decir; y, así, de allí a un momento salieron dos escuderos con todo recado. El cual, quitándose la celada, se puso un morrioncillo que uno de sus escuderos le dio. Y puniendo el caballo a la gineta se puso a la ligera, haciendo el moro lo mismo, que notablemente gustaba de alancearse de aquella manera, porque uno de los diestros moros era en aquel menester de toda el África. Y, así, quitándose las grebas se puso unos borceguíes marroquíes, y desarmando el braço derecho le arremangó asta el codo, mostrándole fuerte, nerbioso y muy membrudo. Y Feridano quedó con unos grigiescos de brocado encarnado, todos senvrados de alcachofas de plata tirada, y tanvién unos borceg[u]ís cordobesses, puesto a la gineta con hermosos azicates <sup>[f. 161r]</sup> y muy a la ligera el caballo; llebando su pecto y espaldar, quixotes y guardabraços y gola, y una muy hermosa adarga y una lança con dos yerros que pasaba de treinta palmos, encaxado muy bien el morrioncillo sobre los ojos. Y, terciando la lança, se puso en el puesto para aguardar al enemigo.

Si no fuera el negocio tan de beras, hermosa cosa fuera de ber a los dos, al moro y al cristiano, jugar un ratico las lanças, porque cierto el uno y el otro lo hicieron con estremado donaire y gracia. Parten el uno contra el otro, no con aquella furia que cuando se an de romper lanças, sino a media rienda, indo haciendo saltar a los caballos con galán y pausado passo, haciéndoles ollar el suelo con estraña fuerça y sonorosos

resoplidos. Y, al tiempo que habiendo echo un ingenioso caracol el uno<sup>cdlxxxiii</sup> al otro llegan a herirse con las lanças, de mandoble se comiençan a herir. Y, así, el uno y otro se guardaban de los golpes del enemigo con ligereça y defensa de las adargas, debaxo de las cuales todos se escondían; qu'el uno al otro mil beces hacían perder los golpes y vien pocas o ninguna vez se herían, aunque el uno y el otro lo procuraban con toda la diligencia y maña.

Zierto era cosa digna de ser vista cómo acometían, cómo uían, cómo se guardaban, cómo cuando el uno entraba el otro se salía, cómo señalaban a una parte y herían en otra; cuándo de rebés, cuándo de golpe herido; quién rebolbía y daba buelta a la lança, quién con el adarga se cosía de suerte que aun apenas verle era posible<sup>cdlxxxiv</sup>. Ya començaban con toda su maña y destreça a bordar de roxa sangre las armas, y el moro africano andaba espantado de ver que un caballero le truxesse tan acosado, que diez no pensaba que fueran suficientes a otro tanto y aunque vinieran beinte lo tenía él por imposible. También al buen Feridano le pessaba de que un caballero solo se le detuviesse tanto y, así, bolbiendo la rienda a uso d'escaramuça y índole hiriendo y guardándose y aguardando, sacó a campo raso al moro o fuera de la puente. Y allí, con hermosos caracoles, círculos y mudanças, començaron como de nuebo su escaramuça.

Entra el mo[ro] africano y, dando una buelta con la lança por sobre la cabeça con muy vuen donaire, señala una punta a un lado. Y, en amenaçando el golpe, hace pasar al caballo adelante y con el yerro del cuento, que una hermosísima punta de acero buída traía, de rebés sobre aquel lado le arroja una punta, con tanta ferocidad y fuerça que le pasó el adarga y el pecto y todo lo demás que traía vestido, y aun alcançó el yerro a prender un poquito en la carne. Presto pagó el golpe el atrebido moro, porque Feridano a mantiniente le yere con la lança por un lado, en la juntura del pecto con el espaldar. Y, rompiendo la compuerta y fuerte loriga y todas las demás defensas y armaduras, le pasó la lança, aunque a soslayo, casi de banda a banda y que cuando tiró con fuerça de la lança, para la sacar del barrenado cuerpo, tras sí se truxo al moro, tendiéndole como muerto en aquel suelo.

Y puniéndole luego la lança sobre el pecho (que de espaldas estaba tendido el brabo moro) para que se rindiesse, y si no claballe con el suelo, el moro, pidiendo

merced de la vida dixo que se la otorgase y que de todas las demás condiciones quedaba libre, que de allí adelante él y los demás podrían libremente pasar la puente.

**Capítulo 17. En que se acaba de contar la bictoria que ubo Feridano del moro africano de la puente y de lo que en el Castillo de la Rubia Mora les sucedió.**

Ya rendido y pidiendo misericordia dejamos al gallardo africano puesto en tierra. Y estando Feridano a caballo, tiniéndole la lança sobre el pecto, le dixo que como cumpliesse lo que havía <sup>[f. 161v]</sup> dicho, qu'él era muy contento de le otorgar la bida y aun que le tendría de allí adelante respecto de amigo. Con esto, mandando llamar el brabo moro a los caballeros que con él havían salido, delante de ellos tornó a decir y jurar de cumplir lo que havía dicho. Y, con esto, apeándose Feridano, él mismo le lebantó de tierra y le ayudó a poner a caballo y, así, todos en compañía guiaron para el castillo. Y lo que más pena daba al brabo moro era ver que un cristiano, lança por lança, le ubiesse vencido; mas al fin, disimulando su coraxe y pena, dixo que porque se desangraba demasiado que con licencia de sus grandeças se quería adelantar.

La buena Ornanisa, que era una dama muy discreta y caritatiba y en aquel menester había pocas en España que tanto como ella supiesen, se adelantó con el moro con licencia de aquellos señores para curarle, índola acompañando Farfanelo. Aquellos señores se quedaron, indo mirando muy despacio las particularidades de la puente; especialmente los escudos que los leones qu'estaban a trechos tenían en las pressas, en los cuales vieron muchas armas y diferentes dibissas con muy buenas letras, que por ser muchas y ebitar prolixidad no le ponen.

Ya que se acababa la puente, delante de la portada del castillo estaban otras cuatro columnas del mismo tamaño y traça que las primeras, salbo que en lugar de las águilas estaban cuatro leones muy vien obrados. Los títulos de los tablones que [t]enían entre los braços, porque ellos estaban como sentados, decían, la del primero:

El entrar por esta puerta<sup>cdlxxxv</sup>,

pueden los hombres seguros,



mas no salir de sus muros.

–En verdad –dixo la duquesa– que según esto que tiene este castillo la propiedad del infierno, según dixo el Poeta<sup>892</sup>. ¿Cómo dice esse otro, Ardoniso?

–Dice, señora:

Fuertes barones y sabios,  
ricos, pobres, desastrados  
verán aquí sus estados.

–¡Jesucristo! –dijo la duquesa–, ¡qué propios coplones castellanos tan sin ingenio ni traça!

–Aguarde vuestra grandeça, pues mire este otro:

Cualquiera desconsolado  
allará aquí su consuelo  
[si] está debaxo del cielo.

No pudieron estar que no riyesen aquellos señores de la coplita.

–Ca, ba esta otra –dixo Ardoniso–:

La buena y mala fortuna  
que os á de suceder  
aquí la podréis vien ber.

–Arto prometen las letras –dixo la duquesa–, pero cierto con malísimo estilo. Ahora, no podemos negar los españoles sino que tubimos en la Antigüedad lindos coplistas...

---

<sup>892</sup> Ap. marg.: «Faciles est decensus Averni sed rebocare gradum superasque evadere ad auras. Hoc opus, hic labor est». Virgilio, *Eneida*, canto VI, vv. 129-130.

–Pues no tiene vuestra señoría razón, que grandes poetas á havido españoles, y quien lo fue en agena lengua tanvién lo fuera en la materna. Nuestros son Séneca y Luciano y otros ciento.

–Es verdad –dixo la duquessa–; mas decidme, en nuestra lengua, ¿qué libro alláis escrito en verso?

–O, pues esso señora, ni aun en prosa. Y es porque todos nuestros sabios an escrito en latín o en griego, por ser lenguas más unibersales y políticas.

–Bos os lo diréis todo, Ardoniso –dixo la duquesa–. Aora, ¡entremos, entremos!, que cierto debe de haber arto que ber en el castillo.

Con esto, mirando la portada, que hermosísima era y de admirable labor y figuras, dixo la duquesa:

–Cierto qu'están muy vien esculpidas estas imágenes<sup>cdlxxxvi</sup> o retratos, y qu'está aquella coronación de la portada estremada de buena. Especialmente aquella águila postrera, que sirbe de remate <a> aquel triángulo que se sustenta sobre aquellas doce columnas, está estremada de buena para ser de tanta grandeça.

En entrando por la puerta, vieron un hermoso patio muy ancho y muy hermoso que servía de patio a un corredor que se sustentaba sobre unas columnas de mármol muy hermosas, así retorcidas como punta de barreno, indo en los güecos o ondos que hacían las bueltas muchas muy curiosas figuras de distintos animales y abes, vien imitado cierto en aquella piedra dura la naturaleza<sup>[f. 162r]</sup>; los segundos arcos, que eran de los corredores, eran de jaspe y alabastro, también muy vien obrados. Y en medio d'este patio estaba una hermosa fuente, que era un ancho pilar de jaspe, y en el medio d'él una pirámide hermosísima y vien alta, en cuya cumbre estaba una bola redonda y sobre ella puesto un dios Cupido muy vien obrado. Y de la bola salían los caños del agua que venían con hermoso ruido a dar en el pilar que estaba por fundamento de la pirámide.

Este<sup>cdlxxxvii</sup> patio y corredor era de la casa común a el castillo que no tocaba en ninguna de las doce torres, que para haberse de entrar al gran patio que con las doce torres se componía aún había[n] de pasar otros dos patios de aquella grande y común

cassa. Al fin, suviendo por una ancha y hermosa escalera que estaba en el patio al corredor de arriba, entraron e[n] una muy hermosa y vien adereçada sala, la cual tenía una tapicería india, aunque antigua muy hermosa y rica, de barios matices de colores y de diversa imaginería. Y en esta sala estaban dos grandes bufetes de évano guarnecidos de plata, y de la misma materia y mazonería havía como cuatro docenas de sillas.

A esta sala salió un caballero viexo muy onrado, que era guarda de aquel castillo y havía muchos años que le tenía a cargo, aunque entonces con tiránico dominio y fuerça le tenía el brabo moro africano. El cual, como saliesse armado de pecto y espaldar y gola y guardabraços, zeñida su espada y sobre las armas una ropa o manto de vrocado negro, llebando de lo mismo los muslos de las calças y un morrión que sobre la cabeça traía –hábito muy usado entre los caballeros de aquel tiempo, que pocas veces dejaban el arnés y poquísimas o ninguna desceñían la espada–. Pues, como llegasse a los príncipes, haciéndoles el debido comedimiento y reberencia, sabiendo quién era Feridano, el cual al brabo moro havía bencido, le dixo:

–Señor, caballero, cuarenta años havía que guardaba este castillo cuando este moro, africano señor, viniendo a él, con tiránica fuerça me quitó el gobierno a mí y la libertad para que hiciesse aquí buen acogimiento a los caballeros andantes (como acostumbraba) y para que pudiessen probar el abentura cada uno que se le antoxasse, como antes qu’él viniesse, señor, se solía hacer. Lo que agora, señor, te suplico, es qu’el castillo sea reducido a su antigua libertad, asta que Dios sea servido que venga caballero que el aventura de la encerrada urna acabe.

–Todo se hará, alcaide, como lo habéis pedido y como aquí el príncipe Ardonisso lo concertare.

Con esto, entraron en otra hermosa cuadra que tenía las ventanas al cierço<sup>cdlxxxviii</sup> y caían sobre un hermosísimo jardín. Y allí, porque ya era ora, se sentaron aquellos caballeros a comer, siendo servidos con mucha abundancia, curiosidad y cuidado de todos los regalos, así de carnes como de pescados y frutas y de estremados vinos; que en esto tenía el alcaide particular gracia de tenerlos de muchos años, de muy buenos puestos, en estremados basos y en lugares muy cómodos y convinientes.

Comieron, pues, aquellos caballeros y damas muy bien y con muy buena comersación. Y, saliendo Ornasina, dixo que tenía muy poca esperança de la salud del moro, porque la lançada del lado era penetrante y, fuera d'esto, tenía tres o cuatro heridas vien ruines:

–Aunque tiene un estraño ánimo <sup>[f. 162v]</sup> y una robustidad y fortaleça de naturaleça que me da alguna esperança. Y más que es nerbioso, mas no carnudo, y así será más fácil su cura por ser menos apto a corrupción y materia.

–Pues, ¿cómo está después de la cura? –dixo Ardoniso.

–Casi sin ningún sentido –dixo Farfanelo–, aunque me pareció qu'en el anélito mostraba algún descanso y quietud después de la cura.

–Muy buena señal es essa –dixo Ardonisso–, ¿podrá ser que sane?

–No sé, en verdad –dijo Ornasina–, a mí muy dificultosa se me hace su cura.

–Costumbre es de grandes ciruxanos –dixo la duquesa Camilina–, señora prima, hacer muy difíciles las curas por que les sean después en más estimadas.

–No, a fe mía –dixo Ornasina–, sino qu'es cierto qu'está muy peligroso, porque dos o tres beces que metí la tienta siempre me pareció la herida penetrante y salía tanto anélito que podía por ella matar una acha, que por esso lo digo.

–Aora dexe de esso, prima, y siéntese a comer.

Estando en esto, Ardoniso dijo al alcaide:

–Aora, alcaide, decláranos toda el aventura d'este castillo y qué orden emos de tener para probarla.

–Supuesto lo que vuestra grandeça me manda, lo más vrebbe que yo pudiere, la istoria pasa d'esta manera: en la probincia de Misia Superior había un nobilísimo rey llamado Muzasalim, el cual casó con una hermosa mora llamada Roxana en la cual ubo una hija estremada en hermosura; especialmente en la melena y cabello, el cual tenía tan hermoso, rubio, delicado, lustroso y largo que por excelencia por uno de los mexores del mundo era tenido, y ella era llamada la Rubia Mora. Aficionose a un español moço

de muy buenas prendas, llamado Castarido; con el cual, al fin, por avrebiar, se vino a esta tierra. Y como en ella estubiesen como catorce años juntos, en los cuales en las artes mágicas ella aprovechó notablemente (tanto que una sabia de las que más sabían en el mundo [era]), vino a caer malo y a enfermar su amigo Castarido.

Al cual, como ella viesse a la muerte y que ningún remedio humano bastaba, ni sus medicamentos, echizerías, ni encantos, hiço por la fuerça de sus encantamientos este castillo, el cual se bino a acabar en el mismo punto qu'el amigo o marido acabó. Y entonces ella, en una urna de cristal que tenía fabricada, se entró con el amado marido, dejándola en la torre de Júpiter y Fortuna donde dixo que ninguno entraría sino el que en todo excediese a su señor amigo. Y asta agora, en más de cien años que á que se acabó el encantamiento, ningún caballero en él á entrado ni aun siquiera á podido meter un pie dentro.

Mas fuera d'esto, están doce castillos formados con estrañísima traça: los dos<sup>cdlxxxix</sup> dedicados a Diana, los dos a Marte, los dos al Sol, los dos a Benus, y los dos a Febo y los dos a Saturno<sup>cdxc</sup> y a otros dioses y planetas. D'estos, algunos caballeros an visto algunos; especialmente Ofrasio, rey de España, que de doce solo le faltó uno de los de Marte por ber. Y este fue el que más aventuras acabó de cuantos en este castillo an entrado y aun por cierto tubimos que toda el abentura [era] acabada, porque uno es de los mejores caballeros que tiene el mundo. Y, así, uímos una boz que dixo que cierto él la acabara, sino qu'estaba aguardando al hijo de la madre madera y al nudo de la congregación de las aguas. Esta profecía o oráculo jamás emos podido entender, aunque a muchos sabios nuestros como estrangeros lo emos preguntado y comunicádolo con ellos para saber la interpretación d'esta enigma.

Esto es lo que ay en el castillo, cualquiera de ellos doce podéis, señores caballeros, probar, y sucederos á a cada uno conforme al balor [que] tuviere: porque conforme a los merecimientos, así se le conceden las vitorias. Y esto es lo que ay en este hermoso, fuerte y notable<sup>[f. 163r]</sup> castillo.

—En verdad que si Dios fuere servido, que mañana por la mañana emos de probar el aventura —dixo Ardoniso—, suceda lo que sucediere; que, en fin, hará cada uno lo que pudiere.

Toda aquella tarde gastaron aquellos caballeros en ber aquella casa que era para los güéspedes, que cierto era bonísima y estaba muy vien adereçada. Tenía muy hermosos cuartos altos y baxos, muchos y muy hermosos jardines y güertas, muy hermosos corredores y patios y todas las demás oficinas estremadas y muy probeídas de todas las cosas a ellas importantes. Y, juntamente con esto, era hermosa alcáçar y fuerte casa y fortaleça.

Aquella noche, después de haber cenado, tubieron aquellos señores con los caballeros de castillo muy buena combersación, asta que fue ora de irse <a> acostar. Venida la mañana, Feridano y Ardoniso quisieron ir a probar el abentura y, así, instruidos de cómo habían de ir e informados en lo que habían de hacer, se armaron de todas armas. Y, puestos en sendos muy buenos caballos con sendas lanças en las manos, acompañados de todos aquellos señores del castillo que quisieron ir a ber lo que en el abentura les sucedía, llegaron a la puerta principal que entraba al hermoso patio doçabado en el cual<sup>cdxci</sup> estaban las doce fortaleças.

Y, como llegaron a la puerta, ella se abrió con un estraño ruido de par en par, y esto siempre se hacía a todos [los] caballeros que venían a probar el aventura. En entrando por la puerta, estaba echo a la mano derecha un apartamiento de hermosísimas columnas de plata, engaçadas las unas con las otras con unas gruesas cadenas de oro de eslabones cuadrados. A la parte del muro estaba echo un asiento de doce gradas de la misma materia, de muy buena escultura y labor maravillosa, desde la cual todo lo que pasaba en el gran patio a la parte de las seis torres (que eran la de Diana o Luna, la de Marte y la de Mercurio) [se veía]. Y otro asiento o teatro estaba a la mano izquierda, en que se beían las otras seis: la del Sol, de Venus y de Saturno. La de en medio, que era de Júpiter y de la Fortuna, de cualquiera de las partes se veía, porque tenía doce puertas correspondientes a las doce torres (que en ángulo, en su círculo, tenía las torres).

En lo exterior que se veían mostraban ser labradas de diferentes piedras que las comunes. Porque las dos torres de Diana<sup>cdxcii</sup> eran de un mármol y alabastro bla[n]quísimo más que la niebe, siendo las puertas de marfil con la clabaçón y zerradura de plata. Estaban sobre la puerta unas letras que decían:

El globo de cielo y tierra

aquí está representado

y al natural retratado.

Las dos torres de Mercurio, qu'es el planeta del segundo cielo, estaban forjadas de unas piedras indias de color de çafiros, de una estremada forma y echura. Y sobre la puerta, que de un hermoso y vien labrado bronce era, estaba un título de letras blancas en campo azul claro que decían:

Hombres de consexo y arte,

prudentes, sabios en todo

verás estraño modo.

La sesta<sup>cdxciii</sup> torre, que era de Venus, era toda labrada de hermosas piedras coloradas y lucidas más que finos rubís, y las puertas eran al parecer de unas finísimas cornerinas. Y el título de sobre la puerta decía:

Entrad los enamorados

en esta cassa de amor

y alibiaréis el dolor.

Estas eran las seis torres que estaban a la mano derecha del gran patio. Las otras seis que al otro lado estaban, por este día no las miraron en particular; a su tiempo se hará memoria de ellas.

Estándolas así todas mirando Feridano dixo: «Yo, acabe las que pudiere o no acabe ninguna, que todas las tengo de llebar a reo y tengo de començar por la primera». Y, diciendo esto <sup>[f. 163v]</sup>, puniendo las piernas al caballo llegó a la puerta de la primera torre. Y, como tocasse con la lança en la puerta (porque aquella era la traça que en probar el aventura se tenía), salió luego de ella un caballero armado de unas armas blancas hermosísimas, y en el escudo traía una efigie de la luna en un carro (cual la pintan los gentiles) y una letra que decía:

Es Diana la del cielo

que tiene por nombre Luna,

y ella y Diana son una.

Este con una hermosa lança en la mano se puso en su puesto, aziendo lo mismo Feridano, y luego dentro del castillo se començaron a uir muchos instrumentos de música incitadores a la batalla; a cuyo estrépito, son y ruido parten aquellos caballeros cual fuertes torbellinos en día de tempestad rigurosa. Y en medio de la carrera se encuentran tan poderosamente que las lanças parecieron en el quebrarse ser de yello y en el ir bolando por el aire llebar alas, porque realmente pareció haberse las astillas fixado en el esfera. Y el uno y otro caballero pasaron con muy buen donaire sin que hiciessen ninguna fealdad o desmán con los cuerpos.

Tornan<sup>cdxciv</sup> a tomar otras dos lanças, y a ellas les sucedió de la misma manera, aunque el Caballero de la Luna perdió una estribera y Feridano torció el cuerpo ya cuanto. A las terceras lanças fue encuentro dado con ta[l] fuerça que todos los circunstantes se encoxieron como si cada uno de ellos ubiera de recibir en sí el golpe, y d'este el Caballero de la Luna cayó en tierra, indo rodando un buen pedaço por el suelo. Y Feridano andubo titubeando por caer, mas asiéndose aunque con fealdad al arzón delantero y dando de las espuelas al caballo pasó. Y, cuando bolbió al caballo, bio ya a su contrario, puesto en pie con la espada en la mano y muy bien cubierto de su escudo, que a la batalla le incitaba y mobía.

Con esto, como Feridano era tan buen caballero, no quiso aunque pudiera pelear con su contrario tiniendo bentaxa. Y así se apeó, dando en esto muestras de su balor y nobleça; que muy ageno es de la nobleça de los caballeros pelear con su contrario con armas desiguales o conocidas bentaxas, a lo menos en particulares debates y desafíos. Pues, como se puso en el suelo Feridano y començó a esgrimir la espada cubriéndose de su escudo, el Caballero de la Luna también con muy buen donaire y paso concertado se vino para él. Y, como el uno al otro llegaron, con lo que se saludaron fue con dos estremados golpes, de los cuales cada uno pareció que ubiera endido una peña o dura roca. Y, començando <a> aumentarse lo golpes y el coraxe, los dos caballeros, aunque muy atentados y diestros, andaban con estraña presteça y furia redoblando los golpes, procurando cada uno traer el otro a la muerte. Y no había regla de aquel arma que no



exercitasen, mas era mucho de ver el cómo las rebatían con tanto conocimiento del espada del contrario que parecía que el uno al otro se estaban leyendo los pensamientos.

Y, así, duró la batalla en peso casi dos horas, en cuyo tiempo jamás fue conocida bentaxa o mexoría, asta que Feridano de una punta que dio a su contrario en los pechos le hizo dar dos o tres desconcertados pasos atrás. Y, antes que tuviese lugar de bolberse <a> afirmar ni de se poner en defensa, le dio un golpe por sobre la cabeça que al parecer de los circunstantes le havía endido la cabeça asta los dientes. Del cual golpe, saliendo de la cabeça del caballero una encendida e inquieta llama, comenzó con retorcido movimiento a subir para arriba, llebando ante sí una espesa niebla de negro humo en la cual, con admiración de todos aquellos señores <sup>[f. 164r]</sup>, desapareció el caballero.

Y luego se bio a la puerta de la primera torre una hermosa doncella vestida de vrocado blanco con una llabe de plata en la mano, la cual con comedimiento y amorosa boz dijo a Feridano que si quería ver la torre de Diana, qu'él y su compañía podían entrar en los aposentos públicos; mas que en la gloria de Diana, que ninguno venía allí al cual le fuesse lícita la entrada.

Con esto, entraron en un grande y hermosísimo patio, todas la columnas de fina plata y cobre divinamente labrado, el cual patio pareció que en entrando en él sintieron frío más que fuera abían sentido. Y estaba húmedo todo el patio y paredes, con una hermosa fuente en el medio en la cual se estaban bañando gran muchedumbre de abes blancas, d'estas pabiotas y otros géneros d'estas abes. En el mismo patio, a las cuatro esquinas d'él, en la una estaba labrada una nao de plata hermosísima con muchos mareantes muy bien esculpidos. Y la otra esquina estaba, echa de cobre, una plancha representadora muy al natural de una laguna, toda llena de carriço, espadañas, peces, marisco y unos hombres que allí andaban pescando. En las otras dos esquinas, en la una estaba un hermosísimo olibo y en la otra un saz y prisco, hermosos y vien sacados árboles.

Suviendo por la escalera, que de hermosa piedra cuajada era toda compuesta, llegaron aquellos caballeros a un hermos[o] corredor cuadrado, todo labrado de hermosos cristales; en el cual, a la parte del ocidente, está una hermosa puerta de plata,

esculpidas en ella muchas istorias y fábulas que de Diana los poetas fi[n]gen. Encima d'esta puerta estaba un título que decía: «Es consagrado a Diana».

Aquí, llegando la doncella, con una llabe de plata avrió el aposento o sala que hermosísimo era, y de la más rara y estraña echura que se podía imaginar. Él parecía todo redondo como una bola y tenía a un lado d'él, que parecía no tenerse en nada sino estar así en el aire, un asiento como de teatros así con unas gradas, unas mas altas que otras. Y el cielo (que así<sup>cdxcv</sup> se pu<e>de decir) o bóveda circular o redonda de la sala parecía ser echo d'una trasparente turquessa, labrado con la mayor perfección que se puede imaginar. Y en circunferencia o círculo d'este cielo parecía estar contiguo o tocante a él otro, ta[m]vién trasparentísimo y diáfano, que parecía ser formado de fuego. Luego abía otra circunferencia inferior a esta que parecía, según su raredad y delicadeça, solo ser formada de aire; aunqu'esta más espessa y grabe parecía que la que era de fuego. En el medio de la sala, así en el a[i]re, estaba forjado un globo circular, el<sup>cdxcvi</sup> cual se hacía y formaba como de agua y tierra, descubriéndose la tierra a pedaços y estando a pedaços cubierta, cual si fuera una bola formada de barias ceras de distintas colores. Y este glovo era de una estraña forma y echura, como después veréis.

Sentados pues aquellos caballeros en aquel asiento y la duquesa tanvién y sus primas, [a]quella hermosa doncella, con una bara que tenía en la mano, dijo a aquellos caballeros:

–En esta torre se ve la división y traça del mar y tierra con los otros dos elementos, aire y fuego; en la segunda torre se ve el del cielo, esfera primera qu'es <sup>[f. 164v]</sup> de la Luna o Diana. Ved, caballeros, qu'es lo que d'este globo queréis ver.

–Beamos –le dixo Ardoniso– en unibersal, que después preguntaremos en particular lo que más deseo nos tomárede saber. Porque cierto este aposento me parece estremada ingeniosa cosa y qu'el artífice que le hiço debiera de ser de los mayores ingenieros que ay ni <á> habido.

–En esso –dixo la doncella– no tengáis dificultad, mas pues queréis ver el glovo en unibersal estad atentos y bed; lo que quisiéredes saber preguntaldo.

## Capítulo 18. En que se dice lo que en la sala de Diana se vio y lo que después aquellos caballeros hicieron.

Con mucho deseo estaban aquellos príncipes de ver aquel ingenioso globo, cuando la doncella estendió la vara y, tocando en él, luego se comenzó a alborotar. Y las aguas, que realmente parecían pintadas (como lo eran), parecieron que se comenzaban a mover con tan diferentes movimientos y fluxos y reflexos que era estraña cosa; aunque, como tocado con la vara todo aquel globo formado de mar y tierra dio una vuelta, vien se mostró ser todo un mesmo mar y respecto de su grandeza poder ser llamada toda la tierra firme *isla*, por rodearla y circularla girándola con continuo movimiento.

Pues, como así vieron tanta diversidad y hermosura, Ardoniso dixo:

–Zierto es hermosísimo el globo. Agora por experiencia sea la división que los sabios antiguos, especialmente los dos Tolomeos, hicieron de ella, dividiéndola en tres partes: en Asia, África y Europa. Y paréceme que havían de añadir la cuarta a toda aquella muchedunvre de tierra que se muestra en aquel ocidente.

–Rastreándolo anduvieron –dixo la doncella–, aunque no vien lo alcançaron a entender. Mas la Rubia Mora lo alcançó y, así, yo os diré aquella cuarta parte del mundo, llamada Nuevo Mundo o Almería, cuál es y cuán grande, y con qué provincias confina y parte términos<sup>893</sup>.

–Pues, señora doncella, pues comenzamos por este ocidente de nuestra España –dixo Ardoniso–, vaya pasando toda el Europa<sup>cdxcvii</sup> y lo largo de ella, qu'es del ocidente asta setentrion inclinándose un poco al oriente. Y veamos asta el río Tanais, qu'es el que la divide del Assia y por la<sup>cdxcviii</sup> laguna Temérida o Meotis; que por acá por nuestro ocidente vien sé que tiene por término el mar Océano y apártasse del África por el

---

<sup>893</sup> El presente capítulo ofrece una descripción completa del globo en la que el autor toma directamente materiales procedentes de dos tratados de geografía de la época: la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso (1519) y la *Cronografía o repertorio de los tiempos* de Jerónimo de Chaves (1548). La siguiente descripción de Europa constituye una auténtica paráfrasis del título VI del segundo tratado de la obra de Chaves, titulado: «De la Europa». No existe edición moderna de la obra, por lo que hemos tomado como referencia para nuestro cotejo la impresa en Sevilla en 1580, en casa de Fernando Díaz (cf. ff. 90v-91v).

estrecho de Gibraltar o de Hércules, qu'es el mismo, y por el mar de Lebante que tiene al mediodía; al setentrión se termina en el mar de Alemaña y Vretaña.

–Por cierto –dixo Feridano–, hermosas probincias y muy abundantes y fértiles muestra tener esa Europa. Y cierto esta nuestra España hermosísima es, dibisa en sus tres probincias: Bética, Lusitania, Tarraconense. Y Francia tanvién es muy hermosa, dibisa en cuatro: en Aquitania, Lugdunense, Bélgica y Narbonense. Y la estendida Alemaña, la Alta y la Baxa, en la cuales ay muy excelentes probincias: la Suebia, Franconia, Turingia, Morabia. Las Panonias, la Baxa y Alta, donde está Austria y Ungría. Las dos Polonias Mayor y Menor; la Tracia y Podolia<sup>cdxcix</sup>; Lotaringia; Pomerania; Recia y Vendelicia (donde es la Babaria); Iliris y Liburnia; Dalmacia, donde está la Esclabonia <sup>[f. 165r]</sup>. La Grecia, que en sí contiene particulares regiones: Piro, Acaya, Macedonia y Morea. Está también Italia, con hermosas probincias como son Campania, Calabria, Lacio, Apulia Tucia, Umbria, Galia Togata, Lombardía, la señoría de Venecia, Liguria y la probincia anconitana. La Sarmacia, donde está la Prusia; Libonia Aquilonar y Meridional; Rusia Alba y Negra; Moscovia; Lituania; Walaquia; Transilbania; Táurica, a quien algunos llaman Tartaria Menor, y asimismo todas esas probincias setentrionales de quien se tiene agora –dixo Ardoniso– poca noticia.

–En essa tierra –dixo la doncella– según dixo la Rubia Mora, por ilustración de un noble barón llamado Olao, natural de Gocia, vendrán tiempos en que se tenga noticia de la Gotia, Noruega, Suebia, Finmarquía Oriental y Occidental y la Finingia, y otras muchas tierras y probincias que en las cartas geográficas d'este Olao en los tiempos de nuestros sucesores serán vistas.

–Pues, ¿no be vuestra grandeça –dixo Feridano a Ardoniso– la muchedumbre de hermosas islas que la Europa<sup>d</sup> tiene en su contorno? Creo que son aquellas qu'están al setentrión: Islandia, Hibernia o Irlanda, Ingalaterra, Escocia. Pues en el mar de Lebante, ¡qué linda es Mallorcas!, la Córcega y Cerdeña, Suebia y Creta (llamada Candia), y Euboea (llamada Negropont), y más esa otra muchedumbre qu'está en sus rededores. ¡Cierto es hermosísima probincia Europa!

–Mirad, señores caballeros, pues sois algo entendidos en la geografía, ved si queréis saber o ver algo particular en alguna d'estas probincias del Europa, que yo os lo enseñaré. Y si no, pasemos a la África.

–Sí lo quisiera –dixo Feridano– que hicéramos alguna particular mención de los montes Rifeos. Y esos son unos montes muy elados y están nebados casi todo el año y, cuando algunas beces con la fuerça del berano comiença a deselarse la niebe, quedan tan gruesos cantos de yelo y tan fuertes qu'esceden en dureça a las peñas vibas.

–De la otra parte d'estos Rifeos está Sarmacia; ellos comiençan en Alemaña y tienden su collados asta la India Oriental. Y en una parte se llaman iperbóreos, y en otra cáucacos, y en otra amoçónicos, en otra imaos y en otra apeninos, aunque comúnmente todos se llaman<sup>di</sup> escitos y cáucacos<sup>894</sup>. Ay a las faldas d'estos montes estas naciones...

Con esto, tocando con la bara se començaron a descubrir grandísima muchedumbre de poblaciones vellas y lugares unos grandes y otros pequeños, de estraños hábitos y formas. Y, ya que la doncella las quería començar a declarar, dixo Ardonisso:

–De todo esso arta noticia se tiene. Pasemos a ber el África, que entiendo que emos de tener mucho que ber en ella.

–Sea así –respondió la doncella.

Y, en diciendo esto, tornó a herir el globo, el cual mostró luego la encendida África con todas sus probincias<sup>895</sup>.

–Es esta –dixo la doncella<sup>dii</sup>– la probincia que los griegos llamaron Libia, que agora es llamada África de *aphros*, que quiere decir «espanto», por la muchedumbre de serpientes qu'en el África se crían.

---

<sup>894</sup> Este fragmento referente a los montes Rifeos no aparece en la obra de Chaves, donde a continuación de la enumeración de las islas de Europa encontramos el capítulo dedicado a África. El autor acude aquí, en cambio, a la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso, de donde extracta cuasi literalmente este pasaje (cf. Ed. Mariano Cuesta Domingo. Madrid. Museo Naval. 1987, pág. 151).

<sup>895</sup> La descripción de África toma nuevamente materiales procedentes de la *Cronografía* de Jerónimo de Chaves, esta vez del título VII del tratado segundo (ob. cit. ff. 91v-92v).

–Pues yo é uido decir –dijo Ardonisso–, señora doncella, que tomó el nombre de Asfro, descendiente de Abraham.

–Pues yo é uido decir –dijo Feridano– que se dice de *a* pribatiba y de *frici*, que quiere decir «espeluzamiento»; al fin, que quiere decir «sin espeluzamiento» o «sin frío», por ser la tierra por la mayor parte muy seca y caliente. Pues en la lengua árabe –dixo Feridano <sup>[f.165v]</sup> –también la llaman Ifriquia de *faraca*, verbo que quiere decir «dividir», por ser casi toda cercada de mar y casi dibisa del Asia y de <sup>diii</sup> Europa.

–Pues otros árabes –dixo Ardonisso– dicen que se dijo así de Ífrico, rey de Arabia.

–Muy vien an dicho vuestras grandeças –dixo la doncella–, mas llámase de aí o de acá, ella se llama África y tiene doce principales probincias según Tolomeo.

–Así es verdad –dixo Ardoniso–, mas es grandísima probincia, porque se estiende desde el estrecho de Gibraltar y mar Atalántico donde están las islas Fortunatas o Canarias, asta el seno arábico llamado el mar Vermexo; termínase por la parte <sup>div</sup> septentrional con el mar de Levante que de la Europa la dibide. Al mediodía tiene el mar de Etiopía y el índico occidental; al oriente, el mar vermexo, que la divide del Asia; al occidente, el mar Ozéano y Atalántico.

Y las probincias que contiene son estas: Mauritania y Tingitana, donde están los reinos de Fez y Marruecos; Mauritania Cesariense es donde están los reinos de Tremecén <sup>dv</sup> y Orán; en Numidia está Argel y Vugía; África, donde es el reino de Túnez y la ciudad llamada África, y donde son los Jelbes. Y Trípol de Verbería Cirenaica <sup>dvi</sup>, por otro nombre dicha Pentápolis. Libia, donde es el templo de Amón; esta confina con la Marmárica y Tebais. Egipto, donde está Alexandría; Etiopía sub Egipto, donde está el reino de Nibia y la ínsula de Meroe y todo el gran reino del rey de los tomistas o preste Juan. Libia la interior, donde están los Garamantes. Etiopía Magna, o *per totum*, donde está la Guinea y Monicongo y Quiola y otros muchos. Asimismos ben aquí en África los reinos de Yolofe y Cantor y Getulia, Mandinga. Y la región Troglodítica, donde nace la más fina mirra del mundo, tiene dentro de la tierra otros infinitos reinos. Islas, tiene las Canarias, las islas de Cabo Verde, la isla de Santo Tomé, la de San Lorenço y otra infinidad de hermosas islas.

–Por cierto –dixo Ardoniso–, hermosas y grandes probincias tiene el África, mas la Mauritania<sup>896</sup>, que tan nombrada es de los cosmógrafos, deseo saber.

Con esto, estendiendo la bara, la doncella se comenzó a mostrar Mauritania, la cual del oriente tenía a Tingitania y del ocidente al mar Océano, llamado allí Atalántico. Mostrose muy abundante de pan y bino, muchos dátiles, muy hermosos ríos y lagos; aquí fenecen los montes atalánticos. Estaba poblada de hermosas praderías probeídas de fresca yerba, por las cuales se apacentaba muchedunvre de caballos y otros ganados, así grandes como pequeños.

–D’esta probincia –dijo Feridano– se bolbieron Hércules y los romanos entendiendo que era la postrera del mundo, y creo que la llamaban Mauritania por ser los hombres de ella muy loros, que casi son del todo negros. ¿Cómo se llama, señora –dijo Feridano– aquel cabo?

–Llámase Azamor –dijo la doncella– y ay asta Cautín 30 leguas. Y está el cabo de Cautín al sudueste cuarta al oeste en 32 grados y medio; en medio está Mazagán, qu’es como beis vuen puerto. Pasado Cautín está el río y puerto de Zafir. Más adelante Modogor tiene allí aquel isleo en medio y a la salida hacia el oeste tiene unos baxos que llegan asta el cabo de Ossén; están al sur cuarta al sudueste veinte y cinco leguas en 31 grados. Tras el cabo está el golfo de Ossén, más adelante está el cabo de Aguer veinte y cinco leguas, y está al sur en 30 grados. Pasado este cabo de Aguer mora el golfo de Meca, qu’es vuen puerto <sup>[f. 166r]</sup> y tiene buen río. Más adelante está el cabo de Nan, al sur cuarta al sudueste; ay del cabo de Aguer al de Nan 28 leguas; está Nan en 28 grados y medio. Del cabo de Nan al del Boxador ay 60 leguas, está el cabo de Boxador al sudueste cuarta al oeste en 22 grados y medio.

–Ya me parece –dixo Ardoniso– que emos acabado la probincia, aquellos montes deben de ser los Montes Claros, que tienen abundancia de piedras preciosas.

–Los mismos –dixo la doncella–, y mirá si queréis ver otra probincia de la África en particular.

---

<sup>896</sup> A continuación el autor vuelve a tomar como referencia los materiales presentados en la *Suma* de Fernández del Enciso, de forma que todo el pasaje sobre Mauritania y sobre el cabo Azamor se extracta de allí (ob. cit., págs. 185-186).

–Yo mucho deseara –dixo Ardoniso– que viéramos las tres partes de la India.

–Se’ así –dixo la doncella.

Y, con esto, tocó el globo y luego se mostraron cómo se dividían: la una desde la Persia asta el río Indo; la segunda desde el Indo asta el Ganges; la tercera desde el Ganges al Gatigara. ¡Bálame Dios! ¡Qué de tierra y poblaciones! Todas estas Indias vieron y les declaró la doncella, con todos los puertos y ciudades, con todos los tratos y mercancías y las costumbres de aquellas gentes, que cierto es cossa hermosa para ser leída. Y Nictemeno no lo escribe, dice: «que no osso». Y da el malicioso una razón cual él, y dice: «esta mi gente de España en estos libros fabulistas no pueden sufrir cosa de veras, por esso lo deajo». Aunque, con todo esso, en los cuatro capítulos que hace últimos en el tercer libro d’ esta primera parte hace una vrebbe memoria d’ esta India y de las occidentales; podrá ser que tome el trabaxo de trasladarla, traduciéndola lo más vrebbe que me fuere posible.

–Acabada de ber el África, veamos –dixo Feridano– el Asia.

Con esto, tocando el glovo se mostró el Asia<sup>897</sup>.

–Esta es la probincia de Asia –dixo Ardoniso– muy mayor es que África ni Europa. Y esta fue llamada Asia de Asio, hijo de Maneo Lidio.

Y vieron cómo se terminaba con el mar índico oriental. Al ocidente termínase con el África y Europa y parte del mar Mediterráneo; al mediodía tiene el mar índico; al setentrión el mar escítico. Mostrándose en ella cuarenta y ocho grandes probincias principales cuyos nombres son estos: Pontus; Vitinia, donde fue Mitrídates; Asia<sup>dvii</sup> llamada así de su propio nombre (en esta probincia fue Troya); Licia, donde está la ciudad de Patara, tierra y ciudad donde nació san Nicolás; Panfília, donde los moradores de ella son grandes ladrones; Capodocia o Leucosiria; Armenia la Mayor, donde están los Gorgianos; Armenia Menor, llamada Ararat en los *Libros de los Reyes*; Cilicia, don[de] está la ciudad de Tarso, patria del gran Pablo; Galacia o Galogrecia; Sarmacia, donde fueron las amaçonas, a quien llaman la Gran Tartaria; Co[l]quis, donde fue lo del

---

<sup>897</sup> Miguel Daza vuelve a manejar la obra de Jerónimo de Chaves para elaborar la descripción de Asia (ob. cit., tratado segundo, título VIII, ff. 92v-94r).



vellocino dorado; Iberia, cuya gente es belicosísima; Albania, donde todos los niños nacen blanco el cabello y ven de noche más que de día; Siria, de quien tanta mención haze la Divina Escritura. Aquí es donde está Curba Siria, contenida entre el monte Líbano y Antelíbano; aquí está Damasco, aquí fue donde Caín mató a Abel.

Fenicia, donde es Tiro, Sidón, Antioquía, de donde fue san Lucas. Palestina o Judea, donde está el puerto de Jafa, aquí se desembarcan los que van a Jerusalén. Judea, donde es Jerusalén, donde Cristo Nuestro Redentor, salvador del mundo, fue crucificado. Arabia Petrea, donde es el monte Sinaí, donde Moisés recibió la ley; Arabia Deserta, tierra estéril, monticosa y arenosa; Ara[bia] Félix, donde está la ciudad de Medina, donde el maldito Maoma está <sup>[f. 166v]</sup> enterrado. Mesopotamia, situada entre el río Tigris y Eufrates. Babilonia, con su ciudad llamada Bagadax.

Luego estaba Caldea, donde está el campo Durán y donde fue edificada la torre de Babel, lugar agora desierto. Asiria, región deleitosa y templada. Susiana, cuyos árboles están siempre berdes; Media, donde la gente es muy rica y potentísima en armas; Persia, cuya gente tenía al sol por su dios; Partia, donde fue la invención de bencer uyendo; Caramania, desierta y arenosa; Hircania, abundante de vino y miel; Carmania Menor, algo más abundante y frutífera. Margiana, tierra de mucho vino; aquí están los masagetas (y vieron como antes que muriessen de su enfermedad los mataban y comían unos a otros). Bactrinia, donde la mayor pena es ser deterrados; Sogdiana, donde nace el árbol papiro; Sacha, donde todos havitan en las cabernas. <E>scitia, d'esta parte del monte Imao; aquí se allan los arimaspos o cíclopes<sup>dviii</sup>, que no tienen sino un ojo en la frente. La otra <E>scitia, de la otra parte del monte donde están los seras y la región Sérica.

Más abaxo está la gran región de los sinas, llamados chinos. Arria, abundante en vino y en coral; Paropaniso, a la cual solo falta azeite; Drangiana, región de muchas piedras preciosas; Arocasia, fértil; Gedrosia, donde está la ciudad de Diu (llámase también esta provincia Guzarat). India d'esta parte del Gange, donde son los magos ginosophistas, y el reino de Cambaya, donde fueron los pigmeos, y el reino de Narsinga, y el de Cananor y la Goa y Calecut. India, de la otra parte del Gange, llamada India Mayor, donde es Bengala y el reino de Pegu. *Aurea Cheronesus*, donde está la Malaca.

Mostráronse tanvién muy hermosas islas; en Lebante se mostró Chipre sin otras muchas que están en el archipiélago, las cuales entran en el número de las Esporadas. En el mar Índico está la isla de Ceilán, a quien Tolomeo llamó Taprobana. Está también junto a la Malaca la isla<sup>dix</sup> Samatra. Y las dos Jabas, Mayor y Menor, y la tierra de Gilolo y Cataigara; con todas las islas de Maluco, sin otras innumerables pequeñuelas que vieron en aquellos espaciosos mares.

–¡Ca! –dixo la doncella–, ¿qué quieren vuestras grandezas ver del Asia?

–Ay tanto que ver, que deseamos vella toda.

–Se’así –dijo la doncella.

Y con esto se la mostró toda en particular, y luego dixo:

–Esta cuarta parte del mundo aún no está descubierta ni se descubrirá asta año de 1492 que la descubrirá, según dixo la Rubia Mora, un hombre llamado Cristóbal Colón, criado que será de un beatísimo rey d’esta nuestra España llamado Fernando. Y aun dixo que siendo rey de Aragón se havía de casar con una santa reina de Castilla que se llamará Isabel, y que entonces se juntarían los reinos.

Miraron muy bien la probincia y vieron que aún era mayor y más rica qu’el Assia y que tenía mayores y más estendidas provincias. El sitio que tiene respecto de las otras tres era que por todas partes la divide el mar, de tal forma qu’el agua y mar Océano se muebe circularmente por entre todas; porque començando en septentrión, como quiere Alberto Magno, descende por el mar escítico y por la parte oriental del Asia, donde es la tierra del Maluco. Y de allí, siguiendo el movimiento <sup>[f. 167r]</sup> del cielo, m[u]évese para ozidente y, estorbando su movimiento toda la tierra de las Indias, buelbe torciendo su curso hacia el setemptrión. Y pasa por las tierras setentrionales entre la Europa y las Indias occidentales y, así, por este camino continuamente, sin cesar, anda circungirando. Y según las tierras que riega así toma nombre distinto; aunque el mar, como dijimos, es uno mismo por continuación.

Todo el día estubieron aquellos caballeros viendo el ingenioso globo de la sala encantada de Diana. Y, cuando acabaron de ber todo lo que deseaban, preguntando a la doncella todas aquellas cosas de que podían tener duda o deseaban saber (a las cuales

todas ella les satisfacía dándoles entera noticia de todo lo que deseaban), por ser ya tarde se salieron, con determinación de bolber otro día a acabar de ber todas las curiosidades que en la sala havía, que cierto eran muchas. Así, estuvieron allí aquellos caballeros ocho días, en los cuales apenas acabaron de ber lo que en aquellas dos torres de Diana havía. Y Nictemeno dice que si ubiera de escribir solo lo que en aquellas dos torres vieron, que fuera menester escribir de ellos mucho libros; porque vieron todas matemáticas y geografía y astrología, con excelentes imágenes y bonísima representación y figuras.

Estando, pues, determinados de ber y probar el abentura de la torre de Mercurio, que aún según decían era más curiosa y havía en ella más cosas que ver, llegó un mensaxero del duqu[e] marido de Camilina, en que le decía que si le quería allar bibo, que acelerasse las jornadas. Con esto les fue imposible el detenerse y, así, despidiéndose de la gente del castillo, ubieron de comenzar sus jornadas un miércoles a las ocho de la mañana.

Y, a la tercera jornada que iban caminando, por el mismo camino que ellos iban vieron venir compañía de caballeros; a los cuales como en particular mirasen vieron que venían con unas banderillas en las lanças y, los más de ellos, con turbantes en las cabeças y adargas y lanças ginetas. Y, así, en el traje echaron luego de ver que era banda de infieles que devían de andar por allí haciendo algunas correrías. Y luego bieron que no se les escusaban baraxas y, así, puniéndose las pieças que les faltaban y dando sendos tientos a las lanças, los tres caballeros se pusieron delante de la gente y así continuaron su camino. Mas, a pocos pasos que anduvieron, llegó a ellos un moro vien ladino puesto a la gineta en una yegua baya, con una buena adarga ante los pechos y una lança gineta en la mano, y turbante azeituní en la cabeça y una garnacha de tafetán morado toda sembrada de pieças de oro, y unos borcegués marroquines azules todos labrados de flores de plata. Y, como llegó a los caballeros, les dixo:

–El brabo moro Gaudino, alférez del gran Sofraastro cita, os envía por mí a decir, señores caballeros, que si sois españoles y cristianos que luego os pongáis en su prisión, y si no, que os aparejéis para la muerte. Y si acaso so[i]s gentiles o moros, que juréis de ser en el ayuda de Sofraastro contra la universal cristiandad, contra la cual tiene publicada unibersal y sangrienta guerra.

–Decí, señor caballero –dixo Feridano–, a quien os envió acá, que para nos haber de rendir tan presto que no era menester traer <sup>[f. 167v]</sup> arnés<sup>dx</sup> ni usar de las armas; mas supuesto que las traemos a cuestras, que procure guardar las tuyas, que así haremos nosotros a las que traemos.

Con la respuesta bolbió el gallardo moro, y en un punto se ponen en la delantera del campo otros tres de aquellos <e>scitas muy vien armados, con los escudos guarnecidos de duros dientes de serpientes y a los pretales de los caballos colgadas cabeças de hombres quitado el caxco, y ellas embutidas en cosas que las conserban de corrupción y mal olor. Eran, al parecer, aunque no muy altos muy membrudos, y traían a uso de su tierra arco y alxaba, y alfange ancho y corbo colgado del arçón de la silla.

Pues así parten los tres caballeros contra los tres <e>scitas, y en medio de la carrera se dan tan poderosos encuentros que los tres caballeros nuestros casi incaron las cabeças en las ancas de los caballos; mas los <e>scitas, todos tres con las lanças terciadas en los cuerpos, vinieron a tierra. Lo cual bisto por el capitán tan excelente encuentro, a todos los demás, que serían como veinte caballeros, les hace seña que partan juntos, partiendo él también con ellos. Y cierto fue una rigurossa y peligrosísima escaramuça, porque los ginetes en un punto les mati[ç]aron<sup>898</sup> y alancearon los caballos, y aun a ellos les hicieron algunas heridas. Y, como los tenían a pie y ellos andaban a caballo y eran tantos y tan diestros, cierto los pusieron en mucho peligro.

Mas las cosas y echos en armas que aquel día hiço Feridano fue cosa increíble, porque de un tajo que acertó a uno de aquellos <e>scitas, por encima un poco de la cintura, así al soslayo, le partió que le dividió en dos partes. Y baxando la espada, zurziendo como ardiente rayo, rompe los arzones de la silla y más de un tercio de ella escon[di]ole el brutal cuerpo del caballo. Espantado y atónito quedó el aférez Gaudino de haber visto este golpe, y más pensó que era algún demonio o furia infernal el que le havía dado que hombre humano que de solas naturales fuerças fuesse dotado. Y, assí, ya se llegaban a él con arto menos atrebimiento que asta allí hacían, mas con todo esto sin duda los acabaran por raçón de la muchedumbre y del venir todos a caballo.

---

<sup>898</sup> *matiçaron*: Según *Autoridades*, «por extensión vale manchar con algún color alguna cosa a trechos salpicánola: como matizar con sangre» (s.v. *matizar*).

Y los ginetes entraban y salían a los alancear con mucha ligereça, con lo cual los tenían ya así heridos por muchas partes; mas el baleroso Farfanelo tenía ya en tierra cuatro citas en barias partes. Ardoniso havía usado de un ardid y maña con que a lo enemigos hacía mucho daño, que fue que tomó de los muertos un buen arco y las saetas que pudo y, como era tan diestro tirador, jamás tiró la cuerda al arco que la jara que d'él salía no clabase algún pecho, vrafo o pierna de algún <e>scita.

Mas estando en los más encendido de la batalla, que havría como diez <e>scitas vibos, vieron baxar por un recuesto como asta doce caballeros armados de armas blancas, en los escudos por armas un león madrigado en campo de plata<sup>899</sup>. Y en la vandra, que entonces venía cogida, venían las armas del rey de España bordadas sobre tafetán colorado, vandas blancas y en la punta de asta venía una hermosa cruz de oro. Y todos los caballeros venían muy vien puestos y en muy hermosos caballos, especialmente el uno que venía en un caballo negro muy hermoso, todo el paramento de vrocado morado alcachofado de alcachofas de oro <sup>[f. 168r]</sup>.

### **Capítulo 19. De cómo se acabó esta batalla entre estos caballeros y quién eran los doce caballeros, y de lo demás que sucedió en este viaxe.**

Pues dice Nictemeno que como los doce caballeros vieron a los tres en tanta necesidad, y bieron las estrañas cosas que en armas hacían y cuántos tenían ya a sus pies muertos, y la grandísima desigualdad que había entre los combatientes (y conociendo también en el traxe y hávito ser aquella gente infiel y estrangera), quedándose los dos por no ir más en número de los que vieron que andaban vibos pel[e]ando, acometen los diez a los diez. Y d'este primer encu<e>ntro si no fue Gaudino que quedó a caballo todos los demás quedaron, como decís, de paticas en la calle. Y, así, en vrebísimo espacio los vencieron, escapándose solo Gaudino a uña de caballo (que estremado le traía), sin jamás poderle dar alcance; asta que al fin le ubieron de dexar ir siguiendo su derrota. Y nosotros también por agora le dejaremos.

---

<sup>899</sup> Se trata del escudo de los condes de Cifuentes (*vid.* 7.1.2.1).

Pues como los diez caballeros, espantados de los desapoderados golpes qu'en los desmenvrados cuerpos de los muertos veían, que parecían estatuas de piedra o bro[n]ce quebradas en casa de artífice que las quiere bolber a undir (que una está sin piernas, otra sin vrazos, a otra falta la cabeça y a otra el medio cuerpo), de tal suerte que aunque están allí todas las partes apenas sabréis cúyos son los miembros que por allí por el labrador están divisos; así estaban aquellos <e>scitas, de suerte que apenas sabían cuál fuesse la mayor o principal parte del cuerpo. Pues, admirados d'este estraño destroço, especialmente Alberso, alférez mayor de Castilla (que sabed qu'el era el que encontró con los caballeros y el que traía el paramento de vrocado morado); llegando, pues, a hablar con mucho comedimiento los unos a los otros, Alberso Cifontino, alférez mayor de Castilla (que sus estados tenía junto a los de la duquessa, que los unos con los otros confinaban y aun eran algo deudos), habló a la duquessa y le ofreció su persona y gente para irla acompañando asta su cassa<sup>900</sup>. Lo cual jamás quiso la duquessa consentir, y más entendiendo que en Ispalia estaba ya toda el armada aguardando para marchar a Lebante en tiniendo buen tiempo.

Con esto se despidieron los unos de los otros, quedando Feridano y Ardoniso y Farfanelo muy heridos. Y, así, aunque no dejaron de caminar fue muy poco a poco por causa de las heridas, y esta fue la razón de detenerse algunos días más en el camino. Al fin, un miércoles a las tres de la tarde, descubrieron el castillo de la duquessa donde os diximos que Ofrasio cuando iba a [Ba]bilonia estuvo. Y, llegados a él, la duquesa fue muy bien recibida de su gente, aunque todos estaban lacrimosos y tristes de la enfermedad del duque, que estaba muy al cabo; y tanto que aun cuando la duquessa entró acompañada de aquellos caballeros, aunque a ella la conoció ya cuanto, a los demás no conoció ninguno.

Yo no sé por qué o por qué no lo hace Nictemeno, mas no cuenta otra cosa alguna de la casa del duque, solo dice que otro día sin los poder detener la duquesa, quedando el duque tan al cabo como queda dicho, aquellos caballeros se partieron para Ispalia, llebando <sup>[f. 168v]</sup> consigo solos tres escuderos y dos acémilas con armas y tiendas y carruaxe. Y dice Nictemeno que, cuando se querían partir, que la niña Camiliana se

---

<sup>900</sup> Nótese la especial dificultad de introducir una puntuación coherente en este extenso periodo, cuasi totalmente carente de verbos principales estructuradores de la acción.

llegó al baleroso Feridano y le dixo: «Suplico a vuestra grandeça dé esta carta al Doncel de la Esperança, que no es justo que pierda yo la memoria de tantos veneficios como de su mano é recibido».

El cómo se despidieron la duquesa y Ardoniso no lo cuenta Nictemeno, solo hace memoria que las dos jornadas primeras iba muy triste y melancólico Ardonisso, tanto que el baleroso Feridano tubo necesidad de consolarle casi reprendiendo su demasido sentimiento, tornándole a la memoria las cosas de la hermosa Belisandra, que sola ella era suficiente a remediar su sentimiento y pena.

Indo, pues, el tercer día parlando en esto, al pasar de un río que por un hermoso balle se venía a entrar en otro más caudaloso (por cuya ribera ellos venían caminando), antes de llegar él, por la parte del puniente vieron venir una doncella en un palafrén blanco como la niebe, clines y cola teñidos y muy vien adereçado el copete, con una cinta de tafetán encarnado, clabos de o[ro]<sup>dxii</sup> y el freno y guarniciones de un brocado encarnado, respuntado de ilo de plata tirada y en los bacíos del respunte sembradas muchas y muy finas perlas orientales. Venía en un sillón de fino oro, todo él guarnecido de variedad de hermosas perlas orientales y otras preciosas piedras de barias colores; particularmente el arçón delantero, en el cual traía como media docena<sup>dxii</sup> de finísimos diamantes, de hermoso resplandor y veslumbres.

Ella venía vestida de camino, siendo el bestido de brocado encarnado de una supervísima guarnición, y el sombrero aderçado de hermosas plumas, mas con tanta abundancia de finas piedras que solo el sombrero mostraba baler un gran tesoro. Veníanla acompañando dos feos eunucos en sendos muy buenos caballos españoles, rucios rodados de hermosas capas y parecer. Y ello en su hábito ordinario que entonces usaban, salbo que venían vestidos de brocado leonado aforrado de hermosos grises<sup>901</sup> y las mucetas de arriba en martas cebellinas de Gelandia (que por raçón de su defecto tienen necesidad de tantos aforros). Traían a las espaldas sendas bucinas de marfil, cabos de oro y delante de los pechos las armas de la probincia de Misia, que eran el bellocino dorado de Jasón puesto en campo açul, y por orla una letra que decía:

---

<sup>901</sup> *grises*: «Son ciertos animalejos de cuyas pieles se suelen hacer aforros, y diéronles este nombre por la color parda que tienen» (*Covarrubias*).

Aquí le truxo Xasón  
de Colcos do le ganó  
y en Misia le colocó.

Mirando estaban la dama aquellos caballeros, porque les pareció estremada en hermosura y tanto que realmente parecía ser la que más asta allí ubiessen visto, aunque no le dibisaban vien la hermosura de las faciones ni le beían distintamente mas de la gallardía y garbo con que venía a caballo. Y, así, los unos y los otros se venían a llegar al arroyo. Y, como le ubieron de pasar, Ardoniso preguntó a uno de aquellos escuderos (que de aquella tierra era y savía muy bien todos aquellos passos):

–¿Cómo se llama este <sup>[f. 169r]</sup> arroyo? Di, Madrubio –que así se llamaba el escudero.

–Llamánle<sup>dxiii</sup>, señor, el Arroyo de las Dueñas.

–¿Este es? –dixo Ardoniso.

–Sí, señor.

–Luego ya cerca estamos de la ciudad<sup>902</sup>.

–Poco más debe de haber de una legua –dixo el escudero.

Y, con esto, andando otro poquito llegaron a igualar con la doncella, la cual traía el rostro triste y al parecer llorosso. Y, como cerca llegassen, saludándose los unos a los otros con el comedimiento devido, la doncella dixo:

–Decid, señores caballeros, ¿sois caballeros andantes?

–Sí somos–respondió Feridano–, ¿por qué lo preguntáis, señora doncella?

---

<sup>902</sup> Se trata de la ciudad de Guadalajara, en cuyas proximidades se encuentra la desembocadura del Arroyo de la Dueñas en el río Henares, por cuya ribera vienen caminando nuestros protagonistas (*vid.* 7.1.1.3).



–Porque tengo mucha necesidad de algunos caballeros andantes para que procuren de deshacer una fuerza que a uno de los más balerosos caballeros (aunque nobel) se le hace de cuantos ay en el mundo.

–Esso haremos nosotros de muy buena boluntad, habiendo, señora doncella, justicia de parte de esse caballero.

–Cuando, señores caballeros, no alláredes tenerla y ser todo conforme a lo que yo os contare, no solo no lo hagáis, mas a mí en pago de la falsedad o engaño derribad, señores, la cabeça; que castigo es muy vien merecido por los traidores que con mentiras o falsedades engañan.

–Pues, ¿adónde es adonde emos de ir, señora, a haceros esse servicio?

–Aquí a la ciudad de Grisa, qu’esta d’este arroyo como una legua<sup>dxiv</sup> y no más – dijo la doncella.

–Pues a la paz de Dios –dixo Ardoniso–, y contanos el caso cómo passa.

–Sabréis, señores caballeros –dixo la doncella puesta en medio en boz alta–, que en la probincia de Misia<sup>903</sup>, que está en la Grecia no muy lexos de Constantinopla... Porque saliendo de ella por el mar Exinio, a norte cuarta al nordeste a cuarenta leguas, está el puerto de Mosember, donde está una hermosa ciudad (y aun de allí son naturales estos mis escuderos, que criados fueron de la emperatriz de Constantinopla); está esta ciudad y puerto en 47 grados. Desde Mosember se buelbe la costa al este asta el cabo del Enano; desde aquí vuelbe la costa a la media partida del norte y norueste quince leguas que ay asta el Puerto de Barba. De aquí adelante ya entran las vertientes que ban a dar al Danubio, y se acaba la Grecia desde este puerto, qu’es en el cual entra el río; por el cual se dice haber venido Jasón cuando de Colcos truxo el vellocino dorado y ser aquí donde vino Cadino y sus hermanos, hijos del rey Agenor, cuando vinieron a buscar

---

<sup>903</sup> La introducción de la descripción geográfica de los territorios que circundan Misia introduce una fractura evidente en la narración, que queda transparentada por la gran distancia existente entre el anuncio de la narración de la acción y su efectiva ejecución. Con el fin de facilitar la comprensión del fragmento, nos permitimos marcar con puntos suspensivos el inicio de un paréntesis en la intervención de la doncella (perfectamente esperable de otro lado en un relato de tipo oral). La presente descripción de Misia está extraída de nuevo de la *Suma de geografía* de Enciso (cf. ob. cit., pág. 148).

a su hermana Europa (a la cual Júpiter en blanco toro había robado). Pues esta tierra adentro al norte cuarta a nordeste es la probincia de Misia, conteniendo en sí a Pangali y a Caratra asta donde por cinco braços entra el Danubio en la mar.

En esta tierra y probincia, qu'es muy hermosa y fértil, ay un poderoso rey llamado Sebasto, casado con la hermosa reina Zaulina, hermana menor de la gran emperatriz de Constantinopla Brisina, los cuales tienen cuatro hijos: dos barones y dos hermosísimas damas, aunque niñas; los barones, el uno, qu'es el mayor, llamado don Zulemo, el otro Sabastino, y las hijas la una es llama[da] Perifrasia y la otra <sup>[f. 169v]</sup> Luçuselda.

Pues el hijo mayor, llamado don Zaulemo<sup>dxv</sup>, qu'es una de las más bellas criaturas que tiene el mundo, vino a Portugal a ber al rey, qu'es muy su deudo y particular amigo de su padre. Y también vino a Ispalia a ser armado caballero por mano del buen Ofrasio, rey d'España, y en ella recibió d'él grandes mercedes y caricias que le hiço, y había ya como siete meses qu'estaba en la corte. En la cual hiço cosas de muy buen caballero, y matando dos hermanos gigantes dio el mayor principio de caballería a sus echos que se había visto, por ser como eran los dos hermanos los más balerosos y diestros que se allaban en toda África, y tan disformes de cuerpos qu'el menor pasa de doce pies geométricos de estatura y el mayor tenía casi catorce. Estos dos endemoniados hermanos tienen otro hermano mayor qu'ellos, así en edad como en balor y fuerças, el cual se á apoderado de la ciudad de Grissa debe de haber como 14 años. Y en este tiempo á echo mil maldades y traiciones y nunca á tenido el baleroso Ofrasio rey de España lugar ni tiempo para le desterrar de ella, por haber estado ocupado en otras guerras de mayor importancia contra algunos reyes africanos.

Pues este traidor llamado Brasagadón el Baliante, como supo que mi señor el príncipe don Zaulemo había en estacado muerto a sus dos hermanos, no rostro a rostro ni como conocido enemigo, mas antes como fingido amigo, le prendió y cautibó. ¡Que Dios os libre, señores, de traidores que debaxo de buenas palabras de amistad os benden, os dañan y os empecen, y mostrando el rostro alegre buelben contra bos la cola de basiliscos de las traiciones que tienen imbentadas! ¡Que más querría veinte enemigos conocidos que un falso y fingido amigo!

Fue, pues, el caso que viniendo por esta ciudad para embarcarnos para pasar en Italia, este traidor nos hizo muy amoroso y amigable recibimiento. Y a la noche, estando el príncipe mi señor muy descuidado durmiendo en su cama, este traidor llegó muy bien armado, acompañado de otros diez o doce caballeros, y como el descuidado joben estaba tan descuidado fue facilísima cosa el rendirle y prenderle. Y, así, a él y a una hermana mía que lo es suya de leche, con otros dos escuderos y una doncella criada de mi hermana, los metió en una cruel y oscura cárcel, haviéndome escapado yo y estos dos eunucos por aviso de una esclava que a nuestro aposento con nosotros había ido.

Y á ya qu'está presso un mes, en cuyo tiempo an venido o é yo traído cuatro caballeros andantes, y a el uno mató en la batalla y a los tres tiene presos. Y aun ayer fue el combate con el último, que un caballero griego era, al cual venció y prendió con mucha facilidad. Y a mí con mucho escarnio me dixo: «¡Anda, anda, perra cristiana, be, tráeme mucha d'esta miserable gente al degolladero del invicto Brasagadón, que solo merece nombre de gigante <sup>[f. 170r]</sup> sobre la tierra!». Y con esta soberbia y mala respuesta, haviendo entendido que de aquí a cuatro o cinco días a más tardar tiene determinado de degollar al príncipe y otros cautivos que en su poder tiene, vine a buscar algunos caballeros que pongan remedio. Porque en perderse el príncipe se perdería uno de los caballeros que mejores esperanças tienen en el mundo, y porque no quede aquel reino sin un tan excelente príncipe, y por no ver tanto desconsuelo en unos tan principales padres, y por no dejar a tantos desconsolados como quedaríamos sin él en el mundo, y porque no quede una tan gran traición sin castigo, y porque hagáis, caballeros, lo que como buenos estáis obligados <a> hacer en semejantes cassos.

Y por condescender con mi justa petición, que con tantas veras os pido, y por otra causa que aún es más eficaz (la cual por ser oculta y no manifiesta no la oso decir), pues, soplícoos por la cosa del mundo que más amáis y por los soberanos amores de vuestras damas, si sois casados o enamorados, que en esto pongáis toda la diligencia que fuere posible.

La cárcel es una dura y oscura mazmorra que debajo de tierra, en lo más escondido de su fortaleza tiene aquel perro. La fortaleza, como veréis, es inexpugnable: aunqu'está sitiada en llano, sitio ameno y hermoso, la guarda son docientos caballeros y otra muchedumbre de peones, que todos están envejecidos en el uso de las armas y

usados y acostumbrados a los debates y conquistas. El campo él lo azepta a cualquiera que se lo pide, mas de ordinario fuera de su desmesurada fuerça usa de ardid, traición y mañana. Las armas con que combate, dejando lança y espada, usa tanvién de maça o claba y de un espantable guchillo con que así dibide un caballero armado como si fuesse algún blando tronchuelo de fresca ortalíça. Esto es todo lo que ay, bed caballeros qué traça pensáis tener en vuestro negocio.

–Decidme, hermosa señora –dixo Ardoniso–, y a los caballeros andantes, ¿qué acogimiento se les hace en la ciudad de Grisa?

–A los caballeros andantes, esso, como sea en la ciudad, estremado de bueno. Porque la gente d’ella está tiraniçada debaxo del dominio d’esto perro, que ellos muy buenos cristianos son y amigables, llanos, verdaderos, fieles y balerosos, aunque no muy ricos, porque son dados a placeres y contentamientos y muy poco dados a los trabaxos ni tratos. Porque en los demás, como veis, señor, la tierra es excelentísima y tiene mucha probisión de pan, vino, azeite y ganados, así que en esso muy buen acogimiento allaremos. Cuánto más que yo os llebaré a posar a casa de un caballero que tiene una casa fuerte, el cual jamás á podido el perro gigante undir y se le defiende balerosamente, y allí podremos estar segurísimos y dar traça <a> nuestro negocio.

Con esto, ya llegaban por entre unas viñas y un camino muy ancho y hermoso, y a la mano izquierda<sup>dxvi</sup> como benían dejaban el hermoso río como un tiro de ballesta. Y, tiniendo ya la ciudad muy cerca, a la mano del río vieron una hermosísima iglesia echa de piedra de mármol, hermosísima, con una casa junto a ella de estremado edificio<sup>904</sup>. Y Ardoniso preguntó a la doncella que qué casa era aquella, la cual respondió que era Iglesia de Nuestra Señora y que en ella moraba un santo monxe llamado Casinando, hombre de quien Ofrasio rey de España y todos los grandes de aquel reino hacían mucho caso. Y que quedaba en Ispalia dando orden en las cosas del reino entre tanto [f. 170v] qu’el rey Ofrasio concertaba las cosas de la guerra y estaba ausente en aquel biaxe que hacía a la Grecia.

---

<sup>904</sup> Por su emplazamiento en la vega del Henares podemos hacer corresponder esta iglesia con la desaparecida ermita de Nuestra Señora de Afuera, antiguamente ubicada en la proximidades de Guadalajara. Para el conjunto de edificios históricos a los que el autor hará mención en este pasaje, *vid.* 7.1.1.3.

Con esto, bolbiendo a la mano izquierda un poquito, llegaron junto a una hermosa puente, la cual havían de pasar para entrar en la ciudad. En el medio esta puente tenía una muy buena y fuerte torre, y enfrente de ella hacía el río una pequeña y hermosa isleta poblada de frescos árboles y <sup>dxvii</sup> matas<sup>905</sup>. Acabando de pasar la puente, que muy larg[a] y ancha y estremadamente edificada era, subiendo así un recuesto (aunque no muy largo todo empedrado de menudas y recias piedras), començaron a entrar por las casas qu'están fuera de las cercas, qu'en España llaman arrabal. Y, por aquella calle donde iban, a la mano izquierda vieron un <sup>dxviii</sup> fuerte edificio probeído de una muy hermosa y almenada torre, y la doncella dixo ser un monasterio de los monxes sucesores de Elías.

Y, con esto, an[dan]do más delante, llegaron a una <sup>dxix</sup> puerta de la ciudad en la cual allaron guarda puesta por el gigante y, pasando allá sus acostumbradas ceremonias, al fin entraron y vieron ser la ciudad hermosísima<sup>906</sup>. Y en entrando por la puerta vieron una <sup>dxix</sup> fuente a la mano izquierda arrimada a un muro de piedras de jaspe y porfiro, estremadamente labrada, y enfrente de ella estaban unos hermosos palacios y estremadas casas. Luego llegaron a una <sup>dxxi</sup> plaça en la cual estaba una casa de las mexores que aquellos caballeros ubiesen visto en su vida: toda la delantera estaba echa de hermosísimas puntas de diamantes, tiniendo la portada cuatro hermosas columnas dóricas, las cuales sustentaban la portada y hacían obra para otras columnas menores que componían una <sup>dxixii</sup> bentana que sobre la puerta caía, haciendo obra con otro mucho ventanaxe qu'estaba por aquel testero, probeído de <sup>dxixiii</sup> barcones y rexas de fina plata y oro que toda la delantera componían<sup>907</sup>.

---

<sup>905</sup> Se trata sin duda del «puente de Guadalajara», viaducto que permitía el paso a la otra ribera del Henares, en el cual podía encontrarse una torre almenada de factura medieval justamente en mitad de las dos rampas que conformaban su calzada.

<sup>906</sup> Necesariamente debe corresponderse con la Puerta de la Alcarrería, situada al final del arrabal del mismo nombre.

<sup>907</sup> La narración pretende señalar al conocido palacio de los duques del Infantado, del cual se ofrece una precisa y detallada descripción, completada en los capítulos 21 y 22. Como tuvimos oportunidad de demostrar en nuestro estudio, la morfología que la narración presenta de esta edificación se identifica necesariamente con aquella resultante de las reformas auspiciadas por el V duque, en el último tercio del siglo XVI (*vid.* 7.1.1.3).

Mirando iban la casa aquellos príncipes cuando la doncella les dixo: «En esta<sup>dxxiv</sup> casa es donde emos de posar, señores caballeros». Y, así, entraron en un<sup>dxxv</sup> patio cuyas bóvedas eran de finos porfiros, echos hermosísimos laços con otra bariedad de piedras preciosísimas y muy finas. D'este patio o portal se subía por seis gradas echas de<sup>dxxvi</sup> piedras de jaspe a un patio cuadrado muy grande y hermoso, el cual con unas columnas dóricas de piedra india<sup>dxxvii</sup> sustentaba un<sup>dxxviii</sup> corredor. El patio de abaxo estaba enlosado de piedras de barias colores, tan diáfanas y transparentes que en ellas como en claros espejos de cristal se representaban los cuerpos que por ellas andaban, tan al natural<sup>dxxix</sup> como si ellos mismos fueran. Por el arquitrabe que por sobre los arcos pasaba y en los triángulos de los arcos estaban<sup>dxxx</sup> medallas echas de manos de grandes artífices, con títulos esponedores de quién cada uno fuesse. En el medio del patio estaba un poço cuyo brocal era de una muy gran piedra de alabastro, esculpidas en ella mil istorias de medio relieve estremadamente de vien.

Estando mirando aquellos caballeros el hermoso edificio de la cassa y la estraña labor de las piedras, llegó un mayordomo del señor de ella. Lo que con él pasaron <sup>[f. 171r]</sup> con todo lo demás que sucedió en otro capítulo lo oiré[i]s, porque m'están llamando en la mar el Doncel de la Esperança, ya armado caballero, y toda la demás gente de su compañía.

## **Capítulo 20. De lo que al Caballero de la Esperança sucedió con Ofrasio rey de España, con otras cosas tocantes a la istoria.**

Benidas las fragatas de los gigantes y índose la una uyendo a remo y bela con toda la belocidad que era posible, quedando bañados de su propia sangre y de l'agena, dejamos al Caballero de la Esperança en compañía del buen Ofrasio, rey de España (al cual del cautiberio y aun de la muerte había librado), con todos los demás caballeros que en la nao Buena Esperança y en la Rinoceronta venían. Biendo, pues, que la fragatilla, ligera, ayudada de las alas del inflado viento (qu'en el blanco y lebantado lienço la hería), juntamente con los largos remos de anchas palas (que los braços de los que uían con miedo y priessa iban haciendo lebantar la espuma en las heridas ondas con tantos remolinos que una espessa niebla asta el segundo vorde parecía ir metida), y que

ayudada de todo esto iba uyendo, y saviendo por los cautibos cristianos que en ella solo se escapaban como asta cuarenta hombres, todos de poca calidad, se determinaron aquellos señores de dexalla ir siguiendo su derrota.

Y ellos començaron a entender en el concierto y orden de los bassos que habían ganado, puniendo en prisión a los que les pareció convenir y echando al agua los muertos, haciendo curar los heridos y dispuniendo, en fin, todas las cosas que era necesarias en la armada. Y esto todo por ministerio y orden del buen Mauro Italiano, que uno de los más prudentes caballeros era de su tiempo. Y haciendo el repartimiento de los despojos de las tres fragatas y de la nao, que muchos y muy buenos eran, solo aplicó a las dos naos del Caballero de la Esperança las armas, que eran muchas y muy estremadas y ingeniosas, sin tomar otra cosa alguna salbo a aquellas dos pastoras Esmerilda y Libertina y a Gradisa la constantinopolitana; a las cuales aquellos caballeros cargaron de hermosas y curiosas preseas, así de telas de sedas y brocados como de piedras preciosas: perlas, aljófares, ámbar y otras cosillas a que suelen ser aficionadas las mugeres. Y diéronles cuatro o seis<sup>dxxxi</sup> moras por esclabas para su servicio.

En este tiempo, cuando ya las cosas estuvieron puestas en orden, estando Esmerilda curando a Ofrasio (que muy herido estaba, especialmente de la puñalada que estando desarmado aquel perro infiel le había dado), y haviéndole ya tomado la sangre y también al Caballero de la Esperança, aquellos capitanes todos juntos <sup>[f. 171v]</sup> llegaron a pedir la mano al Rey. El cual los recibió con estraño amor y comedimiento, diciendo que a cada uno de ellos no menos devía que la vida, y loándolos de muy buenos y d[i]estros capitanes, y haciéndoles mucha merced y dándoles, fuera de esto, muy buenas esperanças para delante (lo cual estando en su reino cumplió y muy bien, como la istoria os lo dirá).

Fueron, pues, todos aquellos capitanes y caballeros curados de sus heridas con mucho cuidado. Mas después del primero sueño que después de su cura el buen Ofrasio y el Caballero de la Esperança tubieron, como despertaron (que asta entonces no se habían hablado más que así en general), Ofrasio le dixo:

—¿Cómo os sentís, caballero, de vuestras heridas?

–Muy bueno para servir a vuestras grandeça –dixo el de la Esperança–, que mis heridas no eran nada. Mas vuestras grandeça, ¿cómo se siente después de la cura?

–Yo también, vendito sea Dios, me siento bueno, porque si no es aquella herida qu'estando atado y desarmado me dio aquel infiel, ninguna tengo que sea algo. Y aun essa, como fue al soslayo y no penetrante y está en esto recio del braço, tampoco me da pena. Mas decidme, caballero, que por no haber havido asta agora tiempo no os lo é preguntado, ¿de dónde sois y cómo se llama vuestro padre? Porque en la lengua cierto parecéis español.

–Yo, serenísimo rey, soy hijo de padres españoles: mi padre se llama Ardoniso y mi madre Belisandra. Nací en la Isla Solitaria, llamada la Isla de la Enamorada Corneria, que está al oeste de Irlanda sesenta leguas, vien cerca de la isla redonda abundante del palo colorado llamado Brasil; aunque la Isla Solitaria (y asta al nordeste d'esta isla, norueste<sup>dxxxii</sup> de España) está en cincuenta grados y medio, siete grados y medio más que España. Está de España trecientas y setenta leguas; y, así, el mayor día de nuestra isla es, señor, de dieziséis oras y un cuarto. Tiénennos los puertos de Galicia, especialmente el Puerto del Espexo, al norte cuarta al nordeste.

–Muy bien me habéis descripto vuestra isla y tierra, señor caballero, mas el príncipe Ardonisso y un compañero suyo, balerosísimo caballero llamado Feridano, havíamos entendido en España que se havían perdido con una tormenta en la mar.

–Pues no, mi señor –respondió el Caballero–, qu'él está vibo y sano. Y nosotros nos apartamos de ellos en el Gran Puerto de Santa María, y nosotros nos salimos hacia el setentrion a la baía y ellos se fueron caminando por tierra hacia las faldas de Moncayo, acompañando a la duquesa Camilina. Pues, desde el Puerto de Santa María asta la entrada de Guadalquivir en San Lúcar, aunque ay tan poca distancia como vuestra grandeça be, por raçon del nordeste fortísimo que á soplado nos apartamos estas veinte leguas al sur. Y esto es lo que vuestra grandeça me á preguntado.

Espantado quedó el Rey de ver con el desenfado qu'el Caballero de la Esperança dixo que era hijo del príncipe Ardonisso y de Veslisandra, mas como <sup>[f. 172r]</sup> era tan discreto el Rey no le quiso replicar palabra ni ponerle las dudas y dificultades que en esto se le ofrecieron. Y muy más espantado estaba de que nombrasse a su madre,



sabiendo él que Ardoniso ni era ni había sido casado; mas todo lo disimuló con su discreción y prudencia, y así le dixo:

–¿Pues a dó bueno era agora vuestro camino, señor caballero?

–A la gran ciudad de Ispalia íbamos, porque allí nos mandó mi padre que le aguardásemos a él y al baleroso Feridano –dijo el de la Esperança–. Y, así, si vuestra grandeça no manda otra cosa, allá imos.

–Antes yo me huelgo mucho –dixo Ofrasio–, por que se me ofrezca ocasión en qu’ en mi tierra os pueda pagar<sup>dxxxiii</sup>, señor caballero, una tan buena obra como de vuestras balerosas manos é recibido.

Ellos iban ablando en esto, quando descubrieron doce naos hermosísimas que venían tendidas belas y lebandadas y enarboldas banderas; las cuales luego fueron conocidas ser cristianas. Y el rey Ofrasio conoció luego ser suyas y imaginó lo que podía ser: que era que iban en seguimiento y busca de los que con traición le havían prendido. Y así lo dixo al Caballero de la Esperança, que por la ventanilla de cámara de popa las iban mirando.

A poco de rato llegaron <a> abordar casi casi las unas con las otras. Y el capitán de la guarda, que venía por capitán en aquellas naos, en un esquife con doce caballeros llegó <a> abordar con la Rinoceronta, y en voz alta dixo: «¿Quién viene en esta armada, señores caballeros?». Que ya en las cruces de las banderas havían echado de ver que eran cristianos, y en ver a los turcos cautivos rapados y con argollas a los pies.

Luego se puso a bordo el capitán que en ella iba, que era Ricaredo el bizcaíno, y dixo:

–En esta armada, señores, viene por general el ilustrísimo Caballero de la Esperança y por su tiniente viene Mauro Italiano.

–¿Y cuál es la nao capitana? –dixo el capitán de la guarda.

–Aquella de las belas de vrocado verde –dixo Ricaredo– y de los gallardetes de los letreros. Pero ¿por qué lo pregunta la vuestra merced?

–Porque querría saber del general o de su tiniente si an topado algunas fustas moras.

–Aquí traemos, señor, una nao y tres fragatas que ayer tomamos como<sup>dxxxiv</sup> doce leguas de aquí. Y, porque me parece que devéis de venir a vuscar lo que nosotros allamos, aí viene el buen Ofrasio rey de España, que en una de ellas que nuestro general ganó venía cautibo.

Notable fue el contento que con estas nuebas el capitán recibió. Y, así, haciendo azelerar los remos a los que iban en el batel, llegó <a> abordar con la nao Buena Esperança, que era en la que el rey Ofrasio [f. 172v] y el de la Esperança benían. Y, habiendo hablado a Mauro, el tiniente de general, subió con otros dos caballeros a la nao y, entrando en cámara de popa, incado de rodillas delante de su rey le estaba pidiendo las manos, casi arrasados de contento los ojos de agua. Y el buen rey le mandó lebrantar y le abraçó amigablemente, agradeciéndole su cuidado y buena boluntad, y luego le mandó que se tornase a sus naos y que todos endereçasen a Ispalia, lo cual él hiço.

Y en todas las naos se undían de música y de placer y, con un esquife en que iban dos caballeros, le enviaron todos los caballeros y señores a suplicar a Ofrasio que si estaba su grandeça para ello les hiciesse tanta merced que saliesse sobre cubierta, por que todos aquellos señores le viessen. Él condecidió<sup>dxxxv</sup> con su amoroso ruego y así, con una ropa de martas y la espada en la mano, que le servía de báculo, y un morrioncillo en la cabeça, salió asta casi el mástil de medio y se puso donde todos sus basallos y caballeros le podían ber. Allí fue estraño el ruido, así de música como de alegres boces, que en toda la armada se oyó, diciendo: «¡Víbanos, víbanos nuestro rey muchos años y Dios dexe goçar al buen Caballero de la Esperança que nos le libró de las manos de nuestros enemigos!». Y con este placer y alegría se bolbieron hacia Ispalia, topando en el camino dos naos turcas a las cuales sin ningún derramamiento de sangre prendieron. Y era cosa de ber el atrevimiento de los africanos, que asta casi embocar en los puertos corrían todas aquellas costas y riberas.

Pues con mucho contento, de allí a dos días entró por el río arriba con la creciente toda aquella lucida armada, aviendo ya un ligero bolante ido a dar la buena

nueba a la ciudad; con la cual tanto contento recibió la balerosa Casiana que cassi casi quedó del todo pribada de su sentido. Mas luego en un hermoso verga[n]tín, con dos docenas de aquellas princesas y damas salió, aunque contramarea, mas de una legua el río arriba a recibir a su marido, al cual más amaba que aquella Hipsicratea (tan celebrada de Plutarco) amó a Mitrídates. El bergantín en que iba era llamado Sila, porque llebaba en la testera la imagen d'este cónsul tan nombrado y baleroso (como lo dicen Eutropio y Apiano) si no ensuciara su fama con su estremada crueldad.

Pues, cuando la buena Casiana llegó a la armada, habiéndola recibido con mucho contentamiento y música, fue luego derecha a la nao Vuena Esperança, en la cual la ayudó a que suviesse el buen rey Ofrasio que tanto (como os á dicho la istoria) la amaba. Y tomándola en los braços se recibieron con tanto contento y ternura que parecía que havia muchos meses y aun años <sup>[f. 173r]</sup> que no se habían bisto. Y luego habló al Caballero de la Esperança, agradeciéndole mucho lo que por el rey su marido havia echo; y, así, naturalmente le mostraba una boluntad y amor estraño, olgando mucho de berle y de hablar con él. Y cierto era extremo lo que el de la Esperança parecía a Ofrasio, aunque era muy más hermoso y adornado de un donaire más que humano, con el cual era amado de todos.

Y juntamente con esto tenía tanta grabedad de rostro que siendo amado de los buenos fue muy temido de los malos; porque, aunque siempre fue más misericordioso que cruel, era naturalmente enemigo de bellacos y no podía sufrir gente ruin ni de mal término, y castigaba las baxeças con rigor. Y especialmente era enemigo de mentiras sobre cuantas cosas havia en el mundo y, así, aborrecía a los mentirosos sobre cuantos había en él<sup>dxxxvi</sup>. Y solía muchas beces decir que donde ubiesse verdad que todo se podía disimular, mas que la mentira que era una infame polilla de las virtudes y que era verdadera arruinadora de la onra y capital enemiga de la paz.

Pues, parlando con él algunos ratos la ilustrísima Casiana, llegaron con próspero viento y mucha bonança asta llegar a la ciudad de Ispalia. En la cual les hicieron, para de repente, un hermosísimo recibimiento en el cual salieron muchos caballeros cortesanos muy vien adereçados, con distintas y hermosas libreas. Especialmente los moços y enamorados, que de las colores de sus damas sacaron v[e]stidos; todos los paxes con tanta hermosura, gallardía y costa que, como el Caballero de la Esperança

nunca había estado en la corte de ningún príncipe, tubo en aquella mucho que ver. Y, así, aunque no con espanto ni abobada admiración, mas con particular cuidado y cuenta, iba notando todas las cosas que le parecían dignas de consideración. Y lo que más notaba era la hermosura y gracia de los edificios, las torres, las murallas, las cercas, los palacios, los templos y las demás casas, en todo lo cual resplandecía una cierta grandeza y hermosura que hacían a la ciudad una de las hermosas y grandes de España, siendo con esto abundantísima de todas las cosas necesarias a la vida humana, así de necesidad como de regalo.

Con esto, llegaron a la plaza que delante de palacio se hacía. Y delante de la puerta estaban veinte y cuatro columnas (doce a cada parte) hermosísimas, de un estremado y finísimo jaspe, teniendo las peanas de plata y la coronación de lo mismo, sobre las cuales estaban veinte y cuatro figuras hermosísimas de un estremado bronce: las doce de la mano derecha eran doce reyes antiguos de España y los de la izquierda eran doce emperadores romanos. Y sobre la puerta estaba una figura de un rey, estando a los lados los nueve esclarecidos barones de la fama, todos de admirable forma <sup>[f. 173v]</sup>, esculpidos por manos de sabios y diestros escultores. Los emperadores romanos eran: Julio César, Augusto, Tiberio, Cayo Calígula, Claudio, Nero, Galba, Octo, Mitelo, Vespasiano, Tito, Domiciano<sup>dxxxvii</sup>. Los españoles eran: Túbal, Íbero, Jubalda, Vrigo, Tago, Veto, Jerión, Jeriones, Hércules Libio, Ispalo, Ispán, Espero. Mas era cosa notable ver las formas d'estos príncipes, que estaban retratados originalmente con diferentes posturas y distintas armas; los romanos todos tenían ceñidas las cabeças de coronas de laureles y los españoles estaban con diferentes armas y posturas. En el libro que allé de Nictemeno todos estos retratos estaban conforme a los originales muy bien estampados, que era curiosidad ver los icomes<sup>†</sup> o retratos de tantos príncipes tan bien esculpidos.

Luego entraron en el gran palacio, el cual era muy hermoso y estaba admirablemente edificado, con tantos patios de hermosas columnas de jaspes, mármores, alabastros y porfirios tan bien labrados que había mucho que ver, y por ebitar prolixidad no se describe. Solo dice que entraron en la Sala de Estado, la cual era muy grande y hermosa y estaba entapiçada con una tapicería de brocado encarnado y perlas orientales, muy vien labrado de unas labores romanas muy lucidas y curiosas. En la

testera d'esta sala, en unos cóncabos o encaxes como capillexas que estaban echos en la pared, estaban dos retratos muy hermosos: el uno de Hércules el griego y el otro de Julio César.

El de Hércules estaba con aquella su piel de león cuya cabeça venía a tener en la suya, descubriéndosele la orexa por la mandíbula del león que era la que a él casi le venía a servir de baberón, viniendo a servirle de gola las dos manos del león dadas un nudo dela[n]te de la garganta. Tenía el rostro grabe y lleno, algo moreno y vien poblado de varba y cabello, y él no muy feroz, antes hermoso y vien arrostrado. El título decía: «Hércules, hijo de Júpiter y de Almena, tebano. Fue año del mundo, según los hevreos, de 2240<sup>dxxxviii</sup>; antes del advenimiento de Cristo Nuestro Redentor de 1721<sup>dxxxix</sup>. Estubo aquí de edad de 33 años, murió en el fuego siendo de edad de 52 años».

El retrato de Julio César estaba esse común que todos emos bisto, con una corona de laurel, el rostro largo y flaco sin ninguna barba, sino toda rapada, y el cuello largo y descubierto. Y el título decía: «Julio César, primer emperador romano. Estubo aquí tiniendo d'edad cuarenta años, y viendo esta estatua de Hércules lloró repreendiéndose de ser para poco. Murió en Roma a puñaladas matándole 60 senadores, siendo él de edad de 56 años y haviendo imperado 4».

En esta sala estubieron todos los grandes del reino con su rey parlando en muy buena combersación. Y salieron a le ber un hijo que tenía y dos hijas; él y ellas de las más lindas criaturas que havía en el mundo, especialmente las princesitas, la una llamada Diadema y la otra <sup>[f. 174r]</sup> Teodoreda. Admirado estaba el Caballero de la Esperança de ber tanta hermosura y magestad como en aquel palacio había, aunque si él se mirara a sí mismo vien pudiera allar en sí con qué toda aquella magestad y hermosura quedara escurecida. En palacio, sabiendo sus balerosas obras y estrañas azañas, todos aquellos caballeros le hacían mucha onra y merced, especialmente el rey Ofrasio y la Reina, los cuales le amaban, regalaban y servían como si ellos supieran claramente quién él era.

Dejarle emos agora en la corte por deciros lo que a Feridano, Ardoniso y Farfanelo sucedió en la casa de la ciudad de Grissa.

**Capítulo 21. De lo que a Feridano y a Ardoniso y Farfanelo sucedió con el mayordomo en casa del caballero de la ciudad de Grisa, con otras cosas notables de la istoria.**

Dicho nos había Nictemeno qu'estando Feridano y sus compañeros mirando la hermosura de la gran cassa de la ciudad de Grissa había llegado el mayordomo mayor, llamado Sacedino, criado del buen duque y baleroso caballero llamado Tritoneo de Çamendo, a los recibir y hablar. El cual, como llegó donde los caballeros estaban, habiendo saludado con muy comedidas palabras y sabiendo que venían en compañía de aquella doncella, luego les suplicó que subiessen arriba; diciendo que su señor había salido con veinte de a caballo a ber ciertos lugares suyos (porque algunas beces el tirano Bralagadón, por sí y por sus ministros, los solía ir a inquietar y enfadar y aun a roballes sus ganados y aziendas), que, entre tanto que venía, que sus mercedes descansasen y se subiessen arriba.

Y, con esto, mandando dar todo lo necesario a los criados y caballos, con ellos se suvió al corredor alto, indo aquellos príncipes notando la excelencia del edificio de la cassa, que cierto tenía mucho que ber. Y, así, entrando en un hermosísimo cuarto vieron una sala toda echa de porfiros y jaspes, y las bóvedas todas de finísimo oro. Y alrededor de ella por encima del friso iban muchas medallas y retratos con los escudos de sus armas junto a sí, cosa hermosísima y de mucha curiosidad y que había mucho que ver y notar en ella. Y esta sala dixo el mayordomo llamarse la Sala de los Linaxes<sup>908</sup>, por ración de estar en ella todos los linaxes y casa que con aquella se habían juntado, que eran muchas y las más ilustrísimas de España; cuyas armas y trofeos, porque pienso hacer particular relación de ellas, las dejo <sup>[f. 174v]</sup> agora.

En el cuarto d'esta sala estubieron aquellos caballeros mirándole todo y viendo las curiosidades que en él había, que cierto había muchas. Y estando mirando un

---

<sup>908</sup> *Sala de los Linaxes*: Se trata de un conocido salón del palacio del Infantado, ubicado en la planta principal, del que sobresalía tanto su techumbre dorada de artesón estalactítico como la cenefa de esmerada ornamentación colocada sobre el friso, en la que podían encontrarse por parejas a los antepasados del segundo duque (*vid.* 7.1.1.3).

graciosísimo retrato del filósofo y poeta jámbico Hiponax<sup>909</sup>, qu'estaba con aquella su estremada fealdad (el cual decían que era el mismo que habían echo los dos hermanos Búpalo y Antermo; cierto, retrato digno de ser mirado por su estraña deformidad), y Feridano dixo:

–¡A, señor Ardonisso!, ¿es este el que pone Eusevio en la Olimpiada 27?

–El mismo –dixo Ardonisso–, mas conforme a la verdadera computación fue año del mundo de 424 (antes que Cristo naciesse, 538).

–De esa manera vendría a ser en tiempo de Tarquino Sobervio, el inventor de las cárceres y cadenas –dixo Feridano.

–Dionisio, Alicarnaseo, Eutropio, Tito Libio y Plutarco ponen a Tarquino Sovervio –dixo Ardoniso– en el año de 3431. Y así fue el filósofo un poco antes, que fue antes que Cristo naciesse 531; por lo cual me parece que fue en tiempo de Ciro, siendo Zorobabel, hijo de Salatiel, juez de los hebreos.

–Pues de esa manera –dixo Feridano– todo se sale a una cuenta, que Paulo Orosio en el libro 2, en el capítulo 6, dice que en tiempo de Tarquino Superbo tomó Ziro a Babilonia.

–Aora, poco ba en ello –dixo Ardoniso–, que poca es la diferencia.

–También dicen –dixo Feridano– que a esos dos escultores que hicieron su figura para que fuesse espectáculo de risa al pueblo, que les hiço unos versos satíricos tan mordaces (en un cierto género de versos jámbicos llamado *seacontén*<sup>dxl</sup>) que los probocó a tanta rabia y ira que se aorcaron.

---

<sup>909</sup> La presente semblanza se basa en la entrada correspondiente a este poeta en la obra de Guillaume Rouillé, *Promptuarii iconum insigniorum à seculo hominum* (Lyon, Gulielmum Rouillium, 1553, I, pág. 106). En efecto, algunos pequeños datos manejados por Miguel Daza permiten suponer que nuestro autor haya utilizado la versión latina original y no la traducción española de Juan Martín Cordero (*vid.* 6.3.3). Con el fin de simplificar el sistema de referencias, aunque las dos partes del prontuario latino se publicaron en volúmenes separados con títulos propios (*vid.* 6.3.3., n. 262), citaremos ambos con la denominación de *Promptuarii iconum*, indicando a continuación con números romanos la parte a la que pretendemos referirnos.

–Así lo dicen algunos –dixo Ardoniso–, mas Plinio dice que lo tiene por fabuloso y ageno de verdad, porque algunos años después de la muerte del poeta dice que hicieron algunas obras maravillosas de escultura; especialmente aquella figura de<sup>dxli</sup> Diana, la cual estaba puesta por remate su obra (que a todos los que entraban les parecía estar triste y cuando salían les parecía quedar riyendo). Así lo dice Plinio en el libro 36, en el capítulo 5, diciendo que hicieron otras muy ilustres obras.

Ellos estaban en esta conversación cuando entró el buen Tritoneo de Zamendo armado de todas armas, quitadas ya las manoplas y lebandada la vissera, echado el escudo a las espaldas. Y veníale acompañando una docena de sus caballeros, todos muy bien armados y de armas muy lucidas. Y, haviéndose saludado los unos a los otros y entendiendo Tritoneo la causa de la venida de los caballeros, hícoles mucha onra. Y para la tarde tuvieron una supervísima zena, en la cual fueron aquellos caballeros muy regalados. Y ubo después sarao y fiesta de todas aquellas damas ciudadanas, que allí, como en casa fuerte y que contra la tiranía del gigante se defendía, estaban recogidas en compañía de la <sup>[f. 175r]</sup> ilustrísima duquesa llamada Buenafortuna, por ser como era hija de un ilustrísimo príncipe llamado Fortuna.

Y hicieron todas aquellas señoras mucha onra y merced a la dama estrangera, así en el término con que la trataban como en el lugar y asiento que le dieron. Y todo lo merecía la hermosa Herófila (porque así se llamaba la doncella, y aun decía ella que descendía de la ilustrísima familia de la sabia sibila Samia), llamada d’este nombre porque, dexado aparte que era hija de un ilustrísimo capitán griego, era muger muy sabia y de divino ingenio y estraña agudeça. Y con esto hermosísima tanto como la que más, y no era muy biexa, que aún no tenía cumplidos los 24 años. Y adelante sabréis la causa por que venía en compañía del hermosísimo príncipe don Zulemo de Misia.

En este sarao y buena conversación estuvieron aquellos caballeros un rato, puestas todas las guardas que convenían en sus ordenados sitios por si el gigante los quisiese venir a enoxar como acostumbraba. Y, así, acaeció que, estando en lo mexor de la conversación, començaron las guardas a tocar sus cornetas y <a> apellidar alarma, a cuyo son y ruido luego todas aquellas damas se fueron a una fortísima torre donde se acostumbraban a recoger en tales tiempos. Y los caballeros todos del palacio, puniéndose las pieças que les faltaban, en un punto estuvieron armados y aparejados y



puestos en sus sitios y torres; desde las cuales a la gente del gigante que venían en encamisada les hacían todo el daño que podían, hiriéndolos de suerte con las armas arroxadiças, con el agua caliente, cernadas, resinas, pez y otras calderadas de cosas nocibas que les arroxaban, que les hacían (aunque les pesaba) tener a raya. Y defendían muy animosamente su casa y morada, aunque los contrarios procuraban cuanto podían el arroxarles fuegos artificiales para les quemar la casa; mas a todos estos daños, como gente criada en aquel sa[n]griento exercicio de la guerra, acudían y lo remediaban matando el fuego y aziendo todo el daño que podían a los enemigos.

El sovervio gigante, armado de todas armas, con una gruessa lança en la mano y sobre un hermoso caballo, puesta sobre las armas una investidura de tafetán blanco que le servía de seña para la encamisada que llebaba, andaba animando los suyos que quevrasen las puertas. Y si él no se llegaba era porque ya otras beces, atrebiéndose, le havían escaldado ya algunas beces los ocicos, y esto le hacía (aunque contra su boluntad) detenerse y no llegar con tanto atrebimiento a romper las puertas. En este medio el baleroso Feridano dixo:

–¿Es aquel el gigante que anda animando la gente?

–Sí señor –respondió Tritoneo, que junto a él estaba.

–Aora, pues, lo que me parece, señor, es que bos con vuestra gente defendáis muy vien vuestra casa, como lo hacéis, y a mí y a mis compañeros nos avráis <sup>[f. 175v]</sup> la puerta de cassa, porque nosotros emos de salir a campo raso con el gigante y con sus caballeros.

–Mirad, señor caballero, lo que queréis hacer, que en campo yo os prometo que cierto somos pocos para el gigante y su gente, y en casa nos podemos defender muy bien y a nuestro salbo de su brabeça. Mas con todo esso, si bosotros, señores, salís, dexando a buen recado las cosas de mi casa yo seré el primero que saldré a morir con vosotros en el campo, aunque cierto que lo tengo más por temeridad que por balentía.

–Aora, señor, sea lo que fuere –dijo Feridano–, que yo y mis dos compañeros salir tenemos. Y si bos, señor, por buestra mucha bondad y balor quisiéredes salir, procurad de ir muy a recado y muy vien armado y de suerte que haviendo necesidad os

sea fácil el recogeros. Y ya que salgáis, bayan con vos una docena de caballeros de los mejores y más balerosos que tenéis en vuestra cassa, para que tengan cuenta con vuestras personas. Y pónganse todos encamisada colorada<sup>dxlii</sup> para que nos conozcamos, por que si acaso el enemigo quita la señal blanca no nos cause confusión y desconocimiento unos de otros.

Con esta determinación, estando ya adereçados los caballos, así los de aquellos príncipes como el del duque y los de sus caballeros (que catorce quisieron salir con él), se pusieron a caballo, llebando Feridano una maça de acero, que allí en la casa del duque estaba colgada, en arçón. La cual decían que havía sido de un desemejado gigante y no la usaba nadie por su estremada pesadumbre, que solo por antigualla y negocio de espanto la tenían guardada.

Pues, con esta en el arçón y con su espada ceñida y la lança en la mano, salió el primero el buen Feridano y, índole siguiendo, los demás caballeros, Y, cuando avrieron la puerta, con una boz clara y alta dijo Feridano: «¡Santiago, Santiago! ¡Y a ellos caballeros, que todos son pocos!». Y, con esto, al primero que encontró, que muy negociado andaba por pegar fuego a una de las esquinas de la casa, de aquel primer encuentro barrenado el pecho dio con él el caballo abaxo. Y antes que acabase de quebrar la lança ya tenía otros tres heridos de muerte tendidos en aquella plaça.

Pues Farfanelo y Ardoniso no dormían, que más de otros cuatro o cinco tenían ya en tierra. Y el duque y los suyos tanvién lo hicieron estremadamente, tiniéndose muy bien cada uno con el enemigo. En esto, el endiablado gigante, que con mucha prisa (a pesar de los de dentro, que solo defendían) estaba haciendo arrimar unas escalas a un muro, como oyó ruido y rebuelta, acudiendo <a> aquella parte con la luz de la luna (que muy clara hacía y la noche muy serena), y vio lo que pasaba, con una atemorizadora y ronca boz començó a decir: «¡Afuera, afuera, gente bil! ¡Apartaos, apartaos a un lado! ¡Que ya los diosses an sido servidos de darme en las manos a mis enemigos para que yo tome de ellos la deseada vengança!».

Y, diciendo esto, con una espantable maça que en la diestra traía <sup>[f. 176r]</sup>, arroja un golpe a uno de aquellos caballeros del duque tan furioso que, uyendo el cuerpo, le azertó en el arçón delantero, el cual todo hizo mil pedaços metiendo por la espalda del

caballo todos los pedaços y astillas. Y la maza, con la endiablada fuerça con que baxaba, entró por la espalda del caballo asta azelle zerrumas los güessos del pecho y vrazos, quedando su dueño tendido en tierra, atemoriçado del endiablado golpe tan furiosso. Torna a lebantar la maça y de rebés acierta otro pobre caballero sobre un ombro, con tan endiablada furia que los güessos del pecho y braço se vinieron a clabar en la silla, quedándole todo aquel lado desecho y en menudas pieças dibisso. Atemoriçados los caballeros de ber dos tan endiablados golpes, començáronle a acer ancha plaça y a uir de delante d'él como de agarrocheado y brabo toro.

A aquella parte venía tanvién con la maça en la diestra el brabo Feridano, dando la muerte a todos cuantos delante se le ponían, y tanvién venía la gente del gigante uyendo d'él a rienda suelta. Pues, como los dos se alcançaron a ber y que ellos eran los que más daño hacían en los campos, con una endiablada furia arremeten el uno al otro cual generosos leones de lebantados cerros en campaña. Y, lebantadas las maças en alto y cuviertos de sus escudos, el uno al otro ban a descargar los golpes con tanta fuerça que los caballos, temblando, apenas podían resistir a la fuerça que, puniéndose sobre los estribos por dar cada uno mejor el golpe, aquellos caballeros hacían.

Bajan pues çurciendo las maças por el aire, y nunca tudesca bola en fuego embuelta ba con tanta fuerça despedida del artificiosso cañón como estas mazas baxaban, que casi con la demasiada fuerça con que al ágil viento herían le traían tan raro que venía en fuego embuelto. Descargan los golpes con igual fuerça aunque con distinta ventura, porque la maça del gigante dio en el escudo de Feridano, que el golpe le reparó algo lexos del cuerpo, y todo quanto d'él topó le hiço menudas pieças. Y la maça ba con la desatentada fuerça a hacer más efecto y, como no tuvo en qué topar, en los pechos y braços hirió al mismo caballo en qu'el gigante venía. Y, aunque ya iba cansado y quebrantado el golpe, con todo esso, fue con tanta fuerça que los pechos y braços le hiço pedaços, haciéndole con esto caer de ozicos.

Mas la maça de Feridano fue tan bien guiada que acertándole en el hombro izquierdo se le hiço todo pedaços, dejándole de solo aquel golpe manco d'él. Y, como el caballo trabucó, dio con el gigante en tierra; el<sup>d<sup>xliiii</sup></sup> cual, aunque con grandísimo trabajo y dolor del golpe, al fin se lebantó y pensó tomar vengança de su enemigo. Y, así, lebantada la maça, quiso herir en la cabeça al caballo <sup>[f. 176v]</sup> para vengarse mas a su

salbo cuando en tierra cayese. Mas como Feridano entendió su intento, como un ave salta el caballo avaxo; puesto frente a frente con el enemigo, comiençan entre los dos una fiera batalla, que duró casi media ora.

En este medio Ardoniso, con seis caballeros de aquellos del duque, por que la gente del gigante no se hiciesse fuerte en la fortaleza acudió allá. Y, como todos los caballeros estaban en la batalla, solo abían quedado en la fortaleza peones y gente de servicio cuando Ardonisso llegó. Aunque no sin mucho trabaxo, porque muchos le querían estorbar el passo; al fin, descabulléndose de ellos, matando a unos y hiriendo a otros, llegó a la fortaleza. Y, allando la puerta avierta (porque así havía mandado el gigante que la dexasen), en entrando, detrás de la puerta estaba un bellaconaço que serbía de portero, al cual dando la muerte uno de aquellos caballeros le cogió las llaves.

Y, zerrando muy vien la puerta, en una cocina baxa, donde estaban como asta diez o doce caballeros y veinte o treinta peones adereçando la cena para cuando el gigante y sus caballeros volbiesen de la escaramuça, vio Ardonisso como en ella estaba casi toda la gente del castillo. Y así usó de un ardid y maña gracioso, que fue que les cerró la puerta de la cocina con un mu[y] recio zerroxo que tenía y, cuando los tubo cerrados, antes que ellos acabasen de pensar a qué propósito los cerraban, como la cocina estaba en el primer patio y en ella no estaban arrimados sino unos paxares biexos y caballeriças y ella no tocaba en el edificio de la fortaleza (sino qu'estab'arrimado a un fuerte muro que antes de la segunda puerta estaba), con cierto fuego que traían y con dos achas que para salir a la batalla dos de aquellos caballeros llebaban, comiençan a pegar fuego a las esquinas de la cocina y a las puertas.

Y como en las tales oficinas suele estar la materia tan dispuesta, començó <a> arder asadas de buena gana. Y, como la lumbre començó por las latas del texado, la gente que estaba dentro fue imposible remediarlo y, así, se començó a abrasar ella y ellos sin remedio ninguno. Porque si acudían a la puerta, la mayor lumbre y oguera era allí, porque así lo había echo hacer Ardoniso y toda cuanta leña topaban aquellos caballeros echaban en aquella oguera de la puerta; pues si acudían a los lados, ardían los paxares a más y mexor. Y si alguno medio quemado se escapaba, topaba luego con los enemigos, que le hacían bolber a buscar el camino del fuego.

Con esto, como el umo y fuego era tanto, en un punto fueron todos aquellos traidores quemados y a<o>gados del umo. Y Ardoniso hiço a aquellos caballeros y a algunos peones (que de los que acudieron a ber qué fuego era aquel del castillo havía prendido y tomado a merced) que remediasen el fuego <sup>[f. 177r]</sup>, de suerte que no pasase adelante; lo cual fue echo con mucha presteça, diligencia y maña. Echo esto començó a entrar por el castillo sin allar quién les resistiesse, porque algunos eunucos y guardas de las damas y otros pagecillos pequeños ninguna resistencia hicieron.

Y, así, subió Ardoniso asta el cuarto de las damas, en el cual alló como asta cuarenta mugeres todas turbadas y llorando, que no sabían qué era aquello. Ardonisso, lebantada la vissera, vio a una sobremanera y en extremo hermosa, vestida de brocado açul, alcachofas de perlas orientales. Y tenía echo un hermosísimo tocado de sus caballos, porque tenía una cinta ancha apretada con ella la cabeça (y esta estaba llena de puntas de diamantes) y salían por cada lado tres trenças de sus propios cabellos. Y así junto a la cinta, por la parte inferior, hacía unos laços que llamáis de cerezo y en cada bacío del laço puesta una hermosa perla oriental. Luego subían estas trenças por encima de la cinta y hacían encima de la cabeça un tocado redondo, viniendo a hacer una punta junto a la frente algo más alta, en la cual estaba un carbunclo de inestimable balor. Luego, por debajo del carbunclo, con dibina gracia se escondían aquí las seis trenças, dejando echos en círculo de la piedra seis florentones del cabello, sirviendo de medio de la flor un fino rubí muy encendido. Iban pues a salir estas trenças todas juntas a las espaldas y parecían salir por el nudo de la cinta que apretaba la cabeça; el cual era una hermosa laçada echa en ella de oro y perlas una boca de un león. Por esta salían las trenças dibisas desde allí y desparramadas todas, ondeadas y un poquito crespas, las cuales se descolgaban por la espalda asta dar las puntas en la cintura. Tenía al cuello una hermosa cadena de oro, la cual estaba asida a una argolla de inestimable balor y riqueça, la cual le servía de collar o garbo.

Admirado de ver tanta hermosura, Ardoniso estuvo así un poco parado. Y aquella doncella hermosa, con boz delicada y tierna, dixo:

–Caballero, si sois infiel, haceme merced de matarme antes que me bea en poder del gigante. Y, si sois cristiano, mobido a piedad libradme d'este cautiberio qu'es el más áspero y terrible que doncella padece en el mundo.

–No tenga la vuestra hermosura pena –dixo Ardoniso–, que todo se ará conforme a vuestra boluntad.

Y él, que acababa de decir esto, vio salir una biexa terrible, la cual traía una celada en la cabeça y embrazado un fuerte escudo. Y con una ronca y endiablada boz dixo:

–¡Ca, traidor, no pienses que as de salir con tu traición adelante!

Y, diciendo y haciendo, lo primero que hiço fue tirar un altibaxo con el alfanxe a aquella hermosísima doncella diciendo:

–¡Ca, traidora, que agora pagarás el daño que por ti ha venido a mis hijos!

Mas como Ardonisso vio baxar el golpe, espantado de lo que veía, saltó con un ligerísimo salto y puniendo delante el escudo aguardó el golpe, en él librando de la muerte a aquella <sup>[f. 177v]</sup> hermosísima princesa. Y, pareciéndole que era caso de menosbaler ensuciar en una muger la espada, con el mismo escudo le dio un golpe por sobre la cabeça, de suerte que undido todo el morrión en los caxcos cayó<sup>dxliv</sup> luego en tierra, basqueando con las ansias de la muerte y enviando aquella cruel y infernal ánima a los infiernos. A dos de aquellos caballeros hizo que arroxasen el cuerpo por unas bentanas, y tornando en sí la doncella, que medio desmayada estaba del temor que a la giganta había cobrado, contenta de bella muerta dixo:

–¡Allá irás con todos los perros, traidora! ¡Adoradora de los ídolos y madre de la más traidora gente que á tenido el mundo!

Y, con esto, bolbiéndose a Ardoniso le dixo:

–Señor, sacame de aquí presto antes que benga el gigante señor d’este castillo, porque si él biene todo el mundo no bastará a librnos de sus manos.

–Aora vuestra grandeça se quiete y no tenga pena, y dígame cuántas mugeres ay aquí.

–Infieles no son más de cuatro, señor –dixo la doncella–, que todas las demás somos cristianas qu’este traidor tiene aquí cautibas.

—Aora pues, vuestra grandeça se quede aquí, que yo boy a poner en concierto las cosas del castillo, que luego subo; que no haré más de ir a la plaça a saber cómo les á ido a unos compañeros míos que dexé en ella embueltos con la gente del gigante.

En esto él se baxó y mandó a cuatro caballeros que se quedasen en el castillo y que no avriessen a ningún caballero del gigante. Con esto, bolbió a media rienda, acompañado de los otros dos caballeros, a la plaça. Y por la calle por donde él iba venía ya la gente del gigante uyendo a toda rienda a meterse en el castillo (y vien eran los que venían uyendo más de sesenta caballeros), y veníanles al alcance todos los caballeros del duque. Porque como Feridano acabó al gigante y le cortó la cabeça y puesta en la punta de la lança començó a apellidar la vitoria, animándose la gente del duque y perdiendo el ánimo la del gigante havían andando a las bueltas asta aquella ora, que, no pudiendo ya más resistir al buen Feridano y Farfanelo (que a la gente del duque acaudillaban), se habían determinado de bolber la rienda y irse a su castillo; en el cual si ellos entraran tan seguros estaban como si tuvieran cien mil caballeros de guardia, porque estrañamente era fuerte el castillo, y así le tenía[n] por inexpugnable. Y esta era la raçon que iban con tanta azeleración a recogerse al castillo.

Mas bolbióseles, como decís, el sueño del perro, porque como Ardoniso venía la calle abajo y los conoció por la encamisada, y por el apellido de la victoria entendió que venían de vencida (apellidando: «¡Santiago, Santiago!»), da en ellos, diciendo: «¡cierra, cierra, España, España!». Los miserables que iban uyendo, entendiendo que era una celada de infinitos caballeros, se allaron tan cortados que ni a una parte ni a otra no supieron ir. Y, así, con muy poca resistencia los acabaron a todos, sin que quedasse quien pudiesse contar lo sucedido.

Y, viniéndose a juntar aquellos <sup>[f. 178r]</sup> caballeros, ya que quería romper el alba (que sería como las tres y media o cuatro de la mañana), el duque que allí venía, y lo había echo aquella noche como muy vien caballero, dijo a aquellos señores que pues lo más que era la muerte del gigante estaba echo, que se recogiesen sus mercedes, qu'estarían muy cansados; que a la mañana darían orden en las cosas del castillo y cómo tomarle a partido:

–Porque a fuerça de armas es imposible –dixo el duque– aunque no estén dentro sino solos dos caballeros y los peones.

–Señor duque –dixo Ardoniso–, esse trabaxo ya está echado aparte, qu’el castillo queda rendido y deo yo en él ya caballeros de nuestra parte, y de los del gigante ni aun uno á quedado a vida.

Con mucho contento del duque y aquellos caballeros sin querer descansar, se determinaron de ir luego al castillo.

**Capítulo 22. De lo que aquellos caballeros hicieron en el castillo del gigante. Y declárase entre otros cautivos quién era la dama que había topado Ardoniso.**

Bien vistes cómo quedaron aquellos caballeros con determinación de irse luego al castillo del gigante, llebando su cabeça puesta en la punta de la lança. Y, haviéndose todos recibido y echo alarde y minuta de los que faltaban, allaron ser cinco los muertos y casi todos estaban heridos; mas de la gente del gigante eran con los quemados más de ciento y cincuenta los muertos y heridos, porque Feridano y Farfanelo havían andado tan balerosos y sangrientos que a ninguno havían dejado a vida. Mas todos iban loando el aviso y discreción de Ardonisso y diciendo que todo el echo havía consistido en remediar aquello. Con esto, llegaron al castillo, y luego los caballeros que havían quedado por guarda, como conocieron al duque y a aquellos cabelleros, baxaron luego a abrir. Y, en entrando en el castillo, el duque dixo aquellos señores:

–Supuesto que todo el echo está acabado, yo quiero ir, con licencia de vuestras mercedes, a poner en orden todas las cosas de mi cassa y a dar una buelta por la ciudad, no sea la guerra pasada causadora de algún escándalo. Y vuestras mercedes pongan en concierto todas las cosas del castillo y, lo primero, procúrense la llaves de las cárceles y suéltense presos, que mucho y muy principales tenía en las mazmorras el gigante muerto, que yo luego daré la buelta por acá.

–Baya vuestra señoría a la paz de Dios –dixo Ardoniso–, que todo esso me parece muy azertado.



Con esto, se fue el duque. Y lo primero hiço pregonar en boz de pregonero cómo ya por la misericordia de Dios el gigante era muerto y la ciudad libre de la sugesión y esclabonía que padecía, que un buen caballero andante cristiano le había muerto persona por persona y otro su compañero se había apoderado del castillo [f. 178v]. Estas nuevas alegraron notablemente a todos los ciudadanos, que estaban oprimidos con dura servidumbre debaxo del tiránico dominio de aquel gentil (que, al fin, con ningún oro se recompe[n]sa la libertad).

Llegado a la plaça hiço enterrar los cuerpos de los cristianos en una iglesia de Santiago que junto a palacio en la misma plaça había<sup>910</sup>, y a los gentiles hiço quemar haciendo purificar y limpiar la plaça, con tanta presteça y asco que vien dio a entender cuán exclente y esperto capitán era. Y, entrando en su cassa, la duquesa y todas aquellas señoras le salieron a recibir como venía, cuvierto de su sangre y el agena (y asta entonces no se había desarmado mas de solo llebaba levantada la bisera). Y, en recibéndole, luego le preguntaron por los caballeros estrangeros, que ya sabían que uno de ellos había muerto al gigante; a las cuales el duque respondió cómo los había dejado en el castillo. Y la duquessa y todas aquellas damas mostraron deseo y boluntad de ir a ver el castillo, y el duque que lo entendió les salió al camino diciendo: «Aderecen los coches y bamos, por vida vuestra, señora, con estas damas a ber el castillo». Mucho olgaron aquellas damas de aquello y, así, al caballeriço hicieron ir <a> adereçar para ir al castillo.

En este medio aquellos caballeros entraron en el castillo, y riyeron mucho de ver la cocina quemada. Y nunca acababan de loar el arte de Ardonisso y la gracia con que él repetía la prisa que andaba en la cocina y la bocería de aquella pícara gente cuando se quemaban, y especialmente cuando dixo: «Por una bentana lo miraba, y en mi bida vi gente tan ligera ni que así saltase, como acá decimos, en seco». Con esto, pasaron adelante, y en entrado por el castillo salieron a los recibir algunos eunucos y paxes. Y lo primero quiso Ardoniso bolber a ber aquella dama, que una de las más hermosas le pareció del mundo cuando de las manos de la giganta la había librado, y también por deseo que tenía de saber quién ella fuesse.

---

<sup>910</sup> *Iglesia de Santiago*: Se trata de la conocida iglesia de este nombre, ubicada junto al palacio del Infantado, tal y como la misma narración había precisado más arriba (19, II; f. 170v).

Con esto, subieron aquellos caballeros a la sala, en la cual allaron <a> aquella misma doncella con el hábito y traça que Ardoniso la había visto cuando la primera vez subió al aposento. Y como ya había perdido parte del miedo, como tenía por cierto el estar ya libre de aquel tirano, estaba con tanta magestad y reposso que puso espanto a aquellos caballeros mirando su estraña belleça y grandísima grabadad. Y, como los bio entrar, les dijo:

–Caballeros, quienquiera que seáis decidme luego quién sois, por que no yerre en el trato que os tengo de hacer, y decidme luego si dexáis muerto aquel traidor. Y, por que sepáis quién soy yo, soy Cadinisa, hija del ilustrísimo rey de Normandía y de la hermosa Cadianisa su muger, hermana del serenísimo rey de España, Ofrasio.

Oyendo aquello, aquellos caballeros Ardoniso y Feridano, lebantando las biseras, incados de rodillas delante de ella, le dixeron:

–Pues nosotros, ilustrísima señora, somos dos caballeros basallos del rey de España y vuestros, y a mí <sup>[f. 179r]</sup> –dijo Feridano– llaman Feridano y a mi compañero Ardonisso. Y en lo que toca a lo del gigante ve’ái vuestra grandeça –dixo– la cabeça.

Y, con esto, se la mostró clabada en la punta de la lança, de lo cual ella recibió contento, quedando con el alegría tan hermosa cual se solía mostrar la hermosa Venus en su isla de Chipre. Y era tan rara su belleça que pocas había en el mundo que le igualasen, y solas dos que en algo, aunque en vien poco, le excediessen.

–Pues que así es, señores príncipes –dijo a Feridano y Ardonisso–, suplico a vuestras grandeças saquen luego los encarcelados, porque ay muchos; que solos de los que venían conmigo están pressos cincuenta caballeros y otros tantos peones, sin estas mugeres que están aquí conmigo.

–¡Ola, gentilhombre! –dixo Ardoniso a uno de aquellos eunucos–, ¡guiadnos para las cárceles!

Ya era de día claro, mas con todo eso tenían necesidad para bajar a las mazmorras de luz, y así, encendiendo dos de aquellos eunucos dos achas, fueron delante de aquellos caballeros. Y guiando por unos caracoles y escaleras al fin vinieron a llegar a una de las cárceles, de tan horrible vista y pestilencial olor que era temerosa cosa de

mirar, porque realmente parecía retrato del infierno. En esta cárcel, que era la primera y la menos mala, estaban muchos peones y escuderos con unos grillos de nerbios y en cepos de palo y otras prisiones. A estos sacaban los más días a trabaxar en las obras serviles y necesarias al castillo, mas cada noche los bolbían a meter a dormir en aquel infernal y oscuro suétano. A estos sacaron aquellos caballeros mandándoles quitar las prisiones, y ellos, dando muchas gracias a Dios y <a> aquellos caballeros (que de tan áspero cautiberio los havían librado), de rodillas no hacían sino besalles las manos muchas veces.

Al fin, saliendo con esta muchedunvre de pressos al patio del castillo, entonces entraba el buen duque y la duquessa acompañados de todos aquellos caballeros y damas. Y, haviéndose todos recibido con mucho comedimiento, la duquesa subió luego a ver a la hermosísima princesa Cadinissa y a le besar las manos, que ya la duquesa sabía cómo estaba allí en el castillo. Mas la buena Herófila dixo luego a Ardoniso:

–Ca, mi señor, ¿en qué os detenéis? ¿Por qué no is a sacar de la prisión al príncipe Zulemo, mi señor, y a mi hermana?

–Todo se andará, señora –dijo Ardoniso–, que asta agora no se á podido hacer más de lo echo.

Y, con esto, dejando ya a la duquesa con la princesa y a todos aquellos caballeros allí parlando con aquellas damas en muy buena conversación (estando todos espantados, así las damas como los caballeros, de ver la estremada hermosura de Cadinisa), se baxó con los eunucos a otra cárcel aún muy más oscura, tenebrosa, idionda y terrible. Y en ella, asidos a gruesas y largas cadenas, alló como asta cincuenta caballeros, tan maltratados, tan flacos y amarillos que parecía que no tenían sino solos los cueros pegados a los güessos y que era imposible sustentarse sobre los pies. Y aun en las mismas cadenas alló ya <sup>[f. 179v]</sup> dos o tres muertos que causaban arto orror y mal olor en la cárcel. No se pudo contener Ardoniso sin verter mucha abundancia de lágrimas de ber el martirio y tormentos que aquellos pobres caballeros padecían; al fin, haciéndoles quitar las prisiones los sacó, mandando a los eunucos que pasasen adelante si había más cárceles donde estuviessen pressos.

Luego entraron en otra aún muy más pestilencial y oscura cárcel, de la cual sacaron como asta otros veinte y cinco o treinta caballeros. Y esta tenía un apartadiço algo más piadoso y claro del cual sacaron como quince o deciséis mugeres, y entre estas estaba la graciosa Vrisidina, hermana de Herófila. La cual, aunque no había más de un mes qu'estaba en la cárcel, estaba la pobre señora flaca y perdido el color y aun quebrada la salud, que no era vida aquella para menos que esto.

En un sótano al cual se baxaba por veinte y cinco o beinte y seis gradas, todo cargado de yerro y ásperas prisiones, alló al hermoso príncipe Zulemo, en un tan estraño y idiondo lugar y áspera carcelería que dice Nictemeno que no lo ossa describir por que no piense alguno que era el infierno, que más lo parecía que no cárcel. Al fin, como avrieron la puerta, la cual asta entonces desde que allí le habían metido jamás habían avierto (porque por arriba descolgándose en una cestilla le daban de comer), espantado de la nobedad, dijo:

—¿Qu'es esto? ¿Quiere ya esse traidor dar fin a mis trabaxos o a qué venís a este miserable lugar?

—Esfuércese vuestra grandeça, señor príncipe Zulemo —dijo Ardoniso—, que ya el traidor del gigante queda muerto y los que en el castillo estamos todos somos servidores de vuestra grandeça.

Y, con esto, llegando le quitó las prisiones, haciéndole el príncipe Zulemo a Ardoniso (sabiendo ya d'él quién era) todo el devido comedimiento, que estrañamente era Zulemo vien criado y comedido y sobre cuantos eran en su tiempo era compuesto y agradecido.

Pues, como saliessen de aquel infernal lugar al gran patio del castillo, en él, abraçadas y solemniçando con lágrimas su contento, estaban las dos hermanas Herófila y Vrisidina. Mas, cuando vieron al príncipe, allí fue su verdadero contento, porque la una y la otra puestas de rodillas le estaban vesando las manos, aunqu'él con mucho amor y modestia las lebantó del suelo abraçándolas amigable y cortesanamente. Y, preguntándose los unos a los otros cómo les havía ido, llegaron luego seis escuderos y eunucos, a los cuales todos recibió con mucho amor y llaneça, como un tan buen príncipe como él era.

Después, suviendo a la sala, todos aquellos príncipes y señoras recibieron al príncipe con mucho contento; especialmente la hermosísima Cadinisa<sup>dxlv</sup>, que su prima era, porque la princesa o reina Zulema hermana era del rey de Normandía. Y cuando se había venido el príncipe Zulemo a armar caballero a España había estado en Normandía en casa del rey Lucesildo y desde allí conocía a la hermosa princesa, y así se olgaron mucho de verse el uno al otro.

Ardoniso dejó a aquellos caballeros parlando y preguntándose cada uno lo que más deseaba saber, y él fue por el castillo haciendo <sup>[f. 180r]</sup> componer todas las cosas d'él. Y entrando en la recámara del gigante alló hermosísimas cosas y muy ricas qu'el tirano había robado a diversidad de gentes, parte a traición y parte por fuerza de armas. Y en ella hiço a aquellos escuderos de aquellos señores que reconociesen sus baúles y cargas, y luego mandó se les fuesen entregadas. Y la decena de todo lo que se alló mandó aplicar al fisco real, y lo demás repartió por iguales partes a aquellos caballeros que se habían allado en la batalla, haciendo tanvién mucho servicio a todas aquellas damas.

La duquesa Buenafortuna había dexado dada orden para que en palacio tubiessen adereçada la comida para todos aquellos señores, y así, en acabado de poner en concierto las cosas del castillo, el duque suplicó a todos aquellos caballeros que se fuesen a comer a palacio. Y quedándose en él un mayordomo del duque muy buen caballero acabando de poner las cossas en concierto<sup>dxlvi</sup>, aquellos caballeros se bolbieron a palacio, indo aquellas damas en muy hermosas carroças y acaneas. Y las mesas estaban puestas en la Sala de los Salbaxes<sup>911</sup>, y para los caballeros y toda la demás gente estaba adereçado otro cuarto que llamaban «el cuarto viexo». Y, así, los príncipes como los demás caballeros fueron serbidos con mucha avundancia y regalo, porque la casa del duque una de las más principales era de Castilla y él uno de los magnificentísimos caballeros de ella. Y, así, duró la comida desde las diez asta casi la una, haviendo muy buena música, conversación y entretenimiento.

---

<sup>911</sup> *Sala de los Salvajes*: Se corresponde con una conocida estancia del palacio del Infatado de este nombre, conocida así por la multitud de hombres primitivos, velludos y desnudos que Jorge de Córdoba talló a fines del siglo XV para el desaparecido friso de su artesonado octogonal (*vid.* 7.1.1.3).

Acabada la comida, aquellos señores comenzaron a ordenar sus viaxes y caminos, en que Feridano, Farfanelo y Ardoniso ofrecieron sus personas para ir acompañando asta Ispalia a la hermosa princesa Cadinissa<sup>dxlvii</sup>; lo cual ella azeptó de muy buena boluntad por ir más segura en su xornada, que los várbaros estrangeros tenían inquieta aquella probincia. Dios sabe si quisiera el buen príncipe Zulemo bolber a Ispalia, mas por serle forçosso el camino a Italia ubo de prestar paciencia; mas aquella tarde le contó a su prima Cadinisa<sup>dxlviii</sup> todo lo que en su biaxe le havía sucedido, especialmente le contó cómo venía rendido y presso del amor de la hermosa Diadena, hija del rey de España<sup>dxlix</sup>.

Y, estándole loando mucho la hermosura de su dama, la hermosa Cadinisa<sup>dl</sup> tenía puestos los ojos en un retrato qu'estaba en aquella sala, feo y de mal semblante; porque tenía disformes las facciones, especialmente la boca y barbilla (que la tenía demasiadamente estendida), y los ojos tenía como espantado, tiniendo las narices romas como etiopiano. Y el título que tenía decía: «CANDAULES<sup>dli</sup>».

—¿Qué mira vuestra grandeça? —dixo el príncipe.

—Estoy mirando aquel retrato de Candaules<sup>dlii</sup> 4<sup>912</sup>, rey de los lidos, que tiene estraño rostro. Y paréçeme que me acuerdo aver leído que por loar a su muger [f. 180v] perdió a ella y al reino y la vida todo junto; aunque no me acuerdo vien cómo fue.

—Yo le diré a vuestra grandeça: este Candaules fue rey 4 de los lidos, según Eusevio, en el año de 4480, en la Olimpiada 20, que fue casi en tiempo de Numa Pompilio (que según la cuenta de los evreos es año de 32488, antes del advenimiento de Cristo Nuestro Redentor 714). Este rey fue casado con una muger muy hermosa y él a todos loaba estrañamente su hermosura, y lo que más loaba era lo que de ella no se veía. Y, pareciéndole al bárbaro que hacía agrabio a la demasiada hermosura de su muger si no hicesse manifestacióm de la perfección que de ella predicaba, llamó un día a Giges (gran amigo y familiar suyo) y, aunque contra la boluntad de su muger, al fin, se la

---

<sup>912</sup> La siguiente semblanza del rey Candaules está basada en un fragmento del capítulo I de la cuarta parte de la *Silva* de Pedro Mexía: «En el cual y en el siguiente se tracta del principio y origen del uso de los anillos. Para cuántas cosas y provechos han usado dellos los hombres. Y cuéntase en el propósito muchas y agradables antigüedades» (ob. cit., págs. 771-772).

mostró desnuda, con cuya vista Giges quedó preso de amor de la desnuda dama. Y, así, del amigo hizo enemigo; del familiar, adúltero y de la casta muger, cruel enemiga. Y, así, dicen qu'ella después dixo a Giges que se determinasse, que uno de los dos avían de morir: o el que la había visto desnuda o el que había tenido tan poca cordura que de aquella manera se la había mostrado. Entendiendo Giges que una de las dos cosas había de ser forçosamente, determinose, y al 17 año del reino de Candaules le mató. Y él casó con la dama y ubo el imperio o reino de los ledas; el cual tubo, según Eusebio, 36 años. Así lo dicen Justino y Herodoto.

–¿No es esse Giges –dijo la princessa– el que dicen que, dentro del caballo de bronce, alló un honvre muerto que tenía un anillo en el dedo que buelta la piedra a la palma le hacía invisible y que por medio d'este anillo alcançó a la reina y al reino?

–Sí, mi señora, esse mismo es; mas esso téngolo por fábula.

–Yo tanvién lo tengo por tal –dixo la princesa–, aunque lo cuenta Cicerón en el 3 *D'oficios*; mas cierto que me pareció gran simpleça la de Candaules.

–Fuelo estremada –dixo el príncipe–, que consexo es de los que algo saben en cosas de amores que la dama que ya tengo por mía no la é de loar al compañero si no fuera de virtuosa y onesta. Y así lo dio por consexo el poeta Ovidio diciendo: «No loes la dama al compañero, porque le sirbes de espuelas para que procure alçarçar lo que tú dices qu'es tan bueno».

–Yo vien entiendo –dixo la princesa– que nunca Apeles amara a la aficionada de Alexandro si ella no le fuera presentada para que la retratara, puesta de suerte que bastaba a mober el apetito.

—Vuestra grandeça dice verdad –dixo el príncipe–, y de aí creo que vino aquel refrán común de España «a las beces lleba el hombre a su casa...»<sup>913</sup>, porque aunqu'es malo ser celosso, no es malo ser recatado. Y aun suelen decir que «arca [ab]ierta, qu'el justo...»<sup>914</sup> y que quites la ocasión y quitarás el pecado. Mas todo esto cesaba loando yo

---

<sup>913</sup> «a las beces lleba el hombre a su casa...»: «...Con qué llore» (*Correas*, pág. 22).

<sup>914</sup> «arca abierta, qu'el justo...»: «...peca» (*Correas*, pág. 307).

la hermosura de mi señora Diadena<sup>dliii</sup>, porque la loaba [como] a dama y no decía aun de cien mil partes una de las que su grandeça tiene.

–Aora dexemos esso, señor príncipe y bed si mandáis algo para mi prima, que yo en amaneciendo me pienso partir.

–¿Con tal mensaxero<sup>[f. 181r]</sup> –dixo el príncipe– atreberme é yo a escribir?

–Puede estar seguro, primo, de que le seré muy buena tercera. Mas yo le prometo que si mi prima<sup>dliiv</sup> tiene tanta perfección de hermosura como muestran sus retratos, que entiendo qu’es la más linda criatura que tiene el mundo.

–Es tanto más perfecta –dixo el príncipe– quanto ba, al fin, de lo bibo a lo pintado y quanto exceden las obras perfectas de la naturaleça a las inventadas por arte.

En esta combersación y otras estubieron aquellos príncipes, y aquella tarde asta ora de cenar ubo muy buenos entretenimientos. Después de la cena, por la mala noche que havían pasado todos aquellos caballeros se fueron <a> acostar, con intención de madrugar y tomar cada cual su vereda. Donde los dexaremos asta su tiempo por deciros lo que en este tiempo pasaba en Ispalia.

#### **Capítulo 24<sup>915</sup>. De lo que al Caballero de la Esperança sucedió en Ispalia y de una abentura de la cual le quedó el nombre del Caballero de la Fe.**

Muy amado de toda la gente popular<sup>dliiv</sup>, querido de los nobles, regalado de los ilustres, estimado de los príncipes y faborecido de los reyes, dejamos en Ispalia al Caballero de la Esperança. El cual así crecía en fama y en reputación de baleroso, de discreto, de afable, de venigno y de virtuosso que de ninguna otra cossa se trataba en la corte sino de las buenas partes y loables costumbres d’esto caballero, siendo puesto por exemplo para que sus heroicass obras se imitasen. Y, así, casi era común manera de probocar a la virtud a los mancebos diciéndoles los viexos que mirasen la loable mocedad del de la Esperança. D’esta manera crecía en reputación y fama tanto que, con

---

<sup>915</sup> Constatamos un error en la numeración, puesto que este debiera de ser el capítulo vigésimo tercero.



no haber más de un mes qu'estaba en la corte, no havía grande ni pequeño que no le conociese y no iba por calle alguna por la cual del bano y popular dedo no fuesse señalado, dando todos muchas gracias a Dios en ver que ubiesse criado una tan hermosa y perfecta criatura.

D'esta manera estaba en la corte el Caballero de la Esperança, tiniendo repartido el tiempo en onestos y virtuosos exercicios. Y de lo que más gustaba era de ber medallas antiguas y monedas, retratos y figuras, en lo cual gastaba algunos ratos. Y era en esto tan curioso que donde quiera que podía haber alguna, aunque la pesase[n] a oro, procuraba de no quedar sin ella. Y gustaba notablemente de parlar de ellas con Gradissa, que una de las leídas mugeres era en istorias profanas que tenía el mundo. Y, como le sabían la condición, en alla[n]do alguna medalla luego se la traían.

Acaeció un día que, acabando de comer, estando parlando con otros caballeros cortesanos, llegó un platero con una medalla de oro pequeña y otra de plata: en la de oro estaba una efigie de una cabeça que tenía el caballo algo largo y la barba peinada y larga, y mostraba muy vien por <sup>[f. 181v]</sup> entre el cabello la orexa; tenía descubierto el cuello y veíasele un poco de la ropa, y las letras estaban algo gastadas. Con todo esso, pagándoselas al platero muy vien y rogándole que le truxesse todas cuantas pudiesse descubrir, aciéndola li[m]piar bio que las letras de la figurilla de oro decían: «Cimón D. ATEN.» (Cimón, capitán de los atenienses). Y la de plata tenía un rostro cortico muy poblado de rebuxada varba y cabello y muy caído el copete sobre la frente, y veíasele un pedaço de ropa descubriendo un poco del cuello. Y el letrado que tenía alrededor era este: «ΘΕΜΙΣΤΩΚΛΗΣ. ΑΘΗΝΑΙΟΣ». El cual luego leyó el príncipe y bio que decía: «Temístocles, ateniense».

–Capitanes –dixo el príncipe a los caballeros que con él comían– atenienses fueron estos dos. Llamemos a mi aya, que en ser griegos gustará mucho de verlos, y trataremos algo de sus cosas.

Con esto, envió con un paxe a llamar a Gradissa, la cual luego salió. Y, mandándola sentar en una sillica baxa, porque la amaba y tenía en mucho por su mucha discreción, díxole:

–¿Qué libro es esse, aya, que trae en la mano?

–Plutarco es, mi señor, qu’ estaba leyendo en él la vida de Timoleón.

–Pues mire qué dos retratos me han traído, de dos de los cuales escribe su vida Plutarco: el uno es Cimón ateniense y el otro es Temístocles. Entramos dice Plutarco que fueron excelentes capitanes y lo hicieron admirablemente en las guerras que contra Xerxes, rey de los persas, tuvieron.

–Sí, señor –dijo Gradisa–, entramos fueron ilustrísimos capitanes y excelentes griegos.

–De una cosa estoy espantado, Gradisa –dijo el príncipe–, cómo siendo tan excelentes capitanes como decís fue su patria tan cruel y ingrata que a Cimón desterró y Temístocles estuvo a punto de otro tanto, y muchos otros capitanes excelentísimos castigó con esta misma pena<sup>916</sup>.

–Señor, pues quiere saber la causa de eso, sabrás, señor, que en Atenas hubo un género de destierro que ni era dado por culpa ni se tenía por pena, sino que fue una ley y institución de aquella ciudad tenida por útil y conveniente para reprim[ir] la tiranía de algunos potentados, de los cuales se temía que la mucha hacienda y honra que habían alcanzado acerca de los populares le fuese causa de querer tiranizar la república. Y este destierro era echo por voto de todos los populares, y para haber de ser desterrado alguno había de haber por lo menos seis mil votantes y el que de estos tenía más votos era desterrado; aunque no privado de su hacienda y posesiones, que eso por sus hacedores dejaban que se les cobrase y enviase adonde quiera que estubiesen desterrados. Y este destierro duraba por diez años.

–Así es verdad, aya, y creo que llamaban los atenienses a esse destierro, por ser así de essa forma y porque llevaban sus votos escritos en unas piedrecillas, *ostracio* (por llamar a la tal piedra *ostraci*).

–Así es, señor. Pues de esse género de destierro fueron desterrados estos dos capitanes, Cimón y Temístocles, y también fue desterrado [...]. Y este Cimón fue tan

---

<sup>916</sup> Este pasaje sobre el destierro está vasado en el capítulo XX de la segunda parte de la *Silva de varia lección*: «De una muy notable manera de destierro usada en Atenas, por la cual, sin hacer delicto, eran desterrados muy principales hombres algunas veces» (Pedro Mexía, ob. cit., págs. 394-398).

liberal y misericordioso que con ser muy rico gastaba muy gran parte de su azienda en dar <sup>[f. 182r]</sup> limosna a los pobres, y mandó descercar sus heredades por que todos pudiesse[n] goçar de sus frutos. Y a sus criados tenía mandado que a todos los viejos que topasen mal bestidos les diesen nuevas vestiduras, y en su casa se hacía cada día combite general a todos los pobres mendigantes. Y todo esto podía hacer por las muchas riqueças que de su padre Miliciades heredó.

–Pues, ¿cómo, aya, que todas essas buenas obras no bastaron a librarle de la insana popular furia? Vien hicieron de esaxerar la ingratitud de Atenas Cratino Cómico y Gorgias Leontino, y mexor que todos el buen Plutarco. Aunque no me espanto, pues desterró también Atenas al gran Demóstenes y, lo que más es, al justo Arístides; del cual se dice qu’él mismo escribió su nombre en una piedra a un billano que dixo que se le escribiesse para dar su boto para que Arístides fuesse desterrado. Y aun dicen que preguntándole Arístides: «Ben acá hombre, ¿qué te á echo Arístides o que mal sabes que aya cometido por que le quieres desterrar?», y qu’el torpe villano respondió: «Él ningún mal me á echo, mas no puedo sufrir que todo el pueblo le llame “el justo Arístides”». Mira, aya, qué gentil raçón de griego, ¡y llamaisnos a todas las demás naciones «bárbaros»!

–Aunque algunos, mi señor, dicen que respondió esso el billano (y así lo afirma Plutarco), mas Probo Emilio dice que respondió: «Yo no conozco <a> Arístides, mas paréce me mal que aya con tanto aíncó procurado que le llamen “el Justo”».

–Tan malo es esso como esso otro, aya; mas cierto gran barbarería usó en esto Grecia.

–Si esso es barbarería –dijo Gradisa–, también la madre Roma desterró a Zizerón con tanto sentimiento del pueblo que veinte mil hombres pusieron luto en su destierro. Y el gran Metelo Numídico también pasó por esta pena, y lo mismo sucedió a Aníbal y <a> aquel antiguo y nombrado Camilo. Y también lo fue Hala Servilio, el que mató a Espurio Melio (que se quería hacer rey de Roma), con haber sido asegurador de la libertad de su patria.

Pues, si vuestra grandeça mira las demás repúblicas, mire a Lacedemonia cómo destierra a Licurgo... N’os quiero, serenísimo señor, hacer calendario de los desterrados;

mas acordaos d' <E>scipión Násica, de Publio Léntulo, Boecio Severino, Dión Siracusano, Trastíbulo (capitán ateniense), Publio Rutilo, Tarquino Superbo, Milón, patricio...

–Calle, calle, aya –dixo el príncipe–, que si comiença a contar no acabará asta la mañana.

Y, con esto, bolbió el rostro a un paxe qu'estaba de rodillas delante d'él y dixo:

–¿Qué decís, paxe? ¿Mándáis algo?

A lo cual el paxe respondió:

–Señor, el rey Ofrasio, mi señor, me mandó te dixiesse que luego subiesses a la sala de consexo de guerra, porque te están aguardando a ti y a estos caballeros.

–Bamos, señores –dixo el de la Esperança–, veamos qué manda el Rey y si es menester que nos empleemos en cosas de su serbicio.

Y, con esto, lebántandose, se lebantaron aquellos caballeros, y todos juntos subieron al cuarto <sup>[f. 182v]</sup> del Rey<sup>dlvi</sup>. Y, entrando en la sala, allaron al buen rey<sup>dlviii</sup> sentado, todo rodeado de los más principales caballeros de su reino y de la loçana jubentud de los caballeros moços cortesanos, puestos por su orden en la sala. Al Caballero de la Esperança le dieron el asiento que tuviera Ardoniso si estuviera presente, porque realmente el Rey había entendido que era su hijo. Y cuando ya todos estubieron quietos, sería como a las dos de la tarde, el Rey dijo al portero:

–Decí a esos gigantes que entren, beamos qu'es lo que demandan.

Con esto, entraron dos gigantes, tendría el uno de ellos como veinte y dos años y el otro como veinte y uno, eran de igual proporción y entonces les començaba a apuntar la barba. Tendrían de estatura como a onze pies géometros de a doce puntos, tiniendo cada pie cuatro palmas de la mano y cada palma cuatro dedos, y cada dedo cuatro granos de cebada, que vienen <a> hacer los doce puntos largos que diximos (porqu'es orma d'esta nuestra común d'entre doce y trece puntos). Como los hombres muy bien dispuestos no passaban de siete pies, cuando mucho venían a ser mayores que los muy grandes que no fuessen gigantes cuatro pies (los cuales añadidos a la estatura de un

hombre le vieren a hacer grandísimo y desproporcionado), aunque vien pudiera yo decir con autores y muy graves que ubo gigante que tubo trenta y cinco pies de largo, que si yo lo dixera (con no estar obligado a ir ceñido con la verdad) me dixérades que mentía.

Estos dos gigantes eran hermanos y eran muy membrudos, y para su grandeça muy vien proporcionados y de vuenos rostros. Eran morenos, tenían el cabello corto y cresgado, sobre la frente echo un riço d'él que les parecía muy vien; las manos largas blancas y muy vien echas; los ojos negros, grandes y hermosos, de labios colorados y, más que orientales perlas, blancos y hermosos los dientes. Traían un mismo hábito, que era unas medias de aguja de seda blancas y las ligabambas de tafetán encarnado, los rapacexos de oro y perlas y unas medias botillas de brocadete encarnado abotonadas por un lado, con unos botines de oro echos de unas puntas de diamantes. Lleaban grigiescos de brocado encarnado con una guarnición de hermosas perlas orientales, entrepuestas algunas puntas de diamantes finos que sobre lo encarnado salían muy bien. Lleaban jubones de brocado blanco guarnecidos de rubíes muy encendidos y finos, y lleaban pectos y espaldares de un limpidísimo azero, muy vien obrados y guarnecidos. Lleaban puestas golas y muy hermosos collares, y sendos lucidos morriones muy poblados de plumas puestos en las cabeças; ceñidas sus espadas y dagas y los escudos echados a las espaldas, colgados de unos gruesos cordones de seda encar[na]da y oro y aljóf far menudo <sup>[f. 183r]</sup>.

Veniánlos acompañando doce caballeros. En los escudos traían por armas un globo y por dibisa al Favor o Pribança como le solían pintar los antiguos, que era un mozuelo muy sobervio y inchado, con alas y ciego, y puesto sobre una rueda. Y acompañándole, la Adulación y la Imbidia, la Riqueça, la Presunción, el Fausto, las Onras, las Leyes y la Codicia<sup>917</sup>. Y la letra decía: «Todos estos me siguen y obedecen».

D'esta manera entraron los dos hermanos. Y puestos delante d'él, el mayor, con ronca boz y espantable, dixo al menor que dixesse su embaxada; el cual en boz clara y más amorosa començó diciendo:

---

<sup>917</sup> **Ap. marg.:** «Vide Bartolom. Dardanum, in *Epigra.*». Pedro Mexía recoge en el capítulo IX de la cuarta parte de su *Silva de varia lección* una descripción alegórica del Favor que dice haber tomado de los epigramas de Bartolomé Dardaño, por lo que podemos concluir que tanto dicha imagen como la fuente primaria que se ofrece en nuestro manuscrito dependen de esta miscelánea.

–En las faldas del Cáucasso, en lo mexor de la <E>scitia Superior, ilustrísimo Rey, ubo un baleroso gigante llamado Astraglodeno, que aunque no fue muy rico fue por el balor de su persona y por su demasiada fuerça estimado en mucho de todos los príncipes <e>scitas y persianos. Este cassó con una muger de su linaxe llamada Roderia, al cual le parió quatro hijos: dos hijas y a nos[o]tros dos que presentes estamos; a mi hermano llamado Astraglodón el Riguroso y a mí que me llaman Raderión el Benturoso. Siendo niños fuimos criados en la corte del príncipe Sofraastro, tu mortal enemigo, en la cual así nos fue soplando la pribança y fabor de nuestro príncipe que vinimos los dos hermanos, siendo aún de diez y ocho años, a ser electos por él por sus capitanes generales de la infantería.

Y á llegado nuestra pribança a punto que nos á prometido dos hijas muy hermosas que tiene, si por espacio de dos años andamos por todas las cortes de los príncipes cristianos defendiendo tres cosas a todos los caballeros que nos las quisieren defender: la primera es que las damas que amamos son las más hermosas que tiene el mundo y nosotros los mexores caballeros d'él; la segunda, que tenemos el mexor príncipe de la tierra y que tú, Ofrasio, eres el peor de ella; la tercera, que nuestra secta, fe, creencia, es la mexor del mundo y la de los cristianos es la más engañosa, bárbara y falsa. Y á ocho messes que en esto emos andado, y emos vencido estos caballeros.

Y luego mandaron a un escudero que allí traían que de unos costales baciase las cabeças, que eran ochenta y dos las que de cristianos vencidos traían.

–Por esso, Rey, fuera de ti, porque a ningún rey podemos aplaçar campo, di a cualquiera de tus caballeros que responda o azepte el desafío; que a 4, a 6 y a 8 tendremos campo, y aunque sean 12 no se nos dará nada, que ya le emos tenido a treinta y en la Grecia le tubimos a 22 caballeros. Y, con esto, mira, Rey, lo que tus caballeros responden.

Muchos ubo vriosos caballeros que quisieron responder, mas todos aguardaban a que el Rey <sup>[f. 183v]</sup> respondiesse, el cual con aquella su acostumbrada medida y baleroso semblante repondió:

–A mí me pessa, señores caballeros, de que me ayás echado fuera de los reptados en vuestro desafío, que donde an muerto esos vuenos caballeros, cuyas

cabeças nos están incitando a la vengança, yo me tuviera por vienaventurado y dichoso de hacerles en su muerte compañía. Mas supuesto que no me es conce[di]do, responded, señores caballeros –dixo bolbiéndose a sus caballeros–, por vuestra onra.

Ninguno ubo que no se ofreciese de buena gana a la batalla, mas lebantándose en pie el de la Esperança dixo:

–Sacro rey de España, después que por essas balerosas manos fui armado caballero é recibido de ellas muchas mercedes; mas la que agora pido será echar el sello a las recibidas, y así te suplico, señor, no me sea negada.

El Rey dixo, entendiéndole, que pidiese lo que quisiese, qu'él se lo concedía:

–Pues lo que me as, Rey, concedido es el desafío y repto d'estos dos hermanos, el cual yo solo acepto con entramos. Y, así, digo que en decir que sus damas son las más hermosas del mundo que lo tengo por locura, mas que en ello a mí no me ba nada. Y decir que ellos son mexores caballeros, las armas lo dirán; decir qu'es su rey el mexor, evidentemente mienten y se engañan. Mas por lo que yo los repto y digo que son traidores y mentirosos es por la de la santa fe de Nuestro Redentor y Maestro Jesucristo que contradicen y con bocas blasfemas procuran afrentar cuanto es de su parte.

La cual es justa, santa y verdadera, la más política y conforme a raçón dibina y humana de cuantas ay, como aquella que sola es ley de Dios y que baxó del cielo, enseñándonosla el unigénito Hijo del eterno Padre, Cristo Nuestro Redentor. Y aunqu'es verdad qu'esta santísima ley se á de defender con santas y eficaces raçones, de las cuales los sabios de Nuestro Señor suficientemente están enseñados, mas también podemos los caballeros reprimir con la espada la sobervia y arrogancia de la gente infiel; y así, sin más palabras, caballeros infieles, ves aí mi gaxe –y tendió la falda de la loriga–. Y en defensa de mi fe desde luego para mañana los dos juntos os aplaço campo, desmintiéndooos en la proposición que contra nuestra santa fe afirmastes.

Con mucha paciencia havían estado los gigantes oyendo al de la Esperança, mas cuando acabó sus raçones, como le vieron tan niño y hermoso, el hermano mayor respondió:

–Bos, caballero nobel, vien lo parecéis en vuestras sandias raçones. Y si tanto tenéis de balentía como de locura no me espanto que delante d'estos caballeros os ayás atrebido a hablar con tanta descomposición, libertad y mal término. Mas nosotros venimos juramentados de no negar el campo a ninguno que le pidiere, y así desde luego [f. 184r] le aceptamos uno a uno o los dos juntos, o como más gusto os diere. Y os damos libertad para que podáis sacar con bos treinta caballeros, los que bos escoxiéredes de todos estos caballeros cortesianos o estrangeros (con tal que sean cristianos), y a todos treinta juntos os mantendremos campo. Y, en señal de que cumpliremos lo que decimos, veis aí nuestros guantes.

–Como lo tengo dicho, yo solo a los dos –dixo el de la Esperança– azpeto el desafío. Y así suplico al excelentísimo rey Ofrasio lo haga cumplir, que en lo demás después quedará tiempo a estos caballeros para que venguen mi muerte.

Ya enoxado el hermano mayor, tiniendo esto por demasiado ánimo y afrenta suya dixo:

–Si no fuera, rapaz, por los caballeros qu'están presentes, yo's hiciera acabar las palabras y la vida todo junto.

Y, con esto, hizo muestras de levantar la mano. El de la Esperança, por allarse delante del Rey, no quiso descomponerse; solo puso la mano en la empuñadura de la espada y dixo:

–Aora, soberbio gigante, mañana veremos si igualan las palabras con las obras.

El Rey les mandó callar a los unos y a los otros diciendo:

–¡A, que no aya más palabras! El campo queda azeptado para mañana a la una después de mediodía, y serán jueces aquí el duque viexo del Pumar Gutimagno y mi capitán de la guarda y nuestra persona, que quiero mañana allarme en el campo. Y vosotros, señores caballeros, idos cada uno a vuestras posadas, que allí seréis probeídos de todo lo que para buestro regalo fuere menester.



## **Capítulo 25. De cómo salió al campo el Caballero de la Esperança con lo gigantes y de lo que en la batalla sucedió, con otras cosas tocantes a la istoria.**

Estando el campo aplaçado entre los gigantes y el de la Esperança, cuando aquellos caballeros salieron de la sala, dibidiéndose en diferentes corrillos, en barias opiniones (como es costumbre) del caso sucedido se dibidieron: unos lo atribuían a temeridad, otros a balentía; unos a disparate, otros a cordura; unos a ipocresía, otros a buen zelo y cristiano; unos a soberbia y arrogancia, otros a magnanimidad y balor. Al fin, qu'el bario bulgo andaba en varias opiniones dibisso, aunque como era tan bienquisto el de la Esperança muchos más tenía en su favor que en contra; aunque, como el mundo es de tan barias opiniones, para todo y de todo había en cada corrillo que se juntaba.

Los dos hermanos iban espantados y enoxados del balor y ánimo del mozuelo, y procuraban informarse <sup>[f. 184v]</sup> de quién era o qué partes tenía. Al fin, preguntándose al güésped en cuya casa possaban, él les dixo cómo havia poco más de un mes qu'estaba en la corte y que en todo él no le habían visto correr lança ni echar mano a la espada:

–Solo sabemos qu'es noble de padre y madre –dixo el mesonero– y que fue armado caballero haviendo echo un ilustrísimo principio en armas, según nuestro rey Ofrasio y la gente que se alló presente afirman. Émosle visto en esta corte ser, para moço, muy prudente, afable, benigno, manso, humilde, caritatibo y misericordiosso, hombre de muy buena combersación y de estremadas costumbres. Sobre todo gran celador de la religión cristiana y aficionadísimo al culto divino y religión. Es dado en extremo al exercicio de las armas y, con esto, aficionadíssim[o] [a]<sup>dlviii</sup> las letras, así dibinas como humanas. Y aún [no] habrá cinco días que le llegó un maestro o ayo a quien él envió a llamar (un ermitaño que según se dice había que vibía ya en una ermita treinta y cinco años o más, y según dicen todos es rara pieça), y debaxo del dominio d'este gran hombre dice que quiere andar, sin salir un punto de su mandamiento.

Su casa es corte de caballeros, monesterio de religiosos, escu<e>la de estudiantes, gimnasio de exercicio de armas, ospital de pobres, recogimiento de doncellas, avrigo de peregrinos, regalo de estrangeros y amigable vecino de los naturales. Es amado de todos y aborrecido de ninguno, y aun los torbos oxos de la

amarilla invidia no se atreben a mirarle. Y esto es, señores, lo que así en vrebbe os sé decir d'este caballero, al cual todo el pueblo tiene por padre y él es tan bueno que se tiene por hijo de todos.

–Pues mañana –dixo el gigante–, placiendo al gran Marte, estará su cabeça metida en aquel costal.

–Antes estará la tuya, vestia fiera... –dixo el mesonero entre sí.

–¿Qué decís, güésped? –dixo el gigante.

–No digo nada, señor, sino que veas si es menester que se haga algo en tu servicio, que en lo demás Nuestro Señor lo dispondrá como más fuere servido.

Con esto, aquellos gigantes todo lo restante de la tarde, a caballo y de rúa, se andubieron mirando toda la ciudad, dejada dada orden en su posada que les tubiessen muy a punto sus armas y caballos y todo lo demás que era necesario para salir otro día al convate.

El buen Príncipe de la Esperança se fue a su posada acompañado de tod'aquella loçana jubentud de la corte, al cual todos querían como si fuera su propio hermano. Y havían todos jurado de que si él moría en la batalla, que havían de morir todos o que havían de vengar muy vien su muerte. Llegado a su cuarto donde posaba, después de haber estado un ratico con aquellos caballeros con muy vuen término y cortesano se despidió de ellos, para entender en las cosas que eran menester para salir al campo que otro día con los gigantes <sup>[f. 185r]</sup> aguardaba.

Ya que se bio solo y desocupado, entrándose a su aposento envió a llamar al benerable viexo Priscilano; el cual porque estaba desocupado, que entonces se acababa de levantar del estudio, salió luego. Y dice Nictemeno: «Yo salí con él, porque fui su criado, y así todo lo que de aquí adelante contare lo contaré como testigo de vista, porque en las más principales cosas que aquí irán escritas me allé presente».

Pues salió mi amo –dice Nictemeno– con una ropa larga asta en pies de un color morado escuro, ceñida con una correa ancha y larga que, después de haberse presso en una evilleta en la cintura, colgaba asta casi los pies, teniendo en la punta un yerro

toscamente labrado que le servía de remate. Encima llebaba una muceta que le cubría asta los cobdos avierta por delante, la cual se abotonaba con diez y seis botones echos del mismo paño; esta estaba aforrada en martas cebellinas, tiniendo una capillexa pequeña que pocas beces se cubría.

Traía en la cabeça una caperucilla o vicoquín de la misma color y aforro, con unas orejuelas que le llegaban asta el nacimiento de la barba; la cual tenía blanca como un copo de niebe, tiniendo del mismo color el cabello, aunque tenía poco (porque era muy calbo, aunque en el colodrillo o zelebro tenía abundancia d'él, algo largo, crespo y ondeado). Tenía los ojos aunque pequeños muy bibos, la nariz grande, la boca muy hermosa; no le faltaba diente ni muela. Era muy alto, porque casi tenía siete pies geométricos, que le faltaba vien poco para ellos. Era muy apersonado y unas de las más venerables canas que entonces tenía España. Era muy continente y templado, castísimo y notablemente modesto, solo era un poquito austero y la maldita invidia de los murmuradores digeron que tocaba un tantico en ambicioso de onra. Pero cierto –dice Nictemeno– veinte y tres años o más andube en su compañía, mas principalísimo hombre era sobre cuantos nuestros tiempos ubo. Ele querido pintar –dice Nictemeno–, porque tengo de hacer muchas veces memoria d'él, por que sepáis la forma y figura que tenía.

Pues, como mi amo salió, estaba el príncipe sentado en una silla y, llegándole yo otra a mi amo, se sentó. Y el príncipe le dixo:

–Sabrá, maestro –que siempre le llamó así a Priscilano el príncipe–, que é azeptado campo contra dos gigantes infieles en defensa de nuestra santa fe católica.

–La causa de la batalla, señor príncipe, justísima es, pues «por tu ley y por tu rey...»; mas á de mirar vuestra grandeça mucho que se desencarne de todo lo que fuere banidad, procurando alcançar con estos heroicos echos la verdadera nobleça que con sola la virtud se alcança.

–¿Cómo, maestro? –dixo el príncipe–. Y la nobleça, ¿no la alcançamos de nuestros progenitores y de la ilustre sangre de donde descendemos?

—Por esso dixe, señor —dijo Priscilano—, la verdadera nobleça<sup>918</sup>; que nobleça por muchas cosas se alcança, mas la principal es por la virtud<sup>919</sup>. Y así dicen aquellos versos latinos (que comiençan: «Nobilitas homines mens est deitatis imago...»): «Nobleça del hombre el alma es, echa a la imagen de Dios; nobleça del hombre es la multiplicación de las claras virtudes; nobleça del honvre es levantar al humilde menospreciado; nobleça del hombre es no pensar ninguna cosa baxa [f. 185v]; nobleça del hombre es guardar las justas leyes de naturaleza».

Donde, señor, dixo muy vien Hostiense<sup>920</sup>: «Todos somos, quanto a la carne, hijos de unos mismos padres, así que cualquiera que seas que te precies de noble, si vien lo quiere considerar, allará que eres de la misma manera que al que por ser ignoble menosprecias. Y si m[i]ras al alma, por padre tenemos a Dios y por madre a la Iglesia». Y, así, trae después aquel versillo que dice: «Sola se puede llamar nobleça la que de virtud el alma adorna». Y los otros dos versos traídos por Ángel, que dicen: «La nobleça de la virtud mayor es que la de la sangre, luego sola essa es nobleça que de pura virtud el alma adorna».

Y, por esto, mi señor, Teodecto decía que la nobleça era la virtud y la villanía el bicio; lo cual dice Aristóteles, afirmando él lo mismo<sup>921</sup>. Y también dijo el poeta Menandro: «El buen barón no puede ser que no sea noble». Y Eurípides decía<sup>922</sup>: «De la nobleça pocas cosas tengo ilustres que sean cantables; a mí solo el bueno me parece<sup>dlix</sup> noble, y el que no lo fuere, aunque sea mexor su padre qu’el gran Jobe, a mi parecer el

---

<sup>918</sup> El siguiente diálogo entre el Caballero de la Fe y su ayo Priscilano sobre la verdadera nobleza toma como fuente directa el conocido tratado de André Tiraqueau, *De nobilitate et iure primigeniorum* (Paris, Iacobum Keruer, 1549). Efectivamente, este pasaje constituye una verdadera paráfrasis del capítulo IV, «An virtus nobilitet» (epígrafes 1-12), en virtud de la cual el padre Daza convierte en material dialógico el texto de Tiraqueau.

<sup>919</sup> **Ap. marg.:** «In c. *Nos qui*, ibi “*morum nobilitate*” ubi “*id no...*”, *Domi. et Cardi. Alex. 40, di. et in ca. pe. extra de prebendorum ubi Osti., Io., And., Anto., Imol., Car. Flo. et alii*».

<sup>920</sup> **Ap. marg.:** «*Hosti. in Suma tit.*».

<sup>921</sup> **Ap. marg.:** «*Arist. lib. 1, Politicorum, c. 4 et lib. 4, c.4*».

<sup>922</sup> **Ap. marg.:** «*Euripi. in Dicti., apud Estobeum, Ser. 84*». Esta apostilla marginal parece demostrar que el padre Daza utilizó una temprana edición de la obra de André Tiraqueau, puesto que mientras en la de 1559 la referencia a Eurípides se concreta en su tragedia *Dictis*, en ediciones posteriores se remitirá a *Electra* (tal y como sucede, por ejemplo, en la de 1573 [Lugduni, apud G. Rovillium]).

tal es vil villano». Y el mismo autor decía que la tierra y suelo a todos nos hacía iguales, que sola la virtud ennoblecía<sup>923</sup>. Y así dixo Epicarmo<sup>924</sup> (o, como otros quieren, Menandro): «Cualquiera que de su naturaleza es al bien inclinado, aunque de una etiopiana sea hijo, noble será de mí siempre llamado».

Y acuérdaseme de la respuesta de aquel tirano Fálaris: cuando le preguntó Axíoco que qué sentía de la nobleça, respondió<sup>dlx</sup> loarse de la nobleça como de otra cualquier buena cosa. Yo lo tengo por acertado, mas yo solo una nobleça allo, qu'es la virtud; lo demás todo es dicha: o nacer de padres nobles o de los que no lo fueron. Y así acaece hijos de baxos padres ser grandes príncipes y hijos de príncipes ser jente muy bil y para poco. Y así dixo Demócrito o Demócrates: «La escelencia y nobleça de las bestias consiste en la gentileça del cuerpo, mas la de los hombres en las birtudes del alma». Y también dice Estobeo que, preguntado Diógenes quién eran los barones ilustrísimos, que respondió<sup>dlxi</sup>: «Los menospreciadores de las riqueças, de los deleites y de la vida»<sup>925</sup>.

Y así aqu'el gran Platón, como escribe Diógenes Laercio, en su bida distinguió en cuatro partes la nobleça: decía que era noble el que era hijo de ilustres padres; el que era hijo de gente onrada y virtuosa o el que descendía de gente que por su balor merecía haber tenido oficios muy onrosos en la república; mas la nobleça mayor y la que más hace al caso es la que por la propia virtud y excelencia de ánimo se alcança<sup>926</sup>. Y así dijo Ipócrates, como le refiere Aristóteles: «Ninguna cosa ennoblece más a Harmodio y a Aristogitonio que la virtud; pues que ninguno de sus antecesores les pegaron o dieron la nobleça»<sup>927</sup>. Y Sócrates, como Estobeo (el que dixe) dice, preguntado qué cosa era nobleça, respondió que era la templa[n]ça del alma y cuerpo. Y dibinas cosas dijo Plutarco en aquel libro que alega Estobeo contra la nobleça, qu'el mismo Plutarco escribió (dice admirables cosas, señor príncipe, a mi propósito)<sup>dlxii</sup>; donde trae

---

<sup>923</sup> **Ap. marg.:** «Eurip. in *Alexandra*».

<sup>924</sup> **Ap. marg.:** «Epicharmus sibe Menander».

<sup>925</sup> **Ap. marg.:** «Estobeus, Ser. 84».

<sup>926</sup> **Ap. marg.:** «Diogenes Laer., *De vitis filosoforum*, in “Vita Platonis”».

<sup>927</sup> **Ap. marg.:** «Arist., lib. 2, *Retorico. ad Theodetem*, c. 23».

comparación del rico Midas y del pobre de Arístides, de Sócrates y Sarandápalo, de Gerxes y de Cinegiro. Y Atístenes decía lo mismo: «Es nobleza que deseo de estudio y virtud»<sup>928</sup>.

–Todos cuantos me á alegado, maestro –dijo el príncipe–, son griegos, mas los [f. 186r] latinos, que en tanto estimaron la nobleza de sus pasados, son también de essa opinión.

–Sí, señor –dijo el sabio–, ¿no se os acuerda de Obidio que dixo: «¡O, tú que siendo de nobles progenitores con la birtud sobrepuxas a la nobleza de tus antepasados!»<sup>929</sup>. Y en otra parte dice: «Máximo, que con nombre tal inches la medida con doblado ser: con limp[i]eza de sangre y con abundancia de virtud», y en otras muchas partes repite esto mismo<sup>930</sup>. Y Jubenal decía: «Pi[n]ten y esculpan las figuras de los pasados en lo que quisieren, que sola una nobleza ay y essa es la virtud»<sup>931</sup>. Y a Planeo le dice: «¿Por qué te entonas y te precias de venir de la ilustre sangre de los drusos?»; en fin, acaba diciendo cómo la verdadera nobleza en la virtud es cierto que se alla, y en toda aquella sátira dice cosas muy buenas a este propósito.

Y así dixo Oracio: «No porque mecnas seas de aquella ilustre gente...»<sup>932</sup>, donde en toda aquella sátira ninguna otra cosa hace sino probar cómo la nobleza no se á de buscar en los antepasados, sino en la virtud. Y admirable es aquella respuesta que Marco T. Cicerón dio a Salustio cuando le quiso tocar de hombre vaxo, diciendo qu'él era el primero que daba nombre a su linaxe; cierto es admirable respuesta y digna de consideración, y en otras muchas partes habla a este propósito admirablemente<sup>933</sup>. Y

---

<sup>928</sup> Ap. marg.: «Diógenes, *De vitis filosoforum*, in “Vita Antistenis”».

<sup>929</sup> Ap. marg.: «Obidius, lib. *Tristium* 4, elegía 3, in prin.».

<sup>930</sup> Ap. marg.: «Obidius, lib. 1, *De ponto*, eleg. 2 ad Maximum; idem, lib. 5, eleg. 10; et lib. 13 *Metamorpho.*; et in *Carminibus ad Pisonem*».

<sup>931</sup> Ap. marg.: «Juvena., *Sati.* 8, per totam».

<sup>932</sup> Ap. marg.: «Ora., lib. *Sermonum* 1, sátira 6, per totam».

<sup>933</sup> Ap. marg.: «Cicero, in *Oracione pro Lucio Murena*».

Fabio Quintiliano decía: «¿Quién es el nobilísimo? ¿Por bentura no lo es el virtuoso?»<sup>934</sup>.

Y, así, señor, esos mismos romanos muchas veces tuvieron reyes y emperadores hijo de baxos padres, por la mucha virtud que en ellos resplandecía. Así fue Tarquino Prisco, aquel tan celebrado de los romanos, que fue hijo de un mercader y nació estando en el destierro, como lo dicen Dionisio Alicarnaseo y Balerio Máximo (y aun Servio, en el comento de Vergilio, dice que fue su madre esclaba). Pues Servio Tulio o Serbio Tulo, su sucesor, fue hijo de un esclabo y de una esclaba moça de cántaro, como lo dice el mismo Balerio y Jornado y Séneca y Plinio y Porfirio, Jubenal<sup>935</sup>.

Mira pues, señor, si los romanos miraron más a la nobleça que con birtud se alcança que a la que viene de antigüedad de linaxe, pues aun emperadores allarás d'esta manera; como fueron Augusto César, que fue nieto de un platero. Vitelo fue hijo de un esclabo, como lo dice Suetonio Tranquilo, y aun haber sido remendón. Pues Flabio Vespasiano vien sabemos haber sido hijo de baxos padres, como lo dice el mismo Suetonio y Eutropio; Traxano también fue de gente bolgar, como lo dice Dion. Pues Pertinax príncipe, que lo fue y excelente, era nieto de una esclabo, hijo de un libertino, y su padre vendía leña o madera y tenía taberna en Liguria; lo cual dexó de tan mala gana Pertinax que de aquí dice Julio Capitolino que le dieron el nombre de «Pertinaz». Y Sesto Aurelio tanvién dice que fue de gente baxa, y fue primero preceptor de gramática.

Y Pecenino Níger también fue de baxo suelo, como lo afirma Elio Esparciano. Opilio Macrinio fue tanvién de gente vil, como lo dice Capitolino, y Marcio Septimio, herrero, como lo dice[n] Eutropio y Trebelio Polión. Este Marc[i]o Septimio fue el que dixo pocos <sup>[f. 186v]</sup> días después de su elección: «Vien sé, sol[da]dos y compañeros, que me pondréis por objección el oficio de herrero en que todos me conocistes. Mas más quiero que me digáis que traté con yerro, y plega a Dios que siempre trate en domar yerro y no andar con flores, con olores, con vino, con mantenimientos, con mugercillas,

---

<sup>934</sup> Ap. marg.: «Quintili., lib. 5, c. 11».

<sup>935</sup> Aps. margs.: «Dionisi., libr. 3; Valerius Max., lib. 3, c. 4; Servius in Verg., lib. 3. *Eneidorum*; Valerius, lib. 1. c. 6; Jornades, lib. *De regionun et temporum sucesione*; Seneca, lib. 3 *Decla. et in Epistola [a]d Lucium*, 108; Plinio, lib. 36. c. [...]; Porphi. in Ora., lib. [...] *Sermo.*, satira 6; Jubenal, sati. 7, 8».

como andubo Galieno, indigno hijo de su padre; sino que sepa Alemania y Italia que tiene un príncipe que toda su vida se á criado domando yerro». Galerio Armentario todos lo sabemos que del ganado de las vacas fue llamado para el reino, como lo dice Jornado; Aureliano emperador fue hijo de viles padres, como lo dice Flabio Vopisco. Pues el buen emperador Probo fue hijo de un ortelano, como lo dice Aurelio Víctor; el gran Balentiniano fue hijo de un soguero, como lo afirma Paulo Diácono y otros.

Quién te dirá, señor, de Dabid, de Saúl, Abdolomio, Laocoín, Andrateo y Andriseo, Antípater, Arquelao, Midas, Artaxerxes, Alimonus, Tolomeus, Tridates y otros cien mil, que antes señor se acabará la tarde que te los acabaría de contar si tubiesse de hacer mención en particular de los príncipes y balerosos reyes que á havido de baxos padres. Mas, al fin, la cuenta y la verdad es que la verdadera nobleça es la virtud, como lo dixo muy vien san Jerónimo y san Ambrosio<sup>936</sup>. Y está en la Divina Escritura, en el *Libro de lo Reyes* y en el profeta Malaquías, Job y el bienaventurado san Pablo, y como nos bien enseñó Cristo Nuestro Redentor por obras y por palabras<sup>937</sup>. Y es, al fin, verdad afirmada por tantos autores y tan señalados, lo cual mil veces allará repetido en sus obras. Así que, señor, esta nobleça procura, esta desea y para la alcançar haz siempre, señor, tales obras que ellas mismas se traigan consigo el pago, como son todas aquellas que de verdadera virtud merecen nombre.

–Muchas cosas –dixo el príncipe– se me ofrecían, maestro, que preguntarle en este caso de la nobleça, mas otro día parlaremos más despacio en ello. Ahora dígame qué armas le parece que saque mañana y qu’ es el último fin que tengo de tener en el morir o en el bencimiento, [...] costumbre solía ser.

–Señor ilustrísimo –dixo Priscilano–, en esto de las insignias y armas, barias costunvres an tenido las gentes<sup>938</sup>: unos puniendo la insignia conforme a cómo havían

---

<sup>936</sup> **Ap. marg.:** «*Diuus Jheronimus sibe Julianus, sibe Paulinus, quisquis sit in Epistola de virginitate ad Demetriaden*»; **S. Ambro.** in libro de Nabucho Iezraelita, c. 13; liber *Regum* 1, c. 2; *Malachie* c.2».

<sup>937</sup> **Ap. marg.:** «*Job, c. 31; Paulos, 1 Corin. 1; Christus tuto tempore vite sue*».

<sup>938</sup> A partir de aquí, el texto y las apostillas que lo acompañan toman como fuente directa el capítulo VI del tratado de André Tiraqueau («*Princeps an et quomodo et quos nobilitet et quae inde sequuntur*»), concretamente los epígrafes 19 y 20.



acabado la obra, y estas son las que se llaman propiamente armas. Y así Teseo traía el Minotauro después que le benció; Hércules el león y por orla los demás trabaxos, y aquellos capitanes de la Antigüedad celebrados, de los ilustrísimo echo que acabaron pusieron sus insignias y sus armas. Otros tomaron las armas de su patria, como lo canta Vergilio, diciendo que las armas de los partos eran unos leones<sup>939</sup>.

Otros, señor, tubieron y truxeron por armas señales que la misma naturaleza les dio; como fue el rey Seleuco, el cual tubo un áncora por armas, la cual él tenía esculpida en un muslo, y aun a su madre le fue dado un anillo cuando le parió en cuya piedra la misma áncora estaba esculpida (así lo escribe[n] Higinio y Justino<sup>940</sup>). Y aun dicen los autores que <sup>[f. 187r]</sup> sus sucesores traían la misma señal; como lo cantó y vien Ausonio poeta, diciendo aquella señal del áncora qu'en todos los descendientes de Seleuco se veía<sup>941</sup>. Y así le traía Seleuco en el anillo por sello la misma áncora, como lo dice Clemente Alexandrino<sup>942</sup>. Y también es cosa sabida, señor, aquella señal que Cariclea, hija de Hidaspes (rey de Etiopía), traía en el braço: que fue como una piedra hevenia<sup>943</sup> por la cual ser hija del mismo Hidapsis o Hiaspis fue conocida, como lo dicen Eliodoro y Plinio y estremadamente Budeo<sup>dxiii</sup>. Y tanvién, señor, dice Plutarco que tenía Teseo cierta señal, aunque no pone cuál fuesse<sup>944</sup>.

Otros <á> avido, señor, que an tomado las armas de lo más principal que ellos hicieron: como Éctor, que tenía un león sentado con una partesana en la mano para denotar la judicatura militar qu'él instituyó; Dabid, el arpa de oro en campo azul, y otros d'esta manera. Otros an tomado las armas de lo que les sucedió en su obra: como Marco Corbino, que tomó el cuerbo con el cual le había sucedido lo que cuentan Tito Libio,

---

<sup>939</sup> **Ap. marg.:** «Vergili, *Eneid[rum]*, 10». El título queda oculto por las prietas costuras de la encuadernación.

<sup>940</sup> **Ap. marg.:** «Higinius, *Fabularum*, c. 72; et Justinus, libro 15».

<sup>941</sup> **Ap. marg.:** «Ausonius, in *Urbiun catalago*, ubi de Antioquia et de Alexandria».

<sup>942</sup> **Ap. marg.:** «Clemens Alexan., *Pedagogo*, lib. 3, c. 11».

<sup>943</sup> En el original, *lapidis Hebeni*.

<sup>944</sup> **Aps. margs.:** «Eliodorus, lib. 10, *Istorie Etiophia*»; «Plinius, lib. 7, c.11»; «Vudeus, *De asse*.»; «Plutarcus, in *Vita Theseii*».

Aulo Gelio y Valerio Máximo. Y lo de los cinco ánsares de Capitolino, como dicen los mismos autores<sup>945</sup>. Otros an tomado las armas de las cosas que defienden: como fue el emperador Heraclio, que llebó la cruz; y Astradeo, que llebó la figura de la Berdad; y el maldito de Herodes Ascalonita, que llebó las águilas del imperio romano, y otros muchos.

Así que, señor, en esto de armas o imágenes, figuras o trofeos, dibisas o orlas, timbles o insignias, ay y ha habido tanta variedad que aunque quiera, señor, sumarte la materia, no puedo por ser tan prolixa. Mas lo que me parece es, pues que bas, señor, a defender la fe, que a essa misma saques por insignia o dibisa; que tus armas, pues eres hijo del príncipe Ardoniso, no tienes, señor, para qué mudarlas.

–Pues, maestro, en aquel escudo de acero limpio (aquel doble de las chapas de güesso y puntas de diamantes) me haga hacer esa dibisa, y póngale la letra que le pareciere.

–Que me place, señor –respondió Priscilano–. En lo demás vuestra grandeça, como tan buen caballero, ordene las cosas del alma. Y el fin que vuestra grandeça me preguntó que havía de llebar, el principal es la gloria y onra de Dios y, lo segundo, deseo que por esse medio se ganen aquellas almas y salgan de aquel error y ceguera en que están. Y, con esto, yo me boy a hacer hacer lo del escudo. Vuestra grandeça haga a Mauro, su capitán, que aderece el caballo, las armas y lo demás que es menester para la batalla, que yo confío en Nuestro Señor que á de salir vuestra grandeça con la vitoria.

Con esto –dice Nictemeno– se salió mi amo, y el príncipe llamó a Mauro Italiano, al cual le encomendó lo que Priscilano havía dicho; la manga y sobrevistas con toda la ropa blanca quedó el cargo a Esmerilda y Libertina. Y Gradisa, que era diabólica, le hiço allá unos laborios de mucha eficacia y bonísimo olor que decía ella que corroboraban mucho la fuerça y que hacían que no sintiessen dolor en las heridas. D’esta manera se gastó aquella tarde y parte de la <sup>[f. 187v]</sup> noche.

---

<sup>945</sup> **Aps. margs.:** «Titus Libius, lib. 7, *Deca. I*»; «Aulus Gelius, lib. 9, c.11»; «Valerius Ma., lib. 8, c. 14». No hemos logrado localizar estas referencias en la obra de Tiraqueau.

Otro día por la mañana, habiendo yo –dice Nictemeno– dormido vien poco (porque estube con el estatuario toda la noche con seis o siete oficiales acabando el escudo), el príncipe se confessó y recibió, y con mucha deboción, el Santísimo Sacramento. Y hizo una cosa de muy gran príncipe, por cierto, que ubo aquel día solemne combite de pobres a los cuales el príncipe y otros ilustrísimos caballeros por sus propias personas sirvieron; recibiendo con esto los pobres buena obra, los caballeros merecimiento, la república vuen exemplo y los que estábamos en cassa enseñamiento y doctrina de cómo la ley de Nuestro Señor Jesucristo en cualquier estado se puede cumplir y aun hacerse en él obras ilustrísimas y supererogatorias, de gran perfección y merecimiento.

Llegada era ya la ora del medio, y con esto ya se acercaba la ora del debate. Habiendo ya acabado de comer aquellos caballeros, en una hermosa recámara en la cual había un espexo de armar muy hermoso se entró a armar el príncipe, estando allí mi amo y puniéndole las armas Mauro Italiano. Y a cada pieça que se ponía le dixo Priscilano bonísimas cosas que por evitar prolixidad no las pongo. Al fin, después de armado de todas armas, sin le faltar evilleta, de unas armas blancas muy hermosas y fuertes, haviéndose probado la celada y echado la clabixa al babarón y calado la visera, y viendo qu'estaba vien, se tornó a quitar la celada y a mí me dixo: «¡Corre, Nictemeno, tráeme el escudo!».

Yo fui por él, y en el medio d'él estaba un cáliz con una cruz de oro y diamantes encima, y en un campo verde estaba un lince muy vien pintado, con unos antojos de cristal puestos. Y por la puente de los antoxos iban estas letras latinas: «*fides*», que quiere decir «fe». Y la letra de la orla del escudo, que era tanvién latina, decía: «*Escutum fidei*» (escudo de la fe). Y la letrilla castellana decía<sup>dlxiv</sup>:

Es imposible ber estos secretos  
aunque de lince tengas claros ojos,  
sino es por estos antojos.

–Muy bueno está el escudo –dijo el príncipe– y conténtame la geroglífica. Ahora baya con Dios, y cuando sea ora llámenme, que me quiero entrar aquí a la capilla un ratico.

Con esto, se entró el príncipe, y de allí a media ora yo le entré a llamar diciendo que era ya ora; con esto, salió, y ya estaba a punto todo lo que era menester. Y, así, en un caballo rucio rodado hermosísimo, aunque algo más fuerte que galán, muy bien armado, se puso a caballo sin poner pie en el estribo con tanta ligereça y gallardía que todos los que allí estaban les pareció estremado el donaire con que se había puesto a caballo. Ya estaban los que le havían de acompañar aparejados y armados, que eran por todos cincuenta caballeros muy lucidos y en hermosos caballos, todos a la ligera con bandas de barias colores y muy buenas y curiosas dibissas.

Con esto, salieron de cassa como un <sup>[f. 188r]</sup> cuarto de ora antes de la una y entraron en la plaça con muy buen concierto, y todos quantos veían al príncipe le echaban mil bendiciones deseándole próspero sucesso. Poco havia qu'el príncipe estaba en la plaça cuando entraron por la otra parte los dos vrabos hermanos <e>scitas gigantes, el uno en un caballo negro y el otro en uno morcillo; el uno y el otro las armas de la misma manera, que eran pabonadas, orladas de oro. Y en los escudos llevaban un ídolo del dios Marte, al cual ofrecían mucha gente sacrificio, y la letra decía: «Hic est vera religio» («esta es la verdadera religión»).

Con esto, haviéndoles los jueces partido el sol y puéstolos en el estacado, todos los demás caballeros salieron d'él, quedando dentro solos los tres. Lo que más sucedió oiréis en este otro capítulo.

## **Capítulo 26. En que prosiguiéndose la estoria se acaba de contar lo en la batalla sucedido.**

Espantados estaban los gigantes de ver cómo se havia quedado solo aquel caballero, entendiendo que ni aun veinte juntos no se atrevieran a les guardar campo a cada uno por sí, cuánto más a los dos juntos, que pensaban que bastaban a devaratar un campo de docientos hombres. Y no se engañaban, que cosas cierto prodixiosas les

habían en armas acaecido, dando la muerte a muchos balerosos soldados, balientes caballeros. Y muchas beces acaudillando la gente de armas del <e>scita habían los dos solos resistido a un campo entero de persianos y por su solo balor se había alcanzado muchas veces la vitoria, siendo fuerte muralla de sus soldados y gente. Pues campos de a tantos por tantos habían vencido muchos, y en estacada de caballero por caballero y lança por lança cada uno de ellos había descabeçado más de treinta, sin otras muchas aventuras que de paso y de camino, como decís, habían acabado.

Quedando, pues, los balerosos gigantes, el hermano mayor dixo al otro: «Aguarda hermano, iré a dar el pago <a> aquel caballero de su loco atrevimiento y insana osadía». Y, con esto, puestos ya frente a frente los dos balerosos caballeros, aguardando a que mandasen los jueces tocar la seña del arma, estando ya el Rey en su asiento y todas las bentanas y barcones llenos de la hermosura de aquellas señoras cortesanas, especialmente de aquellas dos hermosísimas princesas Diadena y Teodoreda, que con la hermosa reina Casiana su madre estaban, que zierto eran perfectísimas en hermosura (especialmente Diadena, que era un retrato de perfecciones hermosísimas de naturaleza, que parecía que no sufría adición su hermosura). Dexo otras muchas damas, así <sup>[f. 188v]</sup> doncellas como casadas, de las cuales vi tantas y tan hermosas que quise cantar el verso del poeta de los amores que dice que «como en el cielo estrellas...»<sup>946</sup> así vi aquel día damas en Ispalia, las cuales cierto vi con vien diferentes semblantes y noté algunas cosas de ellas vien dignas de su dameraía.

Pues, a este tiempo, levantando el rey Ofrasio la diestra, luego el capitán de la guarda (que era uno de los jueces, como emos dicho) dio una palmada; luego el trompeta y roncós atomboses començaron el belicoso ruido concertado, con el cual aquellos dos caballeros parten cual encendidos cometas en fría noche. Y, al arrancar los caballos, el herido suelo se sacude y pareció temblar toda la plaça, y aun todos los que estaban en ella estaban temblando de ber el arrebatado curso que llebaban. Mas poco les duró este medio, porque con la presencia de otro mayor se depidió este; porque quando se dieron el encuentro fue con tanta furia y brabeça dado qu'el ruido dejó atolondradas las cabeças, la polbareda y arena lebantada de los sacudidos pies de los caballos

---

<sup>946</sup> «Como en el cielo estrellas...»: Ovidio, *Ars amandi*, I, v. 59.

estorbaron la vista, y aun el miedo cobrado del horrible golpe causó perder el sentido a más de cuatro y la color robó del rostro a más de ciento.

Al fin, cómo fue el encuentro cierto que no os lo sabré decir (aunque estube todo lo atento que pude): solo vi después de medio de aquella polbareda salir al Caballero de la Fe (que así llamaré de aquí adelante al de la Esperança) atravesada la lança por debaxo de un vrazo, cosido el escudo con ella, saliéndole a la espalda más de una vara de lança, titubeando el caballo por caer. Y luego vimos al gigante tendido en el suelo, metida también y terciada la lança por el murecillo del brazo izquierdo. Mas luego vi cómo el Caballero de la Fe, asiendo el troço de la lança le arrancó del escudo y armas por donde iba metido y, tomándole con la mano derecha, le arrojó a bolar por encima del tejado de palacio. La gente quedó toda suspensa mirándose unos a otros, aún el anélito despidiendo con templança sin preguntarse nada; no hacían sino encoger los hombros y estar aguardando en qué aquello pararía.

El caballo del gigante se levantó de tierra y, sacudiéndose con un estremecimiento grande, pisándose las riendas que caídas quedaron se fue, apartando a una parte de la estacada. En este medio el príncipe tomó la lança y mudó caballo, mandando los jueces que sus caballeros se lo administrasen. Todo este tiempo estuvo aguardando Raderión, mas como vio que no se movía y que tardaba tanto, entendiendo qu'estaba muerto, con una furia <sup>[f. 189r]</sup> insana a la vengança aspira. Y, puniendo las piernas al caballo, bien puesta la lança en ristre, con intención de bengar la fraternal muerte parte cual negro torbellino con tormenta.

Mas en medio de la carrera topa al baleroso enemigo y, como dos contrarios vientos que van discurriendo por campaña (que, al tiempo que se encuentran, heridos y zurziendo lebanta[n] el remolino asta quererle fixar en el cielo, llebándose tras sí todo cuanto topan y haciendo algunas becas bolar las viexas encinas por lo alto), así acaeció a estos caballeros. Por lo cual no pudo haber testigos d'este golpe, solo se vio que, después de pasada la polbareda segunda (que aún más espesa y obscura fue que la primera), al Caballero de la Fe vimos que se apeaba del caballo; porqu'el caballo cayó muerto en tierra tiniendo atestada la lança asta casi el cuento por la cabeça y cuello, y le salía más de seis palmos a la espalda. Y el gigante, con un troço de lança por un hombro, se levantaba de tierra y se estaba quitando el troço de la lança.

Y, así, cubiertos de sus escudos y con las espadas en las manos, con paso concertado, en medio de la polbareda, que ya se aclaraba, se venía el uno para el otro. Y, llegados ya que podían ser bien vistos de todos los circunstantes, comienzan la más rigurosa y sangrienta batalla que asta allí se había visto; tanto que mirándola Ofrasio, al cabo de un ratico que duraba, buelto a los jueces dixo: «No es posible qu'estos caballeros son solo hombres, porque cierto en sus echos no lo parecen».

En este tiempo, el primer gigante, que asta entonces había estado tendido, se lebantó de tierra. Y, quitándose la lança, aunque perdía mucha sangre de aquella herida, echando mano a un corbo alfa[n]ge que al lado traía, a dos manos, como hombre tullido y desesperado se ba al Caballero de la Fe con intención de le dividir en dos partes por detrás, entre tanto que a las bueltas andaba con su hermano. Y, así, lebanta los braços para dejar caer el golpe; mas el ligero y diestro joben, viendo el peligro que se le aparexaba si no lo hacía como baleroso, dando un ligero salto atrás como una onza, le hiço perder el golpe. Y en medio de los dos, cual acosado jabalí cerdoso de generosos lebreles, que en medio de los dos se está defendiendo (y ya buelbe al uno y al otro con armado ocico del blanco diente), y ellos cuando el uno se aparta acomete el otro, así andaban estos caballeros a las bueltas; mostrándose el Caballero de la Fe tan diestro, tan ligero y tan fuerte que sin excepción decían todos aquellos caballeros que estaban presentes que era el mexor caballero y más baleroso que vestía arnés en el mundo.

Ya andaban así él como ellos vañados en sangre que era lástima de vellos, y asta [f. 189v] entonces en ninguno se abía sentido un punto de flaqueça; antes parecía que quanto más iban cobraban más ánimo y nuebas fuerças, cual azía aquel Anteo cuando tocaba el regaçõ de la viexa madre. Comiença <a> espesear los golpes y <a> aumentar la fuerça, la rabia y el coraxe, y el nuebo<sup>dlxv</sup> Marte andaba tal en la guerra que bien daba a entender al enemigo su brío y su indomado balor de que estaba dotado. Al fin, el hermano mayor dio al Caballero de la Fe un golpe de atentado y de llano tan furiosso que le hiço incar la un[a] rodilla en tierra, y aun poner en el suelo la mano del escudo. Mas, tornando en sí, [e]l vrioso moço le vuelbe la respuesta con tanta destreça, furor y maña que dándole sobre el yelmo le endió media cabeça, derribándole todo el cuero, carne y oreja sobre el honvro (aunque el golpe no entró a lo interior de los caxcos). D'este golpe cayó este gigante en tierra, entendiendo todos que le quedaba la cabeça

divissa en dos partes. Entendiendo lo mismo, el hermano menor quiso vengar su muerte y, como era tan baleroso, híçolo estremadamente de vien, porque se [es]tubo casi otra ora (que todos estaban espantados cómo pudían sufrir tanto tiempo tan inmenso trabaxo y tessón como traían).

Al fin, al cabo d'esta ora, habiendo recibido el Caballero de la Fe dos o tres heridas de que perdía mucha sangre y se sentía enflaquecer demasiado, con deseo de acabar el debate, arrojando el escudo a las espaldas toma la espada a dos manos y con ella da a su contrario por sobre el yelmo un tan desapoderado golpe que si como le dio de llano le hiriera vien y como havía de herir, sin duda le endía asta la cinta; mas con todo esto le hiço ir rodando desatinado por el suelo. Y, como le quitasse el al[mete]<sup>dlxvi</sup> para le cortar la cabeça, Raderión bolbió en sí y, pidiendo merced de la vida, dixo qu'él confesaba que era la ley de los cristianos santa y verdadera y que para más testimonio d'esto que, dejada la secta loca gentílica de la adoración de los ídolos, él se quería bolber a la ley de Jesucristo Nuestro Señor. Lo cual, como lo oyesse el Caballero de la Fe, mandó llamar los jueces, los cuales baxando admirados de lo que al caballero havían visto hacer, contentos de lo que el caballero decía, fuero[n] tanvién a Astraglodón que aún se estaba bibo (aunque muy propincuo a la muerte de la herida de la cabeça), el cual dixo también los mismo que havía dicho su hermano. Y, con esto, los jueces le dixerón que no havía allí más que hacer, que se fuesse su grandeça a curar.

Y, con esto, llebando a curar a los gigantes a palacio con toda la caridad y cuidado posible, al Caballero de la Fe sacaron de la plaça con muchos instrumentos músicos y grandísimo contento de todos, así cortesanos como estrangeros, cantándole a grandes boces la victoria. El cual, como llegó a su cuarto <sup>[f. 190r]</sup>, luego fue desarmado por manos de aquellos caballeros, y Esmerilda y Libertina y Gradisa le curaron, y mirándole las heridas vieron que ninguna tenía peligrosa. Y, con esto, tomándole la sangre y aplicándole los medicamentos que más les pareció combenir, le dexaron dormir un rato, después de habelle dado una cierta vevida Gradissa muy útil <y> importante a su salud.

Aún apenas le havía acabado de curar cuando el rey Ofrasio y la reina Casiana enviaron a saber cómo estaba el caballero y cuáles eran las heridas. Esmerilda respondió



que ya el príncipe estaba descansado y que las heridas no eran nada, que ninguna tenía peligrosa n[i] aun penosa, que de allí a tres días a lo que entendían se podría levantar.

Toda aquella noche por la alcanzada victoria estuvimos muy contentos en cassa y celebramos con mucho regocixo el buen sucesso. Venida la mañana, el príncipe, que había dormido muy vien, se alló muy bueno y confortado. Y Libertina entró y, dándole de almorçar cosas convinientes al estado de su salud, el príncipe le dixo:

–¡A, señora Libertina! ¿Qué ará agora mi madre Belisandra y mi señora Taurissa? Cierito que con haber tan poco que vinimos de allá tengo ya un notable deseo de bolberlas a ber. Y no se puede negar sino que nuestra isla es de lo mexor del mundo, y mi madre y su compañía de la mexor y más principal gente d’él, que cierto que fuera de la reina Casiana no é bisto mugeres en toda esta tierra que con ellas se puedan comparar. Y toda esta noche <é> estado medio soñando y medio despierto, pensando por qué mi madre gusta de estar en aquella soledad y desierto (aunque para tal, como digo, el mexor es del mundo).

–En verdad, mi señor, que tengo yo ya arto deseo de saber de mis señoras; mas es el biaxe tan inusitado que si no es Fraseldo no sé yo que aya otro piloto en el mundo que allá llebe una nao.

–No, Libertina –dijo el príncipe–, no me diesse Dios otros trabaxos sino ir allá y guiar cualquier baso, porque sabido el sitio y lo qu’está del polo y el biento con que se á de ir es muy fácil. Cuánto más que en la carta de marear tengo yo ya puesta nuestra isla y todo el camino, que no habrá piloto por torpe que sea que no sepa llebar allá una nao; porque si no es dos malos passos que ya están señalados, todo lo demás es muy fácil y seguro. Mas, dígame, Libertina, ¿qu’es la causa que me an preguntado amigos míos mil beces por mi madre? Y, cuando digo qu’es mi señora Belisandra, se miran unos a otros y no ay hombre que me hable más palabra.

–Como á tanto –dijo Libertina–, señor, que mis señoras están en la Isla de la Enamorada Corneria, no ay ninguno d’estos caballeros que las conozcan, y como de gente no conocida se admiran; que en lo demás ya bes tú, mi señor, cuán principal y balerosa es mi señora.

–Aora Libertina, mil cosas tenía que preguntalle, mas dejémoslas, que entra mi maestro.

–Cuando vuestra grandeça mandare –dijo Libertina.

Con esto, entró el venerable viexo y, tomando una silla, se sentó a la <sup>[f. 190v]</sup> cabecera de la cama. Y, habiéndose preguntado cómo se allaba y las demás ordinarias preguntas, el príncipe le dixo:

–Maestro, por bida suya, que pues me dixo ayer la nobleça que se alcança por la virtud, que me diga agora, entre tanto que se hace ora de comer, esto de nobleça, ¿es muy antiguo el haber nobles distintos de los plebeyos en el mundo?

–Antes, señor –dijo el sabio–, la nobleça cobra fuerças y balor de la Antigüedad. Y, así, aunque de<sup>dlxvii</sup> la primera edad no tenemos noticia de ningún otro istoriador sino solo de[l] gran Moisés y sus evreos o Veroso Caldeo<sup>dlxviii</sup>, pero desde Belo o Nino que comiençan los istoriadores luego començó esta diferencia de nobleça. Así que, señor, para hablarte en suma, jamás leemos haber havido repúblicas en las cuales no aya havido nobles, pues sabemos cuán antiguos son reyes, los capitanes y magistrados. Y por esta raçón todos los nobles se precian, y con raçón, de la antigüedad de sus cassas, como negocio [en] que la misma antigüedad á sido tenuta por nobleça<sup>947</sup>.

De aquí vino a decir Vergilio, loando la nobleça de Dido: «Los balerosos echos de sus antepasados, el antigua memoria de las azoñosas cosas echas por ellos, ha venido asta nuestros tiempos»<sup>948</sup>. Lo mismo dice de Telamonio<sup>949</sup>, diciendo: «Y preciábase de ser del antigua cepa de los troyanos», y de Turno tanvién dice: «Es ilustrísimo y

---

<sup>947</sup> A partir de aquí texto y las apostillas se toman del tratado de Andrea Tiraqueau (ob. cit., capítulo XIX, epígrafes 11-17).

<sup>948</sup> **Ap. marg.:** «Vergil. *Eneidorum*, lib. 1».

<sup>949</sup> **Ap. marg.:** «De Telamonio, lib. 1, *Eneidorum*».

poderoso de padres, agüelos y visabuelos»<sup>950</sup>. Y el mismo dice de Camerte: «al cual su antiguo linaxe de sus agüelos y la birtud y balor de su padre y suya...»<sup>951</sup>.

Y por esto dixo Oracio a Mecenas que era descendiente de agüelos que havían sido reyes, y lo mesmo le canta Marcial. Y así dixo Propercio: «No sabe amor rendirse a antiguas armas, ni te aprovechará si amas ser de sangre ilustre». Y así dijo Ovidio que dixo Elena a Paris: «¿Y preciaste de ser de antiguos padres?». Y Séneca dice en nombre de Hércules: «No tengo la nobleça de ser de antiguos padres engendrado». Y así dijo Juvenal «antigua o larga» (qu'es lo mismo) a la sangre noble. Y así dixo Marcial contra Gelio: «¿Cuándo te precias tener las ilustres armas de los tuscos y descender de agüelos y visabuelos nobles?». Y el poeta Homero introduce a Agamenón que dice: «Ya nada seme tan bien, que soy mayor rey y de más antigua sangre procreado». Lo mismo sintió Aristóteles y Cicerón y Balerio Máximo, que la nobleça es muy antigua y tanto mayor cuanto más tuviere de antigüedad. Lo cual también sintieron los dos Plinius y Q. Cátulo Capitolino<sup>952</sup>.

Así que la nobleça es tan antigua, en mi opinión, como lo es el linaxe humano, que luego los hijos de Sem començaron a ser nobles no siéndolo los de Caín, y entre los hijos de Noé claro es haver sido menos nobles los decendientes de Cam; nobleça señala él en armas, creo, y tengo para mí que fue Nembrot el primero a quien combino este título. Tanvién las dinastías en Egipto tienen mucha antigüedad, y aquella nobleça celebrada de la Divina Escritura de las doce tribus el tiempo que le duró. Y no es menor ni menos antigua que la de los Reyes de nuestra España, pues es cierto ser <sup>[f. 191r]</sup> de casi el dilubio<sup>dlxix</sup> su antigüedad y nobleça, començando desde Túbal, que conforme a la común<sup>dlxx</sup> opinión fue el primero que después del dilubio a ella bino.

---

<sup>950</sup> **Ap. marg.:** «*Eneidorum*, lib. 7».

<sup>951</sup> **Ap. marg.:** «*De Carmete*, lib. 12, *Eneidorum*». El nombre correcto del personaje sería *Camerte*, tal y como figura en el cuerpo del texto.

<sup>952</sup> **Aps. margs.:** «Oracius, libro *Carminum* 3, oda»; «*Marcialis, Epigra.* 4, liber. 12 »; «*Proper., Eleg.* 5»; «*Obidius in Epist. ad Paridem*»; «*Seneca, De Hercule furente*, actu. 2»; «*Juvenal, Sati.* 8»; «*Marcial, lib. 5, Epig.* 7»; «*Omero, lib. 7, Iliados*»; «*Aristoteles, lib. Retícorum*, 1, c.5»; «*Cicero, Oracione pro Murena*»; «*Valerio Maxi. lib. 8, c. 1*»; «*Plinius Senior, lib. 10, c. 47*»; «*Plinius Junior, qui lib. Epistolarum 8, ad Fabatum pro Socerum*».

–Al fin, maestro, que venimos a concluir que la nobleça de nuestros pasados tanto á de ser en más estimada cuanto fuere más antigua. Pues si ubiera lugar, vien me acuerdo yo haber leído en barios autores ser mexor començar nobleça que no benir d’estirpe o linaxe de antiguos nobles.

–Dos maneras ay, señor, de nobleça –dixo el maestro–: una que se llama heredada y otra adquisita. Cuál d’estas dos sea mexor respondo<sup>dlxxi</sup>, señor, que, conforme a mi opinión, más estimable es en el linaxe, heredada y en la persona, la adquisita (y más cuando se adquiere por birtud, letras o balor de armas y por beneplácito de príncipe).

Ellos estaban en esto cuando entraron a decir que ya era ora de comer, que si mandaba su grandeça que truxessen la comida.

–Sí, traelda –dixo el príncipe–. Y baya, maestro, por bida suya, haga dar recado a los pobres.

Con esto se acabó la combersación y se acaba tanvién el capítulo.

### **Capítulo 27. De lo qu’el príncipe llamado el Caballero de la Fe hiço en Ispalia y de cómo llegó a ella la hermosa Cadinisa<sup>dlxxii</sup> acompañada de aquellos caballeros.**

Cuatro días estuvo en la cama el príncipe de sus heridas, siendo muy bisitado de todos aquellos caballeros cortesanos y regalado estrañamente del rey Ofrasio y de la buena reina Casiana, los cuales le amaban tanto como si realmente entendieran quién era y supieran o conocieran que era su hijo, al cabo de los cuales se començó a levantar. Y un día, que fue el segundo que se levantó, con una ropa de brocadete verde aforrada en tela de oro, guarnecida con unos torzalillos de oro y perla orientales, con un morrioncillo de lo mismo bien galán y curiosso, se andaba en un corredor paseando<sup>dlxxiii</sup> leyendo la vida de Licurgo, legislador de Lacedemonia, en un Plutarco en griego, solo. Y a caso pasó por allí Gradisa con alguna prisa, y el príncipe le dixo:

–¿Adónde bueno, Gradisa?

–Boy, señor, a hacer dar recado a un sobrinillo mío, paxe de la emperatriz de Constantinopla (que á llegado agora de allá), que me á benido a ver y me trae unas cartas.

–Baya, ama, y ágale dar muy buen recaudo. Y enviémelo luego acá, que le quiero preguntar cosas de la Grecia.

–Que me place, mi señor –dixo Gradisa.

Y, con esto, paso yo –dice Nictemeno– (tanvién a caso pasé por allí), y el príncipe me dixo:

–Nictemeno, ¿qué hace mi maestro?

–Escribiendo le dexé, señor, un despacho para el Santo Padre a Roma, porque se á de ir mañana el correo –le respondí.

–Y vos, ¿dónde vais? –me dixo el príncipe.

–Voy, señor, a ber un paxe del emperador de Constantinopla, sobrino de Gradisa, que me dicen que trae cartas de mi tierra.

–Pues andá, Nictemeno, haced que le regalen y, por vida vuestra, que después que me le traigáis con vos.

–Yo haré lo que vuestra grandeça manda.

Después que yo hablé con el doncel griego y le pregunté de mi tierra lo que quisse saber de allá, y le ube regalado <sup>[f. 191v]</sup> lo mejor que pude, mandádonoslo su tía, nos bolbimos adonde estaba el príncipe; al cual allamos con un laúd en las manos puniendo una letrilla nueva entonces que decía:

Los ojuelos de Isabel

son tan hermosos y bellos

que se ponen en fiel

con sus dorados cabellos...

Y estábale dando una tonadica vien galancita y metiendo muy estremada música en ella, porque cierto alcanzó la perfección d'esta arte sobre cuantos fueron en su tiempo. Y, como nos bio entrar, dejando el laúd, después qu'el paxe le hizo el comedimiento debido y le pidió la mano, él le lebantó diciendo:

–Seáis muy bienvenido gentilhombre, que por amor de vuestra tía Gradissa os serviré yo de muy buena boluntad en tondo quanto se os [o]freciere. ¿Cómo os llamáis, galán?

–A mí, señor, Carisio, porque así se llamaba mi padre, que era de nación español y allá en Constantinopla se cassó con una hermana de Gradisa llamada Urcesina, la cual parió a mí y a otros cinco hermanos en Constantinopla: las tres son doncellas, y otro hermano varón y yo.

–Decidme –dixo el príncipe–, ¿qué nuevas ay allá en el imperio?

–Ay infinitas, señor, porque, como se quedaba haciendo el armada con innumerable gente por tierra y una famosa flota por mar, acude tanta gente a la corte qu'es cosa estraña ver la muchedumbre de caballeros: ay muchos reyes discretísimos y poderosos, muchos príncipes balerosos y magnánimos, muchos capitanes sagazes y destrísimos y muchos caballeros y balientes soldados; los cuales todos tienen ilustradísimas aquella corte y imperio y apenas se puede andar jornada por todo él que no acaezcan notables sucesos y abenturas<sup>953</sup>. Y andan los negocios bélicos y cortesanos puestos en su punto tanto, señor, que dicen todos que la milicia anda más en su punto que en tiempo de Mitrídates, rey de Ponto, el cual 40 años andubo en este excicio contra el pueblo romano. Állase en los capitanes la felicidad de Sila, la virtud de Lúculo y la grandeça de Pompeyo con que Mitrídates fue desecho y vencido<sup>954</sup>.

---

<sup>953</sup> El siguiente pasaje, en el que se enumera un cuantioso grupo de hombres y, sobre todo, de mujeres ilustres, está construido a partir del *Promptuarii iconum* de Guillaume Rouillé (1553). Sirviéndose de las posibilidades que le brinda este repertorio biográfico e iconográfico, Miguel Daza extrae de las entradas correspondientes a cada uno de los personajes nombrados en el texto –o, en su defecto, de otros cercanos a su biografía– tanto los datos que conforman su breve semblanza como las referencias que se aportan en nota marginal (*vid.* 6.3.3).

<sup>954</sup> **Aps. margs.:** «*Consulito Eutropio, lib. 5; Flor. lib. 3; Apian., lib. Mitríd. et Plutar. in “Vita Pompeii”*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Mitrídates (I, pág. 148).

Pues la paz, quietud y cortesanía todos dicen no haber sido tanta en tiempo de Octaviano Augusto, en el cual llegó a su punto el imperio romano; ni dicen que fueron tan servidas ni acompañadas de hermosas damas Claudia, Seribonia, ni aun la muy amada del César, Libia, como lo es agora la emperatriz mi señora<sup>955</sup>. Y aquellas damas, las cuales hacen olvidar la belleza de Elena<sup>956</sup>, el birgíneo color de la hermosa y desdichada Policena sobre el sepulcro de Aquiles degollada<sup>957</sup>, los hermosísimos ojos de Hermione<sup>958</sup> y los de la vella Tanáquila, esposa de Tarquino Prisco<sup>959</sup>. Y dígotte de veras, señor, que conforme a la común opinión de aquellos caballeros cortesanos que en esta materia de hermosura tienen boto, que todos concuerdan en que en la constantinopolitana corte se alla cifra de toda la perfección de la hermosura.

Porque aquel sol perfectísimo en hermosura, cuyos hermosos rayos ilustran aquel imperio, de mi señora la princesa de Constantinopla es tanta que apenas la puede el entendimiento entender, cuánto más pronunciarlo la lengua. Con ella se olvida la hermosura de Pantea<sup>960</sup>, muger del rey Abradate, y su castidad y constancia y baronil esfuerzo; también quedan en olvido los echos y viriginal pudicicia de Cloelia<sup>961</sup>, y el donaire y gracia de Estesilea<sup>962</sup> y la fe [f. 192r] de Arte Misia<sup>963</sup>, la cual edificó el soberbio

---

<sup>955</sup> **Ap. marg.:** «Vide Suetoni in *Vita Agustí. et Eutrob. lib. 7*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Octavio Augusto (I, pág. 166).

<sup>956</sup> **Ap. marg.:** «Vide Herodotum lib. [...]; et Dares, *Dictis cretens[is]*; et Dioni. *Alicar.*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Aquiles y Políxena (I, pág. 50).

<sup>957</sup> **Ap. marg.:** «Omero in *Odisea*; Verg. lib. 2, *Eneid.*; Estacius, lib. *Theb.*; Ovidi. lib. 13; *Met.*; Euripi., *Trage.*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Paris y Helena (I, pág. 48).

<sup>958</sup> **Ap. marg.:** «Verg. lib. 3, *Eneid. et Obi., Epistola 8*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Hermione (I, pág. 55).

<sup>959</sup> **Ap. marg.:** «Eutrop., lib. 1; Dioni. *Hali., lib. 3*; Tito Li., lib. [...], *Decada 1*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Tarquinio Prisco (I, pág. 96).

<sup>960</sup> **Ap. marg.:** «Xeno., lib. 7, in *Ci., "Pa."*; et Ro., lib. 13, c.33». Cf. Rouillé *Promptuarii iconum...*, s.v. Pantea (I, pág. 93).

<sup>961</sup> **Ap. marg.:** «Libius, lib. 2». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Cloelia (I, pág. 113).

<sup>962</sup> **Ap. marg.:** «Pluta. in *Vita Thes[ei]*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Estesilea (I, pág. 115).

<sup>963</sup> **Ap. marg.:** «Plin. lib. 36, c. 5; Aulu. Gel., lib. 10, c. 18 boc. et Hero. lib. 7». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Mausolo y Artemisia (I, pág. 126).

sepulcro a Marsolo, su marido. Y la hermosa mata de cabellos de la segunda Berenica<sup>964</sup>, hija de Filadelfo y de Arsínoes<sup>dlxxiv</sup>, la cual por su mucha hermosura fue llevada al cielo, es sin ninguna hermosura respecto de aquella hermosa madexa de oro de caballos de mi señora la princesa. El brío, el ánimo y aquella hermosa boca y perfectísimos dientes de la famosa Zenobia<sup>965</sup>, todo está puesto en olvido con la divina hermosura que agora tiene presente el mundo en el divino objeto de mi señora.

A pasar iba adelante e[1] verboso griego con su plática<sup>dlxxv</sup>, cuando el príncipe le dixo:

–¿Y cómo se llama la princesa, gentilhombre?

–Llámase mi señora –dixo Carisio– la hermosa Vrisaida.

Es verdad cierto –dice Nictemeno–, que yo estaba presente, y que en oyendo el nombre de Vrisaida el príncipe se demudó como si le uvieran dado una lançada. Y, así, fue perdiendo el color que se vino a quedar como un papel, aunque luego tornó a encendérsele el rostro como una fina grana. Y, moderándose cuanto pudo (aunque mal se disimula el amor en el pecho), le dixo:

–¿Cómo decís, galán?

–La hermosa Vrisaida, digo a vuestra grandeça –dixo el paxe.

–¿Y qué edad tiene la princesa? –dixo el príncipe.

–Entra en catorce años el mes de setiembre, que a trece d’él nació –dixo el paxe–. Mas, aunque tiene tan tierna edad, tiene más dibino ingenio que Safo la poetissa<sup>966</sup>, más modestia que la amada de Traxano, Plotina<sup>dlxxvi967</sup>, y más balor y esfuerço que las

---

<sup>964</sup> **Ap. marg.:** «Conone matemático». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Berenice (I, pág. 133).

<sup>965</sup> **Ap. marg.:** «Aure. Vic., Bap. Egna. lib. 1 et Eutrob., lib. 9; Trebel. Polio; et fratun ari. de Guevara». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Cenobia (II, pág. 75).

<sup>966</sup> **Ap. marg.:** «Rodig. lib. 9 c. 24 et lib. 10, c.2, lib. 14, c.1». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Safo (I, pág. 97).

<sup>967</sup> **Ap. marg.:** «Eutro., lib. 8». Esta apostilla parece probar que Miguel Daza maneja directamente la edición latina del *Promptuarii iconum*, pues la referencia al libro 8 de Eutropio aparece allí (II, pág. 36),



dos hermanas Menalipe<sup>968</sup> y Hipólita<sup>969</sup>. Y al fin, señor, ninguna buena parte de dama se puede imaginar que en ella no se alle y, aunque con atentos y imbidiosos ojos se mire, ningún defecto puede ser en ella allado; tanto que aun la envidia la á perdido de vista y está oy en el mundo, a lo que se sabe, sin competidora.

Aunque te doy, señor, mi palabra y fe, como hijo de algo español, que tiene en su compañía de las más hermosas infantas que tiene el mundo, mas comparadas con ella son como las pe[que]ñas<sup>dlxxvii</sup> luces de las candelas respecto de las grandes achas<sup>dlxxviii</sup> y, como comúnmente se dice, como las estrellas respecto del sol, y como se mostraban respecto de Penélope las mugeres de la fragossa Ítaca<sup>970</sup>. Y, así, por su mucha virtud, como por su rara discreción y belleça, es amada de todos los estrangeros que al imperio vienen, reberenciada y querida de sus basallos y casi, si así se puede decir, adorada de sus padres. Porque como es primogénita, a lo menos la madre (quien la [ama] estrañamente), y como la an havido en la bexez, míranse en ella como en amoroso y claro espexo de su boluntad<sup>971</sup>.

–Pues, ¿por ser primogénita –dixo el príncipe– decís que á de ser amada más de sus padres? Antes los hijos últimos suelen ser más queridos, como consta en los hijos del patriarca Jacob, que Venxamín fue el más amado<sup>972</sup>. Y así dixo Omero que Príamo amaba más tiernamente a Polidoro porque era el último o postrer hijo<sup>973</sup>. Y lo mismo dijo Evandro en Vergilio cuando dixo: «Entre tanto que, amado hijo y mi última

---

mientras en la traducción castellana esta se trueca por error, remitiéndose al libro 2 (cf. la traducción de Juan Martín Cordero [*Promptuario de medallas*. Lion. Guillermo Rovilio. 1561, II, pág. 36]).

<sup>968</sup> **Ap. marg.:** «*Justino, lib. 2*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Elio Adriano (II, pág. 38).

<sup>969</sup> **Ap. marg.:** «*Ovidio lib. 15, Me. et Eroidum, episto. 4*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Menalipe e Hipólita (I, pág. 45).

<sup>970</sup> **Ap. marg.:** «*Homero, Ulixe[s]*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Ulises (I, pág. 49).

<sup>971</sup> Para este pasaje sobre el amor a los primogénitos Miguel Daza cambia indudablemente de fuente; sin embargo, no hemos sido capaces de identificarla.

<sup>972</sup> **Ap. marg.:** «*Genesis, 37 [...]*».

<sup>973</sup> **Ap. marg.:** «*Omero, Ili. [...]*».

sucesión de mi postrer deleite, te tenía en los vrazos...»<sup>974</sup>. Y, así, Líbano Sofista dice que los postreros hijos y engendrados a la bexez son mucho más amados<sup>975</sup>.

–Si no recibes, señor, enfado, reponderte he a essa dificultad que as tocado y muy vien. Y, así, lo primero digo qu'es essos [f. 192v] hijos no son amados como postreros, sino como havidos en tiempo que de tenerlo parece qu'estaba perdida la esperança. Mas de lo que yo primero dixé allarás, señor, de mi opinión a todos los autores así antiguos como modernos, de cualquier facultad o lengua que los quisieres, señor, buscar<sup>976</sup>.

Y, como a tales, a los primogénitos les son concedidos tantos prebilexios y prerrogatibas; para lo cual, començando, señor, por los evreos, allarás infinitos prebilegios a los primogénitos concedidos: ellos eran los herederos de las casas, del paterno nombre de la familia; ellos tenían asientos en la mano derecha de su padre y dominio y potestad sobre sus hermanos. Pues los españoles, en cuya tierra, señor, estamos, claro es qu'el primogénito tiene el derecho a la casa y mayorazgo de su padre; lo mismo es e[n] Ingalaterra; lo mismo es los úngaros que en Panonia habitan; el mismo prebilegio tienen los de Apúlia y los sicilianos y los alobiges en Italia. Lo mismo era en los egipcios, los moavitas, los albanos, los griegos, los atenienses, los macedonios, los troyanos, los persas y todas las más naciones del mundo; como son los sirios, partos, germanos, numidias y todos los demás, que apenas ay, señor, nación en el mundo donde esto no se verifique. Y aun los animales vrutos, señor, aman más y regalan con particular regalo a los primogénitos, como lo dixo Aristóteles, Omero y Plinio, particulariçándolo en los perros y puercos. Y trátalo muy vien Alberto Magno y con particular ingenio Cailiano en el libro que hiço de la propi[e]dad de los animales.

---

<sup>974</sup> **Ap. marg.:** «Vergilius, *E[neidorum]*, lib. 8».

<sup>975</sup> **Ap. marg.:** «Libanus [...], *ad Eumor[phio]*».

<sup>976</sup> Este fragmento se encuentra profusamente apostillado por numerosas referencias a autores de la Antigüedad que pretenden autorizar el discurso, lamentablemente su lectura completa resulta prácticamente imposible puesto que las referencias han resultado gravemente guillotizadas. Con todo, hemos logrado recuperar las siguientes citas, que ofrecemos por orden de aparición: «Michael Riccius»; «[Tito Li]bius, *Ab urbe condita*»; «Paulus Emilianus»; «Plutarco, in *Vita Agesilai*»; «Pausanias»; «Diodoro Siculo»; «[Tito] Libius, *Deca.*»; «Herodotus»; «Vergilio, *Eneidorum*»; «[Ari]st., *De istoria animalium*»; «Albert[us] Magnus, *De animalibus*»; «Aelin., *[D]e natura animalium*».

Y la razón natural lo lleba que aquellos que son primeros en la edad y aquellos en los cuales primeramente el nombre de padre y madre los padres adquirieron lleben lo mejor, así del amor como de la herencia. Cuánto más, señor, siendo mi señora la princesa, como es, no solo primogénita y havida en la bexez, mas es unigénita de sus padres, porque no tiene hermana ni hermano alguno; por lo cual no te espantes, señor, si dixere que era con particular amor amada de sus padres. Quanto más que te prometo que con ser tan niña todos la aman como a hija, la reberencian como a señora y aun la tiene[n] en lugar de piadosa madre.

—¿Para cuándo, decí, tiene intención el emperador de marchar con el campo?

—Señor, a lo que se dice, para la primavera que viene, que será de aquí a ocho meses; aunque los capitanes más espertos afirman que, supuesto que se an de aguardar todos los aliados de la Liga, que se entiende que se detendrán otro año, porque ellos dicen que ningún peligro sino mucha utilidad ay en la tardança. No sé en verdad, mi señor, lo que se hará.

Diciendo esto, por un corredor enfrente de aquel donde el príncipe estaba parlando pasaba la hermosísima Diadema y Teodora<sup>dlxxix</sup> su hermana, a la cual llebaba de la mano. Y, como el príncipe las alcanzó a ver y vio que le miraban, quitando el morrión que tenía en la cabeça les hizo una profundísima reberencia con aquel su estremado donaire y gracia de que estaba dotado. Y las princesas con no menor gracia le hicieron su devido comedimiento, y aunque era algo lexuelos como se bolbieron rostro a rostro pudimos —dice Nictemeno— vellas muy vien. Y el doncel griego quedó espantado de ver tanta <sup>[f. 193r]</sup> hermosura, y el príncipe le dixo:

—¿Qué os á parecido, Cariseo, de la hermosura de las princesas españolas?

—Estoy casi fuera de mí, señor —respondió el paxe—, porque cierto jamás vi quien pudiesse parecer en algo a mi señora la princesa sino an sido estas damas, en cuyos divinos rostros é entendido que la mano de Dios no está avreviada y que no ay hermosura tal que no se alle otra que le iguale ya que no sobrepuxe. Porque, al fin, pocas o ninguna aun en los límites naturales deben de llegar <a> aquel punto que se dice término (qu'es tanto que no más), aunque vien certificado estoy que si alguna le tiene es la hermosísima Vrisaida, mi señora.

En esto entró un paxe y le dixo:

–Señor, tu ayo te envía a suplicar que, porque salen todos los cortesanos a recibir a la hermosa princesa Cadinisa<sup>dlxxx</sup>, sobrina del rey, que viene de Normandía, que le hagas merced, señor, si te allas para ello de salir, porqu'es una princesa que lo merece y hija de los más ilustrísimos príncipes que tiene la cristiandad. Y que te salgas así de rúa, que no te armes, que ya está adereçado el overuelo a la gineta.

–¡Ca, pues! –dixo el príncipe–. ¡Nictemeno, llamadme esos paxes, decí que traigan recaudo!

Con esto, entró Mauro Italiano y le echó una ropilla o saltaembarca de aguxa, de seda verde y oro, guarnición de hermosos diamantes, y calzaronle unos borceguillexos cordobeses marroquines admirables, de estremada labor y echura y costa. Y, calzándole unos acicates muy hermosos, le pusieron un galdresillo aforrado en blancos armiños (que aunque era verano hacía un airecillo ruin y él se estaba muy tierno de las pasadas heridas) y un morrión le truxeron, admirablemente adereçado con un carbunco muy rico que Velisandra le había dado cuando de la Isla de la Enamorada Corneria se partió.

Y, estando el caballo muy bien adereçado con una jaez de vrocado verde y oro de martillo muy bien obrado, con guarnición de muchas piedras de mucho balor, y estando ya adereçada la gente que le había de acompañar, se puso a caballo. Y, al salir por la puerta de su cuarto para ir al patio principal de palacio, vio como salía en una acanea blanca como la niebe el principito don Luposeldo (que tenía nueve años), vestidito de vrocado encarnado y diamantes, hermoso como un serafín, llevándole en medio el viexo duque del Pumar y el arzobispo de Ispalia, índole acompañando todo lo mejor de la corte. Y el niño iba con tanta grabedad, onestidad y mesura que, al fin, se le echaba de ver aquella real grabedad que les es connatural a los hijos de los reyes.

Y como el príncipe le vio luego le fue a acompañar, puniéndose como tan buen caballero y humilde en su lugar, antes perdiendo de su derecho que con ambición ni sobervia procurando el que no le convenía. Mas sucedió cosa digna de notar –dice Nictemeno– que yo mismo vi por mis propios ojos, y fue qu'el príncipe don Luposeldo, en viendo que bio al príncipe, dixo en boz alta:

—Pásese vuestra grandeça acá, señor Caballero de la Fe —que así le llamaban en la corte—, que quien a mi padre dio libertad justo es que todos le sirbamos.

Y, aunque se hiço de rogar y mucho el príncipe, escusándose de aceptar aquella merced y onra, al fin, lo ubo de hacer, porque no ubo remedio con el príncipe que diesse paso adelante asta que el de la Fe se llegase. Y, al fin, haciéndolo por le dar contento, començando a caminar por la plaça qu'estaba delante de palacio, se vio en el aire de la parte del oriente venir una <sup>[f. 193v]</sup> hermosísima águila, la cual venía dando graznidos. Y, en igualando con los príncipes, como de debajo del ala izquierda salió un hermoso aguilucho; el cual, reboleteando por el aire, con hermosísimo buelo baxó despuntado (no con fuerça mas con mucha suabidad y blandura) sobre la cabeça del príncipe; al cual le cogió el morrión que sobre la cabeça llebaba y se tornó a suvir con él al alta esfera del aire.

Estando todos mirando esto y con admiración de lo que havía sucedido, tornó el águila primera a lebantar la boz y píos, y bimos otra águila algo más pequeña salirle del lado izquierdo. Y, començando a bolar, estando los ojos de todos los de la plaça atentamente mirando en ella, hiço lo que la primera havía echo, y una monterilla qu'el príncipe Luposeldo llebaba en la cabeça la subió en la pressa. Y luego de allí un poquito vaxaron las dos, y al Caballero de la Fe le puso el águila (que todos lo vimos) una corona de emperador en la cabeça, de tanto resplandor que realmente ofuscaba la vista y apenas dexaba ser mirada, de la cual començaron a suvir unas llamas de fuego que parecían llegar al cielo. Y a Luposendo<sup>dlxxxix</sup> le puso la otra águila una corona de rey, la cual tanvién despedía de sí muchas llamas de fuego, aunque no tantas ni tan altas como las del Príncipe de la Fe. Un poquito duró este maravilloso<sup>dlxxxix</sup> fuego; luego que se acabó quedaron con sus morrioncillos en las cabeças como de antes. Yo os digo que ubo artos pareceres sobre lo sucedido, y médicos y astrólogos y filósofos y profetas de rincones, y aun adevinos y echiceros, dieron sus pareceres y dixeron sus alcaldadas.

Al fin, con arta admiración de todos subimos de la ciudad como medio cuarto de legua, donde ya començamos a descubrir la gente que venía con la princesa, que era mucha y muy lucida, y venían con muy buen concierto y orden. Venían de cuatro en cuatro, todos los caballeros armados, los cuales traía[n] muy lucidos pectos y

espaldares<sup>dlxxxiii</sup>, muy hermosos escudos de varias dibisas muy curiosas; venían en muy buenos caballos, todos enxaecados de xaeces para de armas fuertes, muy ricos y lucidos.

La princesa venía en medio de dos caballeros, los cuales venían armados de unas [armas] verdes orladas de oro, guarnecidas de finas esmeraldas y otras piedras. Traían los escudos a las espaldas, en los cuales ninguna divisa ni señal traían; las sobrestas eran de vrocado verde y ellos traían sendas lanças en las manos. Venían el uno en un caballo castaño obscuro, cabos negros, y el otro venía en un caballo muy membrudo, rucio rodado; el uno y el otro armados de armas dobles y con muy hermoso parecer y garbo, y parecían admirablemente puestos a caballo.

La princesa venía toda vestida de vrocado blanco guarnecido de diamantes, y el hábito que traía era una saya alta de camino española, aforrada en tela de oro, y un capotillo del mismo vrocado blanco y guarnición. Y la tela de oro en que venía aforrado, toda senvrada de gruesas perlas orientales admirablemente guarnecidas y con muy buen concierto y orden puestas, haciendo de ellas hermosos laços y labores. Traía un sonbrero de brocado blanco todo labrado de una tan menudita <sup>[194r]</sup> aljófar que parecía menudísimo abolorio; iban forjadas de ellas unas ojas muy hermosas, haciendo algunas diferencias unas puntas de diamantes muy hermosas. Llebaba unas muy buenas plumas tanvién blancas y por medalla llebaba en el sonbrero, al pie de ellas, una medalla que era una imaxen de Nuestra Señora, echa en un carbunco tan fino que parecía realmente ir allí una brasa encendida. Llebaba preso el sombrero en la última parte del tocado, mostrando sobre la frente el más galán y vien echo riço que se podía pensar. Por toca de camino llebaba un bolante tan delicado, sutil y hermoso, echo a manera de espumilla, que para no llebar guarnición ninguna como no llebaba fue en lo que más tuvieron aquellas damas cortesanas que ver, por su mucha delicadeça y admirable contextura.

Lo que más traía que ver la princesa era su rara velleça, que cierto nos puso a todos en admiración, y aquel garbo y donaire con que venía a caballo, trayendo una onestísima libertad y un desenfadado encogimiento, un amoroso y onesto mirar y un aspecto afable y grabe, co[n] una tan soberana medianía que lo supe entonces arto mexor mirar –dice Nictemeno– que agora lo sé escribir; que, al fin, más suele concebir el pensamiento que después esprime la lengua o pluma.

Aquellos caballeros españoles recibieron muy bien a la gente de la princesa, y a ella le hicieron la debida reverencia, procurando todos de la agradar y serbir en todo lo que les era posible. En esto llegaron los dos príncipes don Luposildo y el de la Fe, a los cuales la princesa recibió muy bien, diciéndole quién cada uno de aquellos señores fuess; y, así, hacía <a> cada uno la reberencia y mesura devida. Los dos caballeros que venían armados a los lados de la princesa jamás quisieron lebantar las viseras, mas con ellas recibieron al príncipe Luposildo y al de la Fe avraçaron. El cual luego los conoció ser Feridano y su padre Ardoniso y, como vio que no querían decir quién fuessen ni descubrirse, calló disimulando el haberlos conocido.

Con lo cual, con muy buen concierto se bolbieron a la ciudad, en la cual para de presto le tenían un hermoso y regocijado recibimiento, que cierto se olgó mucho toda la ciudad con su venida y, así, por todas las calles, que muy bien adereçadas estaban, le tenían mil invenciones y arcos. Y cierto que vi aquel día cosas arto curiosas y muy buenas letras, así griegas como latinas y españolas, y ubo algunos caballeros que hicieron a caballo artas gentileças y muy bien, que muchos y muy vuenos ginetes había en la corte.

Mas no se puede escrebir todo, que algo se á de quedar y también quiero que se quede el capítulo, que estoy cansado y el lector cualquiera que sea tanvién lo irá. Si quisiere ver cómo fue la princesa recibida en palacio con lo que más pasó, lea después este otro capítulo.

## **Capítulo 28. De cómo la princesa Cadinisa<sup>dlxxxiv</sup> fue recibida de aquellos príncipes y princesas y de lo que el Caballero de la Fe pasó con Ardoniso.**

La tres serían de la tarde, poco más a menos, cuando la princesa Cadinissa<sup>dlxxxv</sup>, acompañada de todos aquellos caballeros, llegó a palacio. En el cual se le hiço un estremado recibimiento de parte de los caballeros cortesanos y de los criados de la casa real, que todos ellos hicieron estremadas cosas y imbenciones de mucho ingenio, regocijo y placer, estando todo el patio lleno de mil cosas que daban mucho contento a la bista y aun que tenían que escudriñar los entendimientos.

Al fin, después que aquellos caballeros se ubieron apeado y puesto ya a la princesa a la punta <sup>[f. 194v]</sup> de la escalera, en el descanso de ella estaba el buen rey Ofrasio, acompañado de aquellos caballeros más ancianos que no habían salido al recibimiento. Y, como la princesa subió, llebándola de vrazo el buen Feridano y de la mano el príncipe don Luposildo, el buen rey, como era tan comedido (especialmente con damas), aunque era su sobrina, hija de su hermana menor, le hiço una reverencia casi asta tierra pidiéndole la mano, la cual ella incada del todo de rodillas se la estaba pidiendo a él. Al fin, abraçándola y vesándola en la frente dijo:

–Dios guarde a vuestra grandeça, sobrina, que vien esculpido trae en el rostro el balor de su padre y la hermosura de la reina mi hermana.

Y, con esto, entrándola a la sala en la cual estaba la hermosa Casiana y sus hijas, dixo:

–Mirad, señora, qué hermoso ángel tenéis por sobrina.

Y, con esto, bolbió a recibir <a> aquellos caballeros que le pedían las manos, a los cuales todos él recibió con mucha llaneça y amor. Y viendo que aquellos dos caballeros eran los que habían muerto al gigante que tenía presos a sus sobrinos y que le tenía[n] tiraniçada aquella ciudad, y viendo que no querían ser conocidos, él les hiço mucha onra y en que se descubriessen no les porfió. Mas mandó luego a su mayordomo que los aposentase en palacio y les diesse todo lo necesario, con tanto regalo como a su propia persona. Ellos dixerón que si su grandeça les daba licencia, que con el Caballero de la Fe querían posar:

–Se’así –respondió el Rey–, que arto mejor estarán en su cuarto que en el mío propio, porque la virtud y balor de esse caballero a todos lo reyes cristianos y infieles hace mucha ventaxa. Y sé que los sabrá muy vien regalar y entretener con discreta y virtuosa combersación, que cierto asta los criados que le sirben son dichosos.

Todo esto dixo el Rey en ausencia del Caballero de la Fe, qu’él estaba en otro aposento hablando con aquellos caballeros estrangeros, ofreciéndoles posadas y todo lo demás necesario a su regalo, y con tanta afabilidad avlaba con ellos que parecía que luego en ablando con alguno le robaba, como decís, las entrañas. Y, así, fue uno de los



amados príncipes que tubo el mundo, así entre los amigos y conocidos como entre los extranjeros, tanto que aun de los infieles y de sus propios enemigos, tratándole, vino a ser muy querido y amado (como veréis en el discurso d'esta istoria).

Aquellos caballeros, pues, se repartieron y, quedándose la princesa en palacio, ellos se fueron a sus posadas. Y el buen Feridano y Ardonisso se fueron con el príncipe a su cuarto, el cual tenía aquel miramiento respecto a Ardoniso que tubiera a su padre (porque realmente le tenía por tal) y al buen Feridano, viendo el que su padre le tenía, aún se le tenía muy mayor. Y, así, se olgó tanto con su benida quanto se puede pensar, aunque delante de ellos no osaba menearse. Feridano y Ardoniso, después de haver hablado al maestro y a la demás gente de cassa, con Esmerilda y Libertina se entraron a hablar, porque traían mucho deseo de bellas.

Mas quiéroos decir lo que entre las dos primas Diadena y Cadinisa<sup>dlxxxvi</sup> passó. Después de haber estado allí en el estrado de estado un ratico, respondiendo a las preguntas que la buena Casiana y aquellas señoras le hacían, como muy discreta la hermosa Diadena dixo a su madre:

–Señora, mi prima debe de venir cansada del camino. Suplico a vuestra grandeça nos dé licencia <y> irnos emos a mi aposento un rato para que su grandeça descanse y se remedien las cosas de que trae necesidad.

–¡Ay, por tu bida –dixo Casiana–, hija, que as dicho muy vien! Que aun yo con el contento de saber de mi hermana y de tenella delante no havía caído en ello. Anda, hija mía –dijo a Cadinisa<sup>dlxxxvii</sup>–, idos con essa rapaça. Y vosotras –dijo a sus damas– llebad allá dentro esas doncellas.

Y, con esto, se lebantaron todas, quedándose ella hablando con aquellas <sup>[f. 195r]</sup> señoras de la hermosura y donaire de la sobrina. Y todas decían que parecía estrañamente a su madre.

Las princesas se entraron juntas en un retrete y, estando en él, dijo a Cadinisa<sup>dlxxxviii</sup> Diadena:

–¡Ay, quítese, prima mía de mis ojos, esse capote y sonvrero, que le dará pesadumbre! ¡Ola, mugeres, tomá aquí este recado!

Con esto, llegando las damas que para hacer aquel servicio era menester, quitáronle el capote y sonbrero.

–En buena fe, mi señora –dixo Diadena–, qu'está muy bien echa esta saya ropa y muy bien guarnecida y que le asienta esta espalda admirablemente. ¿Cómo llaman allá en Normandía este género de tocado? Que en mi verdad qu'es muy galán.

–Allá llamámosle –dixo Cadinisa<sup>dxix</sup>– *pulfeno*, qu'es como si llamásemos *pelfudo*, por causa d'este cabello que queda como pelfado en los aladares. Es más fácil qu'el enlaçado, más galán qu'el riço, más bístico qu'el almirante; sale más qu'el morrioncillo, saca más rostro qu'el trençado, adorna más la frente qu'el miselino. Ni es tan pesado como el turbante, ni tan penoso como el barquillo; descubre más el cabello qu'el soriano, y no tanto como el curnucupia. Hace largo el encaxe del rostro y no tampoco tanto como la tiquicopia o diadema; es más de invierno que la guirnalda y no tan de verano como el llanillo, ni tan avriagado como la tiara. No aprieta tanto como el rodetillo doble, ni es tan floxo como el<sup>dx</sup> escofiado vianco.

Al fin, tiene un medio que a mí me contenta y por esso le uso casi de ordinario, porqu'es bueno para de camino y para en casa. Y con solo soltar estas tres laçadas y apretarse una escofienuela se queda echo el tocado bien galán, seguro, avriagado y sano, y aunque se salga la persona con la escofia de dormir puede parecer a la mañana. Y no tira demasiado el cabello, que, dejado aparte ser penoso, suele causar el arrancarlo (qu'es mucha fealdad en una dama). Y aunque no sea muy largo el cabello se hace muy bien el tocado y el ser muy largo no le afea, antes le causa mayor perfección y hermosura.

–En verdad que tiene razón, prima –dixo Diadena–, que todos esos vienes y propiedades tiene, mas muy lindo es el caracolillo que agora usamos y la cerceta, y las laçadas moriscas, y el reboltillo lateral, y la crestilla que llamamos de pabo, y el copetillo, y el panarejo y otros algunos que agora usamos; que ya los almirantes y riços, los crespados lebantados y sin gala, arto las moças de cámara los usan.

–Pues una invención de tocado –dixo Cadinisa<sup>dxci</sup>– á inventado una camarera de mi madre que le llama *martesio* qu'es galanísimo tocado. Y sacole de un retrato que vio

de la sibila samia que fue llamada Heróf[i]la, mas si él no fuera tan difícil hermosísimo es.

–¿Y no trae la muestra vuestra grandeça? –dixo Diadena.

–Sí traigo –dijo Cadinisa<sup>dxcii</sup>–, que mi camarera le trae echo de unas trenças de encarnado y plata, y las barras plancheales<sup>977</sup> que hacen el tocado son de oro y perlas. Y así sale vien, aunque de plata y zafiros tiene uno mi madre que sale admirablemente.

–¿Tiene vuestra grandeça necesidad de algo? –dijo Diadena<sup>dxciiii</sup>.

–Sí, señora. Sálgase vuestra grandeça fuera y quédese aquí una moça de cámara, y también yo me querría acostar luego.

–Pues se'así mi señora –dixo Diadena<sup>dxciiv</sup>.

–Pues yo querría –dixo Cadinisa<sup>dxcv</sup>– que durmiésemos juntas.

–Tanvién esso se hará. Yo boy a mandar que nos lleven a mi cuarto la cena.

–Plegue a Dios –dixo Cadinisa<sup>dxcvi</sup>– que no se enoje mi tía.

–No, no, ¡Jesucristo, prima! Mal conoce a mi señora, tiene una condición de un ángel; antes ella se olgará.

Con esto, la dexó sola en el retrete con sola una moça de cámara que le administró agua a manos, dándole una punta de una toalla moxada en un poco de agua adereçada con ámbar, y ella de algunos materiales <sup>[f. 195v]</sup> vuenos para aquel efecto. Con esto, vino Diadena y la llebó <a> acostar, y ella le suplicó que le hiciesse merced de acostarse luego y que en la cama hablarían.

–Todo se haga como vuestra grandeça manda –dixo Diadena–, mas cenemos primero.

–Se'así –dijo Cadinissa<sup>dxcvii</sup>.

---

<sup>977</sup> *Plancheales*: No hemos logrado hallar otras documentaciones de este adjetivo, derivado seguramente de la voz *plancha*, en una formación análoga a la del verbo *planhear*.

Y, con esto, sirviéndoles muy regalados platos con mucho aseo y limpieça y cortesanía, cenaron, entretexiendo en la cena muy buena conversación; que, al fin, eran moças hermosas y discretas y, como decís, alegres y de buena condición<sup>dxcviii</sup>, y començaba ya Amor a dalles la salsilla de sus contentos y <a> adereçalles los manxares y sainetes que en aquella edad suele dar a los jubeniles pechos enamorados.

Acabada la cena y habiendo hablado<sup>dxciix</sup> un poquito, vien fuera de su ordinaria costumbre, se entraron <a> acostar a una cuadra baja de una sala que estaba a plomo con unos verxeles; aunque ella algo más alta, porque las ventanas qu'estaban en la sala junto al suelo, que de hermosos azulexos era y cuadrillos de marfil, estaban respecto del suelo del jardín vien estado y medio. Pues a una cuadra d'esta hermosa sala, qu'estaba colgada con una tapicería de vrocadete de verduras, se entraron aquellas princesas; en la cual estaba una cama de estado o imperial (que llamáis), qu'es solo media cama sin cortinas, sino que la tapicería de la cuadra sirbe de esso, y ella es muy ancha y espaciosa y tiene un hermoso y grande cielo con algunas aguas o caídas de barías echuras. Pues una cama d'estas, cuyas medias columnas o postecillos eran de fino oro y piedras, echos de forma de columnas sexabadas, cóncabas; en la coronación de cada una d'estas columnas, en la una de ellas estaba Cupido durmiendo y en las tres las tres Gracias; estando la rubia Venus echada entre unas flores admirablemente esculpida en el tablón de la cabecera, que era muy hermoso y estaba muy bien labrado, adereçado y hermoeseado con dibersidad de preciosas piedras<sup>dc</sup> de barías colores.

Cuatro colchones solos tenía: los dos de debaxo de blanco folle<sup>978</sup> de perdices y pabos y los dos de encima, por ser de verano, del de las gaibotas<sup>979</sup>, cuerbos y abes marinas, qu'ess folle muy fresco y blando y hácense d'él muy regalados colchones, especialmente de unos paxarillos marinos pequeñetes llamados zarzetos. Eran las sábanas de un lienço español montañés muy más delgado que la olanda y sin comparación más sano y curiosso, una sola fraçada; estaba encima de un vellón indio más ligero que una pluma y suficientemente cálido para aquel tiempo. Tenía una colcha

---

<sup>978</sup> *folle*: No hemos localizado otras documentaciones de este sustantivo, empleado aquí con el sentido de 'relleno del colchón'.

<sup>979</sup> *gaibotas*: Voz procedente del gallego, equivalente a *gabiota* (cf. Sarmiento, *Catálogo de voces y frases...*, s.v. *gaibota*).

de vrocado verde, vordadas en ella las armas reales de España con tanta curiosidad y riqueza que sola la colcha balía una ciudad. Havía cuatro almoadas y dos regalillos todo lo curioso y de buena labor que se puede pensar; en el medio de la división de las almoadas estaba una almoadilla de flores y ámbar de admirable olor y fragancia y nada penoso para la cabeça, de un tafetán doble verde y la guarnición o ancho de unas ojas de matices curiosísimas, con mucha pedrería y preciosas perlas.

Porque ya era de noche metieron las damas belas de cera blanca en unos candeleros de oro con unos buços de vidrios<sup>980</sup> cristalino, para qu'el aire no matase las velas (porque por raçón del fresco se tenían las ventanas aviertas). Las damas las començaron a desnudar y, haviéndose quitado las saya ropas y las basquiñas [f. 196r], se quedaron en cuerpos y baxos manteos. Y antojándoseles de estarse así un poquito y hablar, mandaron salir fuera a las damas. Y quedándose solas dijo Diadena:

–En verdad que aunque hiço esta mañana fresco y demasiado airecillo, que después qu'entró el sol que á echo esta tarde calor y que es gustosísimo este airecillo fresco. Lleguémonos, prima, aquí [a] esta ventana.

Ya començaba Diana a mostrar su segundo rostro bien claro y sereno, haciendo hermosísimas sombras en las matas de los frescos y fructíferos árboles del jardín, oyéndose el ruido de las frescas fuentes que con ameno curso por los encañados discurría. Y, como en los poyuelos de jaspe de la bentana se sentaron, Cadinisa<sup>dci</sup> dijo, tomando una faltriquerilla de brocado encarnado que colgada traía de un ceñidor:

–¿Qué me dará, prima, y darle é una cosa con que se á de olgar mucho?

–Ninguna cosa me dará vuestra grandeça que a mí no me le dé –dixo Diadena.

–Aora, primero que se la dé, quiero que me diga una cosa, señora prima: y es si á tenido puesto el pensamiento en algún príncipe y cuál de ellos le á parecido mejor.

–Estremada pregunta es essa –dijo la princesa Diadena– y a la cual pocas beces se suele responder verdad. Mas pues vuestra grandeça me lo manda, yo diré la verdad

---

<sup>980</sup> *buços de vidrios*: No encontramos documentado el término en esta acepción, que pretende significar aquí las 'campanas de vidrio' o 'tulipas' de los candeleros, seguramente llamadas así en la época por su semejanza con las campanas de buzo.

de lo preguntado: tres príncipes me an parecido muy vien, aunque para diferentes fines. Mi primo el príncipe Polimbo, que se llama como mi agüelo el rey de España, hijo de mi tío el emperador de Vitinia, me pareció estremadamente de vien, especialmente su gracia y donaire en conversación, porque cierto la tiene estremada; mas a este no le miré con ojos mas que de primo, ni jamás me pasó por pensamiento el mirarle con otros ojos. Tanvién un príncipe que agora está aquí en esta corte llamado el Caballero de la Fe, que libertó a mi padre y dicen qu'es hijo del príncipe Ardonisso, me parece que ninguna parte le falta para uno de los mejores caballeros del mundo, porque es hermosísimo.

–¿Es –dijo Cadinisa<sup>dcii</sup>–, señora, el que salió ayer con don Luposeldo mi primo?

–Esse mismo –dijo Diadena.

–Pues es cierto –dijo Cadinisa<sup>dciii</sup>– qu'es así, que me par[e]ce una de las más bellas criaturas que mis ojos an visto.

–Pues juntamente con esso –dijo la princesa Diadena– tiene las más buenas partes de caballero que se pueden desear, y á sido el más amado en unibersal que ha avido príncipe en toda la corte. Mas a este tampoco le miro más que si realmente ubiésemos salido de un biente y fuésemos hermanos, hijos de un mismo padre y madre. Otro príncipe estub[o] en esta corte llamado Zulemo, pues entiendo que es primo de vuestra grandeça por parte de su madre, el cual a los ojos de todos iguala con los dos que tengo dichos y a los míos aun les lleba algunas ventajas. Y a este es al que é mirado con más tiernos ojos y aun a quien é dado algunos onestos favores a príncipe (y tal) devidos, y le tengo aceptado por mi caballero. Aunque lo á echo mal, que ay un mes que salió d'esta corte y no é sabido d'el ni me <á> abisado cómo ba, aunque es verdad que me dixo que asta llegar a Roma donde iba no me haría mensaxero. Y esta es, señora prima, la verdad de lo que me á preguntado; pero, por vida mía, ¿a qué propósito me lo preguntó? [f. 196v]

–Preguntelo, mi señora<sup>dciv</sup> –dixo Cadinisa<sup>dcv</sup>–, por saber si gustará de saber nuevas de mi primo don Zulemo.

–De ninguna cosa más –dijo Diadena–, porque quiero mucho <a> aquel muchacho.

–Vueno ba esso, prima –dixo Cadinisa<sup>dcvi</sup>–. Pues porque vea cuánto yo la deseo servir y cuánto mi primo la ama, tome essa carta.

Y, diciendo esto, la sacó de la faltriquerilla y se la puso en la mano; la cual ella tomó y, azercándose a una de las belas, sin aguardar más, sintiendo al pecho aquellos golpecillos amorossos que amor suele causar en tales casos, la avrió mudando aquellos divinos colores en vario matices. Y mirando con atentos ojos conoció luego la letra y la començó a leer, la cual decía así:

A la sacra princesa de España, Diadena, su verdadero esclabo, salud.

Ausente de su bien y vuestra gloria vien se puede entender, princesa mía, cuál vendría este vuestro esclabo lleno de tormentos de amor por amor vuestro en esta rendida alma padecidos. El deseo me abrasaba el pecho ardiente y la enamorada memoria abibaba mis sentidos, haciendo a cada uno padeciese con la gloria perdida; de la cual le hacía recordación tanto tormento que todos ellos decían que era la mayor infelicidad haver sido dichosos, pues quanto más lebanta Amor da después mayor caída y quanto mayor gloria se siente en la amorosa presencia tanto mayor tormento da la desperada ausencia sucedida por traición.

Un cruel tirano me prendió en la ciudad de Grisa, donde estubo este vuestro esclabo cuerpo, mi señora, en una cruel cárcel casi un mes, asta que el baleroso Feridano y el discreto Ardoniso me dieron libertad. La cual de la esclabonía de vuestro dibino amor, mi bien, no quiero, y como preso y rendido a ella os suplico mi señora recibáis del alma los despojos qu'en el ara de vuestro balor está a vuestra hermosura ofreciendo. Y, aunque no cesando de hacer este amoroso sacrificio, cesa, mi señora, la pluma, porque lo demás ba fijado y puesto en la discreta lengua de mi señora Cadinisa<sup>dcvii</sup>, a quien é tomado por defensora de mi causa y tutora de mis negocios. Los cuales gué Dios, mi señora, para su santísimo servicio y el vuestro, qu'es lo que más desea este vuestro

esclabo.

Mucho contento recibió Diadena con la carta y, al fin, por que fuese mayor su contento comunicándole, la leyó a la prima; tratando entre las dos el balor, la gallardía y las prendas del príncipe don Zulemo y sintiendo de amor la rapaça Diadena graciosísimos y nuebos efectos. Los cuales manifestándolos por las palabras, donaire y mobimiento, porque ya el fresquecillo era demasiado, las sábanas, como dicen, tomaron por faldetas.

Después de acostadas, como niñas no sabían estar quedas, como discretas disimulaban, como hermosas se burlaban, como princesas reían, mas como enamoradas trataban. Ellas eran de tierna edad, criadas con el regalo que se puede pensar; havían cenado y gastado un ratillo en amorosa conversación, la cama era tan regalada como emos dicho, Cupido andaba por allí... Él buelto, soñó cual sería su sueño y pensó cuál <sup>[f. 197r]</sup> su pensamiento sería, que por no daros ocasión a banos pensamientos lo deajo, dejándolas a ellas con sus melindres y plática<sup>dcviii</sup>.

En este tiempo el baleroso Feridano y Ardoniso, llamando aparte a<sup>dcix</sup> Esmerilda y a Libertina, se informaron en particular de todo lo que en este espacio que ellos havían estado ausentes havia por ellos pasado. Y mucho gustaron de que el príncipe ubiesse traído al benerable y sabio viexo Priscilano, de cuyas letras y virtud ya ellos tenían mucha noticia. Y por benir cansados aquella noche no trataron más en negocios, sino después de cenar y haber con Priscilano parlado un rato se fueron <a> acostar, dando Feridano al príncipe la carta que de la hermosa y balerosa niña Camiliana le traía. La cual, estando él en su aposento, la avrió y bio que así decía:

La venturosa Camiliana, señora del Gran Puerto y rendida al servicio del Doncel de la Esperança, le envía salud.

Aborrecible es, mi señor, la ingratitud acerca de Dios y de los hombres, y es enemiga capital de los ilustres pechos; por lo cual, uyendo d'este bicio me azerco tanto al agradecimiento que no querría que me fuesse a libiandad atribuido. Mas quien tanta merced de vuestras soberanas manos á recibido nada puede hacer que no deba y no puede tanto tirar la varra del servicio que no quede a más obligada, pues todas las obras cotexadas con vuestro merecimiento pueden ser reputadas por ningunas. Y, así, para hacer algo de lo mucho que deseo quisiera mucho tener hábito y poder jamás apartarme de vuestro lado, solo para buscar algunas nuevas traças de daros contenamiento; mío ninguno lo puede ser<sup>dcx</sup> sino solo veros. Concédalo Dios a mis ojos como le otorga al alma que fuesse vuestra.

Notablemente gustó el príncipe de ber la carta de Camiliana, y para ser tan niña le pareció que venía con raçonable estilo y buena traça y, así, la leyó otras otras dos o tres beces. Y realmente le tenía un amor onesto y casto, tan eficaz y perfecto como si su propia hermana fuera, y siempre toda la vida le duró este amor y boluntad, sucediéndoles al uno y al otro estraños cassos, como adelante os lo dirá la istoria.



Una cosa sucedió en la corte otro día muy notable que no puedo dexar de contárosla. Y fue que había como seis o ocho días que Agrimador el Desemexado avía venido a la corte, y viendo la buena fama qu’el príncipe de la Fe tenía en la corte y cuán amado era de todos, y entendiendo por la común fama que era hijo de Ardoniso (a quien él quería tan mal allá por sus imbidias y traiciones), andaba buscando cómo desacreditalle. Y la traça que usó viendo que no tenía otro medio, porque hablar en su persona era tratar lo escusado, inventó una invención cual él. Y fue que otro día por la mañá se fue a palacio y dixo, estando todos los caballeros en consexo de guerra, qu’él había como doce o trece años que había reptado de traidores a Feridano y Ardonisso y que no habían respondido al repto ni respondían y que, así, habían quedado por tales; por lo cual al caballero que llamaban <sup>[f. 197v]</sup> de la Fe hacían contra derecho en el admitir en las onras del reino, pues los hijos de los traidores estaban de ellas escluidos.

Allí se alló el Caballero de la Fe, qu’en su devido lugar estaba sentado y, [aun] con cuán modestísimo era, no pudo entonces refrenar su cólera y dixo:

–Caballero, quienquiera que bos seáis, que yo no os conozco, en lo que havéis dicho que repta[s]tes al señor Feridano y al príncipe Ardoniso mi padre, yo no lo sé. Mas por el balor que de ellos Dios y todo el mundo tiene conocido se puede presumir que es falso lo que bos aformáis, caballero. Y, así, desde luego os digo que os engañáis y os probaré con la espada a bos y a todos los que disponen las leyes de España que mentís.

Y, diciendo esto, le iba a dar su gaxe. El diablo lo devió de ordenar, que, estando el príncipe diciendo esto, entró Feridano (que un paxe le había ido a decir lo que pasaba). No se bio áspide ni endiablado basilisco<sup>dcxi</sup> tal cual entraba Feridano, todo blanco de la pura idera<sup>981</sup> como un papel, y como entró en la sala dixo:

–Quítese vuestra grandeça, sobrino, a una parte.

El Caballero de la Fe, como le tenía tanta obediencia y respecto se apartó, y él llegó diciendo:

---

<sup>981</sup> *idera*: No hemos logrado documentar esta voz, empleada aquí con el significado de ‘ataque de ira’.

–Decí, Agrimador, que, al fin, bien concuerdan vuestras palabras con vuestros ocicos de demonio: ¿cuándo se an de acabar vuestras mentiras y traiciones?

Y, diciendo esto, arrebátale de un braço como si fuera algún niño y da con él en el suelo, dándole tantas coces que las tripas le quebrantaba en el cuerpo. Y si no fuera porque el de la Fe se le quitó suplicándole que le dexase, sin duda le acabara; porque como no estaba allí el Rey, sino el presidente, ninguno se osó menear contra Feridano, y más cuando le vieron empuñar la espada con tanta fiereça que a todos hiço estar quedos. Y, con esto, se salió de la sala, dejando al otro triste Agrimador lleno de sangre, todo el rostro quevrantados los dientes y medio rompido el gesto, y como él le tenía tan bonito parecía a todos los diablos del infierno.

Y así, lleno de polbo y sangre y quebrantado el cuerpo a coces, se fue a quejar al Rey, que en un aposento estaba hablando con unos embaxadores de Alemania. Y, informado de cómo pasaba el caso por los auditores que havían estado en la sala, ma[n]dó prender a Feridano por el desacato que havía tenido en palacio.

Le éste este otro capítulo si queréis ber la más graciosa rebuelta que en la corte de España jamás se vio.

### **Capítulo 29. De lo que Feridano hiço cuando le fueron a prender y en qué pararon aquellos negocios.**

Pues, como Feridano llegó a su cuarto, dixo luego a Ardoniso lo que pasaba, el cual le dixo:

–Mal lo hiço vuestra grandeça, que claro está que nos han de prender a vuestra grandeça, para lo cual tome luego sus armas y yo tomaré las mías, y bámonos a la nao Buena Esperança. Y si biéremos que ay demasiada rebuelta, daremos bela al biento asta que al Rey se le passe el enoxo que contra nosotros justamente á recibido. ¡Ca, ca, presto!

–Pues, ¡sus, se’así! –dixo Feridano.

Y, con esto, armándose con sendas lanças ginetas, él y Ardoniso en sendos muy buenos caballos iban a salir por la puerta de cassa para <sup>[f. 198r]</sup> irse a la ribera, en la cual ya estaban dos paxes para que estuviese el esquife aparejado. Pues ellos iban a salir de la puerta de casa cuando llegaba el capitán de la guarda; era un muy buen caballero, grandísimo enemigo y con razón de Agrimador por sus muchas traiciones y mala condición. Y, como los bio que querían salir, luego entendió lo que podía ser, y llega <a> ellos y díceles: «¡Caballeros, sed presos!».

Ellos sin decir «sí» ni «no» calan las viseras y comiençan a picar los caballos, indo jugando las lanças solo señalando los golpes. El capitán de la guarda iba haciendo lo mismo tras ellos, apellidando por que no le tuviessen por descuidado en no[m]bre de la justicia. Mas era cosa graciosísima de ber, porque como los caballeros de la guarda entendieron la boluntad del capitán, no hacían sino hacer lo mismo qu'él hacía. Y, así, sin se derramar los unos a los otros gota de sangre ni darse picada alguna, fueron casi toda la ciudad escaramuzando hermosísimamente, que no parecía realmente sino que los unos a los otros se querían sacar las almas.

Y, como los caballeros los unos y los otros eran tan diestros de a caballo, hacían mil bueltas y caracoles graciosísimos y, así, por donde quiera que iban estaban las calles llenas de gente que los estaba mirando. Y todos tenían gana, sabiendo quiénes eran, de que no los prediessen, y más entendiendo que Agrimador no era muerto sino que había llebado una gentil pisa de coces. Y todos riyendo decían: «¡Ca, que no es muerte de hombres! ¡Que no fue sino una burleta, que se enseñaba esse caballero a bailar sobre las tripas de Agrimador! ¡No se dé vuestra merced, señor capitán, tanta prissa!». Y un buen caballero biexo y amigo de Feridano, que lo había sido mucho de su padre, que se llamaba Losadendo «el de los tres lagartos<sup>982</sup>» (porque estos tenía por armas debaxo de una lancha, losa o piedra), como ya savía el caso y los vio pasar por debaxo de una ventana a la cual él estaba puesto, dixo desde lo alto:

–¡Andad con Dios, hijo Feridano, que lo havéis echo como muy buen caballero! Y vuestra merced, señor capitán, mude caballo, que aí ay dos míos enjaeçados, que lleba

---

<sup>982</sup> *Losadendo*: Como puede apreciarse con facilidad, este apellido pretende hacer referencia a la conocida Casa de Losada, originaria de Galicia (*vid.* 7.1.2.1).

ya vuestra merced cansado esse<sup>dcxii</sup>. Y tomará vuestra merced colación, que para esso tiempo ay.

No pudieron dexar de reír de ber el descuido con que el buen viexo lo decía. Al fin, pasando andelante<sup>dcxiii</sup> vinieron a salir por la puerta que salía a la ribera. Y, como Feridano salió y Ardoniso, yo digo mi culpa (que me allé allí): que cerré la puerta fingiendo que havía estropeçado y que iba a caer y que me havía a la puerta arrimado. El capitán de la guarda, que era muy mi señor y me conocía muy vien me dixo:

–¡Hombre o diablo o qué eres quítate de aí, déjanos pasar!

Y fingió estorbarse conmigo un poco. Y, en este medio, puniendo las piernas Feridano y Ardoniso, así a caballo como iban, se entraron un pedacillo por la mar asta que se apearon en el esquife, y d'él en un momento se pusieron en la nao Buena Esperança. Y lebandando belas se apartaron como un cuarto de legua la ría arriba, y allí tornaron a a[n]corar<sup>[f. 198v]</sup>, [y] en ella <a> todo el mundo junto no tenían miedo.

El capitán de la guarda que salió y los vio ya lebandar belas, fingiendo mucho enoxo se bolbió a palacio, y alló ya al Rey en la Sala de Estado, que se estaba informando de cómo havía pasado el caso. Y estábale informando por parte de Agrimador un hermano suyo arto mexor caballero y más bien melenado que no él, y por parte de Feridano estaba el Caballero de la Fe. Pues, como entró, el Rey le dixo:

–¿Qué es esso, capitán? ¿Dexáis ya presso a Feridano?

–No, mi señor –dixo el capitán–, que lo uno es muy buen caballero él y Ardoniso, y de todos los de tu guarda, escaramuçando con mucho tiento y comedimiento, se escaparon y se fueron a su nao. Mas quando los íbamos siguiendo, todo el pueblo decía que no era muertes de hombres, sino un jubón de coces; que se bengase Agrimador conforme a las leyes del duelo, pues tanto duelo y quebranto le havía quedado de la burla pasada.

–Pues si así es –dixo el Rey al hermano de Agrimador– ,yo no puedo más; decid, señor caballero, a vuestro hermano que les pida campo, que yo le mantendré justicia.

Vien entendió Marnubio, que así se llamaba el hermano de Agrimador, que su hermano tenía la mayor culpa, y así dixo:

–Veso, sacro rey, tus reales manos por la merced que a mi hermano as echo, que en lo demás nosotros nos buscaremos la venganza. Solo te sulpicamos, señor, que si a tu tierra vinieren los mandes prender, asta que den satisfacción a mi hermano de su descomposición y mal término.

–Si vuestro hermano, señor caballero –dijo el de la Fe–, le tuviera tan bueno y tan onrado como bos, no le ubiera sucedido tan desgraciadamente. Y a mí me tened señor, bos, por amigo, que os serviré en todo lo que se ofresca, guardando las leyes de caballero a que soy obligado.

Muy vien le parecieron estas palabras del Caballero de la Fe al Rey, y así lo dixo a aquellos caballeros en acabando de salir de la sala, mandando que a Feridano no le siguiessen, sino solo que no le dexasen tomar puerto en Ispalia. Con esto se salieron aquellos caballeros de la sala del consexo, y el Caballero de la Fe se fue a su casa, la cual alló toda alborotada e inquieta. Y con su presencia se comenzó <a> asegurar y quietar, aunque en lo mismo entendía el buen Priscilano, el cual estaba en la sala hablando con unos caballeros que luego, sabiendo lo que pasaba, se habían venido a ofrecer al caballero de la Fe. Cosa fue estraña, que en menos de una ora se le vinieron a ofrecer más de quinientos caballeros, los mejores y más principales de la corte. Tanto balía la bondad y el ser del príncipe y tan amado era de todos que la buena reina Casiana le envió un paxe de secreto, el cual como llegó y le alló con tantos y tan preciados caballeros le llamó aparte y le dixo:

–Ilustrísimo príncipe, mi señora la reina Casiana manda vesar tus reales manos y que ella á sabido lo que al baleroso Feridano á acaecido; que veas, señor, si as menester algo: caballeros, caballos, armas o dineros o otra cosa alguna, que de todo, señor, serás probeído.

–Decid, señor, a mi señora la Reina que vesso sus soberanos pies muchas beces y que sola esta merced recibida de su sacra y soberana boluntad me basta para vibir el más contento caballero del mundo. Y que en lo demás, qu'estando yo donde estoy todo

sobra y ninguna cosa me falta sino poder servir a Su Magestad como mi boluntad <sup>[f. 199r]</sup> desea.

Con esto se fue este paxe, y acudían tantos caballeros que era menester desocupar la casa, porque realmente no cabían en la sala; notable cosa fue, que fueron más de mil los caballeros que se le ofrecieron. Y, estándose aún en la sala, entró otro paxecito con un bestidito de brocado encarnado, a cuerpo y sin ninguna cosa en la cabeça. Y, como entró, tomándole aparte le dixo:

–Ilustrísimo señor, mis señoras las princesas Diadena y Cadinisa<sup>dcxiv</sup> me mandan decirte de su parte que veas, señor, si as menester algo y que si fuere, que de lo que mandares sean avisadas para que sea probeído todo lo que a tu servicio conviniere. Y que si fuere menester, que por te servir saldrán sus grandeças a campo contra tus contrarios o enemigos, aunque entienden que vien pocos deven de ser los que tienes en la tierra. Y que, en lo demás, de lo sucedido, que ninguna pena, señor, tengas.

–Decid, galán, a mis señora las princesas que agora deseo yo baler y ser más que cuantos príncipes ay en el mundo, solo por poder dignamente servir a sus grandeças tan soberana merced como de sus reales personas é recibido. Y, que en lo demás, que vean sus grandeças qué puedo desear yo, pues una tan soberana merced, siendo tan cortos mis merecimientos, é recibido de sus dibinas manos.

Con esto se fue el paxe y él se quedó con aquellos caballeros, tan cortesano, tan comedido, tan humilde y vien criado que todos deseaban metelle en sus entrañas. Cosa estraña fue, qu'estando qu'estábamos todos dando orden en cómo llebar a la nao las cosas necesarias para el regalo de Feridano y Ardoniso, llamó a una puerta falsa de nuestro cuarto el buen príncipe don Luposeldo; al cual, como vimos, todos turbado estuvimos aguardando qué ma[n]daba. Y preguntando por el Príncipe de la Fe se entró en la sala y, avráçandole, delante de todos aquellos caballeros le dixo:

–Señor príncipe, tanvién yo quiero ser de vuestros aliados. Ved, señor, si mandáis algo en que os podamos servir, que aquí vengo con mi persona y gente a hacerlo.

Con toda su cortesanía quedó cortado el príncipe viendo tan soberana merced como su hermano (al cual él no conocía) le hacía. Y, así, con toda la humildad posible le respondió, agradeciéndole aquella soberana merced que le hacía. Y era el Caballero de la Fe de tanta virtud que aquellos favores y mercedes que a otros ensobervecieran a él le hacían más rendido y humilde.

Al fin, estuvo allí el príncipe un rato, y luego se despidió por dar lugar a los caballeros y ciudadanos que venían, que como supieron que su rey no se enfadaba no quedó apenas caballero que no viniese en toda la ciudad a ofrecérsele por amigo y servidor. Esta fue la causa por que todo aquel día estuvo tan ocupado que no le fue posible acabarse de desembaraçar ni de desocuparse asta ya muy tarde, que llegó un grumete de la nao Buena Esperança a decirle como su padre Ardoniso mandaba que luego se llegase a la nao.

Él, sin más se detener, tomando un herreruelo de brocado encarnado y un sombrero del mismo color, con su espada y escudo se fue al esquife, donde cuatro turcos de servicio le estaban aguardando. Y en entrando en él dieron al remo con tanta presteça que en un momento llegaron <a> abordar con la nao Buena Esperança. Y asiéndose de la mira mayor echó la mano a la escalereta de la jarcia y en un punto subió sobre cubierta, donde le estaban aguardando el baleroso Feridano y Ardonisso. Y, después de abelle recibido muy vien y haviéndole preguntado lo que pasaba en corte, y estando muy contentos del buen término del rey Ofrasio y de sus guardas, Ardoniso dijo:

–No es raçón qu’el príncipe duerma en la mar esta noche, que podrá ser que haga falta allá en la posada; por esso será vien que le demos luego la instrucción de lo que á de hacer.

Y, así <sup>[f. 199v]</sup>, Ardoniso le dixo:

–Mirad, hijo, lo que combiene que se haga es que la maona y fragatas bayan llenas de hombres y mugeres casados que bayan a abitar la Isla de la Enamorada Corneria, porque nosotros queremos bolber allá a ber a vuestra madre, que no es justo qu’estén en aquella soledad aquellas princesas. En esta nao Buena Esperança irán dos docenas de doncellas nobles para su compañía; en otras dos naos que compraréis irán

labradores y gente común para que labren la tierra. Y probaremos toda la flota de las cosas que allá en la isla faltan, que aunque son pocas son necesarias, especialmente algunas semillas y árboles que en ella no se allan.

El cuidado de la gente que se á de prob<sup>e</sup>er darle héis, hijo mío, a Priscilano. Y vos haréis, pues os havéis de quedar acá, todo lo que por él os fuere mandado. Y mirad que tengáis siempre en lugar de madre a Esmerilda y de hermana a Libertina, que partáis con ellas de lo que Dios os diere y por ningún suceso las desamparéis, sino dajaldas siempre cuando ubiéredes de hacer alguna jornada en vuestra casa y familia. Y los gaxes que de gentilhombre os da el rey Ofrasio de España recibidos, hijo, no más de por que os acordéis que sois español y la obligación que tenéis a este reino. Dad a Mauro Italiano título de vuestro mayordomo y ande siempre con buestra cassa, gobernándola y defendiéndola de los inconvenientes que le pueden suceder. A Gradisa regala y estima en mucho y sea siempre la que gobierne las mugeres que andubieren en vuestra familia. Ten cuidado de a lo menos una vez cada año enviar una nao a la isla a avisarnos cómo os ba de salud y de vuestros negocios...

Otras muchas cosas le dixo Ardoniso al Caballero de la Fe, las cuales él como tan buen caballero guardó al pie de la letra sin quebrantar ni en un punto sus mandamientos. Con esto, se bolbió a la ciudad en su batel con intención de bolber otro día a la nao Buena Esperança, haciendo lo que su padre le mandaba, y así se lo dijo aquella noche a Priscilano su ayo. El cual con su buen ingenio buscó asta cincuenta caballeros pobres, mas muy limpios y de muy buena sangre, con sus hijos, hijas y familia. Y todos los oficiales les procuró que fuessen muy buenos idalgos, que irían como otros cuarenta o cuarenta y cuatro casados, todos de casas y solares conocidos (aunque algunos tan pobres que fue menester buscalles la ropa que havían de llevar a cuestras). Con hijos y hijas, sobrinos, parientes y familia llegaron todos a seiscientas personas, todos nobles limpios y de muy buena sangre y casas y y familias conocidas. Y serían como cuatrocientos labradores y oficiales y otra gente, sin niños y ni niñas (que irían bien docientos y más).

Toda esta gente, muy bien adereçada y probeída de las cosas que eran menester, con docientos caballeros moços y más de otras ciento y cincuenta mugeres moças por casar, que serían por todos como mil y seiscientas almas pocas más a menos, se



embarcaron en Ispalia doce días después que Ardoniso lo dijo al Caballero de la Fe, en seis hermosísimas naos y cuatro fragatas y la maona Rinoceronta y la nao Buena Esperança.

Al tiempo del despedirse, a toda aquella hermosa compañía hizo una plática aunque vrebbe muy discreta el ermitaño Priscilano, encomendándoles mucho reberenciasen y estimasen en mucho a los sacerdotes y monxes que consigo llebaban y que tuviessen mucho cuidado de conserbar siempre en sí y en sus descendientes <sup>[f. 200r]</sup> la fe de Nuestro Redentor y Maestro Jesucristo. Mas cierto que al tiempo del despedir, cuando ya querían lebantar belas (que todos estuvimos en el armada), que fue tanto el sentimiento de todos que aun agora estándolo escribiendo –dice Nictemeno– se me enternecen los ojos; especialmente el príncipe al tiempo del despedirse de Ardoniso, al cual tenía por padre, y del buen Feridano, a quien no menos amaba, fue cosa estraña su ternura. Al fin, dándole un pliego de cartas para las de la isla y Esmerilda y Libertina otro, se despidieron los unos de los otros. Y ellos con muy vuen tiempo dieron bela al biento, y nosotros con artas lágrimas y soledad nos bolbimos a cassa y al puerto, encomendando a Dios a los que nabegaban.

Pero llegados que fuimos a cassa aquel día que los despedimos, que serían a las nuebe del día poco más a menos, mi amo –dice Nictemeno– Priscilano y el príncipe se entraron en el oratorio, y aquel día ubo un solemne y general convite de pobres encomendándoles que encomendasen a Dios la flota que iba a la isla. Y es cierto (porque fui yo el repartidor) que en aquel día que se dieron más de dos mil ducados a ospitales y ombres abergonçantes. Con esto mi señor era cada día más amado de los pobres y reberenciado de los ricos; porque en casa cierto se remediaban las necesidades de los pobres, sufríanse con paciencia las injurias recibidas y castigábanse con equidad los delictos cometidos.

Pues cuando yo vine de dar la limosna, que fue a las cuatro después de comer, estaban mi amo y el príncipe en el estudio; toda la gente de casa estaba melancólica de la partida de aquellos caballeros. Y el príncipe me dixo:

–¿Distes, Nictemeno, la limosna a los pobres?

–Sí, señor –dije yo–, mil seiscientos y cuarenta y dos ducados dejo dados a pobres avergonçantes, y quinientos di al ospital que vuestra grandeça mandó ayer. Aquí traigo la memoria.

Priscilano tomó la memoria y leyéndola dixo:

–Bien está. ¿Tendrás cuidado de llebar mañana dos camas de ropa a casa de aquella pobre viexa a quien ayer fue a visitar el príncipe?

–Aora, ayo, yo le prometo qu’es cosa estraña qué aficionado soy a dar limosna. Y en mí no entiendo qu’es virtud, porque es una inclinación natural que me inclina a esso.

–Señor –dijo Priscilano–, es tan excelente obra el dar limosna y hacer vien a pobres, y más haciéndose como se á de hacer, qu’es un hermosísimo adorno de los príncipes<sup>983</sup>.

–Pues, ¿y cómo se á de hacer, maestro?

–Lo primero, señor –dixo Priscilano–, para que nuestras obras balgan algo an de ir echas en caridad y para que se lebanten de punto an de ser echas puramente por amor de Dios. Supuesto esto, la primera limosna que se á de hacer á de ser a sí mismo, tiniendo y usando de misericordia con su alma, que así está determinado en el Decreto<sup>984</sup>. Después de echo esto, procurar de remediar la necesidad del hermano necesitado, especialmente si es grande su necesidad: «Porque el que deja morir de hambre al hermano pudiéndole remediar haga cuenta que le mató», dice el texto<sup>985</sup>. Y

---

<sup>983</sup> Toda esta disertación sobre la limosna, así como sus respectivas apostillas, beben directamente de la *Polyanthea opus suavissimis floribus exornatum* de Domenico Nani Mirabelli (1503), concretamente del apartado titulado «*eleemosyna*» (cf. este epígrafe en la edición ampliada de 1514 [Saona, Simone Babilaqua], la única que incorpora referencias al *Corpus Iuris Canonici* como las que aquí aparecen [vid., 6.3.1]). Constituye esta la primera deuda de nuestro autor con la obra de Nani Mirabelli, de la cual se servirá para construir numerosos discursos, coherentes y autorizados, sobre un tema en cuestión. Para ello, Miguel Daza selecciona algunas de las citas presentes en el apartado correspondiente –en este caso, aquel dedicado a la limosna–, traduce los textos escogidos, los hilvana en el mismo orden en que aparecen en la mencionada poliantea y, finalmente, aporta las referencias exactas en nota marginal.

<sup>984</sup> **Ap. marg.:** «*De penit., dist. 3, 8. “sed verba”*». Tanto esta referencia como la siguiente remiten al *Decretum Gratiani*.

<sup>985</sup> **Ap. marg.:** «*8b. Distin. “v. pasce”*».

así decía Tobías a su hijo: «Haz limosna, hijo, de tu azienda y no apartes tu rostro del necesitado»<sup>986</sup>. Y el mismo Tobías decía: «Buena es la oración que se hace con ayuno y limosna»<sup>987</sup>. Y el real profeta Dabid dice: «Bienabenturado el que tiene cuidado del pobre y necesitado, que en el día malo será librado de Dios»<sup>988</sup>. Y en los *Proverbios* dice Salomón: «Onra a Dios de tu sustancia y de tus vienes da a los pobres, y verás [f. 200v] cómo Dios inche tus troxes de trigo y de vino tus lagares<sup>dcxv</sup>»<sup>989</sup>. Y así dixo el *Eclesiástico*: «El agua mata el fuego y así la limosna resiste al pecado»<sup>990</sup>. Y el profeta Daniel dice: «Tus pecados redímelos con limosna y tus maldades con usar de misericordia con los pobres, y podrá ser que Dios perdone tus culpas»<sup>991</sup>. Y el profeta Isaías dice: «Si vieses al desnudo, cúbrele y no tengas en poco tu propia carne»<sup>992</sup>.

Y Cristo Nuestro Redentor amonestó esta virtud como perfectísima diciendo: «Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres», y esto de la limosna repitió muchas beces<sup>993</sup>. Y el bienabenturado apóstol san Pablo, vaso de elección, dando a entender cómo se había de hacer la limosna dijo: «Si diere todos mis vienes a los pobres y no tuviere caridad no ay que agradecérmelo, que tanto hice como nada»<sup>994</sup>. Dice muy bien sant Agustín el balor d'esta virtud en muchas partes de sus obras<sup>995</sup>; lóala san Jerónimo<sup>996</sup>; aconséxala san Ambrosio<sup>997</sup>; predícala san Gregorio<sup>998</sup>;

---

<sup>986</sup> Ap. marg.: «*Thob. c. 4*».

<sup>987</sup> Ap. marg.: «*Thob. c. 12*».

<sup>988</sup> Ap. marg.: «*David, Salmo 40*».

<sup>989</sup> Ap. marg.: «*Probervi., c. 3*».

<sup>990</sup> Ap. marg.: «*Eclesiasti. c. 3*».

<sup>991</sup> Ap. marg.: «*Dani. c. 4*».

<sup>992</sup> Ap. marg.: «*Isaias c. 58*».

<sup>993</sup> Ap. marg.: «*Math. c. 18 et c. 5 et 6 et 25; Juan, c. 3 et 13*».

<sup>994</sup> Ap. marg.: «*Paulus, Iª Corint., c. 13*».

<sup>995</sup> Ap. marg.: «*S. Agus. super Salmo 103 et De Verbus Domini, Ser. 25 et 30; et De sermone Domini in monte; et in ser. De elemosi; et in ser. De Dibite; et in Inquiridion; et habetur De Pen. disti. 8, “qui bult”; ti victa De misericordia Deis*».

<sup>996</sup> Ap. marg.: «*S. Jhe. super Malach. et in Epist. ad Nepoti et super Ecclesi. 12*».

ensálçala san Crisóstomo<sup>999</sup>; vendícela Pedro de Rábena<sup>1000</sup>, y aun los gentiles la tubieron por excelente virtud y la aconsejaron, diciendo que a los vuenos barones y fuertes convenía. Así lo dice Platón<sup>1001</sup> y Marcial<sup>1002</sup> y otros infinitos autores.

Él iba a pasar con su plática adelante cuando entró desalado y turbado un paxe, diciendo:

–¡Traición, traición, traición! ¡Señor, remedio, remedio! ¡Que palacio se abrasa y está lleno de enemigos!

Aunque sin mucha alteración, con algún desasosiego dijo el príncipe:

–¿Qué dices?

–¡Digo<sup>dcxvi</sup>, señor –respondió el paxe–, que se avrasa palacio por todas cuatro esquinas!

En esto oyeron el ruido de la gente que a boces y gritos decían: «¡Alarma, alarma! ¡Traición, traición! ¡Agua, agua! ¡Remedio, que nos abrasamos!». Con esta turbación el príncipe dijo:

–¡Dame, dame mis armas! ¡Y vosotros todos acudí a matar el fuego!

Y, armándose con la mayor presteça que pudo de pecto y espaldar y un morrión calado de acero, coxió un montante muy hermoso y grande que a la cabecera de la cama tenía. Y al salir de la sala principal del cuarto vio que venían uyendo unos paxes del rey y tras ellos con las espadas desnudas seis caballeros, y los paxes venían gritando:

---

<sup>997</sup> Ap. marg.: «S. Ambro. *De officiis*, et habetur dist. 86; *Super Lucam*, et habetur [dist.] 86, “in singulis”».

<sup>998</sup> Ap. marg.: «S. Gregor. *Morale*, lib. 12 et 19; et in epistola *Ad Siagram episcopum*, et habetur 1.A, 1.C, “non est putanda”».

<sup>999</sup> Ap. marg.: «S. Chrisosto., super Mat., *Sermo*. 8 et habetur de Peniten. dist. 1, c. “medis”».

<sup>1000</sup> Ap. marg.: «*Petrus at Ravenna*, in *Sermone de misericor*».

<sup>1001</sup> Ap. marg.: «*Plato*. in *Timeo*».

<sup>1002</sup> Ap. marg.: «*Marcialis* lib. 5. ubi dicit: “Callidos effracta numos fur aufert arca”».

«¡Traición, traición! ¡Acudí, señor Príncipe de la Fe! ¡Presto, presto, que se pierde palacio!».

Como él los vio suvir assí, dixo:

–¡Ca, suví presto! ¡Daos prissa!

Con esto, en entrando que entraron en la sala, él se puso a la punta del escalera, que muy hermosa y ancha era. Y los caballeros, como venían encarniçados matando de aquella desarmada gente, no le vieron asta que casi llegaron los dos delanteros a le<sup>dexvii</sup> igualar al penúltimo escalón. El cual, como los vio y que traían las espadas tintas en sangre, de un baibén que dio al montante a los dos derribó, rodando la escalera abajo (y agradézcanlo, que les dio de llano). A los otros que subían, al uno le dio tal puntapié en los pechos que le envió a rodar, undida la tabla de los pechos y él bomitando la yel por la boca.

Con esto, baxa al patio de palacio, el cual estaba lleno de cuerpos muertos, y vio cómo al rey Ofrasio, atados los pies y las manos, le iban a echar en medio del fuego. Y, como lo vio, dio una gran boz diciendo: «¡Estad quedos, traidores!».

Vien sé que desearéis ver el fin d'este negocio, pues yo os prometo de lo decir en el tercer libro d'esta primera parte, porque este segundo aquí se acaba.

**FIN DEL SEGUNDO LIBRO DE LA PRIMERA PARTE DE LA  
CORÓNICA DE DON MEXIANO DE LA ESPERANÇA, LLAMADO EL  
CABALLERO DE LA FE. JHS.**

**LIBRO TERCERO DE LA PRIMERA PARTE DE LA CORÓNICA [DE] DON MEXIANO DE LA ESPERANÇA, LLAMADO EL CABALLERO DE LA FE<sup>1003</sup>.**

**Capítulo I. De la jornada que hizo el armada que llebaban Feridano y Ardoniso a la Isla de la Enamorada Corneria, y de lo que en el camino les sucedió.**

Con muy próspero viento partió la armada de Ispalia, a seis días del mes de agosto, indo por capitana la nao Buena Esperança, en la cual iban por capitanes Feridano y Ardonisso y, por piloto, Fraseldo; el cual iba tan mejorado que de solas preseas llevaba más de cien mil ducados en muchas cosas y de mucho balor, y llebaba consigo dos sobrinas muy hermosas y un hermano casado, uno de los mejores plateros y más curiosos que había en toda Ispalia. Y en las demás naos iban muy buenos pilotos y muy diestros, y capitanes de mucho ardid y esperiencia; con lo cual iban muy contentos.

Y como al cabo de las cinco oras salieron a alta mar, los marineros reconocieron ser el tiempo sereno; lo cual por todas las señas que habían visto y veían juzgaban <sup>[f. 201v]</sup> haber de ser el tiempo sereno. Porque habían bisto las estrellas estar quietas y resplandecientes y muchos cometas o exalaciones encendidas correr a una parte y a otra, y en las estrellas fixas veían los círculos blancos y amarillos; el sol salió muy claro y templado, sin tener cerca de sí ninguna exalación o nube, y el círculo que mostró se fue desaziendo poco a poco igualmente, y la tarde de antes se había puesto sin nubes ni fumosidades<sup>1004</sup>. Y la luna, tres días antes y tres después de la conjunción, había mostrado las puntas delgadas y resplandecientes, y la parte setentrional tenía más clara qu'el austral; y, al cuarto, tubo las puntas delgadas y ella fue lucidísima. Y al nacimiento había estado muy clara y no nublosa, y si algún cerco traía, se iba deshaciendo poco a poco (y eran de color blanco y amarillo<sup>dcxviii</sup>, tirantes un poquito a rojos).

Y las nubes, aquella mañana, qu'estaban al oriente volbieron al occidente. Y eran delgadas y esparcidas cerca del oriçonte, y las que al occidente aparecían parecían amontonadas y altas sobre el oriçonte; y las nubes gruesas andaban baxas, estando

---

<sup>1003</sup> Nota de lector, mano 3: «ESPERANZA Y CARIDAD, memoria, entendimiento y voluntad».

<sup>1004</sup> Aps. margs.: «Lucanus», «Juan de Mena».

quietos los vientos occidentales. Y las nieblas baxaban de lo alto a lo baxo, donde se deshacían y no tornaban a subir y, como era en otoño, veían la niebla ser pequeña. Y el arco del cielo había aparecido dos días antes que habían sido nublosos, y la tarde de antes le vieron los marineros al poner del sol (y cerca del oriçonte habían visto algunos relámpagos sin trueno alguno y muy pocas nubes o ninguna).

Y habían visto la tarde antes en Ispalia salir muchas manadas d'aviones a bolar, y los cisnes sin za[m]bullirse se andaban encontrando unos con otros en las lagunas y ríos. Y las grullas iban muy calladas y muy altas, y estábanse los halcones muy quietos en las riberas y andaban los bilanos alteneros jugando unos con otros. Y la tarde antes habían visto a los moxquitos andar en bandas alrededor, haciendo notable ruido, y aún apenas era puesto el sol cuando salían los murciélagos a bolar. Y no hacían sino arrullar o cantar las palomas, y los cuervos se estaban mirando al sol aviertas las bocas y hablaban<sup>dcxix</sup> de papo, andando jugando con sus plumas. Y había aquella mañana echo mucho frío, más de lo acostumbrado, y había mucho rucío. Y veíanse los collados de las montañas desenfadadamente, y los estanques, la tarde de antes y aquella mañana, habían tenido algunas nieblas. Y aun algunos mareantes dixeron que dos días antes habían padecido tormenta y que habían visto en las belas las estrellejas o san Telmo.

Todas estas señas tenían los marineros para juzgar que había de haber serenidad, que todas ellas decían ellos que eran ciertas señales de serenidad y sequedad con algunos<sup>[f. 202r]</sup> vientos. Pues con estas señales de serenidad iban contentos los marineros y la flota iba marchando, y muy bien, toda su derrota, sin que en los días<sup>dcxx</sup> primeros allasen contraste alguno ni ocasión de detenerse. Y, así, se apartaron del íspalo puerto pasando<sup>dcxxi</sup> ya todas las españolas costas y sus riberas.

Al tercero día que iban caminando, indo ya vien engolfados en alta mar, iban con sendos laúdes Feridano y Ardoniso en la nao Buena Esperança tañendo y cantando, puestos sobre cuvierta en sendas sillas junto al mástil mayor. Y toda la gente que iba en ella iban por allí por sobrecuvierta oyendo la música, que los dos príncipes lo hacían estremadamente. Esto sería –dice Nictemeno– como a las nuebe de la mañana, cuando Fraseldo, que había subido a la gabia mayor a adereçar la escota de la vela grande y las tirantes del antena (que había desconcertado un grumete), dixo desde lo alto:

–¡Una armada descubro, señor Feridano, que ba la buelta de Bervería! Y parécame que si dura este viento tres oras, que nos emos de venir a encontrar.

–¿Y cuántas belas descubres? –dixo Feridano.

–Asta agora no é visto bulto de más de nueve, no sé cierto cuántas van.

–Mira, pues, todo lo que pudieres descuvrir y avissa.

Con esto, haviendo andado como un cuarto de legua, tornó a decir Fraseldo:

–Si no vienen atrás más velas, diez y seis solas se descubren, mas conforme al bolumen que muestran son muy grandes y traen belas grecas. No sé de qué nación serán ni de qué ley.

–Por sí u por no –dijo Feridano–, vien será que nos apercibamos.

Y, en diciendo esto, hiço acer reseña con el pifano que todos se apercibiessen. Luego cada capitán en su nao hiço que se apercibiesse todo lo que fuesse menester para el militar exercicio, especialmente fuegos artificiales y otras armas arroxadiças, de las cuales iba muy vien probeída toda el armada. Y, así, índose caminando por su orden, Fraseldo se iba sobre gabia y dijo:

–¡Otras catorce belas se descubren, válame Dios! ¡Todas las marinas ondas parece que vienen cubiertas de belas! Treinta y tres, treinta y cuatro... ¡en verdad que beo ya cuarenta belas!

Entonces ya desde borde se començaban a descubrir:

–¡O, qué hermosamente parecen! –dijo Feridano.

–¡Vuenas nuevas, buenas nuevas! –dixo Fraseldo–. ¡Que armada cristiana es, que la cruz é ya descubierto en la nao capitana!

De la fiereça del ánimo de Feridano se dice que le pesó de que no fuesse armada enemiga solo por andar en el oficio de la sa[n]grienta Belona, que este era su contento; aunque, por otra parte, por aquella gente que iba con él se olgó de que fuesse gente



cristiana la del armada. Con todo esto, <sup>[f. 202v]</sup> iban siempre con recato y sobre aviso hasta <sup>dcxxii</sup> certificarse bien del armada.

A una legua de camino después d'esto, ya las armadas la <sup>dcxxiii</sup> una a la otra se veían bien claro y aun se descubrían las banderas, reconociéndose ya las insignias y trofeos. Y, así, vieron en la nao capitana venir enarbolado un muy hermoso y grande crucifijo, y por armas en la bandera (que a los pies d'él venía tremolando) las llaves y tiara del bicario de Cristo Nuestro Redentor, Pedro, con una letra que decía: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» <sup>1005</sup>.

Muy bien pareció a aquellos caballeros la cristiana y católica insignia del armada, cuando, índola mirando, vieron venir para sí un esquife en el cual venían como asta cuatro o seis caballeros, todos armados de armas blancas y en los escudos, en campo negro, una cruz blanca de la misma echura y traça, qu'es la de los Comendadores de San Juan <sup>1006</sup>. Y la misma insignia y figura de la cruz traían esculpida en los pectos, y en el gallardete mayor de la nao capitana traían la misma insignia.

Pues como estos caballeros llegaron a trecho que podían ser oídos desde la nao Buena Esperança, el uno de ellos dixo:

–Señores caballeros, el gran maestre del Ospital de Jerusalén, que viene por general d'esta su armada, me envía a deciros de su parte que si sois fieles (como lo mostráis en la seña de la Santa Cruz que traéis en las banderas), que os suplica, pues que así conviene al servicio de Dios, que ofreciéndoseos ocasión favorezcáis a la Iglesia romana y reyes cristianos contra la sangrienta guerra que los infieles contra nosotros tienen publicada. Y que haciendo esto veáis <sup>dcxxiv</sup>, señores, qué mandáis o qué havéis menester, que todo se os dará y probeerá del armada. Y que si acaso, lo que Dios no quiera, sois infieles, que os rindáis luego, y si no, que os aparexéis para la batalla.

---

<sup>1005</sup> Mt. 16, 18-19. La tiara y las llaves son atributos propios del escudo papal.

<sup>1006</sup> *Orden de san Juan*: Se trata de la orden militar y hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta, más conocida como la Orden de Malta, fundada en Jerusalén en el siglo XI, al calor de las cruzadas. En lo que se refiere a la participación de esta institución en la Liga Santa de 1571, acontecimiento con el que el autor parece querer vincular de forma cifrada la gran guerra de la Cristiandad contra el escita Sofraastro, véase el epígrafe correspondiente de nuestro estudio (7.2.2).

–Decid, señores caballeros –dijo Feridano–, que aquí, los que imos en esta armada, todos somos fieles y católicos cristianos y profesores d’esta santa fe y creencia. Y y que en lo que toca a morir por la Iglesia romana, que aquí imos tan aparejados para esso que ninguna cosa más deseamos que vernos ya en la ocasión para derramar nuestra sangre por amor de Nuestro Señor Jesucristo, que la suya preciosísima derramó por nosotros. Y que, en lo demás, que nosotros no emos menester nada, que vesamos las manos a su Señoría Ilustrísima por tanta merced y que antes, si su señoría manda algo d’esta armada, avisse, que en todo se le hará el servicio que posible fuere.

Con esta respuesta bolbieron los caballeros, la cual dio mucho contento a todos aquellos caballeros cruçados que venían en el armada, que eran muchos y muy balerosos. Y, mandando amainar belas el gran maestro, hizieron lo mismo Feridano y Ardonisso. Y el maestro en un esquife y ellos en otro se vinieron a ber <sup>[f. 203r]</sup> en medio de las armadas y, abordando los barcos, ellos, en señal de amistad, armados los unos y los otros, se tocaron las diestras, y Feridano y Ardonisso le suplicaron les hiciesse merced de ir a ber su nao. Él lo hiço, y suviendo en ella se espantó de su grandísima curiosidad y admirable echura y, así, juró que jamás había visto andar sobre las aguas más hermosso basso. Y lo que más se olgó de ber, como nueva invención, fue la xareta, y mirándola muy bien, que muy ingenioso y esperto capitán era, hiço venir de sus naos algunos ingenieros y oficiales para que luego en sus naos se hiciesse, porque para el oficio qu’él traía de andar siempre peleando le paració que era importante negocio.

Pues, puniéndole una silla junto a la cama de popa sus paxecillos, de debaxo de cubierta le suvieron colación tan abundante y curiosa y de cosas tan regaladas como si estubieran en la corte del más regalado príncipe del mundo, sirviendo con ta[n]ta pulicia y curiosidad que no había más que ber. Y, así, el gran maestro lo uno y lo otro bio estrañamente, y solo quiso llebar un pipote de hermosísimas azeitunas de Ispalia y otro de tronchos de lechuga muy vien conserbados, que aquello fue lo que más le agradó entre más de cincuenta platos que sirvieron.

Después de haber echo colación, preguntó a aquellos caballeros las nuevas de la corte de España. Y en especial les preguntó, diciendo:

–¿Y un caballero nobel, señores caballeros, que le llaman el de la Esperança o el de la Fe, que nos an dicho estrañas cosas de su balor, vondad y virtud, quedaba allí?

–Sí quedaba, señor –dixo Ardoniso–. Y entienda vuestra señoría que aún es más de lo que dicen, porque no creo yo que hombre de mexores parte viste arnés en el mundo.

–Cierto, que así lo dicen todos cuantos le an visto –dixo el gran maestre–. Y en verdad que tengo grandísimo deseo de berle, y más que me dicen que tiene consigo a un tío mío, hermano de mi madre, llamado Priscilano.

–Así es verdad, señor –dijo Ardoniso–, que a [e]sse baleroso y sapientísimo monje tiene por maestro y ayo, y aun padre, que ninguna cosa traça que no sea por su consexo.

–Acertarlo á él –dijo el maestre–, que siempre mi tío á tenido fama de hombre de rara abilidad y ingenio, y de estremada prudencia y virtud.

Al fin, aviendo parlado un ratico y saviendo como iban a la Isla de la Enamorada Corneria, el maestre, porque hacía vuen viento, se bolbió a su armada. Y lebandando todas belas, al tiempo que pasaba la una armada junto a la otra, todas las naos de Feridano hicieron la obediencia y salba a la santísima imagen del crucifixo. Y, al tiempo del pasar los unos y los otros, con muchos instrumentos de música començaron a dar la grita: «¡Buen biaxe, buen biaxe! ¡Dios los llebe a vuen puerto y les libre de tormentas, de enemigos, de baxíos y de malos encuentros por la mar, y lleguen todos a salbamento!». «¡Amén, amén!», respondía[n] los unos y los otros. Y, con esto, pasaron las armadas, los unos y los otros muy contentos del buen <sup>[f. 203v]</sup> encuentro.

No me quiero detener –dice Nictemeno– en este viaxe, pues por raçón del irse apartando del común viaxe para ir a la isla no encontraron otra armada alguna ni cosa que de contar sea. Asta que a 25 de agosto, un lunes, día después de san Bartolomé apóstol, como dos oras poco más a menos del sol salido, Fraseldo descubrió una montañuela alta de la isla y, así, con alegre boz, dixo: «¡La isla beo! ¡La isla beo!». Tanto fue el contento de todos que realmente parecía que se undía toda el armada de sonos de atabales, de chirimías, de duçainas y de otros mil instrumentos músicos. Y a

quien más contento interior cupo fue a los dos pechos enamorados del buen Feridano y Ardonisso, los cuales los coraçones les iban saltando en ellos.

A esta ora sería cuando estándose la gallarda Taurissa y Belisandra la Bella en una hermosa sala, tratando en cómo se descuidaban Feridano y Ardoniso en el avisallas ni enviarles algunas mugeres para su compañía, estando ellas en lo mejor de su conversación, y casi entristeciéndose y dándoles pena su soledad, entraron por la bentana doce abes muy grandes y hermosísimas, blancas como una niebe (en la echura parecían marinas, mas no eran gabiotas, anadillas ni otras conocidas). Las cuales entraron con tanta familiaridad en la sala que realmente parecía que se querían ir a echar en su regaço, y andábanse por la sala paseando y colleándose co[n] mucha loçanía, sacudiendo las alas del agua, que humidas las traían.

–¡Bálame Dios! –dixo Belisandra–, ¿y qué será esto?

–D'estas abes yo apostaré –dijo Taurisa–, cuanto me quisiere apostar, que tenemos presto nueba de Feridano y Ardoniso.

–¡Pluviesse a Dios! –dijo Belisandra.

–Aora, prima –dijo Taurisa–, bámonos, así Dios la guarde, a la ribera: que en mi verdad que me á dado imaginación que debe de venir alguna nao.

–Bamos en buena ora –dixo Belisandra–. ¿Y cómo quiere que bamos? ¿Quiere que bamos a pie o a caballo?

–Bamos a caballo –dixo Taurisa.

–Yo iré en mi biexo –dixo Belisandra.

–Y yo, pues quiero ir en [el] negro en que solía andar Feridano.

–Se' así.

–Hermana Acursia –dixo Taurisa–, baya, por su vida, aderécnos el caballo negro, el de la mancha, y el biexo de la señora Velisandra, y póngales los jaeces encarnados. Y ella, hermana Verarda, váxenos los capotes y sombreros.

–¿Dónde quieren ir vuestras grandeças? –dixo Verarda.

–Queremos ir a la ribera.

–En mi verdad que yo querría ir, que tengo una alegría y loçanía de coraçón toda esta mañana estraña y un deseo notable de ir al puerto.

–Pues sabed que vimos agora Belisandra y yo en esta sala doce abes muy hermosas que con mucha alegría y contentamiento nos mostraban mucha familiaridad y mansedumbre. Aora id, por vida vuestra, sacanos recado.

Con esto, se vistieron muy de Pascua, adereçándose lo mejor y más gallardamente que pudieron (y yo seguro que balía lo que llebaban puesto más de cien mil ducados).

Al fin, baxando avaxo, todas <sup>[f. 204r]</sup> cuatro se pusieron a caballo y se fueron a la ribera. Y en el camino Velisandra dijo a Taurisa:

–Mas, ¿si fuesse Dios servido que viniessen aquellos príncipes?

–Pues mire, prima –dijo Taurisa–, que cierto es cosa notable: mire cómo ban las doce páxaras marinas delante de nosotras bolando como zigüeñas o grullas<sup>dcxxv</sup> puestas por su concierto.

–Pues en verdad que no havía yo mirado en ello –dijo Belisandra–, que tiene raçón, qu'es cosa admirable ber el concierto y pausa<sup>dcxxvi</sup> que lleban aora. ¿Qué será la causa que, muchas beces, cuando así á de acaecer alguna cosa notable, suelen suceder d'estos prodijios y cosa inusitadas? Que ay tantos exemplos d'esto, así entre gentiles como entre moros, judíos y cristianos, que sería un nunca acabar traer exemplos.

–Cierto –dixo Taurisa– que yo no lo sé. Mas tres causas o raçones me parece a mí que se pueden dar: la primera, que lo causa el demonio por que creamos en aquellas banidades y entendamos ser señales infalibles, de lo cual se siguen muchos daños y aun algunos errores contra la fe y ocasiones de infidelidad, qu'es lo que más Satanás procura; otras beces, y las más comunes, es que así lo dispone la naturaleza a casso, y como unas veces acaece a ser señal de alguna particular cossa, otras muchas sucede no sinificar nada. La tercera es porque Dios así lo dispone o para abisarnos de los males

que an de suceder (que, al fin, menos yere el golpe al cual se resiste con probidencia que al que da de repente y desaparecidos) y también algunas becas para avisarnos que nos enmendemos de la vida mala pasada que vibimos, y por aquellas señales entendamos que si no lo hiciéramos, que nos catigará Dios como las señales están amenazando. Y otras becas también para consolar a los que están desconsolados y, como dicen, casi ya abrazados con la desesperación.

Con esto, llegaban ya al recuesto, desde el cual se descubría ya un gran pedaço de la marina, y Taurisa dixo:

–Yo no veo nada.

–Ni yo tampoco –respondió Velisandra–, mas mire las abes qué espacio lleban en su buelo la mar adelante.

Con esto, estando mirando y con mucha atención, dixo Verarda, que tenía muy prespicaz vista:

–En verdad que o me engaño o descubro belas.

–¡Calla Verarda! –dixo Taurisa–, que debe de ser que «quien bacás á perdido, cencerros se le antoxan».

–No, por vida mía, sino que veo belas, ¡y ya descubro dos!

–¿A qué parte? –dixo Belisandra.

–Allí enfrente –dixo Verarda–: mire vuestra grandeça por la punta de aquel árbol y verá <sup>[f. 204v]</sup> como digo yo verdad.

–En verdad que tiene raçón –dijo Velisandra–, que tanvién me parece a mí lo mismo... ¡Sí, sí! ¡Sin duda son belas!

De allí a un cuarto de ora ya descubrieron claramente que eran belas y, como veían tantas, por una parte estaban muy alegres y por otra recelosas<sup>dcxxvii</sup> no les biniesse algún daño. Al fin, estando en esto, llegarían ya poco más de legua y media del puerto, conocieron a la nao Buena Esperança en las belas, vanderas y gallardetes, y entendieron y conocieron claramente ser ella, de que fue est[r]añó el contento que recibieron. Y

vieron cómo las aves que habían ido de la isla cada una se había sentado sobre la gavia de una de las naos.

Quedándolas aguardando en el puerto con mucho contentamiento y alegría dejaremos aquellas señoras, por deciros lo que sucedió en el fuego y rebuelta del palacio del rey de España, Ofrasio.

## **Capítulo 2. En que se declara qué fue la causa del fuego y alboroto de palacio y de lo que d'él sucedió.**

Saliendo al patio de palacio, el Caballero de la Fe, tinto ya en sangre el montante y él puesto en el punto del coraxe y cólera militar, diximos que vio a doce caballeros que al buen rey Ofrasio atado de pies y manos le iban a lançar en un fuego, y qu'él había dado una boz diciendo: «¡Estad quedos traidores!». Pues cierto –dice Nictemeno– que yo estaba a una bentana que asomaba al patio dando boces a unos esclabos que me suviessen agua (porque se començaba a quemar por allí un enmaderamiento) y que no sé cuál llegó más presto: la boz qu'el príncipe dio o su propia persona, porque de un ligerísimo salto dio con los traidores que forcejeando con el Rey andaban por echarle en el fuego. Y él, como tenía tan estremada fuerça, aunque eran doce y le tenían atado de pies y manos, les hacía alguna resistencia.

Pues, como el príncipe llegó, miento si no vi del primer taxo de montante que con seguridad pudo dar a los enemigos<sup>dcxxviii</sup> dividir dos caballeros haciendo de ellos cuatro, con tanta presteça que no con mayor el torbellino airado divide y desparrama<sup>dcxxix</sup> las tiernas matas del frutal nuebo, como los medios cuerpos fueron bolando por el aire y, después, rodando por el suelo con el horrible golpe del montante. Buelbe y rebuelbe, retuécese y retira; raspando el ágil viento dio'tro golpe y a [o]tro miserable acertó por la garganta, echándole a rodar <sup>[f. 205r]</sup> la cabeça con tanta presteça cual diestro lellanador en umbrosa selba, que probando en las matas el afilada segur que lleva para acer lleña ba cortando. Cierto, que lo escribo así<sup>dcxxx</sup>, que en cuatro bueltas que con destreça dio al montante a todos doce caballeros, a unos muertos y a otros heridos, desparramó y esparció como si solo un caballero fuera. Y cortando las ligaduras al Rey dixo:

–Quien así os tenía, señor, d’esta manera atado, n’os amaba ni preciaba como yo.

Y diciendo esto le dio una espada y escudo y le puso una celada en la cabeça, diciendo:

–Báyase vuestra maxestad a recoger y déxeme a mí con estos traidores, que aunque yo muera en la batalla se pierde poco y perderse ía mucho si Vuestra Magestad faltase.

Y, diciendo esto, base entrando entre los enemigos cual furioso león en manada de mansas corças. Y tal estrago comiença <a> hacer que ya acaudillándose la gente del buen rey Ofrasio con un tan buen capitán resistían a los enemigos, que ensangrentados, encarniçados y furiosos andaban matando a cuantos topaban sin dejar a ninguno a vida, ni hacían distinción de sexo, de linaxe ni de edad, sino que a todos los pasaban a guchillo: a viexos y a moços, a niños y a doncellas, sin ningún género de diferencia hacían mil estragos, usando con ellos de infinitas crueldades aun al aspecto terribles.

El buen rey, como se bio libre, con la espada en la mano, con la ira y saña con que estaba no parecían cosas de hombre las que hacía, porque junto a sí tenía un montón de cuerpos echos pedaços, destropados y divisos, que apenas podía salir de entr’ellos. Y, pudiéndose escapar, un escudero suyo le truxo sus armas y espada, con las cuales no temiendo ya a todo el mundo començó a descurrir por palacio, haciendo remediar el fuego lo más que le era posible y resistiendo al furor del enemigo con aquel su balor y vrío tan estremado.

Mas en este tiempo, subiendo el Caballero de la Fe a una sala, en la cual topó degollados cuatro o cinco paxes que le hicieron estraña lástima, viendo entre ellos dos o tres mugeres sin cabeças; lo cual todo mobió tanto el noble pecho del mancebo que las lágrimas le salieron por los ojos. Y, en esto, en un aposento o cuadra más adentro oyó muchas boces y ruido de la miserable gente que moría, y oyó las boces de las mugeres que lebantaban los alaridos al cielo. Y, como a la puerta acudió, aunque se lo estorbaban algunos caballeros, él, haviéndoles dado con mucha presteça la muerte, llegó a la puerta. Y allándola atrancada y que de ninguna manera la podía avrir, con una ira terrible se aparta y, tomando dos o tres pasos atrás, le da un puntapié con tanta fuerça <sup>[f. 205v]</sup> que



de par en par abrió las puertas, dando con tres o cuatro de aquellos traidores (qu'estaban d'espaldas arrimados a ellas) de vruces<sup>dcxxx</sup> en aquel suelo.

Y, cuando el caballero entró, vio uno de los más crueles y espantosos espectáculos que se pueden imaginar. Porque alló a un feroz y endiablado gigante con unas armas todas negras, sembradas de cabeças de víboras de fuego por todas ellas (el caxco, celada o almete yo le vi –dice Nictemeno– y realmente que pesaba veinte y dos libras y tres onças). Tenía un escudo echado a las espaldas, el cual en campo negro tenía una fiera serpiente, que parecía estar abrasada en vibo fuego, y la letra, que de esmalte blanco tenía por orla, decía en campo negro y terrible:

De fuego soy la serpiente

que abraso toda la gente.

Esta inhumana y endiablada vestia tenía un corbo y pesado alfange en las manos, y aquellos ministros de maldad no hacían sino de aquellos aposentos (qu'el cuarto de las damas era) sacaban rastrando de los cabellos y por los braços todas las mugeres que podían y aquel cruelísimo tirano, sin excepción ninguna, no hacía sino degollar a todas cuantas aquellos malditos carniceros sacaban. Era lástima de ber, que tenía ya degolladas siete mugeres.

Y entonces, ¡o, crueldad indigna de hombres y no solo de hombres pero aun de los demonios atemorizadora!, que a las dos hermosísimas princesas Diadena y Cadinisa<sup>dcxxxii</sup> y la sacra reina Casiana y a la infantica Teodoreda las traían ya, las manos atadas atrás y aquellas melenas de oro desgreñadas, al cruel degolladero, cuando el buen Príncipe de la Fe rompió la puerta. Él se venía lacrimoso de los cuerpos muertos que había topado, mas cuando vio aquello toda su lástima y compasión se le bolbió en ardentísimo coraxe y encendida cólera. Y, así, puniéndose delante (sin hacer caso del gigante) de los cuatro caballeros que aquellas señoras traían y dando una buelta de montante diestrísimamente, y con el pomo d'él dando a uno en los ocicos (que todos se los undió haciéndole bomitar los dientes, sangre y sesos todo embuelto), hiço que dexasen la presa que traían. Y, en apartándose, se ubo tanvién con todos ellos, que a poco de rato los tendió a todos.

Y, no pudiendo el endiablado gigante caer en la cuenta de qué fuesse aquello, como vio con tanta facilidad hacer pedaços sus caballeros, fuesse para el príncipe lebantando el alfa[n]je y diciéndole<sup>dcxxxiii</sup>: «¡Criatura, quítate de delante, déxame exercitar la justa saña que contra esta vil gente tengo!». Y diciendo esto le fue a tirar un golpe, del cual realmente entendió que se acabó el pleito; mas el príncipe se apartó a un lado con un ligero salto y con tanta presteça qu'el golpe del guchillo dio en el suelo de la <sup>[f. 206r]</sup> sala, entrando por él más de un tercio. Mas el montante fue tan vien guiado que de solo aquel golpe, acertándole en la gola, le dejó la cabeça colgada en el pellexo solo del cocote, dando aquel brutal cuerpo un gran golpe en mitad de aquel suelo, acabándose con él un haçañosísimo echo y la más cruel y inhumana criatura que havía producido el linaxe humano.

Algunos caballeros del gigante que habían quedado quisieron començar a huir, mas poco les aprobechó, qu'el buen príncipe los acabó a todos. Y desatando aquellas señoras, que todas estaban medio muerta si no era la balerosa reina Casiana que, aunque havía tragado la muerte de sus hijos, de su marido y la suya propia, estaba con una grabadad y serenidad de rostro como si nunca tal por ella pasara, y cuando el príncipe llegó a le quitar las enlaçadieras, ella le dixo:

–¡O, bos avíades de ser, señor caballero, de cuyas manos estas havían de recibir la vida y la libertad! Mas creed cierto qu'el tenella será para serviros.

Aquellas princesas estaban tales que ni le acertaron <a> hablar ni hacían más que derremar abundantes docenas de gruesas perlas por aquellos hermosos<sup>dcxxxiv</sup> ojos.

–Aora, vuestras grandeças –dixo el príncipe–, con todas estas mugeres que an quedado vibas, se encierren en lo más secreto, que yo buelbo a ver cómo está el Rey, que le dexé en mucho peligro en el patio, y a remediar no se nos abrase la casa.

–Andad, hijo mío –dixo la Reina–, y por amor de Dios que me traigáis aquí al Rey mi señor si queréis que aprobeche de algo el haverme dado vida.

Con esto, en saliéndose el príncipe, todas aquellas princesas, del miedo que cobraron de ber allí tantos cuerpos muertos y otros qu'estaban con tristes quexidos acabando de despedir las ánimas, no osaron estar allí. Y entrándose a otro aposento, que

tenía unas muy buenas puertas y tenía otros cuatro o cinco aposentos adentro, cerraron la puerta, y no quedó cosa en todo él que no pusiessen por tranca. Y, así, ivan cerrando las puertas asta que se quedaron en [el] último aposento, serían como asta sesenta o setenta mugeres.

En este tiempo tornando a salir el príncipe, topó otra traçalada de vellacos que iban muy cargados con despojos que havían robado. Mas él les dio una tal buelta que ya deseaban (si pudieran) irse uyendo y sin carga, mas aun de la de los cuerpos alibiaba las almas el montante. Ya andaba el príncipe cansado y herido en muchas partes cuando pasando de un cuarto a otro topó al Rey, acompañado de asta ciento caballeros que se le havían juntado, dando en una compañía de aquellos traidores como en centeno verde. Y como el príncipe entró y los tenían acorralados, por que se acabase más presto el negocio, entró diciendo: «¡Apártese Vuestra Magestad afuera! [f. 206v] ¡Ca, señores caballeros! ¡Santiago y a ellos! ¡No quede ninguno de esos traidores a vida!».

Y, diciendo esto, como generoso lebrer de Irlanda que con contento se arroxa a la pressa, así se arroxó el buen príncipe, siguiéndole aquellos señores con generosa imbidia derribándolos. Como apresurado segador suele hacer a secas miesses en fresca mañana, cuando anda sobre apuesta con el competidor amigo sobre quién á de hacer más manípulos o manojos aquel día, así andaba el príncipe, aquella manada de gente bárbara segándola y en dibisas partes esparciéndola con aquel montante que en las manos traía. Con tales dos adalides como el buen rey Ofrasio y el Caballero de la Fe, aquellos caballeros, aunque algunos murieron y otros quedaron heridos, en vrebísimo espacio los acabaron.

En esto, ya estaban tantos caballeros y gente de la ciudad remediando el fuego y el daño que antes la muchedumbre causaba confusión y, como era tanta la gente, era río rebuelto y penossa ganancia de pescadores<sup>1007</sup>, porque algun[os] más parecía que venían a saquear que a remediar y más a urtar que a matar el fuego; lo cual considerando algunos viexos y prudentes barones y otros gobernadores y justicias començaron a poner remedio. En esto, viendo ya que de los enemigos havían quedado pocos y esos

---

<sup>1007</sup> *río rebuelto*: El autor hace aquí un uso libre del refrán: «A río vuelto, ganancia de pescadores» (*Correas*, pág. 35).

estaban ya en mazmorras y cárceles y puestos a muy buen recaudo, con lo cual comenzaron a recoger la gente, buscando a su rey que asta entonces no le habían bisto; al fin, le vinieron a allar en la sala que dijimos que estaba acabando aquella vil canalla. Al fin, haciéndole quitar afuera, le dixerón como ya el fuego estaba apagado y los enemigos muertos y presos, que su grandeça se fuesse a recoger y a curar que parecía qu'estava herido.

–No son mi heridas nada –dixo el Rey–, mas este vienaventurado Caballero de la Fe es por cuya ocasión yo soy vibo, que si no, ya fuera entregado a las insaciabes llamas del ardiente fuego, en el cual atado de pies y manos me iba a echar el enemigo.

En esto, en otro aposento más adentro uyerón ruido. Y el buen príncipe como un abe saltó adonde el ruido sonaba y, dando un puntillaço a la puerta, alló al buen príncipe Luposeldo, que había muerto con una espada y un escudo y un morrión más de veinte caballeros. Mas ya el baleroso joben, desarmado, estaba herido por muchas partes, y como eran tantos le tenían en tanto peligro que si un punto, como dicen, más tardaran, sin duda le mataran, porque eran más de cuarenta los que le tenían cercado. Pues como el Príncipe de la Fe llegó y vio las balerosas azañas de aquel niño, casi avrasado en una nobilísima invidia comenzó a pelear como si en todo el día [no] ubiera meneado los braços. Y, con el ayuda de los que después entraron, en vrebbe espacio embiaron a zenar [f. 207r] al infierno aquella vil canalla.

Con esto se dio fin a la guerra, y al Rey, que perdía mucha sangre, aunque no quería al fin le suplicaron que se fuesse a recoger, no sucediesse alguna desgracia, y que le tomasen luego la sangre. El Príncipe de la Fe, incado de rodillas, le dixo, llebando al príncipe Luposeldo de la mano:

–Suplico a vuestra grandeça me sea otorgada esta merced: y es que, antes que vuestra grandeça se recoxa, vamos aquí al cuarto de las damas, porque así lo prometí a mi señora la Reina.

–Pues, ¿cómo?, ¿la Reina es biba? –dixo el Rey, llenos de lágrimas los ojos.

Porque, como ya se había pasado aquel enciendido calor del ardiente Marte, havíale buelto a la memoria en cuánto peligro había dexado a la Reina, a sus hijas y las

demás mugeres, y con tierno corazón, como aquel que tanto las amaba, comenzaba ya a sentir su daño y pérdida, así que dixo:

–Bamos, señor caballero, que al fin tenéis la birtud y la buena fortuna por padres.

Con esto, suviendo a la sala que, como diximos, de miedo de los muertos no había[n] osado quedar en ella las princesas, y vieron siete mugeres degolladas (tres doncellas hermosísimas y cuatro dueñas), ninguno de todos aquellos caballeros ubo que viendo aquellas hermosas azuzenas marchitas y sin color, arrancadas con tanta violencia de las crueles manos de aquel carnicero, que no celebrasen con lágrimas tan triste espectáculo. Y, como vieron descabeçado aquel gigante y muertos con espantables heridas diez y ocho caballeros, todos quedaron admirados, aunque pensaron que los muertos eran algunos de la gente del Rey y algunos del gigante. Mas entrando más adentro, indo quebrando las puertas (porque las mugeres como estaban tan adentro no oían y aunque oyeran de puro miedo no osaran salir <a> abrir), al fin, quebrantando las puertas, llegaron al último aposento. Y Dios sabe cuando oyeron el estruendo el miedo que todas aquellas señoras concibieron, que si no era la balerosa Casiana, todas las demás daban los alaridos que llegaban al cielo. Al fin, llegándose cerca de la puerta, la Reina conoció la boz del Rey que decía: «¡Callá, callá, señora! ¡Abri<sup>dcxxxv</sup> aí, que yo soy! ¡Abri que aquí está el rey Ofrasio!».

Con esto, aunque con arto desmayo del demasiado contento, dijo la Reina: «¡Escuchaos, escuchaos mugeres, que al Rey mi señor é oído ablar!».

Con esto, cesando los gritos, aunque no las lágrimas y zolloços, acabaron de conocer ser la boz del Rey la que se oía. Y, con esto, comenzaron a quitar todas las baratixas que habían puesto para atrancar la puerta y, como eran tantas, presto la desocuparon. Todos aquellos caballeros iban bañados en sangre, especialmente el Rey y los dos príncipes, que realmente parecía que habían metido las armas en algunas tina de tintoreros de grana. Y el príncipe Luposeldo, como no llebaba armas mas <sup>[f. 207v]</sup> del morrión y el escudo y se le vían las heridas así sobre el delgado vestido, era la mayor lástima del mundo el mirarle.

Pues el Príncipe de la Fe, que iba sin celada sino con solo morrión y tenía una herida (aunque pequeña) en la cabeça, como corría tanta sangre de ella por sobre los ojos, como no llebaba manoplas echaba su blanca y hermosa mano al frente para quitar la sangre que le enfadaba y estorbaba la bista. Y qual apresurado caminante qu'el menudo sudor que de las cansadas sienes quita con la mano y sacudién[do]la arroxa en el suelo el agua que en ella á recoxido, así hacía el buen príncipe a su sangre. Pues el buen rey, todo él parecía que venía echo una carne.

Ved las cosas que harían aquellas princesas, aunque el amor que la buena reina tenía a su marido<sup>dcxxxvi</sup> la hacía estar abraçada con él, toda la ropa y bestidos llenos ya de sangre y aun con los lavios recogiendo la que por el rostro abaxo al Rey descendía. Con esto, dando infinitas gracias a Dios por el haberlas librado de tan grandísimo peligro, la Reina delante de aquellos caballeros contó el cómo havían sido libradas de la mano del gigante por solo el Caballero de la Fe y qu'él solo havia acabado lo que apenas pudieran cien caballeros.

Todos estaban admirados de lo sucedido, mas viendo que se desangraban demasiado y qu'estando heridos ningún provecho hacía a aquellos príncipes estar entre damas, se fueron a curar; dando cuidado al buen duque viexo del Pumar que limpiasse a[l] palacio y le pusiesse con el mayor orden y concierto que fuese posible. Luego fueron proveídos grandes maestros que a los heridos curasen; la cura y la declaración de quiénes eran los que esta traición havían echo veréis en este otro capítulo.

### **Capítulo 3. En que se declara quiénes eran los traidores que al palacio de Ofrasio habían puesto fuego y echo los daños que tenemos dichos.**

Hablando de la fama<sup>1008</sup> Halano<sup>1009</sup> dice que una de sus excelentes propiedades es huir de quien la sigue y seguir a los que de ella uyen; porque la buena fama ase de

---

<sup>1008</sup> Este breve excurso sobre la fama está basado en la entrada dedicada a este tema en la citada *Polyanthea* de Domenico Nani Mirabelli, de donde se toman también las correspondientes referencias aportadas en nota marginal (cf. la edición edición ampliada de la *Polyanthea* manejada por nuestro autor: Savona, Simone Babilaqua, 1514, s.v. «fama»).

<sup>1009</sup> Ap. marg.: «Halanus, *De Planctu Nature*».

mercer y no se á de buscar. Á ella de buscar al famosso, y el que fama merece procura huir de ella, porqu'esta es la mejor manera de alcançalla. Esto digo porque el buen Príncipe de la Fe, aunque havía echo un echo tal y tan onroso y provechoso a la república, el cual comúnmente por todos los buenos republicanos era ensalçado y lebandado (que es en lo que consiste la buena fama, según dice<sup>dcxxxvii</sup> Cicerón<sup>1010</sup>), con todo esso, en quanto era de su parte procuraba que se callase y que no se dixesse más. Quanto más él procuraba<sup>[f. 208r]</sup> esto, ella, como beloz corriente de río (que quanto más le ponen presa después que la rompe corre con mayor rauda, furia y presteça), así acaecía que quanto más el príncipe quería atapar las bocas de los que le loaban, tanto en mayor alabança suya rompían muchas beces; aunque él, y no con falta de verdad, toda la victoria atribuía al baleroso rey Ofrasio.

Mas por que sepáis quién fueron los traidores, sabed que, en el África, entre muchos recuentos qu'el buen rey Ofrasio tubo con los africanos, alcançando de ellos muchas y muy escelentes victorias (más aún que aquel baleroso Escipión, a quien por sobrenombre llamaron «Africano»<sup>1011</sup>), una fue y la no menos insigne la que alcançó de Estribaldo moro, gigante africano, que en una campal batalla a él y a su gente desbarató, venciéndole a él cuerpo a cuerpo, y como dicen, lança por lança. Y lo que más sintió el africano fue que le truxo presso a España y, aunque le trató con mucha clemencia, al fin, le truxo en son de esclabo. Y triunfó d'él en Ispalia y de otros diez mil moros que truxo esclabos, sin más de 20.000 que en aquella batalla venció, porque fue una de las más generales y de más gente qu'el rey Ofrasio benció en su vida.

Este, pues, por la demasiada clemencia del rey Ofrasio, fue buelto en su libertad y aun en su reino, con ciertas parias a tributo que a los reyes de España quedó obligado a pagar él y sus sucesores. Este rey Estribaldo poco vibió, porque la corónica<sup>dcxxxviii</sup> africana dice que solo vibió nuebe mes[es] después de buelto de España; mas quedó por

---

<sup>1010</sup> **Ap. marg.:** «Cicero, *Philippius*, libro 1».

<sup>1011</sup> **Ap. marg.:** «Vide *Eutrop.*, lib. 3 et *Flor.*, lib. 2». Estas referencias relativas a la figura de Escipión, así como el texto al que acompañan, han sido extractadas de la entrada dedicada a este personaje en la obra de Guillaume Rouillé, *Promptuarii iconum insigniorum à seculo hominum* (Lyon, Gulielmum Rouillium, 1553, I, pág. 141).

su heredero su hijo mayor, arto más malicioso, traidor e imbencionero que animoso ni baliente, aunque era membrudaço y tenía muchas fuerças corporales.

Este procuró de inquietar a España muchas beces con traiciones y bellaquerías que cada día urdía. Y la última y más perniciosa fue que, viniendo él con cuatro mil caballeros en unas fragatas y maonas en hábito de africanos mercaderes, se determinó de cuando ubiesse más descuido en palacio acometer a él y quemarle, matando al Rey y Reina y sus hijos sin dexar ninguno a vida. Y, así, a unos astutos y sutiles ladrones dio el cargo del pegar fuego al palacio, y a unos balientes soldados y caballeros, que matasen a<sup>dcxxxix</sup> cuantos topasen; a dos docenas de balerosos capitanes, que prendiessen y matasen al Rey. Y él, como más cruel y infame, tomó<sup>[f. 208v]</sup> a su cargo el cuarto de las damas, en el cual como vistas exercitaba aquella abominable cluedad (qu'él era el que estaba degollando las doncellas cuando el buen príncipe le quitó la cabeça). Y llamábase esta cruel bestia Argasadón.

Y esta fue la causa del contado alboroto y guerra; aunque opinión fue de algunos que avía algunos traidores en la ciudad que consentían la maldad y traición de Argasadón. Aunque esto nunca se pudo vien averiguar, porque aunque a algunos atormentaron todos callaban y negaron a pies juntos, como decís, si[n] que jamás se pudiesse averiguar más de que algunos se ausentaron de la corte.

Al Rey le curaron con todo cuidado, mas no tenía herida ninguna peligrosa, aunque tenía muchos piquetes. Quien más herido estaba fue el hermoso doncel y príncipe don Luposeldo, por haber estado desarmado y ser muchos los enemigos que le acometieron. El Príncipe de la Fe tenía algunas heridas, mas no de suerte que le obligasen a más que a estarse en la cama con muy buena combersación, tanto que dixo Esmerilda que si fuesse menester se podía lebantar de allí a cuatro o seis días. Mas apenas le havían acabado de curar cuando la buena reina Casiana, dexando ya curado a su marido y hijo, acompañada de sus hijas y de la hermosa Cadianisa<sup>dexl</sup> y de otras hermosas doncellas, vino a nuestro cuarto –dice Nictemeno– y con arta admiración de todos nosotros, porque si no era <a> alguno de sus cuñados o algún gran e[m]perador jamás se les solía hacer tanta merced.



Mas yo me allé presente –dice Nictemeno–, y cierto que fue cosa notable ber la cortesanía, humildad y buen término con que el príncipe recibió aquellas damas, y la gracia y donaire con que ellas saludaron al príncipe. Al fin, sentadas en un hermoso estrado que cuatro paxes (por orden de Gradisa que allí entró) pusieron, con unas almoadas de vrocado verde y oro vien ricas (que en la maona turca havían allado un adereço entero qu’el brabo moro Farfanelo llebaba para una reina africana, que se tasó el estrado con sus aderentes en seiscientos mil ducados, porque cierto era hermosísimo y sembrado de mucha y muy rica pedrería); en esto, se sentaron aquellas princesas. Y la Reina habló con mucha llaneça y afabilidad a Gradisa, y después preguntó al príncipe quién era:

–Es mi aya –respondió el de la Fe–, mi señora, y a quien yo quiero mucho.

–¿Qué mugeres tiene consigo, amiga? –dixo la Reina a Gradisa.

–Siervas de vuestra grandeça –dixo Gradisa–: mi señoras Esmerilda y Libertina –que siempre ella llamaba así a la dos pastoras– tienen dos docenas de <sup>[f. 209r]</sup> doncellas y cuatro dueñas y a mí, menor criada de vuestra grandeça, sin otras doce niñas que están con ellas y las criadas de servicio.

–Pues, ¿y cómo, señor príncipe? –dijo la Reina–, ¿tanta compañía tiene y no nos lo havía dicho? Aora, hermana Gradisa, id, por vida vuestra, y hacé que salgan acá todas esas vuestras compañeras.

En esto fue Gradisa y dixo a Esmerilda y Libertina lo que la Reina mandaba. A todas ellas, qu’estaban labrando, hiço Esmerilda con la mayor presteça que pudo que se adereçasen; digo de ropas, que de lo demás todas estaban de una librea aunque de tocados diferentes, todos de sus mismos cabellos, y en cabello, porque era verano. Y, así, puestas todas unas ropillas sueltas de brocado berde, aforradas en tela de oro, trabadas de las manos, como eran amigas, salieron al aposento, viniendo detrás de todas ellas Esmerilda y Libertina<sup>dcxli</sup> vestidas de vrocado negro, brabas quanto se podía pensar.

Y como iban entrando no hacían más de hacer una reberencia unibersal a todos, y luego en muy buena gracia secundaban, torciéndose tantico sobre el pie izquierdo, y

hacían una reberencia al príncipe que estaba en la cama. Y, así, con la misma llegaban a ponerse de rodillas delante de la Reina, a la cual y a las princesas pedían la mano, índose puniendo con su concierto a un lado de la cuadra. Y d'esta manera todas veinte y cuatro pasaron, admirada la Reina de ber tanta hermosura y riqueza, y no podía imaginar de dónde pudiessen haber venido tantas y tan hermosas doncellas, que toda su corte no pensó la reina Casiana que tenía tanta belleça. Mas cuando llegaron Esmerilda y Libertina, la Reina les hiço mucho comedimento, como si realmente fueran algunas princesas. Ellas, con mucha humildad, mas con mucha cortesanía, azeptaron la onra y merced que se les hacía, y el buen príncipe dixo:

–Después de mi madre, la princesa Belisandra la Bella, vea vuestra grandeça – dixo a la Reina– a mis madres, que en essa posesión tengo yo a mis ayas Esmerilda y Libertina.

Cuando le oyó la Reina decir «a mi madre Belisandra la Bella» (y, al fin, aunque muy prudentes, las mugeres no tienen tanto sufrimiento como algunas beces sería justo), dijo luego la Reina:

–¿Cuántos años tiene el príncipe, Dios le guarde?

–Señora –dixo<sup>dcxlii</sup> Esmerilda–, tiene<sup>dcxliii</sup> diez y seis y anda en diez y siete años, que aquí estó yo, que de dos días nacido le tube en mis braços.

–Pues <á> aogora trece años –dixo la Reina–, el señor príncipe Ardoniso en esta corte estaba, que aún no á catorce cumplidos que de ella se partió.

–Muy aberiguadora está vuestra grandeça –dixo Esmerilda a la Reina– de edades... pues esto solo sé decir a vuestra grandeça para que tenga qué pensar: que yo le saqué del vientre donde le allé y el vientre era de palo, y sobre que se sustentaba <sup>[f. 209v]</sup> eran piernas de agua; regíase por los vientos, gobernábase por la luna y era diez beces mayor que la tierra. Y, con esto, aunque muchas beces é estado en su madre, jamás pude tener noticia de quién le parió ni pude averiguar su verdadera madre. Diéronle leches dos amas: la una ligerísima y la otra muy mansa y humilde. Aora, esclarecida Reina, échese vuestra grandeça <a> adevinar y no me pregunte otra cosa.

–Por cierto, hermana Esmerilda, que me á dicho cosas que para mí son vernardinas; mas pues no quiere decir más, no hablemos más en esso.

Pero, con todo esso, la Reina encomendó a la memoria lo que Esmerilda havía dicho, y al príncipe dixo en boz alta y que todos lo oyeron:

–¿Y cómo, señor príncipe? ¿Y estos paxes tiene vuestra grandeça en su casa?

–Cierto, mi señora –dijo el príncipe–, y a fe de caballero que a ninguna de todas estas damas jamás havía visto asta agora ni sabía que ellas estubiesen en casa. Porque todos esos negocios de mugeres mis ayas tienen el cuidado, que yo no me entremeto en nada de esso; qu’es cierto que esta es la primera bez que las beo, y huélgome mucho que mis ayas s’estén tan bien acompañadas.

–Aora, ¿en qué, por vida mía –dixo la Reina a Esmerilda–, hace, amiga, gastar el tiempo a estas doncellas y dónde las ubo y cómo las escoxió tan hermosas?

–Mi señora –dixo Esmerilda–, en diferentes ejercicios se exercitan: unas tañen y cantan; otras dançan; otras bordan; otras matiçan y labran; otras texen sedas y brocados, cintas, pasamanos y otras mil cosas; otras pintan y aun otras gustan algunos ratos en escribir y leer. Así que, mi señora, en todos estos ejercicios entienden.

–Pues, por vida suya, que beamos algunas cosas de las qu’estas damas hacen.

–¿Qué quiere vuestra grandeça –dijo Esmerilda–, ver primero las cosas de música y pintura o las de labor y bordar?

–Querría ver primero –dixo la Reina– las de labor, por que quedemos después con el gustillo de la música.

–Pues se’así, señora –dixo Esmerilda–. ¡Vayan, ángeles –dixo a seis de aquellas doncellas–, y triagan los bastidores, que los quiere ver mi señora la Reina!

Luego se levantaron aquellas seis doncellas: la una llamada Aranisa, la otra Lucipa, la otra Carselia, la otra Melampa, las otras dos se llamaban Frisia y Girdenia. Las cuales como se levantaron, echo el devido comedimiento, fueron a su aposento, y unas esclabas de servicio truxeron seis muy hermosos bastidores de plata muy vien

guarnecidos y en ellos unos paños de red de oro, labradas en ellos de matices muchas y muy curiosas istorias.

El primer paño que descoxieron, que ya poco le faltaba por acabar, era el de la cabecera, en el cual estaban pintadas dos istorias: la una era de la hermosa y balerosísima Palas, a la cual los griegos llaman Minerba [f. 210r], y la otra era la del dios Marte. En la una y en la otra estaba lo istorial y fabuloso admirablemente labrado: estaba lo fabuloso de Palas, o Minerba<sup>1012</sup>, lo primero cómo nacía del cerebro del dios Júpiter y nacía ya armada y en edad perfecta, y esto con estraña perfección. No os quiero cansar –dice Nictemeno–: todas las cosas que de ella los poetas fabulan y fingen estaban admirablemente matiçadas.

Después lo istorial y verdadero estaba por manos de Aranissa estremadamente bordado<sup>dcxliiv</sup>, atribuyéndole la imbención del formar campos, del labrar la lana, del texella y hacer paños con la curiosidad del batán y tintorería; y así las ilanderas, texedores, bataneros y tintoreros le estaban allí ofreciendo sacrificios. Todo esto estaba bordado con tanta curiosidad, propiedad, ingenio y aun riqueza, porque todo estaba matiçado d'oro, de martillo y de dibersidad de hermosas piedras preciosas. En la otra mitad d'este paño estaba lo fabuloso y verdadero del dios Marte<sup>1013</sup>. Yo digo de veras, que yo me allé presente cuando la Reina miraba los paños, y que solo este dixeron aquellas señoras que si se uviera de pagar respecto de su curiosidad y riqueza que balía una gran suma de ducados.

Todos los demás paños vieron, que fueron cuatro paños y cuatro mangas caídas o gueteras<sup>1014</sup>, el cielo<sup>dcxlv</sup> y un cobertor y una delantecama<sup>1015</sup>, admirable cosa. No me

---

<sup>1012</sup> **Ap. marg.:** «Virgilius, Ovidius, Oracius, Estacius, Omerus, et Columela, et Leonardius Arietinus (multis in locis), et Berosus, lib. 5». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Palas (I, pág. 16).

<sup>1013</sup> **Ap. marg.:** «Sanctus Agusti., lib. 2, *De cibitate Dei*, c. 17 (que est bolumine 5, foli. 22)». No hemos localizado esta referencia en el *Promptuarii iconum* de Rouillé.

<sup>1014</sup> *Guetera*: Probablemente lo mismo que *gotera*, esto es: «Cenefa o caída de la tela que cuelga alrededor del dosel, o del cielo de una cama, sirviendo de adorno» (DRAE). No hemos encontrado otras documentaciones de esta forma con aparente diptongación del étimo latino (*gutta*).

<sup>1015</sup> *Delantecama*: Lo mismo que *antecama*. Si bien esta voz no aparece recogida en los repertorios lexicográficos tradicionales, conviene notar su presencia en el vocabulario de Aragón (cf. Luis V. López

acuerdo vien cómo estaban repartidas aquellas istoriales fábulas, mas sé que estaba la de Osiris<sup>1016</sup> y la de Isis o Juno egipcia, su muger y hermana; estaba la de Jano y Besta (esta fue la que dio el perpetuo fuego para que de las vírgines fuesse guardado, llamándose de ella<sup>dcxlvii</sup> «vestales»)<sup>1017</sup>. Estaba Zoroastes y Nino; el uno que era Zoroastes estaba cómo en naciendo se rió y, al fin, fue de Nino vencido, siendo el mismo Nino herido con una saeta<sup>1018</sup>. Estaba[n] los echos de la balerosa, aunque modesta<sup>dcxlviii</sup>, Semíramis: estaba gobernando su reino por su hijo Ninas Zameis; al fin, por el mismo hijo estaba muerta<sup>1019</sup>. Otras innumerables cosas estaban bordadas en aquellos paños, mas el cielo, aunque era el de la cama, de matices dibinos los cielos<sup>dcxlviii</sup> con curiosa aguja estaban bordados y en la colcha el globo de mar, y era admirablemente esculpido.

Mucho loó la Reina la curiosidad y exercicio de aquellas damas, y así dijo:

–Es cierto, Esmerilda, que hace muy vien de hacer entretener a estos ángeles en estas cosas, porque son exercicios de muy buenas mugeres y muy damas; que la buena muger por armas y trofeo á de tener la rueca y el aguja, y por orla y dibisa, la música y otros onestos exercicios.

Vien quisiera la Reina oír tañer y cantar a aquellas damas y quisiera ber algunas telas y retratos y pinturas, mas porque se hacía tarde se quedó para otro día. Y la Reina, espantada del buen concierto y casa del príncipe, loando su mucha virtud y ingenio, dijo aquellas palabras de la oriental reina al rey evreo: «Vienaventurados los que a tan savio

---

Puyoles y José Valenzuela de la Rosa, «Colección de voces de uso en Aragón», en *Archivo de Filología Aragonesa*, 1992-1993, 48-49, pág. 293).

<sup>1016</sup> **Ap. marg.:** «Eusevius in *Coronica et suplemen. Coron.*; et Bero. lib. 5». No hemos localizado esta referencia en el *Promptuarii iconum* de Rouillé.

<sup>1017</sup> **Ap. marg.:** «Titus. Libi. lib. 1; et Bero. lib. 5; et Santus Agustinus libro 4, *De cib. Dei*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Vesta (I, pág. 11).

<sup>1018</sup> **Ap. marg.:** «S. Jheroni. super Oseam; et S. Agu. libro 21, *De cibitate Dei*, c. 14; et Eusebius in *Coro.*; et Plini., lib. 30, c. 7; et Bero., ubi supra ci.». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Zoroastes y Nino I, pág. 12).

<sup>1019</sup> **Ap. marg.:** «Supra citatis et Diodo. Sículo, lib. 3; et Justinus, lib. 1; et Hero. lib. 1. De Zameis, alias Ninas: supra citatis et bocato ab escritura, Amraphel, *Gene.* c. 14». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Semíramis y Ninias (I, pág. 18).

rey sirben»<sup>1020</sup>. Con esto, se despidieron aquellas señoras, rogando a Esmerilda que se pasase [f. 210v] al cuarto de la Reina algunos ratos. Y así, entonces, ella y Libertina y Gradisa y otras dos damas fueron a acompañar a aquellas señoras a su cuarto.

Y zierito la magnífica Reina lo hiço como quien ella era, porque les hiço a todas cinco mucha merced y aun a todas las demás envió riquísimos dones. Especialmente al príncipe, por el beneficio que d'él havían recibido, que no fue de menos que de la vida (pues tenían ya el guchillo a la garganta), le enviaron aquellas princesas por orden del rey Ofrasio, que se alló dos beces dada por el príncipe la vida, un presente tal como de tan poderosos reyes se esperaba, que cierto fue supervísimo. Y el Rey con los gaxes que del príncipe llebaba le envió gran suma de oro y plata de ayuda de costa, y veinte y cuatro caballos enxaeados con riquísimos jaeces. Y enviole título de general de la mar y que le pudiesse exercitar por tercera persona, entre tanto que su boluntad fuesse. Y enviole un collar de oro riquísimo lo que se puede pensar<sup>1021</sup>, echo de echura de eslabones y pedernales despidiendo llamas de fuego, el cual tenía por colgante un corderillo echo de una piedra preciosísima, y hiço que se le fuesen a echar el arzobispo de Ispalia y el príncipe don Luposeldo, haciéndol[e] caballero de aquella orden y hermano de aquella compañía.

Todas estas mercedes echas de mano de su rey azeptó el príncipe con aquella humildad y hacimiento de gracias que combenía. Este fue el presente que por la victoria pasada el rey Ofrasio de España le envió, con el cual todos los de cassa recibimos sumo contento y artas mercedes de mi señor el príncipe; y a mi amo Priscilano le señaló el buen príncipe doce mil ducados de partido. Mas cierto nuestra casa y familia crecía todo quanto se puede pensar.

---

<sup>1020</sup> **Ap. marg.:** «*Regum 3, c. 10*». 1 Reyes, 10, 8. Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Salomón (I, pág. 61).

<sup>1021</sup> **Ap. marg.:** «Uide Juan de Mendoça, rerum de nobilitate; et Tiraquilum; et Pogium Florentinum; et Felicen Paliolun; et Hieronimum Osoriun Lusitanun, *De Nobilitate et reliquos*». Ignoramos el sentido de la primera referencia, que tal vez pretenda señalar a Juan Hurtado de Mendoza «el Barbudo» (s. XIII), quien poseyó el Toisón de Oro. El resto de fuentes resulta de sencilla lectura: Andrea Tiraquelli; Poggio Bracciolini; Felicem Paleolum; Jerónimo Osorio, *De Nobilitate Civili et Christiana* (1542).

Allí en la corte estuvimos como quince días después que pasó esto, poco más a menos, cuando llegaron unos mensaxeros del emperador de Constantinopla que traían una embaxada al rey Ofrasio; el cual ya se lebantaba, aunque se estaba flaco de la mucha sangre que en la guerra había perdido. Y como fuessen a la Sala de Estado, luego vinieron a llamar al Príncipe de la Fe, el cual luego fue a ber lo que su rey mandaba.

Al fin, los mensajeros, haciendo su oficio, dieron una carta al Rey, la cual leída vieron que decía así:

Al excelentísimo rey de España, Ofrasio, el emperador Armodio, su verdadero hermano y amigo, le envía salud.

Ya creo, excelentísimo rey, que tiene vuestra grandeça entendido cómo los pérfidos enemigos de nuestra santa fe, encarniçados contra el cristianismo, andan por todos los reinos a los pies de la iglesia romana sugetos haciendo grandísimos daños y crueldades: matando los inocentes, quemando los templos, asolando las poblaciones y arruinando las ciudades y aun puniendo en aprieto los reinos y en necesidad las monarquías. Especialmente a esta nuestra ciudad de Constantinopla vienen cada día caballeros infieles, de los más balerosos y escogidos que ellos tienen, a darnos aldabadas y matarnos a campos y escaramuças. Anos parecido <sup>[f. 211r]</sup> que en ella se congreguen los caballeros moços más balerosos de la cristiandad para defensa d'esta ciudad y onra del cristianismo. Y, entendiendo cuánta abundancia de buenos caballeros ay en la española corte, quisimos enviarle a suplicar, señor rey, nos envíe de los más escogidos algunos que en esta corte se entretengan asta que nos determinemos de romper el campo con el enemigo. Y, porque se entiende que vuestra grandeça nos hará esta merced y regalo, Nuestro Señor le aumente en estados y grandeça como su balerosísima persona merece, dándole su gracia y fuerça en la fe, con la cual gobierne sus reinos a servicio de Nuestro Señor Jesucristo, amén.

Mucho olgó el Rey con la carta del Emperador, porque, dejado aparte que era un tan gran príncipe y ya viexo y balerosísimo por su persona, era particular amigo y aficionado del rey Ofrasio de España y habían sido camarada en algunas jornadas de importancia. Con esto, hiço dar muy buen recado a los mensajeros y, haciendo salir fuera a todos los caballeros moços, se quedaron en consexo catorce señores de título, viexos y muy discretos y experimentados en la milicia; entre los cuales, antes que de allí saliessen, se hicieron las minutas de los que habían de ir, que fueron los señalados veinte y cuatro caballeros, entre los cuales el primero fue el Príncipe de la Fe, al cual le truxo la cedulilla el duque viexo del Pumar.

No escribo en particular los echos de los beinte y quatro españoles embiados a Constantinopla, sino solo lo que toca a nuestra historia; porque mi amo Priscilano escribió un libro admirable de mucha erudición y galán estilo, al cual intituló: *Echos heroicos de los veinte y quatro españoles en la Grecia*. Y los nombres, porque alguna vez emos de hacer memoria de ellos, son estos: Fenestelo, Fabencio, Fuleo, Galeoto, Garibaldo, Gleserico, Gisibilfo, Haresio, Heraclio, Isacaceo, Laredoberto, Lecero, Licino, Liberio, Lucilio, Ludo, Lisímaco, Magnesio, Macaleo, Marato, Maraquio, Menesmo, Nicopolo y mi señor –dice Nictemeno–, el Caballero de la Fe.

Esta es la minuta de los veinte y quatro nombrados en consexo para ir a Constantinopla. Dada que fue la memoria al Caballero de la Fe, entendiendo que de aquello gustaba su rey y juntamente con esso él tenía grandísima boluntad de ir a Constantinopla, viendo que se le cumplía su deseo, llamando a Priscilano y a Mauro Italiano y a otros quatro caballeros viexos que en casa estaban, entraron en consexo para determinarse en cómo se havía de hacer aquella jornada. En este otro capítulo os diré en lo que se determinaron y lo que se hizo <sup>[f. 211v]</sup> y por qué orden.

#### **Capítulo 4. De lo que se determinó en el consexo del Príncipe de la Fe para su jornada y de lo que se puso por obra.**

Como el príncipe entendió la boluntad del rey Ofrasio y vio que era negocio que tan conforme a su boluntad benía, llamando a su maestro Priscilano y a Mauro Italiano, Luciso, Masaxeto, Córfigo, todos hombres de mucha edad y prudencia, les dixo:

–Ya sabréis, caballeros, lo que ayer me envió a mandar el Rey por su cédula, y quanto ella viene más comedida, tanto más me obliga a mí a hacer lo que por ella me es mandado. El Rey dice que lo dexa a mi boluntad y que haga lo que quisiere en este casso. Decidme todos vuestro parecer en ello, para que en lo que mejor fuere nos determinemos y buestra determinación se ponga por obra.

Todos estuvieron callando asta qu’el príncipe dixo a Priscilano que hablase, el cual començó d’esta manera:



–Supuesto, sacro señor, que el ir a Constantinopla no se escusa y que los estados y principado de tu padre Ardoniso están en poder de tu agüelo, el buen príncipe Ardoneo (y que así no ay que tener cuidado del gobierno de ellos), y que a lo que bas, señor, es negocio tan espacioso que algunos años, señor, te habrás de detener en él, mi parecer es que toda tu casa, digo todos tus criados y gente, nos pasemos, señor, a Constantinopla, pues en ella te corren tus gaxes de España. Y, siendo almirante de la mar como lo eres y general de ella, el pasar la casa con todas las demás cosas es facilísimo y aun, tiniéndose en ello el orden que conviene, negocio de mucho interés y utilidad, así a tu casa como a la cristiandad; porque las naos y armada que ubiere de ir a Grecia podrá<sup>dcxlix</sup> ir limpiando de infieles y piratas todas las costas y riberas.

Así que, señor, mi parecer es que en esas cuatro naos que dejaron el príncipe Ardoniso y el baleroso Feridano baya toda la casa y gente de ella, con la guarnición y soldados que combenga. Y otra se compre que benden unos benecianos, que es muy hermosa y grande y con algo que se gaste en ella será una de las buenas que anden sobre las aguas, y esta puede ser capitana de las tuyas, en cuya compañía irán las dos naos de Mauro Italiano con su título de tiniente. Y aquella nao que cupo en el repartimiento a la señora Esmerilda andará también en servicio de las doncellas, dándoles su parte de los despoxos que de infieles se ubieren. Y todo esto es en mucha utilidad y provecho del reino, aumento de la fe y mucho provecho, señor, <sup>[f. 212r]</sup> y comodidad para tu cassa.

La gente de pelea andará siempre por la mar, la cual el señor Mauro con título de tiniente de general trairá; será prob<e>edor general de ella Masaxeto y darse an las capitanías a los cuatro hijos de Luciso y Córfigo, que son moços de muy buenas esperanças y excelentes costumbres. Y tu casa, señor, estará de asiento en Constantinopla asta que otra cosa nos parezca combenir. Y este es mi parecer, y que nos embarquemos luego antes que entre el invierno, porque después iremos con mucha dificultad y peligro.

–¿Qué os parece a bós, Mauro?

–A mí, señor, en unibersal muy vien el consexo del señor Priscilano; en particular, ordenarse an las cosas tocantes a la milicia como más combengan.

–¿Y a bós, Masaxeto?

–También a mí me parece, señor, combenir así, y poner uno que tenga cuidado del fisco del Rey en las cosas que sucedieren, y sacar licencia para hacer vizcocho y carnes y tomar binos a la tasa real en todos los reinos de nuestro rey que nos allaremos.

También los otros dos caballeros vinieron en el mismo parecer.

–Aora pues, ¡sus! –dijo el príncipe–. El cargo de las naos y armas y municiones os encargo, Mauro, y daros á mi ayo cien mil ducados para ello. Harán la gente y soldados que fueren menester los hijos de Luciso y Córfigo; dársele á de gaxes cien ducados cada mes y a los soldados a cuatro, a los caballeros a diez ducados. Probeeréis el metelotaxe de vizcocho, carnes y vino y legumbres, quesos, mantecas, azeites y otras cosas bós, Masaxeto. Y dárseos an cuatrocientos mil ducados, y echaréis los trecientos mil en mercancías de cosa buenas d’este reino, de las cuales tenga necesidad la Grecia. Y mi ayo tenga cuenta de dar todo el dinero y salarios muy cumplidamente y [tenga] cuenta con la gente de servicio, y de proveer a mis ayas de todo lo que ubieren menester y pidieren. Y yo tendré cuidado de todo y de ablar a mi rey para ber cómo gusta de que se haga lo de las galeras de España y cuántas quiere que se pasen suyas a Levante. Y todo se haga con mucha presteça, diligencia y cuidado, qu’es la principal parte que an de tener los capitanes según el consexo del rey de los epirotas, Pirro<sup>1022</sup>. Y nadie se duerma, sino comiécense a poner luego por obra todas estas cossas.

Y con esto se acabó el consexo. Y el príncipe, ya que se lebantaban, dixo:

–Mirá, Mauro, que procuréis muy buenos pilotos y diligentes marineros.

Estaríamos en concertar todas estas cosas y dar orden en nuestra partida trece días. El Rey dio al príncipe no solo lo que le pidió, mas muchas más concesiones y <sup>[f. 212v]</sup> prebilexios, tantos que si el Rey supiera quién el príncipe era no le podía dar mayores concesiones ni favores.

Al cabo de los trece días, 21 días que se contaron de setiembre, día de santo Mateo apóstol, año del mundo según los evreos de 4189 y de Cristo de 236, domingo por la mañana, nos e[n]varcamos en Ispalia los que diré: de casa, el Príncipe de la Fe y

---

<sup>1022</sup> **Ap. Marg.:** «Vide Eusevium; Justin., lib. 17, 18, 23 et 25; Plut. in *Pirr.*; et Oro., lib. 4, c. 1, 2 et 3». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Pirro (I, pág. 137).

mi amo Priscilano, y ciento y noventa y seis criados de todos oficios; Mauro, tiniente de general, y quinientos soldados, los mexores y más lucidos que jamás se havían visto en España; Esmerilda y Libertina con cincuenta mugeres entre todas, la flor de la nobleça y hermosura española (aunque de caballeros y de idalgos pobres). Qu'esta maña usaba Gradisa: que en viendo o sabiendo de alguna hija de algún caballero pobre, de buena abilidad y hermosa, luego procuraba coxerla, dándole muy buen partido, y d'esta causa eran muy hermosas y nobles, y nada se le daba que fuessen pobres o ricas. Y, así, tenían en su casa de las más nobles de toda España, y criábanlas Gradisa, Esmerilda y Libertina con tanta pulicia, onestidad y cristiandad que en quince días parecían otras.

En las galeras reales de España, qu'el príncipe no quiso llebar sino solo seis, iban tres mil personas con forçados y bagaxe; estos todos iban a costa del rey Ofrasio, aunque los capitanes eran puestos por mano del Príncipe de la Fe. La Reina, sabiendo qu'el príncipe se quería partir para Constantinopla, le hiço una merced y presente de los más hermosos que jamás se hiço a príncipe en el mundo, y fue que le dio una galera que era suya propia, que su hermano el emperador de Babilonia se la havía enviado por una de las mexores cosas del mundo.

Y direos en vrebbe qué tal era: ella tenía cincuenta remos de banda, cada remo llebaba seis forçados; era de la mexor y más ligera y fuerte madara que andaba sobre la mar y era (que allí lo averiguamos) de zetí del oriente. Los mástiles eran de ébano, gruesísimos, derechos, fuertes, altos y muy hermosos; las antenas eran de cedros del monte Líbano, líndisimos y muy fuertes; toda la gruxía era de un tablaxe taraceado de marfil, nácares y otras piedras, y ella<sup>dcl</sup> era de un fuerte vrasil muy encendido. Los coxines de banco sobre que caen cuando reman los remeros eran de un finísimo ante, guarnecido de brocado y embutido de blando algodón estremadamente. Todo el bogaxe y barandado era de oro, <sup>[f. 213r]</sup> cristal y ébano. La cámara de popa y oficinas de metelotaxe havía tanto que ver en ellas que por evitar prolixidad no las describo.

Los forçados eran todos de veinte años asta veinte y ocho, moços robustos de grandes fuerças y no de menor ánimo; estos llebaban todos al pie argollas de oro y iban presos de en dos en dos al banco con cadenas de plata. Las ropillas y bonetillos eran de brocado verde y las cacheras de un follón de sada verde de la india, riquísimo y muy bien labrado. Tenían para cada semana muda de toda ropa limpia y havía en esto mucho

cuidado y provisión, y los barberos<sup>dcli</sup> tenían mucho cuidado de ocho a ocho días de les hacer limpiar, por causa del sudor que en la galera se cobra.

Los soldados de galera eran solo cien hombres, mas de los más balerosos y expertos en el militar exercicio de quantos havía en España. El piloto era diestrísimo y el maestre y contra maestre hombres de grandísima prudencia y capacidad. El cómitre, muy baleroso y discreto; el probeedor, el contador, el escribano y los demás oficiales, espertísimos en sus oficios. Tenía esta galera cinco mil ducados cada año de probisión, en lo mejor parado de las rentas reales; era llamada «la Leona» por una que de bronce tenía por insignia, con dos cachorrillos de oro que le estaban mamando los pechos. Tenía las más hermosas belas y banderas, banderolas y gallardetes y jarcia que se podía pensar. Era ligerísima, estaba muy vien armada y era en extremo fuerte y, ayudada con la fuerça y destreça de los bogantes cuando con necesidad o prisa bogaban, ningún baso andaba por la mar por ligerísimo que fuesse que se le escapasse y ninguno havía en él que le diesse alcance si uía.

Esta galera le dio la reina Casiana al príncipe de presente, probeída del más curioso y mejor metelotaxe que se podía pensar. Y llebaba ocho lanchas hermosísimas y ligeras, que iban siempre cosidas con sus lados, que eran de grandísima importancia para su defensa. En esta fue el príncipe y mi amo Priscilano –dice Nictemeno–, y tanvién fui yo en ella y llebé oficio de contador mayor de la armada y de tesorero de las rentas reales de Ofrasio<sup>1023</sup>.

Pues el día que tengo dicho por la mañana, después de haber oído misa (que mi amo la dixo), partimos de Ispalia y venimos a Tarifa, desde allí a Gibraltar. Mas cierto fue cosa de ber cuando dimos bela al biento, que todo lo mexor de la ciudad nos estaba mirando, y el cómitre de nuestra galera puso el chiflo o silbato a la boca y tocándole hiço seña de bogar; luego se hiço la misma seña en todas la demás galeras, con la galera Leona y doce naos<sup>[f. 213v]</sup> y nueve baxeles de carga.

Pues como se hiço la reseña todos nos hicimos a vela, que hacía muy próspero viento, porque soplaba este. Y, como la capitana començó a mober, dieron un apretón

---

<sup>1023</sup> Nótese que este es el mismo cargo ostentado por el autor del soneto laudatorio, Agustín de Mora, por lo que podríamos encontrar un guiño a su persona en el personaje de Nictemeno.

los forçados con tanta furia que pareció un abe por las ondas, y en cuatro o cinco enviones nos apartamos del puerto más de una legua y de las demás armada casi media. Luego se començaron los instrumentos músicos con tanto son y ruido que los ecos que respondían en las combecinas cumbres hacían hermosas consonancias y ruido.

Venimos pues desde Tarifa a Gibraltar aquellas doce leguas y no más de cuatro de largo, dibidiendo a la África de la Europa<sup>1024</sup>. De Gibraltar, qu'está a 36 grados, venimos a Málaga, que ay quince leguas; venimos siempre al este, pasamos por Marbella, qu'está en el camino, y allí el gobernador de ella nos embió un refresco. Pues, llegados a Málaga, partió la armada y venimos al cabo de Gata, que ay 35 leguas; venimos siempre la costa al este, porque está Málaga y Gata en 37 grados, y de allí llegamos al puerto de Almería, porque nos dixeron que andaban allí unos piratas. Después supimos que se abían pasado al cabo de Palos, qu'está 30 leguas de allí y está la costa al nordeste cuarta; al este está el cabo de Palos en 38 grados. Allí supimos que se habían entrado en Cartaxena, y así costeamos al oeste y vimos el puerto de Cartagena, qu'es el mexor de España, a lo menos en el Mediterráneo (esta es la menor Cartago).

Aquí bimos diez y seis naos de piratas que cuando vieron el armada quisieran ellos antes ber la muerte; al fin, se hicieron fuertes, mas como cosa de no mucha importancia no me detengo en esto, porque así a vista de la ciudad las acometimos y las galeras solas en menos de una ora las rindieron a todas, con muerte de cuatro soldados de los nuestros y un ingeniero de nuestra galera real que por su culpa murió herido de un saetaço (porque jamás se quiso poner un pecto y estando adereçando un trabuco le hirieron); de los contrarios murieron como cuarenta personas.

Estas naos, haviendo tomado de ellas el bastimiento y una de las más ricas tapicerías que creo que entonces se allaban en el mundo, haviendo dado a los soldados sus despojos y a la nao de Esmerilda el mexor quiñón, las enviamos a Hispalia para que el Rey dispusiese de ellas conforme a su boluntad. Por poco que importó esta presa fueron más de treientos mil ducados sin lo que al Rey se envió, porque traían robadas

---

<sup>1024</sup> Todos los datos geográficos que se ofrecen en el resto del capítulo están extraídos directamente de la *Suma de geografía* de Fernández de Enciso (ob. cit., págs. 136-138).

de todas aquellas costas riquísimas preseas (especialmente telas, que allamos de ellas <sup>lf.</sup>  
<sup>214r]</sup> grandísima abundancia). No fue tan poca la presa de los piratas africanos, que todo pasó por mi mano y es cierto que con el trigo y centeno y vinos que traían que llegó casi la presa a ochocientos mil ducados, contando el balor de los bassos. Y todos de la gente probeímos las gualeras de remeros y los demás fueron a Ispalia a qu'el Rey despusiese de ellos conforme a su boluntad. Mas capitán de aquellos moros ubo que confessó más de cincuenta muertes que de cristianos havía echo y entre toda la armada pasaba más de cien mil, sin algunas aldeas de pobres labradores que havían quemado y atalado.

Cuatro días nos detubimos en este puerto, y le dexamos vien abundante de trigo y centeno y otras probisiones. Y úbose tan bien el príncipe con la gente del puerto, tan comedidamente con los gobernadores, tan amorosamente con los pleveyos, tan caritativamente con los pobres, qu'es cierto que con estar tan poco cuando nos partimos que lloraba la gente que era cossa de ber.

Partiéndonos, pues, de Cartagena, venimos al cabo de Denia, que ay 25 leguas ast[a] Denia al norte cuarta al nordeste; dejamos en medio a Alicante. De Denia fu[i]mos al cabo de Alisaques y bimo la isleta, y no llegamos ni al cabo ni a la isla porque están rodeados de baxos; así, entramos al puerto de Oropesa, qu'está allí cerca. En este medio dexamos la playa de Balencia; no entramos en ella porqu'es peligrosa, por razón de los malos aferraderos y porque está descubierta del Lebante. Aquí, de Balencia nos hiço el visrey un presente de açúcares, conserbas y sedas y otras curiosida[de]s, muy rico y excelente. Desde los Alisaques fuimos a Tortosa, en la cual entra en la mar el río Ebro. De allí fuimos al cabo de Aguas, que de los Alisaques a él ay 35 leguas y está al este cuarta, al nordeste en 43 grados; dejamos en medio al puerto de Tarragona<sup>dclii</sup> y junto al cabo el de Barcelona. Del cabo de Aguas fuimos al cabo de Treos, que ay 12 leguas; del cabo de Treos fuimos a Narbona, que ay 16 leguas. Ba la costa a la media partida del norte y del nordeste; está el cabo de Treos en 43 grados y medio y Narbona en 44 y medio. Antes de llegar a Narbona está el cabo de Colibre, a donde se acaba España y comiença Francia.

Pasada Narbona llegamos al puerto de San Pedro, al oriente del cual está una isla que tiene doce leguas en larga; enfrente de esta está el puerto de la Magalona, en el cual

fue la fábula del ospital de la Magalona. Más adelante son Aguas muertas; desde Narbona a la Magalona ay doce leguas y de la Magalona<sup>dcliii</sup> a Aguas Muertas ay otras doce (están al este en 45 grados).

Aquí es el monte Pesulano, donde el príncipe supo de unos marineros que en un castillo d'él <sup>[f. 214v]</sup> vibía un espantable gigante de la mayor fiereça que jamás se havía visto; el cual tenía destruida toda aquella comarca y probincia y aun haciendo robos y maldades por todo el reino de Narbona. Y que por la ribera del río Rodanao solía correr asta León y Aviñón y todas aquellas francesas comarcas, tiniendo en el castillo allegado el mayor tesoro, así de cristianos como de moros, que entonces se sabía en el mundo (especialmente de piedras preciosas, a que él era muy aficionado).

Pero dixéronnos los marineros que todo el poder de Francia no era suficiente a arruinarle, porque el castillo estaba de tal suerte edificado que era imposible subir a él si no de en uno en uno los caballeros. Y que jamás havía aplaçado con él campo ningún caballero que del primer golpe de maça no le derribase y venciesse, y que jamás a caballero havía dado segundo golpe porque no había para qué. Decían que aun en su forma y figura era tan espantable que solo su aspecto atemorizaba los caballeros que con él se iban a combatir. Cuanto más los marineros exageraban su fealdad y brabeça y la dificultad del echo, tanto más deseo le crecía al Príncipe de la Fe de probar a ver si podía acabar aquella aventura. Al fin, llamando a Prisciliano<sup>dcliv</sup>, su maestro, le dixo:

–Maestro, en aquel castillo me dicen estos marineros que mora un cruel tirano que hace mucho daño a los cristianos abitadores d'esta tierra. Querría, si fuesse posible, estorbar tantos daños.

–Señor –dijo el maestro Priscilano–, raçón tienen los marineros y mucha verdad dicen, que su padre del gigante que agora la pose<e>, llamado Macesolón, le tubo cuarenta años, y este su hijo habrá que lo posee como doce o trece. Y yo estube preso en esse castillo casi espacio de dos años y, por una declaración que le di al gigante viexo de una enigma que me preguntó, me dio libertad. Mas el hijo que agora bibe, llamado Fricaseldo Serpentario, muy más carnicero y fuerte es que su padre, porque aún siendo muy niño le bi bencer cincuenta caballeros en estacado. Y tiene propiedad de caníbal,

que come carne umana y aun cruda, con lo cual es tan carnicero y cruel que ninguno ay oy más en el mundo.

Mas sé que sola su recámara está tasada en más de treinta millones, porque cincuenta años á que no se entiende en otra cosa por mar y por tierra sino solo en robar todo lo mejor que en ellos se sabe y depositarlo en aquel tesoro. Mas yo sé (qu'estando allí <sup>[f. 215r]</sup> lo bi) que de sola una presa que hiço a unos venecianos les robó más de nueve millones d[e] cosas preciosísimas. Mas el castillo es imposible tomarse con fuerças humanas si no es venciendo al gigante cuerpo a cuerpo y después defendiéndose de más de docientos caballeros que en el castillo están por guarda; lo cual humanamente parece imposible, y así es temeridad, al parecer, más que balentía el intentarlo.

—Aora pues, sea cuán dificultoso quisiere, que yo me é de encomendar a Dios y probarlo. Solo quiero, maestro, que me informéis qué armas puedo llebar y cuáles son las que comúnmente usa el gigante.

—Señor, cierto yo no quisiera que te pusieras en este peligro, mas supuesto que á de ser y que así lo quieres<sup>dclv</sup>, a caballo es imposible subir, y tanvién repugna que suba más de uno; y así me parece que quanto más ligero, señor, fueres, será mexor. Las armas de que el gigante usa comunes son clabo y guchillo. Pero en una cosa pongo yo dificultad, y es que ya que ayas vencido al gigante, ¿qué remedio as de tener, señor, para te avenir con la otra gente del castillo?

—Nuestro Señor lo ordenará —dijo el príncipe—, que yo tengo ciertísima esperança de que Su Dibina Magestad me á de faborecer, y así yo me determino de probarla.

Y, con esto, dando orden a los capitanes que allí en Aguas Muertas estuviesse la flota aguardándole seis días y que si dentro de seis días no bolbiesse que caminasen a Constantinopla, hiço que en una lancha, armado de sus armas y solo, le echasen en tierra. Es cierto que cuando le pusieron en la ribera que parecía un día de juicio, porque eran tantas las lágrimas de todos los del armada que parecía un día de juicio<sup>dclvi</sup>. Al fin, puesto al pie del monte, que una grandísima media legua tenía de cumbre, vio en lo alto d'él, en una biba peña y fuerte roquedo, puesto el castillo, tan torreado, fuerte y hermoso qu'él se le iba mirando. Mas, como iba subiendo, entre dos terribilísimas peñas se iba encogiendo el balle, de suerte que solo un ho[m]bre podía suvir y aun esse con



arto aprieto; pues subir por la una parte o por la otra era pensar de subir al cielo sin virtudes o sin gracia de Dios, porque estaban los collados preñados<sup>dclvii</sup> de biba peña que parecía que se avecinaban con el cielo.

Al fin, indo así caminando, aunque sabe Dios con cuánto trabaxo y aprieto de coraçón [f. 215v], en un hu<e>co de una peña que como boca de cueba se hacía oyó una lamentable boz como de muger qu'estaban atormentando, y qu'ella con tristes ximidos se quexaba. Tan dolorida<sup>dclviii</sup> y triste era la boz que hiço parar al príncipe y, estando con más atención escuchando, oíala segundar con muy mayor aflicción el quexido. Y llegándose cerca de la cueba vio... perdonadme, que m'están llamando en la Isla de la Enamorada Corneria.

#### **Capítulo 5. De cómo llegó la flota a la Isla de la Enamorada Corneria y del contento con que Ardoniso y Belisandra, Feridano y Taurisa se recibieron.**

Con mucho contento dexamos a Belisandra y Taurisa, a Verarda y a Acursia puestas en la playa, aguardando el armada de la cual ya a la nao Buena Esperança conocían. Y de allí a poco començaron a uir los instrumentos músicos de la armada, que hacían hermosísimos ecos en los güecos de aquellos peñascos que en la isla havía. Estando en esto vieron que el batel de la nao Buena Esperança, traído por la fuerça de los remos, se adelantaba del armada, la cual por haberse echado el biento y haber casi calina venía marchando con mucho espacio y sosiego, y quanto más iba entrando el día más el biento se quietaba y havía mayor calma. Mas el batel, como venía a la fuerça de cuatro excelentes marineros, lindos remadores y moçaços de mucha fuerça, lebantando espumas del mar cano venía que parecía una jara según la aceleración que en el curso traía.

Llegando ya cerquita de la ribera, Fraseldo, que también venía en el batel, començó a tocar una alta italiana, con tan estremada gracia que con más raçón de invidioso pudiera a él a<o>gar Neptuno que cuando a Palinuro echó en el agua<sup>1025</sup>. Al fin<sup>dclix</sup>, ya llegaron a conocer las hermosas pastoras a los dos príncipes, que armados

---

<sup>1025</sup> Ap. marg.: «Vergil., *Eneidorum*, lib. 2».

salbo de celadas y manoplas venían en el barco. Y con el contento que se puede pensar estuvieron aguardando al desembarcadero, y tanto se querían llegar a las mudables ondas que aun los capotillos de brocado se moxaron. Mas cuando los príncipes saltaron en tierra casi casi podemos decir que saltaron en el cielo, pues en sentando el pie en la umida arena fueron luego recogidos de aquellos amorosísimos y hermosos braços de sus princesas, a las cuales con aquella estraña traça de amor que emos dicho mucho más que a sí amaban. Y, apretando los braços (y los abraços, amorosos), con <sup>[f. 216r]</sup> lágrimas de contento celebraron su primera vista diciéndose las primeras palabras (aunque medio entre dientes), tan blandas y amorosas que a un duro áspide enternecieron, cuanto más <a> aquellos coraçones que de onesto amor estaban bañados. Y, así, en amor desechos, tornaron a celebrar su amorosa vista asta que, ya pasado aquel exceso, se començaron a preguntar las ordinarias preguntas; a las cuales respondiéndose amorosamente, Velisandra preguntó a Ardoniso cómo y dónde quedaba el Príncipe y sus pastoras, a lo cual Ardoniso respondió todo lo que en la istoria os queda contado.

Como hacía tan poco viento que casi casi estaba del todo quieto y calmo en aquella legua, para haver de tomar puerto las naos tardaron casi cuatro oras. Todo este tiempo estubieron aquellos príncipes dando cuenta a aquellas princesas de todo lo que havían y de la gente que allí venía y cómo tenían determinación, pues la suya era, d'estarse allí, de hacer y edificar allí una ciudad para su compañía; pues la isla era tan buena y abundante y la tierra tan frutífera<sup>dclx</sup> que podía muy vien haber veinte y cinco mil becinos y sustentarse todos en ella. Mucho se olgaron aquellas señoras de que la isla se poblasse, que al fin sentían estremadamente la soledad; mas porque aún no havía casas donde posar, aquella tarde solo se desembarcaron como asta dos docenas de la xente más principal para buscar y tantear el sitio que para fundar la ciudad sería más conviniente.

Y andándolo mirando se determinaron de lo edificar junto al río, como un cuarto de legua de la casa de Corneria (y aun no lo era), en parte que no se deshacían ni estorbaban los güertos, de essas y bosques y fuentes que la casa tenía. Y con el nombre de Dios, otro día por la mañana, haviendo dicho un monxe viexo misa, que fue grandísimo contento para aquellas princesas (que havía diez y siete años casi que no la havían uído), rompieron y señalaron el sitio, haviéndose ya todos desembarcado. Y con

una solemne procesión echaron la primera piedra<sup>dclxi</sup> para edificar una iglesia de Nuestra Señora y casa y morada para los monxes sacerdotes que consigo traían.

Aquellos primeros días, en tiendas y en casas echas así de matas, de árboles y otras defensas pasaron como pudieron; mas dentro de un mes tenían ya edificadas más de trecientas casas. Y lo que hacían, aunque entonces por razón de la priessa no iban aora muy curiosas, dejábanles arto lugar para poder después ir edificando. Y de tal manera edificaron la ciudad que <sup>[f. 216v]</sup> por medio de ella pasaba el río y, tomando la corriente de un poco más arriba, no había casa en la cual no pudiesse entrar el agua asta las interiores oficinas. Y, con esto, no era húmeda, porque estaba asentada en unos yesales de grandísimos sequíos y casi todo lo que era ribera del río era peña viba.

En todo este tiempo que se tardó en edificar aquellas casas era cosa notable ber la caridad y piedad que con todos usaban aquellas princesas, especialmente con los pobres, enfermos y religiosos. Y aunque en las naos traían mucho trigo y centeno y arina y hicieron luego molinos, con todo esso aquellas princesas de lo que tenían allegado (como ellas gasaban tan poquito) les binieron a dar más de veinte mil anegas de trigo, aunque todo por su razón y cuenta.

El ganado repartieron aquellos señores con condición que cada año perpetuamente estubiessen obligados ellos y sus sucesores a ellos y a los suyos dalles de veinte cabeças, una. No penséis que fue poco esto, que vino a ser después una renta de grandísima cantidad, por ser la tierra muy buena para ganados, y la lana que en ella se criaba, finísima. Los caballos y yeguas fue de la misma manera, y vinieron a tener aquellas princesas mil caballos de renta, que era cosa de grandísima importancia y con que después se hicieron grandísimos presentes a príncipes (como de algunos hace memoria esta historia).

Aquellas princesas escogieron para su compañía como asta dos docenas de doncellas y una de dueñas onradas, y una caterba de niñas y paxecitos. Y concertaron su casa admirablemente, tiniendo tan concertado en lo interior como en lo exterior, y hicieron un pasadiço a la iglesia para poder por dentro de casa uir misa. La curiosidad de los aposentos y cuartos de aquellas señoras, especialmente el cuarto de estado donde salían cuando habían de ser visitadas de lo príncipes o de otras señoras de la nueva

ciudad<sup>1026</sup>; que hombre, si no fue cuando vinieron que las juraron por señoras con título de reinas de la Isla de Corneria y sus comarcas, apenas después, fuera de los dos príncipes o Fraseldo, las bio hombre humano, porque era estraño el recogimiento y onestidad que tenían.

La tierra se començó a romper y a labrar y era cosa estraña lo que frutificaba. Como jamás havía sido cultibada, fue tan excesibo el fruto y abundancia del primer año que, si no fue donde por demasiada loçanía se perdió, lo demás cierto que daba ciento por uno y en algunas partes más y en otras tanvién menos, conforme como era la tierra<sup>1027</sup>. De una cosa me informé: que aquel primer año con las minas que se allaron de plata y oro, que fueron seis, que balieron las rentas reales de sola aquella isla cien mil pessos de oro, que fue mucho.

En todo <sup>[f. 217r]</sup> aquel invierno y en la primavera y otoño, que fue espacio de un año, se acabó la ciudad de edificar, y había ya tanta abundancia y riqueza que fue menester ir mercaderes a España y Francia y Italia, Alemania y Grecia a bender sus mercaderías. Y que cuando se hicieron las cartas del flete, que se hicieron de un millón y cuatrocientos mil ducados de mercancías, que vinieron a baler más de dos millones y quinientos mil ducados después de transportadas a otros reinos.

Esta traça tenían aquellas señoras en su vida: allí en su casa, como tenían tantas doncellas, tan hermosas, discretas y recogidas, entendían en todos aquellos exercicios que a damas combenía, haciendo dibinas cosas de sus manos; especialmente recamados, bordados, matiçados, y cosas de ropa blanca se labraba la más curiosa que se labraba en el mundo. Y, como en la isla havía tanta abundancia de perlas y los que vinieron allaron la imbención de la pesquería de ellas, havía grandísima abundancia. Y como en aquellas tierras y en una isleta qu'estaba dos leguas d'esta isla, muy monticosa (y tendría como cuatro leguas de larga y tres de ancha y era casi aobada), había tanta abundancia de esmerldas, zafiros, rubíes y los más finos diamantes que se allaban en el mundo, hacíanse cierto pieças hermosísimas y de mucho balor.

---

<sup>1026</sup> Nótese cómo la oración principal ha quedado incompleta.

<sup>1027</sup> Se parafrasea aquí la parábola del sembrador (Mt 13, 1-20).

De lo que en aquella isla había falta era de azeites y de telas y de seda y de linos, olandas, cambrayes y otras telas, aunque había un género de yerba como algodón de que se hacían algunas buenas telas y para la gente común muy provechosas para sábanas y otras ropas interiores; también había falta de yerro y de acero. Lo que se hacía preciosísimo eran tapetes y alombras, porque en aquel tiempo los de la Isla de la Enamorada Corneria fueron los mejores del mundo.

En todas estas curiosidades se entendía en casa de las princesas y también había ratos de sarao y buena y onesta combersación con aquellos caballeros moços de la isla. Y se casaban algunos de ellos con aquellas damas, haciéndoles aquellas princesas grandes mercedes y dándoles muy buenos dotes.

Junto a la casa de la enamorada Corneria, de la otra parte de la iglesia, hicieron aquellos príncipes Feridano y Ardonisso un palacio y casa tan excelente que vino a ser uno de los mejores del mundo. Y había un pasadiço hermosísimo y ingenioso por donde se podían comunicar los dos palacios, aunque en esto había mucho recato y onestidad, tanto que jamás se entendió cosa que contra esto fuese. Pues allí casi cada día <sup>[f.217v]</sup> se pasaban aquellos caballeros a ciertas oras desocupadas a hablar con aquellas princesas, en tan onesta y sabrosa combersación que por ser más caso metafísico que moral no os quiero poner al punto que llegaban estos amores. Seos decir que ellas eran más vírgines que la hermosa Cloelia<sup>1028</sup>, más enamoradas que lo fue Egeria de Numa Pompilio<sup>1029</sup> y más que Timandra de Alcíbadés<sup>1030</sup>; cómo fuese esto o si fue a más no poder o otras cosas d'esta manera yo no me quiero meter en esponerlas, pues no es mi [o]ficio sino contar rasamente la estoria.

La cual fue que, pasando en esta isla la más dulce vida que se puede pensar, estos cuatro amantes goçando todo aquello que no es el infame gustillo de la Benus, la ciudad se iba hermoreando estrañamente. El puerto se adereçó estremadamente,

---

<sup>1028</sup> **Ap. marg.:** «*Libius, lib. 2*». Esta referencia se extrae del *Promptuarii iconum* de Rouillé (ob. cit., I, pág. 113, s.v. Cloelia)

<sup>1029</sup> **Ap. marg.:** «*Plutar. in "Bita Num. Pampili"*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Egeria (I, pág. 87).

<sup>1030</sup> **Ap. marg.:** «*Idem Plutarcus, in "Bita Alicabis"*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Timandra (I, pág. 120).

fortificándossse con dos muy hermosos castillos en los cuales siempre había gente de guarnición para conserbación de la isla. Los mercaderes habían ya buelto una vez de su viaxe y habían traído hermosísimas probisiones a la isla y seis naos cargadas de gente toda española y noble. Porque así lo habían ordenado Feridano y Ardonisso, que se procurase que la gente ciudadana fuesse nobilísima y que los labradores fuessen de buen terruño español, y los oficiales de cualquier oficio fuessen muy primos y ingeniosos por que estos enseñasen vien los oficios a sus sucesores. Indo la ciudad en mucho aumento y puxança y creciendo cada día en todas las cosas que a una ciudad hermorean, como era en mucha cristiandad y buen regimiento; en mucho amor y paz los unos con los otros; en muy buenos edificios, así de templos como de particulares casas; en mucha probisión de todas las cosas necesarias a la vida humana.

Con esto, vibían aquellos señores una vida pacífica, alegre, contenta y, hablando de las texas para abaxo, vienaventurada. Pues estando un día parlando la gallarda Taurissa y Feridano y Belisandra la Bella y su Ardoniso, dixo a Ardoniso Velisandra:

–Amores míos, por vida tuya que tengo mucho deseo de saber de aquel niño y de nuestras compañeras Esmerilda y Libertina. Y que querría que diésemos orden, pues que los mercaderes dicen que era ido a Constantinopla cuando ellos llegaron a Ispalia, que le escribiésemos y enviásemos algunas cosillas de la isla para saber cómo le va y qué á echo Dios d’él y de mis compañeras.

–Pues, si esso quieres, lumbre mía, facilísima cossa es: agora se quieren partir del puerto seis naos de esos mercaderes a la Grecia; enviemos a Fraseldo con cuatro caballeros en una <sup>[f. 218r]</sup> nao y bayan a Constantinopla y sepan d’él, y traernos an respuesta. Que es cierto que tengo yo ya también mucho deseo de saber de ellos.

–¿Qué dicen, primos? –dijo Taurisa.

–Esto estábamos diciendo... –dijo Velisandra.

–¡Ay, sí, por amor de Dios! –dijo Taurisa–. No dexen de hacerlo, que en mi berdad que supuesto qu’están ya acá estos pícaros –dijo con muy buena gracia Taurisa–, que ninguna cosa deseo más que saber de aquel niño y de su compañía.

–Aora pues, ¡sus!, aderecen vuestras grandeças –dijo Ardoniso– lo que le quieren embiar, que la nao y la gente que á de ir en ella para de aquí a cuatro días estará aparejada en la ribera, porque los mercaderes no aguardan más que un poco de nordés para salir del puerto.

–Aora pues, entrañas mías –dijo Belisandra–, escribe tú también a don Mexiano .

–Pues, ¿no le havía de escribir, mi bien? Sí haré, por tu bida, y muy largo. Ben acá, ojos míos –dixo Ardoniso a Belisandra–, ¿a cuál quieres más: a mí o a don Mexiano?

–¡Calla, bobo! –dijo Belisandra–. A Mexiano yo mucho le quiero y muy tiernamente, que al fin le criamos y le tenemos como a hijo; mas por bida tuya que quiero más un dedo tuyo que cuanto ay en el mundo.

Y, con esto, juntando los labios amorosamente, los unos a los otros se estuvieron así un ratico sintiendo tantos dulcecillos de amor como en tales cassos se suelen sentir. Y, así, aquella tarde se estuvieron asta más de las once de la noche parlando en muy dulce y suave combersación.

Esta bida pasaban en la isla, este era el rato de aquellas damas, este era el entretenimiento de aquellos príncipes y en esto gastaban los ratos que de los onestos exercicios sobran. Y así los dexaremos en ella asta su tiempo, solo diciéndoos que de allí a cuatro días partió la nao en que iba Fraseldo, con otras seis de mercaderes que llebaron mercancías a Venencia y de allí havían de pasar a Chipre.

## **Capítulo 6. De lo que al Caballero de la Fe sucedió en la cueba del peñasco y en la subida del monte y castillo.**

Puesto a la puerta de la cueba de aquel espantable peñasco dejamos al Caballero de la Fe, el cual había uido unos temerosos gritos dentro. Y, puesto a la puerta de la cueba, dice Nictemeno que dentro bio una lumbre a un lado, así de unos mortecinos tiçones, que lebantaba una ofuscada llama; a cuya luz vio seis caballeros puestos tres a cada banda. Y en medio de ellos estaban cuatro carniceros desnudos, solo en camissa,

los braços arremangados asta los cobdos y unos çaragüellexos <sup>[f. 218v]</sup> que no les cubrían más de asta la rodilla, lo demás desnudo, mostrando los vellaçaços aquellos infernales músculos recios, gruesos, demostradores de su brutal fuerça. Sobre las cabeças tenían unos bonetillos amarillos de un bil y raído paño, aforrados en bocací de la misma color y sendas plumitas de gallo de essas comunes cosiditas a los morriones, y ellos unos gestos que parecían lo que eran y eran lo que parecían.

Estos bellacaços estaban desnudando una doncella y otra tenían ya en carnes atada a un madero; que cuatro o seis estaban en la cueba (a lo que el príncipe vio), y la atada y la que desnudaban eran las que daban las tristes y lamentables boces. Y mirando así bio cómo un traidor<sup>dclxii</sup> de aquellos malditos caballeros dixo: «¡Acaba! ¡Desnuda essa otra! Aprobecharémonos d'esta que está atada y después serán sacrificadas como lo manda el gran gigante, nuestro señor». Las entrañas se le rompieron al príncipe y llenos de pura compasión de lágrimas los ojos dijo en boz alta, arrojándose juntamente la cueba adentro: «¡Estad quedos, traidores!».

Y diciendo esto a[l] primero que llega, como iba con tan[ta] rabia de lo que veía y los biles estaban armados de ruines armas, no es exageración (porque yo le bi después –dice Nictemeno–), qu'es cierto que le dejó como dos tocinos: medio hombre a un lado y medio a otro. Y rebuelbe contra los demás con tanta presteça que antes que pudiesen<sup>dclxiii</sup> echar mano a las espadas, turbados de la fiereça del primer golpe, estaban ya los tres muertos y ni sabían uir ni qué hacerse; al fin, por no me detener, en vrebísimo espacio los acabó a todos seis. Y a los dos vellacaços de aquellos carniceros, de pura rabia con que estaba de ber una tan abominable crueldad, les metió la espada por el cuerpo dos o tres beces. Y a los otros dos, que se le daban a merced, porque uir no podían, como el príncipe mi señor –dice Nictemeno– tenía tan estraña fuerça, con aquellos laços y sogas que allí havía los ató <a> aquellos maderos; porque aún (como después sabréis) allí los allamos nosotros atados.

Después de atados, la doncella que desnudaban estaba tan turbada que ni acertaba <a> ablar ni a decir nada, sino abiéndose quedado en solo manteo (que asta allí la tenían ya desnuda), estaba sentada en el suelo sin ningún color ni aliento y toda tal que fixos los oxos en el príncipe no hacía sino con el anélito cansado y presuroso manifestar la grande turbación y pena que tenía.



Fue onestíssimo mi amo y tanto se avergonçó de ber aquella dibina figura de aquella hermosísima doncella desnuda que aunque no pudo dexar de berla, pudo, a lo menos, no considerarla. Ella estaba atada las manos atrás y los <sup>[f. 219r]</sup> blancos y tiernos pedicillos atados con un áspero cordel, ambos juntos por las hermosas gargantas de ellos, labradas de hermosísimas benas, más bellas y hermosas que suelen parecer entre azucenas las bioletas. Y estaban atados atrás por el madero de suerte qu'el áspero madero estaba entre aquellas dos hermosísimas columnas de alabastro, de liso, blanco y torneado mármol. Jamás columna de soberano trofeo de capitán vencedor fue ceñida de tan preciosas perlas orientales ni adereçada de diamantes tan hermosos como estaba esta columna abraçada de aquellas dos hermosísimas piernas, de tanta perfección y hermosura que la columna o madero quería ablandar su rigor por no atormentar o afeár cosa tan hermosa.

Pues como en pirámide se iba acabando lo que del madero se descubría, ¡o, qué remate de la piramidal bista que por coronación de ella se veía! Ni la bola de las cenizas del César de la celebrada aguja de Roma ni aquellas sobervias bolas del Egipto fueron de tanta gala ni hermosura, ni jamás ubo preciosa piedra puesta en dorado edificio que igualase a la soverna hermosura que allí estaba representada. Pues, alçando la bista, aquel hermosísimo montón de blanco arroz sembrado de rosas y aquel monte de nácar o de blanca nieve, en el cual aquella pella de oro de hermosos rubíes guarnecida se mostraba, no podía ser cosa más bella ni hermosa si no era la cunvre d'este monte tan hermoso en que aquellas mançanas que Hércules coxió del encerrado güerto se veían, y que cesaba el arte de naturaleza y parecía más que cosa huma[na].

Pues, como estaba atada (y con alguna fuerça) los braços atrás y se veían aquellos murecillos de los braços algo colorados con la fuerça, que ebras de fina sangre en blanca leche tendidas parecían, no havía en el suelo mayor hermosura, a lo menos que pudiesse ser de umanos ojos bista. Pues boca, ojos y cabellos, porque después lo bimos muchas beces con arta admiración de ber tanta perfección, no lo pongo aquí, por que no digáis que pinto nada de mugeres hermosas; que mi oficio es loar buenas almas y no hermosos cuerpos.

Pues como el príncipe, afrentado o abergonçado, por mejor decir, de ber allí aquel espectáculo, bolbiendo a la doncella que en manteo y turbada estaba sentada en

tierra, díxole: «Señora doncella, páseos la turbación y desatad a vuestra compañera y cubrilda, por amor de Dios, qu'es lástima bella assí. Y tened esperança en Dios, que mediante su divina gracia yo os libraré de las manos de estos traidores». Y, diciendo esto, bolbiose <sup>[f. 219v]</sup> a uno de aquellos bellacaços que tenía atados y díjole:

–Di, traidor, desuella caras, ¿para qué y de dónde truxistes aquí estas doncellas? ¡Dilo presto! Si no, escondert'é esta espada en esse maligno y endiablado pecho.

–Concédeme, señor –dixo–, la bida –el picaronaço–, que yo diré la verdad.

–¡Ca, acaba! ¡Di! –dijo el príncipe–.

–Sabrás, señor, que en esse castillo qu'está encima de essa peña vive un gigante... –y con esto le dixo todo lo que Priscilano dixo–. Este, pues, señor, prende y cautiba, así por mar como por tierra, gran muchedumbre de gente, hombres y mugeres. Él tiene echo boto a la diosa Venus de no forçar a ninguna muger si ella de su boluntad no le concede su amor, mas a la que no quiere condecender con ello hácela luego traer a esta cueba a ser a essa misma diosa Astarte sacrificada. Y, antes que la maten, aquellos caballeros que, señor, mataste, por fuerça la corrompían y después era con blando y lento fuego quemada, dejándola quemar poco a poco.

Atemoriçado estaba el príncipe uyendo una tan grandísima bellaquería y maldad, y no beía la ora de berse embuelto a los braços con aquellos traidores; especialmente con el gigante, al cual juzgó, y con raçón, por una de las más malas criaturas que tenía el mundo. En este tiempo ya habían buelto en sí aquellas damas, y la de más edad (que era la que no estaba acabada de desnudar), estando acabando de vestir a la otra, dixo:

–Soberano caballero de quien tanta merced emos<sup>dclxiv</sup> recibido, para que podamos ablaros como combiene hacednos merced de decirnos quién sois.

–¡A, mi señora doncella! –dixo el príncipe–. Me llaman el Caballero de la Fe y soy hijo del príncipe Ardoniso. Soy español, aunque nací en la Isla de la Enamorada Corneria, y soy hijo de Belisandra la Bella, reina y señora de aquella isla.

–Pues que sois, señor, español, sabed –dijo la doncella– que yo soy la desdichada Areusina, asta agora dichosa, camarera mayor de Casiana, reina de España,

y su ordinaria compañera en todos sus sucesos desde antes que se casase. Y esta doncella es la hermosísima Alexandra, hija del baleroso emperador Polimbiano y de la hermosa Dinapetussa, emperadores de Vitinia, sobrina del rey Ofrasio, mi señor.

Entonces el buen príncipe, lebandando la visera que asta entonces había tenido echada, puesto de rodillas en tierra, le pidió la mano diciendo:

–Suplico a vuestra grandeça perdone mi descuido, que la falta del conocimiento me á echo ser malcriado.

–Lebantaos, príncipe –dijo la princesa–, que yo é recibido oy tan buena obra y tanta merced de vuestras manos que fuera más justo que yo a vos las pidiera. Y así suplico a Nuestro Señor me dé tiempo para poder serbir una tan buena obra como la recibida. Mas lo primero que os suplico, por amor de Dios, que luego me pongáis en salbo a mí y a esta doncella y a vos. Y si no, que con vuestra espada me deis la onrosa muerte que yo tantas beces tenía deseada, por no ber la inorme y sucia que si vos no biniérades había de padecer.

Esto dixo la princesa con abundancia de lágrimas que de sus ojos bellos bertía, a la cual no pudo dexar de acompañar el príncipe con las suyas, tiniendo espantadas a Areusina y a la princesa con su poca edad y soberana hermosura. Al fin, el príncipe dixo:

–Aunque yo no tenía intención de bolber paso atrás por cuanto ay en el mundo, por servir a vuestra grandeça lo haré.

Y, con esto, dexando muy bien atados aquellos bellacones con recísimas cuerdas de cáñamo (que de ella había avundancia), hizo que las dos doncellas, trabadas de las manos lo mexor que pudiesen, baxassen la cuesta abaxo a la ribera, que de la cueba abría como medio cuarto de legua de vien fragoso camino. Al fin, llegando a la playa, llamó luego <y> hiço que truxesen un esquife, en el cual llebó a aquellas señoras a la galera Leona. Y en ella las entregó a Esmerilda y Libertina, diciéndoles quién era[n] y mandándoles que las sirviessen y regalasen como era raçón. Y, mandando a doce caballeros que se fuesen con él, a mí me mandó que con ellos subiesse, que para mí

ninguna cosa se me podía decir de mayor contentamiento por poder ser testigo de vista de lo que pasase para lo poder escribir.

Así, tornamos a subir, que nadie fue bastante a detener al príncipe. Pues, aunque con trabaxo, llegamos a la cueba, que tenía la puerta pequeña y tres o cuatro boquerones en la misma peña que servían de claraboyas o lunvreras. Y por encima de la puerta o entrada y por todo el peñasco andaban búos, cuerbos y otras abes tristes dando miserables aullidos, que realmente parecía retrato del infierno y la más triste cosa que asta allí yo havía visto en mi bida.

La cueba tenía como trescientos pasos en larga y ciento y cincuenta en ancha; en el fin o remate de ella estaba una estatua de la diosa Benus (debaxo de nombre de Astarte) de bronce, bien labrada aunque no con demasiada curiosidad esculpida. Tenía un altar <sup>[f. 220v]</sup> delante de sí de una mesa del mismo metal, que se sustentaba sobre cuatro columnas muy vien labradas de la misma materia. A la mano izquierda estaba un tajón alto como dos cobdos y ancho que no le pudieran avraçar dos hombres, todo canteado de azero (y él era de una muy recia y robusta encina), y colgados junto a él dos muy limpios y azicalados alfanges. A la mano derecha estaban unos peroles y nabaxas y otras cosas, y después supimos que todos estos eran instrumentos del abominable sacrificio que allí se hacía.

En esta cueba dejó el príncipe a los doce caballeros, mandándoles que ninguno deixasen pasar por aquel camino (pues havían de subir o baxar uno a uno) a quien no diessen la muerte. Y él, armado y con su espada y escudo, informado ya del camino, se subió allí arriba. Mas quiéroos confersar una verdad: que en mi bida tube tanta tentación de pegar fuego a dos bellacos si no fue <a> aquellos pricarones que en la cueba allamos atados. Y si no fuera porqu'el príncipe nos mandó que no los matásemos, sin duda yo les pegara fuego, porque en los días de mi bida é bisto más mal talle de ladrones, salteadores de caminos, que aquellos. Y como ellos estaban atados y mostraban los rostros tristes no parecían sino a los mismos diablos del infierno, y más que tenían los vellacaços sucias las camisas y todas ensangrentadas de aquel abominable oficio que exercitaban.

Yo no le pude sufrir y así, llegándome a [e]llos, delante de aquellos caballeros les dixen: «Angelitos del diablo, ¿y había mucho que usaban el oficio? Digan, ministros de Radamante y de Minos. ¡Los diablos lleben tan grandísimos bellacones!». No sabía qué apodo les dar<sup>dclxv</sup>, porque llamallos salteadores, carniceros, compañeros de Barrabás y amigos de Judas era poco todo, que mil veces eran peores; diablos en carne humana, ministros de la crueldad y propios moradores del avismo, era niñería respecto de cual [e]llos estaban. Y lo que me dio mucha gana de reír y aun de rabiarse fue qu'el uno de aquellos borrachonaços, muy melancólico y con mucha pausa, dixo: «Pues, por el dios Marte y por la sangrienta Belona, que no somos nosotros de la peor gente del castillo, señor». Fue entonces mi rabia tanta que los quis[i]era despedaçar, si no fuera porque temí de enojar al príncipe.

Pues el otro galfarro sale muy despacio con una boca idionda como un demonio y dice: «Noble caballero, por vida de su cara que nos desate [f. 221r], que nos duelen los braços». No estéis en eso, que os doy mi palabra que tube desembainada una daga para cortalles las narices y las orejas, sino que aquellos caballeros me dixeron que se enoxaría el príncipe. Mas yo confieso mi culpa, qu'estaba más cruel contra aquellos vellacaços que lo fue Sila<sup>1031</sup> ni Dionisio el Siracusano<sup>1032</sup> y que me parece que no ubiera género de muerte que no les diera de buena gana según tenía la rabia contra ellos. Mas no os<sup>dclxvi</sup> espantéis, que tan malos xestos como aquellos tenían no creo que los á criado Dios en el mundo. Y, con esto, tenían un raimiento y disbergüença que a todos cuantos los miraban probocaban a ira y aborrecimiento terrible.

Al fin, nosotros nos estuvimos en la cueba, y siempre estaban dos caballeros de guarda puestos en el camino, que aun apenas arrimados a las paredes cabían. El Príncipe de la Fe fue subiendo y, aunque con grandísimo trabaxo por ser muy áspero y terrible el camino (y particularmente angostísimo en un esconce algo ancho que hacían las peñas), bio el príncipe echa una torre i[n]geniosísima y fuerte, porqu'estaba como puente

---

<sup>1031</sup> **Ap. marg.:** «Eutro., lib. 5; Appi., lib. 1; Flo., lib. 3». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Sila (I, pág. 149).

<sup>1032</sup> **Ap. marg.:** «Justin., lib. 21; Cicero, libr. *Tuscul.* 4; Valer., lib. 6, c. 11; et Baler., “De neglecta religione”, lib. 1 et “De exquisita custodia”, lib. 9, c. 14». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Dionisio de Siracusa (I, pág. 130).

lebadiza sentada sobre las peñas. Y las puertas eran gruesísimas de azero, con unos grandísimos picos y espantables picas que en unos agujeros echos en las misma peña abaxo se escondía[n]<sup>dclxvii</sup> cuando caía de golpe.

Esta puerta estaba lebantada, porque los del castillo, que veinte caballeros eran (sin los seis que havían muerto en la cueba), la tenían con mucho descuido avierta, porque ellos estaban aguardando cuándo de hacer el sacrificio bolbiesen. Y también que estaban descuidadísimos de que ninguno que de los del gigante no fuese se havía de atreber a subir al castillo, porque más de un año havía que ninguno havía osado subir a él.

Pues, como llegó a este castillo y vio la puerta avierta, sin aguardar más ni mirar más inconvenientes se entró dentro (y serían como las doce de mediodía, poco más a menos). Y vio un bellacaço de aquellos, aún muy peor que los cuatro que havía visto en la cueba, qu'estaba al sol el perraço, echado en mitad de aquel suelo con un gran manoxo de llabes junto a sí. Y, como el príncipe entró, desconociole en las armas, y medio concomiéndose y rascándose de una muy sucia y idionda camisa que tenía bestida, más negra que una pez (que parecía camisa de herreruelo curada en la color), le dio el príncipe sin aguardar más raçones un puntillaço en mitad de aquella boca del estómago que, con un xemido que dio la bestia, bomitando la yel por la boca, sin decir «aquí me duele» quedó tendido al sol donde se estaba.

El príncipe tomó el manoxo de las llabes y entró con ellas en una sala baxa, en la cua[1] alló como <sup>[f. 221v]</sup> asta doce o trece caballeros que estaban desarmados, y estaban los bellacones jugando a los naipes y borracheando. Al entrar en la sala vio el príncipe un medio madero de un robre (un leñaço de muy buen tamaño) y, como los vio desarmados, aunque algunos d'ellos tenían espadas no quiso echar mano a la suya, sino comiença a esgrimir el barapalo con tanta fuerça y maña que ningún palo dio que no acabase alguno de aquellos tacaños, si no fueron tres o cuatro que uyendo vinieron a dar a nuestras manos (los cuales luego a manos de aquellos caballeros fueron degollados).

A todos los demás de hermosos palos los acabó el príncipe (como después vimos), porque realmente algunos vimos que tenían tan molidas las cabeças que no parecían haberlo sido jamás según estaban. Él, pues, en media ora los despachó a todos

sin recibir herida ninguna, porque como eran obachonacos y bellacos ninguna resistencia hicieron (como estaban desarmados) si no fue huir. Y, así, de los otros once los nueve vinieron a morir a manos de los qu'estábamos en la cueba.

Pues, como el príncipe andubo toda la casa, no topó sino tres o cuatro putonacas como para tan grandes vellacos convenían, las cuales se cerraron en una cocina. Y, como el príncipe quebrantó la puerta, ellas llorando, con otros dos o tres paxecillos y moçuelos pequeños, de rodillas le estaban pidiendo merced de la vida; él se la otorgó y hiço que le mostrasen toda la cassa. Y a uno de los muchachos mandó que viniese a llamarnos y por que no le matasen que viniese diciendo: «¡El Caballero de la Fe me envía, señores caballeros, a que subáis acá arriba!». El muchacho lo hiço así y nosotros subimos luego, y cuando llegamos y vimos el destroço de aquella vil canalla quedamos muy contentos y espantados. Y más biendo la sorna y afabilidad con que el príncipe estab'ablado con aquellas bellaconas que, si no fuera por ser como era tan extraña su clemencia, cada una de ellas podía poblar una orca con muy buena conciencia. Pues los<sup>dclxviii</sup> donceles<sup>dclxix</sup> qu'estaban allí, ¡maldito el que en llegando a edad merecía menos d'estar descuartiçados por esos caminos! Con todo esso les preguntaba el príncipe con unas palabras tan llenas de suabidad, de amor y llaneça que nosotros estábamos espantados.

Al fin, él hiço quemar los cuerpos de los muertos en medio del patio; aquellas putonaças hicieron la oguera. Y después que lo tubimos todo limpio y adereçado nos mandó el príncipe quedar allí aquella noche, y él tanvién se quedó con nosotros. En el capítulo que viene sabréis lo que más nos sucedió <sup>[f. 222r]</sup>.

### **Capítulo 7. De lo que en aquella torre y en otras tres que estaban antes de llegar al castillo sucedió al Príncipe de la Fe.**

Pues aquella noche cenamos lo mexor que allamos, que de esso arta probisión topamos en el castillo. Las camas allá las concertamos lo mexor que pudimos, procurando hacer una raçonable para el príncipe. Era cosa notable ber el cuidado y prisa con que aquellas pieças de aquellas buenas mugeres servían, que vien veían ellas que merecían tanvién ser quemadas como lo havían sido sus amigos. Y cayome mucho en

gracia el descuido con que me dixo el príncipe, porque me oyó que les dixe una palabra así desabrida:

–¡Callá, Nictemeno! Que en berdad que parecen buenas mugeres: no las afrentéis.

–¡A, bondad de Dios! –dixe yo–. ¿Y no be vuestra grandeça que son de las mayores bellacas que comen pan en Francia<sup>1033</sup>?

–Callá, no digáis eso –dixo el príncipe–. Dejaldas, que arta mala ventura tienen y en verdad que sirben con cuidado.

Yo no me podía tener de risa de ber cómo en un hombre de tan acutíssimo ingenio había tanta simplicidad, y realmente no era sino pura nobleça y llaneça de príncipe. Al fin, nos acostamos, cerrando las puertas, que aunque viniera todo el mundo era imposible entrar en ella aunque truxeran alas como páxaros.

Pues, a la mañana, serían como a las siete de la mañana, estándose vistiendo el príncipe (y aun yo le estaba dando u[n] jubón ojetado de puntas de diamantes qu’el rey Ofrasio de España le abía dado), cuando en una placeta que se hacía delante de la puerta de la torre qu’estaba a la parte de arriba, sería como de docientos pasos de larga y más de c[i]ento y cincuenta de ancha, estaban como cincuenta caballeros todos armados y en muy buenos caballos (que ya de allí arriba, aunque con trabaxo, de una torre a otra vien podían andar caballos). Y como estaban tocando las aldabas, uno de ellos, que era el mayor, dijo: «Ca, borrachos, ¿está[i]s dumiendo? Avrí aí, qu’el gigante, mi señor, queda en esta otra torre, que os viene a dar el pago de buestro descuido».

Con esto, se asomó el príncipe a la bentana desarmada la cabeça, la más bella y hermosa criatura que tenía el mundo, y como hacía un poquito de aire andábasele reboleteando el cabello<sup>dclxx</sup>, y zierto pareció un ángel. Y, así, desde la ventana les dixo:

–No culpéis, señores caballeros, a los del castillo, que ellos están durmiendo y aun bueltos en ceniza como sus maldades merecían, que yo a palos con un garrote los

---

<sup>1033</sup> *Comer pan en Francia*: Se trata sin duda de alguna expresión común en la época que no hemos logrado documentar, empleada en el contexto del pasaje para subrayar la mala condición de las mujeres, destacada sobre una gran multitud.



maté como a biles y traidores que eran. En el castillo estamos trece caballeros, y a fe de hijo de algo y de buen soldado que no ay uno más. Si os queréis bolber <sup>[f. 222v]</sup> a vuestro amo el gigante a decille que digo yo que benga a cobrar lo que á perdido, norabuena, y si queréis entrar a probar vuestros braços m[i]rad cuántos queréis entrar, que aquí os aceptamos el campo de tantos por tantos. Yo's doy mi fe y palabra de que no peleará uno más de los que entráredes. Por esso, ved, señores, lo que os pareciere y escoxed conforme a vuestra boluntad.

Ellos, turbadísimos, porque les parecía imposible que aquella torre fuesse ganada por la estraña fortaleça de su sitio, no sabían qué decirse. Y, así, se estaban mirando unos a otros sin saber decir ni hablar palabra, asta que ya el uno dixo:

–Doncel o caballero, o a lo que pensamos, dios Apolo, que tal te muestras en tu hermosa figura, dínos quién eres para que al gigante bolbamos con la respuesta, porque si no es por el absoluto poder de Dios imposible parece que ayas ganado una tan inexpugnable fortaleça.

–Pues que así lo queréis, andad, decid a vuestro señor qu'el Caballero de la Fe es el que su fortaleça á ganado y que si no quiere venir, que me aguarde, que yo le iré a vuscar a su propia torre. Y con esto, pues no queréis entrar, os podéis bolber con la paz de Dios.

Tan suspensos iban aquellos caballeros que no azertaban a hablar palabra y no hacían sino mirarse unos a otros. Y cuando llegaron al castillo donde estaba el gigante, cuando subieron, delante de ellos cuatro más principales que subieron turbados y mudada la color, con temblante labio, le dixerón:

–Señor, la puerta de tus fuerças y castillos tienes ya perdida, porque sabrás, señor, que pasa esto y esto...

Y entonces le contaron todo lo que con el caballero les havía sucedido. Él, como era soberbio, airado y tan cruel, con una rabia insana y desatinado coraxe les dixo:

–Pues, ¿y cómo, biles? ¿Y sin probar si podíades vencer o si érades vencidos os venistes? ¡Quitaisme de delante, vil canalla!

Y luego mandó por su sentencia que los veinte y cinco d'ellos fuesen degollados y que a los otros los despeñasen de aquellos altos roquedos abajo. Luego por sus ministros de maldad fue puesto por obra, y tomando él cincuenta caballeros de los más escogidos y balientes que tenía en toda su cassa, todos muy bien armados, y él puesto sobre un gran caballaço, con una gruesa lança en la mano y colgada la claba del arcón de la silla y con terrible alfange puesto en la cinta, se baxó para el castillo. En el cual nosotros con vien poco temor y con arto deseo de que biniessi le estábamos aguardando, quando a las diez serían o casi vimos entrar al gigante en la placilla que delante del castillo se hacía, acompañado de sus cincuenta caballeros. Y con una espantable boz pidió una acha de armas grandísima, que apenas la podía menear un caballero, y con una ronca y espantable boz dijo: «Caballeros o diablos, los que <sup>[f. 223r]</sup> estáis allá en el castillo: abrí essas puertas, si no en un punto daré con ellas en tierra».

Yo, como le vi llegar a la puerta, antes qu'el Príncipe de la Fe llegase, vi junto a la bentana un medio peñasco (digo una piedraca, que apenas la pude lebantar de tierra) y púsela sobre la bentana. ¡Y mal aya el diablo!, que herré el golpe y di a un caballero muy membrudo que a su lado venía a querer también raxar la puerta, y acertele encima de la cresta del morrión, y cierto que luego él y el caballo cayeron redondos en tierra. Con esto tuvieron por bien de apartarse un tantico y, mal de su grado, también se apartó el gigante.

En este medio llegó el príncipe a la bentana y es cierto que me riñó porque había tirado la piedra. Y así le dixo al gigante:

–Aunque sé que as echo<sup>dclxxi</sup> tantos males y daños, tantos robos y urtos, si del abellos echo, gigante, te arrepientes y prometes de dexada la banidad de tus diosses bolberte a la fe de Nuestro Señor Jesucristo, yo te tornaré a dar tu torre y castillo; donde no, entiende que las que restan te tengo de ganar y, mediante Dios, a ti tengo de cortar la cabeça.

Espantosa cosa era ber lo qu'el gigante hacía, que de pura rabia y coraxe no parecía que le faltaba sino bolberse contra el cielo. Y así parecía que lo quería hacer, y a boces decía:

–¡Qué bengança me queda, decí, infames dioses, en una tan bil criatura como esta?

–Aora, pues, si te deseas bengar –dixo el príncipe–, entrá acá, que yo te avriré la puerta. Y te prometo de aguardarte yo solo en el campo y que doce caballeros que tengo en mi compañía de los tener encerrados todo el tiempo que durare nuestra batalla.

–Ábreme<sup>dclxxii</sup>, hombrecillo y desbenturado rapaz, que aunqu'estéis dentro mil caballeros no se me da a mí nada.

–Para que aya testigos –dijo el príncipe– de nuestra batalla, mete doce caballeros de los tuyos, que otros tantos tengo yo, y acá nos abendremos.

–No te cures de tantas pláticas –dixo el gigante–; ven <a> acerme avrir, que yo solo entraré.

Con esto, alçando la compuerta, entró el gigante y otros doce caballeros con él. Y, en entrando, que iban a entrar más, dejó yo –dice Nictemeno– caer la compuerta, y a dos bachilleres que se atrebieron a entrar los coxió la puerta debaxo y, así, los cosió con aquellas púas en la tierra, que parecieron ratones en dentada ratonera. Ya qu'estaban doce caballeros y el gigante trece, baxó el Príncipe de la Fe con sus doce caballeros y dixo al gigante: «¡Ca, que tú y yo lo emos de haber! ¡Ánimo, a la batalla, que ya es ora!».

Y, diciendo esto, muy vien cubierto de su escudo parte para él; el cual, esgrimiendo el guchillo, pensando acabar <sup>[f. 223v]</sup> el negocio de aquel golpe, un tan furioso golpe le arroxa que realmente si le azertara ninguna duda tengo yo sino que le dibidiera, mas él le hiço perder el golpe. Y estocada más benturosa y más bien dada esta, ello jamás entiendo que se havía visto, porque del primer golpe de espada que le hirió fue de una estocada que la punta entró por la visera y vino a salir por el ojo derecho al celevro, pasándole toda la celada. Y saliendo a la otra parte más de un gran palmo de espada, sin decir «aquí me duele», cayó el espantable gigante dando un grandísimo golpe en aquel suelo; al cual, con grandísima presteça, el príncipe cortó la cabeça.

Y, viendo que los otros querían mover para bengar la muerte de su amo, él, que conocía la bondad y esfuerço de sus caballeros, se apartó aparte, tiniendo la cabeça del gigante como la tubo Dabid la de Golías y como aquella balerosa Judie<sup>dclxxiii</sup> la de Olofernes, de la melena o peña del cabello. Entre los beinte y quatro se comenzó una concertada batalla, mas en vrebbe espacio los buenos españoles rindieron a sus enemigos, dexando solos dos de ellos vibos que pidieron merced y juraron de hacer todo lo que por aquellos caballeros les fuesse mandado.

Con esto, el príncipe, con la cabeça del gigante en la mano, lebantando la compuerta dixo a los caballeros<sup>dclxxiv</sup> que havían quedado fuera que se rindiessen, pues ya el gigante y sus compañeros eran muertos; si no, que juraba que después a ninguno havía de conceder la vida sino que o la havía de perder él o la havía de quitar a todos ellos. En barias opiniones estubieron aquellos caballeros; al fin, biendo muerto al gigante, al cual algunos serbían forçados y a más no poder y otros a mala gana y contra su boluntad, al fin, si no fueron quatro que a rienda suelta se bolbían, a los cuales los otros, por que los tuviésemos por más fieles (como realmente lo fueron), los siguieron y alcançándolos les dieron la muerte. Y después todos ellos entraron de paz en el castillo, espantados cuando nos uían decir que solo el príncipe havía acabado aquel echo.

El cuerpo del gigante y de los diez caballeros se quemaron luego aquel día, y a los demás, si no fueron seis que eran cristianos que se quedaron con el príncipe, los envió al armada, mandando que los repartiessen por gentilhonvres de galera; lo cual ellos tomaron con hacimiento de gracias y lo tubieron a mucha merced que se les hacía.

Ya aquel día no pasamos más adelante, porque aquellos caballeros dixeron que en la segunda torre, qu'es donde estaban las mazmorras y cárceles, que no habían quedado sino solos dos caballeros <sup>[f. 224r]</sup> y que así que era muy fácil el apoderarse de ella a la maña[na]. Que en lo que havría en qué entender sería en el castillo por ser mucha la gente, aunque los de armas no llegaban entre todos a zien personas, porque en quatro galeras y seis naos andaba la demás gente haciendo robos e insultos por la mar y que aún no havían benido al puerto; aunque ya los estaban esperando por momentos y tenían nueba cierta que habían echo dos presas de mucha importancia: una a los moros orientales que venían a África y otra a unos cristianos. Y a los más cautibaban y

robaban por engaño, porque andaba un capitán en ellas estrañamente ladino y esperto en todas las lenguas y costumbres de los reinos, y grandísimo cosario y espía, y havía sido el traidor cristiano, y llamábase Ariadeno Rusilano. Después dicen que renegó en Fez y se bolbió moro, y ya entonces era el maldito gentil y aun la fama común decía que era de padre hereje y de madre judía. Y era natural de Calabria, criado todas su vida en ser pirata, y así era diestrísimo marinero y tanto que pocos mexores capitanes andaban por la mar que él era ni más diestros.

Así que, benida la mañana, con aquellos seis cristianos (aunque no muy virtuosos, pero, al fin, fieles) y cuatro de los nuestros, que otros seis se quedaron en el castillo para guardarle, marchamos a la segunda torre; y yo fui allá, porque muy encarecidamente lo supliqué al príncipe. Llegados a ella allaron las puertas abiertas, porque estaban aguardando la venida del gigante. Yo iba detrás de aquellos caballeros y, ya adereçada la cabeça, la llebaba clabada en la punta de la lança como gu[i]ón de arçobispo.

Pues como entramos en el patio vimos la torre, que era muy más hermosa y fuerte que la primera. Luego los dos caballeros que en ella estaban y como catorce o quince peones y carceleros y gente de serbicio, biendo la cabeça del gigante, algunos de ellos fingieron olgarse; otros realmente recibieron contentamiento cuando le bieron muerto y así lo manifestaron por obras y por palabras. Especialmente uno de los dos caballeros, que era el miserable viexo cristiano y español y con temor de la muerte havía el desventurado viexo echo algunas cosas; de las cuales confesándose allí públicamente pidió al príncipe mi señor que le perdonase, qu'él prometía la enmienda y cumplir qualquiera penitencia que por su grandeça y por los jueces eclesiásticos le fuesse impuesta.

Pues con quien las havía [no era] sino con el príncipe, que era la misericordia del mundo, es verdad cierto que viendo llorar al viexo que lloraba él tanvién y que le avraçó diciendo:

–Aora enmendaos, que al fin la penitencia en ningún tiempo es tardía y, en arrepintiéndose, como [e]s raçón, del pecado, nunca más se acuerda Dios d'él. Y, al fin, no bino Cristo Nuestro Redentor a llamar los justos sino los pecadores <sup>[f. 224v]</sup>, y los

enfermos tienen necesidad de médico que no los sanos. Y, al fin, no ay maldad tan grande en el mundo que llebe bentaxa a la suma misericordia de Dios si de ella nos arrepentimos.

Con esto, luego pidió las llaves de las cárceles y mazmorras, las cuales luego aquellos carceleros con mucha diligencia, temerosos de la muerte, las truxeron. Y, encendidas un par de achas, antes que hiciese otra cosa, él mismo en persona quiso baxar a las cárceles, y así me dijo a mí: «Nictemeno, tomá, por vida vuestra, otra acha y andad acá». Yo estaba rogando a Dios que me lo mandasse por berlo todo... Mirad, no quiero pararme a pintar la crueldad de la cárcel, solo os diré en vrebes palabras el sitio.

No[so]tros baxamos a ella (a la más piadosa) por ciento y seis escalones, qu'es cierto que los fui contando y, antes de entrar en ella com[o] más de cincuenta escalones, estaban ya umidísimos y las paredes corriendo agua. La puerta, cuando llegamos (la postrera, digo, que otras tres havíamos ya avierto), era pequeña y toda de un finísimo y fuerte bronce y no mal labrada; tenía dos cerraduras y un fortísimo candado. Cuando la començamos <a> avrir, yo digo de verdad que era tan grandísimo el odor que, con venir abisado y traer defensibos de muy buenos olores, que era tan pestilencial que casi medio encalabaçado<sup>1034</sup>, como quien entra en onda bodega donde se cuece nuebo vino, vine a perder el sentido y a quedar como medio envriagado.

Pues los clamores y tristes bocas que sonaban realmente parecían bisiones o aullidos de visiones que de noche con atemorizadores boces manifiestan su pena. No era así burlando, sino que en echo de verdad yo quedé medio muerto, tanto qu'el príncipe mi señor, m[e] díxo: «¿Qué as, necio? ¿De qué te turbas? ¿No bes que son boces de essa pobre gente? ¡Acaba ya, avre presto! ¡No tardes tanto en alibiar tan gran tormento como deben de padecer!». Con esto, yo acabé de quitar el candado y, como abrimos la puerta y entraron con las dos achas los carceleros, era cosa notable ver las lástimas que aquellos tristes hombres y mugeres que allí avía decían.

---

<sup>1034</sup> *Encalabazado*: No hemos conseguido documentar este adjetivo, que parece significar aquí 'atontado o aturdido'. Tal vez esté en relación con el significado de *calabazada* registrado por *Autoridades*, originado en el uso de las calabazas como recipiente para la ingesta de alcohol: «Festivamente la usó Quevedo por las veces que se pone la calabaza en la boca para beber vino» (*s.v. calabazada*).

Ella era una sima muy larga y angosta, porque tenía poco más de doce pasos jeómetros de ancho; al fin, era como un callexón. Estaba lleno de agua casi dos palmos por algunas partes, por otras era más y por otras menos, mas donde era menos había tanto varro y cieno y inmundicias que cierto era cossa horrible y de temeroso aspecto. Estaban los presos metidas las cabeças en un cepo de yerro, que era tan largo como lo era el callexón, y todos tenían grillos en los pies y una gruesa cadena que pasaba de uno en otro, de suerte que aunque podían estar sentados no se podían poner derechos en pie. Y aunque los asientos estaban güecos para la corporal necesidad, mas, como nunca se limpiaban y a los que morían aquellos infernales carniceros no hacían sino echallos allí en una sima o poço que tenían, era cierto el más estraño espectáculo que jamás se á bisto.

No quiero <sup>[f. 225r]</sup> callar una cosa de mi amo, digna de un tal príncipe y exemplo de todos los que después de nuestros días nos sucedieron: él se paró a la puerta y lebantándose la vissera, en boz alta llena de muchas lágrimas y sospiros, como supo que todos los que allí estaban eran cristianos y que estaban allí solo porque no querían adorar a los ídolos ni dejar la fe de Nuestro Señor Jesucristo, les començó a decir:

–Hermanos míos en Jesucristo nuestro Dios: la gracia y consolación del Espíritu Santo os consuele y esté con bosotros para que no perdáis el merecimiento de tan áspera penitencia como por amor de vuestro amado Jesucristo estáis padeciendo. Mirad que las pasiones d’este siglo por grandes que sean no son dignas ni merecedoras de suyo de aquella gloria y vienaventurança que se á de rebelar en nosotros, y que emos de estar tan constantes en nuestra santa fe y amor de Jesucristo que digamos: «¿Quién nos apartará de su santísima caridad? Ni la cárcel, ni la hambre, ni la sed, ni los tormentos, ni el guchillo, ni el perseguidor, ni el mismo demonio no será suficiente para nos apartar de ella». Mirad que nuestro buen Jesucristo es aquel dibino fundamento sobre que todo el espiritual edificio crece y que no nos es dado otro nombre debaxo del cielo en el cual nos combenga ser salbos sino este <sup>dclxxv</sup>. Y tené muy firme esperança que si padecéis por Cristo y con él, que tanvién reinaréis juntamente con Su Divina Magestad. Y que

tiniendo la fe viba con las buenas obras en caridad echas y la firme esperança en Dios que combiene, que recibiréis el premio en aquel dibino reino de la vienaventurança<sup>1035</sup>.

Tantas eran las lágrimas del príncipe y tantos sus sospiros y sentimiento que realmente no pudo pasar adela[n]te, mas las verdaderas lágrimas fueron cuando entre todos aquellos pressos se oían boces que decían: «¡Venga! ¡Venga el carnicero! Que aparejados estamos de muy buena gana para entregar las cabeças por amor de Jesucristo, que quiso dar su preciosísima bida por nosotros». Es cierto qu'el mismo príncipe incado de rodillas les quitaba las prisiones y que mil beces le vi vesarlas y vesar los pies de los presos, con tanta humildad que me confundía.

Si no me llamárades predicador, dixérais sobre esto no más de una palabra; mas no oso, qu'está el mundo tal que lo bueno decís luego «pasa adelante» y lo no tal oís de buena gana, y aun lo que pica un tantico en no sé qué decís «torna <a> esso, pausa agora». Pues solo os digo que ay de todo, que pues queréis amores para pasar tiempo, guerras para acelerar los ánimos, cortesaniás para entreteneros, que toméis tanvién esto para aprovecharos; que si no fue, será a lo menos bien y muy bien que hagamos lo que a imitación d'este príncipe que se finge se amonesta<sup>1036</sup>.

Así pues, que de allí sacamos aquellos presos, que eran por todos ciento y cincuenta personas, y cuatro allamos muertos. Lo que se hiço de todos y lo demás del aventura veréis en este otro capítulo.

### **Capítulo 8. De lo que en aquella 2ª torre y en la tercera y cuarta y en el castillo hiço el príncipe y de otras cosas notables.**

Con arto trabaxo <sup>[f. 225v]</sup> y ayudándose unos a otros subieron todos aquellos presos al patio de arriba, y, en él, todos de rodillas dieron muchas gracias a Dios por la

---

<sup>1035</sup> En el manuscrito este fragmento presenta llamadas a notas que posteriormente no se incorporaron, muy probablemente referidas a pasajes del Nuevo Testamento.

<sup>1036</sup> Anotación de un lector, ¿mano 4?: «Tuta coronica a mendacio liberato». Interesantísimo comentario marginal, probablemente debido a un lector cuya escritura no hemos podido relacionar con ninguna de las manos establecidas a lo largo del manuscrito.



merced que les había echo; las cosas que hacían con el príncipe no se pueden escribir. Al fin, antes que en otra cosa se entendiese hiço sacar a aquellos hombres del castillo todos los cuerpos de los muertos qu'estaban en la cárcel y, en una iglesita viexa y ya derribada que solía ser en tiempo que aquello fue de cristianos, los hiço enterrar a todos, prometiendo de les hacer después una muy buena iglesia, como lo cumplió (como adelante veréis en la estoria). A todo los presos hiço luego el príncipe prob<e>er de vestidos y que les adereçasen de comer buenos mantenimientos, y que no comiessen mucho por que no les hiciesse daño o muriessen.

Todo aquel día estuvimos allí entendiendo en esto y puniendo en concierto las cosas de aquella torre, porque ya en esta allamos una recámara del gigante muy hermosa en que había preciosísimas cosas de telas de seda y brocados y tapicerías hermosísimas. En esta rica recámara, que eran dos muy grandes cuadras, todo lo que había eran estas cosas de ropa y adereço de camas admirables. Todo pasó por mi mano –dice Nictemeno– y, en suma, os diré lo que se alló: doce tapicerías diferentes, las cuatro riquísimas en extremo y las ocho de sedas y brocados raçonables de diferentes colores; ciento y cuatro camas enteras sin les faltar ebra, todas de seda y vrocado; las sábanas, almoadas, mantas, colchones y cuvertores todo escogidísimo y muy bueno y que jamás se había puesto; ocho estrados enteros de a veinte y cuatro alm[o]adas con todas las cosas aderentes d'él, como eran doseles y sillas, bufetes pequeñuelos y otras cosas; allamos cuarenta cofres de ropa blanca y ciento y siete de vestidos. Esto fue, en suma, lo que se alló en esta torre, sin otras mil menudencias qu'el príncipe hiço que se repartiessen entre los presos. Yo las repartí, y al que menos zierto cupieron más de mil ducados de despojos.

Determinose que un caballero de los nuestros llevase toda aquella gente al puerto y se les hiciesse caridad y los pasasen al dalfinalgo o dalfinazgo de Francia, que allí suplicaron ellos que los llevasen. Y que Mauro Italiano, con treinta caballeros de guarda, truxesse dos o tres mil forçados para que baxasen al armada toda aquella recámara y no dexasen en la torre sino solas dos mudas en cada cuarto. Como el príncipe lo ordenó así se hiço, y el caballero que fue con este recado y con la gente se llamava Bibaldo, hijo de padres ginobesses, y él español, hombre de grandísima prudencia y balor, el cual bino a ser un gran príncipe, como adelante veréis.

Pues por no cercenar después la estoria, sabed que, cuando Vibaldo baxó con la gente, acababa nuestra armada de cautibar y prender el armada de Arideno, que venía poderosísimo y muy rico de las presas que havía echo por mar. Y el ladrón se havía <sup>lf.</sup> <sup>226r]</sup> escapado uyendo en una fragata ligera entre tanto que se acababa la victoria, aunque realmente havía peleado como muy buen capitán. Esta victoria havida de Ariadeno fue muy importante y de mucho interés y gran bien para la república cristiana, porque hacía grandes daños y inchía las cárceles y mazmorras de cautibos; aunque en aberse escapado estaba el tiniente Mauro que se quería pelar las barbas y decía que no estimaba en nada la victoria.

Pues, como llegó el mandato del príncipe, luego Mauro Italiano lo puso por obra. Y cuando ellos llegaron a la segunda torre ya nosotros teníamos ganada la tercera, porque en ella no allamos resistencia alguna, porque esta torre solo tenía armas y adereços de caballos: sillas, frenos, espuelas, azicates hermosísimos y muchos caparaçones (y jaez ubo que se tasó en trecientos mil ducados). N'os quiero decir los géneros de armas que allí allamos, que sería nunca acabar; solo os digo que allamos docientos arneses de plata fina y cuarenta y cuatro de oro que cierto era cosa de ber, sin otros muchos muy bien orlados y guarnecidos que havía. Pues espadas, dagas, alfanges, guchillos, maças, picos, ginetas, alabardas y otras armas podíanse cargar cincuenta naos. Todas estas cosas tanvién las pusimos por imbentario, así por junto.

En esta torre no allamos caballero ninguno, si no fueron doce esclabos cristianos españoles y alemanes que tenían cuidado de limpiar el armería y tener limpios y acicalados los arneses, y otros seis moros que tenían cuidado con los jaeces, y asta veinte jetas que tenían cuenta con una hermosísima caballería de asta ciento y veinte caballos, y cada negro de aquellos curaba seis (pero cierto de diferentes raças, hermosos caballos havía). No sabéis qué topamos en esta torre en abundancia: moçaças fregonas que parlaban sus ratos con aquella gentecilla. D'esta gentecita andaban por allí catorce o quince con unos geto y aliño que parecían al di[a]blo.

Esta torre se quedó como se estaba sin deconcertar cosa alguna de ella. No se hiço más de enviar doce arneses de plata y doce de oro a la galera Leona, y no sé cuántas espadas que escoxió el príncipe y algunos alfanxes y otras armas, para y todo poca cosa. Todo lo demás se quedó de la misma manera que se estaba, solo quedaron

allí dos caballeros: el uno llamado Ortusino y el otro Sildano, entramos andaluces muy hombres de bien y muy espertos en cosas <sup>[f. 226v]</sup> de caballeros <sup>dclxxvi</sup>.

En la cuarta torre aún allamos menos resistencia, porque era una torre fortísima, echa como un cubo, y no tenía sino dos aposentos de morada. En esta estaban encerradas las cosas y pieças de plata y oro de servicio de casa, como eran aparadores riquísimos, que allamos diez y seis que cualquiera de ellos bastaba para un gran príncipe. El menor y de menos pieças tenía docientos platillos, cincuenta platonos medianos <sup>dclxxvii</sup>, veinte y cuatro fuentes y cien escudillas, doce docenas de cucharas, cuatro saleros, cuatro azucareros, cuatro pimenteros, cuatros toros sátiros o otros animalillos para los palillos, tenedores, ferselas, palillas <sup>1037</sup> y garfelos <sup>1038</sup>. Había para el servicio de la bebida doce tinaxas, veinte y cuatro cántaros, otros tantos jarros y doce frascos, cien taças y copones de diferentes echuras y riqueza. Tenían de servicio bufetes, sillas, escritorio, acheros, candeleros de mil formas y de otras basixas de menor oficio una muchedunvre de ellas. Con todo esso, tasado así todo por peso no llegó a un millón y treientos mil ducados. Esto, digo, sin echuras ni estimación de las piedras, que había muchas y de mucho balor; la raçón era por ser como era lo más plata y era más la curiosidad de las pieças qu'el pesso. Esto no hiço más que pesarse y quedarse allí con determinación de que de ello se cargase una nao, como después se cargó.

De aquí suvimos por unos caracoles y bueltas vien prolixas (mas por buen camino) al castillo en el cual estaban todos aguardando al gigante con arto temor; porque, al fin, los tiranos son temidos y no amados. Y, así, el gigante era estrañamente aborrecido de toda su gente, porque sus más amigos y aliados eran los que andaban con Ariadeno y a los demás tenía él consigo para hacerles hacer lo que él quería por fuerça, quando de otra manera no pudiesse. Y, así, los caballeros, que nos vieron <sup>dclxxviii</sup> ir con la

---

<sup>1037</sup> *Ferselas y palillas*: No hemos logrado documentar estas voces, seguramente tomadas del gallego (tal y como ocurre con el término *garfelo*; *vid. infra*), que parecen designar utensilios para comer o servir los alimentos.

<sup>1038</sup> *Garfelo*: En el gallego actual designa diversos objetos relacionados con los aparejos culinarios: «Cazo para servir la comida» (Constantino García González. *Glosario de voces galegas de hoxe*. Santiago. Universidad. 1985); «Tenedor (Moreiras, Ourense). En Valdeorras, *garfelo* “gancho de las llares”; en Piñeirás, Aldosende, Lugo, *garfelo* “tridente para asar carne”» (Eligio Rivas Quintas. *Frampas II, contribución al diccionario gallego*. Alvarellos. Lugo. 1988).

cabeça del gigante puesta en la punta de la lança, de ciento que eran, desarmados y así como se estaban, vinieron a dar la obediencia al príncipe, pidiendo merced de las vidas y perdón de los delitos que allí forçados havían cometido.

Con esto, estraña cosa, sin derramamiento de sangre ninguna, porque hijos no los tenía el gigante ni jamás los había tenido y entonces estaba biudo (aunque por fuerça y por temor de la muerte se aprovechaba allí de unas miserables mugeres que eran doce, así cristianas como de otras leyes y setas), y como era dominio tiránico, acabose y deshíçose en un momento, sin que de <sup>[f. 227r]</sup> allí a cuatro oras ubiesse más memoria del gigante (si no era para maldecillo) que si jamás uviera estado en el mundo. Mirad en lo que para la sobervia y tiranía de los malos: el cuerpo, quemado; la cabeça, traída en la punta de una lança para exemplo de otros, y lo peor, que fue sepultada el alma en los infiernos. Y, así, pere[ce] su memoria con el vil sonido de su mala vida<sup>1039</sup>.

Después qu'el príncipe tomó la posesión del castillo, haviéndose en ello con mucha discreción y clemencia, envió a llamar a Mauro Italiano con todos los capitanes y caballeros de su consexo, mandando que en toda el armada se hiciessen alegrías y se diessen gracias a Dios por la victoria. Todo se hiço assí, y, cuando subieron, aquellos caballeros espantados estaban de ber tan estraña fuerça y nunca acababan de loar el balor, el ánimo y la industria del príncipe.

Al fin, después de llegados al castillo y todos juntos en consexo en una sala, preguntó a todos que qué se había de hacer en aquel negocio. Después de muchos botos y pareceres, en que se determinaron fue en que aquel castillo y la tierra que era de aquel gigante y había sido de su padre, por haberla ganado en justa guerra y conforme a las leyes de los emperadores y príncipes, era ligítimamente del Príncipe de la Fe; mas que por ser el príncipe criado y basallo del rey de España, que le enviasse un mensaxero avisándole de lo sucedido y pidiéndole tubiesse por bien qu'él dispusiesse d'él conforme a su boluntad.

El príncipe dixo que del castillo y tierra él no quería el señorío, sino enviársele a su rey. Y que de todas las cosas se le guardase su tercia parte y que lo demás quería para

---

<sup>1039</sup> **Ap. marg.:** «Periit memoria eorum cun sonitu, *Ps.l.*». Salmo IX, 8.

repartir entre sus soldados y caballeros. Y que, así, señalaba por tiniente y castellano por el rey Ofrasio, su señor, a Aznario Balduino aragonés, honvre de grandísima discreción y prudencia, el cual estaba allí presente y se había mostrado muy cuerdo y servidor de su rey en el consexo.

Cierto que nos detuvimos en la repartición y en poner en concierto las cosas y enviar el mensaxero a España al Rey, aunque lo hicimos con toda la presteça posible, tres días enteros, qu'es cierto que no dormí sus oras en todos tres días. Al Rey cupieron, echada la cuenta de todo, sin la tierra y castillo, doce millones y diez y siete mil<sup>dclxxxix</sup> y quinientos y veinte y dos ducados. Al Príncipe de la Fe, que todo lo quiso en ropa y plata labrada, que allí lo tásabamos, tomó cuatro millones y cincuenta y cinco mil y trecientos ducados y pocos más reales. Todo lo demás <sup>[f. 227v]</sup> restante, asta igualar a dos partes de lo que al Rey cupo, se repartió con mucha igualdad y justicia entre toda la armada.

Las cosas de aquel castillo quedaron muy bien ordenadas, y en él dexamos a todos los enfermos y necesitados para que fuesen curados y los regalasse el castellano Aznar, lo cual él hiço y muy bien como si su propio padre fuera. Sin estos dejamos cincuenta caballeros de guarnición, y peones y mugeres y criados de servicio los que pareció combenir. Y lo que particularmente dejó mandado el príncipe, dejando allí un santo monxe, fue la edificación de la ermita qu'él había prometido, dejándole grandes dones y hermosas preseas para que en el culto dibino fuessen gastadas.

Con esto, nos baxamos al puerto, haviéndonos detenido en todo diez días. Y, así, partimos de allí un jueves por la mañana, llebando dos grandes maonas que habían sido del gigante cargadas de la recámara del príncipe; porque todos los demás basos, naos y galeras se embiaron a Ispalia a[l] rey Ofrasio, con el recado que tengo dicho. De Aguas Muertas partimos y fuimos a Marsella<sup>1040</sup>, que ay veinte y dos leguas, y está Marsella al este quarta al sueste en 44 grados; allí bisitó el príncipe el sepulcro de la Madalena y de santa Marta y de san Láçaro y san Maximino. De allí fuimos al cabo<sup>dclxxx</sup> de Eras, que hay asta él diez y ocho leguas. Tiene esta costa delante una banda de isleos que van

---

<sup>1040</sup> Todo este pasaje se extracta de nuevo de la *Suma de geografía* de Fernández de Enciso (ob. cit., págs. 139-143).

cercados de baxos; están estos iselos en 44 grados y medio. Desd'estos isleos fuimos a Génoba, que ay 35 leguas (está Génoba al nordeste cuarta al este en 45 grados); dejamos en medio a Beintemilla. Aquí en Jénoba a grandes mercaderes que ay, de nuestra armada se bendieron unas cosas y se compraron otras.

Estubimos en Jénoba tres días, de allí partió el armada y fuimos al cabo Allorno y a Pisa, que ay veinte leguas. Está Pisa al este y tiene a Revena, qu'es puerto, en el mar Adriático al norueste a 40 leguas. De Pisa fuimos a Rébena, que ay 35 leguas, y esta anchura ba la tierra de Italia de Pisa asta Roma y de Roma asta la Calabria lleba 25 y 28. Ay de Pisa a [O]tranto, qu'es el fin de Nápoles, 150 leguas, y esta es su longitud y latitud. Desde el cabo Allorno al cabo de Montenegro ay 25 leguas y está Montenegro al sur.

Vimos al oeste las dos islas, llamada la una Gorgoña y la otra Cambraya. Está el cabo de Montenegro al sur 44 grados y medio. Del Cabo Negro al cabo la Troya ay 18 leguas, y está la Troya al sudueste; en medio dexamos a Pomblino, qu'es buen puerto. Del cabo la Troya fuimos a Sansebera, que ay 18 leguas. De allí fuimos a Ostia, allí el río arriba por el Tíveres adentro está Roma. No quiso el príncipe entrar por no se detener, [y por no ser] conocido; sino en un batel él y mi amo Priscilano y yo fuimos a Roma y andubimos todas las estaciones y confesamos y comulgamos, dos días que estubo el armada aguardando viento.

De allí del cabo de Sansevera<sup>delxxxix</sup> fuimos al cabo de Ausa; a la media partida del este sueste, en 44 grados y medio tiene el cabo de Ausa a la parte del sur a la isla Ponta. De Ausa fuimos al Garellano, que ay trece leguas; del Garellano a Nápoles ay otras trece. Esta es hermosísima ciudad, mas porque teníamos vuen viento pasamos adelante. Y, así, de la punta del *Castel* que entra en la mar fuimos al cabo de Salerno, que ay 25 leguas. Y está Salerno a la media partida del este sueste; Salerno y Polica y Soales son buenos puertos. De Salerno a Belber ay diez leguas al sueste cuarta al sur; ay desde Belber al cabo de Rixoles 35 leguas y está Rixoles al sur cuarta al sueste en 44 grados y medio; dejamos en medio el puerto de Duraço.

De Rijoles venimos aquellas dos leguas a Sicilia; tampoco nos detubimos en Sicilia por la demasiada prisa que llebábamos. De Sicilia costeamos y fuimos a

Cerdeña, que ay 55 leguas; de allí vimos las islas Córcega, Mallorca, Menorca y Suiça y Forbentera. De allí venimos a Otranto, qu'esta al nordeste, y ay d'él a Rigiolas cuarenta leguas. De allí fuimos a la Belona, que son quince leguas, y este es el primer puerto de la Grecia. De aquí nos entramos por el mar Adriático asta venir a Venecia; está Venecia al nordeste en 48 grados. Tampoco nos detubimos en Venecia, sino desde allí fuimos a Belfort o *Cibita Noba*, que ay asta ella veinte y cinco leguas. Está Belfort en 48 grados y medio; aquí por esta costa se acaba Italia y comienza Grecia. De aquí fuimos al cabo de Parenso<sup>1041</sup> y buelto el cabo está Parenso al nordeste; de Parenso atrabesamos a Polistro. De allí fuimos a la entrada del mar Euxino<sup>dclxxxii</sup> y llegamos al deseado puerto de la ilustrísima ciudad de Constantinopla.

Ya estoy cansado de marear costeando y vosotros de estar leyendo; quédese el capítulo.

### **Capítulo 9. De cómo tomamos puerto en Constantinopla y de lo que allí al Caballero de la Fe sucedió.**

Un domingo que se contaron doce de nobiembre, habiendo pasado artos trabaxos que no escribo en nuestra nabegación, a las 7 de la mañana llegamos a embocar al deseado puerto de Constantinopla, día de san Martín, papa y mártir. Estaba el puerto lleno de infinidad de naos y galeras y otros diferentes basos, todos puestos en los mástiles de en medio sus banderas, manifestadoras en la color y traça del reino que eran. Yo conté después los basos –dice Nictemeno– y eran trecientas galeras y seiscientas naos entres grandes y pequeñas; mirad qué parecería un puerto <sup>[f. 228v]</sup> hermozeado con tanta grandeça y muchedumbre de armada.

Pues en el mismo punto que la galera real de Constantinopla tubo reseña de que venía armada, que del castillo se la hicieron, luego tocó un clarín y una alta italiana. Y el tiniente de capitán general puesto luego en un esquife, acompañado de una docena de

---

<sup>1041</sup> *Parenso* es en realidad *Parneso*. En el impreso de época de Fernández de Enciso la nasal figura con abreviatura, por lo que posiblemente el error se deba a una mala interpretación de su desarrollo. Puesto que no podemos descartar que se trate de un error autorial, nos decidimos por respetar la lectura que, además, podría demostrar su alta dependencia con el modelo.

caballeros, con la fuerza de muy diestros remeros partió como una jara del puerto. Y a media legua antes qu'en él entrásemos, trayendo lebantada la bandera del imperio y de la iglesia romana, llegó a nosotros; donde ya en nuestra armada avíamos baxado banderas haciéndole el reconocimiento que estábamos obligados.

Pues cuando llegó <a> abordar con la galera Leona, nuestra capitana, espantado de ber su hermosura y riqueza (porque realmente ninguna de las del puerto le igualaba ni en muchos quilates, así en grandeça como en hermosura), dixo en alta boz: «¡Buen biaxe, buen biaxe! ¿Quién viene en esta armada por capitán?». Entonces, asomándose a borde el príncipe con diez o doce de aquellos caballeros, dixo:

–Yo, señor, vengo, aunque indigno. Y el armada es de España y yo como basallo del rey Ofrasio, mi señor, por su mandamiento vengo a traer al sacro emperador Armodio ciertos recados. Y a mí llaman el Caballero de la Fe, y en lo demás todos benimos a servir al Emperador y a este imperio en lo que nuestras flacas fuerzas bastaren.

–Vuestras mercedes sean muy bienvenidos –dijo el capitán de la guarda–, y yo buelbo con la respuesta. Pilotos: en oyendo la reseña del castillo, podréis entrar en el puerto.

Vien poco tardó el esquife en llegar a la ribera, y de allí a un rato oímos la seña que se nos hacía del castillo. Y, respondiendo toda la música de nuestra armada, entramos con grandísimo contento y en un buen sitio, y donde avía muy buenas amarras, ancoramos. Y nuestra galera fue muy mirada y loada de todos cuantos la bieron, diciendo que sin excepción era la mexor pieça que andaba en la mar.

Pues después que ubimos baxado belas, el príncipe mi señor, con doce caballeros y Priscilano su maestro, y una docena de escuderos y yo y otros cuatro criados suyos, nos pusimos en una lancha nuestra, indo todos los caballeros armados de punta en blanco y el príncipe de la misma manera (y todos, como entonces se usaba, llevaban caladas las biseras). Y, así, en buen punto tomamos puerto o saltamos en tierra cuando el reloj dio las nueve, y ya allí en el desembarcadero estaba el embajador de España, acompañado de muchos caballeros, que era un buen viexo llamado Arsedisso; el cual, como supo que venían españoles, nos estaba aguardando.



Pues sabed qu'este buen viexo era hermano de su padre, del príncipe Ardoniso (al fin que era su tío), y nunca se había casado. Pues como llegamos y ya el príncipe sabía quién era, y como él era tan biencriado y relamente entendía que era hijo del príncipe Ardoniso, en llegando a él, lebantando la vissera, incando la una <sup>[f. 229r]</sup> rodilla en tierra le pidió la mano diciendo: «Démela vuestra grandeça, que yo soy hijo del príncipe Ardoniso y de la bella Belisandra». Espantado el buen viexo de lo que beía y entendiendo ser ello así (aunque no podía imaginar cómo), viendo una tan hermosa criatura, llenos de contento de lágrimas los ojos le abraçó, besándole en el rostro con estraño contento. Luego mi amo Priscilano le dio los despachos y una carta del rey Ofrasio para él; la cual por saber lo que su rey mandaba y cómo se había de haber la abrió luego, y leyéndola vio que decía así:

Ofrasio, rey de España, a su amado primo Arsediso, su embaxador en el imperio, salud.

El que lleba estos despachos es el bienabenturado caballero llamado «de la Fe», por cuyo balor y balerosos echo en armas así el reino como la vida mi amada Casiana y yo poseemos. Es mi almirante y capitán general de la mar y merece ser emperador del mundo. Prec[i]aos de tener un tan baleroso sobrino y en todo procurad de hacer lo qu'él os aconsejare, y mirad que hagáis cuenta qu'es mi hijo. Mas pues es vuestra propia sangre no tengo qué decir sino que Dios os traiga con vien a descansar a vuestro reino y casa, y a él le dé Fortuna lo que su balor merece.

No cabía de placer el biexo leyendo la carta y, así, embobado se iba mirando en el hermoso rostro del príncipe, caminando luego a palacio a dar el despacho al Emperador, con deseo de llebar luego a descansar y a regalar al sobrino, que por tal entonces le tenía. Llegados a palacio, es verdad cierto que así se le quedaban todos cuantos topábamos mirando al príncipe a la cara como si fuera un nuevo milagro de naturaleza; pero es cierto que lo parecía tanto que algunos dijeron que era demasiado hermoso para hombre y que escedía los límites de la hermosura humana.

Pues como ya el Emperador sabía que había venido armada de España, en diciéndole qu'estaban allí aquellos caballeros les mandó entrar, estando él asentado en su imperial silla y con él todos los reyes y grandes de su imperio, y los embaxadores de los demás qu'estaban ausentes. Pues, como el príncipe entró lebantada la bisera, es verdad que miré en ello –dice Nictemeno– y que todos cuantos estaban en la sala

mudaron el color y aun el Emperador le bi claramente que se havía turbado. Pues haviendo echo como mensaxero su devido comedimiento al Emperador, puesto en pie le dixo:

–Sacro emperador Armodio: Ofrasio, rey d’España, mi señor, vesa tus imperiales manos, y qu’él queda haciendo su armada para cuando fuere menester acudir a tu servicio; entre tanto, a veinte y cuatro caballeros y a mí nos mandó venir a te servir. Yo é sido el primero que é llegado y lo seré en el deseo de servirte. Diome esse pliego, señor, que te diesse.

Con esto, le dio el pliego de las cartas. Antes que le respondiesse, por saber con quién hablaba abrió el emperador la carta y vio que era de creencia, que decía:

A la Su Divina Majestad, emperador Armodio, su muy aficionado servidor Ofrasio, salud.

El qu’esta diere, qu’es el Caballero de la Fe <sup>[f. 229v]</sup>, qu’es mi general y almirante de la mar, sus obras darán testimonio de quién es y yo le doy de qu’es uno de los buenos del mundo. Dársele á fe y creencia en todo lo que dixere y solo suplico a vuestra grandeça le onre, qu’él lo merece y Nuestro Señor...

–Esta carta, señor caballero, es de creencia, y bastaba yo ver esse rostro para que no fuera menester más para regalaros en todo lo que mis fuerças alcançaren. Estos otros despachos yo los beré y conforme a lo qu’el señor Rey mandare así se hará todo.

Y recibiendo a todos aquellos caballeros muy bien, especialmente fue mirado con atentísimos ojos Prisciliano, mi amo, porque realmente tenía benerabilísimo rostro y presencia. De allí nos salimos a la Sala de Estado, y en ella el aposentador mayor dio al embax[ad]or Arsedisso las pólizas de las posadas para la gente que havía de saltar en tierra. Y nosotros nos fuimos luego con el Embaxador, que iba tan contento que de placer no cabía. Tenía su casa junto a palacio, que era unos palaciaços viexos grandísimos, la mayor casa de sitio que havía en toda Constantinopla, y ninguna casa tenía vecina sino solo a palacio, y esso era por las güertas; mas no tenía vien edificado sino un cuarto que era en el que el envaxador moraba. Y habíale costado al Embaxador el sitio cincuenta mil ducados; mas era grandísimo, que con corrales y güertas tenía medio cuarto de legua, porque se estendía fuera de la cerca de la ciudad gran pedaço, y

había el Embaxador comprado junto a ella un grandísimo pedaço de güerta y viñas que era otro tanto (aunque esto costole muy caro por estar en bonísimo sitio y tierra).

En esta casa entramos, y el biexo nos subió a su cuarto, que le tenía admirablemente adereçado (porque era el embaxador que mexor casa traía en toda la corte), y luego en su capilla dixeron misa un capellán suyo. Y, entre tanto que se adereçaba la comida, el Embaxador dexó al príncipe con algunos caballeros moços amigos suyos que, sabiendo que había venido un sobrino suyo, le vinieron luego a visitar. Y él, con una ropa de brocado negro y un junco en la mano, llamó a mi amo (que los viexos con los viexos se conciertan tan fácilmente) y llebole a otro cuarto que, aunque no estaba muy bueno, estaba abitabile; mas era grandísimo, que podía en él posar un rey, y algunos aposentos tenía muy buenos, otros raçonables y, al fin, ninguno había que no se pudiesse habitar.

–En este cuarto, señor Priscilano, quiero poner a mi sobrino, que yo se le adereçaré muy bien, qu’él como viene con tanta costa será menester que por agora por acá le regalemos, y él es tan bonito que mil reinos que tubiera los quisiera todos para él.

–Sí, señor –dixo Priscilano–, muy buen cuarto es este, quanto más que presto le adereçaremos, porque para la casa del príncipe mi señor es pequeño.

–Pues, ¿qué casa trae? –dixo el bi[e]xo.

–Seremos como docientas personas entre hombres y mugeres.

–¿Pues qué gaxes<sup>dclxxxiii</sup> le da el Rey?

–Muy buenos, señor –dixo Priscilano–, mas esso es lo de menos, que sus criados del príncipe mi señor pueden tener tanta cassa como la qu’él trae. En esso vuestra grandeça no tenga pena, que de lo que sé que gustará mucho el príncipe, mi señor, es de que aya sitio.

–Pues, ¡so! –dixo el [em]baxador–, otros tres cuartos tiene la casa, cada uno tan grande como este y en el que yo moro<sup>dclxxxiv</sup>; mas están perdidos, que debe <sup>[f. 230r]</sup> de haber más de cien años que no se habitan.

–Dónde edificar nos dé vuestra grandeça, qu’eso otro no ay que tener pena.

–Pues venga y vea la casa que ay.

Con esto, le mostró los otros cuartos y las güertas desde unos corredores, y estándole mostrando las viñas y unas fuentes qu'estaban en las güertas los vinieron a llamar que se fuessen a comer. Aunque coxieron al mayordomo del Embaxador medio de repente, como tenía un despensero muy cuidadoso y probeído dioles una comida admirable, comiendo a la mesa solo el Embaxador y el príncipe y mi amo y cuatro caballeros cortesanos que algunas beces se benían a comer con el e[m]baxador. Y es verdad qu'el viexo de puro contento no podía comer bocado ni jamás apartaba los ojos del príncipe, regalándole con todo el amor que le era posible.

Acabado de comer, dijo el príncipe a mi amo:

–Bamos y hagamos desembarcar la gente que se á de desembarcar, porque Mauro Italiano á de ir con essa armada a Corfu y a Chipre y a las costas de Venecia, y la tardança en estas cosas hace mucho daño. Y yo querría que se partiesse después de mañana y se probeyese aquí de algunas cosas que son menester para la chusma, y para todo esto es menester diligencia.

–Pues baya vuestra grandeça –dixo Priscilano–, y lo primero de todo envíeme vuestra grandeça a Gradisa y luego mil de aquellos forçados que traigan la recámara y más, que<sup>dclxxxv</sup> aquí a una puerta pueden venir a desembarcar a ella misma, qu'es a una puerta de una güerta que bate la mar en ella. Y a boca de noche pu<e>de venir mi señora la princesa Esmerilda, Libertina, Areusina y las demás, que yo les tendré adereçado su cuarto, y pueden desembarcar en esta güerta sin que las bea ánima vibiente. Y con Gradisa vengan los resposteros y dos docenas de paxes y algunas criadas de cámara, y vuestra grandeça dé allá la instrucción que anoche hicimos a Mauro Italiano. Entre tanto, començaré yo a limpiar estos aposentos.

–Aora pues, se'así, ayo. Yo me boy.

Con esto, diciendo al Embaxador en lo que se havían determinado, el príncipe fue a la puerta de la güerta por dentro de cassa y allí le vino a coger el esquite. Y indo a la armada dixo a Gradissa lo que Priscilano decía, la cual luego con la gente qu'el príncipe dixo se puso en una lancha. Y, haciendo luego llegar a la galera real otras

cuatro lanchas, hiço poner en ellas dos forçados que eran menester. Y luego començaron a sacar la recámara del príncipe y a ponella en las lanchas, con tanta prisa, maña y cuidado que solícitas ormigas en caluroso día que a día de mucha agua sucede parecían, cuando andan sacando el granillo no se les humedezca; así andaban aquellos forçados sacando las cosas de la recámara del príncipe. Otros quinientos forçados en dos lanchas saltaron en tierra en la güerta, para allí tomar lo que se truxesse y suvillo arriba.

En la obra andaban dos mil hombres, poco más a menos, mas ellos començaron a la una; mas digo de verdad que cuando fueron las cinco de la tarde que ellos tenían obra echa que me espantaron, porque de todo quanto se había de desembarcar no quedó cosa ninguna que no se desenvarcase. Con que cierto qu'entiendo que fueron al pie de catorce mil arrobas lo que aquella tarde se puso en tierra, digo, con los atos de los mercaderes y con la recámara de la princesa (que se le había dado en el castillo una gran parte), y con la d' <sup>[f. 230v]</sup> Esmerilda y Libertina, que era mucha y muy buena (y tal qu'es cierto que casi igualaba a la del príncipe y que si no fuera por armas y jaeces, que en lo demás que le llebaba vien poca ventaxa).

Lo que desembarcaron fue los ciento y cincuenta caballos, que fue una cosa hermosísima, y en un momento aquellos bellacaços de aquellos galeotes unas grandes caballeriças qu'en casa del Embaxador había las pusieron como una plata, tan limpias y tan adereçadas que cierto que era contento. Pues el colgar los aposentos, armar las camas, hacellas puniendo en cada aposento las cosas necesarias, era placer de bérsele hacer con tanta limpieça y pulicia. Al fin, a las siete serían de la noche, ya estaba la casa que parecía que había un año que la estaban compuniendo, especialmente el cuarto de las damas, que fue en lo mexor y más bien parado; que quedó tan curioso, aseado y rico que excedía y con artos quilates al de la emperatriz de Constantinopla.

Acabada de componer la cassa y de adereçar todo lo que era menester, toda la chusma se bolbió a las galeras y naos. Y en casa quedaron los oficiales todos, que serían como cuarenta, todos muy buenos caballeros, muy virtuosos y muy diestros en sus oficios y hombres de mucha cristiandad y virtud, porque al que le sentían menos que esto presto le enviaban a buscar a Moamer, aunque supiesse más que Aristóteles. Porque lo que más se procuraba en la casa de mi amo era virtud y, con esto, buenas habilidades y hombres limpios y de buenos ingenios.

Ya casi acababa de escurecer cuando en una lancha muy hermosa y muy bien adereçada y grande vinieron toda aquella compañía de ángeles con la princesa Alexandra, reina de la hermosura (porque cierto fuera de la hermosísima Vrisaida pocas le igualaron en el mundo). Con ellas venía el príncipe mi señor y Mauro Italiano, tiniente de general, y otros doce caballeros. A la puerta de la güerta estaba el buen Embaxador y mi amo, y veinte y cuatro paxes con veinte y cuatro achas de cera blanca hermosísimas. Llegadas al desembarcadero, el Embaxador de rodillas pidió la mano a la princesa Alexandra, y ella, lebantándole del suelo, dixo:

–Lebántese, señor embaxador, que los que son cosa del príncipe, a quien todos tanto debemos, téngoles yo de tener respecto, y pues a él le tengo el mismo que al emperador, mi señor y padre.

Él le besó las manos por la merced que le hacía y no fue menor el besárselas aunqu’era viexo (según ellas eran estremadas en hermosura) que la que de palabra había recibido de aquella su hermosísima boca. Con esto, subieron al cuarto de las damas, en el cual en hermosos acheros de oro había muchas achas. Tenía puesta una tapicería de brocado encarnado muy hermosa y lucida, porque estaba muy bien guarnecida de muchas y muy gruesas pe[r]las y hermosos diamantes, zafiros y otras piedras. Y d’esta tapicería estaban adereçados sus aposentos, sin la sala y cuadra en que estaba la cama de la princesa y Areusina, que siempre dormía con ella, y las de Esmerilda, Libertina y Gradisa, que dormían en la misma cuadra. Sin estas había otras veinte camas en que aquellas doncellas se repartían; todas estas eran de brocado y muy curiosas.

Adereçándose estaba la cena y yo tanvién me quiero ir a zenar. Adiós, que se á acabado el capítulo <sup>[f. 231r]</sup>.

## **Capítulo 10. De lo que al Príncipe de la Fe sucedió en aquellos primeros días en Constantinopla.**

No sé si me tendréis por descuidado –dice Nictemeno– en que en todo nuestro biaxe desde el monte Pescilano asta el fin del último capítulo pasado no hice memoria de la hermosa Alexandra, hija del emperador de Vitinia. Y la raçón fue porque (como

luego supimos) que ella iba a Constantinopla en una galera real del imperio de Vitinia, que por la entrada del mar pónico, viniendo del cabo de Samastro (costa al este cuarta al sudueste, estando la entrada en 46 grados), habían, al fin, con temporales contrarios corrido toda aquella costa, y junto a Nicomedia fueron cautivos por el industrioso pirata Ariadeno. Y, muertos todos sus caballeros y un tío suyo que a Constantinopla la traía, fue ella traída al castillo del monte Piscilano, donde por conserbar su onestidad y guardar su fe estaba puesta en la necesidad qu'el príncipe la había allado.

Y, como todos nos bolbimos juntos a Constantinopla, no me había más acordado, porque os doy mi palabra que en todo el tiempo que vino en la galera ni a ella ni a las demás mugeres (si no era a las viexas o a las moças de cámara) que entiendo que no ubo hombre ninguno que las biesse dos beces. Y por que lo sepáis todo, sabed qu'el emperador viexo, padre de Armodio, y el emperador de Vitinia, padre de la hermosa Dinapetusa, eran hermanos, y por concierto le había dado a las dos probincias Galacia y Bitinia con título de emperador de Bitinia. Y como la hermosa Brisaida estaba tan sola de parientas en Constantinopla y el emperador Polimbiano tenía diez hijos y hijas (seis hijas y cuatro hijos), enviole a suplicar la hermosa Vrisaida le enviase una o dos de sus hijas para su regalo. Y esta era la causa de venir de Vitinia a Constantinopla la hermosa Alexandra.

Supuesto esto, aquella noche, por raçon del haver venido de camino, por hacer merced y onra al Embaxador cenaron aquella noche todos en su cuarto con muy buena combersación, onestísima y de muy buen entretenimiento. Después se fueron <a> acostar con intención de otro día ir la hermosa Alexandra a ber a su prima, aunque no llebaba intención de salir de casa del Caballero de la Fe. Porque, haviendo enviado un buscarruido a su padre abisándole de lo que le había sucedido, había recibido respuesta del emperador su padre (el cual tenía mucha noticia, por información del rey Ofrasio, de la gra[n]dísima virtud y balor del de la Fe), mandándole<sup>dclxxxvi</sup> que no saliesse de su compañía asta que él otra cosa mandasse. Y es cierto que ella estaba con tanta onestidad y regalo como en casa de su mismo padre podía estar, y aun no sé si más.

Pues cuando se desembarcó el príncipe, entre otros que nos desembarcamos uno fue <sup>[f. 231v]</sup> Cariseo, paxe de la hermosa Brisaida, al cual amaba el príncipe estrañamente. Y en berdad que balían las presas que le había dado más de ocho mil ducados, y cierto

que digo poco, porque entre otras cosas le dio un anillo que después, como sabréis, le dieron artos ducados por él. Pues, como este se desembarcó, a dos esclavos moros que mi señor le había dado, el uno de veinte años y el otro de diez y ocho, lindos moços y muy bien dispuestos, hizo que con cuatro forçados le llebasen seis caxas que traía llenas de hermosísimas preseas. Y indo a casa de su madre, de ella y de sus hermanas fue muy bien recibido, y más biéndole cuán medrado benía. Y nunca acababan de preguntarle las cosas de España, del príncipe y de su tía Gradissa.

Al fin, después de haberle regalado la madre lo mexor que pudo y haviéndose mudado el bestido que traía con un bestido qu'el príncipe le había dado (que sin duda balía mil escudos), como una blanca y muy bien adereçado, antes que anocheciesse (que serían como a las cinco de la tarde), fue a ber a la Reina y a la hermosísima Vrisaida, que como sabéis era su paxe. Pues como Cariseo después de haber vesado las manos al Emperador las entrasse a vesar a la emperatriz Brisina, ella, que era bonísima sobremanera, le recibió muy bien, preguntándole cómo le avía ido en el camino. Él le respondió a todo muy bien, loándole al príncipe estrañamente, y díjole cómo su tía Gradisa había venido de España y que venía en servicio del príncipe.

–Mucho me güelgo –dijo la Emperatriz– de que aya venido, qu'es mi amiga biexa. Dile, por tu bida, Cariseo, que me benga mañana a ber.

–Yo haré lo que Vuestra Magestad manda, mas Vuestra Magestad me dé licencia para entrar a vesar las manos a mi señora la princesa.

–Anda, be, rapaz –dixo la Emperatriz–, ¿que as menester licencia para esso?

Con esto, entró Cariseo al aposento de la rincesa Vrisaida, la cual estaba sobre un poco de tafetán colorado esmaltando un pelícano dibinamente, con los más propios y lindos matices que se podían pensar. Y estaba tan envebida, porque se le acababa la luz, adelantándole un hermoso rubí en el pecho, que aunque Cariseo estaba de rodillas pidiéndole la mano no le echaba de ver, asta<sup>delxxxvii</sup> que alçando un poco la boz dixo:

–Dibina princesa, suplico a vuestra grandeça me dé la mano, que soy Cariseo, fiel criado de vuestra grandeça.



Bolbiendo así con dibino donaire aquellos dos dibinos ojos, muy más hermosos que lo es el claro sol en su cuarta esfera, y el rostro medio risueño, más gallardo qu'el de la fresca Aurora cuando con sus rayos ba resplandeciendo, meneando aquellos finos rubíes de sus hermosos labios con dibino donaire, dixo:

–¡Ay, Cariseo! ¡Seas bienvenido! ¿Y cómo te á ido por el camino? ¿Queda buena mi aya Gradissa? ¡Ola! –dixo antes <sup>[f. 232r]</sup> que Cariseo respondiesse palabra–. ¡Quita de aquí este bastidor que ya no beo! Ven acá, Cariseo, cuéntame, por vida tuya, tu viaxe, que ya sabes que gusto de saber cosas de las otras tierras y imperios.

Y, con esto, leuantándose de la labor, se entró en un corredor y, sentada en un asiento que allí había de xaspe, incada Cariseo la una rodilla en tierra le comenzó a dar cuenta de lo que le preguntaba. Y a la segunda razón le dixo la princesa: «¡Lebántate, lebántate! Que vendrás cansado, no estés así». Al fin, porfiando le hiço poner en pie y, después que le contó todo su biaxe asta llegar a Ispalia por muy buen orden y concierto, díxole:

–Y en Ispalia, señora, allé a mi tía Gradisa en casa del bienabenturado Caballero de la Fe.

–Pues, ¿y qué hacía en casa de esse caballero? ¿Serbía a su muger?

–No, mi señora –dijo Cariseo–, que no es casado, que aún no tiene diez y siete años cumplidos.

–Pues esse llámale doncel o niño, no le llames caballero.

–Llámole, señora, caballero, porque lo es. Y ya á dos años que es armado caballero, en los cuales á echo, ilustrísima señora, cosas que para las haber de contar es menester largo proceso, porque te doy mi palabra que son ya los muertos por su espada más de seiscientos infieles y, entre ellos, algunos mostruosos y sobervios gigantes.

–¡Ay! –dixo la princesa–. Con tal matar de hombres debe de ser algún diablo cruel.

–Es tan al rebés de esso, mi señora –dijo Cariseo–, que no sé yo que aya Dios criado criatura más hermosa ni en quien todas las perfecciones se allen así juntas. Es el

más manso y humilde, el más afable y cortesano, el más baleroso y pío, el más onesto y gracioso, el más discreto y magnánimo, el más fuerte y diestro capitán que oy se sabe en el suelo. No fue Mitridates, rey de Ponto, ni Alacibíades el griego y el grande Alexandre macedonio, ni Augusto el romano, tan hermosos y balerosos como es, mi señora, el caballero que te digo; ni supo tanto el egipciano Filadelfo de buen rostro en <e>sciencias humanas y buenas letras como este príncipe, y Antípater Sidonio en las liberales artes. Y todos los antigos sabios de la Grecia pu<e>den, señora, callar respecto de la dibinidad de ingenio d'este hermoso joben que te hago memoria.

–Bien le quieres, Cariseo, a lo que muestras, a esse caballero. Mas deja esso, di cómo queda tu tía.

–Ella, mi señora, en servicio de este caballero que digo están en esta corte y imperio. Pues ya que viene esse caballero acá... es, mi señora, general de España; viene señalado por aquel reino para que venga a comprimir la sobervia gentileça qu'este tu imperio inquieta. Porque sabé, señora, que ya tiembla el África de uír su nombre y el Uropa se le comiença a rendir, y presto le será suxeta el Asia; porque el balor de su ilustrísima persona a más que esto se estiende.

–Pues, ¿cómo? –dixo la princesa–. ¿Y hombre tan moço embía el rey de España por su capitán general?

–No te espantes <sup>[f. 232v]</sup>, dibina princesa, que del mundo merece ser capitán y señor.

–Pues, dí, Cariseo, y tu tía, ¿de qué sirbe al capitán? Qu'el capitán más á menester soldados que le ayuden que mugeres biexas que le aconsejen, ni aun que moças que le distraigan.

–Señora mía, el príncipe, mi señor (que perdóneme vuestra grandeça, que no acierto a nombrarle de otra manera y así soy digno que se me perdone mi grosería), pues, trae, señora, consigo dos doncellas y a mugeres de días de grandísima discreción y bondad: la una llamada Esmerilda y la otra Libertina. Estas andan siempre con él, porque le criaron desde niño chiquitico, y quiérelas el príncipe mucho y respéctalas como si fuesen sus propias madres. Y no pienses, señora, el trato d'estas dos doncellas,

que pocas emperatrices ay oy en el mundo que en el trato, riqueças, acompañamiento y casa les excedan. Porque te doy mi palabra que debe de ser su recámara una de las mejores y más ricas cosas que ay en el mundo, porque á echo importantísimas presas a infieles y ganádoles riquísimas cosas; de las cuales, aunque es más magnífico que Alexandro y no sabe sino dar, con todo esso, es tanto que ay para todo. Y tiene su casa tan adereçada y probeída como la tiene el Emperador mi señor y cualquier otro príncipe.

–Déxate de esso –dixo la princesa–, que sus obras darán testimonio de su persona. Mas mira que digas a tu tía que me venga a ver mañana, que tengo deseo de bella. Y aora, andá con Dios y di que metan belas al oratorio, que me quiero entrar allá.

Con esto, se salió Cariseo. Y cuando nosotros nos fuimos <a> acostar el día de Cariseo llamó a la puerta del aposento del príncipe. Yo dormía en uno aposento más adentro (que como estábamos de prestado havíamos adereçado la casa como podimos) y sentí lebantar al príncipe, que ya estaba acostado, y vi cómo le dixo el paxe de guarda: «Cariseo es».

Yo, espantado de berle venir <a> aquella ora, no pudiendo imaginar lo que fuesse, lebanteme y púseme a escuchar a un agujeruelo qu'estaba en la pared, aunque estaba tapado con un paramento o tapiz, y oí al príncipe que dixo: «Di, Cariseo, ¿as bisto a la princesa mi señora?». Yo dixé: «¡Bálame Dios, por quién pregunta el príncipe...!». Y Cariseo dixo:

–Sí, mi señor, ya le é visto y le di muy larga relación de tu balerosa persona.

–¿Y si habrá remedio –dijo el príncipe con un interior y encendido suspiro– de que me reciba por su criado? Que otra cosa ni la merezco ni la pretendo.

Entonces, yo digo la berdad, que me turbé tanto que pensé que soñaba, asta que yo le oí decir palabras tan tiernas y amorosas que realmente quedé espantado, porque jamás tal le havíamos sentido. Y es que era tan discreto que aunque desde el primer día que Cariseo le havia ablado de la princesa Brisaida la <sup>[f. 233r]</sup> havia amado en su corazón tiernísimamente, jamás sino solo a Cariseo havia dado parte de ello y también, según yo después supe, a Gradissa. Y el haverlo tenido tan encubierto fue la causa de que yo no lo escribiesse asta este tiempo. Más estuvieron parlando <sup>dclxxxviii</sup> el príncipe y el paxe de

media ora, mas no sé por qué diablos el prí[n]cipe baxó la boz y no les pude oyir más de algunas raçones en las cuales el príncipe manifestaba la pasión de amor que le abrasaba el pecho. Luego andube imaginando qué remedio tendría para lo sacar de raíz para poder dar de ello cuenta, mas tiempo vino en que así él como Cariseo me lo contaron, como adelante yo escribiré.

La princesa Vrisaida, como despidió al paxe en cuya lengua la jara de Amor y su encendida acha havían venido, la hermosísima y tierna doncella, como havía llenado la memoria de aquellas especies de las excelencias y virtudes que del príncipe el paxe havía dicho, como se alló en su oratorio sola, no oraba sus acostumbradas oraciones con tanta quietud como acostumbraba. Y de en cuando en cuando beníanle unos nuebos deseos de ber <a> aquel caballero, y decíale su propio pensamiento: «¡O, si le viesse! ¡Y cómo me olgaría!». Y luego, tornando en sí decía: «¡Jesucristo! Dios me libre de malos pensamientos. ¿An bisto que banidad tan grande? Y yo, ¿para qué le quiero ber? Más, que nunca le vea en mi bida». Luego tornaba otro pensamiento y decía: «Pues, ¿qué importa berle? Sí, que en el mir[ar]le no está el daño, ¿cuántos príncipes é visto yo? No cirados d[e] reyes, sino hijos de emperadores, y no se me á dado un cuarto». Luego tornaba a decir: «¿Quién me mete a mí con estos pensamientos? ¡Bálame Dios! Ni bisto, ¿para qué vino Cariseo de España a desasosegarme?».

Al fin, peleando con el pe[n]samiento acabó sus debociones y púsose a l<e>er en Plutarco la vida de Teseo. Y cuanto leía todo lo aplicaba a su propósito y decía: «¿Si será tan baliente el español como lo fue Teseo?». Al fin, viendo que no se le quietaba el pensamiento, tomó un arpa y tañendo dulcísima y su[a]bísicamente sintiose enternecer y començó a vertir amorosas lágrimas: «¡Jesucristo! ¡Qué niñería!», dijo la princesa. Y dejando el arpa mandó que le truxesen la cena, y aun estando cenando estaba combatiendo con su pensamiento.

Al fin, viendo que no havía remedio, entendió que en acostándose se remediaría, y así algo más temprano que acostumbraba, que serían como a las once de la noche, se fue <a> acostar. Y al fin cayó en la brasas uyendo de la ceniza, porque en acostándose, con el regalo de la cama y con el <sup>[f. 233v]</sup> allarse desnuda, all[ó] Amor muy mayor aparexo para su obra, y allí comiença <a> asestar las xaras de sus amorosos pensamientos. Y, con un tantico de descuido de parte del ama, se comiença a encarniçar

Amor de suerte que ya le hacía pensar pensamientos que en su vida asta entonces había pensado.

«¡Jesucristo! ¡Qué súpita mudança!», decía unas veces. Otras se preguntaba: «Aora pues, bien, ¿qué quieres, Brisaida?». Y ella se respondía: «Con el Príncipe de la Fe estaré contenta». «¿Pues tú conócesle<sup>dclxxxix</sup>?». «No, mas basta lo que d'él é oído». «¿Y si es mentira?». «No lo puede ser, qu'el corazón humano pocas veces se engaña». «Pues, y ya que sea verdad, ¿qué quieres?». «Querer, es lo que quiero», respondía. Preguntaba<sup>dcxc</sup>: «pues, ¿y qué has de querer?». Respondía<sup>dcxci</sup>: «A lo que el alma me inclina». Preguntaba: «¿Y si es ilícito?». Respondía: «Buscar forma y manera de que sea justo». Preguntaba: «¿Tú no eres princesa?». Respondía: «Sí soy, más qué ba en esso». Preguntaba: «¿Cómo as de amar al qu'es criado de un rey que aun es menor en estado que tu padre?». Respondía: «Amando, y amor nos hará iguales». Preguntaba: «¿Y si él no quiere?». Respondía: «Querer y perseberar asta que quiera». Preguntaba: «¿Y tu onra?». Respondía: «Guardarla en todo lo que a la ley de Amor no derogare». Preguntaba: «¿Y si te casan tus padres con otro?». Respondía: «Esso no, afuera; antes Brisaida morirá qu'esso consienta». Preguntaba: «¿Y si él se casa?». Respondía: «No hará; mas ya que sea, amalle, qu'el berdadero amor con todo puede». Preguntaba: «¿Y si te viene a aborrecer?». Respondía: «Aunque esso sea, es ya imposible no amar al que ya amo». Preguntaba: «¿No es libiandad amar tan presto?». Respondía: «Antes fuera pertinacia, crueldad y aun ignorancia el dejar de acerlo, que no es presto lo que en la justa disposición de amor se ejecuta».

Preguntaba: «Al fin, ¿qué? ¿As de amar?». Respondía: «Sí, amar tengo». Preguntaba: «¿Determinaste en [e]sso?». Respondía: «Sí, mil veces». Preguntaba: «Luego, ¿ya no ay más que hablar en resistirte?». Respondía: «No, qu'es cansar en bano y açotar al biento<sup>dcxcii</sup>. Pues doite la libertad, príncipe mío, doite mi boluntad, doite este pecho, entrégote mi alma y sentido, recibe, mi dulce amor, estos tu ojos; toma esta rubia mata de cabellos; toma esta blanca frente enamorada, toca el rosicler d'estas mexillas. Llega ya el dulce labio a esta tu boca, ¡amor, amor, amores míos! Tiende el baleroso brazo y recoge entre ello estos delicados tiernos míos. Junta esse hermoso pecho con el pecho que de tu amor s'está abrasando y ya en biba llama se está ardiendo. Ven dulce amigo mío, ven, ven, mi esposo...».

No acabó la razón, que se quedó dormida, y aun yo que soy un si[m]ple –dice Nictemeno– quiero dexar de escribir lo restante, porque no azertaré. Y aun lo que é escrito ba así desnudo, solo como ello pasó, sin retórica ni artificio (¡maldito se’aquel!), sino llana y sinceramente como passó. Mas por que entendáis el concierto de esta arpa de Amor <sup>[f. 234r]</sup> y cuán bien sabe concertar las obejas, sabé que aquella misma noche, estando yo durmiendo, uí un suspiro muy recio al príncipe y, como ya había oído lo que os dije, lewantéme por ver si podía oír alguna cosa. Y Dios me deparó un agujero que caía junto a la cabecera del príncipe de suerte que puesto el uído en él se oí[a] clarísimamente todo lo que el príncipe decía, y por muy quedito que hablase, y casi entre dientes, lo oía admirablemente, porque estaba arrimado a la misma cabecera. Ya cuando yo llegué él debía de haver hablado un rato, mas las palabras que yo le oí fueron puntualmente estas:

–Un bien muy grande tendrás, Mexiano, y es que ya que mueras, mueres sin duda con el más feliz y bienabenturado pensamiento que jamás murió príncipe. Mas ¿qué pienso? Yo soy un pobre caballero, hijo de un príncipe que, aunque por su persona y nobleça de sa[n]gre es mucho, en estados y señoríos es muy poco. Y, comparados con las ilustrísimas partes de mi señora la princesa, aun todo lo que se puede pensar es poco, cuánto más lo que de suyo tiene tanto [poco] balor. Mas supuesto qu’<sup>dexciii</sup>es ya irremediable el daño y qu’<sup>dexciii</sup>es imposible biber ni morir sino amando, menester es soltar la rienda al dulce pensamiento para que un tantico desfogue el encendido pecho el demasiado amor que le está abrasando y con este descanso se alibie. Mas ¡ay!, que el bario pensamiento, si quiere discurrir, como sentadas las imágenes fantásticas y solo forjadas de la imaginación, con el ausencia de la berdad representadora de la figura hace ser de menos quilates lo imaginado. Pues solo sé decir, princesa mía, que é de morir siendo tu esclavo, jamás del firme amor que en ausencia á cobrado mi enamorado pecho hará mudança. ¡Ay!, prolixa noche, tarda y oscura, que me dilatas el soberano vien que espero de ver aquella a quien del alma y pecho tengo echo sacrificio...

Un millón de razones le oí entre dientes y aunque las entendí no las quiero escribir; basta lo dicho, que tanto amor mostraron estas, así desasidas y al parecer sin gracia, como las compuestas de Vrisaida. Con esto me torné <a> acostar, certificado del amor del príncipe.

**Capítulo 11. De cómo a la mañana se alló indispuesta la princesa Alexandra y de un recado que envió a la emperatriz y de otras cosas en la corte sucedidas.**

A la mañana el príncipe se levantó temprano. Y entrando, estándose vistiendo, Gradissa, le dijo:

–Señor, mi señora la princesa Alexandra se á allado esta noche con una calenturilla y dolor de cabeça que le á dado mucha pena; no se atrebe a levantarse oy <sup>[f. 234v]</sup>. Suplica a vuestra grandeça se llegue allá, que quiere a <sup>dexxiv</sup> vuestra grandeça una palabra y que baya con vuestra grandeça Priscilano.

–¿Y á sido mucha la calentura de mi señora la princesa? Decí, Gradisa.

–No, mi señor –dijo Gradisa–, mas ala dejado muy desganada y por esso tiene determinado de no levantarse oy.

–Pues andá, mandad llamar a mi ayo y decí a su grandeça que ya bamos.

De allí a un poquito bino Priscilano y los dos juntos fueron al aposento de la princesa, el cual ya tenían tan concertado, aliñado y lleno de preciosísimos olores Esmerilda y Libertina que ella en su estado no pudiera tener mejor adereço; porque el de la cama y estrado era superbísimo, porque era uno de los mejores qu’el príncipe tenía. Pues, entrando, estaban las bentanas cerradas y sobre un bufete hacia los pies de la cama estaban en dos hermosísimos candeleros de oro dos belas gruesas de cera blanca, y a la cabecera estaba puesta una silla de ébano, oro y cristal, dibinamente obrada. Y hago memoria d’esta porque entiendo realmente que era una de las mejores que havía en el mundo, por tener muchas y muy preciosas piedras y por estar dibinamente obrada; tal era que vino después a ser silla imperial de los emperadores de Constantinopla. Y otra media docena de sillas pequeñas para damas había de no menor balor que la dicha.

En el estrado estaban Esmerilda y Libertina parlando con la princesa <sup>dexcv</sup>, que se estaba quejando de algunos dolorcillos de cabeça y desabrimientos de estómago y decía que no podía imaginar qué fuese. Y Esmerilda le estaba diciendo <sup>dexcvi</sup>:

–Alguna sangrecilla demasiada debe de ser, mi señora, qu’estamos en principio de luna.

–Calle, ¡mala landre le dé! –dijo la princesa–, que yo no é sabido en mi vida que es esso.

–Y aun por esso, mi reina, está vuestra grandeça desabrida, que claro está que no á de ser vuestra grandeça prebilexiada más que las otras mugeres.

En esto entraron el príncipe y Priscilano y con esto cesó la plática. Y habiéndose saludado como acostumbraban y preguntándole a la princesa cómo se allaba, respondió:

–Mexor estoy, bendito sea Nuestro Señor, mas es cierto qu’é pasado una noche muy penosa y desabrida y é tenido un dolor de cabeça que se me partía por medio. Mas entiendo que no será nada, aunqu’es cierto qu’estoy molida como una cebera y tengo un cortamiento de miembros estraño, y estos ojos están cargados que no los puedo abrir. Mas para lo que le é llamado, señor príncipe, a vuestra grandeça y a Priscilano, es que ya saben el recado que de mi padre el emperador recibí, y aunque me manda qu’esté aquí asta qu’él me mande otra cosa, es raçón hacer saber a mi tío el emperador cómo estoy aquí y que por no me atreber a lebantar no boy allá, que en tiniendo salud haré lo que estoy obligada <sup>[f. 235r]</sup>. Vean sobre esto qué les parece y quién irá a llebar este recado.

Priscilano, mándandose lo el príncipe, respondió:

–Mi señora, quien es justo que baya es la señora Areusina, y irla an acompañando Gradisa y otras dos doncellas. Y beremos lo que responde la Emperatriz y conforme a esso dispondremos.

–Pues si así les parece, se’así, hágalo vuestra grandeça, señor príncipe como le pareciere. Ya sabe que me á mandado mi padre que le obedezca asta qu’él disponga otra cossa, por esso, allá se abenga con los negocios, que yo no pienso hacer sino lo que Priscilano ordenare y mandare vuestra grandeça.

Mucho le agradeció esto, con mucha humildad y comedimiento, el príncipe a la princesa, y, así, se determinaron de enviar el recado después de comer. Estando ellos en



esto en el cuarto del príncipe, llegó el buen e[m]baxador muy bien adereçado y vestido, aunque muy onesto y como a biexo convenía –mas viexo moço, digo, que nunca havia sido casado–. Y en viendo al príncipe luego le avraçó, preguntándole cómo se havia allado aquella noche y si<sup>dexcvii</sup> había dormido. Y cosa graciosa, que le hiço luego traer de almorçar, esso con mucha magestad y abundancia y bonísimamente y con gran cortesanía.

Y como el príncipe se estaba a cuerpo, con unos çapatos de cuero de ámbar adereçado admirablemente de vien, curiosísimos, de orejuelas, y por botones tenía dos carbuncos que de la isla la buena y bella Belisandra le havia dado. Tenía unas medias de punto de seda berde con cierta traça de beslumbres de oro que parecía admirablemente y salía muy bien. Usábanse ligabambas, especialmente los soldados brabatas, y éranlo tanto las del príncipe que apenas había otras mejores en la Grecia; porque ellas eran de tafetán verde, mas, dejando aparte las perlas y piedras de los rapacexos, tenían en medio de la rosa una esmeralda que en ser de aquella piedra yo seguro que no havia dos mejores en el mundo. Los grigiescos eran de brocado verde, todos recamados de oro y piedras de estraña y bonísima labor; yo os sé decir que en la corte ningunos había que le igualasen. El jubón era de lo mismo, mas la guarnición de las mangas era cosa cierto sobervia ver su riqueza y curiosidad. Tenía puesta una saltaembarca suelta de brocadete verde, mas yo os digo que seis botones de seis esmeraldas que llebaba en los golpes de los lados que eran cosa preciosísima y admirablemente guarnecidas. Y como se tenía aún por poner las bocasmangas y por adereçar el cuello, no parecía sino un ángel del cielo, porque como él era tan en extremo grado hermoso y estaba tan vien adereçado y se acababa entonces de labar las manos y el rostro, y él tenía el cabello negro (siendo él más blanco que la no pisada niebe), y como<sup>dexcviii</sup> él traía riço siempre el topetillo o copetillo, ved qué havia de parecer. Realmente se le estaba mirando a la cara el Embaxador, que no acertaba a quitar los ojos d'él.

Él se estaba ciñiendo la espada diciendo aquel verso, que siempre que se la ceñía le decía: «Dios es mi ayudador <sup>[f. 235v]</sup> y no temeré lo que puede hacer el hombre contra mí»<sup>1042</sup>. Le dixo el [em]baxador:

---

<sup>1042</sup> Parece parafrasearse el Salmo XXVI, 1.

–Señor sobrino –que siempre le llamaba así–, ¿quiere que bamos oy a oír misa a la capilla del Emperador, que an de uír públicamente misa mi señora la Emperatriz y las damas? Y vesaremos las manos a la Emperatriz y irémosla <a> acompañar asta su cuarto.

–Como vuestra grandeça mandare –dixo el príncipe–. En esso y en lo demás no tiene vuestra grandeça más de mandar, que aquí todos somos sus hijos y le emos de ovedecer.

–Aora pues, acabá de almorçar, ángel, y comé (mas un muchacho de vuestra edad, ¿qué havía agora de comer? Un guijarro come y con melindre....), y en acabando de almorçar [i]remos. Yo boy a que no aderecen los caballos, porque emos de ir primero a la Madelena, que boy yo allá <á> nueve días y acabo oy, y de allí nos bolberemos a palacio.

–Se’así, señor –dijo el príncipe, y a un paxe dixo–: Di al caballeriço que me aderece aquel caballo frontino que se pisa bien y que le ponga el caparaçón berde de la brida.

Con esto, salió Esmerilda de allá del aposento de la princesa, sola, puesta la mano sobre la cabeça de un paxecito, vestida superbísimamente. Y aunque era ya muger de cincuenta<sup>dcxcix</sup> y siete años, o casi, no parecía nada mal, que a fe que havía vien pocas moças que pareciessen mexor. Y como llegó al príncipe le dixo:

–¿Adónde quiere ir vuestra grandeça, mi rey?

–Tengo de ir con mi tío, que quiere que bamos a misa a palacio.

–Llégase acá, mi alma, pondrele vien esse cuello.

Y, así, con notable curiosidad, amor y cortesanía, le adereçó el collar quebrándole los avanicos. Y después de vien compuesto, sacando una botella pequeñuela con un brocalexo de oro y perlas, se echó un poco de agua de divino olor en la palma de la mano y, estregando la una mano con la otra, de[s]pués con la derecha le riçó su hermoso cabello, que de su natural se le tenía él crespo. Después, puesto un morrioncillo verde lleno de admirables piedras preciosas aforrado en tela de oro, bueltas

las puntas de delante, trabadas con dos hermosísimas esmeraldas y detrás en una hermosa medalla puesta una pluma sola medio rebuelta al morrioncillo, muy a lo soldadesco, y un capote sin mangas como herreruelo salbo que era cortico (mas no había en todo el imperio cosa más rica ni bien labrada), así salió el príncipe; llebando veinte y cuatro lacayos, los más gentilhombres que se podían pensar, todos esclabos (mas gallardos moçaços), todos con librea de brocado verde, antorchados de oro y perlas y la misma librea, aunque más rica.

Llebó veinte y cuatro paxes, todos hermosos como unos ángeles, y dos esclabillos getas de asta doce años con un gracioso vestido, aunque de la misma librea (y sus jaquimillas de brocado con muy hermosos cordones de seda y oro, todas las borlas sembrada de aljófar y otra pedrería), para tener los caballos cuando el príncipe se apeasse. El caballo no era muy ligero, mas para paseo era<sup>dec</sup> tan galán que pintado no podía ser más hermoso, y pisábase tan bien, con tanta gallardía y fuerça, que el suelo por donde pasaba <sup>[f. 236r]</sup>, aunque más duro estubiesse, undía.

Para ir desde casa a la Madelena habíamos de pasar por fuerça por una calle que iba por debaxo de unas seloxías de palacio que estaban en el cuarto de la princesa Brisaida y una seloxía de plata que caía al tocador o retrete de la princessa. Y sabréis que toda aquella noche andubo la buena princesa con mil barios pensamientos y sueños, todos de aquel sexto tono que Cupido le había començado a cantar en el coraçón. Mas también quiero que sepáis que todo quanto passó fue dormitando y entre sueños, y no estando en su berdadero acuerdo; y así no se lo habéis de atribuir a libiandad o rendimiento, sino a fantásticas e ilusorias imaginaciones que casi sin libertad la inquietaban.

Mas, benida la mañana, como ella despertó y acabó de despedir el sueño: «¡Jesucristo! –dixo–, ¡y qué rapacería que é estado yo pensando!». Y, con una onestidad estraña y un balor de princesa tal, comiença a despedir el pensamiento con tanta fuerça que al fin le benció, quedando libre y como si nunca tal ubiera pensado. Solo le quedaron, de la repugnancia y fuerças, cansadas las potencias espirituales y aun las corporales de los pasados sueños. Y biendo que para la total bictoria que deseaba no era buen campo ni palestra en el que estaba, determinose (porque entendió que aquel

enemigo se vence mejor uyendo) de desamparar el campo; y así, algo más de mañana de lo que era su costumbre, llamó a la camarera y mandó que le entrasen a dar de bestir.

Siempre la princesa se bestía con mucha curiosidad y aliño, que propiedad es de damas tener mucho cuidado y limpieça con su traxe y personas. Y las que hacen lo contrario, si os lo quisieron batiçar con nombre de santidad y menosprecio de mundo, llamalde bos, por vida mía, descuido llano y porquería patente, floxedad conocida y descuido natural, no adornado con adamado artificio. Pues aunqu'es verdad que siempre andaba la princesa, con aquel cuidado lleno de hermosísimos descuidos, tan bien puesta que aun asta la menor guedexa de cabellos procuraba que tubiesse su particular gracia y aseo, aquel día, con una interior loçanía que del alma se comunicaba al cuerpo, desde el primer manteo que se puso parece que se le iba puniendo con gala y loçanía. Un día la bio vestir el príncipe por una cierta aventura, y porque entonces veréis cómo se vestía, no quiero escribirlo agora; mas solo os sé decir que fue con mucha curiosidad y limpieça.

Perdonadme, damas decuidadas en buestro aseo, que yo no os llamo damas, sino damascos, mugeres que se lebantán y, así, sin más ni más, ponen el blanco pie en el suelo y ni miran si ay alguna cosa en él que al blanco pie ofenda o no, sino que todo lo lleban por un rasero, ¡Dios me libre! Pues, en lebantándose, echar luego mano a la desconcertada cabeça y hacer peines de los hermosos dedos y bellas uñas es porquería, y de bellas se buelben bellacas; ponerse la faja [s]in mirar que no haga dobleces demasiados y poner el cabo de ella metido entre la parte menos apretada, lebantando allí el último remate de cinta, algún alteronicillo que haga desproporción, ¡Dios nos libre! Poner el manteo sin proporcionarle que quede muy al justo, para que después de la buelta la parte que sobra sobre la primera <sup>[f. 236v]</sup> en proporción del talle, es demasiada negligencia; traer la calça de paño áspera es grosería, mas traerla floxa o no muy bien estirada ya no se puede sufrir.

Ser el çapato d[e] cuero si está aforrado en tafetán o otra cosilla pase, mas ser desflorado o desproporcionado al pie es cosa entre damas descomulgada. Traer quebradas o remendadas las cintas de los chapines malo es, mas traerlos destronçados o manifestando por la suela corcho es abominable. Traer en ellos los arillos de plata pase, mas ser de alquimia o de otra materia es fruslería. Traer la ropa (digo sayas y lo demás)

pobre y limpio y aseado súfrese, mas traerlo aunque sea de oro de martillo con alguna mancha desaseado o mal puesto parece al diablo. Traer en berano paño (digo la damas que pueden) es grosería manifiesta, o mezclar con ropa muy de verano saya muy abrigada es de damas ignorantes; traer el pecho descubierto con cuerpos baxos y el hábito de imbierno es bobería. Ir a saraos con luto es poca cortesanía, porque o no ir allá o ir como combiene, y ir también a dar el pésame muy cargadas de seda y oro o bestidas de color es saber poco.

Mas ¿quién me mete a mí en esto? –dice Nictemeno–. Sino dýxelo porque con todo esto y de todo, y otras mil cosas que callo, tenía cuenta la princesa y parecía que todo lo hacía así al descuido y naturalmente sin mirar en ello, qu’esto es lo que más agracia una dama. Y pensar una señora (perdóneme la que fuere) que porque alcanzó un berdugado y una ropa de raso (o de raído<sup>1043</sup>) que fue de la reina Iseo y una basquiña de damasco (o de damas asco), y que se hiço un riço o almirante puniéndose unas pieças de plata que fueron de la condesa de Gitanos (sobredoradas en fuente de piedra çufre), y alcanzó seis botones de alquimia y cuatro debladetes† que traer en un colgante que fueron de su bisagüela (muger del cobrador de los portazgos), y allá tiene un jesto cual Dios se apiade, que la emos de llamar *dama* <a> boca llena es locura de la que lo piensa y bobería del que se lo dice.

Pero mundo es, haga cada uno lo que quisiere, que en parte ellas alegan de su derecho, que una me dixo: «Pues, ¿en qué razón cabe, señor Nictemeno, que llaméis al mochiller *señor soldado*, al soldado *señor caballero*, al cabo d’escuadra qu’es un pelón *señor capitán*, y luego decir: “aunque agora no lo es, alo sido”? Al capitán dices *señor general*, al general llamas *príncipe*, a los capoteros *muy magistrados* y a los escribanos, procuradores y otra gente *ilustres*; a un pelón de tres reales de renta, porque fue criado del conde Partinuplés, le llamáis *muy ilustre*. El tú avéis buelto en *bos*; el *bos* en *vuestra merced*; la *vuestra merced* en *señoría*; la *señoría* en *excelencia*; la *excelencia* en *Alteça*; el *Alteça* en *Magestad*; la *Magestad* en *Deidad Sacra*... Y nosotras no queréis que las moças se llamen *doncellas*, las doncellas *damas*, las damas *princesas*, y las princesas

---

<sup>1043</sup> *de raso (o de raído)*: El autor juega aquí con el significado etimológico del vocablo *raso*, procedente del latín *rasus*, ‘raído’ (cf. Joan Coromines y José Antonio Pascual. *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*. Madrid. Gredos. 1997, IV, s.v. *raso*).

*reinas* y las reinas *emperatrices*... En buena fe, Nictemeno, que lo emos de sacar por pleito, que con llamar yo a un catarribera *señoría* dará la sentencia por mí».

Digo mi culpa, que como la vi enoxada y que tocaba un tantico en la murmuración, por que callase le dixé: «Essas cosas, señora dama, más son para sentirse que para decirse y espántome yo cómo donde ay tanta hermosura cabe murmuración». Con esto<sup>dcci</sup> la contenté y calló, y no pensé que havía echo poco según ella llebaba la rauda<sup>[f. 237r]</sup> (que si comiençan, Dios nos libre...).

Al fin, la princesa se acababa de bestir y tocar, y a un espexo qu'estaba junto a la seloxía de plata, que era de armar y muy hermoso, se estaba mirando, estando allí con ella solas dos doncellas suyas, las que ella más quería; la una a lo menos, que era su deuda y muy cercana, aunque era bastarda, hija de una princesa viuda y de un tío de la Emperatriz que la ubo en ella después de muy biexo (y aun la madre era también algo deuda, que primos hermanos eran ella y el biexo). Y esta dama, que era la sal del mundo, se llama[ba] Medúsea y la otra qu'estaba allí se llamaba Bulpisa.

Y como començamos a bajar la calle abaxo y el Embaxador llebaba su guarda como era costunvre y la llebaba toda (esp[e]cialmente aquel día por causa del sobrino iba toda muy bien adereçada y compuesta), al ruido que iban haciendo con las armas la princesa dixo:

–Mirá, Medúsea, qué gente es essa que passa.

Avriendo una pequeña ventanilla de la seloxía, como tra[m]pilla que en ella se avría, dixo:

–El embaxador de España es, mi señora, a lo que creo, que su guarda es la que vi en la calle abaxo.

Un tantico se turbó la princesa y, como tan discretísima que era, sintiendo su turbación quísola disimular y dijo a Bulpissa por que no conxeturase algo (que era sagacísima y diabólica):

–Anda Bulpissa, di que sepan de la Emperatriz mi señora si emos oy de ir a misa a la capilla.

–Yo boy, mi señora –dixo Bulpissa.

Y ella tornó a decir a Medúsea, que aún se estaba en la bentana:

–¿Es el Embaxador, decí?

–Sí, señora –dixo Medúsea–, mas debe de ser por la venida de los españoles que vinieron ayer, pero lucídisima librea trae oy toda la guarda y vienen muchos, que aún el Embaxador no parece. Y como son tan brabatos estos diablos d'estos españoles, aunque no son demasiado de altos, por cierto que ban undiendo essa calle y que cada uno lleba un emperador en el cuerpo.

–A ber –dixo la princesa–, ¿qué librea lleban? Cerrá aquella puerta no entre alguna de essas mugeres, no quiero que me bean a la seloxía, que no solo de lo malo, mas aun de lo que puede parecer mal nos emos de guardar las doncellas.

Con esto, cerró la puerta Medúsea, echándole una aldabilla de plata por de dentro, y llegándose a la seolxía dixo:

–Pátese aquí vuestra grandeça, señora mía, que los podrá ber muy vien, que a fe que van muy lucidos.

Con esto se puso la princesa a la seloxía, y entonces llegaban los primeros enfrente de la bentana. Todos llebaban librea de brocado verde, qu'el Príncipe de [la] Fe, mi señor, se la hiço dar a todos los criados de su tío:

–¡O, cómo me contenta esta color –dixo la princesa– de verde y oro! En verdad qu'es braba librea, no la é bisto yo mexor ni aun tan buena en toda la corte.

Y como iban todos a cuerpo, con grigiescos y saltaembarcas y muchos penachos y adereços en los sombreros y morriones, y todos llebaban bandas de tela de oro atrabesadas desde encima del ombro asta devaxo del braço, y iban con paso grabe y compuesto, y por las saltaembarcas en lugar de jubones salían los vraceletes, todos grabados de oro, y llebaban las armas desnudas puestas al hombro y todos llebaban escudos envraçados, parecían estremadamente de vien. Y más que eran muchos, porque eran cien hombres, que, como iban estendidos, parecían admirablemente y tardaron un ratico en pasar.

Estándolos mirando la <sup>[f. 237v]</sup> princesa comenzaron <a> asomar los lacayos del príncipe:

–¡Mirá, mirá, Medúsea, qué lucidos lacayos! Estos nunca se los é yo bisto al Embaxador!

–No, señora –dixo Medúsea–, mas parécame que vienen dos a caballo.

–También me lo parece a mí –dijo Brisaida.

Y ya estaba con tanta alteración que le daba mil saltos el corazón en el pecho. Con esto, el embajador, por dar gusto al príncipe salió aquel día de color, que fue tanvién de brocado verde. Y benía en un caballo blanco como la niebe y él tenía así la barba y cabello, y como era muy alto y derecho y tenía tan hermosa presencia parecía admirablemente. Y, así, dixo la princesa a Medusina<sup>deccii</sup>:

–Mirá que vien parece el Embaxador.

–Arto más bien me parece a mí aquel ángel que trae a su lado.

–¡Callá! ¿Y esso habéis de decir, prima? –que cuando le quería hacer fabor le decía este nombre.

–Pues, ¿por qué no? ¡En mi ánima que no é bisto en toda mi bida criatura que más hermosa me parezca.

Ya la princesa le beía muy vien, porque como venía la calle avaxo y él benía al otro lado de la bentana veíase estremadamente. El caballo, con gallardía y no con desproporción, veníase haciendo pedaços la calle abaxo, undiendo los guixarros de la calle. El príncipe se venía tan derecho y bien puesto como aquel que en el mundo tubo quién en gobernar un caballo y hacelle mal a todas sillas le llebase bentaxa. La princesa estaba absorta mirando la hermosura del muchacho y más con lo qu'el paxe le había dicho. Casi soltaba la rienda a su cuidado, mas él benía tan compuesto y adamado, clabados los ojos onestísimamente en la cabeça y mobimiento del caballo, que nunca la princesa le pudo ber los ojos, y sin querer dijo:

–¡Bálate Dios, el caballero! ¿Y no alçarás los ojos?



Esto dijo como cincuenta pasos antes que llegase a emparejar con la bentana. Medúsea que la oyó, sin le hablar palabra, con la punta de un lienço de narices se las escarbó un poquito y dando un recio estornudo dijo<sup>dcciii</sup>, como que con descuido lo decía: «¡Dios me ayude!». Y esto dixo tan recio que lo oyeron clarísimamente el Embaxador y el príncipe, y yo que iba allí lo oí clarísimamente, conque iba más de otros beinte pasos atrás. El Embaxador, como sabía que aquella era seloxía de la princesa y de las damas, luego quitó el bonete (que llebaba uno como los que usan los duques de Benecia) y todos nos descaperuçamos en un punto, lacayos y paxes y todos. Y el príncipe, como bio quitar el bonete al tío, descalçó un guante, mostrando la mano más hermosa que de caballero Dios abía criado, y quitosse su morrión. Y el Embaxador dixo:

–Mire, sobrino, que aquellas seloxías son de mi señora la princesa Vrisaida y de sus damas.

Entonces el príncipe, sabe Dios con qué alteración, perdiendo el color y aun casi el sentido (aunque luego bolbió muy más hermoso y encendido), lebantó aquellos dibinos ojos, que en esto a todos los del mundo, sin excepción ninguna, llebaba mil bentaxas. En este tiempo la princesa dixo a Medúsea:

–¡A, maldita sea! Mire que an echado de ber qu'estamos aquí gente.

–Pues, ¿qué hace al caso? Pues que no nos pueden conocer y es muy usada costumbre de a todos los balerosos que pasan desde las seloxías decilles las damas mil cosillas.

–Pues, ¿y qué? ¿Piénsales hablar?

–Sí, en buena fe, señora, que tengo de ber muy a mi gusto aquel niño, que me dicen qu'es ya capitán <sup>[f. 238r]</sup> general.

–¡Ay, no! ¡Por vida vuestra, no les habléis!

–Y a vuestra grandeça, ¿qué se le da? Sé que no nos an de conocer.

–Con todo esso, no, por vida vuestra –dixo la princesa.

–En buena fe, no dexé de hablalles por cuanto ay, ¿no ve vuestra grandeça qu’ es grosería? Pues, ¿lo que siempre se suele hacer emos de dejar agora que ay tan buena ocasión?

Ya en esto, mirando a la seloxía de plata el Embaxador y el príncipe casi casi a igualar, dixo Medúsea:

–¡A, embaxador de España, gocéis muchos años el sobrino!

–Ya para mí, señora, no pueden ser muchos, que tengo los más pasados –dijo el Embaxador–. Mas gócele quien puede...

–No seáis malicioso, caballero –dixo Medúsea–. Mas decime, niño –dijo al príncipe–, ¿venistes cansadito del camino y habéis ya al mercado?

En esto ya todos los criados, viendo que nuestros amos estaban en terrero, nos havíamos apartado en distancia conveniente de suerte que no oíamos palabra ninguna.

–Truxe un fin tal, mi señora, que aun en el camino era comprehensor de suma vienaventurança. Y ya el alma esta mañana se á apacentado de tan dibinos pensamientos que, al sabrosimo dulçor de ellos, aún no á dexado el almuerço; de suerte, mi señora, que vine con gloria a vuscar la vienaventurança y estoy siempre dando amorosos manxares al pensamiento.

No lo pudo sufrir la princesa y también que Medusina le estaba incitando que hablase, que no la havían de conocer, que qué importaba. Al fin, dixo con aquella divina boz que, aunque la quiso encubrir, el Embaxador, que era discretísimo, la conoció luego (y así se lo dixo al príncipe con la mayor sutileça que pudo):

–Muy presto manifestáis, caballero, vuestra pasión amorosa, vien parecéis niño, que luego descubris vuestro sentimiento.

–Es para mí, mi señora, tanta gloria y bien que se entienda qu’este es mi sentimiento y qu’ es mi pasión d’essa suerte, que el descubrilla sé qu’ es aumento de su propia gloria.

En esto, la boca abierta, como decís, se le estaba mirando el Embaxador, y Medúsea le dixo:

–¡A, señor Embaxador, no nos le engor[d]éis con la bista, por bida vuestra, al niño, que acá le daremos vida como a gusano de seda! ¿An bisto con qué qué atención le mira? Que vien vemos qu'es bonito el español.

La princesa dijo al príncipe:

–Y bos, ¿sabéis a quien manifestáis vuestra pasión? ¿O como decís que en la manifestación consiste vuestra bienaventurança...? –esto no lo vien entendían Medúsea ni el Embaxador que estaban parlando.

–Como es imposible, mi señora, que la luz del sol aunque esté encubierta con las nubes dexa de causar claridad en la tierra, y sabemos, aunque no le bemos, que aquella luz nos es por él comunicada, aunque la plateada nube de la seloxía me tapa el berdadero sol que da luz al alma, por lo que é sentido en ella, entiendo que no puede ser otro de quien tantos rayos de divina luz se despiden sino quien es mi verdadera lumbre.

–Aora, andá con Dios, caballero, y seáis bienvenido.

Y, con esto, <sup>[f. 238v]</sup> sacó un tantico la mano como que quería acabar de cerrar la ventanilla de la seloxía, qu'estaba de suerte que se veía el bulto aunque no se distinguían las faciones. Y, con esto, entendiendo que se despedían, el Embaxador hizo una muy gran humillación y, por que entendiessen que las había conocido:

–A mí como a viexo cortesano se me puede perdonar esta grosería: veso a Vuestra Magestad los pies muchas ve[c]es, mi señora Vrisaida, por la suma merced que de mano de vuestra grandeça emos, mi sobrino y yo, recibido.

Y con esto se fueron, viendo la princesa al príncipe, cuando oyó el nombre de Vrisaida, que casi se le abían arrasado de lágrimas los ojos. Ningún género de pesadumbre recibió d'esto Vrisaida, antes luego quiso faborecer su partido y hizo mil consecuencias en su favor, juzgando ser amada de aquel caballero. Mas, disimulando, dijo como medio enoxada a Medúsea<sup>dciv</sup>:

–¡Mal año<sup>dccv</sup> ayáis, plegue a Dios! ¿Yo no os lo dixé? ¡Mirad si nos conoció el Embaxador!

–¡Aquel es un diablo de viexo que a todas nos conoce por la boz! Mas, ¿qué ba en esso? En mi ánima qu'es el capitancico de los más lindos caballeros que é visto en mi bida; mas no es posible que en miembros tan hermosos y delicados aya robustidad ni fuerça.

–Antes –dijo la princesa, no dándole ya licencia Amor que dexase de responder– dicen que aún es muy más estremado en las armas que lo es en la hermosura<sup>dccvi</sup>; aunque cierto que antes me á parecido demasiado de hermoso. ¡Ruín sea yo si ay tres damas en toda la corte tan hermosas!

–¿Tres? –dixo Medúsea–. Y aun sacando a vuestra grandeça no ay una, digo; que no é bisto mayor perfección de rostro en mi bida. Y el cabello a lo español, corto y en la frente riço o lebandado, parécele dibinamente. ¡Mal me aga Dios si no diera por riçársele un dedo!

–¿Quiere callar, boba? –dixo la princesa.

–Pues, ¿qué? –dixo Medúsea–. ¡Mal me aga Dios si no merece aquella frente ser adereçada por essas manos...!

–¡Jesucristo! –dixo la princesa–. ¡Dios nos libre! ¡Calle! Hablemos en otra cosa. Por su bida, baya, tráigame mis oras y sepa si es ora de que bamos a misa.

Con esto, se salió Medúsea y se quedó la princesa sola. Y también se queda el capítulo, que á sido muy largo...

## **Capítulo 12. De lo que más pasó la princesa, y de cómo vino el recado de la hermosa Alexandra y lo que d'él sucedió.**

Aunque en la beras la hermosa princesa Vrisaida resistía con mucho balor, ánimo y virtud, a los amorosos pensamientos que la combatían, como yo boy pintando los primeros mobimientos, que no están en manos de los hombres, podrá ser que alguno

le parezca que una princesa tan principal y onesta que se le guarda poco decoro en rendirla tan presto. Mas a esto respondo que el rendimiento interior, con aquel baguear de <sup>[f. 239r]</sup> pensamientos, siempre suele suceder a todos en la primera bista del objeto presente. Y esto quisieron dar a entender los sabios antiguos, diciendo que las armas de Cupido eran saetas y el elemento de que más usaba, fuego, para dar a entender su azeleración y presteça.

Pues, como la princessa quedasse sola, quitándose de la bentana y presa y fija ya la figura del príncipe en el alma, mil cosas<sup>dccvii</sup> pensaba y en el amoroso pecho rebolbía: «Cierto –decía– en lo que toca a su hermosura no se puede más desear. ¡Mil, mil cosas é<sup>dccviii</sup> visto yo en él que me contentan! No quiero partulariçarlas ni decirlas: boca, greña, ojos, cejas, labios, mexillas, dientes, abla, donaire, garbo, gentileça, cuerpo, semblante, pulicia, onestidad, cortesanía, modestia, manos, braços, pecho, brío, color, limpieça... ¡Ay, ay, que todo junto es bonísimo y nada ay en él que perfectísimo no sea!».

Media ora estuvo la princesa en estos amorosos pensamientos, asta que tornó a entrar Medúsea y le dixo:

–Ya se ba haciendo ora de que vayas, mi señora, que mi señora la Emperatriz te á enviado a llamar diciendo qu’es ya ora de ir a missa.

–Bamos –dixo Brisaida.

El príncipe, certificado del Embaxador su tío que la que le havía hablado era la princesa Vrisaida, en bibas llamas de amor se iba abrasando, aunque como discreto todo lo que le era posible disimulaba. Al fin, viniendo de la Madelena, siendo tan mirado de toda la corte que a marabilla le benían a ber por donde quiera que pasábamos, benimos al fin a palacio, y el Embaxador y el príncipe fuero[n] a acompañar al Emperador asta la capilla. Y como el Emperador salió de su sala y havía ya leído aquella noche los despachos de Ofrasio en que le escribía los famosos echos del Caballero de la Fe, y entonces le vio tan niño y tan acabado en hermosura, delante de todos le dixo:

—¡Llegaos acá, ángel del cielo, que vien da testimonio vuestro dibino rostro de vuestro gran balor! Abraçadme, que según la información de vuestra persona merecéis ser de todos los príncipes cristianos estimado en mucho.

Con esto llegó y, tomándole el rostro entre las manos, por le dar favor le bessó en la frente. Y, así, puesto en su lugar, tan galán y gentilhombre como emos dicho, entró en la capilla. Y, puestos todos por su orden y concierto, tubo el príncipe lugar de general de España, que fue a la mano izquierda de su tío, y el embaxador de España tenía el segundo asiento de los embaxadores que estaban en la corte. Estando, pues, ya todo concertado, aguardaron al arçobispo que havia de decir la missa y a que saliesse la Emperatriz y la princesa a misa.

Salió la princesa bestida de brocado verde, porque era su <sup>[f. 239v]</sup> color y de ordinario usaba de ella; mas aquel día salió con tanto garbo y donaire, con tanta gallardía y hermosura que yo confienso mi ignorancia, que no me atrebo a pintárosla como la bi aquel día; solo sé decir que lo que se puede decir es todo poco. Esta fue la primera bez qu'el príncipe bio a la princesa Vrisaida; lo qu'él sintió en su pecho yo no os lo sé decir más de que le uí decir muchas beces después que desde aquel punto que vio a la princesa la amó, con tanta eficacia y beras que le parece que ni un cuadrante no era posible que se añadiesse a su amor. Y así que accidentes de ternura y de regalo qu'el tiempo le supo añadir muchas más, que esencia de verdadero amor que fue imposible, porque decía que él desde entonces tiró la barra de Amor todo cuanto pudo y aun que entendía que havia excedido el acto de amor a la potencia. Y decía él que no contradecía en la filosofía de buenos enamorados ser muy mayores los actos que la potencia; yo — dice Nictemeno— como nunca estudié en esse gimnasio no sé si es, así escribo lo qu'él me dixo no una bez sino ciento.

En toda la misa se encontraron las bistas de aquellos hermosísimos ojos del uno y del otro algunas beces; aunque con recato, discreción y prudencia y mucha onestidad de parte de la princesa. Acabada la misa, que para el príncipe estuvo poquísimo deboto el arçobispo y le pareció que havia sido misa de caça (aunque cierto que duró ora y media), cassi salidos de la capilla bolbimos a acompañar al Emperador asta que le dejamos en su cuarto, y con esto nos bolbimos a casa.

Y, en subiendo a nuestro cuarto, luego preguntó el príncipe cómo se allaba la princesa Alexandra; fuele respondido que así se estaba que no se había su grandeça lebantado. Con esto, entrando en su aposento, después de los ordinarios cumplimientos, la princesa le dixo:

–¿Á visto vuestra grandeça a mi prima Vrisaida?

–Sí vi, mi señora.

–¿Y qué le pareció a vuestra grandeça?

–Pareciome dibinamente, porqu'es cierto, es cosa dibina y nadie sino vuestra grandeça puede competir con su hermosura.

–¿Aora se le acuerda a vuestra grandeça –dixo Alexandra– de decirme lisonxas? Mire vuestra grandeça que querría yo que le pareciesse mi prima muy bien.

–Si esso manda vuestra grandeça, ya está echo, y con tantas ventaxas como su dibina persona merece.

–No querría yo, hijo mío –dixo riyendo Esmerilda–, que le pareciessen tan bien las damas...

–No, no –dixo Libertina–, déjenle al ángel, que sobre mi alma que otro tengamos las mujeres que menos nos quiera.

–Si ellas son tales como vuestra merced, señora Libertina, ¿por qué no las tengo yo de querer y serbir?

–Calle, ángel, qu'es un rey, por su bida –dixo Libertina–, ¡qu'él las sabrá escoxer arto mexores! Que a fe que me parece que tiene buen ojo, como dicen en nuestra España, para cubero, y qu'él se sepa <sup>[f. 240r]</sup> aplicar como combenga.

Así estuvieron parlando un ratico asta que fue ora de comer. Acabada la comida, Gradisa, acompañando a Areusina, dixo al príncipe:

–A llebar imos el recado de mi señora la princesa Alexandra a la Emperatriz –y quedito le dixo–: ¿Quiere algo, rey?

–Ya ella sabe, aya, qué quiero, y supuesto que quiero vien, be qu'es lo que puedo querer...

–Déjeme vuestra grandeça el cargo –dixo Gradissa.

Y con esto fueron con este concierto: iban delante seis gentilhombres de casa del príncipe, cierto lindos moços quanto se podía desear y todos con aquella lucidísima librea del Caballero de la Fe, salbo qu'estos como era jente más principal llebaba el bestido muy más costosso y rico. Y luego iban cuatro biexos de venerabilísimas presencias, vestidos de brocado negro, mas los escudos de la Fe en unos escudos pequeños de oro puestos al pecho y sus espadas ceñidas. Luego venían Gradissa y Areusina: Gradisa vestida de viuda a lo greco, braba en riqueza quanto se pu<e>de pensar, y Areusina con vestido de casada, como lo era, mas de la misma librea del príncipe. Detrás de ellas, trabadas de dos en dos, venían cuatro doncellas de las más hermosas que entre todas havía, tanvién bestidas de las libreas verdes y con sus escudos de oro en el pecho con la insignia de la Fe.

Mas yo os doy mi palabra, que fuera así de algunas princesas que eran raras en belleça, que pocas en el mundo les igualaban a las cuatro en hermosura, y llebábalas tan vien compuestas Gradisa que dieron vien que ber<sup>dccix</sup> a toda la corte. Y, así, quando llegaron a palacio iban ya mirándolas y viendo el hábito que llebaban, que era gallardísimo y suelto, gran muchedunvre de caballeros y otras gentes de la corte. Y todos es espantaban de ber la mucha gente qu'el príncipe traía y cuán lucida y qué soberbia librea. Y así decían: «Si esto hace un capitán de España, ¿su rey qué á de hacer?».

Al fin, llegando a palacio a ora combenible, aquel día havía comido el Emperador con la Emperatriz y havia[n]se quedado en sendas sillas parlando sobremessa, porque aunque eran biexos queríanse tiernísimamente y tan de veras trataban sus amores y regalos como quando eran recién casados. Y, así, quando entró el paxe diciendo qu'estaba allí una criada del emperador de Vitinia que quería hablar a Su Magestad, quando el caballero de la cámara los alló el uno en los braços del otro muy despacio diciéndose ternuras (que tarde al fin se acaba aqueste fuego y aun en los viexos miembros arder suele).



Pues, como el de la cámara diesses el recado, tomando la Emperatriz su silla <sup>[f. 240v]</sup>, que en los braços del Emperador estaba, mandaron que entrasen. Y, entrando los seis gentiles hombres y luego los viexos, fuéronse quedando arrimados a la pared de la puerta por donde entraban. Y cuando entró Gradissa luego la conoció la Emperatriz, mas como bio tan vien adereçada a Areusina, no sabiendo quién era, estuvo queda asta oír su mensaxe y recado. Echa pues la humiliación devida al Emperador y pidiendo la mano a la Emperatriz, Areusina en boz clara dixo:

–Soberano emperador de Constantinopla y Roma, sacra emperatriz de romanos y griegos, el emperador de Vitinia manda vesar tus reales manos muchas beces y que, porque, señores, les enviastes a mandar os enviasen una hija para que sirbiesse y acompañase a la hermosísima Vrisaida, embía a su hija la mayor, la princesa Alexandra. Y en el camino, señores, nos sucedió...

Y entonces les contó todo lo sucedido, y cuando dixo: «Y el bienaventurado Caballero de la Fe por su propia persona ganó las fuerças y castillos del monte Pescilano», el Emperador con admiración dixo:

–¿Qué decís, señora doncella?

–Digo berdá, señor, y de un golpe de espada quitó la cabeça al endemoniado gigante que la poseía, haciendo pasar por los filos de ella<sup>dcx</sup> a todos los que se lo quisieron resistir.

Con esto, con mucha admiración del Emperador, acabó de contar el caso como os queda dicho, y entonces dijo:

–Y mi señora, la princesa Alexandra, queda en casa del Caballero de la Fe. Ase allado indispueta y así queda en la cama; en lebantándose vendrá a vesar a vuestra grandeça las manos y a ver a mi señora la princesa, a la cual vuestras grandeças me den licencia, que quiero ir a vesarle las manos de parte de mi señora la princessa Alexandra.

–Andad, hija, norabuena –dixo la Emperatriz–. Y bos, Gradisa, quedaos aquí un poquito conmigo, que yo quiero hablar con bos despacio, que después entraréis a ber vuestra ahijada.

Con esto dixo al Emperador:

–Dadme licencia, mi señor, que quiero hablal con Gradisa.

–Parla norabuena, que yo quiero [i]r a ber a mi sovrina Alexandra, que se lo debo yo a su padre y quise mucho a su agüelo, y quiero [i]r a ber si es algo la enfermedad.

–Andad, señor –dixo la Emperatriz–, que si no se lebantare<sup>dccxi</sup>, luego mañana iremos yo y essa muchacha a visitalla, qu'es mucha raçón.

–Sí, por vida vuestra, y aun oy habiades de ir.

–No, tampoco, no la cansemos con visitas; id vos oy, que nosotras iremos mañana.

Con esto mandó el Emperador que adereçasen un'acanea, diciendo que quería pasar a casa del Embaxador. No era cosa nueva en aquellos buenos tiempos visitar los emperadores a sus amigos y irse a olgar y a entretener con ellos un rato, y así esto no pareció nobedad alguna; antes entendieron que se quería ir a jugar allá a las tablas como acostumbraba, y así le adereçaron una pía española muy remendada y muy hermosa.

Entre tanto que el Emperador pasó a casa del Embaxador para de allí pasar a ber a la princesa Alexandra, entró en el aposento de la hermosísima Vrisaida Areusina, que como sabéis era tan cortesana y práctica en cosa de damas y amores y había pocas en el mundo que así supiese[n] robar la boluntad a las princesas. Y, como entró en el aposento de la princesa, ella había acabado de comer y estaba mirando un medallón: de la una parte tenía al emperador Domiciano y de la otra parte a un Júpiter con la diosa Victoria en la mano derecha y en la izquierda su cetro real. Y el título andaba leyendo la princesa, que aunque no acertaba (qu'estaban las letras algo gastadas) decía: «A Júpiter vencedor...». Y como vio entrar a Gradisa luego la conoció, aunque no a la que venía con ella, y así estuvo aguardando, puniendo el medallón de bronce sobre un escritorillo de oro que tenía junto a sí. Y como Areusina llegó, incada de rodillas pidiéndole la mano, admirada de ber tanta hermosura dixo:

–No sé, ilustrísima y dibina princesa, si sería más locura y temeraria osadía hablar con libertad, donde tan justo es qu'estén ocupados los sentidos viendo una tan perfecta criatura como tienen delante, más que buen término y discreción. Así que si no acertare a decirte, mi señora, lo que deseo, a lo menos azertaré a admirarme viendo lo que veo. Yo soy, ilustrísima<sup>dccxii</sup> señora, criada de la hermosa princesa Alexandra, tu prima, hija mayor del balerosísimo emperador de Bitinia, Polimbiano. Ella manda besar tus imperiales manos muchas beces y que el allarse indispueta desde que anoche llegó le causa el no venir luego a recibir esta merced.

–¡Jesucristo, hermana! –dijo la princesa–. ¿Y dónde está mi prima<sup>dccxiii</sup> en esta corte que no sea en esta casa?

–Está, mi señora, en casa del embajador de España, que como sabes es criado de su tío, hermano de su padre, el baleroso Ofrasio. Y la razón, mi señora, d'estar allí, fue esta...

Entonces, con admirable retórica y lindos colores de ella, que lo sabía Areusina estremadamente, le comenzó a contar cómo la había prendido el gigante y la mala vida que habían padecido quince días y como, al fin, ella y la princessa Alexandra habían sido condenadas a sacrificar a la diosa Venus. Y contó la traidora el cómo la desnudaban <sup>[f. 241v]</sup> con palabras tan encarecidas que a todos los circunstantes movía a lágrimas. Pues ya que la tubo desnuda y atada al madero y que no faltaba ya sino ejecutar la cruel sentencia, llevábalas tan suspensas y colgadas de sus razones que dixo:

–Y los ásperos carniceros, todos cuatro con afilados cuchillos en las diestras, comiença[n] a esgrimirlos por el aire, ¡ay! –dixo, y paróse un tantico.

–¿Qué fue? ¡Acaba, hermana, por amor de Dios, que me muero! Decime lo que sucedió.

–¡Ay –dixo<sup>dccxiv</sup> –, buen Dios, que nunca desamparas a los que en ti confían<sup>dccxv</sup>, sino que cuando parece que falta todo remedio humano el tuyo no falta, Señor mío! Que tú libraste a Jonás y a los tres niños, a Daniel y a Susana y a otros muchos que del remedio del mundo estaban desconfiados, aunque muy asidos <a> la fiel áncora de tu dibina esperanza. En esto, pues, señora, vimos entrar un caballero...

Entonces le contó todo lo que queda dicho. Íbale lebantando tanto de punto al príncipe y exagerando tanto su balor (que de su hermosura la discreta dama, como sabía que ya la princesa le había visto en misa, no decía nada) que vino a decirle la princesa:

–Mucho ánimo y bélicos brío es esse para capitán tan moço...

–Pues aguarda, mi señora, que no é començado a decir la décima parte de sus echos.

Con esto pasó con su cuento adelante, asta que llegó a haver ganado el castillo, y entonces dixo:

–Las demás cosas, señora mía, el tiempo las manifestará: su obras presentes verificarán las pasadas y darán ciertas esperanças de lo provenir.

No sé yo si se le pudiera decir cossa a la princesa que más pena le diera, que fue el decirle que su prima estaba en casa del Capitán de la Fe, y más saber que la había visto atada (como quien no dice nada) a un palo y solo cubierta con sus hermosos cabellos, «y aun esos la cubrían poco, porque los carniceros para mayor tormento suyo se los tenían echados a las espaldas». Mas al fin, como era discretísima, calló disimulando su pena, y a Areusina le dio muy buena respuesta. Y bolbiéndose a Gradisa dixo:

–Perdone, aya, por su bida, que nos á contado ta[n] bien su istoria esta doncella que me á echo quedar corta en el preguntarle de su salud. Aora, señora Areusina –que ya le había preguntado el nombre–, quédese aquí un tantico, que quiero ir a hablar a mi aya Gradisa aquí a mi oratorio cuatro palabras. Perdone, hermana.

Y, con esto, lebantándose de una silleta de plata en que estaba sentada, se entró con Gradisa en su oratorio. Y abraçándola con mucha afabilidad y amor le preguntó mil cosas, de las cuales por no importar a nuestra istoria no hago particular memoria. Mas ya que había un ratico que estaba parlando con ella, le dixo:

–Y dígame, aya, ¿tiene muchos paxes esse su capitán como aquellos cuatro que vienen con ella?

El díaño de Gradisa, que era viexa y sagacísima, por irle echando de ber lo que sentía dixo:

–Como aquellos, pri[n]cesa mía, dos docenas trae siempre en su <sup>[f. 242]</sup> casa para que le sirban y regalen como es raçón.

–Pues ya me parece –dixo la princesa– grande para que le regalen mugeres. Y si á de ser casado, aya, ¿no be ella que no podrá sufrir la que vien le quisiere que sea regalado de tantas y más siendo tan hermosas?

Luego la viexa le conoció la pinta y dixo entre sí: «Bueno, basta: yo te sacaré más o podré poco».

–Mi señora, como el príncipe es tan hermoso y tan perfecta criatura en todo, poco ba en esso.

–Buen raçón –dijo la princesa–, ¡y aun por esso es peor! No de mí, digo, que no se lo supiera...

–Esso aguardaba yo... –dixo entre sí Gradissa–. No entendió vien vuestra grandeça lo que dixes, que como es tan perfecto en virtud, que no se sabe oy en el mundo caballero más onesto, andan todas seguras. Y más, señora, si supieses el orden, la virtud, la modestia y la onestidad que en su casa se usa: aunqu'en lo galán y cortesano parece casa de gran príncipe, en lo demás no parece su casa sino congregación de recogidos monxes.

–Sí, en verdad, que todos dicen vien d'él. Mas a mi prima, aya, ¡a fe, a fe!, ¿cómo le ba con él?

–Yo no lo digo –dixo Gradisa–. Bale, mi señora, muy bien y asta agora como son el uno y el otro tan niños cierto que n[i] una palabra emos sentido entre ellos de desavrimiento.

Riyendo la princesa dixo:

–Mira, esso yo lo creo, mas... ¿de amor? –dixo un tantico quedo.

–Ni eso menos, ángel mío, así goce vuestra grandeça muchos años de essa rara belleça. Una bez sola cierto, en dos años que á que ando con él, le oí así al descuido, sin querer él, de amor, y en mi vida le é oído otra cosa.

–¿Y cuál fue, aya? Por su bida.

–¿vuestra grandeça mándamelo, ángel mío, que lo diga?

–Sí, ¿qué ba en esso? –dixo la princesa.

–Pues lo que lo oí fu'esto: que una noche, a dos jornadas de esta ciudad, viniendo en la galera Leona, yo me sentí triste y quise subir de cámara de popa al corredorcillo del leme. Y, cuando subí, oíle qu'estaba tañendo un laúd, que en esse y en los demás instrumentos ale Dios echo único en el mundo, y como me parase a escuchalle, haciendo pausa a una letra qu'en falsete decía, le oí decir... –y parose aquí Gradisa.

–¿Qué dixo? ¡Acabe ya, aya! Parece que me lo hace desear...

–No, sino que temí, mi señora, que no me havías de creer.

–Sí creeré, que siempre os tube por muger de berdad.

–Pues para la cuenta que é de dar a Dios, que fueron puntualmente estas palabras: «¡O, dibina Brisaida, reina y señora d'este rendido corazón! ¿Y cuándo merecerán ber estos esclabos ojos tu divina presencia? ». De veras digo, mi señora, que en toda mi bida le é oído otra palabra amorosa, a lo menos porque juro, fuera de otra bez que casi le oí las mismas palabras o otras semexantes.

–Pues, y él –dixo la princesa–, ¿de qué me conocía a mí?

–En la lengua de Cariseo y mía te havía visto, hermosísima señora, muchas beces.

–Aora vien –dixo la princesa–, dejémonos de essas niñerías y salgámonos, que se querrá ir Areusina. Y más que, pues la Emperatriz mi señora cuando començaba <a> hablar con ella le vino aquel despacho, querrá que se benga acá otro día todo el día entero <sup>[f. 242v]</sup>. Por esso, raçón es que bayan luego con la respuesta a mi prima.

–Pues y, mi señora, ¿no manda vuestra grandeça –dixo Gradisa– algo en que en aquella casa sirbamos?

–Tiempo habrá para todo, aya; agora, baya con Dios.

Con esto se bolbieron Areusina y Gradisa a casa, y se acaba el capítulo.

### **Capítulo 13. De la respuesta que a la princesa Alexandra se dio y de cómo el Emperador la fue a ber, y otro día la Emperatriz y la hermosa Vrisaida.**

No quiero cercenar la istoria –dice Nictemeno– porque<sup>dccxvi</sup>, pues pasó toda en espacio de seis<sup>dccxvii</sup> días, no es razón que hagamos digresión en ello. Sucedió, pues, que aquella tarde el buen emperador fue a ber a su sobrina Alexandra, y como el Embaxador supo que iba allá el Emperador, salió con el Príncipe de la Fe a aguardalle en el patio. Y, cuando entró, el príncipe con su humildad, cortesanía y buen término, le fue a tener el estribo para que se apeasse, haciéndolo con tanta gala qu’el Emperador cuanto más iba más se le iba aficionando y no veía cosa en él que no le pareciese amable y digna de ser estimada en mucho.

Con esto, subiendo por la escalera vio a toda la guarda con aquella librea de brocado verde tan hermosa, y bolbiéndose al Embaxador le dixo:

–¡O, qué hermosa librea! ¿Cuándo la sacastes, señor Embaxador?

–Mi sobrino, señor, se la á dado oy a ellos y a todos mis criados, ¿qué le parece a vuestra grandeça?

–Paréceme qu’es don que no le podía dar sino un gran príncipe o un tal capitán como el que tenemos presente.

Con esto, subiendo a la sala, dixo:

–Sabed que vengo a ber a mi sobrina, la princesa Alexandra.

–Pues benga vuestra grandeça –dixo el Embaxador–, que allá está su grandeça en el cuarto del capitán.

Pues indo allá, al entrar en el cuarto allaron doce caballeros de guarda armados de punta en blanco a la antigua, que era con morrión y jaco largo de malla y grebas y guardabraços. Estos estaban a la puerta de la sala, la cual tenía un' antepuerta de brocado verde; en el medio de ella una figura de la Fe admirablemente pintada como la pintaban los antiguos, que era aquellas tres figuras: la Onra y la Verdad que se daban las manos y la Caridad o Amor que los juntaba. No tenía el Emperador cosa en todo su palacio tan rica ni tan vien labrada como era esta antepuerta y toda su tapicería. El Emperador iba admirado viendo la riqueza de los adereços, y más cuando bio tantos bufetes, escritorios y sillas, todos de plata cendrada y oro fino y de tan curiosas echuras y particulares traças. Y todo, aunque con mucha discreción y modestia, lo iba loando, asta que llegó a la sala de las damas, que ya entonces dixo:

–Cierto es esta la más hermosa y rica tapicería que jamás é bisto y la más bien labrada y conforme al tiempo.

Así, entró en la cuadra antes de donde estaba la cama de la princesa, y en ella vio [f. 243r] sobre hermosos bufetes de plata riquísimos seis escritorios de finísimo oro y tareces de perlas orientales y otras piedras. Y, loándolos como era raçón el Emperador, cuando entró en el aposento donde estaba la princesa Alexandra y le vio tan adereçado de hermosa tapicería, y la cama, que<sup>decxviii</sup> solo ella balía un millón, tan acompañada de hermosas doncellas; y cuando vio a Esmerilda y Libertina, que no menos autoridad y ser tenían que dos princesas, y tantos paxes, todos con librea tan costosa y rica, y que todo lo de la casa era conforme y tan brabo, después de haber abraçado a Alexandra y haberle preguntado de su salud, le dixo:

–Cierto, sobrina, bos tubistes raçón de trocar mi casa por esta, porque dexado aparte que por ella tenéis la bida, no sé yo casa de emperador del mundo qu'esté tan vien adornada y probeída de todas las cosas que en una ilustrísimo palacio se an de buscar, especialmente de lo que é podido ber del concierto y orden de los que en la casa hacen oficios.

–Pues aún no á tenido vuestra grandeça –dixo Alexandra– tiempo para ber las cosas del príncipe, que todas ellas son de un gran emperador. Y, dejado aparte la merced que de sus manos recibí en ser libre del poder de aquellos traidores, solos los dones



qu'el príncipe me á dado y la merced que me á echo sin duda bale más que un gran reino, que no sabe hacer mercedes cortas ni injurias grandes.

Muy en particular se informó el Emperador de toda la casa del príncipe, de su orden y concierto, y estaba admirado de tanta prudencia en tan pocos años. Y, dándole la disposición de ella, decía que sin duda entendía que después del celebrado palacio del sabio hijo de Versabé, que entendía que no había havido ni había casa de príncipe tan bien concertada. Más estuvo de cuatros oras el Emperador en casa de mi amo –dice Nictemeno–, porque solo con mi amo en su estudio estuvo más de ora y media, espantado de su mucha sabiduría y bondad.

Al fin, como era ya tardecillo, el príncipe, con grandísima humildad mas con muy cortésano término, le suplicó que por ser ya tarde les hiciesse Su Magestad merced de quedarse a zenar con la princesa Alexandra.

–Aunque soy biexo –dixo el Emperador–, convite de dama y dama tal como mi sobrina no puedo dejar de aceptarle.

Y con esto se quedó. Mas yo os doy mi palabra –dice Nictemeno– que para ser así, como decís, medio de repente, que más curiosa cena ni de más regalos, así de aquella probincia como de otras regiones, que entiendo que jamás en combite particular concertado se dio a emperador ni monarca en el mundo <sup>[f. 243v]</sup>. Y a fe que burla burlando que duró el combite más de tres oras, sirbiéndose platos de mucha curiosidad y costa. Mas de lo que el Emperador estaba espantado era de ver el orden y silencio con que todo se administraba, porque no parecía realmente que se meneaba nadie ni había más ruido que si no ubiera criatura en toda la casa, conque eran más de ciento los que administraban a la mesa.

Para quando se ubo de ir el Emperador, que eran ya cerca de las doce, estubieron paxes con achas de cera blanca desde casa del Embaxador asta palacio, puestos por el un lado y el otro de la calle. Y, aunque el Emperador no quería, al fin, le ubo de acompañar el Príncipe de la Fe; el Embaxador quedose, por[que] tenía una enfermedad que le hacía notable daño el sereno. Mas quando el Emperador se apeó en palacio, echando los braços al cuello del príncipe le dijo:

–Dios os guarde muchos años, ángel, que no sin razón la Fama publica de bós tan ilustres echos.

Así, subiendo con él asta la sala, aún se estaba la buena emperatriz aguardando a su marido. Y, cuando le bio entrar, como si ubiera u[n] año que no le había bisto así se lebantó a rescibirle con los braços abiertos, diciendo:

–Pues, ¿por qué, señor, me dejastes sola?

–Hícelo, mi alma, por vida vuestra –dixo [el Emperador]<sup>dccxix</sup>–, por amor de nuestra sobrina, qu'es una muchacha la más bonita y sabrosa que é bisto en mi bida. Y también por amor d'este ángel, que os pometo que merece que todos los emperadores del mundo le den contento.

–A lo menos –dijo la Emperatriz– si lo demás corresponde a la perfección de su gentileça y hermosura, no entiendo yo que havía ninguno en el mundo que le iguale, cuanto más que le exceda.

A todo esto respondió con mucha cortesanía el príncipe y, por ser ya tan tarde, se despidió. Toda aquella noche gastó el buen emperador en contar a su amada muger lo que en casa del capitán general de España havía visto. Y en casa de mi amo el príncipe dieron la respuesta las mugeres a la princesa de parte de la Emperatriz y de la hermosa Brisaida. Y ya no beía la ora el príncipe de hablar con<sup>dccxx</sup> su aya, solo para saber lo que con la princesa havía pasado. Ella se lo contó todo sin faltar un cuadrante, y le dixo las últimas palabras:

–Y créame, hijo, que a lo que é entendido, que antes será menester coxer la rienda a la princesa que añadirle incitadores, porque, por bida mía, que aunque con su mucha discreción y onestidad ella disimuló todo lo posible, que con todo esso se le echava muy bien de ber haber sido tocada d'esa sabrosa yerba de Amor.

Y no poco estraño fue el consuelo y contento que con esto recibió el príncipe <sup>[f. 244r]</sup>. Y luego començó Amor a echar en su corazón unas áncoras de esperança de una mezcla graciosísima, porque era de fino yerro de humildad, de fuerte bronce de boluntad encendida, de perfectísimo oro de perseverancia y firmeça, y de preciosas piedras de sumo balor; conque todo lo dexaba a la dibina disposición de Dios.

Con esto, se fue acostar el príncipe, tan cargado de pensamientos que estuvo inquietísimo toda la noche. Y, como dormía Priscilano allí junto a él y le sintió tan desasosegado, en sintiéndole dormido se levantó el biexo y puniéndole con grandísimo tiento la mano, en la cual llebaba un anillo que tenía una piedra de tal propiedad qu'en asentándola en el pecho decía el qu'estaba durmiendo todo lo que aquel día havía echo y qué era lo que más amaba y quería; pues fue así, que como Priscilano puso la eficaz piedra sobre el enamorado pecho, luego començó el príncipe entre sueños a decir:

–¡O, hermosísima Vrisaida, princesa de la hermosura y señora de mi libertad y pensamiento! Como beo que los contrarios repugnantes de mi bentura me an de acabar, dando fin a la vida que solo para te poder servir deseo, dexar de amarte es imposible; ofender a Dios, por quanto ay criado ni aun por ti, que no ay más que decir, no lo querría; amar y con limpieça<sup>dccxxi</sup>, aunqu'es posible es muy dificultoso; no amar, a mí ya me repugna; pensar lícito amor para matrimonio son muy distantes los extremos... Mas, al fin, aquí se á de endereçar mi amor, que donde vos, mi señora, sois el fin, todo lo posible es poco.

–Así –dijo Priscilano–, ¿d'este pie cojeáis? –entre sí–. Pues no tengáis pena, que a mi cargo que ella benga dando de manos. Y a fe que lo as echo, rapaz, como hombre de vien, que todo lo que no fuera Vrisaida era poco para ti, y essa y el imperio te viene muy bien y le mereces, y mediante Dios le as de alcançar; que yo en esto, sin ofensa de Dios, tengo de echar el resto. Aora duerme, duerme... –y con esto se tornó <a> acostar.

La princesa Vrisaida fueron tantos y tan barios sus pensamientos (unos de amor, otros de resistencia, uno de celos, otros de confiança, unos onestísimos, otros de moça enamorada), al fin, fueron tantos que suplicándole yo que me los dixesse, muchos años después, me dixo: «Es cierto, que aun yo no sabía lo que me pensaba. Déjame Nictemeno». Pues si ella no los sabía, mirá como los escribiré yo.

Al fin, benida la mañana, en lebantándose el príncipe mi señor, antes de se acabar de vestir fue a ber los oficiales, que eran más de dos mil hombres los que començaron a andar en la obra y edificar la casa. La traça<sup>[f. 244v]</sup> y el tener cuenta con ellos, todo estaba encomendado a mi amo Priscilano y a mí el pagalles, que en verdad que era trabaxo, porque ubo día en que anduvieron en la obra 9.000 personas y más;

porque una de las casas de morada mexores y más bien traçadas que ubo en el mundo fue la nuestra. Y se acabó de edificar en dos meses y medio, y hiciéronse una imbención de ornos de bronce con los cuales a dos días que se acababa d'edificar el aposento se podía habitar segurísimamente, como si ubiera diez años que se ubiera edificado; mas lo más curioso y más bien edificado que ubo en toda la casa fue el cuarto de las damas.

Allí, pues, andubo el príncipe toda la mañana, mirando unas docientas columnas de jaspe y mármor que yo había el día de antes comprado en unas naos orientales; y a fe que me havían costado a tres marcos de oro cada columna con basas y pedestrales. En casa oyó misa el príncipe aquel día y, así, asta comer no salió fuera. Luego supimos cómo la Emperatriz y la princesa su hija querían venir a ver a la princesa Alexandra, y mi amo de puro contento, con toda su prudencia, lo dio bien a entender asadas, tanto que pocos quisieran mirar en ello que no lo echaran de ver.

Al fin, mandó al mayordomo mayor que tubiesse una colación como convenía para aquellas princesas, y a Esmerilda le dixo:

–Madre, por vida suya, que me regale y sirba y acaricie a la princesa Brisaida mi señora y a sus damas todo cuanto le fuere posible.

–Descuide, rey mío –dixo Esmerilda–, que ya le entiendo.

Libertina, qu'estaba allí dijo:

–¡Landrecito mi chicote! ¡Y qué presto me á dejado a mí! Aora, al fin, que ya soy biexa, yo serviré de mi oficio...

–Calle, aya –dijo el príncipe–, ¿ya no sabe que el amor que yo le tengo que no es mudable por ninguno?

–Serlo á –dijo riyendo– por alguna...

–No, no ay que tratar en esso –dijo el príncipe.

Mirad que todo esto era conversación cortesana y no manifestadora de qu'el príncipe con ternura amase a la princesa Vrisaida.

Acabado de comer, aquellas damas, como aguardaban visita de damas, pusiéronse, como decís, de veinte y cinco alfileres, todas de una librea y uniformes en el bestido. Mas Esmerilda y Libertina compusiéronse aquel día de los mejores vestidos que tenían, que cierto ningunos había en todo el imperio que les igualasen, porque estaban tan guarnecidos de bariedad de preciosas piedras que balían un reino cada uno de los bestidos. Pues a la una sería, poco más, cuando la Emperatriz y su hija, en una hermosa litera, cerradas las puertas que de clarísimo y hermoso cristal eran, y las damas y princesas <sup>[f. 245r]</sup> en coches, vinieron a casa del Embajador. Lo cual sabido por el príncipe, salió luego a recibir a la Emperatriz algunos pasos fuera de la puerta de casa, acompañado de aquellos gentiles hombres y caballeros que en su casa tenía.

Y, como llegó al estribo de la litera, incando la una rodilla en tierra, aunque los cristales le estorbaban que no biese distintamente las que en la litera benían, con mucha humildad y cortesanía dijo a la Emperatriz:

–Sea Vuestra Magestad muy vienvenida a dar con su imperial presencia ser a esta casa de sus serbidores y criados.

–Seáis muy bien allado, hijo mío –dijo la Emperatriz–, que vuestro balor merece que se os haga este regalo.

Con esto, indo sin morrión junto al estribo, como la princesa le vio por los cristales claramente, dijo entre sí: «Dios guarde a mi escuderito muchos años. ¡Y qué lindo es! ¡Dios me dexé goçar muchos años de su hermosura! Calla, mi niño, que o yo podré poco o te haré emperador de Constantinopla; y esto poco es, pues te tengo echo señor del rendido coraçón de Vrisaida». Esto diciendo iba Vrisaida entre sí cuando llegaron a la casa del Embaxador. Y, como entraron en el patio, al tiempo que avrieron el estribo de la litera para salir la Emperatriz, estaban ya allí para recibirla Esmerilda y Libertina con aquel su imperial hávito. Y como ellas eran tan hermosas, tan onestas y grabes, espantada quedó la Emperatriz de las ver, y así les dixo, que ya les sabía los nombres:

–Estén en buena ora, señoras Esmerilda y Libertina, que para un tan excelente príncipe tales ayas convenían; que tanta hermosura, de tanta como esa había de ser criada.

Dos caballeros estaban con las tablas ya al pie de la litera aguardando a la princesa que vaxase, y Libertina, que era diabólica, dixo:

–Hijo mío, ¿por qué no baxáis a la señora princesa de essa litera a uso de nuestra tierra, pues nos á echo merced de benirse <a> apear a nuestra casa?

El príncipe, que no era nada bobo, aunque muy virtuoso y cuerdo, llegose al estribo. Y como la princesa tenía puestos los pies en la tabla para se apear de la litera, él se llegó y, tocando a las tablas con las rodillas, hiço que la princesa titubease por caer, a la cual él con suma gloria suya<sup>dcxxii</sup> recibió entre sus braços a la princesa. Y, así, con mucho comedimiento y criança la puso en el suelo junto a la Emperatriz su madre, a la cual Libertina estaba diciendo:

–En España, mi señora, es caso de menosbaler de los caballeros que hagan tablas el oficio que pueden hacer sus balerosos braços.

–En verdad –dixo la Emperatriz con toda su bondad– que tienen raçon, y qu’es mexor manera aquella de dexar la litera que no en tablas.

Y, así, bolbiendo a la princesa, ella y el de la Fe estaban de suerte que ninguno de ellos la podían dar de lo que por ellos había pasado; porque tan grandísimo fuego sintieron el uno y el otro en los braços del amante qu’el alma se <sup>[f. 245v]</sup> abrasaba en bibo fuego y los coraçones ardían en aquellas encendidas llamas de Cupido. Bien quisieran que fuera aquel abraço cual el que finge Obidio, allá<sup>dcxxiii</sup> en la fuente donde la ninfa y el pastor amado en la lucha en un Emafrodita fueron convertidos por la suma piedad de los diosses, y así quisiera el príncipe o que nunca se acaba aquella gloria o que también se acabara allí la vida. Y entendé qu’esta merced y fabor aun <a> otros que fuesen mucho menos qu’el príncipe en tales casos solía ser concedida, porque en tal ocasión aun al caballeriço mayor y al palafrenero de las damas solía ser concedido; solo iba de diferencia en la edad, qu’esto solían hacer caballeros ya biexos y de edad probeta. Y aun así ubo diferencia en el abraço y en la forma con que se dio, en la boluntad de la una y otra parte con que se recibía, y aun en los efectos que causó.

Puesta pues la princesa Vrisaida junto a su madre, con el concierto que entre damas suele ser guardado, indo Vrisaida delante de la princesa su madre, llebaba de la

mano una *miniña*<sup>1044</sup> sabrosísima como una sal y hermosita como un ángel de asta seis<sup>dcxxxiv</sup> años, y tenía las más agudas niñerías que se podían pensar. Y como el príncipe iba delante de la princesa Vrisaida y iba allí la Emperatriz, iba tan compuesto, los ojos en el suelo, que ni un punto los descomponía. Y la niña, tirando de la hermosísima mano de la princesa, adelantose todo lo que se pudo estender el brazo y díxole al príncipe:

–¡A, caballero! ¿Pensáis que porque tenéis tanto que mirar en bos que no habéis de mirar a los otros? ¡A, prima –dijo riyendo a la princesa–, en mi verdad que parece que ba jugando a los señores según va de compuesto y grabe! Y tu gra[n]deça pareces su desposada y que soy la madrina.

Esto dixo con tanta gracia la niña que todos ubieron de reír, y a la hermosísima Vrisaida le salieron unos colores al rostro tan dibinos y perfectos que en ser de hermosura no tenía naturaleça más que concederle. Y la Emperatriz dijo:

–¡Calla, trabiessa! ¿Esso as de decir?

–Mira, ¿*po* qué no? –dijo la niña–. Ella, tiona, ¿quieres también entrar en el juego? Pues no queremos, qu'es ya *gande*, que acá mi prima y yo y este niño nos concertamos; que tú, tía biexa, vien sé yo que juegas con tío...

–¡Calla, malditilla! –dijo la Emperatriz–. Digo que saben ya el día de oy más vien [ver]dades los niños que los biexos de otro tiempo.

Con esta combersación, aunque siempre parlando Esmerilda y Libertina con la princesa dándole cuenta de lo que les preguntaba, llegaron <a> entrar por el cuarto de las damas, admirada la princessa de ber tanta riqueza y hermosura. Y la princesa iba tan contenta de ber las cosas del príncipe que aunque como dama y tan onesta callaba, como enamorada y discreta lo miraba todo, dándole mucho contento y considerando su balor. Y más el del dueño, que en tan tierna edad había echo cosas por las cuales mereciese traer y tener ya tanto estado y señorío que parecía querer competir su casa con la de los

---

<sup>1044</sup> *miniña*: Variante de *meniña*, voz gallega equivalente a *niña* en castellano (cf. García González, *Glosario de voces galegas de hoxe...*, s.v. *meniña*); Cuveiro Piñol acotó la localización de su uso en Pontevedra (cf. *Diccionario gallego...*, s.v. *meniña*).

grandes príncipes. Iba muy ufana y contenta pensado todas estas cossas (y de ellas hacía amor <sup>[f. 246r]</sup> hacecillos de leña para poder mejor abrasarle después el corazón, como lo hiço), indo a entrar al aposento donde estaba la princesa Alexandra; la cual estaba sentada en la cama, tan vien adereçada y compuesta de cama quanto se podía pensar.

Tenía una toca morisca rebuelta a la cabeça, echa de ella cien mil bueltas y ingeniosos laços, por entre ellos sacadas algunas trenças de sus hermosísimos cabellos, de las cuales hermosas laçadas adornadas de finos diamantes se mostraban. Y por el remate del tocado quedaban al desgaire ondeados todos los remates y puntas de los cabellos<sup>dccxxv</sup>, que por las espaldas encima de las almoadas se extendían. Ella tenía puesto un jubón de brocadete encarnado, aforrado en un[a] telilla de plata curiosísima, abotonado de hermosísimos diamantes. Tenía sueltos los botones del collar del jubón y los tres gafetillos<sup>1045</sup> de oro del sustento, el cual estando suelto en compás del cabeçón del jubón se llebaba tras sí el cabeçón de la gorguera, que era de lechuguilla que llamáis<sup>dccxxvi</sup> francesa, riça, cierto muy curiosa y de admirable echura. Mostrábase la garganta de tanta velleça que fue menester que ubiesse nacido Vrisaida para que ubiesse quien le llebase alguna ventaxa en el mundo. Mostraba descubiertto asta el oyuelo que se hace encima de la tabla del pecho al juntar con la garganta, y cierto podía ser sepoltura del mismo dios de Amor y aun matar de i[n]vidia a su madre la diossa según era en hermosura perfectísimo. Al desgaire, por debaxo del braço, tenía arrojado un manteo de brocado blanco, aforrado en tela de oro encarnada, todo él supervísimamente guarnecido.

¿Querés que os diga un gracioso melindrico que tenía la princesa? Que por el dolor de cabeça (que decía que se le avría) estaba una dama incada de rodillas sobre la cama, con un cambray en las manos, dibinamente labrado, echo cuatro dobleces, y sobre él tenía reclinada la cabeça y de en cuando en cuando decía: «¡Quítate de aí que me canso!», y dejaba caer la cabeça sobre un regalillo diciendo: «A ber si podré descansar...». Y d'esta manera andaba mudando con estremado donaire, gracia y adamado melindre. No sé yo si, aunque era su prima, se olgó mucho Brisaida en ber tan

---

<sup>1045</sup> *gafetillos*: «Lo mismo que corchete, úsase más frecuentemente en Aragón» (*Autoridades*, s.v. *gafete*).



acabada en hermosura a la princesa Alexandra; mas al fin, disimulando, las unas a las otras se recibieron muy bien y con muchas muestras de amor se abraçaron.

Y sentándose la Emperatriz en una sillica baxa que a la cabecera de la cama estaba puesta y la princesa<sup>dccxxvii</sup> en otra, y junto a ellas en el estrado Esmerilda y Libertina, y todas las demás damas se entraron allá con las doncellas de Esmerilda. El príncipe jamás se pudo acabar con él que se sentasse, si no fue assí medio sentado y medio arrimado a los pies de la cama. Y como la princesa Brisaida estaba a la cabecera veíanse el uno al otro admirablemente, estando goçando con la bista de aquel sabroso ma[n]xar que a las interiores potencias<sup>[f. 246v]</sup> comunica.

Así estuvieron más de una ora, en la cual la buena E[m]peratriz hiço a su sobrina todas las preguntas que deseaba, y de todas ellas fue por la hermosa Alexandra satisfecha. Al cabo, pues, de una ora o más dijo la Emperatriz:

–Llebadme, hijo, por vida buestra, a ver los edificios de buestra casa, que me dicen que se dan notable prisa los oficiales. Tú, Brisaidica, quédate aí con tu prima, que luego bolbemos.

Con esto, tomando la Emperatriz un junco en la mano, indo delante el príncipe cubierto, porque de ninguna manera consintió otra cosa la Emperatriz, fuimos por un corredor (porque iba yo allí, como era sobre estante, a salir a la obra). Y aquel día andaban en ella cuatro mil y seiscientas y once personas en el edificio, sin azadoneros, aguadores y los ministros que de las cosas de comer y beber necesarias los probían. Espantada quedó la Emperatriz<sup>dccxxviii</sup> de ber tanta muchedu[m]bre de oficiales, y lo que más la espantó fue ber tantos materiales de piedra, cal, yeso, arena, clabaçón, madera, argamasas, ladrillo, azulexos y otras cosas infinitas que eran menester para todo el edificio. Mas cierto que pasaban ya de ciento y treinta mil ducados los que de materiales había pagado, y esto sin muchas columnas que (como dixen) de xaspe, mármol y bro[n]ce había comprado. De lo que más falta teníamos era de plateros, que no havíamos allado en toda la ciudad más de ciento. Todo lo miraba la Emperatriz y cada cosa preguntaba muy en particular, que era aficionadísima a edeficios (y, así, andubo mirando la obra casi dos horas).

En este tiempo, como las dos princesas se quedaron solas (Esmerilda y Libertina andaban con la Emperatriz, las demás damas y doncellas estaban en el otro aposento; al fin, que se vinieron a quedar solas, porque las dos damas de guarda estaban vien apartadas allá en un estrado parlando las dos), la combersación que pasó entre las dos princesas os quiero contar en otro capítulo.

#### **Capítulo 14. De una combersación que tubieron las dos princesas Brisaida y Alexandra y de otras cosas en la corte sucedidas en este tiempo.**

Pues como se quedaron solas las dos princesas moças, hermosas, discretas, picadillas<sup>dccxxix</sup> de la delicada jara de Cupido, bed si abían de tratar de los temporales o de a cómo balía el yerro en Bilbao, o de las alcabalas de[l] imperio y si se havía echo buen vizcocho aquel año para la armada, o de la epacta indicción o fiestas mobibles. Claro está que no se avían de tratar en esso; eran discretas y en sus entendimientos dirían: «El oficio de los médicos háganle<sup>dccxxx</sup> ellos y traten los carpinteros en las cosas de su carpintería». Y, así, dijo Brisaida a Alexandra <sup>[f. 247r]</sup>:

–¿Cómo se alla, prima mía, de su indisposición?

–Muy mexor, mi señora, bendito sea Dios, qu’el dolor que padecía del estómago ya se me á aplacado, aunque me á quedado un dolorcillo de cabeça que me muerdo<sup>dccxxxi</sup> y unas ruedecillas que se me an echo en los peçones me dan una pesadumbre estraña. Y estoy tan moína de cierta cosa de mi enfermedad que no me querría ber.

–¿Qu’es, prima, por vida suya?

–Calle buesa grandeça, qu’[e]s vergüença decillo.

–Mirá, qué niñería... –dijo Brisaida–. Pues a mí, prima, ¿qué ba en esso?

–¿Si nos oyera alguie[n]?

–Dígamelo, a fe, ¿qu’es?

–Esse diablo de esse ordinario<sup>1046</sup> –dixo Alexandra con gracioso melindrico–, que nunca havía sabido qué cosa era asta agora y tiéneme que yo<sup>dccxxxii</sup> estoy para echar a los perros. Y dame una rabia y háceme un asco que solo por esto no quisiera ser muger, en mi ánima, por cuanto ay.

–Pues yo, prima, ya á casi seis meses que padezco esse martirio –dijo Brisaida–, mas ¿qué le emos de hacer? Aunque princesas, mugeres somos y tan sugetas a miserias como todas las demás del mundo. En esso no ay que tratar, mas mucho me uelgo que no sea otra la causa de la indisposición de vuestra grandeça.

–Calle, señora –dixo Alexandra–, ¡máss quisiere tener una calentura! Qu’es verdad cierto que perros parecía que [me] despedaçaban según padecía los dolores.

–Aora, señora prima –dixo Brisaida–, ¿por qué quiso vuestra grandeça dejar mi cuarto por ningún otro? Que aunqu’este es muy mejor y está más bien adereçado, en el mío sé yo que no faltaran a vuestra grandeça muchos adereços de boluntad para servirla.

–¿Ya vuestra grandeça –dixo Alexandra– no sabe la ocasión y la obligación que me quedó de no dexar al príncipe asta que mi padre mande otra cosa? Quanto más que me lo envió él a mandar así espresamente.

–Y, fuera de esso, tanvién –dixo Belisandra– vuestra grandeça gustará de la compañía...

Como era tan avisada Alexandra luego la entendió y, sin aguardar más raçones, le dixo:

–Mi señora Belisandra, zelos fuera, que aunqu’es verdad que ninguna dama ni princesa ay oy criada en el mundo que no le venga muy bien el ser servida, y aun no sé si diga servir al Príncipe de la Fe, y pocas le an visto en el mundo que queden con libertad si con atención le an mirado, y lo mismo confiesso de mí que hic[i]era; mas sepa, prima mía, qu’estaba ya tomada la posada, así de mi parte como, a lo que

---

<sup>1046</sup> *ordinario*: «Se toma también por la regla, que acude a las mujeres todos los meses» (*Autoridades*, s.v.).

entiendo, de la suya. Y, por esto, por vida del Emperador mi señor que ni aun en un pensamiento jamás me desmandé.

–Y a mí –dixo medio alterada Brisaida–, ¿qué se me da de esso? Essas verdades dígalas vuestra grandeça a su confesor, que a mí no me ba nada en sabellas ni tiene para qué darme essas satisfaciones, que no se me<sup>dccxxxiii</sup> dan dos marabedís porque ame el capitán a quien quisiera ni qu’él <sup>[f. 247v]</sup> sea amado de todas cuantas ay en el mundo.

–Aora, señora prima, dicen en España que «a quien cu<e>ce y amasa, que no le cortes ogaça...».

–Yo quiero confesar esso, aunque sé que ba vien ageno de verdad.

–Por sí u por no, yo vine a esta corte a servir a vuestra grandeça y a dalle contento y no enfadarla, y sé que la princial parte de nuestro gusto y paz á de ser que vuestra grandeça entienda esto que digo ser verdad. Y aunque parezca a vuestra grandeça libiandad declararme tan presto, entienda que tengo puesto mi amor en otra parte. Y también desengaño a vuestra grandeça que si no fuera por esto, que a fe que no me coxiera el muchacho, créalo... –esto dixo riyendo y casi dando a entender que lo que había dicho lo decía por gracia.

Con todo esso se consoló y mucho Brisaida y, aunque disimuló su contento, vien se le echó de ber la princesa Alexandra, porque Brisaida le dixo:

–No se altere, prima mía, de lo que yo dixere al principio, que por entender el balor del capitán y la obligación que vuestra grandeça le tenía lo dixere, que no por otra cosa.

–Aora, señora prima –dixo la princesa<sup>dccxxxiv</sup> Alexandra–, lo dicho, dicho, que yo sé que quiere el príncipe más un botín de vuestra grandeça que a cuantas princesas ay en el mundo.

–Y él –dijo Brisaida–, ¿de qué o cuándo o por qué á de tener atrebimiento de amarme?

–El porqué está en la mano: por ser vuestra grandeça, mi señora. ¿De qué? De que le parece que tiene balor, como le tiene, para poner tan altos como ves sus

pensamientos. ¿Cuándo? A lo que sospecho desde que oyó nombrar a vuestra grandeça, qu'enredos suelen ser que Amor hace cuando se le antoxa.

–Aora dejemos esso y diga, prima –dixo Brisaida<sup>dccxxxv</sup>–, por vida suya, cómo estaba cuando en la cueba le alló esse... –y parose un poquito.

–¿Esse qué? –dixo Alexandra.

–Esse capitán –dijo Brisaida<sup>dccxxxvi</sup>.

–No, a fe, no iba vuestra grandeça a decir esso. Diga a fe qué iba <a> decir vuestra grandeça.

–¿Qué havía de ir a decir? –dixo Brisaida<sup>dccxxxvii</sup>–. Lo que digo.

–¡Así la martiricen a vuestra grandeça con un cordel echo de vien sé yo qué y la quemem en el fuego del pecho de quien yo digo!

–Pues a fe mía –dijo Brisaida<sup>dccxxxviii</sup>–, que no iba a decir sino cómo la bio esse niño. ¡Mire qué mal tan grande!

–Mal<sup>dccxxxix</sup>, mi princesa, no lo digo yo porque sea mal... Pues como me bio fue –dixo Alexandra– como mi madre me parió, con todas las circunstancias que vuestra grandeça quisiere pensar.

–Pues, ¿y cómo, prima –dijo Brisaida<sup>dccxli</sup>–, que me diga vuestra grandeça a mí que viendo desnudo un tan hermoso cuerpo quedó libre de Amor un hombre tan moço?

–Como estaba el alma llena de espiritales espec[i]es de essa dibina hermosura –dixo Alexandra–, no pudieron hacer eficacia las corporales mías; las cuales aun él es tan onesto y usó de tan buen término y comedimiento comigo que sé yo que á jurado muchas veces (y sé yo que dirá verdad) que fuera de ver el bulto así de una <sup>[f. 248r]</sup> muger desnuda que ningun'otra cosa echó de ber.

–Esso en verdad que lo creo, que me parece onesto y comedido caballero y aun en ley de hombre cristiano, cortesano y pío, estaba obligado a hacer esso. Mas dígame, prima, ¿cúyo hijo es este capitán? Que é uído decir qu'es hijo del príncipe Ardonisso y

que su padre que nunca fue casado, y dícenme qu'es su madre Belisandra la Bella y que tampoco asta aora á sido casada, ¿cómo es esto?

–Solo esso no sabré decir a vuestra grandeça –dixo Alexandra–, lo que sé es qu'él lo dice así y se precia de esos padres, aunque no sé qué palabras anfibológicas y obscuras é oído decir sobre esto a essas sus dos ayas, Esmerilda y Libertina.

–También me an dicho, prima, que trae un ayo gran letrado y santo consigo.

–Sí, señora –dixo Alexandra–, a Priscilano trae consigo, que esse es todo su gobierno y el que rixe toda su cassa.

–Y diga, prima –dijo Brisaida<sup>dccxli</sup>–, ¿y que aquel muchacho tiene tanta fuerça junto con tanta delicadez y hermosura de vista?

–Yo no vi más de lo que pasó en la cueba: que de un golpe, como digo, le vi hacer de un diablo dos por apocallos. Esto vi, y después vi al gigante descabeçado y todas las fuerças bendidas y el testimonio que todos los que le acompañan dan d'él.

–Pues, ¿quiere que le diga una cosa, prima? –dixo Brisaida<sup>dccxlii</sup>–. Pues en mi ánima que cuando oy me ayudó a baxar de la litera que no me podía tener en vrazos y me pareció que le estaban temblando las piernas.

–De esso –dixo Alexandra– yo no me espanto, pues tenía sobre sí lo qu'él estimaba más que lo restante del uniberso.

En esto, quiriendo ellas pasar con su plática adelante, entró la Emperatriz y el príncipe acompañándola, y ella dixo:

–¿Qué hacéis, hijas? ¿Habéis hablado?

–Sí, señora –dixo Alexandra–, que Dios sabe lo que siento pensar que me á de llebar vuestra grandeça a mi prima y dejarme a mí acá, que aunque a mí no me pesa de quedarme, pésame de quedar sin su grandeça.

–Aora, dadnos licencia, sobrina, que se hace tarde, que Dios será servido de daros alud y podremos goçar más tiempo de buestra belleça y buena combersación.

Con esto, se despidió la Emperatriz y la princesa, índolas acompañando el príncipe asta las dejar en su cuarto. Y la Emperatriz nunca acababa de loar el balor del príncipe, la riqueza de sus cosas, el orden de su cassa, el balor de sus caballeros, la onestidad de sus criadas y la bonísima combersación y término suyo. Todo esto eran centellas de bibo fuego qu'el corazón de la princesa avrasaban, y aunque resistía balerosísimamente a todos los pensamientos que se le ofrecían, no podía tanto que algunos ratos a lo menos no se mostrase rendida y al amor <sup>[f. 248v]</sup> del príncipe sujeta.

Cuando bolbió el príncipe de acompañar a la Emperatriz, que entró en el aposentó de la princesa Alexandra, ella le dixo:

–Poco cortesano á estado vuestra grandeça, que nos dexó aquí vuestra grandeça a mi prima y a mí solas (y aun no sé si temblando de m[i]edo) y fue <a> acompañar a mi tía, que tan segura de temores puede andar por donde quisiere.

–El conocer yo, mi señora, mi indignidad para recibir tanta merced como ser guarda de tales princesas me hiço recoger a faborcerme debajo de las alas y amparo de mi señora la Emperatriz.

–Pues, con todo esso, otra bez vuestra grandeça, señor príncipe, no me deje en las manos de mis enemigos, pues tan bien me sabe vuestra grandeça librar de ellos; que prometo a vuestra grandeça que por poco viniéramos a las armas mi prima y yo y queríamos poner por juez a vuestra grandeça, y él andábase allá muy ocupado en su edificio.

Con esto, suplicándoselo el príncipe, sentado allí a la cabecera, le contó la princesa todo lo que con su prima havía pasado. Y escusándose el príncipe exagerando su indignidad y que no havía él de tener atrebimiento para emprender una cosa tan extremada, respondió riyendo la princesa:

–¡Aora calle, calle, angelico! Que a fe que parece que se an echo de ojo él y mi primica. Baya, baya, que «tal para tal, Pedro para Juana», como dicen en España.

Con esto, estuvieron un rato en muy buena combersación asta que se hiço ora de cenar, por lo cual por aquella noche ninguna otra cossa ubo de nuevo.

Una ausencia, por que entendáis vien la istoria, que hiço el príncipe de un mes os quiero contar, en las más vrebos palabras que me fuere posible. Sabed que otro día, que fue el cuarto décimo<sup>dccxliii</sup> qu'estábamos en la corte, vinieron unos mensaxeros de la probincia de Arcadia (de la otra parte del monte Olimpo, entre Tesalia y Macedonia) con unas cartas del gobernador de aquel reino en que decía que Ludonsidonio <e>scita, con cincuenta mil combatientes, se le havía entrado por toda Arcadia haciéndole muchos daños, quemándole y asolándole las ciudades y pueblos; que suplicaba a Su Magestad enviase algún capitán que acaudillasse la gente y resistiesse a la bárbara potencia y crueldad del enemigo.

Este mensaje fue uído por el Emperador<sup>dccxliiv</sup> y aunque ubo muchos que se ofrecieron a la jornada, quien con más veras insitió y, al fin, al que le fue encomendado, fue al príncipe mi señor. El cual con aquella su presteça de rayo que en las cosas de la guerra tenía, dejando concertadas todas las cosas de casa como era raçón, no estuvo en la corte dos oras después del despacho. Sino armado en un muy hermoso caballo <sup>[f. 249r]</sup> y llebándose consigo tan solo un escudero de a caballo, aquel día a las tres de la tarde, dejando mando en casa que nadie dijesse que se havía partido asta de allí a cuatro o cinco días (salbo al Emperador si lo preguntasse), con esto, con el azeleración que se puede pensar, partió de la corte, aunque hacía áspero tiempo. En otro capítulo en vrebbe os diré lo que en Arcadia le sucedió.

### **Capítulo 15. En que se cuenta en suma la jornada del príncipe a Arcadia y lo qu'en ella le sucedió.**

Por la posta como un rayo, a jornadas de a treinta leguas, partió el buen Príncipe de la Fe de la corte, con tanto ánimo y deseo de acertar y de se tornar presto que lo uno le llebaba con demasiada prissa y lo otro con arto cuidado. Y, así, por sus jornadas en cuatro días y medio llegó a la ciudad de Lerna, llamada así de la laguna en la cual fingen Hércules haver muerto a la serpiente Idra. Llegó a ella un jueves a las cinco de la tarde y, desde lo alto de un monte, vio cómo estaba toda la c[i]udad cercada de los enemigos y que apenas había dónde poder, como decís, echar una mançana.



Consideró el campo cómo le tenían situado delante de la principal puerta de la ciudad y consideró la tienda del capitán Ludonsidonio, que tenía un sitio muy hermoso y fuerte y en él: en un cuadro o plaza cuadrada estaba la tienda, aviendo de ella a cualquiera de las esquina cien pies, y en ella había cuatro pabellones para los soldados de guarda, a lado más conviniente para el agua, carruaxe, probisión y bituallas. Los soldados estaban en una línea derecha con sus casas, criados, bagaxe y caballos, y esta lígnea estaba igualmente distante y apartada cincuenta pies al lado del mediodía del cuadro de la tienda del capitán.

La plaza de los capitanes era tan grande y tanto lugar ocupaba como todas las tiendas y pabellones de todos los demás soldados; en cada delantera de sus pabellones había una plaza de cien pies asta las tiendas de las legiones. Aposentada estaba la gente de a caballo de las dos capitanías unos enfrente de otros, y [e]l asiento de la gente de a caballo y de a pie era de una misma m[an]era; las tiendas de los de a caballo correspondía al medio de las tiendas de los capitanes. Vio también echa otra calle que atrabesaba la sobredicha lígnea derecha y plaza bacía de delante las tiendas de los capitanes.

Todas<sup>dccxlv</sup> las trabiessas del real bio, echas como calles, cómo había de un lado y de otro <sup>[f. 249v]</sup> aloxadas bandas y compañías. Bio luego la infantería de picas y, tras estos, enfrente d'ellos estaban los capitanes de conduta vien apartados. Después de la gente principal y oficiales de la guerra estaban aloxados, detrás de ellos, a luz contraria, los darderos o astados; a luz contraria luego estaban los piqueros y de enfrente de ellos, caballería de soldados; estaban la gente aliada apartada de la caballería hacia los reparos y trincheas.

Atrabesaba una calle ancha, igualmente distante de las tiendas de los capitanes, que atrebesaba las calles del ejército. La plaza que quedaba a las espaldas de las tiendas de los capitanes, que casi llegaba a dar en el pabellón del general, por los dos lados servía de una parte de mercado y la otra de tesorería y otra para la munición. Hacia los dos postreros pabellones, de un cabo y otro de los capitanes, los ventureros se alojaban a los dos lados que atrabesaban a las trincheas, y las luces y bistas unas hacia las municiones del cuestor y las otras hacia el mercado. Junto a los caballeros estaban aloxados los bentureros de a pie con sus bistas hacia el reparo; junto a ellos bio un

espacio de docientos pies igualmente distante de las tiendas de los capitanes. En lo que quedaba bació de un lado y de otro era para los estrangeros entrantes y salientes y para el capitán de los oficiales; como eran carpinteros, herradores, ingenieros, imbentores de máquinas de guerra y para el armería de la guerra.

Estando todo el campo así ordenado parecía una hermosa ciudad con sus calles y plaças. Mucho gustó el príncipe de ver situado el campo y dixo: «A uso de los romanos tiene Ludensidonio sentado su campo. Bien me parece que guardada tiene la disposición y disciplina militar, su sitio y disposición». Apeose del caballo en que venía dándole al escudero que se le tuviese, y él quísose ver encima de una peña. Cuando en ella se fue a poner bio debaxo de ella un billano de aquellos de Arcadia, con su hábito pastoril y una muy larga y greñada melena, qu'estaba durmiendo recostado sobre el braço. Y, como así le vio, tocole con el cuento de la lança diciendo:

–¿Duermes? Di, billano.

A lo cual, él, despavorido, entendiendo que era algún caballero de los de Ludosidonio, fue a entrarse la cueba adentro todo atemorizado. Mas el príncipe con el cuenta de la lança le amenazó diciendo:

–¡Aguarda, aguarda! ¡No uigas! Mira que te mataré si no estás quedo, y si aguardas te doy mi palabra, a fe de caballero, de no hacerte mal alguno.

Despavorido y atemorizado el billano, con el temor de la muerte aguardó y estubo quedo, diciendo:

–Pues que me <sup>[f. 250r]</sup> habéis otorgado la vida, ¿qu'es lo que queréis, señor caballero?

–Di –dijo el príncipe–, ¿eres de la ciudad de Lerna?

–Sí soy, señor, aunque entiendo, según ba el negocio, que presto la ciudad dexará de ser, porque la tiene en estremada necesidad y aprieto el enemigo. Y si acaso, señor, bos sois de su campo, pues me concedistes la vida, dejadme entrar esta cueba adentro, que en ella quiero antes morir que ver la destrucción de mi ciudad y patria. Y si

no sois d'ellos, bolbeos, señor, no sea yo ocasión de vuestra muerte, pues es llano que será imposible escaparos de las manos de los contrarios.

–Aora déjate de esso –dijo el príncipe– y sosiégate, que sabé que yo soy de parte de los ciudadanos. Y para que me creas, te lo juro –dijo el príncipe tomando la cruz de su espada– a Dios y a esta cruz como bueno y fiel cristiano. Y si sabes leer, te mostraré los despachos del emperador de Constantinopla, que él es el que me embió acá.

–Señor, aunque no sé muy bien leer, algo sé y conozco el sello imperial muy bien y su firma. Y aunque no sea, señor, sino porque vos no me tengáis por desleal basallo o ciudadano, por que os pueda responder a lo que me preguntáredes os suplico me perdonéis y amostradme el pergamino.

Viendo el príncipe que tenía razón en lo que decía, llama[n]do al escudero pidió un portacartas, y sacando d'él la probisión se la puso al billano en la mano; el cual leía demasiado de muy vien, y la començó a leer algo despacio, que decía así:

Armodio, por la gracia de Dios emperador *semper agusto* de romanos y griegos, a todos mis basallos, reyes, virreyes, capitanes, generales, jueces y todos los demás mis gobernadores, entendiendo la necesidad qu'el nuestro reino de Arcadia tiene de un capitán que la defienda y ampare de la insolencia de Ludonsidonio y de su gente, enviamos en nuestro lugar, con título de nuestro general a esse reino, al bienaventurado caballero llamado «de la Fe». Al cual, so pena de la vida y ser reputados por traidores, mando le obedezcáis como a nuestra propia persona. Es el original de esse retrato.

Y venía retratado el príncipe en el mismo pergamino. Como el billano leyó el pergamino y vio el rostro al príncipe, entendiendo que era algún ánxel del cielo, de puro contento se le vinieron las lágrimas a los ojos y le dixo:

–Pues, ¿y qué aprovecha, mi señor? Que ya la más de la gente de la ciudad es muerta y oy [á] doce días que padecen grandísima hanvre, y esso pocos soldados que an quedado están tales que no están para tomar lança en puño. Y los enemigos, como beis, están muy fortificados, así de muchedunvre de gente como de<sup>dcxlvii</sup> municiones, armas y probisión.

–Todo esso lo remediará Nuestro Señor –dijo el príncipe– si fuesse posible qu'esta noche entrásemos en la ciudad.

–Casi lo tengo por imposible –dijo el billano–, aunque yo sé una cueba qu’está la boca de ella algo apartada <sup>[f. 250v]</sup> del campo y por ella podemos ir asta ir a salir a un corral de mi propia casa que cae vien cerca de la plaça. Y esta cueba ningún hombre sino yo la sabe en el mundo, porque aun a mis propios hijos no la é querido descubrir.

–Pues lléname por essa cueba –dijo el príncipe–, que yo tengo mucha confiança en Nuestro Señor que se remediarán muchos de los daños que a la ciudad pueden suceder.

–Solo un peligro ay –dijo el billano–, que es si alguna guarda nos encuentra de los que corren el campo y nos matan antes que entremos en la cueba.

–De esso no tengas pena –dixo el príncipe.

–Los que no sal[i]eron an de estar algo apartados del campo casi quinientos pasos –dixo el labrador.

–Pues de essa manera pierde el temor y no se te dé nada.

Estando en esto parlando, qu’estarían como media legua del campo o más, vio venir por un balle abaxo al probeedor jeneral del campo de Ludonsidonio, que venía con asta cien camellos de carga todos con trigo, y de aquellos pollinos o asnos de Arcadia que son grandísimos y fortísimos otros ciento y cincuenta o más cargados de carne y vino, y mucho ganado vibo que se venía por su pie, que eran más de dos mil cabeças. Y como por aquella parte, a su parecer, tenían la tierra tan segura, solo venían doce caballeros de guarda y otros tantos peones. Toda la demás gente, que serían como cien personas, era cautibos de la misma tierra que les hacían serbir de acarrear los mantenimientos.

Pues como del billano se informasse el príncipe de la gente que aquella era y viesse cuánto importaba quitalles aquella pressa (porque lo uno con ardid se podía meter en la ciudad, que tanto combenía, y lo otro era quitar al enemigo la probisión, qu’es quitalle la vida), antes que se determinasse lo pensó muy bien y se encomendó muy de veras a Nuestro Señor. Y, en determinándose, al billano dixo:

–Aguárdame aquí en tu cueba, que si yo muriere, en ella te podrás escapar. Y tú –dixo al escudero– si bieres que muero, procurar escapar la vida para que des testimonio cómo muero peleando contra infieles.

–Si no te amara tanto, señor, como te amo –dijo el escudero español–, con sola esta capa y espada te mostrara como el idalgo castellano es antes muerto que rendido, y que no enseña mi tierra al fiel criado que uiga, sino que muera donde su señor muriere.

No solo no se enoxó el príncipe, ante le agradeció lo que decía y dixo:

–Pues haz lo que quisieres y como hijo de algo español.

Y, sin se detener más, tomando la lanza y puniéndola en la cuja, se puso delante de los seis caballeros que venían en la delantera, y díjoles:

–Caballeros, dejá la probisión que traéis robada y si no, aparejaos<sup>dccxlvii</sup> para la batalla.

Ellos, entendiendo que era algún loco, porque otra cosa no la pudieron pensar, al fin, los dos de ellos le salieron al encuentro, que su pecado, como decís, los engañó. Y al primero que encontró le terció la lanza en el cuerpo y tanto hicieron los dos encuentros en él como si hirieran en una roca <sup>[f. 251r]</sup>; mas al otro caballero sin echar mano al espada le dio sobre la cabeza una puñada con tanta fuerza que, bomitando sangre y sesos, le echó el caballo abajo. Su escudero le administró luego una lanza, y el billano, que vio lo que pasaba, desde su peña dixo:

–¡Aora aún digo yo que podrá tener la ciudad algunas esperanças!

Con esto, los otros cuatro, turbados de lo que habían visto y apellidando por los compañeros, todos cuatro juntos se vinieron a él; era cosa de lástima, parecían los pigmeos que querían quitar el sueño a Hércules. No duraron los cuatro más de tres golpes de espada y uno de lanza; pues decir que eran así las torcidas piadosas de suerte<sup>dccxlviii</sup> que apenas sentían la muerte, porque en un punto se causaba según rompía asta las entrañas el mortal golpe.

Los otros caballeros vinieron muy acompañados de una bil canalla de peones. El escudero español tomó de los muertos un morrión y un escudo y una muy buena espada

qu'él se traía en la cinta y, entre tanto que su señor despachaba los caballeros, él se metió entre aquellos villanos como oso acosado de mastines, y tal prisa les daba que a fe que daba buena cuenta de ellos. Con esto, por no nos detener, en menos de media ora tenía ya a los caballeros y peones muertos, libre la presa y sueltos los esclabos, que entre ellos alló algunos caballeros y serían por todos como cien personas, que todos venían con yerros; los caballeros eran veinte cinco o treinta. Dando gracias a Dios por la victoria y estando todos espa[n]tados de lo que habían visto sin poder imaginar cómo aquello había sido, sino que pensaban o haber sido encantamiento o sueño o milagro particular por divina voluntad de Dios permitido.

Pues después d'echa minuta de l[a] gente que se allaba libre, de los despojos, armas y caballos, aquellos caballeros que le parecieron para más hiço armar como asta docena y media de ellos, repartiéndoles las armas que se allaron lo mejor que fue posible. Y luego hiço descargar todos aquellos camellos y que la probisión que traían la pusiesen en aquella cueba donde el labrador se recogía, que era suficiente para recoger aun mucha más provición que uviera. Y luego de seis en seis, con fortísimas coyundas, cadenas y sogas, hiço ligar todos los camellos, puniendo de en dos en dos unos de aquellos pollinos, que son, como digo, los de aquella tierra fortísimos. Y, así, se hicieron treinta pares d'estos ligados, tiniendo cada uno seis animales.

Y en dos balles que había por donde la gente del real podía venir marchando, en cada parte hiço poner quince de aquellos animales ligados puestos a trechos, unos detrás de otros, y que en cada parte quedasen doce caballeros detrás de todos los animales para que, en viendo levantar el campo, por la una parte y por la otra con las mayores boces que pudiesen apellidasen la victoria y dixiesen todos: «¡Grecia, Grecia! ¡Victoria, victoria!», y que solo lo que procurasen fuesse hacer que los animales de níguna suerte bolbiessen atrás, sino que los hiciesen romper adelante aunque muriessen <sup>[f. 251v]</sup>.

Industriados ya muy vien en lo que habían de hacer y él muy determinado en lo que había de poner por obra, llebando solo al billano por su guía, ya que anohecía començaron a caminar hacia la cueba. Y, por no me detener, a dos espías que en el camino topó el príncipe con grandísima facilidad les dio la muerte, y llegando a la puerta de la cueba el billano le guió, asta que, andando por ella como mil y quinientos pasos, serían como las siete cuando fueron a salir al corral o casa del billano, como él

había dicho. Y, cuando allá estuvieron, el príncipe le dixo que le llebase a casa del bisrey. Él le llebó allá y lo primero, en entrando, hiço presentación de su probisión y mandato del Emperador. Y luego, en ovedeciéndola aquellos capitanes, dixo:

–En este negocio lo que más combiene es la presteça; por esso, luego se me dé la minuta de los soldados que están para tomar armas.

–Son, señor –respondieron los capitanes– veinte mil, pocos más a menos.

–Pues luego entre todos esos se me señalen cien caballeros balerosos y de ánimo, porque esta noche tengo de dar sobre los enemigos. Y en el mismo punto que yo tocare una corneta estén todos los demás soldados de la ciudad aparejados y armados y den de repente sobre el campo. Y si fuere menester recoger, en viendo que se hace la seña para esso todos se recoxan a la ciudad, que mucha esperança tengo en Nuestro Señor que nos á de dar victoria.

Con esto les hiço una plática animándoles a la batalla, con lo cual ya estaban todos deseando el ora de la seña para salir a morir o bencer al enemigo. Venida la ora, que serían como las onze de la noche, y aún no estaban ya los cien caballeros armados y puestos a caballo, todos con muy buen ánimo de bencer o salir con su impresa o si no morir onrosamente procurando libertar su ciudad y república, a los cincuenta de ellos hiço que [en] unos saquillos llebasen alquitrán y otros fuegos artificiales, y que no hiciessen ni entendiessen en otra cosa sino solo en poner fuego a todas las tiendas; los otros cincuenta, que su particular estudio pusiessen en matar todas las guardas con la mayor presteça que les fuesse posible. Y él tomó a cargo con su escudero de quemar la tienda del general, la tesorería, el mercado, el amería, la oficina de los carpinteros, herreros y ingenieros y las tiendas de los aliados. Todos fueron encamisados y con intención de antes morir mil muertes que bolber un punto atrás de lo comenzado.

Por que entendáis como iban todos los demás, que cada uno llebaba un escudero, os diré cómo iba el príncipe, porque de la misma manera iban todos: llebaba en el arçón de la silla colgado un saco de baqueta (que haría como dos celemines de trigo castellano<sup>dccxliv</sup>) lleno de alquitrán finísimo y de notable eficacia; en otro, que lleba[ba] al otro lado, llebaba un carcaxe de saetas, en todas las puntas de ellas también puesto fuego artificial, y como media docena de alcancías de aquellas antiguas que eran

endemoniadas; él iba armado de punta en blanco de muy buenas armas y llevaba su arco para arrojar las flechas. El criado llevaba otro saquillo de los mismos materiales y atado de los cuernos <sup>[f. 252r]</sup> un buey todo emezgado con un extraño fuego, y él un muy hermoso montante en las manos para dalle a su amo y una lança larga para picar a los veyes cuando fuesse menester. Cada uno de aquellos caballeros llevaba lo mismo y iba con ese mismo aliño o aparexo, y cada uno llevaba lunvre escondida en unas lanternas<sup>dcc1</sup> o en unas ampolletas de bronce. Y todos iban muy vien industriados en los que habían de hacer, que fue lo que después os diremos.

Pues, como todos saliesen de la ciudad a la ora que tengo dicho y llegasen a la primera guarda, mataron a los que hacían la centinela con grandísima facilidad. Y, como el campo nada estaba receloso de cosa adversa que les pudiesse suceder, después de muertas estas guardas estaba todo tan quieto y sosegado que ni una persona se bullía en todo el ejército, y como era al primer sueño estaban en él sepultados de suerte que no parecía que había criatura humana en todo él. Y, biendo la buena ocasión, el príncipe mandó a todos que fuesen con el mayor tiento que les fuesse posible, y fueles repartiendo las tiendas en que cada uno había de hacer su echo. Y, que después que ubiesse[n] muerto a todos los que pudiesen, que pegassen fuego a la tienda y que los criados, cuando él hiciesse la seña, pegasen fuego a los bu<e>yes y los soltasen para que discurriessen por el campo. Como lo concertó, así se hiço todo.

A él le cupo la tienda del general y, antes que en ella entrasse, puso en aliño el fuego que le había de pegar el escudero. Y él, entrando a pie lo más quedo que pudo, de más de cien hombres que había en la tienda a los cincuenta degolló. Y como se comenzaban a alterar<sup>dcc1</sup> y bio que en las demás tiendas había ya ruido, hiço la seña y a un punto pegaron todos fuego a las tiendas y pegaron fuego a los bueyes, y ellos no hicieron sino ponerse a los pasos por donde la gente había de huir. Pues, como el fuego se comenzó a levantar y apenas había tienda donde no ubiesse degollados, y los pobres soldados se lebantaban con tanta turbación y todos veían ardersse la tienda convecina y que era el fuego irremediable. Y como salía la pobre gente despavorida y no beían sino que todos se abrasaban y aquellos bu<e>yes que traían aquellos achones encendidos en los cuernos, y juntamente con esso que todo el cuerpo se les ardía, realmente entendían que eran demonios que les andaban asolando todo el campo.



Y, como los bueyes començaron a sentir el fuego, daban unos bramidos como se quemaban que a toda la gente atemorizaban estrañamente, y muchos ubo<sup>dcclii</sup> que de puro miedo se dejaban arder en sus tiendas. Y si alguno se escapaba venía a dar en las manos de los caballeros, qu'estaban arrojando saetas encendidas con tanta prisa que realmente parecía que llobía fuego. Y los que no hacían esto con los montantes hostigaban aquella bil canalla desbalida, que en menos de dos oras se abrasaron más de treinta mil honvres sin remedio, sin que en todo este tiempo hiciesse la seña el príncipe para que saliessen a los de la ciudad.

El fin d'esta batalla, el alcance, con todo lo demás que sucedió, en este otro capítulo que viene se os dirá.

**Capítulo 16. En que se acaba de poner <sup>[f. 252v]</sup> el fin d'esta batalla con otras algunas cosas tocantes a la istoria en Constantinopla sucedidas.**

El fuego, las boces, los gritos, los lloros y lamentos de los que se abrasaban eran tantos, la confusión tan terrible y el nuebo caso sucedido tan sin pensar que, aunque eran infieles y havían [e]cho grandísimos daños y crueldades en aquel reino (y parece que ya Dios permitía que viniessen a pagar por junto tantos daños y males como havían cometido), con todo esso, parece que mobía a compasión el bellos así quemar tan sin remedio. Porque realmente era u[n] retrato de Troya, un traslado de Roma en tiempo de Nero y aun parecía original del infierno, porque realmente el fuego se fue cebando de manera en las tiendas y pabellones<sup>dccliii</sup> y en todo lo demás del campo que todo él parecía una boca de infierno que en aquel campo se havía avierto.

Pues como ya los bu<e>yes estaban bueltos en ceniza y començaba a uir como podía la gente, tocó la corneta el príncipe que llebaba al cuello y, avriendo las puertas de la ciudad, salieron con muy buen concierto, como el príncipe lo dejó ordenado, todos encamisados y dieron sobre los enemigos. Y como de tropel iban a embocar por los balles, índose empellando los unos a los otros, y los primeros toparon con el estorbo de los camellos, que de ninguna manera podían pasar, y los caballeros començaron <a>apellidar la victoria y decir: «¡Grecia, Grecia! ¡España, España!», la pobre gente

entendió que allí había alguna gran celada y, por querer bolber, daban en las manos de sus enemigos.

Abrebio, que cuando comenzó a dispartar el día no había quedado un honvre siquiera que pudiesse llebar la nueba a las faldas del Cáucaso, sino que o quemados o degollados, ni aun uno siquiera no había quedado vibo. De parte de la ciudad murieron [en] esta refriega docientos hombres, y esso fue por su culpa, por encarniçarse demasiado en el alcance y meterse más de lo que era menester en el fu<e>go, que si no se desconcertaran del orden que había dado el príncipe seis no murieran.

Alcançada con este ardid esta importantísima vitoria, hiço ir luego por la probisión que había dexado en la cueba y mandola dar al billano con otras muchas mercedes que le hiço<sup>dccliv</sup>. Y dio orden cómo dibulgándose aquella filicísima nueba por todo el reino de Arcadia hiciesen procesiones y diessen gracias a Dios por la bitoria que de sus enemigos Dios había sido servido de dalles. Y fue de tanta admiración este echo que de todo el reino venían a ber al príncipe como a un prodixio de la naturaleza y como a ángel enviado por Dios para que defendiesse su fe santísima, que con tantas fuerças aquellos perros infieles procuraban destruir.

Él, en el mismo punto que se acabó de ganar la victoria, escribió una carta al Emperador, y por azeleradísimas postas le avisó de lo que pasaba con Broselino español, su escudero, que de merced le pidió que fuess'él el<sup>dcclv</sup> que truxesse la nueba. Él se quedó en Arcadia por espacio de ocho días, porque le fue imposible otra cosa y porque por la planta del pie se había aquella noche de un estacón metido un pedaço, que le causó estar tres días en la cama y otros cuatro o cinco si[n] que pudiesse asentar el pie con libertad. Esta fue <sup>[f. 253r]</sup> la causa de detenerse el príncipe, y ta[n]vién por el consuelo de todos los caballeros de aquel reino y por poner en orden algunas cosas que la guerra traía fuera de sus quicios.

El príncipe, como diximos, se partió un sábado en la tarde de Constantinopla y por la posta llegó un jueves a la ciudad de Lerna (jueves en la noche), y al amanecer el biernes se alcanço la victoria que tenemos contada; viernes por la mañana partió Broselino español (había de la ciudad de Lerna asta Constantinopla 117 leguas que hacía[n] rebentar los caballos). En este tiempo sabed qu'el domingo adelante que se

sucedió después del sábado en que el príncipe había partido (acóntolo sábado, por haver sido ya el viernes en la tarde), la hermosa Brisaida embió un recado a la princesa Alexandra diciéndole que cómo se allaba su grandeça de salud y que si había en casa mucho alboroto de guerra con la nueva jornada que al capitán de España se le ofrecía.

–Decid, galán –dijo Alexandra–, a mi señora la princesa, que yo, vendito sea Dios, me allo muy mejor, aunque anoche tube un poquito de calenturilla. Y que de guerra, que en casa no ay memoria de esso ni tenemos desasosiego ninguno.

Realmente entendió la princesa qu’el príncipe lleba[ba] aquel negocio muy despacio. Y el lunes adelante, así a casso, oyó decir a un paxe qu’el capitán de España había ido a una armería qu’estaba seis leguas de Constantinopla a prob<e>erse de armas para sus soldados. Y con esto, entendiendo ser esto assí llanamente, la princesa no preguntó más por él asta qu’el sábado adelante, un día después de la bictoria, estando Gradisa con la princesa Brisaida, como ella, al fin, amaba, no lo podía disimular tanto que no lo descubriese algunas beces, dijo a Gradisa:

–¿Nunca viene el capitán de por las armas que fue?

–¿Qué armas, señora? –dixo Gradisa.

–Havíanme dicho –dixo la princesa– que había ido por armas para sus soldados.

–No, mi reina –dijo Gradisa–, el nuestro capitán con sus braços, su ardid y su balor pelea, que no con tantas dilaciones como essas. Oy hace ocho días o nueve que se partió para Arcadia por la posta con solo un escudero.

Notablemente le pessó a la princesa temiendo no le sucediese algo al príncipe, y así dijo:

–Vien parece moço el capitán, ¿para qué hace essas balentías? ¡Plegue a Dios no se nos quede por allá!

–Y haviendo él, serenísima princesa, recibido tanta merced como essa de vuestra dibina boca, ¿qué le puede suceder que todo no sea felicísima fortuna?

–Déxesse d’eso, aya, que a fe que me pessa de que se aya ido. Mas dígame, ¿á de venir acá mañana mi prima?

–Sí, mi señora –dijo Gradisa–, mañana entiendo yo que sin duda vendrá acá a missa.

–¿Cómo les ba, aya, allá sin su amo?

–Por cierto, mi señora, con mucha soledad. Mas ¿quién no la á de sentir con el ausencia de un tal príncipe? Que prometo a vuestra grandeça que asta los animales vrutos y las insensibles piedras entiendo que le aman tiernamente. Mas ¿qué tiene él, mi señora, que no sea amable? –dixo–. Su balor y su persona, su virtud y su grandeça... Más, así Dios me salbe, señora, qu’estando el otro día sudado que venía de jugar a la pelota, yo, como viexa y segura, le entré a vestir una camisa y a limpiarle el sudor y que no parecía su cuerpo sino un armiño o un copo de niebe. Y estaba tan terso, liso y vien echo, que ni la naturaleça ni el arte jamás hicieron pintura tan hermosa.

–Aora, aya, baya con Dios y diga a mi señora que le suplico yo me la haga de venirse temprano, que tenemos mucho que hablar. Y ella, aya, véngase acá más beces y diga a Esmerilda y a Libertina que les ruego yo que se pasen acá mañana con todas sus mugeres, que aquí en mi cuarto comeremos.

–Todo se hará, perla preciosa, como vuestra grandeça lo manda.

Con esto se despidió Gradisa y dixo <sup>[f. 253v]</sup> <a> Alexandra lo que la hermosa Vrisaida decía. Ella madrugó un poquito más de lo acostumbrado y se bistió aquel día brabata, de brocado blanco y perlas orientales y diamantes, y de la misma librea se vistieron Esmerilda y Libertina y todas sus beinte y cuatro doncellas; y con esta librea pasaron aquel día a palacio. Todas llebaban sus escuditos de la Fe de diferentes echuras, aunque la común era dos manos trabadas y una cruz encima de ellas. Esmerilda en un hermosísimo carbunco havia echo labrar la misma señal, guarne[c]ido en un escudete de oro y diamantes de bonísima echura, embutido de ámbar; pieça que con dificultad se allará otra mejor en el mundo (porque el carbunco, aunque por labrar, alláronle en una caixa de oro en la Isla de la Enamorada Corneria). Y esto, con intención de ofreciéndose ocasión dársele a la princesa Vrisaida, y así le hiço poner una letra esmaltada que decía:

«Con Dios y con Vrisaida», y para cuando la ocasión se ofreciese le traía siempre en la faltriquera.

Pues, como fueron al cuarto de la Emperatriz, ella las recibió muy bien y al Embaxador, que iba con ellas, dixo:

–Llébelas, señor Embaxador, al cuarto de aquella rapaça, que yo seguro que las está ella aguardando con arto deseo.

Con esto, entraron en el cuarto de Vrisaida, la cual no se puede decir el contento que recibió con ellas, y notablemente gustó de la bibeça. Mas ya que ubo parlado con todas con mucha afabilidad y llaneça, apartándose con la prima le dixo:

–¿Cómo le ba, prima, sin el capitán?

–En mi verdad, señora, muy mal –dixo Alexandra–, que a fe que sentimos soledad todos en cassa.

–Mas ¿cómo se fue –dijo Vrisaida– sin decir nada al Emperador mi señor?

–¿Y él sabelo?

–Yo no sé cierto –respondió Vrisaida–, mas yo a lo menos quis[i]era haberlo sabido por acompañar a vuestra grandeça en su soledad.

–Veso a vuestra grandeça las manos –dixo Alexandra– por tanta merced, mas mucho me pesa que me estime vuestra grandeça en tan poco que se ande guardando de mí, porque, ¿no á de haber vuestra grandeça sentido tanto el ausencia del príncipe? Pues sé yo que le hace vuestra grandeça merced y qu'es él el que más a vuestra grandeça quiere de cuantos ay nacidos.

–Estraña es, prima, vuestra grandeça. ¿Quiere que diga que le quiero vien? Pues vien, le quiero. Ca, ¿quiere más?

–No, mi señora, no quiero sino que vuestra grandeça se fíe de mí como fío yo de vuestra grandeça alma y cuerpo y más, si más se puede.

–Aora, pues que así lo quiere vuestra grandeça –dixo Brisaida–, a la tarde parlaremos largo. Bámonos agora a misa, que parece que se hace ora.

Con esto, fueron con la Emperatriz a la capilla. Acabada la missa, el domingo, casi a las doce del mediodía, saliendo el Emperador de la capilla, dixo al Embaxador:

–¡A, señor Embaxador! ¿Cuándo á de ir vuestro sobrino a Arcadia?

–¿Adónde, mi señor? –dijo el biexo.

–A Arcadia –respondió el Emperador.

–Ya él debe de d'estar allá.

–¿Allá? –dijo el Emperador–. Pues, ¿cómo es posible?

–Porque él, mi señor, partió luego viernes a la quatro de la tarde (agamos cuenta que sábado de maña[na]), y iba con intención de tomar la posta.

–¡Jesucristo! ¿Que esso pasa? –dixo el Emperador–. En verdad que pensé que no partiera en esto quince días...

Ellos estaban parlando en esto cuando por la plaça, en un caballo cansadísimo y jadeando, todo cubierto de sudor, con una estraña presteça venía un correo, con un postillón delante tocando una corneta admirablemente.

–¡Correo tenemos! –dijo el Emperador.

En esto, vio desde el barcón cómo el caballo junto a la puerta de palacio había rebentado, y el Emperador dijo:

–Sea quien fuere, que a fe que trae prisa.

En esto el correo subió y luego fue conocido del Embaxador, que sabed que era Broselino español el que llegaba. Y, como se incó de rodillas delante del Emperador, dijo:

–Dame, sacro señor, tus imperiales manos y albricias de la más estraña nueba que jamás, señor, as recibido.

El emperador, como no le conocía ni sabía quién se era, le dixo:

–Acaba de [decir], hermano, lo qu'es, que yo te las <sup>[f. 254r]</sup> prometo.

–Señor, el Príncipe de la Fe, mi señor, llegó a Arcadia, y el día que llegó, por su divino valor y incomparable prudencia, Arcadia está libre: cincuenta mil enemigos muertos; de los nuestros no murieron sino docientos hombres. Y tomá, mi señor, veis aí su carta y la del reino incrédulo.

El Emperador, que le pareció imposible, dixo:

–¿Qué dices, hombre? Daca las cartas.

Y, como avrió la del príncipe, decía:

Al sacro emperador de Constantinopla y Roma, su fiel basallo y serbidor, el de la Fe, le envía salud.

Vine a Arcadia y, con el divino favor, fue vencido el enemigo sin que quedase uno que llebase la nueva a <E>scitia. Queda el reino libre y yo indispuesto de un pie que me herí la noche de la batalla, mas con el ánimo y boluntad de morir, señor, si fuere menester, en tu servicio. En lo demás da, sacro Emperador, entera creencia a esse mi criado, que presente se alló sirviéndote en la batalla.

–¡Jesucristo! Jesucristo! ¡Jesucristo! –mil beces dixo el Emperador–. ¿Y cómo á sido esto posible? Tú, hermano, debes de venir echo pedaços: dime en suma cómo fue.

Entonces contó lo que queda dicho, de lo cual todos aquellos caballeros estaban admirados y decían que había sido el mayor ardid de guerra que jamás habían oído.

–Aora, ¡sus! –dixo el Emperador–. Bete a descansar y luego, amigo, nos lo contarás más despacio. Y a ti y a todos tus sucesores dente diez ducados cada día de ayuda de costa por las buenas nuevas que nos as traído, y tendrás título de mi correo mayor.

Los pies le bessó Broselino español al Emperador por la merced que le hacía, y luego sacó otra carta y la dio al Embajador. Preguntando por la princesa Alexandra entró donde estaba con la hermosísima Brisaida, con licencia del Emperador, y incado de rodillas delante de ella le dixo:

–Mi señora, el Príncipe de la Fe vesa tus reales manos; fue y benció y queda bueno. Y envíate, mi señora, esta carta, y a mí me da[d] licencia.

–¡Jesucristo! ¡Qué deprisa vienes, Broselino español! Anda, be, descansa, que después nos dirás las nuebas más despacio.

Con esto se quedó con la carta en la mano, la cual quiso avrir. Y Vrisaida le dixo:

–A mí me conviene de derecho ser agora secretaria de vuestra grandeça.

–Sealo vuestra grandeça mucho d'en buena ora, que essa es mucha merced para mí.

Y, con esto, le entregó la carta la discreta doncella por quitalle todas las ocasiones que de celos podía tener. Y avierta, la començó a leer, y bio que decía así<sup>dcclvi</sup>:

A la ilustrísima y mi señora la princesa Alexandra de Vitinia, su verdadero servidor y bassallo, salud.

Animado, mi señora, del sumo balor y hermosura de mi señora la princesa Brisaida, vine, vi y mediante Dio[s]<sup>dcclvii</sup> venci<sup>dcclviii</sup>, aunque yo lo estoy tanto de su balor y hermosura que todas mis victorias es vien que a sola su belleça, pues en ella bibo, sean atribuidas. Si fuere posible, suplico a vuestra grandeça, ya que yo no lo merezca, por solo su balor me haga a mí esta merced de suplicar a mi señora la princesa Vrisaida reciba estos servicios por suyos, pues solo en su nombre me atrebo yo a emprenderlos. Y no como su caballero, qu'es mucha soberbia, mas solo le suplico que como de un criado los azepte y, vuestra grandeça, mi boluntad para la servir.

Por quedar clabado de un pie como de Broselino español, criado de vuestra grandeça, sabrá, no me boy luego; en pudiéndome poner en camino tomaré la posta, que no consiente más dilación el fuego que del dibino pecho de Vrisaida me abrasa. Quedo por criado y servidor de vuestra grandeça

y esclabo suyo <sup>[f. 254v]</sup>.

–Aora vuestra grandeça, señora prima, con raçón puede bibir ufana y leda, pues tiene por serbidor a un castellano tal y de balor tan grande. Y de mí puede estar segura, pues no solo be cuán a la clara trata conmigo, sino que aun me hace tanta merced que quiere que de sus negocios sea tercera.



–Aora, prima, con juramento que no se lo dirá al capitán asta que s[e]a mi voluntad... –dixo Brisaida–, pues yo se lo juro, por bida de mi padre y aun por vida del de la Fe, que si me ubieran echo señora de todo el mundo no me olgara más que con esta carta, y con ella por agora vibiré la más alegre del mundo. Y, prima, abráceme y perdóneme, por vida suya, que yo le prometo qu’esto me traía desasosegada y aun no sé si más. Y así de aquí adelante yo me iré allá muchos ratos y los que no, prima, por amor de Dios que no me dexé. ¿No sabe qué deseo mucho? Que hiciessen un pasadiço desde este mi cuarto al cuarto de las damas nuebo que agora hacen en su casa.

–Pues esso, como aya licencia del Emperador, en un momento se hará.

–La licencia yo la sacaré –dijo Brisaida– oy en en este día.

–Pues luego mañana haré yo que se comience –dijo Alexandra.

–Aora, ¡bálame Dios! –dixo Vrisaida–. ¡Cinquenta mil enemigos dice el mensaxero que venció el de la Fe!

–Esso no lo tengo yo por difícil –dixo Alexandra–. Mas por no hacer mala mensaxera... suplico a vuestra grandeça reciba a su cargo y en su servicio las cosas qu’el príncipe hiciere, y recíbale vuestra grandeça en el número de sus servidores.

–Por mandármelo vuestra grandeça yo le recibo por mi servidor y por mi caballero, y por mi capitán, y por mi defensor, y por mi amigo, ¡y por mío, por mío, por mío! ¿Mándame vuestra grandeça más?

–No suplico yo otra cosa a vuestra grandeça sino que me dé vuestra grandeça sus manos en nombre del príncipe, por tanta merced como nos á echo.

–¡Jesucristo, prima! ¿La mano había yo de dar a vuestra grandeça? –dijo Vrisaida–. ¡La boca, el alma y el coraçón! ¡Y todo es poco para lo que yo deseo!

Con esto, ya declarada Brisaida, dixo:

–Aora, prima, déxeme vuestra grandeça esta carta para mí, ¿quiere?

–Páguemela vuestra grandeça –dixo Alexandra riyendo.

Y, así, Vrisaida, desabotonando un jubón de brocado blanco que tenía puesto, la metió en aquel dibino lugar de su hermosísimo pecho.

En esto entraron Esmerilda y Libertina y dijeron:

–Vénganse vuestras grandeças a comer, qu'es ya ora, que tenemos después de comer regocijos por la bictoria que Dios fue servido de dar <a> aquel mi ángel.

–No querría –dijo Brisaida– que nadie llamase «mío» al de la Fe sino yo sola – esto que dijo al uído a Alexandra.

Con esto, se salieron a una sala a comer donde ya estaba<sup>dcclix</sup> todo adereçado como convenía. En la mesa se dixeron muy buenos dichos y ubo muy cortesana y sabrosa conversación de todas aquellas damas; especialmente Libertina, qu'estubo echa una sal y les dixo veinte burlas <a> aquellas princesas.

Acabada la comida, la Emperatriz les envió a decir que si querían ver los regoxijos y fiestas de la ciudad que se pasasen a las seloxías de la plaça, que desde allí se podrían olgar un rato. Aquellas damas se fueron a la sala que asomaba a la plaça y, puestas a las seloxías, vieron muchos caballeros muy loçanos y con lucidísimas libreas que andaban regocijando la plaça<sup>dcclx</sup> entre tanto que se acababa de concertar una justa. Entre otros salían algunos que hacían morir de rissa a aquellas damas, porque salían graciosísimos y, como fue el negocio tan de repente, cada uno salía como podía <sup>[f. 255r]</sup>. En la justa algunos caballeros lo hicieron muy vien y otros así pasaderamente, mas lo que más ubo que ber y lo que mejor se hiço fue un juego de cañas que hicieron los españoles criados del príncipe y media docena de toros que alancearon estremadamente de vien.

Aora, al fin, las fiestas se acabaron, y la princesa se quedó a dormir aquella noche con la hermosa Brisaida<sup>dcclxi</sup>; porque tanto se lo porfió y suplicó<sup>dcclxii</sup> que no pudo<sup>dcclxiii</sup> hacer menos. Al fin, se acostaron en una cama juntos los dos más delicados y hermosos cuerpos que tenía el mundo, y cuando estubieron ya acostadas y muertas la luces de las belas, quedando solo encendida una lámpara de cristal, Brisaida dixo a Alexandra:

–Prima, pues que yo le é dicho ya que quiero bien al su capitán, hágame merced de decirme quién es su aficionado, el que dice que cuando vio al Príncipe de la Fe le tenía ya tomada la posada.

–Pues vuestra grandeça lo quiere saber, sepa qu’estoy aficionada al príncipe Luposeldo, mi primo, hijo del rey de España, qu’es un año mayor que yo de edad, y estubo en Vitinia siendo aún más niño y desde entonces le tengo mucho amor. Aora ya é sabido qu’es armado caballero y que hiço cosas en armas estrañas la noche que en Ispalia el Príncipe de la Fe libró a mi tío el rey Ofrasio y a su palacio y gente. Y, en lo que toca a su hermosura, solo digo que se parece al Capitán de la Fe y mucho.

–¡O, como me huelgo, prima mía –dijo Brisaida–, que mi[l] bienes é oído decir de Luposeldo! Y más qu’es grandísimo amigo y, como dicen, uña y carne del Capitán de la Fe.

–Tanto es esso, señora –dixo Alexandra–, que é sabido que le amaba tanto que parecían (según oí decir) a Dabid y Jonatás según se amaban y aman tiernamente.

–A fe, prima –dijo Brisaida–, que á escogido muy bien...

–Yo muy bien –dixo Alexandra–, mas en berdad que vuestra grandeça que no ba engañada.

–No, por cierto –dijo Brisaida–, esso así lo entiendo yo y me hace vuestra grandeça mucha merced de entenderlo assí. Mas dígame, prima, ¿a qué fue lo más a lo que á llegado con el príncipe Luposeldo?

–Cuan[do] estubimos juntos éramos el uno y el otro muy niños, a hablar y a tomar las manos y una bez el monillo se atrebió a vesarme, y a mí, ¡maldita la pena que me dio<sup>declxiv</sup>! Aunque fingí enoxarme y de aquí cierto que jamás pasamos. Mas, como digo, á ya tres años y medio, ¡mire que tales devíamos de ser el uno ni el otro! Con todo esso, le tengo ya pesado a lágrimas y comprado con sospiros.

–¡A, Dios! –dijo Brisaida entre sí–, ¿y cuándo llegaré yo con mi niño a otro tanto? –y dio un suspiro que casi involuntariamente, como decís, se le salió del pecho.

–¿De a qué á sospirado, prima? –dixo Alexandra–. La berdad, a fe, pensando en cuándo llegaré yo con el mi caballero a otro tanto.

–Cuando en viniendo –dixo Alexandra–, si vuestra grandeça quiere, es la cosa más fácil del mundo.

–Ay Dios, prima, no diga esso, que ya parece que me atemoriço y me muero de miedo en pensar que tengo d'estar con él, y aun en pensar que tengo de ablalle a solas.

–Aora, que vuestra grandeça irá perdiendo esos temores con el tiempo.

–Bien podrá ser –dixo riyendo la hermosa Vrisaida–, que tampoco no quiero decir que no, que todo puede ser. Mas hablando de beras, a fe <sup>[f. 255v]</sup> que pienso que me é de turbar cuando me bea con él, y por esso, en mi ánima, que no le hable por quanto ay en el mundo si no está vuestra grandeça delante.

–Dios traiga con vien –dixo Alexandra– a nuestro capitán, que en esso todo se ará, princesa mía, como vuestra grandeça lo mandare.

–Ay Dios, prima, si viniesse el primo Luposeldo... ¡y cómo nos olgaríamos!

–¡Plubiesse a Dios –dixo Alexandra– que le viesen mis ojos! ¡Que vería vuestra grandeça cómo le quitaba yo a vuestra grandeça los escrúpulos!

Con esto, por aquella noche pasaron aquellas princesas. Y a la mañana la princesa Brisaida pidió licencia al Emperador para hacer el pasadiço, el cual de muy buena boluntad le dio. Y de veras –dice Nictemento– que, entendiendo cuánto gusto <sup>dcclxv</sup> había de recibir mi amo de ello, que no s[e] tardó en hacer veinte y cuatro oras y que le hicimos hermosísimo, aunque después despacio le acabamos de perficionar, tan hermoso y lucido que había mucho que ber en él. Pues, por él, jamás estaban las princesas sino juntas o en un cuarto o en otro; porque lo primero que se acabó en cassa fue el cuarto de las damas, que ninguna cosa había en Constantinopla que le igualasse, así en buena traça como en hermosura y riqueza. Así entretiniéndose la una con la otra las dejaremos, por deciros lo que al Príncipe de la Fe sucedió en este tiempo.

## Capítulo 17. De cómo el Príncipe de la Fe se partió de Arcadia y de lo que en el camino asta llegar a Constantinopla le sucedió.

Curándose de su pie dejamos en Arcadia al Príncipe de la Fe y puniendo en orden las cosas de aquel reino. Y, aunque se quemó lo más del bagaxe de los enemigos en sus tiendas y pabellones el día de la batalla, muchas cosas muy ricas y de mucho balor allaron después en dos o tres lugares que ellos havían ganado, que havían dejado depositadas para cuando acabasen la guerra. De ellas y de otras muchas cosas muy ricas y de grandísimo balor le hicieron los del reino un solemnísimo y costoso presente que, aunque d'él tomó vien pocas cosas, llegaron a más de treientos<sup>dcclxvi</sup> mil ducados en balor; sin muchas medallas y retratos y figuras y ribersas<sup>1047</sup>, que en oro y en plata y en bronce y en cornerinas y en calcedonia y ónix, jaspes y mármoles y otras cosas, como supieron que era aficionado a ellas, le recogieron todas las que en el reino le pudieron descubrir, que fueron casi dos cargas.

Y entre otras le truxeron una figura de bronce al natural de Hércules cuando sacó al Cancerbero del infierno, pieza de grandísima perfección y hermosura, y otras muchas piezas también de barios metales qu'el antigüedad las hacía más estimadas y perfectas. También le presentaron una del mismo Hércules cuando mataba entre los braços a Anteo, tanvién estremada, y un adereço le dieron de armas estremado y de mucho balor y riqueza. Y para acémilas que lo llebasen a Constantinopla le dieron cien hermosimos camellos, casi en memoria de los ciento qu'él havia ganado al enemigo, y sobre todos ellos hicieron<sup>dcclxvii</sup> poner hermosos paños de brocado, con lacayos que los llebasen vestidos<sup>[f. 256r]</sup> de la misma librea.

Lo que particularmente le presentaron, y él parece que lo aceptó de buena gana, fue cuatro cofres de brinquiños hermosísimos que para la reina de la <E>scitia, llamada Domaris, muger del príncipe Sofrasto, llebaba aquel general que había muerto en la batalla; los cuales entre otras cosas preciosísimas los havían allado puestos en custodia en una aldea. Estas, por ser cosillas para damas, las recibió de vuenta boluntad el príncipe, y no era tan niñería que, aunqu'entonces no echaron de ber su balor, cuando

---

<sup>1047</sup> *ribersas*: Parece constituir una variante de la voz *reverso* («lo que la moneda o medalla trae esculpido a la vuelta» [*Covarrubias, s.v. reverso*]), que podría presentar un significado equivalente a esta o más bien designar por metonimia las monedas que traen figuras talladas en una de sus caras.

después se vinieron a mirar en particular acá en Constantinopla, allamos que llegaban a baler casi medio millón o más.

También le dieron al príncipe una docena de getos negros, gentiles moçaços, porque supieron que era aficionado a serbirse de ellos, y otras tantas mugeres negras, gentiles mugeres y finas y [negras] más que un açabache; y ellas grandes músicas de orlos, trompas, sacabuches, cornetas, flautas y otros instrumentos, clarines, altas italianas, bastardas, chirimías, duçainas y otras muchas. Y todas estremadas boces y ladinas quanto se podía pensar, porque estaban criadas allí en la Grecia con toda la curiosidad y enseñamiento de letras que se podía pensar. Y, juntamente con esto, le dieron una carroça que tiraban cuatro unicornios, hermosísima pieça.

En el campo del enemigo se allaron derretidos con el fuego más de mil quintales de oro y plata que con el demasiado fuego se havían derretido, y allaron en diferentes planchas y pedaços (aunque no muy limpio por haberse mezclado con la tierra y arena). Esto todo el buen príncipe dio a la c[i]udad, sin querer tomar cosa para sí ni de todos los despojos que se escaparon, que fue mucha la cantidad. Y, por esta raçón y por mostrarse afable y amigable con ellos, recibió aquellos presentes que de tan buena boluntad todo el reino le ofrecía, haciendo aun d'ellos magnificentísimas mercedes a los pobres.

Con esto, al cabo de diez días después de alcançada la bictoria, que fue un lunes por la mañana, haviendo el sábado antes embiado todo su carruaxe<sup>dcclxviii</sup> (lo cual muy bien adereçado y con mucha guarda de caballeros le envió el reino), él por la posta con solo un criado se partió de Lerna, como digo, un lunes por la mañana. Y, biniendo por las faldas del monte Olimpo el miércoles adelante al amanecer, venía espantado de ber su alteça y desporporcionada cumbre, y dixo:

–Este es el monte de que tantas cosas nos cuentan la estorias. Por cierto que tienen raçón de esagerar su alteça, que realmente excede a la de la región del aire donde se forman las nubes y causan los relámpagos, rayos y truenos. Y, si no fuera tan deprisa, cierto subiera a la cumbre a ber el altar donde solían subir los filósofos a hacer sus sacrificios.

Él iba diciendo esto cuando vio <sup>[f. 256v]</sup> un carro muy grande que le tiraban doce caballos y detrás d'él venían otros cuatro carros o coches de a cuatro caballos. Y venían delante del carro primero cuatro gigantes de la mayor desproporción y grandeça que él jamás ubiesse visto, y con armas no bio otro caballero ninguno. Y parecióle que en el carro venía jente contra su boluntad, porque venían dando boces y tristes llantos y sospiros, y bio que la gente que traía los carros todos eran peones y bil canalla.

Y, considerando que los que traían armas no eran más de aquellos cuatro, determinose en su pensamiento de o morir o saber qué jente era aquella y, si iban forçados, morir o darles la libertad: «Que para esto –dijo él– traigo el arnés a cuestras: para no consentir cosa mal echa ni dejar de dar fabor a lo que conforme a las leyes de la razón y birtud viere que se hace». Y, diciendo [esto], encomendándose muy de beras a Dios y tomando la lança en la mano, se puso delante de los gigantes y, con el mayor comedimiento y criança que se pudo pensar, les dijo:

–Señores caballeros, suplícoos por cortesía que me hagáis merced de decirme qué gente ba en esse carro, que parece que ban tristes y, a lo que muestran, por fuerça y contra su boluntad.

–¿Cuánto os dan cada año, señor gentil odre –dijo el uno de aquellos sobervios y desvergonçados gigantes– por que seyas portazguero de los caminos?

–Por que deshaga si pudiere, señores caballeros, los agrabios en los caminos, espero yo que Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, me dará el premio, si yo lo hiciere por su dibino amor.

–Cristianillo bil, de ruy casta y ley, quítate de delante, i[n]fame –dijo el uno de los gigantes, y fue a lebantar una gruesa maça que en el arçón de la silla traía colgada–, que vien parece discipulillo del nacereno en tus biles palabras.

Muchas veces le oí contar qu'en todos los días de su bida asta entonces el Príncipe de la Fe había recibido mayor rabia, por ber que aquella sacrílega y infernal boca y abominable lengua se ubiesse atrevido a desonrar, en cuanto <sup>dccclxix</sup> era de su parte, con blasfemas palabras a nuestro Redentor y Maestro Jesucristo. Y así dijo con una estraña rabia y encendida cólera:

—¡O, traidor blasfemo! ¿Y eso as de decir?

Y, diciendo esto, con la mayor fuerça y gana qu'en su vida dio golpe, le dio por sobrebraço una lançada por la junta de la gola que, sacándole el yerro de la lança por la nuca, le hiço caer en tierra. Y echando mano a el espada, muy vien cuvierto de su escudo, entre los tres se rebuelbe. Y como él andaba tan furiosísimo y enojado, aunque le dieron dos o tres heridas y la una en un hombro<sup>dcclxx</sup> vien ruin, por no me detener, en menos de un cuarto de ora acabó la batalla. Y, con aquel santo celo que estaba de la onra de Dios, se apeó con una estraña cólera y <a> aquel maldito primero qu'estaba agoniçando con la muerte, dando resoplidos embueltos en sangre por la herida por el cocote, con una daga le sacó la lengua y la arroxó a bolar pol esos aires diciendo: «¡Allá irás, lengua maldita y blasfema, peor que la de Senaquerib ni la de Juliano!», y a todos los otros tres corta las cabeças<sup>dcclxxi</sup>.

Y aquel día estubo cruel, si así se puede decir, porque a ningún peón de aquellos gentiles dexó con la vida si no fueron a cuatro o cinco que por pies se le escaparon. Y andaba tan enojado que en diciendo: «¿Tú eres gentil?», en respondiendo el peón «sí», sin aguardar más lo alanceaba, diciendo: «Traidores, ¡no quede tan maldita gente y blasfema en el mundo!». Con esto andubo asta que ninguno quedó bibe si no era la gente que venía en el carro, la cual a boces estaban suplicando a Dios diesse <sup>[f. 257r]</sup> bictoria <a> aquel bienabenturado caballero, que por lo que hacía echaban de ber que era cristiano y aun gran celador de la onra de Dios y su fe.

Mas mirad, en esto de ser fiel y católico ninguno ubo en el mundo que le llebasse ventaxa; asta los tuétanos, solía decir Priscilano, que tenía llenos de fe católica y obediencia a la Iglesia romana, y así no podía sufrir gente infiel. Pues herexes aborrecíalos como a todos los diablos y a ninguno que podía haber a las manos que no se convirtiese le pagaba con menos que con el fuego. Y solía decir: «Los príncipes y capitanes no tenemos que dar oídos a bellacos <e>scismáticos, sino con una simplicísima obediencia obedecer a la Iglesia romana católica y al santo sumo pontífice<sup>dcclxxii</sup> de ella, vicario de nuestro señor Jesucristo y sucesor de san Pedro en el suelo. El cual sabemos que en quanto Papa de ninguna manera puede errar, pues tiene el asistencia del Espíritu Santo, y lo que él determinare como tal y lo que en los santos concilios con autoridad suya congregados se determinare, creello y obedecello como



negocio del Espíritu Santo, pues sabemos que allí asiste. Y los que contra este con mañanas o zorrerías quisieren decir algo por palabras o obras, quemallos vibos y, cuando más no pudiere –decía el príncipe–, con los dientes los tengo de despedaçar como a bellacos traidores, que por darse a sus bicios y bellaquerías niegan la obediencia a la santa Iglesia romana y aun a nuestra berdadera<sup>dcclxxiii</sup> cabeça, qu'es Jesucristo Nuestro Señor, y al su sucesor de Pedro y su vicario, el Pontífice romano<sup>dcclxxiv</sup>, legítima y canónicamente electo. ¡Bayan pues, bayan los traidores –decía él– con sus nobedades<sup>dcclxxv</sup> y inbenciones diabólicas de Satanás allá al infierno! ¡Y no bengan a rebolber y desasosegar la Iglesia de Dios en la cual sabemos que jamás ubo ni abrá ni puede haber cosa que falsa o engañosa sea!».

Así que, después de haber acabado aquella infame congregación de bellacos y dado la muerte a todos cuantos pudo haber a las manos, en bengança de la onra de Dios, llegosse al carro así a pie como estaba, todo cuvierto de sangre suya y agena. Y, como lebantó la compuerta del estribo, vio asta media docena de doncellas, y entre ellas una muy más hermosa que las otras, todas llorando incadas de rodillas. Y con ellas estaba un doncelito de asta siete años, linda criatura, que como veía llorar a los demás tanvién el niño estaba llorando.

–¡Aora, callen, callen, señoras doncellas! Que ya esso traidores quedan todos muertos, ¡consuélese!

Y en esto llegó su escudero que le traía de rienda el caballo. Y, puesto sobre él, llegándose al estribo del coche, dijo, haviéndose tomado la sangre y apretado las heridas lo mejor que pudo:

–¿De<sup>dcclxxvi</sup> dónde son, señoras, y adónde las llebaban estos traidores?

–Somos, señor –dijo una de ellas, la que parecía de más edad–, atenienses naturales, y esta dama que aquí ba es la hermosa Cidranisa, hija del rey de Atenas, y este doncel llamado Alcibadeno es su hermano. Y estos traidores d'estos gigantes<sup>[f. 257v]</sup>, habiendo echo muchos robos y insultos, con otros cincuenta caballeros qu'en su compañía<sup>dcclxxvii</sup> traen, al fin, viniendo <a> Atenas, estando nosotras con mi señor en una ermita de san Pablo qu'está en el Ariópago de Atenas con solos veinte caballeros de guarda, después de habellos muerto a todos (aunque ellos lo hicieron

balerosísimamente, que treinta caballeros y un gigante mataron a[n]tes que acabasen de morir), al fin, señor, robando la iglesia y haciendo en ella mil traiciones, a nosotras nos robaron. Y decíanos que nos llevaban a la <E>scitia, y ninguna otra cosa sabemos más de que, como media legua atrás, viene todo el carruaxe, qu'es mucho, y solo vienen con él como doce o quince caballeros, y traen presos y esclavos más de veinte hombres. Y esto es, señor, la verdad.

–Aora pues, ¿qué gente viene –dijo el príncipe– en estos otros carros?

–En algunos vienen algunas mugeres aunque pocas, que todo lo demás son piezas de plata y oro y otras cosas que lleban robadas, que como más preciosas las llevaban estos malditos d'estos gigantes debaxo de su amparo. Y también creo que ban en aquel carro postrero dos o tres caballeros presos, porque anoche cuando paramos ahí en un monte ellos les decían a los gigantes que les diessen sus armas y que después que les matasen si pudiessen como a caballeros, y que no era victoria prender a caballeros desarmados. Esto es, señor lo que sabemos.

–Aora pues, vuestra grandeça se consuele –dijo el príncipe a Cidronissa– que luego bolberemos derechos <a> Atenas a llebar a vuestra grandeça a casa del rey su padre.

Y, con esto, fue mirando todos los coches, en los cuales alló todo lo que las damas le havían dicho. Y allando en el último carro tres caballeros moços de muy buenos rostros y estremadas disposiciones, desarmados de grebas, vraceletes y celadas, solo teniendo pectos y espaldares, golas, quixotes y braceletes, con grillos gruesos a los pies y esposas a la manos y todos tres asidos a una gruesa cadena (que aun mober a una parte ni a otra no les dejaba), movido a compasión le<sup>dccclxxviii</sup> hiço luego a su escudero quitar las prisiones y les dixo:

–Ya, señores caballeros, aquellos traidores blasfemos quedan muertos, por la misericordia de Dios, por su dibina justicia.

Ellos le dixeron:

–Besámoos las manos, señor caballero, por la merced que de vuestras balerosas manos emos recibido; mas para que sepamos quién es quien tanto vien nos á echo, hacednos, señor, merced, de decirnos quién sois.

–Yo, señores –dijo el príncipe–, soy un caballero español llamado el Caballero de la Fe. Soy hijo del príncipe Ardoniso y capitán general del mar por el rey de España. Y agora que os é dicho quién soy, hacedme merced de decirme vuestras patrias y nombres.

–Nosotros, señor –dijo el uno de ellos–, somos tres príncipes de la Siria. A este caballero llaman Ludulfo y es príncipe de Comagena; este otro caballero se llama Crilano y es príncipe de Armenia la Menor; a mí llaman Salbadundo y soy príncipe de Antioquía.

Muchó gusto el príncipe de haber echo servicio a tan buenos caballeros <sup>[f. 258r]</sup>, y así se les dio por amigo, cuya amistad guardaron todo el tiempo de su vida con estrechos laços de muy buenas obras que los unos a los otros se hicieron.

El escudero del príncipe tomó los caballos de los gigantes que se andaban sueltos por el campo y dio caballos <a> aquellos caballeros, tomando los escudos y lanças y morriones de los gigantes muertos. Y todos tres estaban espantados de ver los estraños golpes con que los gigantes estaban echos pedaços, que cierto era digno de consideración ver su fiereça.

Con esto, y indo todos cuatro príncipes hablando delante del coche en que iba la princesa y las demás damas, a poco de rato vieron venir los veinte caballeros con el carruaxe que de toda Siria y Palestina traían robado, que era muchísimo y de inestimable valor y riqueza. Y en el monte Olimpo cierta manada y cabaña de traidores lo estaba guardando todo para después trasportarlo y llebarlo todo a la Cítia, monte Cáucaso y sus regiones.

Pues, como los caballeros los vieron, dixeron al príncipe:

–Señor, vos venís herido y nosotros, bendito sea Dios, venimos sanos: suplicamos<sup>dcclxxix</sup> nos dexéis con estos ladrones.

Por más que al príncipe se lo rogaron jamás lo quiso hacer, diciendo que eran muchos y traidores infieles, que no era menester usar con ellos de misericordia. Y así dixo: «¡Ca, caballeros, a ellos!». Y, con esto, puso las piernas al caballo, y de los primeros encuentros cada uno clabó un cita con la lança por medio del pecho atravesada. Y echando manos a las espadas aquellos caballeros lo hacían admirablemente, qu'el príncipe con mucho gusto los estaba mirando, viendo con cuán buen ánimo se combatían y con qué estremada fiereça y pujança herían al enemigo. Con todo esso, tardaron en acabar la batalla casi tres cuartos de ora, en la cual dieron la muerte a diez y seis caballeros, que los otros cuatro tomaron las de Billadi<e>go indo a ber si començaban a brotar las biñas<sup>1048</sup>.

Acabada la batalla, con aquella hermosa presa se bolbieron a Atenas, a la cual no pudieron llegar aquel día por ser ya tarde. Mas otro día a las nueve de la mañana llegaron a vista de aquella tan nombrada ciudad de Atenas por los muchos filósofos y sabios que crió, por los excelentes capitanes que tubo, por la admirable filosofía que en ella se alcançó y por las muchas virtudes y virtossos que en ella resplandecieron. Que, al fin, fue la unibersidad de la Grecia, el gimnasio de Europa y las unibersales escuelas del mundo, la primer desterradora de la barbarería y primera madre de la bida política y buenas leyes; esto tratamos en cuanto natural filosofía, que respecto de la idolatría tan bárbara fue como todas las demás asta que por los vienabenturados apóstoles Bernabé<sup>dccclxxx</sup> y Pablo començó a ser industriada en la verdadera <sup>[f. 258v]</sup> sabiduría, qu'es saberse salbar en la dibina fe de Nuestro Señor Jesucristo, fuera de la cual no ay sabiduría ni salvación, porqu'es menester entrar por esta puerta para alcançar la bienaventurança.

A vista, pues, de la ciudad llegaron como a las nueve de la mañana, y no paraban de salir caballeros en cuadrillas a buscar a la princessa Cidranissa. Y ya el día de antes havían salido más de quinientos caballeros en diferentes mangas y compañías, haciendo distintas camaradas para poderse repa[r]tir por todo el reino. Pues como algunas de las cuadrillas toparon con la princesa, tocando muchos instrumentos de placer se fueron juntando los más caballeros que aquel día havían partido, y con mucho regocixo y

---

<sup>1048</sup> *tomaron las de Billadiego... las biñas*: Se mezclan aquí humorísticamente dos conocidos refranes: «Tomar las de Villadiego» y «tomar las viñas», ambas con el significado de 'huir' (*Correas*, pág. 1090).

placer bolbieron a la ciudad; donde a la princesa le hicieron un regocijado recibimiento, que era muy amada y querida de todos los ciudadanos, especialmente del rey su padre, llamado Melanto, que no tenía más hijos que aquellos dos.

Así, sabiendo en Atenas lo que pasaba y cómo se abía sido la victoria, hicieron grandísima onra al príncipe, y allí le cargaron asadas de medallas y retratos antiguos y libros originales de muchos filósofos; lo cual él estimó en más que si le dieran todo el mundo, aunque del despoxo de los gigantes le cupo grandísima parte. Y de la décima de sus despojos hizo hacer en Atenas dos ospitales, dotándolos ilustrísimamente, y un combento a título de Santa Fe de monges vasilienses, a lo cual todo dexó muy probeído de riqueças y con que después d'edificados se les comprasen muy buenas rentas. Dejó el cargo de hacer esto a un santo monxe llamado Fidón, al cual le quedó la traça de los edificios y todos los bienes en su poder para que los dispusiese conforme al orden que el príncipe le dexaba. Lo demás todo se envió a Constantinopla con muy buen orden y a recado, que solo d'esto los murmuradores tubieron que tocar al príncipe, que aunque era magnánimo y limosnero sobre cuantos nacieron no era pródigo ni desbaratado ni amigo de dexar perder las cosas que en servicio de Dios y de los pobres se podían aprovechar.

Por fuerça le hicieron detener al príncipe en Atenas catorce días asta qu'estubo sano de sus heridas, en los cuales todos los de la ciudad que con él trataron le cobraron tanta afición y amor que era cosa maravillosa. Y cada día tenía todos los pobres del lugar por combidados, a los cuales él mismo servía y administraba con tanta humildad y caridad que en toda Atenas le llamaban «padre de los pobres», y todos decían que era otro virtuoso Ar[í]stides y otro Cimón caritativo, capitán ateniense. De Atenas partió un jueves acabado de comer para Constantinopla.

**Capítulo 18. De lo que en este tiempo sucedió en Constantinopla<sup>[f. 259r]</sup> y de una aventura que vino a ella que la puso en mucha necesidad y trabaxo, con otras cosas a la istoria tocantes.**

El día que nos llegaron las cargas de Arcadia con una carta del príncipe para mi amo Priscilano y otra para la princesa Alexandra, las cargas llegaron a las nueve de la mañana poco más y estando mi señora la princesa Alexandra bistiéndose; y así entró

una doncella a llebarle la carta y a decir cómo había venido rec[a]judo del de la Fe. Ella como discretísima no la quiso abrir, mas luego le embió un paxe a la princesa Vrisaida con un recaudo. El cual como entrase donde la princesa Vrisaida estaba, que entonces también se acababa de tocar, le dijo:

–Serenísima princesa, mi señora la princesa Alexandra besa tus reales [manos] muchas beces y que porque se le á ofrecido un cierto negocio que tiene que comunicar con tu grandeça que dándole licencia se pasará acá.

–Aguarda, paxe –dixo la princesa Vrisaida–. ¡Ola, paxes, llamame a mi camarera!

Y, como esto dijo, tumando una mantellina de brocado encarnado guarnecida en martas cebellinas dijo al paxe:

–Andad, decí que abran el pasadiço, que yo boy allá.

Con esto, con solas dos doncellas y la camarera se pasó la princesa por el pasadiço, habiéndola salido a recibir la princesa Alexandra vien cincuenta pasos por él hacia su cuarto. Y, como las dos se recibieron con estrecho abrazo, saludándose con mucho amor y comedimiento, ya que las dos se bolvían trabadas de las manos, Brisaida le dixo:

–¿Tenemos nuebas, señora prima, del nuestro capitán?

–Sí, mi señora –dixo Alexandra.

Con esto, entrando en su cuarto fueron a un oratorio qu’el día de antes le había echo adereçar Priscilano mi amo, y yo le aderecé cierto lo mexor que pude. Una cosa os sé decir, que sola u[na] Madalena de pincel, con una guarnición vien pequeñita de ébano que la reina de españa había dado a mi amo Priscilano, se la puse entre otras imágenes, que ella sola estaba tasada en 20 mil ducados y cierto no era la mexor pieça que allí había.

–¡O, qué hermoso está su oratorio! –dixo Brisaida.

–Señora prima, en verdad que entiendo que no ay emperatriz ni princesa en el mundo que tenga otro que a este iguale.

–El oratorio, prima –dixo Alexandra–, de vuestra grandeça es, que no mío; pero cierto él es hermosa pieça. Estas once tablas de pincel de la vida de Cristo Nuestro Señor son admirables.

–Lindísimas –dixo Vrisaida–, mas aquel crucifixo de coral que tiene aquel calbario de diversas piedras preciosas estremado es de bueno, y aquel de oro es también bonísimo. Aquellos doce apóstoles de cornerinas están muy [bien] labrados, y lo que más me contenta es aquella Virgen Nuestra Señora, de plata y colorida; zierto es estremada pieça, yo seguro que bale la corona artos ducados.

–En berdad, prima, que solos los cuatro carbunclos de ella están tasados en cincuenta mil ducados –dixo Alexandra.

–Digo que le creo –respondió Vrisaida <sup>[f. 259v]</sup>–, que a fe que son hermosísimos todos ellos. ¡Y qué hermosos son estos cuatro espexos que están en estas cuatro paredes del oratorio! ¡No me parece que é bisto mexores lunas en mi bida!

–Cincuenta d'estas lunas compró aquel su criado de vuestra grandeça en Venecia cuando por allí pasamos, y más de otras ciento mediadas.

–No llame, prima –dijo Brisaida <sup>dcclxxxii</sup>–, así al mi príncipe, que no es sino mi caballero. Mas dígame vuestra grandeça qué emos sabido d'él.

–Cien cargas o más acaban de llegar agora y unos esclabos y esclabas y una carroça y no sé que otras cosas; armas, caballos y otros animales de allá del reino de Arcadia. Y más esta carta para mí.

–¡A ber, a ber! ¡Muéstremela, prima!

–Por bida suya, tómela vuestra grandeça –dixo Alexandra–, que aun cerrada se se la he guardado.

–¡O, buena Pascua le dé Dios! –dixo Brisaida.

Y, sentadas en sendas alomadas del estrado, Brisaida avrió la carta y vio que decía así:

A la ilustrísima, y mi señora, la princesa Alexandra de Vitinia, su berdadero servidor y basallo, salud.

Con Broselino, criado de vuestra grandeça, escribí la victoria qu'este vencido y rendido a la hermosura de mi señora la princesa Vrisaida alcançó. Ora ban aí ciertas cosas de que este reino me á echo merced; ba su décima en diez camellos aparte señalados para vuestra grandeça: cuatro cofres de vrinquiños que aí ban querría mucho que en nombre de vuestra grandeça se le diesen a mi señora la princesa Vrisaida para que se entretubiesse con ellos, y no me atrebo a que sepa que me atrebo a serbirla. Y con esto quedo por tan servidor de vuestra grandeça y criado y esclabo de mi señora la princesa Brisaida como siempre.

–Enoxada estoy, prima –dixo con gracioso donaire Brisaida.

–¿Y de qué, mi señora? –dixo Alexandra.

–De que mi caballero trata <a> vuestra grandeça como a cura dándole la décima y a mí como a sacristán, que con dos bodegas piensa acallarme.

–A vuestra grandeça –dixo riyendo– el todo es el dote, y essa parte son las arras. Mas a mí, que soy la casamentera, justo es que me traten como a cura.

Mucho riyeron esto la dos princesas y, acabada de leer la carta, dixo Brisaida:

–Haga, prima mía, que suban las esclabas, berémoslas y preguntarémosles por el príncipe, y entretendrémonos un rato con ellas.

–Se'así –dixo Alexandra.

Y, así, mando a un paxe que las fuesse a llamar. Y suvieron doce moçaças como unos gigantes, muy finas, negras y las narices muy remachadas y gruesos los labios, y más blancos los dientes que un alabastro. Y venían e[n] cabello, el caballo ensortixado, como ellas acostumbraban, mas algo largo y ceñida la cabeça cada una con una cinta de brocado sembrada de algunos diamantes. Y ellas vestidas de brocado berde, de sayas y echuras<sup>dcclxxxii</sup> de mangas sueltas, delgadas y largas y todas los escudos de la Fe en el pecho, de oro y de otras piedras. Las cuales como entraron, puestas de rodillas delantes



de las princesas les besaron las manos, y así de rodillas como estaban dixo la princesa Alexandra:

–¿Cómo queda el capitán? Decí, hermanas.

–La una de ellas, que parecía más briosa y finísima negra (si podía ser), dixo:

–El príncipe nuestro señor, señora, queda muy bueno y muy a servicio de vuestras grandeças, aunque algo coxo <sup>[f. 260r]</sup> de un pie de un astillón qu’el día de la batalla, por desgracia, se metió por una planta d’él, aunque ya se le havían sacado y estaba desenconada [la] llaga.

–¿Y él quedaba en la cama? –dijo Brisaida.

–Sí, mi señora –dixo la negra–, porque como sabe vuestra grandeça: «El braço en el pecho y el pie en el lecho».

–Y decí, ¿fue muy imporatnte la bictoria? –dijo Brisaida.

–Fuelo tanto, señora –dixo la esclaba–, que por ella el emperador mi señor es rey de Acaya, el reino está libre, la ciudad en pie y todos los qu’estábamos en ella libres de la más cruel muerte que se puede pensar.

–¿Y quiérenle bien en aquel reino? –dixo Brisaida.

–Es tanto, señora –dixo la esclaba–, que si no fueran cristianos le adoraran por dios, según el tierno amor y boluntad que todos le tienen.

–Nictemeno me dixo –dixo Alexandra– que érades músicas. Por dar gusto a mi señora, la princesa Brisaida, hacé traer buestros instrumentos.

–Sea así, mi señora –dixo la negra–, aunque agora venimos estragadas del camino.

Con esto, les subieron un estraño carruaxe de instrumentos músicos, y dixo la negra:

–Salgámonos, si vuestras grandeças mandan, aquí a la sala, que para instrumentos tan sonoros como son estos es pequeño aposento este <sup>dclclxxxiii</sup>.

–¡Bamos! –dijeron las princesas.

Y puniéndoles un estrado en la sala, las negras se pusieron en igual distancia, que les pareció que sonarían más los instrumentos. Y tomando la más diestra de ellas una cornetilla admirable que tenía la más clara, alta y linda boz que se podía pensar, sola comenzó a tocarla con tanta suabidad que aquellas princesas estaban fuera de sí. Y los ecos comenzaron a resonar por los altos de toda la ciudad, causando en todos los que lo oían nueva alteración y atención particular; y, así, en palacio estaban todas las ventanas llenas de gente, y la plaza tanvién no cabía. Y de allí a un tantico que la negra había echo admirables mudanças con la corneta, comenzó con ella una boz sola diciendo una letra dibinamente; no se había oído cosa más curiosa en toda Constantinopla mil años había, porque cierto la boz no podía ser mexor ni más graciosa y la música de la corneta estaba en su punto. Luego fueron tocando los demás instrumentos con grandísima destreça y bonísimo donaire y gracia, y cantaron muy buenas letras en canto de órgano muy bien concertado, así las boces como los instrumentos.

Cuando acabaron de cantar dixo Brisaida <a> Alexandra:

–Notablemente me an contentado estas negras, y quisiera que fueran mías solo por una cosa.

–¿Por qué, mi señora? –dixo Alexandra.

–Por hacelles merced, en pago del servicio que me an echo, de la libertad, qu’es el don que entiendo que más me agradecerán.

–Pues eso echo está –dixo Alexandra.

Y llamándolas les dixo:

–Hermanas, mi señora la princesa Brisaida, como señora de esta casa y de todos los que estamos en ella, por el contento que le habéis dado esta tarde os otorga y concede, y os da en merced, la libertad.

Ellas le besaron las manos por la merced tan soberana que les hacía.

–Mas suplicámoste, señora –dixeron las negras–, nos otorgues de merced que libres y sin esclabonía sirbamos al príncipe nuestro señor, y, así, todos los días que viviéremos.

–Sea así –dixo la princesa Brisaida.

Y en diciendo esto se bolbió a la prima y <sup>[f. 260v]</sup> le dixo:

–A fe que á sido mucha libertad esta, plegue a Dios que no se enoje aquel muchacho cuando venga...

–¡O, prima mía! –dixo Alexandra–. ¿Vuestra grandeça no be que nos á echo mucha merced en esso? Quiero hacer que nos subamos cuatro cofres de los brinquiños.

Y, con esto, mandó a un paxe que me dixesse que los hiciesse subir. Yo lo hice luego subir: eran cuatro cofres de plata fina muy vien labrada de medio relieve y barreados de oro, indo por las barras mucha abundancia de diamantes y otras piedras de precio inesti[ma]ble. Cada uno de ellos tenía tres cerraduras muy ingeniosas y hermosas con sus llaves, notablemente ricas y bien echas.

Abrimos un cofre y allamos en avriéndole unas hermosísimas caxas como corcullos<sup>†</sup>, y havia doce: en la una allamos peines d'ébano guarnecidos de oro y diamantes; otros, de marfil y oro y muchas perlas orientales. Allamos dedales en otra, aguja, moldes, majaderillos, usos, devanederas, aspas, ruelas; todos de melindrico de oro y preciosísimas piedras, bonísimo ajuarillo. Allamos cestillas de mil echuras, escritorios, garrafillas, algarraças, botecillos, botellas de ámbar para agua y otras cien mil cosas que no me quiero detener en contaros, especialmente colgantes y cosillas para al cuello y para tocados, admirables y riquísimas.

Todos cuatro cofres vieron así en unibersal aquellas princesas, y de lo que más gustaron fue de una caxa muy hermosa que allaron llena de muestras de franjas, de desilados de mil maneras de traças, de cabezones y gorgueras y tocados, qu'esto les dio notable contantamiento; que parecía que barruntaban ya estos nuestros tiempos donde más procuran las damas dechados que sacar para banidades, que virtudes que imitar para la bienaventurança, y en sacar una fragilla se estarán tres oras y en encomendarse a Dios no gastarán un cuarto. Al fin, biendo los cuatro cofres (que cierto era presente no

pa[ra] dar a una emperatriz, pero bastante para hacer una que lo fuese), la princesa Brisaida dixo <a> Alexandra:

–Aora, prima, yo partiré con ella de mis cosas y deme a mí de las tuyas.

–Mejor será –dixo riyendo Alexandra y quedito– que vuestra grandeça parta con el príncipe de su cosa, y el dará <a> vuestra grandeça las tuyas.

–¡Ay, mala landre la mate! –dixo Vrisaida–. ¿Y esso á de decir, traidora? Calle, por amor de Dios.

–Aora, prima –dixo Alexandra–, hágame merced de quedarse a comer conmigo oy, por su vida, y a la tarde veremos la recámara qu’el príncipe á enviado y urtarle emos cuanto nos diere gusto.

–Se’ así, prima –dijo Brisaida<sup>dcclxxxiv</sup>–, mas báyansele a decir a mi señora.

–Bayan, en buena ora –dixo Alexandra–, que yo sé que mi tía dará la licencia.

Con esto, venido el paxe con la respuesta de que se quedasse, ellas se sentaron a comer, y allá les dimos lo mejor que se pudo allar; mas de lo que de mejor gana comieron fue de unos mariscos que les pusimos para que tuviessen en qué entender andándolos desconchando.

Entre tanto, en la recámara nueva, a 8 esclabos que yo tenía, ho[m]bres diligentes y de cuidado –dice Nictemeno–, les dice poner por su concierto y orden todas las cosas que de allí<sup>dcclxxxv</sup> [habían] traído. Y a fe que para mi edificio que los camellos y aquellos asnos de Arcadia (que son fortísimos) que truxeron que nos aprovecharon y bien para el acarrear materiales y <sup>[f. 261r]</sup> probisión. Y púsome la recámara cumplidísima de muchas cosas muy curiosas y ricas, aunque por una instrucción que venía del príncipe di muchas cosas y muy buenas a todos los criados de casa, de suerte que todos quedaron satisfechos y alegres; especialmente mi amo Priscilano, el cual cierto tenía estremadas cosas, porque como era rico y curiosísimo ninguna cosa le faltaba.

Y, así, s'edificaba entonces su cuarto, en el cual traía mil hombres, mas todo escogido y aceados<sup>1049</sup> entre todos cuantos traíamos en la obra. Y cierto le edificó curiosísimo cuanto se puede pensar y libre de incendios, porque en todo él no entró un palmo de madera (los texados de toda la cassa eran de plomo y en algunos cuartos de unas láminas de bronce de curiosísima echura), y qu'estábamos bien libres de aguas ni torbellinos que nos enojasen.

Después de comer aquellas damas (digo, mis señoras las princesas) y Esmerilda, Libertina y sus doncellas, binieron a la recámara y no me dexaron cosa con cosa que todo no me rebolbiesen preguntando (especialmente cosas de armas) para qué era cada cosa. Y lo que me llebaron fue de un cofre ileras de aljófar y perlas, que a fe que llebaron entre todas las damas más de diez y ocho<sup>dcclxxxvi</sup> libras solo de aquello cargaron, y de sortijillas de açabache y de otras cosas que había allí muchísimas, de muy bonicos títulos y echuras. Y una sortillixa infamísima y de mala echura, de esas que solís decir *guarda la fe* (y aun no sé si medio quebrada), puso en la cadenilla de oro menudilla que traía al cuello la princesa Vrisaida, y riyendo dixo a Esmerilda:

–Aora todos traemos el escudo de la Fe, Esmerilda, al cuello.

–Aquí –respondió luego Esmerilda– traigo yo un escudillo echo que puede vuestra grandeça hacernos merced como señora y capitana de todos de traerle.

–¡A ber, amuestre, amiga!

Entonces ella sacó el carbunclo que os dixé que para Brisaida había echo labrar y, dándosele, dixo:

–Perdone vuestra grandeça, qu'el príncipe mi señor quisiera que baliera más que lo restante del mundo.

Tanta era la luz del carbunclo que toda la recámara quedó como si el sol uviera entrado en ella, y la princesa, admirada de su hermosura, dijo:

---

<sup>1049</sup> *aceado*: Creemos que se trata de una confusión de sibilantes por *aseado*.

–¡Jesucristo, Esmerilda! ¡Y qué hermosa pieça! No tengo con qué pagárosla, sino solo con dos cosas: la una es con aceros duquesa de Liburnia, y así desde luego os doy aquel estado; y la otra es con recibirle –esto dixo quedito– de parte de vuestro hijo.

Esmerilda, que nada era simple, azeptó la merced y le bessó las manos, porque se la había echo. Y en lo segundo dijo:

–Pues en esto aún más merced nos á de hacer vuestra grandeça.

–¡A, levantaos<sup>dcclxxxvii</sup>, duquesa, que todo se hará muy bien!

Y, si le havía dado contento la piedra, mucho más le dio el título, y decía entre sí: «Fe, con Dios y conmigo... así lo quiero yo, que yo digo también que fe con Dios y con el de la Fe».

Con esto, se salieron de la recámara, serían las tres de la tarde, cada una muy contenta con lo que llebaba urtado. Y aquel era mi <sup>[f. 261v]</sup> contento, que me hurtasen, y así, cuando yo beía que querían coxer algo, hacíame del bolo (sobre sello) y dejábalas coxer cuanto querían. Y con esto pasábamos nuestra pobre vida lo mexor que nos era posible.

Cuando aquellas princesas bolbieron a su cuarto cerraron las puertas y llamaron a las negras. Y mi señora la princesa Alexandra tomó un laúd y mi señora Brisaida un arpa; Libertina (que ya sabéis cuán estremada era en música, porque cierto sin exaxeración en todos los instrumentos fue en su tiempo la prima del mundo) tomó una biuela de nueve órdenes, y una de aquellas esclabas una guitarrilla y otra una cornetilla en falsete, y començaron a tañer y cantar así baxito dibinamente.

–Aora, señora Libertina –dijo Alexandra–, de su buena gracia, por vida suya que nos diga una letrilla.

–Yo, mi señora –dijo Libertina–, no sé sino de aquellas bastardas de mi tierra, que tiene cada pie tres passos y los consonantes es menester irlos a buscar a Guinea.

–Con todo esso, a fe, en español díganos algo.

–¿No quieren un mal?, ¡en griego lo diré yo, que vuestra grandeça manda!

Y, diciendo esto, dijo a la negra:

—¡Daca essa bundurria! Toma, tú lleba los baxos con esta biuela y vuestras grandeças vayan contrapuntando, ya que me quieren vuestras grandeças hacer lo que <a> Arbaya. ¡Ca!, mi señora princesa Vrisaida, ya ba:

¡O, rara perfección, suma belleça,  
donaire más que humano y hermosura!  
¡Quién tubiera de Omero la destreça<sup>dclxxxviii</sup>  
para esculpir al bibo la pintura  
que huir hace del suelo la tristeça  
solo con mostraros su figura  
y el corazón en vibo fuego aflixe  
del qu'el tridente de Neptuno hixe<sup>†</sup>!

Los versos de repente en griego no eran muy malo, mas, traducidos en bulgar y más por mí (que ningún género ni barrunto tengo au[n] de saber hacer una redondilla), ba cual digan doncellas; que como dueñas no juzguen, yo seré de bien pocas repreendido. Así que esta copla y otras muy buenas y graciosas de dibersos géneros de poesía cantó Libertina, y con muy buena gracia y donaire. Y después allá bailaron o dançaron, que anda[ba] un ruido que parecía que querían undir la sala, y mucha risa y regocixo (moças eran, baya con Dios, passe; que una bez en el año todo se sufre).

A acompañar a la princesa Vrisaida fue Alexandra, y allá se quedó aquella noche con ella, porque cenaron juntas y porfió Brisaida que se quedase a dormir allá. Ella lo hiço, y parlaron gran parte de la noche en cosas de su edad y pensamientos, y dixerón algo coloradillo; allá se abengan con sus conciencias, que yo no quiero escribir lo que aquella noche pasaron, porque era sábado y día de cabellos, y zierto que andubieron muy en delgada... Pase, que solas estaban, que aun la moça de cámara no quisieron que entrase. Y, ¡ola!, no sea nadie malicioso, que yo no digo nada, y por esto acabo el capítulo.

**Capítulo 19. Del aventura que vino a la corte y de los que de ella sucedió que no se pudo decir en el capítulo pasado.**

Veinte y ocho días había qu'el Príncipe de la Fe se había partido de la corte, cuando una mañana surgieron en el puerto cuatro galeras de infieles que traían banderas de paz y que como mensaxeras benían; a las cuales luego salió a ber qué jente era el capitán <sup>[f. 262r]</sup> de la guarda, porque así se lo mandó el Emperador. Y cuando llegó a las galeras vio que eran fortísimas y muy vien armadas, y al parecer eran ligerísimas en extremos. Y a la que llegó salió por capitán de ella un gigante, la más estraña y fea criatura qu'él capitán uviesse visto en toda su vida, armado de todas armas sabo celada, y fuera arto mexor que la tuviera puesta por que encubriera su horrible fealdad y abominable y espantosa catadura; porque aunque él tenía todas las faciones de hombre eran tan desproporcionadas y descompuestas que lo bolbían feo y abominable. Él tenía el color membrillo deslabado y no pelo de barba, sino solos los mostachos que casi le daban una buelta a la cabeça. El cabello tenía riço y muy rebuxado sobre la frente, y los ojos el uno muy mayor qu'el otro, y parecía que de ellos le salían vibas centellas. Los labios gruesos y de color de lirio, los dientes de mal color y descompuestos, la nariz muy enfrenada para arriba, y todo él junto componía una catadura de demonio.

Al cual, como el capitán bio, le dixo:

–¿Qu'es lo que querés, señores caballeros, o a qué habéis venido a esta ciudad y puerto?

–Venimos –dixo el gigante– de parte del príncipe Sofrastro a hablar a esse vuestro Emperador, o que es, y a traelle un despacho. Y andá, decídselo, que queremos tomar luego puerto.

El capitán de la guarda, que era, aunque viexo, hombre de mucho balor y esfuerço, dixo:

–Acostumbraos, bárbaro, a ser vien criado, que no porque seáis mensajeros se os an de sufrir insolencias. Mirad cómo habláis; si no, no faltará quien os ponga freno.

El gigante dixo:



–Ya sé que los griegos todos sois habladores y locos. Andad, id con con vuestro mensaxe, que allá en tierra nos veremos.

–Pues se'así –dixo el capitán de la guarda, que allá yo t'enseñaré si tenemos tanvién manos los griegos como raçones.

Con esto se bolbió al puerto. Y el Emperador, como conocía el brío del viexo y le amaba mucho, no le consintió bolber con la respuesta y le mandó, so pena de la vida, que no aceptasse campo con el gigante (pues sus oficiales no le podían azeptar sin su particular licencia). Y, así, mandó a un escudero que solo con dos remos fuesse y dixesse al gigante que viniesse a tomar puerto y a decir su embaxada. El mensajero fue, y, como le dio el recado, él se echó en una lancha vien grande y hermosa y con él doce caballeros, todos gigantes de desmesurados cuerpos (aunque ninguno de ellos igualaba con él en grandeça de cuerpo).

El cual, como entró en palacio, a la ora combeniente entró en la Sala del Estado y delante de todos aquellos caballeros dixo:

–Yo soy, emperador del cristianismo, de nación persa, de la ciudad de Eri, en la probincia de Coraçán, en la cual soy soldán y prefecto de ella. Tiene mi ciudad de Eri siete mil casas y es toda mi probincia (que acá llamáis Flaminia) muy abundante de mantenimientos y seda, y [tiene] grandísima <sup>[f. 262v]</sup> abundancia de piedras preciosas y de gas. Estiéndese mi reino asta la boca del río Eufra (que bosotros llamáis Éufrates), estendiéndose hacia la India. Y sabiendo cómo el gran rey de la Persia, faboreciendo al <e>scita Sofrasto, tiene publicada guerra contra este imperio, de parte del mismo emperador o sofí de los persas (que en la ciudad de Santo Braguante habita) te bengo a desafiar y <a> aplaçar campo persona por persona. Y, juntamente con esto, estos caballeros y yo benimos<sup>dcclxxxix</sup> a hacer particulares campos y desafíos contra los caballeros cristianos de tu corte. Y la raçón de mi combate á de ser defender que este imperio es al gran emperador de la Persia devido y que sodes los cristianos los traidores. Lo cual yo defenderé desde mañana a todos los caballeros que me lo quisieren defender; asta diez juntos, salgan los que quisieren. Y esto es, Emperador, a lo que vengo.

Con mucha discreción y madureça respondió el Emperador:

–Caballero, al desafío persona por persona entre el emperador de la persia y mío desde luego acepto de muy buena gana, y plubiesse a Dios que ya me biesse con él en el trance de la batalla. En lo demás, caballero, de vuestros desafíos, no uno, mas mil allaréis en esta corte que persona por persona os mantengan campo sin essas ventaxas de diez caballeros que pidís. Y, con esto, andad con Dios, que desde aquí os doy seguro para que podáis estar en mi corte en el barrio de los gentiles que a semexantes desafíos vienen a esta ciudad, y en él seréis probeído de todas las cosas que fueren necesarias para buestro regalo.

Espantado quedó el gigante de ber el balor y buen término del Emperador, que, al fin, la birtud y criança aun al enemigo parece bien, y no ay pecho tan bestial, cruel y bárbaro que no rinda. Con esto se salió el cruel bárbaro, y aquella mesma tarde a dos caballeros moços como unos ángeles cada uno por sí, en estacado, de los primeros encuentros hiço perder las bidas; de que toda la corte se entristesció y los infieles tomaron mucho ánimo y contento, clabando las cabeças de los hermosos moços a la puerta de su posada en señal de su trofeo y cruel victoria. Otro día mató otros cuatro sin qu'él recibiesse ni aun un piquete, con lo cual quedó tan soberbio y arrogante que parecía que a toda la ciudad quería undir.

Y sucedió una cosa estraña: que, como el soberbio jigante saliesse de la plaça victorioso, vio en una ventana a la hermosa princesa Alexandra y, sin ser más en su mano, luego aquel brutal y cruel pecho quedó rendido a las jaras de amor, que a ellas no ay fiereça que resista ni tanta crueldad que no la dome. Mas fue luego con tan bil término y tan baxos pensamientos como de un tan brutal hombre se esperaba <sup>[f. 263r]</sup>, y luego<sup>dcxc</sup> començó a imaginar cómo podría poner en execución su deseo y tener en su poder a la hermosa princesa. Tomó consexo con aquellos traidores de que venía acompañado y, entendiendo con lisonjeros y malos qué había de ser lo que más contento había de dar al tirano, començaronle a facilitar el negocio y a decille: «Señor, esso cosa fácilísima será de poner en execución». Y, dando un millón de traças, se vinieron a resumir en que una noche diessen en la casa de la princesa todos los soldados gigantes y caballeros que venían en el armada. Y que con maña y balor urtasen a la princesa y la llevasen a las galeras, y que puesta en ellas bolarían a remo y bela de suerte que fuesse imposible el ser remediada.

Como el cruel bárbaro desaba aquello, todo se hacía fácil, y así vino a aprobar el consexo y a resumirse en él. Y, así, quedó concertado que de allí a cuatro días a las once de la noche había de hacer su hecho (aunque Dios fue servido de remediarlo, como agora os contaré, que si no cierto muchos inocentes y gente desarmada de cassa del príncipe muriéramos a manos de aquellos persas degollados).

Mas Dios [l]o ordenó así, y fue que al cuarto día, víspera de cuando la traición se había de executar, llegó el príncipe mi señor a las nueve de la noche o más por la posta, con solo un escudero. El placer y regoc[i]xo de toda la casa fue tanto que parecía qu'estábamos locos, y todos nos andábamos mirándole a la cara. Y él nos abraçaba a todos y recogía con tanto amor y llaneça indo la escalera arriba que asta los esclabos recogía entre los braços, y a todos llamaba amigos, hermanos o compañeros y mostraba recibir con ellos mucho contentamiento y placer.

Mas a la puerta de la escalara estaba Priscilano mi amo, que a todos admiró la criança y amor con que del príncipe fue recibido; pues a Esmerilda y Libertina, que salieron del cuarto de la princesa, fue cosa estraña. Y luego, aquella misma noche, entró a ber a la princesa Alexandra, y ella con muy buena gracia y cortesano término le dixo:

—¡A, señor príncipe, seáis muy vienvenido, que ya tengo licencia de vuestra alma para abraçar esse cuerpo!

El príncipe, entendiendo la merced que por todas partes le hacía, llegó a le pedir la mano. Y así, con mucho comedimiento y onestidad, porque ella lo quiso, la abraçó con tan comedidas raçones que a todos nos satisfacía y contentaba estrañamente su onestísimo desenfado y su cortesano encogimiento.

—Aora, señor príncipe, si se pu<e>de decir —dixo Alexandra— que una servidora haga merced, en quanto dama os quiero hacer esta merced y en quanto vuestra servidora recibirla de vuestra mano: y es que os quedéis a cenar con vuestras ayas y conmigo, y tanvién se puede quedar acá el señor Priscilano.

Mi amo [que] sabía mucho y, aunque era un santo, no era mal cortesano, sino de los que más bien sabía las<sup>decxci</sup> leyes de la onesta cortesanía de quantos entonces cursaban <sup>[f. 263v]</sup> las cortes de los príncipes, dixo:

–Yo, mi señora, bien sabe el príncipe que por razón del estudio jamás ceno, cuanto más qu'es cierto que tengo dos o tres cosillas en que entender, por lo cual suplico a vuestra grandeça me dé licencia; que el príncipe aún donde está (que en ser de balor y hermosura no se puede lebantar de punto) está seguro, y aunqu'él fuera peor que aquel Gábalo romano, donde está la birtud de vuestra grandeça quedaba él muy bien reparado de todos los males y con muchas ocasiones de toda virtud.

Y con esto se salió del cuarto, índole yo alumbrando, y de camino fue ordenado todas las cosas de cassa, que cierto era estremado en cosas de gobierno. Y hiço a los mastresalas que metiessen la cena con los paxes y que se saliessen luego (que el demás servicio arían las damas), salbo dos caballeros viexos de más de a setenta años que mandó que estubiessen allí y dos paxecillos para que diessen de beber al príncipe.

Antes que se començase la cena, ya que los mastresalas la tr[an]sían, las negras que habían venido de Arcadia entraron con sus instrumentos. Y, antes que los començasen a tañer, la princesa Alexandra le dixo:

–Señor capitán, ¿sabe vuestra grandeça una trabesura que mi prima Brisaida y yo hicimos? Sepa que mi prima dio libertad a todas estas negras y dixo que ella lo quería así.

–¡Felicísima esclabonía –dixo el príncipe–, pues mereció tener tal librador o libertador como a mi señora la princesa!<sup>1050</sup> Suma gloria y merced é recibido, y a las negras yo las trataré como libertinas de mi señora Brisaida.

Y, así, luego les señaló partido estremado y les hiço otras muchas mercedes. Ellas, con la merced recibida y con el contento de la benida del príncipe començaron a tocar sus instrumentos dibinamente, especialmente la música de cornetas que començaron, que toda la ciudad inchían de hermosos azentos y ecos sonoros asta que vino la música a uídos de la princesa Brisaida. A la cual ya havía un buen rato que con un paxecito chiquitico le havía enviado un recado; no por el pasadiço (que esse en enocheciendo se cerraba, como decís, a piedra y lodo), sino por defuera, y las guardas y porteros le iban detiniendo.

---

<sup>1050</sup> Se hace aquí una referencia irónica a la *felix culpa* de la Liturgia Pascual.

Como era ya tarde y como la princesa quería zenar, al fin, como ella oyó la música <a> aquella ora desacostumbrada dixo a una doncella de las de guarda:

–Di aí a la guarda qu'está aí en essa primera puerta que llame a un paxe....

Ella que lo iba decir, dixo el paxecillo, que era diabólico y havía que lo detenían allí media ora:

–Señora mía, diga vuestra merced a mi señora la princesa que de parte de mi señora la princesa Alexandra á que estoy aquí media ora y no me dexan las guardas entrar, que me dé su grandeça licencia.

Como la princesa casi lo oyó y la doncella le dixesse lo que era luego le mandó entrar. Y el muchacho, incado de rodillas, le dixo (de suerte que nadie le podía oír):

–Mi señora la princesa vesa a vuestra grandeça las manos muchas beces, y que a las nueve y media de la noche llegó el capitán mi señor por la posta de Arcadia; que bea vuestra grandeça si tendrá trabaxo que toda la casa ande a tales oras desasosegada, que suplica a vuestra grandeça le tenga lástima <sup>[f. 264r]</sup>.

–Decí, paxe, a la señora mi prima que le beso las manos muchas beces y qu'estaba por decirle: «Más envidia é de bos, conde, que mancilla ni pesar», y que ya los instrumentos músicos que hacían reseña de algu[na] nobedad. Porque decilde que, como dicen en España, «quien bacas á perdido...»<sup>1051</sup> y «...que soñaba el ciego que veía»<sup>1052</sup>. Y que suplico yo que a la mañana que madrugue y nos beamos.

Con esto se salió el pagecito, y a fe mía que llebó la guarda una mano tal que otra bez que no detenían los paxes, porque realmente estubo la princesa por hacerle colgar de un almena, con toda su piedad y mansedumbre. Mas no me espanto, que amaba, y esta pasión de amor no tiene límites, que furia infernal y no pasión la llamaron los sabios.

---

<sup>1051</sup> «*Quien bacas á perdido...*»: Se trata de un conocido refrán con numerosas variantes, entre otras: «Quien bueyes ha perdido, los cencerros trae en el oído» (*Correas*, pág. 677) o «Quien bueyes ha perdido, cencerros se le antojan» (*Covarrubias*, s.v. *cencerro*).

<sup>1052</sup> «*Que soñaba el ciego que veía...*»: «Soñaba el ciego que vía y eran las ganas que tenía» (*Correas*, pág. 755).

Pues, como el pajecito bolbió con la respuesta, notable fue el contento que con ella el príncipe recibió, y no hacía sino esponerla de mil maneras y todas de suerte que siempre el alma quedaba rica de amorosos despojos. Más de dos oras estuvieron hablando, en que la princesa Alexandra le dio cuenta al príncipe de algunas cosas que pasaban; aunque por no enojar a Brisaida, que se había fiado de ella, no le contó en particular todas las cosas.

Al biejo embaxador no osaron despertar aquella noche, porqu'él madrugaba mucho y si a prima noche no dormía hacía notable daño, así que no se lo dixeron asta la mañana; el cual dio de albricias al que a la mañana se lo dixo una hermosa pieça de oro. Y, así, por una parte no quería despertar al príncipe de mañana, porque sabía que venía cansado y se había acostado tarde; por otra, ya le estaban bullendo los pies por irle a ver. Al fin, a las ocho y media (que para quien se había acostado a las dos era vien de mañana) entró el Embaxador en el aposento del príncipe. Y diciendo a lo español aquella aunque no muy discreta muy acostumbrada salutación<sup>dcxcii</sup> y pregunta: «¡Buenos días!, ¿duerme, sobrino?», le despertó, recibéndole y abraçándole con tanto amor que realmente le saltaban las lágrimas de los ojos al buen biexo. Pues el príncipe por cierto si fuera su propio padre y emperador del mundo no le recibiera con mayor contentamiento, humildad y criança.

Al fin se lebantó, y el Embaxador dixo:

–Aora, sobrino, yo é de ir oy a misa a santa Sofía; quédesse, que después iremos a bel al Emperador.

–No, señor –dijo el príncipe–, yo quiero ir <a> acompañar a vuestra grandeça.

Al fin, porfiando el uno y el otro, benció la humildad del príncipe. Y no sé qué se le antoxó, que aquel día se puso, aunque muy galán, un jaco de malla hermosísimo y rico. Era de malla de oro finísimo, guarnecido de perlas y diamantes y otras preciosísimas piedras, y era largo, que le llegaba a las rodillas (como los que usaban los hombres de armas romanos), a la antigua; tiniendo medios braços o medias mangas asta casi el cobdo y el cabeçón alto, que servía de gola, y muy vien abotonado. Como estaba aforrado en cosas tiessas y fuertes y algunas beces con barillas de acero, venía muy bien y hacía muy<sup>dcxciii</sup> buena forma y hermosa postura en el cuello.

Este jaco llebó <sup>[f.264v]</sup> aquel día el príncipe –a lo que entiendo él se le puso porque, como había de ir a besar las manos al Emperador, era costumbre de aquellos tiempos que los capitanes que venían con victoria visitasen a sus reyes con insignias de la guerra y alguna pressea del enemigo–. Y, así, el príncipe se echó al cuello una banda berde que había sido del capitán vencido, hermosa pieça, toda cubierta de preciosísima piedras. Y esta se echó desde debajo del braço asta encima del hombro derecho, sobre el cual iba echa una hermosísima rosa. En la cabeça lleba[ba] un morrión de oro finísimo, el cual llebaba mucha piedras y grabaduras, y por timble la insignia de la Fe echa de un hermoso y grande çafiro que en Atenas se le habían labrado en aquellos pocos día que allí estuvo. Llebaba su espada ceñida y escudo al cuello, y una gineta en la mano (paréceme –dice Nictemeno– que no le bi más hermoso ni galán en mi bida), y así fue a acompañar a su tío.

Y para haber de ir a santa Sofía había de pasar por la calle donde el gigante persa llamado Sanís (o *Sol*, qu'es lo mismo en lengua persiana) vibía. Y, como iban a embocar por la calle, el embaxador dixo:

–Sobrino, bámonos por acá, por vida suya.

–¿Y por qué, mi señor? –dixo el príncipe.

–Porque vibe aí un diablo de un gentil persa de nación, la más cruel y inhumana bestia que debe de tener el mundo. Y á muerto en estacado ocho caballeros, y entre ellos fue a dos moços, amigos míos, como dos ángeles. Y tiene colgadas las cabeças a la puerta en lugar de su victoria, y dame grandísima pena el berlas puestas allí; pues en verdad, sobrino, que los conocía y muy vien. ¿Acuérdase de aquellos dos hermanos que jugaron conmigo a las tablas la noche que vino, que dançaron después con él?

–¿Eran –dixo el príncipe todo alterado– Mauriso y Liponeo?

–Essos mismos –dixo el embaxador.

–Agora, pues, suplico a vuestra grandeça me haga una merced y en esto no aya réplica: que vuestra grandeça se baya por allá a santa Sofía y aquí conmigo solo se queden dos d'estos lacayos míos.

No osó replicar el Embaxador, aunque sabe Dios lo que le pesó, temiendo alguna desgracia del príncipe. El cual dixo:

–Quedaos vosotros, Buxaamé y tú, Petrucho, conmigo. Agora baya vuestra grandeça con la vendición de Dios.

Con esto se despidió del tío y comenzó a baxar la calle abaxo. Y a pocos pasos que anduvo vio las cabeças puestas en las puntas de unas espadas todas seis, qu'el clementísimo y pío príncipe no las pudo ver sin derremar mucha abundancia de lágrimas, y así dixo:

–¡O, ilustrísimos caballeros que moristes en defensa de la santa fe católica y en la obediencia de la santa Iglesia romana, peleando como buenos caballeros contra infieles! Más imbidia é a vuestro vienaventurado fin y muerte aún que a vuestra vida, aunque ella estuvo llena de muchas virtudes y heroicos echos; mas al fin agora los [allo] en el puerto, estímoos después de la vitoria y predico vuestra alabanças después de [l] triunfo. Mas o mi cabeça estará aí vien presto acompañando essa dichosas vuestras, o ellas serán quitadas de aí y puestas donde merecen <sup>[f. 265r]</sup>, jurádoos como caballero que asta morir que tengo de procurar de adornar vuestros sepulcros con otras tantas cabeças de infieles.

Y con esto sintió un brío y animoso coraxe, que mi amo cuando lo contaba solía decir aquello de Dabid y Sansón: «El Espíritu del Señor vino con divina fuerça sobre él». En este otro capítulo os diré lo que hiço.

## **Capítulo 20. De cómo el Príncipe de la Fe quitó las cabeças de aquellos caballeros cristianos de la puerta de Sanís y de lo que de ello sucedió.**

Pues, como acabó de decir esto, lleno de un admirable zelo de la onra de Dios, llegó a la puerta de la casa de los gigantes, en la cual había más de veinte gigantes y cincuenta caballeros. Y dando con la ginetá un golpe a la puerta dixo: «¡A, gente, caballeros o demonios o los que vibís aí dentro, responded!». En esto, asomáronse a la bentana dos gigantes, tan grande cada uno como una columna, y dixo el uno de ellos:



–¿Qué queréis, loco caballero?

Él respondió:

–Dios os traiga en conocimiento de la verdad, gente perdida, mas mirad si ay alguno que me lo salga a defender, que quiero quitar de aquí estas cabeças.

Y, diciendo y haciendo, dijo:

–Tú, Bujaamé, toma essas cabeças y llébalas a cassa.

El negro, que era demonio, aperrunado determinadísimo, y no hiço sino coxer las cabeças y a un escudero que se lo quiso estorbar, el negro con una espada (que desembainada le llebaba) le dio una tan fiera guchillada que lo partió casi por medio, y dixo con mucha cólera: «Tú no *xaber* que tomar con Buxaamé». Y con esto quitó las cabeças de las espadas y las espadas hiço mil pedaços en aquellas piedras. Blasfemando baxaban los dos gigantes de sus dioses y escupiendo, como decís, contra el cielo, diciendo:

–¡Deja las cabeças, perro negro, que presto estará la d'este loco caballero como essas otras estaban!

–¡Bramar, bramar, axno grande! Aí quedar quien responder y dar en peruxa<sup>1053</sup>, yo poner a recado cabeças.

Con esto, no pareció Buxaamé sino un ave, según con la presteça que boló para cassa. El príncipe, que vio a los gigantes, dixo:

–¡Baxá, baxá despacio, que aquí os aguardo! Y tú –dixo al otro negro, que era un loraço balentísimo–, ten este caballo.

–¿Para qué se quiere vuestra grandeça apear?

–Por no pelear con bantaxa –dixo el príncipe.

–Por Dios que peca vuestra grandeça de demasiado decomedido –dixo Petrucho.

---

<sup>1053</sup> *peruxa*: La peculiar imitación del habla de los negros oscurece la interpretación de esta vocablo, que no hemos logrado identificar.

Y, al fin, viendo que no había remedio de otra cosa, tomó el caballo por la rienda, y a fe que el que se le uviera de quitar que había de tener muy buenas manos. En esto los dos gigantes salían, diciendo:

—¡Aguarda, aguarda, bil caballero! ¡No te escondas!

—Sí, sí —dijo riendo Petrucho y muy despacio—, «topado os habéis la gritadera»; no ayás miedo que se esconda, acaba ya de salir.

Cual airadas serpientes ponçoñosas salían los gigantes, porque a su cargo estaba la guarda de las cabeças y no veían la ora de ser vengados, mas cierto que les sucedió desavidamente. El primero que salía veníase sin escudo, con un terrible alfanxaço en la mano, y como fue a descargar el golpe el príncipe se le hiço perder y diole con la gineta tal golpe sobre la cabeça que todo el morrión le undió en los caxcos <sup>[f. 265v]</sup>, haciéndole saltar los ojos y sesos de la cara. «Este —dijo Petrucho— ya está en sal», y dejando el caballo llegó y con su mismo alfange le cortó la cabeça, echa una pasta, y con una ligabamba suya la ató al pretal del caballo.

Ya en este tiempo a una bentana que asomaba allí, en camisa y desarmado, se había puesto el brabo persa Sanís. Y como bio un solo caballero, sin acabar de asomar la cabeça estuvo mirando lo que pasaba, y vio cómo al segundo a pocas bueltas, aunque se le defendió un tantico, dio con él en tierra. Y vio que salían otros cuatro gigantes que a caso se allaron lebantados y con aparexo de armas, y como vio cuatro contra solo un niño estuvo aguardando. Y vio cómo le cercaban y le daban arta prisa, mas el príncipe lo hacía de suerte que de todos ellos se defendía maravillosamente <sup>dccxciv</sup>, jugando de la gineta con incomparable destreça; al fin, dio con uno de ellos en tierra, aunque a él le hirió así tan mala vestia <sup>dccxcv</sup> en un braço. Y él, como vio a los otros tres que uían cuando le beían ya bolber el rostro, díxoles desde la ventana:

—¡Biles mastinaços!, ¿de qué uís? Mirad lo que hacéis, que si no le matáis y escapáis uyendo, yo os tengo de cortar la cabeça.

Y a un criado dixo:

—¡Corre, be, cierra aquella puerta! ¡No salga otra persona alguna ni essa bil gente pueda tornar a entrar! ¡Pierdan la esperança de su remedio!

Así se hiço como Sanís lo mandó, y él se estubo así en camisa mirando la batalla, espantado del balor del moçuelo, y no hacía sino animar con premios y con amenazas a los suyos. Y ellos lo hacían balerosísicamente, porque peleaban como gente des[e]sperada y que ningún remedio debaxo del cielo tenían sino morir o bencer. Y, así, se le detubieron más de media ora y le hirieron en tre o cuatro partes, de que ya andaba bañado de su sangre. Al fin, dándose la mayor prisa que le fue posible, porque no es mi intención describir esta batalla en particular, básteos saber que a todos cuatro dio la muerte. Así que cortadas las cabeças a todos, Petrucho las puso en el pretal del caballos las cinco y una, asida de la melena o cabellos, se llebó en la mano. Y<sup>dccxcvi</sup> Sanís el gigante le dixo:

–Agora, caballero, goça de essa victoria un rato, que no quiero pelear agora con bos, qu'estáis cansado. Mas yo soy Sanís, el brabo rey en la Persia, y desde luego de mi persona a la tuya aplaço campo.

–Si en todo te ubieras havido, señor rey, tan bien como en esto, antes te loara de buen capitán que de cruel enemigo como asta aquí te é acusado. El campo desde luego le acepto, que mi cansancio y herida no son nada, y más recibidas por amor de mi Señor Jesucristo. A mí me llaman el Caballero de la Fe y si quieres el campo luego, se'así, y si no, ordénalo conforme a tu boluntad.

–Agora, ¡anda, anda, caballero, que para todo habrá tiempo!

Con esto, viendo que no salía otro alguno a le estorbar el passo, se bolbió para cassa, indo primero a palacio a vesar las manos al Emperador. Y, como entró por la plaça todo bañado de sangre y con las cinco cabeças en el pretal del caballo<sup>dccxcvii</sup> (y Petrucho con la otra en la mano), y él, como no llebaba celada sino morrión abierto (y se le beía el rostro encendido del calor que en la guerra havía cobrado), tan hermoso, galán y apuesto, y aun la sangre <sup>[f. 266r]</sup> le hermoreaba mucho más, toda la plaça se pararon a mirarle, turbado los que le conocían y los que no le conocían de berle de aquella manera. Y no podían imaginar qué fuesse lo que le había acontecido y, así, iban ya algunos hacia palacio a ber qué caso o aventura havía sido aquel que había acaecido.

Con esto, sucedió qu'el Emperador se puso en un barcón que asomaba a la plaça, y como vio venir al príncipe de aquella manera dixo: «¿Qué caballero es aquel?», a unos caballeros que con él venían:

–Al parecer –dixo el capitán de la guarda–, aquel es el Caballero de la Fe, el capitán general de España.

–¡Jesucristo! –dixo el Emperador–. ¿Pues cómo viene así tan cubierto de sangre? ¿Y cuyas son aquellas cabeças?

Con esto, ya llegaba el príncipe a la puerta de palacio y, apeándose, se ubió delante del Emperador. El cual, viéndole tan cubierto de sangre, turbado, le dixo abraçándole:

–¿Qu'es esto, Caballero de la Fe? ¿Cómo venís d'essa manera?

–Mi señor, lo que pasa es...

Y entonces le contó todo el cuento, diciendo cómo había quitado las cabeças de los caballeros cristianos qu'el infiel gigante tenía colgadas por trofeo de su bitoria, y que a seis gigantes que salieron a se lo querer defender, mediante la gracia de Dios, les había dado la muerte y quitado las cabeças, que eran aquellas que al pretal del caballo traían. Abraçándole con mucho amor, el Emperador le dixo:

–Aora idos a curar, resplandeciente acha de la cristiana milicia, y Dios os guarde muchos años para que seáis ilustre vengador de la cristiana sangre por manos de infieles derramada.

Y, con esto, mandó al capitán de la guarda que le fuesse <a> acompañar asta su posada [y] le envió a ella; en la cual ya se sabía el echo, y podréis entender el sumo contentamiento y placer que con su bitoria todos recibirían. Cuando él entró todo bañado en sangre, antes que se desarmasse hiço a [unos] oficiales que baciasen las cabeças en yessos, para hacerlas después de oro o otro metal, y que las llebasen a enterrar a santa Sofía, a la sepultura donde sus cuerpos estaban enterrados. Y luego hiço que llebasen allá las de los gigantes, como lo tenía prometido.

Pues, como él se desarmó, Esmerilda, haciéndole acostar en su propia cama, le miró las heridas y alló que ninguna tenía que peligrosa fuesse, y que luego, si fuera menester, podía tornar a tomar armas. Y, así, aplicándole admirables medicamentos de los cuales estaba muy vien probeída, especialmente de bálsamo de las biñas de Engadí y de otras cosas preciosísimas para remedio de aquellas heridas, híçole reposar un poco, dándole una bebida de estremada eficacia<sup>dccxcviii</sup> y virtud.

Y entre tanto la gente de casa comió y sin la princesa Alexandra, porque estaba en el cuarto de la hermosa Vrisaida. A las cuales les entraron con las nuebas de la victoria dos paxes, los cuales como estubiessen contando lo que <sup>[f. 266v]</sup> había sucedido estubiéronlo escuchando con mucho contento y placer aquellas princesas. Y después de los paxes idos, la princesa Brisaida dixo a Alexandra:

–¡Ay, prima, no tenemos en este muchacho para tres días! Todo su contento es andar derramando sangre. ¡Ay, déxeme, por amor de Dios! Que le é miedo, que entiendo que un día d'estos á de matar a cuantos estamos en Constantinopla. En mi ánima que aun dé mi sangre creo que no se á de ber arto...

–Darle á vuestra grandeça –dixo Alexandra– tan poca, y essa tan preciosa... que no es mucho que no se bea arto de ella.

–¡Calle! ¿Y esso á de decir, prima de mis ojos? Que essa sangre más se estima por la calidad que por la cantidad.

–Así lo digo yo, mi señora –dixo Alexandra–, mas suplico a vuestra grandeça me dé licencia, que quiero ir a ber al príncipe.

–Yo, prima, de mejor gana me la diera a mí para irle a servir en esta enfermedad, que, al fin, las cosas no descansan sino en su ce[n]tro, y así mi alma no descansa sino... –y calló.

–¿Sino dónde? –dixo Alexandra.

–Sino en el pecho del capitán –dixo Brisaida<sup>dccxcix</sup>–, qu'es el centro de mi amor y desseo. ¿Quiéreme hacer un regalo, prima?

–¿Y qué es, mi señora? –dixo Alexandra.

–Que me embíe<sup>dccc</sup> un trengo que aya tocado a la sangre de aquel niño.

–Sí, por cierto, mi señora –dixo Alexandra–, y aun al mismo príncipe le enviaré yo a vuestra grandeça.

–Plubiesse a Dios que me le enviase embuelto en un pañillo, que a fe que si yo le coxiesse que me lo había de pagar y muy bien pagado.

–¿Y qué castigo le havía de dar vuestra grandeça? –dixo Alexandra.

–¿Qué? ¡Quemallo o a<o>rcallo!

–Esso sería o quemallo en el dibino fuego de su amor de vuestra grandeça o a<o>rcalle de esse hermosísimo cuello, más bello que la alta torre del *Domo*.

–Aora calle, mi señora –dixo Brisaida<sup>dccci</sup>–, que todo es hacer por esse su capitán. Aora baya vuestra grandeça y dígale que me é olgado de su bictoria y pesado de sus heridas.

–Si esso digo, reina mía, yo le doy por sano –dixo Alexandra.

–Pues esso querría yo –respondió Brisaida<sup>dccci</sup>–, qu’estubiesse luego bueno, aunque según [es] él me parece [que] poco sabrá goçar de la salud, que luego querrá andar con otros a las puñadas. Y más que dicen que ya con Sanís tiene azeptado campo; el cual, como emos bisto, es tan sobervio y endemoniado y gigante que ya á degollado a ocho caballeros.

–Pues, ¿quién cobró –dixo Alexandra– las cabeças de todos? Si Dios fuere servido también tendrá brío para le quitar a él la suya.

Con esto, se despidió la princesa Alexandra en acabando de comer y bino cuando ya era ora de qu’el príncipe mi señor despertase. Y cuando despertó luego entró la princesa a bisitalle y allole que estaba muy esforçado y con mucho ánimo y como si ninguna herida tuviera. Y, preguntándole cómo se allaba, el respondió:

–Recibo tanta<sup>dccci</sup> merced de vuestra grandeça que no puedo dejar de allarme muy alibiado, quanto más que prometo a vuestra grandeça que las heridas son de suerte que podía tornar a tomar armas esta tarde si fuesse menester.

–¡No tanto ánimo, señor príncipe! Que mi prima está temerosa de ver a vuestra grandeça tan gran <sup>[f. 267r]</sup> soldado, aunque dice que de la bictoria a recibido sumo contento y de las heridas, pena.

–No sé qué responder a tanta merced, sino solo con decir que la bitoria me bino de ser suyo y las heridas son gloria, pues su grandeça las acepta.

Aquel día nos llegaron los mensaxeros atenienses contando la bitoria, y con esto muchos y muy hermosos despojos. A los mensaxeros hicimos en casa todo el regalo que fue posible, y el príncipe les mandó hacer mucha merced; mandó adereçar estremadamente de vien los libros, los cuales todos pusimos en el estudio nuevo que había poco que se havía acabado. Y en berdad que havia ya más de tres mil cuerpos de libros sin los que truxeron de Atenas, que fueron mil y quinientos, pocos más, todos muy curiosos y los más de ellos originales; mas todos los hacíamos encuadernar de una misma manera, que aquella conformidad en el tal caso causaba hermosura.

Ya andaba la fama del príncipe por toda la ciudad tan divulgada y famosa que en toda ella no se trataba de otra cosa sino de su estremado balor y prendas. A dos días que’el buen príncipe estuvo en la cama se comenzó a leantar, y el primer día que se lebantó hiço un convite <sup>dccciv</sup> general a los pobres en que se juntaron más de mil pobres, entre los cuales ubo algunos muy enfermos y tullidos y otros leprosos y de males asquerosos. Y, con todo esso, él mismo les administraba por su persona y los regalaba con tanta caridad y amor que no menos ilustrísimo era juzgado por estas heroicas virtudes de caridad que le beían exercitar, que por el estremado balor y balentía con que le beían vencer al enemigo.

Todos los de su casa nos exercitábamos en los mismos ejercicios, que común cosa y usada es seguir los basallos al rey, los súbditos al perlado y los criados a sus señores. Por lo cual sería muy bien que siempre las cabeças procurasen tener salud para que todos los miembros gocen de ella, porque aun decir suelen que cuando ella duele todos los miembros duelen. Lo cual se puede ver en la diferncia que iba del pueblo romano en tiempo del virtuoso Traxano o Marco Aurelio o en tiempo de Nero o Eli[o]gábalo, y tanvién en el pueblo evreo en tiempo de [A]caz o de David.

Pues, como ya el príncipe se comenzó a sentir mejor, que fueron cuatro o cinco días después de la victoria (en el cual tiempo jamás había salido de casa), aquel día, que hacía muy templado, claro y sereno, allá a las dos de la tarde se quiso ir a pasear un rato por la ciudad. Y, así, le adereçamos un caballo tordillo, galana pieça y de los mexores qu'el príncipe tenía en su caballeriça, conque en cosas de caballos fue uno <sup>[f. 267v]</sup> de los curiosos príncipes que tubo el mundo y que más hermosas raças de caballos procuró siempre juntar y tener, tanto que algunos se lo juzgaron a demasía. Porque aun agora siendo capitán ningún príncipe había que en esto le igualase, porque siempre pasaban de cuatrocientos los que estaban en las cabelleriças de Constantinopla, sin otros mucho que con mucho cuidado se curaban y criaban en otras partes.

Pues aquel caballejo tordillo le truxeron aquel día con un jaez leonado y oro admirable, con muchos adamatistas, zafiros, esmeraldas y otras piedras. Y el salió aquel día armado de pecto y espaldar y gola, mas a lo encubierto, porque llebó encima saltaembarca, que por raçón del gigante Sanís y su jente quiso salir de aquella manera; quanto más que tan usado les era en aquellos tiempos el arnés y coraças como las sedas, brocados, armiños y zebellinas.

Pues, puesto a caballo, con solos dos lacayos y seis paxes se salió a pasear un tantico por la ciudad. Y cierto él era debotísimo de la Madalena (no entendáis que porque era enamorado, sino porque era muy buen cristiano y príncipe muy deboto, mas al fin moço), y fuesse por debaxo de terrero de palacio (y, por ser ya tardecillo, estaba desocupado, que unos caballeros que allí havían estado se habían ya ido). Pues al pasar la calle abaxo el caballexo español, como havia muchos días que no salía de la caballeriça, iba undiendo la calle, ollándose vriosísimamente y llenando el aire de alegres resoplidos y relinchos, tanto que hiço ponerse a la bentana por donde benía artas damas, y en palacio a las selogías se pusieron muchas más.

La princesa, que estaba con la prima Medúsea (la cual ya algo barruntaba de su negocio), como oyó los relinchos del caballo y que tan regocixado venía, púsose a la bentana. Y como conoció al príncipe dijo:



–¡Benga, benga vuestra grandeça, mi señora Brisaida! ¡Y berá al padre de los pobres (que llaman en nuestra ciudad), al capitán de España, cuál viene! ¡Qu'es cierto que parece un ángel del cielo!

–¡A ber, quitaos! –dijo la princesa.

Y, en viendo al príncipe, un amoroso y tierno desmayo sintió al pecho que le hizo apresurar el anélito amoroso, mezclándolo con pensadas palabras de ternura: «¡Vengas norabuena, ángel mío! ¡Y guárdateme Dios como deseo, alegría d'este corazón tuyo!». Entre sí hacía y forjaba estas palabras sin que la boca de ella pronunciase alguna. Y, cuando ya venía cerca, Medúsea, en voz que ella pudo oír, le dixo:

–¡Seáis muy bienvenido, capitán de España! ¿Venís bueno?

Bien conoció el príncipe que no era aquella la voz de Vrisaida, y así con los ojos bajos y modestísimos respondió:

–Vengo, mi señora, muy bueno.

–¿Y de vuestras heridas –dijo Brisaida– cómo estáis?

Como con tantas veces había <sup>[f. 268r]</sup> impreso en el alma las palabras y tono y todas las demás cosas de Vrisaida, el príncipe en el mismo punto que la oyó hablar la conoció clarísimamente ser ella, y así respondió:

–Las heridas, señora, del cuerpo ya están sanas; mas las del alma, causadas de la más rara belleza que ay criada, aumentanse como la causa crece.

Medúsea, que entendió que había el príncipe conocido a la princesa, dijo:

–¡Ay, mi señora, deme vuestra grandeça licencia, que me siento con necesidad!

–Andá y volvé presto, ¡mirá que me dejáis sola! –dijo recio, de suerte que el príncipe lo pudo entender.

La intención de la dama bien la podéis conjeturar; pues cierto que no cayó en saco roto, como soléis decir, que el señor mi amo que lo entendió admirablemente. Y,

así, estando los lacayos, que eran Buxaamé y Petrucho, algo lexos, y los paxes tanvién de la otra parte, y como la calle era tan sola, que estaba fuera de las cercas y si no era caballeros que solían algunas becas a ziertas oras venirse allí a terrero un rato todo el santo día no parecía por allí criatura biba (porque caía muy a trasmano y era el paso más solo de toda la ciudad); con esto, temblando el buen príncipe de miedo, él, que a un ejército no temía, blanco como un papel en solo pensar qu'estaba a solas con Vrisaida y con no berla y con estar detrás de una seloxía y tan lexos (¡o, y de puta, amor!, ¡y cómo rindes los coraçones brabos de los capitanes brabos a tu yugo y cómo los abrasas entre tu fuego!).

Pues la princesa, entendiendo que la havía conocido, estaba tan llena de vergüença qu'el rostro parecía que se le abrasaba y que le salían llamas de fuego d'él. Y así estaban tan turbados, ella de vergüença y él de temor, que, con ser el uno y el otro sin ninguna excepción de los mexores ingenios del mundo y más claros, estuvieron tales que eran vergüença. Es cierto, que no oso decir lo que pasaron; mas por que veáis a qué llega la turbación de amor de dos que realmente se quieren bien, escuchaldos un poquito:

–¿Dónde íbades, señor caballero? –dixo la princesa, y esto mal pronunciado y titubeando (en la lengua parecían negros y en las raçones caldereros).

Él dixo:

–Señora, ni boy ni bengo, mas estoime constante en amar.

–¿Y a quién? –dixo Vrisaida.

–A quien dice «quién» –dixo el español onrado (¡y de puta, qué raçón de pie de banco! ¡Pues aunque se ubiera criado en Boceguillas<sup>1054</sup> ...!).

–Luego, ¿a mí me amáis? –dixo con toda su retórica la griega.

---

<sup>1054</sup> *Boceguillas*: Se trata de un municipio de Segovia, cuyo nombre se emplea en la literatura paremiológica para describir una situación de confusión o para aludir a algún asunto bobo (cf. Julio Cejador y Frauca. *Fraseología o estilística castellana*. Madrid. Tip. de la Revista de arch., bibl. y museos. 1921, pág. 181).

–Sí amo –dijo el príncipe, y esto muy «bien pronunciado, creído y obrado»<sup>1055</sup>, como decís.

Y, quédanse echos unos bausanés, mirándose el uno al [o]tro (que para abrir un poquito la compuerta de la seloxía abilidad tuvo nuestra princessa), se estuvieron una grandísima media ora. Y al cabo de buenas noches sale nuestro bueno con un ardentísimo suspiro, derramando abundantísimas lágrimas por sus herm[o]sos ojos, y dijo:

–¡Ay, alma bienabenturada a tanta hermosura rendida [f. 268r]!

Con la misma ternura respondió nuestra moça muy contenta, aunque quedito.

–¡Más sea y creça esse amoroso rendimiento!

Si el biexo<sup>dcccv</sup> Buxaamé no dixera<sup>dccvii</sup> mejores raçones, a mí me den con un hermoso labio en los ocicos y me metan la lengua en boca agena; era vergüença vellos. Y Cupido, muy contento: «¡A, señor Júpiter, Marte y Minerba! ¿Dónde están agora? Miren cuánto balen más mis saetas que todas sus bachillerías ni imbenciones, sepan que cuando quiero que a todos hago andar al retortero». Otra ora estuvieron allí los cuitadillos, Dios sabe lo que sentían sus ánimas y aun sus cuerpos, mas quiéroos decir una estraña cosa que les sucedió.

## **Capítulo 21. De un estraño caso que le sucedió al Príncipe de la Fe estando parlando en terrero con la hermosa princesa Brissaida.**

Bulgarmente soléis decir que «quien malas mañas á que tarde o nunca las perderá», y es cierto que yo le é [a]llado a este refrán berificado muchísimas beces. Esto digo por el gigante persiano Sanís, el cual como estaba acostumbrado a traiciones y bellaquerías no se allaba sin executallas y ponerlas por obra. Y como por nuestros pecados el que quiere ser bueno á menester andar rebuscando, como decís, para allar

---

<sup>1055</sup> Se trata de una expresión contenida en el catecismo del jesuita Jerónimo Ripalda, publicado en el año 1591, por lo que probablemente este religioso se haga eco en su obra de un dicho popular o de una fórmula de catequización bien conocida para la época.

uno que a su virtuosa obra le ayude y alla cien mil que le persigan, repreendan y estorben; así por el contrario los malos para executar su maldad allan ciento y cien mil que les den favor, y luego se juntan y se conciertan y se hacen gabilla y camarada de bellacos, y unos a otros se ayudan y faborecen. Y aun lo peor es que se aprietan y rempujan para el infierno, dándose los unos a los otros empellones para el ir allá, y esto con sus ruines consexos y abominables ayudas y diabólicas compañías. Y apenas ay bueno que les resista, baya a la mano ni dé consexo para que de sus maldades se aparte.

Miraldo por este traidor que, como bio muerta su gente y ya comenzada a menoscabar su onra, destruidos sus banos pensamientos que de robar a la princesa Alexandra tenía, crecer tanto y aumentarse la fama y onra del Príncipe de la Fe, berse el bano [a]borrecido de todos y el príncipe amado de cuantos él era aborrecido, crecía la imbidia; a la imbidia seguía la bengança; para ella aumentábase el odio; el aborrecimiento cegaba los ojos de la raçón, y así daba solo en seguir su apetito de bengança, aunque fuesse con infames y biles medios.

Para lo cual no le faltaron asadas bellacos que le ayudasen, maliciosos que le aconsexasen, gente bil que aprovase el consexo y aduladores que todo lo [e]cho dixesen qu'estaba muy azertado. Y el consexo fue tal como se esperaba donde el que le congregó era el demonio; los embaxadores a la ti<e>rra eran imbidia y bengança; los que havían de botar peor qu'el infierno <sup>[f. 269r]</sup>; el escribano era la mentira y procuradores, amor propio y sesualidad; fiscal de la causa y que más a ella incitaba era la endiablada boluntad del gigante Sanís... ¡pues bed qué podía salir determinado d'este conciliábulo! Lo que se determinó fue que de una manera o de otra el Príncipe de la Fe muriesse antes que entrase en estacado con el gigante. Y, así, el decía:

–¿Esse rapaz desbergonçado había de entrar conmigo en estacado? ¡No es raçón que muera el infame tan onrada muerte!

–Tiene vuestra grandeça mucha raçón –respondía la bil canalla de traidores.

–Pues el medio que se á de dar –dijo un bellaco que estaba en maldades y en años cocido más que los biexos de Susaña– es que las galeras estén a punto y, en aquel senillo que se hace detrás de la roca bermexa qu'está a la otra parte del rastro viexo, se ponga una lancha con veinte y cuatro remeros que estén aguardando asta qu'el negocio

sea efectuado. Y como se á d'efectuar es espialle el primer día qu'él salga de casa solo y desarmado, y, entonces, cuatro d'estos más balerosos gigantes le alanceen. Y cuando ya le tengan bien herido llega tú, señor, con una claba y hazle pedaços la cabeça. Y, acabado el echo, podemos, señor, acoxernos a bela y remo, y digan a ese emparadorcillo de mala bentura que nos baya a buscar a la Persia, que allá le diremos quién él es.

Este había sido el consexo de aquellas pieças y esto era en lo que se había resumido, mas no se esperaba menos de jente tan bellaca y traidora. Pues siempre andaban dos bellacos espiano cuándo saldría el príncipe de cassa y, como os dixe, este fue el primero día. Y como las espías le vieron en el terrero, que era un lugar tan apartado y solo y que no parecía criatura vibiente, entendieron que sus dioses (o, por mejor decir, demonios) lo habían ordenado assí para que pudiesen mexor bengarse de su enemigo.

Y, con esto, lo fueron luego a decir al gigante Sanís lo que pasaba; el cual con mucho contento había echo armar de fortísimas armas dobles a todos los que habían de ir con él, que fueron cuatro poderosísimos gigantes, membrudos y balentísimos, y dos escuderos y su persona (que traía una carga de azero a cuestras, y un gran guchillaço de guerra y la claba). Y sobre las armas se pusieron unos fieltros de camino, y d'esta manera vinieron determinados de hacer su echo.

Y llegaron puntualmente cuando la princesa Vrisaida dijo al Príncipe de la Fe: «Quitaos, señor, esse morrión de sobre la frente que os congoja». Él había echado mano al morrión para lebantarle cuando oyó una boz a Buxaamé que dixo: «¡Aguarda, señor, aguarda!», y él, tornando en sí, vio ya junto a sí los cuatro gigantes que todos iban a descargar los golpes de lança en él. Y, como los vio, dixo: «¡Jesús sea conmigo!», y como era tan diestrísimo cojiose en los arçones de la silla y puso la cresta del morrión, en que recibió el golpe de la una lançada. Y, como la cresta era fortísima, resbaló el yerro y aunque le hirió en un hombro <sup>[f. 269v]</sup> fue muy poco. Los otros dos gigantes perdieron los golpes, y el otro, por un lado cosiéndole un poquito de la carne (aunque fue bien poco), le atrabessó la lança de banda a banda dejándose la terciada por el cuerpo.

La princesa, que bio esto, turbada, sin saber lo que fuesse, fue tanta la pena que recibió que no hiço más de dar un grito desmayado diciendo: «¡Ay, Jesús de mi alma! ¡El príncipe es muerto», y con esto cayó en tierra amortecida. A la boz entró Medúsea, que junto a la puerta estaba, y dixo: «¿Qu'es esto, mi señora?», y, como oyó el ruido de las armas en la calle, miró y bio al príncipe embuelto entre los cuatro gigantes. Y, turbada quanto se puede pensar, echó un poco de agua a la princesa en el rostro y díjole: «¡Ay, mi señora! ¡Esfuércese vuestra grandeça, por amor de Dios, que aún está el príncipe vibo! Y póngase vuestra grandeça a esta ventana, ¡por amor de Jesucristo!, y anime al capitán, qu'está peleando».

Bolbiendo en sí la princesa (y Dios sabe cómo), dixo: «¡Abrí, abrí essa seloxía!». Y, como la abrió de par en par, la princesa se asomó todo el medio cuerpo a la ba[n]tana y dixo en boz alta, aunque llorando y temblando: «¡Ánimo, ánimo, señor capitán de España, que aquí estó yo! ¡Matame esos traidores, qu'esta es la primera cosa que os mando!». Más les bal[i]era a los gigantes que cayera un rayo del cielo o que se avriera la tierra y los tragara que que ubiera dicho la princesa lo que dixo; porque, en uyendo la boz, arroja un tajo tan terrible y furioso que por el aire venía çurciendo y raspando la espada haciendo un órrido sonido. Y a un malabenturado de aquellos que acertó sobre el yelmo, endida la cabeça y pechos asta lo güeco del estómago, vertiendo las entrañas y menudos por aquel suelo, cayó de la más estraña herida que asta allí se había dado.

Ya el príncipe había recibido dos heridas; en esto Buxaamé y Petrucho, con sus capas rebueltas a los vrazos y su espadas desnudas, como fieles basallos y criados llegaron a morir o faborecer a su señor. Y de los primeros dos golpes diero[n] con aquellos escuderos en tierra y tomaron sus morriones y sus escudos. Y el diablo de Buxaamé venía regañando los dientes, emperrunado como un demonio, y de un rebés que dio en las corbas traseras a un caballo de uno de los gigantes dio con ellos en tierra, dejándole tronco como si se los ubieran rapado con una guadaña. Y, en cayendo que cayó el gigante, como un diablo le coxió de aquellos hombros y, acabando de hacelle trabucar en el suelo, con su propia daga le dio más de treinta puñalada.

Pues Petrucho, que era balerosísimo y ligero como una onça, se abía puesto a las ancas de otro gigante y le andaba ya con la daga tentando la gola. En esto, rabiando

como un demonio llegaba el traidor de Sanís y fue a dar una lançada a Petrucho para le clabar con el gigante a quien él andaba tras [de] quitar la bida. Y, como Petrucho era tan ligero, avisado por Buxaamé dejose caer de las ancas del caballo abaxo y, como el gigante <sup>[f. 270r]</sup> venía con tanta rabia y desapoderado, la lança a su propio gigante atravesó por el cuerpo, diciendo: «¡Quitaos, gente para poco, que yo tomaré la bengança deseada!».

Petrucho y Buxaamé estaban heridos, el príncipe tenía tres heridas vien grandes, mas como bio que ya no havía quedado sino solo Sanís, en boz alta le dixo:

–Muy mal lo as echo, Sanís<sup>dcccvii</sup>, en acomoterme con tanta traición, mas con todo esso aquí me tienes, aun tan herido como bes, y te mantendré campo persona por persona. Y, bosotros –dixo a los esclabos–, yo os doy libertad por lo echo, ¡quitaos afuera, idos a curar! ¡Dejadme con este gigante!

–¡Ay, no, por amor de Dios, hijos! –dixo la princesa–. ¡No os bais! ¡No os curéis de essas escusadas crianças!

Con todo esso los esclabos obedecieron a su señor, porque savían su condición en cosas de onra. Comiençan pues los dos su batalla con tanto ánimo y balor de la una parte y de la otra que era cosa estraña: el gigante tenía una desmedida fuerça, que cada golpe podía undir una torre, quanto más matar a un caballero; el príncipe tenía tanvién estremada fuerça, mas una ligereça, destreça y maña incomparable, con lo cual el uno al otro se igualaban la sangre. La princesa no sabía qué hacerse: decir que fuessen a socorrer al príncipe no osaba; quitarse de la bentana no le dexaba amor; estar en ella la compasión se lo estorbaba; al fin, no sabía qué hacer sino obedecer a amor.

En esto ya estaban todas las bentanas del terrero llenas de damas y de paxecitos, todos espantados de ber lo que el príncipe hacía. Brebe fue la batalla entre el gigante y el príncipe, que aun no duró una ora, mas muchas beces le oí decir que en su bida se havía visto en mayor aprieto. Y fue que, estando en lo mejor de la batalla, de un golpe que tiró al enemigo se le quebró la espada, y él estaba ya sin pedaço de escudo y todo echo un arnero de heridas. Y su contrario, aunque' estaba muy herido, estábase aún en su bigor y fuerça, y así, bimbrando<sup>dcccviii</sup> el alfange, entendió realmente que su negocio estaba acabado. Y, así, como le tenía tan cerca de sí, le arrojó un altibaxo con tan

desmedida fuerza que a ciento, cuanto más a uno, bastara a matar; mas el príncipe se entró con él, viendo que no tenía otro remedio, y así el golpe fue con el último tercio de guchillo (que, aunque le hizo una herida y vien grande en la cabeça, no le acabó).

Mas la princesa, entendiendo que sí, dando un lastimoso suspiro se quitó de la ventana, quedando desmayada en los brazos de Medúsea. Mas el príncipe se abrazó con el gigante<sup>dcccix</sup>, llebando ya en la mano derecha la daga, y como los dos se abrazaron y hicieron fuerza el uno y otro vinieron al suelo. Y, Dios que lo ordenó así, cayó debajo el bestial gigante, y con la daga que en la mano el príncipe tenía se la metió por aquellos ijares tres o cuatro beces. Y, después, quitándole la cabeça, puesto de rodillas (aunque apenas <sup>[f. 270v]</sup> se podía tener en pie), comenzó a dar gracias a Nuestro Señor.

Y la princesa, tornando en sí, como ya era medio anochecido y le vio con la cabeça del gigante en la mano y incado de rodillas, dijo con una incomparable alegría:

—¡Capitán, andá con Dios, que os desangráis mucho! Y yo os agradezco lo que havéis echo mucho, mucho, mucho. Y enviame essa cabeça que tanto enojo me á dado, y de la balerosa haçaña d'este echo no queráis otra pregonera sino a mí.

Con esto el príncipe, animándose cuanto pudo (aunque Dios sabe cuál él estaba), se tornó a poner a caballo. Y ya benía el capitán de la guarda con más de zien caballeros armados a saber qué era lo que pasa[ba], y traía delante de sí más de cincuenta achas. Y como fue a entrar por la calle encontró con el príncipe que venía a caballo, y a un lado d'él el paxecillo con la cabeça del gigante en la mano y otros cuatro paxes, cada uno con una cabeça de los gigantes, detrás de su amo.

—¿Qu'es esto, señor príncipe? —dijo el capitán—. ¿Qué ruido á sido este?

—No fue nada, señor: esse traidor de esse persa, a quien Dios tomándome por instrumento á muerto, fue que me quiso matar a traición, y yo boy tal que no puedo tenerme más. Después, señor, sabréis el casso.

—¡Pues alto, alto, señor, alto! ¡A curar, por amor de Dios! Que en esto otro yo daré orden, que si dos tales como bos uviessse en esta corte no habría tantas insolencias como ay d'estos infieles. ¡Adiós, adiós!



Con esto, al galope se fue a su posada, donde ya de boca de Buxaamé y de Petrucho sabían lo que pasaba. Y, saliéndole a recibir todas sus criados al entrar de la plaça, las negras desde las bentanas de la princesa Alexandra con una dibina música publicadora de su bencimiento le recibieron.

En esto, ya había venido a las orexas del Emperador el caso y, sabiendo que la princesa Vrisaida su hija havía sido testigo de vista del bencimiento, pasándose a su cuarto con solos dos caballeros viexos y a la Emperatriz su muger de la mano, después de haberse sentado, dixo:

–Hija, decidnos cómo á sido esto, que me an dicho que lo bistes bos.

Ella, aunque algo turbada, sosegándose quanto le fue posible, començó a decir:

–Esse capitán español, señor, iba a la Madalena, y como es costumbre de caballeros moços vínose por terrero. Mi prima y yo, qu'estáb[am]os en mi aposento, echada la seloxía, como es costumbre, quisimos entretener y entretenerle un rato. Y, así, con mucho regocixo y risa, estando apartados sus criados, le diximos «español bárbaro» y otras beinte burlas. Estando en esta conversación, señor, un criado suyo le dixo que se guardase, y vi cuatro gigantes armados de punto en blanco, que todos cuatro le querían matar. Yo confieso, señor, que me turbé estrañamente de ber una traición tan grande. Al fin... –dijo la princesa.

Y, lebandando dibinamente el estilo como aquella que regía amor su lengua, contó el caso <sup>[f. 271r]</sup> tan bien, con tanta retórica y tan galanos colores d'él qu'estaba así el padre colgado de su lengua y admirado del caso. Y en esto entró el paxe del príncipe, con la cabeça del copete del cabello, y dijo delante del Emperador:

–¡Ca!, serenísima señora, la cabeça que pediste.

–¿Para que la queréis, hija? –dijo el Emperador.

–Señor, porque en mi cuarto se atrebió <a> acometer tan grandísima traición quiero que sea puesta una de broce como ella allí, para que sea escarmiento de los traidores y gloria y onra de los buenos caballeros que allí al terrero vinieren.

Y, así, mandó que luego fuese llebada a casa de un artífice para que en bronce la baciasse, lo cual se hiço. Y, contentísimo y espantado el Emperador de la balerosa hazaña del de la Fe, aquella misma noche por el pasadiço de la princesa le fue a bisitar; aunque no hiço sino solo berle y preguntarle cómo le iba y tornarse, porque Esmerilda le dixo qu'estaba demasiadamente herido y que no le haría provecho el ablar demasiado. La buena de la princesa Alexandra se quedó allí aquella noche por si uviessse menester algo, que de amor santo y verdadero cierto le quería mucho. Así quiero que se quede este negocio, por contaros un caso notable de una tierna doncella española, luz y gloria de las damas de aquel tiempo.

## **Capítulo 22. De la operación que amor hiço en el pecho de Camiliana, hija de la duquesa Camilina de España, y de una abentura que le sucedió en un bosque.**

Mucho había que no habíamos echo mención de la duquesa Camiliana d'España y ni de su hermosa hija la princesa Camiliana, desde que dejamos al duque en las manos de Dios, como decís, y muy propincuo a la muerte, y que Camiliana havia dado una carta al baleroso Feridano para que al Doncel de la Esperança (que entonces era este nuestro Caballero de la Fe) [la diese], la cual ya se la oístes leer, por lo cual agora no haré memoria de ella. Pues dice Nictemeno que el duque bibió; aunque dice el autor que de la grabisa enfermedad que tubo quedó tonto y pribado del juicio, así que casi era reputado por muerto, porque ninguna raçón ni acción de hombre le havia quedado. Y en esto mostró su balor la duquesa Camilina que, después de tenerle d'esta manera, en lo que tocaba al regalo de su persona tenía estremado cuidado, tiniéndole siempre sirvientes que le regalasen. Solo una cosa hiço Camilina que parece algo áspera y fue que jamás después que quedó así le bio de sus ojos. Esto es lo que toca a Camilina, la cual con su estraña agudeça gobernaba su estado aún muy mejor que en tiempo de su marido y con muy mayor contento y aplauso de todos sus basallos.

En la tierna moça Camiliana, aquella centella de amor que al príncipe havia cobrado, aunque sano y limpio de toda sensualidad y baxeça, al fin, amor <sup>[f. 271v]</sup> y como tal hacía sus efectos; que eran ocupar la memoria, emplear el pensamiento y encender la boluntad. D'esta manera andubo Camiliana espacio de ocho meses, asta que biendo que

la inquietud se aumentaba y que el amor crecía, y que sentía algunas veces algunos interiores tocamientos de amor que le hacían sentir notablemente el ausencia del príncipe, y andando en estas baguaciones, un día se preguntó a sí misma: «Ben acá, Camiliana, ¿qu'es lo que deseas?, ¿qué quieres?». «No me sé determinar», se respondía la misma doncella. «¿Amas?», preguntaba. «Sí amo, y con tanta eficacia y fidelidad como cuantas ay en el mundo». «¿Qué es el blanco y fin de tu amor?». «Solo amar, acompañar y serbir al príncipe como haría a un hermano a quien tiernamente amasse». «¿Estiéndese a más tu pensamiento?». «Ni por pensamiento; sino que Dios, qu'es el escudriñador de los coraçones, sabe que aunque me fuesse lícito y concedido de ninguna otra manera le amaría. Antes confieso de mi flaqueça que con essa intención a otros hombres amo más y me inclina más mi naturaleça a quererles bien y no mirarles con tan onestos y castos ojos, y sin ninguna dificultad tomaría antes a otro por marido que no a él».

«Pues, ¿qu'es la causa de esso?». «No sé yo, por cierto, ni la alcanço, más de que a cada uno [a]trae su propio apetito y boluntad y este es el mío». «Pues, ¿qué es lo que más deseas?». «Es, entre tanto que no tome estado, andarme con él y acompañarle y servirle con todas mis fuerças, así a él como a la que Dios hiciere su compañera, y a ninguna otra cosa se estiende mi pensamiento sino a lo que digo». «Pues, ¿no será mucho peligro andar una moça en compañía de un caballero de tan poca edad y de tanta hermosura?». «Hablando así asolutamente sí será, mas consideradas las partes y la birtud del príncipe y mi remontado pensamiento, en esse casso berá qu'es muy más seguro de lo que parece y más fácil de lo que así a prima bista se muestra».

Esto pasaba la hermosa y balerosa doncella entre sí mucha veces, y tenía una natural inclinación a las armas, tan eficaz que en pudiendo y allándose sola tomaba luego las armas. Y tanta robustidad y fuerça sentía en los miembros que le parecía que era mexor aquel exercicio y más combiniente a su natural qu'el andar embuelta con la delicada olanda y blanda seda, ni con el usso ni aguja o retorcidos moldes; más gusto le daba la lança de frexno y la vuída punta del espada. Al fin, más debota era de Palas que de Arane, y más aficionada a Belona que a la Juno; más al ginete ardiente, furioso y ligero que a la litera, carroça o galería. Y, con esto, debaxo siempre andaba bestida de

hombre, trayendo encima solo el hábito de muger y la delicada ropa; qu'el ánimo, balor, esfuerzo y arte todo era de barón y de barón balerosso.

Sucedió, pues, un caso estraño un día, y fue que <sup>[f. 272r]</sup> saliéndose a caça un día a las montañas de Luçón<sup>1056</sup> (donde la duquesa tenía mucha y muy hermosa montería; especialmente de gamos, corços y benados, puercos, osos, lobos cerbales y otras caças de que todas aquellas montañas estaban muy probeídas), y indo a ellas con los aperexos necesarios de la caça (perros, redes y monteros), con este aparejo fue la hermosa y briosa doncella, con el galán garbo que Atalanta cuando al monte de Calidonia en el Arcadia a matar el jabalí de la diosa Diana. Y después que ubo muerto dos caças [de] jabalís<sup>dcccx</sup>, alanceándolas con mucho donaire, balor y vrío, una puerca blanca como una niebe con dos manchas negras en el lomo, de áspero colmillo, blanco y fuerte, salió bufando de los más espesso del monte, llebando delante de sí dos pequeñas crías a las cuales con el torcido mujo iba animando a la carrera.

Pues, como la briosa doncella bio la puerca y que era una de las hermosas y crecidas cosas que en su vida uviese visto, aunque se alló sola con dos sabuesos la començó a seguir la selba adentro; la cual de en cuando en cuando bolbía el airado<sup>dcccxii</sup> rostro a defenderse y de tal manera se havía que jamás la diestra doncella la pudo herir, ni se le alexaba tanto que le hiciesse perder la esperança de alcançarla. Y con esto la fue siguiendo casi una legu (que ya iba el caballo jadeando, cubierto de sudor y echo pedaços), cuando por una montaña escabrosa, pedregosa y terrible, en un balle que al pie de ella se hacía, debajo de una lapa<sup>1057</sup> de una gran peña la bio entrar con sus dos hijuelos, quedando a la puerta dando mil boces los sagüesos, mas no atreviéndose a entrar ni el uno ni el otro (y más que venían escarmentados del blanco diente).

Pues como la vriosa doncella la bio salosapar<sup>t</sup> y esconderse, cayendo y lebantando el caballo le hiço llegar a la puerta de la cueba. Y como oyó dentro los bufidos de la puerca se apeó, determinándose con el benablo que en la mano traía de

---

<sup>1056</sup> Las montañas de Luzón se encuentran en la provincia de Guadalajara. Para su relación con los dominios del ducado de Medinaceli (*vid.* 7.1.1.1).

<sup>1057</sup> *Lapa*: «Significa piedra, y *lapa* o *lampa* sepulcro. Úsase, y se entiende, en Pontevedra por sepultura. También en Portugal. También le leí en la Biblia Castellana Ferrariense, ya por *spellunca*, ya por sepultura. Acaso de *lapis*» (Sarmiento, *Catálogo de voces y frases...*, s.v. *lapa*).

entrar a matar la fiera que se le había escondido. Y, así, dejando el caballo sin freno para que paciese de la berde yerba del balle, con el benablo en la mano y un guchillo de monte colgado de una hermosa cadena de oro comenzó a entrar por la lapa o cueba que la peña hacía, asta que vino a llegar a una puerta que se hacía en la mesma peña no muy grande, por la cual salía un aire tan furiosso que cuatro achas juntas bastaba a matar; y por ella, dando bufidos, bio entrar a la puerca. Con aquel generoso ánimo de que estaba dotada parecióle baxeça si no siguiesse asta más no poder a aquella fiera; y, como lo determinó, así lo hiço.

Y lançándose por la puerta adentro, maravillosa cosa, que lo primero que vio delante de sí fue un sangriento león, al parecer encarniçado <sup>[f. 272v]</sup> en alguna caça o presa, porque todo estaba ensangrentado y furiosso y los mujos y barbas d'él llenos de una sangrienta espuma y espantable broma. De verdad os digo qu'el que ubiera de aguardar al brabo león y no uir con miedo, que había de ser otro Sansón<sup>1058</sup> o Dabid<sup>1059</sup> que a los leones desquijaraban, o Ércules o Teseo que hacían lo mismo<sup>1060</sup>; porque a una tierna doncella y más tan niña estremado fue menester que fuesse el ánimo para resistir y bencer aquel temor, cuanto más atreberse como se atrebió a benir con él, como decís, a las manos. Porque como le bio delante de sí, sin perder un punto el ánimo le arroxa el benablo con tanta fuerça, certeça y puxança que acertándole entre los braços le salió la punta del benablo a la espalda izquierda, haciéndole con un estraño bramido dejar la vida; aunque, no contenta con esto, con el guchillo de monte le acabó de rematar, dejándole tendido en aquel<sup>dcccxii</sup> suelo. Y, pensando que allí no había más en qué entender, pareciéndole que era aquella mejor caça que la que la qu'ella había venido siguiendo, se paró muy despacio a le adereçar y piolar, como diestrísima caçadora que era.

Mas aún apenas había muerto el león, cuando bramando un[os] espantosos bramidos salió un toro más horrible y fuerte que al que Hércules dio la muerte, negro

---

<sup>1058</sup> **Ap. marg.:** «*Judicum*, 14 c.». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Sansón (I, pág. 57).

<sup>1059</sup> **Ap. marg.:** «*Regum* 1, c. 17». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. David (I, pág. 61).

<sup>1060</sup> **Ap. marg.:** «*Plutarcus in "Bita Teseis", et Justinus et alii*». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Menalipe (I, pág. 45).

como una pez, de pequeñas aspas (mas agudas y fuertes), el rostro ancho, el cabello crespo y rolloço, corto de pescueço, mas muy grueso y nerbudo; el cual, escarbando la tierra beían haciendo bramuras. Al cual la hermosa doncella no uyó la tersa y cristalina frente, sino aguardándole con baronil ánimo, vien así como Lisímaco<sup>1061</sup> hiço al toro que a los bictimantes se había soltado (al cual, asiéndole de los cuernos le ató, trabí y venció, por lo cual sus medallas son pintadas con dos cuernos), así hiço esta balerosa doncella, que asiendo con sus blancas manos los dos cuernos del furioso toro luchó con él asta que rendido, torciéndole el corto y fuerte cuello, dio con él en tierra y después con el guchillo de monte le acabó.

Echo esto salió a ella una dueña por una puertacilla pequeña mal labrada que en la choça estaba, de asta setenta años o más al parecer, la cual le dijo:

–Hija Camiliana, hija de la duquesa Camilina y de aquel sagaz Ardoniso, engendada en los más herborosos amores qu’el mundo tubo, criada con tantos trabaxos y en el caso de amor de los desdichados progenitores bien disímil, bos seáis muy bienvenida a esta cueba de la antigua y sabia nigromantessa Dapsis española, que á tres mil y ziento y tres años que en ella está enterrada (según la cuenta d’Eusebio), en la cual probaréis, princesa, buestra aventura. La cual si venciéredes, tres dones, los que quisiéredes, os serán concedidos, y si fuéredes bencida, ninguna otra perdida o daño de ello os sucederá sino el haverlo sido. Y veis aí, hija, essas armas<sup>dcccxiii</sup> –dixo mostrándole un cofre–; ponéoslas, que grandes cosas os faltan por acabar.

Ella, con un ánimo estraño (que Dios os libre de muger si se determina)<sup>1062</sup>, quitando la ropa de muger que encima traía, se quedó en calças y en jubón más [f. 273] alegre y contenta que jamás estubo. La cual sacando las armas bio que eran d’esta manera: ellas eran de color ver, más resplande[c]iente y fino que el de una perfectísima esmeralda; ellas de acero debían de ser, pero si no lo eran no lo parecían. La guarnición era muy bien labrada de oro y esmeraldas, y por las mismas armas iban unos relieves<sup>dcccxiv</sup> de oro tan bien dados y a su tiempo que hacían las armas hermosísimas y

---

<sup>1061</sup> **Ap. marg.:** «Justinus, lib. 17 et Apianus». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Lisímaco (I, pág. 136).

<sup>1062</sup> **Ap. marg.:** «Ispanice, “que la muger cruel eslo de veras”». *La Araucana*, Canto X.

de muy buen parecer. Eran las grebas enteras como de hombre de armas, mas todas las ebilletas eran adornadas de inestimables piedras preciosas; las rodilleras, en cada una de ellas estaba una boca de un león que trababa la pierna, a lo que parecía, mas tan bien labrada que más parecía natural que contraecha, que en solo la color se distinguía por ser como era verde. Eran los quijotes de oro finísimo dibinamente obrado, mas muy cubiertos de muchas y muy finas esmeraldas; el pecto y espaldar eran cierto de inestimable riqueza.

Gola, braceletes y guardabrazos eran estremados, mas lo más que había que ber era la celada y el escudo. Porque la celada era como una finísima y transparente esmeralda y parecía llebar debajo una oja de oro con que le hacía salir dibinamente; todos los gonces eran de oro, mas en el juegueçuelo de ellos estaba una piedra de balor inestimable que le bolbía fuerte, lucido, resplandeciente y rico. Lleba[ba] por timble encima de la cresta, que de hermosísimas piedras estaba adornada, una media luna como aquella que <a> Ipsi la egipciana solían poner los egipcios; mas tenía por ribersa el pabo de Juno, y una letra de oro qu'estaba al pie del timble decía: «Entramas se juntarán». El pabo iba puesto de pies sobre un cetro real, lebantado el cuello con gallardía, como le solía poner Faustina en las medallas de plata.

El escudo también parecía ser o era de una esmeralda finísima, teniendo el cerco o aro de oro todo lleno de diamantes y carbuncos muy vien engastados en él, de los cuales en su círculo se hacía o componía una cadena admirablemente obrada. En medio del escudo estaba un figura de Diana con hávito corto y un perro de caça de delante, y ella con un arco en la mano (como la solía traer Augusto César, con las letras de emperador diez bec[e]s). Mas tenía una cosa desacostumbrada y al parecer impropia d'esta diosa, qu'es que llebaba de la mano un Cupido con su aljaba y arco y benda por los ojos, y la letra decía: «Este es el saber amar». La espada y daga que alló con las armas eran tales como a tales armas combenían, porque cierto parecían ser de balor inestimable. Y así la espada en ser libiana, recia y cortadora excedía a cuantas entonces había en el mundo.

Pues, acabada de armar, que la viexa le había ayudado, díxole: «¡Ánimo, hija! Y sígueme, para que alcances el fin deseado y la prez y honra de la femenil caballería». Ella, con un estraño ánimo, determinada de morir o bencer se fue caminando tras la

biexa, a la cual bio entrar por la puerta <sup>[f. 273v]</sup> que había salido. Y, siguiéndola con acelerado y determinado passo, allose en una sala hermosísima de grandísima perfección y riqueza, toda labrada de una piedra india admirable. Y, por las paredes de ella, de dibina talla de medio relieve estaban pintadas muchas batallas en campos concertados, mas armados de duros cueros de animales y con unas lanças de recia madera, tostadas las puntas; aunque algunos vio que llebaban morriones de yerro, aunque toscamente labrados. Y quien andaba concertando el campo vio ser una doncella armada de morrión y recios cueros de serpientes, vien armada para tanta antigüedad como denotaba.

Ella estaba mirando esto (porque también la biexa estaba parada) cuando por una puerta de la sala salió una doncella, de asta treinta años parecía, con el mismo hábito y armas que la que beía pintada, salbo que traía un fuerte escudo embr[açad]o<sup>dcccxv</sup> y una espada desnuda en la ma[no]<sup>dcccxvi</sup>. [La] cual con boz alta, en lengua griega antiquísima, que apenas Camiliana la pudo entender, dijo:

–¿Quién os dio a bos atrevimiento, hermosa doncella, de entrar en este aposento en el cual estoy yo por guarda? ¡Salíos presto! ¡Si no, no menos me pagaréis que con la bida!

–Por demás fuera, hermosa señora –dijo Camiliana– el haberme puesto el arnés y ceñido el espada si tan presto había de usar del feminil miedo, el cual es tan ageno de mi coraçón y pensamiento.

Y, diciendo esto, pone mano al espada, y muy bien cubierta de su escudo comiençan balerosísimamente entre la dos su batalla, mostrándose la de la cueba diestrísima y fuerte, aunque nada menos balerosa se mostraba Camiliana. Ban la una y la otra entrando en calor<sup>dcccxvii</sup>, comiençan a apresurar los fuertes golpes, crece la ira, auméntase la fuerça, llega a su punto el enojo. No se an visto desencarniçadas leonas y sangrientas en tiempo de su competencia tan airadas como se mostraban estas dos doncellas. Las cuales como águilas caudales balerosas que a la rapiña de la presa juntas despuntan en ella y después, procurando cada una el llebarla y defendérselo la contraria, ya olvidadas de la pressa no hacen sino acometerse la una a la otra y, sintiendo las uñas y agudos picos ya en las carnes, lebantando el buelo comiençan su carnicera bolatería,



desplumándose la una a la otra y aun algunas beces inchiéndose de sangre y haciéndose mortales heridas; así andaban las dos doncellas, procurando cada una alcanzar la bitoria de su contraria. Mas eran águilas y onças en ligereça, leonas en cólera y brío y osas enojadas y recién paridas en la fuerça.

Con esto la batalla duró casi dos oras, al cabo de las cuales la dama de la cueba dio a la princesa Camiliana un tal golpe por sobre la cabeça que se le antojó que había sido trasportada en cielo, porque vio lleno de estrellas el suelo y mil desacostumbradas luces en la celada. Mas cual airada sierpe que siendo herida del duro y herrado bastón del que la yere buelbe contra él silbando y furiosa aspirando a la bengança, así bolbió la princesa Camilina<sup>dcccxviii [f. 274r]</sup> con tanta rabia y coraxe que a una torre si tuviera delante dece[n]diera, según arroxó furioso el golpe. El cual acertó a dar a su contraria encima del azerado morrión, que pareció del golpe habella asta la cinta dibidido; mas luego de sobre la cabeça o zelada le bio salir una clara llama de fuego que parecía propiamente una encendida acha cuyo pábilo en que la luz se sustentaba era la cabeça.

Pasado aquello, Camilina<sup>dcccxix</sup> se alló tan descansada como una uviera echo, y sus armas tan sanas y compuestas como si no ubieran recibido algún golpe. Y, estando en esto, la doncella que con ella se había combatido puniendo la espada en la cinta le dixo:

–Hermoda princesa Camiliana, sabed que yo soy aquella Palas o Mierba que la ciega gentilidad haciéndome su diosa decían que había salido del celevro del gran Júpiter y que, sacudiendo la cabeça, d'él sin madre había nacido; disparate tan sin concierto, mentiroso y burlador como lo es su imbentor, qu'es el demonio, padre de toda falsedad y mentira. Porque sabed que yo fui hija de una muger, moça griega, a la cual por haberme havido de adulterio (y aun si quieres, princesa, que diga la berdad, de un propio hermano suyo, siendo mi tía y mi madre), por que no se entendiesse su delicto me echó junto a una laguna llamada Tritónida. Y esto fue el año cuarenta del reino de Nino, rey de Babilonia, tercero nombrando a Nembrot y a Belo.

Pues, como me dejase allí entre unas juncias y matorrales de la laguna, pasó a caso por allí Dionisio, dijo de Amnión (que después fue llamado también Júpiter de Libia), y como allí me alló hícome criar y adoptarme por su hija. Y como Dionisio fue

hombre de valor y exercitó las armas, porqu'él quitó el reino a Cameseno y a Rea y adoptó por hijo a Osiris, hijo d'estos a quien quitó el reino (y después le dio el reino d'Egipto<sup>1063</sup>); pues, como en su casa se començaba a usar la milicia y yo tenía así natural agudeça, fui aficionada a las armas, y tanto que casi di principio a la guerra, a lo menos al formar campo y escuadrones.

Fue mi nombre Palladón, nací año del mundo de 1948, antes que Cristo naciese 2014. Y esto s'es verdad; todas esotras cosas que de mí dicen así griegos como latinos, como bárbaros, todas son invenciones y mentiras. Y aun a mi imitación<sup>dcccxx</sup> Semíramis, reina de Babilonia, usó las armas. Aunque yo ya era muerta, que de mi enfermedad morí moça en la Grecia, en un lugar qu'estaba media legua de donde aora es Atenas; que mi muerte fue siendo de treinta y cuatro años. Y anda, princesa, que si como as començado acabas, tú serás prez y onra del femenil estado de tu tiempo.

Y diciendo esto desapareció, convirtiéndose en una clara y encendida lumbre. La princesa, con todo su ánimo, entonces se turbó, porque asta entonces pensado había que era aquello natural y no aquella banidad de encantamientos. Y, así, en su corazón dijo: «Señor mío Jesucristo, vien sabéis bos que yo ningún género de crédito doy a estos disparates de encantamientos, que vien sé que son todas ilusiones del demonio y burlerías <sup>[f. 274v]</sup> que para engañar a simples imbe[n]ta. Y es el traidor del demonio, nuestro adbersario, tan anvriento y deseoso (de pura imbidia) de llebarnos al infierno, que por engañar y llebar a infierno al desventurado nigromántico se ata, liga y obliga debaxo de algunos carecteres y imbenciones a hacer estas fantásticas burlerías. Mas como es bueno quitar cualquier ocasión de pecado, así lo es detruir estas cuebas o cabernas donde estas ilusiones se hacen, para que no sean ocasión de herir<sup>dcccxxi</sup> a los simples. Y, así, mi intención, Señor, es con vuestro favor quitar de aquí este disparate».

Y, con esto, entró tras la viexa que la guiaba, que aunque era de la negra banda no le pudo conocer el pensamiento. Pues, como la briosa moça pasase adalante, alló otro segundo aposento muy más hermoso y vien adereçado, en el cual por las paredes vio pintadas las istorias... ¡O, pecador de mí! Perdonadme, que me está llamando el príncipe mi señor en Constantinopla.

---

<sup>1063</sup> **Ap. marg.:** «Beroso, lib. 5». Cf. Rouillé, *Promptuarii iconum...*, s.v. Osiris (I, pág. 17).

### **Capítulo 23. De cómo fue curado el príncipe y se fueron las galeras del gigante Sanís, y de otras cosas notables en este tiempo sucedidas.**

Ya os dixere cómo el Emperador no había echo más de ver al príncipe y tornarse, por causa de que estaba tan herido que era menester poner mucho cuidado en su cura (porque tenía onze heridas bien peligrosas y otras tres o cuatro pequeñas). Y también se os acordará que se había quedado aquella noche la princesa Alexandra en su aposento por si era menester algo, que a fe que estaba la pobre de Esmerilda temblando, que le tenía por peligroso, aunque ninguna herida tenía penetrante si no era una lanzada en un hombro. Y conque en aquellos tiempos tenían tan admirables drogas y finísimo bálsamo y otros medicamentos, y estaba la naturaleza muy más fuerte y recia y más apta para recobrar la salud perdida, con todo esto eran tales las heridas que ponían temor a la más diestra maestra de aquel arte que entonces se sabía. Porque, dejado aparte lo mucho que ella sabía y la grande experiencia que tenía, era en aquella facultad perpetua estudiante, que es al fin lo que hace saber a los hombres; que creedme que no se puede saber nada si no se estudia y que no se sabe más de lo que cada día se estudia. Y que esse sabrá en su ciencia, facultad o arte, que no se le pasare día sin hacer raya.

Pues como la buena princesa se quedó allí aquella noche, hízome su grandeza merced de llamarme, que yo andaba allí entrando y saliendo por ver si era menester algo (que mi amo allá estuvo toda aquella noche en la capilla), y me dixo:

–Nictemeno.

–Mi señora, ¿qué manda vuestra grandeza?

–Tráeme un libro, por tu vida, en que lea después de haber reçado las oras.

–¿Y qué libro quiere vuestra grandeza? –dixere yo con toda mi bobería.

–Tráemele de entretenimiento y sea el que te pareciere.

–¿Quiere vuestras grandeza las *Bidas de los Césares* o la de Cleántulo?

–Más quiero –dixo la princesa– la<sup>dcccxxii</sup> vida virtuosa aunque fingida de Cleántulo<sup>[f. 275r]</sup> que la biciosa de los Césares aunque verdadera.

Es cierto que me contentó la raçón, aunque brebe, de la princesa Alexandra, mas tal ingenio tenía ella. Con esto, fui y le truxe la istoria o aventuras de Cleántulo, con los amores de Sineo y Polidea, que entiendo que fue el primer libro que llamáis de matahombres o de caballerías del mundo. Porque os digo verdad cierto cierto, a fe de bueno, que yo le allé de mano en pergamino en un lugarexo pequeño del reino de Castilla, en poder de un herrero. El lugar se llama Pozancos<sup>1064</sup> y él se llamaba Ulano García, hombre de más de setenta y cinco años (perdóneme el señor herrero), que era morisco del reino de Aragón y decía que de África le había traído su agüelo que fue alfaquí según él decía. Él estaba en latín y muy rebueno, el título era este, cierto buelto en español: *Libro de los heroicos echos del príncipe griego Cleántulo, con los estremados amores de Sineo y Polidea*, compuesto por Aristófanés trágico, traducido en latín por Quintilo Cremonense. Esto es verdad cierto, si era fabuloso el título yo no lo sé, lo que sé es que era estremado latín y que nada debía a Quintiliano ni a Cicerón. Este truxe –dice Nictemeno–, y se le di a la princesa para que se entretubiesse un ratico.

Antes que diessen las diez de la noche habían benido de parte del Emperador y la Emperatriz dos o tres mensaxeros a saber cómo se allaba el príncipe, mas de parte de mi señora la princesa Brisaida entiendo que habían benido siete o ocho beces. El capitán de la guardia acudió aquella misma noche a casa del gigante Sanís por si podía prender alguna jente; solo prendió dos caballeros que no se dieron maña para huir: estos, puestos en la cárcel, confesaron todas las traiciones como os quedan contadas. Quisiera el capitán de la guarda que luego aquella noche les dieran caça a las galeras, mas por más buena maña que se dieron ya las galeras llebaban más de una legua de bentaxa. Y, pareciéndoles imposible aunque murieran los remeros alcançarlas, se determinaron las que las seguían de dexarlas y tornarse al puerto.

Vien se os acordará qu’el príncipe mi señor, en llegando que llegamos a Constantinopla, tornó a enviar a Mauro Italiano, su tiniente, a correr aquellas costas asta

---

<sup>1064</sup> Pozancos es una pedanía perteneciente a Sigüenza, Guadalajara. Para su posible relación con el lugar de nacimiento del autor, *vid.* 2.

Suebia. Y, en aquellos dos meses, aunque por razón del tiempo siempre se andubo como diestro capitán costeando y muy becino con los puerto para en sintiendo borrasca poderse acoxer, con todo esso havía echo cuatro o cinco presas importantes. Con lo cual traía aumentado el fisco real, mejorada la recámara del príncipe y la nao de las damas, los soldados contentos y ricos y muy vien pagados, la chusma muy bien probeída, y él asados, no le tengáis lástima; que era italiano y sagacísimo, y aunque era magnaficentísimo para con los soldados d'él (haciendo de su rey y de su capitán), en cosas de sus derechos maldita la cosa [que] era desperdiciada ni se descuidaba en un cabello.

Pues, entendiendo que era ya tiempo de acudir a Constantinopla por si havía de ir por toda el armada a España, para tenerla en los fines de abril en Constantinopla, con esta intención, pues, venía la buelta de Lebante desde Suebia a Constantinopla; aunque, como digo, siempre costeando todo quanto a él le era posible. Pues, viniendo un día así muy alegres todos y contentos (qu'el día de antes havían cautibado cuatro fragatas moras y tres naos que habían dado un muy buen refresco al armada<sup>dcccxxiii</sup>), y indo así todos por muy buen concielto, con mucha música y muy buena conversación, el piloto general dijo: «¡Belas de galeras veo!». Entonces, començando a mirar más en particular, dixo: «¡Dos son!». De allí a un tantico se descubrieron otras dos y dixo:

–¡Ya son cuatro!

–¡Mira si bienen más! –dijo Mauro Italiano.

–No, señor, asta agora no se descuvre otra alguna.

–¡Ca, ca! –dixo el capitán–. ¿Reconoce las banderas?

–Son, señor –dijo el piloto– sin [du]da de la probincia de Coraçán y traen la reseña de la ciudad de Eri, qu'es una cola de caballo y una cabeça de un gallo cortada por junto a los hombros.

–Pues, ¡ca, caballeros! ¡Ánimo y a ellos! Que gentiles son y enemigos de la santa fe católica, y con ellos está ya publicada y rompida la guerra. ¡Ánimo, a la batalla! ¡Que ya es tiempo!

Y, con esto, haciendo reseña el cómitre, comiençan a remar con tanta fuerça los remeros de la galera Leona que en un ímpetu primero se arrojaron más de docientos passos, siguiéndoles las otras tres galeras (las que él havia señalado, que por infamia tenían aquellos balerosos españoles acometer más que tantos a tantos). Vio<sup>dcccxxiv</sup> el enemigo que no podía escusar baraxas y vio cómo la española armada le corría, y aunque procuró la uída el que en ella venía por capitán, que era un gigante llamado Zelonzadino (primo del gigante Sanís el muerto), con todo esso, viendo que le iban dando caça y que era [im]posible el escaparse, con una rabia de Satanás, buelto el miedo en coraxe hace bolber las proas y enderça contra el enemigo animando a los suyos, puniéndoles delante cómo ningún otro medio había de escapar con las vidas sino la victoria. Y, así, como gente desjurada arrementen las una galeras a las otras, y danse tan vrabos encontrones que como todas eran tan fuertes y benían vien redas<sup>†</sup> resonó el sonido del espantable golpe tanto que Neptuno le oyó allá en sus humidos palacios y, tomando el tridente [y] el<sup>dcccxxv</sup> carro de caballos marinos, salió a ber quién le alborotaba su reino e inquietaba sus ondas.

Pues, como la guerra se començó, estando aferradas las unas galeras con las otras, a fe que tuvieron necesidad los españoles de todo su balor y que si no fuera el demasiado vrío de los capitanes y aquel cerrar con tanta fuerça y poco temor, que por ser soberbios y no querer acometer con bentaxa que por poco se ubiera perdido mucho y aun perdiéndose la galera Leona, que fuera una muy gran pérdida. Al fin, peleando los unos y los otros como unos leones, se entretubo la bitoria más de dos oras sin que fuesse ventaxa reconocida. Mas, al cabo de ellas, haviendo Mauro cortado la cabeça<sup>[f.276r]</sup> al capitán Zelonzadino, rindieron las demás galeras; aunque cierto que costó mucha sangre, porque murieron beinte y tres caballeros cristianos y quedaron heridos casi todos.

Mas la presa, para ser de tan pocos basos (que no fueron sino cuatro), de las más importantes y ricas eran que en el Mediterráneo<sup>dcccxxvi</sup> se podía hacer; lo uno por su mucho balor y bonísima munición, que traían probeídas [las naves] de muy fuertes y buenos remeros, de muchos y muy balerosos soldados y de diestros pilotos y de riquísimas preseas, así de seda como de oro y piedras, y especialmente de telas riquísimas (de las cuales benía mucha abundancia). No ay más de que en las galeras ubo

aquel contento que suelen tener los bendecidos cuando los despojos dibiden del bencido<sup>1065</sup>, y con esto se binieron contentos y ricos y bitoriosos para el constantinopolitano puerto.

Mas, en este tiempo, estando leyendo la princesa Alexandra en aquel libro antiguo que yo le di, serían como a las doce de la noche poco más, estando a los pies de la cama Esmerilda y Libertina, le dio al príncipe un accidente vien áspero y desabrido que a fe que nos hiço alborotar; porque de la herida del hombro tornó a despedir grande abundancia de sangre, que nos dio a todos los de casa arta pena. Aunque Esmerilda nos animaba diciendo que mediante Nuestro Señor no sería aquello nada y que esperaba en Nuestro Señor de tenerle presto fuera de peligro; con todo esso, no dormimos en toda la noche casi sueño alguno.

A la mañana, como a las 8 de la mañana, vino un paxe de mi señora la princesa Brisaida a saber qué tal estaba el enfermo, al cual Alexandra respondió: «Decí a su grandeça que le veso las manos muchas beces y qu'el capitán está algo sosegado», aunque había tenido una ruin noche, porque desde las doce asta las tres había estado muy desasosegado y con muchos dolores de sus heridas y aun con accidentes de calentura, mas que con todo esso tenían mucha confiança en Dios que no sería nada<sup>1066</sup>. Algo se alteró la princesa Brisaida en oír el recado y, así, todo el día sabe Dios las alteraciones y pena que la tierna doncella sintió, y no había ora que no enviase a saber qué tal estaba el capitán.

Yo os doy mi palabra que le tuvimo dos días bien peligrroso y que ubo artos en cassa que andaban ya con los ojos echos carne de llorarle. Al fin, por no detenerme, al tercer día por la maña[na] dio muestras ciertísimas de su salud, y andábamos todos tan alegres que era cosa estraña. Y todos los criados de casa nos bestimos lo mexor y más brabo que teníamos, y las damas todas hiço Esmerilda que se pusiessen biçarrísimas de barias colores, cada una como mejor le estaba y lo más rico que tenía. Y mi señora la

---

<sup>1065</sup> **Ap. marg.:** «*Laetantur sicut victorias quando dividunt spolia*». «*Lætabuntur coram te, sicut qui lætantur in messe; sicut exsultant victores capta præda, quando dividunt spolia*» (*Nova Vulgata...*, Liber Isaiae 9, 3).

<sup>1066</sup> Acusamos una desafortunada mezcla del estilo directo y el indirecto.

princesa Alexandra se puso aquel día más compuesta y loçana que la hevrea de Asuero [f. 276v] y que Cleopatra la egipcia cuando deseaba agradar a su Marco Antonio.

Aquel día por la mañana vino el Emperador a bisitar al príncipe, y ya estaba de suerte que se podía estar con él. Y, así, estubo allí una ora o más el Emperador, tiniendo junto a sí a su sobrina la princesa Alexandra, espantado de su hermosura y adereço, y así le dixo:

–Bien parece, sobrina, que estáis en buena compañía.

–Por cierto, sacro Emperador –dijo Alejandra–, sí estoy. Y bástale al capitán ser tan aficionado como es al servicio de vuestra grandeça para que yo le ame mucho y guste de estar en su compañía.

–¡Ola! –dixo el Emperador–, llamame a Priscilano, que le quiero hablar. Y dejaremos descansar al príncipe, que vien lo habrá menester; porque a la tarde quiere benir acá la Emeratriz y su gente y es menester tener descansada la cabeça...

Con esto vino mi amo Priscilano, al cual el Emperador recibió muy bien, y le dixo:

–Bamos, señor Priscilano, a vuestro aposento, que quiero berle. Y mostrarme eis también vuestra cassa y veremos qué tales ban los edificios de ella.

Con esto se fue [c]on mi amo. Es verdad cierto que yo fui con ellos y que ni un ri[n]cón dejó el Emperador de toda la cassa. Y dixo cuando salió de la recámara (que yo se la mostré), cuando le estaba echando la llabe:

–¿Cómo os llamáis gentilhombre?

–Llámome –respondí yo–, sacro Emperador, Nictemeno.

–Por cierto, bos tenéis a cargo la mexor recámara que tiene príncipe en el mundo, y eme olgado mucho de ber cuán vien aseada la tenéis. Y la pieça de suya es hermosísima. ¿Quién tiene –dijo el Emperador– el armería?

–También la tiene Nictemeno –dijo Priscilano–, que todas las llaves de casa tiene y la tesorería.



–Bámosla a ber, por vida vuestra.

–Bamos, mi señor –dixe yo–, mas faltan aún algunas cosillas.

–No importa –dixo el Emperador.

Con esto le llebé al armería, y estaban ocho salas muy vien labradas y de ancho y largo iguales, que mi amo las había echo hacer en tres sobrados. Cada suelo tenía tres salas; en fin, eran nueve las piezas, mas la una estaba en dibersos repartimientos dibissa para los armeros que limpiasen, acicalasen y bruñiessen los arneses, y para pabonar, dorar y otras cosas. Debaxo d'estas salas estaba la armería de los que batían, undían y hacían armas; en berdad que traía entonces ciento y setenta oficiales y que me habían acabado de Bizcaya (de España) 2.500 quintales de yerro y acero, y que teníamos arta prisa para unos mil arneses que mi amo había mandado que se hiciessen, todos con la insignia de la cruz de su padre Ardoniso.

Pues, como el Emperador entró primero en las salas baxas o herrerías, entonces no se hacían otras armas sino solos aquellos arneses, mas mucho se olgó de ber la curiosidad de los ornos y fraguas y las ingeniosas chimeneas que había; los tornos, batideros, junques y todas las demás cosas para aquel <sup>[f. 277r]</sup> oficio importantes. Pues abrile una cuadra en que tenía la herramienta que era del príncipe, que la había echo labrar en Alemania para sus armeros. De berdad que se espantó el Emperador, y él tenía razón, que cierto que había[n] llegado a más de setenta mil ducados solas las echuras, que las materias de España las havíamos echo traer. No quiero cansaros <sup>dccccxxvii</sup> con deciros lo que allí abía, que cierto eran más de 6.000 piezas diferentes.

Después d'esto subimos a la primera sala; la cual, arrimados a la pared por una parte y por otra, en unos tenederos o caballetes de bronce, puestos por muy gentil concierto, estaban tres mil arneses lucidísimos que parecían claros espexos. Encima de cada uno estaba su escudo y espada colgada, y la lança de limpidísimos yerros junto a él. En esta sala no había otra arma ninguna, porque eran todos arneses dobles de hombres que llamáis de armas, con lança, espada y escudo.

En la segunda sala había armas para caballero y caballo que llamáis ligero, que eran morriones, jacos y lança y adarga, y para jaculadores o dardeadores, donde había

dardos, escudos, jacos y arneses. También había armas para los adreros<sup>1067</sup> de a caballo y para todo linaxe de soldados, así de arneses como de jacos, coraças, lorigas, morriones, zeladas, caxos, cofias, sombreros, capellinas y otros muchos géneros de armaduras de todas suertes; qu'el rey gustó mucho de ber tanta dibersidad y barias cosas y tantos géneros de armas tan dibersos, todos puestos por tan buen orden y concierto. Todo lo andubo con particular atención mirando el Emperador y loando el buen concierto que en la disposición de todas las cosas había.

Mas, después de comer, la Emperatriz y mi señora, la princesa Brisaida, por el pasadiço con asta dos docenas de mugeres (entre dueñas y doncellas) se binieron al cuarto de las damas. El cual estaba ya acabado y adereçado tan bien que tubo bien que ber en él la Emperatriz, loando el aseo y disposición de todas la cosas y la probisión de todas las oficinas de aquellas damas. Al fin, a las dos poco más menos serían, cuando vinieron al aposento del príncipe y, entrando la buena Emperatriz, sentada en una silla junto a la cabecera de la cama, dixo al príncipe:

–¿Cómo se siente, hijo mío, de sus heridas?

–Con tanta merced, soberna señora, como de Vuestra Magestad recibo no puedo dejar de allarme muy bueno y tener por bienaventurado el trabaxo pasado.

Con esto, habiendo hablado un tantico essas comunes raçones, respuestas y preguntas que suelen pasar, llegó la Emperatriz a mi señora, la princesa Alexandra, dando lugar a la princesa Brisaida que llegasse a hablar al príncipe. La cual aun delante de su madre estaba tan <sup>[f. 277v]</sup> turbada que, sin acertar a decir otra raçón, solo le preguntó:

–¿Cómo os alláis, señor caballero? Que me an dicho que habéis estado muy fatigado de vuestras heridas.

–Mi señora –dijo el príncipe–, como me allaron los enemigos tan desapercibido de armas, si no fuera por el soberano favor que de vuestra dibina presencia se me

---

<sup>1067</sup> *adreros*: Según *Autoridades*, *adrero* es «el que por turno participa de una distribución o ejecuta un trabajo» (s.v.); sin embargo, esta acepción no parece hacer sentido en el presente pasaje, en el que parece señalarse un tipo concreto de soldado jinete.

comunicó, no solo ubieran sido penosas mis heridas, mas sin duda dejara la vida entre sus manos.

–Aora, ¡bendito sea Dios que lo ordenó así! Que yo os prometo que las heridas que recibíades en el cuerpo –dijo la princesa– que las recibía yo muy más graves y crueles en el alma.

Esto dijo Brisaida medio entre dientes y con tan encendidos colores en el rostro que la más bella criatura del mundo quedó, manifestando juntamente su mucho amor y hermosura y soberana onestidad y bergüença. La buena de Esmerilda, entendiendo lo qu'el príncipe deseaba, dijo a la Emperatriz:

–¿Vuestra grandeça quiere ver el oratorio de mi señora la princesa Alexandra?

–Sí, en verdad –dixo la Emperatriz<sup>dcccxxviii</sup>–, que Brisaida me le á loado mucho.

–Pues venga vuestra grandeça.

Con esto, leuantándose de su silla que a la cabecera de la cama del príncipe estaba, dixo a la princesa Vrisaida:

–Toma tú esta silla, niña, que Esmerilda y yo luego bolbemos.

Con esto se salió del aposento, y con ella fueron todas, quedándose solas las doncellas qu'estaban siempre allí. Las cuales ni eran bobas ni pereçosas, y así luego pidieron licencia para entrarse un aposento más adentro; y, así, se quedaron solas la princesa Vrisaida y Alexandra. Y como la princesa Alejandra sabía ya lo que allí con cortesano término se podía hacer, dijo con muy buena gracia, sacando unas oras muy hermosas y ricas de la manga: «Parlen un poquito vuestras grandeças entre tanto que reço yo allí tertia y sesta de Nuestra Señora que me falta. Y encomiénde[n]se el uno al otro los cuerpos, que yo les encomendaré a Dios las almas...», esto último dixo de suerte que no pudo ser oída.

Pues, como se apartó junto a un bufete de oro riquísimo sobre el cual estaban dos belas de cera blanca, tomó una silla y, diciendo «perdonen vuestras grandeças», se sentó vueltas las espaldas hacia la cabecera de la cama y con las oras en la mano. Y a tanta distancia estaba la princesa que aunque hablasen alto no podían ser por ella los

príncipes oídos. Buena oportunidad escogió Amor para que dos los más hermosos cuerpos y más bien enamoradas almas pudiesen manifestar el fuego y amor de los pechos que al uno y al otro abrasaban. Mas ¿qué arán, como decís, dos coraçones heridos de una centella? Que ella de vergüença calla y él calla de temor de ella. El remedio me parece que será del que comúnmente suele usar Amor, y es que callan las lenguas y hacen de los ojos bocas, boca y coraçón manifestando por ellos lo que las palabras havían de decir. Mas esse es remedio para delante de testigos, pero a solas no se sufre que la lengua manifestadora de los secretos del alma esté ociosa. Así, cobrando<sup>dcccxxix</sup> el príncipe <sup>[f. 278r]</sup> un<sup>dcccxxx</sup> poco de ánimo començó a decir:

–Si no tubiera, dibina princesa mía, echo sacrificio del alma y cuerpo a vuestra soberana hermosura, de tal manera que solo el último fin que deseo es entregar lo uno y lo otro a vuestro servicio (aunque sea en olocausto de amor abrasarlos en un encendido orno de fuego natural como ellos en espiritual, amoroso y dibino se están abrasando), no osara declarar mi pecho. Mas como todo lo que me puede suceder de pena y tormento, en ser por vuestro dibino amor, es por mí tan deseado, atréome a decirlo, para que si por manifestarlo merezco muerte, condenándome vos, mi único bien y señora, a ella, yo mismo me la dé quedando mártir (y no de Dios sino vuestro), y como a tal me concedáis el premio<sup>dcccxxxi</sup> debido, qu'es aceptar a lo menos mi servicio. Y si acaso vuestro dibino balor y misericordia ordenare de azeptar esta boluntad permitiendo que viba, se[r]á con la mayor vienaventurança que se puede alcançar en el suelo, pue[s] bibiré siendo vuestro.

Con esto, fixos sus hermosos ojos en los dibinos de la princesa, quedó, como decís, absorto y temblando aguardando la respuesta. Ella, cobrando con estas raçones algún vrío y perdiendo algo de aquel empacho que la tenía turbada, con dibina boz, pronunciada por aquellos hermosísimos labios, començó a decir:

–Si no fuera, príncipe, por no haceros tanta merced como fuera que fuéades, como habéis dicho, mi mártir, ordenara de que en pago de vuestro atrevimiento tuviera por premio la muerte vuestra osadía. Mas, porque no sé si os fuera mejor con ella que con la vida, quiero que vibáis, para que la larga y enojosa vida os sea penitencia de vuestro atrebimiento.

Vien dio en el modo la hermosa griega a entender que decía esto más por hacer merced que por enojar y que era más regalar que desabrir, y más dar gusto que pesadumbre. Lo cual aunque entendió el príncipe, quiso con todo esso manifestar sentimiento de la apereça de la respuesta, y así dixo:

–No me pesará a mí, dibino sol que las tinieblas de mi alma estáis desterrando, de bibir muy prolongados siglos y siempre con mil martirios, si por vuestro amor los tengo de padecer. Solo querría que en este tormento no estuviesse ageno de vuestro amor y gracia, qu’esto solo sería para mí desabrido infierno.

–Aora bien, príncipe, que la gracia de las damas, ablando de las texas abaxo, con guardar la fe y perseberar en buenas obras se alcança, y esperar con firme constancia en su clemencia.

–Suplico a vuestra grandeça –dixo el príncipe–, por el dibino ser que en vuestra grandeça resplandece, que me dé la mano; pagaré<sup>dcccxxxii</sup> una deuda tan debida a tan soberana merced y juntamente con esso iré recibiendo el premio de las partes que por hacerme a mí soberana merced vuestra grandeça á pedido.

En mi ánima no sé cómo la princesa no acertó a negarle la merced que le pedía, y puniéndosela en la suya, que se la estaba pidiendo, haciendo así una amorosa repugnancia, se la puso en la boca. Y el un pecho y el otro començaron a sentir <sup>[f. 278v]</sup> tales efectos que os doy mi palabra que lo sé arto mejor sentir que escribir.

Porque aquellos lascibos movimientos que en lo interior se sienten (un descuaxo suabísimo y tierno, con un descanso de los abrasados pulmones de amor, que causan dar un tierno y amoroso suspiro<sup>dcccxxxiii</sup>), y aquel quedar con aquella dulce enfermedad de amor que causa debilitamiento en los miembros, con un cortamiento de braços que si no es en braços no descansan; aquel titubear del amoroso lavio y estar con nubes los claros ojos por ebaporiçar a ellos gruessos umeros causados de aquellos espíritus bitales, que de aquella purísima sangre enamorada (que tiene en el coraçón su asiento) están produciendo<sup>1068</sup>; resultar después de aquella suspensión y suspiro, por raçón del concebido calor, un presuroso anelar, con tanta ternura y gusto que aun el mismo anélito

---

<sup>1068</sup> Ap. marg.: «Nota. Efectos de pasión de amor».

da contento por refrigerarse el encendido corazón, y en amor abrasado, con aquella aura fresca que los pulmones le administran. Y, después, siendo demasiado el calor, exalando las umedades más frías, combertirlo en la tapadera de aquella encendida ornaza en umor. Y, después, sacar de aquel mismo humor las lágrimas que por salir por instrumentos encendidos salen abrasantes, aunque de su calidad son frías y úmedas. Y, de que se arrasan los bellos ojos de aquella amorosa agua, como el amor es causa de semejança, hace una fuerça a los hermosos ojos que mira[n] que en el efecto se les asimilen y parezcan.

N'os quiero decir el tierno niñear, aun los más grabes, aquel hablar sin término y decirse mil niñerías sin orden ni concierto: «¡Ojos, ojos, [o]jos! ¡Mi bien, luz, alma mía! ¡Ámame, mi contento! ¡Aguarda, bida! ¡Dame, dame mis ojos! ¡Ca, niña!, ¡no porfíes, rapaça!, ¡estate queda!». Pues, ¿y cómo, «luz y esperança y mi consuelo», súfrese que a un pecho así abrasado en encendido fuego le<sup>dccccxxiv</sup> añadan así encendidas brasas de rigor y luego bolber muy grabe y con un juramento muy solemne, eficaz y estrecho decir un: «por tal, que no ay cosa oy en el suelo que más ame»? ¿No es, por bida buestra –dice Nictemeno– graciosa gerigonça la que amor enseña? Que aun escrita parece lengua de aliende, que quien la dice no la sabe ni quien la oye la entiende<sup>1069</sup>. Pues, por que no seáis maliciosos y penséis que más esperiencia que ciencia es la que enseña estas cosas, quédese el capítulo.

#### **Capítulo 24. De cómo el armada de España encontró con unas naos y de lo que con ellas se sucedió, y cómo todas llegaron al puerto y de lo que más abino.**

En este pasado capítulo os dixen la sangrienta victoria que Mauro Italiano ubo de las cuatro galeras de los persianos, haviéndoles costado sangre (más de la que fuera razón) por la balentía y ánimo de los enemigos, que todos eran estremados soldados y

---

<sup>1069</sup> *Lengua de aliende*: «Algarabía de allende, que el que la habla no la entiende. “Algarabía de allende” se dice por lo que no se entiende, y razón disparatada» (*Correas*, pág. 72). La variante *algarabía de aliende* es común en los textos de la época; así, la encontramos en *El vergonzoso en palacio*, en cuya edición del texto explica Américo Castro: «Se llamaba a la lengua árabe, o más bien a la jerga de los moriscos; por *allende* se entendía la tierra del otro lado del mar, en especial la que estaba al otro lado del estrecho de Gibraltar» (Tirso de Molina. *Obras I*. Madrid. La Lectura. 1910, pág. 122).

muy buenos caballeros, y en el arte militar <sup>[f. 279r]</sup> ejercitados. Al fin, alcanzada la bitoria y repartidos los despojos, comenzando a poner en orden las galeras turcas, probeyéndolas de soldados y remeros y las demás cosas, con aquel orden y concierto que de la prudencia de Mauro Italiano se podía pensar (que en esto cierto excedía a Júlio César y en la elocuencia a Germancio César, <a> Axantipo y Marco Atilio o los catones, y a otros capitanes ilustres<sup>1070</sup>). Pues, comenzando la jornada hacia el constantinopolitano puerto, en medio de las anchas plaças del mar Mediterráneo vieron siete naos cristianas que por las insignias y banderas conocieron que se estaban defendiendo, aunque no muy bien (pero, al fin, como podían), de tres galeras y cinco naos de infieles; mas ya casi las siete naos estaban rendidas.

Lo cual, bisto por Mauro Italiano, animando a los remeros y soldados dijo:

—¡Ca, compañeros y señores míos, y vosotros, hermanos! ¡Ánimo y bamos, entre tanto que Fortuna nos muestra el rostro alegre! ¡Bamos, gocemos de las bictorias que delante nos presenta! Y ayudemos aquellas naos cristianas, que parece qu'están con mucha necesidad de socorro, y eternicá vuestros balerosos nombres y ilustres famas con las felicísimas victorias que d'esta pagana gente habéis alcanzado.

Tocan el silbo y bogan los remeros, y más que un ligero neblí camina la Leona de España, siguiéndola con apresurados remos las demás galeras. Y sin ponerse en concierto imbisten con el enemigo, al cual fue facilísimo el rendirle sin se se le escapar baso alguno ni morir de la una parte ni de la otra casi nadie, porque aun no llegaron a diez y seis entre muertos y heridos en la una parte ni en la otra. Alcançada esta victoria y rendidas las tres galeras y naos, vieron que eran de un famoso pirata, gran cosario llamado Surdano, natural de Calabria, renegado. Y en un pequeño baxel, cuando vio venir las galeras, a fuerça de muy buenos remeros se había el ladrón escapado.

El piloto de la nao principal de los cristianos conoció luego a Mauro Italiano, y él también fue conocido d'él; porque <sup>dcccxxxv</sup> sabed que era el esperto y viejo marinero y sapientísimo piloto Fraseldo, el e[u]nuco de la Isla de la Enamorada Corneria, que a traer las cartas y regalo de aquellas princesas Belisandra y Taurisa benía, que cierto fue

---

<sup>1070</sup> Ap. marg. «Polibio, lib. 2».

incomparable el contento que los unos con los otros recibieron. Y, así, mandó Mauro que todos los despojos y basos del pirata que entonces acababan de bencer fuesen dados a los mercaderes de la Isla de Corneria; salbo la galera capitana, que era estremado basso y muy bien armado, que mandó que se quedasse para el armada de España y una nao, que lo que en ella venía se dio a saco a aquellos soldados que habían peleado (aunque el basso se dio a los mercaderes). Con lo cual todos quedaron contentísimos y muy bien proveídos de despojos, y se binieron, <sup>[f. 279v]</sup> que solas once leguas del [constantinopolitano puerto] sucedió este rebato. Y, así, entraron en el puerto aquella noche a las once de la noche y, por ser tan tarde, asta benida la mañana no fue posible tomar puerto.

Venida la mañana, a las siete de ella, entró el armada española con las naos de los mercaderes de Corneria, primer día de março (que fue un día después que pasó la plática que os dixen en el capítulo pasado entre el príncipe y la hermosa Brisaida). Y entró con doce galeras y 9 naos ganadas a infieles, que en aquellos tres meses los balerosos españoles les habían caçado, inchiendo su armada de riqueças y despojos. Con esto entró toda esta armada al puerto con las naos de la isla, que con las ganadas eran doce naos y dos galeras, que fue hermosa cosa de ver. Traía la galera Leona capitana, la que la reina Casiana dio a mi amo el príncipe, cien banderas de enemigos arrastrando por el agua y lebantando la bandera de la fe de la Iglesia y de España (hermosísimas como os tengo dicho). Entraron con muchos instrumentos músicos de armada, con que toda la ciudad y playa regocixaron.

Haviendo venido la licencia del Emperador, Mauro Italiano con seis capitanes de los más principales del armada tomó puerto, y el buen Fraseldo, con otros cuatro de aquellos mercaderes de la isla. Ya yo, con doce caballeros criados de casa y gente noble y de balor, estaba en el puerto, porque así me lo mandó el príncipe mi señor sabiendo que era venida la armada. Y dexó dado orden que se buscasen todas las cosas de regalo que se pudiesen allar para darle un refresco a todos los que en ella venían. Estube en la playa asta que legó la lancha en que venía Mauro, al cual todos recibimos con aquel comedimiento<sup>dcccxxxvi</sup> y placer que era justo. Mas cierto fue estraña cosa lo que me olgué con Fraseldo, que no le dexaba un punto de le preguntar cosas de la isla, a lo cual todo me respondía con mucha discreción y buen término, que le tenía estremado.



Al fin, todos juntos fuimos a casa, habiéndole dicho a Mauro cómo teníamos al príncipe en la cama y muy herido, y aun que había estado peligroso. Y Mauro me dixo luego que le dixesse lo que había pasado en el reino de Arcadia, que le habían contado el caso de mil maneras diferentes. Yo se lo fui contando asta que entramos en casa, que Mauro quedó admirado de ver lo que en ella estaba edificado, y así me dixo:

–En berdad, señor Nictemeno, que se an dado mucha prisa en este edificio y que me contenta estrañamente.

–Pues verá vuestra merced despacio –dixe yo– lo que está labrado, que cierto que entiendo qu'es de lo mejor del mundo para haverse edificado con tanta presteça.

De camino, porque aún era de mañana, los llebé <a> aquellos caballeros a la tesorería y allí les hice dar de almorçar con el mayor regalo <sup>[f. 280r]</sup> que yo pude. Después, haviéndonos avisado que ya habían curado al príncipe y que era ora conuiniente para entrar a hablalle, fuimos todos a su aposento.

Ya se avrían las ventanas, aunque quedaban puestas una bidrieras de cristal; con esto el aposento quedaba vien claro y abrigado. Entrando Mauro Italiano, el príncipe le recibió muy bien y con mucho contentamiento y familiaridad, y haciéndole sentar le preguntó cómo le había ido. Dándole cuenta así en suma dixo:

–Y ya que veníamos a entrar en el puerto, topamos con Fraseldo y con alguna gente de allá de la Isla de Corneria, donde vuestra grandeça nació.

–¡Jesús! –dixo el príncipe, llegándose Fraseldo (que asta entonces había estado aguardando)–, seáis muy bienvenido, Fraseldo, que cierto eres uno de a los que yo más quiero en esta bida. ¿Cómo quedan, dí, mis padres?

–Quedan, mi señor, con mucha salud; aquí traigo cartas de todos ellos. Y de mi señora, la princesa Belisandra la Bella, te traigo una nao con un regalillo, y sé yo que te quisiera enviar todo el mundo.

–¡Calla, Fraseldo! –dijo el príncipe–. Que del amor que tiene mi madre no tienes tú que decir, que pocos hijos ay en el mundo que se puedan preciar de tener tal madre. Di, Fraseldo, ¿qué gente viene contigo?

–Señor, dos pilotos muy buenos o[m]bres (que, como yo soy biexo, por si me muriere un día d'estos les é venido enseñando este viaxe) y cuatro caballeros de guarda, y la demás gente de servicio. Y venían conmigo seis naos de la gente de la isla, de mercaderes que traían de allá cosas que vender y havían de cargar de otras cosas que en la isla ay necesidad.

–Aora dame acá los despachos, Fraseldo. Señor Mauro –dixo al capitán–, después me daréis los memoriales, aora id a hablar con mi ayo. Y bos, Nictemeno, a esos mercaderes de la isla de mi madre daldes todo quanto quisieren, que asta Sevilla con las galeras de España irán seguras; de allí adelante seguro es el camino. Y mirad que los regaléis mucho, que son españoles y basallos de mi madre, y mirá que a Fraseldo<sup>dcccxxxvii</sup> le tratéis como al príncipe Ardonisso mi señor, que sabed que le tengo en lugar de padre.

–¿Acuérdasele a vuestra grandeça –dijo Fraseldo dándole la carta– cuando me daba mucha prisa que le diesse las narices y riñó un día muy despacio conmigo porque no tenía barbas?

–¡Andá, andá con Dios, Fraseldo! Ve a ber a mis ayas, Esmerilda y Libertina, que yo seguro que no podía venir para ellas cosas de mayor contentamiento en el mundo qu'el berte y saber de mi madre y de mi tía. Andá, andá entre tanto que leo estas cartas.

Ya venían Esmerilda y Libertina, saviendo que había venido Fraseldo, desaladas por belle y saber de la isla.

–¡Ca, ayas! –dixo el príncipe–. Ven aí a Fraseldo, no me digan agora nada, que quiero ber estas cartas del príncipe mi señor y de mi madre.

–Pues acá –dixo Fraseldo– traigo otra rezma de papel para estas mis señoras.

No lo toméis a burla, que en mi berdad que Esmerilda y Libertina con toda su grabedad que de puro contento lloraban las lágrimas tan gruesas como unas perlas de Oriente y que abraçaban a Fraseldo, viexo, feo y sin narices ni labios (y lo peor, castrado) como si fuera un mancebo hermoso, robusto y que pudiera serbir damas. Al fin, allá le metieron <a> aquel biexo del diablo (que, al fin, «da Dios fadas a quien no

tiene quixadas»), y no entendían sino en regalarle y preguntarle mi preguntas, que no le dejaban un momento.

Pues, como el príncipe se quedó [solo], la primera carta que avrió fue una de Ardoniso, la cual decía d'esta manera:

Yo, Ardoniso, príncipe en España, a mi amado hijo, el Príncipe de la Fe, le deseo temporal felicidad y eterna.

La paz de Nuestro Señor Jesucristo, hijo, te enseñe lo que te combiene para que seas buen cristiano, onrado caballero y excelente príncipe. Si quieres acertar a gobernar vien esse estado qu'el Re[y] te á echo merced, comiença de ti mismo, porque imposible es que sepa gobernar república el que no sabe regir su casa ni traer concertada su conciencia. Cuando el príncipe es honesto, manso, casto, sobrio, callado y sufrido, baleroso y justiciero y deboto, todos los de sus casa lo son, y si an de ser disolutos, no osan a lo menos serlo en público (y arto hace el príncipe en cuya casa nadie osa a lo menos parecer malo). Mas si el príncipe es ambicioso, bullicioso, trafagón, jugador, blasfemo, reboltoso, impaciente y adúltero, ¿quién podrá hacer que sus criados no le imiten en las maldades? Que, al fin, las palabras atemorizan, mas las obras incitan; que más imitan las obras que nos ben hacer que las palabras que les decimos. Así que, hijo, vibe de suerte que tengan tus criados qué imitar y los estraños bean en ti obras dignas de loa y reberencia.

Sé, hijo, muy grato a Dios por las mercedes que d'él recibes, pues cierto que Dios no quiere lo que tenemos, sino que le agradezcamos las mercedes que nos hace. Porque esso, hijo, que as alcançado, aunque te costó tu sudor y sangre, no as de entender que te fue debido, porque lo que Dios nos da podémo[s]lo desear y pedir, mas no merecer. Y dale sumas gracias proque te á dado con que no ayas menester a nadie, que a los príncipes ales de ser muy natural el dar y muy ageno y estraño el pedir, porque realmente, supuesto que somos dispenseros de Dios, es menester que seamos legítimos dispensadores; porque no se llama rico o poderoso un príncipe por lo que tiene, sino por lo que con magnificiencia sabe destribuir. Porque el día, hijo, que no supiéredes <sup>[f. 281r]</sup> dar, ponéis en pregón y en contingencia vuestra fama. Y procurad, hijo mío, de no quitar a los pobres lo que se les debe; porque, dejado aparte que será en ti miseria, harasles a ellos falta y, en lugar de rogar a Dios por tu <sup>dcccxxviii</sup> bida, pedirán a Dios vengança. Y así muy mayor temor as de tener de enoxar al pobre que al rico, porque los ricos <sup>dcccxxxix</sup> vénganse con las armas, mas los pobres con lágrimas.

Y, así, hijo, ten <sup>dcccxl</sup> en memoria los beneficios recibidos para nunca olvidarlos y olbida las injurias para nunca bengarte. Ten siempre hombres virtuosos y espertos por quien te rixas, que no ay hombre ni príncipe tan sabio que no tenga necesidad de buenos consexeros. Y así procura que sean los tales honestos en la bida, rectos en la justicia, sufridos en las injurias,

medidos en las palabras, justificados en lo que mandan, rectos en lo que sentencian, piadosos en lo que executan, y sean de edad y esperiencia y en la birtud muy usados.

Usaos, hijo, a oír con mucha paciencia a todos y no engañar a ninguno, porque vuestras palabras tendrán por berdaderas y las de vuestros oficiales por sospechosas. Considera siempre que bos y buestros basallos tenéis un Dios que adorar, un rey que serbir y que guardáis una ley, y que havéis d'estar con ellos e[n] una patria, habéis de morir como ellos y juntamente con ellos parar en una sepultura; y así habla[l]des como a hermanos, haceldes vien como a hijos y trataldos como a cristianos. Presumid siempre de ser afable, mas guardaos de ser chocarrero. Gustad, hijo, más de guardar la leyes antiguas justas que de hacer premáticas nuebas. Dad el consexo con deseo de acertar y recibilde de gente que no procure su interés. Gastad de suerte que no seáis tenido por abariento ni estimado por pródigo.

Otras muchas cosas os pudiera, hijo mío, decir, las cuales deja la pluma por encomendarlas a vuestra prudencia, la cual con estados acreciente Nuestro Señor como este, que os ama como padre, desea.

Leída esta carta por el príncipe, la estimó en más que si le ubieran dado un cuento de renta, qu'el sabio siempre gusta de ser enseñado y el birtuosso de ser aconsejado. Y, con intención de bolberla a l<e>er y hacer lo que por ella le era encomendado (porque poco aprovecha leer <o> oír buenos consexos si no nos emos de aprovechar de ellos), abrió la carta de Belisandra la Bella, la cual leída vio que decía assí:

La princesa Belisandra a su muy amado hijo, don Mexiano de la Esperança, desea salud<sup>1071</sup>.

Con notable deseo estoy, hijo mío, de saber de vuestra salud, la cual aumente Dios como yo deseo. Mi prima Taurisa<sup>dcccxi</sup> y yo estamos muy buenas y emos tenido mucho consuelo con la venida de vuestro padre y del baleroso Feridano, a los cuales guarde Dios como deseamos. Olgamos mucho de las buenas nuebas que de bos nos an dado; bennos<sup>dcccxlii</sup>, hijo, a ber lo más presto que fuere posible <sup>[f. 281v]</sup>, que será para nosotras mucha consolación y contento. El cual os dé Dios, mi hijo, temporal y espiritual, como desea

esta vuestra madre.

No menos contento recibió el príncipe de leer esta carta así llana y amorosa, de la qu'él realmente y sin ninguna duda pensaba que era su madre, que de la que de

---

<sup>1071</sup> Anotación de un lector, mano 3: «Y muy larga vida y próspera fortuna».

Ardoniso había recibido. Y así la una y la otra guardó, leyendo luego otra de Feridano y de la gallarda Taurissa, con la cual tanvién recibió sumo contentamiento, y con otra de Verarda y Acursia, en que todas mostraban tener mucho deseo de berle y tener salud todos los de la isla. Pues el contento que con las cartas Esmerilda y Libertina recibieron fue cierto notable, y no cabían de placer haciendo mil mercedes a Fraseldo y a todos los que con él benían.

Por avreviar, sabed que en consexo de guerra se determinó que Mauro Italiano bolbiesse luego a España y truxesse las ciento y beinte galeras de ella probeídas de muchos y muy buenos soldados<sup>1072</sup>, todos españoles. Y que procurase que fuesen los más de ellos moços en la edad y biexos en la milicia, robustos en el cuerpo y virtuosos en el alma, brabos para enemigos y humildes, mansos y afables para amigos. Que fuesen prudentes para el consexo y animosos para el efecto; notables en la sangre mas muy más nobles por la esclarecida fama de sus birtuosos y heroicos echos; obedientes a sus capitanes y aficionados a su rey y república; hombres de más manos que palabras y que las que dixeren sean verdaderas.

También le dixo el príncipe que los capitanes<sup>1073</sup> procurase que fuesen experimentados en la milicia y exercitados en las letras, que tubiessen rigor en la espada y sal y persuasiba eficacia en las palabras; que fuesen hombres principales y grabes a quien sus soldados reberenciasen y aun temiessen, y sin osar replicar obedeciessen; fuesen más amigos de virtud y onra que de dineros, y que uyese[n] de los codiciosos como de total beneno de la milicia. Los alféreces<sup>1074</sup>, que fuesen moços de hermosa y robusta presencia, de notable fuerça en la diestra y diestrísimo en la milicia, de ánimo constante y firme y audaz en sus acciones (amoroso para los suyos, mas feroz en echos y aspecto para los contrarios):

–Asta en las armas se muestren terribles –decía el príncipe–, trayéndolas con algunas insignias de ferocidad. El probeedor<sup>1075</sup> sea hombre de grabedad y de mucho

---

<sup>1072</sup> **Ap. marg.:** «Propiedades del buen soldado».

<sup>1073</sup> **Ap. marg.:** «Propiedades del buen centurión o capitán según Polibio y otros».

<sup>1074</sup> **Ap. marg.:** «Propiedades del buen alférez según Polibio, lib. 6».

<sup>1075</sup> **Ap. marg.:** «Propiedades del probeedor del campo o armada».

entendimiento, sea pío y más dado a clemencia que a rigor; sea hombre de mucha razón y cuenta y que tenga particular noticia de las provincias y de los que en ellas más abunda, siendo hombre de mucho ardid y traça. Todos los demás oficios, especialmente tesorero, contador, sargento, maestro de campo y los demás, procurad que sean hombres balerosos, graves, incorruptibles, justicieros y llenos de piedad en la ejecución de la justicia.

Las disposiciones corporales<sup>1076</sup> de todos procurad que no sean muy pequeños (porque, como decía Pirseo, «mucho adorna un campo la gentil disposición de los combatientes»); los ojos grandes, la boca pequeña y hermosa, el cuello nerbiosso, el estómago alto, los dedos largos, el biente pequeño, la pierna seca y el pie enxuto, la espalda ancha, la pantorrilla fuerte, el carcañal sacado un poquito, y él de seis a siete pies <sup>[f. 282r]</sup> jeómetros (porque los pequeños qu'estos son chicos y los mayores desproporcionales). Y esta medida no se entiende puntualmente, aunque sea dos dedos más a menos no ba nada en ello; como la birtud del ánimo, qu'es la que hace al caso se alle en los tales.

Traedme grandes ingenieros para todos los instrumentos de guerra<sup>1077</sup>: para asentar el campo, hacer baluartes, aondar cabas, disponer fosados, lebantar vetiones, inchir terraplenos, hacer caballetes, labrar barbicanas, lebantar murallas, edificar caballeros, hacer contraminas, componer la tarturga, llebar el carnero, soltar el marueco, lebantar los escorpiones, armar las valistas, flechar las catapultas, hacer torres de madera, cuerbos, guías y otros ingenios militares; para lo cual todo me traed grandes oficiales y experimentados ministros.

Esta fue la plática y el mandato qu'el príncipe hiço y dio a Mauro Italiano, con lo cual de allí a tres días se partió el armada para España, llebando en conserba las naos de la isla (con respuesta de todas las cartas), y ellos muy vien probeídos de todo cuanto pidieron, que cierto yo los probeí todo lo mejor que me fue posible. Fraseldo se quedó en Constantinopla con título de piloto general del armada española. Y con esto

---

<sup>1076</sup> Ap. marg.: «Disposición corporal de la gente de guerra. Todos lo autores».

<sup>1077</sup> Ap. marg.: «Instrumentos de guerra antiguos, ofensibos y defensibos».

perdonadme, que dexé una dama española en mucha necesidad y me está llamando; y a boz de dama no ay quien resista.

### **Capítulo 25. De lo que a la balerosa Camiliana sucedió en la cueba y del biaxe que hiço a Constantinopla.**

En la cueba dejamos a la balerosa duquesa o princesa Camiliana, turbada de lo que había bisto y con propósito de acabar el abentura que había començado. Y, entrando en otro aposento muy más rico, diximos que havia pintadas por las paredes muchas istorias. Pues sabed que eran las istorias de las balerosas amaçonas<sup>1078</sup>, que cierto eran muchas, en la cuales había grandes bictorias que habían alcançado y muchas y muy grandes probincias que habían sugetado<sup>1079</sup>; en esta sala salieron Martesia, Lampedona, Termodonta, Oritea, Menalipa, Ipólita, Talestris y la gran Pantasilea. Estas ocho, de dos en dos, muy bien armadas, a su uso salieron a la sala. Y las dos primeras, que fueron Martesia y Lampedona, en clara boz y distinta le dixeron:

–Camiliana, el uso de las armas, el balor y brío de ellas, nosotras siendo las primeras bengadoras de las maritales muertes las usamos, poblando de nuestra gente las riberas de[l] río Termodonta<sup>dcccxliv</sup>, a las faldas del Cáucaso, renunciando al femenil hábito y exercicio, usando de las belicosas armas de Marte. Y pues a nuestra imitación quieres usar las armas, experimenta primero si podrás defender el escudo de nuestras balerosas manos.

---

<sup>1078</sup> Este pasaje sobre las amazonas está inspirado una vez más en la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, en esta ocasión en el capítulo XI de la primera parte, titulado: «Quién fueron las belicosísimas amazonas y qué principio fue el suyo y cómo conquistaron grandes provincias y ciudades; y algunas cosas particulares y notables suyas» (ob. cit., págs. 95-99). De allí procede tanto el contenido del texto como el conjunto de referencias marginales de él dependientes.

<sup>1079</sup> **Ap. marg.:** «Trogo Pompe. lib. 2; Justino, lib. 2; Diodo. Sicu., lib. 3 et 4; Paulo Orosio, lib. 15; Marciano Capela, lib. 9; Quinto Curcio, lib. 6; Erodoto, lib. 4; Pompon. Mela, lib. 1; Serbio; Amiano Marcelino et alli». Las dos primeras referencias son en realidad una sola, puesto que la obra de Trogo se conoce a través de Justino (de ahí la coincidencia en el número de libro); seguramente esto se debe a que el autor interpreta equivocadamente el modelo, en el que se lee: «Trogo Pompeo y Justino en el libro segundo».

Y, con esto, puniendo mano a dos muy buenas espadas que traían, la dos juntas la acometen con tanto ardid, destreça y valor que a la hermosísima doncella ponían en aprieto. Mas, creciéndole de ordinario más el coraxe y vrío y aun la fuerça, que estremada la tenía, de las <sup>[f. 282v]</sup> dos balerosas amaçonas<sup>dcccxliv</sup> se defendía y aun las ofendía de suerte que, al parecer, ya así ellas como ella andaban cubiertas de su propia sangre. Vien duró la rigurosa batalla más de dos oras, asta que dando Camiliana un desapoderado golpe a Martesia sobre el yelmo, que pareció haberla endido asta los dientes, ella se combertió en espeso umo; lo cual también de allí a poco sucedió a Lampedona. Mas a Camiliana le sucedía lo que al acero, que metido y caldeado en el fuego se temple, endurece y afina; así le sucedía a ella en estas batallas, que de cada<sup>dcccxlv</sup> una de ellas salía más balerosa, más fuerte, más diestra y con muy mayores fuerças y brío.

No me quiero detener, a todas las benció con este concierto, que imposible parecía ni cien caballeros sustentar tanto trabaxo, cuánto más una delicada y tierna doncella. La última que salió fue la gallarda Pantasilea, tan braba, robusta y airosa que a la nueba Belona Camiliana puso espuelas, valor y ánimo a la batalla. Lo que se tardó o no, como era negocio de encantamiento no podemos puntualmenete medir el tiempo, mas a lo que pareció duró más de trece oras, con tanto tesón de una parte y de otra que fue una de las más hermosas batallas que en sombra y fingimiento hamás se bio.

Al fin, bencida tanvién Pantasilea de una punta de espada, no le sucedió como a las otras, antes cayendo en tierra se tornó a levantar buena y sana, y levantando la bissera fue a abraçar a Camiliana y le dixo: «Abraçadme, balerosa señora, que bos habéis de reducir a la memoria los echos balerosos de las ilustres<sup>dcccxlvii</sup> mugeres que en birtud y en armas á tenido el mundo por famosas». Y diciendo esto le dijo: «Acabad, señora, lo començado, que poco os falta para recibir el premio que buestros trabaxos merecen», con lo cual también desapareció Pantasilea.

Luego entró en otro aposento más adentro, donde vio pintadas infinitas istorias de egipcias, griegas y romanas, africanas, asianas y sículas<sup>1080</sup>, y en esta solo le salió al

---

<sup>1080</sup> Ap. marg.: «Pius PP., episcopus romanus, in *Istoria Boemie*; et Plutarcus in *Vita Claudii*; Tito Libius Patavinus; Justinus et alii».



encuentro la famosa reina Zenobia, así en armas como en birtud y hermosura. La cual, sin lebanlar la celada, con una clara boz y baronil de que ella estaba dotada, dijo: «¡Ca, balerosa doncella, que aquí habéis de mostrar el balor de buestrós braços!»». Y, diciendo esto, cubierta de su escudo se bino para Camiliana, la cual en la misma postura la estaba aguardando. Y, dándose los primeros golpe con estremada fuerça y no destreça poca, se hicieron inclinar las cabeças asta el pecho, tornado a redoblar los golpes con tanta presteça y furia que dos ardientes rayos parecían las espadas. Crecen las reglas de la esgrimas y, así, la una como la otra parecía que cobraban nuebas fuerças y destreça. Auméntase el furor, crece la furia y el coraxe, la ardiente y ilustre cólera se aumenta, y aun las heridas al parecer en los hermosos cuerpos se iban aumentando.

Al fin, la reina Cenobia dio un golpe de espada sobre la cabeça a Camiliana<sup>dcccxlvii</sup> con tanto rigor y furia que le hiço encar ambas rodillas en tierra, y aun asentar la una mano en el suelo. Mas indo Zenobia a redoblar el golpe, como una ligera onza <sup>[f. 283r]</sup> Camiliana se lebanta y a Zenobia fue a dar la respuesta, con tanta ira y saña que acertándole de llano sobre la celada se hiço el espada dos pedaços, aunque Zenobia andubo por caer titubeando. Y, como Camiliana se alló sin espada, antes que se bolbiesse a afirmar Zenobia se abraça con ella. Y alló vien quien le resistiesse, porque así andubieron forcejeando en la lucha casi un cuarto de ora, asta que la una y la otra vinieron al suelo.

Y, andando a las bueltas sobre cuál bencería a cuál, salió otra dama armada toda de armas, que en el escudo y traça se echó de ber ser aquella balerosa francesa llamada la Poncela, la cual venía acompañando a la reina Artemisa. Y tomando la francesa a Camiliana y Artemisa a Zenobia, que ya estaba de suerte que se entendía llano ser la bitoria de Camiliana, las apartaron. Y, cuando del suelo se lebantó, Camiliana se alló tan sana, buena y descansada como si nada de lo dicho ubiera por ella sucedido.

Y, así, tomándola de la mano la reina Cenobia, entraron en otro aposento donde había doce sillas muy hermosas, seis en cada parte, y en medio de ellas estaba otra muy más hermosa y rica en la cual estaban esculpidas una muchedumbre de istorias de balerosas mugeres. En las ocho sillas, cuatro de cada parte, estaban las ocho amazonas que quedan nombradas; en las cuatro, en la una estaba Semíramis, en la otra Artemisa, en la otra Poncela y en la otra la balerosa reina Cenobia. Las cuales entre todas en la

silla qu'estaba<sup>dcccxlvi</sup> en medio la hicieron sentar, y cuando estubo sentada fuéronse lebantando por su orden, desde las últimas, que fueron Oritia y Antíope<sup>dcccxlvi</sup>. Y, puesta de rodillas la una de un lado y la otra del otro, Oritia<sup>dccccl</sup> dijo:

–Ya la desdichada Oritia, que en la Grecia (por no me ayudar Penaxágoras<sup>dccccli</sup> el <e>scita) perdí mi campo, siendo de los griegos desbaratada aunque no rendida, te concedo Camiliana, el jugar y herir de lança, en lo cual jamás en mi tiempo ubo amaçona ni caballero que me igualase.

–Pues yo, Antíope<sup>dccccli</sup>, hermana de Oritia, que fui de Hércules el griego vencida y por él mis a[r]mas trasportadas en Grecia, te concedo, princesa, el defenderte de escudo, adarga, pabés, rodela, vroquel y concha sovre cuantos ubieren en tu tiempo, que en el mío jamás allé quien me igualase. Y esta fue la raçón que en diez y seis batallas campales en que entré jamás fui herida, ni de mi cuerpo se derramó gota de sangre.

Con esto se entraron a sentar y se lebantaron Ipólita y Menalipe. Y, incadas de rodillas, Menalipe dijo:

–Nosotras dos, hijas de las pasadas, te concedemos, princesa, donaire y buena gracia en traer y jugar las armas, en lo cual fuimos de nuestro tiempo las más estremadas.

Y con esto se sentaron luego y se lebantaron Martisia y Lampedena, dijeron:

–Nosotras, las primeras amazonas del mundo, te concedemos el concertar bien un campo, pelear con presteça y saber seguir la bitoria, que en esto tubimos en nuestro tiempo, sobre cuantos vibieron, gracia.

Luego Pantasilea dixo:

–Yo te concedo, princesa, el jugar d'espada y escudo con el flechar el arco <sup>[f.</sup>  
283v]

Luego se lebantó Talistris y dijo:

–Yo, reina y señora del Cáucasso, muger que fui del grande Alexandro nueve días, te otorgo el jugar y herir de alabarda, guchilla, venablo, partesana y gineta sobre

todos cuantos fueren en tu tiempo, y hermosa sucesión y alcanzar favor con los príncipes.

Las otras cuatro reinas, en vreve, Artemisa le concedió el amor conjugal; Semíramis, el brío y fortaleza; Poncela, el saber acaudillar los caballeros y tratar con los soldados, la paciencia y elegancia en el decir; la reina Zenobia la cargó de hermosos desposos, concediéndole todo lo que en ella había resplandecido, especialmente la onestidad de balerosa matrona.

Acabada esta zereemonia, todas ellas desnudándole aquellas armas le hicieron bañar en unos hermosos baños, y el agua se admiró de ver tanta belleza, cuanto más aquellas fantásticas figuras. Después de bañada y untada con pr[e]ciosísimos ingüentos, la viexa que primero le había aparecido le vistió una camissa muy rica y hermosa. Y no me quiero detener en esto, que me llaman cosas mayores: a ella la vistieron todo lo rico y fuerte que se pudo pensar, y aquellas amazonas y reinas la armaron de todas armas, de unas armas fortísimas y tales que no podían ser con yerro penetradas; ellas eran de color verde como las primeras, con aquellas mismas insignias y guarnición o orla, y todo en sumo grado perfectísimo. Diole su espada Pantasilea, que decía haber sido la de Éctor.

Ya que estubo armada sin le faltar ebilleta, la viexa le dixo:

–Señora Camiliana, yo, sabed que soy muger, como decís, que aún me tengo el alma en las carnes y siendo moça dime mucho al arte máxica y ciencia de las estrellas, por las cuales bine <a> alcanzar todo el su[c]eso de vuestra bida, y para que vuestros echos començasen como combenía ordené de traeros de la caça a esta mi cueba. Amor onesto y sancto y verdadero tenéis y tendréis siempre al Príncipe de la Fe, el cual á de ser un gran monarca en el mundo; pasaréis por él muchos trabaxos, y él a vos, señora, hará grandes servicios, placeres y mercedes; seréis casada con uno de los mejores príncipes del mundo. Y agora no os digo más, sino que bais a la paz de Dios, que a la puerta de la cueba allaréis quien os acompañe, y Dios guíe vuestros negocios para su servicio.

Pareciole a Camiliana que con aquellas palabras le había dado un tan pesado sueño que sin ser en su mano había caído en tierra. Y cuando despertó allose a la ribera de un hermoso río y junto a sí vio un pequeñísimo enano, y tan pequeño que le pareció

la<sup>dccccliii</sup> más chiquita criatura que jamás uviessse visto. Estaba bestido de un hábito de camino a lo galán, de verde, y el enanillo parecía moço, porque no tenía pelo de barba. Junto al enano estaba un hermoso camallo con dos baúles grandes de carga y una tienda cogida en medio de la carga y, sin freno y junto a sí, andaba paciendo la fresca yerba un caballo español rucio rodado <sup>[f. 284r]</sup>, que aunque no era muy grande era de las hermosas vestias que tenía el mundo, siendo el jaez para de armas de estremada curiosidad y riqueza.

Pues, como despertó, lebandando la visera y mirando así como medio espantada, el enanillo se llegó a ella y le dixo:

–Pierda tu grandeça, mi señor Camiliana, el admiración y espanto que tiene, que yo soy Aristeia enana, que bengo en este hábito para servir a vuestra grandeça, y así me llamaré Aristeo; en lo demás, ninguna cosa faltará para el servicio de vuestra grandeça. Donde agora estamos es en la fértil Italia<sup>1081</sup>; este río es el río Pado, que viene de los Alpes y nace en el monte Adula y viene por toda Italia y entra en la Campania y Lombardía y viene ast'aquí donde estamos, qu'es cuatro leguas de Rábena, porque allí entra en el mar, en cuyo fin, en el mar Adriático, está Venecia.

Y lo demás berás, mi señora, por tus propios ojos; no más sino que veas qu'es lo que quieres que hagamos, que oy es jueves doce de março, que catorce días á que entraste, señora, en la cueba de Belfortina (que así se llama la viexa que en ella vibe). Y á puesto todo el cuidado vuestra madre la duquesa por buscaros, mas como allaron el caballo y no de bos, señora, rastro alguno, entienden llanamente que alguna fiera os á comido y echo pedaços; aunque d'esto a su tiempo será vuestra madre por una carta de la sabia Belfortina desengañada, para que no biba con tanta pena. Aunque no sabrá, mi señora, de bos cosa cierta tan presto, asta que la ilustre fama de vuestros heroicos echo sea por el mundo dibulgada.

Esto sería como a las siete de la mañana, allándose la princesa Camiliana tan robusta y fortificada en los miembros que le parecía haber crecido en fuerças estrañamente. Y, así, puniendo el enano el freno al caballo, sin poner el pie en el estribo

---

<sup>1081</sup> El pasaje que sigue a continuación está tomado de nuevo de la *Suma de Geografía* de Fernández de Enciso (ob. cit., pág. 139).

se puso la princesa en el caballo, con tanta ligereça que pareció un ave; porque realmente en ligereça ningún caballero ni dama ubo en el mundo que le igualasse, ni abía corço o gamo tan ligero que por pies en una carrera se le escapasse. Y en muchas partes corrió a pie a muchos en caballos ligeros a los cuales ganó con mucha facilidad, tomando antes el premio que ellos.

Pues, puesta a caballo, después que acabó de despedir aquel sueño y espanto que la tenía turbada, dixo al enano:

–Agora, guía para Rábena, veremos aquella ciudad. Y de allí pasaremos aquellas trenta y cinco leguas que ay asta Venecia, donde llebo intención de embarcarme para Constantinopla.

–Todo se hará así, mi señora, como vuestra grandeça manda –dijo la enana.

Y, con esto, puesta sobre el camello de carga, començó a guiar para Rábena. Y como a una legua de camino que habían andado, indo la princesa Camiliana parlando con la enana, que discretísima era y de muy buen término y por cabo graciosísima, vieron pasar una doncella en un palafrén <sup>[f. 284v]</sup> que atrabesaba<sup>dcccliv</sup> el camino con mucha prisa y boces, llorando con tristes gemidos. Y a los alcances, diciéndole palabras injuriosas y amenaçándola con la muerte, iban cuatro caballeros, llegando ya cerca a tocarle con los yerros de las lanças. Lo cual bisto por Camiliana, con una hermosa lança de frexno en la mano, puso las piernas al caballo diciendo en alta y clara boz, como ella la tenía: «¡Caballeros, aguardá, no persigáis la doncella!». Mas ellos, no haciendo casso de la boz de Camiliana<sup>dcccliv</sup> siguieron su carrera.

Ella, con una rabia insana de ber el mal término y villano de los caballeros, animando con el hermoso labio a compás mobido a la carrera al caballo, los siguió por una montañilla espesa, por la cual tras la doncella s'emboscaban. Otra bez os diré lo que le sucedió, perdonadme agora, que me llaman en Constantinopla.

## Capítulo 26. De una abentura que al Príncipe de la Fe sucedió en Constantinopla<sup>dccclvi 1082</sup>.

Haviendo enviado el Príncipe de la Fe a Mauro Italiano a traer el armada de España con la instrucción que os dixe, él estuvo casi un mes en la cama sin que le diessen licencia que se lebantassee. En aquel tiempo fue quatro beces visitado de la princesa Brisaida (y según su boluntad fuera[n] cuarenta), mas con todo esto jamás le había mostrado más que tenerle una buena boluntad como a un caballero particular y birtuosso. Mas los bríos del príncipe a más se estendían que esto, porque realmente tenía muy lebantados pensamientos, aunque siempre bañados de humildad y de conocimiento de sí mismo. Mas tenía tanta gana de justificar sus amores que siempre estendía las belas a desear el matrimonio, y aunque su humildad le hacía entender que no lo merecía, su demasiado balor le hacía que no menos que con esto se contentasse.

Sucedió, pues, que el día que se lebantó de la cama, el tercero pudiendo ya andar por toda la cassa, estando en el cuarto de la princesa Alexandra (acabado de comer) parlando con ella, vino por el pasadiço la hermosísima Brisaida acompañada con solas dos doncellas. Y, como llamó a la puerta del pasadiço que caía al aposento donde la princesa Alexandra y el príncipe estaban parlando, como saliesse a abrir Libertina, biendo a la princesa, con mucha alegría dixo:

–Sea vuestra grandeça muy vienvenida, y vuestras mercedes, Bulpisa y Medúsea, que vienen al mexor tiempo del mundo: que nos faltaba cuarto para jugar a la polla.

–La polla no se juegue –dijo Bulpisa–, que lo demás pase.

–No mi señora –dijo Libertina–, qu’essa polla más es para ganar que para que sea ganada y no creyo que querrán ponella en contingencia del naipe, sino en la certeça del alma<sup>1083</sup>.

---

<sup>1082</sup> El «lector burlón» apostilla en los márgenes con intención irónica (mano 3): «Galeno, en el 1º de las fiebres c. [...] f.8». Tal vez quiera arremeter nuevamente contra el autor, atribuyéndole un estado febril, del mismo modo que le había achacado el de la borrachera.

<sup>1083</sup> Se juega aquí con la anfibología del término *polla*, en su significado de «mujer joven» y aquel otro de ‘apuesta’ relacionado con el juego de naipes (cf. DRAE, s.v. *polla*).

–¿No es essa mala mano, mi señora Libertina? –dijo Medúsea.

–Para serbir a tan soberanos pies justo es que sea buena la mano <sup>[f. 285r]</sup>.

–¿Quién está con mi prima, Libertina?

–No ay más qu’el príncipe mi señor, que, como se comiença a lebantar agora y está así tan flaquito, consentímosle que se benga <a> entretener con nos[o]tras un rato.

–A fe, ¿está él aí? –dixo Brisaida.

–Mejor te quemem... –dijo entre sí Bulpisina–, ¿que tú no le biste en avriendo que s’abrió la puerta?

–Sí mi señora –dijo Libertina–, aí está.

–Pues quiérome bolber –dixo Brisaida.

–¿Para que son esos turrões? –dijo entre sí Medúsea–. Agora entre vuestra grandeça, no haga esso –dixo recio–, qu’es poca cortesanía.

–Aora bien –dixo Brisaida–, entremos ya que estamos acá.

–Mira qué duda –dijo entre sí Bulpisa–, ¡no deseaba otra cosa! Yo apostaré que no le á quedado parte cerrada en todo su coraçón y aun... –aquí se paró; no se adónde pasó con el pensamiento, que era diabólica.

Ya el príncipe llegaba junto a ellas, y la princesa Alexandra también venía tras él, que se lebataron a rec[i]birla. Él benía con una garnacha de brocado berde cerrada, de preciosísima guarnición, y con su morrioncillo en la mano y echada la espada en un taalí hermosísimo y rico al cuello; no ay que pintaros su hermosura y dibino donaire. Y, como cerca de la princesa llegó, incada la una rodilla en tierra le estaba pidiendo la mano. Ella se la dio para lebantarle del suelo, y el di[a]blo de Bulpissa dixo entre sí: «A fe que agora apostaré que les hacen los coraçones a los niños mil billancicos en el cuerpo, y aun plegue a Dios que no corresponda...».

–Lebantaos, príncipe –dixo Brisaida–, que os estáis aún muy flaco para estar de rodillas.

–Pues, ¿cómo lo quería –dijo Bulpissa– la niña? –entre sí–, ¿descansando? Aguárdase cuan[...], aun muy presto.

En esto llegó la princesa Alexandra, y avraçándose las dos con un estrecho y apretado abraço, Bulpissa dixo: «¡Ensáyanse, ensáya[n]se y de puja! ¡Cómo se cosen las señoras y enlaçan con los braços! No juraré yo por vuestros sanctos pensamientos... ¡Pobre herido! Si te asiera la grieguita, a fe que te había de hacer subir la sangre biba de las heridas con el demasiado anudar de los hermosos y amorosos braços. Mas, a lo que yo imagino, ella se buscará tiempo antes de mil años...».

–Sea vuestra grandeça, mi bien y mi señora –dijo Alexandra a Brisaida–, tan bien venida conmo los buenos años<sup>1084</sup>, ¡Dios guarde a vuestra grandeça! ¡Y qué buena y hermosa que viene! A todos cuantos a tanta belleça se rindieren es justo que se les estiendan las belas del perdón, que yo solo por merecer morir por tanta belleça quisiera ser príncipe y el mejor del mundo.

–Aora veso a vuestra grandeça las manos por tanta merced –dijo Brisaida–, que no quiere vuestra grandeça perder essos sus cumplimientos y redondillas; que son tan en punto que, considerando mi poco merecimiento, me hace sospechar vuestra grandeça que son cumplimientos y aun lisonxas.

–Solo el conocerse vuestra grandeça –dixo Alexandra– me pu<e>de a mí dexar descargada en esse casso, y aun con culpa de ser corta. Mas será tan feliz la pena recibida de tan hermosas manos como estas que la culpa se podrá llamar mérito y la pena, gloria.

–Es para mí tanta –dijo Brisaida– uir a vuestra grandeça que, aunque sea contra mí, no puedo dejar de uir con sumo contentamiento tan delgadas y buenas raçones –y quedito le dixo–: mas guárdelas<sup>[f. 285v]</sup>, prima, para los que ciñen espada...

Con esto, entraron en la sala y tomaron sendas almoadas en el estrado. Y al príncipe dijo Brisaida:

---

<sup>1084</sup> *tan bien venida conmo los buenos años*: Se trata de una expresión común en la época, utilizada para subrayar la alegría por la llegada de alguien querido (cf. CORDE [8-6-15]).



–Sentaos, señor capitán, que os estáis aún delicado; tomá una silla.

Ya Libertina se la traía, y le dixo:

–Siéntese, príncipe de mi alma, en esta baxilla, que estará más acomodado.

–¿Y cómo? –dijo Bulpissa–. ¡Ayudalde todos [los] diablos! Pues a fe que no es menester que le deis tanta prisa a la rapaça, que ella caerá vien presto... digo, en la cuenta.

Con esto, sentándose todos, el príncipe en su silla y aquellas señoras en el estrado, en comenzando a hablar dijo Brisaida:

–¿Qu'es de mis libertinas las músicas? Que quiero que canten y tañan un poquito.

Luego fueron por ellas, las cuales entrando con sus instrumentos tañeron y cantaron suabísimamente muchas letrillas al tiempo y muy buenas. Y después de haber tañido un tantico dixo Libertina a una de las esclabas llamada Zadiga (que tenía un laúd en las manos estremado de bueno y ella que era excelente música de aquel instrumento) [...]. Y tomando el laúd diósele al príncipe diciendo: «A ber, discípulo mío, si se le á olvidado con la guerra lo que siendo niño le enseñé», y púsole el láud en la mano. Y ella tomó un arpa y diósele a la princesa Brisaida y <a> Alexandra una discante, y ella tomó una cornetilla, que ya sabéis cuán estremada era Libertina en todo género de música. Pues, biendo que ninguno de ellos se podía escusar sin mucha nota, como los instrumentos estaban templados y concertados comenzaron a tocar los tres instrumentos, llebando sobre todos el contrapunto la corneta dibinamente, que cierto parecía retrato del cielo según que con extremo todos tocaban los instrumentos.

Y Libertina, acabada una pausa de estremada música, al medio de otra haciendo una seña a Alexandra, hiço Alexandra quebrada la prima y segunda, y Libertina, mostrando haberle dado calambre en un dedo, dexaron a los dos príncipes solos; llebando la princesa el contrapunto en las cuerdas delgadas del arpa y en los bordones, los baxos discantando sobre lo uno y lo otro con dibino donaire y suma destreça; el príncipe mostrándose en aquel instrumento, como lo era, uno de los diestros que tenía el mundo. Y estando tañendo con estraña suabidad y contento de la una parte y de la otra,

dixo Bulpissa entre sí: «Mirá, asta que an ordenado por que llebe mi ama los baxos... ¡Andá, dejalda! Qu'essos ella los llebará las más beces que pudiere, no la matéis, que no ayás miedo que le pesse de qu'el mocito llebe los altos con ella (que asta en esso, ¡vendito sea Dios!, todas somos músicas naturales...)».

–¡Aora, diga, diga, hijo, por bida de cuanto más bien quiere –dijo Esmerilda–, una letrica así en falsete!

No era el juramento de suerte que él pudo hacer otra cosa, aunque fuera dar su propia bida. Al fin, dando el tono en el laúd para que la princesa entrase con el arpa (aunque sabe Dios con cuánta bergüença), començó una letrilla admirable. Mil beces se la pregunté, y díxome que en su fe no se acordaba, que como había sido de repente se le había pasado de la memoria. Al fin, la cantó con estremado donaire, y tanto que todas aquellas señoras estaban suspensas y Brisaida enternecida. Mas él <sup>[f. 286r]</sup>, mirando a la princesa, se vino a enternecer tanto que ilo a ilo començó a berter lágrimas de sus hermosos ojos.

Y Bulpissa dixo, tornando entre sí (que tanvién había estado suspensa oyéndole más boba allá qu'espabellón<sup>†</sup>): «¿An bisto el angelillo? ¡Esso faltaba a essa otra cuitada para que acabe de decir el *requiescat in pace* a su onestidad! Mas en mi ánima que no me espanto, que no é bisto más lindos ojos llenos de lágrimas en mi bida, ¡asta en el llorar tiene estremada gracia nuestro capitancico! ¡Mal aya quien te lo negare! Si yo fuere más... A buen seguro que no se nos descomponga el Josef, que no ay dama más onesta qu'él es en toda la corte...».

Todo esto decía Bulpisa entre sí cuando, acabando la letrilla, Esmerilda y Libertina les tomaron los instrumentos y truxeron naipes para jugar a la polla. Y concertose la mesa d'esta manera: las dos princesas contra Esmerilda y Bulpisa, y qu'el príncipe fuesse el rey y enviase por la colación. Vien podéis imaginar si gustaría d'esto el príncipe, mas yo lo ube de pagar –dice Nictemeno– en cansancio, que me molí en hacerles aparejar la colación. Mas dígoos de verdad que se la di buena y bonísima, y de todas las curiosidades que se pudieran imaginar, que la despensa y botillería de mi amo era de las más bien probeídas que tenía el mundo.

–Aora, ¿qué jugamos, qué jugamos? –dixo Brisaida.

–Guárdese a sí vuestra grandeça –dixo Bulpisa con muy buena gracia– y lo demás juegue vuestra grandeça aunque sea el imperio.

–Yo no me puedo perder –dijo Brisaida–, porque estoy muy bien ganada y el imperio muy bien acomodado.

–Landrecita –dijo Bulpisa entre sí–, ¡si sabes, el diab[l]o te procure la prenda! Por cierto, mi señora, así lo entiendo yo, sino que esto de juego siempre trae consigo burlas.

–Pues también yo lo digo burlando.

–Así te azoten –dixo Bulpissa.

–¡Ca, ca! ¡Sus, señoras, comencemos! –dixo Alexandra–. ¡Alto, demos las prendas al rey! É aquí esta cadenilla mía.

–Pues yo –dijo Brisaida– pongo este anillo.

–¡Ta, ta, ta! ¿Ya dais el anillo? –dijo Bulpisa–. A este se le daréis por esposo, a mi cargo...

Y luego en boz clara dixo:

–Yo no tengo qué dar aquí al señor capitán si no es una majuela de una botinilla (que le quebró anoche a mi señora la princesa Brisaida) que traigo aquí en una bolsilla – y decía berdad.

–Pues, ¿y qué mejor prenda qu’essa? –dixo Esmerilda–. Y aun de puro buena no la osso yo poner.

–Sí, suplico a vuestar merced –dixo el príncipe–, que yo hago por ella (digo, por solo ber la prenda) cincuenta mil ducados. Y si es poco... –arrepentido de que había dicho poco, dixo– un reino.

–¿Y quién os manda a vos –dijo Brisaida– poner cosa mía por prenda?

–El ber, mi señora, que las correas del çapato o cintas enriquecen las almas.

Y con esto riyendo sacó de un melindrico de una bolsita chuceruznica<sup>†</sup> de aguja, toda llena de diamantes por guarnición, un pedacito de una cintilla berde con un clavetico de oro muy curioso, que realmente havía sido cinta de un botinillo de brocado de Vrisaida <sup>[f. 286v]</sup>. Y puniéndosela en la mano al príncipe dijo:

–Beis aí, capitán y rey, mi prenda. Y tomalda de cúa es, sacro Emperador.

Esto así pasó en burla, mas la traidora de Bulpisa todo lo decía de beras. Mas yo os digo que fue dichosa en la prenda, que realmente le dio el príncipe por ella, como la istoria os lo dirá, u[n] reino, casándola con un baleroso rey y muy buen caballero a quien el príncipe quiso mucho.

Esmerilda dijo:

–Pues yo, hijo, no tengo qué daros, que todo es buestro.

–Yo pondré por ella, aya –dijo el príncipe.

Y sacó del dedo un anillo que apenas avía dos mexores en el mundo, y con esto ató las tres prendas en un paño, quedándose con el anillo y cinta en la mano. Al fin, el juego duró ora y media, en que la princesa Brisaida y Alexandra ganaron.

–Aora denos nuestras prendas, rey –dixo Alexandra.

–Tome vuestra grandeça –dixo el príncipe.

Haviéndole trocado la cadenilla por otra que de mucho balor hizo que le truxessen, a la princesa Brisaida dio su anillo, que era una de las mexores pieças del mundo, quedandos'él con el que era de Brisaida; ella le tomó y disimuló cortesaneamente. A Bulpissa<sup>deccclvii</sup> le dio una pieça que balía arto más de los cincuenta mil ducados que él havía dicho, y él se quedó con la cinta, la cual estimó más que cuantos diamantes ni carbunclos había en el mundo.

–Con esse<sup>deccclviii</sup> trocar de pieças –dijo con estremada gracia Bulpisa– no me espanto, capitán, que ganéis y aun que deis mate a la dama.

–Ora no seáis maliciosa, Bulpissa –dijo Brisaida–, que la dam[a] está muy bien guardada.

–Aora venga la colación –dijo Alexandra–, beamos si tendrá Nictemeno de aquellas azederas y guisones y anís berde que nos dio el otro día.

Con esto les truxeron la colación, con toda el abundancia, cortesanía y buen término que se podía pensar. No os la escribo por no enfadaros con más de cien platos que les dimos, todos de cosas muy buenas y particulares; especial[mente] algunas conserbas que Belisandra la Bella embió de la Isla de Corneria regaladísimas, las cuales preguntó Brisaida que de dónde eran. A lo cual, como le dixesen que de la Isla de la Enamorada Corneria, dijo:

–Muy mal lo á echo, prima –ablando con Alexandra–, en no haberme avisado que havía benido jente de la isla, que quisiera yo ber las cosas que la bella Belisandra envía al capitán su hijo. Y más quejosa estoy de ella, señora Esmerilda, pues sabe cuánto gusto recibo yo de saber de la isla.

–Mi señora, el no haber havido oportunidad para ello me á causado descuido, mas lo que vino de la isla estas caxas son la primera cosa que de todas ellas se á sacado. Mañana podrá vuestra grandeça berlas todas, que Fraseldo nuestro marinero las mostrará vuestra grandeça.

–¿Y aquí está Fraseldo –dijo Brisaida<sup>dccclix</sup>–, el que me á contado qu’estubo en la isla tanto tiempo?

–Sí está, mi señora –dixo Esmerilda.

–Pues bayan luego y lláme[n]melo, que gustaré mucho de berle. Con esto luego vino Fraseldo, qu’el príncipe le mandó que viniessen luego. Y él entró<sup>dccclix</sup> con çaragüelles largos y anchos asta en pies y saltaembarca suelta algo larga, y bonete de mar y un astrolabio en la mano, que con Priscilano estaba hablando sobre ciertas cosas de astrología <sup>[f. 287r]</sup>. Y, como entró y se incó de rodillas delante de Brisaida para que le diese la mano, no fue melindre, sino que realmente perdió totalmente el color y quedó turbada de ber una fealdad tan excesiba, y así bolbió los ojos al príncipe. Y Fraseldo dijo:

–Deme Vuestra Magestad la mano, que vien á mostrado su discreción y raro ingenio, pues tan presto acudieron los ojos a recibir del príncipe mi señor el antídoto de

la hermosura contra el veneno de mi fealdad. Mas como con lo que é de serbir á de ser con el ánima y ingenio y en esse sé que no ay ninguna fealdad de defecto de desear acertar a serbir, atrebome así como estoy <a> aparecer delante de essa divina hermosura, en cuyo respecto todo lo restante a de ser feo. Mas la fealdad, alumbrada de los divinos rayos de essa hermosura, quedará clarificada y hermosa, pues tiene por ilustradora una tan rara belleza.

–Aora cierto que te confieso la verdad, Fraseldo –dijo la princesa–, que me turbaste cuando te vi, mas también te digo que sabes tan bien regalar los oídos quanto amedrentar los ojos. Mas dime, ¿la princesa Belisandra quedaba buena? ¿Y su prima Taurisa?

–Quedaron, mi señora, con salud, y muy contentas con la llegada de los príncipes mis señores.

–¿Es hermosa la princesa Belisandra? –dijo Brisaida.

–Eslo, mi señora, tanto –dixo Fraseldo– que, si no es tu hermosura y la de mi señora Alexandra y otras dos o tres princesas que yo é visto, ninguna ay en el mundo que le sobrepuxe y son poquísimas las que le igualan. Y es tanto, mi señora, su extremo que te parece un poquito y al príncipe mi señor mucho. Aunque la verdad digo, señora, que lo que menos ay en ella respecto de las otras partes es la hermosura, porque su discreción, su habilidad, sus muchas letras y pericia en todas las artes liberales, su modestia, su mansedumbre, su gravedad, su onestidad y pudicia es un nunca acabar, mi señora, el quererlo contar. Aquella afabilidad onestísima y amorosa que tiene, aquella prudencia en regir y gobernar lo que es a su cargo, aquella caridad con los pobres, no parece, princesa mía, sino que o Vuestra Magestad á sido su discípula o ella compañera de vuestra grandeza<sup>1085</sup>.

Tiene otra cosa mi señora Belisandra que la hace ser amada de todos y reberenciada de sus vasallos, que es un no saber acordarse de injuria que le ayan echo ni olvidarse de buena obra que aya recibido, ni dejar maldad sin castigo ni buena obra sin premio.

---

<sup>1085</sup> Ap. marg.: «Alabanzas de Belisandra».

–Y dime, Fraseldo, ¿ámanse mucho Belisandra y Taurisa? –dijo Brisaida.

–Son, mi señora –dijo Fraseldo– dos almas en un cuerpo y dos cuerpos con un alma.

–Bien as respondido –dijo Brisaida–, ¿mas ama mucho Ardoniso a Belisandra?

–En esso, ilustrísima señora, era menester otra lengua y otro estilo que no este torpe mío, mas la quiere así más qu’el cuerpo [al] alma, más qu’el efecto a la causa, más qu’el amoroso padre al hijo, más que la tierna esposa al esposo <sup>[f. 287v]</sup> y más qu’el esposo a la esposa; más, al fin, que todo lo qu’es amor acá humano se puede levantar. Y ámala con tanta ternura que todos los enamorados pasados parecen haber sido unos modelos en que Amor se enseñó a sacar este balerosso trasunto<sup>1086</sup>; todos los amores pasados an sido cifra respecto d’este y todos los enamorados que por sus damas an muerto (aunque entre el de Hero y Anaxarte) a[n] sido desabridos, aborrecedores, respecto del amor que el príncipe Ardoniso tiene a la bella Belisandra. Tanto es, señora, que si Ardoniso bibe, solo es porque quiere Belisandra que viba, y aun sola Belisandra se puede llamar vida de Ardonisso.

–Y ella al príncipe, di Fraseldo, ¿ámale con igual amor?

–¡Jesús, señora!

Él iba a pasar adelante cuando entró un paxecito y dijo al príncipe:

–Aí fuera está un doncel, mi señor, que pregunta por ti.

El príncipe se iba a levantar para salir fuera y Brisaida dijo:

–Decí, señor capitán, que entre, y sabremos nuevas.

Él mandó que se hiciesse assí. Y como el doncel entró, el traía el hábito asiano al uso de los tocenistas, que era un hábito aunque largo muy bien tallado y suelto, con una toca muy grande rebuelta a la cabeça de color azul y blanca y un arco turco con su aljaba y saetas, y un corbo alfange ceñido y unos borceguís (de cuero de león muy bien

---

<sup>1086</sup> Ap. marg.: «Amor de Ardoniso a Belisandra la Bella».

adobado) calzados. Y, como entró, el doncel túrbese de ver tanta hermosura y pensó que aquello fuese encantamiento. Y estando así turbado, después de haber estado callando un poco, dijo:

–¿Dónde está el capitán general de mar de España que dicen llamarse el Caballero de la Fe?

–Yo soy, paxe, ¿qu'es lo que queréis? –dixo el príncipe.

–¿Cómo, señor? ¿Y los ángeles y los niños pelean en esta tierra? Yo un capitán feroz y robusto de terrible aspecto vine a vuscar, que no a un hermoso y tierno niño, delicado, puesto como le combiene, qu'es en este coro de sarafines donde os beo.

–Aora, dejaos de esso –dixo el príncipe–, y decí qu'es a lo que venís.

–Pues supuesto, señor, que no me engañas, yo soy criado del baleroso rey gigante de Tocena<sup>1087</sup>, que está en las riberas del mar Ircano junto a Albania; al austro tiene a la probincia Soducena y al puniente a las probincias de Tosarena y Sizarena. Este baleroso rey y gigante llamado Cobrasió Delpiros, oyendo tu fama biene desde su probincia a solo buscarte para contigo aplaçar campo. Y ayer, queriendo entrar ya en la jurisdicción y término d'esta ciudad (que sería como dos leguas de aquí), topó a caso con un caballero de unas armas blancas. Y biniendo los dos parlando de palabra en palabra sobre el defenderte, qu'el rey mi señor te acusaba de traición en la muerte de algunos gigantes, vinieron a desafiarse, y así aplaçó campo con él para el día qu'el Emperador les señalare el campo. Envíame a te decir que si querés entrar junto con el otro caballero en estacado, que le harás mucho placer; donde no, que en acabando de cortar la cabeça <a> aquel caballero te aplaçar campo y, no queriendo salir a él, seas havido por traidor. Especialmente en la muerte del gigante persiano Sanís, al cual, señor, él dice que mal diste la muerte. Ve <sup>[f. 288r]</sup> qué me mandas que responda.

–Decí, gentilhombre, a vueso amo, que acá os envió, que a mi me pessa mucho de qu'el traiga aplaçado campo con otro caballero, porque el será tal que me quite de peligro de dexar mi bida entre sus manos. Y que en lo que dice que salgamos los dos al

---

<sup>1087</sup> Estas coordenadas geográficas han sido tomadas de la *Suma de geografía* de Fernández de Enciso (cf. ob. cit., pág. 159).



campo, que no lo acostumbramos los caballeros d'esta tierra el pelear dos juntos. Y que en esso que dice de que después de bencido al contrario salga yo a la batalla, decilde que mejor fuera que me mandara que le hiciera dar onrada sepoltura; mas que si benciere, que de muy buena gana que desde luego acepto el campo con las armas y condiciones qu'el quisiere. Y con esto, andad con Dios, gentilhombre.

### **Capítulo 27. De cómo el gigante vino a la corte y hiço su batalla con el caballero de las armas moradas, y lo que más sucedió.**

Ninguna cosa ay que se pueda comparar con el amigo fiel<sup>1088</sup>, pues, al fin, es el amigo la mitad de mi alma, y como dice sanct Agustín: «Yo lo experimento, que muerto un amigo no quisiera yo bibir y si escusé la muerte fue porque con morir yo no acabase de morir él»<sup>1089</sup>. Y, así, el que ama no trabaxa ni siente pesadumbre en nada<sup>1090</sup>, porque solo el amor es el que se avergüença de oír este nombre de *dificultad*. Y, así, el amigo en el amigo no busca las cosas o el interés<sup>1091</sup>, sino la caridad, porque lo uno dalo el amigo y lo otro solo lo da el amor; que, al fin, el ser un mismo el querer y no querer es la verdadera amistad. Y, así, solo el sabio sabe amar<sup>1092</sup> y solo el sabio sabe saber ser amigo; porque el amigo en particular se á de reprender y loar en público<sup>1093</sup>.

Lo cual todo guardaba y hacía al pie de la letra el caballero de las armas moradas<sup>dccclxi</sup> con el de la Fe; el cual benía con el gigante defendiéndole con muy buenas y comedidas raçones la onra de su amigo y aun puniéndose a defenderle, como decís, a capa y espada. Y en esta combersación venían aquella tarde, ya que

---

<sup>1088</sup> **Ap. marg.:** «*Ecclesiastici*, c. 6». La presente digresión sobre la amistad, así como sus respectivas apostillas, toman como fuente directa la *Polyanthea* de Domenico Nani Mirabelli (*cf. ob. cit., s.v. «amicitia»*).

<sup>1089</sup> **Ap. marg.:** «S. Agusti., lib. 4, *Confesionum*».

<sup>1090</sup> **Ap. marg.:** «Iden, S. Agu., lib. 3, *Confesionum*».

<sup>1091</sup> **Ap. marg.:** «S. Jheroni., *Ad Demetriadem*».

<sup>1092</sup> **Ap. marg.:** «Seneca, *Ad lucilum*, epistola 82».

<sup>1093</sup> **Ap. marg.:** «Seneca, lib. *De moribus*».

querí'anochecer, cuando llegó el paxe con la respuesta que el príncipe había dado; la cual dio mucho contentamiento al de las armas moradas y desabrimiento notable al gigante sobervio. Al fin, dixo:

–Bien parece respuesta de rapaz descomedido y de quien estaba entre damas ilando y no entre caballeros peleando.

–Ya te é dicho, gigante –dijo el de las armas moradas–, que seas vien criado; donde no, mira que no te sufriré que contra la bondad y balor del de la Fe hables palabra.

–Si no os tubiera dada la palabra, caballero, de mostraros mañana en campo cómo sois bos tan loco como esse otro rapaz, sin aguardar más tiempo os arroxara la cabeça a los pies del caballo. Mas, al fin, mañana será delante de toda la corte.

–Pues que así á de ser, quédesse –dijo el caballero–, que si no también a mí me diera arto contento que luego se acabara nuestra batalla.

Ya era casi de noche, y estaban una buena legua de la ciudad de Constantinopla, y allí en unas caserías o bentas que allí estaban determinaron <sup>[f. 288v]</sup> de quedarse aquella noche. Y, así, el gigante y cuatro caballeros que con él venían y como una docena de escuderos se fueron a la una posada, tomando el de las armas moradas la otra con su compañía, que era un enano estremadamente pequeño y una doncella muy bien adereçada a lo español sobre un muy buen caballo jereçano (y el enano en un camello de carga), y solo un escudero de a pie que con la doncella venía. Y, habiendo tomado la posada, el enano dio recado al caballo de su señor y al camello, y tomando un aposento, el mexor que havía en casa, con estraña presteça y diligencia puso en él un pabellón y adereçó una muy buena cama. Opiniones ubo que tenía quien le ayudasse en un anillo que entonces se usaba mucho, porque aunque siempre fue ilícito y malo y pecaminosso ubo tiempo en el cual no fue tan bedado ni escandolosso, sino que como por chocarrería usaban de los familiares.

Al fin, acabado de adereçar el aposento, el caballero de las armas moradas se subió a él y, desarmándose, puesto un turbante persiano en la cabeça de que andando desarmado usaba, puesto en hábito de rúa, quedó tan hermoso y galán como él lo era.

Que sin dificultad era de cuatro el uno y de tres el uno y aun de dos el uno de cuantos en el mundo había en hermosura, y aun puso dificultad de ser el único en él, y fuéralo sin duda si el Caballero de la Fe no hubiera nacido en el mundo. Allí en aquel aposento cenó con aquella doncella que con él venía, administrándosele y muy bien el enanillo, porque como os dixe tenía quien le ayudasse. Y, aunque los buenos cristianos no lo hacían, no castigaba la Iglesia ni los príncipes a los que lo usaban, aunque ello de suyo siempre fue digno de castigo como negocio injusto e impío y lleno de mil inconvenientes.

Al fin, acabada la cena, el caballero dijo:

–Mira que para mañana me tengas muy bien aderezadas y limpias aquellas armas berdes, y pon el yerro bucido<sup>†</sup> de cuatro palmos en aquella lança de brasil que tiene el cuento de oro. Y a mi caballo ponle el paremento de las serpientes y el cuerno de unicornio con la punta fuerte, y ten en cuenta de madrugar a la mañana y tenlo todo muy bien aderezado. Dame acá, entre tanto que se hace ora de dormir, aquel Homero que viene en aquel baúl; saca la *Ilíada*.

Con esto, entre tanto que se aderezaba en otro aposento más adentro una cama para la doncella y a los pies de la cama de su señor se hacía una camilla para el enanillo, estuvo un ratillo leyendo el caballero, notando el agudeça y vizeça del poeta y la excelencia de los versos. Y, así, decía que no sin causa le daban todos los poetas el primado de la poesía.

Al fin, venida la mañana, el caballero se levantó, vistiéndose a lo fuerte desde el jubón, calças y colete con todo lo demás. Y púsose unas armas verdes todas <sup>[f. 289r]</sup> sembradas de hermosa pedrería de valor inestimable, y púsose la celada, que cierto era admirable y fortísima; tanto era de buena que jamás en ella hizo espada, por bonísima que fuese, mella ni aun señal. Y, armado de punta en blanco y aderezado el caballo como él había mandado (que iba muy defendido y ligero), y puesta la dama sobre su caballo muy bien e[n]xareçado y ella estrañamente de bien aderezada (puesto un antifaz o reboço de camino), y el enanillo con una librea berde mas riquísima cuanto se podía pensar, puesto sobre su camello (que parecía, como decís, mona sobre carga), comenzaron su viaxe con el gigante.

El cual aquel día sacó unas armas todas de un limpidísimo oro (digo, el color, que ellas eran de fortísimo azero), y en el escudo en campo roxo llebaba pintadas una infinidad de cabeças como que se estuviessen bañanado en su propia sangre. Iba en un caballaço castaño escuro, cabos blancos, vien hermoso y fuerte; sus caballeros iban muy en orden y muy bien armados, y los escuderos de una librea roxa de brocadete vien lucida; llebaba delante dos elefantes de carga muy grandes y hermosos. Con este concierto fueron a la ciudad, en la cual entraron sería como a las nueve de la mañana, estando el Príncipe de la Fe con el embaxador su tío en su cuarto, asomado a unas bentanas que asomaban a la plaça; por la cual, con este acompañamiento, vieron venir al gigante y al caballero.

Y por las señas que el doncel había dado luego entendió el príncipe ser aquellos y, así, me mandó a mí que les fuesse a suplicar le hiciessen merced de venirse a posar a nuestra cassa, así el uno como el otro. Esto no diréis –dice Nictemento– que no fue así, pues fui yo mismo el que fui a suplicárselo, llebando conmigo cuatro caballeros de aquellos de cassa. Pues, como yo llegué, aunque con el paso apresurado por llegar antes que tomasen posada, puniéndome delante dixé:

–Señores caballeros, el príncipe de la fe manda vesar vuestras manos muchas beces y que, por que no andéis buscando posada, os suplica le hagáis merced de iros a posar a la suya, que ya que no pueda serviros como merecéis, que hará todo lo que le fuere posible para vuestro regalo.

El sobervio gigante me respondió:

–Andá, gentilhombre, decí a vuestro amo que si me piensa engañar con essos cumplimientos y zorrerías, que no piense de usar conmigo de las traiciones que á usado con otros.

Yo digo la verdad que no pude sufrir tanta insolencia, y puniendo mano a la espada que llebaba ceñida, sin la sacar más que ocho o diez dedos de guchilla, dixé:

–Sois muy gran desbergonçado y como tal habéis respondido, y en lo que <sup>[f. 289v]</sup> habéis dicho mentís como mal caballero.

Oyendo esto, el caballero de las armas berdes se puso en medio y dixo:

–Gigante, vien sabes que no puedes echar mano a la espada asta que aya conmigo cumplido campo, por esso tente.

Él, bramando como un demonio me dixo:

–¡Bil criatura, quítateme de delante! Que por el triforme rayo del dios Júpiter juro que en cortando la cabeça a tu amo os tengo en mi vengança de degollar a todos aunque pesse a todo el imperio.

A mí diome muy gran dana de reír, y así dixé <a> el de las armas verdes:

–Y vuestra merced, señor caballero, ¿quiérenos hacer esta merced?

–Decid, señor Nictemeno –dixo, nombrándome por mi nombre–, al Príncipe de la Fe, que por cierta promessa que tengo echa no boy luego a recibir essa merced. Mas que yo prometo si quedare con la vida de irme luego a le serbir a su posada, y si no, que le suplico que si muriere me mande enterrar, que en un joyel que traigo al pecho sabrá quién fui.

–Aora, pues que así es, vaya vuestra merced –dije yo– a la paz de Dios, que después le serviremos, que vien seguros estamos de la victoria.

¿Queréis que os diga a una cosa? A fe de caballero que digo verdad, que en mi vida tube mal pensamiento sino estando hablando con aquel caballero, que me pareció que aunque me quemar[en] con él, maldita la pena [que] yo recibiera. Y deseábale sus pedaços quanto se puede pensar<sup>1094</sup>, y al uso de Adán y Eba<sup>1095</sup>, que no tampoco como los que cegaron los ángeles<sup>1096</sup>. Al fin, me bolbí con la respuesta, y a fe mía que por no agrabiar a la hermosa Libertina, a quien había echo en lo interior de mi alma señora de mi libertad, deseché y con arta presteça el mal pensamiento, aunque jamás lo dixé asta oy.

---

<sup>1094</sup> *deseábale sus pedaços*: *Autoridades* recoge la expresión «morirse por sus pedazos», de significado equivalente a la aquí presentada: «frase familiar con que se explica que alguno tiene especial cariño a otra persona» (s.v. *pedazo*).

<sup>1095</sup> **Ap. marg.:** «*Genesis*, c. 4».

<sup>1096</sup> **Ap. marg.:** «*Genesis*, c. 19». Lot.

Buelto con la respuesta, en apeándose aquellos caballeros, de allí un tantico los bimos pasar a palacio a pie, armados de todas armas. Y luego de palacio pasaron a llamar al príncipe mi señor y al embaxador su tío, los cuales luego pasaron, indo el príncipe mi amo armado de todas armas, salbo zelada y manoplas. Y llebaba sobre las armas un manto de brocado verde vien galán y rico y, como llebaba morrión con muchas plumas y el rostro descubiert y las manos, iba galán y hermoso quanto se puede pensar. Pues, llegados a palacio, estando ya la Sala de Estado con los capitanes y gente que havía de estar, todos sentados por su concierto, el Emperador dijo al gigante que dixesse lo que qui[si]esse. El cual en boz alta, puesto en medio de todos, dixo:

–Yo benía desde mi tierra solo <a> hacer campo con este caballero que se llama de la Fe, entendiendo que era caballero y no niño, que era capitán y no doncelito para entretener muxercillas; pensé que era hombre rubusto y no tan delicado. Mas ya que me engañé en mi pensamiento <sup>[f. 290r]</sup>, pase, que con acabar a lo que vine cumpliré con mi onra, aunque no con mi boluntad y deseo. Pues, viniendo por el camino, antes de ayer topé con este desdichado caballero (pues á oy de morir a mis manos), y como yo le dixesse que venía a matar al Caballero de la Fe y le reptase por traidor, él se atrebió a contradecirme, y de palabra en palabra vine a hacerle merced de azeptarle el campo para que muriesse onradamente a mis manos delante de toda esta corte. Y, así, lo primero que pido, Emperador, es que nos des campo seguro a mí y a este caballero; con el cual, si él quisiere meter en campo doce caballeros consigo, lo podrá hacer, y el de la Fe después podrá hacer lo mismo.

Y, con esto, haviendo dexado moínos a todos con sus arrogancias y prolixas boberías, calló. El Caballero de las Armas Berdes, con dibino donaire y gentileça de que estaba dotado, se puso en medio de aquellos caballeros y dixo:

–Como no aya, ilustrísimos caballeros, cosa más dulce ni suabe que la amistad, la cual en todo tiempo obliga a tener al amigo como si le tuviesse presente, oyendo yo al gigante que aquí está presente con essa su acostumbrada insolencia algunas cosas del Caballero de la Fe (las cuales yo sé ser falsas y metirossas y que como mal caballero se las impone y lebanta), en testimonio d’esto le aplaço campo, y morir o mostrarle en él cómo se engaña.

Y con solas estas palabras calló. Lebantándose el Príncipe de la Fe, dijo:

–Señor caballero, yo vesso vuestras manos muchas beces por tanta merced como me queréis hacer, mas justo es que yo responda por mi propia onra, pues, ¡bendito sea Dios!, puedo ceñir espada y estoy para traer el arnés a cuestras.

–Por essa misma raçon –dixo el caballero–, señor príncipe, me combiene a mí hacer primero el campo, porque la causa que yo defiendo es mía propia y ningún resabio tiene de ser agena, que nadie puede injuriar medio cuerpo sin que quede el otro medio afrentado.

Todos entendieron que lo decía por las leyes de la amistad, y así dixo el Emperador que aquel caballero tenía raçon, que no se altercase más sobre aquello. Y, quedando el campo aplaçado para la tarde, se fueron aquellos caballeros a oír missa. Y el gigante se bolbió a su posada, espantado de la hermosura del de la Fe y haciéndosele difícilísimas de creer las cosas que d’él había oído.

En llegando el Caballero de las Armas Verdes a sus posada, llegué yo con cincuenta paxes a cuerpo muy bien adereçados, con hermosas fuentes de oro en que le llebé la comida. Y, cuando entré a darle el recado, yo os diré cómo le bi: estaba sentado en una silla raçonable de terciopelo colorado (de allí de la güéspedes), y él quitada la celada y puesto un turbante persiano en la cabeça con una cruz de diamantes puesta <sup>[f. 290v]</sup> en la testera d’él (y, echada en una cadenilla de oro menudita, otra al cuello); estaba sin manoplas, la una mano metida en la cadenilla y la otra, puesta en el rostro, sustentaba con ella la cabeça. Mi amo, yo os confieso que era hermosísima criatura quanto se puede pensar, mas al fin tenía una robustidad natural y un aspecto de capitán baleroso; mas el caballero que yo bi más me pareció Benus armada que Marte moço; dígoos de verdad que en mi bida me parece que vi cosa más linda en aquel hávito.

Pues, como yo llegué, él me recibió muy bien y con mucho comedimiento y me dixo antes que yo le dixesse nada:

–¿Para qué era esto, Nictemeno? Que no havía menester el príncipe regalarme tan presto. Mirad, que os quiero una palabra.

Esto me dixo en lengua española perfectísima (que se le echaba muy bien de ber ser aquella su lengua materna), y en la misma mandó al enano que pusiesse a recado la comida. Y, así, entrándose conmigo en otro aposento, me dixo:

–¿Conocéisme, Nictemeno?

Yo realmente no le conocí, y así dixé:

–No, mi señor, no conozco a vuestra grandeça sino para serbirle.

–Pues artas<sup>dccclxii</sup> beces siendo yo niño, Nictemeno, me tubistes en braços.

Y él la berdad decía, mas yo no caí más en ello que en la primera camisa que me vestí. Al fin dixo:

–Ya que no me conocéis, decidme, ¿es verdad qu’el príncipe mi amigo sirbe a la princesa Brisaida? Porque me olgaría en el alma de que ello fuesse así.

Yo respondí la berdad (que soy un Juan), y dixé:

–Sí, señor, la berdad es que procura hacer cosas en servicio del Emperador su padre y suyas.

Aora, con esto, él me preguntó todas las particularidades de casa, sin dexar cosa grande ni pequeña de que no se informasse. A todo le respondí lo mejor que supe y con admiración de que supiesse tan en particular todas las cosas y los nombres de todos los principales de la cassa. Y me dixo que cuándo aguardábamos a Mauro Italiano, y yo dixé que de allí a quince días a más tardar, porque havía ya mes y medio que havía partido.

–Aora al fin, Nictemeno –me dijo después de todo esto–, que no me conocéis, pues a mí me llaman el Caballero de la Enamorada Castidad, y algún día sabréis más en particular quién soy. Aora andad con Dios, y decilde al príncipe que le beso las manos muchas beces por el regalo y merced, y que le suplico yo que se alle esta tarde en la justa y campo que con el gigante é de hacer.

Con esto me bolbí a cassa, contando al príncipe lo que con el caballero había pasado. Y, preguntándome las señas, dixé:



–Es un moço al parecer de diez y siete años, no muy corpulento, aunque el más lindo de cuerpo y más vien sacado que me parece que é bisto. Es más delicado y tierno que feroz ni fuerte, la hermosura de su rostro, como negocio que no se puede exaxerar, dexo, solo diciendo que si se armase mi señora la princesa Alexandra le llebara poca <sup>[f. 291r]</sup> bentaxa, y aun la de mi señora Brisaida no sería mucha. Tiene las manos más hermosas que jamás se an bisto; porque son algo groseçuelas y largas, los dedos vien sacados y derechos, las uñas como rubíes, largas y encanutadas, el color de terso marfil, los nudos de rubíes perfectísimos y, al fin, toda junta la más hermosa y vien sacada mano que yo é visto.

–Mucho le loas, Nictemeno, y gusto notablemente de tener un tan buen amigo y principal caballero y deseo notablemente que le baya muy bien en la refriega.

Con esto se sentaron a comer. Y Brisaida supo lo que havía pasado, y embió con no sé qué espíritu un recado al príncipe que decía que había sabido cómo un caballero por defender su persona había aceptado campo con un gigante y que a lo menos ella en más había estimado el amor que la obra. A lo cual él respondió a mi señora la princesa que: «veso a su grandeça las manos por tanta merced de querer saber mis cosas y gustar de que tenga quien buelva por mí», y que cierto que <sup>1097</sup> yo tengo ya notable deseo de ber al caballero; lo uno por le poder servir la buena obra que me hace, y lo segundo por berle, que Nictemeno me le á loado estrañamente».

Con esto estuvieron asta acabado de comer, qu'el príncipe, armado de todas armas, acompañado de una docena de sus caballeros y sus lacayos y paxes, todos muy bien adereçados, y fuesse para la posada del Caballero de la Castidad Enamorada <sup>1098</sup>. El cual, cuando el de la Fe llegó, estaba ya armado y puesto a punto para se poner a caballo. Y como le bio, antes qu'él se ubiesse apeado <sup>dcclxiii</sup>, llegó junto a él y le dixo:

–Dadme, príncipe, la mano, como al más verdadero amigo y serbidor que tenéis en el mundo.

---

<sup>1097</sup> Acusamos una mezcla desafortunada de estilo directo e indirecto.

<sup>1098</sup> Resulta evidente que nos encontramos ante una redacción deficiente o incompleta de la oración.

El príncipe, como era tan comedido, con la mayor presteça que pudo se echó el caballo abaxo y con los braços estendidos recibió en ellos al caballero, que de la misma manera le aguardaba (aunque echada la vissera). Y, abraçándose estrechamente, el caballero dixo:

–Señor príncipe, este abraço [es] de buena amistad.

Salbo el guante<sup>1099</sup> y sin el daño de barras antiguas<sup>1100</sup> fueron estas raçones, y que el príncipe no las entendía y díxole:

–Suplícoos, señor caballero, que me hagáis merced de decirme quién sois y lebantaros la bissera.

–Yo –dijo el caballero– soy llamado de la Castidad Enamorada. La celada, si Dios me deja salir con victoria, yo os prometo de hacer lo que por vos me es mandado.

Con esto, por que el enemigo no entrase primero en estacado, salieron de cassa, llebándole el príncipe mi señor la lança (que por más qu’el caballero porfió, al fin, la ubo de llebar), indo con esto el Caballero de la Castidad notablemente contento y ufano. Y así entraron en el campo, estando a las bentanas de palacio la princesa Brisaida y Alexandra, y otras muchas dueñas y doncellas de ilustrísima sangre. Y, como bieron entrar a los caballeros, dijo Brisaida:

–A fe que es muy bonito el amigo de mi capitán, ¿an bisto? ¡Y qué vien puesto viene en el caballo y con qué buena gracia trae el escudo! A fe mía que si no llebara al que lleba al lado que pocos habíamos visto más galanes en esta corte.

–Mire vuestra grandeça –dijo Alexandra– qué vien le parece aquella cadinilla con la cruz que lleba al cuello; digo que todo él parece muy bien.

---

<sup>1099</sup> *salbo el guante*: «El darse las manos diestras uno a otro es señal de amistad y consideración; y esto ha de ir con ánimo sencillo, abierto y patente, sin fraude ni cobertura, y por eso se tiene por descortesía en tal ocasión dar la mano cubierta con el guante; pero en las cosas ligeras y que claramente consta de la buena intención, cuando se dan las manos cubiertas con él, decimos: “Salvo el guante”» (*Covarrubias, s.v. guante*).

<sup>1100</sup> *sin el daño de barras antiguas*: *Autoridades* recoge la expresión *sin daño de barras*: «Frase con que se explica lo mismo que sin peligro, riesgo ni gasto u desperdicio de alguno» (*s.v. barra*).

Ellas estaban en esto cuando entró el gigante con sus armas echas a pan de oro y con su soberbio<sup>dccclxiv</sup> escudo, trayéndole uno de sus caballeros la lança. Y, como entró tan arrogante y soberbio, Brisaida dixo:

–Agora digo que con raçón llaman a la sobervia cabeça de todos los pecados y que es aborrecible a Dios y a los hombres. Aora mire, prima Alexandra, con ser aquel gentilhombraço y venir muy bien armado y en muy buen caballo, parece a la mala maldición de Dios, como dicen, solo por benir tan soberbio, arrogante y inchado; aunque esperança [tengo] en Nuestro Señor que hará como acostumbra, qu’es abatir sobervios y lebantar humildes<sup>1101</sup>. Porque, al fin, objecto son amoroso a los ojos de Dios los humildes y mu[y] de lexis mira los sobervios.

–Pues crea, mi señora, que suele ser ello así casi por la mayor parte.

–Pues ame dado –dijo Brisaida– grandísima rabia, que me an dicho que dice este gigante qu’el mi capitán de mis ojos mató mal y a tración a Sanís el gigante persiano, negocio en que fui yo testigo de bista y lo fueron, aunque con artas lágrimas, estos ojos.

–Pues aí berá vuestra grandeça –dijo Alexandra– la maldad de estos traidores, pues se ponen a defender un tan gran testimonio y bellaquería.

En esto entraron los jueces en el campo y, partiéndoles el sol al gigante y al caballero, habiéndole dado el príncipe la lança y puéstose en su puesto el Caballero de la Castidad Enamorada, se puso con tanta gala y excelente postura que en viéndole dijo el príncipe:

–¡Ta, ta, vien pueden doblar por el gigante! ¡Nunca bos, malo!<sup>1102</sup>

En este tiempo hiço son el trompeta, a cuyo ruido y belicoso son parten los dos caballeros cual ardientes rayos en turbio día. Y encuétranse en medio de la carrera tan poderosamente qu’el gigante hiço mil pedaços su lança en el berde escudo, mas el caballero (cosa que a todos nos admiró) echó la lança por alto con una biçarría notable y

---

<sup>1101</sup> Lc 1, 51-52.

<sup>1102</sup> *¡Nunca bos, malo!*: Desconocemos si se trata de alguna expresión lexicalizada o, más bien, el copista ha omitido algunas palabras del texto; con todo, resulta evidente que el Caballero de la Fe pretende lanzar aquí una imprecación a su adversario, deseándole mala fortuna.

no hiço más sentimiento al encuentro que si fuera una dura roca. Y, pasando con muy buena gallardía y hermosa gentileça adelante, cuando bolbió, con clara boz dixo: «¡Ca, gigante, toma otra lança, que la pasada devía de ser de yelo! ¡Y guárdate d'esta que ba, por amor del de la Fe!».

Todos entendieron las palabras, mas no el propóssito<sup>dccclxv</sup> de ellas. Y tomando el gigante otra gruesísima lança, espantado de la destreça del caballero, buelbe a partir todo embuelto en ira con muy más furia aún que de primero. Mas sucediole mal, que quevrando él su lança [f. 292r] y haciéndola menudas pieças él quedó con la lança del caballero terciada en medio del bestial pecho, saliéndole a las espaldas el yerro tinto en sangre, en entrañas embuelto. Y, al pasar, dixo el caballero:

–Así an d'estar los maliciosos pechos que quieren mal a un tan buen príncipe como es mi amigo.

–Y aun así están –dijo Brisaida– los pechos de quien le adora con la lança de Cupido, qu'estas mis entrañas raxa.

Luego cayó el gigante, despidiendo el alma embuelta en negra sangre que por la herida derramaba. Y viendo que no había<sup>dccclxvi</sup> más que hacer, con aquella su estraña ligereça se apeó, quitándole la ya muerta cabeça de los hombros. Y, diciéndole los jueces que no había más que hacer, se bolbió a poner a caballo.

En este otro capítulo sabréis lo que más le sucedió.

## **Capítulo 28. De cómo el Caballero de la Castidad Enamorada se bino a nuestra posada y de lo que en ella passó.**

Por haber sido tan fácil el bencimiento y haberle el Caballero de la Castidad alcançado con tanta facilidad y presteça, estimó en menos su bictoria; porque no se llama gloriosa bictoria la que no procede de difícil contienda<sup>1103</sup>. Y, así, puesto a caballo, con arto deseo de darse a conocer, biendo que no combenía, alcançó de sí

---

<sup>1103</sup> **Ap. marg.:** «S. Ambro., lib. *De officiis*». Tanto esta apostilla como la siguiente se extractan de la *Polyanthea* de Nani Mirabelli (cf. ob. cit., s.v. «victoria»).

mismo otra más loable y difícil victoria benciendo su propio deseo y apetito; qu'esta es, al fin, la principal victoria<sup>1104</sup>. Con lo cual, forcejeando con su propio deseo le bino a bencer.

Y fue el caso que, puesto a caballo, se echó y acabó de calar la bisera, y biniéndose a juntar con el Príncipe de la Fe mi señor (el cual estaba espantado y contentísimo del buen encuentro) y saludándose el uno al otro, se recibieron con mucho amor y comedimiento. Y el de las Armas Berdes dixo al Príncipe de la Fe:

–Perdóneme vuestra grandeeça la tardança y atribuya la victoria a la justa causa que defendía y no a la fuerça de mis braços. Y agora quiero cumplir la palabra que di a vuestra grandeeça de me ir a recibir merced a su posada y en ella lebantar la bisera, como di palabra.

Con esto, con muchos instrumentos músicos salieron de la plaça, serían poco más que las dos de la tarde, aquellos caballeros. Y de pasada vesaron al Emperador las manos y se bolbieron a casa, haviendo ido yo por la doncella y enano y lo demás del Caballero de las Armas Berdes, para que todos se viniessen a nuestra posada.

En este tiempo se quitaron Alexandra y Brisaida del barcón en el cual havían estado mirando la batalla, y juntas se fueron al cuarto de la princesa Brisaida. Y Alexandra dixo:

–Bámonos, mi señora <sup>[f. 292v]</sup>, a las seloxías del terrero y beremos los caballeros que agora salen de la plaça lo que pasan con las damas, y tendremos un rato de entretenimiento.

–Se'así –dijo la princesa Brisaida–, aunque no estando allí mi capitán poco entretenimiento tendré yo, que no sé qué me á dado que me pesa de berle ir con aquel caballero que á muerto al gigante.

–Pues, ¿y en qué se funda vu<e>stra grandeeça? –dixo Alexandra.

–No sé, por mi fe, dejémoslo por agora y bámonos a mi cuarto.

---

<sup>1104</sup> Ap. marg.: «Plato., lib. *De Legibus*; Valerius Maxi., libr. 5».

Entradas en él se determinaron de irse al terrero y, así, acompañadas de Esmerilda, Libertina, Medúsea y Bulpissa se fueron al aposento de la selogía de plata. Y cuando ellas llegaron baxaba una docena de caballeritos moços cortesanos más compuestos que unas damas, todos de rúa y en muy buenos caballos y con libreas muy costosas y galanas, y ellos tan galanes y ufanos que vien mostraban de no les pesar haber nacido. Y entre ellos venía uno llamado Teoonio, lindo moço y gran cortesano y muy aficionado a Medúsea, y ella no le quería mal, porque realmente él merecía ser amado. Y, como Bulpisa los bio baxar, dixo:

–¿Quieren vuestras grandeças oírme loqu[e]ar un rato con una docena de mozuelos que vienen muy entonaditos la calle abaxo?

–Áganos bos reír –dijo Brisaida– y sea con quien quisiéredes.

–Pues aguarden vuestras grandeças, berán lo que pasa.

En esto ya llegaban los caballeros a igualar con la seloxía y, como ella los vio llegar, desde detrás de la selogía<sup>dccclxvii</sup>, estándola todas aquellas señoras escuchando, mudando la boz y puniend[o], como decís, la mano en la boca, les dixo:

–¿Para dónde bueno ba la camarada tan de prisa?

–Traíamosla –dijo uno de aquellos caballeros– por llegar a nuestro centro, que á sido el recibir esta merced. Y así, abiendo llegado a él, pararemos, como los que goçan de la vienabenturança que deseaban.

–¡Bálame Dios! –dijo Bulpisa–. ¡Y qué pesados deben de ser, pues tienen por centro el suelo!

–Antes, mi señora, se muestra nuestra espiritual naturaleza, pues emos buscado para descansar el alta esfera de vuestra dibina combersación.

–Sí, sí –dixo Bulpisa–, que engáñame, que bien se echa de ber que pecan de libianos y, así, como biolentados estaban en el suelo.

–Cuando es tal la ligereça –dixo otro– que, para su buelo en un tan bienabenturado cielo, llano consta haber la tal perdido el nombre de libiandad<sup>dccclxviii</sup> y merecido el de espiritual sutileça.

–¡Bueno, bueno –dijo Bulpissa–, qué nominales y no reales quieren ser los señores!

–Bien sabemos que para las damas –dijo otro– el día de oy más bale ser los caballeros reales que hombres de nombre.

–Tal puede ser el nombre –dijo Bulpissa– que estarían mejor sin él.

–A lo menos el mío –dixo otro caballero– bonísimo es, qu’ es esclabo de damas y servidor de discretas.

–¿Y quién le á de decir, buen hombre, a quién á de serbir? –dijo Bulpisa–. Porque mal juzga el ciego de colores....

Con su plática pasaron adelante, diciéndose muy buenas cosas.

En este medio, el Caballero de las Armas Verdes llegó con el príncipe mi señor a cassa, y, haviéndose despedido de los jueces, se subieron juntos al cuarto del príncipe mi señor. Y, estando solos en su aposento (que solo estaba yo allí y otro paxe de guarda y un moço de cámara que entraba y salía), el Caballero de las Armas Verdes lebantó la visera, mostrando aquel su divino rostro, [y] dixo:

–¡Ca, príncipe! ¿Conoceisme?

Espantado el príncipe de ber tanta hermosura y niñez y tanto balor, dixo muy fuera de conocerle ni caer más en quién era que en las cosas que nunca havía visto:

–Cierto, señor caballero, yo no os conozco más de para serbiros, como lo haré en todo lo que me fuere posible.

–Aora, no me espanto, príncipe, que como habéis mirado rostro a rostro al dibino sol de la hermosura de Vrisaida, deslumbrado y encandilado con su demasiada hermosura desconozcáis a buestros serbidores; y en esto no se hable más. Nictemeno, decí a mi enano que me traiga mi turbante y un manto de brocado verde, y que me traiga

unos borceguís marroquíes; quitarme <é> estas grebas. Y haceme vos adereçar un caballo de essos del príncipe a la gineta, y adereça otro para el príncipe: irnos emos a pasear por essa ciudad un rato.

Yo espantado estaba de ver la llaneça y afabilidad con que el caballero hablaba, mas jamás pude caer en quién fuesse, solo me parecía que tenía así un aire del príncipe Ardoniso, especialmente en la manera del hablar y en los ojos, que eran hermosísimos (aunque no de muy eficaz bista). Mi amo estaba admirado, mas con todo esso, dijo:

–¡Ca, Nictemeno, corré, id! ¡Hacer lo que este caballero manda y haced venir aquí pajes que nos den recado!

Luego fui a mandar poner por obra lo que me era mandado. Envié con un paxe a llamar al enano; dije al sotacaballeriço que adereçase dos caballos y envié media docena de paxes al aposento. Y yo fui a hacer acabar de adereçar el cuarto para el de la Castidad Enamorada, que allá andaba el respostero con diez o doce criados haciéndoselo adereçar. Pues, quedándose en medias y grigiescos, y con pecto y espaldar, y braceletes y gola, con un curiosísimo cabeçón de panarejo y puesto el turbante (que era de una toca verde y oro, cubierto de estremada pedrería y en la testera d'él puesta una cruz de diamantes), quedó el caballero tan hermoso y agraciado que a fe que ponía en peso y fiel la hermosura del príncipe mi señor; a lo menos entre caballeros, que entre damas siempre sin dificultad dieron el boto por el príncipe. El príncipe quedó de la misma <sup>[f. 293v]</sup> manera, salbo que en lugar del turbante llevaba su morrión de brocado verde puesto debaxo de una cofia de azero.

Pues, d'esta manera adereçados, en sendos caballos de capas uniformes (que eran castaños oscuros calzados y con sendas estrellas en las testeras, y eran tan oscuros que tenían los cabos negros), salieron el príncipe y el Caballero de la Castidad Enamorada de casa, llebando consigo una docena de paxes y seis lacayos; entre los cuales iban los dos libertinos Buxaamé y Petrucho, ya uno con título de caballeriço de quartagos y el otro de cochero mayor (y cada uno, fuera de su plaça, con mil ducados de ayuda de costa). Con esta compañía salieron de casa, mirados de toda la corte como en aquellos que beían estar cifrada toda la perfección de hermosura, balor y donaire que se podía imaginar.



En saliendo de casa, dixo el príncipe al de la Enamorada Onestidad:

–¿Por dónde quiere vuestra grandeça que bamos?

–¿No tienen aquí terrero las damas? –dijo el de la Onestidad.

–Sí tienen, señor, mas podría ser qu’estuviesse ocupado.

–No importa– dijo el de la Onestidad–, bamos allá, y si ubiere oportunidad parlaremos; donde no, pasarnos emos adelante.

–Se’ así –dijo el príncipe–, bamos en ora buena.

Y, con esto, guiaron para terrero de las damas; el cual, como os dixere, estaba allá detrás de las cercas de la ciudad, en un lugar bien solo y por el cual pasaba poquísima gente. Y era así una calle desempedrada arenosa y hacía delante de las bantanas una plaça algo ancha, que fue en la qu’el príncipe tubo la batalla con el persiano Sanís y su gente. Pues, cuando ellos iban a baxar la calle abaxo para benir al terrero, vieron cómo los caballeros que havían estado allí pasaban ya de largo y que quedaba desocupado el sitio.

–¡A!, ¿ve vuestra grandeça –dixo el de la Castidad– cómo bale más al que Dios ayuda que al que mucho madruga? ¿Be allí como aquellos caballeros dexan los sitios desocupados?

Como iban los dos a la gineta, los jaeces de los caballos iban llenos de campanillas de plata y oro y cascabeles de lo mismo; los tafatanes o bandas que llevaban al cuello, de inestimable balor y riqueza (que ya os [é] dicho cuán curioso era el príncipe mi señor en enjaeçar un caballo). Pues, como començaron a baxar la calle abaxo y Bulpisa los bio, dijo:

–¡Ya yo me espantaba que no benían los señorcicos! Vien dicen que adonde estuvieren los cuerpos, allí se congregarán las abes...<sup>1105</sup> ¡Bálame Dios! ¡Y qué compuesticos que vienen Sidrac y Abdánego! Ellos quieren afrentar con aquellos dibinos rostros a las damas.

---

<sup>1105</sup> Lc 17, 37.

Con esto, llegaban ya cerca que se oía el ruido de los caxcabaes y campanillas, y así dixo recio:

–Señora princesa Alexandra, allí viene su mesonero o güésped con el otro rapaz que oy mató al gigante; que sepan que ay ya dos soles en el cielo.

–A ber, quítesse reina –dixo Alexandra–, beremos cómo bienen los garçones <sup>[f. 294r]</sup>. Señora Brisaida, lléguese aquí vuestra grandeça.

–No es menester rogárselo mucho –dixo Bulpisa entre sí–, en mi ánima que está ya mirando a la bentana con unos ojos que parece que allí consiste toda su bienabenturança.

–¡Ca, ca, lebántesse! No se aga de rogar, ¿para qu'es esso? ¿Para mí? ¡Ca!, pues –dixo Alexandra–, venga vuestra grandeça, que en mi berdad que vienen bonísimos los mozuelos.

Con esto se asomó Brisaida, y biéndolos baxar la calle abaxo, que ya benían desde donde se podían juzgar muy bien, dixo a Alexandra quedito:

–¿Y quiere el güésped competir con mi capitán? Por le más le es, ¡mire, mire, prima, en ser de caballero cuánta bentaxa le lleba!

–Sí lleba –dixo Alexandra–, mas cierto si el estrangero no tubiera tan adamado el rostro perfectísima criatura es en hermosura.

–¡Ay, déxeme, hermana, por amor de de Dios! –dixo Brisaida–. Que parece qu'está echo de alfeñique. Mire el color y denuedo de mi español, que muestra aquel gracioso brío mezclado con cierta robustidad, que es lo que queremos las damas.

Alexandra vien notó esta palabra y echó de ber que el demasiado amor y la confiança que de ella tenía le había echo a Brisaida irse, como decís, del pie a la mano y decir aquella raçón agena de su grabedad y estremada onestidad y mesura. En esto, el Caballero de la Castidad dixo al príncipe:

–Antes que nos paremos a parlar corramos sendas parexas.

–S[e]a así.

En esto yo mandé a un lacayo, a uso de España, que pusiessen a los caballos sendos pretales de caxcabeles y campanillas de plata y oro que les había echo traer. Y puniéndoselos a los caballos, que eran de los mexores y de mexor raça que había en España, se començaron a regocixar y alterar tascando los frenos y ollando el suelo que cierto se pusieron loçanísimos. Y, haviendo paseado la carrera, todas aquellas damas estaban a las seloxías espantadas de ber tanta hermosura en dos caballeros. Pues, puestos donde habían de arrancar, trabados<sup>dcccclxix</sup> de las manos començaron <a> aquietar<sup>dcccclxx</sup> los caballos. Y Alexandra dixo a Brisaida:

–¿Á bisto vuestra grandeça dos más hermosas manos en su vida?

–Cierto, sí son –dixo Brisaida–, mas poca necesidad tenían de asirse agora de las manos, que aquellas –dixo entre sí– solo quiero yo que sean para estas mías, y aun a caballero no querría que se diesen.

En esto partieron los dos caballeros cierto admirablemente y pasaron las parexas con tanta gala que no ay que pintarlo, sino que realmente parecía imposible subir de allí la gentileça de dos caballeros en aquel casso. Pues, cuando bolbieron, que los caballos con la cólera y calor que en la carrera habían recibido venían bufando, los más hermosos que se podían pintar <sup>[f. 294v]</sup>. Y, cuando igualaron con la bentana, la princesa Alexandra, como tan cortesana y señora de tan buen término, avriendo la seloxía de par en par, quedando en ella trasladado el cielo (por estar en ella asomadas ella y la princesa Brisaida), dixo:

–Seais muy bienvenidos, caballeros, que aunque no se usa haceros tanta merced, a vos, príncipe, por ser mi güésped, y vuestro compañero, por lo vien que oy lo hiço en el campo, os queremos conceder este prebilio de tener abierta la bentana y que sepáis con quién estáis hablando.

El príncipe respondió:

–Nunca esperé menos merced, hermosísimas señoras, de vuestras grandeças, y así la recibo por la mayor y más soberana que acá en el suelo se me podía conceder.

El caballero estrangero dixo:

–Considerando la rara belleza de las dos princesas, a mí, mis señoras, se me á echo tanta merced que como no suficiente para la pagar libro la paga de ella en el cambio del mucho valor y hermosura de mi amigo el capitán, el cual tiene el caudal que a mí me falta.

–Aunqu'es verdad, señor caballero –dixo Alexandra–, qu'el príncipe está bien rico de esos desposos, vien se echa de ber que en buestra casa y tienda no ay falta de essa mercadería.

–Sí ay cierto, señora –dixo el caballero–, que en lo que yo digo tan pobre estoy como el que más y puedo menos que todos, porque mis heridas cierto son pauperrísimas para damas; solo en ellas se alla alguna mercancía de la que a ellas les sobra, y, así, a mi cargo que pocas bengan a mi tienda.

No entendió esto Alexandra con toda la delicadeça de su juicio, antes entendió la razón así desnuda como se había dicho y respondió:

–Si se abstubieren, señor caballero, de llegar a ella, quizá será por les faltar el caudal para contentaros.

Entonces, riyendo y muy de gana el caballero, de que Alexandra quedó espantada y aun un poquito corrida, dixo:

–Esa es la misma verdad, mi señora. Y guárdese vuestra grandeça no baya a España, mi tierra, que si allá ba, por adibina corre vuestra grandeça mucho peligro de pasear por las calles, como allá dicen.

Más espantada quedó d'esto Alexandra que de lo primero. Mas biendo el caballero que el príncipe y Brisaida se estaban mirando el uno al otro sin se hablar palabra, dixo:

–¡A, mi señora Brisaida! Vuestra grandeça me perdone, que soy así como Dios me hiço y todo lo digo luego, ¿por qué no habla vuestra grandeça con este pecador de mi compañero? Que parece que llebándole vuestra grandeça allá el alma le á dexado a él aca solo con la carga pesada del cuerpo, y es menester que vuestra grandeça con su

dibina palabra le buelva el alma al cuerpo para que vibificado pueda bolber a vuestra grandeça la respuesta de lo que le dixere.

–Antes que os responda –dijo Brisaida–, decime vuestro nombre y quién sois, que lo deseo saber.

Turbadillo se alló el caballero, porque por una parte quisiera satisfacer a Brisaida y por otra se quisiera encubrir, y así respondió:

–Áspero mandamiento á sido esse, princesa dibina y de hermosura soberana, mas supuesto que a vuestro divino mandamiento no ay resistencia, respondo<sup>dcclxxi</sup> que a mí me llaman el Caballero de la Castidad Enamorada; mi propio nombre es Camilo, mi tierra España, no soy hijo de mi padre ni es mi madre suya. Yo en ser de amistad verdadera ando agora donde está mi alma y deseo, en la cosa que más amo: ver engastada essa dibina joya que beo presente. Mis armas naturales es adarga y escudo, uso contra mi natural d’espada y lança –y con mucha pausa dixo–; mas todo es y será para servir a vuestra grandeça de rodillas, como lo debo.

–Agora bien, que cierto yo no os é entendido, señor caballero, porque habéis mezclado de mucha obscuridad buestra respuesta. Mas decidme, ¿á mucho que sois amigo del capitán?

–Desde el punto que le bi, mi señora, le concedí mi amistad en ley de buenos con tantas veras que asta la muerte no dejaré de ser suyo. Mas suplico a vuestra grandeça hable con el príncipe, que quiero yo hablar una palabra con mi señora la princesa Alexandra –y así dixo–; suplico a vuestra grandeça se pase a essa otra bentana.

Ella lo hiço, dejando al príncipe y a Brisaida, los cuales parlaron más de una ora ya muy a lo descubierto, tanto que al fin de la combersación le dixo Brisaida:

–Mirá, príncipe, que quiero hablaros una palabra a solas.

–¿Y cómo y cuándo manda vuestra grandeça que sea?

–Hablad esta tarde a Medúsea y haced lo que ella os dixere.

Con este concierto, contento el príncipe lo que se puede imaginar, acabaron su plática. En este tiempo, Camilo (que de aquí adelante así le llamaremos) dixo a Alexandra:

–Perdóneme vuestra grandeça, que por que hablasen mi amigo y la princesa me atrebí a suplicar a vuestra grandeça me hiciesse esta merced. Y también por preguntar a vuestra grandeça cuánto á que no á sabido del ilustrísimo Luposeldo, príncipe de España.

Medio enfadadilla la princesa y por otra parte riyendo, dijo:

–¡Qué caserico que sois, señor caballero! ¡Con todo habéis de tener cuenta y saber de todo!

–No se espante vuestra grandeça –dijo Camilo– que como ladrón de cassa sepa todos los rincones, quanto más que yo libré los otros días de manos de ocho traidores una doncella española que viene en mi compañía, que me dixo ser criada del príncipe Luposeldo; que yo por esto, mi señora, lo pregunto. Y también porque en España, viniéndose el príncipe el octubre pasado a olgar hacia mi tierra y a la brama de los benados, de los cuales ay mucha abundancia en ella, andubimos juntos mes y medio y en él me hiço merced de darme cuenta de sus negocios. Y como yo sé por cierta esperiencia que no ay criatura en el mundo a quien él más ame que a vuestra grandeça, por esso pregunté a vuestra grandeça si havía sabido algo d’él; que la doncella ubiera ya benido a vesar a vuestra grandeça las manos si no fuera que como llegamos esta mañana [...] coyuntura para hablar a vuestra grandeça.

–¿Y cómo se llama la doncella? –dixo Alexandra.

–Llámase, señora mía, Supionisa.

–¡A, sí!, ¡a, sí! ¡Essa es secretaria de mi señora la princesa Diadema!

–La mismísima –dixo el caballero–, ella es, mi señora, y zierito que me á echo muy buena compañía.

–Sí habrá echo, qu’es muy buena muger y muy discreta. Y también bendríades, caballero, segurito, qu’es ya biexa y nada hermosa; que yo me acuerdo haberla bisto en

casa de mi padre, cuando estubo allí Luposeldo mi primo, y tenía más de cuarenta años a lo que parecía. Mas con todo esso mirad que me la envíes luego, que deseo saber cosas de España.

–Tan bien –dijo el caballero– puedo yo dar a vuestra grandeça nuevas de España como ella, y pues todos emos de posar en una casa, allá puede vuestra grandeça saber lo que fuere servida.

Con esto, viendo que era ya ora se despidieron aquellos caballeros, pasando otras dos parejas con estremada gracia; y, así, se fueron para la Madalena. En el camino Camilo dijo al príncipe:

–En verdad que me an contentado estrañamente el buen donaire y partes de la princesa Alexandra, aunque en todo me pareció perfectísima y acabada mi señora la princessa Brisaida. Y este consexo tomá de mí, señor príncipe, que con mugeres en público siempre seáis muy onesto y comedido, mas en secreto sed siempre cortesano y cumplido y muy más hombre<sup>dcccxxxii</sup> de obras que de palabras con ellas, que creedme que las conozco como si yo fuera una de ellas. Y a fe de caballero que me güelgo que ayás puesto tan bien vuestros pensamientos, que yo os prometo como español hijo de algo que os tengo de serbir en este caso con todas mis fuerças.

Al fin, él se supo decir tan buenas palabras que al fin le bino a descubrir y comunicar todo el negocio de sus amores. Y parlando en ello se andubieron por el campo, asta que el príncipe le vino a decir cómo la princesa le había mandado que hablasse aquella noche a Medúsea, y todo lo demás le contó que con ella havia pasado.

–Aora, señor príncipe –dijo Camilo–, algún día sabréis más en particular quién soy y cómo solo [el] deseo de serbiros me á traído de España a esta corte para acompañaros. Solo os sé decir que al príncipe Ardoniso, buestro padre, tengo yo en lugar de tal, y así, a bos por hermano. Y no os é de dejar jamás asta que dándome bos compañía me lo mandéis. Y en todos los negocios de Brisaida no os acompañéis de otro criado ni amigo si no fuere de mí, que con esta pobre capa y espada os serbiré con tanto amor que pocos o ninguno me harán bentaxa en el mundo. Y, así, solo os pido por merced que con este nombre de hermano y por él me tratéis siempre asta que mis obras los desmerezcan.

Con mucho comedimiento, humildad y buen término agradeció esto el príncipe a Camilo, prometiéndole de en todo aquello y en lo demás hacer entonces y siempre lo que por él <sup>[f. 296r]</sup> le era mandado. Con esto se vinieron a casa, donde apeándose os diré en este otro capítulo lo que passó.

### **Capítulo 29. De lo que Camilo pasó con la princesa Alexandra y ella con Supionisa, Martesia con el de la Fe y él con la hermosa Brisaida.**

En apeándose aquellos caballeros, el príncipe mi señor se subió con Camilo a su cuarto, haviéndose cobrado un estraño amor y pareciéndole notablemente bien en todas sus cosas, así en echos como en palabras; mas por más que hacía jamás podía reducir a la memoria adónde le había bisto. En entrando en su cuarto, mirando si faltaba algo vio a Supionisa que estaba sacando unos recados de un bául, tiniéndole el enano la tapadera; a ella luego la conoció y se acordó haberla bisto en casa del rey Ofrasio su señor en España, y aun se acordó que era secretaria de las princesas. Y así se recibieron el uno al otro con grandísimo comedimiento, y ella le abraçó diciendo:

–Esté vuestra grandeça, señor capitán, mucho, en buen ora, que de ninguna otra cosa se habla en nuestra España sino de sus heroicos y ilustrísimos echos. Y así ya allá no solo le tenemos por nuestro amparo y capitán, mas generalmente es tenido por señor y padre de aquel reino. Y el rey Ofrasio nuestro señor y mi señora Casiana jamás le nombran sino con nombre de hijo y, a lo que todos entendemos, con este mismo amor como a tal le aman y quieren.

Él respondió a todo <sup>dcclxxiii</sup> y muy bien con su acostumbrada criança:

–Pues aquí –dijo Supionisa– traigo a vuestra grandeça una carta de [l] príncipe Luposeldo mi señor <sup>dcclxxiv</sup> –y diciendo esto se la dio, y dixo–, y vuestras grandeças me den licencia, que quiero ir a besar las manos a mi señora la princesa Alexandra.

–Nosotros la iremos <a> acompañar si vuestra merced nos da licencia –dijo Camilo.

–Luego podrán ir vuestras grandeças, que no quiero recibir tanta merced.



–Aora pues, baya vuestra merced a la paz de Dios.

Con esto, índome yo con ella –dice Nictemeno– y otros cuatro caballeros, la llebamos al cuarto de las damas. Y Camilo dijo al príncipe:

–Váyase vuestra grandeça a adereçar y mire no se le pase la ora en que á de ir a ablar a Medúsea, y también me adereçaré yo para irme a acompañar a vuestra grandeça por que no le suceda alguna desgracia.

–Aora pues, se’así –dixo el príncipe.

Y con esto se fue a su cuarto. Como quedó Camilo con su enano solos, quitándose el turbante mostró una dibina mata de cabellos y dixo:

–Espantada estoy, Aristeia, cómo no me an conocido Nictemeno ni el príncipe ni otro alguno de su casa, que cierto que entendí que luego me conocieran, porque, ¿quién pensara que había de ser tan desconocida Camiliana?

Que sabed –dice Nictemeno– que ella era de la que todo lo que queda dicho se á de entender, y realmente ninguno ubo en toda la casa que la conociese si no fue mi amo Priscilano, que la conoció otro día (como yo os lo diré <sup>[f. 296v]</sup> adelante).

–Aora, mi señora –dixo Aristeia la enana, que en hábito de enano benía–, crea vuestra grandeça que no sin misterio á dexado de ser vuestra grandeça conocida, que mi ama la de la cueba me dixo que combenía y mucho que asta la guerra unibersal que la cristiandad contra el paganismo aguarda fuesse acabada, o a lo menos asta que se estubiesse en ella, que no combenía que fuesse vuestra grandeça conocida.

–Aora bien, se’así. Dame un jaco y unos çapatos de sombrero, que aí vi tres o cuatro pares, y aquella rodela española de azero que tiene las puntas. Y ponme un caxco muy bueno debajo de aquel turbantillo negro de las pocas bueltas, y dame una capa castellana y un par de puñales buenos por si fueren menester.

–Ya sé, señora –dixo Aristeo–, que ba vuestra grandeça a acompañar al príncipe; bien hacen de ir apercebidos, mas entiendo que no será menester. Y, ¡ca!, ármese presto vuestra grandeça, que viene ya el príncipe porque se hace ora de hablar a Medúsea.

Mi amo en este medio se havía armado de armas de de noche, sin le faltar evilleta, y traía unos alpargatillos de seda berde calçados. Y, entrando en el aposento de Camilo, allole que se acababa de poner las cintas del jaco y se estaba atando los cordones del turbante, y tomando su espada y rodela. Ya començaba a anochecer.

–Aora bien, ¿dónde emos de ir a hablar a Medúsea? –dijo Camilo.

–Todo es dentro de casa –dijo el príncipe–, que al pasadiço á de venir según dijo oy mi señora Brisaida.

–Pues paréceme –dijo Camilo– que pudiéramos aorrar de yerro y cargar de raçones, y vos, señor príncipe, de buen ánimo, que me parece qu’estáis ya temblando, ¿qué diablos abéis? Por cierto, que júro<o>s yo, por vida vuestra, qu’os ama tanto la princesa a vos como vos a ella. Tené confiança, que la muger ni sabe amar poco ni aborrecer con templança y, si no os aborrece, en este trato estad cierto que os ama a lo menos, ya que no con mayor eficacia, con mayor ternura que vos a ella. Y con esto bamos, no se haga tarde.

En este medio la princesa Alexandra recibió y muy bien a Supionissa, y sabe Dios con cuánto contento de su enamorado coraçón y tierno pecho. Y estando sola con ella no se artaba de le hacer preguntas, asta que le dixo que le contase su biaxe, y ella dixo:

–Después, señora, qu’el príncipe mi señor me despachó, vine a embarcarme a Rosas y con una tormenta andube algunos días por mar, en el cual tiempo no me sucedió cosa notable. Asta que tomando tierra con intención de bolberme a embarcar en Porto Ércules para benir a Benecia, viniendo un día a la ciudad ocho caballeros traidores y malos me quisieron robar y forçarme, que a tanta malicia aun mi fealdad y edad no ponía rienda. Indo yo uyendo, ya que ellos, señora, me llegaban casi a herir con los yerros de las lanças, llegó este vienabenturado caballero que se llama de la Castidad Enamorada (y por su propio nombre Camilo) y a todos ellos<sup>dccclxxv</sup>, sin se le escapar<sup>[f. 297r]</sup> ninguno, dio la muerte con tanta facilidad que prometo a vuestra grandeça que tardase yo más en contallo que ello tardó en hacerse.

Estando otro ratico parlando, Alexandra, con deseo que tenía de leer su carta y también que Areusina (qu'estaba indispueta de unas terciánillas) embió a llamar a Supionisa, se quedó sola, con notable contento de haber recibido carta de su amado.

En este comedio llegaron el príncipe y Camilo a la parte del pasadiço que les era señalada, y en ella aguardando un poquito, siendo ya casi del todo escuro, bino Médusea sin chapines, lebandada la falda de delante un tantico. Y, como cerca llegó que vio así el buelto, dixo quedito:

–¿Quién está aí?

–Un serbidor de vuestra merced –dijo el príncipe.

–¿Es el capitán? –dijo Medúsea.

–Yo soy, mi señora –dijo él.

–Aora, ¿quién viene con vuestra grandeça?

–Viene mi amigo, el que oy mató el gigante.

–Vien está –dijo Medúsea–. Pues dice mi señora que si hizo vuestra grandeça las llaves del pasadiço, y que si las hiço, que venga vuestra grandeça a las diez de la noche, que yo llebaré a vuestra grandeça adonde mi señora estubiere. Y que no benga vuestra grandeça solo, porque no le acaezca alguna desgracia, y que por sí u por no que benga vuestra grandeça muy a recaudo y con el mayor secreto que fuere posible, y que vuestra grandeça no diga a quien traxere consigo a quién viene a hablar. Y, con esto, vaya vuestra grandeça a la paz de Dios, no nos cierren la puerta las guardas.

Vien podréis entender el contento que con esto el príncipe recibiría, y, cuando se salieron, fuéronse a su cuarto a aguardar la ora. Y, estando parlando, Camilo le dixo:

–Por que, señor, andéis conmigo más al seguro, sabed que yo soy buestro hermano, hijo de Ardoniso. Y, con esto, por agora no tenéis más que preguntarme, sino que cuando no alláredes ser así, vos, señor, me urtéis la cabeça como a engañador o falsario.

No le pudieran decir al príncipe cosa en el mundo, fuera de los negocios de Brisaida, de qu'él más olgara ni mayor contento le diera. Y así, abraçando a Camilo estrechamente, le besó en el carrillo; mas él (no sé yo con qué espíritu bueno devía de ser) bolbió aquellos hermosísimos rubíes de su boca a besar en la boca al que ella tenía realmente por su hermano. En esto estubieron y en muy buena combersación asta las diez, que, como dio la ora, con el mayor secreto que fue posible, sin entenderlo criatura de toda la casa si no fue Aristeo el enano (al cual con aquel su anillo nada se le encubría), se fueron al pasadiço, avriendo las puertas con las llaves echiças con el mayor silencio y poco ruido que fue posible.

Al fin, llegando a la última puerta, junto a ella allaron a Medúsea, la cual como los bio dijo: «Sean vuestras grandeças muy vienvenidos, vénganse tras mí lo más quedito que fuere posible». Con esto, los baxó por un caracol ob[s]curísimo y estrecho, y baxaron por allí a una salaça biexa baxa que ya no se moraba, en que havía mil biexas baratixas de recámara que ya por su antigüedad no se usaban. En esta sala estaba una lanternilla de cristal que Medúsea allí había dexado; a la luz <sup>[f. 297v]</sup> de ella pasaron otras dos cuadras. En la tercera dijo Medúsea<sup>dccclxxvi</sup>:

–Señor caballero –a Camilo–, quedaos aquí sentado en aquella silla y guardá el paso.

–Baya con Dios –dijo Camilo–, que aunque venga el diablo, si no es haciéndome pedaços, no ayan miedo que pase.

Con esto, tomando de la mano Medúsea al príncipe, le metió por una puertica chiquita, la cual luego cerró tras sí. Y entró en una cuadra muy vien adereçada, en la cual estaba un riquísimo estrado con cuatro almoadas de brocado verde y mucha pedrería, y sobre un bufete de oro estaban dos belas gruesas encendidas, y junto al estrado puesta una silla de brocado verde, y ella era de brasil y oro muy bien echa. Y, como entró en esta cuadra, Medúsea dixo: «Aguarde aquí vuestra grandeça un tantico, que luego vendrá mi señora», y con esto se entró Medúsea en otro aposento más adentro.

Y de allí a un poquito salió con un candelero en la mano, en él una bela de cera blanca, y detrás de ella venía la hermosísima Brisaida con una saya alta de brocado

verde toda guarnecida de piezas de oro que eran unas rosas, teniendo en el medio varias y hermosísimas piedras de inestimable valor. Traía al cuello una banda de red de oro, y en ella por colgante el escudillo de la Fe del carbunco que Esmerilda le había dado en nombre del príncipe. Tocado ninguno traía, sino sueltos sus hermosísimos cabellos ondeados sobre las espaldas, y ellos en la cabeza solo asidos con una cinta verde, en el medio de ella un carbunco de valor inestimable; los dos lados d'él benían dos perlas más hermosas que la de Cleopatra y la que fue çarcillo de la Benus.

Pues, como era de noche y el resplandor de las piedras preciosas era tanto y aquel dibino cabello que afrentaba al oro benía esparcido sobre el brocado verde, y ella era Brisaida, yo os doy mi palabra que no tenía el mundo cosa más hermosa ni bella que bella. Y, así, quedó el príncipe tal cuando se puso delante de ella a le pedir la mano (os doy mi palabra) que ni se la azertó a pedir ni aun se podía lebanar, y más gustó la princesa Brisaida de belle de aquella manera que si con la elegancia de Demóstones le propusiera alguna raçón. Al fin, Brisaida, a no se qué palabras titubeadas qu'el príncipe dijo, le mandó lebanar diciendo: «Lebantaos, príncipe, y sentaos». Con esto, dejándole junto a la silla, se entró ella en el estrado y tomando un almoada se sentó.

Todo esto veía Camilo por el barreno de la llabe de la cerraxa, y oía muy bien todo lo que hablaban y veía todo el aposento admirablemente, porque aunque la puerta estaba muy justa y era muy fuerte, con todo esso por donde digo se beía muy claro todo lo que en la cuadra pasaba. Pues cierto que quedó Camiliana espantada de ber una hermosura tan estremada, y así dixo: «Sin duda es Brisaida la más hermosa muger que tiene el mundo, ¡y aquel asno de mi hermano que no fue para abraçalla! ¡Maxadero, pensó que se lo había de decir ella! ¡A, bobo, bobo! ¿No sabe <sup>[f. 298r]</sup> que nosotras damos uno y queremos que tomen ellos ciento? ¡Tontillos, por presumir de cortesanos nos son enfadosos! ¡Qué compuestico qu'está el maxadero! ¡Maldito nunca seas! ¡Bobalías el infante! ¡Deja la silla noramala y descansa en aquellos hermosos braços, que no ayas miedo que le pese mucho ni aun que le pese nada!».

En esto dixo Brisaida:

–Agora, capitán, ya <é> echo lo que tanto á que me pedíades y sobre lo que tantas beces me habéis porfiado, así por vuestras cartas como en vuestras

comersaciones, que era que nos biésemos en lugar donde pudiésemos<sup>dccclxxvii</sup> ablar un tantico sin testigos. Y cierto que yo también lo deseaba solo por salir de algunas dudas que tengo. Y aora, aunqu'está aquí Medúsea, bien podéis decir lo que quisieredes.

–[*Aparte*] ¿Y esso no entiendes, simplicillo? –dijo Camiliana–. No ayas miedo que den boces ni llamen a la justicia, que pocos emos bisto presos por dar gritos. ¿Ellas no sabes que aun cuando uyen se azercan, cuando despiden llaman, cuando niegan conceden, quanto más juran más mienten? Lo que desean más que la bida dicen que aborrecen como al demonio, quanto más arden dicen que so[n] yelo y luego juramos que no tenemos más sentimiento que si fuésemos de piedra y mentimos claramente, que no lo hacemos sino por que soplen las brasas del amoroso fuego que nos enciende. ¡O, qué pesado en burlas! ¡Maldita sea de Dios si más a solas estuviere con él y no nos entendéis, bobillos! ¡Que decimos que malditas seamos si estando con bosotros estubiéremos solas y es por lo mucho que amamos buestra compañía!

¡A, señoras damas! Perdón –dice Nictemeno–, qu'esto yo no lo digo, que muger y muy dama y muy hermosa y onesta decía esto; que yo tan bolo era como los otros, que todo lo que me decían creía.

En esto dixo el príncipe, todo abrasado en aquellas encendidas brasas de amor qu'el objecto presente le abiban:

–Yo prometo a vuestra grandeça qu'estoy de suerte que aun apenas é de acertar a decir lo que (solo por decirlo tanto) esta felicísima ocasión é deseado, porqu'es cierto que para ninguna cosa me á que[da]do poder sino solo para amar. Eso bien sé que lo haga con tanta eficacia y fuerça que nada en el mundo puede conmigo ponerse en competencia. Y no es esto nada, pues todo lo restante del mundo no es de tanto merecimiento como lo es la birtud y balor de Vuestra Magestad, qu'es en quien mi amor se funda. Mas junto con esto tengo un ardentísimo deseo que apenas oso manifestarle, y con esto callo.

–Aora, decí, decí, capitán –dixo Brisaida–, lo que quisieredes.

–[*Aparte*] ¡Acaba, tonto! –dijo Camiliana–. Dilo, que a mi cargo que más tardes tú en pedillo que ella en concedértelo, a lo menos en lo interior ya que en la boca lo niegue.

–Pues mi deseo, dibina princesa, es amaros sin sospecha de jamás en este amor habrá ocasión de bario pensamiento y que podré, sin ofensa de Dios, tender la barra a mi amoroso pensamiento.

–[*Aparte*] ¡Jesucristo, Jesucristo! –dijo Camiliana–. ¿En esso estamos? ¿Pues qué otra cosa desea ella en esta bida si[no] casarse contigo?.

Al príncipe respondió Brisaida:

–Si no fuera[n], capitán, con él ciertos barruntos de lo que habéis dicho, no fuera yo tan poco recatada que os havía de venir a hablar d’esta manera...

–[*Aparte*] ¡O, bien ayas tú –dixo Camiliana<sup>dccclxxviii</sup>–, que le as dado a entender qu’es bobo!

–Aora, decidme, capitán, cúyo hijo sois.

–Ya vuestra grandeça lo sabrá, que soy hijo del príncipe Ardoniso y de la hermosa Belisandra.

–[*Aparte*] Cierto que o s[o]is muy niño o no lo acabo de entender, porque cuando yo nació dice mi aya Gradisa que se estaba aún el baleroso príncipe Ardoniso y el fuerte Feridano en España, y no tengo más de catorce años y lo que ay del día de Nuestra Señora de setiembre acá.

–De esso yo no sé nada, señora, solo sé que mi aya Esmerilda me dice que entré en dieciocho años para esse mesmo tiempo.

–¿Tenéis hermanos algunos? Decí.

–De mi madre la bella Belisandra bien sé que no tengo ninguno, mas de mi padre Ardonisso sí tengo algunos. Y el que ayer mató al gigante, mi señora, es mi hermano, hijo del príncipe Ardonisso.

–¡O, cómo me guelgo de esso! –dixo Brisaida<sup>dccclxxix</sup>–. Que una cierta pesadumbre que tenía con esso se me á sosegado...

–[*Aparte*] ¿Qué hiciera –dixo Camiliana– si supieras, niña, cuánto a más bendemos unas ferias y andamos armadas de unas mismas armas?

Con esto, ya perdiendo aquel reberencial temor qu’el príncipe tenía, se lebantó de la silla y, incado de rodillas delante de la princesa, le dixo:

–Suplico a vuestra grandeça me haga merced de darme una mano para que pueda el alma recobrar algún espíritu con la gloria que se le comunicará con el dibino contento.

Con esto, se la dio la princesa y él, besándosela amorosísimamente, tanto se vino a enternecer que, realmente pribado de todos los sentidos, con la demasiada gloria y contento bino a caerse desmayado sobre el estrado.

–¡Jesús, hermano! –dijo Brisaida–. ¿Qué niñería habéis?.

Y viendo que realmente estaba sin sentido dijo a Medúsea:

–¡Medúsea, corre, por tu bida! ¡Trae una algarraça<sup>1106</sup> de agua rosada!

Medúsea se lebantó y, como bio que ya el príncipe tornaba en sí llenos de lágrimas los ojos, y ella no era pelo boba, dijo:

–Yo boy, señora.

Y así se salió del aposento cerrando tras sí la puerta. Y Camiliana que lo bio, dijo:

–Agora, hermano, ¡mal ayas tú si no supieres goçar de tan buena ocasión!

Pues, como el príncipe bolbió en sí, animado ya con cierto soplo de amor y buena fortuna que sintió al pecho, con aquellos sus hermosos ojos llenos de lágrimas y fijos en los dibinos de ella, le dixo:

---

<sup>1106</sup> *algarraça*: Nos encontramos nuevamente ante una variante con sonorización en la oclusiva velar de la voz *alcarraza*, esta vez sin metátesis de la última sílaba (*vid.* n. 54, libro I).



–¡Dibina princesa mía! Suplico a Vuestra Magestad que ya que sin merecimientos míos sino solo por el dibino balor y misericordia vuestra se me á echo esta merced, que se me haga cumplida de darme la mano por mi muger y esposa, que yo desde luego juro y prometo a Dios como caballero que ninguna otra será señora de mí mientras <sup>[f. 299r]</sup> bibiere.

Esto dijo con tanta ternura y amor, eficacia y brío el príncipe que la tierna niña no supo replicar, sino solo tendiendo la diestra y tomando la de el príncipe dijo:

–Beisl’ái, mi señor, como la queréis, y así desde luego os recibo por mi señor, esposo y marido.

–[*Aparte*] ¡Vendita sea de Dios tal muchacha! –dixo Camiliana–. Yo os echo la mi bendición y a uso de mi tierra digo: «Para en uno son».

Con esto, el príncipe, perdiendo su cortedad, tomó a la princesa entre los braços, y juntando su hermosísima boca con la suya le començó a decir tan discretas y enamoradas ternuras que la tenía ya en amor desecha. Luego la puso sobre las almoadas, puniéndola de suerte que pudiese mirar los artesones, y Camiliana dijo:

–¡El diablo me llebe si más mirare<sup>dccclxxx</sup>! ¡Jesús, Jesús, boime, voime! Allá os avení, que marido y mujer sois.

Y a la pobre Camiliana le baxaron unas reumillas a la boca que no hacía sino escupir. Y porque me parece ora, adiós, que me mudo.

### **Capítulo 30. De lo que al príncipe sucedió después de haber goçado de su señora y de lo que en este tiempo en la corte se hiço.**

Yo apostaré –dice Nictemeno– que estáis espantados de la presta bienaventurança del Príncipe de la Fe y que quisiéredes que muy despacio os contara yo lo que con la hermosa Brisaida le sucedió: que os dijera aquel amor y ternuras, aquel dulce mirarse del uno al otro<sup>dccclxxxi</sup>; aquel suabísimo dolorcillo que amor ordena; aquel rabiar y enojarse en medio del amor dulce y tierno, trocarse labios y aun trocar las lenguas; aquel poder ya goçar con libertad lo que tanto se á deseado, ber a la dama

colgada del amado cuello. Aquel bolber las palabras del amante venir a la sabrosa lucha donde no se oye otra cosa sino aquel dulce «amor mío» y: «Que ardo y muero, que se abrasan, mi bien, estas entrañas, ¿asta cuándo, mi bien y mi consuelo? No más, mis ojos, no más, que ya no puedo sufrir de amor tanto exceso; déjame, descansa, mi bida, un po[co]. ¡Ay, Dios! ¡Mi alma, que me congoxo, que muero!».

Quisiérades que os escribiera estas cositas que entre los dos pasaron; no quiero, que según sois luego dixérades: «¡Y de puta<sup>dccclxxxii</sup>, Nictemeno! ¡A fe que sabéis bos más de lo que yo os enseñé!». Pues por no daros ocasión de murmuración, por eso lo dejo; solo haré memoria de lo que después el príncipe passó con Camilo. Que fue que como casi fuesse ya la mañana y los dos príncipes estubiessen tan embebidos en su combersación que de nada del mundo sino de lo que tenían presente se acordaban, asta que Medúsea entró y les dixo:

–Miren vuestras grandeças qu’es muy tarde, que quiere amanecer temprano.

–Y con sol –dixo Brisaida.

–En buena fe, mi <sup>[f. 299v]</sup> señora, que quiere ya amanecer, no piense vuestra grandeça que lo digo burlando, sino mire...

Y diciendo esto avrió una benta[na], por la cual bieron que ya quería mostrar la fresca aurora su fértil manto al suelo.

–Aora, pues nos es forçoso, dulce amor mío de mis entrañas y único regalo d’esta esclaba alma que os adora –dixo el príncipe a Brisaida<sup>dccclxxxiii</sup>–, ¡adiós, adiós, esposa de mis ojos!

Cual amorosa hija en maternos braços al tiempo que de ella despedirse quiere, que solo con llorar silencia<sup>dccclxxxiv</sup> su apartamiento y si quiere hablar, apenas acierta a decir palabra, así le sucedió a Brisaida<sup>dccclxxxv</sup>: que tenida en los braços de su esposo, aquellos dibinos ojos enamorados llenos de dulcísimas lágrimas juntaba con la boca del amoroso mancebo, que con los labios con dibina ternura las coxía. Y, estando así, dice Brisaida<sup>dccclxxxvi</sup>:

–¿Baste, mi bien? ¿Baste, entrañas mías? ¿Adónde bas, mis ojos, y me dejas?  
¡No te ausentes, mi bien y mi esperanza! Estate aquí, mi luz, ¿qué importa que sea de  
día? ¿No eres mi marido? ¡Béame todo el mundo, que no se me da nada!

Pues el gallargo moço, derretido<sup>dccclxxxvii</sup> en lágrimas y amor y estando abrasado  
con ardentísimo fuego, aún más entonces que antes que a Brisaida<sup>dccclxxxviii</sup> conociese.  
Que aunque es costumbre de naturaleza estimar en menos lo alcanzado, en los ilustres y  
virtuosos pecho hace contrario efecto; como se ve [en] el príncipe, que puesto de  
rodillas no le faltaba sino adorar su esposa. Mas no pudiendo ella sufrir velle de aquella  
manera también inca las dos rodillas, y allí buelben a abraçarse tiernamente.

El aurora se daba mucha prissa a descubrir el roxo manto por el oriente,  
madrugando entonces mucho más de lo que aquellos príncipes quisieran (y fue  
imposible menos, que al fin los despidió el día). Y viendo que era ya casi el alba y que  
por dentro de casa era mucho peligro si bolbían, Medúsea dixo:

–Agora, mis señores, no se sufre bolber por el pasadiço, mas por un[a]  
porteçuela qu'está en essa sala grande saldremos a la güerta y desde allí yo sé por dónde  
podrá salir facilísimamente.

–¡Ay, mira, por amor de Dios, por dónde lo<sup>dccclxxxix</sup> llebas! –dixo la princesa,  
toda derretida en amor y lágrimas, que un no sé qué le daba al amoroso pecho.

Al fin, ya que se daban el poster abraço, dijo la princesa:

–¿Vu<e>stro hermano sabía que me veníades a hablar a mí?

–Sí, mi señora de mi alma.

–Pues de essa manera quiérole hablar antes que se baya. Medúsea, di al príncipe  
Camilo que entre acá.

–¡Ca, ca, señora! ¡Despache vuestra grandeça –dijo Medúsea–, qu'es muy tarde!

Y, con esto, avriendo la puertecilla alló a la hermosísima Camiliana durmiendo  
sobre la silla, que de cansadilla de belar se havía quedado dormida. Como Medúsea traía

la bela en la mano y la vio tan hermosa que no se podía pintar, mas llegose quedito y biendo que no despertaba dixo:

–Dios te bendiga, ángel, ¡y qué hermosa <sup>[f. 300r]</sup> criatura! En mi verdad que preciara más darte un beso que a quien me diera un reino; mas no quiero, que despertarás.

Mil beces estubo por hacerlo; al fin, no se atrebió, y despertándole dijo:

–Agora, centinela, merecía vuestra grandeça la muerte, pues l[e] á allado la ronda durmiendo.

–Como bi ya bencido el campo –dijo la ingeniosa Camiliana<sup>dcccxc</sup>– y dada la batalla, atrebime a dormir, pues vi belar a los capitanes.

Bien entendió Medúsea por lo que lo decía y riyendo dijo:

–Siendo tales los combatientes como vuestra grandeça y su hermano, no me espanto yo de la victoria. Aora venga vuestra grandeça, que le llama mi señora.

Con esto él entró. Y, como iba medio dormidilla y llebaba encendido el rostro, que sobre la ma[no] había tenido puesto, parecía un ángel del cielo propiamente. Y, como llegó delante de Brisaida<sup>dcccxc</sup>, puesta Camiliana de rodillas delante de ella le pidió las manos. Ella la lebantó diciendo:

–Lebántesse vuestra grandeça, señor príncipe, que las cosas del capitán y más tan cercanas téngolas yo de tener sobre mis ojos.

Y, con esto, dixo bolbiéndose a su esposo:

–Con vuestra licencia, amigo mío.

Y así abraçó a Camiliana y, haviéndose echo sus ordinarios cumplimientos, por se hacer tarde se salieron luego por donde havía dicho Medúsea. Y allaron bonísima oportunidad por haber en la güerta un postiguillo que por maravilla se avría, el cual tenía una montón de piedras muy grandes por tranca, las cuales Camiliana quitó con tanta facilidad como si fueran pequeñas pedreçuelas. Al fin, por allí salieron, que salía a un callexón de entre unas güertas, en el fin del cual estaban unos mesones o posadas

para extranjeros, los mejores de la ciudad. Y por esta otra parte de los mesones habían ellos de ir a su posada, por una callexa la más sola y inusitada que había en toda la ciudad.

Ellos se fueron por ella, y cuando Medúsea tornó a su señora, allola que se estaba sobre el estrado con un lienço del príncipe en las manos besándolo y hablando con él muy despacio. Y, como ella llegó, la princesa le dixo:

–Seas muy bienvenida, Medúsea, ¿salieron los príncipes vien?

–Muy vien, mi señora, que no allamos inconveniente ninguno. Béngase vuestra grandeça <a> acostar, qu'estará vuestra grandeça con necesidad de dormir.

–Bamos –dixo la princesa–. Mas dime, Medúsea, ¿tú sentístenos al príncipe mi señor y a mí?

–Señora, lo más del tiempo estube durmiendo, mas bien eché de ber que quedaste, señora, casada con él.

–Pues dime la verdad, ¿qué te parece de mi príncipe y de mi casamiento?

–D'él, señora, lo que toca su persona sin duda le tengo por el mejor del mundo en todas cuantas partes quisieres en él desear, porque yo no allo perfección en el mundo que le falte. Solo es, señora, no ser de tanta calidad como tú, que al fin es criado del rey de España.

–¿Su criado, necia? –dijo Brisaida–. Agora su señor es, pues es emperador de Constantinopla.

–Aora, señora, ello no está ya echo.

–Sí –dijo Brisaida.

–Pues supuesto ello<sup>dcccxcii</sup>, digo de verdad que ninguno podía haber en el mundo con quien fuesse más acertado, y más amándole mi señora como Vuestra Magestad le ama.

Con esto se fueron <a> acostar ya que amanecía, y la princesa hizo a Medúsea que se acostase allí en su cama, porque caía la mañana fresquita y benía<sup>dcccxciii</sup> medrosilla la princesa de la sala.

El príncipe y la balerosa Camiliana, con las armas que os é dicho, salieron de la güerta, sería como un cuarto de ora poco más antes que amaneciese, de suerte qu'estaba ya la luz así lobriosca<sup>1107</sup>, como decís, un es no es. Y el príncipe dijo a Camiliana:

–¡A, hermano Camilo! Vuestra grandeça no debe de haber dormido nada.

–É gustado tanto, señor hermano, de vuestro contento y vienaventurança que esso solo á sido mi verdadero descanso y dulce sueño.

Indo a responder vieron delante de sí dos caballeros, y como aún no era bien claro no bieron el color de las armas ni dibisaron si venían más o menos. Y los que venían dixeron:

–¿Quién ba? –en lengua griega.

–Sí ba –respondieron el príncipe y Camiliana.

–A la banda, señores caballeros, y dejanos pasar; buélbanse vuestras mercedes, señores caballeros, por essa otra calle, qu'está este paso ocupado, y perdónenos.

–Cierto –dijo el príncipe– yo lo hiciera de muy buena boluntad, mas esme forçoso el ir por aí. Así, suplico a vuestras mercedes nos den licencia.

–De verdad que olgáramos nosotros tanvién de esso, mas sernos á mal contado si lo permitimos.

–Pues, ¡sus! –dijo Camiliana–, haga la espada el camino.

Y diciendo esto arroja la capa y, embraçando muy bien la rodela, echa mano a la espada, y el príncipe hizo lo mismo. Y los otros dos caballeros de la misma manera,

---

<sup>1107</sup> *lobriosca*: Voz usada aquí con el significado de 'oscura' o 'tenebrosa'; documentada para Salamanca por José de Lamano y Beneite (*El dialecto vulgar salmantino*. Salamanca. Diputación. 1915, pág. 517).

embraceando sus escudos, echan también mano [a la espada], y los unos y los otros entendieron de los primeros golpes acabar su debate; mas a todos cuatro se les bolbió, como decís, el sueño del perro. La mañana hacía serena, mas en un momento se cubrió de obscuro y triste pelo el cielo, con una tan negra nube que pareció bolber la medianoche. La cual con desacostumbrado ruido comenzó a despedir truenos y claros relámpagos y <a> hacer tan temerosos torbellinos que parecía querer la mar tragar la ciudad y el viento en la tierra arrancar los edeficios. Y no entendáis que fue encantamiento, no, sino que naturalmente se rebolvió el tiempo.

En este tiempo los cuatro caballeros se habían dado los primeros golpes los unos a los otros con tanta fuerza que se habían ostigado y de suerte que cada uno miraba cómo combatía; redoblan los golpes y auméntase la fuerza, el retiñir de las armas sube al cielo. Andaban a un compás ellos y el torbellino, que los golpes eran truenos y de las armas salían lucidísimos relámpagos y luces. Crece en los unos y en los otros la ilustre cólera con el enoxo encendido, comiençan a desmallarse las lorigas y <a> hacerse mil pedaços los arnes[es], bordan de roxa sa[n]gre todo el suelo, tiembla Marte en su esfera y dice que ya tiene cuatro Martes en la tierra. En el libro cuarto sabréis en lo que paró esta sangrienta batalla. Fin. Jesús. María.

**LIBRO CUARTO DE LA PRIMERA PARTE DE LA COR[Ó]NICA DE DON MEXIANO DE LA ESPERA[N]ÇA, LLAMADO EL CABELLERO DE LA FE, Y DE SUS ILUSTRÍSIMOS ECHOS Y FAMOSAS AÇAÑAS<sup>1108</sup>.**

**Capítulo 1. De cómo Sofrasto, emperador potentísimo de la <E>scitia, embió sus mensaxeros a Constantinopla a romper la guerra contra el cristianismo.**

La causa del pelear suele hacer la guerra justa<sup>1109</sup> y el fin se llamará bueno o malo respecto de la causa que movió a que la guerra se hiciesse<sup>1110</sup>. Y, para que lo sea, es menester qu'el que lo manda pueda y tenga jurisdicción para mandalla<sup>1111</sup>, y quien á de obedecer o a quien se manda sea obligado a la tal obediencia<sup>1112</sup>; y que contra quien se haga merezca el ser combatido y debelado por sus deméritos o por ser injusto poseedor de lo que procuramos pribarle<sup>1113</sup>. Y que la causa mobedora sea justa y no por nuestro antoxo, parecer o bengança<sup>1114</sup>, sino que con la guerra se procure la paz [f. 301v] y que este sea su fin, procurando que sean castigados los malos y premiados los justos<sup>1115</sup>.

Porque la guerra que al cruel bárbaro resiste, defiende al pobre becino que no sea robado de ladrones<sup>1116</sup>, perfecta justicia es la tal guerra y muy bien es que aya gente en este arte exercitada para que cuando fuere menester se defiendan del cruel tirano; qu'el soldado exercitado en la paz es el que más se señala en la guerra<sup>1117</sup>. Porque el arte y

---

<sup>1108</sup> Anotación de lector, mano 3: «Y de sus grandes ansias por comer».

<sup>1109</sup> **Ap. marg.:** «S. Bernardus, *De noba milicia*». El presente excursus sobre las causas para una guerra justa está basado en la *Polyanthea* de Domenico Nani Mirabelli (cf. ob. cit., s.v. «bellum»).

<sup>1110</sup> Anotación de lector, ¿mano 5?: «Martes». Parece tratarse de una marca de lectura.

<sup>1111</sup> **Ap. marg.:** «11, quest. 4, Julianus». Tanto esta cita como las siguientes remiten al *Decretum Gratiani*.

<sup>1112</sup> **Ap. marg.:** «23, questio 1».

<sup>1113</sup> **Ap. marg.:** «23, quest. 2, c. ultimo, et questi. 5, “de oudendis”».

<sup>1114</sup> **Ap. marg.:** «23, quest. 5, “cum homo”».

<sup>1115</sup> **Ap. marg.:** «23, questione 1, apud veros; et quest. 4, “displicet”».

<sup>1116</sup> **Ap. marg.:** «S. Ambrosius, *De officiis*, lib. 1; et habetur 23, questi. 3, “fortetudo”».

<sup>1117</sup> **Ap. marg.:** «Casiodorus, lib. 1, epistola 28 et lib. 3, epist. 2».



pericia de la guerra y el ser ejercitados y maestros en ella aumenta el atrevimiento, da ánimo y multiplica el esfuerço<sup>1118</sup>; pero ase de tomar la guerra de tal manera que el principal fin que de ella se pretenda sea la paz<sup>1119</sup>.

Lo contrario d'esto hacía el bárbaro <e>scita Sofrasto, el cual su fin era bengança, su deseo, derramamiento de sangre cristiana; lo que pretendía eran sediciones y rebueltas. Mas n'os espantéis, pues aquellas cuatro partes principales del buen príncipe y capitán le faltaban, que son: <e>sciencia en el arte militar, birtud en las costumbres, autoridad en la persona y felicidad en los sucesos<sup>1120</sup>. Porque lo que tenía era mucha esperiencia de largos años en la guerra, mas no buen ingenio para la disposición de las cosas; tenía estrañas fuerças corporales, mas predominadas de su endemoniada sobervia. Con lo cual todo lo destruía, porque como ella<sup>1121</sup> sea la que nos hace tener un actual menosprecio de los mandamientos de Dios y de su dibina ley, qu'es por la cual nos abstenemos de los pecados, y tiene aquel desordenado apetito de nuestra propia excelencia, en cualquier pecho que entra luego le desbarata, desconcierta y destruye, haciéndole aborrecido de Dios y odioso a los hombres; que al fin ella es la cabeça<sup>1122</sup>, origen y raíz de todos los pecados.

Tenía con esto el feroz y brabo cita ser tan amigo de su propio parecer que nadie consentía que le fuesse a la mano, por ser como era tan amigo de bengança, tan cruel y tirano que jamás supo usar de misericordia con los bendidos ni sabía olvidar injuria que le fuesse echa. Aunque con esto era magnánimo y franco, y rigurosimo castigador de los que le ofendían; con lo cual era notablemente serbido y muy más temido que amado. Y por ser tan balentaço y robusto, y por su persona tan brabo caballero, nadie le osaba ir a la mano ni aun dejar de obedecer lo qu'él mandaba.

---

<sup>1118</sup> Ap. marg.: «Vegencius, *De re militari*, lib. 1, c. 2 et lib. 2 et 3, multis in locis».

<sup>1119</sup> Ap. marg.: «Cicero, lib. *Oficiorum et Aristoteles, Eticorum*, lib. 10».

<sup>1120</sup> Ap. marg.: «Cicero, in *Oracione de laudibus Magni Ponpeii*». Cicerón, *Pro Lege Manila*.

<sup>1121</sup> Ap. marg.: «S. Tho., 1<sup>a</sup>, 2<sup>e</sup>, que. 84, arti. 2; et euan., que. 102, arti. 2; et 1<sup>a</sup>, 2<sup>e</sup>, que. 84, ar. 4». Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologia*. Tanto esta cita como la siguiente, referente a la *Expositio in Librum Iob* de san Gregorio, han sido extractadas de la citada poliantea de Nani Mirabelli (cf. ob. cit. s.v. «superbia»).

<sup>1122</sup> Ap. marg.: «S. Gregorius, lib. *Moralium*, 31».

Pues d[i]ez y ocho años había que traía guerra en diferentes probincias contra cristianos desde la que en Babilonia le sucedió con Ofrasio, rey de España, en el caso de la hermosa Casiana. Y tan biba y en la memoria se tenía el tirano la injuria que allí se le hiço que jamás daba un poco de bado a su vengança, y la inocente sangre de <sup>[f. 302r]</sup> cristianos procuraba derramar por todas las bías que le era posible. Y, ya que havía echo mucho daño a algunas probincias particulares, todo el cristianismo si él podía procuraba y deseaba aniquilar y deshacer.

Para lo cual ya havía cuatro años que andaba haciendo máquinas de guerra, teniendo por capitán general un balerosísimo bándalo llamado Sigisuldo, uno de los mejores y más diestros y balerosos capitanes que tubo el mundo y que había alcançado muchas bitorias en Panonia y en Ungría y en Austria. Y aun el año antes havía tenido a Vuda puesta en arta necesidad, sino que al fin se ubo de retirar, por raçón del tiempo, sin tomarla. Este capitán era el que así del emperador Sofrasto como de todos los principales bárbaros era electo por capitán general.

Pues como se acercasse ya el tiempo apto para poder baxar aquella muchedumbre y canalla de bárbaras naciones, un día, el <e>scitano príncipe estando en una populosa ciudad al pie de aquel afamado castillo llamado las Puertas Cáucasas y en las corrientes del río Fasis, que viene a dar al mar Euxonio, tenía innumerable armada para por allí venir al E[u]xonio y desde allí él arruinar la Grecia y todo el cristianismo. Estando todas sus probincias muy aparejadas para la guerra y no oyéndose otra cosa sino roncós atambores y lebantados pifanos, juntando sus capitanes y la gente más esperta en la milicia, en una sala baxa muy hermosa y grande que para este fin en su casa havía, el cruel bárbaro les hiço este raçonamiento, estando todos con estraño silencio, quietud y reberencia aguardando lo qu'el brabo rey diría:

–Es tan debido el unibersal dominio del mundo al <e>scitano imperio, capitanes, que a todos los que en él biben no sugetos a nuestro imperio como rebeldes y injustos poseesores de su libertad es vien que de ella por buestros balerosos y indómitos braços sean pribados. Ríndase y sugétese el mundo a nuestra corona, pues no ay probincia en él que no aya sido por la Cáucasa y rigurosa espada rendido y a nuestro balerosos progenitores tributaria. En toda la Asia an sonado nuestros atambores, el Europa y el

África an visto nuestros alfanxes y desde el río Ganxe al Indo se an bisto tremolar nuestras banderas.

Aora ya sabéis que por mi propia persona tengo determinado de baxar a todas essas probincias por los cristianos usurpadas, a tornarlas a reducir a la obediencia y dominio de nuestras gentes. Procurad como balerosos capitanes acaudillar buestra gente para que os enriquezcáis con los despojos del enemigo y podáis bolber bitoriosos a vuestras<sup>dcccxciv</sup> regiones. Serán nuestros aliados <sup>[f. 302v]</sup> el persa y tártaro baliente, y de nuestras gentes solo quiero baxen cuatrocientos mil hombres de pelea sin los oficiales y fardaxe. Irán caspianos, caucasianos, getas, nómades, ipófagos, <e>scitas; de todas las naciones que ay asta la India irán trogloditas, gelas, amitas, orgasios, aorxios, coraxes, iberios, albanios superiores, <e>scitacenos, sagrarios, agianos, saducenos, camisenos, contiportos, partunos, coranos, particenos, sabienos, ragienos, margienos, omodos y paropanisos y otras naciones a nuestro imperio sujetas.

Bos, Sigisuldo, nombrá capitanes y oficiales de la guerra, pues los conocéis a todos, y probeé de basos, que por el río Fasis quiero llebar al mar Euxino todo el ejército. Y yo juro por la diestra de Júpiter ardiente y por el encendido rayo que despide, por la sacudida lança del dios Marte y por los dragones de Belona y por el crinado escudo de la Palas, por la triforme garganta del Cerbero y por mi imperial corona de no bolber a la Citia asta dejar asolada a Grecia, destruida a Italia, abrasada <a> Alemania, tributaria a Francia y a España rendida, y si pudiere aniquilada. Este es mi parecer, esta es mi determinación, esta es mi boluntad, a la cual no á de [a]ber ninguna contradición, sino solo ayudarme como hermanos, aconsexarme y faborecerme como amigos, serbirme como basallos y obedecerme como sujetos.

Cuatro oficios solo quiero señalar por mi propia persona, los demás, capitán, bos tendréis cuenta de dalles las minutas. Capitán general, con toda mi autoridad ya bos estáis señalado, Sigisuldo; será maestre de campo general, Gusilberto, visrey de los ipófagos; alférez mayor de la <E>scit[i]a será Asilayo Vrabudio, príncipe de los gelas; probeedor general del campo será el próbido y discreto Gasuldeno, visrey del abundante Margiano; será capitán de la caballería Disudeno, duque de los <e>scitacenos. Estos cuatro oficios solo señalo, y doy las condutas selladas con mi imperial sello. Y mirá que

emos de partir el río abaxo a entrarnos en el Euxino el primer día de mayo sin faltar un punto.

Luego aquellos caballeros, como tiraniçados, al fin no osaron replicar palabra, y así aceptaron sus officios los que estaban presentes, que solo faltaba Gusilberto (que havía de ser alférez general); mas luego se partió un correo de a pie a llevarle el despacho, que en una probincia allí cerca estaba con un campo del emperador que había embiado a sosegar aquella probincia (que unos ladrones y forixidos la tenían alterada e inquieta). Con esto, sin que entonces hombre alguno replicase palabra se acabó la junta, solo entendiendo que era <sup>[f. 303r]</sup>inebitable<sup>dcccxcv</sup> la execución de ella.

El capitán general, que era balerosimo y discreto y de un imbencible ánimo y estraño ingenio y traça, luego començó a exercitar su officio: despachó luego todas las condutas que le pareció necesarias para llegar <a> aquel número de quatrocientos mil hombres, que en la <E>scitia se hacen con mucha presteça y facilidad todo este número y más, si más quiere el capitán de ellos. Dadas las minutas a los capitanes, que las dio con mucha cordura y discreción, mirando más las buenas partes de los caballeros qu'el favor o pribança, començó luego a hacer probisión de las cosas necesarias, especialmente armas de todo género. Y al prob<e>edor general, que probeyese de carros, de açadas, de cestas y espuestas, çapatos, botas, sacos, cadenas, escalas y otras mil géneros de cosas que de probisión son menester en un campo: tiendas, fardaxes, maderas, oficiales, carnes, ganados, pipas, medicamentos, y otras muchas cosas de fuegos (estopas, alcritán, pez, resina, vrea, azufre, mechas); yerro, azero, bronce labrado (echos goznes, yerros, visagras, caxquillos, clabos, cabeças de carneros y muruecos); astas, viras, virotes, saetas, jaras, cuadriles, lanças, dardos, alcancías, botixas, achones, mecheros, incendios, lucernas, pabeses, adargas, escudos, broqueles, rodelas, targetas, defensos, ariados<sup>†</sup>, conchudos. Hiço prob<e>er de arneses, jacos, coraças, mallas, costillares, coseletes, grebas, quijotes, guardabraços, nabajas, trofeos, restarios, targetas, celadas, morriones, capacetes, sombreros, caxcos, cofias con barias crestas, bestiones, alas, páxaros, arpías, cuernos, follaxes, plumas; por timbles cimeras, señales, dibisas y otras muchas y muy galanas armas. Hiço prob<e>er el campo de ondas, arcos, ballestas, catapucias, carneros, guías, lanças, dardos, partesanas, alabardas, guchillas, maças,

clabas, martillos, achas, espadas, dagas, puñales, guchillos, alfanjes, montantes y otros géneros de armas que por no cansaros no os cuento.

En las cosas de la nabegación puso también estremado cuidado, procurando que para ella no faltase cosa laguna, probeyendo se probeyese del todo el metelotaxe y jarcias necesario sin que nada faltase. Luego probeyó de hombres ladinos y diestros para embiar por espías a toda la Grecia y que echasen fama que querían baxar a Alemania, para tomarlos más desapercibidos. Probeyó cosarios por la mar para que le truxessen algunos cautibos de los cuales pudiesse tomar lengua del apercebimiento del contrario. Començó a hacer maníficas mercedes y muy mayores prometimientos a los soldados; probeyó de gente de serbicio, cocineros, ornes, fulones o labanderos, aguaderes, carniceros y todas las demás cosas d'este jaez <sup>[f. 303v]</sup>, que aunque parecen de poco ser son muy importantes en el campo.

Començó desde luego, como muy buen capitán, a exercitar un poquito cada día sus soldados en varios exercicios militares: formando campos, haciendo muestras, mostrando alardes, compuniendo cueços; haviendo escu<e>las de esgrima de diferentes armas. En una parte se jugaba espada y rodela, en otra espada sola; allí espada y puñal y en otra parte dos espadas. Quién esgrime el montante, quién el bastón, benablo o maça herrada; unos tiran la onda, otros el dardo, otros la pica o lança ponen firme. Cuál se enseña a soltar las máquinas militares; cuál pone en el pulgar el dedil de güesso y con él<sup>dcccxcvi</sup> arroxa más seguro la saeta. Unos corren, otros se exercitan en la lucha buscando mil çancadillas y rodeones para poder rendir al enemigo; unos tiran la barra, otros aferran de cosas pesadas para estender los nerbios y ber cuál tendría más fuerça en los braços. Otros caballeros a caballo: unos corren en pelo, otros a todas sillas; cuál se aprobecha del caparaçón por rodela, cuál sin cinchas prueba a tener firme la silla entre los mu[s]los. Juegan la lança y la espada esgrimen, enséñanse a saltar en el caballo y del caballo con presteça; quién cosido a la barriga del caballo uye el golpe enemigo y quién se enseña a regirle aun sin freno. Los hombres de armas rompen la[n]ças, justan, tornean y hacen otros exercicios; los caballos ligeros se alancean y alancean también brabos animales. Saltan del suelo en el caballo del contrario; uyen, yeren uyendo y aún más daño hacen así que cuando rostro a rostro acometen al enemigo.

A todo esto, en todo lo que podía se allaba el brabo y diestro capitán presente: al uno le dice: «¡Tente! No acometas con tanta furia, ves más sobre ti»; al otro: «Pierde el miedo<sup>dcccxcvii</sup>, ¡no cierres los ojos, villano, alça el rostro! ¡Afierra vien la espada, afírmate! ¡Cúbrete tú vien con esse escudo, pon delante el puñal y cierra con una estocada! ¡Arrójate furioso, traidor, echa toda la fuerça!». «¡Cósete, cósete! –dice a otro–. Debajo de la rodela salta a un lado, ¡desembaráçate –dice– de esse montante! ¡Da la buelta! ¡Arroja esse golpe por sobre la cabeça! ¡Tiende, tiende vien essa punta!». Y a otros dice: «Despide con suabidad esse benablo tiniéndole siempre bien aferrado con la diestra; ponte tú en puntillas y a dos manos arroxa el golpe de la claba o maça. ¡Tente, tente! Tú da un rodeo con que desbarates la lança al enemigo». A otros dice: «Enclavixa ese pie izquierdo, lebanta el pecho, ¡da el embión a compás, torpe billano! As vien de los braços al contrario, procura ganarle el cuerpo. ¡Tente tú, afirma el pie por que no te lebanten de tierra! Estiende tú esse braço y arroja el cuerpo tras la barra, y todo a compás desecóxete y mira siempre un poco adelante del blanco. O, ¡y de puta, floxaço, flecha vien esse arco!». Dice a otro: «¡Ca, tú, con presteça, saca las saetas del aljaba! Mira no se te caiga esse dedil que llebarás un dendo<sup>dcccxcviii</sup>. ¡Ola, tú, no des más de una buelta a essa onda! Y al despedir mira al blanco y procura estender con fuerça el braço. ¡Vimbra o crispa essa lança antes que la arroxes! ¡Tira con gallardía, desmaçalado, ese [f. 304r] dardo!».».

Luego se pasaba a las escuelas de los de a caballo y a sus telas, y a unos decía: «Essas puntas de esos pies, al uído del caballo; llebá firme esse rostro. Mirá cómo os ponéis en essa silla; endereçaos, señor, esse cuerpo, ¡no os embaracéis con essa adarga! Apreta, apreta esos muslos y aparta essas piernas; mirá como picáis, que abris esse caballo. Tené cuenta con essa mano de la rienda, llebalda suabe y baxa las riendas a compás; el botón al medio sin arte. Poneos, señor, vien, que os is baçucando todo el cuerpo. ¡Cabos, arquero!, poné essa rienda en el arçón y essa aljaba ponella un poco más abaxo por que podáis mexor asir las saetas. ¡Ca!, mire, amigo –decía al hombre de armas–, que ponga vien firme essa lança en la cuja, sáquela con donaire; eche mano a essa espada con presteça. Mire, señor, cómo juega essa maça. ¡Firme, firme en la silla, el cuerpo derecho! Baya, señor, del caballo, y juegue essa arma con libertad. ¡Ca, señores caballeros! ¡Banda, no pierdan el compás! ¡Ca, den la buelta! ¡Ca, cierren cierren, apíñense ni pierda ninguno al compañero! Entren a por essa banda de peones,

den buelta a esso. ¡Arqueros<sup>dcccxcix</sup>!, tomen a las ancas a esos moços y agan cuenta que los sacan heridos de la batalla: ¡ca, presto, presto, del estribo! ¡A, señor alférez, mire essa vandra, tremólela por el aire! Ese cuerpo derecho, esse rostro alegre para sus soldados y feroz para el enemigo: ¡acaudille, acaudille por essa banda! ¡Cabos!, ¡cabo de escuadra<sup>cm</sup>!, ¡mirá lo que hacéis! ¡A, señores caporales!, miren cómo ordenan esso. Tengan cuenta, sargentos, con su oficio».

En esto entendía el baleroso y diestro bándalo, trayendo su gente tan maestrada que era cosa maravillosa, y hacía que los soldados uyesen de la ociosidad, juegos y otros bicios que decía que era la total ruina de un campo. Con esto, guardando grandísimo secreto en la determinación de la jornada, echando cada día aun entre sus mismos soldados famas dibersas de adónde havían de ir (sin que apenas supiesse nadie la berdadera determinación de la jornada), multiplicando espías y tiniendo cada día abisos de cosas, premiando muy bien a los que hacían estos tales servicios y pagando por sus tandas fielmente a sus soldados, la cosas de la milicia andaban entonces con este diestro capitán muy en concierto; donde dando orden en todas las cosas asta el primer día de mayo los dejaremos, que me hacen lástima, que dexé cuatro caballeros tratándose con mucha aspereça en una reñida batalla.

## **Capítulo 2. De la reñida batalla que el Caballero de la Fe y su compañero tubieron con los caballeros que encontraron y lo que más sucedió.**

En el último capítulo del 3 <sup>[f. 304v]</sup> libro d'esta primera parte, os dixé cómo saliendo el Caballero de la Fe y su compañero de hablar a la princesa Brisaida havían encontrado dos caballeros que, quiriéndoles estorbar el passo, los unos contra los otros quedaban en una áspera batalla metidos. Y aun qu'el Dios Marte, espantado de la fiereça de los combatientes, puesto en su esfera (aun no tiniéndose allí por seguro), havía dicho que havía cuatro Martes en el suelo, pues: ««Ni aun Hércules contra dos»<sup>1123</sup>, cuánto más –dixo Marte– contra cuatro». Y, con esto, imbidioso de ber tanto balor y balentía envió a sus ministros: al furor, a la ira, al coraxe, a la bengança y a la

---

<sup>1123</sup> **Ap. marg.:** «Nec Hercules contra duos». Se trata de un conocido refrán latino.

infernall reina d'estas, la discordia. La cual, como es un mi[s]mo aborrecimiento cruel engendrado en el coraçón<sup>1124</sup>, este efecto començó a hacer en aquellos quatro caballeros, por ser su natural; como es dibidir en barios fines las boluntades y cada uno apetercer lo contrario de lo que el otro desea<sup>1125</sup>. Por lo cual, supuesto que la diversidad causa sedición<sup>1126</sup>, entre estos caballeros estaba ya tan en su punto que ninguna otra cossa los unos ni los otros deseaban sino traer a sus contrarios a la muerte.

Con esto, se herían de mortales golpes y tan furiosos que los unos y los otros estaban fuera de sí. El que se combatía con el Príncipe de la Fe mostraba un ardimiento, una destreça y fuerça espantable, tanto que le traía acosado y a fe que había muy vien menester todo su balor y ardimiento. Era lástima ber cuál andaban los dos, que no traían pedaço de las armas sanas y aun pocas partes había en el cuerpo donde no andubiessen heridos y bañados en sangre; porque aunqu'el que se combatía con el príncipe traía mejores armas que no él, pero al braço del príncipe no había resistencia. Y con esto se igualaban la sangre, haciendo cosas el uno y el otro en armas que cien caballeros juntos no bastaran a otro tanto.

Jamás se bio más diestro defenderse, más fuerte herir, más ánimo en acometer, más discreto retirarse, más mañoso cubrirse que lo<sup>cmi</sup> que el uno caballero y otro usaban; que era en tanto grado que, con ser el uno y el otro de las mayores fuerças que había en el suelo y sin duda de mayor ánimo y ardimiento, tan diestrísimos andaban en el defenderse que aunque se hirieron en muchas partes jamás se dieron herida penetrante ni peligrosa.

Pues el que se combatía con Camiliana era cosa admirable ber la destreça del uno y del otro, aunque en esto de cubrirse debajo de una rodala ninguno ubo en el mundo que a Camiliana se le igualase. Y esta era la raçón que aunque andaba molida como una sal ninguna herida traía, más mil beces del furioso golpe le hacía el contrario arrodillas'en tierra; mas apenas había puesto la rodilla en el suelo cuando ya estaba otra

---

<sup>1124</sup> **Ap. marg.:** «Cicero, lib. 4, *Tusculanorum que.*». Las tres referencias contenidas en este pasaje han sido tomadas y traducidas de la *Polyanthea* de Nani Mirabelli (*cf. ob. cit., s.v. «discordia»*).

<sup>1125</sup> **Ap. marg.:** «S. Tho. 2<sup>a</sup>, 2<sup>e</sup>, que. 37, art. 1».

<sup>1126</sup> **Ap. marg.:** «Aristoteles, *Politicorum*, lib. 5».



bez en pie acosando y persiguiendo tanto al enemigo que le <sup>[f. 305r]</sup> traía ya herido por muchas partes.

Ya avría un cuarto de ora que duraba el combate y a cada uno le parecía que había seis, según allaba la resistencia en el enemigo. Reprendíanse a sí mismos los unos y lo otros de cobardes, de hombres para poco y indignos de los arneses que traían a cuestras. Al fin, el que se combatía con Camiliana se determinó, viendo que no podía herir a su contrario, venir con él a los brazos, y así lo hizo. Mas aunque con dificultad se abrazó con ella, alló quién le resistiese y muy bien, que andando a los brazos no se podían domar el uno al otro; asta que al fin cayó, como había de caer, Camiliana. Mas en un punto buelbe sobre el enemigo y de sus brazos se desagarra y desasse, y saltando afuera se torna a poner en postura, haciendo el uno y el otro cosas en armas increíbles. Pues el príncipe y su contrario entonces parecía que començaban la batalla, aunque ya tenían todo el suelo bañado con su sangre.

En este tiempo, de una casilla no muy buena qu'estaba como treinta pasos más arriba de donde se hacía la batalla venía un caballero. El cual, como ya era de día claro y vio lo que pasaba, echando mano a su espada y cuvierto de su escudo se entró en medio de todos diciendo: «¡Paz, paz, señores caballeros! ¡Afuera, afuera, no aya más! ¡Por amor de Dios, teneos, teneos, señores!». Como los unos y los otros no tenían menos de comedimiento y buena criança que de balor, ánimo y balentía, luego se apartaron afuera; aunque quien con más dificultad se apartó y fue meneser más para rendirse su cólera fue Camiliana, qu'estaba echa un ardiente basilisco y emponçoñada serpiente. Al fin, dixo el que se combatía con el de la Fe, que llebaba unas armas blancas (a lo que se podía echar de ber, qu'ellas entonces más parecían roxas o encarnadas):

–Aora, señores caballeros, andá con la paz de Dios y no haya más, que nosotros imos castigados de vuestras manos como merecemos.

–Ímoslo nosotros tanto de essas balerosas de vuestras mercedes que como a sus rendidos nos podrán mandar y servirse de nosotros –dijo el príncipe.

Con esto, sin se hablar más palabra se despidieron los unos de los otros. Y iba tan molida Camiliana que no se podía menear y el príncipe tan desa[n]grado que con

dificultad podía dar paso adelante ni echar el abla del cuerpo<sup>1127</sup>. Con todo eso el uno y el otro iban bramanado como agorochados toros, y entre sí rabiando decían (el príncipe): «¿Tú eres, di, el Caballero de la Fe que quieres tener fama de baliente, siendo como eres una gallina mojada? Di mal [f. 305v] [...], si el día de tanta bienabenturança y gloria as mostrado tanta cobardía y baxeça y poco ánimo, ¿qué harás después, hombre para poco? ¡Rinde, rinde las armas <a> aquel caballero, qu'es justo, y tú afréntate aun de ceñir espada!».

Mas luego tornó en sí, como era tan cristiano y prudente, y començó a decir: «Pues soberbio, bano, ingrato, ¿los beneficios que sin tú los merecer cada día recibes de la mano de Dios querías que no ubiesse en el mundo quien te risistiesse? Da, da, sumas agracias a Nuestro Señor Jesucristo, que te escapó con la vida. Y mira que ni la centésima parte de las fuerças que tienes merecías que Dios te ubiesse comunicado y qu'es gran banidad pensar que en ti se ubiesse avrebiado la potentísima mano de Dios. ¡Reconoce, reconoce el basallaxe a Dios debido y a las sus criaturas, a las cuales su divina proibidencia ordenare qu'estés suxeto!».

Con estos pensamientos llegaron a su posada, mas Camiliana iba echando chispas y bramando como una leona. Al fin, entrando en su cuarto, porque era demasiada la sangre qu'el príncipe perdía hiço luego que despertassen a Esmerilda para que los viniesse a curar; la cual luego vino y, sin les preguntar nada, como muy discreta, los curó. Y alló arto más que remediar en el tomar la sangre que había perdido (y perdía mucha) que en la grandeça de las heridas, aunque dos o tres traía vien peligrosas. A Camiliana curó su enana, que aunque no traía herida ninguna venía la pobre señora como apaleada, molidos cuantos güessos tenía en el cuerpo (que ubo vien qué remediar, qu'en doce o trece días no se pudo lebantar de la cama).

Los otros dos caballeros iban, cual digan dueñas, echos unos arneros, rompidos los cuerpos por mil partes. Especialmente el que con el príncipe se había combatido, que iba que era cierto lástima miralle, y tan dessangrados iban el uno y el otro que apenas podían llegar a sus posadas. Y el que se abía combatido con el príncipe dijo al otro:

---

<sup>1127</sup> *con dificultad podía... echar el abla del cuerpo*: «No poder echar el aliento o el habla. Es estar muy cansado y fatigado por haber hecho mucho ejercicio, saltando y corriendo, u de otra forma que incluya violencia en la agitación» (*Autoridades, s.v. echar*).

–¿Cómo se siente vuestra grandeça?

–Yo, mi señor –dijo el otro–, raçorable, que no parece que llebo herida peligrosa, aunque llebo muchas más.

–Digo a vuestra grandeça que boy fuera de mí considerando el balor y destreça de los dos combatientes.

–No es así –burlando dixo el otro–, qu’el que con vuestra grandeça se combatió yo le miraba y más parecía demonio que hombre. Porque realmente se hacía un obillo debaxo de la rodela y en mi bida me parece que é bisto más diestro hombre de espada y rodela que aquel, porque entraba y salía con una ligereça incomparable y hería con una estraña certeça.

–Pues el que con vuestra grandeça se combatía –dixo el otro– en todo me pareció <sup>[f. 306r]</sup> uno de los más diestros y balientes caballeros del mundo, y que nadie en el mundo sino vuestra grandeça le podía resistir.

Con esto llegaron a sus posadas, espantado el caballero que venía con ellos de bellos de aquella manera: porque al uno y al otro les havía bisto hacer admirables cosas en armas en poco más de 8 días que havía que andaba en su compañía. Al fin, desarmándose lo mejor que les fue possible, fueron luego a buscar çuruxanos para que los curasse[n], que realmente el uno y el otro venían muy malheridos. Y lo que les dio la bida fue una biexa qu’estaba en el mesón, que con un cristalino les restañó luego la sangre.

En este tiempo el príncipe, mi señor, me llamó y me dixo:

–Nictemeno, por bida buestra que bais a los mesones de los granados qu’están detrás de palacio y procuréis saber en cuál de ellos están aposentados tres<sup>cmii</sup> caballeros que están los dos heridos. Y sabedme, por bida vuestra, qué tales están y si an menester algo, y hacedlos prob<e>er con mucha abundancia y regalo de todo lo que ubieren menester. Y si fuere necesario que baya allá mi aya Esmerilda a curallos, abisadme, que yo le suplicaré que baya. Y hacedlo, por buestra bida, con diligencia.

Yo llamé dos caballeros, el uno fue un secretario del príncipe mi señor del consexo de guerra y otro fue un gentilhombre de la cámara (que eran mis amigos), y con ellos me fui a los mesones. Y no fue menester andar preguntando, porque llegando a ellos luego vimos el rastro de la sangre asta que nos metió por la puerta. Y como yo entrebí un escudero, hombre onrado en el aspecto y en su traça y hábito español (y pareciome que le quise reconocer, mas no me podía acordar dónde le había bisto), y estaba con el rostro triste y algo moíno y melancólico, y como yo le bi, saludele en lengua española diciendo:

–Dios le guarde, gentilhombre, y le dé salud. Dígame: ¿sabe si posan aquí dos caballeros que vinieron esta mañana heridos?

–Sí posan, señor –me dixo el escudero–, mas ellos vinieron tales qu’es la mayor lástima del mundo: qu’el uno trae diez y seis heridas y el otro onze, y agora los acaban de curar. Y ello juro a Dios, como bueno y fiel cristiano, que o deviera ser el diablo el que los hirió o que para hacer lo que hicieron havían de ser docientos caballeros, porque artas beces an ellos echo cosas por las cuales no se puede juzgar otra cossa sino lo que digo.

Esto dijo el español con aquella cólera y brío de nuestra tierra, que yo no pude estar sin reírme viendo <sup>[f. 306v]</sup> el término españolado y brioso qu’el escudero había tenido. Al fin, yo le dixé:

–Pues, señor idalgo, mucho querría hablarles, si ubiese oportunidad para ello, de parte de dos caballeros amigos suyos.

–Ya sabe vuestra merced que yo en esso no tengo que ver –dijo el escudero–, allá’rriba está el paxe de guarda: bengan vuestras mercedes, qu’él dará el recado.

Con esto, subiendo a una hermosa sala, que muy buen edificio tenía el mesón, topamos al paxecito español muy vien adereçado con una librea de brocado azul y oro, vien rica y lucida. Estaba a cuerpo y sin cosa ninguna en la cabeça, y sentado sobre un cofre qu’estaba allí en la sala y medio domirtándose el chicuelo, que tendría como doce o trece años.

–¡A, Freseo!, mire que quieren estos caballeros hablar a nuestros amos –dixo el escudero.

Con esto, levantándose del cofre vino para nosotros, y haciéndonos una reberencia dijo:

–¿Qué mandan vuestras mercedes?

–Queríamos –dixe yo– hablar a esos señores caballeros una palabra.

–No sé, en berdad –dixo el paxecito– si están durmiendo: mirarlo é, con licencia de vuestra merced, y daré la respuesta.

Con esto, lebandando una antepuerta con arto tiento, uno de los caballeros desde la cama dixo:

–¡Freseíco, rapaz, mira quién está aí!

–Yo soy, señor, qu'están aquí unos caballeros que quieren hablar a vuestras grandeças.

–Mete aquí una acha y di que entren.

El paxe encendió una acha de cera blanca y púsola en un achero de oro que a los pies de la cama estaba puesto, y salió y dixo:

–Entren vuestras mercedes.

Nosotros entramos todos tres, y como estaban en las camas y todos rebuxadas las cabeças y faxadas apenas se les beían los ojos. Yo me llegué a la cama del uno, donde el otro tanvién podía muy bien uírme, y le dixé:

–Señores caballeros: el Príncipe de la Fe, mi señor, manda besar vuestras balerosas manos muchas beces y, que aunque no os conoce sino para serviros, que por estar como estáis en tierra agena se atrebe a esto: que beáis si queréis o mandáis algo de aquella cassa como fuéredes servidos, y yo bengo solo a serviros y regalaros en todo lo que fuere posible. Solo quiero, señores, que aceptéis nuestra boluntad y deseo.

El que estaba en la cama dixo:

–¡A, Nictemeno, seais bienvenido! Que cierto que me é olgado mucho con beros. Decí, antes que os diga nada, ¿cómo esta el Príncipe de la Fe?

(Yo luego caí en que aquellos caballeros devieran de haber sido los que havían andado con mi amo a las bueltas). Yo le respondí:

–Quedó, señor, en una cama, echo una criba, abierto el cuerpo por mil partes; qu’esta mañana al amanecer fue assí a cassa, qu’es cierto que nos parecía a nosotros que con gigantes <sup>[f. 307r]</sup> no le pararan tal cual él iba. Y el otro su compañero, aunque no llebaba herida ninguna iba tal que tendrá vien que curar, porque iba molido como una cebera, conqu’el caballero [es] tal que a duro se allarán dos mexores qu’él en el mundo.

–Aora, Nictemeno, decí al príncipe que le bessamos las manos mi compañero y yo muchas beces, y que sepa qu’él y su compañero an herido (y plegue a Dios que no sea de muerte) a los dos mayores amigos y servidores que tiene en el mundo; mas que damos por vien empleada la sangre que derramamos, pues fue a tales manos. Y, que porque yo tengo una estocada que dixeron agora los çuruxanos que entendían que era penetrante, que me haga merced de enviarme a la señora Esmerilda para que me cure, qu’este es el mayor regalo que por agora me puede hacer. Y que en estando con salud yo me iré a su posada y que por no haberlo echo anoche que llegué de camino tengo mi merecido; mas decí que si herre<sup>cmiii</sup> contra él, que vien me supo castigar.

–De mi parte –dijo el otro caballero– decí al príncipe que le besso las manos y que lo mismo digo que mi compañero. Mas al que me hirió decí, señor Nictemeno, que entienda que tendrá en mí todo el tiempo que vibiere un verdadero servidor y amigo.

–Pues suplico a vuestras grandezas –dije yo– me hagan merced de decirme quién son, si es posible, para que lo diga al príncipe mi señor.

–Andá, Nictemeno –me dixo el que conmigo había ablado–, que tiempo ay para esso.

Entonces, que lebantó así un poquito la cabeça, vile los ojos, nariz y boca, y aunque no le conocí vien me pareció una de las hermosas criaturas que havía bisto, y los ojos eran propios los de mi amo, así en color como en la grabedad y hermosura. Y viendo que no se me querían declarar me bolbí para casa.

En saliéndome yo, dijo el un caballero al otro:

–¿Á bisto vuestra grandeça el caso? Cierta fue milagro no morir a manos de aquellos caballeros o cómo no nos matamos unos a otros.

–Cierta fue una de las palegrossas cosas que nos podían suceder y es cierto que fuera de con mi padre que apenas me pudiera suceder desgracia con que más me pesara.

Yo llegué a casa y, subiendo al aposento de mi amo, le dixé el recado que de los caballeros traía.

–¡Bálame Dios!, ¿quién podrán ser? –dijo el príncipe–. En fin, son españoles...

–El uno sí, señor, que fue el que dio a entender que se havía combatido contigo; el otro pareciome griego de por aquí d'esta tierra.

–Aora sean quien fueren, que cierto ellos [son] balerosísimos caballeros; mas espan[ta]do estoy de que os conociese.

–Sí, señor –dije yo– y a todos los de tu casa conoce.

–Pues embía por la señora Esmerilda, claro está. Aora pues, por bida vuestra que se lo digáis de mi parte, y bos y una docena de caballeros y cuatro mugeres de essa dueñas llebalda luego <sup>[f. 307v]</sup>.

Yo lo hice así y la llebé luego con el acompañamiento que mi amo mandó; mas boluntariamente por la serbir, que era estrañamente amada de todos y la tiníamos por señora y madre. Cierta que [...]paron<sup>cmiv</sup> [más] de sesenta caballeros los que la fuimos acompañando. Al fin, cuando llegamos allá, entrando en el aposento de los heridos yo dixé:

–Señores: el príncipe mi señor vesa a vuestras grandeças las manos y queda tan confuso que no sabe en que se determinar, solo dice deseara tener salud para benir luego a besaros las manos. Y aquí viene mi señora Esmerilda<sup>cmv</sup> a serbir a vuestra grandeça.

–Sea vuestra merced vienbenida, señora Esmerilda –dixo el español–, que al fin nos havía de poner su hijo de suerte que tuviésemos necesidad de ser curados por tan

buenas manos. Ahora vuestras mercedes perdonen, señores caballeros, y sálganse allá, que quiero que me cure luego esta herida la señora Esmerilda.

Con esto nos salimos todos y nos fuimos a pasear por allí un rato entre tanto que le curaba. Pues como ella quedó sola con aquellos caballeros, estando allí dos solos pagecitos y las dueñas de Esmerilda, que le administraban los yerros y medicamentos que eran menester, comenzando a destacar al príncipe para mirarle una herida que tenía en la cabeza, en el mismo punto que le quitó el tocado le conoció, y así dixo: «¡Jesús! ¡Príncipe mío!, ¿y acá está vuestra grandeça?». Que sabed que era el príncipe Luposeldo d'España, hijo del rey Ofrasio, hermano del Príncipe de la Fe y aficionado y servidor de su prima la princesa Alexandra. Bien podréis entender el contento de Esmerilda, porque realmente fuera del príncipe era la cosa del mundo que más Esmerilda amaba, porque estando en Ispalia (en España) le había cobrado grandísimo amor. Y el príncipe le dixo:

–¡Cúreme, cúreme, aya, por bida suya<sup>cmvi</sup>, que luego parlaremos! Dígame primero si tengo alguna herida peligrosa.

–No es; es, angelico, semblante –dijo Esmerilda– de esso, señor mío.

Y así, mirándole todas las heridas, aunque eran muchas, alló que ninguna era peligrosa ni la estocada tampoco. Y así muy contenta dixo:

–Yo tendré a vuestra grandeça, mediante Dios, dentro de ocho días en pie.

–Buenas nuevas le dé Dios, aya, que m'é olgado mucho; no tanto por mi salud cuanto por poder serbir a mi señora la princesa Alexandra.

Ya Esmerilda sabía muchos días había aquellos amores, y díxole:

–¡A, mi señor!, ¿qué serbicio le parece a vuestra grandeça que le hiço allí mi hijo? Y más que se la tenemos<sup>cmvii</sup> guardada como oro en paño, y a fe que sé yo que no aya cosa en el mundo de que más contento <sup>[f. 308r]</sup> ella reciba.

Así parlaron un ratico, y Luposeldo le dixo:

–Baya, mi señora Esmerilda, cure al príncipe Zulemo, qu'es mi compañero.

–¡Jesús! ¿Y es su grandeça? –dixo Esmerilda.



–Sí, aya –dijo Luposeldo–, el mismo, que juntos venimos desde España.

Con esto pasó a la cama del príncipe, y aunque no le conocía ya había entreuido cómo trataba de casarse con la hermosísima Diadema, hija mayor de Ofrasio, rey de España. Y, así, mirándole las heridas no alló ninguna peligrosa, y, curándole, de aquellos sus ingeniosos y salutíferos bebediços dio a cada uno un basso. Y, en acabándolo de beber, mandó<sup>cmviii</sup> matar las luces y cerrar las bentanas y que se saliessen todos y les dexasen dormir. Y con esto ellos se bolbieron a casa, diciendo que a la tarde bolbería a ber cómo se allaban aquellos caballeros.

### **Capítulo 3. De cómo la princesa Brisaida supo qu’el Príncipe de la Fe estaba herido y lo que sobre esto hiço, y lo que más sucedió en la corte de Constantinopla.**

La hermosísima Brisaida, a la mañana, sería como a las 8 a nueve d’ella cuando, despertando, aún el dulcecillo de los hermosísimos labios se estaba recogiendo, mil gustosísimas especies le representaba la hermosa memoria y, de cuando en cuando, enternecida con aquellos hermosos pensamientos, con temblante<sup>cmix</sup> labio y dulce lengua, sola a solas a sí misma decía: «Alegre bibirás, contenta y leda, Brisaida, pues aquel hermoso príncipe, siendo ya tu marido, le tubiste descansando en estos braços. ¡O, Dios, qué dulce me era tocar el amoroso labio y encendido<sup>cmx</sup>! ¡Qué sabroso trocar fue d’esta lengua! ¡Aún me parece que tengo aquí la otra! Aquel titubear hermoso y tierno, aquel decirme ternuras y enamoradas raçones tan de beras, el estar tan rendido a mis amores. ¡O, qué sabroso me era el allegarme! Y, cuando el duro acero le quité del pecho, juntar este tierno, blando y amoroso <a> aquel robusto, fuerte y abrasado suyo. El hermoso cabello, que mostraba fuerça, robustidad y ser de hombre, cuando le tomé con estos labios, ¡qué regalo sentí, sabroso y tierno! ¡Y con el pecho juntar el peçón mío! No tiene Amor qué dar, que dar no ay más riqueza; no puede enriquecer con sus despojos un alma más que a mí me á enriquecido.

¿Podrás, pues, dí, rendida y enamorada Brisaida, bibir de aquí adelante segura?

[f. 308v] ¡Ay, no sé! Que seguridad es una perfecta quietud del ánimo de todo lo que le

puede causar temor<sup>1128</sup> y contra él se opone pribatibamente, aunque no contradictoria, como el atrebimiento<sup>1129</sup>. Mas, ¡ay!, que aun esta pribaçón no siento al pecho. Mas si es berdad, ¿qué seguridad se alla donde se alla amor? Y caridad perfecta imposible es que falte en este coraçón y enamorado pecho<sup>1130</sup>. Mas también sé que ninguno puede en esta miserable bida tener perfecta seguridad, pues toda ella es llamada una unibersal contienda y bida llena de temores<sup>1131</sup>. Y, al fin, poca seguridad tiene el bien que se puede perder contra la boluntad del poseedor<sup>1132</sup>. Mas yo, alma mía y mi dulce sposso, sé que no te perderé jamás. ¡No, mi alma, que mío eres y el insoluble y amoroso laço nos á atado! ¡Vibe, vibe, pues, segura y leda, hermosa esposa de don Mexiano! ¡Ay, cuán más sabroso me es este nombre que Brisaida! ¡Ay, vien mío! ¿Si llegaste anoche bueno?, ¿si as dormido, mis ojos...? Que fui tan mala que no te dexé dormir en toda la noche y más mala fui contra mí en quedarme sin ti, ni aun por un momento. ¿Aquí no descansaras, mis entrañas? Sirbiérante de almoada estos mis braços y de dulce regalillo este enamorado pecho; de belo, mis cabellos y toda yo me dedicara solo a tu descanso, lumbre mía».

Todo esto pasaba entre sí la tierna doncella, y [de] puro amor se abrasaba y deshacía y dab'allí mil amorosas bueltas. En este tiempo bino Esmerilda a cassa, y cuando [a] ella llegamos allámosla todo rebuelto, los paxes gritando, llorando los criados, turbados los caballeros, congoxados los oficiales de cassa, las mugeres dando boces:

–¡Jesús! ¿Qu'[es] esto? –dixe yo en llegando a unos paxes qu'estaban allí–.  
¿Qué habéis? ¿De qué dais gritos?

---

<sup>1128</sup> **Ap. marg.:** «S. Tho. 2<sup>a</sup>, 2<sup>e</sup>, que. 129, artículo 7». El presente excursio sobre la imposibilidad de seguridad en el amor está construido a partir de diversas citas de la poliantea de Nani Mirabelli: aquellas relativas a la *Suma* de santo Tomás han sido extraídas del apartado dedicado a la «*securitas*»; mientras que aquellas que remiten a san Agustín han sido tomadas de la sección titulada «*cupiditas*» (cf. ob. cit., s.v.).

<sup>1129</sup> **Ap. marg.:** «S. Tho. 1<sup>a</sup>, 2<sup>e</sup>, que. 45, artículo 1».

<sup>1130</sup> **Ap. marg.:** «24, questione 1<sup>a</sup>, c. “non turbatur”».

<sup>1131</sup> **Ap. marg.:** «S. Agustinus, lib. 10, *Confessionum*».

<sup>1132</sup> **Ap. marg.:** «S. Agustinus, lib. 2, *De libero advitrio*».

–¡Ay, señor –dixeron ellos–, qu'está desmayado el príncipe mi señor! Y dixo Carbaldo, el paxe de guarda, qu'estaba muerto.

Ya beis el alteración que nos darían; así, Esmerilda, sin aguardar más, subió la escalera arriba con la mayor prisa que le fue posible. Y cuando entramos en el aposento estaba la princesa Alexandra llorando a boz en grito y decía: «¡Jesús! ¡Tan muerto está como mi agüelo!»». Con lo cual, llegando Esmirilda y haciéndoles apartar afuera, llegó y alló que era un desmayo, y con no sé que remedios que le hizo le bolbió luego en sí, quedando como si nunca tal uviera tenido. Porque aquello no fue sino que, como estando tan desangrado se comenzó a dar sus a sus amorosos pensamientos, vino acabar y a aondar tanto en ellos que le bino <sup>[f. 309r]</sup> a faltar las fuerças y el anélito.

Sabed que, cuando la casa estaba más alborotada y turbada y cuando todos le lloraban y tenían por muerto, estaba a casso allí un paxe de palacio que era criado de la guardarropas de la princessa. Y como oyó que era muerto y bio los lloros y gritos que andaban en cassa, sin ninguna dificultad entendió ser muerto, y así lo dixo a dos o tres amigos suyos. Y bino a caso que, estándolo contando a otros dos paxes, pasó por allí Medúsea (que a caso pasaba a otro aposento a decir a la camarera que llebasse un vestido muy galán y hermoso que para aquel día la princesa había pedido). Y, como medio entreoyó lo qu'el paxe decía, con la turbación que se puede pensar se llegó a ellos y les preguntó que qué era lo que <sup>cmxi</sup> decían, y el paxe dijo: «Es una cosa, señora, de grandísima lástima: qu'el capitán de España, llamado el Caballero de la Fe, queda muerto en su cassa; qu'esta noche dicen que le hirieron y, aunque las heridas no eran muy grandes, en su casa dicen que á muerto de desangrado. Y cierto es lástima ber la bocería <sup>cmxii</sup> y llantos que ay en ella».

Turbadísima quanto se podía pensar, Medúsea, perdiendo toda su discreción y el consexo que fuera justo que entonces consigo misma tomara, se bolbió al aposento de la princesa, tan mudado el color y tan turbada que no parecía que iba en sí. Cuando ella entró en el aposento estaba la princesa Brisaida en los amorosos pensamientos que os dixen, y como Medúsea entró tan desatinada del dolor y pena que havía recibido fue y abrió una bedriera de cristal qu'estaba en una bentana. Y iba tal que aun apenas acertaba a abrir la puerta de la bentana, y Brisaida le dixo: «¿Qu'es esso, Medúsea? ¿En qué

andaias?». Ella<sup>cmxiii</sup> apenas le acertó a responder, sino, más turbada que de antes, así en las obras como en las palabras dio a entender su turbación y pena:

–¡Decí! ¿Qué [es] esso? –dixo con aleración Brisaida–. ¡No seáis de essa manera! ¡Mirá que me dais mucha pena!

–Dicen, señora –dijo Medúsea<sup>cmxiv</sup>, así fuera de sí–, que an muerto esta noche al Príncipe<sup>[f. 309v]</sup> de la Fe, mi señor.

En oyendo esta palabra, como a tierna becerra en sacrificio ofrecida, a la cual dando en la nuca derriba el carnicero, haciendo mobimientos y bascas con la muerte, y luego queda sin vida y sin aliento, así le acaeció a la pobre princesa, qu’esta palabra le sirbió de cruel guchillo, áspero alfange y dura acha. Que luego sin sentido ninguno, pribada de todos ellos (y aun fue milagro cómo no de la bida), quedó tendida en aquella cama, buelto en ceniza aquel color rosado y bueltos los hermosísimos y dibinos ojos con una espantable sombra de muerte.

Cuando Medúsea llegó a su señora y la bio de aquella manera, como decís, un dolor saca otro y una excesiba pena suele reducir el sentido<sup>cmxv</sup> que otra menor hiço perder, y así, buelta en sí, biendo lo mal que lo había echo en decir aquello así tan desnudo, tornó en sí. Y cayó luego en dar el remedio y, haciendo muchos a su señora (cuantos a ella le fueron posible), al fin la hiço bolber en sí, porque aun solas las [lá]grimas que por sus hermo[sos] oxos virtió fueran para ello suficientes.

Pues, tornando en sí la princesa, avriendo aquellos dibinos ojos llenos de unas guessa y hermosas perlas orientales (con las cuales naturaleça procuraba socorrer al alma que se estaba abrasando y desfogando parte de aquella terrible pena que al pecho sentía), dijo con un «¡ay!» que le salió del alma: «¡Ay, desbenturada de ti, Brisaida triste!», y diciendo esto tornó a su desmayo como de primero, en el cual estubo casi media ora. En este tiempo la pobre de Medúsea no hacía sino llorar y congoxarse y decía: «Es cosa llana que si el príncipe es muerto, que á de morir esta pobre señora». «¡Señora mía!», tornaba a decir, y sobre el rostro le echaba agua, traíale las manos y los pulsos. Al fin, hiço tanto que la hiço bolber en sí, y le dixo sin que Brisaida hablase palabra ni pudiesse:

–Señora mía, mire vuestra grandeça que me engañé, que no es el príncipe muerto, sino que me dixeron que le havían herido y que estaba algo peligroso. Esfuércese vuestra grandeça, mi señora. Buelba en sí y mire qu’es peor echar la sogá tras el caldero.

Animándose ya quanto, la princesa le dixo:

–Aora, Medúsea, id vos misma por esse pasadiço y sabedme qu’es lo que á sucedido; si no, yo me iré como loca <sup>[f. 310r]</sup> por todo esse palacio a vuscar a mi señor esposo y marido.

–Quiétese vuestra grandeça, por amor de Dios –dijo Medúsea–, que iré luego como vuestra grandeça manda y trairé la respuesta de lo que uviere sucedido.

Con esto se fue con la mayor presteça que le fue posible, y decía Medúsea entre sí: «Si fuere muerto, no ayas miedo que yo buelba con la respuesta, sino con su misma espada me mataré sobre su elado cuerpo; que justo es que pues yo los guié por donde muriessen que no pague con menos que con la muerte mi yerro. Y si fuere bibo, lo cual Dios permita, bolberé contenta con la más alegre nueba, a lo menos para la princesa, que se puede imaginar».

En este tiempo, rompiendo el silencio, con triste y lamentable boz començó a decir: «¡Ay, desdichada de ti, Brisaida! Si es berdadera la triste nueba, tu bien se te pasó como humo; mi alegría es perdida y consumiose mi gloria, dando el último fin y remate a mis contentos. ¡O, la más de las tristes triste! ¡Tan poco tiempo poseído el placer, tan presto benido tan azerbo dolor! ¡O, desdechida princesa! ¿Cómo goçaste tan poco del goço? ¿Cómo tubiste en tan poco la gloria que entre tus braços tubiste? ¡O, ingratos mortales, jamás conocemos nuestros bienes sino cuando carecemos de ellos! ¡Ay, gloriosa alma del soberano príncipe, que en aquel hermosísi[mo] cuerpo estubiste encerrada! Si acaso suelta de aquella hermosa cárcel el cielo mides, ¡aguarda, aguarda!, ¡espera, espera!».

Y, con esto, cobrando un nuebo ánimo y esfuerço, dijo: «¡Cobardía fuera, Brisaida! ¡Ánimo, ánimo, no hagas aguardar a la dibina ánima de tu amante! Sola estás, bendito sea Dios –dijo–, que no á quedado quien estorbe el remedio a mi pena. Ayer se

me quedó en el regaço una daga suya, presagio cierto de mi fin biolento... ¡Ca!, ¡ternuras y lágrimas de niña, fuera, fuera!». Y con esto, con una furia insana, salta de la cama y, arrebatando la daga que sobre un bufete de plata estaba, abriendo la camissa descubrió el pecho. ¡Y qué pecho! Que aire, tierra y cielo, enamorados los elementos todos y planetas, asta el órrido centro quedó espantado de ber una tan rara belleça descubierta, y todos procuran luego de dar medio cómo aquel sangriento sacrificio no se hiciesse.

[De]spués, tiende la ilustrísima doncella enamorada el braço y la punta señala a lado izquierdo, y puestos los dibinos ojos en el cielo escurece a Lucrecia y Cleopatra y queda mucho más hermosa que ellas. Y, puesta d'esta manera junto <sup>[f. 310v]</sup> a la cama, a su esposo començó ablar d'esta manera: «Dibino espo[so], amor mío, dulce y tierno regalado coraçón de mis entrañas, pues que la cruel Parca cortó el hilo de tu dulce vida en quien la mía estaba, recibe de tu esposa el sacrificio». Y, al tiempo que fue a herir el cristalino pecho, cuvriose el coraçón de un congoxosso belo, cerráronse por fuerça aquellos dibinos ojos, perdió toda su fuerça y su sentido, cayósele la daga de la mano (y aun al caer la hirió en un pie tantico), y así quedó en el suelo desmayada encima de una alombra india qu'estaba a los pies de la cama (azul, hermosísima, de fleco<sup>cmxvi</sup> de seda). Pues como la niña cayó y estaba en camisa, aunque era bien larga (que casi la cubría), no la cubrió tanto que al caer no descubriessse lo que bastaba a mostrar tanta hermosura que Febo se paró en su carrera admirado de ber tanta belleça.

En este tiempo Medúsea (con el propósito que dijimos) iba el pasadiço adelante tan turbada y sin color que tuvieron vien que notar las guardas. Mas, al fin, pasando, llegando a entrar al cuarto de la princesa Alexandra encontró con Libertina; la cual, parlando con dos doncellas de aquellas de cassa, estaba diciendo: «En mi berdad que entendí, señoras, que era el príncipe muerto. Mas no fue nada, ¡bendito sea Dios!, que ya está muy bueno y con tanta salud como de antes». Diciendo estaban esto cuando llegó Medúsea y, con otra alteración no menor que la pasada (la otra de pena y esta de contento), dixo:

—¡A, señora Libertina!

—¿Qué manda vuestra merced, mi señora Medúsea?

–Una palabra querría a vuestra merced.

–Diga, señora mía –dixo Libertina.

–¿Cómo está el príncipe? –preguntó Medúsea.

–Está bueno, bendito sea Nuestro Señor –dijo Libertina–, aunqu'es cierto que nos dio un grandísimo sobresalto con un desmayo que le tomó, que pensamos que ya era ido. La señora Esmerilda dice que fue de flaqueça y falta de virtud.

–Tal noche –dijo entre sí Medúsea– pasó el cuitado... burlaos con el medio real, mirad si es menester tener tiento con estos moçuelos.... Aora pues, ¿podré yo ber al príncipe –dijo Medúsea–, señora Libertina?

–Sí, mi señora –dijo Libertina–, bamos luego.

Con esto, entrando en el aposento del príncipe alló qu'estaba parlando con Esmerilda y, llegándose a la cabecera, le dixo:

–Beso a vuestra grandeça las manos. Su Brisaida de vuestra grandeça queda medio muerta de que le dixeron que vuestra grandeça estaba muy herido.

–¡O, mi señora Medúsea! –dijo el príncipe <sup>[f. 311r]</sup>–, diga vuestra merced a mi señora la princesa que mis heridas no son nada y que mediante Nuestro Señor muy presto podré ir a vesar a su grandeça las manos. Y, por que no esté con pena, suplico a vuestra merced le baya luego con la respuesta y diga que sola su pena me puede a mí matar, que ninguna otra cossa me será dañosa entre tanto que su dibina boluntad fuere que viba.

Con esto se salió Medúsea tan alegre y contenta que no cabía de placer ni beía la ora que llegara adonde su señora estaba. En este otro capítulo sabréis lo que con ella pasó.

**Capítulo 4. De cómo Medúsea alló a la Princesa Brisaida y cómo la consoló; de cómo fue a bisitar al príncipe y de otras cosas tocantes a la istoria.**

La buena Medúsea como con las interiores potencias había aprehendido aquel deseado vien de la salud del príncipe<sup>1133</sup> habíase buuelto en pasión de la concupiscible, lo cual todo hacía que fuese lleno de goço y de contento, porque como a tal con las interiores potencias le reconocía. Y no solamente se goçaba para sí, pero iba ya con deseo de congratularse con la princesa; ya que se olgaba ella del bien suyo<sup>1134</sup>, quería también juntamente goçarse del ageno. Y esta era la raçón de ir con tanta prisa, solo por poder dar aquellas buenas nuevas a su señora. Y, como sabía que los contentos suelen desliçarse de entre las manos y que casi nunca permanecen<sup>1135</sup>, antes que algún nublo de alguna cosa adversa lo desbaratase tenía mucho deseo de comunicarle<sup>1136</sup> con su señora: lo uno para librarla de aquella pena y tormento en que la havía dejado y lo otro que ya que había sido la causa de la pena lo fuese también del contentamiento.

Con esto se le hacía largo el camino, parecía que la estorbaban las faldas y que cada cosa le era particular ocupación para su prisa y deseo. Así, llegó al aposento de su señora y, cuando abrió la puerta, entrando en él bio su señora de la manera que os dijimos: tendida en el alombra, descubierto un tobillo de un pie (y algo más), la daga caída junto a sí, en el otro pie una pequeña heridita (mas al fin bastó para tenérsele de su roxa sangre matiçado estrañamente). Se tornó a turbar Medúsea y, temiendo algún daño, un temor elado y frío le començó a discurrir por las venas y nerbios, con tanta fuerça que, haciendo uir el calor, la dejó pribada de sus sentidos. Porque, como començó a temer los adbenideros males que podían suceder y representándosele en la fantasía cuántos daños y peligros estaban amenaçando<sup>1137</sup>, púsose el temor en su punto en el pecho. Y, así, estuvo junto a su señora por un ratico medio desmayada, mirando aquel

---

<sup>1133</sup> **Ap. marg.:** «S. Thomas, 4 *Sent.*, distincione 48, articulo I». Santo Tomás de Aquino, *Scriptum super sentiis*. No hemos localizado una fuente secundaria de la que dependan esta breve digresión y sus apostillas, si bien podemos suponer su existencia.

<sup>1134</sup> **Ap. marg.:** «Donatus grama., *Super Terencium*, et Lauren[t]ius Bala, Despauterius, Anto. et alii». La última referencia probablemente pretenda señalar hacia la figura del humanista Antonio Mancinelli (1452-1505).

<sup>1135</sup> **Ap. marg.:** «Marcialis, *Epigra.*, lib. 1, “Ad Julium”».

<sup>1136</sup> Anotación de lector, ¿mano 5?: «Juebes».

<sup>1137</sup> **Ap. marg.:** «S. Tho. 1<sup>a</sup>, 2<sup>e</sup>, que. 41, Arti. 1; et Aristot. lib. 3, *Ethi.*; et Cicero, lib. *Quest. Tuscula.*».



dibino cuerpo tendido en aquella alombra sin movimiento, y a su parecer, sin alma y sin aliento. Y muy mayor fue su turbación cuando vio la daga y el pie bañado de sangre de la herida, que ella realmente entendió baxalle del pecho.

Mas, animándose cuanto pudo, ya le tira de la blanca mano, ya del pie, por ver si está desmayada o si en sí bolbía. Torna, buelbe, rebuélbele, reconoce y mira <sup>[f. 311v]</sup> aquel hermosísimo cuerpo por ver si tiene alguna herida o ver dónde había salido aquella sangre. Pues, andando moviendo el cuerpo de una parte a otra, la princesa bolbió en sí ya cuanto y, avriendo aquellos dibinos y hermosos ojos, temblando toda de la pena terrible que la atormentaba, como cerca de sí vio a Medúsea, con un interior suspiro del alma le dijo: «¡Ay, que muero, Medúsea!», y con esto bolbió a su desmayo. Cierta la pobre de Medúsea se bañaba en lágrimas y solo deseaba ver a su señora de suerte que la entendiese la buena y alegre nueva que le traía. Al fin, echándola en la cama y haciéndole todos los beneficios que pudo, la tornó en sí y, en viendo que tenía algún sentido, le dixo:

–Mi señora, ¿qu’ es esto? Qu’ el príncipe mi señor bueno y sano está, que no son nada sus heridas; que yo bengo de allá y le é hablado yo misma. Y vesa tus hermosísimas manos muchas beces y te suplica no tengas pena, que sus heridas no son nada; que solo será su mal saber que tú, mi señora, tienes pena. ¡Alágrate, por Dios, no estés de essa manera!

–Si quieres, Medúsea, que biba, dame luego de bestir y bamos al cuarto de mi prima Alexandra; que si no es con este medio, imposible es bibir ni un solo punto.

Como la vio de aquella manera y tan congoxada no solo no le contradijo, mas antes le ayudó a la execuc[i]ón de su boluntad diciendo:

–Sí, mi señora, bamos, que muy bien me parece. Y aun al aposento del príncipe mi señor podemos pasar, que yo daré orden cómo esté solo. ¡Ca!, tome vuestra grandeça este manteo; apriétese, mi señora, vuestra grandeça essa faxa. Amuestre acá, señora mía, calçarla é... ¡ay, norabuena<sup>cmxvii</sup>, qué grande es el rasgoncillo del pie, mi señora!

Y tomándosele entre las manos se le besó. Y puniéndole un poquito de finísimo bálsamo de Judea le ató un listoncillo en él y la calçó, abriendo la botinilla en aquella

parte (lo que fue menester para que no le apretasse el pie). Y a mi cargo que no tardó mucho en bestirse y sola, con Medúsea y Bulpissa (que la hiço llamar), se pasó al cuarto de Alexandra.

En este tiempo, como Medúsea se salió de con el príncipe, Esmerilda tornó a entrar con unos caldos de sustancia y, puniéndolos sobre un bufete, se llegó a la cama del príncipe, y quedito, que nadie le oyó, le dixo:

–Hijo, al médico y al confesor ase de trata[r] verdad para que acierten en la cura y sepan el remedio que an de aplicar. Dígame: ¿vuestra grandeça hiço esta noche alguna trabesura? Porque si es esso no es nada y si no, cierto, hijo, que tiene muy debilitado y flaco el pulso y que se puede temer mucho de su salud...

Parándose el príncipe como una grana, todo cubierto de bergüença, calló. Y el silencio tubo Esmerilda por respuesta, que se acordó de aquel refrán español que dice: «quien calla, otorga». Y así dijo:

–¿Pues para mí, mi señor, son menester essa vergüenças y temores? ¿Qué ba en esso? Aora estoy yo contenta, que en dos días sé que estará vuestra grandeça con salud; tome esse caldo vuestra grandeça, qu'es muy bueno. Y, por que sepa quién fue el que le hirió, entienda que fue el baleroso príncipe Luposeldo de España, y su compañero era el príncipe Zulemo.

–¡Ay, Jesús! Aya, ¿y al príncipe herí?

–No se altere, qu'el príncipe no tiene herida peligrosa ninguna. Y, como tan buen príncipe y caballero como es, no solo no á recibido pena, mas antes sumo contento y gloria de saber que fue vuestra grandeça con quien probó la espada.

–Y, mi señora la princesa Alexandra –dixo el príncipe–, ¿sábelo?

–No se lo é osado decir –dijo Esmerilda– asta que esté mexor el príncipe y más esforçado, por que no le aga daño el demasiado contento que recibirá en bella.

–¡Ay, aya, desengañese! Que antes es <sup>[f. 312r]</sup> dilatarse a él la salud y a ella el contento. Por vida suya que me dé licencia que me llebe yo las albricias d'estas nuebas.

–Se’ así, hijo –dijo Esmerilda.

Con esto, el príncipe, lebandando la boz un poquito (que allí junto a un bufete estaba Alexandra, esfriando con una cuchareta de nácar y con su dibino anélito unos tragos de sustancia), dijo:

–¡A, mi señora Alexandra!

–¿Qué quiera, hermano? –que siempre ella le hablaba con este término.

–Llégrese acá vuestra grandeça.

–Ya boy –dixo Alexandra<sup>cmxviii</sup>–, qu’estoy esfriando esto, qu’está muy caliente y aunqu’está la escudilla metida en agua fría no aprobecha.

–Dexe vuestra grandeça esso y llégesse acá.

Ella, dejando la escudilla, con la misma cuchareta en la mano se llegó a la cama y dijo, adelantando así un poquito la cabeça:

–¿Qué quiera? Diga presto. ¿Tomará aquel caldo?

–Quiero que me dé vuestra grandeça –dijo el príncipe– albricias.

–¿Yo? –dijo riyendo la princesa–, que me place. ¡Y qué tenemos de nuevo?

–Llégrese, llégesse vuestra grandeça más: aquí está el ilustrísimo príncipe Luposeldo –dijo el príncipe.

–¿Dícelo vuestra grandeça de beras? –dixo Alexandra.

–Sí, en mi berdad –dixo el príncipe–. Y más, qu’él fue el que me paró anoche d’esta manera.

Un millón de imaginaciones en un momento començaron a turbar el pensamiento de la hermosa Alexandra, y así quedó un tantico suspensa. Estando en esta suspensión, antes que pudiese<sup>cmxix</sup> hablar palabra entró un paxe y dixo: «Señora, mi señora la princesa Vrisaida viene». Y apenas lo había dicho cuando, lebandando un escudero onrado y viexo que allí estaba el antepuerta del aposento, entró Brisaida

acompañada de Medúsea y Bulpisa, medio rebueltilla<sup>cmxx</sup> (y traía la pobrecilla unas ojeras manifestadoras del poco sueño y trabaxo de la noche pasada). Y, como entró, dixo:

–¡Bálame Dios, prima! ¿No la emos de allar en su cuarto? No querría yo las damas tan enfermeras de los caballeros...

–Ni aun yo tan e[n]fermadoras –dixo Medúsea entre sí– como bos los habéis sido...

–Son tantas mis obligaciones –dixo Alexandra–, señora mía, para hacer esto, que sería yo muy enferma de entendimeinto si no fuese enfermera de quien tan bien lo merece. Aunque agora yo a darle de lançadas estaba más obliga que a curarle...

Con esto, llegándose Brisaida<sup>cmxxi</sup> y viendo el hermoso rostro de su esposso, tanta fue su alegría que con exceso de amor no lo pudo sufrir y dixo:

–¡Dios os guarde, vien mío, que en tanta tribulación me havéis puesto!

Sola Esmerilda notó estas palabras y dixo entre sí: «Que me maten si no sois bos la que le parestes como está. Y si ello es assí, baya, que todos nos olgamos de ello». Con esto la princesa Alexandra (que, como decís, no se le cocía el pan) dixo a Esmerilda:

–Dexe a mi prima ser agora mi sustituta; dé esse caldo al príncipe y mire una palabra.

–Aora venga, venga el caldo, que yo se le daré –dijo Brisaida.

Y tomando la escudilla Medúsea llegó con ella junto a la cabecera, y la princesa se puso en una silla qu'estaba a la cabecera. Y Libertina, que estaba allí y era muger de clarísimo entendimiento, llamó a Bulpissa diciendo que le quería una palabra; al fin, quedaron en la cuadra solas las cuatro. Y yo, que ya se me barruntaba algo de aquellos negocios, me puse a la puerta con un bastoncillo con que solía andar <sup>[f. 312v]</sup> de ordinario y no dexé entrar paxe ni otro criado alguno.

Pues, como Brisaida se llegó junto al príncipe, de suerte que mirando bio que no lo beía nadie sino sola Medúsea (y de ella no se le daba nada, que vien sabía que sabía todo lo que con el príncipe havía pasado), y mirándole a los ojos se los vio llenos de amorosas lágrimas y que en el aspecto mostraba realmente estarse abrasando en amor, y que sin le hablar palabra (que de pura ternura no podía) le estaba haciendo tiernísimas y enamoradas señas, ella se abajó y, juntando su hermosísima boca con la suya, dixo:

–Mi alma y mi dulce esposo, ¿cómo as estado, entrañas mías, por bida tuya? Que si no fuera por haber sido excesibo el tormento que de tu indisposición recibí, que te ubieras, ojos míos, quedado sin tu Brisaida y estuviera ya la dichosa esposa de don Mexiano en la otra bida, habiéndose sacrificado al casto y conjugal amor que tengo.

Tomando con el braço derecho el príncipe el divino cuello de su esposa, juntándola aún más, con estraña ternura, así la una boca con la otra, le decía:

–Dibina princesa mía de mis ojos, luz d’esta alma tuya de mi pensamiento, vienaventurada presea de mi alma, dulcísima esposa mía y mi señora, recibe, mi bien, recibe los desposos qu’este esclabo tuyo t’está siempre, de un verdadero y encendido amor, ofreciendo. Salgan las victorias por los ojos, manifieste<sup>cmxxii</sup> la boca el encendido amor qu’está abrasando el p[e]cho y coraçón a ti rendidos...

Otras cosillas aún más tiernas y amorosas dijo el príncipe a su esposa; mas no se pueden decir si no es en agena boca y no se an de pronu[n]ciar con boca gena.

En este tiempo la princesa Alexandra<sup>cmxxiii</sup> se informó de Esmerilda muy en particular de la venida, vida y salud de su príncipe y qué tal estaba de sus heridas. Y, así, se determinó de, en acabando de comer, ir luego a berle y si estaba para ello, traerle luego a casa por poder regalarle y servirle como ella deseaba a él y al príncipe Zulemo, que personas eran el uno y el otro que merecían y muy bien que se les hiciesse toda esta merced. Pues con esto llegaron Esmerilda y Alexandra y, apartándose un poquito Medúsea (que fue a poner la escudilla que ya iba bacía sobre el bufete), Esmerilda, como sagacísima y prudentísima que era, dijo a la princesa Vrisaida:

–Riña vuestra grandeça, mi señora, al príncipe y ágale que no sea tan diligente; que en verdad que con el ejercicio y después con la mucha sangre que derramó de las

heridas que no uviera sido mucho quedarnos sin príncipe. Mándelo vuestra grandeça que se temple, que para más días le queremos que para uno, y que no sea tan riguroso en las armas.

Como llebaban dos sentidos las palabras, la princesa Brisaida las echó a la mexor parte (que ella pensaba que nadie imaginaba nada, que ya sabéis qu'es ordinario pensar los enamorados que tienen los otros los ojos quebrados), y así dixo:

–¿Yo, señora Esmerilda? En verdad sí hiciesse, mas en este negocio banse tan mal estos caballeros a la mano, y más cuando son moços, que en començando aquel sangriento exercicio no lo qu[i]eren dexar <sup>[f. 313r]</sup> asta caer o dejar rendido al enemigo.

También la respuesta iba ambigua y, así, todo passó en combersación. Y la princesa Alexandra dixo:

–¿Sabe vuestra grandeça cómo estoy mal con el Príncipe de la Fe? Y si no tuviera respecto, aun no sé, que yo misma le diera de estocadas.

–¿Y por qué tanto enoxo, señora prima?

–¿Por qué, señora? Porque me á medio muerto a mi primo el príncipe de España, mire vuestra grandeça si tengo raçón.

–¡Jesús! ¿Y él fue? –dijo Brisaida–. Pues, ¿cómo pudo suceder un caso tal? ¿Dónde iba, señor capitán, tan de mañana?

–¡A, y de puta! ¡Angelito! –dixo Alexandra–, ¡como que tú no lo supieses...! En mi ánima que trae la ternilla de la nariz tan diferente oy qu'essos [o]tros días como ba de la mía a la de mi madre, y hácese agora de la simple... –esto dixo entre sí Alexandra.

El príncipe respondió:

–Salime, mi señora, a pesar por aí un poquito. Y sin conocernos nos paramos de suerte que si el príncipe, mi señor, no se ubiera piadosamente conmigo, sin duda quedara muerto a sus manos.

–Aora bien –dixo la princesa–, que a todos devió de venir vien el dejallo. Mas, ¿vuestro hermano cómo está?

–Muy bueno, mi señora, que aunque vino molido como una ubera no trujo herida ninguna. Mas no é bisto más diestro muchacho en mi bida ni que mejor se sepa aprobachar de una rodela; aunque todo lo ubo menester, porqu’el contrario cierto se mostró ser balerosísimo caballero y de estrañas fuerças como lo es, qu’es el príncipe Zulemo, primo de vuestra grandeça.

–¡O, y cómo! –dijo la princesa–. Fama tiene<sup>cmxxiv</sup> del más baleroso griego que ciñe espada. Mas estoy espantada –dixo quedito, que solo el príncipe lo pudo uir– cómo, alma mía de mis entrañas, os encontrastes <a> aquella ora y más en lugar tan solitario, que por marabilla, según dicen, pasa por allí criatura bibiente.

Un buen rato estuvieron parlando asta que se hacía ya ora de comer, y Alexandra dixo:

–¿Qué manda vuestra grandeça, señora Brisaida<sup>cmxxv</sup>, para los primos? Que yo con Esmerilda los tengo de ir a ber esta tarde.

–Si yo<sup>cmxxvi</sup> pudiera –dijo Brisaida<sup>cmxxvii</sup>– quedarme entre tanto con los heridos, vien me atrebiera <a> aguardar acá a vuestra grandeça; mas pues no puede ser, habré de sufrir asta que Dios les dé salud. Y con esto yo me quiero ir a comer, no esté acaso aguardándome la Emperatriz mi señora.

Viendo que se quería despedir, con muy buen término y cortesano les dieron lugar para que se despidiessen. Y, así, abraçando ya con mucho desenfado la princesa a su marido (casi sin dársele nada que la biesen), besándole dulcísicamente en la boca le dijo:

–Adiós, marido mío de mis ojos, que si yo puedo bolberos a ber, yo lo procuraré. Y mirad que para la noche que yo quiero guisaros la cena, dulce esperança mía y mi consuelo. Y esfuérçate, mi bien, para que te bea yo presto lebantado de essa cama.

–No puedo yo estar indispuesto con tanta merced, ángel mío de mis ojos <sup>[f. 313v]</sup>, y tomad estos y el alma, lumbre mía.

Y, con esto, cuajados de ardientes lágrimas, se los puso en la boca; despidiéndose con esto los dos amantes, apartados los cuerpos mas quedando en muy perfecta unión las almas.

Estando comiendo la princesa Alexandra con el príncipe, tornó a venir Medúsea con un platillo de oro y, entrando en el aposento, dijo:

–Señor príncipe, mi señora la princesa suplica a vuestra grandeça coma esta tetilla de faisán y que vuestra grandeça se esfuerce a comer.

Notable contentamiento y gloria recibió el príncipe con este regalo que de su señora recibió, el cual estimó en más que si le hicieran señor del mundo Y la princesa Alexandra dixo a Medúsea:

–Diga, señora Medúsea, a mi prima que mucho regalo es este para este mal hombre y que no me mate Dios asta que yo le vea castigado por sus hermosísimas manos como agora le beo regalado.

–Aún más castigado le querrías –dijo entre sí Medúsea–. Pues yo seguro que si así ba, que a pocas bueltas que la moçuela diesse cuenta del gentilhombre.

Con esto, habiendo recibido la respuesta del príncipe, se bolbió Medúsea a acabar de hacer dar de comer a su señora (que aquel bocado de su misma boca se le envió al príncipe). Pues, acabando de comer, la princesa Alexandra dixo a mi amo el príncipe:

–Aora, señor, yo quiero ir a ber a mis primos.

–Baya vuestra grandeça con la paz de Nuestro Señor. ¿Y cómo quiere ir vuestra grandeça? ¿Quiere ir en la carroça, con el coche o en litera o a caballo? ¿O cómo quiere ir vuestra grandeça?

–¡Jesús! No, señor –dixo Alexandra–, sino Esmerilda y yo en sendas sillas de toldo y cuatro esclabos que por aquí por la ronda nos lleben allá en un momento, sin más ruido ni acompañamiento.



–Pues sea como vuestra grandeça mandare. ¡Ola –me dixo el príncipe–, Nictemeno,! Haced, por vida vuestra, adereçar una silla para mi señora la princesa y otra para mi aya. ¡Ca!, y cuatro d’essos lacayos y dos docenas de caballeros que os bais con su grandeça. Y llebaldas a la posada, y si por bentura estuvieren para venirse luego aquellos caballeros, hacé adereçar un par de literas lo mejor que fuere posible en que los traigan, y tened adereçados aquellos dos cuartos que salen a la ribera.

–Los cuartos –dixe yo– ya los tengo, señor, adereçados; esotro luego se hará como vuestra grandeça manda.

Dibinamente adereçada baxó la princesa con un sobervio vestido encarnado (cierto de los buenos que yo bi en mi vida; y, como ella era tan en extremo hermosa, parecía admirablemente más); llebaba mil dexes y lidenças<sup>cmxxviii</sup>, todo puesto con tanta gala y donaire que sola Brisaida podía pasar de allí y muy pocas llegaban a su hermosura. Al fin, entrando en la silla, qu’el embajador de España la baxó de la mano, haciéndole desde dentro de ella una reberencia con estraña gracia dixo: «Perdóneme vuestra grandeça». Y con esto echó las cortinas a la silla y, tomando la silla dos criados de <sup>[f. 314r]</sup> aquellos, por la rondilla, con el acompañamiento que para ir así se sufría, llebamos a la buena princesa al mesón, acompañada de sola Esmerilda.

Y, como entramos en la posada, sin abrir cortina ninguna hice que subiesen las sillas a la sala qu’estaban las camas de los príncipes. Pues, como en ella entrasen, aquellas señoras saliendo de la silla, un caballero viexo de más de setenta años (que traía una cruz al pecho de las del príncipe Ardoniso) que solía servir de bracero a la princesa Alexandra la llebó del braço asta la cuadra donde estaba la cama de los príncipes. Y, como entramos en el aposento doce caballeros delante y luego entrase la princesa Alexandra, como el príncipe Luposeldo la conoció fue tanto el contento y alteración que recibió que sin ser en su mano quedó fuera de sí, tan robados todos los sentidos que quedó realmente desmayado y sin sentido ninguno. Y esto puédolo afirmar como aquel que me allé presente.

Pues, como llegase a hablarle la princesa Alexandra y le viesse de aquella manera, con sobrada alteración dijo:

–¡Jesús! Señor príncipe, ¿qué habéis? ¿Cómo estáis de esa manera?

En esto, llegándose Esmerilda, con aquella su acostumbrada buena gracia y término nos dijo:

–Sálganse vuestras mercedes, señores caballeros, que congoxamos al enfermo.

Y, como nos salimos, llegándose a él (que aún se estaba transportado y sin sentido ninguno), sacando una redomilla de agua conficionada de la manga se la echó por sobre el rostro, con lo cual luego bolbió en sí. Y dando un amoroso suspiro que le salió de lo interior del alma dixo:

–¡O, mi señora princesa! ¿Y es posible que beo yo a vuestra grandeça delante de estos sus esclabos y rendidos ojos? Agora ninguna cosa me puede suceder que no sea llena de felicidad y contento. ¿Y dónde merecí yo, princesa mía, recibir tanta merced de vuestra dibina y soberana persona?

–Aora, mi señor y primo –dixo Alexandra–, a más qu’esto se estienden<sup>cmxxxix</sup> mis obligaciones. Dígame vuestra grandeça cómo se siente de sus heridas.

–Agora lo verá vuestra grandeça –dijo Esmerilda–, si tuviera ánimo para estar aquí entre tanto que le curo.

–¡Ay, Dios, señora Esmerilda! Aunque me diesse un reino no tendría ánimo para tal.

–Pues, ¿por qué mi señora? Que no tengo más de catorce heridas.

–¡Jesús, primo mío! ¿Pues qué más había de tener?

Al fin, parlando un tantico los dos a solas entre tanto que Esmerilda preparaba los medicamentos, tanto le rogó el príncipe qu’estuviesse entre tanto que le curaban que al fin lo ubo de hacer; mas fue estando apartada y junto a la cama del príncipe Zulemo, con el cual estubo parlando en muy buena conversación entre tanto que curaban al príncipe. Y, después que Esmerilda pasó a curar a Zulemo, ella se tornó a hablar con el príncipe y aun le dio allá tres o cuatro cortesanos favores de los que ella ya otras beces le havia dado. Y como Esmerilda dixo que estaban ya para poder [ir] sin ningún peligro en las literas a casa <sup>[f. 314v]</sup>, sin más réplica de parte de aquellos caballeros, con el mejor

término y tiento que nos fue posible puniéndolos sobre la litera, los llebamos a cassa, con grandísimo contento de la princesa Alexandra y de toda nuestra cassa.

En llegando a casa yo los hice aposentar a cada uno en su cuarto, que eran bonísimos y yo los tenía raçonablemente adereçados, y también que ninguno había en casa del Emperador que les igualasse; porque, dexado aparte que las tapicerías eran hermosísimas y ricas, todos los basos de serbicio que era menester eran de oro y plata, riquísimos y muy bien labrados, y cierto yo los tenía todo lo bien adereçados y compuestos que era posible. Brisaida, ya con contento de haber visto a su esposso, y Alexandra de la misma manera con tener en casa a su primo; a los príncipes, muy alegres por berse tan acomodados, los dejaré agora por deciros lo que en este tiempo se hacía en la Isla de la Enamorada Corneria.

#### **Capítulo 5. De lo que en este tiempo en la Isla de la Enamorada Corneria sucedió y de la bida y exercicios de aquellos caballeros que en ella estaban.**

Ninguna cosa ay tan dura o tan de yerro que con la fuerça del amor<sup>1138</sup> no sea bendecida<sup>1139</sup>, y así ningún<sup>cmxxx</sup> trabaxo l'es difícil al amante; antes los trabaxos les son entretenimientos a los amados como lo es a los que caçan la caça y la pesca a los pescadores, que aun en aquellos actos trabaxosos allan descanso, entretenimiento y gusto<sup>1140</sup>. Mas no os espante, y qu'es de tanta eficacia y fuerça que aun asta los dioses bence la pasión de amor tierno<sup>1141</sup>. Mas ase de mirar cómo se entrega a esta pasión, pues es cierto qu'el virtuoso es digno de toda reberencia mas el benerio o no lícito aumenta el disparate y la locura<sup>1142</sup>.

---

<sup>1138</sup> Nuevamante, este discurso del narrador sobre la fuerza del amor se compone a partir de un buen grupo de citas extraídas de la *Polyanthea* de Nani Mirabelli (cf. ob. cit., s.v. «*amor cupidineus*»).

<sup>1139</sup> **Ap. marg.:** «S. Agustinus, *De moribus ecclesie contra manicheos*».

<sup>1140</sup> **Ap. marg.:** «*Iden lib. De uidicitate*».

<sup>1141</sup> **Ap. marg.:** «Seneca, *Trage[dia] 10*».

<sup>1142</sup> **Ap. marg.:** «Phocilides».

Y ya sabéis que unos fingen al amor con alas como a abe, diciendo qu'es un soberano dios que anda cargado con arco y con saetas y que trae en la mano un acha de fuego encendida. Entiende[n] qu'es hijo de Benus y engendrado de Bulcano, mas engañanse, que amor no es sino una gran fuerça del pensamiento y un calor blando y amoroso qu'el pecho siente; engéndrase con la abundancia de jubenil brío, críase con la ociosidad y abundancia de temporales deleites<sup>1143</sup>. Al cual si con nuestra boluntad no sustentaremos, con mucha facilidad cae y se derriba, mas si con amorosos pensamientos, con oportunidades y ocasiones le sustentamos, ba creciendo cada momento asta que se hace inmatable su fuego. Y, al fin, es tal esta pasión y de tal fuerça, y muda los ánimos y los hombres y los trueca de tal manera, que apenas le conoceréis, si es el mismo el que agora ama, cómo era el que antes de agora no amaba<sup>1144</sup>.

Mas, ¡ay!, ¿qué ará el pobre joben enamorado? Que apenas tiene dónde uyir, donde dixo un a[u]tor: «¿Dónde uyes, loco, di? Mira que no ay uida, que aunque uigas asta las riberas del Tanais asta aí te seguirá Amor y con azelerado paso seguirá [f. 315r] tus pisadas»<sup>1145</sup>. Pues es pasión que aun en los solitarios ri[n]cones no quiere dejar libre el pensamiento, y así decía aquel que sin saberse curar a sí quiso ser médico de los enamorados: «Cualquiera que seas que amas, los solitarios lugares hacen daño; guárdete del solo lugar. ¿Adónde uyes? Mira que en el lugar te podrás allar muy más seguro»<sup>1146</sup>.

Mas en los poblados de lo que es menester guardarse es de la dulce combersación y regalo de ellas. Especialmente si un coraçón á sido herido de la tal pasión o dulce pensamiento, guardarse del tornar a la amorosa vista y sabroso trato; porque luego le sucederá como si sobre un mortecino fuego esparciéssemos al cubite<sup>†</sup> o piedr'azufre mobida, que luego aquel pequeño fuego crecería en estraña grandeça<sup>1147</sup>.

<sup>1143</sup> **Ap. marg.:** «Seneca, *Tragedia 9*». Lucio Anneo Séneca, «el Joven», *Octavia*; su atribución a este autor ha sido cuestión muy debatida por la crítica.

<sup>1144</sup> **Ap. marg.:** «Terencius in *Eunuco*, com. 2 ».

<sup>1145</sup> **Ap. marg.:** «Propertius, lib. 2, elegia 30».

<sup>1146</sup> **Ap. marg.:** «Obidius, *De re. amoris*».

<sup>1147</sup> **Ap. marg.:** «Obidius, *De re. amoris*, lib. 2: “Ut paene extinctum cinerem si sulphure tangas viuet, et ex minimum maximus ignis erit”».

Así de la misma manera, si no ebitaremos todo lo que puede engendrar amor en el pecho, crecerá la llama y fuego y tomando en sí misma fuerça será ya mucha la que antes era casi nada.

Porque mal contagioso es el amor y es con yerbas incurable. Y es porque aunque siente su daño y perdición el amante<sup>1148</sup>, con todo esso su daño abraça y tras lo que le es materia de culpa corre con azelerado curso, procurando abraçar lo que sabe serle dañoso. Y como la culpa en la cual estamos con actual contentimiento es irrimisible y la enfermedad en la cual se está entera y no diminuida la causa<sup>cmxxxii</sup> es incurable, así este mal en los que abraçan el daño parece estar sin remedio: pues se abraçan con la causa del mal, [no] puede d'esta suerte cesar el efecto.

Esto digo por los cuatro amantes Ardoniso y Belisandra y el fuerte Feridano y Taurisa, que os doy mi palabra –dice Nictemeno– que no sé cómo os cuente aquellos efectos de amor causados en aquellos enamorados pechos. Porque adonde amor entra y el corazón del cual se apodera, si su bigor y rayos estiende asta el pecho y el corazón se ablanda y enternece, juntamente le desa[m]paran sus cosas: la fe, la fama, la virtud y la onra<sup>1149</sup>. Porque miserable es aquel que ama<sup>1150</sup> y ningún amador be lo que combiene<sup>1151</sup>, porque como es pasión y ciego fuego, ciega luego en el amante los sentidos y hácele hacer mil insolencias; porque nada ay qu'el amador no osse<sup>cmxxxii</sup> ni ay peligro al cual el qu'está d'esta pasión sugeto no se atreba<sup>1152</sup>. Por esto es cosa de admiración que uigamos de unos amantes y tan berdaderos amadores que sus princesas o damas les manden cosas tan repugnantes a las leyes de los berdaderos amadores.

Quiere Belisandra que Ardoniso disimule el amor que tiene al pecho: pues bien sabe ella que cuanto más se cubre la lumbre que cubierta más abrassa<sup>1153</sup>, ¿pues cómo

---

<sup>1148</sup> Ap. marg.: «Obidius, *Tristium*, lib. 4, elegia 1».

<sup>1149</sup> Ap. marg.: «Plautus, in *Mustelaria*».

<sup>1150</sup> Ap. marg.: «Plautus, in *Persa*».

<sup>1151</sup> Ap. marg.: «Obidius, in *Epistola Phedra ad Ipolitum*».

<sup>1152</sup> Ap. marg.: «Ovidius, lib. 6, *Metha.*, fabula 6».

<sup>1153</sup> Ap. marg.: «Obidius, *Metha.*, lib. 4, fabula 3».

podrá Ardoniso cubrir las encendidas brasas en el pecho? Porque, ¿quién pudo bien encubrir el amor?<sup>1154</sup> ¿Cómo obedecerá el pobre amante? Pues lo que en la lumbre o fuego el artificio cubre, la misma llama está ese mismo fuego descubriendo y al fin se muestra y echa de ver el amor disimulado<sup>1155</sup>. Quiere Belisandra que Ardoniso trate sus amores no solo con disimulación [f. 315v] y que lo encubra, mas también manda que se trate con buen término y prudencia y que lo rixa siempre con consexo; pues la cosa que en sí no tiene consexo ni modo alguno imposible es que se rija con consexo<sup>1156</sup>.

Dice Belisandra a Ardoniso que se quite y sosiegue y que con un asentado reposo trate sus amores, y que no ande desasosegado en su ánimo o pecho; pues beamos, señora –dice Nictemeno–, ¿bos no sabéis lo que dijo el otro amante? «¿Só yo por bentura aquel desdichado que nunca bien puedo sosegarme<sup>1157</sup>? Si estoy en casa mi ánimo está fuera de ella y si yo fuera, mi pensamiento torna a estar en casa. Esto causa el amor con su fuego en mi enamorado ánimo y pensamiento».

Dice Belisandra a su amante:

–Amar pase, mas sea con un templado amor, dulce y tierno, que solo tenga de amor unos vapores que recrean el alma y pensamiento.

–¿Cómo es posible? –dice Ardonisso–. Pues es essa propiedad del principio del amor<sup>1158</sup> que con blandos vapores ba recreando, mas después, índose abrasando y aumentando, con el amoroso costumbre cr[e]ce tanto que viene abrasar todo el hombre (que no le dexa médula que no encienda), ¿cómo es posible matar con fuego el fuego?

–Pues supuesto esso –dice Belisandra–, a lo menos sírbaos de remedio la dificultad y témplese el amor con el consexo.

---

<sup>1154</sup> Ap. marg.: «Obidius, in *Epistola ad Jasonem*».

<sup>1155</sup> Ap. marg.: «Obidius, in *Epistola Paridis ad Elenam*».

<sup>1156</sup> Ap. marg.: «Terencius, in *Eunucho*».

<sup>1157</sup> Ap. marg.: «Plautus in *Mercatore*, comedia 13».

<sup>1158</sup> Ap. marg.: «Lucius Apuleius, *De asino aureo*, lib. 3»

–También rep[ug]na esso en el pecho de un amante –dice Ardoniso–, porque esta es propiedad del impaciente amor, que siempre piensa poder alcançar lo que desea<sup>1159</sup>; no sabe tener juicio y muchas beces carece de raçon; no tiene modo ni sabe pensar en otra cosa sino en la cosa amada. Y cuando verdaderamente se ama ningún consuelo de la imposibilidad se recibe, ni se toma de la dificultad el remedio, ni se templa con consexo, ni la vergüença le enfrena, ni se sujeta a la raçon ni la obedece.

Ablándole a Belisandra Ardoniso y diciéndole que tubiesse cuidado de su alma (pues la tenía encerrada allá en su pecho), ella medio riyendo respondía que él que su alma se tenía en su cuerpo.

–¿Pues cómo, Belisandra mía –decía Ardoniso–, no es cosa llana que no está más el alma donde anima que donde ama?<sup>1160</sup> Excepto si llamas más perfecto estar donde está por fuerça detenida que donde con la boluntad mora con alegría y deseo.

–Ya que ame el coraçón –decía Belisandra–, pues tenéis, señor, buen [en]tendimiento, aprovechaos d’él y a lo menos libertad esse de su yugo<sup>cmxxxiii</sup>, ya que la boluntad está sujeta.

–¿No sabéis bos, mi alma –respondía Ardoniso–, que siempre amor está sobre la cabeça, siempre en todo el amante, y gusta mucho de serbir de yugo a libres cervices no domadas?<sup>1161</sup>

–A lo menos, señor –decía Belisandra–, no aborrezcáis al que os da consexo y al que procura curar buestras heridas.

–También esso repugna –decía Ardoniso– al berdadero amor, mi bien, que os tengo; que vien sabéis que todos los dolores humanos sana la medicina<sup>1162</sup>, solo el mal de amor no ama al médico o artífice que procura dársele. Y así dijo bien nuestro español

---

<sup>1159</sup> Ap. marg.: «S. Ambrosius, in *Sermone de Asumpcione*».

<sup>1160</sup> Ap. marg.: «S. Bernardus, *De precepto et dispensacione*».

<sup>1161</sup> Ap. marg.: «Propercius, lib. 2, *Ad cinthiam*, de repudione in nocte».

<sup>1162</sup> Ap. marg.: «Propercius, lib. 2, elegia 1».

cuando dixo: «afuera consexos banos», y acabó diciendo que «en los consexos de amor los que matan son los sanos».

–Aora pues, ¿qué os da pena? –decía Belisandra–. ¿O qué es lo que deseáis? ¿Qué os falta? ¿Por qué no os contentáis con saber de mí <sup>[f. 316r]</sup> que os quiero bien? Contentaos con estos regalos, ¿qué ocasión tenéis bos a vibir triste?

–¡A, Belisandra mía! –decía Ardoniso–, ¿no sabéis bos qu'es muy poco lo que ayuda y mucho lo que daña a los amantes? Y así es menester aparejar el ánimo a padecer mucho <sup>1163</sup>. Porque más que liebres en monte Ato y más que se apacientan abexas en la Hibla <sup>1164</sup>, más que aceitunas tienen los olibos y más que ay conchas o marisco en la riberas, más dolores padecemos los amantes; que al fin con amarga <sup>cmxxxiv</sup> yel nos sustentamos.

–Pues en verdad que no acabo yo de entender esos trabaxos –dijo Belisandra–, que para uno que nuestros amantes padecen, padecemos nosotras <sup>cmxxxv</sup> ciento. Que nuestro amor es el qu'es una cosa llena de solícito temor <sup>1165</sup>, y de nosotras se dixo: «¿Quién es la que puede amar con seguridad?» <sup>1166</sup>. Y somos en las cuales no pueden ni quieren combenir amor y autoridad <sup>1167</sup>, y somos a las cuales da amor amargas oras de los tristes días y las pesadas noches cubiertas de un triste belo. Y a quien jamás amor quiere soltar la cadena, mas antes con un triste amargor de yel nos mezcla todas las cosas. ¿En quien florecen de amor los desabrimientos si no es en los delicados pechos de las tiernas doncellas? ¿Quién padece el tormento de los tristes celos con pasión irremediable? ¿Quién el amargor de los menosprecios del soberbio amante? ¿Y quién decí, Ardoniso, tiene más delicada la onra ni quebradiça que la pobre doncella? ¿Quién sugesión de padres y parientes tan áspero como ellas? ¿Y quién tan a punto de ser

---

<sup>1163</sup> Ap. marg.: «Obidius, lib. 2, *De arte amandi*».

<sup>1164</sup> *Hibla*: «Un monte de Sicilia adonde se cría mucha y buena miel por el pasto que las abejas tienen del tomillo y de otras yerbas» (Sebastián de Covarrubias. *Suplemento al Tesoro de la lengua castellana, de D. Sebastián de Covarrubias (1611)*. BNE, ms. 6159, s.v.).

<sup>1165</sup> Ap. marg.: «Obidius, in *Epistola Penelope ad Ulixem*».

<sup>1166</sup> Ap. marg.: «Obidius, *Herus ad Leandrum*».

<sup>1167</sup> Ap. marg.: «*Fabullus*, lib. 2, eleg. 4».



olvidadas si sueltan la rienda a los favores? En que después que del amor bebemos el dulce basso no se puede encubrir en nuestro pecho, sino las veidas vrasas<sup>1168</sup> luego comunican su luz a todos los miembros y, reberberando en las médulas, da[n] nuebos muchos lustres<sup>cmxxxvi</sup> al rostro de un sudor perfecto, tierno y delicado que manifiesta muy a la clara la pasión nuestra. Ahora, Ardoniso –solía decir Belisandra–, no tratemos más en esto. Yo os amo mucho y os quiero todo lo que se puede querer; en los demás no tenéis que pedirme.

Pues decime, en unos amores d’esta calidad y forma, ¿qué se puede escribir que no parezca algarbía o jerigonça? Al fin, estando un día en la ribera del mar Belisandra y Ardoniso, que la gallarda Taurissa se había quedado con Feridano (que de un dolor de cabeça se sentía indispuesto), apartadas por aquella ribera las doncellas y andando los paxes por allí entretiniéndose, quedándose los dos solos de suerte que ni bistos ni oídos podían ser de persona alguna, habiendo estado parlando un rato en muy buena combersación, Ardoniso le dixo:

–Señora mía de mis entrañas y mi bien todo, luz clara d’estos ojos buestrs, ¿cuándo habréis, luz mía, de remediar el ardiente pena que me abrasa?

–Ya os é dicho, Ardoniso –dijo Belisandra–, mil beces que no habléis en esso, que ya sabéis qu’es hablar en lo escusado.

–No, bien mío –dijo Ardoniso–, que también sabéis bos qu’es lo que yo pido: que yo no pido cosa que contra buestra onestidad corporal sea.

(Notá la gerigonça... –dice Nictemeno–).

–Pues así se entiende –dijo Belisandra–, mas ni aun esso otro quiero.

–¡Ca!, mi bien –dijo Ardoniso–, no porffes. Acaba, luz mía, ¡mira que me muero!

Y biéndole <sup>[f. 316v]</sup> desasosegar Belisandra:

---

<sup>1168</sup> **Ap. marg.:** «Estacius, *Aquileidos*, lib. 1». Termina con esta cita el conjunto de referencias extraídas del apartado sobre el «*amor cupidineus*» de la *Polyanthea* de Nani Mirabelli.

–No más, no más –dice–, mi niño. No más, por amor de mí, sé que no más... No, no, ¡está quedo!

Y, con esto, juntando su hermosísima boca con la suya le decía:

–¡Ca, mi Ardoniso, basta, basta! ¡Esté quedo, por su bida! ¿No sabe que me da en esso pena? En mi ánima que querría más que me matase.

¡Ca!, entiéndese esta algarabía, que con un acto de amor tan dulce y tierno como es un beso tierno y regalado quiere Belisandra que en las cosas de amor Ardoniso cesse. ¿Quién nunca bio echar azeite para matar el fuego y dar bino al borracho para que se le quite la envriaguez? ¿Quién jamás bio añadir causa para que cesen efectos? Pues esto hacía la balerosa Belisandra, y tenía tan rendido a su amor y boluntad a Ardoniso que con esto le hacía luego hacer lo que quería: dadme a entender esto... Vien sé –dice Nictemeno– que me responderéis: «O Belisandra no ama a Ardoniso o Ardoniso de puro comedido pica en necio». Yo no soy más obligado de poneros la verdad de la istoria delante; en lo demás cada uno juzgue lo que quisiere, que cierto el caso engendra artas dificultades. Porque ellos se amaban cuanto se podía pensar; Ardoniso era medianamente abisado: no sé en qué se estaba la dificultad d'este negocio.

Al fin, estando así parlando como estaban solos, otro fabor cortesano le concedió algo más interior que los que asta entonces le había concedido... Mas siempre afirmaba Belisandra un negocio difícilísimo y casi repugnante, en buena y natural filosofía, y es que decía que no tenía sentimiento alguno que fuesse de muger y que solo lo hacía por dar contento <a> Ardonisso. Bosotros cr<e>edlo norabuena, que yo y<sup>cmxxxvii</sup> Ardoniso puestos estamos en no creerlo; la bella Belisandra diga en este caso lo que quisiere.

Con estraño amor estaba Ardoniso con su Belisandra, que la verdadera luz era de sus ojos y el perfecto descanso de su alma, tanto la amaba que se desamaba por quererla y más a ella mil veces que a sí quería. Solo lo que le desabría (si desabrimiento podía haber) era ber en Belisandra tanto despegamiento y, como decís, frialdad de naturaleza que afirmase ella de sí no dalle particular ni amoroso regalo (del que llamáis «de color») el estar con Ardonisso.

Pues, estando d'esta manera en la playa, vieron venir aunque lexos algunos basos de armada por la mar y, estándolos aguardando, al cabo de una ora reconocieron ser los de los mercaderes que havían ido a España y a la Grecia. Y con mucho contento de que viniese el armada lo enviaron a avisar a la nueba ciudad, viniendo luego muchísima gente a la ribera. A Ardonisso le truxeron un caballo y a la bella Belisandra una pía muy hermosa y, puestos a caballo, aguardaron paseando por la ribera a que el armada llegasse.

Al cabo de media ora poco más (porque traían muy buen viento) surgieron las naos en el puerto, puestas todas belas y enerboladas las banderas, con muchos instrumentos músicos y barios sonos de mucho contento y regocixo. Y no con menos los estaban <sup>[f. 317r]</sup> aguardando los ciudadanos en la ribera, especialmente los deudos de los que havían ido en el armada. Y [t]odos estaban muy contentos de ber que viniesen tantos, que venían catorce naos (y no havían ido sino siete de la isla) y venían otros ocho o nuebe baxeles pequeños de carga.

Pues en un batel de la nao capitana salió el capitán de ella acompañado de otros tres o cuatro y, como supieron que Ardoniso y la bella Belisandra estaban en la ribera, antes que fuesen a la ciudad fueron a besarles las manos. La bella Belisandra los recibió con mucho amor y clemencia, mostrando mucho contentamiento de su benida. Y así en brebes palabras el capitán dixo:

–Ilustrísimos señores, nosotros fuimos a España y de allí fuimos a Benecia; desde allí fuimos a la Grecia. Llegamos a Constantinopla, donde allamos al bienabenturado Caballero de la Fe en tan sublime rueda de próspera Fortuna colocado que Dios Nuestro Señor le conserbe, porque de tan alto grado sería muy más infeliz y miserable la caída; que, al fin, no ay mayor desbentura que haber sido dichos[so] si después se pierde aquella vienaventurança. Él queda con salud, envía aquí dos naos cargadas de hermosísimos despojos a vuestras grandeças y cartas de todos para todos. Allá queda Fraseldo, con título de piloto general, haciéndole todos aquellos príncipes mucha merced.

Aí vienen<sup>cmxxxviii</sup> ochocientos nuevos moradores a la isla. Traemos del Padre Santo de Roma todos los prebilexios, bulas y concesiones que vuestras grandeças

enviaron a pedir; del ilustrísimo rey de España vienen todos los despachos de la misma suerte que se pidieron. Traemos la conquista de todas la islas circunvecinas<sup>cmxxxix</sup> qu'estén en distancia d'esta nuestra isla docientas leguas alrededor. Lo demás en los despachos lo beréis, ilustrísimos señores; dad agora licencia que se desembarque la gente. El flete de nuestras naos, sin nos costar cosa alguna, como le pedimos, se nos dio en Constantinopla por mandado del sacro Príncipe de la Fe, y este es su pliego.

Con esto dio un maço de cartas <a> Ardoniso y otro llebaron a Feridano. Pues dándole la carta a la hermosísima Belisandra Ardoniso, que venía para ella, despidiendo al capitán y dando orden Ardoniso en todo lo que se había de hacer con aquella su acostumbrada presteça, se tornaron a pasear por la ribera, que hacía muy linda tarde. Y, puesto en muy buen lugar y acomodado, Belisandra dijo a Ardoniso:

–Abra, abra<sup>cmxli</sup>, amores, esa carta, que después leeremos la mía.

–Se' así, mi señora –dijo Ardoniso.

Y, avriéndola, vio que decía así:

El Caballero de la Fe de Nuestro Señor Jesucristo a su señor y padre, el príncipe Ardoniso, le envía salud:

Fraseldo, criado de vuestra grandeça, me dio una carta suya en esta corte, escrita de essa isla. Y estimela en tanto como era razón por ser de mano de padre, que al fin es el más amoroso nombre <sup>[f. 317v]</sup> que ay en el suelo<sup>cmxli</sup>, y por ser escrita d'ese lugar; lo cual sé sera tanto consuelo de mi señora madre, la hermosa Belisandra.

Yo estoy en esta corte donde al fin, padre y señor del Fénix, de sus costumbres se nos pega[n] (y más a los moços) muchas inmundicias que son malas de despegar, ásperas de olbidar, sabrosas para lo presente, mas peligrosas para lo futuro. Que con ser una de las más ilustres cortes y más bien concertadas que tiene el mundo, al fin lleba su corriente: que, al fin, el que bale poco duerme a la sombra del olbido, y la persecución y inbidia sigue a los poderosos; los pobres no tienen qué comer y bále[n]se con arta dificultá del rico, y, al fin, pocos vienen a esta corte contentos y casi todos andan aborridos.

Todos procuramos la pribança de nuestro emperador y a las beces la alcança el que menos la merece; y aun esto entienda vuestra grandeça que por mí lo digo, que cierto é recibido y recibo sumas mercedes de nuestro príncipe. Aquí todos andan embelesados sin memoria de la muerte y, al fin, todos paran en las sepolturas; hacemos muchos lo que queremos, mas somos

muy pocos los que con nuestras obligaciones cumplimos. Todos decimos mal de la vida cortesana, mas apenas se alla quien la dexa; que al fin, señor, ella es propia morada de privados y moços (que los unos la disfrutan y los otros no la sienten); ella es sumidero del tiempo gastado de la vida, tienda de banos pensamientos, plaça de libertados, cárcel de libres y cierto que casi se puede llamar jaula de locos.

Nuestros ordinarios exercicios es ruar calles, ojear bentanas, serbir damas, escribir motes, componer letras, jugar algunas beces y aun lo peor, qu'es infernar las almas. Es costumbre de todos estos cortesanos llamar donde no an de recibir respuesta; amar donde los aborrecen; seguir a quien de ellos uye; buscar a quien no los conoce; esperar lo que no se da y aun procurar lo que no se alcança. Publíera a Dios, padre y señor, que yo me estuviera en essa isla donde mi señora me aconsejaba, mi tía la gallarda Taurisa me regalaba, mis ayas me industriaban, el baleroso Feridano me exercitaba en las armas y vuestra grandeça en las letras. Todo lo que veía era bueno, lo que me aconsejaban era lícito y lo que veía hacer virtuoso; vivía vien ocupado, traía el cuerpo sano en onestos exercicios y, lo que más importa, el alma adornada con buenas costumbres (agora, todo anda como quisiere y no como debe). Entre otros grandes bienes que en essa isla se sentían era que vivía sin ser invidioso ni invidiado.

El bien que ay en esta corte es que en las cosas de milicia nos exercitamos, [mos]trando algunas beces al riguroso Marte con el enemigo. Estamos aguardando el tiempo para la xornada que emos de hacer contra los bárbaros infieles, donde si benciéremos haremos como buenos, alcançando lo que deseamos, y si en la batalla perdiéremos las vidas, cumpliremos con la obligación que como caballeros tenemos. Ya estos caballeros sus guantes son manoplas; sus mulas, caballos; sus borceguís, grebas; sus grigiescos, quijotes; sus gorras, celadas; sus jubones, arneses; sus ropillas, coraças; su seda, malla y su oro, hierro; su caça, pelear y su entretenimiento, derramar sangre en defensa de su ley y de su patria.

En este tiempo los caballeros visitan menos beces las librerías que las armerías. Y, así, suele <sup>[f. 318r]</sup> decirme mi ayo Priscilano que agora tan bien nos parecen a los caballeros los arneses como a los sacerdotes las estolas; porque si las oraciones nos quitan de los pecados, también las armas nos libran de los enemigos.

De lo que se hiço en Arcadia, de tres o quatro campos qu'é echo con infieles, lo qu'esta dieren darán también particular cuenta a vuestra grandeça, cuya ilustrísima persona Nuestro Señor <sup>1169</sup> ...

---

<sup>1169</sup> En el texto encontramos el signo &, que en el manuscrito es empleado como equivalente a nuestros actuales puntos suspensivos o al término *etcétera*. En este caso debe entenderse que el autor deja voluntaria y deliberadamente inconclusa la carta, remitiendo al lector al contenido de las conocidas fórmulas de despedida, profusamente utilizadas en el texto.

Mucho gustó Ardoniso de la carta del príncipe, y lo mismo hizo la bella Belisandra; la cual por ruego de Ardoniso abrió la suya y vio que decía assí:

El de la Fe, a la ilustrísima y muy hermosa princesa Belisandra, señora de las islas del Océano y suya, salud.

Como es imposible, ilustrísima señora mía, qu'el efecto no estime y tenga en mucho su causa, recon[ociéndole] siempr'el ser que de ella recibe, así'mplica contradición que la raçón bien ordenada no nos muestre que a Dios, a los padres y a los maestros es imposible serbir<sup>cmxliii</sup> como ellos merecen, aunque hagamos todo lo que nos fuere posible. Y, así, haciéndole, cumpliremos por no poder más, mas no igualarán nuestros serbicios a las obras que de ellos emos recibido. Del regalo que vuestra grandeça me hiço merced, que vien parece regalo de madre y de tal madre, a la cual no solo debo lo que los demás hijos, mas el baler y ser algo todo me defiende de ser hijo de vuestra grandeça, cuya ilustrísima persona Nuestro Señor...

En acabando de leer la carta, Belisandra dixo a Ardoniso:

–Bámonos, alma mía, por bida vuestra, a la ciudad: beremos cómo se alla el señor Feridano y preguntaremos en particular las cosas de aquel niño, que cierto tengo particular deseo de sabellas.

–Bamos, mi señora –dijo Ardoniso, contento ya del fabor que de ella había recibido y alegre de las buenas nuebas del príncipe, que cierto le quería mucho y tanto como si realmente le ubiera enxendrado.

## **Capítulo 6. En que en suma se dice lo que pasó en la corte de Constantinopla asta el tiempo en que se partieron a salir al encuentro al enemigo.**

En nuestra posada estaban el Príncipe de la Fe mi señor, la dibina y balerosa Camiliana (debajo de nombre de Camilo), los dos ilustrísimos príncipes Luposeldo y Zambrino<sup>cmxliiii</sup> (ninguno de ellos llegaba a beinte años ni baxaba de diez y siete), y entre ellos estaba la ilustrísima y muy hermosa princesa Alexandra, serbida de muchas y muy hermosas doncellas españolas, todas moças briosas y de bonísimo término y rara belleça. Y con todo esto, por la grandísima prudencia <sup>[f. 318v]</sup> del príncipe mi señor y de mi amo Priscilano, se bibía en casa con tanto recato y onestidad que aun aquellas lebes

ocasiones que suelen ser causa del temerario juicio no se daban, para que de las cosas dubias o ocultas [no] se pudiesse juzgar (que, al fin, esse tal es temerario juicio)<sup>1170</sup>.

Y es cierto que bien parecía, que ya que en casa éramos algunos no tales, que había bonísima y nobilísima gente que realmente con muchas beras procuraban su salvación. Mas en esto especialme[n]te, de ruines juicios y murmuraciones, se guardaban todos los de cassa como de infernal y abominable beneno, porque realmente se procuraba guardar aquello que mandaba Dios, dic[i]endo: «No harás cosa que sea mala ni juzgarás a nadie injustamente»<sup>1171</sup>. Y aun lo que el mismo Jesucristo Nuestro Redentor dixo: «No queráis juzgar y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados»<sup>1172</sup>. Y andábamos con aquella regla del apóstol que dice: «El que come no menosprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come». Y lo que dice más abaxo: «¿Tú por qué juzgas a tu hermano o por qué le menosprecias? Todos al fin emos d'estar delante del tribunal de Nuestro señor Jesucristo»<sup>1173</sup>.

Y yo os prometo que con esto andaba toda la casa en paz y amor, ebitada toda murmuración y rancores; porque cada uno juzgaba bien de su hermano, habla[ba] vien de su próximo, trataba con reberencia al mayor, con criança al igual y con caridad al pobre. Con esto, todas las cosas se hacían a onra de Dios y con mucha paz y quietud de todos. Y aunque veíamos aquellas hermosísimas princesas bisitar aquellos caballeros todo el tiempo qu'estubieron heridos y regalarlos como si fueran sus propios hermanos, no solo no nos parecía mal, mas antes realmente nos edificaban. Y si acaso venía algún pasabolante al pensamiento, luego acudíamos <a> aquello del santo obispo de Jerusalén: «No queráis murmurar unos de otros, hermanos míos, porque el que detrae de su hermano o juzga a su hermano dice mal de la ley y juzga de ella; luego si tú juzgas la ley no eres obrador de la ley sino juez<sup>1174</sup>, porque uno solo es el legislador y juez que

---

<sup>1170</sup> **Ap. marg.:** «S. Tho. 2<sup>a</sup>, 2<sup>e</sup>, que. 60, ar. 2». Comienza aquí una extensa digresión sobre los peligros del juicio moral y la murmuración, construido a partir de algunas de las citas contenidas en el apartado sobre el «*iudicium temerarium*» de la *Polyanthea* de Nani Mirabelli (cf. ob. cit., s.v.).

<sup>1171</sup> **Ap. marg.:** «Lebitici, c.19».

<sup>1172</sup> **Ap. marg.:** «Luce, c. 6».

<sup>1173</sup> **Ap. marg.:** «Sanctus Paulus *Ad romanos*, c. 14».

<sup>1174</sup> **Ap. marg.:** «Jacobus, in canoni[...], c. 4».

puede destruir y librar. Pero ¿tú quién eres para que juzgues a tu próximo?». Que vien veíamos que no es permitido a los hombres saber descubrir los escondrixos de la conciencia<sup>1175</sup>, pues dice la Escritura: «El hombre be lo de fuera y Dios el corazón, solo Dios bee lo íntimo y secreto»<sup>1176</sup>. Y, así, nos es mandado que solo por las obras juzguemos cuando nos e[s] dicho: «De las obras pueden ser los hombres conocidos»<sup>1177</sup>.

Todos estos antídotos y remedios tomábamos los de cassa para defendernos de los banos y temerarios juicios; mas había en casa tanta nobleça, tratábase tanta berdad, guardábase<sup>cmxliiv</sup> tanta fidelidad y amistad entre unos y otros que tenían poco lugar estas abominables serpientes de emponçoñar los pechos de los de casa. Y los buenos se hacían bonísimos en compañía de tantos buenos, los no tales se mejoraban y aun los ruines o mal inclinados se iban a la mano haciéndose con tantos exemplos de caballeros virtuosos, buenos, y biendo cuán poco balían las ruindades y traiciones, mentiras o baxeças, lisonxas o engaños en nuestra casa<sup>1178</sup> [f. 320r].

[...] enriquecer viexas engañadoras y hacer banquetes superfluos y en otras cosas que más son de dicípulos de Eliogábalo o Domiciano que de Jesucristo.

En el cuarto de las damas había pasado casi lo mismo, que la princesa Alexandra, Esmerilda y Libertina, con humildad profundísima y ardentísima caridad, habían servido aquellas mugercicas pobres que habíamos convidado aquel día. Y no menos bien parecían aquellas hermosas y blancas manos delicadas engastadas en el barroso pie de la pobre que lababan que puesto en el guante de ámbar adereçado y rico que suelen traer de ordinario las damas.

¡O, qué bien parece una dama cortesana muy bien adereçada y con mucha limpieça y cortesanía! ¡Y cuán mexor parece essa misma dama sirbiendo cuando es

---

<sup>1175</sup> **Ap. marg.:** «S. Jheronimus, epistola 9». Se refiere en realidad a la epístola 5, que también aparece en la *Polyanthea* justo unas líneas antes.

<sup>1176</sup> **Ap. marg.:** «1 Regum, c.[10]». En la *Polyanthea* esta cita del libro de los Reyes se introduce en dependencia con la referencia anterior a san Jerónimo; con ella terminan el grupo de autoridades tomado de este apartado sobre el «*iudicium temerarium*».

<sup>1177</sup> Mt 8, 16.

<sup>1178</sup> Falta el folio 319.



menester a los pobres o necesitados con mucha caridad y humildad y deboto celo! ¡Qué bien parece el riço de oro compuesto en tiquicopia, con gallardía lebantado, y cuán mexor parece cuando es menester rebuelta y desgñada por amor de Dios, andándose exercitando en las obras del espíritu y ebangélicas<sup>cmxlv</sup>! Dígolo por aquellas damas que, en ser la flor de la hermosura del mundo, andaban sirbiendo aquellos pobres con tanta diligencia y amor como si sus propias madres o hermanas fueran. Miren, señora damas, yo no les quito sus cosas cortesanas y llenas de mil dulçores y gallardías –dice Nictemeno–, mas querría que de cuando en cuando entendiessen en algunas cosas del alma y de la calidad que eran estas en qu'estas damas entendían.

Las cuales, en acabando aquel santo exercicio, adereçadas y compuestas en suma gentileça y punto se fueron a las bentanas de palacio que salían a la plaça y en ellas se pusieron a ber el juego de cañas, en el cual se mostraron muchos. Los españoles lo hicieron admirablemente y con mucha gala; especialmente aquellos príncipes, que no havía más que desear en el suelo. Acabado el juego de cañas sacaron media docena de toros, los cuales alancearon aquellos caballeros con muy buena gracias. Y con esto se acabó la fiesta de aquella tarde, qu'el príncipe mi amo (que era el que hacía la fiesta) no quiso que ubiesse justa ni torneo por que no ubiese o sucediesse alguna desgracia.

Ya que se querían salir de la plaça vieron entrar por ella cuatro o cinco caballeros en hábito de mareantes, y luego el uno de ellos fue con[o]cido que se llamaba Aristidano, que era un gran cosario y ladñísimo en todas las lenguas y havía ido por espía a Citia con otros algunos caballeros de la Grecia. Y, como le bieron entrar, luego aquellos caballeros entendieron que había alguna cosa de nuevo, y assí, haviéndose ya acabado la fiesta, se determinaron de en apeándose ir a palacio. Mas aun no les dieron <sup>[f.</sup> <sup>320v]</sup> lugar para tanto, por[que] aun antes que llegasen a casa venía ya un paxe del Emperador a llamarlos, diciendo que Su Magestad los estaba aguardando en la sala de consexo de guerra. Y otro pasó a llamar al embaxador<sup>cmxlvi</sup> de España, indo otros a llamar a los demás embaxadores<sup>cmxlvii</sup>.

Pues como todos llegaron y se juntaron en la sala, serían como a las cinco y media de la tarde, después de haberse sentado todos por su concierto el Emperador mandó que los compañeros del príncipe (pues andaban en hábito de caballeros andantes y tan a la ligera en la corte; aunqu'él vien barruntaba ya quién ellos fuessen), mandó que

se sentassen junto al príncipe; dándoles él, a Zulemo y a Luposeldo, mejor asiento que a sí y tiniendo a su hermano Camilo<sup>cmxlviii</sup> sentado junto a sí (aunque en más baxo lugar, como a más moço).

Pues estando ya todos allí, el cosario Aristidano, puesto en medio de todos, dixo:

–Sacro emperador, después que tu Magestad me mandó ir a la <E>scitia, en vrebos raçones mi camino fue próspero, por[que] con solo aque[l] buscarruido que llebaba por mis artes y mañas gané siete<sup>cmxlix</sup> fragatas de infieles, sin jamás perder ninguno de mis caballeros. Llegado allá fui a la ciudad de las Puerta Caucasinas como mercader, con algunas cosas de mercancías que yo llebaba; estube en ella tres meses, en el cual tiempo espíe y miré y bi en el campo del enemigo, notando todas las particularidades y procurando saber todos los secretos por todas las bías que a mí me fueron posibles.

Viene en el campo el mismo emperador Sofrasto; trae por aliados a[l] persa y al tartario inferior, y viene por su capitán general aquel sapientísimo y diestrísimo bándalo Sigisuldo. Vendrán por todos setecientos mil hombres de pelea, aunque de toda broça; el capitán es ingeniosísimo y de estraño balor y prudencia. An echado fama que quieren baxar a Alemania y tomar a Breda; mas la berdad es, señor, que su designio es venir a la Grecia: determinado tenían de partir el primer día de mayo. No sé, mi señor, si mudarán consexo; allá dexo espías para que de todo lo que pasare nos den abisso. Esto es, señor, lo que en la Citia passa.

Be, sacro emperador, en qué te determinas con todos estos caballeros y capitanes, que yo entiendo que de aquí a mes y medio o antes tendremos a la puerta al enemigo, así por mar como por tierra. Porque para lo uno y para lo otro tienen echas municiones y recados los enemigos y la más principal parte y la mayor entiendo que vendrá por mar, porque eran ya mil y seiscientas galeras las que tenían a la boca del río que entra en el Uxinio, sin naos y otros baxeles de carga.

Con esto calló el cosario, y el Emperador dijo con una estraña modestia y buen término qu'él tenía:

–Ya habéis visto, señores <sup>[f. 321r]</sup> caballeros, la determinación del bárbaro e infiel cita. Porque es agora tarde no nos determinaremos en nada, mañana acabado de comer nos tornaremos a juntar; cada uno piense lo que mejor le pareciere en este negocio, por que aquí entre todos nos determinemos en lo que se ubiere de hacer.

Y, con esto, porque casi ya era de noche cada uno se fue a su posada, serían como las seis o siete de la tarde, con determinación de bolber otro día todos a dar sus pareceres en aquel negocio que se les había encomendado.

### **Capítulo 7. De lo que aquella noche sucedió al Príncipe de la Fe; de la benida de la armada de España y de la resolución de la guerra.**

En España, en mi tierra, suelen decir que «hombre apercebido, medio combatido», porque como la probidencia<sup>1179</sup> nos enseñe mirar las cosas antes que vengan<sup>1180</sup> y considerarlas antes que sean echas, aquella consideración del daño por venir hace que viendo los inconvenientes futuros se bayan contra ellos buscando remedios. Porque como ella es una noticia de las cosas por venir<sup>1181</sup> qu'está escudriñando el suceso de ellas, cuyo oficio es ir midiendo las cosas qu'están por venir por las presentes<sup>1182</sup> y prepararse con las armas del consexo para resistir a los daños que esperamos; porque, al fin, menos yere la saeta o lança a la cual con el es[c]udo de la probidencia hacemos reparo<sup>1183</sup>.

Y, así, dondequiera que ubiere probidencia todas las cosas adversas o contrarias que an de suceder si son remediabes se remedian<sup>1184</sup>; y donde la probidencia se

---

<sup>1179</sup> Comienza aquí una breve disertación del narrador sobre la providencia, elaborada como es habitual a partir de una selección de textos de distintas autoridades, la última de las cuales se corresponde con la cita del *De moribus* de Séneca. Todos ellos se traducen directamente de la *Polyanthea* de Nani Mirabelli (cf. ob. cit., s.v. «providentia»).

<sup>1180</sup> Ap. marg.: «Cicero, *Reticorum*, 1».

<sup>1181</sup> Ap. marg.: «S. Agustinus, lib. *De spiritu et anima*».

<sup>1182</sup> Anotación de un lector, ¿mano 5?: «Sábado».

<sup>1183</sup> Ap. marg.: «S. Grego. in *Omilia cun audioritis*».

<sup>1184</sup> Ap. marg.: «S. Agustius, lib. *De singularitate clericorum*».

menosprecia todas las cosas contrarias nos predominan y sugetan. Y, así, cualquier cosa que por el sabio con discreción se previene<sup>cmli</sup>, cuando<sup>1185</sup> la tal cosa le viene a suceder con grandísima facilidad la remedia; porque mexor es antes que sea acudir al tiempo y prebenirle que después de recibido el golpe vuscarle el remedio. Porque en medio de la aflicción y trabaxo aun apenas tiene un hombre tiempo de mirar por sí, por lo cual de los que no se previenen con probidencia dice tanvién el castellano «qu'el conexo ido y el conexo benido».

Esto digo porque, en viniendo aquellos príncipes a casa, el de la Fe dijo a los demás:

–Suplico a vuestras grandeças que de aquí a media ora que nos juntemos todos en uno de nuestros aposento o allí en la sala de mi señor el príncipe Luposildo.

–No trate vuestra grandeça con esse término –dijo Luposildo–, ¿no se lo tengo suplicado? Entienda vuestra grandeça que en cosa del mundo recibo más pesadumbre que en esso.

–Pues es cierto, señor –dijo el de la Fe–, que me á de ser durísimo obedecer a vuestra grandeça en esso; mas, pues que así lo manda, yo lo haré. Aora pues, enviaremos por mi tío y por mi ayo Priscilano y allí beremos qué será bueno que respondamos mañana<sup>[f. 321v]</sup> al Emperador.

–Se'así –dixeron todos aquellos príncipes–, cuando sea ora mándenos vuestra grandeça llamar por un paxe.

Y, con esto, cada uno se fue para su cuarto con intención de acudir cuando fuessen llamados.

Pues, como el príncipe entrase a su aposento, alló en él a la señora<sup>cmli</sup> Medúsea que le estaba aguardando. Y, como le vio, en secreto le dixo:

---

<sup>1185</sup> Ap. marg.: «Seneca, lib. *De moribus*».

–Señor mío, mi señora la princesa suplica a vuestra grandeça, si se alla para ello, vuestra grandeça pase a verla a la ora del otro día; que ya yo tengo seguro el paso y no tendrá vuestra grandeça que bolber por fuera de cassa.

–Aora baya vuestra merced, mi señora –dijo el príncipe–, que yo iré.

–Y si no quisiere vuestra grandeça –dijo Medúsea– dar mala noche a su hermano, bien puede vuestra grandeça irse solo.

–Yo lo haré assí, vaya vuestra merced a la paz de Dios.

Con esto de allí a un ratico se fue al aposento del príncipe Luposildo, al cual topó ya en el camino que se benía al suyo; y así, bolbiéndose a él, enviaron por los demás príncipes, por el Embaxador y por Priscilano. Y cuando estuvieron todos juntos el Embaxador les dixo:

–Ya vieron vuestras grandeças lo que oy el Emperador propuso. Y supuesto que mañana emos de dar la respuesta, vean vuestras grandeças qué será vien que respondamos en lo de la traça que se tendrá en la guerra.

Mirándose unos a otros aguardaron a que hablase primero. Y, como era entonces costumbre hablar los muy moços y depués los últimos hablar los biexos, lebantándose en pie Camiliana dixo:

–Según lo que el cosario dijo, ilustrísimos príncipes, de que el enemigo tenía determinado de benir con su gente por mar trayendo tanta muchedumbre y tantos bassos, paréceme qu’el puerto estuviesse libre sin ninguna armada, estando todas nuestras armadas en algún buen puerto. Y, cuando començassen a desembarcar, que la caballería por tierra lo estuviesse estorbando, [y] ya que la mayor parte de la gente estuviesse desembarcada, nuestras armadas viniessen al puerto haciendo en la enemiga todo el daño que fuese posible.

Otras tres o cuatro cosas dixo la princesa, mas al fin esto primero fue lo más azertado. Luego dixo el príncipe mi amo:

–El parecer de mi hermano me parece muy vien. Y el ardid con que emos de acometer a la armada será que yo en las gueleras de España pondré pendones bárbaros

asta entrar en el puerto; después con la gente española cerraré, desembarcando mi gente con la mayor presteça que me fuere posible.

–Muy vien me parece –dijo Luposildo–, mas en las cosas de la tierra me parece que se asiente y sitúe nuestro campo en aquel campo <sup>[f. 322r]</sup> ancho que se hace delante de la puerta de la medalla, para que se estorbe que la ciudad no se sitúe. Y queda campo arto aunque no tan combenible para que el enemigo asiente su campo, y queda allí aquel medio qu'es muy hermoso para los campos que se aplaçaren para los duelos, desafíos y escaramueças. Y en la parte setentrional, aquella mano izquierda, junto a los valuartes viexos que me parece que están allí, pueden estar las bandas de caballos para ayudar y entrar y salir cuando fuere menester.

–Muy bien dicen estos caballeros –dijo Zulemo–. Y assí yo con la gente de mi reino estaré y tomaré la banguardía del campo, y pondré acá al mediodía dos bandas de caballos ligeros [con] arqueros que acudan a ruiciadas a las partes que entendieren que ay necesidad.

Con esto, aquellos caballeros callaron. El embajador de España dixo:

–Lo dicho por estos caballeros me parece muy bien. Y, en las demás cosas particulares y ardidés de guerra, como bierémos el tiempo así iremos tomando el consexo.

No faltaba más del boto de Priscilano y, ya que le quería decir, el Embaxador le dixo:

–Paréceme, señor, que de bu<e>stro parecer y del de todos estos caballeros trabaxéis y compongáis esta noche una sumaria y discreta relación; la cual mañana delante de todo aquel senado, en nombre de todos estos caballeros y mío, digáis, que bien satisfechos estamos de buestra prudencia.

Aunque se hiço de rogar Priscilano (ya os é dicho que era hombre un tantico altibo y amigo de onra), y así aceptó lo que le mandaban diciendo:

–Aunque, ilustrísimos príncipes, conozco m'insuficiencia, reconociendo cuán obligado estoy a azeptar vuestros mandamientos<sup>cmlii</sup> y a obedecer lo que por vuestras

reales personas me fuere mandado, entendiendo cuán más acepta es la obediencia qu'el sacrificio, lo haré, procurando relatar con fidelidad lo que aquí emos comunicado y lo que vuestras grandeças an acordado.

Con esto se salieron de acuerdo y se fueron todos juntos a zenar. Después de haber cenado se estuvieron parlando un poquito aquellos caballeros sobremesa, y habiendo Priscilano dado gracias y vendecido la messa dixo que se quería ir a recoger un tantico y así todos aquellos caballeros se despidiero[n] los unos de ls otros, índose cada uno de ellos a su cuarto.

Con esto, el príncipe mi señor se fue a su cuarto y, <sup>[f. 322v]</sup> tomando hábito y armas de de noche, siendo ya la ora combiniente, solo, sin criatura biba, se fue por el pasadiço; en el cual encontró luego a la puerta a la buena Medúsea, que como ya sabía que era esposo de la princesa le serbía con mucho cuidado y amor. Y, así, recibéndole con mucho comedimiento, le llebó por donde la otra bez le había llebado, serían como las diez y media de la noche.

Y en aquel mismo aposento que la otra bez alló a la princesa, y es cierto qu'estaba reçando por unas oras; y hacía muy bien, que a su marido aguardaba, con el cual podía estar sin ofensa de Dios alguna. Pues como le sintió venir salió asta fuera del estrado, y, recibéndole entre sus hermosísimos braços, el uno al otro se dijeron y hicieron todos los amores onestos y ternuras de desposados que les fue posible. Pues, sentándose el príncipe en una silla y la princesa puesta en sus vrazos y rodillas, començaron a parlar sabrosísimamente, asta que la princesa dixo:

–Señor mío de mi alma, ¿qué es esto que dicen de la guerra? Que me an dicho que bino ayer la espía y que trujo una ruin nueba; decime, mi luz, qu'es.

–No es nada, princesa mía de mis entrañas, no tenga vuestra grandeça pena, que todo será nada mediante Nuestro Señor.

–Acaba, ojos míos. Dime, por vida tuya, todo lo que ay.

–Lo que ay, mi señora, es qu'el bárbaro <e>scita dicen que baxa con setecientos mil combatientes y que se tiene por entendido y por cosa cierta que viene sobre esta ciudad.

–¡Ay, Dios! ¿Pues eso es poco, amor mío?

Y abraçándole estrechamente, dixo:

–A mí, a lo menos, sola la muerte me apartará d’estos braços. ¿Y dónde habéis de ir a la guerra, mi alma?

–Aquí, mi bien, nos determinaremos, a lo que pienso, de le aguardar por muchas razones de conveniencia que ay para ello.

–¡Ay, sí, mi capitán de mi alma! Más bale así, ¡no te me ausentes! Que con tu presencia a todo el mundo no temo y si te bas, de puro miedo y sospechas morirá tu Brisaida mil muertes.

–Aora, mis señores –dixo Medúsea–, miren vuestran grandeças que dan las doce; béganse <a> acostar, que aún no está el príncipe mi señor para estar de essa suerte [...] <sup>cmliii</sup>.

Y, con esto, tomando el candelero con la bela, aquellos príncipes la siguieron y entraron en una cuadra muy vien adereçada, y en ella estaba una cama, para así a urtadillas y de prestado, bien hermosa y rica.

–¿Quieren vuestras grandeças –dixo Medúsea– que los desnude?

–No, señora –dixo el príncipe–, que yo serviré de esse oficio a mi señora la princesa.

–Y aun de otro arto mejor... –dijo Medúsea entre sí.

Y haciendo una profunda reberencia dixo:

–Adiós, mis señores, que me boy a dormir.

Y con esto se entró en otro retretillo más adentro donde tenía echa una cama para sí, y puesto a la cabecera de ella un despertador de oro <sup>[f. 323r]</sup> que la despertase a las cinco de la mañana.

El príncipe se quedó con la princesa y no es mi intención particularizaros los amores que entre los dos pasaron, pues es negocio tan claro y ebidente. Cuánto más <sup>cmliiv</sup>



que sea lo que fuere, ¿qué tiene nadie que decir? El príncipe estaba con su muger y ella estaba en los brazos de su marido; allá se abengan. Solo os digo qu'el uno y el otro goçaron de los más hermosos amores que entonces tubo el mundo y de la más rara belleça y hermosura que había en la tierra.

Benida la mañana, a las cinco començó el despertadorcillo a hacer su ruido y Medúsea despertó<sup>cmly</sup>; aunque vien poco havia dormido la pobre señora, qu'estaba rabiando de las muelas. Y Dios sabe si quisiera sacarse media docena de ellas aquella noche, mas por falta de instrumento era todo su mal de la pobrecita, y acudíanle unas reumas que, como decís, la hacían a la cuitada saltar en seco. Y dio mil bueltas en la cama, que no se podía sosegar, que cierto que fue lástima ver lo que padeció [...] <sup>cmlyvi</sup>. Y lebantándose entró en el aposento donde aquellos príncipes estaban, y ya con el ruido del despertador y el que Medúsea había echo vistiéndose estaban ellos despiertos. Aunque no sé cómo, porque al tiempo que fue a entrar Medúsea dixo:

–¡Bálalos Dios! ¿Y esso faltaba...? –y se paró un poquito, compuniéndose la buelta del manteo por debaxo de la camisa, que como se havia vestido a oscuras no se le havia puesto vien.

Al fin, entrando dixo:

–Muy buenos días dé Dios a vuestras grandeças. ¡Ca, mis señores, qu'es ora! Lebantémonos.

–Acaba –dixo Brisaida–, que aún es vien de maña[na]. Déxanos dormir un ta[n]tico, por vida tuya.

–Yo, mi señora, en verdad que me olgara que se estuvieran vuestras grandeças de aquí a las diez, mas no lo é sino por la guardas; especialmente aquel viexo del diaño, Licastiello, que suele madrugar algunas beces.

–Aora, con todo esso –dixo despereçándose la princesa–, déxanos una ora siquiera.

–Aora se'así –dixo Medúsea.

Y entre sí dixo:

–Bosteça, bosteça la niña, ¡esso es tener gana de manteles, landrecita! ¿Qué hiciera si ubiera padecido la noche que yo é llebado? Aora, baya, que con esto me consuelo, que «a cada uno le llega su sa[n] Martín»... y a fe que me é de sacar todas cuantas muelas tengo en la boca y que si muchas me hacen, que tengo de contar dientes y todo.

Pasada la ora (que <a> aquellos príncipes no se les hiço medio cuarto de ora), se lebantaron con tantos amores y regalos de la una parte y de la otra como era raçón. Al fin, por el pasadiço se bolbió el príncipe a su cuarto y la princesa a su aposento, sin ser vistos ni sentidos de persona alguna; porque havían ya asegurado de tal manera el paso que aun a medio día se podía ir muy seguramente <sup>[f. 323v]</sup> por él.

Cuando el príncipe llegó a su aposento, a poco más de un ora que havía qu'estaba en la cama llego yo a despertalle –dice Nictemeno–, ignorante de que havía dormido tan poco en toda la noche. Y la raçón por que le desperté tan de mañana fue porque entonces acababa de surxir el armada española a vista del puerto (al fin, que bendrían como legua y media las galeras cuando yo disperté a mi amo) de <sup>cmlyii</sup> la ciudad. Y savíamos ser ella por el buscarruido de los gobernadores del puerto, que viniendo de descubrir desde una buelta havia[n] topado la armada española, y así nos havían dicho que venía la más hermosa que se podía pensar.

Esta pues fue la causa de que yo despertase al príncipe, y así le dixé:

–Señor, el armada tenemos en el puerto.

Él, despertando, que dormía asadas, dijo:

–¿Qué decís, Nictemeno?

–Señor, que tenemos ya la armada española en el puerto.

–Sea ella muy vienbenida –dijo el príncipe–, ¡dadme, dadme de vestir!

Con esto, vistiéndosse, fue al aposento del príncipe Luposildo, y estaba cerrada la puerta, como decís, a piedra y lodo. Y, dando dos o tres golpes en ella, al fin respondió el príncipe:

–¿Quién est’ái? ¿Quién llama?

–Yo soy, señor –dixo mi amo.

–Pues, ¿qué manda vuestra grandeça tan de mañana? ¡Baya con Dios!

Y oyó el príncipe [una] boz muy delicada, amorosa y tierna que dixo:

–Alma mía, no, por tu bida, no respondas assí. Mirá, mis ojos, qu’es lo que quiere el príncipe, ¿ya no sabes lo que le debemos?

Turbose el príncipe mi amo, mas como era tan discretísimo luego cayó en lo que podía ser, y así dixo:

–Duerma, duerma vuestra grandeça y perdóneme, que no quería sino saber si quería ver buestra grandeça el armada d’España que á llegado agora al puerto.

–¿No sabe vuestra grandeça –dixo el príncipe Luposeldo desde la cama– que esse negocio que no tengo yo que ber con él? Que aquí yo a ser súbdito de vuestra grandeça vine.

–Beso a vuestra grandeça las manos –dixo el príncipe– por tanta merced.

Y, con esto, sin le hablar más palabra se fue. Y a fe que iba turbadillo asta que topó con Esmerilda, que venía al cuarto del príncipe Luposeldo, y le dixo:

–¡A, aya! ¿Dónde bueno tan de mañana?

–A vuscar a vuestra grandeça iba para le decir un poco... y que es [que] anoche a las diez de la noche entró el príncipe Luposeldo en nuestro cuarto con dos achas delante que le traían dos paxes y embió a llamar al príncipe Zulemo y a vuestra grandeça. Y a él, hijo, no le toparon en su cuarto, y todos le escusamos diciendo que se debía de haber ido a pasear; y con esto enviamos a llamar a Priscilano, que aún se estaba <sup>[f. 324r]</sup> estudiando. Y delante de todos sacó una caja de oro en la cual traía unos recados y papeles y, dándoselos a Priscilano que los leyese, estando presente el príncipe Zulemo y dos caballeros y Priscilano y Libertina y yo, se puso junto a mi señora la princesa Alexandra. Y lo primero que leyó fue una licencia del Emperador en que decía:

Gustaré mucho, hija mía, si fuere vuestra voluntad, que recibáis por vuestro marido a mi sobrino Luposeldo, príncipe de España. Y esto haréis con la bendición de Dios, mía y de vuestra madre.

Otra sacó del rey de España, en la cual decía que olgaría estrañamente del casamiento; luego leyeron la dispensa del Padre Santo de Roma, con amplísimas vendiciones y prebilixios. Y, acabado de leer todos estos recados, el príncipe, puesto de rodillas delante de la princesa, con una estraña ternura y fuerça de amor le dijo:

–Vien á visto vuestra grandeça, señora mía y reina de mi coraçón y libertad, todos estos despachos y, pues no resta sino essa divina voluntad, suplico a vuestra grandeça me haga uno de los más bienabenturados príncipes del mundo con darme el sí; que vuestra grandeça sabe cuánto ha que le deseo, pues aun desde la cuna fui dedicado al servicio de vuestra grandeça.

Ella respondió admirablemente y [con] mucha onestidad, amor y cordura. Y, así, luego delante de todos nosotros se dieron las manos, casándolos Priscilano. Echo esto el príncipe tomó a su esposa en los braços y luego dixo a aquellos señores que allí no había más que hacer, y tomando a su muger de la mano se la llebó a su aposento, indo nosotras dos con ella, Libertina y yo, y no hicimos sino desnudalla y dejársela en la cama a su marido y bolbernos. Ella dixo que luego, en viniendo vuestra grandeça, se lo dixésemos y que le había pesado de que vuestra grandeça estubiese ausente. Y esto es, hijo, lo que venía a decirle.

–Es verdad cierto, aya, que me é olgado más que si me ubiera dado un reino por el contento de esos príncipes; que al uno y al otro quiero yo ternísimamente y gusto mucho de que aya cobrado España una tan principal reina y señora como es Alexandra.

–Más me huelgo –dixo Esmerilda entre sí– de que aya cobrado el imperio un tan buen emperador como a vos, hijo mío.

–Aora yo quiero ir a ver el armada de España; cuando mi señora la princesa se lebante dígle, aya, el grandísimo contento que he recibido, que en viniendo ya daré <sup>[f. 324v]</sup> a su grandeça el parabién. Y si quisiere, aya, ber la armada, desde el corredor del mar la pueden ver entrar.

Y quédese, adiós, que quiero ir allá en un esquiife.

### **Capítulo 8. De la entrada del armada española, de una conversación de Alexandra y Brisaida y de otras cosas tocantes a la istoria.**

Armado de todas armas el ilustrísimo Príncipe de la Fe, salbo de celada y manoplas, en un hermososo caballo castaño obscuro, con un ma[n]to de brocado encarnado todo lleno de antorchados de oro y el jaez del caballo de la misma color, acompañado de sola una docena de caballeros muy bien armados y lindos moços, con aquella gravedad y compostura española (en la cual se dice, y con razón, qu'es la mayor y más compuesta de todas las demás naciones, y qu'esceden en ella a todos los políticos y bárbaros pueblos y naciones del mundo), con esto llegaron al puerto. Y, echándose en un esquiife de muy vuenos remeros, salió al encuentro [d]e su armada.

Y ya que llegaba cerca de ella (que pudo el príncipe ser conocido de los que venían en el armada), como Mauro Italiano le conoció, con estraño contentamiento, porque tubo una afección del ánimo<sup>1186</sup> entendiendo el bien que tenía presente de ber al príncipe, y así començó a manifestar su contento con señas exteriores, haciendo luego que en toda la armada començasen a resonar los instrumentos músicos. Lo cual se hiço con tanta suabidad y dulçura, con tanta resonancia y hermosos ecos que toda la ciudad començó a resonar con la dulcedumbre de los instrumentos.

Pues, como el príncipe llegó a la galera Leona, recibió a Mauro Italiano muy bien y con mucha caridad y comedimiento, recibiendo a todos los demás con mucha afabilidad, qu'es la que enseña a tratar deleitablemente, así en obras como en palabras, sabiendo hacer defirencia de unos a otros no descontentando a ninguno, sino dando a todos contento (aunque cuando es menester tanvién sabe entristecer si de allí se á de seguir algún vien o evitarse algún mal). Con esta virtud recogió, abraçó y recibió a todos

---

<sup>1186</sup> **Ap. marg.:** «S. Tho., 4 *Sentenciarum*, que. 48, art. 1». Creemos que Miguel Daza ha cruzado la presente referencia, puesto que, en discordancia con el tema glosado, esta apostilla marginal remite a la *conformitas*. Por ello, consideramos plausible que la anotación pretendiese señalar en realidad a la distinción 49, cuestión 1, artículo; referencia contenida en el apartado de la *Polyanthea* de Nani Mirabelli dedicado a la «*laetitia*», afección de ánimo sobre la que precisamente pretende reflexionar el narrador.

aquellos capitanes, haciendo a cada uno <sup>[f. 325r]</sup> el recibimiento qu'estaba obligado. Especialmente a Graden, que traía oficio de maestro de campo; y a Seraxino, que era capitán de la infantería española; y a Nicosendro, capitán de caballos ligeros; y a Mazurzadén, que venía por pagador general del armada; y <a> Alberso Zifontino, alférez general de España; y Aliximbaçasam<sup>cmviii</sup>, capitán de veinte galeras, comendador mayor de León y hombre de cuya sucesión después ubo balerosísimos caballeros y capitanes en España.

A todos estos recibió el príncipe muy vien, y él a ellos<sup>cmlix</sup> de la misma manera. Y habiendo dado una buelta a todas la galeras, que ciento y sesenta eran, se puso en la Leona. Y, hablando con todos aquellos caballeros y informándose de las cosas de España y leyendo una carta de su rey (que decía d'esta manera), se vinieron para el constantinopolitano puerto:

Ofrasio, rey de España y señor de las dos bandas del Ozéano, a su capitán general y archimarinero, el Caballero de la Fe, salud.

Por las ocupaciones, amado hijo y fiel basallo, que traigo contra africanos no me puedo allar personalmente en essa batalla, en la cual por servir a Nuestro Señor Jesucristo y a mi tío el Emperador quisiera mucho allarme en ella; mas estoy tan co[n]fiado de vuestra balerosa persona que sé que ninguna falta os hará mi persona<sup>cmlix</sup>. Si acaso fuere por allá Luposildo, mi hijo, haced príncipe como quien sois y como de vuestra virtud se espera, y Nuestro Señor os guarde mucho años, que sois honra y prez de los ispanos. La reina y toda esta casa y reino desean vuestra salud, auméntela Nuestro Señor con acrecentamientos de estados.

Indo el príncipe leyendo la cara, indo ya toda la armada encaminada para la ribera, en nuestra cassa sucedió lo que os diré. Y fue que Esmerilda entró en el aposento del príncipe Luposeldo y con muy buena gracia les dixo:

—¡Ca, pereçosos!, ¿anse de estar todo el día en la cama? ¡Acaben, lebántense de aí! ¡Ca, mi señora Alexandra, lebántese vuestra grandeça! Mire que á enviado a decir la ilustrísima Vrisaida que quiere pasarse acá <sup>[f. 325v]</sup>.

—¡A, señora Esmerilda! —dixo el príncipe—. ¡Cuanto vuestra merced lo hiço vien anoche dejándonos, lo á echo aogora desavidamente llamándonos! Mas pues á de ser, baya. ¿Qué ora es, en buena fe?

–Hijos –dixo Esmerilda–, que so[n] [c]erca<sup>cmxli</sup> de las diez. ¡Ca, ca, princesa! And[e] [a]cá<sup>cmxlii</sup> por esta puerta falsa, que allá se bistrá.

Con esto, avraçando con estrecho y amoroso abraço a su marido se levantó, índose con Esmerilda. Y, por presto que fue, y[a] estaba la princesa Brisaida en su cuarto preguntando muy aprisa que dónde estaba su prima.

–Aí, está en su retrete –dijo Libertina–, con Esmerilda, mi señora, que luego saldrá.

–Yo quiero ir allá –dijo Brisaida.

–Aguarde vuestra grandeça un tantico, que luego saldrán.

–No, en buena fe, que tengo de ir a ber lo que hacen.

Con esto fue al retrete, y entonces solo con una ropa de leantar y unas chinellillas y en camisa acababa de entrar en él la princesa Alexandra. Y, como Brisaida llamase a la puerta y dixesse en boz alta: «¡Abra aquí, prima mía! ¡A, señora Esmerilda, abrí<sup>cmxliii</sup> aquí luego!», Esmerilda quitó una aldabilla. Y, entrando sola Brisaida y Medúsea, Vrisaida venía hermosísima y adereçada, asadas contenta como una Pascua y unos colores que parecía que benía vertiendo sangre por sus hermosas mexillas, y como vio a Alexandra de aquella manera le dixo:

–¿Qu'es esto, señora prima? ¿Y en camisa a tal ora y tan lexos de la cama? ¿Qu'es esto? ¿Á benido por acá a tomar el fresco? ¡Tápesse, tápesse, por amor de Dios, con essa ropa! ¿Qué trae vuestra grandeça: la camisa de grana o grana en la camissa? ¡A, señora Esmerilda!, ¿no miráis que se está mi prima abrasando de frío? ¡Dalde luego de vestir!

–No sea vuestra grandeça burladora –dixo Alexandra–, que yo sana y buena estoy. No me lebante algùn testimonio, que diremos que «piensa el ladrón...».

–Aora bien, vístase vuestra grandeça y no se enoxe, que después parlaremos largo y aberiguaremos essa malicia.

Con esto, en una camilla que allí Esmerilda para aquel efecto tenía se metió Alexandra y dixo:

–Suplico a vuestra grandeça se salga ayá <a> la sala entre tanto que me bisto, que después yo saldré allá en un momento.

–En buena fe –dixo Brisaida–, esso no haga yo, ¿por qué no puedo yo ver desnuda y vestida a vuestra grandeça? Mas sálganse todas estas señoras, que yo quiero oy dar de vestir a vuestra grandeça.

–¡Jesús! Mi señora, ¿tanta merced? –dijo Alexandra.

–En buena fe, tengo de hacer a vuestra grandeça este servicio –dixo Vrisaida–. Agora, señoras, bayan con Dios, que luego salimos.

Aquellas damas, como todas ellas eran tan discretas, luego sin más réplica biendo [...] <sup>1187</sup>.

[f. 327r] [...] mundo hacer esta soberana merced a esta su criada.

–Aora, ¿estará <sup>cmxiv</sup>, amiga Areusina, para irse con nosotras al corredor, ver a la mar y benir el armada de su tierra?

–Sí, mis señoras, ya estoy balentísima; solo me an de dar vuestras grandeças licencia para que llebe mi junquillo en que me baya arrimando.

–¡Jesucristo! –dixo Brisaida–, ¡cuanto mandare! Cuanto más que aí la llebarán dos de essas doncellas de braço.

Al fin, salieron todas al corredor y, desde el barandado d'él, en el cual las dos princesas se echaron de pechos, vieron benir el armada, que ya llegaba cerca del puerto poco más de media legua. Venían docientas sesenta <sup>cmxv</sup> galeras y ochenta naos de carga, que venía[n] compuniendo una hermosa ciudad por aquellas riberas; mas la galera Leona parecía sobre las aguas una isleta probeída de hermosos edificios, que cierto parecía medio imposible sustentarse una tan gran máquina sobre las ondas. Y,

---

<sup>1187</sup> Falta el folio 326.



como venían todos aquellos caballeros con azerados y limpios arneses puestos en proa y popa, y paseando algunos por gruxía, parecía toda la galera un pedaço de cielo adornado de resplandecientes estrellas. Venía en la proa el Príncipe de la Fe y Mauro Italiano y Alberso Cifontino, todos tres al tabladillo, donde venían los instrumentos de guerra arroxadijos.

Con admirable concierto venía toda la armada al puerto, estándola mirando desde palacio el Emperador, Emperatriz y todos los más principales cortesanos; especialmente aquellas hermosísimas princesas, que desde el corredor estaban con mucho contentamiento parlando y mirándola entrar. Y Brisaida dixo:

–¡A, mi señora Alexandra! ¿Qué le parece a vuestra grandeça qué hermosa armada envía su suegro? Mas pocos reyes de España abrá habido que tengan por su capitán a un emperador de Constantinopla...

–En cuanto tal, mi señora –dixo Alexandra, que era discretísima y le pareció que había dicho aquello con algún sentimiento–, todos somos y seremos basallos del ilustrísimo de la Fe. Y el tenerle el rey mi señor por su capitán entienda vuestra grandeça qu'es tenelle en más que si fuesse su hijo y es cogelle por compañero en su reino. Así que, por essa parte, España gana mucho y el ilustrísimo príncipe nos hace merced a todos.

–Aora dexemos esso, señora prima –dixo Brisaida–, que vuestra grandeça sabe tan bien hacérnosla a él y a mí qu'estamos muy obligados a las cosas de su contento. Pero cierto viene hermosísima el armada: ¡qué hermosas vanderas y qué lucidos gallardetes!, ¡qué diferentes <sup>[f. 327v]</sup> colores y barias dibisas!

–Mas mire vuestra grandeça –dixo Alexandra– lo que parece el señor príncipe en aquella galera, cómo viene así armado y puesto entre los dos caballeros que vienen a los lados.

–Paréceme a mí –dixo Brisaida– el lucido y resplandeciente sol en lo fogoso del medio de de junio, cuando en medio de las dos estrellas se nos muestra.

–A mí me parece –dijo Alexandra– hermosísimo carbunco puesto en medio de dos diamantes.

–Pues a mí –dijo Brisaida–, el baleroso Marte puesto entre Palas y Belona.

–Y a mí –replicó Alexandra–, el hermosísimo Febo con los dos caballeros rendidos a los lados, como le solía pintar el emperador Aureliano.

–Aora, no le apodemos más –dijo Brisaida–, que a mí me parece lo que es y es lo que parece: qu’es ser emperador de los imperios y capitán imbictísimo del cristianismo.

–Cierto viene gallardísimo, ¡y cómo trae –dixo Alexandra– aquel morrión tan hermoso y lleno de plumas! Parece dibinamente.

Con esto, ya llegaban enfrente de los corredores de palacio y, como el príncipe vio que el Emperador y toda la corte los estaban mirando y dibisó en el corredor aquellas princesas, quiso entrar con algún regocixo. Y así, haciendo ir a Mauro Italiano a otra galera muy hermosa que junto a la Leona venía, hiço que se partiessen las galeras y naos en dos mangas puniéndolas en orden de combatir, y púsolas con tan admirable concierto las unas y las otras que daban gran ánimo [y] contento a la vista. Ya qu’estuvieron puestas en concierto, con grandísima muchedumbre de instrumentos començó a aparecer toda aquella lucidísima jubentud española, con tan lucidísimos arneses y hermosas armas que toda la Grecia quedó espantada viendo su riqueza y hermosura.

Començaron el debate y escaramuça gallardísimamente, mostrando los unos y los otros capitanes en aquel ensayo mucho ardid y balor y dando a entender en [a]quel gracioso modelo lo que después havía de ser en las veras. Acaeció un negocio estraño y en que en burlas mostraron Mauro Italiano y el Príncipe de la Fe, mi señor, grande ardid y militar traça, y grandísimo balor y ánimo en sus personas. Y fue que Mauro Italiano aquel día (que, como digo, era ya en los fines de março y hacía un solaço vien grande y herboroso, y era el mediodía) quiso hacer una gentileça; porque él era uno de los diestros nadadores que había en el mundo y, fuera del príncipe mi señor, havía muy pocos en el mundo que le igualasen. Y así, andando en el combate, fingió que por herir al contrario havía caído en el agua y, al caer, coxió una bandera <sup>[f. 328r]</sup> en la boca, llebando atrabesada en ella el asta. Y con ella, començando a estender sus robustos miembros por las ondas, començó con grandísima ligereça a nadar hacia tierra, causando mucho contento y admiración su gentileça. Mas el príncipe mi señor, desde

proa donde estaba, desembaraçándose lo que pudo se arroja al agua que pareció un pescado. Y como la princesa Brisaida le bio echar en el agua no fue en su mano y dio un gran grito, diciendo: «¡Ay Dios, cayó mi príncipe!», y esto tan recio que se pudo uir en todos los corredores combecinos.

–Pasito, mi señora –dixo Esmerilda–, no tenga vuestra grandeça pena, que no es sino que se echó a nadar tras Mauro Italiano, qu’es aquel que finge ir uyendo con la bandera.

En esto, sosegándose un poco, le bio con la presteça que iba nadando. Y a dos o tres braçadas que dio fueron con tanta ligereça que alcançó a Mauro y, pasando entre ellos un grac[i]osí[si]mo debate, en medio de las ondas tornó a cobrar su bandera el príncipe mi señor. Y con ella leuantada se bolbió a la galera Leona, en la cual fue luego recogido, fingiendo traer presso a Mauro. Todos estaban admirados de la gentileça qu’el uno y otro capitán havían echo, y así el Emperador dixo a los que estaban circunstantes:

–Sin duda ninguna, entiendo qu’es el príncipe uno de los más diestros y balerosos capitanes del mundo.

Aún apenas havía buuelto en su color la princesa Brisaida de la turbación que al principio havía cobrado y, assí, dixo:

–¡Dios guarde al príncipe! Cierito que no le querría ber hacer estas gentileças, que quanto gusto de belle tan baleroso me da pena de que se ponga en peligro.

Con esto, llegó el armada al puerto, y saltaron en tierra cien capitanes españoles, hombres de grandísimo balor y pericia en el arte militar. Los cuales todos con el Príncipe de la Fe fueron a vesar las manos al Emperador; a los cuales él recibió con grandísima afabilidad y amor, haciéndoles a todos mucha merced y haciendo al aposentador general que probeyese de posadas y todas las demás cosas a todos los españoles que quisiessen tomar tierra; haviendo grandísimo contento en toda la ciudad por el importantísimo socorro que les havía llegado y pareciéndoles que, con solo aquello, no tenían <sup>[f. 328v]</sup> ya que temer al enemigo, viendo cuá[n] vien probeída tenían su república de ilustrísimos príncipes y excelentes capitanes, balerosos caballeros y soldados.

## **Capítulo 9. De lo que en la corte pasó en este tiempo que estaban aguardando al enemigo y de una estraña aventura que vino a la corte.**

Grandísimo cuidado y diligencia puso el príncipe mi señor en aposentar su gente acomodadísimamente, de suerte que ni a la ciudad fuessen enfadosos ni ellos estuviessen mal acomodados, ni les faltase nada de lo que uviessen menester. Y esto con tanta prudencia y buen orden que no menos muestras daba el balerosísimo príncipe de gobierno y prudencia que de balor, esfuerço y balentía. Con lo cual todos sus soldados estaban contentos y los ciudadanos no agrabados, antes había[n] sentido muchas comodidades y ganancia con el armada, porque como todos aquellos caballeros españoles venían por sus diferentes tercios hermanados (y, como decís comúnmente, de cofradía y camarada) y de cuatro mil en cuatro mil benían juramentados de no se dejar ni desamparar unos a otros, así en las necesidades de la paz como en las tribulaciones de la guerra, andaba todo el campo muy concertado y pacífico.

Y fue tanta la reputación y crédito que con esto el príncipe alcançaba cada día, y con berle tan amado de los soldados, que no había ninguno que por él no muriera mil beces si tantas fuera menester; que de ninguna otra cosa se trataba en toda la ciudad si no era de su mucha virtud y balor, y todos<sup>cm1xvi</sup> a una boz decían que merecía ser emperador del mundo. Los pobres, por dondequiera que iba, le iban echando mil bendiciones; los ricos le reberenciaban; los príncipes le acompañaban y lo balerosos reyes le regalaban y servían. A ninguno tenía en la ciudad enoxado y muy pocos había a los cuales no tubiesse obligados con beneficios.

Jamás agrabió a nadie ni dejó de onrar a quien pudiesse; sus juegos eran bisitar ospitales; sus taurerías<sup>1188</sup>, dar limosna; sus briosos altibeces, curar a los leprosos. No se alló día en el cual no le viésemos hacer algún acto heroico de alguna virtud, ni se le oyó jamás palabra de tercera persona que no fuesse loándola; no bio necesidad de que

---

<sup>1188</sup> *taurería*: Registra este vocablo Terreros y Pando, explicándolo como sinónimo de *tablajería* (*Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*. Madrid. Viuda de Ibarra. 1788, s.v. *taurería*); esto es: «Vicio o costumbre de jugar en los tablajes» (DRAE, s.v.).

no se compadeciese y la remediase, ni desconcierto que no procurase enmendar con los más dulces y sabrosos medios que le era posible. A ningún rico vicioso temió ni ubo pobre a quien no amasse; jamás torció la justicia <sup>[f. 329r]</sup> ni dexó de exercitar la misericordia. Uno de los príncipes fue del mundo que más miró la birtud en el birtuoso y que menos caso hiço del soberbio o vicioso, rico o potentado, ni jamás se sintió en él ser azeptador de personas ni dar fabor a gente ruin por afición o pasión. Ved d'esta manera si sería amado de todos y aun si era justo<sup>cm<sup>l</sup>xvii</sup> y justísimo que todos le amassen.

Pues doce días habría que había llegado el armada de España, en los cuales el príncipe de día entendía en el concierto de los soldados y en hacellos exercitar en exercicios militares, y de noche siempre, por su acostumbrado lugar, se iba con la hermosísima Brisaida (qu'el uno al otro se querían todo lo que se puede encarecer ni pensar). Sucedió, pues, qu'estando una noche, que era el séptimo día del mes (que los atenienses llaman *targelión*, que nosotros llamamos *abril*, del *ydar* de los evreos, del *saahabón* de los árabes), en el mes que los árboles y plantas reberdecen para frutificar (este mes a la hermosa Venus, según algunos, dedicado), era en el cual el príncipe mi amo, estando con su amadísima esposa en la cama con aquellas ternuras de amor y regalos que en tal<sup>cm<sup>l</sup>xviii</sup> lugar y tiempo se acostumbran los moços y tan enamorados, despertando con alguna alteración Medúsea, que en el aposentillo más adentro dormía, oyó por una bentana del aposento una boz como de quien se quexaba. Y, alterada lo que se puede pensar, se llegó junto a la bentana que caía a un güerto pequeño, cuya cerca salía a la rivera del mar, y oyó la boz que tristísimamente y con mucho desmayo dijo: «¡Acabame de matar, traidores, presto! ¡Que no quiero bibir si é de ber una tan grandísima crueldá como en mi señor queréis exercitar!».

Sin tiento, perdida de puro miedo, abrió el aposento Medúsea y con boz alterada dijo:

–¿Duermen vuestras grandezas?

–No, ¿qu'es lo que quiere vuestra merced? –dixo el príncipe.

–¡Ay, mi señor –dijo Medúsea–, que no sé qué jente anda aquí en el güerto!

–¿Qué dices Medúsea? –dijo muy alterada Brisaida.

–¡Digo verdad, mi señora! –dijo Medúsea.

Con esto, dando un salto de la cama, el príncipe así a tiento como pudo se vistió el jaco y, puesto el morrión en la cabeça, abraçando la rodela y tomando su espada, dixo:

–Estese vuestra grandeça en la cama, que yo quiero ir a ber qué ruido es esse, que ya yo tanvién le oigo.

–¡Ay, no, mi bida! ¡No te me bayas! –dixo Brisaida–, ¡o llébame contigo, mis ojos! [f. 329v] ¡No me dexes aquí, que me moriré!

Llegándose a ella el príncipe, con dulcísima ternura la besó en la boca diciendo:

–¡Aguarda, princesa mía de mis entrañas! Que no puedo hacer menos, por vida tuya, no nos suceda alguna desgracia.

Y, con esto, entrando en el aposentillo de Medúsea donde estaba la portezuela que salía al güerto, antes que la puerta abriessen, tornó a oír la boz que decía:

–¡O, desdichada de ti, emperatriz de Constantinopla!

–¡Jesús! ¿Qué á? –esto dijo el príncipe.

Y tirando de la puerta, que no acertaba a quitar el aldabilla, lo hizo todo pedaços y, abriendo, dijo a Medúsea:

–¡Buélbase vuestra merced con mi señora la princessa!

Y con esto salió al güerto, y hacía muy hermosa noche y la luna muy galana y tan clara, como decís, como el sol al mediodía. Y lo primero que vio fue como asta veinte caballeros que en medio de sí tenían un hombre (a lo que él pudo dibisar) desnudo en camisa, que le tenían puestos unos grillos a los pies con una gruesima cadena y le estaban echando unas esposas a las manos, y como otros cuatro o cinco qu'estaban usando la misma crueldad con otra persona, tanvién desnuda en camissa. Y vio como diez o doce caballeros (a lo que después pareció) muertos a puñaladas y tendidos en aquel suelo.

No pudo suceder cosa de que más el príncipe se turbasse, porque todo aquello parecía imposible suceder en el lugar donde sucedía y todo parecía que si no era encantamiento o sueño que no llebaba camino. Al fin, oyó a uno de aquellos caballeros que dixo: «¿Qué aguardáis? Tomá mi consexo y cortalde la cabeça a esse traidor, ¡no aguardéis más raçones!». Y otro dixo: «Por el dios Marte que será muy azetado: ¡ca, dad acá esse alfange, que yo se la quiero quitar!». Como el príncipe le oyó jurar como gentil y bio lo que querían hacer, aunque con la turbación que se puede pensar llegó a ellos, que ya estaba bien cerca, y lebantando la boz dixo:

–¿Qu'es esto, caballeros? ¿Quién os mandó a vosotros entrar en este lugar?

–Mas ¿quién os mandó a vos, loco atrebido, venírnoslo a preguntar?

Y en diciendo esto le tiran un golpe con una partesana tan furioso que, si le acierta, sin duda le dibide en dos partes; mas Nuestro Señor fue servido que herró el golpe. Y el buen príncipe, cuvierto de la rodela, como furioso león<sup>cmlxix</sup> arremete a ellos y, puesto en medio de todos, comienza a jugar de aquel arma como quien tan diestro en ella era. Y, a pocas <sup>[f. 330r]</sup> bueltas que en medio de ellos dio, les hiço tan vien sentir el espada que le començaron a hacer ancha plaça, y él los fue desbiando de donde el caballero qu'estaba en camissa, por que no le fuesse echo algún daño. Allí fu'el martillar y herir de las espadas, que todos le cercaban de una parte y de otra y era tanta la prisa, el golpear y el herir que traían que en poco rato le traían ya herido en dos o tres partes; mas a una torre o dura peña ubieran derribado los furiosos golpes.

En este medio la hermosísima Brisaida, turbada y no pudiendo sufrir uir los golpes de las armas y no salir adonde su marido estuviesse, llegose a la bentana, que era de rexa, y, avriéndola, como en ella no daba la luna y en donde los caballeros peleaban hacía tan claro, alcançó a ber claramente lo que pasaba. Y, como a su marido vio tan cercado de caballeros y que todos le procuraban la muerte y vio que ninguno había de su parte, con estraña turbación y temor de algún mal sucesso dixo:

–¡Mi señor, aquí está buestra esposa! ¡Pelea con buen ánimo, bien mío! ¡Mátame todos essos traidores! ¡Ca, que aquí está Brisaida!

–¡Ay, calle vuestra grandeça! –dijo Medúsea–, ¡no diga su nombre!

En esto, el buen Príncipe de la Fe tenía ya muertos catorce o quince, en espacio de ora y media, de aquellos traidores. Y ellos comenzaron a decir: «¿Quién puede ser este demonio que tanto daño nos hace? ¡Ca, caballeros, muramos todos o muera!». En esto, los qu'estaban con la otra persona (a la cual también estaban echando prisiones) acudieron, y todos juntos tornaron a le acometer con tanta furia y insana rabia que le pusieron en grandísimo aprieto. Y realmente le acabaran, sino qu'el morrión que llebaba era de la balerosísima Camiliana, el cual jamás fue de yerro señalado, antes era total destrucción de las espadas. Y casi la misma propi<e>dad, aunque no con tanta eficacia, tenía el jaco; mas la rodela (que la de puntas de la misma Camiliana era) sin duda era la mejor del mundo.

Mas con todo esto, como era tanta la muchedumbre y el príncipe estaba solo y ellos peleaban como desesperados, cierto le pusieron en grandísimo aprieto en espacio de otra ora que duró la batalla; tanto que ya él comenzó a tragar, como decís, la muerte y andaba tan fatigado que muchas beces le oí decir después que había sido una de las refriegas que en su vida mayor tormento le habían dado. Mas no me espanta, que en viniendo la luz de la mañana veréis el estrago, que cierto es digno de que se considere, porque un solo caballero rodeado de tantos y tan balerosos enemigos <sup>[f. 330v]</sup> apenas se ha visto en el mundo, a lo menos que con tanta presteça ubiesse bencido a tantos en lugar donde ninguno podía uyir.

Porqu'el traidor que salbía por dónde había de ser la vida había sido el primero que había muerto a manos del príncipe, y así los demás ubieron de pelear como des[e]sperados. Especialmente cuatro caballeros muy membrudos y (como después pareció) de los más balientes, animosos y atrevidos del paganismo; los cuales, aunque heridos por haber sido los primeros en acometer, habían quedado los postreros por haber sido los más balerosos para resistir. Estos cuatro, como cuatro balerosos levreles de Irlanda que al generoso león de larga greña acometen, hi<e>ren y asaltan entrando y saliendo, procurando hacer pressa y huir de la del león y de sus uñas, dexando entre ellas algunas beces el pedaço de cu<e>ro, pan y queso (y algunas beces tanvién la vida), y ellos llebando en la boca lo que del león asieron, así andaban estos caballeros hiriendo y siendo heridos.



Mas estando en lo más riguroso de la batalla, uno de ellos se apartó ya cuanto y, esgrimiendo la espada en el carnicero braço, en boz alta dijo: «¡A, maldito emperador! ¡Ya que muero, primero as de morir a mis manos!». Y, con esto, fue a descargar el golpe sobre la cabeça del que en camisa y cargado de prisiones estaba en el suelo; lo cual, bisto por el Príncipe de la Fe, no sé cómo, al fin dio un salto (que cierto entiendo que fue de cincuenta pies y fueo realmente como uno) con el cual alcançó a recoger el golpe en la rodela. Con todo esso acertó en la cabeça al pobre caballero qu'estaba en el suelo, aunque poco.

Y como él estaba tan desangrado, y puesto con aquellas prisiones y en camissa (y hacía la mañana fresca), y se sintió herir en la cabeça, como hombre cercano a la muerte, biendo qu'el caballero se bolbía a embolber con los otros tres caballeros (habiendo dado la muerte a aquel que a darsela a él havia venido), començó en boz lamentable, baxa y triste a d[e]cir d'esta manera:

—¡Buen Jesús de mi alma!, ¡esperança cierta de todo nuestro consuelo y bien sumo!, ¡redemptor del linaxe humano!, ¡verbo eterno del eterno Padre!, ¡clara lumbre de aquella lumbre eterna, por quien todas las cosas así visibles como imbisibles fueron criadas! Suplícote humilmente, Señor mío, por tu infinita y dibina misericordia, por los tormentos, pasión y muerte que por mí padeciste y por aquellas purísimas entrañas de tu sacratísima madre en que andubiste, que pues por tu preciosísima sa[n]gre fui redemido, no permitas, mi Señor, que sea por mis culpas condenado. Mas por tu infinita clemencia, siendo mi adbogada la serenís[im]a Reina del Cielo, tu santa madre, y los vienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo <sup>[f. 331r]</sup>, recibas, Señor, mi alma, dándole la bienabenturança que tú mismo, Señor, nos mereciste. Encomiéndote este imperio, que aunque indigno fuiste servido que de tu mano recibiesse y gobernase, toda mi familia y cassa. Y, lo que más importa, Señor, otra bez torno a decir que «*in manus tuas domine, commendo spiritum meum*».

Oyendo esto el príncipe, con turbadísima boz, si[n] poder<sup>cm<sub>lxx</sub></sup> saber qué se era, aunqu'él estaba echo un arnero y tenía bien poca esperança de su bida, [dixo]: «¡Anímesse Vuestra Magestad, sacro emperador, que aquí está su berdadero basallo y servidor el de la Fe!». Con esto parece que cobró nuevo ánimo y, de tres golpes

d'espada, fue Nuestro Señor servido que derribó los tres que le quedaban. Y, viendo que no había contra quién pelear, dixo en boz alta, llegándose junto a la rexa:

–¡A, mi señora y mi bien, mandá a Medúsea<sup>cmlxxi</sup> que saque aquí un acha<sup>cmlxxii</sup>!

–Mi señor –dixo medio desmayada la princesa–, ¿qué [es] esto?, ¿cómo estáis?, ¿qué traición á sido esta?

–No sé, por bida vuestra, mi señora. Si muero, vien bengada –dixo–, vendito sea Dios, [queda] mi muerte, aunque no me siento con herida ninguna que sea mortal. Mas hacé presto que saquen un acha y no os alteréis, vien mío, de cosa que viéredes.

–Sed bos vibo, mis ojos y mi bien todo, que lo demás todo se remediará –dijo Vrisaida.

Con esto, ya salía Medúsea con un acha de cera blanca encendida en las manos, aunque sabe Dios con cuánta turbación y miedo. Y con ella, antes que otra cosa hiciesse ninguna, acudió al caballero qu'estaba en camisa todo rebolcado en su propia sangre. Y, como le miraron al rostro, luego conocieron al Emperador, qu'estaba trasportado de la demasiada sangre que vertía y casi no beía ni podía hablar palabra, sino con mortales señas parecía estar despidiendo el alma. Indo a mirar la otra persona vieron a la Emperatriz, tanvién en camisa y toda cubierta de sangre y desmayada del todo.

–¡Ay, Dios mío! –dijo con un mortal suspiro y abundancia de lágrimas Medúsea–. ¡Mis señores, Emperador y Emperatriz, son muertos! ¡Jesús!, ¿qué haré? ¡Triste desdichada!

Como la princesa oyó esto, medio desatinada con el dolor y pena salió al güerto, y cuando llegó a ber al Emperador su padre, que ya apenas oía ni conocía, ¿quién os podrá decir el dolor que sintió? Al fin, fue tanto que quedó desmayada, cayendo sobre el rostro de su padre. En su bida se alló el príncipe más turbado: por una parte veía morir al Emperador y Emperatriz, por otra a su esposa con tanta pena; él se sentía ir enflaqueciendo de la demasiada sangre que se le iba. Solo no lo podía remediar, si llamaba gente descubría el negocio de sus amores: la princesa estaba en lugar sospechoso; él había de ser tenido por traidor; quien contasse el casso como había pasado no había; donde el <sup>[f. 331v]</sup> Emperador estaba era muy a trasmano de su cuarto; la

ora era entre tres y cuatro de la mañana, cuando el sueño (y más en aquel mes) tiene más eficacia (y así dice el persa: «Sueño de las mañanas de *ebemmech*<sup>1189</sup>», y el español dice: «La mañanas de abril dulce son de dormir»), de suerte que parecía que le jugaban a la contra de su deseo tiempo, lugar y ventura.

Biéndose congoxado por todas partes y que parecía faltalle todo remedio humano, lo primero que hizo fue tomar a su esposa en los braços y, así desmayada como estaba y medio desnudilla, bolbella a la cama. Y él, qu'estaba imaginando qué haría, vio baxar por una escalerilla que baxaba al jardín un enano con una acha encendida y detrás d'él un caballero todo cubierto de sangre, armado de todas armas y tinto asta el cobdo el braço<sup>cmlxxiii</sup> en la sangre del enemigo. Quién era este caballero y la esposición d'esta aventura oiréis en otro capítulo.

#### **Capítulo 10. En que se declara el tenor y fin d'esta abentura y otras cosas en este tiempo en la corte de Constantinopla sucedidas.**

El pecado original, que en nuestro padre Adán fue personal y en nosotros natural<sup>1190</sup>, siendo como es llamado fomento de pecado, concupiscencia o concupiscibilidad, enfermedad, tirano, ley de pecado, ley de carne y ley de los miembros, y, como es una enfermedad de la naturaleza (qu'es lo mismo que una desordenada disposición de aquella), quebrantamiento que ubo de la armonía<sup>1191</sup> y concierto de la original justicia. Mas este desconcierto, aunque nos hace inclinados al mal<sup>cmlxxiv</sup> y a el[...] <sup>cmlxxv</sup>deleznables, con todo esso con la gracia de Dios podemos y muy bien no de[s]viarnos de su dibina boluntad boluntariamente, qu'es en lo qu'el

---

<sup>1189</sup> *Ebbemech*: El narrador pretende hacer referencia al mes de abril; sin embargo, no hemos logrado documentar este término en otras obras. No obstante, la *Cosmografía* de Jerónimo de Chaves ofrece una voz muy próxima como traducción al persa (*Macherameth*; cf. ob. cit., tratado primero, título 36), lo que podría significar que la lectura de nuestro manuscrito se haya originado en una mala comprensión de la fuente manejada por el padre Daza (tal vez, este mismo tratado de geografía).

<sup>1190</sup> **Ap. marg.:** «S. Tho., 3 p<sup>e</sup>, que. 8». El grupo de referencias que se abre con esta apostilla remiten al apartado de la *Polyanthea* de Nani Mirabelli dedicado al «*peccatum*», de donde se traducen y parafrasean los contenidos del texto hilvanados por el narrador (cf. ob. cit., s.v.)

<sup>1191</sup> **Ap. marg.:** «S. Tho., 1<sup>a</sup> p<sup>e</sup>, que. 63, art. 1; et 2<sup>a</sup>, 2<sup>e</sup>, que. 21, ar. 1».

pecado consiste; porque no es otra cosa sino un acto boluntario que se aparta del orden de obligatorio fin, contra las reglas de la raçon natural o de la ley dibina.

Mas como el sentido y pensamiento y coraçón humano<sup>1192</sup> son muy aparexados al mal desde su tierna edad<sup>cmlxxvi</sup>, de aquí es que casi todos andan en la perdición<sup>1193</sup> y se hace destroço de tantos; son pocos los que siguen el camino de la virtud<sup>1194</sup> y apenas se alla uno que haga lo que debe. Y, por esto, estos tales que siguen el camino de la maldad, como se deshace el humo en el ágil biento, así se desagan y, como la cera se regala delante del fuego<sup>1195</sup>, así se deshagan los pecadores delante del rostro de Dios. Y como gente que tienen un tan poderoso adversario siempre andan temerosos y temblando; porque el malo uye<sup>1196</sup> sin que nadie le persiga, mas el justo está como león fuerte sin temores.

Y el malo no considera lo que le á de suceder, mas el bueno con la consideración del suceso prebiene todas las cosas. Y, así, ¡ay de los miserables pecadores, que en todo lo que ponen mano<sup>1197</sup> les sucede alrebés!, ¡asta el nacer y morir es en mal estado! Y, así, no ay que temer de las soberbias palabras de los malos<sup>1198</sup> [f. 332r], pues toda su sobervia inchaçón y banidad es vil estiércol y gusanos, y oy se lebanta y mañana no parece, porque al fin se tornó en polbo y ceniza, y todos sus pensamientos y imaginaciones se acaban. Y todas las criaturas<sup>1199</sup> son contra los pecadores y a los justos todas ellas les sirben y obedecen, porque al justo le es dicho: «Si pasares por medio de la llamas encendidas, no recibirás daño de ellas». Esto é dicho por lo que en palacio passó –dice Agatandro<sup>cmlxxvii</sup>–, que a los traidores incitó su malicia y pecado a cometer

---

<sup>1192</sup> **Ap. marg.:** «Genesis, c. 8».

<sup>1193</sup> **Ap. marg.:** «3 Esdre., c. 10».

<sup>1194</sup> **Ap. marg.:** «Psalmo 13».

<sup>1195</sup> **Ap. marg.:** «Psalmo 62».

<sup>1196</sup> **Ap. marg.:** «Proberviorum, c. 28». La apostilla aparece duplicada.

<sup>1197</sup> **Ap. marg.:** «Eclesiastici., c. 41».

<sup>1198</sup> **Ap. marg.:** «Machabeorum, c. 2».

<sup>1199</sup> **Ap. marg.:** «Jheroni, super Josue». Termina con esta anotación el grupo de citas referente al «peccatum», sobre el que se construye el correspondiente excursus del narrador.

una tan bil traición y al príncipe dio balor para que librase los inocentes, castigando a los culpados con los filos de su espada.

Mas vien se os acordará cuán turbado le dejamos en el aposento, cuando vio baxar por la escalera al enano con el acha delante del caballero que tinto en sangre venía, al cual luego conoció en el turbante que era la balerosa Camiliana en Camilino<sup>cmLxxviii</sup> disfrazada. Pues, como le conoció a Camiliano, con contentamiento de le ber y turbación del pasado suceso le dijo:

–¿Dónde bueno, señor caballero? ¿Qué traición á sido esta y qué rebuelta la que á habido en palacio?

–Acabemos –dijo Camiliano– de destruir esta infiel canalla, que después yo os diré, señor, lo que sé. Y, lo primero, busquemos al Emperador y Emperatriz, que faltan de su cuarto y vinieron por aquí los que los traían; que después averiguaremos lo restante del abentura.

–El Emperador y Emperatriz –dixo el de la Fe– aquí están en un güerto, ya muertos sus enemigos; mas ellos están de suerte qu'es menester remediarlos luego por que viban, porque cierto están estremadamente necesitados.

–¡Bamos, señor! –dijo Camiliana.

Y, en esto, bolvió la cabeça y bio la cama en la cual estaba la princessa, y junto a ella rebuelta y lacrimosa a Medúsea. Y, como Camiliana era tan discreta, luego cayó en lo que podía ser, y así no quiso preguntar palabra, sino mandando al enano passar adelante entraron en el güerto, en el cual allaron al Emperador y Emperatriz desmayados como los havían dejado. Y Camiliana dixo:

–Lo que me parece, señor príncipe, es que este lugar donde estamos, respecto de lo que é visto, no es seguro ni falto de sospecha. Procurad de esforçar aquellas damas y haced que se suvan a su cuarto; que, en lo demás, por donde yo bine diremos, señor, que vos tanvién a casso siguiendo al enemigo venistes. Y procuremos de bolber con prissa a palacio, porque dexé a aquellos caballeros puestos en suma necesidad y cercados de grande muchedumbre de infieles.

–Hágase todo como, señor, lo ordenáredes –dijo mi amo.

Y, en esto, baxaban por el mismo caracol o escalera otros siete o ocho de aquellos infieles que venían siguiendo el rastro de la sangre que Camiliana dejaba. Y como acudiessen como encandilados a la luz del acha, allaron en el príncipe y en Camiliana la resistencia y vrío que para pagar su delito con la muerte era menester. Y, assí, trabándose entre ellos una rigurossa batalla, por estar tan desangrados y desflaquecidos algo les duró la resistencia. Andando en lo mejor de <sup>[f. 332v]</sup> la batalla, la princesa Vrisaida bolbió en sí y con un triste y mortal suspiro dijo:

–¡Ay, triste Vrisaida! ¡Y qué miserable noche á sido esta, tan robadora de tu alegría y tan sutil ladrona de tu contentamiento! ¡Príncipe mío de la Fe!, ¿estáis aí? ¡Ay, Medúsea! ¿Y qué ruido de armas es ese? ¿No se á acabado mi desventura?

Y, diciendo esto, espoleándole al pecho los duros acicates de amor, con un ligero salto se lebanta de la cama y torna a acudir a la puerta del jardín. Y a la luz del acha del enanao vio cómo su esposo se combatía con aquellos caballeros y, suspensa y espantada, sin poder imaginar en lo sucedido, solo supo decir: «¡Ánimo, mi señor, que aquí está buestra Vrisaida!». Y como fuera de sí, con aquella generosidad de ánimo que su real sangre en el pecho encendía y, por mejor decir, con el encendido fuego que Amor soplabá en sus hermosísimas entrañas, pareciéndole que en la dilación herraba, con aquella sabrosa locura que suele Amor comunicar a los enamorados pechos entra en el güerto y de uno de aquellos muertos toma una espada y un escudo, y quiso con esta muestra excesiba a las corporales fuerças manifestar el dibino y amoroso furor, esfuerço y balentía de que tenía el alma adornada. Y es cierto que no pudiera Vrisaida sin este nuebo vrío lebantar el espada si no fuera con dos manos, y aun creo que de las manos se le cayera.

Y entonces toma la espada y envraça el escudo, estando fuera de sí Medúsea de lo que hacer le beía. Mas cuando llegó adonde la batalla pasaba, entonces los dos últimos traidores acabaron las vidas de dos golpes de espada que aquellos caballeros les habían dado, y la hermosa Brisaida quedó junto a los dos bencedores como aquella que llebaba los despojos de la bitoria. Y el Príncipe de la Fe, de ber assí a la hermosa Brisaida en aquella postura y hábito, de puro contentamiento, viendo el amor de su

dulce esposa, sin ser más en su mano vino casi a perder el sentido y con un tierno ay, aunque desflaqueado de la demasiada sangre que había derramado, dijo:

–¿Y cómo, mi señora Brisaida, y vista tan llena de balor y amorosos deseos an de ver mis ojos? Vuélbase vuestra grandeça a su cuarto, daremos orden este caballero y yo en lo que por hacer resta, qu’el esfuerço de vuestra grandeça á reeprendido de suerte mi cobardía que, avergonzado, el furor á tornado a tomar possession d’este enamorado pecho.

Y, con esto, sintió relamente un ardor y brío que con estar tan desangrado como estaba se le antoxaba todo lo restante del mundo poco respecto de lo que deseaba hacer por su señora. Mas la balerosa Camiliana, como aquella que entendía cuánto importaba allí la diligencia y el poner orden en lo acaecido, a la hermosa Vrisaida dixo:

–Suplico a vuestra grandeça se baya a su aposento (pues es tan fuerte y seguro) entre tanto que este caballero y yo imos a dar orden en las cosas de palacio, que entiendo andan con necesidad de su balerosa presencia.

Y, con esto, tomando a la Emperatriz, que sin ningún sentido estaba y toda cubierta de sangre de una pequeña herida que tenía en la cabeça, la <sup>[f. 333r]</sup> pusieron en la cama en la cual la princesa Brisaida había dormido (dormido, digo, aunque con Amor belado). Y, puesta en ella, Camilo dijo al príncipe:

–Señor hermano, pongamos aquí al Emperador y subamos presto a palacio a ber lo que á sucedido.

Como lo determinaron lo hicieron y, puestos en la cama sin ningún sentido Emperador y Emperatriz, ya la hermosísima Brisaida con su doncella había suvido a su cuarto. A la puerta del cual (digo del retrete donde su cama estaba) estaban dando golpes con atemorizados gritos sus mugeres, a las cuales les abrió Medúsea como si entonces de pesado sueño despertara, diciendo: «¿Qu’es esto, señoras? ¿Qué alboroto es esse? ¡Que habéis despertado a mi señora Brisaida!».

En esto venían juntas como cuarenta damas y asta una docena de aquella antiguas matronas que a su cargo las tenían. Y la más principal, que era la reina de

Liguria, muger anciana, prudente, casta, sabia, balerosa, discreta y dotada para mucho, dijo:

–Por cierto, señora, Medúsea, si mi señora la princesa y vuestra merced no an estado encantadas, el más grabe y pesado sueño an tenido del mundo, porque ya á casi una ora qu'estamos quevrando esta puerta a golpes y inchendo el aire con boces mugeriles, ¿y a todo esto no an despertado?

–Pues, ¿qué ay –dixo Medúsea, que discretísima era disimulando– de nuevo?

–¿Mi señora la princesa esta aí? –dijo la reina.

–Sí, que con el ruido se está vistiendo –respondió Medúsea.

–Pues sepa la vuestra merced que an llebado –dixo la reina– cautibos al Emperador y Emperatriz y todo el palacio anda bañado en sangre, que gran traición se á cometido. Y en todo este cuarto no emos visto si no fue al príncipe Camilo, hermano del capitán de España, que nos libró de más de cincuenta caballeros dándoles a todos la muerte, y fue en seguimiento del Emperador y Emperatriz, nuestro señores. Y a este cuarto no á acudido más gente ni de la una parte ni de la otra, mas en el palacio y en casa del Príncipe de la Fe anda un ruido y buelta estraños.

–Aora pues –dijo Medúsea–, sea, ¿todas las puertas quedan bien cerradas?

–Sí quedan –dijo la reina–, que siete puertas deho todas con la llabe.

–Pues entre[n], señoras, y ciérrese esta. Y pues somos mugeres y no podemos más, con nuestras armas, que son lágrimas y oraciones, supliquemos a Dios dé vitoria a los nuestros, librándonos de las manos de los traidores que tal traición an fabricado.

Brisaida pudo muy bien si[n] nota manifestar su dolor y ansia con abundancia de lágrimas y sospiros, que la unibersal causa era suficiente para todo aquel sentimiento. En este tiempo subieron <sup>[f. 333v]</sup> por el caracol el baleroso Príncipe de la Fe y la sin par Camiliana (que con su hermano realmente entendía que iba). Y, cuando llegaron al descanso de la torcida escalera, el enano que iba delante con el acha dixo:



–¡Aprisa, aprisa, ilustrísimos príncipes! ¡Que gran buelta de armas suena afuera en los corredores que van hacia el pasadiço de nuestra cassa!

Y, con esto, acelerando el paso cuanto le fue posible, llegaron a la sala donde Camiliana había muerto los cincuenta caballeros, los cuales estaban heridos de tan estraños golpes que pusieron admiración al príncipe (aunque era mercadería de la cual había abundancia en su cassa y en el rigor de sus balerosos braços). Pasando esta sala y otros dos aposentos, por los cuales se salía ataxando al corredor de donde los gritos de Belona y golpes de Marte se oían, salieron los dos balerosos hermanos. Y, en medio de más de setenta cuerpos muertos y veinte caballeros vibos, vieron dos caballeros que valerosamente, todos tintos en sangre, se estaban combatiendo; a los cuales como los príncipes, el de la Fe y Camiliana, ayudasen, en poco espacio los acabaron. Y luego conocieron ser aquellos dos los dos balerosísimos príncipes, Luposeldo y Zulemo, y Luposildo dixo al de la Fe:

–¿Dónde bueno, señor capitán, tan tinto en sa[n]gre vuestra grandeça y su hermano? Que cierto á sentido vuestra cassa en extremo vuestra ausencia.

–Vesamos a vuestra grandeça las manos muchas veces –dixo el de la Fe– por tanta merced, mas donde vuestras grandeças quedaban vien segura quedaba esta su posada de toda la potencia del mundo; que nosotros fuimos a palacio del Emperador a remediar un grabe daño, aunque entiendo que emos echo poco más de nada, y así no sé si fue nuestra ida por demás.

Con esto, al entrar del corredor, en la Sala grande de Estado se estaban curando más de cincuenta caballeros de los de cassa, que había algunos muy heridos y estaban ya allí los çuruxanos del campo, y hervía ya el aposento y los corredores y patio de caballeros españoles que, entendiendo las bueltas, habían venido a defender la cassa. A esta sala salía cuando los príncipes entraron Priscilano mi amo, que dos paxes le traían dos achas delante, y venía dando concierto a todas las cossas, y haciendo desocupar los aposentos de los cuerpos muertos que había y haciendo apartar los de los cristianos; que como asta veinte personas, entre criados y caballeros, habían muerto en la rebuelta. Y yo venía allí –dice Nictemeno–, y traía un manoxo de llaves de unos aposentos vaxos

vien fuertes en los cuales dejábamos, entre presos y heridos de aquella pagana gente, cincuenta caballeros, entre los cuales había seis gigantes. Y, así, <sup>[f. 334r]</sup> Priscilano dixo:

–¿De dónde venís, señor capitán? Antes que os resfriéis tomá esta corneta y hacé reseña a todos esos caballeros españoles que no están heridos y pasemos a palacio, no suceda allá algún daño; que asta cien caballeros, pocos más a menos, me an dicho que pasaron allá, y sea luego. Y vuestras grandeças, señores príncipes –dijo a Luposeldo y a Zulemo–, éntrense a curar y hagan acabar de limpiar la cassa de esta ruin gente, que nosotros luego tornamos a dar la buelta.

Y, con esto, puniendo la corneta al labio el príncipe, aunque tenía algunas heridas y estaba vien desangrado, tan recio la toca que por toda la ciudad izo resonar los ecos. Y luego fue conocida por aquellos caballeros españoles, y acudían tantos, tan lucidos y tan bien armados que como ya començaba a despuntar el alba por los collados y la gente de la ciudad, a lo menos la combecina a palacio, con el ruido se començaba a levantar, parecían estremadamente de vien; aunque el son confuso confusión causaba en todos los ignorantes de aquel echo.

Acuden, pues, a palacio, el cual estaba por aquella parte todo puesto en armas, y la gente de la guarda, aunque havían muerto muchos, lo havían echo estremadamente. Mas eran muchos más los contrarios de lo que se pensaba, porque los vibos eran aún más de quinientos caballeros sin los muertos, que eran más de otros tantos. Mas como llegó la española banda diciendo: «¡Santiago, España, España, cierra, cierra! ¡Mueran, mueran los traidores!», un elado temor por los gentílicos pechos començó a discurrir, aunque como desesperados peleaban balerosamente, que cierto que compramos vien caras sus bidas. Mas no os espanté[i]s, que eran casi todos capitanes oficiales de la milicia y sangriento Marte, y estaban en las armas embexecidos y acostumbrados <a> aquel sangriento oficio. Y estaban tan emperrunados y mostraban tanto su balor que ninguno se quería dar a prisión, sino que cuando más no podía él mismo con sus manos se mataba, dando antes a cuantos podía la muerte.

Al fin, mediante Nuestro Señor los acabamos, cuando quería ya el rubio Apolo salir a visitar nuestro emisferio. La balerosísima Camiliana, que aunque estaba molida como una cebera no tenía herida ninguna ni abía derramado gota de sangre, se llegó a

mi amo Priscilano y le dixo dónde estaban el Emperador y Emperatriz y que era menester ir luego a darles remedio, porque entendía que estaban a mucho peligro. Con lo cual, habiendo nueva de qu'[e]l Emperador y Emperatriz estaban libres y que no habían ido cautivos por haber sido librados por el capitán d'España y su hermano Camilo, todos los grande que allí se allaron, juntamente con mi amo, fueron adonde <sup>[f. 334v]</sup> la balerosa Camiliana los guiaba. Y, así, pasando por la sala donde estaban los cincuenta caballeros muertos, espantados estaban todos aquellos caballeros, pareciéndoles imposible que dos solos caballeros pudiesen haber acabado un tan azañoso echo.

Al fin, baxando por el caracol, entraron en la cámara donde el Emperador y Emperatriz estaban (que, aunque no por ellos, estaba muy bien molida y desecha la cama en que estaban). Y ellos estaban de suerte que para estar bien y onestamente era menester que estubiesen en la cama, porque ninguno de ellos tenía otra cubierta si no era sus camisas de un linito bien delicado y curioso. Mas aún se estaban transportados y como fuera de sí, y la balerosa Camiliana dijo que fuesen a llamar a la señora Esmerilda para que viniese a ver las heridas de aquellos emperadores.

Ello se hizo así, y venida Esmerilda con sus vebraxos, potes, ingüentos y otros medicamentos necesarios para aquel menester, acompañada de la graciosa Libertina, ya era bien de día (porque era media ora del sol salido). Y, haciendo habrir las ventanas, mirando a los emperadores con mucho cuidado luego vio no tener herida que mortal fuese, y así dio buenas y ciertas esperanças a todos aquellos caballeros de su salud. Y haciéndoles sus importantes remedios los hizo bolber en sí, aunque atónitos y espantados del caso sucedido; con lo cual les hizo la primera cura delante de todos los grandes del reino.

Y, estándolos curando, haciéndose muy de nuevas, llegó la balerosa y hermosísima Brisaida acompañada de sus dueñas, damas y doncellas. Y viendo allí entre aquellos grandes a la balerosa Camiliana y al príncipe su esposo, por más que quiso disimular, no pudo, y así dixo:

—Señores caballeros, los que havéis peleado y estáis heridos, por amor de Dios que os bays a curar, pues le es tan importante a este imperio el tener tales defensores

como nosotros; pues solo en el valor de vuestros valerosos brazos la vida de mis padres y conservación de estos estados á consistido.

Con esto, se fueron aquellos caballeros a curar, que era harta la necesidad [que] tenían de ello; el palacio y casa se limpió de la sangre y cuerpos muertos, los gentiles fueron quemados y dada sepultura a los cristianos; los heridos se curaron, y los que se habían cautivado se pusieron a recado para averiguar el negocio cómo había sido. Fueron los gentiles muertos mil y quinientos y quinientos presos y heridos; de los nuestros murieron cuatrocientas personas y ubo vien seiscientos heridos. Aquellos señores capitanes y gobernadores pacificaron la ciudad, que andaba ya toda puesta en armas.

Y de allí a tres días, que ya el Emperador estaba fuera de peligro y aquellos príncipes <sup>[f. 335r]</sup> se lebantaban, se averiguó el caso de esta suerte. Sacaron cien hombres de aquellos que había[n] cautivado y, aunque a los principios se dexaban antes desmembrar que contar nada de lo sucedido, al fin vinieron a confesar el caso diciendo:

—Sabed, perra y cristiana compañía, qu'el gran Sofrasto, de la Persia supremo emperador, mandó a dos mil caballeros unos, de los más para poco que en su campo tenía, que viniésemos a dar muerte al Emperador y Emperatriz, y a su hija Brisaida, y a unos orgullosos capitanexos ponentines (del allá de España) que aquí entre nosotros por gente velicosa son tenidos; para que, enerbando vuestras fuerças y matando o cautivando vuestras cabeças, lo restante de los imperios con facilidad al supremo yugo de nuestra monarquía fuesse reducido.

Llegamos a vuestros puertos con felicidad y próspera fortuna; con valeroso ánimo, cuando pusimos el pie en tierra barrenamos nuestros bacales, para que la falta de la esperanza de la vida nos hiciesse más vriosos combatientes. El tiempo, la noche, la escuridad, la menuda lluvia, el descuido y sueño, las guardas, todo nos fue favorable y próspero; comenzamos así en casa del Emperador como de esse diablo (o qu'es) que tiene el título de capitán de España. Felizmente matamos algunos con el mayor silencio que nos fue posible; mas, ¡ay!, ¡que al fin es mudable la Fortuna y barios son casi siempre los sucesos de la guerra! Sucedió, pues, que de casa de este capitán español salieron tres caballeros: los dos solos siendo muralla fuerte de los suyos defendieron su

casa baronilmente; el otro diablo (o que fue) fue siguiendo la derrota de nuestra gente por el palacio del Emperador. Al fin, ayudándoles todo el infierno vino el caso a redu[n]dar en el efecto que habéis bisto. El cómo no lo sabremos decir, mas que solo experimentamos el suceso.

Estraño caso, que dichas estas vrees y soberbias palabras se bolbió a todos los cien caballeros y, delante de todos, el sangriento bárbaro les hiço este raçonamiento:

–Ya sabéis, balerosos unos, cuán esclarecida á sido siempre la balerosa fama de vuestras açañas rigurosas y a cuántos enemigos de nuestra república vuestras indomadas manos an dado la muerte, y cuánto más bale morir con onra que desonrados vibir. Vien sabréis la traça del juramento <e>scitano en tiempo de tanta tribulación como este, por lo cual: ¡ca, balerosos compañeros, haced todos como yo, que vien sabéis que un onrado morir toda la bida adorna!

Y, diciendo esto, echa mano a la espada y todos le imitaron en el echo. Y, puniendo el pomo en el suelo, la punta al corazón apunta y, así, sobre ella se dexa caer, haciendo lo mismo <sup>[f. 335v]</sup> todos los demás, dexándonos admirados con el echo. Así murieron aquellos infieles bárbaros sangrientos. El Emperador fue cada día combaleciendo y mexorando en su salud, y todos aquellos caballeros; donde los dexaremos.

### **Capítulo 11. De lo que en la Isla de la Enamorada Corneria sucedió, y de cómo Feridano y Ardoniso se determinaron de venir y binieron a Constantinopla.**

Acabando de leer las cartas dejamos a Ardoniso y a su muy amada Belisandra en la Isla de la Enamorada Corneria, indo ya la ciudad y población con mucho aumento, así en hermosura de edificios como en multiplicación de nobilísimos moradores, en ella tan abundantes de riqueças y cosas de gustos que apenas havía qué desearse que no se allasse, y con mucha abundancia, en la isla. En ella pasaban sus amores Feridano y Taurissa y Ardonisso y Belisandra, con aquella nueba imbención de Cupido asta allí jamás oída, como en el capítulo antecedor d'este os dixere. Pues con nuebo regalo y amor

supo las nuevas de su ahijado Belisandra y de su próspera fortuna recibía nuevo contento.

Al cabo, pues, de 8 meses, llegaron a la isla unas naos españolas con gente para poblar las comarcas islas. Y con ellas vinieron las nuevas de cómo Sofraastro, príncipe de la <E>scitia, había de baxar con estraña puxança y poder contra el cristianismo, y que había nueva cierta que traía más de 60.000 hombres de pelea, y cómo para esta empresa iba por capitán de España<sup>cmlxxix</sup> (y aun<sup>cmlxxx</sup> se sospechaba que por general) el baleroso Príncipe de la Fe.

Pues estando un día Feridano y Ardoniso, Taurisa y Belisandra hablando en esto, Belisandra dixo:

–Cierto que me huelgo estrañamente del aprovechamiento y valor de Mexianico y que me olgase en el alma de saber cómo hijo es. Porque para ser tan muchacho y estarse aún en la adolescencia, qu'es en la flor de la edad<sup>1200</sup> (la cual es tan peligrosa y tan inclinada a mal<sup>1201</sup> que aun los religiosos moços tienen necesidad de aprobátisimos maestros, por ser como es edad en la cual no se puede averiguar ni saber de cierto qué es lo que de ella á de suceder), todos dan tan buenas nuevas de su virtud que da sumo contento y parece que tan buenas flores son ciertas esperanças del fruto que se espera.

–Así es, mi señora –dixo Ardoniso–, mas como son tan escondidos los caminos de los moços (que dixo el sabio<sup>1202</sup> que alla tres cosas difícilísimas, y que la cuarta que totalmente la ignoraba, que eran: el rastro que dexa el águila bolante en el ágil viento, y el que en la dura peña deja la culebra, y la nao en la mobedoras ondas del mar insano; y lo cuarto que totalmente afirma ignorar es el camino del barón en su mocedad<sup>1203</sup>), querría y mucho que Mexiano perseverase en la virtud; que, al fin, los deleites y la

---

<sup>1200</sup> **Ap. marg.:** «Cicero, in *Topicis*». Comienza con este parlamento un extenso diálogo entre las pastoras acerca de la juventud, basado enteramente en el apartado deidcado a la «*adolescentia*» en la *Polyanthea* de Nani Mirabelli (cf. ob. cit., s.v.).

<sup>1201</sup> **Ap. marg.:** «12, que. 1, c. 1». Se repite la misma apostilla para glosar la siguiente oración.

<sup>1202</sup> **Ap. marg.:** «*Proberviorum*, c. 3». Se refiere en realidad al capítulo 30.

<sup>1203</sup> **Ap. marg.:** «*Eclesiastes*, c.11». Se repite la misma apostilla para autorizar la siguiente oración.

mocedad cosas son de banidad llenas, por <sup>[f. 336r]</sup> lo cual es vien que se teman sus sucesos.

–Verdad es –dixo el baleroso Feridano–, que así le está mandado al moço: que se güelgue en su jubentud, mas que mire que traiga siempre el coraçón recto y camine por las sendas de la raçón, y que mire muy vien lo que hace, porque de todo á de dar cuenta a Dios. Y como edad en la cual se allan tantas imperfecciones aun el hablar mucho les es vedado a los moços, diciendo<sup>1204</sup>: «Mancebo, aun en tu propia causa, quando fuere menester, habla poco, y calla en el consexo de los biexos». Y, así, les es mandado a los moços<sup>1205</sup> que sean suxetos a los viexos, todo dando a entender cuán peligrosa es aquella edad y cómo es vien que con fuertes muros de buenos consexos sea amparada y defendida, porque las ocasiones y tentaciones en ella suelen ser de mucha eficacia.

–Es tanto –dijo Belisandra– que, como suele ser el fuego amado<sup>1206</sup> y deslucido con la leña verde, así la saviduría en la mocedad con las tentaciones de aquella edad suele no dexar dar claros lustres de sus rayos, si no es que con mucho trabaxo, estudio y oración sea soplado, para que d’esta manera muestre su luz. Y así la mocedad está muy becina a muchas caídas<sup>1207</sup>, porqu’es aquella edad abrasada con encendidos fuegos de apetitos sensitibos y suelen mirar más las cosas de su contento que las de la raçón. Y aun en las cosas de letras más miran<sup>1208</sup> la pintura y retórica y gallardas flores del estilo que las cosas sólidas y de provecho; que en aquella edad más gustan de ser esparcidos de ojas y flores que enriquecidos con fruto.

–Aora pues –dixo Taurissa–, no pongan tan despoxada de virtud la mocedad, que yo me acuerdo haber leído que muchos moços an excedido en virtud a muchos viexos<sup>1209</sup> y que muchas veces la mocedad virtuosa lleba la palma a la descuidada

---

<sup>1204</sup> **Ap. marg.:** «Eclesiasitici, c. 32».

<sup>1205</sup> **Ap. marg.:** «Petri, c. 5».

<sup>1206</sup> **Ap. marg.:** «Jheronimus, *Ad Nepontianum*».

<sup>1207</sup> **Ap. marg.:** «S. Ambrosius, *De viduis*, lib. 1».

<sup>1208</sup> **Ap. marg.:** «S. Chrisostomus, in prologo super Matheum».

<sup>1209</sup> **Ap. marg.:** «S. Bernardus, ad *Thebaldum militem*».

bexez, y que, así, estaba mandado que no fuesse menospreciada la jumentud vien inclinada y que la venerable vexez no consistía en número de años, mas en muchedumbre de merecimientos. Y, así, poca diferencia ay del que tiene costumbres de niño a los niños y el moço qu'es cuerdo del más anciano y viexo<sup>1210</sup>; supuesto qu'el niño de cien años es maldito<sup>1211</sup> y el moço virtuoso con dibinos loores estimado. Y, si no, vean vuestras grandezas dónde se alló más virtud: ¿en Saúl moço o después de viexo?, ¿en el niño Daniel o en los viexos criminosos que acusaron a Susaña? Y aun el filósofo dice que los moços no son de malignas costumbres, porque aún no an visto los malos caminos del pecado<sup>1212</sup>; «y este es gran mal –dixo Séneca<sup>1213</sup>–, que queremos tener autoridad de viexos y somos peores que los mancebos y aun que los niños». Así que me parece a mí que las canas del hombre son las virtudes.

–Todo esso es verdad, mi señora Taurisa –dijo Belisandra–, mas con todo esso no se deroga lo dicho por estos caballeros, porque vien sabe vuestra grandeça que no bale el argumento de particular a unibersal: vuestra grandeça trata del moço virtuoso en particular, nosotros de la mocedad y sus inclinaciones en común. De la que dixo el mismo Séneca que era justo se gobernase con particular regimiento la furiosa mocedad<sup>1214</sup>, y dixo que con facilidad oían los moços<sup>1215</sup> [f. 336v] ruines consexos. Y de aquellos que decía Licurgo<sup>1216</sup> que los moços no se habían de criar en las plaças sino en el campo, para que los primeros años de su mocedad no los gastasen en sensualidad, mas en toda buena obra y onesto trabaxo; para que no se hiciesen dormilones y viviessen sanos y ágiles para cualquiera obra. Y de los qu'el mismo Séneca<sup>1217</sup> dixo que

---

<sup>1210</sup> Ap. marg.: «Aristoteles, lib. 1, *Ethicorum*».

<sup>1211</sup> Ap. marg.: «Esaie, c. 65».

<sup>1212</sup> Ap. marg.: «Aristoteles, *Retoricorum*, lib. 2».

<sup>1213</sup> Ap. marg.: «In epistola 110, *Ad Lucium*».

<sup>1214</sup> Ap. marg.: «Seneca, in *Octavia*».

<sup>1215</sup> Ap. marg.: «Seneca, Tragedia 8».

<sup>1216</sup> Ap. marg.: «Diogenes Laercius, *De vitis filosoforum*».

<sup>1217</sup> Ap. marg.: «Seneca, tragedia 8».



en mucha mocedad que se allaba poca fidelidad; de la cual dixo Cicerón<sup>1218</sup> que se havía de procurar de les quitar todo carnal deleite y exercitarse en trabaxos corporales y espirituales, para que así en la guerra como en la paz se manifestase<sup>cm1xxx1</sup> su maña y destreça; y de ellos dixo que les era propia la brabeça y arriscamiento, y a los biexos, la prudencia<sup>1219</sup>. Y de ellos dixo Omero<sup>1220</sup> que eran beloces<sup>cm1xxx2</sup> en su actos, mas que eran de flaco consexo, y en otra parte dijo: «Siempre los moços disparatan y hacen mocedades»<sup>1221</sup>. De quien dixo Píndaro, Oracio, Obidio, Jubenal y Plauto<sup>1222</sup>...

–¡O, o, por amor de Dios –dixo Taurisa–, señora prima, que lo dexé vuestra grandeça! ¡Que nos traerá más autores qu'en la leyes conubiales! Tira, que lo sea como vuestra grandeça mandare. Y, en lo demás, Dios le dé <a> aquel niño la próspera y feliz bentura que nosotros le deseamos, con mucho aumento de estados.

–Una cosa –dixo Feridano– é estado pensado.

–¿Y qué es, mi señor? –dixo Taurisa.

–Que sería bien, respondió Feridano, que mi primo Ardoniso y yo nos allásemos en la guerra que agora espera la cristiandad, porque a las lanças [y] golas de que andamos adornados combiene la defensión de la fe y de la Santa Madre Iglesia contra los infieles que la quisieren enoxar o perturbar. Y también beremos aquel angelito y, juntamente con esso, podremos dar una buelta a España y visitar nuestros deudos. T después, siendo Nuestro Señor servido, nos podremos bolber a esta nuestra isla.

–Sea así –dixo Ardoniso–, si estas ilustres princesas son servidas de nos dar licencia.

---

<sup>1218</sup> **Ap. marg.:** «Cicero, lib. 1, *Oficiorum*».

<sup>1219</sup> **Ap. marg.:** «Cicero, *De senectute*».

<sup>1220</sup> **Ap. marg.:** «Omero, in *Iliados*».

<sup>1221</sup> **Ap. marg.:** «Omero, in *Odise*».

<sup>1222</sup> **Ap. marg.:** «Oracio, in *Arte poetica et in epistola 2, lib. 1, Ad Lolium, et in Epodo, ode penultima; Ovidius, in Epistola Phedre ad Ipolitum; Jubenalis, Satira 13; Plautus, in Bachilides*». Terminan aquí las fuentes tomadas del apartado dedicado a la «*adolescencia*» en la *Polyanthea* de Nani Mirabelli. No hemos logrado esclarecer la procedencia de la referencia a la epístola segunda de Horacio, que no aparece en el citado repertorio.

–Yo, por mí –dixo Taurisa–, determinado tengo de no dejar ir al señor Feridano, y si quisiere porfiar, a fe mía que me á de llebar consigo; no piense que tengo de padecer otro trago tan amargo de ausencia como el pasado.

–En mi verdad, mi señora –dixo Belisandra–, que no quería yo hacer tanta merced a este mal hombre como essa. Mas pues vuestra grandeça en esso se determina, yo digo lo mismo, con tal condición que en todo el camino no an de conceder don a doncella ni caballero ni a otra persona alguna sin nuestra licencia y que, acabada la batalla, nos bolberemos a esta nuestra isla con toda la vrebiedad posible.

–Todo se hará, ilustrísima señora mía, como a vuestra grandeça le pareciere –dixo Ardonisso–, que ni en esso ni en lo demás nos saldremos un punto de vuestro soberano mandamiento.

–Y si nos emos de determinar –dixo Feridano– en ir , es menester començar a dar luego orden así en las cosas de la isla como en las de nuestra partida, porque de aquí a cuatro meses o cinco a más tardar nos emos de allar en las constantinopolitanas riberas.

–Pues, ¿y cómo emos de ir –dijo Belisandra–, señor Feridano?

–¿Cómo, mi señora? No sé, por Dios; essas cosas de conciertos de caminos allá Ardonisso lo concertará. Lo que fuere de mi oficio, qu'es servir a vuestras grandeças con este vraço y diestra, descuiden, asta perder la vida.

–Pues bien –dijo Belisandra <sup>[f. 337r]</sup>–, ¿cómo os parece, que se á de hacer esta nuestra jornada?

–A mí me parece, mi señora, que es muy mexor ir a la ligera que con aparato, por muchas conveniencias que para ello ay. Y, así, haremos una fragata todo lo ligera y fuerte que nos fuere posible y en ella, solos los marineros y criados que para nuestro servicio fueren menester; que puestos en Constantinopla todas las cosas necesarias tendremos con mucha abundancia, pues están allá el príncipe y Esmerida y Libertina. Y este es mi parecer y lo que más combiene.

–Aora pues, señor Ardonisso –dijo Feridano–, téngase vuestra grandeça por encargado de esse negocio, que no es justo que faltemos a una jornada tan importante y onrossa como la que se espera; que en lo que toca a armas y caballos y la munición de guerra que fuere menester déjeme el cargo.

Con esto se apartaron a hablar como acostumbra[ba]n Feridano y Taurissa y Ardoniso y Belisandra. Y, estando solos, Belisandra dixo a Ardonisso:

–Decí, mi señor, ¿y es verdad que os determináis de que se haga esta jornada?

–En verdad, mi señora, que me parece –dijo Ardonisso– que nos combiene el hacerla por muchas causas. Y era menester aunque no sea por otra cossa sino por el bien, concierto y orden d'estas islas y reino; que supuesto, mi señora, que no havéis de tener sucesores en él, es justo se dé el orden que más convenga en la sucesión de ellos.

–Solo temo, señor mío –dijo la bella Belisandra–, no os suceda algún daño, o en el peligroso camino de la nabegación o allá en la guerra. Porque decidme, Ardoniso mío, ¿qué aría vuestra Belisandra si bos sin ella muriéssedes?

–De esso bibe vien seguro Ardoniso– dijo Ardoniso–, de que no morirá Belisandra sin él.

–¿Y esso cómo? –dijo Belisandra.

–Porque nunca Ardoniso podrá saber que Belisandra es muerta<sup>cmlxxxiii</sup> quedando él con vida.

–Yo os doy mi palabra –dijo Velisandra–, mi bien, que si no ubiera más de una muerte que fuera la corporal, que hiciera lo mismo Belisandra; mas temo mucho la muerte del alma<sup>1223</sup>, y esta me haría detener en esse echo. Y más que siendo muerte boluntaria y desesperada vien sabéis, señor, que se llamaría ya muerte *j<e>henalis* o del infierno, la cual es muerte perpetua sin esperança de vida, que tanta raçón es que se tema y evite todo lo posible.

---

<sup>1223</sup> **Ap. marg.:** «“Mors est 3: corporales, spirituales et jhenales”, *De penit. dis. ult. in fine*». *Decretum Gratiani*. El presente pasaje sobre la muerte y sus respectivas apostillas se basan en el apartado correspondiente a este concepto en la *Polyanthea* de Nani Mirabelli (*cf. ob. cit., s.v. «mors»*).

–Pues, mi señora –dijo Ardoniso–, la muerte corporal a todos es común<sup>1224</sup> y ninguno ay que de sus manos se libre, y así no menos estamos sugetos a ella aquí en la isla que en cualquiera otra probincia adonde bamos.

–Verdad es, mi señor, mas los peligros y ocasiones vien es que se eviten, porque temeridad sería pudiendo uir en tiempo de peste estársela aguardando solo con bana confiança, o meterse en la mar en tiempo de tempestad manifiesta y otras cosas d’esta manera, las cuales es muy vien que se eviten.

–Todo esso es verdad –dixo Ardonisso–, mas supuesto, mi señora, que bos is conmigo, no temo muerte ninguna, que lo que para mía fuera muerte y desavridísima fuera el ausencia<sup>1225</sup>; pues muerte y ausencia se comparan, y no con poca propiedad. Mas pues bos, alma mía, habéis de ir allá y mi bienabenturança consiste [f. 337v] en sola vuestra presencia, dondequiera, mi señora, que bos estuviéredes aí será mi bienabenturança y gloria.

–Ardoniso mío –dixo Belisandra–, si bos quisiéssedes contentaros con lo que yo os digo, yo os querría aún mucho más de lo que os amo, aunque no sé si en mi amor cabe o puede ser allado aumento.

–Aora, mi alma –dixo Ardonisso–, ¿cómo que siempre habéis de estar en esta vuestra errónea opinión, pensando que la falta de los actos amorosos an de aumentar boluntad? ¿Bos no béis, mi señora, qu’es decir que quiten la leña al fuego para que arda?

–No tenéis raçón, mi Ardoniso, que vien sabéis bos que un excelente acto suele ser engendrar hábito, lo cual algunos remisos no son suficientes para hacer, sino es que sean<sup>cmlxxxiv</sup> muchos en número. Y, así, un excelente acto de amor que, viendo que bos hacéis lo que yo os pido solo por darme contento (perdiendo bos de vuestro contento), yo haría, sería eficaz y suficiente para engendrar en mi ánima un hábito de amaros, el

---

<sup>1224</sup> **Ap. marg.:** «*”Mors corporalis omnibus est comunis”*, 13, que. 2, in *Eclesiastico*». *Decretum Gratiani*.

<sup>1225</sup> **Ap. marg.:** «*Mors et absencia aequiparantur*, glo. in c. “*si delega*”, *De offi. delega*, lib. 6, in verbo “*abesse*”». *Extravagantes communes*.

cual ya sabéis cuán más perfecto sería que esos remisos actos que vos decís que deseáis que yo haga.

–Yo, mi señora –dijo Ardoniso–, lo primero, no querría que los actos que pido se hiciessen con remisión; lo segundo, claro es que los actos espirituales con los temporales y corpóreos se vibifican, animan, esfuerçan y lebantán, lo cual todo aún con muy mayores veras se verifica en los actos de amor que en los demás.

No sé qué fue la caussa que Ardoniso cercenó la plática y con una ternura de regalado amor pidió a su Belisandra el amoroso labio tocarse al suyo. Lo cual ella, aunque con alguna repugnancia, hiço tiernamente y con tanto amor que, derretido en él, Ardoniso se quedó en sus amorosos braços casi sin sentido, goçando aquellos dulceçillos que mediante los labios el amor suele comunicar a las almas a él rendidas. Así estubieron un rato los dos amantes en aquellas burlas de amor (para mí –dice Nictemeno– inteligibles), y mil ternuras y niñerías se decían.

Mil cosillas pasaron amorosas asta que, entrando a casso no sé qué doncellas, ubo de dexar Ardoniso el tierno beso y a las beras bolbió disimula[n]do; reprehendiéndole, aun con todo esso, de poco recatado su pastora. Por no ser mi intención –dice Nictemeno– escribir en particular estos metafísicos amores de estos príncipes, dexo y cerceno mil cosillas vien curiosas y particulares que en esta plática pasaron estos amantes, y solo pasaré con la istoria adelante. Que fue que el buen Ardoniso començó luego la forxa y formación de la fragata, que por haver sido tan particular y pocas veces vista diré su echura como testigo de vista, que en ella entré muy muchas veces en las costas de Constantinopla y España.

Ella tenía la misma traça que una galera, con la proa y popa de aquella echura, la gruxía y mástiles y antenas de la misma traça, salbo que era de alto vorde. Y veinte y cuatro remos que tenía, doce de banda, con sola una mano en una artificial rueda se movían, con tanta fuerça y presteça <sup>[f. 338r]</sup> como si balerosos remadores las mobieran. Tenía en popa echo un castillo de estremada echura; este dicen que hiço (y aun que de particulares gracias dotó) una sapientísima muger llamada Zarana que havía venido a morar a la isla y era particular aficionada de Belisandra. El castillo jamás se supo de qué materia era, solo parecía en el color ser de finísimo oro y muy vien bruñido; las almenas

parecían ser echas de diamantes o lucidísimo cristal. En la cumbre d'él o zimera estaba un heromsísimo león, al parecer también de fino oro, que tenía en la presa un escudo con unas armas, que eran las que diximos ser de Belisandra y Ardonisso. Y por las almenas se mostraban algunas banderolas y gallardetes de estremada perfección y bordadura.

Entre otras cosas que tenía de mucho ingenio, la una era que se podían cambar belas a la parte que quisiessen por sobre los mástiles, sin ningún peligro y con tanta presteça que apenas era mandado cuando ya estaba puesto por obra. Y traía dentro ciertos ingenios militares tan curiosos y fuertes que había de ser muy fuerte la nao o galera que resistiese y demasiadamente ligera la que se le escapase. Y con ciertas cuiertas calafeteadas que traía podía ser cubierta de las insanas ondas del mar airado, mas no anegada ni undida, porque tenía cuatro quilas y, así, a cualquiera parte que se bolcaba quedaba de la misma manera. Este baso se acabó dentro de siete días por el ardid y traça de la sabia Zarana, ayudándole al edificio y fábrica de ella, según se entendió, muy buenos barqueros de aquellos de la negra banda (de Aqueronte compañeros); los cuales, apremiados con la eficacia y fuerça de la maga, hicieron el admirable basso, probeyéndole de todas las cosas necesarias para su servicio.

Y otra cosa tenía tanvién muy estremada y buena, y era que tenía tres clavixas con los nombres de Asia, África y Europa, y en el espacio de cada clabixa estaban todos los mares promontorios y puertos de aquella probincia, y no era menester mas de bolber un clavillo de oro, que en la clavixa estaba fixo, al puerto o probincia donde querían caminar, y no era menester más leme o gobernalle. Y, cuando faltaba el biento, los remos que con la rueda se mobían bogaban con tanta fuerça que no abía nao tan ligera en el mundo, aunque le bentasse fresco viento, que a todas belas se le escapasse o, si uía, [no] le diesse caça.

Acabado este barco, que fue en el mes de março, a 11 d'él y diez y nueve años puntualmente después que aquellas pastoras allí había[n] llegado (tiniendo ellas de edás catorce <sup>[f. 338v]</sup> cuando a ella vinieron, tiniendo Feridano y Ardoniso poca más edad que aquellas princesas), dejando por gobernador de las islas a un deudo y muy cercano de Feridano llamado Bladato, o el Caballero de las Cinco Mesas (que así era llamado aquel buen caballero), y un sobrinito de asta doce años de Belisandra que había como cuatro

que a la isla se le habían traído, llamado Belisandrino por amor de su tía, al cual hicieron aquellos príncipes jurar por príncipe de aquellos estados, se embarcaron a las 8 de la mañana, víspera de san Gregorio Papa, Feridano, Ardoniso, Taurisa, Belisandra la Bella, Acursia y Verarda, y dos enanos de servicio (el uno llamado Cassio y el otro Lúteo), y solos dos marineros, industriados ya en lo que habían de hacer por la sabia Zarana.

Los llantos que ubo en la isla a la partida de aquellos caballeros y de aquellas princesas, el sentimiento de todos los basallos, fue cierto notable. Y, así, salieron con ella acompañándolos más de cincuenta nabíos de alto borde, todos llenos de caballeros y gente principal que quisieran arto los dejaran ir con ellos asta ponerlos en el constantinopolitano puerto que deseaban. Mas habiendo andado como seis leguas, ya engolfados en alta mar, a aquellos caballeros les pareció tiempo de despedir la gente. Y, aunque se les hiço de mal, viendo que era aquella su boluntad lo ubieron de hacer, haciéndoles todas las naos una hermosa salba de sonora música y varios instrumentos; y quanto con mayor tristeza tocaban los músicos, tanto más hermosamente resonaban los ecos por las ondas.

Con esto, lebantando en el nabío belas (qu'él la fragata del Castillo de Oro fue llamado) y mobiéndose a compás los remos, en un punto pareció caudal águila que iba rompiendo el ágil viento, que así desapareció de delante de los ojos de los del armada, que quedaron espantados de ber su lixereça. Y ellos, con tardo mobimiento por serles el biento contrario, se bolbieron a la isla. Mas la fragata del Castillo de Oro iva caminando, llebando puesta la clavixa, al puerto constantinopolitano con prosperísimo viento y tiempo, cual se podía desear; indo aquellos príncipes en una muy hermosa sala del castillo abiertas las bantanas, desde la cual gran parte de las saladas o[n]das descubrían. Y iban todos cuatro parlando en muy buena conversación, siendo ya el tercero día que de la isla habían partido, y por desenfadarse tomaron los instrumentos. Y, indo tañendo y canta[n]do, uno de los enanos dixo a Feridano:

–Señor, velas de moro veo, y paréceme que son cuatro galeras.

–Dame mi armas –dixo Feridano.

Y también <sup>[f. 339r]</sup> pidió Ardoniso las suyas, y los instrumentos de guerra se començaron a preparar. Lo que sucedió se os dirá a su tiempo, que me están llamando a mucha prisa en Constantinopla.

## **Capítulo 12. De lo que el Príncipe de la Fe hizo en este tiempo en la corte y de una estraña aventura que a ella vino.**

Bien se os acordará el bárbaro y sangriento echo que los <e>scitas cautibos cuando confesaron su delicto en la constantinopolitana plaça hicieron, y cómo aquellos caballeros se quedaban curando, y el Emperador y Emperatriz aún en la cama (aunque fuera ya de peligro, por el mucho cuidado que la discreta Esmerilda en su cura había puesto). Al cabo de cuatro o cinco días después de la muerte de los <e>scitas, el Emperador se levantó y, con una ropa de martas, con <e>scipión en la mano, mandó llamar a los grandes del imperio. Y cuando los tubo juntos les començó a decir d'esta manera:

–Al príncipe combiene, amados caballeros míos, ser fuerte, justo, sebero, grabe, magnánimo, largo, vienechor y liberal, manso; a todos benigno y justo para todos; a ninguno á de mostrar baxeça ni por amistad hacer agrabio a nadie; tardo para enojarse; inclinado a clemencia; en las cosas adversas constante, en las cosas prósperas cauto; aprovechar a todos y no agrabiar a ninguno. Todas estas cosas es vien que resplandezcan en los príncipes, como aquellos que tan obligados están al aprovechamiento de sus repúblicas y buen exemplo de sus basallos; mas paréceme que lo que agora más nos combiene mostrar es ánimo y balor en las cosas adversas<sup>1226</sup>, con aquella constancia de ánimo que a nuestra imperial persona combiene, sin mudar el rostro a los barios sucesos de Fortuna. Como aquel L. Anio Antonio, de quien se dice que jamás fue poderosa Fortuna para le hacer arrugar la frente; porque no solo a la adversa fortuna es vien que se le muestre este ánimo<sup>1227</sup>, pero a la totalmente contraria

---

<sup>1226</sup> **Ap. marg.:** «Cicero, 2, *Officiorum*». No hemos localizado la fuente para esta digresión sobre la adversa fortuna y sobre la clemencia, de la que podrían proceder asimismo sus respectivas apostillas.

<sup>1227</sup> **Ap. marg.:** «Eutropius, *De gestes romanorum*, lib. 8». Se refiere a Annius Antonius Verus, del que, efectivamente, se habla en la referencia proporcionada.



es bien que se resista<sup>1228</sup>. Y esta es la verdadera magnanimidad y fortaleza de la cual estaba adornado Marco Antonio filósofo, pues siempre contra Fortuna mostró esta severidad de rostro y inmutabilidad de ánimo<sup>1229</sup>.

Ya sabréis las malas maneras y traças, los biles modos y ardidés con que el príncipe Sofrastró de la <E>scitia procura su bengança, habiendo procurando los suyos con una tan gran traición quitarnos la vida a la esclarecida Emperatriz mi muger y a mí. Lo cual sin dificultad ninguna fuera echo y executado si no fuera por el bienabenturado Caballero de la Fe, capitán de España, y por su baleroso hermano Camilo; a los cuales no menos que la vida y imperio les debemos, haciendo en aquella noche cosas tan azañossas que su fama quedará eternizada por el mundo.

Y aun qu'es verdad que a los príncipes nos combiene la clemencia [f. 339v], como cosa que más con nuestros basallos nos acomoda y que con mayores alabanças las gentes lebantán (porque de ninguna manera combiene la bengança al príncipe<sup>1230</sup>, porque aunque sea justa dirán qu'es cruel), así que al príncipe le conviene ser perdonador de sus propias injurias; qu'esta es verdadera clemencia, perdonar mis agrabios propios muy mejor que los ajenos. Y como es cosa tan de príncipes perdonar (porque ni se á de hacer mal al que poco puede<sup>1231</sup>, ni estimarse el príncipe en tan poco que piense que sea menester mostrar su balor contra el injuriante) y esta clemencia conserba al príncipe para que no caiga en impaciencia o en otra afección de ánimo que le turbe ni incite a la bengança; y así la clemencia, qu'es parte de la justicia<sup>1232</sup> (porque en esto se distingue de la misericordia, tomada desnudamente), es bien que siempre en nosotros resplandezca.

Por lo cual estoy determinado, si a todo este consistorio parece, de los <e>scitas cautibos que an quedado vivos dalles libertad y perdón general; y, en lo demás, solo

---

<sup>1228</sup> Ap. marg.: «Cicero mesino, *Episto. fami.*, lib. 5 et 1, *Oficiorum*».

<sup>1229</sup> Ap. marg.: «Jelius Capitolinus, *De Marco Antonio*».

<sup>1230</sup> Ap. marg.: «In *Epistola Antonii ad Faustina* et Vulcatius Galicanus, in *Vita Avidii Casii*».

<sup>1231</sup> Ap. marg.: «Seneca, lib. 1, *De clemencia ad Neronem*, c. 20 et 21, in prin.».

<sup>1232</sup> Ap. marg.: «Sic, per Lucam de Pen. in l. duos, 1, col., c, *De susceptor et archa*, li. 10». Luca de Penna y ¿Juan de Platea?

aguardar al enemigo, sin más procurar vengança d'este echo. Ved, caballeros, qué es lo que os parece.

Todos aquellos caballeros remitieron los botos a mi amo Priscilano, que como os dixé siempre se allaba en consexo. Y, aunqu'él se escusó y hiço de rogar, al fin, puesto en pie y tornándose a sentar, aunque descubierta, començó a decir:

–Pues me mandas, sacro Emperador, que lo que en esto siento delante de estos príncipes proponga, bien se entiende que injuria es cosa echa contra derecho<sup>1233</sup> y, así, injuriar a alguno es hacerle daño o agrabio contra su boluntad<sup>1234</sup>, sabiendo qu'es contra ella. Y, así, según Vulpiano, injuria maldad es y injusticia, porque cuando alguno dixo alguna cosa injustamente claro es haber dicho injuria<sup>1235</sup>, qu'es cosa no justa. Y, así, de dos maneras se hace la injuria: o por palabra o por obras; por palabras cuando decimos alguna palabra fea y por obra cuando ponemos las manos en el próximo.

Y ay algunas injurias que es muy bien que se perdonen y acto heroico y meritorio, mas otras ay qu'el dexallas sin justo castigo sería ilícito; como la injuria echa a la Iglesia, la cual aun el Santo Padre no puede remitir o dejar sin castigo<sup>1236</sup>. Y cuando alguno la tal injuria á echo a la Iglesia, puede cada uno salir a la bengança o castigo de aquel que la injurió<sup>1237</sup>. Y también no es bueno dejar al sobervio salir con su interés o sobervia ni se le á de remitir la injuria asta que se humille y reconozca<sup>1238</sup>, porque dejar las injusticia sin castigo es gran baxeça de ánimo en los príncipes.

---

<sup>1233</sup> **Ap. marg.:** «14. que. 4, c. “quid dicam”». *Decretum Gratiani*. La siguiente disertación sobre la injuria está basada casi en su totalidad en el apartado de la poliantea de Nani Mirabelli dedicado a la «iniuria» (cf. ob. cit., s.v.).

<sup>1234</sup> **Ap. marg.:** «Aristoteles, lib. 5, *Ethi. et Reticorum*».

<sup>1235</sup> **Ap. marg.:** «ff. de iure iur. l. 1; de re iu., l. cun[...]; et glo. in c. ultim. *De injuris et dan[...]*, in verbo “ignorant[...]”. *Decretales*.

<sup>1236</sup> **Ap. marg.:** «Glos. in *Extrabaga[...]*, Io. 22, Una. “Ne sede bacante...”, in verbo “injuriam”; et glosa c. 1, *De maledicis*». *Decretales extravagantes*, Juan XXII.

<sup>1237</sup> **Ap. marg.:** «Glos. in. c. “cum ilorum”, *De senten. excom. [...]*, pasus». *Decretales*.

<sup>1238</sup> **Ap. marg.:** «24, que. 4, si ilic». Parece referirse al *Decretum Gratiani*, pero no hemos conseguido localizar la cita.

Porque tres cosas ay que, aunque en el príncipe parece una misma, son muy distintas y apartadas, que son: remisión, misericordia y clemencia. Remisión es perdonar la pena devida por la culpa cometida, y esta es reprobada<sup>1239</sup> y por el derecho como ilícita condenada; y así esta remisión no se á de conceder a los que pecan si no es en aquellos cassos<sup>1240</sup> que por el derecho es concedido. Porque perdonando a los malos necesario es que se menoscaben y balgan menos los buenos (como dixo Salustio<sup>1241</sup>); y así los inocentes son traídos al tormento<sup>1242</sup>, porque los malos con la esperança del perdón<sup>1243</sup> se hacen muy peores.

La otra es la misericordia, la cual se toma de dos maneras: la una es absolutamente compadecernos de los trabaxos [f. 340r], padézcalos cualquiera; agora sea bueno o malo el que los padece, agora padezca los trabaxos justa o injustamente. Y esta misericordia no es buena, porque ni con la boluntad se enfrena ni se sujeta a la raçón; porque la justicia tiene por objecto<sup>1244</sup> el mérito y la misericordia, la miseria. Porque siempre se á de conserbar en medio de la justicia la misericordia y en medio de la misericordia la justicia, que este es el oficio del príncipe; así que siempre á de tener el peso en la mano: en la una balança á de estar la justicia y en la otra la misericordia. Y, quando el agrabio fuesse solo echo a la persona, bonísimo es el<sup>cmlxxxv</sup> perdonarle<sup>1245</sup>; mas, quando es echo contra Dios, el no tomar d'él justa bengança sería muy mal echo.

---

<sup>1239</sup> **Ap. marg.:** «in leg. “Si apparitor”, in fine c. *De coar.*, li. 12. ibi». Se trata de una referencia al *Corpus Iuris Civilis, Codex Iustiniani*.

<sup>1240</sup> **Ap. marg.:** «Justa notata in “si quis legatum” et “si patronus”, in glosa *impretrata* ff. “de Fal[sis]”». *Corpus Iuris Civilis, Digestorum*.

<sup>1241</sup> **Ap. marg.:** «Salustius in Jugurtin[e]».

<sup>1242</sup> **Ap. marg.:** «ex “in justa”, 23, que. [...]». *Decretum Gratiani*.

<sup>1243</sup> **Ap. marg.:** «c. “ut fame”, extra *De senten. excomun.*. *Decretales*.

<sup>1244</sup> **Ap. marg.:** «ad hoc. cxo c.23 c. sed ilud 44 s. Agusti. lib. 9 *De civitate dei*, c. 5 ff. de positorum l. *eleganter et iden labeo ubi bonus tex ff. de dolo c. 2 in fine ibi nulan in hoc. et in c. “si quis diaconus”, 50 distin*». Reconocemos que no hemos sido capaces de separar con claridad las referencias anteriores, algunas de las cuales se refieren indudablemente al *Decretum Gratiani*.

<sup>1245</sup> **Ap. marg.:** «Santus Chrisostomus super ilud Matheis: “qui dixerit frati suo...”».

Esto é dicho, sacro Emperador, ilustrísimos reyes, balerosossísimos príncipes y esforçados caballeros, para que se entienda que la traición qu'estos infieles an cometido á sido injuria echa contra Dios, pues los traidores infieles ninguna otra cossa procuraban sino destruir su dibina ley y mandamientos; á sido contra la Iglesia, pues con su infidelidad no procuraban sino quitar la autoridad al sumo Pontífice y a los ministros d'ella; á sido contra el Emperador nuestro señor y contra la Emperatriz, pues como a tales veíamos que les querían quitar las bidas; á sido<sup>cmlxxxvi</sup> contra todos nosotros, pues bemos que a todos nos procuraban la muerte, sin excepción de persona alguna. Anse de castigar como gentiles infieles, como traidores, como hom[i]cidas, como sacrílegos y como ladrones y robadores de nuestros bienes. Y así, me parece que amándolos como a próximos, con justicia los castiguen como a delincuentes.

Porque los reyes an de usar oficio de padres<sup>1246</sup>, que unas beces an de aconsejar con blandura, otras amonestar riñendo y otras reducir a los hijos castigándolos; aunqu'es verdad –dixo Priscilano– que más á de ser el temor reberencial que a los príncipes se á de tener qu'el castigo que sus basallos an de experimentar. Y no se á de entender por esta mi doctrina que los príncipes an de ser carniceros ni derramadores de sangre; antes la clemencia, como tengo dicho, á de resplandecer en sus obras, qu'esta es la que hace los reinos duraderos y estables según aquellas palabras de Aristóteles a Alexandro<sup>1247</sup>, que le dice: «¡O, Alexandro! Muchas beces te aconsexé y agora de nuevo te buelbo a aconsejar que guardes mi doctrina, la cual si la guardares alcançarás tu intento y tu reino durará por muchos siglos: mira que no seas derramador de sangre humana, porque esto a solo Dios combiene; no quieras, pues, usurpar el dibino oficio. Mira que te torno a decir que, en quanto te fuere posible, que te guardes de derramar sangre humana».

---

<sup>1246</sup> **Ap. marg.:** «Juan Faber, in *Breviario*, c. in l. 1, super verb. “clemencie nostre”, c. *De suma Trinitate et fi*; Bal. in c. 1, in verbo “imperialis clemeticie”; et Seneca, lib. 1 et 2, *De clemencia ad Nerone*».

<sup>1247</sup> **Ap. marg.:** «Arist. *Ad Alexandrum; De regimine principum*, c. “De regis justicia”». El segundo de los títulos se refiere a la obra de Egidio Romano. A la luz de la naturaleza de la apostilla anterior, es bien posible que también debamos atribuir la presente anotación al copista, por cuanto ambas constituyen referencias de amplia relación con el texto, no procedentes de la fuente secundaria manejada por el autor.

Porque aquel excelente doctor Hermógenes escribió: «Cuando la criatura mata otra criatura a sí semexante, todas las virtudes del cielo claman a Dios diciendo: “¡Señor, Señor, la criatura y el sierbo quiere ser semexante a ti!”. Y el dibino Criador responde: “El que matare morirá, dexame a mí la bengança, que yo les daré el pago”, y así todos los ángeles del cielo piden vengança asta que s’executa». Así que se an de guardar los príncipes de matar a nadie si no fuere con mucha rectitud y justicia<sup>1248</sup>, porque cuando así se hace son como ministros de Dios y, como tales, son executores de las leyes justas que disponen que los malos sean <sup>[f. 340v]</sup> castigados; aunque, como digo, siempre resplandeciendo en ellos la clemencia, la cual es virtud y parte de la justicia.

Así que, sacro Emperador, en que la cristiandad sea libre de un tan poderoso enemigo como es el <e>scita, en que tus imperios biban con tranquilidad, paz y quietud, usar<sup>cmlxxxvii</sup> as con ellos de mucha clemencia. Y, pues el medio para esta paz á de ser la guerra, y de nuestra parte es tan justificada y conforme a las dibinas leyes, es menester que luego con esta cristiana liga, echas las diligencias militares que combienen, se presente la batalla y campo al enemigo, baxando la cerbiz a los que con sobervia querien ser enemigos de la romana Iglesia y de sus hijos, los cristianos príncipes. Y d’esta manera sea ensalçada la sacrosanta fe de Nuestro Señor Jesucristo, y las cristianas banderas por toda la redondez de la tierra sean estendidas, redundando todo esto en onra y gloria de Nuestro Señor Jesucristo, el cual a todos los d’este sacro Senado conserb’en en su santísimo servicio. Y este es, sacro Emperador y ilustrísimos príncipes, mi parecer.

Condenando a muerte el Emperador a aquellos traidores (lo cual era tan justo que así se hiciesse), se cerró el consexo con determinación de ir a vuscar al enemigo, a lo menos de les salir al encuentro y camino. Acabando de salir del consexo todos aquellos caballeros, el Emperador dixo que otro día quería nombrar capitán general del imperio, que a las 8 de la mañana se allasen todos en la sala.

Con la hermosísima Brisaida había estado aquella noche el Príncipe de la Fe, con su acostumbrado contento y gloria, como aquel que tenía la más hermosa, la más

---

<sup>1248</sup> **Ap. marg.:** «c. homicidas, 23, q. 5 et Mathius, de alectis, in *Constit. Regni Sicilie, in constitucione terminum vite q., notabili, nu. 6*». La primera cita remite al *Decretum Gratiani*, mientras la segunda referencia parece señalar el *Liber Constitutionum Regni Siciliae* o *Liber Augustalis* (s. XIII); sin embargo, no hemos sido capaces de localizar la cita.

principal y la más amorosa muger que había en el mundo por esposa. Mas con todo esso aún no estaba vien sano de sus heridas, ningún probecho le havían echo aquellas burlas amorosas, y así se le havía acrecentado el dolor en algunas de ellas y tenía un dolorcillo de cabeça que le havía causado el no se haber lebantado ni alládose aquel día en consexo de guerra.

Mas, como a las diez y media o a las once del día, yo estaba –dice Nictemeno– delante de la puerta de su cuarto (porque me había mandado que le guardasse el sueño y no dexasse entrar a nadie asta qu’él llamasse), cuando la hermosísima Camiliana (en Camilo disfrazada), vestida de rúa, con su turbante en la cabeça y unas planchas de plata debajo de una ropilla de vrocado azul, que llebaba con un grigiesco de lo mismo y una media de seda blanca de muy buen punto, me dixo:

–¿Qué se hace, Nictemeno?

–Aquí estoy, mi señor –dixe en lengua española–, guardando el sueño al capitán mi señor, que me dixo esta mañana que se había allado con dolor de cabeça y que tenía enconadas algunas de las heridas.

–Pues ya es tarde –dixo Camilo–, quiero entrar a ber cómo se alla.

–Vaya vuestra grandeça –dixe yo–, que a vuestra grandeça no tengo yo que decirle mire por su salud.

Con esto se entró en el aposento, y antes que llegásemos a la última puerta dixo el príncipe:

–¡Ola, paxes!, ¿quién anda aí fuera?

–Yo soy, señor –dixe yo en boz alta.

–¡A, Nictemeno, andad! Llamadme a mi señor hermano el príncipe Camilo, que me haga su grandeça merced de llegarse acá.

–Aquí estoy, señor –dijo Camilo.

Y, con esto, entró en el aposento y, abriendo unas bentanas, quedando puestos <sup>[f.</sup>  
<sup>341r]</sup> los cristales en ellas, se llegó Camilo y como tal abraçó con estrecho abraço al

Príncipe de la Fe. Y, tomando una silla, se sentó junto a la cabecera preguntándole cómo se allaba; porque ya él sabía que aquella noche había ido al aposento de Brisaida y entendió poco más a menos que era la causa de su indisposición y dolor de cabeza. Y, así, le dixo:

–Señor hermano, no haga vuestra grandeça, asta que aya recuperado perfectamente la salud, estos excesos, que podría ser que nos costasse a todos caro. Mas lebántese vuestra grandeça, que no le hace provecho estar en la cama, y aunqu'es tarde almorçaremos. Y irnos emos a misa a la Madelena, que también se á lebantado nuestro tío tarde oy, el embajador, y entiendo que quiere ir allá, y aun pienso que quiere ir también el príncipe Luposeldo y su compañero Zulemo.

–Sea así –dijo el príncipe–, señor hermano, hágase como vuestra grandeça manda. ¡Ola, paxes! Dadme de vestir.

–Espere, hermano, por su bida, almuerce primero. ¡Nictemeno, a[n]dad, por vida vuestra, traednos de almorçar!

Yo, aunque soy así un simplicito –dice Nictemeno–, poco más a menos algo se me barruntaba del negocio, y así le hice traer al príncipe el almuerzo vien conforme a su necesidad. Y el príncipe, como era aguado, que jamás vebió vino en toda su bida, comía sanamente, y aun fue notado de ser algo comedor, a lo menos de frutas y conserbas; pero engañábanse, que realmente era temperalísimo y fue uno de los hombres que más tiempo sufrían la sed y el hambre de todos cuantos ubo en su tiempo.

Al fin, almorçaron la balerosísima Camiliana y él, y en acabando de almorçar le acabaron de dar de vestir. Y vistiosse de la misma manera que Camiliana venía bestida, salbo que en lugar del turbante llebaba un morrioncillo pelfudo pero muy fuerte, porque estaba todo ojetado de mallas de oro y puntas de diamantes. Y fue un paxe al cuarto del príncipe a saber si quería su grandeça ir a la Madalena; él envió a decir que sí, que ya se quería poner a caballo.

Y sabed que aquella noche la hermosa princesa Alexandra había dicho a Luposildo, aunque muy en secreto, cómo el Príncipe de la Fe estaba casado de secreto con la hermosísima Brisaida, de lo cual aunqu'él recibió espanto, como el caso lo pedía,

fue estraño el contentam[i]ento que recibió; porque realmente le quería y amaba tan tiernamente como si realmente entendiera quién era el príncipe y cómo era su hermano mayor (porque aunque no lo sabía siempre le tenía respecto como a tal).

Pues quedole aguardando, y, así, vaxaron el príncipe y la balerosa Camiliana, que en hermosura sin duda el uno y el otro en aquel hábito excedían a todos los hombres del mundo (y aun damas no eran cuatro las que con ellos podían entrar en competencia). Pues como baxaron al patio, Luposeldo recibió a Príncipe de la Fe con tanto comedimiento como si realmente fuera ya jurado <sup>[f. 341v]</sup> emperador de Constantinopla. Y, así, puestos a caballo todos cuatro, el príncipe Luposeldo dijo a un paxe: «Mira si baxa el Embaxador, qu'es ya tarde y estará aguardando Priscilano con la missa». En esto baxaba ya el buen embaxador y se puso en una acanea muy chiquitica, blanca como una niebe, y él, aunque muy onesto, muy galán (porque lo era el biexo, como ya os lo é dicho, cuanto se podía desear).

Y, así, indo delante el príncipe Zulemo y Camilo, llebaron en medio al buen viexo, y los dos príncipes, Luposildo y el de la Fe, fueron juntos detrás. Y, así, acompañados como quien ellos eran, se baxaron por la cerca de las damas que iba a parar al terrero, que por allí era el mexor y más brebe camino para la Madalena. Y, aunque había quedado cansadilla y contenta Brisaida, se quiso lebarar y adereçar aquel día como aquella que con tantas beras Amor faborecía, dándole nuebos lustres y contentos con sus dulcísimos regalos, los cuales con las enamoradas almas suele él comunicar por ancha bena de dulces pensamientos amorosos. Y, así, al tiempo del lebararse, desperaçándose con un amoroso mobimiento, enternecidos los labios y más el alma, dixo:

–¡Ay, mi bien y mi dulce esposo!, ¿cuándo con libertad podré, entrañas mías, al tiempo que te diere y me diere gusto lebararme de entre tus braços siendo el postre aídado en tu boca? ¡En mi ánima que te quisiera tener aquí, entrañas mías, y que me parece que [á] mil años, mi bien, que sin tu amorosa presencia me dexaste!

Con esto, dejando la cama, le començó a dar de vestir Medúsea. Y a fe que quisiera deciros la curiosidad, pulicia, limpieça y cuidado con que Vrisiada se bistió, mas por no ser prolixo lo dexo; solo diciéndoos que yo la bi aquel día (lo uno a la



bentana por la mañana y después a la tarde en nuestra casa), mas dexando su rara belleça aparte, que en esso no ay que tratar, yo os doy mi palabra que en mi vida me parece que vi dama tan bien adereçada, tan al descuido qu'es cierto que en toda ella no se podía notar la menor descomposición o defecto o impropiedad del mundo. Y que os doy mi palabra que la imbidia y murmuración que la perdían de vista y que ningún lugar les quedó a la una que decir ni a la otra que mal pensar.

Pues, acabando estaba de adereçarse en su retrete, a lo menos había poco que había acabado y estaba reçando las oras de Nuesra Señora, cuando la gente de los príncipes començó a baxar la calle abaxo. Y, como Medúsea se puso en una seloxía de plata y conoció la gente del príncipe mi señor, luego lo dixo a la princesa Brisaida; la cual con las oras en la mano se puso a la seloxía, estando junto a ella Medúsea. Y luego vino la hermosísima princesa Alexandra, la cual, como la bio a la bentana (que a caso se había quedado la puerta abierta), le dixo:

–¿Qué hace vuestra grandeça, mi señora? ¿Por qué á madrugado vuestra grandeça tanto?

–¡Buena está la reprehión! –dixo Brisaida–. Agora vuestra grandeça <sup>[f. 342r]</sup> sea muy bienvenida y mire qué buena jente viene la rúa abaxo.

–A esso vengo, mi señora, que cuando mi esposso se lebantó me dixo que quería ir a misa a la Madelena <sup>cmlxxxviii</sup> y me mandó que para cuando passase estubiesse aquí en las bentanas.

Y, con esto, estando un tantico apartada Medúsea, dixo Alexandra a Brisaida:

–¡Ay, mi señora! En mi ánima que me tiene no sé cómo <sup>cmlxxxix</sup> este español, y qu'es un grandísimo vellaçonaço, mas en mi verdad que tengo ya deseo de belle. Mas dígame vuestra grandeça cómo [le] ba con el Príncipe de la Fe, mi señor.

–¡Jesús, señora prima! ¡Vésole la caja de los dientes por la merced! ¿Y de cuándo acá essa crianças? El príncipe y yo somos muy servidores de vuestra grandeça, y a mí me ba arto mexor con él que a él comigo, qu'é sabido qu'esta mañana no se alló muy bueno.

–Eso sería de cansado –dixo medio riyendo Alexandra.

–Sea de lo que fuere –dixo Brisaida–, que de su indisposición me á pesado en el alma. Mas ¡mire vuestra grandeça qué bonitos vienen todos!

–Es cierto –dixo Alexandra– que si Camilo no fuera así afeminado del rostro qu'es una de las más bellas criaturas que é visto en mi vida. Mas paréceme friático para tratar con damas y espántome, siendo tan niño y delicado, ser tan estremado caballero.

–Yo no –dixo Brisaida–, que bástale ser hermano de mi esposo para que no le falte nada.

–Si por aí lo lleba vuestra grandeça, yo digo lo mismo y aun digo que basta esso para que le sobre todo y más. Qu'es cierto que si no fuera por él que la noche de la rebuelta que entiendo que ubiera muy mayor trabaxo, porque cosas dicen que hiço que cien caballeros no fueran suficientes para ello.

–A mí me lo dirá, prima, ¡que me bi ya con el alma en los dientes mil beces aquella noche! Y cosas vi hacer a los dos hermanos que parece que aun el entendimiento humano no las puede comprehender.

–Aora, mi señora –dixo Alexandra–, llamemos damas que entretengan un tantico a esos caballeros, y abramos las seloxías.

–Se' así –dixo Vrisaida–. ¡Ola, Medúsea! Llamás de essas damas, decí que se lleguen al terrero.

Ellas lo hicieron, y entre otras que vinieron una fue Libertina, que como sabéis era una sal, y el buen embaxador el biexo era muy su servidor, con aquella onestidad que conviene (que en lo que tocaba a amarla de beras ya os dixé quién era su galán). Pues, como las damas llegaron al terrero y abrieron las selogías, ya aquellos caballeros llegaban casi a igualar con las primeras bentanas. Y como el Embaxador llegó a la bentana en la cual estaba Libertina, en boz clara, distinta y alta le dixo:

–¡A, señor Embaxador!, ¿adónde llevás los niños? ¿No sabéis que ay por aquí muchos perdederos?

–*Prendederos*, mi señora –dixo el buen viexo–, sé yo que ay muchos, mas como es tan buena la prisión, con deseo de bellos presos en tan hermosas cadenas gusto de los traer por esta vienaventurança.

–A lo menos para bos, señor, esso es lo que más importa, vuscar essos buenos pasos.

En esto, una dama dixo a Camilo:

–¡A, señor galán! Sabed que en estos tiempos qu'es menester que los caballeros usen tan bien de amor como de rigor; no penséis que está toda la cosa en ensangrentar la espada en la sa[n]gre del enemigo.

–Pues yo, mi señora –dixo Camilo <sup>[f. 342v]</sup>–, como no puedo ensangrentar la lança en la banda enemiga, procuro ensangrentar la exterior en el enemigo.

–No os entiendo, galán –dixo la dama–, solo así al son de la boz digo que si es pulla que no balga y que en lo demás que Dios os haga tan venturoso en amores como os á echo baleroso en las armas. Aunque hablándoos la verdad, pocas beces se á bisto caballero moço y tan perfecto en hermosura que tenga tan pocas apasionadas.

–Yo vien sé –dixo Camilo– que deben de haber echado de ber que no soy formado a la imagen y semejança de Dios, sino a la de Adán.

–¿Cómo, cómo? –dixo la doncella–. En mi verdad que no os entiendo.

–Pues arto menos –dixo Camilo– me entendería yo con vuestra hermosura, porque si no ubiera más de los dos solos en el mundo fuera él como la villa sin xente, qu'está quita de cuestión...

–Vos, señor –dijo la doncella muy muerta de risa–, sed cuán pacífico quisiéredes, que yo en tales casos muy amiga soy de essa cibil batalla que bos decís que faltaría.

En este tiempo llegaron a la bentana los dos príncipes, el de la Fe y Luposeldo, en la cual aquellos dos perfectísimos soles de hermosura, Brisaida y Alexandra, estaban, y començaron a hablar, aunque onestísimamente, con notable gracia y estremado amor.

Estando en los mejor de la conversación, llegó un rey de armas a caballo en una yegua baya y muy a la ligera y, como cerca llegase, con algún alboroto dixo:

–Señores caballeros, el Emperador manda que bais luego a la plaça porque queda en ella una de las más estrañas abenturas que en esta cortese se an visto. Y mandome ir llamando a todos cuantos caballeros, príncipes y reyes topasse.

Y, con esto, dio de espuelas a la yegua y pasó adelante. <A> aquellos caballeros les pareció acertado el bolber a la plaça y dexar por la ocasión que se había ofrecido el camino que llebaban començado. Y, así, por el mismo orden que venimos, habiéndose aquellos caballeros despedido de aquellas damas, nos tornamos a la plaça; la cual ya estaba llena de innumerable gente, vien mudado el color y con diferentísimos semblantes. Y en medio de la plaça vimos un gran pescado (digo una monstruosísima ballena), la cual encima de su ancha espalda tenía edificada una hermosísima torre. La ballena parecía forjada de un finísimo azero; los ojos parecían ser dos finísimos rubís, mas de tanto resplandor que parecían dos grandes achas encendidas. En todo los demás de su echura el maestro o artífice cierto manifestó vien cuánto puede imitar el arte a la naturaleza.

El castillo todo él parecía echo de diversidad de preciosísimas piedras de barias colores, con tanto artificio y composición forjado que havía mucho que ber. En su echura era cuadrado y en el un cuadro, que era el que venía a estar a la testera de la ballena, estaba una hermosísima puerta, y sobre ella, de estremada traça, estaba una bentana y en el friso de ella colgado un tablón que decía: «Puertas del balor de Marte». En la otra puerta, qu'estaba en otro cuadro, decía: «Puerta de la hermosura de Venus»<sup>[f. 343r]</sup>; en la otra decía: «Puerta de la <e>sciencia de Apolo», y en la otra decía: «Maña y discreción de Palas». Delante d'este monstruoso animal estaban dos espantables gigantes echos de vronce, con sendas maças a los hombros, y en medio de ellos estaba una coluna o padrón de finísimo oro con unas letras retalladas; que en este otro capítulo os diré qué letras eran y lo que más sucedió del abentura.

**Capítulo 13. En que se acaba de escribir esta aventura y se dice quién y para qué la envió a la corte, y lo que de ella sucedió.**

Estando mirando la traça del aventura aquellos caballeros y deseando saber su fin y intento de ella, llegó un paxe que les dixo:

–Serenísimos príncipes, el Emperador mi señor os ruega os lleguéis luego allá, porque antes de comer desea leer una carta que de parte de esta aventura le an traído y querría que os allásedes, señores, presentes.

Ellos, sin más se detener, se fueron a palacio, y, cuando se apearon en el gran patio de palacio, ya en él estaban casi todos los grandes del reino. Y, suviendo a la sala, sentados todos por su concierto y orden como para tales casos se acostumbraba, estando junto al Emperador un monstruosísimo y feo enano vestido de sármatas vestiduras, haviéndole echo señal el Emperador que dicesse a lo que había venido, con una ronca boz, aunque amorosa y compuesta, comenzó a decir:

–La sabia Polonisa<sup>cmxc</sup>, señora de las mágicas artes y sierba de Jesucristo me envía, sacro Emperador, a darte essa carta que denantes te di y a te decir de su parte que más deseo de servirte que de enfadarte le hizo enviarte el estraña aventura de la fabricada ballena. La cual si en tu imperio se acabare, será presaxio de su mucha felicidad y aumento, grandísima onra para los que la acabaren y, juntamente con esso, serán libres del encantamiento que padecen el más principal y fiero bastardo que tiene el mundo y una de las damas de mayor hermosura y merecimiento d’él. Aora manda, sacro Emperador, leer la carta, que después yo diré la traça que en probar el aventura se á de tener.

Con esto, mandándolo así el Emperador, con boz alta la comenzó a leer el secretario, el cual vio que así decía:

La sabia Poloniesa<sup>cmxci</sup> al sacro emperador de Constantinopla le desea felicidad y salud eterna en Jesucristo.

Allando por mis artes, facultad y <e>sciencia, serenísimo príncipe, cómo la cota, malla o jaco del legislador Numapompilio importaba tanto para investidura del capitán general de la cristiandad que á de ser, y la corona de Egeria para defensa de la boluntad y bida de la más hermosa del mundo, y el libro de los secretos <sup>[f. 343v]</sup> del sabio rey evraisino<sup>cmxcii</sup> Salamón y los cuadernos del rey d’Ítaca Ulixes para la conservación de muchas cosas y aumento de la gloria de esos estados, entendiendo qu’estas cuatro cosas esaban encerradas en el Castillo de la Gran Ballena (en el cual el bastardo fiero está encerrado con la hermosísima blanca Briscina, su

esposa), determiné de le enviar a essa ciudad para que el abentura se pruebe. Y al que la acabare, si<sup>cmxciii</sup> tan venturoso fuere esse imperio que en él esté quien la acabe, darás, sacro Emperador, la investidura de capitán general; porque creeme, señor, que ninguno ay en el mundo que mejor la merezca. Y, porque entiendo que estos mis consexos se pondrán por obra, cesso vesando tus imperiales manos. Y, en lo demás, remitiéndome a la orden y traça que esse mi enano diere, Nuestro Señor conserbe tu imperial persona en su santísimo serbicio por largos siglos.

Acabada de leer la carta, dixo el Emperador:

–Paréceme que mi aficionada la sabia Poloniessa me á querido quitar de trabaxo de señalar capitán, y así desde luego digo que señalo al que el aventura acabare; y en el probarla se tendrá la traça qu’el enano diere. Y porqu’es ya ora de comer no se trate agora más en ello, y desde mañana se començará a probar el aventura. Y bosotros, caballeros, quedaos a comer acá, parlaremos en acabando de comer en el aventura y en la traça que en el proballa se á de tener.

Con esto, aunque eran más de las doce, se entraron en la capilla a oír missa, en la cual en sus seloxías estuvieron aquellas damas, deseosas de saber el abentura y fin de ella.

Acabada la misa se fueron todos aquellos caballeros a comer con el Emperador, sentándose con él a la mesa los que lo tenían de costumbre con su acostumbrado concierto. Y aquel día comió en casa la ilustrísima Emperatriz y la hermosísima Brisaida con la princesa Alexandra, y a fe que las regalamos todo quanto fue posible, que en esto Esmerilda tenía particularísima gracia, que fue una de las mugeres que vien supo regalar de su tiempo y Libertina una de las que más sabían ganar<sup>cmxciv</sup> la boluntad a los príncipes con quien trataba, y así era una de las más queridas damas de toda la corte, así de damas como de caballeros (mas en su bida supo hacer mal a nadie ni dexó de hacer vien a cuantos pudo; qu’esto es lo que más caça boluntades, hacer vien a todos y daño a nadie).

Acabado de comer, el Emperador por conversación dixo al enano que dicesse la traça que se había de tener en probar el abentura. Él dixo:

–La traça que, señor, se á de tener es esta: que la an de probar damas y caballeros; los caballeros an de probar la puerta de Marte y la de Apolo y las damas, la de Venus y Palas, y los que entraren en el castillo allá sabrá[n] lo que an de hacer. Y la traça que an de tener en llegar a la puerta el padró[n] d’entre los dos [...] <sup>1249</sup>.

#### [Capítulo 14]

[f. 348r] [...] pusieron los ojos, porque era aunque moreno muy galán y gentilhonvre. Este llebaba una bandera jaquelada de varias colores, entró balerosamente. Por el agua y fuego apareció su escudo jaquelado con unos jaqueles, los unos blancos y los otros con unos bers azules, la letra decía:

Begil, mi casa, y Quiñones  
voy en los campos mostrando  
en qué me boy señalando <sup>1250</sup>.

Luego salió otro caballero, el cual se llamaba Cenidano de Miranda; híçolo muy bien. Viose su escudo con cinco doncellas asta los pechos; ellas blancas, puestas las manos sobre unas veneras o cinchas amarillas. El escudo tienen abraçado dos culebras verdes, asiéndose así por la cabeça como por las colas, quedándose mirando. La letra decía:

Cinco balles gané  
a Melén Pérez Baldés,  
todas cinco bien las bes <sup>1251</sup>.

Un balerosísimo príncipe español, que por su propia persona quiso allarse en esta guerra contra infieles, se alló en esta aventura: llamábasse Fileno Pimentel, del cual emos de hacer gran memoria en esta istoria por sus ilustrísimos echos. Este lo hiço admirablemente. Pareció su escudo partido en cuartel: en los dos, en cada uno cinco

---

<sup>1249</sup> Faltan los folios 344-347.

<sup>1250</sup> **Ap. marg.:** «Armas de los Quiñones».

<sup>1251</sup> **Ap. marg.:** «Armas de Miranda».

veneras blancas en campo verde; y en los otros, dos cuarteles, tres barras coloradas en cada cuartel en campo blanco. La letra decía:

De aquel qu'el cuerpo buscó  
del apóstol degollado  
he estas señales tomado.

Luego salieron juntos tres capitanes baleroso, todos tres con apellido de Mendoças: el uno se llamaba Vegero y el otro Rubiso y el otro Numberto; hiciéronlo muy bien. Parecieron sus escudos. El uno, [en] un campo verde, una vanda colorada con [l]os vordes de oro; el otro diviso en cuarterones<sup>cmxcv</sup>: en los dos, en campo verde, tres vandas coloradas y en campo colorado diez panelas blancas. El otro, un escudo blanco con una luna escacada de oro y negro. Y la letra decía:

El tronco si bien se mira  
uno es de todos tres,  
por más que en ello miréis<sup>1252</sup>.

Otro escudo se vio encima d'estos tres con el título del *Ave María*, y decía:

Aunque en parte es de la Vega,  
supuesto qu'el campo goça  
sabed qu'es ya de Mendoça.

Luego salió otro caballero llamado Ranciro de Ayala; híçolo muy bien. Pareció su escudo: en campo blanco, dos lobos negros sacadas la lenguas vermexas, con la orla colorada, aspás amarillas sin cuento. La letra decía:

Aunqu'el moro diga: «¡Ay, Alá»,  
no le aprovecha de nada  
meneando yo la espada<sup>1253</sup>.

---

<sup>1252</sup> **Ap. marg.:** «Armas de los Mendoças».



Luego salió otro gallardo moço llamado Perifrasio Salaçar; híçolo muy vien. Viose en su escudo, en campo amarillo, trece estrellas coloradas <sup>[f. 348v]</sup> o, en campo azul, siete blancas, que todo es uno. Y la letra decía:

Fui tenido por azar,  
porque siempre fui primero  
mostrándome caballero<sup>1254</sup>.

Luego salió otro ilustrísimo príncipe (de quien también emos de hacer particular mención) llamado Rosbeldo de Belasco; híçolo admirablemente. Viose su escudo, que era en campo amarillo siete cuarteles verados, açules y blancos. La letra decía:

Fidelidad y verdad  
son la celada y el casco  
de la casa de Belasco<sup>1255</sup>.

Porque se hacía tarde no probaron aquel día más capitanes ni príncipes españoles el aventura. Otro día la probaron ciento y cincuenta españoles principales y de nobilísimas casas, y porque mediante Dios en la segunda parte de esta corónica en la gran gruta de Ardoniso se á de hacer memoria de sus escudos y proeças, por agora no digo más. Sino que al tercero día, después que muchos caballeros<sup>cmxcvi</sup> probaron el aventura, salieron aquellos cuatro príncipes de nuestra casa: el de la Fe y la balerosa Camiliana, Luposildo y Zulemo, y a fe mía que para la probar que salieron gallardísimos y muy a propósito.

Llebaban el bestido todos de una manera, que fue unas calças y jubones justísimos (y tan justos que realmente parecía vestido del que llamamos vestido de diablo), y eran de unos cueros de serpientes escamosos, entre las escamas sembrados muchos diamantes que bolbían muy galán el bestido. Eran tan fuertes estos escamosos

---

<sup>1253</sup> **Ap. marg.:** «Armas de Ayala».

<sup>1254</sup> **Ap. marg.:** «Armas de los Salaçares».

<sup>1255</sup> **Ap. marg.:** «Armas de los Belascos».

cueros que no peleaban estos caballeros con ellos porque lo tenían por cobardía, y eran tan recios y de tal naturaleza que aunque estuvieran diez días en el agua no fueran de ella penetrados. Encima llebaban unos capotillos o galdreses de mangas de brocado encarnado, aforrados en blancos armiños, la guarnición estremada y de riquísima pedrería. Todos cuatro llebaban morrioncillos, bellones de galera en las cabeças tanvién encarnados, espadas ceñidas y dagas, y, al cuello, dibersos colgantes de hermosas y menudillas cadenetas<sup>cmxcvii</sup>.

Con este hábito, después de haber probado el abentura algunos caballeros, puestos en la ribera, el primero que se arroxó al agua fue el buen príncipe Zulemo soltando el capote. Y con aquel suelto bestido fue nadando con estraña fuerça, ligereça y donaire asta llegar a los fuegos, en los cuales entrando se detubo. Allá apareció su escudo en más preminente lugar que todos los demás que asta allí se habían mostrado: era un escudo berde, en medio d'él una flor de oro que parecía nacer de un coraçón<sup>[f. 349r]</sup>, el cual estaba sobre la cabeça de un león coronado. Y la letra decía:

Allí esta mi coraçón  
y la flor del oro amena  
es la hermosa Diadena.

Luego se arroxó al agua la hermosísima y balerosa Camiliana, y más parecía trucha en claras ondas, según su ligero nado, que caballero. Y noté d'ella que lo más nadó de espaldas; entonces echelo a gentileça y después a naturaleza, mas es cierto que nadaba estremadamente. Llegó a los fuegos y entró en ellos, y detúbose como el príncipe Zulemo; pareció su escudo, que fue aquel mismo que en la cueba de las amazonas le dieron.

Luego se arroxó al agua el buen príncipe Lusposildo. Cierta con estraño garbo y gallardía pasó en dos enviones, como decís, el lago; quedose allá. Apareció su escudo partido en cuartales: en los dos, dos castillos de oro en campo colorado, y en los otros dos, dos leones morados en campo blanco. Y los castillos, las puertas y las ventanas azules, y estaban los castillos a la mano derecha<sup>cmxcviii</sup>. Y la letra decía:

De la balerosa España

son las armas conocidas

de todo el mundo temidas<sup>1256</sup>.

Luego, con galán donaire, dexando el galdrés se arroxó al agua el príncipe mismo, teniendo toda la corte fixos en él los ojos. Y bolbiendo primero a mirar a la hermosísima Brisaida, que muy gallarda con la princesa Alexandra estaba en un barcón, se arroxó al agua. Y en el mismo punto que cayó en el estanque fue tanto el ruido que se oyó de música y consonancia de diversos instrumentos que parecía undirse toda la plaça. Perdonadme, que en este oto capítulo os diré cómo se acabó el abentura, que voy ya cansado.

### **Capítulo 15. Del fin que ubo el abentura de la ballena y de otras cosas que en la corte sucedieron.**

Probando dexamos el aventura al Príncipe de la Fe, turbado el lago y no menos rebuelto que lo estaban los entendimeintos de los circunstantes biendo la nobedad que sucedía, cuando habiendo pasado el lago y llegado al encendido fuego, con baronil ánimo pasó por medio de las llamas encantadas sin ser ellas parte para se lo resistir; antes, como caldeado y templado azero, en ellas pareció que había cobrado nuevos azeros y vrío. Y en pasando de la otra parte se alló junto a la ballena de bronce, la cual bio que solo servía de peana al hermoso castillo que <sup>[f. 349v]</sup> sobre ella estaba fundado, tan hermoso y fuerte que dice Nictemeno que porque le están aguardando cosas mayores no se para a describir su maravillosa echura y artificiosa traça.

Ma, estándole mirando y con mucha atención, el príncipe vio que la puerta sobre la cual estaba el título que decía «puerta del balor de Marte» se abría con grandísimo ruido. Esto ya lo veíamos todos cuantos estábamos en la plaça, porque, como dixen, en lugar del agua había quedado una hermosísima plaça apta para qualqu[i]er exercicio de armas y el fuego parecía una claridad muy hermosa que todo lo que en plaça se hacía nos manifestaba. Avierta, pues, la puerta, salió por ella un caballero armado de unas armas blancas sin orladura ninguna ni señal en el escudo, armado a lo antiguo y en la

---

<sup>1256</sup> Ap. marg.: «Armas de Castilla León».

mano una maça herrada, puesto un puñal en la cinta y sin espada. Este, como bio al Caballero de la Fe delante de sí, le dixo:

–Caballero, en este cuarto está la investidura de capitán general del cristianismo para esta guerra que estáis contra paganos esperando; bed si queréis ganarla, que no menos os á de costar que vencer en balor de armas a todos los caballeros que salieren.

–A esso soy venido, señor caballero –dixo el príncipe.

Y con sola esta respuesta, sin aguardar más, el del castillo se vino a él, y entonces todos vimos cómo el príncipe se allaba armado con unas armas de la misma manera que su contrario. Y, así, entre ellos se comenzó una espantosa y terrible batalla, que a todos nos tenía suspensos el balor del uno y otro caballero. Al fin, al cabo (a nuestro parecer) de una ora que la batalla duraba, el caballero del castillo fue vencido y, por no cansaros –dice Nictemeno–, acabado aquel debate salió otro caballero con otra distinta arma, y así salieron tantos cuantas armas entonces s’usaban; en las cuales todas se mostró tan esperto y tan baleroso el príncipe que puso admiración a todos los circunstantes y con justísima razón lo juzgaban digno de la investidura de capitán general, como aquel que mejor que todos los demás del mundo la merecía.

Sabed, así en suma, qu’estos con quien el Caballero de la Fe tubo estos campos eran figuras representadoras de aquellos antiguos y balerosos capitanes que con sus invencibles armas debastaron el uniberso, y también de aquellos que entonces en el mundo con él podían tener alguna competencia. Todo lo cual aunque se nos antoxó que había durado más de diez oras, no fue así, porque en menos de media ora toda aquella fantástica <sup>[f. 350r]</sup> representación se acabó, mostrando que con el vencimiento del último caballero se abía avierto la puerta del castillo; mostrándose dentro del patio, que desde acá defuera muy bien se juzgaba, grande muchedumbre de armada caballería. Aunque todos estaban sin celadas <sup>cmxcix</sup> ni manoplas, mostrando en su rostro y traça cada uno quién era, que muchos de ellos fueron conocidos ser aquellos balerosos caballeros que grandes azañas en el militar exercicio habían acabado. No os lo cuento –dice Nictemeno– por no haceros nuevos calendarios de excelentes capitanes y caballeros ilustres.

Estos pues, recibieron al Príncipe de la Fe con mucho comedimiento y aplauso, a lo que a nosotros nos parecía. Y con son de barios instrumentos militares llegaron a un hermosísimo cadaalso d'estremada echura, en el cual bimos una efixie del Sancto Padre y otra del Emperador, tan al natural que muchos de aquellos caballeros bolbieron las cabeças a ber si era el representado por la figura el que veían en el estrado o el mismo que ellos tenían tan cabo sí. Pues, llegando a este estrado o cadaalso, el Emperador y Sumo Pontífice se lebantaron ya quanto y, incado el príncipe de rodillas como aquellos caballeros le dixeron, aguardaron aún a la más hermosa y vien concertada ceremonia que jamás se bio.

Que fue que, estando el príncipe en aquel puesto, al lado del Sumo Pontífice se puso el sacro colexio de los cardenales, todos vestidos a lo que mostraban de vrocado carmessí, con guarniciones aunque onestas costosísimas, de oro y perlas. Luego los patriarcas, arçobispos, obispos y otros eclesiáticos en dignidad constituidos se fueron puniendo por su orden en aquel estrado, con tanta apariencia de onestidad, grabedad y balor que todos los que lo veíamos estábamos suspensos. A la parte del Emperador se pusieron reyes, duques, marqueses, condes, capitanes, caballeros, soldados, que para pintar su adereços y costosas libreas eran menester escribir un entero bolumen, por lo cual se cuenta así tan en suma.

Ya que todo aquel senado estuvo compuesto, en el cual cierto havía que ver por todo un año, salieron los ministros eclesiásticos superbamente adereçados y, con grandísima solenidad, pausa y ceremonias, vistieron al Sumo Pontífice de las pontificales y sacerdotales vestiduras, con tanta autoridad y riqueza cuanta se puede pensar; siendo todos los basos y símpulas de la ceremonia de finísimo oro y perlas preciosísimas de in[e]stimable balor y riqueza. Ya <sup>[f. 350v]</sup> qu'el Sumo Pontífice estuvo vestido y todo lo demás adereçado, se començó (a lo que nos parecía a los circunstantes) a celevrar una missa con grandísima devoción y abundancia de celestial música, que tal se nos antoxaba que era la que estábamos oyendo los que lo que pasaba estábamos mirando. Y todo lo que duró la missa estuvo el Príncipe de la Fe mi señor de rodillas, armado de todas armas, en la peaña última del altar.

La cual acabada, desarmando aquellos caballeros al príncipe, en unas fuentes de oro muy hermosas sacaron aquellos caballeros unas riquísimas armas blancas orladas de

oro, guarnecidas de inestimables piedras preciosas; armas fueron que sin dificultad se juzgaron por las mexores del mundo, como adelante<sup>m</sup> en la istoria se os dirá. Aunque poquísimas beces el príncipe las truxo a cuestras por parecerle demasiado de fuertes, y, así, las tenía por diminuidoras de su balor. Y también las dejó de traer porque en cierta ocasión se armó de ellas la hermosísimas Vrisaida, y desde entonces, por arte y saber de la sabia de la isla, estuvieron en un graciosísimo encantamiento repositad[as]<sup>1257</sup> asta que fueron d'él por una cierta aventura o caso sacadas.

Estas armas, pues, eran las que venían en las fuentes de oro que aquellos balerosos capitanes traían. Fue notable cosa de ver las ceremonias eclesiásticas y militares con que el uno y otro senado al príncipe armaron. Después que, como decís, estubo armado de punta en blanco sin le faltar pieça, el Sacto Padre, después de haber dicho unas muy largas y debotas oraciones, tomó una investidura de una particular y nueba echura, cierto la mexor y más rica ropa y más vien labrada que tenía el mundo, porque la savia Poloniessa por sus artes y astrológicos puntos abía más de catorce años que la estaba favricando y havía llegado a su punto.

S[é] os decir qu'el color era verde, mas con unos vissos tan varios que unas veces parecía de finísimo oro y otras de roxa sangre, unas más blanca que lana carmenada o no pisada niebe y otras cual encendida llama de fuego que estaba de sí centillas y luces despidiendo; al fin, a cada parte que la mirásedes hacían las colores diversos vissos, cual suele ser de las doradas plumas de Argos a los rayos de Apolo sobrepuestas. La echura era como ropa o sobrevista de armas desenfadada, libre y muy vien echa; el balor de las piedras que estaban por la ropa sembradas era inestimable, especialmente dos que venían a estar en el pecho, en la una las armas de la iglesia y en la otra las del imperio <sup>[f. 351r]</sup> esculpidas. Cierito que las vi muchas beces (no solo yo, mas algunos grandes lapidarios y escultores), y que no nos atreíamos a tasarlas porque todo lo que no era ellas era poco para pagarlas.

Acabada de poner esta investidura tan hermosa, rica y de tanto precio, le sacaron aquellos caballeros un bastón. Al parecer era de évano, todo sembrado de puntas de

---

<sup>1257</sup> *repositadas*: Aniceto de Pagés registra el verbo *repositar*, explicándolo como sinónimo de *depositar* (Pagés, *Gran diccionario...*, s.v. *repositar*).

diamantes y carbuncos, que porque os le é de pintar en cierta ocasión lo dexo agora, solo diciéndo<o>s que para lo que fue que fue la mexor pieça que tenía el mundo, más bien labrada y rica.

Dada esta investidura, en una silla qu'estaba a los pies del Santo Padre y del Emperador sentaron a nuestro nuebo Marte, y luego aquellos caballeros de en dos en dos le llegaron <a> abraçar. A nuestro parecer mucho se tardó en este recibimiento, porque fueron más de dos mil los caballeros y capitanes que llegaron, cierto lucidísimos en extremo. Y cada uno armado al uso de su patria: porque ubo griegos, romanos, caldeos, sirios, árabes, persas y de todas las demás naciones, que por evitar prolixidad y porque hice un libro particular d'esta aventura voy aquí tan ceñido.

Los últimos que salieron a este recibimiento, que fueron por nosotros luego conocidos, fueron el príncipe Zulemo con la valerosísima Camiliana y el príncipe Luposeldo. Los cuales como llegaron, avraçando al príncipe con mucho amor y contento, y oyéndose una suabísima música que a todos nos dexó fuera de sentido. Cuando en nosotros tornamos, todo aquel encantado castillo lo bimos en la más hermosa y galana postura que se podía imaginar: quedó sentado a un lado del palacio, en parte donde no solo no estorbaba la plaça, mas antes la hermoseaba estrañamente y parece que solo aquello faltaba para que la plaça quedase con toda la proporción y hermosura deseable.

Delante de la puerta del castillo se hacía una plaça no cierto apta para guerra ni militares ejercicios, antes tan regalada y sabrosa<sup>mi</sup>, con tanta delicadeça y hermosura que aun parecía lástima sentar los pies sobre los azulexos, que ser [e]chos de varias y preciosísimas piedras parecían. Azíanle unos jardines alrededor del castillo con tanta frescura, abundancia de árboles y flores que, porque emos de entrar a berle en el primer libro de la segunda parte de esta gran corónica, agora lo dexo. Pues por el azulexado adelante venían aquellos cuatro caballeros, flor de la cristiana milicia, cuando ya todos estábamos en nuestro acuerdo y el Emperador contentísimo de ver cuán a medida de su deseo se havía el capitán señalado. Y así lo estaba diciendo <a> aquellos reyes, príncipes y caballeros que con él estaban.

Dadme licencia para que así en suma os diga el contento de mi señora la princesa Vrisaida, que os doy mi palabra que no le bastó su mucha discreción para que no se le echase de ver, y tanto que la Emperatriz <sup>[f. 351v]</sup> su madre que cerca de ella estaba le dixo:

–Mucho te as olgado, rapaça, de la elección del capitán; aunque cierto tú tienes razón, que todo lo merece.

–¿Y cómo –dixo entre sí Bulpissa–, ¡ay buena viexa! Y si supiésedes cuán mexor investidura le á dado vuestra hija, que a fe que ella á sido la que le dio la funda de su desnudez.

Esto dixo entre sí Bulpissa, mas la princesa respondió a su madre:

–Yo, señora, por el bien común y d'estos imperios me é olgado, que cierto la savia Poloniessa á echo muy acertada y conviniente elección.

Ellas estaban [en] esto, quando acabaron de salir aquellos caballeros del empedrado del castillo, y se vieron dos columnas de finísimo oro, cuyas peñas y vasas parecían ser echas de finas esmeraldas. En ellas estaban dos tablones de cendradísima plata y en ellas, de esmalte negro, se vieron estas letras:

Ya queda el bastardo fiero  
libre para pelear  
y así cualquier caballero  
con respladeciente azero  
podrá si quisiere entrar.

Verá todo lo de Marte  
cómo está representado  
y muy al bibo pintado:  
en el exercicio y arte



el vencer está cifrado.

Estas dos letrillas estaban en la columna de la mano derecha, y en la de la izquierda, en la misma proporción, estaban otras dos que decían:

De Venus la hermosura y gentileça

de Palas el donaire y el aviso

veréis y la pasión del bel Narcisso.

Aquí veréis de las damas las istorias,

su mucha crueldad, su mansedumbre,

veréis del ciego dios la alteça y cumbre;

en fin si vien lo estáis considerando,

amor con discreción veréis trabando.

Estas letras se vieron en aquellos dos padrones, las cuales cierto movieron muchos pechos con ardentísimo deseo, viendo que en la probar ya no había peligro, a entrar dentro del castillo a ver los secretos que en él había.

Y, así, por ser aquel día<sup>mii</sup> tarde, solo recibiendo el Emperador a mi amo con tiernísimo amor y mucho contentamiento, en la Sala de Estado se hiço la confirmación de la elección de capitán general, con la mayor alegría y contentamiento de toda la corte, especialmente de los que éramos criados de su casa, que se puede pensar. Y, así, muy acompañado de todos aquellos reyes, príncipes, capitanes y caballeros, se volbió a nuestra posada, con determinación de que otro día las damas probassen el aventura y también con començar a darse orden en la cosas de la guerra que se aguardaban.

Y porque la fragata del Castillo de Oro, en que vienen Feridano, Taurisa, Ardoniso y Velisandra con su compañía, para un cierto caso que les sucedió me están llamando, perdonadme que boy allá, que yo bolberé a la corte lo más presto que me fuere posible <sup>[f. 352r]</sup>.

**Capítulo 16. De lo que en la mar, viniendo a Constantinopla, a Ferida[no] y Ardonisso sucedió, con otras cosas tocantes a la istoria.**

Con próspero viento la hermosa y pequeña fragata surcando venía las ondas del mar insano, gobernada y regida por el saber de l[a] gran sabidora Zarana, con tanta belocidad y presteça que rompidas con la quila las mobediças ondas por gran trecho en ellas dejaba el camino señalado, siendo el tercero día que havían de la Isla de la Enamorada Corneria partido. Y no sé si se os acuerda cómo indo tañendo y cantando, el enano había avisado que había descubierto turcas belas y Feridano pedía apriessa sus armas, haciendo lo mismo Ardoniso, puniéndose en concierto las máquinas y instrumentos de guerra que en la fragata del Castillo de Oro venían.

Apenas, pues, se havían acabado de armar y de concertar las cosas necesarias en la fragata, cuando ya a vrebbe trecho vieron de las cuatro galeras cómo la una, acelerando el curso con la fuerça de los remeros, se venía hacia ellos [a]cercando. No solo no recibió pena d'esto<sup>miii</sup> el baleroso y fuerte Feridano, antes parecía qu'el baleroso Marte le estaba inspirando nuebo contento y militar alegría. Y, así, tiniendo junto a sí un montón de lanças arrojadiças y Ardoniso<sup>miiv</sup> un hermosísimo arco con dos o tres aljabas de clabadas saetas, puestos donde les pareció más combenible para pelear estuvieron aguardando a la galera, que ya cassi casi llegaba adonde lebantando medianamente la boz podía ser oída. Y, así, uno de los que en ella venía, puesto junto a la escalereta de proa, armado de todas armas, aunque lebantada la visera, les dixo:

–Caballeros, los que venís en la fragata o nabío o lo qu'es: el baleroso Mustafá, hermano del rey Miramamolín de Marruecos, que con estas 4 galeras discurre por estas riberas, dice que pues en las insignias mostráis ser cristianos que os rindáis luego; donde no, que os aparexéis a la defensa, y que miréis que os abissa que si os ponéis en defenssa, que después a ninguno otorgará la vida aunque rendidos y humildes merced de ellas le estéis pidiendo. Por esso, mirá, cristianillos, lo que os cumple: ¡rendíos, rendíos y aorraréis las vidas! Y a mí que no desenvaine este riguroso alfange, de cristianas cabeças total ruina.

–Moro sobervio –dixo Feridano ardiendo en ira–, calla y haz lo que pudieres, y guár[da]te.

Y, en diciendo esto, de aquel terrible brazo que tenía despide una lança con tanta ira, rabia, saña y fuerça que crispando por el aire le iba casi encendiendo. Llega la cruel lança a herir el brutal pecho, rómpele pasando todas las armaduras y defensa; pasa crispando la lança en roxa sangre teñida <sup>[f. 352v]</sup> y, pasando templada en la caliente sangre, llega a clabarse en el mástil menor, por el cual entró un gran palmo, escondiéndose en él todo el yerro y quedando fuera el asta temblando por un rato, como si allí ubiera sido dado el golpe primero. Espanto puso este tiro a la maometana gente descreída, y no era mucho, que si muchos de ellos hace Feridano presto enriquecerá de gente perdida el infierno.

Segunda el tiro el baleroso moço y otra lança arroxa, y presto la vieron roxa en mora sangre. Ardoniso ya con el arco tenía otros dos caballeros tendidos, porque jamás arroxó de arco saeta que fuese sin efecto el di<e>stro tiro. ¡O, quién viera aquel baleroso Marte ardiendo en ira sacudir la diestra con la lança, arroxarla cual suele despedir el rayo Júpiter en día tempestuosso! ¡Y quién viera al nuebo Apolo con el arco en la mano, no para matar a Fitón, sino para destruir aquella pagana gente, la priessa, el ardimiento y la destreça que mostraban!

A<sup>mv</sup> una bentana del Castillo de Oro estaban las dos pastoras Belisandra y Taurissa viendo a sus dos amantes, que ya entonces, cesando los tiros, a las espadas echaban mano cubriéndose con sus escudos, guardando la entrada en el pequeño baso al enemigo. Aquí cesse la pluma y solo se dé lugar al pensamiento para que considere la espada de Feridano: su horrible fuerça, su maña, su herir y su ardimiento; aquellos insanos golpes con los cuales jamás acertó a caballero que no le divudiesse en barias partes, destropándole y haciéndole varias pieças.

En este debate estubieron un rato con grandísimo daño de la banda enemiga, asta que ya apocándose la jente de pelea y abiéndose soltado muchos forçados cristianos que venían al remo, començando a apellidar la bitoria, tal maña se dieron con el ayuda de aquellos dos balerosos capitanes que en vrevísimo espacio rindieron la galera. Y, oyendo Feridano mucho ruido y rebuelta en los aposentos de popa, vaxando por la escalerilla, aviendo quitado el [es]cotillón, alló como asta ciencuenta caballeros que unos a otros a mucha priessa se estaban quitando las prisiones y buscando las armas que por allí podían allar para salir al combate<sup>mvi</sup>.

Y, como Feridano entró todo tinto en sangre agena y propia, al primero que en el rostro reconoció fue al buen Ofrasio, rey de España, que con una espada y una rodela, puesto un morrión en la cabeça, venía a subir por la escalerilla. Y como Feridano le vio dixo: «¿Qué es esto, ilustrísimo señor? ¿Y aquí está vuestra grandeça?». Y diciendo esto, levantada la visera llegó a le pedir la mano; mas como el buen rey conoció a Feridano, con grandísima alegría y contento le llegó a abraçar diciendo: «Tan buen socorro, príncipe, como este de essas balerosas manos le havía yo de recibir. Mas salgamos presto a acabar de rendir esta galera, que después sabréis lo sucedido».

Cuando aquellos caballeros <sup>[f. 353r]</sup> salieron, ya allaron toda la guelera rendida y todos los españoles que venían forçados al remo libres, y los moros, que los estaban puniendo a todos en la cadena. Y esto con mucho concierto, discreción y prudencia, dando a ello orden el baleroso Ardoniso, el cual ya con los caballeros que en la galera alló cristianos quería saltar en la otra galera, que era la que más parecía que resistía; que las otras dos, como eran españolas y la demás gente que en ella venía eran cautibos y forçados cristianos, viendo el buen socorro estaban los de ellas su libertad procurando.

Pues, como aquellos cincuenta caballeros y el buen Ofrasio, rey de España, salieron, en menos de media ora rindieron de las galeras lo que faltaba, puniéndolas a todas cuatro con muy buen orden Ardonisso y concertando en ellas las cosas de suerte que quedaron muy vien fortificadas y probeídas. El buen rey Ofrasio lo primero que hiço, en acabando la batalla y vencimiento, fue bolber a la galera donde él havía venido <sup>mvii</sup> preso y, baxando a la cámara de popa, sacar de ella a la hermosísima Casiana su muger y a sus dos hijas, con otras muchas damas y princesas que puestas en prisión venían, de la más hermosa y gallarda compañía que que tenía el mundo. Y cuando todas aquellas damas subieron encima al corredorcillo de popa, junto el principio de gruxía, después de haber dado muchas gracias a Nuestro Señor por las haver librado de aquel miserable cautiberio a que iban condenadas y después que la balerosa reina Casiana recibió muy bien a aquellos caballeros, especialmente al baleroso Feridano y al discreto Ardonisso, habiendo dado orden en que todos los heridos fuessen curados, viendo cuán cerca estaban del mar Euxinio, el rey Ofrasio se determinó de ir a Constantinopla y aguardar allá su armada, de que todos recibieron mucho contentamiento.

Y, así, Ardoniso, con el debido comedimiento, como a su natural rey y señor que era le dixo:

–Cesárea Magestad, suplico a vuestra grandeça que, para esta jornada, vuestra grandeça me conceda un don.

–¿Qu'es lo que queréis, príncipe? –dixo el Rey–. Que dificultosa cosa será la que yo dexare de hacer por buestro amor.

–Pues la merced, rey y señor, que me as concedido es que para esta jornada vuestra grandeça y mi señora la reina Casiana, y todas estas princesas, se pasen a la fragata del Castillo de Oro en que nosotros venimos, porqu'es un baso muy seguro y apacible para el viaxe de estas <sup>[f. 353v]</sup> princesas.

–Se'así, príncipe –dixo el Rey–. Y en esso y en todo lo demás lo ordenad conforme a vuestra boluntad, que no saldremos un punto de ella.

Las manos le vessó Ardoniso al Rey por la merced que le hacía. Y, así, dexando en las galeras el concierto que combenía, hiço llegar la fragata, de la cual luego se descolgaron dos escaleras muy hermosas, anchas y seguras (que Casio y Lúteo, los enanos de servicio, las echaron). Por ellas subieron el Rey y aquellos caballeros, y todas las damas, Reina y princesas, estando ya avisadas Belisandra y Taurissa, las cuales aguardaron al Rey que suvía delante y le recibieron como su<sup>mviii</sup> real persona merecía. Mas él recibió a Belisandra y Taurisa como si realmente fueran emperatrices de los mayores imperios del mundo, y les habló con tanto comedimiento y criança como si fueran sus superiores.

La hermosísima Casiana, cuando subió, que aquellas señoras la recibieron pidiéndole las manos, no solo no se las dio, mas antes abraçándolas con tiernísimo amor dixo:

–¡Ay, mis buenas señoras! ¡Y qué encendidísimo deseo tenía de ver a vuestras grandeças, por ver mugeres de las cuales la boladera Fama tiene tantas excelencia y virtudes por el mundo dispartidas, y a quien es justo que por su balor aun las reinas obedezcamos!

A todo esto las dos pastoras Belisandra y Taurisa respondieron con mucha humildad y comedimiento, quedando las unas y las otras espantadas de ver tanta hermosura delante de sí. Mas cuando recibieron aquellas pastoras a las dos hermosísimas princesas Diadena y Teodoreda, y la infántica Ruliana, su hermana, grande fue el admiración que les puso su rara belleza y la de las demás princesas que allí venían, que cierto era un ejército de ángeles. Pues todas aquellas señoras, admiradas de la fortaleza y fábrica de la fragata y Castillo de Oro, después de haber andádole mirando con mucha atención y curiosidad, se suvieron al castillo. En el cual allaron tantas riqu[e]ças y hermosura, tanto concierto y buen adereço que le tenían, y con raçón, por una de las mejores piezas que las marinas ondas sustentaban.

Aquellos caballeros acabaron de poner en concierto las cosas de las galeras muy como convenía. Y, haciendo a los maestros y contra maestros y a los demás oficiales començar a marchar, enbolando velas, que muy buen viento hacía, y incitando el cómitre con el sonoro salba a la cansada chusma al riguroso exercicio, comiença a bogar con fuerza tanta que en blanca espuma<sup>mix</sup> todas las ondas del úmedo Neptuno en v[e]re[be] espacio cubrieron. Y, así, <sup>[f. 354r]</sup> començaron su viaje, indo delante por capitana y guía la fragata del Castillo de Oro en la cual iba tan balerosa y hermosa compañía, indo pues la buena reina Casiana con la hermosa Belisandra la bella, que la gallarda Taurissa iba con aquellas infantas.

Sentadas, pues, la bella Belisandra y la balerosa Reina en un estrado, Velisandra le dixo:

–Cuénteme vuestra grandeça, mi señora, el caso que me dio a entender a essa gente y no le he acabado de entender: cómo el Rey mi señor y vuestra grandeça venían cautivos en poder de aquella infame y vil perrada de maometana gente descreída.

–Savrá vuestra grandeça, amiga –dixo la Reina–, que, viniendo desde el Gran Puerto de la duquesa Camilina a Ispalia, el Rey mi señor y yo y mis hijas, en dos galeras, topamos con seis moras, las cuales nos acometieron. Y aunque nuestros caballeros lo hicieron admirablemente, que al fin antes que nos prendiesen tenían ya cuatro echadas al ondo<sup>mx</sup>, como era tanta la muchedumbre nos cautibaron. Y decían que nos había[n] de llevar a la Persia a poder de aquel tan nuestro capital enemigo, el

príncipe Sofrasto. Aunque Dios, por su divina misericordia, lo á ordenado tanto mexor, como be, amiga mía. Mas dexando esto a parte, si no recibe pena vuestra grandeça – dixo la reina a Belisandra la Bella–, hágame merced de decirme, ¿es vuestra gradeça casada con el príncipe Ardoniso?

–¡Jesús, mi señora! –dixo Belisandra–, ¿y esso á de preguntar vuestra grandeça? ¿Y no se sabe en todo el mundo que el príncipe Ardoniso no puede ser casado? Que si pudiera aun no me espantara, que yo le amo de suerte que hiciera esso de muy buena boluntad. Mas no, mi señora; ¡Jesús!, no me pasa tal por pensamiento.

–Pues si no, amiga –dixo la Reina–, no se enoje d’esto que le quiero decir: ¿cómo nuestro capitán general, que tan baleroso príncipe y de tan esclarecida fama es, en todo el mundo dice a boca llena y sin melindre ninguno qu’es hijo de vuestra grandeça y de Ardonisso?

–Cuando la cosa –dixo Belisandra–, mi señora, repugna al dicho, si aquello que se dice queremos librarlo de falsedad, ase de entender de la mexor manera que fuere posible para que con la verdad conforme. Bien sabe vuestra grandeça, y todo el mundo sabe, que conforme a la edad del príncipe don Mexiano qu’es imposible ser hijo del príncipe y mío, porque cuando el nació yo estaba ya en la Isla de la Enamorada Corneria, y no fue allá el príncipe de allá a dos años y medio o más. Quanto más que buena andubiera Belisandra si esso se pudiera verificar. No, mi señora, sino como le criamos desde niño siempre le emos llamado hijo y él a nosotros padres. Y esto es así <sup>[f. 354v]</sup> cierto.

–¿Pues no me dirá, señora Belisandra, cúyo hijo es aquel muchacho? Que c[i]erto le quiero tanto como si ubiera salido de mis entrañas.

Belisandra iba a responder cuando, entrando el Rey y Ardoniso y Feridano, que acaba[ba]n de dar orden en las galeras, el Rey dixo a Casiana:

–¿Cómo os sentís, mi señora? ¿Quedastes muy cansada del desavrimiento pasado?

–Antes, mi señor –dixo Casiana–, parece que á sido nueva traça de recibir contentamiento, pues libres de aquel desavrimiento topamos con tan buena compañía como la que tenemos presente.

–Por cierto buena –dixo el Rey–, mas espantado me á la buena traça y ingeniosa fábrica d’esta fragata notablemente, y es mucho más capaz este castillo de lo que parece. Y, como ello todo está tan bien adereçado y ricamente compuesto, cierto la tengo para de su tamaño por la mexor pieça del mundo.

–Esso a lo menos agora –dixo la bella Velisandra–, pues á merecido tener en sí tan ilustrísima, balerosa y hermosa compañía.

–Aunque en él no se ubiera aumentado alguna persona –dijo el rey Ofrasio–, hermosa señora, venía él tan abundante de essa mercadería que se podía con raçon afirmar lo que yo tenía dicho.

–Vesso a vuestra grandeça las manos muchas veces, sacro y baleroso rey, por tanta merced –dijo la bella Belisandra.

Ya entonces llegaban Taurissa y aquellas princesas, a la cuales el Rey recibió como tan comedido y cortesano príncipe como él era. Y, cuando estuvieron todos juntos parlando en muy buena conversación, en la cual de una parte y de otra ubo muy buenos dichos, con toda aquella onestidad y grabedad que combenía, el rey de España preguntó a Ardonisso la vida de la Isla de la Enamorada Corneria y lo que en ella havían echo todos aquellos primeros años de su soledad. Ardoniso iba respondiendo a todo con todo el recato y abisso posible, sin que jamás se descuidasse un punto de la conserbación de la onestidad y onra de aquellas pastoras. Y tanto y tantas veces repetía esto que el Rey le vino a decir:

–Ardonisso, todo lo qu’es bondad y virtud d’estas princesas está muy bien entendido. Mas no repitáis tanto esso que se enoxará mi capitán general, porque le quitaréis un muy buen padre y buena madre, de que él tanto se precia delante de todos los príncipes del mundo.



–Si en alguna cossa, ilustrísimo Rey, esto que yo hablando parece que se verifica con imbiolable certeza es con el nacimiento y criança del Príncipe de la Fe, hijo nuestro y criado de vuestra grandeça.

–Pues, ¿cómo, por vida mía? –dixo el Rey–. Que esso así sin más especulación particular parece repugnar totalmente a la verdad.

–Pues para que entienda vuestra grandeça –dijo Ardoniso– que yo digo verdad, entienda vuestra grandeça que cuando el Príncipe de la Fe nació de estas princesas ya él había sido nacido. Y no nació de una sola, qu'es mi señora la princessa Velisandra, su madre, sino que seis pastoras juntas le parieron y de un solo vientre le sacaron. Y, cuando le sacaron, todas seis se estaban como era raçón, sin haver jamás echo cosa que contra <sup>[f. 355r]</sup> su onestidad fuesse, y había cuando le parieron quince messes que no habían visto varón ninguno, porque solas en la Isla de la Enamorada Corneria habían estado. Y más que yo, padre del príncipe, no bine a la Isla de la Enamorada Corneria asta que ya mi hijo tenía dos años y medio. Y, cuando él se enjendró, a la cuenta yo estaba en España en la corte del buen rey Polimbo, y buestra grandeça estaba en Babilonia y Belisandra en la isla. Vea vuestra grandeça cómo se verificarán estos términos y, verificados, verá que con verdad y raçón defiendo yo la onestidad de la madre.

–Yo os doy mi palabra, príncipe, que no os entiendo más que si hablásedes algarabía, y así por vida de la bella Belisandra que me lo digáis claro, que notablemente deseo saber la esposición de essa enigma.

Entonces, viéndose Ardoniso conjurar por cossa qu'él tanto amaba, comenzó con muy buen estilo y retórica a contar el cuento como os queda contado. Con el cual, oyéndole, iban suspensísimos todos aquellos señores, especialmente cuando Ardoniso contó los amores suyos y de Feridano, tan bañados de ternura y onestidad que, porque yo no lo entiendo, le dexo a él contando el cuento, y aquí el capítulo asta su tiempo, que me están aguardando en Constantinopla.

## **Capítulo 17. De lo que en Constantinpla sucedió después del abentura y de una estraña que a la corte vino.**

Bestido de aquella hermosísima imbestidura y caminando hacia nuestra posada, tan bien acompañado como vistes, dejamos a mi amo el Príncipe de la Fe –dice Nictemeno–, el cual en llegando a cassa, que sería boca de noche, haviendo en toda la cassa grandísimo contentamiento de lo sucedido, el príncipe se entró después de haberse despedido de aquellos caballeros a su cuarto. Y, allá, con mi amo Priscilano tubo una larga y espiritual plática del conocimiento del sí mismo, la cual yo la uí toda y aun la tengo escrita, mas por evitar prolixidad no os la pongo aquí; cierto en ella dixeron muchas curiosidades y muy cristianas consideraciones. Acabada aquella plática, mi amo baxó a servir a los pobres como acostumbraba, y aun es cierto que parecía que cuanto más el mundo le soplabá con faores, mucho más a él se le aumentaba la humildad y caridad, porque decía que cuanto más se fortificaba el enemigo tanto más era menester armarse de virtud para la resistencia.

En acabando todas las cosas de buen gobierno y cristiandad en cassa, a la ora combiniente se fue el príncipe al cuarto donde solía estar con su espossa y, por darla contento, sobre las armas se puso la investidura que aquel día había ganado. Y, así, en llegando al ordinario puesto alló a Areusina<sup>mxi</sup> que le estaba aguardando, la cual, como cerca de sí le viesse, incada de rodillas le dixo:

–Sacro emperador <sup>[f. 355v]</sup>, aunque todo cuanto os puede dar el mundo es una restitución que de cosas devidas a vuestro balor, mi señor, os hace, con todo esso gocéis, mi príncipe, muchos años la sacra investidura de que venís adornado. Y dadme, mi señor, las manos, para que vesándolas goce de ser la primera que por señor d’estos imperios os jure.

–Y no aga esso, por amor de Dios, Areusina, que yo soy el que tengo obligación de vesarlas a vuestra merced como a una de las damas que en balor y discreción más este servicio le es devido de cuantas pose<e> el suelo, y no me haga esse agrabio.

Y, diciendo esto, lebántandola de las manos fueron al aposento de la princesa Vrisaida, qu’estaba tan hermosa, loçana y contenta, tiniendo en lo interior una gallardía y contentamiento del cual al cuerpo se le comunicaba, con tanta hermosura que bastaba

a vibificar mil almas y aun abrasar y encender todos los humanos coraçones que la vieran. Lebantada estaba desde que havia oído los pasos de su amante, y, así, en viéndole entrar sale de su estrado asta más de la mitad del aposento y en aquellos vellos braços recoxe a su esposo. Tan ocupada el alma de contentamiento y gloria que no pudo ebitar a la lengua para que hablase; mas antes las lenguas mudas, los coraçones hablándose regaladísimamente, solo en amorosos actos entendían.

Solo me dixo –dice Nictemeno– Areusina que le havia oído decir a su ama después de un ratico que en los braços de su esposo havia estado: «Capitancico mío de mis ojos, véame aquí», y que havia mostrado la más bella y hermosa garganta que jamás el pincel de naturaleza havia pintado. Esto dice Nictemeno, y aun arto más que yo deixo de traducir, porque ay tantos maliciosos en este nuestro bulgar que cualquier ternura vien sentida y escrita dicen luego: «Más bellaco es el que lo escribió». Y por eso paso por estas cosas de amores como gato sobre brasas, que si uviera de traducir fielmente a Nictemeno bonísimas cosas toca en esta materia.

Después que cansados tornaron a descansar, los dos amantes s'estuvieron un rato parlando en el aventura, diciendo Vrisaida que deseaba acabarla por el contento de su esposo; así estuvieron aquella noche los dos amantes con su acostumbrado amor y trato onesto. Venida la mañana, que Areusina fue a dar de vestir al príncipe, Vrisaida le dixo:

–¿Qué ora es, Areusina? Que parece por cierto que aceleráis el curso al aurora.

–¿Yo, mi señora? –dixo Areusina–. ¡Pluviera a Dios que fueran los caballos de Febo, para no benir, más pereçosos que los bu<e>yes de Bootres! Mas ya es ora. Da, mi señora, licencia al príncipe mi señor que se lebante, y tú tanvién, mi señora, súbete a tu cuarto, que parece que anda ya gente lebantada.

–¿Y a mí que se me da de esso? –dixo Vrisaida–. Mas que me bea todo le mundo, ¿yo no estoy con mi esposo?

–Verdad es, señora –dixo Areusina–, mas la discreción nos enseña <a> llebar las cosas con suavidad, y d'esta manera son muy más felices los fines.

–Aora bien, lebantémonos –dixo <sup>[f. 356r]</sup> Brisaida–, pues así á de ser; que si Dios fuere servido, mi alma –dixo hablando con su amante–, presto nos beremos libres d'estas çoçobras.

Con esto, con mil regalos en tales tiempos entre gente de discreción acostumbrados, se lebantó el príncipe. Y, aviéndose despedido de su esposa, diciendo «adiós, dulcísimos amores míos», se salió, quedándose la moçuela tiernos los lavios todos y los ojos diciendo:

–¡A, noche! Plegue a Dios que presto vengas, en que buelba a goçar de aquel rapaz. ¡Ay, Dios te acompañe, lumbre mía! ¡Ca, Areusina, dadme de vestir! Quédate, adiós, sabroso lecho.

Con esto, se vistió Vrisaida lo que era menester para asta subir a su cuarto, y en él alló que ya andaban algunas dueñas y doncellas lebantadas. Y havía sido porque una de aquellas señoras más ancianas se había allado indispuesta de una cólica que la havía apretado mucho, y esso havía sido la ocasión del desasosiego; el cual entendido por Areusina lo dixo a su señora, con lo cual entendiendo la causa quedó sosegada, porque ya la dueña estaba fuera de peligro. Y con esto durmió un ratico, que necesidad traía de ello la moçuela, que en parlar en el aventura se le havía pasado lo más de la noche. Y, así, estaba desbelada, tenía la boca seca y con mucha sed, cocíanle un tantico los ojos, dolíanle las espaldas y las sienes (no con penoso, mas con ca[n]sado dolor), tenía el anélito apresurado y sentía un natural descaimiento y flaqueça en todos los miembros, con unos despereços importunos aunque no penosos, sino regalados y de ternuras llenos.

Así se quedó nuestra Brisaida en su aposento y cama, cuando llegando mi amo – dice Nictemeno– a su aposento a cierto negocio (digo mi culpa, que yo havía madrugado un poco más de lo que era mi costumbre), y yo iba a pasar por una antesala para meterme a mi aposento cuando el príncipe mi señor iba a entrar por ella. Yo iba con hábito de de noche y llebaba unos zapatos de sombrero, y debajo del sombrero un caxco español echo en Calatayud y un broquel grande barcelonés, y una espada estremada de buena, que me havía dado la oja el tiniente de mi amo, Mauro<sup>mxii</sup>, echa en su lugar. Y llebaba un bestido de vrocado açul todo lleno de gusanillo de plata y oro,

cierto curiosísimo, que mi señora la princesa Brisaida me le había dado. Y debajo llebaba unas coraças de Bilbao, aunque no muy curiosas, fuertes estrañamente.

Y, como él entró por el antesala y estaban todas las puertas cerradas y las bentanas, estaba muy obscuro, y es cierto verdad como lo es todo lo demás que yo no le bi más que a mis pecados, sino solo que uí el ruido. Y como yo había de salir por la puerta qu'el príncipe mi señor había entrado, casi casi del encontrón ubo de dar conmigo en tierra. Yo, espantado, sin saber <sup>[f. 356v]</sup> quién se era dixe: «¿Quién b'aí?». El príncipe mi señor respondió: «¿Quién eres tú que andas por aquí a estas oras?». Yo, entendiendo que otro fuesse, por no ser conocido callé, y el príncipe dixo: «¿No respondes?», y diciendo y aciendo me tiró un golpe a la cabeça con tanta fuerça que baxaba el espada çurciendo por el aire. Yo vi el golpe, y no menos me balió que la bida según venía furiosso.

Yo, no conociéndole, eché mano a la espada y comenceme a defender. No quiero que me digáis –dice Nictemeno– que bendo mis agujas, solo os digo que andubimos en la batalla casi media ora, en el cual tiempo ya yo traía dos heridas (aunque pequeñas). Y, viendo que le duraba tanto, el príncipe mi señor, pensado no fuesse alguno de sus conocidos, dixo: «Di quién eres, que yo soy el de la Fe». Yo, titubeando y turbado, sin fuerça y aun casi sin alma dixe: «Soy, ilustrísimo señor, Nictemeno, vuestro criado». Y incado de rodillas, temblando, le estaba dando la espada.

Avriendo el príncipe mi señor una bentana que allí estaba, como me vio, con mucho amor me dixo: «Lebántate de aí, Nictemeno, y llégate acá». Yo, como lo hiciesse, él me dio con la espada en el hombro y me dixo: «Yo te armo caballero, y mira que maña[na] beles las armas. Y no digas a nadie lo que te á sucedido». Yo temblando obedecí en todo, y bi qu'el príncipe mi señor tenía una herida, aunque muy pequeña, en la pierna izquierda, la cual sentí yo más que si la tubiera yo en el alma; con todo esso, como era tan pequeña yo le tomé la sangre.

Y él se entró acostar y yo me fui a mi aposento, y a un amigo mío hice que me curasse, que llebaba arta necesidad por raçón de que se me iba mucha sangre de las heridas. Mas poco pude descansar en la cama, porque a las nueve serían de la mañana cuando llegó un paxe a mi aposento y me dixo qu'el príncipe mi señor me llamaba. Yo,

almándome lo mejor que pude por que no se me echasen de ver las heridas, fui al aposento. Y él se estaba en la cama, y me dixo:

–¿Cómo te allas, Nictemeno, de tus heridas?

–Fueron para mí, mi señor, tanta gloria por las haber recibido de essa soberana mano –le dixe–, que el tenerlas tengo por mayor trofeo que caballero oy tiene en el mundo.

–Aora anda, be, llámame a mi hermano Camilo y dile que le estoy aguardando, que venga presto.

Yo fui y allé a la balerosa Camiliana (disfraçada en Camilo) que entonces se acababa de bestir y se estaba ceñiendo una muy buena espada de un taalí, riquísima pieça. Y como entré, incada la una rodilla en tierra, le di el recado del príncipe mi señor, y ella me dixo:

–Bamos, Nictemeno.

Y, con esto, tornando al aposento del príncipe, sentada la balerosa Camiliana en una silla junto a la cabecera de la cama, el príncipe le dixo:

–¿Cómo se á allado, hermano mío, esta noche?

–Para servir a vuestra grandeça –dixo Camiliana.

–Pues el Emperador nos á enviado a llamar que nos allemos allá <sup>[f. 357r]</sup> a las diez. ¿Quiere que bamos?

–Sí, mi señor –dixo Camiliana–, como vuestra grandeça mandare.

–Pues bamos y iremos con nuestro tío el Embaxador, que también le an benido a llamar.

–Sea todo como vuestra grandeça mandare.

–¡Ca, pues! –dixo el príncipe–. Nictemeno, hacedme dar de vestir.

Con esto hice entrar cuatro paxes, que con mucha curiosidad y limpieça le dieron de vestir, haciendo yo el oficio de camarero. Aquel día se vistió mi amo de brocado encarnado con una superba guarnición de pedrería, llebando el pecto y espaldar, gola y braceletes qu'el día de antes havía ganado, y tiniéndoles adereçados caballos a la gineta de hermosísimos caparaçones del mismo color qu'el bestido. La balerosa Camiliana iba vestida aquel día de verde, toda de un muy lucido brocado con la guarnición de finas esmeraldas; el príncipe Zulemo y el príncipe Luposildo se fueron aquel día juntos, llebando el uno y el otro una hermosísima librea morada, toda recamada de oro. Y, porque se havían ido un poco más de mañana aquel día a la Madalena, no fueron todos cuatro juntos.

Entre sus dos balerosos sobrinos fue, pues, el embaxador de España, tan contento y alegre y tan galán el buen viexo que cierto no havía menos que ber en su venerable senectud y hermosas cañas que en la gallarda y hermosísima jubentud de los dos príncipes que le acompañaban. Así, pues, llegaron a palacio a las diez, y al tiempo que se iban apeaar entravan también los dos príncipes Luposildo y Zulemo, y, así, todos cinco subieron a la Sala de Estado, en la cual ya estaban aquellos caballeros aguardando a qu'el Emperador saliesse. El cual salió de allí un poquito y, sentado en su real silla, dixo al secretario que mandase entrar los mensajeros del gran soldán de Egipto, los cuales entraron a su uso muy ricamente adereçados y vestidos de camino, con hábito de mensajeros<sup>mxiii</sup>. El más principal de ellos, que doce caballeros eran, en alta y clara boz dijo:

–Sacro emperador del constantinopolitandio imperio, el baleroso y virtuosísimo Sarracín egipcio, hijo del gran soldán de Egipto, nos mandó vesásemos sus sacras e imperiales manos y nos mandó dar esta carta.

Y, diciendo esto, la sacó de un riquísimo portacartas e, incado de rodillas delante del Emperador, se la puso en la mano. El cual mandola dar al secretario que la leyesse, el cual la avrió y vio que así decía:

Sarracín sultán, heredero de la egipciana monarquía, y su balerosa hermana Dinamarteia, al sacro emperador de Constantinopla, salud.

Con notable deseo, Cesárea Magestad, de ver tu corte y probarme con el balor de tus invictos capitanes y balerosos caballeros, mi hermana y yo emos venido del gran Cairo, ciudad nuestra; por lo cual a tu grandeça pedimos seguro para en tu corte, haciendo cosas <sup>[f. 357v]</sup> que a caballeros moços conviene, te sirbamos. Y, porque entendemos que nos harás merced en todo, vesando tus imperiales manos cesamos, suplicando a nuestros dioses aumente tu felicidad y estado por largos siglos.

Acabada de leer la carta, a todos los caballeros les pareció muy comedida y que era justo a ella se respondiessse muy bien. Lo cual así se hiço y quedó toda la corte aguardando la benida del Sarracín, que fama tenía de uno de los mexores caballeros qu'el mundo tenía, y su hermana Dinamartea, de la más balerosa y hermosa muger que en aquellos tiempos traía armas. Aunque por haver estado desde su niñez en las estrañas probincias de la inferior Tartaria en casa de un tío suyo, hermano de su madre, que era rey de la gran China, y por no tener hijos a estos dos balerosos hermanos havía prohijado, acá en este otro polo los famosos echos en armas de sus invictos braços no estaban tan estendidos como en el Antártico, en cuyas estendidas regiones más su fama bolaba que en Macedonia la del grande Alexandro y que la del mal ceñido César en nuestra madre Roma fue estendida, de suerte que ya del uno al otro polo era esclarecida su fama y su estandartes y banderas bistas.

Aunque así en común la nueba de los nuebos güéspedes alegró la corte, no faltaron artos coraçones en los cuales la nueba hiço vien barios efectos y mudanças. Y porque grandísima parte de los echos de estos ilustrísimos príncipes se á de tratar en esta larga istoria, cada cosa dejaremos para su tiempo reserbada; solo diciendo aquí su venida, que fue luego que los mensajeros llegaron, aunque en la corte no entraron asta otro día, serían como a las diez de la mañana.

Y la traça con que entraron fue esta: lo primero entraron grande número de camellos, dromedarios, elefantes, unicornios y otros hermosos y fuertes animales de carga traídos de aquellas partes y India. Cierta que tuvimos todos los cortesanos que ber en los animales y en la muchedumbre de ellos, porque eran más de mil, todos cubertados de tapetes indios labrados con grandísima sutileça, hermosura y riqueza, y todos los acemileros también adereçados y compuestos con tanta gallardía y pulítica traça que cierto que más parecía que nos benían a enseñar cortesanía que a aprenderla de nosotros.



Pasada esta recámara venía por retaguarda de ella como asta docientos caballeros, todos armados de lucidísimas armas, aunque no conserbaban conformidad en las colores ni dibisas porque las traían muy barias (mas cierto bonísimas y de mucho ingenio, que tuvimos vien que ver en ellas). Detrás d'estos caballeros venía[n] como asta cien caballos, todos bonísimas capas y raças, todos enxaeçados hermosísimamente, trayéndolos de diestro lacayos jetas, mas muy bien adereçados. Detrás d'estos venían otros cincuenta caballeros, armados quanto rico se puede pensar, y estos todos traían coronas de reyes sobre las celadas y cetros en las manos, insignias ciertas de su dignidad. Luego venían dos caballeros ya <sup>[f. 358r]</sup> viejos, sin celadas ni manoplas, de benerabilísimo y grabe aspecto.

Luego venían los dos hermanos, trayendo cada uno a su lado un sabio egipciano con ábito y presencia de tal, que era vestidos de brocado negro asta en pies con ciertos turbantes en las cabeças y venían en muy hermosos machos palestinos. Los dos hermanos venían de una misma manera y traça, que era armados de punta en blanco, con unas armas encarnadas orladas de finísimas perlas orientales y diamantes excelentísimos. Venían en dos muy buenos caballos muy semexantes en las capas, mas al parecer el uno y el otro estramados y fuertes; la riqueza de los jaeces, la hermosura de las sobrestas, la gallardía y estremada postura de los caballeros, como negocio que se á de tratar muchas veces por agora se dexa, solo tocándose así en cifra.

Lo que fue muy mirado de todos los cortesanos fue que venían detrás de ellos asta cien paxes muy bien adereçados de una librea encarnada. Y cada uno de ellos, sobre un muy hermoso caballo, traía un escudo a las espaldas de diferentes dibisas y una bandera en una asta dorada, arrastrando por el suelo insignias ciertas de las victorias por ellos alcançadas. D'esta manera entraron los egipcios hermanos a la ora que tengo dicho, estándolos mirando aquellos príncipes desde las bentanas de la Sala de Estado y las damas y princesas desde las seloxías de sus açuteas. Es cierto que venían los príncipes de la Babilonia del Nilo tan bien puestos y con tanta gracia a caballo que fue menester estar allí mi amo el Príncipe de la Fe y sus compañeros para que ubiesse quien pareciesse también como los egipcios.

En sola una cosa se diferenciaba la hermosa Dinamartea de su hermano, y era que por los penachos (que muchos y de varias colores el uno y otro traían) iban echos

un millón de hermosísimos laços de la más bella madexa de oro que, fuera de la de Brisaida, tenía el suelo. Las dibisas de los escudos, porque fueron muy miradas os las pongo. El baliente Sarracín traía en campo de sangre un galápago o tartuga de oro atrabesado con una saeta de plata, y el título decía en letras latinas: «FESTINA LENTER», que bueltas en bulgar dicen: «Date prisa despacio». Estas eran las dibisas [que] la balerosa Dinamartea traía en el escudo: el tiempo admirablemente esculpido de oro en campo azul. Y la letra decía en latín: «ACELERA QUONIAM ACELERAT», que en bulgar suenan: «Date prisa, pues él ba tan aprissa».

Así llegaron a palacio, en el cual, en apeándose, subieron a la Sala de Estado donde todos aquellos caballeros estaban. Y el Emperador, como a tan grandes príncipes como eran, los estubo aguardando a la puerta de la sala, y allí los recibió cortesana y biencriadamente, mostrándoles mucha afabilidad y amor, de qu'ellos quedaron muy satisfechos <sup>[f. 358v]</sup> y a su servicio obligados. Al tiempo d'este abraço, que lebanaron las biseras, yo me allé presente, y es cierto que eran tan hermosos, tan niños y de tan buena gracia que casi querían engendrar dificultad en si lo eran más qu'el Príncipe de la Fe mi señor y su hermano Camilo. Aunque esta dificultad duró poquísimo, que mirando en ello vien se echaba de ber la diferencia; que no tenía el mundo criaturas como mi amo y Camilo, que tenían un millón de particulares perfecciones que cada una de ellas bastaba a hermohear a otros ciento.

Pues, ya que estubieron todos aquellos caballeros sosegados y puestos en sus sitios, el brabo Sarracín se lebantó de su asiento y en medio de todos, a su uso, en legua griega qu'él bien sabía, dixo:

–Sacro Emperador y ilustrísimos capitanes y caballeros qu'estáis presentes: ya por nuestra carta havréis entendido la ocasión y causa de nuestra benida, que no es para enojaros ni ofenderos sino para en todo lo que se ofreciere con nuestras personas serviros. Mas, porque deseo de ganar onra a estas regiones de la remotísima China nos á traído, mi hermana y yo, con licencia del Emperador qu'está presente, desde esta tarde començaremos a sustentar justas, en raçón de que todas las damas del mundo deben basallaxe en hermosura y balor a mi hermana y a mí, en las armas, todos los caballeros que arnés visten. Y aunque os parezca, buenos caballeros, que toca en sobervia mi

dicho, cierto no procede de ahí, sino de que estamos juramentados de así lo defender por todo el cristianismo asta que a los reinos e imperios d'él ayamos dado una buelta.

Las condiciones de la justa son que si nosotros vencemos, confensando el caballero vencido estas dos cosas sea libre, dándonos su escudo y una vanderola; y si nosotros fuéremos los vencidos, quedaremos por sus rendidos y esclabos para que puedan hacer de nosotros lo que fueren serbidos. Y si nos quisieren rescatar, ofrecemos desde luego en rescate cuatro reinos de los mexores que en toda nuestra monarquía uviere. Y esto es, sacro Emperador, a lo que somo venidos, haviéndose de defender la justa o batalla uno por uno, que ni aplaçamos campo a más de a uno ni nosotros queremos pelear juntos, porque tenemos por verdadero el refrán latino: «Ni Hércules contra dos».

En diciendo esto se bolbió a sentar, quedando todos aquellos caballeros muy satisfechos, aunque algunos ubo que no les pareció muy bien la causa de la justa (bulgo es, no es mucho que en barias opiniones ande dibisso). El Emperador se lo concedió todo como ellos lo pedían y, mandándolos aposentar en palacio en un muy buen cuarto d'él, se acabó el consexo, índose todos a oír misa. Si queréis saber un caso gracioso que sucedió esta tarde en la corte, leé este otro capítulo; que me boy, qu'estoy cansado [f. 359r].

### **Capítulo 18. En que se cuenta lo que aquella tarde en la corte sucedió y cómo se quedó para otro día la justa.**

Ya os dixe cómo todos aquellos príncipes y caballeros cristianos se habían entrado a oír missa, haviéndose ido los dos hermanos gentiles a su cuarto. Pues, cuando entraron en la capilla, el Emperador se havía quedado ocupado en su retrete, y así le ubieron de estar aguardando con la missa casi un cuarto de ora. En este medio tiempo la princesa Alexandra, mi señora, me llamó desde su asiento<sup>mxiv</sup> con la mano; pues, como llegué y me inqué de rodillas delante d'ella con el morrioncillo en la mano, me dixo:

–Nictemeno, hacednos adereçar de comer a mi prima Brisaida y a mí en mi cuarto, y no queremos que coman allá vuestros amos, que ya tenemos licencia de mi

señora la Emperatriz. ¡Ola, Nictemeno! Por vida de quien nos tubiere, ¡fruta y cecinas de vuesa tierra!

Yo casi me sonreí de la petición de la princesa y dixé:

–Todo se hará como vuestra grandeça manda.

Y, así, me lebanaté. Sobre el ánima de aquellas señoras baya que yo no oí misa aquel día por ir adereçar las cosas que combenían a casa. Y yo también lo deseaba, porque mi señora Libertina se havía allado indispueta dos o tres días havía, y no havía tenido tiempo aquella mañana de visitarla. Acabada<sup>mxv</sup> la misa todos aquellos príncipes fueron a acompañar al Emperador asta le dejar en su cuarto, y después vinieron por la Emperatriz y por aquellas princesas. Y como ya el negocio de la princesa Alexandra le sabía la Emperatriz, el Emperador y casi toda la corte, la Emperatriz dixo:

–¡A, señor príncipe Luposildo! Sepa vuestra grandeça que no hace mi sobrina vien de la recién casada, que por oy dexa a vuestra grandeça porque se lleba allá a Brisaidica.

–Es tan excelente trueco esse, serenísima señora –dixo el príncipe–, que vien parece echo por tan buen ingenio como es el de mi señora la princesa.

–¡Ca!, ¡calle, calle, bobo! –dixo Alexandra–. ¿Piensa que no le entiendo? Pues con licencia de mi señora la Emperatriz le quiero hacer merced de que nos sirba a la messa.

–Yo, por mí –dijo la Emperatriz–, allá os abení, sobrina; vuestro marido es, haced lo que quisiéredes.

–Pues, yo de la mía –dixo el príncipe–, azepto la merced por una de las más soberanas que, fuera de ser de vuestra grandeça, en esta vida é recibido.

Con esto se adelantó la Emperatriz hablando con Gradisa, que allí junto a ella iba. Y, viendo oportunidad, Brisaida dixo quedo que nadie lo oyó, sino solo el Príncipe de la Fe, mi señor:

–Y, bos, mi capitán de mis ojos, ¿no nos havéis de serbir a la messa para que sea todo mi conte[n]to <sup>[f. 359v]</sup> cumplido?

El príncipe respondió allá una raçon tan cuajada (como várbaramente decís) de amor, que no os quiero escandalizar con ella; que cierto que Brisaida que no se escandalizó, maldita la cossa. Con esto, dejando a la Emperatriz en su cuarto, por el pasadiço se vinieron la princesa Brisaida y Alexandra y la buena Esmerilda (que Libertina, como dixe, por andar indispueta se estaba en casa), y las dos doncellas de Vrisaida, Areusina y Bulpisa, y otras dos dueñas, y asta una docena de doncellas hermosísimas, criadas del príncipe mi señor, todas españolas, de galán garbo y estremadas en habilidades e ingenio.

Caballeros vendrían como asta dos docenas sin lo cuatro príncipes: el de la Fe, Luposeldo, Zulemo y Camilo. Todos estos, en llegando al cuarto de las damas, dejándolas en él, se fueron a dar una buelta por casa, y los príncipes dijeron al tiniente de capitán general, que era Mauro Italiano, que hiciesse adereçar caballos y armas y todo lo demás necessario para la justa. El embaxador de España tenía aquel día combidados al buen príncipe Fileno Pimentel, y a Vegero y a Rubiso y a Numberto, y a Ranciro de Ayala, y a Rosbeldo de Belasco y a otros muchos príncipes y balerosos capitanes españoles, que fueron más de ochenta de messa, todos o los más de ellos hijos de grandes de españa o balerosísimos y ilustres capitanes.

Con esto, ya que todos aquellos caballeros se sentaron a comer con el Embaxador allá en su cuarto, en el nuestro quedaron los cuatro príncipes, los cuales me hicieron merced de enviarme con un recado <a> aquellas princesas. Yo fui, y llebaba aquel día un bestido que mi señora la princesa Alexandra me havía dado (bueno era, que cierto qu'estaba tasado por la pluma en cuatro mil ducados), y era morado y de aquel mismo color estaba aquel día vestida mi señora Libertina, aunque traía un listoncillo por la cabeça (que decía le dolían las sienes). Pues, como yo llegué, incado de rodillas delante de aquellas princesas, que cierto era extremo el hermosura y gracia con que las dos me recibieron, les dixe:

–Serenísimas princesas, aquellos cuatro caballeros, Luposeldo, el de la Fe, Zulemo y Camilo, vesan a vuestras grandeças las manos, y que con licencia de vuestras

grandeças vendrán a recibir tan soberana merced como de servir a vuestras grandeças se les á de seguir.

–A[n]dad, Nictemeno –me dixo la princesa Alexandra–, y decí que vengan en ora buena y dadnos luego de comer, qu’es tarde. ¡Ca, princesa mía –dixo a Brisaida–, sentémonos!

Yo fui con la respuesta, y aquellos caballeros luego, sin capas ni morriones salbo Camiliana, que llebaba aquel su turbante (que como os tengo dicho jamás de la cabeça le quitaba y decía que era un cierto boto o promesa que tenía echo), entraron en el aposento donde aquellas princesas estaban. Y tomando las fuentes de oro de las manos de los paxecitos, con cuan cortesano término se puede pensar les iban a administrar el aguamanos, moxadas <sup>[f. 360r]</sup> las puntas de las toallas en un agua bonísima y de estremado olor. Mas la princesa Alexandra, como era tan dama, azeptando el serbicio que su marido le hacía se labó las manos, y, tiniéndolas así mojadas, se lebantó de la silla y tomando la cabeça de su marido entre las manos le besó en la boca, diciendo: «Basta, mi príncipe y mi señor, la merced recibida. Y con licencia de mi señora la princesa Brisaida, siéntense vuestras grandeças. ¡Ola, paxes, traé aquí sillas!».

Ya sabéis qu’el príncipe Luposeldo y Zulemo, primo de Vrisaida, y la balerosa Camiliana, sabían cómo eran desposados Brisaida y el de la Fe, y ellos sabían ya que lo sabían, con lo cual sin ningún melindre sino muy a lo galán y cortesano se sentaron aquellos príncipes (aunque, por raçón de los sirbientes<sup>mxvi</sup>, con notable onestidad y cortesanía). Al tercero o cuarto plato de la comida llegábamos cuando a la sala de fuera, donde estaban trinchando unos pabos los trinchantes de casa (y yo estaba allí dando orden en lo que se havía de administrar), llegó acompañada de solos dos enanos la balerosa Dinamartea egipciana, con un hávito gallardísimo cuanto se puede pensar y ella hermosísima y gallarda<sup>mxvii</sup>. Yo, como la bi, es verdad cierto que casi casi me turbé, y ella me dixo:

–Venga acá, gentilhombre, ¿dónde están las dos princesas Brisaida y Alexandra?

Yo, co[mo] la conocí, dixé:

–Agora poco á, ilustrísima señora, se sentaron a comer. Aguarde vuestra grandeça, iré a decir cómo vuestra grandeça viene.

–No, por vida vuestra, galán –me dixo la vriosa dama–, sino entrame en el aposento donde están.

Es cierto que me turbé que no supe qué hacerme, mas como vi que era peor si me encubría, dixé:

–Venga vuestra grandeça.

Y, así, con mi bastón en la mano entré delante y dixé:

–Ilustrísimos señores, la gran sultana de Egipto entra.

Y apenas lo ube dicho cuando ella, tiniéndole yo lebantada el antepuerta, entró. Y era en extremo cortesana, y, como vio la mesa adornada de tan hermosísima jubentud y ella nunca havía visto a las princesas, realmente quedó casi fuera de sentido. Mas bolbiendo en sí dixo:

–Si suelo es lo que beo, ilustrísimos príncipes, y no sois dioses que entre nosotros moráis, ellos conserben vuestra salud y vida por largos años.

Solo se turbó y mucho la princesa Brisaida en ver la egipcia, mas, al fin, disimulando, todas la recibieron con mucho comedimiento y amor, haciéndole poner una silla entre Brisaida y Alexandra. Ya que todos se ubieron tornado a sosegar y a ella se le ubo puesto con su salba todo lo necesario en la messa, ella dixo:

–Aunque pensé, ilustrísimos señores, que havía de allar soberana compañía, no entendí fuera en tanto extremo. Y así si é errado, soy digna de perdón, porque suviendo a comer con mi señora la <sup>[f. 360v]</sup> Emperatriz, como preguntase por su grandeça de mi señora Brisaida y me fuese dicho que se havía venido a comer con la princesa<sup>mxviii</sup> Alexandra, pedí licencia a su grandeça para me venir a comer con sus grandeças, la cual la señora Emperatriz me concedió. Y esta á sido la causa de mi atrevimiento, y cierto que si supiera que havía de allar tan soberana compañía, que aún antes ubiera procurado el haver venido a recibir esta merced.

Con esto, pasando con la comida adelante entretenidos en muy buena comersación, la egipcia no quitaba un punto los ojos del Príncipe de la Fe, pareciéndole una de las más hermosas criaturas que jamás ubiese visto y que realmente en hermosura llebaba mucha ventaxa a su hermano Sarracín. Y, como allaba entre todos aquellos príncipes un no sé qué de digna competencia en la beldad y hermosura, lo más de la comida passó en se los estar mirando y particularmente notando los extremos de perfección que todos tenían. Asta que la balerosa Camiliana, viendo lo que se hacía dixo:

–¿Por qué no come vuestra grandeça? ¿Qué está mirando? Qu’estos caballeros tienen tan divinos espexos en que mirarse y son mirados de tan exclarecidos soles que, en alguna manera, es hacerles más merced de la que merecen puniendo vuestra grandeça en ellos los ojos.

–Por cierto, señor caballero –dixo la egipcia–, que aunqu’estos caballeros estén como vuestra grandeça dice, qu’el extremo que veo delante no consiente menos admiración que la que yo é mostrado. Y, así, sin ofender a sus damas é podido caer en el descuido que en mí, señor, habéis notado, si este título merece.

–Yo, de mi parte –dixo la princesa Alexandra–, mi señora, recibo mucha merced de la que vuestra grandeça á echo al príncipe Luposildo, mi señor.

–Pues de parte de la dama del capitán –dixo Brisaida–, yo también, mi señora, azepto la merced recibida.

–Pues de parte de mi señora Diadena –dixo Zulemo–, yo tanvién vesso las de vuestra grandeça.

–Pues yo –dijo Camilo–, como vencedor de Amor, en las mismas cárceles d’él en onestidad puesto, de parte de cuyo soy, también digo que recibo soberana merced en la que de ser mirado de esos hermosísimos ojos se me comunica.

–Cierto, mis señores –dijo Dinamartea–, que si los desengaños se ubieran de pagar eran poco los imperios de mi padre para pagar este, pues por el dicho del señor Camilo tan hermosos laços para que no se procuren otros nudos se an descubierto.



Aunque me á parecido qu'el que lleba la palma en la bictoria es el señor Camilo, pues dice que venció a Cupido, y en aquello parece mostrarse de damas vencedor.

–Nunca Dios tal quiera –dixo Camiliana–, que de esso vien seguro estoy que jamás vi dama a quien me rindiesse ni a otro sino a mí reconociere essa victoria, ni ay dama en el mundo que me conozca que quiera de mí llebar los despojos, porque saben de cuán poca importancia son para ellas. Y, así, ni yo de ellas ni ellas de mí, en lo que toca a esos efectos, tenemos, tubimos ni tendremos satisfacción alguna.

–No se sufre, príncipe Camilo –dixo Vrisaida– que muestre tan poco rendimiento a la hermosura de las damas, pues <sup>[f. 361r]</sup> sabe que a los más libres<sup>mxix</sup> coraçones su<e>len ellas poner en su cadena.

–Y aun porque sé esso, mi señora –dijo Camilo–, y de amor esse modo de vencer recibo en natural don, confieso de mí estas libertades que vuestra grandeça á oído.

–¡Jesús, señor príncipe! –dijo la princesa Alexandra–, ¡y qué amigo es de abrar en parábulas y enigmas! Que emos menester un espositor de sus conceptos, que aun el ilustrísimo capitán general, su hermano, no le entiende.

–Y aun porque su grandeça –dixo Camiliana– no me entendió, de aí dimanó el que yo me entendiesse y aun creo qu'el contento de todos.

–Yo no lo digo –dixo Alexandra–, déxenos, por su bida, con sus retóricas.

En esto començaban a entrar las conserbas y postres, y entraron Esmerilda y mi Libertina y Areusina y Bulpissa, con otros diez o doce damas españolas de aquellas de cassa, hermosas como uno serafines, y, haciendo su devido comedimiento a los príncipes y princesas, se pusieron en un estrado que para ellas estaba puesto. Y Esmerilda començó a hablar con aquellos señores, que cierto todos le tenían tanto respecto como si fuera su propia madre; especialmente mi señora la princesa Brisaida, que la quería regaladísimamente, y, así, le había echo muchas mercedes y cada día se las hacía, y siempre la llamaba «mi aya».

Ya havían lebantado las mesas y estaban en muy buena combersación, cuando dixeron al Príncipe de la Fe que estaba allí un paxecito del señor embaxador de España.

El cual, mandándole entrar, incada la una rodilla en tierra, después de haber echo el comedimiento debido a tan excelentísima compañía dixo:

–Ilustrísimo capitán del cristianismo, el Embaxador mi señor dice que agora le dieron un recado del señor Emperador en que le dice que las justas se quedan para de aquí a tres o cuatro días, porque así le á parecido a él y al baleroso Sarracín. Y que quiere salir a pasear: que él aga, señor, merced, de con tu hermano el príncipe Camilo saliros con él, porque tiene que hablar con vuestras grandeças.

Parado estuvo el Príncipe de la Fe sin responder, mirando al rostro de la hermosísima Brisaida, la cual entendiéndole dixo:

–Andad, señor capitán, hacé lo que manda vuestro tío, que a sus canas es devida toda reverencia –y sin que lo oyese nadie dixo–: y vente, mi señor, por terrero, que aí estaremos mi prima y yo.

Con esto, el príncipe dixo al paxe:

–Andá, hijo, decí que ya bamos.

Y a mí me mandó –dice Nictemeno– que fuesse a Mauro Italiano y le dixesse que hicesse adereçar caballos de rúa.

–¡A, Nictemeno! –dijo el príncipe Luposeldo–, hacednos adereçar caballos al príncipe Zulemo y a mí, que con vuestra licencia, alma mía –dixo bolbiéndose a su muger–, quiero irme yo tanvién a pesear un rato.

–Vaya vuestra grandeça, mi señor –dixo la princesa Alexandra–. Y por muchos años –le dixo quedo– me pidas, alma mía, la licencia.

–Dexando el rigor de Marte –dixo la bella egipcia–, quiero goçar d’este prebilegio y gloria que el tiempo me concede, señores caballeros: con licencia d’estas hermosísimas princesas, yo me quiero quedar acompañándolas, porque justo es que en ausencia de tan balerosos Martes quede la espada de la belicosa Belona en su defensa.

–Vesamos a vuestra grandeça las manos –dijo Brisaida–, mas de mala gana concederá mi prima ausencia (aunque corporal parezca) merced esse nombre, y en lo demás azeptamos <sup>[f. 361v]</sup> la merced como tan soberna.

Con esto se salieron aquellos cuatro príncipes, tan bien adereçados quanto se puede pensar. Y, al tiempo que salía por la puerta el Príncipe de la Fe, le dixo Esmerilda: «Aguarde, mi alma, que lleba bollado un rumbo de esse abanico». Y, con esto, llegándose a él, en pie con sus blancas manos le tornó a quebrar la lechuguilla, diciendo Brisaida entre sí: «Dulce amor mío, ¿y cuándo podré yo hacerte semexante servicio con tanta gloria mí? ¡Cuánto queda de mi aya el alma imbidiossa!».

Ya que se ubieron ido aquellos caballeros, que las tres princessas quedaron solas (digo de compañía de hombres, que mugeres artas havía), las princesas Brisaida y Alexandra miraron muy en particular el hávito, traça y vestido de Dinamartea, que cierto tuvieron vien que ver en su curiosidad y forma. Y ya que todo lo ubieron visto, loándolo mucho y muy más ensalçando su mucha hermosura y gentileça, para la entretener, Esmeri[l]da mandó salir a Orfea y Anfionisa y a sus compañeras, las cuales cantaron y tañeron un rato admirablemente con arta admiración de la dama, aunque en aquel arte tenía ella tanta parte que pocas más en el suelo.

En el tiempo que las damas estaban en este entretenimiento, salieron de casa el Embaxador y toda aquella ilustrísima compañía de españoles, tan briosos y galanes, tan bien aderaçados y en tan buenos caballos que cierto hicieron raya y la hacían en toda la corte. Y si no fuera –dice Nictemeno– porque soy español y no me digáis que hablo con pasión, cierto en todo el mundo dixerá que la hacían. Pues, en saliendo de cassa, que fueron atrabesando la plaça, venían por otra calle el príncipe Nigidio, heredero de Ingalaterra; y Neférito, príncipe de Escocia; y Odacero, de Inbernia; y Necóforo, heredero de Nápoles; y el príncipe Oboloris de Francia y el baleroso lusitano Lucipoldo, hijo de Irene, reina de Portugal. Estos seis príncipes venían en dos en dos, todo lo galanes y gallardos que se puede pensar. Encontráronse en medio de la plaça, y, haviéndose echo a caballo los comedimientos devidos, Lucipoldo el portugués dixo a Luposeldo en español:

–¿Para dónde bueno iban vuestras grandeças?

–A pasearnos un rato íbamos, señor primo, porque nos an dicho que las justas se quedan para de aquí a dos o tres días.

–Pues bamos todos –dixo el portugués–, *e veremos as meninas de la cidade*.

Así, de dos en dos, salbo el Embaxador que iba en medio de sus dos sobrinos, començaron a ruar, siendo vien mirados de todos los ciudadanos; que cierto eran todos ellos virtuosísimos, balerosos y hermosísimos príncipes y ninguno había de ellos que no tubiesse estremado balor y prendas. Y el buen Lucipoldo el portugués iba echo una sal con las damas que estaban a las ventanas, haciendo graciosísimas reseñas de amor. El paradero de aquellos príncipes, como centro de sus deseos, era palacio, porque vien pocos o ninguno de ellos havía que no tubiesse allí su prenda, o para casamiento o a lo menos para entretenimiento cortesano, onesto y galán. Y, así, luego guiaron para el terrero y, al tiempo que començaron a querer asomar a la calle que para él baxaba, vieron ir poco delante de sí <sup>[f. 362r]</sup> al baleroso príncipe Menademo, príncipe de Boemia y a Lidiano, príncipe de Noruega, que al baleroso Sarracín egipcio llebaban en medio.

Los dos príncipes iban vestidos de vrocado blanco toda la guarnición de hermosas perlas orientales y diamantes<sup>mxx</sup> de mucho balor. Mas el baliente sultán egipcio venía vestido de brocado encarnado, guarnecido todo de finísimos rubíes y carbunclos entrepuestos a trechos, vestido galanísimo y costosso, con tantas labores y adereço que vien mostraba el gallardo moço su curiosidad y señorío. Iba en un caballo rucio rodado no muy grande, mas de los más galanes que vien se pisaban de toda la corte, y íbale haciendo hacerse mil pedaços y él, tan bien puesto que a todos nos llebó tras sí los ojos.

Pues, como bolbió la cabeça el baleroso príncipe Menademo (que aunque era muy niño era de los más balerosos, afables, vien criados, umildes y vuen cortesano que havía en Constantinopla, y grande aficionado, amigo y servidor del Príncipe de la Fe mi señor), y, pues, como reconoció <a> aquellos príncipes, al egipcio dixo:

–Aguardemos, señor Sarracín, si a vuestra grandeça le parece, que vienen aquí de los más principales y balerosos príncipes que ay en el imperio, y podrá vuestra grandeça hablalles, que todos son muy buenos para amigos.

–Se’ así –respondió el galán egipcio.

Y, así, dando media buelta a los caballos, señas hicieron de aguardar a los que venían, lo cual visto por los dos que venían delante, que eran Nigidio y Odacero, acelerando un tantico el passo llegaron<sup>mxxi</sup> a igualar con los príncipes que aguardaban. Y, como iban viniendo, el príncipe Menademo a[l] sultán de Egipto decía quién aquellos caballeros eran; a los cuales él recibía, y él era de ellos recibido, co[n] muy cortesano término y comedimiento. Asta que, habiendo pasado todos, cuando llegaron Luposildo y Zulemo, diciendo Menademo quién[e]s aquellos príncipes eran, el egipcio les hiço particular comedimiento (digo de amor, que en lo que tocaba a criança a todos los igualó con un rasero).

Después, cuando llegó el E[n]vaxador y vio a mi amo y la balerosa Camiliana, casi fuera de sí de ver tanta hermosura, medio turbado, abraçando primero a Camiliana en Camilo disfraçada, le dixo:

–Hermosísimo príncipe en quien tanto los diosses y naturaleza se esmeraron, que parece que ni ay pasar de aí ni, como dicen, más gloria que veros. En lo que no fuere nuestras pretensiones de armas, os suplico me tengáis por vuestro, que lo seré todo el tiempo que la Parca estuviere por cortar el dulce ilo que está de mi vida debanado.

A ello respondió la balerosa Camila, y después muchos años le uí decir al uno y al otro que en el abraço <sup>[f. 362v]</sup> un no sé qué los dos havían sentido. Pues, apartándose del abraço, aunque no de muy buena gana el uno y el otro, cuando llegó al Príncipe de la Fe, abraçándole dixo:

–Soberano príncipe, aquí ya faltan las palabras, mas yo os prometo<sup>mxxii</sup> que para serviros sobren las obras, ofreciéndose ocasión de que de mí queráis ser servido.

Tanvién habló al Embaxador, y todos juntos baxaban hacia el terrero. Lo que les sucedió oiréis en este otro capítulo; qu’es ora de comer, perdonadme.

**Capítulo 19. De lo que aquellos caballeros sucedió en el terrero y aquella noche al de la Fe, al egipcio y a Camiliana, con otros tres caballeros.**

Cuando baxamos hacia el terrero, ya aquellas princesas y otras muchas damas cortesanas (así de nuestra casa como de palacio, y aun algunas de la ciudad) estaban puestas en las seloxías de plata que al terrero caían, aguardando combersación (que bien sabían que no podían tardar los caballeros moços del sitio). Y, en oyendo los relincho de los caballos, luego se pusieron todas a las ventanas por ver qué xente era la que venía. Y, así, començó a pasar la guarda del Embaxador, que cierto aquel día todos los de ella iban brabos como el sol.

Iban con una librea de brocado morado y antorchados de oro tan braba y lucida quanto se podía pensar, ni aun se había visto en la corte tan costosa para dada a la guarda. Y si no lo habéis por enoxo, quinientos españoles hijos de algo eran los que el Embaxador llebaba de guarda, indo el capitán d'ella<sup>mxixiii</sup>, que se llamaba Ruy Bibo de Soto, vriosaço español, aquel día más brabo qu'el sol, más galán que Narciso y más furioso que Marte. Y, como tenía una dama moça de cámara de mi señora Brisaida por señora, iba haciendo piernas torciendo el mostacho, que le parecía a él qu'era poco destruir el infierno en serbicio de su dama. Y, así, con grabe passo iban ya pasando los primeros por debaxo de las ventanas de las damas, cuando la balerosa Dinamartea dixo a Vrisaida:

–¿Qué xente es esta, mi señora, tan balerosa y lucida?

–Son –dixo Vrisaida– criados de la guarda del embaxador de España

–Cierto que aunque no son muy altos de cuerpo, que en el brío y rigor que parecen exceder a todas las demás naciones.

–Sí, mi señora –dixo Alexandra–, en esso y aun en todo lo demás no ay duda sino que los nuestros españoles exceden a todas las naciones del mundo, y así entiendo que la monarquía d'él á de benir a parar a sus manos.

–Con tales capitanes como agora tiene España no me espantaría, señora prima –dixo Brisaida.

–Pues en el balor d'él, mi señora –dixo Alexandra–, é dicho yo lo que dixes; que sin su grandeça todos balemos poco y con su balor es justo que todos nos estimemos<sup>[f. 363r]</sup> en mucho.

–Bésele las manos, prima –dixo Brisaida–, que todos somos y seremos basallos del señor príncipe Luposeldo, que no lo dixere por tanto.

Ya iba acabando de pasar la guarda de a pie cuando pasamos cincuenta caballeros a caballo, y a fe que íbamos muy bien compuestos. Yo –dice Nictemeno– era el que menos aliñado iba, y llebaba unas armas todas pabonadas de un color azul escurísimo; iban orladas de oro, y por la orladura de ellas iban sembrados muchos zafiros muy buenos y finos. Llebaba la sobrevista como todos los demás, que era encarnada, y perlas en el escudo. Llebé aquel día por dibisa las tres Gracias y en medio de ellas muy bien retratada a mi señora Libertina, e iban todas mirándole al rostro. Y la letra decía: «De aquí nos viene el balor».

Pues es cierto qu’el caballo que llebé y los jaeces, que mi señora Camiliana me los había dado, que pocos o ninguno había mexores en la corte. Porque había sido de un caballero persiano sobrino de Sofraastro a quien Camiliana en una justa venció, ganando por p[r]emio de la justa el caballo enjaeçado y unas armas; y diómele su grandeça el día qu’el príncipe mi señor me armó caballero. Pues todos los demás aún iban más galanes que yo, y llebaban muy hermosas invenciones y dibisas.

Estos cincuenta caballeros de aquí adelante casi de ordinario acompañábamos al Príncipe de la Fe mi señor en título de capitán general. Y así todos, con cuenta de cuyo número aunque indigno fui yo uno, andábamos siempre con él, con título de caballeros de la guarda del capitán general. Pues como igualásemos con las ventanas, Dinamartea dijo a Brisaida:

–¿Y estos caballeros, mi señora, que tan lucidos vienen, cuyos son?

–Son, mi señora –dixo Brisaida–, de la guarda del capitán general, el Príncipe de la Fe.

–Cierto –dixo la egipcia<sup>mxxiv</sup>– el príncipe tiene uno de los onrados títulos en la milicia que se puede desear.

Ya en esto comenzaban aparecer aquellos príncipes, flor de la cavallería y milicia cristiana. Cada uno delante de sí traía dos lacayos y detrás venía toda la chusma de paxes, que eran infinitos y con hermosísimas libreas; mas el diablo de Petrucho y su

compañero Bujaamé venían delante del príncipe mi señor más entonados y sobervios que un Nabucodonosor. Venían, desde que se comenzaron a ver las ventanas de las damas, todos los criados descubiertos con los morriones en las manos, y los príncipes, aunque no con descomposición, venían haciendo hacer pedaços a los caballos pisándose con estremada gracia. Y como ellos venían todos a la gineta y los caballos tan desembaraçados, llenos de pretales y frenos de campanillas, y caxcabeles de plata y oro, y venían con tan hermosísimos jaeces de tantos antorchados de oro y piedras, y ellos eran todos muy moços y en extremo galanes y lindos ginetes, cierto parecían estremadamente de vien. Y, así, la egipcia dixo a Brisaida y Alexandra, que todas tres estaban en una ventana:

–Cierto, hermosísimas princesas, qu'está la corte del Emperador de la más vien adornada de ilustrísima y balerosa jubentud que ay corte de príncipe en el mundo.

Mi señora Libertina, desde una ventana en que estaba junto a la de las princesas, me hiço merced de decirme:

–Nictemeno, no pensé que os supierades poner tan bien a caballo. Bien lo hacéis.

Yo os confieso m'ignorancia, que como soy así echo a la buena bolla que no la entendí. Con todo esso, acabando de lebantar la vissera y haciendo mi devido comedimeinto dixe:

–Vesso a vuestra merced las manos, mi señora, que todo mi bien y gloria dimana de haber vuestra merced echado de ver esso.

–Yo –dixo Libertina– cuando esso veo no me parece a mí que beo mucho, que cualquiera dama lo podrá echar de ver.

Vulpisina, qu'estaba en aquella ventana, dando a la señora Libertina una palmada en las espaldas dixo:

–¡Calle, mala landre le dé! Agora se para a disputar de especies visibas en confusso cuando regalo las turba... Andá, caballero –me dixo a mí– que para quien tan bien se entiende lo dicho basta.



Con esto, por desordenarnos de cómo beníamos, pasé adelante, aunque Dinamarte a luego preguntó a Alexandra que qué dama era la que havía ablado y quién era el caballero; ella se lo dixo. Y en esto ya llegaban los primeros príncipes, que eran Nigidio y Odacero. Y Nigidio serbía a una dama llamada Jacinta, hija del rey de Milán, hermana de Pariaseno, gallarda, hermosa y discreta napolitana, y deuda y mucho de la princesa Alexandra y grande su amiga (aunque sobre no sé qué niñería había como un mes que andaban assí un tantico picadas). Y aquel día se havían hablado en la capilla, y, así, estaba aquella tarde en terrero, aunque un aposento más adentro de donde aquellas princesas estaban. Pues, como los dos príncipes pasaban con los morriones en las manos, la princesa Alexandra, como era tan dama y tan cortesana, dixo:

–Adelante, señor Nigidio, a la seloxía de oro<sup>mxxv</sup>, que justo es qu’el jacinto esté puesto en oro.

–Veso a vuestra grandeça las manos por la merced, mi señora –dixo el príncipe, abaxando mucho la cabeça.

–Pues yo no las vuestras –dixo Alexandra–, qu’este lugar no es de besamanos.

El príncipe, riyendo, pasó delante a la seloxía de oro. Y, cuando igualó con ella, la hermosa Jacinta le dixo:

–Vien parecéis niño, caballero, qu’es menester que os enseñen el puesto. Pasá adelante, que aquí ya está ocupada la posada.

–Y aun por esto, mi señora, me será a mí imposible –dixo el príncipe– pasar adelante, porque no ay pasar de aí, y quien tan bien supo ocupar es justo guarde su gloria.

–¡Noramala, rapaz –dijo la princesa–, estéis tan segurito! Pues callá que a las beces lo torcido se destuerce. Y teneisme muy enojada, y es justo que paguéis agora la injuria.

–¿Y yo, mi señora, cómo es posible haber echo cossa que no sea dedicándola a vuestro servicio?

–Que yo os lo diré: ¿pensáis que no supe la cintilla que sacastes el otro día por trofeo cúya era?

–Y aun porque vuestra grandeça lo sabía –dixo el príncipe– la saqué yo.

Así parlaban aquellos príncipes con sus damas en diversas seloxías. Mas cuando llegaron Menademo y Lidiano, y el brabo Sarracín, y los cuatro príncipes nuestros y el Embaxador, mi señora Libertina se pasó a una seloxía muy pegada <sup>[f. 364r]</sup> con la de las princesas. Y de suerte que podía muy bien ser oída, aunque disimulando la boz quanto le fue posible, dixo:

–¡Ca, ca, ya viene acá Marta con sus pollos<sup>1258</sup>! ¡Ténganse, ténganse, caballeros, y paguen el portazgo! ¡Qué contento viene el patriarca Abram con la muchedumbre de sus bernáculos! Aora, por vida vuestra, Embaxador, ¿a cómo vendéis la docena de los esclabitos?

–¿Yo, señora? –dixo el biexo–. No los vendo, mas truécolos por esclabas.

–Pues, ¿y dónde las piensas allar, buen hombre?

–En los pechos de ellos, mi señora, y los cuerpos en esse hermoso bentanaxe del Paraíso –dixo el Embaxador.

–¡Por cierto, buenas estuviéramos! Si esso fuera assí *osario* le llamara yo de cuerpos muertos, si estuvieran sin almas, que no Paraíso.

–Pues no, mi señora –dixo el Embaxador–, que por esso se hiço el trueco que yo dixi, porque tiniendo allá las almas de los eclabos se vive con ellas.

–Aora bien, dicen que la saviduría –dixo Libertina– que se á de ir a a vuscar de la boca de los biexos; vien decís Embaxador. Mas vos, caballero sarracín, ¿qu'estáis mirando al príncipe Camilo? Que yo os doy mi palabra que si fuera tal para entretener

---

<sup>1258</sup> *Marta con sus pollos*: Se trata de un personaje habitual en el refranero español (Correas registra entre otros: «Allá se lo haya con sus pollos Marta» [pág. 75] y «Marta, la que los pollos harta» [pág. 492]); pero la referencia del texto presenta una apariencia lexicalizada o fosilizada, empleada para designar a alguien que aparece acompañado de modo inoportuno (seguramente en un fenómeno paralelo al de casos como «Perico el de los Palotes» o «Maricastaña»).

damas como es para el ejercicio del sangriento Marte, que tantas estubiéramos parlando con él cuantos de su rigurosa espada an sido vencidos.

–Aora, mi señora –dixo Luposeldo a la princesa Alexandra–, hacedme merced de, avriendo essa seloxía, mostrarnos las claras luces que la menuda red no encubre<sup>mxxvi</sup>.

–Que me place –dixo Alexandra.

Y, con esto, avriendo la ventana, como decís, de en par en par, las princesas se mostraron tan hermosas que todos aquellos príncipes quedaron admirados de ver tanta belleça y hermosura; especialmente el brabo Sarracín, que casi quedó fuera de su sentido viendo en las dos princesas tanta hermosura. Y realmente no se podía acabar de enteral si aquello era verdad o sueño, porque vien pensó él que ninguna habría en el suelo que igualase a su hermana; aunque vien había considerado que el baleroso Camilo tenía un no sé qué de más perfección (aunque, con tenerle por príncipe, esto no había con tanta particularidad mirado).

Allí estubieron parlando en el terrero todos aquellos caballeros como una ora en muy buenas conversaciones, que porque co[n] el ser tantas os causaría confusión si las contasse las dexo. Solo diciéndoos que, acabada la conversación, trayendo pretales y lanças ginetas de juego, haciendo calle los cincuenta caballeros de guarda del príncipe mi señor, pasaron todos aquellos príncipes, así como se venían, parejas de en dos en dos<sup>mxxvii</sup> admirablemente de vien. Los penúltimos, después del príncipe Luposeldo y Zulemo, pasaron las parejas, trabados de las manos, el brabo Sarracín y la balerosa Camiliana, tan bien y con tanto extremo el uno y el otro que todos los juzgaron por los mejores que asta allí habían corrido (aunque Luposeldo y Zulemo lo habían echo admirablemente). Luego el buen embajador y el príncipe mi señor pasaron dos parejas cierto sin parejas ni iguales, qu’el mundo no tenía mejor jinete que el príncipe y el E[m]bajador era estremado, y con su edad y canas aún daba mucho más ser y gracia a lo que <sup>[f. 364v]</sup> hacía.

Acabadas las parejas, de qu’el sarracín y su hermana quedaron satisfechísimos y admirados, la balerosa egipcia dijo a las dos princesas:

–Cierto, mis buenas señoras, si en las beras son como en las burlas estos príncipes, la flor son de la humana milicia. Mas fuera me tiene de mí la gracia, donaire y brío d'estos príncipes españoles, especialmente del capitán general, que en todo le an echo acabado los diosses, y más –dixo luego la discreta egipcia– en ser sierbo de vuestra grandeça, mi señora Brisaida.

Ufana y contenta, más que discreta, Brisaida dijo:

–Entramos, mi señora, estamos contentos con el truco que de nosotros hicimos.

Algo le pesó <a> Alexandra de ver la llaneça con que Brisaida se había descubierto, mas disimulolo todo cuanto pudo<sup>mxxviii</sup>. Mas la egipcia dixo:

–Segura puede estar vuestra grandeça de que nadie le quite de entre las manos la presa, pues essa belleça carece de competidora.

–¡Merendemos, merendemos, señora prima! –dixo Alexandra por divertir la plática–. Y suplico a vuestras grandeças, pues me hic[i]eron oy merced de comer connigo, me la hagan de que cenemos juntas; que los moçuelos yo seguro que no paren asta que anden todas las estaciones, que aquel bellaco de mi marido de muy buena gana me dicen que mira a Rusina, hija del duque de Calabria. Mas baya, que las casadas casi de ordinario peinamos más cuernos que cabellos; mas en esso yo soy vien acondicionada, que aun casi lo beería y no lo creería, que mucho confio de la bondad del príncipe.

Con esto, Brisaida mandó sacar colación:

–Esso no, prima –dixo Alexandra–, oy le emos de comer al señor capitán Ggeneral medio lado; ya que me tiene en su casa, afe que me á de hacer la costa. ¡Ca, señora Libertina, háganos traer de merendar!

–Mas si a vuestras grandeças parece –dixo la egipcia– dexemos la merienda, que comimos tarde, y será todo junto, cena y merienda.

–Aora pues –dixo Alexandra–, señora Libertina, mire vuestra merced lo que dicen estas princesas.

–Digo que sí, mi señoras –dixo Libertina–. Y más que tengo<sup>mxxix</sup> un bien sé yo qué que dar a vuestras grandeças...

–¿Qué, por su vida? –dijo Brisaida.

–Unos çarapicos reales cecinos –dixo Libertina–, que de la Isla de la Enamorada Corneria mi señora Belisandra<sup>mxxx</sup> envió; particularmente cecinos pror sus manos para vuestra grandeça. Y en la caja en que venían decía el título: «Para la hermosísima Brisaida, su Belisandra lo envía».

–No quiero –dijo Brisaida–, en mi ánima, que me é enojado. Denme mi caja: ¿quién les manda a ellas tocarme a lo que mi señora... –y detúbose y dixo–, la señora Belisandra me envía? ¿An bisto? ¡Deme todos mis çarapicos, que los precio más que un reino!

–No se enoje vuestra grandeça, mi señora –dixo Libertina–, que aún no á tres oras que llegaron. Y a la caja de vuestra grandeça no se á tocado, que los que yo mandé adereçar de otra pequeña que la gallarda Taurisa envió a mi señora la princesa Alexandra son.

–Eso –dixo Brisaida– sea norabuena; los míos no quiero que me los gaste nadie.

–Así se hará, reina mía –dijo Libertina–. Bámonos, si vuestras grandeças mandan, a nuestro cuarto, y berán vuestras grandeças el recado que á llegado<sup>[f. 365r]</sup> de la isla.

–Bamos –dixo Brisaida.

Y en esto se pasaron a su cuarto de la princesa Alexandra.

En este medio aquellos caballeros dieron buelta a la ciudad, y cuando llegamos a la plaça aquellos caballeros se querían esparcir, índose unos a una parte y otros a otra. Mas el buen envaxador co[n] mucho comedimiento y amor les suplicó encarecidísimamente se quedasen a cenar con él, y porfió tanto que al fin lo ubieron de hacer. Y, en co[n]cediéndolo, me llamó el príncipe mi señor y me dixo: «Nictemeno, por vida vuestra que miréis que se haga muy vien esta noche. Y “a buen entendedor, pocas palabras”». Yo me fui luego a apear, y, ya que me iba, el buen embaxador me

dixo: «Nictemeno, ya sabe que sin él que no balemos nada; por su vida que se passe acá esta noche». Diciendo: «yo haré lo que vuestra grandeça manda», fui a dar orden en la cena.

Como aquellos caballeros se apearon, llebando los caballos a sus posadas los lacayos, ellos se suvieron a la sala grande, que cierto la tenía el Envajador tan vien adereçada y aun algo mexor qu'el Emperador; porque más de tres millones balía la recámara, qu'el príncipe mi señor le havía dado, y esto de tapicerías y ajuares de casa teníanlos estremados y en mucha abundancia. Aún s'era de día, aunque ya se iba a poner el sol; con todo esso, entre tanto que se hacía ora de acender belas se entraron en un corredor que caía sobre la playa o puerto. Y, estando mirando la mar de lexos y vien lexos començaron a descubrir belas; mas como venían aún tan lexos, que para otros puertos podían torcer el camino, no miraron en particular, mas que les pareció ser pocos los bassos. Y, como el sol se iba a poner, el uno de ellos realmente desde el corredor parecía otro sol que de entre las olas de Neptuno salía según su mucho resplandor y luz.

Por la demasiada distancia no miraron en particular aquellos caballeros en las galeras, y también porque ya estaba dado orden en la ribera y puerto de lo que se havía de hacer. Y el príncipe mi señor descuidaba y con raçón con Mauro Italiano su tiniente, que en cosas de gobierno uno de los mexores oficiales era que tenía príncipe en el mundo. Y, así, dicen que solía decir Ardoniso que la discreción de Mauro en gobernar, y la fuerça de Feridano en pelear, y el balor de Ofrasio en resistir, que ninguno de ellos tenía igual en el mundo si no era el Príncipe de la Fe, que en todo a todos igualaba. Pues, ver que tan bien probeído estaba en las cosas de mar hiço que aquellos príncipes no tubiessen más cuidado con las galeras que se havían descubierto.

Y, siendo ya ora, encendidas luces, aquellos príncipes asta la ora del cenar se entretubieron en diversos exercicios. Y decirlos é como testisgo de vista: allí tañeron y cantaron; dixeron letras muy buenas y leyeron; esgrimieron y dançaron; ubo una respresentación en verso griego que, aunque fue muy brebe, fue muy curiosa. En otra parte ubo disputa de milicia sobre asentar un campo, formar un escuadrón, sitiari un castillo, avrir una trinchea y una barbacana y otras cosas. Mi amo el Príncipe de la Fe baxó a las oficinas de los armeros; vissitó la contaduría, la botica, la despensa y otras cosas; fue al cuarto de los pobres; miró <sup>[f. 365v]</sup> que todas las cosas de cassa estubiessen

con mucha cristiandad, pulicia y abundancia probeídas; tornó a entretener aquellos príncipes, mostrándose con todos tan afable, tan bien criado y compuesto que era señor de todas las boluntades de ellos, tiniéndose por más discreto el que más le amaba.

Bien sé que quisérades que os pintara la cena de estos príncipes y la de las damas: la curiosidad y abundancia con que la una mesa y la otra se sirvió, el adereço de los ministros, la gallardía de los oficiales, la curiosidad y pulicia de los paxes, los buenos dichos que ubo en la una y otra messa; la hermosura, delicadez, amor y onestidad no efadosa de la una; el valor, el ser, la cortesanía y la gravedad no enoxosa de la otra; y que todo esto, como aquel que lo bio, os lo contara. Mas no puedo, qu'el fiero Marte airado me está llamando con mucha priessa para un sangriento casso propio suyo.

Y fue que, en acabando de cenar, aquellos príncipes, a caballo, con achas y de rúa se fueron a sus posadas. Y el gallardo egipcio sarracín, inclinadísimo naturalmente al príncipe Camilo y a su hermano, el Capitán de la Fe, a Camilo dixo:

–¿Quiere vuestra grandeça que nos bamos un rato a pasear por la ciudad, qu'es exercicio en nuestra patria acostumbrado?

–Cómo vuestra grandeça mandare –dixo la balerosa Camiliana, que no menos qu'el egipcio el irse a olgar deseaba.

Y, así, armados de armas de noche, sin compañía ninguna se salieron a pasear. La noche hacía serena y la luna muy galana, con lo cual hacía tan claro, como decís, como en el sol a medio día. Indo, pues, los dos príncipes juntos, el egipcio dixo a Camiliana:

–Muy hermosa noche hace, ilustrísimo príncipe, ¿dónde quiere vuestra grandeça que vamos?

–Yo, señor, donde vuestra grandeça fuere servido, que en esta tierra no tengo parte de entretenimiento ninguno si no es en casa de tres hermanas que viben junto al ospital y de muy buena combersación.

–Pues bamos allá –dixo el príncipe.

–Se’ así –respondió la balerosa Camiliana.

Y, con esto, guiado par’ allá, llegando a una callexa algo oscura y estrecha, al entrar por ella, por detrás llegaron como que los benían siguiendo dos gigantes y como asta veinte caballeros que dijeron:

–¡Ba aquí el traidor de Sarracín egipcio!

–¡Traidores! ¡Mentís, bellacos, que vosotros sois los traidores!

Y, diciendo y haciendo, echan mano a las espadas, y el baleroso Camilo dijo:

–Traidores, ¿qué manera de acometer a caballeros es esta?

Y, diciendo esto, como ligera onça se mete en medio de los enemigos, y del primer taxo de espada a un caballero endió asta casi la cinta. Y el uno d’ellos, con una ronca boz y alterada, biéndole caer dixo:

–¡Apartaos afuera y dejame con estos dos miserables! Que agora pagará el traidor egipcio el agrabio que a nuestro emperador Sofraastro á echo.

–¿Y cómo, traidores? ¿Y bosotros sois criados de Sofraastro? ¡Pues aguardá, que aquí está Camilo, que conmigo lo habéis de haber!

Y apenas había dicho esta última palabra cuando, al gigante que cerca de sí tenía, de un rebés que le dio por la cinta sin esaxeración cierto qu’ en dos diferentes partes diviso le hiço venir al suelo; ya el baleroso egipcio tenía otros dos en el suelo, con lo cual la batalla se iba encarniçando de suerte que ser la batalla de cien combatientes parecía. Mas quién pudiera contaros aquellos rigurosos golpes qu’ el brabo Sarracín daba, la priessa del herir la batida malla, aquel deshacer en pieças los arnases, bollar con la furia del golpe (si acaso daba de llano) las celadas. Míranse el baleroso Marte y la belicosa Belona y con generosa imbidia cosas hacen tales qu’ el decrédito y al enemigo apocan.

Mas andando en los más furioso de la batalla, el buen egipcio, por acabar un gigante que más le fatigaba, estropeçó en una piedra y, trabucando entre los pies de los enemigos, vino a tierra, estándole <sup>[f. 366r]</sup> amenaçando con la muerte mil espadas;



especialmente una partesana del gigante que, viéndole la cabeça sin almete y morrión, que de la caída havia ido rodando por el suelo, con ella sobre la cabeça iba a descargar el golpe. Perdonadme, que me boy a dormir: que yo os prometo de en este otro capítulo acabaros la batalla y deciros lo que de ella sucedió.

## **Capítulo 20. De lo que sucedió en la batalla y de otras cossas notables a la istoria.**

Amenaçando el golpe con la partessana a la desarmada cabeça del brioso egipcio dejamos el capítulo pasado. Pues, baxando el golpe zurciendo por el aire (con tanta fuerça que no solo un caballero, mas una dura peña, desmenuçara), viendo el ebidente peligro del hermoso moço, la balerosa Camiliana, dando un salto como ligera onça, recogiendo en el espada con estraña destreça el golpe con tanta fue[rça] que dibisa en dos partes cayó en tierra. Mas quiriendo con el asta que en la mano le havia quedado segundar el furioso jigante el golpe, la briosa dama torna a entrar con él, y con maña estraña, de un rebés, por las muñecas la una y otra mano le cercena, quedándose las dos asidas al mástil.

Aunque con mucho trabaxo al fin leuantó al brioso joben, que muchos de aquellos infieles se lo defendían. Mas, puesto en pie (furioso Marte airado, recógete en tu esfera si quieres estar seguro de la brabeça y furor de sultán airado), jamás rayo furioso en tempestuoso día así deshace la embegecida encina donde yere como el briosso moço despedaçá, desrriba, deshace y apoca aquella ruin gente fementida, aunque en armas robusta y balerosa. Anda discurriendo a una parte y a otra sembrando temor y muerte, quando, andando discurriendo por la batalla, dos caballeros casi gigantes de la misma compañía allegan diciendo: «¡Cabiles, apartaos a un lado!». Y, cual cerdosos jabalís<sup>mxxxix</sup>, los cuatro caballeros leuantando las espadas los unos a l[os] otros se llegan. Y de los primeros golpes, estrellas vieron todos cuatro en el suelo y, aún llenos de luces los arneses, doblan y redoblan los golpes, y con tanta priessa que herreros parecían presurosos según el martillar de las espadas.

Aquí fue de ber al baleroso egipcio ya desesperado con el furor y brabeça con que combatía, que toda la unibersal máquina parecía arruinarse; mas todo es menester,

que el riguroso<sup>mxxxii</sup> contrario uno es de los más balientes (y aun creo que sin segundo) de cuantos arnases traían en todo el paganismo. ¡A, qué furor, qué rabia, qué brabeça, qué cólera, qué ira se encendía en todos cuatro generosos pechos! La balerosa Camiliana, que con su contrario combatía (que era uno de los más balientes y diestros capitanes que tenía el mundo), defendíasse sin ser herida, mas mil beces le hacía el fiero cita encar las rodillas en el suelo; mas ella le hería de suerte que ya en muchas le traía herido, cubriéndose de la sangre agena y sintiendo muy bien el contrario el rigor de la balerosa espada <sup>[f. 366v]</sup> de Camilo.

Bien andubieron los cuatro caballeros en esta rigurosa batalla cuasi tres oras, con tanta admiración de los citas cuanta se puede pensar, que vien pensaban ellos que cien caballeros no pudieran tanto resistirles. Al fin, al cabo d'ellas, estando los citas echos unos arneros, y Camiliana echa mil padaços<sup>mxxxiii</sup>, molida como una cebera, y el brioso moço egipcio herido en tres o cuatro partes de las cuales heridas perdía mucha sangre, sintieron la gente de la ronda de la ciudad que por la calle abaxo venía. Y, así, les fue forçado a aquellos caballeros dexar la batalla, y los citas dixeron:

–¡Endemoniado soldán y diablo, o cual eres, Camilo! Nosotros somos los dos hermanos de Sofrasto: el uno llamado Mamoníe el Temido y el otro Paulidio el Desesperado. Y nosotros os buscaremos para nuestra bengança si d'esta escapamos con la vida.

–Por el mál término, caballeros –dixo la balerosa Camiliana–, que habéis guardado, teníamos ocasión de no le guardar bueno con bosotros. Mas, por el balor que en las armas habéis mostrado, andad con Dios, que de su parte Camilo os promete que por todo el mundo os buscará asta que la batalla fenezca.

–Yo también os lo prometo, <e>scitas –dijo el baliente egipcio.

Y, con esto, se apartaron los unos de los otros, índose los dos <e>scitianos por una calle vien estrecha y oscura. Y Camiliana dixo al egipcio:

–Bámonos por aquí, señor príncipe, por este callexón y cobertiço, a casa del capitán general mi hermano, que allí seremos curados; que aunque yo no llebo herida alguna boy con extrema necesidad de ser curado por el estramado<sup>mxxxiv</sup> cansancio y por

los muchos golpes que he recibido, de los cuales boy molido como un poco de sal y apenas me puedo tener.

–Pues cierto –dijo el egipcio–, balerosísimo príncipe, que yo boy muy herido, y más que é derramado tanta sangre que cierto boy con arto miedo de que aun no tengo de poder llegar a la possada.

Con esto se fueron<sup>mxxxv</sup> por el callexón, con toda el azeleración posible, a nuestra posada. A la cual, en llegando, como fuessen a entrar en el cuarto de Camiliana, el paxe de guarda estaba a la puerta, y en sintiéndolos venir sacó luego achas y, como los bio<sup>mxxxvi</sup> tan cubiertos de sangre y de aquella manera, dixo:

–¿Qu'es esto, mi señores? ¿Cómo bienen vuestras grandeças de essa manera?

–Andá, Ardenio –que así se llamaba el paxe–, llamá a mi enano que nos benga a curar. ¡Corre, date prissa!

El paxe fue a llamar al enano y, en despertándole, el enano dixo:

–¿Que s'está el príncipe mi señor con necesidad de ser curado?

–Sí está, acabe ya, lebántesse<sup>mxxxvii</sup>. Mire que le quedan aguardando –dixo Ardenio.

Y, con esto, medio vestido y medio desnudo, acendiendo luz llebó las caxuelas, emgüentos, potes y bebidas que le parecieron más necesarias. Y, cuando llegaron al aposento, ya el príncipe Sarracín estaba desarmado y acostado, que la balerosa Camiliana no se havía querido desarmar asta que su enano viniesse. Pues, mirando las heridas al brabo Sarracín, vio que no eran pelirgosas (aunque algunas eran bien grandes) y que lo que más le fatigaba era la falta de la sangre y el demasiado cansancio y molimiento que traía, porque havían peleado cinco oras sin cesar un punto de menear la espada y contra balientes y rigurosos enemigos. Pues, en acabando de ser curado el sultán, se entró la balerosa Camiliana en otro aposento más adentro y, haviéndole dado una bebida el enano, restauradora de su salud y fuerça y muy probocatiba a sueño, se quedó dormida, saliéndose el enano y haciendo que se saliesen <sup>[f. 367r]</sup> todos los paxes y

que ninguna luz quedase en los aposentos por que no se les lebantase el sueño, que mucho a su salud el dormir importaba.

Pues, saliéndose el enano, la puerta que entraba al aposento de la balerosa Camiliana se dexó a caso avierta, y estaba junto a los pies de la ama del baleroso y brabo egipcio. Sucedió que, como a las ocho de la mañana serían, el brioso moço despertó y, con cierta necesidad corporal, se lebantó de la cama, a los pies de la cual, en una caja de oro, de plata<sup>mxxxviii</sup> estaba el servicio qu'él buscaba. Y con la demasiada sangre que havía derramado y con el haberse lebantado ya él, lebantándosele un poco de cólera a la cabeça, perdió absolutamente el tiento. Y quiriéndose bolber a la cama no acertó, antes se entró por la puerta del aposento donde la balerosa Camiliana dormía y, como andubiesse, como decís, tentando por las paredes, vino a dar a la cama en la cual la balerosa princesa dormía. Y ella, con la eficacia del bebediço que su enano le había dado, estaba como en la otra bida, durmiendo con un pesadísimo y grabe sueño, y tanto que, aunque entonces le tañeran, como decís, cornetas al uído, no despertara.

Pues, como el brabo Sarracín llegó a la cama y iba tan fuera de su acuerdo, y la parte por donde él llegó estubiesse desocupada (por estar la hermosísima princesa a la otra dormida como una piedra), realmente entendió ser su cama; y así, avriendo la ropa, se acostó. ¡O, dichoso Sarracín! ¡Si supieras la felicidad que la no pensada<sup>mxxxix</sup> ventura<sup>mxl</sup> te havía puesto entre las manos! Mas anda, que siempre lo oí decir que «viene ventura cuando no presta» y que «da Fortuna fadas a quien no tiene quixadas».

Al fin, el brabo exipcio se acostó y, como es ordinario, en acostándose estendiose así po[r] la cama. Y no fue menester estenderse mucho, que luego topó con el pie, uno de los más pequeñuelos, hermosos, delicados y blancos pies que el mundo tenía. Algo se turbó el brioso Sarracín con ver que estaba persona en su cama, mas como estaba así medio desatentado no estuvo muy buen cortesano, y así dixo: «¿Quién está aquí?». Aunque lo dixo dos o tres beces, así podía tañer Abenamar y llamar a otra puerta que aquella no se avría, porque la hermosísima moçuela dormía con tanta fuerça como si Circes le ubiera dado el basso. Viendo que no le respondía (aunque medio desatinado para aquello nunca falta tino), llegose más y començó a reconocer con el tacto la bella compañía que tenía en la cama y, al fin, se vino a enterar en que era muger. Mas, como era tan buen caballero, viendo cuán reciamente la dama dormía,

pareciéndole que era traición si más allí estuviese contra el conocimiento de la dama, lebantose de la cama.

Decí la verdad –dice Nictemeno–, ¿fue necedad o cortesanía, o birtud o bobería, la que hiço el gitano? Al fin, se levantó y notó cómo por las juntas de una ventana entraba así una poquita de beslumbre, la cual bastó para qu'él sultán acertase a abrir la benta[na]; y, a la luz de ella, reconoció al baleroso Camilo ser el que en la cama estaba. Turbado el egipcio cuanto se puede<sup>mxli</sup> pensar, pareciéndole, como lo era, una de las más hermosa criaturas que tenía el mundo, quiso con luz certificarse si se <sup>[f. 367v]</sup> engañaba. Y biole aquella hermosísima mata de cabellos en los cuales pocas en el mundo le igualaban y ninguna había en él que le excediese, aunque entrasen en la regla Alexandra y Brisaida. Viole su hermosísima garganta; vio aquel dibino pecho; vio... ¡y si bio! (¡o, felices ojos del egipcio!, ¡cómo por bosotros se podía decir que a quien tanto bio que uno solo le basta!).

Túrbose tanto de ber tanta velleça el príncipe que, sin ser más en su mano, como de rodillas estaba delante de la cama, cayó tendido sobre una alombra india que allí estaba, y a fe que le duró el desmayo casi media ora. En este medio tiempo, a la balerosa Camiliana se le acabó el sueño que la eficaz bebida le había causado y, despertando d'él, allose toda eladilla como la que no estaba muy cuvierta. Y como vio el aposento tan claro dixo: «¡Ola! ¿Quién á avierto estas ventanas?», y mirando vio al baliente moço tendido en aquella alombra sin sentido ninguno. Y, como le reconoció, muchas beces le oí decir después que en toda su bida había tenido mayor turbación, porque no sabía qué hacerse: por una parte ella se había allado cuando despertó de suerte que pudo claramente conocer que le habían descompuesto la ropa; por otra veía allí al potentísimo sultán d'Egipto. El cómo allí ubiesse entrado no lo podía imaginar: si era traición, el egipcio merecía la muerte; si había sido a caso era digno de perdón; matarle estando así desmayado parecíale bajeça y que antes moriría que tal hiciesse; no matarle parecíale poco ánimo y que de ello se habían de seguir mil incombinientes; si la había visto, y no ser su marido, de ninguna manera lo podía sufrir; casarse con él claro estaba que ni ella se lo había de decir ni aunqu'él se lo dixesse ella hacerlo asta qu'el príncipe su hermano se lo mandase. Ni amor la incitaba al perdón ni el odio a la bengança; por ser casada no se le daba nada y aunque la casaran no recibiera pena.

Al fin, en esta confusión de dudas se levantó de la cama y lo más presto que pudo se puso en calças y en jubón y, puesto su turbante en la cabeça, al príncipe hiço mil remedios para que en sí bolbiesse. Y, viendo que no bolbía, tomole en braços (que asta en esto, egipcio, te fue favorable Fortuna), y así le sacó de su aposento y le echó en su cama, tornándose ella a la suya cerrando las bentanas. Y, con la mayor disimulación que le fue posible, llamó a los paxes diciendo: «¡Ola, paxes, entrá acá!». Con esto, entrando los paxes de guarda dixo:

–¿Qué ora es? ¿Cómo no habéis entrado acá?

–Señor<sup>mxlii</sup>, el enano nos mandó que asta que vuestra grandeça llamase que de ninguna manera entrásemos, y aun el ilustrísimo de la Fe vino aquí esta mañana a las nueve y no le dexó el enano entrar. Y, así, está aguardando su grandeça a que, señor, despiertes aí en la sala.

–¡Llama, llama al enano! Y di al príncipe, mi señor y hermano, que entre su grandeça. Y, ¡bellacos!, ¿no me ubiérades despertado?

–¡Cuerpo de Dios, con su grandeça! –dixo entre sí el paxe–. ¡Eso merecemos nosotros por guardalle el sueño con tanto cuidado! ¡Ola, compañero! –dixo el paxe al enano–, ¡entre, que le<sup>mxliii</sup> está aguardando nues[tro] amo! Y yo boy a llamar al Príncipe de la Fe.

Con esto, entró el enano, y la balerosa Camiliana le dixo:

–¡Descuidado! ¿Cómo te dexaste aquella puerta avierta? ¿No te dixes que la cerrases?

El enano, como que reconocía su culpa calló, mas entre sí dixo: «Dexela avierta porque serás gran sultana de Egipto y reina de Caldea y Suria. Y [si] no me lo agradecéis aora, baya, que algún día me lo remuneraréis todo junto».

En esto entró el Príncipe de la Fe y, entendiendo qu'el soldán dormía, con la boz baixa dixo:

–¿Cómo se alla, hermano? Qu'es cierto que lo que anoche hicieron el soldán <sup>lf.</sup>  
<sup>368r]</sup> y él que cien caballeros parece que fuera imposible abello acabado. Y a fe qu'estoy  
corrido, que para estas cosas de onra jamás me quisiere llebar por compañero.

–Pues, ¿y cómo, señor hermano? –dixo Camiliana–, ¿y tan malo havía yo de ser  
que le havía de quitar de entre las manos tan sabrosa paz como vuestra grandeça tiene  
por meterle en niñerías de tan poca importancia como las que por mis flacas manos son  
echas? No, quanto más qu'es cierto que si algo fue lo de anoche, que todo el baleroso  
egipcio lo hiço, que aun yo apenas ube [de] echar mano al espada.

–No dicen esso dos caballeros citas que están en la cárcel que la ronda de la  
ciudad prendió anoche, que de muy heridos no pudieron huir, sino que dicen lo que,  
aunque yo ya me lo sé y tengo experimentado, me da suma gloria y contentamiento. Por  
cierto, yo fui a ber esta mañana los muertos y cosa es que pone admiración ber la  
brabeça de las heridas, y estaban muertos seis gigantes y veinte caballeros, y nueve  
heridos de manera que les fue imposible el irse. Y todos ellos confiesan que solos dos  
caballeros, el uno el soldán, a quien ellos venían a matar, y el gran diablo Camilo (que  
así le llaman, hermano), aquellos infieles los pararon de aquella manera.

En esso ya el soldán estaba despierto y tan turbado de lo que por él havía pasado  
que ni con los paxes acertaba <a> hablar, ni en cosa que no fuesse la dama qu'en  
Camilo havía bisto podía estar pensando. Y no es muy bueno, que en medio de las  
heridas corporales Cupido hiço la espiritual suya, con tanta eficacia y fuerça que ya traía  
al pobre moço tan rendido a su deseo que no acertaba hacer ni pensar cosa que de  
aquella dulce pasión le divirtiesse. Y, con esto, estando en este eficazísimo  
pensamiento, entró a berle mi amo el Príncipe de la Fe y le dixo:

–¿Cómo se alla vuestra grandeça, señor soldán de Egipto? Que notable contento  
é recibido de que mi hermano, el príncipe Camilo, aya acertado a servir a vuestra  
grandeça, aunque donde esos balerosos braços estaban poco o nada todos los del  
mundo para su defensa importaban.

–Yo, ilustrísimo príncipe, me allo muy bien <sup>mxliv</sup>, que mis heridas no an sido  
nada. Mas suplico a vuestra grandeça que en las cosas del ilustrísimo príncipe Camilo  
no se hable de essa manera, porque el suelo no tiene persona en todo género de tanto

merecimiento. Y si la rigurosa espada del dios Marte aora en el suelo herir se viesse, y si las Gracias todas tres continuas compañeras de la Benus por nuestro suelo se manifestasen, la espada quedaría rendida y las Gracias y hermosura vencidas del príncipe Camilo, vuestro hermano.

–Mucho me huelgo, señor soldán –dijo mi amo (dice Nictemeno)– de que tan bien os aya acertado a servir y contentar mi hermano. Mas, dexado esso aparte, ¿havéis sabido, señor, la causa de que aquellos traidores os querían tratar con tanto rigor?

–Sí, mi señor –dixo Sarracín<sup>mxlv</sup>–: viniendo de la Tartaria pasamos mi hermana y yo por el Cáucasso y fuimos de Sofraastro muy vien recibidos, y en su corte estuvimos como un mes, en el cual tiempo defendimos unas justas con alguna onra. Y él nos persuadió que nos quedásemos en su campo y, viendo que no lo queríamos hacer, pensó de llebarlo por fuerça. Mi hermana y yo, que mal sufrimos cadena contra nuestra boluntad y deseo, nos salimos de su corte, quedando él muy mal con nosotros y aun algo corrido de que así le ubiésemos dexado. Y esta fue la causa de que él tan billanamente de su agrabio á buscado la bengança. Mas agora crea que tiene otros dos contrarios en el mundo que u él se á de encerrar en su montes Cáucasos o si por acá sale [f. 368v] á de ser de nosotros a fuego y a sangre perseguido.

Ellos estaban en esto quando entró un paxe de Mauro Italiano y, incada la una rodilla en tierra, le dixo:

–Ilustrísimo capitán, tu criado y tinie[n]te, Mauro Italiano, vesa tus manos mucha veces y me envía a te decir que luego, mi señor, te partas a la ribera, porque en ella queda gente de que, mi señor, as de recibir mucho contentamiento.

En pie y acabándose de vestir estaba ya el príncipe Camilo y, com'oyó decir esto, dixo desde su aposento:

–¡Vamos, señor hermano, que yo acompañaré a vuestra grandeça! Que de la refriega de anoche solo siento cansancio.

–¡Bamos! –dixo el príncipe–. Y repose un tantico el señor soldán<sup>mxlvi</sup>, y a mi señora Dinamartea no le digan nada asta allá tarde, aunque entiendo que ya en el cuarto de las damas se á sabido la refriega.



Apenas él acababa de decir esto cuando la balerosa Dinamartea y la princesa Alexandra, acompañadas del príncipe Luposeldo y Zulemo, venían a ver aquellos caballeros. Y, como entraron y vieron a Camilo en pie y sin herida ninguna, Zulemo le dixo:

–¿Cómo, señor príncipe, que nadie á de poder derramar vuestra balerosa sangre? Mas no me espanto, que tanto balor y destreça justo es que goce de esse prebilegio.

–Antes nuestro, mi señor, mi poco balor, pues uyendo de los golpes doy más muestras de cobardía<sup>mxlvii</sup> que de ánimo –dijo la balerosa Camiliana.

Con esto, llegando a hablar al soldán aquellos caballeros y princesas, mi amo y la balerosa Camiliana se salieron de su aposento para [i]r a la ribera. Y ellos se quedaron en muy buena conversación, no acabando el egipcio de loar el balor, la balentía, el ánimo y la hermosura del príncipe Camilo, tanto que la balerosa Dinamartea dixo:

–Señor hermano, no se muestre vuestra grandeça tan apasionado del príncipe, que nos hará tener mil sospechas de las cuales ni la hermosura del príncipe ni su rostro nos sacan de ellas.

Viendo el agudeça que había tocado Dinamartea, el discreto egipcio mudó la plática, estando con todos aquellos señores en muy buena combersación; donde os los quiero dexar parlando, por deciros lo que al príncipe mi señor avino en la ribera.

## **Capítulo 21. De lo que al Príncipe de la Fe sucedió en la ribera y de otras cosas en este tiempo sucedidas.**

Con solos los cincuenta caballeros de guarda, todos viçarrísicamente adereçados, se fueron el Príncipe de la Fe y la balerosa Camiliana a la ribera, donde el paxe de Mauro les había dicho que saliessen. Íbamos todos de rúa, mas con arneses, golas y braceletes y, los más de nosotros, con morriones de hermosos penachos y barias plumas. Íbamos de en cinco en cinco, y indo aquellos príncipes solos, los dos parlando, como cincuenta pasos más atrás de donde nosotros íbamos; ellos muy bien adereçados,

aunque sin particular adereço, sino con su ordinario vestido (mas el ordinario era muy curioso, lucido, onesto y rico). Todos íbamos en muy buenos caballos y todos aquel día a la gineta, llebando nuestro capitán (digo el capitán de la guarda) el estandarte de la cristiandad cogido, que aunque por marabilla descogía jamás salíamos todos juntos qu'el alferez no le llebasse. Era alferez general <sup>[f. 369r]</sup> nuestro capitán y, como tal, llebaba el estandarte, pues era cierto un muy buen caballero y baleroso quanto se podía pensar; llamábase Perifrasio de Salaçar. Mas lo que particular tenía era una estraña ferocidad de rostro, aunque no fea, y un pulsaço vestial, que decían ser uno de los de mayores fuerças en los braços de quantos se savían. Y, así, con ser el estandarte terrible y pesado le traía y juagaba con él como si fuera una bara de tafetán sencillo puesta en una libiana caña de cicuta.

Pues, quando salimos por la puerta de la ciudad que salía a la ribera, en la playa vimos quatro galeras con las vanderas y insignias de España, a las cuales toda la española fusta estaba haciendo la salba y reconociendo basallaxe con muchos instrumentos músicos y insignias de contentamiento. Especialmente a una fragata cuya echura y hermosura íbamos todos notando y aun loando estrañamente, porque nos parecía, fuera de la galera Leona (que ya llamaban la General Capitana), por el mexor baso que las saladas ondas con cortadora<sup>mxlviii</sup> quila por los reinos de Neptuno andaba dibidiendo. Y mirábamos sus muchas esculturas y lindeças y un castillo que en ella venía, que ser echo d[e] respladecientes plachas de oro todo él claramente mostraba, según a lo que podían juzgar los ojos.

Pues, indo d'esta manera, llegamos a la ribera, en la cual estaba una de las lanchas de la galera Leona, y en ella, con veinte y quatro turcos remeros, lindos moçaços, el buen Mauro Italiano con sola una docena de capitanes marinos españoles, tan espertos todos doce que podían regir de Neptuno el marino tridente y aun serbirles las focas de nabíos. Pues, como todos nos apeásemos, tomando los lacayos los caballos, yo llegué a tener el estribo al príncipe mi señor, y es cierto que era tanta su bondad y humildad que jamás me lo consintió, sino que me dixo:

—¡Acabá, Nictemeno! Quitaos de aí, no hagáis esso. ¡Ola, Petrucho, ten esse estrío!

Y, así, apeándose él y la balerosa Camiliana, al tiempo que fueron a entrar en la lancha, el buen Mauro, que era discretísimo, dixo:

–Suplico a vuestras grandeças que a uso de España que me den albricias.

–Nosotros os las prometemos –dixeron los príncipes–, decí de qué.

–De que llebo a vuestras grandeças a ber al rey de España mi señor y a su muger y hijas, y al baleroso y fuerte Feridano y Ardoniso mi señor, y a mis señoras Belisandra y Taurisa.

–¿Cierto, Mauro –dijo con increíble contento el príncipe–, es ello así?

–Sí, cierto, mi señor –dixo Mauro.

–Pues yo os las mando de muy buena boluntad: y por principio de ellas os mando cincuenta mil ducados de ayuda de costas.

–Pues yo –dixo la balerosa Camiliana– os mando todo lo qu’este año ganare por la lança, poco u mucho.

No penséis que mandó poco la briosa moça, que pocos hombres ubo que no fuessen reyes que tanto tubiessen como Mauro solo con lo que la princesa le dio, que cierto fue casi un infinito tesoro. Pues, con esto, haciendo reseña a los remeros, en un punto, començando a bogar con mucha prisa <sup>[f. 369v]</sup>, llegaron <a> abordar con la fragata. Y íbamos de nosotros como asta catorce o quince caballeros, que los demás se quedaron en el arenal haciendo mal a los caballos. Pues, como con la fragat’abordamos, en suviendo en ella, en el primer aposento del castillo, topamos al buen rey Ofrasio co[n] su amada muger y hijas, estando la buena Casiana en medio de Belisandra y Taurissa y el baleroso Rey en medio de Feridano y Ardonisso.

Yo os doy mi palabra (que yo lo bi y nadie en el mundo puede decir qu’esto fue tan bien como yo, porque me allé presente, a lo menos cuando se escribía...), y que fueron tantas las lágrimas del regocijo y contento de una parte y otra que a mí me puso admiración ver que gente tan grabe y de tanto balor mostrase tanta ternura. Mas quien más muestras dio de tierno amor fue Belisandra la Bella con su hijo y él con ella, qu’es cierto que hic[i]eran creer a todo le mundo que lo eran según la ternura y amor con que

se recibieron. Allí estuvimos casi dos oras, porque todos comimos en la fragata; yo servía de mayordomo y de mastresala mil oficios hice, porque así yo lo hacía que de suyo todo ello no era nada, ni tenía más ser del que yo le daba, digo, al servir al modo constantinopolitano. Y, así, me hicieron mucha merced así el rey Ofrasio, mi señor, como todos aquellos príncipes y damas, tanto que si yo quisiera en mi mano estaba haberme echo conde d'Egipto o conde palatino o marqués de Cocinay<sup>t</sup>, o otra cualquiera dignidad o estado que a mí se me antoxara.

Pues al cabo de las dos oras que allí estuvimos para venir a la ribera, nos tornamos a embarca[r] en la lancha todos los caballeros y gente que venía en la fragata, salbo aquellos reyes y príncipes y princesas. Y en otras dos fragatas desembarcaron caballos hermosísimos y caballeros, y una carroça que tiraban veinte y cuatro caballos, linda pieça; ella era de linaloe y otras preciosísimas maderas, toda de medio relieve con infinidad de preciosísimas piedras, llena de muchas istorias tan<sup>mxlix</sup> al natural pintadas que todo lo que era escultura parecía realmente ser vibos representantes de lo que sinificaban. Tenía toda la maçonería de diamantes extremados de buenos y otra finísima pedrería; ella era muy grande, y como la tiraban veinte y cuatro caballos españoles (todos vriosos, de un mismo pelo y cuerpo y hermosura), y como los caballos españoles son tan demasiadamente vriosos, no parecía sino que por donde pasaban querían undir el suelo.

En esta coraçã<sup>ml</sup> se pusieron todas aquellas princesas, que fueron la reina Casiana y Belisandra la Bella y la gallarda Taurissa, y las tres princesas, hijas de Ofrasio; y Verarda y Acursia, y otras tres doncellas españolas: una hija del almirante passado de Castilla, y otra duquesa de las Coronas y otra princesa de Temis. Todas estas se pusieron en la carroça. Ya qu'estuvieron las damas puestas en orden, aquellos caballeros se concertaron d'esta manera: delante, tendido el estandarte nuestro, íbamos los cincuenta de la guarda; luego iban los doce capitanes marinos, llebando el buen Mauro otro estandarte en que iban solas las armas d'España; luego venían el príncipe mi señor y su hermano Camilo; luego, en medio de <sup>[f. 370r]</sup> Feridano y Ardoniso, el buen Ofrasio, rey de España. Luego veía la carroça<sup>mli</sup>, y detrás de todo esto la demás gente y chusma que se desembarcaron.

Para querer entrar el rey de España, nuestro señor, así sin que se supiese en la corte, cierto que entró con muy gentil concierto y acompañamiento; porqu' esta parlera Fama no quiere callar cossa y, aunque fue así medio en duda, algunos españoles lo binieron a saber, y a fe que cuando llegamos a la plaça que iban ya más de mil caballeros de acompañamiento, y toda gente muy vizarra y pulida. En llegando a la plaça, ya el buen Embaxador lo sabía por un estafeta qu' el príncipe mi señor le había enviado y salía de casa acompañado de lucidísima y hermosa jubentud española, él en una acanea blanca y muy bien puesto como acostumbraba. Y, en llegando por medio de aquellos caballeros, sabiendo que los tres postreros eran el Rey, su sobrino y Feridano, apeándose del acanea, de rodillas iba a pedir la mano al Rey, que venía calada la vissera. Mas no se la queriendo dar dixo:

–Envaxador, poneos a caballo, no hagáis esso, que allá en vuestra cassa parlaremos más en particular.

Así, se ubo de poner a caballo, tomándole en medio los dos príncipes, el de la Fe y Camilo. Así, llegamos a nuestra posada, la cual como ya se savía quiénes eran los que venían todos los de ella, de puro placer y alegría, parecía que andaban locos; especialmente la señora Esmerilda y mi Libertina, que es cierto que fue notable el contentamiento que recibieron. Y entonces acababa un paxe de dar un recado al príncipe Luposeldo y a Zulemo de que viniessen sus grandeças a la puerta de palacio, porque la Cesárea Magestad del rey de España era venido. Sin aguardar más vinieron aquellos príncipes con la bella Alexandra, quedándose la egipcia con su hermano. Y a la punta de la escalera, en lo baxo de ella, que era en el patio principal, estaban la princesa Alexandra, Esmerilda y mi señora Libertina, y asta cincuenta doncellas todas de casa (sin las de Alexandra), en extremo hermosas y de divino donaire. Y estaban todas tan bien adereçadas que era cosa notable, porque en nuestra casa –dice Nictemeno– esto de la pulicia, curiosidad y cortesanía cristiana cierto que casi entiendo que llegó a su punto.

A la puerta de la calle llegaban los dos príncipes Luposeldo y Zulemo, cuando, haviéndose quedado todos aquellos caballeros tendidos por la plaça haciendo una hermosa calle, se llegaban a apeaar los príncipes y el Embaxador. El cual con sus venerables canas, sin que nadie se lo pudiesse estorbar, tubo el estribo a su rey entre tanto que se apeaba. Allí llegaron los dos príncipes Luposeldo y Zulemo, a los cuales el

Rey abraçó con igual amor y abraço, de lo qual quedó Zulemo muy ufano y contento. En esto entraba la carroça por la puerta, y el Rey dixo a su hijo:

–¡Anda, be, Luposeldo! ¡Mira que viene aí tu madre!

Cierto fue estremado el contento de aquellos príncipes. Y, así, llegando a la carroça, la hermosísima Casiana los abraçó y besó en los rostros con aquella ternura de madre que era razón. Mas, cuando el príncipe Zulemo bio a la hermosísima Diadena, es cierto que fue tanta su turbación y contento que, quedando casi fuera de sentido, no azertó a ablar palabra ni aun apenas tubo fuerça para menearse; pues cierto que la bella española, que en ber a su príncipe, que sintió no menos efectos de amor qu'él havia sentido. Ya en esto llegaban la princesa Alexandra y todas aquellas <sup>[f. 370v]</sup> señoras al estribo de la carroça. No me quiero parar a contaros el recibimiento que aquellas señoras se hicieron, aunque cierto él fue amoroso, cortesano, discreto quanto se podía pensar. Mas como yo fui luego a dar orden que se adereçasen cuartos para aquellos señores, especialmente uno hermosísimo y que era tenido por el mejor de cassa para el Rey (que, aunque le faltaba poco, con todo esso era menester mirarle y considerar si le faltaba algo), no pude ver vien el recibimiento.

No fue cosa notable que a mi amo Prisciliano, porque era entonces ora de su estudio, no se trevió nadie a decirle que venía el Rey ni a desasosegarle, y así a ninguna d'estas cosas estuvo; sino allá se estaba metido sobre tres paredes<sup>mlii</sup>, como decís en España, que, aunque se undiera el mundo, en aquellas oras no había salir de su recogimiento.

Con esto subieron a la sala principal del cuarto del Príncipe de la Fe, mi señor, y es cierto qu'él estaba tan bien adereçado que ningún emperador del mundo tenía mexores ajuares de cassa qu'el príncipe; mas el buen Ofrasio, alegre, aunque no admirado, de lo que veía, lo iba todo loando con grabísimas palabras y buenas razones. En aquella sala se ubo de hacer división de los caballeros y de las damas, y, así, la princesa Alexandra con la balerosa reina Casiana y con la bella Belisandra (cuya hermosura y discreción iba espantando a cuantos la veían ), y con la gallarda Taurissa y con aquellas princesas (Diadena, Teodoreda y la infantica Ruliana), con Esmerilda, Libertina, Verarda y Acursia y las demás señoras, se entraron en el cuarto de Esmerilda,

que era en el que de ordinario estaba Alexandra (si no era cuando se iba con su marido); el cual ya os tengo dicho que sin excepción era el mejor cuarto y más bien aderezado que tenía el mundo.

En él, pues, entraron aquellas princesas. Y, como venían de camino y fatigadas de la mar, de en dos en dos, las que venían con las que se estaban en casa s[e] iban levantando y, haciendo una reverencia y comedimiento debido a la Reina, se iban por aquellos aposentos, de suerte que casi se dejaron a sola la reina y Alexandra y a la bella Velisandra y a la gallarda Taurisa, con Esmerilda y Libertina. Y la Reina dixo:

–Mi señoras, yo también me quiero ir a descansar un ratico. Hija –dijo a Alexandra–, llebame a vuestro aposento.

–Bamos, mi señora –dixo Alexandra.

Y, con esto, llebándola a su aposento y índola acompañando todas aquellas señoras asta que en él la dexaron. Después la bella Velisandra dixo a Esmerilda:

–Bámonos, amiga, ella y yo a un aposento, que tengo necesidad de que estemos un ratico solas.

Y, así, llebándose mi señora Libertina consigo a la gallarda Taurissa a su aposento, Esmerilda y la bella Belisandra se entraron en el retrete que a la puerta del pasadizo tenía una puerta falsa, y en él estaba una cama de cumplimiento. Y, como en él entrasen, cerrando todas las puertas, haviéndose muchas veces abraçado, que mucho se querían, la bella Belisandra dixo a Esmerilda:

–Baya, amiga: entre tanto que yo me desnudo, tráigame un vestido, el que quisiere. Y ya sabe que Ardoniso gusta mucho de azul y plata, mas tráigale como le diere gusto, qu'él agora andará ocupado en ber las damas griegas (que ya él me á contado de algunas que en este imperio tubo por apasionadas en su mocedad), y, así, no mirará en la color que yo sacare.

–Aora bien, mi señora –dixo Esmerilda–, que yo le traire<sup>mliii</sup> como más al gusto de vuestra grandeça combenga.

En saliéndose Esmerilda del retrete, haviendo cerrado la puerta con la llabe (llebándose la llabe Esmerilda consigo), a la otra puerta que asomaba al pasadiço a caso llegó la hermosísima Brisaida, que vien descuidada de los güéspedes se venía a hablar un rato con la princesa Alexandra y a preguntar qué gente española era la que había venido. Y, como tenía de costumbre mirar por el agujero de la llave (que era de loba) en qué la princesa Alexandra entendía, aquel día <sup>[f. 371r]</sup> lo hiço de la misma manera. Y, mirando por el agujero de la llabe, desconociendo a la dama qu'estaba en el aposento començó con más atención a co[n]siderarla. Y vio cómo se quitaba una ropa que traía encima y, quedando a cuerpo, le pareció una de las más hermosas mugeres que tenía el mundo; y, así, estando atentamente mirando, la bio que se començaba a desnudar asta quedarse en manteo. Y a Bulpisa, que con ella venía, que por otro agujerito estaba mirando, le dixo:

–¿Qué os parece, Bulpisa, d'esta dama?

–Cierto, señora, si no es, como dicen los gentiles, la diosa Venus, yo no puedo imaginar quién tenga tan rara belleça.

En esto se quedó en camisa, y, començando con ella (así bestida como se la tenía) a limpiarse el hermosísimo y blanco cuerpo, lo que d'él descuvría era de tanta belleça que casi vio los ojos Briaida a la envidia. Con esto, quiriéndose ella entrar en la cama, ya que con la ropa començaba a cubrir el hermoso cuerpo, abrió la puerta Esmerilda, que dos doncellas le traían un bestido de brocado azul todo sembrado de estrellas de oro, sirviéndole de medio a cada estrella un finísimo diaman[te]. El bestido de Belisandra que aí le trujeron no había tres ni dos ni aun otro que fuese mejor en toda la corte, porque dexado aparte su mucha riqueça era tanta el abundancia de rica pedrería, y puesta por tan buen orden y con tanta curiosidad y el bestido de tan galana echura, que le bolbía sin segundo en la corte.

Pues, como entró Esmerilda con lo que era ropa blanca en las manos, tan saumado, perfumado y odorífero que todo el aire era de hermoso olor<sup>mliv</sup> lleno, dixo en boz alta:

–¿Está ya buesa grandeça, mi señora Belisandra, acostada?



–Sí estoy –dixo la bella Belisandra.

–¡Ay –dixo Brisaida a Bulpissa–, hermana! ¿Y esta es mi señora Belisandra? ¡Vien parece madre de tal príncipe y él hijo de tal madre! ¡Dichoso es el príncipe Ardonisso! ¿Qué haremos?

–Déjela vuestra grandeça –dixo Bulpissa– vestir, y luego llamaremos haciéndonos de nuebas como que nada ubiéssemos visto ni sabido.

–Se’así –dixo Brisaida.

Con esto, Esmerilda dixo a Belisandra:

–¡Ca, ca, múdese vuestra grandeça esta camissa!

–Amuestre acá, amiga –dijo Belisandra.

Y, haciendo apartar a las doncellas, que en extremo era onestísima, se mudó la camissa, mas de suerte que de Brisaida, de la cual no se recataba, pudo ser vista. Y cierto Brisaida bio otro cuerpo que al suyo ponía en arta contingencia, si en hermosura le sobraba; porque aunque Belisandra era hermosísima de rostro (tanto quanto otra de su tiempo), mas la hermosura y belleça del cuerpo era cosa rara, y sola Brisaida podía competir con ella en el mundo (y por esto dicen que desde niña la llamaban «la Bella»). Bestida, pues, la camisa con aquel concierto, onestidad, pulicia, grabedad y limpieça, que a una muger de tantas prendas combenía, se acabó de bestir todo aquel bestido que a ella le estaba muy bien y era muy a su propósito y como ella le deseaba. Y, acabada de bestir y tocar, como aunque ya era muger de treinta años se estaba doncella (a lo menos Ardoniso así lo decía), parecía de veinte y cuatro y aun menos; tan bella, tan gallarda y tan hermosa, tan loçana, con tanta grabedad y brío que emperatriz podía ser de todo el suelo, y a Brisaida y Bulpissa tenía espantadas. Y Esmerilda, cuando la acabó de bestir, dixo:

–Es cierto, princesa mía, que parece que no á pasado día por vuestra grandeça según se está hermosa y moça, que me parece que se está como cuando a nuestra isla los dos príncipes Ardoniso y Feridano llegaron.

–Aora bien, mi señora Esmerilda, no aga burla de las malbestidas, que yo sé que soy de las de «norabuena bais», pero estoy contenta de que estubimos en nuestra isla algunos días todas sin competidoras de nuestra hermosura.

–En todo el mundo, en buena fe, lo podéis bos estar, mi señora –dixo entre sí Brisaida.

Y Bulpisa, viendo que era ya tiempo de llamar, hiço a Brisaida que se apartasse como que entonces venía, y ella, dando un golpe a la puerta, dixo:

–¡A, mi señora princesa Alexandra! Mire vuestra grandeça que viene aquí mi señora la princesa Brisaida.

–Señora –dixo Esmerilda a Belisandra–, la princesa Brisaida biene.

–Pues en ora buena, jábrale, amiga!

Con esto, abriendo la puerta, Esmerilda dixo:

–Sea muy vien venida vuestra merced, señora Bulpissa <sup>[f. 371v]</sup>.

Y, biendo que ya Brisaida<sup>mlv</sup> llegaba, haciéndole una humillación asta casi el suelo dixo:

–Y vuestra grandeça, mi señora princesa, sea muy bienvenida.

–¿Qué hace la princesa Alexandra, señora Esmerilda? –dixo Brisaida.

–No está aquí, mi señora –respondió Esmerilda–, qu'está allá en su aposento. Mas entre vuestra grandeça y berá a mi señora la bella Belisandra, que con otra mucha y muy buena compañía la tenemos en nuestra posada.

En esto, ya llegaba Belisandra, y, como bio a Brisaida, pareciéndola como lo era que era la más hermosa criatura de cuantas jamás en toda su vida ubiesse visto, quedó así un tantico turbada. Mas como era tan discretísima y cortesana, pasando así en un punto aquella admiración, llegándose a la princesa, puesta con estremada gracia la rodilla en tierra le estaba pidiendo la mano, habiendo la briosa moça puéstose de la misma manera. Y, estándosela pidiendo a ella, en esta criança y comedimiento

estubieron un tantico, asta que con un abraço amoroso y cortesano la una a la otra se labantaron del suelo, haciéndose un igual y amoroso recogimiento. Mirándose estaban las dos princesas la una a la otra y hablando aquellas comunes raçones que en tales tiempos se suelen decir, respondiéndose siempre la una a la otra con grandísima igualdad y comedimiento, y cuando la común plática se ubo acabado, Brisaida<sup>mlvi</sup> dixo a Esmerilda:

–Cierto, señora Esmerilda, que no é de perder la quexa de los que sabían tan buenas nuevas como estas y no me las havían echo saber en todo este año.

–Todos son dignos de perdón, hermosísima princesa, porque cierto á muy poco qu se sabe en la corte la venida del rey d’España, mi señor, y de todos estos príncipes –dijo Belisandra–. Y así, del yerro cometido, si lo fue, suplico a vuestra grandeça sean perdonados.

–Con tal intercesora, hermosísima señora –dixo Brisaida–, yo lo perdoneré; que cierto no pensé que lo hiciera tan presto, mas pues vuestra grandeça lo manda, justo es que todos obedezcamos. Mas el capitán no fuera mucho que lo ubiera dicho al emperador mi padre, y a mí enviádomelo a decir mi prima Alexandra. Mas todos nos entenderemos a su tiempo.

–¿Quieren vuestras grandeças –dixo Esmerilda– que bamos a ver a la balerosísima reina Casiana? O si no irelo yo a decir cómo está<sup>mlvii</sup> aquí su grandeça de mi señora Brisaida.

–No diga esso, señora Esmerilda –dixo Brisaida–, bamos luego donde la ilustrísima reina de España está, qu’es justo que luego le bamos a vesar las manos. Aunque esto en secreto, que no quiero que lo sepa mi madre asta que ella y yo agamos lo que estamos obligadas, por que no se enoje conmigo porque no avissé luego a su grandeça.

–Pues bamos.

Con esto, trabadas de las manos Belisandra la Bella y la hermosísima Brisaida, pasaron al cuarto donde estaba la cama de la princesa Alexandra (la sola, digo, que la otra estaba en el cuarto de Luposeldo). Y, como en ella entraron, aún la balerosa Reina

se estaba en la cama, y estaban ya allí con ella todas aquellas princesas entretiniéndola en combersación. Y ella estaba diciendo:

–¡A, niñas, vien parecéis muchachas! Que yo es cierto que vengo echa mil pedaços.

–Pues, ¿y qué? –decía Taurisa la Gallarda–, ¿y quería vuestra grandeça hacérsenos biexa entre manos? Pues no, por amor de Dios, qu'en un mismo mes y año nacimos vuestra grandeça y yo.

–Pues, ¿qué tiene<sup>mlviii</sup> que ver? –dixo la buena Reina–. É yo parido ocho veces y vuestra grandeça estasse...

No dixo más, porque Alexandra, como vio venir a la princesa Brisaida dixo:

–¡Jesús, señora prima! ¿Y quién á traído para acá a vuestra grandeça? Que nosotras nos queríamos agora pasar a su cuarto, mas en todo nos quiere vuestra grandeça ganar.

–Eso no havía echo vuestra grandeça, señora prima –dixo Brisaida–, a mí boluntad, en no hacerme saber una tan buena nueva; que a fe mía que me había enojado, sino que la señora Belisandra me mandó su grandeça que no hablase más en ello.

Y, con esto, llegándose a la cama, recibió entre los braços a la balerosa reina Casiana, que aviertos los tenía para recibirla entre ellos. Y con estrecho abraço se recogieron y recibieron la una a la otra, diciendo la reina de España:

–Dios guarde a vuestra grandeça, hermosísima princesa, que cierto todo lo que dice la fama es poco respecto de lo mucho que en vuestra grandeça resplandece.

Respondiendo estaba la princesa Brisaida a la hermosísima Casiana cuando entró un paxe adesora, herido en la cabeça de una terrible herida, todo cubierto de sangre y alborotado, diciendo:

–¡Cierren essas puertas, señoras princesas! ¡Cierren, cierren, que grandísima traición ay en palacio! <sup>[f. 372r]</sup> ¡Jesús, que muero!

Y, diciendo esto, quedó tendido a los pies de aquellas princesas, comenzándose a uír tantas boces y tristes lamentos que, porqu'es tarde, en esta tribulación puestas os dexo a las princesas. Y, con vuestra licencia, me boy a dormir asta su tiempo.

## **Capítulo 22. De lo que en este tiempo passó en el campo del brabo <e>scita Sofrasto, y lo que en él se determinó.**

Acuérdateos cómo Sofrasto, emperador de la Citia, con ánimo de bengança de la injur[i]a padecida en Babilonia, en el negocio y casamiento de la princesa Casiana, había mandado a Sigisuldo, su capitán general (el más diestro y baleroso bárbaro que absolutamente con riguroso braço gobernaba bárbara espada acá en el suelo), que juntasse un ejército de cuatrocientos mil hombres, los cuales habían de baxar por el río Fasis a entrarse en el mar Euxinio<sup>mlx</sup>. Y acuérdateos que mandó que baxasen caspios, caucasinios, getas, nómades, ipófagos, <e>scitas, trogloditas, gelas, amitas, orgasios, saducenos, aorgios, coraxes, iberios, albanios y otras muchas naciones que allí el baliente bárbaro furioso nombró. Acuérdateos los ejercicios militares en que la bárbara canalla por su diestro capitán Sigisuldo era exercitada. Tenéis memoria de aquellos cuatro oficiales qu'el mismo bárbaro emperador señaló, que fueron este Sigisuldo por capitán general; Gusilberto, bisrey de los ipófagos, por maestro de campo; y por probeedor a Guasuldeno<sup>mlx</sup> Sanxaco, del abundante probincia Margiana, y que capitán de la caballería fue nombrado Disudeno, duque de los <e>scitacenos. Y tenéis memoria de cómo la partida del campo, conforme a la boluntad del bárbaro príncipe, había de ser para el primer día de mayo.

Pues sabed que, estando el campo todo junto al embarcadero del río para con las crecientes de la luna de abril echarse al agua en las menguantes antes de la de março, se corrompió el aire de suerte que una grabísima peste se fue encendiendo en todo el campo. Y tal y tan carnícera que en muy pocos días más de cien mil hombres había gastado, an[dan]do los demás tan atemorizados, enfermos y amarillos que más parecía un ospital general del mundo y mesón de enfermedades que campo de militares guerreros. Pues, como los muertos eran tantos, la enfermedad tan contangiossa, la muchedumbre de la gente en tanta abundancia, la clemencia que se había de usar con los

mueertos y enfermos andaba tan mezclada<sup>mlxi</sup> con bárbara furia de aquella sangrienta gente.

De cada punto crecía la<sup>mlxii</sup> corrupción del aire, se aumentaba la enfermedad y aun solo estar en el campo era peor que la triste muerte, porque en la bista era horrible osario de cuerpos muertos medio corrompidos; el olor, peor qu'el de los sulfúreos<sup>mlxiii</sup> fuegos de Bulcano y más qu'el sucio cieno de la Estigia; la compañía, de muertos o de gente qu'estaba propincua a ella, y la conversación, tristes y dolorosos gemidos de los que acababan la vida. El mantenimiento, aunque havia mucho por el demasiado cuidado qu'en esto tenía Guasuldeno Sanxaco, no era conviniente<sup>mlxiv</sup> para enfermos, porque lo más eran cecinas de varios animales y aun de hombres, mantenimiento usado de aquella gente. Y con esto, y con el no poder apartarse los enfermos del sitio o lugar del campo a las corporales necesidades por su mucha flaqueza, era tanta la idiondez y suciedad del sitio que más la podemos llamar morada de Radamante cruel y Minos que havitación de hombres que humanos fuessen.

Con este trabaxo, aunque al parecer insufrible, zufrible por el demasiado cuidado y diligencia de Sigisuldo, capitán general, se estuvo entretiniendo el campo, por no deshacerse, casi todo el mes de abril. Mas viendo que ya ni balía balentía ni destreça, ánimo ni balor, cuidado ni maña, para resistir a tantos males, en consexo <sup>[f. 372v]</sup> se determinó qu'el campo se deshiciesse y de aquel lugar se apartassen, guardando la vengança para mexor coyuntura. Mas para el entretanto, con licencia de su príncipe, muchos de aquellos bárbaros balientes, con raçonables campos, unos por una parte y otros por otra, con la gente que havia quedado sana se determinaron de venir a hacer a los cristianos reinos (y aun a los gentiles, como no fuessen al cita sugetos), todos cuantos daños les fuessen posibles, robando las tierras y talándolas, y destruyendo y quemando las ciudades, qu'este es el gusto de aquella bárbara gente no domada.

Pues los cuatro principales, que en cuatro bandos o cabeças se dividieron, fueron los cuatro oficiales qu'el <e>scita avía nombrado: Sigisuldo, capitán general, salió el río abaxo con treinta mil hombres de pelea, y, entre ellos, asta dos docenas de balentísimos bárbaros, iguales casi a él en la milicia. Llebó el cruel Gusilberto solos quince mil hombres, mas los más feroçes y crueles de todo el campo. El rico y poderoso Guasuldeno llebó cuarenta mil hombres de la gente más lucida y principal, y el pirata

[Di]sudeno, duque de los <e>scitacenos, llebó solos tres mil hombres, mas grandísimos ladrones, crueles, sangrientos, carniceros, malechores.

Apenas se había[n] dibidido cuando a su emperador niegan la obediencia y ellos unos a otros desean destruir, por ser él solo el que mandase. Sofrastro, no menos baliente y riguroso que todos ellos, viendo el daño que se le seguía y que cuando quiso remediallo ya no pudo, y que los de su imperio, viendo su campo desecho y sus fuerças diminuidas, con una cibiles guerras procuraba cada uno ser rey y a él le negaban (o, por mexor decir, le habían negado la obediencia), de la gente que pudo para cobrar su imperio comenzó a juntar campo, en el cual llebaría como cincuenta mil hombres.

Y d'esta manera, y con esta confusión, se deshiço el campo, haviéndose lebantado con muy buena fama de baleroso moço contra Sofrastro, en ayuda de un tío de Sofrastro (hombre biexo y anicioso, que deseaba el imperio), un godo llamado Rucisuldo, moçoço de bonísimas esperanças. El cual con grueso campo salía en busca de Sofrastro para destruirle y, como era baliente, magnánimo, magnífico, y tenía un excesibo rigor contra los enemigos, era de todos los soldados de reberencial amor notablemente amado. Mas él cierto era gallardísimo moço y dotado de un generoso corazón, jamás con áspera fortuna domado, y de los más hermosos de cuerpo y rostro que jamás aquellas montañas habían criado. Era de baxos padres, mas desde la cuna criado en la milicia, en la cual había siempre acabado onrados echos. Y había algunos días que era capital enemigo del brabo Sigisuldo, allá por ciertas competencias que entre los dos había havido. Este baliente moço salió al encuentro a Sofrastro con un lucido campo, aunque no de mucha gente.

No es mi intento –dice Nictemeno– contaros la guerras d'estos <e>scitas, que de ellos ay escriptas particulares istorias; solo os diré lo que hace al casso para mi intento, y cuántas veces en Constantinopla vimos sus banderas, con artos y rigurosos trances, como adelante veréis, que cierto eran los bárbaros balientes. Quiero seguir la derrota de Sigisuldo, capitán general, el cual, haviéndose embarcado en ciento y sesenta galeras de las mejores de la <E>scitia, se baxó el río abaxo. Y el primer día dicen haber echo esta plática a sus capitanes:

–Habiendo sacudido, ilustrísimos príncipes y caballeros, de sobre buestros balerosos hombros el duro yugo y pesada carga del dominio, quedando como generosos leones con vuestra libertad, de la cual tan justísimamente sois señores, lo que se á de pretender es estender nuestro dominio y nombre por la tierra. La <E>scitia y sus comarcas es tierra infrutífera, fría y pobre; ¡ganemos, ganemos reinos con el rigor de nuestras diestras, donde nuestra fama y nombre sea esclarecido y las cosas a la vida humana necesarias con más abundancia poseamos! Porque, ¿á de haber <e>scita en cuyo pecho un gran rey no esté encerrado? Pues merecéis ser reyes de las demás naciones, ¿por qué emos de estar arri[n]conados en la peor tierra del uniberso, pues el dominio d'él nos es devido? ¡Estiéndanse, estiéndanse vuestras banderas! ¡Y enriqueceos, príncipes, con los despojos del enemigo! Y bamos talando cuanto toparemos asta pegar fuego a Constantinopla y, si fuere menester, hacernos señores de todo el imperio y aun de otros mayores. Cada uno procure su onra, su ser y su <sup>[f. 373r]</sup> ganancia, que lo que cada uno á de llebar es lo que ganare por sus puños. La buelta de la <E>scitia es escusada, procuremos ganar por el espada onra, tierra, haciendas y mugeres.

Él les iba aziendo está plática cuando toparon con doce galeras de Sofrasto que traía[n] probisión al ejército, y con mucha facilidad las cautibaron, dándose ellas casi boluntariamente; y mucho importó esta pressa al armada. Con lo cual todo cuanto topaban venían roba[n]do y arruina[n]do con grandísima ferocidad y brío, y algunas naos de cristianos mercaderes coxieron en el camino, usando de grandísima crueldad con los cautibos. Y, así, se entraron en el mar Euxinio<sup>mlxv</sup>, en el cual hicieron robos de grandísima importancia; especialmente a treinta leguas de Constantinopla, poco más o menos, tomaron una fortísima isla llamada Sirena, en la cual no dexaron de los moradores hombre a vida. No cuento esta la[s]timsa batalla, porque fue sangrienta, cruel y terrible, en la cual murieron más de cincuenta mil isleños de aquella gente; y, al fin, se apoderaron de ella, dexando solas las mugeres y alguna pobreta gente para servicio. Y el endiablado capitán, biendo los hermosos puertos que tenía, fortificándose en ella la hiço fortificar y adereçar de suerte que una de las isla más fuertes y inexpugnables quedó del mundo, y desde ella se determinaron de hacer en la Grecia todos los robos y daños que les fuese posible. Y, así, andaban las galeras llenas de



cosarios y piratas, corriendo todas nuestras riberas y haciendo en ellas todo el daño que les era posible.

Un día, el atrevido bárbaro sangriento, escogiendo mil hombres entre todos los suyos de mayor ánimo y destreça, que ninguno de ellos había qu'el pretal del caballo con cinco o seis o más cabeças de cristianos no tubiesse compuesto, se determinó de hacer un salto y robo en la ciudad de Constantinopla, con la mayor presteça que le fue posible. Y pareciendo qu'el de más importancia sería el de palacio, si en él se hiciesse, se determinó de le robar; y para ello dio esta traça el sangriento capitán de la <e>scitiana gente. Y fue que los mil hombres puso en cuatro galeras, haciendo que los mismos caballeros fuesen como forçados moviendo los largos remos de anchas palas. Y en cada una de las galeras, en hábito de constantinopoletanos, de aquellos más ladinos bárbaros se pusieron algunos (los cuales tenían noticia de la lengua griega), y que estos fingiessen ser cristianos que a vender sus mercadurías benían al imperio, y que d'esta manera tomasen puerto.

Lo cual así hicieron y, después que tomaron puerto, habiendo algunos de aquellos más balientes y sagaces dado una buelta por la ciudad y considerado toda, y visto por dónde el palacio podía ser acometido, como si los forçados desembarcaran líos de mercancías así iban desembarcado líos de armas y los iban puniendo en casa de su güésped que, o por ser traidor o porque era libertino que había sido esclavo gentil, con dádibas le tenían perbertido<sup>mlxvi</sup>, y era de la traición sabidor y la consentía.

Pues, de que estubo toda la muchedumbre de aquellos balientes caballeros desembarcada, viendo cómo por la benida de los güéspedes estaba todo el palacio tan descuidado que solo tenía la guarda ordinaria, a las tres y media de la tarde (para que a la que anocheciesse se pudiessen bolber a las galeras), se determinaron de hacer el salto, indo todos avisados de cómo habían de hacer su echo y juramentados del morir o acabar lo comenzado. Y el traidor del <e>scita sanguinoso había enviado veinte y cuatro caballeros muy animosos, diestros y determinados para que estubiesen en palacio en los más interiores aposentos que pudiessen, para que cuando la gente comenzase a hacer su echo ellos desde dentro y en medio de ellos apellidasen la bictoria, para que causasen más confusión y espanto. Otros muchos ardidés de guerra dio el baliente capitán a sus

soldados, los cuales todos pusieron por obra sin discrepar un punto de lo que se les había mandado.

Pues, venida la combiniente ora, que serían como entre cuatro y cinco de la tarde, los <e>scitas, qu'estaban ya puestos a punto (probeídos de armas, fuegos <sup>[f. 373v]</sup> y otras cosas necesarias), se repartieron en cuatro mangas, indo por capitán de la una, que llebaba trecientos hombres, uno de los veinte cuatro caballeros, llamado Grisaldeno, baliente y esforçado <e>scita; la otra, con otros trecientos hombres, llebaba Mambrudio Astroglodita y la otra Bereno Caucasino, desemaxado en fuerças. Y con solos cien hombres, mas todos escogidísimos soldados y balientes caballeros, fue el baleroso uno Sigisuldo, al cual cupo el cuarto donde el rey de España estaba aposentado. Y a Bereno Caucasino le cayó en suerte el cuarto de las damas de nuestra cassa –dice Nictemeno–, y a los otros dos capitanes les fue repartido el palacio del Emperador.

D'esta manera repartidos y muy bien informados en lo que habían de hacer, a la ora que tengo dicho, viniéndose por la callexa de los mesones (donde os dixen que el príncipe de la Fe y la balerosa Camiliana había tenido la batalla con Luposeldo y Zulemo), llegaron a palacio. Y lo primero que los <e>scitas hicieron fue cerrar las puertas, arrimando a ellas gran cantidad de maderas, vigas, tablones y piedras que para este efecto traían (que, como decís, en un momento las pusieron como a piedra lodo), peleando con mucho concierto y ardid de guerra con todos cuantos se lo querían defender. Y, como no podía salir ninguno y a caso estaba el capitán de la guarda fuera de palacio, no haviendo en él sino solo los que solían ser de guarda ordinaria (que eran vien pocos compañeros y esso se estaban desarmados), arrimadas sus partesanas y otras armas a aquellas paredes pudieron muy bien hacer su echo. Y cierto que tenían ya echo mucho daño, y como los balerosos capitanes <e>scitas tan intrépidamente y con tanto ánimo se metían por los nuestros, de arroyos de sangre tenían ya todo el palacio cercado y se iban entrando en nuestros cuartos. Y esto era el ruido que os diximos que las damas habían sentido cuando el paxe cayó a sus pies muerto.

No sé cómo comience, ¡ni[n]fas del monte sacro, a vos imboco! ¡Baleroso Marte encarniçado, sangriento, y carnicera Belona, dadme aliento para que pueda contar una de las má rigurosas y sangrientas batallas que entre pocos jamás asta este tiempo se ha visto! Comiença el riguroso exercicio de Marte en el palacio y las boces de los que

morían pidiendo socorro resuenan por el aire diciendo: «¡Traición, traición! ¡Faboreced, faborezed, caballeros y príncipes, que todo se arruina!». Los citas con los atambores roncós y con muy buen concierto de guerra comiençan a apellidar la bictoria, diciendo aquellos bárbaros sangrientos: «¡Ca, caballeros, no quede ninguno d'esta ruin canalla que no passe por los rigurosos filos de la espada!».

Con el rey de España estaban el fuerte Feridano y el discreto Ardoniso, y Nigidio, Odacero, y Pariaseno, el milanés y el príncipe Menademo, los cuales con mucha azeleración se armaron de celadas y escudos, indo el buen rey Ofrasio en medio de ellos. Esta fue la batalla –dice Nictemeno– en que yo me allé (porque havía ido a cassa <a> aquel cuarto a componer no sé que cosilla que en la recámara faltaba), y, así, como testigo de vista diré lo que passó.

Con estos príncipes salimos como asta beinte caballeros, criados d'estos señores, y otros lacayos y gente que por allí se allaron. Y, al tiempo que salimos a la sala, con unas armas negras orladas de oro y una cimitarra damasquina, grande y corba en la mano, todo el braço sangriento asta el hombro, con escudo embraçado, en el cual traía el Audacia pintada admirablemente (que era una muger que en medio de unas encendidas llamas con grandísimo atrebimiento se arroxaba, con la letra común que dice: «Audaces Fortuna jubat, timidosque repetit»; «a los atrebidos ayuda fortuna, y desecha a los temerosos»), así bimos entrar al diestrísimo y baleroso capitán Sigisuldo, acompañado de otros cuarenta caballeros, todos muy bien armados. Los cuales como entraron por la puerta de la sala y por la<sup>mlxvii</sup> de la cuadra saliesen los príncipes, y los unos a los otros se viessen, cual encarniçados leones a deseada presa los unos a los otros acometieron; no con descompasada furia ni desatiento, mas con un concertado y militar estilo se llegan los unos a los otros. Y de los primeros golpes no cayó sino un solo caballero, que fue un desdichado cita llamado Ricaredo que a caso aguardó un golpe de espada a Feridano, del cual <sup>[f. 374r]</sup> así fue dibiso en dos partes como si el triforme rayo del dios Júpiter le ubiera herido, porque todas las entrañas le desparramó por la sala.

Mas presto se le puso delante otro baliente <e>scita, llamado Bricisildo el Temido, el cual por bengar la muerte del compañero de tal golpe yere a Feridano que le hizoincar la punta del babero en el pecho y le dexó atronadísima la cabeça. Mas jamás se vio serpiente airada herida del bastón del billano bolber tan rigurosa contra su

percusor como buelbe el furiosso caballero, ardiendo en ira, y al que le hirió rebuelbe el golpe con tanta furia, cólera y saña que acertándole de llano le hiço encar las rodillas en tierra. Mas luego se lebanta el gallardo <e>scita, y una tan reñida batalla entre los dos se traba que si no ubiera más de los dos combatientes había vien que ber en solos sus echos.

Mas el baleroso rey Ofrasio, que con Sigisuldo encuentra, es temeroso negocio ber de los dos los echos, los golpes tan rigurosos y diestros con que se hieren, el brabo desmallar de los arneses, la prisa y ligereça con que el uno y otro se combatían, que casi nos hacían quedar lebantadas las espadas, turbados y envebecidos viendo tanto rigor como en el uno y el otro se mostraba. El príncipe Nigidio lo hacía admirablemente con otro <e>scita baliente con quien se combatía; mas el buen Menademo tenía ya dos tendidos a sus pies y andaba acabando el tercero. El brabo Sigisuldo, començándose a rebolber la batalla, apartándose del rey Ofrasio así un poquito, a otro caballero de los nuestros de solo un tajo que por sobre la cabeça le dio le tendió en tierra. Mas el generoso Rey, puniéndosele delante, tal golpe le dio por sobre el yelmo que parecía haber podido dibidir una dura peña, y, así, hizo al cita ber (como decís) las estrellas a mediodía, y ambas las rodillas incó en tierra.

Mas ¡a, buen Rey!, ¡Dios te guarde del más furioso golpe de cimitarra que jamás zita vraço dio en el suelo, que baxaba çurciendo por el aire!, ¡que eres rey muerto si el golpe aguardas! Mas el buen Rey, viendo que no podía uir el golpe, éntrase con el bárbaro baliente y, así, solo le acertó con el último tercio del alfanxe. Y aunque le hiço una pequeña herida, asiéndose el uno y el otro a los braços, allí fue ber lo furioso de la guerra, que cada uno por defender a su capitán hacían cierto cosas casi increíbles en armas; donde todos los de una parte y otra fueron tan heridos que era lástima, y quedaron muertos de los nuestros seis caballeros y de los <e>scitas nuebe.

En este tiempo llegó un paxe de armas del baleroso Feridano que le traía un montante de qu'él solía usar, arma infernal, furiosa y terrible. Él pesaba doce libras y ocho onças, y era el mayor cortador que se savía y de un temple del infierno, y en la empuñadura, que era de finísimo oro, tenía unos argollones como aldabas que el son del sangriento Marte hacían. Pues, como el paxe se le dio, el furioso caballero estaba tan en su punto de cólera y herido en una o dos partes, jamás se vio furia infernal como él ni

cosa tan terrible y temerosa se á visto. Rebuelbe el montante por sobre la cabeça y, de aquel primer golpe, quanto topa como cortadora guadaña arroxa a tierra, dividiendo en dos partes dos caballeros.

Ya aquí no pudieron los bárbaros resistir a furia tanta, y, así, con muy buen concierto se fueron recogiendo, índoles siempre aquellos caballeros al alcance o siguiendo, y ellos defendiéndose lo mexor que les era posible. Mas a la endiablada fuerça y arma de Feridano ninguna cosa havía que le resistiese si no era el temido Bricisildo, que aún regañando los dientes como rabioso perro, todo lo que le era posible resistía. Mas guárdasse del primer golpe que en lleno le acierte el montante, que allá ba cual [...], ni ay pecto ni coraças que resistan.

Con esto los sacan de la sala, indo unos a una parte y otros a otra, como cada uno veía que más necesidad tenía su gente. Allí fue estraña la prisa y confusión, porque como los unos y los otros tenían tan excelentes <sup>[f. 374v]</sup> capitanes y era negocio de tanta importancia y onra, cierto los unos y los otros hacían cosas estremadas. Cuando salimos al patio siguiendo al enemigo, del cuarto de las damas bajaba Berino Caucasino, el de la fuerça desemexada, con un gran guchillo en la mano, todo él lleno de sangre, así de la propia como del agena, y más de cien caballeros de los suyos. Y todos se venían retirando, qu'el príncipe mi señor con un montante, haviendo estropado y dividido cuarenta de aquellos caballeros <e>scitas, venía con su hermano Camilo en su seguimiento.

Traía la balerosa Camiliana su espada y rodela, y era espantable cosa la ligereça y maña y estraña destreça con que se combatía. El Príncipe de la Fe mi señor venía jugando el montante con tanta gracia y donaire como si realmente estuviera en la escu<e>la de esgrima. Y no parecía sino corba oz en braço fuerte de descansado billano que con el fresco de la mañana en el mes de agosto derriba miesses secas en manojos; así derribaba el príncipe al que delante topaba, y parecía que con tanta facilidad y tan sin embaraçarse como si nada iziesse, solo con voz grabe y airosa venía diciendo: «¡Ea, señores caballeros! ¡Santiago y a ellos!».

Mas, en baxando al patio, allí fue la confusión, porque eran los enemigos como asta docientos y cincuenta, pocos más a menos, y entre ellos había diestrísimos

capitanes; nosotros seríamos como asta ochenta entre todos, mas teníamos asta seis que podía cada uno resistir a ciento si tales no fueran. Pues, como el baleroso Feridano venía predominado de la ira, casi sin sentido ninguno de la demasiada cólera, daba <a> los perraços con aquel infernal montante que al que no daba de corte sino de llano lo echaba a rodar por aquel suelo, como si le dieran con una pelota tudesca en fuego ardiendo; pues el rey de España no daba golpe con el espada que no tullese o matase un caballero. A Ardoniso le vi aquel día hacer una cosa muy azertada y de muy diestro y animoso caballero, y fue que, viendo una escalera por donde el enemigo podía tornar a subir arriba a los corredores, se puso en la puerta de ella, haviéndose probeído de su arco y carcaxe; yo os doy mi palabra, que antes que acabasse las saetas, que tenía ya beinte y cinco <e>scitas muertos de los que procuraban la subida.

Mas el más feliz tiro fue que, como Feridano y Bereno<sup>mlxviii</sup> Caucasino se topasen, como agarrochados toros en plaça estrecha que a una parte y a otra se rebuelben para se poder escapar de la enoxosa muchedumbre, andando derribando con las aspas quanto topan, así andaban los dos furiosos caballeros asta que se encontraron. Y entre ellos se començó la más espantable batalla que jamás se bio, andando en otra no menor el príncipe mi señor y Sigisuldo. Mas al cabo de media ora que andaban en la batalla vinieron los dos a braços, y tanto tessón y fuerça puso el uno y el otro que las planchas de los pectos por los pecho se undía[n]. Trabucan al fin los dos en tierra y rebuélbense; cuál arriba y cuál abaxo, con tanta igualdad de fuerça que fue cosa maravillosa.

Mas el buen Ardoniso, que estaba en el corredor, quando se ubieron lebandado de tierra, aunque con grandísimo trabaxo por los muchos que allí a faborecer al uno y al otro acudimos; al fin, los dos Martes se ubieron de apartar y, al punto que se apartó el bárbaro fiero, Ardoniso dispara una saeta del arco tan bien, tan cierta y tan furiossa que entrando por la vissera se la metió por el ojo, quedando las plumas y asta temblando fuera. Vien entendió el bárbaro que era muerto y, así, quiso vengar su muerte, y, tornando a topar con Feridano, quiriendo aborrirese y morir matando herró el golpe con el demasiado dolor y furia que llebaba. Mas el endiablado golpe de Feridano no fue entonces en bacío, porque acertando el infernal montante por la cinta hiço de un diablo

dos, por apocallos, y, así, blasfemando, salió aquella furiosa alma a los infiernos, aun allá atemorizando a los condenados espíritus, que tan furiosa <sup>[f. 375r]</sup> vieron que iba.

En palacio del Emperador tanvién andaba gran rebuelta, que los unos y los otros lo hacían maravillosamente de bien, mas ya en todas partes la bárbara gente <e>scitiana perdía mucho de su crédito y gente, porque ya más buscaban como huir y defenderse que cómo ofender ni acometer al enemigo; lo cual, bisto por el balerosísimo Sigisuldo, començó a hacer reseña a recoger, y aquello cierto se hiço con grandísima presteça y maña. Y iba aquel bárbaro Marte resistiendo<sup>mlxix</sup> a toda la furia de aquellos príncipes, y, de cuando en cuando, bolbía como generoso león a hacelles rostro y a fe que les hacía muy vien sentir la espada.

Mas en esto llegó el príncipe mi señor con el montante, que con él, él y Feridano llebaban delante de sí toda aquella bárbara gente. Y, así, lo mexor que pudieron, aunque habiendo perdido más de los setecientos y cincuenta caballeros, los demás a nuestro pesar se embarcaron todos en una galera, dexando las otras tres con algunos pocos forçados cristianos que estaban en la cadena. Y, así, alçando belas tomaron la derrota de su isla, aunque con mucha pérdida de gente con mucho contento de Sigisuldo por haver el bárbaro tan bien ensangrentado la espada en los nuestros. Y, aunque iba vencido y herido, iba muy contento y bien tenía de qué, que cien caballeros juntos no hicieran lo que él solo aquella tarde hiço, y más biendo cómo, a bista de las galeras del puerto que los quisieron seguir, se escapaba a fuerça de los remeros, que con estraña presteça los remos mobían.

El nuestro capitán y Príncipe de la Fe, moíno que quería rebentar de ber qu'el sangriento bárbaro se escapava, y Feridano, que estaba echando centellas por los ojos de pura cólera, viendo que no había otro remedio, porque ya del todo se cerraba la noche, començaron a tocar a recoger para ir a palacio y hacerle limpiar como combenía, y despedir y quitar a los caballeros que acudían, que eran tantos que por las calles no cabían según su muchedumbre. Todo se hiço aquella noche muy vien, quemando allí en un lugar coniniente todos los <e>scitas muertos y haciendo en las iglesias enterrar los cristianos, que fueron cuatrocientas y veinte y tres personas; aunque no ubo ningún príncipe muerto ubo algunos muy buenos caballeros y emparentados que nos hicieron

arta lástima. Y, porque tengo un entremés de Cupido que pasó esta noche, y agora es ya tarde, perdonad.

### **Capítulo 23. De cómo se acabaron de quietar las cosas de palacio y de un caso que en él sucedió.**

Haviéndose concertado las cosas de la milicia como combenía, que cierto Mauro Italiano lo hizo aquella noche escogidísimamente, no en la batalla (porque no se alló en ella, qu'estaba en el campo de los españoles qu'estaba un gran cuarto de legua de la ciudad, donde en pabellones y tiendas estaban aloxados), sino en concertar las cosas de palacio, hacer curar los heridos, pacificar y quietar la gente, prender a los <e>scitas que pudieron allar vibos, dar orden en todas las cosas de casa; lo cual cierto él hacía con mucha prudencia, presteça y bondad, sin que jamás hiciesse cosa digna de reprehensión ni aun que no mereciesse mucha loa, por ser tan justificadas y raçonables cuantas hacía. Pues él andaba en esto, y aquellos caballeros se fueron todos a curar a sus cuartos, y en el del Príncipe de la Fe, mi señor, allaron todas aquellas damas que por la rebuelta, con el grandísimo miedo que tuvieron, se vinieron allí a recoger; donde fueron balerosísimamente defendidas por los dos egipcios hermanos Sarracín y Dinamartea, que a más de cincuenta caballeros en su defensa habían muerto, haciendo cosas dignas de eterna fama y memoria. Y aun a todos aquellos príncipes <sup>[f. 375v]</sup> habían conserbado la vida, pues había[n] defendido a sus damas de que no se les fuesse echa alguna injuria.

Ningún hombre ubo en toda la cassa ni persona alguna que echasse mano al espada que poco o mucho no estubiesse herido, si no fueron la balerosa Camiliana y Ardoniso, que aunque estaban echos pedaços ninguna herida tenían. Y la balerosa Dinamartea tampoco tenía sino un piquete en un pie que, por estar en aquella parte nerviosa, aunque era muy pequeña la herida fue muy dolorossa y le causó estar en la cama. Pues las diez serían de la noche, poco más o menos, cuando, habiéndose curado todos las heridas, la gente se començó a recoger, quedando muy buena guarda en los palacios. Y es cierto que de allí a media ora no había más bullicio ni ruido en cassa que si nunca tal huviera pasado.



En el aposento del príncipe mi señor, por ser tantos los heridos, se le hizo aquella noche a la balerosa Camiliana cama, y estaban las camas tan juntas que de la una a la otra se podían dar las manos sin estender el brazo mucho. Pues, como acabaron de curar al príncipe y la balerosa Camiliana tomó aquellos sus acostumbrados vebraxes, el uno y el otro se quedaron dormidos, quedando en la cuadra una acha encendida en un blandón de oro y un paxe de guarda en el aposento, que fue el enano de la balerosa Camiliana.

Nota lo que Amor ordena, qu'estando ellos durmiendo y muy a sueño suelto, la hermosísima Brisaida no podía reposar en su aposento, y, así, dixo a Medúsea:

–No sé qué me tengo, Medúsea, que no [me] puedo sosegar, por vida tuya que por el pasadiço y la puerta falsa qu'el otro día se abrió que me llebes al cuarto del príncipe, que si no le beo esta noche me parece que me será imposible llegar a la mañana.

–Si tanto como esso vuestra grandeça lo desea –dixo Medúsea–, bamos en buena ora, que por aquella porteçuela ningún peligro ay.

Con esto, tomando una lanterna de cristal pequeñuela de manga, la llebó al aposento del príncipe. Al cual como llegasen, avriendo con grandísimo tiento la porteçuela (que cerca de los pies de la cama del príncipe estaba), Medúsea entró y bio en la cama junto a la del príncipe una dama, de las más hermosas que ella ubiesse visto, toda la madexa de oro suelta al biento, y descubierto del brazo y pecho la parte que bastaba a mostrar quién era. Entra con esta turbación Medúsea siguiéndola su ama, y, cuando Brisaida bio la dama en la cama, tanta fue su turbación que casi perdió del todo los sentidos. Mas, tornando en sí, con aquella rabiossa pasión de celos se enciende en cólera tan abrasante y terrible que casi la vino a sacar de juicio; mas, con ella ardiendo en ira, de una espada arranca (qu'estaba a la cabecera de su esposo), y, haciendo a Medúsea que para no engañarse acabase de descubrir la dama, con la espada en la mano lebantada para dar el golpe y Medúsea con la lanterna en la mano, y la bella moça toda descubierta, por otra parte un caballero en camissa con una espada y escudo en la mano se puso delante de Brisaida como para recibir el golpe en el escudo.

Y en este punto despertó el enano que dormía y, por evitar tantos males, asta ber lo que se había de hacer en aquel casso en este punto y postura los encantó a todos, dexándolos así. Y yo tanvién despierto del pesado sueño de todas estas invenciones, y perdonadme asta la segunda parte d'esta gran corónica, en la cual os prometo de acabar todo lo que aquí queda començado. Y lo echo y lo que se hiciere sea a gloria y onra de Nuestro Señor Jesucristo, el cual con el Padre y el Espíritu Santo vibe y reina por todos los siglos, amén.

Fin del cuarto libro de la *Primera parte de la corónica de don Mexiano de la Esperança, llamado el Caballero de la Fe*. Acabose <a> año de 1583, a 11 de diciembre, día de san Dámaso papa. Jesucristo <sup>[f. 376r]</sup>.

**Agustín de Mora, comisario de probisión de la Armada del Rey nuestro señor, al lector.**

Soneto

Doctrina, erudición, cortessanía,

la razón y el amor conforme y junto,

el arte militar puesto en su punto,

carta de mareantes, norte y guía,

ingeniosos concep[t]os de poesía,

de la vida política el trasumpto.

Las gracias de cualquiera no difunto,

de decendencias clara notomía,

verá<sup>mlxx</sup> en el de la Fe el que la tubiere;

que fuerça es que con él tenga esperança,

pues caridad se muestra en nueba traça.

Quien alcança las tres las cuatro espere,

do consiste la bienabenturança

de que goça su autor, el padre Daça<sup>1259</sup>.

---

<sup>1259</sup> En el margen la misma mano que copia el texto de la obra anota: «que es Miguel Daça» (mano 1).





## NOTAS TEXTUALES

---

### LIBRO I

#### Prólogo

<sup>i</sup> *copista*: se les es comunicada] se les a comunicado *a. c.* + se les es comunicada *p. c.* Nos decidimos por editar lo que consideramos la corrección de un error de copia (susceptible de ser entendida también como una modificación estilística o redaccional, razón por la cual damos cuenta de ella aquí); sin embargo, reconocemos que, como ocurrirá en otros *loci critici* del texto, en este caso no resulta sencillo discriminar entre la lectura previa y la enmendada.

#### Tabla de materias

<sup>ii</sup> *copista*: fabulosa manera] parabolica manera *del.* + fabulosa manera. Obsérvese que en este caso el cambio se realiza al hilo del proceso de copia (puesto que la lección propuesta aparece inmediatamente a renglón seguido y no entre líneas o en los márgenes), por lo cual no es posible entender que la modificación obedece a una revisión posterior del texto. Consideramos oportuno transparentar dos posibilidades que cabrá hacer extensibles a casos similares: de un lado, podemos entender que se trata de una enmienda provocada por un error en la labor transpositiva (bien porque el cambio había sido propuesto ya en el borrador, de modo tal que se consigna por error la lectura primitiva; bien porque el copista ha cometido un error por sinonimia en la fase de memorización); de otro lado, es posible suponer que el cambio se introdujese en el momento de la puesta en limpio del texto. De escoger esta última hipótesis nos encontraríamos ante un ejemplo de modificación redaccional significativa, cuya marcada voluntad autorial no parece poder asimilarse al resto de enmiendas analizadas; sin embargo, el carácter particular de esta variante podría explicarse satisfactoriamente acudiendo a la posibilidad de que los paratextos de la obra fuesen precisamente creación del artífice de la copia de nuestro manuscrito..

<sup>iii</sup> Hay una mancha en el manuscrito que seguramente oculta la conjunción copulativa que se restaura entre corchetes.

#### Capítulo 3

<sup>iv</sup> *podérsele*] *perdersele*. Enmendamos este error por sustitución comprensible a la vista del significado global de la frase en la que se inserta; *poder* se aproxima al significado del término siguiente ('esconder'), transformándose así en *perder*.

<sup>v</sup> *compone*] *compene*

---

<sup>vi</sup> *copista: aura fresca*] *aura + blanda y del. + fresca*. Si bien no puede descartarse que esta intervención obedezca a la corrección de un error por adición, consideramos más plausible considerarla una modificación estilística de las muchas que encontraremos en el manuscrito. Efectivamente, a lo largo del testimonio detectamos numerosas supresiones llevadas a cabo por el copista sobre su propio traslado del texto, en las cuales puede observarse una clara intención de evitar la repetición de un determinado vocablo o de una expresión en la misma oración o periodo. En consecuencia, todas estas modificaciones parecen transparentar la existencia de una revisión de estilo efectuada por el artífice de la puesta en limpio del texto (posiblemente al hilo de una relectura), de la cual el presente caso constituiría el primer ejemplo.

<sup>vii</sup> *colchadura*] *colchudara*

<sup>viii</sup> Una mano corrige el texto y lo rescribe añadiendo desinencias de género femenino a esta oración. La redacción resultante, por tanto, sería la siguiente: «Una leona lebantada con el corazón de hombre, ella madrigada y sentada en campo roxo». Pese a que la brevedad de los añadidos impide identificar con seguridad la mano que realiza estas modificaciones, creemos poder atribuir las a la intervención de un lector; el mismo encargado de llevar a cabo la anotación sobre las armas de Babilonia que figura al margen de este fragmento y, en nuestra opinión, el artífice de los comentarios «burlones» que flanquean el texto (mano 2). En favor de esta interpretación puede aducirse, además, la significativa coincidencia en el empleo del género femenino que se da entre la modificación propuesta y la nota del lector (*leona*), frente al texto previo a la corrección y las sucesivas apariciones de la descripción del emblema en el texto (en las que también encontraremos la forma masculina *león*). Por todo ello, hemos decidido no consignar esta propuesta de corrección en nuestra edición del texto.

<sup>ix</sup> *copista: 3407*] *a. c. 2407 + p. c. 3407*. A lo largo del testimonio encontramos diversas correcciones del copista efectuadas sobre las cifras de datación de distintos acontecimientos históricos, las cuales, como en este caso, pueden explicarse sin dificultad como errores de copia. Sin embargo, en algunas ocasiones estas enmiendas evidenciarán modificaciones basadas en la atención a fuentes históricas divergentes, por lo que las lecciones primitivas constituirán en estos casos verdaderas variantes redaccionales rechazadas por el artífice de la copia en limpio (véase la nota dxxxviii, perteneciente al capítulo 20 del libro segundo).

<sup>x</sup> *capítulo*] *capitulo*

#### Capítulo 4

<sup>xi</sup> *viexa*] *verxa*. Nos parece encontrar aquí un error por sustitución que procedemos a enmendar, apoyados en la mayor coherencia que ofrece la lección propuesta con el sentido del sintagma, así como en su concordancia con el *usus scribendi* del autor, que muestra una clara preferencia por la adjetivación trimembre de los sustantivos.

---

<sup>xii</sup> parte uyendo el cuerpo] parte uyendo el cuerpo parte. La restitución del sintagma *el cuerpo* entre líneas parece evidenciar que la repetición de la voz *parte* se ha originado en un error transpositivo, en virtud del cual se ha operado la adición de una palabra ya aparecida en sustitución de otra; por ello, eliminamos el sustantivo *parte* en su segunda aparición.

<sup>xiii</sup> *copista*: deshabitada] encumbrada *a. c.* + deshabitada *p. c.* Con gran probabilidad nos encontramos de nuevo ante una marcada voluntad de estilo que persigue subsanar la repetición del léxico empleado; así, en este caso, la corrección consigue evitar un resultado como *encumbrada cumbre*. Por otro lado, la revisión de este pasaje es seguramente la responsable de la omisión de la preposición *en* que restauramos entre corchetes.

<sup>xiv</sup> *copista*: quedar cubierta] quedar + llena *del.* + cubierta. La inmediatez del cambio, confirmada por la ausencia de elementos interlineados o rescritos, unida a la neutralidad de la nueva variante en el plano del significado (*quedar llena* > *quedar cubierta*), parecen apuntar hacia una sustitución por sinonimia rápidamente subsanada por el copista.

<sup>xv</sup> Rusia] polonia. Como anunciamos en la exposición de la metodología empleada para la *constitutio textus*, en adelante enmendamos aquellas variantes redaccionales procedentes del borrador que han sido rechazadas con claridad en la copia en limpio y que perviven en nuestro testimonio a causa de una desigual revisión del texto resultante (*vid.* 8.1).

<sup>xvi</sup> Rusia] polonia.

## Capítulo 5

<sup>xvii</sup> *copista*: Rusia] Polonia *a. c.* + Rusia *p. c.* Encontramos una enmienda del copista por la que se rescribe la palabra *Rusia* sobre la lectura inicial de *Polonia*; al margen aparece la siguiente indicación, de la misma mano: «Diga siempre Princesa de Rusia».

<sup>xviii</sup> rusa] polonesa. Al margen de la voz *rusa* se ha dibujado una pequeña cruz con una tinta diferente que seguramente persigue señalar la convivencia de variantes, atribuible tal vez a un lector posterior de la obra.

<sup>xix</sup> *copista*: Rusia] polonia *del.* + Rusia *s. l.*

<sup>xx</sup> Polonisa] Polonia. Corregimos un claro error por sustitución provocado seguramente por la similitud del nombre de la sabia con el de la Princesa de Polonia, cuya aparición previa a la homogeneización de variantes es abundante a lo largo del capítulo.

<sup>xxi</sup> *copista*: Rusia] polonia *del.* + Rusia *mg.*

<sup>xxii</sup> *copista*: Rusia] polonia *del.* + Rusia *s. l.*



---

<sup>xxiii</sup> Frente a esta aparición única de la forma *Apolonisa*, sería posible interpretar que la variante *Polonisa* oculta en realidad el embebimiento de la vocal inicial; sin embargo, en atención a la mayúscula inicial con la que se presenta en todas las ocasiones la forma *Polonisa*, consideramos más plausible interpretar que la voz *Apolonisa* obedece más bien a un error transpositivo o, como en otras ocasiones, a una variante formal admitida por el autor. Esta lectura queda reforzada, además, por la ulterior aparición del nombre de la sabia en el capítulo 13 del libro cuarto bajo las formas *Polonisa* / *Poloniesa*.

<sup>xxiv</sup> *copista*: variedad de hermosos caxíos, de basos y velas] variedad de hermosos caxíos + y variedad *del*. + de basos y velas. Si bien esta intervención puede interpretarse como la corrección de un error transpositivo por adición, a la luz de las abundantes enmiendas encontradas que tratan de aligerar el texto del borrador de la repetición abusiva de un mismo vocablo, consideramos que se trata más bien de una revisión estilística propuesta por el copista. Como en otras ocasiones, en el margen encontramos una pequeña indicación de la misma mano que persigue esclarecer la orientación de las modificaciones realizadas; en este caso se escribe: «nada».

<sup>xxv</sup> sobrenombre] sobrenombre *a. c.* + sobre *p. c.* Como puede observarse, la lectura no queda clara tras la corrección; resolvemos la ambigüedad resultante atendiendo tanto al sentido de la oración como a la forma de la lectura primitiva.

<sup>xxvi</sup> *copista*: desde el río Borístenes] desde el rio Boristenes + azia el setentriom *del*. Se subsana un error por adición provocado con gran probabilidad por un salto de igual a igual en la lectura del modelo.

<sup>xxvii</sup> *copista*: puniente] setentrión *a. c.* + puniente *p. c.* Seguramente se trata de la corrección de un error por sustitución, provocado por la cercanía de la voz *setentrión* en el párrafo anterior.

<sup>xxviii</sup> tierras] torridas

<sup>xxix</sup> interior] interion

<sup>xxx</sup> consexera] consexara

## Capítulo 6

<sup>xxxi</sup> *copista*: damas] lamadas *del*. + damas *s. l.* En el margen se escribe «nada», probablemente con el fin de confirmar la cancelación de la lectura primitiva.

<sup>xxxii</sup> *copista*: aljófara] pedrería *a. c.* + aljofar *p. c.* Muy posiblemente se trata de un error por sustitución.

<sup>xxxiii</sup> *copista*: Rusia] polonia *del*. + Rusia *s. l.*

<sup>xxxiv</sup> *copista*: que yo no te quiero oír] que yo no te quiero oír + no *del*. Como puede comprobarse, el copista subsana un error por adición.

---

<sup>xxxv</sup> laúd] laudo. No encontramos esta forma en ningún testimonio coetáneo; por otro lado, esta variante es única frente a la habitual de *laúd*, que encontramos en diversas ocasiones en el manuscrito.

<sup>xxxvi</sup> si] sin. Pese a la puntual presencia de –n epentética en el testimonio, consideramos que en este caso la adición de la grafía de nasal se debe a un error de copia.

## Capítulo 7

<sup>xxxvii</sup> Aresina] Auresina. Nos decidimos por corregir el nombre de este personaje, entendiendo que en este caso la variación se explica fácilmente como error transpositivo causado por una metátesis de la vocal cerrada del diptongo; asimismo, su naturaleza de error viene avalada por el carácter puntual de su aparición (la forma *Auresina* tan solo se transcribe por dos veces al inicio de este capítulo, frente a las 107 ocasiones en que encontramos la variante *Aresina* en el primer libro).

<sup>xxxviii</sup> Aresina] Auresina

<sup>xxxix</sup> paloma] palomama. Enmendamos la repetición de la sílaba final por duplografía.

<sup>xl</sup> *copista*: lebantarse] levantar el vuelo *a. c.* + lebantarse *p. c.* Como en ocasiones anteriores, esta corrección pretende evitar la repetición de un sintagma aparecido en la frase anterior.

<sup>xli</sup> alrededor] alredededor

<sup>xlii</sup> legua] luegua

<sup>xliiii</sup> tenía] tenían

<sup>xliv</sup> terciopelo] terciopele

<sup>xlv</sup> allí] allo

## Capítulo 8

<sup>xlvi</sup> haberse sosegado un poquito] haver sesoguedo mpoquito

<sup>xlvii</sup> El error de concordancia que enmendamos tiene su origen en el cambio a la tercera persona del plural que el copista lleva a cabo sobre el verbo principal de la oración, habiendo olvidando actualizar posteriormente los complementos de él dependientes.

<sup>xlviii</sup> duquesa] reina. Se trata de un claro error por sustitución que volverá a aparecer en el siguiente capítulo.

<sup>xliv</sup> *copista*: el traidor] el + duque *del.* + traidor. Se subsana un error transpositivo presente ya en el borrador o bien causado al hilo del proceso de copia; el sintagma *duque traidor* resultaría extraño en el contexto del relato, puesto que el traidor es precisamente el enemigo del duque.

---

<sup>l</sup> este] esta

<sup>li</sup> vidrio] xridrio.

<sup>lii</sup> duque inocente] inocente duque. Enmendamos lo que consideramos un error por alteración del orden que provoca una incoherencia semántica en la aposición resultante (*duque de maldad*, frente a *duque inocente de maldad*).

<sup>liii</sup> dignáis] didignais

<sup>liv</sup> En el manuscrito hay una mancha de tinta que impide leer la última sílaba, restaurada entre corchetes.

<sup>lv</sup> entrañas] estrañas

## Capítulo 9

<sup>lvi</sup> la] las

<sup>lvii</sup> duquesa] reina

<sup>lviii</sup> *copista*: que yo] que yo + lo que *del*. La supresión de estas dos palabras apunta a la existencia de un fragmento omitido en el proceso de copia que posteriormente se corrige de forma insatisfactoria.

<sup>lix</sup> ninguno] ni ninguno. La incoherencia de la estructura resultante tal vez se deba, como apuntamos en la nota anterior, a la corrección imperfecta de un error por omisión que nosotros tratamos de subsanar en una dirección acorde con la enmienda anterior del copista.

<sup>lx</sup> *copista*: Rusia] polonia *del*. + Rusia *s. l*.

<sup>lxi</sup> en que iba el príncipe] en que iba el príncipe venía. La palabra *venía* aparece erróneamente añadida entre líneas, resultando claramente redundante; en consecuencia, nos decidimos por su eliminación.

<sup>lxii</sup> *copista*: sotamaestre] contraamaestre *a. c.* + sotamaestre *p. c.* Probablemente se corrige un error por sustitución.

<sup>lxiii</sup> llamada] llamado. Si bien es cierto que en muchas ocasiones ambas vocales se dibujan con el mismo trazo, consideramos conveniente advertir nuestra lectura en la medida en que la oración ofrece lecturas alternativas dependientes de la concordancia de género.

<sup>lxiv</sup> estiende] estendie

<sup>lxv</sup> Hay una mancha de tinta que oculta la sílaba retituida entre corchetes.

## Capítulo 10

<sup>lxvi</sup> En el manuscrito aparecen unas machas de tinta que impiden leer con claridad.

---

<sup>lxvii</sup> *copista*: havremos]avrás *a. c.* + havremos *p. c.* Error de copia comprensible a la vista del sentido de la intervención de Gracisilda, que se propone aconsejar a su interlocutora.

<sup>lxviii</sup> En el margen se ha dibujado una marca junto a esta referencia, que bien pudiera constituir una sugerencia de censura.

<sup>lxix</sup> diga]deyo

<sup>lxx</sup> gusto]gucto

## Capítulo 11

<sup>lxxi</sup> aposento]apasonto

<sup>lxxii</sup> Gracisilda]Gracilda. Resulta llamativo que los nombres de Gracisilda y Lucelda truequen su forma por dos veces tan solo en este fragmento, dando como resultado *Gracilda* y *Lucesilda*. Habida cuenta del carácter puntual de la aparición de estas variantes (*Gracilda* se transcribe dos veces al inicio de este capítulo, frente a las 71 ocasiones en que encontramos la forma *Gracisilda*; de igual modo que *Lucesilda* se transcribe por dos veces al comienzo de este capítulo frente a las 29 apariciones de la forma *Lucelda*), así como de la posible contaminación acaecida entre dos palabras cercanas en el texto, nos inclinamos por enmendar lo que consideramos errores transpositivos.

<sup>lxxiii</sup> Gracisilda]Gracilda. Véase nota anterior.

<sup>lxxiv</sup> Hay una mancha de tinta que oculta la grafía que restauramos entre corchetes.

<sup>lxxv</sup> princesa]pricensa

<sup>lxxvi</sup> Lucelda]lucisilda. Consideramos que nos encontramos ante un error de copia, provocado seguramente por la semejanza de este nombre con el de *Gracisilda*, al que se asimila tan solo en dos ocasiones. Véase nota lxxii.

<sup>lxxvii</sup> Lucelda]lucisilda. Véase nota anterior.

<sup>lxxviii</sup> veinte]venite

<sup>lxxix</sup> *copista*: vuestra grandeça]v. m. *a. c.* + v. gr<sup>a</sup>. *p. c.* Es interesante notar esta corrección que afecta a la fórmula de tratamiento (introducida por descuido en el borrador o en la copia en limpio), en la medida en que la primera forma empleada parece considerarse como poco adecuada para dirigirse a una princesa.

<sup>lxxx</sup> guardia]garde

<sup>lxxxii</sup> era]hara

<sup>lxxxiii</sup> *copista*: sino]pero *a. c.* + sino *p. c.*

---

<sup>lxxxiii</sup> La variante *Parmesano* aparece por cuatro veces a lo largo de este capítulo alternando con la de *Parmesino*; en el resto del libro tan solo encontraremos esta última. Pese a que muy probablemente la forma *Parmesano* obedezca en realidad a un error del copista, la significativa alternancia de ambas variantes nos impide descartar que estas transparenten una convivencia propia de la variantística autorial procedente del borrador. En consecuencia, ante la imposibilidad de interpretar alguna de las dos formas como error de copia (tal y como ocurría en el caso de la variación *Areusina-Auresina*) o de escoger la variante sancionada por el autor de la puesta en limpio del texto (como ocurre, por ejemplo, con las variantes *Princesa de Rusia-Princesa de Polonia*), en este caso optamos por respetar ambas variantes.

<sup>lxxxiv</sup> *copista*: son laços tus cabellos] tus cabellos son laços *a. c.* + son laços tus cabellos *p. c.* La rima perfecta de la lira evidencia que se ha cometido un error transpositivo por alteración del orden, posteriormente subsanado por el propio copista.

<sup>lxxxv</sup> *copista*: ser tales y tan vellos] ser tales y tan vellos + que mas yere en un ora con mostrallos *del*. En el manuscrito se ha eliminado el último verso de la estrofa y en su lugar se han introducido los siguientes: *que con mostralos un punto mayor daño / hace que con sus jaras en un año*; de modo tal que podríamos establecer dos redacciones diferentes. La versión primitiva podría ser similar a la siguiente:

Son laços tus cabellos  
en los cuales Amor así se prende  
y claramente entiende  
ser tales y tan vellos  
que más yere en un ora con mostrallos.

Mientras la redacción corregida se presenta como sigue:

Son laços tus cabellos  
en los cuales Amor así se prende  
y claramente entiende  
ser tales y tan vellos  
que con mostralos un punto mayor daño  
hace que con sus jaras en un año.

Reconocemos que en este caso resulta enormemente complejo asegurar con certeza que la primera redacción del manuscrito se corresponda exactamente con la versión que aparecía en el borrador. Ciertamente, si de un lado la forma métrica ofrecida por la que parece presentarse como la versión primitiva resulta completa en sí misma y coherente con la estructura de la lira aparecida en las dos estrofas anteriores, de otro lado manifiesta ciertas carencias semánticas y sintácticas propiciadas por la ausencia de un segundo término en lo que cabría esperar fuese una estructura comparativa (si no es interpretada como un anacoluto autorizado por el autor: «que más yere en un ora con mostrallos / que...»). Sin embargo, creemos muy posible que haya sido justamente la percepción de esta «deficiencia»

---

estilística en la versión primitiva la que habría movido al copista a efectuar una enmienda en la puesta en limpio del texto, justamente con el objetivo de aumentar la precisión conceptual de la imagen propuesta en el poema (por la que se atribuyen a Cupido unas armas más poderosas que las habitualmente por él utilizadas).

En cualquier caso, conviene notar cómo esta propuesta de modificación redaccional habría desajustado la medida perfecta de la lira que presentarían las tres estrofas del poema en su primera redacción, habiéndose incorporado una tercera rima y un verso más que habrían convertido la última estrofa en un sexteto-lira. Precisamente la introducción de esta irregularidad, por la que se sacrifica la armonía de la forma métrica en aras de una mejora en la redacción del poema, vendría a reforzar la hipótesis de que ambas versiones de la estrofa obedezcan en realidad a dos criterios estéticos muy diferentes, esto es: el del autor, el padre Miguel Daza, y el del artífice de la copia. En apoyo de esta interpretación encontraremos algunas otras modificaciones detectadas en los poemas que de igual modo parecen infringir las normas de la forma métrica en favor de otras mejoras estilísticas; lo cual evidenciaría una direccionalidad en la voluntad de los cambios más fácilmente explicable en una segunda instancia que en el mismo autor, pues ello supondría aceptar que este atenta deliberadamente contra los moldes estróficos adoptados por él mismo.

<sup>lxxxvi</sup> *copista*: dixo Casiana *s. l.*

<sup>lxxxvii</sup> Nótese la alternancia de formas en el nombre de este personaje, aquí llamado *Alirino* frente a las numerosas ocasiones en que se le llamará también *Alarino*.

<sup>lxxxviii</sup> sacabueches] sacabeuches

<sup>lxxxix</sup> Resulta difícil leer con claridad, puesto que la palabra está rescrita; también es posible entender *saya*.

<sup>xc</sup> *copista*: entera *s. l.*

<sup>xci</sup> *copista*: diamante] carbuco *del.* + diamante *s. l.* Consideramos que se trata de la corrección de un error por sustitución.

<sup>xcii</sup> *copista*: treinta] trece *del.* + treinta *mg.* Podría tratarse de la corrección de un error por sustitución o bien de una enmienda consciente del copista, propuesta con la voluntad de aumentar la coherencia del tiempo de la narración. Nosotros nos inclinamos por la segunda de estas interpretaciones, en la medida en que esta adquiere pleno sentido en el notable grupo de modificaciones similares que encontramos en el manuscrito.

<sup>xciii</sup> *copista*: una forma *mg.*

<sup>xciv</sup> *copista*: lo mismo] diamantes *del.* + lo mismo *s. l.* Nuevamente, el copista parecer llevar a cabo una corrección con voluntad estilística.

---

<sup>xcv</sup> Mirtanisa] martinisa. Enmendamos esta lección única, fácilmente explicable como error de copia por metátesis.

## Capítulo 12

<sup>xcvi</sup> esto] este

<sup>xcvii</sup> de] de de. Eliminamos repetición por duplografía.

<sup>xcviii</sup> *copista*: vretona] soretina *a. c.* + vretona *p. c.* Con gran seguridad esta modificación da cuenta de otra de las variantes redaccionales procedentes del borrador que pasan a la copia en limpio; una vez más, la incoherencia es advertida por el copista y queda subsanada.

<sup>xcix</sup> echo] ocho

<sup>c</sup> debido] debedido

<sup>ci</sup> la istoria] istoriada

<sup>ciicii</sup> tanto] dando. Creemos que se trata de un error causado por la proximidad del verbo *dar* (*tanto que yo diere*).

<sup>ciii</sup> Erisaldo] sorastro. Este truco en los nombres de los personajes constituye un claro error propio de la labor transpositiva, que podía encontrarse ya en el borrador o haberse ocasionado en el proceso de la puesta en limpio; en el manuscrito, otra mano advierte la anomalía y la subsana en el margen (mano 3). En esta ocasión nuestra corrección crítica coincide con la de esta tercera instancia que, sin embargo, no posee autoridad sobre la fijación del texto; por ello, en otras lugares en los que esta misma mano introduce acertadas correcciones desde el punto de vista referencial, el texto editado no las consigna (si bien damos siempre cuenta de ellas en este aparato de notas textuales).

<sup>civ</sup> infame] nifame

## Capítulo 13

<sup>cv</sup> carta] carte

<sup>cvi</sup> ella] ellas

<sup>cvii</sup> El reclamo no coincide con el texto que inicia el folio siguiente, en el que se introduce una pequeña variante: «en las començadas justas» / «en las justas començadas».

## Capítulo 15

<sup>cviii</sup> alguno] algunos

---

<sup>cxix</sup> El nombre de *Casilda* parece proceder de una variante redaccional presente en el borrador, puesto que las dos criadas mencionadas son Esmerilda y Lupendra. Sin embargo, no hay indicaciones en la puesta en limpio que permitan esclarecer dicha variante.

<sup>cx</sup> quiere] quiera

<sup>cxix</sup> Hay una mancha de tinta que oculta las grafías restituidas entre corchetes.

<sup>cxii</sup> esso] esse

<sup>cxiii</sup> De nuevo una mancha de tinta impide la lectura completa de la palabra.

<sup>cxiv</sup> En el manuscrito encontramos en alternancia las formas *Sofrasto* y *Sofraastro* para el mismo personaje, cuya convivencia puede representar una simple variación del nombre prevista por el autor o bien puede interpretarse como el resultado de un error en la labor transpositiva. En cualquier caso, ante la imposibilidad de discriminar si realmente alguna de las dos variantes constituye un error de copia, nos decidimos por respetar ambas formas .

<sup>cxv</sup> le] lo

<sup>cxvi</sup> tomando] tomandro. La forma de esta palabra se asimila a la de aquella que aparece a continuación: *tomandro otra*.

<sup>cxvii</sup> La palabra aparece tachada o corregida, pero resulta imposible dilucidar con claridad su lectura.

<sup>cxviii</sup> Encontramos por dos veces la lectura *Areúsa* en el manuscrito, cuya presencia nos hace pensar en una variante redaccional procedente del borrador o en una simple variación del nombre prevista por el autor. En cualquier caso, ante la dificultad de probar con seguridad que esta variante constituya un error de copia, nos decidimos por respetar ambas formas.

<sup>cxix</sup> *copista*: levantar vuestras cosas] levantar[las del.] + vuestras cosas *s. l.* Consideramos que la intervención subsana un error de copia, pero no podemos descartar que la variante tenga su origen en una redacción divergente del borrador en la cual la referencia pronominal adquiriría sentido.

<sup>cx</sup> vi] via

<sup>cxix</sup> *copista*: hay] había *a. c.* + hay *p. c.* Se corrige un error por sustitución, provocado por la influencia de la forma de pretérito perfecto simple del verbo principal de la oración en la que se inserta la variante enmendada.

<sup>cxix</sup> *copista*: Ofrasio] ophramio *a. c.* + Ofrasio *p. c.*

## Capítulo 16

<sup>cxix</sup> descubierto] descuvrieto

<sup>cxix</sup> castrado] castadro



---

<sup>cxxv</sup> Areusina] gracisilda. La intervención que aparece a continuación pone en evidencia que se ha producido un cruce en los nombres de estos personajes.

<sup>cxxvi</sup> respondió] R. Puesto que la resolución de la abreviatura empleada para las formas del verbo *responder* exige de una notable interpretación, optamos por dejar constancia aquí de nuestra intervención.

<sup>cxxvii</sup> Otra mano corrige la referencia a *Dido* en *Hero* (mano 3). Pese a que la enmienda introduce una variante correcta desde el punto de vista referencial, de acuerdo con nuestros criterios de edición optamos por respetar la lectura del testimonio.

<sup>cxxviii</sup> respondió] R.

<sup>cxxix</sup> responder] R.

<sup>xxx</sup> respuestas] R.

## Capítulo 17

<sup>xxx</sup> tanta] tan tanta

<sup>xxxii</sup> Apreciamos una variación en el timbre de la vocal de este nombre propio que, como en otros casos similares, decidimos respetar (*Silbasino-Selbasino*).

<sup>xxxiii</sup> Redentor y Maestro] R. y M. Resolvemos con algunas dudas estas abreviaturas encontradas en el texto.

<sup>xxxiv</sup> seis] quatro. Creemos que la lección del manuscrito da cuenta de un error transpositivo procedente del borrador o incorporado en la copia en limpio, puesto que el padrón consta de seis versos, tal y como reflejamos en nuestra propuesta de edición.

<sup>xxxv</sup> Petronio] pretonio

<sup>xxxvi</sup> el Emperador] en el emperador

<sup>xxxvii</sup> entrados] entrandos

<sup>xxxviii</sup> para vuestros servidores] para vuestros servidores para vuestros servidores

<sup>xxxix</sup> La palabra *como* aparece tachada en el manuscrito, quizá por error. La restituimos por considerarla necesaria para el sentido de la oración.

<sup>cxl</sup> De nuevo nos encontramos ante una lectura que debía de constar en el borrador (*Galianisa*); como en anteriores ocasiones, respetamos esta variante connatural a una copia en limpio que constituye todavía un eslabón más de la fase genética.

<sup>cxli</sup> El copista cancela por error la preposición *con* al subsanar otros errores de la frase; por ello, optamos por restituirla.

---

<sup>cxlii</sup> respuesta] R.

## Capítulo 18

<sup>cxliii</sup> rusa] polonesa

<sup>cxliv</sup> respondió] R.

## Capítulo 19

<sup>cxlv</sup> de la ] della

<sup>cxlvi</sup> ni] ni a

<sup>cxlvii</sup> y acabado de comer] ya acabada y de comer

<sup>cxlviii</sup> Hay una mancha en el manuscrito que impide leer la sílaba restituida entre corchetes.

<sup>cxlix</sup> *copista*: arte] arteficio *a.c* + arte *p. c.* Estimamos que se trata de la corrección de un error por sustitución.

<sup>cl</sup> *copista*: argolla de oro] argolla de + hermoso *del.* + oro. De nuevo el copista interviene con el propósito de evitar la repetición de dos palabras con la misma raíz, cuyo resultado hubiera sido: «la cadena y argolla de hermoso oro todo hermoñado».

<sup>cli</sup> aun] aunque. También es posible interpretar que en el borrador hubiese quedado incompleta una estructura concesiva (por ejemplo: «Aunque entre las obras de Dédalo... se buscase»).

<sup>clii</sup> Obsérvese la convivencia de las formas *Montano* y *Mantuano*, probablemente variantes autoriales procedentes del borrador que pasan a la copia en limpio.

<sup>cliii</sup> propósito] propisito

<sup>cliv</sup> cual] quas

## Capítulo 20

<sup>clv</sup> Belisandra] Belisarda. Consideramos que se trata de un error de copia, provocado posiblemente por el habitual olvido de la lineta de nasal, que habría llevado al copista a leer con metátesis.

<sup>clvi</sup> Belisandra] Belisarda. Véase nota anterior.

<sup>clvii</sup> *copista*: aca[e]ció] sucedió *del.* + acacio. Se trata muy probablemente de un error por sustitución.

<sup>clviii</sup> como edad de] como cada

---

<sup>clix</sup> lloráronle] lloranronle.

<sup>clx</sup> *copista*: d'ella] de la tierra *del.* + d'ella *s. l.* Esta enmienda propone, una vez más, una revisión estilística.

<sup>clxi</sup> *copista*: fuésemos] seamos *del.* + fuésemos *s. l.* Esta modificación parece deberse a la subsanación de un error de copia, puesto que la lección cancelada introducía una deficiente correlación verbal en la oración.

<sup>clxii</sup> vieron] vieron en

<sup>clxiii</sup> podía] podiam

<sup>clxiv</sup> Nos encontramos ante la primera de las variantes del nombre de Gabianisandro (*Gabisandro*), que aparecerá también bajo la forma de *Galbianisandro* y –seguramente a causa de la habitual confusión de líquidas en el manuscrito– *Galianisandro*, *Garianisandro* y *Galisandro*. Si bien es cierto que encontramos una enmienda del copista de *Gabisandro* en *Gabianisandro* en el primer libro, por contra, la variante de *Gabisandro* viene validada por la métrica del poema en el que se inserta en esta primera aparición: así, si enmendásemos en *Gabianisandro* el verso resultante presentaría una sílaba sobrante. Por todo ello, una vez más, ante la imposibilidad de demostrar que nos encontremos ante un error de copia, así como ante la ausencia de una intervención clara del copista en favor de alguna de las múltiples formas que presenta el nombre, nos decidimos por conservar esta alternancia que podría esconder una variación del nombre del personaje validada por el autor.

<sup>clxv</sup> El copista ha modificado la referencia, pero no nos es posible dilucidar la lección anterior.

<sup>clxvi</sup> *copista*: seis] tres *del.* + seis *s. l.* Las enmiendas que se llevan a cabo sobre las dos cifras que establecen las medidas de la isla nos llevan a sospechar que el copista proponga aquí una revisión consciente de los datos proporcionados por el borrador, posiblemente en atención a unas referencias extraliterarias divergentes a las manejadas por el autor.

## Capítulo 21

<sup>clxvii</sup> *copista*: gavia] galera *a. c.* + gavia *p. c.* Nos parece encontrar aquí la corrección de un error por sustitución.

<sup>clxviii</sup> la manga] la manga de la manga

<sup>clxix</sup> inquirió] ininquirio

<sup>clxx</sup> llebaba] llebababa

<sup>clxxi</sup> *copista*: aun a *s. l.*

<sup>clxxii</sup> *copista*: la una y otra] la una y otra + armada *del.* Probablemente se trate de una revisión de estilo que persigue evitar la repetición por dos veces de este sustantivo en el mismo periodo.

---

clxxiii una] ula

clxxiv Como en otros ejemplos similares, respetamos la alternancia que presenta el manuscrito entre las formas *Zerbasandro* y *Zerbasendro*.

clxxv sin] sir

clxxvi dijo] dojo

clxxvii La similitud del trazo con que se dibujan *c / e* explica la ausencia por dos veces en este nombre propio de una de las grafías que restituimos entre corchetes (*S[e]ceaneo*). No nos parece plausible pensar, en cambio, en una variante con *s* líquida como *Sceaneo*, que introduciría cambios sustanciales en la raíz de este nombre propio.

## Capítulo 22

clxxviii posada] posadas

clxxix parlera] parleria

clxxx incada] incada na

clxxxii su parte] su partes

clxxxiii cosa] cosas

clxxxiiii otra cosas sino] otra cosas sinos

clxxxv respondió] R.

clxxxvi sabe] be. A tenor del sentido global de la oración, que precisamente encarece la imposibilidad de describir una escena solo comprensible por la propia experiencia, creemos que la lección del manuscrito se ha originado en un error copia.

## Capítulo 23

clxxxvii un] us

clxxxviii *copista*: será la mejor] sera la mejor + ora *del*. En este caso podría tratarse tanto de una revisión de estilo como de la corrección de un error por adición.

clxxxix *copista*: turbantes] morriones *del*. + turbantes. Se trata de un claro error por sustitución.

clxxxix y] mey

cxc la] ela

cxcii cuando] con

- 
- <sup>cxcii</sup> Nótese la alternancia de esta forma (*Seceaniso*) con la de *Seceaneo*.
- <sup>cxci</sup> todas las cosas] todas a las cosas
- <sup>cxci</sup> Para la variación *Areúsa / Areusina*, véase la nota <sup>cxci</sup>.
- <sup>cxci</sup> tiene es] tenies
- <sup>cxci</sup> *copista*: las cabeças] la casbeças. El copista subsana la ausencia gráfica de la sibilante, pero añade la *s* en el lugar equivocado.
- <sup>cxci</sup> cada] cauda
- <sup>cxci</sup> ni havían visto aún] ni aun havian visto aun
- <sup>cxci</sup> pinturas] pinituras
- <sup>cc</sup> miraba] mirabla
- <sup>cci</sup> tronco] troço
- <sup>ccii</sup> de] des
- <sup>cciii</sup> conforme] conrforme
- <sup>cciv</sup> mansos] mansas. El cambio del sustantivo (*ovejuelos*>*corderuelos*) al que acompaña este adjetivo propicia la falta de concordancia que subsanamos.
- <sup>ccv</sup> *copista*: corderuelos] ovejuelas *del.* + corderuelos. Consideramos que se trata nuevamente de un error por sustitución.
- <sup>ccvi</sup> sabrosa] sobrasa
- <sup>ccvii</sup> con] çen. Es muy probable que se haya duplicado la sílaba siguiente por su similitud: *çen çençerras* en lugar de *con çençerras*.
- <sup>ccviii</sup> *copista*: muy bien] estremadamente *del.* + muy bien *s. l.* Con gran probabilidad se trata de una revisión de estilo que persigue evitar la repetición del adverbio.

## Capítulo 25

- <sup>ccix</sup> *copista*: 25] 24 *a. c.* + 25 *p. c.*
- <sup>ccx</sup> Belisandra] Belisarda
- <sup>ccxi</sup> piadosa] piodosa
- <sup>ccxii</sup> Hay una mancha en el manuscrito.
- <sup>ccxiii</sup> Hay una mancha en el manuscrito.

---

## Capítulo 26

<sup>ccxiv</sup> *copista*: muy dificultoso a su parecer] imposible *del.* + muy dificultoso a su parecer *s. l.* La distancia existente entre la lectura previa y la enmendada en el plano del significado nos hace considerar más plausible la hipótesis de que el copista haya introducido aquí una modificación redaccional, posiblemente con la intención de suavizar las consecuencias de los efectos de la pasión de amor–relativizándolos en la subjetividad de los sentimientos de amante—. Sin embargo, ante la dificultad de descartar que se trate de la enmienda de un error de copia, decidimos respetar la modificación propuesta por el copista (véase también la nota cmlxxxix del cuarto libro, donde encontramos un ejemplo similar).

<sup>ccxv</sup> *copista*: boluntario *s. l.*

<sup>ccxvi</sup> este] esto

<sup>ccxvii</sup> tronco] troço

<sup>ccxviii</sup> dado] dando. Consideramos que esta forma errónea se ha producido por asimilación a la siguiente palabra: *cuenta*.

<sup>ccxix</sup> *copista*: Gabianisandro] Gabisandro *a. c.* + Gabianisandro *p. c.*

<sup>ccxx</sup> misibas] misabas

## Capítulo 27

<sup>ccxxi</sup> Hay una mancha en el manuscrito.

<sup>ccxxii</sup> Responda] R.

<sup>ccxxiii</sup> Hay una mancha en el manuscrito.

<sup>ccxxiv</sup> cuando] quando

<sup>ccxxv</sup> llebaba] ya lleba

<sup>ccxxvi</sup> Casiana] Camisina. Enmendamos esta confusión en los nombres de los personajes, puesto que Casiana es la única de las cuatro princesas que nunca ha estado en la Corte.

<sup>ccxxvii</sup> *copista*: Caribdiana] Claridiana *a. c.* + Caribdiana *p. c.* La semejanza en la forma de ambos nombres parece transparentar la presencia de un error de copia (que, de otro lado, no hemos vuelto a encontrar en el manuscrito), antes que la existencia de una variante autorial procedente del borrador.

<sup>ccxxviii</sup> de] des

---

## Capítulo 28

<sup>ccxxxix</sup> tierra] mar. Error de sustitución por antinomia.

<sup>ccxxx</sup> miraba] mirabe

<sup>ccxxxix</sup> *copista*: chapiteles de tersa plata] chapiteles de + fina plata *del.* + tersa plata. La inmediatez del cambio parece evidenciar en esta ocasión la corrección de un error por sustitución, propiciado por la presencia del adjetivo *fina* en el sintagma siguiente.

<sup>ccxxxii</sup> estaba pues] estabues

<sup>ccxxxiii</sup> Encontramos una falta de uniformidad entre el reclamo y el inicio del folio siguiente: «del mismo» / «d'este mismo».

<sup>ccxxxiv</sup> luna] nuna

<sup>ccxxxv</sup> la] la la

---

## LIBRO II

### Capítulo 1

<sup>ccxxxvi</sup> El resto de la intervención de Belisandra aparece acotada, muy probablemente, con intención censoria (desde «llegó pues el mensajero...» hasta «...quedó sin ningún sentido en los brazos del amante»). La propuesta de supresión del pasaje se realiza mediante el subrayado de la primera y la última palabra del fragmento afectado, así como mediante la incorporación complementaria en el margen de unos signos que marcan el inicio y el final del mismo (\* / n.).

<sup>ccxxxvii</sup> la cual] el qual

<sup>ccxxxviii</sup> La vacilación entre las formas *Cornelia* / *Corneria* puede explicarse sin dificultad por la habitual confusión de consonantes líquidas que observamos en el manuscrito.

<sup>ccxxxix</sup> tiernamente] tiermamente

<sup>ccxl</sup> contacto] contactoto

<sup>ccxli</sup> Una vez más, se delimita por completo esta intervención de Belisandra, seguramente con intención de indicar su supresión en un traslado ulterior (desde «pues a fe que pone el autor...» hasta «por más de dos grandes oras de espacio»). De nuevo se emplean las marcas: \*/n.

<sup>ccxlii</sup> Esta intervención de Belisandra apearce también acotada (desde «con un blando suspiro...» hasta «...en tu verdadero amor desecha»). Nuevamente se emplean los signos: \*/n.

<sup>ccxliii</sup> yo] y

<sup>ccxliv</sup> Las palabras de Belisandra se delimitan con las marcas: \*/n (desde «pues escuche...» hasta «...dame la mano ya, dame tus manos»).

<sup>ccxlv</sup> mi] mia

<sup>ccxlvi</sup> boluntad] bulantad

<sup>ccxlvii</sup> con] cun

<sup>ccxlviii</sup> Este fragmento se censura mediante las marcas \*/n, desde «¡a!, pues, supuesto esso...» hasta «...mas dejémoslo para otro día y bámonos a caça».

<sup>ccxlix</sup> Ay mi bien dixo] ay mi bien dixo ay mi bien dixo. Enmendamos la repetición de esta oración por duplografía.

<sup>cccl</sup> otro] otre

<sup>cccli</sup> puestos] puctos



---

<sup>cclii</sup> *copista*: Galisandro aquí y Corneria] aquí galisandro y corneria *del.* + galisandro aquí y corneria. Como puede comprobarse, el copista enmienda el orden del primer verso; a juzgar por la inmediatez del cambio, así como por la medida del verso (que resulta alterada en la primera redacción), consideramos que se trata de la corrección de un simple error de copia.

<sup>ccliii</sup> la letra] le latra

<sup>ccliv</sup> *entremabos*] entre manos. Si bien es posible que dicha fórmula poseyera un significado desconocido para nosotros, consideramos más probable que el copista haya cometido un error por sustitución, deformando el sintagma *entre ambos* o el pronombre *entrambos*.

<sup>cclv</sup> sucesores] suceseros

<sup>cclvi</sup> Nótese cómo la interjección desajusta la medida del verso («¡A, no había llegado a este punto...»), lo cual nos permite sospechar que se trate de una adición del copista; bien como resultado de un error de copia o bien, más posiblemente, a causa de una intervención consciente por su parte con la intención de añadir emotividad al verso.

<sup>cclvii</sup> Del mismo modo que ocurría en el verso analizado en la nota anterior, creemos muy posible que el copista haya sido el responsable de la adición de una sílaba sobrante al esperable octosílabo, mediante la introducción de la variante *Gabianisandro* frente a la de *Gabisandro*, si bien en esta ocasión esta parece haberse debido a un error en la fase de memorización.

<sup>cclviii</sup> *copista*: yo mismo siendo testigo] yo mismo + como su amigo *del.* + siendo testigo. A la luz del carácter anómalo del sexto verso que se añade tras la modificación a la quintilla («yo mismo siendo testigo / del gran mal que aquí passé»), consideramos oportuno plantear dos hipótesis para la interpretación de esta intervención: por un lado, podríamos pensar que el copista subsana un error de copia («yo mismo como su amigo» por «yo mismo siendo testigo»), propiciado por la cercanía del tercer verso con el que este quinto establece rima («de Gabianisandro su amigo»); la inmediatez del cambio, introducido al hilo del proceso de copia, podría reforzar esta lectura. Sin embargo, la aparición irregular de un sexto verso, que además parece exigido semánticamente por la nueva variante *testigo* (‘ser testigo de algo’), nos lleva a pensar que el copista pueda estar tratando de evitar la repetición de la palabra *amigo* en la presente estrofa, para lo cual no habría tenido empacho en introducir un verso sobrante. Esta propuesta de enmienda por parte del copista no resultaría extraña si se pone en relación con el amplio grupo de modificaciones por él introducidas, orientadas precisamente a subsanar la repetición de algún vocablo en el mismo periodo. Así las cosas, la redacción del borrador autorial podría haber sido similar a la siguiente:

el cuerpo le sepulté

yo mismo como su amigo.

Frente a la redacción última, que habría sido propuesta en la copia en limpio:

el cuerpo le sepulté

---

yo mismo siendo testigo

del gra[n] mal que aquí passé.

<sup>celix</sup> Belisandra] taurisa. Aparecen seguidas en el diálogo dos intervenciones atribuidas a Taurisa; creemos que ello puede explicarse si consideramos que se ha trastocado el orden de las dos últimas alocuciones de las pastoras, por lo que procedemos a enmendar ambos nombres.

<sup>celx</sup> Taurisa] belisandra

<sup>celxi</sup> otras] ostras

## Capítulo 2

<sup>celxii</sup> donde] o. Indicamos el desarrollo de lo que hemos considerado una abreviatura, de aparición única en el manuscrito.

<sup>celxiii</sup> cíclopes] cilcopes

<sup>celxiv</sup> respecto] aspecto

<sup>celxv</sup> Ofrasio] polimbo. Como puede observarse, se trata de un claro error por sustitución introducido por el autor o el copista, cuya corrección viene avalada por la propia referencia a Ofrasio como rey en la misma intervención de la doncella.

<sup>celxvi</sup> Creemos que se ha omitido por error al menos un sustantivo que serviría de núcleo a *ferina*.

<sup>celxvii</sup> gineta] ginenta

<sup>celxviii</sup> La letra se había escrito con una ligera variación en el orden de los versos: «El que quisiere justar / solo pido que s'ajuste / para poder azertar». A continuación, se añade la indicación: «Á de decir», y se introduce la letra con la reordenación que consignamos en la edición. A la luz de la inmediatez del cambio, así como de la estructura de la rima del resto de letras que aparecerán en este capítulo (abb), consideramos que el copista corrige un error de copia por alteración del orden de los versos.

<sup>celxix</sup> del estribo] desestribo

<sup>celxx</sup> començaron a salir en diferentes cuadrillas con muy galanas y costosas libreas] començaron a salir en diferentes cuadrillas con muy galanas y costosas libreas a salir. Eliminamos lo que hemos considerado un error por adición.

<sup>celxxi</sup> pusosse] puso esse

<sup>celxxii</sup> temido de los príncipes y amado de alguna xentecilla baxa] amado de los príncipes y temido de alguna xentecilla baxa. Enmendamos una clara alteración del orden lógico de los verbos anteriores, seguramente producido por un error de memorización del artífice de la copia.

<sup>celxxiii</sup> cedulillas] redulillas

---

<sup>cclxxiv</sup> merecía] merecían

<sup>cclxxv</sup> que] aunque

### Capítulo 3

<sup>cclxxvi</sup> Se acota por completo la intervención de Belisandra con los signos o/x, desde «acabado pues de cenar...» hasta «...¡ay, mis ojos! ¡Que me muero!».

<sup>cclxxvii</sup> Consideramos que el copista ha omitido por error un fragmento del texto que completaría la oración causal.

<sup>cclxxviii</sup> Nuevamente se delimita esta intervención de Belisandra con los signos o/x, desde «aora, al fin, venida la mañana...» hasta «...desasosegada me á echo estar toda la noche».

<sup>cclxxix</sup> Se marca el comienzo de esta larga intervención de Belisandra; sin embargo, no encontramos signo de cierre del fragmento censurado, que seguramente se extendería hasta el final del parlamento de la pastora.

<sup>cclxxx</sup> preguntaba] preguntada

<sup>cclxxxi</sup> señor] señor señor

<sup>cclxxxii</sup> El texto del reclamo no coincide con el que aparece al inicio del folio siguiente, cuya lectura editamos. En el reclamo puede leerse: «de poca constancia y para poco» (frente a «inconstante y para poco»).

<sup>cclxxxiii</sup> lo] los

<sup>cclxxxiv</sup> a ella le] a elle

<sup>cclxxxv</sup> *copista*: dijo Taurisa *s.l.*

<sup>cclxxxvi</sup> facultades] faluctades

<sup>cclxxxvii</sup> Libertina] lenia. De acuerdo con nuestros criterios de edición, subsanamos esta alternancia en los nombres del personaje, respetando las indicaciones del artífice de la copia que validan para la puesta en limpio del texto la variante de *Libertina*. En esta ocasión, una mano distinta a la del copista ha resuelto la variación *Lenia* / *Libertina* coincidiendo con nuestra propuesta de edición (mano 3); sin embargo, conviene advertir que nuestra *emendatio* no se apoya en ningún caso en las correcciones efectuadas por otras manos (probablemente atribuibles a lectores avisados), sino en nuestra decisión de respetar el estadio de fijación textual que propone el artífice de la copia en limpio.

<sup>cclxxxviii</sup> digo] dijo. Muy probablemente se asimila por error a la palabra siguiente («dijo»).

---

## Capítulo 4

<sup>cclxxxix</sup> no] ne

<sup>ccxc</sup> alabastro] alabastro

<sup>ccxc</sup><sup>i</sup> Nuevamente observamos una ligera variación en el nombre del personaje (*Feridiano* / *Feridano*), que, como en anteriores ocasiones, decidimos respetar.

<sup>ccxc</sup><sup>ii</sup> *copista*: desparramado] desparcido *a. c.* + desparamado *p. c.* Seguramente se trata de la enmienda de un error por sustitución.

<sup>ccxc</sup><sup>iii</sup> Consideramos que se ha cometido un error de copia de *trabazos* por *trabazones*, en la medida en que poco más abajo encontramos en el texto la forma *trabazón*; por ello, restituimos las letras omitidas entre corchetes.

<sup>ccxc</sup><sup>iv</sup> muertos] muertos así muertos así

<sup>ccxc</sup><sup>v</sup> mar] mas

<sup>ccxc</sup><sup>vi</sup> dixo Libertina] dixo lenia. La mano 3 ha corregido nuevamente el nombre del personaje; sin embargo, nosotros enmendamos de acuerdo con nuestros criterios de edición (véase nota <sup>ccxc</sup><sup>vi</sup>).

<sup>ccxc</sup><sup>vii</sup> *copista*: sin respondelles a ellos más] sin respondelles a ellos más + palabra *del*. Se subsana un error de copia evidente por la proximidad del sintagma anterior: «apenas pudieron responder más palabra».

<sup>ccxc</sup><sup>viii</sup> Libertina] lenia

## Capítulo 5

<sup>ccxc</sup><sup>ix</sup> *copista*: Libertina] lenia *a. c.* + libertina *p. c.*

<sup>ccc</sup> Libertina] lenia

<sup>ccci</sup> Libertina] lenia

<sup>ccci</sup><sup>ii</sup> Libertina] lenia

<sup>ccci</sup><sup>iii</sup> vuestra grandeça] de vuestra grandeça

<sup>ccci</sup><sup>iv</sup> Libertina] lenia

<sup>ccci</sup><sup>v</sup> Libertina] lenia

<sup>ccci</sup><sup>vi</sup> Libertina] lenia

<sup>ccci</sup><sup>vii</sup> Libertina] lenia

<sup>ccci</sup><sup>viii</sup> mediante] mendiante

<sup>ccci</sup><sup>ix</sup> Libertina] lenia

---

<sup>cccx</sup> Libertina] lenia

<sup>cccxi</sup> Libertina] lenia

<sup>cccxii</sup> Libertina] lenia

<sup>cccxiii</sup> Libertina] lenia

<sup>cccxiv</sup> Libertina] lenia

<sup>cccxv</sup> Libertina] lenia

<sup>cccxvi</sup> Libertina] lenia

<sup>cccxvii</sup> vení] venia

<sup>cccxviii</sup> Libertina] lenia. Nótese cómo el narrador marca por dos veces la intervención de Libertina: el carácter redundante de esta doble aclaración podría atribuirse a un error transpositivo por el que cabría atribuir la primera alocución a Esmerilda, o bien interpretar que el segundo «dixo Libertina» transparentase un error por adición.

<sup>cccxix</sup> *copista*: Libertina] lenia *a. c.* + libertina *p. c.* El copista escribe al margen: «Lenia o Libertina todo se es uno». Parece que la variación de nombres es advertida en una relectura posterior de la copia justo en este punto del texto, de modo tal que a partir de esta anotación el nombre del personaje aparecerá enmendado entre líneas por el copista con una regularidad casi total. Tan solo encontramos una corrección previa al inicio de este mismo capítulo, que seguramente fue introducida con posterioridad a esta anotación en un intento no completado de subsanar irregularidades anteriores (razón por la cual encontramos un gran número de variantes de *Lenia* no corregidas).

<sup>cccxx</sup> dixo] dixo dixo

<sup>cccxxi</sup> *copista*: dama del verdugado] dama la del verdugado *a. c.* + dama del verdugado *p. c.* Nótese cómo con esta corrección el copista elimina una sílaba necesaria para el verso, sacrificando una vez más la estructura formal del poema en favor de una redacción estilísticamente más fluida.

<sup>cccxxii</sup> quisiera] quiesiera

<sup>cccxxiii</sup> *copista*: Libertina] lenia *a. c.* + libertina *p. c.*

<sup>cccxxiv</sup> que] que esse

<sup>cccxxv</sup> *copista*: Libertina] lenia *a. c.* + libertina *p. c.*

<sup>cccxxvi</sup> Esmerilda] semerilda

<sup>cccxxvii</sup> siente] sintie

<sup>cccxxviii</sup> la plática] a la platica

<sup>cccxxix</sup> *copista*: Libertina] lenia *a. c.* + libertina *p. c.*

---

<sup>cccxxx</sup> Libertina] lenia

<sup>cccxxxi</sup> coplones] clopones

<sup>cccxxxii</sup> *copista*: Libertina] lenia *a. c.* + *libertina p. c.*

<sup>cccxxxiii</sup> ábrenos] habremos

## Capítulo 6

<sup>cccxxxiv</sup> *copista*: Libertina] lenia *a. c.* + *libertina p. c.*

<sup>cccxxxv</sup> *copista*: Libertina] lenia *a. c.* + *libertina p. c.*

<sup>cccxxxvi</sup> aora beis] ao arabis

<sup>cccxxxvii</sup> pudieron] puedieron

<sup>cccxxxviii</sup> aquí] aquis

<sup>cccxxxix</sup> órdenes] ordones

<sup>cccxl</sup> *copista*: vuestra merced] *v. m. a. c.* + *v. g. p. c.* Esta corrección evidencia el uso claramente diferenciado de sendos tratamientos, reservándose *vuestra merced* exclusivamente para la relación jocosa y cordial que Libertina y el piloto establecen entre sí.

<sup>cccxli</sup> oirá] hira

<sup>cccxlii</sup> coplas] cloplas

<sup>cccxliii</sup> aora sobre] sobre aora

<sup>cccxliv</sup> *copista*: Libertina] lenia *a. c.* + *libertina p. c.*

<sup>cccxlv</sup> *copista*: Troya] roma *a. c.* + troya *p. c.* Podría tratarse de la corrección de un error de copia o bien de una enmienda consciente introducida por el artífice de la puesta en limpio del texto.

## Capítulo 7

<sup>cccxlvi</sup> era] es era

<sup>cccxlvii</sup> Hay una mancha en el manuscrito.

<sup>cccxlviii</sup> responderé] R.

<sup>cccxlix</sup> respondió] R.

<sup>cccl</sup> enteradas] entenradas

<sup>cccli</sup> esto] estos

---

<sup>cccliii</sup> Hay una mancha de tinta en el manuscrito.

<sup>cccliii</sup> *copista*: con mucha sutileça] con mucha sutileça + aquellos caballeros *del*. Podría tratarse de la subsanación de un error de copia o de una modificación con fines estilísticos, que perseguiría evitar una referencia redundante a los interlocutores de la conversación referida por el narrador.

<sup>cccliv</sup> *copista*: lucense] obetense *a. c.* + lucense *p. c.* No resulta posible dilucidar con seguridad si se trata de la corrección de un error de copia o de la enmienda consciente de la variante del borrador autorial; sin embargo, habida cuenta de que la variante *obetense* vuelve a aparecer en el presente capítulo, creemos más plausible pensar que sea el artífice de la copia quien corrige conscientemente el gentilicio de la diócesis del obispo Rogerio, de acuerdo con su identidad real como Fernando Velloso (obispo de Lugo).

<sup>ccclv</sup> particularidad] particularilar

<sup>ccclvi</sup> acuerdo] acuerde

<sup>ccclvii</sup> Y un pecado benial sea el no hacer por todo cuanto Dios tiene mandado] y un pecado benial no sea el hacer por todo cuanto dios tiene mandado. Creemos que se ha alterado por error la colocación original del adverbio de negación.

<sup>ccclviii</sup> y de aquel] y de aquel y de aquel.

<sup>ccclix</sup> lucense] obetense. En esta ocasión no se ha modificado la lectura a *lucense*, como en el caso anterior; en nuestra propuesta de edición enmendamos esta alternancia de acuerdo con la variante validada por el artífice de la copia.

<sup>ccclx</sup> como] cono

<sup>ccclxi</sup> *copista*: y hombre *s.l.*

<sup>ccclxii</sup> arroxar] orroxar

## Capítulo 8

<sup>ccclxiii</sup> medio] miedo

<sup>ccclxiv</sup> este] esta

<sup>ccclxv</sup> *copista*: oro] ilo *a. c.* + oro *p. c.* Se trata con gran probabilidad de un error por sustitución.

<sup>ccclxvi</sup> *copista*: habiendo hablado] habiendo hablado + otro día *del*. Se subsana un error por adición provocado, muy posiblemente, por un salto de igual a igual.

<sup>ccclxvii</sup> *copista*: hubieran] haviam *a. c.* + hubieram *p. c.* Parece subsanarse un error de copia que habría introducido una incorrecta correlación verbal en la oración subordinada.

---

ccclxviii marabilla] maribilla

ccclxix *copista*: aya a esta isla nabegación] aya a esta isla + la *del.* + nabegacion. Creemos que se subsana un error por adición.

ccclxx cantando] con todo

ccclxxi lágrimas] ligrimas

ccclxxii *copista*: en que havían estado] que havian tenido *a. c.* + en que havian estado *p. c.* Parece corregirse un error transpositivo originado en una mala lectura del modelo.

## Capítulo 9

ccclxxiii Tubo] tabo

ccclxxiv entre] entro

ccclxxv se] sea

ccclxxvi Éufrates] eufratres

ccclxxvii lo] le

ccclxxviii esta] estas

ccclxxix Ingalaterra] ingaleterra

ccclxxx sosegando] sossegando

ccclxxxi enseña] enenseña

ccclxxxii las] lan

ccclxxxiii hombre] hombres

ccclxxxiv [*B*]erisario] Creemos que se trata de Flavio Belisario (505-565 d.C.), famoso general del imperio bizantino. Sin duda, la ausencia de la consonante inicial se debe a un error de copia producido en la puesta en limpio, razón por la cual nos decidimos por la enmienda textual. No corregimos, en cambio, la doble aparición de la grafía de líquida vibrante, que podría estar reflejando un caso más de confusión de líquidas.

ccclxxxv *copista*: 5120] 5020 *a. c.* + 5120 *p. c.* Encontramos en este pasaje varias modificaciones en las dataciones de diversos acontecimientos que parecen poder explicarse sin dificultad como errores de copia.

ccclxxxvi *copista*: 388] 428 *a. c.* + 388 *p. c.* Para esta modificación y la siguiente, véase nota anterior.

ccclxxxvii *copista*: 411] 311 *a. c.* + 411 *p. c.*



---

<sup>ccclxxxviii</sup> Égica] ergica. Consideramos que se trata de un error por asimilación a la forma del nombre anterior, *Ervigio*.

## Capítulo 10

<sup>ccclxxxix</sup> en] en a

<sup>ccxc</sup> La quintilla rezaba como sigue: «En Taurisa mi esperança / tengo puesta y el amor de tal arte / que ni el sanguinoso Marte / en mi pecho ara mudança / para que deje de amarte». Posteriormente se modifican algunas palabras de tal modo que resulta la siguiente redacción:

En ti Taurisa la esperança  
tengo puesta de tal arte  
que ni el sanguinoso Marte  
en mi pecho ará mudança  
para que deje de amarte.

Con la eliminación del sintagma «el amor» el copista parece estar subsanando un error transpositivo por adición, pues lo contrario supondría interpretar que la redacción inicial incluía abruptamente un endecasílabo en el segundo verso de la quintilla. Sin embargo, nótese cómo la modificación propuesta al primer verso produce por otro lado un resultado irregular, añadiendo una sílaba sobrante al octosílabo («en Taurisa mi esperança» frente a «en ti Taurisa la esperança»). A la luz del resto de modificaciones efectuadas sobre los poemas, creemos muy posible que se trate de una adición consciente del copista, quien, como en otros casos, no duda en sacrificar la medida del verso en aras de una mejora estilística de otro tipo.

<sup>ccxcxi</sup> *copista*: Libertina] lenia a. c. + libertina p. c.

<sup>ccxcxii</sup> así también le llaman otros] así también le llaman así otros. El copista ha repuesto entre líneas el adverbio *así* en su segunda aparición, creemos que por error.

<sup>ccxcxiii</sup> llamaron] llamor

<sup>ccxcxiv</sup> aunque] aun

<sup>ccxcv</sup> papargo] papaygo

<sup>ccxcvi</sup> Gerónimo] gerinimo

<sup>ccxcvii</sup> *copista*: o algún evreos s.l. En el margen hay una oración escrita que no leemos bien, en la que parece quererse copiar de manera clara la enmienda. Desafortunadamente, no nos es posible consignarla a causa de su ilegibilidad; seguramente faltan algunas palabras que deberían añadirse a continuación del sintagma «algún evreo».

---

<sup>cccxcviii</sup> veinte] venite

<sup>cccxcix</sup> brida] abrida

<sup>cd</sup> *copista*: izquierda] derecha *del.* + izquierda *s.l.*

<sup>cdi</sup> *copista*: abrasaría el Nilo] aora vien sería el Nilo *a. c.* + abrasaría el Nilo *p. c.* Creemos que se enmienda un error de copia provocado por una mala lectura del modelo.

<sup>cdii</sup> *copista*: Qué divino gesto] o *del.* + que divino gesto. Se ha eliminado la interjección exclamativa, lo cual provoca una reducción no deseable del heptasílabo que rompe la medida de la composición. Es posible que se trate de una corrección errónea, pero en vista de la habitual intervención del copista en lo que respecta a la incorporación de interjecciones u otros elementos que añaden énfasis a los poemas, creemos plausible interpretar que se trate de una supresión consciente de este con una voluntad estilística paralela.

<sup>cdiii</sup> *copista*: Pintós, en fin, Natura tan briosa] pinto un dios natura tan hermosa *a. c.* + pintos en fin natura tan briosa *p. c.* A la luz de los cambios introducidos creemos muy posible conjeturar que la redacción del borrador proponía una estructura interrogativa no comprendida correctamente por el copista; quien, de otro lado, parece haber querido corregir la composición del piloto de modo tal que el sujeto de la oración volviese a ser Natura (quizá con la intención de establecer una mayor coherencia con la estructura semántica propuesta en la copla de Libertina). Así las cosas, el poema del borrador podría haber sido similar al siguiente:

¡O!, ¡qué divino gesto  
estremada hermosura de la carne,  
en bos á echado el resto?  
¿Pintó un dios natura tan hermosa  
que sois más bella que Venus la hermosa?

<sup>cdiv</sup> Como puede observarse, el verso «vien sé seréis invidiado» presenta una sílaba sobrante; si bien este desajuste podría deberse a una deficiencia de la redacción autorial, no podemos descartar que se trate de una intervención voluntaria del copista o de un error transpositivo por duplografía por el que se haya añadido el verbo *sé*.

<sup>cdv</sup> Parece que los dos últimos versos presentan un desajuste en la métrica esperable del endecasílabo, con una medida de 12 y 10 versos respectivamente; no creemos que esta falta de regularidad pueda explicarse en este caso en virtud de un error transpositivo, por lo que nos inclinamos por considerar que se trata de una redacción validada en el borrador autorial, admisible en el pequeño Mejiano que es todavía un aprendiz en el arte de recitar coplas de repente.

---

## Capítulo 11

cdvi calafeteado] lalafeteado

cdvii *copista*: parecieron] parecio *a. c.* + parecieron *p. c.*

cdviii el onesto] ol enesto

cdix aunque] aunque y

cdx tenían] tienen

cdxi *copista*: la pena que el coraçon sentía] la pena que + en *del.* + el coraçon sentía

cdxii con] que en

cdxiii Feridano] Feridono

cdxiv Consideramos que se ha omitido por error algún fragmento del texto.

cdxv esto] estos

cdxvi *copista*: por Medea] miró Medea *a. c.* + por Medea *p. c.* Junto a la corrección de este error de copia evidente encontramos una enmienda de la mano 3, que, a pesar de ser acertada desde el punto de vista referencial, no ha sido consignada en nuestra edición: «por Ariadna».

cdxvii nabegando] nabexando

cdxviii Aora] oara

cdxix *copista*: dificultoso] enfadoso *a. c.* + dificultoso *p. c.* Consideramos que se trata de una revisión de estilo que persigue evitar la repetición de este adjetivo, empleado nuevamente en la intervención del siguiente personaje.

cdxx *copista*: por estar en público] por atreverse estar en publico *a. c.* + por estar en publico *p. c.* Probablemente se trate de la corrección de un error por adición.

cdxxi como] come

## Capítulo 12

cdxxii *copista*: *Regiminis auctorum*] de regiminis auctorum *a. c.* + regiminis auctorum *p. c.* Parece tratarse de la corrección de un error de copia, por el que el título de la obra se había asimilado al de tantos otros encabezados por la preposición *de*.

cdxxiii andado] ando

cdxxiv pilotos] polotos

cdxxv Farfarelo] farfarfarelo

---

cdxxvi cierra, cierra] ciciera ciera

cdxxvii gritar] grgitar

cdxxviii seis] eseis

cdxxix *copista*: de un golpe] de un golpe + así *del*. Se subsana un error por adición provocado seguramente por un salto de igual a igual que adelanta la segunda parte de la estructura comparativa.

cdxxx segundo] sgo. Es posible que se trate de una abreviatura, cuya legibilidad resulta delicada por haber sido objeto de una corrección del copista.

cdxxxi *copista*: rayo] rasgo *a. c.* + rayo *p. c.*

cdxxxii testera] testetera

cdxxxiii *copista*: pedaços] pectos *a. c.* + pedaços *p. c.* Se enmienda un claro error por sustitución.

cdxxxiv andando] ando

cdxxxv Nótese al alternancia entre las formas *Farfarelo* y *Farfanelo*, que nuevamente podemos atribuir a un error transpositivo o bien, con más probabilidad, a una variación estilística o redaccional procedente del borrador autorial; a partir de aquí tan solo aparecerá la forma *Farfanelo*.

### Capítulo 13

cdxxxvi respondo] R.

cdxxxvii *copista*: vuestra señoría] *v. g. a. c.* + *v. s. p. c.* Por dos ocasiones se enmienda esta alternancia de fórmulas de tratamiento en el diálogo entre Ardoniso y Belisandra, que parece tener su origen en un error de copia por el que se privilegia el tratamiento mayoritario en el manuscrito.

cdxxxviii casamiento] cansamiento

cdxxxix *copista*: vuestra señoría] *v. g. a. c.* + *v. s. p. c.*

cdxl aceleran] hacelerar

cdxli quitan] quiten

cdxlii Consideramos que se ha omitido por error parte del texto.

cdxliii que] con

cdxliv ventanas] vertanas

### Capítulo 14

cdxlv encerrado] encerrando

---

cdxlví respondió] R.

cdxlvii república] replubica

cdxlviii gracia] gr gracia

cdxlix capotillo] capitollo

cdl an dado] andadado

cdli El sintagma «las Santas Órdenes» está corregido, pero no nos es posible esclarecer la lectura previa.

cdlii La preposición del reclamo y la del texto que inicia el folio siguiente no concuerdan, de modo que encontramos «por malicia» frente a «con malicia», respectivamente.

cdliii *copista*: vuestra señoría] v. g. a. c. + v. s. p. c.

cdliv Hay una mancha en el manuscrito.

cdlv allí] asi

cdlvi ijos] ojos

cdlvii Nos parece encontrar tachada la palabra *dices*: «que porque dices tuyo, no es suyo».

## Capítulo 15

cdlviii respondió] R.

cdlix *copista*: tiene el principado en él] tiene el principado en el + mundo *del*. Revisión estilística que persigue evitar la repetición en el mismo periodo del sustantivo *mundo*.

cdlx este] esto

cdlxi *copista*: haciendo pasar al capitán] haciendo pasar + a su nao *del*. + al capitan. Se elimina la repetición errónea del sintagma preposicional «a su nao».

cdlxii *copista*: nao] nao + nada *del*.

cdlxiii a borde] borde a borde

cdlxiv rebuelto] enbuelto

cdlxv ya] ya ya

cdlxvi fragata] fragate

cdlxvii iba] iban

cdlxviii adonde] adondo

cdlxix *copista*: caballero] doncel *del*. + caballero *s. l*. Se corrige un claro error por sustitución.

---

<sup>cdlxx</sup> Creemos que se trata de un error referencial del autor, por el que se equivoca la alusión a Escipión el Africano en *Anibal Africano*.

<sup>cdlxxi</sup> le] lo

<sup>cdlxxii</sup> *copista*: Mauro] mario *a. c.* + Mauro *p. c.* Adviértase que desde el inicio de este capítulo 15 el nombre de *Mario Italiano* se ha cambiado por el de *Mauro Italiano*, manteniéndose estable esta variante hasta el final de la obra; tan solo en esta ocasión aparece con posterioridad la variante *Mario*, quedando rápidamente subsanada por el copista. El artífice de la copia en el limpio decide respetar la convivencia de formas, movido quizá por la notable estabilidad que ofrece en este caso el reparto de variantes (que nunca aparecerán entremezcladas con posterioridad al cambio, frente a lo que ocurriera en el caso de la *Princesa de Rusia* y de *Libertina*).

<sup>cdlxxiii</sup> mayor] meyor

## Capítulo 16

<sup>cdlxxiv</sup> Obsérvese la variación existente entre las formas *Suranisa* y *Surianisa*.

<sup>cdlxxv</sup> lo] los

<sup>cdlxxvi</sup> Feridano] el caballero. Subsanaamos este claro error por sustitución, habida cuenta de que la intervención pretenece a Feridano.

<sup>cdlxxvii</sup> concedida] concendida

<sup>cdlxxviii</sup> legua] luega

<sup>cdlxxix</sup> Como parece darse a entender en el siguiente capítulo, el recinto dedicado a Júpiter es el encargado de custodiar la urna donde se encuentra encantada la Rubia Mora junto a su amante Castarido, por lo que no formaría parte en realidad del cómputo de las doce torres (dedicadas por parejas a distintas divinidades: Diana, Marte, Mercurio, el Sol, Venus y Saturno). Sin embargo, es bien cierto que aquí se hace referencia a dos torres (incluidas en un cómputo incorrecto que nos daría un total de catorce torres), mientras que tanto en la composición que poco más adelante aparecerá a la entrada del puente («A Júpiter la de en medio / con sangre y a la Fortuna»), como en la intervención del mayordomo en el siguiente capítulo, se hará referencia a una sola torre situada en el centro de las demás, dedicada a Júpiter y a la Fortuna. Parece tratarse de una incoherencia esperable en el borrador autorial, a la que habrá que sumar en el capítulo

---

17 un segundo desajuste en el cómputo de deidades a las que se dedican las torres, así como una ligera variación en sus nombres (véase nota ccliv).

cdlxxx Hay una mancha que impide la lectura.

cdlxxxí braçales] braceloletes

cdlxxxíí seda] sede

cdlxxxííí uno] umo

cdlxxxíííí *copista*: posible] imposible *a. c.* + posible *p. c.*

## Capítulo 17

cdlxxxv A continuación del primer verso aparece una oración tachada que no conseguimos leer con claridad; probablemente nos encontremos ante otra rescritura de un poema por parte del copista.

cdlxxxvi imágenes] imigines

cdlxxxvii este] en este

cdlxxxviii cierço] cuerço

cdlxxxix El pasaje ha sido corregido por el copista en lo que creemos representa el intento de resolver una incoherencia propia del borrador autorial, como a continuación tratamos de demostrar. El número total de doce castillos aparecía distribuido en cuatro grupos de tres, dedicados cada uno de ellos a una deidad diferente (Diana, Marte, Sol y Venus). Posteriormente, el copista reduce a dos el número de castillos correspondiente a cada grupo, modificación que le obliga a añadir en el margen del folio dos nuevos grupos de castillos con los que queda restaurado el número total (es decir, 6 grupos de dos castillos: Diana, Marte, Sol, Venus, Febo y Saturno). Resulta extremadamente complejo tratar de interpretar el sentido de estas modificaciones, puesto que las variantes introducidas por el copista parecen provocar un desajuste que él mismo se ve obligado a subsanar. Afortunadamente, la intervención del artífice de la copia en limpio parece cobrar sentido a la luz de la aparición en el texto de seis grupos de castillos un poco más adelante, en la cual podríamos encontrar una incoherencia propia de los materiales redaccionales que el copista habría tratado de subsanar, volviendo atrás sobre la copia en limpio para actualizar la referencia a los cuatro grupos de castillos aumentándola en seis.

Por otra parte, la mención a seis grupos de torres (que no de *castillos*) había aparecido ya en el capítulo anterior, presentando una ligera variación en los nombres de las deidades a las que habían sido dedicadas (Diana, Marte, Mercurio, Sol, Venus y Saturno en el capítulo 16; frente a Diana, Marte, Sol, Benus, Febo y Saturno en el presente capítulo). Todas ellas, incoherencias propias de un borrador autorial que el copista logra subsanar tan solo en parte.

---

<sup>cdxc</sup> *copista*: y los dos a Febo y los dos a Saturno *mg*. Véase nota anterior.

<sup>cdxci</sup> en el cual] en el cual en el cual

<sup>cdxcii</sup> Diana] Dinna

<sup>cdxciii</sup> *copista*: sesta] sesta *a. c.* + tercera *p. c.* Probablemente se enmienda un error por sustitución, comprensible si tenemos en cuenta que la mención a una de las torres de Venus (que serían la quinta y la sexta) aparece en tercer lugar.

<sup>cdxciv</sup> tornan] tornar

<sup>cdxcv</sup> que así] quesa

<sup>cdxcvi</sup> el] en

## Capítulo 18

<sup>cdxcvii</sup> Europa] África. Pese a que esta referencia errónea podría haberse originado ya en el borrador autorial, habida cuenta de que se trata de un simple error por sustitución, procedemos en este caso a su enmienda.

<sup>cdxcviii</sup> la] la la

<sup>cdxcix</sup> Podolia] Polodia. El contraste con las fuentes manejadas por el padre Daza prueba que nos encontramos ante un error transpositivo, causado por el autor o por el artífice de la copia.

<sup>d</sup> Europa] erupa

<sup>di</sup> llaman] llamas

<sup>dii</sup> dixo la doncella] dixo Ardoniso

<sup>diii</sup> de] der

<sup>div</sup> *copista*: por la parte] por la parte + del lebante *del*. Se ha enmendado un error por adición que provoca la anticipación de un sintagma presente en la oración.

<sup>dv</sup> Tremecén] tremecer. Véase nota cclxiv.

<sup>dvi</sup> Cirenaica] Girenaica. Véase nota anterior.

<sup>dvii</sup> Asia] así

<sup>dviii</sup> cíclopes] ciclopos

<sup>dix</sup> la isla] la isla la isla

<sup>dx</sup> De nuevo encontramos una divergencia entre la lectura del reclamo y la del texto que inicia la página siguiente: «arneses» / «arnés».



---

## Capítulo 19

<sup>dx</sup><sup>i</sup> Hay una mancha en el manuscrito.

<sup>dx</sup><sup>ii</sup> docena] doncena

<sup>dx</sup><sup>iii</sup> Llámanle] llamenle

<sup>dx</sup><sup>iv</sup> legua] luego

<sup>dx</sup><sup>v</sup> Obsérvese la variación existente en el nombre de este príncipe, que se presenta bajo las formas *Zaulemo* y *Zulemo*.

<sup>dx</sup><sup>vi</sup> *copista*: izquierda] derecha *del.* + izquierda *mg.*

<sup>dx</sup><sup>vii</sup> *copista*: árboles y matas] arboles y + hermosas *del.*+ matas. Es esta la primera de las supresiones del adjetivo *hermoso*, que aparece con profusión en este pasaje; con su eliminación parece querer proponerse una revisión de estilo orientada a evitar la repetición abusiva del mismo término.

<sup>dx</sup><sup>viii</sup> *copista*: un fuerte edificio] un + hermoso y *del.* + fuerte edificio

<sup>dx</sup><sup>ix</sup> *copista*: una puerta] una + hermosísima *del.* + puerta

<sup>dx</sup><sup>x</sup> *copista*: una fuente] una + hermosa *del.*+ fuente

<sup>dx</sup><sup>xi</sup> *copista*: una plaza] una + muy hermosa *del.* + plaza

<sup>dx</sup><sup>xii</sup> *copista*: una ventana] una + hermosa *del.* + ventana

<sup>dx</sup><sup>xiii</sup> *copista*: probeído de barcones] probeido de +hermosos *del.* + barcones

<sup>dx</sup><sup>xiv</sup> *copista*: esta casa] esta + hermosa *del.* + casa

<sup>dx</sup><sup>xv</sup> *copista*: un patio] un + hermoso *del.* + patio

<sup>dx</sup><sup>xvi</sup> *copista*: echas de piedras] echas + hermosas *del.* + piedras

<sup>dx</sup><sup>xvii</sup> *copista*: piedra india] piedra india + hermosísima *del.*

<sup>dx</sup><sup>xviii</sup> *copista*: un corredor] un + hermoso *del.* + corredor

<sup>dx</sup><sup>xix</sup> tan al natural] tal al natural

<sup>dx</sup><sup>xx</sup> *copista*: estaban medallas] estaban medallas + hermosísimas *del.*

## Capítulo 20

<sup>dx</sup><sup>xx</sup><sup>i</sup> *copista*: seis moras] seis + hermosas *del.* + moras

---

<sup>dxxxii</sup> *copista*: norueste] leste *del.* + norueste. Muy probablemente se propone la enmienda de un error por sustitución.

<sup>dxxxiii</sup> *copista*: pagar] servir *a. c.* + pagar *p. c.* Creemos que se corrige un error por sustitución.

<sup>dxxxiv</sup> como] con

<sup>dxxxv</sup> condecidió] condencendio

<sup>dxxxvi</sup> *copista*: cuantos había en él] cuantos habia en el + mundo *del.* Nuevamente se intenta evitar la repetición de un sustantivo ya aparecido en el mismo periodo oracional.

<sup>dxxxvii</sup> *copista*: Domiciano] domiciano + nerba traxano *del.* El copista suprime dos de los emperadores que debían de constar en el borrador autorial, seguramente con el fin de ajustar la nómina al total de doce que se había anunciado (en paralelo con los doce reyes españoles que se enumeran a continuación).

<sup>dxxxviii</sup> *copista*: 2240] 2715 + 2240 *mg.* Los nuevos años propuestos para el nacimiento de Hércules toman como referencia dos fuentes de la Antigüedad divergentes: las primeras cifras, que podemos suponer autoriales, se basan en Eusebio; mientras que las segundas, propuestas por el artífice de la copia, toman como referencia a pseudo-Berosio.

<sup>dxxxix</sup> *copista*: 1721] 1247 + 1721 *mg.* Véase nota anterior.

<sup>dxl</sup> El nombre correcto de este género de composición sería *escazonte*. Si bien podría tratarse de un error de copia incorporado en la puesta en limpio del texto, no podemos, sin embargo, descartar que se trate de un error referencial originado en el autor; por ello, hemos decidido mantener la variante que encontramos en el manuscrito.

<sup>dxli</sup> *copista*: de Diana] de + la venus *del.* + diana. Error por sustitución subsanado al hilo del proceso transpositivo.

<sup>dxlii</sup> colorada] coloradas

<sup>dxliii</sup> el] al

<sup>dxliv</sup> cayó] caxo

## Capítulo 22

<sup>dxlv</sup> Cadinisa] Cadianisa. A partir de aquí el nombre de *Cadinisa* se asimilará al de su madre, *Cadianisa*, esposa de Lucesildo, príncipe de Normandía. Consideramos que se trata de un error por sustitución procedente, muy probablemente, del borrador autorial. En atención a la variante que parece validada con anterioridad a la fusión de ambos nombres, enmendamos *Cadianisa* en *Cadinisa* con el fin de evitar una confusión de sendos personajes de todo punto ajena a la voluntad autorial.

<sup>dxlvi</sup> concierto] corcieto

---

<sup>dxlvii</sup> Cadinisa] Cadianisa

<sup>dxlviii</sup> Cadinisa] Cadianisa

<sup>dxlix</sup> *copista*: Diadena hija del rey de España] diadena hija del rey de españa *del.* + alexandra *del.* + diadena hija del rey de España *mg.* Esta doble revisión del nombre del personaje evidencia la vacilación del artífice de la copia a la hora de efectuar una enmienda que, como puede comprobarse, resulta incorrecta, puesto que Alejandra será el nombre de la prima hermana de Diadena que aparecerá en el relato a partir del libro III (razón por la cual esta propuesta de revisión se lleva a cabo, con total seguridad, al hilo de una relectura).

<sup>dl</sup> Cadinisa] Cadianisa

<sup>dli</sup> CANDAULES] caudaules. Por dos veces encontramos esta lectura, que consideramos debida a un error transpositivo por atracción al diptongo de la segunda sílaba; corregimos en favor de la forma correcta desde el punto de vista referencial, que aparecerá sancionada en el presente capítulo por tres veces.

<sup>dlii</sup> Candaules] caudaules

<sup>dliii</sup> *copista*: diadena] diadena *del.* + alexandra *del.* + diadena *s. l.*

<sup>dliv</sup> *copista*: mi prima] mi prima + diadena *del.* + alexandra *del.* Quizá se enmienda aquí un error por adición que ha provocado la posterior revisión de la variante del nombre del personaje (razón por la cual se suprimirían posteriormente ambas lecturas). Con todo, también es posible interpretar que nos encontremos ante una revisión de estilo que propone la supresión del nombre propio para aligerar el texto resultante y evitar así su excesiva repetición.

## Capítulo 24

<sup>dlv</sup> *copista*: la gente popular] la gente popular + de ispalia *del.* El sustantivo *Ispalia* vuelve a aparecer en el mismo periodo, razón por la cual el artífice de la copia en limpio propone muy posiblemente su supresión.

<sup>dlvi</sup> *copista*: rey] emperador *del.* + rey *mg.* Adviértase que la corrección se realiza en el reclamo, pero no vuelve a efectuarse al comienzo de la siguiente página; en la edición del texto incorporamos la lección corregida, por considerar que se trata de la subsanación de un error de copia evidente.

<sup>dlvii</sup> rey] emperador

## Capítulo 25

<sup>dlviii</sup> Encontramos numerosas manchas de tinta en esta intervención del mesonero que impiden la lectura completa del fragmento; por ello, se han restituido entre corchetes las palabras reconstruidas.

<sup>dlxix</sup> *copista*: me parece noble] me parece + virtuosso *del.* + noble.

---

<sup>dlx</sup> respondió] R.

<sup>dlxi</sup> respondió] R.

<sup>dlxii</sup> Consideramos plausible interpretar aquí la existencia de un error transpositivo que dañaría la coherencia del fragmento; sin embargo, no alcanzamos a esclarecer la lectura correcta.

<sup>dlxiii</sup> Budeo] buedeo

<sup>dlxiv</sup> La letrilla comenzaba con el verso: «aunque de linçe tengas claros ojos», que aparece cancelado por el copista. Posiblemente se trate un error de copia por transposición del orden de los versos que el copista enmienda, pero a la luz de las numerosas intervenciones que al artífice de la copia realiza sobre las composiciones poéticas no podemos descartar que estemos ante un cambio consciente del orden autorial del poema.

## Capítulo 26

<sup>dlxv</sup> nuebo] nueve

<sup>dlxvi</sup> Hay una mancha en el manuscrito.

<sup>dlxvii</sup> de] da

<sup>dlxviii</sup> *copista*: veroso caldeo *s. l.*

<sup>dlxix</sup> dilubio] dilibio

<sup>dlxx</sup> común] comunion

<sup>dlxxi</sup> respondo] R.

<sup>dlxxii</sup> Cadinisa] Cadinisa

## Capítulo 27

<sup>dlxxiii</sup> paseando] pasaeando

<sup>dlxxiv</sup> Arsínoes] arsiones. La fuente manejada por el padre Daza revela que en este caso nos encontramos ante un error transpositivo, debido al autor o al artífice de la copia en limpio.

<sup>dlxxv</sup> *copista*: con su plática] con su plática + adelante *del*. Se suprime el adverbio para evitar su repetición en la misma oración.

<sup>dlxxvi</sup> Plotina] Poletina. Las fuentes revelan una vez más que nos encontramos ante un simple error transpositivo.

<sup>dlxxvii</sup> Hay una mancha en el manuscrito.

---

dlxxviii achas] echas

dlxxix Nótese la variación existente entre las formas *Teodoreda* y *Teodorena*.

dlxxx Cadinisa] Cadianisa

dlxxxi Obsérvese la variación existente entre las formas *Luposeldo* y *Luposendo*.

dlxxxii maravilloso] marobiloso

dlxxxiii espaldares] espalderas

## Capítulo 28

dlxxxiv Cadinisa] Cadianisa

dlxxxv Cadinissa] Cadianissa

dlxxxvi Cadinisa] Cadianisa

dlxxxvii Cadinisa] Cadianisa

dlxxxviii Cadinisa] Cadianisa

dlxxxix Cadianisa] Cadinisa

dxce] es

dxci Cadinisa] Cadianisa

dxcii Cadinisa] Cadianisa

dxciiii Diadena] cadianisa

dxciiv *copista*: Diadena] cadianisa *del.* + *diadena s. l.*

dxcev Cadinisa] Cadianisa

dxcevi Cadinisa] Cadianisa

dxcevii Cadinisa] Cadianisa

dxceviii condición] condincion

dxceix parlado] parlando

dxce] piedras] pedrias

dxcei Cadinisa] Cadianisa

dxceii Cadinisa] Cadianisa

dxceiii Cadinisa] Cadianisa

---

<sup>dciv</sup> La lectura del reclamo no coincide con el texto que inicia la página siguiente: «preguntelo señora» / «preguntelo mi señora».

<sup>dcv</sup> Cadinisa] Cadianisa

<sup>dcvi</sup> Cadinisa] Cadianisa

<sup>dcvii</sup> Cadinisa] Cadianisa

<sup>dcviii</sup> Encontramos varias palabras tachadas, posiblemente con intención censoria.

<sup>dcix</sup> *copista*: llamando aparte a Esmerilda y a Libertina] llamado aparte a + calisena y *del.* + smerilda y libertina. Una vez más, el copista parece advertir la presencia de una variante autorial procedente del borrador que no resulta coherente con el texto propuesto por la copia en limpio, razón por la cual decide muy probablemente eliminarla.

<sup>dcx</sup> mío ninguno lo puede ser] mio ninguno lo puede ser + mio *s. l.* No consignamos el segundo *mío*, que consideramos añadido por error.

<sup>dcxi</sup> basilisco] basililisco

## Capítulo 29

<sup>dcxii</sup> esse] esso

<sup>dcxiii</sup> adelante] andelante. Si bien hemos encontrado algunas documentaciones coetáneas con *n* epentética, creemos que la forma del adverbio se asimila a la del gerundio *pasando* junto al cual aparece.

<sup>dcxiv</sup> Cadinisa] Cadianisa

<sup>dcxv</sup> lagares] lageres

<sup>dcxvi</sup> digo] di

<sup>dcxvii</sup> le] la

---

## LIBRO III

### Capítulo 1

<sup>dexviii</sup> amarillo] amarillos

<sup>dexix</sup> hablaban] hablabanban

<sup>dexx</sup> días] dias dias. Eliminamos repetición por duplografía.

<sup>dexxi</sup> pasando] pasando pasando

<sup>dexxii</sup> asta] esta

<sup>dexxiii</sup> la] las

<sup>dexxiv</sup> veáis] veias

<sup>dexxv</sup> grullas] gruellas. La proximidad de la voz *cigüeñas* ha sido la causante, con gran probabilidad, de esta diptongación anómala que consideramos error de copia.

<sup>dexxvi</sup> pausa] pausan

<sup>dexxvii</sup> recelosas] recelesas

### Capítulo 2

<sup>dexxviii</sup> *copista*: miento si no vi del primer taxo... dividir dos caballeros] miento si no vi del primer taxo... + sino *del*. + dividir dos caballeros. Parece que el copista corrige un error por adición provocado probablemente por un salto de igual a igual.

<sup>dexxix</sup> desparrama] desparramas

<sup>dexxx</sup> *copista*: escribo así *s.l.*

<sup>dexxxi</sup> vruces] vrucos

<sup>dexxxii</sup> Cadinisa] cadianisa

---

<sup>dexxxiii</sup> diciéndole] diciendolel

<sup>dexxxiv</sup> hermosos] hermososos

<sup>dexxxv</sup> abrí] abria

<sup>dexxxvi</sup> el amor que la buena reina tenía a su marido] el amor alla buena reyna que tenia a su marido

### Capítulo 3

<sup>dexxxvii</sup> *copista*: dice Cicerón] dice + plinio *del.* + ciceron. Como puede comprobarse, se ha producido un error por sustitución que el copista corrige inmediatamente a renglón seguido.

<sup>dexxxviii</sup> corónica] corinica

<sup>dexxxix</sup> a] au

<sup>dexl</sup> Cadianisa] cadinisa

<sup>dexli</sup> *copista*: Libertina] gradisa *del.* + libertina *s.l.* Se subsana un claro error por sustitución que podría proceder del borrador o bien haberse producido en la copia en limpio.

<sup>dexlii</sup> *copista*: dixo *s.l.* El copista parece haber introducido un leve cambio de redacción, seguramente con la intención de esclarecer las voces del diálogo; sin embargo, las modificaciones propuestas provocan una redundancia que resulta incoherente. Efectivamente, en su formulación inicial la intervención completa de la reina debía de incluir un vocativo dirigido a Esmerilda: «¿Cuántos años tiene el príncipe, Dios le guarde, señora Esmerilda?»; mientras que el copista habría convertido por error el vocativo final en un inciso del narrador destinado a marcar la voz del diálogo, añadiendo entre líneas el verbo de habla («Señora –dixo Esmerilda–»). De este modo, toda vez que se han introducido estos cambios, el siguiente vocativo, que se dirgía inicialmente a la reina, resulta redundante en la nueva redacción, por lo que procedemos a la supresión del sintagma «mi señora» en nuestra propuesta de edición.

<sup>dexliiii</sup> tiene] tiene mi señora

<sup>dexliv</sup> bordado] bordadas

<sup>dexlv</sup> cielo] cielo

<sup>dexlvi</sup> ella] ellas



---

<sup>dexlvii</sup> modesta] monesta

<sup>dexlviii</sup> cielos] cuelos

#### Capítulo 4

<sup>dexlix</sup> podrá] proda

<sup>dcl</sup> *copista*: Ella] el *a.c.* + ella *p.c.* Se modifica la concordancia, que primero se establecía con el *tablaxe* y después con la *gruxía*, dificultándose así levemente la identificación de los elementos. Podría tratarse tanto de un cambio propuesto por el copista tras una lectura deficiente de la oración como de la corrección de un error de copia.

<sup>dcli</sup> Barberos] barberosos

<sup>dclii</sup> Tarragona] tarrogana

<sup>dcliii</sup> Magalona] magola

<sup>dcliv</sup> Obsérvese la variación existente en las formas *Priscilano* / *Prisciliano*.

<sup>dclv</sup> Quieres] quiereses

<sup>dclvi</sup> Resulta evidente que se ha producido un error por sustitución; desafortunadamente, no nos es posible subsanar la repetición resultante.

<sup>dclvii</sup> preñados] pernados

<sup>dclviii</sup> dolorida] dolirada

#### Capítulo 5

<sup>dclix</sup> Al fin] al a fin

<sup>dclx</sup> frutífera] frufífera

<sup>dclxi</sup> piedra] prieda

---

## Capítulo 6

<sup>dclxii</sup> traidor] traidos

<sup>dclxiii</sup> pudiesen] ubiesem

<sup>dclxiv</sup> copista: emos] e *a.c.* + emos *p.c.* Muy probablemente se corrige un error por sustitución, perfectamente comprensible en el contexto de la oración.

<sup>dclxv</sup> no sabía qué apodo les dar] no sabia apodo que les dar

<sup>dclxvi</sup> os] es

<sup>dclxvii</sup> escondía] encondia

<sup>dclxviii</sup> Las] los la

<sup>dclxix</sup> donceles] doncellas

## Capítulo 7

<sup>dclxx</sup> *copista*: Cabello] cabello + que hera mas rrubio quel de apolo *del*. Habida cuenta de la extensión y la coherencia plena de la oración de relativo cancelada, no creemos plausible interpretar esta supresión como la enmienda de un error por adición; antes bien, nos inclinamos por pensar que es el artífice de la puesta en limpio del texto quien ha decidido conscientemente eliminar este pequeño fragmento procedente del borrador. La razón que habría motivado esta intervención activa por parte del copista podría encontrarse en una intención de estilo pareja a la que rige las numerosas supresiones encontradas, con las que se persigue evitar la repetición de determinados vocablos o sintagmas en el texto de la copia en limpio. Efectivamente, poco después de la aparición de esta oración cancelada encontramos en el relato una segunda referencia al príncipe como un Apolo, de manera que la reiteración de esta identificación podría haber suscitado en el copista la necesidad de prescindir de la primera de las comparaciones entre Mexiano y el dios. Reconocemos, con todo, que la interpretación de esta modificación ofrece numerosas dificultades.

<sup>dclxxi</sup> Echo] echos

<sup>dclxxii</sup> ávreme] havrame

<sup>dclxxiii</sup> Las referencias a David y Judit se han marcado con las letras iniciales del alfabeto, seguramente preparando una anotación que habría de incorporar posteriormente referencias a los pasajes de la Biblia

---

en que se narran los hechos aludidos. En adelante, encontramos numerosos ejemplos de llamadas a notas marginales que posteriormente no se incorporan; sin embargo, no dejamos constancia de ello.

<sup>delxxiv</sup> caballeros] que balleros

<sup>delxxv</sup> Este] esto

## Capítulo 8

<sup>delxxvi</sup> caballeros] caballos

<sup>delxxvii</sup> Medidados] medianos

<sup>delxxviii</sup> nos vieron] movierom

<sup>delxxix</sup> *copista*: diez y siete mil y quinientos y veinte y dos ducados] diez y siete mil + ducados *del.* y quinientos y veinte y dos ducados. Se corrige un error por adición procedente del borrador o incorporado en la copia en limpio.

<sup>delxxx</sup> cabo] cobo

<sup>delxxxi</sup> Sansevera] sanseveraro. En el impreso que sirve de modelo a este pasaje aparece una abreviatura de nasal que tal vez haya inducido al error.

<sup>delxxxii</sup> Euxino] euximo

## Capítulo 9

<sup>delxxxiii</sup> Gaxes] saxes

<sup>delxxxiv</sup> en el que yo moro] el en que yo moro

<sup>delxxxv</sup> que aquí a una puerta pueden venir] que + *ay s.l.* + aquí a una puerta pueden venir. Creemos que se ha añadido erróneamente el verbo *haber* a causa una lectura deficiente del modelo, pues la frase resultante no hace sentido.

---

## Capítulo 10

<sup>dclxxxvi</sup> *copista*: mandándole] le *del.* + mandandole

<sup>dclxxxvii</sup> asta] esta

<sup>dclxxxviii</sup> parlando] parlardo

<sup>dclxxxix</sup> conocesle] conoceles

<sup>dexc</sup> preguntaba] P.

<sup>dexci</sup> respondía] R.

<sup>dexcii</sup> A partir de aquí, el resto de la intervención de Brisaida aparece tachada, desde «pues doite la libertad...» hasta «ven, mi esposo...». A continuación encontramos una anotación del copista que dice: «esto me parece que se borre».

<sup>dexciii</sup> Mas supuesto qu'es ya] Mas supuesto qu'es ya + es *s.l.* Suprimimos la repetición del verbo *ser*, probablemente añadido por error.

## Capítulo 11

<sup>dexciv</sup> quiere a] quieren

<sup>dexciv</sup> princesa] pricensa

<sup>dexcvi</sup> Las siguientes intervenciones de Esmerilda y Alejandra se cancelan con una raya diagonal y con dos cruces que delimitan el inicio y el final del fragmento censurado, desde «alguna sangrecilla demasiada debe de ser...» hasta «que no á de ser Vuestra Grandeça prebilexiada más que las otras mugeres». En el margen encontramos una anotación del copista que dice: «Bórrese».

<sup>dexcvii</sup> si] se

<sup>dexcviii</sup> como] cono

<sup>dexcix</sup> *copista*: cincuenta] cuarenta *del.* + cincuenta *mg.* Esta modificación en la edad de Esmerilda podría deberse bien a la corrección de un error de copia o bien a la intervención activa del artífice de la puesta en limpio, que quizá estaría proponiendo una cifra más elevada para encarecer la excelente conservación de su belleza.

---

<sup>dcc</sup> era] eran

<sup>dcci</sup> esto] ecto

<sup>dccii</sup> Una vez más nos encontramos ante variación en el nombre de un personaje, que quizá deba explicarse en esta ocasión como una variante de tono afectivo y familiar (*Medusina* por *Medúsea*).

<sup>dcciii</sup> dijo] dijo dijo

<sup>dcciv</sup> Medúsea] Medesuea

<sup>dccv</sup> mal año] año mal

<sup>dccvi</sup> hermosura] hermusura

<sup>dccvii</sup> cosas] consas. Consideramos que se ha introducido una *n* por asimilación a la voz *pensaba*, que aparece a continuación.

## Capítulo 12

<sup>dccviii</sup> é] en

<sup>dccix</sup> vien que ber] ver que ber

<sup>dccx</sup> *copista*: de ella] de su espada *del.* + de ella *s.l.* Nuevamente el copista trata de evitar la repetición del sustantivo *espada*.

<sup>dccxi</sup> lebantare] lebantere

<sup>dccxii</sup> ilustrísima] ilustrisimas

<sup>dccxiii</sup> prima] primima

<sup>dccxiv</sup> dixo] digo

<sup>dccxv</sup> confían] cofias

## Capítulo 13

<sup>dccxvi</sup> porque] porque porque

---

<sup>dccxvii</sup> *copista: seis] dos del. + seis mg.* Ante esta modificación cabe plantear dos posibilidades: por un lado, podría entenderse que se está corrigiendo un error de copia (procedente del borrador o incorporado en la puesta en limpio); por otro, podría interpretarse que el copista ha llevado a cabo una enmienda consciente sobre el texto autorial, para ajustar el número de días de acuerdo con los hechos narrados (pues, efectivamente, estos acontecen en seis jornadas). En favor de esta segunda lectura se presentarían aquellos ejemplos en los que el copista vuelve sobre el texto para corregir y actualizar determinadas referencias, de acuerdo con los datos ofrecidos por el relato.

<sup>dccxviii</sup> que] *qus*

<sup>dccxix</sup> El reclamo de cambio de columna decía: «por vida vuestra dixo», frente al texto de inicio de la segunda columna en el que se lee: «vida vuestra». La presencia del verbo de habla en el reclamo nos hace pensar que se ha producido un error por omisión en la intervención del narrador que indentificaría la alocución del Emperador: «dixo el Emperador». Por ello, resituimos el sintagma que consideramos elidido.

<sup>dccxx</sup> con] *cor*

<sup>dccxxi</sup> limpieça] *lipiença*

<sup>dccxxii</sup> suya] *saya*

<sup>dccxxiii</sup> allá en] *en alla en*

<sup>dccxxiv</sup> *copista: seis] tres a.c. + seis p.c.* Véase la nota dccxxiv, referida a la edad de Esmerilda.

<sup>dccxxv</sup> cabellos] *cabollos*

<sup>dccxxvi</sup> llamáis] *llamas is*

<sup>dccxxvii</sup> princesa] *emperatriz*

<sup>dccxxviii</sup> Emperatriz] *princesa*

## Capítulo 14

<sup>dccxxix</sup> picadillas] *picadallas*

<sup>dccxxx</sup> háganle] *hangale*

---

<sup>dccxxxi</sup> El final de esta intervención de Alejandra se encuentra tachado, desde «y unas ruedecillas que se me an echo en los peçones...» hasta «según padecía los dolores». En el margen encontramos la siguiente anotación del copista: «Esto se quite».

<sup>dccxxxii</sup> yo] no

<sup>dccxxxiii</sup> me] ma

<sup>dccxxxiv</sup> princesa] francesa. Creemos que se trata de un error por sustitución propiciado por la similitud de ambas voces, puesto que la princesa es hija de Polimbiano, príncipe español, y Dignapetusa, hija del emperador de Vitinia; asimismo, resulta mucho más esperable en el *usus scribendi* del autor un sintagma como «dixo la princesa Alexandra».

<sup>dccxxxv</sup> Brisaida] belisandra. Encontramos un abundante intercambio en este pasaje del nombre de *Brisaida* por el de *Belisandra*, que hemos considerado como un evidente error por sustitución, posiblemente originado ya en el borrador autorial. En cualquier caso, puesto que se trata de un indudable error transpositivo, procedemos a su subsanación.

<sup>dccxxxvi</sup> Brisaida] belisandra

<sup>dccxxxvii</sup> Brisaida] belisandra

<sup>dccxxxviii</sup> Brisaida] velisandra

<sup>dccxxxix</sup> mal] mil

<sup>dccxl</sup> Brisaida] belisandra

<sup>dccxli</sup> Brisaida] belisandra

<sup>dccxlii</sup> Brisaida] belisandra

<sup>dccxliii</sup> copista: cuarto décimo] cuarto + décimo *s.l.* Consideramos que se trata de la corrección de un error de copia evidente, muy posiblemente introducido en la puesta en limpio del texto.

<sup>dccxliv</sup> Emperador] rey

## Capítulo 15

<sup>dccxlv</sup> todas] trodas

---

<sup>dccxlv</sup> como de] como de como de

<sup>dccxlvii</sup> aparejaos] aparejaeos

<sup>dccxlviii</sup> eran así las torcidas piadosas de suerte] eran así las torcidas piadosas de suerte era. Consideramos que el verbo se repite por un error de adición; en consecuencia, procedemos a su eliminación.

<sup>dccxlix</sup> castellano] castellanos

<sup>dcccl</sup> lanternas] lartenas

<sup>dcccli</sup> El principio de la segunda columna no coincide con el texto que encontramos en el reclamo del cambio de columna, donde leemos: «y viendo que se començaban». En nuestra edición, consignamos la lectura del texto que inicia la segunda columna: «Y como se començaban a alterar».

<sup>dccclii</sup> y muchos ubo] y muchos y mucho ubo

## Capítulo 16

<sup>dccliiii</sup> pabellones] pabollenos

<sup>dcccliv</sup> copista: y mandola dar al billano con otras muchas mercedes que le hiço *s.l.* Con gran probabilidad se subsana un error por omisión.

<sup>dccclv</sup> el] en

<sup>dccclvi</sup> De nuevo una anotación con intención censoria que dice: «Ojo», cuya pertinencia pueda quizá explicarse por las alusiones al pecho de la amada que aparecerán un poco más abajo.

<sup>dccclvii</sup> El corte de la página trunca la palabra.

<sup>dccclviii</sup> *copista*: mediante Dios vencí] venci *del.* + mediante dios venci *mg.* Una vez más podría tratarse de la corrección de un error por omisión o bien de una adición consciente del copista insertada en una revisión posterior. La primera de las lecturas podría explicarse fácilmente por el carácter cerrado de la conocida máxima, cuya fijación se ve voluntariamente adulterada en el texto.

<sup>dccclix</sup> ya estaba] yastata

<sup>dccclx</sup> Que andaban regocijando la plaça] quando bien regocijando la la plaça

<sup>dccclxi</sup> *copista*: Brisaida] belisandra *a.c.* + brisayda *p.c.*



---

<sup>dcclxii</sup> suplicó] suplicoso

<sup>dcclxiii</sup> pudo] puedo

<sup>dcclxiv</sup> maldita la pena que me dio] que maldita la pena me dio

<sup>dcclxv</sup> gusto] guesto

## Capítulo 17

<sup>dcclxvi</sup> *copista*: trescientos mil] tres mil *a.c.* + tres cientos mil *p.c.* Muy probablemente se trata de la corrección de un error de copia.

<sup>dcclxvii</sup> hicieron] pusieron + hicieron *s.l.* Eliminamos la primera lección, seguramente originada en un error por sustitución.

<sup>dcclxviii</sup> carruaxe] cuarruaxe

<sup>dcclxix</sup> cuanto] quarto

<sup>dcclxx</sup> hombro] honbre

<sup>dcclxxi</sup> cabeças] cabeces

<sup>dcclxxii</sup> pontífice] potimfice

<sup>dcclxxiii</sup> berdadera] berdara

<sup>dcclxxiv</sup> *copista*: a nuestra berdadera cabeça, qu'es Jesucristo nuestro Señor, y al su sucesor de Pedro y su vicario, el Pontífice romano] a nuestra berdadera cabeça, qu'es jesucristo nuestro señor, y su sucesor y vicario, el pontifice romano *a.c.* + a nuestra berdadera cabeça, qu'es Jesucristo nuestro Señor, y al su sucesor de Pedro y su vicario, el Pontífice romano *p.c.* Nótese cómo los cambios introducidos por el copista enrarecen el significado del posesivo en el sintagma «al su sucesor de Pedro», que podría rectificarse mediante su supresión. Si bien no puede descartarse la posibilidad de que se trate de una reformulación del copista orientada a subrayar la primacía de Pedro, consideramos que estas modificaciones podrían explicarse sin dificultad como correcciones de un error por omisión.

<sup>dcclxxv</sup> nobedades] mobedades

<sup>dcclxxvi</sup> de] que

---

<sup>dcclxxvii</sup> compañía] companiam

<sup>dcclxxviii</sup> le] les

<sup>dcclxxix</sup> suplicamos] suplicamos os

<sup>dcclxxx</sup> Bernabé] bernable. Seguramente se trata de un error provocado por asimilación con el nombre de *Pablo*, que aparece a continuación del de Bernabé.

## Capítulo 18

<sup>dcclxxxi</sup> Brisaida] Belisandra

<sup>dcclxxxii</sup> echuras] esuras

<sup>dcclxxxiii</sup> este] esto

<sup>dcclxxxiv</sup> Brisaida] Belisandra

<sup>dcclxxxv</sup> Parece que se había escrito *Arcadia* (en lugar del adverbio *allí*), pero reconocemos que no hemos logrado determinar con claridad la lectura previa. Tal vez se deba a una corrección del copista que intenta evitar la repetición de este topónimo, que aparecerá después en la siguiente oración.

<sup>dcclxxxvi</sup> ocho] cocho

<sup>dcclxxxvii</sup> levantaos] laventaos

<sup>dcclxxxviii</sup> destreça] destrerça

## Capítulo 19

<sup>dcclxxxix</sup> benimos] benis

<sup>dcxc</sup> La lectura del reclamo no coincide con el texto que inicia el vuelto del folio, consignado en la edición: «y así luego» / «y luego».

<sup>dcxc</sup> las] lo

<sup>dcxcii</sup> salutación] salatucion

---

dccxciii muy] muy muy

## Capítulo 20

dccxciv maravillosamente] marobillosamente

dccxcv vestia] vesita

dccxcvi Y] y y

dccxcvii caballo] capallo

dccxcviii eficacia] eneficacia

dccxcix Brisaida] Belisandra.

dccc embio] enbie

dccci Brisaida] Belisandra

dcccii Brisaida] Belisandra

dccciii tanta] tantata

dccciv convite] convinte

dcccv biexo] biexio

dcccvi dixera] dixerea

## Capítulo 21

dcccvii Sanís] Samis

dcccviii bimbrando] brinbando

dcccix gigante] gigigante

dcccex jabalís] jabilis

---

dcccxi airado] aimado

dcccxii en aquel] eneaquel

dcccxiii armas] hormas

dcccxiv relieves] relibies

dcccxv Hay una mancha en el manuscrito.

dcccxvi Hay varias manchas en el manuscrito.

dcccxvii calor] colora

dcccxviii Camilina] Camiliana

dcccxix Camilina] Camiliana

dcccxx imitación] imatación

dcccxxi herir] herer

## Capítulo 23

dcccxxii la] las

dcccxxiii armada] amarda

dcccxxiv vio] vio vio

dcccxxv el] el el

dcccxxvi *copista*: Mediterráneo] ozeano *a.c.* + mediteraneo *p.c.* Consideramos que se trata de un error por sustitución.

dcccxxvii cansaros] cansaron

dcccxxviii Emperatriz] princesa

dcccxxix cobrando] combrando

---

<sup>dcccxxx</sup> En el reclamo del folio anterior podía leerse «algún poco de ánimo», frente a la redacción que encabeza el folio siguiente y que consignamos en nuestra edición: «un poco de ánimo»,

<sup>dcccxxxi</sup> como a tal me concedáis el premio debido] como a tal me concedáis el premio + como a tan *del.* + debido. Se corrige un error por adición posiblemente provocado por la cercanía de la estructura comparativa *como a tal* que encabeza la oración.

<sup>dcccxxxii</sup> pagaré] paguere *a.c.* + paguare *p.c.* Eliminamos la vocal sobrante tras la corrección del copista.

<sup>dcccxxxiii</sup> Encontramos una anotación marginal del copista tachada, en la que quizás podían contenerse indicaciones censorias referentes a este pasaje.

<sup>dcccxxxiv</sup> le] le le

## Capítulo 24

<sup>dcccxxxv</sup> porque] vq

<sup>dcccxxxvi</sup> comedimiento] comediendo

<sup>dcccxxxvii</sup> Fraseldo] fresaldo

<sup>dcccxxxviii</sup> *copista*: tu] buestra *del.* + tu *s.l.* El copista corrige un error por sustitución.

<sup>dcccxxxix</sup> los ricos] el rico

<sup>dcccxl</sup> ten] tener

<sup>dcccxli</sup> Taurisa] tuarisa

<sup>dcccxlii</sup> bennos] benmos

<sup>dcccxliiii</sup> Termodonta] Tremodonta. La dependencia de esta referencia del texto de Pedro Mexía evidencia que se ha cometido aquí un error transpositivo.

## Capítulo 25

<sup>dcccxliv</sup> amaçonas] amoçanas

---

<sup>dcccxlv</sup> de cada] dacada

<sup>dcccxlvi</sup> de las ilustres] las de las ilustres

<sup>dcccxlvii</sup> Camiliana] Camilina

<sup>dcccxlviii</sup> qu'estaba] qu'estaban

<sup>dcccclix</sup> *copista*: Antíope] menalipe *del.* + antiope *s.l.* El copista parece haber advertido la presencia de una incoherencia en el borrador autorial que ha procedido a enmendar, ayudándose quizá de los datos que pueden extraerse de la historicidad de los personajes. Efectivamente, en este pasaje aparecían inicialmente los personajes de *Menalipe* y *Oritia*, presentándose a continuación como hijas de estas *Menalipe* e *Hipólita*; como puede apreciarse, el copista modifica coherentemente el primer grupo de amazonas en *Antíope* y *Oritia*, procurando evitar así una doble y confusa aparición del personaje de Menalipe.

<sup>dccccl</sup> Oritía] y oritia

<sup>dccccli</sup> Penaxágoras] penoxagaras

<sup>dccccli</sup> *copista*: Antíope] menalipe *a.c.* + antiope *p.c.* Véase nota dccccli.

<sup>dccccliii</sup> la] las

<sup>dccccliv</sup> El reclamo no coincide con la lectura que inicia el vuelto del folio, consignada en nuestra edición: «que atrabessó» / «que atrabesaba».

<sup>dcccclv</sup> Camiliana] Camilina

## Capítulo 26

<sup>dcccclvi</sup> A continuación, el título se completaba con una segunda oración que ha sido cancelada: «y del armada del príncipe don Luposeldo en la Corte». Esta cancelación debe atribuirse con seguridad al copista, quien posiblemente persiguiese subsanar un error en el plan de redacción; pues, efectivamente, este capítulo no narra la llegada de Luposeldo a la Corte. Como en otras ocasiones, respetamos esta modificación en nuestra edición del texto.

<sup>dcccclvii</sup> Bulpissa] blupissa

<sup>dcccclviii</sup> con esse] con esso

---

<sup>dccclix</sup> Brisaida] belisandra

<sup>dccclx</sup> él entró] el entro el entro

## Capítulo 27

<sup>dccclxi</sup> El copista advierte la alternancia en el color de las armas de Camiliana y anota al margen: «Diga verdes si quisiéredes, si no poco ba en ello». Indicación que contribuye a descartar el carácter autógrafo del manuscrito (*vid.* 3.3.2).

<sup>dccclxii</sup> artas] artes

<sup>dccclxiii</sup> ubiesse apeado] ubiasse apear

<sup>dccclxiv</sup> soberbio] sebibio

<sup>dccclxv</sup> propóssito] propissito

<sup>dccclxvi</sup> había] ha havia

## Capítulo 28

<sup>dccclxvii</sup> selogía] solegia

<sup>dccclxviii</sup> libiandad] linbiadad

<sup>dccclxix</sup> trabados] trabadodos

<sup>dccclxx</sup> aquietar] aquietas

<sup>dccclxxi</sup> respondo] R.

<sup>dccclxxii</sup> hombre] hombre de hombre

## Capítulo 29

<sup>dccclxxiii</sup> a todo] atado

---

dccclxxiv mi señor] mi señora

dccclxxv ellos] echo

dccclxxvi Medúsea] medesua

dccclxxvii pudiésemos] pudiessemos

dccclxxviii Camiliana] Camilina

dccclxxix Brisaida] belisandra

dccclxxx Encontramos un par de líneas tachadas que resultan de imposible lectura, seguramente canceladas con intención censoria.

### Capítulo 30

dccclxxxi Detectamos un fragmento censurado desde «aquél suabísimo dolorcillo que amor ordena...» hasta «...quisiérades que os escribiera estas cositas». Al margen el copista ha escrito: «Era buena retórica, mas sensual un poco».

dccclxxxii puta] puja

dccclxxxiii Brisaida] Belisandra

dccclxxxiv silencia] solencia

dccclxxxv Brisaida] Belisandra

dccclxxxvi Brisaida] Belisandra

dccclxxxvii derretido] deretedido

dccclxxxviii Brisaida] Belisandra

dccclxxxix lo] los

dcccxc Camiliana] camilina

dcccxi Brisaida] Belisandra



---

<sup>dcccxcii</sup> No coincide el reclamo de cambio de columna con el inicio del texto de la segunda columna: «pues supuesto esso» / «pues supuesto ello».

<sup>dcccxciiii</sup> *copista*: benía medrosilla] benia + condolida y *del.* + medrosilla. Consideramos que en este caso resulta poco razonable interpretar que nos encontremos ante la corrección de un error por adición, por lo que proponemos entender que se trate de una supresión consciente del copista propiciada por las connotaciones eróticas del adjetivo *condolida*. Sin embargo, ante la imposibilidad de comprobar esta hipótesis, respetamos la intervención del copista como en el resto de casos, indicando aquí nuestras dudas al respecto (véanse también las notas ccxiv del primer libro y la nota cmlxxxix del cuarto libro).

## LIBRO IV

### Capítulo 1

<sup>dcccxciiv</sup> vuestras] estras

<sup>dcccxciiv</sup> La lectura del reclamo y del texto que inicia el folio siguiente no coinciden: «infalible» / «inebitable».

<sup>dcccxciiv</sup> con él] con en el

<sup>dcccxciiv</sup> miedo] medio

<sup>dcccxciiv</sup> dedo] dendo

<sup>dcccxciiv</sup> arqueros] arecheros

<sup>cm</sup> cabo de escuadra] caba de esquadro

### Capítulo 2

<sup>cmi</sup> que lo] quello

<sup>cmi</sup> *copista*: tres] quatro *a.c.* + tres *p.c.* El copista podría estar corrigiendo un simple error de copia, o bien, como en otras ocasiones, podría estar proponiendo una enmienda al texto del borrador autorial a la luz de los datos aportados por el relato (en el que, efectivamente, se había hablado de tres caballeros).

---

<sup>cmiii</sup> herré] ehere

<sup>cmiv</sup> En el manuscrito puede leerse con claridad *paron*, pero resulta evidente que se trata de un palabra que ha quedado troncada o alterada por un error transpositivo; lamentablemente, no contamos con criterios firmes que nos permitan realizar una propuesta de enmienda.

<sup>cmv</sup> Esmerilda] smirilda

<sup>cmvi</sup> suya] saya

<sup>cmvii</sup> tenemos] tenenemos

<sup>cmviii</sup> mandó] mande

### Capítulo 3

<sup>cmix</sup> temblante] temblanta

<sup>cmx</sup> Se cancela un fragmento correspondiente a los pensamientos de Brisaida, seguramente por su elevada carga erótica, desde «¡Qué sabroso trocar fue d'esta lengua...!» hasta «...con el pecho juntar el peçón mío».

<sup>cmxi</sup> *copista*: preguntó que qué era lo que decían] pregunto que que era lo que + le *del.* + decian.

<sup>cmxii</sup> bocería] beceeria

<sup>cmxiii</sup> ella] ellas

<sup>cmxiv</sup> Medúsea] medusea

<sup>cmxv</sup> sentido] sentendido

<sup>cmxvi</sup> de fleco] do fleeco

<sup>cmxvii</sup> norabuena] norambuena

<sup>cmxviii</sup> Alexandra] alexandre

<sup>cmxix</sup> pudiese] ubiasse

<sup>cmxx</sup> rebueltilla] rebuellilla

---

<sup>cmxxi</sup> Brisaida] belisandra

<sup>cmxxii</sup> manifieste] manifiesta

<sup>cmxxiii</sup> Alexandra] alexanara

<sup>cmxxiv</sup> tiene] tieno

<sup>cmxxv</sup> Brisaida] belisandra

<sup>cmxxvi</sup> *copista*: si yo pudiera quedarme] si yo + me *del.* + pudiera quedarme. Se corrige un claro error por adición.

<sup>cmxxvii</sup> Brisaida] belisandra

<sup>cmxxviii</sup> lindeças] lindenças

<sup>cmxxix</sup> estienden] estendien

## Capítulo 5

<sup>cmxxx</sup> ningún] ninguna

<sup>cmxxxi</sup> *copista*: la causa] la + pena *del.* + causa. Se corrige un claro error por sustitución.

<sup>cmxxxii</sup> osse] oesse

<sup>cmxxxiii</sup> yugo] yogo

<sup>cmxxxiv</sup> amarga] armaga

<sup>cmxxxv</sup> nosotras] nosotras

<sup>cmxxxvi</sup> El reclamo no coincide con el texto de inicio de la columna derecha: «da nuebos lustres» / «da muchos lustres».

<sup>cmxxxvii</sup> y] ya

<sup>cmxxxviii</sup> vienen] vienes

<sup>cmxxxix</sup> circunvecinas] curcumvecinas

---

<sup>cmxl</sup> *copista*: abra, abra] abre abre *a.c.* + abra abra *p.c.*

<sup>cmxli</sup> De nuevo no conserda el reclamo de cambio de columna con la lectura incorporada en el texto: «el más amoroso nombre del suelo» / «el más amoroso nombre que ay en el suelo».

<sup>cmxlii</sup> serbir] sirber

## Capítulo 6

<sup>cmxlxiii</sup> Posiblemente nos encontremos ante una nueva variante autorial procedente del borrador que pasa a la puesta en limpio (conviviendo esta variante de *Zambrino* con la habitual de *Zulemo*), sin que esta haya sido resuelta por el artífice de la copia. Por ello, una vez más, nos decidimos por respetar esta lectura, testimonio inequívoco de la abundante variantística autorial que todavía aparece en lo que pretende configurarse como el *original* de la obra.

<sup>cmxliv</sup> guardábase] guardabese

<sup>cmxlv</sup> ebangélicas] enbagedicas

<sup>cmxlvi</sup> embaxador] embexedor

<sup>cmxlvii</sup> embaxadores] embaxedores

<sup>cmxlviii</sup> Camilo] camilio. Consideramos que se trata de un error transpositivo causado por atracción a la forma del verdadero nombre del personaje (*Camiliana*).

<sup>cmxlix</sup> siete] sieta

<sup>cm</sup> previene] perviene

<sup>cmli</sup> alló en él a la señora] allo en ella señora

## Capítulo 7

<sup>cmlii</sup> mandamientos] masdamientos

<sup>cmliiii</sup> Encontramos un par de líneas canceladas en las que seguramente podía leerse un fragmento de tono erótico. En este caso la tachadura es más concienzuda que en anteriores ocasiones, de forma que resulta imposible su lectura.

---

<sup>cmliv</sup> más] meas

<sup>cmlv</sup> Este fragmento ha sido censurado, tachándose varias líneas y delimitándose estas con dos cruces desde «aunque vien poco havia dormido...» hasta «...que padeció».

<sup>cmlvi</sup> Parece que a continuación se ha escrito otra palabra que resulta ilegible.

<sup>cmlvii</sup> de] del

## Capítulo 8

<sup>cmlviii</sup> Adviértase cómo en el segundo libro el nombre de *Aliximbaçasam* aparecía como *Alizimbazasam* (f. 175r), pudiendo representar esta una variación inadvertida por el propio autor.

<sup>cmlix</sup> ellos a él] el a ellos

<sup>cmlx</sup> La palabra *persona* se ha rescrito, razón por la cual su lectura resulta dudosa.

<sup>cmlxI</sup> Hay una mancha en el manuscrito.

<sup>cmlxii</sup> Hay una mancha en el manuscrito.

<sup>cmlxiii</sup> abrí] abria

<sup>cmlxiv</sup> estará] astara

<sup>cmlxv</sup> *copista*: docientas sesenta] docientas + sesenta *s.l.* Seguramente se enmienda un error por omisión.

## Capítulo 9

<sup>cmlxvi</sup> ya todos] ya tododos

<sup>cmlxvii</sup> justo] jujusto

<sup>cmlxviii</sup> tal] tan

<sup>cmlxix</sup> *copista*: como furioso león arremete] como furioso leon + dixo *del.* + arremete. Se corrige un claro error por adición.

<sup>cmlxx</sup> si[n] poder] si ponder

---

<sup>cmlxxi</sup> *copista*: Medúsea] smerilda *a.c.* + medusea *p.c.*

<sup>cmlxxii</sup> Mandá a Medúsea que saque aquí un acha] manda a smerilda que saque aquí un acha medusea *a.c.* + manda a Medúsea que saque aquí un acha Medúsea *p.c.* Como puede comprobarse, el copista comete un error por sustitución en los nombres de *Esmerilda* y *Medúsea*, que seguramente provoca también la adición redundante del nombre de *Medúsea* subsanada en nuestra edición.

<sup>cmlxxiii</sup> braço] branço

<sup>cmlxxiv</sup> mal] mas

<sup>cmlxxv</sup> Es posible que se trate de una abreviatura que no logramos dilucidar, si bien también podría haberse omitido por error una palabra o unas sílabas.

## Capítulo 10

<sup>cmlxxvi</sup> *copista*: desde su tierna edad, de aquí es que casi todos andan en la perdición] desde su tierna edad + y *del.* + de aquí es que casi todos andan en la perdición.

<sup>cmlxxvii</sup> Si bien es posible que el autor haga referencia aquí a una autoridad desconocida para nosotros, consideramos más plausible interpretar que este antropónimo griego (*Agatandro*) representa una variante primitiva del nombre del cronista Nictemeno, procedente del borrador autorial.

<sup>cmlxxviii</sup> Camilino, Camiliano, Camilo.

## Capítulo 11

<sup>cmlxxix</sup> España] espeña

<sup>cmlxxx</sup> aun] aunque

<sup>cmlxxxi</sup> manifestase] manifiesta

<sup>cmlxxxii</sup> beloces] boloces

<sup>cmlxxxiii</sup> muerta] muerte

---

## Capítulo 12

<sup>cmlxxxiv</sup> sean] en sean

<sup>cmlxxxv</sup> el] ele

<sup>cmlxxxvi</sup> sido] sidos

<sup>cmlxxxvii</sup> usar] usur

<sup>cmlxxxviii</sup> Madelena] madelana

<sup>cmlxxxix</sup> *copista*: que me tiene no sé cómo] que me tiene + molida *del.* + no se como *s.l.* A continuación encontramos dibujada una cruz que parece indicar la modificación propuesta. Adviértase que es esta la tercera ocasión en la que una intervención de censoria se traduce en una modificación redaccional (*vid.* n. ccxiv del primer libro y dccxciii del tercer libro ). En todos estos casos, ante la imposibilidad de probar con absoluta seguridad que se trate de supresiones originadas en un escrúpulo moral del copista, hemos decidido mantener la modificación por él propuesta con el fin de mantener la coherencia de nuestros criterios de *constitutio textus*.

<sup>cmxc</sup> Polonisa] polinosa

<sup>cmxci</sup> Obsérvese la alternancia de las formas *Polonisa* / *Poloniesa*, que podríamos interpretar como variantes formales del mismo nombre admitidas por el autor.

<sup>cmxcii</sup> evraisino] del evraisino

<sup>cmxciii</sup> si] sin

<sup>cmxciv</sup> *copista*: ganar] enganar *a.c.* + ganar *p.c.* Se corrige un claro error por sustitución entre las palabras *engañar* y *ganar*.

## Capítulo 14

<sup>cmxcv</sup> cuarterones] quarteronos

<sup>cmxcvi</sup> *copista*: caballeros] caballeros + y damas *del.* Como en otras ocasiones, el copista podría estar corrigiendo un simple error por adición o bien podría querer modificar un lectura procedente del borrador autorial, por considerarla incoherente con la narración.

---

<sup>cmxcvii</sup> *copista*: cadenetas] cadenetas + de oro *del*. Posiblemente se esté corrigiendo un error por adición, puesto que la supresión no parece obedecer en este caso a una intervención con fines estilísticos.

<sup>cmxcviii</sup> *copista*: derecha] derecha + de la ba *del*. Parece que se iba a escribir *de la banda*, sintagma que podría aparecer tachado en el borrador o bien haber sido añadido en un error por adición del copista.

## Capítulo 15

<sup>cmxcix</sup> celadas] celedas

<sup>m</sup> adelante] adelanta

<sup>mi</sup> sabrosa] sobrasa

<sup>mii</sup> *copista*: aquel día] aquella tarde *a.c.* + aquel día *p.c.* Se ha producido un claro error por sustitución debido a la presencia del término *tarde* en la oración «por ser aquel día tarde».

## Capítulo 16

<sup>miii</sup> este] esto

<sup>miv</sup> Ardoniso] feridano

<sup>mv</sup> a] sa

<sup>mvi</sup> combate] combante

<sup>mvii</sup> *copista*: había venido] venía *del*. + havia venido. Se trata de un claro error por sustitución corregido por el copista al hilo del traslado del texto.

<sup>mviii</sup> su] sua

<sup>mix</sup> espuma] espuna

<sup>mx</sup> *copista*: al ondo] al ondo + al fin *del*. Se corrige un error por adición provocado seguramente por un salto de igual a igual.

<sup>mxi</sup> Creemos que a partir de aquí se produce una sustitución del personaje de Medúsea por el de Areusina; incoherencia que cabe atribuir al borrador autorial.



---

<sup>mxii</sup> *copista*: Mauro] marloque *a. c.* + mauro *p. c.*

<sup>mxiii</sup> mensajeros] mensejaros

## Capítulo 18

<sup>mxiv</sup> *copista*: me llamó desde su asiento con la mano] me llamó desde su asiento + y me dixo *del.* + con la mano. Muy probablemente esta corrección se origine en un error de copia producido por un salto de igual a igual en el que habría servido de reclamo la palabra *mano*, puesto que tan solo dos líneas más abajo encontramos la siguiente oración: «con el morrioncillo en la mano me dixo». Sin embargo, también es posible que el error de copia alcance a la repetición de la palabra *mano*, de manera que esta debiera eliminarse en su primera aparición: «me llamó desde su asiento».

<sup>mxv</sup> acabada] acabanda

<sup>mxvi</sup> sirbientes] sierbientes

<sup>mxvii</sup> *copista*: gallarda] gallarda + quanto se puede pensar *del.* Muy posiblemente se trata de un error de copia producido por *homoioteuton*, puesto que la oración en que se inserta el adjetivo *gallarda* dice: «con un hábito gallardísimo quanto se puede pensar y ella hermosísima y gallarda».

<sup>mxviii</sup> princesa] princesas

<sup>mxix</sup> El reclamo no coincide con el texto que inicia el folio siguiente: «a los muy» / «a los más».

<sup>mxix</sup> diamantes] diamentes

<sup>mxxi</sup> *copista*: llegaron] se *del.* + llegaron. Seguramente enmienda un error por adición.

## Capítulo 19

<sup>mxixii</sup> prometo] premeto

<sup>mxixiii</sup> *copista*: d'ella] de la guarda *a.c.* + d'ella *p.c.* Muy posiblemente se trata de una modificación estilística que pretende evitar la repetición de la palabra *guarda* en la misma oración.

<sup>mxixiv</sup> *copista*: dixo la egipcia *s.l.* Seguramente se enmienda un error por omisión.

<sup>mxixv</sup> *copista*: oro] cobre *a.c.* + oro *p.c.* Consideramos que se trata de un error por sustitución.

---

<sup>mxxvi</sup> encubre] encumbre

<sup>mxxvii</sup> de en dos en dos] de en dos en dos en dos

<sup>mxxviii</sup> pudo] puedo

<sup>mxxix</sup> *copista*: que tengo un bien sé yo qué] que tengo + yo *del.* + un bien se yo que. Se corrige un error por adición.

<sup>mxxx</sup> *copista*: Belisandra] brisaida *a.c.* + belisandra *p.c.* El copista subsana un error por sustitución.

<sup>mxxxi</sup> jabalís] jabiles

## Capítulo 20

<sup>mxxxii</sup> riguroso] higuoso

<sup>mxxxiii</sup> padaços] mepadaços

<sup>mxxxiv</sup> estremado] estramedado

<sup>mxxxv</sup> *copista*: se fueron] nos fuimos *a.c.* + se fueron *p.c.* Quizá se ha producido un cambio por error a la primera persona del plural, posiblemente por influencia del sintagma «nuestra posada» que aparece en la oración.

<sup>mxxxvi</sup> bio] bios

<sup>mxxxvii</sup> lebántesse] lebantasse

<sup>mxxxviii</sup> Parece evidente que se ha producido un error por adición; sin embargo, no poseemos un criterio autorizado para incorporar una enmienda al texto del manuscrito.

<sup>mxxxix</sup> pensada] pesanda

<sup>mxl</sup> bentura] abentura

<sup>mxli</sup> puede] pudo

<sup>mxlii</sup> *copista*: señor] señora *a.c.* + señor *p.c.*

<sup>mxliii</sup> le] les

---

<sup>mxliv</sup> *copista*: me allo muy bien] me allo muy bien + bendito *del*. Si bien cabe entender que en el borrador apareciese «bendito sea Dios», creemos más posible que se trate de la corrección de una adición inconsciente del copista inducida por la frecuente aparición de dicha expresión en este tipo de contextos.

<sup>mxlv</sup> Sarracín] camilo

<sup>mxlvi</sup> soldán] soldanda

<sup>mxlvii</sup> cobardía] corbadía

## Capítulo 21

<sup>mxlviii</sup> cortadora] cortadara

<sup>mxlix</sup> tan] tal

<sup>ml</sup> carroça] coraça

<sup>mli</sup> carroça] coraça

<sup>mlii</sup> sobre tres paredes] sobrete paredes

<sup>mliii</sup> trairé] trayhe

<sup>mliv</sup> olor] alor

<sup>mlv</sup> Brisaida] Belisandra

<sup>mlvi</sup> copista: Brisaida] belisandra *a.c.* + brisaida *p.c.*

<sup>mlvii</sup> está] asta

<sup>mlviii</sup> tiene] tienie

<sup>mlix</sup> Euxinio] heionio

<sup>mlx</sup> Obsérvese al variación de formas entre *Gasuldeno* (en su primera aparición, en el primer capítulo del presente libro) y *Guasuldeno*.

---

## Capítulo 22

<sup>mlxi</sup> mezclada] mezcladada

<sup>mlxii</sup> la] las

<sup>mlxiii</sup> sulfúreos] sulfereos

<sup>mlxiv</sup> coviniente] convinientes

<sup>mlxv</sup> Euxinio] exunio

<sup>mlxvi</sup> perbertido] prebertido

<sup>mlxvii</sup> y por la] y por la y por la

<sup>mlxviii</sup> Bereno] babereno

<sup>mlxix</sup> resistiendo] resistinendo

### Soneto

<sup>mlxx</sup> *copista*: verá] hallara *del.* + vera *mg.* Como es habitual en el manuscrito, el artífice de la copia en limpio modifica el poema de Agustín de Mora, proponiendo la sustitución de *hallará* por *verá* para lograr el endecasílabo. Su intervención en esta composición ajena queda probada en este caso en virtud de la clara diferencia de manos que se observa, puesto que el poema no ha sido copiado por el artífice de la puesta en limpio del texto. Esta sencilla corrección sirve de apoyatura a dos conclusiones que hemos ido sugiriendo en el conjunto de las notas textuales de nuestra edición de la obra: en primer lugar, queda patente que el copista interviene activamente sobre el texto recibido, proponiendo un grupo notable de revisiones que hemos tratado de analizar y jerarquizar (entre las cuales destacan precisamente aquellas que afectan a las composiciones poéticas); en segundo lugar, parece confirmarse que el artífice de la copia en limpio posee una clara voluntad de configurar su traslado del texto como el original de la obra, razón por la cual asume entre sus competencias la revisión completa no solo del borrador, sino también la de sus paratextos.

---

---

*AMDG*